Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/pucky1315unse

Tomo XIII

PRONTO: OTRA NOVEDAD REALMENTE EXTRAORDINARIA

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Setiembre 10
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 154

EL GRAN SALTO DE DIABOLO "¡Arriba, muchacho!", dijo Steve en voz baja. El valeroso caballo puso todos sus musculos en tensión, como resortes de acero, levantó las manos y se lanzó sobre el abismo de muerte en cuyo fondo, a quinientos pies, rugía la catarata.

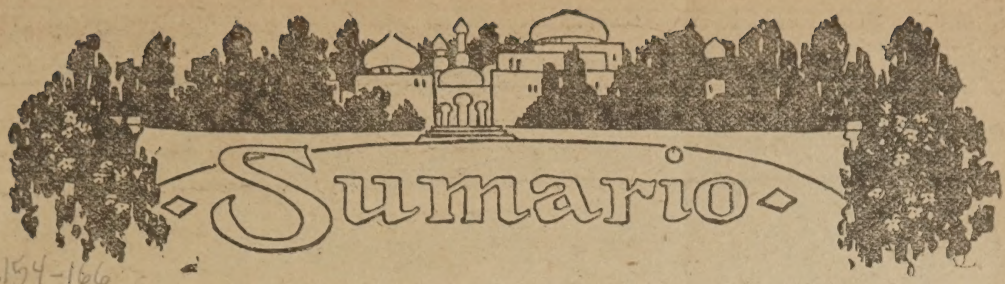
Lea la descripción de esta escena extraordinaria en:

El Ranch de la Doble Herradura

RESPETANDO COSTUMBRES ANTIGUAS

El guía: — Esta es una de las primitivas habitaciones del castillo. No ha sido ni tocada ni barrida lo menos en cien años.

La visitante: — Se conoce que eso es moda en la localidad... En la casa de huéspedes donde me he alojado pasa lo mismo con la habitación que me han dado.



805
PU
v.13:154-166
1926S-D

El ranch de la Doble Herradura

Atrayentes nuevos capítulos de la gran novela de "Tit-Bits" que se publica en "Pucky" a pedido del público.

Lo que vió el buzo en el fondo del mar

Original y novedoso juguete de movimiento. — En color.

Cinema City

Cuarta y última parte de la electrizante novela sensacional traducida especialmente para los lectores de esta revista.

Notas cómicas

Chistes ilustrados. — En color.

Un hombre honrado

Chascarrillo ilustrado. — En color.

En el music-hall

Graciosa ocurrencia comentada gráficamente.

El gracioso ventrílocuo de Mar del Plata

Juguete para armar, que puede sacarse sin interrumpir la lectura del número. — En color.

Confort moderno

Interesante historieta humorística.

La ladrona de niños

Otro cuento de los grandes escritores de Alsacia-Lorena: Erckman Chatrian.

Yo no he mentido jamás

Un divertido cuento que critica en broma cosas muy serias.

Humorismo de todas partes

Divertidos chistes ilustrados. — En color.

Pasando el rato

Notas cómicas. — En color.

El nene y la nena se preparan

Vestuario de juguete para recortar. — En color.

Una buena lección

Interesante caso admirablemente presentado por Max y Alex Fischer, los grandes humoristas franceses.

La caza del tigre

Otra desopilante narración de Cami, el incomparable autor francés.

Hop Wing en peligro. — En el otro lado de la abertura apareció una figura que corría ¡y a menos de dos pies tras de ella! veíase la peluda, tambaleante figura de un enorme oso pardo. "¡Eh! Va a saltar el hucco!", exclamó Billy Steele con el rifle preparado para hacer fuego en el momento propicio.

PUCKY MAGAZINE Nº 154

OTRA NOVELA PEDIDA POR LOS LECTORES

NOVELA - DRAMA DE AVENTURAS POR

GORDON WALLACE

(TRADUCCION DEL INGLES)

(CONTINUACION. - COMENZÓ EN EL Nº. 152 DE "PUCKY")

Empezó a respirar sofocado y el mejicano se rió con mayor malignidad que antes, viendo las angustias de su enemigo. Empezaba Steve a perder la noción de lo que le rodeaba cuando el mejicano metió los dedos entre el cuello y la soga del lazo y la aflojó de modo que Steve pudiera respirar. Steve respiró con ansia y volvió nuevamente, a tratar de quitarse el lazo que le sujetaba los brazos. Pero cuanto más forcejeaba, la cuerda parecía ceñirle más y más. Por último desistió de toda nueva tentativa y miró a Pascales con furor.

José le dió un puntapié en la espalda y el valeroso Steve, que hubiera podido retorcerle el cuello al mestivo si se hubiese hallado en libertad, rechinó los dientes furioso.

—¡Canalla! ¡Cobarde! — gritóle. — ¡Suélteme, José, y si quiere matarme, pelearemos hombre a hombre! ¡No sea cobarde!

José le aplicó otro puntapié. Entonces llegó a oídos de Steve otra voz, una voz juvenil, enronquecida por la indignación.

—¡Es usted un cobarde y un infame, José Pascales! — gritaba Aguila Gray. Y avanzando en su caballo hasta donde estaba el mejicano, le cruzó la cara con el látigo que tenía en la mano. — ¡Se necesita ser un vil y un cobarde para dar puntapiés a un hombre indefenso!

José lanzó un grito. Retrocedió, llevándose las manos a la cara. Pero un momento después otro hombre corrió hacia la joven y tomó de la brida el caballo que ella montaba. Era un tipo de mal aspecto, aquel cómplice del mestizo. Era tuerto y tenía una cicatriz que le cruzaba oblicuamente la mejilla.

Sólo su aspecto bastaba para impresionar desfavorablemente a cualquier muchacha que le viese. Pero en aquel momento Steve, tendido, atado en el suelo pudo darse cuenta del carácter de Aguila.

La joven no se dejó impresionar. Volvió a levantar el látigo y amenazó a su adversario. El hombre levantó una mano para guarecerse la cara y el golpe le dió en la muñeca. Se oyó como un chasquido y blasfemado de dolor, el tipo retrocedió acariciando la fracturada muñeca con su otra mano.

Steve casi consiguió sentarse en el suelo y miró, sonriendo agradecido a su amiga.

Dentro de poco publicará "Pucky" una novela policial completa:

SEXTON BLAKE contra KESTREL

NO DEJE USTED DE LEERLA

—¡Váyase! — gritó de nuevo Steve. — se quede aquí. Estos hombres...

Otro puntapié de Pascales le cortó la palabra. Steve que podía mover las piernas, aún cuando también las sujetaban una vuelta de lazo, alcanzó hasta José y le pegó en tal forma que el mestizo cayó de espaldas en el camino, sufriendo un golpe doloroso.

—¡Váyase! — gritó de nueva Steve. — Haga lo que yo le digo. ¡Por favor! ¡Váyase!

Su advertencia era necesaria porque el tuerto de la cicatriz había dejado de acariciarse la muñeca y con la mano sana había sacado del cinto un pesado revólver con el que apuntaba a la joven. Pero aún entonces la valerosa Aguila levantó el látigo. El de la cicatriz, desconocedor seguramente de todo sentimiento de caballerosidad, disparó un tiro contra Aguila. La bala hizo ondular el ala del sombrero de la joven.

El caballo de Aguila se paró de manos tan rápidamente que fué un milagro que la joven no fuera precipitada de la montura al suelo. Pero Aguila dominó al caballo mientras el de la cicatriz volvía a martillar el revólver.

Steve, seguro de que estaba a punto de presenciar el asesinato de una joven inocente, rodó una y otra vez tratando de acercarse al cobarde. Pero antes de que este pudiera hacer fuego, algo silbó en el aire como una flecha arrojada por un bien tendido arco. El tuerto dejó caer el revólver y miró la mano con que un instante antes lo empuñaba y de la que surgía un hilo de sangre.

José Pascales con el rostro desfigurado por el furor, tomó a su cómplice por un hombro y lo hizo volverse. Le dijo algo al oído, algo que Steve no pudo oír. Después tomó el cuchillo que había arrojado y volvió a guardarlo en la vaina.

Se quitó el sombrero y se inclinó ante la joven, haciendo una exagerada cortesía. Aguila que había tranquilizado a su caballo, lo miró con desprecio. Otro hombre se unió al grupo, tenía una apariencia tan repulsiva como la del tuerto.

—¿Qué es esto, José Pascales? — preguntó la joven con enojo, indicando con su enguantada mano a Billy y Steve. — ¡Suelte a esos hombres!

—Señorita, — dijo José con voz seductora y simpática, a la que según él, no se resistía ninguna mujer. — Lamento mucho no poder obedecerla, aun cuando yo, José Pascales, soy su esclavo obediente.

La joven hizo un gesto de desprecio y movió el látigo significativamente.

—Mi padre se enojará mucho cuando se entere de su conducta, — dijo ella. — Ha podido causar la muerte de Steele.

En realidad Billy Steele seguía inmóvil donde había caído, como muerto. Ni Steve ni Aguila sabían si el tiro le había herido de muerto, o si yacía desmayado por el recio golpe recibido al dar con el peñasco, cuando cayó del caballo.

—Señorita, — dijo José suavemente retorciéndose con petulancia su renegrido y pequeño bigote. — Tengo que pedirle disculpas. Es usted una mujer maravillosa, señorita. Es usted muy valiente. Yo supuse que usted huiría al ser detenidos los hombres. En nuestro plan no figuraba el molestarla a usted. ¿Por qué no se retira ahora, ya que está ilesa? No hay en el mundo un hombre que se atreva a molestarla a usted mientras viva José Pascales. Pero ¿y después? Puede ser que José falte y no haya quien la proteja. ¿Quiere usted retirarse?

—Suelte a esos dos jóvenes, — gritó Aguila. — Si me voy será para decirle a mi padre lo que usted ha hecho con ellos y usted será castigdao como corresponde.

José se rió a carcajadas.

—¡Pero si estos son los peores enemigos de su papá, estimada señorita! — dijo. — Obedeciendo instrucciones hemos capturado al inglés y al canadiense. ¡Mientras ellos estén en mis manos, señorita, puede creer que no les pasará nada malo!

—¡Miente usted José Pascales! — gritó la joven. — ¡Mi padrastro no pudo ordenar semejante infamia! Y además, — agregó con amargura, — ¿pudo dar orden mi padre de que me tiraran tiros de revólver? ¡Ese hombre al que le he fracturado la muñeca me hizo un disparo! ¡Usted miente, José! ¡Todo esto es cosa suya, e infame, como de usted! ¡Cobarde! ¡Mil veces cobarde!

Brilló en los ojos de José un destello de furor, pero siguió expresándose con igual dulzura. Miró con odio al de la cicatriz que, con las dos manos inutilizadas no podía cuidarse ninguna de las dos, así que tenía ambos brazos colgando y blasfemaba sin cesar.

—¡Qué tanto hablar inútilmente! — intervino un nuevo miembro del grupo. Amordacen a esa muchacha y que se deje de decir tonterías. ¡Que se calle de una vez! ¡Echenla de aquí si no se quiere estar callada y quieta! ¡Ya me tiene aburrido y cansado!

Aguila miró a Steve. La joven comprendía que nada podía hacer ya.

—Me iré, — dijo después de una larga pausa. — y se lo diré todo a mi padre. Pero le aviso, José, que si esos dos hombres sufren el menor daño, no le quedará a usted mucho tiempo de vida para contarlo. Lo menos que le pasará ha de ser emigrar para siempre de Montana. ¡Se lo aviso! Antes de retirarme quiero saber si Billy Steele está gravemente herido. ¡Ah! ¡Ya se muere! ¡Fíjese!

Un gemido llegó a oídos de Steve que volvió la cabeza hacia su camarada. Billy se movía. Steve sintió grandísima alegría al ver que vivía, aún cuando se preguntaba si no hubiese sido mejor que le hubieran dado muerte. La situación de ambos era desesperada. Aún cuando Aguila estaba segura de servir bien a sus amigos volviendo al "ranch" a enterar a Basnett de lo que pasaba, Steve no esperaba que eso sirviera de nada. Sin embargo le parecía bien que la joven se marchara. La seguridad de Aguila interesaba mucho a Steve.

Los dos compañeros de Pascales, — Shanks y Roberts eran sus nombres, — tomaron un lazo que estaba en el suelo. a sus

pies y se dirigieron a Billy. Iban a atar al canadiense, pero Aguila frustró su propósito. Amenazó de nuevo a José con el látigo y después de examinar a Billy que aún tenía los ojos casi cerrados, el mestizo dió orden de que no le ataran.

Después de dirigir otra mirada de desconfianza a José, la joven se decidió a tomar las riendas y guiar a su caballo por el camino por donde había llegado. Miró hacia atrás varias veces mientras se alejaba. Después lanzó el caballo al galope y Steve pudo oír cómo se alejaba el ruído de las pisadas del cuadrúpedo en el camino endurecido por tantos días de sol sin lluvia. Por fin no se oyó más y José, con una risotada diabólica fué a dar otro puntapié en las costillas a Steve.

—Abandone toda esperanza, — dijo. — Por más que ella vaya con la noticia no espere que Simón Basnett intervenga en favor de ustedes.

—No lo espero, — replicó Steve. — Conozco a Basnett tan bien como a usted y sé que son ustedes dos criminales villanos y cobardes, capaces de todo. ¡Puede usted hacer lo peor que se le ocurra!

—Lo haré, pero no aquí. Hay sitio mejor, seguramente, — dijo José.

Dió una breve orden a sus secuaces. El lazo con el cual iban a atar a Billy fué destinado a otro objeto.

Diábolo estaba tratando de comer algunas hojas de la hierba reseca de la pradera a poca distancia del grupo. Los hombres, — José con ellos, — dirigiéronse hacia el hermoso caballo que, en cuanto les sintió llegar levantó la cabeza y dió un resoplido. Shanks arrojó el lazo, — a pesar de hallarse herido, — cuando estaba a unos treinta metros del caballo.

Enlazó la cabeza de Diábolo. El caballo bramó, y bramó de rabia, al sentirse enlazado. Pero los hombres, con la mirada fija en el hermoso caballo fueron, sin disminuír la tensión del lazo, acercándose al animal, cada vez más.

Entonces, durante dos o tres minutos, se desarrolló una verdadera batalla entre los tres hombres y el caballo.

Steve contempló la lucha durante algunos instantes hasta que oyó una voz cercana. Volvió la cabeza hasta donde estaba Billy. El canadiense levantaba la cabeza al mismo tiempo que, con una mano, indicaba a su amigo que se acercara.

—Ruede hacia acá, — oyó decir a Billy.

El corazón de Steve latió desordenadamente. No pidió explicación ninguna. Sabía que no había tiempo que perder. Pero vislumbró una esperanza y comenzó a rodar en dirección del sitio donde estaba Billy. Pocos segundos después estaban uno al lado del otro.

—De espaldas a mí, — ordenó lacónicamente el canadiense.

Steve obedeció y volvió la espalda a su amigo. Sintió algo frío que le tocaba las muñecas y un instantes después tuvo las manos libres. Mientras le cortó las ligaduras Billy no se movió casi, pues sus enemigos estaban cerca y no quería hacer nada que les distrajera de su lucha con Diábolo.

—Ahora, — ordenó Billy, — como ellos tienen nuestros revólveres será inútil intentar nada hasta que regresen. Yo fingiré seguir desmayado. Usted se volverá de modo que parezca que sigue atado. Cuando hayan logrado dominar a Diábolo. Si es que lo consiguen y cuando se agachen para agarrarnos, acercándose mucho, les quitaremos los revólveres. El plan es arriesgado, pero no hay otro posible.

Por último los tres hombres consiguieron sujetar a Diábolo de tal modo que le hicieron prisionero, aun cuando no había que pensar en montarle todavía. Ninguno de los hombres intentó semejante hazaña. Pero José volvió adonde estaban sus prisioneros con cara de satisfacción y deteniéndose junto a Steve le miró maliciosamente mientras liaba un cigarrillo. Estaba sudando a consecuencia del esfuerzo realizado. Se levantó el sombrero y se vió que tenía el cabello lustroso y largo, empapado de sudor, así como la frente.

—¡Una ruda tarea, mi amigo! — dijo. — Hace tiempo que yo ambicionaba ese caballo ese Diábolo. Ya lo ambicionaba cuando era propiedad del noble, del duque de Larchester Ahora ya es mío. porque pasada esta noche a usted no le hará falta ya.

José se sintió molesto al darse cuenta de que no conseguía, con sus palabras, hacer que el inglesito se enojara. Se inclinó, poniendo el rostro casi junto al de Steve y dió al joven dos rápidas bofetadas, una en cada mejilla, con las manos abiertas.

El pecho de Steve bullía de odio y de rabia.

—Está usted melancólico, — dijo José bromeando y fumando el cigarrillo. — Pero creo que cuando se halle al pie del árbol con la cuerda al cuello, cuando Shanks y Roberts estén esperando la voz de mando para levantarle y hacerle bailar en el aire, usted abandonará su melancolía de ahora. ¡Caramba! ¡Qué momento más feliz, cuando...!

No prosiguió. En aquel instante Billy Steele, tan silenciosamente como el lince que salta sobre su presa, se puso de rodillas y tomó, con rápida mano, el revólver que Grim Shanks tenía en el cinto. Tna rápido fué el movimiento que Shanks levantó las manos asustado sin darse cuenta de lo que le pasaba y Roberts le imitó. José lanzó un grito de alarma. Al mismo tiempo, como impulsado por un resorte, Steve se levantó y oprimió con ambas manos el cuello del mestizo, al mismo tiempo que con una hábil zancadilla le hacía caer al suelo, de espaldas. José gritó y forcejeó, pero soltando una mano, Steve tanteó el cinto del mejicano. Como no diera con el revólver sino con el cuchillo del mestizo se lo quitó.

—¡Esto es suficiente! — dijo Steve.

Levantó la mano armada del cuchillo y la expresión de su rostro en aquel momento fué suficiente para que José creyera que había llegado su último momento.

Gritó como un gato al sentir un ligero pinchazo en el cuello. Luchó en vano durante un segundo, pero Steve siguió pinchándole sin

herirle con la afilada punta del cuchillo.

—¡Quieto, José! — dijo. — Si no está quieto le atravesaré el cuello con el cuchillo. ¡Quieto he dicho!

José obedeció.

—Así es mejor, — dijo Steve. — Ahora puede levantarse, pero recuerde que no quiero nada de tonterías, José. Estoy casi tan desesperado como usted y le mataré con la misma tranquilidad con que usted pensaba matarme.

José no intentó levantarse cuando se levantó Steve y le quitó el revólver del cinto. Tuvo que ser conmovido por el pie de Steve antes de que se decidiese. Habla muy en favor de Steve el hecho de que se limitara a empujar al mestizo. Si le hubiera dado de puntapiés como José a él, José no hubiera recibido más que su merecido. Pero Steve sabía ser caballeresco con su enemigo vencido.

Billy tenía a Roberts y Shanks a su merced. Los había desarmado y los pillos estaban el uno junto al otro, con las manos levantadas, mascullando inútiles blasfemias, maldiciendo su mala suerte que, de tal modo había cambiado su situación.

—Me parece, — dijo Billy, que no tenía más que un chichón en la cabeza, — que le vamos a dar mucho más trabajo al sheriff Dawson. Usted, compañero, ponga a Jose junto a estas otras dos monadas. Yo cuidaré de que se estén quietos, mientras usted desata al maltratado Diábolo, que me parece que le llama. ¡Después completaremos nuestro viaje hasta la importante ciudad de Big Horn!

¡JUSTICIA.

STEVE puso manos a la obra. A Jose lo empujó hasta que estuvo junto a sus secuaces, de pie, con un aspecto de lo más lamentable. Pero no blasfemaba como en otras ocasiones. Rezaba entre dientes implorando a los santos de su devoción que le sacaran del apuro en que se veía.

Steve se acercó a Diábolo, que relincho con alegría al verle, y permaneció enteramente inmóvil mientras su patrón le quitaba el lazo que ceñía el cuello y luego las patas, tan hábilmente había sido arrojado. Diábolo hechó hacia atrás las orejas, mostró los dientes y miró con mala intención a los hombres que así le habían maltratado; pero Steve le dominó con habilidad, de modo que en lugar de satisfacer su malino deseo, siguió a su patrón con la docilidad de un perro mientras iba en busca de los caballos de los tres pillos.

—Ahora, — dijo Billy, — como mataron a mi caballo, ¡pobre Mike! — y miró con tristeza hacia lo que quedaba de su caballo favorito, tendido, sin vida, en mitad del camino. — tendré que hacer uso del de Jose. En consecuencia, José podrá ir en las ancas del caballo de Shanks y Roberts gozará de la posesión de un caballo entero. Espero que no se quejará de mi, Roberts. — Miró al prisionero sonriendo y Robers le contestó con una blasfemia.

Sin embargo, por indignados que se sintieran y por abatidos que estuviesen, a los prisioneros no les quedaban más recursos que aceptar su situación y obedecer, así que obedecieron cuando se les mandó montar a caballo. Una vez que estuvieron en sus cabalgaduras, les ataron los pies por debajo con el lazo que Steve no vaciló en cortar en trozos, para ese propósito. Entonces los caballos fueron atados uno tras otro y así tuvieron que seguir a Steve y a Billy cuando los dos amigos se pusieron en marcha hacia Big Horn.

Faltaba poco para las diez de la noche cuando llegaron a la pequeña población cuya importancia dependía de que en ella había estación de ferrocarril.

A pesar de lo avanzado de la hora, aun había gente en la calle principal y única, cuando apareció en ella la singular procesión. Ni Steve ni Billy se habían preocupado de lo que pensaban sus prisioneros durante el camino. José estaba maltrecho de tanto sacudimiento, pues ir en las ancas de un caballo cuando éste va al trote por caminos accidentados no es nada confortable ni cosa parecida, especialmente si el que va en ancas tien los pies atados con un trozo de lazo. Shanks y Roberts mascullaban maldiciones y amenazas sin cesar un segundo, pero tenían el rostro pálido y las mejillas hundidas; y se conocía que tenían un miedo superior. Shanks, con las dos manos heridas, pendientes, parecía hallarse a punto de desmayarse.

Dawson el sheriff de Big Horn, estaba sentado como todas las noches en la galería exterior del mejor hotel de la ciudad. El alto y voluminoso sheriff se levantó en cuanto vió a la comitiva y se dió cuenta de que Billy y Steve, con sus prisioneros, se detenían ante él.

—Más prisioneros para usted, sheriff, — dijo Billy Steele con una picaresca mueca. — ¿Los va a encerrar bien esta vez? ¿Va a ponerlos en sitio más seguro que a McKnigth?

Al sheriff Dawson no le hizo gracia esta alusión al incidente de la noche anterior.

—¿Quiénes son y qué es lo que han hecho? — preguntó bruscamente.

—Aquí vien un importante surtido de criminales, — dijo Billy. — Los tres están, además, vinculados con la tentativa de anoche de echar abajo las puertas de la cárcel. Si le parece, sheriff, podemos ir a la casa de justicia y encerrarlos. Necesitamos que nos oiga el fiscal o sea el "attorney" del distrito, porque tanto Steve como yo, tenemos que hacer una declaración jurada.

—¿No se trata de ninguna broma de mal gusto? — dijo Dawson desconfiado al oir lo que decía Billy.

—¡No, señor! ¡Aquí todo es muy serio, por desgracia! — replicó el canadiense. — Vamos, que no tenemos tiempo que perder.

Seguido de casi todos los habitantes de Big Horn, el grupo fué hacia la Casa de Jus-

ticia. En la oficina particular del sheriff los prisioneros fueron puestos en fila. Se cerraron todas las puertas, chasqueando a los ciudadanos curiosos.

—Supongo que usted querrá saber, — dijo Billy, — cómo hemos lagrado descubrir el más grave de los complots que se han tramado en el Estado de Montana. Usted sabe...

El attorney del distrito, — un joven de rostro expresivo, — interrumpió el discurso de Billy.

—Hablemos de lo que nos interesa, en primer término, Steele, — dijo tranquilamente. — Primero los hechos. La literatura después... si queda tiempo.

Billy se puso colorado al oirle. Balbuceó unas palabras entre dientes e indicó, con el dedo pulgar, a Steve.

—Creo que mi compañero puede contar lo sucedido mejor que yo, — dijo. — El lo vió todo.

El attorney miró sonriente a Steve Emberton. Este tosió para aclarar su voz y comenzó a contar algo que asombró a los que oían y probablemente a los presos.

—Estos hombres, — dijo, — pertenecen a la gavilla de cuatreros que ha tenido intranquilo a todo el Estado de Montana durante algún tiempo. También formaban parte del grupo que vino anoche con el objeto de abrir la puerta de la cárcel. Yo les vi entonces como los veo ahora.

—¿Sí? — preguntó el attorney escribiendo.

—El jefe de toda la gavilla de los cuatreros es Simón Basnett, el actual propietario del "ranch" de la Doble Herradura, — prosiguió Steve, tranquilamente.

—¡Simón Basnett! — exclamó el sheriff Dawson y poniéndose ambas manos abiertas en el voluminoso vientre, se rió a carcajadas. Steve se mordió el labio, resentido, y se puso rojo. Miró al attorney. Este le miraba picarescamente, con gesto de duda en los labios y golpeándose la nariz con su pluma.

—Sus afirmaciones... — comenzó a decir, como si se propusiera rebatirle.

—¿Quiere que haga esta declaración bajo juramento? — preguntó Steve con energía. — Deseo hacer una declaración jurada. ¿Cree usted que no sé lo que estoy diciendo?

El attorney se encongió de hombros.

—Prosiga usted, — dijo.

—Simón Basnett capitaneó también el grupo que intentó anoche romper las puertas de la cárcel, — prosiguió Steve, — y mató a McKnight el Negro.

El sheriff dejó de reir y miró al que hablaba.

—¡Pero si Simón Basnett es enteramente ciego! — exclamó. — ¿Podemos tragar esto, señor Hodge?

—Prosiga con las declaraciones, — dijo el attorney a Steve.

—Simón Basnett no es ciego de noche, — continuó el joven y el attorney le miró con asombro. — Tengo sobradas pruebas de que es así. También creo que podré probar de que Basnett es un usurpador, que no tiene derecho ninguno a la propiedad del "ranch" de la Doble Herradura. Es decir, tengo esperanzas de que lograré demostrarlo.

—¿Y quién debe ser, en cambio, el dueño del "ranch"? — preguntó el attorney sonriendo.

—Mi padre, — contestó Steve. — Pero ahora no se trata de eso. Lo que yo pido en este momento es que sea detenido Simón Basnett a quien acuso de ser el jefe del grupo que asaltó anoche la cárcel. José Pascales, aquí presente, es su brazo derecho. Estos otros pertenecen al grupo de los cuatreros. Mi amigo y compañero Steele confirmará todo lo que acabo de decir.

Y Steve calló, respirando jadeante con una visión de Aguila Grey ante sus ojos. Había pronunciado las palabras que enterarían a la joven de la villanía de su padrastro. Suspiró pensando en la joven y sintiéndolo por ella. Pero tenía que decirlo. La justicia exigía que Basnett fuese castigado.

Varias fueron las preguntas que les hizo el agudo attorney, quien, claro está, dudaba de la veracidad de los declarado por Steve. Pero Steve insistió que aquello era cierto y Billy Steele confirmó todo cuando dijo su amigo, atestiguando lealmente cada detalle. Por fin la declaración fué escrita y firmada por Billy y por Steele.

—Bien, — dijo Hodge, el attorney, recogiendo sus papeles. — El sheriff sabe qué es lo que le corresponde hacer ahora.

—¿Tengo que reducir a prisión a un ciego? — preguntó Dawson. — ¿Tengo que prender a Simón Basnett?

—Sí, — dijo el fiscal. — Le aconsejo que lo haga lo antes posible.

—¡Pues eso va a resultar tan emocionante y sportivo como una cacería de gallinas!...

Pascales, Shanks y Roberts fueron metidos en sendas celdas con puerta reforzada. La desesperación de José no pudo ser más intensa cuando oyó que se corrían los cerrojos de la celda. Se agarró a los barrotes de la ventana y desde allí miró a sus enemigos mientras seguía pidiendo a los santos de su devoción que le ayudaran. Dirigióse una vez, suplicante, al sheriff, y le pidió que no creyera lo que los jóvenes habían declarado, pero de nada le valió.

Los presos quedaron con centinelas de vista y Dawson mandó que ensillaran su caballo. Reunió media docena de hombres de confianza y junto con Steve y Billy, que iban en medio del grupo, se dirigieron al "ranch" de la Doble Herradura.

Era ya muy tarde cuando llegaron a la estancia, casi de mañana. Todo estaba tranquilo y silencioso. No se veía luz en ninguna parte más que en la cocina. El sheriff se apeó y subió la escaleras de la gradería de la caso del patrón. Movió la manija de la puerta de entrada, la abrió y entró en la casa, seguido de los suyos. Steve y Billy se quedaron afuera. Mientras esperaban, oyeron un ruido conocido, el de unas zapatillas de fieltro al rozar con el suelo y Hop Wing, el chino cocinero, se acercó a Steve.

—¿Buscan ustedes al patrón Basnett? — preguntó Hop Wing suavemente.

—Eso es, — contestó Billy.

—Se fué a caballo. El patrón es un hombre muy malo. Mató a Batty Ann, según creo, antes de irse.

—¿Qué dice? — preguntó Steve rápidamente, tomando al chino del brazo y mirándole cara a cara.

—Creo que Batty Ann ha muerto, pero no estoy seguro, — dijo Hop Wing. — Ahora está echada allí en mi cocina. ¿Vienen ustedes?

Steve corrió hacia el único edificio de la estancia en que se veía luz. Una mirada al lecho de Hop Wing fué suficiente para enterarle de mucho. La pobre anciana desequilibrada, Batty Ann, estaba echada allí, en la blanca colcha, con el rostro tapado con un pañuelo. No se notaba la respiración. Steve levantó despacio el pañuelo y miró el rostro de la infeliz mujer. Casi en seguida, horrorizado porque las facciones de Batty parecían haber sido machacadas y estaban enteramente desfiguradas.

—¿Y ha sido Basnett quien hizo esto? — preguntó con voz ronca de emoción. — ¡Qué canalla y qué cobarde!

—El hizo esto también, — dijo el chino indicando una señal roja que tenía en la frente. — Me dió un golpe cuando yo corrí para tratar de evitar que se fuera, llevándose a la señorita Aguila puesta así, atravesada, boca abajo, en la parte de adelante de la montura.

E indicó una bolsa de harina vacía, que colgaba de un clavo, en la cocina.

Steve y Billy se miraron pálidos y anonadados.

LA FUGA DE BASNETT

HOP WING parecía no haberse dado cuenta de la sorpresa que había causado con su noticia, tanto a Steve Emberton como a Bill Steele; se volvió al rincón donde estaba su cama y allí encogido junto al lecho, contempló el desfigurado rostro de Batty Ann, silenciosamente, intensamente.

—¿Qué me dice usted de todo esto? — preguntó Billy a su amigo.

Antes de que Steve contestara fué hasta donde estaba el chino y tomándole algo brutalmente por los hombros, le sacudió. El chino no dejó, por eso, de mirar a la mujer.

—¿Dónde estaban los demás cowboys mientras sucedía todo eso?

—No habían regresado todavía, — contestó Hop Wing. — Ahora han salido todos en busca del patrón Basnett. ¡Todos estaban muy enojados con el patrón! ¡Oh! ¡Muy enojados!

Steve se figuró que los cowboys debían haberse sentido muy enojados al enterarse por Hop Wing de lo que había pasado. Aun cuando los demás del personal del "ranch" de la Doble Herradura no estaban, como él, al tanto de lo que era Basnett en realidad, todos adoraban a la hermosa, valiente, simpática, alegre y siempre sonriente joven que tenía la desgracia de ser hijastra de Basnett y se hallaba, también, huérfana de madre. Además, todos sentían afecto por la pobre vieja, medio loca, que en aquel momento se encontraba tendida inerme en la cama de Hop Wing, el chino cocinero.

Cualquiera que ofendiese o maltratase a cualquiera de aquellas dos mujeres, — fuera patrón o no patrón, — incurriría en el justo enojo de los valientes y leales cowboys que trabajaban en la estancia, incluso Jake Collinson, el capataz. En verdad era posible que Joke fuese el que más enojado estuviera, porque amaba a Aguila, — a la que conocía hacía tantos años, — como si fuera su propia hija.

—¿Se había desmayado la señorita Aguila Hop? — preguntó Steve al chino.

—No lo sé. La señorita estaba muy quieta y casi parecía desmayada. El señor Basnett tenía puestas unas gafas azules. Yo le ví sacar el caballo del establo, después de que hubo pegado a la señora Ann y después sacó de la casa a la señorita Gray y la puso en la montura... ¡así! Yo corrí para evitar que se la llevara. Entonces él me dió un golpe que me hizo dormir mucho tiempo, hasta que regresaron los muchachos.

—¡Pero eso es increíble! — dijo Billy. — ¿Qué tal está Ann? — preguntó.

Examinó detenidamente las heridas que tenía la anciana. Le habían golpeado de la manera más cruel y vergonzosa, la cara y la cabeza. Tenía las ropas desgarradas en muchos sitios como con garfios. Steve Emberton se figuró, acertadamente, que la mujer había defendido como una fiera a su amiga Aguila.

Basnett, al regresar la joven al "ranch", se había, con seguridad, conducido groseramente con Aguila cuando esta le denunció lo que Pascales y sus compinches habían hecho con Steve y Billy.

Entonces Billy Ann había salido a la defensa de la joven y el ganadero había descargado en ella todo su concentrado furor.

Esto fué lo que Steve supuso, pero sin fundamento ninguno, porque Ann no había dicho ni una palabra al respecto ni estaba en condiciones de decirla.

Sin embargo aún estaba viva, de lo que Steve se percató con gran alegría.

En el momento que Steve y Billy procuraban que la anciana abriera los ojos, administrándola un poco de cognac, entraron en la cocina el sheriff Dawson y su gente. Dawson sentíase contrariado. En el primer momento no echó de ver la presencia de Batty Ann tendida en la cama del chino.

—¡El canalla se ha escabullido! — dijo el sheriff. — Digan, muchachos, ¿no se figuran ustedes dónde puede haber huído? ¿Dónde pensará esconderse?

Steve movió negativamente la cabeza e indicó la mujer que estaba en el lecho. En pocas palabras explicó lo que había sucedido entre Basnett y BattyAnn.

Repitió con la mayor claridad y coherencia la narración de Hop Wing.

Por suerte, entre los que acompañaban al sheriff estaba un joven que había sido prac-

ticante de un gran hospital de Chicago, antes de cometer las tonterías que le habían decidido a buscar la libertad de la vida del campo, lejos de las leyes de la sociedad civilizada y a establecerse en el Oeste.

Este joven dedicó en seguida toda su habilidad, — que era considerable, — a la infeliz Batty Ann.

Tal fué su éxito que pocos minutos después la anciaa abría los ojos y miraba en redor, aturdida aún. Pero no habló.

—No logro imaginarme cuál ha podido ser la razón que ha tenido Basnett para proceder del modo ton brutal con esta infeliz mujer, — dijo Dawson, balanceando su voluminosa cabeza.

—Yo tampoco lo sé, naturalmente, — dijo Steve, — pero creo que estoy en condiciones de adivinarlo casi con toda exactitud, sheriff.

—Usted parece haberse metido con alma y vida en este asunto, — dijo Dawson sonriendo, — A ver... diga usted, qué es lo que se figura.

—Basnett ha dado un golpe de desesperación, — dijo Steve. — Las circunstancias, durante los últimos tres días le habían advertido que lo que más le convenía era desaparecer del distrito, y aún del estado lo más pronto posible. Yo me enteré del secreto de su original ceguera. Mi compañero y yo nós dimos cuenta de que formaba parte de los cuatreros, de los ladrones de ganado, y le vimos dirigir el ataque a la Casa de Justicia, ataque que al fracasar el propósito de libertar al preso, terminó con la muerte de McKnight el Negro, dentro de su celda. Poco antes de anochecer, ayer mismo fuimos atacados por Pascales por orden de Basnett. La señorita Aguila que iba con nosotros a Big Horn, no fué capturada. La dejaron que volviera al "ranch" en libertad, porque José estaba seguro de que lo que ella contara no haría que Basnett enviará a nadie en nuestro socorro. En mi apinión, el ganadero, en cuanto se dió cuenta que Aguila sabía que él tenía que ver algo con nuestra captura, se asustó y decidió escapar. Al huir se llevó a su hijastra. Pero probablemente la señora Ann podrá enterarnos de muchos detalles interesantes. Esperemos a que recobre el conocimiento. Parece que ya empieza a reaccionar..

Pero aún cuando la semidemente mujer abrió los ojos y los fijó en los del que hablaba, no dijo ni una sola palabra. El sheriff se acercó a ella, decidido a hacerla hablar, pero Batty Ann se limitó a cerrar los ojos y a gemir.

—Todavía no puede contestarle, sheriff, — dijo el joven estudiante de medicina. — No le digan nada por ahora. Soy aquí su médico y esas son mis órdenes. Interroguen todo lo que quieran la chino. pero a esta mujer no. ¿saben?

El sheriff alzó sus anchos hombros, pero no replicó. Hubo un momento de silencio, después del cual se volvió hacia el chino.

—¿Hacia dónde partió Basnett? — le preguntó.

Pero Hop Wing se limitó a mover humildemente la cabeza.

—Yo no sé, — dijo. — Yo me quedé dormido. desmayado, cuando él me pegó.

—¡Pues entonces nos encontramos en un callejón sin salida! — Exclamó el sheriff cuya inteligencia no era muy chispeante, por cierto. — Además, ¿qué nos importa saber porqué se llevó a la joven?

En aquel momento se oyó ruido de caballos que se acercaban al galope. El sheriff salió a la puerta a ver quien venía. Los cinco cowboys del "ranch" de la Doble Herradura que, según lo había dicho Hop Wing, habían salido en persecución de su patrón, se detuvieron ante la cocina. Se apearon todos y Jake Collinson, el capataz, se acercó.

—¿Ha tenido suerte Jake? — le preguntó Steve con ansiedad, pues temía que le pasara algo trágico a Aguila.

—No logramos dar con la pista, — contestó Collinson. — Pero Hank Elison levantó del suelo un guante, en la senda del Norte, la que va a las montañas Foxtail. Es un guante de mujer.

—¿De Aguila? — preguntó Billy Steele. — ¿Por qué no siguieron por aquella senda?

—Na sabíamos que el guante era de ella. Nunca le ví puesto guantes de esta clase. Además los caballos estaban cansados. Regresamos para tomar caballos de refresco. ¿Y qué me dice usted de todo esto señor sheriff?

Collinson se había sorprendido al ver al sheriff y a su gente. Dawson le contestó que no sabía que decir. Pero Steve enteró al capataz y a su gente de todo lo sucedido con Basnett desde la llegada del mismo Steve al "ranch". Lo único que omitió Steve fué lo relativo al testamento y a los derechos que su padre podía tener para aspirar a la posesión del "ranch" de la Doble Herradura. Esto como no tenía nada que ver con el asunto de Basnett propiamente dicho, podía dejarse para más adelante.

Las protestas de los cowboys y del capataz, cuando se enteraron de la verdad, fueron enérgicas y sinceras. Ni uno solo del personal del "ranch" sentía simpatía hacia Basnett. Si estaban en aquella estacia y no en otra era porque pagaban bien y el capataz les trataba como a compañeros.

—¡Siendo así, vamos a dar con la pista de ese canalla de Basnett! — dijo Jake Collinson. — ¿Con que cuatrero nada menos? ¿Y había hecho robar su propio ganado para despistar sin duda? Ya empezaba a decir yo que era curioso que robaran en todas las estancias y no en la nuestra. ¿Y Pascales está entre rejas? ¡Bien! ¡Yo no hubiese tenido a ese petizo ni cinco minutos en la estancia, si no hubiese sido por el patrón que lo protegía! ¡Por eso me dió orden de que no lo despidiera aún cuando no trabajara! ¡Era su cómplice! ¡Estoy asombrado! Y todo esto no se descubrió hasta que usted vino al "ranch" joven, y nos abrió los ojos! — Palmeó a Steve en el hombro amistosamente. —¡Así que Basnett no es ciego más que de día! ¿Quién se lo hubiera imaginado?

Steve se ruborizó al oir los cordiales elogios del honrado capataz. Volvióse para mirar de nuevo a Matty Ann. Con gran sorpresa notó que la anciana le miraba fijamente. Como él la mirara a su vez, le hacía con la mano. seña de que se acercara. El compren-

dió que la anciana quería hablarle a solas. Asombrado, se volvió de nuevo a sus compañeros y escuchó tranquilamente la conversación entre el sheriff y Collinson.

Un momento después todos se dirigieron hacia la puerta, se encaminaron unos a la casa del patrón y otros al dormitorio del personal. Por consejo de Steve entró el sheriff en la oficina de Basnett para buscar si había algún dato que puditra indicar donde había ido.

Como sabía que Basnett había escrito mucho, creía que, en sus papeles pudiera hallarse alguna referencia de interés.

Mientras revisaban libros y papeles, Steve tomó del brazo a Billy Steele y le hizo entrar de nuevo en la cocina.

—Veamos qué es lo que Batty Ann tiene que decir, — dijo tranquilamente.

Billy alzó las cejas asombrado, pero siguió a su compañero y amigo.

Cuando entraron nuevamente en la cocina, vieron qeu Hop Wing vigilaba a la anciana, sentado en cuclillas, junto al lecho, inmóvil y silencioso.

El cuadro era extraño. Una anciana echada en el lecho, con el rostro destrozado ferozmente por un hombre salvaje y brutal, atendida y vigilada por un misterioso imperturbable chino, de edad indefinible, que lo mismo podía tener treinta que setenta años, y también presentaba en la frente el trato de la brutalidad de Basnett.

Sinceramente, Steve deseaba que la anciana pudiera dar algunos datos sobre el paradero de Basnett.

La mujer miró gravemente al inglesito en cuanto éste entró en la cocina. Le tendió la mano, larga y delgada. Sintiéndose muy emocionado, ante la situación de la mujer, con el pecho rebosante de conmiseración, Steve estrechó aquella mano y se arrodilló junto al lecho.

—¡Pobre la vieja Ann! — dijo ella débilmente. — ¡Pobre vieja!...

—Mala ha sido su suerte, señora, — dijo Steve, imaginándose que la mente de la anciana sufría algún desequilibrio. — ¿Fué Basnett?...

—Usted es el hijo de John Emberton, — dijo la mujer. — Usted es igual a John Emberton. No creí jamás que llegara el día en que yo traicionara a Simón Basnett. ¡Pero me pegó! ¡A mí! ¡A mí! A la mujer que lo había amado tantos años hasta esta noche! Me pegó y pegó a Aguila, cuando llegó y le dijo que usted, el hijo de John Emberton, se hallaba en poder del mejicano. Entonces él la ató y cuando yo traté de detenerle, (pelée contra él como un gato), se puso como loco e hizo esto. — E indicó su rostro. — ¡Ahora le odio! — exclamó, levántándose un poco, apoyada en un codo. — He oído lo que usted habló. Se expresó usted como un hombre. Ahora sé que Simón Basnett tiene el corazón negro, que es un villano. Por eso voy a traicionarle. Le voy a decir a usted...

Calló y se echó de nuevo como estaba antes, agotados por el esfuezos los pocos alientos que tenía. Se la oyó respirar jadeante. Silenciosamente, Hop Wing alcanzó a Steve un vaso de coñag qne el joven acercó a los labios de la anciana. Esta tomó unos sorbos y su respiración se fué haciendo más suave y acompasada.

—Voy a decirle a usted que Simón Basnett no es el dueño de este "ranch", — dijo ella. — El dueño es su padre, joben. Jasper Browing, que era dueño de esta estancia, era tío de su padre. El hizo un testamento posterior al que Basnett presentó, dejando el "ranch" con todo lo que tenía, a John Embertón.

Steve no se sorprendió tanto como Batty. Ann esperaba que se sorprendiera. Ya conocía esa historia.

—Ya sé dónde está el testamento o al menos dónde va a encontrar algo por lo que sabrá dónde está, — prosiguió la mujer.

Al oír esto, Steve se estremeció. Se preguntó cómo podía saber aquella mujer semejante cosa. Su padre no le había hablado nunca de aquella extraña persona. Ann no residía en el "ranch" en la época en que John Emberton estaba en la estancia.

—Yo voy a decírselo, — agregó la mujer, — cuando usted se haya apoderado de Basnett y le haya hecho comparecer ante la justicia que le cobrará todo lo que la debe. Ya se lo diré cuando usted haya traído a Aguila al "ranch", nuevamente. Pero antes no. Cuando haya traído a Aguila, sana y salva. Aguila no debe estar junto a ese hombre ni un día más de lo que sea imposible evitarlo. Cuando usted lo haya prendido a él y el esté preso y cuando él ya no tenga a Aguila en su poder. Entonces sí. Vaya... vaya y encuentre a Basnett.

—Le encontraría si pudiese, — dijo Steve sencillamente, — ¿sabe usted hacia dónde fué?

—Se fué a la fortaleza de los cuatreros, — dijo la anciana. — Yo sé dónde está. Hay un paso secreto en las montañas Foxtail. Conduce al Cañón Rugidor, donde el río Rugidor se despeña entre las rocas. Allá ha ido. Yo lo sé. No supe jamás que Basnett era cuatrero, hasta esta noche, pero se dónde está el escondrijo de los cuatreros. Yo lo encontré a pesar de que me consideraban loca. No se lo dije a nadie. Tal vez estaba loca. Pero esta noche, después de los golpes que he recibido, ya no me siento demente, me siento vieja, muy vieja... ¡Vaya! Vaya usted, el hijo de John Emberton! Encuentre la fortaleza de los cuatreros. ¡Prenda a Simón Basnett! Entréguelo a la justicia y yo le diré el escondrijo secreto del testamento!

Batty Aann volvió a su mutismo de antes. Steve le dió a beber unas gotas de cognac y después de beber la anciana se echó de nuevo en el lecho y cerró los ojos...

Steve y Billy salieron de la cocina, asombrados.

—¡Bueno! — exclamó Billy cuando se vieron de nuevo en el patio. — ¡Estoy seguro de que a esta noche puede llamársele "la noche de las maravillas". ¡Yo sreo que esa pobre Ann está loca perdida!

—No lo crea, — dijo Steve. — Lo que dijo no tiene nada de insensato. De todos modos, sea lo que sea, se lo voy a decir a Dawson, a ver qué opina.

La investigación del sheriff en los papeles

de Basnett no había dado resultado ninguno. La oficina quedó como si hubiera entrado en ella un vendaval.

—Creo que vamos a tener que seguir la pista del guante, Jake, — decía el sheriff al capataz, cuando Steve y Billy entraron en la oficina. — Pero una vez al pie de las montañas Foxtail, las sendas son muchas y van a diversos rumbos, así que podremos correr por la montaña durante varios días sin dar con el rastro de Basnett. No creo que haya ido a las montañas. Debe haberse ausentado hacia el Sud.

—Ha ido a las montañas, — dijo entonces Steve, interviniedo en la conversación.

Y ante todos reunidos, que le oyeron con asombro, repitió la parte de la conversación de la vieja Ann, que le pareció necesaria para el caso.

—No creo que se pueda dar mucha fe a lo que dice esa mujer, — manifestó el sheriff después de una larga pausa, — pero no estará de más buscar ese paso secreto, — Esta es la primera vez que oigo hablar de él. Me parece, si es verdad, que podremos conseguir lo que todos los sheriffs del estado han procurado sin éxito durante mucho tiempo: copar a los cuatreros. Pero no podemos ir mal preparados. ¿Cuántos somos aquí?

Contó sus hombres: — seis. Contando siete del "ranch", el total llegaba a catorce. Los cowboys de la Doble Herradura estaban resueltos a hacer los mayores esfuerzos. Todos se ofrecieron para ir con Dawson y llevaron la mano á los revóvers en forma que no dejaba duda sobre sus vehementes deseos de entrar pronto en acción.

LA PARTIDA RASTREADORA

DAWSON, el sheriff de Big Horn, frunció los labios, pensativo, mientras miró, uno por uno a los que componían la partida rastreadora. Eran todos jóvenes activos y valerosos, elementos realmente útiles.

—No son muchos, pues lo que hay que hacer tiene su importancia, — dijo lentamente. — Si los cuatreros son tan numerosos como se asegura...

—Vamos, de todos modos, y buscaremos a esos canallas! — exclamó Jake Simpson, el más temerario de cuantos cowwboys habían arojado un lazo en todo el Oeste.

Por fín, el sheriff decidió llevar a cabo la empresa con los elementos que teuía a su disposición. Cuando así lo decidió, pudo contar con un verdadero voluntario más. Silenciosamente, un chino vestido de azul y calzado con zapatillas de fieltro, entró en la habitación, con las férreas manos ocultas en las largas mangas de su blusa. Se inclinó ante el sheriff y sonrió suavemente. Dawson le miró con sorpresa.

—Hop Wing quiere ir con ustedes también, sheriff, — dijo. — Sé montar a caballo y, si usted lo necesita, cocino muy bien. Ann irá en el carro al sanatorio de Big Horn. No puede quedarse aquí sola.

—¡Es cierto! — dijo entonces el sheriff. — Me había olvidado de ella! Oiga usted, Wallace, — agregó, dirigiéndose al estudiante de medicina, — eso es cosa suya. Usted puede unirse a nosotros después de haber entregado a la mujer a la gente del hospital. Y también puede reunir a un grupo de muchachos y traerlos. Va a poder alcanzarnos antes de que penetremos en los caminos de la montaña. Hay, hasta allá, tres días de camino.

Wallace gruñó un poco, pero tuvo que obedecer. Enganchó dos caballos al carro liviano y con elásticos, del "ranch" y pusieron en él a Batty Ann con todo cuidado. Antes de que comenzara a oscurecer ya estaba en camino de Big Horn.

—Ahora muchachos, — dijo el sheriff, — vamos a partir a las siete en punto. Usted chino, ocúpese de la comida y nosotros dormiremos una hora o dos.

—¿Voy a ir yo con ustedes? — preguntó Hop Wing con ansiedad.

—¡Claro que sí! — gruñó el sehriff. — Aun cuando no se de qué puede servir un chino.

Hoy Wing no pareció entender la observación. Por el contrario, — y Steve Emberton le ció en aquel momento, — se restregó sus manos terroríficas y sonrió con grandísima satisfacción. Steve notó un terrible fulgor en los ojos del chino, sólo durante un momento, pero fué tal que el joven se estremeció. Algo sobrenatural y misterioso tenía Hop Wing. Ya lo había notado antes el joven inglés.

A las siete en punto la partidad del sheriff salió del "ranch" y siguió por el camino del Norte. Dawson guiaba, los demás le seguían en parejas. Dos de los hombres del sheriff llevaban de la rienda a dos caballos de carga, cada uno cargado con las provisiones y el material del campamento. Cada uno de los hombres llevada un revóver y un rifle. Todos iban fumando cigarrillos y conversando alegremente, como un grupo de excursionistas. Pero en la mirada de cada uno de los hombres se notaba un fulgor que no anunciaba nada bueno para Basnett.

Hop Wing iba el último de todos, mientras Steve y Billy cabalgaban delante de él. Los demás charlaban, jaraneaban y fumaban, pero Hop Wing iba silencioso, con un aspecto casi grotesco, con las rodillas en alto y las manos sobre la perilla de la montura. Durante la primera parte de la marcha, sonrió suavemente, mirando con benignidad a Steve y a Billy cuando alguno de los dos volvía la cabeza para mirarle.

Steve sonreía también, pero semiforzado. En su corazón no había dejado de influir la ansiedad que le inspiraba la situación de Aguila. Era demasiado joven para que le turbaran sentimientos amorosos. No estaba enamorado de Aguila. Pero sabía que la joven era una amiga suya de verdad, de cuya amistad había tenido pruebas concluyentes cuando Steve se encontraba en poder del pillastre de Pascales. Pensaba que la joven, especialmente después de haberse atraído la enemistad de su padrastro, se hallaría en peligro tan pronto como estuviese entre las montañas, rodeada de unos fascinerosos como debían ser los cuatreros, a juzgar por

la condición de los que, hasta ese momento, había visto.

Hicieron alto a mediodía y dejaron que los caballos pacieran la hierba de la llanura, secada por el sol. A lo lejos se distinguía la mole irregular de las montañas, de las que aun les separaban ciento cincuenta millas. A las dos de la tarde emprendieron de nuevo la marcha. Cuando se aproximaba ya la noche habían recorrido sesenta millas, pero sin dar con rastro ninguno sobre el camino seguido por Basnett. Pero el sheriff Dawson no buscaba especialmente nada determinado. Lo que quería era llegar al pie de las primeras colinas, pues allí había de comenzar el verdadero rastreo. Todo era cuestión por el momento, de avanzar lo más rápidamente que se pudiese.

Llegaron al pie de las montañas al comenzar la tarde del tercer día de haber salido del "ranch" de la Doble Herradura. Encontraron un cañón accesible, por el fondo del cual corría un arroyo y en cuyo contornos había hierba en abundancia. Allí acamparon preparándose para una larga permanencia que les permitiese recorrer todos los recovecos de la zona montañosas. Hasta entonces habían avanzado con bastante rapidez y Steve ardía en deseos de comenzar la investigación. Pero el sheriff Dawson, que era el jefe de la partida rastreadora, no quiso apresurar la salida para la montaña.

—Recuerde usted, — dijo el sheriff a Steve con mucha seriedad, — que yo soy quien manda aquí y todos ustedes deben obedecer a mis órdenes. ¡Nada de iniciativas personales en busca de un glorioso éxito! ¡Con esas cosas sólo se va al fracaso y al ridículo! Comenzaremos a buscar sistemáticamente mañana por la mañana.

Así lo hicieron. Pero la mañana siguiente, cuando los de la partida buscaron su desayuno no lo hallaron preparado. A Hop Wing no se le veía por ninguna parte y no contestó cuando se le llamó a gritos. ¿Qué tiempo hacía que faltaba del campamento? Nadie lo sabía. El sheriff se puso furioso y los hombres, que tenían apetito, se indignaron. Tuvieron que prepararse ellos mismos el desayuno.

—¡Ya decía yo que los chinos no sirven para nada! — gruñía Dawson. — ¡Qué tontería cometí al traerle! ¡Bueno!. ¡A caballo, muchachos! Oigan con atención mis órdenes.

Detalló cuidadosamente sus indicaciones. La montaña sería recorrida por parejas. A Steve y Billy se les ordenó ir juntos, orden que a los dos amigos agradó mucho. Cada uno de los hombres debía observar con suma atención y regresar al campamento en cuanto vieran algo digno de mención.

La pareja que diese con el pasaje secreto, — si se daba con él, — no debía explorarlo, debía regresar, de modo que entrara por el paso toda la partida íntegra.

Steve y Billy se pusieron en marcha alegremente. El paisaje era muy accidentado. Se veían por todas partes sendas de venados, grandes peñascos, profundos pricipios y arroyos torrentosos. A mayor altura las laderas de la montaña estaban cubiertas de tupida arboleda, de árboles de poca altura y muy frondosos entre cuyos troncos se entrecruzaban los arbustos formando una masa impenetrable de ramas y de follaje.

Steve comenzó a darse cuenta de que Diábolo tenía virtudes que aun no había podido apreciar; como caballo de las llanuras, se había mostrado intachable, en la montaña demostró ser muy seguro de cascos, activo aun en el peor terreno y con todo eso, cauteloso en los sitios peligrosos a tal punto que hubiera inspirado plena confianza al jinete más miedoso.

Avanzaron los dos, subiendo a medida que avanzaban. No dejaron de examinar ni uno solo de los precipicios. Tomaron nota, mentalmente de todos los detalles del terreno. Pero durante las primeras horas no hallaron bicho viviente ni humano ni irracional. Cuando ascendieron más, acercándose a la zona boscosa, comenzaron a ver huellas de animales. Varias ovejas montañesas cruzaron ante ellos asustadas al ver a los forasteros en sus dominios. Más de un animal digno de tentar a un cazador se presentó a sus ojos, pero se abstuvieron de probar su puntería.

Después de bastante andar, la senda por donde iban, que era una senda de venados, ensanchada por el pasar de caballos, terminaba bruscamente.

Debajo de ellos, a quinientos pies, rugía y bullía un torrente que saltaba entre los gastados peñascos. A uno y otro lado, aquel cañón o desfiladero presentaba un aspecto magnífico. Ante ellos extendíase el espacio Pero ese espacio no tenía ni veinte pies de ancho. Más allá de él, la senda continuaba nuevamente.

Los dos compañeros se apearon y estudiaron los alrededores. Se hallaban de pie en algo que parecía un puente natural que hubiese sido, en determinado momento, cortado por la mano gigantesca de la naturaleza, de modo que quedara el hueco de veinte pies como una barrera que evitara que los humanos exploraran las regiones que se extendían del otro lado. Steve y Billy y sus caballos se encontraban en una enorme roca que sobresalía alargándose hacia la otra pared del cañón en la que había otra roca semejante; las dos rocas parecían tender la una hacia la otra, como deseando aproximarse.

—¡Hermoso paisaje !— dijo Billy encendiendo el cigarrillo que acababa de liar. — El problema es saber lo que corresponde hacer ahora. Cualquiera diría que este cañón corta la montaña en dos.

Steve miró al precipicio, dirigiendo la mirada a lo más hondo. A pesar de su serenidad de siempre, el joven sintióse impresionado por aquel espectáculo. Pocos hombres podrían situarse a la orilla de la roca y mirar hacia el torrente sin sentir los efectos del vértigo y correr el peilgro de caer e ir a dar a la rugiente catarata.

—No me impotaría cruzar ese hueco, — dijo Steve. — Pero es una lástima que hayamos corrido tantas millas inútilmente. Ahora tenemos que regresar y dirigirnos por otra senda.

Billy examinaba la roca en la orilla mis-

ma. Estaba desgastada en la orilla y tenía señales de haber sido golpeaba recientemente.

Algo salta de un lado a otro de este hueco, — dijo.

—Un venado puede saltar con facilidad ese hueco, — dijo Steve. — Si yo fuese saltarín de oficio también lo saltaría, pero en realidad no pienso intentarlo ahora. ¡Gracias!

—De un lado al otro de este hueco han saltado caballos no hace mucho, — dijo Billy indicando las señales que había en la roca. — ¡Mire! ¡Los venados no usan herraduras!

Steve se sintió interesado. Examinó los rastros detenidamente.

—Tiene usted razón, amigo,—dijo,—en el otro lado se ve donde han golpeado los caballos con los casocs herrados al dar en tierra. Pero se necesita que un hombre tenga mucha seguridad y entereza para que se atreva a saltar un hueco así con un caballo.

—La misma serenidad y entereza que necesitan esos hombres, los cuatreros, para ejercer su "oficio", — dijo Billy. — ¿Qué diría usted si pensara que Basnett a caballo ha saltado por aquí hace poco?

—¿Basnett? ¿Ciego?

—En la oscuridad no estaría ciego, — gruñó Billy. — Supongo que viajó de noche cuando vino hacia lo montaña.

Steve se estremeció. Se imaginó a Basnett, de noche, haciendo que su caballo diera aquel salto, en el que el menor error en el cálculo significaría la muerte. El corazón le saltó en el pecho cuando recordó que Basnett había salido del "ranch" llevando a Aguila, desmayada, echada sobre el arzón de la montura. Entonces. . .

Miró de nuevo hacia abajo como si temiera distinguir el cuerpo de la joven echo trizas entre las peñas. En aquel momento llegó a sus oídos un grito inconfundiblemente humano, un lamento desesperado.

Los dos, él y Billy levantaron la cabeza y miraron al otro lado del hueco. En el primer momento no vieron nada. Pero los gritos continuaron hasta que, al fin, de detrás de un inmenso peñasco, a menos de cincuenta yardas de donde ellos estaban, en el otro lado del desfiladero, apareció, corriendo una figura con un amplio ropaje azul que flotaba al viento. Era la figura de un hombre y tras ella volaba una negra coleta.

—¡Hop Wing! — exclamaron simultaneamente Steve y Billy.

Era realmente el chino y la razón por la cual corría se vió un instantes después. De detrás del mismo peñasco apareció una silueta enorme, peluda, tambaleante, que marchaba con notable velocidad, teniendo en cuenta su volumen. No se hallaba ni a dos pasos del fugitivo cocinero chino.

—¡Un oso pardo! — exclamó Billy Steele que fué a tomar apresuradamente el rifle que colgaba de la montura de su caballo.

Steve había, también, tomado su rifle mientras el chino se acercaba cada vez más, a ellos. Pero aun cuando Hop Wing corría ligero, el oso corría más ligero que él. Iba acercándose más y más al aterrorizado cocinero.

—¡Eh! ¡Va a saltar el hueco! — exclamó Billy Steele con el rifle preparado para hacer fuego en el momento propicio.

Esto parecía la intención de Hop Wing por que no se desviaba de la senda y corría hacia la roca que se extendía sobre el abismo, hacia la otra roca en que estaban los dos amigos.

No logró llegar al sitio desde el cual hubiera podido apoyar el salto por que el oso de pronto, tendió una de sus enormes patas delanteras y tomó entre sus uñas como garfios la ondulante coleta del chino. Hop Wing chilló aun más fuerte, pero no pudo hacer nada en su propia defensa. El oso le atraía hacia él, tirando de la trenza. Hop Wing peleó lo que pudo pero los brazos del oso le sujetaban con fuerza. Los gritos de Hop Wing cesaron, ahogados. . .

Steve y Billy apuntaron con sus rifles esperando el momento de poder hacer fuego sin herir a Hop Wing. El oso les vió en el momento y con la boca abierta, sin soltar a su víctima, les miró furioso.

EL SALTO DE DIABOLO

EL oso debió aflojar un poco a Hop Wing, por que el chino pudo gritar de nuevo pidiendo socorro. Pero el grito fué ahogado en seguida porque el oso volvió a apretarle entre sus brazos.

Levantado por el cuadrúpedo, Hop Wing pataleaba en el aire. En un movimiento brusco, una de las zapatillas de fieltro se desprendió del pie y fué a caer en el abismo, hasta dar en la catarata que rugía en lo profundo. Billy Steele vió entonces una oportunidad, se echó el rifle a la cara e hizo fuego, hiriendo al oso en el costado. El animal rugió de dolor y su rugido fué repetido por los ecos de la montaña.

Hop Wing seguía sujeto en los brazos del animal. Tenía el rostro amoratado. Se comprendía que estaba casi muerto por que movía muy débilmente los pies.

La sorpresa y el dolor hizo que el oso volviera a mirar a los dos amigos. Steve alzó el rifle y metió una bala en un muslo del plantígrado. Pero Hop Wing seguía siendo su prisionero.

Esta vez el oso se limitó a avanzar un poco hasta situarse cerca del borde de la roca en que se hallaba de ple.

Steve vió que en eso había un nuevo peligro para Hop Wing. Un paso más y el oso y el chino caerían al torrente desde más de quinientos pies de altura.

De buena gana hubiera Steve tirado de cerca contra el oso. Pero si solo le sepaarba unos pocos pies del chino y del oso, esos pocos pies eran el hueco de la abertura, que Steve no se atrevía a saltar.

El joven hizo fuego otra vez y debió herir gravemente al oso por que éste cayó en cuatro patas, soltando a Hop Wing en la roca y se quedó mirando a sus atacantes con las fauces entreabiertas y chorreando sangre

—¡Esto es inaudito! — exclamó Billy Steele haciendo otro disparo. — ¡Este oso tiene setenta y siete vidas!

Por fin, sin embargo, uno de los proyectiles del rifle de Steve atravesó el corazón del oso y con un gemido lastimero s edesplomó en la roca, ocultando casi a Hop Wing con su mole oscura y pelida.

El oso pataleó unos momentos aproximándose más y más al borde de la roca. De pronto se estremeció, sacudido por un estertor y, perdiendo el equilibrio, cayó en el profundo abismo del cañón.

—El pobre Hop Wing aun no ha cesado de estar en peligro! — exclamó Billy Steele señalando. — ¡Mire!

El oso al deslizarse al borde con el chino casi debajo de él, había arrastrado a Hop Wing de tal modo que estaba tendido junto al borde, con los pies junto al abismo, casi balanceálose en la arista de la peña.

Por fortuna para él no podía percatarse del peligro en que se hallaba. Estaba desmayado y su inmovilidad era completa.

—Es necesario sacarle de esa peligrosa situación, — dijo rápidamente Steve. — ¡Pero la distancia es mayor de lo que podemos saltar nosotros!

—Hay caballos que saltan eso y más, — dijo Billy pensativo. — No digo que el mío pueda...

Steve volvió la cabeza y miró a Diábolo, que estaba magnífico e imponente, lustroso su pelo renegrido, a corta distancia de los dos jóvenes. El corazón de Steve latió con violencia. Se dió cuenta que Billy pensaba lo mismo que él.

Nada más que pensar en ello era cosa de hacer tamblar a cualquiera. Pero Steve era valiente, valiente de verdad. No le faltaba serenidad y como jinete no envidiaba al más hábil.

Pero la idea de someter a Diábolo a esa prueba, a ese tremendo salto de más de veinte pies sobre el abismo la idea de que su caballo favorito pudiera calcular mal la distancia y caer...

Se dirigió con toda calma hacia el caballo y apoyó una mano en la crin del animal. Le acarició el aterciopelado hocico, hablándole cariñosamente.

El caballo pareció comprenderle. Levantó las orejas y miró al otro lado del hdeco, el sitio donde estaba tendido Hop Wing.

—Me parece que me decido a dar el salto, — dijo a Steele. — Si dispusiera de un caballo como Diábolo sería otra cosa, pero sin embargo...

—No, viejo, — dijóle cariñosamente Steve. — Voy a saltar yo.

Sabía que nadie más podía montar a Diábolo, — excepto, naturalmente, el duque de Larcheter el que habíale regalado el animal — como él mismo.

De un salto estuvo Steve en la montura. Después, mientras observaba al chino, dejó que Diábolo mirara la distacia con la mirada.

Además de los veinte pies de la abertura el caballo tenía que saltar un poco más a fin de no poner las patas al caer en el cuerpo del chino.

Diábolo dió un resoplido y retrocedió un poco.

Se notó que todos sus nervios se ponían en tensión. La mano de Steve, al tomar las riendas, parecían de acero, siendo a la vez suave como la seda.

—¡Buena suerte! ¡Ojalá fuera yo quien saltara! — dijo Billy nervioso e inquieto, pues quería a su compañero como a un hermano.

—¡Arriba muchacho! — dijo Steve en voz baja.

El valiente caballo avanzó dos pasos al trote, hasta la misma orilla de la roca, detúvose un instante mientras preparaba los músculos para el salto. Después, levantando las manos, saltó.

Billy Steele, de pie, tapándose la cara con las manos, sufrió un momento tal de angustia que no se atrevió a mirar la realización de la hazaña.

Cien distintos percances podían hacer fracasar tan temeraria hazaña y todos ellos pasaron con vertiginosa rapidez por la mente del joven canadiense. Por eso no vió en que forma elegante, magnífica, voló Diábolo sobre el abismo, sobre el terrorífico torrente. No vió cómo igual que un gato, el hermoso animal negro dió en la roca del otro lado con las manos asegurando en seguida el equilibrio con las patas.

Pero Steve, supo en el momento en que tocó tierra que el salto había sido hermoso. Los cascos de Diábolo no tocaron ni lo más mínimo al desventurado chino aun cuando la vibración causada por el golpe de Diábolo en la roca fué suficiente para mover a Hop Wing una pulgada más hacia el borde del abismo.

La obra de Steve aun no había terminado. Se apeó rápidamente, dió al caballo una palmada de agradecimiento y fué luego a donde estaba el chino. Se agachó y tomando al cocinero por el cuello de la blusa le deslizó por la roca hasta ponerle en sitio seguro. Entonces, echando al chino boca arriba en el suelo, Steve le examinó.

—¡Está vivo! — gritó para que le oyera Steele.

—¿De veras? ¡Alabado sea Dios! — exclamó Billy. — ¡Pero qué salto, compañero! ¡Qué salto! ¿Está muy lastimado!

—Creo que está sofocado y nada más, — dijo Steve que había seguido examinando al chino. — No creo que tenga roto ningún hueso.

Tomó de las manos a Hop Wing y lo movió de los brazos para producir la respiración artificial, que era precisamente lo que el chino necesitaba. Al poco rato Hop Wing abrió los ojos y miró sin expresión a Steve. Después movió la cabeza, observó lo que le rodeaba. Su mente se aclaraba por momentos.

—¡Un oso muy grande, muy grande! — murmuró. — Hop Wing se consideró muerto. Usted lo salvó. ¡Bravo, muchacho!

Tomó de la mano al inglesito y se la apoyó en el pecho. Steve, al que disgustaban las manifestaciones de agradecimiento, retiró la mano y se rió.

—¿Se siente mejor ahora? — preguntó.

— ¿Dónde estuvo Hop? El sheriff lamentó mucho su ausencia. Nos dejó sin desayuno. Los muchachos tuvieron que hacer de cocineros.

Hop Wing se sentó en el suelo.

—Yo fuí siguiendo el rastro del patrón Basnett, — dijo sonriendo bondadosamente, pero con un brillo extraño en los ojos que Steve no dejó de notar. — Y lo encontré también. El es un hombre malo. Hop Wing quiere encontrase a solas con él alguna vez.

—¿Dónde estaba? — preguntó Steve con ansiedad.

—Hop le va a enseñar a usted dónde, — dijo el chino poniéndose de pie y respirando profundamente dos o tres veces para asegurarse de que le funcionaban bien los pulmones. — ¡Con él se encuentran mucho, muchos hombres más!

—¿Y la joven? ¿Y la señorita Aguila? — preguntó Steve aun con mayor interés.

—Yo no ví a la señorita, pero ella está también con el patrón Basnett.

Steve miró hacia donde estaba Billy Steele y repitió, para que él lo oyese, todo lo dicho por Hop Wing, y Billy hizo expresivos comentarios. Steele sentíase furioso contra el patrón, pero también se daba cuenta del hecho de que un hueco de veinte pies de ancho le separaba de su compañero y de su caballo. Y Billy sabía que él no se atrevería jamás a saltar como había saltado Steve.

LA FORTALEZA DE LOS CUATREROS

ERA posible que su caballo se decidiera a dar el salto, trasponiendo la distancia que separaba una roca de la otra, pero Steele no se hacía ilusiones sobre el resultado de tal tentativa. No eran muchos los caballos capaces de hacer lo mismo que Diábolo.

—¿Hay otro camino que conduzca a donde está Basnett? — preguntó.

Pero Hop Wing movió negativamente la cabeza e indicó, con la mano, las profundidades de las montañas que quedaban a aquel lado del desfiladero.

Billy gruñó, disgustado.

—Sería mejor que usted esperara ahí mientras yo voy a ver qué es lo que hay, — dijo Steve. — Sería una locura que usted tratara de saltar.

Steele contestó a su amigo con brusquedad. Amenazó cómicamente a su caballo, con el puño cerrado. De pronto se dirigió al cuadrúpedo y desató de la montura su largo lazo. Formando un círculo en su extremo le hizo girar varias veces en lo alto, y luego lo arrojó de modo que fué a dar a los pies de Steve.

—¡Agárrelo! — ordenó Billy lacónicamente. — ¡Sujételo, y cuando yo grite, tire de él!

—¿Pero qué demonios piensa hacer? — preguntó Steve.

—No es posible pensar que mi caballo pueda dar el salto, — dijo el cowboy, — pero usted no va a ir solo, dejándome aquí abandonado como cosa inútil. — Cuando yo salte, tire del lazo lo más rápidamente que pueda. Que le ayude Hop Wing. ¡Entre los dos van a poder sostenerme!

—¡Pero eso es una temeridad, Billy! — gritó Steve.

Billy fingió no oirle, pues no le hizo el menor caso. Después de esconder su caballo en la espesura del cercano monte, se ató el otro extremo del lazo, muy cuidadosamente, a la cintura, y se alejó unos cuantos pasos del borde del abismo. Steve fué soltando soga a medida que se retiraba. Mientras tanto no cesaba de aconsejarle que desistiera de su peligroso propósito.

Pero Steele no contestó más que moviendo burlonamente la mano. Después se volvió, se humedeció las yemas de los dedos y se puso en actitud de lanzarse a la carrera. Aún cuando su ropa de cowboy no era de lo más apropiado para apreciar actitudes atléticas, Seteve no pudo dejar de echar de ver que Billy comenzaba su hazaña de modo que prometía un éxito feliz.

—¡Ahora! — gritó Billy.

Y, quisiera o no, Steve tuvo que tirar del lazo a medida que su amigo se acercaba. Hop Wing tomó también la soga, y ambos observaron con toda atención hasta el menor movimiento de Steele.

Lanzando un grito agudo, Billy saltó y por el aire, dirigióse a ellos. Si la situación no hubiera sido tan peligrosa, Steve se hubiera reído al ver aquella hazaña digna de un acróbata de cinematógrafo.

Con su rifle a la espalda, Steele voló hacia ellos como un pájaro.

Fué en realidad, un salto notable; pero Billy no pensó jamás en que podría trasponer los veinte pies del hueco sin ayuda ajena.

Calculando el tiempo con suma habilidad, Steve y Hop Wing fueron tirando del lazo de modo que no dejase de estar tirante, y cuando Billy comenzó a caer, los dos tiraron con todas sus fuerzas a fin de alzarle.

Steele dió en la roca, boca abajo, lanzando un grito de triunfo. Entonces, demostrando ser el más temerario de los cowboys del mundo, se puso de pie y comenzó a quitarse el polvo.

—¡Vamos en busca de Basnett! — dijo tranquilamente. — Supongo que tendremos que ir a pie. ¡Qué fastidio!

—¿Cuántos hombres están con Basnett? — preguntó Steve a Hop Wing.

—Tal vez veinte... quizá algunos más, — contestó el chino con indiferencia. — No estoy seguro de cuántos son.

—Eso quiere decir que no ganaremos nada mostrándonos atrevidos, — dijo Billy Steele con seriedad. Steve se rió.

Pero no había risa en la mirada de Steele cuando se ocupó de volver a cargar el rifle y el revólver. Steve lo notó. Ofreció el revólver a Hop Wing. Pero el chino movió negativamente la cabeza y movió las manos haciendo crugir los nudillos, con intención.

—No tendré que pensar en el oso cuando vuelva a ver a Basnett, — dijo, guiñando un ojo.

Steve pensó entonces si el ataque del oso pardo había sido lo que había salvado a

Basnett de las horribles manos de acero del chino.

—¿Hay que caminar mucho? — preguntó Steve.

—Media milla, — contestó Hop Wing, tomando la delantera para guiarles.

Siguieron por una senda que no era más que un paso abierto por los venados de la montaña y luego ensanchado y mejorado por el transitar de seres humanos a caballo, pues se veía de vez en cuando una que otra huella de herradura. Cuando hubieron avanzdao unas cien yardas, Hop Wing abandonó la senda y siguió por entre los peñascos que había esparcidos en un terreno muy inclinado. De repente se detuvo e indicó un cañón situado ante ellos. Steve soltó la rienda de Diábolo y se echó al suelo boca abajo. Así miró hacia la hondonada del enorme zanjón de escarpadas murallas, que se abría bajo ellos.

Por muchos conceptos podía ser considerado como un sitio ideal para refugio de unos ladrones de ganado. En la hondonada se veía un ancho y verde valle con un hermoso arroyo en medio. Las murallas de ambos lados eran casi verticales, excepto en un sitio, a pocas yardas de donde ellos se encontraban, donde una cortadura constituía una especie de sendero o camino natural por el que se podía llegar a lo más profundo del cañón. En la hondonada ardía la lumbre de un fogón frente a la entrada de dos cuevas que la naturaleza había socavado en la roca de la montaña. Se veía a algunos hombres y a varios caballos, atados éstos a corta distancia de las cuevas.

Algunos de los hombres estaban sentados perezosamente, fumando en pipa. Dos de ellos, cerca del fogón parecían ocupados en preparar la comida. El rumor de sus voces llegaba hasta los oídos de los que atisbaban desde lo alto, y de vez en cuando podía entenderse alguna que otra palabra.

Inclinándose más y avanzando más, Steve pudo percatarse de que había otras cuevas en la roca, del lado donde ellos estaban. Y delante de una de esas cuevas pudo ver a un hombre que se paseaba de un lado a otro con un rifle al brazo. No podía ver el rostro del individuo, naturalmente; no le veía más que la copa y las alas del sombrero y los hombros de su camisa azul.

—Aquí debajo hay uno que está haciendo de centinela de vista, — dijo a Billy Steele, — delante de una caverna.

—Ahí deben tener a un prisionero, sin duda, — opinó Billy, pensativo. — No es de suponer que tengan a la joven con centinela de vista.

—El señor Basnett tiene otro prisionero, — dijo tranquilamente Hop Wing.

—¡Ah! ¡Así que usted anduvo ya por ahí abajo! ¿eh? — preguntóle Steve.

Hop Wing movió afirmativamente la cabeza y miró hacia abajo, a una cueva de las situadas al otro lado del cañón.

—¡Otro prisionero! — dijo. — ¡Un hombre forastero! ¡Yo no sé quién es!

—¡Oh! — exclamó Steve.

Pero no pudo conseguir que el chino diera más explicaciones. Frunció el ceño, pensativo. Mientras miraba, un hombre cruzó de un lado a otro del cañón y entró en la cueva que el centinela custodiaba.

—¡Bueno! ¿Y qué me dice de esto? — preguntó Billy Steele. — Esto parece ser el sitio que buscábamos, ¿no? Creo que lo mejor es volver a nuestro campamento e informar al sheriff y a los muchachos de lo que hemos hallado. Pero no me encuentro muy dispuesto a saltar por el mismo camino que antes. El entusiasmo ha pasado ya. Con seguridad debe existir otro camino para entrar y salir de aquí. Hop Wing, ¿cómo hizo usted para venir a este sitio?

—Salté, — dijo el chino, impasible.

—¡Bueno! ¡Eso sí que es maravilloso! — exclamó Billy. — ¿Saltó usted solo, Hop Wing?

—Sí. Yo iba a saltar otra vez, pero el oso corrió más ligero que yo y me alcanzó.

—Me parece que será necesario volver a saltar si queremos volver, — gruñó Billy. — ¿Qué cara pondrán el sheriff y los muchachos cuando vean lo que hay que hacer para pasar? De todos modos, creo que lo mejor es llevar la noticia al sheriff, de acuerdo con sus órdenes.

—Espere un momento, — dijo entonces Steve. — No tenemos prisa.

Le interesaba mucho lo que sucedía abajo. Avanzando el cuerpo lo más posible, logró ver que el hombre que había entrado en la cueva custodiado por el centinela salía nuevamente. En el primer momento no lo reconoció, pues no logró verle más que la parte de arriba del sombrero. Pero cuando el hombre comenzó a caminar hacia donde estaba el fogón, movió las manos, como quien va a tientas, de un modo que le era conocido. Pocos momentos después se convencía de que aquel hombre era Basnett.

Cuando Basnett llegó a donde estaban los otros, — un grupo de unos veinte, — les dirigió la palabra durante largo rato. Por fin, media docena de los del grupo se dirigieron a la cueva situada debajo de Steve. Desaparecieron, pero reaparecieron en seguida empujando entre todos a un hombre maniatado. Corriendo el peligro de que le vieran, Steve avanzó aún más el cuerpo, para mirar.

Los cuatreros, con Basnett entre ellos, tenían prisionero, evidentemente, como Hop Wing lo había dicho, a un hombre al que, en aquel momento, trataban con bastante brutalidad. Poco tardó Steve en notar que el aspecto del prisionero le parecía muy conocido. Casi perdió el equilibrio y cayó al fondo del cañón, cuando el preso, durante un brevísimo instante, volvió la cara hacia él.

—¡Billy! — exclamó. — ¿Ha visto usted quién es el preso?

—Me parece conocerlo pero no acierto aún... — dijo Billy, mirando con toda atención. — Y sin embargo... ¡Dios Todopoderoso! ¡No puede ser! ¡Pero si es su!...

—¡Es mi padre! — dijo Steve, muy nervioso. — ¿Quién hubiera podido ima-

LO QUE VIO EL BUZO EN EL FONDO DEL MAR

Los buzos que descienden a las profundidades del mar suelen ver cosas muy interesantes, como le pasa al de este juguete.

Este juguete es tan interesante como fácil de construir. Después de haber pegado el dibujo en un cartón y una vez bien seco, se recortan los dos pedazos. En el trozo cuadrado se recorta con cuidado el hueco marcado y se pincha el disco por el centro uniéndolo con un broche. Cuando se hace girar el disco desfilan por delante del buzo gran diversidad de peces.

ginarse que iban a tomarle prisionero esos canallas?

—Probablemente este sitio no está lejos del lugar donde su padre tenía el campamento cuando usted se despidió de él. — dijo Billy. Los de la gavilla le han considerado como testigo molesto y... ¿Pero qué es lo que van a hacer con él?

Steve se pudo cerciorar de que no se había equivocado. El prisionero era John Emberton, el buscador de minas de oro, que trabajaba en aquellas montañas Foxtail en la época en que Steve se había separado de él para ir como cowboy al "ranch" de la Doble Herradura y a buscar el testamento que haría a John Emberton propietario de ese mismo "ranch" si lo encontraba. Steve apretó en sus manos el rifle al ver la brutalidad con que trataban a su adorado padre. Pero no hizo fuego, aún cuando se quedó con el arma apercibida para hacer uso de ella en el momento oportuno.

John Emberton, con las manos atadas a la espalda, se hallaba de pie, erguido y altanero, mirando cara a cara a sus captores, cuando Simón Basnet se paró ante él, y acercándose luego, comenzó a tocarle el rostro con sus sus manos como garras.

Algo debió decir la buscador de oro, porque John Emberton le replicó enojado, y sus palabras se oyeron con toda claridad en el silencio de la montaña.

—¡Miente usted, Simón Basnett! — dijo el padre de Steve. — Ya he dicho que vine a este sitio por casualidad y que no estoy espiando a nadie. Déjeme en libertad o le aseguro que será peor para usted.

—¡Usted está espiando! — gritó Basnett. — Usted, John Emberton, usted y su hijo me están espiando y conspiran en contra mía. ¡Pero esto no durará mucho! Su hijo está todavía en libertad, pero lo prenderé como lo he prendido a usted. ¡Entonces me vengaré como deseo vengarme!

Levantó la mano y golpeó al prisionero en el rostro. John Embefton retrocedió un paso y, forcejeó furioso, pero estaba bien atado. Basnet volvió a pegarle esta vez con el puño cerrado. Setve lanzó una exclamación de rabia y apuntó con el rifle al ciego. Con seguridad le hubiera dado muerte para vengar los insultos inmerecidos de que hacía objeto a su padre. Pero Hop Wing tomó el rifle por el extremo del caño y le hizo bajar el arma.

—¡Espere señor Steve! — dijo suavemente. — ¡El patrón me corresponde sólo a mí!

Y movió significativamente sus dedos de acero.

—No conviene hacer nada ahora, — dijo Billy al enfurecido Steve. — Su padre está pasando un mal momento, pero hay que esperar otra ocasión para socorrerle. ¡Mire!

Basnett amenazó con los puños cerrados. Steve suponía hacía tiempo que aquel hombre debía estar demente, además de sufrir de la extraña enfermedad que le había producido su original ceguera, pues por el día no veía absolutamente nada, y en cambio veía de noche como los gatos. Siguió mirando sin quitar la mano del gatillo.

—¡Es usted un espía! — rugió Basnett. — Su hijo se ha enterado de cosas que yo no quería que nadie extraño supiese. El le informó y usted vino aquí a buscarme. Pero... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Mis hombres fueron más listos que usted. ¡A ver! ¡Un lazo!

Uno de los hombres trajo un lazo. Hizo un nudo corredizo en uno de los extremos, y cumpliendo una orden del ganadero ciego, puso el lazo al cuello del buscador de oro y lo ciñó ligeramente.

Con una sonrisa diabólica, Basnett oprimió más el lazo al cuello del prisionero. Dió entonces otra orden, y llevaron a John Emberton al otro lado del cañón, deteniéndose bajo un árbol raquítico que brotaba de entre las peñas a pocos pies del suelo. El extremo libre del lazo fué pasado por encima de una rama del árbol.

Steve, con el rostro pálido como la cera, apuntó esta vez al hombre que tenía en sus manos el extremo de la soga. Billy le detuvo el brazo. Después apuntó a Basnett.

Basnett se cruzó de brazos y miró a su viejo enemigo, el hombre a quien, procediendo incorrectamente, había despojado años atrás de la herencia que él sabía que le correspondía.

—Esto es para mostrarle cuál será su destino, — dijo en voz tan alta que Billy y Steve la oyoron con toda claridad. — Pero todavía no, John Emberton, todavía no. Usted puede conocer mi secreto. Su pillastre de hijo, ¡maldito sea!, lo descubrió. Ahora no puedo verle, ¿sabe usted? Pero esta noche, cuando reine la oscuridad, y antes de que salga la luna, podré contemplar su agonía a mi entero placer. ¡Por eso voy a esperar!

—¡Ya suponía yo que fuera así! — dijo Hop Wing. — ¡Qué hombre más malo!

Le quitaron el lazo del cuello y volvieron a empujarle hacia el otro lado del cañón, hasta que estuvo directamente debajo de donde se hallaba su hijo.

Volvió a entrar en la cueva. Steve lanzó un suspiro de alivio y dejó el rifle a su lado. Apoyado en un codo, volvióse, para discutir la situación.

—No vamos a tener tiempo para ir a dar aviso al sheriff Dawson y a los muchcahos, — dijo, — antes de que sea de noche. Yo estoy seguro de que los muchachos no van a pasar por el hueco del abismo de noche, y aún creo que es difícil que quieran pasarlo de día. Tenemos que rescatar a mi padre nosotros solos o al menos. — agregó, — yo tengo que intentarlo.

—¡Y yo con usted! — exclamó Billy. — Esperaremos hasta que sea de noche. No veo muchas probabilidades de éxito, a menos que...

Calló porque Basnett había salido otra vez de la cueva seguido de sus hombres. Se oyó un grito; todos los demás cuatreros se pusieron de pie y se produjo un movimiento general hacia donde estaban los caballos. Todos empezaron a ensillar sus corceles.

Lea usted

PUCKY

Todos los viernes

—Van a salir a hacer alguna de las suyas o a buscar provisiones, — dijo Billy Steele, mirando hacia abajo. — Esto simplificará el asunto para nosotros. Lo mejor de todo es que ni sospechen que andamos cerca de ellos.

Quince minutos después, los cuatreros partieron a caballo del cañón, ascendiendo por el sendero pedregoso que pasaba tan cerca de Steve y de sus compañeros. Pero éstos, comprendiendo que tendrían que pasar por allí, habían tenido la precaución de buscar un seguro escondrijo para ellos y para Diábolo y se guarecieron tras de unos peñascos mientras los cuatreros, riendo y bromeando, pasaban a pocos pasos de ellos. Algo de lo que iban diciendo dió a los que observaban, idea de la misión que llevaban.

—¡Van otra vez a la Casa de Justicia a sacar a alguien de la cárcel! — dijo Billy. — ¡Van a Big Horn a libertar a José Pascales!

Parecía que así era, en verdad. Pero Simón Basnett no formaba parte del grupo. El ciego, según vió Steve cuando colvió de nuevo a su sitio de observación al borde del cañón, estaba hablando con el centinela que seguía vigilando la entrada de la cueva que servía de prisión.

—Me parece, — dijo Billy, — que Basnett y el centinela son los únicos hombres que han quedado en el campamento. ¡Pero esto es una suerte para nosotros, amigo Steve!

—Descenderemos cautelosamente y nos apoderaremos del centinela, — dio Steve. — El vijo Basnett no va a dar mucho trabajo.

—¿Por qué molestarnos en descender cautelosamente? — preguntó Billy.

Se inclinó y midió con la mirada la profundidad del cañón.

Fué luego a donde estaba Diábolo, tomó el lazo de Steve y el suyo propio, — el que había usado para pasar por el hueco del barranco, — y regresó con los dos lazos a donde estaba su amigo. Ató un lazo al otro, cuidadosamente. Hizo un nudo amplio y, con el lazo en la mano, miró hacia abajo, fijando la mirada en el centinela que iba y venía.

Steve se sonrió. Billy parecía estar decidido aquel día, a realizar hazañas de actor de cinematógrafo. Pero, sin embargo, si a Billy le salía bien lo que se proponía hacer, resultaría mucho menos peligroso el rescatar a John Emberton y a Aguila Gray, si es que la joven también se encontraba en la fortaleza de los cuatreros.

Pero precisamente en el momento crítico el centinela levantó la vista y vió la sonriente cara de Billy que le miraba desde arriba. El individuo, — ni Steve ni Billy le habían visto antes, — lanzó un grito de alarma y se echó el winchester a la cara. Una bala dió en la roca a seis pulgadas debajo de Billy, y la piedra pulverizada le dió en la cara, sin hacerle daño alguno. Antes de que el hombre pudiera volver a hacer fuego, Billy había tirado el lazo.

El centinela trató de quitarse el lazo, pero el círculo era demasiado estrecho. Le sujetó por encima de la cintura. Billy dió un tirón violento y le ciñó los brazos al cuerpo. El individuo dejó caer el rifle y trató de soltarse, gritando, mientras tanto, como un endemoniado, pero Billy dió otro tiró fuerte y lo levantó del suelo.

Simón Basnett alzó sus ojos sin vista y tendió las manos, tanteando. Tocó la soga. Pero antes de que el ciego pudiese imaginarse qué había sucedido, Billy llamó a Steve y a Hop Wing, que le ayudaron en la tarea de tirar el lazo. Como una bolsa de harina girando sobre sí mismo, al extremo del lazo de cien pies de largo, el hombre ascendía rápidamente.

Volvió Simón Basnett a manotear, levantando las manos, y tocó las piernas del centinela. Se agarró a ellas, colgándose. Los gritos del hombre enlazado indicaban al ganadero ciego que algo inconveniente estaba aconteciendo, porque no soltó. El peso agregado hizo que los tres hombres que estaban arriba tuvieran que duplicar su esfuerzo. El resultado fué que Basnett comenzó a subir también, agarrado al otro. Pero el centinela pataleaba de tal modo, que, de improviso, dió un golpe con el taco de la bota en la cara de su jefe. Basnett se dejó caer al suelo con un ruido sordo y el hombre enlazado pareció correr hacia arriba.

—¡Hola! — dijo Billy Steele cuando el enlazado estuvo en tierra firme. — ¿Se siente usted bien, señor?

El prisionero prorrumpió en un torrente de insultos y blasfemias. Billy le hizo callar aplicándole su recio puño con fuerza convincente, debajo de la nariz del centinela. Era éste un joven de aspecto descarado, un típico ejemplar del bandido, el "desesperado" del Oeste, pero evidentemente no era tonto, porque comprendió el significado del puño de Billy y cayó.

Billy le sujetó rápida y hábilmente los pies y las manos, reduciéndole a la más completa impotencia, y le dejó tendido en el suelo.

—Lo primero que va usted a hacer, señor, — dijo Billy, — es enterarnos de si hay allí abajo alguien más, fuera de Basnett.

—¡Vaya usted a verlo! — contestó el hombre, mirando altanero a sus captores.

—Usted va a deirlo, — manifestó Billy, mirándole de un modo que impresionó al individuo. — Ustedes se disponían a ahorcar al padre de mi compañero. ¡Bueno! Aquí tenemos uno o dos lazos, y árboles

no faltan. Puede verlos si vuelve la cabeza.

El hombre juró entre dientes y se puso serio. La mirada y la manifestación de Billy parecían haberle hecho efecto.

—Allá no hay nadie más, — dijo de mala gana.

Steve y Billy no tenían razón para no creerle. La noticia fué satisfactoria. Billy miró a Steve y sonrió. Los dos miraron a Hop Wing, y les llamó la atención la suavidad de la sonrisa del chino, que se restregaba sus terribles maños, haciendo sonar las articulaciones.

—¡Bueno! ¡Entonces, vamos! Creo que usted quedará aquí muy cómodamente, compañero, hasta que sus amigos pasen y lo desaten. Si no llegan a pasar nunca por aquí, peor para usted. ¡Adiós!

Tomaron sus rifles y uno tras otro, se dirigieron por la escarpada senda pedregosa que conducía al fondo del cañón. Diábolo relinchó al verles, pero no les siguió. Pronto llegaron al nivel bajo y volviendo a la derecha, dirigiéronse a la cueva que había estado bajo la custodia del centinela.

En el mismo momento en que se llegaron Simón Basnett se presentó. Había entrado, probablemente, a amenazar de nuevo a su enemigo. En cuanto apareció la figura del ciego, Hop Wing lanzó un extraño grito, un rugido de fiera, y corriendo como loco se precipitó con asombrosa rapidez y en línea recta, contra el ganadero. Sus dedos largos y amarillos, dotados de fuerza asombrosa, se ciñeron al cuello del pillastre, y los dos cayeron por tierra forcejeando, delante de la cueva donde estaba prisionero John Emberton.

LA CAPTURA DE BASNETT

SIMON BASNETT lanzó un grito agudo y ahogado en el momento de caer. El chino gruñía como un perro rabioso. Aún cuando Steve y Billy casi habían esperado que el ciego fuera asaltado por el chino en cuanto se encontraran, la ferocidad del ataque fué tal que los dos amigos se quedaron aturdidos. Se miraron indecisos.

—¡No podemos dejar que el chino se anticipe a hacer lo que debe hacer el sheriff! — dijo Billy después de unos instantes. — Además, Bsanett nos puede ser todavía muy útil y no conviene dejar que lo mate.

—Es verdad, — dijo Steve, que corrió a ayudar al hombre a quien venían a prender.

No acudieron muy pronto al auxilio del ganadero porque el pillo tenía los ojos sin vista casi fuera de las órbitas; la lengua le salía en forma horriblemente grotesca, de la boca, y tenía el rostro amoratado.

—¡Suéltelo, Hop! — gritó Billy, tomando al chino de los hombros. — ¡No sea usted loco! ¡Suéltelo!

Pero se hubiera dicho que Hop Wing no le oía.

Steve, con sus enérgicas manos, tomó las muñecas del chino y tiró y tiró, sin resultaod. Aún cuando Billy acudió a ayudarle y tiraron cada uno de una muñeca, no lograron que Hop Wing aflojara ni lo más mínimo. Y mientras tanto, el ganadero defendíase cada vez con menos vigor, mientras sus ojos comenzaban a empañarse.

—¡No hay más remedio! — exclamó Billy, soltando la muñeca del chino sin que Hop Wing lo notara, pues estaba entregado a su furor como si satisfaciera una venganza largo tiempo esperada.

Pero no era aquel el momento en que Basnett debía morir, por mucho que lo mereciera. Billy lo comprendía así. Su deber era salvarle la vida al que era enemigo suyo y de Steve a la vez. Y como aquel era un día en que la imaginación de Billy, siempre despejada, parecía funcionar mejor que nunca, aplicó un método de su propia invención.

La trenza de Hop Wing colgaba sobre el hombro izquierdo del chino mientras él estaba echado sobre su enemigo. Billy tomó la trenza y con ella dió un par de vueltas al cuello de su dueño. Dió un tirón muy fuerte; después siguió tirando con cotdas sus fuerzas. Steve, comprendiendo su propósito, le ayudó. Tiraron los dos juntos, y, en propia defensa, el chino, con un terrible gemido de dolor y decepción, soltó el cuello del ganadero y se llevó las manos al propio. Billy dió otro tirón y realmente arrastró al amarillo, quitándole de encima de Basnett, después de lo cual le soltó la trenza. Sacó el revólver y apuntó a Hop Wing que, tocándose el cuello y tragando con dificultad, miraba enojado a los dos jóvenes que le habían salvado de cometer un homicidio.

—No tuve más remedio, Hop Wing, — díjole Billy. — Usted debe tener algún grave resentimiento contra Simón Basnett. Pero por eso no tiene derecho a matarle aquí mismo. La justicia lo reclama como culpable de muchos graves delitos.

—Ustedes, muchachos, no lo encontraron. Fuí yo quien les indicó el camino de su guarida, — dijo el chino, quejumbroso. — ¡Ese es un hombre malo!... ¡Ese hombre asesinó cobardemente a mi hijo, hace mucho tiempo!.

Lea usted la continuación de
EL RANCH DE LA DOBLE HERRADURA
En el próximo número de "Pucky".

LOS ENTRETELONES DEL CINEMATOGRAFO

CINEMA-CITY

(LA CIUDAD DEL CINE)

Novela escrita en inglés por

GUY THORNE

(Primera traducción especial para "Pucky")

El autor de "EL PIRATA AEREO", maestro en le el arte de la novela emocionante, se muestra superior a sí mismo en esta nueva producción.

CUARTA Y ULTIMA PARTE

Esta novela está dividida en cuatro partes. La primera apareció en el número 151 de "Pucky"; la cuarta y última es la que va a continuación)

RESUMEN DE LO PUBLICADO

LOS pabellones que en otro tiempo constituyeron la exposición llamada la Ciudad Blanca, a la que visitó todo Londres y que después pasaron a ser de propiedad de la firma estadounidense Homer Stax, que los destinó a un gigantesco estudio para la impresión de películas cinematográficas, estaban bajo la dirección y control de Georgius Alexander, hombre de condiciones excepcionales para el progreso de la industria del "film". Dicho estudio se conoce con el nombre de Ciudad del Cine, o Cinema City. Rodeado por un muro altísimo y vigilado con el rigor y disciplina de un campamento militar, el vasto estudio resulta inexpugnable.

Robert Ashe, empleado de Banco, y su hermana Muriel, bonita artista de la pantalla, son conducidos por medios engañosos a la Ciudad del Cine, donde permanecen secuestrados. Tras la pista del encierro en que se hallan ambos jóvenes, se encuentra sir William Riversdale, famoso explorador ártico; y su amigo Christopher Cameron, novio de Muriel Ashe.

Sir William penetra en la Ciudad del Cine disfrazado de conductor de automóviles, al servicio de una artista de cine: Cleo Silver, considerada una mujer vampiro. Dicho caballero alcanza a oir la conversación sostenida entre Georgius Alexander y su madre, mujer vieja de rostro amarillento y desagradable. Hablan de un documento concerniente a los prisioneros. Sir William se entera de que pretenden dar muerte al joven Robert.

Sir William es descubierto por Georgius y atado de pies y manos es encerrado en una celda. Ahí lo visita Cleo Silver, a quien el explorador revela su verdadera identidad. La artista, conmovida, le confiesa su admiración y amor, y el explorador, aprovechando la circunstancia y los entimientos de la joven en beneficio de Muriel y su hermano, persuade a Cleo para que lo ayude a engañar a Georgius. Siguiendo las instrucciones de Cleo, sir William adopta el nombre de Humphrey Roberts, procedente de Cornish, y forja la historia que lo obligó a huir de su pueblo, manifestando que al sentirse locamente enamorado de la vampiro Cleo, se disfrazó de conductor y penetró en las habitaciones secretas de Georgius.

Mientras tanto, Christopher Cameron ha inducido a un tal Fred Amble, — instrumento de Georgius, a quien traiciona para no hacerse solidario con sus crímenes, — a que le consiga un pequeño papel en una nueva película que se impresionará en Cinema City. Cameron adopta el seudónimo de Howard Smith.

Las líneas que anteceden son un breve extracto de las partes 1a., 2a. y 3a., que permitirá a los nuevos lectores darse cuenta del argumento de la novela, y gracias a él podrán entender sin dificultad lo que hoy se publica. La 4a. parte, que se publica a continuación, es la última y final de la obra.

CAPITULO VII

(Prosigue la narración el comandante sir William Rivers Dale)

I

GOLPEAN. La puerta se abre, dejando oir la voz de Georgius, que dice:

—Por acá, señor oberts, si es que está pronto.

Sigo a Georgius por un corredor, descubriendo de soslayo que su constante guardián, el negro Basoga, se halla a cierta distancia. Caminamos por el pasillo y luego doblamos a la izquierda, concluyendo por tropezar con una puerta que nos conduce a un lugar oscuro y curioso. Era una habitación semejante a la de Cleo Sirver en Mayfair, con todo el aspecto de una carpa o tienda de campaña. Los tapices eran suntuosos y de colores apagados; se replegaban en el centro, de donde pendía una lámpara de plata que despedía una luz mortecina. El piso estaba cubierto con una alfombra mullida. Al tomar asiento junto a una mesita circular en el centro del aposento, noté que el asiento pertenecía a una silla extravagante apilada de almohadones negros. Alcancé a distinguir que los tapices que tenía de frente, se levantaban en forma de arco, como cortinados que daban a una habitación mucho mayor, pues no veía pared alguna, sino una penumbra gris. Nos sentamos, uno frente al otro; y al instante, como por obra de magia, aparecieron dos fuentes de plata con sopa de bizcochos. El mago no era otro que el ex asesino de la Costa de Oro africana, o sea el señor Basoga, que se movía tras mío con tal cautela y silencio que parecía una sombra. Me sentí dispuesto a rendir el mayor respeto, pues nada más fácil que echarme un pañuelo al cuello y con un tironcito de atrás... no hubiese podido seguir relatando lo sucedido.

Cuatro lamparillas eléctricas con pantallas rojas iluminabna la mesa.

—Mi cocinero siempre prepara los platos para cualquier visita inesperada, — dijo Georgius. — En cuanto se sirve la comida, tanto él como sus asistentes y demás personas de servicio, abandonaban la casa; sin embargo, siempre se reservan unas fuentes en una cocina eléctrica que tengo en la habitación contigua.

—Es una sopa deliciosa, digna del mismo Savarin, — respondí con gesto de satisfacción.

—¿De manera que usted ha oído decir que Savarin es colega mío? — preguntó.

—¿Quién no lo sabe? — contesté al punto. — En Londres, la gente tiene más curiosidad por saber lo que pasa en su casa, que por la de cualquier otra persona.

Noté que se sintió halagado al oirme, pero sin quererlo demostrar, hizo un movimiento con la mano, diciendo:

—¡Ah! Ustedes, los ingleses, siempre tan materiales. En Francia, en Alemania y en Rusia, aunque esto pertenezca al pasado, debo hacerle saber, que Georgius, es considerado el artista por excelencia y no el millonario ridículo de quien hablan los ingleses.

—Es Georgius el mago, Georgius el brujo, — exclamó con entusiasmo.

Es asombrosa la fluidez de palabra a que puede alcanzar un ser humano, cuando se siente supendido sobre el cráter de un volcán por un cabello solamente.

—¡Ah, sí, por supuesto! — exclamó Georgius, mirándome con cierta fijeza. — Me había olvidado que usted viene de Cornwall, la tiera de los románticos. Si no me equivoco es usted dueño de grandes posesiones, una especie de señor feudal, según me ha contado Cleo. Es por esto que puede apreciarme, cosa que pocos ingleses alcanzan a hacerlo.

* * *

¡Cómo lo odiaba! No obstante, tal era el atractivo de su personalidad, la belleza de su semblante y el misterio incomparable de su voz que me sentí medio hipnotizado y creí estar frente a un semiangel y no al monstruo de las tinieblas.

A mi lado el champagne levantaba burbujas en una copa angosta y alta de cristal finísimo, color esmeralda, guarnecida con decoraciones doradas. Bebí inclinándome ante el dueño de casa, sin decir una palabra.

Debo agregar que Georgius como todos los rusos, era amante del champagne.

En su misteriosa casa, corría como el agua y lo bebía a cualquier hora.

Levantó la copa y exclamó, haciéndome avergonzar:

—A uno de los pocos enamorados románticos que aun conserva nuestra época!

Nos sirvieron riñoncitos de cordero en unos recipientes pequeñitos, condimentdos con aceitunas, paprika y jamón. No dudé de que el señor Savarin era un genio.

—¡Qué tranquilidad se siente aquí! — dije de pronto. — No llega ni uno de los ruidos que atormentan en Londres.

Sonrió entonces, al responder:

—Yo me he formado mi mundo porticular. Pocas son las personas que han podido llegar hasta donde usted se halla en este momento, es decir, a mi casa maravillosa. Cleo lo ha conseguido recién últimamente como un gran privilegio, pero es difícil dar con el camino.

Nadie sabía esto mejor que yo, después de haber penetrado en la fuente. Georgius se dió cuenta de lo que pasaba por mi mente y exclamó con expresión siniestra en la mirada:

—¡Ah! Usted ha visto lo que nadie ha conseguido aun. Confieso que usted, señor Roberts de Trevillion, es un hombre realmente valiente.

Un momento de aturdimiento hubiese bastado para que le clavase en el corazón el cuchilo que tenía entre las manos; pero el pensamiento de la sombra que guardaba mis espaldas, me detuvo.

—Cuando un hombre está loco de amor, es capaz de hacer cualquier cosa, — le respondí.

Eso fué suficiente para cambiar el giro de sus pensamientos. Podría haber jurado que no tenía intenciones de tratar el asunto, tal vez para anularme una vez que se pusiera de acuerdo con Cleo Silver, pues alcancé a distinguir la expresión ligera de la perversidad en su semblante, como la sombra de una n ubesobre un sembrado de trigo, pero fué rápido como el rayo.

—¡Amor! — exclamó. — Si señor, los dos podemos hablar de amor, pues a ese respecto, cuento con muy pocos confidentes y me parece que usted es capaz de comprender el asunto. Era de amor que yo hablaba precisamente cuando usted estaba atrás del biombo en mi despacho, dispuesto a trabar un combate conmigo.

Como tarde o temprano habíamos de llevar la conversación hacia ese tema, estaba preparado para el caso, así es que me erguí en el asiento con aire de orgullo y dije:

—Si yo hubiese entendido una sola palabra de lo qus usted decía, tenga la seguridad de que no me hubiese quedado tranquilo, aguardando en la oscuridad. No soy ningún espía; pero como me dí cuenta que usted se hallaba en compañía de una señora, a juzgar por la voz, y como hablaban en una lengua que jamás había oído, estaba esperando a que se retira la dama para luchar de hombre a hombre.

Desde ese momento; creo que Georgius dió crédito a la historia forjada por Cleo a propósito de mi identidad. Ya no me observaba con sospecha y se sentía también amigo, o mejor dicho, una persona que lo escuchaba con inteligencia. Me dí cuenta que la única forma de llegar a descubrir los misterios de su corazón, era simulando poseer las mismas ideas románticas que él pretendía tener y responder a sus pensamientos como el eco responde a las palabras.

—Hablaba en ruso, — me contestó. — Pues ha de saber usted que tengo sangre rusa y conversaba con una parienta anciana, que es la única que me acompaña en esta soledad.

Se volvió un tanto en el asiento para dominar la abertura que se veía entre las colgaduras. Por último exclamó con voz melodiosa:

—Ya amanece. Bebamos a la salud de la alborada mágica del amor. Usted va a disfrutar de la magia que me rodea.

Entonces ocurrió algo maravilloso.

La penumbra a lo lejos comenzó a disiparse.

Al instante tuve la sensación de la distancia. Casi me es imposible describir aquella maravilla: nuas luces delicadas y trémulas aparecían en une cielo lejano. La brisa fresca de la mañana hirió mi semblante, dejándome sentir un perfume delicioso que me impresionó sobremanera. Conocí el perfume que me embriagaba; era el enervante olor que sólo aprecian los orientales. Los tapices que nos rodeaban temblaron y las luces rojas desaparecieron, dejando asomar poco a poco la luz radiante del día. Me pareció la aurora que despunta en el desierto.

La noche se esfumaba lentamente, para caer en brazos del día. Nunca he visto nada más maravilloso.

De los grandes portones de Oriente, se destacaba la trompeta deslumbradora anunciadora del día; ni aunque mi mente no lo concebía, mi corazón la sentía, y así apareció el Dios Apolo. Delante irradiaban luces de oro en el pintoresco cielo y sentí que Georgius exclamó en éxtasis:

—¡Llega! ¡Es el sol, el sol!

Parecía que la carpa se hubiese transportado a una colina, pues a nuestros pies se extendía un panorama inmenso que se perdía en el horizonte. Un suelo cubierto de arena irradiaba bañado por la luz esplendorosa del astro rey. A la distancia y en el centro, veíase un río más bien ancho, con islotes cubiertos de cañaverales. En los lugares desiertos, se distinguían oasis con palmeras y tamariscos y a lo lejos hacia la derecha, un templo gigantesco.

Una brisa fresca soplaba de abajo y sentí que mi espíritu vibraba entonces de contento, con deseos de volar; cosa que me hizo prorrumpir en una carcajada como un loco.

—¡Es el padre de los ríos, es el Nilo! — dijo con dulzura Georgius.

El sol concluyó por elevarse, derramando una luz purpurina sobre las arenas que circundaban el templo. De sus puertas salían grupos que a duras penas distinguía y una vez en el desierto, se arrodillaban levantando las manos.

Una embarcación a vela se deslizaba casi junto a nuestros pies y a poca distancia de un grupo de palmas se adelantaban unos camellos y un hombre sobre un caballo negro de formas delicadas, marchaba en ropaje rojo y plateado.

Me parece que me disponía a dirigirme hacia el río, cuando de repente todo desapareció y las lamparillas rojas volvieron a darme luz y el africano volvió a servirnos champagne.

Algunas veces cuando recuerdo aquello me parece que hubiese disfrutado de un sueño rarísimo. Sabía perfectamente que todo era el efecto de los aparatos maravillosos con que contaba Georgius, una combinación de colores en la pantalla, elegidos y dispuestos por su talento extraordinario.

Pero en el lugar donde me hallaba no se veía el menor indicio de semejante película así es que las maravillas del mundo, expuestas ante mi vista, me parecieron obra de encantamiento.

No es el momento de relatar todo cuanto alcancé a ver. Estoy escribiendo solamente la historia terrible de los acontecimientos siniestros que ocurrieron entonces. Pero naturalmente, por más de una hora me perdí en el dulce sueño de aquella ilusión.

* * * *

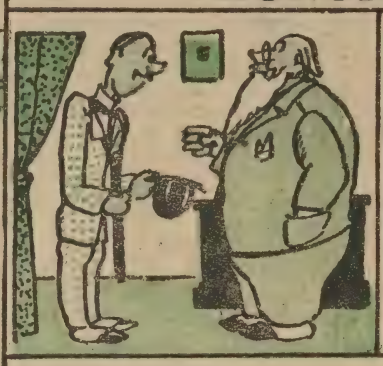
En una ocasión me pareció que me hubiese hundido en el mar. A la entrada de la carpa se veía un cristal donde el agua se extendía por fuera, por lo que me hizo suponer que nos hallábamos a bastantes metros de profundidad en la región de los

NOTAS COMICAS

HONORARIOS

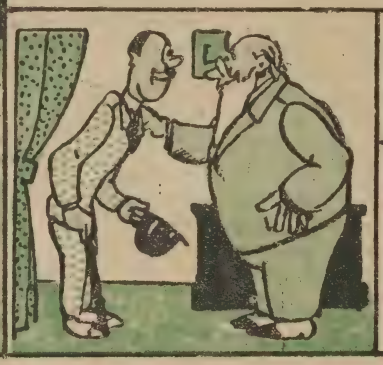
—¡Socorro! ¡No sé nadar!

—¡Yo tampoco y no grito tanto!



—Pues bien, estimado enfermo; ya está usted sano...

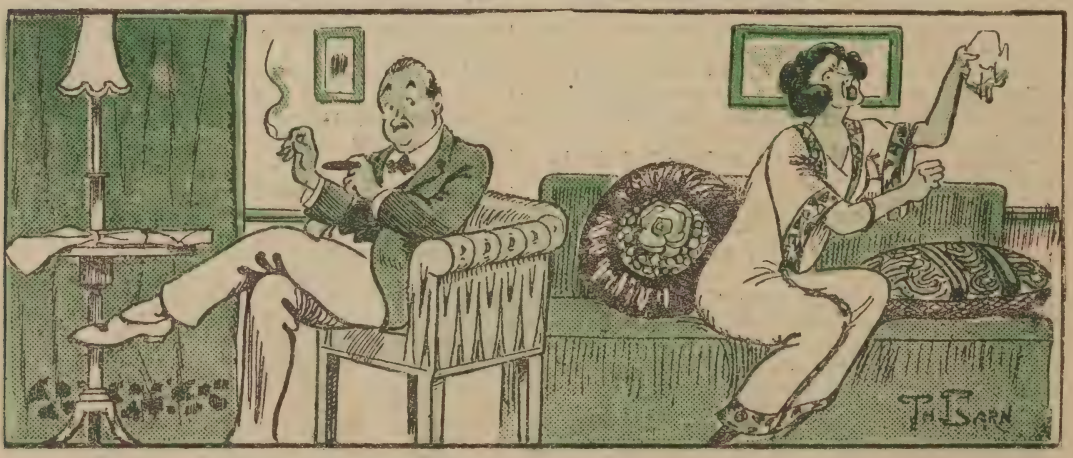
...Usted viene, sin duda, á pagar su cuentita... Pero no hay prisa.



...¡Así me gusta ver a mis enfermos! Mi tratamiento lo ha transformado. Usted no es el mismo hombre de antes.

El cliente: — Pues entonces, estimado doctor, pásele la cuenta al "otro"; yo no tengo nada que ver.

CONSECUENCIA ECONOMICA



—¡Me niegas un sombrero! ¡Quieres matarme! Si me muriera más que el sombrero te costaría el entierro.

—Sí, pero ya se habrían acabado los gastos.

UN HOMBRE HONRADO

(De "Pele Mele")

fantasmas. Peces raros nos miraban a través del cristal con sus ojos faltos de expresión. Un pulpo apareció de pronto luciendo la masa de su cuerpo con dos ojos enormes y un pico semejante al de un loro. A uno y otro lado se veían los espantosos tentáculos cubiertos con ventosas que daban miedo. Aquella parecía el infierno, como si el hombre que se hallaba a mi lado hubiese querido llevar a la pantalla la imagen de su propia alma. Por último, después de sostener un monólogo disparatado y jactancioso, el que en realidad no pude comprender porque me sentía muy cansado, Georgius me condujo a mi dormitorio. Me desvestí y caí en un profundo y despreocupado sueño, a pesar de haber oído antes que me cerraban la puerta con cadena de seguridad.

II

(La narración prosigue a cargo de Christopher Cameron)

EL segundo día de hallarme contratado como actor en la Ciudad del Cinematógrafo me vi envuelto en una constante fiebre de excitación. Por la mañana había estado en el estudio, ensayando una escena de lucha, con uno que hacía el papel de gladiador, bajo la dirección del caprichoso creador del asunto, el señor Denison, quien, a no dudar, sabía lo que hacía. Luego me comunicaron que no necesitaban mis servicios hasta muy entrada la tarde, hora en que requerirían mi presencia y me darían las instrucciones pertinentes. Al mismo tiempo me anunciaron que me pagrafan extra, si trabajaba por la noche.

Antes de partir para la Ciudad del Cine, por la tarde, entregué el certificado de la confesión de Amble, a propósito del secuestro de Muriel y su hermano, conservando una copia para mí. Me parecía que en posesión de un arma tan poderosa, en cuanto tropezase con Georgius, se la pondría ante sus ojos. Entonces no tendría más remedio que poner en libertad a Muriel y una vez que ésta y su hermano estuviesen salvos, no me importaría si castigaban o no a Georgius. Cualquier cosa me satisfacía, con tal de acabar de una vez con esa agonía interminable de incertidumbre. Sin saber en realidad lo que pasaba, me percaté en seguida de lo complicado que se presentaba el asunto. Comprendía que nos habíamos embarcado en aguas profundas y peligrosas. Toda precipitación arruinaría nuestras sanas intenciones.

Más o menos a las ocho de la noche, llegué a mi trabajo, conjuntamente con varios actores, alrededor de veinte, que desempeñaban papeles secundarios, lo mismo que yo.

En veinte minutos nos hallamos en el lugar que había servido de escenario a mi hazaña con el león. De inmediato pasamos al estudio central. En tres de los teatros y en las alcobas preparadas a los lados, se tomaban escenas que no tenían nada que ver con el gran espectáculo de la película extraordinaria en que nosotros tomábamos parte. La intolerable luz de las lámaparas de nueva invención caía como una sábana sobre los escenarios, donde artistas en trajes modernos y antiguos, según el caso, se movían presentando un semblante de espectros, debido a las pinturas y a la luz.

Las órdenes imperativas partían de abajo, por medio de megáfonos, el ruido peculiar de las grandes cámaras fotográficas resonaba por todos lados. Me encaminé directamente hacia la bóveda recubierta de vidrio, hasta llegar a un grupo de personas, formado por el judío Abraham, Denison, un negro atleta a quien supuse como asaltante de Riversdale en el teatro Parthenón y el italiano morocho que me acompañaba como gladiador en la lucha que habíamos comenzado a ensayar la tarde anterior.

—¡Ah! Aquí tenemos al señor Smith, —exclamó Denison al verme. — Deseo que venga conmigo.

Sin decir otra palabra se volvió dirigiéndose mucho más lejos del lugar que yo había visitado antes. Yo lo seguí, en silencio.

—Se le presenta una gran oportunidad, señor Smith, — me dijo en tono confidencial y algo nervioso. — Va a tratar con el mismo director en jefe ahora.

—¿Con el señor Alexander Georgius? — le contesté sin poder contener la excitación que me embargaba en ese momento, lo que mi interlocutor tomó por alegría.

—Sí, señor; parece que tiene una idea y quiere servirse de usted. Debo advertirle que penetrará en regiones secretas, donde se desarrollan escenas que deben permanecer secretas, de manera que le ruego que no vaya a decir una palabra a propósito de lo que vea.

—Por supuesto, señor Denison, ya lo prometí al hacerme cargo de mi trabajo.

—Pues bien, no se vaya a olvidar.

Vi entonces que estábamos frente a una barrera de madera de sesenta pies de altura que se extendía a lo largo del gran vestíbulo. Basta imaginarse Olympia de Kensington, que la mayoría de las personas conoce, dividida en dos, por un muro de madera que llegara hasta las galerías sin alcanzar el cielorraso, y entonces se tendrá una idea de lo que quiero decir, por más que el estudio cinematográfico central era más extenso que el Olympia. Varias puertas pesadas en apariencia, se descubrieron frente a nosotros, y Denison abrió una de ellas con una llave especial. Caminamos por un pasillo hasta llegar a un escritorio de paredes de madera, sin adorno alguno.

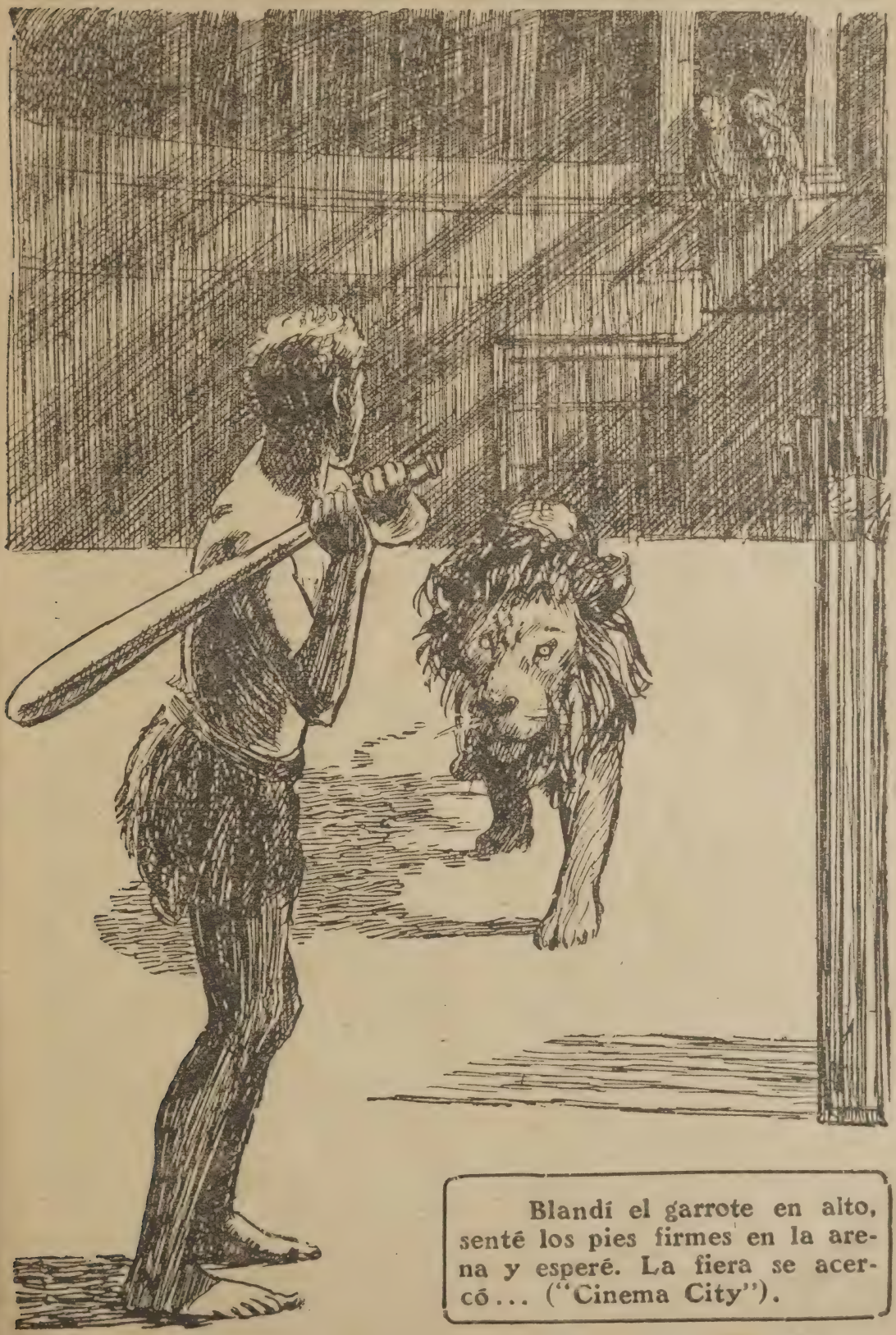
Una luz escasa iluminaba ese despacho provisorio. De una puerta entreabierta, distinguíase una luz poderosa y se oía el rumor de voces y risas y el olor peculiar del tabaco turco.

Denison llamó antes de entrar.

—Señor, aquí el hombre llamado Smith, — dijo al mismo tiempo empujándome hacia adentro. Cerró luego la puerta y desapareció.

Me pareció que mi compañero se hallaba atemorizado.

El aposento en que había entrado se encontraba regiamente amueblado, con tapices, espejos y alfombras mullidas. Sentada en un sillón y ataviada con un traje de eti-



Blandí el garrote en alto, senté los pies firmes en la arena y esperé. La fiera se acercó... ("Cinema City").

queta de tinte naranja velado, descubrí a la mujer hermosa, conocida como estrella del cine, tan familiar en el mundo entero. Reconocí al punto a Cleo Silver, la Vampiro, como la llamaba Lamson, empleado al servicio del pobre Bill Riversdale. Me incliné con más ceremonia ante Alexander Georgius que se hallaba de pie fumando un cigarrillo.

* * * *

Por fin me encontraba frente a frente de ese hombre, desde que conocía la historia de los secuestros. Ahí lo tenía: alto, formidable y famoso. Por un momento a pesar del odio y desprecio que me inspiraba, comprendí que me tenía bajo sus garras. Conocía su genio extraordinario, tal vez más que muchas personas; pero no era eso lo que más me impresionaba, pues había tropezado con genios mayores, sino su maravillosa hermosura, su aire atreyente y su porte encantador.

No pido disculpas por expresar tal admiración. Centenares de hombres y mujeres habían sufrido la misma impresión frente a ese tipo de hombre. Cuanto más sensitiva y artística era la naturaleza de un hombre, más debía sentirse sujeta a la influencia de un ser semejante a Georgius, que seguramente había nacido bajo alguna estrella roja y era un alucinado diferente a los demás mortales.

Con gran sorpresa, noté que me estrechaba la mano y me hablaba como a un caballero. Sabía que no lo hacía con los que se encontraban bajo su dependncia y quedé estupefacto ante su actitud.

—Señor Smith, — me dijo. — Permítame que le presente a la señorita Cleo Silver. Tenga la bondad de sentarse, pues debo conversar con usted a propósito de una nueva producción.

Tomé asiento, pensando que podía hacerlo proceder en esa forma. Durante todo el tiempo me observaba con atención, pero pude notar que no sopechaba que estuviera representando un papel que no me correspondía. No tenía por qué dudar de mí, pero como yo tenía conciencia del engaño que fraguaba y del documento que guardaba mi bolsillo, me sentí nervioso com un gato, en el primer momento de la entrevista. Pensaba si recordaría mi semblante, del día en que me vió en el vapor al salir de Calais.

—Le voy a ofrecer una gran oportunidad, — agregó. — Según tengo entendido, usted está trabajando aquí, por dos razones. Primeramente porque no tenía trabajo como actor en los teatros; segundo, porque quería lucirse como artista de cinematógrafo y obtener algunos triunfos.

Yo no contesté una palabra, pues me pareció prudente dejarlo expresar primero todos sus pensamientos para saber a que atenerme.

—Pues bien: dinero o ambición, siempre que usted esté dispuesto a tomar parte en lo que voy a proponerle.

—Estoy lo más ansioso señor Georgius, — le contesté. — Deseo actuar como artista en la pantalla, porque estoy seguro que el cinematógrafo está llamado a ser el arte del porvenir. Fuera de eso, estaba pasando una mala situación y ha sido una gran suerte, poder conseguir trabajo en su compañía, — agregué, temiendo haberme aventurado a decir demasiado. Titubeaba al hablar como queriendo expresar mi gratitud por el honor que me confería al recibirme en su despacho particular.

—Entoces, señor Smith, creo que nos vamos a arreglar. He podido comprobar que usted es un hombre valiente y que sabe mantener el control necesario para sujetar sus nervios. Además, he sabido que es un atleta en perfecta condiciones.

—Usted no sabe lo que hubiese pagado por verlo hacer frente al león,—replicó Cleo Silver con una sonrisa. Entonces comprendía que algo tramaban esos dos seres vanidosos, aprovechándose de uno de sus servidores.

Pronto me dí cuenta de lo que pensaban.

—En la gran película que me propongo sacar a luz, estoy hilando las diferentes partes como si se tratara de un rompecabezas. Será una producción artística, ante la cual todo el mundo civilizado se levantará en un aplauso y se inclinará ante el genio que tuvo la inspiración de concebirla. Estoy empleando y ensayando métodos, desconocidos hasta ahora en la historia de cinematógrafo.

Esas palabras resonaron en mis oídos como una melodía musical. A pesar de la arrogancia característica de Georgius, se expreso con tla confianza y naturalidad que, aunque no me sintiese subyugado por sus ideas, comprendí hasta qué punto podía ese individuo someter a los demás a su voluntad exclusiva.

Levanté la vista y reflejé en la mirada una gran admiración y lealtad: sentimientos que no eran sinceros. Creyó que era uno de sus admiradores y continuó diciendo:

—Cuando esta obra de arte grandiosa, que lleva tres años de ensayos, se llegue a realizar, las producciones cinematográficas tomarán otro giro. Todos los métodos antiguos se olvidarán y arrojarán como guantes viejos y usted señor Howard Smith, no dudo que será uno de los primeros destinados a revolucionar el arte de que hablamos. era una revolución en las líneas del realismo. Los hombres y mujeres se verán actuando como en la realidad, en la medida de lo posible, tomados en el momento en que se revelen sus pasiones y sentimientos; no como en la actualidad, en que pretenden desempeñar tal o cual papel. No debo manifestar todo lo que pienso. Ya he conversado con usted, como si lo hiciera con uno de mis confidentes. Ahora voy a manifestarle el servicio particular que demando de usted y que a la vez, puedo decir que le ofrezco.

Noté entonces que, a pesar de su vanidad, creía realmente lo que decía y estaba entusiasmado ante sus mismas ideas.

Por mi parte, me sentía pronto a realizar cualquier cosa que me propusiera pues una vez que ganara su confienza, el resultado de

mis planes sería seguro. Georgius continuó diciendo:

—Uno de los incidentes en el Coliseo de Roma, será una escena que se desarrollará en una hora y cuarto en la pantalla y representará la lucha de un hombre contra un animal. Uno de los jefes bárbaros de los galos, cautivo en Roma, es condenado a muerte, pero se le perdonará la vida si combate contra un león, valiéndose de sus propias armas. Será una escena tan real y tan maravillosa, que usted es incapaz de comprenderla, pero desearía que diese la impresión de la verdad, o más bien, que fuese real, como lo será todo lo demás de la película.

—¿De manera que yo seré el galo? — le pregunté con calma.

—Sí, — me respondió. — Usted sostendrá el combate con el gladiador como lo hemos acordado pero aparte, tal como le acabo de manifestar tendrá que prestarse para aparecer como un jefe bárbaro medio desnudo, fornido, armado con un garrote. Podría representar la escena valiéndome de un ardid, pero resultaría lo mismo. Cortando la cinta, añadiéndola y remendándola, podría obtener el combate que deseo, pero estoy seguro que le faltaría el sabor de la verdad. Quiero que usted trabaje,—y sus ojos se fijaron en los míos hablando con lentitud. — Quero que usted mate a un león verdadero en la arena.

Se detuvo, y tanto él como la Vampiro me miraron con intensidad.

Después de una pausa, Cleo dijo:

—En cuanto usted haya realizado su cometido, yo, que me encontraré en uno de los asientos altos, en el sitio imperial, me inclinaré y al posar mis ojos en usted, le entregaré una plama y la libertad.

—¿Y en caso de que el león matase al galo? — les pregunté.

—Eso sería una gran desgracia, — replicó Georgius. — A pesar de que el espectáculo, no sería menos real por eso. Le soy franco, caballero. Quiero presentar al mundo la verdad de las cosas, tal como suceden en la la vida. Las viejas y falsas convenciones, tienen que desaparecer. Millones de personas, desde este país hasta los rincones del Japón, Borneo y los lugares lejanos donde termina la civilización, lo verán a usted, joven aún, dando muerte a un león con un garrote, o en caso contrario, muriendo bajo las garras de la bestia.

—Muy bien, señor Georgius,—le respondí. — Estoy dispuesto y preparado para desempeñar el papel que me encomienda, siempre que se me conceda la oportunidad de que goza todo hombre que practica un deporte.

* * * *

Cleo Silver se echó a reír y batió palmas. El aire majestuoso de Georgius desapareció, al abrir una botella de champagne y extenderme una copa.

—Estará usted perfectamente seguro, — me dijo. — Si es que es el hombre que yo creo. No dudo que ofrece un peligro grave, pero todos los días se corren riesgos peores. En cuanto al arma, debo comunicarle que ya está preparada, será un garrote de teca, india, semejante a las clavas que usan en los gimnasios. La parte que usted sostendrá entre las manos está recubierta de cuerdas enceradas, como las de las raquetas para ciertos juegos, y la parte abultada contendrá plomo en el interior para que sea más pesada. Lo importante consiste en que termina en tres o cuatro clavos de dos pulgadas de largos de acero templado, muy puntiagudos y afilados. Un solo golpe en la cabeza de la bestia, o en el hocico primero, para después darle en la cabeza, bastará para que los clavos penetren en los sesos del animal. Por otra parte, el león será uno de los que se conservan cautivos en los circos, como el del otro día. Seguramente gruñirá y tratará de acercársele en cuanto lo vea, pero no ha de saltar, salvo que usted le dé la espalda. Para los espectadores será otra cosa. El hecho requiere: fuerza, ligereza de vista y mucho nervio. Usted posee las tres cualidades y saldrá airoso.

La proposición en esa forma no resultaba alarmante. Sería algo sorprendente, lo de ver a un hombre estrellando el cerebro de un león con un simple garrote, sin mayor dificultad. Con todo arreglado a mi favor, sabiendo el momento exacto en que debía avanzar, sería lo mismo que derribar un roble.

—Estoy pronto, — respondí sin inmutarme.

Entonces se me ocurrió una idea que me elevó en el concepto de Georgius.

—Sin embargo, hay algo, señor Georgius. ¿No le parece que la hazaña perderá gran parte de su mérito y de su efecto en la pantalla, si el garrote tiene esos clavos eficientes?

Creí que en ese momento iba a darme un abrazo. Sonrió con la xpresión de un artista encantado, y exclamó:

—¡Qué suerte haber tropezado con usted! No habría un hombre entre cien que hubiese pensado en esa forma. Por supuesto que yo también he pensado en eso mismo. La cabeza del garrota se cubrirá con un papel pintado semejante a la madera.

—¿Y cuándo desea usted que yo me preste para la escena?

—¿Por qué no lo hacemos ahora? — me dijo de pronto, observándome con verdadera curiosidad. — Todo está pronto. Si no resultara bien para la pantalla, podríamos entonces hacerlo de nuevo. No me importa que mate diez leones, con tal de que se obtenga una vista a mi entera satisfacción.

Pero usted debe tener en cuenta una cosa, y es que no escatimo gasto alguno. En cuanto a usted, señor Smith, recibirá una suma importante que le será entregada por uno de mis empleados, y que, a no dudar, le ha de satisfacer.

Dijo estas últimas palabras con un movimiento significativo de la mano, como si la cuestión dinero, fuera lo de menos para él.

III

—¿De mnaera que no se trata de un ensayo y no tendré que aderezarme otra vez?

— pregunté al señor Denison, media hora después.

Me encontraba frente a un gran espejo, en un aposendo reducido, perfectamente iluminado. En derredor del cuerpo, como para cubrir el pecho, lucía un cuero de cabra, sostenido con un cinturón de cuero. Los brazos y las piernas estaban teñidas de color oscuro, y mi cabeza ostentaba una peluca de cabellos rojos en desorden, para tener el aspecto de un bárbaro.

Denison me miraba de arriva abajo, terminando mi atavío, y con voz dudosa me respondió:

—Por cierto, si no se obtiene una vista buena, tendremos que ensayarlo de nuevo, ¿verdad?

Noté que mi compañero estaba excesivamente pálido y que la mano le temblaba bastante. Comprendí que no le agradaba la empresa que le habían encomendado, por más que yo fuese la persona interesada en el asunto.

—De modo qeu si no mato al león y no se consigue una buena vista tendré que prestarme a repetir la acción otra noche con un león diferente?

—Tenga la seguridad de que el director no ha de ahorrar medios para conseguir lo que desea, — respondió Denison en una forma que no pude contener la risa.

—¿Y si sucede lo contrario y el león me mata?

—No piense en eso ni por un momento, muchacho.

—No creo que sucederá, pero piense en la hermosura de la vista, si por casualidad ocurriese.

Entonces descubrí que su rostro se iluminaba, y comprendí la influencia que tenía Georgius sobre sus subalternos.

—No dudo que resultaría una vista espléndida. He dado instrucciones para que, suceda lo que suceda, la cámara continúe funcionando, así se obtiene una vista completa .

—Dígame: ¿usted obra como operador?

—Naturalmente que no conviene que muchas personas entren en el secreto, — me rspondió en tono confidencial.

Me entregó el garrote, que me pareció un arma a toda prueba.

Reflexioné sobre la conversación sostenida y me enteré de que la vida no representaba nada para Georgius, fuese la mía o la de cualquier otra persona, ante el deseo de conseguir la realidad en la pantalla. No dudé que los censores ingleses jamás permitirían exponer semejante vista, pero como Inglatrra no era más que una parte del globo terrestre, bien podían utilizarme para inmortalizar el cíne, aunque me despedazaran al estilo romano.

Sin embargo, no tenía miedo alguno. Aparte de que me tenía absoluta confianza, algo en mi interior y mis propósitos, alejaban todo temor. Tenía que cumplir una misión desesperada y elevada; contaba con el éxito seguro de antemano, aún desafiando la malignidad de aquellos hombres. Más que todo, me animaba el pensamiento de que Muriel se encontraba bajo el poder de un hombre como Georgius.

—¿Ya está pronto? — me preguntó Denison. — ¿No quisiera tomar un poco de cognac?

—No, gracias, acabo de tomar un poco de champagne.

—Me siento mal, así es que...

Se sirvió bebida con mano trémula y luego pasamos a un corredor que nos llevó a un vasto y desmantelado lugar, destinado a la escena en que debía actuar.

—¡El Coliseo! — exclamó Denison.

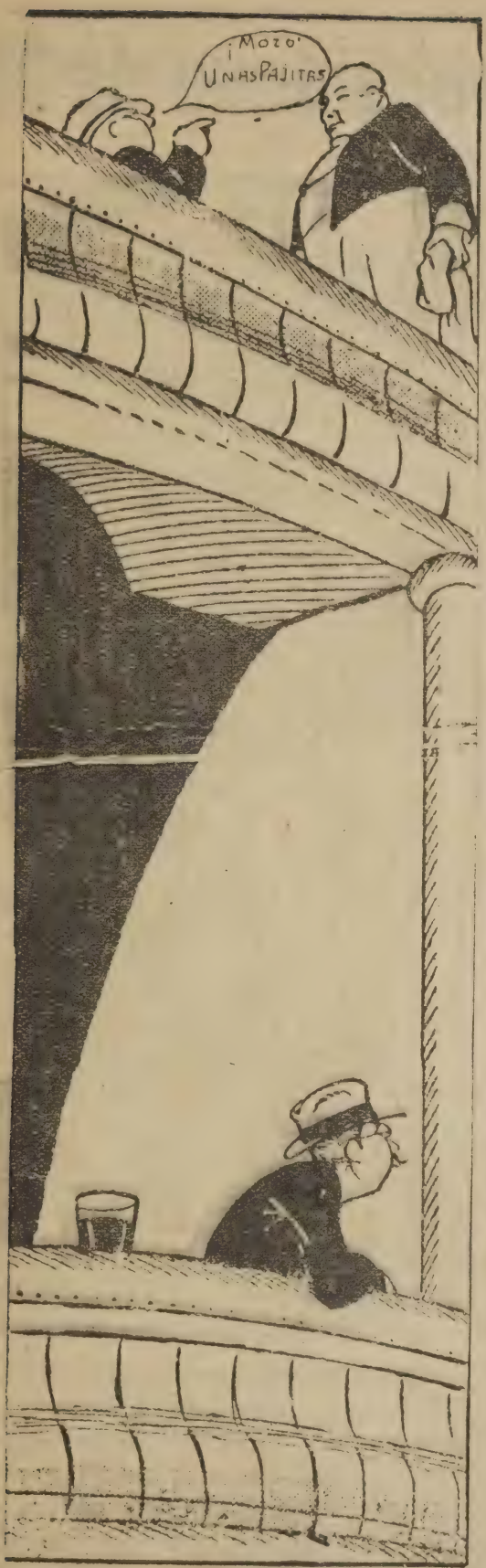
Nunca había visto una extensión tan real y hermosa como la que tenía frente a mis ojos .Conocía el Coliseo romano a la luz del día y a la luz de la luna, cuando los turistas lo visitan deteniéndose emocionados en el lugar donde los mártires del cristianismo murieron por la fe. Me pareció que me hallaba de nuevo en el anfiteatro real. Veía el muro que se destacaba y los arcos que dejaban ver el cielo, fuera de las hileras de asientos. La construcción de piedra, el mármol y la decoración romana no podían ser más reales. Una luz deslumbrante, radiante como el sol meridional, caía sobre la arena; todo aquello estaba tan prouorcionado, que no pude menos que quedar mudo y helado de admiración ante el espectáculo artístico que me circundaba.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! — exclamé. — En la historia de la ilusión, no debe existir nada semejante.

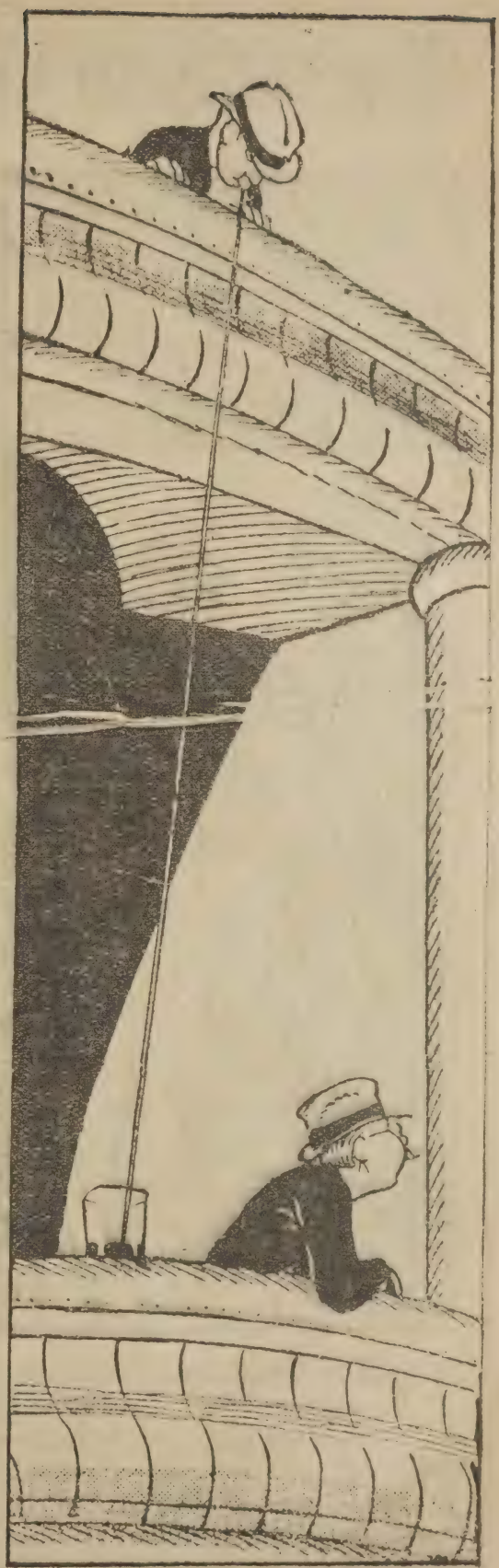
Entonces me hirió la mente un pensamiento: el gasto que debía haber irrogado tamaña empresa. Eso de llevar a Italia a los actores del drama, llenar los asientos en derredor de la arena con una muchedumbre (cosa muy fácil en Roma) para obtener una película real en apariencia, debía haber costado diez veces más de lo que yo mismo podía figurarme. No tenía tiempo de hacer cálculos, mientras caminaba por la arena, pero lo conservé en la conciencia y pro-

AVISO A LOS LECTORES

Accediendo a lo solicitado por muchos favorecedores de este magazine que lamentaban tener que sacrificar páginas de lectura para poder utilizar los modelos de armar, desde este número, en las páginas 33 y 36 se publicarán notas sueltas de modo que la lectura pase de la página 32 a la 37, pudiéndose sacar las cuatro páginas centrales para armar con ellas el divertido juguete que "Pucky" ofrece semanalmente a sus lectores.



En el Music



Hall

El gracioso ventrílocuo de Ma

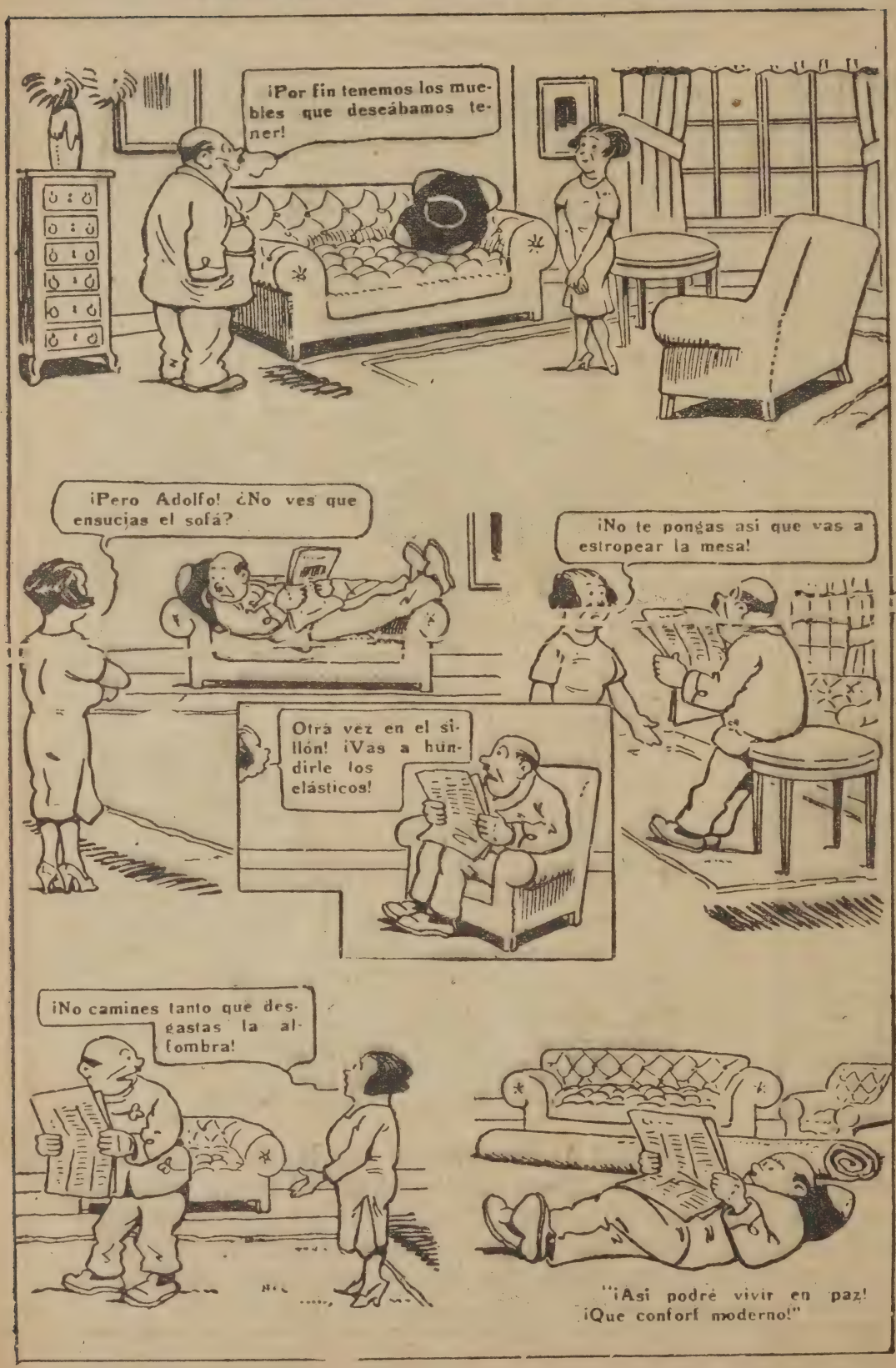
DEBE empezarse por pegar todo el dibujo, ---- después de dest
zine,---- en un pedazo de cartón. Una vez bien seco se reco
la hendija marcada por la línea de puntos A-B y el hueco
trás del punto 1 del otro trozo y se unen los dos mediante un br
Palanca por el hueco C-D y luego se pasa la figura del muñeco
colocar el sitio 4 detrás del sitio 3 y unirlos con otro broche. P

del Plata

Un juguete de movimiento que ha de servir para que se diviertan los grandes,---armándolo,--- y los chicos... jugando con él largo rato y sin cansarse.

r las cuatro páginas, lo que no interrumpe la lectura del maga-
con cuidado las piezas y luego se hacen en el trozo cuadrado
alado con C-D. Colócase el punto 2 del trozo de la Palanca de-
e. Después por la parte de atrás se mete el extremo que dice
ventrílocuo por la hendija A B. Lo único que falta entonces es
que el juguete funcione se tira y empuja la palanca.

CONFORT MODERNO



(CINEMA - CITY)

(Continuación de la página 32)

dujo frutos provechosos, como pronto lo verán.

No ví alma alguna por uno o dos minutos; luego apareció un grupo que partía de un arco y penetraba al lugar donde yo me hallaba. No era otro que el compuesto por el negro, Cleo y Georgius. El negro lucía un uniforme especial y llevaba un látigo en la mano y dos armas de fuego en el cinturón.

—¡Grandioso, colosal! — exclamó Georgius al verme avanzar con el garrote en alto y en mi atavío particular. Pensé que mi aspecto feroz, respondía precismaente al estado de m ialma. Con un solo golpe del arma que blandía en la mano, hubiese derribado a Georgius para siempre.

—Es usted un gran actor, — me dijo, al observar el resplandor de mis ojos y el odio en la expresión de mis labios, por más que no estaba desempeñándome como artista. Luego prosiguió:

—La señorita Silver y yo subiremos para ocupar aquel palco, donde debe sentarse el emperador Nerón, cuando la vista termine. Usted se ubicará bajo aquella pared, donde nosotros podamos verlo por completo. La lucha que debe sostener con el león será privada, así es que los espectadores no ocuparán sus asientos durante ese momento, pero en cuanto termine y coloque el pie sobre la bestia, la película pondrá en evidencia los millares de espectadores en derredor, aplaudiendo el arrojo suyo, y entonces la emperatriz Popea le entregará la palma.

—Esta noche le daré también esto, — me dijo Cleo, mostrándome una rosa que adornaba sus cabellos. Luego corrieron hacia un pórtico, desapareciendo de mi vista.

Denison, con las mejillas algo sonrosadas gracias al cognac, pero con voz temblorosa como la de un hilo telegráfico sacudido por el viento, se acercó a mi lado, diciendo:

—Escuche, señor Smith: ahora me retiraré con la cámara fotográfica a esta jaula; usted quédese ahí, — dijo, señalando un lugar a tres varas de la pared que se levantaba a mi izquierda. — Cuando esté pronto, silbe, y Sambo dejará salir el... animal.

—No le pasará nada, señor, — replicó el negro, con una sonrisa amistosa. — César está domesticado. ¡Pobre viejo! Yo correré junto a la jaula, y además tengo estas pistolas, señor. Si el viejo César se muestra peligroso, le meteré unas balas antes que lo alcance, señor. Confíe en Sambo.

—Perfectamente, — repliqué, colocándome donde debía.

Tras mío sentía los movimientos nerviosos de Denison al acomodar la máquina. Arriba y a la izquierda sabía que unos ojos ansiosos se fijaban en mi persona, pero no volví la mirada a ese lado. En seguida, sin esperar nada más, silbé. No bien el eco pareció apagarse a la distancia, una puerta de reja se abrió a cincuenta varas de donde me encontraba. Oí una especie de tos, el chasquido del látigo, y de inmediato, una bestia de pelo tostado apareció en la arena, pestañeando y husmeando el suelo con el hocico sobre la arena. Comencé a caminar con cautela hacia el centro; cuando la fiera se detuvo de pronto con un rugido espantoso, dándome a entender que había notado mi presencia. De soslayo ví que Sambo trataba de acercarse junto a la jaula, donde estaba la cámara, con el propósito de defenderme si el león se avalanzaba sobre mi persona. Observé que preparaba el revólver, y entonces me sentí humillado en mi dignidad. Aquello no era lo que me habían prometido, y lo peor era que lo sabían, mientras yo lo ignoraba.

Blandí el garrote en alto, senté los pies firmes en la arena y esperé. La fiera empezó a acecharme, como los gatos tras los pájaros, con el cuerpo bajo, en forma que casi tocaba la arena.

Poco a poco se acercaba, cuando al verlo a diez varas, me adelanté un paso para hacerle frente.

Temía que se agachase de pronto y saltase sobre mí, por más que creí que un león domesticado para el circo, nunca lo hace mientras se lo mira de frente. Sin embargo, parecía que esas eran sus intenciones. Fué agachando el cuerpo más y más, sacudiendo la arena con la cola. Avancé un paso más y lancé una voz de mando.

Creo firmemente que eso me salvó. En lugar de saltar se detuvo en las patas traseras, abrió las fauces y rugió en forma espantosa, tal como lo hacen los leones enjaulados.

Era tiempo que procediera a realizar lo convenido, si es que había de hacerlo. Salté hacia el animal, levantando el garrote, y cuando me ví a distancia conveniente, antes de que la bestia me hiciera frente, blandí el arma, describiendo una curva sobre su cabeza, y la dejé caer sobre el cráneo, tras la oreja. Con un gruñido horrible cayé como un tronco, retorciéndose sobre la arena. Había concluído con él. Corrí hacia el pobre león, ya fuera del alcance de sus garras, y prorrumpiendo en un grito salvaje, sin saber lo que hacía, le dí el golpe de gracia. Aquella sangre caliente, conjuntamente con los sesos, me salpicaron al volver la espalda. En encaminé al palco, embargado por la excitación del triunfo.

Cleo Silver estaba inclinada hacia afuera, con los ojos y la boca abierta como una máscara griega. Me arrojó la rosa, y en seguida Georgius bajó a la arena, riendo, gritando, sacudiéndome de los brazos y bailando como loco. Parecía haber perdido todo control, cuando en eso Cleo se nos acercó.

El león estaba inmóvil y Cleo se aproximó para mirarlo de cerca, mientras yo permanecía jadeante, sin pronunciar palabra alguna.

Sin saber por qué, levanté los ojos hacia el palco que recién acababan de abandonar Georgius y Cleo.

En menos de un segundo alcancé a distinguir un rostro, que desapareció al punto.

Una mano asomaba por entre las cortinas, y vi que dejaba caer una bolita de papel junto a mis pies. Al instante la levanté, colocándola en el cinturón. Entonces sentí que mis piernas vacilaban y casi no podía tenerme en pie; el rostro que había visto en el palco era el de sir William Riversdale.

IV

(La narración es continuada por sir William Riversdale)

Cuando me retiré a dormir debía haber amanecido hacía largo rato. No había ventanas aparentes en el aposento en que me hallaba, y eternamente parecía brillar una luz artificial. Dormí a las mil maravillas, y al mirar mi reloj vi con sorpresa que eran las ocho y media (digo mi reloj, porque algunas de mis prendas me habían sido devueltas.)

—No puedo haber dormido veinticuatro horas, — dije para mí, mientras me desperezaba sobre aquella cama tan cómoda. Entonces traté de reconstruir los acontecimientos de la noche anterior.

Mientras serenaba mi espíritu y proyectaba mi plan de acción, la puerta se abrió, dando paso a Basoga.

Traía una bandeja con el servicio de té, y me saludó con una sonrisa amistosa, mostrando sus dientes puntiagudos con una mueca sólo comparable a la de la pantera.

—Como lo vi despierto, traía el té, señor, — me dijo.

—¿Y cómo sabía que yo estaba despierto?

Pensé entonces que era una bendición que ignorase que era yo el que le había dado aquel golpe formidable en la mandíbula, pues en ese momento, estaba a su merced.

—Yo también soy algo mago, como el patrón, — me respondió pavoneándose con orgullo. Comprendí entonces que la vanidad era la característica de ese animal.

En la bandeja había una notita. La leí enterándome que Georgius estaría ausente veinte horas, y por eso me escribía disculpándose por no poder atenderme como hubiese deseado. Me dió a entender que la señorita Silver pasaría la tarde conmigo.

No tenía más remedio que tener paciencia. Bebí el té y traté de entusiasmar al negro para que continuase expresándose en su jerga rara. Noté que llevaba un nuevo cuchillo en el cinturón. Me llamó la atención el respeto con que me trataba y pude llegar a comprender que no se daba cuenta del lugar que ocupaba en aquella casa siniestra, ni el motivo de las consideraciones que Georgius me prodigaba, sólo que era un amigo de cierta influencia. Seguramente la cena de la noche anterior lo había hecho creer tal cosa.

Sin embargo, tenían orden de vigilarme; pero el carcelero era benevolente; por lo menos mientras yo no hacía ademán de escapar, esfuerzo que me sería de funestas consecuencias (según el negro) y por demás estúpido, hallándome en una casa maravillosa que pocos hombres tenían la fortuna de disfrutar y donde no había límite, cuando se trataba de comida y champagne. Al mencionar esa bebida, Basoga prorrumpió en un lamento semejante al silbato de la lorcomotora al ponerse en movimiento. Entonces me acordé que el negro tenía debilidad por el champagne.

—¿No quisiera tomar un baño? — me preguntó.

Le contesté que me era absolutamente necesario. Me alcanzó una salida de baño turca, abrió la puerta y me condujo a través de un corredor hasta el lujoso baño de mármol blanco con toda clase de comodidades y esencias exquisitas.

Una vez que me hube refrescado, regresé a mi habitación, me afeité y me vestí.

Sobre la mesa tocador encontré unos cepillos de marfil y todo lo que la persona más exigente pudiese desear.

—Dice el patrón que la señorita Silver vendrá a verme esta noche, — le dije señalando la nota y extendiéndola luego para que la leyese.

—Así me dijo el patrón, pero yo no sé leer. Ahora, señor, haga el favor de pedir lo que quiera para la cena.

Aunque ya era de noche, esa sería la primera comida del día. Ordené unos huevos y tres botellas de champagne.

La expresión de Basoga al oír esto, me causó alegría. Entonces se atreví a decirme:

—Pero señor, se va a embriagar y la señorita Silver no vendrá hasta las tres o las cuatro de la mañana.

—Así dice su patrón, — gracias a Dios el negro no leía. — Seguramente pediré otras cuantas botellas para pasar el tiempo.

Por el momento Georgius estaba fuera del camino. Tenía razones para suponer que el único hombre en esa casa, era el salvaje.

Mientras comía, ordené a Basoga que acomodase la habitación y tendiese la cama, lo que hizo con aire de la mayor humildad. Mientras tanto formulé algunas preguntas en forma de afirmaciones, para que me las negase o confirmase.

* * *

A los diez minutos, me pareció haber conseguido estudiar a fondo al individuo. Era en absoluto fiel a su patrón, pero al mismo tiempo le temía.

Esa era la condición más humana y generosa del negro, pues en lo demás resultaba: jactancioso, vanidoso, sanguinario y falso. En el curso de la conversación lo hice hablar de su persona.

—En su manera, usted es un gran hombre Basoga, digno de toda la confianza que Georgius ha depositado en su persona. No hay duda que es un honor, ser el patrón de esta casa, mientras él se ausenta. Yo creo que no hay otro hombre aquí, capaz de mandarlo, ¿verdad?

Gruñó con placer y movió la cabeza con orgullo diciendo:

—Soy el patrón aquí, excepto la señora de edad, que se ocupa de sus habitaciones y de las de la señorita.

Escondí la nariz en la copa de champagne para ocultar la emoción. Mi pensamiento no me engañaba, esa señorita era Muriel Ashe.

No debía demostrar el menor interés, así

es que mi movimiento inmediato, fué de lo más calculado.

Abrí otra botella de champagne, llené el vaso de plata y con disimulo lo empujé de modo que estuviese al alcance del negro.

Sus ojos daban vuelta, sedientos de placer y lamía la boca como un perro, a pesar de levantar una mano en son de protesta.

Me encogí de hombros.

—Como guste, — le dije. — Pero no puede hacerle ningún daño. Su patrón estará ausente mucho tiempo y no diré una palabra.

—Usted me embriagó la vez pasada, — dijo sonriendo.

—¡Tonto! ¿Pero no se acuerda que se bebió ocho botellas usted solo?

Sabía perfectamente que no recordaría nada de lo ocurrido aquella noche.

Hizo unas muecas con expresión orgullosa y extedió sus brazos como los de un mono, vaciando el vaso de un trago.

En seguida se animó y comenzó a charlar como un loro.

Como ya dije anteriormente, cuando joven había visitado la costa Oriental de Africa y por lo tanto, conocía mucho de la vida de los nativos, así es que supe cómo manejar a Basoga, dándole de beber poco a poco. Lo llevé a tratar el asunto de los espíritus y de las brujas, que ejercen una influencia notable entre los salvajes. Estaba convencido que su patrón era un brujo, o sea, doctor en ciencias ocultas, a su modo, y el más poderoso del mundo.

Luego le hice creer que me habían encerrado en esa casa secreta porque también era un mago inteligente y me estaba iniciando en los misterios más profundos, por lo que necesitaba una reclusión absoluta durante un período determinado.

Le pareció muy natural y creyó cuanto le decía.

Entonces puse la mano en el bolsillo y apreté la llave de mi reloj; obra magnífica que me habían regalado al regreso de mi primera expedición al polo. Cuando las campanitas del reloj sonaron, el negro se asustó y miró en derredor, con el rostro demacrado.

—Es mi espíritu, mi delicado e inteligente espíritu que nunca se aparta de mi lado. Alcanza a penetrar en los corazones y ve lo que pasa en ellos.

Me dirigió una mirada sospechosa y acobardado, se apresuró a salir de la habitación golpeando la puerta tras sí.

Con los conocimientos que poseía a propósito de los salvajes de la costa africana, comprendía que debía estar espiando tras la puerta, así es que comencé a entonar un cántico en voz baja arrastrando los pies por el suelo, mientras levantaba y bajaba los brazos. Después de una pausa, volví a hacer sonar el reloj y como si contestase a su voz, dije en dialecto bantu:

—Sí, espíritus; he conversado con Basoga, el jefe de los Leopardos. Le enseñaré mi arte mágico, así como ustedes lo desean y él me enseñará el suyo, aunque no sea tan poderoso.

Entonces volví a hacer sonar el reloj y me senté tranquilamente en mi silla, simulando dormir.

A los diez minutos, tal como lo suponía, volvió a la habitación en puntas de pie; yo bostecé despertando al punto.

—Basoga, — dije. — He recibido un mensaje de los espíritus para que se los transmita. Y usted lo sabe, — repetí extendiendo un brazo hacia él y hablando su lengua sin quitarle la vista. No me había equivocado; el negro había estado escuchándome tras de la puerta.

—¿Quién es usted? — preguntó en voz baja. — ¿Quién es el que habla mi propia lengua que es desconocida hasta para mi patrón?

—Yo soy uno de aquellos cuyo nombre no puede repetirse. Usted ha escuchado mi conversación con los espíritus y ya debe suponer la pena que le espera.

El negro al oir eso cayó de rodillas sollozando.

Podía haberle sacado el cuchillo con toda facilidad y darle muerte ahí mismo, pero no me pareció bien y me contuve. Todavía no había necesidad de llegar a ese extremo. Aun me quedaba mucho que averiguar antes de llegar al final del drama.

* * *

El salvaje se incorporó de un salto, contento como una criatura, iluminado por alguna idea sobrenatural.

Me tomó del brazo, corrió hacia la puerta y después de cerrarla quedó esperando en el corredor.

Ya he dicho que aquel corredor era extenso y estaba iluminado con una lámpara que pendía del cielorraso. De trecho en trecho se distinguían puertas y los muros que las separaban estaban decorados con pinturas orientales (japonesas y chinas). Cada una de estas pinturas alcanzaba unos seis pies de altura y se veían recuadradas con madera negra y dorada, lustradas con goma laca. Basoga se dirigió a la pintura que se hallaba a la derecha de mi dormitorio. Estuvo manoseando un rato el marco, hasta que de pronto la pintura encuadrada se retiró para adentro, descubriendo una cavidad entre las dos paredes, de tres pies de ancho, más o menos. El piso estaba cubierto con algo afelpado y en el centro se veía una escalerita de madera que se dirigía hacia arriba.

—¡Hola, mire! — susurró el negro. — Toda la pared del corredor está hecha en la misma forma, así tanto el patrón como Basoga pueden enterarse de todo lo que pasa por aquí.

No tengo necesidad de exponer el estado de mi espíritu en ese instante, pero me encogí de hombros en ese momento, con la mayor indiferencia y volví a mi dormitorio donde con un poco más de champagne, calmamos los nervios y devolví al negro su seriedad de carcelero. Tal vez había tenido miedo; pero luego, al ver mi actitud amistosa, concluyó por tranquilizarse, creyendo que éramos amigos. Tomó la bandeja y se retiró muy satisfecho.

No había transcurrido un minuto cuando

yo comencé a inspeccionar todo lo que veía con verdadero interés. La cornisa bajo el cielorraso era de estuco, con molduras en forma de arabescos, cosa que me permitió asegurarme que un agujero para espiar desde ahí, era imposible. Noté entonces que a un lado de la pared, debía hallares el agujero por donde espiaban, por más que había un ropero de roble. Se me ocurrió una idea y abrí el ropero, seguro de encontrar lo que buscaba. En tres minutos descubrí que la parte de atrás del ropero era una puerta corrrediza, con bisagras aceitadas que daban a un espacio entre mi dormitorio y el contiguo. Pasé, y me encontré al otro lado de la escalerita que habíamos visto. De los lados tenía gradas que terminaban en una plataforma en la parte de arriba. Subí y al instante descubrí un agujero, desde donde se veía todo lo que pasaba en mi habitación.

Uno de los misterios de la casa, serviría para obrar en contra de su dueño. Con tal descubrimiento podía escaparme al corredor, por más segura que fuese la cerradura de mi puerta.

En seguida me puse a escribir, pues debía trabajar con rapidez y precisión, sentándome en el escritorio con que contaba el dormitorio, provisto de tinta, pluma y papel.

Tenía excelente memoria y no necesitaba valerme de signos raros, pues Chris Camerón conocía la clave de los marinos en desuso, que yo le había enseñado. En media hora ya le había relatado en resumen, todo lo que me había sucedido, solicitando la ayuda inmediata de él y de Lamson. Tenía la seguridad que a esa hora ya estarían los dos en Londres; tal vez tramando la manera de penetrar en la Ciudad del Cine. Sabía que mi comunicación los pondría en movimiento sin medir las consecuencias.

Una vez terminada la carta, la guardé en el bolsillo del saco, doblada cuidadosamente para reducir su tamaño. Pensé que Cleo Silver se encargaría del resto, remitiéndola so a Cleo Silver.

No bien hube terminado, me senté cómodamente en el sillón y me dispuse a fumar, cuando en eso la puerta se abrió dando pa- o a Sleo Silver.

V

Desisto decididamente del propósito de describir lo que pasó durante la siguiente media hora. No puedo recordar aquello sin disgusto, sin vergüenza.

Baste decir, que desempeñé el papel que el destino me había reservado, y al hacerlo, no hay duda que lo hice perfectamente.

La pobre mujer estaba convencida que había tenido éxito y que había conseguido hacerse amar.

Como me lo imaginaba, Alexander Georgius volvió repentinamente y, por suerte, después de lo que yo esperaba, Basoga se presentó con una nota, donde se invitaba al caballero de Trevillión y a la señorita Cleo Silver a presenciar el ensayo de uno de los episodios de la nueva película, que se preparaba en el estudio central.

—Debes venir, querido, — me decía Cleo. — Ya sé lo que se prepara, pues acabo de dejar a Georgiur. Vamos a ver algo espléndido y desea que estés presente para que admires su genio, pues parece que ha simpatizado contigo.

—Iré, — le respondí. — Pero recuerda que me has prometido ayudarme.

—¡Todavía piensas en eso! ¿ahora que nos amamos? — dijo con cierta impaciencia, agregando luego en otro tono. — Ya no me importa de Alexis; eres todo para mí, no temas. De algún modo nos valdremos para conseguir lo que deseas, pero ten cuidado y no intentes nada, sin comunicármelo.

Seguimos a Basoga por el corredor, hasta llegar al estudio cinematográfico, donde ya había estado espiando la noche que me descubrieron. Se veía iluminado de trecho en trecho por unas lamparitas y no podía ver muy bien todo lo que me rodeaba; sólo distinguí que staba regiamente amueblado y lucía muchos objetos raros. A la distancia, tras una puerta, estaba el ascensor. Entramos y nos llevó hacia abajo mucho más abajo que la casa secreta, hasta que nos detuvimos en un pasillo de baldosas blancas, parecido al de las paredes de la fuente por donde me había introducido para seguir a Georgius. Sin embargo, no era el mismo. Hacia el centro corrían unas vías de acero angostas y cerca del ascensor había un coche de trole con cuatro asientos cubiertos de felpa roja.

—Este es el camino que conduce a Alexis al estudio central, — dijo Cleo, estrechándome el brazo al entrar en el coche. — Llega en un momento desde sus habitaciones, pues todo lo mueve a electricidad.

Mientras hablaba, Basoga, detrás de nosotros, dirigía el camino. Tocó una llave y el coche se introdujo con rapidez a través de un túnel. En menos de un minuto recorrimos una nueva curva inmensa, y entonces el aparato comenzó a disminuir la velocidad. Apareció otro ascensor, al que pasamos, para entrar a un vestíbulo, después de haber andado unas cuantas varas solamente. Todo el camino había sido recorrido sin tropezar con persona alguna. Cleo me dejó, procmetiéndome regresar cuanto antes. Basoga me condujo a través de una escalera angosta y desvencijada a un pasillo que, al parecer, se hallaba tras el escenario, y luego me anunció, dejándome en una especie de palco.

Como ya los lectores deben haber leído lo expuesto por Chris Cameron, podrán imaginarse el lugar donde me encontraba: en el palco de la primera fila que daba sobre la figurada arena del gran estudio cinematográfico.

Lo ví todo en un segundo y reconocí a Chris al instante. Observé su valor a toda prueba con el corazón ahogado por la emoción y la alegría, al ver que lo tenía tan cerca de mí. Yo era capaz de hacer cualquier cosa por un amigo como Chris. Por suerte, el fin de todo aquello se aproximaba. En cuanto el león cayó muerto y Cleo, acompañada por Georgius, abandonaron el palco para felicitar al simulado gladiador,

agregué unas líneas a mi carta y la arrojé en menos de un abrir y cerrar de ojos. Mi amigo la pisó a tiempo para ocultarla y entonces tuve la seguridad de que me había reconocido.

VI

Por fin los acontecimientos parecían tomar otro giro, y entrábamos de lleno en acción. Mientras escribo sobre aquellas horas interminables, no puedo menos que estremecerme, siento de nuevo que mi sangre se agita en mis venas y que todas mis facultades parecen despertarse para desarrollar toda su fuerza. La rueda que guiaba aquel asunto había terminado su función, y la hora del juicio llegaba.

Me hallé luego en un lujoso saloncito, en compañía de Georgius y Cleo. El primero se mostraba muy agitado; y tanto Cleo como yo, lo observábamos con curiosidad, dándonos cuenta que lo anormal y sobrenatural de aquel individuo estaba en todo su esplendor, revelándose en todos sus movimientos. Tras sus preciosos ojos irradiaba un brillo rojizo de verdadero entusiasmo; sus narices parecían dilatarse, y sus labios no hacían más que prodigar elogios al hombre que había logrado derribar al león.

—¡Maravilloso! ¡Lo más natural! ¡Cleo! ¡Esta película coronará todos mis esfuerzos! ¡Voy a conmover al mundo entero! ¡Pero eso no es nada, si supieran ustedes las maravillas que tengo proyectadas!

Se detuvo, sofocado por el torrente de palabras, y una expresión siniestra de astucia y audacia cubrió su semblante alterado.

En ese momento se sintió el ruido particular de un motor y la nota preventiva del klaxon, que anunciaba la llegada de un automóvil poderoso.

—¿Qué es eso? — preguntó alarmado Georgius.

Oímos voces autoritarias y ásperas, y unos pasos se acercaron al despacho que se hallaba junto al saloncito donde nos hallábamos. La puerta se abrió de golpe y un hombrecito, enérgico al parecer, se presentó sin anunciarse. Tenía una cabeza más bien grande, cubierta de cabellos grises; rostro afeitado, ojos de mirar firme y labios apretados. La impresión que me produjo en aquella penumbra, fué la de un individuo áspero, dominante y fuerte, un hombre para quien la piedad no existía.

—¡Santo Cielo! — exclamó Georgius. ¡Homer Stax!

—He llegado antes de lo que esperaba, Alyexis,—contestó el aparecido sin mover un músculo del rostro, al extender su mano sin expresión alguna.

Al mismo tiempo echó una mirada rápida a Cleo y a mi persona.

—La señorita Cleo Silver, — dijo Georgius, confuso y atontado por primera vez, desde que lo conocía. — Por cierto que usted la debe haber oído nombrar, y éste ese el señor Humphry Roberts, amigo de nosotros.

Homer Stax nos hizo un saludo con una inclinación de cabeza, y entonces conocí al gran millonario americano, llamado Emperador del Cine, quien conjuntamente con Georgius, manejaba casi la mitad del mundo de la pantalla.

—Cleo, — agregó Georgius. — Ya que ha visto lo que acabamos de presenciar, creo que no tendrá inconveniente en llevar al señor Roberts por el camino que ya conoce, hasta dejarlo en mi casa.

Su mirada denotaba una súplica, así es que la joven comprendió que deseaba estar solo con el recién llegado.

—Ven, — exclamó Cleo, posando cariñosamente su mano sobre uno de mis hombros. — Subiremos a comer algo. Los veré más tarde, — agregó, dirigiéndose a los otros dos. Juntos abandonamos la habitación y cerramos la puerta.

Pasamos por el escritorio hasta llegar a un corredor de madera que daba a la arena. Cleo se apoyaba en mi brazo, y su rostro denotaba que su mente tramaba algo.

—William, — me dijo. — Tengo miedo; me siento atemorizada. No me gusta que haya llegado ese hombre. Me parece que algo terrible ha de ocurrir, algo malo y espantoso.

La detuve al final del pasillo. Todo lo que yo había oído la primer noche que escuché la conversación que sostenía con Georgius mientras comían y luego lo que oí, cuando Georgius y su madre conversaban, se me presentó de golpe en la memoria como con letras de fuego.

—¡El joven! — exclamé, estrujándole el brazo. — ¡Ese pobre muchacho!

—¿Qué es lo que sabes de él — me preguntó con expresión de temor en la mirada.

—No importa lo que sepa. La llegada de este hombre, Stax, significa un peligro gravísimo para él y para la joven. ¿Acaso no es verdad?

Cleo sacudió la cabeza afirmando cuanto yo decía, hasta que se atrevió a murmurar:

—Tienes razón. Yo, por lo menos, tampoco sé mucho, y no quiero saberlo. He sido muy mala. ¡Oh, William! Tengo la seguridad de que vas a perdonarme.

—¿Qué es lo que has hecho? Dime la verdad con toda exactitud, — dije con ansiedad, mientras nos llegaba desde lejos la voz desagradable y ronca de Homer Stax, a pesar de encontrarse en una habitación a varios metros de distancia y con las puertas cerradas.

—¡Nada! — me contestó, dejando que las lágrimas inundasen su rostro. — Nada que pueda calificarse de crimen. El muchacho está medio loco. Lo han tenido encerrado, sin que se pudiese comunicar con persona alguna. Yo pretendía ser otra secuestrada por Alexis, y así he conseguido engañarlo, hasta conseguir fomentar una pasión, y el muchacho se ha enamorado.

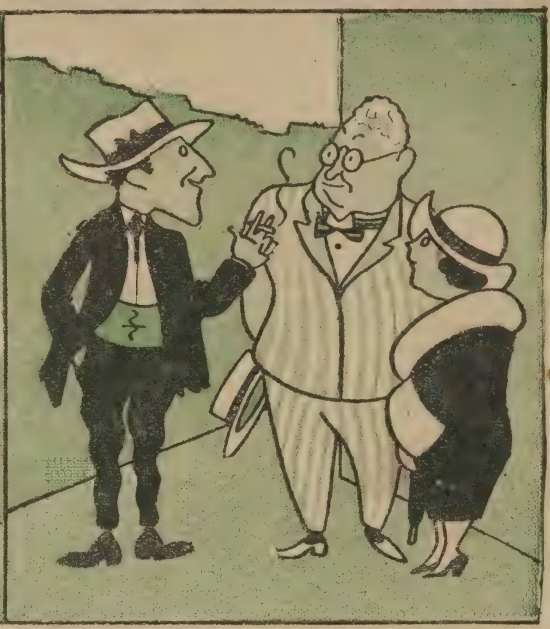
—Continúa.

Cleo, humillada, se cubrió el rostro con ambas manos.

—El pobre cree que es cuestión de muerte para uno de los dos, y ya está trastor-

HUMORISMO DE TODAS PARTES

—¿Te has puesto un caño de hierro como almohada? ¡Resultará duro!
—No; lo he rellenado con paja.

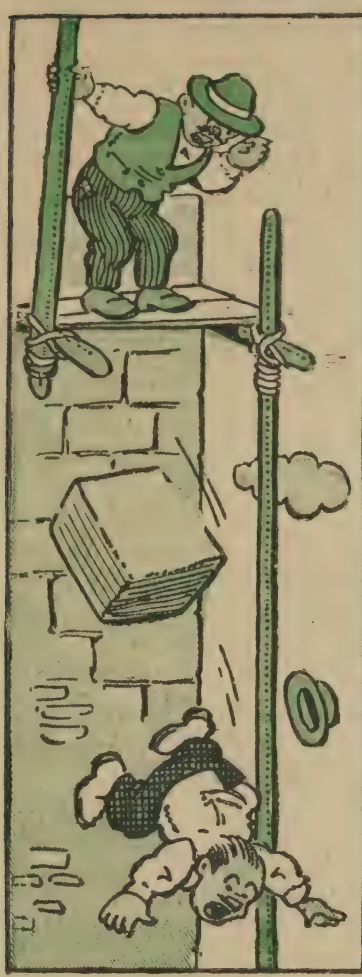


—No sabemos si ir a visitar el Monte Blanco o el...
—A todos los que se gastan en viajes más de lo que pueden, les toca luego visitar el Monte de Piedad

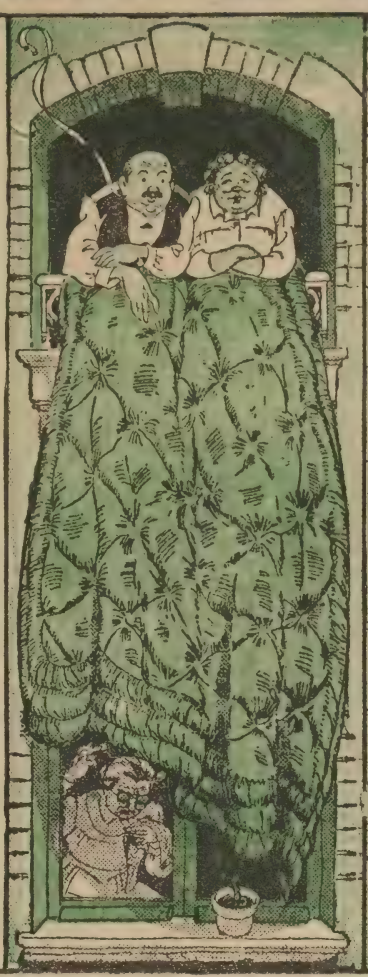
—Señoras y señores, ustedes perdonen, pero ha llegado el momento de que ustedes manejen la lancha. Estoy sindicado y ya he cumplido mis ocho horas.

—¡Oh! ¡Qué lindo bebé! ¿Es un niñito?
—¡Claro! ¿No ve usted que no es un sexagenario?

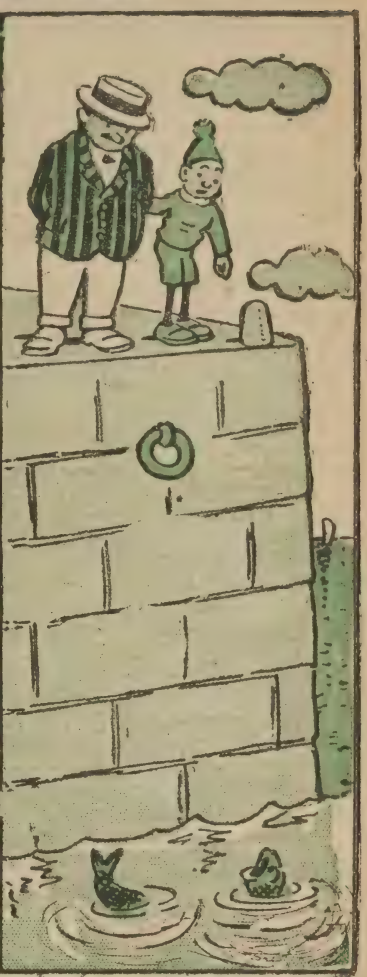
PASANDO EL RATO



—¡Date prisa, Pantaleón, que te corre una piedra de las grandes!



—No se por qué, pero desde que tenemos el acolchado nuevo los vecinos de abajo se muestran sombríos con nosotros.



—Papá: ¿es cierto que los peces grandotes comen a las sardinas?

—Sí, hijo mío. Así es el mundo.

—¿Y cómo hacen para abrir las latas?

—¡Ah! Yo no he sido siempre lo mismo que hoy. He frecuentado buenas casas. Estuve entre "boudoirs" y salones... Conozco los grandes cuadros...

... de pintores célebres; los libros de todos los autores más famosos han pasado por mis manos. Yo era entonces dueño de un vehículo grande que manejaba yo mismo...

... Aquellos eran tiempos felices.

—¿Era usted comerciante, banquero, rentista?

—No, señor. Tenía un carro para hacer mudanzas, ¿sabe?

nado, pues le echan unas drogas en los alimentos. Está pronto para el sacrificio, pues tiene la creencia de que así yo conseguiré mi libertad.

Mi corazón se estremeció de espanto. La sangre me ardía y me sentí transfigurado.

Comenzaba a comprender lo que había pasado.

—¿Y la Joven? Díme algo acerca de su hermana.

—Sé muy poco sobre su persona, pues sólo la he visto una vez. La anciana madre de Georgius se encarga de vigilarla y dicen que la trata muy bien. Alexis está locamente enamorado de ella, naturalmente en su manera de ser tan inhumana.

Comprendí que todo dependía de unos momentos. El hielo se estaba amontonando en derredor de la embarcación y sólo se veía un canal estrecho por el cual se podía llegar a mar abierto. Una vez más me sentía sobre cubierta en la "Estrella Polar", luchando por la vida.

—Cleo, me parece que has hecho un gran daño y te has portado muy mal, pero ahora estás en poder de ese demonio. Aun puedes arrepentirte. Dime ¿te sientes mía en cuerpo y alma, por esta noche?

La miré detenidamente en los ojos y aunque parezca ridículo, lo ví en su mirada, me causó tal impresión, que los ojos se me llenaron de lágrimas.

El cielo sabía que yo no sentía amor alguno por esa mujer, pero al fin y al cabo, era una mujer y todo su semblante se había transfigurado, con una belleza que hasta entonces no había tenido.

—Aunque me costase la vida, William, — me respondió.

—Entonces tendrás que actuar, como nunca lo has hecho hasta ahora. Conoces a ese hombre que mató al león; pues bien, aún no debe haberse retirado. Llévame hasta donde se encuentra.

Me obedeció como una esclava sin preguntarme nada, ni aun con la mirada.

Unos pasos más y nos hallamos junto a una puerta. Golpeamos y luego la joven habló al individuo que había tomado la vista, mientras Chris mataba al león.

—¡O, no! El señor Smith no se ha ido aun. Recién acaba de arreglarse. ¿Qué dice? ¿Que el señor Georgius no me necesitará por esta noche?

—No, señor Denison y si quiere dejarse llevar de mi consejo, mejor es que se retire en seguida. Yo no creo que le conviene a ninguno de los empleados, tropezar con Georgius esta noche. En cuanto al señor Smith, debe quedarse, porque el director necesita verlo cuanto antes, por cuestiones que no son de su interés.

Quedé admirado ante la ligereza de pensamiento de Cleo. El individuo que respondía al nombre de Denison, salió corriendo por el pasillo como un conejo y desapareció entre la obscuridad. Entramos y pude ver a mn querido Chris Camerón en su ropa de calle.

—Chris, despacio, ni una palabra, es esta noche.

Abrió la boca y volvió a cerrarla como un pez, asiéndome por el brazo con fuerza.

—¿Muriel? — me preguntó.

—Está bien y en salvo; por más que corre un peligro grave. Su hermano está en peores condiciones. ¿Está armado?

—Dos automáticas, — respondió sacando una pistola del bolsillo. — Traje dos, por si acaso tropezaba con usted. Acabo de leer su carta y estoy asombrado; no comprendo nada de lo que pasa Riversdale.

—No hay tiempo para explicaciones. ¡Ligero! Debemos salir de aquí inmediatamente. Me volví a Cleo y le dije:

—Querida, — mi expresión cariñosa era instintiva. — Apúrate. A las habitaciones secretas, ya sabes el camino.

Le seguimos con marcado apresuramiento.

VII

RECORRIMOS la curva con el coche eléctrico a través del pasaje subterráneo. Mientras tanto, Chris me relataba todo lo que sabía. Su rostro había tomado la expresión de una máscara de bronce, y cada momento parecía más rígido y determinado.

—Debemos ir directamente a su dormitorio, — observó Cleo al penetrar al estudio. — Estaremos más seguros ahí.

En un minuto, sin haber tropezado con alma alguna, nos hallamos en mi dormitorio. Una vez que hube cerrado la puerta sujetándola con una silla en el picaporte, pues no tenía las llaves, ordené a Cleo que tomase asiento en el escritorio.

—Ahora, — manifestó con una mano sobre sus hombros, — dime; ¿sabes dónde está encerrada la señorita Ashe

—Puedo darte más o menos una idea, — me contestó. — Creo que en los aposentos de la vieja, por este camino.

Con mano trémula trazó el plano correspondiente al departamento de la rusa.

Tal vez no sea exacto, pero los ayudará a encontrarlo.

—¿Y el muchacho?

Entonces sacudió la cabeza, diciendo:

—No lo sé. Lo llevaron a un cuarto que tiene la apariencia de una celda, donde le hacían creer que yo me hallaba prisionera. Pero no tengo la menor idea del lugar donde se encuentra secuestrado. Ya sabes, William, que la casa está llena de lugares secretos y de artimañas eléctricas. Parece una gran caja de juguetes mágicos y engañosos. Pero éste que señalo, debe ser el despacho donde conducirán a Homer Stax. Yo creo que no lo has visto; es una magnífica biblioteca. Saliendo del corredor, la cuarta puerta antes de llegar a la esquina por donde se dobla para ir al estudio particular de Georgius.

Señaló el plano con una crucesita y en seguida se incorporó.

—Y ahora, — agregó con una mirada tan triste y tan dulce que me costó sostener. — Y ahora amado mío, debo volver para saber lo que pasa. Tengo la seguridad de que vol-

veré. Esconde a tu amigo, porque de un momento a otro han de llegar.

Se retiró, y yo aparté la silla, cerrando la puerta.

—Ahora Chris, es necesario que se ponga a mis órdenes, tal como lo hizo anteriormente.

—Sin embargo debo prevenirle que si han hecho daño a uno solo de los cabellos de Muriel, ese hombre morirá.

Entonces miró en derredor como si estuviese soñando, admirando la comodidad del aposento y las deslumbrantes luces.

—En el ambiente se siente la muerte: la muerte esta misma noche, — exclamó con voz vibrante.

—Por el momento no nos ocupemos de eso. Tenemos que desenredar algo muy complicado y difícil. Recuerde que si nos precipitamos, perderemos todo lo que perseguimos y la lucha será inútil.

Me acordé que Celo me había hablado de la pasión que Georgius sentía por Muriel Ashe, y tenía la seguridad que mi amigo la mataría antes de resignarse a verla en brazos de otro hombre. Parecía como si tuviese premeditado el momento de sorprenderla con otro individuo.

Chris me adivinó el pensamiento y su semblante se tornó pálido como la muerte.

—Alguien viene, apresúrese y escóndase en el ropero hasta que lo llame.

Al instante desapareció en momentos que Basoga entrada con una bandeja, y la cena.

Dice el patrón que siente mucho no poderlo invitar a la cena. El gran jefe americano parece que ha venido en un mal momento.

Dejó la bandeja y pude notar que el negro no se manifestaba como en otras ocasiones. ¿Me tendría miedo?

—Mi jefe, — dijo contorneando el cuerpo. — Su espíritu es poderoso. Yo, Basoga, guerrero y sacerdote de los Leopardos, obedezco al mundo del Gran Maestro antes de la salida del sol.

Sus ojos se iluminaron con una luz rojiza semejante a la de los perros, sus dientes rechinaron y me pareció sentir que de su cuerpo emanaba un olor a animal salvaje. Todo vestigio de civilización había desaparecido de aquel rutinario.

Por suerte comprendí lo que quería decir y le contesté:

—Ya lo sabía. Esta noche haces el sacrificio.

—Señor, usted lo sabe todo.

—No digas nada, Basoga, porque mi espíritu es capaz de quitarte la vida. Te vigilaré aunque no me veas. Tu obra debe estar bien hecha. ¿Será lejos de aquí?

—Algo distante, — respondió evadiendo toda respuesta.

—Creo que en el mismo lugar donde esta misma noche ya se ha derramado sangre, — dije ante una inspiración que no alcancé a comprender.

El salvaje revolvió los ojos en forma espantosa y prorrumpió en un gruñido. Luego desapareció en puntas de pie, cerrando la puerta con llave. Llamé a Chris y nos sentamos a cenar.

—Nada mejor que una buena cena antes de entrar en acción. Después de haber realizado la proeza de matar al león, debe usted tener bastante apetito.

—Bebí algo en el camarín donde me vestí, pero le aseguro que prefiero morirme de hambre antes que comer en esta casa odiosa.

La casa era bien odiosa, por cierto, pero Chris no me pareció en estado de resistir la obra en que estábamos empeñados, si no comía.

—No piense en esas cosas hasta que llegue el momento, — le dije para animarlo. — Recuerde que hemos tenido suerte. El diablo no podrá hacer lo que quiere, desde que estamos sostenidos por un poder superior.

Al decir eso, me apoderé con voracidad de un plato de salmón y bebí luego un excelente Volnay.

Entonces apareció Cleo, que entró sin previo aviso, y haciéndome a un lado me dijo:

—Yo no tengo que ir. Georgius y Stax están en la biblioteca. Dentro de media hora Stax se retirará al hotel donde se hospeda. Su automóvil lo está esperando afuera conjuntamente con el mío. Después, cuando ambos nos hayamos retirado, sucederá lo que tiene que suceder.

—¿Y Basoga?

—Se ha operado un cambio notable en ese hombre, — respondió la joven temblando de miedo. — Se ha retirado y oí que Alexis le ordenaba que dispusiera las cosas como se lo había ordenado.

—Ya comprendo. — contesté, pues sabía dónde habían mandado al negro. — Ahora, déjanos trabajar solos.

—Pero es que Georgius me ha encargado que te encierre y le lleve las llaves.

—No importa, yo sé por dónde salir.

—Siempre arreglas las cosas, — susurró al oído. — ¡Oh, mi héroe! Mi amor! ¿Te veré otra vez?

Agregó otras cuantas cosas que no tengo necesidad de repetir. Por último tuve que irla empujando para que nos dejara solos.

No bien se hubo cerrado la puerta, Chris me miró con extrañeza.

—Riversdale, no entiendo esto. Usted... usted....

* * * *

Lo disculpé, al considerar el estado de sus nervios, pero tuve que ponerlo en vereda, pues como buen capitán, nunca permitía que un oficial me hiciera observaciones.

Concluyó por disculparse, por más que el asunto no demoró más que un minuto y en dos palabras, impartí las órdenes pertinentes al caso.

—Ante todo, atención a las señales del almirante y a las del lugar del combate, muchacho, — le dije. — Siga ese plan y encuentre el camino para llegar hasta donde la señorita Muriel Ashe se encuentra escondida. Proceda cautelosamente y en el mayor silencio, en lo posible. No hay nadie en el camino, a excepción de la vieja encargada de vigilar a la joven. Si no me equivoco, es una vieja endemoniada que no se detendrá ante peligro alguno y preferirá

hacer daño a la señorita Ashe antes que entregarla. No será muy agradable, pero es preferible dar un golpe a esa vieja bruja, amordazarla y maniatarla para que no pueda intervenir. Por el momento, son las únicas instruciones que puedo darle. Para sacar a la señorita Ashe de la casa, debe esperar el momento oportuno.

—¿Y usted, Riversdale?

—Georgius y Homer Stax, están en la biblioteca, unas cuantas puertas más allá y si no me equivoco, podré oir la conversación que tanto les interesa. Mientras tanto trataré de buscar el camino más conveniente para llegar hasta la arena. Ahí se desarrollará una escena espantosa, en cuanto Georgius se quede solo.

—¡El muchacho! — exclamó Chris, tragando saliva.

—Sí, el muchacho, pero debes dejarlo librado a mi cuidado.

—Pero no puedo permitir que usted vaya solo.

—Usted no tiene más que obedecer mis órdenes. Ante todo está la señorita Ashe; pero si procede con prontitud y consigue apartar la vieja del camino, entonces admito que se esconda por alguna parte y venga en socorro mío. No cuento con eso, pero bien podría decidir la batalla.

Nos estrechamos la mano y luego le enseñé la puerta que se hallaba tras el ropero. Llegamos al pasillo sin hacer ruido alguno y después nos separamos por diferente camino.

VIII

(Continúa la narración sir William Riversdale)

Fué una suerte haber podicho estrechar la mano de mi compañero otra vez y tener en mi poder una pistola automática y herramientas en el bolsillo. Aún más: la seguridad que ya todo tocaba a su fin, después de tanto esperar.

Apreté el marco que encuadraba la pintura del muro fuera de la biblioteca, de donde procedió el murmullo de voces. Aquel marco respondió a mi llamado, pues era exactamente igual al que se encontraba junto a mi dormitorio. Se abrió sin hacer ruido alguno. Subí por la escalerita recubierta de felpa y pude dominar el conjunto de la habitación que deseaba. Todo me resultó fácil.

Desde mi escondrijo, distinguía una espléndida biblioteca con preciosos libros que se escalonaban desde el suelo hasta el cielorraso. Junto a una mesa de forma circular, en el centro del aposento, frente a unos platos de comida, se encontraban Georgius y el americano financista. Este último hablaba en el preciso momento que yo colocaba un ojo en el agujero, desde donde se veía toda la habitación. Podía oir distintamente cada palabra que emitía aquella voz ronca y desagradable.

—Yo le repito que esta Ciudad del Cine y nuestros estudios en Nueva York, Chicago y Los Angeles, pertenecen a esa joven y a ese muchacho, con derecho a todas las ganancias que pueden producir las películas.

Al oir tal cosa, casi me caigo de la plataforma en que me hallaba. Un sudor frío heló mi rostro y me pareció que perdía el conocimiento ante semejante revelación.

—¿Y quién puede saberlo? — preguntó con desconfianza Georgius.

—Ciertamente que usted se está volviendo loco, — contestó furioso el americano. — ¿Para qué sirve que se quede como un avestruz con la cabeza metida en la arena sin tomar resolución alguna? Hechos simples, son hechos simples. Hace veintitrés años que Robert Ashe se embarcó en Inglaterra, con rumbo a la América. Abandonó a su mujer y a sus hijos, quienes nunca supieron su paradero. Cuando murió la esposa, comenzaba a ganar mucho dinero y mandó a Inglaterra algunos miles de pesos para la educación de sus hijos. Georgius hizo un gesto de impaciencia y protesta, y el otro continuó:

—Exactamente, Alexander. No hago más que remojar la cuestión para que usted la recuerde. El viejo Ashe fué adelantando e invirtió un capital en mi estudio cinematográfico, el primero en América. Se encontraba enfermo y sabía que iba a morir. También era bastante inteligente para comprender que habíamos ganado mucho dinero y pensaba mandar sus gananacias a sus hijos. Usted, Alexander, sabe perfectamente lo mucho que se obtuvo de aquel negocio. Conseguimos acaparar todos los estudios de cine en el mundo y ahora puede comprender usted que no nos pertenece un centavo del negocio. Yo me apoderé del primer dinero y luego he ido gastando sin poner freno a los gastos. Creo que perderé hasta el último centavo si me descubren.

El terror y la furia se reflejaron en el rostro de aquel individuo en momentos en que se enjugaba la cara con un pañuelo de seda, sentado al descuido en la silla, en forma que más bien parecía un sapo, que un hombre.

—Bueno, ya me ha dicho suficiente, Homer.

—Debe presumir que el asunto hay que liquidarlo cuanto antes. Las cosas parece que vuelven a surgir, pues si antes creía que el viejo Ashe no había dicho nada, ahora resulta que existe un documento en el Banco Van Huren de Pennsylvania. Como yo tengo espías en el Banco, sé positivamente que el documento ha sido abierto. Lo peor es que he sabido que todas las ganancias y el material existente, deben ser entregados al hijo y a la hija del señor Ashe, si se presenta antes de la fecha en que quedaría anulado el documento. La fecha fijada fenece la semana que viene y los sabuesos pesquisas de nuestra policía se han puesto en campaña. Usted ya lo sabía antes. Muy de acuerdo con su proceder al poner fuera del camino a los jóvenes, pero ahora resulta que están vivos.

No puedo describir la expresión endiablada y furiosa que reveló el rostro de ese hombre al pronunciar estas últimas palabras.

—Ni un alma sabe dónde se encuentran y la policía ya ha dejado de buscarlos.

Stax, no sabiendo qué hacer, escupió furioso en el suelo.

—Mientras estos mequetrefes vivan, no vamos a tener ni un momento de tranquilidad. Usted dice que están en su poder, ¿no es así? Si no hay un alma que conozca su paradero, no sé cuál es el motivo que lo retiene para no concluir con ellos de una vez. Escuche, Alexander: no es cuestión de perder una parte de nuestro bienestar, sino todo, con el agregado de la cárcel para toda la vida si llegan a pescarnos. No necesito entrar en más detalles, para convencerlo de la suerte que nos espera si la justicia se entera de muchas cosas. Yo creo que existen sospechas por el momento. Ván Huren, el banquero, es el sapo más grande del charco de Pe nnsylvania. Estoy seguro que va a continuar con las averiguaciones para hacerse conocer, ni aunque no gane ni un centavo si encuentra a los muchachos de Ashe. Ya le digo: hay miles de cosas que me tienen preocupado y que constituyen una verdadera tortura.

Al decir esto, el hombre se estremecía, temblando como la jalea. Por último se levantó y sacudió a Georgius de los hombros.

—No quiero saber nada, — dijo en voz ronca. — Me voy al hotel ahora y lo volveré a ver mañana temprano. No juegue con su vida.

Ambos se miraron y guardaron silencio.

—Lo acompañaré hasta el automóvil, — dijo por último Georgius, en un tono tan particular que hizo prorrumpir en un suspiro de alivio a su compañero. Antes pase a la habitación contigua, pues quiero impartir ciertas órdenes.

—Está bien, Alexis, — contestó el millonario.

Stax se encaminó al aposento indicado y cerró la puerta, mientras Georgius hablaba por teléfono.

Unos estantes de libros se apartaron como las hojas de una puerta y dieron pase a la vieja rusa. Georgius la acercó contra la pared donde yo me encontraba. Yo no alcanzaba a ver más que las cabezas, pero en cambio, no perdí ni una palabra de las que pronunciaban en ruso.

—Todo ha terminado, madrecita; el destino es demasiado cruel para conmigo. Uno de estos días se ha de saber todo. Stax me acaba de convencer. Escucha: lo acompañaré hasta el automóvil. Mientras tanto, conduce a la joven a esta hbaitación y espérame. Estaré ausente más o menos media hora.

Oí por toda respuesta, un gruñido y luego:

—¿En la arena?

—No me tomará ni veinte minutos, — respondió con precipitación.

—¿Y piensas volver junto a ella con las manos sucias con la sangre del muchacho?

Georgius no hizo más que un movimiento de impaciencia con la mano.

—Si está muriendo en nombre del arte,— agregó. — ¿Y crees que puede existir una muerte más noble? Cree que muere por salvar a Cleo Silver y que obtendrá su libertad en esa forma. Ahora no creo que tenga mucho sentido común; pero su rostro ha tomado una expresión divina. Es el semblante de un mártir verdadero: una cara con las que tantas veces he soñado y que no tenía esperanza de conseguir para mis películas. Será la vista más real que haya podido producirse. ¡Oh, madrecita! Voy a llorar. Volveré con el rostro bañado en lágrimas, después de haber contemplado un espectáculo semejante.

Su voz resonaba como una melodía, mientras yo me apoyaba contra la pared para oirlo horrorizado. Me parecía que ni los diablos en el infierno podían comparársele.

No alcancé a oir las últimas palabras. En dos minutos más la vieja desapareció y Stax acompañado por Georgius salieron, dejando sola la habitación.

Esperé un minuto más y luego salí del escondrijo, pasé el corredor, crucé el estudio, escuché por detrás del biombo y al no oir nada, me dirigí al ascensor que por suerte estaba en su lugar. Como se trataba de un aparato automático, que no se detenía en el trayecto, bastaba tocar un botón para que se pusiera en movimiento.

IX

(Continúa la narración de sir William Riversdale)

A pesar de mi aturdimiento, me dí cuenta de las consecuencias que traería la muerte o vida de los jóvenes Robert y Muriel Ashe. El misterio que envolvía el secuestro de ambos, ya se había despejado. Las complicaciones espantosas que no había alcanzado a comprender, se me presentaron claras como la luz del día. Lo veía todo: la implacable y brutal manifestación de Homer Stax y la manía de gloria que atormentaba a Alexander Georgius, quien pretendía, en medio de su locura, que un crimen monstruoso en provecho suyo, no era más que un sacrificio en pro del arte sublime. También comprendía la pasión que lo atraía hacia la pobre joven Muriel Ashe, y sabía cómo habría de terminar todo aquello, si ella se oponía a sus amores. Pensé en la vieja rusa celosa y perversa que amaba a su hijo como la loba a sus cachorros. Por último, pensé en la tortura de mi amigo Chris Camerón y me estremecía de pena.

Todos esos pensamientos se me ocurrieron mientras bajaba por el ascensor. Cuando llegué abajo, me detuvo aturdido.

Ya no sentía piedad alguna; mi corazón endurecido, me transformó en un arma fría y determinada, en manos del cielo vengador.

X

Cuando aparecí en la arena, observé que el extenso coliseo se hallaba a oscuras, como el interior de un pozo enorme. Al detenerme, agucé el oído como el zorro cuando los sabuesos husmean su guarida. No alcancé a distinguir el menor ruido.

Como se recordará, ya conocía el campo donde me proponía actuar, pues cuando me dirigía al palco para presenciar la muerte del león realizada por Chris, observé cada una de las gradas que me rodeaban. Tenía entonces la seguridad que las conocía y que

podría encontrarlas en medio de la oscuridad. Sin embargo, no fué fácil la tarea, dado el siniestro silencio que me envolvía. Aquella oscuridad estaba salpicada con endiabladas apariciones y aquel silencio, bien podía ser simulado para atrapar al que se aventurase a desafiarlo.

Pero seguí mi camino y poco a poco di con las gradas de madera hasta que por el tacto, me dí cuenta que había llegado a la meta. No penetré al palco. Me pareció más prudente quedarme acurrucado en la primera fila del otro lado del palco. No tenía la menor idea de las personas que ocuparían el punto de mira horripilante, sin embargo, prefería de cualquier modo estar separado de los observadores por medio de aquellos barrotes de madera. Ruego que mis lectores imaginen la escena, viéndome encaramado sobre aquella división, pronto para lanzarme sobre la extensión de arena cuando el momento lo requiriese.

XI

A la distancia oí un ruidito particular. Al instante del techo que se hallaba a gran altura, surgió una luz potente que comenzó a recorrer la arena de un lado para otro como en busca de algo, hasta que con endiablada precisión se detuvo de pronto.

Noté que enfocaba un pilar alto y blanco al parecer, y, en seguida desapareció. A esto sucedió un intervalo de diez segundos en que volvió a reinar la oscuridad; luego la arena se cubrió por entero con una luz deslumbrante y radiante como la del sol. Me escondí tras los pilares, para acostumbrar la vista a aquella luz insoportable, fuera del temor que me embargó, al pensar que cada uno de sus rayos pudiese andar en busca mía. El efecto de aquella luz era físico y me produjo una impresión desagradable, un sacudimiento que estuvo por derribarme al suelo. Apreté los dientes, sujeté el mango de la pistola y con cautela extendí la vista por encima de la barandilla de los asientos.

En la arena a unas cuantas varas de donde Chris había dado muerte al león, se veía un poste de ocho pies de altura, más o menos, que debió haber sido llevado con anterioridad. Atado al mismo distinguí a un hombre joven. Lucía una toga romana con bordes rojos, dispuesta en una forma tal, que el pecho, los brazos y la parte posterior de las piernas, quedaban al descubierto. La piel deslumbrante de blancura era la de un adolescente, y su frente coronada con ensortijados cabellos de oro rojizo, desparramados en profusión. Con los labios entreabiertos, tenía la mirada fija hacia arriba.

De pronto apareció un hombre alto que con precipitación se adelantó, yendo a colocarse junto al joven. Era Alexander Georgius, con el cuello descubierto y con un traje blanco de estilo romano. Pareció que hablaba al oído del muchacho cautivo e indefenso.

Como a la distancia, pude distinguir una voz clara y piadosa que decía:

—¡Nunca, nunca!

—¿Ha elegido?

No podría describir nunca la melodía de aquellas voces. Luego la misma voz del adolescente replicó:

—He elegido. Mil veces prefiero sacrificarme yo.

Todo eso no llevó más que unos cuantos segundos. Comprendí que no me quedaba ni un minuto que perder. Ese joven era Robert Ashe y se proponían matarlo. Al volver la cabeza hacia la derecha, recién me percaté del horror que encerraba toda aquella escena. Un crimen a sangre fría. El salvaje Basoga se hallaba a treinta varas del lugar. Completamente desnudo, a excepción de un cuero que lo cubría en parte. De su hombro izquierdo pendía un carcaj pintado en colores fuertes, lleno de flechas. En la mano sostenía un arco relativamente grande.

Algo más atrás de donde yo me encontraba, observé que Alexander Georgius se acomodaba en la misma jaula donde había tomado la vista el operador que presenció la muerte del león. Georgius parecía ocupado en disponer la cámara fotográfica de dos tubos proyectores.

Aquella escena representaba al mártir San Sebastián, soldado cristiano que se negó a doblar la rodilla ante los dioses de la antigua Roma y que fué condenado a muerte, mediante una cantidad de flechas que le fueron arrojadas poco a poco en los jardines del emperador Diocleciano.

Un chasquido y una de las flechas como un relámpago fué a clavarse en el puño del joven. Basoga conocía las armas que empuñaba, pues ya se había distraído con el mismo juego en otras ocasiones. Ví que el cuerpo se estremecía en parte sin una queja de aquellos labios santos, mientras la mirada no se apartaba del cielo con expresión de éxtasis. Oí distintamente el ruido particular de la cámara al tomar la vista y, entonces con puntería certera, hice fuego contra Bacoga. El estampido de la explosión resonó conjuntamente con un alarido, junto a mi lado e inesperado. Al instante la arena quedó envuelta en la mayor oscuridad. Georgius desde la jaula, tenía el control de las luces.

Pero al hacer fuego al salvaje, había tenido cuidado de fijar la dirección de Georgius y apunté hacia donde se hallaba, hasta que la arena quedó convertida en un campo de batalla, por el ruido ensordecedor de mis balas.

Salté sobre la barandilla y preparé de nuevo la pistola. El grito que había oído a unos pasos míos resonaba en mis oídos. Era Cleo Silver, quien se había adelantado saltando antes que yo lo hiciera. Al caer sobre la arena, sentí que se abrazaba a mis rodillas.

—¿Qué haces aquí? ¿No sabes que es el lugar del crimen y la muerte?

—Tenía que venir para tratar de salverte. ¡Oh! ¡ese pobre muchacho también! Ante el cielo, te juro William que yo ignoraba todo esto.

Algo cruzó sobre nuestras cabezas como una avispa y fué aclavarse con un golpe seco contra un madero.

Basoga aun estaba con vida y no dudé que había errado el tiro.

Ordené á Cleo que me obedeciera, diciendo en voz baja:

—Arrastrándote contra el muro llega hasta donde está el joven y desátalo.

Sentí que su corazón latía contra el mío, pero al punto me obedeció retirándose. Gateando me eché sobre la arena y como un perro me acerqué a la jaula. Alexander Georgius no tendría mucho tiempo de vida y si había de morir, sería bajo mis manos. No oí absolutamente nada; reinaba un silencio de muerte y la oscuridad más completa.

A mi izquierda distiguí la respiración de algún ser humano y pensé que sería Cleo, tratando de acercarse al poste.

Levanté la cabeza husmeando el ambiente que me rodeaba, pues era práctico en el asunto, desde que había tenido que hacerlo en el Polo Artico. No sentí más que el olor peculiar de la sangre y comprendí que debía estar cerca del lugar donde había muerto al león. El olor característico y fuerte del negro africano, que trataba de descubrir, no lo sentí por parte alguna. Como había arrojado una flecha, pensé que tal vez estaría ayudando a Georgius. Todo dependía de eso.

Dejé de gatear y me eché de plano al suelo sostenido por el codo del brazo derecho, empuñando la pistola. Hubiese dado cualquier cosa por tener una luz. Entonces se me ocurrió una idea. En medio de aquel silencio, saqué mi reloj y levantándolo sobre la cabeza con la mano izquierda, hice sonar las campanitas que marcaban las horas.

Estas sonaron y oí en seguida un lamento que me llegaba de cierta distancia. Al instante una flecha silbó a unos pies sobre mi cabeza.

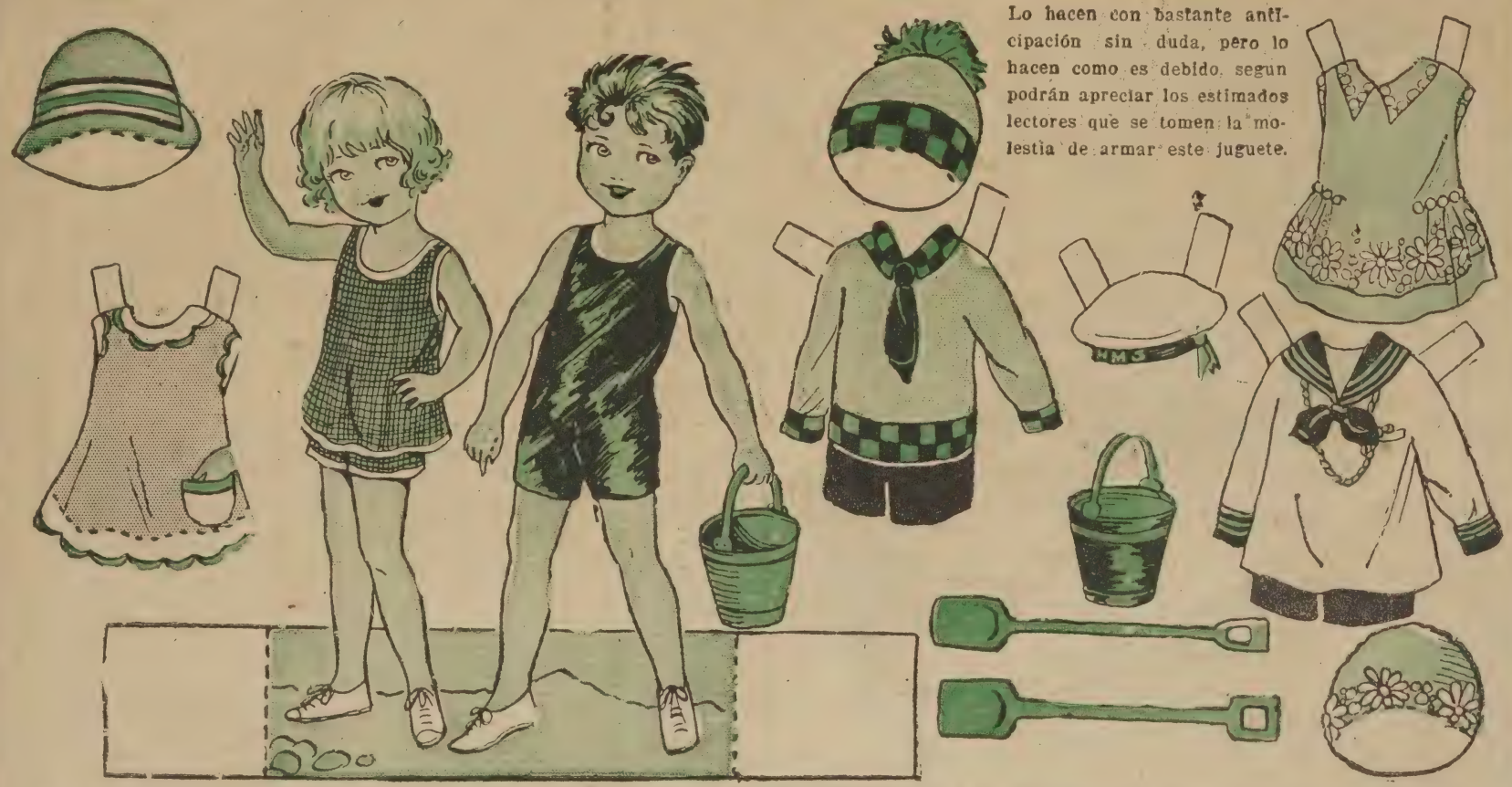
El amigo Basoga era un tirador certero. Estaría acechando escondido del otro lado de la arena y al sentir el reloj, debió haber tirado. Me alegré de encontrarme boca abajo, pues de lo contrario, me hubiese herido en el corazón. A la izquierda oí un sollozo.

—Perfectamente, Cleo, — dije en voz alta. — Ya los tenemos en nuestras manos. No

LAS VENTAJAS DE UNA SITUACION

El buen amigo servicial: — ¡Dios mío, compañero! ¡Lástima que no seas un presidiario fugado: podrías pasarte ahí horas y días sin que nadie pudiera encontrarte!

EL NENE Y LA NENA SE PREPARAN PARA EL VERANEO



Lo hacen con bastante anticipación sin duda, pero lo hacen como es debido, segun podrán apreciar los estimados lectores que se tomen la molestia de armar este juguete.

LA novedad de este nuevo modelo consiste en el modo de tenerse de pie. Efectivamente, una vez recortadas las figuras y los trajes, — previamente pegados en cartulina y bien secos, basta doblar la parte inferior por las líneas de puntos y hacia atrás para que las figuras se mantengan en pie y puedan ser vestidas a gusto del niño que con ellas esté jugando.

te asustes. Dentro de un minuto vendrán en nuestro socorro.

Al decir esto, seguí deslizándome como un lagarto y Basoga volvió a tirar una flecha que rebotó y saltó en la arena a cierta distancia de donde me encontraba.

Comprendí que debía estar cerca de la jaula. Me detuve, tratando de recobrar fuerzas y no oí más que los latidos de mi corazón. Entonces extendí una mano.

Retrocedí espantado, pues palpé una varilla de acero. Levanté la cabeza y escuché con el oído derecho hasta distinguir la respiración de alguien a una vara de distancia. Después de todo, no había dado muerte a mi enemigo; seguramente estaría mal herido, pues la respiración era angustiosa y desigual. Entonces me incorporé con cautela y de pie hice tres disparos contra el negro. A tientas me encaminé a la jaula, alerta y preparado para cualquier cosa. El eco de mis tiros resonaba en aquel recinto abovedado, cuando de pronto oí un grito que parecía responder a mi llamado.

Venía de otro lado. Un rayo de luz alumbró en parte la escena y oí el ruido de pasos que se acercaban a toda prisa, cuando en eso resonó la voz querida de mi amigo Chris:

—¡Riversdale ¡Riversdale ¿Dónde está?

Le contesté con una exclamación de alegría: — ¡Hola

Al mismo tiempo entraba a la jaula, marchando sobre algo mullido; me detuve y alcancé a dar con la llave de luz iluminando el lugar.

Una luz radiante se extendió sobre la arena, desde lo más alto del cielorraso. Ví que Chris se apresuraba para llegar a mi lado. A través de las varillas de acero de la jaula, distinguí una figura negra y gigantesca que trataba de interceptar el camino a mi amigo, con sus gritos y aullidos característicos. Sin perder tiempo el mismo negro preparó sus flechas y apuntó a Chris. Pero fué inútil, porque Chris se volvió y vació la pistola sobre Basoga, quien tambaleando como un demonio, cayó a los pies de mi amigo, con un rugido de odio.

—¡Lo atrapaste, Chris! — exclamé.

En ese momento me sentí muchacho y creí que jugaba al football una vez más. Pero de pronto tropecé con algo y mis pies se estremecieron: ahí descansaba el cuerpo de Alexander Georgius en su manto romano.

Sus cabellos de oro, brillaban como una aureola. Su rostro hermoso resplandecía con una belleza que hasta ese momento no había revelado. Sus ojos se fijaron en los míos con mirada serena y comprendí que se paroximaba su fin.

—¡Ah — exclamó desfalleciendo. — ¡El señor Roberts, el enamorado sincero. Amigo, tengo poco tiempo disponible, pues los asuntos de arte me han tenido ocupado.

Haciendo un esfuerzo se incorporó y miró en derredor con expresión extraña, agregando sorprendido: — Y ahora, me voy.

—Dígale a ella, — susurró. — Usted que lo ha aventurado todo en nombre de su amor, dígale que jamás hubiese dañado un solo cabello suyo, por más que Stax me lo hubiese impuesto.

Lo miré atontado, incapaz de comprenderlo, perdido ante su confesión.

Con un gesto final, se cubrió el rostro con la toga y dejó su alma librada a un juicio superior.

Aquel fué el último acto del noble romano al parecer, y así murió César.

Al levantarme, Chris junto a los barrotes de entrada de la jaula, me preguntaba:

—¿Dónde está?

—¡Muerto!

Levantó los brazos y con u gesto convulsivo, exclamó como una mujer:

—¡Muerto y no he sido yo quien tuvo la suerte de matarlo.

Retrocedió entonces y vacilando, cayó sobre la arena como un tronco. Me adelanté, y en medio de aquella luz deslumbrante ví dos personas arrodilladas una frente a otra acariciándose mutuamente el rostro.

De alguna manera Cleo había conseguido desatar al joven. Se decían algo con las manos sobre los hombros. El precioso cabello de Cleo se había desparramado sobre sus espaldas hasta más abajo de la cintura. Al acercarme, echó el brazo derecho hacia atrás con un gracioso movimiento y tomando unos bucles perfumados los echó al cuello del joven. Este levantó la mano que aun sangraba, y la colocó sobre la cabeza de Cleo.

—¡Niño, estabas dispuesto a morir por mí — oí que decía Cleo a Robert. ¿Saben ustedes lo que hice entonces? Tranquilamente llevé la mano al bolsillo, saqué la cigarrera y tomando un cigarrillo, lo encendí.

. . . . . .

Chris volvió de su desmayo en seguida. Su tarea se había realizado sin mayor dificultad. Había encontrado a la vieja y a la señorita Muriel en la biblioteca y una vez que hubo amarrado a la primera, tomó en sus brazos a su amada, con tal delirio, que la pluma se resiste a describirlo.

Todos, en procesión silenciosa, cruzamos la arena hasta el ascensor, dejando a los muertos en el lugar que descansaban bajo la luz tropical que partía del cielorraso.

Ví por primera vez a la señorita Ashe, una encantadora joven, triste y pálida, por más que me pareció la más despreocupada y animada del conjunto. Luego hablé por teléfono a la Policía Central y a la media hora, la Ciudad del Cine estaba en poder de la justicia. Mientras tanto, me entretuve en relatar al jefe de policía, la historia que acabo de referir en estas líneas.

. . . . . .

Seis meses después, sir William Riversdale, comandante de la Marina Real Inglesa, añadía lo que a continuación publicamos:

"Acabo de leer la narración exacta de los acontecimientos que se desarrollaron en la Ciudad del Cine y los detalles de la muerte del conocido director y creador de películas Alexander Georgius. Sin embargo, debo agregar unas líneas a dicha historia.

Todo el mundo ha oído hablar del suicidio de Homer Stax en el Hotel del Strand, cinco minutos después que la policía hubo llegado. La indagación judicial acerca de la conducta observada por Georgius y Basoga se conserva aun fresca en la memoria de nuestros contemporáneos, aunque los detalles de lo sucedido nunca se hubiesen conocido sin la publicación de este documento.

Un misterio extraordinario rodeaba la desaparición de Muriel Ashe y de su hermano, aun después de su encuentro. Todos se enteraron que pasaron a ser propietarios de la vasta organización anteriormente administrada y disfrutada por Stax y Georgius. Muriel Ashe no tuvo más interés que consagrar sus momentos a la preparación de su casamiento con su antiguo novio, Chris Cameron. Su hermano Robert poco a poco fué recobrando el estado normal de su espíritu y no piensa más que en dedicar sus horas al negocio que se le ha brindado como herencia de su padre.

Parece que la pasión que inspiré a un determinado corazón, no fué mas que un sentimiento transitorio. Sin embargo, me conservo amigo de la hermosa Cleo Silver, pero en cambio, si no me equivoco, fácil es que se realice un segundo casamiento en la familia de Ashe. Oí decir a Cleo: — "¿Acaso no estaba dispuesto a morir por mí?" — frase expresada con uno de sus gestos dramáticos tan significativos y majestuosos. No es a mí, a quien conviene juzgar le caso de un casamiento entre un joven de veintidos años con una mujer del gran mundo, de de edad mucho mayor y lo que es más sugestivo: de mayor experiencia y picardía.

Mi opinión la reservo, por más que según me han informado, la dama ha abandonado por completo el vicio de la cocaína.

En cambio, el pensamiento de mi oficial subalterno, Horacio Nelson Lamson, a propósito del mismo acontecimiento, es más transparente:

—"¡La Vampiro", — me decía el otro día. — "¡La Vampiro y el joven Robert Ashe"

A decir verdad, no me atrevo a repetir las palabras de Lamson. Se ha manifestado muy contrariado con el bello sexo, mucho más, al saber que la francesita Julieta, dama de compañía de la señorita Cleo Silver, ha desaparecido para Australia con el señor Federico Amble, quien no sufrió pena alguna en la conspiración descubierta y quien, sin duda, no volverá a empezar la carrera de bandido en las Antípodas.

Estoy en mis habitaciones del hotel. Acabo de pasar unas vacaciones con Chris y su esposa y tomaré té con Cleo Silver.

Horacio N. Lamson está empaquetando mis cosas en la habitación contigua, pues mañana mismo parto con la tercera expedición, que en esta ocasión se realizará por los mares del Polo Sud. Estoy deseando encontrarme en aquellas regiones solo con mis compañeros tras de la puerta del sol.

Como dice el poeta: "Vengan, amigos, aún no es tarde para salir en busca de un mundo nuevo; desatraquen, y una vez en orden, corten las sonoras ondas..."

GUY THORNE.

LEA USTED
PUCKY
TODOS LOS VIERNES

FIN DE "CINEMA - CITY"

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

Un cuento de las orillas del Rhin

—oooOooo—

LA LADRONA DE NIÑOS

Por Erckman - Chatrian

(Traducción del francés)

I

EN el año 1787 se veía vagar todos los días por el barrio de Hesse-Darmstad, en Maguncia, una mujer alta y macilenta, con las mejillas hundidas, los ojos extraviados; imagen horrorosa de la locura. Esta desgraciada, llamada Cristina Evig, antigua colchonera que vivía en la calleja del "Petit-Violet", detrás de la catedral, había perdido la razón a consecuencia de un espantoso acontecimiento.

Atravesando una noche la calle tortuosa de "Trois-Bateaux", con su pequeña hija de la mano, se apercibió de pronto que acababa de soltar a la niña hacía un segundo, y que no oía ya el ruido de sus pasos. La pobre mujer volvióse, y no viendo a su hija, se puso a gritar:

—¡Deubche, Deubche! ¿Dónde estás?

Nadie le respondía, y la calle, en toda la extensión que podía descubrir la vista, estaba desierta.

Entonces, corriendo, llorando y gritando, volvió por la misma calle hasta llegar al puerto: sumergió sus miradas en el agua sombría, sobre la que se balanceabn las barcas. Sus gritos y sus sollozos habían atraído gran número de vecinos; la infeliz madre les explicó sus angustias, y todos se juntaron a ella para proseguir y ayudarla en sus investigaciones; pero nada... nada; ni una huella, ni un rastro, ni un indicio había venido a dar luz sobre este espantoso misterio.

Cristina Evig, desde aquel instante, no volvió a poner los pies en su casa: noche y día erraba por la ciudad, gritando con una voz cada vez más débil y angustiosa: "¡Deubche, Deubche!..."

Todo el mundo se compadecía de ella: la gente honrada la alojaba en su casa, la daba de comer, y ya uno o ya otro, la vestían con sus ropas de deshecho. La policía, en presencia de una simpatía tan general, no había creído deber intervenir ni encerrar a Cristina en una casa de fuerza, como se practicaba entonces.

Se la dejaza, pues, ir y venir, y se la compadecía, pero sin preocuparse de ella.

Pero lo que daba a la desgracia de Cristina un carácter verdaderamente siniestro, era que la desaparición de su pequeña hija había sido como la señal de otros varios sucesós de la misma índole: diez niños habían desaparecido, uno después de otro, de una manera extraña, inexplicable, y algunos de estos niños pertenecía a la más elevada clase media.

Estos robos tenían lugar de ordinario por la noche, cuando los transeuntes iban siendo escasos, y cada cual se apresuraba a ganar su morada después de los negocios del día. Un niño salía de su casa y cruzaba el dintel de la puerta; su madre le gritaba: "¡Carlos... Luis... Lotario!..." Sucedía absolutamente lo mismo que con la pobre Cristina. ¡Nadie contestaba! Se corría, se llamaba, se registraba la vecindad... ¡todo era inútil, el niño había desaparecido!

Referir las averiguaciones practicadas por la policía, los arrestos provisionales, las requisas domiciliarias, el terror de las familias, sería difícil, por no decir imposible.

Ver morir a un hijo es cosa horrible, sin duda; pero perderlo sin saber lo que ha sido de él, pensar que no sabrá nunca que este pequeño ser tan débil, tan dulce, que estrecha uno contra su corazón, sufre tal vez; que nos llama y que no podemos acudir en su socorro... esto es lo que excede de todo cuanto pueda imaginarse, lo que ninguna expresión humana sabría describir.

Una noche del mes de Octubre de se mismo año, 1787, Cristina Evig, después de haber vagado por las calles, había ido a sentarse en el pilón de la fuente del Obispado, con sus largos cabellos grises, sueltos y despeinados, y la mirada vaga y errante como si estuviera siendo juguete de una pesadilla.

Las criadas de la vecindad, en vez de retardarse charlando, como era su costumbre, alrededor de la fuente, se apresuraban a llenar su cántaro, y se marchaban corriendo hacia las casas de sus amos.

La pobre loca permaneció allí, sola, inmóvil, recibiendo, sin apercibirse de ello, la lluvia menuda y glacial que tamizaba las nieblas del Rhin, y entre tanto, las altas casas de los alrededores, con sus agudos tejados, sus torres y sus ventanas innumerables, se iban poco a poco envolviendo en un manto de sombras.

La capilal del Obispado daba entonces las siete; Cristina, sin moverse, murmuraba, tiritando: "¡Deubche, Deubche!..."

Pero en el instante en que los pálidos resplandores del crepúsculo enviaban sus últimos reflejos sobre los techos de las casas inmediatas antes de desaparecer, se estremeció de pies a cabeza, alargó el cuello, y su faz inerte, impasible hacía dos años, adquirió tal expresión de inteligencia, que la criada del consejero Trunf, que colocaba precisamente su cántaro debajo del chorro, volvióse sobrecogida de estupor, para observar el gesto de la loca.

Al mismo tiempo, por el otro extremo de la plaza, pasaba una mujer con la cabeza baja, llevando entre sus brazos, oculto con un lienzo, un objeto que se debatía.

Aquella mujer, vista a través de la lluvia, tenía un aspecto siniestro: corría como una ladrona que acabara de efectuar un robo, arrastrando por el lodo sus sucios andrajos y tratando de ocultarse con la sombra que proyectaban los edificios.

Cristina Evig había extendido su larga y huesosa mano, y sus labios se agitaban, pronunciando extrañas palabras; de pronto, este grito desgarrador se escapó de su pecho:

—¡Es ella!

Y cruzando en dos saltos la plaza, en menos de un minuto llegó al ángulo de la calle de Vicilles-Ferrailles, por donde la mujer acababa de desaparecer.

Pero allí Cristina se detuvo jadeante; la desconocida había desaparecido por entre las tinieblas de la calleja, y no se oía más que ese ruido monótono de la lluvia que azotaba el pavimento, y el agua que caía por las canales.

¿Qué era lo que acababa de pasar por el alma de la loca? ¿Había penetrado un rayo de luz en su inteligencia? ¿Había tenido alguna visión, había pasado ante sus ojos uno de esos relámpagos que descubren en un segundo los abismos del pasado?

¡Quién sabe!

Lo cierto es que acababa de recobrar la razón.

Sin perder un minuto en perseguir la aparición que tal efecto la había causado, la desgraciada volvió a subir la calle de Trois Bateane como llevada por el vértigo, dobló la esquina de la plaza Gutenberg y se lanzó dentro del vesíbulo de la casa del preboste Kasper Schwartz, gritando con voz desgarradora:

—¡Señor preboste, los ladrones de niños están descubiertos!... ¡Pronto!... ¡Pronto!... ¡Escuchadme... escuchadme!...

El señor preboste acababa de comer. Era un hombre grave, metódico, que le gustaba mucho digerir con calma y sosiego después de haber cenado opíparamente; así que la vista de aquel fantasma le impresionó vivamente, y, volviendo a colocar en la mesa la taza de té que ya iba a llevar a sus labios, exclamó:

—¡Pero, Dios mío! ¿No tendré nunca ni un momento de reposo en todo el día? ¿Es posible que haya en el mundo un hombre más desgraciado que yo? ¿Qué me quiere esta loca ahora? ¿Por qué se la ha dejado entrar aquí?

A estas palabras, Cristina, que se había respuesto y tranquilizado al parecer, respondió con acento suplicante:

—¡Ah, señor preboste! Preguntais si existe en el mundo un ser más desgraciado que vos... ¡miradme!... ¡miradme a mí!...

Y prorumpió en sollozos, y sus dedos crispados separaron con movimientos convulsivos los mechones de cabellos grises de su frente lívida. ¡Estaba horrible!

—¡Loca!... Dios mío, sí... lo he estado! El Señor con su infinita misericordia, me ha ocultado mi infortunio... pero ya no lo estoy... ¡Oh! lo que he visto... esa mujer que se llevaba aquel niño... porque era un niño... estoy segura!

—Id al diablo con vuestra mujer y vuestro niño!... ¡idos al diablo! — gritó el preboste encolerizado, y luego añadió:

—Pues no está arrastrando esos andrajos llenos de lodo por la alfombra!... ¡Hans! ¡Hans!... A ver si pones a esta mujer en la puerta! ¡Al infierno el destino del preboste! ¡No me trae más que malos ratos!

El criado apareció, y el señor Kasper Schwartz le dijo, señalándole a Cristina:

—Llevad esta mujer a la calle. Decididamente mañana es preciso que redacte una demanda en forma de desembarazar a la ciudad de esta desgraciada. ¡Tenemos casas de locos, gracisa a Dios!

Entonces la loca se echó a reir de una manera lúgubre, y mientras que el criado, lleno de piedad, la tomaba por el brazo y le decía con dulzura:

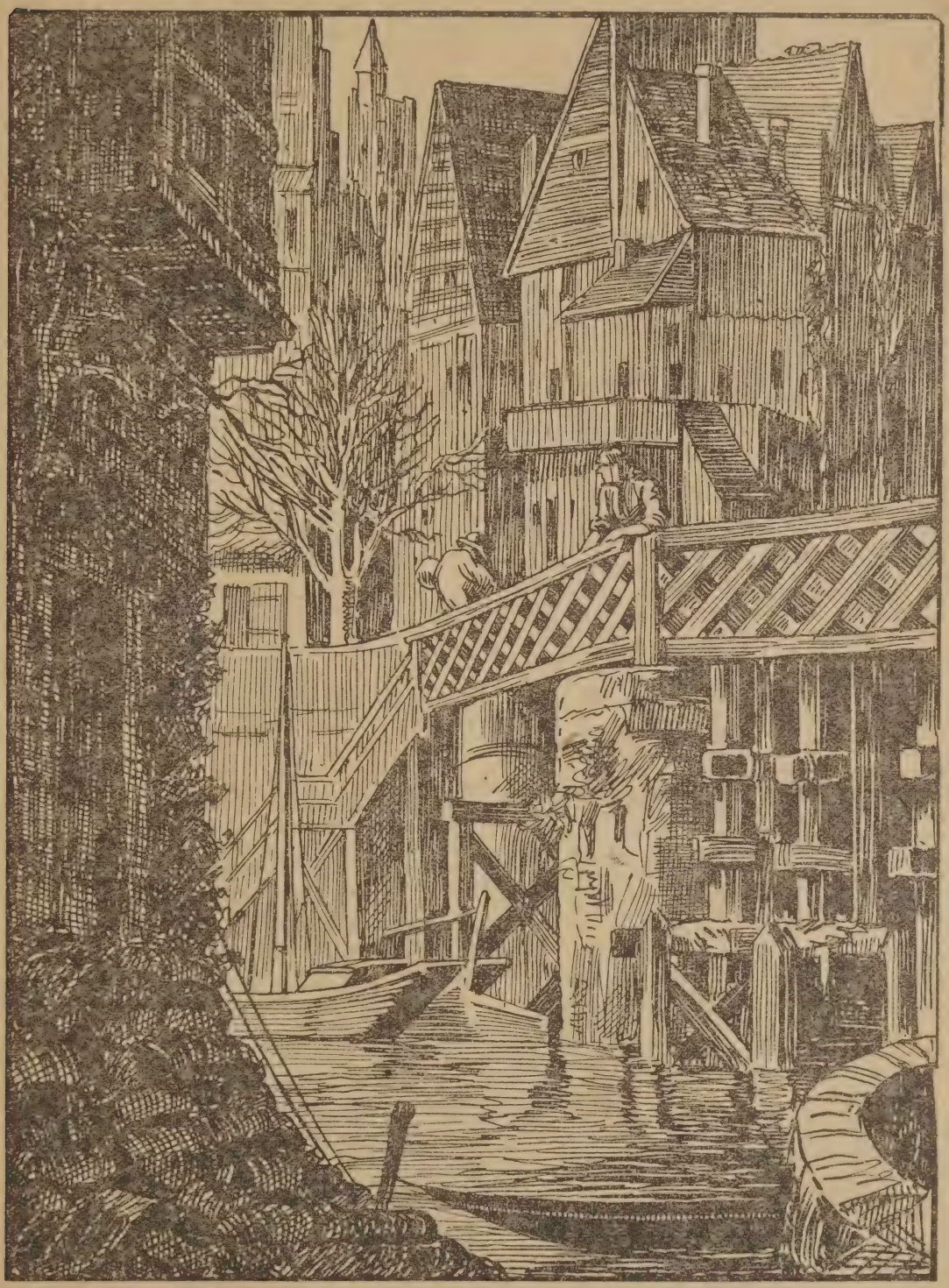
—¡Vamos... Cristina... vamos... salid!

Ella, que había vuelto a caer en su locura, murmuraba:

—¡Deubche!... ¡Deubche!...

II

Mientras pasaban estas cosas en casa del preboste Kasper Schwartz, bajaba un coche por la calle del Arsenal; el soldado que estaba de centinela delante del parque reconoció el tren del conde de Diderich, coronel del regimiento imperial de Hilbourig-



Cristina se inclinó sobre el pretil. ("La ladrona de niños.")

hausen, y le presentó el arma; una mano salió por la ventanilla contestando a aquel saludo.

El coche, lanzado a escape, parecía dirigirse hacia la puerta de Alemania; pero al llegar a la calle del Hombre de Hierro, entró por ella y se detuvo delante de la casa del preboste.

El coronel, de gran uniforme, bajó del coche, levantó los ojos y pareció estupefacto, pues las lúgubres carcajadas de la loca se oían desde la calle.

El conde Diderich era un hombre de treinta y cinco a cuarenta años, alto, moreno, de fisonomía severa y enérgica.

Penetró bruscamente en el vestíbulo; vió a Hans que conducía a Cristina Evig, y sin hacerse anunciar, entró en el comedor del señor Schwartz, gritando:

—Caballero, la policía de vuestro barrio es detestable. Hace veinte minutos, me detenía ante la catedral en el momento del "Angelus". Al bajar de mi coche apercibí a la condesa de Hilbourighausen, que bajaba la escalinata; retrocedo para hacerla sitio, y veo que mi hijo, un niño de tres años, que aún estaba en el coche, acababa de desaparecer. La portezuela del otro lado estaba abierta: ¡habían aprovechado el momento en que me apeaba para robar al niño! Todas las pesquisas hechas por mis criados han sido infructuosas. ¡Estos desesperado, caballero, desesperado!...

La agitación del coronel era extremada; sus ojos negros lanzaban relámpagos de indignación a través de dos gruesas lágrimas que trataba de contener; su mano oprimía convulsivamente la empuñadura de su espada.

El preboste parecía anonadado; su naturaleza apática se sublevaba a la idea de levantarse y pasar la noche dando órdenes, de verse obligado a ir él mismo al sitio donde había tenido lugar el suceso, de volver a empezar, en fin, por décima vez, las pesquisas que siempre habían sido inútiles.

Hubiera querido dejar el asunto para el día siguiente.

—Caballero, — repuso el coronel, — tened entendido que me vengaré. ¡Responderéis de mi hijo con vuestra cabeza! ¡Tenéis la obligación de velar por la seguridad pública; faltais a ese deber, y eso es indigno!... Me hace falta un enemigo, ¿lo entendeis? ¡Oh, que yo sepa al menos quién me asesina!

Mientras pronunciaba estas palabras incoherentes, se paseaba de un extremo a otro del comedor, con los dientes apretados y la mirada sombría.

El sudor brotaba gota a gota de la frente purpúrea del señor Schwartz, que murmuró muy queda, mirando fijamente al plato que tenía delante:

—Lo siento muchísimo, señor coronel, lo siento muchísimo; ¡pero ya es el décimo!... Los ladrones son más hábiles que mis agentes; ¿qué quereis que yo haga?

A esta respuesta imprudente, el conde dió un salto de rabia, y cogiendo al preboste por los hombros, lo levantó como una pluma de su sillón, diciendo:

—¡Que qué quiero que hagáis!... ¡Ah! ¡Así es como respondeis a un padre que os pide a su hijo!

—¡Soltadme caballero, soltadme! — aullaba el preboste, sofocado de espanto. — En nombre del Cielo, calmaos... Una mujer... Una loca... Cristina Evig acaba de entrar aquí... y me ha dicho... sí, ya me acuerdo... ¡Hans, Hans!

El criado, que lo había oído todo desde la puerta, se presentó al instante, diciendo:

—¿Señor?

—Corre a buscar a la loca.

—Está todavía ahí, señor preboste.

—Pues bien, que entre. Sentaos, señor coronel.

El coronel Diderich permaneció de pie en medio del comedor, y un minuto después entraba Cristina Evig, con la mirada extraviada y riendo estúpidamente como había salido.

El criado y la criada, curiosos de saber en lo que aquello pararía, se habían quedado en el dintel, llenos de asombro. El coronel, con un gesto imperioso, les hizo retirarse, y después, cruzándose de brazos en frente del señor Schwartz, exclamó:

—Y bien, caballero, ¿qué luz pretendéis sacar de esta desgraciada?

El preboste trató de decir algo; sus mejillas se agitaron.

La loca reía y sollozaba al mismo tiempo.

—Señor coronel, — dijo al fin el preboste, — esta mujer está en el mismo caso que vos; hace dos años que le han robado su hijo; eso es lo que la ha vuelto loca.

Los ojos del coronel se llenaron de lágrimas.

—¿Y qué? — dijo.

—Hace un momento que ha entrado en mi casa; parecía tener un destello de razón y me ha dicho...

El señor Schwartz se detuvo.

—¿Qué os ha dicho, caballero?

—Que había visto a una mujer llevándose un niño...

—¡Ah!

—Y pensando que hablaba así por desvarío, la he despedido.

El coronel sonrió con amargura.

—¿La habeis despedido? — dijo.

—Sí... Me ha parecido que le daba un acceso de locura.

—¡Maldito seais! — exclamó el conde con voz estentórea; — rehusáis vuestro apoyo a esta desgraciada; haceis desaparecer su última luz de esperanza; la reducís a la desesperación en lugar de sostenerla y defenderla como es vuetro deber!... ¡Y os atreveis aún a seguir desempeñando vuestro destino!... ¡Os atreveis aún a cobrar los emolumentos!... ¡Ah, caballero!

Y acercándose al preboste, cuya peluca temblaba, añadió con voz baja y reconcentrada:

—¡Sois un miserable!... ¡Si no encuentro a mi hijo, os mato como a un perro!

El señor Schwartz, con los ojos saliéndosele de las órbitas, los dedos agarrotados, la boca pastosa, no decía una palabra, estaba sobrecogido por el espanto, y, por otra parte, no encontraba nada que decir.

De pronto el coronel le volvió la espal-

da, y aproximándose a Cristina, la contempló algunos segundos, y luego la dijo:

—Buena mujer, tratad de comprender mis palabras, y respondedme. Vamos... en nombre del cielo.. de vuestra hija.. ¿dónde habeis visto a esa mujer?

Detúvose aquí, y la pobre loca con su voz temblorosa murmuró:

—¡Deubche! ¡Deubche!...

El conde palideció, y en un acceso de ira tomó a la loca por un brazo y gritó: ¡respondedme, desgraciada, respondedme!...

Y la sacudía con todas sus fuerzas; la cabeza de Cristina cayó hacia atrás, y lanzando una horrorosa carcajada, dijo:

—Sí, sí... todo ha concluído... la infame mujer le ha matado.

Entonces el conde sintió que sus rodillas se doblaban, y se dejó caer más bien que se sentó en un sillón, los codos sobre la mesa, su rostro lívido entre las manos, los ojos inmóviles como fijos en una escena espantosa.

Y los minutos iban transcurriendo lentamente en medio del más profundo silencio.

El reloj del comedor dió las diez: las vibraciones del timbre hicieron estremecer al coronel: se levantó, abrió la puerta y salió Cristina.

—Señor coronel..., — dijo Schawartz.

—¡Callad! — le interrumpió el coronel lanzándole una mirada amenazadora.

Y siguió a la loca, que atravesaba el vestíbulo y bajaba ya por la calle tenebrosa.

Una idea singular acababa de ocurrírsele.

—Todo está perdido, — se había dicho; — esta desgraciada no puede raciocinar, no puede comprender lo que se la pregunta; pero ella ha visto algo; su instinto puede conducirla.

Es inútil añadir que el señor preboste quedó maravillado de aquella determinación. El digno magistrado se apresuró a cerrar la puerta echando las dos vueltas de la llave, y en seguida una noble indignación se apoderó de su alma.

—¡Amenazar a un hombre como yo! — exclamó. — ¡Tomarme por los hombros y sacudirme!... ¡Ah, señor coronel, ya veremos si hay leyes en este país!... Mañana mismo dirigiré una queja al emperador, haciéndole saber la conducta de sus oficiales.

III

Entretanto, el conde seguía a la loca, y por un efecto extraño de la sobreexcitación de sus sentidos, la veía en medio de la oscuridad, en medio de la densa niebla como con la luz del mediodía, y oía sus suspiros, sus palabras confusas y entrecortadas, a pesar de los mugidos del viento penetrando por las desiertas callejuelas.

Algunos transeuntes retrasados, con el cuello de sus hopalandas levantado sobre la nuca, las manos en los bolsillos y el sombrero metido hasta los ojos, pasaban de cuando en cuando, retumbando sus pasos sobre la acera; oíase cómo iban cerrándose las puertas, una persiana mal sujeta golpear el muro, o una teja lanzada por el viento hacerse pedazos en la calle; después del aguacero volvió a recrudecerse, cubriendo con su lúgubre voz todos los ruidos, todos los sollozos, todos los gemidos.

Era una de esas frías noches de fin de Octubre, en que las veletas, sacudidas por el cierzo, giran como locas en lo alto de los techos y crujen, diciendo son voz estridente: te:

—¡El invierno..., el invierno... ahí está el invierno!

Al llegar al puente de madera, Cristina se inclinó sobre el pretil y se puso a contemplar fijamente el agua sombría que se arremolinaba entre las barcas; pasados algunos momentos, irguióse con aire incierto, y prosiguió su camino tiritando y murmurando muy quedo:

—¡Oh! ¡oh! ¡qué frío hace!

El coronel, apretando con una mano los pliegues de su capa, comprimía con la otra los latidos de su corazón, que le parecía iba a saltársele del pecho.

Las once dieron en la iglesia de San Ignacio; después las doce.

Cristina Evig no cesaba de andar; había recorrido las calles de la Imprenta, de Maillet, del Mercado de Vinos, de Boucherles, de Fossés-del'Eveché, y al llegar aquí el conde, desesperado, se dijo que esta persecución nocturna no podía conducir a nada, que la loca no tenía objeto alguna al hacer aquella correría; pero pensando en seguida que éste era su último recurso, continuó siguiéndola de plaza en plaza y de calle en calle, deteniéndose en una esquina o en el quicio de una puerta, y después, volviéndodo a emprender su marcha incierta, absolutamente como la fiera sin asilo que vaga a la casualidad por las tinieblas.

En fin, a eso de la la una de la madrugada, Cristina desembocó de nuevo en la plaza del Obispado: el tiempo parecía que iba a aclarar; había cesado la lluvia, soplaba un viento fresco, y la luna tan pronto rodeada de nubes sombrías, tan pronto brillando con todo su esplendor, quebraba sus rayos límpidos y fríos como hojas de acero en los mil pequeños charcos estancados entre las piedras.

La loca fué tranquilamente a sentarse en el pilón de la fuente, en el mismo sitio que ocupaba algunas horas antes. Mucho tiempo permaneció en la misma actitud, la mirada sombría, sus harapos pegados a sus delgados miembros.

Todas las esperanzas del Conde estaban desvanecidas.

Pero en uno de los instantes en que la luna proyectaba su pálida luz sobre los edificios silenciosos, la loca se levantó como movida por un resorte, alargó el cuello, y siguiendo el coronel la dirección de sus miradas vió que las dirigía hacia la calleja de "Vieilles Ferrailles", a unos doscientos pasos de la fuente.

Casi en el mismo instante partió como una flecha.

El conde salló coriendo detrás de ella, y ambos penetraron por entre el laverinto de antiguas casuchas que domina la iglesia de San Ignacio.

La loca parecía tener alas; diez veces estuvo el conde a punto de perderla; tan vertiginosa era su carrera por las tortuosas callejuelas llenas de carretas, montones de piedras y de leña reunidos delante de las puertas para el surtido del invierno.

De repente desapareció en un callejón tenebroso, y el coronel se detuvo no sabiendo la dirección que debía tomar.

Por fortuna, al cabo de algunos segundos el resplandor lúgubre y amarillento de una candileja se dejó ver en el fondo del callejón, a través de un pequeño y mugriento vidrio; esta luz estaba inmóvil, a los pocos momentos quedó velada por una sombra que se interpuso, y casi en seguida volvió a aparecer.

Evidentemente alguien velaba en aquel taquizamí.

¿Qué hacía allí?

Sin vacilar por más tiempo, el coronel se encaminó directamente a la luz.

En medio del callejón tropezó con la loca, que se hallaba de pie sobre un montón de piedras y fango, con los ojos desmesuradamente abiertos, mirando también aquella lámpara solitaria.

La aparición del conde no pareció sorprenderla, antes al contrario, extendiendo el brazo hacia la ventana iluminada del primer piso, murmuró:

—¡Ahí es!

Estas dos palabras las pronunció con acento tan expresivo, que el conde sintió frío hasta en la médula de los huesos.

En seguida, y a impulso de una poderosa reacción, se precipitó contra la puerta de la casucha, la abrió con el violento empuje de su espalda, y se vió frente a frente de las más profunda tinieblas.

La loca estaba detrás de él.

—¡Chist!... — dijo ella.

Y el conde, cediendo otra vez al instinto de aquella desgraciada, se mantuvo inmóvil aplicando el oído.

Las dos sonaron en la iglesia de an Ignacio.

Entonces se empezó a escuchar un débil cuchicheo que partía del primer piso, y poco después apareció una vaga luz en el decrépito muro del fondo, crujieron las planchas del techo y el rayo luminoso, aproximándose poco a poco, alumbró primero una tosca escalera de barrotes; luego, una porción de trastos viejos amontonados en un rincón, pedazos de leña y montones de paja; más lejos, un ventanillo capcioso, abierto en una pared llena de oscuras llagas sobre un patio interior, botellas a derecha e izquierda, muchas de ellas rotas, un canasto con harapos, ¿que sé yo?.. Un conjunto sombrío, miserable, repugnate.

En fin, una candileja de cobre de humeante mecha, sostenida por una mano, seca como la garra de u nave de rapiña, apareció lentamente sobre el pasamano de la escalera, y por encima de la luz asomó una cabeza de mujer, inquieta, con los cabellos color de lino; los pómulos salientes, las orejas grandes separadas de la cabeza y casi rectas, los ojos verdosos centellando bajo espesas cejas; en una palabra, un ser siniestro, vestido con una falda agujereada, los pies metidos en viejos zuecos, los brazos descarnados, desnudos hasta los codos, llevando en una mano la candileja, y en la otra, una hachuela de hojalatero, de filo dentado.

Apenas hubo sumergido sus ojos en la sombra este ser abominable, cuando volvió a subir la escalera con una agilidad asombrosa.

Pero era demasiado tarde; el coronel había saltado sobre ella con la espada en la mano y consiguió sujetar a aquella arpía por la falda.

—¡Mi hijo, miserable! — gritó. ¡Mi hijo!

A este grito de león, la hiena se había vuelto, descargando al azar su hachuela.

Entablóse una lucha horrible. La mujer, derribada sobre la escalera, trataba de morder; la candileja que había caído al choque, seguía ardiendo en tierra, y su mecha, chisporroteaba sobre el suelo húmedo, proyectaba lúgubres y fantásticas sombras sobre el fondo ceniciento del muro.

—¡Mi hijo! — reptía el coronl; — ¡mi hijo, o te mato!

—¡Sí... sí, tendrás a tu hijo! — respondía con acento irónico la mujer jadeante. ¡Oh! aun no has acabado. Tengo buenos dientes. Anda... El cobarde me estrangula. ¡Eh! ¿estás sorda?... ¿Por qué no vienes? ¡Soltadme!... lo... lo... di...ré... todo!

La voz moría en su garganta, cuando otra arpía más vieja, más haraposa y más repugnante, rodó casi por la escalera, gritando:

—¡Aquí estoy!

La miserable iba armada de un gran cuchillo de carnicero, y el conde, al levantar los ojos, vió que ya levantaba el arma para asestarle el golpe en la mitad de la espalda.

Se consideró perdido; sólo una casualidad providencial podía salvarle. La loca, hasta entonces espectadora impasible de aquella escena, se lanzó de pronto sobre la vieja, gritando:

—¡Esta es... ésta es... la reconozco!... ¡Oh, no se me escapará!

Por toda respuesta se vió subir y bajar rápidamente una mano, y una caño de sangre inundó las tablas del suelo: la vieja acababa de hundir el cuchillo en el cuello de Cristina.

Fué todo cuestión de un segundo.

Pero el coronel había tenido tiempo de levantarse y ponerse en guardia, visto lo cual por las dos arpías subieron velozmente por la escalera y desaparecieron entre las tinieblas.

La humeante candileja agonizaba y el conde aprovechó sus últimos resplandores para perseguir a los asesinos; pero al llegar a lo último de la escalera, la prudencia le aconsejó no abandonar esta salida.

Oía abajo los gemidos de Cristina y caer lentamente las gostas de sangre de escalón en escalón, en el silencio de la noche. ¡Era una cosa horrible!

En el otro lado, en el fondo de la guarida, un extraño chocar y remover de muebles ha-

¿Qué es lo que sucede aquí? ("La ladrona de niños.")

cía temer al conde que las dos mujeres trataran de escapar por las ventanas.

El desconocimiento de los lugares le tenía inmóvil e indeciso hacía algunos instantes, cuando una viva claridad, deslizándose por una puerta vidriera, le permitió ver las dos ventanas de la pieza que daba al callejón, iluminadas por una luz exterior. Al mismo tiempo, oyó en la calle una voz varonil que gritaba:

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¿qué es lo que sucede aquí?... ¡Una puerta abierta!... ¡Calle!... ¿Qué es esto?

—¡A mí! — gritó el coronel, — ¡a mí!

En el mismo instante la luz penetraba en la casucha.

—¡Oh!..., — siguió diciendo la voz, — ¡sangre!... ¡Diantre!... no, no, no me engaño... ¡Es Cristina!...

—¡A mí! — repitió el coronel.

Un paso lento y pesado resonó en la escalera, y el rostro del vigilante Zelig, con su alta gorra de nutria y su piel de cabra sobre los hombros apareció en la puerta, dirigiendo la luz de su linterna hacia el conde.

La vista del uniforme le dejó estupefacto.

—¿Quién está ahí? — preguntó:

—¡Subid... buen hombre, subid!

—Perdón, mi coronel... es que... abajo...

—Sí... una mujer acaba de ser asesinada... los asesinos están ahí.

El vigilante subió entonces los últimos escalones, y con la linterna en alto alumbró el departamento: era éste un entresuelo de seis pies de altura a lo sumo, en cuyo fondo se hallaba la puerta de la habitación en que se habían refugiado las mujeres; una escalera de mano, situada a la izquierda para subir al granero, estrechaba aun más el espacio.

La palidez del conde asombró a Zelig; sin embargo, no se atrevió a interrogarle hasta que éste le preguntó:

—¿Quién vive aquí?

—Dos mujeres, — contestó el vigilante; — madre e hija; se las llama en el barrio de los Mercados las dos Josel. La madre vende carne en la plaza; la hija hace embutidos.

El conde recordó entonces las palabras pronunciadas por Cristina en el delirio: "¡Pobre niño, lo han matado!" Y sintiéndose sobrecogido por un vértigo, un sudor de muerte empezó a inundar su rostro.

Por el más espantoso azar descubrió en aquel mismo momento, detrás de la escalera, un vestidito de cuadros encarnados y azules, unos zapatos de niño y una especie de sombrerito con pluma y adornos negros, arrojados allí en el rincón. Estremecióse de la cabeza a los pies y levantó del suelo estas pequeñas prendas con mano temblorosa: ¡eran la ropita de su hijo!

Algunas gotas de sangre mancharon sus dedos.

Dios sólo sabe lo que pasó en el corazón de aquel hombre. Por algún tiempo permaneció inmóvil, respaldado contra la pared, la mirada fija, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, la boca entreabierta, como anonadado, como idiota. Pero de repente lanzó un rugido de furor, que espantó al vigilante, y se lanzó contra la puerta. Nada hubiera podido resistir tal choque. Oyóse venir abajo con estrépito todos los muebles que las dos mujeres habían amontonado tras de la puerta para defender la entrada. La casucha entera se estremeció hasta en sus cimientos, y el conde desapareció en las tinieblas: después, aullidos, gritos salvajes, rugidos, imprecaciones, alaridos roncos y ahogados; todos los acentos más horribles que pueden salir de la garganta humana se oyeron en medio de la oscuridad.

Aquello era horrible, pavoroso, infernal: parecía un combate de encarnizadas fieras desgarrándose y devorándose en el fondo de su caverna.

La calle se iba llenando de gente. Los vecinos penetraban por todas partes en la casucha, exclamando:

—Pero ¿qué es esto? ¿Quién se mata aquí?

De pronto quedó, por encanto, restablecido el silencio, el conde, acribillado de heridas y con el uniforme hecho pedazos, salió de la habitación; su espada estaba empapada en sangre hasta la empuñadura; su bigote estaba también lleno de sangre, y los asistentes debieron creer que este hombre acababa de batirse a la manera de los tigres.

. . . . . .

¿Qué os diré después de esto?

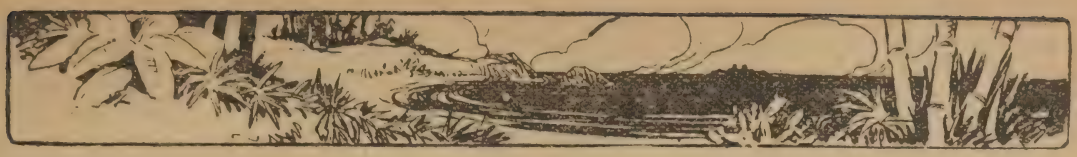
El coronel Diderich curó de sus heridas y abandonó Maguncia.

Las autoridades de la ciudad juzgaron conveniente ocultar a las familias de las víctimas tan abominables acontecimientos. Yo lo sé por el vigilante Zelig, retirado del servicio y pasando los últimos días de su vida en su pueblo natal, cerca de Sarrebrük; sólo él conocía los detalles de tantos horrores, pues había asistido como testigo a la instrucción secreta de este asunto ante el tribunal criminal de Maguncia.

Quitad el sentido moral al hombre, y su inteligencia, de que tan orgulloso se muestra, no padrá preservarle de las más horribles pasiones.

Lea usted
"TIT - BITS"
Todos los martes

Fin de "LA LADRONA DE NIÑOS"



YO NO HE MENTIDO JAMAS

Por PIERRE MILLE

(TRADUCCION DEL FRANCES

EN la oficina del señor Jonás Obededom Merryweather, propietario único, dueño absoluto, después de Dios, de una de las más notorias hilaturas de Manchester (100.000 libras esterlinas de utilidades anuales), no se veía sobre la mesa, aparte del block de notas en donde tan eminente industrial hacía sus cálculos, más que dos objetos: una Biblia y un aparato telefónico. No había lugar para otra cosa en la vida de este austero y protestante británico.

Fiel al octavo mandamiento, Merryweather se enorgullecía de no mentir jamás. Era muy conocido. Nadie ponía en duda su palabra.

Un sábado por la mañana dijo a su esposa:

—Flora, préstame un servicio.

—Todo lo que quieras, "dearie".

—Propónme la venta de quinientos fardos de algodón a 16 chelines y 6 peniques.

—No te comprendo. Ni yo vendo algodón ni lo he tenido nunca.

—Flora, — replicó con voz firme Merryweather, — una buena esposa debe siempre obedecer a su marido. Tú siempre has sido buena esposa; estoy orgulloso de ello; no faltes hoy a ese deber sagrado. Hazme la ofrta qu t digo.

—Bueno, sí. Puesto que te agrada...

—No, así no. En los ngocios hay que poner los puntos sobre las íes. Dime: — "Yo te propongo"...

—Yo te propongo quinientos fardos de algodón....

—Calidad corriente, — precisó Merryweather. — Calidad corriente a diez y seis chelines y seis peniques.

—Así está bien. No te pido más. Voy a anotar la hora y la fecha. Veintinueve de Abril de mil novecientos veintiséis, a las ocho y media de la mañana. Déjame rezar una oración y en seguida iré a tomar el desayuno.

Merryweather oró y se desayunó. Después se dirigió en tranvía a su fábrica y entró en su escritorio. Hizo sonar un timbre.

—Que entre los corredores.

Eran siete u ocho, de ojos agudos como la punta de sus lápices bien afilados. Un pedido de la casa Merryweather tenía que ser importante y espléndida la comisión.

Había que ser prudente, reservra un margen para el riesgo. Hallábase allí entre los comisionistas Epaminondas Zaphyropulo, griego de Esmirna, que fué médico en Italia, ingeniero en Bulgaria, periodista en Francia y comerciante en Inglatera.

Merryveathed se sentó, jugando con su pluma de fuente.

—Siéntense ustedes, amigos, siéntense. Veamos qué cantidades y qué precios ofrecen ustedes.

—Trescientos fardos, a fin de mes, a diez y ocho chelines, — dijo uno.

—Diez y siete, ocho, —dijo lacónicamente otro, — cantidad la que usted desee.

—A diez y siete, — ofreció valerosamente Zaphiro.

La pluma de Merryweather tocaba el papel como para escribir, pero no escribia.

—No, — decidió por fin Jonás, tras un momento de silencio.

—¿No? — dijo uno, — pues esa es la cotización.

—Yo aun rebajo la cotización — exclamó otro.

Zaphyro no dijo nada. Se reservaba.

—Gentlemen, — declaró Jonás Obededom Merryweather, lanzando una mirada pura y cándida, — no hace ni dos horas... Es decir, — añadió sacando el reloj, — hace exactamente una hora y tres cuartos que he recibido una oferta de quinientos fardos a diez y seis chelines y seis peniques.

—¡No es posible! — exclamó un comisionista.

Zaphiro separó sus manos en señal de desnista.

—Gentlemen, — respondió Merryweather, molesto, — ¿han oído ustedes decir alguna vez que yo haya mentido?

—Señor Merryweather, es usted incapaz de ello, — dijo Zaphiro con una dulce sonrisa. — Hace usted un gran negocio, pero después de todo, quinientos fardos a diez y seis chelines, ¿qué representan repartidos entre tres de nosotros? ¿Le conviene a usted?

—Acepto por complacerles, — dijo Merryweather.

Por la noche, dijo a su mujer: — No ha sido malo el día, Flora. Figúrate que he comprado en condiciones más ventajosas que las que tú me hiciste esta mañana. ¡Demos gracias a Dios!

Y rezó una oración.

PIERRE MILLE

Compre

EL DIARIO

todas las tardes y estará al corriente de las noticias sociales, políticas, sportivas, teatrales y otras del momento.

EL DIARIO

Fundado hace 45 años

tiene entrada en todos los buenos hogares.

Remita el cupón y recibirá a domicilio un ejemplar del jueves próximo con las páginas en colores, y una página con la graciosa historieta para niños:

BARNIGUGLI y su PINGO TRAGAVIENTOS

Señor Administrador de EL DIARIO.
Avenida de Mayo, 662 - Bs Aires

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán las páginas femeninas en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . .

EDICION DE LOS JUEVES
Precios de suscripción:

1 año	$ 5.--
6 meses. . .	„ 2.50
3 „ . . .	„ 1.50

F. C. . . . . .

RESULTADO CONTRAPRODUCENTE

——ooo——

Una buena lección

Por MAX Y ALEX FISCHER

(Traducción del francés)

Los dos hermanos escritores humorísticos cuyas producciones presenta "Pucky" desde hace algun tiempo como notas raciosas e interesantes han acertado una vez más al escribir el cuento breve que a continuación se presenta a los lectores de este magazine.

AL volver anoche de la oficina, Boucq ha gritado, abriendo la puerta de su casa:

—¡Hola! ¡Hola! ¡Cómo huele a cocina!

El matrimonio Boucq vive en bastante buena armonía. Seguramente la víspera, ante una reflexión análoga, madame Boucq hubiera respondido en tono conciliador: "¡Bah! Voy a abrir la ventana para que se ventile un poco." ¿Es que ayer estaba el tiempo revuelto o que madame Boucq se sentía más irritable? El caso es que objetó en tono agresivo:

—Claro que apesta a cocina. Pero, ¿quién tiene la culpa? El señor quiere que haga sopa de coles. No pretenderá que la sopa de coles huela a esencia de rosas!

Estalló la disputa. Durante un cuarto de hora, los esposos Boucq se han dirigido mutuos reproches, lamentando firmemente el haber unido sus destinos. Por último, la señora de Boucq se ha encasquetado su sombrero y ha salido dando un portazo.

—¡Ya es demasiado! ¡Cómo me fastidias!

Al quedar solo, Boucq no tardó en calmarse. Para hacer tiempo esperando la vuelta de su mujer, se puso a leer el diario. Una noticia de policía atrajo su atención:

"Consecuencias de una disputa. — El señor Péchard, rentista, domiciliado en la calle de la Espadilla, número 15, se había mostrado siempre afectuoso y condescendiente con su mujer. Esta, sin duda, amaba también a su marido. ¿Cuál sería el motivo de la disputa que se elevó entre los esposos Péchard ayer a las diez de la mañana? No lo sabemos. El caso es que los vecinos oyeron ayer a dicha hora el rumor de una discusión violenta.

"Momentos después, la señora de Péchard bajó a hacer compras. ¡Al despedirse de su marido, la desgraciada no pudo presentir que no volvería a verlo vivo!... Cuando más tarde regresó a su domicilio, un espectáculo horroroso se ofreció a su vista: Péchard se había ahorcado colgándose del techo de la sala".

Terminada la lectura de esa noticia de policía, Boucq ha dejado el diario, sumiéndose en honda meditación. Al cabo de un rato, murmuró:

—Después de todo, ¿por qué no? Primero, sería muy divertido. Luego, Ernestina, te serviría de lección para otra vez.

Al fallecimiento de un pariente que tenía una tienda de confecciones, el señor Boucq había heredado, años ha, un maniquí. No sabiendo qué aplicación darle, lo había relegado a la buhardilla, en el sexto piso, donde conservaba los baúles antiguos, su título de bachiller y las prendas fuera de uso. Boucq subió a buscarlo.

Gozoso al pensar en el chasco que iba a dar a su esposa, vistió el maniquí con uno de sus trajes; le pasó por el cuello una cuerda y arrastrándolo hasta la sala, lo colgó del gancho de la lámpara. Cerró con llave la puerta y se ocultó en la alacena de una habitación contigua.

Diez minutos llevaba viviendo en la oscuridad, en compañía de una escoba, dos plumeros y algunos paños para limpiar muebles, y el tiempo comenzaba a hacérsele lar-

go... Oyó entrar a su mujer y la vió dirigirse hacia la sala.

Al llegar a la puerta, puso la mano en el picaporte, intentando abrir.

—¡Hola! — murmuró asombrada y renovando su intento. — ¿Qué significa esto?

Ha golpeado la puerta:

—¡Abre, Julio! ¡Qué estupidez!

Sorprendida al no oir contestación alguna, ha acabado por mirar por el ojo de la cerradura. Permaneció un momento como petrificada por el estupor. Luego, se lanzó fuera del departamento.

El señor Boucq, lamentando la mixtificación, — que ahora le parecía cruel e inútil, — se dispuso a abandonar el escondite para correr en busca de su costilla; pero no le dió tiempo. La oyó volver escoltada por el señor Joliette, el vecino del departamento de enfrente, e invitarle a inspeccionar la sala por el agujero de la llave.

—¡Mira, qué horrible! ¡El pobre tiene rígidas las piernas!

El señor Joliette le ha estrechado en sus brazos:

—¿Horrible? No, mi encanto. Lo sería si le hubieses amado. Pero, ¿no me has dicho cien veces lo contrario? ¡Por fin se realizará el ensueño que nuestra honradez nos impedía realizar! ¡¡Ya verás, hermosa mía, lo felices que vamos a ser cuando nos hayamos casado!!

MAX Y ALEX FISCHER.

¿¿¿ ???

El nene había preguntado muchas cosas aquel día, y había agotado la paciencia maternal.

—¡Roberto! — exclama la mamá. — ¡Si me vuelves a preguntar otra cosa, te mando a la cama sin cenar!

Roberto preguntó: "¿Por qué?" y fué enviado a la cama.

Dos horas después, la mamá estaba arrepentida.

Después de todo, preguntando era como podía aprender el muchacho. Así que fué al cuarto del nene, se arrodilló al lado de la cama y miró al chico, que estaba muy triste.

—Ahora, querido, — le dijo, — si quieres hacer una pregunta más antes de dormirte, hazla y yo te contestaré, para que veas que no estoy enojada.

Roberto pensó un momento y luego preguntó.

—Mamá, ¿a qué distancia pueden escupir los gatos?

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses . . .	$ 2.50
6 "	" 4.80
1 año.	" 9.—

Otra narración de un escritor gracioso

—ooo—

LA CAZA DEL TIGRE

Por CAMI

(TRADUCCION DEL FRANCES)

Una nueva producción de Cami en las páginas de "Pucky" sólo puede ser razón de regocijo para los favorecedores de esta revista, que ya han tenido más de una oportunidad de apreciar la gracia infinita y desopilante del estupendo escritor francés.

ACTO PRIMERO

LA PARTIDA

La escena pasa en el domicilio del cazador intrépido

LA MUJER DEL CAZADOR INTRÉPIDO

Entonces, ¿no renuncias a tu proyecto de ir a cazar tigres con un armario de espejo?

EL CAZADOR INTRÉPIDO

No, querida. Esta noche emprenderé el viaje con mi viejo criado.

LA MUJER DEL CAZADOR INTRÉPIDO

Otra de tus ideas: tomar un criado joven y albino, porque sus cabellos blancos le dan un aire de criado viejo.

EL CRIADO ALBINO

(Entrando). — Ya está embalado el armario de espejo. Todo está dispuesto.

EL CAZADOR INTRÉPIDO

Está bien, viejo criado. Haz que venga el coche que nos llevará al piróscofo. **(Sale el criado albino.)**

LA MUJER DEL CAZADOR INTRÉPIDO

Lleva al menos un fusil, un arma con que defenderte.

EL CAZADOR INTRÉPIDO

No. ¡Nunca! Para cazar tigres no necesito más que mi armario de espejo. ¡Hasta dentro de unos días! **(Sale.)**

ACTO SEGUNDO

LA CAZA

La escena pasa en un desierto salvaje

EL CAZADOR INTRÉPIDO

(Al doméstico albino, que acaba de colocar el armario de espejo en medio del desierto.) — Dos tigres vienen hacia nosotros. Metámonos en el armario de espejo. **(Se instala en el armario con el criado albino y cierra la puerta cuidadosamente.)** Vigilaré la caza por el ojo de la cerradura.

EL CRIADO ALBINO

(Con voz temblorosa.) — ¿No seré indiscreto preguntando al señor lo que hacen los tigres?

EL CAZADOR INTRÉPIDO

(Mirando por el ojo de la cerradura). — Se están mirando al espejo, que es precisamente lo que yo deseaba. Dame el hígado cortado. **(El criado se lo da).** Salgamos ahora. **(Abre la puerta del armario y sale seguido del doméstico albino. El cazador intrépido enseña el hígado a los tigres y luego tira el tro-**

zo al armario. Los tigres se lanzan dentro de él para comérselo.)

EL CAZADOR INTRÉPIDO

(Cerrando con llave la puerta del armario). — Ya está.

EL CRIADO ALBINO

(Con temblor en la voz y en todo el cuerpo). — ¿Podría explicarme el señor por qué los tigres no nos han devorado?

EL CAZADOR INTRÉPIDO

Porque se han mirado al espejo. Este espejo disminuye todo lo que en él se refleja. Los tigres se han visto del tamaño de gatos. Esto les ha sorprendido mucho; y después, por autosugestión, se han persuadido de que realmente eran gatos. ¿Comprendes ahora por qué no nos han devorado y han preferido el hígado? (Mira el reloj.) Se hace tarde. Regresemos a nuestra patria. (Se van con el armario de espejo que contiene los dos tigres.)

ACTO TERCERO

UNA DISTRACCION FATAL

La escena pasa en el domicilio del cazador intrépido

EL CAZADOR INTRÉPIDO

(Entrando en el dormitorio de su mujer). — Ya estoy de regreso con dos tigres soberbios y vivos, que vienen dentro de mi armario de espejo. Tendremos dos tapices muy bonitos.

LA MUJER DEL CAZADOR INTRÉPIDO

Pero ¿habrá que matar los tigres, entonces?

EL CAZADOR INTRÉPIDO

No es necesario. Los convenceré para que hagan de alfombra voluntariamente, y se acostumbrarán a estar echados en el suelo de barriga y patiabiertos cual si fueran dos esterillas para los pies. Es cuestión de paciencia. Lo que sí te digo es que habrá que tener mucho cuidado de no dejarlos caer por el balcón cuando los saquen para sacudirles el polvo.

LA MUJER DEL CAZADOR INTRÉPIDO

Pero ¿dónde está el viejo criado?

EL CAZADOR INTRÉPIDO

Está colocando los tigres en mi dormitorio. Voy a tener que despedirle, porque ya no tiene el pelo blanco.

LA MUJER DEL CAZADOR INTRÉPIDO

¿No tiene ya el pelo blanco?

EL CAZADOR INTRÉPIDO

Pasó tal espanto el día que cazamos los tigres, que sus cabellos se han puesto completamente negros.

LA VOZ DEL CRIADO ALBINO

(Desde lejos). — ¡Socorro!... ¡Socorro!

EL CAZADOR INTRÉPIDO

¡Dios mío! ¿Qué le pasará?... (Después de diez minutos de reflexión.) Ahora comprendo el motivo de sus gritos desesperados. ¡Soy tan distraído!... Me he olvidado de sacar de mi dormitorio el armario de luna corriente, que no disminuye las figuras. Las fieras, al mirarse, se han visto de tamaño natural, han caído en la cuenta de que eran verdaderos tigres, y se han almorzado a mi joven criado, ex-albino. Pero, después de todo, esto no tiene importancia, puesto que lo iba a despedir. (Enciende un cigarro y cae el telón.)

CAMI.

BOMBEROS VOLUNTARIOS

Estalló un incendio una noche en un pueblo y se acudió a los auxilios de los bomberos voluntarios de la localidad, que acababan de recibir material flamante. Sólo se encontró un farol para alumbrar el sitio del suceso, el humo que salía del edificio era muchísimo y la noche muy oscura.

Por último una pequeña lengua de fuego apareció y se oyó una exclamación de júbilo al ver que un bombero dirigía su manguera en aquella dirección.

Pero en aquel momento el capitán se puso a gritar:

—Cuidado con lo que hacen ahí, — exclamó. — ¿No ven que si apagan esa llama no vamos a ver para extinguir el incendio.

Dentro de poco publicará "Pucky" una novela policial completa:

SEXTON BLAKE contra KESTREL

NO DEJE USTED DE LEERLA

POR OMITIR UNA PRECAUCION

La esposa: — ¿Ves? ¿No te dije que te pusieras el impermeable?

Si Vd. necesita fortificarse

No someta su salud a contínuos ensayos de remedios nuevos.

TOME LA

EVANDRINA

que es el mejor tónico para fortificar su sistema nervioso.

Hará desaparecer ese hastío y malestar que le invade.

EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda. - Defensa 215,

SUS SECCIONES Y EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

¿HA OIDO USTED HABLAR DE SEXTON BLAKE?

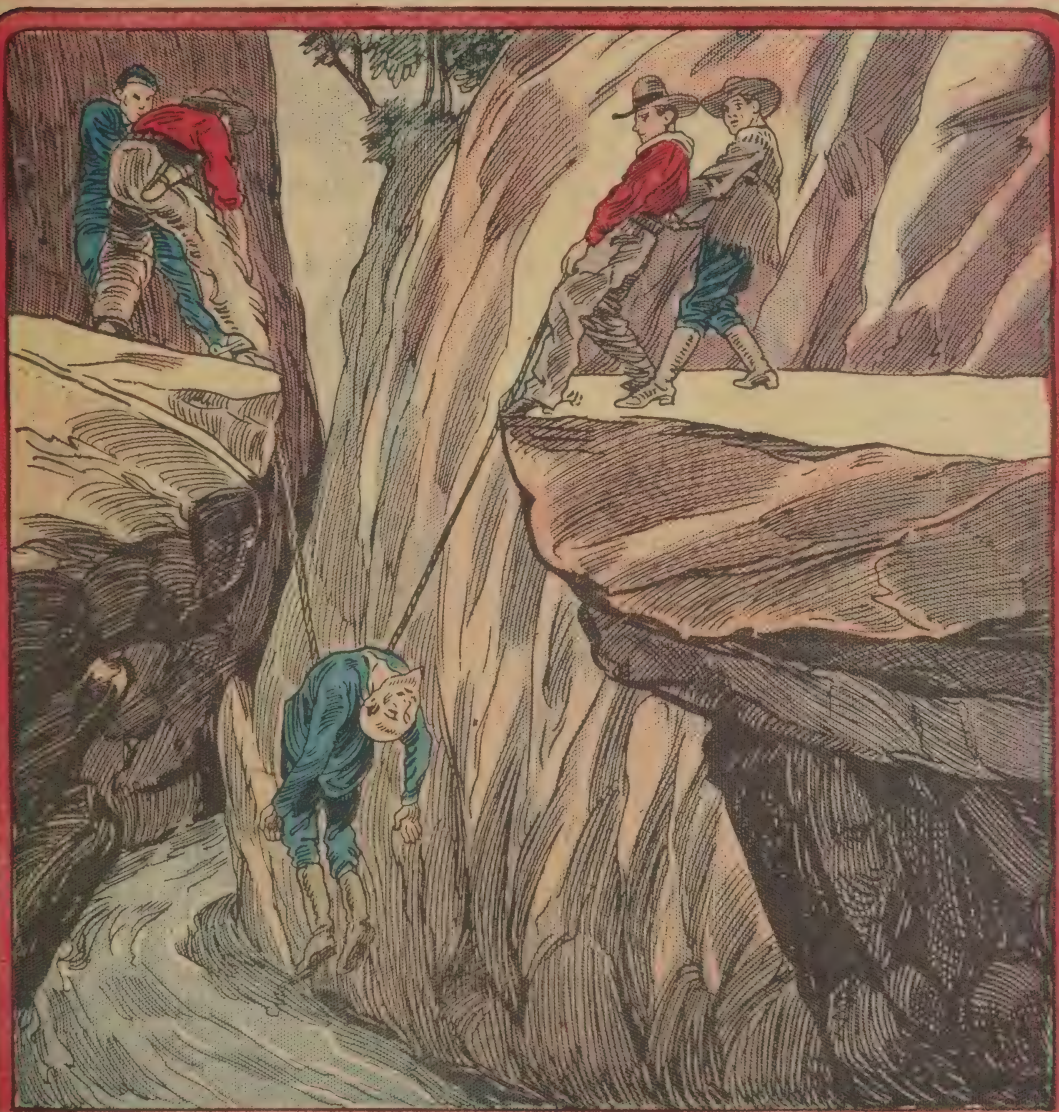
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Setiembre 17
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 155



¡SOBRE EL ABISMO! "Los dos lazos bastarán, ahora que está desmayado" dijo Steve. Con infinito cuidado levantaron al ganadero por el hueco del abismo, tirando de los dos lazos.

LEA LA ESCENA CORRESPONDIENTE EN

EL RANCH de la DOBLE HERRADURA

LA CAUSA DE UNA OPINION

—La exposición de pinturas de este año no vale nada.
—¡La peor que he visto!
—¿No te han admitido ningún cuadro?

El ranch de la Doble Herradura

Interesantes y nuevos capítulos de la gran novela de "Tit-Bits" que se publica en "Pucky" a pedido de los lectores.

Muggada Chudi

Curiosa leyenda bengalí, original y extraña.

La puesta del sol

Juguete para armar. — En color.

La fuente de los currutacos

Divertida y picaresca novela de una época muy interesante y muy atrayente.

Notas cómicas

Variados chascarrillos ilustrados. — En color.

Dos escenitas humorísticas

Graciosa página cómica. — En color.

Chirigotas variadas

Una página de cosas más o menos graciosas.

La sorpresa del heladero

Juguete para armar que puede sacarse sin interrumpir la lectura del número. — En color.

Pasando el rato

Cuatro graciosas notas humorísticas de diversos orígenes.

Un joven desgraciado

Página humorística. — En color.

Un hombre generoso

Página humorística. — En color.

Lo blanco y lo negro

Otro interesantísimo cuento de las orillas del Rhin, por Erckman-Chatrian.

Las fieras del desierto de "Pucky"

Juguete vistoso y fácil de armar. — En color.

Lluvia de estrellas

Divertido cuento humorístico de actualidad palpitante.

Para un vivo, una viva

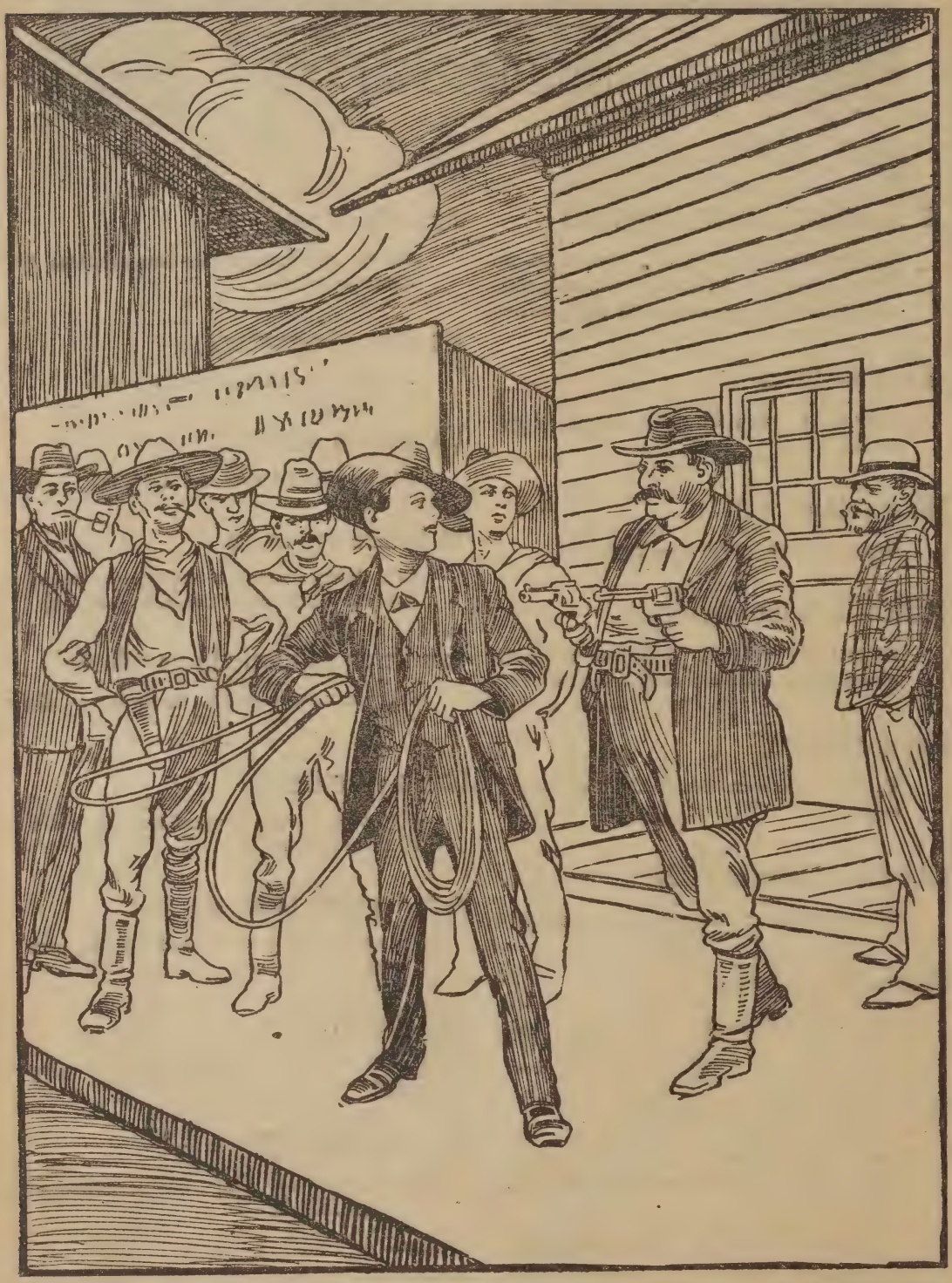
Un cuento que parece verdad y que hace sonreir al lector.

Yo lo hubiera sido

Un caso curioso escrito por un gran autor.

Donde las dan, las toman

Cuento muy agradable, que todos leerán con satisfacción



El sheriff interviene. — "¿Quién me acompaña?" rugía el hombre mientras remolineaba la soga. "No le acompaña nadie, Hank, — dijo Dawson avanzando con sus dos revólvers, — pero usted me va a acompañar a mí". ("El ranch de la Doble Herradura").

PUCKY MAGAZINE Nº 155

OTRA NOVELA PEDIDA POR LOS LECTORES

NOVELA - DRAMA DE AVENTURAS POR

GORDON WALLACE

(TRADUCCION DEL INGLES)

(CONTINUACION. - COMENZÓ EN EL Nº. 152 DE "PUCKY")

SE deslizó hacia el ganadero, que había logrado sentarse en el suelo y tosía dolorosamente acariciándose el cuello, en el que comenzaban a aparecer las señales lívidas de la presión de los dedos del chino. Billy le tomó la delantera a tiempo. Se interpuso entre el ciego y el chino y amenazó a Hop Winfi, acercándole el revólver al oído.

—¡Bueno! ¡Crea que no estoy de broma! — dijo. — ¡Basta de caricias! ¿Eh?

Hop Wing volvió la cabeza y miró el revólver. Después miró a Basnett, movió la cabeza pensativo, y por último se resignó.

Billy Steele se inclinó hacia Basnett, que no cesaba de quejarse. Steve pasó junto al ganadero y, tras de Hop Wing, entró en la cueva. Sentado a corta distancia de la entrada, con los brazos atados al cuerpo, estaba su padre. John Emberton levantó la cabeza y miró, sonriendo, al ver a su hijo de pie en la puerta.

—¡Steve! — exclamó.

—Yo mismo, papá, — dijo Steve con toda tranuilidad, adelantándose a cortar las cuerdas que le sujetaban.

UN ACTO DE DESESPERACION

MIENTRAS Steve estaba ocupado cortando la soga que sujetaba las muñecas de su padre, oyó que alguien hablaba, más hacia el fondo de la caverna que Simón Basnett había convertido en prisión.

—¿Es usted, Hop Wing? — oyó que decía la voz suave y juvenil de una mujer.

—Yo mismo, señorita, — contestaba el cocinero chino.

Un momento después John Emberton estaba libre de ataduras y Steve, sin detenerse a contestar las naturales preguntas que le dirigía su padre, deseoso de saber qué había pasdo, fué hacia el fondo de la caverna hasta que se encontró con Aguila Gray.

—¿Cómo se encuentra usted, señorita Aguila? — preguntó con ansiedad. — Dígame la verdad. ¿La han maltratado esos hombres?

Aguila Gray era una joven valerosa. Se quitó la manta en que tenía envueltas las piernas, se levantó y tendió ambas manos.

Dentro de poco publicará "Pucky" una novela policial completa:

SEXTON BLAKE contra KESTREL

NO DEJE USTED DE LEERLA

Sonrió, moviendo negativamente la cabeza.

—No me han maltratado, — dijo a Steve, — pero no he estado contenta ni he gozado de comodidades desde que vine. Veo que logró usted escapar de manos de José Pascales. ¡Le felicito y me alegro de que así sea!

Como habían pasado tantas vicisitudes desde la última vez que se habían visto, parecíale a Steve que era mucho el tiempo transcurrido desde su encuentro con José Pascales en el camino. Steve se rió.

—Todo resultó bien, — dijo. — José Pascales está entre rejas, pero creo que los hombres que estaban aquí han ido con intención de atacar de nuevo a la Casa de Justicia y sacarle de su prisión. Pero no es eso lo que me importa. ¡Dígame usted la verdad! ¡Si se han atrevido aún cuando sólo sea a tocarla un cabello, yo!...

—Estaba aquí mi padrastro, — dijo ella, procurando hacer frente a la situación valerosamente.

Pero Aguila notó que Steve se encogía de hombros desdeñosamente al oirle mencionar a Simón Basnett.

—Por eso precisamente quise venir en busca de usted, — replicó él. — Sabíamos que Basnett la había traído. De todos modos, vámos a llevarla a un sitio donde pueda hallarse en completa seguridad.

Aguila avanzó y apoyó la mano en el brazo del joven.

—Steve, — dijo, — dígame, ¿qué misterio es el que rodea a mi padrastro? ¿Por qué se enojó tan de improviso y de mal modo conmigo? Cuando regresé a la estancia, después de aquella noche, y le enteré del proceder infame de José Pascales, me figuré que enviaría inmediatamente a un grupo de hombres en socorro de usted y con la misión de castigar a José. En vez de proceder así se puso nervioso, me tomó de un brazo y me sacudió ferozmente. ¡Daba miedo verle tan enojado! No sé qué hubiera sido de mí si la pobre Betty Ann no se hubiese interpuesto. Entonces mi padrastro le pegó a la pobre anciana. ¡Fué un cuadro horrible! Luego, Hop Wing dijo algo, y entonces mi padrastro le acometió, dándole de puntapiés.

"Ordenó a Hop Wing que ensillara un caballo, montó, poniéndome en la montura como hubiera puesto una bolsa de harina, y partió al galope. Hop Wing quiso detenerle, y entonces le pegó con tanta fuerza que el chino cayó desmayado. Dígame, Steve, ¿qué significa todo esto? No logro entenderlo. ¡Y esos hombres horribles... los que hace poco querían ahorcar al prisionero!... ¡Oh! ¡Me parece que estoy a punto de perder la razón! — Calló un instante y pareció tranquilizarse algo. — Y sin embargo, — agregó, — mi padrastro no dejó que me tocara ninguno de esos hombres. Puso un centinela especial para que no dejase que se acercara ninguno de los otros a donde yo estaba.

—Señorita Aguila, — dijo Steve con cortedad. — Siento mucho lo que sucede. Se trata de algo muy triste, muy lamentable, pero... Preferiría no decirle a usted nada de todo lo que sé, preferiría que se lo dijera otra persona. Pero hemos venido a buscarla a usted y también vamos a llevarnos a su padrastro. Mi padre está aquí. Era precisamente el prisionero, el hombre a quien, como usted lo vió, querían ahorcar. Los sucesos se han enredado de modo inesperado. No obstante, hay algo que no debo callar: Simón Basnett no es ciego más que cuando alumbra la luz del día. De noche ve, como ven los gatos, ¿comprende usted? Le ruego que no me pregunte nada más.

—¡Oiga! — gritó en ese momento la voz de Billy Steele. — Me parece que el viejo Simón está tranquilo y quieto, y va a venir con nosotros con la docilidad de un chico. Cuando usted haya terminado su conversación, Steve, venga a ayudarnos a conseguir que Basnett nos diga dónde hay otro camino para salir del cañón y llegar al sitio donde está el sheriff y los muchachos. ¿Qué tal, señorita Aguila? Ya veo que está usted ahí. ¡Y usted también, señor Emberton! Celebro hallarles bien de salud. ¡Pasan cosas interesantes en el estado de Montana, en esta época! ¿eh?

Steve tomó del brazo a la joven y la acompañó hasta donde estaba su padre. John Emberton sonrió al serle presentada personalmente la joven.

—Entreténgala usted unos minutos, padre, — díjole Steve al oído. — Tenemos algo que hacer y me conviene que ella no vea, — agregó.

John Emberton adivinó lo que se proponían. Simón Basnett, mejor que nadie, debía conocer otro camino por el que pudieran salir de allí e ir al encuentro del sheriff Dawson y del resto de la partida, sin dar un salto de veinte pies, y estaban dispuestos Steve y Billy a que Basnett hablara por buenas o por malas.

Salieron de la cueva. Simón Basnett estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el muro de piedra del cañón, con las manos en las rodillas y hablando solo. Juraba y blasfemaba del modo más horrible, y sus ojos miraban fijamente ante sí. Billy y Steve se pararon delante de él.

—Supongo que se limitará a mandarme al infierno, — dijo Billy. — Me parece que vamos a tener que emplear medios enérgicos. Diga usted, Simón: Supongo que estará enterado de que se conoce ya todo cuanto ha hecho y que no le quedan esperanzas de salvar el pellejo. En vista de eso, le conviene molestar lo menos posible y no dar trabajo. Sea dócil y empiece por decirnos dónde queda otro camino que no sea el del barranco, para ir de aquí a Big Horn.

El ganadero no suspendió su soliloquio. Steve se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Le conviene decírnoslo, Basnett, — dijo, — porque vamos a regresar ahora mismo. Vinimos saltando el hueco del barranco. Si usted no quiere indicarnos otro camino, usted, ciego o no, tendrá que pasar por el mismo sitio. ¡Vamos!... ¿Qué dice usted?

—¡Maldito espía! — gritó Basnett, fu-

rioso. — No le diré nada. Tendrán ustedes que esperar o que dejarme aquí hasta que hayan encontrado ustedes mismos el camino. Antes de que lo encuentren, mis hombres estarán de regreso.

—No será así, — dijo Billy con calma. — Pasará usted por el hueco del barranco, Basnett, amigo mío. Supongo que usted saltó a caballo, de noche, cuando todo estaba oscuro y usted veía. Pues bien, ahora saltará de día, porque no podemos esperar.

Hizo que el ganadero se pusiera de pie, y sujetándole fuertemente por el cuello de la ropa, se dirigió con él hacia el comienzo de la senda que conducía a la altura en que Diábolo se había quedado. John Emberton, Steve, la joven y Hop Wing le siguieron, junto al hermoso corcel de Steve, Billy y el chino tomaron al ciego entre los dos y lo pusieron sobre la montura.

—Este hombre no es capaz de saltar en este caballo, — dijo Billy. — ¿No han quedado abajo uno o dos caballos? — preguntó luego.

Miró hacia el cañón. Había dos caballos, uno colorado, grande, el mismo en que Basnett había salido del "ranch" la noche de la fuga; el otro era el caballo del centinela que estaba tendido cerca de ellos, entre las peñas, atado de pies y manos.

Los dos caballos fueron puestos en seguida en servicio, y uno de ellos fué entregado a Aguila. Steve asintió a que su padre montara en el otro. Así, unos a pie y otros a caballo, volvieron adonde estaba el barranco, y el roto puente natural con su abertura de veinte pies, que habían de trasponer de un salto los que quisieran seguir adelante.

Allí se detuvieron. El caballo de Billy, dejado al otro lado del barranco, aún estaba allí, y relinchó al notar que su dueño se acercaba.

—Ahora, — dijo Billy Steele, — tenemos que pasar al otro lado... ¿pero cómo?

Tocó la rodilla de Basnett y le hizo saltar a tierra. En cuanto el ganadero estuvo en el suelo, soltó una carcajada y señaló con la mano hacia abajo.

—¿Es ese el Zanjón del Jaguar? — preguntó a los que estaban cerca.

—Un zanjón es, con seguridad. — contestó Billy. — A quinientos pies de distancia, hacia abajo corre un río entre peñascos: un verdadero torrente.

—¡Gracias! — contestó el ganadero, y de repente echó a correr hacia la orilla.

Levantó los brazos, lanzó un grito de loco y saltó el hueco. Su grito fué repetido por los ecos de la montaña. Aguila se tapó los ojos, horrorizada. Steve dió un grito de enojo y corrió para alcanzar al hombre, que ya desaparecía por la peligrosa orilla.

DOS TENTATIVAS FRACASAN

LAS tendidas manos de Steve no lograron agarrar la ropa del hombre, en el momento en que comenzaba a caer. En el mismo instante, Steve fué arrojado a un lado, dando trasniés, y de no haberle sostenido Billy Steele con mano enérgica, también hubiera caído en las profundidades del terrible barranco. Una silueta vestida de azul avanzó repentinamente pasando por delante de Steve; una mano amarilla y que parecía una garra, adelantóse y descendió. Hop Wing, tendido boca abajo, gritaba excitado mientras sostenía a Basnett por el cuello de la ropa, teniéndolo suspendido sobre el horrible abismo.

Todo había sido realizado con tanta rapidez, que ninguno de los presentes pudo darse cuenta de ello. Nadie hubiera podido decir cómo, Hop Wing había conseguido agarrar a su enmigo por el cuello de la ropa; pero la verdad era que, por el momento, Simón Basnett se hallabá a salvo de las consecuencias de su acción suicida.

Pero su posición era todavía peligrosa. El brazo de acero del chino sufría una tensión horrible, y estaba a punto de dislocarse. Con la otra mano se sostenía al borde de la roca en que estaba echado. Pero la superficie de la roca estaba alisada por los vientos y las tormentas de algunos siglos. Lentamente, el chino, a pesar de sus esfuerzos hercúleos, comenzó a deslizarse hacia adelante.

Billy Steele lanzó un grito de alarma y sostuvo la chino por los tobillos, deteniendo así su avance. Steve ayudó también, y juntos lograron moverle, separándole del borde del abismo.

Tenían así que sostener un doble peso. Llegó muy oportunamente en su ayuda John Emberton. Por último, Basnett, furioso y manoteando y pataleando como loco, fué alzado hasta lugar seguro. El chino volvió a lanzarse sobre Basnett y a tomarle del cuello, pero Billy Steele le tomó de las muñecas y consiguió segurarle.

—¡Me pertenece! ¡Me pertenece! — gritó Hop Wing, tan excitado como nunca le habían visto Steve y Billy al normalmente apático e imperturbable celestial.

Todos los presentes comprendieron que la acción de Hop Wing no había tenido por motivo el procurar el bien de Basnett. Había salvado al ciego de una horrible muerte para ultimarle él mismo con sus manos de acero.

—No es posible que haga usted eso aquí, Hop, — dijo Billy con toda calma. — Usted es nuestro compañero y todos le estimamos, Hop, pero si vuelve a las andadas vamos a tener que atarle. No nos entorpezca el camino, ¿sabe? Así que mucha calma o vamos a pasar un mal rato.

Hop Wing rezongando como un niño enojado, obedeció. Se sentó en cuclillas a un lado. John Emberton sujetaba al ganadero para que no se moviese y Basnet luchó en vano durante un rato, hasta que se dió por vencido.

Los compañeros discutieron los medios que podían poner en práctica para poder salir del paso.

—¡Me fastidia ese estado de guerra, entre el patrón y Hop Wing! — dijo Billy. — Y esa abertura también me ataca los nervios. Casi todos nosotros hemos estado a punto de caer al abismo, y sin embargo, tenemos

que volver. ¿De qué modo? Usted puede saltar montado en Diábolo y yo puedo volver como vine, por medio del lazo. Pero la joven...

—Yo puedo saltar solo al otro lado, como antes, — dijo humildemente Hop Wing.

Había vuelto a su actitud impasible de costumbre,y , sin decir una sola palabra más, retrocedió varios pasos, tomó impulso, y flotando al aire su larga blusa, traspuso sin ayuda ajena, el horrible hueco "aterrizando" del otro lado con toda felicidad, aun cuando ninguno de los presentes tuvo valor para mirarle. Unicamente cuando el chino gritó desde el otro lado, abrieron los ojos. Entonces él, con toda tranquilidad, saltó de nuevo, regresando.

Steve miró el hueco pensativo. Miró luego a su noble caballo, Diábolo, que paraba en aquel momento las orejas como si supiera que su patrón pensaba en él y quisiera hacerle comprender que estaba decidido a dar el salto cuando se lo pidiera. Después, el inglesito miró a la joven y frunció el ceño, preocupado.

Aguila se había mostrado muy serena y tranquila desde el momento en que abandonaron la fortaleza de los cuatreros. Pensaba en muchas cosas que le parecían inexplicables. Pero cuando se percató de la expresión del rostro de Steve, apoyó una mano en el brazo del joven.

—¿Usted saltó desde el otro lado montado en Diábolo? — le preguntó ella.

—Sí, Aguila, — contestó Steve.

—¿Y ahora se pregunta usted cómo podré pasar yo? ¿No puedo saltar también en ese caballo?

—No digo que no sea usted capaz, aun cuando creo que Diábolo no se dejaría manejar más que por mí, dicho sea sin jactancia, pero tal vez...

—¿Qué? — inquirió Aguila al notar que Steve callaba.

Steve se estremeció al pensar en la idea que acababa de cruzar su mente.

—¡Es una idea loca! — dijo. — Pensaba que tal vez Diábolo podría saltar al otro lado llevándonos a los dos. Pero el riesgo...

Al parecer, la idea también horrorizó a Billy Steele o, al menos le emocionó. Pocas veces abandonaba Billy su buen humor, pero lo perdió en aquel instante. Lanzó un grito de impaciencia. Después, volvióse hacia el ganadero ciego que estaba de pie, a un lado respirando jadeante todavía. Basnett retrocedió en cuanto se dió cuenta de que el recio y fuerte puño de Billy Steele se acercaba velozmente a golpearle debajo de la nariz.

—¡Puede decirse que es usted, Basnett, el animal más asqueroso, canalla, infame, cobarde y vil que se divisa en todo el paisaje, mil millas a la redonda! — gritó con el rostro rojo y con una energía que impresionó al ciego. — ¿Por qué diablos no quiere decirnos dónde está el otro camino para ir a Big Horn? ¿Me oye? ¡Hable o por Dios, que...

Steve tomó del brazo a su amigo. Vió que Aguila miraba de qué modo brutal estaban tratando a su padrastro y expresaba su disgusto silenciosamente. Aguila no estaba al tanto de todo lo pasado e ignoraba que Basnett era todo lo contrario de lo que ella había supuesto siempre. Por eso sentíase ofendida y pronta a increpar a Billy.

—¡Cállese, Billy! — dijo Steve y Steele se calmó tan rápidamente como se había enojado.

Sintióse casi avergonzado de su brutalidad y miró a la joven como pidiendo disculpa. El único resultado obtenido por su estallido de enojo fué conseguir que Basnett sonriera con desprecio.

—Si usted está seguro de que Diábolo puede llevarnos a los dos del otro lado, — dijo Aguila a Steve, — yo iría de buena gana. No se olvide de que he pasado hacia acá del mismo modo. Mi padre saltó a caballo al venir, trayéndome, aun cuando no por mi voluntad, — agregó sonriendo.

Steve se mordió el labio. Nada temía por sí mismo, aun cuando sabía que si Diábolo, con su doble carga, no lograba llegar a la otra roca, tanto él como Aguila caerían a lo profundo del barranco. Todo su temor era por la joven y esto era lo que le hacía vacilar.

—¡Bueno! ¡Aquí lo que hay de seguro es que tenemos que pasar al otro lado sea como sea! — exclamó Billy. — Diábolo salta muy bien, así que usted, Steve, puede ir en él, junto con la joven. Después enviaremos a Basnett en su propio caballo. Si no llega al otro lado y se cae, eso será cuenta cuya, pues parece que está con tendencias a suicidarse. Usted, Steve, deje aquí su lazo. Yo le quitaré las ganas de suicidarse. Después saltará Hop Wing, después yo, con su ayuda y luego su padre.

—Creo que el otro caballo puede saltar perfectamente, — dijo John Emberton. — No tendría inconveniente en probarlo.

Steve permaneció indeciso unos momentos más. Después, respiró llenando bien los pulmones y montó en Diábolo. Se inclinó, tomó a Aguila de la mano y la joven, poniendo un pie en un estribo, subió a colocarse en ancas. El noble caballo no pareció sentir el aumento de carga. Si hubiese mostrado la menor molestia, Steve hubiera desistido de su plan. Pero la actitud de su caballo le inspiró confianza. Guió al caballo hasta el borde del abismo, le hizo retroceder luego como dos cuerpos y aflojó la rienda al mismo tiempo que taloneaba a Diábolo.

Fué un salto de una elegancia impecable el que dió el hermoso animal. Se levantó con toda limpieza y cayó del otro lado afirmando en seguida las patas, como si no hubiese llevado peso ninguno. La joven casi no sintió la conmoción al dar en tierra el caballo. Tan emocionado que casi no respiraba, Steve se apeó y ayudó a la joven a bajar del caballo.

—Espero que no habrá necesidad de hacerla pasar por este trance otra vez, — dijo Steve con tanta emoción que la joven se ruborizó.

Billy Steele parecía estar procediendo de modo muy extraño. Había hecho que el ganadero montara en su propio caballo y estaba ocupado en colocar la lazada del lazo de Steve en torno de la cintura del ciego. Bas-

nett, al notar lo que hacía hizo una mueca.

—No se preocupe, — se oyó decir a Billy, — deje que el caballo salte, Simón. El animal lo va a pasar al otro lado seguro.

—Comprendo, — contestó Basnett con malicioso sonrisa.

Billy indicó a Hop Wing y a John Emberton que tomaran también el lazo. Le tenían flojo en las manos. Basnett dejó que el caballo se acercara a la orilla del abismo. Como Diábolo lo había hecho, retrocedió un poco y luego avanzó con rapidez. Saltó con toda elasticidad. Cruzó el aire un instante, pero antes de que pudiera dar en tierra, el ganadero lanzó un grito de loco seguido de una risotada, soltó las riendas y se arrojó de la montura.

—¡Sostenedle! — gritó Billy Steele.

Y mientras Steve y Aguila miraban, con el corazón latiéndoles violentamente, Hop Wing y John Emberton tomaron del lazo, afirmándose en el suelo y echando atrás el cuerpo.

El ganadero cayó, desapareciendo. El lazo sufrió de improviso un recio tirón. Se oyó un grito. Steve se asomó al borde del precipicio y miró.

Simón Basnett estaba suspendido en el aire, girando al extremo de la soga del lazo. Dos veces, mientras Steve miraba, rebotó contra las rocas de los costados.

Combinando sus fuerzas, Steve, John Emberton y el chino comenzaron a levantarle.

—¿Se ha hecho daño? — preguntó Aguila, pálida de emoción, acercándose a Steve.

Steve la indicó cómo podía ver a su padrastro. No era posible decir si estaba muerto o vivo. El ganadero no se movía. Colgaba al extremo del lazo y cada tirón de los tres hombres le hacía ascender una yarda.

Por fin tuvieron a Basnett a sus pies. Hop le tomó del cuello y le levantó de modo que luego quedara tendido boca arriba. John Emberton se inclinó hacia él y le puso la mano en el pecho. Del otro lado del hueco, Steve podía ver que había sangre en el rostro del viejo y que tenía los ojos cerrados.

—¿Cómo está? — preguntó. — ¿Está vivo?

—¡Sí! — contestóle su padre lacónicamente. — Pero está desmayado.

—Eso es un grave inconveniente. Está siempre del mismo lado del hueco. ¿Cómo vamos a pasarle? — dijo Billy.

—Con dos lazos nos será fácil, — dijo Steve. — Desmayado como está, le atan ustedes. Usted y mi padre lo echan al hueco y van soltando soga mientras Hop y yo recogemos soga de este lado. A no ser que no esté en condiciones...

—¡Sí! — exclamó John Emberton. — Está desmayado nada más.

—¡Bueno! — gritó impaciente Billy. — ¡A pasarle! ¡Pronto! ¡Terminemos de una vez!

El plan fué llevado a efecto con buen resultado. Con todo cuidado pasaron al ganadero de un lado a otro con ayuda de los dos lazos. Fué necesaria mucha fuerza y Aguila ayudó también. Pero al fin, Basnett así como Steele, el padre de Steve y el chino, se hallaron sanos y salvos del otro lado del barranco, con los caballos.

Antes de que todos hubieran pasado, Basnett abrió los ojos.

Gruñó un poco y tentó en redor suyo. Sus manos tocaron la flotante ropa del chino.

—¡Así que todavía estoy vivo! ¡Maldición! — profirió apretando los dientes. — ¡Son ustedes una gavilla de entrometidos pestíferos y canallas!

Su lenguaje fué el más horrendo que pueda imaginarse. Aguila se tapó los oídos.

Fué Steve quien hizo callar al ganadero. Todos a caballo, menos el chino, dirigiéronse por el sendero por donde habían venido, camino del campamento del sheriff Dawson y su partida.

Poco fué lo que hablaron durante el trayecto. Todos parecían tener muchas cosas en qué pensar.

REGRESO A BIG HORN

DAWSON, sheriff de Big Horn, cuando Billy y Steve llegaron con su prisionero, al campamento se quedó asombrado.

—¡Bien puede decirse que son ustedes un par de valiente!s — exclamó. — ¿Así que traen ustedes a Basnett? ¿Qué tal, Simón? Siento mucho verle por aquí, señor. Pero la ley es la ley y no podemos dejar que nadie haga lo que usted ha hecho sin ser castigado...

—No hable ahora de eso, sheriff, — dijo Billy Steele al notar un gesto de aflicción en la cara de Aguila. La joven, aun cuando ya sabía algo sobre los delitos de su padrastro no podía olvidar que durante varios años había sido para ella como un padre cariñoso, ocupando el puesto del padre difunto. — ¡Ya tiene usted en su poder al preso! Ahora lo que corresponde es llevarle a Big Horn lo más pronto posible, sin manosear a nadie porque esté en la mala.

El rostro del sheriff Dawson se puso más rojo que de costumbre al oir auella respuesta, pero sin duda, comprendió que Billy estaba en lo cierto. La captura de Basnett no se debía a su habilidad y además, Basnett, ante la ley no era más que un acusado. Ya tendría el sheriff ocasión de desahogarse cuando se dirigiera a un condenado.

—Bueno, — dijo Dawson, ¿y los demás? Supongo que sus secuaces estaban allí ¿eh?

—Uno solo, — dijo Billy. — Uno, al que dejamos bien atado. El resto partió antes que nosotros. Se dirigió a Big Horn, a atacar a la Casa de Justicia, a procurar sacar a José Pascales de su celda.

—¿De veras? — exclamó el sheriff. — ¿Cuántos eran?

—Veinte... quizás veinticinco, — dijo Billy. — Creo, sheriff, que en Big Horn hay suficientes hombres para hacerles fracasar. Tenemos razones para creer que el ataque se realizará mañana a la noche.

Dawson pareció sentirse preocupado.

La mayoría de sus hombres se hallaban con él. La prisión se encontraba casi sin guardianes. No había en ella más que los tres carceleros de siempre.

—Tenemos que darnos prisa a fin de llegar a tiempo a Big Horn, — dijo Dawson decidido. — Por eso lo mejor es partir en seguida.

aL única dificultad era Basnett. Ciego y todavía maltrecho, no estaba en condiciones de cabalgar rápidamente mucho tiempo. Era necesario dividir el grupo para que una parte se adelantara y la otra fuese lentamente con el ciego. El sheriff dió en seguida orden a dos de sus hombres, — los dos menos inteligentes del grupo, — de que escoltaran al preso, llevándole lentamente.

Esto le pareció bien a Billy Steele, menos por un concepto.

—Dawson no conoce la habilidad de ese hombre, — dijo el canadiense a Steve. — Simón se escapará de manos de esos dos en cuanto sea de noche. Me parece, Steve, que uno de nosotros debe quedarse atrás con la escolta. Creo que lo mejor será que me quede yo porque la joven va a ir con los otros y usted tiene que ver a Batty Ann en cuanto llegue a Big Horn.

Después de pensarlo se mostró de acuerdo con Billy. Convenía que se separaran por el momento. No le gustó que su compañero dijera, como razón para que Steve fuese con los otros, el hecho de que fuera Aguila, pero después pensó que Basnett se escaparía con toda facilidad de manos de los dos hohmbres que Dawson había escogido para escoltar al ciego.

—¡Muy bien! — dijo. — Nos volveremos a ver uno o dos días después de mi llegada a Big Horn. Supongo que para entonces todas nuestras angustias habrán terminado. Sabré dónde está el testamento y sólo habrá que pensar en el futuro de Aguila. Voy a conversar seriamente con la joven sobre esas cosas cuando todo se haya arreglado.

La partida más numerosa, con la que iban Aguila Gray y John Emberton, avanzó a buen paso mientras Billy Steele seguía el mismo camino con menos rapidez. Basnett cabalgaba entre su escolta. No pareció percatarse de lo que se había hecho en su favor. En su caballo, cabizbajo, con los ojos cerrados, hizo el viaje sin dirigir ni una sola palabra a sus compañeros.

Fué un viaje pesado y molesto el de la primera partida, pero nadie pensó en no cansar a su caballo en aquella grave ocasión. Aguila Gray, que cabalgaba entre los hombres del sheriff con igual rapidez que los demás, mostraba síntomas de mucho cansancio y extenuación a la noche del siguiente día, cuando distinguieron en el horizonte las primeras casas de Big Horn.

Durante el trayecto no encontraron a nadie. Tan rápidamente habían viajado que el sheriff se figuraba que debían hallarse muy adelantados a los de la partida de los cuatreros que, según había oído Steve Emberton, iban a tratar de sacar de la cárcel a José Pascales.

Era verdad. Cuando la partida de Dawson entró en Big Horn, faltaba todavía una hora para que se pusiera el sol. En la ciudad todo estaba tranquilo. Hasta aquel momento no había pasado nada, según le dijeron a Dawson. El sheriff recibió la noticia con gran satisfacción.

BATTY ANN. -- DESAPARECIDA

EL sheriff Dawson interrogó a uno de los guardianes que habían quedado custodiando la Casa de Justicia de Big Horn y se enteró de que no habían hecho ninguna tentativa contra la cárcel, procurando sacar de ella a José Pascales. Esto tranquilizó bastante al sheriff, así que se retiró a sus habitaciones, satisfecho, a descansar, soñando plácidamente en futuros éxitos contra los bandidos.

Steve Emberton y su padre se alojaron en el principal hotel de Big Horn. Tenían mucho que decirse. Steve no pensaba volver al "ranch" de la Doble Herradura antes de que hubiera llegado Billy Steele con su prisionero Simón Basnett.

—En primer lugar, padre, — dijo Steve, —— deseo que usted le cuente a Aguila Gray toda la historia del "ranch" de la Doble Herradura y que le haga saber lo villano que es su padrastro. Yo... yo no puedo hablarle de esas cosas, padre. La joven es muy valerosa y muy buena, todo un carácter, y sabrá hacer frente a la situación con entereza; pero no soy yo quien puede enterarla de todas esas cosas. Aguila sabe ya algo, pero muy poco. Durante todo el viaje, de las montañas a la ciudad me ha mirado como preguntando... Y yo, la verdad...

—¿Dónde se aloja ella en la ciudad? — preguntó John Emberton.

—Tiene una amiga, la señora Everett, en cuya casa se quedará por ahora, — dijo Steve. — Creo que considera que la casa de la estancia no es sitio donde ella pueda vivir actualmente.

—Iré a ver a la joven y la pondré al corriente de todo, — dijo John Emberton. — Tú puedes ir al hospital y hacer averiguaciones sobre Batty Ann, la mujer de que me has hablado. Me has dicho que ella te prometió decirte dónde está el testamento con la condición de que antes capturaras a Simón Basnett. ¡Bien! Basnett está ya preso. Es posible que la mujer quiera verte esta tarde.

Steve volvió a su cuarto del hotel donde pasó un largo rato ocupándose de su persona, pues los últimos días habían sido de agitación y no le habían dejado tiempo para ocuparse de su toilette. Tomó un baño caliente, se cambió de ropa interior, — pues antes se había provisto de las prendas necesarias en una tienda de la ciudad, — y fué después a la peluquería donde se hizo cortar el cabello y afeitar.

Después, con el aspecto más limpio y pulcro que puede presentar un joven cowboy, dirigióse al hospital de la localidad, situado en las afueras de Big Horn, donde habían conducido a Batty Ann.

En el hospital, sin embargo, le esperaba una sorpresa.

—¿Batty Ann? — repitió el médico de guardia cuando Steve hubo preguntado por el ama de llaves de Basnett. — Permítame que recuerde... ¿Se trata de una mujer

muy rara, entrada en años, que trajeron del "ranch" de la Doble Herradura hace cinco o seis días? ¡Mal herida estaba! ¡Sí!... Era necesario que la operara un especialista. De los médicos de aquí ninguno se atrevía a curarla, entonces, anteayer, la enviamos al hospital de Helena, la capital de esta zona, donde el doctor Fosdyke podrá operarla con éxito. Es un caso muy interesante.

—¡Qué fastidio! — exclamó Steve, sintiéndose realmente abatido.

Pero reaccionó en seguida. Sintióse alarmado ante la posible gravedad de Batty Ann.

—¿Se hallaba en estado muy grave? — preguntó, temeroso. — Yo la ví poco después de haber sido maltratada por el canalla de Basnett.

—Estaba mal, — dijo el médico. — ¡Qué mujer más rara, más original! ¡Qué manera de hablar y hablar, sin un momento de descanso! Hablaba de Basnet y de la joven de la estancia; y de John Emberton y del hijo de John Emberton. Parecía querer mucho al hijo de John Emberton, —agregó.

—Creo que sí, — dijo Steve ruborizándose. — Yo soy, precisamente, el hijo de John Emberton. ¿Se encontraba en peligro de muerte cuando salió de aquí?

—¡No! ¡Eso no! —dijo en seguida el doctor. — Había que hacerle una operación muy delicada, pero nada más. Una operación que el doctor Fosdyke realizará, o habrá realizado ya con toda felicidad. ¡No tenía nada grave!

—¡Muchas gracias! — dijo Steve — Creo que voy a partir para Helena lo más pronto que me sea posible.

Salió del hospital y regresó a la ciudad. Después de todo, aquello sólo representaba un breve retraso, lograría saber con bastante anticipación dónde buscar el testamento. En la calle principal se encontró con el "atorney" del distrito, el joven abogado a quien ya había visto cuando entregó preso a José Pascales. Hodge le detuvo.

—¡Hola! Me han dicho que han capturado a Basnett, — dijo. — Voy a tener que acusarle. ¿Quiere usted venir un momento a mi oicina, joven Emberton? Necesito que usted me explique algunos detalles. Es necesario prepararlo todo para la audiencia lo más pronto posible. Pascales y su compañero están todavía en la celda, esperando. ¿Viene usted?

En la oficina de Hodge, el joven abogado encendió un cigarro fuerte y ofreció cigarrillos a Steve. Miró fijamente unos segundos al joven inglés, por entre las volutas de humo. Después se inclinó hacia adelante... Los ojos, que parecían de acero bruñido, le brillaban con extraño fulgor.

—Creo que puedo confiar plenamente en usted, amigo mío, — dijo con toda frialdad. — Es necesario que yo le ponga en guardia. Usted, claro está, va a ser principal testigo contra Basnett y contra los cuatreros que están presos...

—¿Tratarán quizás de... hacerme callar? — preguntó Steve, mirando cara a cara al abogado.

Y al decir eso cerró instintivamente sus puños, fuertes y nerviosos.

El abogado se sonrió.

—Varios de la gavilla de Basnett se encuentran aun en libertad, — dijo, — y no es posible suponer lo que son capaces de hacer con usted para... para hacerle callar. Esto es, naturalmente, cosa que le interesa a usted y yo no debía meterme a hablar de ella... Pero yo no pensaba precisamente en que se intentara nada violento, creía más verosímil que hicieran una tentativa de corrupción.

Steve se puso muy rojo, casi enfadado. Interpretó en forma insultante para él las palabras del abogado.

—¿Cree usted que alguien va a atreverse a intentar comprarme con dinero, — preguntó.

—¡No! — dijo Hodge. — ¡No se enoje tan pronto, amigo! Hago mal en meterme en esto, pero al decir cordupción, me refería al juez del tribunal de la localidad. He hablado ya con el juez y él no se siente inclinado a tomar en serio lo dicho por usted y por Steele.

Observó a Steve con los ojos entornados. Steve se sobresaltó.

—¿Qué dice usted? — exclamó.

—No afirmo nada, — dijo con calma el "attorney" del distrito. — Lo único que insinúa es que usted y Steele y los otros testigos tienen que andar con cuidado con lo que digan porque si no Simón Basnett puede resultar absuelto. ¿Comprende? Soy americano y no me avergüenzo de mi nacimiento. Usted es inglés. La ley inglesa es incorruptible, en verdad un juez inglés lo es. Pero aquí en el lejano Oeste...

Se encogió de hombros y Steve comprendió lo que quería decir.

—El juez no quiere enviar a Basnett a dónde debe ir, por lo visto, — dijo Steve. — ¡Muy bien! Declararemos con todo cuidado. ¿Basnett y el juez son viejos amigos?

—Son "uña y carne", — dijo el "attorney".

El abogado se expresaba con energía. Después de haber hablado así, continuó conversando con Steve sobre detalles profesionales del asunto. Hizo que Steve le contara desde el principio, todas sus aventuras. También hizo que le contara la historia del testamento desaparecido. No se omitió ni un solo detalle. Cuando terminó la conversación, el abogado había llenado de anotaciones varias hojas de papel. Por fin, dobló los papeles, arrojó la colilla del cigarro al hogar de la chimenea sin fuego y se levantó de su sillón.

—Voy con usted hasta el hotel, — dijo; y juntos salieron a la calle.

En la galería delantera del hotel estaba un hombre de nariz aguileña y barba larga como la de un chivo.

—Ese es el juez Renton, — dijo en voz baja el "attorney".

Saludó con la mano al de la barba caprina que gruñó y escupió con gesto de disgusto en el piso de madera de la galería. El vicio de mascar tabaco parecía ser la principal afición de aquel hombre de ley.

—No es muy inteligente, pero es terco como una mula, — dijo el abogado. — Ni aún

el veredicto del jurado consigue convencerle cuando no quiere que lo convenzan.

Entraron en el hotel. Steve encontró a su padre en el salón de fumar. Steve le presentó a Hodge que se quedó allí cerca de media hora. Se marchó, pasado ese tiempo, quedando solos el padre y el hijo.

—¿Qué me dice, padre? ¿Vió usted a Aguila? — preguntó Steve.

Emberton, padre, inclinó afirmativamente, la cabeza.

—Sí; lo que le dije la emocionó mucho, pobrecita, — dijo. — Le dije todo lo que tenía que decirle. Me manifestó que se proponía ir hacia el Este, a buscar colocación. Dejé que lo pensara un poco. Nosotros debemos pensar también, qué podemos hacer por ella. No podemos dejarla sin hogar, sabiendo que si tomamos posesión del "ranch" ella se queda sin casa. Pero... ¿que te dijo Batty Ann? ¿Dónde está el testamento?

John Emberton se inclinó hacia adelante y Steve notó que hablaba emocionado. Aún cuando la cuestión de la propiedad del "ranch" de la Doble Herradura no había sido discutida nunca entre padre e hijo, antes del día de la partida de Steve, contratado por Jake Collinson, Steve comprendió que el asunto interesaba muchísimo a su padre.

El joven explicó el resultado de su visita al hospital. John Emberton se encogió de hombros y suspiró.

—Espero que no suceda nada que pueda impedir que ella te diga dónde está el dichoso testamento, — dijo. — Los sucesos se han desarrollado hasta ahora de modo tan extraño que, en verdad, no es posible suponer qué vendrá luego. En mi opinión, muchacho, aun no estamos al final de nuestra investigación.

Steve se quedó muy pensativo después de haber conversado con su padre. Aun cuando no sentía inclinación a fiar de augurios, algo había notado en el acento de su padre, que le parecía sombrío. John Emberton no era pesimista y sin embargo, Steve notaba que se hallaba triste...

—Supongo, — dijo de pronto Steve, — que Batty Ann sabe efectivamente dónde está el documento. Es decir, no creo que estaba loca cuando me prometió decírmelo si capturaba a Simón Basnett.

—Yo desearía saber, — dijo entonces, John Emberton, — si Batty Ann está, realmente, en el hospital de Helena. No estaré tranquilo hasta que hayas telegrafiado y obtenido respuesta. Comprendo que esto es una tontería de mi parte, pero ese testamento es, para mí, lo más importante que existe en este mundo. Mientras tú has estado separado de mí he soñado varias veces que llegaba a ser el propietario legal del "ranch" de la Doble Herradura. He sentido ansia de poseerlo, Steve. — Se rió durante unos segundos. — Pero estoy envejeciendo y ya comienzo a chochear, — agregó.

—¡Eso no! — dijo Steve apoyando ambas manos en los hombros de su padre. — Yo también deseo con toda mi alma que la estancia llegue a ser suya. No he dudado jamás de que así será. Sí; voy a telegrafiar. Podemos tener respuesta esta misma noche.

Salió del hotel y fué a la estación del ferrocarril, donde estaba la oficina de la Western Unión Telegraph Company. De allí despachó el mensaje. Después paseó por la estación como una media hora, esperando recibir la respuesta allí mismo.

Al cabo de ese tiempo, el encargado de la oficina telegráfica se presentó en la plataforma con un papel en la mano y se lo dió a Steve. El joven lo leyó. Era la respuesta a su telegrama. Procedía de Helena, y decía así:

"La mujer a que se refiere su telegrama
" de la fecha, desapareció anoche y hasta
" ahora no ha sido posible dar con su pa-
" radero".

LA AUDIENCIA

STEVE se quedó un momento inmóvil, enteramente anonadado.

¡Esto sí que no me lo esperaba yo! — exclamó al cabo de unos instantes.

El empleado del telégrafo le miró con curiosidad.

—¿Malas noticias, señor? — preguntó muy solícitamente.

Era casi un forastero en Big Horn. Aun cuando había transmitido el mensaje mencionando a Batty Ann, este nombre no le había impresionado aun cuando la pobre vieja era muy conocida de todos los viejos vecinos de la ciudad.

—Bastante malas, desgraciadamente, — dijo Steve estrujando el telegrama y guardándoselo en el bolsillo.

Sin decir nada más volvió al hotel donde mostró el telegrama a su padre.

John Emberton recibió la mala noticia con entereza.

—Sin duda los detectives de Helena se ocupan ya del caso, — dijo. — Sin embargo, es extraño que haya desaparecido.

Era extraño realmente. Pero, por el momento, nada podían hacer. De Big Horn no salía para Helena, aquel día ningún tren más. No había entre las dos estaciones más que un tren de pasajeros por día, y éste salía de Big Horn en las primeras horas de la tarde.

—Iremos a Helena mañana, dijo John Emberton finalmente.

—La primera sesión del proceso preliminar de Basnett y Pascales, comienza mañana, — dijo Steve. — Yo tengo que quedarme hasta que termine la sesión. Me parece qu Hodge va a necesitar también de usted, padre. ¡Qué mala suerte!

Nada se ganaba con desesperarse ante las decisiones de la suerte. Tan folosóficamente como les fué posible, los dos Emberton se retiraron a dormir. A las cinco de la mañana, Steve fué despertado por el ruido que hacían varios caballos en el camino, al pie de la ventana de su cuarto. Se asomó y miró hacia la calle. A la luz de la luna vió a cuatro jinetes entre los cuales reconoció a su amigo y compañero Billy Steele y a Simón Basnett que parecía hallarse tan decaído co-

mo cuando partió del campamento de la montaña.

Steve, mientras se vestía, sentíase alegre porque a Billy no se le había escapado el prisionero. Tan pronto como Basnett fue entregado al sheriff Dawson, Billy fué al hotel y se encontró con Steve en la galería delantera.

—¿Qué noticias hay? — preguntó Steve.

—Ningun,a — contestó Billy bostezando. — Nos resultó mejor caminar sólo de noche, a causa de Basnett. ¿Y cómo andan las cosas por acá?

Steve contó a su íntimo amigo todo lo pasado; lo que el "attorney" del distrito le había dicho y lo sucedido con Batty Ann. Billy escuchó con grandísima atención.

—No creo que deban creer que la desaparición de Batty Ann obedezca a alguna jugada de esos pillos, — dijo. — Recuerde que nadie sabe que usted anda buscando el testamento ni que Batty conozca el secreto de su escondrijo. ¡No! En mi opinión la pobre vieja se ha escapado del hospital para satisfacer algún capricho de los suyos. ¡Sería curioso que pudiera desaparecer así, en una ciudad como Helena, tan luego!

Como Steve se lo dijo a Billy, era inútil comentar los sucesos.

* * * *

Aquella mañana, a las diez, se abrió la sesión del tribunal. El juez Renton se sentó en su trono. Se había buscado un abogado para que defendiese a los acusados y durante algunas horas antes de la sesión, el abogado había estado en secreta confabulación con sus clientes. Pensó Steve que se procedía con excesiva precipitación. Así se procede casi siempre en el Oeste, pero Steve pensó que Basnett debía tener todo preparado para su caso hacía tiempo cuando así aceptaba esa precipitación; sin embargo, fué ese uno de los misterios que no tuvieron nunca explicación.

Cuatro fueron las personas que comparecieron ante el juez: Simón Basnett, se agarraba al borde del palco de los acusados con mano nerviosa y cuyos ojos sin vista estaban fijos en el juez; José Pascales, cuyo rostro pálido tenía un tono verdoso a causa del miedo que sentía. Había dos más, personajes menores del drama, los que habían sido capturados por Billy y Steve junto con Pascales.

La sala del tribunal estaba enteramente llena. Casi todos los hombres y muchas de las mujeres de Big Horn se hallaban presentes.

Se leyó la acusación y su lectura resultó larga y fatigosa. Baste decir que Basnett y Pascales fueron acusados de ser los jefes del grupo que ciertamente había atacado a la Casa de la Justicia y también de ser los jefes de la gavilla de ladrones de ganado que había tenido aterrorizados durante tanto tiempo, a todos los ganaderos de aquella zona del estado de Montana. Los presos escucharon la acusación con gran interés.

—¿Es usted culpable o no? — preguntó el juez a Basnett siguiendo la costumbre inglesa, daoptada en Estados Unidos y que tiende a simplificar el trámite de los juicios.

—¡No culpable! — contestó Basnett.

La opinión del público se dividió: unos en contra y otros en favor de los presos, pero todos deseosos de oír la defensa de los acusados.

La misma pregunta fué dirigida a José Pascales. El mejicano casi dijo que sí, de puro asustado que estaba. Le costó gran trabajo tartamudear las siguientes palabras:

—¡N... n... no cul... culpable, s... s... señor!

Ni uno de los presentes le creyó. A los otros dos presos se les envió a sus celdas. El proceso del cargo menor sería desarrollado después. Entonces servirían de testigos.

Fué una sesión terrible. Steve Emberton fué el primer testigo que compareció y después que hubo jurado, contestó a todas las preguntas que le dirigió Hodge. Contestó lacónicamente, con claridad y honradez.

Simón Basnett escuchó las respuestas con una constante sonrisa de desprecio.

Steve lo contó todo tal como lo sabía. No mencionó, intencionalmente, el derecho que su padre creía tener al "ranch" de la Doble Herradura. Esto no tenía nada que ver con el proceso que se ventilaba.

El público redobló la atención cuando oyó la explicación de la extraña ceguera de Basnett. Lo que Steve y Billy habían visto la noche del ataque a la Casa de la Justicia, estremeció tanto a los hombres como a las mujeres. Después, cuando llegó a sus aventuras en las montañas, donde los cuatreros tenía su fortaleza, el público se quedo boquiabierto.

Entonces fué cuando llegó lo peor de todo, para Steve.

El abogado de Basnett sometió al joven a un cruel y largo interrogatorio y Steve tuvo que estar muy alerta para no caer en contradicciones. El abogado no logró hacerle dar ni un traspié y dos horas después de abierta la sesión, Steve pudo volver a sentarse, enteramente agotado mental y materialmente.

A esta altura de la sesión, el juez suspendió la audiencia para ir a comer.

La sesión duró aquel día hasta las cinco de la tarde. Se interrogó a muchos testigos contra Basnett. Además de Steve, compareció Billy Steele, Aguila Gray — martirizó a Steve el ver a la pobre y valerosa joven metida en aquel asunto, — los dos cuatreros y John Emberton. Todos los testigos de cargo fueron interrogados el primer día. Entonces se suspendió la audiencia; y cuando los ciudadanos se retiraron de la Casa de la Justicia tenían sobrado tema para hablar.

Steve podía haber tomado aquella tarde el tren para Helena si hubiera querido, pero sabía que no podría regresar a Big Horn a tiempo para la segunda sesión del caso. En consecuencia tuvo que quedarse en la ciu-

dad, aburriéndose, hasta que Billy Steele le dió una idea.

—¿Por qué no va a casa de la señora Everett y charla con la señorita Aguila? — le preguntó.

Steve vaciló, indeciso. No estaba seguro de que la joven quisiera recibirle. Pero, al fin, Billy Steele le decidió y dominado por intensa emoción, fué a casa de la amiga de Aguila, la señora Everett.

La joven sintió algún recelo; no se atrevía a recibir al inglesito. Pero al fin, el buen humor de los argumentos de Billy, que fué de avanzada, lograron disipar todo su recelo. Cuando se despidieron, la joven le tendió la mano.

—Usted ha cumplido con su deber, Steve, — dijo ella. — La conducta de mi padrastro no deben influir en nuestras relaciones.

Yo me siento muy triste, — dijo Steve, —al pensar que he tenido que declarar todo lo que he declarado. No pensé jamás en meterme en estos asuntos al llegar como cowboy. al "ranch". ¿Le ha dicho mi padre por qué acepté el ofrecimiento de Jake Collinson y fuí a trabajar al "ranch"?

—Sí; y si usted puede encontrar el testamento, tendrá todo derecho a tomar posesión de la estancia, — dijo Aguila, suspirando.

La joven había pasado en el "ranch" de la Doble Herradura la mayor parte de su vida; y Steve adivinó que sentiría mucho tener que abandonarlo.

El inglesito era demasiado joven para pensar en casarse. Si hubiese tenido cinco años más, hubiera podido hacerle un ofrecimiento que, en caso de aceptarlo ella, significaría que no tendría que abandonar el hogar en que había crecido. Precisamente en aquel instante miró ella cara a cara a Stve y él pensaba en aquel momento que era una lástima no ser cinco años más viejo.

¡SENTENCIA POSPUESTA!

A LA mañana siguiente, cuando entró de nuevo en la Casa de la Justicia, Steve Emberton se sentía más tranquilo. Estaba convencido de que, aun cuando había tenido que molestar a Aguila al cumplir con su deber de decir la verdad ante la justicia, la joven no estaba resentida ni le guardaba rencor.

La segunda sesión del proceso se realizó lentamente. El público que llenaba todos los sitios disponibles no podía formase más que una idea ni sacar más que una conclusión de todo aquello que se decía en favor y en contran de los detenidos. Si alguna vez pudo creerse que los dos hombres eran culpables, fué aquella. Hasta a los miembros del jurado se les notaba en su palco, esperando las preguntas del juez.

Hodge, el "attorney" del distrito, estaba muy rojo cuando el juez tosió para aclararse la voz. Reinó en el salón, el más profundo silencio. Como aquél era un tribunal de condado, es decir, inferior, el juez tenía plenos poderes para resolver el caso y sentenciar oyendo o no, antes de sentenciar, la opinión del jurado.

No se había comprobado nada ni contra Basnett ni contra Pascales, que les hiciera merecer la pena de muerte. El asesinato de McKnigth el negro no había podido atribuirse a ningún individuo determinado. Pero todo el público opinaba que veinte años de reclusión en el presidio del estado de Montana era lo menos que correspondía a cada uno de los dos principales acusados.

—¡No me satisface ni poco ni mucho la prueba testimonial! — dijo el juez con voz sonora y con admiración de todos cuantos le oyeron, excepción hecha, quizás, de Basnett que, sentado en el banquillo sonreía irónicamente, como de costumbre. — De lo que se ha dicho, deduzco que el testimonio de los Emberton y de Steele ha obedecido a notorios prejuicios. Se ha probado ante este tribunal que existía mala voluntad contra el acusado Basnett, de parte de sus empleados Emberton y Steele. Aun cuando Emberton no ha querido mencionar ese punto, el abogado defensor logró sacarle la verdad, es decir, logró hacerle confesar que los Emberton consideraban a nuestro conciudadano Simón Basnett como un usurpador, que le creían sin derecho a poseer el "ranch" de la Doble Herradura. Por lo tanto este caso no será sentenciado por este tribunal. Suspendo, pues, el proceso, para que sea ventilado nuevamente y sentenciado ante el tribunal superior de la capital.

Simón Basnett seguía sonriendo engmáticamente. El auditorio abrió la boca asombrado y después se oyó un murmullo de desaprobación. Hasta los del jurado olvidaron la compostura a que su misión les obligaba y conversaban con indignación. El sheriff gritó, ordenando silencio. Dawson estaba tan asombrado o más que los otros, cuando el juez volvió a hablar:

—Los prisioneros serán conducidos a Helena, mañana por el tren de la tarde, — dijo. — ¡Y ahora queda clausurada la sesión!

Al oír estas palabras, Basnett volvió ligeramente la cabeza. Fué Billy Steele quien se percató de ello. También notó que, en un rincón del salón de la audiciencia se hallaba un pequeño grupo de hombres que, al parecer, habían concurrido juntos. Eran hombre que praecían igulaes a los de Big Horn por muchos conceptos. Estaban armados y tenían puestas espuelas, prontos para montar a caballo. Billy los miró y le parecieron todos ellos desconocidos.

Pero no fué su presencia lo que llamó la atención del joven canadiense. Fué el hecho de que mientras todos los demás del auditorio protestaban disgustados, aquellos veintitantos se retiraban de sus sitios silenciosamente y hasta se notaba que algunos sonreían con picaresca intención.

Fué hacia aquel grupo de hombres hacia donde Simón Basnett movió la cabeza, fijando en ellos un instante sus ojos sin vista.

La concurrencia se dispersó bulliciosamente desfavorables al juez. Se comprende hombres que discutían a gritos lo su-

cedido. Los comentarios eran todos enteramenee desfavorables al juez. Se comprendía con toda claridad que la opinión general no estaba de acuerdo con el proceder del juez.

En el primer momento, al llegar al hotel, Steve estaba demasiado resentido por lo que había dicho el juez sobre la veracidad de sus declaraciones. para pensar en otra cosa. Comprendía que había sido insultado intencionalmente, que lo que de él había dicho el juez era lo mismo que si lo hubiera llamado perjuro. Durante un rato vibró de indignación y de furor. Billy Stelee que tenía tanta razón como él para estar enfadado, no parecía hallarse tan intensamente afectado. John Emberton estaba silenciosamente indignado.

Billy dejó que su compañero diera durante un rato rienda suelta a su enojo. Mientras hablaban, las calles empezaron a ponerse ruidosas. A intervalos, en las aceras, se reunían grupos, mientras ciudadanos muy excitados y armados de rifles, les dirigían la palabra. Se comprendía que en aquella ciudad, que en muchas ocasiones se daba tono de ser civilizada, los instintos primitivos se hallaban en ebullición y habíanse abierto paso. Por la ventana del cuarto que Steve ocupaba en el hotel se oía repetir una y otra vez, el nombre del juez, en tonos airados y acompañado de calificativos despectivos, cuando no insultantes.

—¡Algo va a suceder en esta ciudad esta noche! ¡Apostaría una gallina contra un toro! — dijo Billy Steele. — ¿Ha visto usted alguna vez canallada semejante? Cualquiera se da cuenta de lo que ha querido hacer es tipo! El juez no se ha atrevido a juzgar el caso aquí, ni quiere seguir adelante. O Basnett lo ha comprado con dinero o lo tiene intimidado.

En aquel momento se presentó el "attorney" del distrito. El joven abogado parecía hallarse muy molesto, pero poco fué lo que habló. Deseaba sin embargo, saber si los dos amigos conocían algún detalle nuevo que pudiera fortalecer el caso contra Basnett cuando el proceso se viera ante el tribunal de Helena, la capital del distrito. Escuchó la conversación entre Steve Emberton y Billy Steele, sienciosamente.

—Me parece que sé qué es lo que se trama, — dijo repentinamente Billy. — ¿Por qué dijo el juez en qué tren iba a ser conducido Basnett? ¿Por qué Basnett, al oír esa manifestación del juez, volvió sus ojos sin vista hacia un rincón en el que estaba un grupo de forasteros, medio oculto, en el fondo del salón? ¿Por qué los que formaban ese grupo salieron del salón de la Casa de la Justicia, silenciosamete y sonriendo contentos, mientras el resto del público salía vociferando indignado contra el proceder del juez?

El joven abogado se estremeció y se inclinó hacia adelante, mirando fijamente a Billy.

—¿Por qué? — preguntó.

—¡No sé! — dijo Billy volviéndose humilde y modesto al notar que había logrado interesar, como se lo proponía, al "attorney". — Yo he dicho lo que he notado. Además, sólo me permití tener una sospecha.

—¿Qué sospecha usted?

—¡Bueno!... — dijo Billy. — En estos tiempos de civilización también es posible que los trenes sean detenidos en su camino, — agregó sonriendo.

—¿Detenidos los trenes? ¿A qué viene eso? — preguntó entonces Steve. — ¿Para qué?

—A veces para robarles el dinero a los pasajeros ,a veces para arrebatar a alguno o algunos presos de manos de sus guardianes...; Los diarios suelen hablar de estos acontecimientos. — dijo Billy con frialdad.

LOS CIUDADANOS DESCONTENTOS

STEVE se echó hacia atrás y se rió a carcajadas. Pero el "attorney" del distrito sentíase inclinado a tomar más en serio las palabras que Billy acababa de pronunciar. Steve no llevaba mucho tiempo viviedo en el lado Oeste del estado de Montana, y aún cuando acababa de ver cosas que le permitían suponer que la ilegalidad y barbarie de que había leído relatos antiguos, no había sido suprimida ni mucho menos, la sospecha de su canadiense amigo le pareció una creación en exceso novelesca e imaginativa.

No le pareció lo mismo al "attorney" del distrito, sin embargo. El joven e inteligente abogado estaba al tanto de cómo era la mentalidad de las gentes que habitaban el Distrito de Alfalfa. Aun cuando todo hombre respetable elogiaba el alto grado de civilización a que había conseguido llegar su amado distrito, el abogado sabía, que no muy abajo del barniz exterior una capa de las antiguas costumbres primitivas estaba en evidencia. Y, a despecho de la creencia popular, admitida y propalada, el estado se hallaba sufriendo la tiranía de una gavilla de bandidos, como lo demostraba el reciente ataque a la Casa de la Justicia. Los hombres que eran suficientemente bandidos para asaltar la cárcel con objeto de libertar a un camarada, tenían que ser capaces de hacer lo que Billy Steele había indicado.

Billy Steele, por su parte no aprobó la hilaridad de Steve. Se puso rojo al pensar que su compañero y amigo se reía de él, pero no por cambio de opinión. Fueron más cáusticas, en cambio, las observaciones que dirigió a Steve.

—Claro está. — dijo, — que nunca falta quien se ría de todo, hasta de lo más serio, como si se tratara de un chascarrillo. Así sucede que la gente de esa clase hace muecas como una banda de monos alegres mientras la gente seria dice cosas que ellos no son capaces de comprender. ¡Así es el mundo! de todos modos, el señor abogado no se está riendo y yo sé a favor de quién puedo jugarme mi dinero, si de usted o de él.

Steve se puso serio en seguida, consciente de que había herido la susceptibilidad de su

amigo. Dió con la palma de la mano amistosamente en el hombro a Billy.

—¡Cállese! — dijo. — Fué una broma. Quería oír lo que usted decía al oír una opinión contraria. Claró está que no le creo capaz de hablar sin una razón en qué apoyarse. Siento haberme reído. ¿Cree usted realmente que los amigos de Basnett pretendan detener el tren que vaya a Helena, mañana de noche?

Billy se encogió de hombros. Fué el abogado quien respondió.

—Lo creo muy posible, Emberton. — dijo Hodge. — Claro está que Basnett y Pascales serán enviados a la capital con buena escolta, pero soy de opinión de que se necesitará una escolta más fuerte para guardar bien a los dos presos. Voy a decirle al sheriff Dawson que conviene enviar lo menos una docena de hombres con los presos.

—Pero todo esto será mañana a media noche, — dijo Billy Steele mientras los gruñidos de descontento llegaban de la cercana calle, donde los ciudadanos conversaban, reunidos en grupos, discutiendo la audiencia y su poco satisfactorio desenlace. — Y antes va a suceder aquí en Big Horn algo muy interesante o yo no tengo oídos.

El "attorney" del distrito se puso de pie, encendiendo otro cigarro.

—Voy a ver a Dawson, — dijo —y a aconsejarle que aumente la guardia de esos dos, mañana de noche y además...

Un sonoro rugido de furor llegó desde la calle. Steve abrió la ventana de su habitación y se asomó mirando hacia abajo al grupo de hombres furiosos que estaba en la calle.

—¡Hay que lincharlo! ¡Es un insulto para una ciudad civilizada! — se oyó gritar.

Varios gritos semejantes llegaron a oídos de los que estaban en la habitación del hotel.

Steve se volvió a mirar a sus compañeros. Los ojos de Billy relucían nuevamente. La expresión del rostro del "attorney" del distrito era de suma gravedad.

—El juez Renton cometió un gran error, — dijo Hodge. — Entre nosotros, amigos, su decisión ha sido un disparate y probablemente tenemos razón de suponer que ha sido comprado por Basnett, aún cuando esto, no es posible probarlo. Pero antes de decidirse a proceder así en favor de Basnett debiera haber tenido en cuenta un detalle de importancia: la ira de sus conciudadanos y nuestros respetables conciudadanos son tan de carne y hueso y tan frágiles como los demás. Por esta razón creo que el ambiente se está poniendo muy poco respirable para el juez Renton, esta noche.

—Ahí está el sheriff Dawson, en la calle, — dijo Steve Emberton indicando el sito donde se hallaba el corpulento sheriff, en la acera de enfrente del hotel. Se notaba una expresión de intranquilidad en el rostro del sheriff que en aquel momento movía la cabeza mientras oía lo que le decían cada vez más excitados, unos habitantes de Big Horn.

De pronto, un joven, evidentemente mucho más excitado que los demás, saltó en medio de la calle, haciendo molinetes en el aire con un largo lazo.

Aun caundo estaba vestido como un dependiente de casa de comercio manejaba el lazo con la desenvoltura y la habilidad de un cowboy.

—¡Aquí está la soga! — gritó. ¡Renton vive en aquella casa. ¿Quién me acompaña?

El sheriff, según Steve lo vió, se pasó la mano por la boca y la llevó luego a la empuñadura del revólver. Pero no hizo nada más, aun cuando, como primera autoridad policial de la ciudad, era su deber evitar que sucediera lo que, según parecía, estaba por suceder.

Las palabras del excitado dependiente de comercio estaban incitando a los ciudadanos a la violencia, y Steve sabía perfectamente que unos hombres de aquella condición, una vez entusiasmados y lanzados a la ejecución de cualquier plan de violencia, debían ser considerados como muy peligrosos.

El sheriff, en el momento en que miraba en redor procurando estudiar el ambiente, vió a Steve asomado a la ventana de su cuarto del hotel. En seguida cruzó la calle y penetró rápidamente en el hotel. Sus pasos, acompasados y fuertes, resonaron en la escalera, y segundos después, Dawson entraba en la habitación de Steve Emberton.

—¡Buenas tardes, muchacho! — dijo, y al ver al abogado se sobresaltó un poco y comenzó a balancearse, indeciso. Parece que la gente joven anda un poco soliviantada esta noche, — dijo lenta y dificultosamente. — ¡Con tal de que la alegría no les lleve a cometer excesos!

—¡En ese caso, usted sabe perfectamente cuál es su deber, sheriff! — dijo Hodge con energía. — Supongo que usted estará enterado de lo que los muchachos están pensando hacer.

LEA USTED
TIT-BITS
TODOS LOS MARTES

Lea usted la continuación de
EL RANCH DE LA DOBLE HERRADURA
En el próximo número de "Pucky".

LITERATURA HINDÚ

—·oOo·—

MUGGAMA CHUDÍ

LEYENDA BENGALÍ

La siguiente leyenda india, a la vez dolorosa y divertida, forma parte de un libro "Las Veinticinco historias de un Demonio". bengalí titulado "Baital Punxabinxati", o El asunto del libro nos presenta a un piadoso rey de la India que, deseando expulsar de un cementerio a un demonio que se había instalado en él, lo toma sobre sus espaldas, y entonces el diablo se niega a abandonarle hasta que le haya resuelto uno de los problemas que él le proponga. El rey no logra resolver ninguno hasta que el demonio le ha propuesto veinticinco, que son los que constituyen el libro. Uno de los más populares en la India es el de Muggama Chudí, y el problema a resolver es: ¿A quién pertenece Muggama Chudí después de su equivocación?

¡ESCUCHAD la triste historia de la desdichada Muggama Chudí!

Dentro de un sombrío bosquecito, junto a un estanque de tranquilas y verdosas aguas, había una imagen, la imagen de un dios cuyo semblante enigmático estaba a la vez lleno de promesas y de amenazas.

Cierto día, vino a hacer sus oraciones ante el dios el obeso Chikami Chaster. Chikami Chaster era un hombre gordo y rechoncho, pero tan piadoso como rechoncho y gordo. En cambio, su antiguo amigo Billika Bucher era alto y flaco, y hombre de muy buen humor. Los dos iban juntos a todas partes y juntos también fueron a hacer sus oraciones. En el camino, se encontraron a una bella joven, que produjo en cada uno de los amigos una emoción diferente. Billika Bucher hizo como que quería detenerla para bromear con ella; Chikami Chaster, con mejor sentido, corrió a postrarse ante el dios y le dijo así:

—¡Oh, padre de todos los bienes! Junto a este sagrado paraje acabo de ver lo que yo no sabía que existiese en la tierra: una mujer en la que has reunido todas las gracias y todos los encantos. Su cabello es negro com una nube de tormenta; su nariz, graciosamente encorvada como el pico de un lindo loro, y su cara blanca y resplandeciente como la de la luna; sus ojos se parecen a los de la gacela, su cuello al de la paloma y su talle al de la pantera. ¿Quién puede ser, padre de todos los bienes, semejante criatura? ¿Dónde vive? ¿Quiénes son sus padres?

Y he aquí que el dios, saliendo de su secular mutismo, repuso al devoto Chikami Chaster:

—La joven de quien hablas se llama Muggama Chudí, y su único pariente es su tío, Yo, el lavandero; ve, preséntate a él cortésmente y háblale.

Chikami Chaster, agradecido, dijo entonces, lleno de emoción:

—¡Padre de todos los bienes! ¡Dame a esa joven por esposa, y te haré la ofrenda que más te agrade, hasta la de mi propia cabeza!

Y la venerada imagen de piedra pintada se apresuró a contestar:

—¡Trato hecho, Chikami Chaster!

Pasó un mes, que para el obeso Chikami Chaster fué un mes lleno de dichas. El último día de aquel mes se celebró la boda de Chikami Chaster con Muggama Chudí. Después de las ceremonias y fiestas de rigor, Chikami Chaster y su amigo Billika Bucher montaron en su asno para regresar a su casa, seguidos de la joven esposa, que llevaba los regalos de bodas.

La alegría acorta las distancias. Los viajeros estaban ya muy lejos del lugar de la boda, cuando el asno se detuvo de pronto, y las tres personas lanzaron una exclamación. Ante ellos, junto al camino y a la sombra de su bosquecillo, estaba la imagen del dios de piedra pintada.

Chikami Chaster era piadoso y no había olvidado su voto. Temblando y con el rostro demudado, rogó a su esposa y a su amigo que le esperasen a la sombra de las higueras, mientras iba a hacer un sacrificio al dios, y metiéndose en el bosquecillo sagra-

do, acercóse a la imagen, desenvainó su sable y se cercenó la cabeza, rondado por el césped.

Transcurido un largo rato, su esposa, alarmada, dijo al amigo:

—¿Qué le habrá ocurrido a mi esposo? Muy larga es su plegaria. Ve, y díle que ya es hora de seguir nuestro viaje.

Billika Bucher hizo un gracioso saludo, y dejándola a la sombra de las higueras, metióse en el bosquecito sagrado, donde encontró el cadáver decapitado de su antiguo amigo.

—¿Quién pudo imaginar que su religiosidad llegase a este extremo? — exclamó consternado. — Ahora, su esposa, creerá que yo lo he asesinado, y la gente le dará crédito. ¡Antes la muerte que sobrevivir a mi amigo pasando injustamente por su asesino!

Y, desenvainando su sable, de un solo tajo se cortó la cabeza.

Transcurrido un largo rato, Maggama Chudí se cansó de esperar y se metió en el bosque sagrado para ver lo que era de los dos hombres. Al descubrir sus cadáveres, vertió abundantes lágrimas y dijo:

—¿Qué será de mí, sin esposo y sin amigo? Además, todo el mundo pensará que yo los he asesinado mientras oraban. Tú, padre de todos los bienes, que conoces mi inocencia, acepta el sacrificio de mi vida.

Y tomando los dos sables que había en el suelo metió entre ellos el cuello, dispuesta a cortarse la cabeza. Pero en el mismo instante ocurrió un prodigio que el mundo no lo ha visto dos veces. El dios descendió de su altar, arrebatando los sables de Muggama Chudí, dijo a la joven:

—¡Basta! No necesito más pruebas de la devoción de estos hombres y del cariño que los tres os profesáis. No necesito tu vida; pídeme lo que quieras, y te será concedido.

La hermosa y joven viuda, llena de gozo, repuso:

—¡Oh, padre de todos los bienes! Si realmente estás satisfecho de nosotros, devuélveme a mi esposo y devuelve la vida a su amigo.

—Concedido, —, dijo el dios; — pon tú misma las cabezas sobre los hombros, y esos hombres recobrarán la existencia.

Muggama Chudí, con el corazón lleno de gozo, se apresuró a obedecer. Pero las empresas trascendentales no son para confiarlas a mujeres; fuése por precipitación, o porque la emoción trastornase su inteligencia y nublase su vista, el hecho fué que la bella viuda colocó sobre los hombros del gordo Chikami Chaster la cabeza del escuálido Billika Bucher y unió al cuerpo de Billika Bucher la cabeza de Chikami Chaster. Ambos volveiron a la vida y entonces surgió la terrible cuestión: ¿Cuál de los dos era su esposo? De un lado estaba el corazón del esposo, y de otro su cabeza, y ambos hombres reclamaban sus derechos. Ambos decían a la joven: "¡Vamos, sígueme, Muggama Chudí!", y cada uno gritaba al otro: "¡Cuidado con tocar a mi esposa!"

Cada uno la tomó por un brazo y quiso llevársela consigo, mientras ella lanzaba gritos de horror.

Y aquí acaba la dolorosa historia de Muggama Chudí.

Han pasado muchos años desde que ocurrió ésto; la imagen del dios ha sido casi destruída por la acción del tiempo, y todavía los dos rivales siguen tirando cada uno por su lado, mientras la pobre Muggama Chudí envejece, con los brazos ya doloridos y la garganta destrozada a fuerza de lanzar gritos de espanto y de dolor.

EN EL PROXIMO NUMERO LEA:
"DORA"
NOVELA POLICIAL COMPLETA

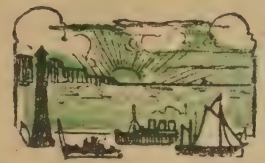
"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

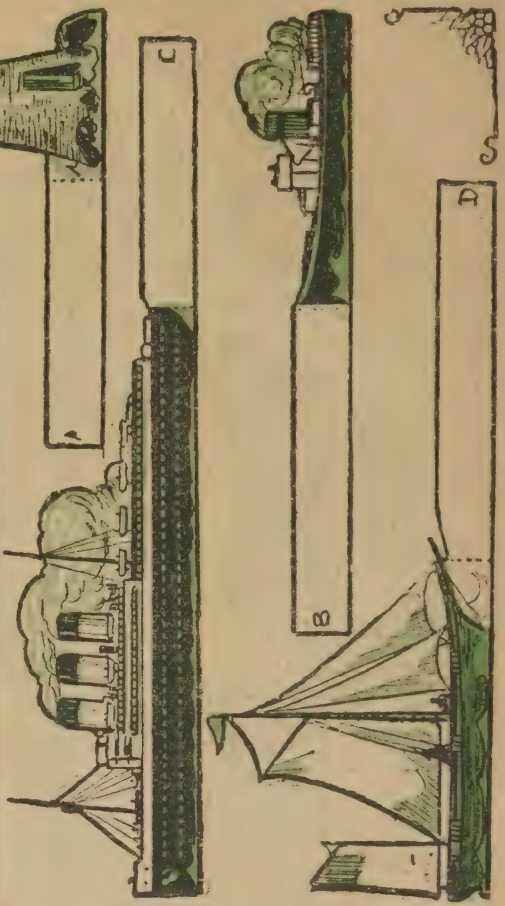
Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

LA PUESTA DEL SOL EN LA ORILLA DEL MAR

Un interesante juguete para armar que constituye un lindo adorno para cualquier etagere o estantería y que puede ser armado con toda facilidad y en un momento.



MODELO TERMINADO.



Después de pegar en cartón o cartulina toda la página y de dejar secar bien, se recortan los trozos, se hacen las hendijas y se arma el juguete de acuerdo con el modelo chico.

Compre

EL DIARIO

todas las tardes y estará al corriente de las noticias sociales, políticas, sportivas, teatrales y otras del momento.

EL DIARIO

Fundado hace 45 años

tiene entrada en todos los buenos hogares.

Remita el cupón y recibirá a domicilio un ejemplar del jueves próximo con las páginas en colores, y una página con la graciosa historieta para niños:

BARNIGUGLI y su PINGO TRAGAVIENTOS

Señor Administrador de EL DIARIO.
Avenida de Mayo, 662 - Bs Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán las páginas femeninas en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . .

EDICION DE LOS JUEVES
Precios de suscripción:

1 año	$ 5.—
6 meses. . .	„ 2.50
3 „ . . .	„ 1.50

F. C. . . . . .

UN DIVERTIDO RELATO PICARESCO

LA FUENTE DE LOS CURRUTACOS

Por FRANCISCO GRAS Y ELIAS

PINTA el autor de esta novela en forma encantadora las costumbres de principios del siglo pasado de la época más curiosa y típica pero menos estudiada por los novelistas. El relato que va a continuación es de los que se leen con la sonrisa en los labios por que burla burlando critica y estudia costumbres y tipos que por infinitas razones nos tocan muy de cerca.

I

LA GENTE DE ANTAÑO

SONREIAN los albores de nuestro bendito siglo XIX, y era arrullado, agasajado y ensalzado por las seguidillas boleras y por las seguidillas manchegas, por las tiranas, por las tonadillas, por el fandango y por otras tantas trovas picarescas, intencionadas y rebaladizas, que imprimían color nacional y fisonomía propia a la abigarrada sociedad española, compuesta de oficiosos abates, de atrevidos diestros, de aplaudidos histriones, de pundonorosos guardias reales, de insípidos petimetres, de finchados currutacos, de rechonchos frailes, de aturdidos estudiantes, de melindrosas damiselas, de festejadas lechuguinas, de curiosas monjas, de descocadas caleseras, de rumbosas majas, de inciviles manolas, formando un solo cuerpo, una sola persona, un solo pensamiento y una sola voluntad.

¡Dichosa época en que tenían efecto los seráficos rosarios de la aurora, las comilonas campestres, las tertulias de confianza, las citas a hurtadillas en los templos del Señor, y muchos enredos, muchas intrigas, muchas farsas, muchas danzas y contradanzas, en que la moral, el decoro y las virtudes cívicas no representaban, desgraciadamente, el principal papel!

Siglo que apareció en la escena pública empolvado y cepillado, como si saliera del tocador, repartiendo peinetas de concha, juguetonas y nevadas mantillas, collares de perlas, abolladas basquiñas, sedosos guardpaiés, pulidos chapinos, estuches de dulces, primorosos ridículos, perfumados pañuelos, sombreros de tres picos, terciopeladas casacas, nevados chalecos, calzón corto, medias de seda, zapatos con hebillas de plata, y el indispensable manto, codeándose con la rumbosa capa, al son de la pavana o al compás de las graves, pausadas y aristocráticas notas del ceremonioso minuet.

En aquellos días, y entre tales gentes, ocurrió en la modesta villa de N..., villa mitad murciana, mitad andaluza, lo que forma el asunto de la presente narración.

II

LA DAMA

ERA un portento. Imagínate, lector, una morena, pero muy morena, como manda Dios y debieran ser todas las mujeres en el mundo. Una muy distinguida dama, alta de talle, de veintisiete años de edad, de rostro agraciado, risueño y expresivo; dotada de abultadas trenzas negras, lustrosas y perfumadas; de ojos pequeños, vivos, punzantes, saltadores y añdido a este rostro unas largas y enlujuguetona, fresca, apetitosa y encarnada, y añadid a este rostro unas largas y enlutadas pulseras; a los ojos, unas terciopela-

das y tentadoras ojeras; perfilad sobre el labio un finísimo bozo; colocad un hoyo, que valga un mundo, junto a la boca, y otro hoyo, que valga un cielo, en el centro de la redonda y torneada barba, y tendréis el vivo retrato de doña María Luisa del Jordán Zúñiga y Zúñiga, viuda de don Venancio de Segura y Compolino, oidor de la Rota y sapientísimo señor.

Aquella muy noble y agraciada viuda, esbelta, elegante y juguetona, había leído mucho y bueno, tocaba la guitarra como fray Basilio, bordaba al realce, fabricaba sabrosas golosinas, era muy limpia de cuerpo, pensamiento y obras, y estaba dotada de un desparpajo de buen género, de una gracia tan fina y delicada, de una soltura y elegancia en el decir, que los frailes la llamaban "la culta", los currutacos "la diosa", los pisaverdes "la ninfa", las damas "la casta" y los doctores "la sabia".

Pero era una culta, una diosa, una ninfa, una casta y una sabia tan agraciada, tan pilla, tan juguetona y tan elegante, que trabucaba el seso a cuantos admiraban el fuego de sus ojos y su donaire, o merecían el alto obsequio de ser contados en el número de sus pocos y escogidos amigos.

La noble señora vivía, en compañía de una ama de llaves, en su casa solariega situada en la calle del Palo Corto, que era una casa, como todas las de su época, sombría por fuera y pintada por dentro, muy clara, muy espaciosa, muy fría y muy bien decorada, que era conocida por la casa-templo en toda la localidad.

III

EL GALAN

DON Leandro, golilla sin pleitos, casado y con hijos, hacendado, hombre muy hablador, muy mujeriego, muy pulcro, muy hiperbólico en el hablar, muy terco en sus cuestiones y muy afrancesado; era el admirador más rendido, más entusiasta, más servicial y más oficioso de cuantos trataban a la preciosa dama en toda la villa y su dilatada comarca.

El buen señor pulsaba la lira, digo mal, la péñola, y era de ver cómo en sus letrillas anacreónticas, soñados epitalamios y seguidillas pedestres, ya imitando al lúgubre Cadahalso, ya a Paco Barbero, ensalzaba las gracias de la dama de sus pensamientos, de la señora de sus afanes, de la reina de su alma, de la musa de sus inspiraciones, que era astro de bienandanza, la Ceres de sus vegas, la mariposa de sus ilusiones, la zagala de sus mimos, la Galatea de sus riberas y la Lucinda de sus vigilias, como todas las damas y petimetras que salían a relucir en romance, tonadilas y sainetes, en aquellos días que, afortunadamente, se fueron para más no volver.

Era nuestro héroe un noble varón, de cara avinagrada, de ojos pequeños y oblícuos, de nariz algún tanto a guisa de remolacha, de labios encendidos y carnosos, de cuello largo, e ídem de cuerpo, de lengua de brazos y de pies.

La vanidad le había tomado por su cuenta, y ella se revelaba en todas sus obras, en todos sus gestos y, en particular, en el acompasado movimiento de sus cuatro remos, que solamente parecían moverse y agitarse a impulsos de esa finchada, perjudicial y reprochable señora.

En el pueblo le llamaban el pavo de Navidad, pero él no temió nunca las sangrientas hecatombres de la clásica Nochebuena.

IV

EL FRAILE

SAPNENTISIMO varón, guapo, rechoncho, muy afable, cariñoso y jovial. Entusiasta de Feijóo admirador del padre Isla, predicador erudito, enemigo de los inquisidores, despreocupadillo, amigo de Muñoz Terrero, de Quintana y de Nicasio Gallego, y con asiento en el coro, en el confesionario, en los bufetes, en las tertulias, en los teatros caseros, en los escaños de las fuentes, en las barberías y en el banco de casa del herrador.

Fray Pedro Nolasco, de la orden de los carmelitas y como tal más tolerante y más sociable que los demás frailes, era el padre espiritual de muchas damas y melindrosas damiselas, el consultor en los casos graves, el que apaciguaba a las almas timoratas, el que consolaba a las muchachas enamoradas, el que ponía término con mucho tino y con cierta gracia especial a ruidosas escenas conyugales, y el hombre, en fin, que pensaba, que dirigía y que legislaba en el seno de muchas familias que no se tomaban el trabajo de obrar por cuenta propia.

Fraile de muchos latines, de mucha experiencia, de mucha trastienda, de mucho tino y de mucha observación. Notabilísimo padre que desde sus mocedades se adelantó a su siglo, que presintió la revolución social, que no odió a Godoy, que estudió mucho y bien a Jovellanos, que temía, sin embargo, por lo que había de venir, aunque no sabía a punto fijo lo que vendría y lo que sucedería en nuestro revuelto y antojadizo país.

Era un monje sociable como pocos, curiosillo como una mujer, ladino como un estudiante de tuna y gran conocedor de esa gramática parda que se aprendía tras la es-

Lea usted
"TIT - BITS"
Todos los martes

pesa rejilla del confesionario, en el estrado de la bella, cabalgando en la mula del convento o repasando cuentas y oraciones en la puerta de un mesón.

El buen señor visitaba muy a menudo a doña María Luisa, y murmuraban los envidiosos del lugar, que si nuestra dama era tan sabia, tan culta y tan buena doctora, era por obra y gracia de su erudito y distinguido confesor.

Fray Nolasco se reía buenamente de ellos y la viudita también.

V

LA FUENTE

DEL mismo modo que existe en Madrid la calle de Preciados, que según cuenta la fama, era en donde vivían los más rumbosos caballeros de la corte, existía en la villa de N... "La fuente de los currutacos", que era el punto de cita, por las tardes, de los currutacos más aristocráticos, como lo era por lan oche de todos los galanes de faja en cinto y de baja estofa.

La visitada como ensalzada "fuente" se elevaba al pie de los muros de la villa, y estaba dotada de cinco caños que prodigaban fresca, abundante y cristalina agua que abría el apetito y que aún ayudaban a la digestión. Junto a ella se extendía un abrevadero, y en derredor anchos y duros canapés de piedra, sombreados por altos y pomposos álamos, donde gorjeaban pintadas y canoras avecillas; álamos que con su bóveda de follaje prestaban apacibles y perfumadas sombras a los dichosos mortales que "cuotidianamente", como decían en el pueblo, se reunían en amena sociedad.

Allí, entre dos luces, se citaban alegres y afanosas las doncellas de la villa, y en aquel sitio el amor plantaba sus reales y la noche prodigaba sus sensuales y voluptuosas sombras a las amarteladas parejas. Allí se repartían anises, se probaba el agua, se retozaba, se charlaba, se cantaba y se adoraba. Allí los currutacos iban en busca de novia y las doncellitas de galán. Allí era el cielo de las guapas mozas y el infierno de aquellas a quienes le naturaleza les había negado sus encantos. Allí los currutacos enseñaban a su manera el catecismo del amor, y de allí se pasaba la generalidad de las veces a la vicaría, y de la vicaría... al cielo del himeneo, a la gloria de las glorias para aquellos que se amaban y se casaban a impulsos del pícaro corazón.

De aquella fuente nacían todas las serenatas amorosas, todas las pendencias, todas las intrigas, todos los celos y recelos, todos los disgustos, todos los líos, todos los bromazos de mal género en Carnaval, todas las comilonas campestres entre currutacos y doncellas y todos aquellos enredos más o menos subiditos de color que constituían la muy "non sancta" novela aristocrática y popular de aquella bendita tierra.

Una apacible tarde del mes de Septiembre, que suelen ser más que deliciosas en la florida vega murciana, formaban amigable tertulia, como de costumbre, el reverendo padre Nolasco, el señor boticario, el señor licenciado en medicina, el señor notario de rentas y un comandante de marina retirado, que había perdido la pierna derecha en el combate de Trafalgar.

Aquellos ilustres varones, después de conferenciar largamente tocante a la política algún tanto liberal iniciada por el príncipe de la Paz, llevaron la conversación sobre las últimas conquistas llevadas a cabo por Bonaparte, comentando sus hazañas como si fueran las de un semidiós.

De pronto el boticario, que era un célibe camastrón con ojos de águila y garras de milano, exclamó con alborozo:

—¡La viudita! ¡La viudita!

Don Leandro se puso colorado como un tomate, levantóse precipitadamente de su asiento y articuló con cierta mal reprimida vehemencia:

—Sí, ¡es ella! ¡es ella! — añadiendo por lo bajo: — Parece la diosa de la tarde montada en el caballo del sol.

Doña María Luisa, modestamente ataviada, ostentando en la cabeza un abultado gorro, el ridículo en el brazo, el látigo en la diestra, montada en una soberbia mula que no la hubiera rechazado el padre guardián, y acompañada de un mozo de labranza de ligero pie que hacía las veces de escudero, se presentó en la plazuela de la fuente.

Todos los currutacos, sombrero en mano incluso el padre Nolasco, corrieron a su encuentro.

—Buenas tardes, señores, — murmuró la damita; — cúbranse sus mercedes y sírvanse hacerse a un lado, que la bribonzuela mula ha visto la fuente, y si no procuro complacerla, mucho me temo que no dé con mi cuerpo en tierra.

—Para algo nos dió el Señor los brazos, — manifestó don Leandro, abriendo sus remos.

—Gracias, doctor, — articuló la viudita. — Es su merced el prototipo de la galantería con espada y casacón.

El arriero tomó por la rienda la rolliza mula y la condujo al abrevadero.

—¿A dónde vais, gentil amazona? — preguntó el fraile, acariciando el lomo de la mula.

—A la granja, si su paternidad no manda lo contrario. Se acerca mi santo y he de disponerlo todo para la fiesta. Inútil es decirles que espero que todos ustedes la honrarán con su presencia.

Todos los currutacos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—Tendremos especial gusto en ello, — se apresuró a manifestar don Leandro.

La dama mordióse el labio para ahogar la risa que retozaba en su boca, y dijo después de una breve pausa:

—La invitación se hace extensiva a toda la familia. Presumo que no me privará usted del placer de abrazar a doña Cándida.

El golilla palideció. El no había ni remotamente pensado en acudir a la fiesta con su cara mitad.

La mula agitó la cabeza, giró sobre sus

herraduras y se puso en marcha.

—Mil felicidades, señores. No echen ustedes en saco roto la invitación, — dijo, insistiendo, la dama.

—Adiós, hijita, — contestó el monje.

—Adiós, primavera de la vida, — articuló don Leandro.

—El cielo le conceda mil venturas, — agregó el marino.

—Que Dios la colme de bendiciones, — añadió el notario.

—Que la salud no la abandone, — manifestó el galeno.

—Que la dicha la conduzca de la mano, — exclamó el boticario.

Y entre tantas y tantas bendiciones, como llovidas del cielo, doña María Luisa tomó el camino de su granja, ansiando llegar a ella antes que se ocultase el sol.

VI

LA GRANJA

A una legua de la vilal de N... se extendía la magnífica y deliciosa hacienda de doña María Luisa; granja dotada de regadío, bosque, viña y yermo, que era una verdadera bendición de Dios.

En el centro de una espléndida arboleda formada por pomposos olivares, floridos almendros, perfumados azahares y arábigas palmeras, prodigando benéfica sombra y cobijando a los alados pájaros, que con sus dulces y suaves trinos se comunicaban sus amores y dulces devaneos, se levantaba un vetusto caserón, compuesto de planta baja y de dos pisos, dotado de capilla, de trujales, de inmensas cuadras con sus correspondientes pesebres, corrales, grandioso salón, pintado comedor, cámaras con alcoba y sin ella, galería, desvanes y despejada azotea para tomar el sol.

En aquel pintoreso sitio, que parecía ser una bella transición entre la huerta valenciana y la fértil vega de Murcia, doña María, ajena de fatigas y cuidados, pasaba los calurosos días de verano y los primeros de otoño, entregada a todos los goces campestres, que, aunque monótonos, no dejan de tener para muchos sus encantos.

Se levantaba con el sol, bajaba al huerto, tomaba asiento en una pintoresca gruta, regalaba el paladar con exquisito chocolate, acompañado de fresas o de higos humedecidos por las perlas del rocío, como diría don Leandro, probaba el agua de la fuente, formaba después un caprichoso ramo con las más exquisitas flores que poblaban sus jardines y adornaba con ellas su gabinete de confianza que recordaba los arabescos camarines.

La mañana la distribuía andando y zarandeando de una parte a otra; ya regando las albahacas y clevellinas que brotaban en las macetas que adornaban y engalanaban las anchas galerías; ya dando de comer a los tiernos palomos que se arrullaban y se enamoraban con la mejor intención; ya limpiando con sus finísimas manos las jaulas de los arpados canarios y pintados jilguerillos que alegraban con sus trinos el espacioso comedor; ya vigilando los ponedores de las gallinas, ya repartiendo el maíz a los rollizos y majestuosos gansos que se pavoneaban en el zaguán llenando los aires de graznidos.

Por la tarde, después de la siesta, tomaba la aguja, y con la doncella y la hija del mayordomo, daba principio a la labor, empleando en ella tres horas lasgas, que las más de las veces se deslizaban hasta el anochecer si el tiempo amenazaba lluvia, o apremiaba la costura.

Terminada la cena, la solitaria dama encendía el velón, se encerraba en su cuarto, leía sus autores favoritos, que eran Santa Teresa de Jesús, el teatro de Calderón y Lope, las poesías de Quevedo y el "Lazarillo de Tormes" echaba cuentas, punteaba la vihuela, y cuando el acompasado reloj con sus vibrantes campanadas anunciaba las diez, sacaba el rosario, rezaba sus oraciones y terminado tan piadoso ejercicio, destrenzaba sus hermosos cabellos, depositaba sobre el sofá sus vistosas faldas, imprimía un beso a los sagradios pies del crucifijo de marfil con cruz de ébano que señoreaba su alcoba, mataba la luz y se deslizaba entre las sábanas, quedando envuelto entre telas y entre sombras aquel precioso y bien formdao cuerpo que hubieran envidiado las hadas y hubiera enloquecido al Niño Amor.

Tal era, en breve compendio, la vida que llevaba la culta señora, encerrada en su granja, sin otra compañía que sus doncellas, la familia del mayordomo, los rústicos labriegos, el leñador, el leñero y los gañanes, que la admiraban como a la divina Pastora que se veneraba en uno de los altares de la vecina iglesia parroquial.

VII

CELOS Y RECELOS

DON Leandro era uno de esos varones que tienen la virtud de saber dormir tranquilamente con los postigos del balcón abiertos.

Era de mañanita. La risueña luz del nuevo día reflejábase en los cristales de los balcones dejando en la penumbra la alcoba conyugal. Las campanas repicaban alegremente a misa de alborada y los devotos de la cofradía de la Virgen del Rosario entonaban por las calles de la dormida población el Rosario de la Aurora, aquellas seguidillas boleras con música puramente clásica y nacional, que empiezan:

Cristianos venid,
devotos llegad.

Doña Cándida, la mujer de nuestro docto licenciado, que más que una hermosura presente era ya una hermosura pasada, despertóse perezosamente, restregóse los ojos con ambas manos como los niños llorones y notó que don Leandro dormido como un tronco y con la cara vuelta a la pared, soñaba y predicaba de lo lindo.

La desvelada esposa haciéndose toda ojos y toda oídos, con esa curiosidad propia de las hijas de Eva, exclamó a media voz:

—¿Qué soñará mi buen esposo? Tempranito empieza la oración.

Don Leandro, revuelto como un ovillo, feo, sudoroso y con el brazo fuera de la sábana y la diestra hundida en la almohada y pegada a la mejilla, murmuraba al arrullo de su fatigada respiración:

—Es una perla, es una tentación. ¡Qué divina, qué guapa y qué zalamera es!...

Su cara mitad sonrióse como una bienaventurada.

El abogado cambió de posición, extendió

—No he visto mujer igual en todos los días de mi vida, — articulando después de un prolongado suspiro: — Dios después de haberla criado, rompió el molde.

—No tanto, no tanto, niño, — exclamó doña Cándida sonriendo y pasándole suavemente la mano por la frente. — Sueña, amorcito mío, que yo también te quiero y te requiero con la más dulce voluntad.

El esposo continuó balbuceando por lo muy bajo:

—¡Oh, Leandro! ¡Leandro, eres digno de un cordel!

Doña Cándida fijó los atónitos ojos en el rostro de su esposo.

El esposo prosiguió:

—Si no hubiese llevado tanta prisa en casarme, hoy podría ofrecer mi mano, mis riquezas a esa estrella y decir al mundo entero...

Don Leandro agitó la cabeza, hizo un bostezo y enmudeció.

La pobre señora incorporóse como una hiena e hizo ademán de estrujarle, pero conteniéndose como espantada de su misma acción, cruzó los brazos y dobló la frente, en el mismo instante que los devotos del rosario cantaban debajo de sus balcones:

Los faroles ya estaán encendidos
por falta de gente no pueden salir.

—Para cantos estamos, — exclamó ofendida la señora, añadiendo con ira: — ¿De quién se habrá prendado este mostrenco? ¿Quién será la desvergonzada que le ha devanado los sesos y le hace soltar ese cúmulo de atrocidades?... ¡Oh soberana Virgen del Rosario! ¡Farolitos de su cofradía, iluminad la mente de mi buen señor para que me ame a mí, a mí tan solo, como es de razón y ley!...

Las lágrimas, ese mágico resorte que tienen siempre a mano las mujeres, salpicaron su pálido y alterado rostro.

El golilla hizo una mueca que hubiera envidiado el mismo Satanás, excitándole de paso la hilaridad, y balbuceó:

—Mi Cándida es tan cándida como su nombre.

—Gracias, — gritó con rabia la mujer, deslizándose de sus trenzas la dormilona.

El enamorado continuó:

—No puedo quejarme de ella. Se porta muy bien conmigo. Me regala sus caricias, y cada dos años un fruto de bendición.

—Que no los mereces, condenado.

Don Leandro, como si hubiese oído la voz de su mujer, volvióse de cara a la pared y continuó charlando de un modo imperceptible. La dama, con el pecho mal guardado y los hombros poco menos que desnudos, sentóse sobre la mullida cama, dobló el cuerpo, colocó el oído sobre la boca del varón, escuchó atentamente y dijo después con verdaderas muestras de amargura:

—Se queja... ¡qué sé yo de qué se queja!... ¡oh tunante, muy tunante!... ¿Conque me he vuelto obesa, y aumento en años y en carnes cada día, y mi rostro ha perdido la lozanía de la juventud, y mis cabellos se vuelven canos, los ojos llorones y los labios ajados, mientras la otra?... ¡Ah! ¡A esa, diera yo el escaparate con la Virgen de las Angustias para arrancarle las greñas en medio de la calle! ¡Cada día se presenta más guapa, más linda y más petrimetra en todas partes!...

Doña Cándida no cabía en la cama. La infeliz se hallaba en un potro. Pasó unos momentos terribles; pero poquito a poco tranquilizóse, tomó con ambas manos las sábanas y ocultó la frente en la almohada.

Procuró reconciliar el sueño, pero el sueño no acudió a sus párpados. Los pícaros nervios habían dado al traste con el dios Morfeo. Principió la ultrajada jamona a dar vueltas y revueltas por la cama... La manta y los abrigos parecían las velas de una nave hinchadas por la tempestad.

Don Leandro continuaba durmiendo como un bendito...

La mujer continuaba luchando con sus celos y recelos que no le daban tiempo de reposo.

—Yo sabré quién es esa buscona, esa barragana de Satanás, ese diablo con basquiña que ha cazado a mi señor marido, que por lo visto ha nacido para Gran Sultán.

El confiado esposo continuaba roncando de lo lindo.

La luz del día penetrando poquito a poco en la sala, ponía de manifiesto las pinturas de los muros que representaban la célebre muerte de Virginia, el canapé, los taburetes y una preciosa arquilla sobre la cual se destacab una caprichosa cruz de palo santo y a ambos lados un reloj y un Niño Jesús de cera colocado dentro de una campana de cristal.

La desvelada dama, fija en su idea, puso las manos en cruz, y fijando los llorosos ojos en el techo de la alcoba, articuló:

—¿No es verdad, Santo Angel de la Guarda, con quien me acuesto, con quien me levanto que descubrirás ese lío, para que pueda arañar el rostro a este tunante que ronca a mis espaldas y a esa bellaca digna de ser emplumada por la Santa Inquisición?

El ángel nada hizo y nada dijo.

—¡Oh! me ha acudido una idea, — repuso de pronto doña Cándida. — ¡Gracias! ¡Gracias, farolitos del Rosario, por haber

Lea usted

DORA

LA SEMANA PROXIMA

NOTAS CÓMICAS

El médico: — Yo le tomara ahora mismo el pulso, pero mi reloj atrasa, y no sé cuánto.

INVEROSIMILITUD

—¿No le gusta esa escena en que la esposa defiende á su marido?

—Me gusta, pero me parece enteramente imposible.

TIEMPOS PASADOS

—Al menos, en otra época, el teatro daba de comer al artista; le tiraban papas, tomates, repollos... ¡Pero hoy está tan cara la verdura, que ni eso!

DOS ESCENITAS HUMORISTICAS

—No, usted no se casará con mi hija porque es un gastador que desconoce el valor del dinero.

—¡Eso no, señor! Si yo desconociese el valor del dinero, no le pediría la mano de su hija.

—¿Entonces, si su esposa fuese muda y recobrara la palabra, usted no creería que se trataba de un milagro?

—No... pero creería más bien en un milagro si ahora mi esposa se quedara muda.

(De "Pele Mele")

iluminado mi mente!... Todo lo averiguaré.

Saltó de la cama, vistióse a toda prisa, arreglóse la marmota del mejor modo posible, empolvóse el pelo, atóse la escurrida basquiña a la cintura, prendióse el velo, encomendó los niños a la doncella y salió.

VIII

LA COGULLA Y LA BASQUIÑA

FRAY Nolasco acaba de darse una "gran panzada de pecados" en el confesionario, cuando un lego, que era un lego en latín y en muchas cosas, le anunció que una tapada preguntaba por él y que esperaba la contestación en la portería.

—¿Ha dicho su nombre? — preguntó el padre.

—No, señor. Va rebozada en la mantilla, y parece por la facha, más una mujer de tapadillo que no una dama principal.

—¡Bonita mañana me ha caído encima! Tres horas mortales en el confesionario "lavando la ropa sucia" del prójimo, y ahora poner en colada la de una prójima que no habrá por dónde cogerla.

El buen señor aun no se había desayunado.

El lego acompañó a la tapada al locutorio, la dejó sola en él, después de ofrecerle una silla, y allí estuvo bonitamente aquella especie de dama duende aguardando que fray Nolasco hubiese tragado el chocolate, los correspondientes higos y las encarnadas fresas que hacían las delicias del afortunado varón.

La dama al oír sus pasos abandonó la silla, se levantó el velo y murmuró, besando la redonda y nevada mano del carmelita:

—Buenos días tenga su paternidad. Dispense, señor, que pase a molestarle en medio de sus ejercicios espirituales, pero...

—¡Cómo! ¡Doña Cándida, usted en esta santa casa!... Perdón, señora, perdón por mi tardanza. ¡Pesan sobre mí tantas obligaciones! Tome su merced asiento y veamos en qué puedo ser útil a tan gran señora.

La dama exhaló un prolongado suspiro, acercando una silla al descomunal sillón en que se había acomodado el carmelita.

—¿Estamos solos, fray Nolasco?

—Solitos, mi señora, solitos; — añadió sonriendo: — ¿Podrá saberse qué pecadillo le ha impulsado a pasar por aquí?

Doña Cándida dió rienda suelta a la fuente de su llanto y murmuró con verdaderas muestras de hondo desconsuelo:

—¡Leandro! ¡Mi Leandro me es infiel!

El fraile se puso turbio.

La cuitada, continuó:

—No me quiere, bebe los vientos por otra. ¡Huye de mi lado cuando yo le adoro, le mimo y le halago como manda Dios!

—¿Está usted convencida de ello? — preguntó el fraile tomando un polvo.

—Es el Evangelio, señor. El mismo lo ha dicho y lo ha confesado.

—¡Eso es grave! ¡Muy grave!... ¿Es posible que se haya atrevido a tanto?

La confidente enjugó los ojos y continuó:

—Mi esposo es uno de esos hombres que no saben guardar un secreto. Tan pronto como se entrega en brazos del sueño, pierde la llave del corazón, los secretos levantan la tapa de la caja y todos, toditos se deslizan por su boca.

—Pues diga usted que él lo ha charlado, pero no lo ha confesado.

—Para el caso es lo mismo, padre mío. Yo no estoy en mí... ¡A mí me va a dar algo!... ¡Unos sudores me vienen y otros se me van!... ¡Los vapores señor, los pícaros vapores me han subido a la cabeza!... ¿Qué diría el gran bribón si me viera en este estado?

Fray Nolasco apoyó ambas manos en los brazos del sillón, levantándose pausadamente, se acercó a la puerta y pidió un vaso de agua.

El lego se presentó con él.

—Vamos señora, tome usted un sorbito. Tranquilidad, tranquilidad, hijita, y deje rodar la bola que todo se arreglará.

La dama acercó el vaso a los labios apuró el agua, pasóse la mano por el rostro y sudorosa frente y echó mano del abanico.

El monje volvió a posesionarse del sillón, cruzó las manos sobre el hábito y murmuró tranquilamente:

—Esto no ha sido más que un pequeño vahido producido por la exaltación. Ya pasó, amiguita, ya pasó. Vamos, mucha calma y tenga usted presente aquello de que los sueños...

—No, padre mío, no. Leandro me es infiel. Hace algún tiempo que vive distraído, que no gusta de mis caricias y no se fija en mis hijos, que parecen tres serafines en la tierra.

—Pero, doña Cándida, ¿ha dicho él por ventura el nombre de su soñada Laura o la de la mujer que le hace cosquillas en el corazón?

—Eso no, — contestóle secamente doña Cándida, tiesa como un palo, con el color encendido y con el fuego de la ira y de los celos retratados en los ojos.

—Pero, ¿entonces?

—Pero sé donde se esconde.

—Será un ser imaginario fabricado por los celos y recelos. Medítelo usted bien.

—Nada de eso. Es una persona que todos conocemos; una oolosa, una casquivana que cuida mucho de su cuerpo y muy poco de su decoro en lo que se ve.

El padre se encogió de hombros.

La mujer del golilla bajó la voz y añadió:

—¿No la reconoce?

—No.

—Pues es... su hija espiritual. En fin, es la muy noble, la muy culta, la muy santa doña María Luisa. ¿Está usted?

El carmelita, a pesar de no ser nervioso e impresionable, como buen fraile, experimentó una convulsión general, y aparentando gran serenidad, sacó la caja de tabaco, tomó un polvo, y contestó:

—Niego soberanamente que sea ella. Mi hija, mi buena hija espiritual no gusta de

trapicheos y mucho menos de amoríos de esta naturaleza. Su señor marido puede tal vez haber puesto sus pecadores ojos en ella; pero la pobre ni aún lo debe haber notado.

—¿Lo juraría usted? — insistió la mujer, firme en sus treces.

Fray Nolasco extendió la diestra tocando los pies de un crucifijo.

La dolorida se tranquilizó.

El religioso aprovechó el efecto del juramento y dijo levantándose:

—Señora, la paz sea en su casa. Desvanezca por completo la pícara idea de que doña María Luisa fuera capaz de una tontería semejante, y usted en su casita, procure llevar a buen recaudo a su señor marido, sirviéndole de las ternezas, de los mimos y de los halagos; que muchas veces produce más efecto un beso, uno solo, entre marido y mujer, que el sermón de las Siete Palabras.

—¡Tengo una espina clavada en el corazón!...

—Déjese usted de espinas y de cardos. Vista a la moda, gaste mucho en afeites y alfileres; eche mano de la salsa de las zalamerías y el esposo tornará de nuevo al redil de sus amores.

—¡Qué bueno es su merced! ¡Cómo pagarle tanta y tanta bondad!

Diciendo esto doña Cándida puso una cara de fiesta que hubiera alegrado cualquier corazón.

—No olvide usted la receta, pues ella obra verdaderos milagros conyugales. Dios vaya con usted y no le prive de sus celestiales dones.

—Amén, — murmuró la dama besándole humildemente el escapulario.

El campechano monje le echó la bendición.

La esposa volvió a casa del esposo y el fraile al refectorio.

IX

DIANA Y ENDYMION

ERA una de esas tardes caniculares, henchidas de vapor, bochornosas y sofocantes, que parecen haber sido creadas para la molicie y el amor.

Luisa estaba en el baño. En el pabellón de aquel jardincito rodeado de arábigas palmeras y verdes azahares, mandó construir un baño con pila de mármol y el correspondiente tocador, y allí, sumergida en el agua, sin velos ni importunos chales, sueltas las trenzas, libre, sola y retirada, había templado el calor del cuerpo y la soñolencia del alma.

En brazos de tan dulce como natural diversión, pues el baño es una diversión higiénica en alto grado, se hallaba la graciosa y tentadora dama, cuando don Leandro, con la escopeta al hombro y acompañado de su lebrel y hostigado por su pícaro amor, se presentó en la granja, entrando en ella como Pedro por su casa.

Tomó asiento en un escaño pegado al muro del caserón y preguntó a uno de los colonos por la noble dueña de casa.

—Está en el baño, — contestó el rústico, añadiendo: — Pronto saldrá.

El golilla dejó la escopeta a un lado, exhaló un suspiro y murmuró por lo bajo, abanicándose con su sombrero:

—Esperaré. No quiero retirarme sin verla y sin hablarla. Ahora está en el baño y saldrá de él fresca, limpia y transparente como una rosa... Si su difunto pasa el purgatorio en la otra vida, no tendrá de qué quejarse, habiendo gozado antes de las delicias de la gloria... Ante ella me vuelvo un chico de la doctrina, y no es extraño, porque un niño es el Amor, y a mí el hijo mimado de la diosa Venus me ha tomado por su cuenta. Un lustro hace que me pudro en silencio. Un lustro hace que esa viudita de mis tormentos anida en mi imaginación, envuelta en luz y derramando perfumes... En derredor de toda esa dama se extiende una aureola que deslumbra, que atrae, que fascina, y que enamora. Aquella aureola es una tela de araña y yo soy la pobre mosca enredada en ella; el insecto que aletea, que busca la fuga y más y más se pierde en su revuelto laberinto...

A este monólogo sucedió otro más apasionado que pasamos en silencio, primero por su extensión, y segundo por su intención, que no era muy santa, que digamos.

De pronto se abrió la puerta del jardín y apareció ante los atónitos ojos del camastrón la ninfa de sus sueños, con la negra y húmeda cabellera desprendida sobre la espalda, ceñido el cuerpo por nu vestido blanco de muselina, con un largo lazo azul prendido a la cintura, y respirando todo el cuerpo elegancia y belleza.

Don Leandro se apresuró a ofrecerle sus respetos con muchas ceremonias.

La viudita al verle, sonrió.

—Tanto bueno por mi casa, — manifestó, tendiéndole la mano. — ¿Y doña Cándida y los chiquitines?

—Reventando de salud. Buenos, muy buenos. ¿Y a usted, noble dama, cómo le prueba esta soledad?

—A las mil maravillas... Tome usted asiento. Yo lo efectuaré en esta silla.

El licenciado contemplaba aquella beldad. Todos sus cinco sentidos estaban fijos en ella.

La dama lo notó y articuló sonriendo:

—¡Qué calor, Virgencita de las Angustias!

—Parece una tarde de los trópicos, — manifestó el doctor.

—No se mueve ni una hoja. ¡Qué calor tan pegajoso! Acabo de salir del baño y estoy sudando. Mire usted, — exclamó la dama, arremangándose la manga de la bata.

El golilla cerró los ojos.

—¿Le gusta a usted el campo? — preguntó la dama, haciendo una mueca tentadora, con el malicioso fin de embaucar de lo lindo al trasnochado Amadís.

—Según y conforme. Lo encuentro monótono; pero pudiendo gozar de cerca de las gracias... de las divinas gracias.

—Aquí todo lo son. Cuido mis flores, doy de comer a las gallinas y a los patos, cojo la fruta y me entretengo en mil cosas... ¡Soy tan feliz en este pequeño imperio!... Y al mismo tiempo gozo de completa libertad: trisco, canto, bailo, me baño, charlo a

mi solas y me aturdo. ¿Le parece a usted poco?

—¿Sabe usted, señora, que es bajo todos conceptos envidiable la suerte de los patos, de las gallinas y de las flores?... ¡Qué ventura poder ser acariciado uno por esos dedos de marfil, que parecen hechos solamente para bordar, tocar el clave y puntear la vihuela!

—Es mi afición favorita. Fray Basilio, el insigne guitarrista, maestro de Godoy y de S. M. la reina, me dió algunas lecciones durante mi residencia en la corte... Otro día, pues presumo que ésta no será la última tarde que me dedicará su merced, le daré a conocer un par de tiranas. Pues las tiranas las toco, las bailo y las canto como dice la canción. ¿No le gustan a usted las tiranas?

Don Leandro, sin saber qué pensar ni qué decir de aquella majestuosa amabilidad que parecía orillar el camino de sus pretensiones, articuló con amorosa vehemencia:

—¡Mucho! ¡Mucho por mis desgracias!... Una tirana constituye una belleza, un algo superior, selecto, escogido, y por lo tanto, mi corazón y mis ojos, que nunca envejecen, vuelan tras ella con una fe, con una pasión...

—¡Ay, don Leandro! — exclamó la dama, interrumpiéndole la frase y llevándose las manos a los ojos.

—¿Qué tiene usted, señora? — preguntó el cumplido galanteador, incorporándose y extendiendo los brazos.

La dama exhaló un gemido.

—¿Qué la afecta?

—Nada menos que un mosquito me ha entrado en el ojo derecho. ¡Dios mío, cómo me duele!

—¡Cuidadito con frotarlo! Cuidadito!... ¿Quiere su merced que vaya por agua?

—Gracias.

—Mire usted el gran bribón; ¡en buena parte se ha metido!...

Doña María Luisa ocultó el ojo con un cabo del lienzo y con el otro la boca, para que no viera el doctor en jurisprudencia la burlona sonrisa que retozaba en sus labios.

—¿Le duele mucho?

—¡Mucho, señor! ¡Mucho! — suspiró la dama, con falso y estudiado sentimiento.

—¡Quién dijera que hasta los zumbadores mosquitos se enamorasen del sol!

—Es un sol en eclipse, — y añadió doblando la cabeza: — ¡Ay, mi buen amigo!... Si con esta amabilidad que le caracteriza se sirviera... No me atrevo...

—Diga usted, diga usted, — contestó el abogado levantándose. — Sus deseos son leyes. Sus caprichos, si se que su merced tenga caprichos, órdenes terminantes. Su labio insinúa la frase y yo la acato.

—Tal vez molestaré...

—Nada de eso. Tendré especial placer en poder servir en todo y por todo. Ya sabe, o puede imaginarse, que reina en su casa, y que reina, manda y gobierna...

—Pues bien. Sírvase soplarme el ojo. Mucho cuidado, ¿eh?

Aquella farsa no podía estar mejor zurcida.

El currutaco experimentó un estremecimiento general; rojo como la grana, bamboleándose como si estuviera ebrio, adelantó hacia la bella con el lente en la mano para examinar la pupila.

La dama, con un descuido que fascinaba el alma, echó la cabeza hacia atrás, y ladeándola después sobre el hombro izquierdo, preguntó:

—¿Nota usted algo en el rabo del ojo?

—¡Santo Cristo del Zapato, qué encarnado y lacrimoso está el pobrecillo!

—¡Cuidadito, don Leandro! ¡Cuidadito!... Abra usted párpado. ¿No se atreve usted?

El pobre Endymión con peluca y calzón corto acercó el dedo al moreno y peregrino rostro de aquella Diana cazadora, y una verdadera corriente eléctrica recorrió todo su cuerpo. Hizo un esfuerzo supremo y sopló dos o tres veces, pareciendo que a cada soplo le saliera por la boca el corazón.

—¡Gracias, buen señor! ¡Gracias! — balbuceó la dama, aparentando profundo agradecimiento y tendiéndole la mano. — ¿Cómo pagarle tanta bondad?

—Yo no soy bueno ni malo. Sólo soy un hombre capaz de hilar a los pies de una hermosura, como Hércules a los de Omfala.

La dama prorrumpió en una carcajada.

—¿Sabe usted, don Leandro, que me gustaría verle con la rueca en la mano?

—¡Cómo se chancea usted! Ríase a su gusto, pues esa jovialidad aumenta el brillo de sus lindos ojos, los hechizos de su rosto y la gracia de esta pequeña boca que envidiara la ensalzada Helena.

—¿Yo chancearme?... ¡Qué superficialmente me ha juzgado su merced! Cómo se conoce que no ha sondeado mi corazón, — añadió, levantándose. — Venga usted conmigo.

—¿Adónde? — preguntó el golilla, haciéndose todo ojos.

—A la viña. Tengo en ella unos moscateles riquísimos. El año pasado los probaron el padre Nolasco, el señor Inquisidor de Toledo y el representante de los Santos Lugares, y quedaron prendados de ellos. Ya verá usted qué racimos tan sabrosos.

—He oído hacer grandes elogios de ellos, — murmuró don Leandro, abandonando su asiento.

La señora se encaminó al portal de la granja y gritó en alta voz:

—¡Cinta! ¡Cinta!

Una muchacha bastante bien parecida, ni alta ni baja, trigueña, limpia, fresca, hacendosa, ondenado la abigarrada saya, acudió al llamado.

—¿Qué se le ofrece a mi señora? — preguntó con voz melosa.

—El quitasol y un cesto para llevar uvas.

—Voy corriendo.

Don Leandro en aquel momento ni se acordaba del santo de su nombre, de su mujer, de sus hijos, de su posición social, de su estado civil y canónico, pues el pobre estaba más que maravillado del agasajo y amabilidad de la dama de sus sueños.

—Se conoce que ella también me ama,

— exclamaba por lo bajo. — ¡Qué dulzura! ¡Qué finura! ¡Qué mujer!...

—Cuando usted guste, — murmuró la dama, agitando alegremente la artística cabeza y abriendo de paso el quitasol.

—Estoy a sus órdenes. Los esclavos de las verdaderas bellezas no disponen, obedecen.

Y diciendo esto, don Leandro colocóse el sombrero de medio queso debajo del brazo y ofreció la diestra a la dama.

—Pues en marcha, — esclavo mío, — contestó doña María, aceptándole la mano.

¡Qué cuadro tan bello, tan original, formaban aquelas tres personas tan distintas en clases, en trajes y en pensamientos, caminando poquito a poco hacia la viña donde el ilustre varón había de probar las uvas entre las burlonas sonrisas de la tentadora viudita y de la graciosa y amaestrada doncella!

X

CONFABULACIONES

AQUELLA tarde, como de costumbre, tomaron asiento en los escaños de piedra que rodean "La fuente de los currutacos", los sapientísimos prohombres de la localidad.

Los pájaros ocultos entre el ramaje charlaban de lo lindo picoteándose mutuamente, y los hombres sentados en la florida alameda hincaban el diente en la honra de los vecinos y vecinas del lugar.

Los pájaros y los hombres se despachaban a su gusto.

Charla en los aires y charla en la tierra.

Gorjeos y vocerío, es el ritmo más o menos cadencioso que forma la universal armonía de la creación.

El padre Nolasco, respirando salud por todos sus poros, con las manos cruzadas sobre el abdomen, presidía la selecta reunión.

Acababan de repartirse los anises y de remojar el gaznate con la fresca agua de la fuente servida por las chicas que habían acudido con sus cántaros a ella; chicas que eran unas graciosas Rebecas, de pálido rostro, de ojos mozárabes, flexible cuerpo y elásticas caderas que alegraban el alma y daban pellizcos, pero muy buenos pellizcos en mitad del corazón.

Fray Nolasco, que no había podido desvanecer de su mente la entrevista con la atribulada doña Cándida y ardía en vivos y naturales deseos de investigar algo sobre la vida y milagros de don Leandro, exclamó, paseando la mirada en derredor:

—¿Por dónde andará el señor licenciado, que hoy ha faltado a la cita?

—Persiguiendo codornices, — contestó el farmacéutico.

—¡Cómo! ¿Ha dado ahora en la manía de convertirse en cazador?

—Creo que sí. Esta tarde, después de dormir la siesta, he tomado asiento en la puerta de la botica y he visto cómo nuestro queridísimo letrado, con la escopeta al hombro, pasaba por debajo los pórticos de la plaza.

—¡Como ahora es la época en que las pobres codornices emigran de nuevo al Africa! — objetó el marino que había dejado parte de su persona en el glorioso combate de Trafalgar.

—¡Otras codornices sin alas llevan mareado la buen señor! — observó el notario de rentas.

—¿Quién es ella? ¿Quién es ella? — preguntó fray Nolasco, haciéndose todo oídos.

—Su paternidad no está en autos, por lo visto. Pica muy alto el buen varón, — añadió el notario.

—¿De quién se trata? — insistió el carmelita.

—Es un secretillo. Nada sé a punto fijo; pero jurara, y eso sea dicho "inter nos", que ama en secreto a una dama principal.

—¿Y media correspondencia? — preguntó el monje, poniéndose algún tanto nervioso.

—Ni por pienso. Ama de lejos, como Don Quijote; y así como el hidalgo manchego, se encasquetó aquello de la sin par señora del Toboso y hablando de ella se le hacía agua la boca, nuestro amigote consagra todos sus pensamientos a una dama muy ilustre y recatada, dedicándole algunos versitos que harían verter lagrimones a las peñas de ese torrente.

—Ya tenía indicios, — amonestó el discípulo de Esculapio, dando con el bastón golpecitos en el suelo.

—No es cosa nueva lo de que don Leandro pulse la lira; pero yo creía buenamente que su cantos iban dirigidos a su cara mitad, — murmuró el monje, aparentando la más genuina candidez.

—Doña Cándida es para él una carga y una verdadera cruz. Nuestro Ovidio Nason, a pesar de no ser más que un coplero, es casado como aquél, y como él muy aficionado a la manzana del paraíso. Canta, hasta quedarse ronco, las gracias de otra mujer más bonita, más joven y... vamos más apetitosa que la suya.

—¡Qué picardías tan gordas se ven en este mundo! — exclamó el monje, llevándose las manos a los oídos y poniéndolas después en cruz con cierta unción religiosa que tenía más de grotesca que de celestial.

—Pero usted con todo eso, señor escribano, aún no nos ha dicho el nombre de la dama en cuestión, — observó el militar, ardiendo en vivos deseos de descubrir todo el enredo.

—Este es mi secretillo.

—Aquí todos somos amigos, y más que amigos, personas prudentes y enemigos de chanzas y de murmuraciones, — hizo presente el fraile con mucho tino.

El notario inclinó el cuerpo, colocó los codos en las rodillas, llevóse las manos a ambos lados de la boca y con mucha prosopopeya y cermonia murmuró:

—Es doña María Luisa. Pero "mutis".

El marino y el boticario soltaron una carcajada; el dicsípulo de Galeno, dándose aire de importancia, aparentó no extrañarse de la noticia, y el padre Nolasco como si se descolgara de la luna, agitó la cabeza

de un lado a otro, haciendo signos negativos con la diestra.

Hubo una pausa; pero una pausa cómica, risible y algún tanto original.

El fraile fué el primero en interumpir el silencio, preguntando:

—¿Y qué rezan los versitos?

—Cosas gordas. El domingo último pasó nuestro héroe a mi despacho, y me mostró un soneto de esos que llaman acrósticos, y decía "doña María Luisa". Era una declaración en toda forma.

—¿Podría usted proporcionarnos copia?—preguntó el fraile, deseoso de poseer tal composición.

—Es difícil bajo todos conceptos; pues guarda esas niñerías como oro en paño.

—Silencio, silencio, — exclamó el marino. — Allí viene nuestro hombre.

—Hablando del ruin de Roma... — dijo el doctor.

—Mucha prudencia, — encargó el notario.

—Descanse usted, — contestó el monje.

El marino no se equivocó.

Dándose aire de triunfador, colorado, alegre, satisfecho, con el sombrero a media paga, la escopeta al hombro, el zurrón en la espalda y el lebrel al lado, se presentó don Leandro en la plazoleta de la Fuente.

Todos sus compañeros le rodearon, le saludaron y le agasajaron, examinándole desde los pies a la coronilla.

—Viene de la quinta, — murmuró el notario.

—Ha visto a ella, — insistió el licenciado en medicina.

—Pone cara de Pascuas, — observó el marino.

—Ha dado con la codorniz, — añadió el farmacéutico.

—¡Si habrá hecho caza! — murmuró con cierta pena el carmelita, inclinando la cabeza.

Y terminadas estas espontáneas exclamaciones, principió una verdadera lluvia de preguntas, de pullas y de observaciones, que obligaron al presuntuoso golilla a que relatase minuciosamente todos los lances de amor y fortuna que había corrido aquel bendita tarde, lances que vinieron a poner de manifiesto a todo aquel respetabilísimo cónclave, que el apasionado varón había perdido alguno de los tornillos principales de su mollera.

XI

EL CAZADOR CAZADO

DOÑA Cándida salió del convento más tranquila, más risueña y mucho más aliviada de su afección moral. Encaminóse a su casa y se encerró en su tocador. Dos horas largas estuvo nuestra dama encerrada en él, y apareció de nuevo tan emperegilada, tan empolvada y tan llena de afeites de buen gusto, qu parecía que se hubiese quitado de encima dos lustros, por lo menos.

Todo el día lo pasó consagrada al aseo de su persona, inspeccionando chales, cintas, peinetas y chapines, como si fuera una damisela en el noviazgo de sus primeras y amorosas relaciones.

Cuando la campana de la torre de San Avelino dió el toque de ánimas, doña Cándida encendió el velón de cuadro pábilos, y, en compañía de su doncella, extendió los manteles sobre la mesa, distribuyó los platos y los cubiertos acercó dos sillas y exclamó, tomando asiento en una de ellas:

—Preparemos a recibir a nuestro señor y dueño, que vendrá molido y fatigado de sus excursiones, mitad campestres, mitad amatorias. Pues nadie me quita a mí la idea que no son todo pajaritos lo que va a cazar mi buen varón.

Don Leandro no se hizo esperar.

Entró en el comedor, dejó la escopeta a un lado, colgó el zurrón y sacó de él dos codornices; mas, al presentarlas a su cara mitad, quedó confuso y altamente sorprendido al verla tan restaurada y emperegilada, con la sonrisa en los labios y guardando una actitud tan zalamera y provocativa, que hubiera cautivado al más curro y palaciego galán.

Doña Cándida le miraba a hurtadillas, con aquel tino peculiar de la mujer, que la convierte en el lince más refinado de la creación.

—¿Y los niños? — preguntó don Leandro, con el solo fin de preguntar algo.

—Ya están recogidos los pobrecitos. La niña ha bordado unos escapularios de la Virgen del Carmen, que son una verdadera maravilla. Tiene unas manos de plata nuestro bello retoño. Ya te los enseñaré.

—¿Y los chicos?

—Agapito me ha mostrado hoy su cartapacio, que no había por dónde tomarlo

AVISO A LOS LECTORES

Accediendo a lo solicitado por muchos favorecedores de este magazine que lamentaban tener que sacrificar páginas de lectura para poder utilizar los modelos de armar, desde este número, en las páginas 33 y 36 se publicarán notas sueltas de modo que la lectura pase de la página 32 a la 37, pudiéndose sacar las cuatro páginas centrales para armar con ellas el divertido juguete que "Pucky" ofrece semanalmente a sus lectores.

Chirigotas variadas

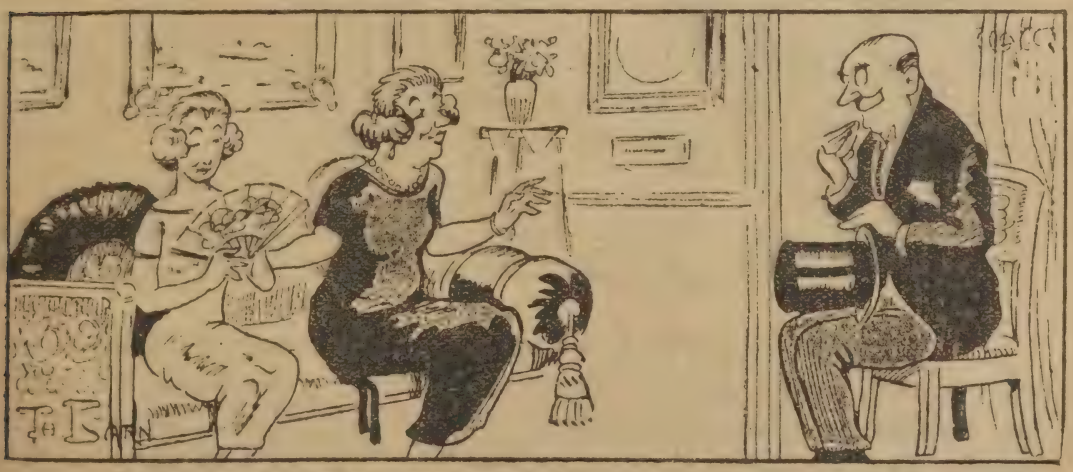
CARIDAD BIEN ENTENDIDA

—¡Hola! ¡Van a levantarle una estatua al negro Falucho!
—¡Qué disparate! Mejor sería darle el dinero a la viuda.

LOS POBRES QUERIAN DORMIR

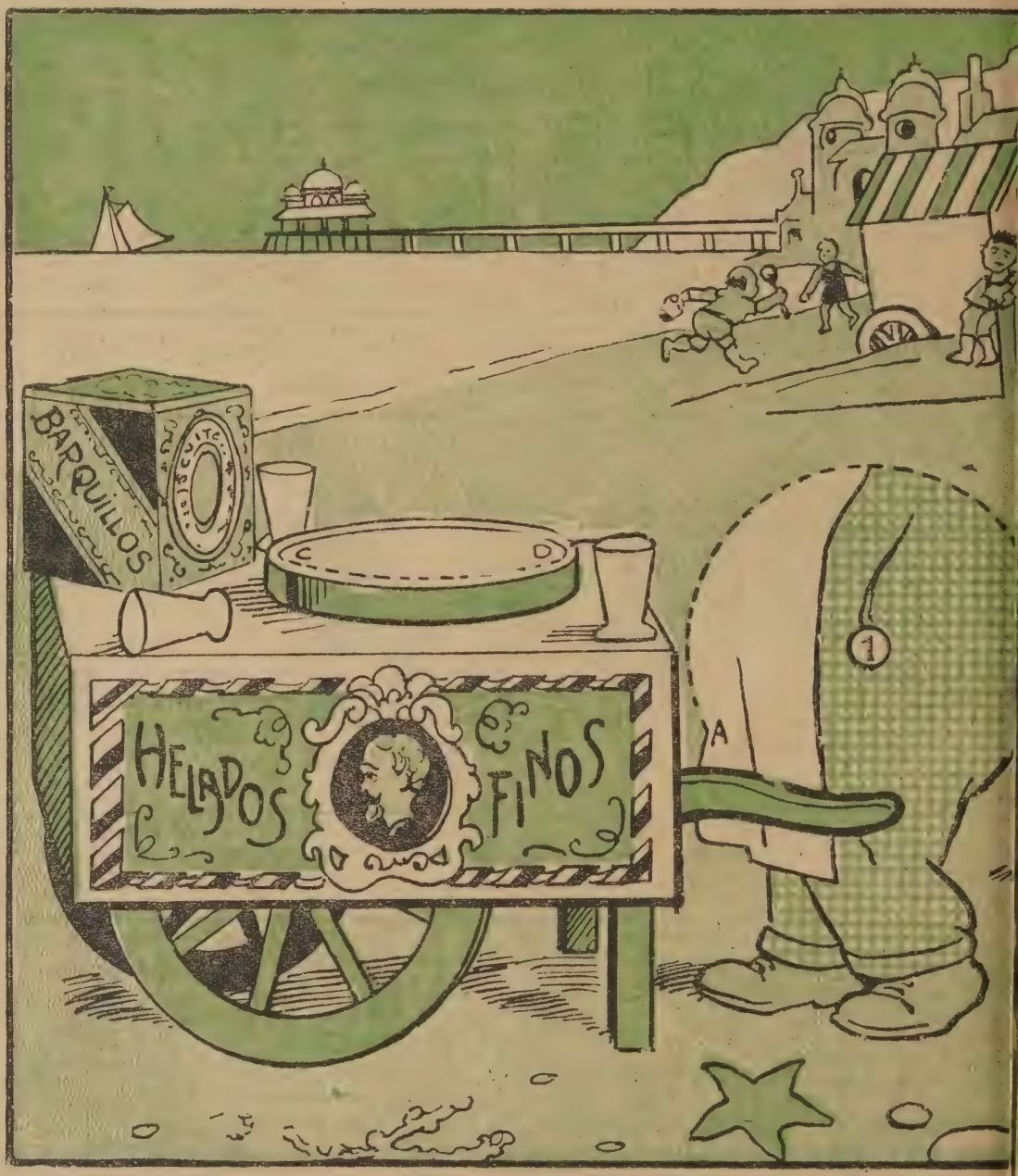
—Señora: soy el inquilino del departamento de abajo. No me opongo a que sus invitadas dancen a las tres de la mañana, pero siquiera pídales que se saquen los botines.

UNA PROPORCION BUENA



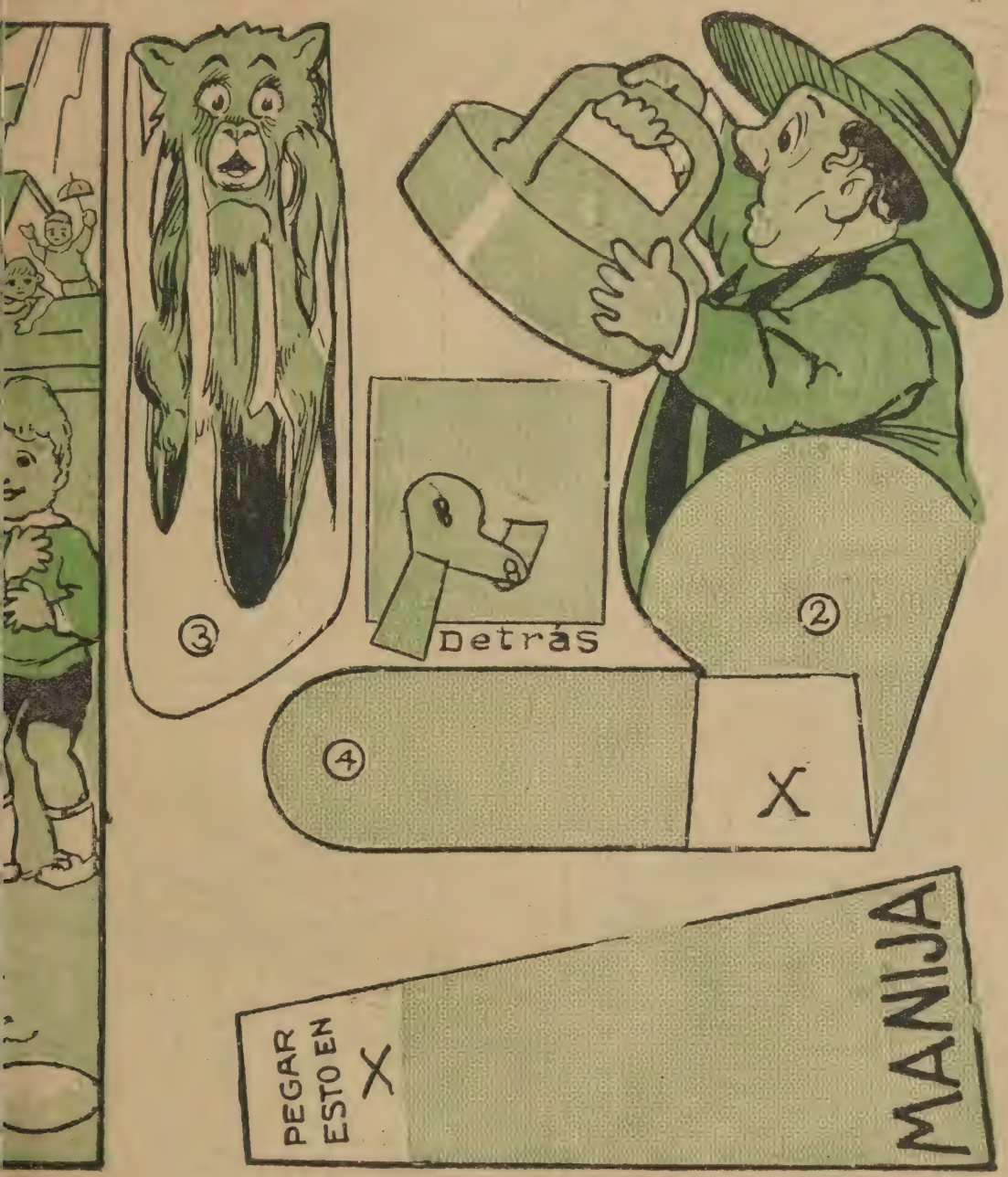
—No me costará trabajo casar a mi hija, pues hasta un ministro ha querido ser su esposo.
—¿Ministro de guerra, de marina, de obras públicas?
—No; ministro de la religión anglicana.

La sorpresa del heladero de l



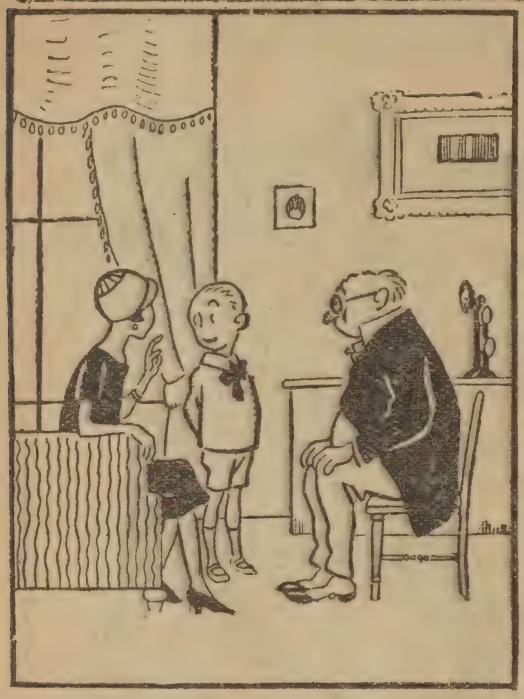
INSTRUCCIONES. ---- Lo primero que conviene hacer es se recorta cada pedazo como es debido y se pega la manija a marcadas por las lineas de puntos A-B y C-D. Por el frente se hasta que el punto 2 está detrás del 1 y se fija con un broche el 3 se junte con el 4 y se sujeta con otro broche. Como ya e para que funcione el modelo y el heladero, al destapar el tarr

laya Un espléndido juguete de movimiento que puede armarse en seguida por que se puede sacar del número sin interrumpir la lectura.



r toda la hoja en cartulina o cartón y dejarlo secar. Después po del heladero poniendo X sobre X. Se abren las hendijas la manija y el cuerpo del helador por la hendija A-B, se mete el frente también se mete en C-D la pieza del perro hasta que pegada la manija al espacio X sólo queda mover esa manija encuentra con una gran sorpresa.

PASANDO EL RATO



—Juancito, saca la lengua para que te la vea el médico.
—¿Le hago también "pito catalán", mamá?

La señora gorda al mayoral del ómnibus de Lanús: — Dígame, Rufino, ¿no podría hacerme un huequito para mí, que voy hasta Madariaga?

—¡Pobre viejo! ¡Así que se le murió su esposa!
—¡No me hable! ¡Llovió el día del entierro! Si siempre me pasa lo mismo: cada vez que tengo una fiesta de familia, llueve.

—¡Pobre esposo mío, que se ha caído al agua y no sabe nadar!
—¡Por favor! ¡No llores así! ¿No ves que tus lágrimas están haciendo subir el nivel del agua?

de sucio. Era aquello un lodazal estampado en un papel, y Manolo ha convertido el padre Nebrija en un sombrero de tres picos. Estoy convencida de que los dos estudian con el mismísimo Satanás.

—Lo creo, — contestó secamente el marido, examinando detenidamente a su mujer, y añadiendo por lo bajo:

—¿Qué novedades son esas?

—¿Pero qué llevas en la mano, Leandro mío?

—Dos codornices, — exclamó el letrado, alzándolas en alto.

—¡Pobrecillas! ¡Qué regalo tan sabroso me ofrece hoy mi señor esposo, a quien amo tanto! — manifestó la dama, tomando las codornices para examinarlas a la luz del velón.

Don Leandro parecía bobo.

La dueña de la casa entregó la caza a la doncella, hizo una graciosa mueca y, colgándose del cuello de su esposo, añadió con entrañable mimo:

—¡Y cómo me quiere, me regala y me agasaja mi buen Leandro! ¿No es verdad, pichón mío, que las has cazado para mí y que sería tu deseo que me las comiera en tu compañía?

—Sí, esto es, — contestó maquinalmente nuestro hombre, sin saber qué pensar ni qué decir de toda aquella farsa.

Los dos cónyuges tomaron asiento en la mesa.

—¿Quieres que te sirva? — preguntó doña Cándida, tomando con una mano la cuchara y con la otra el plato de su esposo.

—Como gustes, — manifestó éste secamente, extendiendo la servilleta sobre las rodillas.

—Es una sopita de ajos que dice cómeme.

—La probaremos.

—Estoy convencida que te gustará.

Don Leandro se llevó la cuchara a la boca y principió a comer como un autómata.

Su mente bogaba por regiones desconocidas. La amena y deliciosa tarde pasada dulcemente al lado de la viudita, preocupaba por completo su imaginación.

La doncella fué sirviendo plato tras plato; pero los dos esposos no cambiaban ni una sola frase.

Sólo el ruido de los cuchillos y tenedores se escuchaba en el comedor.

Al terminar los postres, se rezaron las gracias, como era costumbre en todas las familias en aquellos "morigerados" días.

La preocupación del golilla iba en aumento, y los celos y recelos de doña Cándida también.

El reloj anunció las diez.

—Vámonos a acostar, Leandrito, — exclamó doña Cándida, esforzándose en aparentar cierta ternura que, como comprenderán nuestros lectores, estaba muy lejos de sentir.

—Vamos, — articuló don Leandro, levantándose.

Los dos esposos pasaron a la alcoba conyugal. Empezaron a desnudarse a ambos lados de la cama, de aquel lecho que en otros días preparó el amor con gasas y flores, y que en aquel entonces era ya una cama como otra cualquiera, y nada más.

Al acostarse don Leandro, murmuró entre dientes, como si fuera un Amadís de veinte años.

—¿Si pensará en mí la tirana, como en ella estoy pensando yo?

La esposa, en cambio, hizo la señal de la cruz, y articuló en sus adentros:

—Si vuelves a soñar en voz alta, te juro por el santo de mi nombre, que te dejo sin un pelo en la cabeza.

XII

UN BILLETE DE CONFIANZA

CUANDO don Leandro abandonó la granja, ama y criada soltaron una estrepitosa carcajada, pues las dos comprendieron claramente las amorosas como ridículas inclinaciones del apasionado golilla.

La noble dama reflexionó seriamente respecto del amoroso y cómico lance, y a fin de ponerse al abrigo de toda sospecha y maledicencia, se encaminó a su gabinete y escribió al padre Nolasco, que, como hemos manifestado, era su consejero, su confidente y su director en todos los casos graves.

Tomó una silla, abrió la papelera, sacó recado de escribir, tomó una pluma de ganso y con magnífica letra española escribió la siguiente y familiar misiva:

"Prudentísimo padre: no me trate su paternidad de aturdida, de olvidadiza y de perezosa si hasta hoy su más humilde hija espiritual no le da cuenta de su persona. Ya sabe usted que en mi granja o pequeña Tebaida, como usted la llama, vivo en continuo mareo, y mucho más ahora que estamos en la recolección de los frutos. ¡Si viera su paternidad qué melocotones y qué moscateles tan ricos me ha concedido este año la Providencia! Le juro, aunque sea feo el jurar, que es cosa rica. Están diciendo: cátame, y yo me doy unos atracones de ellos que no sé cómo no dan al traste con mi estómago. Yo tengo una locura para la fruta y su frescor es un gran lenitivo para calmar el ardor de mis labios, siempre febrosos y secos. Es cosa que me ha hecho reflexionar muchas veces el por qué las mujeres preferimos las legumbres y las frutas a los más exquisitos manjares. Su paternidad, que está al cabo de tantas y tantas cosas, presumo que me lo explicará. Yo soy muy curiosa, como usted no lo ignora, y rabio por averiguarlo todo. Cuando era moza me pasaba las horas muertas contemplando los nidos; cuando Dios tuvo a bien concederme esposo, corría tras los niños como si fuera una loca de atar, y ahora me devano los sesos por muchas cosas pueriles, que estoy convencida que no tienen explicación alguna.

"La soledad en esta cartuja aumenta todos los días más y más. Aquí sólo llegan de pasada las codornices y las golondrinas que se disponen a pasar el mar para dirigirse al Africa. Aves de paso, ¿está usted? Pero hoy me ha caído un ave de rapiña, un pajarraco gordo y muy feo. No vaya a creer su paternidad que se trate de un milano o de un águila. Nada de eso. Es un pájaro con chupa y

calzón corto, con espolones como los gallos y con medio siglo encima. ¿Qué apostamos a que usted no lo adivina? Me parece verle frunciendo el ceño, la boca entreabierta, mi carta en la mano, la diestra en la frente y dando vueltas y revueltas al libro de memorias de personas conocias impreso en su imaginación.

"Deje usted a un lado todo cabildeo que ya le retrataré con todos sus pelos y señales el avechucho en cuestión. Es... don Leandro, nada menos. El cual se ha entrado de rondón en mi granja, digo Paracleto, y con estudiadas frases ha parecido galantearme de lo fino. Yo me he reído en sus barbas, pero con cierta discreción y estudiada zalamería. Estoy convencida, que el buen señor ha fijado los ojos en mí de un modo particular y mucho me temo que se quede bizco. Le he enseñado la viña y en ella mi doncella y yo le hemos manteado moralmente de lo lindo. Me parece que él tal gavilán no va a dejarme ni a sol ni a sombra, pero va a encontrarse con la horma de su zapato.

"Si insiste, como insistirá, desearía entre usted y yo trazar el plan para que escarmiente. Una lección provechosa, decente y original. Su paternidad, que está dotado de mucho ingenio, dará con ella, y nos reiremos de lo lindo.

"Dentro de cuatro días es la Natividad de Nuestra Señora, y por lo tanto, no eche en olvido que con el chocolate de las seráficas madres de la Circuncisión, los bollos del pastelero de su comunidad, las horchatas, los barquillos, los melindres, los melones y otras sabrosas frutas de mi huerto, le espera en esta triste morada su hija espiritual, tórtola, llorosa y viuda y que besa humildemente sus piadosos pies,

MARIA LUISA."

Terminada la carta, la noble dama encargó a uno de sus colonos que al día siguiente, sin pérdida de tiempo, pasase al convento de los padres Carmelitas a depositarla personalmente en manos de fray Nolasco.

La muy ilustre dama no pudo reconciliar el sueño hasta al sonreir el alba, recordando los cómicos accidentes de la escena amorosa con el finchado varón.

Fray Nolasco recibió la misiva al abandonar el coro después de la misa mayor; la leyó detenidamente y sonriendo en la misma iglesia, la guardó bajo el escapulario y murmuró, frotándose las manos:

—Bien decía yo que era imposible que Mariquita diese oído a las ridículas pretensiones de tan necio galanteador.

XIII

LA TERTULIA

EN el salón de doña María Luisa se había citado todo lo más selecto de la villa y de los mansos del contorno. Era un salón extensamente grande, enjabelgado, con una faja azul, de techo enbovillado y el piso de ladrillo. Sobre la puerta que daba entrada a este vasto recinto, se destacaba el escudo de la familia, y en sus paredes se admiraban dos magníficas cornucopias, que representaba la una el "Ecce Homo", y la otra el seráfico San Antonio de Padua, con sus marcos dorados, con sus musas, ninfas y alados cupidillos, pareciendo que lo humano custodiara lo divino. A ambos lados de un grandioso ventanal, se descubrían dos preciosas y artísticas arquillas, cargadas y recargadas de incrustaciones de marfil y ébano; los taburetes y canapé, forrados de damasco, convidaban al descanso, y el indispensable clave, completaba el mueblaje de aquel severo salón.

Sentados en sus correspondientes taburetes, las damas a un lado y los currutacos a otra, como era costumbre en aquellos días, a fin de evitar el roce y la familiaridad entre los dos sexos, sin tener en cuenta que con aquel ridículo alejamiento y con aquella línea divisoria eran más vivas y más incendiarias las llamas de los ojos y más temibles los naturales apetitos, se deslizó la tarde, en medio de la más amena jovialidad.

Presidía la reunión doña María Luisa, que estaba hecha un brazo de mar, teniendo al lado a fray Nolasco, que parecía no caber de satisfacción dentro de su religioso hábito.

Las damiselas habían sido enviadas a la galería para que allí retozasen libremente y no se enterasen ni mezclasen en las conversaciones de sus papás, tratadas, como enjauladas colegiales, a pesar de contarse entre ellas angelitos con faldas que eran verdaderos pimpollos de veinte primaveras, que les pedían sus coranzocitos un amartelado galán.

La mañana se había deslizado alegremente y la comida había sido suculenta y abundante.

Don Leandro no apartaba los ojos de la agraciada señora de la casa, y todos los contertulios los tenían fijos en él.

Parecía el amartelado señor un ratoncillo acechado de continuo por los nerviosos gatos, tal era su situación.

El fraile inspecionaba y sonreía.

Su vivaracha hija espiritual murmuraba por lo bajo al oído del carmelita:

—¿Se ha enterado usted de mi billete?

—Sí, niñita. Ya caerá en la trampa nuestro lobo carnicero.

—Si supiera su paternidad lo qué me dijo. Parecía un pollo recién salido del cascarón.

—¡Qué atrocidad, hijita mía! Se conoce que el tal golilla es muy buen pez, pero picará en mal anzuelo.

—Ya verá su paternidad que declaración nuestro Cupido con canas va a dispararme esta tarde. Ya se la relataré a su debido tiempo.

—Así lo espero, niña. Me divierte mucho el buen señor.

En esto uno de los petimetres que más se despepitaba por Terpsícore y que no perdía nunca la ocasión de lucir la agilidad de sus pantorrillas, exclamó levantándose:

—Señores, me atrevo a proponerles una cosa que estoy seguro merecerá los plácemes de todos los presentes.

—Diga usted, diga usted, — murmuraron los contertulios.

—Que se llame a las chicas y que se baile un minué en honor de la señora de casa.

—Aceptado, aceptado, — contestaron a coro los currutacos.

Doña María Luisa inclinó cortesmente la cabeza y articuló:

—Mil gracias por tanto honor. Estimo en mucho la galantería de don Fermín; pero antes les pido una benevolencia..

—¿Cuál? — preguntó el lechuguino, echando mano al lente y ladeando el cuerpo como un bailarín.

—Molestarles los oídos. Ya que se encuentra presente don Leandro, espero que se servirá acompañarme en el clave su preciosa canción "La damisela", la cual me ofrezco a cantarla como un singular obsequio a la reunión.

—Con mil amores, señora, — articuló el bailarín.

Don Leandro perdió los colores.

Su cara mitad sudaba tinta.

—¿Qué canción es esa? — preguntó el el fraile cambiando una mirada de inteligencia con la viudita.

—Una canción muy pícara, pero muy linda, — contestó la dama, y añadiendo: — Es de lo mejorcito que ha escrito don Leandro.

El golilla se apresuró a contestar:

—No vaya usted a creerlo. Es una composición muy sencilla que escribí en mis mocedades, cuando cursaba leyes en Alcalá de Henares y que el gran Manuel García ha puesto en música.

—Que se cante, que se cante, — exclamaron damas y caballeros.

—Me hará el obsequio... — exclamó doña María Luisa dirigiéndose al golilla.

—Pero, señora, — articuló el pretendiente con cierto embarazo, notando que no le perdía de vista su mujer.

—Vamos, pasemos la clave. Parece su merced un colegial.

Don Leandro ofreció la mano a la bella y la acompañó al armonioso instrumento.

La buena de doña Cándida, que no era tan bonachona y tan cándida com creía su esposo, saltó como una ardilla y tomó asiento al lado del fraile, exclamando:

—¿Ve? su paternidad cuanto descaro.

—No ve usted nada, señora. Esto no es más que un sainete de don Ramón de la Cruz

—Pero es un entremés qué puede terminar en drama.

Don Leandro, en tanto que la dama buscaba entre los papeles de música su canción, balbuceaba muy quedo y con meloso acento:

—¿Por qué me ha puesto su merced en este aprieto? ¡Por lo visto usted se chancea mientras yo la digo sin ambajes ni rodeo: la amo, la quiero y la idolatro con todos mis cinco sentidos!

—Más bajo, más bajito, — articuló la dama aparentado temor.

—¡Sí mucho, mucho! y usted se complace en atormentarme, en hacerme sufrir, en martirizarse poniéndome en cruz entre mi mujer y el fraile, cuando yo le consagro todos mis pensamientos, todas mis ilusiones y es...

—Más quedo, más quedo, don Leandro.

—¡Yo me muero, señora! Soy un cordero que lame sus pies, que vive solo de la luz de esos ojos...

—Qué mirarán dulcemente a usted, — interrumpióle la dama con toda la alamería de su alma.

—¡Cómo! — exclamó don Leandro, saltando de la silla.

—Si usted pone en mí su confiana y me complace en todo y por todo, — añadió la dama guiñándole el ojo de un modo especial.

—¡Abrá usted esos labios de corales! ¡Pida usted por esa boca!

—Ya se lo manifestaré por escrito. Ahora demos principio a la canción de usted. — y articuló por lo bajo: — Imbécil, cómo voy a divertirme.

—¿Se canta o no se canta? — preguntó el fraile desde su sillón.

—A ello voy, — contestó la viudita, haciendo correr sus dedos en el teclado.

Todos los contertulios prestaron atención.

Doña María Luisa, con mucha sal, con mucha intención y con mucho donaire, dió principio a "La damisela", pareciendo sus trinos gorjeos del ruiseñor.

Las primeras frases ya excitaron la hilaridad.

La canción decía así:

Cuentan que una damisela
por escrúpulos de amor
fué a pedir consejo a un fraile,
a un fraile predicador.
Yo me acuso, padre mío,
que una noche en San Antón
besé el rostro a un currutaco
con la más buena intención.
El domínico
bajó el cerquillo,
del pecadillo
se sonrió;
guiñóle el ojo,
y el muy travieso
dicen que el beso
le reclamó.
La petimetra
cruzó su velo,
del santo suelo
se levantó;
y dijo al fraile,
muy liso y raso:
—Por ese paso
no paso yo.

Una lluvia de aplausos resonó en aquel aristocrático salón.

Doña Cándida lloraba de pena, y el fraile se puso turbio.

El abogado acompañó a la dama a su asiento, entre plácemes y palmadas.

El pobre diablo se daba aires de triunfador.

El carmelita le decía por lo bajo:

—Está usted, amiguito, en pecado mortal. Esta canción no es muy santa que digamos.

—Ya me he confesado de ello. Es obra de mis juveniles años, como se lo manfesté.

En eso se abrió la puerta del salón y entraron como una bandada de palomas las tímidas damiselas, las cuales fueron a besar ceremoniosamente la mano a fray Nolasco y a sus respectivos papás, principiando poco después el ceremonioso minué.

El fraile, lleno de impaciencia, preguntaba en tanto a su hija espiritual:

—¿Ya se ha declarado este insesato?

—Sí, padre mío; ¡y si hubiera oído con qué ardor! Con que, señor, venga pronto el consejillo.

—Mañana pásate, niñita, por el templo y te lo diré. Será cosa buena.

Hecho esto, el buen varón se frotó las manos por debajo del hábito y giró los ojos al humeante chocolate colocado dentro de sus correspondientes jícaras, sobre una ancha bandeja que se destacaba encima de las arquillas que adornaban el salón.

XIV

SECRETILLOS INTIMOS

EL día siguiente muy de mañanita doña María Luisa abandonó la granja y se dirigió a la villa.

Envuelta en una riquísima mantilla de encaje, que velaba sus pícaros ojos negros y vestida de negras sedas, penetró nuestra dama en el templo del convento del Carmen y se encaminó al altar de la Virgen de la O, protectora de las mujeres casadas, en cuya capilla, la más grande, la más espaciosa y la más oscura del templo, hallábase el confesionario del padre Nolasco que echaba mano de cierto anzuelo espiritual para pescar almas pecadoras dejándolas tan limpias de feas culpas y de abominables pecados que pasaban al banquete del Señor como si estuvieran aún almacenadas en el cielo y no hubiesen nunca morado en los pecaminosos dominios de la carne.

Doña María Luisa, rebozada en su velo, con los brazos puestos en cruz, postróse de hinojos en uno de los lados del confesionario de su padre espiritual y por su espesa celosía fueron sus bermejos labios confesando sus pecadillos esperando su alma contrita, sumisa y atribulada la bendición espiritual.

Media hora larga duró la confesión.

Cuando terminó tan religioso sacramento rezó por lo bajo el acto de contrición, fué a besar ceremoniosamente la estola y se encaminó a un ángulo de la desierta capilla.

Fray Nolasco abandonó el confesionario alegremente y murmurando por lo bajo:

—Pasemos del banco de la penitencia al banco de las murmuraciones.

El monje y la viudita, que eran tal para cual, según rezaban en la villa, tomaron asiento en un banco, y por sus labios, que pocos momentos antes sólo se habían deslizado palabras piadosas, resonaron las de la sabrosa salsa de la murmuración.

Doña María Luisa, con los ojos entornados y formando un delicioso juego de alza y baja con los hoyos de su tentadora cara, relató minuciosamente al fraile las visitas amarosas y apasionadas declaraciones de don Leandro.

El fraile ponía unas veces cara de vinagre y otras se esforzaba mucho para contener la risa.

Cuando la compotente terminó su interesante relato ladeó la cabeza murmurando por lo bajo:

—Ya ve usted, como huyo de la tentación y busco su amparo. Conque, prepare usted una lección que obligue a andar con pie derecho a aquel que va con el alma cojeando.

—¡Ay niñita, niñita mía, — contestó el monje dándole suaves palmaditas en las rodillas, — advierte que aquel que juega con fuego, algunas veces se quema, y sería muy triste, pero muy triste, que el espíritu infernal te tomara por su cuenta!

—Tengo puestas muy buenas barreras a mi virtud.

—¡Algunas veces se asaltan, chicuela!

—Perderían en la lucha.

—Así lo espero de Dios, — contestó el fraile levantando los brazos al cielo como si estuviera representando un melodrama.

—Vamos, padre, conciba usted un enredo bueno, chistoso y muy ladino.

—Doña Cándida está muy furiosa...

—Ya se aplacará.

—Los celos y recelos, niña mía, la sacan de quicio.

—¡Qué culpa tengo yo, cuando estoy encerradita en casa y no me meto con la vecindad!

—¡Pero le franqueas la puerta, pícara mía! — amonestó el fraile seriamente.

—No ponga su merced este ceño, que no lo merezco, y exponga usted su plan.

El monje bajó los ojos, llevóse los dedos a los labios moviéndolos de una parte a otra y después de una larga pausa, exclamó:

—¡Ya he dado con él!

—¿Cuál es?

Fray Nolasco giró una mirada en derredor, y colocando su boca junto al oído de la dama, expuso la provechosa lección que parecía por su gracia especial concebida por Moreto.

La virtuosa viudita soltó una estrepitosa carcajada, ocultando la risa con su finísimo lienzo.

—Pues bien, ahora escribe dos cartas, una para él y otra para Cándida y me las mandas por tu criado. Verás cómo irá todo viento en popa.

—Padre mío, será un lance delicioso.

—Eso corre de mi cuenta.

El fraile se levantó perezosamente y añadió sonriendo:

—Ahora adiós, que después de atender al alma bueno es atender al cuerpo. No eches en olvido la penitencia que te he impuesto, aturdidilla.

—¡Qué mayor penitencia que separarme de su merced!

El fraile le echó la bendición y la dama le echó un cumplido.

XV

DE DAMA EN DAMA

EL día siguiente fray Nolasco estaba encerrado en su celda dando la última mano a una jaula para criar canarios, pues el oficioso varón reunía muy buenas cualidades para ello, cuando el criado de doña María Luisa pasó a entregarle dos cartas de su señora.

El carmelita leyó detenidamente las dos misivas, la una dirigida a doña Cándida y la otra a su esposo, y después de enterarse de su contenido, exclamó ocultándose los dos billetes en la manga derecha de su hábito:

—¡Bien, muy bien! El género epistolar lo maneja muy bien la bribonzuela. Son dos catitas que valen un mundo. No las hubiera escrito yo mejor. Ahora veremos el efecto que producen.

Cerró la celda con llave la cual dejó en manos del prior que parecía un salmón envuelto en ropas, bajó a la portería y salió a la calle en el mismo instante que todos los demás monjes de su comunidad juntos, y a solas, fingían al portero asuntos de gran monta que les obligaban mal de su grado a abandonar en aquella hora, eran las tres de la tarde, su pacífica y religiosa vivienda.

Fray Nolasco se dirigió a la calle del Nazareno a sacar los diablos del cuerpo de un alma endemoniada, que los ángeles rebeldes habían tomado por su cuenta, ocasionándole los más crudos y endiablados dolores, y terminado tan edificante ejercicio pasó a casa de doña Cándida, la cual le recibió en el estrado obligándole a tomar asiento en el sofá, y encomendando de paso a la doncella que preparase el aromático chocolate y los indispensables azucarillos con que obsequiara a su piadoso varón.

El carmelita tomó un polvo, y después de cerciorarse que don Leandro estaba ausente, murmuró con campanudo acento.

—Cuando manifieste a su merced que la recatada y nobilísima señora doña María se hallaba inocente de las pecaminosas inclinaciones de su señor esposo, tenía motivo para ello.

—¡Ay padre, lo que vieron mis ojos!...

—Ya le manifesté que nada veían.

—¡Si así fuera!

—Así es, señora mía, así es. Amigo como el primero de la verdad, como enemigo de todo lo que esté reñido con los sanos y justos principios de la religión, llamé aparte a mi virtuosa hija espiritual, y la pobrecita, llorando como una Magdalena, me expuso todo cuanto le había dicho don Leandro, jurando y perjurando que no había en todo ello mácula de pecado mortal.

—Su paternidad es muy bueno, y las mujeres muchas veces dicen lo que sienten.

—Pero doña Cándida, yo sé muy bien de que pie cojéa toda hija de Eva, pues el confesionario es un lavadero en donde se sumerje "in puribus" la conciencia humana.

—Siempre queda algún rinconcillo oscuro, padre mío.

—La luz del Espíritu Santo lo ilumina todo, y en prueba de ello, aquí tiene la carta que doña María Luisa me ha entregado para usted y en que pone de manifiesto toda la lealtad de su alma.

—¡Y se atreve a escribirme!

—¿Y por qué no, si es el único dardo que aguijona su alma es haber ofendido, involuntariamente y sin poderlo evitar, a su merced?

Doña Cándida se caló las antiparras y leyó la carta de la viudita.

A medida que adelantaba en su lectura iba serenándose el rostro de la celosa mujer.

El carmelita iba observando tranquilamente el efecto de la misiva llenando de tabaco sus desaforadas narices.

Aquella carta relataba cuanto hizo y dijo don Leandro las dos veces que la visitó en su granja, pidiendo la infrascrita mil perdones por los disgustos que involuntariamente hubiera podido ocasionar a la digna esposa.

Doña Cándida respiró fuertemente como si le hubiesen quitado un enorme peso de mitad del afligido corazón:

¿Respira usted ahora doña Cándida? —preguntó el fraile.

—¡Respiro, piadosísimo padre! ¿Cómo pagarle tantas bondades? Desde hoy le prometo añadir al santo rosario que rezo todos los días un padrenuestro para que Dios alargue su trabajosa existencia.

—Gracias noble dama, gracias. ¿Pero usted ha puesto en práctica sus dengues y mengues para volver al marido a buen reclamo?

—¡Ay podre mío, si hago cuanto puedo, y nada, nada consigo!

—¡Conque nuestro hombre no se dá por entendido!

—¡Es un bribón, padre mío, es un bribón!

—Pues entonces lo que interesa es darle una lección muy seria. Hasta ponerle en cuclillas no desisto de mi idea.

—Eso es lo que yo digo.

—Pues atienda usted señora y escuche mi plan, que lo bendecirá eternamente.

—Veamos.

—Atienda usted.

—Con toda el alma, señor.

Doña Cándida se hizo toda oídos; el carmelita inclinó el cuerpo hacia adelante, bajó la voz y entre pícara sonrisa expuso al oído de la mujer del golilla toda la trama que había concebido para reirse a costa del amartelado galán.

Doña Cándida prorrumpió en una estrepitosa y franca carcajada, ocultándose el restaurado rostro con un finísimo pañuelo de batista.

El fraile reía a la vez alegre y satisfecho de la buena acogida que había tenido su original pensamiento.

—Ay padre mío, — manifestó la dama, — y de qué gran talento le habían dotado los cielos! ¡Qué bueno, qué juicioso y qué sapientísimo que es su merced.

—Señora, yo no soy más que un indigno siervo de Dios que procura volver la paz a las almas atribuladas.

En aquel momento se presentó la doncella con una bandeja en brazos con el correspondiente chocolate, bizcochos y azucarillos que colocó subre un velador.

El monje engulló de buenas ganas todo cuanto encontró a mano y una vez terminado el refrigerio se levantó pausadamente murmurando:

—Que Dios esté de continuo en esta casa. Prosiga usted con los mimos y remimos, ojos dulces y palabras tiernas, y nosotros continuaremos tendiendo la red para pescar pecadores.

La dama giró los ojos al cielorraso de la sala, tomó el escapulario del monje, imprimió en él sus mundanos labios y el fraile le echó ceremoniosamente la bendición.

Fray Nolasco, con la cabeza erguida, alegre como unas castañuelas y llenando las calles con su religiosa majestad, se encaminó a casa de su hija espiritual, que le

UN JOVEN EN DESGRACIA

—¡No hay que darle vueltas! ¡Hoy es un día aciago para mí! ¡Todo me sale al revés! ¡Vine en busca de la mano de la hija y me encontré con el pie del papá!

UN HOMBRE GENEROSO

—Al morir, el bueno de Martínez dejó todo cuanto tenía a un asilo de huérfanos.
—¡Cuánta bondad! ¿Y era mucho?
—Doce hijos de edades surtidas.

GIMNASIA CASERA

El inconveniente de no asegurar bien los ejercitadores de goma elástica.
(De "Buen Humor")

aguardaba con suma impaciencia, a darle cuenta de la entrevista que acababa de tener con la ya pacífica y confiada doña Cándida.

XVI

UN VIAJE INESPERADO

EL pobre de don Leandro parecía haber perdido por completo el juicio. Causaba lástima el buen señor. Sin tener en cuenta sus cincuenta años, la cruz del matrimonio que cargaba sobre sus hombros, sus hijos, hijos de un amor ya trasnochado; su severa toga de abogado y su representación social, desde que la vivaracha viudita había regresado de nuevo a la villa, se pasaba bonitamente las horas el amartelado golilla rondando su casa como cuaquier Tenorio del lugar.

Chicos y grandes, varones y hembras, tenían noticia de sus pretensiones amorosas, y sus pasos y repasos por la calle de la viudita constituían el tema de todas las conversaciones en la localidad.

Una noche sin luna en que las calles de la villa estaban oscuras como boca de lobo don Leandro acababa de abandonar la botica en que había pasado un par de horas jugando al ajedrez cometiendo toda clase de torpezas, cuando al sentar el pie en la calle del Santo Madero, se le acercó un hombre del pueblo preguntándole de buenas a primeras, pero llevándose la mano al ancho sombrero al mismo tiempo:

—¿Es usted don Leandro de Pluma en blanco?

—El mismo, — contestó el golilla, echando mano al espadín.

—No se asuste su merced, que soy moro de paz, — contestó el desconocido.

—¿Pues qué quieres? Despacha pronto.

—¿No me conoce su merced?

—No.

—Soy Silverio, el criado de doña María Luisa.

El golilla dió un salto.

—Sí, sí, te reconozco. ¿Qué quieres, hombre? ¿Vienes de parte de tu damita?

—Sí, señor. Mi buena señora me ha entregado esta carta para usted, y le he aguardado en este sitio a fin de que nadie se enterase de ello.

—Muy bien hecho, — contestó Pluma en blanco, sonriendo como un bienaventurado.

—Mi buena señora, que tiene la confianza puesta en mí, me ha llamado aparte, diciéndome: "Aquí tienes esta carta para don Leandro, y procura entregársela de noche en un sitio solitario y sin que las piedras se aperciban.

—Veámosla, veámosla, — exclamó el golilla, hueco de alegría y tomando el billete de manos del escudero.

—Aquí la tiene su merced. Entérese de ella.

Don Leandro, hinchado de vanidad y como si el hijo mimado de la diosa Venus, como diría el poeta, disparara por primera vez contra él sus amorosos dardos, se llevó a sus labios el perfumado billete y se encaminó bamboleando de gozo hacia una capilla en la cual se veneraba la piadosa efigie del "Ecce Homo", colocada entre dos balcones de una casa solariega y alumbrada por un agonizante farol colgado de un garabato de hierro suspendido en el balcón.

—¡Qué ventura! ¡Qué felicidad! ¡Haber obtenido este singular obsequio de la reina de mi alma, señora de mis pensamientos y astro de luz de mi existencia! ¡Cómo pagrale tanta gratitud!

Así exclamando, llegó al pie de la capilla, rompió el sobre y dió principio a la lectura.

Nuestro señor licenciado, con candorosa sonrisa, haciéndose todo ojos y pareciéndole que cada uno de los rasgos de aquella tarta fueran por obra y gracias de las hadas protectoras de los buenos y oficiosos amantes, leyó con alborozo la inesperada misiva.

La carta, como todas las de aquellos "piadosos" tiempos, estaba encabezada con la señal de la santa cruz, y nunca con más razón pudo decirse aquello de: tras de la cruz el diablo, pues parecía que en ella hubiese tomado su parte Satanás.

El currutaco, lente en mano, con el billete a la diestra, buscando la luz del farol y sin fijarse en el venerable "Ecce-Homo" que parecía mirarle con ojos de compasión, leyó y releyó estos cortos e interesantes renglones:

"Amabilísimo don Leandro: Con todo el sentimiento de mi alma pongo en conocimiento de su merced, como el día siete del actual mi venerable cuñado don Serapio de Segura y Campolino, alcalde que fué de casa y corte, fué llamado por Dios a su santa gloria después de haber recibido los santos Sacramentos.

"Su inesperada muerte, pues el pobre señor sólo contaba setenta años y gozaba de buena salud a pesar de sus achaques, ha acontecido en la ciudad de Granada. Dios lo ha querido así y no hay más que acatar su suprema y santa voluntad.

"Como el día veinte del actual se celebrarán sus funerales y en aquel triste día se leerá en familia su última voluntad, deseo asistir a ambos actos, pues los dos me interesan de igual modo, como comprenderá su merced.

"A pesar de la pena que aguijonea mi alma, otra me mortifica y me molesta en este instante, y es la de ponerme en viaje. No puedo acostumbrarme a exponerme a los peligros de una larga excursión. ¿A más, quién viaja? Nadie. La idea de los vuelcos, de los caminos de herradura, de los mesones, de los bandidos y de los robos, están impresos en mi imaginación.

"¡Una dama sola, por esos caminos de Dios, corre tantos y tantos peligros!

"Si su merced, que tanto y tanto se interesa por mi humilde persona, su merced, repito, que es todo un caballero, amable, prudente, respetuoso y comedido, se dignara servirme de paje en mi excursión, quedaría de ello sumamente reconocida.

"Eso ha de ser un secreto entre los dos. Júreme su merced, señor, por el nombre de su difunta madre, cerrar el pico, no parti-

cipar nada a su señora, ni a amigos, ni a confidentes, no dirigirme la palabra en el coche hasta que llegue el día, portarse como un hombre de honor, y yo le prometo esperarle mañana a las ocho de la noche, dentro de mi carruaje, en la Fuente de los Currutacos, y de aquel triste y apartado sitio, a fin de evitar murmuraciones, dirigirnos derechos a Granada, pernoctando en el mesón del Cabrito hasta que sonría el sol.

"Su más humilde admiradora que pone en sus manos su recato y su virtud, convencida de que sabrá velar por ellos. — María Luisa."

El golilla creía volverse loco de alegría.

—¡Qué dicha! ¡Qué suprema ventura! ¡Qué felicidad! — repetía de nuevo con el más cómico alborozo.

—¿Qué contesta el señor? — preguntó humildemente el escudero.

—Dí a tu ama que estoy a sus órdenes, que puede disponer de mí y que beso humildemente sus hermosas manos.

El criado se dirigió a la calle del Palo Corto, y don Leandro, más alegre que un estudiante de tuna en tiempo de vacaciones, hacia su morada.

Al dar con doña Cándida toda afecto y toda cintas, el esposo meditó su crítica situación.

—¡Leandro mío! ¿Por qué has tardado tanto? — preguntó la dama, abriéndole el cancel.

—Pesan muchos negocios sobre mí, esposa mía.

—¡Muchos! — murmuró su cara mitad, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, mujer, sí. Tanto, que he de separarme por ocho días de tu lado.

—¡Ocho días, qué atrocidad!

—Sí, quiero encerrarme una semana en la cartuja de San Benito y dedicarla toda entera a ejercicios y maceraciones para desagraviar a Dios, pues acaba de publicar una bula del Santo Padre, diciendo que ganarán tres mil días de indulgencias cuantos pongan en práctica esos piadosos ejercicios.

—¡Todo sea por Dios! — murmuró la dama, fingiendo credulidad.

—Lo ha creído de buenas a primeras mi cándida señora, — murmuró el esposo.

—¡Y qué hombres tan mentecatos ostentan la borla de doctor, — articuló la dama con maliciosa sonrisa, — merecería ser emplumado por majadero!

Los dos cónyuges, retozándoles la risa y evitando sus miradas, tomaron asiento en la mesa y principiaron a cenar.

XVII

CAYO EN LA TRAMPA

El día siguiente, fray Nolasco citó a la Fuente de los Currutacos al boticario, al amigo de Galeno, al notario y al hijo de Neptuno.

Ninguno de ellos faltó a la cita. El monje, presidiendo como de costumbre la reunión y tomando polvo tras polvo, con su cajita de plata entre las manos, articulando mucho, guiñando el ojo y sin levantar la voz, les manifestaba casos muy cucos y muy sabrosos por lo visto, pues la sonrisa retozaba en todos los labios, y en todos los rostros se reflejaba la más risueña jovialidad.

Al prorrumpir el recién licenciado en medicina en una estrepitosa carcajada debida a un chiste muy subido de color que se permitió el boticario, levantó la cabeza, y fijando los ojos en una tortuosa y empinada senda que conducía a la retirada cartuja de San Benito, distinguió a don Leandro encaminándose a aquel patriarcal asilo.

—Por allí pasa nuestro hombre, — exclamó el Esculapio.

—¿Por dónde, por dónde? — preguntó el fraile, incorporándose.

—Por el camino de la Cartuja.

—Tiene su merced razón. ¡Desventurado! El pobrecillo va por lana y saldrá trasquilado. Buena tijera soy yo.

—¿Pero a dónde irá por esos andurriales? — objetó el notario, alzando su cuello de cisne.

—Saca a paseo sus ilusiones, — contestó el monje, añadiendo con sorna: — le cogeremos en el lazo como los caballos jóvenes. Me parece que el buen señor va a encabritarse.

—Será un lance muy chistoso el que nos proporciona su paternidad, — exclamó el marino, frotándose las manos.

—Y muy original, — murmuró el carmelita.

Don Leandro, más alegre que unas pascuas, echando monólogo tras monólogo, riéndose de su cara mitad, soñando un mundo de ilusiones de color de rosa, consultando los relojes a cada instante, pues el buen currutaco los gastaba a pares, como era moda en aquellos pacíficos tiempos, e impacientándose porque el rubicundo sol no se ocultaba de una vez en el ocaso, llegó ante la puerta de la Cartuja y tomó asiento en un canapé de piedra pegado al tronco de un fúnebre ciprés con la punta vuelta al cielo, tal vez harto de contemplar las miserias mundanales.

El golilla, paseando la vista por el bello y pintoresco panorama que se extendía ante sus ojos, murmuraba con apasionado acento:

—Dentro de poco seré el hombre más feliz del universo. Ese enojoso sol que ya sólo muestra la coronilla será reemplazado por la luna, que es el sol de los ladrones y al mismo tiempo de los enamorados. Entonces llegará mi hora. ¡Oh! ¡Qué dicha, qué ventura pasar con mi Cloe, con mi bella Elena, la noche viajando por esos mundos de Dios; ver brillar sus ojos en la oscuridad del carruaje; contar los suspiros que se escaparán de sus labios; oir el chasquido de sus sedas y acariciar con los míos sus diminutos pies! Mi Cándida estará roncando y yo velando. ¡Ja, ja, ja! Una conquista de este género me coronará de gloria. Volveré de mi excursión cargado de laureles, que desde el prócer al villano todos envidiarán. Ayer era la pobre mosca enredada en las redes de mi tirana, y hoy es ella la paloma sin hiel cogidita en las

garras del milano. ¡Con qué gusto alargara un cachete al día para que desapareciera de una vez!

Este discurso al aire libre sólo era escuchado por los pájaros que iban en busca de sus nidos, y el orador sólo era admirado por otros pájaros, que movidos por la curiosidda, se asomaban a las respectivas rejas de sus celdas.

En eso vino la ansiada noche; pero noche sin luna, más negra que el alma de un condenado, reinando en el alto cielo y en la baja tierra la más completa oscuridad, como si los de arriba y los de abajo se hubiesen puesto de acuerdo para secundar los amorosos planes del galán.

Don Leandro consultó el reloj y notó que eran las siete y media.

¡Sólo media hora, sólo treinta minutos faltaban para la misteriosa y suspirada cita.

De un salto se plantó ante la Fuente de los Currutacos.

El coche estaba allí.

Parecía una inmensa mole negra que se desprendiera de la misma oscuridad. Era una especie de carroza extremadamente grande y con dos portezuelas laterales con sendas cortinillas azules.

Don Leandro, batiéndole fuertemente el corazón y bamboleándole las piernas, loco, ciego, obcecado y creyéndose en los umbrales del Edén, adelantó hacia el carruaje.

El cochero, con mucho sigilo y con más recato, le preguntó por lo bajo:

—¿Es su merced, don Leandro?

—El mismo. ¿Y la señora?

—Le espera en el coche. Venga su merced.

Don Leandro, ebrio de amor y luchando con las tinieblas, llegó ante la portezuela del vehículo.

Doña María Luisa en traje de viaje, envuelta con un manto, de pie en la portezuela, murmuró muy quedo y con acaramelado acento:

—¿Eres tú, mi Leandro?

—El mismo soy, sirena de mis ojos. Diana de esta noche de ventura, astro del cielo, paraíso de mi amor.

—Más bajo, dueño mío, más bajo.

—¡Eres la gloria!

—Soy una esclava que se postra a tus pies.

—Eres reina de mi alma.

—Dame la mano, sube. Déjate conducir. Cuidadito que está muy oscuro todo esto. Siéntate en ese rincón.

Don Leandro, ciegamente alucinado, sumido en las sombras, obedeció a pie juntillas.

El pobre diablo creía haber salvado los límites de la felicidad.

Extendió los brazos en medio de aquella tumba y preguntó, luchando con las tinieblas:

—¿En dónde estás, Venus sin concha?

—Aquí de pie, ¿no me distingues?

—Sí. Dame a besar tu mano.

—Eso no. Has jurado no hablarme y respetarme en toda la noche.

—Tienes razón.

—Pues cierra el pico, galán mío, que ya hablaremos cuando luzca el sol, y toma asiento en aquel rincón.

Si nuestro golilla no hubiese estado tan orgulloso de su conquista, y si aquella escena nocturna no le hubiese sacado de quicio, hubiera anotado el roce de un guardapiés que se deslizaba por la portezuela más cobijada por la sombra y que se cerraban los dos al mismo tiempo.

Pero el señor de Pluma en blanco nada vió, ni nada oyó.

El carruaje se puso en marcha.

El golilla reventaba de gozo dentro de su chupa.

La consigna de guardar silencio era la única cosa que le molestaba.

Si nos fuera posible describir todos los cabildeos, ilusiones y esperanzas que bullían en la mente de nuestro buen señor, sería este libro tan chistoso, tan lindo, tan entretenido como original.

Los baches, la oscuridad, las piedras y los charcos, obligaban al coche a caminar a paso de tortuga, pareciendo que a cada instante se venía al suelo.

Pero el amartelado y desvelado galán no se fijaba en esas niñerías.

Una hora larga duró la excursión.

De pronto, aquella especie de carroza se paró y gritó el cochero:

—La venta del Carnero.

Puso el pie en tierra, abrió la portezuela se levantó don Leandro, puso los atónitos ojos en derredor y vió con indescriptible asombro que se hallaba de nuevo en la villa, ante un caserón de doña María Luisa, y a ésta con un velón en la mano, a fray Nolasco, al boticario, al doctor, al notario y al marino, que salían a su encuentro.

El trasnochado golilla, paseando los atónitos ojos en derredor, corrido, confuso y sonrojado, de pie sobre la portezuela de la carroza, parecía un insensato.

—¡Apéese su merced, — exclamó la dama alzando el velón, — que se halla usted en su casa!

—¡Bonito viaje ha hecho su merced! — expuso el fraile, meneando la cabeza.

—¡Bien venido! — exclamó el boticario.

—¡Y bien hallado! — añadió el notario.

—¡Que no le dañe el relente! — objetó el galeno.

—¡Cuidado en salvar la orilla! — murmuró el galeno.

Don Leandro parecía bobo. El infeliz, fijo en su puesto, no apartaba los ojos de doña María Luisa, que alumbrada por el velón que suspendía en la mano, se destacaba en medio de aquel abigarrado corro.

—¿Por qué no se apea su merced? — preguntó el fraile.

El golilla fijó los ojos en el fondo de la carroza, hizo un visible gesto de disgusto, y como el hombre que huye de sí mismo, saltó a tierra.

Tras él apareció en la portezuela doña Cándida.

Todos los presentes prorrumpieron en una estrepitosa carcajada.

El fraile adelantó hacia ella, ofreciéndo-

le la mano y murmurando con finísima intención:

—¡Miren sus mercedes, el bribonzuelo del diablo, qué cosas tiene tan peregrinas! Es un gran escamoteador. Sólo a él se le hubiera ocurrido trocar las damas.

El golilla mordióse el labio, fijando los angustiados ojos en los mustios ojos de su cara mitad.

—¿Quiere usted subir a descansar? — manifestó doña María Luisa.

—Gracias ,amiguita, gracias, — contestó doña Cándida, estrechando cariñosamente las manos a la viudita.

Don Leandro, pálido y nervioso, no perdía de vista al carmelita.

Bien comprendía aquel burlador burlado que sólo a él se debía aquella ingeniosa aventura.

En tanto las damas, hablando muy quedo, tomadas las manos y ocultándose la boca con el pañuelo, reíanse maliciosamente.

—Ha caído como un ratón en la ratonera. Lo que temía doña Cándida era que notase cuando me he deslizado por la portezuela.

—Era imposible advertirlo. Como yo la ocultaba con mi cuerpo y él estaba convencido de que en el coche sólo estaba su merced, no se fijó en ello.

—¿Y han continuado los piropos?

—Al principio no, pero después han caído como una granizada.

—¿Y ha podido contenerse su merced?

—No me hable usted de ello, que más de una vez me vinieron intenciones de estrangularle. Pero yo decía, suelta la sin hueso, que ya te la cortarán.

—¡Señores, a descansar! — gritó el carmelita.

—Adíos, amiguita, — amonestó doña Cándida.

—Adíos, muy señora mía, — contestó la viudita, estampando un beso en las mejillas.

—Santas noches, — murmuraron los presentes.

Don Leandro, sin decir esta boca es mía y con los ojos fijos en el suelo, tomó del brazo a su esposa, emprendiendo el camino de su casa.

La historia no consigna lo que aconteció aquella noche entre marido y mujer, pero sí hemos de hacer constar que don Leandro desde aquel lance estuvo quietecito en su casa, miró con mejores ojos a su mujercita, echó en olvido a la tentadora viudita, cerró la puerta al fraile, colgó la péñola y miró con horror la concurrida y regalada Fuente de los Currutacos.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses . . .	$ 2.50
6 " . . .	" 4.80
1 año.	" 9.—

Brilló un nuevo relámpago. ("Lo blanco y lo negro")

Un cuento de las orillas del Rhin

—oooOooo—

LO BLANCO Y LO NEGRO

Por Erckman - Chatrian

(Traducción del francés)

I

POR aquel tiempo pasábamos las veladas en la cervecería Brauer, cuyas puertas caen sobre la plaza de Vieux-Brissach.

Apenas daban las ocho iban llegando, uno después de otro, Federico Schultz, el notario; Frank Martin, el burgomaestre; Cristóbal Ulmett, el juez de paz; el consejero Klers, el ingeniero Rothan, el joven organista Teodoro Blitz, y otros muchos honrados vecinos de la ciudad, que todos se sentaban a la mesa y paladeaban en familia el espumoso bock de cerveza.

La aparición de Teodoro Blitz, que llegaba de Jena con una carta de recomendación de Harmosius, muchacho de ojos negros, cabellera oscura y desordenada, rostro pálido, nariz fina, palabra enérgica e ideas místicas, hizo variar algo el aspecto siempre igual, siempre uniforme, de nuestras veladas. Nos admirábamos de verle levantarse bruscamente, a dar tres o cuatro vueltas por la sala gesticulando, burlarse con acento irónico de los cuadros representando paisajes de la Suiza que colgaban del muro; de los lagos color de azul índigo; de las montañas verde manzana; de los rojos senderos; después volver a sentarse, apurar su vaso de un sorbo y entablar una discusión sobre la música de Palestrina, sobre el laúd de los hebreos, sobre la introducción del órgano en nuestras basílicas, sobre las épocas sabáticas, etc.; fruncir las cejas, colocar sus codos puntiagudos sobre la mesa y entregarse a profundas reflexiones.

Sí, todo esto nos admiraba un poco a nosotros, buenas gentes habituadas a las ideas metódicas, pero era preciso acostumbrarse, sin embargo, y el mismo ingeniero Rothan, aunque de humor satírico y burlón, acabó por calmarse y por no contradecir a tontas y a locas al joven maestro de capilla cuando tenía razón.

Evidentemente, Teodoro Blitz era una de esas organizaciones nerviosas que se resienten de las más insignificantes variaciones de temperatura; ahora bien; aquel año fué extremadamente caluroso; tuvimos grandes tempestades por el otoño, y se llegó a temer seriamente por las vendimias.

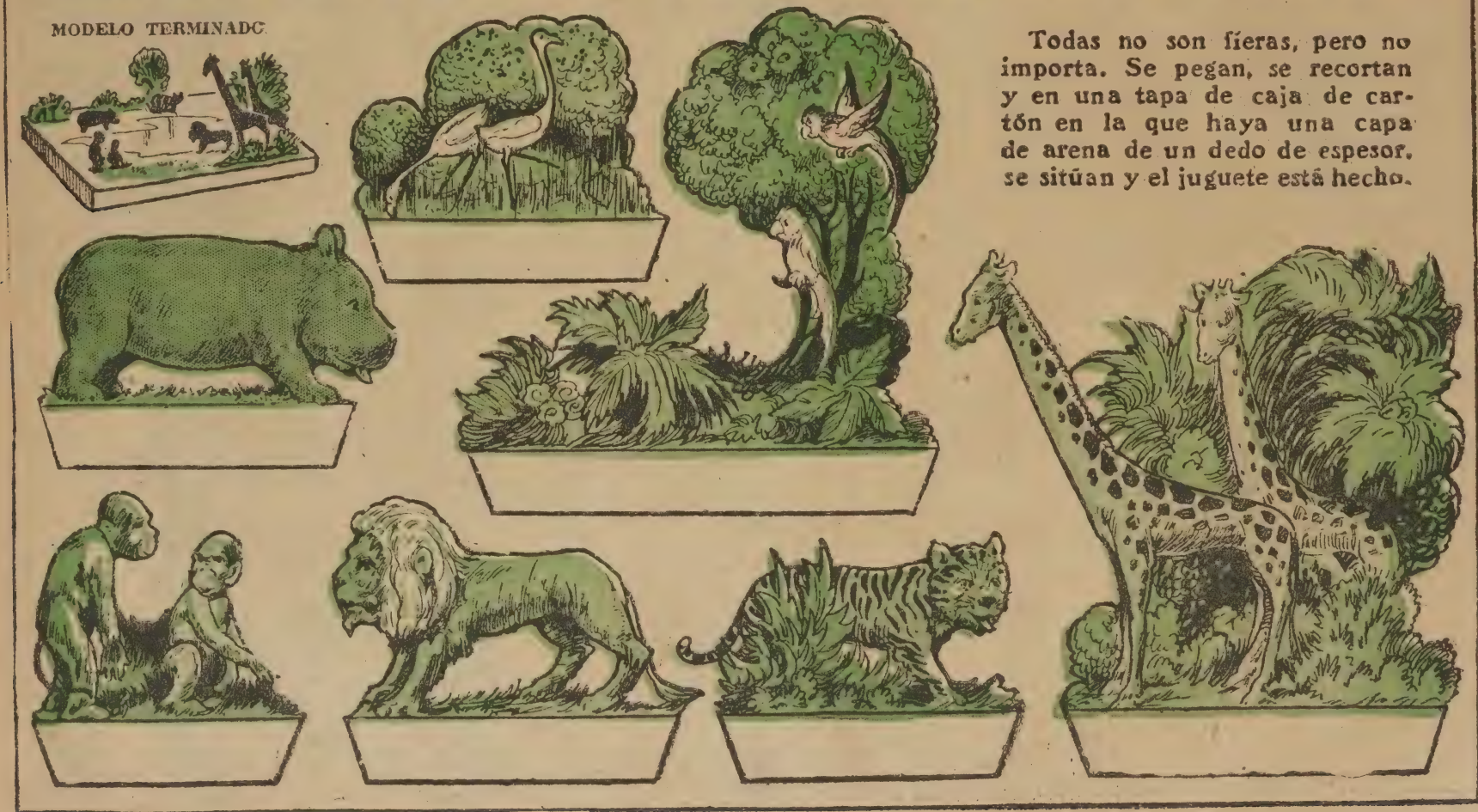
Una noche, todos nosotros nos hallábamos reunidos, como de costumbre, alrededor de la mesa, a excepción del viejo juez Ulmett y del maestro de capilla. El burgomaestre hablaba del granizo, de la lluvia y de los grandes trabajos hidráulicos; yo escuchaba el viento desencadenarse fuera en las mesetas de Schlossgarten y las gotas de agua azotar los vidrios. De cuando en cuando se oía una chimenea rodar por los tejados y caer con estrépito a la calle, una puerta cerrarse con violencia, o una persiana azotar el muro; después, esos extraños clamores del huracán que aúlla, silba y gime a lo lejos, como si todos los seres invisibles se buscaran y llamaran entre las tinieblas, mientras que los vivos se ocultan y arrinconan para evitar su funesto encuentro.

La iglesia de San Esteban daba las nueve, cuando Blitz entró bruscamente, sacudiendo su sombrero como un poseído y gritando con voz chillona:

—Ahora es cuando el diablo hace de las suyas: ¡lo "blanco" y lo "negro" se confunden! ... ¡las nuevecientas noventa y nueve mil nuevecientas noventa y nueve "Envidias" combaten y se desgarran!... ¡Anda, Arimane, paséate... saquea... devasta!... Los Amschaspandes huyen... ¡Qué tiempo!... ¡qué tiempo!

Y mientras pronunciaba estas palabras, co-

LAS FIERAS DEL DESIERTO DE "PUCKY"



Todas no son fieras, pero no importa. Se pegan, se recortan y en una tapa de caja de cartón en la que haya una capa de arena de un dedo de espesor, se sitúan y el juguete está hecho.

rría alrededor de la sala gesticulando, manoteando y riendo a contraídas carcajadas.

Todos nos quedamos estupefactos a semejante entrada, y durante algunos segundos, nadie dijo una palabra; pero, en fin, el ingeniero Rothan, rarastrado por su humor cáustico, exclamó:

—¿Qué galimatías es ese que estáis contando, señor organista? ¿Qué significan esos Amschaspandes? ¿A qué vienen esas nuevecientas noventa y nueve mil nuevecientas noventa y nueve "Envidias"? !Já! ¡já! ¡já! ¡Es verdaderamente una cosa cómica! ¿Dónde diablos habéis aprendido ese singular lenguaje?

Teodoro Blitz se detuvo bruscamente, cerrando un ojo, mientras el otro, abierto desmesuradamente, brillaba con diabólica ironía.

Esperó tranquilamente a que Rothan concluyera, y luego dijo:

—¡Oh ingeniero! ¡Oh espíritu sublime! ¡Maestro de la plomada y del nivel, director de los morrillos, ordenador del ángulo recto, del ángulo agudo y del ángulo obtuso... tenéis razón, mil veces razón!

Y volvió a echarse a reir estrepitosamente.

Luego prosiguió:

—Nada existe más que la materia, el nivel, la regla y el compás. Las revelacions de Zoroastro, de Moisés, de Pitágoras, de Odin, de Cristo; la melodía, la armonía, el arte, el sentimiento, son utopías indignas de un espíritu luminoso como el vuestro. ¡A vos es a quien pertenece solamente la verdad, la eterna verdad!... ¡Jé! ¡jé! ¡jé!... ¡yo me inclino ante vos, os saludo, me prosterno ante vuestra gloria, imperecedera como la de Nínive y Babilonia!

Dichas estas palabras, hizo dos piruetas sobre sus talones y lanzó otra carcajada tan chillona y penerante que parecía el canto de un gallo saludando a la aurora.

Rothan iba a incomodarse; pero en aquel instante entró el viejo juez Jorge Ulmett con la cabeza cubierta con su gran piel de nutria, echada sobre sus hombros la hopalanda verde botella con guarniciones de piel de zorro, las mangas colgando, el cuerpo inclinado, los ojos medio cerrados y sus huesosas mejillas y su nariz roja chorreando agua.

Estaba empapado como un esponja.

Fuera, la lluvia caía a torrentes; los canales parecían caudalosas cascadas, rebasaban los umbornales, estallaban las cañerías, las calles eran verdaderos ríos.

—¡Ah, señor! — dijo el buen juez; — preciso es estar loco para salir de casa con semejante tiempo, y, sobre todo, después de tantas fatigas durante el día: dos informaciones, tres juicios verbales, no sé cuántos interrogatorios!... ¡Pero la espumosa cerveza y los buenos amigos, me harían atravesar a nado el Rhin!

Murmurando, o mejor dicho, gruñendo estas palabras confusas, se quitó y sacudió su gorra de nutria, abrió su ancho ropón de pieles, del que sacó su larga pipa de Ulm, su caja de tabaco y su eslabón, que colocó cuidadosamente a su lado sobre la mesa; y hecho esto, colgó la hopalanda y la gorra en el medio postigo de una ventana, gritando:

—¡Brauer!

—¿Qué desea el señor juez de paz?

—Haríais bien en cerrarlo todo herméticamente. Creedme; este turbión pudiera concluí en alguna tormenta.

El cervecero se apresuró a hacer lo que se le ordenaba, y el viejo juez se sentó en su sitio acostumbrado, exhalando un suspiro.

—¿Sabéis lo que pasa, burgomaestre? — dijo con acento triste.

—¡No! ¿Qué pasa? Decidme, mi buen amigo Cristóbal.

Antes de contestar, pasó el señor Ulmett por la sala una mirada escudriñadora.

—Estamos solos, amigos míos, — dijo, — y puedo confiaros lo que ha ocurrido: acaban de encontrar, a eso de las tres de esta tarde, a la pobre Gredel Dick bajo la exclusa del molino, en el Holderloch.

—¡Bajo la exclusa del Holderloch! — exclamaron todos los asistentes.

—Sí, con una cuerda al cuello.

Para comprender todo el efecto que debían producir estas palabras, es preciso saber que Gredel Dick era una de las muchachas más bonitas de Vieux-Brisach, alta, morena, de ojos azules y sonrosadas mejillas; era hija única del viejo anbaptista Pedro Dick, que tenía en arrendamiento los considerables y ricos terrenos de Schlossgarten. Hacía algún tiempo que se la veía triste y grave, ella que antes era tan alegre y risueña por la mañana en el lavadero y por la noche en la fuente, rodeada de sus amigas. Se la había sorprendido muchas veces llorando, y se atribuían sus pesares a las incesantes persecuciones de Sapheri Mutz, hijo del dueño de la casa de postas, un sólido muchacho, seco, nervioso, con la nariz aguileña y los cabellos negros y rizados, que la seguía como su sombra y no la dejaba de su brazo los domingos en el baile.

Se había hablado de efectuar su matrimonio; pero el padre de Sapheri, la madre, Carl Bremer, su cuñado, y su hermana Soffayel, se habían opuesto con todas sus fuerzas a esta unión, so pretexto de que una pagana no podía entrar en la familia.

Gredel había desaparecido hacía tres días, y nadie sabía lo que había sido de ella. Pueden comprenderse los mil pensamientos que se cruzarían por nuestra mente al saber su desgraciado fin. Nadie se acordaba ya de la discusión entablada entre Teodoro Blitz y el ingeniero Rothan referente a los espíritus invisibles. Todos los ojos interrogaban al señor Cristóbal Ulmett, que con su ancha cabeza calva inclinada y sus espesas cejas blancas contraídas, llenaba gravemente su pipa, con aire meditabundo.

—¿Y Mutz, Zapheri Mutz, qué ha sido de él? — preguntó el burgomaestre.

Un ligero sonrosado coloreó las mejillas del viejo juez, que respondió después de algunos segundos de reflexión:

—¡Zapheri Mutz... Zapheri Mutz... se ha escapado!

—¿Se ha escapado? — exclamó el pequeño Klers; — —¿entonces se considera culpable?

—Así parece, — contestó el buen juez con convicción; nadie escapa cuando tiene tranquila su conciencia. Por lo demás, hemos ido a hacer algunas averiguaciones a la casa de su padre, y todo lo hemos encontrado en ella agitado y trastornado. Toda la familia parecía consternada; la madre tartamudeaba, lloraba, se arrancaba los cabellos; la hermana, vestida con el traje de los días de fiesta, bailaba como una loca; era imposible obtener de ellos aclaración alguna. En cuanto al padre de Gredel, el pobre hombre se halla sumido en la más espantosa desesperación; no quiere comprometer el honor de su hija; pero lo cierto es que Gredel ha abandonado voluntariamente la hacienda para seguir a Zapheri el martes último. Este hecho está atestiguado por todos los vecinos. En fin, la gendarmería está en campaña; ¡ya veremos, ya veremos!

Hubo un largo intervalo de silencio; fuera, la lluvia seguía cayendo a mares.

—¡Eso es abominable! — exclamó de repente el burgomaestre. — ¡Abominable! ¡Y pensar que todos los padres de familia, todos los que educan a sus hijos en el santo temor de Dios, están expuestos a semejantes desgracias!...

—Sí, — respondió el juez Ulmett encendiendo su pipa; — ¡sí, eso sucede! Por más que se diga que todo marcha obedeciendo el impulso dado por Dios nuestro Señor, yo creo que el espíritu de las tinieblas interviene en nuestros asuntos mucho más de lo que fuera necesario. Para un hombre bueno y honrado que vemos, ¿cuántos bribones hay sin fe ni ley? Por una bella acción que se lleva a cabo, ¿cuántas faltas y cuántos crímenes se cometen? Os lo repito, amigos míos: ¡si el diablo quisiera contar los que se le han vendido!...

No tuvo tiempo de concluir, pues en el mismo segundo un relámpago deslumbrador iluminó con su sulfúrea luz las rendijas de las puertas y ventanas, haciendo palidecer las lámparas de la cervecería, y casi inmediatamente un trueno espantoso, seco, ensordecedor, algo que hacía erizarse los cabellos sobre la cabeza, se dejó oír: parecía que el mundo acababa de estallar.

Al mimo tiempo, el reloj de la iglesia de San Esteban daba las doce; las lentas vibraciones del bronce parecían oirse a cuatro pasos, y allá, a lo lejos, una voz angustiosa gritaba:

—¡Socorro! ¡socorro!

—¡Están pidiendo socorro, — tartamudeó el burgomaestre.

—¡Sí! — contestaron los demás, pálidos, y aplicando el oído.

Y cuando todos nos hallábamos sumergidos en profundo estupor, Rothan, encogiéndose de hombros y arqueando los labios con expresión burlona, exclamó:

—¡Toma! pues si es la gata de la señorita Roesel, que canta su romanza amorosa al señor Roller, el joven tenor del primer piso.

Y ahuecando la voz y levantando la mano con gesto trágico, añadió:

—Daban las doce de la noche en la campana del castillo...

Este tono burlón sublevó la indignación general.

—¡Ay de aquellos que se mofan de semejantes cosas! — exclamó el señor Cristóbal Ulmett, levantándose.

Avanzó hacia la puerta con aire solemne y todos le seguimos, hasta el grueso cervecero, que llevaba su gorra en la mano y murmuraba una oración, como si se tratara de comparecer delante de Dios. Rothan fué el único que no se movió de su asiento. En cuanto a mí, iba detrás de todos, alargando el cuello por encima de los hombros de los demás.

Apenas se había entreabierto la puerta vidriera, cuando brilló un nuevo relámpago: la calle, con su blanco empedrado resplandeciente por la lluvia; sus canales, sus mil puertas y ventanas, sus tejados decrépitos, sus muros ennegrecidos, brotó bruscamente de la noche con vivísima claridad, y un segundo después retrocedió y desapareció en las tinieblas.

Este segundo me bastó para ver la flecha de San Esteban y sus innumerables estatuillas envueltas en la rojiza luz del relámpago, la parte inferior de las campanas sujeta a las negra vigas, con los badajos y las cuerdas colgando de sus abovedadas bocas, y, sobre todo esto, el nido de cigüeñas medio destrozado por la tempestad, los hijuelos con el pico levantado, la madre espantada desplegando las alas para cubrirlos con ellas, y el padre revoloteando alrededor de la resplandeciente aguja con el pecho levantado, replegado el cuello y las patas echadas hacia atrás como para desafiar los zigs-zags del rayo.

Era una visión extravagante, una verdadera pintura chinesca fina, ligera, de contornos a medio concluir; algo de extraño y terrible sobre el fondo negro de las nubes matizadas de oro.

Todos permanecimos inmóviles y con la boca abierta en el umbral de la cervecería, preguntándonos:

—¿Qué habéis oído, señor Ulmett?

—¿Veis algo, señor Klers?

En este mòmento un maullido lúgubre partió de la parte superior de la casa de enfrente, y un regimiento de gatos pasó saltando por entre las chimeneas y los canales de los tejados. En el mismo momento se oía en el interior de la sala una sonora carcajada.

—¡Y bien! ¿Qué tal? ¿Qué tal? — gritaba el ingeniero; — ¿tenía yo razón? ¿Los estáis oyendo?

—¡No era nada! — murmuró el viejo juez; — ¡gracias al cielo, no era nada! Volvamos a entrar, que aumenta otra vez la lluvia.

Y mientras se acercaba al puesto que antes ocupaba, dijo:

—¿Es cosa que merezca asombro, señor Rothan, que la imaginación de un pobre viejo como yo se turbe cuando el cielo y la tierra se confunden, y el amor y el odio se casan para mostrarnos crímenes desconocidos hasta este día en uestro país? ¿Merece ese asombro ni burla?

Todos volvimos a colocarnos alrededor de la mesa con un sentimiento de disgusto contra el ingeniero, que era el único que había

permanecido tranquilo y nos había visto temblar a todos, y volviéndole las espaldas nos pusimos a apurar vaso tras vaso sin decir una palabra. El, con el codo en el antepecho de una ventana, silbaba muy quedo no sé qué marcha militar, de la que llevaba el compás tocando con sus dedos en los cristales, sin dignarse ni apercibirse siquiera de nuestro mal humor.

Algunos minutos transcurrieron así, cuando Teodoro Blitz repuso sonriendo:

—¡El señor Rothan triunfa! ¡no cree en los espíritus invisibles; nada le perturba, nada le amedrenta; tiene pie firme, buena vista y buen oído! ¿Qué más hace falta para convencernos de nuestra ignorancia y de nuestra locura?

—No me hubiera yo atrevido a decir tanto, — dijo el ingeniero, — pero ya que vos, señor organista, definís tan bien las cosas, no veo medio de contradeciros, sobre todo en lo que os concierne personalmente; pues en cuanto a mis antiguos amigos Schultz, Ulmet, Klers y otros, es diferente; todo el mundo puede tener una alucinación, y esto es dispensable con tal que no degenere en habito.

En lugar de responder a este ataque directo, Blitz, con la cabeza inclinada hacia un lado, parecía prestar atención a un ruído exterior.

—¡Chut!, — dijo mirándonos; ¡silencio!

Levantaba el dedo al decir esto, y la expresión de su fisonomía era tan extraña, que todos escuchamos con un sentimiento de pavor indefinible.

Se oían los pasos de una persona cuyos pies se hundían en los charcos de la calle; luego el ruído que producía una mano buscando el picaporte de la puerta, y el maestro de capilla no dijo con voz temblorosa:

—¡Calmaos!... ¡escuchad y ved!... ¡Que el Señor nos dé su santa ayuda!

La puerta se abrió, y Zapheri Mutz apareció en el dintel.

¡Aunque viviera mil años, la figura de aquel hombre estaría siempre presente en mi memoria!... ¡Ahí está!... ¡le veo!... se adelanta tambaleándose, pálido como la muerte, con el cabello caído pegado a las sienes, la mirada sombría vidriosa, la blusa empapada en agua y pegada al cuerpo, y un garrote en la mano. Nos mira sin vernos, como si soñara. Deja detrás de sí un reguero de fango. Se detiene, tose, y dice muy quedo, como hablando consigo mismo:

—¡Aquí estoy!... ¡que se me prenda... que se me condene a muerte!... ¡prefiero eso!...

Después, como despertándose y mirándonos con los ojos desmensuradamente abiertos, añadió con un movimiento de terror:

—¡He hablado... ¿qué he dicho? ¡Ah! ¡el burgomaestre... el juez Ulmett!...

Y dió un salto atrás como para huír; pero al verse frente a frente de las tinieblas, no sé qué sentimiento de espanto le impulsó de nuevo hacia la sala.

Teodoro Blitz acababa de levantarse: después de habernos prevenido con una mirada profunda de lo que iba a hacer, es acercó a Mutz, y con acento amistoso le preguntó muy bajo, mostrándole la calle tenebrosa:

—¿Está ahí?

—¡Sí! — dijo el asesino con el mismo tono misterioso.

—¿Te sigue?

—Desde Fischbach

—¿Por detrás?

—Sí, por detrás.

—¡Eso es, eso es! — dijo el maestro de capilla lanzándonos otra significativa mirada. — ¡Así sucede siempre! Está bien, Zapheri; quédate aquí, siéntate ahí, cerca de la chimenea. ¡Brauer! ¡id a buscar a los gendarmes!

A esta palabra de gendarmes, el miserable palideció horrorosamente y se lanzó otra vez hacia la puerta, como si quisiera escaparse; pero sobrecogióle el misma terror de antes, y dejándose caer jnuto a un ángulo de la mesa con la cabeza entre las manos, murmuró:

—¡Oh! ¡si lo hubiera sabido!... ¡si lo hubiera sabido!...

El cervecero acababa de salir y todos nos hallábamos más muertos que vivos. Ni un soplo se oía en la sala: el anciano juez había colocado su pipa sobre la mesa;el burgomaestre me miraba con aire consternado; Rothan no silbaba ya. Teodoro Blitz, sentado en el extremo de un banco, con las piernas cruzadas, miraba rayar la lluvia las tinieblas.

Así permanecimos cerca de un cuarto de hora, temiendo a cada momento que el asesino tratara de huír; pero éste no se movía: sus largos cabellos caían desordenados por entre sus dedos, y el agua chorreaba de sus empapados vestidos sobre el pavimento.

Al fin se oyó fuera un ruído de armas, y los gendarmes Welner y Keltz aparecieron en el dintel. Keltz lanzó una mirada oblicua sobre el asesino y saludando con su ancho sombrero, dijo:

—Buenas noches, señor juez de paz.

Luego entró y acercándose pausadamente a Zapheri, le puso las esposas en las muñecas.

El criminal se cubría el rostro con las manos.

—¡Vamos, sígueme, muchacho! — le dijo: — Welner, cerrad la marcha!

Un tercer gendarme, bajo y grueso, apareció en la sombra, y todos se pusieron en camino.

El desgraciado no había opuesto la menor resistencia.

Todos nos mirábamos los unos a los otros, pálidos, y asombrados.

—¡Buenas noches, señores! — dijo el organista.

Y se alejó.

Levantámosnos entonces los demás, y cada cual, sumergido en profundas reflexiones, se dirigió lentamente y en silencio hacia su morada.

En cuanto a mí, volví la cabeza más de veinte veces antes de llegar a la puerta de mi casa, creyendo oír al "otro" que perseguía a Zapheri Mutz, deslizarse detrás de mí, oculto por las sombras de la noche.

Y cuando, en fin, gracias al cielo, me vi dentro de mi alcoba, antes de acostarme y apagar la luz tuve la prudente precaución de mirar bajo la cama para convencerme de que aquel tímido personaje no se encontraba allí. Hasta me parece haber rezado alguna oración para impedir que me extrangulara durante mi sueño. ¿Qué quereis? No está uno siempre de humor de ser filósofo.

II

Hasta entonces había considerado yo a Teodoro Blitz como una especie de loco místico; su pretención de hallarse en correspondencia con los espíritus invisibles por medio de una música compuesta de todos los ruidos de la Naturaleza, tales como el estremecimiento de las hojas, el rumor de los vientos y el zumbido de los insectos, me parecía extremadamente ridícula, y no era yo el único de esta opinión.

Por más que nos decía que si las notas graves del órgano despiertan en nosotros sentimientos religiosos, si la música guerrera nos estimula al combate, si los aires campestres nos predisponen a la contemplación, es porque esas diferente melodías son invocaciones a los genios de la tierra, los cuales aparecen repentinamente entre nosotros obrando sobre nuestros órganos y haciéndonos participar de su propia esencia, todo esto me parecía oscuro, y casi casi estaba por creer que el organista tenía el cerebro enfermo.

Pero desde entonces cambiaron por completo mis opiniones, y no pude menos de confesarme que el hombre, después de todo, no es un ser puramente material; que estamos compuestos de alma y cuerpo; que atribuir lo todo al cuerpo y quererlo explicar todo por el cuerpo, no es racional; que el fluído nervioso agitado por las ondulaciones del aire es tan difícil de comprender como la acción directa de los poderes ocultos; que no se concibe cómo un simple cosquilleo en el oído formado con las reglas del contrapunto, provoca en nosotros millares de emociones agradables; eleva nuestra alma hasta Dios, la pone en presencia del caos, o despierta en nosotros el amor a la vida, el entusiasmo, el ardor, el temor, la piedad. . . . No, ya no encontraba yo satisfactorias las explicaciones que me hacía, y las ideas del maestro de capilla me parecieron más grandes, más verdaderas, más lógicas y más aceptables en todos conceptos.

Por otra parte, ¿cómo explicar por el cosquilleo nervioso la llegada de Zapheri Mutz a la cervecería? ¿Cómo justificar el espanto del infeliz que le obligaba a entregarse como un cordero y la perspicacia maravillosa de Blitz cuando nos decía:

—¡Chut! ¡escuchad!... ¡ya llega!... ¡que el Señor nos proteja!...

En resumen, todas mis prevenciones contra el mundo invisible desapercieron, y nuevos hechos vinieron a confirmarme en esta manera de apreciar y ver las cosas.

Unos quince días después de los acontecimientos narrados más arriba, Zapheri Mutz fué conducido por la gendarmería a las prisiones de Fribaurg. Los mil rumores y comentarios levantados por la muerte de Gredel Dick empezaban a desvanecerse; la pobre muchacha dormía en paz detrás de las colinas de Las Tres Fuentes, y la gente se acupaba sólo oe las próximas vendimias.

Una tarde, a eso de las cinco, al salir de los grandes almacenes de la Aduana, donde había probado diferentes clases de vinos por cuenta de Braner, qeu se fiaba más de mí, para esas cosas, que de sí mismo, me dirigí a la casualidad, con la cabeza un poco pesada, por la gran avenida de los Plátanos, detrás de la iglesia de San Estéban.

El Rhin desplegaba a su derecha su ancha y azulada corriente donde algunos pescadores lanzaban sus redes, y a la izquierda se elevaban las antiguas fortificaciones de la ciudad. Empezaba a refrescar el ambiente, el río entonaba su eterno himno, las brisas del Schwartz-Wald agitaban el flotage, y cuando yo vagaba así, sin pensar en nada, hirieron de pronto mis oídos, los sonidos de un violín.

Escuché.

No hay ruiseñor que ponga más gracia, más delicadeza en la ejecución de sus rápidos trinos, ni más entusiasmo en el arranque de su inspiración. Aquello no se parecía a nada; no tenía ni compás ni medida: era una cascada de notas delirantes, de una presición admirable, pero desprovistas de orden y método.

En lo más sublime de la inspiración, oíanse de pronto algunos rasgos agudos, incisivos, que penetraban hasta la médula de los huesos.

—¡Ahí está Teodoro Blitz! — dije, separando las altas ramas de un valladar de saúcos ue me interceptaba la vista y avanzando algunos un poco me encontré a treinta pasos de una granja y cerca de una acequia dónde una multitud de enormes ramas asomaban su roma cabeza. Un poco más lejos se elevaban las caballerizas con sus anchos cobertizos y la casa habitación, toda descrépita y ruinosa. En el patio, rodeado de una tapia baja y de una reja carcomida, se paseaban cinco o seis gallinas, y junto al muro pasaban corriendo los conejos con las orejas hacia atrás y la cola levantada; me vieron y desaparecieron atropelladamente como sombras por la puerta de la granja.

No se oía más ruído que el murmullo de la corriente y aquellas extrañas notas del violín.

¿Cómo era que Teodoro Blitz estaba allí?

En seguida me ocurrió la idea de que estaba experimentando en su familia los efectos de su música, e impulsado por la curiosidad, me deslicé por detrás de la tapia para ver lo que pasaba en la granja.

Todas las ventanas estaban abiertas de par en par, y en una sala baja, profunda, de vigas ennegrecidas, al nivel del patio, distinguí una larga mesa servida con toda la suntuosidad acostumbrada en las fiestas de los pueblos: más de treinta cubiertos se veían colocados simétricamente al rededor, pero dejóme estupefacto no ver más que cinco personas sen-

¡Ahí está Teodoro Blitz! ("Lo blanco y lo negro")

tadas a la mesa: el tío Mutz, sombrío y meditabundo, con su casaca de terciopelo negro con botones dorados, su ancha y huesosa cabeza contraída por su pensamiento fijo, sus ojos hundidos y parados; su yerno, alto, seco, desgarbado, con el cuello de la camisa llegándole hasta las orejas; la madre, con una gran cofia de tul y el aire extraviado; la hija, una morena bastante linda, adornada con una especie de toquilla de tafetan negro con lentejuelas de oro, el seno cubierto con un fichú de seda de variados colores; y en fin, Teodoro Blitz, con el sombrero hechado hacia un lado, el violín oprimido entre un hombro y la barba, los ojos centellantes, la mejilla surcada por una profunda arruga, y los codos yendo y viniendo como los de una cigarra que rasca su estridente cantinela entre los matorrales.

Las sombras que iba ya extendiendo el sol poniente; el viejo reloj con su cuadrante de loza con flores rojas y azules colocado en lo alto del edificio; uno de los balcones tras el que se veía recogida una cortina de cuadros grises y blancos, y sobre todo, aquella música cada vez más discordante, me produjeron una impresión indefinible y me sentí sobrecogido de un verdadero terror, de un horrible pánico. ¿Era efecto de los vapores alcohólicos que por largo tiempo había estado respirando? ¿Eran las fantásticas sombras de la noche que se acercaba? Lo ignoro. Pero el hecho es que sin mirar más, me deslicé a lo largo del muro, encorvado y silencioso, para seguir mi camino, cuando un enorme perro saltó detrás de mí todo lo largo que le permitía la cadena a que estaba atado, y me hizo lanzar un grito de espanto.

—¡Tirik! — gritó, acercándose, el dueño de la granja.

Teodoro volvió la cabeza y al apercibirme salió de la sala y vino hacia mí, diciendo:

—¡Hola! ¡Es Cristián Specis! ¡Entrad, entrad, querido Cristián; llegáis con grande oportunidad!

Atravesó el patio, y al llegar donde yo estaba, cogióme de un brazo y siguió diciéndome con una animación singular:

—Querido amigo, llegáis precisamente en el momento en que lo "blanco" y lo "negro" están luchando... ¡Entrad... entrad!

Su exaltación me espantaba; pero no quiso escuchar mis observaciones, y me arrastró con él, sin que me fuera posible hacer resistencia alguna.

—Sabréis, querido Cristián, que hemos bautizado esta mañana a un ángel del Señor, el pequeño Nickel Sapheri Bremer. Yo he saludado su venida a este mundo de delicias con el coro de los "serafines". Y ahora, figuráos que más de las tres cuartas partes de nuestros convidados han salida huyendo. ¡Jé! ¡jé! ¡jé! ¡Entrad, ya sabéis que sois el bienvenido!

Me empujaba por la espalda al decir esto, y de bueno o de mal grado franqueé el umbral de la casa.

Todos los miembros de la familia Mutz habían vuelto la cabeza y se habían levantado. Yo quise negarme a tomar el asiento que me ofrecían, pero estas gentes entusiastas me rodearon gritando:

—¡Este hará el sexto! ¡Este hará el sexto: ¡El número seis es un gran número!

El viejo Mutz me estrechaba las manos con emoción, diciéndome:

—Gracias, señor Speciés, gracias por haber venido. No se dirá que las personas honradas huyen de nosotros... que estamos abandonados de Dios y de los hombres... Os quedaréis aquí hasta que se termine todo, ¿no es verdad?

—¡Sí! — balbuceó la vieja con una mirada suplicante; — es preciso que el señor Speciés se quede aquí hasta que termine todo; no puede negarnos esto.

Comprendí entonces por qué era aquella mesa tan grande y tan pequeño el número de los convidados. Todos los invitados al bautismo, pensando en Grédel Dick, habían encontrado pretextos suficintes para no asistir.

La idea de semejante abandono me oprimía el corazón.

——Ciertamente, — respondí, — ciertamente que me quedaré con la mejor voluntad del mundo.

Llenáronse los vasos y bebimos de un vino fuerte y áspero, de un añejo "markobrunner", que llenó mi mente de pensamientos melancólicos.

La vieja, poniéndome una de sus largas manos sobre el hombro, murmuró:

—¡Otro vaso, señor Speciés, otro vaso!

Yo no me atreví a rehusar.

En este momento, Blitz, pasando su arco por las vibrantes cuerdas, hizo circular por todas mis venas un estremecimiento glacial.

—Esto, amigos míos, — exclamó, — es la invocación de Saúl a la Pitonisa.

Hubiera querido huir; allá en el patio aullaba el perro de una manera lúgubre; la noche se aproximaba; la sala se llenaba de sombras, y las acentuadas facciones del viejo Mutz, sus ojos extraviados y la expresión dolorosa de sus anchas mandíbulas, no tenían nada de tranquilizador.

Blitz seguía siempre tocando su invocación extraña; la arruga que cruzaba su mejilla izquierda se iba ahondando más y más; el sudor corría gota a gota por sus sienes.

El maestros de postres llenó de nuevo nuestros vasos, y me dijo con acento sordo, imperioso:

—¡A vuestra salud!

—¡A la vuestra, señor Mutz! — respondí temblando.

De repente, el niño que estaba en la cuna se echó a llorar, y Blitz, por diabólica ironía, le acompañaba con notas agrias y discordantes, exclamando:

—Ese es el himno de la vida... ¡Jé! ¡jé! ¡jé!... ¡Cuántas veces lo cantará el pequeño Nickel desde ahora hasta que esté calva su cabeza! ¡Jé!, ¡jé!, ¡jé!...

El viejo reloj de pared crugió al mismo tiempo en su estuche de nogal; levanté los ojos, asombrado de este ruido, y ví salir de la caja un pequeño autómata, seco, calvo, con los ojos hundidos, con la sonrisa burlona, en una palabra, la Muerte, que se acerca-

ba a pasos contados y que se puso a segar con su guadaña por sacudidas algunos pedazos de papel pintado de verde en el borde de la caja. Luego, al dar la última campanada, dió media vuelta y desapareció por donde mismo había venido.

—¡Cargue el diablo con el organista por haberme traído aquí! — me dije. — ¡Vaya un lindo bautizo! ¡Vaya una gente alegre!

Y llené mi vaso para reanimar mi valor.

—Vamos, vamos, la suerte está echada, y nadie escapará a su suerte; yo estaba predestinado desde el origen de los siglos a ir tarde a la Aduana, a pasearme por la alameda de San Landolfo, a venir, a pesar mío, a esta abominable guarida atraído por la música de Blitz, a beber "markobrunner", que huele a ciprés, y a ver la Muerte segar plantas de papel pintado. ¡Es extraño, verdaderamente extraño!...

Esto pensaba yo, riéndome de la fatalidad que persigue a los hombres, los cuales se creen libres y van conducidos por hilos que parten de las estrellas. Los magos lo han dicho; es preciso creerlo.

Iba a seguir haciendo mudas consideraciones sobre esto, cuando el músico cesó de tocar.

Siguió un profundo silencio; sólo se oía el reloj, que continuaba su tic-tac monótono, y allá fuera, la luna, del otro lado del Rhin, subía lentamente por detrás del espeso follaje de un álamo, formando sus pálidos rayos una brillante lista de chispas temblorosas en la superficie del río. Yo miraba fijamente esta lista de plata, cuando ví pasar por ella una sombra; miré con más atención y era una barca negra que se deslizaba por la corriente; de pie, en la barca, había un hombre todo vestido de negro, con una ancha capa flotando hacia atrás y un gran sombrero de anchas alas guarnecido de banderolas.

Pasó como un sueño. Entonces sentí que mis párpados se cerraban.

—¡Bebamos! — exclamó el maestro de capilla.

Los vasos chocaron nuevamente.

—¡Qué bien canta el Rhin!... Entona el cántico de Bertoldo Gouterolf, — dijo el yerno; — ¡"Ave... Ave... stella"!

Nadie respondió.

Lejos, muy lejos, se oía el ruido de dos remos chocar uniforme y cadenciosamente contra las ondas.

—Hoy es cuando Zapheri debe recibir el perdón, — exclamó de repente el viejo maestro de postas con voz enronquecida.

Rumiaba sin duda este pensamiento hacía mucho tiempo, y esto era lo que le daba aquel aspecto de tristeza; yo me estremecí hasta la médula de los huesos.

—Piensa en su hijo, — me dije; — en su hijo, que deben ahorcar hoy.

Y el horrible espectáculo de la ejecución se presentó ante mis ojos, que cerré bruscamente como si en realidad estuviera presenciando la horrible escena.

—¡Su perdón!... — dijo la hija con una carcajada extraña; — ¡sí... su perdón!...

Teodoro me tocó el hombro, e inclinándose a mi oído, me dijo:

—¡Los espíritus llegan!... ¡Los espíritus llegan!...

—Si habláis otra vez de eso, — exclamó el yerno, cuyos dientes castañeteaban, — si habláis otra vez de eso, yo me voy...

—¡Vete, vete, cobarde, — gritó la hija; — no se tiene necesidad de tí!

—¡Pues bien, sí, me voy! — dijo, levantándose.

Y descolgando su sombrero, salió precipitadamente de la habitación.

Le ví pasar como una sombra por delante de las ventanas, y le envidié con todo mi corazón.

¿Qué haría para marcharme?

En este momento, ví algo que se movía sobre el muro de enfrente; miré con los ojos desmesuradamente abiertos por la sorpresa, y reconocí que era un gallo. Más lejos, entre las carcomidas empalizadas, brillaba el río como plata bruñida, desplegando sus anchas ondas sobre sus orillas; la luz centelleaba sobre ellas como una nube de gaviotas de grandes y blancas alas. Sentía en mi cabeza rumores confusos y mis ojos estaban llenos de sombras y reflejos azulados.

—¡Escucha, Pedro, — dijo la vieja al cabo de un instante, — escucha! ¡Tú eres la causa de todo lo que nos sucede!

—¿Yo? — dijo el viejo con sordo e irritado acento; — ¿que yo soy la causa?

—Sí; tú nunca has tenido piedad de nuestro hijo; no le has dejado pasar nada. ¿Acaso no podías haberle permitido que se casara con esa muchacha?

—¡Mujer! — dijo el viejo con acento solemne; — en vez de acusar a los otros, piensa que esa sangre cae sobre tu cabeza. Desde hace veinte años no has hecho otra cosa que ocultar las faltas de tu hijo. Cuando yo le castigaba por su mal corazón, su soberbia o su embriaguez, tú le consolabas, llorabas con él, le dabas dinero a escondidas, le decías: "Tu padre no te ama... es un hombre de muy mal carácter..." Y tú mentías, para hacerte amar más de tu hijo. Tú me robabas la confianza y el respeto que un hijo debe tener por los que le aman y le corrigen. Así, cuando ha querido casarse con esa muchacha, no he tenido la suficiente fuerza para hacerme obedecer.

—No tenías más que decir que sí, — aulló la vieja.

—Y yo, — repuso el viejo, — he querido decir que no, porque mi madre, mi abuela y todos los hombres y mujeres de la familia que están allá arriba, no podrían recibir en el cielo a esa pagana.

—¡En el cielo! — repitió la vieja con sarcasmo; — ¡en el cielo!

Y la hija, con tono agrio y chillón, añadió:

—Desde que tengo uso de razón, no recuerdo que hayamos recibido de nuestro padre otra cosa que golpes y malos tratamientos.

—¡Porque lo merecíais! — respondió el viejo; — más pena me daba a mí que a vosotras!

—¡Más pena!... ¡Já, já, já!... Más pena!...

Al llegar aquí la conversación de lo familia Mutz, sentí que una mano me tocaba en el brazo, y me estremecí de pies a cabeza; era Blit; un rayo de luna, pasando a través de los vidrios de la ventana, inundaba de luz su su pálido rostro y su mano extendida; lo demás del cuerpo, por extraño capricho de la casualidad, estaba envuelto en las tinieblas. Seguí con la mirada la dirección de su dedo, pues me señalaba alguna cosa, y ví el espectáculo más terrible que he visto en mi vida: una sombra negra, inmóvil, se destacaba delante de la ventana, sobre la blanca sábana del río; esta sombra tenía la forma humana y parecía suspendida entre el cielo y la tierra; su cabeza caía sobre el pecho; los brazos se extendían a lo largo del cuerpo, y las piernas, rectas y rígidas, parecían moverse al impulso del viento.

Mientras más miraba con los ojos extremadamente abiertos por el espanto, más perceptibles se m iban haciendo los menores detalles de aquel lúgubre espectáculo. El ahorcado era Zapheri Mutz; encima de sus hombros se veían la cuerda, el gancho y el madero que le sostenía, y debajo de este lúgubre aparato, una figura de mujer, blanca y vaporosa, de rodillas y con los cabellos esparcidos por su espalda. Era Gredel Dick, con las manos juntas y orando.

Parece qu todos los demás vieron al mismo tiempo que yo esta aparición extraña, pues oí gemir al viejo, diciendo:

—¡Dios Todopoderoso!... ¡Tened piedad de nosotros!...

Y a la vieja, con voz baja y sofocada, murmurar:

—¡Zapheri ha muerto !

Dicho esto, prorrumpió en desgarradores sollozos.

La hija, que hasta entonces había estado inmóvil y con los ojos fijos en aquella pavorosa visión, se precipitó de pronto como loca hacia la ventana, gritando:

—¡Zapheri! ¡Zapheri!

Pero en aquel mismo momento desapareció todo y sentí la mano de Teodoro Blitz, que tomaba la mía y me decía:

—¡Vamos!

Salimos; la noche estaba hermosa; la luna brillaba espléndidamente en el cénit, y las hojas de los árboles se estremecían murmurando a impulso de la brisa.

Cuando corríamos espantados por la gran avenida de los Plátanos, una voz lejana, dulce y melancólica, cantaba sobre el río la antigua balada alemana:

La tumba está profunda y silenciosa
Su losa ofrece la frialdad del hielo,
Y cubre con el manto del olvido
La patria de los muertos.

—¡Ah! — exclamó Blitz; — si Gredel Dick no estuviera ahí, hubiéramos visto al "otro", al "gran negro", descolgar a Zapheri; pero ella oraba por él, la pobre alma... ella oraba por él; lo que es "blanco, blanco" tiene que quedar!

Y la voz melancólica, cada vez más lejana, continuó cantando, como dando una contestación al murmullo de la corriente:

En la muerte jamás halla sus ecos
El canto sin igual del ruiseñor;
Que las rosas que crecen en las tumbas,
Son rosas de dolor.

La escena horrible que acababa de desarrollarse ante mis ojos, y aquella voz triste y dulcísima que iba apagándose como desvanecida por la distancia, han quedado en mi memoria como la imagen confusa del infinito; de ese infinito qu nos absorbe inexorablemente y nos traga sin remisión. Unos se burlan de él, como el ingeniero Rothan; otros se sobrecogen de pavor al pensar en él, como el burgomaestre; otros lloran y rezan con triste acento; otros, como Teodoro Blitz, se inclinan sobre el abismo para ver lo que pasa en el fondo. Pero el resultado es siempre igual, y la famosa inscripción del templo de Isis, es siempre verdadera: "Yo soy el que es; nadie ha penetrado el misterio que me rodea, ni nadie lo pentrará jamás".

ERCKMAN-CHATRIAN.

Fin de "LO BLANCO Y LO NEGRO"

PROBLEMA

—Quiero preguntarte una cosa, papá.

—Pregúntasela a mamá, — contestó el padre.

—Debe ser alguna pavada, — dijo la mamá.

—No, mamita, es una cosa seria.

—A ver.

—Si el fin del mundo llegara y la tierra se viera destruída mientras un hombre estaba por el aire, en globo, ¿dónde vendría a caer?

Dentro de poco publicará "Pucky" una novela policial completa:

SEXTON BLAKE contra KESTREL

NO DEJE USTED DE LEERLA

LA VIDA EN BROMA

—·ooo·—

LLUVIA DE "ESTRELLAS"

POR CLEMENT VAUTEL

(Traducción del francés)

El deseo de llegar a ser una notabilidad cinematográfica que anima a miles de jóvenes entusiastas parece acrecentarse y no menguar con el tiempo así que el cuadro trazado a continuación, si no es enteramente verídico por que resulta caricaturesco. Se aproxima un poco más a la verdad cada día que pasa.

EL EMPRESARIO

Creo que he hecho bien al poner un aviso pidiendo una "estrella" para interpretar la película "El beso sangriento"... Ha llegado un montón de cartas.

(Toma una al azar, abre y lee:)

"Señor Publicityman: Tomo la pluma para desirle que hestoy dispu esta a aser de estrella. Tengo treinta y cuatro haños, soy morena, alta y tengo los ojos negros. Haí ba mi rretrato que ise haser en el Jardín Sológico. Dígame si me asecta. Su cerbidora, — **Josefa Pérez.**"

—¡Pobre muchacha!... ¡Al canasto!

(Toma otra carta, escrita a máquina, y lee:)

"Señor: Una fuerza misteriosa me empuja a decirle que tengo el presentimiento de que soy yo la estrella que usted busca para representar "El beso sangriento". ¡Qué felicidad poder dejar la máquina de escribir, por la pantalla!... ¡Cómo se morirían de envidia mis compañeras!... Tengo veintitrés años, soy rubia, — sin oxigenar, — y con ojos azules. Todo el mundo dice que soy elegante. Avíseme el día del primer ensayo. Su afectísima, — **Rosaura A. Typet,** mecanógrafa del Banco X y Compañía".

—Es la quinta mecanógrafa que me escribe... ¿Qué relación habrá entre la mecanografía y el cinematógrafo?... ¡Al canasto!

(Tercera carta.)

"Señor: Es Dios, estoy segura, el que ha colocado bajo mis ojos el aviso aparecido ayer en "El Diario". La futura estrella no puede ser otra más que yo. Tengo cuarenta y cuatro años; pero no represento más que treinta y nueve y medio. Soy muy ilustrada, y sé patinar, tirar al blanco, montar a caballo, nadar y remar. Como eso es lo único que se requiere para ser actualmente una perfecta estrella, espero que me aceptará usted. Acompaño mi fotografía. Debo advertirle que he salido muy mal, y que no tengo ni la nariz torcida ni los ojos bizcos. Soy mucho mejor. Espera su afirmativa respuesta, su afectísima, — **Ester Doryan.**"

(El empresario se conmueve un poco ante tan candorosa ingenuidad; pero la carta lleva el mismo camino de las anteriores. Llaman a la puerta, y entra un chico, sofocado, sudando, con una canasta repleta de cartas de todos los colores y hechuras.)

EL EMPRESARIO

(Asustado). — ¿Más aún?...

EL CHICO

¡Ha venido un carro lleno!... Las están

bajando... Esta es la cuarta parte. Además, hay cincuenta mujeres en la escalera, y otras tantas en el vestíbulo.

EL EMPRESARIO

Diles que se vayan.

EL CHICO

No quieren irse.

(En este momento entran las futuras "estrellas" en la oficina.)

PRIMERA ASPIRANTE

¡Yo! ¡Yo!

SEGUNDA ASPIRANTE

¡No, no!... ¡Yo soy la más rubia!

TERCERA ASPIRANTE

¡Yo soy la más fotogénica!

(Las tres hablan a la vez, sin dejar que el empresario proteste.)

PRIMERA

Yo he representado el papel de muda en "La voz del ahorcado".

SEGUNDA

Yo soy huérfana. Sirvo para los papeles de niña abandonada, como Perla White.

TERCERA

Yo sé reírme de diez modos distintos.

EL EMPRESARIO

(Aturdido). — ¡Por favor, señoritas!

(Doce candidatas más se precipitan en el despacho, y juzgando que los hechos valen más que las palabras, empiezan a lucir sus habilidades. Una revela sus conocimientos de boxeo, dejando "knock-out" a varias rivales. Otra se cuelga de la lámpara y hace ejercicios acrobáticos. Otra, con aspecto de vampiresa, vuelca el tintero en la jarra del agua con gesto de envenenadora.)

EL EMPRESARIO

¡Socorrooo!... ¡Socorrooo!...

EL CHICO

(Acudiendo asustado.) — ¡Señor! ¡Señor!

EL EMPRESARIO

¿Qué pasa?

EL CHICO

Están llenas todas las piezas de la casa. Y en la calle hay tanta gente, que parece una manifestación.

(El empresario abre una ventana y se oye el rumor de una muchedumbre.)

EL EMPRESARIO

¡Qué horror! **(Gritando asomado a la ventana.)** ¡Señoritas, me es imposible recibirlas! ¡Escríbanme!

VOCES AIRADAS

¡No!... ¡No!... ¡Queremos que nos vea!... ¡Yo soy rubia!... ¡Yo soy la más linda!... ¡Yo tengo veinte años!... ¡Yo no quiero sueldo!...

EL EMPRESARIO

(Desgañitándose). — ¡Si no necesito más que una!... Ya elegiré.

VOCES RUGIENTES

¡A mí!... ¡A mí!... ¡No, no; a mí!...

(Las candidatas que han conseguido entrar en el despacho empiezan a tirar a las de abajo todo lo que encuentran a mano.)

LAS CANDIDATAS "DE ADENTRO"

¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Nosotras somos las elegidas!... ¡Fuera!...

VOCES DE LA MULTITUD

¡Al asalto! ¡Al asalto!

(Todas se precipitan por la escalera, e invaden la casa, entablándose una terrible lucha de "estrellas". El chico se mete debajo de un sofá.)

EL EMPRESARIO

¡Socorro! ¡Auxilio!

(Corre a esconderse en el cuatro de baño, perseguido por diez candidatas ultratenaces. Al cuarto de Lora se oye el galope de muchos caballos. Es un piquete del escuadrón de seguridad, que viene a salvar la situación y a arrancar al empresario de las garras fotogénicas de las pretendientes al papel de heroínas de "El beso sangriento".)

CLEMENT VAUTEL.

Lea dentro de poco la nueva novela policial que "Pucky" publicará íntegra y en la que figuran:

SEXTON BLAKE y TINKER contra KESTREL

UN SUCEDIDO QUE PARECE VERDAD

—ooo—

PARA UN VIVO, UNA VIVA

Por ARKADY AVERCHENKO

(Traducción del ruso)

Es uno de los mejores cuentos del tan famoso autor ruso el que se publica a continuación, y tiene, por muchos conceptos, la condición de parecer tomado del natural desde su primera línea hasta su interesante, aún cuando prevista, terminación.

EN un banco del jardín público, a la sombra de un corpulento tilo secular, estaba sentada una linda joven. Su belleza me sorprendió agradablemente, y me detuve.

Fingiendo una súbita y terrible fatiga, me acerqué, arrastrando los pies, como si me faltasen las fuerzas, al banco, y me senté a su lado.

Había decidido ponerme a hablar con ella de lo primero que se me ocurriese y hacerme amigo suyo.

Sus hermosos ojos, de largas pestañas, parecían absortos en la contemplación de las puntas de sus botitas.

Después de respirar a pleno pulmón, como si me dispusiera a tirarme de cabeza al mar, dije:

—¡No comprendo a esos mejicanos! ¿Por que andan siempre a la greña? ¿Por qué se pasan la vida derribando gobiernos, matando presidentes y sustituyéndolos con otros? ¿Por qué vierten sin cesar torrentes de sangre? No acierto a explicármelo. Yo creo que todo ciudadano tiene derecho a una vida tranquila. Es un derecho elemental, ¿verdad, señora?

Los hermosos ojos de largas pestañas miraron un instante a la senda frontera y se entregaron de nuevo al concienzudo estudio de las botitas de la joven.

Tras una breve pausa añadí:

—Casi todos los días se libran en Méjico sangrientas batallas. Yo creo que el pueblo no gana nada con eso. Es más, creo que pierde. ¿No es usted de mi opinión, señora?

Silencio.

—Esta mujer, — me dije, — es de piedra. No hay modo de hacerla salir de su mutismo.

Levanté los ojos al cielo y murmuré, soñadoramente:

—¿Dónde estará ahora mi abuelita? ¿Qué hará? ¿Se acordará de mí?

Silencio. Los labios de la joven parecían sellados.

Entonces inquirí.

—¿Le molesta a usted el humo?

La joven despegó, por fin, los adorables labios, de los que brotó, breve y seca, la sílaba:

—¡No!

—A mí tampoco me hubiera molestado el humo de un buen cigarro; pero se me ha olvidado comprarlo. ¡Qué memoria, Dios mío! Es para desesperarse... ¿Este árbol es un tilo?

—Sí.

Estaba visto: sólo contestaba a las preguntas no retóricas.

—Gracias. La botánica es mi pasión. También me gusta la zoología..., y la química..., y la obstetricia... La Ciencia es el sol que ilumina las tinieblas de la vida...

Mi interlocutora, — llamésmola así, — parecía dormida.

—Hace mucho tiempo, — proseguí, — que no recibo carta de Moscú, y estoy muy inquieto. No crea usted que hace una semana ni dos que no me escriben. ¡Hace tres meses!... ¿A qué lo achaca usted?

La joven debía de achacarlo a algo muy grave, porque no me contestó.

—Perdón, señora. ¿No es usted de Moscú? —le pregunté.

Volvió lentamente la cabeza hacia mí. Sus ojos lanzaban rayos.

—¡Oiga usted, caballero! Lo que me subleva no es la insolencia con que aborda usted a una mujer sola; desgraciadamente, eso es ya una costumbre casi consagrada por la tradición. Lo que me indigna es que se entregue usted tan de lleno a ese deporte, que olvide, en poco tiempo, los rasgos fisonómicos de las mujeres a quienes aborda. Esa mala memoria es imperdonable.

—Señora...

—Hará unos tres meses, caballero, yendo yo a su lado de usted en un tranvía, empezó usted a hablarme del próximo eclipse de luna...

—¡Oh, la astronomía es mi debilidad! Flammarión...

—Yo fuí tan tonta, que le contesté, y... me acompañó usted a casa. Y ahora, en su frívolo, en su desmemoriado, en su estúpido donjuanismo, me toma usted por una mujer desconocida...

—¡Cuán feliz soy, — exclamé, quitándome el sombrero, al cer que usted tampoco ha olvidado aquel memorable encuentro!

—¡Ah! Usted lo recordaba, ¿eh?

—¿Cómo no había de recordarlo? Su recuerdo quedó grabado para siempre en mi corazón. El fingir ahora que no la conocía a usted ha sido un ardid.

—¿Un ardid?

—Sí. He querido ver si se acordaba usted de mí... ¿Cómo ha podido usted pensar que la había olvidado? ¡Los momentos de felicidad, de dicha suprema, no se olvidan!... Entré en el coche, a pesar de mi costumbre inveterada de viajar en la plataforma, atraído por su belleza de usted. Iba usted a la izquierda...

—No, señor; a la derecha.

—A la derecha de la plataforma anterior; pero a la izquierda de la posterior. Llevaba usted sombrero, ¿verdad?

—Creo que sí.

—¡Vaya que lo llevaba usted! Lo recuerdo muy bien. También recuerdo que un viajero le dió al cobrador un billete de cinco rublos para pagar el del tranvía, y el cobrador le devolvió, en monedas chicas y grandes, los cinco rublos, menos algunos copecks.

—¡Qué observador es usted!

—Recuerdo también que salimos por la portezuela anterior.

Mis recuerdos se agotaron. Callé.

La joven se levantó y me dijo:

—Si la tontería es un don del cielo, hay que convenir en que los dioses se han mostrado muy generosos con usted.

—¡Es usted muy amable!

—No le conozco a usted. No le he visto en mi vida. Lo del tranvía y lo del eclipse de luna han sido un ardid.

—Un ardid, ¿para qué?

—Para convencerme de que las mujeres a quienes usted aborda y a veces conquista, porque algunas conquistará usted, no dejan rastro alguno en su corazón ni en su memoria. Para convencerme de que es usted un ridículo don Juan callejero. ¡Adiós, señor mejicano! Siga usted entregado a sus meditaciones sobre los destinos de Méjico. ¡Y que su tontería le sea leve!

* * * * *

La joven se fué.

Yo permanecí un rato sentado; luego me levanté y me encaminé a la salida del jardín. Pero a los veinte o treinta pasos vi sentada en un banco, debajo de otro tilo, a una joven con sombrero negro.

Fingiendo de nuevo un gran cansancio, tomé asiento, o, por mejor decir, casi me desplomé junto a ella. Y hablé de esta manera:

—Hay gentes que no creen en las ciencias ocultas. En mi sentir, tienen razón. Usted me dirá que es innegable la existencia en la Naturaleza de fuerzas misteriosas; pero yo me permitiré objetarle...

ARKADY AVERCHENKO.

No era para tanto

Era yanqui. Iba en tren en Inglaterra y el traqueteo le impacientaba.

Pasó el guarda, y el yanqui le dijo:

—Esto va muy despacio.

—¿Despacio? — dijo el guarda. — Si quiere ir más ligero, bájese y siga a pie.

—¡Oh! — repuso el yanqui. — ¡No es para tanto! No tengo apuro.

* * * *

Por que pagó Jones

Tres amigos habían pasado la noche en el club jugando y bebiendo, y antes de separarse juraron que aquel de los tres que no hiciera lo primero que le mandara su esposa al entrar en su casa, tendría que pagar una cena opípara para los tres.

El primer amigo, Smith, tratando de encontrar los fósforos, al entrar en su cuarto, le pisó la cola al gato.

—Muy bien, — le gritó su mujer, — ahora sólo falta que me mates al gato.

—Bueno, — pensó Smith, — tengo que hacerlo o pagar.

Y mató al pobre minino.

El segundo, Brown, tropezó en la oscuridad con el piano.

—Eso es, — exclamó la mujer, — rompe el piano.

Y Brown, en seguida, rompió el piano.

Cuando Jones, que era el tercero, llegó a su casa, tropezó en el último escalón de la escalera. La mujer, que le esperaba le dijo:

—¡Sigue, cáete hasta abajo y rómpete el alma!

—¡No! Eso no, — contestó Jones. — ¡Prefiero pagar la cena!

Por eso la pagó Jones.

UN CASO CURIOSO

YO LO HUBIERA SIDO

POR MAURICIO JOKAI

Es este un caso que interesa en el primer momento y no deja de interesar hasta su última línea, haciendo que el lecotr pase un agradable rato y hasta sonría una que otra vez durante el desarrollo de los sucesos que forman la trama del relato.

UN día se presentó en mi casa un hombre hirsuto (yo recibo muchas gentes hirsutas). No se había lavado, ni peinado, ni cepillado. Sus maneras hiciéronme comprender inmediatamente que tenía ya descubiertas todas las verdades que encierran en el vino.

—Usted no me conoce, ¿verdad?

—Efectivamente... no tengo el honor...

—¡Vamos! ¡Míreme un poco!

—¡Ah, sí!... No le he reconocido por culpa de esos cabellos largos.

—Sin embargo, me los corté ayer tarde. (Dios mío, ¿qué longitud alcanzarían anteayer?)

—Le conozco a usted, vaya si le conozco... Es usted el señor... el señor... Guillermo, ¿verdad?

—Sí, eso es... Alejandro.

—Cierto. Alejandro Gal.

—No. Alejandro Schirting.

—Ah, ya recuerdo... de Debreczen...

—No, de Miskolcz.

—Ahora caigo. Fuimos compañeros de colegio.

—No tanto, pero yo viví en la casa que levantaron sobre el solar en que estuvo la de usted. ¿Se acuerda ahora?

—¡Dios mío, si de eso hace un siglo! Yo no conozco de aquel tiempo otro recuerdo que el disgusto que me causaba la papilla de harina; isn embargo, entonces no podía comer otra cosa, porque no tenía dientes.

—Yo me acuerdo de entonces; yo fuí quien le enseñó el arte del columpio.

—Tan bien me lo enseñó usted que todavía lo ignoro.

—Y para que vea, ha faltado muy poco para que yo no sea usted y usted fuese yo.

—Ignoro quién habrá perdido en el cambio.

—Le ruego que no bromee de ese modo. Yo no soy más que un pobre escriba; me colocan ante los ojos un papel escrito y tengo que copiarlo en otro papel.

—Lo mío es todavía peor; tengo que copiar las cosas sobre el papel, pero sin que me pongan ante los ojos papel escrito alguno.

—Sí, pero mi trabajo a veces no me vale más que injurias.

—Y a mí, con frecuencia, hasta me persiguen con amenazas.

—Sí, pero usted tiene más dinero que yo.

—Si usted quiere, cambiaremos nuestras deudas.

—¡Diablo! Pero su cabeza tiene más valor que la mía.

—Cá, no lo crea usted; mire: mis cabellos se han caído y usted tiene todavía los suyos.

—Sí, pero ¿y lo que hay dentro de la cabeza?

—No lo crea. Por ejemplo, me faltan ya ocho dientes. El año pasado, como regalo de Pascuas, me arrancaron tres a la vez, uno malo y dos buenos...

—Basta de bromas, yo hablo seriamente, usted debiera ser yo y yo debiera ser usted.

—¿Cómo ha sido que la suerte ha trocado nuestras cédulas personales?

—¡Oh, señor, se trata de una interesante historia! Cuando se la cuente a usted comprenderá que tengo razón. Yo tuve una madre...

—¿De veras?

—Sí, tuve una... Fué en su tiempo una muchacha muy linda. Por entonces yo no la conocía.

—¡Asombroso!

—Entonces, de esto hace mucho tiempo, su padre de usted pidió a mi madre en matrimonio, o es decir, a la madre que todavía no era mi madre, pues estaba soltera.

—Nada de eso lo veo claro, porque todo eso son referencias que a usted le han dado.

—Perdón, de todo ello estoy muy seguro. Si ella hubiera tenido sentido de la conveniencia, le habría aceptado. Pero la pobre era una criatura bastante ligera... y con su ligereza me hizo este perjuicio.

—Me parece que no está usted en lo cierto.

—Usted, señor, habla con demasiada facilidad. Su padre de usted llegó a ser "szolgabiró", o sea gobernador de un distrito, y cuando pidió a mi madre no era todavía más que un abogadillo. Después pretendió a mi madre un ingeniero, uno de cuyos hijos está ahora empleado en los ferrocarriles de Debreczen con un sueldo de 2.000 florines. El otro es intendente en casa del príncipe de Coburgo y el tercero es capitán...

—Naturalmente, usted sería ahora uno de los tres.

—Sí... pero ella no se casó con el ingeniero... Luego pretendió su mano el señor Cserependy Pergo Boldizsar. ¿Conoce usted al señor Cserependy Pergo Boldizsar?

—No, pero conozco al señor Rákospalotay Hutivay Lándor...

—Usted no sabe que el señor Cserependy es uno de los hombres más ricos de Hungría. Posee 5.000 hectáreas junto al Tisza y para toda esa tierra no tiene más que un hijo.

—¿Cómo? ¿El solo labra esa tierra?

—No bromee usted. Ese joven tiene para él cuatro caballos. Cuando suelo encontrarle, pienso en que sería yo quien ocuparía su carroza, el que guiaría los cuatro caballos, el que daría órdenes... Sería yo al que saludaría todo el mundo y hablaría con bellas condesas. ¡Ah, mi madre me hizo un gran perjuicio! Calcule usted que eran ya prometidos, las invitaciones se habían enviado... faltaba solo un pelo para que yo fuese el heredero del señor Cserependy Pergo Boldizsar. Pero el día de la boda, una hora antes, huyó con un alemán maestro de música y se casó con él.

—¿Y después?

—¿Después?... ¿Puede ocurrir algo peor? Si ella se hubiese casado con el señor Cserependy, yo sería ahora el heredero de su dominio.

En cambio, sólo lo soy de un violín y de algunos cuadernos de música.

—Es verdaderamente original no estar contento con su padre.

—Sí, señor, lo estaría si yo hubiera podido escogerlo a mi gusto. Estimo a mi padre; fué un buen hombre, pero... ¿por qué no se casó con otra muchacha? Resulta una cosa terrible el que un hijo, que es el verdadero interesado, no tenga voto cuando se trata de escoger padre.

—Cierto. El barón Rotschild tendría tan gran cantidad de hijos, que no sabía el número.

—Sí, pero si al menos mi madre se hubiese casado con alguno de sus pretendientes de quien más dichoso pudiera uno sentirse hijo...

—Entonces, no está usted contento de su suerte.

—¿Cómo voy a estarlo? Tres veces por semana no como más que patatas. Quisiera ver lo que usted haría si se encontrase en mi lugar.

—Lo primero, me lavaría.

—Me he abandonado porque no tengo nada de qué estar contento. Detesto mis manos porque son torpes; detesto mi cabeza porque no puede aprender nada: detesto mis cabellos porque son rebeldes al cepillo... Envidio a todo el mundo, los trajes a los grandes señores, el talento a los sabios, la gloria a los poetas, su estatura a los buenos mozos, los brazos robustos a los obreros...

—Pero, — le dije, — ¿por qué viene usted a mi casa? No creo que se haya tomado por un hijo sustituído y quiera cambiar su posición con la mía.

—No, pero no teniendo a nadie en este gran Budapest a quien dirigirme, yo le pregunto a usted: si por un capricho de la fortuna se encontrase usted en mi puesto, ¿qué haría?

—Venga dentro de una semana y se lo diré.

Escribí a uno de mis amigos preguntándole si podría dar ocupación a un hombre joven e inteligente.

Al cabo de una semana, mi extraño tipo había podido encontrar un empleo.

No volví a verle en dos años: oí decir que había muerto. Pero el otro día entró en mi casa, ¡oh milagro! Venía cuidadosamente rizado y con guantes nuevos.

—¡Hombre! ¿Cómo tan elegante? — le pregunté.

—¡Ah! — me respondió con aire resuelto. — ¡Soy novio!... y de una muchacha encantadora, la hija de Kásznar, que me quiere mucho.

No sabría describir el tono con que me dijo "que me quiere mucho".

—Y ahora, ¿se cambiaría usted por el heredero del señor Cserependy Pergo Boldiszar?

—¡No! ¡Ahora no me cambiaba ni por el mismo emperador de la China!

MAURICIO JOKAI

Coleccione usted "PUCKY". Por nueve pesos anuales tendrá usted 52 números, equivalentes a 3536 páginas, casi todas de lectura. ¡Una biblioteca de 100 tomos no tiene más lectura que un año de este magazine!

PARA PASAR EL RATO

—ooo—

Donde las dan, las toman

POR CLAUDIO LEVEL

(Traducción del francés)

Un relato breve, ameno, agradable, digno de las páginas de este magazine y de sus lectores que saben apreciar lo bueno en cuestión de literatura de todas clases.

MISTER W. K. Chapferd, el multimillonario tan conocido por los que conocen a los multimillonarios, de paso en París entre la llegada y la salida de dos transatlánticos, escrutó los escaparates de la calle de la Paz con el propósito de llevar a su esposa un regalo de viaje digno de ella y de él, es decir, de sus millones.

En un escaparte brillante se destaca una perla gris, separada, en su estuche violeta, de las restantes joyas, a la manera de una gran señora distanciada de sus sirvientes.

Su aspecto real produjo efecto en míster W. K. Chapferd, quien entró, señaló y preguntó si el precio fijado era "concienzudo".

Ante la respuesta afirmativa del dueño, sacó su cuaderno de cheques, satisfizo el importe y guardó la perla empaquetada en el bolsillo, como usted y yo guardaríamos una caja de cerillas.

Inclinóse el vendedor, y cuando se hubo cerrado la puerta se frotó las manos.

Acababa de realizar un buen negocio, lo que se llama una "venta a la americana".

Míster W. K. Chapferd fuése encantado de la compra, hasta el día en que un joyero con quien trabó conocimiento en el barco estimó la perla en la mitad del precio que le costara.

Mas míster W. K. Chapferd, como muchos de sus compatriotas, hizo cuestión de honor el no ser burlado. Creo que ésta es una de las razones de que tantos habitantes de América sean multimillonarios.

Míster W. K. Chapferd consideró rápidamente que en esta ocasión era difícil el desquite. Sin embargo, dió tiempo al tiempo y no perdió toda esperanza...

* * * *

Dos años después, en una hermosa mañana de primavera, míster W. K. Chapferd entraba sonriente y afable en la tienda del joyero que le había vendido la perla gris.

¿Cómo se puede olvidar nadie de un cliente semejante?

Todo el mundo se precipitó a su encuentro.

Míster Chapferd dijo que su esposa había quedado tan encantada de la alhaja, que él quería ofrecerle otra perla análoga por la cual no repararía en el precio.

El joyero contestó que pondría de su parte cuanto le fuese posible para satisfacerle; pero añadió que sería cosa difícil encontrarla porque la perla vendida era de las más raras que se han expuesto en el mercado.

Míster W. K. Chapferd le estimuló a que se tomase el tiempo que quisiera para buscarla, pues él permanecería en París el que estimara preciso, y hasta ofreció al comerciante, como garantía contra todo riesgo, el compromiso escrito de satisfacer por la perla la suma que le pidiera, fuese la que fuese.

Durante dos meses, míster W. K. Chapferd pasó con toda regularidad una vez a la semana por el establecimiento de la calle de la Paz para enterarse de si las investigaciones habían tenido fortuna.

El joyero aseguraba que sus corresponsales corrían tras la perla gris por los dos continentes, mas hasta ahora sin ningún resultado.

Por fin una mañana su rostro radiante

anunció la buena nueva: la perla perseguida navegaba hacia Francia con todas las precauciones de rigor.

Peso, apariencia y forma correspondían con entera exactitud a las señas de la primera. Las diferencias podrían ser insignificantes.

Seguramente complacería a míster Chapfer, quien sin duda tendría en cuenta que el precio sería muy superior al de la adquirida dos años antes.

El joyero se la compró a otro por tres veces más.

Había necesitado pagarla en firme, y lo hizo así por conservar en el bolsillo el compromiso firmado de su cliente.

Convínose la entrevista para que míster W. K. Chapferd entrara lo antes posible en posesión de la perla. El americano fué puntual. Inmediatamente le presentaron la perla y él la examinó con detenimiento.

—Sí..., sí..., — exclamó. — Es curioso... Esta perla procede de Nueva York, ¿no es eso?

—Directamente, señor,—contestó el industrial. — La encontramos en poder de un negociante muy conocido allí, míster Clarington. He aquí la factura y su carta de envío. Puedo usted cerciorarse de que no obtenemos un beneficio muy excesivo en la comisión...

—No, no... — repuso míster W. K. Chapfer sacando un papel del bolsillo. — Desgraciadamente, durante mi ausencia, por satisfacer no sé qué capricho, mi mujer ha vendido la perla. Ella mismo me lo avisa, y como mi único deseo era que tuviese el par...

—Supongo, no obstante, que no rechazará usted ésta, — exclamó el joyero, pálido y temblroso. — Si no hubiera tenido la seguridad de venderla, no la hubiese comprado por ese precio.

—Lo lamento, — dijo míster Chapferd tomando el sombrero.

—Tengo el compromiso firmado en debida forma, — indicó el comerciante.

—Me comprometí, — replicó míster Chapferd, — a comprarle una perla semejante a la primera. Usted mismo me dictó los términos del convenio. Como mi mujer ha revendido su joya precisamente a míster Clarington en un precio muy razonable, el doble de lo que satisfice, y yo no me he obligado a readquirirla, resulta que esta perla no es semejante a la primera: ¡es la misma!...

CLAUDIO LEVEL.

Lea:
LOS CUATRO DETECTIVES
Aventura policial de Sexton Blake contra Kestrel, en el No. 157 de "Pucky."

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ 12.00 „

EL QUE DECIA LA VERDAD

La mamá: — ¡Ah, niño malo! ¡Ya has vuelto a andar en los tarros de dulce!
El pequeño Wáshington: — ¡Sí, mamá! No tengo cara para negárteto.

EL DIARIO

Av. de Mayo 662 - Bs. Aires

REGALA CADA JUEVES

INTERESANTES FIGURINES EN COLORES DE LOS MODELOS DE ULTIMA MODA.

REMITA EL CUPON A

EL DIARIO

y recibirá a vuelta de correo los figurines que le interesan.

Señor Administrador de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . F. C. . . . .

EDICION DIARIA APARECE A LA HORA 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
INTERIOR:
1 año, $ 28.-; 6 meses $ 14.50; 3 meses $ 7.50
CIUDAD: $ 2.— por mes.

Precios de suscripción a la edición de los jueves:
1 año, $ 6.-; 6 meses $ 2.50; 3 meses $ 1.50.

LA SEMANA PROXIMA: SEXTON BLAKE

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Setiembre 24
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 156

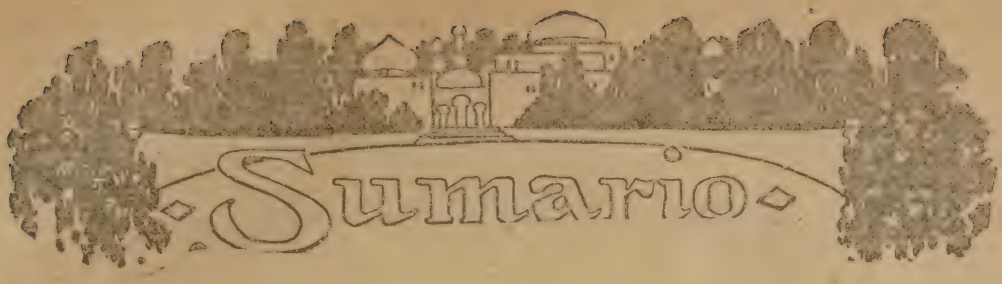
CORRESPONDE ESTA ESCENA AL ASUNTO POLICIAL

DORA

QUE SE PUBLICA COMPLETO EN ESTE NUMERO.

¿Se necesitaba alguna prueba?

El policeman: — ¡Ese sobretodo no es suyo!
El del sobretodo: — ¿Cómo lo sabe usted?



Dora

Muy interesante relato policial traducido del inglés para "Pucky".

El ranch de la Doble Herradura

Continuación de la famosa novela de "Tit-Bits" que se reimprime a pedido del público lector.

Los animalitos soldados

Gracioso juguete de movimiento. — En color

Una mujer precavida

Página cómica criticando cosas de hoy en día. — En color.

Las esperanzas de un arboricultor

Nota cómica de la vida de los suburbios. — En color

La cerradura

Un cuento muy original y que hace pasar un buen rato

El caballista Hans Weiland

Nuevo y divertido cuento de Erckman Chatrian.

Un remedio ineficaz

Página cómica.

La sorpresa del buzo

Juguete para armar, — que puede sacarse sin interrumpir la lectura del número. — En color.

Notas humorísticas

Una página para pasar el rato.

Los tirantes del señor Dunlop

Chascarrillo ilustrado. — En color.

Consulta interesante

Nota cómica ilustrada. — En color.

El Pirata Negro

La novela descriptiva de la soberbia película de ese título que se exhibe actualmente en los grandes cinematógrafos del Río de la Plata.

Mamá y Bebé

Vale la pena leer este cuentito, que es un portento de observación.

Una "interviú"

Uno de los más famosos cuentos del famoso Mark Twain.

Mosaico de cuentos

Varios relatos escritos por May y Max Viterbo, los famosos humoristas franceses.

Un momento después tropezó con un bulto que estaba en el suelo... ("Dora").

UN INTERESANTE RELATO POLICIAL

DORA

Por RICHARD CHARLES

(Traducción del inglés para "Pucky")

Dora es hermosa, jovial y agradable pero su espíritu es maligno y su astucia femenina insuperable.

CUANDO tropecé con ella por vez primera, no era más que una de las mucamas que atendían el comedor de uno de los restaurantes de Holborn. Dos semanas antes se me había desbaratado un plan de asalto en el Banco de Hounslow, así es que estaba muy juicioso, porque mi viejo amigo McGrath del Departamento de Policía de Londres, estaba muy interesado en el asunto y no me convenía ponerme en evidencia. Hay que advertir que cuando McGrath se interesa personalmente por algo, el pillo o estafador que se precia de inteligente cambia de vivienda y descansa por un tiempo.

Como dije, Dora era una mucama, y el hecho de servir a una y otra mesa, no era más que el principio de sus actividades. El local donde trabajaba era de lo más respetable, donde las damas de categoría superior en la clase media, concurrían a almorzar o tomar algo, toda vez que visitaban el centro de la ciudad para efectuar sus compras. Para profesionales del calibre de Dora, tales damas de la clase media, constituían un verdadero maná caído del cielo.

Gracias a una de esas damas, gruesa y lujosamente ataviada, procedente de Highgate, me puse en contacto con Dora, reconociendo su habilidad profesional. Dos o tres veces, la joven me había servido el almuerzo, y sólo nos habíamos concretado a hablar del tiempo, pero esa mañana extraordinaria, un golpe inesperado nos puso en comunicación y estrechamos la mayor intimidad.

La dama gruesa procedente de Highgate se había sentado dos mesas más allá de la mía, dándome la espalda, por cierto bastante voluminosa para cubrirlo todo. Noté que Dora se hallaba algo torpe, pues por lo general sus manos trabajaban con una limpieza y seguridad que llamaban la atención, pero ese día, todo lo hacía mal. Para empezar dejó caer un plato, y no bien sirvió la ensalada a la cliente corpulenta, arrastró con torpeza la bolsa de mano que se encontraba sobre la mesa, dejándola caer al suelo. En seguida fueron pocas sus palabras para disculparse, y se arrodilló para dar con ella. Diez minutos después, más o menos, la dueña de la bolsa rebuscaba en su interior el dinero necesario para satisfacer la cuenta del gasto efectuado. Vió entonces que no tenía cambio suficiente, y eso determinó nuestra amistad.

Si la vieja señora de Blankenstein, o de cualquier otro apellido retumbante, hubiese tenido cambio para pagar la cuenta, Dora y yo jamás hubiésemos entrado en relaciones, y no hubiésemos llegado a ser socios.

Al no encontrar cambio, abrió la cartera donde encerraba billetes de mayor valor. En ese momento, Dora estaba preparando mi adición, y en cuanto la firmó, se oyó una exclamación desesperada. Al instante, todas las personas del local se enteraron de que la pobre señora B... había perdido doce libras.

LEA USTED EN LA PAGINA 45 DE ESTE NUMERO

EL PIRATA NEGRO

LA NOVELA DE LA NOTABLE PELICULA QUE SE EXHIBE EN LOS GRANDES CINEMATOGRAFOS DE BUENOS AIRES

—¡Me las han robado! — gritaba enfurecida. — ¡Me han quitado el dinero! Tenía billetes por valor de trece libras, y ahora me encuentro con que me faltan doce. Usted, joven, usted me las ha robado. Estoy segurísima.

Mientras tanto, el administrador del local se había acercado, y todos estaban ansiosos por saber el resultado de lo ocurrido.

Entre todos, Dora parecía la más tranquila. Dobló la cuenta que me había preparado y me la entregó. Luego, con la mayor naturalidad, se dirigió al administrador con una expresión interrogativa en el semblante, donde no se retrataba más que la inocencia.

Tomé la cuenta que me había dado, y en el momento que la iba a desdoblar, cambié de idea y me la metí en el bolsillo conforme estaba, pues noté que encerraba algo raro. Dentro del bolsillo traté de desdoblarla, y sacando únicamente el papel, dejé lo demás adentro. Hice ademán de sumar con interés el detalle que se me había entregado.

* * * *

Mientras tanto, Dora, con la voz más dulce del mundo, decía:

—Perfectamente, si la señora lo desea, iré con ella al tocador para que me registre; prefiero que haga eso y que no recaiga la menor sospecha sobre mi honradez.

Ante aquel insistente pedido de la joven, el administrador se negó a registrarla, y manifestó a la encolerizada señora que posiblemente le habrían robado el dinero antes de entrar al restaurante. Con una cantidad de maldiciones contra los ladrones y contra la policía, la pobre señora se retiró del local con doce libras menos.

Yo permanecí donde me encontraba, con el ceño fruncido ante la cuenta, hasta que Dora se acercó a mi mesa.

—¿Está bien la adición? — me preguntó, más fría que un pepino.

—Bien, gracias, — respondí, agregando en voz baja: — ¿A qué horas se retira del local?

Dora apartaba cautelosamente las migajas del mantel, y en un descuido, murmuró:

—A las seis.

—Encuéntreme a las siete en Marble Arch. — Dije, agachándome para tomar el sombrero que se hallaba bajo la mesa. En cuanto me incorporé sacudió la cabeza, diciendo:

—Buenos días, señor, y muchas gracias.

No bien estuve en la calle, llamé un taxi y le dí la dirección de mi casa, en Jermyn Street. Una vez en el coche, metí la mano al bolsillo y saqué el envoltorio que Dora me había entregado conjuntamente con la adición. Ahí estaban, bien arrugados, dos billetes de cinco libras y dos de una. No hay nadie que se atreva a discutir la nitidez y delicadeza con que se había llevado a cabo el trabajito de Dora.

¡Y la mocita pretendía estar aturdida!

Unos minutos antes de lo convenido me hallaba en el lugar de la cita, y con un minuto de anticipación. Dora bajó de un automóvil y se dirigió a mi encuentro. Estaba perfectamente arreglada, con un trajecito sencillo, estilo sastre. Al estrechar su mano y fijar la mirada en su lindo rostro, pensé que tal vez había ido muy lejos, apresurando la entrevista para arrastrar al crimen a una muchacha de su porte y condición. Pero no bien recordé las doce libras que tenía en el bolsillo, todos mis escrúpulos se desvanecieron.

—Caminemos por el parque, — le dije. — Ya encontraremos un lugar donde podremos hablar sin ser oídos.

Sacudió la cabeza en señal afirmativa, y nos encaminamos hacia un banco apartado tras uno de los caminos. Tomamos asiento y yo saqué del bolsillo el paquetito de billetes y se lo entregué.

—Creo que ahora son de usted.

Los tomó con indiferencia y los colocó en su bolsa de mano, diciendo:

—Gracias. ¿Qué más se le ocurre, señor?

Me volví hacia ella, mirando fijamente sus ojos, al responderle:

—Soy un pillastre profesional y necesito un ayudante. Sólo he visto uno de sus pequeños trabajitos, y le ofrezco el empleo.

Dora extendió una de sus manos, en señal de mutuo acercamiento, y dijo:

—Estoy con usted. ¿Cuándo comenzaremos?

Mis juicios no habían sido erróneos.

* * * *

Lo primero que debía hacer era encontrar un alojamiento para Dora. Por fortuna, encontré uno apropiado en Jermyn Street, a tres minutos de donde yo residía. Dora lo puso en conocimiento del administrador del restaurante y dejó el empleo, instalándose en su nueva vivienda, quince días después de nuestra entrevista en Marble Arch, con el nombre de Dora Amblegate.

Por obra de la casualidad, casi fracasamos peligrosamente, al poner en práctica nuestro primer trabajo.

Yo tenía la obsesión y la mirada fijas sobre un pendiente de brilantes que pertenecía a la esposa de un rico comerciante, que había conseguido su fortuna y su título de caballero durante la guerra. La joya era de mal gusto, pero lucía unos cuantos brillantes valiosos, con uno en el centro de extraordinario valor.

Bobby Arundale, uno de mis amigos más útiles, me presentó al señor Grocer y a su esposa, cuando celebraban una fiesta en sus jardines, el verano anterior, y desde entonces no había escatimado esfuerzo alguno para continuar como amigo de la casa. El señor Grocer no es un mal sujeto, pero su mujer es demasiado exhibicionista. Si no hubiese sido así, me hubiese costado algunos meses el secreto de sus valiosas joyas, que fueron especificadas por dicha señora, la segunda vez que estuve con ella. Contaba con una cantidad regular de alhajas, pero el pendiente llamaba mi atención y me cegaba su costo. En una ocasión lo puso en mis manos para que lo observase, contándome que poseía un duplicado exacto, que

no valía nada, porque no convenía usar el verdadero más que en ocasiones solemnes.

Todo eso se lo comuniqué a Dora, mientras cenaba con ella, el día que se instaló en su nuevo domicilio; y ahí mismo trazamos el plan de campaña. Tenía la idea de que el ejemplar falso me ayudaría a obtener el pendiente verdadero. Este por lo general se guardaba en la caja de seguridad de la biblioteca del señor Grocer. Por más que yo había trabajado en muchas cajas de seguridad para obtener en diferentes ocasiones lo que deseaba, no era lo que más me seducía, y pensaba poder alcanzar la joya sin valerme de la caja. El pendiente falso estaba en el joyero del dormitorio de la señora, secreto que había descubierto por boca de la misma dueña. No había duda que la joya falsa era una imitación perfecta, pero cualquier perito en piedras preciosas hubiese notado que no era legítima; en cambio, cualquier profano la hubiese confundido. Yo tenía la seguridad de que si alcanzaba a tener las dos en mis manos podría muy bien cambiarlas, sin que se diesen cuenta. Para comodidad mía pensé que lo mejor sería colocar la verdadera en el joyero del dormitorio y la imitación en la caja de seguridad.

En resumen, lo primero que debía hacer era conseguir ambos pendientes.

No encontraba excusa alguna, para que me las mostrasen de nuevo. Tanto Dora como yo nos devanábamos los sesos para resolver el problema inicial, cuando de pronto se me ocurrió una idea.

—Dígame, Dora, ¿no tendría inconveniente en pasar como novia mía? — pregunté a la joven.

—Si es para cuestiones de negocio, no me importa, — replicó.

—Unicamente por negocio, — le manifesté. — Perfectamente, desde ahora nos consideramos novios. Mañana le compraré un anillo. Ahora la llevaré a su casa, porque ya es tiempo de que se acueste a dormir. Lo primero que hay que tener presente en este jueguito es: manténgase listo.

Al día siguiente salí presuroso y compré un anillo de lo más llamativo, que me costó diez libras. Se componía de una agrupación de brillantes, que si hubiesen sido de las minas de De Beers me hubieran costado por lo menos, cien libras. El esplendor de la joya tenía su rol en el ataque que me proponía llevar a cabo.

Una vez que le hube regalado el deslumbrante anillo a Dora, llamé por teléfono a al señora Grocer, y yo mismo me invité para cenar en su casa al día siguiente.

—Acabo de comprometerme para casarme, — le dije por teléfono. — Nataualmente que desearía que usted conociese a mi novia. ¿Podría llevarla una de estas noches a cenar con su familia?

—¡Oh, sí! — me respondió la señora. — Mañana mismo tráigala. ¡Qué pícaro! ¿Por qué no me lo dijo antes?

Dora pasó la mayor parte del tiempo comprando ropa para el nuevo papel que debía desempeñar. La tarde siguiente salimos juntos, para dar comienzo a nuestra primer aventura.

"¡Buenos días, señor, y muchas gracias!" — dijo ella. ("Dora").

Encontramos a los dueños de casa, esperándonos, y después de las presentaciones obligadas, nos dirigimos a la mesa. El señor Grocer estaba ausente y en viaje hacia el Norte, por cuestiones de negocio.

—Muy pocas veces está en casa, — dijo en tono de pena su esposa. — Ha emprendido el viaje para preparar la campaña a su favor y entrar así al Parlamento.

Como se ha de figurar, es preciso que viaje y se dé cuenta exacta de las cosas.

* * * *

Después de cenar nos retiramos a la salita contigua al comedor para tomar café. Dora desempeñó admirablemente su papel y estaba encantadora con su bonito traje de etiqueta. La señora de Grocer insistió en ver el anillo de compromiso, tal como yo me lo había figurado. Una vez que hubo alabado su hermosura pasó a elogiar sus joyas.

—El señor Kemp ya le habrá hablado de mi pendiente, así es que se lo voy a mostrar, querida. Voy a sacarlo de la caja de seguridad, pues es demasiado hermoso para describirlo únicamente con palabras.

—Haga el favor de mostrarle también la imitación, señora, — agregué yo. — Es una obra maestra, y apostaría a que Dora no sabría decir cuál es la legítima, una vez que las tenga separadas.

Durante unos cuantos minutos charlamos, y Dora, inclinada sobre la joya, exclamaba que jamás había visto nada semejante.

—¡Es una maravilla! — exclamaba entusiasmada Dora. — La imitación es perfecta. Yo no sé cómo usted se averigua para saber cuál es una y cuál es la otra.

—Pues bien, para decirle la verdad, no las distingo, sino por los estuches, — manifestó la infeliz mujer. — La legítima está en el estuche verde, y la falsa, en el negro. Estoy seguro que si usted las sacase de las cajas y las cambiase, yo no sabría en el primer momento.

Conversamos alegremente sobre alhajas durante algunos minutos, hasta que Dora se preparó para ensayar una de sus pruebas. Me entretenía en enseñarle el resorte del alfiler de corbata a la señora, cuando mi novia manifestó en voz baja que se sentía mal. A los pocos segundos se desplomó sobre el suelo. Con el rostro pálido y demacrado, gracias a los efectos de un polvo especial que se pasó por la cara cuando la señora miraba mi alfiler; parecía realmente enferma. Yo me lancé hacia ella, con muestras de la mayor agitación y levantándola en mis brazos la conduje a un sofá.

—¡Coñac, por favor! — exclamé. — Ligero, por favor. Es el corazón, estoy seguro. La señora Grocer obedeció al punto, corriendo hacia la biblioteca mientras yo restregaba afligido las manos de mi novia; pero tan pronto como la dueña de casa hubo desaparecido, dejé a Dora librada a su suerte y me apresuré a efectuár el cambio de joyas en los dos estuches. Cuando la señora, alarmada, llegó con la bandeja y las bebidas, el estuche verde contenía la joya falsa y el negro la verdadera.

* * * *

No hay necsidad de explicar cómo tan pronto Dora volvió en sí de su ataque simulado. No bien hubo descansado unos segundos, nos retiramos bastante satisfechos, porque si bien no nos habíamos apoderado del botín, por lo menos lo dejábamos preparado y en lugar al alcance de nuestras manos.

Unos cuantos días transcurrieron, sin que pudiésemos dar con el plan más seguro para que el pendiente pasase a nuestro poder. Naturalmente que el medio más sencillo sería el de asaltar la casa, pero no me agradaba, y por último dí con un plan que no podía fallar.

Me habían invitado a una fiesta que daban por la tarde en la casa de los Belmont, a quien yo conocía bastante bien, y mi amistad con Jimmy Belmont me valió para conseguir unas invitaciones para el señor y la señora Grocer. Como los Belmont ocupaban dos gradas más en la escala social donde figuraban los de Grocer, estos aceptaron gustosos la invitación. El día antes de la fiesta invité a Dora y a la señora Grocer a tomar té en mi departamento y durante la visita mencioné las perlas hermosísimas que poseía la señora Belmont. Mi táctica obtuvo el resultado apetecido, pues al instante la de Grocer, indignada, replicó:

—¡Uf! ¿Perlas decía? Le garanto que no tiene nada semejante a mi pendiente. Me parece que lo voy a lucir mañana para demostrarle yue Grocer, es capaz de adquirir eso y mucho más.

Muy buena idea, señora, — contesté encantado. — Pero si yo fuese usted, no me pondría la joya legítima. Después de todo no es más que un "diner party" y no debe haber mucha gente.

Tanto le dije que al fin la convencí de que sería una tontería llevar el pendiente verdadero, cuando eso bastaba para que apreciaran el valor de sus alhajas.

Después de todo, la señora Grocer apareció en la fiesta de los Belmont luciendo el pendiente legítimo, avaluado en novecientas libras, cuando en realidad creía que llevaba la imitación auténtica.

Hasta entonces, las cosas habían marchado admirablemente, pero aun nos restaba algo desagradable.

Mientras los caballeros se hallaban reunidos en la biblioteca, discutiendo el sabor de un exquisito licor, Bobby Arundale me entretenía con un cuento acerca de una muchacha que había conocido en lo de Goodwood. En eso estábamos cuando el viejo Belmont se acercó y tomándome del brazo me dijo: — Quiero presentarle a un amigo que ha llegado de Africa. Y así diciendo cruzó el salón hacia un hombrecito delgado, quemado e insignificante como una rata, que estaba sorbiendo una copa de licor.

—Marchant, — comenzó diciendo Belmont, — este es el señor Kempt, que ha pasados unos año sen Africa. Estoy seguro que ustedes dos tendrán muchos cuentos y mentiras que relatar a propósito de su viaje al continente africano. Marchant es un perito en piedras preciosas de las minas de De Beers.

Quedé estupefacto ante la presentación, pues podrían desbaratarse nuestros planes, desde que pretendíamos hacer pasar los diamantes legítimos por falsos, nada menos que frente a un perito en la materia. No pude menos que manifestar el placer que experimentaba en trabar relación con Marchant, por más que estaba descorazonado. Felizmente en ese momento el gong anunció la cena y me apresuré a salir en busca de las damas, rogando al cielo que el tal Marchant no prestase atención al pendiente que lecía la señora Grocer.

La señora Belmont me entregó a una de sus sobrinas, mientras Marchant tomaba del brazo a Dora.

—Debemos tratar de que los novios se encuentren separados, — dijo la dueña de casa sonriendo. — Pues en caso contrario, nadie podría hablar con ellos.

Una vez en la mesa, quedé horrorizado

Una de las cortinas de la ventana estaba colgando desprendida de un lado. ("Dora").

al ver que la señora Grocer estaba precisamente sentada frente a Marchant, desde donde no podía menos que admirar las endemoniadas piedras deslumbrantes. Tal vez no dijera una palabra, si nadie se lo preguntaba, pero a la menor insinuación de la señora, no podría evitar emitir un juicio al respecto. Lo único que me conformaba era que, en la creencia de que llevaba el pendiente falso, no se atrevería a decir nada.

Aunque durante la cena se habló de piedras preciosas, la de Grocer ni siquiera se atrevió a mencionar la palabra brillantes, ante la seguridad de que las suyas eran falsas. Cuando me levnté de la mesa, creía que el peligro había pasado; pero estaba en un error, desgraciadamente.

Me encaminaba hacia donde estaba Marchant para sentarme a su lado y entretenerlo así con mi conversación, cuando se presentó el señor Grocer para reunirse sin duda con nosotros.

—Estaba pensando si usted no habría notado el pendiente que mi señora luce esta noche, — comenzó diciendo, para en seguida volver el rostro hacia mí y guiñarme un ojo significativamente, aumentando así mis temores.

—Como no, señor, — replicó Marchant.. — Lo noté al momento de sentarme a la mesa y debo confesarle que es una joya magnífica.

—Tiene razón, amigo, es algo precioso, agregó el viejo Grocer. — Pensé que luego podría mirarla más de cerca. Me gustaría conocer su opinión.

—Nada más encantador, siempre que la señora Banks no se oponga a ello.

—No se preocupe por eso, — replicó Grocer, — pues la señora no se lo impedirá.

En esa forma, quedó arreglada la desastrosa inspección. Al cruzar el salón, para acercarnos a las damas, el viejo me tomó de la solapa, diciéndome:

—Ahora vamos a someter la joya falsa a una prueba.

—Apostaría a que engañará a ese tipo.

Yo no hice más que sacudir la cabeza.

Una vez en la sala, Grocer no perdió tiempo y se apresuró a conducir a Marchant hasta donde se hallaba su señora.

—Querida, el señor Marchant desea inspeccionar el pendiente, — dijo a su esposa. De donde yo me encontraba, oía y veía perfectamente; y una vez más observé que el tonto volvía a guiñar el ojo, creyendo que engañaría al perito.

La señora tomó el pendiente y lo retiró de la cadena, entregándoselo a Marchant, quien lo acercó a la luz para examinarlo detenidamente y luego volvió a manos de su dueña.

—Es precioso, — manifestó Marchant. — El brillante del centro no puede ser más puro y el conjunto está perfectamente engarzado.

Yo no hacía más que esperar el golpe fatal, cuando observé que Dora estaba de pie junto a la chimenea, como una estatuta de mármol.

—De manera que a usted le agradaría poseerlo - agregó el viejo Grocer riendo de buena gana y haciendo muecas con su cara redonda.

En eso, me adelanté y logré conducir a Dora a un rincón de la sala.

—¿Le ha echado el visto bueno?

—Entre un cuarto de hora, me parece, — respondió la joven al oir mi pregunta. Miré a la señora Grocer, quien parecía divertida con lo ocurrido. Conforme a nuestros planes, Dora debía poner el azúcar en la taza de nuestra víctima. Para una muchacha viva y audaz como Dora, nada más fácil que deslizar una droga en el café sin ser vista, con el sólo objeto de que provocase un fuerte dolor de cabeza.

* * * *

Tal como lo esperábamos, la pobre mujer comenzó a sentirme mal y Dora se apresuró a sentarse a su lado.

—Creo que lo mejor sería retirarnos a casa, — manifestó la joven.

—Ya me voy, porque mi cabeza parece que va a estallar, — respondió la señora.

—¡Oh, pobrecita, cómo debe sufrir! — exclamó Dora. — Permítame que la acompañe hasta su casa, porque no estaré tranquila hasta no verla en la cama.

—Con mucho gusto, — respondió la tonta. — Les dije a las mucamas que no me esperaran, sin saber que me sentiría tan enferma.

Diez minutos después nos encontrábamos en el automóvil de la señora Banks, conocida por Grocer, y nos dirigimos a su casa. No bien llegamos, Dora se encargó de hacer subir a la señora al piso alto para ponerla en la cama, mientras su esposo en mi compañía se entretenía en fumar unos cigarros en la biblioteca. Nos arreglamos de modo que yo esperaría a Dora para llevarla hasta su casa. Dora debía apoderarse del pendiente, como recompensa a los cuidados prodigados a la enferma y yo me lo llevaría a mi departamento.

El viejo estaba muy divertido al pensar en la decepción que se llevaría el perito en brillantes al saber que no eran verdaderos los de su señora y no podía sacarle la idea de la cabeza.

—¡Qué cosa más extraordinaria! — exclamaba. — Realmente extraordinaria, pues nunca creí que se pudiesen hacer unas imitaciones tan perfectas. Mi esposa confunde los pendientes, pero yo los conozco muy bien No porque sepa mucho acerca de brillantes, pero el pendiente legítimo, tiene una marquita casi invisible, que el falso no posee. Está colocada en la parte de atrás en forma de abolladura sobre el oro. Se la voy a mostrar.

Al decir eso, el viejo se encaminó hacia la caja de seguridad y procedió a abrirla en seguida. Me sentí realmente impelido a cometer una locura. Sentía que mi frente transpiraba y me atormentaba la idea de llevar a cabo un asalto. Pensé que lo mejor sería dar un golpe con la silla al buen señor, cuando en ese preciso momento, oí un ligero ruido y miré hacia la izquierda, de donde provenían unos pasos.

En la misma puerta con un dedo sobre los labios, estaba Dora. Permaneció sin movimiento por un segundo y luego cerró la puerta con la misma cautela que la había abierto, saliendo de la biblioteca.

El señor Grocer estiró sus corpulentas piernas y acercándose a mi lado, me mostró el estuche verde.

—Sólo tiene una marquieta insignificante. — comenzó diciendo.

En eso se oyeron pasos y la puerta se abrió de golpe.

—¡Oh, Señor! ¡Ay, Harry! Pronto, pronto hay un hombre que trata de subir por la ventana, — exclamaba Dora, casi sin aliento, con el terror pintado en su semblante. Sin escucharla más, salimos corriendo por las escaleras, aunque antes, el viejo tuvo tiempo suficiente para armarse con una de las tenazas de la chimenea y meterse el estuche verde en el bolsillo.

La ventana estaba abierta de par en par y nos enderezamos a ella asomándonos con esfuerzo para mirar a uno y otro lado y descubrir al ladrón imaginado por Dora. El viejo Grocer se hallaba en el medio, entre Dora y yo. En cuanto el dueño de casa se asomó con interés fuera de la ventana, sentí un ligero golpe en el brazo y al mirar hacia abajo descubrí las luces de los brillantes junto a mi mano. Dora me estaba pasando el pendiente legítimo. Yo eché un vistazo al bolsillo del viejo y vi que se asomaba el estuche verde. En un cerrar y abrir de ojos, lo tomé y mientras Dora pretendía dscubrir al ladrón, hablando con Grocer, yo colocaba el pendiente verdadero en el estuche, pasando el falso a mi bolsillo, para después devolver el estuche al viejo Grocer.

Por último, confesamos que Dora debía haber sido víctima de alguna alucinación, por más que ella persistía en que había visto un hombre junto a la ventana, contra la hiedra, mientras bajaba para la biblioteca.

En la confianza de que se había equivocado la joven, el señor Grocer regresó a la biblioteca volviendo a tratar el mismo tema de la marquita que encerraba el penciente legítimo. Acababa de dar las explicaciones del caso y se disponía a cerrar el estuche, cuando Dora tambaleó y se sostuvo contra una silla para no caer.

—¡Santo cielos, querida! ¿Qué pasa? — exclamé.

—Me siento desfallecer, — murmuró entre dientes, dejándose caer sobre la silla.

—Anímese, no se asuste, un poco de coñag le hará bien, — decía el pobre señor Grocer.

—No, muchas gracias, no quiero coñag. Preferiría una copita de oporto. Mientras tanto Harry me podría alwcanzar mi bolsita de sales, que está en mi cartera. Me parece que la dejé en la sala.

Nos apresuramos a obedecer y desaparicimos de la biblioteca. Ocupado en buscar la cartera, me detuve un momento, cuando de repente oí el ruido característico de unos cristales que se rompían y un grito, que provenía de la biblioteca. Salí corriendo con el pobre viejo tras mío. Una de las grandes ventanas opuestas a la puerta estaba abierta de par en par; la silla donde Dora había estado sentada se había volcado contra el respaldo, sobre el suelo y las cortinas de la ventana estaban descorridas hacia un lado, como si alguno las subiese tirado con fuerza. Dora no se veía por ninguna parte.

—¡Dios mío! — exclamé. — ¡Me la han robado!

Salté por la ventana y corrí por entre los rosales. Al instante tuve a Grocer a mi lado, casi sin aliento, bufando como un animal.

—Por el camino de los coches, — refunfuñó. — Estoy seguro que deben haber escapado por ahí, porque es el camino más corto.

Allí nos encaminamos hasta los portones, sin dar señal alguna sobre la misteriosa desaparición de Dora.

—Usted busque por aquel lado, — le dije. — Yo por este otro. Es imposible que anden muy lejos, sobre todo si llevan a cuestas a Dora.

Nos separamos y de vez en cuando me detenía para descubrir por el oido el paradero de Dora, rebuscándola por entre los arbustos y árboles. De pronto oí un grito hacia mi izquierda. Corrí al instante y ví que el viejo Grocer se arrodillaba junto a Dora.

presentaba un espectáculo realmente digno de ser admirado. Tenía el traje deshecho y sucio con el lodo de los caminos, le faltaba un zapato y los cabellos en desorden le daban un aspecto aun más hermoso. A la luz de un fósforo, descubrimos un moretón sonrosado sobre una de sus mejillas. La llevamos en brazos a la casa, dejándola sobre un sofá en la biblioteca. Parecía sin sentido y completamente atemorizada. Insistimos para que tomase un poco de coñac y Groces se retiró para alcanzarlo. No habría alcanzado a servirlo, cuando Dora se incorporó espantada, gritando:

—¡Miren la caja de seguridad!

Nos volvimos hacia la caja y con sorpresa descubrimos que había sido forzada.

Veíanse todos los papeles en desorden dentro y fuera de la caja. Grocer cruzó la habitación como un toro enfurecido y se arrodilló frente a la caja. Rebuscó entre los papeles algo con interés, hasta que por fin exclamó:

—¡Se lo han llevado! No sólo el pendiente, sino un paquete de billetes de Banco. $Qué bestias! ¡Malditos animales!

—Ya me lo imaginaba — dijo Dora. — Había dos hombres. En cuanto ustedes salieron, apartaron la cortina y se lanzaron contra mí. Deben haber estado escondidos allí mientras mirábamos el pendiente. Hicieron una especie de bulto conmigo y me echaron por la ventana para luego abandonarme en el camino. Uno de ellos esperó hasta verlos llegar a ustedes.

—Debe haber sido así, — dijo Grocer desesperado. — Pero les aseguro que los he de atrapar, cueste lo que cueste.

Se encaminó al teléfono y llamó en seguida a la policía.

Yo me entretuve en servir una copa de cognac con soda para calmar a Dora.

Sorbió la bebida y pareció recuperar sus colores y buen humor al instante.

Transcurridos diez minutos, a lo sumo, y apareció el inspector de policía.

Dora le repitió la historia que nos había narrado y luego nos tocó el turno a nosotros que lo hicimos de la misma manera. El inspector salió al jardín. Una vez efectuadas las averiguaciones del caso, prometió echar el guante a los bandidos antes del amanecer.

Dora manifestó entonces que deseaba retirarse a su casa, para acostarse, porque se sentía muy mal. Creí que Grocer le ofrecería una cama en su casa, pero no pareció dispuesto a que nos quedásemos a pasar la noche. El viejo parecía haberse olvidado por completo de nuestros sufrimientos y sólo pensaba en sus valiosas pérdidas. Partimos juntos. Cuando me ponía el sobretodo, me acordé del pendiente falso que había colocado en el bolsillo cuando mirábamos por la ventana. Con la idea de que Dora se lo llevase al dormitorio de la señora, porque de nada nos serviría, me llevé la mano al bolsillo y con gran sorpresa descubrí que la joya no estaba ahí.

Pensé entonces que se me habría caído cuando corría por el jardín. En cuanto Grocer se diese cuenta, pensaría que los ladrones se habían llevado los dos pendientes, así que no me afecté mucho por la pérdida.

Una vez fuera de la casa, llamamos un automóvil. Habíamos caminado por lo menos cinco minutos en silencio. Me sentía muy triste para poder conversar, pensando que en mis narices se había perdido la joya que debía pertenecerme. De pronto oí la voz de Dora que decía:

—¡Ay, esto me molesta demasiado!

—¿Qué cosa? ¿Está herida? — pregunté con ansiedad.

—No, herida no estoy, — manifestó con desdén. — Es el estuche; no se da cuenta usted que lo he tenido por lo menos una una hora entre la media.

—¿Qué? — pregunté casi con un salto sobre el asiento. — ¿De qué está hablando?

—Silencio, — exclamó, poniéndome uno de sus dedos sobre los labios. — No hable tan fuerte, ¿no vé que delante tenemos el conductor? Espere a que estemos en casa y entonces se lo mostraré.

A los pocos minutos estábamos en mi departamento. En cuanto cerré la puerta con llave, Dora me volvió la espalda y en seguida me entregó el estuche de cuero verde

—Ahí lo tiene, estaba deseando verme libre de él.

Lo abrí y con alegría descubrí que se hallaba el pendiente legítimo.

—¿Pero dónde? ¿Cómo? — exclamaba admirado. — ¡Ah, muchacha! Por favor tome asiento y cuénteme cómo se las arregló para hacer todo esto.

—Pues bien, no lo hubiese creído, — dijo echándose sobre el sofá. — ¿Acaso no estaba usted también en el jueguito? — Se ocultó el rostro con las manos y se echó a reir de buena gana. — Escuche: Para comenzar le diré que oí cuando el viejo Grocer le decía que le mostraría la marquita que tenía el pendiente legítimo. Ya se acordará la forma en que lo detuve para que no abriese el estuche, de modo que usted colocase el legítimo en la misma. Cuando estábamos asomados en la ventana, fué cuando se me ocurió recuperar de nuevo la joya.

Por esta razón insistía sobre la aparición de unos hombres. Luego cuando me desmayé en la biblioteca (lo que me dará una buena reputación como enferma del corazón) era para que ambos se retiraran de la habitación. En cuanto se fueron, abrí la ventana, corrí la cortina y coloqué todo en desorden. Entonces me escondí entre una de las cortinas y grité. Mientras tanto yo creía que usted sabía más o menos lo que yo estaba haciendo. En cuanto salieron por la ventana para buscarme, me posesioné de la joya y revolví todo lo que había en la caja de seguridad para dar un aspecto más realista a lo ocurrido.

—¿Qué ha hecho con los bonos y billetes? — le interrumpí.

—¡Ah! me había olvidado, — contestó, — pero me parece que son bastante importantes. Pensé que sería mejor sacar algo más tal como li hubiesen hecho unas ladrones. Como no lo podía esconder entre el vestido, los dejé bajo una piedra en el jardín.

LEA USTED
TIT-BITS
TODOS LOS MARTES

¿Le parece que tendrán mucho valor? — luego prosiguió:

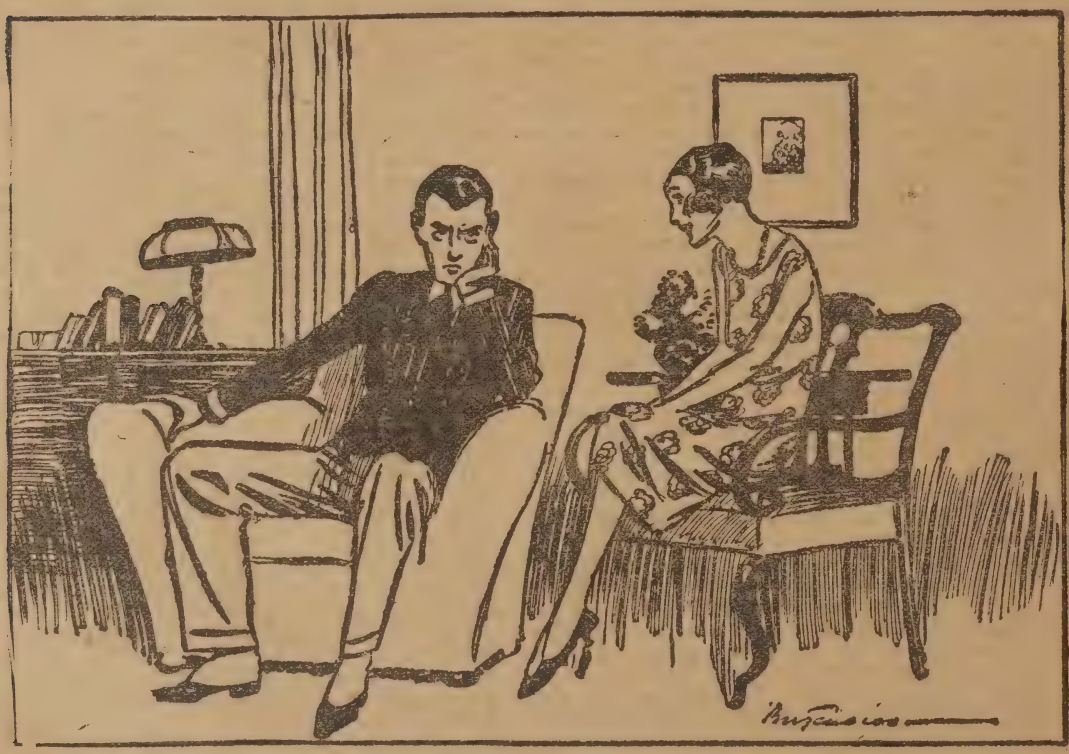
—Eso no importa porque bien podemos conseguirlos después con toda facilidad. Sé exactamente el lugar donde los he dejado. Para terminar con la historia, diré que los seguí por el jardín y en cuanto escondí los billetes y puse en desorden mis vestidos, elegí el lugar más cómodo y me eché al suelo, hasta que uno de ustedes diese conmigo. Creo que eso es todo... pero no... hay algo más. También anduve por su bolsillo. ¿No ha notado que le faltaba el pendiente falso?

—Cierto; pero creí que lo había perdido en el jardín, — respondí.

—Parece que usted es muy olvidadizo, pues mientras me daba cognac, se lo saqué del bolsillo. Cuando volví al dormitorio de la señora para tomar mi abrigo, se lo coloqué cuidadosamente en el estuche negro. Ahora me voy a la cama, — agregó sonriendo. — Mejor es que me acompañe, porque podría tener miedo que me robasen otra vez. Mientras tanto, hágame el favor de prestarme su pañuelo, para borrarme estas marcas y moretones, en caso de tropezar con el portero en la puerta de calle.

RICHARD CHARLE.

PADRE OPOSITOR



Ella: — ¿Cómo es posible que usted ya no esté comprometido con Rosalía? ¿Se interpuso el padre de ella entre ustedes dos?
El: — No; se puso detrás de mí.

OTRA NOVELA PEDIDA POR LOS LECTORES

NOVELA - DRAMA DE AVENTURAS POR

GORDON WALLACE

(TRADUCCION DEL INGLES)

(CONTINUACION. - COMENZÓ EN EL Nº. 152 DE "PUCKY")

—Bueno... Es decir... — tartamudeó el sheriff. — Por mi parte, creo que del dicho al hecho hay gran trecho, señor Hodge. Perro que ladra, no muerde. Después de gritar un rato se callarán problablemente...

—Usted debía ir ahora mismo a la calle y arrestar a ese joven loco que anda con la soga — dijo Hodge. — ¡Mírelo! ¡Fíjese en él, sheriff! ¡Está entusiasmando a la gente! Si no quiere que haya aquí un linchamiento y supongo que no lo querrá ¿eh?, lo mejor es que detenga a ese joven. Procediendo así todo se calmará probablemente y los demás se sentirán dispuestos a someterse a la ley.

—Pe... pero..., — comenzó a decir el sheriff que se hallaba muy nervioso.

—¿Quiere usted que ahorquen al juez Renton? — gritó Hodge, apoyando una mano en el hombro del corpulento sheriff.

—¡No! ¡Nadie puede decir que yo desee semejante cosa, abogado! — exclamó Dawson. — Sin embargo... Bueno... Yo le pregunto a usted...

Hodge tomó al obeso funcionario por el cuello y lo echó de la habitación. El sheriff no se resistió. El "attorney" lo empujó escaleras abajo y le hizo salir a la calle.

Steve y Billy siguieron tras Dawson y el abogado.

En la calle, la excitación era cada vez mayor. El joven dependiente de comercio tenía sin duda, grandes condiciones de agitador porque cada momento que pasaba era más numeroso el público que lo escuchaba y aplaudía.

¿Quién me acompaña? — rugía, mientras remolineaba la soga a lo alto, con toda la teatral habilidad de un consumado tirador de lazo.

El sheriff avanzó nerviosamente, con un revólver en cada mano. Había decidido hacer una tentativa en favor de la ley cuyo representante era en Big Horn.

—No le acompaña nadie, Hank, — dijo Dawson, — pero usted me va a acompañar a mí. ¡Levante las manos en seguida! ¿Eh?

El sheriff Dawson había tardado demasiado el revólver que tenía en la mano izquierda y apoyó ésta en el hombro de Hank. Entonces fué cuando se vió hasta qué puto había entusiasmado a la turba el dependiente de comercio.

El sheriff Danson había tardado demasiado en hacer sentir su autoridad y el "attorney" del distrito, lo mismo que Steve Emberton y Billy Steele lo comprendieron entonces.

—¿Pretende usted detenerme a mí? — preguntó Hank volviendo a mostrarse bejicoso. — Haga usted el favor de no meterse en esto, sheriff. Todos los habitantes de Big Horn están de mi parte esta noche.

—¡Venga usted conmigo! — ordenó el sheriff, con una indecisión que se mostraba claramente.

Hank se separó del sheriff y dos tipos mal encarados acudieron en su defensa. La gente se reunió en torno del sheriff y del hombre a quien quería hacer prisionero.

—¡Váyase a su casa, sheriff! — gritaron varios hombres. — ¡Esta noche es nuestra noche de gala!

Entonces fué cuando acometieron a Dawson. Le quitaron los revólvers. Uno, más atrevido que los demás, le arrancó la estrella de plata, distintivo de su cargo, que tenía prendida en el pecho y, en un impulso de jactancia se la prendió en el pecho de su propia camisa.

—¡Están desatados! — dijo el abogado.

Hodge era muy valiente. Avanzó unos pasos hasta que estuvo en el centro del grupo subversivo. Su recia voz se elevó sobre el clamor general. Pero aun cuando el "attorney" del distrito era muy estimado en

a ciudad en momentos normales, aquella noche no le tomaron en cuenta sus conciudadanos. Tres hombres le agarraron y le sacaron del grupo, enviándole a rodar hacia el sitio donde habían quedado Steve y Billy.

—¡No es posible admitir esto! — gritó Steve con el rostro rojo por la indignación, pues en el poco tiempo que había tratado con el joven abogado, Hodge, había simpatizado con él. — ¡Billy! ¡Venga conmigo! ¡Nosotros, como siempre, estamos y estaremos del lado del orden y de la ley!

UNA PERSECUCION Y LO QUE RESULTO

BILLY STEELE tomó a Steve del brazo y le hizo retroceder, porque ya metía en lo más entusiasta del grupo. Billy tenía el rostro encendido y le brillaban los ojos de un modo que dejaba comprender que el joven estaba excitadísimo.

—¡No se mueva, amigo! — dijo. — Si usted se mete entre ellos le tratarán lo mismo que a Dawson y al abogado. Creo que se me ha ocurrido un plan mucho mejor.

La promesa de que algo se iba a hacer, tranquilizó a Steve. El abogado, riendo amargamente se sacudía la ropa quitándose el polvo. Billy guió a los dos al entonces desierto hotel. Miraron luego por la puerta del otro lado de la galería y vieron en la calle a Dawson que protestaba hablando rápidamente, mientras le levaban a empujones hacia la casa de justicia, para encerrarle en su propia cárcel. El sheriff se resistía infructuosamente contra un grupo de hombres a los que, por su cargo, debía mantener en paz y en orden.

—Creo que el sheriff no me dará las gracias por hablerle obligado a cumplir con su deber, — dijo el abogado.

—¿No serán capaces de lynchar también a Dawson? — preguntó Steve intranquilo. — ¡Qué motín! ¡Y todo se ha producido porque Basnett no fué condenado aquí en Big Horn! ¿Pero dónde están los ciudadanos que ejercían voluntariamente de ayudantes de Dawson?

—Se han llamado a quietud, prudentemente, — dijo sonriendo el "attorney" del distrito. — Por nuestra parte, lo único que podemos hacer es...

Calló, haciendo una significativa mueca, y se quedó pensativo.

—¡Advertir al juez de lo que pasa, — dijo Billy. — Si es que aun no sabe que la población se ha levantado en masa contra él!

Hodge, el abogado sabía que la probabilidad de que el juez estuviera enterado de lo que pasaba en el centro de la población, era muy remota. El juez vivía en las afueras de Big Horn, del lado, por donde pasaba la línea férrea, y se había retirado a su domicilio en cuanto se terminó la audiencia. El juez Renton no tenía mucho trato con sus conciudadanos. Se hallaba en aquel momento con toda seguridad, cenando con su familia.

—Los muchachos se van ocupar primero de encerrar al sheriff en un lugar donde no pueda molestar durante un tiempo, — dijo Billy, — así que nos sobra tiempo para ir a casa del juez a avisarle.

—¿No matarán a Dawson? — volvió a preguntar Steve.

Pero el abogado se rió de modo que tranquilizó al joven.

—Están demasiado empeñados en apoderarse del juez para que se les ocurra lastimar al sheriff, — dijo. — Voy a ir con ustedes, muchachos.

—¿Saben? — dijo entonces Billy. — Tengo un plan mejor que el de avisarle solamente.

No quiso decir nada más, pero se metió de repente en la caballeriza municipal que, como todas las demás instituciones de Big Horn, en aquel momento, se hallaba desierta. Los empleados, carreros y caballerizos estaban en aquel instante, formando parte de la multitud sedienta de lynchar al juez Renton.

En la caballeriza, con rapidez extraordinaria, Billy echó los arreos sobre los dos caballos que sacó de los establos.

Mientras así procedía, el abogado y Steve se dieron cuenta de lo que deseaba hacer y se pusieron en actividad para ayudarle. En el patio de la caballeriza había varios vehículos, entre los cuales se veía un carro de cuatro ruedas con elásticos, de los llamados "democrat". El abogado tomó la lanza de este vehículo y colgó los balancines, que estaban en el pescante del carro, y también el palo del extremo. Hizo rodar al vehículo hasta mitad de la calle, y Billy Steele, después de haber reunido a los dos caballos los sacó fuera. Hábilmente hizo que uno de ellos pasara al otro lado de la lanza. El abogado y Steve engancharon a los dos cuadrúpedos. Todo fué cuestión de unos pocos segundos. Por fin, el carro estuvo pronto para ir a cualquier parte. Billy saltó al pescante y tomó las riendas.

La excitación del momento parecía haberse contagiado a los caballos que comúnmente lentos y dóciles, se mostraban briosos y movedizos. Rápidamente, a un grito de Billy, Steve y Hodge saltaron al coche. Casi antes de que estuvieran arriba, Steele dió a los caballos con las riendas y la yunta salió a toda carrera.

En dos minutos, en un estremecimiento de entusiasmo, — esto era precisamente lo que gustaba a Billy Steele; que no sentía afición a lynchamientos y cosas por el estilo, — el carro se paraba ante la vistosa casa del juez Renton.

—Saquen a ese caballero, pronto, muchachos, — dijo Billy. — Yo me quedo sosteniendo a estos animales que parecen enloquecidos de entusiasmo.

Steve y Hodge saltaron del carro y sin ceremonia ninguna, — el momento no era como para perder tiempo en tales cosas, — abrieron la puerta de la casa. Oyeron que alguien hablaba en una habitación situada a la izquierda. Sin ninguna ceremonia tampoco entraron en aquella habitación y encontraron a Renton, con su esposa y su dos hijos, sentados ante la mesa, cenando. Los dos estaban jadeantes y el juez, con los ojos brillantes de furor, se puso de pie, con el bocado en la boca.

—¿Qué significa esto? — preguntó en cuanto pudo.

—No hay tiempo para explicaciones, — dijo Hodge. — Sólo puedo decirle que su sen-

Los bandidos contra Diábolo. — Estaba Diábolo tratando de comer algunas hojas de la hierba seca de la pradera cuando sintió llegar a los tres hombres y levantó la cabeza dando resoplidos. Pero el lazo, arrojado de unos treinta pasos de distancia, le había sujetado el pescuezo. El hermoso caballo bramó y bramó de rabia, pero los hombres, sin que el lazo aflojara, se fueron acercando a él, poco a poco. ("El ranch de la Doble Herradura").

tencia en el caso de Basnett ha sido mal recibida por el pueblo. La gente supone que usted debió condenar a Basnett en lugar de enviarlo a un tribunal superior. La gente afirma que usted se vendió .

El rostro del juez se puso rojo y con un grito de furor, sacó el revólver y apuntó al "attorney" del distrito, que retrocedió un paso. Hubiera oprimido el gatillo sin pensarlo más, pero Steve Emberton dió un salto y tomó al juez por la muñeca de tal modo que le hizo soltar el arma.

—Hemos venido a salvarle, juez, — dijo. — ¡Oiga! Si pierde mucho tiempo llegarán y será tarde para escapar. ¡Oiga!

El rugir de la gente amotinada que se aproximaba, era más fuerte cada vez. Mirando por la ventana, hacia la vía férrea, Steve vió a todo el grupo, — cerca de sesenta hombres, que en aquel momento cruzaba la vía y no se hallaba ni a doscientas yardas de la casa.

Steve tomó al juez del brazo y de acercó a la ventana indicando lo que se veía. Renton lo vió y cambió por completo de actitud. Dejó caer los brazos desesperado y permitió que le sacaran fuera. Steve dirigió una mirada de conmiseración a la esposa y a los dos niños al salir de la habitación. En la calle, ayudó al juez a subir al carro.

—Creo que van atener que apurarse muchachos,—dijo Steele mirando al grupo que se acercaba y cuyo jeet, el joven empleado de comercio. estaba en primera línea.—¡Sujétense bien! — gritó a los que iban en el carro.

—¡Esto va a ser una persecución desesperada!

Algunos de los del grupo, iban a caballo aun cuando la mayor parte iba a pie. Los jinetes avanzaban a retaguardia.

En el momento en que Billy Steele, de pie en el pescante, castigó a los caballos con los extremos de las riendas, el joven que capitaneaba a la turba corrió hacia el carro gritando furiosamente. El lazo que el dependiente de comercio tenía en la mano describía círculos en el aire con maravillosa rapidez. Se oyeron varios estampidos de tiros de revólver y la turba avanzó vociferando más furiosa que antes.

El lazo del depediente de comercio silbó sobre la cabeza de uno de los caballos del vehículo. Unos pies más y hubiera enganchado el cuello del animal, con lo que se hubiera desvanecido toda esperanza de salvar al juez, dada la exaltación del populacho. Pero el fracaso de aquel tiro de lazo permitió que el carro partiera a la carrera, incitados los caballos por los gritos de Billy Steele, que los dirigía hacia el lado del Norte, hacia el camino que conducía al "ranch" de la Doble Herradura.

Los revoltosos que iban a pie se quedaron detrás y poco tardaron en hallarse lejos. Dispararon muchos tiros contra los fugitivos, pero el proyectil que llegó con mejor punterío no hizo más que astillar una tabla de la zaga del carro.

Fueron los jinetes los que ocasionaron la mayor molestia. No se trataba de gente de la ciudad. Eran cowboys de un "ranch" situado al Sud de Big Horn. Aquello constituía una persecución muy de su agrado, aún cuando ninguno de ellos tenía ni el menor motivo para hacer lo que hacía pues todos obedecían al entusiasmo general que se les había contagiado, y nada más.

Los cowboys tenían buenos caballos; pero los de la yunta del carro tampoco eran malos. Poco tardaron en diseñarse las condiciones de la carrera de unos contra otros.

Los gritones cowboys que corrían tras del carro, no lograron alcanzarlo por más que corrieron como desesperados durante más de cinco millas. Eran unos diez más que suficientes para dar interés a la persecución. Aún cuando gritaban y corrían con tanto empeño, procurando ganar la carrera, pronto comprendieron Steve y Hodge, que les miraban desde el carro, que lo hacían por puro amor al triunfo, pero sin ningún propósito homicida.

Por el rostro de Billy Steele corría abundante sudor; gritaba sin cesar castigando a los caballos, para que no amenguaran la rapidez de la marcha. Aún no había anochecido del todo y la carrera resultaba, por eso mismo, más excitante. También el hábil manejo del carro de Steele hacía que el carro siguiera sin perder ni una yarda de ventaja, y siguió así durante cinco millas más. Steve comprendió que el desenlace se debería a lo que la suerte dispusiera. En realidad, al mirar hacia atrás en una ocasión, hacia las indecisas siluetas de los perseguidoes, Steve vió que dos de los caballos tropezaron de repente y caían hacia adelante, desplomándose con estrépito y entre gran gritería. Sn aquel camino había numerosas cuevas de vizcachas y éstas constituyen un grave peligro, aún para los más avezados jinetes, durante la noche.

Pero la suerte les favorecía a ellos más que a sus perseguidores. Los caballos del carro seguían corriendo sin flaquear. Debían haber galopado cerca de diez millas y aún conservaban su ventaja, cuando al pasar por un bosquecito, se vieron de improviso ante un grupo de jinetes que se interpusieron en el camino. El carro tuvo que parar.

Uno de los jinetes lanzó un grito. Steve, muy excitado, contestó con otro semejante, agitando el sombrero.

—¡Es Jake Collison con los amigos del "ranch" de la Doble Herradura que van de regreso!. — gritó. — ¡Hola, amigos!

Billy tiró de las riendas con todas sus fuerzas. Steve estaba en lo cierto. Los hombres con quienes se habían encontrado eran Jaco Collison, el capataz del "ranch" de la Doble Herradura con los otros cuatro cowboys: Simpson, Hunter, Ellison y Bylawe.

Antes de que nadie pudiera contestar a las preguntas que se dirigían unos a otros, los perseguidores llegaron y rodearon el carro.

—¡Que nos entreguen a ese juez! — gritó un cowboy. — ¡Sáquenlo de ahí, compañeros! ¡No podemos consentir que nadie nos haga fracasar una diversión tan agradable como lynchar a un pillastre!

Varias manos brutales se apoderaron del juez Renton, que forcejeaba, y lo sacaron del carro. El hombre, a quien aquella desesperada carrera había anonadado, peleó y gritó de puro miedo. Pero le arrastraron y le hicieron sostenerse de pie entre ellos.

Steve vió que los del grupo revoltosos eran nueve. Contándose él mismo y sus acompañantes del carro, eran nueve también. Al parecer Billy había sacado la misma cuenta porque de pronto se acercó al hombre que tenía al juez por un hombro y le agarró por el pañuelo del cuello.

—¡Vengan, muchachos! — gritó. — Somos fuerzas iguales y no vamos a dejar que los del "ranch" del Círculo y la Cruz nos dominen en ninguna ocasión.

Al oir mencionar al "ranch" del Círculo y la Cruz, — el cual, según Steve lo recordaba, era un "ranch" rival y enemigo acérrimo del de la Doble Herradura, — fué suficiente para electrizar a los cowboys de éste. Jake Collison y sus amigos, se apearon. Un minuto después comenzó a producirse un entrevero tal, que a su lado la carrera desesperada de diez millas cruzando la pradera, parecía tan tranquila como una partida de damas, según lo dijo luego Billy Steele.

No se oyeron tiros. Se empleó el arma clásica con que la naturaleza ha dotado al hombre y sin más espectadores que sus propios caballos, se realizó una verdadera batalla campal en la que cada uno de los cowboys hizo todo cuanto le permitieron sus fuerzas y resistencia.

Las probabilidades de éxito estaban equilibradas. El juez Renton peleó también pero respiraba jadeante y no lograba dominar al joven cowboy que le había tocado como adversario. El abogado, — que había estudiado en la famosa universidad de Princeton, — peleaba por dos. Steve se halló ante un hombre grande y furioso que era todo brazos y piernas. Steve sabía bastante de boxeo pero el boxeo de poco servía en un caso así, ante la fuerza tan brutal. Trató de golpear a su adversario pero éste tomó en brazos a Steve y mientras le sujetaba por la cintura con un brazo, la otra mano se deslizó hacia el rostro del joven buscando el modo de apoyarle los dedos en los ojos.

Todos gritaban y gruñían a la vez, excepto Steve, que economizaba alientos para más adelante. Su adversario parecía empeñado en tocarle los ojos y en saltárselos con los dedos. Tenía, además, otros parecidos medios de pelear que no son admitidos en los círculos deportivos de los países civilizados, sea la que sea la opinión que tengan a su respecto los elementos del Lejano Oeste de Estados Unidos.

En un momento, mientras Steve había logrado ponerse encima de su enemigo, agarrándole fuertemente el cuello, el hombre encogió una pierna y le dió a Steve con la rodilla, un golpe formidable en mitad del estómago. Steve lanzó un suspiró y rodó, sin conocimiento, como si le hubieran muerto de un tiro. Pero el hombre parecía empeñado en dejar ciego a su adversario. Lo que hubiera hecho si le hubiesen dejado es fácil suponerlo; pero en una pelea entreverada como aquella debe esperarse siempre lo peor.

En ese instante Hodge, que había obligado al adversario que le había tocado en suerte, a sentarse al el suelo y escupiendo los pedazos de dientes, miró en torno por si había algo que hacer. Miró en el preciso momento en que el enemigo de Steve trataba de hundir los los pulgares en los ojos del joven. Un golpe de boxeo del abogado hizo que el hombrón se desplomara sin conocimiento y para un rato bastante largo.

Desde ese momento, la pelea siguió en forma favorable para los amigos de Steve. Cuatro enemigos estaban fuera de combate y hasta entonces los del "ranch' de la Doble Herradura poco habían sufrido. El causante de todo, — el juez Renton, — estaba sentado en el suelo, apoyado al tronco sofocado y tosiendo pero sin tomar otra parte activa en la pelea. Los demás habían dominado la situación. Cuando Steve abrió los ojos vió que Steele desmayaba de un golpe en la mandíbula al más terrible de los componentes del grupo contrario. Después de este incidente, la pelea perdió todo su interés. Los del "ranch" del Círculo y la Cruz estaban vencidos, todos ellos sentados o echados en el suelo, procurando recobrar la serenidad perdida.

—¡Bueno! — dijo Billy levantando del suelo su sombrero. — Me está pareciendo que el "ranch" de la Doble Herradura se ha portado a la altura de sus antecedentes. Ahora corresponde estudiar la situación y ver cómo andan las cosas.

GRAVES TEMORES

JAKE COLLISON, el capataz del "ranch" de la Doble Herradura oyó la explicación de los hechos con toda atención.

—Entonces, — dijo después, disgustado, — aun cuando hemos vencido en la pelea y nos alegra haber salido triunfantes, crean que no me parece agradable saber que peleamos en defensa de ese canalla.

Y escupió con desprecio a los pies del juez Renton, que se encontraba demasiado abatido para atreverse a protestar.

—Me parece que si hubiéramos sabido, — agregó Jake con franqueza, — que peleábamos para salvarle a usted de lo que tan merecido tiene, no hubiéramos movido un solo dedo. Sin embargo, no siento la pelea porque fué buena. Pero usted, juez, debía haber sentenciado a Basnett en su propio tribunal. Cuando dictó usted esa sentencia estaba pidiendo que lo lyncharan.

El juez avanzó hacia el capataz y le tomó de un brazo.

—¡Por favor! ¡Tengan misericordia de mí! — dijo con voz jadeante. — ¡Dios mío! — Si yo lo hubiera sabido no hubiese hecho lo que dice, lo que... — Calló, pero cuando Jake se desprendió con un gesto de asco, el juez se decidió a decirlo todo. — ¡Yo no podía sentenciar a mi viejo amigo, al hombre que sabía tantas cosas de mi vida pasada! Consideré que era mejor que lo condenara un tribunal superior...

—¡Con seguridad está usted mintiendo como un grandísimo pillo que es! — dijo Billy Steele, interviniendo en la conversación.

Pero Steve le tomó de un brazo.

—¡Usted no tiene prueba ninguna para decir eso! — díjole en voz baja. Lo del ataque al tren no pasa de una suposición.

—Suposición o no, apuesto diez contra uno a que van a intentar arrebatar a Basnett del tren esta noche, camino de Helena, — dijo

Billy. — Diga usted, juez: ¿qué sabe usted a ese respecto? ¿Los de la gavilla de Basnett van a detener el tren camino de la capital?

—¡Le juro que no lo sé! — contestó el juez con sinceridad. — ¿Qué piensan ustedes hacer conmigo? ¿Dónde debo ir?

—Creo, — dijo lentamente el abogado, — que debe usted ir a Helena. Usted ha cometido, como juez, un grave delito, según lo ha confesado. Así que nosotros le llevaremos a Helena y le entregaremos a la policía. Me parece que el sheriff Dawson por el momento no está en condiciones de que se le confíe esa misión.

El juez bajó la cabeza, apoyándola en las manos.

Steve le oyó balbucear algo sobre su mujer y sus hijos, y sintió pena aun cuando no por el juez. Mucho había que lamentar lo que les pasaba a la mujer y a los hijos de aquel hombre. Pero Steve no pudo exteriorizar su lástima. El juez había procedido mal y debía sufrir las consecuencias de su conducta.

—Bueno, muchachos, — dijo Billy Steele a los derrotados cowboys del "ranch" del Círculo y la Cruz o al menos, a los que estaban en condiciones de oirle: — Lo mejor que ustedes pueden hacer es regresar a su casa tranquilamente. Sean buenos muchachos de aquí en adelante y no traten de meterse con el personal del mejor "ranch" del mundo. ¡Adiós, muchachos! Diga, Jake, ¿qué le parece si fuéramos al "ranch" de la Doble Herradura? Yo no me siento con deseos de regresar esta noche a Big Horn.

Supongo, además, que los habitantes de esa ciudad no tendrán mucho gusto en verme.

Una idea cruzó la mente de Steve Emberton. Se la comunicó a Hodge, el "attorney" del distrito.

—Estoy pensando, — dijo rápidamente, — y no se me ha ocurrido hasta ahora, que tal vez los ciudadanos de Big Horn, decepcionados al ver que se les ha escapado el juez...

—¿Qué? — preguntó el abogado al notar que Steve callaba.

—Pues que, empeñados en lynchar a alguien, tal vez asalten la Casa de Justicia, para ahorcar a Basnett y a Pascales.

El abogado se mordió los labios, pensativo. Se daba cuenta de que los temores de Steve tenían bastante fundamento.

Los ciudadanos de Big Horn se hallan excitados de tal modo que es posible esperar que sean capaces de todo, — dijo Hodge. — Y rescatando al juez, no hemos controbuído, por cierto, a tranquilizarles.

EN TREN HACIA HELENA

BILLY STEELE quiso enterarse de lo que pasaba y se acercó al sitio donde estaban Steve y el "attorney" del distrito.

—¿Se puede saber de qué se trata? — preguntó.

Steve le puso al tanto de lo que sucedía, y de lo que había manifestado a Hodge.

—¡Bueno! Si están decididos a proceder en la forma en que usted ha dicho, — dijo, — ¡que procedan! La pura verdad es que ese asunto ya me tiene harto. Nosotros ya hemos llevado dos disgustos por meternos en esa cuestión. Si los ciudadanos de Big Horn se proponen lynchar a Basnett y a José esta noche, ¡por mí que los lynchen!

Steve Emberton sonrió con indulgencia. Billy tenía un ojo amoratado e hinchado y esto justificaba su estallido de mal humor. Steele había golpeado a su gusto a los cowboys del ranch de la Cruz y del Círculo; pero un ojo lastimado es cosa capaz de desfigurar los más agradables recuerdos y de transformar a la víctima en intolerante y brusca.

—No pensaba proponer que volviéramos esta noche a la ciudad, — dijo Steve. — Al fin y al cabo nosotros no vamos a sacar la cara por todo el que quiera promover desórdenes. Ya hicimos bastante rescatando al juez. Pero...

Calló.

Pensaba nuevamente en Aguila. La joven estaba enterada ya de todas las malas acciones de su padrastro. Sabía que si llevaba su merecido, iría por lo menos a pasar más de una docena de años en un presidio. Pero Steve no deseaba que una tragedia tal como el lynchamiento de Basnett pudiera figurar entre los recuerdos de la joven.

—Lo seguro es que Basnett y Pascales han de pasar una noche muy poco tranquila, aún cuando no suceda nada anormal, — dijo Hodge, el abogado. — Pero, como opina Stele, eso no nos importa. Si las autoridades de Big Horn no pueden mantener el orden ni hacer respetar la ley, eso es cuenta suya. Por mi parte, no pienso volver a la ciudad esta noche. Steele ha estado en lo cierto al afirmar que Big Horn no podrá ser considerada como residencia de recreo, paz y tranquilidad para nosotros, durante algunas pocas horas. Por el momento no gozamos allá de popularidad ninguna.

Steve se encogió de hombros. No dijo nada más, pero se encaminó hacia donde estaba la yunta de caballos, enganchada aún al carro de la municipalidad. Los cowboys del ranch del Círculo y la Cruz, acariciándose sus contusiones, se ponían de pie. Tomaron sus caballos, y sin decir una sola palabra más ni buscar nueva camorra de ningún modo, montaron y se fueron por donde habían venido.

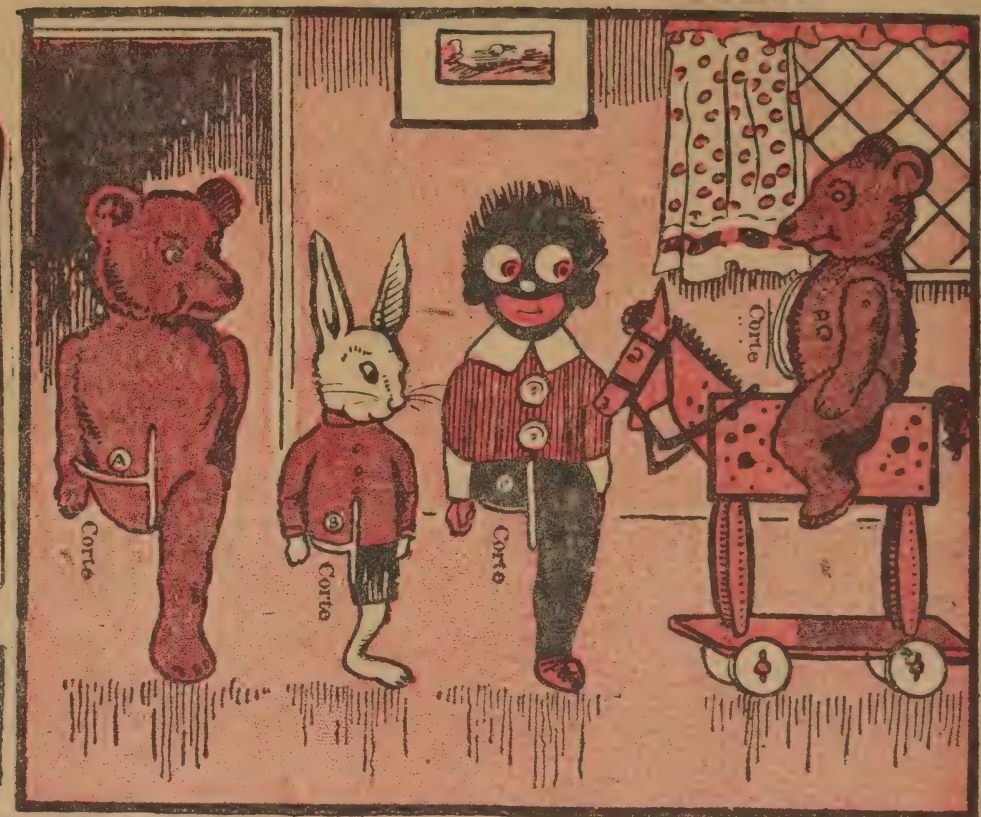
Los jinetes del grupo de cowboys del ranch de la Doble Herradura, montaron también. Steele, Steve, el abogado y el juez Renton, volvieron al carro y sin apresurarse, dirigiéronse hacia el ranch.

El juez se mostró muy tranquilo durante el trayecto; Billy Steele fué el único, de los que iban en el carro, que se mostró locuaz. Parecía más interesado en recordar la ruda pelea en que había tomado parte, que en todos los demás sucesos. Casi volvió a pelear de nuevo mientras relataba sus impresiones y accionaba, explicando los golpes, sin dejar de azuzar a los caballos para que siguieran trotando.

Steve, por su parte, pensaba todavía en que era posible que la turba que deseaba lynchar a alguien, se metiera en la Casa de Justicia de la ciudad de Big Horn y sacara de allí a los presos para darles muer

LOS ANIMALITOS SOLDADOS HACIENDO EJERCICIO

Un divertido juguete de movimiento, muy fácil de armar y muy gracioso.



Después de pegar todo el dibujo en un cartón y de dejarlo secar bien, se recortan con sumo cuidado las diversas piezas y se hacen las ranuras A, B y C así como la curva del pecho del osito. Se perforan los puntos A, B, C y D. Se toma la palanca -- en la que se habrán perforado los agujeros E, F, G y H. -- y después de haber pasado las tres piernas por sus correspondientes ranuras, se sujetan a la palanca los puntos E, F, G y H a los que tienen los mismos puntos incluyendo el del brazo del osito. Moviendo la palanca lateralmente se verá como los animalitos marcan el paso al compás que marca el osito.

te de acuerdo con las horribles tradiciones de la "ley de Lynch".

Llegaron al ranch de la Doble Herradura sin tropiezo alguno. Allí encontraron a Hoy Wing, el inescrutable chino, que había llegado mucho antes que ellos. Hop estaba ocupado en la preparación de la comida, y era tal su actitud de indiferencia que nadie hubiera pensado, al verlo allí, que había tomado parte tan activa en los estremecedores sucesos acaecidos en las montañas.

—Ahora, juez, — dijo Hodge cuando Renton entró en la casa del ranch acompañado de Steve y Billy, — como ya le dije antes, tendrá usted que volver a Helena en calidad de preso. Yo le voy a acusar de haber faltado a su deber de juez por interés o por conveniencia personal. Hasta que llegue el momento de partir se quedará usted preso en una habitación que arreglaremos para usted. Y siga mi consejo, juez, no trate de escapar. La ley anda medio descompaginada en Big Horn, pero no anda tan mal la ley en lo demás del estado de Montana. ¿Sabe usted?

El juez parecía estar tan abatido que no le quedaban ánimos para contestar nada. Se sentó en una silla en el despacho de Basnett, cabizbajo, mordiéndose el labio inferior y acariciando a veces su barba caprina. Miró al abogado con expresión de profundo pesar y grandísima desesperación.

—¡Me parece que no va a tratar de escabullirse! — dijo Billy Steele después de observar durante unos momentos el rostro de aquel hombre. — Si alguna vez algún hombre tuvo aspecto de hallarse enteramente abatido, fué ahora, y este personaje. ¡Bueno, amigo mío! — agregó Billy dirigiéndose a Steve. — ¿Le parece que ha llegado el momento de que busque la habitación que le corresponde?

Steve le miró sorprendido.

—¿La habitación que me corresponde?— repitió.

—¡Claro! — exclamó Billy. — Ya está Basnett entre rejas. Lo único que falta es ver a la vieja Batty Ann. Ella le dirá dónde está el desaparecido testamento, y este hermoso ranch pasará a ser de su propiedad, o mejor dicho, de propiedad de su papá. Por lo tanto, no está bien que duerma en el dormitorio junto con los demás cowboys, de aquí en adelante, ¿eh?

Steve se sonrió al oir las palabras de su íntimo amigo. Pero lo que había dicho Billy era verdad. Lo único que faltaba era ir al hospital de Helena, hallar a Batty Ann, el ama de llaves de Basnett, la única persona en el mundo que podía decirle dónde estaba escondido el testamento. El había cumplido con todas las condiciones puestas por ella: había sido casi personalmente, único autor de la captura de Simón Basnett.

En realidad, los recientes acontecimientos le habían hecho olvidar todo lo relacionado con el testamento. Sin embargo, era verdad que pronto, como hijo del único dueño del ranch de la Doble Herradura, dejaría de dormir en el dormitorio de los cowboys y tendría su dormitorio en la casa principal de la estancia: en la casa del patrón.

—Esperaremos a que el testamento se halle en nuestro poder, — dijo Steve sonriendo, — antes de adoptar medidas apresuradas. Pero diga, Hodge, — agregó volviéndose hacia el abogado, — ¿qué sucedería con este ranch si no encontráramos el testamento y Basnett fuera enviado a presidio?

—Supongo que se harían cargo de él los representantes del fisco, — dijo Hodge. — Si usted consigue pronto el testamento, no pasará nada de eso. Está también la hijastra de Basnett, y ella quizás pueda reclamar algo. Tal vez sería necesario vender el ranch, o parte del ganado al menos, para entregarle a ella su parte...

Steve suspiró.

Seguía pensando en Aguila, seguía preocupado con el porvenir de la joven. Todo cuanto había hecho, — por beneficioso que hubiera resultado para el Estado de Montana y para él mismo, — había tenido por consecuencia la de dejar a Aguila Gray sin hogar. Le disgustaba la idea de que la josen se ausentara a alguno de los estados del Este, yendo a vivir de su trabajo en alguna ciudad importante, como se proponía Aguila.

—Mi padre tiene que arreglar eso de algún modo, — díjose Steve. — Yo podré servir de algo en las tareas del ranch; pero cuando se trata de puntos delicados como éste, me siento como el pez fuera del agua. ¡Bueno, Billy! — dijo Steve en voz alta. — Vamos a descansar. Nuestros caballos están en Big Horn. Espero que no le haya pasado nada a mi Diábolo. Con seguridad que hoy ha echado de menos la ración que le doy todas las noches. ¡Pobre Diábolo!

Era ya tarde para entristecerse pensando en el bienestar de su magnífico caballo. Con seguridad, en la excitación del momento, cuando sólo pensaban en salvar al juez Renton, había dejado el caballo en el establo del hotel, en Big Horn. Pensaba Steve, con razón, que el caballerizo cuidaría del caballo, pero resolvió ir a la ciudad lo más pronto posible, la mañana siguiente, pues además de la seguridad del caballo, le obligaba a hacer ese viaje la necesidad de tomar en Big Horn el tren del día siguiente, para Helena.

Se acostó en su cama, en el dormitorio de los cowboys. No tardó mucho en hallarse dormido. Su último pensamiento antes de dormirse fué hacer votos porque Basnett no hubiera sido víctima del furor de los acalorados ciudadanos de Big Horn.

Los demás cowboys estaban vistiéndose ya cuando él se despertó. Estiró los brazos, echó a un lado las cobijas y comenzaba a ponerse los pantalones cuando Steele, siempre el primero en levantarse todos los días, entró en el dormitorio.

—Diga, Jake, — dijo al capataz Collinson, — me parece que falta un caballo del

establo. Uno grande, ruano, el de reserva de la señorita Aguila.

—¿Eh? — exclamó Jake Collinson. — ¿Qué habrá pasado? ¿Se desató?

—¡No! — dijo Billy. — Me parece que lo han robado, seguramente. Hace un instante he visto a Hodge, el abogado. Me ha dicho que no se ve al juez por ninguna parte. Se ha escapado. Parece que ha sido él quien se ha llevado el caballo ruano. ¡Así son esos jueces cuando se van por el mal camino! — agregó. — ¡Si que es curioso el caso! ¿Quién hubiera dicho que el juez Roton podría ser acusado como ladrón de caballos?

Jake Collison lanzó una exclamación de impaciencia. Como por el momento no había un dueño visible de la estancia, sentía que toda la responsabilidad de lo que pasara recaía sobre él.

—Hay que tratar de averiguar hacia dónde se fué el caballo ruano, — dijo. — ¡Bien podía haberse llevado un caballo inferior! — agregó, descontento. — ¿Se ha llevado algo más?

—¡Oh! — dijo Billy, que parecía haber hecho investigaciones completas. — Se ha llevado el correspondiente complemento: faltan unas riendas y una montura. Siento comunicárselo, amigo Steve, pero es su montura la que se ha llevado, la montura de reserva.

Steve lanzó una exclamación de fastidio.

—¿Mi montura con adornos de plata? — preguntó.

—¡Sí! — insistió Billy.

—Era la de Shaver Morley, duque de Larchester, la que me dió junto con Diábolo, cuando me regaló el caballo, — excamó Steve, muy disgustado. — ¡Qué fastidio! ¡Era vieja, pero no monté jamás con montura más cómoda y mullida!

—Bueno, pues se ha ido, — dijo Billy Steele. — Ha sido una suerte que dejara su mejor caballo en Big Horn, pues sino también se lo hubiera llevado.

Hodge, el "attorney" del distrito, tenía cara de sentirse tan disgustado como el mismo Steve cuando éste le encontró en el momento en que salía de la casa de la estancia.

—En verdad, — dijo, — no supuse jamás que el juez tuviese suficiente valor para escaparse de aquí. Con seguridad iba a pasarlo mal cuando llegara a Helena, pero ahora resulta que se ha escapado como un bandido. ¡Qué loco! No le va a ser posigle vivir mucho tiempo a campo abierto. Es hombre de ciudad, que no está acostumbrado a vivir a salto de mata por llanuras y montañas. ¡Pobre la esposa y los hijos! Nosotros nada podemos hacer, por ahora. El caballo que se llevó era bueno, ¿eh?

—Sí, — dijo Steve. — Pero lo que más siento es mi montura. Como este ranch tiene que llegar a ser propiedad de mi padre, siento también la pérdida del caballo... Pero ¿qué se va a hacer? Daremos cuenta de lo sucedido a la autoridad, en Helena, cuando lleguemos esta noche. Yo salgo en seguida para Big Horn. ¿Viene conmigo?

Steve, Billy y el abogado, tomaron tres caballos de los del ranch, los ensillaron y partieron en seguida de haberse desayunado. Dos o tres horas después estaban de nuevo en Big Horn.

El ambiente de la ciudad parecía haberse enfriado considerablemente. Todos parecían entregados pacíficamente a su trabajo. El sheriff estaba en libertad nuevamente, aún cuando muy disgustado por el desorden de la pasada noche. La cárcel de Big Horn no había sido asaltada. Basnett y Pascales seguían en sus celdas. En verdad, era tan distinta la tendencia de la población en aquel momento, que a Steve le costó trabajo creer que había tenido lugar allí todo el sanguinario alboroto, con propósitos de lynchamiento, de que había sido testigo.

—De todos modos, — dijo Steve, — me alegro de que no se les ocurriera lynchar a Basnett.

—Cuando Basnett esté en seguridad en Helena, — dijo Steele, — entonces sí que me sentiré mucho más tranuilo. Pero yo no estoy seguro de que logren llevarlo hasta Helena.

Steve recordó los temores de Billy. Era muy posible que los secuaces de Basnett, la banda de foragidos ladrones de ganado, intentaran rescatar a Basnett antes de que llegara a la capital.

—Me hacen ustedes recordar, — dijo Hodge, — que debo advertir al sheriff de lo que se teme para que envíe en el tren una escolta numerosa y buena. Además, hay que decirle a Dawson lo sucedido con el juez. Dawson parece haber recobrado su autoridad.

Riéndose, salió en dirección de la casa de corpulento sheriff.

Era aburrida y larga la espera del tren para Helena. Steve halló a su padre en el hotel, donde le había dejado, y en seguida comenzó a hablarle de lo relacionado con el futuro de Aguila Gray.

—También se va esta noche para Helena ,— dijo John Emberton. — La ví anoche. Va a ver a Batty Ann, que está en el hospital. Yo creo que lo mejor que se puede hacer, hijo mío, es procurar que Batty Ann se quede en el ranch como ama de llaves, una vez que tomemos posesión de la propiedad. Entonces quizás podremos convencer a Aguila y decidirla a que se quede con nosotros también. No seas impaciente. Yo también iré a Helena esta noche, con ustedes. No sé por qué tengo el presentimiento de que van a intentar detener el tren.

* * * *

El tren salió de la estación de Big Horn a las cinco y tres minutos. A las cinco, la pequeña plataforma de tablones de la estación presentaba un aspecto muy animado. Además de Steve y de sus amigos, había muchos vecinos que esperaban ver por última vez a Basnett y a Pascales. Estos dos, con las esposas puestas, se hallaban anonadados y abatidos bajo la mirada vigilante del sheriff Dawson, que, con sus

dos revólveres al cinto y sus grandes y encerados bigotes, tenía un aspecto terrible.

Basnett tenía puestas unas gafas azules, pero Steve sabía que, a la luz del día, a pesar de esas gafas no veía absolutamente nada .

Había algo de patético en la resignada actitud del ciego. Tenía todo el aspecto de un ser enteramente vencido. Por el hecho de que no podía hacer uso normal de su vista, Steve siempre había compadecido y mirado con lástima a Basnett, aún cuando estuviese plenamente convencido de que era un bandido de la peor especie.

Pascales tenía un aspecto mucho más deplorable. Parecía la imagen del miedo y de la cobardía; se retorcía nerviosamente los bigotes y miraba medroso a los habitantes de Big Horn que pasaban delante de él, curioseando.

Los dos se hallaban bajo la custodia del sheriff Dawson en persona y seis ayudantes. El sheriff y sus hombres estaban armados hasta los dientes. Dawson resultaba formidable con sus dos grandes revólveres.

Para impresionar aún más a los ciudadanos de Big Horn, en la estimación de lós cuales temía haber decaído después de los sucesos de la noche anterior, se había encerado sus enormes bigotes, volviendo las guías hacia arriba. No cesaba ni un momento de retorcérselos con aire arrogante, y de vez en cuando acariciaba la culata de uno de sus revólvers, mirando con intención a sus prisioneros.

Llegó el convoy y los pasajeros para Helena se metieron en los coches. Steve, su padre, Billy, el abogado y Aguila Gray, entraron en un coche de primera clase. Basnett y Pascaels y su escolta ocuparon un coche de segunda, inmediato al de primera en que iban las personas antes mencionadas.

La gente reunida en el andén de la estación, despidió al tren con estruendosa gritería y grandes vivas a Dawson y a sus hombres. Sonó la campana y el tren siguió su marcha, alejándose de la pequeña estación.

Según el horario, debía tardarse cinco horas desde Big Horn a Helena, así que los viajeros debían encontrarse en la capital a la diez de la noche. En aquella época del año, entrado ya el otoño, era enteramente de noche a las ocho, así que durante tres horas, los cuatro amigos y Aguila entretuvieron el tiempo conversando. La joven, en verdad, poco tenía que decir, y fué John Emberton el que, casi constantemente, le dirigió la palabra.

Algunos pasajeros subieron en el tren en aquel sitio. En el coche en que iba Steve entraron dos hombres de aspecto vulgar, con apariencias de corredores de comercio. Steve les dirigió una sola mirada cuando entraron, y continuó conversando con el abogado Hodge. El tren volvió a ponerse en marcha, dispuesto a recorrer sin detenerse una nueva distancia.

Durante media hora los coches rodaron, balanceándose en la mal asentada vía. Billy Steele estaba por proponer que jugaran una partida de naipes para entretener el tiempo, cuando el tren se detuvo de improviso.

Con seguridad, la mayoría de los que iban en el tren no consideró sospechosa aquella parada. Aún cuando un tren se detiene donde no le corresponde, nadie se asusta, porque puede haber mil razones vulgares y comunes para que esto suceda.

Steve abrió la ventanilla y miró hacia fuera. No pudo ver casi nada más que el resplandor del hogar de la locomotora. El tren se había detenido en mitad de la pradera, según pudo notarlo.

Le pareció oír gritos del lado de la máquina; se inclinó más hacia afuera para cerciorarse. Entonces llegó a sus oídos el ruido de la locomotora que volvía a ponerse en marcha.

Retirando la cabeza de la ventanilla, miró, dentro del coche, a su padre y a Steele. El tren no se movía y, sin embargo, la locomotora avanzaba...

—Voy a ver qué sucede, — dijo Steve. — La máquina se ha puesto en movimiento sin nosotros. Creo que usted estaba en lo cierto, Billy... Han detenido el tren.

Por el pasillo central del coche, Steve fué hacia la plataforma. Billy Steele, con la mano en la empuñadura de su revólver, siguió a su compañero y amigo.

Los ojos de Billy brillaban de un modo que indicaba que el joven canadiense se disponía a pelear.

EL ESCONDRIJO DEL TESTAMENTO

STEVE no avanzó mucho por el pasadizo de entre los asientos del coche. De pronto surgió una figura que le obstruyó el paso, un hombre que empuñaba dos revólvers. El caño de uno de ellos tocaba el pecho de Steve.

—¡Quédese ahí quieto, señor! — dijo una voz gruesa y áspera. — ¡Tenga la bondad de no meterse en ese asunto!

El que hablaba era uno de los dos viajantes de comercio que habían subido cuando se detuvo el tren. El otro viajante estaba arrodillado en un asiento, al extremo del coche, con un pesado revólver en cada mano. Con ellos y desde donde estaba, podía dominar por completo a cuantos estaban en el coche. Los pasajeros se vieron obligados a levantar las manos.

El revólver empujaba con tanta fuerza el pecho de Steve, que éste retrocedió un paso. Los ojos del hombre que le había interceptado el paso brillaban con criminal fulgor, mientras el fingido viajante sonreía, mostrando los dientes de modo repulsivo. Steve comprendió en seguida que las circunstancias le eran muy desfavorables. Su primer impulso fué sacar el revólver, pero pensando con mayor sensatez, resolvió levantar las manos como los demás. En aquel instante nada podía ganarse con una resistencia que sería inútil. Los dos falsos viajantes dominaban la situación.

Adoptando un temperamento más sensa-

:o, Steve se sentó. En aquel momento, tan silenciosa y suavemente como puede avanzar un gato, avanzó Billy Steele. En el mismo instante, un revólver de los del hombre que estaba al extremo del coche hizo un disparo. Ante la mirada del horrorizado Steve, Steele cayó al suelo, desapareciendo tras de un asiento desocupado.

Había varias mujeres en el coche. Al oir la detonación, que retumbó en el cerrado vagón, gritaron aterrorizadas. Los pasajeros resolvieron darse por avisados, y levantaron más altas las manos.

Desde el vecino coche, en el que habían subido Basnett y su escolta, se oyó un rápido tiroteo. El sheriff Dawson, si el coche había sido atacado, no se entregaría seguramente sin defenderse. Pero, mientras Steve escuchaba, el tiroteo cesó de pronto.

En su propio coche reinaba el más completo silencio. Los dos fingidos viajantes de comercio callaban y seguían apuntando con sus revólvers. Las mujeres, sentadas, se habían tapado la cara con las manos. Los hombres, inmóviles, tenían pintado en el rostro el desagrado que les causaba su obligada inacción. Al parecer, todos se habían olvidado del caído Steele.

Steve, sin embargo, mirando hacia abajo, podía distinguir una de las piernas de Billy, que sobresalía por debajo del asiento que ocultaba lo demás del cuerpo. Le pareció notar que el pie de Billy se movía, y sintió gran satisfacción al notarlo, pues eso indicaba que Billy Steele no había dejado de existir.

Entonces, del exterior, se oyó relinchar un caballo y después un rumor de voces humanas. Steve aguzó el oído y logró entender algunas de las pocas palabras que pronunciaron. Reconoció una voz. Era la de José Pascales. Después se oyó la voz recia y sonora de Simón Basnett. No pudo entender lo que decía con toda claridad entre el ruido que hacían varios caballos, que piafaban briosos, pero comprendió que el asalto había tenido completo éxito, y que los secuaces de Basnett habían logrado libertar a los presos. Al darse cuenta de esto, Steve Emberton rechinó los dientes. Habían procedido con tanta sencillez y facilidad, que ni él ni Billy, a pesar de que casi estaban seguros de que aquello iba a suceder, no habían podido intervenir de ningún modo.

De improviso resonó un tiro en el interior del coche. El bandido que estaba al extremo del vagón lanzó un grito, se levantó un instante y luego, soltando los revólvers, uno de los cuales fué a dar en el vidrio de una ventanilla y lo rompió, se desplomó fuerte. El que apuntaba con su revólver a Steve se volvió asombrado. Rápido como el rayo, Steve bajó la mano. Sacó el revólver. El bandido lo vió y, sin tardar un segundo, hizo fuego.

Pero Steve había oprimido antes que él el disparador de su revólver. El segundo bandido cayó al suelo hecho un ovillo y allí quedó, doblado entre dos asientos, quejándose. De un puntapie, Steve le hizo saltar el revólver de la mano.

En aquel mismo momento, sonriendo fe-rozmente Billy Steele se levantó. Sin decir una palabra corrió al extremo del coche, salió a la plataforma y se dejó caer del estribo al camino del costado de la vía.

Steve le siguió. Dos hombres salieron del coche donde había estado Basnett y saltaron a tierra casi al mismo tiempo que los dos amigos. Se vieron varios fogonazos de tiros de revólver. Steve hizo fuego contra dos siluetas oscuras que se separaron de un sitio donde había dos caballos, junto a un poste de telégrafo. Billy también hizo fuego. Uno de los hombres gritó y cayó. Un caballo se encabritó y cayó después.

Pero con toda claridad llegó a sus oídos el golpear contra el suelo de los cascos de varios caballos que se alejaban velozmente. Aún cuando el ataque había costado a los cuatreros algunos hombres, había sido un éxito. Basnett y Pascales estaban ya bastante lejos. El tren sin locomotora estaba parado, y así estaría quién sabe cuánto tiempo. No había medios para perseguir a los bandidos. Basnett y Pascales se habían perdido ya, tragados por la oscuirdad de la pradera.

—¡Bueno! — dijo Billy Steele, disgustado. — ¡Les ha sido tan fácil como comerse un pastel! ¡Si yo hubiera sabido lo fácil que es hacer de bandido, me hubiese dedicado a ese oficio en vez de meterme a ser un cowboy estúpidamente honrado! ¡Si es tan fácil como caerse de la cama! En cuanto el tren se paró, la gavilla, o parte de la gavilla mejor dicho, se metió en el tren, algunos de ellos disfrazados de gente decente, y se esparcieron por todos los coches para encargarse de que los pasajeros no se movieran. Varios se subieron al ténder de la locomotora y, en el momento convenido, obligaron al maquinista a parar el tren. Después desengancharon la máquina y se alejaron en ella... ¡Puff, puff, puff, puff! El grupo más numeroso se ocupó del coche de los presos... ¿Pero qué habrá pasado por allí? ¿Habrá algún muerto?

A todo esto, varios pasajeros habían descendido del tren. Todos ellos hablaban excitados. Las mujeres se retorcían las manos ,desesperadas. No se veía al sheriff por ninguna parte. Steve y Billy volvieron a subir al tren a investigar. En el coche donde habían estado los prisioneros vieron algo que parecía una carnicería, por la abundancia de sangre.

El coche tenía un aspecto tal que parecía que se había librado allí un terrible combate, y así había sido, sin duda. Todos los vidrios de las ventanillas habían sido destrozados por las balas. Tendidos en el piso y en los asientos estaban varios hombres que gemían. El más grande de todos, — el sheriff Dawson, — estaba echado en el respaldo de un asiento y gemía ruidosamente. Steve y Billy le colocaron sentado y se percataron de que se encontraba bien vivo, pero le sangraba mucho una importante herida de bala que tenía en una pierna. Sus ayudantes estaban todos heridos; cada uno de los seis o estaba en el suelo, gimiendo, o sentados, procurando con pañuelos y a diente, vendarse sus heridas más o menos se-

rias. El ambiente olía a pólvora sin humo quemada. Dos desconocidos, — vestidos como visten los agricultores de aquella zona, — estaban tendidos, inmóviles, donde las balas de los ayudantes del sheriff les habían hecho caer.

—¡Digan! — exclamó el sheriff con voz angustiosa, — ¿por qué no me dijeron que esos iban a intentar apoderarse de los presos? Si me lo hubieran dicho, yo...

—Usted se ha quedado sin prisioneros, de todos modos, sheriff, — dijo Billy Steele sonriendo. — Estamos ahora como estuvimos antes. Todo el trabajo que realizamos en la montaña se ha perdido, y tenemos que empezar de nuevo la cacería en procura de Basnett. ¿Sabe usted, sheriff, que la ley es aquí una cosa que da gusto verla?

El sheriff Dawson cerró los ojos y gimió exageradamente, esperando que con ello haría cesar los comentarios de Steele. Steve, después de mirar un momento cómo los ayudantes del sheriff procuraban arreglarse lo mejor posible los vendajes, volvió a su coche, y un poco después Aguila Gray, con vendas improvisadas con lo que se pudo encontrar, vendaba hábilmente las heridas de aquellos hombres. Mientras estaba Aguila ocupada en eso, se sintió un empellón en el tren: la locomotora debía estar de vuelta.

Se produjo una violenta escena, junto al tren, entre el maquinista y el guardatren. No sirvió de nada, como no fuera para que Steve, oyendo lo que se dijeron, se enterara de que lo supuesto por Billy Steele era exacto.

Dos bandidos que se habían ocultado en el ténder, tras del carbón, se echaron sobre el maquinista y el fogonero, y les habían obligado a detener el tren en un sitio donde unos doce jinetes, con varios caballos de repuesto, estaban esperando. Después del altercado entre los dos jefes del tren porque cada uno de ellos trataba de hacer al otro responsable de lo sucedido el tren se puso de nuevo en movimiento en dirección a Helena.

Eran más de las once cuando el tren llegó a la estación de la capital. Ya era tarde para que Steve pensara en ir al hospital para entrevistarse con Batty Ann. Los empleados del ferrocarril que estaban en la estación, se mostraron muy acalorados al enterarse de lo que había pasado con el tren. Era la primera vez que un tren era asaltado de tal modo en el Estado de Montana, desde hacia muchos años. En cuanto se enteró la policía, a la que se mandó aviso, de que Steve y Billy eran los principales testigos del proceso contra Basnett y Pascales, les obligaron a ir a la oficina de policía y declarar allí todo cuanto sabían sobre la detención del tren y el asalto y que era exactamente lo mismo que sabían los demás pasajeros.

John Emberton se encargó de buscar un hotel y a eso se dirigió, acompañado por Aguila Gray. Ya eran más de las doce de la noche cuando Steve y Billy se reunieron con ellos.

Aguila Gray ya se había retirado a su habitación, pues se senta muy fatigada a consecuencia de las emociones sufridas durante el viaje. Pero los Emberton y Steele estaban demasiado excitados para poder dormir. Se quedaron sentados en el vasto salón de fumar del hotel, conversando, más de una hora. Hodge, el abogado, no había ido al hotel: estaba ocupado en la oficina de policía.

—¡Bueno! — dijo Billy Steele por último, liando otro cigarrillo y poniendo los pies, calzados con gruesas botas, en el radiador de aire caliente que caldeaba el ambiente del gran salón de fumar. Los hoteles norteamericanos están bien instalados en general. — ¡Bueno! Me parece que vamos a tener que pasar muchos trabajos antes que volvamos a ver a Basnett entre rejas o ahorcado. ¿Será posible que lo pasado influya en su asunto con Batty Ann?

—¿Qué quiere decir con eso, Billy? — preguntó Steve algo alarmado.

—¡Bueno! — dijo, lentamente Billy. — Si no recuerdo mal, ella dijo que le diría a usted dónde está escondido el testaferro, en cuanto Basnett estuviera preso y fuera sometido a juicio.

—¿Y no prendimos a Basnett? ¿No fué sometido a juicio? — preguntó Steve rápidamente, mientras su padre miraba a los dos jóvenes silenciosamente. — ¿Qué quiere usted decir, entonces?

—Unicamente esto: nosotros prendimos a Basnett y le hicimos comparecer ante la justicia. Pero el proceso resultó una farsa. Al traerle a Helena para que se le juzgara en serio, el prisionero se ha escapado. Se me ocurre que tal vez Batty Ann no se declare satisfecha con la presente situación y decida no decir nada hasta que hayamos vuelto a prender a Basnett.

Steve se mordió el labio. Sabía que Batty Ann era una persona de ideas muy particulares. Era, para decirlo caritativamente, muy excéntrica. Lo que decía Billy era muy posible.

—Lo único que se puede hacer, — dijo John Emberton tranquilamente, — es esperar y ver a esa mujer por la mañana. Probablemente se declarará satisfecha con lo que ustedes han hecho hasta ahora. Después de todo, ustedes no tienen la culpa de que Basnett volviera a escaparse. Probablemente lo comprenderá así. Yo no me preocuparía ni temería nada.

Lea usted la continuación de
EL RANCH DE LA DOBLE HERRADURA
En el próximo número de "Pucky".

UN CUENTO MUY ORIGINAL

LA CERRADURA

TERRIBLE CUENTO NORTEAMERICANO QUE NO DEBE LEERSE DE NOCHE

Por ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Unese a una originalidad única, una gracia poco vulgar en el cuento que "Pucky" ofrece a sus lectores a continuación y que ha sido escrito por uno de los autores cómicos españoles más notables de nuestra época y publicado en la revista madrileña "Buen Humor" de la que lo reproduce este magazine para recreo de sus favorecedores.

LOS ladrones, que eran dos, entraron en la casa muy sigilosamente, y como de costumbre, tiraron al suelo una estatua nada más al entrar.

—¡Torpe! — le dijo el uno al otro.

—¡Que te lleve el diablo! — le repuso el otro al uno.

Como se verá, hasta aquí todo ocurría normalmente; esta escena se repite siempre que unos ladrones entran en un domicilio particular.

Pero lo que ya no resulta normal es que el ladrón que había tirado la figura, y que se llamaba Crasway, se echase a llorar amargamente ante los trozos de escayola de la estatua, la cual representaba una anciana del estado de Arizona.

—¿Por qué lloras, carne de presidio? — preguntó el otro ladrón, utilizando un giro muy frecuente en los bajos fondos de Filadelfia.

—¿Por qué he de llorar? ¿No la ves la cara?

El compañero acercó a la cabeza de la estatua, que estaba completa, su emocionante linterna sorda.

—Sí, le veo la cara; ¿y qué?

—¡Y qué, y qué!... ¿No comprendes que se parece a mi madre?

—Pero ¿tú conociste a tu madre? Siempre me has dicho que murió al nacer tú, y que no conservas ningún retrato suyo.

—Así es, Mildow, así es...

—Entonces, ¿por qué dices que la cara de la estatua se parece a la de tu madre, grillo de California? (Expresión estadounidense que equivale a "tonto de capirote".)

—Porque estoy muy enfermo de los nervios, Crasway.

—¡Ah! — dijo Mildow, como el que encuentra la solución de un intrincado problema.

Hecho lo cual, Mildow y Crasway se dirigieron hacia la caja de caudales.

La caja de caudales estaba empotrada en el muro y tapada con un retrato del presidente Wilson. Mildow, que era el más hábil, la inspeccionó a la luz de su linterna y murmuró con rabia:

—¡Infiernos! La cerradura es marca "Thews". ¡No podemos abrirla!

—Intentémoslo, — aconsejó Crasway.

Y ambos comenzaron la minuciosa labor de descorrer los cuatro pestillos de acero galvanizado.

Pasaron dos horas; en un reloj lejano dieron las cuatro de la mañana y ambos malhechores no habían adelantado más que al empezar la labor. Mildow chorreaba sudor y Crasway tenía los dedos completamente despellejados.

A las cuatro y cinco se encendió la luz del despacho y entró Roast, propietario de la caja de caudales, de la casa, del mobiliario, de la estatua rota y de todos los enseres que adornaban la estancia. Era un

(Sigue en la página 28).

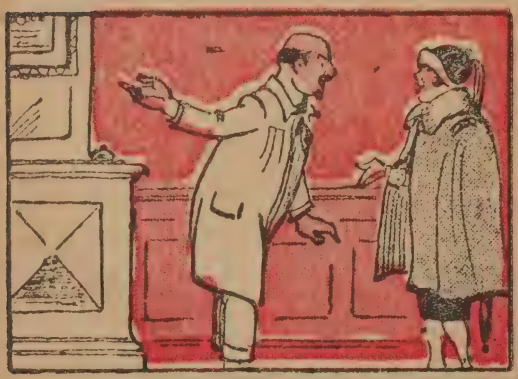
UNA MUJER MUY PRECAVIDA

—¿Es usted el dueño de esta farmacia?
—Sí, señora.

—¿Es usted farmacéutico?
—Químico farmacéutico diplomado en la Facultad de Buenos Aires.

—¿Hace tiempo que ejerce su profesión?
—Cerca de quince años.

—¿Conoce usted bien, realmente, lo que tiene entre manos?
—¡Lo conozco muy bien, señora!



—¿Dónde tiene usted su diploma?
—Ahí lo tiene: en cuadro, con vidrio y todo.

—Bien. Creo que puedo confiar en que usted no me dará una cosa por otra. Deme diez centavos de pastillas de goma.

LAS ESPERANZAS DE UN ARBORICULTOR

—Dice, Josefina, ¿no te parece que será algo encantador cuando, en verano, yo pueda colgar mi hamaca, para dormir la siesta, de estos dos árboles?

(Continuación. — De la página 25.)

hombre de cara ovalada, ojos dulces y pijama de cretona. Puso las manos sobre los hombros de los ladrones y preguntó, interesado:

—¿Qué? ¿No se abre?

—No se abre, — repuso Mildow.

—No hay manera de abrirla, — declaró Crasway.

—Es lo malo que tienen estas cerraduras "Thews", — afirmó el dueño de la casa. — Yo quería poner una cerradura "Vindey", que se abren con una pluma de codorniz, pero mi mujer se empeñó en que colocasen esta otra...

—¡Vaya una canción! — gruñó Mildow. — ¡Haberse impuesto! Siempre me han fastidiado los hombres que se dejan gobernar por su mujer...

—Me dijo que era un capricho...

—¡Un capricho! En fin, ahora nosotros pagamos el caprichito de la señora... ¡Valía más morirse!

—Pues muérase usted, — le aconsejó el dueño de la casa.

—Hombre, eso es una grosería, — protestó Crasway.

—¿Tengo yo la culpa de que no conozcan ustedes su oficio? — preguntó Roast.

—Es que no hay conocimientos que valgan frente a una de estas cerraduras.

—Disculpas, tonterías... Ustedes están en la obligación de saber abrir esa cerradura.

—¡Ah! ¿Sí?

—¡Naturalmente!

—Bueno, más vale que se calle usted para no hacer el ridículo. Estas cerraduras no las abriría ni Cockeys, aquel célebre ladrón desaparecido el año 1917.

—Cockeys hubiera abierto esta, — dijo Roast.

—¡Mentira! — gritaron los ladrones.

—Cockeys soy yo, — declaró el dueño de la casa.

—¿Usted?

—Sí, yo; el negocio daba poco dinero, y en lugar de seguir abriendo cerraduras para encontrar, en suma, dos mil dólares, yo inventé la cerradura "Thews" y me he hecho de oro con mi invento. Por eso me retiré del oficio.

Crasway le miró con asombro.

—¡Usted el inventor de las cerraduras "Thews"!... ¡Vaya un genio!

Pero Mildow, que era más práctico, dijo:

—Bueno, pues ya que usted las inventó, ábranos la suya.

Roast urgó con un palillo de dientes, y la caja de caudales se abrió de par en par.

—Ahí la tienen. ¡Y pensar que si no salgo yo de mi alcoba, se están aquí bregando hasta el amanecer! Da asco ver gente tan estúpida. ¡Da asco!

Y se fué a sus habitaciones hablando solo y chupando el palillo de dientes.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	" 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	" 2.50
" " 6 " (26 ")	" 4.80
" " 1 año (52 ")	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . " 12.00 "

Un cuento de las orillas del Rhin

EL CABALISTA HANS WEINLAND

Por Erckman - Chatrian

(Traducción del francés)

NUESTRO profesor de Metafísica, Hans Weinland, era lo que los cabalistas llaman un "archétype"; alto, flaco, la tez plomiza, los cabellos rojos, la nariz ahorquillada, los ojos grises y el labio irónico, coronado de un bigote a la prusiana.

A todos nos maravillaba por las evoluciones de su lógica, por el encadenamiento de su raciocinio, por los rasgos burlones, acerados, con que daba claro-oscuro a sus disertaciones, y de los que usaba con la misma naturalidad que las espinas crecen en los zarzales.

A pesar de todas las tradiciones universitarias, este hombre original tenía la costumbre de usar un gran sombrero de forma de trabuco, adornado con una pluma de gallo, un redingot de grandes faldones, pantalones muy anchos y botas a lo húsar, con pequeñas espuelas de plata, lo que le daba un aspecto bastante belicoso.

Una mañana, el señor Hans, que me quería mucho y me llamaba algunas veces, guiñando los ojos de una manera extraña, "el hijo del dios azul", entró en mi cuarto, y me dijo:

—Cristián, vengo a prevenirte que puedes buscar otro profesor de Metafísica: dentro de una hora parto para París.

—¿Para París?... ¿Y qué vais a hacer en París?

—Argumentar, discutir, disputar... ¿qué sé yo? — me contestó encogiéndose de hombros.

—Para eso, lo mismo es quedarse aquí.

—No: se preparan grandes cosas. Por otra parte, tengo excelentes razones para llevar a cabo este proyecto.

Dicho esto, se acercó a la puerta, la entreabrió para ver si había alguien que nos pudiera escuchar, y luego volvió con aspecto misterioso a decirme al oído:

—Sabrás cómo esta mañana he cruzado con dos tercias de acero el cuerpo del mayor Krantz.

—¿Vos?

—Sí. Figúrate que ese animal llevó su audacia ayer hasta el punto de sostenerme en piena cervecería de Gambrinus que el alma es un objeto puramente de imaginación. Naturalmente, le rompí en la cabeza el vaso que tenía en la mano; de aquí resultó que esta mañana hemos ido a cierto sitio, próximo al río, donde le he propinado un argumento materialista de primera fuerza.

Yo le miraba estupefacto.

—¿Y partes para París? — volví a preguntarle después de un momento de silencio.

—Sí; he cobrado mi trimestre hace tres o cuatro días, y este dinero me bastará para el viaje. Pero no hay un minuto que perder: tú conoces el rigor de las leyes obre el duelo, y lo menos que pudiera sucederme es pasar dos o tres años a la sombra. A fe mía, prefier oponer mis pies en polvorsa.

Hans Weinland me contaba todo esto sentado en el borde de mi mesa y liando un cigarrillo de papel con sus largos y amarillos dedos. Después me dió algunos detalles de su encuentro con el mayor Krantz, y concluyó por decirme que venía a pedirme mi pasaporte para el extranjero, pues sabía que había hecho hacía muy poco tiempo un viaje por Francia.

—Es verdad que tengo ocho o diez años

más que tú, — añadió para terminar, — pero los dos somos muy flacos y muy rubios: lo único que tengo que hacer es quitarme el bigote.

—Señor Hans, — le contesté conmovido, — quisiera con toda mi alma prestaros el servicio que me pedís; pero es completamente imposible; es una cosa contraria a mis principios filosóficos. Mi pasaporte está en el cajón de mi "secretaire", al lado de "La Razón pura", de Kant... Voy a dar un paseo por la plaza de las Acacias...

—¡Está bien, está bien! Comprendo tus escrúpulos, Cristián: ellos te honran, pero no los comparto. Abracémonos; yo me encargo de lo demás.

Algunas horas más tarde, toda la ciudad sabía con profundo estupor que el profesor de Matafísica Hans Weinland había matado al mayor Krantz de una terrible estocada.

La policía se puso en seguida en persecusión del matador; buscóle y rebuscóle, desde los cimientos hasta los desvanes en su pequeño alojamiento de la calle de las Alondras; pero todas sus rebuscas fueron inútiles.

Se dió sepultura al mayor con todos los honores debidos a su jerarquía militar, y durante seis semanas no se habló de otra cosa en las cervecerías de la ciudad; después de todo fué poco a poco entrando en su orden acostumbrado, hasta que nadie volvió a acordarse de semejante cosa.

Quince meses después de este extraño acontecimiento, mi digno tío y protector Zacarías me envió a completar mis estudios a París: deseaba verme un día ocupar su alta posición, y, según decía, o había de poder poco, o había de hacer de mí una antorcha de la ciencia.

Partí, pues, a fines del mes de octubre de 1831.

En la orilla izquierda del Sena, entre el Panteón, Val-de-Grace y el Jardín de Plantas, se extiende un barrio casi solitario: las casas son altas y decrépitas; las calles, fangosas; los habitantes, miserables y andrajosos.

Cuando alguien que no sea del barrio se extravía por esta red de sucias callejas, la gente se para en las esquinas para observarle; otros se adelantan por el dintel de sus pobres viviendas; otros asoman la cabeza por los balcones y ventanas, y todos le miran con afán, con ansia, como si trataran de llegar con sus miradas hasta el fondo de los bolsillos del desconocido transeunte.

En uno de los extremos de este barrio, en la calle Capeau, se levanta una casa estrecha, aislada entre vetustos muros de ladrillo, por encima de los cuales asoman las entrecruzadas ramas de algunos olmos centenarios.

En la parte inferior de esta casa se abre una puerta baja, abovedada: encima de la puerta brilla por las noches una linterna suspendida de una espiga de hierro; sobre la linterna, tres ventanas capciosas presentan tres cuadrados negros en la sombra proyectada por la linterna; más arriba, otras tres, y así sucesivamente hasta seis pisos.

En esta casa, habitada por la señora Genti, viuda del señor Genti, ex sargento de la guardia real, fué donde hice transportar mi maleta y mis libros por recomendación expresa del decano Van den Bosch, que recordaba haberse alojado en el susodicho hotel en la época del imperio.

Todavía me estremezco al pensar en los tristes días que pasé en aquel abominable caserón, sentado en invierno al lado de la pequeña chimenea, que daba más humo que calor, abatido, desalentado, enfermo y asediado por la señora Genti que me explotaba con una rapacidad verdaderamente increíble.

Siempre recordaré que, después de seis meses de neblina, lluvias, lodos, hielos y nieves una mañana que brillaba tímidamente el sol salí a pasear por el Jardín de Plantas, y al franquear la verja y al ver las primeras hojas brotar de sus botones, mi emoción fué tal que me fué preciso dejarme caer en un banco porque me ahogaba la emoción y lloraba como un niño.

No tenía más que veintidos años y no podía menos de pensar en los frondosos abetos de Schwartz Wald, en las alegres canciones de las muchachas de mi país, en aquel sol hermoso, en aquellos campos llenos de luz y de colores... luego, al girar la vista a mi alrededor, me veía solo, abandonado en la ciudad inmensa, lejos de lo que tanto amaba, sin ver el sol, sin oir el canto de los pájaros... Mi corazón se desbordaba al fin; un poco de verdura y un rayo del astro del día habían conmovido hasta el fondo de mi alma. ¡Es tan dulce llorar pensando en la tierra que nos vió nacer!

Después de algunos instantes de debilidad, volví a mi casa reanimado por la esperanza y continué trabajando con ardor: una ola de juventud y de vida había acelerado los movimientos de mi corazón. Yo me decía: "¡Si mi tío Zacarías pudiera verme, estaría orgulloso de mí!"

Pero por esta época tuvo lugar un acontecimiento terrible, misterioso, cuyo recuerdo me consterna y trastorna aún todas mis ideas filosóficas. Cien veces he querido darme cuenta de él sin poder conseguirlo nunca.

En frente de la pequeña ventana de mi cuarto, al otro lado de la calle entre dos altas casas, había un solar donde crecían en abundancia las hierbas locas, el cardo, el musgo, las altas ortigas y las zarzas.

Cinco o seis raquíticos árboles extendían sus desnudas ramas dentro de aquel recinto húmedo, cercado por delante por una ruinosa tapia que iba ya por todas partes descubriendo su oscuro esqueleto de piedra.

En una tablilla colocada en lo alto de un palo se veían escritas algunas palabras que decían así:

SOLAR EN VENTA

425 metros cuadrados

Dirigirse al señor Tirago, Notario, etcétera.

Un tubo mohoso, descacarillado y carcomido recibía el agua de las goteras de las casas vecinas y la dejaba caer en la hierba. Millares de átomos, insectos de transparentes alas giraban y se arremolinaban sobre aquella verde laguna, y cuando un rayo de sol se filtraba casualmente por entre dos techos, se veía pulular allí la vida representada por brillantísimo polvo de oro. Algunas ranas enormes

No, subamos hasta el belvedere. ("El cabalista Hans Weinland")

asomaban entonces a la superficie su romo hocico, arrastrando sus largas y filamentosas piernas por entre las lentejuelas de agua y tragándose los insectos que se abismaban en su boca por millares.

Por último, en el fondo de aquello cloaca avanzaba en plano inclinado un techo de planchas húmedas y corroidas, sobre el que andaba sigilosamente un gatazo rubio escuchando a los gorriones piar y revolverse entre los árboles, bostezando, desperezándose y afilándose las uñas con aire pensativo y melancólico.

Muchas veces había conemplado yo este rincón del mundo con una especie de terror.

—¡Todo vive, todo pulula, todo se devora! —me había dicho a mi mismo. — ¿Cuál es el origen de esa ola inagotable de existencias, desde el átomo que brilla girando en un rayo de sol hasta le estrella perdida en las profundidas del infinito?... ¿Qué razón, qué principio pudiera darnos cuenta de esta prodigalidad sin límites, incesante, eterna, de la causa primera?

Y con la frente entre las manos, me sumergía en los abismos de lo desconocido.

Una noche del mes de Junio, a eso de las once, meditaba yo de esta manera, con los codos apoyados en el antepecho de la ventana, cuando me pareció ver una forma vaga deslizarse al lado de la tapia; luego sentí abrir una puerta, y por último, el ruido producido por alguien que atravesaba por entre las zarzas y se dirigía al fondo del solar, al sotechado de planchas.

Todo esto tenía lugar en la sombra proyectada por las casas de alrededor; tal vez era todo una ilusión de mis sentidos; pero al día siguiente, a las cinco de la mañana, en el momento en que me asomaba a la ventana y dirigía mi vista a la cloaca, vi, en efecto, un gran mocetón salir del fondo del cuchitril, y, con los brazos cruzados sobre el pecho, ponerse a mirarme con la mayor atención.

Era un hombre tan alto, tan flaco, su traje estaba tan hecho pedazos, su sombrero hasta tal punto acribillado de agujeros, que no dudé un momento sería un bandido que se ocultaba allí durante el día para sustraerse a las persecuciones de la policía, y salía por la noche para desvalijar y hasta asesinar los transeuntes.

Pero júzguese de mi estupor cuando este hombre, levantando su sombrero, me saludó con la mano gritando:

—¡Hola, Cristián, buenos días, buenos días!

Yo permanecí inmóvil, estupefacto, y mientras, él atravesó el solar, abrió la puerta y se adelantó por la desierta calle.

Entoces noté que llevaba en la mano un grueso garrote, y me felicité de no hallarme conversando con él mano a mano.

¿De dónde podía conocerme aquel individuo? ¿Qué quería de mí?

Cuando llegó delante de mi ventana se detuvo, y levantando sus largos brazos con aire patético, dijo:

—Baja, Cristián, baja, que quiero abrazarte... No me hagas esperar.

En todo pensaba yo menos en hacer lo que me decía; era aquella una invitación que me seducía poco.

Al ver mi actitud desconfiada, se echó a reir enseñándome unos magníficos y blancos dientes bajo sus bigotes rojizos y me dijo:

—¿No conoces ya a tu profesor de Metafísica, Hans Weinland?... ¿Será preciso que te enseñe mi pasaporte?

—¡Hans Weinland!... ¿Es posible? — exclamé asombrado: — ¡Hans Weinland con esas mejillas descarnadas, esos ojos hundidos!... ¿Hans Weinland vestido con esos andrajos!

Mientras murmuraba estas palabras le observé atentamente, y en efecto, fuí poco a poco reconociendo a mi antiguo profesor: un sentimiento de piedad me sobrecogió.

—¿Cómo?... ¿sois vos, mi querido profesor? — dije al fin.

—¡Yo mismo, yo mismo, Cristián! Baja y hablaremos con más comodidad.

No vacilé más; la señora Genti no se había levantado aún y la puerta estaba cerrada; descorrí el cerrojo, y Hans Weinland y yo caímos el uno en brazos del otro con efusión.

—¡Ah, querido maestro! — exclamé con los ojos llenos de lágrimas, — ¡en qué estado os encuentro!

—¡Bah, bah! — dijo, — estoy bien, perfectamente bien de salud, y eso es lo principal.

—Pero es preciso que subáis a mi cuarto... que os mudéis de traje...

—¿Para qué?... Yo me encuentro encantador con estos andrajos... ¡Je, je, je!

—De seguro tendréis hambre...

—Absolutamente ninguna, querido, absolutamente ninguna. Me he estado alimentando durante mucho tiempo, en casa de Flicoteau, con cabezas de conejos y patas de gallinas: era una especie de noviciado que imponía el dios "Hambre". Hoy, mis pruebas están hechas; mi estómago, atrofiado, no es más que un mito; nunca me pide nada, sabiendo por adelantado que sus reclamaciones serían inútiles: ya yo no como; fumo de cuando en cuando una pipa, y eso es todo. ¡El viejo fakir de Ellora me tendría envidia!

AVISO A LOS LECTORES

Accediendo a lo solicitado por muchos favorecedores de este magazine que lamentaban tener que sacrificar páginas de lectura para poder utilizar los modelos de armar, desde este número, en las páginas 33 y 36 se publicarán notas sueltas de modo que la lectura pase de la página 32 a la 37, pudiéndose sacar las cuatro páginas centrales para armar con ellas el divertido juguete que "Pucky" ofrece semanalmente a sus lectores.

UN REMEDIO INEFICAZ

—¡Qué niño más triste el que tiene usted, doña Torcuata! ¿A qué se debe eso?
—No lo sé. ¡Yo le pego y le pego para que se muestre alegre y él no hace caso!

—¿Sabes tú que haría yo si me dieran cincuenta pesetas?
—No lo sé.
—¡Tomarlas!

(De "Buen Humor").

Un pintor: — Pues sí, ahora pintamos mucho.
El poeta: — Y ahora, ¿qué pintan?
El otro pintor (mirando las cartas). — Copas.

La sorpresa del buzo en el fondo

INDICACIONES: -- Primero se pega toda la hoja, -- que
en un pedazo de cartón y una vez bien seco lo pegado se re
dijas A, B y C y las que no tienen letra. Hecho esto se dobla
palda. Se toma la sirena y se doblan los trozos de la concha
la hendija A de la concha y se fija enderezando los trozos d
puntos los trocitos de la concha. Por la parte de delante se p
los trozos que se doblaron: Se pasa el extremo de la manija
manija se abre la concha y aparece la sirena.

del mar

Descendió el buzo a las húmedas profundidades del mar y de improviso vió algo maravilloso: una sirenita que le decía: "Como te va". Para que aparezca la sirena (una vez armado el juguete) basta con tirar de la manija.

e desprenderse sin interrumpir la lectura del número, -- n con sumo cuidado las tres piezas y se perforan las hen- concha por enmedio y se pegan las partes espalda con es- las líneas de puntos. Se pasa el extremo de la manija por os de la concha. Se vuelven hacia atrás por las líneas de el extremo X por la hendija B y se asegura enderezando la hendija C y el juguete está armado. Tirando de la

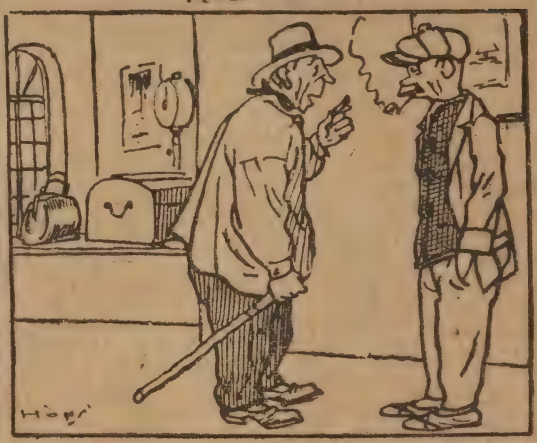
Notas humorísticas

FURIBUNDO

—¡Con qué fuerza pegas al hacer ese busto!

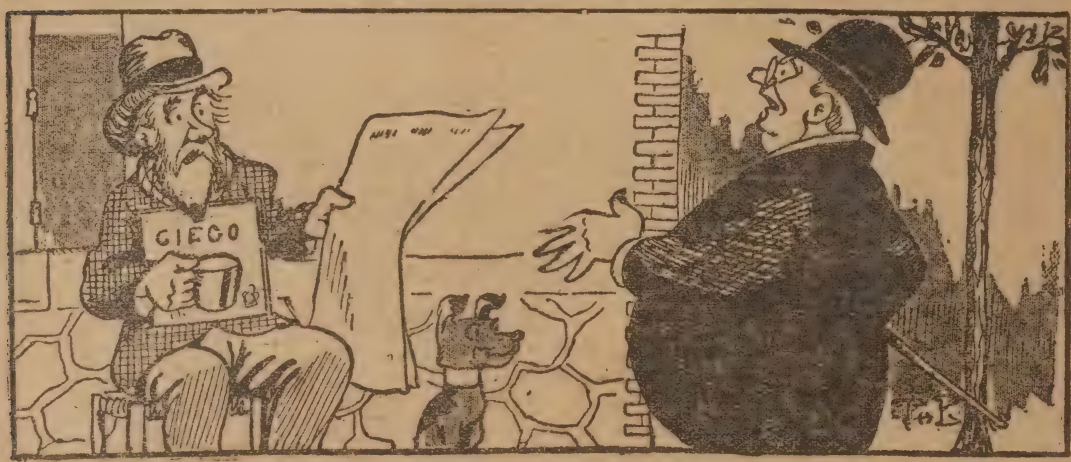
—¡Es la cabeza de mi suegra!

¡QUE PICARO!



—Embromé a los del ferrocarril. Tomé pasaje de ida y vuelta y no pienso volver.

NI ERA CIEGO NI ERA MISERO



—¡Qué pescado! ¡Usted no es ciego! ¡Usted pide limosna fingiéndose ciego!

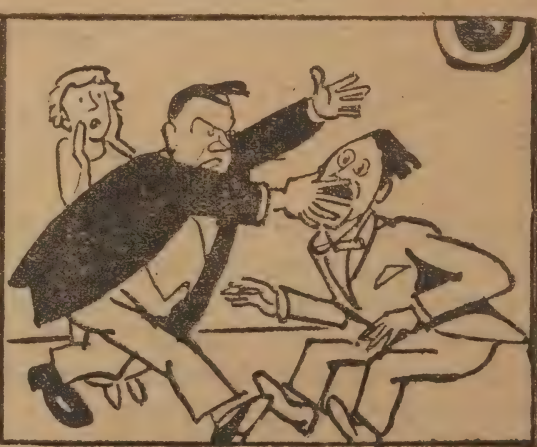
—¿Y qué quiere? ¡Estaba tan impaciene por saber a cómo se cotizan las cédulas hipotecarias!

POR TURNO

—¡Dos novios! ¿Por qué no eliges de una vez?

—Es que no sé con cual casarme primero.

EQUIVOCACION



—¡Usted se equivoca! ¡Yo vine a pedirle la mano de su hija, no la de usted!

Y como yo le mirase con aire de duda, prosiguió:

—¿Te admira esto? Pues ten entendido que la iniciación en los misterios de Mithras nos impone estas pequeñas pruebas antes de investirnos con un poder formidable.

Mientras hablaba de esta manera, me arrastraba hacia el Jardín de Plantas. Acababan de abrir la verja, y el centinela, al vernos acercar, pareció tan admirado de la fisonomía de mi pobre maestro, que estuvo a punto de impedirnos la entrada; pero Hans Weinland ni siquiera se apercibió de aquel gesto, y prosiguió tranquilamente su camino.

El jardín estaba todavía solitario; al pasar por delante de la jaula de las serpientes, Hans me las señaló con el bastón, murmurando:

Preciosos animales, Cristián, preciosos animales; yo he tenido siempre predilección por esa clase de reptiles: no se dejan pisar la cola sin morder.

Después, dirigiéndose a la derecha, me precedió por el laberinto que conduce al cedro del Líbano.

—Detengámonos aquí, al pie de este árbol, — le dije.

—No, subamos hasta el belvedere, desde donde se divisa el más hermoso espectáculo; me agrada tanto contemplar el panorama de París y respirar un aire fresco y puro, que me sucede con mucha frecuencia pasar horas enteras en ese observatorio. Esto es, más que nada, lo que me retiene en tu barrio. ¡Qué quieres, Cristián! Todos tenemos nuestras debilidades.

Habíamos llegado a la linterna, y Hans Weinland se había sentado en una de las dos grandes piedras fósiles que están apoyadas contra el montecillo, yo permanecí de pie delante de él.

—Y bien, Cristián, — repuso, — ¿qué te haces ahora? ¿Sigues tus cursos en la Sorbona y en el Colegio de Francia, no es verdad? ¡Je! ¡je! ¡je! ¿Sigues siendo tan aficionado a la metafísica?

—¡Oh, no! ¡No demasiado!

—¡Ya me lo figuraba, ya me lo figuraba! ¡Vaya unas clases y vaya unos cursos!... Uno es partidario de la "forma" y se cree "idealista", porque lo bello, el bello ideal está en la forma... ¡je! ¡je! ¡je! Otro habla de la sustancia; para él la sustancia es una idea primordial: ¿comprendes tú esto, Cristián?... la sustancia idea primordial... ¡Es preciso ser estúpido!

El más fuerte de todos es un muchacho que no deja de tener mérito; se ha formado un mérito; se ha formado un pequeño sistema ecléctico con trozos recogidos aquí y allá, absolutamente como se confecciona un traje de polichinela, hasta el punto de que los franceses, que son muy aficionados a la metafísica, le llaman el Platón moderno.

Y Hans Weinland, extendiendo sus largas piernas, prorrumpió en una sonora carcajada nerviosa; después, poniéndose serio repentinamente, prosiguió:

—¡Ay, mi pobre Cristián, mi pobre Cristián! ¿qué ha sido de las grandes escuelas de Alberto el Grande, de Raymond Lulle, de Roger Bacon, de Arnaud de Villeneuve, de Paracelso?... ¿Qué ha sido del "microcosmo?" ¿Que ha sido de los principios intelectual, celeste, elemental; de las aplicaciones de Patricio Tricasse, de Coclés, de Andrés Cornu, de Goglenius, de Juan de Hagen, de Moldenate, de Savonarola y de tantos otros, y de las curiosas experiencias de Glaser, de Le Sage, de Le Vigoureux?

—Pero, querido maestro, — exclamé; — ¡esos son envenenadores!

—¡Envenenadores!... ¡Son los más grandes astrólogos de los tiempos modernos, los únicos herederos de la "cábala"! Los que son verdaderamente envenenadores son todos esos charlatanes que tienen abiertas escuelas de sofismas y de ignorancia. ¿No sabes tú que los secretos de la "cábala" empiezan a encontrar sus aplicaciones? La presión del vapor, el principio de la electricidad, las descomposiciones químicas, etc., etc., ¿a quién sino a los astrólogos se pueden atribuir esos admirables descubrimientos? En cambio, nuestros psicólogos, nuestros metafísicos, ¿qué han descubierto de útil, de aplicable, de verdadero, que les haga tratar a los otros de ignorantes y atribuirse el título de sabios? ¡Pero dejemos esto, la bilis se me exalta!

Y su figura, impasible hasta entonces, tomó una salvaje expresión de ferocidad.

Al cabo de algunos instantes exclamó bruscamente:

—Es preciso que partas, Cristián; es preciso que vuelvas a Tubinque.

—¿Por qué?

Porque la hora de la venganza se aproxima.

—¿Qué venganza?

—La mía.

—¿Y de quién queréis vengaros?

—¡De todo el mundo!... ¡Ah, se han burlado de mí... se ha afrentado a Maha-Deví, se le ha expulsado de las escuelas.. se me ha tratado de loco... de visionario... se ha renegado del "Dios azul" para adorar al "Dios amarillo"... Pues bien... ¡ay de esta raza de sesualistas!

Levantóse al decir esto, abrazó con una mirada la ciudad inmensa, una luz extraña brilló en sus ojos grises y una sonrisa irónica plegó sus labios.

Algunas barcas bajaban lentamente por el Sena; aquí el Jardín de Plantas r splendecía de luz y de colores; allí avanzaban lentamente los camiones, los coches, los cargamentos de vinos, los carros de legumbres; más allá, las manadas de vacas, los rebaños de carneros, levantaban el polvo de los caminos en las profundidas del horizonte; a este lado brillaban los cristales de los miradores; al otro humeaban las chimeneas; por aquí grupos de obreros se dirigían a su trabajo, por allá centelleaban los uniformes de alguna compañía de soldados que iba a relevar la guardia; y en medio de todo se oía a la gran ciudad zumzar como una inmensa colmena. Nunca espectáculo más espléndido y grandioso se había presentado a mis miradas.

—¡París! ¡Ciudad hermosa, ciudad sublime! — exclamó Weinland con punzante ironía; — París ideal, París sentimental, abre sus anchas mandíbulas; por ahí vienen de todos los puntos del horizonte sólidos y líquidos en abundancia para renovar tus espíritus vitales. Come, bebe, canta y no te preocupes

ue lo demás: la Francia entera se agota para alimentarte; ella cava desde por la mañana hasta por la noche para prepararte sitios de ereo. ¿Qué te falta? Ella te envía sus vinos generosos, sus ganados, las primicias de las cuatro estaciones, sus más hermosas hijas radiantes de juventud, sus jóvenes más audaces e inteligentes, y en cambio no te pide más que revoluciones y periódicos!

¡Amado París! ¡Centro de las luces, de la civilización, etc., etc., etc. París!... tierra prometida de la paradoja, Jerusalén celeste de los Filisteos, Sodoma intelectual, capital general del sensualismo y del "Dios amarillo"... orgullosa debes estar de tus destinos: toses, ¡el sol tiembla! Te remueves, ¡el mundo se estremece! Bostezas, ¡la Europa se duerme! ¿Qué es el "espíritu" al lado de la fuerza material encarnada? ¡Nada!... Tú afrontas los poderes invisibles, tú te mofas de ellos; pero espera, espera; uno de los hijos de Maha-Deví y de la diosa Kali va a darte una lección de metafísica.

Hans Weinland se expresaba con creciente animación. Yo iba creyendo que la miseria había trastornado su cerebro.

¿Qué podía hacer un pobre diablo como él, sin casa ni hogar, contra la ciudad de París?

Después de aquellas amenazas quedóse completamente tranquilo y viendo que algunos paseantes subían el laberinto, me hizo seña de que le siguiera y salimos del jardín.

—Cristián, — repuso, mientras marchábamos uno al lado del otro, — tengo una cosa que pedirte.

—¿Qué?

—Conoces mi retiro... vamos a él y allí te lo diré todo. Pero es preciso que me des tu palabra de honor; que me jures por lo más sagrado cumplir mis órdenes al pie de la letra.

—Así lo haré, pero con una condición, y ésta es que...

—Estad tranquilo: lo que tengo que pedirte en nada lastimará tu conciencia.

—Entonces os lo prometo.

—¡Está bien, me basta!

Habíamos llegado delante del solar: Hans empujó la puerta y entramos.

Difícil me sería expresar el sentimiento de horror que se apoderó de mí cuando, después de atravesar las altas hierbas del recinto, descubrí bajo el cobertizo una gran cantidad de osamentas amontonadas contra el muro.

Hubiera querido huir, pero Hans Weinland me observaba.

—¡Siéntate ahí! — me dijo con acento imperioso indicándome una gruesa piedra entre los pilares del techo.

Obedecí.

El entonces sacó una pequeña pipa de barro, la llenó de no sé qué sustancia amarillenta, y después de encenderla se puso a aspirar lentamente el humo: luego sentóse en frente de mí con las piernas extendidas y con su grueso garrote entre las rodillas.

—Cristián, — dijo, mientras que una contracción muscular indefinible ahondaba las arrugas de sus mejillas y levantaba oblicuamente las ventanillas de su nariz; — Cristián, escúchame bien; para que tú puedas cumplir mis encargos es preciso, indispensable, que te explique uno de nuestros misterios.

Hubo un itnervalo de silencio durante el cual permaneció con la mirada sombría, fruncido el entrecejo y los labios tan apretados uno contra otro, que apenas se veían sus bordes.

—Sí, — repuso con acento sordo, — es preciso que conozcas uno de los misterios de Mithras! Lo que hay más asombroso en este mundo, Cristián, es que una de las mitades del globo esté inundada de luz y otra en la más profundas tinieblas; de aquí resulta que la mitad de los seres animados duerme mientras que la otra vela. Ahora bien, la Naturaleza, que no hace nada inútilmente; la Naturaleza, que lo simplifica todo y sabe obtener así la variedad infinita en la unidad absoluta; la Naturaleza, que ha decidido que todo ser vivo parmanecería dormido por la misma razón que una sola alma pueda bastar para dos cuerpos. Esta alma se transporta del uno al otro hemisferio, tan rápida como el pensamiento, y anima así sucesivamente a dos existencias. Mientras el alma está en los antípodas, el ser duerme, sus facultades divagan, la materia reposa. Cuando el alma vuelve a tomar la dirección de los órganos, el ser se despierta, la materia se ve obligada a obedecer al espíritu.

—No tengo necesidad de decirte más. Esto no forma parte de tus cursos de filosofía, pues no ignoro que tus profesores, aunque son muy sabios, no comprenden una palabra de esto. Por esto te explico las ideas extrañas que con frecuencia asaltan tu cerebro, la singularidad de tus sueños, el conocimiento intuitivo de los mundos que no has visto jamás, y otros mil fenómenos de este género. Esos accidentes que se llaman catalepsias, desvanecimientos, éxtasis, lucidez magnética; en una palabra, todo ese conjunto de fenómenos del sueño bajo todas sus formas, se deriva de la misma ley. ¿Me has comprendido, Cristián?

—Muy bien, es un descubrimiento sublime.

—Es el menor de los misterios de Mithras, — prosiguió Hans con una sonrisa extraña, — es el primer grado de iniciación. Pero escucha las consecuencias del principio en lo que concierne: — el alma que me anima pertenece igualmente a uno de los sectarios de Maha-Deví, que habita al pie del monte Abuji, en la provincia de Sirohi, en las fronteras meridionales del Joundpour: es un Agori o si quieres mejor, un Aghorapanti, célebre por sus austeridades, sus cilicios y su santidad: está iniciado como yo hasta el tercer grado. Cuando duerme, yo velo; cuando él vela, yo duermo. ¿Me has comprendido?

—Sí, — respondí, sintiendo un frío glacial correr por todas mis venas.

—Pues bien; he aquí lo que te pido: es necesario que mi alma more dos días consecutivos en Deesa, en la caverna de la diosa Kali. ¡Lo quiero! Para conseguirlo, mi cuerpo debe permanecer inerte. Lo que estoy fumando en este momento es opio... Ya siento que mis párpados empiezan a cerrarse... Ahora mismo... mi alma va a abandonarme... Si me despierto antes del tiempo fijado... ¿entiendes?... en el mismo instante me das una nueva dosis de opio... Tú me lo has jurado... Ay de tí si...

Le he visto entre los buitres flotar sobre un cadáver. ("El cabalista Hans Weinland").

No tuvo tiempo de concluir y cayó súbitamente en profundísimo letargo.

Lo coloqué tendido en el suelo con la cabeza en la sombra y los pies en la hierba. Su respiración ora rápida, ora lenta, me hacía estremecer; y el misterio que este hombre acababa de revelarme, la certidumbre de que su alma había franqueado los espacios inmensos en menos de un segundo, me inspiraban una especie de temor misterioso, como si todo lo desconocido se hubiera abierto de pronto a mis miradas. Me sentía palidecer; mis dedos se agitaban y se estremecían sin que yo pudiera evitarlo; el flúido vital sobreexcitado me penetraba hasta la punta de los cabellos.

Añádase a esto el calor del mediodía, reconcentrado entre aquellas viejas cazuchas, las pútridas emanaciones de las aguas estancadas en el solar, el graznido de dos ranas que comenzaban su monótono concierto en el fango verdoso, el inmenso zumbido de millares de insectos girando en su remolino eterno, y se comprenderán las siniestras impresiones que se sucedieron en mi mente hasta que llegó la noche.

Algunas veces me quedaba contemplando el rostro pálido de Weinland, todo cubierto de sudor, y un pánico indecible se apoderaba entonces de mí. Me parecía ser cómplice de un crimen espantoso, y, a pesar de mi promesa, sacudía violentamente el cuerpo del durmiente, que permanecía inerte o se inclinaba hacia el otro lado. A veces su respiración tomaba tonos extraños, y se escapaba silbando por entre sus dientes como risa diabólica.

Durante aquellas largas horas no dejé también de pensar en los misterios de Mithras. Me decía que sin duda el primer grado de iniciación debía comprender la vida animal; el segundo, la esenciá y las funciones del alma; ¡la tercera, Dios! ¿Pero qué hombre podía tener la audacia de fijar su mirada en la fuerza increada y el orgullo de explicarla?

El tiempo transcurría en estas meditaciones; sólo al anochecer, cuando el reloj de San Esteban del Monte hubo dado las ocho, subí a mi casa a tomar algunas horas de descanso.

No tenía duda entonces de que sueño letárgico de Hans Weinland no prosiguiese tranquilamente su curso hasta el día siguiente.

En efecto, poco después de salir el sol, a las seis de la mañana, fuí a verle y le encontré en la misma actitud, pero su respiración me pareció mucho más tranquila.

¿Qué más puedo decir? Aquel día y la noche siguiente se pasaron en las mismas meditaciones, en las mismas ansiedades que la víspera.

Al terminar el segundo día, a eso de las seis de la tarde, no pudiendo ya resistir la fatiga y la inanición, me dirigí al claustro de San Benito a tomar un poco de alimento. Entré, pues, en el restaurant de Over y allí estuve hasta las siete.

Al regresar por la calle Clovis, me pareció de pronto que alguien me seguía. Volvíme para mirar quién era, pero, con gran asombro mío, no vi a nadie.

Aunque ya estuviera declinando el día, un calor sofocante pesaba sobre la ciudad silenciosa: no había ni una puerta abierta que se dispusiera a aspirar el primer frescor de la noche; ni un alma aparecía por las aceras en todo lo que alcanzaba la vista; ni el más ligero sonido, ni el más imperceptible movimiento acusaba la vida en aquel vasto barrio del Jardín de Plantas.

Apresuré el paso y no tardé en encontrarme junto a la puerta del solar, en la que apoyé la mano. Abrióse sin ruido, y ya iba a atravesar por entre las altas hierbas, cuando Hans Weinland, más pálido que la muerte, se presentó a mi vista, y salvando de salto la distancia que le separaba de mí, me gritó:

—¡Huye, Cristián, huye!

Y sus manos me empujaban con fuerza; su rostro contraído, sus ojos vidriosos, el temblor de sus labios denotaban la agitación más extraordinaria.

En algunos segundos me vi nuevamente en medio de la calle.

—¡Ven, ven! — me gritaba Hans Weinland. — ¡Ven, escóndete!

La viuda Genti había acudido al portal de su casa y lanzaba desgarradores gritos, creyendo sin duda que Weinland quería robarme y asesinarme; pero él, apartándola con el brazo y lanzándose conmigo en el corredor, prorrumpió en una carcajada diabólica.

—¡Je! ¡je! ¡je!... la vieja pagará por ti! ... ¡Sube, Cristián... pronto... pronto!... el monstruo está ya en la calle... lo siento... ya viene!...

Yo subí de cuatro en cuatro los escalones, como si es espectro de la muerte hubiera extendido sus uñas sobre mí; volaba, me elevaba a saltos, por sacudidas; la puerta de mi cuarto se abrió y cerró sobre nosotros, y caí en una butaca como herido por un rayo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamé: — ¿qué hay? ¡Todo esto es horrible!

—Hay, — dijo Weinland fríamente, hay que llego de lejos: seis mil leguas en dos días. ¡Je! ¡je! ¡je! Llego de las orillas del Gánges, Cristián, y traigo de allá abajo un lindo compañero. Escucha, escucha lo que pasa afuera.

Entonces apliqué el oído y oí los rumores y el bullicio producido por una gran multitud que bajaba la calle Copeau corriendo. Luego llegaron a mis oídos gemidos y clamores confusos.

Mis ojos se encontraron en este momento con los de Weinland; una alegría fatídica, infernal, los iluminaba.

—¡Es el cólera azul! — dijo en voz baja; ¡el terrible cólera azul!

Después, animándose bruscamente, prosiguió:

—En las cumbres del Monte Abují, por encima de los verdes penachos de palmeras, cocoteros y tamarindos, en el fondo de la garganta por donde se arrastra serpeando el viejo Gánges, he visto entre los buitres flotar lentamente sobre un cadáver... Le he hecho seña, y... ha venido... Hélo ahí que empieza su tarea: ¡mira!

Una especie de fascinación me hizo levantar y dirigir mis miradas a la calle: un hombre del pueblo, con los hombres desnudos, los cabellos crespos, el rostro pálido, llevaba en sus brazos a una mujer con la cabeza hacia atrás, sus piernas colgando, los brazos caídos

e inertes. Cuando el horrible grupo, seguido de un gran número de personas, pasó bajo mi ventana, vi que el rostro de aquella desgraciada tenía tintas azuladas.

Era muy joven: el cólera acababa de herirla de repente, como un rayo.

Volví la cabeza, estremeciéndome hasta la médula de los huesos: ¡Hans Weinland había desaparecido!

Aquel mismo día, sin detenerme a arreglar mi maleta, y teniendo sólo la precaución de echarme en el bolsillo el dinero necesario, corrí a la oficina de las Mensajerías, calle de Nuestra Señora de las Victorias.

Una diligencia estaba a punto de partir para Strasbourg. Subí a ella y me precipité dentro, como un abogado pudiera agarrarse a la tabla salvadora.

Partimos.

Se reía, se cantaba; nadie sabía aún la invasión del cólera en Francia.

Yo, asomado a la ventanilla del coche, no dejaba de preguntar cada vez que pasábamos por alguna de las casas de postas:

—¿Se ha presentado ya el cólera aquí?

Y todos se echaban a reír.

—¡El pobre muchacho está loco! — decían mis compañeros de viaje, mirándome con lástima.

Pero cuando tres días después tuve la dicha de arrojarme en los brazos de mi buen tío Zacarías, y cuando medio loco de terror le refería tan extraños acontecimientos, me escuchó con seriedad suma, y me dijo:

—Querido Cristián, has hecho muy bien en venir, sí, has hecho muy bien. Mira ese periódico: mil doscientas personas han perecido ya: ¡es una cosa espantosa!

ERCKMAN-CHATRIAN.

DE TODAS PARTES

CLAUSULAS MATRIMONIALES

UNa señora norteamericana que ha tratado de imponer a su marido sus condiciones conyugales.

La señora había solicitado el divorcio (cosa frecuentísima allí, donde se considera como a una mujer rara a la que se ha divorciado una sola vez); pero antes de la decisión judicial, según dice "Le Temps", ha querido ofrecer al marido un medio de reconciliación, haciéndole saber los puntos que había de aceptar y a los que había de someterse para seguir viviendo en común.

"He aquí, — decía el documento, — las últimas condiciones que le ofrezco para que usted sea como debe.

"Yo tendré la dirección de la casa; usted no se ocupará más que en sus trabajos de fuera. Habrá de darme siempre minuciosas noticias sobre su situación financiera, y autorizarme a disponer libremente de su cuenta corriente bancaria. Tendrá usted cada semana una noche de completa libertad, y yo, en cambio, tendré otra noche de libertad completa; pero debe usted comprometerse a renunciar a sus proezas de soltero".

El documento continuaba así, hasta completar los catorce puntos, mezclando las cosas fútiles y las graves, las cuestiones de afecto y las financieras, siempre en un tono perentorio, de orden terminante y con fórmulas secas, como si el matrimonio fuese un negocio vulgar.

El marido ha rechazado el curioso "ultimátum".

Pero el juez, al pronunciar el divorcio, ha condenado al marido a pagar una fuerte pensión a la mujer por no haber aceptado la reconciliación.

MATRIMONIO DE AMOR

LA reina Luisa de Dinamarca, que acaba de morir a la edad de setenta y cinco años, era hija del rey de Suecia Carlos XV. Contrajo matrimonio en 1869 con el príncipe heredero de Dinamarca Christian Federico, que no reinó más que algunos años (1906-1912) con el nombre de Federico VIII.

La hija del rey de Suecia era entonces una jovencita hechicera, dotada de tantas buenas cualidades morales como encantos físicos. Todo el mundo la llamaba Lilla Sessan, lo que quiere decir princesita pequeña princesa.

En cuanto la conoció Christian Federico se enamoró perdidamente de ella.

Pero los príncipes, y sobre todo los príncipes herederos, no siempre se casan a su gusto; tienen que contar con las exigencias de la política y las formalidades del protocolo.

Sin embargo, un día el enamorado príncipe hizo a su madre la confesión de su amor.

—¡Diablo! — dijo la reina, contrariada. — El caso es que, según creo, el rey, tu padre, tenía otras intenciones.

—¡Oh, mamá! — exclamó el príncipe con un grito del corazón. — Yo me casaré con quien vosotros queráis... ¡Con tal que queráis que sea con Lilla Sessan!

La reina no pudo contener la risa ante la salida de su hijo, y, enternecida por su emoción, le ofreció intervenir en favor de la princesita.

El rey se dejó convencer.

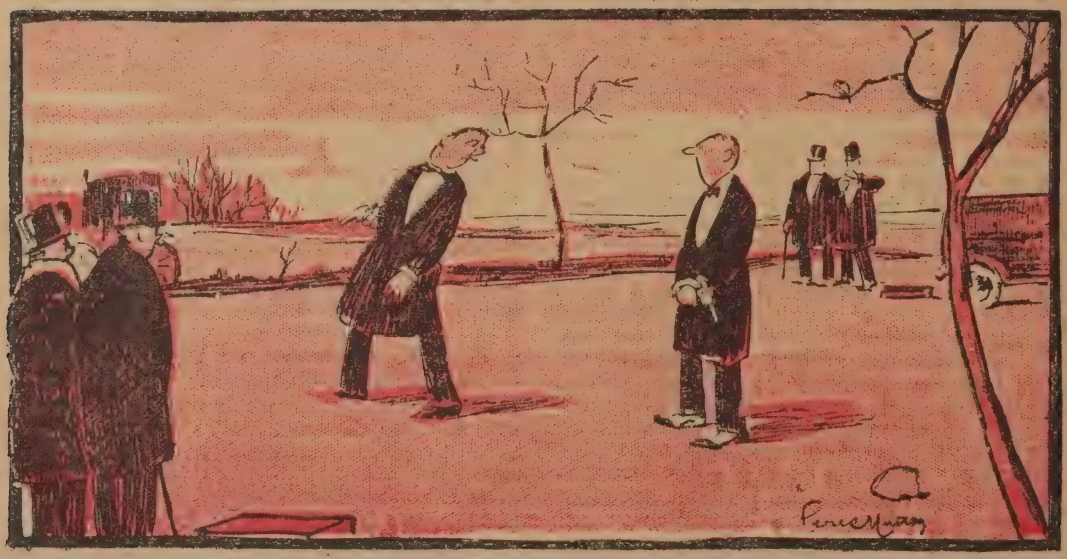
Christian Federico y Lilla Sessan se casaron. Y, como en los cuentos de hadas, fueron muy felices y tuvieron ocho hijos

LOS TIRANTES DEL SEÑOR DUNLOP

Las consecuencias de una distracción.

(Dibujo de Bergstrom).

EN EL CAMPO DEL HONOR



—Le agradeceré, señor, que no me apunte al cráneo; tengo dolor de cabeza.

CONSULTA INTERESANTE

—Vengo a consultarle, doctor, porque he notado en mi organismo una manifestación extraña.
—Usted dirá.

—Todas las noches, doctor, sufro una horripilante y molesta, pero muy molesta y tétrica pesadilla.

—De repente empiezan a aparecer hombres y más hombres... ¡una gran cantidad de hombres!

—¡No diga más, mi amigo! ¡Ya lo entiendo! Esa es la manifestación, sin duda alguna.

(De "Buen Humor").

Compre

EL DIARIO

todas las tardes y estará al corriente de las noticias sociales, políticas, sportivas, teatrales y otras del momento.

EL DIARIO

Fundado hace 45 años

tiene entrada en todos los buenos hogares.

Remita el cupón y recibirá a domicilio un ejemplar del jueves próximo con las páginas en colores, y una página con la graciosa historieta para niños:

BARNIGUGLI y su PINGO TRAGAVIENTOS

Señor Administrador de EL DIARIO.
Avenida de Mayo, 662 - Bs Aires

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán las páginas femeninas en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . .

F.C. . . . . . .

EDICION DE LOS JUEVES
Precios de suscripción:

1 año	$ 5.--
6 meses. . .	„ 2.50
3 „ . . .	„ 1.50

NOVEDADES CINEMATOGRAFICAS DE LOS ARTISTAS UNIDOS

EL PIRATA NEGRO

Una página de la Historia y de la vida de los más sanguinarios y crueles piratas que infestaron los mares del Sur.

Tal como ha sido representada por

DOUGLAS FAIRBANKS

Argumento cinematográfico original de

ELTON THOMAS

Versión en forma de narración hecha para su publicación en este magazine por

LOTTA WOODS

(Traducción del inglés para "Pucky")

Páginas del "Diario de Sandy Mactavish", en el cual están expuestas con toda claridad las circunstancias relacionadas con el caso del Pirata Negro.

Prólogo

YO, Sandy Mactavish, he explicado en otra parte cómo sucedió que habiendo perdido un brazo hallándome al servicio de Su Majestad el Rey, llegué, debido a las más curiosas circunstancias, a formar parte de una banda compuesta por los más sanguinarios piratas que hayan infestado los mares del Sur.

He contado cómo era costumbre de esos piratas dominar a su presa, apoderarse de todo cuanto tuviera valor a bordo del buque, atar a los prisioneros y luego volar el buque con toda su gente dentro. Porque su capitán no tenía trato con leyes caballerescas de clase alguna. Afirmaba aquello de "los muertos no hablan" agregando que los "buques hundidos no cuentan lo que les ha pasado". Opinaba además que cuando un buque desaparecía y se decía de él que se había "perdido en el mar", ese buque no dejaba rastro de los que conducen hasta la soga del verdugo.

También he contado en otra parte cuáles eran las modalidades características de los jefes de nuestra compañía, — empezando por el capitán, al que le gustaban mucho los anillos, de los cuales nunca tenía bastante cantidad. Le gustaba sacarlos él mismo de los dedos de sus víctimas y llegaba a abrir por en medio el cuerpo del infeliz que, para no entregarlo, se había tragado un anillo de valor.

De Michel, el segundo, también he explicado cuánto le gustaban las espadas y los machetes y he dicho que jamás perdía ocasión de apoderarse de uno más ni de probar el filo y la punta del arma adquirida en esa forma en la carne de su ex-propietario.

También en otro sitio me he ocupado de Powder Monkey. A fuerza de alcanzar pólvora a los artilleros que manejaban los cañones llegó a considerar muy divertido el pasearse con un barril de pólvora debajo del brazo, dejando caer un reguero del negro polvo sobre los atados prisioneros, para después darle fuego.

Algún marinero artista le había tatuado. A pinchazos habíanle dibujado una serpiente en la piel. La serpiente le rodeaba el pescuezo como un collar y su horrible cabeza, con horrendos colmillos deslizábase por la mejilla. En algunas ocasiones ese Powder Monkey volvía la cabeza hacia un lado, entornaba los ojos, miraba de soslayo y parecía que la tatuada serpiente adquiría vida.

Respecto a aquel a quien denominamos Baboon Babuuno, debido a su gruesa boca

y a su silenciosa terquedad, también he hablado en otro lugar.

Hopfoot, lo mismo que yo, había servido en las guerras del rey y entró en la compañía a consecuencia de la misma curiosa desgracia. El tiro que se le llevó la pierna dañó de cierto modo su mente, de modo que nunca creyó haber dejado el servicio de Su Majestad. Nunca preguntaba nada, fuera la que fuera la orden recibida; sólo pensaba en la suerte de la guerra. Dejado en libertad siempre adoptaba un término medio para solucionar una cuestión y le parecía que lo mejor era confiar esa solución a la providencia: "Echadlo a suerte", decía, y "que la pajita más corta sea la que gane". Debido a esto le llamaban entre los de la compañía: "Old Shot Strand Hopfoot"; "el viejo cojo Paja Corta".

En cuanto a los demás de la compañía, como ya lo he dicho, eran otros tantos réprobos, que se entusiasmaban los unos a los otros en el momento de la acción.

Así he descrito a todos nosotros hasta el día en que ingresó en la compañía aquel que fué luego conocido con el nombre de Pirata Negro. Y ahora voy a relatar todo lo correspondiente a su caso, tal como yo mismo lo ví o como lo supe por boca de otros.

CAPITULO I

Unicos sobrevivientes

Casi a un día de navegación de la ciudad colonial de Santa Juana hay una manchita en el Océano: una isla pequeña, un islote sin nombre. Se compone casi toda la isla, de arena con algunas palmeras y un lago interno de superficie tranquila. La cruzan por el medio unas filas de colinas. Es tan insignificante esa isla que los marineros que pasan casi ni le dirigen una mirada.

Pero nuestro capitán sabía, porque yo se lo había dicho, cierto detalle relacionado con esa isla y la encontró muy adecuada a su propósito. Un día nuestro negro buque zarpó del sitio de esa isla donde se hallaba guarecido para atacar a un navío de comercio, un buque bien cargado que se dirigía al Viejo Mundo después de una jira en la que había recorrido las colonias. El último puerto en que había estado había sido el de Santa Juana.

Con nuestros portalones abiertos, nuestros cañones al aire, lanzando llamas y nuestro "Joll Roger" enarbolado, nuestra apariencia resultaba bastante imponente con toda seguridad.

El buque mercante estaba desprevenido. Unos cuantos tiros de cañón le destrozaron la proa y la popa y quedó el bajel a nuestra merced. En consecuencia procedimos como de costumbre al pillaje, al dominio de las víctimas, que fueron debidamente atadas y a la destrucción.

El buque llevaba muchos pasajeros ricos y un riquísimo cargamento, de modo que nuestros hombres, como otras tantas abejas, iban del buque a los botes una y otra vez, cargados con fardos y arcas de cosas de valor y grandes montones de ricas ropas reunidas apresuradamente. Los gritos de dolor de sus víctimas casi no llegaban a sus oídos. Ni siquiera volvieron la cabeza cuando el buque fué hecho trizas por la violencia de la explosión de su Santa Bárbara, a la que se dió fuego como de costumbre.

Tan acostumbrado estaban a ese cuadro que no les llamaba la atención; ni les interesaba el enorme estampido de la explosión ni el tétrico silencio que reinaba después cuando el majestuoso casco del navío se había hundido ya bajo las olas y únicamente algunos restos flotantes y uno que otro cadaver, indicaban el sitio de la catástrofe.

Por esta razón fué por la que no vimos un cuadro que, — como que han hablado mucho de él, — pude reconstruír mentalmente.

No habían perecido todas nuestras víctimas. Un nadador vestido de oscuro braceaba dirigiéndose a la isla soportando, al nadar, la inerte figura de un anciano de blancos cabellos.

Aquellos dos, — únicos sobrevivientes del desastre, — llgaron a la isla. El joven nadador tendió al anciano en la arena y le tomó en los brazos, procurando insuflar en su cuerpo inmóvil un hálito de vida, Fué un esfuerzo largo y fatigoso. El anciano, debilmente se quitó de la mano un anillo con un escudo nobiliario y lo oprimió en la palma de la mano del joven. Después dejó caer la cabeza hacia atrás. Había muerto.

El joven cargó con el cadaver, lo llevó hasta pasar la primera fila de colinas y, en el valle que allí había abrió una tumba y lo enterró.

Recién entonces pensó en su desesperada situación, solo en una isla desierta, a más de cien millas del continente. Sentándose junto a la tumba con la cabeza apoyada en ambas manos, el joven estudió su situación.

CAPITULO II

Repartiendo el botín

Mientras eso sucedía en la isla, nuestro negro buque era teatro de la escena de grandísima actividad que se producía a bordo a raiz del pillaje y destrucción de un buque.

Los arcones y los cofres, los fardos y las bolsas, las alhajas de que habían sido despojadas nuestras víctimas, todo fué amontonado a la vista y si alguno veía algo que deseara poseer para su personal adorno podía comprarlo a sus compañeros y el dinero que así se reunía engrosaba el fondo que debía ser dividido al final de nuestras piráticas aventuras.

Esta clase de operaciones no eran muy sencillas. Siempre se producían rencillas. Lo mismo pasa ahora.

Parrett, alzando un bulto echo de ver que era excesivamente liviano. Lo abrió con su navaja y se encontro con que contenía un gracioso monito que temblaba y charlaba.

Bumbeer y Parrett y Furley y Cranfierd, todos ellos quisieron poseer el monito. Tironearon al animalito hasta que estuvieron a punto de arrancarle las patas y acabaron por disputárselo a golpes.

Pero Hopfoot, cortando un pedazo de soga y dividiéndola en trocitos, intervino. "Echadlo a la surete, — dijo, — y que quien saque la más corta será el ganador".

Así se hizo, Gumbleer ganó el mono y se evitó una lamentable pelea.

Esa manera de negociar el botín era invento de nuestro Capitán que durante la turbulencia que producía, podía proceder a su satisfacción.

El caso es que yo he oído decir varias veces a gente que debía estar mejor informada que yó, que existe un humor entre los ladrones. Pero yo, que por esa curiosa desventura a la cual me he referido ya, he tenido que vivir entre ladrones durante considerable tiempo, declaro con toda franqueza que no eché de ver jamás semejante honor.

El afán de robar crece con el producto que da el robo y los que combinan sus fuerzas para despojar a los demás resultan amigos muy inseguros pues se hacen tan codiciosos que llegarían a robarle al mismo Dios, si les fuera posible.

Así pues, mientras los miembros de fila de nuestra compañía se peleaban discutiendo cuanto había de ser el fondo común en pago de una casaca o de un chaleco, nuestro capitán ponía a un lado la parte más valiosa del tesoro para mandarla al Depósito Secreto de la isla. Como antes lo he dicho el saber donde estaba ese depósito Secreto, de cuya situación habíame enterado de modo muy extraño, fué lo que nos salvó la vida a Hopfoot y a mi cuando se produjo la curiosa desventura que nos hizo entrar en la compañía de los piratas.

Para indicar el camino que conducía a aquel sitio tuvimos que acompañar al capitán cuando hizo su viaje secreto a la isla. Por que él dejó, retirándonos a un lado y guiñando picarescamente un ojo, que era lógico que las dos personas más inteligentes y capaces de la compañía, fueran las que se llevaran la mejor cuota del tesoro.

Durante la algarabía producida por la disputas nos alejamos de nuestro buque y fuimos a la isla sin saber que pasada la primera línea de colinas el único sobreviviente del buque mercante se daba cuenta de nuestra llegada y preparaba sus correspondientes planes.

CAPITULO III.

Tesoro enterrado

Para dar con la clave del Depósito Secreto yo contaba con el mapa que había llegado a mi poder de modo tan extraño. Junto con Hopfoot avancé diez pasos en línea recta desde la roca marcando con una calavera burdamente hallada.

En el espacio delimitado de ese modo Hopfoot tanteó en la arena con su pata de palo hasta que tropezó con algo duro que, cuando Powder Monte y hubo quitado la arena que tenía encima resultó ser un cofre pequeño dentro del cual estaba guardada la llave.

El Depósito Secreto estaba bien combinado. Debajo del nivel del agua del lago interior de la isla había una cornisa de piedra que constituía el camino para ir a saltos, hasta la entrada de una caverna que había sido cerrada mediante una cuerda y con fuerte puerta de madera.

Jonathan Mopp y Abel Mullins tomaron el cofre del tesoro y agachándose debajo del borde de piedra del lago, desaparecieron. Fuera del Capitán y de Michee, que se aproximaron, todos nosotros nos quedamos en la orilla del lago esperando su regreso. Al fin reaparecieron.

Mopp me devolvió la llave. Después mirando por encima de mi hombro hizo un ruido y un gesto que hizo que las miradas de todos nosotros se dirigeran hacia la colina.

Por la cima de la colina aparecía la silueta de un desconocido. Vestía negros harapos.

A los rayos de sol tropical la ropa mojada se seca muy pronto. Nada, del aspecto de aquel desconocido, permitía conjeturar cuánto tiempo llevaba en la isla.

Se acercó a nosotros rápida y denodadamente.

Mopp hizo un movimiento amenazador hacia él y el desconocido levantó un brazo y habló.

—Deseo unirme a vuestra Compañía, — dijo con tranquilidad y aplomo.

Había algo en su aspecto, — temerario y sin embargo agradable, — que me resultó simpático. — ¿Queréis entrar ahora mismo? — le pregunté. — ¿Cuáles son vuestros merecimientos o títulos?

Ahora se, por que me lo han dicho, que es costumbre en algunas compañías como la nuestra preguntar al recien llegado: ¿De donde procedes?".

Tal vez sea así. Todo lo que puedo decir es que no interrogó de ese modo a aquel desconocido.

El hombre reflexionó un momento y dijo luego en el mismo tono tranquilo y con el mismo aplomo que antes:

¿Quién es el mejor poblador de todos nosotros?

La pregunta era bastante curiosa para que la dirigera a nuestro grupo un hombre que no tenía armas, que había salido no se sabía de donde en una isla solitaria en mitad de los mares.

Tanto más extraña resultaba la pregunta porque nosotros eramos siete y nuestro aspecto no indicaba que fuéramos gente dedicada a ocupaciones pacíficas.

Por extraña que fuera la pregunta solo podía tener una respuesta.

Como puestos de acuerdo miramos todos a nuestro Capitán. No había decisión posible respecto a su supremacia como peleador entre todos nosotros. Era precisamente a esa superioridad a la que debía su puesto y nadie se la discutía por cierto.

Retrocedimos de modo que el Capitán se quedara aislado en el monticulo desde el cual había vigilado como guardaban el tesoro.

El desconocido avanzó hacia el monticulo pasando por delante de nosotros, miró al Capitán cara a cara y luego, con toda desenvoltura le dió, una bofetada, con la mano abierta.

El sorprendido y ultrajado Capitán lanzó un rugido y desenvainó su espada.

El desconocido dió un salto hacia atrás y con un rapidísimo movimiento se apoderó de una de las espadas que Mopp y Mullins habían dejado cuando se dirigieron al agua del lago.

El Capitán desnudó su daga con la mano izquierda y con la espada en una mano y la daga en la otra, avanzó, atacando.

Nosotros formamos corro en torno de ellos buscando cada uno la situación más ventajosa para ver mejor la pelea.

Mediante un rápido movimiento lateral el desconocido sacó una daga del cinto de Jonahan Mopp al pasar éste por su lado. Estaba pues, al mismo nivel que el Capitán en cuestión de armas.

Yo he sido educado en el seno de una familia piadosa y temerosa de Dios y no he tenido trato con las diferentes escuelas de esgrima del Mundo. Esos palabras con "segunda", tercera" "flanqueando" me suenan aplicadas a la pelea como si fueran de un idioma desconocido.

Pero sin embargo admiro una buena pelea y no niego que sentí que se apresuró mi respiración en aquel momento por que fué aquel el mejor combate que había presenciado en mi vida.

El desconocido saltó de un lado a otro con agilidad y durante un momento. Los aceros chocaron. El capitán atacaba con ferocidad e impulsos de toro bravo y nosotros nos moviamos en la arena ya a un lado, ya a otro, para ver mejor.

De pronto, con movimientos de gran agilidad y precisión el desconocido hizo que su adversario tuviera que retroceder hasta que se vió al borde del lago.

Un paso hacia atrás y el Capitán cayó en el lago procurando hacer pié mientras el desconocido con sarcástica cortesía esperó que su adversario renovara el ataque.

El Capitán furioso al sentirse en ridículo ante su gente subió por la orilla y atacó de modo tal que el desconocido tuvo que retroceder hacia donde estaba la fila de nuestros hombres que presenciaban el lance con emoción grandísima.

Con sus escrúpulos y enloquecedora trankey desenvainaba un cuchillo y se lanzaba hacia el desconocido para herirle por la espalda. Sin dejar de mirar a las combatientes le dí un puntapie en la muñeca haci;ndole soltar el cuchillo de la mano.

El desconocido siguió retrocediendo hasta que estuvo de espaldas junta a una elevación de piedra. Invitó entonces a su adversario a atacar. Atacó el Capitán con todo su vigor pero lo único que consiguió fué romper la hoja de su espada al dar en la roca pues su adversario se retiró a tiempo hacia un lado.

Co n su escrupulos ay enloquecedora quilidad caballeresca, el desconocido esperó que dieran una nueva espada a su contrario.

Entonces tomó otra vez la ofensiva y volvió a hacer que retrocediera el Capitán.

Tanto se acercaron el uno al otro que combatieron cuerpo a cuerpo. Con unos movimientos habilísimos que inmovilizaban el brazo derecho del Capitán, el desconocido le oprimió el brazo izquierdo de tal modo que le hizo saltar la daga.

Quedóse el Capitán sin más arma que la espada y al verlo ahí el desconocido arrojó la daga hundiéndola por la empuñadura en la arena que quedaba más atras de una vija hacia donde les llevaba su combate.

Fué esta viga y la daga hundida en la harena con la punta hacia arriba lo que terminó con el Capitán.

Por que mientras nos deslizabamos por la arena interesamente atraidos por las peripecias del combate vimos que el Capitán era obligado a retroceder por la implacable espada del desconocido. Llegó por fin a la al caer dió en la daga puesta en punta y la viga en la que tropezó. Cayó hacia atrás y daga le atravesó el cuerpo mortalmente.

Hay una frase que se dice en todos los países del mundo y que tiene dos aspectos:

"A rey muerto, rey puesto" y "El rey ha muerto, viva el rey".

Muerto nuestro Capitán nos olvidamos de él y nos reunimos en torno del victorioso desconocido. Juzgamos allí mismo su proeza.

Yo y Mullins y Mopp y Hopfoot y Powder Monkey hablamos de este golpe y del otro golpe y de como habíamos notado más habilidad y ligereza en él que en el Capitán desde todo punto de vista. Comparamos el combate con otros que habíamos visto y le dijimos al vencedor que nunca habíamos conocido un combatiente tan noble como él.

Pero Michel se quedaba a un lado sin hablar. Calculé que pensaba en aprovechar la situación en beneficio propio. No quería comprometer un sí o un no sin haberse dado completamente cuenta del verdadero aspecto de la situación.

Debido a eso y procurando que expresara alguna opinión hice que el desconocido se volviera hacia él.

—¡Toma nota de él! — dije a Michel. — ¡Jamás procuró unirse a nuestra compañía un joven de las condiciones de éste!

Michel le miró como sin darle mayor importancia.

—En nuestra profesión se necesita algo más que ser un espadachín, — dijo con indiferencia.

El desconocido que había oído todos nuestros elogios con modestia estaba vendándose una herida que tenía en el brazo.

—¿Es vuestro oficio capturar buques? — preguntó.

Michel inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—El primer buque que escogais como presa, — dijo el desconocido apretando más fuerte un nudo del vendaje mientras hablaba; — os apuesto que yo lo capturaré enteramente solo.

CAPITULO IV

Justicia

Antes de llegar a la isla hice dos descubrimientos de los cuales no hablé a persona alguna.

Puestas en orden, como para ser utilizadas rápidamente, encontré seis de las pistolas del Capitán, una para cada uno de nosotros que le habíamos ayudado a ocultar el tesoro y una más. Opinaba el Capitán aquello de que "Los muertos no hablan". Si la sexta pistola estaba destinada a Michel no pude saberlo nunca, como es lógico.

Tranquilicé mi curiosidad enterándome de lo que había del otro lado de las colinas, en el sitio de donde había venido el desconocido. Mientras los demás seguían elogiando al desconocido, yo fuí a realizar un rápido reconocimiento.

Encontré una tumba reciente en la hondonada que quedaba entre dos colinas, con un trozo de madera recientemente esculpida a la cabeza. Un trozo de bisagra rota que estaba tirado en el suelo había servido de herramienta y estas eran las palabras grabadas en la madera:

¡PADRE MIO!

Juro solemnemente
que haré comparecer
a tus asesinos ante

¡LA JUSTICIA!

Debido a eso supe desde el principio cuál era el propósito de aquel desconocido y me propuse seguirlo a donde quiera que fuese porque yo también tenía pendiente una deuda con aquella Compañía de Piratas, aún cuando carecía de decisión para pagársela.

CAPITULO V

El Pirata Negro

Poco cambio produjo en la vida de a bordo de nuestro buque la pérdida de nuestro capitán. Sólo se notó que la disciplina, que nunca había sido muy estricta, se relajó aún más.

Michel presentó al desconocido mediante breves palabras.

—¡Ha dicho Mactavissh que es un muchacho valiente, — dijo, — y aspira a ser pirata... un pirata negro.

El nombre agradó, y desde entonces le llamamos el Pirata Negro.

Corrió por todo el buque la noticia de lo que había acontecido en la isla. El combate fué relatado con todos los detalles y la contestación que el Pirata Negro había dado a Michel fué repetida una y otra vez.

—Dice que es capaz de capturar al buque él solo, — manifestó Hopfoot, — y apuesto a que es capaz de hacerlo.

—Como afirmáseis tal cosa en la mañana de un lunes, os mandarían atar al palo mayor por embustero, — dijo, riendo Mullins.

Así comenzaron en pro y en contra a bordo y una mañana cuando un hermoso galeón de alta mar apareció navegando hacia Santa Juana, nos metimos en una ensenada que conocíamos a esperar a que pasara y ver luego si debíamos o no creer lo que había anunciado el Pirata Negro.

CAPITULO VI

Solo

Lo que vimos ya de pie junto a la borda, ya subidos a los obenques de nuestro buque constituyó algo extraordinario, sin duda alguna.

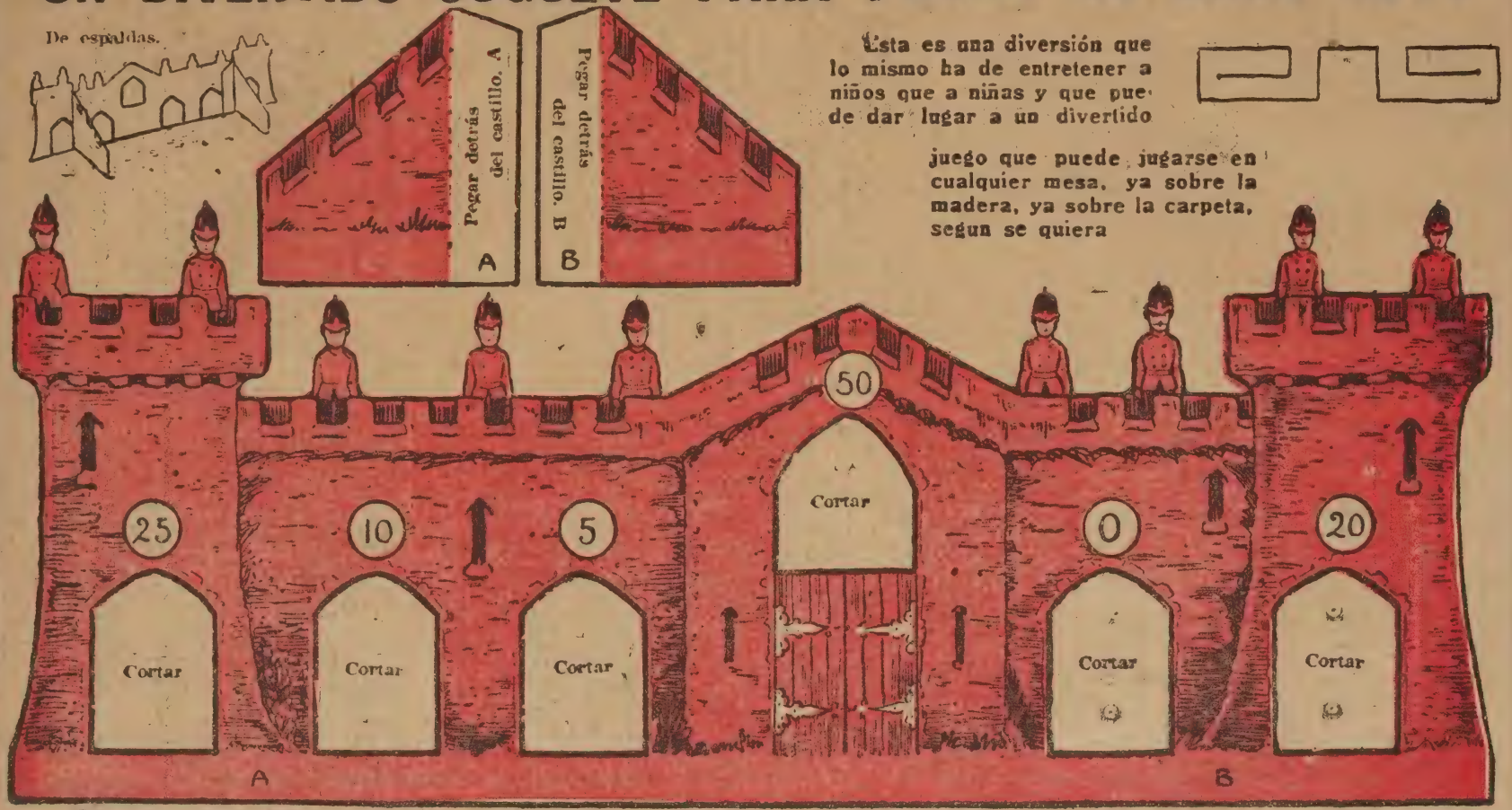
El galeón, con sus velas hinchadas por el viento seguía su rumbo.

El Pirata Negro menejaba un pequeño bote de pescadores que saltaba como un tapón de corcho en la superficie del agua en una recta hacia su proa, saludando al marinero de guardia al proceder así y ofreciéndole un hermoso pescado.

El contraste entre el enorme casco del galeón y la frágil cáscara de nuez de la lancha pescadora, daban aspecto ridículo a las manifestaciones que el Pirata Negro había hecho; sin embargo, tanto nos habían impres-

(Sigue en la pág. 51).

UN DIVERTIDO JUGUETE PARA PASAR UN BUEN RATO



Conviene pegar todo el modelo en cartón grueso, recortarlo y pegarle los dos sostenes. El juego se juega con bolitas y entre varios. El que primero suma mil tantos, -- por ejemplo, -- es el ganador. Los tantos se marcan por los números de los agujeros en los que han de entrar las bolitas.

EL PIRATA NEGRO

(De la pág. 49).

sionado que todos mirábamos como si esperásemos la realización de un milagro.

Todos menos Michel. Había consentido que el Pirata Negro partiera para su temeraria aventura.

Cuando el Pirata Negro navegaba en su botecito junto al galeón, Michel tomó una mecha encendida y la acercó al oído de un cañón.

—¡Esta locura ha ido ya demasiado lejos! — dijo rápidamente. — Corremos peligro de perderlo todo. ¡Descargaremos una andanada contra ese buque!

—¡Dejad que el muchacho realice su plan! — insistimos. — Si fracasara aún nos quedaría tiempo.

En aquel momento el Pirata Negro, tomando su bichero lo enganchaba en el casco del galeón y deslizando su botecito hacia la popa lograba luego, mediante una maniobra hábil, cambiar la posición del timón y con eso variar el rumbo del buque.

Esto aconteció en un brevísimo instante. Con mi catalejo pude ver que el timonel era arrojado al suelo por el repentino e inesperado movimiento del timón. El oficial que mandaba el galeón tomó la rueda del timón y envió al timonel a averiguar qué sucedía.

El Pirata Negro se alejaba del timón subiendo a la popa del galeón colgando de la parte sobresalientey ornamentada del buque.

Así llegó a la borda superior de la popa.

El oficial estaba todavía preocupado observando lo que le pasaba a la rueda. El Pirata Negro lo ató de pies y manos y lo dejó.

Lo que se proponía hacer después o cuál era su propósito no me preocupó.

Sacó un cuchillo de una vaina que se había atado al brazo y con él dió un corte a la vela de mesana. Subió por el mástil y después de un salto se colgó de una de las sogas y pasó al palo mayor.

Una vez más entró el cuchillo en acción y cortando la gruesa tela hizo que la vela superior se desprendiera. Dejó la vela de embolsar el aire, se agitó con fuerza y el galeón menguó la rapidez de su marcha.

Después de hacer ineficaz en la misma forma otra parte dél velámen descendió al puente de mando del que saltó a la cubierta.

Sin dejar de mirar con mi catalejo pude ver cómo cruzaba el puente, llegaba al palo trinquete y medía con la vista la distancia que le separaba del primer tope.

Desató una bobina y la ató a la culata de un cañón y lo acercó tanto a la borda que el primer balanceo del galeón podía caer hacia el agua. Corrió hacia la base del palo de trinquete para que la caída del cañón, tirando de la soga, le llevara hacia lo alto.

Allí, por primera vez, tropezó con seres humanos. Un sorprendido marinero abrió la boca para gritar. El Pirata Negro le tomó por el cuello con una mano y le tapó la boca.

En aquel momento el buque se balanceó. El cañón desatado saltó por el lado del galeón y su peso alzó al Pirata Negro y al marinero que tenía en sus brazos hasta la vela más alta del trinquite.

Ató al marinero a la verga con la correa de la cintura y ahí lo dejó colgado. El Pirata Negro pinchó la vela más alta del trinquete con su cuchillo y deslizóse hacia abajo cortando la vela al descender hasta la verga inferior.

Fuera de que con sus maniobras acercaba al galeón a nuestro buque no veíamos de qué modo se proponía realizar lo anunciado. Pero miramos con creciente interés su próxima maniobra.

Descendió hacia la cubierta de proa y mientras tanto el guardián de aquella parte del buque, — el mismo que tan jovialmente le había saludado poco antes, — se alarmó ante los gritos del colgado marinero e hizo fuego con una pistola.

El Pirata Negro no resultó herido. Tomó impulsó y se lanzó al castillo de proa pero no llegó a tiempo para detener al guardián, que desapareció por una escotilla lanzando gritos de alarma.

Entonces pudo notarse qué orientación había tenido toda la labor del Pirata Negro.

Hizo girar un par de cañones y encendió una mecha con su pistola. La tripulación y los pasajero, alarmados por los gritos del guardián aparecieron en el puente en tropel.

De pie arriba, con la mecha encendida en la mano y los cañones apuntando hacia la cubierta, el Pirata Negro los tenía a su merced.

Con el pie desató la soga de un ancla que estaba así preparada por los marineros y el ancla descendió, huudiéndose en el mar.

El enorme galeón, perdido su velámen, se quedó sujeto al ancla después de navegar hasta llegar a nuestro buque.

Un casco junto al otro, el galeón quedó inmóvil. Nosotros saludamos con entusiastas vivas al Pirata Negro.

—En nuestro oficio hay que ser algo más que un espadachín, — dipe, sin dirigirme a

persona alguna en particular, pero cuidando de que Michel me oyera.

CAPITULO VII

Rehenes

La hazaña del Pirata Negro había puesto en nuestras manos al galeón y al dividir el producto seguimos la misma práctica de costumbre.

Con el rabo del ojo yo observaba al Pirata Negro.

Sentado a un lado se fijaba en todo lo que pasaba.

Todos estábamos muy ocupados. Unos atando a los pasajeros y a los tripulantes. Otros revisando los camarotes y las bodegas y pasando el botín de mano en mano hasta que llegaba a la cubierta de nuestro buque. Powder Monkey tomó su barril de pólvora y fué esparciendo el reguero en torno de los cautivos.

El Pirata Negro tenía una expresión sombría. Frotaba maquinalmente el anillo con un escudo nobiliario, que llevaba puesto en el dedo índice.

De improviso se levantó de un salto:

—¡Hola! ¡Lobos del mar! — gritó. — ¡Tengo algo que deciros!

La actitud cesó en el mismo momento y todas las miradas se dirigieron hacia él.

—¡Venid todos ¡Os haré conocer algo nuevo en vuestra profesión! ¡Reuníos junto a mí todos los que amáis el oro!

Así siguió gritando hasta que casi todos nosotros estuvimos en redor de él, mirándole boquiabiertos y atónitos.

Michel con burlona indiferencia se separó a un lado.

Con suma habilidad el joven supo explotar la inclinación al dinero de los que les escuchaban. Se refirió al propósito de todas las aventuras que no podía ser más que uno: oro oro y más oro. Poseía el don de la elocuencia.

—¡Mirad! — dijo. — Ahí tenéis un buque que ha sido capturado sin disparar un sólo tiro. Un buque nuevo, tan nuevo como el día en que fué botado al agua. ¿Por qué hemos de destruirlo y perder la parte más valiosa de nuestro botín? Conservemos ese buque en rehenes.

"Fijemos su recate en cincuenta mil piezas de a ocho, — continuó. — Enviaremos a nuestro buque en su busca y fijaremos un día para su regreso.

Yo subí a la cubierta alta y me puse a su lado.

—Es un joven de recursos, camaradas, — dije a los demás. — Su plan significa cincuenta libras para cada uno de nosotros.

Ahora, lo que sucedió luego no figuraba en sus planes porque no era posible que lo profetizara nadie.

CAPITULO VIII

La joven

Baboon, saltando de un buque a otro, metiéndose en todos los huecos en busca de algo de lo cual apoderarse, miró por una ventanilla al interior de un camarote al parecer desocupado.

En la cama veíase que los finos cobertores habían sido echados a un lado por alguien que acabara de levantarse.

En ambos lados del lecho las puertas con las cuales se le podía encerrar estaban abiertas.

Cuando Baboon miró con mayor atención para ver si entre las cobijas había alguna de valor de la que valiese la pena apoderarse, vió que una de aquellas puertas se movía y de detrás de ella salía cautelosamente una sirvienta. Tomó un vaso de plata que había en la mesa y se dirigió en puntas de pies hacia la otra puerta. Abriéndola, dejó ver a una joven a quien entregó el vaso de plata que contenía una bebida.

¡Qué descubrimiento! Baboon dejó caer el bulto que llenaba y corrió por los pasadizos del buque hasta el camarote, lo abrió y sacó de él a la joven.

La sirvienta le dió un golpe que le detuvo un momento y la aterrorizada joven corrió por el pasadiso de los camarotes. Media docena de piratas más se lanzaron en su persecución cuando, subiendo por la escalera de la cámara, se dirijió a la cubierta.

Michel, de pie, solo, en la cubierta estiró un brazo y la sujetó en el momento en que pasaba corriendo.

Baboon y los otros seis que se habían agregado, llegaron y reclamaron la propiedad de la cautiva.

Mopp, Baboon, Harvot y los demás tironearon de ella. Pero Michel la sostuvo con el brazo y se negó a soltarla.

La lucha se hacía violenta ya cuando intervino Hoptoot.

—¡Echadla a la suerte! — dijo, enseñando unos trozos de soga. — El que saque la más corta, ganará.

CAPITULO IX

La soga corta

Cuando yo terminé de hablar, y el Pirata Negro se volvió, el cuadro que vieron sus ojos fué el siguiente:

Una muchacha, — una dama a juzgar por su manera de vestir, — de suave cabello rubio y de cutis aterciopelado, vestida con fino ropaje destinado a ser usado en la intimidad del camarote, era sostenida por el brazo de Michel como pudiera sujetarla un torniquete.

En el puño de Hoptoot se veían unos trozos de soga.

Michel soltó a la joven y ésta se apoyó, encogida, al tabique del camarote de la cubierta, tapándose el rostro con ambas manos.

Los que jugaban sacaron cada uno un pedacito de soga de los que Hoptoot tenía en la mano.

Cada uno observó lo que había sacado y lo enseñó para que fuese comparado con las demás. Todos, menos Michel que cerró el puño hasta que todos los demás hubieron mostrado sus trozos de soga. Después abrió lentamente la mano y sonriendo con satisfacción mostró la soga más corta.

CAPITULO X

El rehén

De todo esto yo me enteré más tarde. Mientras todo esto acontecía yo estaba dirigiendo la palabra a mis compañeros de piratería procurando demostrarle que era muy conveniente conservar el buque como rehéen y exigir rescate.

Ninguno, como de costumbre, se mostraba receloso.

—¿Cómo podemos saber que van a mandar el rescate? — me preguntó.

El Pirata Negro observaba a la vez cómo sacaban las suertes y lo que conversabámos nosotros.

Oyó la pregunta de Ringnose y le replicó prácticamente.

Inclinándose, alzó a la temblorosa joven hasta la cubierta superior y la presentó a sus hombres.

—¡Aquí está nuestra garantía! — les dijo, mostrando una joya que puesta en una cadena, colgaba del cuello de la joven. — ¡Es una Princesa... Una Princesa de sangre real! La guardaremos como rehén.

No me era posible calcular cuáles eran sus planes en aquel momento pero la verdad era que conseguía atraer la atención de los componentes de la compañía.

Michel le interrumpió.

—Esa muchacha es mía, — gritó. — La gané a la suerte.

El Pirata Negro le miró fijamente.

—¿Vamos a sacrificar el bien de todos en beneficio de uno solo? — preguntó a los piratas.

—¡No! — gritó uno. — ¡Las riquezas para todos nosotros! ¡Votamos a tu favor, valiente!

—La opinión es general, muchachos, — dije yo. — Pediremos un rescate y guardaremos a la Princesa como rehén. — Y agregué, apoyando una mano en el hombro del Pirata Negro. — Fué superior a nuestro capitán en un leal combate. Se apoderó de este buque él solo. Se propone ganar para todos nosotros más oro que cuanto hemos visto hasta ahora. ¡Propongo que le nombremos nuestro jefe!

Michel sonrió para disimular un gesto de rabia.

—Si el dinero del rescate llega a nuestro poder, entonces, tal vez, podría pensarse en nombrarlo capitán, — dijo.

—¡Viva nuestro capitán! — grité. — ¡Cundo llegue el dinero le nombraremos!

Los piratas gritaron con entusiasmo y agitaron sus armas demostrando así que estaban de acuerdo con lo dicho por mí.

CAPITULO XI

El buque del rescate

Nos reunimos en el camarote principal con el objeto de redactar un documento que debía constituir como un contrato entre nosotros y los principales pasajeros del galeón.

En ese documento hicimos constar que el importe del rescate era cincuenta mil piezas

de a ocho, como el Pirata Negro lo había dicho, y luego agregamos:

" Si dicho rescate es entregado mañana a
" las doce del día, la Princesa será devuelta
" a vosotros pura y sin mancha y sin haber
" sufrido daño alguno; pero como os volváis
" contra nosotros con navíos de guerra y
" soldados, la mencionada Princesa perderá
" la vida y su cadáver será arrojado al mar."

Suscribimos el documento con nuestros nombres y lo entregamos al Pasajero Principal del galeón.

El Pasajero Principal aceptó su misión y partió con su gente en nuestro buque, despidiéndose de la Princesa con la mayor cortesía y con grandísima tristeza.

De pie en el puente, junto a la esfera del reloj grité de modo que pudieran oirme los que estaban en ambos buques:

—¡Os concedemos desde las doce del día de hoy hasta las doce del día de mañana, contando por este reloj!

Se produjo gran confusión, pues se quitaron a nuestro buque sus cañones y se sacaron de él los tesoros que ya habíamos cargado. Todo fué trasladado al galeón. Tripulando nuestro buque con marineros del galeón, embarcamos los principales pasajeros que iban a gestionar la entrega del rescate.

Dos cosas acontecieron en medio de aquella confusión. De una me enteraron más tarde; la otra la adiviné yo.

La primera fué que Powder Monkey se metió secretamente en el buque que partía, enviado por Michel con orden de volar el buque cuando llegara la noche. Esto fué lo que adiviné luego.

La otra fué una comunicación enviada en secreto por el Pirata Negro al Pasajero Principal, y que decía:

" Mostrad esta sortija al señor gobernador.
" Que él envíe contra nosotros un destaca-
" mento de mis mejores soldados. La "Prin-

cesa será enviada a tierra esta misma noche."

Con la carta iba el anillo que ostentaba un escudo nobiliario.

CAPITULO XII

La carta

En cuanto el buque del rescate se perdió de vista, el Pirata Negro se acercó a mí.

—Mostradme vuestro mapa, — me dijo. Lo examinó con atención y midió cuidadosamente las distancias. — El viento es favorable, — dijo luego. — Tendrán muchas horas de sobra. Espero que estarán de vuelta antes de la hora marcada.

Miró a lo lejos, pensativo, hacia el mar. Un instante después se estremeció y lanzó una exclamación. Siguiendo su mirada vi a aquel a quien nosotros llamábamos Boboon. Se deslizaba por un lado del buque.

El Pirata Negro se movió rápidamente y algunos de nosotros le seguimos. En el pasadizo del lado exterior del camarote de la joven, Michel se unió a nosotros.

El Pirata Negro abrió la puerta del camarote. Por encima de sus hombros podíamos ver a Baboon. Estaba asomado a la cubierta ventana. Avanzaba sus largos brazos y miraba a la joven. Al oir que la puerta se abría apuntó con su pistola.

Se vió un montón de humo y él cayó de espaldas, desapareciendo.

El Pirata Negro volvió su humeante pistola al cinto y avanzó hacia donde la joven estaba acurrucada detrás de su sirvienta.

Hizo que se pusiera de pie, se inclinó cortésmente hacia ella, le dirigió un breve discurso lamentando que hubiera sido molestada y después regresó hacia nosotros.

—Fué necesario, — dijo lacónicamente, dirigiendo una rápida mirada a la ventana por la cual había desaparecido Baboon para encontrar la muerte en el mar. — Lo hice por el bien de nuestra Compañía. Debemos cumplir al pie de la letra las condiciones establecidas en nuestra carta.

Michel le miró irónicamente.

Debo daros las gracias, — dijo, — por haberla salvado... para mí.

El Pirata Negro se disponía a hablar, pero Michel le hizo callar adelantando una mano.

—Eso será, naturalmente, — agregó, — en caso de que no regrese nuestro buque.

Giró sobre sus talones y salió del camarote. Había dicho sus últimas palabras en un tono que indicaba amenaza, que hacía suponer la existencia de algún plan siniestro y oculto.

Después de dirigirme breves palabras encargándome de la custodia de la Princesa, el Pirata Negro se retiró.

Detúvose un momento en la puerta. Los ojos de la joven estaban fijos en él. Durante un largo momento ambos se miraron. En los ojos de la joven se notaba una expresión interrogativa a la vez que de extrañeza. El significado del sombrío mirar del Pirata Negro era muy difícil de interpretar.

CAPITULO XIII

Cuando llegó la noche

El día transcurrió tranquilamente. No se hizo sentir mayormente la disciplina. A pedido del Pirata Negro y bajo su dirección fueron remendadas las velas y limpiadas las cubiertas, de modo que quedó el galeón como si no hubiese sido teatro de los extraños sucesos que allí habían acontecido.

El cocinero se relamió golosamente al pasar revista al depósito de provisiones del galeón y preparó una magnífica y suculenta comida. Al anochecer en casi todos los pasadizos del galeón se respiraba el exquisto aroma de las viandas puestas a hervir, al asador o al horno.

Nuestros hombres se reunieron en el camarote principal con el propósito de pasar bien la noche. Seguros que nuestro fondeadero de la ensenadita, no tuvimos necesidad de poner vigilancia y a ninguno de los hombres se les negó, pues, oportunidad de gozar del banquete; de la buena pitanza y la excelente bebida.

Michel, como de costumbre, se quedó separado de los demás. Juzgando por ciertos sucesos posteriores, creo que debió pasar la primera mitad de la noche apoyado en la borda, mirando mar afuera con la esperanza de ver que se cumplían las órdenes que él había dado a Powder Monkey, su compinche. Cuando su curiosidad a este respecto estuvo satisfecha, como pudo verse por un resplandor que brilló en el horizonte, debió descender a la cubierta inferior, y esto, como lo explicaré, lo hizo en muy oportuno momento.

CAPITULO XIV

Un corazón enfermo

Dejé mi puesto de confianza a la puerta del camarote de la joven tan sólo el tiempo indispensable para ir en busca de algo de comida para ella.

Cuando regresaba con la comida, el Pirata Negro me cortó el paso.

—¿Habéis tenido noticia alguna vez, — comenzó, — o habéis oído hablar de alguna ocasión de un hombre que se haya enamorado de una mujer al verla por primera vez?

La pregunta era extraña y yo le presté la atención que merecía. Parecía estar deseoso, el Pirata Negro, de conocer al respecto la opinión de un hombre práctico en las cosas de este mundo. Yo hubiera querido darle información personal pero me ví obligado a confesar que semejante cosa no me había acontecido jamás.

Entonces él me explicó cómo le había sucedido a él y me preguntó si yo quería encargarme de entregar una carta suya a la dama de quien tan repentinamente habíase enamorado. Se refería, claro está, a la joven que estaba en el camarote.

Tenía algo el aspecto de aquel hombre, — tan temerario y tan jovial,—que me atraía y agradaba. Puso la carta en la bandeja en

que yo llevaba la comida y yo entré en el camarote.

No en vano he aprendido a disimular oportunamente. Mientras avancé con la bandeja, pude apreciar, fingiendo que no miraba a parte alguna, que la joven parecía mirar a todas partes menos a la carta, aun cuando la había visto desde el primer momento.

Tengo costumbre de estudiar bien el mapa de la región por donde he de navegar, así que en este caso no me olvidé de mirar hacia el mensaje cuando ella lo desplegó para leerlo. Decía así:

"Os halláis en constante peligro. Prepa-
"rad vuestros planes para seguir los míos.
"Esta noche acudiré a vuestro lado para lle-
"varos a tierra".

La joven reflexionó un momento, con la misiva en la mano y frunciendo el ceño.

—¿Quién es el Pirata Negro? — me preguntó después.

—Un joven valiente y caballeresco y digno de toda confianza, — dijo astutamente. — Pero parece tener el corazón enfermo.

La joven dejó de mirarme. Fijó su mirada vagamente, en el espacio.

Maquinalmente, como envuelta en un ensueño, dobló nuevamente la misiva, la tomó con ambas manos y la estrujó con fuerza sobre su pecho, suspirando...

CAPITULO XV

Fracaso

En mitad de la noche, la fiesta que se realizaba en el camarote principal, esta en su momento de mayor animación. Todos comían, bebían y gritaban con grandísimo entusiasmo.

El Pirata Negro llegó al pie de la ventana del camarote en uno de los botes del galeón y yo tuve dispuestas a las dos mujeres, esperando vestidas y encapuchadas y con el equipaje preparado para que fuera con ellas.

Até la soga que él arrojó y él subió por ella. Yo le entregué a la sirvienta y él la descendió por el bote.

Después puse a la joven en el borde de la ventana.

Ella le detuvo un instante en el momento de alzarla.

—Arriesgáis vuestra vida por mí, — díjole ella gravemente.

—Más haría si fuese necesario... ¡La daría! — díjole él.

Cuando ambas estaban ya en seguridad en el bote, dió instrucciones a la sirvienta sobre lo que debía hacer cuando llegaran a tierra.

La joven parecía no estar muy contenta con la idea de irse. Le miraba con curiosidad, interrogativamente.

—¿Quién sois? — le preguntó ella gentilmente.

—Un pirata que ha encontrado su teso-

ro... y lo deja perder, — díjole. E inclinándose, la besó la mano.

Empujado con fuerza, el bote se alejó hacia tierra y él comenó a subir por la soga hacia el camarote.

De repente ví que se apresuraba. Hizo señas al bote, indicando que se apresuraría. Después, entrando de un salto por la ventana, me dió órdenes rápidas y nerviosamente.

—Abrid la puerta, — dijo, — y apuntadme con la pistola, dominándome.

Al oirle hablar así, comprendí que le habían visto.

Vinieron al camarote. Michel los encabezaba. Michel era el que lo había visto y el que había llamado a los demás.

Pero al ver que yo apuntaba con la pistola y que el Pirata Negro tenía las manos en alto, no sospecharon mi complicidad.

Lo despojaron de sus armas y le dieron orden de que los acompañase. Por la ventana del camarote ví a Odell y Blodgett que nadaban hacia el botecito, al que capturaron y con el que regresaron al galeón.

CAPITULO XVI

Sentencia de muerte

Formamos a toda prisa un consejo de guerra y en medio del silencio, la soledad y las tinieblas de la noche, el Pirata Negro compareció ante aquel tribunal para ser jugado como autor de un delito castigado con pena de muerte.

En redor del círculo formado por la amarillenta luz de uno de los grandes faroles, círculo más allá del cual se extendía la oscuridad, nos reunimos para oir la acusación y votar en pro o en contra, según nuestro capricho.

Michel se encargó de exponer la acusación.

—Este infame y vil traidor, — nos dijo, — es culpable de felonía y de traición.

Indicó, con un movimiento de la mano, el sitio donde se hallaba la joven. Estaba de pie, erguida, tan hermosa como siempre, apoyada a uno de los puntales.

—Lo vieron mis ojos, — agregó el acusador, mirando a los que formábamos el auditorio como invitándonos a apoyar su manifestación.

Se oyó un gruñido de asentimiento. El furor de los miembros de la Compañía iba haciéndose cada ve mayor.

Michel consideró que ya estaba su auditorio suficientemente maduro para arrancarle la decisión que él deseaba.

—El caso es claro y no necesita de inútil palabrerío, — gritó, volviendo a mirar si alguno disentía.

Sólo hubo uno.

Hopfoot apoyó una mano en la cabeza del acusado.

—Yo voto porque viva, — dijo con bondadoso acento.

Pero los piratas no estuvieron de acuerdo con él. Alzaron sus espadas y las blandieron furibundos. Luego, gritaron todos a la vez, formando un formidable coro.

—¡Que muera!

CAPITULO XVII

Paseando la tabla

Calmada un tanto la gritería de los piratas, Michel volvió a hacer uso de la palabra.

—Paseará por la tabla, — dijo Michel, que no pudo, por más que se lo propuso, disimular la grandísima satisfacción que me producía el poder hacer semejante manifestación.

Me dijo en voz alta, que le vendara los ojos al culpable. Después se dirigió a disponer los preparativos para la ejecución de la sentencia.

No quiero dejar de decir que tardé más de lo necesario en encontrar lo preciso para vendarle los ojos.

Mullins me dió un tirón del brazo.

—¡Atención! — díjome. — ¡Esa pícara es capaz de hacer fracasar nuestros planes.

Miré al sitio hacia donde indicaba él.

La joven, con la cabeza erguida, grandiosa en su temeraria actitud, se dirigía valerosamente hacia el cautivo.

Acercó los labios a la mejilla del Pirata Negro y estrechó las manos que él tenía atadas a la espalda. En aquellas manos puso un cuchillo que debía haber sacado del cinto de alguno de los piratas.

Fué emocionante presenciar aquél acto de valor de la gentil muchacha. El Pirata Negro se lo agradeció mediante una larga y expresiva mirada. Después, inclinándose, besó la mano blanca y fina de la dama.

Por mi parte, hice lo que me pareció lo mejor que se podía hacer en aquellos momentos. Le quité el cuchillo al preso y dirigí a la joven un breve pero enérgico sermón.

Después, cuando el Pirata Negro me miró, puse el cuchillo con la hoja hacia afuera en mi cinturón y me acerqué mucho a él para vendarle los ojos.

Tardé bastante tiempo en vendarlo y mientras le ataba la venda pude sentir que sus manos se movían y que cortaba las cuerdas que le sujetaban, de modo que no se notara.

Cuando probé la venda, me dijo en voz baja que vigilase a Michel hasta los doce del día siguiente.

Por el portalón de la borda hacia afuera hacia las tinieblas de la noche, colocaron la tabla.

A ambos lados, en fila junto a la borda se situaron algunos artilleros.

El tambor comenzó a sonar.

Los piratas dejaron libre un camino por el cual se hizo avanzar al condenado.

Se le guió de modo que pisara el extremo interior de la tabla y Michel, tocándole la espalda con la punta de su espada, hizo que el Pirata Negro avanzara hasta el otro extremo de la tabla, el que quedaba sobre el mar.

Una vez allí los dos, Michel le dijo algo al oído.

Entonces yo me enteré de que lo que entonces hizo Michel fué comunicarle con jactancia, que el buque del rescate habíase hundido en el mar.

Acosado por la espada que le pinchaba la espalda, el Pirata Negro avanzó un paso más... el paso hacia el vacío.

Se oyó el ruido que hizo al dar en el agua. La torturada joven lanzó un grito de dolor y de angustia.

Después reinó el más completo silencio.

Los artilleros que se hallaban junto a la borda, miraron tratando de ver cómo reaparecía el cuerpo en la superficie.

Michel esperó hasta que el agua volvió a quedar en calma.

Después volvió la espalda a la borda y regresó a la cubierta, indicando así que la ceremonia había terminado.

CAPITULO XVIII

Tranquilizando

La joven estaba acurrucada junto al camarote de la cubierta, sollozando y gimiendo sin darse cuenta de que Michel la vigilaba. Miré en redor en busca de la sirvienta y sospeché la verdad. Michel la había enviado a la cubierta inferior para que la dama se quedara enteramente sola.

Yo acompañé a la joven a su camarote. Por la ventana miré hacia la oscuridad, con esperanzas, pero perplejo, sin saber qué pensar.

Durante un brevísimo momento un brazo apareció sobre la negra superfice del agua.

No pude ver mucho, pero fué suficiente para mí.

—Tranquilizáos, joven, — díjela en voz muy baja. — El vive.

Ella me miró como encandilada y tuve que repetírselo una y otra vez antes de que se decidiera a creerlo.

Fuera del camarote, en el pasadizo, me encontré con Michel. Cerré la puerta del camarote y me guardé la llave. Se la mostré a Michel.

—Nuestros compañeros no están de buen talante, como para jugar con ellos, — le dije. — El convenio dice "pura y sin mancha hasta mañana a las doce". Si no sabéis cumplir esa cláusula, os exponéis al enojo de los vuestros. Y entonces, el que paseará por la tabla, seréis vos.

No pude leer el significado de la mirada que me dirigió en respuesta. Parecía estar enterado de algo que le llenaba de júbilo. Pero calló, y después de oir mis palabras, se retiró.

Por bien de la joven decidí vigilar y así lo hice durante toda la noche. Llevaba bastante tiempo sin dormir y me encontré con que cabeceaba de vez en cuando contra mi voluntad. Pero encontré el modo de combatir eso. Me sostuve la barba con el cuchillo y el pinchazo de la punta, en caso de que inclinara la cabeza, me despertaba inmediatamente.

CAPITULO XIX

Las doce del día de mañana

Hasta estos días no puedo mirar sin emocionarme la esfera del reloj de un buque cuando marca las doce y es de día.

Todos los de nuestra Compañía estaban reunidos esperando la llegada de las doce. Algunos miraban hacia el horizonte. Otros miraban hacia las altas orillas que ocultaban la entrada de la ensenada con la espe-

EL CARNICERO DESCUIDADA

Perdiendo el corazón

ranza de ver aparecer por ellas el buque del rescate.

Michel no miraba hacia parte alguna. De pie cerca del reloj, escuchaba con alegre sonrisa, las frases de decepción de los piratas.

La sombra dió en la señal de las doce.

Michel, que tenía en la mano un jarro de cerveza, del que había bebido a sorbos durante un largo rato, arrojó a un lado la jarra.

—Ya ha pasado la hora, — dijo. — No esperaremos a nadie ya. ¡A las velas!

Se oyó una débil protesta, pero él no hizo caso de ella y se dispuso a abandonar la cubierta.

Yo comprendí a dónde se proponía ir y fuí delante de él.

Al pie de la escalera principal, le esperé.

El golpe era doloroso, — ¡un buque de rescate que no volvía! — pero yo me propuse discutir con Michel al respecto.

El me hizo retroceder hasta la puerta del camarote pero yo me negué a cederle el paso.

Entonces me golpeó en la cabeza con la culata de una pistola y caí sin sentido.

CAPITULO XX

Ataque

Lo que sucedió después he logrado saberlo gracias a lo que varias personas me han contado.

En la cubierta los piratas estaban preparando el velamen para poner el buque en marcha.

En el camarote, la joven, aterrorizada al ver a Michel, corrió hacia la ventana con intención de arrojarse al mar. El la agarró, la sacó de allí a tirones y cerró, por último, la ventana.

Entonces se oyó el estampido de un cañonazo.

Michel ató a la joven al lecho del camarote con los cordones de las cortinas y corrió a la cubierta.

La bala del cañón había estropeado el palo trinquete y la vela más alta, desprendida, flameaba con violencia.

El buque que había disparado el cañonazo en el momento de volver la punta de la ensenada, veíase en aquel momento con toda claridad. Era una galera sin velamen y con una simple fila de remeros de cada lado. Estaba cargada de hombres. Tenía un cañón.

En el puente del galeón, nuestros artilleros corrían a sus cañones y procuraban apuntar con ellos a la galera.

Lo que no sabían era que quien mandaba aquella golera era el Pirata Negro y que después de dar órdenes a sus hombres, se había lanzado al mar y nadaba entre dos aguas hacia el galeon.

Los tiros disparados por el galeón parecieron tener un resultado inmediato. La galera se hundió y sus tripulantes con ella.

Una vez más no podían nuestros hombres saber que se trataba de una estratagema. La galera había sido anegada a propósito y su tripulación estaba compuesta de hombres entrenados al efecto, que nadaban entre dos aguas, en seguimiento de su denodado jefe.

Michel, después de dar orden de lavar anclas y soltar velas volvió de nuevo a la cubierta inferior camino del camarote donde había dejado a la joven.

CAPITULO XXI

Rescate

En el interin, Hopfoot me había encontrado desmayado y había logrado hacerme recobrar los sentidos. Le envié en busca de la sirvienta y me dirigí al camarote.

Desaté a la infelíz joven y la saqué de aquel camarote.

Nos dirigimos en busca de Hopfoot y de la sirvienta a donde creíamos que podíamos hallarla.

De improviso oí ruido tras de mí y volví la cabeza.

Michel con la espada desenvainada me había dirigido un puntazo a la espalda, pero su propósito había sido frustrado.

¡El hombre que había hecho fracasar su infamante tentativa había sido el Pirata Negro!

La joven lanzó un grito y se agarró a mis hombros.

El pirata Negro arrojó a Michel contra un lado del pasillo. Michel rodó por tierra y quedó encogido y sin sentido al pie del tabique. Entonces se precipitó hacia él y lo ahogó.

La joven lanzó en ese instante un grito de aviso al ver que Mopp aparecía por la escollera con una pistola en la mano. Detrás de él aperecieron varios de nuestros hombres.

El Pirata Negro levantó a Michel y se escudó con él cuando Mopp hizo fuego. Michel dejó caer la cabeza hacia un lado de modo extraño. Sin soltarlo, el Pirata Negro peleó contra los otros.

Fué un combate digno de ser presenciado. Los ojos del Pirata Negro parecían verlo todo, estar en todas partes.

Un pirata se trepó en él por la espalda y el Pirata Negro le golpeó con el cadáver de Michel y ambos cayeron por una eccotilla al puente inferior.

Peleando de ese modo protegió a la joven, a mí, a Hopfoot y a la sirvienta, que se habían unido a nosotros, hasta que llegamos a una escalera y empezamos a subir hacia la cubierta, sosteniendo una puerta contra los perseguidores para proteger nuestra huída.

CAPITULO XXII

La justicia satisfecha

Mientras eso sucedía con nosotros, habíanse producido grandes novedades en la cubierta.

Los hombres del Pirata Negra, de acuerdo con las órdenes que de él habían recibido, habíanse ocultado entre dos aguas el tiempo necesario para evitar que los de la compañía pudieran causarles daño.

Cuando aparecieron en la superficie del agua nadaron hacia nuestro galeon atacándolo contra otras tantas hormigas.

Nuestros hombres fueron sorprendios desprevenidos.

Tenían bastantes cañones pero no podían emplearlos dentro del buque.

En pocos momentos estuvieron todos capturados. Todos menos Hopfoot y yo. A nosotros nos perdonó el Pirata Negro por pura bondad de alma.

Llegamos a la cubierta Hopfoot, yo y las dos mujeres y en el mismo momento vimos que el Pirata Negro era alzado en brazos de sus hombres y le oímos gritar:

—¡La justicia ha quedado satisfecha!

Entonces se produjo un rápido movimiento de gente y alguien anunció:

—¡Su excelencia, el señor gobernador!

Un caballero de agradable aspecto pasó por el camino que abrió la gente amontonada y saludó al Pirata Negro.

—Señor duque, — dijo con voz varonil; —mucho es lo que os debemos por haber librado a nuestros mares de todos estos viles ladrones y degolladores.

Oí que la joven balbuceaba algo que no entendí y que luego decía, repitiendo las palabras del gobernador:

—¡Señor duque!

El gobernador se volvió hacia ella.

—¡Princesa! — exclamó. — Alteza: os felicitamos por vuestra liberación. — Y al saludar, rozó la cubierta con la pluma de su sombrero chambergo.

Fué el Pirata Negro el que se sintió entonces asombrado pues estaba yo seguro de que hasta aquel momento no sabía si aquella joven era, o no, de la nobleza, detalle que, en verdad, no le había importado ni poco ni mucho.

El gobernador miró a uno y a otra respectivamente.

—¡No os conocéis! — exclamó.

Y como ambos movieron negativamente la cabeza, a la vez, se inclinó de nuevo.

—Alteza. — dijo: — os presento al excelentísimo duque de Arnaldo.

Los dos se miraron durante un largo momento.

—Señora, — dijo: — acabo de serle presentado y os ruego me perdoneis esta precipitación, pero ante todos los presentes y ojalá pudiera ser ante todo el mundo, os pido vuestra mano en matrimonio.

Saltó al puente y tomó en brazos a la joven. Ella levantó la cabeza y sus labios se unieron...

El gobernador se quedó atónito. Se sentó en la cercana cureña de un cañón y se abanicó con su sombrero.

No era poco privilegio el de poder ser testigo de semejante escena.

Llevé la mano al bolsillo y saqué el mapa y la llave del depósito secreto.

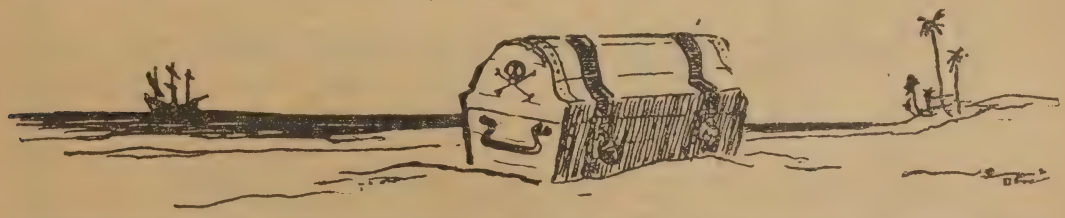
—¡Este será un magnífico regalo de bodas! — dijo Hopfoot. Y lo ofrecí a la joven pareja.

Pero estaban tan entregados el uno al otro, que ni me vieron.

En consecuencia resolví esperar a que pudieran atenderme y me sostuve la barba con el cuchillo, sabedor de que si el sueño me vencía y bajaba la cabeza, el pinchazo me despertaría.

ELTON THOMAS

(Reducción especial para publicarse en este magazine, por LOTT WOODS. Traducción del inglés para "PUCKY")



GENTE DE SOBRA

—¿Estuviste en el casamiento de Joaquinita?

—Sí.

—¿Qué tal?

—¡Oh! Muy aburrido. Había tanta gente en la iglesia que no se podía ver a nadie.

En el número próximo de "Pucky" una novela policial completa:

SEXTON BLAKE contra KESTREL

NO DEJE USTED DE LEERLA

EL CASO DE LOS CUATRO DETECTIVES

NOVELA POLICIAL COMPLETA

SEXTON BLAKE

CONTRA

LEON KESTREL

Se publicará completa en el número 157 del magazine semanal

"PUCKY"

del VIERNES 1.° de OCTUBRE de 1926

Pídalo en los kioscos, en las estaciones, a los vendedores.

UN CUADRITO DE VIDA SOCIAL

—ooo—

MAMÁ Y BEBE

Por GEORGES MAYRAND

(Traducción del francés)

Hay madres de todas clases como hay hijos de todos aspectos; la madre y el hijo que anecdóticamente el autor del diálogo que se publica a continuación parecen tomados del natural y son ejemplares curiosos de una muy curiosa categoría social.

MAMA Y BEBE

(Mamá y Bebé se instalan en un ascensor que debe elevarlos hasta el décimo piso del 431 del boulevard Haussmann, París. Mamá es elegantísima. Bebé parece una muñeca).

MAMÁ

¿Has entendido bien todo lo que te he recomendado?

BEBÉ

Sí, mamá.

MAMÁ

Dime algunas de las cosas que te he recomendado.

BEBÉ

Que no me meta los dedos en la nariz.

MAMÁ

¿Y qué más?

BEBÉ

No me agarre los pies con las manos.

MAMÁ

¿Y además?

BEBÉ

No decir nada feo.

MAMÁ

¿Es eso todo?

BEBÉ

Sí, mamá.

MAMÁ

También te he dicho que no te metas las manos en los bolsillos, que saludes cuando llegues, que digas siempre "sí, señor" o "sí, señora", que no comas demasiadas masitas, que te estés quieto sentado, que vuelvas la cabeza para sonarte las narices, si llega el caso, que digas "adiós" a todo el mundo cuando nos marchemos.

BEBÉ

Sí, mamá.

MAMÁ

Te prohibo expresamente que hables del señor que nos hemos encontrado ahora.

BEBÉ

Bueno.

MAMÁ

Si te preguntan la edad que tienes, ¿qué dirás?

BEBÉ

Diré que tengo seis años.

MAMÁ

¡Eres un niño insoportable! ¿Cuántas ve-

ces te he de decir que tienes que decir cinco años?

BEBÉ

¡Como tengo seis!...

MAMÁ

Los niños deben obedecer a sus mamás, y hacer caso de sus órdenes.

(El ascensor se detiene. Mamá y Bebé salen.)

MAMÁ

(Antes de llamar a la puerta del piso). — Ven acá, mírame bien.

BEBÉ

Voy.

MAMÁ

¡Dios mío, qué pálido estás! ¿Por qué estás tan pálido?

BEBÉ

No sé, mamá.

MAMÁ

(Muy severa). — Yo bien lo sé. Es porque no quieres comer sopa. Nunca se ha visto un niño parecido. Todas mis amigas lo van a notar. Siempre me dicen que pareces un niño delicado. No estás malo para diablear; eso, seguro.

BEBÉ

Pero, mamá...

MAMÁ

¿Me quieres hacer el favor de llorar un poco?

BEBÉ

Ahora no puedo, mamá. No tengo ganas.

MAMÁ

Eres incorregible. **(Lo toma y le da un par de bofetadas y llama al timbre vivamente.)** Ahora, a ver si me haces el favor de no llorar. **(Entra, llevando a Bebé delante.)**

CORO DE SEÑORAS DE VISITA

¡Oh! ¡Qué niño tan precioso! ¡Qué encanto! ¡Qué buena cara tiene! ¡Qué salud! ¡Son dos manzanas esas mejillas! ¡Está muy saludable

JEORGES MAYRAND.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mío:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 "	" 4.80
1 año	" 9.—

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

UNO DE LOS MEJORES ARTICULOS DE SU GRAN AUTOR

—oOo—

UNA "INTERVIU"

Por MARK TWAIN

(TRADUCCION DEL INGLES PARA "PUCKY")

Todo cuanto escribió el humorista estadounidense que popularizó en la extensión del mundo civilizado su pseudónimo Mark Twain es gracioso y merece ser leído; pero de su obra encantadora elige hoy "Pucky" uno de sus más extraordinarios artículos: el que va en estas páginas.

EL joven, muy nervioso y atento, tomó la silla que le ofrecí, dijo que pertenecía a la redacción de "El Trueno Cotidiano", y añadió:

—Procuraré molestarle lo menos posible. Vengo a interviuvarle..

—¿A qué viene?

—A interviuvarle.

—¡Ah!... Muy bien. Perfectamente. Jum!...¡Muy bien!

No me sentía brillante aquella mañana. Verdaderamente, mis facultades se hallaban un poco turbias. Al cabo de seis o siete minutos, me sentí obligado a preguntar al joven:

—¿Cómo se escribe eso?

—¿Qué?

—¡Interviuvar!

—¿Para qué quiere usted escribirlo?

—No es que quiera escribirlo; quisiera saber qué significa.

—Usted sabe que es costumbre interviuvar a las figuras conocidas...

—Usted me lo hace saber. Debe ser muy interesante. ¿Cómo se hace eso?

—Lo corriente es que el interviuvador haga las preguntas y el interviuvado las conteste. Es una moda que hace furor. ¿Quiere usted permitirme que le pregunte sobre algunos momentos sobresalientes de su vida pública y privada?

—¡Oh!... Con mucho gusto. Tengo muy mala memoria; pero confío en que usted no lo dirá en lo que escriba. Mi memoria es irregular, extrañamente irregular. A veces galopa, y otras se para durante un cuarto de hora. Esto es muy enojoso para mí.

—Poco importa. Hagamos la prueba.

—Haré todas las pruebas que pueda.

—Mil gracias. ¿Está usted preparado? Voy a empezar.

—Lo estoy. ¡Hable no más!

—¿Qué edad tiene usted?

—Diez y nueve años en Junio.

—¡Cómo! Yo creí que tendría usted treinta y cinco o treinta y seis años. ¿Dónde nació usted?

—En el Misurí.

—¿A qué año empezó usted a escribir?

—En mil ochocientos treinta y seis.

—¿Cómo es posible, si no tiene usted más que diez y nueve años?

—Yo no sé. Es raro, en efecto.

—Muy raro. De los hombres a quienes usted ha conocido personalmente, ¿cuál es el que usted admira como el más notable de todos?

—Aarón Burr.

—¡Pero si usted no pudo conocer a Aarón Burr, si no tiene más que diez y nueve años!...

—Bueno. Si usted lo sabe mejor que yo, ¿para qué me lo pregunta?

—¡Oh! No era más que una idea. Nada más. Perdón. ¿Cómo conoció usted a Aarón Burr?

—Verá usted. Me lo encontré por casualidad un día en su entierro y como armaba tanto barullo... me rogó que no hiciera ruido.

—Pero ¡santo Dios!, si usted estaba en su entierro, es que él estaba muerto. Y si estaba muerto, ¿qué le importaba que hiciera usted barullo?

—Yo no sé. Había sido siempre muy maniático el tipo.

—Entonces, no comprendo nada. Dice us-

ted que le habló y que estaba muerto...

—Yo no he dicho que estuviera muerto.

—¿En qué quedamos? ¿Estaba vivo, o estaba muerto?

—No sé. Unos decían que estaba muerto, y otros decían que estaba vivo.

—Y usted, ¿qué decía?

—Yo no decía nada. No tenía nada que ver con eso. Como no era a mí a quien iban a enterrar...

—Pero... Bueno, será mejor que dejemos eso de lado y pasemos a otras cuestiones. ¿Qué día nació usted?

—El lunes treinta y uno de octubre de mil seiscientos noventa y tres.

—¡Imposible! Tendría usted ahora doscientos ochenta años. ¿Cómo se explica usted esto?

—No me lo explico ni intento explicarlo.

—Pero usted decía que tenía diez y nueve años, y ahora resulta que tiene doscientos ochenta. Es una contradicción flagrante.

—¡Es verdad! ¿Lo ha notado usted? (Le tendí la mano). Siempre me ha parecido una contradicción. Pero nunca resolví claramente la operación aritmética. ¿Cómo ha podido usted contarlo tan pronto? ¡Usted es un Inaudi!

—Agradezco sus elogios. ¿Tuvo usted hermanos, o hermanas?

—¿Eh? Yo..., yo..., yo creo que sí; pero no lo recuerdo.

—Nunca he oído una contestación tan extraordinaria.

—¿Por qué dice eso?

—¿Cómo puede opinarse de otro modo: Veamos. Mire usted. Aquel retrato que hay en la pared, ¿de quién es? ¿Es de alguno de sus hermanos?

—¡Ah! Sí, sí, sí. Me hace usted recordar. Era un hermano mío. William; Guillermito le llamábamos nosotros. ¡Pobre Guillermito!

—¿Murió?

—Seguramente. Al menos, lo supongo. Pero no se ha sabido nunca con seguridad. Sobre esto hay un gran misterio.

—Es sensible. Desapareció de pronto, ¿no?

—Sí, en cierto modo. Lo enterramos.

—¿Otra vez? Si lo enterraron es que estaba muerto.

—¡Pero qué pavadas dice usted? ¡Claro que estaba muerto!

—Entonces no veo el misterio.

—¡Es que nosotros creíamos que estaba muerto!

—¡Ah, ya! Resucitó entonces.

—¡De ninguna manera! Presumo que no.

—¿Dónde está el misterio, pues?

—Ahora verá. Es muy extraño. Eramos gemelos el muerto y yo. Un día, cuando nos bañaban, teníamos dos semanas de edad, uno de los dos se ahogó. No sabemos quién fué. Unos decían que era Guillermito; otros decían que era yo.

—¡Oh, es curioso! ¿Cuál es su opinión personal?

—¡Sabe Dios! Daría el mundo entero por saberlo. Este solemne y terrible misterio me ha preocupado toda la vida. ¡Voy a confiarle un secreto que no he dicho a nadie hasta hoy. Uno de los dos tenía un lunar muy visible en la mano derecha. Era yo. "Aquel muchacho fué el que se ahogó".

—Entonces no hay ni asomo de misterio.

—Usted no me entiende. No comprendo cómo enterraron al otro, siendo yo el muerto. ¡En fin!... No hable usted de esto a mi familia. Demasiadas tristezas tienen mis padres para herir su corazón con ésta.

El joven me saludó y se fué. Me fué muy simpático. No he vuelto a verle.

MARK TWAIN

Reclame a la moderna

En la antesala de un dentista que anuncia mucho:

Un señor está sentado y entra otro, al que saluda cordialmente.

—¿Viene usted a buscar consuelo?

—Sí, señor.

—Hace bien; no hay otro que aventaje al doctor... en eso de aliviar las dolencias de la boca.

—Dígamelo usted a mí, que le debo más que la vida.

—Es un pozo de ciencia.

—Tiene unas manos de hada para manejar las tenazas.

—¡Qué penetración la suya!

—Que...

Los dos, admirados, se detienen y se contemplan.

—¿Pero usted no ha venido a sacarse alguna muela?

—No, señor, ¿y usted?

—Tampoco.

—Entonces somos de la casa

—Sí, por cierto.

—Pero ¿y usted?

—Yo estoy aquí para hacer reclame al patrón.

—Yo también.

—Pero silencio.

—¿Qué?

—Ahí viene un cliente de veras.

* * *

Artillería muy moderna

Están hablando Cabezahueca y Matevacío y la conversación gira sobre cosas de artillería.

—Ché, — dice uno de ellos al otro, — ¿cómo se fabrica un cañón?

—¡Torpe! Ya has hecho tu servicio de conscripto y todavía te descuelgas con esas preguntas.

—¿Qué quieres? Como eso no está en la ordenanza, tiene uno que aprenderlo de quien lo sabe.

—Conque ¿cómo se fabrica un cañón, eh?

—Sí, señor.

—Pues mira; tomas un agujero largo y redondo, lo forras bien de acero, por todos lados menos uno, y ya está fabricado.

LOS HEBREOS EN BROMA

—·oOo·—

Mosaico de cuentos

Por MAY Y MAX VITERBO

(TRADUCCION DEL FRANCES)

Los humoristas franceses suelen ser crueles, aún cuando graciosos, al pintar los tipos que abundan en París y en toda Fancia; los chas carrillos que siguen tal vez no sean muy iustos con los judíos, pero son graciosos, sin duda.

ABRAHAM, INVITADO

Abraham se encuentra a Isaac, y le dice:

—Vengo de una comida estupenda.

—¿Dónde?

—En casa de unos buenos amigos míos. Había vinos de todas las marcas, diez y ocho platos, champagne... Los cubiertos eran de plata cincelada.

—¡A verlos!

* * * *

EL PROCESO DE ISMAEL

Ismael tiene un proceso muy difícil.

Ismael está muy fastidiado.

Ismael va a buscar a su abogado.

El defensor de Ismael le escucha y le dice:

—Su asunto se presenta muy mal, señor Ismael.

Ismael contesta, después de meditar unos instantes:

—Oiga usted, ¿y si yo le enfiase al juez un buen regalo?

—¡No haga usted eso, amigo mío! El juez es un magistrado muy íntegro y se indignaría mucho. Le colocaría usted en un estado tal de cólera que le haría perder a usted el pleito, seguramente. ¡No haga usted eso, por el amor de Dios!

El asunto se falla e Ismael gana.

Su defensor está asombrado.

—Yo no lo esperaba, — dice a Ismael.

—Yo sí, — responde Ismael.

—¿Por qué?

—Porque a pesar de su consejo, he enviado un hermoso regalo al juez.

—Pero ¿es posible?

—Sí. Solamente que lo he mandado con una tarjeta de mi contrario.

EL DOTE DE LA SEÑORITA BERNHEIM

El viejo Abraham casa a su hija.

Ha prometido cien mil francos de dote al yerno.

El viejo Abraham va en busca de su amigo Lefy, y le dice:

—Lefy, una catástrofe espantosa me sucede. Es necesario que me prestes cincuenta mil francos que acabo de perder en una desgraciada especulación. He prometido cien mil francos de dote a mi yerno y no le puedo dar ahora más que cincuenta mil.

—Los negocios van mal, Abraham. Te juro que no tengo plata. Pero te voy a indicar un medio muy sencillo. Le dices que sólo tienes cincuenta mil, se los das, y prometes darle más adelante los otros.

—Sí; pero es el caso que son precisamente los primeros cincuenta mil los que me hacen falta...

* * * *

LA DESESPERACION DE LA SEÑORA KUPFERBERG

El señor Kupferberg y su señora pasean "sin guía" por el Mont-Blanc, en Suiza.

De pronto, el señor Kupferberg rueda por un precipicio.

La señora de Kupferberg se asoma y no ve ya a su esposo.

La señora de Kupferberg llora y lanza tristes gemidos.

Pero, un momento, la señora Kupferberg sonríe a través de sus lágrimas y exclama:

—¡Afortunadamente, sé dónde guarda las llaves!...

LA DIPLOMACIA DE MOICHELE

El señor David está en París.

La señora de David está en el campo.

El señor David se muere.

Algunos parientes y amigos se reúnen y se preguntan cómo anunciarán la fatal noticia a la señora de David. ¿Quién se encargará de esa penosa misión?

Moichelé ofrece sus servicios. Se le acepta, recomendándole que proceda con prudencia.

—Déjenme a mí, — dice. — A mí no me falta tacto para estas cosas delicadas.

Moichelé llega a Fontainebleau y se dirige a la casa de la señora de David.

Llama. La señora de David en persona sale a abrir. Moichelé, muy ceremoniosamente, le dice:

—Buenos días, señora viuda de David.

—Buenos días. Yo soy la señora de David, y no la señora viuda de David.

Moichelé vuelve a decir con obstinación:

—Buenos días, señora viuda de David.

—Ya le digo a usted, — replica la señora impaciente, — que no soy la señora viuda de David, sino la señora de David.

Moichelé le tiende la mano:

—¿Quiere usted apostarse cien francos conmigo a que es usted la señora viuda de David?

* * * *

LA LOGICA DE ISAAC

Isaac fué a visitar a su amigo Juneskipuz, maestro de obras, y le dijo:

—No vengo a pedirle dinero. Vengo a pedirle trabajo.

—Esto me satisface mucho. Es usted el primer judío que pide trabajo; los demás se dedican a prestar. En su honor voy a hacer un sacrificio. Yo doy nueve francos diarios a mis operarios. A usted, en calidad de correligionario, le daré diez francos diarios con menos trabajo.

Isaac reflexionó unos instantes y dijo:

—Yo le agradezco a usted el sacrificio que se impone a mi favor, beneficiándome en treinta francos al mes. Pero como reconozco que soy un mal obrero, creo que le saldrá a usted mejor cuenta darme los treinta francos de diferencia y tomar un católico.

* * * *

LA PRESTIDIGITACION DE BLOCH

Bloch y Levy están invitados a cenar en casa de unos amigos.

Levy aprovecha un momento en que la conversación está muy animada para apoderarse de un tenedor y un cuchillo de plata y metérselos rápidamente en el bolsillo interior de su levita. Pero Bloch, que tiene vista de lince, observa el manejo.

—Yo soy, — dice poco después, — muy hábil para hacer juegos de manos.

Le piden que haga alguno.

—Con mucho gusto, — dice Bloch. — ¡Atención! Yo tomo este cuchillo y este tenedor, los pongo en este bolsillo interior, como ustedes ven, y digo: "¡Uno! ¡dos!, ¡tres! ¡Pasad al bolsillo interior de la levita de Levy!" Vean ustedes. ¡Ahí, en el bolsillo de Levy, está el cubierto!

Levy tuvo que enseñar el bolsillo, en el que apareció, en efecto, el cubierto.

Naturalmente, Bloch se quedó con el suyo.

Lea:
LOS CUATRO DETECTIVES
Aventura policial de Sexton Blake contra Kestrel, en el No. 157 de "Pucky."

* * * *

LAS RECEPCIONES DE LA SEÑORA DE PEISERKURCH

La señora de Peiserkurch se ha enriquecido en el ramo de pastelería.

La señora de Peiserkurch da recepciones.

La señora de Peiserkurch hace los honores de un modo perfecto.

La señora de Peiserkurch atiende en el "buffet" y tiene para todos un cariñoso ofrecimiento:

—Vamos, señora de Katz, sin cumplimientos, tome usted el sexto pastel. Y usted, señor Schnorer, tome la cuarta copa de champagne.

* * * *

EL PERRO DEL SEÑOR LEVY Y EL LORO DEL SEÑOR DUMAS

El perro del señor Levy al loro del señor Dumas: — Yo soy un animal perfecto: cazo, soy fiel, guardo la casa...

El loro del señor Dumas al perro del señor Levy: — Yo tengo otra cualidad mejor.

El perro del señor Levy: — ¿Cuál es?

El loro del señor Dumas: — ¡Sé hablar!

El perro del señor Levy: — ¡Y yo! ¿Qué es lo que estoy haciendo desde hace un cuarto de hora?

JULES MOY Y MAX VITERBO.

Y sin embargo... embargo

La sirvienta: — Ahí está alguien que quiere verlo, señor.
El artista pintor: — Bien; dígale que tome una silla y se siente
La sirvienta: — No se va a conformar con eso. Dice que quiere llevarse todos los muebles.

Señorita: Adelántese a sus amigas y sea Vd. la primera que estrene entre ellas el más elegante modelo de moda.

Suscríbase a EL DIARIO que cada Jueves publica primicias de los figurines de modelos del más refinado gusto.

Guiada por los figurines en colores y las descripciones que de los mismos, publica EL DIARIO, Vd. podrá vestirse con la misma elegancia que si pidiera su ropa al más afamado modisto de Paris.

Para las modistas de profesión los modelos que publica EL DIARIO son la guía más segura para obtener éxito en la elección de modelos para satisfacer a la clientela.

Señor Administrador de "El Diario"

Av. de Mayo 662, Buenos Aires.

Acompaño $ . . . . . para que se sirva suscribirme a EL DIARIO

por . . . . . meses.

Nombre . . . . . .

Domicilio . . . . . .

F. C. . . . . .

EDICION DIARIA APARECE A LA HORA 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
INTERIOR:
1 año, $ 28.-; 6 meses $ 14.50; 3 meses $ 7.50
CIUDAD: $ 2.— por mes.

Precios de suscripción a la edición de los Jueves:

1 año, $ 6.-; 6 meses $ 2.50; 3 meses $ 1.50.

Hoy SEXTON BLAKE contra LEON KESTREL

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Octubre 1.º
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 157

LEA:

EL CASO de los CUATRO DETECTIVES

Novela policial completa en la que figuran Sexton Blake y Leon Kestrel

Una precaución olvidada

—¡Qué banco miserable! No se encuentra dinero en ninguna parte!
—Debíamos haber anunciado nuestra visita con quince días de anticipación, como los que tienen plata en caja de ahorros.

El caso de los cuatro detectives

Novela policial completa en la que actúan el gran detective Sexton Blake y su joven y valiente ayudante Tínker y en la que figura León Kestrel, el famoso "maestro en disfraces".

La trompa del elefante

Un divertido juguete para niños, muy fácil de armar. — En color.

Notas cómicas

Una página de chistes ilustrados. — En color.

Pasando el rato

Chascarrillos variados con ilustraciones en color.

Cuando el marido se queda solo

Historieta humorística que comenta un hecho muy verosímil.

El balancín de los muchachos

Juguete para armar, de tamaño grande y que puede sacarse sin interrumpir la lectura del número.

Dos notas humorísticas

Chistes de famosos dibujantes ingleses.

De todas partes

Dos páginas de chistes de distintas procedencias, ilustrados y en color.

La juerga española

Un incomparable cuento humorístico del desopilante escritor francés Cami.

Cuentos ingleses

Varios cuentos breves originales de W. Perrins, el gran humorista londinense.

El ranch de la Doble Herradura

Ultimos capítulos de la gran novela de "Tit-Bits" que se publica a pedido del público.

Jumphy Dumphy el saltarín

Divertido juguete de movimiento para niños. — En color.

La supervivencia del alma

Curiosas declaraciones de sir Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes.

La goma

Narración de un divertido caso extraordinario que tiene un final curioso.

El preferido

Un cuento interesante y ameno original del famoso novelista francés H. Rosny.

Cuentos breves

Pequeña colección de cuentos graciosos escritos por Bruno Storni, el gran novelista italiano.

Lea usted en el próximo número de "Pucky," que aparecerá el viernes 8 de octubre, la novela corta titulada:

"LA COLETA DE HI - WING - HO"

Original e inédita del gran autor de "La garra amarilla," "Ala de Vampiro," "La zapatilla del profeta" y otras famosas novelas:

SAX ROHMER

("La coleta de Hi-Wing-Ho" ha sido traducida especialmente para este magazine).

¡Crac! El ascensor bajó con rapidez y dió en los topes del pozo. Madrano lanzó un grito de dolor. ("Los cuatro detectives").

SEXTON BLAKE contra KESTREL

El Caso de los Cuatro Detectives

Novela policial completa en la que actúan el gran detective Sexton Blake y su joven y valiente ayudante Tínker y en la que figura León Kestrel, el famoso "maestro en disfraces".

TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

Reaparece Leon Kestrel, el famoso "maestro en disfraces"

La mayoría de nuestros lectores ya estará familarizada con las atrevidas hazañas de León Kestrel, el Maestro en Disfraces, que tan a menudo hizo la guerra a Sexton Blake y Tínker. En la novela que sigue, vuelve a oponerse al detective de Baker Street.

"El Caso de los Cuatro Detectives" es, fuera de duda, uno de los cuentos de Kestrel más interesantes que ha aparecido en nuestro magazine. — EL DIRECTOR.

CAPITULO PRIMERO

Una conferencia comercial

"Señor Sexton Blake
"Agente de Investigaciones Particulares.
"Baker Street, Londres. — W.

"Particular y confidencial.

"Estimado señor:

El motivo de esta carta lo constituye la urgencia del caso que nos concierne y la convicción de que su vasta experiencia y su genio natural en materia de investigaciones criminales son indispensables para llevar al éxito nuestro proyecto.

Si usted quiere ayudarnos con sus consejos y servicios, estamos seguros de poder cumplir con nuestro anhelo, que consiste en eliminar de la sociedad a una de las pestes más peligrosas que pueda afligir a una comunidad honrada.

Si usted se viera en la necesidad de atender primero otro asunto, suplicámosle nos quiera honrar, siquiera, con su presencia en la reunión secreta que efectuaremos mañana por la noche en la oficina del Hotel Mammoth.

Referente al aspecto puramente comercial de este asunto, me es grato comunicarle que tengo órdenes del Consejo de posponer las consideraciones de orden financiero a la aprehensión de este criminal peligroso. Por lo tanto, ruego a usted quiera indicarnos el monto de sus honoraris, con la seguridad de que apreciamos debidamente las dificultades y peligros que encierra la tarea que le confiamos.

La reunión tendrá lugar a las 19 en punto y quiero indicarle que su presencia en ella y su promesa de ayuda constituirían un motivo de tranquilidad y satisfacción general.

Sin otro particular, saluda a usted muy atentamente.

Barón Isaac Harwood,
Presidente del Consejo de Vigilancia de la Unión Comercial".

Lea usted la continuación de
EL RANCH DE LA DOBLE HERRADURA
En la página 49 de este número de "Pucky".

Sexton Blake, se entretenía fumando su antigua pipa, vestido con el traje que en épocas anteriores fuera de fiesta y al que la edad y el uso habían reducido a un color indefinible de extremada modestia, mientras leía detenidamente la carta que la señora de Bardell le trajera minutos antes.

No se trataba de una carta común. Cierto es, que la numerosa correspondencia del gran detective incluía a menudo misivas y documentos que a primera vista podrían aparecer como más importantes que la que acababa de leer. Pero había en estas líneas redactadas con tanta lentitud, comercial, un algo que insinuaba cosas mayores.

—Harwood, — balbuceó Blake.

—¿Barón Isaac Harwood? ¿No era ese el nombre del presidente de la Comisión de Exportación, muchacho?

Tínker estaba sentado frente al detective e ignoraba el contenido de la carta. Pero conocía a su maestro lo bastante para saber que, cuando Blake exteriorizaba sus pensamientos a media voz, no requería tanto una contestación directa como una insinuación afín.

—Es un magnate de alguna consideración, — dijo vagamente el joven.

Blake frunció el entrecejo como para recordar algún detalle sucedido hace mucho tiempo atrás y que su acostumbrada memoria debía retener aún.

—Sí, — dijo finalmente, — es uno de los asesores peritos de la Junta de Comercio. El título de barón le fué otorgado en el diez y seis. Ahora es miembro integrante de varios Consejos y uno de los directores del "Heraldo de las Finanzas".

Tínker estaba sentado indolentemente en su silla, sólo ocupado en acariciar de tanto en tanto a Pedro y esperaba tranquilamente a que Blake continuara. El detective quedó pensativo por espacio de varios minutos, después alcanzó la carta a Tínker.

El joven la leyó rápidamente y cuando alzó la vista de ella, Blake le pregnutó:

—¿Qué deduces de eso?

—Parece que la Unión Comercial se ha dado cuenta de algo, señor, — dijo Tínker.

—¿De esta peste social?

—Sí, señor.

Blake sonrió discreto.

—Es una treta, en todo caso de algún criminal, para atemorizar a la Unión Comercial e inducirla a formar una comisión de vigilancia.

—¿Quién es a tu parecer, muchacho?

—¿El criminal?

—Sí.

Tínker miró a su maestro como indicándole que la pregunta había sido superflua.

—Es Kestrel, no le quepa la menor duda sobre el particular, maestro.

En las severas facciones de Blake, dibujóse una apenas perceptible sombra de satisfacción y una sonrisa torva diseñóse en sus comisuras labiales.

—Sí, yo también creo que es Kestrel. — Y no me sorprende de que el comercio se halle inquieto. Recuerda el caso de ese potentado Hatton Garden, que dejó boquiabierta a toda la Bolsa de Comercio o sino el caso de Gaunt, de la Compañía de Diamantes de Oriente Azul, a quien avisó de que iba a robarle las alhajas, y, efectivamente, desaparecieron.

Tínker movió la cabeza y sonrió. Como la mayoría de los detectives, sentía cierta admiración por los métodos empleados por los grandes profesionales y no podía menos de admirar el talento y la destreza de un hombre, por más que fuera sólo un ladrón.

—Y desaparecieron, — repitió, y en la forma más sencilla que se pueda imaginar. — Y ahora, supongo, algunos de los dirigentes del comercio se están inquietando acerca de la seguridad de sus propiedades.

—Sí, — replicó Blake, — especialmente desde que Kestrel declaró la guerra abierta a los acaparadores. — Con esto ha logrado herir tan rudamente el lado débil de muchos miembros de la Unión Comercial, que ahora temen recibir un knock-out en la cartera.

Tínker soltó la carcajada. Ambos, tanto él como su maestro, consideraban a la misteriosa y velada personalidad de León Kestrel, bajo varios aspectos.

Ante todo sabían que era un malhechor y criminal, que no retrocedía ante ningún medio para llegar al fin. Era totalmente falto de escrúpulos. El asesinato era para él apenas un detalle y si le parecía indispensable para lograr el éxito o la fuga, lo consideraba sólo un acto secundario.

* * * *

Pero el hombre parecía estar demasiado orgulloso de su profesión, como para asesinar a una persona sin necesidad, pues a su juicio, eso hubiera sido vulgar.

En segundo término, tanto Blake como Tínker conocían demasiado bien el genio que para el crimen poseía este yanki, que había sido en su tiempo un actor, llamado para hacer fama. Sabían que su gran genio constituía una amenaza para la sociedad y para la paz y estabilidad del país en que actuaba. Sabían además que era un hombre en extremo resuelto y que tenía una habilidad en el arte de disfrazarse y en interpretar papeles caraterísticos, ni de lejos igualada en el teatro.

Finalmente, estaban vagamente convencidos de que este hombre que jamás aparecía sin disfraz, que sólo aparentaba ser intérprete de un papel ajeno y cuya descripción personal era un tanto vaga, sombría e ilusa, debía tener cualidades hipnóticas y una fuerza de voluntad que mantenía a sus cómplices subyugados en forma tal, que se transformaban en sus esclavos.

Tanto Blake como Tinker y Harker, del Departamento de Investigaciones Criminales conocían perfectamente al "Maestro de Disfraces", como solía llamarse él mismo. La casualidad los había reunido en más de una ocasión espeluznante, ocasiones en que la muerte había estado a punto de sorprenderlos. A veces, la endemoniada astucia de este hombre los había engañado, pero en otras ocasiones el agudo talento de Blake le había

dado jaque mate, venciéndole y desbaratándole sus planes.

Pero siempre había logrado evadirse. En todo momento había podido zafarse de ellos cuando ya se consideraba segura su detención.

Blake lo había visto, hablaba con él frente a frente y sin embargo, si tenía que encontrar a León Kestrel en Londres, no sabía a quién buscar. No sabía si fijarse en los hombres de edad o en los jóvenes, ni si era bajo o alto, rubio o moreno.

Cada uno de los habitantes de la gran metrópoli tenía parecido con alguno de los disfraces del astuto delincuente. Ya fuera el empleado elegantemente trajeado, el albañil ocupado en su obra, el turista extranjero y hasta la anciana vendedora de frutas, todos ellos podían ser imitados por Kestrel.

Y es que tenía tanto talento para disfrazarse, que engañaba hasta a los penetrantes rayos del sol, con la misma facilidad que al ojo humano, fuera en pleno día, a la luz de una lámpara o en una cámara oscura.

Blake recordaba todo esto contrariado, cuando se trató del arresto de Kestrel. Sabía que constituía una tarea comparada con la cual, la clásica de encontrar una aguja en un pajonal, era como contar las arvejas dentro de su vaina.

Por eso es que tanto el detective como Tinker sentían naturalmente una cierta admiración profesional por la incomparable pericia de ese hombre, no obstante su carácter, que tan facilmente se burlaba del orden y de la ley.

Además, a los ojos de Blake, un atenuante favorecía al disfrazado. No obstante su crueldad, y su falta absoluta de escrúpulos, tenía en cierto modo un espíritu deportista. Seguramente provendría de su perversa vanidad, pero con todo, eran contadas las veces que se rebajaba al crimen del tipo común, a menos de cumplir con él una venganza largamente acariciada. Demostraba tener cierta simpatía por aquellos a quienes los bienes mundanos no habían favorecido ampliamente y a semejanza de Robin Hood y otros bandidos históricos, hacía guerra especialmente a los ricos.

Al principio había considerado a los adinarados ociosos como a los peores parásitos de la sociedad, y a ellos había dedicado en especial su atención por espacio de varios años.

Después, en cambio, había sentido una franca antipatía por el tipo del "nuevo rico", los enriquecidos del día a la noche, y sobre todo por los acaparadores.

Kestrel se había alistado bajo otro nombre en el ejército yanki, permaneciendo internado durante un año en una prisión militar alemana. Al alistarse como soldado, no tuvo precisamente, motivos patrióticos, sino que consideraba la lucha contra Alemania, como el ataque a la esencia misma de la tiranía imperial y la extorsión capitalista.

Una vez vuelto de la guerra, el exsoldado había llegado a odiar de tal manera a los acaparadores, que su adversión hacia ellos se había constituído en una verdadera obsesión. Los detestaba con todas las fuerzas de un fanático y les declaró abiertamente una guerra sin cuartel.

De ahí la formación de una Comisión de Vigilancia en la Unión Comercial, bajo la presidencia del señor Isaac Harwood.

Blake echó una mirada a Tinker, quién sostenía aún la carta entre sus manos.

—¿Cuándo tiene lugar la reunión, muchacho?

—Mañana a las 7 de la noche en punto en el Hotel Mammoth, señor.

—¿Le llaman una reunión secreta, verdad?

—Sí, — contestó Tinker con una sonrisa.

—Bueno, veremos esa reunión secreta, — dijo Blake irónico. — Hay una cosa que los comerciantes no saben hacer, y es guardar el secreto. Apostaría cualquier cosa a que Kestrel está enterado de todo. Sin embargo, opino que es conveniente asistir.

Tinker lanzó una sonrisa por el cinismo de su maestro. Blake se mostraba casi siempre cínico cuando se trataba de Kestrel. No obstante, estaba convencido de que uno de los deseos más fervorosos de su maestro sería cumplido el día en que viera correr el nudo alrededor del cuello de ese famoso delincuente, y estuviera seguro de que había extiguido la vida de ese parásito, que había llevado a cabo toda clase de delitos y asesinatos en todos los paises civilizados del globo.

Blake había considerado cumplida su misión en la tierra, de haber podido agregar a la lista de los numerosos bandidos por él entregados a la justicia, el nombre de León Kestrel. Fué por eso que, cuando a la noche siguiente, se dirigieron Blake y Tinker a la pequeña oficina del Hotel Mammoth, una mezcla de entusiasmo y expectativa los embargaba.

Era una habitación chica, pero confortable, en que se veía una mesa de tamaño adecuado para que alrededor de ella pudiera sentarse una reducida comisión o también el Directorio Oridinario del hotel.

El reloj dió las 7 en el momento en que Blake entró en el hall. La comisión estaba reunida puntualmente. Cuando Blake entró, salióle al encuentro un hombre alto y delgado, de barba corta y cuyos ojos aparecían apenas debajo de los párpados.

—Oh, señor Blake, ¿cómo le va?, ¿cómo está usted?

Blake reconoció a su interlocutor de inmediato; Claudio Duchamp, el gran pesquisante de París, a quien la detención de Lefranc, el conocido envenenador, había dado fama. Detrás de sus ojos soñolientos, sabía Blake que se ocultaba uno de los genios más agudos y talentos más despiertos de todo el mundo. Sentía por Claudio Duchamp mayor respeto y amistad que por cualquier otro miembro de la Prefectura de París o de la gendarmería provincial de Francia.

—¡Qué placer! — replicó Blake en francés, mientras que estrechaba la mano que Duchamp le tendía. — Sinceramente, no creí encontrar a usted aquí.

—Ni yo tampoco, pero aquí está el señor Isaac Harwood.

Mientras pronunciaba estas palabras seña-

ló a un hombre de estatura respetable, anchas espaldas, y rostro afeitado y en cuyos ojos de color gris claro, notábase la satisfacción.

—Agradezco mucho a usted el haber venido, señor Blake, y veo que conoce usted al señor Duchamp.

—Somos viejos camaradas, señor Isaac,— contestó el francés mientras una sonrisa se dibujaba en las facciones del barón de Harwood.

—Me alegro, — dijo simplemente, — la unión hace la fuerza y en este asunto creo que necesitamos la cooperación de los talentos más agudos. Señor Blake, ¿conoce usted al inspector de investigaciones señor Harker?

—Como si fuera mi hermano, — contestó Blake algo asombrado.

—El también está aquí.

Blake pasó rápidamente la mirada sobre los circunstantes y reconoció entre ellos de inmediato a la silueta delgada del pesquisante con quien había compartido aventuras a cual más arriesgadas. Una sonrisa de ambos fué el saludo que cambiaron. El barón Isaac Harwood fué a ocupar su sillón a la cabecera de la mesa. A su derecha se ubicaron los tres detectives. Cuando la comisión se hubo sentado, el presidente se levantó, pronunciando estas palabras, breves pero concisas:

—Esta comisión ha sido formada, dijo, como consecuencia de una resolución tomada por la Asamblea General de la Unión Comercial. Una carta, mejor dicho, una circular ha llegado al Directorio de la Unión, y a varios comerciantes destacados entre los cuales me hallo yo, proveniente de una persona, de la que solo tenemos muy vagos conocimientos.

—Una carta, — continuó sir Isaac Harwood, — tiene un carácter de abierta amenaza y está firmada por un tal León Kestrel.

El barón miró a Blake, quien sonrió a Tinker, como para recordarle sus suposiciones.

—El hombre se llama León Kestrel, — continuó sir Isaac Harwood, — y figura como presidente de un Sindicato, denominado "Sindicato Liquidador de Acaparamientos de la Guerra".

Ningún sindicato o compañía de ese nombre ha sido inscripto en el Registro de Comercio, y tenemos razones para suponer que no es ni más ni menos que una alianza entre ladrones. El supuesto "Sindicato Liquidador de Acaparamientos de la Guera" no es sino una confederación entre ladrones — no sindicato de delincuentes — bajo la dirección y control del tal León Kestrel de quien tenemos motivo para pensar de que es un criminal peligroso y audaz.

Como dije anteriormente, tanto yo como otros miembros de la Unión Comercial, hemos recibido cartas amenazantes de ese hombre, cartas que tienen un carácter difamante y maligno. Voy a leer a ustedes una, firmada por ese hombre y dirigida a mí:

"Señor: Esta es para informar a usted que el valor actual de su fortuna y la manera como la ha adquirido ha llegado al conocimiento de los miembros de este Sindicato. Es por eso que deseamos notificarle de que es nuestras intencion favorecer a usted a la brevedad con nuestra atención más activa y esperamos poder prometer a usted de que una parte considerable de su capital, adquirido por acaparamientos durante la guera, será derrochada en la misma forma en que usted derrochó sus excesivas ganancias durante la conflagración. — León Kestrel, Presidente del "Sindicato Liquidador de Acaparamientos de la guerra".

Sir Isaac Harwood levantó la vista para cerciorarse del efecto que la lectura había producido en la comisión.

El espanto dibujábase en las facciones de varios de sus miembros presentes. La expresión de Blake, en cambio, era absolutamente indescifrable, mientras que en las facciones del francés sólo se dibujaba una plácida tranquilidad bovina.

—Esta carta, continuó el presidente, es igual a la que recibieron muchas personas acaudaladas. También les diré que amenazas de esa índole suelen llegar con frecuencia hasta las personas que ocupan una situación financiera de responsabilidad, y por lo general terminan en el canasto.

Pero un robo audaz y desgraciadamente coronado por el éxito ha sido cometido a Hatton Garden bajo los auspicios de este sindicato de ladrones, un robo que significó una pérdida desastrosa para un comerciante famoso y un miembro de la Unión Comercial.

Si llegaran a sucederse esta clase de robos, su influencia sería importante y desastrosa sobre nuestro comercio y nuestras finanzas. En vista de eso, la Unión ha considerado seriamente este asunto y se han iniciado investigaciones para establecer la naturaleza del tal Kestrel.

El Scotland Yard nos informa de que se trata de uno de los ladrones más audaces y escurridizos, que se han conocido hasta la fecha, pero no puede tomar a su cargo una tarea tan trabajosa como sería la detención del mencionado sujeto. Solo dicen poder levantar una investigación y ayudar en algunos informes específicos.

La Unión Comercial, empero, cree que la mejor manera de derrotar a este hombre tan peligroso es de empezar contra él una campaña agresiva, sin cuartel y por ello se formó esta Comisión y se le confiaron poderes para actuar.

El trabajo que en este momento efectúa la Comisión consiste en nombrar sus agentes y desea por ello los mejores del mundo si fuera posible.

Scotland Yard ofreció los servicios del inspector de detectives Harker quien tiene mejores conocimientos respecto a ese criminal que cualquier otro miembro del Departamento de Investigación. Asimismo hemos contratado la ayuda de M. Claude Duchamp, el detective parisién de fama mundial.

El orador se inclinó levemente hacia el eminente francés, quien parecía despertar de repente y expresó su agradecimiento. — Sir Isaac prosiguió:

También deseo poder contar con la coope-

ración de Mr. Sexton Blake y su ayudante, quienes están con nosotros esta noche, sabiendo que la experiencia y el talento de Mr. Sexton Blake es incomparable en todo el universo, para casos semejantes.

—Pero, — continuó — esto no es todo; con algunas dificultades he conseguido en Oklahoma dar con el rastro del conocido investigador americano Mr. Pitcain Felloes; y en repuesta a varios telegramas que hemos cambiado se encuentra ahora en camino a ésta en el vapor "Northen Aliance", que es esperado en Londres dentro de breves días.

La intención del Comité de Vigilancia consiste en no ahorrar en ningún gasto. Es nuestro deseo de asegurar, si es preferible, la cooperación de los mejores cerebros del mundo.

Creo poder asegurar que ante una unión tan notable, como sería una formada por los esfuerzos unidos de Mr. Blake y su asistente; Mr. Duchamp y el señor Felloes, un éxito sería seguro y tendría más que suficiente para luchar y vencer las obscuras actividades del llamado sindicato, máxime contando con la cooperación del representante oficial, el detective Harker.

—Cada cual de estos caballeros,—dijo sir Isaac, — con excepción de Mr. Blake nos han prometido su apoyo. — Si Mr. Blake desea participar, como formalmente lo deseo, — me sentiría feliz, de poder presentar el nombramiento, para la conformidad del comité.

El presidente hizo una pausa y miró interrogativamente a Mr. Blake y éste se puso de pié.

—No es un caso común,—dijo,—para un investigador privado, el trabajar con la ayuda de otros de su profesión, pues, él seguirá su propio procedimiento. Pero lo mismo como los médicos, que se combinan en el tratamiento de alguna enfermedad o diagnóstico extraordinario, creo obrar bien prestando mi ayuda a mis colegas, en un intento de terminar de una vez por todas con uno de los cánceres criminales más peligrosos que ha aparecido en el seno de la sociedad civilizada .

Por lo tanto acepto con mucho gusto el nombramiento del comité. Pero, —añadió, — impongo una pequeña condición, antes de seguir adelante la reunión.

El Presidente miró sonriendo a Mr. Blake, así que asegurándole la condición antes de que fuera expresada.

—Seguramente Mr. Blake. ¿Qué es lo que desea?

—Mientras que ustedes terminan con las formalidades de la reunión, — dijo Mr. Blake, — me gustaría mirar un poqúito alrededor en la habitación.

Sir Isaac Harwood miró sobresaltado, alrededor de la habitación. Un extraño fulgor apareció en los ojos de Mr. Duchamp.

Blake se apresuró en tranquilizar a la reunión.

Tan solo deseo ver — explicó — si la habitación se presta para futuras reuniones.

Mientras hablaba todos notaron que sus ojos miraban con extraña fijeza a la chimenea.

Tinker siguió la vista del maestro y observó una imperceptible caida de hollín, en el horno vacío.

Blake quitó los ojos de ese sitio y sonrió

—Le ruego que continúe, sir Isaac,—dijo.

El Presidente estaba evidentemente impresionado por al rara actitud de Blake; pero continuó la conferencia empezada.

Blake daba vueltas por la habitación mirando detrás de cada uno de los cuadros y de los cortinados.

Su actitud llamó la atención de varios miembros del Comité, quienes prestaban solo escasos oidos a las palabras del Presidente.

Uno de ellos, un hombre de estatura baja pero bien proporcionado y de ademanes bromistas y joviales, con los que disimulaba cierta ingnorancia, y falta de delicadeza, levantóse y siguió a Blake con marcado interés. Blake se dirigió a la chimenea y pasando por encima de los barrotes arrodillóse en el interior mirando fijamente hacia arriba.

Una carcajada del hombre que le seguía acompañó a esa actitud de Blake, a la vez que le preguntó:

—¿Qué hay allí arriba, señor Blake? ¿Quiere ver usted a Sam?...

No terminó la frase. Blake se puso de pie de un salto y le colocó la mano sobre la boca en forma no muy amable, cortando en el acto el resto de la pregunta.

Varios miembros del Comité se levantaron de sus asientos alarmados. Sir Isaac Harwood se volvió hacia Blake con un gesto de reproche por su insólita actitud.

El hombre a quien había impuesto silencio Blake, le miraba con indignación, notándose en sus facciones que el miedo le invadía.

—Termine y no pronuncie más ni una palabra, le dijo Blake en voz baja, mientras levantaba la mano amenazante, imponiendo silencio a quienes iban a hablar.

Acto seguido, Blake se dirigió a la mesa y con voz clara, disimulando por completo el incidente manifestó:

—Opino señor Presidente, que podría sernos de utilidad escuchar la manera de pensar de cada uno de los miembros presentes.

Tal vez el momento sea propicio, para inducirles a contar lo que piensan al respecto; después deduciré junto a los señores Harker y Duchamp alguna rústica opinión profesional.

Llegaremos a un acuerdo y decidiremos la mejor manera de detener a ese hombre Kestrel y entregarlo a la justicia.

Eran simples sutilezas las que decía Blake y sir Isaac Harwood pareció entreverlo, por cuanto los ojos del detective indicaban lo contrario de lo que su boca pronunciaba.

Pero ocurrió algo más raro aún. Blake tomó un pedazo de papel, y escribió rápidamente. Haga el favor de pedir a los miembros presentes que pasen muy quietos al cuarto contiguo por unos cuantos minutos, haciendo el menor ruido posible y sin hablar.

Blake pasó el papel a sir Isaac cuyo rostro tomó una expresión de perplejidad.

Lo mismo sucedió con todos los demás miembros, con excepción del francés Duchamp.

La expresión idiota que se veía en sus facciones varió tan sólo para ponerse más apática aún. Demostraba tanto interés por lo que sucedía e iba a suceder, como el que menos.

Pero cuando los miembros del Comité fué abandonando el recinto, de puntillas, sorprendidos por esta curiosa ceremonia Duchamp se levanto y dirigió una cuantas palabras a la mesa vacía.

Fué el último en abandonar la pieza junto con Blake, pasando al recinto contiguo, donde Isaac y su Comité esperaban ansiosos las explicaciones.

—¿Encontró usted a alguien allí, señor Blake? — dijo enigmáticamente el francés.

El detective afirmó y volvió a fijar sus ojos penetrantes en la chimenea vacía del cuarto que acababan de abandonar.

SEGUNDO CAPITULO

El oído invisible

Cuando Blake salió de la pequeña oficina, cerrando la puerta detrás de sí, sir Isaac le salió al encuentro precipitadamente y echádole una mirada interogativa le preguntó:

—¿Qué sucede, Mr. Blake? ¿Por qué tuvimos que abandonar la pieza?

—Porque hemos sido espiados, — dijo Blake con tono simple y tranquilo.

—¿Espiados, Mr. Blake?

—Como lo oye. Alguien estaba escuchando todo lo que decíamos.

El barón lo miró sorprendido.

—Si es así, Mr. Blake, voy a llamar a las autoridades del hotel. No faltaba más que alguien estuviera en la chimenea.

—No hay nadie en el cuarto, — le contestó Blake secamente.

—¿Entonces cómo es posible que hayamos sido espiados? Quiere decir, Mr. Blake, acaso la precaución...

—Es muy sencillo, sir Isaac, — replicó Blake, — hay un detectófono suspendido en el interior de la chimenea, a una altura que justamente impide verlo.

—¿Un detectófono? — gritó sir Isaac, mientras los otros escuchaban en silencio. — El barón apenas sabía a lo que Blake aludía, pues su conocimiento en aparatos de este género era harto limitado.

—Un detectófono, — prosiguió Blake, — es un instrumento bastante común en nuestra profesión, sir Isaac. A menudo lo empleamos nosotros mismos, pero hay casos en que otros lo emplean contra nosotros. Por lo tanto todo detective, está siempre alerta con él.

Era la primera, aunque involuntaria explicación de los muchos secretos de la vida detectivesca. Un murmullo general siguió a estas palabras.

—Pero, — protestó sir Isaac Harwood aún incrédulo, — un detectófono en la chimenea. No puede ser que con eso escuchen...

—El receptor de este instrumento moderno, — dijo Blake, — está en condiciones de recoger toda una conversación, por más que sea mantenida en voz relativamente baja.

Los ojos del magnate adquirieron un brillo repentino, a la vez que se posaban sobre Blake.

—Pero, yo no alcanzo a comprender, Mr. Blake, quién pudo colocar allí el detectófono. ¿Quién estuvo escuchando?

Blake sonrió encogiéndose de hombros.

—Eso no lo puedo saber por el momento, ¿pero quién cree usted, sir Isaac, que pudiera arriesgarse a espiranos y escuchar nuestros planes por ese medio. — ¿Quién más puede ser que nuestros enemigos?

Sir Isaac Harwood pareció convencerse al punto.

—¿Cree usted, míster Blake, que el tal Kestrel haya sabido que efectuábamos esta reunión?

—Sin duda alguna, y de acuerdo a ello tejió sus planes, con toda perspicacia...

—Es necesario que nos apuremos, Mr. Blake, — dijo el detective francés en voz baja.

Blake asintió.

—Debemos proceder de inmediato, sir Isaac, — dijo, — pero es absolutamente necesario que no despertemos las sospechas de la persona que escuchaba. Era por eso que yo tenía interés en que no se hablara en la pieza ninguna palabra que, al ser escuchada, pudiera despertar la sospecha de que el detectófono había sido descubierto.

—¿Qué quiere usted que hagamos, señor Blake? Estamos completamente a su disposición.

—Ante todo, es necesario que todos ustedes vuelvan a sus asientos, tan quietamente como han salido, — contestó Blake, — y prosigan la reunión como si nada hubiera sucedido. Sería conveniente, si pudiera usted inventar algún plan y explicarlo a los presentes, mencionando algunos sitios y citas. Esa es la clase de conversación que más interesará a nuestro espía anónimo y le inducirá a escuchar con toda atención para no perder detalles que a su juicio son de la mayor importancia.

Sir Isaac y los demás miembros del Comité estaban mudos de asombro, pero parecían comprender, ahora mejor la situación y apreciaban el hecho de tener a su cargo un papel en el asunto.

Volvieron sigilosamente a la habitación contigua ocupando sus respectivos asientos.

Blake y Tinker acompañados por el detective francés y Harker salieron, sin pérdida de tiempo y un minuto más tarde se hallaban en el escritorio del gerente. Harker, en su calidad de representante oficial de Scotland Yark tomó la palabra: "Tenemos razones para suponer, — dijo, — que se halla en este hotel una persona de la especie de criminales más dañina conocida. — ¿Tiene usted un plano de las habitaciones? — El gerente apretó los labios con gesto de fastidio. Ladrones de hotel, detectives y secundantes constituían la plaga de su existencia, pero se levantó en busca de un detallado plano del hotel, desde la planta baja hasta el último piso y conteniendo el número de las habitaciones.

Blake tomó el plano y vió que una chimenea separada servía para la planta baja y cada piso superior.

—¿Cuáles son los números de las piezas encima de la pequeña oficina en cada piso? — preguntó.

El gerente lo miró atónito, pero dió la información después de estudiar el plano.

—El número 26 en el primero, — dijo, — el número 68 en el segundo, el 130 en el tercero, el 182 en el cuatro piso; el quinto es un almacén y el sexto también, y ambos están abiertos.

Blake tomó nota de los números y Harker miró al gerente.

—Quiere acompañarme, — dijo, — y traer las llaves y ganzúas para las habitaciones.

El gerente afirmó, disgustado, y tomó las llaves de una gaveta en el rincón de su oficina.

Cuando salieron, Harker dijo:

—Desearíamos saber el nombre de los ocupantes de estos cuartos, señor, tal vez el escribiente podrá informarme al respecto.

—Perfectamente, señor.

El consentimiento parecía ser más bien un doble gruñido y el gerente del hotel les guió hasta la empleada que anotaba y hacía las disposición de las piezas y departamentos. Rápidamente le explicó de qué se trataba y ella, buscando entre las páginas del libro, contestó:

—En el 26 está el coronel Northwich, — dijo, — y mientras que sus dedos corrieron a lo largo de la página, el gerente explicó quién era el coronel Northwich, el gran jugador de polo y el hombre que había figurado tanto en el sitio de Kut.

En el 68 está la señorita Eufemia Gallickan y Blake recordó que era el nombre de una conocida pero ya madura dama de la sociedad.

—En el ciento treinta está el señor Marcel Lourde, un caballero francés, — explicó el gerente. — Creo que es un empleado principal de los cuarteles de Londres de la Liga de las Naciones.

Blake asintió con la cabeza y Harker hizo lo mismo. Claudio Duchamp, el investigador francés miró con aire fatigado por un momento y luego sus facciones volvieron a tomar su expresión apática. El ciento ochenta y dos, en el cuarto piso, está desocupado por el momento, — dijo la muchacha.

Cerró el libro con estrépito como queriendo indicar que la habían incomodado por nada y con tono de querer quejarse por tal motivo a su sociedad. El gerente gruñó y dirigió sus pasos hacia el ascensor. Antes de entrar los detectives tuvieron una corta conferencia

—El coronel Northwich y la señorita Gallichan son auténticos, me parece, — dijo Blake en tono bajo. — Tal vez podría usted, Duchamp, asegurarse de esto, después puede juntarse con nosotros en el tercero o cuarto piso. — Son los que más prometen a mi parecer.

El francés hizo un ademán afirmativo. — Muy bien, — contestó, — pero, messieurs, les ruego que procedan con cuidado con el número ciento treinta, porque yo conozco personalmente a monsieur Marcel Lourde y sé que por el momento se halla en Génova. Por lo tanto es seguro que no se encuentre en el Hotel Mammoth, ¿me entienden ustedes?

Duchamp tenía una rara manera de explicarse en inglés. No siempre se acordaba de los términos correctos, pero trataba de hacerlo de la mejor manera posible y el resultado era a veces bastante humorístico.

Entró en el ascensor, siendo llevado hasta el próximo piso donde siguió por el corredor principal del hotel con la expresión apática que lo caracterizaba y ocultaba, sin embargo, las penetrantes miradas de un investigador corrido.

La inspección de las piezas número veintiséis y sesenta y cuatro era una táctica necesaria, pero al mismo tiempo estaba segurísimo que darían un resultado bastante inocente e inocuo. Por lo tanto, no estaba decidido a perder el tiempo en preliminares.

Sin ninguna excitación abrió la puerta del número 26 y entró. Un espejo colocado en el dormitorio contiguo, reflejó la imagen de una persona de apariencia militar que llevaba monóculo, balanceándose sobre una pierna, mientras introducía la otra en un pantalón color kaki.

Claudio Duchamp ojeó apresuradamente la chimenea y no notó nada que llamara la atención, con excepción de una cuantiosa porción de restos de cigarrillos. En el mismo momento apareció la iracunda cara ornamentada con el monóculo, en un rincón de la puerta del dormitorio.

—¿Quién diablos es usted y qué diablos quiere? — Haga el favor de retirarse.

El francés lo miró sorprendido, hizo una profunda raverencia y balbuceó: — Lo siento, caballero, me equivoqué de número.

—Entonces, haga el favor de retirarse, — dijo el coronel con esa cortesía militar que por el rango y la disciplina había adquirido.

—Encantado, — contestó Duchamp, volviéndose hacia la puerta, — le deseo bon jour. Supongo, monsieur, que sus pantalones no se resistirán por eso.

Salió del recinto seguido de una tempestad de maldiciones y demostrando en la mirada un dejo de diversión, que duró hasta el momento de llegar al otro piso.

Claudio Duchamp recordó que el número 68 se hallaba ocupado por una dama, y, en consecuencia, tenía que usar más discrección para obtener una entrada.

Por esto el francés se inclinó y miró a través del ojo de la cerradura. La alcoba parecía estar desierta, escuchó y no oyó nada.

Por fin, tomando al toro por las aspas, abrió la puerta e investigó el interior. Al momento notó que había cometido una lamentable indiscreción. La señorita Eufemia Gallichan estaba sentada tranquilamente delante de un espejo, haciendo su toilette. En el momento de abrirse la puerta, ajustaba una majestuosa y áurea trenza.

Una exclamación de terror brotó de sus labios, cuando la apática y semidormida cara del francés apareció en la puerta; saltó en pie, y al momento un cepillo con incrustaciones de plata voló a través del recinto, yendo a estrellarse con gran estrépito contra el panel de la puerta.

—¿Cómo se atreve usted, señor... cómo se atreve usted a introducirse en mi departamento, — gritó, — retírese inmediatamente antes que llame al gerente.

—Diez mil disculpas, madame, — contestó el francés, — me equivoqué de número; siento mucho lo ocurrido.

Retiró la cabeza un poco más rápido que

de costumbre porque vió relucir otro cepillo en la mano de la iracunda lady Eufemia.

Yéndose, oyó cómo giraba la llave dentro de la cerradura con ruido terminante y sus facciones se iluminaron con una sonrisa.

De manera que es así cómo las mujeres inglesas consiguen esa espléndida cabellera dorada, — pensó para sí.

Mientras tanto Blake y Harker habían alcanzado el tercer piso y siguieron sigilosamente por el corredor. Se detuvieron delante del cuarto ocupado por monsieur Lourde. Blake se inclinó convenciéndose que la puerta se hallaba cerrada con la llave dentro de la cerradura. Escucharon pero sin resultado alguno.

Alguien estaba dentro. Pero era imposible entrar sin forzar la puerta. Blake meditó un instante, mientras que el gerente lo tomó de un brazo y lo llevó por un pequeño zaguán a lo largo del corredor.

La próxima habitación, — murmuró, — es un cuarto de baño, — allí hay un ventilador, por el cual puede usted mirar.

Blake afirmó agriamente y entraron en el cuarto de baño. El ventilador se hallaba a baja altura al costado del baño y al mirar al través de las rejas exigía cierto conocimiento de acrobacia. Pero Blake venció esa pequeña dificultad y echó una mirada a la habitación. Así permaneció durante un minuto aproximadamente. Luego se retiró silenciosamente. Harker y Tinker trataron de leer en su mirada un indicio de lo que había visto, y vieron en sus ojos un fulgor que no podía ser mal entendido.

—Lo tenemos, — murmuró, — lo tenemos infraganti.

—¿Está allí?

—Sí, — contestó Blake, y hasta ahora no sospecha.

—¿Quién de ellos es? ¿Es Kestrel en persona, — preguntó excitado Tinker, ante la posibilidad de capturar al maestro criminal,

Bleke movió la cabeza.

—Me parece que es Madrano el "campanario", — dijo Blake, — pero fuera quien fuere, si entramos ahora lo detenemos infraganti. Como lo supuse, tiene el detectófono colgado dentro de la chimenea, está escuchando detenidamente toda la conversación que pronuncian abajo. ¿Tiene usted un instrumento semejante a un picacarne, señor gerente?

La pregunta fué tan rara y rápida que el gerente quedó atónito.

—¿Un picacarne, señor?

—Sí. Pero me parece... es decir quiero estar seguro de que no será necesario tener que emplear un instrumento semejante. No puedo tolerar actos sangrientos en mis habitaciones. Así es que supongo...

Blake sonrió.

—No lo deseo para eso, — dijo, — no tengo intención de matar al hombre. Lo quiero para forzar la puerta. Con un picacarne puedo forzarla en pocos segundos. Es necesario entrar de golpe.

El gerente lo miró incrédulo, pero fué abajo y volvió al instante con el instrumento solicitado, una herramienta favorita del cocinero, quien la había prestado con la condición de no estropearla.

Fué en el preciso instante en que Claudio Duchamp volvió a reunirse con ellos, escuchando el reportaje de Blake con un simple encogimiento de hombros, como queriendo decir.

—Voilá, ¡no les he dicho! y todavía me mandan abajo para meterme en líos con aquel viejo caballero y aquella solterona.

Blake entró en el cuarto de baño y echó otra mirada por el ventilador. Por lo que podía ver, la persona allí adentro seguía escuchando con toda atención, por un instrumento parecido a un receptor de teléfono, apretado al oído, y escribiendo en un pequeño anotador con la otra mano libre.

Era el momento para la acción. Blake salió y pasó el picacarne entre la puerta. Luego, con repentina fuerza, se tiró con todo su peso encima, tirando de golpe en sentido contrario.

La puerta se movió, pero aun la cerradura resistía. Otra vez Blake introdujo la parte gruesa del picacarne haciendo otra palanca. Con un ruido seco la cerradura quebró y se abrió la puerta, los hombres entraron en el recinto. El receptor del detectófono había sido tirado en la chimenea con toda velocidad y entonces pudieron ver el cable de comunicación que subía por el tubo. Este era, indudablemente, el hombre buscado, creyó el gerente.

Pero Blake y Tinker, lo mismo que Harker y Duchamp no tuvieron necesidad de suponerlo. Estaban convencidos.

Un minuto bastó para que reconocieran en la delgada figura del español, con sus cabellos negros y ondulados, su complexión frágil y en el fiero brillo de sus ojos negros y pequeños a Madrano, uno de los cómplices más fieles y más peligrosos de Kestrel.

En el mismo momento en que la puerta se abría el hombre intentó fugarse. Era indudible que él había sido elegido para esta empresa, pues era ágil como un mono y desconocía en absoluto el miedo. Para él una ventana o una claraboya se prestaban tanto para fugarse como una puerta abierta.

En el preciso momento en que Blake y Harker hacían ceder la puerta, Madrano saltó como un gato hacia la ventana. Se trataba de una verdadera avenida para escaparse, aún en el caso de un hombre vulgar, pues daba a un balcón, sobre cuya baranda podía mantenerse en equilibrio el ex campanario con la agilidad de un gato.

Pero justamente este hecho fué olvidado por Madrano. La presencia del balcón permitía con toda facilidad entrar a la habitación a todo el que viniera con intenciones ladronas. Por esta razón la gerencia del hotel había colocado un tornillo en el marco de la ventana, cosa que Madrano no había observado.

Ahora estaba delante de la ventana, tratando de sacar el tornillo con los dedos en su ansia de levantar el vidrio.

Y el hombre tenía una fuerza prodigiosa comparada con su figura. Consiguió hacer girar el tornillo con la uña y luego lo sacó por completo manteniéndolo entre el índice y el pulgar.

En el preciso instante en que Tinker y su maestro se precipitaban en la alcoba, lanzó

Mediante un salto parecido al de un gato, Madrano pasó por la abierta ventana. ("Los cuatro detectives").

de sí el tornillo y con un último esfuerzo abrió la ventana.

Sin embargo, se hallaba tardío en una fracción de segundos. De un enorme salto Blake se adelantó y alcanzó a prender el tobillo del hombre en el preciso instante en que se disponía a lanzarse a través de la ventana.

Madrano sintió la mano en el tobillo cual un torno y se resistió tan vigorosamente, que Blake creyó que le dislocaba un brazo. Pero lo sujetó hasta que pudo asirlo con ambas manos. Poco después Harker y Tinker lo tenían prendido y volvieron a tirarlo dentro de la habitación.

Mientras esto sucedía, miró a Blake con ojos que reflejaban claramente el odio que por él sentía. Blasfemando en castellano lo cubrió de maldiciones, como solo lo permite el amplio vocabulario español e italiano.

Las injurias del demonio español exasperaron tanto a Blake, que más de una vez sintió ánimos de castigarlo a pesar de hallarse prisionero, para parar, aunque fuera de esa manera, la lengua de aquél fanático criminal.

Pedro Madrano pareció presentir el efecto de los puños de Blake, por que de repente cesó de insultarle y dijo en castellano:

—Me habéis apresado, pero no podrán detenerme, por que siempre hay un camino abierto para escaparse de la justicia y el maestro os castigará por lo que habéis hecho.

Con estas palabras llevó rápidamente sus manos a la boca, ingiriendo una cosa.

Luego dijo, lacónicamente:

—¿Comprenden ahora? Ustedes no podrán encarcelar a un hombre muerto.

Mientras hablaba, sus ojos tomaban una expresión de terror, sus negruzcas facciones palidecieron, torturadas por el dolor.

—Diablo, — gritó Harker, — este bandido se ha envenenado. Nos quedamos con las ganas, Blake.

Madrano parecía desfallecer, todo su cuerpo temblaba, pero cuando oyó las palabras de Harker, una sonrisa de desafío apareció en sus labios.

—No se preocupen, señores, — balbuceó, — no son ustedes los que se van, después de todo, seré vengado. El maestro me aprecia mucho y no lo perdonará. Todos ustedes seguirán el mismo camino como yo, y esto dentro de pocas semanas. ¡Caramba Pero es verdad, tal vez nos volveremos a ver. Me... permítanme que me acueste para domir. Muchas gracias... Tal vez, sentirán que...

Terminó, y sucedió algo extraordinario, de lo que ni Harker ni Tinker pudieron darse claramente cuenta.

De repente Madrano se transformó en un terrible demonio de lucha. Se transformó de un hombre moribundo en un gato montés. Libró los brazos y de un formidable salto atropelló a Blake con tanto vigor que éste pudo dar gracias al cielo de no romperse las costillas.

Blake había instintivamente adelantado el antebrazo, pero recibió tal golpe que fué lanzado dentro de la chimenea.

Duchamp se adelantó para enfrentarse con Madrano. Pero el hombre se había transformado en una verdadera enciclopedia de artimañas. Bajó la cabeza y corriendo, aplicó tan rudo golpe en el estómago del francés, que éste quedó desfallecido y sin poder respirar. En el momento de caer el famoso investigador francés, Madrano apreció su ventaja y saltó hacia la puerta abierta.

Tinker, quien se había restablecido de la primera sorpresa y se encontraba en un rincón, al otro extremo del recinto, se adelantó para apresarlo por medio de un salto de rugby.

Hubiera conseguido su propósito de tratarse de un partido de rugby. Para escapar de los brazos del ayudante, Madrano hizo un salto desesperado yendo a caer sobre el cuerpo estirado de Tinker. Un grito de dolor brotó de los labios de éste, que quedó tirado en el piso todo dolorido, mientras el ágil delicuente español usaba su cuerpo como tabla de impulso para sus próximos saltos.

Ambos, Tinker y Duchamp se hallaban momentáneamente fuera de combate y Harker, en el primer tumulto, había recibido un golpe con el codo en pleno ojo, con tanta fuerza que le saltaron las lágrimas impidiéndole que viera lo que pasaba. Así, pues, quedaba solo Blake. Este estaba furioso al ver que un hombrecillo como el "campanario" llevaba ventajas sobre personas como ellos. Esto era un desaire para su dignidad y no vaciló ni un sólo instante.

Cuando Madrano, de un salto, se precipitó desde el cuerpo de Tínker al corredor, Blake fué detrás de él y fugitivo y perseguidor corrieron hacia el ascensor.

En el "hall", en un extremo del corredor esperaba una ascensorista uniformada, delante del ascensor vacío. Blake le hizo una seña, pero ella retrocedió, mirando atónita aquel espectáculo. El detective sabía lo que iba a suceder y se apuró aun más para dar alcance al español, pero éste hizo una serie de tretas y consiguió cierta ventaja. Se movía con velocidad indescriptible. Parecía que sus pies no tocaban el suelo. Traspuso las puertas automáticas, impidiendo a Blake seguirle por un instante. Y este momento bastó a Madrano para atropellar a la ascensorista y entrar en el ascensor cerrando la reja.

De un salto Blake, se halló frente a la reja y los dos hombres se miraron como animales furiosos.

Entonces Madrano hizó una cosa típicamente española. Escupió en la cara a Blake a través de las rejas del ascensor y si en ese momento la paciencia del detective hubiera terminado, seguramente el español no hubiese sobrevivido aquel instante.

Acto seguido, Madrano tomó la palanca del ascensor y empezó a bajar rápidamente. Por un momento, Blake quedó indeciso. Si el hombre lograba salir del hotel la partida estaba perdida. Con solo llegar a uno de los pisos bajo sería casi imposible tratar de encontrarlo.

El detective hizo un ademán como queriendo bajar por las escaleras, de tres en tres peldaños y poder seguir así aproximadamente la velocidad del ascensor.

Pero viendo la llave en manos de la ascen-

sorista asustada, concibió una repentina idea.

Se acordó de que los ascensores modernos, tenían puertas de seguridad y que para un aparato de esa especie era necesario cerrar las puertas de todos los pisos para cerrar el circuito ,no funcionando sin este requisito. Luego, abriendo una de las puertas cortaría la corriente y pararía la marcha del ascensor. Rápidamente tomó la llave y abrió la puerta exterior.

Mirando hacia abajo vió que el aparato había parado y un gesto de triunfo asomó a sus labios.

El ascensor se había detenido entre la planta baja y el primer piso.

Madrano en el momento de creerse libre ya, se vió atrapado nuevamente, como en un calabozo.

En este momento, se abrió la puerta en el tercer piso y apareció el gerente. Parecía estar aterrado.

—¿Se escapó? — balbuceó.

Blake se acordó que el gerente no había desempeñado un muy valiente papel en el asunto y supuso que en el momento de los hechos ,seguramente se habría refugiado en el cuarto de baño contiguo. Aún estaba pálido y tembloroso.

—¿D... d... d...onde está — preguntó en tono lastimero.

—Por poco se nos escapa, — contestó Blake, pero parece que no estaba al corriente de los pequeños detalles de la técnica moderna en cuestión de ascensores. Le he cortado el circuito y ahora lo tengo encerrado como un gato salvaje en el jardín zoológico.

—El hombre parecía una fiera, — añadió el gerente ojeando nerviosamente por el tubo.

—Y difícil para domar, — dijo Blake, — Afortunadamente tengo experiencia en esta clase de asuntos. Esta vez el hombre entró voluntariamente en la celda.

Diciendo esto, Blake descendió las escaleras hasta el lugar donde se hallaba el ascensor. Y allí estaba Madrano bien enjaulado, asemejándose singularmente al animal con quien Blake lo había comparado.

Aparentemente no se explicaba lo que había sucedido y se portaba como una furia. Cuando Blake se apoyó sobre la baranda y le dirigió la palabra, el hombre estaba iracundo.

No fué extraño que Blake, viendo que los papeles se habían trocado sintiera satisfacción y le vinieran ánimos de tratar a Madrano irónicamente, lo mismo como Kestrel hubiera hecho de haber sido él el enjaulado. Por otra parte, era necesario hablar con el hombre y convencerle de la necesidad de entregarse, ya que no sería tan fácil encontrar un segundo medio de fugarse.

Así Blake descendió hasta el "hall" principal del hotel ,donde nadie suponía ni en lo más remoto lo que había sucedido.

El único que parecía interesado en el asunto era el dependiente del "hall" encargado del servicio de ascensoristas.

Miró hacia el ascensor detenido y se extrañó de que la ascensorista no se encontrara con el pasajero aprisionado.

Acababa justamente de dar instrucciones a otra ascensorista para que subiera el ascensor contiguo y viera lo que pasaba, cuando Blake apareció en el "hall" con el gerente, éste último fuera de sí.

Cambió unas cuantas palabras con el empleado.

Deseaba que no se provocara ningún escándalo innecesario en su hotel. Blake subió en un ascensor contiguo y la ascensorista lo llevó hasta encontrarse a la misma altura que el que se hallaba Madrano.

Sextón Blake lo miró con una sonrisa provocativa.

—Creo, señor, — dijo en español, — no es usted vivo aun. Era una presunción suya imaginarse que siendo español, podía estar en condiciones de entender las pequeñas intrigas de un aparato moderno como es el ascensor.

El tono irónico llevó al gato montés humano hasta la desesperación. No hay ninguna persona tan orgullosa de su patria, como justamente los españoles y nada los hiere más en su dignidad que un desprecio a ella.

—Tengo permiso de la gerencia, — dijo Blake, — de dejarlo en esta situación por tanto tiempo como usted lo desee. Puede quedarse allí durante una semana, si lo cree conveniente, pero las autoridades del hotel rehusan a servir las comidas dentro del ascensor.

Madrano hervía bajo este sarcásmo, pero también apreciaba el verdadero sentido de las palabras de Blake.

Comprendió que si se decidía a permanecer allí lo harían sucumbir por el hambre.

Pero entonces, Blake cambió de tono y volviéndose serio, dijo:

—Quiero advertirle que le conviene entregarse incondicionalmente. — Se encuentra usted en completa desventaja. En el término de diez minutos, podemos si es necesario, instalar un cordón de agentes de policía. También — agregó con tono significativo, — la próxima vez no titubearé ni un solo instante en hacer uso de mi revólver. Lo tenemos ahora, señor Madrano, y vivo o muerto estamos decididos a sujetarlo.

Los negros ojos del bandido chispeaban con ferocidad, mientras se posaban en Blake pero, luego, el fulgor desapareció de ellos poco a poco.

El hombre parecía darse cuenta de que se hallaba irremediablemente perdido y que toda tentativa sería infructuosa.

—¿Qué piensa hacer de mí, maldito perro de policía? — preguntó.

—Debe usted portarse como la gente, para principiar, — dijo Blake en voz baja, — a menos que quiera pasar por una leve sentencia y por la inquisición por usted mismo inventada.

—¿Qué es lo que usted quiere?

—Quiero que se entregue sin ruido y que no haga más resistencia.

—Pero, por San Pedro, como es posible, si estoy colgado aquí como una campana en una torre .

—Puede usted bajar con el ascensor si cierro la puerta allí arriba.

—Bueno, — dijo el español, bajaré en seguida.

—Será mejor para usted si así lo hace.

—He dicho que lo haré, — dijo el hombre con tono firme.

Blake hizo un ademán de conformidad y volvió de nuevo al hall, en busca del gerente.

Harker, Tinker y Duchamp acababan de bajar por las escaleras y aunque extrañados por lo que había sucedido, no podían, sin embargo, disimular una sonrisa irónica al ver de qué manera había sido capturado Madrano. La satisfacción era más grande aun, después del incidente ocurrido en el piso superior.

—Así, que lo tiene, maestro, — dijo Tinker.

—Sí, llegó hasta el ascensor y lo daba por perdido cuando tuve una feliz inspiración.

—Cortó el circuito... ¿Verdad? — dijo Harker, sonriendo entre dientes.

—Sí, y no sólo lo capturé, sino que también lo he enjaulado.

Los hombres se rieron y la expresión de Duchamp reflejaba una mezcla de dolor y satisfacción. Su respiración era aun entrecortada, no habiéndose recobrado por completo del brusco contacto con la cabeza de Madrano.

—Ha prometido bajar sin hacer ruido, — dijo Blake. — Así es que tú y yo nos quedamos aquí, Tinker, para recibirlo por esta puerta.

Sacó la pistola automática de su bolsillo y miró con gesto significativo al francés.

—¡Comprendo, señor! — dijo éste y empuñó también la suya, una pequeña arma francesa, que manejaba con gracia sin igual.

—Supongo que habrá terminado con sus acrobacias de mono y que ahora lo tendremos bien seguro... ¿N'est ce pas?

Blak afirmó.

—Me parece conveniente que usted y Harker se ubiquen en la reja del sótano, — dijo Blake.

—¿Y si sube en vez de bajar? — replicó Harker.

Se hallaban en una situación original. La captura de Madrano parecía excesivamente fácil y, sin embargo, no lo era en realidad.

Estaba solo en un ascensor y tan pronto como se restableciera la corriente cerrando la puerta del tercer piso, podía bajar o subir a su gusto con solo accionar la manija. Podría entrar en un instante en cualquier piso, desde el segundo hasta el quinto y salir del ascensor, usando la llave de la reja exterior que tenía en su poder.

Y Blake sabía que, una vez que el hombre hubiera salido del ascensor, en cualquiera de los pisos, iba a ser muy difícil detenerlo.

No se trataba en este caso de una persona vulgar. Había sido marinero y sus músculos habían adquirido un desarollo considerable a fuerza de trepar en toda clase de cuerdas y de barras. Además no le importaban las alturas. Era hombre capaz de salir por cualquier ventana, pararse sobre una cornisa aunque estuviera a cien pies del suelo y de allí bajar por el frente del edificio. Una canaleta era para él una avenida y la presencia de hilos telefónicos constituía un excelente puente para atravesar la calle.

A primera vista, parecía que los detectives tendrían necesidad de solicitar la ayuda de algunos agentes de policía y cuidar todas las puertas de salida del ascensor. Pero Blake imaginó un medio más sencillo en que el éxito solo dependía de su propia rapidez.

Ordenó que Tinker entrara en el otro ascensor, listo para dar caza al contiguo en caso de producirse una tentativa de evasión.

En cuanto a sí mismo, quedó con su pistola automática preparada y la llave de la reja lista. En esta forma podía interrumpir la corriente instantáneamente en el supuesto caso de que Madrano intentara subir en vez de bajar y detener en el acto el ascensor.

Las instrucciones fueron breves. En seguida Blake comisionó al gerente para que cerrara la puerta de acceso al ascensor del tercer piso, que aun permanecía abierta.

—Toque el timbre para avisarnos cuando la haya cerrado usted, le recomendó Blake

El gerente movía la cabeza mirando con inquietud a la cantidad de espectadores que se habían congregado en el hall del hotel ansiando ver el final del drama que presenciaban. De cierto modo le tranquilizaba la perspectiva de que quizá el asunto podría ser una buena propaganda para el establecimiento.

Subió apresuradamente las escaleras, en tanto que los otros esperaban ansiosos. Madrano estaba de pie en el ascensor, mirando hacia abajo a través de las rejas. Sus ojos relampagueaban y su cuerpo flexible parecía el de un puma listo para saltar.

Blake notó el gesto del español y alzó un tanto su pistola automática, para que pudiera verla.

Parecían interminables los minutos que empleó el gerente para subir hasta el tercer piso. Blake miró hacia arriba como para observar si aun no había llegado. En ese momento oyóse el sonido de una campanilla eléctrica, seguida del ruido que produce una puerta de ascensor al cerrarse.

La corriente había sido restablecida en el ascensor.

Madrano echó una mirada hacia arriba y después a Blake y una sonrisa se dibujó en sus labios, descubriendo una fila de pequeños dientes blancos.

—Ahora voy a bajar, señor.

—Sí, — contestó Blake, — el ascensor funciona nuevamente. Puede usted descender.

—Muy bien. — replicó Madrano, con otra sonrisa, — entonces lo haré.

Mientras hablaba, había tomado la manija y la accionó con violencia. Como una piedra cayó el ascensor, mientras un grito apagado escapó de labios de los espectadores.

Como un bólido pasó por la planta baja en que esperaban Tinker y Blake, sin dar señales de querer detenerse.

—Por Dios, — gritó Blake, — ese hombre está...

¡Pum!...

El ascensor había bajado a toda velocidad

yendo a estrellarse contra los paragolpes del suelo. Al ruido producido por el golpe se unió un quejido de dolor.

—Se murió. Ese hombre se estrelló.

Una cantidad de espectadores se lanzó hacia la escalera que daba al sótano precedidos por Blake y Tinker. Ahí estaban Harker y Duchamp. Su maestro reflejaba el estupor que la repentina bajada les había producido. La impresión les impedía abrir la puerta del ascensor, ante la vista del piso de éste, completamente destrozado.

—Creo que esta fiera acabó con sí mismo esta vez. Era Harker que hablaba, pero sin que por eso le embargara la compasión, acostumbrado a presenciar esta clase de espectáculos.

Claude Duchamp miraba pensativo, acariciando su barba de corte imperial.

Blake hizo girar la llave y abrió las puertas del ascensor, cuyo piso en ruinas estaba más o menos de dos pies abajo del sótano. En él yacía Madrano. Su rostro denotaba el sufrimiento, por más que sus ojos guardaban aun la expresión de fiero desafío. Una de las piernas estaba doblada en forma tal, que Tinker sintió descomponerse a su vista.

Ningún ser humano podía haber quedado ileso, después de semejante golpe, de modo que Blake creyó hallar a la víctima desmayada y no fué pequeño su asombro al apercibirse de que no lo estaba. Ahí yacía inerte, pero clavados sus ojos negros en sus perseguidores.

Tinker tomó la palabra y con tono indiferente, dijo:

—Maestro, creo que lo mejor será sacarlo de ahí, ¿verdad?

Su pregunta no reflejó ninguna lástima por el herido.

—Sí, — dijo, — pero con cuidado. Yo no confío mucho en ese sujeto. No me extrañaría verle levantarse de súbito y atacarnos.

Tinker, conocedor del individuo con quien trataban iba a dar razón a su maestro, cuando oyó a sus espaldas un gruñido de disgusto. El detective se volvió y entonces pudo reconocer entre los circunstantes a un hombre anciano, de barba blanca, quien se dirigía hacia ellos, agitado y nervioso.

—Estúpido, ¿no ve usted que ese hombre está gravemente herido? Vea usted su pierna.

Con estas palabras se acercó el recién llegado a Blake. El detective lo midió con una mirada y le replicó friamente:

—Perdone, señor, pero quiero suplicar a usted que se ocupe de sus propios asuntos. Yo soy detective...

—Y yo soy médico, señor, — profirió el hombre. — Si usted no tiene nada en contra le diré que sé perfectamente cuando está herido un hombre. ¿O creyó usted encontrarlo ileso después de esa caída?

Acompañaba sus palabras con un gesto, indicando el piso del ascensor.

Blake sintióse disgustado por más que pudo vencerse desde el primer momento que sólo impulsaba al médico un sentimiento humanitario.

—Es que usted no conoce todos los pormenores, doctor, le dijo en voz baja. Este hombre ya se nos ha escapado una vez. Es uno de los criminales de más talento y más peligroso del país. Nosotros...

—No me importaría aunque fuera el mismo Charlie Peace, en persona, — replicó el médico. — Está herido, gravemente herido y debe ser llevado a un hospital.

Blake frunció el entrecejo.

—Si es así ¿por qué no baja usted en seguida para hacer el diagnóstico? Nosotros quedaremos esperando.

—Y es lo que voy a hacer ahora mismo — —dijo el doctor.

Era un hombre de edad, pero no obstante consiguió llegar hasta el cuerpo inerte del español. Siguiendo una indicación de Blake, Tinker bajó con el médico y entre ambos levantaron un poco el cuerpo de Madrano, quien dejó escapar un quejido de dolor.

El médico se inclinó e hizo un pequeño examen de la pierna del herido. Después levantó la vista y un cierto reto notábase en su mirada, cuando la clavó en Blake.

—El hombre tiene el fémur fracturado. — dijo, — haga el favor de pedirle al gerente una ambulancia, rápido.

El gerente estaba allí. Una palidez cadavérica cubría sus facciones, mientras su mirada denotaba ansiedad. Dió algunas instrucciones breves y pocos minutos después aparecían dos empleados del hotel llevando una camilla.

—Si alguien quiere ayudarme a sacarlo de aquí con cuidado, — dijo — lo llevaremos a mi habitación y le haré unos vendajes antes de transportarlo al hospital.

El médico dirigía ahora todo el asunto por cuenta propia. Tanto Blake como Harker y los otros quedaron relegados a menor importancia.

Fué en ese momento que los detectives pudieron observar como la simpatía de los circuntantes estaba del lado del médico y de su paciente y optaron por no obstruír las indicaciones del galeno, seguros de ser considerados en ese caso como salvajes e inhumanitarios.

Además, cuando el hombre fué colocado en la camilla, Blake pensó por un momento, que había sido excesivamente riguroso. Ahí estaba la pierna del español presentando importantes lesiones y seguramente una fractura o por lo menos, una dislocación del fémur.

Al ser levantado y puesto sobre la camilla, el herido dió evidentes muestras de dolor. Su espíritu de fiera, pareció abandonarlo, cuando tendido sobre la camilla, no obstante haberle acompañado hasta el fin.

Sería preferible que muriese — dijo el médico en voz baja — mientras subían la escalera. En todo caso le daré un poco de morfina, para poder hacer el vendaje provisorio. Este hombre debe estar agonizando.

La camilla fué llevada a una habitación, que daba sobre un patio, separado por una reja de una de las calles de mayor tráfico del Barrio Oeste. La pieza estaba a obscura y el médico, con la calma del hombre de ciencia, olfateó primero la atmósfera y luego fué a abrir las ventanas.

Entre dos sillas fué colocada la camilla. De una valija que le trajo una señora, que debía ser su esposa, el médico saco un tubito con tabletas de morfina. Sacó una tableta y la introdujo entre los labios semiabiertos del español.

Traga eso, muchacho, — le dijo, — te aliviará el dolor.

El herido aún no había perdido el conocimiento. Hizo una leve inclinación de cabeza para denotar su gratitud y abrió la boca, aparentando poder tragar la tableta solo con mucha dificultad.

Blake estaba presente, lo mismo que Duchamp. De súbito ámbos cambiaron una mirada de inteligencia. Sus ojos estaban demasiado acostumbrados a la observación prolija, como para poder ser engañado. Ambos habían notado que el delicuente no había ingerido la tableta de morfina.

El español la había ubicado con todo desimulo detrás de la mejilla.

Era un incidente trivial, pero puso sobre aviso a Blake, lo mismo que al detective francés. Durante el resto de la operación, Blake no demostró el menor inferes. Muy al contrario, parecía abstraido y con mucho asombro de parte de Tinker; fué a pararse indolentemente entre la camilla y las ventanas abiertas.

Era un movimiento estratégico, cuya eficacia quedó demostrada instantáneamente. De súbito se desarrolló un suceso ante el cual quedaron perplejos tanto Tinker como Harker, por más acostumbrados que estaban a las manías del español.

En el mismo momento en que el doctor se inclinó sobre él con el rollo de vendas en la mano, sintióse cerca de la camilla un fuerte golpe.

Un rápido puñetazo en la cara hizo que el doctor retrocediera tambaleando. Su esposa y una enfermera, que iban a ayudarle en la cura, fueron tiradas a un lado, y Madrano, ágil y furioso como una pantera, y no presentando más heridas que el mismo Blake, volvió a enfrentarse con ellos.

De inmediato Sexton Blake sacó su pistola automática, pero no pudo hacer uso de ella, por temor de herir a algunas de las personas situadas detrás del delincuente.

Una corta riña y el genio de Madrano se impuso de nuevo. La fiera volvía a ser libre. Como una bala cruzó la habitación al tiempo que Duchamp le descerrajaba un tiro. Pero no dió en el blanco y sólo sirvió para que Medrano olvidara todas las precauciones.

Como un gato traspuso la ventana y quedó un momento sobre la cornisa, pero antes de que Blake o Duchamp pudieran disparar, había recobrado la libertad.

Debajo de él estaba el patio del hotel, a unos 15 pies aproximadamente, y separado de la calle por una reja de 6 pies. De un solo golpe de vista, Madrano se enteró de su situación. No hay duda de que podría haber saltado a la calle, franqueando al mismo tiempo la reja, pero para ello hubiera tenido que preparar el salto y, en ese momento, no podía permanecer en la cornisa. Estaba expuesto allí a los tiros de Blake y Duchamp y estaba seguro de bajar al patio con una velocidad mayor que la que deseaba, de permanecer donde se hallaba.

Lo único que le restaba hacer era largarse y así lo hizo, con la tranquilidad y en la forma en que saltan los nadadores al agua: con la cabeza primero, en dirección a la reja.

Algunas personas presenciaron el extraño incidente y quedaron como clavadas en el suelo ante el cuadro horroroso que pensaban ver en seguida.

Pero Madrano no había pensado en morir de ese modo, y, por consiguiente, tomó sus medidas, aunque en extremo sencillas. Como había saltado con los brazos extendidos, sujetó con cada una de sus manos un barrote de la reja, poniendo tieso al mismo tiempo su cuerpo, con el resultado de hacerle describir una elegante parábola, cayendo con suavidad sobre la punta de sus pies y desapareciendo entre la multitud con admirable rapidez.

Esta prueba era característica de Madrano y sólo exigía mucha sangre fría. Todo buen gimnasta habría podido ejecutarla, de haberse efectuado en condiciones menos peligrosas.

La única diferencia que había, era que el español no conocía ningún peligro. Para él una tabla era siempre una tabla y le era indiferente caminar sobre ella, de estar colocada sobre un charco, o entre las torres de dos iglesias.

Blake saltó hacia la ventana, pero sólo alcanzó a ver cómo el hombre fugaba con toda rapidez, sin llamar la atención de los transeuntes y confundiéndose entre el tráfico de Londres, de donde quizá no volvería a sacarlo. Y mordió sus labios con rabia... De nuevo volvió el rostro hacia el interior de la habitación, en que Harker y los demás aun permanecían perplejos.

En especial el médico, mostraba una cara en que los efectos del terrible golpe con un zapato, el asombro y el temor habían produducido una mezcla tal de emociones, que Blake sintió compasión por él, no obstante hallarse en ese momento sumamente contrariado. Los sentimientos humanitarios de ese hombre debían responsabilizarse por esta segunda evasión. Madrano no hubiera logrado burlarse de ellos, de no ser por ese viejo doctor.

Blake se dirigió a él y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Le duele a usted mucho? — preguntó, viendo que el anciano pasaba la mano sobre su rostro dolorido.

—No, no, dijo con tranquilidad; no hay nada roto, pero es doloroso; ese pequeño diablo ingrato...

Blake pudo apenas reprimir una sonrisa, no obstante su contrariedad.

—Seguramente usted no esperaría semejante desborde de energía de un hombre que tuviera el femur fracturado.. Verdad doctor?

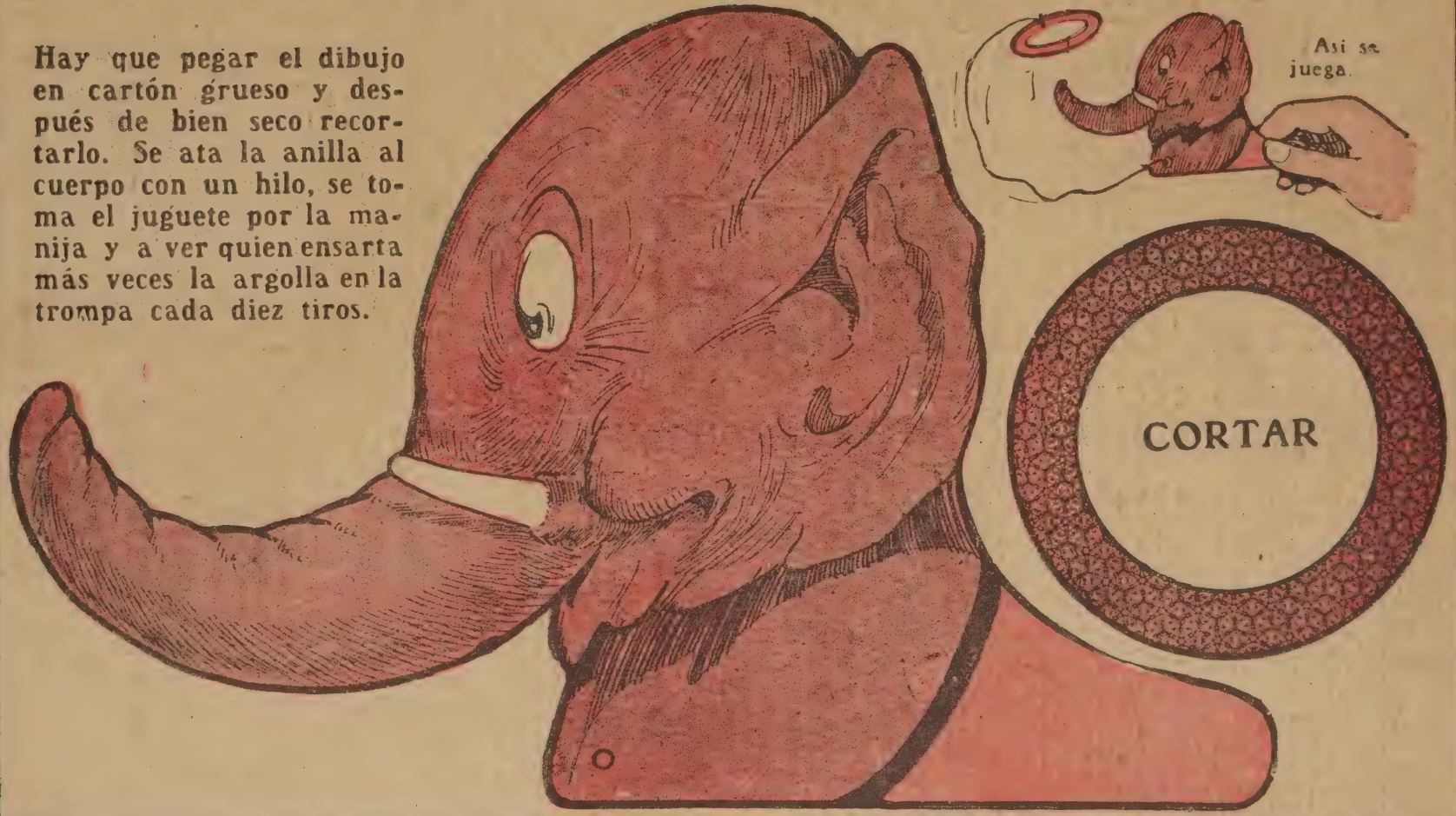
—Por Dios, — repuso. — ¿Quién iba a saberlo? Que el diablo se lo lleve, señor. Hace cuarenta años que soy médico y no he visto nada igual. El hombre tenía la pierna doblada. Yo hubiera apostado mi título...

—Es que un detective es a veces casi tan inteligente como un médico, — dijo Blake

LA TROMPA del ELEFANTE

Este es un divertido juego que puede entretener a los niños.

Hay que pegar el dibujo en cartón grueso y después de bien seco recortarlo. Se ata la anilla al cuerpo con un hilo, se toma el juguete por la manija y a ver quien ensarta más veces la argolla en la trompa cada diez tiros.



friamente. — Yo le dije a usted lo que era ese hombre. Es un criminal muy peligroso, además de un acabado acróbata. Yo no lo sabía antes, pero me lo suponía. Su intromisión injustificada, tiene la culpa de que se haya escapado.

El rubor cubrió las mejillas del doctor.

—Ya le dije, señor. Fué inevitable. Me engañó como a todo el mundo. Yo...

—Justamente iba a decirle que a mí no me engañó, — dijo Blake, — por lo menos no por completo. Ni tampoco a mis colegas. Ya tuve ocasión de tratar a individuos que sabían simular fracturas y dislocamientos de las piernas. ¿No oyó usted, acaso, de un tal Santiago, que tenía las articulaciones dobles?

—Sí, oí hablar de eso, — dijo el médico empecinado, — pero nunca dí crédito a esa clase de cuentos.

—¿No? — dijo Blake con frialdad; — será seguramente por el espíritu conservador que caracteriza a ustedes los médicos. Sin embargo, si quisiera ir usted a un conocido hospital y requerir informes, le dirían que el tal Santiago estuvo allí repetidas veces sufriendo por dislocamientos aparentes. Y fué tratado por médicos famosos. Era un modo fácil de asegurarse un descanso y una buena comida.

—¿Y cree usted que ese hombre es el mismo? — preguntó el médico.

—Precisamente, lo creo, — repuso Blake, — y no me asombro, pues lo conozco muy bien.

—Pero, seguramente, — protestó el médico, que ya comenzaba a dar muestras de torpeza, — esa caída... ese golpe... ningún hombre...

—Hay una buena porción de hombres capaces de sufrir esa caída sin salir heridos y ese tipo sobre todo. Tiene músculos bastante desarrollados y suficiente agilidad como para aguantar una caída doblemente peligrosa, y salir ileso. Le aconsejaría estudiar ese caso, doctor. Usted sabe que la ciencia médica aun puede aprender mucho.

Después de reprender en esta forma al anciano médico, Blake se dirigió a los otros.

—Ya había olvidado, — dijo con una calma que no revelaba en nada la tormenta que en su interior reinaba, — que la Comisión de Vigilancia está aún reunida. Creo que lo más conveniente será que volvamos a la oficina e informarla acerca de lo que acaba de ocurrir.

Duchamp se encogió de hombros y Harker asintió con un movimiento de cabeza.

—No nos queda otra cosa por hacer, — dijo Harker, — e inició la marcha.

CAPITULO TERCERO

La llegada de Pitcairn Felloes

—Hola, ¿es usted, señor Blake?

La voz gruesa, pero clara, llegaba nítida por el teléfono, y el gran detective, al tomar el auricular, reconoció de inmediato al barón Isaac Herwood, presidente de la Comisión de Vigilancia.

—Sí, habla usted con Blake.

—Ah, buenos días. Aquí habla Harwood.

—¿Qué se le ofrece?

—Era para comunicarle que Pitcairn Felloes ha llegado y está aquí en mi oficina.

Una arruga se delineó en la frente de Blake.

—¿Cómo es eso? Aun no llegó el barco en que debía arribar. ¿No venía en el "Northern Alliance"?

El barón de Harwood rió.

—Tenía que llegar con ese barco, es verdad, — dijo, — pero nosotros nunca sabemos lo que piensan hacer ustedes los detectives. Llegó anoche en el "Nemonic". Se embarcó en Baltimore en vez de en Nueva York y ahorró en esta forma varios días de viaje. Además, creía estar más seguro utilizando esa línea. Ahora se muestra muy entusiasmado por solucionar nuestro caso, especialmente desde que le conté los sucesos que ayer se desarrollaron en el Mammoth. Desea ir a ver a usted a la brevedad posible.

Blake consultó su reloj y sus ojos se encontraron con los de Tinker a quien había interesado la mitad de la conversación telefónica que había oído.

—Dígale, que si quiere venir ahora, — dijo Blake, — puede acompañarnos a almorzar siempre que no tenga ningún inconveniente en ello.

Hubo una corta pausa, durante la cual pudo escuchar Blake un diálogo en el otro extremo de la línea. Era el barón de Harwood, quien ponía el asunto en conocimiento del yanqui.

Un momento después, una voz diferente llegó hasta Blake por el cable. Era más llena y sonora y notábase en ella un marcado acento yanqui.

—Buenos días, señor Blake. El señor Isaac acaba de transmitirme su proposición. Muchas gracias. Siento mucho no poder acompañar a ustedes durante el almuerzo, por cuanto tengo que ir a ver a un compañero mío, cumpliendo con la promesa que le formulé oportunamente. Pero si usted está desocupado esta tarde, me encantaría ir a verle para cambiar opiniones.

—Esta tarde me viene muy bien, — dijo Blake. — ¿Puede usted estar aquí a las 3?

—Muy bien, a las 3 en punto estoy ahí, señor Blake, — dijo el yanqui con énfasis; — hasta luego.

Blake contestó al saludo y terminó la conversación, despidiéndose también del barón. Después colocó el auricular en la horquilla, y volviose a Tinker.

—Ese es el yanqui, muchacho: Pitcairn Felloes.

—¿El gran Pitcairn? — dijo Tinker sonriendo.

—El gran Pitcairn, — dijo Blake con una sonrisa; y creo que es muy buen muchacho, Tinker. Debes saber que el yanqui es partidario de la propaganda. Es la parte capital para él.

—¿Entonces Felloes hace mucha propaganda de sí mismo, maestro?

—Más de lo que habría ningún detective inglés ni aun soñando, — contestó Blake; — a él le agradan de tiempo en tiempo los "bluffs" periodísticos. Pero, como te digo, en países diferentes reinan costumbres también

diferentes. A mi juicio, debe ser un hombre muy hábil.

Tinker movió la cabeza pensativo, buscando en su memoria algún incidente en que él y Blake hubieran estado en contacto con el detective yanqui, porque eran contados los pesquisas en Europa y los Estados Unidos que ellos no conocieran.

—A propósito, maestro; el tal Felloes, ¿no es un individuo inválido?

Blake asintió.

—Tienes razón. También yo recuerdo ahora que tenía una pierna de madera.

—Y corto de vista era además, ¿verdad?

—También es cierto. Fué uno de los primeros en usar anteojos con aros de carey, tan comunes ahora en los Estados Unidos y que parece haber transformado a los yanquis en un país de buhos.

Tinker sonrió y el tema de la conversación varió, recayendo de nuevo en Kestrel y en las probabilidades que tendría el terceto o cuarteto para detenerlo.

—Estoy seguro, — dijo Blake, — que de haber elegido Kestrel a otro hombre que no fuera Madrano, para efectuar ese trabajo del detectófono, lo hubiéramos atrapado. Pero este español tiene combinadas en sí las cualidades de la anguila y del gato montés.

—Creo que los acontecimientos habrán impresionado fuertemente al Comité de Vigilancia, porque es de suponer que ellos no esperaban de que se efectuaran tan pronto.

—Ni creyeron, seguramente, que pudieran tomar un cariz tan dramático, — agregó Blake; — la sola presencia del detectófono en la chimenea, pareció haberlos descorazonado por completo. Estoy seguro que más de uno de ellos habrá comenzado a dudar seriamente sobre la seguridad personal de nuestra población durante la estada de Kestrel en ésta.

Tinker rió con ganas.

—¿Cómo pudo ocurrírsele la posibilidad de que alguien escuchara por un detectófono? ¿Tenía usted algún dato?

—Sí; y el resultado de mis investigaciones me ha convencido de que el poder de Kestrel va en aumento de día en día. No me extrañaría saber que todas las semanas agregara un nuevo miembro a su banda. Tiene espías en todas partes.

Tinker escuchaba alarmado.

—En todas partes, — repitió Blake, — debe tener agentes. ¿Cómo puede haberse enterado, sino, de la formación del Comité y de la presencia de nosotros en la reunión, lo mismo que de la de Harker y Duchamp? Tuvo que saber perfectamente que se realizaba una conferencia en la oficina, y tomó todas las providencias del caso.

—Este hombre es una maravilla, — exclamó Tinker, — quien se iba entusiasmando cada vez más.

—Un militar le llamaría un gran estratega, — contestó Blake. — Estoy seguro de que en cuanto supo que se realizaba la mencionada reunión, él o Madrano alquilaron una habitación exactamente encima de la oficina. Hecho esto, le resultó en extremo fácil colocar el detectófono.

—Pero para ello debe haber tenido un cómplice que ajustara el aparato en la chimenea de la oficina, — observó Tinker.

—El gerente del hotel me dijo que el día anterior a la reunión había venido un obrero de la empresa encargada de la limpieza de las chimeneas, y que estuvo durante algún tiempo inspeccionando la chimenea de la oficina.

—Esto basta, — replicó Tinker, y Blake asintió con un movimiento de cabeza.

—Si queremos salir airosos de la lucha con ese hombre, — agregó lentamente, debemos poner en juego toda nuestra inteligencia y contar con que una parte de nuestros planes llegarán a sus oídos.

—Ahí tenemos a Madrano, por ejemplo, — contestó Tinker malhumorado, — que, además de burlarse de nosotros, pudo escuchar una buena parte de lo que se habló antes de que usted lo descubriera, maestro.

—No se habló mucho, — dijo Blake, como buscando en su memoria los detalles de la conferencia. — Estoy seguro de que no oyó nada nuevo para Kestrel, con excepción de lo que se dijo del yanqui.

—¿Felloes?

—Sí; recuerdo que Horwood mencionó en su discurso que Pitcairn Felloes llegaría en el "Northern Alliance". Eso pudo haber sido un dato interesante para él.

—Tinker rió de buena gana.

—En efecto, maestro, es un dato interesante, teniendo en cuenta que Felloes ya está aquí. Recuerdo que usted me dijo que había llegado de Baltimore en el "Nemonic". Si Kestrel quiere atraparlo, se encontrará con que el pájaro se ha volado.

Blake hizo un gesto de satisfacción y pasó luego al laboratorio, donde se entretuvo con la realización de un experimento químico.

Permaneció en el gabinete hasta la hora del almuerzo, en que la señora de Bardell trajo, conjuntamente con la comida, un montón de diarios extranjeros, que el gran detective comenzó a leer con la mayor atención. Leyó algunas noticias de policía ocurridas en Holanda y Alemania, trasladando a una libreta ciertas anotaciones referentes a la semejanza que había observado entre el método empleado por los delincuentes de esos países y los que él conocía. Después compararía esas anotaciones con las observaciones oficiales de Scotland Yard sobre el movimiento de conocidos ladrones, y que Harker le facilitaba de tiempo en tiempo.

Ya tocaba a su fin el almuerzo, cuando echó una mirada sobre su reloj, notando que sólo faltaban pocos minutos para las tres. Tocó el timbre, apareciendo en el acto la señora de Bardell.

—Olvidé decirle, señora, que espero una visita a las tres.

—¿Y ahora, qué hora es, señor?

—Las tres menos cinco.

—Pero señor, ¿por qué me dijo usted esto tan tarde? ¿Cómo quiere que levante la mesa y arregle la habitación en tan poco tiempo?...

—Tiene usted razón, señora; me reconozco culpable, pero aun le quedan tres minutos para levantar todo esto y llevarlo a la cocina.

En su afán por apurarse, la pobre señora dejó caer una salsera mientras bajaba la es-

talera y seguramente habrían ocurrido más accidentes todavía, si Tinker no se hubiera apresurado en ayudarle a llevar la vajilla, obedeciendo a una indicación que le hiciera su maestro.

De esta manera, a las tres en punto, la mesa estaba libre y la anciana subió para anunciar la llegada de un "pobre hombre inválido".

—Lleva un par de esos anteojos de carey, señor, — anunció la anciana, — pero no de los que aprietan la nariz, sino iguales a los que se ven en algunas películas cómicas yanquis.

Blake sonrió y le indicó que hiciera pasar el recién llegado. Un minuto después, Pitcairn Felloes entraba en la habitación.

Blake conocía la fama de su visitante y, aunque no era partidario de los métodos de propaganda yanquis, sabía que Felloes era un hábil e ingenioso detective. De no haber sido por esa convicción y por el respeto que le profesaba, Sexton hubiera soltado la risa al ver a Felloes.

Aparentaba ser un anciano y su tipo estaba llamado a concentrar en sí la mirada de cuanto curioso lo viera por la calle.

Era un hombre de maneras sencillas, con hombros cuadrados y caídos, y rengueaba notablemente, debido a tener que usar una pierna artificial, para compensar una deformidad congénita. Su sombrero negro ocultaba un montón de cabellos ondulados, pero de un color grisáceo ya. Su aspecto podía calificarse tanto de apariencia de ministro como de charlatán. Sus anteojos grandes de carey le hacían aparecer como un buho. Además llevaba guantes y un bastón americano de tamaño suficiente como para matar con él a un bisonte de regulares proporciones. Pitcairn Felloes era, sin duda, un tipo raro. Aunque su figura no era precisamente atrayente, había logrado este hombre llegar a conquistarse una fama respetable en los Estados Unidos, Méjico y Sud América, llegando a ser conocido y respetado en los centros policiales del mundo entero.

Además tenía una buena cualidad. Parecía ignorar por completo que su aspecto era llamativo, y su conducta era la de un hombre vulgar. Fué esta una virtud que impresionó de inmediato fuertemente a Blake, cosa que no hubiera logrado otra persona, aunque poseyera el porte más elegante del mundo.

Adelantóse y ambos detectives se estrecharon las manos con efusión como una exteriorización de amistad recíproca. El apretón de manos era típicamente masón.

Blake le ofreció una silla y Tinker trajo cigarros y una botella de whisky. Pocos minutos bastaron para que los dos detectives se hallaran sumidos en una interesante conversación, siendo el tema inicial la criminalidad en los Estados Unidos, punto que el hombre conocía aparentemente al dedillo. De repente miró a Blake seriamente a través de sus grandes anteojos, y le dijo:

—Conozco al tal León Kestrel, Blake, desde mucho antes de pisar tierra inglesa. Sé como pocos todos los detalles de su origen y personalidad. Oportunamente di a la policía ciertos informes sobre el particular, relacionados con unos crímenes misteriosos, ocurridos hace diez años, pero no se me dió importancia.

La conversación había llegado a un terreno interesante y prosiguió en el mismo durante algunos minutos, no oyéndose en la habitación otra voz que la del americano, quien hablaba un inglés marcadamente yanqui.

—¿Llegó usted en el Nemonic? — preguntó Blake.

—Sí, vine en ese barco por un motivo muy sencillo, — repuso Felloes, — supuse que mis planes podían haber sido sorprendidos y resolví cambiarlos. Así es que me tiene usted aquí dos días antes de la llegada del "Northern Alliance". ¿Cómo piensa usted iniciar la campaña?

—Creo que será conveniente concertar una cita con Duchamp, — dijo Blaker. — En ella nos reuniremos todos los datos que a Kestrel se refieren y tratarmos de llegar a un acuerdo sobre la mejor manera de comenzar nuestro ataque contra él. ¿Por qué no me habla usted por teléfono mañana o pasado?

—Bueno, muy bien.

El americano se levantó, alegando tener que atender a unos compromisos que quería liquidar antes de iniciar la investigación contra Kestrel. Blake lo acompañó hasta la puerta y cuando volvió, Tinker notó en sus facciones una sonrisa burlona.

—¿Qué que le pasa, maestro? ¿No le agrada el nuevo colaborador?

Blake se encogió de hombros y fué en busca de un pequeño libro que contenía biografías de criminales conocidos, y que él había escrito, a semejanza de un diario y cuyo apéndice trataba de los detectives con quienes había tratado Blake en sus múltiples investigaciones. Los nombres de todos ellos estaban allí por orden alfabético, conjuntamente con un informe sobre sus principales características. Sexton buscó la hoja de Pitcairn Felloes y comenzó a estudiar la biografía del investigador americano. Después sacó de su bolsillo un anotador y redactó unas líneas en una hoja, llamando en seguida a Tinker.

——Deseo que despaches este radiograma a la brevedad posible, con contestación paga, — le dijo.

Tinker leyó el mensaje, concebido en estos términos:

"Pitcairn Felloes, a bordo del "Northern
" Alliance", en viaje de Nueva York para
" Londres. Por radio y con contestación pa-
" ga. ¿Cuándo piensa llegar a Londres? —
" Sexton Blake.

La expresión que se dibujó en la cara de Tinker era tal que hubiera sido difícil adivinar por ella si había ganado el Gran Clásico de Calcuta o si leía su propio certificado de defunción.

—¿Cómo, maestro? ¿Acaso cree usted que...?

—Rápido, — contestó Blake. — Luego te explicaré...

Tinker corrió a despachar el singular mensaje y cuando volvió encontró a su maestro paseando agitadamente por el recinto, pensativo y poco comunicativo.

Desde que Tinker comenzara a cooperar con su maestro en el esclarecimiento de asuntos de índole criminal, había tenido ocasión sobrada para acostumbrarse a las sorpresas, pero esta vez apenas pudo dar crédito a lo que sus ojos veían. Tomó el libro de biografías, pero le fué imposible hallar alguna observación que le diera la clave del misterio. Aunque el barco se hallaba oun a centenares de millas de la costa inglesa, la contestación no se hizo esperar. Desde la ventana vió Blake cómo el mensajero apoyaba su bicicleta contra el frente de la casa.

Pocos segundos bastaron para que el detective se hallara junto a él y recibiera de sus manos el sobre con la respuesta.

Cuando entró de nuevo en la habitación, una fría mirada veíase en sus ojos. Entregó el telegrama a Tinker.

El mensaje decía:

"Espero que será el miércoles a las 9. — Felloes."

El ayudante miró el formulario telegráfico, como si se hunbiera tratado de una aparición sobrenatural, posando luego su vista en el maestro como tratando de preguntarlo lo que eso significaba.

—Entonces no era Felloes quien vino a vernos hace pocos momentos?

—Llama en seguida a Harker, muchacho, — le interrumpió Blake, y dile que haga el favor de venir a la brevedad posible. Después de eso, toma un auto y vete en seguida al Hotel Claridge, a ver si pescas a monsieur Duchamp.

Blake era enemigo acérrimo de perder el tiempo en discusiones y explicaciones, por lo menos en algunas oportunidades. En esos momentos sólo salían de sus labios monosílabos entrecortados, que significaban otras tantas órdenes o instruccions.

Tinker supuso de inmediato lo que había sucedido y cuando se halló en el automóvil camino de Baker Street, al lado de la indolente figura del detective francés, sólo ansiaba saber todos los detalles de este acontecimiento inaudito, y esperaba con impaciencia poder satisfacer su curiosidad en la conferencia que tendría lugar dentro de breves momentos entre los tres pesquisas.

Pero por lo visto, Blake había decidido otra cosa, pues alejó a su ayudante con encargos de menor importancia, mientras que él, Harker y Duchamp conferenciaban seriamente en el escritorio del detective de Baker Street. Fué corta la estada del representante de Scotland Yard y de Duchamp en la casa de Baker Street. Era indudable que una discusión larga acerca del asunto que tenían en manos les había parecido superflua.

Pocos minutos después de haberse iniciado la conferencia, los tres detectives salían del escritorio de Blake y después de despedirse, Harker y Duchamp salieron juntos, conversando animadamente.

Sexton Blake quedó solo y cuando ya iba a llamar a Tinker, éste penetró en el escritorio.

—¿Ha terminado ya la reunión secreta, maestro? — preguntó con cierta ironía.

Estaba a la vista que el hombre se sentía herido en su amor propio, por no haber sido admitido a la conferncia.

—Por el momento sí, — contestó Blake con una sonrisa. — ¿Sabes lo que sucedió?

—Me parece comprenderlo todo, maestro, — admitió Tinker.

—Pues bien, el hombre que vino a vernos no era Felloes.

—¿Está usted seguro, maestro?

—Ahora sí. Al principio no lo estaba por completo. Era por eso que no podía hacer nada. Debo advertirte que mis sospechas eran sólo muy vagas. No podía creerlo yo mismo.

—¿Cómo llegó usted a sospechar, maestro?

—Por la pierna. Este hombre tenía la pierna torcida a la altura de la rodilla; estaba, pues, deforme. En cambio yo recordaba que Felloes tenía una pierna más corta. Sabía que dicha pierna no presentaba ninguna otra deformidad, aparte de su falta de tamaño, lo que difería mucho de lo que se observaba en el visitante.

—Ya lo creo.

—Además, observé otro detalle, — continuó Blake. — Sabía que el verdadero Felloes era un partidario real de la ley seca. Nuestro visitante, en cambio, aceptó, sin inconveniente, la copa de whisky que le ofrecí. Aparte de eso, vi algo de extraño en los anteojos. Sabía que Felloes había estado casi a punto de perder la vista por completo y que sólo la habilidad de un famoso especialista de Chicago había logrado evitar su ceguera. Era indudable, que después de una operación tan delicada, los ojos de Pitcairn quedaran débiles y que tendría necesidad de usar lentes de gran dioptría.

Había sido, pues, por una simple deducción que Blake llegara a sospechar de su visitante. El radiograma habíale confirmado esas sospechas. Ese hombre que se hacía llamar Felloes y decía haber llegado desde Bal-

Tinker sintió que su corazón comenzó a latirle con mayor violencia, con sólo pensar quién podría haber sido ese impostor.

—Seguramente sería Kestrel, maestro.

—Estoy convencido de ello. Lo audacia de ese hombre no tiene límites. Su disfraz era perfecto.

—Pero, ¿qué querrá? ¿Qué motivos pueden haberle impulsado a representar ese papel?

Blake no contestó de inmediato. Fumaba pensativo, distrayéndose en la observación de las nubes de humo azul que despedía su pipa.

—Hay solamente una contestación a esa pregunta a mi juicio, — siguió Blake, — y si es lo que yo pienso, estamos al principio de una de las aventuras más audaces del hábil criminal a quien tratamos de apresar. Creo

que Kestrel se fué convencido de que yo no lo había reconocido, pues tomé el mayor cuidado en ocultarle mis sospechas.

—Yo soy de la misma opinión, — agregó Tinker convencido.

—Creo que el fundamento de su visita fue el convencernos con su presencia de que Felloes habían llegado.

—¿Por qué razón?

—Por una razón muy sencilla. Tiene algo en vista con el verdadero Felloes. Convencidos nosotros de que Pitcairn ya había llegado no tendríamos ya interés en la llegado del "Nothern Alliance". Una vez apartados nosotros, él puede esperar tranquilamente a que Felloes desembarqu, y alejarlo con un engaño cualquiera. Después pensará seguir en el papel del detective yanqui y tan pronto esté al tanto de todo lo que le interesa averiguar, pensará jugarnos a todos una mala partida.

—¿Y qué piensa hacer usted ahora, maestro?

—Cazar a nuestro amigo Kestrel en su propia trampa, — contestó el interpelado con la mayor tranquilidad, mientras un extraño fulgor asomó a sus ojos.

—Iremos a Gravesend a esperar al "Northern Alliance" y le prepararemos una pequeña emboscada al Maestro en Disfraces. ¿Quieres buscar mis mejores disfraces? Los voy a llevar conmigo...

—¿Y quién debe acompañar a usted? — preguntó Tinker con ansiedad.

—Un cierto joven, por cierto bastante impaciente, que me sirve de ayudante, a Duchamp y a Harker de Scotland Yard.

Poniendo en práctica el plan de Blake, los cuatro detectives salieron al día siguiente de Baker Street en el automóvil del pesquisa londinense.

Pocos minutos bastaron para llegar al estuario del Támesis y, después de algunas averiguaciones, Blake dió con el hombre a quien buscaba; el práctico encargado de guiar al "Northern Alliance" en su entrada a Londres.

Era un hombre alto y delgado, con la cara curtida por el mar y los sacrificios que su profesión le obligaba a hacer.

Blake cambió algunas palabras con él y luego le presentó a Harker, en su carácter de oficial inspector de Scotland Yard. El práctico hizo un gesto de conformidad.

—Muy bien, señor — contestó en el acto — se hará lo que ustedes desean. De paso he de advertirles es que no es esta la primera vez que llevo a personas de la condición de ustedes. Fuí yo quien llevé en una oportunidad a esos dos detectives, que perseguían a aquel famoso criminal yanqui... ¿Cómo se llamaba?... ¡Ah!, Hurstein.

—¿Y no me reconoce usted? — dijo Harker con una sonrisa. El hombre le miró con atención y de repente, mientras sus facciones se iluminaban, contestó:

—¡Ah, es cierto, usted era uno de ellos? Pero ahora, señores, ¿pueden ustedes embarcarse en seguida? Tengo mucha prisa. El "Northern Alliance" es un buque grande y hace diez minutos que me informaron de que pedía práctico. De esta manera, los tres detectives y Tinker pasaron al pequeño bote del práctico y poco después salían del estudio entre una bandada de gaviotas y asombrándose de que una monotonía y depresión tales fueran las características de la desembocadura de un río que hasta en sus rincones más recónditos está lleno de romanticismo y cuya incesante corriente lleva hacia el mar una eterna historia de placeres y dolores, de tragedias y comedias, y de tristes realidades en toda su infinita variedad. Apenas habían salido del río cuando vieron al gran paquete yanqui y a él se dirigieron atracando a su costado con el mayor cuidado. Cuando el práctico subió a bordo con Blake y los otros, el capitán salió a recibirlos, pensando que algo de extraordinario habría sucedido.

Blake le llamó a un lado y le explicó que venían en misión oficiosa del Scotland Yard, y tenían necesidad de hablar urgentemente con uno de los pasajeros. Apenas había dirigido Blake las palabras necesarias al capitán, cuando notó que estaba fija en él la mirada de un hombre.

Se volvió rápidamente y su pulso comenzó a latir con mayor rapidez. Echó una mirada a Tinker y notó que los ojos de su ayudante revelaban la mayor perplejidad.

El hombre que los estaba mirando era el mismo que había ido a visitarlos en Baker Street.

CAPITULO IV

La emboscada

No había duda de que era el mismo hombre! Y si no lo era, su semejanza era en todo caso asombrosa y constituía un verdadero tributo al genio de Kestrel en el arte de disfrazarse.

Blake se dirigió al hombre que había estado observándolos con sus grandes anteojos de carey.

—Míster Pitcairn Felloes, ¿verdad?

—Servidor de usted.

No bien comenzó a hablar el hombre, Blake y Tinker notaron que no usaba el dialecto yanqui, sino que se expresaba en correcto inglés, no demostrando vestigio alguno de modismo americano. Pitcairn Felloes era un universitario y había efectuado numerosos viajes aprendiendo a hablar el inglés en otras ciudades y no solo en Nueva York.

En este momento comenzaron ambos visitante a notar cierta diferncia con el supuesto Felloes que viniera a visitarlos la víspera. Blake estaba acostumbrado a fijarse en los detalles y notó que los lentes del investigador americano eran de gran dioptría. Los ojos de Felloes parecían tener un tamaño doble del natural, mirados a través de dichos cristales. Su pierna, aunque de madera, no presentaba ninguna dformidad en las rodillas, sino que se diferenciaba de la otra por su menor tamaño. Pocos minutos bastaron a Sexton para establecer todas estas diferencias. Mientras observaba con disi-

mulo al viajero, Blake le había entregado su tarjeta de visita y no bien se fijó en ella Felloes le tendió la mano en señal de bienvenida.

—Encantado de verlo, míster Blake. Pase a mi camarote. No tengo ningún veneno para ofrecerle, pero...

—Encantado, — replicó Blake recordando que otra de sus observaciones se había cumplido. — Tenemos unos asuntos muy importantes a tratar.

Los dos detectives bajaron al camarote de Felloes y después de tomar una copa de alguna bebida "inofensiva", que constituía un verdadera éxito del poder de sustitución yanqui, Blake comenzó a relatar a Felloes en pocas palabras lo que había sucedido.

A pesar de su amplia experiencia el hombre estaba asombrado, porque sólo consiguió dominar su sorpresa hasta cierto punto.

—Vaya, señor Blake, — dijo despacio, — está usted hablando como en una novela.

—Así parece, — dijo Blake, — pero digo la verdad, como lo pueden comprobar los señores Harker y Duchap. El americano sostenía un largo escarbadiente entre sus dedos y con él mondaba sus dientes con calma.

—Usted tendrá algún plan ¿verdad? — dijo pausadamente.

—Sí, — contestó Blake. — El ser previsor vale más que tener la mejor arma. Se que Kestrel le espera en el muelle y pienso presentarle una pequeña sorpresa.

—¿En qué sentido?

—Me propongo disfrazarme de usted y ver lo qué va a suceder, — dijo Blake.

—¿Usted disfrazarse como yo, señor Blake, y exponerse a un peligro ¿Por qué pasa usted por alto mi persona? Si hay algún peligro estoy dispuesto a afrontarlo.

—Yo conozco el terreno, — dijo Blake, — y no creo que va a haber peligro. — Creo que Kestrel no recurrirá a métodos violentos. Quiere aprovechar su ignorancia de las personas con quienes va a tener que tratar usted para realizar sus fines.

—¡Jum! — dijo Felloes, meditabundo, como reconociendo que Kestrel iba a tener bastante trabajo. Creo que lo comprendo todo. ¿Y qué es lo que nos toca hacer a nosotros, mientras tanto?

—Esperen hasta saber noticias mías. Nos ayudaremos mutuamente hasta la muerte.

—¿Pero qué hacemos cuando atraquemos al muelle?

—Bajaré a tierra como si fuera usted, llevándome sus equipajes, siempre que usted lo permita, — replicó Blake.

Míster Harker y mi ayudante me seguirán y esperarán que se desarrollen los acontecimientos. Los he elegido, porque conocen muy bien el puerto de Londres. Propongo a usted y a Duchamp que desciendan del buque por otro camino. Puedo muy fácilmente arreglar este asuntito con el capitán. El investigador americano mostróse conforme.

—Disponga usted de mi persona. Nos hemos decidido a capturar a ese tipo Kestrel y estoy convencido de que usted sabe más sobre su persona que el resto de nosotros; pero — salió del camarote y miró hacia el puerto,—estamos llegando a Tilbury; haríamos mejor en comenzar con el reboque. Después las otras personas juzgarán el parecido de dos mellizos... Una cosa, — dijo sonriendo, — somos casi de la misma estatura y creo que mis trajes le quedarán a las mil maravillas.

Blake empezó de inmediato la obra. No había tiempo que perder. Halló muy útil la presencia de Pitcairn Felloes para poder imitarlo. Era hacer una copia del original. Por suerte el americano disponía de un guardarropa bien surtido, y casi todas las prendas tenían su duplicado y Blake halló con satisfacción que le sentaban como un guante. El mismo había traído una peluca que podía compararse sin dificultad con los cabellos naturales del americano y Felloes tenía otra pierna de madera que Blake ató a su pierna, doblando la rodilla como lo hiciera Kestrel en su visita.

Ambos, Blake y Felloes eran delgados y el último tenía una pequeña torcedura en los labios, que Blake pudo imitar perfectamente.

En un tiempo sorprendentemente corto, se hubo transformado por completo y lanzando una carcajada los dos hombres se pusieron uno al lado del otro, sometiéndose a la inspección crítica de los presentes.

Un silbido de satisfacción escapó de los labios de Harker a la vez que sus ojos reflejaban el contento.

—Son parecidos como un huevo al otro. Parecen ser los famosos mellizos siameses.

—Bon, tres bon, — exclamó el francés. — absolutamente magnifique.

Blake mismo, después de mirarse detenidamente en el espejo quedó satisfecho de su disfraz y cuando la sirena del "Northern Alliancce" dejó escapar uno de esos silbidos estridentes, capaces de despertar a los muertos y Blake pudo observar el muelle, vió que la transformación había sido efectuada a debido tiempo.

Tuvo oportunidad de comprobar la perfección de su disfraz poco antes de desembarcar, pues un núcleo numeroso de mozos le salió al encuentro, quitándose respetuosamente las gorras. Cuando Blake empezó a gratificar al contramaestre, al mozo de salón y al de camarote y a algunos otros más, notó que el cambio de identidad le iba resultando costoso.

Bajó a tierra, sacando de sus bolsillos un montón de dólares, procurando hacer de ellos la mayor ostentación y simulando buscar algo. Preguntó a un obrero del puerto en un tono marcadamente yanqui si en esa "pequeña y vieja población" había algo así como una casa de cambio. El hombre le contestó que no sabía exactamente dónde podría encontrar una de esas casas y observando que era nuevo en Londres le aconsejó que guardara esos "jiros" con más cuidado, si no quería que alguno le ahorrara el trabajo de cambiarlos.

Blake agradeció al hombre por su consejo y pasando con el equipaje de Pitcairn Felloes por la revisación aduanera, salió del

NOTAS COMICAS

PRETENSION INADMISIBLE

—¿De modo que estás disgustado porque tu mujer no sabe cantar? Mejor para tí!

—¡No! Lo peor del caso es que no sabe cantar... pero se empeña en cantar.

(De "Buen Humor").

UN HOMBRE DE BUEN CORAZON

—¿Por qué no trabaja usted, buen hombre, en vez de mendigar?

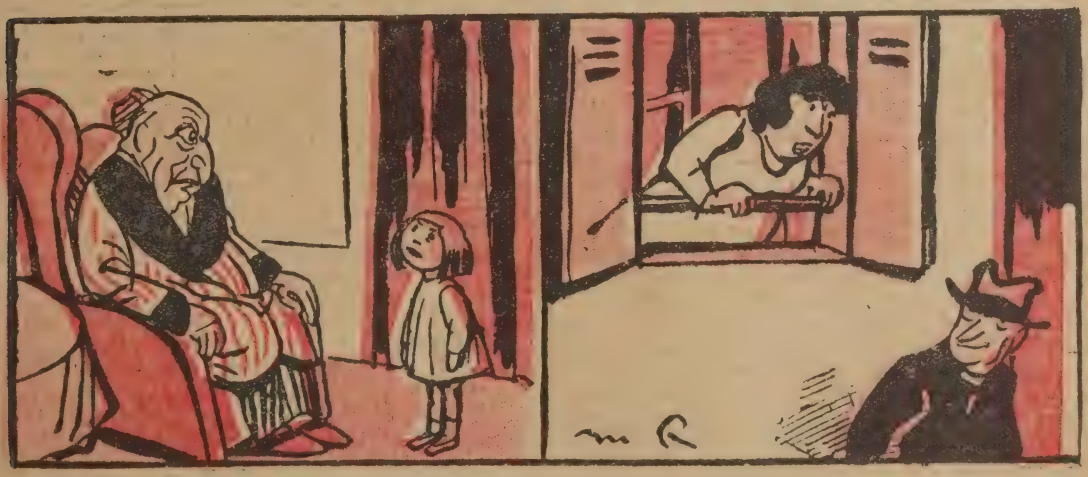
—¡No! ¡Me entristecería mucho pensar que ocupaba el sitio de algún honrado trabajador.

PASANDO EL RATO

LA EQUIVOCACION DEL SUICIDA

—¡Que tonto he sido! ¡De no haber me equivocado de vía a estas horas me hubiera suicidado ya!

Dibujo de Bergstrom.



—Dime, abuelito, ¿tú estuviste en el Arca de Noé?

—No, Rosita. ¡Qué disparate!

—Entonces ¿cómo salvaste del Diluvio?

—Como no vuelvas a las diez de la noche, no me encontrarás en casa.

—Está bien, mujer, procuraré estar a eso de las doce, sin falta.

desembarcadero, dirigiéndose pausadamente a la estación, asombrado en su interior de que nada ocurría.

De repente un hombre delgado, de elevado porte y bien vestido lo alcanzó.

—Disculpe señor, — dijo cortésmente, — es usted el señor Picairn Felloes.

—El mismo en persona, extranjero, — dijo Blake dándose vuelta en forma amistosa.

—¿Con quién tengo el honor?...

El hombre le alcanzó una tarjeta en la que se leía: "Inspector de investigaciones Harker, del departamento de investigaciones en lo criminal de Scotland Yard".

Las facciones de Blake se iluminaron mientras tendía la mano al desconocido.

—Encantado de conocerle, señor Harker.

—Me han ordenado esperar a usted y entregarle esta carta, señor Felloes, — prosiguió el hombre.

En seguida sacó una esquela. Blake abrió el sobre y leyó:

"Tenga a bien dirigirse al Fleet Hotel, y esperar hasta que Sexton Blake vaya a buscarlo. Tenga cuidado porque hay personas interesadas en dañarle. — Isaac Harwood".

Blake quedó pensativo y "frunciendo el entrecejo, sacó de un bolsillo de su chaleco un escarbadiente y comenzó a limpiarse los dientes con toda calma.

—Caramba, — dijo, — ya me parecía un asunto difícil en los Estados Unidos, pero ahora veo que es más complicado de lo que yo suponía. Suerte que Pitcairn sabe resistir hasta el clima más cálido. Así que iré al Fleet Hotel, señor Harker.

El hombre era un buen actor. Mientras escuchaba, sonrió y se encogió de hombros.

—Yo soy únicamente el portador de un mensaje, — dijo, — soy sólo un simple oficial de policía.

Blake le miró indulgentemente a través de sus enormes anteojos.

—Es cierto. Ya lo había olvidado. Pero me agradaría preguntarle aun ¿dónde está la casa de cambio más conveniente para cambiar estos billetes?

—Encontrará usted una en la calle Fenchurch, señor Felloes, — dijo el supuesto Harker, despidiéndose al mismo tiempo con la mayor cortesía.

La imaginación de Blake trabajaba febrilmente. Un cierto digusto le embargaba.

Tenía que ir al Fleet Hotel y esperar hasta que Sexton Blake fuera á buscarlo. La sola idea le hizo sonreir .¿Qué significaba eso? ¿Cómo tenía que encontrarse él consigo mismo?

La idea le pareció en extremo cómica.

Cuando Blake llegó a la estación adoptó la conducta de un yanqui, mandando a los empleados como si el suyo fuera el único equipaje a despachar. Debía cuidar todos estos detalles para engañar a un posible espía de Kestrel.

Llegó a Fenchurch y cargó su equipaje en un automóvil cuyo conductor había consentido en llevarlo, aunque no fuera más que pora evitar ser insultado.

Hizo detener el automóvil frente a una casa de cambio y volvió a cambiar unos cuantos billetes de banco estadounidenses, que recién a la mañana había adquirido, por moneda inglesa. Pero el "camouflage" bien valía la pena.

Pocos minutos después, el coche reanudó su marcha, en dirección al Fleet Hotel, donde Blake alquiló una confortable habitación en el quinto piso.

Apenas el portero del Hotel había subido el equipaje, lavándose Blake mientras tanto las manos y quitándose el sobretodo, cuando un empleado de la gerncia llamó a la puerta.

—¿Es usted el señor Pitcairn Felloes? — preguntó.

—Sí, señor.

—Aquí hay una carta para usted. La trajeron esta tarde anunciándonos al mismo tiempo su llegada.

—Muchas gracias.

Blake gratificó al muchacho con un chelíny abrió la carta.

No fué pequena su sorpresa al reconocer en ella una imitación perfecta de su letra. Por un segundo Blake creyó haberla escrito él mismo. Lanzó una mirada al espejo viendo en él la imagen de Pitcairn Felloes con sus cabellos largos, su rostro enjuto, su piernas inválidas y sus ojos protejidos por enormes anteojos. Recién entonces, Blake volvió a la realidad.

Representaba en este momento a Felloes el yanqui y acababa de recibir una carta de Sexton Blake, él mismo, notando que la falsificación de la letra era excelente.

Era indudable que ninguna de las manías delictuosa, ofrecía dificultad para Kestrel. Blake leyó la carta, redactada en estos términos:

"Querido Felloes:

" Como es necesario empezar una campa-
" ña sin pérdida de tiempo, desearía hablar
" con usted a la mayor brevedad posible.

" He dejado esta carta en el Hotel, para
" que se la entregaran a su llegada y le es-
" timaría pudiera hablarme por teléfono al
" número 0542 estación Hop, tan pronto co-
" mo le sea posible. Le he tendido una bue-
" na celada a Kestrel y con su ayuda y la
" de Duchamp espero poder echarle mano
" dentro de breves días".

Blake sonrió al llegar a este punto. Indudablemente, — pensó para sí mismo, — no existe en todo el mundo una persona tan hábil en engaños como este hombre. Qué útil hubiera podido ser su inteligencia durante la guerra.

Pero Blake conocía la treta de Kestrel. Ambos jugaban una partida de bluff. Hasta ahora Kestrel estaba en desventaja. Había sido atacado con su propia arma. Lo único que debía hacer Blake ahora, era mantener su ventaja y actuar con cuidado, pero con decisión.

Bajó al teléfono y pidió el número 0543.

Una voz corta e imperiosa, contestó desde el otro extremo de la línea y Blake notó que era una imitación de su propia voz.

—¿Ah, es usted, Pitcairn Felloes? Muy bien. Encantado de que usted esté aquí Lamento molestarlo tan pronto, pero el asun-

to tiene urgencia. Estamos sobre la pista del hombre. ¿Sabe de quién?

—No se aflija usted por mí, Mr. Blake,— dijo el mismo Blake con entusiasmo. — Estoy listo y decidido. Debemos tratar de aprehender a ese sujeto y cuanto antes mejor. Será conveniente que mostremos a las policías de Nueva York y Londres de lo que somos capaces.

—Así espero yo también, Felloes, — contestó el otro, riendo. — Pero escuche, quiero advertirle una cosa...

—Largue la bola, amigo, — contestó Blake.

—No abandone usted el hotel esta noche y no trate de ponerse en comunicación con nadie, antes de tener noticias mías, es de vital importancia para su propia seguridad.

—Muy bien, haré lo que usted dice, maestro, aunque llevo una pequeña y buena pistola Browing encima.

—Es posible que la llegue a usar usted dentro de poco Deseo que venga usted mañana por la noche a mi casa y hablaremos.

Blake, disgustado, cerró los ojos detrás de sus anteojos; pero, sin embargo, contestó con perfecta inocencia.

—¿Vive usted en Baker Street, verdad, Blake?

—Mi escritorio está allí, sí, — dijo suavemente el otro, — pero me agradaría verlo en mi casa particular, calle Marmon Mansion número 64, Finchley, ¿lo anotó?

Blake repitió la dirección con voz pausada como si la apuntara, prometiendo ir y preguntando al mismo tiempo cuál sería la hora más conveniente.

—Me parece que lo mejor será vernos mañana por la noche, Felloes. Siento de veras que tenga usted que permanecer encerrado en el hotel durante todo el día, pero...

—No se aflija, yo me distraeré, — dijo Blake, — mañana por la noche iré a su casa a las siete y media. Llegaré en un coche, mientras tanto no saldré. No estoy dispuesto a tener una entrevista con San Pedro.

—Muy bien,—contestó otra voz con cierto entusiasmo, — creo que usted habrá comprendido la situación, Felloes. Hasta mañana a las siete y media. Adiós.

—Adiós.

Colgó el receptor y uno o dos curiosos le siguieron con la vista al ver a un viajero tan extraño, de cabellos largos, anteojos americanos y pierna de madera.

Alguien dijo, que se trataba de un hombre distinguido en cierta esfera de actividades y todos deseaban saber, cuáles serían estas actividades.

Se hubieran extrañado aun más de haber podido seguir la transformación rápida que sufrió el hombre, apenas entrado en el dormitorio, al sacarse los anteojos y la peluca gris, desatarse la pierna de madera y estirar la natural con un gesto de alivio. Hubieran estado más que curiosos por saber qué motivos tendría este hombre para recostarse en la cama y reir con todas sus ganas aunque con disimulo.

CAPITULO V

Un cambio de identidad

Había en el hall del Fleet Hotel una oficina seccional de mensajeros y contestando a un llamado de Blake, presentóse en la habitación de éste un muchachito con una gorra negligentemente echada sobre la frente.

Blake tomó un lápiz y escribió algunas líneas en una hoja de su anotador, poniéndola en seguida en un sobre. El mensaje iba dirigido a Tínker y decía:

"Todo va a pedir de boca; espera hasta "mañana por la mañana. Importante".

—Aquí tiene plata para el taxímetro. Es usted una persona de confianza?

—Sí, señor.

—Entonces no pierda tiempo.

El muchacho salió.

El resto de aquella noche Blake la pasó meditando sobriamente sobre los acontecimientos, fumando en su pipa y echando cuantiosas nubes de humo en perjuicio de las sábanas. En la cama, más tarde, estuvo despierto, planeando su campaña, y a la mañana, después del desayuno y en calidad de Pitcairn Felloes, volvió nuevamente a su habitación y asumió después otro disfraz más sencillo. Contentándose por esta vez con un elegante traje de calle y colocándose un par de lentes de oro y un pequeño bigote.

En este papel salió del hotel con paso apurado y alcanzando un coche se encontró en corto tiempo al final de Euston Road. Allí despidió el coche y se encaminó hacia sus habitaciones en Baker Street.

Tínker y Harker, conjuntamente con Pitcairn Felloes y el parisién Duchamp lo esperaban ansiosos y se sorprendieron aun más, cuando Blake relató las pequeñas pero significativas aventuras que le habían ocurrido desde su desembarco del "Northern Alliance".

El americano estaba sinceramente sorprendido. A pesar de ser hombre corrido, siempre había sostenido la teoría de que hechos tan rápidos sólo podían ocurrir en los Estados Unidos y en películas. Los ojos soñolientos de Duchamp relampaguearon de tanto en tanto, demostrando su excitación.

Era el francés más despreocupado que Blake había hallado en su vida, una excepción rara a la regla general en ese país.

—Pero si esto es impagable, maestro, — dijo Tínker, — ¿piensa usted que ha anotado la dirección de Finchley?

—Para esta noche, — dijo Blake.

—¿Y usted quedó en ir y entrevistarse con usted mismo?

—Sí.

El francés se frotaba las manos. — Pitcairn Felloes dijo que el hecho se parecía en magnitud al Niágara y al Yellowstone Park. — Blake, él mismo, se reía de la comedia.

Había en la entrevista todas las posibilidades de peligro. Aquel hombre, Kestrel, era el criminal más peligroso de los dos

hemisferios y estaba representando una pantomina con altos fines.

—¿En qué piensa usted, en qué consiste su plan, Blake? — preguntó el americano.

El interrogado se encogió de hombros.

—No puedo saberlo, — dijo, — sólo creo que está preparando un repentino golpe. — Será el punto crítico del asunto, y no me sorprendería si tuviera un plan para cogernos a todos juntos en una sola trampa.

—Eso es, — afirmó Duchamp. — Me parece muy acertado, oui.

—¿Y tiene usted un plan contrario, maestro? — preguntó Tínker excitado.

—Lo he pensado durante la noche pasada, — dijo Blake. — Y creo que todo irá a pedir de boca, y si obramos con cuidado, los papeles se trocarán con rapidez y seguridad, y con relativa suerte podemos tener a Mr. León Kestrel bien guardado entre rejas, antes de media noche.

Duchamp y el americano afirmaron y se inclinaron hacia adelante, para no perder palabra.

—¿Cuál es su plan? — preguntó Pitcairn Felloes.

Blake se recostó en su sillón favorito, con su correcto traje y con el pequeño y elegante bigote, que había adoptado y miró a Tínker especialmente, mientras aspiraba pausadamente el humo de su pipa.

Después de una corta pausa les explicó el plan que había concebido. Era simple en sus detalles, pero de efecto seguro, y los otros dieron a conocer su aprobación.

—No será una simple caza, — concluyó Blake, ojeando a sus amigos, meditabundo. — Cada uno de nosotros tendrá su papel en la partida y para tener éxito es necesario representarlo bien. ¿Han comprendido todos los detalles?

Felloes, Harkér y Tínker afirmaron. El francés se frotaba las manos.

—Comprendemos perfectamente bien, — dijo. — Le felicito, Mr. Blake. Esto es lo que ustedes, los ingleses, llaman un "gran golpe". Tenderemos a estos tipos a nuestros pies.

Los otros sonrieron.

—Desearía tener un doble cordón de policías y rodear con ellos la cuadra, — dijo Harker, y su voz reveló cierta ansiedad, — para el caso en que Kestrel hiciera otra de las suyas.

—Y, agregó Blake, en tono algo cínico: — Cuando usted hubiera completado el cordón, Harker, Kestrel estaría entre ellos vestido con un uniforme policial. No, me parece que mi plan es mejor, pero no debo permanecer por más tiempo aquí, porque alguien podría llamarme por teléfono al hotel y he prometido no salir.

Blake se levantó y después de una última recopilación del arreglo que habían hecho, salió dirigiéndose por calles apartadas al Fleet Hotel.

Entró apurado, subiendo las escaleras para llegar a su cuarto, donde con mucho cuidado volvió a asumir la personalidad y el carácter de Pitcairn Felloes, el detective yanqui.

Durante la conversación que habían tenido poco antes, con sus compañeros, Blake había prestado mucha atención a todos los modismos y figuras de dicción que empleaba el yanqui, y ahora quedó algún tiempo practicando su papel frente al espejo.

Sabía que en la cita que iba a tener esa noche con Kestrel, no se trataría de un simple engaño; y sabía además que era extraordinariamente difícil sorprender al ingenio penetrante y la astuta inteligencia del Maestro en Disfraces.

Era indudable que era ese, precisamente, el hombre a quien con menos facilidad se le escaparían los detalles.

Pero Sexton Blake sacó ventaja de una o o dos circunstancias. Primero, el papel no era difícil de representar, y no necesitaba una presentación muy esmerada. Los anteojos de carey eran un disfraz de por sí mismo. Estos, con el bigote y el resto del arreglo, transformaban por completo su personalidad.

En segundo término Kestrel ignoraba al veradadero Felloes, por lo tanto no podía comparar los detalles entre uno y otro.

Y en tercer término, el Maestro en Disfraces iba a estar él mismo, demasiado preocupado por su propio disfraz, y de su propio papel, para poder fijarse en detalles en un momento en que menos podía sospechar.

Así Blake volvió a repasar el asunto mentalmente y cuando por fin, aquella noche, alcanzó un coche y dió la dirección de Finchley, se sintió como un pez dentro del agua.

Y justamente entonces no suponía que iba a pasar por una de las aventuras más extraordinarias que había tenido durante su larga carrera. De todos los extraños sucesos que había observado, durante su larga y variada actuación profesional, se hallaba ahora frente a una de las más difíciles y bizarras.

El coche lo llevó hasta una manzana de casas rojizas en Finchley, situadas entre jardines y edificadas con el horrible estilo geométrico con que se acostumbran construir las casas en esos lugares. Descendió del coche y apoyándose sobre el bastón que el americano le había prestado, se encaminó hacia el oscuro umbral de la casa número 64.

Por un momento, cuando miraba hacia el número de la casa, se sintió cual domador de leones, a punto de entrar en la jaula de una fiera. Pero se decidió en el acto y llamó.

Casi instantáneamente la puerta se abrió y una respetable matrona, de maciza figura y jocoso aspecto apareció en el umbral.

—¿Qué deseaba? — preguntó.

—¿Está Mr. Blake, señora?

—Esto se lo podré decir solamente sabiendo su nombre, — contestó bruscamente.

—Vengo porque me han citado. Mi nombre es Felloes. Pitcairn Felloes. Aquí tiene usted una de mis tarjetas.

La señora invitó a Blake a pasar al pequeño hall y mientras que se alejaba, el detective tuvo una curiosa idea. ¿Quién era esa matrona? ¿La habría contratado su con-

trincante, especialmente para representar ese papel? ¿Tendría que representar a la señora de Bardell? Lo iba a saber dentro de pocos instantes.

La señora volvió al momento sonriendo y frotándose las manos, en el delantal.

—Mr. Blake quiere verlo, señor. Lo llevaré a su presencia.

Otra vez, Blake se sintió con ánimos de luchador, pero siguió curioso a la digna matrona, y poco después tuvo la desilusión del siglo.

Se encontró en una habitación instalada con confort y buen gusto, tapizada con gruesas carpetas y amueblada con suntuosos muebles de estilo Chestelfield. Había en el ambiente un algo que inmediatamente le hacía recordar a su casa en Baker Street. Un hombre delgado, algo calvo, de facciones enérgicas, estaba sentado en un amplio sillón, vestido con un viejo traje de calle.

Blake lo observó rápidamente a través de sus anteojos y quedó sorprendido ante lo que a su vista se presentaba.

—Míster Pittsburg Fellers, señor Blake, — anunció la anciana.

—Gracias, señora Bardell, — dijo el hombre de la silla.

Blake hubiera querido soltar una carcajada en ese momento, a pesar de lo peligroso de su situación.

La comedia del doble disfraz le resultaba una verdadera farsa. Luego se acercó, para ver más detenidamente al curioso personaje, y los resultados de su observación lo dejaron atónito. Cuando el hombre se levantó de la silla, colocando a un lado la pipa, Blake pudo reconocer hasta qué punto llegaba su habilidad porque aquella figura que veía delante de sí era una perfecta reproducción de su persona. La semejanza de las facciones era asombrosa; asimismo las costumbres y el movimiento lánguido y abstracto de los miembros estaban perfectamente imitados. Pero lo que hacía más grande aun la semejanza era la esmerada exactitud del ambiente.

El detective creyó reconocer su propia habitación en Baker Street, su ama de casa la señora de Bardell, su pipa y su traje.

Todo era muy sencillo; cualquiera hubiera podido imitarlo. Pero el efecto era asombroso. Blake sabía cuántas imitaciones similares, no se habían hecho en las tablas. Recordó el caso del llamado prestidigitador, que efectuara exhibiciones tan extraordinarias, con ayuda de un sosias.

Y sin embargo ese sosias había sido bastante diferente; solamente se había disfrazado ligeramente y poseía una figura similar. Lo que engañaba era precisamente el ambiente. El sosias llevaba el mismo traje. El fondo era el mismo; sus modades y su saco eran iguales. Y así, el engaño, era completo.

El conocimiento que León Kestrel tenía sobre el arte teatral le ayudaba en el desempeño de su papel. Su genio natural de actor le permitía una imitación perfecta.

Se levantó de su silla y adelantándose hacia él, le tendió la mano hospitalaria.

—Sea usted bien servido, señor Felloes, — dijo con un ligero tono universitario en su voz, que imitaba perfectamente la suya. — Su perspicacia y ayuda serán de provecho para Duchamp y para mí. Quiere usted comenzar por un trago.

El detective aceptó por su parte; sentóse en la silla que se le indicaba, estiró su pierna de madera y apoyó su bastón contra la silla.

—Muchas gracias, Mr. Blake, — dijo, — no me atrae más la bebida, soy partidario de la ley seca y sólo tomo bebidas inofensivas.

Kestrel rió.

—Muy bien, — dio, — ¿quiere un vaso de soda?

—Eso me haría muy bien.

—¿Y un cigarro?

—No fumo.

—¿Qué hace usted entonces, Felloes? — preguntó Kestrel riendo.

—Blasfemo de tanto en tanto, que hasta lloran los ángeles. Tomaré una copa de soda, Mr. Blake y nada más.

Kestrel se inclinó para tocar el timbre. La puerta se abrió y una silueta delgada y juvenil penetró en el recinto. Tenía una apariencia lozana y su cabello ondulado le cubría la frente. A su lado entró un perrito.

El detective la midió con una mirada, rápida pero penetrante.

En seguida comenzó a mondarse los dientes con un palillo, como era habitual en Felloes, pero sobre todo para disimular su momentánea confusión.

El hombre que acababa de entrar era una reproducción extraordinaria de su ayudante y hasta el perro le parecía el suyo. Nunca había visto algo semejante, y una vez más admiró a Kestrel, el actor más grande que conociera.

—Tínker, trae un vaso de whisky con soda para mí y soda sola para el señor Felloes. Gracias. Ven aquí, Pedro.

El perro obedeció al nombre con gran satisfacción, pero cuando el supuesto Blake trató de acariciarlo, el animal dió muestras de descontento.

—Está enojado conmigo, porque esta mañana no lo llevé a pasear, Felloes, — dijo, — creo que quiere más a Tínker. El detective acarició al pero y lo observó con interés. Cuando el muchacho hubo traído las bebidas, retirándose en seguida, echó una mirada a Kestrel, el pseudo Blake.

—Supongo que hace tiempo que tiene usted a su servicio a Tínker y este perro, — preguntó.

—Mucho, Felloes. — No me separaría de ellos por nada del mundo, y me parece que ya son tan conocidos como yo.

—Pero yo creía que usted vivía en Baker Street.

—Efectivamente, pero he alquilado esta casa por un mes, más o menos, porque las castañas están un poco calientes, con ese asesino de Kestrel.

Blake pudo a duras penas contener la carcajada. Francamente, la habilidad de engañar de este hombre, no tenía límites. Sin embargo, en su interior el detective estaba

convencido que entre los dos "bluffs", el suyo era mejor.

—Sí. Comprendo que ese hombre está haciendo intolerable la vida en Londres, pero nos hemos propuesto apresarlo, Blake.

El hombre que interpretaba el papel de Blake, dió unas cuantas pitadas y movió la cabeza pensativa.

—Sí, — dijo, — es por esto que deseaba hablar con usted, pues creo que usted, yo y Harker, el de Scotland Yard, conjuntamente con Duchamp... ¿Conoce usted a Duchamp?

—Sí, lo conozco de nombre.

—Es el hombre más perspicaz del continente, — prosiguió el hombre, mientras miraba las nubes de humo que despedía su pipa, en la forma como solía hacerlo Blake. — Estoy convencido que entre los cuatro somos superiores a ese yanqui intrigante. — Sin que por ello me refiera a su patria en nada, Mr. Felloes, pero...

Blake hizo entender que comprendía a Kestrel y se entretuvo en mirar su pierna de madera, a través de sus grandes anteojos, como buscando en ella una inspiración.

—¿Cuándo nos reuniremos, entonces? — preguntó pausadamente.

—Mañana, a más tardar, — contestó el otro. — Entre nosotros, y poniendo en práctica mi plan, creo que llevaremos a Kestrel a presidio. — Pero hay una cosa que me intranquiliza.

—¿Cuál?

—No podemos prescindir de la policía. ¿Entiende? Quiero decir que no podemos llevar a cabo nuestra empresa sin ayuda de algunos agentes de policía, por lo menos, para efectuar la captura final. ¿Verdad?

—Comprendo, — dijo Blake, — trabajamos como usted sabe, para sir Isaac Harwood y el Comité de Vigilancia. Ellos han obtenido la cooperación de Harker, pero el Scotland Yard no quiere prestarle mayor ayuda. Creo conveniente poner el asunto en conocimiento del jefe de policía, pero, — y se encogió de hombros, — no es posible.

El hombre con la pierna de madera le miraba con aire inquisitivo, por los grandes anteojos de carey, como sorprendido porque no podría exponer Sexton Blake el asunto al jefe de policía. ¿Qué cuento inventaría Kestrel?

—¿A qué se debe e to? — preguntó.

—A que el jefe de policía y yo somos los mejores amigos, — dijo el pretendido detective. Tuvimos un pequeño altercado durante mi última campaña contra Kestrel. No obstante, es un hombre capaz y necesitamos su cooperación.

—¿Supongo que podremos obtenerla?

—Sí, va a ser posible; pero usted va a tener que pedírsela. Su fama en los Estados Unidos infunde respeto al jefe y me parece lo más conveniente el que usted se entrviste con él y le induzca a que venga aquí mañana por la noche, para darnos su opinión en el asunto. Estoy convencido que de resultar esto, Mr. Felloes, podremos llegar a una asamblea de detectives. Podríamos reunir en una conferencia a los mejores detectives del mundo. — Pitcairn Felloes dió muestras de entusiasmo por el plan que le acaba de explicar el supuesto Blake y comenzó a trabajar activamente con el mondadientes.

—Caramba, señor Blake, ya lo creo que tenemos... Entre yo y usted, Harker y Duchamp, el jefe de policía y Tinker...

—Muy bien, — contestó el otro.

Si usted consigue traer aquí al jefe de policía, arreglaré con Harker y Duchamp para que vengan y celebraremos todos la conferencia en esta casa, mañana a las ocho de la noche.

—De acuerdo, querido colega, — contestó "Felloes", mientras que se ajustaba los anteojos.

—Me parece que sería lo más acertado, — dijo el otro con calma, pero quiero advertirle que debemos trabajar con mucho cuidado, porque el tal Kestrel es un sujeto muy vivo y no para en medios para conseguir su fin. Si puede separarnos antes de mañana, estoy seguro que lo hará. Por lo tanto, le aconsejo que quede usted esta noche aquí. No se exponga, para no echar a perder nuestros planes. Yo mismo haré otro tanto y aconsejaré a Duchamp y Harker para que nos imiten. También evite toda clase de mensajes telefónicos. He oído decir que existen teléfonos envenenados.

Estas últimas palabras las pronunció con cierto énfasis dramático, al mismo tiempo que se abría la puerta y parecía por ella la cabeza del ayudante.

—Maestro, ¿puede molestarse un momento?

Kestrel, el maestro engañador, ignorando por completo que él mismo era el engañado.

Se levantó, solicitando permiso para ausentarse por unos minutos, al hombre de la pierna de madera y anteojos de carey, que, para él, era el auténtico Pitcairn Felloes, de Okhlahoma, EE. UU.

Y el supuesto Felloes hizo un gesto de conformidad al seudo Blake. Kestrel salió. Mientras tanto la imaginación del detective comenzó a trabajar con extraordinaria rapidez, tratando de deducir del plan que Sexton Blake le había relatado un momento antes las verdaderas intenciones del maestro en disfraces.

Aparentemente tenía la intención de reunir en esta casa a Blake, Harker, Duchamp, Felloes y el jefe de policía. ¿Cuáles serían sus intenciones? Un instante bastó a Blake para adivinarlo.

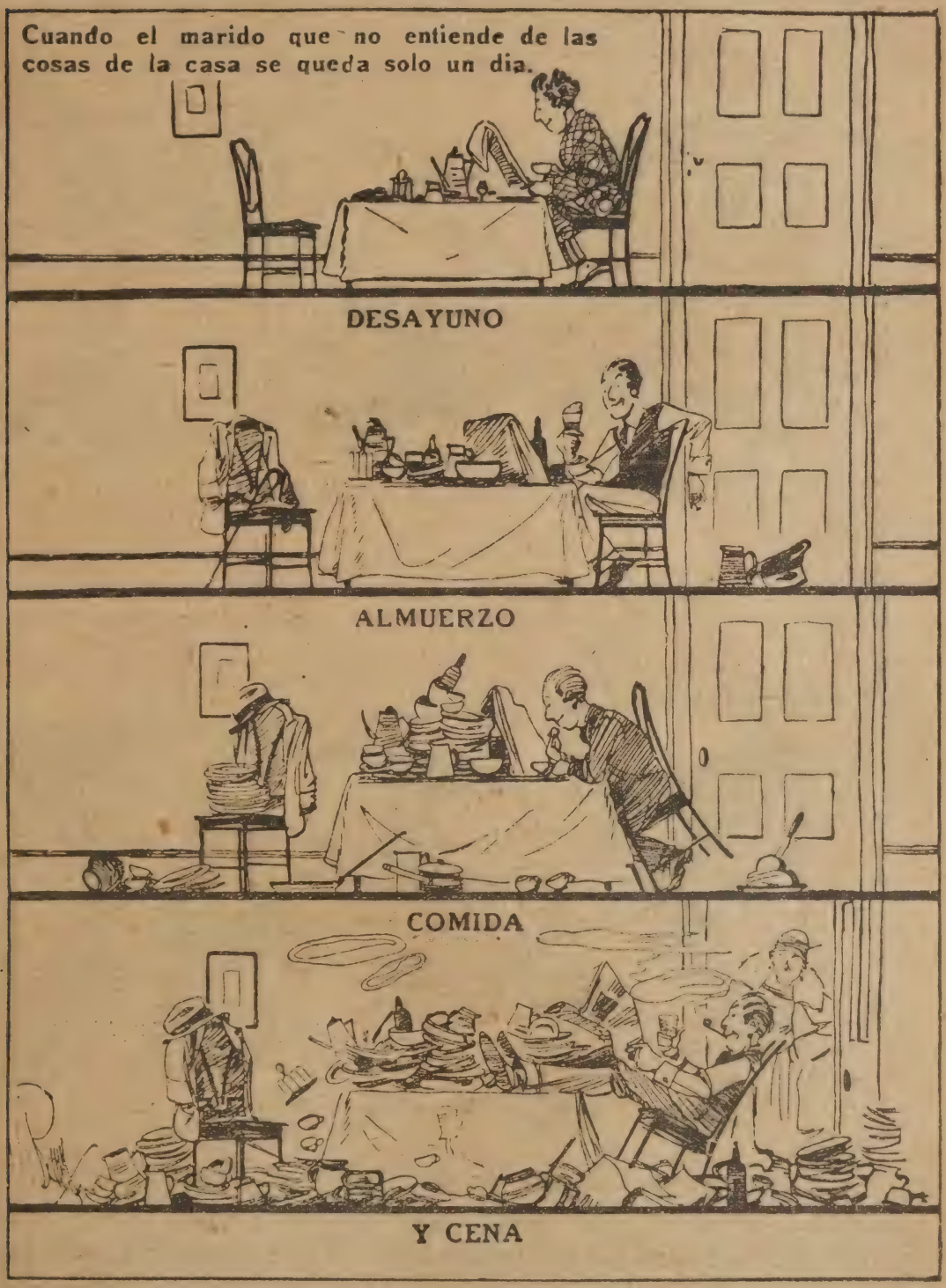
Deseaba dar el golpe de gracia más grande y más espectacular de su carrera.

De un solo golpe pensaba eliminar a los mejores detectives del mundo. Quizá tendría la intención de secuestrarlos a todos y de esta manera espantar a la policía de todo el universo.

Blake se convenció de que no era otro su motivo.

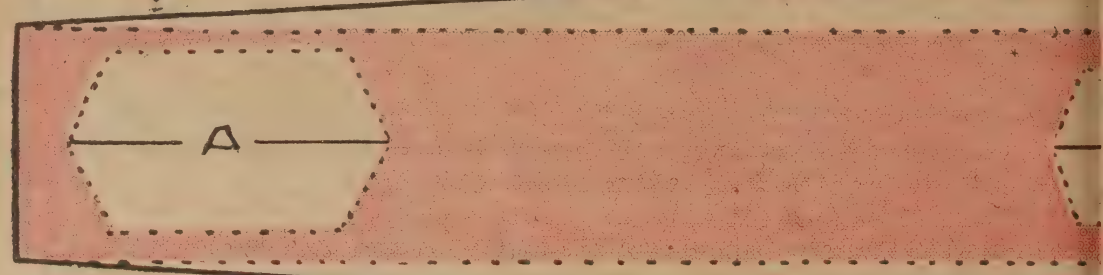
Pero, ¿cómo pensaría hacerlo? Suponiendo que hubiera engañado al verdadero Felloes y que Felloes hubiera, inocentemnte persuadido al jefe de policía, para que fuera a la reunión de la casa de Blake, ¿cómo pensaba Kestrel entendérselas para traer allí tam-

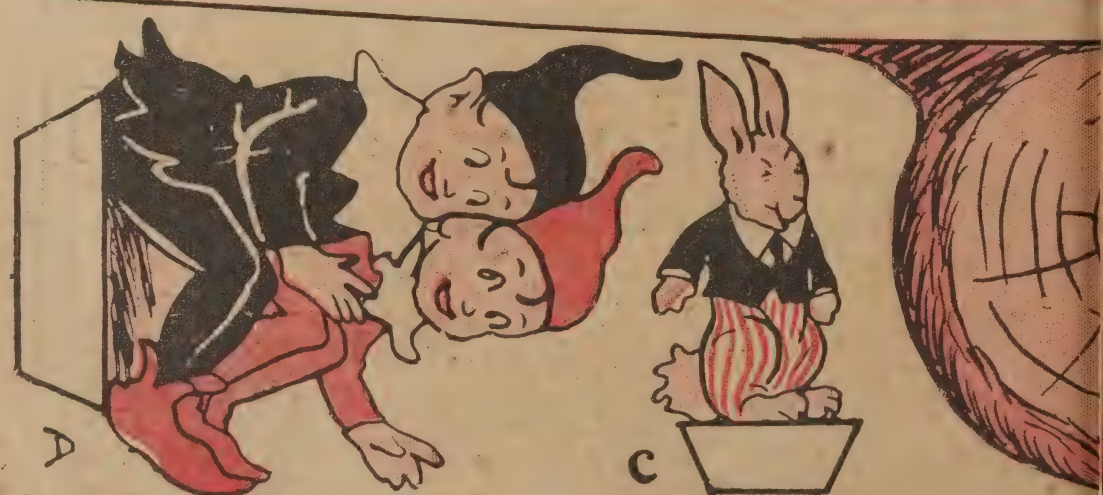
UNA ESCENA DE LA VIDA MATRIMONIAL



Cuatro cuadritos de la vida matrimonial que parece que han sido hábilmente tomados del natural por Bowes, el gran dibujante inglés.

EL BALANCIN DE LOS MUCH





Se empieza por pegar todo el dibujo en un trozo diversas piezas. Se dobla el balancin por las lineas de como se ve en el dibujo chico. El corcho se pega o se de otras y se doblan las partes en blanco para pegarla tará hecho. Nada más facil. ¿No es cierto?

HOS

Este sí que es un juguete excepcionalmente divertido y llamado a ofrecer muchos gratos momentos de entretenimiento a los chicos. Funciona muy bien y sirve de adorno donde quiera que esté.

artulina. Una vez bien seco se recortan con cuidado las s. Se pone un corcho entre los dos extremos del tronco ta con alfileres. Se pegan las figuras unas a espaldas re el balancín en los sitios indicados y el juguete es-

El cortejante: — Este anillo, señorita, que yo le ofrezco, simboliza mi amor hacia usted: ¡no tiene fin!

La señorita: — También es el símbolo de mi amor hacia usted: ¡no tiene principio!

Cosas buenas que ofrecerá "Pucky" a sus lectores proximamente:

En el número 158 (8 de octubre):

LA COLETA DE HI-WING-HO

Electrizante cuento del gran novelista Sax Rohmer, el autor de "La garra amarilla."

En el número 159 (15 de octubre):

UN MILLONARIO EN PRESIDIO

Extensa y notable novela policial de Sexton Blake y Tinker contra el terrible Kestrel.

En el número 160 (22 de octubre):

EL JEFE ROSTRO PALIDO

Nueva aventura del famoso BUFFALO BILL el rey de los "scouts."

bién a Blake, Tinker y Duchamp?

De un golpe Blake vió claro en el asunto. Iría a Baker Street disfrazado de Pitcairn Felloes como lo había hecho antes, diciendo que había persuadido al jefe de policía para que fuera a su casa esa noche e invitaría al mismo tiempo a Blake y a Duchamp.

Era indudable que se trataba de una treta peligrosa e intrincada. Pero podría resultar. En todo caso, no sería descubierta antes de realizarse la conferencia y entonces ya sería demasiado tarde. Se entiende que Kestrel ignoraba haber producido sospecha durante su disfraz de Felloes. Creía haber engañado a Blake y a sir Isaac Harwood con ese "bluff". Además, creía haberse burlado del verdadero Felloes y haberlo puesto fuera de peligro tan pronto como descendiera del "Norther Alliance".

Blake hubiera querido saltar de alegría al pensarlo cómo había sido engañado el maestro de los engañadores. Miró su reloj pulsera y volvió a sentarse. Eran las 8 y media, sus ojos brillaban detrás de los lentes.

Era la hora convenida para dar la señal. Miró por la puerta por la que había salido Kestrel, después abrió el cierre metálico de la pierna de madera, para poder tener su pie libre en un segundo. De su bolsillo sacó sigilosamente la pistola automática y la colocó a su lado, en el sillón. En ese momento Kestrel volvió a entrar en la habitación.

—Muy bien muchacho. — gritó hacia afuera. — Hazlo así. Lamento haberle dejado solo míster Felloes, ¿de qué estábamos hablando? — Tomó su pipa y comenzó a llenarla.

"Pitcairn Felloes" sonrió, é, indicando un florero antiguo que estaba sobre el aparador, preguntó:

—Parece una obra maestra, ¿verdad, Mr. Blake? Es en realidad de Joshna Hedgwood.

El supuesto Blake se encaminó hacia el florero.

—Sí, — dijo; — durante mis numerosas investigaciones he podido coleccionar una buena cantidad de porcelanas finas; la valúo en más de...

Interrumpió bruscamente la conversación al darse vuelta.

El florero escapó de sus manos, yendo a caer al suelo.

Ante él estaba en vez de la figura endeble del detective americano, la silueta de un hombre alto y delgado, teniendo en la mano una pistola automática con que le apuntaba en forma que revelaba bien a las claras sus intenciones. Se había desatado la pierna de madera y quitado la peluca y los anteojos de carey. Sexton Blake era el que lo enfrentaba.

Fué posiblemente el "chasco" más grande que León Kestrel recibiera en su vida. Sus facciones cambiaron de color. Durante algún tiempo ninguno de los dos hombres habló; el silencio era enervante.

De repente la puerta se abrió, y en medio del extraño cuadro, apareció la figura de la mujer que advirtiera a Blake.

Retrocedió con las manos levantadas, pareciendo estar a punto de enloquecer de terror y su sorpresa era fácil de comprender.

Delante de ella veíase a un hombre, intimidando a su retrato con un revólver. Allí estaban los dos hombres, enteramente semejantes en su exterior.

Reconoció a su señor por su traje, pero, ¿quién era el contricante que le atemorizaba con la pistola, y, dónde estaba aquel hombre mutilado con la pierna de madera y los anteojos de carey?

Pasado el primer estupor, la mujer no se preocupó por resolver el problema, sino que siguió retrocediendo, huyendo de la habitación y desapareciendo de la escena.

Fué entonces cuando Blake habló por primera vez.

—Le advierto, míster Kestrel, — dijo cínico, — que al menor movimiento lo mato de un balazo.

El otro no contestó ni se movió tampoco.

—Le sorprende, ¿verdad?

El golpe fué tal, que Kestrel pareció perder por un momento su admirable confianza en sí mismo. No supo qué contestar.

—Se ha quemado usted con su propio fuego — dijo Blake —, considera usted demasiado grande su poder engañador. Dos pueden representar un mismo papel con toda facilidad.

—Aparentemente — dijo Kestrel con calma, y había cierto reconocimiento en su voz —le presento mis parabienes. No valué debidamente su habilidad.

Blake, ahora cuando lo tenía prisionero, no quiso humillarlo, ni quiso herirle, tampoco, con ningún sarcasmo ni ironía superfluas, Se adelantó con el revólver en mano y listo para toda eventualidad.

—León Kestrel — dijo he ansiado mucho tiempo este momento. Es usted mi prisionero.

El hombre se encogió de hombres y sonrió sardónicamente.

—Es una espléndida captura, — dijo, — siga con ella.

Blake desvió la dirección del cañón y apretó el gatillo. Una detonación se oyó, seguida de una pequeña nube de humo, que subió hacia el techo. La bala había pasado a corta distancia de Kestrel, pero éste ni siquiera se había movido. Una sonrisa estoica se pintó en sus labios. El tiro, fué la señal convenida. Apenas disparado, cuando se oyeron pasos en el texterior.

—Sus emisarios supongo, Blake, dijo sarcásticamente Kestrel.

—Y su escolta,—contestó con calma Blake.— Le hago presente, señor Kestrel, que el exceso de confianza es perjudicial hasta en las artimañas.

El maestro en disfraces, no contestó; pero había en sus ojos apagados, un repentino fulgor, cuando se encontraron con la mirada del detective. Sabía que, por fin, había caído y este hecho lo hizo perder su altanería. Porque León Kestrel era de esos tipos, cuya vanidad concluye por ser una manía. Para convalecer esta vanidad, a veces se exponía a riesgos absurdos e innecesarios. La convicción de su propia habilidad y de la impotencia de la policía, llegaba a tal punto, que difícilmente podía supo-

nerse vencido o chasqueado. Probablemente era sobre esta base que había nacido su cantidad de "bluffs" y su calma.

El chasco que recibiera con el cambio repentino de papeles, fué rudo, el más rudo que recibiera durante su carrera criminal. Por breves instantes había perdido su sangre fría, pero ahora, su antigua calma, su burlona actitud de indiferencia lo habían reconquistado.

No demostró ninguna señal de temor cuando la puerta se abrió y no se dignó volver la cabeza, cuando el cañón de un Colt se mostró en el marco de la puerta, seguido por la maciza figura de Harker del Departamento de Investigaciones en lo criminal.

El recién llegado comprendió en seguida la situación y demostró su satisfacción con un gruñido. Una cantidad de visiones agradables circularon rápidamente por su mente. Vió la posibilidad de hacerse fama con este inaudito acontecimiento. En el momento en que el piso del cadalso se hundía bajo los pies de Kestrel. El habría llegado a ser una de las mayores eminencias del Departamento. Y aquí estaba el hombre, un prisionero cuidado con dos revólvers.

—Permítame el presentarle, Mr. Kestrel, — dijo Blake, con tono irónico. No resistió la tentación de herir un poco la vanidad del reo.

—Estos son los amigos de quienes acabamos de discutir. Están todos con excepción del jefe de policía. Debe usted admitir que su llegada es oportuna. Permítame, inspector de detectives Harker, monsieur Claude Duchamp, de París, mi ayudante Tinker y un compatriota suyo, el señor Pitcairn Felloes. Habían entrado todos y dos agentes de policía se habían ubicado en la puerta, listos para entrar a una señal del representante de Scotland Yard.

León Kestrel los observó uno por uno con aire jocoso, que hacía honor a la infinita calma del hombre. Los pasó en revista con la calmosa mirada de un profesor examinando algún específico. Había exactamente el mismo interés en su mirada; pero cuando sus apagados ojos se fijaron en la figura mutilada del investigador americano, y extendiendo la mano, según costumbre yanqui, le dijo:

—Hola, Pitty, hace bastante tiempo que no nos vemos.

El hombre de la pierna de madera lo miró con ternura a través de sus anteojos de carey.

—Le estrecharé las manos, cuando le hayan puesto las esposas, — dijo, — no puedo decir que tiene usted para mí un aspecto muy familiar, que digamos.

Harker trajo un par de esposas y Kestrel encogiéndose de hombros extendió las manos. No sacó los ojos de Felloes y sobre sus delgados labios asomó una sonrisa.

—No sea usted orgulloso, Pit, — dijo, — tan sólo porque alguien ha hecho un mal paso.

Había caído en el dialecto americano.

—Creo que es usted corto de memoria si no recuerda el Fuerte Sill, sin esforzar su cerebro. Usted no recuerda una bóveda cerca de la frontera mejicana, donde hirieron a cierta persona, llevando su cuerpo y colocándolo sobre la piedra limítrofe, de manera de quedar la cabeza en Méjico y sus pies en Texas y mientras que los Estados Unidos estaban investigando, el heridor se fué tranquilamente a Oklahoma.

Pitcairn Felloes miró a Kestrel y su cara demostró el mayor asombro.

—Mil diablos, — exclamó, — supongo que no querrá hacerme creer que es usted Lionel King.

—Yo no le dije nada, — contestó el Maestro en Disfraces con una sonrisa.

—Pero, caracoles, hombre, Lionel fué para Harvard cuando su tío halló petróleo en Kansas City.

—Tiene usted razón, — dijo Kestrel. — Feloes lo miraba detenidamente y suspiró. Había un algo en el hombre que se hallaba frente a él, que le hacía recordar a aquel querido y travieso joven, amigo de la infancia.

—Ha cambiado usted, Pitty, — dijo Kestrel, — y su palabra se trocó amistosa.

Una serie de recuerdos acudieron a la memoria del investigador americano. Se acordó de algunos pormenores de la vida de Lionel King, de como había sido expulsado de Harcard, después de un brillante comienzo por haber casi asesinado a un profesor alemán. Cómo había llegado a las tablas y aparecido de repente como una gran figura y después su fulgor desapareció tan rápido como había aparecido y Lionel desapareció.

Hubo una mujer en el asunto, así lo tenía entendido Felloes, además de otro supuesto asesinato. En aquellos tiempos calificó a Lionel King como un perverso, un tipo, brillante sin escrúpulos, sin límites en sus pasiones y ahora, esté hombre, León Kestrel...

—Es mi nombre de tablas, — dijo el Maestro en Disfraces, — y Felloes se admiró de cómo había podido, el hombre, leer su pensamiento.

Blake se adelantó e interrumpió las reminiscencias. Desconfiaba del hombre. Podía ser que tratara de ganar tiempo.

—Tal vez usted y Kestrel pueden mejor cambiar sus recuerdos, en la estación de policía, señor Felloes, — dijo, — no tenemos tiempo para perder.

Blake miró a Harker y el hombre de Scotland Yard dió una señal a los dos agentes de policía. Eran dos gigantes, que medían más de seis y medio pies de altura y parecían incapaces de hacer mella del hombre con las esposas. Tomaron posición al lado de él, cual dos baluartes humanos.

—¿Está el coche afuera? — preguntó Blake a Tinker.

—Sí, maestro.

—Muy bien, — dijo el detective a los polizontes, — harán ustedes mejor en llevarlo ahora. ¿Dónde está el sargento?

—Ha ido a arrestar a la vieja.

—Bueno. En su lugar yo los acompañaría, Harker, y tendría listo el revólver.

Harker estaba lejos de oponerse. Cuando Kestrel salió entre los dos polizontes y él

los siguió por la puerta, ésta significaba para el hombre del Departamento de Investigaciones en lo Criminal un verdadero arco de triunfo. Por el privilegio de una marcha semejante dentro de la estación de policía, hubiera gustosamente sacrificado varios años de su vida.

Salieron y Blake entró en el otro aposento. El hombre del cabello ondulado, que había contestado al nombre de Tinker, estaba allí con el perro, el pseudo Pedro.

Blake le hizo diversas preguntas, pero estaba demasiado asustado para dar una contestación satisfactoria.

Tartamudeaba de tal manera, que terminó por perder el habla por completo.

La vieja señora, por otra parte, que había contestado al nombre de señora de Bardell estaba enormemente excitada y lanzaba tales maldiciones al sargento que la había detenido, que su lenguaje horrorizó hasta a los mismos polizontes.

De una demostración brusca de inocencia y respetabilidad pasa a una faz más brusca aun de vituperio y Blake y los otros estuvieron aliviados al verlos finalmente bien instalados en un coche, con un sargento y un agente de custodia y en camino para Scotland Yard.

Para Blake y los demás detectives, había sido un fin con éxito, después de un día de ardua labor y era interesante observar en cada una de las tres personalidades la diferente manera de exteriorizar su contento.

El rostro de Claude Duchamp, el parisién no había variado; su mirada era más soñolienta que nunca y sus ojos asemejaban a los de los peces detrás de sus párpados entrecerrados.

Se paseaba por la casa con tal languidez en los movimientos, como si todo el asunto le aburriera.

Pitcairn Felloes, rengueó de un lado para otro, haciendo mucho ruido y silbando entre dientes, una quejumbrosa parodia de un antiguo canto de cuna de Old Georgia.

El rostro de Blake estaba impasible y semejaba a una máscara. Acompañado por Tinker miró las habitaciones, examinando todo con escrupuloso cuidado y haciendo de tanto en tanto un breve comentario en voz baja.

Pronto tuvieron la convicción de que en la casa no había objeto alguno, que pudiera dar algún indicio.

Todos volvieron a Baker Street y reunidos en redor de una botella de cognac de antes de la guerra, empezaron a hacer comentarios sobre el golpe.

Pitcairn Felloes no la tomó, pero no era un ardiente prohibicionista y en algunas ocasiones consentía en tomar un poco de alcohol. La presente era una de esas ocasiones.

Se levantó y sosteniendo en su mano el vaso, comenzó por brindar por el éxito obtenido.

Era una cosa natural, que así se hiciera. Esta sencilla fiestita estaba más que justificada.

Pero aun Sexton Blake no podría asumir en la reunión un espíritu de triunfo, conociendo a Kestrel, como él lo conocía, opinaba que el brindis era prematuro. Un vago presentimiento le embargaba y le impedía alzar su copa para el brindis.

—Por nuestro triunfo, Mr. Blake, — dijo Duchamp con una centella de humor en su mirada.

Blake alzó su vaso.

—No quiero brindar por nuestro triunfo, — dijo con una sonrisa; — prefiero tomar cuando se ratifique.

Pitcairn Felloes rió.

—Es usted prudente hasta en sus brindis, — dijo, — pero, ¿por qué quiere esperar la ratificación?

—Pueden ocurrir tantas cosas, — dijo Blake, taciturno.

En este momento la campanilla del teléfono comenzó a sonar.

Blake se levantó de un salto, somo turbado por un presentimiento que le embargaba. Descolgó el tubo.

—Hola, ¿quién habla?

Una voz excitada pronunciaba estas palabras:

—¿Es usted míster Blake? ¿Sí? Bueno, venga en seguida a la estación de policía de Dew Street.

Nuestro hombre se ha escapado.

—¿Escapado? — preguntó Blake y a esta palabra los dos hombres y Tinker se levantaron de un salto, volcando las copas.

Blake quedó atónito y el receptor se escapó de sus febriles dedos. Y, volviéndose a los demás, recordó con ironía las últimas palabras por él pronunciadas.

Ahora las repetía con una sonrisa, tratando de conciliar la amargura de su intensa desilusión, producto de su derrota en último momento.

Tomó su sombrero mecánicamente y salió.

Los demás lo siguieron. En este momento pasó por la casa un taxímetro ocupado.

Blake lo detuvo con un gesto imperioso y habló breves palabras con el pasajero, un joven oficial del ejército. Un momento después Blake y sus compañeros subían al coche y el joven oficial comunicaba al chauffeur:

—Rápido lleve a estos señores a lo comisaría de Dew Street. Dele toda la marcha que pueda.

El hombre hizo un gesto afirmativo y después de breves minutos llegaron a destino.

Blake descendió rápidamente del coche, seguido por Tinker y subió los escalones corriendo. En el interior de la comisaría reinaba una confusión extraordinaria y nadie sabía qué hacer. La puerta del de guardia estaba cerrada y en ella veíase pegadas unas tiras de papel como si fuese un habitación sellada para la desinfección.

Cuando Blake entró, tanto él como Tinker, notaron un dolor en los ojos.

Un agente que parecía estar llorando, a contar por sus lágrimas, que corrían a lo largo de sus mejillas, vió al detective y lo saludó calurosamente.

Blake y Tinker pasaron con él a otra habitación donde un extraño cuadro se presentó a su vista. Un grupo de hombres estaban

sentados allí con los ojos vendados y sosteniendo sus cabezas entre las manos.

Entre ellos estaba Harker, el inspector de la estación, el sargento y dos vigilantes.

Todos ellos apretaban sus manos contra la cabeza y parecían estar en la última agonía.

Un hombre bajo, de cara rojiza, llevando anteojos de motocicleta, estaba lavando sus manos en una palangana con agua.

Se volvió al ver a Blake que entraba.

—¡Ah, míster Blake, qué suerte que ha venido usted! — dijo. — ¡Linda clase de sorpresa es esa!

El pájaro se ha volado y me la estación está ciega.

Blake reconoció al médico de policía.

Era una persona agradable, quien, por norma, no perdía fácilmente el dominio sobre sí mismo.

—Pero, ¿qué sucedió, doctor? — preguntó Blake.

—Todo, todo lo imaginable, — dijo el médico; — vea usted todo esto, — mostró un grupo de personas.

Blake asintió.

—Este tipo Kestrel..., — exclamó el médico. — Gas de mostaza, gas lacrimoso lo llevaba consigo en algún lado.

Rompió una bomba de vidrio o algo semejante, mientras era interrogado.

El resultado fué que todos quedaron cegados con excepción de él, supongo que habrá cerrado los ojos, sabiendo lo que iba a venir.

—¿Y se escapó? ¿Se fué? — preguntó Blake con resignación.

—Claro, una fuga más inteligente nunca he visto, es un demonio y no un hombre.

—¿Pero no llevaba las manos atadas, doctor? — preguntó.

—¿Atadas? ¡Bah! — El médico por poco se le fué encima al pobre Tinker.

—Si quiere las esposas, allí están en la sala guardia. Las rompió en dos. Ya le digo: ese sujeto es un demonio y no un ser humano.

El gas había logrado trastornar a toda la estación y tanto Blake como Tinker sentían que sus ojos comenzaban a llorarles. Miraron con cierta compasión a las víctimas del último experimento de Kestrel

—Supongo, — comenzó Blake, — que....

—No, no, — interrumpió el médico rápidamente, — eso pasará, no es peligroso, pero es doloroso.

—Ya lo creo que es doloroso y qué ruido producirá este asunto.

Blake no pudo dejar de divertirse a costa del médico. Parecía reconocer lo extraordinario del caso que acababa de suceder y, sin embargo, lo trataba como una parte de su trabajo cotidiano.

Kestrel se había fugado.

El más peligroso de los criminales de ambos hemisferios había vuelto a escapárseles delante de las narices y un detective de Scotland Yard y los oficiales principales de una de las comisarías de Londres, estaban sentados allí indefensos y temporariamente cegados.

Blake se volvió hacia Duchamp y Felloes, que estaban en el umbral, restregándose los ojos con un pañuelo. Se acercó a sus compañeros y los guió hacia afuera, consolándolos.

—No puedo hacer nada por ahora, Brimton, — dijo el agente que lo había recibido. — No vale la pena cerrar la puerta cuando el pájaro se ha volado.

—Pero, ¿no va a quedar usted, señor? He llamado por teléfono al Departamento Central y no me sorprendería ver venir al jefe de policía en persona.

—Si me necesitan, me encontrarán en Baker Street, — contestó Blake.

El agente hizo un gesto de aprobación, aunque resentido.

El detective salió abatido, pero se propuso no demostrarlo, ni aún delante de Tinker; sonrió, decidido, volviéndose a los demás.

—Sólo tenemos una cosa para hacer ahora, — dijo.

—¿Cuál? — preguntó el americano.

—Empezar de nuevo, — contestó Blake.

Los hombres quedaron silenciosos. De esta manera terminaban uno de los capítulos más notables de la carrera del gran detective Sexton Blake. Había planeado, con perspicacia y decisión, el contra-ataque a León Kestrel, y, efectuándolo con sigilo detectivesco, había logrado detenerlo. Pero había sido un combate de ingenio en el cual había triunfado, pero otros habían echado a perder lo que él lograra. Otra vez había sido engañado por el rígido sistema, cuyas preciosas formalidades tenían, sin embargo, debilidades para un corrido criminal. Cualesquiera que fueran los peligros y penalidades que corrieran Blake y Tinker para dar con un criminal, siempre tenían que temer, al final, a un pedido oficial que dijera: "Entréguenme a ese hombre".

Y muchas veces, así como ahora, Blake había entregado un hombre para, después de pocas horas, saber que éste se había escapado como aquella noche y que había hecho todo ese trabajo para nada, teniendo que comenzar de nuevo la tarea.

¿Qué posibilidad tenía él ahora de encontrar a León Kestrel en la enorme ciudad de Londres, el mejor escondite para los delincuentes?

Allí estaban los accesorios; estaban aun bajo custodia, la anciana señora y el joven, así como el perrito.

Pero Blake apenas les dió importancia. Ellos, en comparación con Kestrel, no eran más que muñecos, así como lo eran todos sus cómplices. Los cazó de la misma manera como cazara a todos los demás en una corta caza.

Interrogados por la policía, la supuesta señora de Badell confesó que había asumido ese papel, porque el pretendido míster

DENTRO DE POCO
Pucky comenzará a publicar una nueva serie de aventuras de
BUFFALO BILL

Blake le había prometido una buena gratificación, creyendo que se trataba de una broma inocente.

En cuanto al muchacho, confesó que había interpretado su papel por el mismo motivo y en cuanto al perro, éste había sido traído por el pseudo Blake.

Pero Sexton Blake no era hombre para desanimarse por su mala suerte y lo mismo que Tinker, era demasiado laborioso para olvidarse ellos mismos por el carácter efusivo de León Kestrel.

Con cada encuentro aprendían algo más; cada campaña les daba nueva frescura y mayor perspicacia para escudriñar las costumbres del Maestro en Disfraces.

Ya llegaría el momento en que lo tendrían atrapado de nuevo a pesar de toda su habilidad. Ya llegaría el día en que todas las artimañas y evasivas no le servirían de nada ante la justicia y ese sería el momento ansiado por Blake, de haber logrado inutilizar uno de los bandidos más perversos de la época.

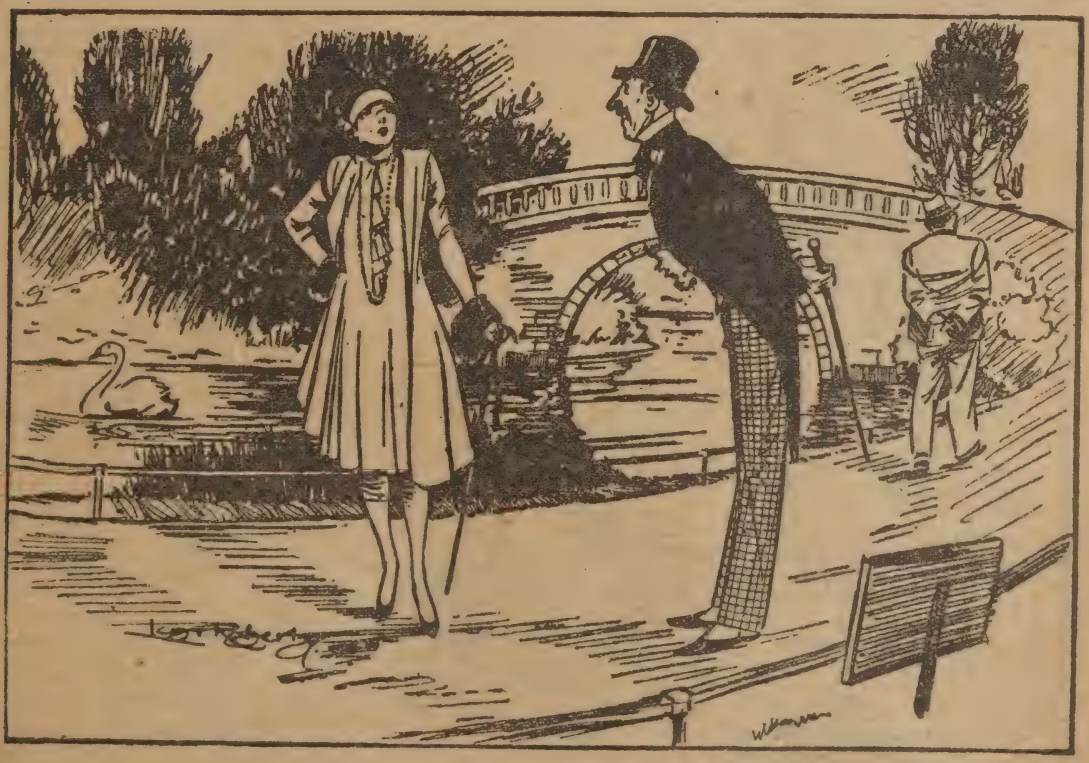
FIN DE "LOS CUATRO DETECTIVES"

Lea usted en el próximo número de "Pucky"

"LA COLETA DE HI-WING-HO"

Novela corta electrizante del gran autor Sax Rohmer

MARIDO SOPORTABLE



El: — ¿Ve usted mucho a su esposo?
Ella: — Como una hora por día.
El: — ¡Oh! ¡Qué vergüenza!
Ella: — No crea; una hora pasa muy pronto.

SENCILLEZ

—Y en la cabeza, ¿qué se pone el señor?
—El sombrero.

CONVENIENCIA

—Allí va Pérez, el actor. ¡Qué arrulnado parece!
—La consecuencia de ir en malas compañías.

—¡Así que esta es tu esposa?
—Sí. Una inglesa de trescientas veinticinco libras.
—¡Diablo! ¡Todo un capital!

(De "Pele Mele").

—Por darte gusto, adorada mía, sería capaz de cruzar el Río de la Plata á nado.
—¿Por qué no viniste ayer?
—Porque llovizaba.

—Entonces, querido tío, ¿siempre enfermo?
—Sí, pero soy sólido: ¡todavía tengo la caja fuerte?
—¿De veras? ¡Siempre que hay algo dentro!

Compre

EL DIARIO

todas las tardes y estará al corriente de las noticias sociales, políticas, sportivas, teatrales y otras del momento.

EL DIARIO

Fundado hace 45 años

tiene entrada en todos los buenos hogares.

Remita el cupón y recibirá a domicilio un ejemplar del jueves próximo con las páginas en colores, y una página con la graciosa historieta para niños:

BARNIGUGLI y su PINGO TRAGAVIENTOS

Señor Administrador de EL DIARIO.
Avenida de Mayo, 662 - Bs Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán las páginas femeninas en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . .

F.C. . . . . .

EDICION DE LOS JUEVES
Precios de suscripción:

1 año	$ 5.--
6 meses. . .	„ 2.50
3 „ . . .	„ 1.50

EL EMBRUJO DE SEVILLA EN SOLFA

LA JUERGA ESPAÑOLA

Por CAMI

(TRADUCCION DEL FRANCES)

Tanto se ha abusado en las novelas de estos tiempos de la descripción de "juergas" andaluzas, muchasde ellas tan fantásticas como disparatadas, que no es de extrañar que el gran Cami haya decidido poner en solfa esas descripciones, haciéndolo en verdad como sólo él sabe hacerlo.

ACTO PRIMERO

La escena representa una taberna andaluza durante una juerga

No sé si sabrán ustede
que mi madre murió ayer
cuando iba a la Fábrica de Tabacos.

LA MERIDIONAL CONCURRENCIA

¡Olé! ¡Viva tu madre!

EL VIEJO JUERGUISTA

¡Grasia, grasia; mucha grasia!

EL MARQUES NOBLE Y ATREVIDO

¡A ver, que traigan más vino! ¡Que traigan oloroso vino de la Andalucía y pescado frito de las Baleares!

LA MERIDIONAL CONCURRENCIA

¡Sí, sí! Bien pensado.

EL INGLES QUE ASISTE A LA JUERGA

All right. ¡Trafalgar Square, Picadilly, Bond Street! Goot evening. ¡Studebaker!

EL MARQUES NOBLE Y ATREVIDO

Tiene usted razón.

LA LINDA BAILAORA

Llevamos diez y nueve horas de alocada y divertida juerga y empezamos a estar fatigados. Pero no importa. Nuestro deber es resistir hasta el último momento. Ahí fuera están unos turistas alemanes, reloj en mano, observando el tiempo que nos es posible resistir y conviene que esos turistas se lleven a Leipzig una buena impresión de nuestra resistencia física.

EL MARQUES NOBLE Y ATREVIDO

Efectivamente; la bailaora de tablado tiene mucha razón.

EL ARRIESGADO Y MALAGUEÑO TOREADOR

Ayer tarde, cuando me dirigía a la plaza en mi bicicleta, ví a esos turistas y tuve que bajar para que me hicieran varios retratos. Me dijeron que después de ver la Jungfrau no habían contemplado un espectáculo tan hermoso como el que ofrecía yo, vestido con mi traje de toreador y de pie al lado de mi potente bicicleta.

EL TERRIBLE BANDIDO DE SIERRA NEVADA

(Entrando súbitamente por una ventana armado de su trabuco y con el sombrero ligeramene inclinado hacia el lado izquierdo). — ¡Alto! ¡La bolsa o la vida!

EL MARQUES NOBLE Y ATREVIDO

Señores: el terrible bandido de Sierra Nevada nos ha sorprendido en plena juerga. Nosotros no estamos en condiciones de defendernos. El bandido tuvo gran éxito.

EL TERRIBLE BANDIDO DE SIERRA NEVADA

¡Pronto! Vengan todas las joyas y el dinero. **(La meridional concurrencia va entregando al bandido cuanto posee).**

EL VIEJO JUERGUISTA

No tengo más que esto. **(Le da una moneda de cinco pesetas al bandido).**

EL TERRIBLE BANDIDO DE SIERRA NEVADA

Veamos si es bueno. **(Masca el duro y sin darse cuenta, se lo traga).** ¡Por Santiago! Era bueno... y me lo he tragado. Esto se llama empezar mal el día.

LA LINDA BAILAORA

Yo nada poseo, señor bandido.

EL TERRIBLE BANDIDO DE SIERRA NEVADA

Me basta con que me des tu amor, linda bailaora de tablao.

LA LINDA BAILAORA

Mi amor es tuyo desde que te ví. ¿Tienes ahí fuera la jaca?

EL TERRIBLE BANDIDO DE SIERRA NEVADA

Sí. La he dejado al cuidado de unos turistas alemanes.

LA LINDA BAILAORA

Pues bien: huyamos. Yo iré a la grupa de tu piafante jaca.

EL TERRIBLE BANDIDO DE SIERRA NEVADA

¡Huyamos! **(Ambos huyen por la ventana, montan en la jaca, dan una propina a los turistas alemanes y desaparecen).**

EL ARRIESGADO Y MALAGUEÑO TOREADOR

¡Maldición! ¡Cien veces maldición! El terrible bandido de Sierra Nevada huye con la linda bailaora, que era mi novia.

EL MARQUES NOBLE Y ATREVIDO

¿Y qué haréis con el infame seductor?

EL ARRIESGADO Y MALAGUEÑO TOREADOR

(Después de permanecer pensativo un rato). — Le brindaré un toro.

ACTO SEGUNDO

El mismo lugar de acción

EL MARQUES NOBLE Y ATREVIDO

¡Alegría! ¡Que haya mucha alegría! El gracioso cantaor debe cantar otra alegre copla de su repertorio.

EL GRACIOSO CANTAOR

Yo obedezco siempre a los marqueses nobles. **(Rasguea la guitarra, escupe y canta).**

Ya ves si yo te querré
que me he pasado la vida
cortando flores del campo.

LA MERIDIONAL CONCURRENCIA

¡Olé! ¡Viva tu madre!

EL MARQUES NOBLE Y ATREVIDO

¡Siga la juerga! ¡Bebamos más vino!

EL VIEJO JUERGUISTA

Se ha acabado el pescado frito.

EL MARQUES NOBLE Y ATREVIDO

Que traigan más.

EL FLAMENCO CHICO DE LA TABERNA

No nos queda. Llevan ustedes diez y nueve horas de juerga y han agotado las existencias de pescado frito de toda la Andalucía.

EL MARQUES NOBLE Y ATREVIDO

¿Y qué hacer? Una juerga sin pescado frito no se comprende.

EL ARRIESGADO Y MALAGUEÑO TOREADOR

Que traigan bacalao crudo.

EL FLAMENCO CHICO DE LA TABERNA

Tampoco queda ya bacalao crudo.

EL MARQUES NOBLE Y ATREVIDO

¿Qué hacer, Dios mío? No tenemos pescado frito ni bacalao. ¿Cómo continuar la juerga?

EL ARRIESGADO Y MALAGUEÑO TOREADOR

Soy un arriesgado toreador y tengo una idea. Parto para Escocia en busca de bacalao crudo. Aguardar mi regreso cantando alegres coplas.

(El torcador parte para Escocia.

ACTO TERCERO

El mismo lugar de acción dos meses después

EL ARRIESGADO Y MALAGUEÑO TOREADOR

(Entrando.) — Héme aquí, de vuelta. Traigo una buena cantidad de bacalao crudo que he pescado yo mismo en las costas de la brumosa Escocia.

EL MARQUES NOBLE Y ATREVIDO

Durante estos dos últimos meses, te hemos esperado cantando alegres coplas.

EL ARRIESGADO Y MALAGUEÑO TOREADOR

Pues bien; continuemos la juerga. ¡Mozo! Más vino español. **(Se sienta).**

TELON RAPIDO

CAMI.

LA GRACIA BRITANICA

Cuentos ingleses

Por W. PERRINS

(Traducción para "Pucky")

Es W. Perrins uno de los autores de cuentos breves más popular actualmente en todo el Imperio Británico; lógico es, pues que figuren en las páginas de este magazine algunas de sus interesantes y en verdad graciosas producciones.

EL PARECIDO

YO no entiendo mucho de niños; pero sé dos cosas. Primera, que hay que decir siempre que son guapos, y segunda, que es preciso sacarles en seguida un parecido. Cuando el otro día fuí a visitar a los Brown encontré en una cuna al niño y como tuve la fortuna de estar un momento a solas con él pude contemplarlo antes de que me preguntaran. De pronto se abrió la puerta y entró la niñera.

—¡Qué encanto de criatura, — exclamé, no mirando a la niñera sino al niño.

La muchacha me miró sonriente como aprobando mi exclamación y dijo:

—¿Verdad que es precioso?

—Mucho, — añadí. — En realidad el angelito no era ningún bicho feo.

Lancé una o dos exclamaciones más mirando al bebé y me atreví a decir:

—¡Se parece a su padre!

—¿Cree usted? — preguntó la niñera un poco sorprendida. — Pero yo sin vacilar agregué:

—Sí, la nariz no se puede confundir.

—¡Es una nariz monísima! — exclamó la muchacha.

—Como la de su padre... era.

La puerta se abrió de nuevo y aparecieron los esposos Brown.

Volví a mis exclamaciones encomiásticas sobre la critura. — ¡Es una preciosidad de niño! Y ha sacado tu nariz, Tomás.

—¡No seas bruto! — respondió éste. — Si ese niño es de unos amigos que viven con nosotros. El nuestro está en ese otro cuarto. Ven a verlo.

LAS TRES VIRTUDES DE LA MUJER

EE aquí lo que ha dicho respecto a la la mujer un gran escritor inglés, con el "humor" que caracteriza a los filósofos británicos:

Hay tres cosas a las cuales debe parecerse una mujer buena y otras tres con las que no debe guardar semejanza.

Debe parecerse primero al caracol que nunca abandona su casa, pero no debe como este animal ponerse encima todo lo que posee.

En segundo lugar, debe parecerse al eco que no habla más que cuando se le interroga, pero no debe, como aquél, decir siempro la última palabra.

Finalmente, debe ser como el reloj de una ciudad, de una regularidad y una exactitud perfectas, pero no debe, a semejanza de aquél, hacer demasiado ruido para que la oigan en toda la población.

LA MONEDA DE ORO

NO hace mucho tiempo, un señor al que llamaremos, si a ustedes le parece, el señor Equis, se hallaba haciendo compras en un establecimiento comercial. De Pronto advirtió en el suelo una moneda de oro.

Dejó caer como al descuido sus guantes, para recogerla; pero al levantarse vió, para su pena, que la moneda seguía en el suelo. Equis, entonces, dejó caer el pañuelo, miró furtivamente en redor, se inclinó y recogió el liendo. La moneda no venía con él.

Colérico dejó caer su sombrero y en el mismo instante alguien le tocó en el hombro.

Equis se volvió furioso y vió delante de él

a un empleado del establecimiento que, con voz amable, le murmuró al oído:

—Permítame, señor, que le recomiende la cola "Pegalotodo" de la casa, que no tiene rival, como ha podido usted combrobar.

Equis, avergonzado, tuvo que comprar un frasco de cola, por el que le cobraron, naturalmente, el doble de su valor.

POR TELEFONO

EL señor Brown de vuelta de un viaje de boda volvió a reanudar sus ocupaciones de negociante, pero como estuviera obligado a vivir alejado de su esposa durante largas horas de oficina, hizo instalar un teléfono en su casa. De este modo, le era posible en los momentos de descanso, cambiar unas dulces palabras con su esposa. Pero, ¡ay!, que todo pasa y todo cansa, hasta la luna de miel...

El señor Brown acabó por pensar que su cara mitad le interrumpía en su trabajo con demasiada frecuencia y para evitarse la molestia de acudir al aparato, encargó a su antiguo empleado Davidson, cuya voz por el teléfono se parecía mucho a la suya, que le sustituyera en el teléfono. Davidson realizaba a maravilla esta delicada misión.

Todo iba bien cuando un día, Brown por haber terminado su trabajo antes volvió a su casa más temprano que de costumbre.

Al entrar en el hall oyó que alguien hablaba por teléfono. A sus oídos llegaron algunas frases duces. ¡Diablo! — exclamó, — ¡no me acordaba de esto! Decidió irse de nuevo a dar una vuelta y volver más tarde. Pero al entrar en el gabinete a tomar un diario para leer por el camino, se quedó estupefacto al ver en un sillón a su mujer ojeando una novela. Al teléfono estaba la mucama diciéndose ternezas con Davidson. La señora de Brown había tenido la misma idea que su marido. Los dos esposos se miraron un instante y de pronto rompieron a reir.

No hay para qué decir que creyeron inútil seguir teniendo el teléfono.

BUEN OLFATO

LA auscultación ya no sirve para nada. Los demás medios empleados para establecer el diagnóstico han pasado a la historia. Cierto médico estadounidense, — tenía que ser de allí, — no necesita para descubrir la enfermedad, más que oler al paciente.

Parece ser que este maravilloso doctor T. Achon posee un olfato de una sutileza inverosímil.

Oliendo a los enfermos averigua en el acto cuál es la causa de su mal y los trata en consecuencia.

Cobra muy caro, debido a la originalidad del procedimiento, y como cobra caro su consultorio está siempre lleno de gente.

En suma, es un hombre que tiene una fortuna en el olfato. Sólo pierde su virtud cuando está resfriado y entonces comete errores que, como es lógico, paga el cliente.

WILLIAM PERRINS

Composición escolar

Juan Pérez, — exclamó el irritado pedagogo, — ya van siete veces que le sorprendo martirizando al gato. En castigo se va a quedar una vez terminada la clase y va escribir una composición de cincuenta palabras sobre el gato.

Al terminar la clase, Juan Pérez se puso activamente a trabajar.

De pronto la inspiración iluminó su mente y fué la siguiente la composición que entregó al maestro:

"Pedro quería mucho a los gatos. Cuando veía uno lo llmaba en seguida, diciendo mis, mis, mis,

OTRA NOVELA PEDIDA POR LOS LECTORES

NOVELA - DRAMA DE AVENTURAS POR

GORDON WALLACE

(TRADUCCION DEL INGLES)

(CONCLUSION. - COMENZÓ EN EL Nº. 152 DE "PUCKY")

Pero, mientras hablaba, se notaba una sombra de duda en los ojos del padre de Steve. Quizás solamente el viejo buscador de oro sabía lo mucho que deseaba entrar en legal posesión del ranch, una propiedad que había, por falta de honradez del ganadero ciego, estado en su poder durante tantos años.

—¡Bueno! — dijo Billy. — Me parece que estoy un poco mal esta noche. No se por qué. Lo que ha pasado últimamente debe haberme atacado los nervios. Digan ¿no sería bueno hablar por teléfono con el hospital y preguntar si Batty está allí todavía y está viva? Estaba muy mal la última vez que la vimos, gracias a la caballeresca paliza que le dió el señor Basnett.

Steve se levantó rápidamente. Uno de los mozos del hotel encargados del servicio nocturno, pasaba, en aquel momento, por el salón de fumar. El joven le llamó.

—¿Podría hablar ahora con el Hospital Central? Supongo que aquí el teléfono funcionará de noche.

—¡Sí, señor! — exclamó el mozo, orgulloso de los adelantos de su ciudad nativa. — El servicio telefónico de esta ciudad es como todo lo demás en ella y como el que ha nacido en Helena: "nunca lo pescan dormido". ¿Desea el señor que pida la comunicación?

Steve inclinó la cabeza en señal de asentimiento. El mozo se acercó al cuartito donde estaba el aparato y llamó.

—¡Hola! — se le oyó decir. — ¿Eh? Con el Hospital Central. Bien. ¡Hola! ¡Bien! ¡Un momento!

El mozo fué a donde había dejado a Steve.

—Ya está en comunicación, señor, — díjole.

Steve se metió en la especie de garita donde estaba el aparato telefónico y tomó el tubo, llevándoselo al oído. Una voz masculina contestó a su "¡Hola!"

—Le habla Steve Emberton, del ranch de la Doble Herradura, situado cerca de la ciudad de Big Horn, — dijo Steve. — Necesito saber si se encuentra en ese hospital una mujer llamada Batty Ann. Si está ahí, desearía saber cómo se encuentra.

—¿Emberton ha dicho? — preguntó el empleado de guardia en el hospital. — ¿Batty Ann? Espere un momento, tenga la bondad. Voy a averiguar.

Steve esperó cerca de cinco minutos. Al fin, una voz se dejó oír por el aparato: era más suave y más agradable que la del empleado de guardia. La que hablaba era una mujer.

—La enfermera de guardia de la sala de cirugía le habla, señor. ¿Usted se llama Emberton? En mi sala está una mujer que dice llamarse Batty Ann. Desde que llegó hace una semana, ha dicho con mucha frecuencia que deseaba ver a un llamado Emberton.

—¿Cómo se encuentra? — preguntó Steve tranquilizado en parte porque uno de los temores de Billy resultaba infundado.

—Siempre en el mismo estado. No mejora por más que se haga. Se le hizo la operación que era necesaria y hasta ahora sigue sin decaer pero sin mejorar. A cada momento pregunta por "el hijo de John Emberton".

—Yo soy "el hijo de John Emberton", — dijo Steve. — Dígame, enfermera, ¿podría ir a ver a esa enferma por la mañana? ¿A qué hora?

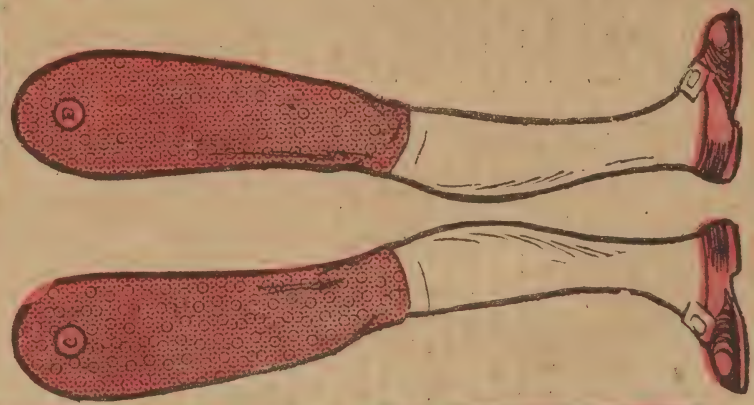
—Puede usted venir a verla ahora mismo, si lo desea, — dijo la enfermera. — El médico que la atiende ha dicho que es fácil que mejore si logra ver a ese "hijo de John Emberton" en el que piensa constantemente. No se olvida de usted ni un solo momento. Evidentemente tiene deseos de decirle a usted algo que ella considera de grandísima importancia.

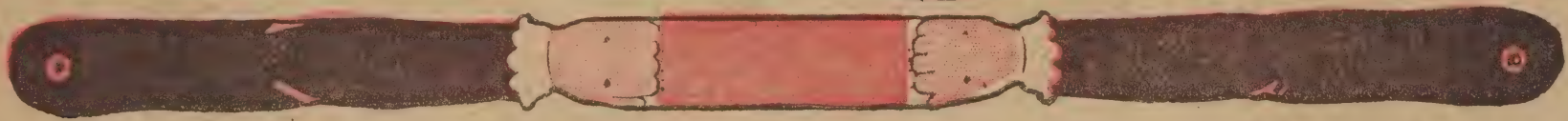
—¡Gracias! Voy a ir tan pronto como pue-

JUMPTY DUMPTY, el SALTARIN

Así se arma el juguete

Un juguete divertido por los graciosos movimientos que hace cuando se manejan bien los hilos.





El dibujo pequeño que aparece en esta página excluye la necesidad de una larga explicación. Una vez pegada toda la página en cartón se deja secar bien. Se recortan las piezas, se dobla la de los brazos por las líneas de puntos, se unen los dos trozos del cuerpo y se le ponen brazos y piernas mediante piolín anudado. Arriba, pasando por los cuatro agujeritos de las manos, se pasa el hilo que ha de manejar el Jumpty Dumpty... y nada mas.

da, — dijo Steve, y colgó el auricular en la horquilla.

Cuando volvió a donde estaban su padre y Billy los enteró de la conversación tlefónica que había tenido con la enfermera de guardia de la sala de cirugía del Hospital Central.

—¡Muy bien! Nosotros te esperaremos levantados, — díjole John Emberton.

Steve salió a la calle. Un policeman que formaba parte de una patrulla de vigilancia nocturna, que pasó en aquel momento, le indicó dónde estaba el Hospital Central, al que llegó después de unos pocos minutos de marcha.

A la entrada le detuvo el portero, que le dejó pasar inmediatamente, en cuanto hubo dicho su nombre. Después de subir un tramo de ancha escalera blanca se encontró con una mujer de simpático rostro, vestida con el uniforme de las enfermeras, que le guió por el amplio corredor hasta la puerta de una sala pequeña, débilmente alumbrada, en la que debía haber unas ocho camas, todas ellas ocupadas. Al llegar al lecho del rincón más alejado de la puerta, la enfermera se detuvo, indicando con la mano la mujer que ocupaba aquella cama. Se inclinó hacia la enferma, que parecía dormir y encendió una lámpara eléctrica que colgaba sobre el techo.

Batty Ann, que tenía aspecto de estar muy delgada, muy débil y a la que se veía muy pálida, abrió los ojos y miró a Steve. En cuanto le vió, le tendió la mano, de afilados dedos, con las azuladas venas transparentándose a través de la blanca y delicada piel. Steve la tomó en su manaza curtida por el sol, el aire y el trabajo.

La enfermera se retiró unos pasos y tuvo el tacto de fingir que tenía qué hacer atendiendo a otra enferma.

—"¿El hijo de John Emberton?" — dijo. Y sus ojos parecieron pronunciar esas palabras al mismo tiempo que sus débiles labios. Después inclinó afirmativamente la cabeza. — ¡Usted ha venido a ver nuevamente a la pobre vieja Ann! ¡Bien! Yo le dí un encargo. ¡Tenía usted que cumplir una misión! ¡Yo!...

—Encontré a Basnett. Le hice comparecer ante la justicia. Pero logró escapar otra vez cuando le traían, en tren, de Big Born a Helena, — manifestó Steve con serenidad.

—¡Simón Basnett es un hombre tan astuto como vil y solapado! ¡Oh! ¡Pero le pescarán de nuevo! ¿Va usted a ir de nuevo en su busca?

Steve no contestó en seguida. Al fin y al cabo, no era obligación suya el perseguir y prender a Basnett todas las veces que la policía le dejara escapar.

—La ley recaerá sobre él a su tiempo, — dijo tranquila y serenamente. — Ahora bien...

—Yo le hice una promesa, — dijo Batty Ann sin volver a pensar en la huída de Basnett, — y voy a cumplirla. Existe un testamento. Es un testamento por el cual el ranch de la Doble Herradura pasará a ser propiedad de John Emberton, de su padre. Yo sé dónde está ese testamento.

El corazón de Steve latía rápidamente. Todo lo que había deseado, todo aquello por lo cual había trabajado hasta llegar a entrar de cowboy en el ranch de la Doble Herradura, iba a ser suyo. Se inclinó hacia la enferma. La enfermera, desde una prudente distancia, observaba la escena. Vigilaba temerosa de que la entrevista con aquel hermoso joven vestido de cowboy pusiera muy nerviosa a su enferma.

—¿Se acuerda usted de Shaver Morley? — agregó la anciana, y Steve suspiró con algo de decepción, convencido de que la extraña Batty Ann estaba por cambiar de tema y por hacerlo de otra cosa. — ¿Se acuerda de Shaver Morley, el más desenfrenado de todos los jinetes de la llanura? ¡El que se fué a Inglaterra para ser allí nada menos que duque!

Steve volvió a suspirar pero siguió escuchando pacientemente. A su mente acudió el recuerdo que la montura que el duque de Larchester le había regalado había sido robada la noche anterior, junto con el caballo de Aguila por el pícaro juez Renton.

—Sí, — dijo Steve. — Me regaló la montura también. Pero el testamento...

—¡Ecuche! — dijo Batty Ann. — Yo encontré ese testamento hace muchos años, y lo robé. Yo sabía que, mediante ese documento, si él no trataba bien a su hijastra, yo podría tener siempre bajo mi dominio a Simón Basnett. Por eso lo escondí. ¡Fué en un sitio muy raro! Nadie podía ni pensar que estaba donde estaba, ni buscarlo donde estaba, ni aun el mismo Shaver Morley.

—¿Dónde lo puso usted? — preguntó Steve, vencido por la impaciencia que le dominaba y abandonando contra su voluntad su mesurada discreción. — ¿Dónde está ahora?

La mujer rió suavemente durante unos segundos.

—¡Lo metí, hace muchos años, una noche, descosiendo el forro y volviéndolo a coser, en el relleno de la montura de Shaver Morley! — dijo.

STEVE NO SE DA POR VENCIDO

La decepción de Steve Emberton al oír aquellas palabras, no pudo ser mayor.

—¡Cosido dentro de la montura de Shaver Morley! — repitió.

¡Después de todo cuanto había hecho para conseguir que Batty Ann soltara su secreto, resultaba que el testamento se hallaba más lejos de su alcance que nunca! Esta era la triste realidad. Porque el juez Renton, el hombre que había robado el caballo ruano de Aguila Gray, ensillado precisamente con la montura que tenía dentro el testamento, según la manifestación de Batty Ann, debía hallarse ya fuera del estado de Montana... ¡Con seguridad había cabalgado hasta pasar los límites del estado en aquella misma montura!

La mujer sonrió triunfante y satisfecha cuando terminó de hablar y, cerrando los ojos, reposó de nuevo, la cabeza, en la blanca y mullida almohada. Durante unos momentos, reinó el más completo silencio en

aquella salita del Hospital Central de Helena. La enfermera se acercó, sin hacer el menor ruido, a la cabecera de la cama y se inclinó a observar a la enferma. Pronto se convenció de que la visita de Steve no había perjudicado a Batty Ann, y después de dirigir una mirada al hermoso, y en aquel momento pensativo rostro del joven inglés, se retiró, pretextando tener que atender a otra enferma.

Pasados unos momentos, Batty Ann abrió los ojos y miró al joven. Se dió cuenta de que su rostro expresaba decepción y abatimiento.

—Debe usted alegrarse, — dijo la anciana. — Yo quería decirle lo que le he dicho por bien de su padre, no por usted. Su padre, hace muchos años, salvó la vida a la mujer de un joven cowboy, que se vió envuelta entre gran número de reses vacunas que huían espantadas. La mujer aquella es la que es hoy la vieja Batty Ann. Cuando supe que existía un testamento legando el ranch de la Doble Herradura a su padre, resolví que, en determinada ocasión, yo le daría ese testamento a John Emberton. Encontré el documento donde lo había escondido el tío de su padre, en el cajón secreto de su escritorio. Pero lo puse en un sitio mucho más seguro. Era un sitio excelente, ¿no es cierto? Ni el mismo que se fué a Inglaterra para ser allí duque de Larchester y dueño de una enorme fortuna, pudo soñar nunca nada tan poco vulgar como el hecho de que, en el relleno de la montura de su caballo estuviese oculto un documento de tanta importancia. ¡Y usted tampoco, y eso que habrá galopado bastante con esa montura pudo figurarse jamás que tenía tan cerca lo que tanto buscaba!

El pensar que había estado tantas veces materialmente sentado sobre el escondido testamento, mientras iba jinete de Diábolo, de un lado a otro, no contribuyó ni a mejorar ni a tranquilizar el ánimo de Steve. Sin querer maldijo la mala suerte que le había hecho escoger su montura vieja y no la que le regaló el duque de Larchester, cuando partió para las montañas formando parte del grupo, dirigido por el sheriff Dawson, que fué en busca de Basnett. La montura vieja y Diábolo estaban en aquel momento en completa seguridad, en la caballeriza del hotel de la ciudad de Big Horn, y la que el juez prevaricador se había llevado ¡vaya...

Pero Steve dominó en seguida su momentáneo abatimiento. De nada servía declararse burlado y no hacer algo. Tomó la blanca mano, veteada de suaves venas azuladas, de Batty Ann, en su manaza recia y callosa, y la estrechó suavemente.

—Muchas gracias, — dijo con esfuerzo. — Ahora lo único que falta es encontrar la montura. ¡Ah! Aguila se encuentra en Helena, fuera del alcance de todo peligro y sin haber sufrido más que las molestias inherentes a todas las vicisitudes por que ha pasado. Va a venir a visitarla por la mañana.

Los ojos de la anciana relucieron de contento. Estrechó los dedos del joven y después, cerró los ojos. Pareció dormirse. Steve llamó con un ademán, a la enfermera.

—Muchísimas gracias, — dijo. — Creo que debo retirarme ya.

La excitación de los pasados días, — la huída del juez Renton y el asalto del tren, — habían hecho que Steve se olvidara del telegrama que había recibido, procedente de aquel mismo hospital. Tampoco había pensado en ella al ver allí a Baty Ann, en su lecho. Pero lo recordó en aquel instante y, volviéndose, agregó:

—Dicho sea de paso, enfermera, ¿sabe que yo creía que la pobre vieja había desaparecido? Hace pocos días hice un telegrama, desde Big Horn, y recibí una respuesta que me puso muy nervioso. Sin embargo, con las cosas que han sucedido últimamente, lo había olvidado. ¿Cómo fué posible que desapareciera de aquí Batty Ann? En todo caso, si desapareció no pudo ir muy lejos, con seguridad.

—¡No! ¡Pobre anciana! — dijo la enfermera con piadosa sonrisa. — No fué muy lejos. Parecía tan empeñada en ver al "hijo de John Emberton", que una tarde, al anochecer, durante una de mis breves ausencias, se levantó, se envolvió en una manta, y salió de la sala. En aquel momento precisamente, llegó su telegrama preguntando por ella, y el portero, que estaba fastidiado porque había salido sin que él la viera, se asustó y dió al empleado del escritorio la respuesta que se le telegrafió a usted. Sin embargo, la enferma no había hecho más que salir a los jardines donde la encontramos cinco minutos después. Fué un caso lamentable. El portero casi fué despedido por haberle dado al empleado la respuesta sin consultarme. Pero todo terminó bien, felizmente.

—Sí, — dijo Steve, — terminó bien para Batty Ann. Pero yo, cuando recibí el despacho pensé, en el primer momento que pudiera haberse producido alguna acción criminal, aun cuando me decían que eso no era materialmente posible. Yo debía haberme convencido en seguida de que no podía haberle pasado nada grave pero cuando se encuentra uno, como me he encontrado yo, durante unos días, rodeado de traiciones, asaltos y todo género de atrocidades, se desconfía sin querer. ¡Bueno... todo pasó ya!... Buenas noches, enfermera.

Salió del Hospital Central y regresó al hotel donde estaban su padre y Billy Steele. Los dos se hallaban todavía en el salón de fumar, y ambos le miraron interrogativamente. En el rostro de Emberton el buscador de oro, se notaba grandísima ansiedad.

—¡Bueno! ¿Dónde está ese testamento? — preguntó Billy Steele; y John Emberton pareció hallarse pendiente de la respuesta de su hijo a esa pregunta.

—Por lo que puedo saber en este instante, — dijo Steve con amarga sonrisa, — su excelencia el juez Renton, prevaricador y canalla en todos los sentidos, estará dormido en medio de algún espeso bosque con la cabeza apoyada sobre el documento.

—¿Qué quieres decir con eso, hijo mío? — preguntó rápidamente el buscador de oro. — Acaso que...

Steve no le dejó seguir y contó rápida-

mente lo pasado. Cuando hubo concluído, Billy Steele movió la cabeza pensativo. John Emberton bajó la frente, apoyando la barba en el pecho tristemente.

Hay un detalle favorable para tener en cuenta, — dijo Steele con tono tranquilizador, — y es que el juez Renton no va a tardar mucho en ser detenido. Le prenderán en cuanto Hodge haga que la policía salga en su busca. Y cuando le prendan, usted podrá reclamar su montura.

Era sensata esa manifestación, pero no logró reconfortar a ninguno de los Emberton. Steve trató des onreir pero no lo logró, así que se puso de pie de improviso y se retiró a su dormitorio. Se metió en seguida en la cama y no tardó en dormirse.

A la mañana siguiente, cuando bajó de su cuarto a la hora del desayuno, se encontró con Aguila Gray en el comedor. La joven le saludó sonriente y él se sentó en la misma mesa en que estaba ella. Sentíase muy tímido y apocado junto a ella, así que no le dijo nada sobre el testamento y el sitio donde estaba escondido.

Después de desayunarse se encontró con Steele, que ya lo había hecho mucho más temprano y volvía de dar un paseo por las calles de Helena.

—¡Bueno! — dijo Billy. — Me parece que he pensado mucho sobre lo del testamento. Siempre se ha dicho que la vieja Batty Ann estaba medio chiflada, ¿no es cierto, Me parece, teniendo eso en cuenta, que algo quería decir cuando, en la primera ocasión en que prometió lo del testamento, dijo, que si usted detenía a Basnett y lo hacía comparecer ante la justicia, le proporcionaría "algo" que le haría hallar el testamento. ¿No es posible entonces que en la montura esté ese "algo" por lo cual se ha de hallar el testamento y no el mismísimo papel?

—Tal vez, — dijo Steve fruciendo el ceño.

—¡Bueno! entonces, si el documento no está en la montura y sólo hay un papel que dice donde está, hay que buscarlo donde sea posible que estén aún cuando se tenga el papel. En verdad no se ha buscado como es debido en la cas del ranch, y yo en su lugar, no me daría por satisfecho sin antes haber revisado todo aquello a mi gusto. ¿Cuándo volvemos a Big Horn?

—Supongo que lo más pronto posible, — dijo Steve. — Nada nos detiene aquí. No nos necesitan como testigos para el proceso del asalto del tren, así que creo que podemos tomar el primer coche convoy que salga.

El próximo tren para Big Horn salía, según se enteraron, dentro de dos horas. John Emberton tenía que tratar de negocios con una empresa de ingenieros de minas que había ofrecido ocuparlo en recorrer cierta zona del estado, estudiando el terreno. Por lo tanto no regresaría con ellos a Big Horn. Aguila se se quedaría en Helena hasta que Batty Ann se hallara suficientemente bien para poder salir del hospital. En consecuencia, los dos compañeros y amigos tomaron, solos, el tren para Big Horn.

Después de cinco horas de traqueteo descendieron del convoy en la estación de la pequeña ciudad ganadera. Fueron en busca de su caballos que estaban en la caballeriza del hotel. Diábolo demostró mucha alegría al ver a su patrón. Cuando Steve hubo echado la montura sobre su reluciente lomo negro, volvió a sentir que no se le hubiera ocurrido usar, en lugar de aquélla, la de Shaver Morley le había regalado y que había usado siempre menos en aquella ocasión.

Llegaron al ranch de la Doble Herradura, después de haber recorrido el trayecto al galope tendido, cuando ya se acercaba la noche.

Jacke Collinson y los demás cowboys oyeron con sumo interés el relato que hicieron los dos amigos del asalto del tren y de la fuga de Simón Basnett y Ramón Pascales.

Nadie había hallado nada, naturalmente, que pudiera orientar las pesquisas en busca del juez Renton. Steve fué el que les interrogó a este respecto.

—Bien, — Dijo Jake Collinson, — me parece que Basnett es un tipo tan escurridizo que al más vivo se le escapa de las manos. ¡Quién hubiera podido pensarlo! He sido durante una porción de años capataz del ranch de ese hombre y durante ese tiempo ha hecho sin saberlo yo, una doble vida, ganadero por un lado, ladrón de ganado y bandido por otro. ¡Si es algo parecido a lo que se vé en las películas! ¿Y ahora qué haremos.

Creo, — dijo Steve, — que es mepor proseguir los trabajos del ranch como si estuviera aquí el patrón.

Entonces, por primera vez, habló a Jacke Collinson del testamento desaparecido y de las esperanzas que tenía su padre de llegar a ser algún día, patrón de Jake.

¡Cuanto antes mejor! — exclamó Collinson cuando Steve hubo terminado su relato. —Por mi parte le aseguro que vigilaremos por si damos con el juez Renton y recomendaré á los muchachos que se apoderen de la montura en cuestión donde quiera que la vean. Creo que todo el estado de Montana conoce esa montura por sus adornos hechos con monedas de medio dólar.

El trabajo del ranch prosiguió como de costumbre durante el siguiente día pero ni Steve ni Billy Steele salieron al campo a arrear el ganado disperso. Emplearon el día buscando a conciencia dentro del chalet del patrón. Revisaron menticulosamente el cuarto que Simón Basnett había utilizado como escritorio u oficina. Había allí, en medio, una enorme mesa escritorio de roble. Esa mesa tenía, como Steve recordaba habérselo oído decir a Batty Ann, algunos cajones secretos, pero no encontraron nada en ellos. Mientras Steve revisaba el escritorio, Billy dedicaba su atención á una pequeña caja de hierro.

De pronto Billy lanzó una exclamación de asombro.

—Steve, — dijo Billy, — ¿ha entrado alguien en esta oficina durante nuestra ausencia?

—No lo sé, — dijo Steve levantando la vista del escritorio, — ¿por qué?

—¡Bueno! — dijo Billy. — Pues la última vez que estuvimos aquí, usted recordará, cuando Dawson y su gente buscaban algo que les dijera hacia dónde se había ido Basnett,

yo miré esta caja de hierro y había en este cajoncito dos cosas que ya no están aquí. Nada más.

—Pues yo cerré la puerta de esta habitación, lo recuerdo bien, la última vez que estuve. ¿Qué es lo que falta de ahí?

—Aquí estaba el talonario de cheques de Basnett, en este cajoncito, — dijo Billy. — Además había unas gafas azules, de las que él lleva, y sin las cuales no ve en las noches de luna.

Steve silbó, impresionado por aquello.

—Pero... Entonces, Billy, la desaparición de esas cosas indicaría que...

—Indicaría que el bandido de Basnett estuvo aquí la pasad noche. Nada más, — dijo Steele. — Necesitaba sus cosas y vino a buscarlas. Lo raro ha sido que no le oyera nadie ¿eh?

—¿Para qué puede servirle el talonario de cheques en la situación en que se halla?

—No sé, — gruñó Billy. — Pero... El tenía su dinero en el Banco, en Big Horn ¿no? Evidentemente anda rondando por estos contornos, por ahora. No debe querer irse de aquí sin dinero y está en condiciones de poder girar un cheque bastante sabroso, contra el Banco donde tiene los fondos. Pero si se presenta allí con el cheque, la gente del Banco le entregará al sheriff. Entonces...

Se fijó más detenidamente en el resto de la habitación, tratando de ver si faltaba algo más. Billy tenía la vista como la de un indio cuando se trataba de buscar rastros. Vió muchas cosas que Steve hubiera pasado por alto.

Había una tenue capa de polvo, en el piso, cerca de la estufa y en esa capa de polvo estaban marcadas unas huellas de pisadas. Billy las examinó detenidamente; después sin decir una sola palabra, salió del a casa y comenzó a examinar el piso de la galería. Luego examinó el suelo, en la parte de fuera, en el patio central.

Al cabo de un rato volvió al sitio donde estaba Steve, con los ojos relucientes de entusiasmo.

—Anoche estuvieron aquí dos hombres, Steve, — dijo. — Ahí, en el polvo, hay huellas de las pisadas de dos personas. Una de ellas llevaba botas de montar de punta estrecha y tacos altos. ¡Ese era Basnett, apostaría cualquier cosa! Le acompañaba uno con botines de punta ancha. Fuera, cerca de la puerta, se ven huellas de los cascos de dos caballos. Uno de los caballos puede ser de cualquiera, pero el otro tiene una herradura circular.

—¿Y qué? — preguntó Steve. — Suponiendo que Basnett haya venido aquí, lo lógico es que no viniera solo. Con seguridad le acompañó uno de sus cuatreros.

—El caballo ruano de la señorita Aguila tenía puesta una herradura redonda, — dijo Billy, — y en ese caballo se escapó el juez Renton cuando se llevó su montura, recuérdelo bien, la misma que, según la vieja Batty Ann, tiene dentro el testamento.

Steve sintió que se le aceleraban los latidos de su corazón.

—¿Es posible que usted crea que los dos, Basnett y Renton, se han reunido para trabajar juntos? — preguntó.

—¿Y por qué no? Eran "uña y carne" hace mucho tiempo, — dijo Steele. — Pero óigame, amigo. Si no le gusta la idea, no me haga caso, pero oiga. Es esto: Basnett se propone limpiar su cuenta con el Banco. Entregará un cheque por el saldo a su favor y para eso ha venido en busca del talonario. Pero no va a presentarse en el Banco, en pleno día, a las horas de oficina. Procederá con la mayor cautela. Probablemente irá de noche, a eso de las doce. El gerente del Banco de Big Horn duerme en la casa del Banco. ¿Qué dice usted ahora?

—¿Cree usted que va a robar el dinero del Banco? Tal vez que ya lo hiciera anoche, — dijo Steve.

—No estoy seguro de que sea robar el ir a un banco y sacar un dinero propio dejando su correspondiente cheque, — dijo Billy. — Pero tiene que haber dificultades en lo de presentar el cheque, dada la situación en que se halla Basnett actualmente. En suma, que lo que yo creo es esto: si Basnett va al Banco a buscar su dinero, y si el juez Renton anda ahora por la llanura junto con Basnett, lo lógico es que Renton ande con Basnett cuando éste vaya a "cobrar" el cheque. ¿Comprende? ¡Y Renton monta un caballo que lleva la montura de Shaver Morley... así que no digo más.

—¡Ya comprendo lo que usted cree posible! — dijo Steve muy excitado.

Era aquella otra de las suposiciones aventuradas de Billy Steele. Pero las supociones de Billy aún cuando parecían novelescas, a veces solían resultar exactas con mucha frecuencia. Steve comenzaba a tener fe en ellas. Billy tenía una intuición especial para esas cosas.

—¿Le parece que debiéramos ir a Big Horn y encontrarnos cerca del Banco durante la noche? — añadió Steve.

—¡Bueno! — dijo lentamente Billy.—Una noche al aire libre no puede hacer daño alguno yen cambio puede ser que nos haga encontrar lo que buscamos, replicó Billy Steele.

SE ENCUENTRA LA MONTURA DE SHAVERD MORLEY

BRILLABAN los ojos de Steve Emberton, llenos de esperanza y animados de enérgica decisión. Tendió la mano y estrechó efusivamente la de su amigo y camarada Billy Steele.

—¡Es usted un excelente compañero, Billy! — exclamó. ¿Vamos a Big Horn esta misma noche?

—Yo estoy seguro de que voy a ir, — dijo Billy Steele. — Además de la cuestión de la montura que le robaron a usted, queda todavía por cancelar la cuenta del viejo Basnett.

Fué cerca del edificio del Banco, en Big Horn, donde Billy Steele y Steve Emberton se acurrucaron aquella noche, después de haberse enterado de que Basnett y el juez Renton habían estado en el ranch.

Sin que los dos camaradas lo supieran, otra figura estaba acurrucada, atisbando des-

de las profundidades de otro sitio tenebroso, a menos de doce yardas de donde estaban los jóvenes.

Esta figura miraba tranquilamente hacia un espacio iluminado por la luz de la luna; tenía las manos ocultas en las mangas de la larga blusa azul que llevaba puesta. De su cabeza pendía una larga trenza y cualquiera que hubiese podido aproximarse lo suficiente para mirarle el rostro, hubiera notado que una extraña sonrisa contraía los labios de aquel hombre, mientras atisbaba.

Eran ya cerca de las doce y media cuando Billy le tocó el brazo a Steve y se inclinó hacia adelante, en la actitud del que escucha. Steve escuchó también y hubiera jurado que era el paso de caballos que se acercaban. Se oyó más reciamente. Los dos compañeros se retiraron más hacia la oscuridad y esperaron vibrantes de impaciencia.

Poco después dos jinetes guiaban sus caballos hacia los fondos del edificio del Banco. Cuando los dos jinetes pasaron por delante del sitio donde estaban acurrucados y silenciosos, Steve y Billy, éstos lograron distinguir algo que relucía a la luz de la luna.

—¡Las gafas azules de Basnett! — murmuró Billy.

Los dos jinetes habían detenido la marcha de sus corceles y estaban apeando sin hacer ni el menor ruido. No estaban ni a veinte pasos de Steve y Billy. A la pálida luz de la luna pudieron verlos con bastante claridad.

Reconocieron la figura de Basnett, y los anteojos azules que tenía puestos. También reconocieron la caprina barba del compañero de Basnett, el prevaricador juez Renton, así como reconocieron el caballo que éste montaba.

—¡Renton le acompaña! — manifestó Steve en voz baja. — ¡Y monta el caballo ruano! ¡Sí! Me parece haber visto brillar los adornos de plata de la montura del ruano... Dígame Billy...

Billy le tomó de un brazo advirtiéndole que no convenía que hablara, pues en su entusiasmo, expresándose más ruidosamente demasiado, expresándose más ruidosamente de lo que convenía para la seguridad de ambos, por el momento.

Basnett soltó la rienda de su caballo mientras se dirigía a la puerta de la casa del Banco y movía la manija procurando abrirla. Después se dirigió a una de las ventanas del fondo, y el juez Renton le siguió. Los dos pillastres desaparecieron entonces de la vista de los dos jóvenes.

—¡Ahora! — dijo Billy en voz baja. — Ha llegado el momento de asegurarse la posesión de la montura. Vaya usted y apodérese de ella. Esto, primero de todo.

Steve abandonó el escondrijo y la oscuridad y se dirigió hacia donde estaba el caballo ruano. El cuadrúpedo le reconoció y relinchó suavemente, bajando la cabeza y metiendo el hocico debajo del brazo del muchacho. Steve lo acarició durante unos momentos. Después, rápidamente, como sólo puede hacerlo el que tiene grandísima experiencia, levantó el mandil de la montura, — que era efectivamente la de Shaver Morley, sin duda alguna, — y desató la cincha. Unos segundos después tomaba la montura por el pomo delantero y la sacaba del lomo del caballo. Con rápido paso la llevó inmediatamente a un sitio oscuro y ocultó su montura donde no iban a poder encontrarla por mucho que buscaran aquella noche.

Se oyó entonces un ruido de vidrios rotos. Resonó a los fondos del Banco. Steve corrió hacia aquel sitio y se unió a su compañero que se hallaba pegado a la pared, atisbando. Basnett con el revólver tomado por el caño, había hecho trizas, deliberadamente, a golpes de cluata del revólver que tenía en la mano uno de los vidrios de una de las ventanas del Banco, esperando, sin duda que no oyera el ruido nadie más que el gerente del Banco, que vivía en el mismo edificio de la institución.

El ganadero metió la mano por el hueco del vidrio roto y movió la falleba para abrir las hojas de la ventana. En el mismo momento apareció dentro del edficio una silueta humana, que encendió una luz y se aproximó en seguida a la ventana, valerosamente. Basnet podía haber hecho fuego en aquel momento, dando muerte al joven gerente, pues era él. En cambio, aun cuando, — si las suposiciones de Billy eran acertadas, — necesitaba del joven gerente para realizar la combinación que se había propuesto. Basnett avanzó sus terribles manos por la rota ventana y un instante después había tomado al gerente por el cuello. El joven no hizo más que lanzar un gemido. Se quedó inmóvil y Basnett sonriendo malignamente, le puso, o mejor dicho le dejó caer al suelo.

Basnett penetró en la casa por la ventana. Billy Steele se acercó un poco más. El juez Renton se quedó del lado de fuera, sin duda con la misión de vigilar. Pero su vigilancia, no pudo sey muy eficaz, pues no vió nada ni oyó nada hasta que, de improviso, sintió que algo le oprimía fuertemente la espalda. Era el caño del revólver de Steve Emberton. En el mismo momento la otra mano de Steve le tapó la boca al mal juez mientras el joven inglés le decía por lo bajo y al oído algunas pocas, pero expresivas palabras de advertencia, ordenándole el más completo silencio.

Billy Steele se arrastró hasta llegar a la ventana y miró hacia el interior del Banco. Sin embargo antes de que pudiera meterse por ella, tras Basnett, una silueta humana que se movía con vertiginosa rapidez, pasó junto a él y le dió un empujón que le hizo tambalear durante unos segundos. Después la misma silueta, con una agilidad verdaderamente maravillosa, pasó por el hueco de la ventana. Al pasar murmuraba algo en voz baja, algo imperceptible y de extraño sonido. Billy, pasado el instante de aturdimiento que le produjo tan inesperada irrupción, se dispuso a pasar a su vez, por la ventana, y entrar en el Banco. Pero antes de que pudiera hacerlo se oyó un grito, algunas palabras pronunciadas en idioma chino, seguidas de un juramento y varias palabrotas dichas por la sonora voz de Basnett y de un estampido de revólver.

Billy Steele pasó, por fin, por la ventana y entró en la casa revólver en mano. Steve,

que tenía prisionero al juez Renton, no pudo correr tras de su compañero como lo hubiera deseado. Esperó del lado de fuera durante unos momentos. Oyó la voz de Billy entre los ruidos que llegaban del interior y no quiso esperar más.

Un momento después se oyó un grito más fuerte que todos los anteriores y otro ruido de vidrios rotos.

Un cuerpo pesado salió, proyectado por fuerza remenda, por la ventana. Le siguió un hombre vestido de larga blusa azul que fué a caer encima del primero, de un hombre que había dado en el suelo como puede dar una bolsa medio llena arrojada de alto, y se quedó allí, inmóvil, gimiendo.

Basnett había sido arrojado por la ventana, desde el interior del Banco a la calle, con fuerza hercúlea. Hop Wing, — el chino cocinero del ranch de la Doble Herradura, — que era quien le había arrojado, había saltado tras él, cayendo de pie sobre su enemigo.

—¡Suéltelo, Hop! ¡Déjelo! — gritó Steve soltando al juez Renton por un instante.

Pero Hop Wing le hizo a un lado, espantándolo como si no se tratara más que de una importuna mosca.

Steve retrocedió tambaleándose, tal fué el empellón que le dió el chino.

Entonces Hop Wing se inclinó de nuevo, agachándose con los brazos tendidos y tomó en ellos a Basnett como si se hubiera tratado de un niño.

Con Basnett en brazos corrió hacia el sitio donde el ganadero ciego y el juez Renton habían dejado sus caballos hacía pocos momentos.

Antes de que Steve pudiera agarrar al chino, antes de que Billy Steele pudiera salir por la ventana, Hop Wing había echado a su enemigo por encima del pomo de la montura del caballo en que había venido Basnett y había montado en un brinco. Los pies, calzados con zapatillas de fieltro, del chino, golpearon los hijares del caballo y aun cuando Steve hizo un desesperado esfuerzo, procurando agarrar al chino por su flotante ropa, no alcanzó su propósito y el caballo, con su doble carga, volvió grupas a la ciudad y se perdió en la oscuridad de la noche galopando a rienda suelta.

Billy Steele corrió hacia donde estaba Steve. Entonces, como el juez Renton se encaminara hacia donde estaba el caballo sin montura, el canadiense corrió hacia él y tomándolo por el cuello, le obligó a detenerse inmediatamente.

—¡No se vaya usted, amigo! ¡Le tenemos cazado y esta vez, grandísimo pillastre, no se va a escapar! ¡No intente resistirse si no quiere tomarle el sabor a lo más amargo! ¡Para usted ha terminado la función! — dijo con su locuacidad de siempre.

Steve volvió a hacerse cargo del anonadado juez, y un cuarto de hora después despertaban al sheriff, que sólo había sido herido levemente en el asalto del tren, y los dos amigos le hacían entrega del prisionero.

—¡Puede ponerlo en rejas! — dijo Steve al sheriff. — El señor Hodge, el "attorney" del distrito tiene que acusarle de algunos delitos, así que téngale usted en una celda de seguridad porque el tipo, aun cuando adopta ese aspecto de infeliz y de desesperado, es de aquellos a quienes les gusta escabullirse en cuanto pueden hacerlo. Enciérrelo, sheriff, y mande buscar al abogado Hodge. Creo que ya ha regresado de Helena.

El sheriff Dawson, después de todo lo sucedido, miraba con demasiado respeto a Steve para atreverse a desoír sus indicaciones. Se hizo cargo del juez Renton, gruñó algunas palabras de amenaza y se fué con él, camino de la Casa de Justicia, donde estaba la cárcel de Big Horn.

Steve le acompañó pero no estuvo con el sheriff más que el tiempo necesario para contarle lo que había pasado en el Banco. En seguida regresó a donde había quedado Billy.

Penetró en la cas del Banco por la ventana del fondo y se encontró a Billy Steele conversando con el gerente que estaba sentado, acariciándose, quejumbroso, el cuello.

—¿Todo va bien? — preguntó Steve Emberton.

—¡Sí! — contestó el gerente. — ¡Pero qué modo de apretar! Así que era Basnett ¿eh? ¡Pues me parece que venía a robar el dinero del Banco y no a cobrar un cheque! Pero ustedes hicieron fracasar esa combinación. Les agradezco mucho ya ayuda que me han prestado. ¿Cómo fué que se encontraban ustedes tan cerca? ¿Qué hacían por estos lados a estas horas? ¿Sabían ustedes algo sobre lo que iba a suceder?

—Adivinamos que tenía que pasar algo, — dijo Billy sucintamente. — Si quiere hacernos un favor, no vuelva a la cama ahora en seguida. Steve, mi amigo tiene algo, metido dentro de una montura que con seguridad desea dejar en poder de usted, para que lo guarde en la caja fuerte, porque es de mucho valor.

Steve volvió a salir. Poco tardó en encontrar la montura de Shaver Marley en el sitio donde la había escondido. Entró con ella en el Banco donde habían encendido luces.

Entonces, mientras el gerente del Banco miraba sorprendido, y Billy con mal disimulada ansiedad, observaba, Steve sacó del bolsillo la navaja y comenzó a cortar el cuero del forro de la montura. Cuando hubo hecho un hueco suficientemente grande, metió la mano y sus dedos se abrieron paso por entre la estopa del relleno.

De pronto lanzó un grito de satisfacción y sacó algo de dentro de la estopa del relleno. Era un sobre largo, amarillo, manchado por el sudor de los caballos, pero inconfundible.

En el sobre aquel, de un lado, se leía lo siguiente:

"Ultima voluntad y testamento de Jasper Browning, soltero, del ranch de la Doble Herradura, Big Horn, estado de Montana, Estados Unidos de América del Norte".

Steve leyó lo escrito. Después rasgó el sobre, recorrió rápidamente el contenido del testamento.

Sentía en aquel momento el joven Steve Emberton que el corazón le latía dolorosamente. Al cabo de un rato, con el rostro muy pálido, alzó la vista y su mirada se cruzó con la de su camarada Billy Steele.

—Ya está... El testamento está tal como lo esperábamos. — balbuceó. — Es un tes-

tamento redactado en debida forma, con sus testigos y sus firmas. Dejó todo cuanto poseía, incluso el ranch, con todo su ganado, a mi padre.

—¡Bueno! — dijo Billy. — Entonces entregue el documento al señor gerente para que lo guarde en la caja de hierro hasta que se lo pidan.

En aquel momento volvió a oirse ruido estruendoso de pisadas de caballo.

Los tres se dirigieron rápidamente a la puerta del Banco, que el gerente abrió de par en par. Un caballo llegó corriendo hasta la puerta y se detuvo en seco. Aquel caballo llevaba doble carga.

Se oyó un grito salvaje. Una de las personas que iban en el caballo levantó a la otra, — que parecía estar desmayada, — por encima de su cabeza, con ambos brazos.

—¡El mató cruelmente, cobardemente, a mi hijo! ¡Mató a mi amado hijo! — gritó el que estaba montado en el caballo.

Entonces, con un esfuerzo vigoroso arrojó de sí al otro, de modo que fué a caer en los escalones de entrada de la puerta del Banco. Allí quedó hecho un montón, horrible, ensangrentado.

Al mismo tiempo, el jinete pareció desmayarse y casi en seguida cayó del caballo y rodó por el suelo. El caballo que les había traído ,libre ya de su carga, se volvió y se alejó galopando, perdiéndose en la oscuridad de la noche.

Steve se inclinó a entrar al hombre caído a sus pies. Era Basnett, y Basnet estaba muerto. En cuanto le dirigió una mirada se dió cuenta de ello. El joven inglés se estremeció al pensar en cómo debía haber muerto. Sabía perfectamente lo que debía haber sucedido.

Billy Steele se había inclinado hacia el otro hombre. Era Hop Wing que estaba allí, boca arriba, con los ojos cerrados, con las manos unidas y ocultas en las anchas mangas de su larga blusa azul.

No estaba muerto, aun cuando bastaba mirarle una sola vez para comprender que estaba a las puertas de la muerte.

Y mientras los dos compañeros miraban a aquellos dos, al muerto y al moribundo, llegó, a caballo el sheriff Dawson acompañado de dos jinetes más.

Antes de que pudiesen entrar al muerto y al moribundo dentro de la casa, Hop Wing abrió los ojos durante un segundo y su mirada se cruzó con la de Steve Emberton. El chino se sonrió sumisamente y movió la cabeza.

—El patrón Basnett era un hombre muy malo, — balbuceó. — ¡Muy malo! ¡Adiós, señor Steve!

Un instante después los ojos de Hop Wing se cerraban para siempre y sus horribles y terribles dedos de acero volviéronse tan inofensivos como habíanse vuelto los de Basnett.

* * * *

—¡Sí! — dijo el abogado Hodge, el "attorney" del distrito, — el testamento está en orden y nadie puede discutir su valor como documento público. Lo mejor será que ustedes tomen posesión del ranch inmediatamente. Son muchos los trámites y las formalidades que hay que realizar y cumplir, pero no hay absolutamente nada que temer. No necesito decirles de lo contento que estoy.

Steve le tendió la mano. Los dos se dieron un cordial apretón.

—Como es lógico, todos los trámites legales quedan a cargo de usted, amigo Hodge, — dijo. — En un tiempo me hice la ilusión de que iba a llegar a encontrar el testamento en perfecto orden y nada más. En cambio ha habido que pasar algunos trabajos ¿eh? Ahora, lo que voy a hacer es ir, hoy mismo, a Helena, buscar allí a mi padre y a Aguila Gray. ¡Qué satisfacción va a tener mi padre cuando se entere de la feliz conclusión de la busca del testamento! ¡Billy vendrá conmigo a Helena!

—Me está pareciendo, — dijo Billy Steele como gruñendo, — que yo estoy paseando demasiado con usted y no trabajo nadá. Usted me paga para cuidar el ganado y no para andar por ahí paseando con el hijo del patrón.

—Usted va a ser asociado nuestro, amigo, — dijo Steve tranquilamente. — Mi padre insistirá en ello.

—¡Bah! — gruñó Billy Stele. — Eso no es posible. ¿Qué dirían los otros compañeros al verme de patrón? ¿Patrón yo? ¡Bah! ¡No es posiblé! ¡No y no!

—Pues tendrá que ser, — dijo Steve con firmeza. — Una cuarta parte del ranch será para usted. Así tiene que ser.

* * * *

Los dos compañeros vieron a John Emberton aquella misma noche en Helena. No hay que decir que el viejo Emberton sintió grandísima satisfacción al saber que, por fin, había llegado a ser suyo lo que durante años había estado en manos extrañas y sin verdadero derecho a su usufructo.

—He visto a Batty Ann hoy, — dijo John Emberton cuando terminaron las felicitaciones y cuando Steele hubo, por fin, admitido entrar en sociedad. — Ahora la he recordado. Se casó con un cowboy del ranch cuando yo estaba allí. La ayudé una vez... ¡cosa de poca importancia!... y ella lo recuerda agradecida. Ha quedado en ir a vi-

LEA USTED EN EL PROXIMO NUMERO

"LA COLETA DE HI-WING-HO"

ELECTRIZANTE CUENTO INEDITO DE SAX ROHMER

vir en el ranch en cuanto se reponga, a ejercer el cargo de ama de llaves.

Steve inclinó la cabeza aprobando esa determinación. Sabía que su padre tenía algo más que decir pero sentía cortedad y no se atrevía a mencionar ese tema.

—Como es lógico, — prosiguió John Emberton después de una breve pausa y guiñando maliciosamente un ojo. — Aguila Gray irá también al ranch. Hace falta alguien que ayude al ama de llaves ¿no es cierto? Ha prometido ir después que haya descansado dando un paseo por el Este, y visitando a unos parientes. Le conviene cambiar de ambiente por unos meses porque todo lo de acá se halla ligado, en su memoria, a recuerdos muy ingratos y muy dolorosos. Pero es todo un carácter enérgico y no tardará en dominar el dolor que le ha causado el darse cuenta de que su padrastro era un bandido y un ladrón de lo peor. Vamos a ver ¿cuántos años tienes, Steve?

—Diez y nueve, — dijo Steve poniéndose colorado hasta las orejas. — Demasiado joven para pencar en lo eu está usted pensando, papá. Además Billy Steele y yo no hemos pensado en retirarnos de la vida activa por el momento ¿no es cierto, Billy? Yo deseo correr mundo y ver mucho más de lo que he visto, antes de dedicarme a mi hogar. ¡Por el momento no podemos pensar más que en nuestro trabajo: estamos muy ocupados, tenemos mucho que hacer, nosotros dos, los "socios jóvenes" del ranch de la Doble Herradura!

Fin de "EL RANCH DE LA DOBLE HERRADURA"

En el número 159 de este magazine aparecerá la novela policial:

UN MILLONARIO EN PRESIDIO

en la que Sexton Blake y Tinker vuelven a verse en guerra con León Késtrel el "maestro en disfraces."

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses . . .	$ 2.50
6 " . . .	" 4.80
1 año.	" 9.—

EL ALMA HUMANA Y EL CREADOR DE SHERLOCK HOLMES

—ooo—

LA SUPERVIVENCIA DEL ALMA SEGUN SIR ARTHUR CONAN DOYLE

Las opiniones del gran novelista inglés sobre los fenómenos del espiritismo.

LA indiscutible importancia de la personalidad, no solo literaria sino científica, de sir Arthur Conan Doyle, el gran novelista y distinguido médico inglés, el creador del tipo del detective de novela, de ese Sherlock Holmes tantas veces imitado por autores de todos los países, da a su palabra un significado que nadie puede negar. Por esta razón, reproduce hoy "Pucky" las palbras que sir Arthur Conan Doyle dijo a un periodista inglés a raiz de la conferencia que dió en París afirmando la supervivencia del alma humana. Este magazine, al publicar las opiniones del gran novelista, no se manifiesta partidario de las mismas; las publica a título de interesante informacinó por venir de quien vienen, y nada más.

EN el salón de Les Sociétés Savantes, de París, sir Arturo Conan Doyle, el famoso novelista inglés, autor de "Sherlock Holmes", dió una conferencia sobre espiritismo.

Dicho salón, de ordinario poco concurrido, en el que suelen hacer sus ensayos los aprendices de conferenciantes, ofreció aquella noche un aspecto inusitado. Codeábanse rusos con argelinos, indios, asiáticos con negros africanos, alemanes con ingleses. Se hubiera creído uno allí en una Babel, o mejor dicho, con un símil más moderno, en una sección de la Liga de las Naciones.

Figuraban en la concurrencia un gran número de espiritistas y gran número de escépticos, atraídos por el misterio...

De pronto apareció en la plataforma un gigante, ancho de espaldas como un atleta. Destácase un bigote blanco sobre un rostro sanguíneo de hombre de sport. Pero dos ojos azules, de una limpidez celeste, iluminan aquella fisonomía robusta.

Como por encanto se acallan los rumores de la sala. El gigante se expresa en un francés lamentable, con fuerte acento británico.

Afirma su fe en la supervivencia, predica fogosamente "la nueva revelación". Invita a los espectadores a luchar contra el materialismo y a sostener hasta el fin el combate de la humanidad contra los males que la afligen.

* * * *

CUANDO salía de la conferencia un periodista interrogó al conferenciante:

—Sus novelas nos hacían suponer que era usted todo menos espiritista.

—Cuando terminé mis estudios de medicina, en el año mil ochocientos ochenta y dos, era yo un materialista convencido. "Cuando se acaba la bujía, — decíame, — la luz se apaga". Estaba convencido de que la muerte ponía fin a todo. Tal era mi estado de espíritu cuando los fenómenos espiritistas atrajeron mi atención.

—¿Ha partido usted entonces de un materialismo absoluto?

—¡Claro que sí! Yo me atrevo a decir que los materialistas se dejarán convencer más fácilmente por las ideas espiritistas que los sectarios de una religión cualquiera. Ninguna doctrina anterior perturba el espíritu de los materialistas, mientras que los católicos o los protestantes, por ejemplo, ya tienen el espíritu falseado por explicaciones erróneas.

—¿A qué opiniones le ha conducido la comprobación de esos fenómenos?

—Las diversas experiencias que he realizado me han llevado a la convicción de que el alma sobrevive al cuerpo. Por esto, nosotros, los espiritistas, como creemos en un castigo en el más allá de nuestras malas acciones cometidas aquí en la tierra, tenemos plena conciencia de nuestra responsabilidad. "El sentido moral, — agregó, constituye la base de todas las buenas acciones. El materialismo es el mal más terrible que puede caer sobre la sociedad.

"El materialismo, con todas sus corrupciones, reinaba en el mundo en mil novecientos catorce y por eso estalló la guerra con todos sus horrores. La sacudida de la guerra estaba destinada a despertar en nosotros el fervor intelectual y moral. Esto no quiere decir que yo sea enemigo de las religiones en general y del cristianismo en particular. Al contrario, hasta es posible proponer una interpretación de la vida de Cristo, ateniéndose estrictamente a los conocimientos psíquicos más modernos. ¿No está dotado Cristo de un intenso poder psíquico?

"El doctor Wallon, — dijo luego, — en su libro "Jesús de Nazaret', ha demostrado que el lugar en donde realizóse la "transfiguración", la cima de un monte, era el lugar soñado para una manifestación de ese género, como asimismo que el estado de somnolencia de los apóstoles recordaba el de todas las personas de un grupo que contribuyen al poder psíquico. Nadie más que yo admira la vida de Cristo, con sus ejemplos de constante caridad, de amplitud de espíritu, de abnegación, de entusiasmos y de tendencia al progreso.

"Pero usted mismo, ¿no se da cuenta de que las religiones son hoy muy estrechas de horizontes, que se defienden con fórmulas vacías y que su poder decrece por empeñarse en no evolucionar? El cristianismo ha sufrido también las consecuencias de la hecatombe europea.

"Y cuando la religión flaquea, — exclamó, — es cuando el materialismo se hace mucho más activo. Estoy persuadido de que el espiritismo, o, mejor dicho, el espiritualismo, podría vivificar el sentido cristiano.

—¿Por qué, pues que se preocupa únicamente de espiritualismo, estudia también esas manifestaciones materiales, como las producciones octoplásmicas, por ejemplo?

—Son sabios metapsíquicos los que se ocupan de esas cuestiones, no yo. Yo creo que desempeñna un papel accesorio. Los diversos fenómenos: materializaciones, levitaciones, escritura automática, etc., son únicamente señales para atraer nuestra atención. El timbre del teléfono no es el teléfono en sí, pues que lo esencial es la comunicación. Hacer consistir el espiritismo en las mesas giratorias es una puerilidad. Todos esos fenómenos al menos, ofrecen su importancia, pues que constituyen hechos demostrativos de la realidad de la existencia del pensamiento. "Yo sé que los muertos viven. Estoy seguro de ello".

—¿En qué país cree usted que el espiritualismo progresará más rápidamente?

—En Francia, sin duda. No olvidemos que Francia es la tierra de Juana de Arco y que Juana de Arco fué un "médium" extraordinario.

Fueron, pues, categóricas las palabras de Conan Doyle. Aquel coloso, de espaldas cuadradas, de sólida mandíbula, de mirada franca, no pertenece a la categoría de los místicos y los soñadores. Es un hombre que razona fríamente, y que con toda seguridad declara:

"Soy de los que no dudan. Con la misma claridad que en la vida he visto los fantasmas de mi hijo y de mi madre, he decidido, de acuerdo con mi mujer, consagrar en adelante todas mis energías intelectuales a luchar contra el materialismo y a arrojar una radiosa claridad sobre el misterio de la vida y de la muerte. He dado por concluída mi labor literaria. No volveré a escribir ni novelas ni cuentos."

BUEN PRINCIPIO

Es un hecho establecido el de que, — dijo el conferenciante, — es un hecho establecido el de que el sol está perdiendo gradualmente su calor y que dentro de sesenta millones de años ese calor se habrá agotado con la consecuencia de que este mundo se muera de frío y quede en las mismas condiciones en que ahora se encuentra la luna.

Se oyó el ruido de una silla que se movía y un hombre de los de la concurrencia, se puso de pie.

—Perdone, señor profesor, — exclamó trémulo dirigiéndose al conferenciante. — ¿Cuántos años ha dicho que faltan para que nos hiera esa calamidad?

—Setenta millones, señor — contestó el profesor.

—¡Ah! Si es así me tranquilizo, — dijo el preguntón volviéndose a sentar. — Yo había creído oír siete millones nada más.

SALVARSE EN UNA TABLA

Jacobo y Serapio eran viejos amigos. El primero hábil y activo, había logrado reunir una fortuna, pero Serapio no había tenido igual suerte.

Un día preguntó a su afortunado amigo el secreto de su prosperidad.

—Mira, — dijo Jacobo, — te lo diré si me pagas veinte pesos. Se económico y cuando hagas algún trato no lo hagas nunca delante de testigos de modo que si te da la gana puedas retirarte a tiempo o deshacer el negocio. Ahora dame los veinte pesos.

Hubo una pausa, después de la cual dijo Serapio:

—¿Nos ha oído alguien hacer el convenio?

—Ni un alma, — contestó Jacobo.

—Entonces, — contestó el rápidamente, — voy a empezar a usar tu sistema contigo. No te pago.

UN CASO EXTRAORDINARIO

LA GOMA

Por ARTHUR B. CECIL

(TRADUCCION DEL INGLES)

Este es un cuento gracioso de verdad, tal como se escriben pocos en el mundo y atrae desde su primera hasta su última línea y ha de ser leído con gusto por los favorecedores de "Pucky" amantes del humorismo.

ON terrible fuerza dió Roberto Warre un puñetazo en la mesa, otro en el botón del timbre, otro en los papeles de trabajo y otro en su propia frente. Luego gritó desesperado:

—¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Ojalá me electrocutasen!

(Para un verdadero estadounidense, el deseo de ser electrocutado, anunciado en alta voz, es la expresión más fea y más repugnante en que pueden disolverse unos segundos de ira.)

A consecuencia de aquella actitud de Roberto Warren ocurrieron dos cosas: primera: que la señorita Gish, la secretaria y actimecanógrafa, se tapó los oídos horrorizada; y segunda, que en la puerta del despacho apareció un ordenanza, reclamado por el timbre de Warren.

La señorita Gish siguió en su postura, mirando al techo durante un buen rato; el ordenanza avanzó hacia Roberto en busca de órdenes. Estas no se hicieron esperar.

—¡Traiga usted goma! — aulló Warren. — ¡Pero traiga usted verdadera goma, que pegue! ¡Hace una hora y diez y seis segundos que pretendo pegar estos papeles y no lo consigo, porque la goma que hay aquí es indecente! ¡Ah! ¡Quisiera que se hundiese el buque! (Juramento groserísimo, que usan mucho los capitanes de navío estadounidenses.)

El ordenanza abrió los ojos mucho, abrió las manos también como si quisiera agarrarse a algo invisible, y abrió la boca finalmente.

—¿Dice usted, — le preguntó a Warren señalando el frasco de goma que éste tenía sobre la mesa, — que esa goma no pega?

—¡No! ¡¡No pega!! — gritó Warren.

—Pues ha pegado siempre, — repuso el ordenanza, impasible.

Warren palideció; no era hombre amigo de que se le contradijese; la señorita Gish, que lo sabía, se tapó aún más los oídos, con espanto. ¿Qué iba a pasar allí? Un ordenanza acababa de contradecir al señor Roberto Warren, presidente del Círculo Gramofónico. Lo que pasó no es corriente en el mundo de las finanzas.

Roberto Warren tomó el frasco de goma, objeto de tantos sobresaltos, y se lo tiró a la cabeza al ordenanza.

Hubo un ¡ay! de la señorita Gish, y, después, unos segundos de angustiosa espera.

El ordenanza permaneció de pie, al lado de la puerta, con las manos en los bolsillos y el frasco de goma pegado sobre el ojo derecho.

—¿Qué le ha pasado a usted? — preguntó Warren.

—Se me ha pegado el frasco, — dijo el otro.

—¿Que se le ha pegado?

—Sí; al ojo.

—Pero no es posible...

Warren se levantó a comprobar: la señorita Gish también.

—¡Es curioso! —. murmuró el primero. — ¡Se le ha pegado el frasco!...

Luego fué llamando a todos los empleados de la oficina y les enseñó el ordenanza. El asombro se pintó en todos los rostros.

—Es extraño... — aseguró el cajero.

—Es muy raro... — confesó el contador.

—Es la primera vez que la goma de la oficina pega, — declaró un escribiente.

—¿Se han convencido ustedes? — exclamó el ordenanza, — de que yo tenía razón?

—En fin, — concluyó Warren, — nos hemos equivocado.

Y tiró del frasco, pero el frasco no se despegaba; tiraron todos; tiraron también los otros ordenanzas y los chicos sirvientes. Por último, despegaron el frasco y cayeron todos al suelo. Alguien intentó levantarse rápidamente y no lo consiguió. En seguida se vió que nadie podía separarse del grupo.

La goma les había pegado como si fuesen hermanos siameses.

Las nueve personas que componían el conglomerado permanecían pegadas unas a otras.

Se hicieron heroicos esfuerzos, a la voz de "¡una!" para lograr la posición vertical. Por fin todos pudieron levantarse, pero quedaron inmóviles en el centro de la habitación.

El primitivo ordenanza, que intentó auxiliarles se pegó a ellos igualmente.

Entonces entró un visitante. Era un hombre de unos treinta años, muy elegante. Se detuvo en la puerta, extrañado.

—¿Qué ocurre aquí?

—Estamos de broma, — explicó Roberto.

—¿De broma?

—Sí. Todos los días quince del mes, para festejar la baja de las tarifas ferroviarias, jugamos a formar grupos escultóricos. En mi niñez yo hacía cuadros plásticos, y les he enseñado esto a mis subordinados.

Pero el visitante no se dejó engañar.

—Ustedes están pegados con goma,—dijo.

—Es tristemente cierto, — gimió Warren.

—Ustedes no pueden moverse.

—Nos es imposible, — musitó la señorita Gish.

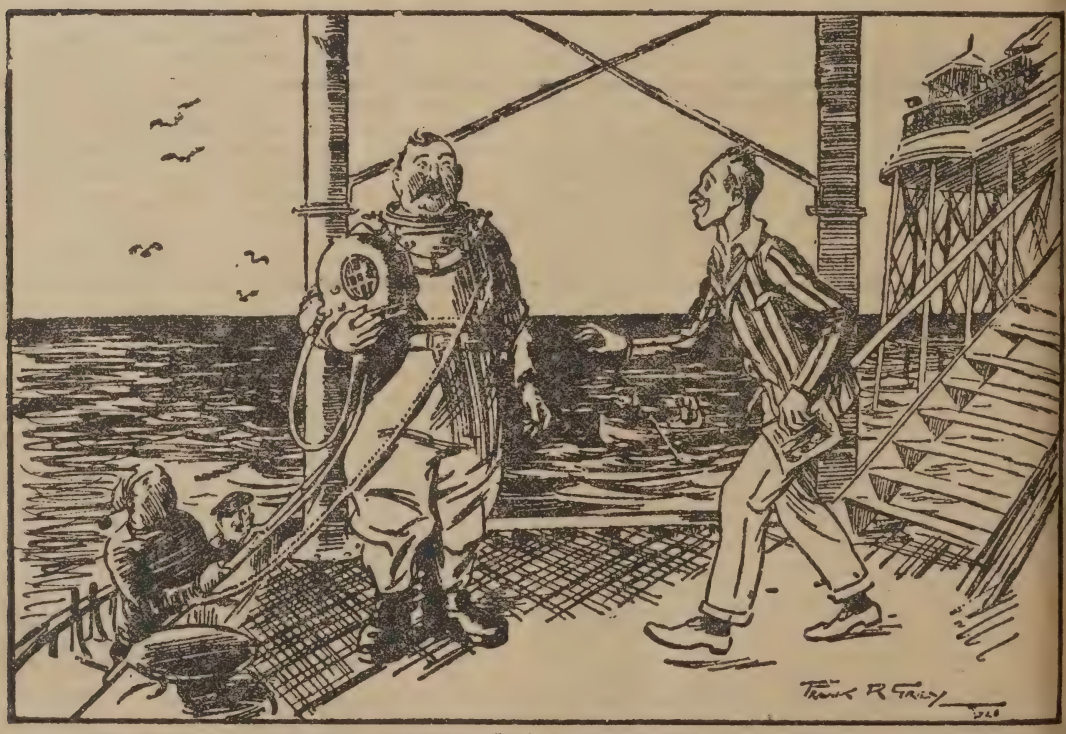
—Pues bien, — resumió el visitante, — un ciudadano estadounidense debe aprovechar la ocasión. Es la enseñanza de Lincoln y de Wáshington. Con el permiso de ustedes...

Se fué y volvió en seguida con doce frascos de goma que había tomado de las demás dependencias de la oficina; vertió todos los frascos sobre el grupo, hasta que éste quedó cubierto por una manta de goma cristalina.

Luego echó en su cartera los 12.000 dólares que contenía la caja del Círculo Gramofónico, y tomó en marcha un autobús del Broadway.

ARTHUR B. CECIL

UN PEDIDO MUY SENCILLO



El veraneante (al buzo encargado de las composturas del muelle): — Perdone, señor; ya que baja usted a lo profundo ¿quiere tener la bondad de ver si encuentra mi dentadura postiza?

UN RELATO INTERESANTE

—ooo—

EL PREFERIDO

Por H. ROSNY

(TRADUCCION DEL FRANCES

Encanta todo cuanto produce la pluma del gran escritor francés que en el cuento breve que va a continuación se muestra tan delicado y tan acertado como de costumbre.

ME pregunta usted por qué quiero más a este niño que a los demás, — me dijo el dueño de la casa en que me hospedaba. — Es que este niño fué el origen de mi felicidad y la verdadera razón de ser de sus hermanos... Sin él no hubiera existido para mí nada de cuanto alegra mi existencia, todo lo que me presenta de agradable y risueño la estructura de esas lagunas y las deliciosas noches estivales que pasamos bajo estos árboles. El fué quien tejió mi vida; mi salvador, mi profeta, mi elegido.

Yo nací dotado de una fealdad extremada y de una timidez que acrecentaba aun el infierno de mi fealdad. La suerte misteriosa me había dado, por añadidura, el sentido y el sentimiento de la belleza en tan alto grado, que no podía enamorarme más que de las muáeres dotadas de los dones de Afrodita.

Así, pues, arrastré una juventud desdichada llena de deseos violntos y de ensueños irrealizables, hasta el punto de creer que mi vida no merecía prolongarse, como no encontrase el hada que quisiera curarme de mi dolencia.

Creía hallarme en el colmo de la desgracia, y sin emargo aun pude ascender en ella algunos grados: en un motín de mozos de café, en el cual me encontré encuelto al atravesar una calle, dos forzudos agentes de policía me acometieron por error o por mala intención, y me estropearon un ojo.

Los mejores médicos no pudieron evitar que mi fealdad se acrecentase notablemente con un ojo de cristal fino, fúnebre, que horrorizaba a los más tolerantes.

El horror y el disgusto por la vida me recluyeron en la soledad, haciéndome meditar día y noche sobre el valor específico del láudano, de la cuerda, del carbón y del revólver.

Una tarde en que la luz del crepúsculo no acababa de extinguirse, oí un rumor al volver la esquina de mi calle. Inmediatamente vi correr una joven con el pelo suelto, densamente pálido y que me pareció encantadora.

Se acercó a mí con los brazos extendidos en ademán de súplica y con expresión de locura en el rostro y me dijo:

—¡Sálveme usted!... ¡Quieren matarme!

Me pareció la mujer más hermosa que había visto en mi vida. No vacilé ni un momento; la hice entrar en mi casa a escape, y yo me quedé contemplando el horizonte.

Sin embargo estaba oyendo resonar unos pasos fuertes y ligeros en la calle, y se presentó de pronto la silueta de un hombre, un campesino alto y fornido, con una podadera en la mano.

Al verme se detuvo, me miró con insistencia, y con voz ronca y sofocante me preguntó:

—¿No ha visto usted pasar una mujer por aquí?

Yo le contestó tranquilamente:

—Sí. Iba corriendo. ¿Por qué la persigue usted?

—Soy su padre... ¡La voy a...!

No concluyó la frase y siguió su camino. No entré en mi casa hasta que cesé de oír el ruido de sus zapatones en la acera.

Encontré a la fugitiva sentada en una silla y temblando de pies a cabeza.

Me acogió con una divina mirada de agradecimiento y de dolor.

Ví que no me había equivocado en juzgarla hermosa como la mujer que más pueda serlo.

—Tranquilícese usted — le dije con toda la ternura de que soy capaz. — No hay nada en el mundo que pueda impedirme que la proteja, sea de quien sea. Nada le he de preguntar a usted respecto a su secreto.

En medio de su espanto, ol oírme no pudo reprimir un gesto de altivez.

—Es usted demasiado bueno, — me dijo la joven, — para que pueda ocultarle la verdad... He tenido la desgracia de confiar en las palabras de un hombre que me prometió casarse conmigo. Voy a ser madre. El se niega a cumplir su palabra y mi padre quiere matarme.

—Ya haremos que se avenga a razones su señor padre.

—Me matará. Es incapaz de perdonar.

La esperanza palpitó en mi pecho como la savia primaveral.

La encantadora condenada a muerte era la exacta figura en que yo había encarnado en mis sueños la felicidad; pero si poseía el encan otde la más delicada belleza, sin duda ignoraba la fragilidad de los caprichos y de las palabras masculinas.

Permanecí un momento indeciso, ansioso de formular mi deseo y temeroso al mismo tiempo de que mi nuevo ensueño fracasase como todos los demás.

Al fin me aventuré a decirle:

—¿La mataría a usted su padre si supiese que tenía otro prometido?

Me miró asombrada.

—Pero, ¿cómo es posible que tenga yo otro prometido? Unicamente podría ser un hombre que se vendiese, y mi padre le rechazaría.

—Mireme usted, — le dije con cierta aspereza, — y dígame si me aceptaría por marido... Pero fíjese bien en mí.

Me miró atentamente y me dijo con cierta sonrisa compasiva e incredula:

—¿Sería usted capaz de cargar con una mujer como yo?

—Tan cierto como que estamos aquí los dos, — añadí con firmeza. — Le propongo a usted el matrimonio... si está usted dispuesta a olvidarse de todo y si mi cara no le parece a usted un obstáculo.

Me vovió a mirar otra vez aún más sorprendida y de pronto, echándose a llorar, exclamó:

—¡Si eso fuese verdad, le adoraría a usted como se adora a Nuestro Señor Jesucristo!

Y ya lo ve usted, — añadió mi huésped: — me casé con la fugitiva y dudo de que el mismo don Juan fuese nunca amado por ninguna de sus víctimas como yo lo he sido de esta maravillosa mujer. Mi vida, que sólo valía lo que una bala o la hoja de un puñal, se ha convertido en un paraíso. Ya ve usted si es natural que quiera más que a los otros a este niño, que ya antes de ver la luz me trajo el milagro de la felicidad.

H. ROSNY.

IMPUESTO PRODUCTIVO

DICE "L'Homme Libre", que un bromista ha sugerido al señor Raúl Peret, ministro de Hacienda de Francia, la idea de un impuesto de grandes rendimientos.

Se trata sencillamente de exigir una contribución anual a todas las mujeres que lleven faldas cortas.

El pretexto sería la razón de hacer pagar a las mujeres la facultad de exponer sus pantorrillas a la admiración pública. La verdadera razón, más razonable, es que tal impuesto no podría menos de ser muy productivo y poco suceptible de fraudes.

Esta forma de contribución, basada en los signos exteriores, no es nueva, sino en la aplicación propuesta. Hay ejemplos en el pasado.

El impuesto sobre la barba se aplicó con gran éxito a los rusos del siglo XVIII, por Pedro el Grande.

En aquella época, la moda de la barba era en Rusia tan general entre los hombres, como ahora es en casi todo el mundo la de la falda corta de las mujeres. El impuesto fué productivo.

Es verdad que en aquellos tiempos no se andaba con bromas en la Santa Rusia. Todo súbdito del zar que tenía barba, estaba abligado a mostrar, al primer requirimiento de cualquier agente de la autoridad, la placa que acreditaba que había pagado el impuesto del año corriente. Si no podía enseñar la placa, se le conducía inmediatamente a la cárcel, se le formaba un proceso, que terminaba por regla general, condenándole a una fuerte multa, y, en caso de insolvencia, se le propinaba una respetable serie de palos.

El impuesto sobre la barba sería poco productivo en la actualidad, puesto que casi todos los hombres que se respetan llevan la cara afeitada, y muchos ni siquiera se dejan el bigote.

CONTEMPLANDO EL MUNDO

Cuentos breves

Por BRUNO STORNI

(Traducción del italiano)

Es Bruno Storni uno de los más distinguidos y sagaces humoristas italianos de nuestros tiempos y "Pucky" ofrece a sus lectores los "Cuentos Breves" de ese escritor como una muestra de ese estilo agil y risueño y del alcance de un espíritu observador.

LA TRAGEDIA DE LA BOQUILLA

El señor Robialto se ha comprado una boquilla preciosa. Le ha costado catorce liras, y está seguro de que en todo Milán no hay una boquilla tan linda ni tan bien tallada como la que él acababa de adquirir.

El señor Robialto se pasea orgulloso, con la boquilla entre los dientes y la mirada colocada en lo alto.

Todos los transeuntes que no van muy engolfados en sus pensamientos, se detienen un momento a contemplar la joya, y algunos tienen para ella palabras de admiración y de entusiasmo.

Esto hace aumentar hasta lo inverosímil el orgullo del señor Robialto, el cual sufre un tormento intolerable cada vez que un cigarrillo se consume, porque semejante consunción le obliga a tirar el pucho y a guardarse la boquilla en el bolsillo.

Sin embargo, en el cerebro del señor Robialto nace una idea: la de encender un cigarrillo con el resto del anterior; hábil estratagema, merced a la cual puede seguir luciendo de un modo casi vitalicio la hermosa boquilla de madera tallada.

Un golpe de tos. Otro. Otro. Otro más. El señor Robialto no puede resistir ya el undécimo cigarrillo.

Entonces lo tira con rabia y sigue recorriendo las calles de Milán con la boquilla sin cigarrillo entre los dientes y la mirada colocada en lo alto...

Un hombre cargado con un baúl, avanza y da un golpe brutal en la cabeza al señor Robialto. Esto no tendría importancia, porque la cabeza del señor Robialto guarda un crecido tanto por ciento de cemento armado, pero, desgraciadamente, la tragedia surge al caer la boquilla al suelo, a causa del golpe.

El señor Robialto recoge los veinticinco pedazos de madera, y está a punto de llorar. Luego hace esta amarga reflexión:

—¡Qué lástima! No es lo peor que se me haya roto la boquilla. Lo malo es que yo sé dónde ha ido a parar el tubo de vidrio para recoger la nicotina, que tenía dentro...

* * * *

LA COMBINACION

El comerciante Lercini es un individuo bastante distraído. Sus distracciones le han dado merecida fama en Nápoles. Yo podría contar algunas de sus distracciones, y seguramente haría reir con ellas a mis lectores, pero la verdad es que no me acuerdo de ninguna.

Me limitaré, pues, a decir lo que le sucedió la noche del martes pasado.

El comerciante Lercini tiene una tienda de bisutería cara; también vende alhajas de elevado precio, pero esto lo hace de un mo-

do oculto, para pagar menos contribución industrial.

Por tales razones, el comerciante Lercini ha puesto en la puerta de su negocio una cerradura que una vez cerrada, no se puede abrir sino es con la ayuda de una combinación numérica.

Son las nueve de la noche del martes pasado. El comerciante Lercini, solo, en su tienda, hace el arqueo de la venta del día. Ha cerrado la puerta de calle para que nadie le moleste.

Cuando acaba sus cuentas, pretende abrir la puerta para irse a su casa, pero la combinación que abre la cerradura ha huído de su memoria, se le ha olvidado. Y Lercini se encuentra preso en su propia tienda.

Durante unos minutos, exprime su cerebro sin recordar la combinación.

Al fin se resigna a no recordarla, y súbitamente alegre, se sienta en una silla, a leer un diario de la mañana.

—¡Bah! — se dice. — ¿Para qué torturarme en recordar la combinación? Esperaré a que vengan ladrones, y ellos abrirán la puerta.

* * * *

POETA PRIMAVERAL

LA Primavera acaba de llegar con algo de retraso, como de costumbre. Dará gusto ver ahora las aldeas de Piamonte embalsamadas por las fragancias de las flores, rodeadas de campos de un verdor lujuriante...

He escrito este párrafo anterior para adiestrarme en la novela cursi, que tanto aman mis compatriotas, y para poner al lector en situación de que comprenda los hermosos cuentos de primavera que he ideado. Sólo disponiendo bien el escenario se pueden representar bien las comedias, y el escenario de mi cuento es un lindo día de Primavera.

El poeta Cassatti, — veinticinco años, tres asignaturas aprobadas en la Facultad de Filosofía, vegetariano, buen tino, — se pasea por un parque público componiendo un poema a la Primavera. Ya tiene las primeras estrofas escritas en una cuartillas. Dicen así:

—¡Oh, Diosa Primavera, la del manto de rosas,
la que guarda secretos de muchachas enfermas,
la que invita a que vayas a corridas de toros,
la que hace arder la sangre!
—Oh, Diosa Primavera, la del turbante azul,
la que surge del frío silencio del invierno,
la que funde los hielos de las nevadas cumbres,
la que hace dormir siesta!

El poeta Cassatti sigue paseándose, un poco molesto con las musas, porque hace media hora que busca un consonante en "ática", y "numismática" no le parece bien.

En este momento, el poeta Cassatti encuenta una pobre vieja sentada en un banco, la cual le llama con gesto vergonzoso. Cassatti se acerca a ella con curiosidad, suponiendo que alguna terrible e interesante historia se agazapa tras de la rugosa frente de la vieja. Pero no tarda en comprender su equivocación, porque la anciana le ruega simplemente:

—Señor... una limosna.

Cassatti se yergue y murmura dos palabras que, en su opinión, deben bastar para que nadie le pida nada:

—Soy poeta, — dice.

Y continúa su camino en busca del consonante en "ática".

—Señor, una limosna, — suplica la vieja.

—Soy poeta; no se canse.

—Una limosna para una infeliz anciana...

—Soy poeta, señora; no pierda el tiempo en balde.

—¡Una limosna para una vieja perlática!

—¿Ha dicho usted perlática? — pregunta Cassatti, con la alegría de quien ha encontrado una consonante rebelde. Muchas gracias; me ha hecho usted terminar mi poema. Le estoy muy agradecido. Quisiera premiarle el favor..., pero no tengo dinero; soy poeta.

Hay una pausa. Al fin de ella, Cassatti se da el clásico golpe en la frente.

—¡Ah, qué idea! — exclama.

Y rápidamente escribe unas líneas en un papel, clava éste en un árbol, se sitúa al lado y comienza a recitar en voz alta su poema:

¡Oh, Diosa Primavera, la del manto de rosas...

Inmediatamente los transeuntes vacían sus bolsillos a los pies de Cassatti, éste le entrega las cuarenta liras recaudadas a la vieja, y se va muy satisfecho.

Lo que Cassatti había escrito en la cuartilla era lo siguiente:

"Aviso: Estaré recitando mi poema hasta " reunir cuarenta liras que necesito. Cuan- " to antes las reuna, antes me callaré. Cas- " satti, poeta primaveral."

* * * *

BUEN UNGÜENTO

SE encuentran en la calle el comerciante Salvi y el rentista Crucci. Hablan de política, de mujeres, se recomiendan mutuamente el sastre y el sombrerero de cada cual. Luego hablan de la Primavera.

—La Primavera es terrible. Yo la temo, porque ella me trae siempre un cortejo de granitos y de erupciones, — dice Crucci.

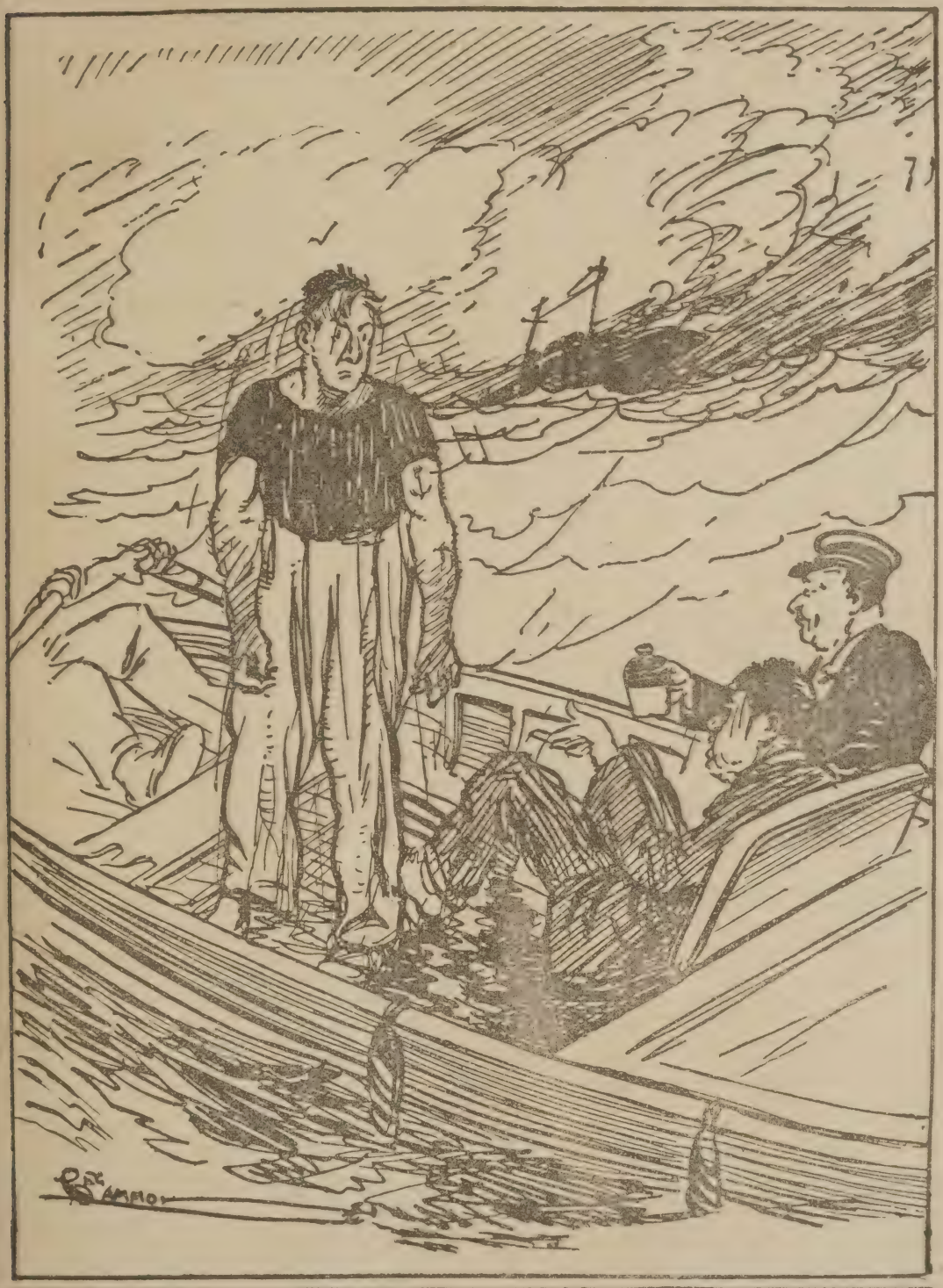
—¡Ah! ¿Usted sufre de granos? — interroga Salvi. — Pues yo puedo recomendarle un específico que los quita. Varios de mis amigos lo usan con éxito. Ultimamente al almacenista Snarola le salió un terrible grano en la cabeza, y ya lleva diez días de frotarse con el ungüento.

—¿Se le ha quitado el grano?

—No; pero ya no le queda más que un trocito de cabeza.

BRUNO STORNI

Un salvado exigente



—Ustedes me salvaron del agua, es verdad; pero díganme: ¿qué han hecho de mi sombrero de Panamá?

Señorita: Adelántese a sus amigas y sea Vd. la primera que estrene entre ellas el más elegante modelo de moda.

Suscríbase a EL DIARIO que cada Jueves publica primicias de los figurines de modelos del más refinado gusto.

Guiada por los figurines en colores y las descripciones que de los mismos, publica EL DIARIO, Vd. podrá vestirse con la misma elegancia que si pidiera su ropa al más afamado modisto de Paris.

Para las modistas de profesión los modelos que publica EL DIARIO son la guía más segura para obtener éxito en la elección de modelos para satisfacer a la clientela.

Señor Administrador de "El Diario"

Av. de Mayo 662, Buenos Aires.

Acompaño $ . . . . . para que se sirva suscribirme a EL DIARIO

por . . . . . meses.

Nombre . . . . . .

Domicilio . . . . . .

F. C. . . . . .

EDICION DIARIA APARECE A LA HORA 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
INTERIOR:
1 año, $ 28.-; 6 meses $ 14.50; 3 meses $ 7.50
CIUDAD: $ 2.— por mes.

Precios de suscripción a la edición de los Jueves:
1 año, $ 5.-; 6 meses $ 2.50; 3 meses $ 1.50.

LA SEMANA PROXIMA: **SEXTON BLAKE**

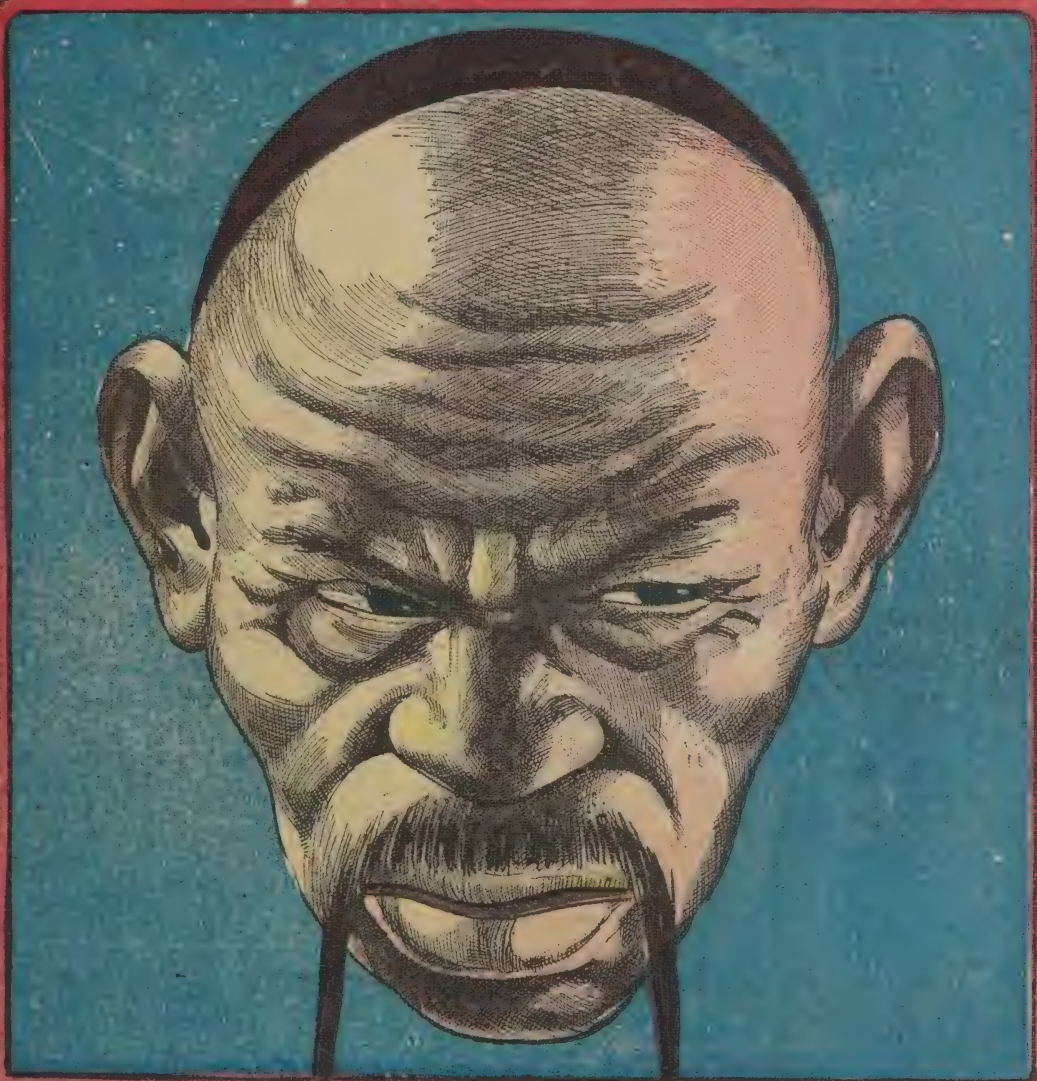
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Octubre 8
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 158



Lea en este número:

LA COLETA DE HI-WING-HO

Cuento inédito interesantísimo, electrizante y arrebatador de

SAX ROHMER

CON EL FIGARO LOCUAZ

—¿Cómo desea el señor que le corte el cabello?
—En silencio.

La coleta de Hi-Wing-Ho

Un caso de chinatown original del gran novelista inglés Sax Rohmer, el autor de "La garra amarilla". (Traducción del inglés especial para "Pucky").

El requiem del cuervo

Un cuento de las orillas del Rhin por Erckman-Chatrian.

Simón el Bobito de pesca

Interesante juguete de armar. — En color.

El anillo de jaspe

Una narración emocionante de un notable autor inglés.

La fortuna de Napoleón

Un relato histórico curiosísimo y digno de que todos lo lean.

De varios colegas

Notas cómicas. — En color.

Humorismo del momento

Chascarrillos varios. — En color.

Quasimodo

Un cuento breve y de interés.

Transmisión del pensamiento

Cómo se desarrolló la ilusión de uno que creyó ser hipnotizador.

El buen recurso del cazador

Historieta humorística en varios cuadros.

Los cazadores pieles rojas

Juguete para armar de gran formato y que puede usarse sin interrumpir la lectura del número. — En color.

La trampa

Un cuento delicioso del gran novelista francés Paul Bourget.

Para gustos diversos

Notas cómicas de varios orígenes. — En color.

Perfumes en la noche

Un delicado cuento traducido del francés para "Pucky".

El jardín de los animalitos

Juguete para armar y para adornar algún estantito. — En color.

Para no ser burlado

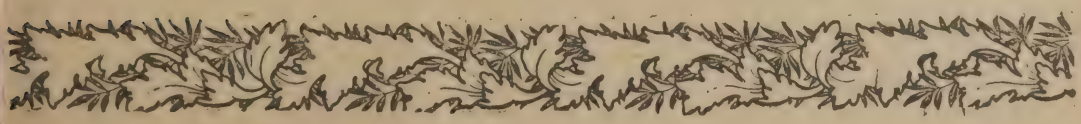
El fracaso de una receta.

Los caballitos misteriosos

Otro gracioso cuento del gran autor cómico Cami.

El pájaro verde

Un cuento, que es una joya literaria, del gran escritor español Juan Valera.



En la oscuridad se oyó un grito: "¡Socorro, que me ahogan!" Saltando hacia adelante vi que un marinero inglés era atacado por dos chinos. ("La coleta de Hi-Wing-Ho").

COMO LA HALLÉ

AL apartarme de la entrada del muelle, me encaminé hacia el barrio de los chinos en dirección paralela al río, a través de la persistente llovizna. Eran más o menos las once y media, de una de esas noches de setiembre en que la atmósfera se hace insoportable.

Los deberes de mi amigo Paul Harley, en un tiempo de la policía secreta, lo alejaron de Inglaterra y, por más que yo realizara mis exploraciones bajo su inteligente dirección, la atracción particular que ejercía sobre mí, esa región de Oriente en miniatura, me llevaba a sus viviendas y callejuelas.

En la casa de las dos puertas situada en Wade Street, distrito de Limehouse, me desembarazaba de la respetabilidad acostumbrada y me vestía en una forma que no provocase comentarios entre la gente de los alrededores del puerto, consiguiendo así rondar sin temor alguno por entre los caminos misteriosos de las guaridas chinas, desde media noche hasta la madrugada.

Aunque conocía perfectamente esos barrios y los seres peligrosos que acechaban y merodeaban en sus múltiples madrigueras, esa noche experimenté una especie de escalofrío receloso. Sin embargo, aunque parezca extraño, dirigí mis pasos presurosos para llegar cuanto antes a una de las cuevas, — Malay Jack's, — señalada especialmente en uno de los mapas del crimen, que los viajeros serios no se aventuraban a visitar y mucho menos refugiarse, ni aun en caso de necesidad.

La brisa fría del río, me arrastraba hacia esos lugares, tal vez porque tenía la seguridad de que alguien me esperaba para hacerle compañía. Bien podría ser Wessex, como Durham, ambos amigos míos, de la policía central; como también Kerry, jefe inspector y terror del barrio de los chinos, por quien yo sentía un gran cariño y admiración, sentimientos que no lograba desvanecer su modo de ser grave e indiferente.

Me disponía a doblar la esquina de una callejuela hacia la derecha del Támesis, cuando me detuve aguzando el oído.

Un ruido confuso y continuado, semejante al de una cantidad de sabuesos en lucha desesperada, surgía de la oscuridad frente al lugar donde me encontraba. Una refriega, en medio de sordos gruñidos, que aunque salvaje, pude apreciar como de seres humanos.

Titubeaba, antes de proceder; pero al sentir en medio del combate un grito de soco-

EN EL PROXIMO NUMERO DE "PUCKY":

Lea la aventura electrizante policial de Sexton Blake, titulada:

UN MILLONARIO EN PRESIDIO

rro que no admitía dilación, salté y me hallé al instante entre los malhechores.

Estos se hallaban sobre una pared de ladrillos deshecha. A la derecha, brillaba una lamparita de luz escasa, pero la escena se desarrollaba en la sombra, de modo que los protagonistas no podían distinguirse.

—¡Socorro! ¡Me estrangulan!

Casi a mi lado oí tales exclamaciones, sofocadas por la charla de los chinos. Guiado por las voces, me arreglé para acercarme y al instante descubrí que la lucha se sostenía entre un corpulento marinero y dos chinos.

Los atacantes amarillos parecían llevar ventaja. Me dí cuenta de la situación y del camino a seguir en semejante caso.

Un puñetazo bien dirigido contra el maxilar de uno de los chinos, lo mandó directamente contra el barro de la calle, en el preciso momento que trataba de estrangular al marinero. El otro chino sostenía el puño del caído y al ver lo que pasaba, saltó como movido por una cuerda. Sin pérdida de tiempo le asesté un formidable golpe. Me respondió con un chillido penetrante y desapareció como una liebre en medio de la niebla.

—¡Dios lo bendiga, compañero! — oí que murmuraba el atacado desde el suelo, incorporándose con dificultad, para luego acercarse tambaleando a mi lado.

Como lo había supuesto, no era más que un marinero, con camiseta de sarga azul, con sus grasientos pantalones entre las botas de pescador, por lo que deduje que recién habría desembarcado en ese lugar.

Me estrechó la mano, con un puño de hierro, tratando de observarme el rostro, hasta que por fin manifestó algo bien innecesario, por cierto.

—Lo que pasa, compañero, es que he tomado una o dos... dos en el Ancla Azul, sino hubiese sido por estas dos últimas, hubiese hecho pedazos a los chinos con una sola mano.

—Perfectamente, no tiene nada que decir, — me apresuré a responderle. — Pero ¿qué podríamos hacer con este tipo? — pregunté mirando al chino que yacía en el suelo, al mismo tiempo que trataba de desembarazarme del puño que estrechaba mi mano. — Parece que al caer, golpeó con fuerza las baldosas, ¿verdad?

Como queriendo desvanecer mis dudas, el chino se levantó de repente y sin decir una palabra desapareció como un fantasma entre las tinieblas.

Mi compañero no hizo el menor esfuerzo por seguirlo.

—Así no más no se puede matar a un chino, — manifestó sosteniéndome siempre la mano. — Es completamente imposible; más fácil sería matar un gato. Venga y acompáñeme a tomar una copa. Entonces le contaré algo. S,, amigo, ya le diré algo.

Con gran sorpresa noté el paso regular y firme de mi compañero, al considerar la cantidad de líquido que contenía. Me soltó la mano y tomándome con fuerza del brazo me condujo por unas callejuelas estrechas que ya conocía, para concluir en una cervecería. Mi traje no podía despertar sospechas entre los moradores de la casa y aunque comprendía que mi nuevo amigo tenía suficiente con las copas que había tomado esa noche, lo dejé que procediese como mejor le parecía, para que relatase en confianza, la historia que deseaba contarme. Sentados cómodamente frente a los vasos de cerveza, en uno de los rincones del local casi desierto, mi compañero rompió el silencio entablando la conversación en la siguiente forma:

—Yo estuve contratado en un vapor de la línea de Planeta, de Samuelson, en el Júpiter, como fogonero; cobré y desembarqué.

—¿De modo que ha llegado a Londres procedente de Singapore? — le pregunté.

—Efectivamente y, ocurrió en Suez, sí, señor, en Suez tuvo lugar.

No me pareció prudente interrumpirlo.

—Me encontraba en tierra en Suez, como todos los demás. Amarramos por cuestiones de dinero de la Compañía. Como que nos pagaban antes de llevarnos. ¿No sabía usted?

Yo no hice más que sacudir la cabeza afirmativamente.

—¿No estuvo en Suez? — me preguntó.

Volví a callar, moviendo tan sólo la cabeza, por temor de interrumpir la hitsoria y cortar el hilo de los pensamientos de mi compañero.

—Pues entonces ha de conocer a Geerk Jimmy... ahí es donde estuve.

Yo no conocía Geerk Jimmy, pero creí que mejor era no contestarle.

—Era una noche sofocante y salí de Jimmy para embarcarme de nuevo. Caminaba por Waghorn Quay, tal como debía haber estado caminando esta noche, algo achispado, pero alegre y feliz, contento y satisfecho. Lo mismo que me encuentro ahora y tal como a usted le debió haber pasado, sentí una refriega en el suelo entre el lodo, justamente frente al lugar donde me encontraba. Nos confundimos como un remolino y derribé a los bandidos como si jugase a las bochas. Me pareció que estaba entre diez individuos por lo menos, pero debido al whisky de Jimmy, pues en verdad no eran más que tres. El caso es que todos desaparecieron y me dejaron solo en la calle con esto en la mano.

Al decir eso, metió la mano en el bolsillo hasta sacar una coleta de chino, que habría sido cortada a tres pulgadas del cuero cabelludo con toda limpieza.

—A quién pertenecía, no puedo asegurarlo; pero esto no es todo, — dijo llevándose la trenza de nuevo al bolsillo. — Creí guardarla como una reliquia. ¿Qué sucedió? Ya se lo diré. Entre la tripulación del barco había tres chinos. No habíamos cruzado el canal, cuando uno de ellos, Li Ping, se acercó para ofrecerme tres chelines por la coleta, que vió por casualidad una mañana. Le asesté un buen golpe en la nariz y desde entonces no se atrevió a hablarme de dinero. Esa noche descansamos en Port Said y el chino volvió a insinuar algo, pero bien pronto quedó mudo, porque casi le rompo el pescuezo. Esta noche, — agregó extendiendo el brazo derecho, — me esperó una diputación de chinos a la salida del dique, manifestándome que, desde el punto de vista patriótico,

estaban en el deber de adquirir esa coleta y al instante me hicieron una oferta..

El marinero golpeó los dedos sobre la mesa y de un trago vació el vaso de cerveza. El presentimiento de lo que vendría después me asaltó en ese momento. Pensé que la escena ocurrida junto al río, formaba parte del plan y al recordar los golpes asestados a los chinos, no pude menos que reír en mi interior, gozando ante el castigo impuesto. Posiblemente, el plan habría germinado en la mente de mi nuevo amigo, después de sufrir un asalto parecido, pero fuese un cuento bien elaborado o fuese verdad, llegué a la conclusión que la historia de la coleta no era más que un plan ideado para vaciarme el bolsillo.

—Les dije que se fueran a China, — continuó diciendo el marinero de quien ya tenía sospechas dudosas. — Ya ve usted en qué ha terminado todo esto. Lo que debo agregar es lo siguiente: usted me ha hecho un servicio impagable, compañero. En cambio voy a hacerle otro. Aquí tiene la coleta y el vaso vacío. Llene de nuevo el vaso y la trenza es suya. Cualquier día le puede servir para que le hagan una buena oferta a la entrada del dique.

Con lo dicho, mis sospechas se desvanecieron al instante y sentí que me interesaba más de lo necesario. Llené el vaso de mi amigo y le extendí un billete equivalente a una libra, por más que se negaba a aceptarlo. Así me retiré con la trenza en el bolsillo interior del saco. Entré en la casa de Wade Street por una puerta lateral y media hora después salía por la puerta del frente, después de haberme despojado de mi disfraz de obrero del puerto.

COMO LA PERDI

HASTA la siguiente noche no me encontré en situación de poder examinar con tranquilidad, la reliquia extraña de que era dueño, pues antes había estado ocupado en asuntos de inmediata importancia que demandaban mi atención y no me permitían tener un momento de reposo. A eso de las diez, me senté a la mesa, encendí la lámpara y sacando la coleta del cajón de la mesa, la coloqué sobre el papel secante para examinarla con verdadera curiosidad, pues en nuestros días, es raro que los chinos ostenten esas trenzas.

No bien había comenzado mi examen, cuando fuí interrumpido en forma dramática.

La campanilla de la puerta de calle, llamaba con impaciencia. En cuanto me hube incorporado, el timbre cesó y en cambio ,noté unos golpes contra la puerta. Corrí al pasillo y de nuevo la campanilla comenzó a sonar. Al acercarme a la puerta, no llamaron más. Entonces oí la voz de una mujer que en tono agitado, exclamaba:

—¡Abra la puerta! ¡Por el cielo, apresúrese!

Algo alarmado y un tanto extrañado, abrí la puerta de golpe. Descubrí una mujer cubierta con un velo tupido en forma que no me era posible distinguir muy bien sus facciones, por más que me parecieron las de una dama joven .

Prorrumpiendo en una exclamación de terror, cerró la puerta ella misma y colocándose de espaldas contra la misma, me miró a través del tupido velo, con el pecho presa de la mayor agitación.

—Gracias a Dios que había alguien en la casa, — manifestó casi sin aliento.

—Señora, — comencé diciendo en tono dudoso. — Parece que usted se encuentra algo alarmada. Si puedo servila en algo...

—Me ha salvado la vida, — murmuró colocando una mano sobre el pecho. — En seguida se lo voy a explicar.

—¿No quisiera descansar un rato, después de lo que ha pasado? — le pregunté.

Mi extraña visitante sacudió la cabeza, sin decir una palabra. La conduje a mi despacho, que recién acababa de abandonar para recibirla y la hice tomar asiento en uno de los sillones más cómodos junto a la mesa para poderla observar y descubrir así, quién era aquella mujer que se había presentado en forma tan inesperada.

Como respondiendo a mis ocultos pensamientos, levantó una mano enguantada y desató el velo que escondía sus facciones.

Fué así que me encontré frente a un par de ojos negros luminosos, en un rostro de hermosura morena, que hacía recordar a las mujeres de la raza semítica.

La miré aturdido unos segundos, hasta que sus labios revelaron una sonrisa.

—Tiene aun que manifestarme, la causa de su alarma, — dije en voz grave, pero cortés. — Si puedo serle útil en algo, tendré el mayor gusto.

La dama pareció que volvía a recuperar su tranquilidad, las pupilas de sus ojos se dilataron y fueron obscureciéndose aun más, hasta que apretando los dientes sobre el labio inferior y con las manos sobre la mesa se inclinó hacia adelante con cierta timidez:

—Soy una extranjera en Londres y andaba buscando la residencia de Rafael Philips de Figtree Court.

—Aquí estamos en Figtree Court, — le contesté, — pero no conozco a ningún Rafael Philips que viva por estos lados.

Aquellos ojos negros me miraron con desesperación.

—Pero tengo las señas exactas, — repitió en son de protesta la hermosa y misteriosa dama. — Aquí la tengo.

Miré el papel donde se veían escritas en letra de mujer y a lápiz, las siguientes palabras: Señor Rafael Philips, 36 b Figtree Court, Londres.

Miré de nuevo a la joven, con expresión dudosa, diciéndole:

—Esta casa responde al 36 b, pero yo no soy Rafael Philips, ni nunca he oído hablar de semejante persona. Me llamo Malcolm Kno. En todo esto debe haber seguramente alguna equivocación, pero, — agregué mirando el papel, — permítame que le recuerde que aun me resta saber la causa de su alarma.

—Me siguieron por el patio, hasta las escaleras.

—¿Se puede saber quién la siguió?

—Un hombre de aspecto terrible, que hablaba en forma extraña. No le podía entender ni una palabra.

Mi extrañeza fué en aumento. Le pregunté en forma inesperada:

—¿Qué clase de individuo?

—Un chico, de rostro amarillo. Sólo podía verlo a través de la oscuridad en la escalera. No alcancé a distinguir bien más que sus ojos y sus dientes horrorosos. ¡Oh! ¡Era algo espantoso!

—Me deja asombrado señora, porque eso es imposible.— Dí vuelta la llave de la luz para quedar a oscuras, y agregué: —Voy a ver si encuentro señales del intruso, por el patio.

—¡Ah, por favor! !No me deje sola! — respondió sujetándome del brazo.

—No tenga miedo. Voy a mirar por la ventana únicamente.

Siguiendo la acción a la palabra, me acerqué a la ventana para inspeccionar desde ahí los alrededores Todo estaba desierto y en silencio. La noche era muy oscura y fácilmente cualquier hombre, bien podía haberse escondido entre las sombras que se veían a uno y otro lado.

—No alcanzo a ver absolutamente a nadie —dije, para inspirar cierta confianza a la joven. Volví a encender la luz, y agregué: — Si llamo un automóvil y la deja en manos seguras, creo que no tendrá nada que temer.

—Está mi coche esperándome — me contestó, levantando de nuevo el velo, disponiendose a retirarse.

—Permítame que la acompañe. Lamento que haya sufrido tal incidente, mucho más, no habiendo logrado el objeto de su visita.

—Muchísimas gracias por su atención; pero no dudo que se deben haber equivocado al darme esta dirección.

Se sostuvo en mi brazo con firmeza, al bajar las escaleras, mirando continuamente hacia atrás mientras cruzábamos el patio, como temiendo que alguien nos sorprendiera. No se veía alma alguna y yo no sabía realmente si la historia del chino, sería forjada con alguna intención, o si sería verdadera.

Un taxi la esperaba fuera de la casa y una vez que la dama hubo tomado asiento me extendió la mano y pude distinguir a través de su tupido velo una sonrisa radiante.

—Muchas gracias, señor Knox, — agregó. — Disculpe una y mil veces; lamento profundamente las molestias que le acabo de ocasionar.

El coche partió y me quedé estupefacto, mirándolo marchar como en un sueño, hasta que parecióme que despertaba y retrocedí, volviendo con paso lento hacia la puerta. Abrí las puertas de mis habitaciones y regresé al despacho, sentándome junto a la mesa, con el objeto de ordenar mis pensamientos, llegando a la conclusión de que se trataba de un episodio de lo más asombroso.

El incidente, por insignificante que pudiese parecer, escondía algo que no alcanzaba a sospechar en ese momento. Me dispuse a tomar nota de lo ocurrido, mientras estaba fresco en la memoria. Cuando iba a comenzar a escribir, tropecé con un descubrimiento importante.

Aunque sólo había estado ausente del despacho unos minutos, cerrando la puerta tras mío, la trenza del chino había desaparecido.

Permanecí en actitud reflexiva y comprendí que la historia de aquella dama cambiaba de aspecto ante semejante audacia. ¿Sería, por ventura que la trenza estaba involucrada en la historia de aquella mujer? ¿No sería que algún chino criminal, en acecho hubiese aprovechado la oportunidad para introducirse en mi despacho, durante mi corta ausencia? ¿Se habría ido?

Del cajón de la mesa tomé un revólver, asegurándome primero que estuviese armado y, apagando la luz, comencé a inspeccionar todas las habitaciones de la casa, sin resultado alguno, pues nada denunciaba que alguien podía haberse introducido, ni salido misteriosamente de los aposentos.

Volví a mi despacho y me senté contemplando el revólver que descansaba sobre el secante. Tal vez mis pensamientos marchaban con lentitud y debieron haber transcurrido alrededor de quince minutos antes que llegara a aclarar lo concerniente a la trenza desaparecida, y a los incidentes ocurridos esa misma noche. El chino de rostro amarillo no había sido más que una invención y la dama de los ojos negros no andaba en busca de Rafael Philips, sino en busca segura de la trenza y su ardid había tenido el mayor éxito.

—¡Qué estúpido y tonto he sido! — exclamé golpeando la mesa con el puño. — No existía ningún chino, sólo...

Sonó entonces el timbre de la puerta de calle y me levanté de un salto para correr a abrir la puerta.

Al pie de la escalera vi a un policía y a un oficial de justicia.

—¿Se llama usted Malcolm Knox? — dijo el oficial de justicia mirando una libreta que tenía en la mano.

—Sí, señor.

—Se lo necesita inmediatamente en Eow Street para que identifique a una mujer que se ha hallado asesinada en un taxi a la altura del Strand, más o menos a las once de la noche.

No pude contener una exclamación de sorpresa y cambié de color.

—Pero qué tengo que ver...

—Dice el conductor que salió de su casa y usted la vió alejarse. Según el mismo, sus últimas palabras al despedirse fueron: "Buenas noches, señor Knox; lamento haberle ocasionado tantas molestias." ¿Es verdad, señor?

El oficial de justicia, que leía eso con voz grave, me miró, descubriendo que no salía de mi estupor.

—Es cierto. Iré en seguida con ustedes, — respondí, aturdido.

Podría ser que hubiese formado un juicio erróneo de la desconocida y tal vez su historia a propósito del chino no hubiese sido simulada, sino la horrenda verdad.

COMO LA RECUPERÉ

CUMPLI mi desagradable deber. Pude identificar el cadáver horroroso que una hora antes había sido una hermosa mujer, tratada sólo como una visita misteriosa. La policía se manifestó desilusionada ante los insignificantes datos que podía dar, respecto de su persona. En resumen, si por casualidad no hubiese estado en la policía el detective Durham, creo que hubiesen dudado de la verdad relacionada con el asunto.

Como hombre de cierta experiencia en cuestiones de tal naturaleza, no podía menos que dejar de reconocer las improbabilidades que encerraban mis declaraciones. Fuera de las circunstancias que concurrieron a hacerme dueño de la trenza del chino y de los acontecimientos subsiguientes, ignoraba todo lo demás. La fantástica reliquia no había sido hallada en poder de la dama, ni en el automóvil.

Que la trenza era alguna reliquia robada a un templo y que sus devotos guardianes andaban en su busca, era una teoría que no se apartaba de los que se enteraron de el asunto. Sin embargo, yo no alcanzaba a mezclar en eso a la hermosa judía, por más que era inevitable que algo tuviese que haber tenido en el asunto. Una inspección cautelosa de todo lo sucedido me convenció que ella y ningún otro, había robado la trenza de mi despacho. Tal vez un tercero personificado en el chino de quien ella me habló, se la hubiese arrebatado, mezclándola en el proceso.

La teoría de la policía acerca del crimen, — lo que yo acepté, — era que el asesino debió haberse escondido en alguna parte del automóvil, atrás, adelante o en su interior mismo, y una vez que el conductor lo puso en marcha, debió haber saltado sobre la mujer. El hecho no pudo ser más fácil, mucho más, si el chino se hallaba en el interior del coche. Luego, gracias a alguna de las interrupciones del tráfico, se habría escapado sin ser visto ,dejando el cadáver de la víctima, hasta que al llegar al hotel, el conductor recién se diese cuenta de lo acontecido.

Conocía un sólo lugar en Londres donde me podría proporcionar algunas informaciones de interés y utilidad, y para ese lugar me encaminé en seguida. Este era Malay Jack's, donde había estado la noche anterior en mi encuentro con el marinero dueño de la trenza.

Cambiándome de traje y bien disfrazado, en mi casa de Wade Stree, en el límite del barrio chino Paul Harley, me encaminé al mismo punto de la noche anterior y si bien mi voluntad no intervino para nada, fué la Providencia quien guió mis pasos. Aunque la poesía en justicia sea bien rara en la vida real, yo estaba destinado esa noche a conseguir una retribución inmediata, apoderándome de un malhechor.

Las callejuelas por donde caminaba estaban completamente desiertas y lejos de las calles iluminadas. El único ruido que indicaba que pudiesen existir seres humanos, venía del río. Por eso, cuando de pronto oí un grito creí que estaba alucinado, que todo era una ilusión de mis sentidos, que no hacían más que reproducir los acontecimientos de la noche anterior.

A veinte varas de donde me encontraba se sostenía una lucha sorda, entre un europeo y un asiático.

—¿Creía usted que no reconocería su horrenda cara? — exclamó una voz conocida. — Es inútil que proteste. Si pudiese le arrancaría la cabeza, pero es imposible matar a un chino. ¿Verdad?

Me apresuré al lugar donde se sostenía la refriega y descubrí vagamente dos figuras luchando desesperadamente.

Al acercarme, oí la voz ronca de un hombre, que decía:

—¡Toma ésta, para que te acuerdes toda la vida!

Uno de ellos rodó por el suelo sin sentido, el otro desapareció por un portón de tablas, para perderse por una callejuela aun más estrecha que se bifurcaba cerca del sitio en que había tenido lugar la lucha.

El ruido de las botas del hombre de mar, fué perdiéndose poco a poco. Permanecí junto al hombre que yacía en el suelo, mirando a uno y otro lado, pues tenía la impresión de que había visto otro individuo, que una sombra furtiva había retrocedido, en cuanto aparecí en el camino. Pero la obscuridad de la noche no me ayudaba a confirmar mis sospechas.

Miré al chino (no cabía duda que se trataba de un chino) que descansaba a mis pies y dirigí el foco de mi linterna de bolsillo sobre el rostro amarillo que aun se retorcía dolorido. No pudo menos que prorrumpir en un grito de sorpresa y duda a la vez.

A pesar de la imposibilidad de muerte supuesta por el marinero, se chino había ido a reunirse con las sombras de sus antepasados. No dudé que el golpe final que lo derribó había llevado su afeitado cráneo con fuerza contra la pared con tal violencia que debió haberle producido la muerte instantánea.

Me arrodillé para mirar de cerca sus ojos abiertos y convino en que mi situación no era de las más envidiable desde que no me halaba muy dispuesto a poner en manos de la justicia al verdadero culpable de aquella muerte.

El individuo que yacía muerto a mis pies era sin duda alguna, uno de los que habían atentado contra la vida del fogonero del Júpiter.

Sabía que mi amigo el marinero, a pesar de sus maldiciones contra el chino, no había tenido intenciones de matarlo; aquella muerte había sido un accidente y además el asalto era más que justificado.

Mis pensamientos fueron más lejos. El chino muerto llevaba un saco azul y olía a bebida. El contacto de su cuerpo me producía repulsión. Sin querer introduje una de mis manos en el bolsillo interior de su saco. Al instante mis dedos tropezaron con algo familiar y silbé al enterarme de lo que menos pensaba. De pié, me encontré con la trenza que se balanceaba en mi mano izquierda.

Sin duda alguna la ciega justicia, había guiado los golpes asestados por el fogonero. Ese chino era el que había asesinado a la hermosa desconocida de encantadores ojos negros...

Permanecí muy tranquilo, iluminando la trenza con mi linterna. Comprendí que si mi situación había sido peligrosa antes, ahora se hacía imposible. La posesión de aquella trenza me comprometía enormemente. ¿Qué podía hacer?

En eso oí una voz que respondió a mi indecisión.

—Esto significa que ha sido una suerte, que hubiese seguido sus pasos para percatarme de lo que en realidad ha pasado.

Mi corazón latió con violencia y me sentí aturdido. El detective Durham se encontraba a mi lado, con una sonrisa afectuosa en su semblante, por lo general revestido de gravedad.

Por último tuve que reírme y exclamé:

—Por cierto que ha sido una suerte. Gracias a Dios que usted se encuentra aquí. Esta trenza ha concluído por ser una pesadilla que me está por enloquecer.

El detective se acercó inclinándose ante el muerto. Arrodilado inspeccionó aquellas horrendas facciones e incorporándose dijo:

—El hecho de poseer en el bolsillo la trenza desaparecida, es la prueba más evidente de que ha sido el asesino de la desgraciada mujer.

—¿Y para para mí qué significado encierra todo esto?

—Hay otro asunto por medio, que arroja mucha luz en el misterioso drama. Cuando ocurrió la cuestión aquella de Huag Chow, usted y el señor Harley no estaban en la ciudad, pero el jefe y yo desciframos el asunto, como usted recordará en la casa del señor Harley.

—Sí, ya me acuerdo, el arácnico gigante del ataúd...

—S. También un tal Ah Fú al servicio confidencial del viejo. Pues bien, señor Kno, este despojo humano que yace a nuestros pies, no es más que Ah Fu.

—¿El servidor de Huag Chow?

—Exactamente.

Lo miré sorprendido.

—¿Y de qué modo, piensa usted arorjar luces sobre el asunto?

Durham sonrió significativamente y como policía inteligente me manifestó:

—Comienzo a vislumbrarme. El hombre que desapareció precisamente en el momento que yo aparecía en la escena, habrá tenido probablemente una cuestión privada con el chino, sin mayor relación con él.

—De acuerdo con usted, — respondí al instante.

—Pero lo encontraremos, — contestó entre dientes mi amigo, mirándome fijamente. — Bastará dirigirnos a la linea de navegación, pero no creo que sea necesario ir tan lejos. Nos ha ahorrado una gran tarea, pero... — se detuvo mirando a través de las sombras. — ¿No vimos a algún otro por estos alrededores en acecho?

—Estoy seguro que había un tercero. Lo apostaría. — manifesté.

—Pues, ahora no hay nadie. ¿No quiere molestarse, hasta la policía en busca de una ambulancia? Mejor es que yo me quede por aquí.

De acuerdo con su proposición, lo dejé en seguida obedeciendo a lo dicho.

Por segunda vez, mis planes habían fracasado, o mejor dicho se habían interrumpido, pues mi tarea esa noche se redujo a llenar ciertas formalidades en Bow Street. Luego tuve que retirame a mi casa con la trenza en el bolsillo. Sin el testimonio de Durham, la trenza hubiese quedado como prueba en la policía.

—Si la necesitamos, ya sabremos donde encontrarla, señor Knox, — me había dicho el detective. — Ya sé que usted es capaz de velar por todo lo que está en su poder.

Las campanas del reloj de San Pablo daban las dos, cuando cerraba las puertas de mi casa. El eco de los últimas campanadas vibraba en medio del silencio de la noche, cuando alguien hizo sonar con fuerza el timbre de la puerta de calle.

Con una exclamación de fastidio, volví a descorrer los cerrojos.

Un chino se hallaba frente a mí, de pie sobre el felpudo.

COMO TERMINÓ LA AVENTURA

La aparición dijo sonriendo con amabilidad.

Deseo verlo. ¿Puedo pasar?

—Entre usted, — respondí sin mucho entusiasmo, encendiendo la luz de mi despacho. Hice pasar al chino y lo miré con una expresión que no tenía nada de agradable.

El intruso, tenía un gran sombrero de paja de alas anchas. Con la sonrisa de siempre, se quitó el sombrero y señaló significativamente el cráneo. En él se descubría claramente que la trenza había sido arrancada a tres pugadas del cuero cabelludo.

—Usted posee mi trenza y he venido a buscarla. Gracias.

—Gracias, — le contesté contrariado. — Pero tenga presente que si la desea, debe reclamarla con más seguridad y testimonio.

—Sí, señor, — manifestó complacido el chino.

En un inglés que tenía más de chino que de otra cosa, comenzó a ventilar una historia. Dijo llamarse Hi Wing Ho y según entendí, trabajaba como marinero. En uno de sus viajes a Suez, se vió mezclado en un asunto en que figuraban unos marineros y hombres de mar completamente ebrios. En la refriega se habían sacado a relucir cuchillos y, por un extraño accidente del destino, le habían cortado la trenza.

Como los chinos de la región meridional del Imperio Celeste, tenían en gran aprecio las trenzas, desde entonces había hecho las averiguaciones necesarias para descubrir dónde podía encontrarla, llegando a saber por un chino de la tripulación del Júpiter, que se hallaba en poder de uno de los fogoneros del barco.

Al saber eso, Hi Wing Ho, se había embarcado en el primer barco que partía para Inglaterra, habiéndose comunicado antes con el chino que trabajaba en el Júpiter, a propósito de sus deseos de recobrar la mencionada trenza.

—¿Cómo se llamaba el chino del Júpiter? — le pregunté.

—Him Li Ping, — me respondió sin titubear, con cierto apresuramiento.

Moví la cabeza y le rogué que continuase.

Me manifestó que a su llegada a Londres, casi en seguida del Júpiter, la tripulación del barco ese, no había recibido el pago convenido y entonces esperó al fogonero a la salida del dique para ofrecerle dinero, cosa que no aceptó. Luego, en compañía de su amigo Li Ping convinieron en valerse de la violencia atacando al dueño de la trenza.

Al decir eso, el chino no pareció reconocerme como al individuo que había fracasado su plan de ataque.

Hasta ahí me había parecido que la historia tenía mucho de cierto, salvo el momento en que le cortaron la trenza en Suez. Pero al oir sus últimas palabras me dí cuenta que todo eso no podía ser verdad, porque ignoraba por completo lo sucedido después y me quería hacer creer que Li Ping se posesionó de la trenza para conseguir dinero por la misma, sabiendo el aprecio en que la tenía Hi Wing Ho.

Lo miraba sin saber qué partido tomar en realidad, cuando de nuevo el timbre de la puerta de calle volvió a sonar.

Hi Wing Ho se manifestó inquieto, demostrando el primer síntoma de alarma. Al instante pensé en lo que debía hacer y tomando el revólver del cajón lo mantuve sin movimiento.

—Ahora, Hi Wing Ho, pórtese bien y vaya a abrir la puerta, — le dije fríamente. — Comenzó a lanzar una cantidad de protestas, pero al ver que avanzaba hacia él no tuvo más remedio que avanzar y abrir la puerta. Me ví entonces frente al detective Durham acompañado de un hombre alto, de cara cuadrada, de tez tostada y expresión bondadosa, que no dejaba lugar a dudas de que se trataba de un escocés verdadero.

—¡Ah rata! — fué la primer manifestación del recién venido.

De un paso se acercó al chino y tomándolo del pescuezo lo sacudió, lo mismo que un "terrier" a una rata.

—El misterio de la trenza ha sido aclarado por fin, — dijo mi amigo Durham.

—¿La tiene usted en su poder? — preguntó el escocés sin soltar el pescuezo del chino.

La saqué del bolsillo, haciéndola bailar ante sus ojos.

Pasamos entonces a mi despacho, donde se habían efectuado tantos acontecimientos extraordinarios en tan poco tiempo. Tanto el detective como yo, tomamos asiento, pero no así el escocés que no soltaba al chino como si se tratase de un bulto inanimado. El pobre chino no se sentiría muy feliz, porque el recién venido era uno de esos tipos extraordinarios, de fuerza y energía evidenciada en la corpulencia de su cuerpo.

—A usted le toca hablar, señor, — dijo el escocés dirigiéndose al detective. — Es usted quien conoce los hechos relacionados con esta trenza.

—Este caballero, — respondió Durham, — es el señor Nicholson que hace dos días ha llegado de Oriente. Es un comprador de la gran casa de brillantes en nuestra plaza comercial y hace unas cuantas semanas qué se vió defraudado en una de sus más valiosas piedras preciosas.

—Por éste, — interrumpió el escocés sacudiendo al chino desgraciado.

—El ladrón fué Hi Wing Ho, a quien usted tiene en su poder, — prosiguió el detective. — El robo fué lo suficientemente ingenioso y pudo ocultarlo. Trató de despojarse del brillante al quererlo vender a un tal Isaac Cohenberg, prestamista en Singapore, pero Isaac era más pícaro que el ladrón. Este logró escaparse, embarcándose en el primer barco, que partió la misma noche.

Durante el viaje cometió la indiscreción de sacar a luz el brillante para contemplarlo y uno de los chinos de la tripulación, llamado Li Ping, como también Ah Fu, acreditado agente del viejo Huang Chow, lo acechaba en secreto y sabiendo que poseía la valiosa piedra, consiguió descubrir el lugar donde la escondía. En Suez, Ah Fu atacó a Hi Wing Ho apoderándose del brillante. Ambos lucharon para adueñarse del mismo, dando lugar a esta serie de incidentes.

A usted, señor Knox, le debemos algunos de los datos que han venido a servir para continuar las averiguaciones y conseguir el último eslabón en el asunto. Un fogonero del "Júpiter" privó a Ah Fu de su valiosa piedra. Hi Wing Ho parece haber estado en peligro durante la refriega, Ah Fu, siempre interesado, siguió al fogonero y desertando del barco donde trabajaba se enganchó en el "Júpiter". Así como la historia se aclaraba por momentos, se oscurecía a veces entre tantos giros.

No interrumpí a Durham, quien después de una pausa, continuó diciendo:

—El drama se complicó con la presencia de una artista: la hija de Cohenberg. Dándose cuenta que se le había escapado de la mano una fortuna, el usurero mandó a su hija en persecución de Hi Wing Ho, sabiendo en qué barco había partido. No tuvo dificultad en obtner los datos que necesitaba, porque tenía relación con todos los pillos de la localidad. Si hubiese sabido que el brillante había caído en poder de uno de los agentes de Huang Chow, sin duda alguna hubiese titubeado antes de proceder, pues Huang Chow, gozaba de reputación internacional como inaccesible.

Sin embargo, su hija, de condiciones excepcionales en cuanto a hermosura, contaba con sus ardides diplomáticos para salir triunfante de la prueba y posesionarse así del brillante; pero la pobre muchacha no había contado con Ah Fu, quien evidentemente espiaba su casa, mientras Hi Wing Ho se había constituído en la sombra del primero. Lo que no sabemos es de qué medios se valió para seguir el camino de la piedra, mientras estaba en viaje. Sin duda contaba con su

astucia, su habilidad y sus actos sin escrúpulo alguno. ¡Pobre muchacha! Terminó de una manera muy triste y el señor Nicholson se encargó de identificarla en Bow Street no hace mucho rato.

Al oir semejante relación se descubrió ante mis ojos el velo misterioso que envolvía aquella trama.

—¡Ya comprendo! — exclamé. — Esto... dije echando mano de la trenza.

—Eso... es mi trenza, — gruñó Hi Wing Ho, con voz apagada.

El señor Nicholson sin ceremonia alguna, lo arrastró a un rincón del aposento, y tomando la trenza entre sus manos, comenzó a deshacerla sin delicadeza. De la parte más tupida, dos pulgadas más abajo de la extremidad de donde había sido arrancada de la cabeza del chino, se desprendió un brillante norme y cayó al suelo.

Durante veinte segundos reinó el mayor silencio entre los presentes. Ninguno hizo movimiento alguno para levantarlo, ni demostró la menor señal de agitación. Transcurridos esos instantes de estupor, levantamos la vista y... Hi Wing Ho como un fantasma, había desaparecido de la habitación.

SAX ROHMER.

En el número 159 de este magazine aparecerá la novela policial:

UN MILLONARIO EN PRESIDIO

en la que Sexton Blake y Tinker vuelven a verse en guerra con León Késtrel el "maestro en disfraces."

El que pide empleo: — Sí, señor: dos testimonios de mi conducta expedidos por curas párrocos.

El patrón: — ¿No tiene usted referencias de alguien que le haya visto, no el domingo en misa, sino los demás días de la semana en el trabajo?

Un cuento de las orillas del Rhin

El requiem del cuervo

Por Erckman - Chatrian

(Traducción del francés)

I

Mi tío Zacarías era el ser más curioso y original que he visto en mi vida. Figuraos un hombre bajo, grueso, ancho, robusto, la tez brillantemente coloreada, el vientre enorme, y la nariz respingada y llena de excrecencias. Además, el digno hombre era calvo como la palma de la mano, usaba habitualmente unos grandes espejuelos, y cubría su cabeza con un pequeño gorro de seda negra que apenas le cubría la coronilla.

Mi querido tío era un hombre de buen humor y aficionado como pocos al pavo relleno, al "foie gras" y al añejo "Johannisberg"; pero lo que prefería a todo en el mundo era la música. Zacarías Muller había nacido músico por la gracia de Dios, como otros nacen franceses o rusos, y tocaba todos los instrumentos con una facilidad maravillosa. No se podía comprender al ver su aspecto sencillo y bonachón, que tanta alegría, tanto númen y tanta vivacidad pudieran animar a tal personaje.

Así hizo Dios al ruiseñor; glotón, curioso y cantor: mi tío era un ruiseñor.

Se le invitaba a todas las bodas, a todas las fiestas, a todos los bautismos, a todos los entierros: "Señor Zacarías, le decían, nos hace falta un "Hopser" (1), una "aleluya", un "Requiem", para tal día", y él respondía invariablemente: "Lo tendréis". En seguida ponía manos a la obra; silbaba delante de su pupitre, fumaba infinito número de pipas y al mismo tiempo que lanzaba una lluvia de notas sobre el papel pautado, llevaba el compás con el pie izquierdo.

Mi tío Zacarías y yo habitamos una antigua y modesta casa en la calle de "Minnoesingers", en Bingen; él ocupaba el entresuelo, un verdadero almacén de trastos, repleto de muebles viejos y de instrumentos de música; yo dormía en un cuarto del piso de encima, y todas las demás piezas quedaban desocupadas.

Justamente enfrente de nuestra casa habitaba el doctor Hasselnoss. Por la noche, cuando mi cuarto estaba sumido en las tinieblas y las ventanas del doctor se iluminaban, me parecía, a fuerza de mirarlas fijamente, que su lámpara se aproximaba, y concluía por tocarme en los ojos. Veía al mismo tiempo la cifueta de Hasselnoss agitarse sobre el muro de una manera extraña, con su cabeza de ratón cubierta con su tricornio, su pequeña coleta moviéndose a derecha e izquierda, su gran levitón de anchos faldones, y su raquítico cuerpo sostenido por sus delgadas piernecillas. Distinguía también en las profundidades de su habitación redomas llenas de animales extraños, piedras brillantes, aparatos desconocidos y el lomo de sus libros, resplandecientes de dorados, colocados en batalla sobre las tablas de su biblioteca.

El doctor Hasselnoss era, después de mi tío Zacarías, la persona más original de la ciudad. Su criada Orchel se vanagloriaba de no hacer legía más que una vez cada seis meses y ningún trabajo me costaba creerlo, pues las camisas del doctor estaban siempre llenas de manchas amarillas, lo que probaba la gran cantidad de ropa blanca que tendría guardada en sus armarios; pero la particularidad más interesante del carácter de Hasselnoss era que, perro o gato que franqueara el dintel de su puerta, no se le volvía a ver más. ¡Dios sabe lo que haría con ellos! La voz pública! llegaba hasta acusarle de llevar en uno de los bolsillos de su levita un pedazo de tocino para atraer a los pobres animales; así, que, cuando salía por la mañana para ir a ver a sus enfermos, y pasaba andando a pequeños saltitos por delante de nuestra casa, no podía menos de considerar con

vago terror los grandes faldones de su levita ileteando a derecha e izquierda.

Estas son las más vivas impresiones de mi infancia; pero lo que más me agrada en estos lejanos recuerdos, lo que por encima de todo se fija en mi memoria cuando pienso en esta pequeña y querida ciudad de Bingen, es el cuervo Hans, revoloteando por las calles, picoteando en las cornisas colgadas en la carnicería, tomando los papeles al vuelo, penetrando en la casa, y al que todo el mundo admiraba, acariciaba, llamaba "Hans", por aquí, "Hans", por allá.

¡Singular animal! Un día había llegado a la ciudad con un ala rota; el doctor Hasselhoss se la había curado y había llegado a hacerse familiar a todo el barrio. Uno le daba pan, otro queso. Hans pertenecía a toda la ciudad; Hans estaba bajo la protección de la fe pública.

¡Lo que yo quería a este Hans a pesar de los frecuentes picotazos que me daba! Me parece aún verle saltar por la nieve, volver ligeramente la cabeza y mirar a los transeuntes con el rabillo del ojo y aire burlón. Cuando a alguien se le caía alguna cosa de los bolsillos, una moneda, una llave, un pañuelo, fuera lo que fuera, Hans lo recogía y se lo llevaba a los desvanes de la iglesia. Allí era donde había establecido su almacén; allí era donde ocultaba el fruto de sus rapiñas, pues Hans era, desgraciadamente, un pájaro ladrón.

Por lo demás, mi tío Zacarías no podía sufrirlo; trataba de imbéciles a todos los habitantes de Bingen por colocar su afección en semejante animal, y este hombre tan tranquilo, tan dulce, se ponía fuera de sí cuando por casualidad tropezaban sus ojos con el cuervo, que graznaba y se removía delante de nuestras ventanas.

Una hermosa tarde de Octubre, mi tío Zacarías parecía aún más alegre que de costumbre; no había visto a Hans en todo el día. Las ventanas estaban abiertas, y un sol espléndido penetraba en las habitaciones. A lo lejos, en la campiña, el otoño extendía esas bellas tintas amarillentas que se destacan con tanta brillantez sobre el verde sombrío de los abetos. El tío Zacarías, recostado en su ancha butaca, fumaba tranquilamente una pipa y yo le contemplaba preguntándome a mí mismo qué sería lo que le hacía sonreir, pues su bondadosa fisonomía estaba resplandeciente de satisfacción.

—Querido Tobías, — me dijo al fin, lanzando al techo una densa espiral de humo, — no puedes figurarte la dulce quietud que experimento en este instante. Muchos años hace que no me siento tan bien dispuesto como ahora para emprender una obra magna, una obra por el estilo de "La Creación", de Haydn. El cielo parece que se abre delante de mí; oigo a los ángeles y a los serafines entonar su himno celeste; pudiera señalar y separar todas las voces... ¡Oh, qué hermosa composición, Tobías, qué hermosa composición! Si pudieras oir los bajos de los doce apóstoles... ¡es magnífico, magnífico! La voz de soprano del pequeño Rafael es tan penetrante que parece la trompeta del juicio final, los ángeles agitan las alas riendo y los santos lloran de una manera verdaderamente armoniosa... Pero, ¡silencio! He aquí el "Veni Creator"; el bajo colosal avanza y la tierra tiembla: Dios va a aparecer.

Y el señor Zacarías inclinaba la cabeza, parecía escuchar con toda su alma, y gruesas lágrimas cubrían sus ojos y estaban a punto de resbalar por sus mejillas! "Bene, bene," Rafael", murmuraba.

Pero cuando mi tío se sumergía así en profundo éxtasis; cuando su fisonomía, su mirada, su actitud, todo, expresaba en él un deleite infinito, un encanto celeste, he aquí que Hans se precipita de pronto contra nuestra ventana, lanzando un "cuac" espantoso. Mi tío Zacarías palideció horriblemente y se quedó mirando hacia la ventana con los ojos espantados, la boca abierta, la mano extendida, en la actitud más completa del estupor.

El cuervo se había colocado en un travesaño de la ventana, y no, no creo recordar haber visto nunca fisonomía más radiante y burlona: su largo pico se inclinaba ligeramente hacia un lado, y su ojo brillaba como una perla. Hizo oir un segundo "cuac" irónico, y se puso a peinarse tranquilamente el ala con el pico.

Mi tío apenas respiraba; estaba como petrificado.

Al cabo de un momento Hans volvió a levantar su vuelo, y el señor Zacarías, dirigiéndose a mí, me miró fijamente algunos segundos.

—¿Le has reconocido? — me preguntó.

—¿A quién?

—¡Al diablo!

—¿Al diablo?... ¡Bah! ¡Queréis chanearos!

Mi tío no se dignó contestarme y volvió a sumergirse en sus profundas meditaciones.

Desde este día el señor Zacarías perdió todo su buen humor. Trató de escribir su gran sinfonía de los "Serafines"; pero no acertaba a dar formas a su pensamiento, y una inmensa melancolía se apoderó de él. Se tendía en su butaca y en ella se pasaba casi todo el día, con los ojos fijos en el techo, pensando en la armonía celeste. Cuando yo le manifestaba que el dinero se me iba acabando y que era preciso que escribiera un vals, una polka u otra cosa cualquiera que produjera algo, me interrumpía, diciendo:

—Un vals... una polka... ¿qué es eso? ¿qué significa eso?... Si me hablases de mi gran sinfonía, menos mal; ¡pero un vals!... Vaya, vaya, Tobías, pierdes la cabeza, no sabes lo que te dices.

Después añadía con acento más tranquilo:

—Créeme, Tobías; cuando haya terminado mi gran obra, podremos cruzarnos de brazos y dormirnos como en lecho de plumas. Es el "alpha" y el "omega" de la armonía. ¡Entonces sí que será grande nuestra reputación! Mucho tiempo hace que debía haber terminado esa gran obra; una sola cosa me lo ha impedido: ¡el cuervo!

—¡El cuervo!... Pero, querido tío, ¿cómo puede el cuervo impediros escribir, os pregunto? ¿Acaso no es un pájaro como otro cualquiera?

—¡Un pájaro como otro cualquiera! — exclamó indignado; — ¡ya veo, Tobías, que conspiras contra mí al lado de mis enemigos!... Y sin embargo, ¿qué cosa hay que yo

Se puso de centinela detrás de la puerta ("El requiem del cuervo".)

no haya hecho por tí? ¿No te he educado como a mi propio hijo? ¿No he ocupado el lugar de tu padre y de tu madre? ¿No te he enseñado a tocar el clarinete? ¡Ah, Tobías, Tobías, qué malo es lo que haces!

Decía todo esto con tal expresión de convencimiento, que yo acaba por creerle, y maldecía desde el fondo de mi alma a aquel maldito Hans que turbaba la inspiración de mi tío: "Sin él, me decía yo, nuestra fortuna estaría hecha"; y hasta llegaba a dudar de si realmente el cuervo aquel sería el diablo en persona.

Algunas veces el tío Zacarías trataba de escribir; pero por una fatalidad curiosa y casi increíble, Hans aparecía siempre en el mejor momento, o se oía su graznido destemplado y ronco. Entonces el pobre hombre tiraba la pluma con desesperación, y si hubiera tenido cabellos, se los hubiera arrancado a puñados; tan grande era el paroxismo de su furor. Las cosas llegaron a un punto, que el señor Zacarías pidió prestado el fusil del panadero Racer, un viejo armatoste mohoso, y se puso de centinela detrás de la puerta para espiar la llegada del maldito animal. Pero entonces Hans, astuto como el diablo, no parecía, y tan pronto como mi tío, cansado de esperarle y tiritando de frío, porque era invierno, se acercaba a calentarse las manos a la chimenea, en aquel mismo momento Hans lanzaba su graznido delante de la casa. El señor Zacarías corría a tomar otra vez el fusil y se lanzaba a la calle; pero ya Hans había desaparecido.

Era una verdadera comedia, de la que hablaba toda la ciudad. Mis camaradas de colegio se burlaban de mi tío, lo que me obligó más de una vez a librar en la plaza descomunales batallas. Yo le defendía a todo trance, y raro era el día que no volvía a casa con un ojo vendado o la nariz magullada. Entonces me miraba conmovido y me decía:

—¡Querido Tobías, ten valor! Pronto no tendrás necesidad de sufrir tantas contrariedades.

Y se ponía a pintarme con entusiasmo la grandiosa obra que meditaba. Era verdaderamente una cosa magnífica; todo era lógico, ordenado, de una estructura admirable: empezaba con la overtura de los apóstoles; seguía el coro de los serafines en mi bemol; después, el "Veni Creator" en medio de los relámpagos y los truenos... "Pero, decía mi tío, es preciso que el cuervo muera; el cuervo es la causa de mis distracciones, de mi falta de inspiración: mira, Tobías, si no fuera por él, mi gran sinfonía estaría terminada hace mucho tiempo, y viviríamos tranquilamente de nuestras rentas."

II

Una noche, al volver de la plaza, me encontré a Hans. Había nevado: la luna refractaba su luz en los blancos techos, y no sé qué vaga inquietud se apoderó de mi corazón a la vista del cuervo. Al llegar a la puerta de nuestra casa, quedé sorprendido al encontrarla abierta: permanecí un momento suspenso, y vi que algunos resplandores se filtraban a través de los vidrios, como el reflejo de un fuego que se apaga. Entro, llamo; pero nadie me responde; sigo avanzando, y júzguese de mi sorpresa y mi disgusto cuando a uno de los reflejos de la llama veo a mi tío con la nariz azul, las orejas violáceas, y tendido cuan largo era en su butaca, con el viejo fusil de nuestro vecino entre las piernas, y los zapatos llenos de nieve.

El pobre hombre había salido a ver si cazaba al cuervo, y había vuelto medio helado.

—¡Tío! ¡querido tío! — exclamé. — Estáis durmiendo?

Al sonido de mis palabras entreabrió los ojos, y fijando en mí una mirada soñolienta, dijo:

—Tobías, le he apuntado más de veinte veces, y al momento que iba a tocar el gatillo, desaparecía como una sombra.

Dicho esto, volvió a caer en profundo sopor; yo le hablaba, le sacudía, pero inútilmente; permanecía inmóvil. Sobrecogido entonces por el pánico, corrí a buscar al doctor Hasselnoss. Al levantar el pesado aldabón de su puerta, mi corazón latía precipitadamente; y cuando se oyó retumbar el golpe en el fondo del vestíbulo, mis rodillas flaquearon y estuve a punto de caer. La calle estaba desierta; algunos copos revoloteaban al rededor de mí; sentía frío hasta en la médula de los huesos. Al tercer aldabonazo, la ventana el doctor se abrió, y la cabeza de Hasselnoss, con su gorro de algodón, se inclinó hacia fuera.

¿—Quién está ahí? — preguntó con voz trusca.

—Señor doctor, venid pronto a casa del señor Zacarías; está muy enfermo.

—Voy en seguida, — contestó Hasselnoss; — sólo tardo el tiempo necesario para ponerme un abrigo.

Volvió a cerrarse la ventana y transcurrió un largo cuarto de hora, que pasé mirando la calle desierta, escuchando las veletas crujir en sus enmohecidas agujas, y allá, a lo lejos, algún perro de cortijo ladrar a la luna. Por fin, se oyeron pasos: alguno baja lentamente, muy lentamente, la escalera; introdujeron una llave en la cerradura, y Hasselnoss, envuelto en una gran hopalanda gris, y una pequeña linterna en forma de palmatoria en la mano, apareció en el dintel.

—¡Brrr! — dijo, — ¡qué frío hace! ¡Bien he hecho en abrigarme tanto!

—Sí, — respondí, — pero yo hace veinte minutos que estoy tiritando.

—Pues me he dado prisa para no hacerte esperar.

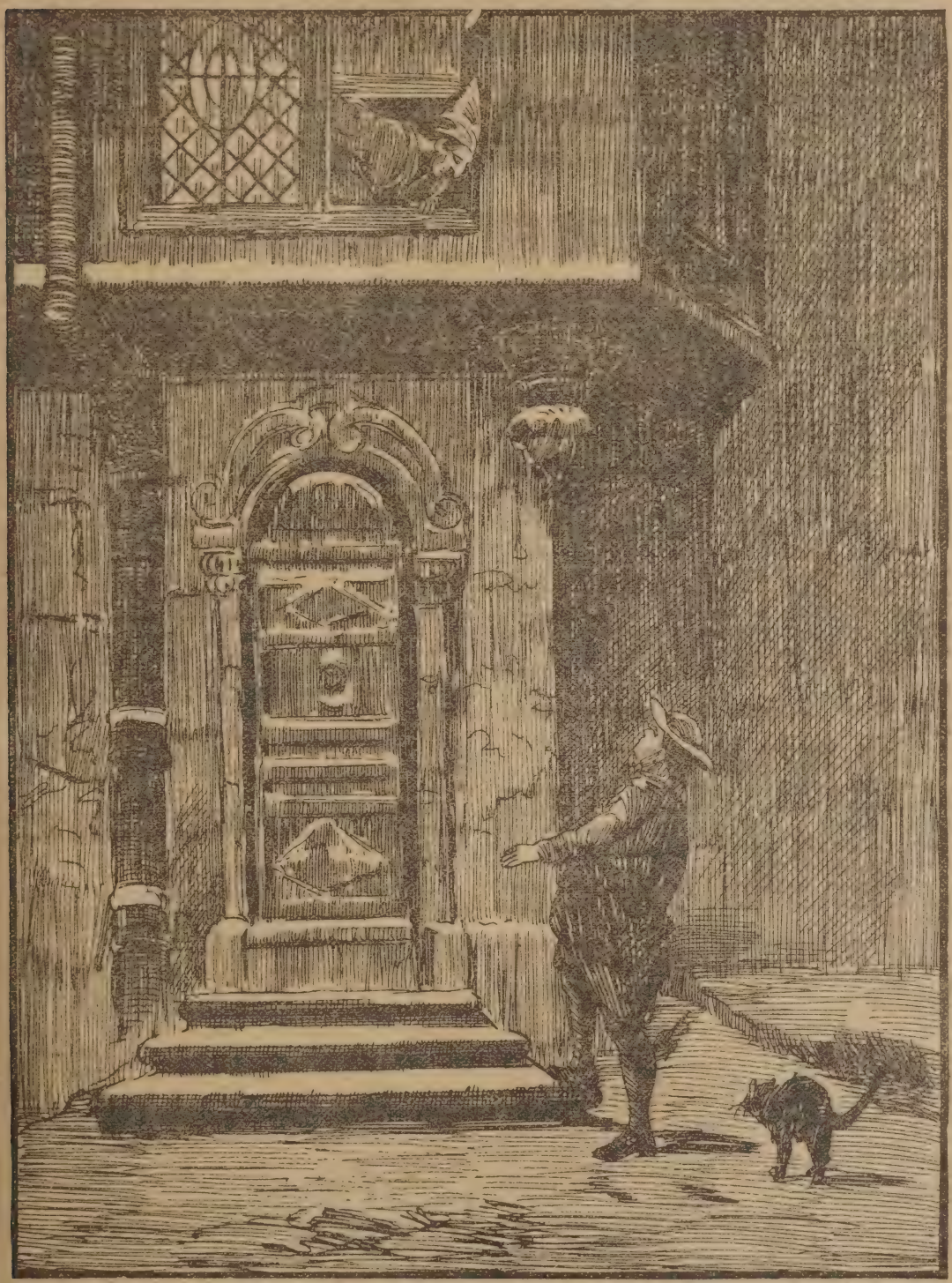
Un minuto después entrábamos en el cuarto de mi tío.

—¡Hola! ¡Buenas noches, señor Zacarías! — dijo el doctor Hasselnoss con el tono más tranquilo del mundo, dando un soplo a su linterna. — ¿Cómo estáis? Parece que hemos pillado un pequeño catarro, ¿eh?

A esta voz, mi tío Zacarías pareció despertarse.

—Señor doctor, — dijo, — voy a contároslo todo tal como ha sucedido.

—Es inútil, — le interrumpió Hasselnoss sentándose en frente de mi tío en un viejo cofre; — conozco el principio y las consecuencias, la causa y los efectos; vos detestáis a Hans, y Hans os detesta; vos le perseguís con el fusil, y Hans viene a posarse en los



Al tercer aldabonazo la ventana del doctor se abrió ("El requiem del cuervo".)

travesaños de vuestra ventana para burlarse de vos. ¡Je, je, je! Todo esto es muy sencillo; al cuervo no le gusta el canto del ruiseñor, y el ruiseñor no puede sufrir el graznido del cuervo.

Mientras Hasselnoss hablaba, absorbía con fruición un polvo de tabaco; después, guardó la tabaquera, cruzó una pierna sobre otra, sacudió los pliegues de su levitón y se echó a reir, mirando fijamente al señor Zacarías con sus pequeños y maliciosos ojos.

Mi tío estaba estupefacto.

—Escuchad, — repuso Hasselnoss; — esto no debe sorprenderos; todos los días estamos viendo hechos parecidos. Las simpatías y antipatías gobiernan nuestro pobre mundo. Entrais en una taberna, en una cervecería, no importa dónde; reparais en dos jugadores sentados a una mesa, y sin conocer a ninguno de ellos, hacéis en seguida votos por el uno o por el otro. ¿Qué razón hay para que prefieras a uno de los dos? Ninguna. ¡Je, je, je! Sobre ésto los sabios edifican sistemas y más sistemas, en lugar de decir lisa y llanamente: "He aquí un gato, he aquí un ratón; yo estoy a favor del ratón porque somos de una misma familia, porque antes de ser Hasselnoss, doctor en medicina, he sido ratón, ardilla o hurón, y en consecuencia..."

Pero no terminó su frase, porque en el mismo instante el gato de mi tío pasó rozándole las piernas, y tomólo el doctor bruscamente haciéndole desaparecer en su inmenso bolsillo con una rapidez asombrosa. El tío Zacarías y yo nos miramos estupefactos.

—¿Que vais a hacer con mi gato? — dijo al fin mi tío.

El doctor, en lugar de responder, sonrió y dijo:

—Señor Zacarías, quiero curaros.

—Devolvedme primero mi gato.

—Si me obligais a devolveros este gato,— dijo Hasselnoss, — os abandono a vuestra triste suerte; no tendréis un minuto de reposo; no podréis escribir una nota, y adelgazaréis de día en día.

—¡Pero en nombre del cielo! — repuso mi tío. — ¿Qué es lo que os ha hecho ese pobre animal?

—Lo que me ha hecho... — respondió el doctor, cuyas facciones se contrajeron, — ¡lo que me ha hecho!... ¡Sabed que estamos en perpetua guerra desde el origen de los siglos! ¡Sabed que este gato reasume en él la quinta esencia de un cardo que me ha ahogado cuando yo era violeta; de un acebo que me ha hecho sombra cuando yo era arbusto; de un sollo que me ha comido cuando yo era carpa, y de un gavilán que me ha devorado cuando yo era ratón!

Creí que Hasselnoss estaba loco; pero el tío Zacarías, cerrando los ojos, respondió después de un largo silencio:

—¡Os comprendo, doctor Hasselnoss, os comprendo! ¡Pudiera ser muy bien que tuviérais razón!... Curadme, y os doy mi gato.

Los ojos del doctor brillaron.

—¡Ya eso es otra cosa! — exclamó. — Ahora voy a curaros.

Sacó, dicho esto, una pequeña navaja de su cartera, y tomó de la chimenea un trozo de leña, que hendió con suma destreza. Mi tío y yo le mirábamos hacer en silencio. Después de haber hendido aquel pedazo de madera, lo ahondó algo, y en seguida sacó de la cartera una laminita de pergamino, que ajustó dentro de la hendidura. Hecho esto, aplicó sonriendo aquel objeto a sus labios.

La fisonomía de mi tío se puso radiante.

—Doctor Hasselnoss, — dijo, — sois un hombre raro, un hombre verdaderamente superior, un hombre...

—Ya lo sé, — le interrumpió Hasselnoss, — ya lo sé. Apagad la lumbre ahora, y que ni el más insignificante pedazo de carbón brille en la sombra.

Mientras yo ejecuaba sus órdenes, él abrió la ventana de par en par. La noche estaba glacial: por encima de los techos aparecía la luna tranquila y límpida en medio de un cielo puro y transparente. El brillo deslumbrador de la nieve y la oscuridad del aposento forbaman un contraste extraño ;veía la silueta de mi tío y de Hasselnoss destacarse en el marco de la ventana, y mil impresiones confusas me agitaban a la vez. De pronto, mi tío Zacarías estornudó, y la mano de Hasselnoss se extendió con impaciencia para imponerle silencio; después, el silencio se hizo solemne.

De repente, un silbido agudo atravesó el espacio: "¡Pi-uite, pi-uite". Después, todo volvió a quedar en silencio. Mi corazón latía con tanta fuerza que casi escuchaba sus latidos. Al cabo de un instante se hizo oir el mismo silbido: "¡Pi-uite, pi-uite!", y entonces comprendí que era el doctor quien lo producía con su reclamo. Esta observación me dió algún valor y presté atención a las menores circunstancias de lo que estaba pasando a mi alrededor.

El tío Zacarías, medio encorvado, miraba a la luna. Hasselnoss permanecía inmóvil con una mano apoyada en la ventana y la otra con el silbato.

Pasaron dos o tres minutos: al cabo de este tiempo se oyó el vuelo de un pájaro hendir los aires.

—¡Oh! — murmuró mi tío.

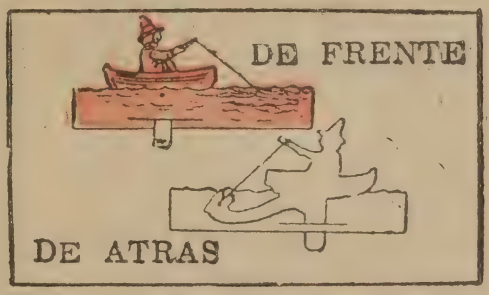
—¡Silencio! — dijo Hasselnoss, y el "pi-uite" se repitió muchas veces con extrañas y precipitadas modulaciones. Dos veces el pájaro, inquieto y trastornado, tocó en su rápido vuelo la ventana con el ala, y dos veces hizo mi tío un movimiento como para agarrar el fusil; pero Hasselnoss lo tomó por el brazo, murmurando: "¡Pero estais loco!" Entonces mi tío se contuvo, y el doctor redobló sus silbidos con tanto arte, imitando el canto de la pega atrapada en el lazo, que Hans, girando a derecha e izquierda, acabó por entrar en la habitación, atraído, sin duda, por una curiosidad singular que le trastornaba el cerebro. Oí sus dos patas chocar pesadamente contra el pavimento, y casi al mismo tiempo, mi tío Zacarías lanzó un grito, y se precipitó sobre el pájaro, que se escapó de sus manos.

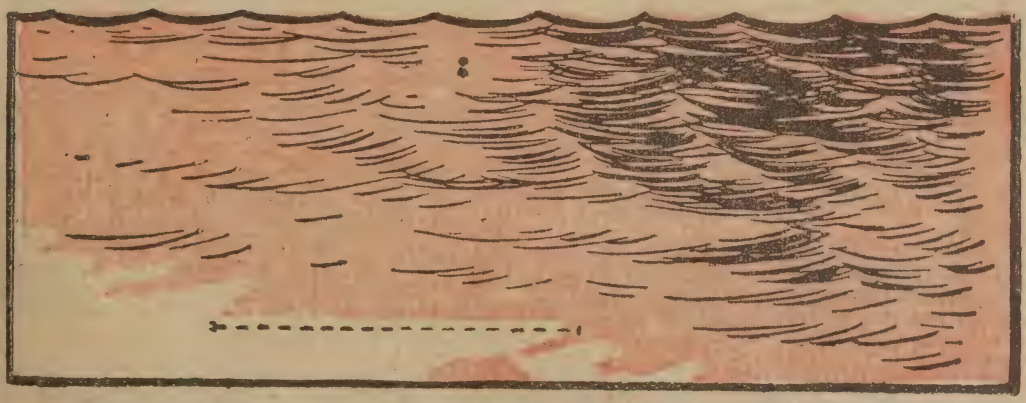
—¡Torpe! — exclamó Hasselnoss cerrando la ventana.

Ya era tiempo. Hans revoloteaba junto a las vigas del techo. Después de haber dado cuatro cinco vueltas, chocó contra uno de los vidrios con tanta fuerza, que dejóse caer aturdido tratando de agarrarse con las uñas a los travesaños. Hasselnoss encendió enton-

Simón el Bobito va de pesca

Un lindo juguete de movimiento, fácil de armar.





ESTE MODELO SI QUE ES FACIL DE HACER. DESPUES DE PEGADOS LOS DIBUJOS Y UNA VEZ BIEN SECOS, SE RECORTAN CON CUIDADO LAS DOS PIEZAS Y SE HACE LA RANURA MARCADA POR LA RAYA DE PUNTOS. SE PONE UN HILO DE LA PUNTA DE LA CAÑA A LA BOCA DEL PEZ Y SE METE LA MANIJA POR LA RANURA, DEL LADO DE ATRAS. BASTA MOVER LA MANIJA DE UN LADO A OTRO PARA QUE SIMON EL BOBITO PESQUE.

ces una vela, y vi al pobre Hans entre las manos de mi tío, que le apretaba el cuello con un entusiasmo frenético, diciendo:

—¡Ja, ja, ja! ¡Ya le tengo! ¡Ya le tengo!

Hasselnoss le acompañaba con carcajadas aún más ruidosas.

—¡Je, je, je! ¿Estais contento, señor Zacarías, estais contento?

Nunca he visto escena más horrible. El rostro de mi tío estaba color carmesí. El pobre cuervo se debatía entre sus manos, y agitaba las alas y las patas con las angustias de la muerte.

Este espectáculo me horrorizaba tanto, que corrí a ocultarme en el fondo de la habitación.

Pasado el primer momento de indignación, mi tío Zacarías volvió en sí, y me dijo con voz todavía algo temblorosa:

—Tobías, el diablo las ha pagado ya todas juntas y... le perdono. Toma, tenme a ese Hans delante de los ojos. ¡Ah! ¡Me siento revivir! Ahora, silencio: ¡escuchad!

Y el señor Zacarías, con la frente inspirada, la pupila centelleante, se sentó al clavicordio. Yo estaba enfrente de él, y tenía agarrado el cuervo por el pico; detrás, Hasselnoss levantaba la bujía para alumbrar a mi tío. No podía darse cuadro más extraño que aquellas tres figuras, Hans, mi tío Zacarías y Hasselnoss, bajo las elevadas y carcomidas vigas del techo. Aun me parece verlos, iluminados por la oscilante luz, como nuestros viejos muebles, cuyas sombras vacilaban en el decrépito muro.

A los primeros acordes, mi tío pareció transfigurarse, y sus grandes ojos azules brillaron de entusiasmo; no tocaba delante de nosotros, sino en una catedral, ante una asamblea inmensa, delante de Dios.

—¡Qué pieza más sublime! Ora sombrío, patético, desgarrador o resignado; después, bruscamente, de en medio de los sollozos brotaba el dulcísimo canto de la esperanza desplegando sus alas de celeste y oro. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Es posible concebir cosas tan grandiosas?

Era un "Requiem", y durante una hora no abandonó la inspiración ni un segundo al tío Zacarías.

Hasselnoss no reía ya: insensiblemente su fisonomía burlona había adquirido un expresión indefinible: creí por un momento que iba a enternecerse; pero pronto le ví hacer movimientos bruscos y nerviosos, y me apercibí de que alguna cosa se debatía bajo los faldones de su levitón.

Cuando mi tío, rendido por tantas emociones, apoyó su ardorosa frente sobre el borde del clavicordio, el doctor sacó de su gran bolsillo una cosa inerte y la presentó, riéndose, a nuestras miradas.

Era el gato que acaba de estrangular.

—¡Je, je, je! — dijo. — Buenas noches, señor Zacarías, buenas noches. Cada uno hemos hecho nuestra caza. ¡Je, je, je! Vos habéis hecho un "Requiem" para el cuervo Hans; bien podéis hacer ahora un "Aleluya" para vuestro gato. ¡Buenas noches!...

Mi tío estaba tan abatido, que se contentó con saludar al doctor con un movimiento de cabeza, hociéndome señas de que le acompañase.

Ahora bien, aquella mismo noche murió el gran duque Yeri-Peter, segundo de su nombre, y cuando Hasselnoss atravesaba la calle, oí las campanas de la catedral doblar lentamente. Al volver a nuestro cuarto, vi al tío Zacarías de pie.

—Tobías, — me dijo con voz grave, — ve a acostarte, hijo mío, ve a acostarte; es preciso que escriba todo esto esta misma noche; si no, sería fácil que olvidara...

Me apresuré a obedecer, y en mi vida he dormido mejor.

Al día siguiente, a las nueve, me despertó sobresaltado un gran tumulto. Todos los habitantes de la ciudad se habían lanzado a las calles; no se hablaba de otra cosa que de la muerte del gran duque.

El señor Zacarías fué llamado a palacio. Se le encomendó el "Requiem" de Yeri-Peter II, obra que le valió al fin la plaza de maestro de capilla, que ambicionaba hacia tanto tiempo. Este "Requiem" no era otro que el que escribió para Hans. Así el tío Zacarías, cuando llegó a ser grande hombre y podía gastar hasta quinientos "thalers" por año, me decía algunas veces al oído:

—¡Ah, sobrino, sobrino! Si se supiera que ese "Requiem" famoso lo he compuesto para el cuervo, todavía creo que iríamos a tocar el clarinete en las fiestas de las aldeas.

Así las cosas de este mundo; muchas veces la fortuna, la riqueza, los honores, sólo estriban en la cosa más fortuita, en acertar con el momento oportuno.

Fin de "EL REQUIEM DEL CUERVO"

En el número próximo de "Pucky" una novela policial completa:

SEXTON BLAKE contra KESTREL

NO DEJE USTED DE LEERLA

UNA NARRACION EMOCIONANTE

El anillo de jaspe

Por Sidney Lamarque

(TRADUCCION DEL INGLES PARA "PUCKY")

El lector ha de seguir con creciente interés este relato original que describe de modo admirable el ambiente en que se desarrollan las escenas en las que se entremezclan tipos de variadas procedencias y por lo tanto de sentimientos y creencias distintas.

I

EN el sombrío barrio de Pennyfields, al final del camino real, se halla alumbrado por un farol a gas el restaurante de "Li Quong", una fonda mal oliente, ubicada entre un negocio de pescado frito y un salón de pescadores.

Li Quong, su dueño, es un chino interesante y a la vez original. Muchas noches, sentado con él en su pieza, arriba mismo del negocio, me he entretenido en observar en el museo que allí tiene, curiosidades y objetos raros que ha coleccionado de extraños sitios y he oído con interés las narraciones que en nuestras amenas charlas me refería sobre siniestros hechos ocurridos en alta mar y sobre las escenas infamantes de Limehouse, donde las tragedias del odio y del amor se desarollan al amparo de las sombras de la noche.

La otra noche, mientras charlábamos, entretenidos sobre los siete mares, Li Quong me relató la historia de los amores de su hija, Li Toy Sing, con un inglés.

II

UNA tarde después de haber conversado largamente Dick Verrínder con Li Toy Sing, en la esquina de su casa, se despidieron y Dick se fué directamente hacia la taberna llamada "Rose & Crown", para apagar su sed, que, dicho sea de paso, era más o menos permanente en él.

Li Toy Sing se dirigió a su casa cantando alegremente, pues su corazón se sentía rebosante de alegría.

Cuando llegó al negocio de su padre, éste se hallaba en la puerta esperándola y al verla le dijo en son de amable reproche:

——Llegas un poco tarde esta noche hijita, ¿qué es lo que te ha atrasado tanto?

—Discúlpame papá, estuve con Dick y tenía tantas cosas que decirme que me pasó el tiempo sin darme cuenta de que se hacía tarde.

Li Quong siguió a su hija y como observó que estaba un tanto nerviosa, moviendo inquieta sus delicados dedos, al apreciar con satisfacción para su orgullo de padre, que su hija se hallaba en todo él esplendor de su belleza juvenil, no pudo menos que dar salida a la opresión que sentía en su corazón, diciéndole:

—Hijita mía, no podría manifestarte que veo con agrado las relaciones que mantiene ese joven contigo. Sus informes podrán ser todo lo honorables que tú quieras, pero debo recordarte que no es de nuestra raza. Sus costumbres no son las nuestras, hija mía, y mucho me gustaría que reflexiones sobre esto.

Al oir estas palabras de su padre, la chica abrió grandes sus ojitos y murmuró sorprendida:

—Pero papá, Dick me ama y quiere casarse conmigo lo antes posible y te diré que Li Toy Sing quiere muchísimo a su Dick y que jamás querrá a ningún otro hombre.

—Entonces hijita, si es así, has de cuenta que no he dicho nada, — y después de un largo silencio continuó:

—Porque después del trabajo, todo lo más grande y sublime que tiene la vida es el amor. Yo lo único que busco es tu felicidad y debo confesarste que habrías dado mayor

alegría a tu padre viéndote casada con un hombre de nuestra raza.

Luego levantándose y besándola le dijo:

—Ahora debo hacer mis oraciones, prepárame la cama y tú haz las tuyas.

Diez minutos después Li Quong envuelto en un rico manto de seda y con un hermoso anilo de jaspe en la mano, se sentó a orar ante el atar de sus antepasados. Entonó muchas de las complicadas oraciones de su rito, pero durante los primeros momentos su pensamiento estuvo muy lejos del objeto de su culto. El humo del incienso subía en espirales y la atmósfera se tornaba pesada, cuando al llegar los primeros albores del nuevo día Li Quong aun se hallaba sentado orando ante el altar...

* * * *

La noche anterior al casamiento de su hija, Li Quong la llamó a su habitación y allí, diciéndole estas palabras. le entregó el anillo de jaspe:

—Este es mi regalo de bodas; ha adornado muchas lindas manos, pero ninguna como las tuyas. Espero que ese joven que va a ser tu esposo, merezca siempre tu cariño; ya desde mañana mi casa quedará sin ti y será para mí este hogar, una casa triste y sombría.

Mientras Li Quong colocaba el anillo en el dedo delicado de su hija, ella saltaba de alegría y ni siquiera el pesar y la aflicción de su padre, pudieron contener su satisfacción.

Durante muchos días después del casamiento, Li Quong se sintió embargado por una gran tristeza. Su casa, más bien le parecía una jaula despojada de su alegre pajarillo. Así lo dejó Li Toy Sing, para ir a ocupar dos piecitas en una calle, no muy lejos de allí y de la taberna de "Rose & Crown". En esa calle, había, si esposible, más malos olores aun que en la que vivía Li Quong. Sin embargo, durante unas pocas semanas fué para Li Toy Sing una calle de alegres luces en la que andaba de uno a otro extremo, como si fuera una mariposa en un callejón sin salida.

Sus dos piecitas le habían resultado un hermoso nido, engalanado con preciosas cortinas, con extraños objetos y adornos de ricas sedas y bordados y un lindo jarrón con flores.

Pero lo más bello que tenían, lo más alegre y gracioso que en ellas había, era su dueña, Li Toy Sing, que parecía una princesita de un cuento de hadas.

Las primeras semanas pasaron alegremente y durante ese tiempo las visitas que Dick acostumbrada a hacer a la taberna de "Rose & Crown" fueron menos frecuentes y parecieron mucho menos aun, a la desfachatada Lucy, la camarera.

Después de una ausencia de cuatro noches cayó Dick repentinamente a tomar su acostumbrado trago y Lucy, al recibirlo, le dijo con tono de resentida:

—Muy ocupado con la nueva muñequita, ¿no?...

—Vamos Lucy, no te enfades así; tú bien sabes que seguiremos siendo buenos amigos.

Y echando un trago tomó con sus manos callosas las de Lucy, y, apretándolas entre las suyas, algo inclinado sobre el mostrador, le dijo muy despacito:

—¿Cuándo tendremos una nochecita libre? ¿Pronto?...

Lucy, moviendo la cabeza, aprobó afirmativamente.

—Eres una monada Lucy, ya lo sabía yo. ¿A ver esos ojitos? Bien, no me equivoco, será el martes, ¿no?

Mientras esto ocurría en la taberna de "Rose & Crown", allá, en sus dos piecitas, cantaba alegremente la china de ojos pequeños. Su corazón sencillo, rebosaba de felicidad...

Con el lento andar del tiempo, transcurrían las semanas y en la carita de Li Toy Sing se iba reflejando algo así como el derrumbe de sus queridos sueños de felicidad.

Desde hacía tiempo Verrinder faltaba a sus ocupaciones y quedaba en su pieza, sentado junto al fuego, con sus pies apoyados en la chimenea, concentrando todo su interés en la lectura de las crónicas de sports de los diarios. Pronto se fueron sucediendo las noches en que Li Toy Sing, sola en su cuarto, alumbrado por una mísera lámpara, esperaba sentada la llegada de su querido Dick, pensando admirada en la increíble realidad de lo que estaba pasando. Las horas lentamente se iban y el sueño la vencía cerrando sus ojitos, pero Dick no llegaba a su hogar.

Li Toy Sing no podía convencerse que su Dick le estaba perdiendo cariño. No podía siquiera imaginar que esto era la verdad y se preguntaba ¿sería acaso que no merecía ella su cariño; que había, tal ve, cometido alguna falta? Durante muchos días este pensamiento la preocupó y con todas las fuerzas de su alma se impuso la tarea de atreer a su querido Dick nuevamente hacia el hogar. Pero, todo fué inútil; las ausencias de Dick se hicieron cada vez más frecuentes y más largas.

Li Quong, rápidamente se dió cuenta del cambio operado en su hija y le bastó poco tiempo para adivinar las causas que lo originaban.

Un día ,no pudiendo ocultar más su desdicha, Li Toy Sing, dijo a su padre:

—Papá, ¿será acaso que yo no merezco su cariño? — Y sus ojitos se llenaron de lágrimas.

A esto el chino le contestó, sonriendo:

—El amor, hija mía, no es más que un juego de azar y lo mejor que nos enseña, es a dejar que las cosas sigan su curso. En fin, es un juego en el cual algunas veces el mismo ganador sale perdiendo.

Cuando la chica salió del restaurante, después de esta conversación, Li Quong, tomándola del brazo, le dijo cariñosamente:

—Trata de ser siempre obediente y cum-

plidora para con tu esposo. Sé humilde con él y salvarás tu situación.

Li Toy Sing regresó a su casa caminando silenciosamente, mientras su padre la seguía con la mirada hasta que la perdió de vista. Luego, apesadumbrado, subió a su cuarto y se sentó a pensar. Su cara nada expresaba, pero, en sus pequeños ojos, se reflejaba el presagio de un inevitable y gran desastre...

Li Toy Sing habría sufrido mucho menos si Dick hubiese sido con ella más tosco, más grosero, pero nunca tuvo para ella acto alguno de crueldad. No era tipo de esa clase. Sus vicios, más que positivos, resultaban negativos; carecía de aquellas condiciones duras de los malos hombres.

Poco a poco, casi imperceptiblemente, se fué revelando ante Li Toy Sing la cruda verdad: Dick estaba arepentido de su casamiento con una china, ya no la quería, ya no la amaba. Sus ojos empezaron a perder aquella dulce mirada y su voz aquel tono de alegre pajarillo. Sentía el peso de su casamiento, como si se hallara vestida con ropas mojadas.

Una tarde en que el viento soplaba con fuerza y los faroles de gas de Limehouse titilaban, como las estrellas en el cielo, se produjo para Li Toy Sing la inevitable catástrofe.

Había salido esa tarde con su canasta de compras y permanecido fuera unas dos horas. Cuando el reloj daba las nueve regresó pensando si hallaría o no a su Dick en casa, pues hacía ya veinticuatro horas que dada sabía de él. Al acercarse tuvo la grata emoción de una pequeña esperanza; sintió gran alivio cuando vió luz a través de su ventana. Sin duda que Dick estaba allí. Apuró el paso y, llegando a la puerta de calle, la abrió y subió rápidamente.

Sentada junto al fuego, en una silla baja, se hallaba una mujerzuela vestida con saco imitación de piel y un gran sombrero adornado con plumas rojas. Esta, al ver entrar a Li Toy Sing, quitándose de la boca el cigarrillo silvó despacito, en son de sorpresa y luego dijo a Dick:

—Ves, ahora viene el escándalo y yo te advertí que evitaras esto.

Mientras él ajustaba las correas de una vieja maleta, trató de mirar con indiferencia la presencia de su mujer allí y echó un suspiro. Li Toy Sing puso su canasto sobre la mesa y miró fijamente a uno y otro. Su corazón se estremecía con un vago terror y sus ojitos, enormemente abiertos, los miraban con espanto.

—¡Dick!

El, sin inmutarse, se pasó el dorso de la mano por la boca y le dijo:

—Oye, no veo la necesidad de que provoques un escándalo ahora; he tenido que cargar con ésta, porque tuvo una pelea esta mañana con el viejo de la taberna y él la echó. Tuve que traérmela ligerito, pues casi me tira con un libro, ¿verdad?

—Dick, pero tú no puedes abandonarme de esta manera: tú no debes abandonar así a Li Toy Sing. ¡Li Toy Sing te ama y no podrá vivir sin ti!

Y echándose sobre su cuello se colgó de él sollozando amargamente.

—Vamos, concluye de una vez, — dijo Lucy fastidiada, y dirigiéndose hacia la puerta, continuó:

—Es sólo una amarilla y no vale la pena preocuparse de ella.

Pero la china cubrió de besos y caricias la cara de su Dick, y, asida fuerte de él, apenas le permitía moverse.

—Cállate mujer, vas a alarmar el barrio con tus llantos, — y tomándola en los brazos la empujó con tanta violencia, que la hizo caer del otro lado del cuarto.

Li Toy Sin, al tropezar, cayó hacia atrás yendo a dar con la cabeza sobre los fierros de la chimenea. Luego vino la noche y todo quedó en profundo silencio...

* * * *

III

CUANDO Li Toy Sing abrió sus ojos, Verrinder y Lucy ya habían desapacido. Tardó algunos minutos en recobrar sus sentidos y darse cuenta del lugar en que se encontraba. Luego, toda dolorosa, se arrastró como pudo hasta la silla que antes había ocupado aquella maldita mujer.

La lámpara estaba aun encendida pero su luz iluminaba apenas. Miró hacia la chimenea con ojos que nada podían ver. Le habían arrancado, cruelmente, su anillo de jaspe y su dedo sangraba destrozado. De rato en rato, pequeños estremecimientos convulsionaban su cuerpo, pero de sus labios no salió ni un solo ruido. Parecía que alguna herida interna le sangraba, acercándola lentamente hacia la muerte. ¡Eso era todo!

Afuera caía una espesa neblina. Desde las sombras aparecían y desaparecían silenciosas formas y un ambiente corrosivo había en la atmósfera. De abajo del farol de gas subía un suave sonido de un instrumento de caña, pero Li Toy Sing, nada oyó ni nada vió, cuando se lanzó a la calle. Un escalofrío mortal la había privado de sus sentidos. Haciendo un gran esfuerzo llegó hasta la casa de su padre, y al enfrentar la puerta cayó como cae un pajarillo con las alas rotas...

* * * *

IV

LA otra noche mientras charlábamos juntos sobre los siete mares, Li Quong sacó de su museo una hermoso sándalo y, abriéndola, me mostró un magnífico anillo de jaspe, que todavía estaba puesto en el dedo de una mano de hombre...

SIDNEY LAMARQUE.

Compre

EL DIARIO

todas las tardes y estará al corriente de las noticias sociales, políticas, sportivas, teatrales y otras del momento.

EL DIARIO

Fundado hace 45 años

tiene entrada en todos los buenos hogares.

Remita el cupón y recibirá a domicilio un ejemplar del jueves próximo con las páginas en colores, y una página con la graciosa historieta para niños:

BARNIGUGLI y su PINGO TRAGAVIENTOS

Señor Administrador de EL DIARIO.
Avenida de Mayo, 662 - Bs Aires

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán las páginas femeninas en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . .

EDICION DE LOS JUEVES
Precios de suscripción:

1 año	$ 5.--
6 meses. . .	„ 2.50
3 „ . . .	„ 1.50

F.C. . . . . .

ENTRETELONES DE LA HISTORIA

La fortuna de Napoleón

Por FRANÇOIS DE NION

Como si el destino se empeñara en desbaratar los más audaces planes de ambición y conquista de aquel hombre que soñó con la posesión y dominio del mundo, haciéndole concebir la esperanza de que sus soldados atarían a su carro triunfal al Oriente la heróica defensa de San Juan d' Accre que resistió a las águilas francesas, fué el punto de partida del desastre de Napoleón en el Asia, obligándolo a concentrarse otra vez en el Occidente.

La gloria de Auterlitz no bastó, sin duda, para amenguar la suprema amargura que nubló el espíritu soñador del gran capitán por aquella derrota que le cerró las puertas de la Siria.

Francisco de Nion, nos presenta en las páginas que van a leerse a Napoleón I, dominado por esa idea abriendo su alma en una autoconfidencia que es un nuevo y tocante episodio de la vida del emperador.

EL 18 de brumario recibí orden de Napoleón de marchar el día siguiente bien temprano, con mis dos regimientos a Saint Cloud.

Saint Cloud ensordecía con el ruído de martillos y sierras: se estaba preparando en el castillo los estrados para el consejo de los Ancianos y de los Quinientos. Advertí que mis húsares reían y murmuraban entre ellos.

—Parece que tendremos baile en la aldea, y se cierran las calles para preparar la fiesta; esta vez serán los doctores los que bailen.

Apenas los diputados entraron en sesión hice echar pie a tierra a mis húsares.

En ese momento oí gritos confusos y exclamaciones de furor que partían del sitio donde sesionaban los Quinientos. Mis soldados cuchicheaban alegremente:

—Parece que los violines no están muy bien afinados.

A cada instante los emisarios nos comunicaban las mociones diversas que se sucedían en medio de una confusión en la que predominaban la rabia y el temor.

Supimos así que los diputados prestaban juramento a la Constitución, lo que desbaratabа los planes de Bonaparte y de los Ancianos. En ese instante vimos al mariscal Augereau, — duque de Castiglione, — salir de entre un bosquecillo, afectando un aire tranquilo e irónico; vestía traje civil como para demostrar que no quería tener participación en ningún movimiento militar y acercándose a nosotros mientras sorbía su rapé, se dirigió burlonamente al general.

—¡Y bien! ¡En bonita situación te encuentras!

—Saldremos de ella, — repondió Bonaparte, — acuérdate solamente de Arcole.

Y como si esta respuesta y su recuerdo glorioso hubiese tenido influencia decisiva en sus resoluciones, lo vimos desmontar y penetrar donde estaban reunidos los Ancianos.

Cuando hubo salido, el brillo de su mirada y el aplomo de su gesto nos hicieron comprender que había triunfado sobre las hesitaciones de este cuerpo; quedaba por domi-

DE VARIOS COLEGAS

FIGURA IMPONENTE

—¡Qué ruido hacen los vecinos de arriba! Sube y diles que dejen de bailar.

—Ve tú, que eres más alto y podrás imponerte con tu figura.

FALSA BELLEZA

—Espero que usted hará de mi esposa un cuadro que resulte bello y agradable.

—Entonces no le preocupa mayormente el parecido ¿eh?

LAS MELENAS

—¡Cómo cunde la moda del cabello cortado, Enrique! ¡Todas usan melena!

—¡Supongo, Julia, que usted no se hará cortar el cabello como las otras!

¡ADELANTE!

—¿Por qué sirvió el pescado antes que la sopa? ¿Es una moda nueva?

—No, pero el pescado estaba ya en un punto... que no podía esperar más.

HUMORISMO DEL MOMENTO

UN INDISCRETO

—Cuando estaba empleado en la compañía de teléfonos, un día me caí de un poste de diez metros de alto.

—¡Y no se mató!

—¿Quién se lo ha dicho?

INVITADO

—¿Quiere usted que almorcemos juntos?

—¡Como no! ¡Con mucho gusto!

—Pues entonces vaya adelante y dígale a su mujer que haga poner un cubierto más.

EL MAR POR DENTRO

—¡Es grande el mar! ¿No te parece? ¡Y eso que no ves más que la superficie! ¡Si vieras lo que hay debajo!

VOZ BENEFICA

—Canta en los conciertos de beneficencia.

—Sí me han dicho que tiene una voz que inspira lástima.

nar los Quinientos, en cuyo recinto las pasiones se agitaban todavía amenazantes. En este momento sentí que una mano se apoyaba en el arzón de mi montura y vi a un hombre cuyo aspecto no era para inspirar confianza, la que no aumentó un ápice al recordar que la víspera había visto a ese individuo en casa de Fouché, el ministro de Policía. Con aire reservado, murmuró entre dientes unas palabras que adiviné, más bien que comprendí:

—No le dejéis entrar solo; hay puñales preparados contra él.

Llevó su índice a los labios como para indicarme discreción y desapareció sin que me fuera posible saber por dónde había pasado. Viniese de quién viniese, el consejo era preciso seguirlo; saltando de mi caballo al instante, hice señas a algunos granaderos de Murat que allí se encontraban: Bonaparte ya estaba en la sala donde gritos terribles atronaban el espacio. Pudimos oír algunos como estos:

—¡Muerte al tirano!

—¡Respetad el templo de las leyes!

—¡Abajo el dictador!

Cien brazos se alzaron amenazantes, mil improperios confusos se cruzaban...

Una tapicería ocultaba en parte el sitio donde el público llegado de París se agolpaba, curioso, egoísta, indiferente al triunfo de uno o de otro, ávido solamente de espectáculo emocionante; no podíamos, a pesar de nuestros esfuerzos atravesar esta multitud compacta y excitada; entre tanto oíamos que los gritos se hacían más insistentes y temibles.

—¡Fuera de la ley!

—¡No queremos bayonetas!

Sable en mano me lancé a través de estas hordas togadas y llego donde estaba el general... afortunadamente muy a tiempo para desviar un golpe de estilete que pasó a dos pulgadas de mi cara, dirigido contra su pecho y que la hoja de mi acero desvió. Rodeamos a la víctima que estos desalmados destinaban a la inmolación; arrebatamos entre nuestros brazos al que estos brutos de nuevo cuño querían tratar como a César y en un instante estuvo lejos de su alcance.

Bonaparte aceptó el caballo que le presté y montó en él.

Ante la puerta del palacio entre los árboles y como a un tiro de fusil un carruaje esperaba, atalajado con seis caballos, que a duras penas podían sofrenar los postillones. Distinguí a través de los vidrios el perfil agudo de Sieyés, y corrimos hacia él acompañados por Luciano Bonaparte, que estaba a caballo al lado nuestro, después de haberse arrancado la toga y el birrete.

—¿Qué es preciso hacer? — gritó el presidente de los Quinientos. ¡Quieren que ponga fuera de la ley a mi propio hermano!

El vidrio del carruaje se baja apenas dos dedos, y los labios finos del anciano prelado murmuran esta frase fuerte y cortante como una hoja de espada:

—Ellos os quieren fuera de la ley; pues ponedlos a ellos en este estado por vuestra propia acción.

Entonces Luciano se incorpora y dirigiéndose a sus soldados le dice:

—Los facciosos, puñal en mano, han perturbado las deliberaciones; los asesinos llenan la sala de sesión: yo, presidente de esta asamblea declaro que el consejo de los Quinientos queda disuelto. ¡Soldados, a vosotros toca expulsar a los representantes del puñal!

—Presidente, — grito yo, — vuestras órdenes serán cumplidas.

Hago una seña a los tambores: un redoble se hace oír. Murat y Lecrerc sacan sus espadas y entramos en la sala de sesiones como si hubiéramos caído sobre el enemigo.

Los tambores redoblan todavía, un silbido agudo se mezcla a ese rumor y gritamos:

—¡Granaderos, a la carga!

Entonces pudimos ver como una bandada de cuervos, a los diputados huír despavoridos haciendo flotar las largas alas de sus togas negras; se desvanecieron, se dispersaron, unos desaparecían por los corredores, los otros saltaban las ventanas.

* * * *

Me volví lentamente hacia el grupo que formaban Bonaparte y Luciano, junto a la carroza de Sieyés.

—Ya está todo arreglado, — díjele, al general, — los abogados han volado.

Entonces Sieyés, bajand odel todo el vidrio de su coche, sacó la cabeza por la portezuela y ordenó al cochero simplemente:

—Desatad.

* * * *

Cuando el general conde Noistier se presentó en la Tullerías para recibir las últimas instrucciones del emperador, tuvo que esperar largo tiempo. Ayudantes de campo con sus uniformes abigarrados, mamelucos ostentando su deslumbrante traje oriental, correos de gabinete dispuestos a trasmitir por toda Europa las breves e imperativas órdenes del emperador, todo un mundo de chambelanes y gentiles hombres se agitaba, iba y venía, en aquella sala de pasos perdidos.

Un paje vestido de terciopelo verde y cubierto de galones, vino por fin al encuentro de Noistier, y lo introdujo en el gabinete misterioso, donde nadie entra sin temblar.

Napoleón estaba apoyado contra una ventana con vistas al jardín y desde la cual se dominaban los Campos Elíseos en una inmensa extensión. Cerca, los árboles simétricos y el espejo de los lagos, la albura de las estatuas, la delineación de las balaustradas atraían la mirada, interrumpiendo el espectáculo; pero más lejos, en medio de una especie de nube de vapor luminoso, la avenida subía, se alejaba, se perdía, cerrada por el andamiaje monstruoso que servía para la construcción del arco dedicado a la gloria del gran ejército, andamios pretenciosos que afectaban ya formas triunfales.

El general observó un instante al dueño soñador del mundo; conocía bien, — anti-

guo camarada suyo en Italia y Egipto, — esta disposición rara, pero siempre poderosa a la que la actividad de este espíritu infatigable se abandonaba a veces en romancescas divagaciones del pensamiento. Bonaparte, había engrosado después de las Pirámides y del Brumario; su tipo italiano, sus angulosidades nerviosas de corso, habían desaparecido, afrancesadas en la redondez de su cara dominadora. Se dirigió hacia Noistier y le dijo:

—Pensaba en nuestras tardes de Siria.

Y agregó tomando distraídamente de sobre su mesa deslumbrante de aplicaciones de cobre cincelado, papeles y cartas:

—Vais a Constantinopla, sois feliz; pero vuestra embajada es difícil, llena de dificultades, los turcos son los más peligrosos diplomáticos del mundo. Por otra parte, tengo confianza en vuestro éxito; nadie es más hábil diplomático que un hombre hecho a ganar batallas.

Un pelotón de mamelucos entraba al castillo, después de haber escoltado hasta Saint Cloud a la emperatriz. Cubiertos de espuma y llenos de fogosidad todavía, los caballos ensillados a la usanza turca, piafaban y caracoleaban dominados a duras penas por sus bizarros jinetes.

A veces, como si conservasen la impresión de la carrera, se alzaban sobre las patas traseras, figurando en su artística postura el gesto del galope; a veces trazaban en las losas grandes círculos como esos pájaros que vuelan al ras del suelo, cual si quisieran cobrar fuerzas para lanzarse al espacio.

Una voz dulce, cálida, un poco muelle y cantante se hizo oír entonces. Era Bonaparte que murmuraba como en un sueño:

—¡Ah! San Juan de Acre, San Juan de Acre. Si hubiéramos podido dominarte. ¡Qué admirable historia hubiéramos podido escribir!

Hablaba consigo mismo, olvidándose de Noistier, olvidándose de todos, los ojos clavados en la fantasía gris de los mamelucos.

—El Oriente estaba frente a nosotros, el desierto abría un mar de arena, la Siria fué conquistada en un instante, el Líbano a punto de ser dominado. ¡Oh! desandar el camino de Alejandría, fechar mis boletines en Babilonia, en Tyro, en Cilicia, en Gránico, en Isus... y la paz universal de Bizancio!

Los relinchos de los caballos no lo distraían; veía surgir uno a uno los caminos y las ciudades evocadas, siguiendo la gran vía triunfal que lleva a la conquista del mundo. La Palestina dominada, las tribus de Siria marchando delante de las banderas francesas, la India de Zippo-Sahib aprestando para nosotros su caballería maravillosa, el pequeño ejército de franceses que hubiera podido cambiar la faz de la tierra.

La mirada del César se perdía a lo lejos en un sueño de gloria.

—¡La India! La tuve en mi mano... desde la fuente de Moisés hasta los ríos hindús, la distancia no era tan grande para caballos como esos! Los persas nos preparaban las postas, nos traían sus caravanas!

Mis soldados no hubieran retrocedido como los griegos; las brigadas habrían franqueado la Hyphasia; en vez de los doce templos que el conquistador erigía a sus dioses, los estandartes de mis legiones se hubieran levantado hasta el cielo, como homenaje...

Golpeó nerviosamente el suelo con las botas.

—¡Ah! ¡San Juan de Acre! Maille Laugier, Cafarelli, Say, vosotros, todos los que caisteis ante este castillo de naipes, vosotros sabéis lo que estas murallas han costado a la Francia; murallas estúpidas contra las cuales la victoria quebró sus alas! La Francia es la heredera latina, no debe jamás apartar sus ojos del Oriente, donde se pasearon las águilas romanas, del Africa, donde los centuriones de Nerón dominaron como señores. El porvenir del mundo se elabora arí; ¡después del Tabor estábamos más cerca de Viena que después de Léoben!

Poco a poco el fuego de sus miradas se apagó; el ensueño se disipaba; sus rasgos se modelaban de nuevo y recobraron su dureza.

Dominado irresistiblemente por una última evocación de la mente, asió la mano de su enviado, y lo llevó frente a un grabado perdido entre otros muchos que cubrían la pared. Noistier vió un perfil duro y triste con uniforme de la marina inglesa.

—Sydney Smith, — dijo lentamente Napoleón; — el hombre que nos obligó a abandonar a San Juan de Acre; el que me hizo fallar mi fortuna.

En este momento, la puerta del gabinete se abrió de par en par y un ujier anunció con voz vibrante:

—Su majestades, los reyes de España y Holanda.

—Mis hermanos, — murmuró el emperador.

El general, conde Noistier, se inclinó retirándose, pero guardó en el fondo de su memoria las palabras de aquel hombre cuyos hermanos eran reyes, que dominaba la Europa entera, y que consideraba sin embargo que la fortuna lo había traicionado porque no poseía el Oriente.

FRANCISCO DE NION

Coleccione usted "PUCKY". Por nueve pesos anuales tendrá usted 52 números, equivalentes a 3536 páginas, casi todas de lectura. ¡Una biblioteca de 100 tomos no tiene más lectura que un año de este magazine!

UN CUENTO BREVE Y DE INTERES

QUASIMODO

Por JOSE MONTET

(TRADUCCION DEL FRANCES)

Pasará un rato entretenido todo elque lea el cuento que se publica a continuación porque constituye una nota agradable y original, digna del notable novelista francés que lo firma.

I

¡PARECE increíble! — exclamó Raúl de Nys. — ¡Adrián Renault haber muerto de amor! ¡Y por quién, Dios mío!

—Por la bella Vanda, la gimnasta del Circo de Otoño.

—¡Usted se burla!

—Nada de eso, — replicó Luis Jerbaud. — Tan en serio hablo que les aseguro a ustedes que más cerca estoy del llanto que de las bromas y de las burlas. Precisamente he sido yo el único con quien ese desdichado quiso confesar su desgracia, y les doy mi palabra de honor de que su relato no me dejó un recuerdo muy alegre que digamos.

—¿Pues sabe usted que la historia debe ser muy interesante para cuantos le hemos tratado? Cuéntela usted.

—No tengo inconveniente alguno. De todos modos, dentro de un par de días nadie se acordará ya del santo de su nombre; así no hacemos, pues, mal alguno dedicando cinco minutos a su memoria.

Y Luis Jerbaud contó lo siguiente:

"Hace quince días fuí al Circo de Otoño en un día de moda. Miss Vanda acababa de lanzarse de un trapecio a otro, dando un peligrosísimo salto, a veinte metros de alutra. Allá, en lo más alto del Circo, cuando al fijarme yo en la graderías mi vista se detuvo al ver un rostro sumamente raro. Una faz pálida, imberbe, animada con el fulgor de unos ojos negros y ardientes como dos ascuas.

Aquellos ojos seguían con fijeza el gallardo descenso de la gimnasta que, sin la apariencia del menor esfuerzo, iba bajando a pulso por la cuerda suelta, sujetando todo el peso del cuerpo con sus blancas y diminutas manos, e imprimiendo un movimiento acompasado, seguro y vigoroso.

Al llegar cerca de la arena, miss Vanda soltó la cuerda y quedó en medio de la pista en arrogante actitud y luciendo sus soberbias formas de mujer fuerte y hermosa.

Los ojos brilantes en que yo había fijado no habían dejado de mirarla un solo momento. Cuando la gimnasta desapareció se apagó el brillo de aquella mirada.

¿A quién pertenecía aquel rostro pálido de ojos de fuego durante un momento, y llenos después de triste melancolía? Me parecía haberlo visto en alguna otra parte. Yo le miraba con gran atención. De pronto hizo un movimiento y pude verle las espaldas.

—¡Renault — exclamó al punto. — ¡Adrián Renault!

No cabía duda; era mi compañero de Colegio, a quien hacía quince años que no había vuelto a ver; lo reconocí por su joroba.

Al terminar el espectáculo fuí a situarme junto a la puerta de salida. No tardó Adrián en pasar junto a mí. Me cogí de su brazo. El hizo un brusco movimiento, se volvió y se

quedó mirando inquieto y sorprendido. Le dije mi nombre y me alargó la mano.

—¿Me has conocido? — me preguntó.

—¡Ya lo creo! Inmediatamente; no has variado nada.

Sonrió con tristeza.

—Sí, yo no puedo variar nunca; se me conoce en seguida. Mi figura no engaña.

Comprendí que había dicho una inconveniencia y cambié de conversación:

—¿Con que te tenemos otra vez en París?

—No lo he abandonado nunca; me sería imposible vivir en otro sitio.

—¿Y qué te haces?

—Nada. Poseo algunos bienes de fortuna; ya lo sabes.

—Y te das buena vida. ¡Dichoso mortal!

Se cogió a mi brazo y me llevó a una avenida solitaria, por la que paseamos lentamente.

—Escucha, — me dijo después de un breve silencio. — Contigo puedo hablar francamente, porque tienes buenos sentimientos. Sí, sí, allá, en le colegio, tú eras uno de los pocos que adivinabas mis sufrimientos. ¡¡Oh bien me acuerdo! Hay cosas que no se olvidan nunca. ¿Lo dudas? Claro, ¿cómo no lo has de dudar si tú no has conocido jamás el suplicio que yo he padecido, que padeceré siempre? No, tú no puedes figurarte el tesoro de mi gratitud que se guarda en el corazón cuando se es lo yo soy, para el compañero que nos hace el favor, no solo de librarnos de algunas bromas crueles, — esta piedad es la uprimera de todas, — sino de tratarnos como a un ser semejante a ellos mismos, de no recordarnos, ni por un tono de conmiseración ni por el disimulo de las miradas, la deformidad que nos separa del resto de los mortales, que nos convierte, a pesar de toda clase de razonamientos, en una especie de parias... Esta exquisita delicadeza, sin la cual la caridad más sincera parecería algo así como una flor sin perfume, tú la tuviste siempre para mí. Por eso, aunque la vida nos haya separado uno de otro durante quince años, yo siempre me he acordado de tí, te lo aseguro. Más de una vez he maldecido al estúpido azar por el cual los mejores amigos, los verdaderos, tal vez, aquellos a quienes liga la adolescencia, casi siempre están destinados a morir... Pero, al fin, te he encontrado tal como eras hace quince años. Estoy seguro de ello; lo he comprendido inmediatamente sólo al sentir la presión de tu mano, sólo al ver la expresión de tu rostro... Déjame hablarte, déjame contarte mis dolores. Me parece que con ello serán más leves.

Yo no he cesado de sufrir, ¿sabes?... Sí, siempre lo mismo, siempre este defecto estúpido e inexorable, siempre el amargor de saber que soy deforme, diferente a los demás, objeto de burlas y de lástima... ¡Sea este sufrimiento absurdo, no lo sea, el caso es que existe!

¿Crees tú que no me ha rebelado contra esta obsesión; crees que no me he empleado para sustraerme a ella, todos los razonamientos que un cerebro humano pueda hacerse?

Soy jorobado: bueno. Contrahecho también, convenido. ¿Pero me impedirá esto alcanzar el aprecio de los seres honrados cuya simpatía no se puede pagar con nada; de hallar en la vida el interés que ofrece a quien sabe apreciarla? ¿No puede haber en ella infinidad de obra útiles, generosas, a las que pudiese yo aportar mi concurso? Yo he estudiado mucho; como otros, podría llegar a ser un escritor distinguido, un sabio respetado por todos, un artista, nada he podido hacer, si no es deplorar mi desgracia, refugiarme en el ensueño poético y escribir — ¡qué cruel y dolorosa ironía! — una especie de himno a la Belleza.

—¡Cómo! ¿Ese libro de versos titulado "Belleza", es obra tuya?

—Mía, sí, mía.

—¡Pero si ese libro contiene páginas sublimas.

—Eso dicen. ¿Debo creerlo? No lo sé; pero sea como sea, el libro es mío. ¡Mi alegría y mi tortura a un tiempo! A cada verso que escribía mi pluma, el ideal de mi alma abofeteaba la realidad de mi cuerpo.

Juzga cuál habrá sido mi sufrimiento... No he firmado el libro, en el cual he puesto lo mejor que pueda haber en mí. He preferido permanecer ignorado, humilde, a reconocer el libro que, a cambio de la felicidad, me pudiera dar, tal vez, el renombre y la gloria.

He obrado así, he hecho esto, por un exceso de pudor. He creído ver al lector leyendo mis versos, y viendo en mí, al conocerme, al saber cómo soy, la antítesis de lo que canto en ellos... He querido librar a mi obra del insulto de esas sonrisas.

Tal es mi vida, querido amigo. Lo que te acabo de contar la resume en un sólo trazo.

Yo escuchaba el relato emocionadísimo.

—¿Y sabes lo que me ha ocurrido? — continuó diciendo. — Que sediento de belleza, obsesionado por esta idea fija, excitado por el amor, exasperado hacia la perfección plástica, he venido a buscar al circo, a este lugar donde obtiene el triunfo imbécil y radiane la forma humana. Sí, vengo a adorar a estos gimnastas, como a semidioses espléndidos y ridículos.

Los admiro con respeto, con celos y con rabia. Me parecen odiosos y, sin embargo, los amo. Sí; los amo precisamente por lo que su belleza me hace sufrir, por la insolente y cruel hermosura de sus cuerpos de idiotas. ¡Pues no es esto todo! Acabas de ver a esa criatura, bella como una diosa... Probablemente será imbécil como un asno... Lo ignoro, quiero ignorarlo, evitando la ocasión de hablarla...

Bueno; pues yo amo a esa criatura, la amo no solamente como se puede amar a una estatua sino como se ama a una mujer, como a un poema palpitante y real de carne maravillosa... ¿Acercarme a ella? ¿No sé ya fijamente lo que podría ocurrir? ¿Cómo terminará el drama, en el que yo soy a la vez el actor grotesco y el espectador despreciado?... No lo sé... Quizás no tardes en verlo".

Dicho esto, se alejó de mi precipitadamente.

JOSE MONTET.

ILUSION DESVANECIDA

TRANSMISION DEL PENSAMIENTO

Por GUY DES ROCHES

(TRADUCCION DEL FRANCES)

¡Cuántas veces, en el mundo, se hace la gente ilusiones como las del protagonista de este cuento y recoje la misma desilusión! Lea con interés este cuento que es divertido y tiene además su singular moraleja.

ES una tarde de estío que comienza. Arsene Larripaux vuelve de la feria, en donde ha dado mil vueltas a lomos de los sonrosados cerdos de un "Tío Vivo", ha perdido más de cinco francos en rifas en las que nada le tocó, y sacado su heróscopo de un ingenioso aparato automático por la modesta suma de cuatro perras chicas.

Arsése Larripaux tiene veinte años y está lleno de las ilusiones de la juventud.

Lo que más le ha llamado la atención ha sido un magnetizador que se exhibía en una barraca de tela, el cual le ha revelado por cuatro francos el secreto del hipnotismo y de la sugestión.

No sólo consiguío este hambre extraordinario dormir sin dificultad alguna a una mujer, que dos minutos antes estaba muy despierta, sino que le hizo adivinar, a distancia y sin superchería, la milésima de una pieza de moneda y el número de un reloj prestado por un asistente.

¡Qué hermosa es la ciencia!

¡Y pensar que con un poco de voluntad cualquiera puede hacer lo mismo!

Preocupado con esto, Arséne Larripaux llegó a la estación para tomar el tren que había de volverle a su domicilio.

Abrió el compartimento al azar y entró en él. Solo, en un rincón, un señor leía un periódico a la luz de la lámpara.

Arséne concibió enseguida la idea de ipnotizar a su compañero de viaje. Si en efecto bastaba un poco de buena voluntad para conseguirlo, ¿por qué no probar?

"Primero tengo que dormirlo, pensó Arsene, después le daré órdenes"

¡Qué divertido resultará esto si lo consigo!

Sin pérdida de tiempo, el joven cerró los puños, hasta hundirse las uñas en las palmas de las manos, fijó sus ojos en el viajero desconocido y le ordenó mentalmente, pero con energía: "¡Duérmete, lo mando!

¡Milagro! el desconocido dejó caer el periódico, primero, luego la cabeza.

¡Se ha dormido!

Arséne se sorprendió un poco de obtener un resultado tan rápido. ¿Es que realmente era un magnetizador? Pero tal vez fuera nada más el movimiento del tren o la lectura del periódico lo que le produjese el sueño, había que continuar el experimento.

Arséne ordenó casi en voz alta: ¡Levántese. Lo mando. Baje la vidriera!

Uno, dos. tres segundos de vacilación y el viajero se dirigió como un autómata a la ventanilla y bajó el cristal.

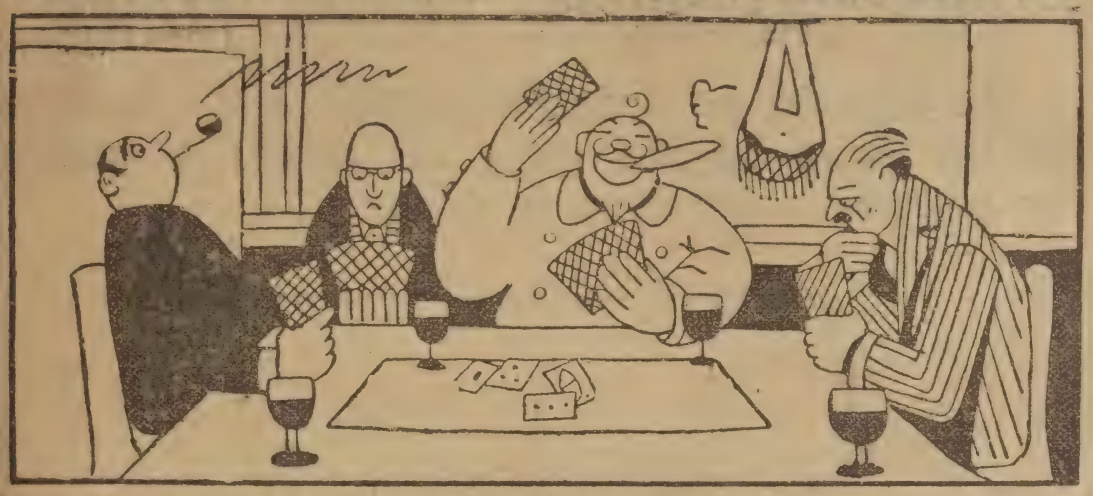
Arséne se quedó mudo de emoción. En efecto, era un hipnotizador consumado. El resultado tan rápido había colmado sus esperanzas. La revelación súbita de ese poder insospechado le hizo perder la cabeza y lo dejó paralizado. De pronto le sobrecogió un temor loco. ¿Sabría despertar a ese pobre hombre que no era sino un juguete entre sus manos, cuyos actos buenos y malos dependían en absoluto de su voluntad?

Aturdido, se levantó, buscando con los ojos el timbre de alarma para que, si por rara casualidad sonaba, alguien viniese en su ayuda, cuando el desconocido se volvió y con voz llena de amabalidad, le preguntó con la sonrisa en los labios:

—¿Le molesta a usted que haya abierto? ¡Es que hacía tanto calor!

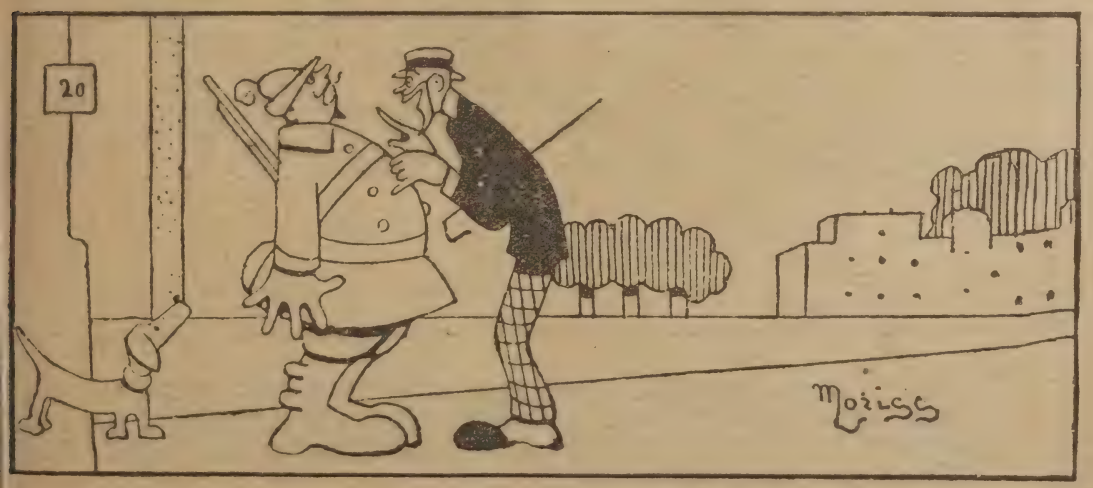
GUY DES ROCHES.

EL BUEN RECURSO DEL CAZADOR



Don Jerónimo Pistoncito en vez de ir a cazar perdices y liebres, como lo ha dicho en casa, se va jugar a las cuartas al café y se pasa allí todo el día.

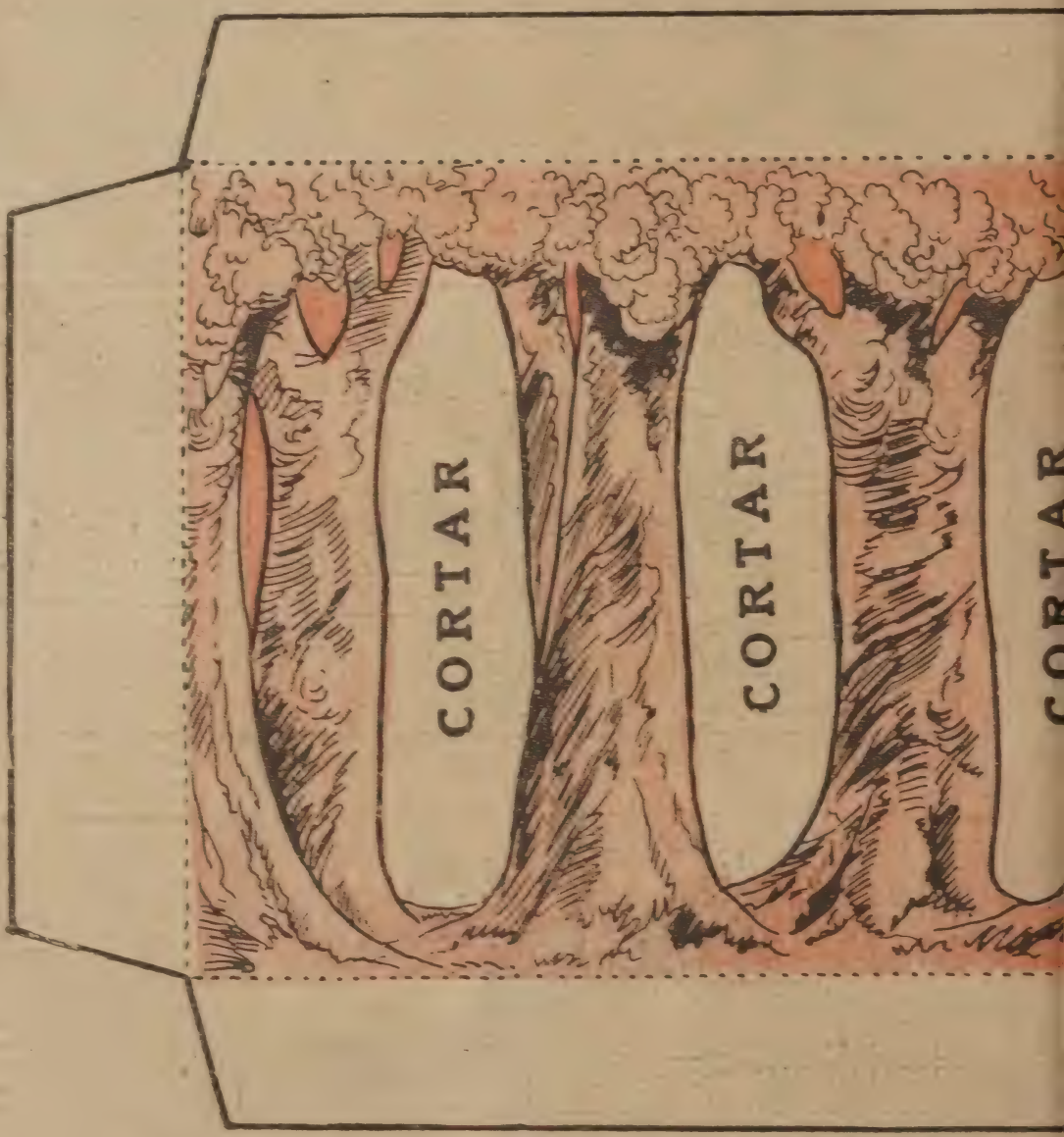
Cuando piensa en volver a su casa se propone comprar lo que su mujer supondrá que ha cazado durante el día. ¿Lo compra?



¡No! No lo compra porque su amigo Rigoberto le da un buen consejo: "Vuelve a tu casa sin llevar caza. Tu mujer creerá más fácilmente de ese modo que efectivamente has estado de cacería".

LOS CAZADORES PIELES ROJAS

Un juguete de transformación que constituye un lindo regalo para un amigo y puede entretener a grandes y chicos.



SE PEGA TODO EN CARTULINA SE DEJA SECAR BIEN. SE REC
LAS LINEAS DE PUNTOS, FORMANDO LA CAJA QUE SE VE DIB
TIENE LA MANIJA TIRANDO Y EMPUJANDO LA MANIJA APARI
TRAS DE LOS ARBOLES.

DEBIDAMENTE. SE DOBLAN LAS SOLAPAS SEGUN LO INDICAN
EN EL MODELO CHICO Y EN ELLA SE METE LA PIEZA QUE
Y DESAPARECEN LOS PIELES ROJAS QUE ESTAN OCULTOS

—Un ladrón se metió anoche en casa a las tres de la madrugada.
—¿Se llevó algo?
—Mi mujer me estaba esperando y creyó que era yo y el ladrón se "llevó"... ¡una primorosa paliza!

—Querida esposa: puedes dar las correspondientes órdenes respecto al almuerzo; he invitado al amigo Calvete...
—Muy bien: de diré a la cocinera que adorne el puchero con unas ramitas de perejil.

UN HERMOSO CUENTO DE UN GRAN NOVELISTA

—ooo—

La trampa

Por PAUL BOURGET

(Traducción del francés)

Es este un relato lleno de interés en el que se pone de realce la condición sobresaliente de su autor, un novelista cuya manera de escribir le ha conquistado merecida fama de moralista a la vez que ha conseguido dejar convencidos a todos sus lectores de la nobleza y cultura de sus sentimientos.

HACE ya muchos años contaron esta historia delante de mí, a la hospitalaria mesa de una buena señora, ya muerta, cuya pasión consistía en tratar al grande y pequeño mundo literario; a la Academia y a la bohemia; a los triunfadores de la Comedia Francesa y a los del teatro libre; a los autores de grandes ediciones y a los refinados que tiraban en planchas de papel de China. Aquellos señores se apiñaban para asistir a sus suculentas comidas y empezaban a murmurar de la anfitrona en la escalera.

Los parisienses de 1880 — ¡era ayer y qué poco queda hoy! — la reconocerán en este detalle: sirvió de modelo, o al menos se decía, a una obra maliciosa que tuvo su hora de boga. En realidad, aquella émula trasnochada de madame Geoffrin era una persona de corazón ardiente e infinitamente espiritual.

Prueba de ello dió en aquella ocasión preguntando al dramaturgo en cuestión:

—Puesto que quería usted pintar un salón literario, ¿por qué no ha elegido usted el mío?

A esto unía un atractivo de señora de la alta burguesía, poco común en tales anfitriones.

Me parece verla aun con su cara de comadre de repertorio antiguo y con sus ojos chispeantes de inteligencia sentarse a la mesa e instalar ante ella una gran campanilla que cogía con las dos manos y agitaba como un bordón cuando un invitado de calidad iba a hablar.

Corría la leyenda de que un día un bromista de mal gusto le había gastado la broma de responder, después de haberla obligado con su mímica a imponer silencio de aquel modo:

—¡Oh, señora, no valía la pena! Quería sencillamente repetir espinacas.

Otra de sus costumbres constistía en plantear, al empezar la comida, temas sobre los cuales debía ejercitarse la conversación, y a propósito de esto corría otra leyenda tan poco veraz como la anterior:

—¿Qué opina usted del incesto? — dicen que preguntó a un ilustre novelista.

—¡Por Dios, señora! No me había preparado hoy más que sobre el adulterio.

La frase es graciosa; pero su autenticidad no ha podido ser comprobada. Los temas ideados por aquella mujer voraz de conversaciones eran menos "sugestivos", como hoy se dice. Desgraciadamente se resentían de la pedantería de la época, como se juzgará por la anécdota que voy a referir:

"La moralidad de Lafontaine". ¡Manes de Chamfort y de Rivarol, del príncipe de

Ligne y de Bouffers, de todos los delicados conversadores del siglo XVIII, temblad de espanto. La elección era una lisonja para un miembro de la Universidad recientemente ingresado en la Academia.

Ya adivinaréis el desarrollo del relato:

¿Conviene dejar en manos de los niños las fábulas de Lafontaine? Y allí los eruditos citando a Juan Jacobo... ¿No hay una lección de egoísmo en "La cigarra y la hormiga", de brutalidad en "El lobo y el cordero", de desencanto en "Los animales enfermos de la peste"?...

Y otros eruditos citando a Kant y el imperativo categórico para desvirtuar aquel verso en torno al cual acabó por concentrarse el debate:

Es un doble placer el de engañar al que engaña.

En una palabra, que aquella comida de celebridades perisienses hubiera terminado, como tantas otras, en una conferencia de la Sorbona si no hubiese sido por la intervención, — ¿habrá necesidad de decirlo? — de un agente de bolsa, invitado por una verdadera casualidad, el cual habló como sigue, sobre poco más o menos. De aquella discusión no recuerdo más que su relato. ¡Tan verdad es que veinte teorías no han valido jamás un hecho, por pequeño que sea!

* * * *

—¿Me permite usted, señora, que le refiera una aventura en la cual me ví metido? ¿Y usted, querido maestro?

Y se volvió hacia el héroe de aque ágape académico. Luego, después de un gesto de aquiscencia, acentuado todavía por un campanillazo, dijo:

—Acontecía esto el invierno pasado, en un gran círculo de Niza. Cuando llegué, no se hablaba más que de la suerte insolente de un príncipe ruso que llevaba camino de ganar una fortuna al "baccara".

Había lecantado, — es el argot del lugar, — más de un millón a los socios del club. Así, pues, en torno al tapete verde, los rostros, a pesar del hermoso tiempo y del Carnaval, estaban sombríos. Pero no todos.

Sentado en medio de aquellos "puntos" infortunados, cierto personaje me llamó la atención desde la primera noche que asistí a quella fabulosa partida, por su alegría mal disimulada.

Era, y sigue siendo, uno de los brillantes ciudadanos de aquella cosmópolis errante que se pasea, según los meses, de Aix-les-Bains a Saint-Moritz, de Londres a Roma, del Cairo a Mónaco; en fin, por todas las ciudades de placer donde hay una "saison", lo que equivale a decir comidas refinadas, elegante lujo de la sociedad galante y de juego.

¿Por qué no he de decir el nombre? Llámase Roberto Darsy, auténticamente, al parecer, para satisfacción de los que creen en la predestinación del nombre.

¿Roberto Darsy? ¿No les suena esto a escándalo y a elegancia? ¡Qué pseudónimo de caballero de industria con esa sonoridad del conjunto y ese equívoco en el DA que invita al apóstrofo, y a la aristocracia de la "y" griega.

Y el hombre tiene la fisonomía del empleo. No tiene edad. Está entre los treinta y cinco muy gastados y los cincuenta y cinco muy conservados. Una cara ajada, flaca y arrogante de gran señor... o de fanfarrón. Una cortesía de diplomático... o de estafador.

Pero no quiero intrigarles. Sepan ustedes que el oficio de aquel "dilettante" de la alta vida era sencillamente la usura. Darsy es una variedad modernísima de esta especie inmortal como la prodigalidad y la imprevisión: el prestamista al quince, al veinte, al sesenta o más.

En él la odiosa profesión está tan bien disimulada bajo la pechera con botonadura de perlas del vividor, qué, a un estando advertidos, no acabarían de creerlo al encontrarle. Si dirían ustedes lo que yo me decía aquella noche al verle adelantar con gesto indiferente modestos luises que las raquetas del banquero iban barriendo unos tras otros:

—¡Qué raro!... Un trotacasinos como este Darsy obstinándose en jugar contra semejante suerte. Y dicen que presta a la semana... Es un "snob" y sólo quiere alardear mañana delante de unos pazguatos. Parece que le estoy oyendo: —Ayer jugué en el club con Boris. ¡Cuidado lo que perdí! — Y añadirá —¿Cómo? ¿No lo conece usted a Boris, el primo de la gran duquesa Vera? — Y rodarán títulos. En el fondo estúpido de esas existencias de Engadine y de la Costa Azul: la vanidad de las relaciones principescas...

Así razonaba yo, como un chiquillo, a pesar de mi cuarto de siglo de Bolsa y de boulevard.

Casi inmediatamente pude convencerme de ello. Entre las caras conocidas sentadas a la mesa del "baccara" ví también la de un joven encantador, el hijo de uno de mis compañeros de Bolsa.

De éste me van a permitir que no diga más que el nombre: Renato. Está para casarse y lo que voy a contarles le haría perder prestigio entre las madres y las abuelas.

No eran luises lo que ponía en el tapete verde, como el otro: eran buenos y flamantes billetes. A cada nueva vuelta del banquero su semblante reflejaba un malhumor creciente, que se exasperó hasta la rabia cuando no tuvo delante más que uno de aquellos preciosos papeles azules.

Lo empujó hasta el casillero y no pudo reprimir una exclamación ante la inevitable raqueta que le arrebataba su última puesta. Se levantó.

Me dió miedo su agitación y me dí maña para detenerle al pasar.

—Diez y seis pases seguidos ayer, — me dijo, sin mostrar el menor asombro por nuestro encuentro y sin preguntarme ni por su padre ni por mí. —Diez y seis ayer, ¿oye

usted?, y diez y nueve hoy... en dos sesiones me cuesta treinta mil francos.

—¿Ha jugado usted treinta mil francos contra esa mano? — exclamé.

—Veinte mil, — rectificó. — Pero tenía que jugarlos. Nunca se han dado diez y nueve pases seguidos, nunca, nunca... Diez mil ayer, diez mil ahora mismo. Le he dicho a usted treinta mil porque para tener estos diez mil francos que me aseguraban el desquinte he tenido que firmar pagarés por el doble... ¡Ah! El dinero es caro en Niza...

—Un buen ciento por ciento, — dije. — Bien va usted...

—Y aun se ha hecho rogar Darsy, — me respondió. — Porque es a ese canalla a quien he tenido que dirigirme...

Y me señalaba al elegante judío con la punta del cigallo, pero prudentemente, con un gesto en que había una mezcla singular de rencor y de respeto, de indignación y de deferencia. El más irritado jugador ve siempre en el prestamista más desagradable un problable recurso para la "próxima racha".

Y llevándome más lejos y en voz baja, añadió:

—Ahí se queda el tiburón acechando otras víctimas. Vigila sus presas. ¿Sabe usted que empezó esta infame especulación no hace más de diez años con ciel mil francos de capital y que hoy es cuatro veces millonario? Su cálculo es sencillo. No presta bajo firma más que a gente como yo, de quien está seguro que han de pagarle. A los demás les exige una garantía; por ejemplo, a las mujeres no les adelante más que sobre alguna joya de valor, en lo cual es muy entendido. Es comanditario de una gran casa de la Rue de la Paix... Aquí todos saben a qué atenerse sobre él y todo el mundo finge ignorar que no es sino un usurero vil. Yo el primero... ¡Ah! Como alguna vez llegue a curarme de las cartas le prometo que no volveré a saludarle. Mientras tanto voy a tener que regresar a París y ganar con qué hacer honor a mi firma. Cuatro pagarés, a uno por trimestre durante un año. Espero que no me delate usted a mi padre. Le aseguro que no hago el primo. Conozco el "baccara"... Pero diez y séis abates ayer y diez y nueve hoy... eso no se ha visto nunca... Si yo supiera que el boyardo que tiene la banca tiene un millón de rublos de renta creería en una fullería... Adiós. Me marcho esta noche. El señor Darsy exigiría el doscientos por ciento si volviese a pedirle un anticipo... La Costa Azul no está este año para mi bolsillo. Voy a hacer reservar un coche cama y salgo en el primer rapido...

* * * *

Tres días después de esta conversación en que habrán reconocido ustedes la incoherencia del juego y de la juventud, me encontraba en la misma sala a la misma hora.

Allí estaba Darsy jugando otra vez.

Ahora sus ojos obscuros, de un brillo tan vivo y tan cambiante en su flaco rostro arrugado, cobraban para mí su verdadera significación.

El boyardo, — como había dicho mi joven amigo, — seguía con la banca. En esta ocasión perdía lo que quería. ¿Volvía un seis?... los dos paños tenían siete; ¿un siete?..., los paños ocho; ¿un ocho?..., los paños nueve.

Mañana, dentro de una hora quizá, también él recurriría al implacable prestamista. Pediría dinero al mismo interés que aquel aturdido de Renato y no diez mil francos, sino cien mil, doscientos mil.

Leía esta certeza del gran golpe próximo en las pupilas del voraz Darsy, que seguía no apuntando, — qué rasgo de carácter, — más que su insignificante luis contra la racha más evidente.

Se había excitado mi interés tan fuertemente ante aquella escena de costumbres que no pude menos de asociar a ella a mi compañero de aquella tarde, que era precisamente León Bordin, el pintor.

Ustedes saben, o quizá no lo sepan, que posee un don de caricatura superior, si es posible, a su talento como retratista. Llamando su atención sobre el usurero tenía la vaga idea de vengar a Renato y a las otras víctimas de aque hombre ominoso.

Era incitar a León a uno de esas caricaturas que estigmatizan las deformidades de un alma a través de las de una fisonomía.

—Me habían contado eso de Darsy y no había querido darle mucha fe, — exclamó. — ¿De manera que es cierto? ¡Toma! Y es que cuando no se domina, en este momento, por ejemplo... ¡Qué cabeza! ¡Qué mandíbulas! ¡Y qué ojos!...

Después, tras un minuto de silencio, durante el cual permanecía inmóvil, como si fotografiase mentalmente a aquel hombre, añadió:

—¿Dices que presta fácilmente sobre joyas? Me entran ganas de ensayar con él una pasada que he leído en unas "Memorias" muy curiosas, las de un tan M. d'Estourmel. ¿No las conoces? Allí está la historia de una estafa en Roma que me ha hecho siempre lamentar ser un hombre honrado... ¡Tan hermoso es el trabajo del estafador!... Ahora o nunca... Voy... No, no te diré lo que voy a hacer. Quiero reservarte una sorpresa. Prométame primero que no me has de preguntar y que me has de ayudar además... Estate tranquilo, esto no te ha de comprometer mucho y yo te prometo que de aquí a poco tiempo, al final de la semana, o antes quizás, si resulta, ese pobre Renato X... tendrá en su poder por diez mil francos los pagarés que ese bandido ha tenido la infamia de hacerle firmar. Los otros diez mil francos han sido desembolsados por Darsy y deben pagársele. Sí; voy a escupirle su ciento por ciento de intereses. Pero te advierto que se trata de jugarle una pasada un poco dura.

—¿Dura?... ¿Con semejante bandido? Empieza y cuenta conmigo. Me comprometo a no hacerte preguntas y a ayudarte lo que quieras. ¿Estas contento?

—¿Y a no venirme aburriendo con moralidades?... — insistió.

—Y a no aburrirte con moralidades después. — respondí, riendo

Ustedes han visto a Borlin representando en las revistas ligeras de los Mirlitons. Allí es donde empezamos a tutearnos.

Ya saben ustedes el talento que tiene para cómico. Es verdad que lleva en las venas sangre polaca. Su abuela era una condesa Gorka nada menos!...

A esta herencia debe ese genio de la simulación que hace que se disfrace por una nadas en frío en que el pintorzuelo reapa- Sin duda iba a asistir a una de esa bufonadas en frío e nque el pintorzuelo reaparece en el artista que triunfó.

Cierto es que existía esa palabra de estafa que hubiera debido inquietarme y aquella insistencia en impedirme de antemano todo reproche. Mi curiosidad no estuvo por eso menos intrigada. Había prometido no interrogar al mixtificador. Pero no había prometido adivinarlo.

Así pues, inmediatamente que nos separamos fuí a una librería, y luego a otra a pedir esas "Memoroias" de d'Estourmel, uno de cuyo episodios quería poner en acción. No encontré el volúmen. Por consiguiente, cuando me encontré frente a él en la comida al día siguiente, no estaba mucho más informado de las intenciones de mi camarada.

—He trabajado bien, — empezó. — Me he hecho presentar a ese Darsy esta misma mañana en el Paseo de los Ingleses. ¡Oh! No es para estar muy orgulloso... pero ya somos los mejores amigos del mundo. Le he hablado de mi terror por los juegos de azar, sobre todo por el treinta y cuarenta que me han apasionado mucho, le dije, — lo cual es muy cierto, — y mi afición por los juegos de envite, sobre todo por el "whist". Es inútil decir que antes me había informado. Darsy tiene la costumbre de ir al círculo todas las tarde a la cinco y — como al azar, — juega al "whist" hasta las siete. Si quieres, esta tarde va a jugar con nosotros.

—No irás a proponerme que le desplumemos para devolver a Renato sus diez mil francos !— dije, riendo.

—¿Y tu promesa de no preguntarme nada? — respondió él con toda seriedad. — Tú juega como quieras. Yo no te pido más que, mediada la partida, me digas: —Pero hombre, Bordin, no te conocía esa sortija.— Y me suplicarás que te deje ver de cerca los rubíes que tendré en el dedo meñique.

Y sacó del bolsillo una sortija antigua de oro que tenía engarzada una piedra de un grosor y de una agua admirables.

—Herencia de mi abuela polaca, — me dijo mientras la examinaba, tuvo en su tiempo la manía de las joyas... He ido casi malvendiendo todo lo que habíamos heredado de sus escriños, antes de los retratos a cinco mil francos uno con otro. He conservado este rubí en aquel tiempo como una pera para la sed. Ahora me alegro de no haberlo vendido. Sin embargo, me han ofrecido dos mil luises. Y ya que hemos empezado a hablar de dinero, — continuó, — ¿quieres contar si hay ahí dentro diez billetes de a mil francos?

Me tendió un sobre cuyo contenido examiné, y al contestarle afirmativamente me dijo:

—Este es el punto más delicado de tu complicidad... Es preciso que vayas esta misma tarde a llevar a Darsy estos diez mil francos. Sé que está en casa. Le dices que el padre de Renato te ha encargado que retires inmediatamente dos de los pagarés firmados por su hijo.

—No comprendo — respondí tras de unos segundo de un debate interior en que la curiosidad venció mi repugnancia en mentir, incluso a Darsy. — Pero he prometido y cumpliré el encargo.

* * * *

Por su profesión, el usurero estaba habituado a tales formalidades. Lo que éste tenía de indirecto y de apresurado no pareció extrañarle. Si algún escrúpulo me hubiera quedado se hubiera disipado al oírle que me decía, entregándome los dos pagarés:

—Repítale bien a M. X. — y me nombró al padre de Renato, — que no he prestado a su hijo ese dinero más que para impedirle caer en ciertas garras... Y que estaba desde luego decidido a darle tiempo, todo el tiempo que hubiera querido. Para el pico que queda, le daré, si lo desea, todo el que se le antoje...

Era el tono del vividor amable y fácil a quien las frívolas compañías hacen indulgente con las locuras de la juventud. Me causó tal horror aquella hipocresía que deseé apasionadamente el éxito de la broma "un poco dura", propuesta por mi compañero.

Por eso, sin vacilación alguna, me senté unas horas más tarde a la mesa de "whist" y pronuncié la frase convenida sobre la sorpresa.

Todo pasó como el pintor lo había anunciado.

Habíamos encontrado a Darsy en el círculo y habíamos organizado con él y un cuarto la partida proyectada.

—Es una joya de familia, — respondió Bordin a mi pregunta.

Y añadió, riendo:

—No vale nada. No la llevo más que para jugar y como fetiche... Es muy vistosa para pasearse con ella... Pero no te extasíes con la piedra. Es falsa.

—¿Falsa? — exclamó casi involuntariamente Darsy... — ¿Con este brillo?... No es posible...

Seguía no entendiendo palabra del plan de mi amigo. ¿Por qué despreciaba de tal modo y contra toda evidencia un objeto cuyo enorme valor me había declarado él mismo? En todo caso, si había querido picar al vivo la curiosidad del explotar de las víctimas de Monte Carlo, al mismo tiempo que la mía, lo había conseguido.

—Sí, falsa, — repitió con su flema de cómico imperturbable. — Completamente falsa.

Había sacado el anillo del dedo y me le había alargado. Yo se lo tendía a mi vez a Darsy, cuyos ojos había adquirido la par-

ticular expresión de la víspera, cuando asistía al derrumbamiento de la suerte del boyardo.

—Para ser una piedra falsa este rubí está monado de una manera extraordinaria, — dijo.

—Por eso mi padre pensó siempre, — replicó Bordin, — que le había dado a arreglar esta joya a un joyero poco escrupuloso, que substituyó con este falso rubí el verdadero. No es obra francesa, como ustedes ven, esta orfebrería. ¡Ah! ¡Qué asombro el suyo cuando a la muerte de mi abuela encontramos entre los objetos de valor un falso rubí de esta talla!... El testamento no nos dejaba lugar a duda...

—En efecto, — respondió Darsy, después de haber examinado atentamente la sortija en todos los sentidos. — Es un trabajo hecho por un artista muy hábil... muy hábil — repitió devolviendo la sortija.

La partida de "whist" continuó; pero las distracciones del usurero probaban lo preocupado que estaba. ¿Por qué? Sus continuas ojeadas al rubí lo probaban bastante. Bordin parecía no advertirlo. Yo, que sabía sus intenciones, observaba que maniobraba con la sortija como el cazador de alondras con el espejo.

Sus manos iban y venían entre las cartas presentando sin cesar el rubí, ya a una luz, ya a otra, y la piedra lanzaba sus reflejos como si fuera un talisman consciente de su misión vindicativa.

Cuando nos levantamos de la mesa, el encantamiento había obrado. Darsy se acercó al pintor con una turbación cuya explicación recibí diez minutos después, el tiempo que duró el aparte.

—Esto marcha, — me dijo mi amigo con alegre sonrisa. — Ese d'Estourmel no había mentido. El golpe es seguro. Darsy acaba de preguntarme si quería dejarle la sortija por veinticuatro horas. Desea hacer dibujar la montura.

—¿Se la has prestado?... Entonces es cierto que el rubí es falso.

—El rubí es bueno. Ya te he dicho que me habían ofrecido por él cuarenta mil francos.

—¡Ah, ya! Va a llevarlo a casa de un joyero; le dice su valor y vuelve mañana contándote que lo ha perdido, convencido de que tú no dirás nada por una piedra que crees falsa... Le amenazas con hacerle detener y te aprovechas del terror para arrancarle los dos pagarés que le ha firmado Renato. Darsy recibe de esto modo los diez mil francos que ha desembolsado realmente; pero sin interés alguno. Y, como dicen las gentes de ley, se habrá hecho justicia.

—¡Formidable razonado! — me respondió Bordin con una ironía que no me enfadó por lo interesadísimo que estaba yo en el enigma. — Me dispensarás que no te conteste. Eso es lo convenido, — continuó. — Sólo te suplico que vayas mañana al círculo a las cuatro y media. Yo llegaré a las cinco. El emplearás esos treinta minutos en preguntarte por mí. Tú le dirás de qué familia procedo y quiénes son los Gorka si, por casualidad, lo ignora. Te preguntará si soy rico y tú le dirás que lo he sido; pero que vivo con gran rumbo y que el juego me cuesta mucho. En fin, arréglatelas para que me crea necesitado.

* * * *

Pueden figurarse ustedes que no falté a la cita. Darsy se encontraba allí, efectivamente.

Me admiró que mi amigo hubiese adivinado con tal exactitud las preguntas que me hizo el usurero, a todas luces poseído por el deseo frenético de comprar aquel rubí que sabía bueno y cuyo poseedor suponía él que lo creía falso.

La enormidad de la ganancia le atraía hasta el punto de darle una fiebre de impaciencia.

—¿Está usted seguro de que su amigo vendrá hoy? — acabó por decirme, después de haber mirado varias veces el reloj.

—Segurísimo, — le contesté. — Comemos junto.

—Tengo que devolverle el rubí que ha tenido a bien confiarme.

Me miraba a la vez que sacaba del bolsillo la sortija cuidadosamente envuelta, sopesándola.

Permanecí impasible bajo aquella mirada en la que podía leer la tentación del robo sobre seguro.

—Es una rareza una piedra falsa tan hermosa... ¡Y la montura!... Digo lo que decía ayer. Es una maravilla... Tiene que haber sido bien rica esa condesa Gorka para complacerse en fantasías tan costosas y tan inútiles... Yo conocía a Bordin como pintor, pero no lo conocía como millonario...

—No lo es ni poco ni mucho, — respondí yo.

Y continué en mi papel de compadre hablando de las prodigalidades del artista y de su manía del juego, con frases un poco atropelladas. Aquello podía ser el remordimiento de mi murmuración respecto a un amigo.

Por otra parte, Bordin se encargó de justificar aquella charla apareciendo en el salón con el semblante sombrío, los ojos irritados, con el gesto nervioso.

No hubo nunca actor consumado que mejor desempeñara al natural el célebre personaje de Regnard:

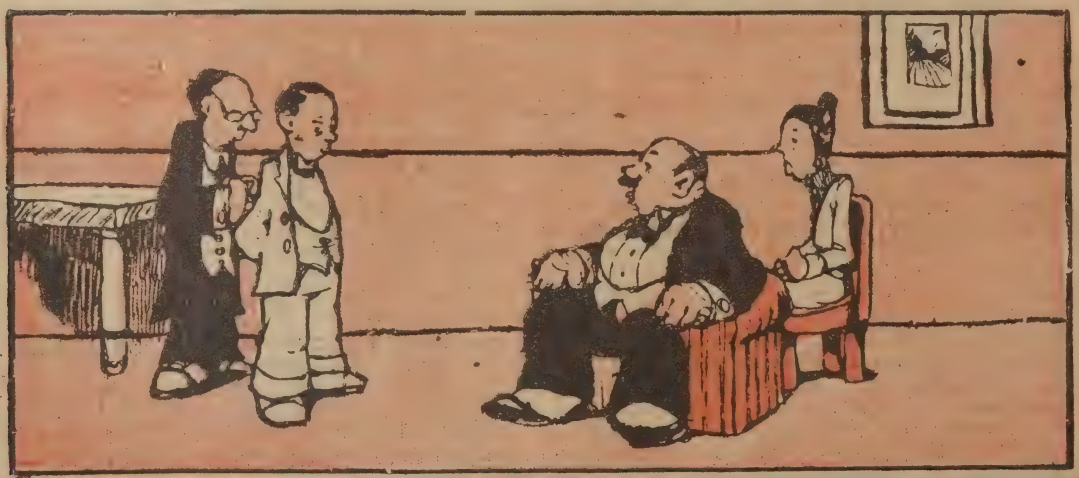
¡Ahí está! Sus infortunios escritos en su frente;
Con la cara y el aspecto de un sorprendido.

—¡Ah! ¿Me ha traído usted la sortija, caballero? — dijo a Darsy bruscamente, después de un saludo apenas cortés. — Hice mal en prestársela. No la tenía y eso me ha dado la guiña... ¿No es grotesco, amigo mío? — añadió, dirigiéndose a mí. — Voy después de almorzar a oír un poco de música a Monte Carlo. No hay más que abrir los ojos cuando está uno allí para convencerse de que no hay que jugar. ¿Quién ha pagado todo aquel prodigioso lujo de edificios, de terrazas, de flores? ¿Quién Los que perdieron en el tapete verde...

El vendedor de "artículos sanitarios": — ¿De modo que lo que desea la señora es un cuarto de baño?

La señora enriquecida de pronto: — ¿"Cuarto" de baño? ¡No! Tenemos suficiente dinero para pagarnos un baño entero. ¡Qué "cuartos" ni "medios"!

(De "Buen Humor").



—Ha llegado el momento de que escojas una carrera: ¿qué quieres ser, Adolfo?
—Médico, papá. El médico por muchos errores que cometa nadie lo sabe.
—¡Cómo que no lo sabe!
—Sí; los errores del médico se entierran con el enfermo.

(De "Pele Mele").

PARA GUSTOS DIVERSOS

JUVENILIA

—Esta rosa que tiene delante mi sombrero me quita diez años de encima.

—Debías ponerte una guirnalda de rosas en torno del sombrero.

CONSEJO DE MEDICO

—Pero dígame, joven sudoroso y jadeante; si usted no sabe bailar, ¿por qué baila?

—Porque... ¡Ah señorita!... Estoy débil y el médico me ha aconsejado que haga ejercicio.

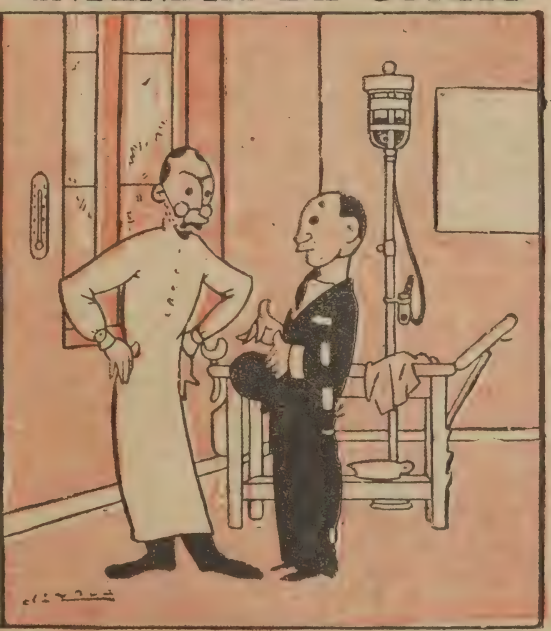
POCA JUSTICIA

—Estoy enteramente seguro de que los jueces cometen muchas injusticias.

—No lo dirás por mí; a mí me han absuelto.

—¿Y a eso le llamas justicia?

ENTENDIA DE CURAS



—Así que usted desea colocarse aquí como practicante... ¿Entiende usted algo de curas?

—¡Oh! ¡Ya lo creo! He estado seis años en un seminario.

Pues bien, amigo mío, aquí tienes uno... He jugado... he perdido... No me preguntes cuánto... La verdad es que no estoy muy satisfecho de mí...

Se había acercado al fuego lamentándose de este modo, después de haber metido en el dedo la sortija restituída, y con la espalda vuelta a la llama, las manos en los bolsillos traseros de su chaquet empezó a calentarse las suelas levantando los pies uno tras otro sin parecer preocuparse ni de Darsy ni de mí.

En lugar de irse como hubiera parecido natural después de esta algarada, el usurero permaneció inmóvil.

Tenía en los labios frases que no se atrevía a pronunciar.

Encendió un cigaro para darse un respiro lo mismo que había hecho mi joven amigo Renato, su víctima, la otra noche en la sala contigua, y también como Renato me llevó un poco aparte para hablarme en voz baja:

—El señor Bordin tiene aspecto de hombre preocupado, — me dijo. — Si usted sabe que tiene necesidad de algún pequeño adelanto, yo me encuentro con fondos. Por azar he ganado al "baccara"... Y como yo admiro mucho su pintura... pero mucho... En fin, me complacería... ¡Pero ahora que recuerdo! Yo hago colección de sortijas antiguas. Con muchísimo gusto le compraría la suya.

—¡Ya estamos ahí! — pensé yo. — Pero el diablo si veo adónde puede conducir esto.

Y luego en alta voz:

—¿Por qué no se lo pregunta usted mismo, amigo mío?

Y después, al levantar Bordin la cabeza con el gesto de quien oye que se habla de él, añadí:

—El señor Darsy me hablada de tu sortija. La desearía para su colección y querría saber si estás dispuesto a vendérsela.

—¿Vender mi sortija? ¿Esta? — dijo el pintor, levantando la mano y mirando el rubí.

Su expresiva fisonomía reflejó el asombro del arruinado que ve súbitamente una probabilidad de rehacerse que no esperaba.

Y después hubo un fruncimiento de cejas, un temblor de labios, el remordimiento del chico pródigo ante la reliquia sagrada. ¡Oh, que maravilloso cómico!

Y todo terminó en un encogimiento de hombros, en un rictus amargo, la mímica del abatimiento ante lo absurdo. Y volviéndose hacia Darsy, añadió:

—Pero usted sabe tan bien como yo que esta sortija no tiene valor alguno, puesto que el rubí es falso... Ya sé que queda la montura. Pero lo que usted me diera sería una pequeñez junto a los recuerdos que esta quincalla representa para mí.

—¡Soy coleccionista, señor! — replicó sencillamente el usurero.

Este otro cómico, menos inofensivo, esbozaba por su parte la sonrisa bonachona del "amateur" al punto de hacer una locura que reconoce, pero que comete.

—Por consiguiente, — continuó, — esta sortija con su piedra falsa tiene para mí, aunque no sea más que por su estilo, tanto valor como tiene para usted, si no es más. Usted tiene otras joyas de familia y esta montura es única en su género... ¿Qué diría usted si le ofreciese, — y su voz vaciló — cuatro mil francos?

—¿Cuatro mil francos? — repitió Bordín, como anonadado por la enormidad de la cifra.

Miró de nuevo la sortija y alzando la cabeza, exclamó:

—A fe mía, no. Eso es más de diez veces su valor... Además, ¿qué voy a hacer con cuatro mil francos?... Por otra parte, esta sortija no es sólo un recuerdo. Ya le he dicho que es un fetiche...

—¿Cinco mil, entonces? — insistió Darsy.

—¿Cinco mil? — repitió otra vez el pintor.

Y renovando su maniobra se puso a mirar la sortija.

De pronto su frente se contrae, su labio tiembla, su puño se crispa... En fin, la más asombrosa simulación de un caso de conciencia que en mi vida he visto.

Y brutalmente, cortando las palabras, dijo:

—Puesto que tiene usted tanto deseo de esta sortija, hasta el punto de querer pagar por ella un precio absurdo, consiento en vendérsela. Pero han de ser diez mil francos o nada... Démelos y este rubí falso es de usted... Yo también tengo gran interés en esta sortija. Pero al menos esto valdrá la pena...

Había sacado la sortija de su dedo meñique al formular esta oferta con una especie de extravío apartando la vista. Los párpados de Darsy se agitaron sobre sus pupilas, hasta tal punto era intensa su emoción.

Sin decir palabra, sacó de su bolsillo la cartera y de la cartera un fajo de billetes de banco, — sin duda los que yo, ¡oh ironía!, le había dado la víspera para rescatar l osdos pagarés de mi joven amngo. — Alarlos dos pagarés de mi joven amigo. — Alar-

Luego, como si le hubiese dado vergüenza esta operación indigna, el nieto de la condesa Gorka me agarró del brazo arrastrándome como un forzado del tapete verde que corre a tomar su revancha.

—¡Hay que machacar el hierro en caliente! — me dijo. — Son las cinco y media. A las seis estamos en Monte Carlo. Antes de comer me habré desquitado de mi pérdida. ¿Qué quieres apostar?

* * * *

Apenas habíamos salido del círculo cuando prorrumpió en una risa alborozada, que ya le había oído la víspera, repitiendo:

—¡Ya está! ¡Ya está!

Y solemnemente:

—¡Paso a la justicia del rey!... Mira — continuó. — ¿Comprendes ahora?...

Y sacó del bolsillo una sortija exactamente, absolutamente parecida a la que acababa de verle entregar a Darsy contra su fajo de billetes de banco. Y, luego, decidor:

—Es la misma sortija, ahora que ésta es

la verdadera. Mi querida abuela Gorka tenía, como te he dicho, la locura de las joyas. Jamás dejaba sus piedras ni aun en viaje. En cambio, su marido era un avaro. Esto es inverosímil en Polonia, pero así es. Se le ocurrió mandar hacer un doble juego de las joyas más hermosas de su mujer con diamantes, zafiros y rubíes falsos, y cada vez que salía de viaje eran estas joyas de similar las que le obligaba a llevar encima por miedo de un mal encuentro... Por eso me veo yo en posesión de estas dos sortijas. Si las examinas por dentro verás que ésta tiene una cúcesita, que es realmente la única diferencia que hay entre ellas... Ayer tenía en el dedo este verdadero rubí y se lo dejé llevar a Darsy diciéndole que era falso. El hombre, caballerosamente, corrió en seguida a casa de un joyero para hacer examinar la piedra. El joyero le garantizó que era buena. Darsy me ha tomado por un primo... ¿No he desempeñado admirablemente el papel del hijo de familia que jamás ha examinado una cuenta y con mucho menos motivo una joya?... Contesta... En este momento estará que reventará de gozo. Figúrate. El está convencido de que por imbecilidad y por no haber ido yo mismo a casa de un joyero le he vendido en diez mil francos una joya que vale cuarenta... Mañana le aguardo... Pero reconoce que está admirablemente jugado. No tengo el mérito de la invención. Te repito que he tomado la idea de esas "Memorias" de que te he hablado. Ahora que queda el estilo...

—¿De manera que el rubí que acabas de venderle era falso? — exclamé yo, literalmente estupefacto por aquella revelación.

—Falso, todo lo falso posible, según he tenido el honor de declarar yo mismo a Darsy. Te tomo por testigo de que no he mentido. Este rubí falso para usted. ¿Son esas o no mis propias palabras?

—Sí; pero tú, simulando calentarte las manos al fuego, acababas de reemplazar la sortija buena por la otra y él creía comprar la buena.

—Y, por consiguiente, robarme. ¿Adónde quieres ir a parar?

—A esto: a que no puedo soportar haber contribuido a lo que tú llamas una broma un poco dura y que es algo más...

—Me habías dado palabra de que no me harías moral, — interrumpió Bordin sin dejar de reir. — Estaba seguro de que no la mantendrías. Pero lo que yo quería era engañar a un bandido. Y lo he hecho. Me es completamente indiferente que ese papanatas de Renato tome el dinero al ciento por ciento. Así, pues, estás en libertad de volver las cosas a su lugar. En tu bolsillo tienes los pagarés. Vuelve al círculo; cuenta al señor Darsy el procedimiento, algo fuerte, convengo en ello, que hemos empleado para tenerlos. Restitúselos a nuestra víctima y vuélveme el rubí falso...

Yo respondí:

—Voy, — respondí.

Y marché en dirección del círculo, en efecto.

Luego me detuve y volviéndome bruscamente vi a Bordin que me miraba siempre riendo.

—No, — dije, — no. No puedo. Quizás eres tú quien tienes razón. Ese bandido ha querido robarte después de haber robado a Renato. No tiene más que lo que merece...

—Y para acabar de disipar tus escrúpulos yo mismo me encargo de hacerle aceptar la lección, — dijo Bordin. — No tienes más que encontrarte mañana otra vez en el círculo a la misma hora. Créeme: los canallas triunfarían menos si las gentes honradas probasen alguna vez que saben servirse de sus armas.

Tengo que confesarles que a pesar de mi aquiescencia sentía un extraño malestar cuando al entrar al día siguiente en el círculo con mi amigo vi a Darsy en la estancia donde se había desarrollado la escena la víspera, vigilando la puerta. El bandido tenía en el rostro una arrogancia que se advirtió en su primera frase.

—Les estaba esperando, señores, — nos dijo, asociándonos a su embromador y a mí en el mismo impertinente saludo. — Han ganado ustedes la apuesta; porque ¿era una apuesta, verdad?...

—¿Qué apuesta? — preguntó el pintor con un aire...

¡Dios mío!... ¡Cómo me hubiese gustado que hubiesen visto aquella mirada de niño asombrado ¡y que hubiesen oído su voz!

—¿Qué apuesta? La de su sortija, — repitió el usurorero con cólera creciente. — No prosiga usted esa comedia o creeré...

—¿Qué creerá usted, caballero? — dijo Bordin. — Ha querido usted comprarme a un precio fantástico una piedra falsa, que yo le he confesado que era falsa ante testigos.

Y me nombró, así como al cuarto compañero de nuestra mesa de "whist".

—¿Habría usted creído quizá pagarme con diez mil francos un rubí bueno, que hubiera valido cuarenta mil?... Pero entonces, caballero, ¿quién es usted?

Y con el desprecio en la mirada y el ultraje en la boca, añadió:

—Cuando se hace el oficio que usted hace y cuando se presta a los pobres muchachos calaveras como... — y nombró a Renato — diez mil francos arrancándoles la firma por veinte mil, hay que estar muy satisfecho de no verse obligado a restituciones más que de cuando en cuando y por procedimientos tan suaves... Si cree usted que tiene motivo de queja contra nosotros en este asunto, nosotros tomaremos como jueces a los miembros de la directiva del círculo, puesto que todo ha ocurido aquí... ¿No quiere usted? Entonces renuncie a las actitudes indignadas y consuélese pensando que cobrará usted los diez mil francos que realmente ha entregado a M. X. y que tendrá usted esa sortija como intereses. Se la dejo para su colección. Es un buen siete por ciento, porque le aseguro que la montura es muy curiosa.

¿Han aplastado ustedes en su vida alguna víbora con el bastón? Su odiosa cabeza chata no expresa más rabia impotente que el rostro convulso del elegante Darsy mien-

tras su acusador hablaba. Porque verdaderamente era en aquel momento un verdugo ante el cual el otro no podía sostenerse.

Abandonó bruscamente la estancia, y Bordin me dijo, no sin cierta imploración en el fondo de sus pupilas:

—No dice nada. Ya lo ves. No me dice que quizá haya tenido yo razón, sino que la he tenido, así como suena.

—Sí, — le respondí: — has tenido razón...

* * * *

...¿Tenía razón La Fontaine, el pintor y el bolsista... o, por el contrario, la tenía el marical de Turenne que mantenía su palabra incluso con los ladrones? —Ellos son ladrones, — decía; — pero yo soy Turenne.

Hay aquí materia de controversia para disputas más interminables que la que se suscitó cuando se refirió aquella anécdota en torno a la mesa de madame... Iba a nombrarla... Adivina tú, lector.

PAUL BOURGET.

UN BUEN NEGOCIO

Había en Barracas un muchacho de familia muy distinguida que había derrochado toda su fortuna y estaba lleno de deudas.

Uno de sus acreedores, a quien no pagaba, se había fijado en un magnífica caballo que el calavera conservaba como resto de sus pasados esplendores, y cierto día le propuso que le entregase el caballo en pago de la deuda.

—De ninguna manera, — dijo el deudor, — consentiré que nadie monte delante de mí un animalito al que profeso tanto cariño. Lo único que puedo hacer para pagar a usted es que vayamos a venderlo en el tattersall, siempre que sea con la condición de que usted se dé por pagado con la cantidad que den por el caballo.

Aceptó la proposición el acreedor, viendo que si no podía satisfacer sus deseos, en cambio se le presentaba un buen negocio, porque el caballo valía mucho más de lo que importaba la deuda, y no tuvo inconveniente en firmar un documento en que se estipulaba las condiciones que el otro ponía para pagarle.

Fueron a la casa de venta de los animales y en seguida se presentaron comprodores del caballo, y al preguntar a su dueño cuánto pedía por él, les contestó:

—No vendo el caballo si no compran también la montura.

Como la cosa era de poca importancia, uno de ellos insistió en pedir precio.

—Por la montura quiero trescientos pesos, — dijo el vendedor, — y por el caballo cinco.

Cerróse el trato, tomó el calavera el dinero y encarándose con el acreedor, que había presenciado la venta, le dijo burlonamente.

—Amigo mío, el trato es trato y como a mí me gusta cumplir la palabra, ahí van los cinco pesos que me han dado por el caballo y estamos en paz.

TESTIMONIO

El juez estaba por dictar sentencia contra un individuo acusado de robo.

—Pero, señor juez, — dijo el acusado. — ¿Usted va a condenarme por lo que dicen esos dos testigos que me acusan?

—Claro que sí, — dijo el juez. — Su testimonio me ha dado el convencimiento de que usted es culpable.

—¡Dios mío! — exclamó el preso. — ¡Condenarme por lo que dicen dos hombres únicamente! ¡Dos hombres que dicen que me han visto cometer un robo! ¡Pobre señor juez! ¡Si yo puedo presentarle más de mil testigos que dirán que no me han visto!

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

UN BELLO ESTUDIO DE CARACTERES

—oooOoo—

Perfumes en la noche

Por ADRIEN LE CORBEAU

(Traducción del francés para "Pucky")

Este magazine considera que honra sus páginas con la publicación del cuento que aparece más abajo y que constituye un breve y acertado estudio de carácteres hecho a través de una narración novedosa, original y muy interesante.

¿MELIA?

Oí que se abría la puerta de la cocina, resonar los pasos de mi anciana sirvienta en el vestíbulo y luego, muy cerca de mí, en mi cuarto de trabajo.

—¿Qué desea el señor?

—Melia, ¿está usted segura de que nadie penetró en mi habitación, después de mi partida anoche, hacia la Opera?

—Podría jurarlo. ¿Por qué me lo pregúnta usted?

—Porque alguien estuvo anoche, durante mi ausencia. ¿A qué hora se acostó usted?

—Pues, después de haber terminado mi trabajo, de nueve a nueve y cuarto. Cerré el departamento cuidadosamente y la llave no se separó de mí hasta esta mañana.

—¿Quiere fijarse si no observa alguna novedad en mi escritorio?

—Miro y nada veo, señor, nada que me sorprenda. Me parece que todo está como siempre.

—Claro que los muebles no han desaparecido y que el techo sigue en su lugar. Lo que le ruego Melia es que se fije en la ventana, vea si está bien cerrada, si las sillas no han sido movidas, si la alfombra no tiene algún pliegue sospechoso... En una palabra, mire con atención, pero sin tocar nada.

Durante algunos segundos de silencio vi que se aceleraba la respiración de mi anciana sirvienta, como resultado de los esfuerzos que hacía para cumplir concienzudamente mis instrucciones. Finalmente repuso con timidez:

—Le aseguro, señor, que nada veo de extraordinario.

Hice un gesto brusco de impaciencia.

—Y no obstante estuvieron aquí anoche, durante mi ausencia. Este perfume de heliotropo y verbena mezclados, que flotaba en la atmósfera, cuando regresé después del espectáculo, sé de quien provenía... Lo reconocí muy bien... Estuvo aquí anoche... ¿Con qué objeto, Dios mío, si no es para burlarse de mí, en mi propia casa, él, que con tanto ciudado me evitaba antes? Con seguridad habrá dejado rastros, rastros que por desgracia no puedo descubrir... ¡Ay! Nada puedo en el estado en que me encuentro... y ello me hace sufrir más de lo que pudiera decir nunca.

El llanto no me dejó continuar. Y, como permaneciera con la cabeza inclinada muy baja, apoyada la frente sobre mi escritorio, sentí la mano de mi fiel sirvienta, que me acariciaba dulcemente los cabellos.

—No se atormente así, señor, — me dijo compasivamente. — Nadie estuvo aquí, se lo aseguro. Usted imagina cosas que no han sucedido. Tranquílicese, hijo mío. Todavía siguen molestándole sus preocupaciones de antes de la guerra.

No tardé en tranquilizarme y habiendo hecho a Melia una seña de que se fuera, oí que se iba, llevándose la taza en la que acababa de tomar mi chocolate matutino. Y luego oí que la puerta se cerraba dulcemenet.

* * * *

De nuevo quedé solo. Y en mi soledad negra e inmensa, los detalles de mi vida me impresionaron por el olfato y el oído solamentte. Aspiré frente a mí el aroma que mi taza de chocolate vacía había dejado hasta

la puerta. En el aire flotaba olor a tabaco, al que se mezclaba el perfume del ramo de rosas que Melia, sin duda, había colocado encima de mi mesa de trabajo. El rumor de la calle penetraba, apagado, a través de los vidrios, que me parecían formar parte de la atmósfera en la que me bañaba. Del bolsillo de mi chaleco el tic-tac de mi reloj se elevaba al espacio, para añadirse a los olores y ruidos que me rodeaban... Olores y ruidos, eran entonces los únicos elementos de mi ser... Y son todavía los únicos elementos de mi ser, en las tinieblas infinitas en las cuales me muevo, desde que, en una trinchera, en Verdún, nubes de gas venenoso me quemaron los ojos para siempre, los ojos otrora penetrantes, del lugarteniente Daniel Flower, detective en la vida privada.

Y me pregunto si podré relatar la extraña aventura que me sucedió, cuando por ser ciego, sólo pude sentir, concebir y obrar como ciego. ¿Cómo representar los detalles exteriores mezclados a mis visiones de esa aventura, para que comprendan aquellos que hubieran visto con sus ojos, mientras que yo sólo pude oír, respirar y tocar? Voy a conducirles a través de una nache negra, de un negro absoluto. Por lo que a mí hace, ciego desde hace seis años, olvidé de mirar, ni aún en el recuerdo, en el fondo tenebroso de mi vida actual el recuerdo de lo visto antes, se pierda cada día más, convirtiéndose en imágenes vagas como las cuaridades que perfilamos sobre una esfera oscura, se considera representación de los misteriosos canales del planeta Marte.

En cambio, me invoden recuerdos numerosos que no se refieren a la vista, sino al oído, al olfato, al tacto. Sonidos que oí, objetos que toqué, olores que aspiré en otro tiempo se me presentan con una nitidez asombrosa. Llegan con un cortejo de detalles, y me hacen escribir acontecimientos pretéritos. A ellos se debe principalmente que el pasado reviva en mí. Por eso el perfume de heliotropo y de verbena mezclados, que sentí al penetrar en la habitación a media noche, había evocado inmediatamente en mi espíritu un nombre curioso, una silueta rápida y el recuerdo de una persecución encarnizada.

El nombre de Carly, la silueta de un hombre que tan pronto se deslizaba, silencioso, como surgía saltando veloz a través de los corredores débilmente iluminados, de un palacio parisién. Era después de media noche. El ladrón misterioso que, según supe, tenía el proyecto de apoderarse aquella noche, de los magníficos diamantes de una rica norteamericana, logró escapar una vez más de entre las garras del que pasaba por ser uno de los mejores detectives franceses. Aquella vez, no obstante, había logrado impenir que cometiera el robo y había logrado tenerle frente a frente, casi al alcance de mi mano. Pude distinguir sus facciones. Era un hombre muy joven, casi un adolescente, ligero, delgado y de una belleza sorprendente. El óvalo prolongado de su rostro, sus enormes ojazos azules, su boca de labios finos, jamás pude evocarlos en lo sucesivo, sin experimentar un sentimiento bizarro, a la vez de admiración y malestar... Sí, estuve a punto de apoderarme de Carly, pero supo evitar mis garras. Fué en aquel preciso instante en que sentí por vez primera el raro perfume de heliotropo y de verbena, que se desprendía de su persona. Lo aspiré, por otra parte durante bastante rato aquel perfume, pues mi persecución continuó, encarnizada y sin ruído, a través del hotel adormecido, hasta que en el tercer piso Carly desapareció de pronto en la esquina de un corredor. Y sin cesar, mientras lo tuve a la vista, aquel aroma de verbena y heliotropo combinados, había flotado detrás suyo. Más tarde lo evoqué más de una vez, y tan fuerte había sido la impresión que me produjo que creí respirarlo realmente cuando, quemados los ojos por los gases, fuí cuarado en un hospital improvisado en el frente. Me había parecido que en la atmósfera saturada de cloroformo, de tintura de iodo y de fenol, en la que se movían las enfermeras, que se apresuraban a atenderme, aquel perfume de heliotropo y de verbena se elevaba como surtidor refrigerante. Alucinación de enfermo, probablemente.

Decía, pues que aquella noche Carly había desaparecido en la esquina de un corredor. Un instante después las lámparas eléctricas se apagaron de pronto. Lance, a pecar mío, un grito de cólera y mis pasos, de silenciosos que habían sido hasta entonces, se hicieron instintivamente ruidosos. Algunas puertas se abrieron entonces en el corredor, proyectando en el piso cuadros de luz en los que se movían algunas siluetas humanas. Eran los pasajeros del hotel. Parecían ansiosos e inquietos. Una joven, ligera y gracil, cubierta por un gorro de puntillas que resaltaba su frente y sueltos sus hermosos cabellos rubios, sobre la espalda, se adelantó hasta el corredor y me preguntó en inglés, con voz suave, qué es lo que sucedía en el hotel. Las circunstancias me obligaban a evitar cualquier escándalo y balbucée algunas excusas al alejarme. Hice por la mañana siguiente, una seria investigación referente a todos los locatarios del hotel, pero no logré descubrir la pista de Carly. ¿Cómo pude haberla descubierto en la persona de miss Ingly, la joven del corredor? Supe la verdad, mucho más tarde, al investigar otro robo cometido por Carly, disfrazado de mujer...

Tal era el adversario al que no había debido conocer, no sostengo en que válido, estaba en poessión de todos mis medios. ¿Qué podía contra él, ahora, en que dos negros agujeros se abrían en el lugar de mis ojos?

Pasé todo el día en mi escritorio. Jamás mi enfermedad me había parecido tan cruel. ¡Ah, aquella noche interminable y profunda, qué no habría dado para poder apartarla de mí, como si levantara una venda.

Por fin llegó la noche. La reconocí a mi alrededor, por no sé que apaciguamiento debido a la falta de la influencia solar. Luego me vino una idea y, sin tardanza, tomé el receptor telefónico instalado sobre mi mesa y pedí comunicación con mi amigo Cerisse, de la Prefectura de Policía.

En pocas palabras le dije el servicio que solicitaba de su amistad. Una media hora más tarde lo tenía a mi lado.

Hablamos largamente y todavía estaba Cerisse conmigo, cuando le pedía a Mella que se retirara al sexto piso, para no bajar más hasta por la mañana siguiente. Y cuando, en redor de las ocho y media el detective Cerisse, bajo la apariencia perfectamente imitada de su amigo Flower, salió a la calle, llevando mis anteojos negros, mi vestido y bastón, para irse en un auto a la Opera Cómica, me quedé cuidadosamente escondido detrás de un sillón, colocado frente a mi escritorio, esperando con un revólver en la mano, la probable visita del noctámbulo Carly.

El tiempo pasaba penosa y lentamente, apesar de que, acostumbrado como estaba a una oscuridad perpetua, debía serme menos penoso de lo que habría resultado para otro, cuyos ojos habrían sufrido aquellas tinieblas para él temporales.

Esperé unas dos horas, escuchando, inmóvil, detrás del sillón, apuntando el revólver en dirección a mi mesa de trabajo; el rumor cada vez más débil de la ciudad, se mezclaba con los latidos de mi corazón, a los débiles crujidos de mis zapatos, al tictac fino y metálico de mi reloj. De las rosas que estaban sobre la mesa, en su jarrón de cristal, me llegaban efluvios. Descendían hacia mí, en tanto se elevaba hasta mi olfato el discreto perfume de agua de colonia, de que estaba impregnado el pañuelo, que guardaba en el bolsillo de mi saco. De pronto un leve ruido me indicó que se abría la puerta de mi departamento y volvía a cerrarse lentamente. Unos pasos apagados, ¡oh, cuán apagados, resonaron en la antesala, la puerta fué entreabierta, luego abierta y el hombre se deslizó, cerca mío, hacia mi escritorio.

Sus movimientos ágiles y dulces agitaron discretamente el aire que me rodeaba. Por la puerta que había quedado entreabierta, llegaba tenue airecillo, que venía de la antesala. De repente el olor de verbena y de heliotropo llegó hasta mí, mezclado a un fuerte perfume de violetas. ¡Era Carly, sin duda alguna, era él!

Manteniendo el revólver constantemente dirigido a mi mesa de trabajo, me quedé inmóvil. Toda mi sangre fría, toda la energía de mis tiempos pasados, habrían renacido en mí. Ciego e impotente como me sentía, desde un principio reconocí que pocas eran las probabilidades de que yo triunfara contra un hombre sólido y armado también seguramente. Esperaba, pues, que estuviera sentado frente a mi escritorio, cuyos cajones abriría sin duda. Aquel era el punto hacia donde apuntaba directamente mi revólver.

Carly no dejó de obrar según mis previsiones. Con movimientos ágiles y pausados que acompañaba un roce de telas inexplicables para mí, se aproximó a mi escritorio. Un ruido de hojas y de pétalos movidos y una emanación más fuerte de perfume, me hicieron comprender que estaba jugando distraída con mis flores. Otro perfume, de violetas éste, circulaba en el aire. Finalmente la silla de mi escritorio crujió. Carly se había sentado. Había llegado el momento. El dedo en el gatillo, dispuesto a tirar, dije entonces con voz tranquila y firme:

—¡Arriba las manos! ¡No se mueva o disparo!

* * * *

Un grito apagado sonó cuando yo me levanté. Me hizo estremecer. Era una mujer quien lo había lanzado y mientras escuchaba una respiración palpitante y que el perfume de verbena y heliotropo se acentuaba en redor mío, avancé el revólver, dirigido siempre hacia mi escritorio. De un salto me lancé sobre el desconocido, colocando mi mano sobre su espalda y el cañón de mi revólver en su frente; luego, retirando mi mano de su espalda, la pasee por su rostro y por su busto. Mis dedos encontraron un enorme sombrero de paja, adornado de terciopole, y rozaron largos y ondulosos cabellos. ¡Era una mujer!

Su respiración continuaba siendo ruidosa y oprimida. El perfume de verbena y heliotropo me envolvía como una nube oliente. Manteniendo mi Browning contra su frente, le pregunté extrañado:

—¿Y quién es usted ,señora? ¿Qué busca usted en mi casa?

No contestó en seguida. Una de sus manos se movió nerviosamente bajo las hojas y las flores. Finalmente, murmuró con voz dulce y vacilante, y con un pequeño acento inglés:

—No es con mala intención, Daniel Flower... créame usted.

Como medida de precaución, había juntado sus manos, que sentía menudas y bonitas, oprimiéndolas con mi mano derecha. No opuso ninguna resistencia. Provisoriamente alejé el revólver de su frente p pregunté:

—Pero, señora: ¿cómo me explicaría usted su presencia en mi casa a estas horas? ¿Y qué vino usted a hacer aquí a media noche?

La desconocida contestó con una voz que adivine acompañada de una sonrisa:

—Vine simplemente a traerle flores.

—¿Flores?

—Sí. Anoche traje un ramo de rosas que coloqué encima de su escritorio. Hoy quería cambiarlas por un ramo de violetas.

—Entonces, el ramo que desde esta mañana siento sobre mi mesa de trabajo, ¿venía de usted?

—Sí, de mí...

Instintivamente, había disminuido la presión de mi mano, sin haber, no obstante, soltado las suyas, por completo. Nada hizo para retirarlas.

La aventura me parecía cada vez más sorprendente.

—No obstante, yo no la conozco a usted, — exclamé. — Es la primera vez en mi vida que oigo su voz. Explíqueme este misterio, señora. Usted me es completamente desconocida, se lo repito.

—Se engaña usted, Flower, — me repuso en voz baja. — No soy completamente

El jardín de los animalitos

UNA TAPA DE CAJA DE CARTON O DE LATA CON UNA CAPA DE ARENA SECA Y LIMPIA DE UN CENTIMETRO DE ESPESOR. FORMA EL PISO DEL JARDIN Y EN EL SE PLANTAN LAS FIGURAS QUE SE HABRAN PEGADO EN CARTON Y RECORTADO COMO ES DEBIDO. PARA LA COLOCACION VEAN EL MODELO CHICO.

desconocida para usted, — y sus manos temblaron en las mías. — Nos hemos encontrado antes, en otra parte...

De pronto mis dedos apretaron los suyos con tal violencia, que le arrancaron una exclamación de dolor. Luego, alzando de nuevo mi revólver a la altura de su frente, grité colérico:

—Así, pues, no me había engañado. Es usted Carly, ¿no es cierto, miserable? Como de costumbre, se ha disfrazado de mujer... Ahora se trata de contestar sin evasivas. ¿Qué es lo que soñó usted robar en mi casa?

El llanto la estremeció y repuso luego:

—Soy, efectivamente, aquel que llamaban en otro tiempo Carly... Pero no me he disfrazado de mujer, Daniel Flower... soy mujer, realmente... Con todo mi arrepentimiento, con toda mi alma, con toda la admiración que siento por usted, le ruego que crea mis palabras... Otra vez...le contaré... más extensamente... todo... le diré como huéríana y educada por el ser perverso que fué mi tío... experimenté en mi infancia su influencia criminal y como supo desarrollar en mí la diabólica inteligencia para el mal, que lo convirtiera a él en uno de los ladrones más temibles de los Estados Unidos. La policía de nuestro país lo persiguió con tanto empeño, que se vió obligado, hace ocho años, a abandonar la América del Norte, radicándose en París... Como es lógico, yo lo acompañaba... Sí, Flower. Fuí yo el Carly contra el que luchó en otro tiempo, y le aseguro que usted fué el único adversario por el que llegué a sentir miedo y admiración. Después de cada una de sus persecuciones, aumentaba la estima que sentía por usted. Luego estalló la guerra, y en el repentino desbarajuste violento de todo... durante aquellos años de heroismo, de locura y de sangre, por qué no creería usted en el cambio absoluto que se produjo en mí... en mis nervios y en mi alma... en mi manera de ser y de pensar?... Mi tío murió un mes después de la declaración de la guerra... Librada de su presencia, me mezclé a mis compatriotas que vivían en Francia. Luego, imitando el ejemplo de la mayor parte de las mujeres americanas que vivían en París, me enrolé como enfermera en un hospital... Allí supe lo que era el sufrimiento, el verdadero sufrimiento... ¡A qué contar! Fueron atroces, pero sublimes; asistí! La humanidad, nuestra pobre humanidad, se me reveló bajo un aspecto muy distinto de aquel en que estaba habituada a contemplarla... La vida universal me parecía transformada por completo... Todas aquellas llagas que yo cuidaba, aquellos gritos, aquellos suspiros, los ayes de agonía que diariamente escuchaba, la carne desgarrada que me mostraba cada herido... acabaron por darme alma... otros nervios... ¿Cómo puedo explicarle claramente el cambio enorme que se produjo en mí?... No lo sé... No lo sé...

Había hablado con una especie de fiebre y ahora lloraba. Algunas lágrimas ardientes cayeron sobre mi mano.

Vivía como en un sueño. La mujer prosiguió:

—Un día tuvo algo así como una revelación repentina. Habiendo aprendido a conocer mejor a los hombres en los pálidos héroes que cuidada, me dí cuenta de pronto de que la única cosa por la que valiera la pena vivir... o morir sacrificándose la existencia, era algún amor grande... Todos los que sufrían, gemían o agonizaban ante mis ojos, balbuceaban palabras de ternura o de pasión dirigidas ya a la esposa, ya a los hijos o a la madre, o la hermano. Sólo yo no experimentaba ningún sentimiento parecido. Pues, si es cierto que había sido hasta entonces una ladrona y una réproba, mi pureza como joven era irreprochable. Nunca un hombre me había hablado de amor. Oh, Flower... créame usted... es la verdad!

Hizo con la cabeza un gesto, por el que adiviné que alzaba hacia mí sus ojos, para contemplarme tímidamente. La interrumpí para preguntarle:

—¿Dió usted la luz cuando entró en la pieza?

—No, — murmuró ella.

Oí que su mano daba vuelta a la llave eléctrica y prosiguió:

—Una noche tuve un sueño. Soñé que usted me perseguía en un jardín muy grande y muy bello. Poco tardó usted en alcanzarme. Pero, al dirigir hacia usted mi mirada, en lugar de los ojos severos y amenazadores que esperaba encontrar, ví una sonrisa llena de bondad y de simpatía... ¿El sueño no hizo más que fijar sentimientos que estaban ya arraigados en mi alma?... No lo sé. Pero es el el caso que por la mañana siguiente me desperté feliz y con grandes deseos de llorar ... y luego... — su voz se había hecho débil, como un hálito, — su imagen se grabó tan profundamente en mi espíritu, que ya no me abandonó nunca. Sin cesar, pensaba en usted. Y me informé para saber exactamente dónde estaba... Luchaba usted en Verdún. Pedí ser trasladada, en mi calidad de enfermera, al hospital más próximo a aquel infierno. Desde allí, le seguía, casi puede decirse, paso a paso, con el pensamiento. Sabía los días en que usted estaba prestando servicios en las trincheras y los días en que descansaba. Una mañana lo llevaron al hospital con los ojos quemados. Al verlo, me desmayé de dolor. ¡Pobre amigo mío, en qué estado estaba usted! ... Y mi amistad, no... ¿por qué no confesarlo?... mi amor se engrandeció con todo el horror de aquella herida... Día y noche estuve cuidándole en el hospital, pero usted no podía saberlo. ¡Con toda el alma quisiera convencerle!

—Estoy convencido, ahora que sé que usted estuvo a mi lado. La reconocí por su perfume de heliotropo y verbena que aspiré ayer, a medianoche, en esta habitación, que sigo aspirando todavía en este instante y que conocí, por vez primera, una noche, persiguiendo a Carly a través de los corredores del "Stella Palace".

La mujer lanzó un "¡Oh" de sorpresa y permaneció callada unos minutos. Su perfume, del que acababa de hablarme, se desprendía de su persona, más embriagador que nunca.

Una atmósfera de dulzura, flotaba alrededor mío. Locos sueños de ternura y de amor dominaban mi alma. Y, por encima de todo, la certidumbre de que, cuanto acababa de de-

cirme aquella joven, era verdad, me llenaba de una esperanza insensata. Ciego, había renunciado desde hacía mucho a todo proyecto de felicidad... ¿Podía, acaso, esperar algo de la vida?

Entonces, pregunté dulcemente:

—¿Por qué se deslizó usted en mi casa de un modo tan peligroso para usted? ¿No podía venir y hablarme a la luz del día?

—No me habría atrevido, Daniel Flower. Mi única intención era ver el lugar en el que usted vivía, respirar el mismo aire que respiraba usted. Cada día espiaba sus salidas... Y sufría tanto viendo sus anteojos negros en lugar de los ojos tan enérgicos de otro tiempo, contemplando su caminar vacilante de... de...

—De ciego, — conitnué yo con amargura.

La joven, lloró, apretándome fuertemente contra ella, y luego dijo:

—¿Cómo ha sido posible, no obstante, que usted regresara sin que se le haya visto? Pues, desde mi partida hasta el momento que subí, no abondoné la ventana de la casa de enfrente, en la que vivo...

—Fué mi amigo, el detective Cerisse, el que salió ocupando mi lugar, muy bien disfrazado, — repuse sonriendo. — Estaba empeñado en agarrar a mi ladrón.

Su risa encantadora repuso a la mía.

—¿Cerisse?... ¿El detective Cerisse?... En tal caso, Daniel encárguele que investigue mi conducta... Verá usted como cuanto le dije es cierto... ¿Lo traerá usted, verdad? Cerisse le persuadirá de que entregué toda mi fortuna a las obras de guerra... que ya nada poseo... nada más que mi corazón, honesto ahora y esclavo de usted.

Levantándose, rodeó mi cuello con sus brazos, y lloró sobre mi pecho. Dejé que cayera sobre la alfombra el revólver que inconscientemente había mantenido en mi mano.

—¿Cuál es su verdadero nombre? — le pregunté acariciándole el cabello.

—Elisabeth Ingly, — me repuso. — Mi padre y mi madre eran gente honrada. Ahora he quedado sola en el mundo.

La imagen grácil de miss Ingly, la pasajera del "Stella-Palace", acudió a mi memoria. Vi de nuevo sus hermosos ojos azules, su boca seductora, su talle esbelto, tal como se me apareció en el comedor del hotel... Y aquella mujer divina, estaba ahora en mis brazos. Me amaba. Una ola de felicidad nos inundó.

—¿Encargará usted a Cerisse que compruebe mi vida, desde la guerra? — añadió con su dulce acento americano. — ¿No me rechazaría usted si vengo de vez en cuando a su lado?... Sea generoso, Daniel. Diga sí... diga sí...

Un ruido la hizo callar. Alguien abría la puerta de la antesala. Tembló.

—Es Cerisse, — la tranquilicé. — Habíamos convenido que regresaría esta noche, para saber si había logrado apoderarse de mi... ladrón. Le invitaré a la boda, simplemente.

—¡Daniel... amor mío!

En la noche oscura, en que vivía rodeado por el cuádruple perfume de heliotropo, verbena, violetas y rosas, el perfume más dulce todavía de su hálito, vino a mezclarse.

Y, mientras los pasos de Cerisse resonaban en la antesala, nuestras dos bocas se unieron en un beso largo...

ADRIEN LE CORBEAU.

EL LARGO VUELO DE LAS MARIPOSAS

CUANDO decimos de alguien que "anda mariposeando", asociamos tal concepto a la impresión visual de esos frágiles e inofensivos insectos, que vemos posarse de flor en flor próximas. Creemos que vuelan corto. Y acaso cause sorpresa a mucha gente la afirmación de que, a pensar así, menospreciamos de una manera injusta una plausible actividad, error en el que, sin duda, incurrimos también al formar juicio sobre algunas "mariposas humanas".

Los entomólogos saben desde hace tiempo que ciertas mariposas pueden efectuar prolongados vuelos como lo confirma el caso de alguna especie emigrante, que tiene su cuna en el Norte de Africa, desde donde emprende vuelo a diversos países, sin preferencia por uno determinado. Al atravesar el mar, lo hacen en fila india. Hay también otra especie emigrante que vuela en masa y desde lejos produce la sensación de una densa nube.

Por cierto que se posan en el mar para descansar, y emprenden fácilmente el vuelo.

El más considerable movimiento migratorio es el del insecto de la América del Norte denominado mariposarey, que, según informes recientemnte publicados por un entomólogo de New York, puede recorrer una distancia superior a mil leguas, aseveración que corroborra el hecho de qeu esta mariposa suele verse en las Islas Británicas.

Es un insecto de gran tamaño, de color leonado, las alas moteadas con pintas blancas y negras.

También emigran las libélulas, vulgarmente conocidas bajo la denominación de "caballitos del diablo", insectos desconocidos en las islas Hawai antes de que allí se introdujera el cultivo del arroz, porque la procreación de semejantes libélulas requiere grandes extensiones de agua.

UNA ESPOSA A PRUEBA

PARA NO SER BURLADO

Por JEAN RAMEAU

(TRADUCCION DEL FRANCES

¿Es posible que un marido se asegure la fidelidad de su esposa? Vease el resultado que obtiene el protagonista del gracioso cuento que se publica y trátese de dar luego una respuesta a la precedente pregunta.

I

Aníbal des Houlettes se casó y fué burlado. Se divorció y se volvió a casar.

Fué burlado nuevamente: volvió al divorcio, y por tercera vez escogió esposa y...

—¡Ah, esto es espantoso! — se lamentaba Aníbal, que agotaba su paciencia.

II

Apretándose la cabeza entre las manos, se preguntaba si no encontraría un medio eficaz de aliviar la suerte verdaderamente lastimosa de los hombres casados.

—¡Ya! ¡Ya! lazó de pronto, con el ánimo halagado por una idea genial.

Y resuelto a casarse por cuarta vez, para hacer una suprema experiencia, se puso a buscar esposa.

III

—He aquí la solución, — exclamó Aníbal encontrando abandona una niñita.

Y recogiendo a la criatura, se presentó en casa de un médico.

—¡Qué edad puede tener esta niña?

—Ocho días.

—¿Cree usted que presenta garantías suficientes de moralidad e inocencia?

El doctor reflexionó.

—No tengo duda en afirmarlo, — dijo.

—Gracias, señor.

Y Aníbal después de cubrir el rostro de la niña con un velo, se marchó a su casa.

VI

Hizo construir una gran torre, y encerró a la niña en todo lo alto, donde no se veía más que el cielo. Una muralla circular ocultaba el horizonte, y una tela metálica más alta que la torre impedía que se aproximasen los pájaros.

La niña creció sin conocer a otra persona que Aníbal. Más tarde, cuando la niña solicitaba visiones nuevas, Houlettes, para habituarla al espectáculo de la Naturaleza, que debía conocer una vez casada, hizo dibujar en el muro árboles que en verano pintaba de verde y de amarillo en invierno, y en las ramas colocó cinco o seis ruiseñores mecánicos que lanzaban trinos y volaban a lo largo de invisibles hilos. Todo esto hacía una Naturaleza de buen tono, como la descrita en libros morales.

V

La joven llegó a los veinte años, y Aníbal cumplido el momento de la terrible prueba, la hizo descender de su torre y se casó con ella.

—Si esta me engaña, renuncio definitivamente al matrimonio, — se decía Houlettes, y se dispuso a poner en práctica su plan trazado hacía veinte años.

VI

Se aproximó a su esposa y la dijo:

—Ahora quiero darte una prueba de mi amor.

Y cerrando la puerta misteriosamente, sacó de una cómoda una bolsa llena de cartones y pequeños discos numerados.

—¿Qué haces Aníbal?

—El amor, —dijo con voz apasionada, y enseñó a su mujer el juego de la lotería.

VII

La señora de Aníbal se aburría mucho.

—¿Es a esto que se juega cuando se ama? — preguntó después de haber hecho varios quinternos.

—A esto.

—¡Pues sí que es gracioso!

—De este modo, — se dijo Aníbal al apagar la luz a las dos de la mañana, — si mi mujer me engaña un día con otro, creerá que es preciso jugar a la lotería, y esto no es muy grave.

Y se durmió con la mayor tranquilidad.

VIII

Pero he aquí que la señora de Aníbal estaba dulce, tierno y cariñosa.

Des Houlettes se dió cuenta la segunda noche, cuando se preparaba a darle una segunda sesión de lotería.

El no pudo resistir el deseo de abrazarla.

—¡Oh, Aníbal! — dijo la joven emocionada. — Y esto, ¿qué es?

—¿Esto? — gruñó Aníbal desconcertado. — Esto es..., esto demuestra que estoy enfadado.

Y contento de su treta, roncó satisfecho aquella noche.

XI

Esta educación original hizo que le señora de Aníbal fuese para él la persona más virtuosa y fiel de toda la Francia.

Holettes, triunfante, escribió un libro titulado "El consejero de los maridos", que se proponía enviar a todas las sociedades humanitarias del mundo.

Cuando se ocupaba de corregir las pruebas vió venir a su mujer roja y llorosa una tarde.

—¡A miserable! — gritaba.

—¿De quién hablas?

—De tu primo Pablo que ha querido probarme su amor jugando a la lotería.

—¡Ah infame!

—Descuida, Aníbal, — repitió la adorable joven sonriendo y mostrando sus blancos dientes. — Le he rechazado con indignación y le he sabido demostrar...

—¿El qué?

—...mi enfado.

JEAN RAMEAU

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 "	" 4.80
1 año.	" 9.—

OTRO GRACIOSO CUENTO DE UN GRAN AUTOR

—oOo—

LOS CABALLITOS MISTERIOSOS

Por CAMI

(Traducción del francés)

Otra nueva narración de Cami en las columnas de "Pucky" solo puede ser razón de grato regocijo para los lectores de este magazine que han tenido sobradas ocasiones de apreciar la extraordinaria gracia de ese gran humorista francés.

CUADRO PRIMERO

¡POBRES FERIANTES!...

La escena se desarrolla en unas "calesitas"

EL DUEÑO DE LOS CABALLOS DE MADERA

(A su mujer). — El negocio marcha mal. El público abandona los caballos de madera por las carpas de los automóviles y aeroplanos de movimiento.

LA DUEÑA DE LOS CABALLOS DE MADERA

No nos quedan más que tres abonados constantes.

EL DUEÑO DE LOS CABALLOS DE MADERA

Sí; los tres viejos que han vuelto a la infancia y que acuden todos los días.

LA DUEÑA

Para colmo de desgracia, al caballo que hace dar vueltas a nuestras "calesitas" se le trastorna horriblemente el corazón apenas gira más de tres minutos en el mismo sentido.

EL DUEÑO

Como que he de cambiarla constantemente de dirección para evitarle mareos.

LA DUEÑA

Esos cambios obligan a los clientes a marchar de espaldas. Nuestros tres abonados se quejan: conceptúan peligroso cabalgar hacia atrás, porque no ven a donde va.

EL DUEÑO

¡Es desesperante!... Las entradas disminuyen, y he tenido que vender mis caballos auténticos al carnicero.

(Llegan corriendo los catorce hijos del dueño de los caballos de madera.)

EL MAYOR DE LOS CATORCE HIJOS

Nuestro viejo caballo Luciano, que hacía girar a nuestras calesitas, ha muerto intoxicado. Acaba de ser mordido por el hombre de la carpa de enfrente.

EL DUEÑO DE LOS CABALLOS DE MADERA

¿Por quién?

EL MAYOR DE LOS CATORCE HIJOS

¡Por el "Hombre serpiente"!

CUADRO SEGUNDO

LOS CLIENTES

EL DUEÑO DE LOS CABALLOS DE MADERA

Luciano, nuestro buen caballo, ha muerto. Hoy es jueves... Los clientes van a llegar... ¿Qué hacer?...

LA DUEÑA DE LOS CABALLOS DE MADERA

(Después de reflexionar). — De la casa de fieras que dirigíamos otras veces, nos queda todavía una vieja tortuga de mar. Quizás

pudiera reemplazar al caballo y mover las calesitas.

EL DUEÑO

Veo a nuestros tres abonados que se dirigen hacia aquí. (Los tres viejos montan en caballos de madera.)

ABONADO PRIMERO

(Sacando su reloj). — Hace tres horas y veintisiete minutos que estamos a caballo y no hemos andado más que un cuarto de vuelta.

ABONADO SEGUNDO

Nunca llegaremos.

ABONADO TERCERO

Si esto continúa renuncio al abono.

CUADRO TERCERO

SUPREMA INSPIRACION

La misma decoración

ABONADO PRIMERO

(Sacando su reloj.) — Hace justamente siete horas y treinta y tres minutos que estamos a caballo y no hemos andado ni siquiera la mitad de una vuelta.

ABONADO SEGUNDO

Nunca llegaremos.

ABONADO TERCERO

Si esto continúa, renuncio al abono.

EL DUEÑO DE LOS CABALLOS DE MADERA

(Aparte.) — Tengo el presentimiento de que mis clientes no están satisfechos; sin embargo la tortuga pone de su parte cuanto puede. ¿Qué imaginaría yo para hacer girar a mis calesitas más de prisa?

La palabra "girar" ha despertado en su cerebro la inspiración providencial. Llama a su mujer y a sus catorce hijos y sube con ellos sobre la cubierta de las calesitas.

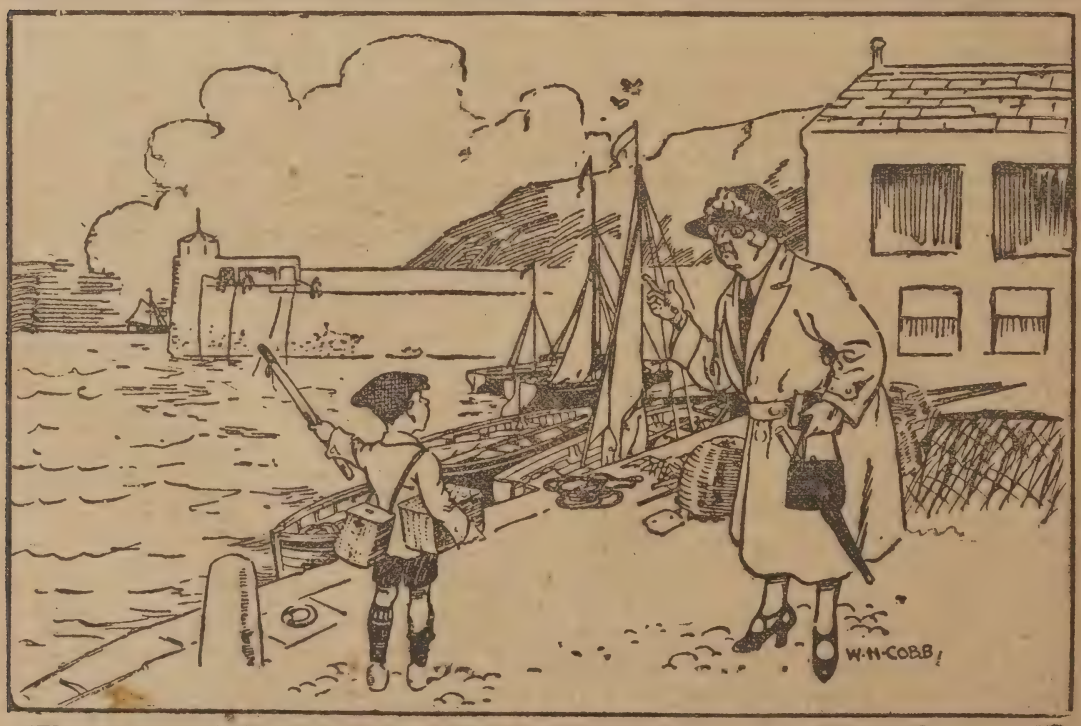
Los coloca uno al lado de otro, formando círculo, con las manos apoyadas en la techumbre, en la posición de los espiritistas delante de un velador.

Al cabo de diez minutos, las calesitas comienzan a girar rápidamente.

Los clientes satisfechos, renuevan su abono.

El dueño de los caballos de madera pone en su artefacto un cartel donde se lee: "Caballitos espiritistas".

QUISO DECIR QUE IBAN AL INFIERNO



La mamá: — ¡Pedrito! ¿Sabes a dónde van los niños que van a pescar en domingo?
Pedrito: — Sí, mamá. Van allá... a la punta del muelle.

UNA JOYA LITERARIA

—·ooo·—

EL PAJARO VERDE

Por JUAN VALERA

El famoso autor de "Pepita Jiménez", el delicado traductor de "Dafnis y Cloe", ofrece en esta novelita corta todas las galas de su incomparable estilo, puestas al servicio y para mayor relieve de un asunto que encanta e interesa de la primera a la última línea.

I

HUBO, en época muy remota de ésta en que vivimos, un poderoso rey, amado con extremo de sus vasallos y poseedor de un fertilísimo, dilatado y populoso reino allá en las regiones de Oriente. Tenía este rey inmensos tesoros y daba fiestas espléndidas. Asistían en su corte las más gentiles damas y los más discretos y valientes caballeros que entonces había en el mundo. Su ejército era numeroso y aguerrido. Sus naves recorrían como en triunfo el Océano. Los parques y jardines, donde solían cazar y holgarse, eran maravillosos por su grandeza y frondosidad y por la copia de alimañas y de aves que en ellos se alimentaban y vivían.

Pero ¿qué diremos de sus palacios y de lo que en sus palacios se encerraba, cuya magnificencia excede a toda ponderación? Allí muebles riquísimos, tronos de oro y de plata y vajillas de porcelana, que eran entonces menos común que ahora; allí enanos, gigantes, bufones y otros monstruos para solaz y entretenimiento de su majestad; allí cocineros y reposteros profundos y eminentes, que cuidaban de su alimento corporal, y allí no menos profundos y eminentes filósofos, poetas y jurisconsultos, que cuidaban de dar pasto a su espíritu, que concurrían a su consejo privado, que decidían las cuestiones más arduas de derecho, que aguzaban y ejercitaban el ingenio con charadas y logogrifos, y que cantaban las glorias de la dinastía en colosales epopeyas.

Los vasallos de este rey le llamaban con razón "el Venturoso". Todo iba de bien en mejor durante su reinado. Su vida había sido un tejido de felicidades, cuya brillantez empañaba solamente con negra sombra de dolor la temprana muerte de la señora reina, persona muy cabal y hermosa, a quien su majestad había querido con todo su corazón. Imagínate, lector, lo que la lloraría, y más habiendo sido él, por el mismo acendrado cariño que la tenía, causa inocente de su muerte.

Cuentan las historias de aquel país, que ya llevaba el rey siete años de matrimonio sin lograr sucesión, aunque vehementemente la deseaba, cuando ocurrieron unas guerras en país vecino. El rey partió con sus tropas; pero antes se despidió de la señora reina con mucho afecto. Esta, dándole un abrazo, le dijo al oído: "No se lo digas a nadie para que no se rían si mis esperanzas no se logran, pero me parece que estoy en cinta."

La alegría del rey con esta nueva no tuvo límites, y como todo le sale bien al que está alegre, él triunfó de sus enemigos en la guerra, mató por su propia mano a tres o cuatro reyes que le habían hecho no sabemos qué mala pasada, asoló ciudades, hizo cautivos, y volvió cargado de botín y de gloria a la hermosa capital de su monarquía.

Habían pasado en esto algunos meses; así es que, al atravesar el rey con gran pompa la ciudad, entre las aclamaciones y el aplauso de la multitud y el repiqueteo de las campanas, la reina estaba pariendo, y parió con felicidad y facilidad, a pesar del ruido y agitación y aunque era primeriza.

¡Qué gusto tan pasmoso tendría su majestad cuando, al entrar en la real cámara,

el comadrón mayor del reino le presentó a una hermosa princesa que acababa de nacer! El rey dió un beso a su hija, y se dirigió lleno de júbilo, de amor y de satisfacción, al cuarto de la señora reina, que estaba en la cama tan colorada, tan fresca y tan bonita como una rosa de Mayo.

—¡Esposa mía! — exclamó el rey, y la estrechó entre sus brazos. Pero el rey era robusto y era tan viva la efusión de su ternura, que sin más ni menos ahogó sin querer a la reina. Entonces fueron los gritos, la desesperación y el llamarse a sí propio animal, con otras elocuentes muestras de doloroso sentimiento. Mas no por esto resucitó la reina, la cual, aunque muerta, estaba divina. Una sonrisa de inefable deleite se diría que aún vagaba sobre sus labios. Por ellos, sin duda, había volado el alma envuelta en un suspiro de amor, y orgullosa de haber sabido inspirar cariño bastante para producir aquel abrazo. ¡Qué mujer, verdaderamente enamorada, no envidiará la suerte de esta reina!

El rey probó el mucho cariño que le tenía, no sólo en vida de ella, sino después de su muerte. Hizo voto de viudez y de castidad perpetuas, y supo cumplirle. Mandó componer a los poetas una corona fúnebre, que aún dice que se tiene en aquel reino como la más preciosa joya de la literatura nacional. La corte estuvo tres años de luto. Del mausoleo que se levantó a la reina sólo fué posteriormente el de Caria un mezquino remedo.

Pero como, según dice el refrán, no hay mal que dure cien años, el rey, al cabo de un par de años, sacudió la melancolía, y se creyó tan venturoso o más que antes. La reina se le aparecía en sueños, y le decía que estaba gozando de Dios, y la princesita crecía y se desarrollaba que era un contento.

Al cumplir la princesita los quince años, era por su hermosura, entendimiento y buen trato, la admiración de cuantos la miraban y el asombro de cuantos la oían. El rey le hizo jurar heredera del trono, y trató luego de casarla.

Más de quinientos correos de gabinete, caballeros en sendas cebras de posta, salieron a la vez de la capital del reino con despachos para otras tantas cortes, invitando a todos los príncipes a que viniesen a pretenter la mano de la princesa, la cual había escoger de entre ellos al que más le gustase.

La fama de su portentosa hermosura había recorrido ya el mundo todo; de suerte que, apenas fueron llegando los correos a las diferentes cortes, no había príncipe, por ruín y para poco que fuese, que no se decidiera a ir a la capital del "Rey Venturoso", a competir en justas, torneos y ejercicios de ingenio por la mano de la princesa. Cada cual pedía al rey su padre armas, caballos, su bendición y algún dinero, con lo cual, al frente de una brillante comitiva, se ponía en camino.

Era de ver cómo iban llegando a la corte de la princesita todos estos altos señores. Eran de ver los saraos que había entonces en los palacios reales. Eran de admirar, por último, los enigmas que los príncipes se proponían para mostrar la respectiva agudeza; los versos que escribían; las serenatas que daban; los combates del arco, del pugilato y de la lucha, y las carreras de carros y de caballos, en que procuraba cada cual salir vencedor de los otros y ganarse el amor de la pretendida novia.

Pero ésta, que a pesar de su modestia y discreción, estaba dotada, sin poderlo remediar, de una índole arisca, descontentadiza y desamorada, abrumaba a los príncipes con su desdén, y de ninguno de ellos se le importaba un ardite. Sus discreciones le parecían frialdades, simplezas sus enigmas, arrogancia sus rendimientos y vanidad o codicia de sus riquezas el amor que le mostraban. Apenas se dignaba mirar sus ejercicios caballerescos, ni oír sus serenatas, ni sonreir agradecida a sus versos de amor. Los magníficos regalos, que cada cual le había traído de su tierra, estaban arrinconados en un zaquizamí del regio alcázar.

La indiferencia de la princesa era glacial para todos los pretendientes. Sólo uno, el hijo del Kan de Tartaria, había logrado salvarse de su indiferencia para incurrir en su odio. Este príncipe adolecía de una fealdad sublime. Sus ojos eran oblícuos, las mejillas y la barba salientes, crespo y enmarañado el pelo, rechoncho y pequeño el cuerpo, aunque de titánica pujanza, y el genio intranquilo, mofador y orgulloso. Ni las personas más inofensivas estaban libres de sus burlas, siendo principal blanco de ellas el ministro de Negocios Extranjeros del "Rey Venturoso", cuya gravedad, entono y cortas luces, así como lo detestablemente que hablaba el "sánscrito", lenguaje diplomático de entonces, se prestaban algo al escarnio y a los chistes.

Así andaban las cosas, y las fiestas de la corte eran más brillantes cada día. Los príncipes, sin embargo, se desesperaban de no ser queridos; el "Rey Venturoso" rabiaba al ver que su hija no acababa de decidirse, y ésta continuaba erre que erre en no hacer caso de ninguno, salvo del príncipe tártaro, de quien sus pullas y declarado aborrecimiento vengaba con usura al famoso ministro de su padre.

II

ACONTECIO, pues, que la princesa, en una hermosa mañana de primavera, estaba en su tocador. La doncella favorita peinaba sus dorados, largos y suavísimos cabellos. Las puertas de un balcón, que daba al jardín, estaban abiertas para dejar entrar el vientecillo fresco y con él el aroma de las flores.

Parecía la princesa melancólica y pensativa y no dirigía ni una sola palabra a su sierva.

Esta tenía ya entre sus manos el cordón con que se disponía a enlazar la áurea crencha de su ama, cuando a deshora entró por el balcón un preciosísimo pájaro, cuyas plumas parecían de esmeralda, y cuya gracia en el vuelo dejó absortas a la señora y a su sirvienta. El pájaro, lanzándose rápidamente sobre esta última, le arrebató de las manos

el cordón, y volvió a salir volando de aquella estancia.

Todo fué tan instantáneo, que la princesa apenas tuvo tiempo de ver al pájaro; pero su atrevimiento y su hermosura le causaron la más extraña impresión.

Pocos días después, la princesa, para distraer sus melancolías, tejía una danza con sus doncellas, en presencia de los príncipes. Estaban todos en los jardines y la miraban embelesados. De pronto sintió la princesa que se le desataba una liga, y, suspnediendo el baile, se dirigió con disimulo a un bosquecillo cercano para atársela de nuevo. Descubierta tenía ya su alteza la bien torneada pierna, había estirado ya la blanca media de seda y se preparaba a sujetarla con la liga que tenía en la mano, cuando oyó un ruido de alas, y vió venir hacia ella el pájaro verde, que le arrebató la liga en el ebúrneo pico y desapareció al punto. La princesa dió un grito y cayó desmayada.

Acudieron los pretendientes y su padre. Ella volvió en sí, y lo primero que dijo fué: "¡Que me busquen el pájaro verde... que me lo traigan vivo... que no lo maten... yo quiero poseer vivo el pájaro verde!"

Mas en balde lo buscaron los príncipes. En balde, a pesar de lo mandado por la princesa de que no se pensase en matar el pájaro verde, se soltaron contra él neblíes, sacres, gerifaltes y hasta águilas caudales, domesticadas y adiestradas en la cetrería. El pájaro verde no pareció ni vivo ni muerto.

El deseo no cumplido de poseerlo atormentaba a la princesa y acrecentaba su mal humor. Aquella noche no pudo dormir. Lo mejor que pensaba de los príncipes era que no valían para nada.

Apenas vino el día se alzó del lecho, y en ligeras ropas de levantar, sin corsé ni miriñaque, más hermosa e interesante en aquel "deshabillé", pálida y ojerosa, se dirigió con su doncella favorita a lo más frondoso del bosque que estaba a la espalda de palacio, y donde se alzaba el sepulcro de su madre. Allí se puso a llorar y a lamentar su suerte.

—¿De qué me sirven, — decía — todas mis riquezas, si las desprecio; todos los príncipes del mundo, si no los amo; de qué mi reino, si no te tengo a tí madre mía, y de qué todos mis primores y joyas, si no poseo el hermoso pájaro verde?

Con esto, y como para consolarse algo, desenlazó el cordón del vestido y sacó del pecho un rico guardapelo, donde guardaba un rizo de su madre, que se puso a besar. Mas apenas empezó a besarle, cuando acudió más rápido que nunca el pájaro verde, tocó con su ebúrneo pico los labios de la princesa y arrebató el guardapelo, que durante tantos años había reposado contra su corazón, y en tan oculto y deseado lugar había permanecido. El robador desapareció en seguida remontando el vuelo y perdiéndose en las nubes.

Esta vez no se desmayó la princesa; antes bien se paró muy colorada y dijo a la doncella:

—Mírame, mírame a los labios,; ese pájaro insolente me los ha herido, porque me arden.

La doncella los miró y no notó picadura ninguna; pero indudablemente el pájaro había puesto en ellos algo de ponzoña, porque el traidor no volvió a aparecer en adelante y la princesa fué desmejorándose por grados, hasta caer enferma de mucho peligro. Una fiebre singular la consumía y casi no hablaba sino para decir:

—Que no lo maten... que me lo traigan vivo... yo quiero poseerle.

Los médicos estaban de acuerdo en que la única medicina para curar a la princesa era traerle vivo el pájaro verde. Mas, ¿dónde hallarle? Inútil fué que le buscasen los más hábiles cazadores. Inútil que se ofreciesen sumas enormes a quien le trajera.

El 'Rey Venturoso" reunió un gran congreso de sabios a fin de que averiguasen, so pena de incurrir en su justa indignación, quién era y dónde vivía el pájaro verde, cuyo recuerdo atormentaba a su hija.

Cuarenta días y cuarenta noches estuvieron los sabios reunidos, sin cesar de meditar y de disertar sino para dormir un poco y alimentarse. Pronunciaron muy doctos y elocuentes discursos, pero nada averiguaron.

—Señor, — dijeron al cabo todos ellos al Rey, postrándose humildemente a sus pies e hiriendo el polvo con las respetables frentes, — somos unos mentecatos; haz que nos ahorquen; nuestra ciencia es una mentira; ignoramos quién sea el pájaro verde, y sólo nos atrevemos a sospechar si será acaso el ave fénix del Arabia.

—Levantaos, — contestó el rey con notable magnanimidad, — yo os perdono y os agradezco la indicación sobre el ave fénix. Sin tardanza saldrán siete de vosotros con ricos presentes para la reina de Sabá, y con todos los recursos de que yo puedo disponer para cazar pájaros vivos. El fénix debe de tener su nido en el país sabeo, y de allí habéis de traérmele, si no queréis que mi cólera regia os castigue aunque tratéis de evitarla escondiéndoos en las entrañas de la tierra.

En efecto, salieron para el Arabia siete sabios de los más versados en lingüística, y entre ellos el ministro de Negocios Extranjeros, sobre lo cual tuvo mucho que reir el príncipe tártaro.

Este príncipe envió también cartas a su padre, que era el más famoso encantador de aquella edad, consultándole sobre el caso del pájaro verde.

La princesa, en el interín, seguía muy mal de salud y lloraba tan abundantes lágrimas que diariamente empapaba en ellas más de cincuenta pañuelos. Las lavanderas de palacio estaban con esto tan afanadas, y como entonces ni la persona más poderosa tenía tanta ropa blanca como ahora se usa, no hacían más que ir a lavar al río.

III

UNA de estas lavanderas, que era, valiéndonos de cierta expresión a la moda, una "pollita muy simpática", volvía un día, al anochecer, de lavar en el río los lacrimosos pañuelos de la princesa.

En medio del camino, y muy distante aun de las puertas de la ciudad, se sintió algo cansada y se sentó al pie de un árbol. Sacó del bolsillo una naranja, y ya iba a mondarla para comérsela, cuando se le escapó de las manos y empezó a rodar por aquella cuesta abajo con singular ligereza. La muchachuela corrió en pos de su naranja, pero mientras más corría, más la naranja se adelantaba, sin que jamás se parase y sin que ella llegase a alcanzarla en la carrera, si bien no la perdía de vista. Cansada de correr y sospechando, aunque poco experimentada en las cosas del otro mundo, que aquella naranja tan corredora no era del todo natural, la pobre se detenía a veces y pensaba en desistir de su empeño, pero la naranja al punto se detenía también como si ya hubiese cesado en su movimiento y convidase a su dueña a que de nuevo la cogiese. Llegaba ella a tocarla con la mano y la naranja se le deslizaba otra vez y continuaba su camino.

Embelesada estaba la lavanderilla en tan inaudita persecución, cuando notó al fin que se hallaba en un bosque intrincado, y que la noche se le venía encima, obscura como boca de lobo. Entonces tuvo miedo y rompió en desconsolado llanto. La obscuridad creció rápidamente y ya no le permitió ni ver la naranja, ni orientarse, ni dar con el camino para volverse atrás.

Iba, pues, vagando a la ventura, afligidísima y muerta de hambre y cansancio, cuando columbró no muy lejos unas brillantes lucecitas. Imaginó ser las de la ciudad; dió gracias a Dios, y enderezó sus pasos hacia aquellas luces. Pero ¡cuán grande no sería su sorpresa al encontrarse a poco trecho y sin salir del intrincado bosque, a las puertas de un suntuosísimo palacio, que parecía un ascua de oro por lo que brillaba, y en cuya comparación pasaría por una pobre choza el espléndido alcázar del Rey Venturoso!

No había guardia, ni portero, ni criados que impidiesen la entrada, y la chica, que no era corta, y que, además, sentía el estímulo de la curiosidad y el deseo de albergarse y de comer algo, traspasó los umbrales, subió por una ancha y lujosa escalera de bruñido jaspe, y empezó a discurrir por los más ricos y elegantes salones que imaginarse pueden, aunque siempre sin ver a nadie. Los salones estaban, sin embargo, profusamente iluminados por mil lámparas de oro, cuyo perfumado aceite difundía suavísima fragancia. Los primorosos objetos que en los salones había eran para espantar por su riqueza y exquisito gusto, no ya a la lavanderilla, que poco de esto había disfrutado, sino a la mismísima reina Victoria, que hubiera confesado la relativa inferioridad de la industria inglesa, y hubiera dado patentes y medallas a los inventores y fabricantes de todos aquellos artículos.

La lavandera los admiró a su sabor, y admirándolos se fué poco a poco hacia un sitio de donde salía un rico olorcillo de viandas muy suculento y delicioso. De esta suerte llegó a la cocina, pero ni jefe, ni sota-cocineros, ni pinches, ni fregatrices había en ella; todo estaba desierto como el resto del palacio. Ardían, no obstante, el fogón, el horno y las hornillas, y en ellos estaban al fuego infinito número de peroles, cacerolas y otras vasijas. Levantó nuestra aventurera la cubierta de una cacerola y vió en ella unas anguilas; levantó otra y vió una cabeza de jabalí desosada y rellena de pechugas de faisanes y de trufas; en resolución, vió los manjares más exquisitos que se presentan en las mesas de los reyes, emperadores y papas; y hasta vió algunos platos, al lado de los cuales los imperiales, papales y regios serían tan groseros como al lado de éstos un potaje de judías o un gazpacho.

Animada la chica con lo que veía y olía, se armó de un cuchillo y de un trinchante, y se lanzó con resolución sobre la cabeza de jabalí. Mas apenas hubo llegado a ella recibió en sus manos un golpe, dado al parecer por otra poderosa e invisible, y oyó una voz que le decía, tan de cerca que sintió la agitación del aire y el aliento caliente y vivo de las palabras:

—¡Tate... que es para mi señor el príncipe!

Se dirigió entonces a unas truchas salmonadas, creyéndolas manjar menos principesco y que le dejarían comer, pero la mano invisible vino de nuevo a castigar su atrevimiento, y la voz misteriosa a repetirle:

—¡Tate... que es para mi señor el príncipe!

Tentó, por último, mejor fortuna en tercero, cuarto y quinto plato, pero siempre le aconteció lo propio; así tuvo con harta pena que resignarse a ayunar, y se salió despechada de la cocina.

Volvió luego a recorrer los salones, donde reinaba siempre la misma misteriosa soledad y donde el más profundo silencio parecía tener su morada, y llegó a una alcoba lindísima, en la cual sólo dos o tres luces, encerradas y amortecidas en vasos de alabastro, derramaban una claridad indecisa y voluptuosa, que estaba convidando al reposo y al sueño. Había en esta alcoba una cama tan cómoda y mullida, que nuestra lavandera, que estaba cansadísima, no pudo resistir a la tentación de tenderse en ella y descansar. Iba a poner en ejecución su propósito, y ya se había sentado y se disponía a tenderse, cuando en la parte misma de su cuerpo con que acababa de tocar la cama, sintió una dolorosa picadura, como si con un alfiler de a ochavo la punzasen, y oyó de nuevo una voz que decía:

—¡Tate... que es para mi señor el príncipe!

No hay que decir que la lavanderilla se asustó y afligió con esto, resignándose a no dormir, como a no comer se había resignado, y para distraer el hambre y el sueño, se puso a registrar cuantos objetos había en la alcoba, llevando su curiosidad hasta levantar las colgaduras y los tapices.

Detrás de uno de estos descubrió nuestra heroína una primorosa puertecilla secreta de sándalo con embutidos de nácar. La empujó suavemente, y, cediendo la puerta, se encontró con una escalera de caracol, de

mármol blanco. Por ella bajó sin detenerse a uno como invernáculo, donde crecían las plantas y las flores más aromáticas y extrañas, y en cuyo centro había una taza inmensa, hecha al parecer, de un solo, limpio y diáfano topacio. Se levantaba del medio de la taza un surtidor tan gigantesco como el que hay ahora en la Puerta del Sol, pero con la diferencia de que el agua de la Puerta del Sol es natural y ordinaria, y la de éste era agua de olor, y tenía además en sí misma todos los colores del iris y luz propia, lo cual, como ya culculará el lector, le daba un aspecto sumamente agradable. Hasta el murmullo que hacía esta agua al caer tenía algo más musical y acordado que el que producen otras, y se diría que aquel surtidor cantaba alguna de las más enamoradas canciones de Mozart o de Bellini.

Absorta estaba la lavandera mirando aquellas bellezas y gozando de aquella armonía, cuando oyó un grande estrépito y vió abrirse una ventana de cristales. La lavandera se escondió precipitadamente detrás de una masa de verdura, a fin de no ser vista y poder ver a las personas o seres, que, sin duda, se acercaban

Estos eran tres pájaros rarísimos y lindísimos, uno de ellos todo verde y brillante como una esmeralda. En él creyó ver la lavandera, con notable contento, al que era causa, según todo el mundo aseguraba, de la pertinaz dolencia de la Princesa Venturosa. Los otros dos pájaros no eran, ni con mucho, tan bellos; pero tampoco carecían de mérito singuar. Los tres venían con muy ligero vuelo, y los tres se abatieron sobre la taza de topacio y se zambulleron en ella.

A poco rato vió la lavandera que del seno diáfano del agua salían tres mancebos tan lindos, bien formados y blancos, que parecían estatuas peregrinas hechas por mano maestra con mármol teñido de rosas. La chica que, en honor de la verdad, se debe decir que jamás había visto hombres desnudos, y que de ver a su padre, a sus hermanos y a otros amigos, vestidos y mal vestidos, no podéa deducir hasta dónde era capaz de elevarse la hermosura humana masculina, se figuró que miraba a tres genios inmortales o a tres ángeles del cielo. Así es que, sin ruborizarse, los siguió mirando con bastante complacencia, como objetos santos y nada pecaminosos. Pero los tres salieron al punto del agua y pronto se vistieron de elegantes ropas.

Uno de ellos, el más hermoso de los tres, llevaba sobre la cabeza una diadema de esmeraldas y era acatado de los otros como señor soberano. Si desnudo le pareció a la lavanderilla un ángel o un genio por la hermosura, ya vestido la deslumbró con su majestad, y le pareció el emperodor del mundo y el príncipe más adorable de la tierra.

Aquellos señores se dirigieron en seguida al comedor y se sentaron en una espléndida mesa donde había tres cubiertos preparados. Una música sumisa e invisible les hizo salva al llegar y les regaló los oídos mientras comían. Criados, invisibles también, iban trayendo los platos y sirviendo admirablemente la mesa. Todo esto lo veía y notaba la lavanderilla, que, sin ser vista ni oída, había seguido a aquellos señores y estaba escondida en el comedor, detrás de un cortinaje.

Desde allí pudo oir algo de la cnversación, y comprender que el más hermoso de los mancebos era el príncipe heredero del grande imperio de la China, y los otros dos, el uno su secretario y el otro su escudero más querido; los cuales estaban encantados y transformados en pájaros durante todo el día, y sólo por la noche recobraban su ser natural, previo el baño de la fuente.

Notó, asimismo, la curiosa lavandera que el príncipe de las esmeraldas apenas comía, aunque sus familiares le rogaban que comiese, y que se mostraba melancólico y arrobado, exhalando a veces, de lo más hondo del hermosísimo pecho, un ardiente suspiro.

IV

REFIEREN las crónicas que vamos extractando que, terminado ya aquel opíparo y poco alegre festín, el príncipe de las esmeraldas, volviendo en sí como de algún sueño, alzó la voz y dijo:

—Secretario: tráeme la cajita de mis entretenimientos.

El secretario se levantó de la mesa, y volvió de allí a poco con la cajita más preciosa que han visto ojos mortales. Aquella en que encerró Alejandro la "Iliada" era, en comparación de ésta, más chapucera y pobre que una caja de turrón de Jijona.

El príncipe tomó la cajita en sus manos, la abrió y estuvo largo rato contemplando con ojos amorosos lo que había en el fondo de ella. Metió luego la mano en la cajita y sacó un cordón. Le besó apasionadamente, derramó sobre él lágrimas de ternura y prorrumpió en éstas palabras:

¡Ay cordoncito de m señora!
¡Quién la viera ahora!

Colocó de nuevo el cordón en la cajita y sacó de ella una liga bordada y muy limpia. La besó, la acarició también y exclamó al besarla:

¡Ay linda liga de mi señora:
¡Quién la viera ahora!

Sacó, por último, un precioso guardapelo, y si mucho había besado cordón y liga, más le besó y más le acarició aún, diciendo con acento tristísimo que partía los corazones y hasta las peñas:

¡Ay guardapelo de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

A poco, el príncipe y los dos familiares se retiraron a sus alcobas, y la lavanderilla no se atrevió a seguirlos. Viéndose sola en el comedor, se acercó a la mesa, donde aún estaban casi intactos los ricos manjares, los confites, las frutas y los generosos y chispeantes vinos; pero el recuerdo de la voz misteriosa y de la mano invisible la detenían y la obligaban a contentarse con mirar y oler.

Para gozar de este incompleto deleite, se acercó tanto a los manjares, que vino a ponerse entre la mesa y la silla del príncipe. Entonces sintió, no ya una, sino dos manos invisibles que le caían sobre los hombros oprimiéndola. La voz misteriosa le dijo:

—Siéntate y come.

En efecto, se halló sentada en la misma silla del príncipe, y, ya autorizada por la voz, se puso a comer con un apetito extraordinario, que la novedad y lo exquisito de la comida hacían mayor aún, y comiendo se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó era muy de día. Abrió los ojos y se encontró en medio del campo, tendida al pie de un árbol donde había querido comerse la naranja. Allí estaba la ropa que había traído del río, y hasta la naranja corredora estaba allí tambin.

"¿Si habrá sido todo un sueño? — dijo para sí la lavanderilla. — Quisiera volver al palacio del príncipe de la China para cerciorarme de que aquellas magnificencias son realidades y no soñadas".

Diciendo esto, tiró al suelo la naranja para ver si le mostraba nuevamente el camino; pero la naranja rodaba un poco y luego se detenía en cualquier hoyo o tropiezo, o cuando el impulso con que se movía dejaba de ser eficaz. En suma, la naranja hacía lo que hacen de ordinario, en idénticas circunstancias, todas las naranjas naturales. Su conducta no tenía nada de extraño ni de maravilloso.

Despechada entonces la muchacha, partió la naranja y vió que por dentro era como las demás. Se la comió y le supo lo mismo que cuantas naranjas había comido antes.

Ya apenas dudó de que había soñado.

"Ningún objeto tengo, — añadió, — con qué convencerme a mí propia de la realidad de lo que he visto; mas iré a ver a la princesa y se lo contaré todo, por lo que pueda importarle".

V

MIENTRAS acontecían, en sueño o en realidad, los poco ordinarios sucesos que quedan referidos, la Princesa Venturosa, fatigada de tanto llorar, estaba durmiendo tranquilamente; y aunque eran ya las ocho de la mañana, hora en que todo el mundo solía estar levantado y aún almorzando en aquella época, la Princesa, sin dar acuerdo de su persona, seguía en la cama.

Muy interesante juzgó, sin duda, su doncella favorita las nueva que le traía, cuando se atrevió a despertarla. Entró en su alcoba, abrió la ventana y exclamó con alborozo:

—Señora, señora: despertad y alegraos, que ya hay quien os traiga nuevas del pájaro verde.

La princesa se despertó, se restregó los ojos, se incorporó y dijo:

—¿Han vuelto los siete sabios que fueron al país sabeo?

—Nada de eso, — contestó la doncella;— quien trae las nuevas es una de las lavanderillas que lavan los lacrimosos pañuelos de V. A.

—Pues hazla entrar al momento.

Entró la lavanderilla, que estaba ya detrás de una puerta aguardando este permiso, y empezó a referir con gran puntualidad y despejo cuanto le había pasado.

Al oír la aparición del pájaro verde, la princesa se llenó de júbilo, y al escuchar su salida del agua, convertido en hermoso príncipe, se puso encendida como la grana, una celestial y amorosa sonrisa vagó por sus labios, y sus ojos se cerraron blandamente, como para reconcentrarse ella en sí misma y ver al príncipe con los ojos del alma. Por último, al saber la mucha estima, veneración y cuidado con que guardaba las tres prendas robadas en la preciosa cajita de sus entretenimientos, la princesa, a pesar de su molestia, no pudo contenerse: abrazó y besó a la lavanderilla y a la doncella e hizo otros extremos no menos disculpables, inocente y delicados.

—Ahora sí — decía, — que puedo llamarme propiamente la Princesa Venturosa. Este capricho de poseer el pájaro verde no era capricho, era amor. Era y es un amor que, por oculto y no acostumbrado camino, ha penetrado en mi corazón. No he visto al príncipe, y creo que es hermoso. No le he hablado, y presumo que es discreto. No sé de los sucesos de su vida sino que esá encantado y que me tiene encantada, y doy por cierto que es valiente, generoso y leal.

—Señora,—dijo la lavanderilla:—yo puedo asegurar a V. A. que el príncipe, si mi visión no es un sueño vano, parece un pino de oro, y tiene una cara tan bondadosa y dluce que da gloria verla. El secretario no es mal mozo tampoco; pero al que yo no sé por qué, le he tomado afición, es al escudero.

—Tu te casarás con el escudero, — replicó la princesa. — Mi doncella, si gusta, se casará con el secretario, y ambas sereis mandarinas y damas de mi corte. Tu sueño no ha sido sueño, sino realidad. El corazón me lo dice. Lo que importa ahora es desencantar a los tres pájaros mancebos.

—¿Y cómo podemos desencantarlos? — dijo la doncella favorita.

—Yo misma — contestó la princesa, — iré al palacio en que viven y allí veremos. Tu me guiarás, lavanderilla.

Esta, que no había terminado su narración, la terminó entonces e hizo ver que no podía servir de guía.

La princesa la esuchó con mucha atención, estuvo meditando un rato y dijo luego a la doncella:

—Ve a mi biblioteca y tráeme el libro de "Los Reyes Contemporáneos" y el "Almanaque astronómico".

Venidos que fueron estos volúmenes, ojeó la princesa el de Los Reyes y leyó en alta voz los siguiente renglones:

"El mismo día en que murió el emperador chinesco, su único hijo, que debía heredarle, desapareció de la corte y de todo el Imperio, Sus súbditos, creyéndole muerto, han tenido que someterse al Kan de Tartaria".

—¿Qué deducs de eso, señora? — dijo la doncella.

—¿Qué he de deducir — Respondió la

Princesa Venturosa, — sinó que el Kan de Tartaria es quien tiene encantado a mi príncipe para usurparle la corona? He ahí por qué obarrezco yo tanto al príncipe tártaro. Ahora me lo explico todo.

—Pero no basta explicarlo; menestes es remediarlo, — dijo la lavandera.

—De ello trato, — añadió la princesa, — y para ello conviene que al instante se manden hombres armados, que inspiren la mayor confianza, a todos los caminos y encrucijadas por donde puedan venir los correos que envió el príncipe tártaro al rey su padre, para consultarle sobre el pájaro verde. Las cartas que trajeren les serán arrebatadas y se me entregarán .Si los mensajeros se resisten serán muertos; si ceden, serán aprisionados e incomunicados a fin de que nadie sepa lo que acontece. Ni el rey, mi padre ha de saberlo. Todo lo dispondremos entre las tres con el mayor sigilo. Aquí teneis dinero bastante para comprar el silencio, la fidelidad y la energía de los hombres que han de ejecutar mi proyecto.

Y efectivamente, la princesa, que ya se había levantado y estaba de bata y en babuchas, sacó de un escaparate, dos grandes bolsas llenas de oro, y se las dió a sus confidentes.

Estas partieron sin tardanza a poner en ejecución lo convenido, y la Princesa Venturosa se quedó estudiando profundamente el "Almanaque astronómico".

VI

CINCO días habían pasado desde el momento en que tuvo lugar la escena anterior. La princesa no había llorado en todo ese tiempo, causando no poco asombro y placer al rey su padre. La princesa había estado hasta jovial y bromista, dando leves esperanzas a los príncipes pretendientes de que al fin se decidiría por uno de ellos, porque los pretendientes se las prometen siempre felices.

Nadie había sospechado la causa de tan repentina mudanza y de tan inesperado alivio en la princesa.

Sólo el príncipe tártaro, que era diabólicamente sagaz, recelaba, aunque de una manera muy vaga, que la princesa había recibido alguna noticia del pájaro verde. Tenía, además, el príncipe tártaro, el misterioso presentimiento de una gran desgracia, y había adivinado por el arte mágico que su padre le enseñara, que en el pájaro verde debía mirar un enemigo. Calculando además, como sabedor del camino y del tiempo que en él debe emplearse, que aquel día debían llegar los mensajeros que envió a su padre, y ansioso de saber lo que respondía este a su consulta que le hizo, montó a caballo al amanecer, y con cuarenta de los suyos, todos bien armados, salió en busca de los mensajeros referidos.

Mas aunqué el príncipe tártaro salió con gran secreto, la princesa Venturosa, que tenía espías, y estaba, como vulgarmente se dice, con la barba sobre el hombro, supo al instante su partida y llamó a consejo a la lavanderilla y a la doncella.

Luego que las tuvo presentes, les dijo muy angustiada:

—Mi situación es terrible. Tres veces he ido inútilmente a tirar la naranja debajo del árbol, desde donde la tiró la lavanderilla; pero la naranja no ha querido guiarme al alcázar de mi amante. Ni le he visto ni he podido averiguar el modo de desencantarle. Sólo he averiguado por el Almanaque astronómico, que la noche en que la lavanderilla le vió, era el equinocio de primavera. Acaso no sea posible volver a verle hasta el próximo equinocio de la misma estación, y ya para entonces el príncipe tártaro me le habrá muerto. El príncipe le matará en cuanto reciba la carta de su padre, y ya ha salido a buscarla con cuarenta de los suyos.

—No os aflijais, hermosa princesa, — dijo la doncella favorita; — tres partidas de cien hombres están esperando a los mensajeros en diferentes puntos para arrebatarles la carta y traérosla. Los trescientos son briosos, llevan armas de finísimo temple y no se dejarán vencer por el príncipe tártaro, a pesar de sus artes mágicas.

—Sin embargo, yo soy de opinión, — añadió la lavandera, — de que se envíen más hombres contra el príncipe tártaro. Aunque éste, a la verdad, sólo lleva cuarenta consigo, todos ellos, según se dice, tienen corazas y flechas encantadas, que a cada uno le hacen valer por diez.

El prudente consejo de la lavandera fué adoptado en seguida. La princesa hizo venir secretamente a su estancia al más bizarro y entendido general de su padre. Le contó todo lo que pasaba, le confió sus penas y le pidió su apoyo. Este se le otorgó, y reuniendo apresuradamente un numeroso escuadrón de soldados, salió de la capital decidido a morir en la demanda o traer a la princesa la carta del Kan de Tartaria y al hijo del Kan, vivo o muerto.

Después de la partida del general, la princesa juzgó conveniente informar al Rey Venturoso de cuanto había acontecido. El rey se puso fuera de sí. Dijo que toda la historia del pájaro verde era un sueño ridículo de su hija y la lavandera, y se lamentó de que fundada su hija en un sueño enviase a tantos asesinos contra un príncipe ilustre, faltando a las leyes de la hospitalidad, al derecho de gentes y a todos los preceptos morales.

—¡Ay, hija! — exclamaba. — Tú has echado un sangriento borrón sobre mi claro nombre, si esto no se remedia.

La princesa se acongojó también, y se arrepintió de lo que había hecho. A pesar de su vehemente amor al príncipe de la China, prefería ya dejarle eternamente encantado, a que por su amor se derramase una sola gota de sangre.

Así es que se enviaron despachos al general para que no empeñase una batalla; pero todo fué inútil. El general había ido tan veloz, que no hubo medio de alcanzarle. Entonces aun no había telégrafos, y los despachos no pudieron entregarse. Cuando llegaron los correos donde estaba el general, vieron venir huyendo a todos los soldados

del rey y los imitaron. Los cuarenta de la escolta tártara, que eran otros tantos genios, corrían en su persecución transformados en espantosos vestiglos, que arrojaban fuego por la boca.

Sólo el general, cuya bizarría, serenidad y destreza en las armas rayaba en lo sobrehumano permaneció impávido en medio de aquel terror harto disculpable. El general se fué hacia el príncipe, único enemigo no fantástico con quien podía habérselas, y empezó a reñir con él la más brava y descomunal pelea. Pero las armas del príncipe tártaro estaban encantadas, y el general no podía herirle. Conociendo entonces que era imposible acabar con él si no recurría a una estratagema, se apartó un buen trecho de su contrario, se desató rápidamente una larga y fuerte faja de seda que le ceñía el talle; hizo con ella, sin ser notado, un lazo escurridizo, y, revolviendo sobre el príncipe con inaudita velocidad, le echó al cuello el lazo, y siguió con su caballo a todo correr, haciendo caer al príncipe y arrastrándole en la carrera.

De esta suerte ahogó el general al príncipe tártaro. No bien murió, los genios desaparecieron, y los soldados del Rey Venturoso se rehicieron y reunieron a su jefe. Este esperó con ellos a los enviados que traían la carta del Kan de Tartaria, y que no se hicieron esperar mucho tiempo.

Al anochecer de aquel mismo día volvió a entrar el general en el palacio del Rey Venturoso con la carta del Kan de Tartaria entre las manos. Haciendo un gentil y respetuoso saludo se la entregó a la princesa.

Rompió ésta el sello y se puso a leer; pero inútilmente: no entendió ni una palabra. Al Rey Venturoso le sucedió lo mismo. Llamaron a todos los empleados en la interpretación de lenguas, que no descifraron tampoco aquella escritura. Los individuos de las doce reales academias vinieron luego y no se mostraron más hábiles.

Los siete sabios, tan profundos en lingüística, que acababan de llegar sin el ave fénix, y que por ende estaban condenados a morir, acudieron también; más aunque se les prometió el perdón si leían aquella carta, no acertaron a leerla, ni pudieron decir en qué lengua estaba escrita.

El Rey Venturoso se creyó entonces el más desventurado de todos los reyes; se lamentó de haber sido cómplice de un crimen inútil, y temió la venganza del poderoso Kan de Tartaria. Aquella noche no pudo pegar los ojos hasta muy tarde.

Su dolor fué, con todo, mucho más desesperado cuando, al despertarse al otro día muy de mañana, supo que la princesa había desaparecido, dejándole escritas las siguientes palabras:

"Padre: ni me busques ni pretendas averiguar adónde voy, si no quieres verme muerta. Bástete saber que vivo y que estoy bien de salud, aunque no volverás a verme hasta que tenga descifrada la carta misteriosa del Kan y desencantado a mi querido príncipe. Adiós."

VII

La princesa Venturosa había ido con sus dos amigas, a pie y en romería, a visitar a un santo ermitaño que vivía en las soledades y asperezas de unas montañas altísimas que a corta distancia de la capital se aparecían.

Aunque la princesa y sus amigas hubiesen querido ir caballeras hasta la ermita, no hubiera sido posible. El camino era más propio de cabras que de camellos, elefantes, caballos, mulos y asnos, que, con perdón sea dicho, eran los cuadrúpedos en que se solía cabalgar en aquel reino. Por esto y por devoción fué la princesa a pie y sin otra comitiva que sus dos confidentes.

El ermitaño que iban a visitar era un varón muy penitente y estaba en olor de santidad. El vulgo pretendía también que el ermitaño era inmortal, y no dejaba de tener razonables fundamentos para esta pretensión. En toda la la comarca no había memoria de cuándo fué el ermitaño a establecerse en lo recóndito de aquella sierra, en la cual raras veces se dejaba ver de ojos humanos.

La princesa y sus amigas, atraídas por la fama de su virtud y de su ciencia, anduvieron buscándole siete días por aquellos vericuetos y andurriales. Durante el día caminaban en su busca entre breñas y malezas. Por la noche se guarecían en las concavidades de los peñascos. Nadie había que las guiase, así por lo fragoso del sitio, ni de los cabrerizos frecuentado, como por el temor que inspiraba la maldición del ermitaño, pronto a echarla a quién invadía su dominio temporal, o quien le perturbaba en sus oraciones. Ya se entiende que este ermitaño; tan maldiciente, era pagano. A pesar de la natural bondad de su alma, su religión sombría y terrible le obligaba a maldecir y a lanzar anatemas. Pero las tres amigas, imaginando, como por inspiración, que sólo el ermitaño podía descifrarles la carta, se decidieron a arrostrar sus maldiciones y le buscaron, según queda dicho, por espacio de siete días.

En la noche del séptimo iban ya las tres peregrinas a guarecerse en una caverna para reposar, cuando descubrieron al ermitaño mismo orando en el fondo. Una lámpara iluminaba con luz incierta y melancólica aquel misterioso retiro.

Las tres temblaron de ser maldecidas, y casi se arrepintieron de haber ido hasta allí. Pero el ermitaño, cuya barba era más blanca que la nieve, cuya piel estaba más arrugada que una pasa y cuyo cuerpo se asemejaba a un consunto esqueleto, echó sobre ellas una mirada penetrante con unos ojos, aunque hundidos, relucientes como dos ascuas, y dijo con voz entera, alegre y suave:

—Gracias al cielo que al fin estáis aquí. Cien años ha que os espero. Deseaba la muerte, y no podía morir hasta cumplir con vosotras un deber que me ha impuesto el rey de los genios. Yo soy el único sabio que habla aún y entiende la lengua riquísima que se hablaba en Babel ante de la confusión. Cada palabra de esta lengua es un conjuro

eficaz que fuerza y mueve a las potestades infernales a servir a quien le pronuncia. Las palabras de esta lengua tienen la virtud de atar y desatar todos los lazos y leyes que unen y gobiernan las cosas naturales. La cábala no es sino un remedo groserísimo de esta lengua incomunicable y fecunda. Dialectos pobrísimos e imperfectísimos de ella son los más hermosos y completos idiomas del día. La ciencia de ahora, mentira y charlatanería, en comparación de la ciencia que aquella lengua llevaba en sí misma. Cada nombre de esta lengua contiene en sus letras la esencia de la cosa nombrada y sus ocultas calidades. Las cosas todas, al oirse llamar por su verdadero nombre, obedecen a quien las llama. Era tal el poder del linaje humano cuando poseía esta lengua, que pretendió escalar el cielo, y lo hubiera, indudablemente, conseguido, si el cielo no hubiebe dispuesto que la lengua primitiva se olvidase.

Sólo tres sabios bien intencionados, de los caules han muerto ya dos, guardaron en la memoria aquel idioma. La guardaron asimismo, por especial privilegio de los diablos, Nembrot y sus descendientes. El último de éstos murió, una semana ha, por disposición tuya, ¡oh princesa Venturosa!, y ya no queda en el mundo sino una sola persona que pueda descifrarte la carta del Kan de Tartaria. Esa persona soy yo, y para hacerte ese servio, el rey de los genios ha conservado siglos mi vida.

—Puts aquí tienes la carta ¡oh venerable y profundo sabio! — dijo la princesa, poniendo en manos del ermitaño el misterioso escrito.

—Al punto voy a descifrártela, — contestó el ermitaño, y se caló los espejuelos, y se acercó la lámpara para leer. Más de dos horas estuvo leyendo en alta voz en la lengua en que la carta estaba escrita. A cada palabra que pronunciaba, el universo se conmovía, las estrellas se cubrían de mortal palidez, la luna temblaba en el cielo, como su imagen entre las olas del Océano, y la princesa y sus amigas tenían que cerrar los ojos y que taparse los oídos para no ver los espectros que se mostraban y para no oir las voces portentosas, terribles, dolientes, que partían de las entrañas mismas de la conturbada naturaleza.

Acabada la lectura, se quitó el ermitaño los espejuelos y dijo con voz reposada:

—No es justo, ni conveniente, ni posible, ¡oh Princesa Venturosa!, que sepas todo lo que en esta abominable carta se encierra. No es justo ni conveniente, porque hay en ella tremebundos y endemoniados misterios. No es posible, porque en cuantas lenguas humanas se hablan en el día son estos misterios inefables, inenarrables y hasta inexplicables. El linaje humano, por medio de su incompleta y enfermiza razón, llegará a concer, cuando pasen millares de años, algunos accidentes de las cosas; pero siempre ignorará la substancia que yo conozco, que conoce el Kan de Tartaria y que han conocido los sabios primitivos que se valieron, para sus "elucubraciones", de esta lengua perfectísima e intransmisible ya por nuestros pecados.

—Pues estamos frescas, — dijo la lavanderilla, — si después de lo que hemos pasado para encontraros y siendo vos el único que podéis traducir esa enmarañada carta, salís ahora con que no queréis traducirla.

—Ni quiero ni debo, — replicó el vetusto y secular ermitaño; — pero sí os diré lo que la carta contiene de interés para vosotras, y os lo diré en brevísimas palabras, sin pararme en dibujos, porque los momentos de mi vida están contados y mi muerte se acerca.

El príncipe de la China es, por sus virtudes, talento y hermosura, el favorito del rey de los genios, el cual le ha salvado mil veces de las asechanzas que el Kan de Tartaria ponía contra su vida. Viendo el Kan que le era imposible matarle, determinó valerse de un encanto para tenerle lejos de sus súbditos y reinar en lugar suyo en el celeste imperio. Bien hubiera querido el Kan que este encanto fuera indestructible y eterno, mas no pudo lograrlo a pesar de sus maravillosos conocimientos en la magia. El rey de los genios se opuso a su mal deseo, y si bien no pudo hacer completamente ineficaces sus encantamientos y conjuros, supo despojarlos de gran parte de su malicia.

Al príncipe, aunque convertido en pájaro, se le dió la facultad de recobrar por la noche su verdadera figura. Tuvo también el príncipe un palacio donde vivir y ser tratado con todo el miramiento, honores y regalo debidos a su augusta categoría. Se acordó, por último, su desencanto, si se cumplían las siguientes condiciones, que el Kan, así por la mala opinión que tiene de las mujeres, como por lo pervertida y viciosa que está la raza humana en general, juzgó imposible de cumplir.

Fué la primera condición, ya cumplida, que una mujer de veinte años, discreta, briosa y apasionada y de la más baja clase del pueblo, viese a los tres mancebos encantados, que son los más hermosos que hay en el mundo, salir desnudos del baño, y que la limpieza y castidad de su alma fuesen tales que no se turbasen con el más ligero estímulo de liviandad. Esta prueba había de hacerse en el equinocio de primavera, cuando la naturaleza toda excita al amor. La mujer debía sentirle por la hermosura y admirarla vivamente; pero de un modo espiritual y santísimo.

Fué la segunda condición, ya cumplida también, que el príncipe, sin poder mostrarse sino tres instantes, y esto bajo la forma de pájaro verde, insiprase un amor tan vehemente y casto como invencible a una princesa de su clase.

La tercera condición, que ahora se está acabando de cumplir, fué que la princesa se apoderase de esta carta y que yo la interpretara.

La cuarta y última condición, en cuyo cumplimiento habéis de intervenir las tres doncellas que me estáis oyendo, es como sigue. Sólo me quedan dos minutos de vida; mas antes de morir os pondré en el palacio del príncipe al lado de la taza de topacio,

Allí irán los pájaros y se zambullirán, y se transformarán en hermosísimos mancebos. Vosotras tres los veréis; mas habéis de conservar, viéndolos, toda la castidad de vuestros pensamientos y toda la virginidad de vuestras almas, amando, empero, cada una a uno de los tres con un amor santo e inocente. La princesa ama ya al príncipe de la China y la lavanderilla al escudero, y ambas han mostrado la inocencia de su amor; ahora falta que la doncella favorita de la princesa se enamore del secretario por idéntico estilo. Cuando los tres mancebos encantados vayan al comedor, los seguiréis sin ser vistas, y allí permaneceréis hasta que el príncipe pida la cajita de sus entretenimientos y diga, besando el cordoncito:

¡Ay cordoncito de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

La princesa entonces, y vosotras con la princesa, os mostraréis al punto, y cada una dará un tierno beso en la mejilla izquierda al objeto de su amor. El encanto quedará deshecho en el acto, el Kan de Tartaria morirá de repente, y el príncipe de la China, no sólo poseerá el celeste imperio, sino que heredará asimismo todos los kanatos, reinos y provincias, que por derecho propio posee aquel encantador endiablado.

Apenas el ermitaño acabó de decir estas palabras, hizo una mueca muy rara, entreabrió la boca, estiró las piernas y se quedó muerto.

La princesa y sus amigas se encontraron de súbito detrás de una masa de verdura, al lado de la taza de topacio.

Todo se cumplió como el ermitaño había dicho.

Las tres estaban enamoradas; las tres eran castísimas e inocentes. Ni siquiera en el punto comprometido de dar el regalado y apretado beso sintieron más que una profunda conmoción toda mística y pura.

Así es que inmediatamente quedaron desencantados los tres mancebos. La China y la Tartaria fueron dichosas bajo el cetro del príncipe. La princesa y sus amigas lo fueron más aún casadas con aquellos hombres tan lindos. El Rey Venturoso abdicó y se fué a vivir a la corte de su yerno, que estaba en Pekín. El general que mató al príncipe Tártaro obtuvo todas las condecoraciones de China, el título de primer mandarín y una pensión de miles de miles para él y sus herederos.

Se cuenta, por último, que la Princesa Venturosa y el ya emperador de China vivieron largos y felices años y tuvieron media docena ds chiquillos a cual más hermosos. La lavanderilla y la doncella, con sus respectivos maridos, siguieron siempre gozando del favor de sus majestades y siendo los señores más principales de toda aquella tierra.

JUAN VALERA.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ 12.00 „

UNA JOVEN INTERÉS...ANTE

—¿Quién es esa señorita en la que tod os se fijan y a la que todos adulan?
—¡Ah! Es la hija de un banquero riqu¹simo.
—¡Por eso inspira tanto "interés;

Levadura de Uvas "ESTRELLA"

Este producto rico en vitaminas es un excelente depurador de la sangre.

Cualquiera alteración del organismo, - particularmente las de las vías digestivas, se manifiesta en la piel por medio de ERUPCIONES, GRANOS, ECZEMAS, etc. Entonces es cuando Vd. debe tomar este depurativo que combate eficazmente esas alteraciones de los humores del organismo, que se acusa por la vuelta de la piel a su primitiva frescura.

EN VENTA:

Droguería de la Estrella Ltda. Defensa 215, sus Secciones y toda farmacia.

UNA GRAN AVENTURA POLICIAL DE LOS DOS FAMOSOS ENEMIGOS:

SEXTON BLAKE Y LEON KESTREL

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Octubre 15
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 159

Lea en este número:

UN MILLONARIO EN PRESIDIO

Extensa y notable novela policial traducida especialmente para este magazine.

ESTOMAGO LIVIANO

Drawn by Charles Watson.

Huésped primero (que llega a la casa de pensión del pueblo de veraneo): — ¿Qué tal dan de comer aquí?

Huésped segundo (que se retira de la casa de pensión del pueblo de veraneo: — Dan de comer de modo que no le haga a usted daño bañarse en el mar después de las comidas...

Un millonario en presidio

Extensa novela policial completa en la que actúan Sexton Blake y Tinker contra el famoso León Kestrel, "maestro en disfraces", el archicriminal más famoso del mundo.

Aladino y su lámpara

Vistoso e ingenioso juguete para armar. — En color.

Nuestro servicio doméstico

Notas humorísticas gráficas sobre cosas del día.

La estratagema de un curioso

Gracioso comentario.

Humorísticas

Progreso fatigoso. — Hay que distinguir. — A veces falla la ley de herencia. (Notas cómicas).

El luminoso faro del automóvil

Interesante juguete para armar, que puede sacarse sin interrumpir la lectura del número. — En color.

Las grandes invenciones modernas

Graciosa nota cómica. — En color.

Juancito infla el neumático

Bien combinado juguete para armar. — En color.

Un ladrón

Cuento ameno y gracioso que además tiene su moraleja, original de un gran autor francés.

El aluminio

Atrayente y muy interesante artículo de información científica.

El secreto del editor

Un cuento más es decir otro cuento interesantísimo y que hace pensar, por Max y Alex Fischer.

El prometido de Amelia

Famoso relato del gran humorista estadounidense Mark Twain.

El aspecto de la vida

Cómo ven lo que pasa el optimista y el pesimista.

Un buen pescador

Gracioso disparate de Georges Courteline, el gran humorista francés.

El ratón

Un relato muy interesante, curioso y divertido.

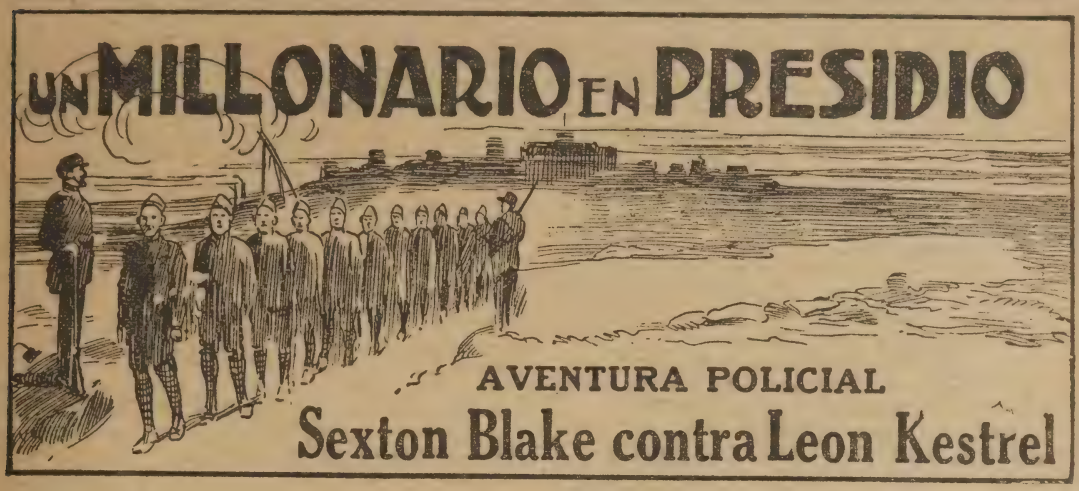
La mucama nueva

Cuadro del natural adaptado a nuestro ambiente y original de un famoso escritor.

En el próximo número de este magazine reaparecerá el gran "scout" BUFFALO BILL, el famoso combatidor de indios y soldado del progreso, en la narración completa titulada:

EL JEFE ROSTRO PÁLIDO

"Ustedes me han conseguido la libertad, — gimió el presidiario, — pero me han destruído la vista." En el mismo momento se abrió la ventana... ("Un millonario en presidio.")



LEON KESTREL "MAESTRO EN DISFRACES"

En las luchas sostenidas contra criminales de toda especie, jamás había tenido el detective Sexton Blake, que hacer frente a un sindicato más siniestro y amenazador que el creado y sostenido por el genio perverso de León Kestrel.

En otros tiempos, artista que prometía mucho en América, León Kestrel fué arrastrado al crimen por un capricho extraño del destino, que lo llevó a cambiar de escenario, distinguiéndose por su habilidad para disfrazarse; habilidad que llegó a perfeccionar hasta lo imposible, sin haberlo soñado antes.

Esa disposición especial para darse maña en todo momento, unida a su preparación como artista, se sentía reforzada por la belleza de Fifette Bierce, su cómplice principal. En esa forma, Kestrel pudo llevar a cabo sus golpes inauditos, que llamaron la atención por la audacia con que se practicaban y fueron coronados casi siempre por el éxito apetecido, constituyendo la desesperación del Departamento de Policía de Londres y de otros cuerpos policiales del mundo.

En más de una ocasión, Sexton Blake, el detective famoso, había cruzado armas con León Kestrel y sus hábiles criminales, que formaban su cuerpo de confianza. Muchas veces también había desbaratado sus planes, anulando sus proyectos.

Sin embargo, Kestrel había logrado eludir la justicia, evitando que lo tomaran preso; en tales casos se ausentaba para organizar de nuevo sus cuerpos ideando otras fechorías para burlarse de la policía a quien despreciaba, cuando no le causaba placer y diversión la actuación de Blake, cuando se ponía en campaña para darle caza.

En esta narración, presentamos al "Maestro en Disfraces", tal como se le llama a Kestrel, por su habilidad para disfrazarse y proceder sin que lo conozcan. Lo veremos actuar, al poner en juego uno de sus típicos y audaces planes, con el propósito de encerrar en sus redes, la bonita suma de 60.000 libras esterlinas en efectivo, mediante el arte de desempeñar variados papeles, según las circunstancias. Cuan cerca estuvo de realizar la estafa y el fracaso de su ingenioso proyecto debido a la pericia del detective, a quien únicamente temía, se demuestra en estas líneas, con interesante lujo de detalles.

CAPITULO I

EL INCOMPARABLE BEAUDELAIRE

LA melancolía propia de un día gris y húmedo de invierno se extendía sobre Londres, envolviéndolo todo. El amanecer habíase anunciado con una especie de llovizna y la puesta de sol sombría, de las que con frecuencia se extienden sobre el Támesis, daba a los puentes, las chimeneas y los mástiles, el aspecto de siluetas sombrías, antes de esfumarse y desaparecer en medio de las tinieblas de la noche.

Era un día de invierno de los que predisponen a la melancolía; húmedo y lúgubre. La oscuridad no hizo más que acrecentar la tristeza reinante. Parecía como si las legiones de Cheerlessness hubieran requerido refuerzos; y la caída de la tarde, en respuesta, les hubiese brindado millares de lucecitas trémulas, las que no bien aparecidas se sintieron eclipsadas por nubes de niebla que acariciando el río, se replegaban en remolinos a través de las estrechas callejuelas

y desnudas moradas que se oponían a su paso.

Limehouse, acostumbrado a la niebla y tristeza de lugar, parecía descansar resignado bajo aquel manto pesado y abrumador, como el errante vagabundo que a falta de hogar, se contenta con echarse contra una tapia, para protegerse del viento. Unas siluetas se destacaban en las calles principales y en medio del resplandor amarillento de las luces, concluían por desaparecer en las callejuelas como verdaderos fantasmas.

De vez en cuando, la ropa flotante y el rostro apergaminado de un chino aparecía bajo la luz de una lámpara de nafta, perdiéndose luego entre las tinieblas de la noche, para dejar oír el ruido particular de las chinelas al arrastrarlas sobre la vereda, en dirección hacia el barrio misterioso y siniestro que poco a poco y a fuerza del tiempo, se había constituído en morada de la raza china.

De las puertas rotativas de una casa de mala reputación próxima al río, vióse aparecer un grupo de lancheros, que no desmentían su gusto por el alcohol. De manos callosas, de corazón generoso y sentimental, estaban siempre dispuestos a proferir maldiciones; formados en medio de las aguas del Támesis, su lenguaje era una mezcla rarísima de caló y dialecto difícil de comprender. Uno del grupo, conjuntamente con el más joven de rasgos típicos, se destacó para dirigir el camino a seguir, enderezándose hacia una de las calles estrechas cercanas al barrio de los chinos. Su aspecto era más bien desagradable, dado su arreglo; consistente en una bufanda bastante sucia, una tricota muy usada y un saco ya verde a pesar de haber sido negro, manchado por el contacto de los bultos y cargas que tenía que soportar. Como era viernes y, sólo los sábados aquella gente acostumbraba a someterse al peluquero para afeitarse, resultaba que el rostro no ayudaba a embellecerlo.

De pronto se detuvo y, tomando una especie de tabaco de una lata, lo introdujo en la pipa amasándolo con uno de sus dedos sucios en forma particular. En seguida la luz de un fósforo iluminó en parte su figura semisalvaje, y al echar humo, dejó sentir el olor fuerte de aquel tabaco que poco a poco fué perdiéndose entre la niebla. Esperó hasta que el joven a su lado, aplicara un fósforo a la mecha que con anterioridad había colocado tras la oreja.

El lanchero vociferó en medio de la cerrazón, diciendo:

—Es una noche apropiada para pasarla entre botellas y "grogs", ¿verdad, muchacho? ¡Ojalá me hubiese puesto mi sobretodo abrigado, aunque inmundo! ¿Qué me dicen si fuésemos a tomar unos copetines?

—Podría pasar sin ellos, — dijo el muchacho con voz cortante.

—Tomaremos unos en lo de John, de todos modos, — refunfuñó el lanchero adelantándose y murmurando algunas de sus frases peculiares acerca de las bebidas que acostumbraba a tomar.

Tanteando y con paso inseguro en medio de aquella oscuridad, entraron a una calle aun más angosta, hasta dar con una posada de donde salía una luz rojiza a través de unas cortinas rojas. El letrero de la puerta a duras penas se distinguía, pudiéndose leer:

"Wu Fang, Café Shantung"

Sin titubear, el lanchero acompañado del muchacho penetró al café por la reducida puerta, encaminándose hacia una mesita, fuera del círculo de luz proyectada por una lámpara con pantalla de papel. En las otras mesas veíanse algunos chinos de voz chillona y ligera, que miraron a los recién venidos, continuando luego su charla bajando la voz. Demostraron reconocer su inferioridad ante los huéspedes, por más que algo en su manera de ser, reveló que no eran sinceros y que por lo consiguiente, no manifestaban su verdadero sentir.

Wu Fang, alto, meloso y sonriente se apartó de uno de los mostradores próximo a la mesa y preguntó en inglés, más o menos correcto:

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Té, — contestó el lanchero. — Ya sabes, John, de la verdadera loción. ¿Me entiendes?

—Algo para comer, tal vez, — añadió el chino.

—No; dos copas de "bold-and-free", nada más, John.

—Muy bien.

Wu Fang se retiró y el lanchero miró en redor con marcado interés. En una de las mesas se hallaba una joven mestiza que los miraba por el espejo, mientras sorbía el té. Su bolsa de mano, bastante raída, estaba sobre el ángulo más oscuro de la mesa.

Llegó el té y en cuanto el lanchero lo hubo bebido, escupió el contenido en el suelo.

—¿No le gusta? — preguntó el propietario con aire desconcertado.

—Sí, pero está caliente. No importa, John, lo cambiaré de vasija, para enfriarlo.

Derramó entonces la bebida en un plato y esperó que se enfriara, mientras discutía asuntos que hubiesen intrigado a cualquiera que no estuviese al corriente con la vida de los marineros y barqueros.

—¿Qué dices de Elisa Barnet? — preguntó al muchacho. — ¿Todavía no ha regresado?

—Llegará mañana, — replicó el joven. — Hace un mes que partió, casualmente hoy.

—Necesitaba una buena raspadura, pues ya estaba como yesca. Dime, Sam, ¿no sabes si la han pintado?

—Sí. Ya le digo que llegará mañana. Además Nobby dice que la han empaquetado y está que da gusto.

Por cierto, la conversación no se refería a mujer alguna, sino a una de las lanchas del río.

—La estarán cargando en Backton, ¿no es eso? ¿Y Saucy Grace?

El muchacho parecía estar más enterado y familiarizado en la cuestión de las lanchas, que su padre.

—Ha estado en la ensenada, alta y seca,

a causa de la marea. Tienen que traer la madera antes de moverla.

Siguieron conversando mientras bebían el té, sin que el lanchero dejase de observar lo que pasaba en redor. Vió que Wu Fang se acercaba a la joven y una vez a su lado, le decía algo con cautela. Un minuto después, la bolsa de manos de la joven había desaparecido de la mesa.

Una discusión enmarañada acerca del ancho de la manga de uno de los barcos, llamado Gladys May, suspendióse al observar que entraba un hombre bajo, de ojos pequeños y rostro pálido. Wu Fang y el recién venido cambiaron una mirada significativa. El primero se apresuró a traerle té, colocando primero el plato y luego la taza, en forma particular.

El hombre de tez pálida y cara de rata, bebió el té con apresuramiento y salió en seguida echando una mirada al lanchero. Este no pareció notarlo y continuó la discusión sobre la Gladys Mayce.

De pronto se volvió al chino, diciendo:

—¿Cuánto debo, John?

—Cinco peniques.

El lanchero sacó una cartera de cuero y contó unos cobres.

—¿Cómo le va de negocios, John? — preguntó al acaso.

—Muy bien, mejor no puede ir, — respondió el chino con una sonrisa de satisfacción. — ¿Y a usted cómo le va?

—Aquí andamos, muy despacio.

Wu Fang se encogió de hombros expresando así su sentimiento y echó una mirada enigmática, bastante significativa por cierto.

—Siento, señor, no poder hacer marchar su negocio más de prisa.

El lanchero gruñó y se levantó de la mesa. Un minuto después, acompañado del muchacho, abandonaba el café, observado siempre por la muchacha mestiza a través del espejo. Fang volvió sus espaldas anchas y desapareció.

Los dos lancheros salieron a la calle, dirigiéndose al camino principal en medio de la niebla compacta sin decir una palabra. De repente el lanchero sin afeitar procedió en forma inesperada. Llamó a un automóvil que marchaba con lentitud y saltó a él seguido por el muchacho.

—A Baker Street, — dijo tomando el tubo, con acento completamente diferente al empleado hasta entonces.

El conductor murmuró sorprendido: — "¡Stroof!"

El lanchero embozado se recostó en el asiento, y en sus labios finos se dibujó una sonrisa.

—Wu Fang hubiese envenenado el té, si se hubiese atrevido naturalmente.

—Por cierto; tiene los ojos del armiño. Me parece que hay que temerle, pues es un pájaro algo viejo para engañarlo con cargamentos. De todos modos, muchacho, hemos aprendido una cosa muy útil.

—¿De qué se trata?

—Del lugar en que Choke Strétton consigue el opio.

—¿Ese que entró al café era Choke? ¿El hombrecito con ojos de rata?

—Sí. Y es él quien pregona la mercancía en el barrio West End, obteniendo una buena recompensa; pero es un pájaro muy difícil de atrapar. Harker ha estado tras la pista del individuo durante varios meses, sin poder sorprenderlo.

—Pero esta noche no ha llevado nada, ¿verdad, señor?

—No. Recibió el mensaje mudo de Wu. ¿No notaste el juego que hizo con el plato y la taza? Después bebió con prontitud y calió en seguida. Alcancé a figurarme lo que te acabo de decir.

Y esa muchacha mestiza que estaba en un rincón, ¿qué tendrá que hacer en el asunto?

—Es Kate Causeway.

—¿Así se llama?

—¿Te acuerdas de Chong-Soo que estuvo preso cinco años? Es su hija y la madre es una mujer blanca. Conoce bien el negocio del opio, pero resulta que es más escurridiza que una foca. Me gustaría haber visto lo que tenía en la bolsita de mano; pero Wu Fang la hizo desaparecer. Sin embargo, la policía se alegrará con la noticia.

El taxi marchaba por Commercial Road surgiendo de la niebla con rapidez, pues la cerrazón parece tener predilección por el West End. Sexton Blake, el notable investigador de Baker Street, quedó sumido en profundo silencio, lo mismo que su asistente Tínker, quien trajo a su memoria el recorrido efectuado en Dockland, lo que lo hizo dudar de la eficacia del disfraz elegido y de su manera de actuar, por lo menos en lo que se refería a su visita al café de Wu Fang, desde que éste con su astucia, parecía haberlos descubierto.

Los pensamientos del joven, lo llevaron sin remedio a recordar otra persona para quien Wu Fang no era más que una pieza de dominó.

Tal individuo era León Kestrel, cuya misteriosa facultad para disfrazarse y su notable poder para actuar personificando a quien se le ocurría, lo habían colocado sobre todos los demás criminales.

Reflexionaba Tínker en el éxito asombroso conseguido por el "Maestro en disfraces", en sus intrigas innumerables; éxito que lo había colocado en situación de organizar una confederación criminal, que rápidamente se estaba convirtiendo en una amenaza siniestra para el mundo civilizado de ambos hemisferios. Cuando un hombre con el cerebro de León Kestrel con sus mil recursos sorprendentes logra formar una confederación perfectamente organizada y de protección mutua como la Unión de Criminales, es porque hace del crimen una profesión atrayente, frente a la cual la policía se siente impotente, y por más que quiera, no puede hacerle la competencia con astucia y ligereza.

Después de un rato, Tínker miró a su jefe, diciéndole:

—Señor, ¿no ha recibido noticias últimamente del Sindicato?

—Nada concreto, muchacho. La Policía Central opina que el robo de las joyas en el Hotel Francia, de Madrid, ha sido obra de ellos. El campana responde a la descripción de un tal Madrano

—¿El español?

—Sí; la puerta del dormitorio de donde sacaron las joyas estaba cerrada con llave por la parte de adentro y el corredor por fuera estaba vigilado por un pesquisa.

—En combinación con ellos, — refunfuñó Tínker, quien no creía en la seguridad de la policía española.

—Me parece que no, en este caso, — respondió Blake. — Las joyas fueron bajadas por medio de un alambre, desde la ventana y pasaron a manos de algunos de los confederados que las esperaban abajo. Tanto la policía española, como los encargados y empleados del hotel se sintieron confundidos ante semejante audacia. No cabe duda que todo eso huele a Madrano.

Tínker sacudió la cabeza en actitud pensativa.

—¿De manera que usted está de acuerdo con el Departamento Central, de que todo eso no es más que la obra del Sindicato Kestrel?

—Precisamente, aparte de que últimamente están muy tranquilos. He recibido una comunicación donde se me asegura que la banda y el "Maestro en disfraces", están descansando en París.

Tínker sacudió la cabeza en duda.

—¿Supongo que la noticia es de Beaudelaire?

—Sí.

Volvieron a permanecer en silencio, sin decir una palabra hasta que el taxi, entró a Baker Street y se acercó a la vereda.

—¿Qué número, compañero? — preguntó el conductor volviéndose en el asiento para mirar a los pasajeros.

—Estamos bien, nos bajaremos aquí no más, — dijo Blake secamente. — ¿Cuánto es el daño?

Pagaron al conductor y el detective cruzó la calle dirigiéndose a una calle lateral hacia unos establos donde su amigo el veterinario trabajaba.

—Traémelo a Pedro, — dijo a su ayudante. — No quiero exponerme en este escenario, pues alguno de los enfermos de Nevison podrían no simpatizar con mi persona.

Una vieja herida que Pedro había recibido años atrás con motivo de una lucha desesperada, había vuelto a abrirse, proporcionando la molestia consiguiente al fiel sabueso, quien en manos del veterinario Nevison y gracias a unos cuantos días de tratamiento delicado, pronto se hallaría bien.

Blake aguardó en la estrecha callejuela hasta que el sordo ladrido de contento y el roce del cuerpo del perro contra sus piernas, le anunció que Tinker y el sabueso se hallaban a su lado. Blake se inclinó al instante y palmeó la cabeza del animal con cariño.

—¿Contento de poder volver a tu casa? ¿Contento de vernos otra vez? ¿Verdad, viejo, que no hay lugar mejor que el hogar?

El hecho de que Blake se hallase disfrazado de lanchero, no importó mayormente al sabueso, por más que no asoctumbraba a ver a su amo sin afeitar. El reconocimiento y las demostraciones de contento fueron inmediatas. Lo externo no engañaba a Pedro; cualquier disfraz, por hábil que fuese, no lograba despistar al perro.

Caminaron por Baker Street hasta detenerse frente a la puerta de la casa. Una luz débil alumbraba el vestíbulo y sobre la mesa se destacaba una nota con la familiar caligrafía de la señora Bardell.

"Voy a ver a mi hermana. Nos encontraremos en la despensa".

La última parte de la nota tenía algo de enigmática; pero por suerte tanto el detective como Tinker estaban acostumbrados a la forma de expresarse que tenía dicha señora. Al subir las escaleras Blake dijo para sí:

—Como la hermana de la señora Bardell es cocinera, no dudo que la despensa es un lugar excelente para encontrarse. Espero que habrá prendido el fuego antes de salir. Parece que hace más frío aquí de lo que había. ¡Ah!, ¡eso si que está bueno!

Abrió la puerta de su despacho y las brillantes llamas de un fuego alegre resplandecieron su rostro. Se adelantó deteniéndose de repente con una rigidez rara, a la expectativa. Su ayudante que lo seguía, no pudo evitar un ligero estremecimiento al notar la actitud de su amo.

Un gruñido siniestro y feroz, llamó la atención de ambos hacia el sabueso. Pedro, que así se llamaba el perro, se había acurrucado como un felino dispuesto a saltar con los dientes prontos para morder y con los ojos fijos en el cortinado del aposento.

Instintivamente Blake puso la mano en el bolsillo y al instante el brillo del mango de una pistola se destacó en medio de la luz que irradiaba del fuego que ardía en la chimenea.

—Aquí hay alguno. — Blake murmuró entre dientes. — Anda en su busca Pedro. Atrápalo muchacho.

La cortina se movió y Blake no pudo menos que contener sus palabras ante una figura grotesca y espantada. Aquello no era un hombre, sino un vampiro, con la cabeza entre los hombros que se levantaban angulosos sobre un cuerpo raquítico y achicharrado. La aparición fué tan inesperada y tan repulsiva, que Tinker se quedó helado con el horror y el asombra retratado en su semblante.

En ese preciso momento, Pedro saltó con un gruñido feroz cayendo como un tigre sobre el intruso; en seguida se oyó una especie de chillido seguido por una cantidad de maldiciones en lengua extranjera, a las que se unieron los gruñidos del perro. Ambos entablaron una refriega animada sobre el suelo, rodando y luchando como demonios.

De repente se oyó la voz de Blake en tono imperativo.

—¡Atrás, Pedro! ¡Afuera!

El sabueso obedeció tal como estaba acostumbrado, saltando a un lado sin perder el movimiento nervioso de su agitado cuerpo echando una mirada interrogativa y de protesta a su amo; luego fijó sus órbitas sobre la figura grotesca del enano deforme, quien se había levantado con los ojos inyectados que irradiaban luces desde lo más profundo, entre una nariz como pico de hal-

ción y una expresión de odio contra el sabueso que así lo había acometido. En una de sus manos lagas como garras, empuñaba un estileto.

—Mon Dieu! — exclamó. — ¿Es posible que éste sea en realidad el señor Blake? — agregó con voz ronca y desagradable. — Después de todo fué una suerte para el perro que usted lo llamase al orden, señor Blake. Lo hubiese atravesado como a un chancho. ¡Maldito sea!

El detective frunció el ceño, pero al pensar en la vital utilidad que obtenía del tipo que tenía frente a él, sonrió diciendo:

—Siento mucho, Beaudelaire; ya puedes dejar a un lado ese aparato porque lo que es Pedro no te hará daño alguno. Sin embargo debo advertirte que a veces es muy peligroso penetrar sin ser visto a un lugar como éste y aun más ocultarse cuando en la casa hay un sabueso.

—Mucho más peligro hay en penetrar a otros lugares, — murmuró el enano en tono significativo. — Hay otros sabuesos también a quienes hay que tomar en consideración y, lo peor del caso, es que son de la especie humana, monsieur Blake. Yo creo que usted lo debe saber ¿no es verdad?

Blake sacudió la cabeza en señal afirmativa, sabiendo el gran riesgo que Baudelaide corría, como espía de los del Sindicato.

Todo viaje que efectuaba a Londres desde París donde tenía su residencia, hasta llegar a Baker Street, estaba lleno de peligros. Como operaba con toda libertad entre los del Sindicato de Kestrel gozando de la confianza absoluta de los criminales, la menor sospecha de su traición sería su sentencia de muerte.

No hay duda que el hecho de haber penetrado en silencio, sin ser visto y en forma misteriosa, no dejaba de ser interesante; y sobre todo, de suma importancia para el señor Blake. Hasta ese momento no podía decirse que la bienvenida había sido muy hospitalaria, así es que Blake trató de reparar el mal sin pérdida de tiempo, pues Beaudelaire era uno de los hombres a quien no quería ofender en lo más mínimo.

—Ya comprendo, Beaudelaire, y lo siento muchísimo. Un hombre de sus condiciones excepcionales debe ser siempre recibido con atención. ¿No quisiera beber algo?

—Coñac, sin duda, — refunfuñó el enano mirando a Pedro con perversidad. Le aseguro, señor, que mataría a todos los perros de buena gana, porque hasta echan a perder los buenos modales de un hombre.

Blake sonrió sirviendo un vaso de coñac añejo, extendiéndoselo luego al enano con una frase elogiosa formulada con sinceridad manifiesta que hubiese empalagado a cualquier otra persona que no fuese Beaudalaire.

La naturaleza había dotado al enano de mucho amor propio, así es que lamía los elogios y alabanzas como el gato la leche. Hacía tiempo que el detective había descubierto esa condición en su servidor, sabiendo que era el camino más seguro para ganar su corazón. Además, esa forma de tratamiento era el único salario que percibía el enano, fuera del dinero que requería necesariamente para llevar a cabo su espionaje excepcional.

Echando una mirada al sabueso guardó el estileto en la vaina colocándolo tras del cinturón; en seguida se acomodó en una silla y cruzó las piernas. Permaneció en silencio durante unos minutos ocupado en sorber con deleite la bebida, hasta que por último se expresó en francés, diciendo:

—Esta casa ha estado vigilada, señor Blake, cosa que usted ya debe saber, me supongo.

—¿Por quién?

—Por uno de sus agentes.

—No me sorprende, — respondió Blake sabiendo que el enano se refería al mismo Maestro en disfraces.

—Pero no me han visto llegar y mucho menos me verán salir de aquí, ¿sabe?

—Escuche, Beaudelaire: usted ha sido muy bueno exponiéndose a venir hasta mi casa ante semejantes riesgos. No me cabe duda de que debe haber descubierto algo importante, mediante su cerebro extraordinario. Me trae algunas noticias, ¿no es así?

—Sí, pero había más riesgo en escribirle que en llegar en persona. El Sindicato está preparando un plan formidable. Se relaciona con un individuo que reside en Londres, de nombre Vanderluyt y de fortuna cuantiosa. Esperan robarle en forma determinada, de la que aún no me he enterado, por más que la suma que pretenden alcanzar asciende a 60.000 libras y el Sindicato piensa proceder de inmediato. Eso es todo lo que sé por el momento. Trate de averiguar algo más, pero el tiempo apremiaba y no me fué posible.

—Esto es muy importante y se lo agradezco infinitamente. Es usted el detective más hábil de Europa — repondió Blake.

—Usted se burla de mí, monsieur.

—No hay tal cosa, es la pura verdad, — agregó con entusiasmo Blake. — No existe otro igual; dicen que yo soy un pesquisa admirable, pero comparado con usted, Beaudelaire, soy una insignificancia.

El enano descendió de la silla y con una reverencia agradeció el elogio; al punto se dirigió donde estaba su sombrero que había caído junto a la cortina.

—Ya le he dicho lo que debía comunicarle, de modo que ahora me retiraré.

—¿No necesita usted dinero? — preguntó Blake.

—En realidad para mí no necesito, pero podría darme cincuenta libras en billetes convertidos a francos; es todo lo que me hace falta por el momento y me bastará por un tiempo. — contestó el enano con tono afable.

Blake se encaminó hacia la caja de fierro y tomó el dinero en papel moneda. Contó aproximadamente cien libras en moneda francesa y entregó el paquete al enano. Esa cantidad era lo único que había dado a su servidor después de haber transcurrido varios meses. El rasgo más curioso en el carácter de Beaudelaire, era que muy pocas veces presentaba la cuenta de los gastos por el trabajo realizado en pro de Blake. Todo lo que pedía eran unas cuantas palabras de elogio a

su habilidad, el dinero sólo lo requería en casos de extrema necesidad.

—¿Recuerda usted la vez última que estuve por aquí? — dijo Beaudelaire tranquilamente al colocar el rollo en el bolsillo.

—Sí.

—Pues, me retiraré en la misma forma.

Blake sacudió la cabeza y lo condujo al piso bajo, llegando a través de la oscuridad a una habitación del fondo de la casa cuya ventana daba al patio.

Abrió la ventana en silencio y saltó hacia afuera.

—¡Adiós! — dijo entre dientes.

—¡Hasta muy pronto! — contestó el enano saltando como un mono para correr luego con presteza por el patio del fondo. Blake lo miraba mientras su figura se destacaba como la de un gato, hasta verlo incorporado en la parte superior de la pared de donde desapareció silenciosamente.

Blake no supo cómo había hecho el enano para entrar en su aposento; las idas y venidas de Beaudelaire siempre se mantenían envueltas en el mayor misterio, conforme a su deseo. El detective, una vez solo, se encaminó a su despacho y tomando el tubo del aparato telefónico, pidió el número del Departamento Central de Policía.

—¡Hola! ¿hablo con la sección especial de policía? Deseo hablar con Harker, el detective inspector, — así habló Blake, esperando la respuesta, para preguntar en seguida. — Buenas noches, señor Harker, quisiera verlo lo más pronto posible. ¿No podría venir en seguida? Yo iría a verlo, pero pasa que estoy sin afeitar, — agregó riendo para sí.

—Iré cuanto antes, — replicó el aludido, colgando el tubo.

El detective se dirigió al cuarto de baño munido de la brocha, el jabón y la navaja, murmurando algunas imprecaciones contra la barba de tres días de crecimiento. No bien se hubo cambiado de ropa y mientras se acariciaba el mentón con la tohalla, apareció Harker en su despacho, introducido por Tinker.

A los pocos munutos, los dos pesquisas fumaban al descuido, sentados uno frente a otro, junto al alegre fuego que ardía en la chimenea.

—¡Vanderluyt! — exclamó Harker. — Por cierto que la oconozco; es más o menos un perfecto millonario. Acumuló una fortuna con cierto monopolio en la India Holandesa o algo parecido. También debo advertirle que por sus venas corre sangré holandesa. Recuerdo perfectamente la mansión que possee en Kensigton.

—¿No tenía un hijo que andaba mezclado en cierto asunto sospechoso? — agregó Blake. — Si mal no recuerdo, creo que estoy en lo cierto.

—Por supuesto: Mordue Vanderluyt. Me debía haber acordado antes; pero es que algunas veces tengo una memoria desastrosa. Es aquel individuo de Bleakmoor.

—¿El hijo?

—Sí. Lo recordará usted muy pronto, — replicó el interrogado. — Un vulgar levantado de la nada, con ciertas infulas. Resulta que tuvo relaciones con una mujer y atacó a balazos al marido, causándole la muerte. Todos decían que concluiría colgado y no andaban errados, porque casi terminó en esa forma. ¿No se acuerda usted?

—Efectivamente. Sí, ya recuerdo, — contestó Blake. — Lo sentenciaron a quince años de trabajos forzados, perdonándole la vida. El viejo Vanderluyt movió el cielo y la tierra para salvarlo y se hicieron toda clase de trabajos para que le conmutasen la pena.

—Precisamente, pero con todo su dinero no logró nada, lo que habla en favor de la justicia de nuestro país. Parece que apeló y pidió revisación del sumario, o por lo menos así lo hizo su abogado. Trataron de embaucar o comprar a algunos de los miembros del Parlamento y luego hicieron una gestión ante el ministerio del Interior, pero no hubo caso. Nosotros creíamos que podrían imponerse al Departamento de Policía, pero la cuestión llegó a oídos de varios miembros del partido laborista y se suscitaron discusiones políticas y aprovechándose del asunto en la Cámara, se dijo que el dinero primaba sobre la justicia y que algunos prisioneros ricos tenían privilegios. A esto se agregaron otras cosas por el estilo y hasta la prensa demócrata se ocupó en contra de los adinerados, hasta que el ministro del Interior sacudió la cabeza, por decirlo así, y dijo: "No, nada se puede hacer".

Alguno tuvo noticias de que el joven Vanderluyt recibía un tratamiento especial en la cárcel y el director de la prisión tuvo que salvar su responsabilidad. Tal vez recordará usted que descubrieron a tres carceleros recibiendo propinas y los acusaron por dejarse sobornar, quitándoles las funciones que desempeñaban. El director, mayor Lessways recibió también una seria amonestación.

Al oír tal relación, Blake no hizo más que sacudir la cabeza agregando:

—De manera, pues, que al final el viejo Vanderluyt no consiguió nada.

—Nada más que endurecer las riendas que sujetaban a su bribón de hijo.

Después de todo será en provecho de él; pero diga Blake, ¿Por qué hace tantas preguntas? ¿Qué interés tiene en todo esto?

—Por la simple razón de que hay alguien que se interesa, — repondió tranquilamente Blake. — Quiero decir, hay uno que se interesa, por lo menos en el padre de Vanderluyt que reside en Kensington.

—¿De quién se trata?

—¡De Kestrel! — contestó Blake.

El inspector de policía miró al punto con ansiedad a su compañero, y sus ojos pequeños se animaron adquiriendo un brillo simpático.

—¿Es cierto? ¿Ha recibido usted algún informe al respecto? — dijo en voz baja.

—Sí. Ahora yo quisiera saber, Harker, si usted podría solicitar unos cuantos hombres para que se dispusieran a espiar de cerca al individuo y nos informarán de cuanto ocurre. ¿Cree usted que el jefe de policía accedería y nos ayudaría enviándonos algunos de sus hombres?

—Yo creo que dispondría con gusto de todas sus fuerzas con tal de caer sobre el maes-

tro en disfraces. ¿Para que espiasen en qué parte?

—En los lugares donde se encuentra la residencia de Vanderluyt, en Kensington.

—Muy bien, — respondió al punto Harker. — Tan pronto como usted quiera. Si le parece bien, esta misma noche.

—Tendría que ser esta misma noche y tal vez se prolongaría unas cuantas más. ¿No sabe si está el jefe en el Dejartamento?

—Sí, estará ahí hasta las diez.

Blake se levantó del asiento y sacudió las cenizas de la pipa, echando una mirada al reloj que se hallaba sobre la chimenea.

—Entonces saldré con usted ahora, — respondió con toda tranquilidad.

CAPITULO II

LIBERTAD PUESTA A PRECIO

En medio de uno de los arrabales conceptuados como dignos del mayor respeto, semiescondida y perdida entre la hilera de una serie de casas altas y severas, hallábase la callejuela conocida con el nombre Batley News en Hampstead, lugar apropiado para los que buscan la reclusión y soledad, que desean que sus idas y venidas permanezcan ajenas a las convenciones o tal vez, se valgan de eso, para que nadie las observe.

El constructor de tal tipo de departamentos adecuados para estudio de artistas, merecía el consiguiente aplauso por su perspicacia e inteligencia, ya que había buscado algo que complaciese a los sujetos que gustan considerarse bohemios. Una gran parte de los departamentos estaba alquilada realmente a artistas, que los empleaban para estudio y vivían en otra parte. Otros estaban alquilados a personas, cuya política era la de permanecer alejados de sus vecinos.

De manera que en Batley News, no había nada de común entre sus moradores. Sus casas estaban separadas por altas paredes de ladrillos por ambos lados y nadie penetraba en ellos más que sus inquilinos, salvo una que otra visita o algún vendedor.

En Batley News reinaba una especie de socialismo raro, que hacía de aquella callejuela algo completamente diverso a lo demás de la localidad. Damas lujosas envueltas en pieles costosas se acercaban para pasar frente a alguno de los pintores y obtener sus retratos; sacos raídos y caras bonitas; modelos de artistas vestidas con sencillez tratando de ganarse la vida veíanse de cuando en cuando entre el laberinto de casas.

Hombres pudientes interesados en las obras artísticas llamaban a la misma puerta que los mendigos y atorrantes traídos desde el arroyo de las calles para servir de modelo personificando determinados tipos.

Algunas de las agrupaciones que alquilaban para estudio los departamentos de Batley Mews luchaban desesperadamente para ganarse la vida, por medio del arte. Otras más afortunadas, contaban con medios particulares y sólo se dedicaban a la pintura por afición o por costumbre. El señor Lionel King era uno de los privilegiados.

En apariencia era un hombre joven, pintaba admirablemente y no hacía esfuerzo alguno por vender sus cuadros o telas. Contaba con un grupo determinado de modelos a quienes pocas veces cambiaba por otros, un anciano y su hija, bastante bonita; un viejo agobiado, tosco y con barba; un hombre bajo de aspecto extranjero y bastante acicalado y unos cuanto más.

Sólo parecía pintar cuando se le ocurría, lo que no sucedía con frecuencia. Cuando concurría al estudio una vez que otra, era para reunir casi siempre a sus modelos y tratarlos como amigos.

Para los comerciantes o vendedores y los vecinos que se interesaban por su vida, era un joven artista de carácter alegre y buen genio que trabajaba por momentos únicamente por afición y que por lo general hara ganeaba.

Se lo tenía por reservado, por más que fuese gran amigo con los que trababa relación. Entre los vendedores del lugar era muy popular por el hecho de pagar de inmediato sus gastos, cosa poco común entre los bohemios.

Anochecía y amenazaba una niebla espesa, cuando el artista bien abrigado en su sobretodo de moda, entró a la callejuela y bien pronto pasó al lugar donde se hallaba situado su estudio. Un vendedor con cesta de panadero en el brazo se le acercó y tocando ligeramente su abrigo le dijo:

—Buenas noches, señor King.

—Buenas noches, — respondió el aludido con voz alegre e inquisidora a la vez, siguiendo su camino hasta detenerse frente a su casa. Tocó el timbre tres veces y esperó. Después de un minuto se sintieron unos pasos arrastrados junto a la puerta y un postigo se apartó silenciosamente dejando ver un par de ojos lagrimosos.

—Soy yo, viejo hurón, — dijo el artista.

La puerta se abrió dándole paso de inmediato. El viejo de cabellos blancos cerró de nuevo la puerta y corrió un pasador bien aceitado para luego correr a tomar el sobretodo del artista.

—Ha llegado temprano patrón, — exclamó con voz asmática el anciano.

—Algo, papá. Dime: ¿No ha venido Lessing?

—Sí señor.

—¿Y Fifette?

—Fifí está con ese hombre Mauro, — agregó en voz baja.

El artista miró al punto al viejo diciendo:

—¿Entonces lo han traído aquí? — bajó la voz y en tono de satisfacción, bien diferente a la que había empleado en la calle para saludar al panadero, dijo:

—Muy bien.

Salió del vestíbulo para pasar a un aposento bien alfombrado y profusamente iluminado por una lámpara sujeta al cielorraso. Las ventanas veíanse cubiertas por cortinas tupidas y pesadas.

Luego pasó al estudio sumido en una penumbra artística; su luz escasa y velada provenía también del cielorraso. A uno y otro

lado se destacaban caballetes con telas en blanco unas, y otras pintadas a medias, las que daban al aposento un aspecto pintoresco.

Todos los detalles de aquel cómodo estudio reflejaban el temperamento artístico y bohemio de Lionel King. El observador más astuto, no hubiese podido descubrir nada que revelase la personalidad y carácter de León Kestrel: ex actor, artista por excelencia, maestro en disfraces y jefe de uno de los sindicatos criminales más peligrosos del mundo.

La audacia era su arma y por medio de ella, llevaba a cabo su infame labor en los mismos ojos de la justicia de Londres. Había elegido la doble personalidad de artista y bohemio, porque así tenía oportunidad de realizar su "camouflage" y el estudio de Batley Mews, se prestaba admirablemente para sus propósitos como lugar de cita y reunión con sus afiliados.

Sólo una inspección profunda en la casa, hubiese revelado una actividad siniestra que nada tenía que ver con la pintura inofensiva, y aun así, la policía no hubiese podido probar nada. La personalidad que había asumido, y el sitio elegido para residir una vez que otra le proporcionaban toda clase de comodidades para ir y venir en cualquier momento sin que nadie pudiese sospechar nada. Con el pretexto de servir de modelo, lo visitaban toda clase de tipos.

Nadie sospechaba que esos modelos a quienes continuamente empleaba y que la mayor parte de las veces trataba como huéspedes, formaban parte del Sindicato y constituían el Círculo primordial.

En cuanto Kestrel entró al estudio, miró en forma interrogativa a la chimenea que se hallaba en el rincón más apartado. Junto al fuego se destacaban dos hombres y una mujer. Uno de ellos era Lessing el profesional en instrumentos científicos de toda clase; un criminal nato, pero hombre habilidoso en cuestiones mecánicas y primer oficial de Kestrel. No había caja de seguridad en el universo que Lessing no pudiese abrir con facilidad. Era tal vez el único criminal a quien no asustaban las combinaciones modernas.

La mujer que los acompañaba era Fiffette Bierce, alta y perfectamente formada, y dotada de una belleza que cuando se proponía ponerla en evidencia, resultaba irresistible. Bajo la enseñanza de Kestrel se había convertido en una artista incomparable y capaz de engañar a cualquiera. En su hermosura se reflejaba un aire de parentezco con el papá Bierce, a pesar de su refinamiento estudiado. Bierce era el viejo a quien Kestrel tenía como mucamo de confianza.

Sin embargo, despreciaba al anciano a pesar de tratarlo con toda clase de consideraciones, sólo por Fifette, que tenía por su padre una devoción sin límites; sentimiento que el mismo Maestro en disfraces no se atrevía a perturbar.

Fifette se puso de pie, no bien Kestrel se detuvo en medio del estudio y lo saludó con una sonrisa. El recién llegado le hizo seña de que se acercara, dirigiéndose en seguida a Lessing en la misma forma. El otro hombre, algo sombrío con una expresión de desespe-

El automóvil se puso rápidamente en marcha y Sexton Blake hizo fuego con precisión contra el hombre que corría a alcanzarlo...

. . . Lanzando un grito, el hombre cayó sobre el estribo. El otro hombre lo tomó en sus brazos y procuró ponerlo en salvo, pero no sin que antes la velocidad del coche le despidiera hacia el camino, a unas veinte yardas de distancia. ("Un millonario en presidio.")

ración en la mirada, se volvió para mirar a Kestrel con fastidio, volviendo de nuevo la cabeza para observar el fuego sin tomar atención de lo que pasaba en derredor. Antes de hablar, Kestrel lo observó detenidamente.

—Díme Fifette, ¿tú lo persuadiste para que viniese? — preguntó a la joven en voz baja.

—Aparentemente, León.

—¿Crees que resultará fácil servirse de él?

—Tengo la seguridad. — contestó la joven con una mirada significativa a Lessing, que confirmó lo dicho.

—¿Tiene alguna idea acerca de lo que necesitamos? — preguntó Kestrel.

—Por lo menos se lo hemos dado a entender suficientemente,—replicó Fifette.—Confío en su estado de ánimo actual, por lo que supongo es capaz de cualquier cosa. Se encuentra decaído y abandonado; no cuenta con dinero para mantener a su mujer ni a su hijo. La semana pasada le dijeron que la criatura estaba propensa a una anemia mortal y que por lo consiguiente debía llevarla a otro clima. Tiene gran cariño a su hijo y nos responderá.

Kestrel sacudió la cabeza para dar a entender que comprendía el asunto.

—Nuestro plan será el de la caridad.

—Sí, para salvar a la criatura.

—Entonces hablaremos con Mauro.

Se encaminó a la chimenea y tomó asiento junto al fuego, fijando los ojos en el rostro macilento de Mauro. Su semblante revelaba inteligencia y cierta distinción, pero se notaban unas líneas de amargura a los lados de la boca y un brillo particular de rebelión en sus ojos hundidos.

Sabía que lo habían traído con un propósito, pero parecía no tener gran interés por el asunto. Demostraba ser un hombre amargado que corría hacia el abismo de la melancolía crónica.

Después de unos saludos convencionales, Mauro volvió a detener la mirada en el fuego, mientras Kestrel sacaba del bolsillo tres fotografías. Una representaba un perfil, otra un semiperfil y la restante un rostro de frente. Parecían unos retratos de Mauro, tomados en una época en que hubiese conocido días mejores. Sin embargo, el parecido en ese momento, no podía ser más exacto.

Kestrel los pasó a Fifette y luego a Lessing. Ambos expresaron la mayor satisfacción, por medio de un movimiento de cabeza. Entonces fueron entregados a Mauro.

—Fíjese en ellos, — dijo Kestrel con calma.

—¡Esto es notable! — murmuró. — ¿Dónde los consiguió?

—De procedencia digna de toda confianza, — replicó Kestrel sonriendo. — ¿No recuerda usted por casualidad el día en que las tomaron?

—Nunca me han tomado tales fotografías, — contestó el individuo. — Pero... pero... no puedo menos que admitir el parecido que existe entre mi rostro y el de los retratos, — exclamó examinándolos con atención. — Es algo asombroso. No sabía que tenía un igual.

—Parece que ha sufrido poca alteración su rostro, desde entonces hasta ahora y yo creo Mauro, que usted las podría reclamar como suyas, — dijo Kestrel.

—Creo que sí, — susurró el hombre. — ¿Pero para qué tanto trabajo?

Kestrel se inclinó hacia adelante y miró fijamente los ojos atentos de su interlocutor, diciendo en voz baja:

—Me parece que usted, Mauro, navega en aguas bajas.

—Sí, estoy desesperado, — contestó el hombre con amargura. — Cuando un hombre tiene una mujer y un hijo expuestos a morir de hambre...

—Comprendo que debe ser terrible. Pero ¿acaso es tan difícil conseguir trabajo ahora?

—¡Es imposible! — exclamó Mauro con pena manifiesta y en tono burlón agregó: — Si usted supiera cómo andan los tiempos, no me preguntaría tal cosa. He correteado de un lado a otro hasta más no poder y he habiado hasta perder la voz, concluyendo por desanimarme y perder toda esperanza. No me queda otro recurso que perecer de hambre.

—Entonces su libertad no significa nada desde que no puede hacer uso de ella, ¿verdad? — preguntó Kestrel.

Mauro lo miró como interrogándolo, hasta que al fin dijo entre dientes:

—Para la utilidad que presto a mi esposa y a mi hijo, bien podía morirme.

—Sin embargo, usted tiene un activo valioso. — contestó Kestrel. — La libertad es inapreciable la mayoría de las veces y podría venderse a favor de otros.

—No le entiendo, — replicó el hombre.

Kestrel lo miró entonces de un modo particular y en tono de confianza le dijo:

—Suponga que vendiese unos años de libertad por una suma de dinero respetable, en cuyo caso, podría mantener a su esposa y a su hijo, no sólo con todas las comodidades, sino también con el mayor lujo. Suponga que entonces los mandara a pasear al Sud de Francia, o que gustosos emprendiesen el viaje, para vivir felices y libres de toda preocupación financiera. Su esposa podría comprar todo lo necesario para su hijo y proporcionarle los medicamentos que requiere su delicado estado de salud, para que recupere las fuerzas y se sienta de nuevo bien. ¿No le parece, Mauro, que eso significaría mucho para usted?

—¿Mucho? — replicó el hombre levantando los ojos con expresión de verdadera ansiedad. — Más que mucho; eso sería todo para mí.

—¿Sacrificaría usted unos años de su libertad, para asegurar el bienestar de su familia?

—Sacrificaría con gusto mi vida, — exclamó el hombre con voz ronca.

La mirada de Kestrel adquirió un brillo de alegría y echó una ojeada a Fifette y Lessing algo significativa.

Después de un paréntesis, volvió a hablar en tono persuasivo y musical.

—No me cabe duda que usted sacrificaría su vida, Mauro, y respeto su modo de pensar; pero no pretendo tanto, sino mucho menos. Usted entregará su libertad por un período determinado, de pocos años; cinco lo menos y siete lo más. Durante

ese tiempo, no hay duda que se hallará sujeto y recluído, pero en comparación a la vida que lleva ahora, será feliz, muy feliz. Ya le darán suficiente trabajo para mantenerlo sano y sin preocupaciones, pues no le faltará alimentación en abundancia. Todo eso naturalmente si acepta la prisión filosóficamente y si se porta bien; en cuyo caso le proporcionarán recreaciones y toda clase de diversiones. Su porvenir estará asegurado y no tendrá que pensar en nada. Será feliz al tener presente que su mujer y su hijo ya no sufrirán privaciones de ninguna clase. Fuera de eso, una vez libre ya no será un vagabundo desgraciado, sino un hombre de medios suficientes para gozar de la vida con todas las comodidades.

Mauro lo miró con incredulidad. Todo aquello le parecía un cuento de "Las mil y una noches", algo demasiado hermoso para ser verdad.

—¿Y conseguiré todo eso por mi libertad? — preguntó.

—Sí. El contrato sólo ha de sujetarse a una o dos condiciones muy sencillas. Una de ellas, es la de no hablar nada, acerca de lo que ocurre ahora.

—¿Pero cómo puede ofrecer usted semejante cosa? — preguntó aturdido Mauro. — ¿Y, por qué me lo propone?

—Se lo explicaré ahora, — respondió con toda tranquilidad Kestrel.

Acercó la silla y habló en voz baja, pero bien clara, mientras sus oyentes lo escuchaban en silencio. Mauro lo interrumpió una sola vez, prorrumpiendo en una exclamación pero en seguida pareció disculparse, sonriendo con amargura.

—Continúe, — murmuró. — Lo escucho.

Durante media hora, Kestrel estuvo hablando con voz persuasiva, delineando el plan de su obra, con la naturalidad de un hombre que formula el programa para una compañía de segundo orden. Tuvo cuidado de guardar la baraja más importante para el último juego; de modo que, al terminar, Mauro se incorporó mirándolo con marcada sorpresa.

—¿Diez mil libras? No, usted se está burlando de mí.

—Tal vez más, — respondió el Maestro en disfraces. — No nos estamos burlando.

El resplandor de las llamas, reveló el ardor que animaba el rostro macilento de Mauro. Sus ojos brillaron en forma rara y bien podía verse que el plan, había logrado cautivar su imaginación, concluyendo por fascinarlo. Miró a Kestrel y dijo

—¿Y si el plan fracasara?

—De ninguna manera.

—Pero suponga que así fuera.

—Ya veo, — respondió Kestrel en tono sarcástico. — Usted quiere asegurarse, tiene miedo seguramente de correr un riesgo aun en beneficio de su esposa hambrienta y de su hijo enfermo. Me parece que es un cobarde, si es que lo preocupa su pellejo únicamente.

—Miente usted, — exclamó el aludido. — No lo soy y, si hablé en esa forma, fué por curiosidad. Correré el riesgo, se lo prometo.

—Eso es mejor, Mauro. Ahora ha hablado como un hombre. Ha de tener que someterse a un pequeño cambio en su persona, como lo ha de suponer.

—Con el mayor gusto.

Kestrel sacudió la cabeza y se levantó del asiento.

—Muy bien. El asunto queda arreglado y convenido, — sacó de su caja unos cuantos billetes y los depositó en manos del individuo, agregando: — Para alimentos y cualquier otra cosa que necesite. Lo necesitamos mañana.

—¿A qué hora?

—Por la tarde será mejor, más o menos a las tres.

Kestrel, el maestro en disfraces, cruzó el estudio y bajó de una percha su guardapolvo de pintor, algo manchado, adquiriendo la apariencia de un artista. Mauro tomó el sombrero y con una ligera inclinación se dirigió a la puerta. Kestrel se adelantó y abrió la puerta, lo que le sirvió para que sus ojos vivos descubrieran una figura vaga contra la sombra de la pared, por más que fingió no notarla.

—Muy bien Smith, — dijo a Mauro. — Mañana por la tarde, después del almuerzo. Creo que dos o tres veces más, serán suficientes para terminar el cuadro. Estoy muy satisfecho.

—Muchas gracias, — replicó el aludido, saliendo apresurado por la callejuela, mientras Kestrel desde el umbral lo observaba.

Luego sacó la pipa del bolsillo y prendió un fósforo, cuya llama dejó ver la figura corpulenta de un empleado policial, sin movimiento alguno.

Lo que Kestrel pudo pensar en aquel momento, mientras echaba humo, no lo reveló al expresarse, pues su voz fué firme y afectuosa.

—Buenas noches, — exclamó, diciendo en seguida en voz baja, con cierta curiosidad. — ¿Ocurre algo malo?

—Han ocurrido algunos robos pequeñitos en derredor de estos jardines, señor, — murmuró el vigilante acercándose. Una vez que se detuvo, golpeó nervioso la pared con los dedos y agregó: — Casualmente tenía los ojos bien abiertos.

—Comprendo, — replicó Kestrel sacudiendo la cabeza. — Parece que estos tiempos nada puede estar seguro. De cualquier manera, le deseo buena suerte. Muy buenas noches.

—Buenas noches, señor King, — contestó el vigilante, en momentos que la puerta del estudio se cerraba con cautela.

CAPITULO III

¡LO UNICO QUE DESEO ES EL REGRESO DE MI HIJO!

La residencia de Jacob Vanderluyt se denominaba "Las tres torres", y era una de las pocas casas antiguas de Kensigton que no había sido demolida ni arreglada con esas horribles terrazas informes que se destacaban a ambos lados de la calle.

Edificada con solidez, la mansión de "Las tres torres", era una de las pocas residen-

cias que disfrutaba del privilegio de poseer sus campos, por más que a través de un siglo le habían ido quitando poco a poco, parte de sus tierras para ensanchar otras propiedades.

Era esa una mansión sombría y esa tristeza exterior había penetrado en el interior del edificio, hacía ya tiempo acrecentaba por la melancolía de su dueño.

Las personas de servicio que llegaban a la casa, permanecían sólo porque la tristeza de sus muros, se veía compensada por la persona de Muriel Vanderluyt, radiante como el sol, cuyos rayos se abrían camino entre la lobreguez, como por entre las rejas de una celda.

Los sirvientes la amaban tanto como odiaban a su padre. Jacob Vanderluyt era detestado aun más, por la aspereza como trataba a su hija Muriel. Por más que se tratase de descubrir una chispa de afecto en su corazón, no se conseguía hallarla. Regañaba a la joven toda vez que sonreía, como si no le agradara su alegría, muchas veces forzada.

Entre la servidumbre se corrían las voces que Jacob Vanderluyt en su escondido y misterioso carácter, no había querido a nadie en el mundo, más que a su hijo. La tragedia que envolvió la vida de Mordue Vanderluyt, embargó su alma con una pena, que parecía amargar su existencia para siempre.

Otro factor contribuía a que los sirvientes permaneciesen en la casa, era el secretario: Hartley Mannering. Amable y considerado, trataba constantemente con ayuda de Muriel, de mantener aceitadas las ruedas domésticas de "Las tres torres", velando así la perversidad del dueño de la casa. También era un hombre generoso y, en su carácter de secretario, constituía un antídoto contra la ridícula avaricia del millonario.

Los sirvientes lo sabían, y apreciaban su modo de ser. Sin Muriel y Mannering, la casa hubiese sido lo mismo que una cárcel insoportable. Alcanzaron a descubrir también una especie de correspondencia recíproca entre ambos jóvenes y no dejaron de aprobar el sentimiento que comenzaba a ambargar a ese par de corazones generosos. Los síntomas de un romance en la mansión de "Las tres torres" era lo mismo que el sol primaveral en un día de invierno.

Lo que nadie sabía era la tarea insoportable que pesaba sobre Hartley Mannering, no por la suma de trabajo que debía realizar sino por la obstinación inquebrantable del anciano. Había veces en que la actitud grosera de Vanderluyt hacia su hija y su preferencia manifiesta y completamente ciega por el hijo que había arrojado tanta vergüenza sobre su hogar, era algo que degeneraba en exasperación y locura.

En ocasiones, el mismo Mannering se encerraba en su despacho, bien reducido, por cierto; y ahí, de un lado para otro con los dientes apretados, maldecía al viejo misántropo, con el corazón palpitante y atormentado, jurando que no lo soportaría por más tiempo y se alejaría d ela casa, para terminar de una vez con todo.

Sin embargo, había algo que lo retenía, como con hebras de oro, algo que apaciguaba su indulgencia y resentimiento, alejando todo pensamiento que implicase un cambio de hogar concluyendo por resignarlo y borrar toda huella de odio.

Se hallaba en el momento psicológico indicado, valiéndose de la pluma para dar salida a sus acorralados sentimientos, como si fuera una válvula de escape. Volvió la página tercera y escribió con cierta limpieza:

"...Esas maneras, en lugar de mejorarse, se empeoran todos los días; mortificando a los que tienen que vivir a su lado. Comprendo que es un hombre viejo, cuya existencia ha sido amargada, pero eso no es suficiente para perdonarlo. Estoy por creer que no es responsable y que su manera de ser, responde a su estado senil. El ciego cariño que siente por su hijo, es bien conocido. Ahora no piensa en nada absolutamente, más que en Mordue. Ya está degenerando en una obsesión. Muchas veces he tratado de hacerlo entrar en razón, manifestándole que Mordue está pagando las consecuencias de su locura viciosa y criminal y que no tiene derecho a consideración alguna, mucho menos a todo recuerdo afectuoso. Le he dado a entender que su deber está en atender a su hija, la que constituye todo su honor y orgullo. Cuando le hablo así, se enfurece como un loco y tengo que callar. Por mi parte, me siento capaz de soportar cualquier insulto, pero cuando se trata de Muriel, se me hace insoportable. Parece que no siente el menor afecto por su hija, ningún pensamiento generoso, ninguna consideración. A pesar de ser un millonario fabuloso, escatima todo lo que puede a la joven y no le ha asegurado absolutamente nada de su fortuna. Hasta se hace difícil sacarle dinero para la ropa y gastos menores de Muriel; pero como se trata de algo tan íntimo y personal, no conviene que haga mayor mención de ello. Si me atreviese a inculparlo me acusaría de individuo falso, animado de los peores propósitos conspirando contra la felicidad de su hija, tal vez. Con la imaginación me parece oír su voz cascada en son de protesta..."

Así escribía Mannering cuando de pronto detuvo el correr de la pluma al oír un golpecito suave en la puerta de su despacho.

—¿Quién es? — preguntó al punto.

—Soy yo, Hartley, soy Muriel. ¿No podría entrar?

—Por supuesto que sí.

Al decir eso, dobló las hojas de papel en que escribía y las escondió entre el secante. Muriel Vanderluyt entró en el aposento con expresión de infinita ternura en la mirada.

La joven tenía el rostro de una niña de corazón alegre, pero que al mismo tiempo había pasado por la escuela del dolor. Al volverse Mannering, para mirarla sonriente, notó que su semblante estaba velado con una sombra de tristeza, o más bien de ansiedad .

—¿Recién ha llegado usted? — preguntó el joven, al verla aun con el sombrero y las pieles.

—Sí, Hartley, y me parece que una persona está vigilando la casa.

—¿Vigilando? — dijo Mannering al instante.

—Sí. Figúrese que venía tranquilamente por el camino, bastante obscuro en verdad y casi me caí al tropezar con un individuo que se hallaba en el portón de entrada. Estaba pispando la casa por entre las ventana, tengo la plena seguridad. Me sorprendí muchísimo, —añadió emocionada la joven.

Mannering frunció el ceño, al preguntar:

—¿Y qué clase de persona era? ¿Podría saberlo, querida? — el tono cariñoso del joven respondía al hecho de entenderse mutuamente desde tiempo atrás, por más que Vanderluyt ignorase sus amores.

—Era un hombre alto y bien formado, aunque no pude ver su rostro. Retrocedió al verme y yo entré naturalmente en seguida a la casa. Estoy segura de haber visto otro individuo cuando pasé el portón; se escondió entre las plantas y estaba cerca de la ventana de la biblioteca.

Mannering la miró frunciendo los ojos.

—¿Está segura usted, que no era todo, obra de la imaginación? Tal vez se haya asustado.

—No lo dudo, — respondió Muriel con una sonrisa velada por la tristeza. Yo me sentía abatida Hartley y... pero escuche. ¿Qué es eso? — agregó mirándolo de pronto con el semblante pálido.

El ruido de un golpe determinado y fuerte se oyó que partía de la planta baja. Mannering se dirigió a la puerta.

—Parece que alguien golpea la puerta de calle, pero la mucama pronto nos sacará de dudas. ¡Escuche!

Oyeron que la mucama cruzaba el vestíbulo y se encaminaba hacia la puerta, luego el murmullo de voces de hombres y los pasos de personas que entraban a la casa. La mucama subió las escaleras con una carta lacrada.

—Es para el amo, — dijo, dirigiéndose al secretario. — Dos caballeros desean verlo por un asunto urgente de negocios.

Mannering observó el sobre dirigido a Jacob Vandeluyt, con el agregado de: "personal y urgente".

—Les pregunté si no era lo mismo que se entrevistasen con usted, pues el amo nunca recibía visitas. Me contestaron con una negativa, diciendo que no los atraía otro propósito de el de ver personalmente al señor Vanderluyt, y me pidieron que le entregase la carta.

Mannering sacudió la cabeza en señal de afirmación y dijo entre dientes:

—Mejor es que los vea yo, primero, — luego volviéndose a Muriel agregó. — Disculpe señorita Vanderluyt.

Descendió las escaleras y una vez en el vestíbulo se halló frente a dos hombres correctamente vestidos y de porte distinguido. Uno, alto y delgado, de ojos pequeños y penetrantes. El otro, al parecer de más importancia, era de mediada edad, perfectamente arreglado, con una perita imperial. Tenía toda la apariencia de un empleado al servicio público.

—El señor Vanderluyt no acostumbra a recibir visitas, — manifestó a los recién venidos Mannering. — Soy el secretario, enterado de todos sus asuntos. Están ustedes seguros...

—Es el caso, señor, que debemos verlo personalmente, — respondió el de más edad.

—Ya que ustedes insisten, entregaré la carta con el mayor placer, lo mismo que el mensaje. ¿Con qué nombre los anuncio?

—La carta está firmada, — dijo el aludido con toda naturalidad. Mannering se volvió dirigiéndose a la biblioteca, donde Vanderluyt permanecía la mayor parte del tiempo como recluído.

Allí le llevaban los alimentos, sirviéndolos sobre la mesita. Muchas veces se había acostado a dormir ahí también, recostándose en el sofá, cubriéndose con unas mantas.

El fuego ardía en la chimenea y el millonario se hallaba semiescondido en una silla alta, mirando las cenizas con indiferencia. Como conocía perfectamente las pisadas del secretario, ni siquiera se movió cuando sintió que entraba.

—¿Y bien? — preguntó en tono amargo.

—Hay dos caballeros en el vestíbulo que desean verlo señor, por cuestiones de negocios particulares...

—Dígales que no quiero verlos y échelos de la casa cuanto antes.

—Pero señor, el asunto que los trae es importante y completamente privado — continuó Mannering.

—¿No he dicho que salgan cuanto antes?

—Me pidieron que le entregase esta carta. Si a usted le parece bien se la leeré señor.

Mannering sabía perfectamente que eso despertaría la curiosidad del viejo y en efecto, se incorporó extendiendo la mano, exclamando:

—La leeré yo mismo. Alcánceme los anteojos del escritorio.

Se colocó los anteojos sobre la nariz y abrió el sobre con manos trémulas. Shakespeare mismo, no hubiese trazado un retrato más exacto de la "edad ceñuda y malhumorada" como la que representaba en ese momento Jacob Vanderluyt. Pero, al leer la carta, su rostro afeitado cambió de expresión. Sus manos temblaron aun más y reveló signos de marcada agitación.

—Hágalos pasar, — dijo de pronto. No bien Mannering se hubo retirado se levantó del asiento y caminando de un lado para otro concluyó por detenerse ante el escritorio, tomó asiento de nuevo y preparó su estado nervioso para la entrevista, al parecer.

Cuando los dos visitantes entraron a la biblioteca, los miró en forma interrogativa, sin hacer caso de sus saludos.

—Puede retirarse Mannering, no bien hayan tomado asiento los señores. Déjelos a solas conmigo.

Esperó hasta que la puerta se cerrase tras el secretario, luego se volvió al de más edad mirándolo con fijeza.

—Pues bien, señor Forbes, ¿qué lo trae por aquí? — preguntó a la expectativa.

El aludido se inclinó hacia adelante y ob-

servando con curiosidad los ojos enfermizos del millonario. dijo:

—Nos tendrá que disculpar, señor Vanderluyt, que lo molestemos a estas horas de la noche insistiendo para que nos reciba. Sin embargo, yo creo que usted estará de acuerdo en que nuestra excusa para proceder así...

—Yo soy un hombre que pocas veces estoy de acuerdo, — interrumpió el viejo. — Soy muy parco en palabras y prefiero hablar claro, así es que desde ya pueden hacer a un lado los cumplimientos y preliminares. Por su carta veo que la visita de ustedes se relaciona con mi hijo. ¿Qué tienen que decirme?

Al decir esto último, su voz cambió de tono.

—Su hijo, señor Venderluyt. le es muy querido, ¿no es verdad? — se atrevió a decir el señor Forbes.

—Ya les he dicho que pueden ahorrarse los preliminares. — agregó Vanderluyt. Su interlocutor sonrió.

—Lo que acabo de preguntarle es muy esencial en este caso, señor. Por una hora de locura juvenil, o tal vez debido a la fatalidad, su hijo está sufriendo un castigo que no puede eludirse. La vida que pasa en donde se encuentra actualmente, es una muerte en vida y como resultado, la felicidad de usted mismo no existe...

—No necesito que me diga todo eso, — exclamó el millonario malhumorado. — Si consigo poner en libertad a mi hijo, si puedo salvarlo de la tumba infernal en donde las malditas autoridades lo han enterrado, yo...

—¡Ah! — exclamó el visitante. — Ya progresamos en el asunto, señor. Eso es precisamente lo que nos ha traído hasta aquí.

El viejo lo miró sorprendido, echando una ojeada en seguida al compañero del que hablaba. Una débil luz pareció iluminar aquellos ojos sin vida y revelaron síntomas de duda, bien amarga por cierto.

—Creo que no habrán venido para burlarse de mí. Ya no es tiempo para eso, pues muchas veces me han engañado al respecto.

—Sin embargo, nosotros le haremos una promesa formal y terminante. — interrumpió Forbes bajando la voz. — Como hombre de influencia en el ministerio del Interior...

—¿Qué? — exclamó Vanderluyt inclinándose para adelante para mirar más de cerca a la visita. Luego no hizo más que señalar la puerta de salida diciendo:

—Vaya y cierre la puerta y antes de echarle llave, señor Forbes, asegúrese de que no haya nadie afuera. Hágalo por mí.

Forbes se levantó y con una sonrisa se encaminó cautelosamente hacia la puerta abriéndola de par en par para mirar si había alguien afuera. El vestíbulo estaba en silencio. completamente desierto; cerró la puerta y dió vuelta la llave. Al regresar a su asiento, sonreía de nuevo.

—Dígame señor Vanderluyt, ¿tiene usted en la casa gente en la que no se puede confiar?

—No hay ninguno, en particular, — refunfuñó el viejo amargado. — En los únicos que no confío en los del ministerio del Interior. ¿Qué es lo que tienen que proponerme?

El señor Forbes se sonrojó algo nervioso, al responder:

—Bueno, señor Vanderluyt, si su propósito es el de insultarnos...

—Yo digo lo que pienso, eso es lo que pasa, — gruñó el viejo. — No me refiero a usted en particular, pues, a decir verdad, no lo conozco. Pero quiero saber qué es lo que me propone.

El aludido se encontró sin saber qué dedecir y procedió a expresarse sin rodeos yendo directamente al asunto.

—Ya sé que desea la libertad de su hijo. ¿No sería feliz si pudiese tenerlo en su casa de nuevo?

—Es el único deseo de mi vida, replicó Vanderluyt.

—De manera que si puede arreglar el asunto, ha de representar una gran cosa para usted, ¿no es así?

Hasta entonces, el rostro del anciano había revelado tan sólo la mayor incredulidad y desconfianza, pero poco a poco sus ojos recobraron el brillo de la esperanza. El temblor de sus manos puso de manifiesto el estado de agitación en que se hallaba su espíritu.

—Ya lo creo, señor Forbes, representaría una gran cosa para mí.

Con ansiedad manifiesta, agregó:

—Dígame, ¿puede hacerlo? ¿Todavía se podría buscar una oportunidad para salvarlo?

Forbes sonrió mirando a su compañero.

—Ahora habla con más juicio, señor, si me permite decírselo. Siquiera se expresa usted como un hombre y como padre.

—¿No comprende, señor Forbes, que la esperanza perdida endurece el corazón y lo enferma amargando el cerebro continuamente? Encierra el espíritu de los hombres, alimentando la desconfianza y el odio. ¿Hay un medio de conseguir la libertad de mi hijo? ¡Dígamelo en seguida por amor al cielo!

—Sí, hay una oportunidad tal como ya se lo he dicho, pero debo advertirle, señor Vanderluyt que le costará dinero.

—¿Dinero? No me importa absolutamente lo que cueste su libertad. Todo lo que quiero es el regreso de mi hijo.

El visitante sacudió la cabeza como si reflexionara.

—En el supuesto de que se lo prometa, señor. En el supuesto de que yo le traiga a su hijo tranquilamente, libre de todo daño y temor, diciéndole: Aquí tiene a su hijo. Llévelo a alguna parte, a viajar por ejemplo, para comenzar de nuevo la vida y olvidar el pasado. Suponga que se lo prometa con toda seguridad, siempre que guarden discrección y silencio, que le prometa que jamás será molestado, ni se le harán preguntas al respecto. En tal caso, podría establecerse un convenio con él, de modo, tal vez, que fuese necesario cambiarle de nombre. No le quepa la menor duda que ha de preferir someterse al convenio. De cualquier manera,

ALADINO Y LA LAMPARA MARAVILLOSA

UN JUGUETE DE ARMAR SENCILLO Y DE MUCHO EFECTO

PRIMERO SE PEGA TODO EN CARTON; SE DEJA SECAR BIEN, SE RECORTAN LAS DOS PIEZAS Y SE HACEN LAS DOS HENDIJAS INDICADAS POR LAS LINEAS DE PUNTOS. POR EL LADO DE ATRAS SE INSERTA LA PIEZA A POR LA RANURA DE ABAJO Y LUEGO POR LA DE ARRIBA SEGUN SE VE EN EL DIBUJO CHICO. ANTES DE MOSTRAR EL JUGUETE SE DESLIZA LA PIEZA A HASTA QUE SOBRESALGA POR ARRIBA EL BORDE DEL TURBANTE DEL GENIO Y CUANDO ALADINO DIGA LA PALABRA MAGICA: "¡ABRACADABRA!" SE EMPUJA LA MANIJA HACIA ARRIBA Y EL GENIO SURGIRA ENTRE EL VAPOR DEL CALDERO.

lo que hay de cierto, es: Suponga por un momento que yo consiga sacar a su hijo de Bleakmoor, devolviéndoselo sin peligro, ofreciéndole, además, la garantía de que no sería molestado para nada. ¿En cuánto estima mi propuesta?

La mirada del viejo brillaba en forma extraña, pero el instinto comercial, desarrollado a través de tantos años de trabajo, no lo abandonó ni aun en ese instante supremo.

—No hay duda de que vale muchísimo su ofrecimiento, — refunfuñó.

—¿No le parece que vale alrededor de sesenta mil libras?

Los ojos del viejo se fruncieron sin dejar traslucir la expresión, hasta murmurar:

—¡Eso es mucho dinero, demasiado!

—Es lo menos que hemos convenido, para llegar a un acuerdo y satisfacer nuestra promesa, ¿no es cierto Muirhead?

Y al decir eso se volvió a su compañero de ojos pequeños y rostro delgado, quien hasta ese momento no había dicho ni una palabra.

—Eso es lo de menos. Pero no dudo que su hijo vale muy bien sesenta mil libras, señor Vanderluyt. Por otra parte, esa cantidad es una bagtela para un hombre de fortuna como usted.

El millonario no respondió al instante, sino que parmaneció mirando a esos hombres, como para escudriñar sus pensamientos íntimos. En el fondo del corazón no hacía cuestión entre la suma propuesta y la libertad de su hijo, pues ésta representaba mucho más para él.

—¿Y cómo va a llevar a cabo lo que se propone, señor Forbes? — preguntó con rudeza, mientras el hombre de la perita se encogía de hombros.

—Es un secreto, que usted ha de convenir en que no puede confiarse a nadie. Lo único que puedo decirle es que tengo gran influencia en el Ministerio del Interior y sesenta mil libres es una cantidad que tienta a cualquiera, más a personas que no cuentan con fortuna regular.

—¿De manera que lo que usted quiere decirme es que se trata de sobornar a algún personaje?

—Puede usted llegar a las conclusiones que crea más aceptables, pero yo ya le he dicho que no puedo confiarle nada, más que el asunto está bien encaminado y que se llevará a cabo.

Las delgadas y semitransparentes manos de Jacob Vanderluyt temblaban agitadas ante la esperanza de ver a su hijo libre, ante la perspectiva de salvarlo, mientras observaba al hombre acicalado y meloso que le hablaba. El señor Forbes tenía la figura y los modales de los empleados de gobierno, dado su arreglo personal y el lenguaje empleado en la conversación. Había algo en su natural afabilidad y en su palabra segura, que inspiraba la mayor confianza.

—La única condición que exigimos e imponemos, es la de guardar el mayor secreto respecto al convenio, tanto ahora como más adelante, no sólo de parte de usted sino de la de su hijo. Sin entrar en mayores detalles ha de convenir con nosotros en que para llevar a cabo nuestro propósito, correremos un gran riesgo, no sólo nosotros sino otras personas. Su hijo no correrá riesgo alguno de importancia y usted ninguno. Nosotros lo hacemos por dinero, por más que el dinero que se nos pague no será nunca suficiente, pues siempre estaremos expuestos a que lleguen a descubrirnos y, por lo consiguiente, el riesgo se ha de extender hasta después del contrato. Por esa razón insisto en que se mantenga secreto. ¿Se da cuenta, señor Vanderluyt?

—No me costará nada mantener el secreto. No tengo costumbre de andar charlando acerca de mis asuntos, por insignificantes que sean. Con mucha menos razón he de hablar sobre lo que tan de cerca nos concierne, señor Forbes. En cuanto a mi hijo, seguramente ha de velar por su seguridad y en interés propio ha de callarse, sujetándose a la condición impuesta.

—¿Entonces usted está de acuerdo? — preguntó con calma Forbes, volviendo al asunto. — ¿Usted está de acuerdo en entregarnos o pagarme sesenta libras, para que le devuelva su hijo Mordue Vanderluyt?

—Sí, las pagaré, — contestó el millonario. — Pagaré sin regatear en absoluto. Sin embargo, debo prevenirle, señor Forbes, que no soy un pájaro tierno para dejarme cazar tan fácil. No le ofrezco nada, hasta que no me presente alguna garantía que me convenza de que no me están tomando como tonto y...

—Ni se lo deseamos, señor Vanderulyt, — le interrumpió el aludido, con el rostro encendido. — Tiene usted la facultad particular, de insultar y, le prevengo que si fuese más joven...

—Cállese, Forbes, — dijo el viejo algo más contento. — Eso no es nada. No debe tomar en serio lo que digo. Lo que acabo de decirle, es lo que todo hombre de negocios le propondría...

—Pero en forma diferente, creo.

—Tal vez; por más que lo que uno dice es lo que importa y no lo que se dice. ¿Qué garantías puede usted ofrecerme?

—Esto solamente, — replicó Forbes. — No le pediremos que nos pague, hasta no entregarle la mercadería.

El rostro del viejo Vanderluyt se iluminó al instante.

—Quiere decir que primero me traerá a mi hijo y después...

—Precisamente. Le traeremos a su hijo libre y sano. Entonces me tocará el turno y hablaré de negocios, imponiendo las condiciones que me convengan. Recién espero que usted me entregará el dinero y yo en cambio, la mercadería.

—En condiciones aceptables y correctas, señor, — dijo el viejo. — Pero sesenta mil libras entregadas en mano, es una cantidad considerable. Seguramente usted no debe estar acostumbrado a manejar grandes cantidades de dinero, pues en caso contrario...

—Desgraciadamente no, pero me bastará un cheque o documento. Sin embargo, usted debe disponer las cosas en forma de que se me pague de inmediato, informando a sus

banqueros sobre el particular. ¿Se compromete a proceder en esa forma?

—Con gusto, señor Forbes, — respondió Jacob Vanderluyt. — Encuentro que su condición es justa. Pero... ¿no le agradaría que le adelantase algo, como ser un cheque por quinientas libras para gastos?

—Serían suficientes, — agregó Muirhead, mirando a Forbes. — Hay algunos gastos.

—No, — repitió con energía Forbes. — Nos es suficiente el convenio, Muirhead. Cuando entreguemos lo convenido, recibiremos el dinero. No aceptaremos un solo centavo hasta no haber cumplido con lo que nos concierne. Después querremos el total de inmediato, se entiende.

El millonario sacudió la cabeza en forma satisfactoria y una ligera sonrisa se dibujó en sus delgados y pálidos labios.

—Me alegro que hable así, señor Forbes. Si usted me hubiese exigido un cheque adelantado, hubiese sospechado algo, pero ahora estoy convencido de su formalidad. Además, debo confesarle que pocas veces me llegan a convencer. ¿No quiere estrechar su mano conmigo?

Así diciendo, extendió su mano delgada, que fué sacudida con fuerza y sinceridad por Forbes, como si sellase un pacto solemne. Muirhead hizo lo mismo.

—¿No quieren beber algo, caballeros? — dijo Vanderluyt señalando el lugar donde guardaba la bebida. — ¿No quisieran acompañarme a brindar por lo convenido?

—No, gracias, señor Vanderluyt, — replicó Forbes. — No acostumbro a depositar mi confianza y la fe de mis propósitos en los dioses de la suerte. Uno obtiene el mayor éxito en sus empresas o fracasa, según su habilidad e inteligencia. Por lo pronto, ya nos vamos a poner a trabajar para obtener el éxito deseado cuanto antes.

Vanderluyt no hizo más que responderle con una inclinación, evidentemente emocionado y los acompañó hasta la puerta.

—¿Cuándo será? — preguntó vivamente emocionado y en voz baja, con la mano en el picaporte.

—Depende, — replicó Forbes. — Tal vez dentro de una semana; por lo menos, así lo espero.

La puerta de la biblioteca se abrió y el millonario mismo los acompañó al vestíbulo hasta la puerta de calle. Volvió luego al mismo aposento echándose sobre el sillón junto al fuego.

Durante un minuto sus ojos estuvieron fijos en el retrato de su hijo, que ocupaba el lugar preferente en la chimenea. Tenía el joven un rostro delgado, de boca fina y perversa, de ojos engañosos y mirada evasiva. Era un rostro en que se reflejaban todas las cualidades malas heredadas de los Vanderluyt desde el siglo diez y siete, y, a pesar de todo eso, la ternura que reflejaba el semblante de su padre en aquellos momentos, era la de un cariño excesivo.

De pronto los ojos de Jacob Vanderluyt se fijaron en el fuego y permaneció sin movimiento alguno observando con atención las cenizas rojas.

CAPITULO IV

BEAUDELAIRE TENIA RAZON

Sexton Blake, acupado en realizar un interesante experimento químico, disculpó la interrupción efectuada por una visita inesperada. Tal disculpa obedecía al hecho de hallarse frente a una persona de mirada transparente, donde se reflejaba la mayor franqueza en toda su expresión.

Cuando la señora Bardell, le entregó la tarjeta con el nombre de Hartley Mannering impreso en ella, la dejó a un lado, dando orden de que no lo interrumpiesen porque se encontraba muy ocupado en su laboratorio.

—El señor no acostumbra a recibir visitas sin previo aviso. Dice que si el asunto no es urgente...

—Me parece que sí, — respondió Mannering. — Si me pudiese conceder unos minutos le quedaría sumamente agradecido.

Al observar la agitación del recién venido, la señora Bardell volvió apresurada al laboratorio asomando la cabeza con cautela, por temor de exponerla a una explosión, o por algo menos desagradable, un olor asqueroso e insopartable que emanaba del mismo, sobre cuyo particular el ama de llaves era muy sensible.

—Dice el señor Mannering que le quedará sumamente agradecido si le recibe. Pide, naturalmente, que lo diculpe. Yo creo que tal vez ha perdido a su señora, o algo parecido, porque está muy emocionado. ¿Puedo decirle que pase?

En esa forma Mannering fué conducido al despacho, donde Blake y Tinker lo esperaban. Un minuto después, el detective se sentía feliz al haber accedido al pedido del ama de llaves, dejando su experimento para otra ocasión.

—Dice usted que es el secretario de Jacob Vanderluyt el millonario; — dijo Blake con interés tan vivo, que Mannering no pudo menos que mirarlo algo sorprendido.

—Sí, señor Blake. ¿Acaso lo conoce usted?

—Por lo que dicen. Continúe, señor Mannering.

—Entonces no dudo que usted conoce parte de la historia de la familia. Debe haber estado al corriente de los detalles concernientes a la tragedia en que...

—¿Se refiere usted al hijo de Vanderluyt?

—Sí, a Mordue Vanderluyt.

—Recuerdo el asunto prefectamente, — respondió tranquilamente Blake. — Creo que aún permanece en Bleakmoor.

—Por cierto, señor Blake, y lo peor es que ha de permanecer ahí por mucho tiempo. Fué algo terrible para el padre y demás de la familia. Ha dejado amargo y contrariado al señor Vanderluyt, en una forma que hace insoportable su carácter.

—No hay duda que como secretario, usted habla con conocimiento de causa, — dijo Blake, mientras el aludido sacudía afirmativamente la cabeza.

—No he venido para molestarlo por asuntos míos, sino para pedirle un consejo por un asunto que no sólo me preocupa a mí,

sino también a la señorita Vanderluyt, una cuestión de dinero. Debe saber usted que el señor Vanderluyt es un hombre de edad avanzada.

—Siempre lo he pensado así.

—Me refiero a que es ya un anciano, en el verdadero sentido de la palabra. Es mi opinión y la de otras personas que gozan de su amistad y lo conocen íntimamente, que ha llegado a un estado de senectud avanzada.

—Tendrá reblandecimiento cerebral, ¿no es así?

—En cierto modo, pues la palabra reblandecimiento no es la que más conviene a su estado. Yo diría que sus facultades mentales se han debilitado en tal forma, que no guarda equilibrio alguno. Así por ejemplo, ocurre que siempre trata de favorecer a su hijo, sin cuidarse para nada de su hija, a pesar de que esta última siempre le ha demostrado el mayor cariño y que el otro ha deshonrado el nombre de los Vanderluyt. Ha llegado a un estado senil que lo tiene completamente amargado y no piensa más que en su hijo. Su falta de afecto por su hija Muriel ha llegado hasta el punto de disgustarle su presencia. Es una cosa muy desagradable para decir, cuando se trata de un padre y una hija excelente, pero debo confesar que a mi juicio, odia a Muriel.

—Eso no es más que la característica de los individuos que sienten preferencia por alguno, señor Mannering, — respondió con toda tranquilidad Blake. — Fuera de eso, no dudo de que se trata de un estado de senectud en principio.

—Es cierto, pero aunque uno sea generoso y se le perdone todo a causa de su estado, — agregó Mannering en actitud reflexiva, — resulta que el resto de la casa, no puede soportar su trato grosero, amargo, colérico e inaguantable. Sin embargo no he venido para eso precisamente, lo que deseo manifestarle es que el señor Vanderluyt se encuentra imposibilitado para dirigir sus asuntos financieros. Parece que se ha percatado de su estado y ha librado el manejo de todo a mi entera confianza, así es que todo marcha bajo mi dirección, como secretario general.

Blake se concretó a sacudir la cabeza. Después de una pausa, Mannering volvió a tomar la palabra diciendo:

Llevo el control de todos los gastos y negocios. No quiere preocuparse ni que lo molesten por nada absolutamente. Pero pasa, que me sentí sorprendido al descubrir que tenía entre manos un asunto, del que yo no estaba enterado y que representa una suma importante de dinero. Lo peor del caso es que ha tratado de no revelarme nada sobre el particuar. Es cierto que soy un simple secretario, un empleado a sueldo y, y que tiene derecho a dirigir cualquier negocio sin darme cuenta de nada, pero en conocimiento de su deficiente estado mental, no he podido menos que preocuparme en su beneficio y en el de su hija Muriel. Le repito que no me traen más que los intereses de la familia Vanderluyt.

—¿No tiene usted conocimiento de alguno de los detalles del negocio que efectúa el señor, o sospecha alguna de la naturaleza de sus convenios o contratos? — preguntó Blake.

—No señor, sólo lo he sabido por casualidad. Figúrese que estuve en el Banco y el gerente me llamó a su despacho. Parece que en el Banco también les llamó la atención su proceder, pues conocen su modo de ser lo mismo que yo. Es el caso que el gerente ha recibido una nota del señor Vanderluyt, dándole órdenes para que tome las medidas del caso y responda a la entrega de sesenta mil libras de inmediato.

—¡Nada menos que sesenta mil libras! — exclamó Blake con un silbido.

—Esa cifra, señor; el Banco tiene instrucciones de transferir esa suma a la cuenta corriente del señor Vanderluyt.

Blake miró significativamente al secretario y respondió con un movimiento de cabeza. El aludido continuó.

—Además, como ya le dije, el Banco ha recibido orden de entregar esa cantidad cuando sea solicitada, sin hacer averiguaciones de ninguna especie, siempre que el cheque esté firmado por Vanderluyt, sea cual fuere, la persona que lo retire.

Como usted comprende, el gerente es un hombre muy astuto y, se ha sorprendido ante semejantes instrucciones. Por esa razón me llamó a su despacho, deseando saber si yo tenía conocimiento alguno acerca del destino que se daría a suma tan considerable.

—¿Y usted no sabía nada?

—Absolutamente nada. No puedo pensar qué puede haber inducido al señor Vanderluyt a disponer de tal suma, para que sea entregada individualmente, pues tal es lo que se supone, según sus instrucciones.

—Dígame, señor, ¿no cree usted que pueda encontrarse en manos de gente sin escrúpulos, de alguien que trata de engañarlo y sacarle dinero por extorsión?

—Sí, señor, hay que temer eso.

—¿No sabe de alguno que pueda haberlo hecho caer en una red? ¿No tiene sospecha acerca de sus movimientos o citas con determinadas personas?

—Solamente en una ocasión, — respondió Mannering. — Anoche llegaron a la casa dos hombres completamente desconocidos, quienes entregaron una carta diciendo que debía ser puesta en manos propias del señor Vanderluyt a quién deseaban ver y hablar en particular. Yo mismo tomé la carta y en cuanto el señor Vanderluyt la hubo leído los recibió, ordenando que lo dejasen solo con ellos. Luego salieron y el mismo señor Vanderluyt los acompañó hasta la puerta, cosa que no acostumbra a hacer con nadie.

—¿Vió usted la carta? Es decir, ¿se enteró de su contenido?

—No. El señor Vanderluyt no me la dejó leer, ni me enteró del objeto de la visita de tales personas. Ha mantenido el mayor silencio sobre el particular.

—¿No ha notado usted diferencia alguna en su modo de ser desde entonces? ¿Le parece que está más triste o de mal genio?

—Por el contrario, parece que está más contento, más activo y se preocupa e intere-

sa por cosas que hasta ahora no le llamaban la atención. Esta mañana la señorita Vanderluyt notó el cambio y me hizo observar su conducta. La servidumbre también ha notado algo diferente en el modo de ser del amo. Pero ahora que me acuerdo, debía haberle mencionado antes, algo muy importante. Antes de la visita de los dos desconocidos, la señorita Vanderluyt llegó a la casa y notó que se encontraba muy nerviosa y asustada. Había salido y, al regreso, descubrió a un hombre junto al portón que deliberadamente espiaba la casa por alguna razón. También asegura que otro hombre se escondía entre las plantas del jardín, pero dado su estado nervioso, bien puso ser obra de la imaginación. Tal vez sean detalles sin importancia, aunque si se consideran conjuntamente con lo ocurrido, son suficientes para llegar a una deducción. En semejantes circunstancias creo que hay razón para estar algo preocupados. Me sentí impelido hacia usted, conociendo su reputación merecida, pues aun no me parece que sea asunto para ventilar en la policía. Como ve, no se ha cometido crimen alguno, pero bien podía suceder que esté en perspectiva alguno. Es un caso digno de atención y, de cualquier manera, — agregó sonriendo, — es mejor el preservativo que la cura. Dígame, señor Blake, — preguntó con ansiedad, — ¿cee usted que esas instrucciones impartidas al Banco, dando campo libre al pago de sesenta mil libras en billetes a la persona que presente el cheque, puede tener algo que ver con las dos personas desconocidas que llegaron anoche a entrevistarse con el señor Vanderluyt?

—Lo creo probable, señor Mannering. — contestó sin titubear Blake.

—Un resultado de la entrevista.

—Por mi parte creo que el señor Vanderluyt convino en pagar a esos dos individuos las sesenta mil libras.

—¿Pero para qué? ¿En pago de qué? — repetía Mannering. — Comprenda señor Blake que se trata de una suma considerable.

—Es un asunto que debe someterse a una investigación, — replicó con calma el detective. — También es bueno que sepa, que me interesa muchísimo lo ocurrido más de lo que usted supone, señor Mannering. ¿No me autoriza para que proceda a la investigación inmediata? Le prometo guardar la mayor discreción y continuar con las averiguaciones inmediatamente.

—Le quedaré sumamente agradecido, señor Blake. Tengo la seguridad que la señorita Vanderluyt también quedará reconocida a su atención, — agregó con marcada ansiedad el secretario.

Las palabras del detective no fueron en vano. No bien Hartley Mannering abandonó el despacho, Blake de un lado para otro, con la mirada animada en actitud reflexiva, murmuró:

—Esto se está poniendo interesante, muchacho, más que interesante. Beaudelaire tenía razón una vez más, razón sin discusión. El "Tarántula" es un pesquisa sin igual, sobre todo para espía.

—Las visitas recibidas por el señor Vanderluyt, pertenecían al Sindicato, ¿verdad, señor? — preguntó Tinker.

—Sin duda alguna, — replicó Blake. — Ha sido Kestrel en persona, acompañado por alguno de los otros. Habrán presentado un plan y de un modo o de otro han conseguido engañar con habilidad al anciano. De todas maneras, el caso es que le van a sacar sesenta mli libras y trataremos de malograr el tiro. Quisiera saber...

Se detuvo al sentir un golpe en la puerta, la que se abrió dando paso a la figura alta y fornida del inspector de policía Harker. Las sanas y rosadas mejillas del detective parecían resplandecer de alegría, cuando Blake lo saludó con marcada satisfacción.

—Justamente el hombre que deseaba ver en este momento. Supongo que habrá traído el informe ¿verdad?

—Sí. Toda la tarde y la noche he tenido en observación la propiedad de "Las tre torres".

—¿Con que si? — respondió Blake, al pensar en la poca habilidad de los funcionarios de la policía encargados de la observación quienes fueron vistos por la señorita Vanderluyt; pero guardó silencio al respecto, para no ahogar el trabajo de la policía de Harker.

—Ocurrió algo importante, mientras espiábamos. Precisamente lo que buscábamos.

—¿Qué era?

—Después de las ocho apareciecron de visita dos individuos. Uno alto, más o menos de su estatutra.

—Por cierto, Lessing.

—El otro más bajo, algo grueso, morocho bien vestido, con una barbita imperial y bigotes engominados.

—El Maestro en Disfraces.

—Posiblemente, — dijo Harker. — De cualquier manera, mis hombres tomaron la filiación exacta. Golpearon y pidieron hablar con el señor Vanderluyt. Luego uno de mis vigilantes consiguió mirar por entre los postigos de la ventana de la biblioteca para observar a uno de los visitantes. Estaban solos. Vanderluyt, hablando con cierta excitación. Vió que el hombre de la perita se levantó y abrió la puerta de la biblioteca de golpe para ver si alguno los espiaba. En seguida volvió a tomar asiento y habló por lo menos media hora. Después Vanderluyt les estrechó la mano y salieron.

—¿Supongo que sus hombres los siguieron

—Hasta Baron's Court. Caminaron juntos y subieron de pronto a un coche que los esperaba, desapareciendo como por encanto El número del coche no se veía, porque habían tenido cuidado de cubrirlo con algo.

El inspector se detuvo observando con ansiedad los ojos azules de Blake, siempre astutos e inteligentes.

—Naturalmente, no eran más que Kestrel y Lessing, — murmuró, agregando: — De todos modos, usted Blake no se había equivocado y anda tras la pista. ¿Qué pasa ahora?

Blake manifestó lo que había ocurrido, según referencias, dándole cuenta de la visita de Mannering y de sus sospechas. Luego en

actitud reflexiva, comenzó a fumar mirando detenidamente el fuego que ardía en la chimenea.

De repente se incorporó y fijó la vista en su compañero.

—Mire, Harker, este asunto no puede encerrar más que una sola cosa. No es el resultado de mis deducciones, sino que es la pura verdad, basada en el sentido común. El asunto no sólo concierne a Jacob Vanderluyt, sino también a su hijo.

—¿Su hijo?

—Sí, señor. Se relaciona con Mordue Vanderluyt, el condenado a presidio. Juego mi reputación a que es cierto lo que digo.

Harker encontró la mirada de Blake y sacudió la cabeza lentamente preguntando:

—Entonces ¿qué es lo que se prepara?

—Pregúnteselo usted mismo, — dijo el detective. — Convengamos en que Vanderluyt es un hombre de fortuna, pero muy miserable. Lo ha asegurado su secretario el señor Mannering. Fuera de eso, es un individuo perseguido por una obsesión. ¿Qué puede inducirle a pagar o preparar el pago de sesenta mil libras o sea una fortuna, a un simple extraño, que no tiene relación ni parentesco con él? ¿Puede ser sólo un chantage? No creo. Para comenzar, hay que tener en cuenta que Vanderluyt es un hombre amargado, viejo, incrédulo, violento y reñido con toda obra generosa. El temor de perder la vida, es uno de los instrumentos que emplean los que practican el chantage, pero eso no produce efecto alguno sobre el viejo Vanderluyt. La vida que lleva no tiene atractivos de ninguna clase. ¿Miedo por su hija? Nuevamente podemos asegurar que no hay tal cosa. Mannering me ha manifestado que no siente el menor afecto por ella. Pero queda un camino, por donde llegar al anciano, para engañarlo: el escándalo, la revelación, algo semejante. En respuesta a eso, podría contestar Vanderluyt ha sufrido ya suficiente con la cuestión del escándalo y del deshonor, para que hoy le importe mayormente. Su nombre ha estado manoseado y ha rodado por el lodo. Seguramente que no pagaría sesenta mil libras para impedir que se lo manosearan aun más. De manera, pues, que debemos dejar a un lado la cuestión de chantage o amenaza alguna contra Vanderluyt, — agregó Blake deliberadamente.

Harker sacudió la cabeza, preguntando al punto al detective:

—¿Entonces qué camino nos queda? — por más que su mente ya había saltado a una conclusión.

—Queda un solo camino, — replicó Blake, — por lo que se relaciona con el sindicato. Es la retribución de algun servicio. Pagará o se prepara a pagar a Kestrel una suma considerable por algun favor importante. Ahora bien; ¿qué sevicio puede prestar a Jacob Vanderulyt que representa la bonita suma de sesenta mil libras?

Harker se encogió de hombos.

—¿Qué servicio? — inquirió el detective.

—La libertad de su hijo, — respondió el interlocutor. Por el rescate de Mordue Vanderduyt, el criminal que se halla en Bleakmor, pagará gustoso la cantidad requerida. Por mi parte, yo creo que eso es lo que el sindicato se propone llevar a cabo.

El inspector de policía sonrió maliciosamente, por más que la expresión de su mirada revelaba mucha seriedad.

—Entonces el Maestro de disfraces, está mordiendo más de lo que puede masticar, Blake.

El pesquisa volvió a sacudir la cabeza con incredulidad, agregando:

—No creo, las precauciones y la defensa con que cuenta Bleakmoor o cualquiera de las otras prisiones, no asustan ni desaniman a un hombre como Kestrel, que cuenta con una cantidad de recursos para vigilar sus espaldas. En forma ordinaria, por vías regulares, me parece que lo hubiese conseguido con toda facilidad. Pero en posesión de su secreto, sabiendo todo lo que hoy sabemos, podemos malograr su golpe; siempre que me ponga en campaña con Tinker inmediatamente que cuente con su apoyo.

—Puede solicitar todo el apoyo que desee, — contestó en seguida el inspector.

—Además el jefe de policía nos dará una manito. Ante todo desearía saber qué es lo que intenta hacer.

—Dirigirme a Bleakmoor, — replicó el detective. — Tinker, puedes empaquetar lo más necesario en seguida y mientras tanto yo telefonearé al garage, — dijo mirando a su ayudante, con el ardor del que se prepara para la batalla con entusiasmo. — Iremos en automóvil.

CAPITULO V

TODAVIA NO HA LLEGADO LA OPORTUNIDAD

El viento soplaba silbando a través de las ondulaciones que presentaba el terreno, susurrando al tropezar con un árbol, gimiendo por entre la casita de campo situada en la extremidad de Brackentor, arrastrando las pajas pedidas y sacudiendo la puerta del granero hasta hacerla crugir y quejarse a cada racha violenta.

La solitaria casita había sido construída en una especie de hueco entre los barrancos de la pradera para protegerla contra la inclemencia del tiempo.

El viento barría las partes bajas del terreno sin consideración y corría por el techo de la casita, llevando el humo de la chimenea para abajo, a pesar de la protección con que contaba la misma con el capuz que la adornaba, construído con ese objeto, lo que no impidió que los remolinos se precipitasen al interior hasta llegar a la reducida habitación escasamente iluminada por una lámpara, donde Sexton Blake se hallaba sentado junto a su compañero de tareas.

Este refunfuñó y tosió, mientras Blake sonreía entre el humo del tabaco.

—Los placeres de la vida de campo, Travers, — dijo con tono de mofa. — Y una casita en la pradera cubierta de brezos.

—Entonces prefiero la ciudad y una chimenea que se porte como la gente, — refunfuñó de nuevo Travers. — Bleakmoor puede ser muy lindo, pero en verano.

Blake volvió a sonreir sabiendo que Tra-

vers era una rata de ciudad, nacido y educado en la misma. Un individuo que había surgido en la policía, subiendo de grado poco a poco hasta ganar un puesto en el Departamento Central, gracias a su habilidad como sabueso de policía secreta.

Travers tenía sus características y gustos particulares. Le gustaba la mugre y hollín de las grandes ciudades y los empellones entre la muchedumbre, sin sentir el menor afecto por la vida de campo. Como detective, no poseía el don de las deducciones, pero en cambio tenía un olfato especial para conseguir informaciones. Era sumamente hábil para hacer hablar a la gente y descubrir los hechos realizados, sin que nadie se diese cuenta. Para formular preguntas se valía de una forma tan particular que nadie se atrevía a sospechar nada en contra de él.

Había trabajado en gran escala en las ciudades del Norte y no era muy conocido entre los criminales de Londres. Por eso podía pasar sin que lo identificasen los espías de Kestrel, que posiblemente andarían por esos lados. Blake no se había equivocado al traerlo a Bleakmoor, encomendándole la tarea de las averiguaciones, sin mayor apuro.

La puerta de la casita se abrió, dejando entrar otra nube de humo, en momento que asomaba el rostro alegre de una mujer gruesa, que sin cumplidos frunció la cara en seguida en señal de disgusto.

—¡Uf! — exclamó. — Otra vez, esa chimenea inmunda. Lo siento mucho, señor, créame que lo lamento. ¿No quisieran pasar a la cocina?

—Me parece, señora de Gurney, que bien podemos soportarla,—contestó Blake con expresión satisfecha. — El humo de la turba, no es tan desagradable como el del carbón.

—Lo supongo, — replicó, sin convencerse de lo que oía. — Le he repetido un millón de veces a Gurney que esto sirve menos que él mismo, pero todo es inútil, señor, — luego se encaminó hacia un pequeño aparador regañando: — Nos estamos olvidando del banquete. ¡Ay, qué viento! Casi ha convertido todo el contenido en tiznes. ¡Mala suerte tiene la pobre chimenea!

Pasó con la fuente manchada y los detectives se echaron a reír. Blake miró en seguida a su compañero en actitud reflexiva, preguntándole:

—¿De manera que no ha encontrado rastro alguno en Brackmentor?

—No, señor Blake, la gente del hotel parece muy tranquila y no han registrado pasajeros nuevos estos días. Los huéspedes no han realizado negocios, ni se esperan visitas. Sin embargo, he sabido que se ha alquilado últimamente una casa amueblada en Heatherford, cinco millas afuera, una casita más paqueña que ésta.

—¿No sabe usted quién la ha alquilado?

—Unos caballeros que permanecerán un mes, para dedicarse a la caza.

—Así parece.

—Por cierto. Figúrese que la dueña es una señora que se ha ido a pasar unas semanas a Princetown con su hija. Ella misma la ha alquilado y mañana mismo iré a verla. En cuanto Harker vuelva de la cárcel, le pediré que se quede...

Al decir eso se detuvo como para escuchar, mientras llegaba el murmullo del viento y en seguida el ruido de pasos fuera de la ventana.

Casi en seguida Tínker entró a la habitación, transpirando y sin aliento, salpicado de barro y con la gorra en la mano, dejando lucir sus cabellos enmarañados sobre la frente.

Blake se levantó al punto, preguntándole:

—¿Qué pasa, muchacho?

—Los he encontrado, señor. Sí, señor, ya los tengo.

—¿Dónde? — le interrumpió Blake en voz baja.

El humo sofocó al muchacho, sin dejarlo hablar, debido tal vez a su agitación.

—¡Dios santo! — exclamó. — Esto me ahoga, parece hecho para ahumar arenques. He tenido un poquito de suerte, señor.

Se arrojó entonces sobre una silla y tiró la gorra sobre la mesa, echándose los cabellos para atrás.

—No puedo ni resollar. He caminado todo el tiempo, corriendo por Heatherford.

—Comienza de una vez, queremos enterarnos de lo que pasa. Apresúrate.

Al decir eso, Blake empujó la jarra que se encontraba sobre la mesa y extendió uno de los cacharros al muchacho, diciéndole:

—Aquí tienes un poco de sidra, bébela en seguida:

Tínker se sirvió y bebió de buena gana, luego se inclinó hacia adelante y más tranquilo, con los ojos brillando debido a su excitación, dijo:

—Ya sabe mi jefe que salí esta tarde para inspeccionar estos alrededores. Anduve por Brackentor caminando más o menos una milla, hasta llegar al lugar denomniado Sronepiles. Me detuve ahí y alcancé a distinguir los faroles de un coche bastante grande, que resultó ser una limousine. Pensé que pertenecería al director de la cárcel, pero me dí cuenta que si hubiese tomado el camino directo a Brackentor y no ese. Se detuvo el automóvil y ví que encendían una linterna enderezando para Princetown. Aquello me resultaba interesante y me colgué de la parte trasera, destinada a la carga. El coche marchaba con velocidad regular, hasta que fué disminuyéndola al llegar a Heatherford. Me mantuve a la expectativa.

Por último se detuvo frente a una casita de campo. Descendieron tres individuos, y uno de ellos sacó la llave para abrir la puerta. El conductor quedó en el volante. Dirigió entonces el coche al garage, situado en un granero a cien varas de la casa. No bien dejado el coche, regresó a la casa, donde fué admitido por los pasajeros.

—¿Qué nombre tenía la casa? — preguntó Travers interrumpiéndole.

—Vinedene, — respondió Tínker. — Y a la verdad, es una casita muy linda.

—La misma casa, — exclamó Travers mirando a Blake con interés. — Es el nombre del lugar del que le hablaba no hace más que unos minutos y que fué alquilada por unos caballeros, aficionados a la caza.

NUESTRO SERVICIO DOMESTICO

—¡PERO MUJER, EL CERTIFICADO QUE ME PRESENTA USTED NO DICE POR QUE RAZONES SALIO USTED DE CASA DE SUS ULTIMOS PATRONES!

—¿Y QUE? ¿ACASO LE PREGUNTO YO A LA SEÑORA POR QUE RAZON SE FUE DE SU CASA SU ULTIMA SIRVIENTA?

—Durante la ausencia del señor vino un tipo alto, grandote, con unos puños terribles, y dijo que quería aplastarle la ñata al señor.

—¡Ah! ¿Y usted, qué le contestó?

—Que "lo sentía" mucho, pero el señor no estaba en casa.

LA ESTRATAGEMA DE UN CURIOSO

"Se prohibe el paso a los hombres"

UN ARTISTA INCENDIARIO

—Entonces el empresario ante el cual fuiste a recitar ¿te ofreció o no una contrata?

—¡No! Declamé con tanto fuego que me dijo que temía que yo le incendiara el teatro.

—Precisamente lo qe usted dice, señor Travers, — agregó Tínker sonriendo. — Se dedicarán a una especie de caza. Pero no me parece que se divertirán con presas pequeñas, sino grandes; salvo que andemos con mucho cuidado.

—¿Por qué? — preguntó ansioso Blake. — ¿Qué es lo que te hace suponer que sea Kestrel y compañía?

—Sé perfectamente que se trata de ellos, señor. Lo que es peor, es que hemos andado muy despacio y ya será demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? — exclamó Blake con gravedad. — ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir lo que he dicho no más, señor. Han conseguido atrapar a Vanderluyt, obteniendo su libertad. Ya han ejecutado el plan preparado.

—¡Qué!

Blake saltó del asiento mirando con estupor a Tínker, su rostro perdió el color y retrató la pena y desilusión más espantosa.

Travers inclinado hacia adelante, estaba con la boca entreabierta, sujetando la silla con los puños apretados.

—Es cierto, señor. Yo mismo lo he visto.

—¿Pero cómo puede ser? — exclamó Blake, perdiendo la serenidad, enfurecido y contrariado. — ¿Cómo puede ser que hayan conseguido obtener su libertad. No pueden haber tenido tan pronto la ocasión para proceder, tal como deseaban. En el supuesto de que hubiesen tenido éxito y que Vanderluyt estuviese en libertad, ya se hubiese sabido la noticia y se habrían despachado patrullas para averiguar su paradero. El pueblo se hallaría alarmado. Por otra parte, Kestrel no sería tan estúpido para retener al evadido a una milla de la prisión, dejar el coche en el garage y todavía quedarse para atenerse a las consecuencias.

—No se sabe lo que proyecta el maestro en disfraces, — replicó Tínker y Blake comprendió que tenía razón. — De cualquier modo, lo que he dicho, lo he visto con mis propios ojos. Cuando ví que el conductor dejaba el coche, regresé a la casita y descubrí una luz a través de la ventana. Salté al jardín, gracias a un boquete del cerco y arrastrándome, pispé por una de los rendijas de la celosía. Ví tres hombres: Kestrel, Lessing y el presidiario.

—¿Un presidiario?

—Sí, señor, un presidiario con su traje característico. El evadido era Vanderluyt, que temblaba como un gatito.

—¿Qué hiciste entonces?

—¿Qué podía hacer, señor? Me era imposible atrapar a los cinco, yo solo. No podía pedir auxilio, porque no tenía casa en mi redor. Había visto lo suficiente y como habían dejado el coche en el garage, pensé que se disponían a permanecer un buen rato en la casa. Creí que lo más prudente, era llegar a Bacentor cuanto antes. Empecé a correr y corrí todo el tiempo, hasta llegar aquí, después de haber recorrido cinco millas.

Blake de pie, tenía una expresión rara en sus ojos grises, que denotaban la mayor contrariedad: cuando Tínker terminó con su relato, miró a Travers seriamente, exclamando:

—Tenemos que ponernos en campaña inmediatamente. Kestrel no nos va a tomar como tontos. Tínker, sal en busca del automóvil en seguida. Podremos arreglarnos muy bien sin Harker y los otros. Somos tres contra cuatro y todos bien armados. Eso será suficiente, saldremos ahora mismo.

Tínker saltó hacia la puerta de cale y al abrirla tropezó con Harker que llegaba apresurado a la casa. El detective retrocedió con una exclamación de asombro.

—¡Hola! ¿Y ahora qué sucede?

—No hay tiempo para entrar en conversación, — respondió Blake. — Ha llegado usted a tiempo, sin embargo, — luego en voz baja, agregó: — ¿Trajo armas?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque la mayoría está en Heatherford, incluso Vanderluyt. — Así diciendo tomó a Harker de un brazo y lo condujo al fondo donde estaba su Pantera Gris, como llamaba a su coche. — Tenemos que llegar pronto, antes que nos pongan en ridículo.

—Pero no entiendo lo que sucede, — preguntó extrañado Harker. — ¿Quién le ha revelado todo esto? ¿Quién le ha dicho que se hallan en Heatherford?

—Tínker, — replicó en seguida Blake, caminando ligero por el suelo barroso de aquel lugar. — El mismo los ha visto ahí.

—¿También al presidiario Vanderluyt?

—Sí; con Lessing y el Maestro en disfraces.

—¿Cuándo?

—Hace una hora más o menos.

—El muchacho ese es un tonto. No puede ser, — replicó Harker con violencia, deteniéndose, para pasar del asombro a la obstinación de incredulidad.

Blake, siempre impaciente, murmuró:

—Lo que le acabo de decir es la pura verdad, Harker. No discuta hombre. No tenemos tiempo que perder.

—No, Blake, voy a discutir, — agregó acalorado Harker. — El muchacho está completamente equivocado. Si ha dicho que ha visto al presidiario Vanderluyt en Heatherford hace una hora, es un estúpido. Hace menos de una hora que he estado hablando yo mismo con Vanderluyt.

Esta vez Blake lo miró sorprendido.

—¿Usted ha hablado con él? ¿Dónde?

—En la celda de Bleakmoor, — respondió Harker. — Como usted sabe, fué esta tarde y estuve conversando con el director. No le dije nada sobre el asunto, ni de lo que sospechábamos que pudiese ocurrir. Eso hubiese desbaratado nuestros planes de echar el guante a los bandidos, con las manos en el fuego, tal como lo habíamos convenido. Hablé de varias cosas con el director y luego visité la cárcel. Me acompañó hasta algunas de las celdas y pude conversar con los presos. Estuve con Gosfrene el falsificador, que usted me ayudó a prender en el 14. Me conoció en seguida. Hablé con Freke, un nervioso desgraciado. Estaba ansioso de encontrar a Vanderluyt, para tomarle bien la filiación. El director me

llevó a su celda y estuve charlando con él alrededor de veinte minutos. Está triste y amargado y me miraba como un demonio. A pesar de todas sus riquezas, me parece que la cárcel de Bleakmoor, es el mejor lugar para ese individuo.

Cuando lo dejé le echaron dobles cerrojos a la celda y la puerta quedó sujeta con barrotes como de costumbre. Y todo eso, no hace más que cuarenta minutos más o menos. ¿Cómo diablos puedo creer que el individuo se encuentre en Heatherford con Kestrel?

El rostro de Blake se había alterado al oir lo expresado por su compañero. La incredulidad respecto a lo asegurado por Tinker, lo dejó confuso, solamente por un minuto. Mudo entre la oscuridad que los rodeaba, con el ceño fruncido, la mente preocupada, tratando de hallar una solución al nuevo problema que se le presentaba, Blake levantó la vista y tomando del brazo a Harker, le dijo:

—Me parece qus usted tiene razón, Harker. Lamento haberme demostrado tan impaciente. Adelántese y dígale a Tinker y a Travers que retrocedan. Por esta noche no iremos a Heatherford. Me retiraré a descansar, porque quiero reflexionar tranquilamente sin que nadie me interrumpa.

Y, así diciendo, regresó a la casa, mientras Harker se apresuraba hacia el lugar donde se distinguía la Pantera Gris, que ya se movía con Tinker en el volante.

—No hay nada, — exclamó el detective. — Lleva de nuevo el automóvil al garage.

—¿Qué? — gritaron a un tiempo Tinker y Travers asombrados ante la orden de Harker.

—Es que no lo necesitamos.

—Pero, ¿por qué?

—Porque esta noche no iremos a Heatherford, — respondió Harker, mientras Tinker lo miraba estupefacto, como si hubiese perdido el sentido. Travers, de pie junto al coche, mudo y aturdido, parecía estar hechizado.

—Pero, ¿por qué no señor Harker? — exclamó Tinker. — No sabe que perderemos una ocasión magnífica. Se lo aseguro. Además ¡es ridículo! Seguramente que mi jefe...

—Estas son sus instrucciones, — repitió el detective. — Guarde el coche y vuelva a la casa. Ya se lo explicaré todo cuando esté de vuelta.

Tinker dirigió el automóvil al granero y cerró las puertas de un golpazo. Mientras tanto, Harker habíase encaminado hacia la casa. Travers estaba a la espera de lo que podía ocurrir.

—Eso me hace daño, señor Travers, — murmuró el muchacho. — Algunas veces mi jefe hace cosas muy raras, pero nunca lo he conocido cometiendo una contra orden semejante. ¿Qué piensa usted al respecto?

—Estoy tratando de descifrarlo, pero no puedo, le juro que no doy con solución alguna.

Regresaron a la casa y Tinker penetró como un viento, mirando asombrado a Blake, quien, sentado en un sillón fumaba un cigarro, contemplando el fuego que ardía en la chimenea, tal como acostumbraba a hacerlo en su casa de la ciudad. Tenía el ceño fruncido, como si estuviese enfregado a pensamientos muy graves. Tinker no se hubiese atrevido a interrumpirlo, si no se hubiese sentido contrariado y alarmado con las nuevas órdenes. Ciertamente que para el muchacho, no era hora de enfregarse a reflexiones, sino de entrar en acción cuanto antes, en nombre del sentido común.

La buena suerte de Tinker, aparte de su habilidad para espiar sin ser visto, le había proporcionado la única oportunidad de afrapar a Kestrel y a su banda, sin el mayor esfuerzo. ¿Debía dejar pasar esa oportunidad? ¿Acaso esa carrera fatigosa desde Heatherford a través de la llanura, no produciría fruto alguno, ni el resultado deseado?

—¿Qué pasa, señor — preguntó. ¿Por qué está sentado, pensando? ¿Por qué no quiere que vayamos a Heatherford? Estamos perdiendo la única oportunidad que se nos ha presentado desde hace mucho tiempo. Estamos echando a un lado...

No pudo confinuar expresando sus pensamientos porque Blake levantó la vista y lo miró contrariado y asombrado ante su impertinencia, pero en seguida su rostro dejó asomar una sonrisa, disculpando la interrupción del joven.

—¿Quieres saber por qué no saldremos como habíamos dicho? — respondió con toda calma. Porque tal vez nuestra visita sería prematura. No creas que tu información carece de importancia. Has venido a derramar luz en todo el asunto. Yo creo que ahora conozco exactamente el plan de la banda.

La información del muchacho, desvirtuada en forma tan extraña por Harker, con testimonios evidentes, había causado un asombro alarmante en Blake, dejándolo por un momento como hechizado, sin saber qué pensar. La intriga de Kestrel se le aparecía mucho más ingeniosa, de lo que había supuesto.

De la mezcla de acontecimientos que se habían sucedido, Blake llegó poco a poco a vislumbrar los hechos principales y salientes que constituirían la llave para desenredar todo eso.

Las conclusiones a que había llegado, debido a sus deducciones lógicas eran inevitables y pasmosas.

—Este es un plan, que no tiene por objeto el rescate de un preso, sino también llevar a cabo una sustitución.

—¿Una sustitución, señor?

Tinker repitió las palabras de su jefe en tono de duda, sin saber qué pensar, mirando atónito a Blake.

—Sí — dijo el detective con toda calma. Pasa que el presidiario que viste en Heatherford, no es Vanderluyt, sino un tipo a quien han vestido con el traje de los presos y que a los ojos de las autoridades de la cárcel tratarán de hacer pasar muy pronto como al verdadero Vanderluyt.

La ocurrencia de Blake resultó enigmática e indescifrable no sólo para Tinker, sino también para Travers y el mismo Harker.

—Escucha Tinker, vas a describirnos con todos los detalles hasta donde te sea posible, al individuo que viste como presidiario.

—De estatura mediana, delgado, algo agachado, de cabellos grises, calvo de la frente hasta la mitad del cráneo, de mejillas caídas, ojos negros y trisfones, presentaba un aspecto bastante desagradable. Blake sacudió la cabeza y dirigió la mirada a Harker.

—¿No reconoce al hombre por la descripción, Harker? — preguntó en voz baja, mientras el aludido revelaba el mayor asombro.

—Es la descripción de Vanderluyt, correcta en todos sus detalles. Realmente que no deja de ser extraordinario — exclamó.

—¿El parecido?

—Precisamente.

—No crea que sea tan notable ni tan extraordinario — respondió Blake con una mueca. Digo esto, sabiendo de todo lo que es capaz Kestrel. Ya les digo, se trata de un caso de atentado de sustitución. Estoy convencido. De alguna forma que conoceremos muy pronto, se valdrán para sacar de la prisión al verdadero Mordue Vanderluyt y pondrán en su lugar a otro individuo.

—¿Qué? — exclamaron Harker y Travers a la vez.

—Es increíble — dijo Tinker atónito ante la noticia.

Puede ser increíble, — respondió Blake con voz suave, — pero de cualquier modo es un hecho. Todo movimiento que hagamos, antes de que se lleve a cabo el atentado, defraudaría nuestro ataque. Por eso, consideré el viaje como algo prematuro. Harker llegó justamente a tiempo, para evitarnos un descalabro. Pero felizmente la suerte nos favorece una vez más. Todavía no ha llegado nuestra oportunidad, pero pronto se nos presentará. Espero que no cometeremos un desatino, cuando llegue el momento, — agregó con mucha calma.

CAPITULO VI

EL GOLPE DE KESTREL

En una habitación pequeña, pero bien iluminada de una casita de campo en un pueblo de Heatherford, León Kestrel se hallaba cubierto con un saco de cuello levantado que alcanzaba a tocar el borde de su gorra bien entrada en la cabeza.

Con las manos en los bolsillos, se mantenía muy tieso, sin denotar signo alguno de agitación, ni ansiedad, al fijar la vista en el hombre que se encontraba frente a él.

Lo que pudiese expresar su semblante, quedaba oculto tras una sonrisa sardónica, mezcla de alegría y desprecio.

—En apariencia Mauro, — dijo en tono de burla. — Usted es un cobarde consumado. Está temblando como un perro muerto de frío. ¿Qué le pasa?

El individuo de rostro macilento en traje de presidiario que se hallaba frente a Kestrel al oírlo hablar, lo miró en forma rara con los labios pálidos y los ojos animados. Con los dientes apretados como para evi-

Se oyó en aquel mismo momento una ensordecedora explosión y se elevó hacia el cielo un raudal de llamas y una columna de humo...

... Tínker frenó inmediatamente y Sexton Blake exclamó: "¡Dios mío! ¡Han minado el puente! ¡Nos han fastidiado!" El momento fué de grandísima agitación, pues no era posible dudarlo de modo alguno, las circunstancias se habían puesto muy graves. "Un millonario en presidio.")

tar la palabra, las manos trémulas y el cuerpo sacudido por temblores, parecía un enfermo afiebrado, preso de espantosos escalofríos.

—No soy... tan cobarde como usted, — replicó secamente.

—¿Entonces a qué vienen esos temblores nerviosos? — refunfuñó el pillastre.

—Son mis nervios; malditos sean — gruñó el aludido. — No lo puedo remediar. Me parece que me estoy enfermando seriamente.

—Entonces hemos hecho muy bien en recluirlo en una casa de convalecientes, — dijo Kestrel con una mueca sardónica. — Ya verá que es ideal para los que sufren de los nervios. Aquello es un lugar apropiado para descansar en paz. Pero usted debiera reanimarse, por lo menos antes de que le llegue el momento. Una vez que haya cumplido con su compromiso, puede echarse a temblar por años, si lo desea. De cualquier manera, le servirá para que lo sujeten a un tratamiento especial en la enfermería.

Mauro se sintió atacado de un nuevo sacudimiento y Kestrel enfadado le dijo:

—Armese de valor, hombre, aunque sea por su mujer y su hijo.

Mauro hizo un esfuerzo y contuvo sus nervios.

—No se preocupe, pues mis nervios estarán perfectamente cuando llegue el momento.

—Tendrán que estarlo. ¿Sabe usted lo que tiene que hacer?

—Sí.

—En resumen casi nada. Su persona responderá al número 88. Ese será el único nombre al cual debe usted atender. En caso de obtener la libertad, su nombre es Vanderluyt... Mordue Vanderluyt. En los momentos en que pasen lista y lo reunan con los demás presos, no debe recordar nada de lo que hemos hablado y mucho menos hacer preguntas indiscretas. Debe mantener una actitud melancólica y manifestarse tristón. Ese modo de ser, le será más ventajoso y más fácil de sobrellevar. Una vez que se haya pasado la primera impresión, que será muy pronto, estará bajo el régimen de la rutina y procederá con toda naturalidad, sin olvidar la discreción más absoluta. A Mordue Vanderluyt se le permite recibir diarios una vez por semana. El diario que por el momento lee, es el "Scrutiniser". En la columna denominada "personal" usted hallará mensualmente noticias de su esposa, bajo sus iniciales. El nombre del carcelero, que lo vigila es Hook. Seguramente que frente a los demás presidiarios, lo tratará con desprecio y de mal modo, pero en privado y en su celda será un amigo para usted. Eso es algo que debe recordar, porque lo ayudará a portarse convenientemente con Hook. Su papel no puede ser más sencillo. Cuando mejor se porte en la prisión, de más privilegios ha de gozar y más pronto obtendrá su libertad.

Al terminar su disertación llamó a Lessing que hacía su entrada.

—¿Está pronto el coche?

—Está afuera esperando, mi jefe, Joe está en el volante.

—Muy bien.

El bandido miró el reloj y se encaminó a la puerta de calle de la casa. Era una noche espléndida pero muy oscura. Las luces del brillante día, se habían ido esfumando, para perderse entre los matices grises del crepúsculo. Grupos de rocas semejantes a monumentos antiguos, se destacaban como siluetas, a la puesta de sol que perdíase tras una roca lejana; un manto parecía extenderse en el horizonte, como queriendo envolver poco a poco a la llanura donde se levantaba la casita donde Kestrel se hallaba.

A un lado del camino, distinguíanse un automóvil limousine de seis cilindros, de gran poder, que dejaba entrever una luz amarillenta por delante, gracias a los faroles preparados para la marcha.

Kestrel se volció a Lessing y le preguntó:

—¿Está seguro de los detalles?

—Sí, mi jefe. Más o menos a esta hora, la cuadrilla a que pertenece Vanderluyt, abandona Crossdip Quarry. Tenemos una media hora de camino, hasta el fondo de la cárcel. Cuando nos encontremos ahí, un cuarto de milla antes de la prisión, ya será muy oscuro.

—¿Cuánto tiempo tardaremos para llegar hasta allá?

—Cinco minutos... yendo lentamente, diez minutos. Está sobre aquella barranca.

—Muy bien, entonces partiremos. Supongo que no habrá olvidado las máscaras.

—Sí, mi jefe. La máquina marcha perfectamente y podemos ganar distancia con un golpe de bomba, con medio cilindro no más, si fuese necesario. Kestrel sacudió la cabeza, mientras Lessing tomaba un gran sobretodo y lo echaba sobre las espaldas de Mauro, que permanecía acurrucado tras ellos. Una vez que escondieron el uniforme del presidiario entre aquel abrigo, lo condujeron hacia el automóvil. Kestrel saltó detrás, mientras Lessing tomando el sobretodo, volvió a la casa, cerró la puerta con llave, la guardó en el bolsillo y desapareció también en la limousine. El hombrecito que manejaba el volante lo puso en movimiento y el coche se deslizó suavemente por el camino, desapareciendo en dirección a la lúgubre silueta de la prisión Bleakmoor.

* * * *

La melancolía de una tarde de invierno gris, venía a reunirse con la actividad que reinaba en Crossdip Quarry. Destacábase la cuadra como un triste anfiteatro, cubierto con las cuadrillas de desgraciados encadenados que trabajaban con picas, palas y otras herramientas, arrastrando pesadas carretillas con indiferente resignación, como seres que hubiesen caído a un pozo, de cuyas profundidades no había esperanza alguna pe salir.

En algunas partes el agua se había acumulado entre las canteras de la cuadra y formaba pozos inmundos, entre los cuales tropezaban los conductores de carretillas, a

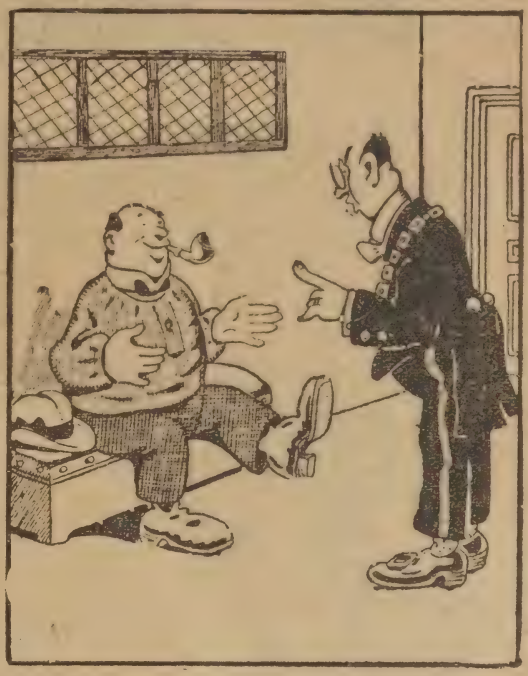
(Sigue en la página 37).

PROGRESO FATIGOSO

—El progreso es algo bueno; la mecánica va reemplazando a la mano de obra y pronto bastará tocar un botón y ¡trabajo hecho!

—Sí; pero "siempre" habrá que tocar el botón.

HAY QUE DISTINGUIR



—Aquí no se fuma.

—Yo no fumo.

—Perdone: usted tiene la pipa en la boca y ...

—¿Y qué? También tengo los botines en los pies y no camino.

A VECES FALLA LA LEY DE HERENCIA

—¿Qué tal, amigo mío? ¿Cómo le va? ¿A qué se dedica ahora?

—A varias cosas de arte: soy poeta pintor y músico.

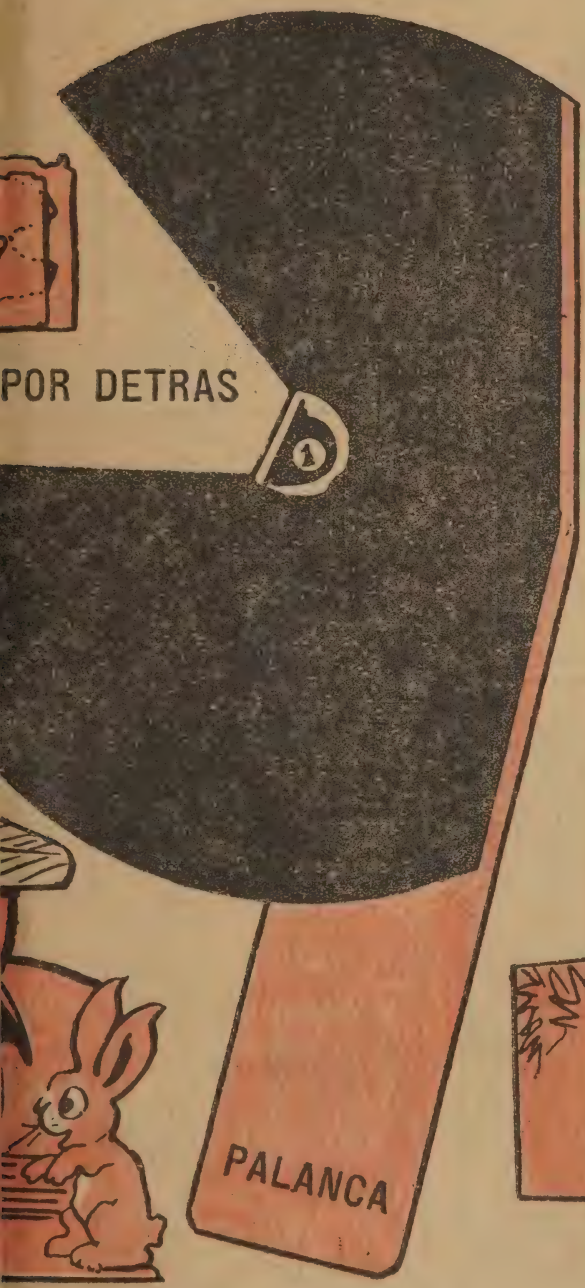
—¡Dios mío! ¡Qué lástima! ¡No lo hubiera esperado nunca! ¡Y tan buena persona como era su padre!

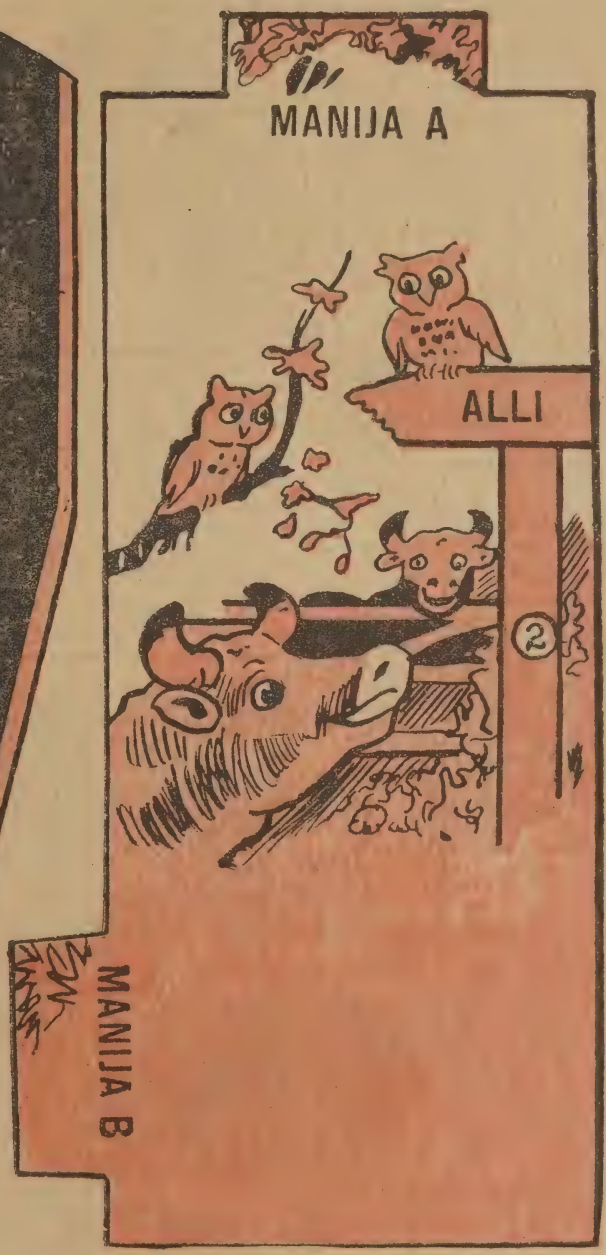
EL LUMINOSO FARO DEL

PRIMERO SE PEGA TODO EL DIBUJO EN UN PEDAZO DE CAR
DE LAS PIEZAS. SE CORTAN LUEGO LAS HENDIJAS A Y B. DE
MEDIANTE UN BROCHECITO. DESPUES SE DESLIZA LA MANIJ
GUETE ESTA ARMADO. PARA QUE FUNCIONE SE MUEVE CON
REVELA LA LUZ DEL FARO.

AUTOMOVIL

UN JUGUETE MUY NOVEDOSO Y MUY FACIL DE HACER





Y UNA VEZ BIEN SECO SE RECORTA CON CUIDADO CADA UNA
ES SE COLOCA EL PUNTO 1 SOBRE EL PUNTO 2 Y SE SUJETAN
POR EL HUECO A Y LA MANIJA B EN EL HUECO B Y EL JU-
VIDAD LA PALANCA A UNO Y OTRO LADO Y SE VERA LO QUE

El letrero dice: "Sigan al guía" y el guía se ha caído. ¿No es dificultosa la situación de los alpinistas?

— ... y la joven rusa de nacimiento, casada con un chino entró en el salón de baile de la casa de Godferdum, súbdito belga, en compañía de un checoeslovaco. Entonces un español, que estaba en el pasillo entre un japonés y un italiano, le disparó un tiro de revólver.

—Por suerte aún quedan algunos franceses para hacer de policías en París.

(De 'Pele-Mele")

—¡Qué bien vestido! ¿Has heredado?

—No: entré en un banco.

—¿Sí? ¿De gerente?

—¡No! ¡Por la ventana!

—Así que usted es el único que no naufragó habiendo tomado pasaje en el vapor "Corona" que se hundió; ¿cómo pudo ser eso?

—Llegué tarde al puerto y no me embarqué.

—¿Qué es eso? Te noto preocupado. ¿Por qué?

—Por que llueve y mi mujer ha salido. Para no mojarse debe haberse metido en alguna tienda... ¿Y te imaginas tú las cosas inútiles que habrá comprado ya?

—No he vuelto a verle más en compañía de aquella joven a quien me presentó.

—¡Claro que no! Me casé con ella hace seis meses.

(De la página 32).

pesar de los puentes improvisados de tablas que se veían a uno y otro lado. Entre la bruma se levantaba un monumento semejante al cadalso siniestro, que traería a los trabajadores el presentimiento de la suerte que les esperaba, por más que no era más un sistema de poleas a mano, encargado de completar la tarea que realizaban.

A cada entrada de la cantera, un guardia rárcel sobre una piedra con el rifle sobre las rodillas, mantenía la debida vigilancia. Uno de ellos, hizo señas a su compañero y éste al siguiente.

En un rincón de la cuadra, un hombre ocioso descansaba sobre la pica. De rostro macilento y ojos apagados, sus labios sensuales revelaban amargura y rebelión. Miró al presidiario que se hallaba a su lado, un hombre bajo, de cabeza pequeña, que parecía erguirse del mismo centro de sus hombros, y en voz baja, murmuró entre dientes sin mover los labios, como un consumado ventrílocuo:
nosa. ¡Maldita vida la nuestra, Sixty!

—Mejor que el patíbulo, Van, — replicó el otro hablando en la misma forma misteriosa, pues todos los presidiarios habían aprendido el ardid de hablar sin que los guardianes lo notasen. — Ya debe ser la hora, ayúdeme con esta tabla.

—Maldita sea, — exclamó el otro. — Deja que espere Sixty. Todavía nos quedan muchos años para terminar la obra.

—Es verdad, — respondió con tristeza el otro.

En eso se oyó un silbato, que repercutió en forma extraña entre las canteras; un silbato que paralizó el trabajo como por encanto.

—Era tiempo, — agregó el hombrecito, inclinándose para tomar la pica. — Gracias al cielo que hemos terminado; salgamos de esta ratonera.

Hablaba con amargura, pero con cierta educación, que hacía contraste con el modo de expresarse de su compañero ignorante, sin vocabulario alguno. Por más que no tuviesen nada de común entre los dos, reinaba naturalmente el compañerismo propio del trabajo, hasta donde era posible; tal vez existía entre ambos el siniestro lazo formado por la certidumbre de que habían escapado al patíbulo por un milímetro.

Con las picas al hombro se encaminaron al fondo de la cuadra, para luego subir por un puente de tablas donde los demás presidiarios se congregaban. Los guardianes con el rifle tras los presos, parecían haber despertado de un sueño, después de varias horas de guardia. Ansiosos por volver a la cárcel donde los esperaban algunas comodidades propias a su empleo.

—¿Están todos aquí? — preguntó uno de ellos con voz de mando. — Alerta, de dos en fondo, — agregó.

Las cuadrillas se formaron mecánicamente y el guardia cárcel los recorrió con la vista para contarlos.

—¡Diez y seis! Perfectamente. ¡Marchen! ¡Rápido

El hombre de rostro macilento conjuntamente con su compañero, iba adelante con paso ligero, seguido por uno de los guardianes a su lado, mientras el otro cuidaba de la fila que los seguía. Caminaron a través de un camino horrible, bajando luego por un barranco natural hasta entrar a la calle principal. La penumbra de la tarde avanzaba rápidamente y las gigantescas rocas entre el horizonte iban desapareciendo.

—Firme ahí el 88, — exclamó el guardia de adelante. — Cualquiera diría que está deseando volver a su casa para ver a la mamá, ¿no es así?

Algunos de los presos manifestaron su desagrado con una mueca, pero otros permanecieron graves sin cambiar de expresión. El hombre de rostro macilento, que no era otro que Vanderluyt, disminuyó el paso, obedeciendo sin decir una palabra, al dar una vuelta desde donde se destacaba lúgubre y siniestra la cárcel que los aguardaba.

Las suelas gruesas de los presidiarios resonaban con ritmo sobre el camino, mezclándose con el ruido de las palas y grillos de los mismos. El ruido que hacían no era mucho, pero suficiente para apagar el sordo rumor del automóvil que se acercaba lentamente adelantándose a la cabeza de la fila con la intención de acecharlos.

León Kestrel se hallaba sentado junto al español moreno que dirigía el volante, inclinado hacia adelante, con los ojos fijos en el camino y los labios apretados.

—Toca la corneta, José, — murmuró de pronto. — ¡Asústelos! ¡Ande con cuidado!

El repentino y chillón sonido de la corneta, produjo la consiguiente alarma y toda la fila de presos quedó firme como por obra de encantamiento, hasta que por instinto de conservación se movió a un lado.

—¡Miren por dónde andan !

Gritó al instante uno de los guardianes en voz de alarma, apartándose de las ruedas del coche que hizo un desvío rápido, evitando a unos y rozando a otros con el guardabarros en forma de arrollar a uno mandándolo con gritos de dolor entre los demás presos.

El automóvil dispersó a los presidiarios, como el perro dispersa un rebaño de ovejas. El español Madrano, se arregló para que el coche patinase sobre el suelo a uno y otro lado, hasta arrojar a uno de los presos entre un matorral. Al mismo tiempo, Kestrel dejó caer una palanca sobre el guardabarros, una palanca que no formaba parte del mecanismo del coche, pero que se encargó de producir un chillido especial, contra un tambor situado en la parte interior de la delantera del automóvil.

No había indicio alguno de que se hubiesen producido gases especiales, por lo menos a veinte varas de distancia; sin embargo, algo procedió de los dos hombres que guiaban el coche, pues de inmediato se oyó un grito de sufrimiento de uno de los presidiarios que cayó frente al automóvil; grito que fué seguido por los demás que se echaban las manos a los ojos y caían retorciéndose sobre la tierra.

Los guardiacárceles, al sospechar algo peligroso, saltaron con los rifles preparados en

el primer momento de alarma, así es que fueron los primeros en caer, con un grito de dolor, dejando las armas al instante, mientras un gas espantoso y asfixiante los enceguecía:

Kestrel había calculado el golpe admirablemente. El atardecer se había trocado en noche y reinaba ya una densa oscuridad. Las luces brillantes del automóvil parecían cortar las tinieblas, derramando una especie de vislumbre sobre la escena, tan fantástica y grotesca, como jamás se hubo visto en aquellas regiones desiertas. Los tristes y ordenados desgraciados que marchaban al único hogar que poseían, se vieron de pronto convertidos en un montón de seres humanos, que retorciéndose luchaban por salir de aquella atmósfera maléfica. Parecía como si las linternas del coche se hubiesen dirigido contra una carnicería humana, donde se destacaban tres figuras enmascaradas, como vampiros desesperados. Algunos de los presos gemían terriblemente, con las manos sobre los ojos, como para evitar algo que los enceguecía; otros proferían maldiciones, hasta que callaban ahogados por los gases que los envolvían.

Los tres enmascarados se movían entre sus víctimas con precipitación, pispando con interés por entre los agujeros de sus máscaras, como habitantes de otro planeta.

Uno de los guardiacárceles se prendió de las piernas de Kestrel, cuando éste se inclinó para observarlo, pero el Maestro en disfraces consiguió asestarle un puntapie tan formidable que lo mandó rodando al suelo con un grito de dolor. Luego el bandido se detuvo sobre uno de los penados, sacándole las manos de los ojos para inspeccionarlo antes de acercarse a otro. Después dió con el presidiario 88, a quien observó con atención, para volverse a sus compañeros con señales para que se acercaran. Estos, con toda cautela, levantaron al penado y lo llevaron hacia el coche, donde lo arrojaron como si se tratase de un animal.

Los enmascarados no podían hablar, así es que todo lo llevaban a cabo en el mayor silencio. El presidiario se dejó caer en el coche, mientras dos hombres arrastraban a otro, tan parecido al anterior que hubiese sido difícil distinguirlos por separado. Mauro, el desgraciado a quien arrastraban, gemía desesperado y temblaba con la manos sobre los ojos como los demás, pues el gas había llegado hasta él, enceguecíendolo. Lo levantaron para dejarlo caer como un bulto a un lado del camino, antes que la reducida figura del español que dirigía el coche volviese a tomar asiento de nuevo frente al volante. Los otros dos enmascarados sacaron a uno de los guardianes de las ruedas del coche y lo dejaron también a un lado, antes de saltar al automóvil. Un momento después el coche se deslizaba tranquilamente desviando, para no atropellar a uno de los penados. Una vez fuera del escenario, aceleró la marcha sin hacer ruido. La luz roja de la parte delantera se movía y oscilaba en la distancia como un fuego fatuo, hasta que, por último, al enfocar como un fantasma las paredes de granito de la prisión, cambió de dirección y desapareció en medio de las tinieblas.

Ninguno de los presos pudo verlo cuando se alejaba, porque tenían los ojos velados y aún después que la limousine hubo desaparecido de los alrededores de Bleakmoor y la cárcel, los obreros de Crossdip Quarry permanecían conjuntamente con sus carceleros revolcándose de dolor, en ciega agonía sobre la tierra.

CAPITULO VII

EL SEGUNDO RENGLON

El semblante del inspector de policía Harker revelaba una expresión de ansiedad y expectativa, mientras se hallaba bajo el techo de un viejo granero, tratando de descubrir algo a través de una puerta ligeramente entreabierta de la casita solitaria que se levantaba del otro lado del camino.

Del bolsillo de su saco sacó un revólver de excelentes condiciones y abriéndolo por segunda vez en veinte minutos, ajustó los cartuchos. El hecho era un indicio del estado en que se encontraba su mente; así como la contracción nerviosa de sus labios, era un indicio seguro de los temores que lo asaltaban en ese momento.

A su lado, impasible y sin alteración alguna, hallábase Blake, esperando con paciencia el desarrollo de los acontecimientos. Detrás, se veía la figura de Tinker y de otros dos hombres que apenas se destacaban en la oscuridad.

—Supongo que está seguro de los planes que seguían a esos bandidos, — dijo Harker en voz baja.

—Tengo plena confianza en que sean tal como los he pensado, — respondió con calma Blake.

—De manera que no se trata solamente de un atentado con el fin de rescatar a un individuo, sino de...

—Una sustitución, amigo, — agregó con un movimiento significativo Blake. — Ese tipo que Tinker vió con uniforme de presidiario tiene un parecido enorme con Vanderluyt. La conclusión no puede ser más segura, Harker.

—Así me parece; pero debo confesar que se trata de un plan soberbio.

—El Maestro en disfraces nunca concibe planes que no sean estupendos.

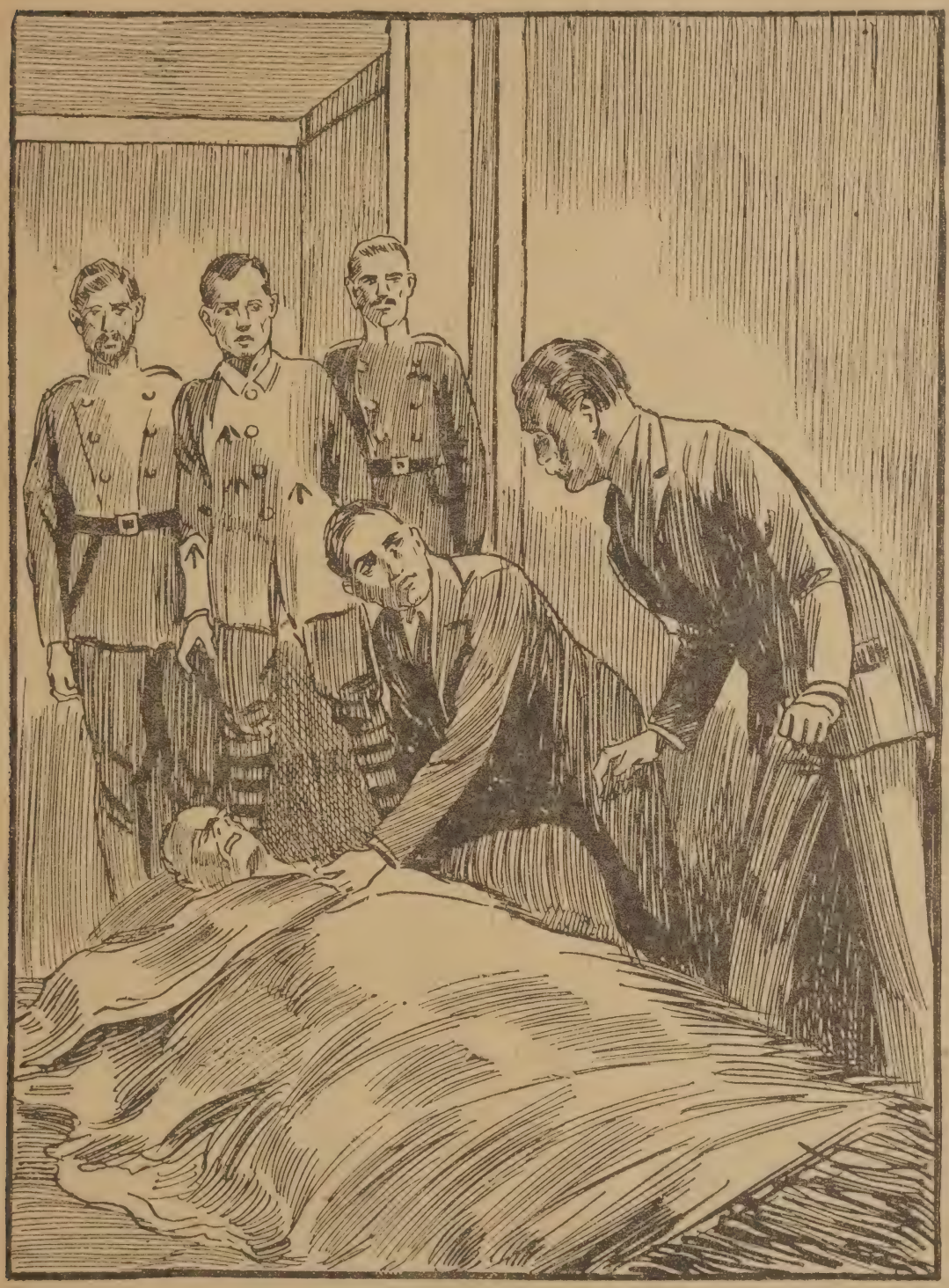
—Ya lo sé; pero es pedir demasiado a la gente de la cárcel. ¿Le parece, Blake, que arruinaremos sus planes?

—Es posible, — replicó, siempre con calma, el detective.

—Pero si así no fuera, el plan no podría tener los mejores resultados, porque tarde o temprano descubrirían que el penado 88 no es el de siempre.

—Tal vez sea como usted dice, por más que eso no preocupa mayormente al Sindicato. Lo que quiere Kestrel es arrancar las sesenta mil libras al viejo Vanderluyt y después no le importa el giro que tomen las cosas. En todo caso, el que se las tendrá que averiguar será el mismo Mordue Vanderluyt para mantener su libertad.

Harker sacudió la cabeza afirmativamente, por más que Blake veía claramente que aún mantenía sus dudas sobre el asunto.



Sexton Blake se inclinó hacia adelante y retiró un poco la frazada que cubría al hombre allí tendido. El gobernador de la prisión se inclinó también. "¡Vanderluyt!" — exclamó. ("Un milonario en presidio.")

—Si éste es en realidad el plan de los bandidos, confieso que es uno de los golpes de audacia más digno de admiración que pueda llevarse a cabo. Desearía que por lo menos tuviésemos algunas pruebas concretas sobre la obra, — manifestó con cierto interés Harker.

El rostro del detective reveló una ligera muestra de fastidio, pues no era la primera vez que Harker se manifestaba obstinado, ante las razones expuestas por él. Sin embargo, Blake lo disculpó en seguida, pensando en la ansiedad que tendría nervioso a su compañero; mucho más, confiado en la seguridad de lo que decía, por lo que su ataque no podría fallar de ningún modo.

—Es usted algo caprichoso, Harker. ¿Acaso no cree en lo que digo?

—Sí, por cierto, Blake, pero...

—Escuche, Harker: olvídese del jefe y de sus responsabilidades ante él, para hacer frente a los hechos como debe. Kestrel ignora por completo lo que sabemos y que nos encontramos siguiéndole las pisadas. Eso por lo pronto, lo podemos considerar como un hecho seguro y cierto. En caso contrario, perderemos la partida, porque nos habrá descaminado.

—Es verdad.

—¿Está usted de acuerdo en que ignora nuestro conocimiento del asunto? — preguntó Blake.

—Sí, lo creo. No tiene por qué saber que estamos enterados de lo que piensa llevar a cabo.

—Muy bien, — refunfuñó Blake.—Entonces ninguno de sus movimientos pueden considerarse un "camouflage", es decir, no pueden ser falsos, efectuados únicamente con el fin de engañarnos. De manera pues que todo lo que haga o lo que alcancemos a observar, lo lleva a realizar el plan concerniente a dar libertad a Mordue Vanderluyt. ¿Está de acuerdo con esto?

—Por completo, — exclamó Harker.

—Entonces, los hechos comprobados, no pueden tener más que una solución, — agregó Blake. — Estamos segurísimos de que Kestrel ha ofrecido al viejo Vanderluyt la libertad de su hijo, mediante la suma de sesenta mil libras. También nos consta, por lo testimoniado por el secretario Mannering, que cuando Kestrel se presentó en lo del viejo Vanderluyt, le hizo creer que pertenecía al ministerio del Interior o que por lo menos gozaba de mucha influencia en el mismo. Mannering no pudo saber con exactitud lo que dijo al respecto, sólo que por lo manifestado por el viejo, los visitantes pertenecían al ministerio. Eso hacía sospechar que la libertad se llevaría a cabo con toda discreción, desde que dependía de una de las oficinas principales del gobierno. ¿No es así?

—Así es, — respondió Harker.

—También se puede creer que una vez realizado el hecho, el mismo ministerio se encargaría de que Mordue Vanderluyt no fuese molestado para nada en adelante. Si así no fuera, y se corriese el peligro de que el asesino fuese apresado de nuevo, el trabajito de Kestrel no valdría unos miles de libras. Eso también es lógico, ¿no le parece, Harker?

—Ciertamente.

—Entonces, — continuó diciendo Blake. Eso es precisamente lo que había sospechado desde el primer momento, es decir, que Kestrel se hubiese manejado para encontrar alguna influencia en las oficinas del gobierno, para trabajar el asunto en una forma que no hubiese tenido contrariedades ni hubiese ofrecido dificultades. Para mayor seguridad, pensé que sería prudente acercarnos al lugar y vigilar esta casa, pues tengo cierta experiencia acerca de los métodos empleados por Kestrel para llevar a cabo sus fechorías. No le interesa si cumple o no con los convenios y pactos que establece. Es capaz de conseguir la libertad de Mordue Vanderluyt, devolviéndoselo a su padre con la certidumbre de que no será molestado para nada, mientras la policía sigue la pista al evadido y reclama por todos lados al presidiario. Con seguridad que se apoderará del cheque de las sesenta mil libras, cobrándolo en seguida, antes que el viejo Vanderluyt y su pillastre de hijo, se den cuenta que los ha engañado. El hecho de que Vanderluyt efectuase ciertos arreglos con el Banco para el rápido pago de sus cheques, me impresionó ciertamente. Llegué a la conclusión de que sería una de las condiciones impuestas por Kestrel, una condición que necesariamente usted ha de admitir, tratándose de un plan de esa naturaleza.

—No hay duda, — respondió Harker. — Su plan ha de ser ante todo apoderarse del dinero y luego largarse, antes que la policía llegue a Kensington.

—Exactamente, — replicó el detective. — Habiendo reconstruído pues el plan concebido probablemente por el Maestro en disfraces, pensé llamarlo para que me ayudase y se mantuviese en observación. Cuando descubrí que Kestrel y tres de la banda, habían alquilado una casa en Meatherford, me di cuenta que no me había engañado y estaba tras la pista, habiendo reconstruido sus planes.

—No crea, Blake, — respondió Harker. — Si la última teoría de usted...

—Ya sé, pero no se apresure. Examinemos la cadena por eslabones. Una vez que descubrimos que Kestrel era huésped en Heatherford, presumimos que tramaba el rescate del presidiario 88, encerrado en la prisión de Bleakmoor. Pero dió la casualidad que de repente Tinker nos trajo la noticia de un hecho que nos hizo cambiar de idea en seguida. Supimos que aparte de los tres ayudantes de Kestrel, existía un tipo en traje de presidiario, de parecido idéntico al penado Vanderluyt, con quien usted conversó en la celda en que se hallaba encerrado. Tuvimos que revisar nuestros planes, por más que el nuevo descubrimiento, nos hizo saltar a conclusiones inevitables. El proyecto de Kestrel no involucraba únicamente la libertad del individuo, sino también algo más audaz y elaborado con inteligencia. Piensa, pues, apoderarse de Vanderluyt y colocar en su lugar a otro hombre.

—¿En qué forma? — preguntó Harker.

—Un plan como éste, — agregó el detecti-

ve, — se acomoda perfectamente a la entrevista que Kestrel tuvo con el viejo Vanderluyt. Si la sustitución se lleva a cabo con éxito (siempre que el sustituto engañe a las autoridades) la evasión de Mordue Vanderluyt no se notará. No se levantará la menor voz de alarma y el prisionero podrá actuar con toda libertad, saliendo del país si quiere cambiando de nombre sin temor a ser molestado. Así Kestrel habrá prometido el rescate de Mordue al viejo, asegurándole la inmunidad siempre que obre con cautela. Fuera de eso, habrá testimoniado que el hecho se ha efectuado, mediante el ministerio del Interior.

Al concluir, miró el rostro de ceño fruncido que ofrecía su compañero Harker y agregó sonriendo:

—¿Encuentra usted alguna falta en la lógica de mis teorías?

El inspector de policía sacudió la cabeza y replicó:

—No; su modo de pensar no admite interrogatorio alguno. Lo que me parece es que tal vez hayamos obrado con lentitud permitiendo que Kestrel lleve a cabo su plan de acción. Ya sabe lo que dicen en el Departamento Central, la prevención es mejor que la cura. Ese es el deber de la policía de acuerdo con el código, para evitar el crimen y los delitos. Seguramente me condenarán severamente, por no haber prevenido al director de la cárcel, por lo que iba a ocurrir.

—¡Qué ocurrencia! — exclamó Blake con impaciencia. — Yo creía que usted no tenía tiempo para ajustarse al reglamento y doctrinas del código policial. Este caso está en mis manos y usted obra bajo mis instrucciones, extraoficialmente. Usted mismo me dijo que el jefe me autorizaba para tomar cartas en el asunto como mejor me pareciese. ¿Qué podríamos ganar con poner sobre aviso al director de la cárcel, cuando en realidad no teníamos conocimiento de la forma y naturaleza del ataque, ni conocíamos los detalles del golpe? Ignorábamos el plan de acción de Kestrel, por más que lo sospechásemos. Por otra parte, no estamos aquí para impedir la evasión de los penados de Bleakmoor. A mí no me interesa si Vanderluyt consigue la libertad y si lo mandan al patíbulo. Estoy únicamente tras la pista de Kestrel, el Maestro en disfraces y el Sindicato, y no podemos atraparlos, si no los encontramos con las manos en el crimen o prontos para efectuarlo. Tenemos que alargar la soga, antes de colgarlos, — añadió sarcásticamente. — Hasta el Departamento de Policía debe admitir esto.

—Ya lo sé, — agregó su compañero, con mayor confianza. — Pero Kestrel es un cliente que se escurre. ¿Cómo podemos saber si regresa de nuevo a esta casa?

—Está obligado, pues uno de sus hombres lo está esperando aquí.

—Haremos un papelón, — dijo el inspector Harker, — si descubren que se han evaporado con el presidiario, sin que nosotros levantásemos un dedo para impedirlo. No creo que volverán por este mismo camino.

—Estoy seguro, — terminó Tínker, en voz baja en medio de la oscuridad.

—¿Qué dice? — preguntó Harker volviéndose al instante.

—Ya llegan, — exclamó el muchacho mirando por las rendijas del granero. — Veo las luces, el coche estará aquí dentro de un minuto. ¡Apróntense!

Al instante todos estuvieron alerta. Blake saltó del granero mirando el camino por donde debían llegar. Las deslumbrantes luces del coche le hirieron la vista y oyó claramente el rumor de la limousine que se aproximaba.

Los ojos de Blake reflejaron un brillo de triunfo, al fijarse en el rostro ansioso de Harker, como diciéndole: Tal como se lo dije.

El inspector de policía movió la cabeza como reconociendo el mérito de lo argumentado por el detective y se preparó con el revólver en mano. En cuanto el coche llegó al frente de la casa, Blake impartió algunas instrucciones en voz apagada.

Tínker, de acuerdo con las órdenes anteriores, saltó al volante de la Pantera Gris, que permanecía en el granero, pronto para correr en persecución de la limousine, en caso que intentase huir. El hecho de que el granero estuviese precisamente frente a la casita y provista de una segunda puerta, les permitió la entrada del automóvil sin que fuese detenido por el hombre que había quedado de sereno en la casa.

Blake de pie junto a la puerta semiabierta, observó el coche que se detenía. Descubrió que un hombrecito descendía del volante, mientras los otros del interior del coche se encaminaban a la casa. La puerta se abrió para admitirlos sin pérdida de tiempo y se cerró en seguida. Blake se volvió hacia Barker y los otros, murmurando casi entre dientes:

—Síganme. Manténganse a un lado del automóvil, saltaremos sobre ellos, en cuanto salgan y no olviden de usar las armas al menor signo de inseguridad o molestia por nuestra parte, si es que en algo aprecian sus vidas.

Al seguir Blake por el granero, todos revelaron una expresión de tensión nerviosa llena de ansiedad. En cambio, el semblante del detective reflejaba una sonrisa particular. El hecho de que Kestrel dejase el automóvil desocupado, les facilitaba enormemente la tarea.

Al mismo tiempo, la limousine venía a servirles de pantalla, pues no era tan oscuro para no alcanzar a descubrir unas sombras, si se llegaban a mover. Blake se adelantó silenciosamente y dió vuelta el mango de la portezuela. Al inspeccionar el coche descubrió a un hombre en traje de presidiario, acurrucado en un rincón del asiento. Con las manos apretadas y un pañuelo negro que le cubría los ojos, presentaba un aspecto bien raro.

No bien la puerta del coche se abrió, levantó la cabeza, probablemente al sentir el aire y volvió la cabeza hacia Blake, como sospechando la presencia de alguno, tratando ver a través del pañuelo que lo enceguecía.

Blake no llegaba a comprender por qué motivo le habrían vendado los ojos, siendo

—¡Vengo de casa del señor Muchosmonis! ¡Qué almuerzo nos dió! ¡Los cubiertos eran de oro!

—¡Qué exageración!

—¿No lo crees? ¡Ahora lo verás! ¡Precisamente traigo unas cucharitas!

—¿Por qué te ríes de ese modo Totito? ¿Qué pasa?

—¡Estoy pensando, tío, que mamá al saber que venías te arregló el cuarto y puso un peine en el lavatorio! ¡Nada menos que un peine!

El director: — Su artículo sobre la leche es largo.

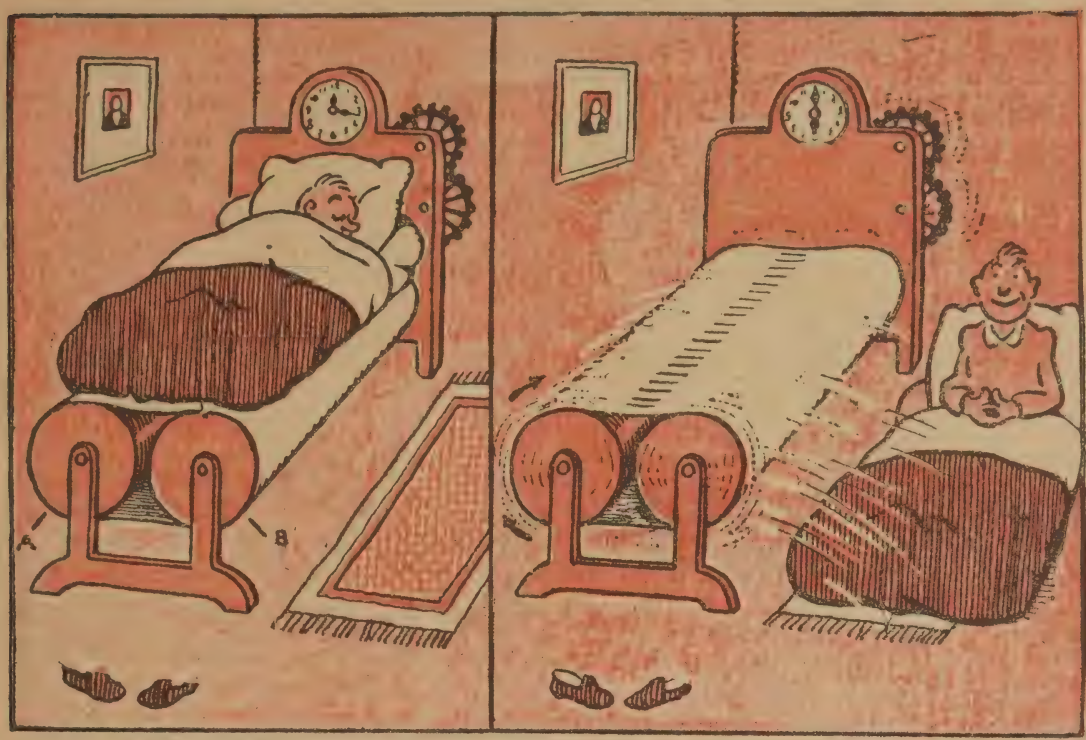
El redactor: — Está bien; démelo, lo "condensaré".

—Dime, mamita, ¿es verdad que la tierra gira en torno del sol?

—Sí, hijo mío.

—Pero... ¿y cuando no hay sol?

LAS GRANDES INVENCIONES MODERNAS



UN DESPERTADOR INFALIBLE. — Al llegar la hora a que se ha puesto el cuadrante giran los cilindros y arrojan el colchón, con el durmiente al duro suelo. Y el durmiente se despierta.

LLEGARON TARDE

—¡Qué lástima haber llegado tarde al concierto! ¿Qué tocan ahora?
—La "novena sinfonía" de Beethoven.
—¿Ves? ¡Hemos perdido ocho números!

UN BUEN PERRO

—Pero tu perro... ¿deja al menos que uno se acerque a él?
—¡Naturalmente! Si no dejara que la gente se le acercara... ¿cómo haría para morderle?

que tenía las manos libres. Pero no había tiempo para resolver problemas; no había duda que el individuo era Mordue Vanderluyt, en uniforme de penado. No era más que el millonario asesino, rescatado y en posesión de la libertad nuevamente. Blake se inclinó con suavidad y lo tomó del brazo.

—Mejor es que entre a la casa, Vanderluyt, — murmuró en voz ronca. — No puede haber seguridad si lo dejamos aquí afuera, pues no podremos salir hasta unos minutos. Déme la mano.

El penado obedeció y Blake lo ayudó a descender, colocándolo a un lado del camino. Al verse de pie, prorrumpió en un quejido, llevándose la mano a los ojos.

—Me habrá conseguido la libertad, — dijo en tono amargo, — pero me ha privado de la vista. Ese maldito gas me ha enceguecido.

Entonces Blake se dió cuenta de qué medios se había valido el Maestro en disfraces para conseguir sus propósitos. Volvióse hacia Harker haciéndole una seña para que condujese a Vanderluyt al interior del granero.

En eso, ocurrió algo inesperado. La ventana de la casa que daba sobre la limousine se abrió de golpe y un hombre apareció, saltando de inmediato, como un acróbata consumado, sobre el techo del coche. Una vez ahí, miró a los intrusos, apuntándoles con un revólver.

—¡Manos arriba! — gritó con violencia, en un inglés que dejaba mucho que desear. — ¡Manos arriba! ¡Por san Pedro! Si no lo hacen, tiro sin remedio.

La repentina y extraña aparición de aquel hombre sobre el auto, fué tan inesperada, que Harker y sus compañeros se sintieron aturdidos en el primer momento. Parecía como si aquella figura siniestra, hubiese descendido del mismo cielo. Hasta Blake, por lo general tan tranquilo, se conmovió un tanto al sentir el golpe sobre el coche y luego la amenaza de José Madrano en acento extranjero. Travers, aunque nervioso, era ligero como el pensamiento para obrar, así es que fué el primero en darse cuenta de la situación y al instante levantó la pistola.

Se sintió un crugido y Harker se preparó entonces para el ataque.

La bala repercutió sordamente y pareció que había dado en el blanco. Madrano saltó en el aire y cayó junto al coche. Pero el tiro sólo lo había rozado. Se oyó otro tiro y gracias a que el policía se agachó con tiempo, pudo librarse de la muerte. Perdió el sombrero, como si se lo hubiesen quitado con toda limpieza, con un golpe de bastón.

Un tiro de Harker no logró dar en el blanco, por una pulgada tan sólo. Antes de apuntar había tenido que echar a un lado a Vanderluyt, que permanecía como un desgraciado que daba pena, enceguecido, sin saber qué hacer, a un lado del camino, temblando de miedo, con las manos extendidas, pidiendo auxilio.

De pronto, con un grito de desesperación, se adelantó tambaleando, en momentos que el español apuntaba de nuevo. El presidiario cayó entonces prorrumpiendo en un gemido doloroso, con el corazón atravesado por una bala que había sido arrojada contra Harker.

Lo sucedido, no había llevado más que unos segundos. Blake permanecía acurrucado a una lado del automóvil, comprendiendo que cualquier movimiento le hubiese costado la vida, porque hubiese servido de blanco a los tiros del español y hubiese sobrevenido un desastre al instante. Sin embargo, su mente no dormía, trabajaba constantemente para solucionar la situación. De pronto se le ocurrió que Madrano estaba completamente en sus manos. Pensó que entrando al coche y apuntando contra el techo del mismo, mandaría al escorpión al otro mundo. Pero en ese preciso momento, Madrano lo descubrió sin querer, pues al ver que Vanderluyt caía, se enfureció y saltó de la limousine cayendo como una pantera sobre Blake, en momentos que éste preparaba la pistola. Fué tan impetuoso el golpe, que el detective tambaleó cayendo pesadamente sobre el presidiario.

Por unos segundos rodaron como animales, hasta que Madrano, librándose de las garras del detective, saltó al coche colocándose frente al volante con una rapidez pasmosa, poniendo en movimiento la máquina en forma admirable. El automóvil se adelantó, haciendo un desvío peligroso, en momentos que, tanto Harker como Travers le apuntaban decididamente. La pistola de Blake había sido arrancada de su mano en la refriega sostenida contra el español. Prorrumpiendo en maldiciones contra el individuo, tanteaba el suelo en medio de la oscuridad y cuando llegó a empuñar el arma, dos hombres, seguidos por un tercero, salieron de la casa precipitadamente en dirección a la limousine.

El tercero se hallaba una vara más atrás que los otros dos y Blake al divisarlo le apuntó con toda precisión. Con un grito, el individuo cayó hacia adelante yendo a dar contra un lado del auto. Sus compañeros lo tomaron de los brazos y aunque el coche ya corría, se inclinaron para sostenerlo, arrastrándolo sin piedad, hasta que por fin lograron hacerlo subir, dejándolo a salvo.

—¡Tínker! ¡El coche, pronto!

El rostro de Blake estaba rojo de ira y desesperación, gritando furioso por haber andado con tanta lentitud, que al fin y al cabo, no representaba más que unos segundos, pero lo suficiente para que el automóvil de los bandidos se diese a la fuga. Sus maldiciones se dirigían a su propio coche, que al punto apareció, con Harker y él mismo, ubicados después de dar un salto. A Travers se le encomendó que permaneciese con el cuerpo del presidiario.

—¡Nos van a ganar el tirón, se burlarán de nosotros! — gritaba Blake en la oreja de Tínker. — ¡Con furia! ¡Apresúrate! Arriésgalo todo, debemos echarles el guante y atraparlos sin pérdida de tiempo.

Podían distinguir la luz de la limousine que marchaba adelante, mientras ellos disparaban en tal forma que en movimientos tortuosos, el coche corría peligro de causarles la muerte. Mayor velocidad era imposible.

Pero Tínker estaba como nunca y manejaba a las mil maravillas esa noche, agazapa-

lo frente al volante, con los ojos fijos en el camino, daba vueltas en las dos ruedas, con tal ligereza que el mismo Harker hubo de sostenerse y prorrumpir en un suspiro, después de cada virada.

Subieron un barranco con toda seguridad y al descender se precipitó el coche como el viento, en pos de los fugitivos.

—Estamos ganando terreno muchacho. Sigue, no más, — gritaba Blake para animar a Tínker.

Las luces de Brackentor se vislumbraban en el valle, mientras corrían por aquellos caminos desiertos. El foco del automóvil dió contra un poste de señales donde se bifurcaba el camino y donde por vez primera, Tínker había descubierto a la limousine.

—Ten ciudado, muchacho, porque el camino es más angosto en el puente Elve, — exclamó Blake con los ojos fijos en el camino. — No disminuyas la velocidad, pero ten los ojos bien abiertos, en caso de que... ¡Pero santo cielo ¡Se han detenido! Los ojos de Blake se abrillantaron y sus labios dibujaron una sonrisa de triunfo, en cuanto la luz roja dejó de moverse. Harker se inclinó hacia adelante.

—¡Se han detenido, Blake! — exclamó en tono de júbilo. — Tal vez les ha sucedido algo inesperado. Les daremos caza.

—Esperaremos para ver lo que sucede, — replicó Blake con tranquilidad. — Seguramente que tratarán de arreglarse. No te apures tanto muchacho, porque no hay necesidad. Podría ser que regresaran para prepararnos una emboscada.

La Pantera Gris disminuyó la marcha, aunque siempre corriendo hacia adelante.

Blake se volvió hacia su compañero, diciéndole:

—Acurrúquese todo lo que pueda en el asiento, de modo que se vea lo menos posible de su cuerpo. Y tú, Tínker, despacio, ten cuidado.

Blake saltó con la pistola preparada, en cuanto las luces se distinguieron claramente en el puente de piedra que atravesaba el arroyo de aquel lugar. La limousine estaba estacionada bajo el puente y Blake alcanzó a distinguir la figura de un hombre que corría por el parapeto como una sombra hacia el automóvil.

Se oyo el estampido de un balazo y el hombre vaciló, pero en seguida continuó corriendo. Parecía como si llevase agua del arroyo para enfriar la máquina, que se habría calentado demasiado.

—No te apresures, muchacho; más despacio.

Blake gritó a Tínker, mientras empuñaba de nuevo el arma. La advertencia fué hecha a tiempo, pues los salvó de un desastre seguro.

En momentos que Tínker sujetaba el freno, una columna de humo y de llamas se levantó frente a ellos, desde el mismo puente.

—¡Santo cielo! Han hecho saltar el puente y nos han jugado una mala partida, después de todo.

Blake permanecía de pie en el coche, mirando siempre en dirección al enemigo. De pronto, con el rostro pálido y los dientes apretados, tomó asiento, pronto para saltar en caso necesario, pues los faroles del frente presentaban una hendidura, el desastre era inevitable.

Tínker no perdía la cabeza y los frenos levantaron al coche en sus ruedas delanteras, deteniéndolo sobre el mismo arroyo, crecido y a borbotones, a causa del desastre.

No bien Harker y Blake descendieron, con Tínker tras ellos, una ráfaga disipó el humo de la explosión, dejando al descubierto el camino del otro lado, donde una luz roja se movía, pareciendo burlarse de los que había dejado atrás. La luz se iba desvaneciendo, en cuanto corría por una curva. Se oyó entonces el ruido de unos tiros que resonaron distintamente en el silencio de la noche, como un saludo de despedida.

El puente había volado con dinamita, para evitar la persecución. La segunda línea de defensa famosa empleada por el Maestro en disfraces, habíale resultado eficaz.

CAPITULO VII

El mayor Lessways, director general de la cárcel de Bleakmoor, caminaba de un lado a otro, en su despacho, con actitud reflexiva.

Tenía el semblante más pálido que de costumbre y los surcos de la frente y a los lados de su boca, se pronunciaban en forma rara. Al avanzar y retroceder, golpeaba nervioso los dedos unos contra otros, como individuo que se encuentra irritado y perplejo hasta más no poder.

De pronto se detuvo y volviéndose con el ceño fruncido al guardián que se hallaba en su despacho, llevándose continuamente la mano a los ojos enjugándoselos con un pañuelo, le dijo con violencia:

—¿Dice usted que la cuadrilla de presos fué atacada por un hombre que apareció en un choche limousine, en medio del camino? ¿No es así, Hook?

El aludido presentaba un aspecto desastroso, suficientemente grotesco y desagradable como para provocar aún más la irritación del director, por más que bien se lo podía disculpar, teniendo en cuenta las circunstancias en que se hallaba.

El pobre hombre respondió al punto:

—Sí, señor.

—¿Y es cierto que lo enceguecieron con un gas, antes de que pudiese tomar nota de lo sucedido?

—Sí, señor. Todos sufrimos, en un segundo, de una ceguera que nos sumió en un estado de dolor espantoso. No puedo decirle cómo eran aquellos hombres. No tuve tiempo de observarlos. El guardiacárcel Snell ha de testimoniar lo que acabo de confesarle.

—Muy bien, lo llamaré a Snell luego. Quiero que me relaten los hechos cuanto antes. ¿Está usted convencido que se trataba de un ataque y que los hombres del automóvil presentaron una actitud hostil.

—Seguro, señor.

—¿Qué objeto podían tener, para arrollarlos y después enceguecerlos con una preparación química? ¿Qué propósitos los guiaban, Hook?

—Trataban de libertar a alguno, señor. A lo menos, eso es lo que me pareció, — respondió el guardián con voz ronca, pues el gas había afectado también su garganta. — Andaban en busca de alguno, pero no dieron con él. Tanto Snell como yo estábamos casi ciegos, pero recordé mi responsabilidad y dije a mi compañero: "Anímese y luche para no dejarse aplastar". También sostuve mi rifle, señor, y pude saber la dirección que llevaba el coche, al que apunté sin dar en el blanco. Sin embargo, tal vez haya herido a alguno, porque desaparecieron velozmente, sin conseguir al hombre que buscaban.

El mayor Lessaways sacudió la cabeza y tocó el timbre de su escritorio. Al punto acudió un mensajero.

—Me alegro de que haya conservado usted la cabeza y que haya actuado con la prontitud que el caso requería, Hook. Parece que salvó la situación, — agregó con tono de ironía, que el guardián no alcanzó a notar. — Ahora, mejor es que se retire y que le curen los ojos. Y usted, mensajero, corra y diga al guardián Snell que venga en seguida.

Ambos se retiraron y el director volvió a caminar de un lado para otro precocupado, hasta que apareció el otro guardián con los ojos vendados, mucho más decaído que su compañero. Entre los penados de Bleakmoor difícilmente se encontraría uno, con el rostro más apenado y tristón que el que en ese momento tenía Snell; pero en el concepto del director, era uno de los hombres más sinceros y en quien podía confiar absolutamente. La actitud del mayor Lessways al recibirlo, no era tan violenta como la demostrada frente a Hook.

—¿Cómo están sus ojos, Snell? — preguntó en cuanto lo vió.

—Mejor, señor, pero aun me causan mucho dolor, — replicó el aludido.

—¿Han curado a todos los hombres de la cuadrilla?

—A todos se les ha prestado asistencia, señor. Ya pronto los llevarán a la cuadra, conforme a sus instrucciones, para pasarles revista y llamarlos.

—¿Está usted seguro, Snell, que todos se encuentran en sus celdas?

—Todos no, señor; falta uno.

—¿De manera que el atentado, con el fin de libertar a uno de ellos, ha fracasado?

—No sé lo qué quiere decir usted, con la palabra fracasado, señor.

—Quiero decir, Snell, que si uno de esos individuos se proponía llevar a uno de los penados, el ataque no ha tenido éxito alguno. ¿Cree usted que no han tenido el éxito deseado?

—No sé, señor.

—He sabido que la situación fué dominada gracias a la intervención rápida de su colega Hook, — agregó el director con los ojos fijos en Snell.

—¡Oh! — exclamó el guardián volviendo sus ojos vendados al director con una expresión significativa que no necesitaba mayores explicaciones.

—Creo que apuntó a los malhechores, obligándolos a emprender la retirada.

—No hizo tal cosa. No se tiró a nadie, que yo sepa, señor, — replicó Snell.

—¿Está usted seguro?

—Es verdad, señor. Lo último que ví de Hook, era un cuerpo acurrucado a un lado del camino, retorciéndose, gimiendo y sin auxilio alguno, como todos los que lo rodeaban, señor. En ese instante sufrí los efectos del gas. Enceguecidos y presos del mayor dolor no podíamos levantar ni un dedo para salvar la situación. Si el guardián Hook dice lo contrario, señor, entonces es un...

—Perfectamente, Snell. Lo suponía y logré saber que todos estaban imposibilitados debido a la preparación química que les arrojaron, a pesar de que los dueños del automóvil podían efectuar todo lo que deseaban sin temor de ser interrumpidos en su tarea.

—Ya vé usted, señor, que si estábamos ciegos, no podíamos tomar ninguna resolución, — repitió el guardián. — ¡Era imposible, señor?

—Me doy cuenta, Snell, y no los censuro. El ataque (pues no cabe duda de que fué un ataque) debió haber sido planteado de antemano y estaba perfectamente organizado. Lo más extraordinario es que por alguna razón, no hicieron absolutamente nada, después de todo. No han intentado llevarse a ninguno de los penados, pues todos han regresado a sus celdas. ¿Me podría explicar esto, Snell?

—No puedo, señor, — refunfuñó el guardián. — Por lo que concierne a Hook y a mí, puedo asegurarle que bien se podrían haber llevado a todos los presidiarios, sin que lo impidiésemos. Tan pronto como recobré los sentidos, pensé que alguno faltaría y los sentí gemir a mi alrededor. Después de una hora me desperté del todo y me disponía a pasar lista, cuando llegó Pierce con refuerzos. No sé si los individuos del automóvil sufrieron algo, si alguno los molestó o fueron heridos. Puede también haber ocurrido alguna explosión en el mismo coche que haya dado lugar a todo esto.

—¡Ah, doctor! Pase adelante, — exclamó de pronto el director mirando hacia la puerta, donde se veía a un caballero de cabeza gris, bajo, pero decidido. El guardián Snell se retiraba guiado por el mensajero.

—¿Cuáles son sus conclusiones, doctor? — preguntó el director.

—Extraordinario, señor, muy extraordinario. Tanto los guardiacárceles, como los penados han sido enceguecidos por un gas vulgar, de los que usaban en la guerra, que pertenecen a una variedad invisible. Por el momento causa gran dolor y es de mucho efecto, pero luego no produce nada de peligro. Bien pronto los hombres se hallarán perfectamente, pues a todos los he sometido al tratamiento que el caso requería. Ahora están reunidos en la cuadra, para la revista. Realmente que es una cuestión digna de estudio que me ha dejado asombrado. Usted, señor director, ¿no ha formulado alguna teoría al respecto?

—No puedo formar más que un juicio. Ha sido un plan organizado con el objeto de apoderarse de uno de los penados en particular. Pero, seguramente, al no encontrarlo en Crossdip Quary, se habrán retirado con las manos vacías.

—De cualquier manera, deben haber te-

nido algún indicio de que se hallaba precisamente en esa cuadrilla, — respondió el médico.

—Han de haber recibido alguna información falsa. Con toda seguridad de que si hubiese estado ahí, se lo hubiesen llevado con facilidad. Hasta la semana pasada, el penado 122 se hallaba entre la cuadrilla de Crossdip Quary.

—¿Se refiere usted a Vinall, el Bandera Roja, condenado por traición?

—Sí.

El doctor movió significativamente la cabeza, mientras que el mayor Lessways tomaba el sombrero y salía en dirección a la cuadra de penados.

Estos se hallaban de dos en fondo con los ojos vendados, como si hubiesen sido condenados a muerte.

El guardián en jefe permanecía esperando al director.

—Dígame Pierce ¿ha pasado lista ya?

—Sí, señor.

—¿Todos estaban presentes

—Todos presentes, sumaban doce. No faltaba ninguno cuando pasé revista en el camino.

El mayor Lessways se adelantó para mirar de cerca el rostro de cada uno de los penados a quienes conocía perfectamente. Antes de llegar al último se detuvo, pues el presidiario temblaba como con escalofríos y tenía el semblante pálido, más blanco que la venda que cubría sus ojos.

—¿Qué recuerda usted a propósito de lo sucedido, penado 88? — preguntóle el director.

El presidiario no respondió nada, como si no se hubiese dado cuenta que se dirigían a él. El guardián en jefe lo sacudió de los hombros.

—Dígame ¿no sabe usted cuando le dirigen la palabra? — le dijo.

—¿Qué recuerda usted a propósito de lo sucedido? — repitió el director.

—No me acuerdo de nada, señor, — manifestó el penado.

El mayor Lessways frunció el ceño y miró a Pierce. Luego se adelantó hasta detenerse bajo una gran lámpara que iluminaba toda la cuadra en ocasiones especiales.

—Dispérselos, Pierce, parece que hay un ter[illegible] sus respectivas celdas.

En eso exclamó:

—¡Hola! ¿Qué desean?

Al decir eso se volvió contrariado hacia un mensajero que se acercaba.

—Dos caballeros lo buscan, señor, — dijo el mensajero. — Desean verlo en seguida con urgencia, lo mismo al doctor. Uno de ellos es de la Policía Central.

—Hágalos pasar a mi despacho, voy al instante, — replicó con ansiedad el director, diciendo para sí, mientras entraba al edificio interior de la cárcel: — Qué diablos significará todo esto? Quisiera saber si ese Harker no tendría algo que decirme, algo al respecto cuando me llamó anoche.

No bien hubo llegado a su despacho, la puerta se abrió para dar paso a Sexton Blake y a Harker, inspector de policía. El mayor Lessways los miró con el ceño fruncido.

Las facciones impenetrables e indiferentes del famoso detective no denunciaban nada anormal; en cambio, los ojos de Harker revelaban una ansiedad y excitación que el director de la cárcel pudo apreciar en seguida. La idea de que Harker supiera algo sobre el asunto, o hubiese sabido antes lo que iba a ocurrir, le asaltó de nuevo.

—Ustedes son las personas que realmente deseaba ver, — murmó al saludarlos. — ¿No saben nada de lo que ha pasado entre la prisión y Cross Guarry?

—¿A propósito de qué asunto? — preguntó Blake en seguida, en tono algo precipitado.

—¿Entonces ustedes ignoran lo sucedido?

—Se lo diremos después. Primero refiéranos los hechos. Contamos con muy poco tiempo, — replicó Blake.

Miró el reloj con impaciencia y el director de la cárcel volvió a fruncir el ceño, pues comprendió que algo enigmático se preparaba.

¿Qué sabrían esos hombres? ¿Por qué no lo habrían consultado de antemano si alimentaban alguna sospecha?

Sintióse algo picado, pero, a pesar de su resentimiento relató en resumen lo ocurrido en términos categóricos, concretándose al relato de los hechos, sin saber que eso era, precisamente, lo que a Blake le interesaba.

—Fué un audaz e ingenioso atentado para rescatar a uno de los penados políticos seguramente, a un renegado llamado Vinail, condenado por la incitación a una traición que cuenta con gran número de amigos entre los revolucionarios anarquistas.

—¿Cómo es que sabe todo eso? — preguntó Blake al instante.

—Lo presumo.

—Ya veo, — respondió el detective con ironía. — Prosiga mayor Lessways.

—Decía que era un audaz e ingenioso atentado. El empleo del gas fué tan repentino y eficaz que dejó a los guardiacárceles imposibilitados para tomar una decisión. En resumen: toda la cuadrilla se sintió indefensa ante el ataque. Felizmente no tuvieron éxito y fracasaron, debido a que el hombre que buscaban no se hallaba entre los penados. Ultimamente ha sido transladado a otra cuadrilla, que se emplea en otras faenas.

—Usted presume eso también, ¿no es así?

—Es una suposición que bien podría calificarse de cierta. ¿Cómo puede ser que después de atacada con tanto éxito la cuadrilla regresase intacta?

—¿De modo que todos los penados volvieron a sus celdas?

—Todos.

—¿Está seguro?

—Segurísimo, — afirmó contrariado el director. — No pretenderá insinuarme que soy tan tonto como para...

—De ningún modo, señor mayor. Pero las apariencias a veces engañan. ¿El penado 88 volvió conjuntamente con los demás?

—Por supuesto; no hace unos minutos que acabo de hablar con él.

—Me refiero a Mordue Vanderluyt.

—Ya lo sé.

—¿No tendría inconveniente en traerlo a esta habitación?

El director se sonrojó, algo contrariado, dispuesto a discutir tal vez. Pero al notar algo sincero en el modo de ser de Blake y en la expresión de sus ojos, se arrepintió, e, inclinándose, tocó el timbre. En seguida apareció el mensajero.

—Dígale al jefe de guardia Pierce, y al guardiacárcel Bell, que vayan a la celda del penado 88 y me lo traigan inmediatamente.

Los tres caballeros en el despacho esperaron al presidiario.

A los pocos minutos, apreció un hombre en uniforme de preso, con el rostro macilento y el cuerpo preso de escalofríos nerviosos, vigilado por dos carceleros. Tenía la cabeza inclinada, los ojos vendados y las manos trémulas como un enfermo afiebrado.

El director lo señaló en silencio y, con una mirada de desafío, sonrió ante Blake que permanecía impasible.

El detective fijó entonces la vista con curiosidad en el rostro del penado, sin denotar desilusión alguna. En seguida se volvió hacia Harker:

—Hágalo pasar, — dijo en voz baja.

Harker con unas palabras de excusa, se adelantó hacia la puerta del despacho.

El director asombrado los miraba con cierta contrariedad, hasta que por fin se atrevió a decir:

—¿Qué pasa, señor Blake¿ ¿Qué significa este misterio impenetrable? ¿Qué tiene qué...

Se detuvo al notar que Blake levantaba una mano, diciéndole con tranquilidad:

—Tenga paciencia, mayor Lessways.

Esperaron en silencio unos segundos y no se oía más que el ronquido que hacía el penado al respirar, temblando entre los dos carceleros. Se sintieron unos pasos afuera y Blake abrió la puerta de golpe, dando paso a Harker y a Tinker. Entre ambos descubríase la figura de un individuo cubierto por completo con una manta. En cuanto Blake hizo una inclinación de cabeza, dejaron el cuerpo sobre la alfombra, donde permaneció sin movimiento alguno.

El director de la cárcel se manifestó perplejo sin saber qué decir y los carceleros estupefactos miraban espantados aquella escena. Una idea de lo que ocurría pareció impresionar al presidiario allí presente, pues de pronto no se oyeron los ronquidos de su respiración fatigosa, como si hubiese detenido la respiracinó ante el espectáculo horrendo que se desarrollaba en el despacho del señor director.

—¿Conoce usted a Mordue Vanderluyt, señor Lessways? — preguntó Blake en voz baja y en tono dramático.

—Por supuesto, ¿por qué me lo pregunta

—Ustedes, — dijo dirigiéndose a los carceleros, — ¿reconocerían al penado 88?

Ambos se demostraron asombrados y sacudieron la cabeza en señal afirmativa. Blake se agachó al instante y con una sonrisa burlona levantó la manta que cubría el cuerpo del hombre que yacía postrado a sus pies. El rostro demacrado del presidiario millonario, pálido como un espectro, con la muerte retratada en su expresión, parecía mirarlos con ojos inflamados, sin conocimiento alguno. El director de la cárcel se adelantó para observarlo y prorrumpió en una exclamación al reconocerlo.

—¡Ben¡dito sea! — repitió aterrorizado. — Ha muerto Vanderluyt. Mire Bell, fíjese Pierce... ¿Qué?...

Sus exclamaciones de espanto y asombro fueron interrumpidas de pronto por un grito inesperado que partió del lugar en que se hallaban los carceleros. El supuesto Vanderluyt, pálido y tembloroso, blandía las manos en alto como un hombre ante las amenazas de la muerte, pidiendo auxilio antes de caer, hasta que, en un abrir y cerrar de ojos, se le vió desplomarse, preso de un ataque nervioso.

A través de los caminos, entre la niebla de la noche, corría velozmente la Pantera Gris, haciendo sonar musicalmente su poderosa máquina. Sexton Blake estaba silencioso y ceñudo, mientras a su lado Tinker manejaba el volante, con los ojos fijos al punto que se dirigía.

—Si tenemos suerte, — exclamó Blake rompiendo el silencio, — alcanzaremos el tren en Meston Abbot. Si logramos, llegaremos pronto a la ciudad. Voy a telegrafiar a Mannering desde la estación para que nos espere.

Tinker sacudió al cabeza, por más que sus cejas se fruncieron en señal de duda.

—Hemos desbaratado los planes de Kestrel, señor. No puede hacer nada ahora.

—Sí, puede.

—¿Qué?

—Todavía le queda una baraja en las manos, que aun no ha jugado. Y nada menos que la baraja de triunfo que le hará ganar la partida.

—¿Cree usted que la arriesgará?

—No creo. La única duda que existe, depende de nuestra habilidad.

—¿De quién más? — preguntó ansioso Tinker, mirando el perfil ceñudo de su jefe.

Se precipitaron a través de la niebla espesa, hasta subir a un barranco, que dejaba vislumbrar la senda, gracias a los rayos de la luna.

—Depende, además, de nuestro automóvil, — respondió secamente el detective, tratando de mirar el acelerador que poco a poco adelantaba.

CAPITULO IX

LE DARÉ UN CHEQUE

En el rostro pálido y fiero que se reflejaba en el espejo, se dibujó una sonrisa sardónica que al instante desapareció, dejando los labios delgados con una expresión amargada, en momentos que la mano de un hom-

bre se deslizaba entre un vaso, para luego palidecer aun más las meillas, con un cosmético habilidosamente aplicado.

El semblante que así se reflejaba, era el de León Kestrel, de facciones siniestras. Gradualmente cada detalle del retrato que tenía sobre la mesa tocador en su estudio de pintura de Batley Mews, fué reproduciéndose fielmente, hasta que por fin, le rostro que asomó en el espejo, no fué más que el de Mordue Vanderluyt.

La metamórfosis se había efectuado en un corto espacio de tiempo, lo que constituía una de las características del Maestro en Disfraces. La falta de los dientes posteriores del maxilar superior, marcaba la expresión caída de las mejillas y la prominencia de los huesos. Todo el contorno de la cara en la parte inferior, representaba exactamente las facciones de Mordue Vanderluyt.

Sobre el puente de la nariz, una chapita de celuloide color carne que se acomodaba perfectamente sin dejar visibles, le daba la forma requerida a la nariz, semejante al pico de un halcón. Las cejas en línea recta que se unían en el entrecejo y la sombra pintada en las pestañas del párpado, concluyeron por desfigurarlo, hasta reproducir el rostro deseado.

León Kestrel aplicaba sus postizos con cuidado, como un hombre que ha tratado de perfeccionar un arte ya en desuso. Para él, los efectos de luz de que se disponía en los teatros, disimulaba las imperfecciones y por eso no se daba mayor importancia al hecho de disfrazarse, lo que no se había llegado a practicar en forma debida. Para él, nadie conocía el verdadero arte de reproducir al hombre que fuese necesario imitar. Mucho menos el arte de asumir el carácter debido de la persona que se trataba de representar.

El estudiado movimiento, la imitación fiel de las actitudes, la reproducción de los gestos humanos y el amaneramiento de las personas, las inflexiones de la voz, el uso inconsciente de ciertas frases, todos esos detalles que constituyen la persona y caracterizan los tipos, permanecían ignorados por los que se titulaban artistas, según Kestrel.

Por último se incorporó y tomó un grueso sobretodo, con el cuello levantado para ocultar la parte inferior del rostro. Una gorra inglesa, bien entrada, no dejaba ver la otra mitad de la cara, escondiéndolo por completo. La parte visible del rostro al descubrirse en parte, le daba toda la apariencia de Mordue Vanderluyt. De un cajoncito que abrió en un artístico cofre, tomó la pistola automática, examinando los cartuchos antes de guardarla en el bolsillo. Descendió por la escalera espiral, para encontrar a Lessing que lo esperaba, con el rostro siniestro y ceñudo. Fifette Bierce se encontraba a su lado y al mirar a Kestrel, sus facciones hermosas se velaron, tomando una expresión de ansiedad que no trató de ocultar.

—¿Por qué está tan decaída usted? — le preguntó Kestrel con alegría manifiesta.

—No estoy decaída, — respondió la joven con calma. — Su disfraz no puede ser más perfecto León, — agregó mirándolo con curiosidad y satisfacción. — ¿No es cierto Hubert que es un disfraz perfecto?

—Pasará, — contestó secamente Lessing.

—Tomé más cuidado que otras veces Fifí — refunfuñó Kestrel. — No debemos permitir de ningún modo que un chato maldito, como Blake cante victoria y se sobreponga a nosotros.

—De cualquier manera, nos ha hecho fracasar el plan.

—¡Gran cosa! Todavía no nos ha fundido; ¿dónde está Madrano y los otros?

—Se han ido, — respondió serenamente Lessing.

—¿Saben lo que tienen que hacer?

—Si nos fallan, será una desgracia para ellos mismos. Presumo que X no ha mandado decir nada, ¿verdad?

—No. Tanto él como los demás están vigilando. Por lo pronto, Blake y el chico no han regresado a Baker Street. Si lo intentan y piensan ir a Kensington, estoy seguro que no llegarán.

—¿Se lo ha dicho claramente a X?

—Con toda claridad.

—¿Y qué me dice de la policía León? — preguntó la joven Fifette.

—Los hilos telegráficos están interrumpidos. No tendrán tiempo para proceder, salvo que nosotros demoremos y perdamos tiempo. Venga Hubert.

Ambos salieron del estudio, a la callejuela Batley Mews y Kestrel miró en derredor con satisfacción al observar la niebla que los envolvía con una oscuridad que parecía desafiar la luz del día.

—Si está así en Hampstead, no dudo que estará peor en Kensington, agregó Kestrel. La suerte nos ha abandonado del todo.

Un coche los esperaba a unas veinte varas de la calle más importante. Entraron con precipitación y el automóvil se puso en movimiento en dirección a Haverstock Hill, hasta llegar a Londres.

Se detuvieron en la esquina de una calle de Kensignton y caminaron en silencio, llegando al portón de una casa grande, que se distinguía perfectamente en medio de la niebla.

Al golpear asomó una mucama, de rostro pálido y ojos espantados.

—Deseamos ver al señor Vanderluyt en seguida, por favor, pues se trata de algo urgente, — dijo Lessing. ¿Quiere decirle que nos reciba sin pérdida de tiempo?

—Sí, señor. Pase adelante.

La puerta se cerró tras ellos y esperaron en el triste y silencioso vestíbulo. Mientras esperaban, oyeron unos golpes que venían de arriba, como si alguno estuviese golpeando con los puños una puerta.

El secretario del millonario, Mannering, se detuvo al pie de la escalera con el ceño fruncido al acercarse a los recién venidos.

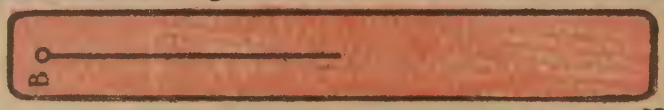
—Dígale a ese hombre que no martille tan fuerte, — le dijo a la mucama. — Ya sabe que al señor Vanderluyt le disgustan los ruidos, — luego agregó

—Sí, señores. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

El más bajo de los recién venidos permaneció mudo, tratando de ocultar el rostro.

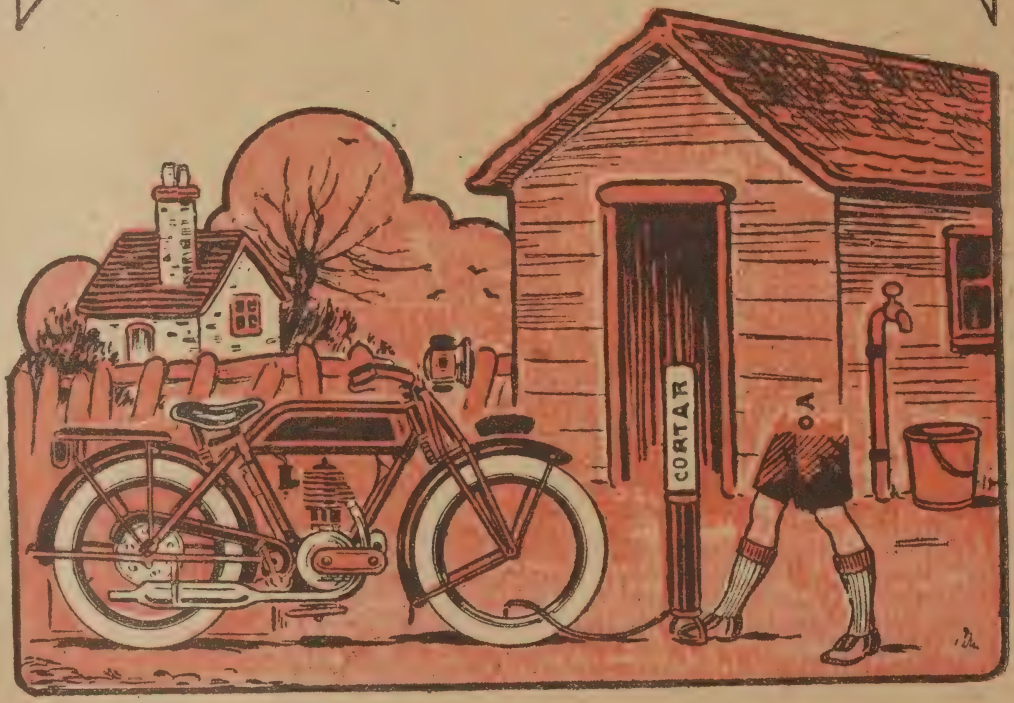
JUANCITO INFLA EL NEUMATICO

INTERESANTE JUGUETE DE MOVIMIENTO



DE FRENTE

DE ESPALDAS



ES MUY FACIL HACER ESTE JUGUETE EN EL QUE SE VE A JUANCITO INFLANDO EL NEUMATICO DESPUES DE PEGARLO TODO EN CARTULINA O CARTON DELGADO, DE DEJARLO SECAR BIEN Y DE RECORTARLO SE CORTA EL HUECO INDICADO Y SE FIJA EL CUERPO CON UN BROCHECITO EN A. SE PONE UN TROCITO DE ALAMBRE SUJETO A LAS MANOS EN B, SUJETANDOLAS A LA MANIJA QUE SE COLOCA DEL LADO DE ATRAS Y SUBIENDO Y BAJANDO LA MANIJA LO QUE ES POSIBLE PORQUE EL ALAMBRITO CORRERA POR LA RANURA QUE HA DE HACERSE EN LA RAYA, JUANCITO BOMBEARA A MAS Y MEJOR.

con el cuello levantado y sin gorra, como para dejar ver la cabeza calva y unos cabellos grises rapados, tal como lo llevan los penados.

—Deseamos ver al señor Jacob Vanderluyt; se trata de algo urgente y él nos debe estar esperando, — dijo Lessing.

—El señor Vanderluyt recién se acaba de levantar y aun no se ha vestido. Sí...

—Estoy seguro que nos recibirá si usted hace el favor de anunciarnos. Me llamo Forbes.

Mannering se inclinó como para consentir en anunciarlos, pero frunció el ceño, dudando de lo que decían.

—Diré al señor Vanderluyt, lo que ustedes acaban de manifestarme, — replicó desapareciendo hacia la biblioteca, regresando en seguida, con la misma expresión de disgusto.

El señor Vanderluyt los recibirá; pasen por aquí.

Ambos lo siguieron a la biblioteca. Una vez ahí, el secretario los anunció y se retiró en seguida, cerrando la puerta de un golpazo, como para demostrarles su contrariedad.

El aponsento estaba alumbrado con una luz velada y el fuego ardía en la chimenea. El anciano, cubierto con un robe de chambré, los observó desde el sillón en que se encontraba, y sus facciones se perdían entre la penumbra, dejando ver, sin embargo, los estragos de la edad. Al principio los miró con indiferencia y de pronto pareció como si hubiese olvidado la presencia de Forbes del todo, pues sus ojos se fijaron espantados con cierta incredulidad, en el otro individuo que permanecía algo más atrás, como temeroso de dar un paso más.

Por unos segundos reinó el mayor silencio, interrumpido únicamente por el ronquido asmático del millonario.

—Como puede ver, señor Vanderluyt, hemos cumplido con nuestra palabra.

—¡Ah!... ¡Ah!..

El anciano se sostuvo en uno de los brazos del sillón y se incorporó, siempre con los ojos fijos e nel otro hombre, como desconfiando de lo que veía, con una incredulidad que inspiraba pena, con la duda propia de los ancianos.

—Hemos llenado una parte de nuestro compromiso, — dijo Forbes. — Le he traído a su hijo.

Al pronunciar las últimas palabras bajó la voz y el anciano vanzó unos pasos mirando siempre al mismo individuo.

—Vanderluyt... ¿usted no tiene nada qué decir¿... — agregó en tono de reproche al volverse a su compañero.

El aludido, pareció salir de un sueño y vanzó hacia el millonario cautelosamente, como si tuviese miedo, con actitud de timidez vergonzosa, dudando del recibimiento.

—¡Padre mío! — exclamó con emoción manifiesta. — Es Mordue que vuelve a tu lado. ¡Háblame padre!

Una risa interrumpida e histérica se dejó oir y el anciano con dificultad se acercó observando aquel semblante que trataba de ocultarse como avergonzado. Le tomó las manos y las estrechó entre las suyas y al punto retrocedió con los brazos en alto, como enloquecido de alegría y de dolor a la vez.

—¡Mordue! ¡Mordue! ¡Hijo mío! — exclamó sollozando. — ¡No creí que vendrías! Nunca creí que dejarías esa vida de muerte perpetua. Yo...

Se detuvo al oir el ruido de golpes en el piso alto, como si estuviesen martillando contra una puerta y se llevó las manos a las orejas con el rostro alterado por una contrariedad convulsiva.

—¡Malditos! ¿Qué es lo que están haciendo? ¿Por qué hacen tanto ruido, cuando mi hijo ha regresado a mi lado?

Vacilante y furioso a la vez se encaminó a la puerta y la abrió para ver lo que pasaba.

—¡Mannering! ¡Mannering! ¡Qué hombre tonto! — gritó con voz chillona. — Dígales que detengan el trabajo, que no hagan ese ruido infernal. Echelos de la casa, hombre. ¿No oye? ¡Le digo que los saque cuanto antes!

Regresó luego al aposento cerrando de un golpe la puerta y volvió al sillón con respiración entrecortada, como preso de la mayor fatiga. Forbes se adelantó entonces, diciendo en tono de hombre de negocios:

—Hemos cumplido con el contrato, señor Vanderluyt. Comprendo que este momento sea emocionado y privado, para usted y su hijo, pero para mí no es más que un asunto de dinero. Su hijo está libre de toda molestia desde ahora. Usted y él, deben proceder con toda discreción, tal como se lo advertí.

—Por supuesto, por supuesto, — repetía el anciano, sin entender lo que le decían al parecer.

—Seguramente deseará quedar solo con su hijo porque tendrán muchas cosas que contarse. Yo soy un extraño, un intruso en este instante. Si me diese el cheque conforme a lo convenido...

—¡Ah, sí! ¡El cheque! ¡El cheque! ¡Se lo daré, como se lo había prometido! — exclamó dirigiéndose hacia un escritorio y tomando la pluma, agregó: — Permítame que le pregunte una cosa... ¿Convine en pagarle ahora? ¿Acaso le?...

—Si nosotros hemos cumplido con el contrato, le corresponde a usted, cumplir con el suyo, — respondió con frialdad Forbes.

—Sí, papá, eso es justo, — agregó el hijo supuesto. — Páguele al señor Forbes y quedemos solos para conversar. ¡Oh, santo cielo! — exclamó en tono de pena. — Si supiera lo que representa la libertad para mí, no discutirías papá. ¡Si supieras lo que es estar en una tumba y con vida, en ese sepulcro de Bleakmoor! ¡Págales, padre querido! ¡Por el amor que me profesabas, págales en seguida!

Jacob Vanderluyt tomó una pluma entre sus temblorosas manos y abrió el libro de cheques. Escribió la fecha y luego se detuvo, como si aquel dinero representase una agonía mental.

—Pero, ¡sesenta mil libras esterlinas, es una cantidad considerable Mordue! — exclamó en tono de protesta.

—Ya lo sé padre. El cielo es testigo que lo sé perfectamente, — replicó el aludido emocionado. — Comprendo que no valgo tanto. Es una suma considerable para comprar la libertad de un pobre desgraciado como yo. Yo creía que tu cariño había muerto. Creía que no podías sentir nada por mí, después de haber arrojado semejante verguenza sobre tu nombre. Cuando me dijeron que aun me querías, no pude creerlo y mucho menos cuando supe que darías tanto dinero para obtener mi libertad y verme de nuevo a tu lado.

En aquel discurso sentimental se translucía algo tan sincero que forzosamente tenía que herir el corazón del que lo escuchaba; aquellas palabras llenas de amargura, el llamado de un hombre avergonzado ante sus faltas, hubiesen conmovido a cualquier individuo, ni aunque hubiese sido más duro que Jacob Vanderluyt.

Ahí, el Maestro en Disfraces, se reveló como nunca, desempeñando admirablemente su papel. La situación se prestaba para que el artista se manifestase como un maestro consumado.

—Padre: todo lo han arriesgado por mí únicamente, — agregó. — Debemos cumplir con el contrato, seamos justos y procedamos con honradez. Prefiero morir una y mil veces, antes que volver a esa tumba. Y pensar que somos ingratos, que vamos a faltar a nuestra palabra...

Se detuvo al ver que su padre supuesto, tomaba la pluma con aire resuelto:

—¡Basta, basta Mordue! Tendrán el dinero que han ganado y que merecen. Forbes tendrá su cheque, los dos recibirán un cheque.

Entonces escribió con mano firme y con cierta ligereza. El brillo de la satisfacción no se hubiese retratado en la mirada de Hubert Lessing, si no hubiese mirado por encima del hombro del anciano, alcanzando a distinguir lo que escribía. Sobre el cheque se leían las palabras:

"Páguese a León Kestrel y Cía., la suma de sesenta mil libras esterlinas".

Debajo extendió las cifras correspondientes a esa cantidad y luego firmó con rapidez: "Sexton Blake".

—Aquí lo tienes, Mordue, — dijo secando el cheque y entregándolo por encima del escritorio. — Puedes dar eso al señor Forbes.

Kestrel lo tomó con mano trémula y cuando sus ojos se fijaron sobre la firma, su cuerpo se enderezó y quedó tieso. Al mismo tiempo, el supuesto viejo saltó del escritorio y toda su impotencia desapareció como por encanto, y una pistola automática brilló entre sus manos firmes. Parecía que una varita mágica hubiese tocado la cabeza inclinada y blanca del anciano Vanderluyt, transformándolo en vigoroso y amenazador. Al avanzar y apuntar a los dos bribones con una mano, aprovechó la otra para quitarse la peluca y dejó ver un rostro impasible, delicado, con unos ojos grises que brillaban enardecidos bajo las tupidas cejas postizas.

Al hablar ya lo hacía con esa voz ronca y desagradable del viejo Vanderluyt, sino con la firme y decidida voz de Sexton Blake, que en tono de amenaza y burla, dijo señalando el chejue que el Maestro en Disfraces sostenía en la mano:

—Ese es un cheque, Kestrel, éste es el otro del que hablaba, — agregó palpando la pistola. — Lo mismo en esencia, pero con otro nombre. Levanten las manos en seguida, exclamó con violencia, — antes de que los mande donde mandaron a Mordue Vanderluyt. Tengo autoridad y órdenes para matarlos si ofrecen la menor resistencia.

Las mejillas de Lessing habían quedado más blancas que un papel y el brillo que reflejaban sus ojos profundos, eran los de una rata arrinconada. Levantó las manos mecánicamente y miró hacia la ventana. El único cambio que se había operado en el semblante del Maestro en Disfraces, era que había perdido la expresión de humildad y vergüenza que retrataba, al imitar a Mordue Vanderluyt. Permaneció rígido, con los ojos fijos en los del detective, revelando el odio profundo que sentía por él.

—Arriba esas manos, — volvió a gritar Blake, al ver que no obedecía. El aludido, las levantó en seguida, lo mismo que Lessing. — Los molesto para que permanezcan en esa actiud, porque mis amigos insisten en que así sea.

Al decir eso movió la cabeza hacia una cortina. Los ojos de los individuos se volvieron para mirar la cortina y distinguieron a Tinker y Mannering que salían por detrás armados con revólver. Al colocarse en situación conveniente apuntando a los dos bandidos, Blake sonrió ligeramente diciendo:

—La distancia entre usted y la eternidad, Kestrel, ha sido muy corta. Pero no he querido acortarla menos, tan pronto. Me pareció conveniente practicar el arte teatral en cuestiones de disfraces, pues no se me presentan ocasiones como ésta, muy seguido.

He podido desempeñar un papel secundario perfectamente. Debo confesar que la parte de Mordue Vanderluyt estaba desempeñada admirablemente por usted. Confío en que mi actuación como padre, le habrá causado la satisfacción consiguiente, desde que no me falló.

Nunca se había encontrado el Maestro en Disfraces en situación semejante y ya la suerte parecía abandonarlo. La seguridad de su fracaso, llevó un resplandor de acero a sus ojos y sus labios se cerraron con fuerza sin dejar salir palabra alguna.

Lessing, con los ojos ansiosos y a la expectativa, miraba por la ventana, dejando correr sangre de sus labios sostenidos con fuerza entre los dientes.

—Lo felicito, señor Kestrel, por el plan de su obra, — continuó diciendo Blake con toda calma. — Pero usted no debe olvidar la verdad de aquella frase de Burns, que dice: "los mejores planes trazados por las ratas contra los hombres, siempre acaban mal y fracasan". Tanto usted como sus amigos han llevado a cabo un partido notable, pero difícil de jugar entre dos bandos como los nuestros.

El Maestro en Disfraces sacudió la cabeza por primera vez hasta entonces y recuperó el dominio que había perdido al verse atrapado. Al hablar, lo hizo no sólo con indiferencia, sino también con desprecio.

—Parece que usted no es solamente un actor, sino también un músico, — dijo a Blake. — La forma en que manejaba el clarín para ponerse en evidencia no deja nada que desear...

No pudo terminar el pensamiento, porque en ese mismo momento se oyó el ruido de unos vidrios y algo estalló en la biblioteca repentinamente, llenando la habitación de un humo inesperado. Kestrel cayó al suelo y la pistola de Blake respondió con un estampido, yendo a herir los vidrios de la biblioteca, algo tarde.

El ataque repentino, agregado al movimiento de Lessing y Kestrel, que se adelantaron en la habitación, dejó desarmado a Tínker y Mannering, lo mismo que al detective. Antes de que se diesen cuenta, la biblioteca se vió cubierta de humo, a través del cual se distinguía la figura de otro individuo, que no podía ser atacado porque no se sabía quién era. Tínker puso la pistola en el bolsillo y permaneció con las manos en alto y los puños apretados, tratando de mirar por entre el humo, pronto para emprender el ataque. De pronto, unas manos lo sujetaron por los tobillos y fué tal la violencia desesperada del muchacho, al querer librarse de su enemigo, que cayó al suelo, con un golpe tan formidable en la cabeza que lo dejó atolondrado y casi sin sentido.

Se incorporó le nuevo tambaleando y le pareció que se descomponía del estómago en tal forma que se vió privado de todas sus fuerzas y energías. Sin embargo, al oír otro ruido de vidrios rotos, se encaminó vacilante al lugar de donde procedían y de un salto cayó sobre el umbral de la gran ventana, salvando la cabeza milagrosamente, concluyendo por caer medio desmayado al pie de las escaleras.

Al mirar hacia arriba, distinguió una puerta de donde salía un humo espeso y amarillento, como procedente de un verdadero infierno. Vío que dos hombres salían del humo, tomados del brazo, hasta que arrollados cayeron por las escaleras, luchando como animales salvajes, hasta que por último se perdieron como una visión.

Con un esfuerzo supremo de voluntad armóse de la pistola. Alcanzó a distinguir que uno de los hombres, se desembarazó del abrazo en que lo tenía retenido el otro y corrió al instante con paso vacilante hacia el portón. Vió en seguida al caído que saltaba y al punto descubrió a su jefe Blake, que se llevaba la mano a la garganta como queriendo recuperar la respiración. Entonces lo vió correr al que huía, hasta detenerse de pronto, cuando dos individuos se le acercaron, por detrás de unas plantas. Una vez encima de él los vió luchar desesperadamente, cuando de repente Tinker descubrió que algo brilaba en la mano de uno de ellos y que Blake caía sobre el pasto como muerto.

Con la cabeza aturdida, el muchacho trató de sostenerse en pie. Preparó la pistola de nuevo y apuntó haciendo fuego. No pudo retener una exclamación de contento al ver que uno de los hombres caía tambaleándose. Los otros se detuvieron y trataron de levantar al caído, cuando Tinker reanimado los siguió como loco para no dejarlos escapar.

Al llegar junto a Blake, se sintió desfallecer. Su jefe se levantó llevándose la mano a la cabeza como para atenuar el dolor que lo atormentaba.

—¿Se ha escapado, — preguntó en voz apagada. — ¿Dónde está Mannering?

Al hablar oyó unos tiros junto al portón. Tanto él como Tinker se encaminaron con dificultad hacia la casa. Descubrieron a Mannering revólver en mano, con el rostro pálido como un muerto. En la puerta de entrada principal, se hallaba la joven Muriel Vanderluyt, acurrucada, temblando y asustada.

En cuanto Mannering vió a Tínker y Blake corrió a su encuentro, exclamando:

—Me la dieron y los perdí por un segundo. A uno de ellos lo hice volar. Se han escapado en un automóvil. Parece que eran más que nosotros.

Al decir eso miró con expresión de pena al detective, agregando:

—¿Lo han herido? ¿Y a usted Tinker? ¿Pero que es lo que ha pasado?

—Nada, nada Mannering, — respondió Blake con una amargura que revelaba su gran desilusión. Si yo me hubiese imaginado tal cosa, me hubiese valido de todos los policías del Departamento Central, con tal de apresarlos y castigarlos como se lo merecen. Si hubiese soñado...

—¡Harthley! ¡Harthley! Por favor ven! — interrumpió la frase, la voz de la joven, como un ruego penoso. Mannering corrió hacia ella, seguido por Tinker y Blake.

Muriel Vanderluyt tomó a su novio de las solapas del saco y con los labios trémulods y la mirada aterrorizada, exclamó:

—Ha sido terrible... terrible Hartley... — y con voz entrecortada, agregó:

—Mi padre, mi padre... ¡Oh! por favor vengan...

La servidumbre también con signos de terror en el semblante, veíase en el vestíbulo, estupefacta después de la repercusión de tanto balazo y vidrios estrellados.

Mannering sosteniendo a su novia, sobió las escaleras, camino hacia las habitaciones del millonario. Mannering y Blake habían cerrado con llave al anciano. El procedimiento era algo aventurado, pero no les quedaba otro remedio si querían sorprender cómodamente al Maestro en disfraces y a sus compañeros en el acto del delito.

Confiaron en que el millonario no se daría cuenta de lo que pasaba, sin saber que entuviese encerrado con llave como un prisionero. Pero la mala suerte quiso que se levantase más temprano que de ocsumbre y aquel ruido de golpes contra la puerta que molestaba a Lessing y a Kestrel y que Blake calificó de insoportable y le causó una irritación supuesta cuando se hacía pasar por el anciano, no era más que causado por los golpes que daba Vanderluyt furioso para que le abriesen la puerta.

Aquellos golpes habían cesado, pero nadie les dió importancia y creyeron que al fin, el viejo se habría sosegado volviendo de nuevo a la cama.

Cuando Mannering, la joven Muriel y los

demás se acercaron, descubrieron que la puerta estaba abierta.

Hartley Mannering parecía desconcertado y mirando a la joven temeroso. Muriel tenía los ojos desmesuradamente abiertos, las mejillas pálidas y los labios más blancos aun.

—Yo la abrí, — dijo casi sin poder balbucear la palabra. — Por favor... Hartley... entra a la habitación... yo no puedo, no me atrevo.

El secretario se manifestó más alarmado y como titubeaba, Blake avanzó y abrió decididamente la puerta del todo. Sin embargo se detuvo antes de avanzar, mirando con asombro el cuerpo inanimado del millonario que yacía en el suelo.

—¡Santo Dios! ¿Qué es esto Mannering? Se habrá desmayado seguramente.

Allí, veíase a Jacob Vanderluyt hecho un montón, junto a la puerta. En cuanto Blake se inclinó para observarlo, descubrió la serenidad de su semblante y la palidez de su rostro, lo que le hizo suponer algo grave.

Tomó el puño del anciano y trató de conseguir que sus pulsaciones repercutieran entre sus dedos, pero todo fuó inútil. Se arrodilló y aunque con un dolor de cabeza insoportable, hizo todo lo que estaba en su poder para descubir un signo de vida en el villonario, sin resultado alguno.

El afiebrado tic tac de aquel corazón gastado, había cesado para siempre. Jacob Vanderluyt estaba muerto.

* * * *

De la intriga ingeniosa que Sexton Blake había conseguido desbaratar queda muy poco que añadir. El desgraciado Mauro fué sometido a un juicio por intervenir en una conspiración criminal; pero gracias a la poderosa intervención generosa de Blake y de la policía, como de lo manifestado por el infeliz víctima de un engaño, el jurado falló, condenándolo como culpable pero con toda clase de recomendaciones para que se le prodigara la mayor indulgencia. Como el juez que intervino en la causa era un hombre muy severo, lo sentenció a pasar una temporada en Bleakmoor, con el propósito de que sufriera las consecuencia de su locura y se diese cuenta que la vida de presidiario no era halagadora y no valía lo que la libertad por dura que ésta fuese.

Debido a la intervención de Blake y Mannering, una vez cumplida la condena, se le consiguió un buen empleo fuera del país, para que sostuviese a su esposa y a su hijo. Su buena conducta y su contracción al trabajo, lo han puesto en condiciones de ahorrar y establecerse, en forma de no verse más expuesto a la miseria que casi concluyó con su vida.

Con la muerte trágica de Mordue Vanderluyt y la de Jacob Vanderluyt, a causa del precipitado ataque al corazón, toda la fortuna pasó a su hija, por lo que se salvaron todos los obstáculos que impedían su felicidad y la de Hartley Mannering, bien ganada, en consideración al gran amor que ambos se profesaban.

Para Blake y Tínker, aquella conspiración sofocada con ayuda de la policía, no podía olvidarse y siempe permanecerá viva en la memoria de ambos, pues, en ninguno de los otros asuntos que tuvieron que intervenir, evidenciaron los métodos empleados por León Kestrel con más exactitud. El genio de la intriga, la audacia en la ejecución de los planes, la habilidad en la presentación de tipos y la naturalidad para desenvolverse, les fué revelada y les servió de lección a los dectetives que intervinieron en esa ocasión.

Sin la astucia del enano francés Baudelaire y sin la cooperación de Mannering, quien por casualidad llegó a Baker Street, los planes atrevidos del Sindicato hubiensen tenido el mayor éxito y se hubiesen llevado a cabo sin dificultad.

Mordue Vanderluyt hubiese recobrado la libertad mediante la intervención de Mauro en su lugar, sin que, probablemente, se hubiese descubierto la situación. En esa forma, el Sindicato hubiese alcanzado a enriquecerse con setenta mil libras esterlinas, por una una noche de trabajo en Crossdip Quarry.

Sin embargo, León Kestrel había visto el fracaso completo de su plan de acción y se sentía más desconcertado que nunca. Los honores de la lucha pertenecían a Blake. Pero para el famoso detective, aquella victoria tenía un sabor amargo, por que el Maestro en disfraces y la banda de malhechores, una vez más habían eludido la acción de la justicia, librándose de la prisión.

Sobre Sexton Blake y sobre todos los que defendían el derecho de propiedad y las leyes establecidas, existía la sombra siniestra del Sindicato, a la cabeza del cual se destacaba León Kestrel, la figura más temible y hábil del mundo del crimen.

Dentro de poco la novela policial completa titulada "El secreto de Tinker"

EL DECIR DE LA GENTE

Un ladrón

Por RODOLFO BRINGER

(TRADUCCION DEL INGLES)

Cuando lo dijo el famoso Echegaray en su drama "El gran Galeoto" ya estaba la humanidad convencida del mal que pueden hacer las habladurías... Los chismes hacen y deshacen reputaciones como se verá en el caso presente tratado con indiscutible acierto humorístico.

AL levantarse aquella mañana, el bondadoso señor Smith fué como todos los días a dar una vuelta por su quintita para ver cómo estaban las arvejas, los porotos y las papas que había sembrado algunos dían antes.

Harto ya de despachar expedientes en la oficina del Estado donde prestaba sus servicios el bueno de Smith, tuvo la suerte de que le cayera una herencia, como llovida del cielo, la cual le permitió comprar una casita en el campo, rodeada de su jardín y de su quintita, y retirarse allí para pasar en paz el resto de su vida .

La mañana a que me refiero, Smith, al salir al jardín, divisó un soberbio conejo que se entretenía en comerse las plantas apenas crecidas en los arriates.

Es evidente que el bueno de Smith pudo muy bien agarrar un bastón y matar con el mismo al intruso para comérselo luego bien condimentado. Estaba en su derecho; la ley le autorizaba a hacerlo y el lo sabía. Pero el pobre hombre pensó que el conejo se habría escapado de algún corral vecino y que si lo mataba seguramente tendría algún disgusto, y se contentó con tomarlo de las orejas y encerrarlo en una casilla en donde guardaba sus herrramientas de jardinería, mientras recorría las casa de los vecinos para averiguar quién había perdido el conejo.

El leporino no pertenecía a ninguno de sus vecinos de al lado. Esto debía haberle bastado para calmar sus escrúpulos, pero deseando ser honrado hasta el fin, dió una propina al pregonero del lugar para que anunciase el hallazgo del conejo. Un cuarto de hora después se le presentó la vieja Morly quien le dijo: "Vengo a ver esa pieza"; apostaría cualquier cosa que es mía.

El bueno de Smith se dirigió seguido de la comadre a la casilla donde cerrara el animal, y vió que el conejo había desaparecido.

—¡Anda! — exclamó, — ¡Lo siento mucho, pero el conejo se ha escapado!

—Ya, ya... — dijo la vieja sospechando algo. — Ahora resulta que lo he perdido porque seguramente era mío. Y era un buen ejemplar: lo menos valía seis chelines. ¡Haber tenido más cuidado hombre de Dios! Cuando se encuentra uno en su casa un animal que no es suyo, se lo encierra mejor... Seis chelines para mí, ¡pobre mujer! suponen mucho.

—Escuche usted, — le dijo; — realmente no tuve yo la culpa, pero para que no se diga que lo pierde usted todo, ahí van tres chelines, nos repartiremos la pérdida.

La vieja se marchó, pero ya había a la puerta de la casa de Smith tres personas que esperaban, las cuales habían perdido cada una un conejo.

—Que voy a hacerle... además era de la pado!... lo metí en la casilla de las herramientas, pero...

—¡Pues es una gracia! — exclamó una.

—Qnue voy a hacele... además era de se señora Morly.

—¿Qué sabe usted? Si ella no lo ha visto, ¿cómo puede afirmarlo? Lo mismo podía ser el mío.

—O mío.

—O mío.

—Que le vamos a hacer. Para otra vez que me encuentre otro conejo, ya lo encerraré mejor.

Las tres personas se fueron sin decir adiós, recelando del bueno de Smith.

Otras más acudieron luego que quería ver si el conejo era uno ue se les había escapado durante la mañana. La casa fué un jubileo. Todos los habitantes del lugar habían perdido un conejo y venían a reclamarlo.

A todos les explicó el caso Smith, y al despedir al último cayó rendido en una silla y exclamó:

—¡Como me encuentre un conejo otra vez me lo como!. Después de que el animalito me ha destrozado mis plantas y me ha costado tres chelines, pierdo la confianza de mis convecinos.

Sus penas no acabaron ahí. Pronto pudo convercerse de que en el lugar todo el mundo le miraba con malos ojos. Veintiseis personas le acusaban de haberles robado un conejo y veintiseis conejos es mucho para un hombre solo. La vida se le hizo imposible. Le llamaban ladrón de conejos.

El bueno de Smith tuvo que vender la casa y abandonar el jueblo.

R. BRINGER

EL DIARIO

HA CUMPLIDO 45 AÑOS

Su colega "The Standard", autorizado órgano de la colectividad británica residente en la Argentina lo saluda así:

"THE STANDARD"

"Nuestro muy estimado colega de la tarde, "El Diario" cumplió el martes 45 años. Fundado por don Manuel Láinez en 1881, es uno de los pocos diarios de su categoría que ha soportado las pruebas del tiempo. "El Diario" es, en sí, una clase. Bajo muchos aspectos, un diario, es un diario o, como dijo Byron, "un libro es un libro aunque no haya nada en él". "El Diario", es un diario; pero hay diarios y diarios, del mismo modo que hay composiciones y composiciones.

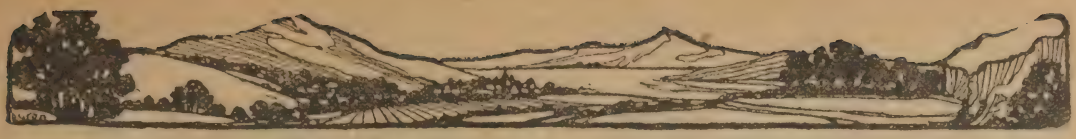
Es un diario que es para el común de las publicaciones de la tarde lo que el minuet es para el charleston, lo que un Stradivarius para un violín común, lo que la música es para el "jazz". Es un diario que se puede leer sin que se experimnte la impresión de que el tiempo que se haya dedicado en recorrerlo pudiera haberse empleado mejor.

Con gran placer y con respeto, enviamos a "El Diario" nuestras sinceras felicitaciones, lo mismo que a su director — hijo del fundador — que ha celebrado hace pocos días sus bodas de plata periodísticas."

EL DIARIO

Av: de MAYO 662 - Bs. As.

APARECE A LA HORA 17.



INTERESANTE DIVULGACION CIENTIFICA

EL ALUMINIO

Cómo fué descubierto hace un siglo el misterioso y liviano "metal de arcilla" que ha llegado a ser tan útil a la humanidad. El aluminio es un descubrimiento del genio del hombre que manejando la electricidad ha sabido arrancarlo a la tierra que pisamos.

Ærstend, verdadero descubridor del aluminio

El aluminio es un metal que ha entrado de lleno en la industria y las actividades humanas y sin embargo su origen y su fabricación son poco conocidos. "Pucky", deseoso de unir lo útil a lo agradable, ofrece a continuación todos los datos que al respecto ha podido reunir en diversas publicaciones que se hicieron con motivo de cumplirse el año pasado, el centenario del descubrimiento de ese metal.

Porque fué en el año 1825 cuando el sabio Ærstend consiguió separar el aluminio, be la experiencia fundamental sobre la cual descansa hoy el electromagnetismo.

Los trabajos de Ærstend se inspiraron en las experiencias que hizo Davy en 1807, sirviéndose de la electrólisis para aislar el potasio y el sodio, basándose también en lo dicho por el sabio Paul Berzelius, que después consiguió aislar el silicio.

Ærstend quiso intentar una operación química que resultara a la inversa de la que eejcutó Davy, con la cual preparó el cloruro de metal alcalino, valiéndose del óxido para aislar los elementos de cloruro. El óxido que logró fué el aluminio, aunque sin conocer todavía la radical metálica ni el cloruro anhidro.

No consiguió obtener esto último haciendo obrar el cloruro sobre óxido, por lo cual el aluminio, — tal como hoy se ofrece a nosotros, — permaneció oculto. Mas extendió el método universal para obtener los cloruros anhidros, que utilizó Wohler para formar los cloruros de titanio, de tántalo y de boro.

Habiendo obtenido su cloruro de aluminio, Ærstend esperó convertirlo por el fuego en un cloruro de hidrógeno. No lo consiguió, aunque ciertos indicios favorables le animaron a proseguir en su tarea.

Luego reemplazó Ærstend él hidrógeno por una mezcla de potasio, con lo que determinó la reducción del cloruro, que le permitió anunciar a la Sociedad Danesa de Ciencias un nuevo sistema de preparación del cloruro de aluminio y de silicio, a la vez que una amalgama de aluminio.

Estos resultados fueron públicos en febrero y marzo de 1825, presentándose en abril la primera muestra del nuevo metal.

Todo esto denota que Ærstend descubrió el aluminio diez años antes que Wohler, que se limitó a mejorar sus condiciones, puesto que la experiencia de Ærstend con el potasio fué la que dió la fórmula precisa para constituir la amalgama de aluminio mediante la destilación, transformándose de una pequeña masa en un trozo metálico.

Wohler se redujo solamente a continuar los estudios de Ærstend, que éste le comunicó en la visita que le hizo en 1827. Esto no quiere decir que sea el autor, porque lo esencial, la separación del aluminio, la realizó Ærstend, quizás no para completa satisfacción y provecho suyo; pero sí para gloria de la Humanidad, después que se le ha reconocido ese honor a su nombre.

Nada tan noble y digno como esa reparación póstuma a su genio, debido a los trabajos de investigación de Molignan y Faurholt, que de una manera clara y afirmativa han venido a reivindicar al sabio químico, mostrando a la ciencia de hoy el verdadero descubridor de ese metal. Y ellos, al querer conmemorar debidamente esta fecha, han significado todo el valor y la importancia del sistema de Ærstend para aislar el alumino del cloruro alumínico por medio del potasio, método que transmitió Wohler como auténtico. Y después vinieron Bunsen, que lo preparó electrólicamente, partiendo del cloruro alumínico sódico, a la vez que Deville, a quien Napoleón III facilitó los recursos necesarios para emprender los ensayos en gran escala.

En Jouvelle (París), se emprendió la fabricación del aluminio, el año 1855, apareciendo entonces las primeras barras de "plata de arcilla" en la Exposición de París.

Desde mediados del año 1880 la preparación electrólica del aluminio ha tomado un vuelo quizá no alcanzado por ninguna otra industria, debido al desarrollo de los dínamos de gran tamaño. En el año 1895 fué erigida en New Kensington (Pensilvania, Estados Unidos), una fábrica de aluminio, que luego trasladaron a un lugar situado cerca de un salto del Niágara utilizando así la fuerza de un torrente de agua en Rheinfelden, con lo que empezó a vulgarizarse de tal modo que entró por completo en el dominio de las cosas útiles y familiares de los menesteres domésticos. — C. M

EL DINERO Y LA GLORIA

EL SECRETO DEL EDITOR

Por MAX Y ALEX FISCHER

(TRADUCCION DEL FRANCES

Es notorio el modo de proceder de ciertos editores que se enriquecen mientras pasan hambre los autores cuyas obras editan. Pero ¿no es cierto que puede más en el ánimo del autor la satisfacción de ver difundida su obra que la posesión de una suma de dinero?

EL conocido editor señor Papelote estaba en cama.

Hasta el viernes pasado fué prohibida la entrada en su dormitorio a los amigos que acudían para interesarse por su salud. Pero aquella tarde la señora de Papelote guió a los señores Alhelí, Guasivo, etc., etc. (en total, a los treinta y dos autores de la casa), hasta la habitación ocupada por el enfermo.

Los visitantes contemplaron breves momentos a su amigo tendido en el lecho de dolor, mientras la señora les explicaba a media voz:

—Aun tiene algo de fiebre; pero, según el doctor, ha desaparecido ya todo peligro.

Ya iban a retirarse para no turbar el reposo de Papelote, cuando éste comenzó a delirar:

—¡Acérquense..., acérquense, mis buenos amigos!... Tengo que hacerles una confidencia, una dolorosa revelación... ¡Yo..., yo les he explotado inicuamente!... Van ustedes a insultarme..., a odiarme..., a desearme toda clase de males; ya lo sé. Algunos de ustedes deben al dueño de casa más de tres mensualidades; otros han acabado por persuadirme de que un sastre es un sujeto que trabaja por altruísmo, sin esperanza de retribución... Pues bien: debo hacerles saber hasta qué punto han contribuído ustedes a edificar mi colosal fortuna.

La mirada de Papelote pareció buscar entre los circunstantes a Alhelí, el sutil novelista que hace las delicias de sus lectoras. Y prosiguió:

—¡Mi querido Alhelí..., perdóneme, pobre amigo! ¿Usted cree que de su "Corazón de Mondongo" no se han vendido más que cuatro ediciones?... ¡Qué error!... ¡Con las tiradas clandestinas, he llegado a ochenta y tres ediciones!... ¡Y he vendido de golpe quinientos mil ejemplares en Estados Unidos!

Todas las miradas convergieron en Alhelí.

—¿Está usted ahí, Guasivo? — continuó Papelote, dirigiéndose al más intencionado de los escritores satíricos de Francia. — ¿Cuánto cobró usted por su incomparable obra "La remolacha danzante"? ¿Cuatro mil francos? !Pues yo he ganado con esa novela..., oiga bien esta cifra formidable..., gané con esa novela trsecientos mil francos!

Los treinta autores restantes fueron sucesivamente nombrados por Papelote, como víctimas de colosales engaños y de expoliaciones inauditas.

La esposa del editor estaba consternada.

—¡Qué delirio! — pensaba. — ¡Es espantoso! ¡Bien he visto yo en los libros de caja que todo eso que dice es falso!... Pero ¿qué van a pensar estos señores?... ¡Pobre!... ¡El mismo va a labrar su ruina!

Abrió la boca para intervenir. Pero no tuvo tiempo. Un fuerte murmullo se extendió por toda la alcoba. Era la misma palabra repetida hasta el infinito.

—¡Exito!... ¡Exito!... ¡Mi éxito!... ¡Tu éxito!... ¡Nuestro éxito!...

Los presentes no cabían en sí de júbilo.

—¡Es maravilloso! — prorrumpió Alhelí. — ¡Quinientos mil ejemplares vendidos más allá del océano!... ¡Ya no me extraña mi notoriedad en Estados Unidos!

—¡Trescientos mil francos! — exclamaba Guasivo. — ¡Han podido robarme trescientos mil francos!... ¡Prueba indudable de que "La remolacha danzante" es una obra maestra!

—¡Es prodigioso, estupendo! — decían todos los demás. — ¡Este Papelote es un editor incomparable! ¡Y yo pensaba buscar otro!

Los señores Alhelí, Guasivo y demás (en total, los treinta y dos autores de la casa), saludaron respetuosamente a la señora de Papelote:

—¡Mañana, y pasado, y todos los días, si usted nos lo permite, vendremos a ver cómo sigue nuestro entrañable amigo! Ahora vamos a trabajar para poderle traer una nueva obra tan pronto como esté restablecido.

MAX y ALEX FISCHER.

UN CUENTO MUY DIVERTIDO

EL PROMETIDO DE AURELIA

Por MARK TWAIN

(TRADUCION DEL INGLES)

Entre los mejores artículos del gran humorista estadounidense figura el que aparece a continuación y que, por muchos conceptos, sintetiza todos los méritos de aquel que lo escribió y fué suma y compendio del espíritu humorístico de toda una época en la literatura de su país.

LO que voy a relatar se halla consignado en una carta que me dirige cierta dama residente en San José. No conozco a la autora de la carta, que está firmada con el nombre de Aurelia María, lo que bien pudiera ser un seudónimo.

Según puedo colegir por la simple lectura del documento, la joven Aurelia ha sufrido mucho en este mundo, y además se encuentra sin saber qué hacerse en un momento decisivo de su vida. Desea contraer matrimonio; pero, de una parte, se lo impiden los consejos más o menos interesados de sus amigos y parientes, y de otra, dificultades de un nuevo género en absoluto.

A pesar de todo, insiste en casarse, y creyendo en mi opinión ha de sacarla del apuro, me escribe de un modo que conmueve.

Sabed, pues, la triste historia de la pobre Aurelia.

Acababa de cumplir diez y seis años, cuando se encontró en su camino a un guapo chico de Nueva Jersey, llamado Williamson Breckinridge Caruthers. Lo vió y lo amó con el ardor de que es capaz un corazón meridional, teniendo la suerte de ser correspondida. Juraron ser el uno del otro, con el asentimiento de sus respectivas familias, y fueron felices durante algún tiempo. De improviso, cambió la faz de la fortuna. El bello Caruthers fué atacado por la destructora viruela negra. Cuando recobró la salud, su cara parecía un plano en relieve de las Montañas Rocosas. ¡Desventurado Williamson! ¡Su belleza había desaparecido!...

Aurelia pensó en un principio romper su compromiso; mas llevada de compasión, se limitó a aplazar la boda unos meses, dejando al pobre Caruthers tranquilo y lleno de ilusiones.

La víspera del día fijado para el matrimonio, Breckinridge, que contemplaba distraídamente el vuelo de un cometa, cayó en un pozo y se rompió una pierna, que hubo que amputarle por encima de la rodilla.

Por segunda vez intentó Aurelia libertarse de la palabra empeñada; pero, no obstante, volvió a triunfar el amor, y quedó en suspenso la boda hasta que Williamson estuviera completamente restablecido.

Nuevo infortunio no más leve que los anteriores impidió la celebración del enlace en la fecha fijada. Hallábase Caruthers presenciando las salvas de artillería, conmemorativas de la independencia americana, cuando el disparo imprevisto de un cañón le arrebató un brazo. Tres meses después llevábase el otro, entre sus estrías, la rueda de una máquina cardadora. Al saber Aurelia esta serie de desgracias, creyó morirse de desesperación. Afligíase al ver que su prometido la

iba abandonando pedazo tras pedazo, y pensaba que, de seguir tal sistema de reducción, muy pronto no quedaría gran cosa de Williamson, pues ella carecía de medios para detenerle en el funesto camino emprendido.

En su hondo padecer llegaba casi a lamentar, como el negociante que se obstina en seguir una empresa y pierde cada vez más dinero, el no haber aceptado a Breckinridge antes de que hubiera padecido tan alarmante disminución. Sobrepúsose el afecto, decidiendo por fin Aurelia hacer frente a toda costa a las deplorables condiciones de su prometido.

De nuevo se aproximó el día de la boda y de nuevo se amontonaron las nubes de la desilusión. El incorregible Caruthers se enfermó de erisipela y perdió el ojo derecho. Aurelia fué aconsejada en el sentido de romper su compromiso matrimonial; pero ella reflexionó unos instantes y declaró que, después de todo, no daba Breckinridge ningún motivo de censura. En consecuencia se aplazó la boda y en el intermedio Caruthers se rompió la otra pierna.

Fué un día terrible para la generosa Aurelia aquel en que vió a los médicos llevarse en el saco el cuarto pedazo de Williamson. Lloró como una Magdalena pensando en que, de día en día, iba reduciéndose la esfera de sus afectos; pero con tenacidad de mártir resistióse a las súplicas familiares, y reiteró à Breckinridge su palabra de casamiento.

Pocos días antes de la boda ocurrió la última desdicha. En todo el año sólo hubo un hombre que cayese en las manos de los feroces indios Owen River: aquel hombre fué Williamson Breckinridge Caruthers, de Nueva Jersey. El infortunado amante acudía a casa de su prometida entregado a dulces ensueños de amor, cuando le cazaron los pieles rojas y le mondaron el cráneo. Los crueles coleccionistas de cabelleras dejaron la cabeza de Caruthers como un queso de bola.

Tal es la situación del prometido de Aurelia en la actualidad. La abnegada muchacha continúa queriéndolo, a pesar de todo, y de aquí que me consulte.

¿Qué debo hacer? — dice al final de su estimable carta. — Yo amo a Williamson, al menos a lo que queda de Williamson. Mi familia se opone con todas sus fuerzas a ese matrimonio, porque mi novio, tras de hallarse imposibilitado para ganar el pan es más pobre aún que yo, y yo no sé lo que son cinco dólares reunidos. Ruego a usted que me saque de estas angustiosas dudas. En espera, etc."

Contestar categóricamente a una pregunta de esa naturaleza es algo más difícil de lo que parece. Se trata de dar una respuesta clara, terminante, sin ambigüedades. Va en ello la suerte y quizás la vida de una mujer y de casi las dos terceras partes de un hombre. A mi juicio, fuera asumir enorme responsabilidad contestar con una indicación vaga y con sólo el deseo egoísta de salir del paso.

Vamos a ver: ¿costaría mucho la reconstrucción completa de Breckinridge? Porque, de ser cosa económica, podíamos intentar algo en ese sentido, destinando parte de mis ahorros a la compra de dos brazos, dos piernas, una peluca y un ojo de cristal, con destino al buen Williamson. Creo que todos saldríamos ganando algo: él quedaría muy presentable, la novia muy contenta, y yo muy satisfecho de haber contribuído a su felicidad.

Hecha la reconstrucción, que conceda mi comunicante a su adorado un plazo improrrogable de noventa días, con objeto de que se habitúe al uso de sus nuevas adquisiciones; y si en ese término Breckinridge no se deja los sesos en alguna parte, que se casen.

Suponiendo que se hayan ustedes casado al ocurrir esta catástrofe, heredará usted, por derecho propio, las piernas, los brazos y otras fruslerías del difunto. Entonces, en realidad, sólo perdería usted el último trozo de un marido honrado y desgraciadísimo, que dedicó su vida a satifacer incomprensibles deseos de destrucción.

Saque usted el mejor partido de las circunstancias y piense que quizás esté la felicidad conyugal en que uno de los consortes se encuentre como Breckinridge.

MARK TWAIN.

EL ASPECTO DE LA VIDA

(Según los letreros y carteles que se ven en diversos sitios de la ciudad)

Para el pesimista.—

Cerrado.
Peligro.
No fumar.
No escupir.
Entrada prohibida.
Cuidado con el perro.
No pise el césped.
El ascensor no funciona.
No dé de comer a los animales.
Prohibido tocar.
Cuidado con los ladrones.

Para el optimista.—

Pase adelante.
Sírvase tomar uno.
Entrada gratis.
Rebaja de precios.
Entrada libre.
Se solicita su visita.
Pida muestra gratis.
Perfúmese.
Se devuelve el dinero, si no le gusta.
Peso y medida exactos.
Artículos legítimos.

UN DISPARATE GRACIOSO

—ooo—

UN BUEN PESCADOR

Por GEORGES COURTELINE

(TRADUCCION DEL FRANCES)

El gran humorista francés autor de tantos cuentos y de tantas novelas incomparables, da una curiosa nota de humorismo genial en el breve cuento que se publica a continuación y que es de los que hacen reir indefectiblemente al lector.

UN amanecer, a la orilla de un río.

El señor Pommade (preparando su anzuelo). — ¡Diablo! ¡Qué viento Norte corre esta mañana! No está el día en muy buenas condiciones. Me parece que no voy a pescar mucho... Vamos a ver. (Echa el anzuelo, que se hunde en seguida. Al tirar, sale, vivito y coleando, un pez.)

—¡Uno!

(Desengancha el pez del anzuelo y lo vuelve a tirar al agua. Vuelve a preparar el anzuelo. Lo mismo de antes, y reaparición del mismo pez.)

—¡Dos!

(El pez vuelve a ser libertado, echado al agua y pescado de nuevo.)

—¡Tres!

(El mismo juego.)

—¡Cuatro!

(Otra vez lo mismo.)

—¡Cinco!

(Llega el señor Garrigou envuelto en su esraravel. Plan de perfecto pescador: anzuelos y toda clase de pertrechos. Deja en el suelo su material, y se instala, con las piernas abiertas, sobre la hierba.)

El señor Pommade (que le ha estado mirando con asombro creciente). — ¡Oiga! (El señor Garrigou vuelve la cara.) Supongo, señor mio, que no tendrá usted la pretensión de pescar en mi sitio, ¿verdad?

El señor Garrigou. — ¿En qué sitio?

El señor Pommade. — En mi sitio de río.

(El señor Garrigou vuelve la espalda y se pone a preparar el anzuelo.)

El señor Pommade. — ¡Ira de Dios! (Se dirige sobre el señor Garrigou.) Ya está usted dejando el campo libre, ¡de prisa!

El señor Garrigou. — Pero, vamos a ver: usted, ¿qué es lo que quiere?

El señor Pommade. — ¡Que se vaya usted!

El señor Garrigou. — Y ¿por qué he de irme? ¡El río es tan mío como suyo!

El señor Pommade. — El río, es posible; pero no la pesca. (Asombro del señor Garrigou.) Yo no me refiero a la pesca del río. Yo digo la pesca de mi trozo.

El señor Garrigou. — ¿De su trozo?

El señor Pommade. — Sí, señor; de mi trozo. De un trozo que yo he alquilado al Municipio y he cerrado por los dos lados para que mi pez no se escape. ¿Se entera usted? ¿Ve usted cómo tengo derecho a decir que la pesca de este trozo es mía?... (Se excita un poco). Un pez que yo mismo he comprado, que yo mismo he traído a este trozo de río y que yo mismo he echado al agua para darme el gusto de pescarlo, ¿no es un pez mío? Un pez que yo mismo he alimentado día a día, ¿no es un pez mío? Un pez que yo pesco y repesco hasta cuarenta veces diarias, hasta el punto de que ya me conoce y se deja pescar de buena voluntad, ¿no es un pez mío, exclusivamente mío?

El señor Garrigou. — Pero ¿qué tonterías dice usted?

El señor Pommade. — ¡Ah! Pero ¿todavía no está usted convencido? Bueno. Espere usted un momento... (Se aproxima al agua y, haciendo bocina con las manos, llama con voz tonante.) ¡Teodoro! (El pez asoma la cabeza y sonríe cariñosamente.) ¿No es verdad que tú eres mi pez? (Signos afirmativos en el pez.) ¿Ve usted? ¿Ve usted cómo es una tontería negar mi derecho? Además, que veríamos si conseguía usted pescarlo...

El señor Garrigou (enfurecido.) — ¡Y lo pescaré!

El señor Pommade. — Ande a ver. ¡Pésquele, si puede!...

(El señor Garrigou echa el anzuelo. Unos instantes de ansiedad. Se hunde el corcho. El señor Garrigou tira vivamente y saca el pez. Sonrisa de triunfo en sus labios. Pero el pez, al notar que no es su amo el que le pesca, se desengancha precipitadamente y vuelve a su natural elemento, manifestando un profundo descontento.)

El señor Pommade. — ¡Ah! ¿Se convence usted?

El señor Garrigou (pasmado). — Sí...; pero... yo...

El señor Pommade. — Nada, nada. Déjenos en paz a Teodoro y a mí. Nos molesta usted demasiado a los dos. ¡Ande! ¡Fuera de aquí!

GEORGES COURTELINE

¿CREIA QUE ERAN ENTRADAS DE TEATRO?

—Señora: están dos señoras que me han dado una tarjeta y quieren entrar; ¿qué hago?

—¡Pero hágalas pasar en seguida, mujer!

—¿A las dos con una sola tarjeta?

UN RELATO INTERESANTE

———ooo———

EL RATON

Por LEO COVEN

(Traducción del francés)

Es este un cuento ameno y agradable que ha de resultar interesante a todos los que lo lean y que por su originalidad y su hábil desarrollo merece ocupar un sitio en el conjunto de buena lectura de este magazine.

PERTENECE a esa clase de hombres que provocan el absurdo para ahogarse en él.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Quiere usted que le conteste con una historia?

. . . . . .

—Paddy acaba de encontrarse con el idiota; se ahoga de risa, no puede resistir, y, con la generosidad de los seres fuertes, lanza un puñado de tierra, que da detrás de la oreja del desgraciado. Es esa una de las mil bromas de los buenos irlandeses, la broma a larga distancia, a que les lleva la superstición que les aprieta cuando un idiota les mira de cerca. Sus pobres ojos convulsos, su boca torcida, de la que salen las palabras más inesperadas; su mano crispada, que da en el vacío, hacen estallar de risa, pero provocan al mismo tiempo una vaga inquietud en las almas duras e imprecisas que no penetran en la pobre alma del idiota, su hermana al cabo.

Sirve de juguete, de pretexto y de base a todos los razonamientos: los acontecimientos se relacionan con él, como él con los acontecimientos: cada vez que muere una vaca, el idiota recibe una pedrada.

Paddy considera lo que acaba de hacer; el pobre idiota sacude la cabeza como una bestia herida y gruñe palabras ininteligibles. De pronto da un salto y ruge en la misma nariz de Paddy: "Te convertiré en ratón".

Paddy está contento; sentado en el talud, porque la risa, como el llanto, perjudica los riñones, escucha, satisfecho, la voz eructante que se extiende poco a poco en el crepúsculo y repite en melopea inconsciente: "Te convertiré en rató... on... on... on."

Buena es la risa; pero la sopa aguarda, y Paddy se ha levantado; es tarde y anda de prisa por el sendero que corta el bosque; la noche tiñe de gris a los árboles poco a poco, y los sauces comienzan a tener brazos: el alma está serena. Jamás ha sabido lo que piensa la floresta y pasa sin inquietud junto al misterio; no es de los que sienten en su nuca las miradas de las cosas; no oye las voces misteriosas que oprimen el pecho; la inmovilidad silenciosa no le conmueve; pero aúlla de miedo cuando el idiota, que se fue por la carretera, se levantó de nuevo ante el y le chafa en plena cara la palabra que le hizo reir tanto.

Siente entonces la necesidad de no estar solo; se queda en la carretera en vez de cruzarla para tomar de nuevo el sendero, y camina por en medio.

El idiota le sigue, rimando el paso con la misma frase, que repite maquinalmente ... y Paddy está tranquilo.

Vuelve su alegría poco a poco, y vuelve la cabeza de cuando en cuando para insultar

a su compañero... Después busca la manera de entretener el absurdo monótono que zumba a sus orejas, porque el pueblo está cerca y está orgulloso de haberlo provocado. El absurdo toma a sus ojos tales proporciones, que lo encuentra bello. Se siente superior a los demás porque la mejor ocurrencia del idiota ha sido para él. El herrero se sentirá vejado porque solamente le dijo: "Me comeré tu pozo"... y lo iba contando a todos.

La sopa engrasaba el borde de los platos, y Paddy no volvía; había otras sopas que hacían lo mismo, porque los hombres estaban en el "cabaret".

Paddy, en medio, contaba lo ocurrido a cada recién llegado, y cada uno comentaba el hecho a su manera.

Después cambiaron las bromas de dirección; atacaron a Paddy; los hombres graves acabaron, como siempre, por emitir algunas sentencias. Al salir, Paddy oyó que alguien decía que "si estaba en su mano, era tan bruto el idiota que lo haría", y tuvo de pronto un movimiento de cólera al pensar que si el idiota tenía algún poder ejecutaría sus amenazas.

Paddy llegó a casa y no ríe ya. Cuenta su aventura; todos hablan del idiota y sale dando portazos.

Entra momentos después. Acaba de ver al herrero junto a la fuente, y pregunta:

—¿Por qué viene usted a buscar agua a estas horas?...

—Porque no la hay en el pozo.

Esta respuesta inquieta a Paddy. Da vueltas por la sala y se para delante de la abuela, que asa relucientes manzanas en un rincón del fuego; un gato está sentado sobre las rodillas de la vieja. Paddy, que jamás se interesa por las bocas inútiles, pregunta a la abuela y acaricia al sorprendido gato. Luego, bruscamente, se acuesta.

Paddy no duerme. Cada vez que cierra los ojos tiene violentos sobresaltos... tiembla...

Su mujer comienza a alarmarse.

A media noche, Paddy, muerto de sueño y fatiga, murmura tímidamente:

—¿El gato?... ¿El gato? ¿Estás segura que la abuela lo ha encerrado?

LEO COVEN.

VIAJERO POR CUENTA DEL GOBIERNO

El inspector de policía (leyendo la nota de los delitos del detenido): — Veo que su captura está recomendada por la policía de seis diferentes localidades.
El preso: — Poco importa eso, señor, ¿sabe? Como a mí me gusta bastante viajar...

UN CUADRITO GRACIOSO

LA MUCAMA NUEVA

Por A. R. BONNAT

Al trasladar a nuestro ambiente el gracioso cuadrito trazado por el humorista español recientemente fallecido, ofrece "Pucky" a sus favorecedores una nota que parece tomada del natural en nuestro mismo ambiente. Puede ser que lo mismo suceda en todas partes.

LOS esposos Puchandreu han acabado de almorzar y están entregados a una pacífica digestión, cuando a la señora le anuncian la llegada de una sirvienta nueva. Nueva en la casa, se sobreentiende.

—¿Te molesta que la reciba aquí?

—No, hijita. Yo sigo fumando mientras tú te informas...

Entra la aspiranta que tiene un tipo de "vaya usted con Dios prenda y a ver dónde la cuelgan" que hace estremecer a Puchandreu.

—Con permiso... ¿Los señores están bien?

—Bien, gracias. ¿Usted está bien?

Puchandreu la mira otra vez y dice mentalmente: "Me parece que está bien... gracias".

La señora examina y dice:

—De modo que usted es la recomendada del almacén de Pérez hermanos.

—Sí, señora.

—Bien ¿y qué sabe usted?

—¿De los Pérez? Pues me parecen unos infelices. Ya ve usted el mayor, Timoteo...

—No, no decía yo eso. Digo de las cosas de la casa.

—¡Ah!, ya. La señora perdone, pero creí... Ha sido un pequeño "quidvel quid" o como si dijéramos metida de pata.

—¿Quid vel qué?

—Quid.

Puchaudreu, siempre mentalmente: "Qué quí... quiquiriquí. Estoy viendo que van a cacarear".

—Pues yo, señora, de las cosas de esta casa no sé nada, pero ya ve, no he entrado aun en ella, pero cuando lleve doce o quince días, algo podré decir. Ahora, que a mí no me gusta meterme en chismes y si los señores tienen sus correspondientes cuestiones y se pelean como todos, o si la señora anda en líos, o si el señor se emborracha, yo...

—¿Pero qué está usted diciendo, mujer?

—¿No me ha preguntado qué sé de la casa? Por eso le digo que por ahora nada.

—Digo del trabajo.

—¡Jesús, que equivocación la mía! La señora perdone. Otro "quidvel quid". Pues lo común, pero bien hecho. Levantarme, tomar el desayuno, que habrá hecho la cocinera, dar una vuelta por las habitaciones, preguntar a los señores cómo han pasado la noche, enterarme de cómo ha hecho la limpieza la segunda mucama, ir a algún recado, a comprar algo de postre, flores para la mesa, almorzar, retocarme un poco el peinado y si no tengo que salir, asomarme un ratito a la puerta.

—¿Y dice usted que todo eso lo hace bien?

—Como pueda hacerlo la mejor. No es que una sea vanidosa, pero a Dios gracias sabe cumplir con su obligación. ¿Son ustedes muchos?

—Nosotros dos solos.

—Mejor, porque en las casas en que hay barullo no me gusta servir. No son para mi genio. ¿La señora se tiñe el pelo?

—Por ahora no, pero si usted juzga que es necesario...

—No crea que he hecho la pregunta a tontas.

—Ya, me la ha hecho a mí.

—Lo digo, porque las señoras que se tiñen pretenden que el secreto no corra. Una estupidez, porque esas cosas se notan aunque la mucama no esté dentro del frasco de la tintura.

—Pues no me tiño.

—¿El señor, tampoco?

—¡Jesús, hija, qué interés tiene usted!... ¿Es que nos va a recomendar alguna loción para el pelo?

Puchandreu, interviene, esta vez en voz alta:

—Yo no me lo puedo teñir porque como me lo toman por ahí, se mancharían las manos.

—¡Qué gracioso es el señor! Seguramente que se llevan ustedes muy bien. ¿A que tienen completa la vajilla, sin haberse tirado ningún plato a las respectivas cabezas?

—Completa, no, porque ya se encarga la servidumbre de romper más de lo debido.

—Qué falta de consideración. Yo me marcho de las casas sin haber roto un plato siquiera. Bien es verdad que no los toco, pero es igual. Si acaso, rompo frascos del tocador algún bibelote, floreritos de adornos o cosas así, pero platos nunca. Es muy ordinario eso de romper platos ¿verdad?

—Sí, se ve que usted es fina.

—Ya ve la señora, por eso me recomiendan los Pérez, que tienen almacén. Me daría vergüenza venir de parte del carbonero, o del changador de la esquina. No tiene nada que ver que una, por ahora, tenga que servir para que le guste la cultura y la educación.

—Claro. Usted sabrá leer.

—Con mayúsclas y todo, y sé cantar accionando. Digo esto porque hay muchas que se ponen a cantar "Milonguita", por ejemplo y lo hacen como si cantaran la jota. Yo, no, señora, sé darle entonación y movimiento a las piernas y a los brazos. Cuando alguno de los señores esté aburrido y quiera distraerse un rato me lo dice y desde la canción aquella de: "Percanta que me amuraste", a la de: "Pero usa gomina", les puedo cantar lo que quieran porque soy muy hábil para eso.

—No, hija, aquí no tendrá que molestarse en cantar; cuando queremos teatro, nos vamos a él.

—¿Los señores no se sienten neurasténicos?

—Sí, muchas veces, pero no nos da por oír canciones, nos da por otras cosas. Por dar de escobazos a las mucamas, por ejemplo.

—Pues que ustedes se mejoren, porque yo en casas donde hay enfermos no entro.

—Vaya usted con Dios y hace bien porque estaba notando que me entraba ahora mismo la neurastenia.

—Queden con Dios.

Puchandreu, aparte:

—Qué lástima, porque esa muchacha era un porvenir.

A. R. BONNAT.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mío:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de cl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 "	" 4.80
1 año.	" 9.—

DEFINICION DE MUCAMA

—¿Está visible la señora de la casa?
—Visible está, pero no es una señora.

Señorita: Adelántese a sus amigas y sea Vd. la primera que estrene entre ellas el más elegante modelo de moda.

Suscríbase a EL DIARIO que cada Jueves publica primicias de los figurines de modelos del más refinado gusto.

Guiada por los figurines en colores y las descripciones que de los mismos, publica EL DIARIO, Vd. podrá vestirse con la misma elegancia que si pidiera su ropa al más afamado modisto de Paris.

Para las modistas de profesión los modelos que publica EL DIARIO son la guía más segura para obtener éxito en la elección de modelos para satisfacer a la clientela.

Señor administrador de "EL DIARIO"
Av. de Mayo, 662 - Bs. As.

Acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . F. C. . . . . .

EDICION DIARIA APARECE A LA HORA 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
INTERIOR:
1 año, $ 28.-; 6 meses $ 14.50; 3 meses $ 7.50
CIUDAD: $ 2.— por mes.

Precios de suscripción a la edición de los jueves:
1 año, $ 5.-; 6 meses $ 2.50; 3 meses $ 1.50.

En este número "PETER PAN"

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Octubre 22
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 160

Esta escena corresponde a la aventura de

BUFFALO BILL

TITULADA: **EL JEFE ROSTRO PÁLIDO**

QUE SE PUBLICA EN ESTE NUMERO.

EL DIARIO

Av. de Mayo 662
Buenos Aires

Fundado hace 46 años, tiene entrada en todos los buenos hogares.

En el número 161 del popular magazine

PUCKY

que aparecerá el viernes 29 de octubre, no deje usted de leer la novela corta titulada:

"MUERTOS QUE HABLAN"

producción inédita del gran novelista norteamericano

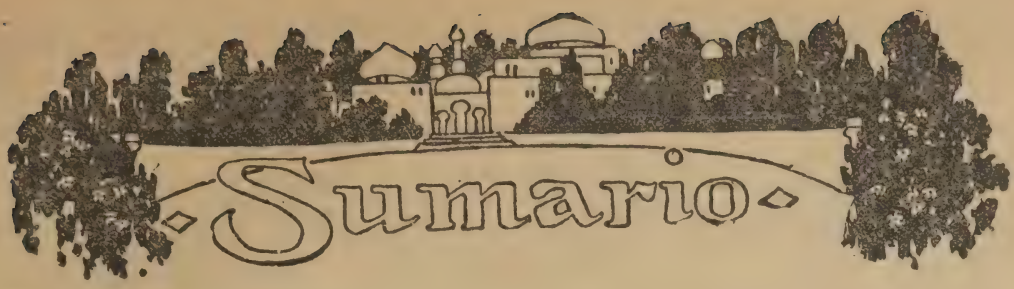
ARTHUR B. REEVE

y en la que figura Craig Kennedy, el Sherlock Holmes de Estados Unidos.

"MUERTOS QUE HABLAN" es una narración electrizante y extraña que interesa y atrae desde su primera línea-

---

PUCKY los viernes - 20 ctvs.



El jefe rostro pálido

Nueva e interesantísima aventura del gran "scout" Búffalo Bill.

Los gobiins en el mar

Novedoso juguete para armar. — En color.

Peter Pan y Wendy

La historia del niño que no quiso crecer. Hermoso cuento de hadas de J. M. Barrie que ha sido filmado por la empresa Paramount. (Terminará en el próximo número.)

El sabio naturalista en su casa

Historieta cómica. — En color.

Chistes variados

Notas cómicas de varias partes. — En color.

Dibujos mágicos

Novísimo juguete para divertir a grandes y chicos. — En color.

Dibujos humorísticos

Una página de chascarrillos ilustrados En color.

¿De quién es la sombra de la ventana?

Gracioso juguete de combinación para chicos y grandes.

El canto del tonel

Otro encantador y fantástico cuento de las orillas del Rhin, por Erckman-Chatrián

La isla del reposo

Una encantadora producción humorística de Mark Twain, el famoso escritor estadounidense.

De lo desconocido apareció la pintoresca figura de aquel hombre que avanzó hacia la hoguera, en torno de la cual los pieles rojas celebraban consejo. ("El jefe rostro pálido").

AQUI REAPARECE BUFFALO BILL

EL JEFE ROSTRO PALIDO

UNA HISTORIA DEL FAR-WEST

EN este número reaparece y creo que ha de ser con suma satisfacción para los lectores de este magazine, la popular figura de Buffalo Bill, el gran "scout" y matador de indios, el hombre a quien tanto debe la civilización de Estados Unidos. La aventura que hoy se publica es, como las anteriormente publicadas, muy agradable y entretenida. — El Director.

CAPITULO I

El jefe de los Crees

HERMANOS: la guerra no es más que una tontería y no encierra más que desastres. Olvidemos el odio que sentimos por los rostros pálidos y regresemos en uaz a uestras tierras. Ha terminado el reinado de los pieles rojas. Enterremos todo lo concerniente a la guerra en las arenas de la paz."

Huggin Bear, el Oso Abrazador, jefe principal de los Crees, con la cabeza erguida y los ojos animados de un brillo resplandeciente, situado frente a los indios que lo seguían a la entrada de su choza, hablaba a sus guerreros que en masa compacta se agolpaban moviéndose de un lado para otro expresando su aprobación con gruñidos ruidosos, signo expresivo de los pieles rojas mucho más significativo que las palabras.

La escena tenía algo de impresionante y extraño.

En un vasto espacio se destacaban las sombrías "wigwams" o viviendas indias, dispuestas en círculo, junto a los algodoneros de tronco nudoso y a los abetos y arces frondosos, entre los cuales formaban ramilletes algunos arbustos y plantas de la región. En medio de es círculo se habían congregado los pieles rojas, qienes en rebelión contra los blancos, habían dejado sus tierras y viviendas, para dedicarse a la guerra. Pero había llegado el momento aquel, en que

Lea usted comenzando en la página 17 de este número el encantador cuento de hadas

PETER PAN Y WENDY

del que ha sido tomada la magnífica película Paramount que se exhibirá en estos días en los grandes cinematógrafos de Buenos Aires.

arrepentidos de su proceder, comprendían que la lucha entre rojos y blancos había terminado. El Oso Abrazador, era ya muy viejo, pero también muy inteligente.

En su juventud había sido un gran guerrero de reconocido valor, lo que le había valido el respeto y admiración de sus amigos y enemigos. Los cueros cabelludos que de tiempo en tiempo pendían de su cinturón eran numerosos. En el sombrero ostentaba penachos de plumas que ponían de manifiesto la hazañas y proezas realizadas en sus mejores días.

Era por eso, que sus solemnes palabras pesaban sobre sus guerreros y una vez que hubo terminado de hablar, todos se inclinaron como si fuera un sólo hombre y clavaron sus hachas de guerra en la tierra. Uno de los jefes menores, extendió una pipa roja y se la entregó al Oso Abrazador, quien la tomó echando unas bocanadas de humo y la devolvió con toda solemnidad.

A pesar de que la pipa de la paz había pasado de boca en boca y de que el hacha de guerra había sido enterrada, se produjo una interrupción inesperada.

Presentóse un blanco vestido con toda prolijidad, que en nada se parecía a los peones y comerciantes en maderas de las regiones selváticas del Norte de Idaho y de los límites del Canadá. Tal vez debido a su traje poco visto, fué recibido en medio de aquella asamblea de pieles rojas, a quienes nada se atrevía a molestar. Con un saco inglés de corte irreprochable, con pantalones cortos de "sport" color canela y un cuello de blancura inmaculada, no ofrecía nada de semejante con los blancos enemigos de los arrepentidos "Crees". Llevaba un monóculo y el hecho era suficiente para causar cierto temor y recelo entre los indios guerreros.

Los monóculos eran desconocidos entre aquella gente y Montelier, que así se llamaba el desconocido y a quien se conocía con el nombre del Caballero Bandido, no se quedó atrás para aprovechar el ventajoso medio de llamar la atención entre los indios. En tal caballero, era el príncipe de los malhechores y un pillastre de lo más astuto, fuera de su habilidad para vestirse con todo esmero y de su espíritu sin delicadeza ni merced alguna.

Al encaminarse con cierto meneo, en medio de aquel círculo, todos volvieron el rostro hacia él, tratando de mirarlo de cerca. El Oso Abrazador extendió un dedo y señalándolo, dijo en su lengua nativa:

—Rostro pálido, deténgase donde está. No es conveniente que uno de su raza avance en esa forma en medio de los Crees.

Montelier, como conocía los dialectos indios, casi lo mismo que los de su lengua, se inclinó hasta tocar el suelo, respondiendo:

—Gran y poderoso jefe, está muy bien. Vengo a la asamblea de los Crees como hermano. Yo, jefe de los rostros pálidos, hablaré de ensalmos que curan todos los males.

Montelier se quitó entonces el monóculo con lentitud.

En su interior se reía, porque tenía confianza en su habilidad para ganarse la voluntad de los pieles rojas y aprovecharse de su fe para engañarlos. El hecho, no tenía más objeto que relacionarlo con uno de sus últimos crímenes, por lo que no le importaba correr el riesgo de encontrarse entre los rojos desertores.

Oso Abrazador cedió a cuanto decía el recién llegado; atraído por el tono de aquella voz afectuosa. Un sólo movimiento de su mano fué suficiente para que sus guerreros se dividieran en dos secciones, dejando un camino en medio, por entre el cual hizo su entrada el elegante bandolero. Al menor indicio de traición, saltarían sobre él miles de guerreros, quienes con rostros de esfinge lo observaban atentamente.

Sin embargo, Montelier avanzaba tranquilamente, hasta llegar a encontrarse cara a cara frente a Oso Abraador. Al punto ganó la confianza del jefe indio, quitándose las pistolas y entregándoselas por el mango, a tiempo que se arrodillaba frente a él con toda humildad. Tales movimientos, respondían a su plan de acción.

—¡Oh jefe! Tenga la bondad de escucharme, — exclamó el Caballero Bandido, en tono conmovedor. — Los Crees constituyen todavía una nación poderosa. Yo que pertenezco a los rostros pálidos, lo creo. Al rebelarse contra la tiranía de la ley que rige a los hombres blancos, los Crees han procedido con inteligencia, pero nunca triunfarán, ni recuperarán lo perdido, hasta que los dioses no les envíen un jefe blanco, de los de rostro pálido.

Al oír tal cosa, los Crees se miraron unos a otros. Dado el arrepentimiento en que se encontraban sumidos con respecto a la guerra, esas palabras resonaron en forma rara en sus oídos. Pero en seguida, la determinación recién tomada, comenzó a desvanecerse y la disertación lenta y estudiada de Montelier, despertó nuevas preocupaciones anunciadoras de disturbios, precisamente en el momento que parecían haberse terminado para siempre.

—¿Un jefe de rostro pálido? — preguntó Oso Abrazador encogiéndose de hombros.— Dígame ¿quién es el hombre de rostro pálido que vaya a guiar a los Crees contra los de su misma raza?

—¡Oh, jefe! Yo soy ese rostro pálido, — respondió el Caballero Bandido. — Yo procedo del Dios de la raza roja: Maniton el Poderoso, quien desea que los Crees triunfen y no se sometan a la ley de los blancos. Yo, yo mismo, soy el hombre destinado a conducir a los Crees a la victoria.

Una exclamación que impuso silencio corrió entre los indios, al oír semejante discurso.

En seguida se notó entre los guerreros una actitud de rigidez imponente. La ardiente y latente rabia que sentían esos hombres contra los blancos, que habían destruído su grandeza, esa rabia que se había ido acumulando a través de un sinnúmero de años, los tenía ciegos y no podían imaginar que podrían ser un juguete del rostro pálido que tantas victorias les prometía.

Las palabras de Montelier los enardeció

y sus pasiones se despertaron, convencidos de que triunfarían si emprendían de nuevo la lucha. Las hachas de guerra que acababan de enterrar, fueron levantadas de inmediato y sacudidas en el aire con el mayor entusiasmo. En seguida se oyeron los estridentes gritos de guerra, característicos entre los indios.

Montelier no perdió la ocasión y se dispuso a aprovechar la oportunidad que se le presentaba exlamando:

—¡Llevaré a los Crees a la victoria! Les mostraré el lugar del fuego y conocerán la risa que nunca muere. Recobrarán el poder y la grandeza una vez más. ¡He dicho!

Oso Abrazador, siempre amante al whisky envenenador, que tanto ha perjudicado a los pieles rojas, procedió impulsivamente en el acto. Sus ojos brillaban con un fuego salvaje, tomó el sombrero de guerra que llevaba puesto y extendiéndolo a Montelier, exclamó:

—¡Salud, Jefe Omnipotente! Tengo las orejas abiertas y he oído sus palabras que sin duda son buenas. No tiene más que hablar y será obedecido. Es usted uno de los Crees, un espíritu enviado de los dioses.

El bandido tuvo que retener la sonrisa de triunfo que asomaba a su rostro y tomando el sombrero que se le extendía, hizo una reverencia llena de humildad.

En seguida improvisó un discurso conmovedor y sencilla, que no era más que un tejido de mentiras, desde el principio hasta el fin.

Luego, terminó con su engañoso juego, diciendo:

—Hermanos: debo ser obedecido. Antes que el sol se ponga esta misma noche, la victoria será de ustedes. Cerca de este campamento de los Crees, se encuentra la mina Cinnabar, donde pocos rostros pálidos han de verse. Deben morir, pues, los enemigos de los Crees. Esta misma noche han de perecer. A la salida del sol reinará entre ustedes la alegría y se realizarán fiestas, porque los Crees alcanzarán la primer victoria.

Oso Abrazador sacudió la cabeza en señal afirmativa. Lleno de entusiasmo ante la idea del triunfo, no quiso perder tiempo en preliminares y procedió a dar la señal convenida, para que los indios se dispersasen.

La muchedumbre de guerreros obedeció al punto y desominados comenzaron a prepararse para el combate.

El Caballero Bandido, al observarlos, sonreía tranquilamente, sin que Oso Abrazador alcanzace a descubrir su aldadm. Mientras tanto Montelier pensaba en lo que significaría un ataque a la mina, ara sus intereses particulares y a la oportunidad que se le presentaría para llevar a cabo su robo calculado.

Montelier era un individuo que no se detenía ante el mayor peligro, cuando se trataba de obtener lo que quería. El robo audaz que había proyectado significaba la muerte de una cantidad de rostros pálidos en manos de los pieles rojas.

Sin embargo el hecho no tenía importancia a sus ojos de malvado. La vida era barata y no valía la pena de que se la tuviese en cuenta.

Cualquier hombre, blanco o rojo, podía ser su víctima, sin remordimientos de conciencia, siempre que sirviese de instrumento para alcanzar su triunfo, fuese o no, por medios falsos y deshonestos. Ante el buen éxito de su proposición, tomó el monóculo y lo repasó cuidadosamente, sintiéndose muy contento.

Procedió sin Búffalo Bill.

CAPITULO II

En manos del enemigo

La exhibición accidental del coronel Cody había terminado su jira en los campos de maderas de Idaho y se encaminaba hacia el sud, en dirección a los Estados de Oregón y Nevada, donde se proponía realizar unos espectáculos en los centros más populosos.

Nadie podría negar que la exhibición en los campos de las maderas, no había tenido el mayos éxito, por más que se había augurado mala suerte, tanto como buena.

Sin embargo, el coronel Cody tenía razón para sentirse satisfecho de su jira.

—Un solo inconveniente hay e ntodo esto, — dijo a su compañero más joven, Johnny Baker. — Nos hemos ganado el cariño de los negociantes y hacheros de maderas y tal vez hemos conseguido sofocar todo levantamiento de los pieles rojas, pero no hemos conquistado al Caballero Bandido, y eso me tiene enfurecido.

Johnny Baker sacudió la cabeza. En su opinión, Montelier habría de conservar la libertad aún por mucho tiempo. Por lo tanto, Búffalo Bill no podía consagrar su tiempo a las pretenciones de la Exhibición, ni al Caballero Bandido.

—Me parece que por ahora tendrá que olvidar a ese adefesio,Bill. Cuando termine esta jira y nos retiremos para el invierno próximo, entonces, tal vez, se le presentará la ocasión para atraparlo y obtener un buen negocio. No se puede trabajar en dos asuntos a la vez.

Lo manifestado por Baker, conformó al

gran explorador y estuvo de acuerdo con lo dicho.

Pensó olvidar por completo la existencia de Montelior y dejó a un lado el asunto. Se detuvo a admirar el hermoso panorama que se extendía a su vista, mientras la hilera de coches y vagones se movía por lo ancho del camino, en dirección al Sud.

Cabalgaba en una yegua a la cabeza de la procesión, en momentos que cesaba de hablar para permitir que Johnny Baker se adelantase y se uniese a los indios Sioux que marchaban a la vanguardia.

Cody había quedado solo en el extremo de la hilera de carretas que ocultaban a la gente a sus órdenes.

Más de una vez echó una mirada hacia atrás, para contemplar los árboles que se destacaban en el bosque que había dejado, revelando una ansiedad poco disimulada en su semblante. Si el tiempo lo hubiese permitido, seguramente hubiese demorado y extendido se jira en las zonas donde se trabajaban las maderas. Pero de cualquier manera, le hubiese sido imposible, porque el agente Major Burke, su superior, había realizado negocios en Nevada y Oregón, de cierta importancia. Sin embargo, sentía abandonar las regiones de Idaho, a pesar de las amenazas que lo acechaban.

—Me parece que la rebelión de los Crees pronto quedará en la nada, — murmuró para sí, agregando: — No tienen bastante energía y valor para mantenerse en tren de guerra por mucho tiempo. En seguida que descubran los uniformes rojos tras sus talones, regresarán a sus tierras...

En el preciso momento que recordaba a ridad acerca del levantamiento de los indios, ridad acerca del levatamieto de los indios, quienes no daban ya señales de levantamiento alguno. Pero no contaba con el Caballero Bandido, cuya intervención sofocó la muerte natural a que se entregaban los indios, apartándose del mundo de los blancos.

Lo primero que descubrió Cody como anormal, fué la presencia de una pluma de extremo rojo que se movía entre el verde y pardo follaje de un tupido matorral que cercaba el camino de las carretera matorral era el único bosquecillo del lugar, pues más adelante, ya el camino se presentaba sobre una llanura estéril, salpicada de pasto achaparrado y malezas quemadas por el sol. En aquel matorral se escondía el peligro que los amenazaba.

El asomo insignificante de la pluma fué suficiente para Cody. Acercó la yegua a un punto desde donde podía dominar el paraje y fijó la vista, haciéndose sombra con una de sus bronceadas manos. Entonces descubrió entre las hojas un sinnúmero de puntos escarlatas que se movían de un lado a otro, lo que no significaba más que se veían asechados por una gran cantidad de indios.

—¡Caracoles! ¿Ahora resulta que había estado equivocado después de todo? — exclamó para sí Búffalo Bill.

Y a la verdad, sus conjeturas habían sido inciertas, pues mientras permanecía erguido en la montura, los acontecimientos se desarrollaban con rapidez extraordinaria. Tan rápida fué la acción del enemigo que no le dió tiempo a pensar y mucho menos a dar aviso sobre el descubrimiento que acababa de realizar. Las figuras que se movían entre el matorral alcanzaban a sumar millares, tal lo suponía el explorador.

Montelier era quien guiaba a los indios y tenía buen cuidado de mantenerse escondido, sin dar a saber a los pieles rojas que Búffalo Bill ya los había descubierto. Los Crees dejaban mucho que desear como guerreros y el Bandido sabía que si trababan una lucha animada con los blancos de la caravana, seguramente saldrían derrotados.

El Caballero Bandido y los Crees, en realidad habían sido sorprendidos con la aparición de la Exhibición Occidental que guiaba Cody.

Montelier estaba en la creencia que habían partido hacía tiempo y resultó que en el preciso momento que cruzaban el camino en dirección a la Mina Cinnabar fué sorprendido por la hilera de vagones y carretas que a cierta distancia se destacaba. Por esa razón ordenó a los indios que se replegaran entre el matorral, disponiendo que permanecieran tranquilos hasta que pasase la expedición.

Pero quiso la fatalidad que Búffalo Bill los descubriese.

Las órdenes del jefe blanco sorprendieron a los guerreros de Oso Abrazado, y les pareció muy raro que no quisiese atacar a la caravana.

¿Acaso no les había asegurado el jefe blanco que conquistarían todo lo que se atravesase a su paso? ¿Por qué razón tenían que permanecer escondidos, sin atacar a los primeros rostros pálidos que aparecían en su camino?

En seguida corrió un sentimiento de rebelión contra el jefe blanco. Los guerreros saltaron, preparándose al ataque. Montelier desesperado, al ver que sus planes fracasarían, habló con dureza, no bien descubrió que Cody los esperaba.

—Ordene a sus guerreros que no salgan de su escondite hasta que yo no dé la voz de alarma, — dijo a Oso Abrazador. — Si usted se niega, no habrá agua de fuego (bebidas alcohólicas) y los Crees se verán consumidos ntre el fuego del Gran Espíritu.

La amenaza de quedarse sin bebidas alcohólicas fué más que suficiente para Oso Abrazador. A pesar de qce el jefe indio obligara a sus guerreros a que lo obedecieran en seguida, Montelier, con los dientes apretados al ver que sus planes se desbaratarían, pensaba que el mal no tenía remedio.

Búffalo Bill había descubierto a los demonios rojos y era inútil que se retiran obedeciendo a su jefe.

Vió claramente que Cody los acechaba montado en su yegua y que una vez dada la voz de alarma, en pocos segundos todos sus planes se verían desmoronados. Ante tal situación, no titubeó un segundo y se dispuso a la acción de inmediato. Tomó el lazo que tenía arrollado en el cinturón y obró con la

rapidez del rayo. Más o menos se hallaba a una distancia de treinta pies del lugar en que se encontraba Cody y tenía la ventaja de protegerse con el follaje. No se equivocó, pues el lazo se lanzó en el aire con el murmullo especial y ensortijándose como una culebra llegó a describir un círculo en torno del explorador, cayendo luego sobre sus hombros, por más que el valiente fustigase con el látigo a la yegua para seguir camino y prevenir a sus hombres del peligro que los amenazaba.

En seguida sintió que el lazo lo sujetaba fuertemente en derredor de su pecho, mientras la yegua, obedeciendo al látigo, trataba de seguir adelante: circunstancia que favoreció los propósitos del Caballero Bandido.

Búffalo Bill fué arrojado de la montura y la yegua saltó al sentirse llevada hacia atrás por el tirón del lazo. Montelier sonrió de contento, con expresión maligna, al ver caer a su enemigo luchando desesperamente contra el lazo que lo envolvía, para después quedar como muerto extendido en el camino.

El animal al verse despojado del peso que llevaba sobre el lomo, se detuvo con las orejas erguidas.

Mientras tanto el gran explorador descansaba sobre el sendero, casi sin sentido y sin poder hacer movimiento alguno. La caravana se movía tranquilamente sin saber el peligro que corría el jefe.

Montelier, satisfecho con su obra, no parecía apurarse mucho para obtener ventaja de la victoria.

Con todo cuidado se entretuvo en sujetar el lazo a uno de los troncos que tenía a su lado. Luego con una mueca de gozo y con cierto esfuerzo, comenzó a tirar del lazo, como si fuese un marinero que arriase unas drizas, hasta lograr arrastrar el cuerpo de Búffalo Bill a través de camino irregular, como si se tratase de una bolsa de papas.

Unos cuantos indios respondieron a sus órdenes lanzando una flechas al animal que Cody había montado y que permanecía esperándolo, hasta encontrar la muerte en manos de aquellos salvajes.

Sin abandonar el matorral que le servía de guarida, el Caballero Bandido, jugaba la partida movido por la desesperación que lo embargaba. La diosa de la fortuna, caprichosa como siempre, lo había ayudado una vez más.

—Mi querido Cody, me parece que usted es el único hombre que se ha atrevesado en mi camino, — dijo en tono de burla, al ver a Búffalo Bill a sus pies con los ojos cerrados y el rostro más pálido que un muerto.

—Tal vez se proponía contar con unos muertos; pero tenga entendido que no me equivoco al afirmar que esta vez lo he puesto fuera del camino, — agregó el bandido.

Media hora después, los Crees emprendían la marcha hacia la Mina Cinnabar, una vez que la caravana de la exhibición se hubo perdido de vista. Con ellos marchaba Montelier y el cautivo explorador, dejando atrás la inerte figura de la yegua que yacía entre el polvo del camino.

Unas horas más tarde, Johnny Baker y algunos de sus cow-boys volvían en busca de su jefe, hallando únicamente a la yegua tal como había caído con las flechas clavadas en el resistente cuero y las aves de rapiña graznando el canto de la muerte en su derredor.

CAPITULO III

El amigo en peligro

Búffalo Bill abrió poco a poco los ojos, sabiendo que un terrible dolor de cabeza lo atormentaba y que sus labios a duras penas se podían mover con la sed que los abrazaba. El hecho de levantar los párpados le causaba un martirio, por más que la luz que llegaba parecía más bien suave y apagada. La hora del crespúsculo llegaba, y ya las fogatas de los Crees resplandecían animadas.

Por un minuto el explorador permaneció tranquilo, mirando el firmamento que le servía de techo, cuando de pronto se le ocurrió levantar una mano para palmar su dolorida cabeza. Notó al punto que estaba privado del movimiento de sus brazos y trató entonces de incorporarse, pero en seguida se dió cuenta que lo habían tomado prisionero.

Sentía las molestias del cuero que lo retenía sujeto de los puños a unas estacas clavadas fuertemente en la tierra, lo mismo que las piernas y la cabeza, extendido de espalda sobre el suelo, sin esperanzas y sin medio de auxilio alguno. Sólo mirando de reojo alcanzaba a distinguir el contorno de dos o tres chozas y el penacho de las plumas que adornaban las cabezas de los pieles rojas que se hallaban sentados en cuclillas cerca del lugar en que se encontraba. Se dió cuenta de lo que pasaba: no era más que un prisionero de los indios.

La cólera lo atormentó al recordar lo que había ocurrido y tal fué la violencia de su furor que, al retorcerse, los lazos que lo sujetaban se afirmaron aún más en las estacas. El pequeño movimiento de su cuerpo, lo hizo descubrir una sombra junto al resplandor del fuego, y en seguida, la silueta familiar de una persona apareció a su lado.

—¿Está usted muy cómodo, viejo amigo? — dijo la voz burlona de un blanco, agregando: — Perfectamente, ya hemos ajustado nuestras cuentas.

El que así hablaba no era otro más que el Caballero Bandido que no hizo más que enardecer el furor de Cody, que luchando desesperadamente concluyó por desanimarse, al ver sus esfuerzos inútiles por librarse de las garras de semejante enemigo. Sabía que no podía esperar piedad alguna de un hombre malvado como Montelier.

—Y bien, señor Búffalo Bill, — agregó el Bandido acomodándose el monóculo. — Le estoy preguntando una cosa, querido amigo: ¿no tiene acaso educación suficiente para responderme?

—La única respuesta que podría darle sería la de la acción, no la de las palabras, — dijo enfurecido Cody. — Debiera haber sospechado que usted era el único capaz de

promover el levantamiento de los indios. Oiga, Montelier, usted no es más que un lobo de la peor especie.

—No es usted muy político que digamos, —respondió el Bandido sonriendo tranquilamente. — Excesivamente grosero, pero sin embargo, tiene usted sus buenas cualidades, encantador señor Cody. La principal es que es un gran valiente y todo su valor lo necesitaremos dentro de unas horas.

Volvió a sonreir burlonamente y se retiró, dejando a Búffalo Bill con los labios apretados, preso del mayor furor.

¡Si pudiese escapar! Con tal idea seguía luchando para desprenderse de las ligaduras, pero no hacía más que anudarlas con más fuerza. Sin embargo, no se acobardó pensando que lograría desprender las manos. Mientras tanto le asaltó la idea de que Montelier, el Caballero Bandido, había salido triunfante al final, y que dentro de unos minutos lo conduciría a la muerte más terrible.

Tales pensamientos, le reavivaron las fuerzas, pues ya se veía envuelto en llamas, con la ropa hecha cenizas y el cuerpo tostado y quemado vivo. Ya en otra ocasión había estado en una situación semejante y el recuerdo terrible de aquel momento volvía a atormentarlo, cuando... de pronto, le pareció que algo cedía. Una de las correas se deslizaba por una estaca, lo que despertó las esperanzas en el ánimo de Búffalo Bill. Renovó sus esfuerzos con toda la energía de sus músculos y de sus nervios, hasta que mediante un tirón consiguió arrancar una cuerda y la mano izquierda se vió libre de las ligaduras que la sujetaban.

Con unos segundos de trabajo con los dientes, el lazo se desprendió del puño.

Ya con la mano libre pudo librarse de la correa que lo envolvía por sobre el estómago y en medio minuto más, desprendió la de la mano derecha.

Entonces se incorporó y miró en redor con cierto temor, descubriendo que no lo acechaban. Procedió a desembarazarse de las ligaduras de los pies y consiguió quitarse la del pie izquierdo. En el momento que luchaba por desasirse de la del derecho, ocurrió lo que tanto temía.

Montelier y Oso Abrazador se volvieron a un tiempo y sorprendiéndolo en el acto de la fuga, comenzaron a correr en seguida hasta donde se encontraba el prisionero. Cody no cesaba de luchar contra la cuerda de su pie derecho, hasta quitarla de la estaca. De pie se disponía a huir en el preciso momento que Montelier se lanzaba contra él. Se oyó un chasquido que no fué más que el fuerte golpe que asestó contra su adversario el explorador. Fué tal la violencia del golpe que dió contra el maxilar del bandido derribándolo a tierra.

En seguida todo el campamento se levantó como por encanto. Los guerreros se apiñaban a uno y otro lado. Mientras tanto Búffalo Bill se había arreglado para acomodar otra trompada en la misma boca de Oso Abrazador, antes de caer víctima de las flechas de la horda salvaje que se aproximaba.

Luchó desesperadamente para evitar el asalto, pero todo fué inútil, dado el número de sus enemigos.

Sintió el golpe de un arma pesada sobre la cabeza y en compañía del firmamento estrellado, cayó sin sentido.

* * * *

Un rato después volvía en sí. El cielo oscuro de la noche y los resplandores del fuego que ardía en torno, le dieron a entender que no había permanecido muchas horas sin sentido. De nuevo lo habían sujetado a las estacas con los brazos y las piernas lo mismo que un momento antes, sin esperanzas de poderlas desprender, por más esfuerzos que hiciera. A su lado descubrió a Montelier que se complacía en observarlo.

—¿Despierto, señor Cody? — preguntó alegremente Montelier. — Es usted fuerte y tiene la mano pesada. El golpe que le dieron, créame, hubiese enviado a la eternidad a cualquier otro individuo.

Bill al escucharlo, lo miró con cierta melancolía, fijando la vista en aquel rostro perverso.

—Lamento muchísimo no poder darle mayores comodidades, — agregó Montelier. — Créame que lo desearía de todo corazón, señor Cody. Pero según he oído, pronto estará en libertad y se verá más libre que nunca, más libre de lo que ha estado hasta ahora. Mis amigos los pieles rojas, le están preparando algo muy interesante, señor Cody. Entonces se divertirá como jamás se ha divertido.

Las palabras de Montlier estaban veladas; pero Cody entendió el significado en seguida. En Caballero Bandido reía en voz baja, hasta que mirando a un lado llamó a alguien que se hallaba fuera del alcance de la vista del explorador. De inmediato Oso Abrazador estuvo junto a Cody.

—¡Oh, jefe! ¿Cuándo tendrá lugar el sacrificio? — preguntó el traidor en la lengua de los pieles rojas. - - Este cazador de búfalos es un espíritu maligno y si no lo matan, ocurrirán muchas desgracas entre los Crees.

Oso Abrazador levantó sus ojos astutos y feroces hacia el firmamento para observar la luna llena que asomaba lentamente por entre la copa de los árboles. Al punto extendió uno de sus dedos largos y rígidos, para señalar la aureola amarillenta que circundaba al planeta, diciendo:

—La danza festiva comenzará ahora, jefe de rostro pálido. En dos o tres horas la luna se habrá elevado por completo y entonces el prisionero morirá con la muerte de los perros y los traidores. ¡Wah! He dicho.

—Muy bien, jefe. — Montelier hizo señas a Oso Abrazador para que lo dejara, demostrando así a Cody el poder que tenía sobre los Crees y agregó: — Deje que los guerreros comiencen la danza.

El jefe los dejó solos. El monóculo del Caballero Bandido, parecía despedir reflejos malignos en la semi luz que los rodeaba.

—No apostaría sobre las probabilidades de salvarse que tiene usted, señor Cody. —

dijo en tono meloso. — Me ha costado mucho trabajo conseguir que estos indios se acomoden a mi modo de pensar y es usted un enmigo muy caprichoso y resistente para que yo lo deje con vida. Siento que su muerte se produzca en esta forma. Ya sé que lo exrañarán mucho a usted, desde que hace mucha falta.

—¿Qué me extrañarán? No sea tonto, — exclamó Cody, que aun sin esperanzas de salvación, no tenía miedo alguno. — Con seguridad que se notará mi falta. Ya tendrá usted a medio continente tras sus talones, antes de que se dé cuenta. Estos indios se verán rodeados por regimientos muy pronto y usted caerá entre ellos.

—Doble razón para brincar durante el próximo festín. ¿No le parece? — dijo Montelier con toda frialdad, luciendo una mano perfectamente pulida, al agregar. — Escuche, querido amigo y, mientras tanto, le ruego que sus pensamientos sean de los más felices.

Y así diciendo se apartó con cautela del lado de Búffalo Bill, mientras se distinguían los primeros alaridos y los gritos roncos de contento entre los indios, anunciadores de la danza que estaba preparándose. Era señal del principio de un fin.

Aquellos gritos iban subiendo de tono, hasta terminar en un coro de voces estridentes.

El explorador prisionero estaba acostumbrado a aquellos cánticos, así es que mayormente no le alarmaron mucho. Aunque a duras penas podía descubrir a veces los penachos de las plumas de sus adversarios, que como verdaderos demonios bailaban al son de una música discordante y monótona, sabía que formaban círculo en torno de su cuerpo, festejando de antemano el espléndido sacrificio que llevarían a cabo.

Pronto la noche estaría en su esplendor y la luna llena extendería sus rayos sobre el campamento. Entonces...

Cody volvió a luchar para librarse de las ligaduras, hasta que ya sus músculos doloridos no respondían a su deseperación. Después de muchos minutos que parecieron siglos, desistió do luchar en vano y se dispuso a descansar para recobrar el aliento.

Entonces se le presentó el pasado, los tiempos en que había huido de las amenazas de los pieles rojas, y el presente, en qne ya creía que había terminado el peligro y que a pesar de todo perecería víctima de los indios.

—Y ese Montelier me ha arreglado las cuentas, pero tendrá que vérselas con los muchachos cuando lo atrapen. Seguramente que no vivirá muy tranquilo o... Pero... ¿quién es ese?

Formuló la pregunta de repente con voz apgada. Algo, o mejor dicho, alguien se hallaba extendido de lleno a su lado, oculto por su cuerpo y las sombras oscuras que proyectaban las chozas indias cercanas al lugar. Una mano grandota y viril se posó sobre su boca para imponerle silencio, evitando que repitiese la pregunta.

—¡Quieto, Búffalo! Se lo ordena su amigo Gran Ciervo. Si en algo estima la libertad, quédese quieto.

Las palabras fueron susurradas en su oído en el dialecto sioux; sin embargo, entre los sioux agregados a la Exhibición, el explorador no recordaba a ninguno con el nombre de Gran Ciervo. Aquellas palabras lo sorprendieron, pero fué lo suficientemente inteligente para guardar silencio, no dar señales de que ocurría nada anormal.

—Ahora no es tiempo para hacer aclaraciones de ninguna especie, cazador de búfalos. Una vez que nos hayamos escapado juntos, entonces podremos hablar.

Mientras así hablabá el indio, sus dedos atareados trataban de desatar las ligaduras que sujetaban sus pies a las estacas. Esos dedos mudos realizaban una tarea minuciosa desligando aquellos nudos numerosos, mucho mejor hechos que la primera vez en que había sido atado el prisionero. En un minuto Cody se vió libre, pero no hizo movimiento alguno, ni dió señales de sentirse libre, pues no sabía el número de ojos astutos y listos que lo estarían observando.

—Ahora, Búffalo, deje el saco donde está y sígame. No me hable, ni formule pregunta alguna, porque estamos frente a la muerte.

Cody obedeció en silencio sin preguntar absolutamente nada y el proceso que realizó para desprenderse del saco de piel, fué realmente digno de elogio. Una vez que se hubo quitado el saco lo colocó con cuidado entre las estacas, de modo que pareciera que contenía el cuerpo del prisionero. Luego echado al suelo boca abajo, se arrastró como un gusano, con la cautela y silencio de una sombra misteriosa.

Frente a él, se bosquejaba la esfumada figura de su libertador, que le iba indicando el camino a seguir. Después de un laborioso esfuerzo, se aproximaron a la choza más cercana. El viajecito no había tomado más que unos miutos, pero al explorador le parecieron horas interminables. Casi la mayor parte del tiempo había tenido que contener la respiración, por temor de que fueran descubiertos sus movimientos. No se atrevió, pues, a respirar con naturalidad, hasta no verse a salvo entre la oscuridad de la choza, donde pudo incorporarse y ponerse de pie para calmar el dolor de sus miembros entumecidos y acalambrados.

—¿Pero se puede saber quién es usted? — dijo en tono de admiración como para expresar su gratitud inmensa y satisfacer la curiosidad que le abrumaba.

Su libertador le impuso de nuevo silencio, susurrando:

—Tenga paciencia, Búffalo. Aun nos resta mucho que hacer, si es que pretendemos librarnos de la venganza de los Crees. Tenemos que realizar la empresa comenzada, o morir. Ya la danza de la muerte se desvanece y toca a su fin. Pronto los Crees y el infame de rostro pálido se dirigirán a las estacas, para verlo y entonces es el momento de abandonar la choza ésta y escapar.

No bien el Gran Ciervo hubo pronunciado estas palabras, el canto de guerra se perdió entre los labios de los que bailaban al com-

pás del mismo. El suave ruido de aquellos pies calzados de pieles, fué desvaneciéndose.

A través de una rendija, Cody pudo descubrir que la danza había terminado y que los pieles rojas se apiñaban junto a Montetier, quien se encaminaba junto a Monteque habían servido de tortura.

—Están... — comenzó por decir Cody, sin poedr seguir, pues Gran Ciervo con un movimiento rápido se dispuso a partir con el hacha relucienthe en una mano, pronta para la defensa en caso necesario.

—Ahora, Búffalo.

En ese instante el resplandor de las hogueras brillaba entre los árboles y arbustos que se veían frente a los fugitivos.

—Volemos de aquí, porque es la única oportunidad que se nos presentará. Vamos hacia aquellos árboles y sígame de cerca. Lo conduciré al escondite de unos venados, donde nos guareceremos por un tiempo.

Gran Ciervo de un salto se apartó del lugar, emprendiendo una carrera silenciosa. El camino estaba libre, salvo una o dos mujeres indias que se hallaban a la entrada de las primeras chozas. Búfalo Bill con los puños y dientes apretados seguía corriendo tras los talones de su guía.

Gran Ciervo se volvió con el semblante grave y el ceño fruncido sin pretender bajar ya la voz al decir: — Manténgase alerta, Búffalo Bill. No titubee. Recuerde que es cuestión de vida o muerte.

Tras de ellos se oyó el ligero paso de una carrera desenfrenada, en momentos que cruzaban el espacio que los separaba de los árboles.

La choza que acababan de abandonar fué completamente destrozada por los Crees enardecidos por las frases furiosas del bandido blanco, que se preparó para encabezar la persecución. Pero antes que se dieran cuenta de lo que debían hacer, ya los fugitivos habían ganado terreno y se alejaban presurosos, fuera y lejos del radio ocupado por el campamento de los indios.

Mientras tanto, la carrera no dejaba de ser penosa para ambos perseguidos. Cody se atrevió a mirar por sobre el hombro, alcanzando a distinguir las sombras de los pieles rojas, lo que no hizo más que apresurar su marcha vertiginosa.

De un árbol, saltó un indio espía, escondido tal vez para impedir la fuga. Pero el puño cerrado de Cody le asestó un formidable golpe en el maxilar, arrojándolo al suelo. Un hacha silbó sobre su cabeza y fué a enterrarse en el suelo frente a él, sin que Cody perdiese la serenidad, manteniéndose siempre con los puños listos. Gran Ciervo de pronto tomó a la derecha, indicando a su compañero que describiese un semicírculo y lo encontrase más adelante. Al tiempo de dar vuelta tropezó con un enemigo a quien asestó un hachazo en la cabeza, desapareciendo al instante como un fantasma.

Desde el principio hasta el fin, esa carrera de salvación no era segura.

Los perseguidores tomaban el asunto con todo ardor y el mismo Búffalo Bill, desconfiaba de la suerte, pareciéndole imposible terminar a salvo. Cuando por casualidad tropezó de nuevo con Gran Ciervo, se vió junto a la cueva de venados y ambos desaparecieron en el escondite.

No bien se ocultaron, sus perseguidores en medio de una gritería salvaje, se acercaban al lugar.

Cody no pudo menos que sonreir de gozo, sin atreverse a respirar con mucha libertad, al distinguir la figura del Caballero Bandido guiando hacia adelante a los Crees, sin sombrero.

Al pasar la cueva se vieron algo aturdidos sin saber el camino a seguir, hasta que se dispusieron a seguir adelante. Por último, el ruido ensordecedor de los salvajes se fué perdiendo, oyéndose tan sólo el eco de sus gritos. Entonces fué cuando el Gran Ciervo se atrevió a incorporarse y reir de buena gana.

Reinaba la oscuridad intensa de la noche, ya que la luna, proyectaba unas sombras extensas. Entre esa luz velada que se dejaba ver de vez en cuando Cody distinguió un rostro bronceado, de hermosas facciones, que reconoció al instante. Comprendió que no estaba frente a uno de los Crees.

—Soy un guerrero de los sioux, — dijo el piel roja que acababa de salvarlo. — Por eso y porque mis manos son hermanos suyos, lo he salvado arrebatándolo de manos de los Crees. Aunque como carne de ellos, soy su enemigo y los odio intensamente. Hace unos meses fuí expatriado de los sioux y busqué refugio entre las asambleas de fuego que realizaban los Crees. Como he vivido entre los Crees, he podido salvarlo del sacrificio que pensaban hacer al Gran Espíritu.

Al oír eso, Búffalo Bill extendió su mano, estrechando calurosamente la del indio.

—Somos hermanos, Gran Ciervo y le debo la vida, — respondió Cody.

—Basta, Búffalo, — dijo el indio con un dedo entre los labios. — Todavía resta mucho que hacer esta noche. Un jefe de rostro pálido conduce a los Crees, para que ataquen un campo esta misma noche y los Crees como unos grandes tontos creen que el jefe es un amigo y que los ayuda para triunfar sobre los blancos. Pero el jefe blanco es como las aves de rapiña y los lobosa no piensa más que en sí mismo. Una vez que los Crees lo hayan ayudado para que realice sus planes, los abandonará y los traicionará.

—¡Ya lo creo que lo hará! — respondió Cody, agregando: — Dígame, Gran Ciervo, ¿no conoce usted sus intenciones?

El sioux expatriado, sacudió la cabeza con energía, diciendo:

—No muy lejos de aquí existe una mina donde trabajan muy pocos hombres de rostro pálido. Antes de la madrugada, los crees piensan atacarlos. Mientras tanto el jefe blanco se apoderará de los valores existentes en la mina. Entonces abandonará a los Crees.

—¿De manera que ese había sido su juego? — dijo Búffalo Bill para sí. — Está actuando como jefe de los Crees y los obligará a realizar el trabajo asqueroso para sacarle provecho él solo. ¿Sabe usted, Gran Ciervo, dónde está situada la mina? — agregó mirando enfurecido a su salvador.

La respuesta del piel roja fué rápida y segura. Se levantó de la cueva haciendo señas a Búffalo Bill para que lo siguiese.

A la distancia se oía que los Crees desistían de la persecución con sus gritos de guerra. Cody sabía que su huída, no haría más que apresurar la realización del plan que Montelier había ideado y emprendería el ataque cuanto antes. No titubeó en seguir a Gran Ciervo.

Casi durante una hora se abrieron camino por entre espesos matorrales, en terreno ondulado, donde paso a paso se elevaban barrancos y colinas, hasta que por fin distinguieron un valle iluminado por la pálida luz de la luna.

En medio del mismo se destacaban unas agrupaciones de casas depósitos y bombas, concernientes a la mina valiosa que Búffalo Bill reconoció en seguida, al distinguirla a gran distancia.

—¡La "Big Bluff Cinnabar Mine", que los Injuns piensan tomar de corpresa !— exclamó Cody al divisarla.

—Los Crees llegarán antes de la salida del sol, — replicó Gran Ciervo.

Al instante Cody tuvo un pensamiento. Con el rostro grave y ceñudo dirigió sus pasos por el camino que enderezaba al centro del valle, donde una luz débil y vacilante se destacaba en el mismo corazón de las casitas.

—Avisaremos a los mineros de lo que les ha de ocurrir, — manifestó Cody.

CAPITULO IV

El torrente

El capataz Monson de la "Big Bluff Cinnabar Mine" era un viejo dormilón. Ya había pasado sus años de plenitud; y esa noche, cuando hubo pasado la media noche, su fatiga natural lo tenía abrumado. Dormitaba en una silla, con el mismo silencio que reinaba en toda la mina.

Sin embargo, el viejo despertó al oir claramente el paso pesado de unos pies calzados con botines gruesos, que hacían crugir los guijarros, justamente cerca de la puerta de la cabaña.

—¡Adelante !— exclamó Monson, ahogando un bostezo.

Al momento Búffalo Bill apareció en el umbral, seguido de Gran Ciervo. Miró al viejo con ojos firmes y el rostro grave.

—¡Cómo le va, compañero! — fué el saludo, al cruzar la cabaña, mientras Monson, lo miraba con incertidumbre. — Soy el coronel Cody, conocido con el nombre de Búffalo Bill. Dígame: ¿cuántos hombres tiene en la mina?

La expresión y las frases del explorador causaron impresión en Monson y le hicieron sospechar que algo ocurriría. El sueño que lo abrumaba se desvaneció por completo al reconocer la figura familiar del visitante y miró a Gran Ciervo que permanecía tieso en el umbral.

—Yo solo, — dijo sencillamente. — Por el momento, todos los muchachos se han ido al pueblo. Me parece que no volverán hasta mañana por la mañana. Lo peor del caso es que estarán completamente ebrios. ¿Qué es lo que se murmura?

—Los pieles rojas han comenzado con su plan de guerra y están en tren de combate, — respondió el explorador con cierta calma, a pesar de la desesperación que lo embargaba. — Tienen el propósito de atacar la mina antes de la salida del sol y, si los muchachos no están, seguramente que han de salir con la suya. El caso es que tienen por jefe a un blanco.

La noticia impresionó tanto a Monson que tembló como una hoja. El semblante adquirió una palidez inusitada, y vacilante se dejó caer sobre la silla.

—Entonces, la Big Bluff Mina...., — comenzó diciendo con voz trémula, siendo interrumpido al punto por Cody con un gesto de mando.

—¿Cree usted que se podría llamar a los muchachos y tenerlos aquí dentro de uno o dos horas?—preguntó.—Creo que por el momento los Crees no han de poder acercarse.

Una vez más los cálculos de Cody fueron erróneos. En el preciso instante en que así hablaba, los indios Crees ascendían por la colina que limitaba el valle, alcanzando a distinguir ya, el establecimiento de la mina.

El primero en descubrirlos fué Gran Ciervo, que vió las negras siluetas en la cima de la colina, saltando para amontonarse, listos para el ataque en sus feroces potros. Gran Ciervo dió el grito de alarma con voz ronca y alterada.

—¡No hay esperanza alguna! — exclamó Cody levantando los brazos con desesperación. — Compañero, ya los tenemos encima.

Me imagino que los valores están aquí, pues el que dirige el asalto es el Caballero Bandido.

En eso se oyeron los gritos de los indios que en coro proferían exclamaciones de guerra. Monson al oirlos no pudo contener su emoción.

Gran Ciervo con toda calma cerró la puerta y la sostuvo colocado de espaldas. Cody en actitud de espera, parecía reflexionar, cuando su rostro se iluminó con una inspiración inesperada. Saltó animado por la excitación y el miedo que lo embargaba, diciendo:

—Hay un paso en lo alto del valle. Si pudiésemos salir sin ser vistos, nos pondríamos a salvo. Los Injuns vienen por l lado opuesto ¿no es así?

Al decir eso se dirigió a la ventanieta de la cabaña. Al pie de la colina se alistaban en línea los demonios pintarrajeados adornados con grandes plumas. En menos de tres minutos caerían sobre la mina, lo que Cody manifestó a Monson sin preámbulos.

Es que la mina tiene forzosamente que salvarse, — exclamó Monson. — Existe un millón de pesos oro, que representan seis meses de trabajos continuados y un depósito importantísimo de cinabrio que tiene que salvarse a cualquier costo.

—Tres hombres no pueden salvar el tesoro, — respondió redondamente Cody. — Lo mejor es salir para traer auxilio, porque no me imagino que hemos de querer suicidarnos.

—Yo no, — exclamó Monson encajándose su sombrero Stetson de alas anchas. — Al

instante huyamos. — El paso que sale del valle por el barranco, da al lago Big Bluff, donde detendremos la represa. ¿Me entiende?

Los tres hombres salieron a todo escape, ante la amenaza de los pieles rojas a unos cuantos centenares de metros. Al correr a través de los rocosos caminos opuestos al trayecto seguido por los indios, Búffalo Bill se dió cuenta del plan propuesto por Monson. Sobre el barranco se descubría el gran lago Big Bluff, una gran extensión de agua que limitaba uno de los lados de la mina, cuyo podr seguramente no desperdiciarían los obreros de tamaño establecimiento.

Esas aguas se empleaban para dirigir la mayor parte de las másquinas, fuera de que abastecían de luz, sin ocasionar gastos mayores. Una represa había sido construída contra el lago con dos compuertas poderosas que retenían la fuerza del agua, cuando la mina estaba sin movimiento.

—Si se abren esas compuertas, — manifestó Monson tambaleando en la cima del barranco, — podremos inundar el valle, cuando las máquinas de la mina no trabajan. Como ahora no hay nadie y las máquinas están sin movimiento, podríamos intentar la operación. ¿Me entienden?

En seguida vióse a Monson subir las gradas blancas de piedra que lo llevaban a las compuertas de la represa. Cody y Gran Ciervo lo seguían casi sin aliento, rendidos de fatiga.

—¡Las palancas! — exclamó Monson señalándolas con dedo trémulo.

Treparon gateando a la plataforma alta que se hallaba sobre la represa y donde las palancas de acero brillaban como nunca, prontas a obedecer la dirección que les imprimieran. En la mina bajo el barranco, los indios prorrumpieron en gritos salvajes, señal de que los habían visto. Del otro lado, las aguas tranquilas del lago Big Bluff, se mecían suavemente, sin que nada pareciese turbar su calma imponente.

—¡Pronto! — gritó Cody. — Ahora o nunca.

Al decir eso, cayó con todo su peso sobre la palanca, mientras Monson y Gran Ciervo hacían lo mismo con la otra. Reinaron unos segundos de resistencia por parte de los aceros, antes que las compuertas crujieran en son de protesta. Por último en medio de un silencio conmovedor, se abrieron pesadamente, hasta golpear con fuerza las paredes de la represa.

La superficie del lago Big Bluff se estremeció.

Una avalancha de agua, con rugido continuado se dejó ver y sentir en aquellas regiones. El rugido fué subiendo hasta semejar el furor de los truenos en medio del temporal espantoso. La masa de agua espumosa se sacudía invariamente, levantando un oleaje que se estrellaba contra los muros de la represa, presentando un espectáculo imponente.

Cayó en seguida como una sólida masa y rodó hacia abajo en forma de cascada gigantesca de aguas en pleno hervor. La represa vaciló con el peso del torrente que inundó el barranco, amenazador y furioso para castigo de los asaltantes.

Búffalo Bill miraba todo aquello como fascinado por el espectáculo. Ninguno de los tres dijo una palabra, permaneciendo en el mayor silencio; por más que aun si lo hubiesen hecho, hubiese sido imposible oír sus voces.

Era uno de esos espectáculos que sólo se contemplan una vez en la vida: grandioso e imponente, tal vez algo triste, dadas las causas que lo habían motivado, que le hicieron perder parte de su hermosura.

Los indios Crees gritaban desesperados al principio, pero en seguida, sus alaridos se perdieron en medio del mayor silencio, dejándolos aterrorizados.

Búffalo Bill alcanzó a verlos en el momento en que emprendían la fuga.

Al descubrir que se hallaban atacados por el torrente, que se lanzaba sin piedad tras ellos, quedaron mudos y solo pensaron en salvar sus vidas. Al correr, el agua a borbotones salpicaba sus talones, sin dejarlos retroceder un paso.

—Parece demasiado cruel el ataque, — se atrevió a decir Cody, conmovido.

—Era el único medio que teníamos para defndernos, — replicó Monson, con aprobación del explorador.

—¡Sí, el único medio! — exclamó mirando a otro lado.

No se atrevía a mirar de nuevo el valle, pues se daba cuenta de lo que debía haber sucedido: que la mayor parte de los pieles rojas estarían arrollados por la furia de las aguas, perecieron sin remedio. Sentía por los salvajes, que no habían hecho más que obedecer las órdenes del infame blanco y que en su ignorancia, habían sido arrojados a aquel desastre. En medio de su pesar, tenía sin embargo la esperanza de haberse vengado del bandido, que había sufrido la misma suerte de los indios desgraciados. En su criterio, el caballero bandido, era un individuo que estaba mejor muerto, que vivo.

. . . . . .

Cuántos pieles rojas se salvaron y cuántos murieron, era algo que solo podía librarse a las conjeturas. Luego que las aguas del lago Big Bluff inaundaron el valle y las minas de cinabrio, la luna desapareció tras un manto de espesas nubes y la obscuridad impenetrable se extendió sobre la escena.

Los protagonista y la represa, debían esperar hasta el amanecer, temblando de frío y expuestos a la inclemencia de la noche. Con los primeros albores, se pudo ver que las aguas habían borrado todo signo de existencia en aquellos lugares.

El valle se había convertido en un lago, con la mina inundada por completo. En cambio, el lago Big Bluff, habiendo perdido sus aguas, seco y barroso, presntaba a uno y otro lado, pantanos y charcos sin movimiento alguno. Pronto recuperaría su esplendor, gracias al río que lo surtía constantemente de agua. También el valle podría desaojar las aguas, por más que los perjuicios ocasionados por las mismas, habían de ser innumerables.

Monson, al dar esas explicaciones a sus

salvadores, sonreía, cerrando de nuevo las compuertas.

—Hemos derrotado y puesto en fuga a los pieles rojas, — agregó. — Es cierto que se habrá perdido algo, pero tengo que agradecerle a usted Búffalo Bill, el hecho de haber salvado el cinabrio valioso, de manos de los salvajes e impedido que se llevase a cabo el robo.

Al decir esto, extendió la mano y Cody la estrechó afectuosamente.

Tal vez usted se quede, para que se lo presente a los muchachos, que han de venir pronto.

El gran explorador sacudió la cabeza, diciendo:

—Debo tomar el camino más corto para desaparecer cuanto antes, porque mis muchachos, los de la gran exhibición occidental, me deben echar de menos, — luego señalando el valle inundado agregó: — Cuando usted pueda descubir e identificar las personas que han muerto ahí; le agradecería me comunicase, si dió con el cuerpo de bandido blanco.

—Por supuesto, —respondió Monson. — Tenga plena seguridad que haré una exploración cuidadosa, para encontrarlo.

Una hora después, Búffalo Bill se retiraba, dejando atrás a Monson, pero llevándose consigo a Gran Ciervo.

Tres días después le llegaban noticias de Monson. La mina y el valle, habían sido examinadas con todo cuidado para descubrir cuanto vestigio quedaba del desastre. Se pudo calcular, que habían perecido arrededor de doscientos indios. La suerte de los que faltaban, no podía saberse. Lo único que se sabía era que no habían regresado a sus ranchos y localidades, rebuscados por la policía y las tropas en todas direcciones.

El informe de Monson, agregaba que no habían podido dar con el cuerpo del caballero bandido. Sólo había encontrado el sombrero en el fondo de uno de los pozos de la mina, por lo que presumía que habría muerto.

FIN DE "EL JEFE ROSTRO PALIDO"

OTRA NUEVA AVENTURA DEL FAMOSO EXPLORADOR

Búffalo Bill

TITULADA:

EL TOMAHAWK DE LA MUERTE

SE PUBLICARA EN UN PROXIMO NUMERO DE ESTE MAGAZINE

¡Qué pícaro!

En un club había dos socios que se llamaban Robinson de apellido. Robinson número 1 vió una carta a su nombre en el estante de las cartas. La abrió y en seguida echó de ver que la carta era para el Robinson número 2 y que se la dirigía su sastre, pidiéndole que le pagara en seguida una cuenta muy vieja.

De acuerdo con los compañeros de club que estaban presentes, Robinson número 1 volvió a cerrar la carta y la volvió a dejar en el estante, precisamente en el momento en que entraba Robinson número 2.

Este tomó la carta, la abrió y la guardó rápidamente.

Luego, convencido de que muchos le miraban, se sonrió y dijo con aire de picarón:

—¡Qué muchacha! ¡No puede vivir sin mí!

El verdadero filántropo

Aquel hombre, —dijo el bonaerense a su primo el de Salta que acababa de llegar a la capital, — aquel hombre que está allí esperando el tranvía, es un gran filántropo.

—¿De veras? — dijo el salteño.

—Se pasa mucho tiempo de su vida evitando que sus hermanas y sus hermanos caigan y se destrocen. Les tiende las manos salvadoras y todo el que tambalea sabe que no caerá si él llega a tiempo de evitarlo.

—Ah! ¿Y quién es?

—Es el maestro de patinaje de un skating muy popular.

Compre

EL DIARIO

todas las tardes y estará al corriente de las noticias sociales, políticas, sportivas, teatrales y otras del momento.

EL DIARIO

Fundado hace 45 años

tiene entrada en todos los buenos hogares.

Remita el cupón y recibirá a domicilio un ejemplar del jueves próximo con las páginas en colores, y una página con la graciosa historieta para niños:

BARNIGUGLI y su PINGO TRAGAVIENTOS

Señor Administrador de EL DIARIO.
Avenida de Mayo, 662 - Bs. Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán las páginas femeninas en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . .

F.C. . . . . .

EDICION DE LOS JUEVES
Precios de suscripción:

1 año	$ 5.--
6 meses. . .	„ 2.50
3 „	„ 1.50

PETER PAN Y WENDY

LA HISTORIA DEL NIÑO QUE NO QUISO CRECER

POR

J. M. BARRIE

(TRADUCCION DEL INGLES)

CAPITULO PRIMERO

Aparece Peter Pan

TODOS los niños del mundo, menos uno, crecen. Y no sólo crecen sino que en seguida saben que han de de crecer. Nuestra Wendy lo supo del modo siguiente:

Cierto día, cuando sólo contaba dos años, estaba jugando en un jardín; arrancó una flor y corrió a llevársela a su madre. Es de suponer que debía estar encantadora, pues la señora Gentil, poniéndose una mano sobre el corazón, exclamó: "¡Oh! ¿Por qué no habías de quedarte así para siempre?" Nada más que esto sucedió entre las dos, pepo, desde entonces, Wendy supo que crecería. Se sabe esto siempre después de cumplir los dos años. Los dos años son el principio del fin.

Vivían en el número 14 de su calle, y hasta la llegada de Wendy, su madre era el personaje principal de la familia. Era una dama encantadora, de imaginación romántica y boca burlona y dulce a la vez. Su romántica imaginación era como esas cajas de fina madera que, unas dentro de otras, vienen del enigmático Oriente, y, en las que, por muchas que se descubran, queda siempre una más; y su boquita dulce y burlona guarda un beso, que, no obstante estar bien visible en el rinconcillo del lado derecho, Wendy no pudo nunca alcanzar.

El señor Gentil la conquistó del siguiente modo: los muchos caballeros que eran muchachos cuando ella era jovencita, descubrieron simultáneamente que la amaban, y todos corrieron a su casa a declarársele, excepto el señor Gentil que tomó un coche, llegó el primero y así la obtuvo. Todo lo consiguió de ella excepto la caja más recóndita y el beso. De la caja no supo nunca nada y el beso acabó por renunciar a él. Wendy pensaba que acaso Napoleón hubiera podido obtenerlo más yo me imagino al famoso héroe intentándolo y marchándose desesperado, dando un violento portazo.

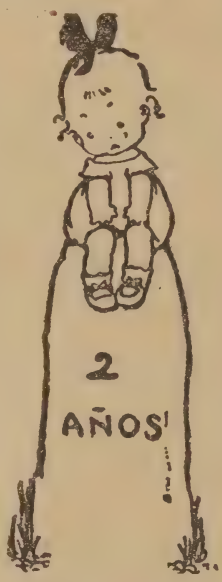
El señor Gentil acostumbraba a jactarse delante de Wendy, de que su esposa no sólo le amaba, sino que le respe-

taba. Era uno de esos hombres sapaces que conocen perfectamente la cotización y las acciones. Claro está que ninguno de ellos las conoce en realidad, pero lo aparentan, y nuestro señor Gentil tenía un modo de decir que la cotización subía y las acciones bajaban, que cualquier mujer le hubiera respetado.

La señora Gentil se había casado vestida de blanco, y, al principio, llevó las cuentas perfectamente, casi alegremente, como si se trata de un juego y sin olvidar la más insignificante minucia, pero, con el tiempo, menudearon las omisiones y en lugar de cifras la joven señora Gentil dibujó figuritas de niños sin rostro. Las dibujaba precisamente en el lugar de la suma total. Eran estos los presentimientos de la señora Gentil.

Primero nació Wendy, después Juan, y luego Miguel.

Durante una semana ó dos después de la llegada de Wendy, era dudoso que el matrimonio Gentil pudiera conservar a la niña, siendo como era otra boca más que mantener. El señor Gentil estaba orgullosísimo de ella, pero era muy honrado, y sentado al borde de la cama de su esposa, teniendo su mano agarrada, calculaba gastos, mientras ella le miraba implorante. - La esposa quería correr el riesgo, sucediera lo que sucediera, pero este no era el sistema de él; el sistema de él era armarse de lápiz y papel y cada vez que ella le hacía equivocarse, volver a empezar de nuevo.



Los dos años son el principio del fin

—No me interrumpas, — le rogaba. — Yo tengo aquí una libra con diez y siete chelines y dos libras con seis chelines en la oficina... suprimiendo mi café en la oficina, pongamos diez chelines, que hacen dos libras, nueve chelines y seis peniques; con tus diez y ocho y tres hacen tres libras, nueve chelines, siete peniques; con cinco, cero, cero, cero, en mi libro de cheques hacen ocho libras, nueve chelines, siete peniques... ¿quién se mueve?... ocho, nueve, siete... y llevo siete... no me hables ahora, querida... contando la libra que prestaste a aquel hombre que llegó a la puerta... ¡quieta, niña!... siete y llevo niña... ¿lo ves, mujer, lo ves?... nueve libras, nueve chelines, siete peniques. ¿He dicho nueve, nueve, siete? Sí. He dicho nueve, nueve, site. Ahora, esta es la cuestión. ¿Podremos intentarlo por un año con... nueve libras nueve chelines, siete peniques?

—Claro que podemos, Jorge, — exclamó ella. Pero ella se inclinaba notablemente en favor de Wendy, y él era, de los dos, el de carácter más enérgico.

—Recuerda que luego vendrá la dentición, — advirtió en tono casi amenazador. Y continuó: — Dentición: una libra; esto es lo que he apuntado, pero me atrevería a decir que no baja de treinta chelines... no hables... sarampión, cinco más; falso sarampión, media guinea, hacen dos libras, quince chelines, seis... no muevas ese dedo... tos ferina, quince chelines...

Y así sucesivamente, y aumentando cada vez más; pero al fin Wendy salió adelante con la dentición limitada a un gasto de doce chelines, seis peniques, y los dos sarampiones reducidos a uno solo.

La misma preocupación causó Juan, y a la llegada de Miguel aun fué la cuestión más ardua, pero el matrimonio conservó a los niños como había conservado a la niña, y pronto pudo verse a los tres ir a la escuela Kindergarten de la señorita Fulson acompañados de su niñera.

A mamá Gentil le gustaba tener de todo y papá Gentil tenía una verdadera pasión por ser lo mismo que sus convecinos. Por ello, naturalmente, tenían una niñera. Como eran pobres, debido al gran consumo de leche que hacían los niños, su niñera era una relamida perra de Terranova, llamada Nana, que no había servido particularmente a nadie hasta que los Gentil la contrataron.

Nana había concedido siempre, sin embargo, una gran importancia a los niños y los Gentil habían entrado en relación con ella en los jardines de Kensington, donde Nana pasaba la mayor parte de su tiempo libre, asomando el hocico dentro de los cochecillos de los niños y donde era particularmente odiada por las niñeras descuidadas a las que seguía a sus casas para quejarse de ellas a sus amos.

Nana probó ser la verdadera joya de las niñeras. A la hora del baño se portaba inimitablemente y se levantaba en cualquier momento de la noche si uno de los niños daba el más pequeño grito. Como es de suponer, la perrera de Nana estaba en el cuarto de los niños. Nana tenía una especial habilidad para conocer cuándo la tos de un niño es falta de paciencia y cuándo necesita que se coloque un calcetín alrededor de la garganta del paciente.

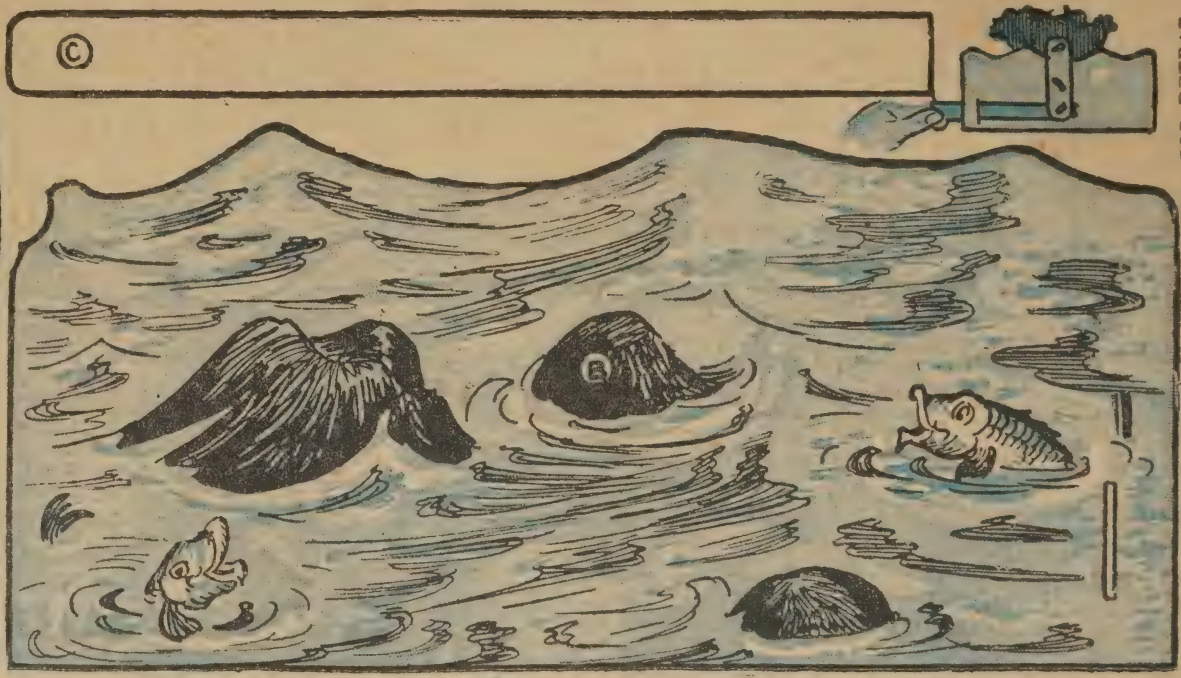
Hasta el último día de su vida creyó en los anticuados remedios clásicos, como las hojas de ruibarbo y otros por el estilo, y hacía muecas de desprecio al oír la charla moderna acerca de microbios, gérmenes, etc.

Era una viva lección de corrección el verla escoltando a los niños hasta la escuela, andando formalmente a su lado cuando se portaban bien y haciéndoles retroceder cuando se desviaban, hasta volver a formar la hilera.

En los primeros días de colegio de Juan nunca olvidó su abriguito de lana y en caso de lluvia llevaba siempre un paraguas en la boca. En los bajos de la escuela de la señorita Fulsom había una habitación donde esperaban las niñeras y acompañantes de los niños. Todas se sentaban en largos bancos, mientras que Nana permanecía tirada en el suelo, pero esta era la única diferencia. Las niñeras del banco fingían no verla siquiera, como si perteneciera a una categoría social

LOS GOBLINS EN EL MAR

Otro divertido juguete de movimiento fácil de armar y muy gracioso



HAY QUE PEGAR EN CARTON, DEJAR QUE SE SEQUE Y RECORTAR. SE UNE EL PUNTO A DE LA BARRA AL A DE LA TINA Y EL B DE LA BARRA CON EL B DE UN PEÑASCO. SE SUJETA EL C DE UNA BARRA AL C DE LA OTRA Y EL EXTREMO DE ESTA BARRA SE PASA POR LA HENDIJA DE LA DERECHA. MOVIENDO ESTA BARRA LAS OLAS AGITARAN LA TINA EN QUE SE HAN METIDO LOS GOBLINS Y SE VERA COMO SE DIVIERTEN.

muy inferior y Nana despreciaba la charla ligera de ellas.

A Nana no le gustaban mucho las visitas de los amigos de la señora Gentil al cuarto de los niños, pero, si llegaban, lo primero que hacía era arrebatar el delantal sucio de Miguel y ponerle el de las trencillas azules, alisar el pelo de Wendy y arañar precipitadamente los cabellos de Juan.

Ninguna otra niñera podía comportarse más correctamente y el señor Gentil, a pesar de que lo sabía, se preguntaba muchas veces, desazonado, si no murmurarían de ello los vecinos, porque el señor Gentil tenía que tener en mucha consideración su posición social.

Nana le molestaba también por otro estilo. Le parecía que la perra no le admiraba. "Yo sé que te admira terriblemente, Jorge", le aseguraba su señora. Y entonces hacía señas a los niños de que se mostraran especialmente amables con papá.

Seguían a esto encantadoras danzas en las cuales la otra única sirvienta, Liza, gustaba también de tomar parte. ¡Qué vivaracha y qué chiquilla parecía con su larga falda y su cofia de doncella, a pesar de que había jurado al tener novio que nunca más volvería a la infancia! ¡Qué alegre era aquel retozar de la familia! La más alegre de todos era mamá Gentil, que hacía piruetas con tanta ligereza, que lo único que de ella podía verse entonces era el beso de la comisura derecha de la boca; el que entonces se hubiera abalanzado a ella lo hubiera obtenido.

No existió nunca una familia más sencilla y feliz que ésta hasta la llegada de Peter Pan.

La primera vez que la señora Gentil supo de Peter Pan fué en ocasión de estar ordenando la imaginación de sus pequeños. Es una excelente costumbre que las buenas madres cumplen todas las noches, así que los niños se han dormido, la de escudriñar sus imaginaciones y poner las cosas en orden para la mañana siguiente, colocando en los sitios adecuados la infinidad de materias diversas que por ellas han vagado durante el día.

Si vosotros, niños, pudierais permanecer despiertos (claro está que no podéis) veríais a vuestra madre hacer esto y encontraríais muy interesante la observación. Es una cosa así como el arreglo de los cajones de una cómoda o armario. La veríais de rodillas, riéndose de algunos de los objetos contenidos en vuestras cabecitas, cavilando cómo diantre los habríais recogido, haciendo descubrimientos dulces y otros que no lo son, apretando una cosa a su mejilla como si pareciera tan linda como un lindo gatito, y ocultando otra apresuradamente lejos de su mirada. Cuando despertáis por las mañanas, las pasiones y maldades con que os fuísteis al lecho han sido dobladas en pliegues pequeñísimos y colocadas en el fondo de vuestra mente, y en la superficie, en cambio, están extendidos vuestros más lindos pensamientos, prontos para que los uséis.

Yo no sé si habréis visto nunca el mapa de la mente de una persona. Los médicos dibujan a veces mapas de otras partes de vuestro ser, lo que puede resultar algo interesante, pero, les desafiaría yo a que tratasen de dibujar la imaginación de un niño, que no sólo es confusa, sino que no deja un momento de dar vueltas.

Hay sobre ella líneas en zig-zag como las de la tarjeta en que se anotan vuestra temperatura cuando estáis enfermos, y estos zigzags son probablemente los caminos de la isla maravillosa, pues el País de Nunca-Jamás es siempre una isla con asombrosas pinceladas de colores aquí y allí, arrecifes de coral y cierto aspecto de buque en alta mar, y cuevas salvajes y solitarias, y enanillos que son sastres en su mayoría, y cavernas a través de las cuales corre un río, y príncipes con seis hermanos mayores, y una cabaña a punto de desmoronarse y una dama viejecita con la nariz ganchuda.

Sería bastante sencillo este mapa si sólo hubiera esto en él, pero es que está también el primer día de escuela, la religión, el estanque redondo, el trabajo de aguja, los papás, los asesinatos que los mayoers leen en los periódicos, el dativo de los verbos, el día del "pudding" de chocolate, los primeros tirantes, las castañas asadas, los tres peniques que dan los papás a los niños que se sacan ellos mismos los dientes, y otras muchas cosas por el estilo.

Todo esto, o bien forma parte de la isla o son otros mapas que aparecen a través de ella y que se confunden completamente porque, además, nada de esto se está quieto.

Es fácil comprender que los distintos Países de Nunca-Jamás varían grandemente. El de Juan, por ejemplo, tenía una gran laguna con flamencos que volaban sobre ella y a los cuales cazaba el mismo Juan, mientras el de Miguel, que era mucho más pequeño, tenía un flamenco con lagunas que volaban sobre él. Juan vivía en un bote colocado boca abajo sobre la arena, Miguel en una tienda india y Wendy en una casa de hojas hábilmente cosidas unas a otras. Juan no tenía amigos, Miguel tenía muchos, y Wendy tenía un lobo favorito abandonado por sus padres. Pero aun dentro de estas variaciones, los Países de Nunca-Jamás tienn una especie de parecido familiar y si se pusieran en hilera y permanecieran quietos podríamos encontrarles ese parecido. En estos mágicos países, los niños que juegan detienen siempre sus barquillas. Todos nosotros hemos estado allí y aunque no desembarcamos en ellos nunca más, todavía podemos oir el murmullo de las olas al romper sobre la arena.

De todas las islas deliciosas, la del país de Nunca Jamás es la más cómoda y agradable. No es ancha y con monótonas distancias aburridas entre aventura y aventura, sino que éstas están lindamente compactas. Cuando durante el día la fingís en vuestros juegos con las sillas y el mantel, la isla no tiene nada de alarmante. Mas dos minutos antes de que os vayáis a dormir, llega a ser casi una realidad. Por ello hay que poner lamparillas en los cuartos infantiles.

En sus continuos viajes por las imaginaciones de sus niños, la señora Gentil solía en-

contrar en ocasiones cosas que no podía comprender y de éstas, la que más perpleja la dejaba, era el nombre de Peter Pan. Nada sabía ella de Peter y, sin embargo, en la imaginación de Juan y en la de Miguel lo encontraba aquí y allí, y la de Wendy estaba materialmente cubierta de aquel nombre. El nombre de Peter Pan resaltaba en letras más atrevidas que ninguna de las otras palabras y mientras la señora Gentil lo estaba mirando observó que tenía una singular expresión de descaro.

—Sí, él es algo atrevido, — admitió Wendy con pesar, cuando su madre le preguntó acerca del caso.

—Pero, ¿quién es "él", querida?

—¿No lo sabes, mamá? Es Peter Pan.

Al principio, la señora Gentil no comprendía bien, pero después, pensando en su infancia, recordó la persona de un Peter Pan que vivía entre las hadas. Corrían acerca de él singulares historias, como aquella de que cuando mueren los niños él les acompaña durante un buen trozo del camino, para que no tengan miedo. Entonces, mamá Gentil creía en estas cosas, pero ahora que esteba casada y rebosante de sentido común, dudaba de la existencia de semejante personaje.

—Además, — dijo su mamá a Wendy, — ahora ya habrá crecido.

—¡Oh, no, no! — No ha crecido, — aseguró Wendy; — es precisamente del mismo tamaño que yo.

Quería decir la niña que Peter Pan era del mismo tamaño que ella en cuerpo y en imaginación. No sabía bien cómo lo sabía, pero la verdad era que lo sabía.

La señora Gentil consultó con su marido, pero éste sonrió.

—¡Bah, bah!—dijo,—fíjate bien en lo que te digo. Esa es alguna tontería que Nana les ha metido en la cabeza. Una idea digna de un perro. No te ocupes más de ello y desaparecerá.

Pero no desapareció, y pronto el turbador chiquillo dió a la señora Gentil un gran sobresalto.

Los niños corren las más extraordinarias aventuras sin que ello les preocupe. Hay algunos que recuerdan, por ejemplo, una semana después de acaecido el hecho, que estando en el bosque, encontraron a su difunto padre y jugaron con él. De este modo fué precisamente como Wendy hizo un encantador descubrimiento.

En el suelo del cuarto de los niños, se encontraron algunas hojas de árbol que no estaban allí cuando los pequeños se fueron a la cama, y la señora Gentil se hallaba haciendo cábalas acerca de ellas, cuando Wendy dijo con una sonrisa maliciosa.

—Supongo que habrá sido otra vez Peter Pan.

—¿Qué quieres decir con eso, Wendy?

—Hace muy mal en no barrerlas, — dijo Wendy suspirando. Wendy era una niña muy aseada.

La pequeña explicó con gran naturalidad que Peter llegaba muchas veces por la noche a su cuarto, se sentaba a los pies de su cama y tocaba para ella su camarillo. Desgraciadamente, Wendy no se despertaba nunca y, por lo tanto, no sabía cómo lo sabía, pero lo cierto era que lo sabía.

Peter Pan se sentaba a los pies de su cama

—¡Qué tonterías dices, preciosa! Nadie puede entrar dentro de casa sin llamar a la puerta.

—Es que yo creo que entra por la ventana, — dijo la niña.

—Pero, amor mío, si la ventana está a la altura de un tercer piso.

—¿Están o no están las hojas al pie de la ventana, mamá?

Y era verdad, las hojas habían sido halladas muy cerca de la ventana.

La señora Gentil no sabía qué pensar, pues todo ello parecía tan natural a Wendy que no se podía resolver diciendo que lo había soñado.

—Hija mía, — dijo su madre. — ¿Por qué no me contaste antes todo esto?

—Se me olvidó, — dijo Wendy con ligereza. — En aquel momento Wendy tenía prisa por que le dieran el almuerzo.

¡Bah! Seguramente lo habría soñado.

Pero, por otra parte, allí estaban las hojas. La señora Gentil las examinó cuidadosamente. Eran hojas secas y la dama estaba absolutamente segura de que no procedían de ningún árbol que se criaba en Inglaterra. Se bajó al suelo, escudriñando atentamente con la vela para buscar la huella de un pie extraño. Hurgó con la badilla el cañón de la chimenea y golpeó las paredes. Dejó caer una cuerda desde la ventana a la acera y comprobó que había una altura de treinta pies, sin una cañería siquiera por la que se pudiera trepar. Verdaderamente Wendy debía haber soñado.

Pero Wendy no había soñado, como se demostró en la noche siguiente, en la noche en que puede decirse empezaron las extraordinarias aventuras de aquellos niños.

La noche a que nos referimos estaban ya todos los niños en la cama. Sucedió que, siendo la noche de asueto de Nana, la señora Gentil habían bañado, acostado y cantado a los niños, hasta que, uno tras otro, habían soltado su mano para deslizarse en el País del Sueño.

Parecían todos tan tranquilos que la dama sonreía ahora a sus temores y se sentó tranquilamente a coser al lado del fuego.

Cosía ropita para Miguel, a quien en su cumpleaños había vestido de pantalones. El fuego daba un calorcito grato y el cuarto de

los niños estaba débilmente alumbrado por tres lamparillas.

No tardó mucho la costura de la señora Gentil en caer sobre su regazo. Cabeceó entonces, ¡oh con cuánta gracia! Estaba dormida. Estaban dormidos los cuatro: Wendy y Miguel a un lado, Juan al otro y mamá Gentil cerca del fuego. Debiera haber habido una cuarta lamparilla.

Mientras dormía, tuvo la señora Gentil un sueño.

Soñó que se le acercaba el País de Nunca-Jamás y que un chiquillo desconocido surgía de la isla. No se alarmó, pues creyó haber visto muchas veces aquel rostro en el de algunas mujeres que no tenían hijos. Acaso puede encontrarse en el rostro de algunas madres también. Pero en su sueño, le había visto rasgar la neblina que cubre el País de Nunca-Jamás y vió a Wendy, a Juan y a Miguel asomados por el agujero.

El sueño sólo, hubiera sido una insignificancia, pero sucedió que mientras la señora Gentil estaba soñando se abrió la ventana de la habitación y saltó al suelo un chiquillo. Iba acompañado de una luz extraña, del tamaño del puño de un niño y esta luz se lanzó por la habitación adelante, como si estuviese viva. Esta luz debió de ser la que despertó a mamá Gentil.

La dama se levantó lanzando un grito y vió al niño. Sin saber cómo, conoció en seguida que era Peter Pan. Si vosotros, queridos niños, o yo, o Wendy hubiéramos estado allí, hubieramos visto en seguida que el chiquillo se parecía extraordinariamente al beso del rinconcillo derecho de la boca de mamá Gentil. Era un chiquillo encantador, vestido de hojas y del jugo que segregan los árboles, pero lo más arrebatador de él era que conservaba todos sus primeros dientes. Cuando vió que la que cosía era una persona mayor, rechinó aquellas diminutas perlas, mostrándoselas.

CAPITULO II

La sombra

La señora Gentil lanzó un grito y, como en respuesta a él, se abrió la puerta y entró Nana, de regreso de su noche de asueto. Dejó oír un gruñido y se lanzó hacia el muchacho, quién saltó con ligereza por la ventana.

De nuevo gritó la señora Gentil, pero esta vez fué de horror al creer que el niño se había matado. En seguida salió corriendo para ver su cuerpecito en la calle, pero no esta allí; levantó entonces la vista y no pudo ver nada, sino algo que ella imaginó ser una estrella fugaz.

Volvió la señora Gentil al cuarto de los niños y encontró a Nana que llevaba en la boca una cosa que resultó ser la sombra del chiquillo. Al saltar por la ventana, Nana había cerrado ésta rápidamente, demasiado tarde para agarrarlo dentro, pero de modo que su sombra no había tenido tiempo de saltar afuera con él. El golpe de la ventana se la había arrancado.

La señora Gentil examinó la sombra y vió que era una sombra como otra cualquiera. Nana no dudó un momento acerca de lo mejor que podía hacerse con aquella sombra. Inmediatamente la colgó fuera de la ventana como si dijera: "es seguro que volverá por ella, vamos a ponerla donde la pueda tomar fácilmente y sin molestar a los niños".

Pero, desgraciadamente, la señora Gentil no podía dejar aquello colgado de la ventana; parecía una prenda de ropa recién lavada y rebajaba la digna apariencia de la casa. Pensó, pues, enseñársela a su esposo, pero el señor Gentil estaba echando cuentas para los abrigos de invierno de Juan y de Miguel, con una tohalla húmeda arrollada en la cabeza para conservar claro su cerebro y era una vergüenza ir a molestarle. Además la señora Gentil sabía lo que su marido le diría: "Todo esto te sucede por tener un perro de niñera"

Decidió, pues, la dama, doblar la sombra y guardarla cuidadosamente en un cajón hasta que llegara el momento de contárselo a su esposo, pero ¡ay!...

La oportunidad llegó una semana después, en aquel martes que nunca olvidaría el matrimonio Gentil.

Era natural que todo ello sucediera en martes.

—Siendo martes, debía yo haber tenido especial cuidado, — acostumbraba a decir algún tiempo después la señora Gentil a su esposo, mientras Nana, al otro lado de la dama, sostenía su mano.

—No, no, — contestaba siempre el señor Gentil, — soy yo el único responsable de todo. Yo, Jorge Gentil. "Mea culpa, mea culpa".

(El señor Gentil había cursado estudios clásicos).

El matrimonio se sentaba noche tras noche a recordar aquel martes fatal, hasta que sus más mínimos detalles quedaron plasmados en sus mentes.

Betty Bronson en el papel de Peter Pan en la hermosa película de ese título de la empresa Paramount

¡Yo no quiero ir a la cama!

—Si yo hubiese aceptado la invitación para cenar con los del número 27, — decía la señora Gentil.

—Si yo no hubiese vertido mi medicina en la taza de Nana, — plañía el señor Gentil.

—Si yo hubiera procurado que me gustara la medicina, — decían los ojos de Nana.

—De todo tiene la culpa mi afición a las reuniones, Jorge.

—No; mi gusto por divertirme, querida.

—Mi susceptibilidad por tonterías, queridos amos.

Entonces los dos, mejor dicho los tres, quedaban abatidos a un tiempo. Nana pensaba: "Es verdad que no debían haber tenido un perro por niñera".

Y más de una vez, el mismo señor G llevó el pañuelo a los ojos de Nana.

—¡Aquel diablillo! — exclamaba el señor Gentil. Y el ladrido de Nana era como un eco a estas palabras.

En cambio, la señora Gentil nunca vituperaba a Peter Pan; había algo en un rinconcito derecho de su boca, que le impedía decir insultos a Peter.

Y volvían a sentarse en el cuarto de los niños, ahora vacío, y a recordar tiernamente hasta el más mínimo detalle de aquella horrible noche. Había empezado exactamente igual que todas las noches, y Nana había preparado el agua para el baño de Miguel, llevándolo hasta él sobre su lomo.

—¡Yo no quiero ir a la cama! — había gritado el niño como quien cree que puede decir la última palabra sobre un asunto. — ¡No quiero y no quiero! Nana, aun no son las seis en punto; mira, que no te querré nunca más, Nana. Te digo que no me bañaré. ¡Que no, que no y que no!

Entonces había entrado la señora G vestida con su traje blanco de noche. Se había vestido temprano porque a Wendy le gustaba muchísimo el verla con aquel traje y con el collar regalado por Jorge. Llevaba también la dama la pulsera de Wendy en su brazo. Se la había pedido prestada a la niña. ¡Le gustaba tanto a Wendy prestar su brazalete a su mamá!

Al entrar la dama, había encontrado a los dos niños mayores jugando a que eran papá Gentil y mamá Gentil en ocasión del nacimiento de Wendy. Juan decía:

—Tengo la satisfacción de informar a usted, señora Gentil, de que ya es usted madre. — Y lo decía en el mismo tono que el señor Gentil hubiera empleado en tal ocasión.

Wendy había bailado de alegría, exactamente del mismo modo que lo hubiera hecho la verdadera señora Gentil.

Más tarde, nacía Juan, rodeado de la extraordinaria pompa que, en su concepto, se debía al nacimiento de un varón, y Miguel llegó corriendo desde el baño a decir que él quería nacer también. Más Juan le dijo brutalmente que no querían más chiquillos.

Miguel casi había llorado.

—Nadie me quiere, — dijo. — Y como era natural, la dama del traje de noche no pudo soportar esto.

—Yo te quiero, — dijo; — yo quiero tener un tercer niño.

—¿Niño o niña? — preguntó Miguel no muy esperanzado.

—Niño.

Entonces él había saltado en sus brazos.

Era esta una insignificancia que el matrimonio Gentil y Nana recordaban ahora, pero que no resultaba tan insignificante al pensar que aquella fué la última noche que pasó Miguel en la casa. Y el matrimonio siguió adelante en sus recuerdos:

—Fué entonces cuando yo entré como un vendaval, ¿verdad? — dijo el señor Gentil culpándose.. Y la verdad era que se había portado como un huracán. Aunque quizá hubiera para él disculpa. También él se había vestido para la reunión y todo había ido perfectamente hasta llegar a la corbata. Es algo bochornoso tenerlo que decir, pero aquel hombre perfecto, que conocía tan bien la cotización y las acciones, no podía dominar a su corbata. A veces, aquella prenda cedía sin disputa, pero había ocasiones en que hubiera sido mejor para la familia que, prescindiendo de su orgullo, el señor Gentil hubiera usado una corbata de nudo hecho; y esta fué una de aquellas ocasiones.

El señor Gentil entró precipitadamente en el cuarto de los niños con la corbata apeñuscada entre sus manos.

—¿Qué sucede, querido?

—¿Que qué sucede? — aulló él (porque verdaderamente aulló). — Este lazo que no se quiere anudar.

Y continuó con tono sarcástico:

—Que no se quiere anudar en redor de mi cuello. En cambio se anuda en torno al barrote de la cama. Sí, sí. Veinte veces la he hecho perfectamente en torno al barrote de la cama, pero, en redor de mi cuello, no. ¡Señor, Señor!

Le pareció que la señora Gentil no se impresionaba bastante con el caso y prosiguió con severidad:

—Te advierto esto, querida, porque si no consigo anudar la corbata en torno de mi

cuello, no vamos a cenar fuera de casa esta noche, y no voy a echar fuera de casa esta noche, no puedo volver más a la oficina, y si no voy a la oficina, tú y yo nos moriremos de hambre y nuestros hijos serán arrojados a la calle.

Aun después de oir esto, la señora se mostró serena.

—Déjame probar, querido, — dijo. — Y eso era lo que en efecto él había venido a pedirle. Con sus lindas manecitas frías, la dama hizo el nudo de la corbata a su marido mientras los niños, de pie en torno de ellos, esperaban que se decidiera su destino.

Otro hombre cualquiera se hubiera resentido de que su mujer hiciera con tanta facilidad lo que a él le costaba tanto trabajo, pero el señor Gentil tenía demasiado buen carácter para esto. Dió las gracias a su esposa con naturalidad, olvidó al instante su rabieta, y un momento después danzaba alrededor del cuarto con Miguel sobre sus hombros.

—¡Qué buen rato pasamos! — decía ahora la señora Gentil al recordarlo.

—¡Fué nuestro último buen rato! — dijo el señor Gentil.

—Recuerdas, Jorge, cuando me dijo Miguelito de súbito: "¿Cómo me conociste, mamá?"

—Lo recuerdo.

—Eran muy buenos, ¿verdad, Jorge?

—Y eran nuestros, eran nuestros hijitos y ahora no los tenemos.

Siguieron los recuerdos. La algazara había terminado con la aparición de Nana, con la que, desgraciadamente, tropezó el señor Gentil, cuyos pantalones no sólo eran nuevos, sino que eran los primeros que el negociante tenía con trencilla, de modo que le fué preciso morderse los labios para evitar que salieran las lágrimas que acudían a sus ojos. Claro que la señora Gentil le cepilló cuidadosamente, pero esto no impidió que él volviera de nuevo a decir que era un horror tener un perro por niñera.

—Pero Jorge, si Nana es un tesoro.

—Sí, sí; pero me molesta a veces pensar que considera a los niños cómo muñecos.

—No, no querido; estoy segura de que Nana sabe que los niños tienen alma.

—No sé, — dijo el señor Gentil pensativo. —No sé. — Esta era, según el criterio de su esposa, una oportunidad para hablarle del chiquillo de la ventana. Al principio el negociante acogió la historia con su característico ¡bah, bah!, pero después, cuando su esposa le mostró la sombra, se quedó pensativo.

—No es de nadie a quien yo conozca, — dijo examinándola cuidadosamente, — parece ser de un diablillo. Esto era lo que discutíamos, ¿recuerdas? — dijo el señor Gentil. — cuando Nana entró con la medicina de Miguelito. Nunca más llevarás la botella en la boca, Nana... ¡y todo ello por culpa mía!

Siendo como era un hombre fuerte, no podía negarse que en aquella ocasión y con aquella medicina se había portado tontamente. Tenía una verdadera debilidad por recordar que durante toda su vida había tomado las medicinas con valor, y por ello, cuando Miguel rehuyó la cuchara que Nana le presentaba, le había dicho reprendiéndole:

—Hay que ser hombre, Miguel.

—Pues no lo seré y no lo seré, — exclamó Miguel con malos modos.

La señora Gentil dejó la habitación para ir a buscar un bombón y el señor Gentil opinó que esto demostraba falta de energía.

—Querida, no le mimes tanto, — gritó a su espalda. — Miguelito, cuando yo tenía tu edad tomaba las medicinas sin una protesta y aun decía: "gracias, queridos padres, por darme estas bebidas para que me ponga bueno".

Pensaba realmente que esto era verdad y Wendy, que vestía ahora su camisa de dormir, lo creía también, por lo que dijo para animar a Miguelito:

—Esa medicina que tú tomas a veces, papá, es mucho más mala ¿verdad?

—Mucho más, — dijo el señor Gentil, valientemente. — Y si no hubiese perdido la botella, la tomaría ahora para darte el ejemplo, Miguel.

No era precisamente que la hubiera perdido, sino que encaramándose, en el silencio de la noche, a lo alto del armario, la había escondido allí. Lo que él no sabía que la fiel Liza la había encontrado y vuelto a colocar en la repisa del tocador.

—Yo sé dónde está, papá, — exclamó Wendy, deseosa siempre de ser útil. — Yo te la traeré.

Y, antes de que se pudiera retenerla, había salido de la estancia.

Inmediatamente el ánimo del señor Gentil decayó del modo más extraño.

—Juan, — dijo estremeciéndose, — es la peor medicina que puedes imaginarte. Es fea, untosa, pegajosa y dulzona.

—Será cuestión de un momento, papá, — dijo Juan alegremente.

Y en aquel mismo momento, penetraba Wendy en la habitación con la medicina en un vaso.

—He ido lo más deprisa que he podido, — murmuró.

—Has sido maravillosamente ligera, — replicó su padre con una cortesía vengativa que la chica no podía comprender.

—Ahora, Miguel, toma la tuya primero — dijo tercamente.

—No, no; papá primero, — dijo Miguel que era desconfiado por naturaleza.

—Me pondré malo ¿sabes? — dijo el señor Gentil en tono de amenaza.

—Vamos, vamos papaíto, — dijo Juan.

—Cállate tú, Juan, — exclamó el padre.

Wendy estaba perpleja.

—Yo creí que la tomabas con gusto, papá, — dijo.

—No se trata ahora de eso, — replicó el señor Gentil, — de lo que se trata es de que en mi vaso hay más cantidad que en la cuchara de Miguel (su vanidad estaba a punto de estallar) y eso no es justo. No me cansaría nunca de decirlo, eso no es justo.

—Papá, que te estoy esperando, — dijo Miguel con crueldad.

—No está mal eso de decir que me estás esperando; yo sí que te estoy esperando.

EL SABIO NATURALISTA EN SU CASA

"¡Hola! ¿Un insecto?"

"Asi parece"

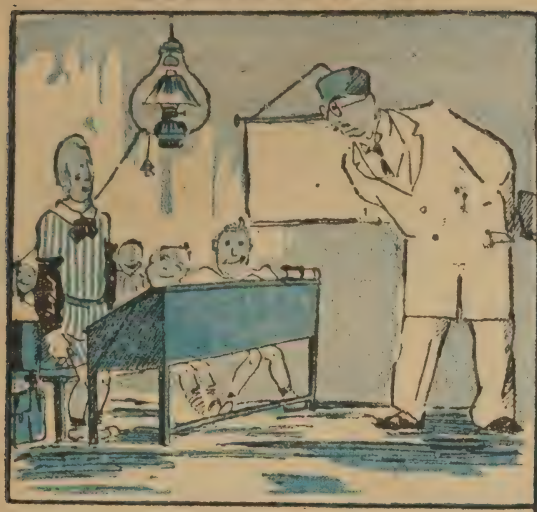
"¿De qué raza será?"

"¿Coleóptero?"

"¿Será?..."

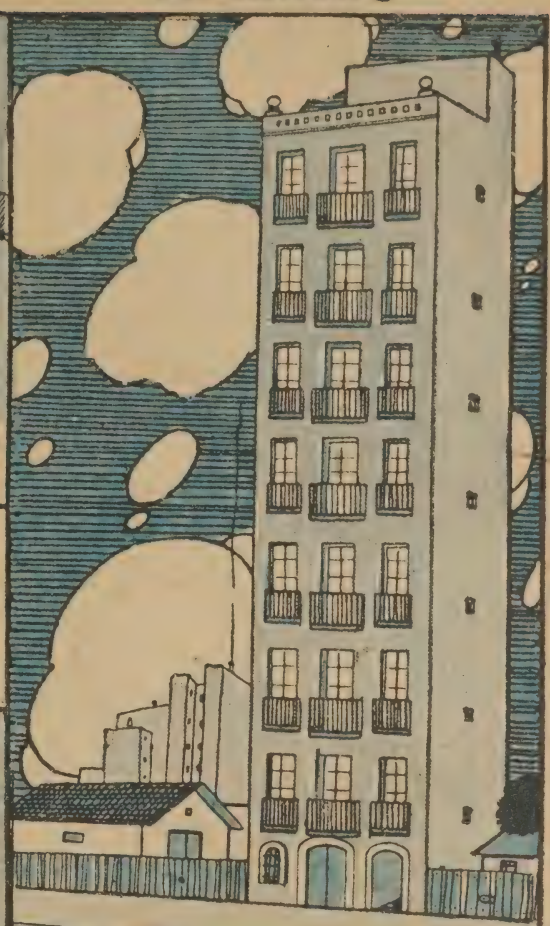
"No es insecto. Es araña"

SABIDURIA



—Dígame, Zoquetini, ¿qué hicieron los hebreos después de cruzar el mar Rojo?
—Pues . . . secarse.

APENADO



BUEN SERVICIO

—Jaime, — dice el patrón al sirviente; — ahí está una persona que viene a visitarle.
—¿Sí? ¿Quiere hacer el favor, señor, de decirle que hoy no recibo?

—Era inocente, pero tú ya sabes cómo las gastan los jueces españoles: lo condenaron a tres penas de muerte.
—No es extraño que dejara de existir. ¡Tres nada menos!

(De "Buen Humor").

Miguel tomó su medicina

—Papá, eso es una cobardía.
—Tú sí que eres un cobarde.
—Es que yo no tengo miedo.
—Ni yo tampoco.
—Pues empieza a tomarla.
—Bueno; pero.... ¿la tomas tú?
Wendy tuvo una magnífica idea.
—¿Por qué no la tomáis los dos al mismo tiempo? — dijo.
—Es verdad, — repuso el señor Gentil. — ¿Estás preparado, Miguel?
Wendy dió tres palmadas, ¡una, dos y tres! y Miguel tomó su medicina mientras el señor Gentil tiraba la suya, por detrás, al suelo.
Se oyó un grito de rabia de Miguel, y Wendy exclamó:
—¡Oh, papá!
—¿Qué quieres decir con ese ¡oh papá!? — preguntó el señor Gentil. — Y tú no chilles de ese modo, Miguel. Yo iba a tomar mi medicina, pero.... se me ha caído.
Era espantoso para papá Gentil el modo de mirarle de los tres chiquillos. Parecíale como si ahora no le admirasen.
—Vamos, — dijo en tono suplicante al ver que Nana entrada en el cuarto de baño. — Se me acaba de ocurrir una broma espléndida. Verteré mi medicina en la taza de Nana y ella se la tomará creyendo que es leche.
La medicina era, en efecto, del color de la leche, pero a los niños no les hizo mucha gracia la humorística idea de su padre y le miraron con expresión de reproche, mientras él vertía la medicina en la taza de Nana.
—¡Qué gracia! — dijo él sin mucho entusiasmo.
Y ellos no se atrevieron a descubrirle cuando volvieron Nana y la señora Gentil.
—Nana, querida perra, — dijo el papá acariciándola. — He puesto un poco de leche en tu taza, Nana.
Nana, moviendo la cola, corrió a la taza y empezó a lamer la medicina. En seguida lanzó al señor Gentil una mirada terrible, no precisamente una mirada de enfado, sino una mirada en que mostraba su gran lagrimal rojo, lo que da clara idea de la tristeza de los nobles perros. Después fué a meterse dentro de su casilla.
El señor Gentil estaba terriblemente avergonzado de sí mismo, pero no cedió. En medio de un espantoso silencio, la señora Gentil tomó la taza y la olió.
—Jorge, — dijo, — si es tu medicina.
—Ha sido una broma, — rugió él mientras ella consolaba a los pequeños y Wendy abrazaba a Nana con ternura. — La culpa es mía, — continuó enérgicamente, — por preocuparme de bromear en esta casa.
Wendy continuaba abrazando a Nana.
—Muy bien, — gritó él, — ahora mímala. A mí nadie me mima. ¡Señor, Señor! yo soy sólo el ganapán de la familia y a mí nadie me mima, nadie, nadie, nadie.
—Jorge, — suplicó la señora Gentil, — no grites tanto. Pueden oirte los criados.
Hacía tiempo que se habían acostumbrado a llamar "los criados" a Liza.
—No importa, — contestó él osadamente. — No me importa que lo oiga el mundo entero. Pero desde este momento prohibo que la perra se enseñoree así del cuarto de mis niños, ni una sola hora más.
Los niños lloraban; Nana corrió hacia él suplicante. Pero un gesto del señor Gentil la hizo retroceder. Papá Gentil se sentía de nuevo un hombre enérgico.
—Es inútil, es inútil, — exclamó. — El sitio adecuado para tí es el patio y allí vas a ser atada en seguida.
—Jorge, Jorge, — murmuró la señora Gentil, — recuerda lo que te conté acerca de aquel chiquillo.
Pero, ¡ay!, él no la escuchó.
Estaba decidido a demostrar que era el amo de la casa y como sus órdenes no bastaran a cacar a Nana de su casilla, él la engañó con melosas palabras y cogiéndola rudamente la arrastró fuera del cuarto de los niños. Estaba avergonzado de sí mismo y, sin embargo, lo hizo así. Y todo se debía a su especial temperamento, que padecía verdadera sed de admiración.
Una vez la hubo atado en el patio posterior, el desgraciado papá Gentil fué a sentarse al corredor con los puños en las sienes. Mientras tanto, la señora Gentil había metido en la cama a los niños, siempre en silencio, y había encendido las lamparillas.
Desde allí podían oír a Nana aullar, y Juan dijo gimiendo:
—Eso es que la está encadenando en el patio.
Pero Wendy era más sabia.
—Ese no es el aullido de queja de Nana, — dijo adivinando lo que estaba a punto de

Wendy en el valle de Nunca-Nunca-Jamás, acuesta en su cuna a uno de los niños que no tienen mamá. (De la película "Peter Pan", de la empresa Paramount)

ocurrir; — ese es el aullido que lanza cuando olfatea un peligro.

¡Peligro!

—¿Estás segura, Wendy?

—Sí, sí.

La señora Gentil tembló y salió a la ventana. Estaba bien cerrada. La abrió para mirar a fuera y vió que la noche estaba cuajada de estrellas. Las estrellas se agrupaban en torno de la casa, como curiosas de ver lo que iba a suceder allí, pero mamá Gentil no notó esto, ni tampoco cómo una o dos de las más pequeñas la hacían guiños maliciosos. Y no obstante, un desconocido terror se aferró a su corazón y la hizo exclamar:

—¡Oh, cuánto me gustaría no tener que ir de reunión esta noche!

Hasta Miguelito, que estaba casi dormido, advirtió su turbación y le preguntó:

—¿Puede alguien hacernos daño, mamita, cuando están encendidas las lamparillas?

—No, rico, — dijo ella. — Las lamparillas son los ojos que las madres dejan para vigilar a sus hijitos.

Después, fué de cama en cama diciéndoles cosas bonitas y el pequeño Miguel le echó los brazos al cuello.

—Mamita, — le dijo. — Estoy muy contento de tí.

Eran las últimas palabras que ella iba a oirle durante un largo tiempo.

Peter Pan gusta de subir a hurtadillas por detrás de las estrellas para tratar de apagarlas

El número 27 estaba sólo a unos cuantos metros de distancia, pero había nevado y papá y mamá Gentil fueron sorteando la nieve para no manchar sus zapatos. Eran las únicas personas que a aquella hora atravesaban la calle y todas las estrellas les miraban. Las estrellas son muy bellas, pero no pueden tomar parte activa en nada, tienen que contentarse con contemplar siempre.

Es un castigo que les fué impuesto por alguna culpa que cometieron hace ya mucho tiempo, tanto tiempo, que ninguna estrella sabe ya lo que fué. Así, las más viejas han llegado a estar vidriosas y rara vez hablan (el centelleo es el lenguaje de las estrellas), pero las más jóvenes todavía desean saber. No son precisamente amigas de Peter Pan, quien de modo travieso gusta de subir a hurtadillas por detrás de ellas para tratar de apagarlas, pero les gustan tanto las bromas, que aquella noche estaban de su parte y ansiaban que las personas mayores se quitaran de en medio. Así, en cuanto la puerta del número 27 se cerró detrás del señor y de la señora Gentil, hubo una conmoción en el firmamento y la más pequeña de todas las estrellas de la vía láctea gritó:

—¡Ahora, Peter Pan!

CAPITULO III

¡Vámonos, vámonos!

POR un momento, después que el señor y la señora Gentil salieron de la casa, las lamparillas que estaban al lado de las camas de los tres niños continuaron ardiendo vivamente. Eran unas lucecillas extremadamente simpáticas y hubiera sido de desear que se hubieran mantenido despiertas para ver a Peter Pan; pero la lamparilla de Wendy parpadeó y lanzó tal bostezo, que las otras dos bostezaron también y antes de que pudieran cerrar sus bocas, estaban apagadas las tres.

Más había en la habitación otra luz mil veces más brillante que las tres lamparillas y, en menos tiempo en que tardamos en decirlo, había recorrido todos los cajones del cuarto de los niños, revuelto el armario y vuelto del revés todos los bolsillos, en busca de la sombra de Peter Pan.

No era precisamente una luz, mas parecía una luz por el destello que esparcía en torno suyo, pero cuando se detuvo a descansar, pudo verse que era un hada del tamaño del puño cerrado. Tenía la figura de una muñeca encantadora y se llamaba el hada Campanilla de Cobre. Estaba lindamente vestida con una hoja transparente a través de la cual podía verse muy bien su bonita figura, que iba adquiriendo lo que los franceses llaman "embonpoint".

Un momento después de la entrada del hada, la ventana se abrió de un soplo dado por las estrellas pequeñas y Peter Pan saltó dentro de la habitación. Había llevado a Campanilla de Cobre durante una parte del camino y en su mano veíanse todavía vestigios del polvillo de las alas del hada.

—Campanilla de Cobre, — llamó muy bajito, después de asegurarse de que los ni-

llos estaban dormidos. — Campanilla de Cobre: ¿dónde estás?

En aquel momento, el hada estaba dentro de un jarro, lo que le resultaba inmensamente ingrato, pues en su vida había estado en lugar semejante.

—Vamos, sal de ese jarro y dime si sabes dónde han puesto mi sombra.

Un encantador tintinear de campanillas de oro, fué la respuesta. Este es el lenguaje de las hadas. Vosotros, queridos niños, no podéis escucharlas habitualmente, pero si las oyerais comprenderíais que antes las habíais oído ya alguna vez.

Campanilla dijo que la sombra estaba en la caja grande. Quería decir en el arcón antiguo y Peter Pan saltó al mueble y lo abrió esparciendo su contenido en el suelo con ambas manos, como los reyes echan las monedas de cobre a la multitud.

En un momento había recuperado su sombra y en su alegría no se dió cuenta de que había encerrado a Campanilla de Cobre en el arcón.

Lo que en aquel momento había pensado — aunque yo creo que jamás pensaba nada — era que él y su sombra, al volver a estar cerca, se unirían como una gota de agua a otra, y cuando vió que no era sí, quedó aterrado. Trató de pegarse a su sombra con el jabón del cuarto de baño, pero esto también le falló. Peter Pan se estremeció violentamente y, sentándose en el suelo, lloró.

Sus sollozos despertaron a Wendy, que se sentó en la cama. No le alarmó lo más mínimo el ver a un extraño llorando sentado en el suelo de su habitación, sino que el caso excitó plácidamente su interés.

—Niño, — le dijo cortésmente, — ¿por qué lloras?

Peter Pan, que también era bellamente cortés, pues había aprendido excelentes modales en las fiestas y ceremonias de las hadas, se levantó e hizo un gentil saludo. La niña quedó muy complacida y le saludó cariñosamente desde la cama.

—¿Cómo te llamas? — preguntó él.

—Wendy María Angela Gentil, — replicó ella con cierta satisfacción. — Y tú ¿cómo te llamas?

Perter Pan.

Wendy estaba ya segura de que el niño debía de ser Peter Pan. No obstonte, su nombre le pareció demasiado corto.

—¿Y nada más? — preguntó.

—Nada más, — contestó él casi con brusquedad.

Por primera vez le pareció que poseía un nombre demasiado corto.

—Lo siento mucho, — dijo Wendy María Angela Gentil.

—No importa, — masculló Peter Pan.

Entonces ella le preguntó dónde vivía.

—En el segundo a la derecha, — dijo Peter Pan, — y después siempre adelante hasta la mañana.

—Vaya una dirección rara, — dijo ella riéndose.

Peter Pan volvió a sentir desaliento. Por primera vez sentía que su dirección fuera tan rara.

—No, no es rara, — dijo.

—Quiero decir, — continuó Wendy amablemente, recordando que era ama de casa, — si es eso lo que te ponen en las cartas.

Trató de pegarla con jabón, pero esto también le falló

Peter Pan hubiera querido que la niña no le hubiera hablado de cartas.

—No recibo ninguna carta, — dijo desdeñosamente.

—Pero tu mamá sí las recibirá.

—Yo no tengo mamá, — dijo él.

No sólo no tenía mamá sino que no sentía el menor deseo de tenerla. Peter Pan pensaba que las mamás eran unas personas pasadas de moda. En cambio, a Wendy, al oírle hablar así, le pareció en seguida que estaba en presencia de una tragedia.

—Entonces, Peter Pan, no me extraña que estuvieras llorando, — dijo.

Se levantó de la cama y corrió hacia él.

—Pero si yo no lloraba por eso, — dijo indignado, — yo lloraba porque no puedo conseguir que se me pegue mi sombra. Además yo no estaba llorando.

—¿Se te ha caído la sombra?

—Sí.

Entonces Wendy vió la sombra y le pareció tan sucia de haber sido arrastrada por el suelo, que sintió una gran pena por Peter Pan.

—Es horrible, — dijo. Pero no pudo evitar una sonrisa al ver que el chiquillo había tratado de pegársela con jabón. ¡Chico había de ser!

—Hay que coserla, — dijo con tono protector.

—¿Qué es coser? — preguntó él.

—¡Eres terriblemente ignorante!

—No, no lo soy.

Pero ella se gozaba de su ignorancia.

—Yo te la coseré, pequeño hombrecito, — le dijo, aunque él era tan alto como ella. Y primorosamente, sacó su necesser de costura y cosió la sombra a los pies de Peter Pan.

—Debo advertirte que acaso te dolerá un poquito, — le avisó.

—Oh, no lloraré por eso, — dijo Peter Pan, que creía no haber llorado jamás. Y apretó los dientes y no lloró,y, a los pocos momentos, su sombra estaba correctamente unida a él, aunque un poco arrugada.

—Acaso hubiera sido bueno haberla planchado, — dijo Wendy pensativa.

Pero Peter Pan, hombre al fin, era indiferente a las apariencias y estaba ahora saltando alrededor del cuarto, presa de la más salvaje alegría. Hasta había olvidado que debía aquella dicha a Wendy. Ahora creía que él mismo era quien había sujetado su sombra.

—¡Qué listo soy! — exclamaba delirante. — ¡Oh, qué habilidad la mía!

Es doloroso tener que confesar que esta loca presunción de Peter Pan era una de sus más fascinadoras cualidades. Para decirlo con toda franqueza, no ha existido nunca un muchacho más presumido.

Por un momento Wendy quedó sorprendida y molesta.

—¡Tu habilidad! — exclamó con terrible ironía. — Todo se debe, naturalmente, a tu habilidad. Yo por lo visto, no he hecho nada.

—Has hecho un poco, — concedió Peter Pan con indiferencia. Y siguió bailando.

—¡Un poco! — replicó ella con altivez. Pues si para tan poco sirvo, me retiro.

Y saltó dignamente a la cama y cubrió su rostro con las sábanas.

Para obligarla a levantar la cabeza, el chiquillo fingió marcharse y en vista de que este recurso le fallaba se sentó a un extremo del lecho y la tocó suavemente con el pie.

—Wendy, — le dijo, — no te retires. Yo no puedo impedir el ser presumido cuando estoy contento de mí mismo.

La niña no levantó todavía la cabeza aunque escuchaba anhelante.

—Wendy, — continuó él con una voz que ninguna mujer, ni grande ni pequeña, ha sido todavía capaz de resistir. — Wendy, yo te digo ahora que una niña sola es mucho más útil que veinte muchachos.

Ahora bien: Wendy era una mujer por cada uno de los centímetros de su estatura (si bien es verdad que esos centímetros no eran muchos) y asomó la cabeza fuera de las sábanas.

—¿De veras lo piensas así, Peter Pan?

—Sí. Lo pienso.

—Pues eres muy amable, — declaró ella — y voy a levantarme otra vez.

Y diciendo esto se sentó en la cama al lado de él. También le dijo que le daría un beso si él quería, pero Peter Pan no sabía lo que aquello significaba y extendió la mano, esperando.

—Pero ¿es que no sabes lo que es un beso? — le preguntó ella estupefacta.

—Lo sabré cuando me lo dés, — replicó él con altanería.

Y, para no herir sus sentimientos, la niña le dió un dedal.

——Ahora, — dijo él, — ¿quiéres que te dé un beso?

Y ella replicó cortésmente:

—Como gustes.

La niña inclinó su rostro hacia él en seguida, pero el chico no hizo más que dejar caer un botón en su mano. Wendy entonces volvió su rostro a su primera posición y dijo amablemente que colocaría aquel beso en la cadena que rodeaba su cuello. (Fué una suerte que lo pusiera en aquella cadena, ya que después había de salvarle la vida).

Cuando los niños son presentados a las personas mayores, es costumbre que se les preguntó su edad, por eso Wendy, que gustaba siempre de portarse correctamente, preguntó a Peter Pan cuántos años tenía. No era ciertamente una pregunta afortunada, sino como una pregunta de gramática en una papeleta de examen, cuando uno está esperando que le pregunten por los reyes de Inglaterra.

—No lo sé, — dijo el niño confuso. — Sólo sé que soy muy pequeño.

Verdaderamente, nada sabía de ello; tenía sólo vagas reminiscencias.

—Wendy, creo que me escapé el día que nací.

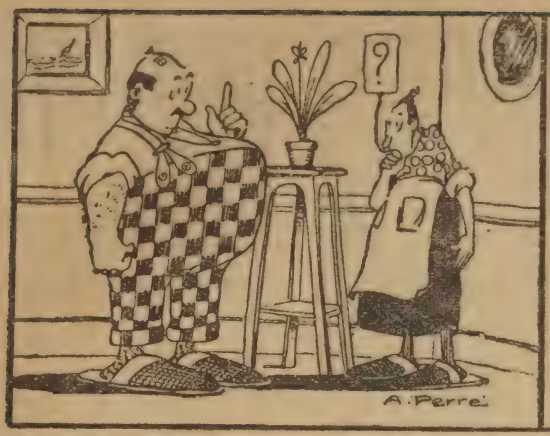
Wendy se sorprendió grandemente, pero aquellas palabras excitaron su interés e indicó al muchacho, al modo que se usa en los salones, dando un leve toque a su camisa de dormir, que podía sentarse más cerca de ella.

—Todo fué porque oí a mi padre y madre — explicó el niño en voz baja, — hablar acerca de lo que yo sería cuando fuera hombre, — (en aquel momento estaba Peter Pan extraordinariamente agitado). — ¡Y yo no quiero ser nunca hombre! — continuó apasionadamente, — yo quiero ser siempre un niño y jugar y divertirme y por ello me escapé a los jardines de Kensington y viví largo tiempo entre las hadas.

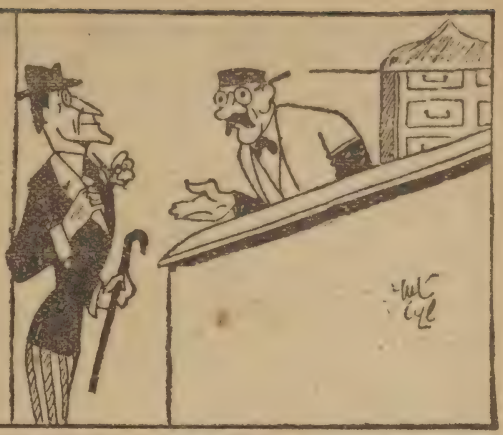
Wendy le lanzó una mirada de intensa admiración, que Peter Pan creyó deber a su osadía al haberse escapado, pero que debía realmente a su amistad con las hadas.

Wendy había vivido siempre una tranquila vida casera y esto de conocer a las hadas

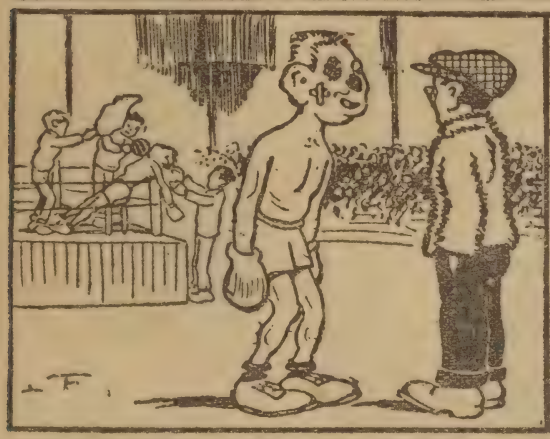
—Me escapé a los jardines de Kensington y viví largo tiempo entre las hadas



—¡No se le olvide, María, que hoy no estoy "visible" para nadie!



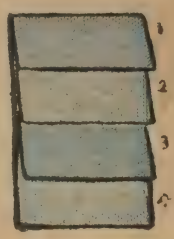
—Yo tengo conciencia de mi valor.
—Falta saber qué valor tiene su conciencia.



—¡Cómo has quedado, querido amigo!
—Pues he salido vencedor.
—¡Cómo tendrá la cara el vencido!

—Si has nacido en Sevilla eres sevillano.
—¡Vaya una razón! Si nazco en un taller mecánico sería bicicleta, entonces.

—Espero que esta sea la última vez que le vea a usted por aquí.
—¡Cómo! ¿Qué es eso, señor comisario piensa jubilarse?



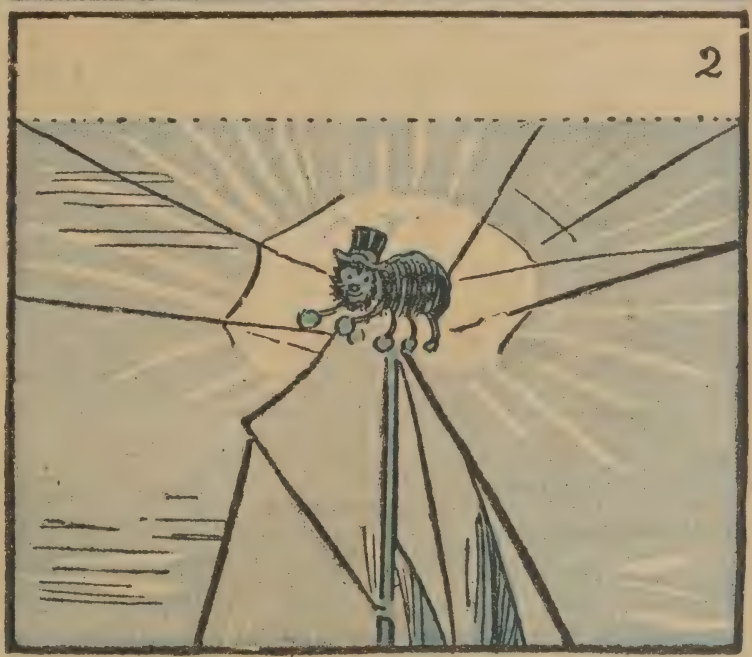
DI

U

Se empieza por pegar todo el dibujo en cart
zos 1, 2 y 3 por donde está la linea de puntos y
mágico queda asi en condiciones de admirar a la
la figura.

UJOS MAGICOS

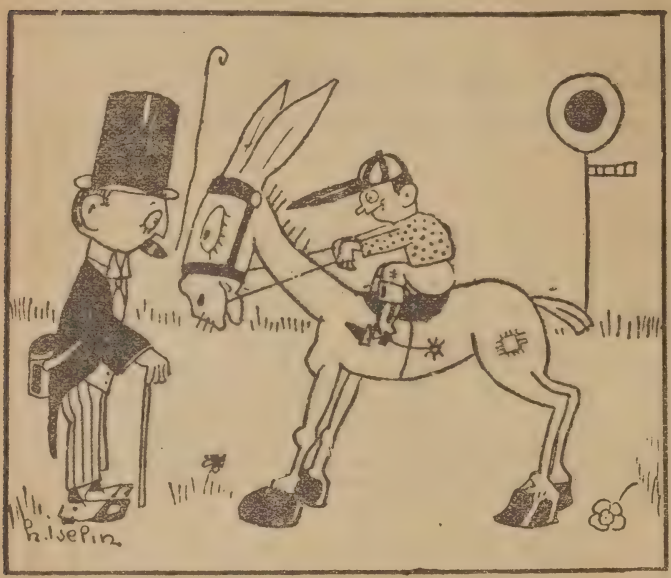
interesante novedad muy fácil de construir



a delgada y se deja secar bien, se doblan los tro-
pegan, según lo indica el dibujo chico. El dibujo
. Cada "solapa" que se levanta cambia de aspecto

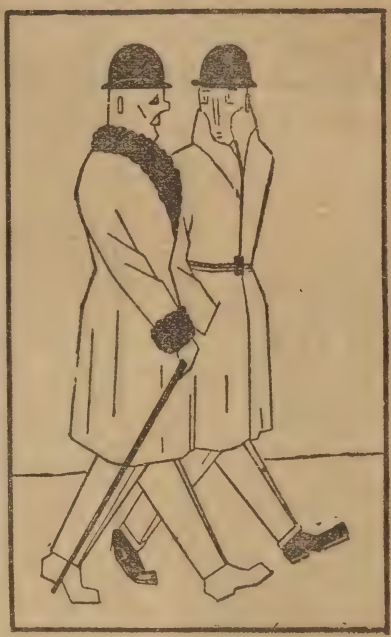
HUMORISMO DE TODAS PARTES

BUEN CONSEJO



—Dígame, jockey: ¿conoce usted algún medio de no perder plata en las carreras?
—Sí; uno que es infalible.
—¿Cuál?
—No jugar.

ERROR



—Lo veo preocupado, doctor.
—Sí; estoy enojado conmigo mismo.
—¿Por qué?
—Llevo una semana atendiendo a un enfermo de indigestión y recién hoy he sabido que tiene bastante plata para sufrir apendicitis.

VIVIDOR

—Si todos los hombres tuvieran que ganarse el pan con el sudor de su frente, ¿qué haría usted?
—Vendería pañuelos.

OFENSA

—¿No lo saluda Lupitin? ¿Qué le ha hecho usted?
—Un traje fiado.

le parecía lo más delicioso que pudiera soñarse.

En seguida hizo un verdadero chaparrón de preguntas acerca de ellas, lo que sorprendió mucho a Peter, pues a él le parecía que eran muy fastidiosas y molestas las hadas y más de una vez había tenido que darles una paliza. No obstante, en general, las quería y contó amablemente a Wendy cuanto sabía sobre el origen de las hadas.

—Has de saber, Wendy, que cuando el primer niño que nació se rió por primera vez, su risa se rompió en mil pedazos que empezaron a saltar y a brincar por todas partes. Y este fué el origen de las hadas.

A Wendy la parecía aburrida tal conversación, más siendo su día de recibo, fingió que le gustaba.

—Y así, — continuó Peter con bondad, — debía de haber un hada para cada niño y para cada niña.

—¿Dices que debía haberla? ¿pues qué? ¿acaso no la hay?

—No. Como los niños de ahora quieren ser tan sabios, dejan en seguida de creer en las hadas y cada vez que un niño dice "yo no creo en las hadas" cae muerta una de ellas.

En aquel momento se le ocurrió a Peter Pan que ya había hablado bastante de las hadas y le extrañó que Campanilla de Cobre estuviera tan quieta.

—No puedo imaginar a dónde se habrá ido, — dijo levantándose. Y empezó a llamar a Campanilla por su nombre.

El corazón de Wendy se agitó con súbito estremecimiento.

—Peter Pan, — exclamó, cogiéndose a él, — ¿quieres decir acaso que hay un hada en esta habitación?

—Aquí estaba hace un momento, — dijo él algo impaciente. — No la oyes, ¿verdad?

Y se pusieron los dos a escuchar.

—Lo único que oigo, — dijo Wendy, — es como un leajno tintineo de campanillas de oro.

—Pues esa es Campanilla y su tintineo es el lenguaje de las hadas. Me parece que la oigo yo también.

El sonido venía del arcón y la cara de Peter Pan se alegró. No hay nadie que pueda demostrar una alegría tan viva como la del rostro de Peter Pan y su risa es el más encantador de los gorjeos; porque es todavía su primera risa.

—Wendy, — murmuró gozoso, — creo que la he encerrado en el arcón.

Sacó a la pobre Campanilla de Cobre del arcón y el hada dió un vuelo en torno del cuarto de los niños, gimiendo furiosa.

—Vamos, no digas esas cosas, — le dijo Peter. — Siento mucho lo sucedido, pero ¿cómo iba yo a saber que estabas en el arcón?

Wendy no escuchaba lo que él decía.

—¡Oh, Peter Pan! — exclamó — ¡Si se estuviera quieta y me dejara verla!

—Casi nunca pueden estarse quietas, — contestó el chico. Pero por un momento Wendy vió la fantástica figurilla detenerse sobre el reloj de cuco.

—¡Oh, qué linda es! — exclamó Wendy, aunque la faz de Campanilla estaba todavía contraída por la ira.

Campanilla de Cobre respondió con insolencia.

—¿Qué contesta, Peter Pan? — preguntó Wendy.

El muchacho tuvo que traducir.

—Hoy no se muestra muy galante. Dice que eres una chica muy fea y que ella sólo quiere ser mi hada.

Y entonces empezó a discutir con Campanilla.

—Ya sabes que no puedes ser mi hada, Campanilla, porque yo soy un caballero y tú eres una dama.

A esto, Campanilla respondió con estas palabras:

—Tú lo que eres, es un asno.

Y desapareció dentro del cuarto de baño.

Peter Pan explicó disculpándola:

—Es un hada muy vulgar. Le laman Campanilla de Cobre porque es la que compone los pucheros y las cacerolas.

En aquel momento, los dos niños estaban sentados junto en el brazo del sillón y Wendy continuó su chaparrón de preguntas.

—Y ahora ¿no vives en los jardines de Kensington?

—A veces vivo aun.

—Pero ahora, ¿dónde vives?

—Con los niños perdidos.

—¿Quiénes son esos niños?

—Los que se caen de sus cochecillos cuando las niñeras están mirando para otro lado. Si a los siete días no son reclamados, se les envía al País de Nunca-Jamás para aprovechar los gastos hechos. Yo soy el capitán de esos niños.

—¡Qué gracioso debe de ser eso!

—Sí, — dijo el astuto Peter, — pero estamos muy solos. Como no tenemos compañía femenina...

—Pues ¿no hay ninguna niña entre vosotros?

—No. Las niñas son demasiado listas para caerse de los cochecitos.

Esto lisonjeó grandemente a Wendy.

—Me parece encantador tu modo de hablar de las niñas. Mi hermano Juan, en cambio, nos desprecia.

Por toda contestación, Peter Pan se levantó y de un puntapié echó a Juan fuera del lecho con sábanas y todo. ¡De un puntapié! Esto pareció a Wendy demasiado atrevimiento para una primera visita y dijo con brío a Peter Pan que no se creyera que iba a ser también capitán en su casa. Sin embargo, como Juan continuaba durmiendo tan plácidamente en el suelo, la niña permitió que Peter Pan continuara allí.

—Como sé que lo hiciste para serme agradable, — dijo ablandándose, — te permito que me des un beso.

En aquel momento la niña había olvidado la ignorancia de Peter Pan acerca de los besos.

—Ya me parecía a mí que volverías a pedírmelo, — dijo él con amargura. Y se prestó a devolverle su dedal.

—¡Dios mío! — dijo la linda Wendy, — no quiero decir un beso; quiero decir un dedal.

—¿Y qué es eso?

—Pues eso es... así.

Y le besó.

—¡Qué gracia! — dijo Peter con gravedad. — Ahora ¿quiéres que te dé yo un dedal?

—Si así lo deseas... — contestó Wendy, esta vez con la cabeza erguida.

Peter le dió lo que él creía ser un dedal y que, en realidad, era un beso, e, inmediatamente, ella lanzó un chillido:

—¿Qué te pasa, Wendy?

—He sentido como si alguien me tirara del pelo.

—Habrá sido Campanilla. Nunca la he visto tan indignada como hoy.

En efecto, Campanilla seguía dando vueltas y usando el más violento de los lenguajes.

—Dice que te tirará del pelo, Wendy, cada vez que yo te dé un dedal.

—Pero ¿por qué?

Campanilla volvió a repetir:

—Eres un tonto, eres un asno.

Peter Pan no podía comprender el porqué, pero Wendy sí lo comprendió. Y por cierto que quedó un poco descorazonada al decirle él que se había asomado por la ventana del cuerto de los niños, no para verla, sino para oír contar cuentos.

—Yo no sé ningún cuento, — confesó. — Ninguno de los niños perdidos sabe cuentos.

—Pero eso es espantoso, — dijo Wendy.

—¿Sabes, — preguntó Peter Pan, — por qué las golondrinas edifican sus nidos en los aleros de las casas? Es para escuchar los cuentos. ¡Oh, Wendy, qué lindo cuento ó contar una noche a vuestra madre!

—¿De qué trataba?

Trataba de un príncipe que no podía encontrar a la dama del zapatito de cristal.

—Ese cuento, — dijo Wendy con emoción — era el de la Cenicienta. Y has de saber que el príncipe la encontró y se casaron y vivieron ya siempre felices.

Peter se alegró tanto de saber aquello que, levantándose del suelo, donde estaban sentados, se acercó apresuradamente a la ventana.

—¿A dónde vas?, — le preguntó la niña.

—A contárselo a los otros chicos.

—No te vayas, Peter, — rogó ella. — ¡Si supieras cuántos lindos cuentos sé yo.

Estas fueron exactamente sus palabras, de modo que es innegable que de ella partió la tentación.

Peter Pan volvió atrás y en sus ojos brilló una mirada de codicia que debía haber alarmado a la niña. Pero no fué así.

—¡Oh, si supieras qué preciosos cuentos podría yo contarles a los niños perdidos! — exclamó ella. Y entonces Peter Pan la tomó fuertemente y se dispuso á arrastrarla hacia la ventana.

—¡Suéltame! — ordenó ella.

—Wendy, ven conmigo para contarnos a mi a los niños perdidos esos lindos cuentos que sabes.

Claro está que a la niña le halagaba mu-

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ 12.00 „

cho la invitación, pero, no obstante, dijo:

—¡Oh, querido, no puedo. Debo pensar en mi mamá. Además yo no puedo volar.

—Yo te enseñaré.

—¡Oh! ¡Qué encantador debe ser volar!

—Yo te enseñaré a saltar sobre el lomo del viento y nos elevaremos los dos.

—¡Oh! ¡Oh! — exclamó la niña, delirante de gozo.

—Wendy, Wendy, en vez de dormir tontamente en tu camita podrías venirte conmigo volando a decirles cosas graciosas a las estrellas.

—¡¡Oh!!

—Y también verías las sirenas.

—¿Sirenas? ¿Con cola de pescado?

—Con colas larguísimas.

—¡Oh! — exclamó Wendy, — ¡qué bonito debe de ser una sirena!

Peter Pan mostrábase cada vez más terriblemente tentador.

—Wendy, — dijo, — si vinieras verías como te respetaríamos todos.

Wendy retorcíase en la desesperación de la duda. Era como si luchara por pegarse al suelo de la habitación.

Mas Peter Pan no tuvo piedad.

—Wendy, — dijo todavía más astuto, — por la noche tu nos arroparías a todos.

—¡¡Oh!!

—Ninguno de nosotros ha sido nunca arropado por la noche.

—¡¡Oh!! — repitió la niña. Y sus brazos se tendieron hacia él.

—También podrías remendar nuestros vestidos y hacernos bolsillos en ellos. Ninguno de nosotros lleva bolsillos.

¿Cómo iba a poder resistir más Wendy?

—¡Qué fascinador es todo eso! — exclamó. — Y dime, Peter, ¿enseñarías también a volar a Juan y a Miguel?

—Si tú lo quieres... — dijo el muchacho con indiferencia.

La niña corrió a las camitas de Juan y Miguel y sacudió violentamente a los niños.

—¡Despertaos! ¡Despertaos! — gritó. — Peter Pan ha venido y nos va a enseñar a volar.

Juan se frotó los ojos.

—Si es así, me levantaré, — dijo. Y como estaba ya en el suelo, — ¡Hola! — concluyó, — ya estoy fuera de la cama.

En aquel momento se había levantado ya Miguel, con la agudeza de una navaja de seis filos y una sierra juntas, mas Peter Pan impuso súbito silencio. Los rostros de los niños mostraron la ansiedad infantil de los chiquillos cuando temen ser sorprendidos por los mayores. Todo permanecía tranquilo como una balsa de aceite. Por lo tanto, todo iba bien. Mas no; no tan bien; algo iba mal. Nana, que había aullado angustiosamente toda la noche, permanecía ahora callada. Y era su silencio lo que ellos escuchaban.

—¡Fuera esa luz! ¡Escondedla! ¡Pronto! — exclamó Juan tomando el mando de la aventura por única vez.

Y así, cuando Liza entró en la habitación de los niños acompañada por Nana, la estancia parecía estar exactamente igual que antes, en completa oscuridad, y hubiérase podido jurar que se oía la angelical respiración de sus tres traviesos habitantes que dormían tranquilamente. Y lo que hacían era fingirlo con gran habilidad, desde detrás de las cortinas de la ventana.

Liza estaba de mal humor. Hallábase haciendo la masa del pastel de Navidad en la cocina, cuando, todavía con huellas de harina en la mejilla, fué interrumpida por los absurdos temores de Nana. Le pareció entonces que el mejor modo de tranquilizar a la perra era llevarla al cuarto de los niños, aunque, naturalmente, bajo su custodia.

—Vamos, animalejo medroso, — dijo sin sentir pesar porque Nana hubiera caído en desgracia. — Tus amitos están perfectamente seguros. ¿Lo ves? Cada uno de nuestros angelitos está dormido en su cama. Escucha su suave respiración.

Entonces Miguel, alentado por el buen éxito de la comedia, respiró tan fuerte que estuvieron todos a punto de ser descubiertos. La experta Nana conocía bien lo que quería decir aquella respiración y trató de desligarse de Liza. Mas esta era algo testaruda.

—Nana, — dijo severamente, tirando de ella hasta arrancarla de la habitación, — te advierto que si ladras otra vez iré inmediatamente a buscar, a la reunión en que están, al amo y al ama, los traeré a casa y entonces ¡oh, Nana! ya puedes prepararte a la paliza que el amo te dará.

La sirvienta volvió a atar en el patio a la infeliz perra, pero ¿creéis acaso que Nana cesó por ello de ladrar? ¡Sacar al amo y al ama de la reunión y traerlos a casa! Esto era precisamente lo que ella quería. ¿Imagináis que le preocupaba el temor de la paliza en perspectiva, con tal de que sus amitos estuvieran seguros? Mas, desgraciadamente, Liza volvió a su pastel y Nana, convencida de que ninguna ayuda podía esperar de ella, tiró y tiró de la cadena hasta que, al fin, la rompió. En menos tiempo que se tarda en contarlo se abalanzó dentro del comedor del número 27 y levantó sus patas al cielo, que era su modo más expresivo de dar un recado. El señor y la señora Gentil comprendieron en seguida que algo terrible pasaba en su casa y a sus nibos, y sin decir siquiera adiós a sus amigos se lanza-

Vamos, tus amigos están perfectamente seguros

ron a la calle.

Pero hacía ya diez minutos que los tres bribonzuelos se escondieron detrás de las cortinas, y Peter Pan podía hacer muchísimas cosas en diez minutos.

Volvamos, pues, nosotros, al cuarto de los niños.

—Todo va bien, — anunció Juan surgiendo de su escondite. — Y dime, Peter Pan: ¿Es verdad que tú puedes volar?

En vez de molestarse en contestarle, Peter Pan voló en torno a la habitación deteniéndose un momento sobre la repisa de la chimenea.

—¡Qué espléndido! — dijeron Juan y Miguel.

—¡Qué lindo! — exclamó Wendy.

—Sí, soy muy lindo, muy lindo, — dijo Peter Pan, olvidando otra vez toda modestia.

La cosa parecía de una sencillez deliciosa y los niños lo intentaron lanzándose primero desde el suelo y después desde las camas, pero siempre caían en lugar de elevarse.

—Vamos, dinos: ¿cómo lo haces tú? — preguntó Juan frotándose la rodilla. (Juan era un chiquillo muy práctico).

—Piensa cosas maravillosas, — explicó Peter Pan, — y ellas te levantarán en el aire.

Y les demostró otra vez cómo lo hacía él.

—Eres rapidísimo, — dijo Juan. — ¿No podrías hacerlo una vez más despacio?

Peter Pan voló entonces lentamente.

—Ahora ya lo comprendo, Wendy, — exclamó Juan. Pero en seguida comprobó que no lo comprendía.

Ninguno de ellos podía volar ni elevarse una sola pulgada, aun cuando Miguel juntaba ya palabras de dos sílabas y Peter Pan no conocía ni el "a e i o u".

Claro está que Peter Pan les había gastado una broma de las suyas, pues nadie puede volar hasta que las hadas han soplado sobre él el polvillo de sus alas doradas. Por fortuna, como ya hemos dicho, una de las manos de Peter estaba sucia de ese polvillo, que el chiquillo sopló sobre cada uno de sus nuevos amigos con el resultado más peregrino.

—Ahora moved los hombros así — les dijo — y dejaos ir.

Estaban los tres niños sobre sus camitas y Miguel, valeroso, se dejó ir el primero. No estaba muy convencido de lograr su intento, pero lo logró e, inmediatamente, se elevó y dió una vuelta volando en torno de la habitación.

—¡Ya sé volar! — gritó al sentir que se levantaba. Juan se lanzó también y encontró a Wendy en el aire, cerca ya del cuarto de baño.

—¡Oh, qué encantador!

—¡Oh, qué delicioso!

—¡Miradme!

—¡Miradme!

—¡Miradme!

Su vuelo no tenía la elegancia del de Peter Pan, pues no podían evitar un leve y poco airoso pataleo y de cuando en cuando sus cabezas chocaban contra el techo aunque, a decir verdad, pocas cosas hay tan deliciosos como ésta. Peter Pan al principio ayudó a Wendy, pero tuvo que desistir a causa de la indignación de Campanilla de Cobre.

Fueron y vinieron alegremente dando vueltas y vueltas. Según la expresión de Wendy, aquello era divino.

—Y ahora digo yo — exclamó Juan — ¿por qué no nos vamos todos afuera?

Esto era, naturalmente, lo que Peter Pan deseaba.

Miguel estaba ya preparado y quería saber en cuánto tiempo podría hacer un billón de millas, pero Wendy vacilaba todavía.

—¡Acuérdate de las sirenas! — dijo Peter Pan de nuevo.

—¡Oh!

—Y también hay piratas.

—¡Piratas! — exclamó Juan cogiendo de la percha su sombrero de los días de fiesta. — ¡Vámonos! Vámonos en seguida.

Era aquel el preciso momento en que el señor y la señora Gentil salían apresuradamente del número 27 llamados por Nana. Corrieron a mitad de la calle y desde allí miraron con ansiedad la ventana del cuarto de los niños. Y sí, estaba todavía cerrada, pero en la habitación brillaba una espléndida luz y con el corazón angustiado pudieron ver tras de la cortina tres figurillas infantiles, en camisón de dormir, dando vueltas a la estancia; no andando, corriendo, sino volando.

¡Mas no eran tres figuras, no! ¡Eran cuatro!

Abrieron la puerta de la calle, temblando. El primer impulso del señor Gentil fué echar a correr escaleras arriba, pero la señora Gentil le dijo por señas que fuera en silencio y despacio. Y aun trató de convencer a su corazón de que fuera despacio también.

¿Llegarían a tiempo al cuarto de los niños? Si así fuera ¡qué dicha tan grande para ellos! Nosotros también lanzaríamos un suspiro de alivio, pero entonces no habría cuento. Además, aunque no lleguen a tiempo, yo para vuestra tranquilidad, os prometo solemnemente que al final todo acabará bien.

Papá y mamá Gentil hubieran llegado a tiempo al cuarto de los niños de no haberles estado vigilando las estrellas pequeñas. Una vez más las traviesas estrellitas abrieron la ventana de un soplo y la más pequeña de todas, gritó:

—¡Sálvate, Peter Pan!

Entonces comprendió Peter Pan que no había un momento que perder.

—¡Vámonos! — ordenó imperiosamente.

Y seguido de Juan, Miguel y Wendy se cernió sobre el aire en la oscuridad de la noche.

El señor Gentil, la señora Gentil y Nana penetraron en el cuarto de los niños demasiado tarde. ¡Los pájaros habían volado!

CAPITULO IV

El vuelo

Segundo a la derecha y después siempre adelante hasta la mañana."

Este, según había contado Peter Pan, era el camino que llevaba al País de Nunca-Jamás, pero ni aun los pájaros que llevan mapas y los consultan en los rincones del Viento, podrían haber llegado a él con estas señas. Mas Peter Pan era un aturdido y decía las cosas tal como le pasaban por la cabeza.

Al principio sus compañeros confiaban en él ciegamente, y era tan grande para ellos el gozo de volar, que malgastaban el tiempo dando vueltas alrededor de las veletas de las iglesias o en torno a cualquier otro objeto elevado que hallaran en el camino que había tomado su fantasía.

Juan y Miguel volaban en competencia; a Miguel se le había dado una ventaja. Recordaban ahora con desprecio cómo hacía pocos momentos se habían creído seres maravillosos al poder volar en torno de una habitación.

Hacía pocos momentos... pero ¿cuántos? Antes de que este pensamiento empezara a inquietar seriamente a Wendy se hallaban todos volando sobre el mar. Juan pensó que aquél era el segundo mar que atravesaban y aquella la tercera noche de su vuelo.

A veces se hundían en la gran oscuridad; otros veces, la claridad era esplendente; tan pronto sentían mucho frío como un calor excesivo.

En ocasiones se sentían verdaderamente hambrientos o ¿acaso lo fingían porque Peter Pan tenía una manera tan graciosa y original de alimentarles? Consistía esta manera en perseguir a los pájaros que llevaban en sus picos alimento adecuado para las personas y arrebatárselo. Entonces, los pájaros le perseguían a su vez y le arrebataban el precioso botín, y así, en mutua caza, se perseguían durante muchas millas hasta despedirse cariñosamente.

Wendy advirtió con cierta inquietud que Peter Pan no parecía darse cuenta de que este fuera un medio muy especial de obtener su pan de cada día ni de que pudiera haber otros medios más legítimos.

Lo que verdaderamente no fingían, era tener sueño. En realidad, lo tenían y este era un peligro, pues, en el momento en que empezaban a cabecear, se caían. Esto era algo terrible, que a Peter Pan le parecía muy divertido.

—¡Allá va otra vez! — exclamaba alegremente, viendo cómo Miguel caía de súbito igual que una piedra.

—¡Sálvale, sálvale! — gritaba Wendy mirando al terrible mar que estaba debajo de ellos.

Instantáneamente, Peter Pan se zambullía en el aire y cogía a Miguel precisamente antes de que llegara al mar. Y era encantador su modo de hacer esto, pero siempre esperaba para ello el último momento y parecía como si le interesara más demostrar su habilidad que salvar una vida humana.

También era Peter Pan muy aficionado a la variación y el juego que le entusiasmaba en un momento, dejaba súbitamente de entretenerle, por lo que había siempre la posibilidad de que, gustándole ahora salvar al niño, al momento siguiente le gustara más dejarle caer.

Peter Pan podía dormir en el aire sin caerse, tendiéndose boca arriba y flotando, pero esto era sencillamente porque el chiquillo era tan ligero, que si alguien se ponía detrás de él y soplaba, su cuerpo avanzaba más aprisa.

—Debéis ser más amables con él — dijo Wendy y Juan cuando se perseguían por el aire, en sus juegos infantiles.

—Pues dile tú que no quiera ser siempre el capitán — dijo Juan.

Cuando, en su juego, Peter Pan volaba muy cerca del agua, tocaba al pasar las colas de los tiburones, del mismo modo que los chiquillos por las calles deslizan su dedo sobre los barrotes de las verjas de hierro. Los demás no podían hacerlo con buen éxito y acaso por esto se mostraba él tan presumido y volvía atrás la cabeza para ver cuantas colas de tiburones dejaban ellos de tocar.

—Debéis mostraros muy amables con él — repetía Wendy a sus hermanos. — ¿Qué haríamos si nos dejara?

—Volveríamos atrás. — decía Miguel.

—Y sin él ¿cómo podríamos encontrar el camino?

—Entonces, podríamos seguir adelante, — opinaba Juan.

—Pero eso sería horrible, Juan; tendríamos que seguir adelante siempre, siempre, porque no sabemos el modo de detenernos.

Era esta la verdad. Peter Pan se había olvidado de enseñarles el modo de detenerse en el aire. Juan opinó que si este último caso llgaba, lo mejor que podían hacer era seguir siempre adelante, pues siendo la tierra redonda, era indudable que así llegarían de nuevo a la ventana de su habitación.

—Y ¿quién nos daría de comer, Juan?

—Yo puedo tomar un mordisco de la carne que aquella águila llevaba en el pico con tanta limpieza como Peter Pan, Wendy.

—Después de intentarlo más de veinte veces, — recordó Wendy, — y aunque llegáramos a poder obtener alimento, ya véis que, a cada momento, tropezamos contra las nubes y las cosas altas cuando él no está cerca de nosotros para darnos la mano.

La verdad era que chocaban a cada momento. Sabían ya volar bien aunque todavía pataleaban demasiado, pero si veían una nube frente a ellos, cuanto mayor empeño ponían en evitarla, más fatalmente iban a chocar contra ella. Si Nana hubiera estado con ellos, hubiese tenido que vendar la frente de Miguel.

En aquel momento Peter Pan se había alejado de los niños, que a aquellas alturas, se sentían terriblemente solos. Como él podía ir mucho más de prisa, solía ausentarse, con la rapidez de una bala, para correr alguna aventura en la que ellos no tomaban parte. Luego bajaba riéndose de algo muy gracioso

EN EL MINISTERIO

—¡Sí, señor! ¡Quiero que me den trabajo y ya he venido lo menos catorce veces! ¡Siempre lo mismo!

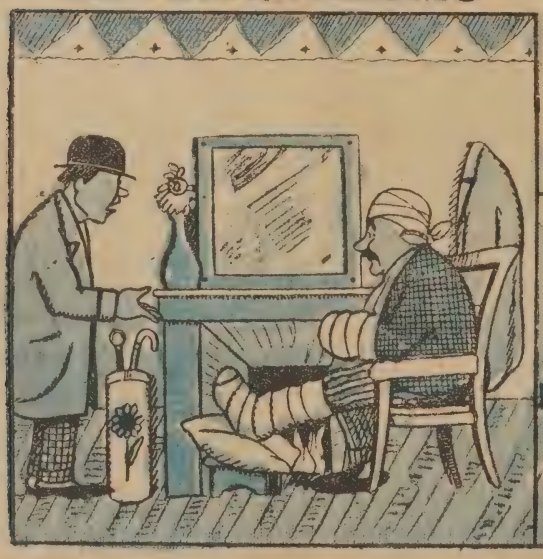
—¡Pero hombre! ¿Quiere usted más trabajo que venir todos los días?

PRECAVIDO

El filántropo del barrio: — ¿Pero cómo se pone a pedir aquí? Si lo ve un vigilante lo llevará preso.

El ciego-tullido: — ¡No! Como vea que se acerca uno echo a correr.

AUTOMOVILISMO



—¿Qué te ha pasado, amigo Aristóbulo?

—Que me encontré con Gutiérrez.

—¿En algún teatro?

—No; en un viaje.

PERRO ALIMENTICIO

—¡A mí es mi perro quien me da de comer!

—¡Ah! Te lo has comido.

—No; es un perro sabio; hace pruebas y la gente da dinero.

¡NO EXAGEREMOS!

—¡Así que usted arrojó a su mujer por la ventana de un sexto piso!
—¡No vea las cosas tan negras, señor comisario! ¡Si estuviéramos en Nueva York hubiera podido arrojarla del piso cuarenta y dos lo menos!

UNO QUE SABE A QUE ATENERSE

El: — ¡María! ¡Tráigame pronto el paraguas! La señora ha empezado a llorar.

que había dicho a una estrella y de lo que ya se había olvidado, o bien subía casi cubierto de escamas de sirena pegadas a su traje de hojas, sin poder tampoco decir qué era lo que le había sucedido. Esto resultaba muy fastidioso para niños que en su vida habían visto una sirena.

—Y si se olvida de todo tan rápidamente, — se le ocurrió decir a Wendy, — ¿cómo podemos esperar que siga acordándose de nosotros?

La verdad era que, a veces, al volver, Peter Pan no se acordaba de ellos o casi los había olvidado. Wendy estaba segura de esto; lo leyó en sus ojos cuando él pasó por delante de ellos y aún, en una ocasión, tuvo que repetirle su nombre.

—Soy Wendy, — le dijo muy apurada.

El muchacho se estremeció.

—Wendy, — murmuró, — te suplico que siempre que veas que te olvido me hagas recordarte diciéndome: "Soy Wendy" y entonces te recordaré.

Claro que esto era muy poco satisfactorio; sin embargo, para enmendarse, Peter Pan enseñó a los niños el modo de permanecer tendidos sobre un fuerte viento que siguiera su camino, y éste fué un cambio tan agradable que, después de probarlo varias veces, los tres hermanitos se dieron cuenta de que así podían dormir con toda tranquilidad. De fijo hubieran dormido más tiempo, mas Peter Pan, cansándose rápidamente del reposo, gritaba en seguida con su voz de mando:

—¡Vámonos de aquí!

Así, con estas pasajeras riñas, aunque siempre retozando y divirtiéndose, se acercaban los niños al País de Nunca-Jamás, al que llegaron después de muchas lunas. Habían ido siempre en línea recta, no ciertamente por la guía de Peter Pan ni de Campanilla, sino porque la isla los aguardaba. Es esta la única manera de poder llegar a la mágicas playas.

—Ahí está el País de Nunca-Jamás, — dijo Peter Pan tranquilamente.

—¿Dónde, dónde?

—Allí donde apuntan todas aquellas flechas.

En efecto, señalaban la Isla a los niños un millón de flechas doradas, dirigidas por su amigo el Sol, quien quería dejarlos seguros en su camino antes de que llegara la noche.

Wendy, Juan y Miguel se alzaron en el aire sobre las puntas de sus pies, para ver por vez primera la isla. Aunque parezca extraño, todos la reconocieron en seguida y empezaron a aclamarla, no como a una cosa que se ha soñado por largo tiempo y que se ve al fin, sino como a un amigo familiar al que se encuentra en el hogar al volver a él por las vacaciones.

—¡Juan, mira la laguna!

—¡Wendy, mira las tortugas enterrando sus huevos en arena!

—¡Juan, yo veo tu flamenco con la pata rota!

—¡Mira, Miguel, mira tu caverna!

—Juan, ¿qué es eso que se ve en el matorral?

—Es una loba con sus cachorrillos. Me parece que uno de ellos es tu lobato, Wendy.

—¡Juan, ahí está mi bote todo desfondado!

—No, no puede ser; ¿no sabes que lo quemamos?

—Pues lo es. Y mira, mira, Juan, ya veo el humo del campamento de los Pieles Rojas.

—¿Dónde? Enséñamelo, y por la dirección de los girones de humo, te diré si se dirigen a la guerra.

—Míralo, allí, del otro lado del Río Misterioso.

—Sí, sí, ahora lo veo. En efecto, se dirigen a la guerra.

A Peter le fastidiaba un poco que supieran tantas cosas de la isla, pero si quería dominarlos tenía en la mano el triunfo. ¿No os he dicho ya que el miedo estaba siempre a punto de caer sobre ellos?

Y llegó al fin, cuando las flechas de oro del sol empezaron a retirarse, dejando la isla en triste oscuridad.

En los lejanos días pasados en su casa, el País de Nunca-Jamás parecía siempre un poco oscuro y amenazador a los niños a la hora de irse a la casa. Entonces veían en él tierras inexploradas sobre las que se extendían sombras negrísimas. El rugido de las fieras sonaba diferente y, sobre todo, perdíase la seguridad del triunfo. Alegrábanse entonces los niños de que estuvieran allí las lamparillas. Y les gustaba oir decir a Nana que lo que veían era sólo la repisa de la chimenea y que el País de Nunca-Jamás era una ficción.

Claro está que en aquellos tiempos era una ficción el País de Nunca-Jamás, pero ahora era una realidad y no había lamparillas en ella y a cada momento la oscuridad crecía y... ¿dónde estaba Nana?

Miguel, dormido, caía como una piedra

Durante el vuelo se habían elevado separados, pero ahora se estrechaban acercándose a Peter Pan. El aire descuidado de éste había desaparecido. Sus ojos mostrábanse centelleantes y un hormiguero de ideas cruzaba sus mentes cada vez que los niños tocaban el cuerpo leve de su amigo. Estaban sobre la terrible Isla, volando tan bajo que a veces rozaban con sus pies los árboles. Nada amenazador veíase en el aire y no obstante avanzaban lenta y trabajosamente, como si fuerzas hostiles lucharan por impedirles el paso. A veces colgando en el aire hasta que Peter Pan empezaba a dar puñetazos en él.

—No nos dejan tomar tierra, — explicó.

—¿Quién no nos deja? — murmuró Wendy estremeciéndose.

Pero Peter Pan no quería o no podía decirlo. Campanilla de Cobre se había dormido en su hombro y él la despertó y la envió al frente. A veces, Peter Pan se balanceaba en el aire escuchando atentamente con su mano puesta detrás de la oreja y a veces miraba hacia abajo, con ojos tan brillantes, que parecían querer hacer dos agujeros en la tierra. Después de esto, Peter Pan siguió otra vez adelante.

Su valor era casi aterrador.

—¿Queréis ahora una aventura? — dijo tranquilamente a Juan. — ¿O bien os gustaría tomar primero el te?

Wendy dijo que prefería tomar el te primero y Miguel apretó agradecido su mano, pero Juan, que era más valiente, dudó.

—¿Qué clase de aventura sería? — inquirió con precaución.

—En las Pampas, precisamente debajo de nosotros, hay un Pirata dormido, — explicó Peter. — Si queréis, podemos bajar y matarle.

—Yo no lo veo, — dijo Juan después de una larga pausa.

—Yo sí.

—¿Y si se despertara? — dijo con voz ronca.

Peter Pan contestó indignado:

—No creerás que voy a matarle mientras esté dormido. Primero le despertaría, y le mataría después. Así lo hago siempre.

—¿De veras? ¿Y matas muchos?

—Los mato... a toneladas.

Juan exclamó: "¡qué delicia!", pero decidió también que le dieran el té antes de la aventura. Preguntó si había en aquel momento muchos piratas en la isla y Peter Pan le contestó que nunca había habido tantos.

—¿Y quién es ahora el jefe de los piratas?

—El capitán Garfio, — repuso Peter Pan.

Y al pronunciar aquel nombre odioso, su rostro se puso serio.

—¿Jaime Garfio?

—Precisamente.

Entonces, Miguel se echó a llorar y aun el mismo Juan, al hablar, tartamudeaba de miedo, pues todos ellos conocían la terrible reputación del capitán Garfio.

—Es el contramaestre de Barbarroja, — murmuró Juan roncamente. — Es el peor de todos, es el único de quien tuvo miedo Barba Azul.

—Ese es precisamente, — asintió Peter

—¿Y cómo es? ¿Es muy grande?

—No tan grande como era.

—¿Qué quieres decir

—Que yo le corté un pedazo.

—¿Tú?

—Sí, yo, — dijo Peter con viveza.

—No lo he dicho por ofenderte.

—¿Y que pedazo le cortaste?

—La mano derecha.

—¿Entonces ahora no puede luchar?

—¡Vaya si puede luchar!

—¿Será zurdo?

—En lugar de mano derecha lleva un garfio de hierro y con él agarra.

—¡Agarra!

—Atiende bien, Juan, — dijo Peter. — ¿Me atiendes?

—Sí.

—Se dice "sí, señor".

—Sí, señor.

—Hay una cosa, — explicó Peter, que todos los chicos que me sirven me deben prometer y que, por lo tanto, tú debes prometerme.

Juan palideció.

—Lo que debes prometerme es que si nos encontramos en lucha con el capitán Garfio, me lo dejarás a mí.

—Te lo prometo, — dijo Juan con toda lealtad.

En aquel momento se sentían menos atemorizados porque Campanilla volaba con ellos y, a su luz, podían verse unos a otros. Por desgracia el hada no podía volar con tanta lentitud como ellos y, por lo tanto, tenía que dar vueltas y vueltas formando un círculo en el cual se movían los niños como en una aureola. A Wendy le gustaba esto muchísimo, hasta que Peter Pan explicó el inconveniente que tenía.

—Me dice el hada, — dijo, — que los piratas nos vieron antes de que viniera la oscuridad y que han sacado el Gran Tom.

—¿El gran cañón?

—Sí. Como ven la luz de Campanilla es fácil que adivinen que estamos cerca de ellos y que disparen

—¡Wend!

—¡Juan!

—¡Miguel!—

—¡Dí a Campanilla que se vaya en seguida, Peter! — exclamaron los tres simultáneamente.

Pero el chico se negó.

—Campanilla cree que hemos perdido el camino, — explicó altanero, — y está muy asustada. No suponréis que voy a dejarla sola ahora que tiene miedo.

El círculo de luz se rompió por un momento y Peter Pan recibió un cariñoso pellizco.

—Dile entonces, — suplicó Wendy, — que apague su luz.

—No la puede apagar; es ésta una de las cosas que no pueden hacer las hadas. Su luz se apaga por sí sola cuando ellas se duermen, lo mismo que la de las estrellas.

—Entonces, dile que se duerma en seguida — casi ordenó Juan.

—Campanilla no puede dormir cuando no tiene sueño. Es otra de las cosas que las hadas no pueden hacer.

—Pues parece, — gruñó Juan, — que éstas son las dos únicas cosas que ahora sería oportuno que hiciera.

Y, en aquel momento, Juan recibió un pellizco, nada cariñoso por cierto.

—Si uno de nosotros tuviera un bolsillo —dijo Peter Pan, — podríamos meterla dentro de él.

Pero como los tres habían partido tan de prisa, ninguno de ellos llevaba bolsillo. Peter Pan tuvo una idea feliz. ¡El sombrero de Juan!

Campanilla se prestó a viajar dentro de un sombrero, siempre que fuera llevado en la mano. Aunque lo que ella quería era que la llevara Peter Pan, Juan fué quien la llevó.

Al poco rato, Wendy tomó el sombrero porque Juan se quejó de que, al volar, le chocaba contra las rodilas y esto, como veremos, fué un contratiempo, porque Campanilla de Cobre no quería tener nada que agradecer a Wendy.

En la negra copa del sombrero de Juan quedaba la luz del hada completamente escondida, y los niños seguían volando en silencio. Era aquel el silencio más absoluto que ellos podían recordar y que se interrumpía solamente de cuando en cuando por un lejano rumor de agua que Peter Pan les explicó que era producido por la fieras al beber en el río. Otras veces, oíase un áspero sonido que ellos imaginaron podía ser de las ramas de los árboles al rozar unas con otras, pero Peter Pan les explicó que eran producidos por los pieles rojas que afilaban sus cuchillos.

Hasta estos ruidos cesaron. Miguel no podía soportar aquella soledad.

—Si al menos hubiera algo que hiciera ruido, — exclamó.

Como en respuesta a este deseo, atronó el aire el más tremendo estampido que nunca habían escuchado los niños. Los piratas habían disparado el Gran Tom contra ellos.

El rugido del cañón resonó en las montañas y los ecos parecieron gritar de modo salvaje:

—¿Dónde están?, ¿dónde están?, ¿dónde están?

De ese hodo los tres niños, aterrorizados, aprendieron la diferencia que hay entre una isla ficticia y la misma isla convertida en realidad.

Cuando al fin quedó todo tranquilo, Juan y Miguel se encontraron en la oscuridad. Juan pisaba el aire maquinalmente y Miguel, sin saber cómo se flotaba, se hallaba flotando.

—¿Estás herido? — murmuró Juan con voz trémula.

—No lo sé todavía — contestó Miguel también temblando.

Nosotros sabemos que ninguno de ellos estaba herido. Peter Pan había sido empujado hasta el mar por el viento agitado por el disparo, mientras Wendy había sido lanzada hacia arriba, sin otra coompañía que Camnapilla de Cobre.

Hubiera sido un gran bien para Wendy que en aquel momento se le hubiera ocurrido tirar el sombrero.

Yo no sé si aquella idea se le ocurriría de súbito a Campanilla o si la habría planeado por el camino, lo cierto fué que el hada asomó fuera del sombrero y comenzó a atraer a Wendy hacia su perdición.

Campanilla no era del todo mala, mejor dicho, aunque a veces era muy buena, ahora obraba como si fuera mala. Las hadas no pueden ser sino malas o buenas, porque como son tan pequeñitas, no tienen, por su desgracia, sitio para albergar más que un solo sentimiento. Les está permitido, no obstante, cambiarlo rápidamente. En aquel momento Campanilla de Cobre sentía horribles celos de Wendy. Lo que en su encantador tintineo decía, no podía Wendy comprenderlo, y aunque creemos que por una parte eran insultos, sonaba dulcemente, mientras el hada, volando hacia atrás y hacia delante, quería decir sencillamente:

—Sígueme y todo irá bien.

¿Que podía hacer la pobre Wendy? Inútilmente llamó a Peter Pan, a Juan y a Miguel: le contestó solamente el eco burlón. Aún no sabía Wendy que Campanilla de Cobre la odiaba con el odio feroz de una mujer de verdad. Por ello, aturdida y vacilante en su vuelo, siguió el vuelo de Campanilla de Cobre, que la conducía a la catástrofe.

CAPITULO V

La isla se convierte en realidad

Al sentir que Peter Pan se había puesto en camino para volver a ella, la isla de Nunca-Jamás despertó de nuevo a la vida.

En ausencia de Peter todo permanece más silencioso en la isla; las hadas duermen una hora más todas las mañanas, las fieras atienden sólo a sus cachorrillos, los Pieles Rojas se alimentan con abundancia para seis días y seis noches, y cuando los Piratas y los niños perdidos se encuentran, se contentan con meterse, unos frente a otros, el dedo pulgar en la boca, haciéndo-

En ausencia de Peter Pan, cuando los piratas y los niños perdidos se encuentran, se limitan a meterse el dedo pulgar en la boca, haciéndose burla.

El terrible capitán Garfio. (De la notable película "Peter Pan", de la empresa Paramount)

se burla; pero al llegar Peter Pan, que odia sobre todas las cosas la quietud, todo vuelve a la vida y, entonces, quien pudiera poner el oído pegado al suelo de la isla, la oiría bullir de vitalidad.

Aquella noche los principales personajes de la isla se hallaban en la siguiente disposición: los niños perdidos buscaban a Peter Pan, los Piratas buscaban a los niños perdidos, los Pieles Rojas buscaban a los Piratas y las fieras buscaban a los Pieles Rojas, y así iban andando en torno a la isla, pero no se encontraban nunca porque todos iban a igual distancia unos de otros y todos seguían la misma dirección y todos llevaban la misma velocidad.

Todos estaban ávidos de sangre, excepto los niños, los cuales, aunque en general les gustaba, aquella noche habían salido sólo a recibir a su capitán. El número de los niños de la isla varía, naturalmente, según los que mueren en las luchas y según los que Peter Pan arroja fuera de la isla, cuando parecen empezar a crecer, lo cual va contra el reglamento del país de Nunca-Jamás. en aquel momento, contando por separado a los Gemelos, los niños de la isla eran seis. Escondámonos en los cañaverales y miremos cómo pasan furtivamente formando una hilera, con la mano colocada en sus dagas.

Les está terminantemente prohibido por Peter Pan parecerse a él en lo más mínimo y por ello se visten con las pieles de los osos que ellos mismos matan, con lo que parecen enteramente redondos, y cuando caen al suelo, ruedan como pelotas. Por eso, el peligro de caer, les obliga a andar con pies de plomo. El primero que pasa es el Simplón que no es el menos valiente, sino el más infortunado de toda la bizarra compañía. Había asistido a menos aventuras que sus compañeros porque todas las cosas sensacionales ocurrían precisamente en el mismo momento en que él acabaza de volver la espalda; por ejemplo, si le parecía que todo estaba tranquilo y él aprovehaba la ocasión para ir a coger unas ramas con que hacer fuego, a su vuelta encontraba a los demás enjugando la sangre derramada durante la aventura. Esta mala suerte había dado una dulce melancolía a su expresión, pero, en lugar de amargar su carácter, lo había endulzado notablemente por lo que era el más humilde de todos los chicos. Mas ¡ah, infortunado y cariñoso Simplón! Aquella noche había en el aire cierto peligro para tí. ¡Ten cuidado, no vaya a presntársete una aventura tal, que, si la corres, te sumergirá en el más profundo dolor!

El hada Campanilla de Cobre, dispuesta a hacer diabluras aquella noche, buscaba un arma de que valerse y pensaba que el Simplón, era de todos los niños, el más fácil de engañar. ¡Cuidado, Simplón! ¡Mucho cuidado con Campanila de Cobre!

Pero el Simplón no puede oir nuestro aviso, porque nosotros en realidad no estamos en la isla y él pasa de largo, mordiéndose los nudillos.

El muchacho que sigue, es el Agudo, el alegre y complaciente Agudo, a quien sigue Ligerín, que tiene la habilidad de cortar flautas de los árboles y danzar extasiado por la música de sus propias melodías. Ligerín es el más ingenioso de todos los muchachos. Se cree capaz de recordar perfectamente su vida de antes de perderse, con sus costumbres y modales y esto da cierta osadía a su naricilla respingona. El cuarto, es el Encrespado, un enredón que siempre está pensando travesuras y que con freceuncia tiene que adelantarse cuando Peter Pan dice severamente: "Que avance el culpable". Tan acostumbrado está a ser él el culpable, que en cuanto oye estas palabras, avanza automáticamente, haya cometido la falta o no la haya cometido. Por último, vienen los dos Gmelos, a los cuales no podemos describir por separado porque son exactamente iguales. Peter Pán no sabía nunca cuál era el uno ni cuál el otro y como no estaba permitido a los niños saber nada que Peter Pan no supiera, ni aun ellos mismos estaban muy seguros de su personalidad y permanecían siempre muy juntos y en actitud de disculpa.

Los niños se desvanecieron en la oscuridad y después de una pausa no muy larga, pues en la isla maravillosa todo va de prisa, aparecieron los piratas. Antes de verles se les oía siempre cantar la misma espantosa canción:

¡Avanza, avanza bajel pirata!
¡Iza las velas, marinero!
Que si la muerte nos desata
Nos atará Pedro Botero.

Es una comitiva del más espantoso aspecto que nunca haya aparecido colgando de la horca. Delante de todos, aparece, con la cabeza inclinada hacia el suelo como para escuchar, los grandes brazos desnudos y las orejas adornadas con monedas de cobre, el bello italiano Cecco, que puso su nombre en letras de sangre en la espalda del gobernador de Gao. Detrás de él viene el negro gigante que a cada moento cambia de nombre desde que dejó el de Coco, con que todavía las madres asustan a sus pequeños. Seguían también Bill Jukes, con el cuerpo enteramente tatuado, y que era el famoso Bill a quien en el "Walrus" del capitán Flint le dieron seis docenas de azotes antes de que tirase la bolsa de monedas de oro; y Cookson, de quien se decía, — aunque nunca llegó a probarse, — que era hermano del negro Murphy; y el caballero Starkey que fué portero en una escuela pública y era todavía delicado en sus modos de matar; y el capitán Clarboya, y el contramaestre irlandés Smee, un hombre genial que daba de puñaladas sin ofender a su víctima, y que era el único disidente de la tripulación de Garfio, y Noodler, cuyas manos estaban colocadas al revés, y Roberto Mullins y Alf Mason y muchos otros rufianes de la misma calaña, temidos en todos los mares.

En medio de ellos, aparecía el personaje más grande, más alto y más negro de toda aquella tropa, esto es, Jaime Garfio, o, como él mismo escribía, Jay Garfio, de quien se decía que era el único a quien temía el Cocinero. Venía cómodamente tendido en una tosca litera de la que tiraban y a la que

empujaban sus hombres. En el lugar de la mano derecha, llevaba el famoso garfio de hierro, con el que una y otra vez les instigaba a avivar el paso. Este hombre terrible trataba a los suyos como a perros y como perros le obedecían ellos. Su rostro parecía cadavérico y negruzco y su cabello estaba peinado en largos tirabuzones que a cierta distancia parecían negras bujías, lo que daba una extraña expresión amenazadora a su semblante. Tenía los ojos del profundo azul de las flores de "no me olvides" y su expresión era melancólica casi siempre, excepto cuando hundía el garfio en el enemigo, en cuyo momento aparecían en ellos dos manchas rojizas que los iluminaban de un modo terrible. Conservaba aún su aspecto de gran señor y era capaz de descuartizar a cualquiera sin abandonar su aire elegante. Se decía también de él que era un afamado "raconteur". Nunca parecía tan siniestro como cuando quería mostrarse cortés, lo cual es probablemente la más verdadera prueba de buena educación; la elegancia de sus palabras, aun cuando estuviera haciendo juramentos terribles, así como la distinción de sus modales, mostraban que era de distinta raza que su tripulación. Hombre de indomable valor, decíase de él que lo único que temía era la vista de su propia sangre, que era muy espesa y de un color poco común. Su vestido imitaba en cierto modo el atavío de la época de Carlos II y aun he oído decir que en los comienzos de su carrera tenía cierta semejanza con los desdichados Estuardos. En la boca llevaba una boquilla de su propia invención que le permitía fumar dos cigarrillos a la vez. Indudablemente, lo más siniestro de toda su persona, era el garfio de hierro.

Veamos ahora, para mostrar el método del capitán Garfio, cómo se mata a un pirata. A Claraboya, por ejemplo. Claraboya, al pasar, roza torpemente a su amo ajando su cuello de encaje, e, inmediatamente, el capitán avanza el garfio, hay un sonido como de carne al rasgarse, se oye un chillido estridente, el cuerpo del pirata es echado a un lado de un puntapie y los otros piratas pasan por encima de él siempre adelante. El capitán ni siquiera se ha quitado los cigarros de la boca. Este era el hombre terrible contra quien pretendía luchar Peter Pan. ¿Quién vencerá en la lucha?

Sobre el rastro de los piratas, caminando silenciosamente a su paso guerrero, de modo que es imposible descubrirles a las miradas inexpertas, llegan los Pieles Rojas con sus ojos sin cejas ni pestañas. Llevan hachas de guerra y cuchillos en las manos, y sus cuerpos desnudos brillan cubiertos de pintura y de aceite. Ensartadas en torno de sus cinturas, vense las cabelleras de los niños y de los piratas, ques estos Pieles Rojas son de la tribu de los Picaniños, que no debe confundirse con la más pacífica y tierna de los Delawares o Hurones. A la vanguardia de los Pieles Rojas va el que llaman el Gran Tigre, un valiente con tantos cueros cabelludos en torno suyo, que su peso debe, sin duda, retardar su marcha. Cerrando la retaguardia, en el sitio de mayor peligro, vemos a Tigridia, orgullosamente erguida como una princesa de pura sangre, que es lo que ella es. Goza fama de ser la más hermosa de las Dianas de color, a ratos coqueta, a ratos fría y a ratos amorosa. No hay héroe que no quisiera tenerla por esposa, pero ella prefiere retrasar sus bodas y se defiende de sus enamorados a hachazos.

Al pasar sobre las ramas caídas y sobre las hojas, los Pieles Rojas no hacen el más ligero ruido; lo único que puede oírse es su fuerte aliento; esto es porque todos están bastante gordos después de haberse cebado durante la época de calma, pero ahora, con el trabajo y la lucha, esto desaparerá. No obstante, por el momento, tal gordura constituye para ellos el principal peligro.

Desaparecieron los pielss rojas como sambras, lo mismo que habían venido, y, pronto ocuparon el lugar por ellos, las fieras de la isla. Era una larga y abigarrada procesión en la que iban hienas, tigres, osos, leones, panteras y todos los innumerables animalilos pequeños que en nuestros países huyen de ellos, pues toda clase de animales, y en particular los aficionados a comer carne humana, vivían juntos en la isla maravillosa. Aquella noche sus bocas se abrían y sus lenguas colgaban, porque las fieras estaban hambrientas.

El últifo en pasar fué un gigantesco cocodrilo; ya veremos después a quién buscaba este personaje.

Pasó el cocodrilo, pero de nuevo volvieron a aparecer los muchachos, pues la procesión debía continuar indefinidamente hasta que una de las bandas se detuviera o cambiara el paso. Al suceder esto, se encontrarían de súbito unos y otros. Pero esto no sucede y todos siguen mirando atentamente al frente y ninguno sospecha que los peligros pueden también llegar por detrás, arrastrándose. Esto demuestra lo real que era la isla de Nunca-Jamás.

Los primeros en salir del movible círculo fueron los niños, porque se tiraron sobre el césped junto a su casita subterránea.

—Ya querría que hubiese vuelto Peter Pan, — decían todos anhelantes, aunque todos eran más altos y sobre todo más gruesos que su capitán.

—Yo soy el único que no tiene miedo de los piratas, — dijo Ligerín en el tono que impedía que él fuese favorito de todos. Pero acaso le alarmó algún ruido lejano, porque añadió apresuradamente: — Pero también me gustaría que volviera Peter Pan y nos dijera si ha sabido algo más acerca de la Cenicienta.

Se pusieron a hablar de la Cenicienta y el Simplón se mostró convencido de que su madre debía ser como ella.

Sólo en ausencia de Peter Pan podían los niños hablar de sus madres, pues Peter había prohibido, por tonto, este tema de conversación.

—Lo único que yo recuerdo de mi madre — contó el Agudo, — es que solía decir a mi padre con mucha frecuencia: — "¡Cuánto me gustaría tener una gran fajo de bileltes de banco!" Yo no sé lo que son billetes de banco, pero me gustaría mucho

¿DE QUIEN ES LA SOMBRA DE LA VENTANA?

Un lindo juguete - acertijo, de movimiento

VISTA POR DETRAS

ASI ES COMO SE COLOCA LA CORTINA

Después de pegar en cartón todas las piezas, se recortan bien, se hacen los tres cortes que permiten echar hacia atrás la figura del muchacho y las dos de arriba, por donde, según el dibujo chico lo indica, hay que pasar la cortina. La tarjeta se presenta con la cortina corrida. "¿De quién es esta sombra?" se pregunta. "De un burro", responderán todos. Pero se tira de la cortina y resulta que no hay tal burro si no el señor Simón el Bobito, el que llamó al pastelero.

poder ayudar a mi madre con un gran fajo de ellos.

Mientras hablaban oyeron un rumor lejano. Nosotros, los que estamos acostumbrados a oír el rumor salvaje de los bosques, no hubiéramos oído nada, pero los niños sí lo oyeron. Era la siniestras canción de los piratas.

¡Qué bella vida la de pirata!
Horas alegres, vino y dinero;
de áspero cáñamo linda corbata,
Y, al fin, danzar con Pedro Botero.

En seguida los niños perdidos... pero ¿dónde estaban? Ya no estaban donde los dejamos; ni aun las liebres podrían haber desaparecido más rápidamente.

Voy a deciros dónde estaban. A excepción del Agudo, que se había marchado para hacer un reconocimiento, los niños estaban en su casita subterránea, una residencia deliciosa de la que luego hablaremos largo rato.

Más ¿cómo llegaron a ella? No se veía entrada ninguna ni siquiera un montó de maleza qué, de quitarse, hubiera descubierto la entrada de la cueva. Observando de cerca, no obstante, se advertía que en aquel lugar había siete grandes árboles con un hueco del tamaño de un niño en el tronco. Eran estas las siete entradas que conducían a la casita subterránea y que el capitán Garfio había buscado durante lunas y más lunas. ¿Las hallaría aquella noche?

Mientras los piratas avanzaban, la mirada rápida de Starkey vió cómo el Agudo desaparecía entre los árboles, e inmediatamente se vió brillar su revólver fuera de la funda. Pero la garra de hierro apretó su hombro.

—Dejadme capitán, — gritó el pirata retorciéndose.

Por primera vez vamos á oír la voz terrible del capitán Garfio. Era una voz negra también, apagada y ronca.

—Abajo primero esa pistola. — dijo aquella voz en tono amenazador.

—Era uno de esos niños a quienes odiáis. Hubiera podido matarle.

—Y entonces el sonido del disparo hubiera atraído sobre nosotros a los pieles rojas de Tigridia.. ¿Queréis acaso peder vuestro cuero cabelludo?

—Yo lo seguiré, capitán, — dijo patéticamente Smee. — ¿Queréis que le haga cosquillas con el sacacorchos de Tomás?

Smee tenía nombres agradables para todo y a su alfanje le llamaba el sacacorchos de Tomás, por lo mucho que gustaba de retorcerlo en la herida de sus víctimas. Tenía Smee muchos rasgos encantadores como este; uno de ellos era que, después de asesinar, limpiaba sus lentes en vez de limpiar sus armas.

—Mi sacacorchos es un mudo personaje — recordó al capitán Garfio.

—Pero ahora no me conviene, Smee. Cazaríamos a uno solo y yo quiero cazar a los siete. Separaos y buscad a los niños.

Los piratas desaparecieron por entre los árboles y, en un momento después, el capitán Garfio y su contramaestre Smee se quedaron solos. El capitán Garfio lanzó un largo quejido y, no sabemos por qué, quizás a causa de la suave pureza de la noche, sintió verdadero deseo de confiar a su fiel Smee la historia de su vida. Habló larga y anhelantemente de cosas de las que Smee que era un estúpido, se quedó en ayunas. No obstante, no pudo cazar que su jefe hablaba de Peter Pan.

—Sobre todas las cosas, — decía el capitán Garfio con pasión, — quiero apoderarme del capitán Peter Pan. El fué quien cortó mi brazo, — y diciendo esto blandía su gancho de hierro amenazadoramente; — hace mucho tiempo, mucho, que estoy esperando poder sacudir su mano con esto. ¡He de rasgarle el cuerpecillo de arriba abajo!

—Sin embargo — dijo Smee — mil veces os he oído decir que ese garfio es muy superior a veinte manos, pues se puede emplear para peinarse y para otros usos domésticos.

—Ciertamente — repuso el capitán, — si yo fuera madre, desearía que mis hijos nacieran con esto en lugar de esto otro.

Y, al hablar así, lanzó una mirada de orgullo a su mano de hierro y otra de desdén a su mano de carne. De nuevo volvió a fruncir el ceño y añadió:

—Peter Pan echó mi brazo a un cocodrilo que casualmente pasaba, para que lo devorase.

—He podido notar o menudo — dijo Smee — vuestro raro temor a los cocodrilos.

—No es a los cocodrilos — corrigió el capitán Garfio — sino a un cocodrilo — y aquí bajó la voz. — Le gustó tanto el sabor de mi brazo, que desde entonces me sigue por mar y por tierra relamiéndose las fauces en espera de devorar lo que de mí queda.

—Según como se mire — dijo Smee — eso es una galantería.

—No me gustan tales galanterías — aulló el capitán Garfio, no sin petulancia. — Lo que me gustaría sería apoderarme de Peter Pan, que fué quien hizo que el cocodrilo me tomara el gusto.

Se sentó sobre un hongo gigantesco y siguió hablando, ahora con voz levemente temblorosa.

—Smee — dijo roncamente, — ese cocodrilo hubiera ya podido darme caza, pero por una cosualidad para mí muy dichosa, se tragó hace tiempo un reloj que dentro de su tripa hace "tic,tac,tic, tac" incesantemente, y por lo tanto, cuando me persigue, yo oigo desde lejos ese "tic,tac" y antes de que pueda darme alcance, escapo.

Aquí se echó a reir con carcajados que sonoban a hueco.

—Mas algún día — dijo Smee — se acabará la cuerda del reloj y entonces os cogerá.

El capitán Garfio humedeció sus labios secos.

—Sí — dijo, — ese temor me asalta con frecuencia.

Desde que se había sentado notaba un calor extraño.

—Smee, — dijo, — este asiento está caliente.

Y diciendo esto se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Con cien mil pares de demonios del infierno, me estoy quemando!

Examinaron detenidamente el hongo, que era de un tamaño y solidez desconocida en el país; intentaron tirar de él hacia arriba y no tardó en quedárseles entre las manos, pues no tenía raíces. Un humo densísimo empezó a subir por el hueco que el hongo había dejado. Los dos piratas se miraron.

Y en efecto, acababan de descubrir la chimenea de la casita subterránea. Era costumbre de los niños el taparla con un hongo cuando sabían que sus enemigos no estaban en las cercanías.

Mas no sólo salía humo de ella; llegaban también por el agujero, voces y risas de niños, pues tan seguros se sentían los chiquillos en su escondrijo que charlaban y reían alegremente. Los piratas escucharon un momento y después volvieron a colocar el hongo en su sitio, miraron en torno y advirtieron los huecos de los siete árboles.

—¿Les habéis oído decir que Peter Pan no está? — murmuró Smee, jugueteando con su sacacorchos.

El Capitán Garfio hizo un signo afirmativo. Por largo tiempo parecía abstraído en sus pensamientos y al fin una sonrisa iluminó su rostro oscuro. Smee aguardaba aquella sonrisa.

—Decidme inmediatamente vuestro plan para ponerlo en práctica, capitán, — exclamó con ansia.

—Volved al buque, — replicó el capitán Garfio lentamente, con los dientes apretados, — volved al buque para guisar un pastel grande y exquisito, todo cubierto de azúcar verde. Ahí abajo no puede haber sino una casita, puesto que no hay más que una sola chimenea. Esos topos estúpidos no han sabido comprender que no necesitaban para nada una puerta por persona, y esto demuestra que no tienen madre. Dejaremos el pastel en la playa de la laguna de las sirenas, pues esos chiquillos suelen ir a nadar allí para acompañar a las sirenas en sus juegos. Encontrarán el pastel y se lo comerán, porque como no tienen madre, no saben lo peligroso que es comer un pastel recién hecho.

Estalló aquí en sonoras y sinceras carcajadas.

—¡Ah! ¡todos morirán!

Smee le había escuchado con creciente admiración.

—Es la combinación más diabólica que he oído en mi vida, — exclamó.

Y muy contentos los dos, danzaron cantando:

Aunque te ocultes, cobardón,
He de alcanzarte al fin, muchacho,
Y ha de rasgarte el corazón
El hierro frío de mi gancho.

Empezaron la canción pero no pudieron acabarla, pues oyeron de pronto un ruido que les hizo callar. Fué al principio un rumor tan insignificante que la caída de una hoja lo hubiera apagado, pero, según se aproximaba, iba haciéndose más claro.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

El capitán Garfio se estremeció y se quedó con un pie en el aire.

—Es el cocodrilo, — dijo abriendo la boca.

Y echó a correr, seguido por su contramaestre.

Era en efecto el cocodrilo. Había pasado delante de los Pieles Rojas que se hallaban ahora sobre la pista de los otros piratas. Y empezó a perseguir al capitán Garfio.

De nuevo los niños pudieron salir al aire libre, pero los peligros de la noche no habían terminado aún, pues a poco, el Agudo volvió sin aliento a las cercanías de la casa, seguido por un grupo de lobos. Las bocas de los perseguidores se abrían, sus lenguas colgaban y su aullido era horrible.

—¡Salvadme! ¡Salvadme !— gritó el Agudo cayendo al suelo.

—Pero, ¿qué podemos hacer, qué podemos hacer?

Debió ser muy grato para Peter Pan saber que en aquel momento espantoso todos los pensamientos de sus amigos se volvían a él.

—¿Qué haría ahora Peter Pan? — gritaron todos simultáneamente.

Casi en el mismo instante, añadieron todos:

—Peter Pan los miraría por entre sus piernas.

Todos concluyeron:

—Vamos; tratemos de hacer lo que haría Peter Pan.

Este es exactamente el modo de desafiar a los lobos que tiene más probabilidades de éxito, y por ello, los seis chiquillos, como si fueran uno solo, se inclinaron hacia adelante y miraron hacia detrás por entre sus piernas.

Los lobos dejaban caer sus colas y huían

Según los niños avanzaban en esta terrible actitud

El momento siguiente fué de verdadera angustia, pero obtuvieron rápidamente la victoria, pues, según los muchachos avanzaban hacia ellos en esta terrible actitud, los lobos dejaban caer sus colas y huían.

Entonces el Agudo se levantó del suelo y los otros creyeron que sus ojos, fijos en el aire, veían todavía a los lobos. Pero no eran lobos lo que el Agudo veía.

—He visto una cosa mucho más maravillosa, — exclamó el Agudo cuando los demás se agruparon a su lado, anhelantes. — He visto una gran ave blanca que viene volando hacia aquí.

—¿Sabéis qué especie de ave será?

—No lo sé, — dijo el Agudo asustado, — pero parece muy fatigada y al volar, gime diciendo: "¡Pobre Wendy!"

—¿Pobre Wendy?

—Ahora me acuerdo, — dijo Ligerín espontáneamente, — de que hay aves que se llaman Wendies.

—Mirad, mirad, mirad como viene, — exclamó el Encrespado, señalando a Wendy en el espacio.

Wendy estaba entonces casi sobre su cabeza, y los niños podían oir su quejumbroso gemido, pero más distinta llegaba todavía hasta ellos la voz aguda de Campanilla.

La celosa hada se había despojado de toda fingida amistad y lanzaba a su víctima en todas direcciones, pellizcándola salvajemente cada vez que la tocaba.

—¡Hola, Campanilla! — gritaron los asombrados chiquillos.

Y oyeron la réplica de Campanilla que decía así:

—¡Peter Pan os ordena que disparéis contra Wendy!

Cuando Peter Pan ordenaba una cosa no podían ellos discutirla; por lo tanto, los muchachos dijeron sinceramente:

—Vamos, hagamos lo que Peter manda. Pronto, pronto, vengan flechas y arcos.

—Apártate, Campanilla, — gritó

Todos menos el Simplón se introdujeron en sus árboles. El Simplón llevaba consigo su arma y sus flechas, y Campanilla, que le advirtió, se frotó las manos.

—Pronto, Simplón, pronto, — chilló. — Peter Pan te felicitará por ello.

El Simplón, muy excitado, puso la flecha en el arco.

—Apártate, Campanilla, — gritó.

Disparó y Wendy cayó a tierra con una flecha clavada en el pecho.

CAPITULO VI

La casita de Wendy

El tonto de Simplón estaba en pie sobre el cuerpo de Wendy, dándoselas de conquistador, cuando los otros niños, enteramente armados, saltaron de sus árboles.

—Venís demasiado tarde, — exclamó orgulloso. — Yo he matado a Wendy. Peter Pan me felicitará.

Campanilla de Cobre revoloteaba sobre sus cabezas, gritando:

—Eres un asno.

Y se metió en el escondrijo. Pero los niños no la oyeron. Se habían agrupado en torno de Wendy y, mientras la contemplaban, el bosque permanecía en impotente silencio. Si el corazón de Wendy hubiera palpitado, todos hubieran podido oirlo perfectamente. Ligerín fué el primero en hablar.

—Esto no es un ave, — dijo con voz medrosa, — más bien me parece que debe ser una dama.

—¿Una dama? — dijo el Simplón temblroso.

—Y nosotros la hemos matado, — dijo el Agudo roncamente.

Todos se descubrieron.

—Ahora comprendo, — dijo el Encrespado, — que Peter Pan nos la traía.

Y se arrojó muy triste al suelo.

—Al fin venía una dama a ocuparse de nosotros, — dijo uno de los Gemelos, — y tú las has matado, Simplón.

Estaban muy apesadumbrados por ella, pero todavía más por ellos mismos y cuando el Simplón dió un paso para acercarse a ellos, todos le volvieron la espalda. El rostro del Simplón estaba muy pálido, pero había en él una dignidad que nunca, hasta entonces, había tenido.

—Yo he sido quien lo ha hecho, — dijo pensativo. — Cuando en sueños yo veía alguna dama, le decía siempre: "¡Madrecita, madrecita mía!" y ahora que ha venido, ¡la he matado!

Y se apartó lentamente.

—No te vayas, — le dijeron con pesar.

—Debo irme, — contestó él temblando, — ¡tengo tanto miedo de Peter Pan!

En aquel momento fué cuando oyeron un sonido que les acongojó los corazones. Oyeron el kikirikí característico de Peter Pan.

—¡Peter! — exclamaron todos, pues con aquel grito señalaba siempre su vuelta.

—Escondedla, — murmuraron todos.

Y se apresuraron a reunirse en torno de Wendy. Sólo el Simplón permaneció aparte.

Volvió a oirse otra vez el sonoro kikiriki

de Peter y el propio Peter Pan cayó frente a los niños perdidos.

—Saludad, muchachos — exclamó.

Y ellos saludaron maquinalmente y se hizo de nuevo el silencio.

Peter Pan frunció el ceño.

—Ya estoy de vuelta — dijo con animación — ¿Por qué no me vitoreáis?

Todos los niños abrieron la boca, pero no formularon los vítores que Peter Pan aguardaba. Peter no reparó en ello en su apresuramiento por contar las gloriosas noticias.

—Os traigo grandes novedades, muchachos — gritó. — Viene conmigo una madrecita para todos vosotros.

No se oyó todavía sonido alguno, excepto el pequeño choque del Simplón al dejarse caer de rodillas.

—¿No la habéis visto? — preguntó Peter ya un poco molesto. — Me extraña, pues venía volando en esta dirección.

—¡Ay de mí! — dijo una voz. Y otra añadió:

¡Qué día de luto el de hoy!

El Simplón se levantó.

—Peter Pan — dijo muy bajito — yo te la enseñaré.

Y diriéndose a los otros, que procuraban esconderla, dijo:

—Atrás, Gemelos, atrás. Dejemos que Peter Pan la vea.

Retrocedieron todos dejando que Peter viera a Wendy, y así que la hubo visto, por un moemnto no supo qué hacer.

—Está muerta — dijo intranquilo — o acaso lo que tiene no es nada más que el susto.

Lo primero que pensó fué echar a correr, pues, en su cómico terror, quería perder de vista y no volver a acercarse nunca más a aquellos lugares. De haber hecho esto, todos le hubieran seguido muy contentos.

Pero la flecha estaba allí. Peter Pan la arrancó del corazoncito de Wendy e hizo frente a la banda de muchachos.

—¿De quién es esta flecha? — preguntó con sevridad.

—Es mía, Peter Pan — dijo el Simplón de rodillas.

—¡Mano cobarde! — dijo Peter.

Y levantó la flecha para usarla como puñal. El Simplón no flaqueó, por el contrario, descubrió su pecho.

—Hiere, Peter Pan, — dijo; — hiere certeramente.—Por dos veces Peter Pan levantó la flecha y por dos veces se le cayó de la mano.

—No puedo herir — dijo con espanto, — hay algo que detiene mi mano.

Todos lo miraron con asombro, excepto el Agudo, a quien afortunadamente se le ocurrió mirar a Wendy.

—Mirad, mirad — exclamó; — mirad a la madrecita Wendy. ¡Mirad su brazo!

Aunque parezca asombroso, Wendy había levantado el brazo. El Agudo se inclinó sobre ella y escuchó atentamente.

—Me parece que está diciendo "¡Pobre Simplón!" — murmuró.

Peter Pan, que conoce bien a las hadas, las surra a menudo

—¡Vive, vive! — dijo Peter brevemente. Ligerín gritó al instante:

—¡Nuestra madrecita Wendy, vive!

Entonces Peter Pan se arrodilló a su lado y encontró el botón que él le había regalado y que como recordaréis, la niña había colgado de la cadena que llevaba alrededor del cuello.

—Mirad — dijo, — la flecha chocó contra esto. Es el beso que yo le dí. Mi beso le ha salvado la vida.

—Yo me acuerdo de cómo son los besos — interrumpió Ligerín con viveza. — Déjame verlo. Sí, sí; esto es un beso.

Peter Pan no le oyó. Estaba suplicando a Wendy que volviera en sí pronto para ir a enseñarle las sirenas. Como era natural, ella no podía contestarle, pues era presa de un terrible desmayo, pero, por encima de sus cabezas, oyeron una voz lastimera.

—Escuchad a Campanilla de Cobre — dijo el Encrespado — está llorando porque Wendy vive.

Entonces, todos contaron a Peter Pan el crimen de Campanilla, y el capitán de los niños perdidos mostró tan severo rostro como nunca ellos le habían visto.

—Oye, Campanilla, — gritó, ya no quie-

ro ser tu amigo. Aléjate de mí para siempre.

Voló Campanilla hasta su hombro y le rogó y suplicó, pero él la rechazó de un papirotazo y no se suavizó hasta que Wendy levantó otra vez su brazo. Entonces dijo:

—Bueno, no te alejes para siempre, sino por una semana.

¿Créis que Campanilla quedó agradecida a Wendy por haber levantado el brazo? Pues no; antes al contrario la hubiera pellizcado con mucho gusto. Las hadas tienen estas rarezas y por eso Peter Pan, que la conoce bien, las zurra a menudo. ¿Qué harían ahora con Wendy en el delicado estado en que se hallaba?

—Llevémosla a la casita — sugirió el Encrespado.

—Sí, sí — dijo Ligerín — esto es lo que se hace con las damas.

—No,no — dijo Peter Pna, — no la toquéis. Sería poco respetuoso.

—Eso mismo — dijo Ligerín — es lo que yo estaba pensando.

—Pero si la dejamos aquí — dijo Simplón — se morirá.

—Se morirará — admitió Ligerín, — pero no hay solución.

—Sí que la hay — exclamó Peter Pan. — Vamos, construyamos una casita en torno de ella.

—De prisa — ordenó él, — traedme cada uno lo mejor que tenemos, aunqu haya que vaciar nuestra casa. De prisa, de prisa.

En un momento estuvieron todos tan atareados como sastres en vísperas de boda. Barrían un sendero y otro para arreglar la cama, iban por leña y mientras estaban en esto, vieron aparecr a Juan y a Miguel. Según avonzaban por el suelo, juntos, los dos niños se dormían de pie, se detenían, se despertaban, daban un paso y se volvían a dormir otra vez.

—Juan, Juan — gritaba Miguel, — despierta. ¿Dónde están Nana y nuestra madrecita?

Entonces Juan se frotaba los ojos y murmuraba:

—Es verdad. Hemos estado volando.

No podéis imaginaros el gran alivio que sintieron al encontrar a Peter.

—Hola, Peter Pan — dijeron.

—Hola, — contestó Peter amablemente aunque la verdad era que ya los había olvidado por completo.

En aquel momento estaba muy atareado midiendo a Wendy con sus pies para ver qué tamaño necesitaría la casita. Naturalmnte, pensaba dejar espacio suficiente para las sillas y la mesa. Juan y Miguel lo contemploban.

—¿Está dormida Wendy — preguntaron.

—Sí.

——Juan — dijo Miguel, — vamos a despertarla para que nos haga la cena.

Pero cuando estaba diciendo esto, llegaron algunos de los niños con ramas paro la construcción de la casita.

—¡Míralos, míralos! — exclamó Miguel.

—Encrespado — dijo Peter con su voz de sumo mando, — haz que estos chicos ayuden también en la construcción de la casa.

—Sí, señor.

—¿Construís una casa? — preguntó Juan

—Para Wendy — dijo el Encrespado.

—¿Para Wendy? — repitió Juan atónito.

— Vamos; si Wendy no es más que uno niña.

—Sí — explicó el Encrespado — y nosotros somos sus servidores.

—¿Vosotros los ervidore de Wendy?

—Sí — dijo Peter Pan y vootros también. Vamos, de prisa.

Los atónitos hermanitos fueron arrastrados a transportar ramas y a cortar árboles de aquí y de allá.

—Primero las sillas y la chimenea — ordenó Peter Pan, — después ya construiremos la casa a su alrededor.

—Sí — dijo Ligerín, — así es como se construyen las casas. Lo recuerdo perfectamente.

Peter Pan pensaba en todo.

—Ligerín — ordenó, — ve a buscar un médico.

—Sí, sí, — dijo el niño en seguida.

Y desapareció, rascándose la cabeza con perplejidad. Pero él sabía que Peter Pan tenía que ser obedecido siempre y volvió llevando en la mano el sombrero de Juan, con aire solemne.

—Por favor, señor mío — dijo Peter Pan dirigiéndose a él. — ¿Es usted médico?

La diferncia entre Peter Pan y los niños

La diferencia ntre Peter Pan y los niños que aquello era una ficción, mientras que para Peter, la ficción y la realidad eran exactamente lo mismo. Esto les molestaba a veces, sobre todo cuando su capitán les hacía representar que habían comido.

Y cuando decían e su papel, les pegaba en los nudillos.

—Sí, señor — dijo con ansiedad Ligerín, que tenía los nudillos agrietados de tantos golpes como recibía.

—Por favor, señor mío — explicó Peter Pan. — Aquí hay una dama que está muy enferma.

Wendy estaba a sus pies, pero Ligerín tenía que hacer como que no la veía.

—¿Dónde está? — preguntó.

—En aquella estancia — dijo Peter Pan.

—Le pondré un vidrio en la boca — dijo Ligerín. Y fingió hacerlo mientras Peter Pan aguardaba. Cuando el vidrio fué retirado de la boca de Wendy hubo un momento de ansiedad.

—¿Cómo está? — inquirió Peter.

—Esto la ha curado — dijo Ligerín solemnemente.

—Me alegro — repuso Peter Pan.

—Volveré por la tarde — dijo Ligerín. — Hay que darle caldo de buey con un pistero.

Y después que hubo devuelto su sombrero a Juan empezó a lanzar grandes suspiros, como acostumbraba a hacer siempre que escapaba de una dificultad. En tanto, los bosques se habían animado con los sonidos de las hachas cortando los árboles. Todo era

necesario para hacer una morada cómoda a Wendy.

—Si supiéramos — dijo uno de los niños — qué es lo que más le gusta.

—Peter Pan — dijo otro: — mira, ya despierta de su sueño.

—Ya abre la boca — gritó un tercero contemplándola con respeto y admiración. — ¡Es encantadora!

—Quizás va a cantar en sueños — dijo Peter — Wendy, canta lo que más te gustaría tener.

Inmediatamente, sin abrir los ojos, Wendy empezó a cantar:

—Quisiera poseer una linda casita
Que tuviera las paredes rojas;
Que fuera del mundo la más pequeñita,
Y tuviera un tejado de musgo y de hojas.

Todos se pusieron muy contentos al oír esto, pues, por fortuna suya, las ramas que habían traído estaban cubiertas de roja savia y el suelo estaba todo alfombrado de musgo. Haciendo la casita cantaron ellos también:

—Ya asoman las rosas por la ventanita
Ya tiene paredes, puertas y tejado
Dinos ahora, Wendy, dinos madrecita:
¿Qué más has deseado?

A esto replicó ella con vehemencia:

—Quisiera ventanas por las que se entraran
En mi linda casita las rosas;
Y niños que dentro jugaran
Con las azucenas y las mariposas

eD nuupeñtazo los niños abrieron las ventanas cuyos postigos estaban formados por grandes hojas amarillas, mas ¿y las rosas?

—Vengan las rosas — exclamó Peter Pan severamente.

Rápidamente fingieron que las más bellas rosas trepaban por la pared arriba.

Ahora faltaban los niños. Para evitar que Peter Pan ordenara que se fabricaran también, los chiquillos se apresuraron a cantar de nuevo:

—Ya asoman las rosas por la vaentanita
Y a la puerta te aguardan los niños;
Queremos que seas nuestra madrecita,
Darte lo mejor de nuestros cariños.

Peter Pan, comprendiendo en seguida que esta era una excelent idea, creyó de buena fe que era suya. La casita era una preciosidad y sin duda Wendy estaba muy a gusto dentro de ella, aunque, como quedaba encerrada, los niños, naturalmente, no podían verla. Peter Pan anduvo de arriba abajo ordenando los últimos detalles. Nada escapaba a su mirada de águila. En el preciso momento en que parecía completamente terminada la casita:

—No hay llamador en la puerta — dijo.

Los niños se avergonzaron de su torpeza, pero el Simplón dió la suela de su zapato, con la que se hizo un excelente llamador y pensaron que ya estaba completamente terminada su obra.

Pero no era así.

—No hay chimenea — dijo Peter Pan — y es preciso que tengamos chimenea.

—La verdad es que necesita una chimenea — dijo Juan dándose importancia.

Esto inspiró una idea a Peter Pan. Derribó el sombrero de la cabeza de Juan, lo desfondó de un puñetazo y colocó el sombrero sobre el tejado.

La casita quedó tan complacida te tener semejante chimenea que, agradecida, empezó a lanzar humo en seguida por el sombrero agujereado.

Ahora sí que, real y verdaderamente, estaba terminada la casita. No faltaba más a ella.

—Todos debéis mostraros ahora muy amables advirtió Peter Pan. — Las primeras impresiones son las más importantes.

Se alegró mucho de que nadie le preguntará cuáles eran las primeras impresiones. Los niños estaban demasiado ocupados en ensayar el modo de mostrarse amables.

Llamó Peter Pan cortésmente a la puerta. El bosque estaba ahora tan tranquilo que no se oía ni el menor sonido; sólo el rezongar de Campanilla de Cobre, que desde una rama miraba a los niños y se burlaba francamente de ellos.

Los niños estaban inmóviles también, pensando qué contestación recibirían a aquella llamada. Si era una dama ¿cómo sería?

Se abrió la puerta y salió por ella una dama. Era Wendy. Todos se quitaron los sombreros. Pareció la niña muy sorprendida, que era como precisamente la imaginaban.

—¿Dónde estoy? — preguntó la niña.

Como era natural, Ligerín fué el primero en tomar la palabra.

—Señora Wendy — dijo con viveza, — para vos hemos construído esta casita.

—Decidnos que estáis complacida — exclamó el Agudo.

—¡Oh, qué casita encantadora! — dijo Wendy.

Estas eran precisamente las palabras que todos ellos esperaban que dijera.

—Y nosotros somos tus hijos — gritaron los Gemelos.

Todos cayeron de rodillas y, tendiéndole los brazos, gritaron:

—¡Oh, señora Wendy! Sed nuestra madre.

—¿Puedo acaso serlo? —dijo Wendy satisfechísima. — Claro está que ello es muy tentador para mí, pero ya veis que no soy más que una niña. No tengo verdadera experiencia.

—Eso no importa — dijo Peter Pan como si fuera el -nico de los presents que estuviera enterado de aquellas cosas, siendo en realidad el que menos sabía de ellas. — Lo que necesitamos es sólo una personita cariñosa y tierna.

—¡Oh, queridos! — dijo Wendy. — Creo que eso es precisamente lo que yo soy.

—¡Sí lo eres, sí lo eres! — gritaron todos. — En seguida lo comprendimos.

—Perfectamente — dijo la niña — procuraré daros gusto. Entrad en seguida en la casita, traviesos chiquillos. Estoy segura de que tenéis húmedos los pies y antes de que os acostéis creo que aun tendré tiempo de terminar el cuento de la Cenicienta.

Todos entraron. No sabemos cómo había

allí espacio para ellos, pero en el País de Nunca Jamás puede uno estrecharse mucho. Y esta fué la primera de las noches que pasaron con Wendy. Después la niña les arropó en el gran lecho de la morada y Peter Pan permaneció de guardia con la espalda desenvainada, pues aun a lo lejos se oía la canción de los piratas y los lobos rondaban también.

La casita mostrábase cómoda y segura en la obscuridad. A través de las persianas veíase una luz brillante. La chimena humeaba lindamente y Peter Pan hacía la guardia en la puerta.

Al cabo de un rato se quedó dormido y algunas hadas, vacilantes, pasaron por encima de él, al regresar de una de sus fiestas.

Si cualquier otro niño hubiera interceptado así, de noche, el camino de las hadas, lo hubiera pasado muy mal, pero como Peter Pan las hadas se contentaron con darle un pellizco retorcido en la nariz y seguir adelante.

CAPITULO VII

La casa subterránea

Una de las primeras cosas que hizo Peter Pan al día siguiente fué medir a Wendy, a Juan y a Miguel a fin de hacer para cada uno un árbol hueco a la medida. Recordaréis que el capitán Garfio se había burlado de los niños, pensando que necesitaban un árbol para cada uno, pero esto fué porque era muy ignorante, pues de no ser el hueco del árbol de la misma forma exacta del niño que debía subir y bajar por él, esta tarea resultaba muy difícil y no hay dos niños que tengan la misma forma y tamaño. Una vez encajado dentro del árbol, el niño hace una inspiración y entonces baja por el hueco a una velocidad conveniente, mientras que, para ascender, el niño ha de inspirar y expeler el aliento por turno y así sube. Naturalmente, cuando se ha logrado aprender bien este sistema, el subir y el bajar se realiza sin pensar en cómo se hace y entonces no hay nada que sea tan agradable.

Mas, para ello es absolutamente necesario que el hueco sea de la medida exacta del cuerpo que ha de pasar por él, por lo que Peter Pan toma las medidas de los niños con la misma exactitud que si se tratara de hacerles un traje. No hay otra diferencia sino el traje que se hace a la medida del niño, mientras que, para subir y bajar, el niño ha de hacerse a la medida del árbol. Esto se logra siempre con bastante facilidad poniéndose el niño más o menos vestidos, mas si el cuerpo es un poco anguloso el único árbol disponible no tiene buena forma, entonces Peter Pan hace al niño las modificaciones necesarias hasta conseguir que encaje bien. Una vez logrado esto, hay que cuidar de no perder la forma, lo que, como Wendy no tardó en descubrir con delicia, mantiene a toda una familia en perfecta salud.

Wendy y Miguel encajaron en sus árboles al primer intento, pero a Juan hubo que arreglarlo un poco. Después de unos cuantos días de práctica subieron y bajaron ya tan alegre y sencillamente como los cubos de un pozo y llegaron a amar tiernamente su hogar subterráneo, sobre todo Wendy.

La morada de debajo de tierra consistía en una gran habitación con un suelo en el cual se podía ahondar si se quería pescar y en el que crecían también hongos de encantador color y tamaño, que los niños usaban como taburetes. Un árbol fantástico intentaba crecer en el centro de la habitación, pero los niños aserraban todas las mañanas el tronco al nivel del suelo. A la hora del te el tronco tenía unos dos pies de altura y entonces le colocaban encima una puerta, convirtiéndolo así en mesa. En cuanto se levantaban, su primera ocupación era aserrar de nuevo el tronco y así tenían más sitio para jugar. Había allí una enorme chimenea que aparecía siempre en la parte de la habitación que se quisiera calentar, y, delante de ella tendía Wendy cuerdas formadas de fibras de árboles, de las cuales suspendía su ropita lavada.

Durante el día, el lecho estaba inclinado hacia abajo contra la pared y a las seis y media de la tarde era levantado y entonces ocupaba la mitad de la habitación. Todos los niños, excepto Miguel, dormían en él como sardinas en una lata. Había una regla rigurosa que prohibía volverse de un lado hasta que uno daba la señal y todos tenían que volverse a un tiempo. Miguel hubiera dormido allí también, pero Wendy quería que Miguel fuese su bebé, porque ya sabéis que Miguel era el más pequeño, y como ya sabéis también cómo son las madres, para mayor primor lo tenía suspendido del techo dentro de un cesto.

Era un hogar tosco y sencillo y se parecía bastante a la casa subterránea que en las mismas circunstancias hubiera hecho una familia de oseznos. En la pared había un hueco aparte, del tamaño de una jaula de pájaro, que era la habitación particular de Campanilla de Cobre. Aquella especie de alcoba quedaba separada del resto de la casa por una diminuta cortina que Campanilla tenía la tontería de conservar corrida siempre que se vestía o se desnudaba. Ninguna mujer, por muy mayor que fuera, hubiera tenido un "budoir" y dormitorio combinados, más lindo y exquisito.

El canapé, como ella le llamaba siempre, era un auténtico Reina Mab con gruesas patas, el color de cuya colcha variaba según variaban los frutos de la estación. Su espejo era de estilo "Gato con Botas", de los cuales quedan ya sólo tres en el mundo y únicamente los conocen los comerciantes de las nadas; el lavabo era un Corteza de Pastel que podía invertirse; la cómoda era una auténtica Encanto VI, mientras la alfombra y las cortinas eran del período de Margarita y de Robín de los Bosques. Había un gran candelabro de la casa Alasfinas que estaba allí únicamente para cubrir las apariencias, pues naturalmente el resplandor del hada bastaba para iluminar la habitación. Campanilla de Cobre desdeñaba grandemente el resto de la casa, cosa que era inevitable, y su cámara, aunque muy bonita, tenía un aspecto en exceso presuntuoso.

Todo esto, como es de suponer, resultaba

encantador a Wendy, como se lo resultaba también el que los traviesos chiquillos le dieran tanto que hacer. Porque pasaba semanas enteras sin salir de casa excepto una media hora cada tarde, y eso llevando consigo la calceta. La cocina la retenía largos ratos con la nariz inclinada hacia el puchero. El principal alimento de los niños era pastel de frutas asadas, moniatos, nueces y castañas, pastelillos de carne, manzanas y peras, pancitos de mazapán y plátanos y, como complemento, bebían refresco de calabaza. Lo que nunca se sabía exactamente era si se trataba de una comida real o de mentirijillas, porque esto dependía del capricho de Peter Pan. Peter Pan podía comer de veras si esto formaba parte del juego, pero lo único que no podía hacer era hartarse por el solo placer de sentirse harto, que es lo que a muchos niños les gusta sobre todas las cosas. La ficción era para él tan real que, después de una comida de mentirijillas, parecía como si engordase. Claro está que esto era muy aburrido para los otros niños, mas era preciso hacer lo que él mandaba, y sólo cuando unc de ellos podía probar que adelgazaba demasiado para encajar en el hueco del árbol, le permitía hartase de verdad.

La hora favorita de Wendy para coser y zurcir era cuando todos los niños se habían acostado; entonces le quedaba, como ella decía, un momento de descanso y se ocupaba en hacerles ropita nueva y en ponerles remiendos en las rodillas de los calzones, que era lo que más rompían. Y cuando se sentaba así ante un cesto lleno de calcetines, en cuyos talones había grandes agujeros, la niña alzaba los brazos al cielo, exclamando.

—¡Señor, Señor! A veces me parece envidiable la suerte de las solteronas.

Y al decir esto, su rostro resplandecía.

Recordaréis sin duda el lobo favorito de los sueños de Wendy. Pues bien; no tardó mucho dicho lobo en descubrir que su amita había llegado a la isla y la buscó por todas partes y pronto se echaron el uno en brazos del otro. Después de esto, el lobito la seguía a todas partes.

Según pasaba el tiempo ¿pensaba Wendy en los amados padres a quienes había dejado? Es esta una pregunta bastante difícil de contestar, porque es completamente imposible saber cómo pasa el tiempo en el País de Nunca-Jamás, donde se cuenta por lunas y soles y hay muchísimas más que en nuestro país. Temo, sin embargo, que Wendy no se preocupara mucho de su padre ni de su madre; vivía absolutamente confiada en que conservarían siempre la ventana abierta para cuando quisiera volver a entrar por ella, y esto daba una absoluta tranquilidad a su conciencia. Lo que la intranquilizaba a veces era que Juan sólo recordaba a sus padres de un modo vago, como a personas a quienes se ha visto en tiempos remotos, y que Miguel estaba convencido de que ella era realmente su madrecita. Estas cosas la amedrentaban un poco y, noblemente ansiosa de cumplir con su deber, trató de fijar la vida pasada en la memoria de los niños, obligándoles a hacer ejercicios lo más parecidos posible a los que acostumbraban hacer en el colegio. Los otros muchachos encontraron esto interesantísimo, insistieron en unirse a los escolares y se hicieron ellos mismos pizarras y se sentaron alrededor de la mesa para escribir y contestar a las preguntas que Wendy había escrito previamente sobre otra pizarra y hecho pasar de mano en mano.

Las preguntas más corrientes eran estas: ¿De qué color eran los ojos de mamá? ¿Quién era más alto, papá o mamá? Mamá ¿era rubia o morena? "Contestad a estas preguntas si podéis". "(A) Escribid un tema que no exceda de cuarenta palabras acerca de "Cómo pasé mis últimas vacaciones" o "El carácter de papá y el de mamá comparados", pero sólo uno de los dos temas. O bien "(1) Describid la risa de mamá; (2) Describid la risa de papá; (3) Describid el traje de baile de mamá; (4) Describid la casilla de Nana y el carácter de ésta".

Todas las preguntas eran por este estilo y, cuando alguno no podía contestar a ellas, tenía que hacer una cruz, y era verdaderamente espantoso ver el número de cruces que Juan tenía que hacer al cabo del día.

Como es de suponer, el único que contestaba a todas las preguntas era Ligerín; ningún otro podía haber esperado como él ser el primero de la clase, pero sus respuestas eran verdaderamente ridículas y Ligerín solía quedarse el último. Era una cosa lamentable.

Peter Pan no entraba en aquello, pues, por una parte, desdeñaba a todas las madres, excepto a Wendy, y por otra era el único de la isla que no podía escribir ni deletrear la palabra más sencilla. Estaba muy por encima de estas minucias.

Por cierto que las preguntas estaban todas redactadas en pasado "¿Cuál era el color de los ojos de mamá?" "¿Cómo era la risa de papá?", etc., lo cual prueba quo Wendy olvidaba también.

En cuanto a aventuras, como más adelante veremos, les ocurrían diariamente. Ahora Peter Pan, con ayuda de Wendy, había inventado un nuevo juego que le divertía enormemente, hasta que, de súbito, perdió todo interés para él, lo cual, como ya hemos dicho, solía ocurrirle con todos los juegos. Consistía en fingir que no les ocurrían aventuras y hacer lo que Juan y Miguel habían hecho durante toda su vida: sentarse en sendos escabeles tirando pelotas al aire, empujarse el uno al otro, salir a paseo y volver sin haber matado ni un oso siquiera.

Ver a Peter Pan sentado en un banquillo sin hacer nada, era cosa extraordinaria y aun él mismo no podía evitar cierto aire de solemnidad ridícula, tan cómico le parecía el estarse quieto. De cuando en cuando, se jactaba de haber ido a dar un paseo por bien de salud. Durante varios soles éstas fueron para él las más originales aventuras y Juan y Miguel, que se aburrían mucho, pues Peter les obligaba a hacer lo que hicieran durante toda su vida, tenían que fingir que estaban entusiasmados también, pues, de no hacerlo así, Peter Pan les hubiera tratado severamente.

Peter Pan salía solo con frecuencia y, al volver, nadie podía averiguar si había tenido una aventura o no. Era fácil que aun teninguna parte. A veces Peter Pan volcía al que no diiera nada acerca de ella y al salir

los niños de la casita encontrasen el cadáver de su enemigo. Otras veces, en cambio, hablaba y hablaba de la aventura y del enemigo muerto y no se encontraba el cadáver por ninguna parte. A veces eter Pan volvía al hogar subterráneo con la cabeza vendada y entonces Wendy le acariciaba y le bañaba la herida con agua tibia, mientras él contaba una historia espantosa, pero Wendy no le creía nunca del todo. Hubo, sin embargo, muchas aventuras que la niña comprobó que eran verdaderas, unas porque había tomado parte en ellas y otras porque, habiendo sucedido también a los niños perdidos, éstos confirmaron su relato. Describirlas todas requeriría un libro tan grueso como un diccionario de Inglés-latín, Latín-inglés y lo más que podemos hacer es dar como ejemplo el relato de una hora habitual de la isla. La dificultad es elegir cuál. En fin: tomaremos la escaramuza con los Pieles Rojas, en la Quebrada de Ligerín. Fué algo sangriento y especialmente interesante, como que muestra uno de los rasgos de Peter Pan, quien, en medio de la batalla, quiso súbitamente cambiar de bando. Estaban en la Quebrada y estaba todavía indecisa la victoria, inclinándose la balanza y a un lado, ya al otro, cuando Peter Pan gritó:

—Yo quiero ser Piel Roja. ¿Y tú Simplón?

Y el Simplón contestó en seguida:

—Piel Roja. ¿Y tú, Agudo?

Y el Agudo dijo:

—Piel Roja. ¿Y tú, Gemelo?

Y así sucesivamente todos quisieron ser Pieles Rojas, con lo que, naturalmente, hubiera terminado la batalla, a no suceder que los verdaderos Pieles Rojas, fascinados por la ocurrencia de Peter Pan, convinieran también en representar por una vez el papel de niños perdidos y así todo continuó más fieramente aún que antes.

El extraordinario resultado de esta aventura fué... pero no hemos decidido aún que sea esta la aventura que vamos a contar. Acaso sería mejor el relato del ataque nocturno de los Pieles Rojas a la casita subterránea, cuando varios de ellos quedaron empotrados en los árboles y tuvieron que ser sacados como tapones de corcho. También podríamos contar cómo Peter Pan salvó la vida a Tigridia, en la Laguna de las Sirenas, y cómo de este modo la hizo su aliada.

También resultaría interesante lo del pastel que los Piratas hicieron para que los niños se lo comieran y mueran envenenados. Cómo lo iban colocando astutamente en un sitio tras otro y cómo Wendy lo arrancaba siempre de las manos de sus niños hasta que, andando el tiempo, perdió toda la fuerza, se tornó duro como una piedra, fué usado como proyectil y el Capitán Garfio tropezó y se cayó sobre él en la oscuridad de la noche.

Podríamos contar también la aventura de los pájaros amigos de Peter Pan, y hablar muy especialmente del Ave-Ilusión que construyó su nido colgado de un árbol sobre la laguna, y de cómo el nido se cayó al agua, a pesar de lo cual el ave siguió incubando sus huevos, y Peter Pan dió orden terminante de que no se la molestara... Es esta una linda historia y al fin demuestra todo el agradecimiento de que un ave es capaz, pero si la contamos tendremos que contar también toda la aventura de la laguna, lo cual sería contar dos cuentos en vez de uno. Una aventura más corta y no menos bonita fué la tentativa de Campanilla de Cobre que, con la ayuda de otras hadas, trató de llevar a Wendy dormida sobre una gran hoja flotante, hasta el continente real. Afortunadamente, la hoja cedió y Wendy se despertó creyendo que era la hora del baño y volvió atrás a nado. También podríamos escober el reto de Peter Pan a los leones, cuando dibujó un círculo con una flecha en torno suyo y los desafío a cruzarlo y, aunque él con los otros niños y Wendy esperaron horas y más horas mirando anhelantes desde los árboles, ningún león se atrevió a aceptar el tremebundo reto....

¿Cuá de estas aventuras escogeremos? Lo mejor será echar suertes.

Hemos echado suertes y ha ganado la aventura de la laguna. Esto nos hace desear que hubiera ganado la aventura de la Quebrada o la del pastel, o la de la hoja de Campanilla, porque también eran muy bonitas... Claro está que podríamos echar suertes de nuevo hasta que saliera la mejor de las tres, pero es más honrado atenerse a la de la laguna.

Lea usted

"Muertos que hablan"

LA SEMANA PROXIMA

"Peter Pan y Wendy" concluirá en el próximo número de "Pucky".

EN UN PROXIMO NUMERO DE "PUCKY":

Lea la aventura electrizante policial de Sexton Blake, titulada:

EL SECRETO de TINKER

Brauer elevó lentamente la copa. ("El canto del tonel").

Un cuento de las orillas del Rhin

—oOo—

El CANTO del TONEL

Por Erckman - Chatrian

(Traducción del francés)

A otra noche, entre diez y once, estaba yo sentado en el fondo de la cervecería "Los Caracoles", en Coblentz; contemplaba con dulce quietud la gente que se agitaba bajo las ennegrecidas vigas de la sala y en redor de las mesas de encina, y me consideraba feliz por hallarme en el mundo.

¡Qué diversidad de figuras, de trajes, de fisonomías, de personas!... Unas, gruesas; otras, flacas, pálidas, enrojecidas, risueñas, graves, burlonas, contentas soñadoras guiñando los ojos, abriendo la boca, roncando, con las piernas estiradas, el sombrero de lado, y el tricornio en la nuca. ¡Ah, qué alegre perspectiva!

En la sala se cantaba en aquel momento el himno de "Los Ladrones del Rhin", que empieza: "Soy el rey de las montañas", confundiéndose todas las voces en una inmensa armonía. Hasta el pequeño Cristian Schmidt al que su padre tenía sobre las rodillas, cantaba también.

Yo levantaba la cabeza, golpeaba con el pie, cantaba de cuando en cuando llevando el compás, por lo que naturalmente me atribuía todo el éxito del coro.

En aquel momento mis ojos se fijaron por casualidad en Sebaldo Brauer, el tabernero, que estaba sentado detrás del mostrador. Era la hora en que Brauer empezaba a hacer gestos, cerraba el ojo derecho, hablaba en voz baja, y volvía sin cesar su gorro de algodón, colocado en su despeinada cabeza. Sebaldo me miró también.

—Qué tal, — dijo levantando el dedo con misterio. — ¿Oyes, Teodoro?

—¿El qué? — pregunté.

—Mi "Braumberg" (1) que canta

—¡Ah, ser inocente! — pensé yo. — Espíritu esencialmente metafísico y desprovisto de todo sentido positivo. ¿Cómo se le pudo ocurrir que el vino canta? Si dijero que los borrachos cantan, tendría razón, eso se comprende; pero el vino... vamos, Sebaldo, eso son ideas ridículas, por no decir sin lógica.

Pero Sebaldo ya no me oía; iba de una parte a otra con el delantal de cuero levantado, un tirante roto, sirviendo a los bebedores y echándoles encima, con gravedad y calma, la mitad del vino.

La gruesa Orchel ocupó entonces el sitio en el mostrador, exhalando un suspiro. Los quinqués colgados del techo empezaron a moverse, y cuando yo estaba observando ese fenómeno, sin ocmprenderlo, Brauer, dándome una palmada en la espalda, me dijo:

—Teodoro, el barril está vacío. ¿Quieres venir a la bodega conmigo? Lo llenaremos y verás, además, qué cosas te han de sorprender.

Sabía que Brauer poseía la mejor bodega de "Los Caracoles", la calma volvió a reito de benedictinos. Deseaba, pues, verla. Sebaldo encendió una vela, y agarrados del brazo, salimos de la habitación, cantando: "Soy el rey de estas montañas".

Todos reían y chillaban.

Pero cuando estuvimos fuera, en la calle de "LoLs Caracoles", la calma volvió a reinar en nosotros. La noche era húmeda. La luna enviaba sus rayos debilitados por espesa bruma sobre los grupos de casas decrépitas que desfilaban ante nuestra vista y allá, a lo lejos, el ladrido de algún perro o

los maullidos de un gato, que parecían quejidos de un moribundo.

—¡Brrrr!... — dijo Sebado, tiritando. — ¡Qué frío hace!

—Llegamos a la bodega. Levantó la pesada trampa aplicada oblícuamente contra el muro, y bajó.

—Yo le seguí lentamente. La escalera parecía no concluir nunca; las tinieblas se hacían más y más profundas detrás de nosotros, y no podía menos, de cuando en cuando, de volver la cabeza sorprendido y asustado. A veces mi vista se fijaba maquinalmente en la enorme figura de Brauer, en su cuello moreno, cubierto de rizado vello, y extrañas ideas me cruzaban por la mente; me parecía ver al hermano despensero de los benedictinos que iba a visitar la biblioteca del claustro. Yo mismo me tomaba por uno de aquellos antiguos personajes que pasaban su vida apartados del mundo, y llevaba la mano a mi pecho pensando tropezar con una barba venerable. En lo último de la escalera, un nicho practicado en el espesor del muro, me recordó vagamente la imagen de la Vírgen, donde ardía en otro tiempo el cirio eterno.

Sobrecogido de miedo, casi espantado, iba a comunicar a Sebaldo mis dudas y mis alucinaciones cuando ví aparecer delante de nosotros nua enorme puerta de encina, guarnecida y reforzada con clavos de hierro de ancha y plana cabeza, el tabernero la empujó con mano vigorosa, y dijo:

—¡Ya hemos llegado, camarada!

Y su voz, resonando en medio de las tinieblas, fué a perderse insensiblemente en las lejanas profundidades del subterráneo. Sentí una impresión singular.

Momentos después entrábamos con una especie de grave recogimiento.

He visitado en mi vida muchas bodegas célebres, desde las de los duques de Nassau hasta las del Ayuntamiento de Bremen, donde se conserva el famoso vino de Rosenwein, del que los vecinos de la buena ciudad libre enviaban todos los años una botella a Goethe el día de su santo. He visto muchas más vastas y ricas en vinos que la de mi amigo Sebaldo Brauer; pero la verdad me obliga a decir que no he visto ninguna tan hermosa, sana y bien arreglada.

Bajo una soberbia bóveda de treinta pies de altura y más de cien metros de longitud construída toda ella con grandes piedras de sillería, podían contemplarse las pipas y los toneles, colocados en dos filas paralelas con una simetría asombrosa. Detrás de cada cuba había una tablilla suspendida sobre el muro, que indicaba la clase, el año, el terreno, el día de la vendimia, el trasiego primero o segundo, en fin, todos los títulos de nobleza del jugo generoso encerrado entre las largas duelas sujetas con aros de hierro.

Andábamos con paso lento, solemne.

—Aquí tienes el "Braumberg", — dijo el tabernero acercando la luz a un tonel colosal. — Ese es mi vino favorito. Escucha, escucha, como canta:

Por mí el avaro atesora
Brillantes monedas de oro;
Por mí el galan enamora...

—¡Ah, el bandido, cómo se enjuga sus bigotes rubios!

Mientras hablaba así Brauer, avanzábamos por la ancha crujía. De pronto se detuvo, exclamando:

—¡Alto! — hénos aquí delante del Stemberg de 1822. ¡Famoso año! ¡Prueba, prueba eso!

Colocó la palmatoria en el suelo al decir esto, tomó de un estantillo una copa de cristal de Bohemia de ensanchada boca y de esbelto pie, dió vueita a la canilla, y un hilo de oro llenó la copa.

Antes de ofrecérmela Brauer la elevó lentamente para para contemplar con éxtasis el hermoso color de ambar claro que presentaba. Después, la acercó a su amoratada nariz, y exclamó:

—¡Qué aroma, que perfume! ¡Ah! esto es la verdadera ambrosía, este es el sueño de Freychutz.

Bebí... Todas las fibras de mi cerebro se electrizaron, y sentí como vagos deslumbramientos.

—¿Qué tal? — me dijo Sebaldo.

Por toda contestación me puse a tararear:

Cazador diligente
Que busca la corriente
Impulsado por sed abrasadora...

Y los ecos y resonancias del subterráneo se despertaban a lo lejos, sacaban la cabeza de entre medio de las sombras y cantaban conmigo. Era una cosa magnífica.

—¡Hola, hola, tú no cantabas antes! — dijo Sebaldo con una sonrisa extraña.

Esta observación me hiza reflexionar, y deteniéndome bruscamente, exclamé:

—¿De modo que tú crees que el vino canta?

Pero él pareció que no había oído mis palabras: se había puesto serio y pensativo.

Proseguimos nuestras peregrinaciones subterráneas. Los viejos toneles y pipas parecían esperarnos con respecto. Nuestras miradas se animaban: Brauer bebía también.

—¡Ah, ah! — dijo: — ¡he aquí la ópera de "La flauta encantada"! Preciso es que tú seas de mis más queridos amigos, para que te cante algo de este: ¡Mira... Johannisberg del año XI!

Un hilo imperceptible silbó en la copa y llenóse un vaso. Lo tomé y lo apuré con recogimiento hasta la última gota. Brauer me miraba fijamente con las manos cruzadas a la espalda: parecía que envidiaba mi felidad.

En cuanto a mí, el alma de aquel añejo vino, aquella alma más vivida y vigorosa que nuestra alma, el alma de Mozart, Weber, Gluck, Teodoro Hoffman, invadía mi ser y me hacía erizar los cabellos sobre la cabeza.

Al fin no pude menos de exclamar:

—¡Oh aliento divino! ¡Oh música encantadora! ¡No, jamás, jemás se ha elevado nadie más que yo en las esferas invisibles!

En tanto decía esto, miraba con el rabillo del ojo la melodiosa canilla; pero Brauer no creyó conveniente hacerme oír una segunda romanza.

—¡Bueno! — repuso él — cuando se obre la vena, gusta mucho que sea para un digno

"¡Vino, vino!" gritaban. ("El canto del tonel")

apreciador, para un verdadero artista. — Tú no eres como nuestro burgomastre Kalb, que quería meterse entre pecho y espalda dos y hasta tres vasos antes de pronunciarse. ¡Animal! lo puse sencillamente en la puerta de la calle.

Seguimos pasando revista al hattenhein, al hochheim, al markobrunner, al ruedsheim, todos vinos exquisitos, llenos de fuego: ¡y cosa extraña! a cada vino nuevo, un nuevo aire musical me cruzaba por la imaginación y lo tarareaba involuntariamente; el pensamiento de Sebaldo se hacía más y más lucido para mí, y comprendí que quería darme una lección experimental del problema más grande de los tiempos modernos.

—Brauer le dije: — ¿crees tu, pues, seriamente que el hombre no es más que un instrumento pasivo de la botella, un cuerno de caza, una flauta, un clarinete, que el alma del tonel emboca y que del que obtiene la música que quiere? ¿Qué serían entonces la libertad moral, la razón individual y social, si esto fuera cierto? No seríamos más que verdaderos embudos, especies de autómatas, sin conciencia ni dignidad. ¿El emperador Wenceslao, el mayor borracho de la tierra, será el único entonces que ha comprendido el destino humano? ¿Será preciso colocarlo por encima de Solon, de Licurgo y de los siete sabios de Grecia?

—No solamente lo creo sino que estoy seguro. Esos imbéciles que aullan allá arriba se imaginan cantar por sí mismos. Pues bien, no hay tal cosa; soy yo el que he elegido en mi bodega la música que más me agrada. Cada tonel, cada pipa, tiene su aire favorito; uno es triste, otro alegre, uno grave, otro melancólico. Vas a juzgar, Teodoro: quiero hacer por ti el sacrificio de un barril de hochhein, que es un vino tierno; el braumberg que estaban bebiedo arriba debe haberse concluído, porque arman un estrépido del diablo en la taberna. Vamos a hacer que se apodere la ternura de las almas.

Entonces, en lugar de llenar el barril, lo colocó bajo la canilla del hochheim, y en seguida, con una agilidad sorprendente, sobre su hombro.

Hecho esto volvimos a subir.

La taberna estaba en completa fermentación: el coro de los bandidos, degeneraba en escándalo.

—¡Oh¡ — dijo la mujer de Sebaldo: — Cuanto les has hecho esperar, — todos los vasos están vacíos, hace más de un cuarto de hora. Escucha ese estrépito. Lo van a hacer pedazos todo.

En efecto, oíanse chocar las botellas y los vasos con ensordecedor ruído.

—¡Vino! ¡vino! — gritaban con voces estentóreas.

El tabernero chocó el barril sobre el mostrador y llenó las botellas; su mujer apenas tenía tiempo de irselas pasando: los aullidos redoblaban.

Yo había ocupado mi puesto y contemplaba asombrado aquel tumulto tarareando temas de "La Flauta Encantada", de Freyschutz, de don Juan de Oberon, ¿qué se yo? de cincuenta óperas que tenía olvidadas hacía mucho tiempo, o que jamás había oído. Juventud, amor, poesía, dicha del hogar, esperanzas, ilusiones sin límites, todo renacía en mi corzón; reía, lloraba, no sabía lo que pasaba por mí.

De repente, y como obedeciendo a una orden misteriosa, se restableció la calma; el coro de "Los Bandidos" cesó como por encanto, y Julia Weber, la hija del organista, se puso a cantar ese aire tan dulce. tan tierno de Federico Barbaroja.

—¿Dónde vas, por la llanura,
Niña hermosa, tan temprano
—¡Me espera el templo bendito
Allá en el pueblo lejano,
Que la campana me llama,
Y Dios me tiende sus brazos!

Todos los concurrentes escucharon a la joven con religioso silencio, y cuando ella hubo terminado, todas aquellas gentes se pusieron a cantar a la sordina:

¡Que la campana me llama,
Y Dios me tiende sus brazos!

Aquello fué un verdadero golpe de teatro.

—Y bien — dijo Breuer, acercando los labios a mi oído, — ¿quién es el que canta?

—El tonel de hochheim, — respondí en voz baja mientras escuchaba el canto de la joven, que volvía a empezar aquel canto monótono, dulce, suave, aquel canto de los buenos tiempos.

¡Oh nobles y fructíferas colinas de la Gironda, de Borgoña y de Rhingan, y vosotras, ardientec viñas de España e Italia, Madera, Marsala, Oporto, Jerez, Lacryma-Cristi, y tú, Tokai, generoso húngaro, os conozco ahora! ¡Sois el alma de los tiempos pasados, de las generaciones extinguidas!... Os deseo buena suerte. ¡Ojalá pudierais florecer y prosperar eternamente!

¡Y vosotros, buenos vinos cautivos bajo círculos de hieror y fuertes duelas, vosotros esperais con impaciencia el feliz momento de filtraros en nuestras venas, de hacer latir nuestros corazones, de revivir en nosotros!... ¡No esperareis mucho tiempo: yo juro libertaros, haceros cantar y reir hasta el punto que el Ser Supremo tenga a bien confiarme esta hoble misión sobre la tierra!

Pero cuendo yo no exista, cuando mis huesos hayan reverdecido y se levanten en nudosas y espesas cepas sobre las colinas, cuando mi sangre se agite en dulces y coloreantes gotas en los maduros racimos y salga por los tubos de los lagares en límpidos borbotones, entonces os toca a vosotros libertarme a mí. ¡Dejadme vivir en vosotros, haced ver vuestra fuerza, vuestra alegría, vuestro valor, como los antepasados hacen ver hoy el mío! Esto es todo lo que os pido, y haciendo esto, todos cumpliremos cada una a nuestra vez el precepto sublime: "Amaos los unos a los otros por los siglos de los siglos", Amen.

ERCKMAN-CHATRIAN.

Fin de "EL CANTO DEL TONEL"

OTRA PRODUCCION DEL GRAN HUMORISTA

—·oOo·—

La isla del reposo

Por MARK TWAIN

(TRADUCCION DEL INGLES)

Critica burlonamente la colonización hecha sin previos estudios y en mala forma, por gobiernos que no dan a ese concepto la importancia que merece haciendo que se produzcan fracasos cuando debieran obtenerse buenos éxitos; y en burla y graciosamente dice algunas verdades que debe tener presente todo el que piense colonizar y quiera evitar el fracaso.

"WASHINGTON a 10 de diciembre de 1867. — "¿Puedes darme informes acerca de las islas "que se propone comprar el gobierno, si éste, en efecto, tiene tales intenciones?"

Lo anterior está tomado de una carta que acabo de recibir, suscrita por mi tío. ¿Queréis saber quién es mi tío? Puedo contestaros que es un hombre laborioso, de buena pasta y que quiere encontrar un modo de vivir, honesto y humilde, pero tranquilo sobre todo.

Le gusta, en efecto, llevar una existencia apartada y sin zozobras. Creyó fácil satisfacer sus deseos en la isla de Santo Tomás, adquirida recientemente; pero, al parecer, no hay en ella la calma que él tanto apetece.

Fué de los primeros que se encaminaron hacia la isla, cuando tuvo noticias de la adquisición.

Llegó a Santo Tomás en compañía de un representante del ministerio de Estado, el cual llevaba fondos suficientes para pagar el precio de la isla.

Mi tío puso su dinero en el mismo cofre y cuando desembarcó acompañado del agente, para que le dieran el recibo, los marineros se aprovecharon de la ocasión, abrieron el cofre y tomaron toda la existencia en metálico.

Desgraciadamente, aquellos hombres no distinguieron entre los fondos del gobierno, que todo el mundo puede robar, en uso de un legítimo derecho, y los de mi tío, que merecían respeto por pertenecer a un particular.

Mi tío volvió a Estados Unidos y llevó más dinero. No bien hubo llegado a Santo Tomás, fué atacado por la fiebre, pues debe saberse que hay siete class de fiebre en la isla.

La debilidad en que estaba mi tío por el insomnio, y la agitación de su espíritu, lo predisponían a las enfermedades propias de aquel clima.

La primera fiebre no quedó bien curada y sucesivamente le atacaron las otras seis.

A pesar de su rectitud y buenos principios, mi tío no es por naturaleza muy afecto a esa clase de dolencias, y se sintió terriblemente apesadumbrado cuando vió que estaba en peligro de muerte.

Recobró la salud, y al desaparecer entera-

PETER PAN

Ha sido adaptada al cinematógrafo por la casa PARAMOUNT

Protagonista: BETTY BRONSON

Director: HERBERT BRENON

Se exhibe en los mejores cinematógrafos

mente sus achaques, quiso trabajar.

Se instaló en un establecimiento de campo. No bien acababa de alambrarlo se desató aquella célebre tempestad que hizo tantos estragos. La finca de mi tío fué arrasada por la corriente, y se dice que el agua llevó la casa hasta Gibraltar o algún punto circunvecino.

La filosofía de mi tío es tan inquebrantable, que no se alteró su espíritu ante la catástrofe, ni hizo tentativas para recuperar su casa, aunque tenía la convicción de que estaba en Gibraltar.

Subió entonces a una montaña y compró un establecimiento rústico, procurando asegurarse de que la casa estuviera lejos de la acción del mar, aun en caso de una tempestad como la anterior.

La montaña era una de las mejores del país y la casa y las tierras no desmerecían de la montaña; pero nada valieron las precauciones de mi tío, pues a la siguiente noche hubo un terremoto, y la propiedad de mi tío quedó convertida en un montón de fragmentos minúsculos. Lo peor era que esos fragmentos se habían mezclado con los de una granja vecina, y nadie hubiera podido distinguir entre los de mi tío y los del otro propietario.

Para resolver la cuestión hubiera sido necesario apelar a la acción de los tribunales, pero mi tío no entra por nada en un litigio, y menos aún cuando el objeto de sus afanes era vivir tranquilo en Santo Tomás.

Después de una reflexión muy detenida, abandonó la montaña y quiso probar fortuna en la tierra baja.

No podía ser de otro modo, pues pensaba poner un horno de ladrillos.

Compró el terreno apropiado e hizo cien mil ladrillos que puso a secar antes de ponerlos en el horno.

Pero la suerte le era contraria, al parecer. Se formó un volcán y los ladrillos de mi tío quedaron a más de seiscientos metros sobre el nivel de la llanura donde tenía su establecimiento.

Mi tío se contrarió mucho. Subió a ver los ladrillos y, aunque según me dice, ya están bien cocidos por el fuego del volcán, parece poco fácil el transporte.

Mi tío cree que el gobierno debe encargarse de la tarea o hacerla por su cuenta, puesto que ha comprado la isla y asume la protección de las vidas y propiedades de los que se establezcan en Santo Tomás; pero a pesar de esta convicción, mi tío todo lo sacrifica a sus anhelos de paz, y no ha entablado la reclamación consiguiente.

Como hacían a la sazón un viaje dos buques de guerra, mi tío aprovechó la ocasión para emprender un reconocimiento general de la isla, con la seguridad de que encontraría sitio apropiado para iniciar una vez más sus operaciones de campo y lograr al cabo la tranquilidad que tanto ansía.

Pero un espentoso temporal llevó los dos buques hasta el centro de la isla, y mi tío estuvo a punto de perecer.

El acontecimiento lo tiene desatalentado, y cree que debe renunciar a las exploraciones en buque.

¿Qué hacer?

Ya había pretendido establecerse en Alaska, pero los osos lo pesiguieron y tanto le amargaron la existencia, que acabó por dejar aquel país.

Precisamente para no ser acosado por osos, pensó en la isla de Santo Tomás donde no hay osos polares.

Pero ya empieza a sospechar que esa isla no es para hombres como él. Y esto explica la pregunta que me hace.

Mi tío quiere saber sí el Gobierno va a comprar otras islas. Sabe que se habla de la adquisición de Puerto Rico.

Si el Gobierno compra la isla, y ésta ofrece tranquilidad, mi tío se establecerá en Puerto Rico.

Pero, ¿será efectivamente Puerto Rico una isla para hombres como mi tío? Y suponiendo que lo sea, ¿la comprará el Gobierno.

MARK TWAIN.

Coleccione usted "PUCKY". Por nueve pesos anuales tendrá usted 52 números, equivalentes a 3536 páginas, casi todas de lectura. ¡Una biblioteca de 100 tomos no tiene más lectura que un año de este magazine!

Si le interesan las modas compre

EL DIARIO

Av. DE MAYO 662

y lea las páginas femeninas en las que se publican hermosos figurines en colores

¿A dónde van éstos?

En busca del número 908 de TIT-BITS que saldrá el 16 de noviembre en el que empezará una nueva gran novela sensacional.

TIT-BITS

Todos los martes - 10 ctvs.

TODOS lo venden por que lo compran **TODOS**

Señorita: Adelántese a sus amigas y sea Vd. la primera que estrene entre ellas el más elegante modelo de moda.

Suscríbase a EL DIARIO que cada Jueves publica primicias de los figurines de modelos del más refinado gusto.

Guiada por los figurines en colores y las descripciones que de los mismos, publica EL DIARIO, Vd. podrá vestirse con la misma elegancia que si pidiera su ropa al más afamado modisto de Paris.

Para las modistas de profesión los modelos que publica EL DIARIO son la guía más segura para obtener éxito en la elección de modelos para satisfacer a la clientela. Pida un ejemplar con este cupón.

Señor Administrador de "El Diario"

Av. de Mayo 662, Buenos Aires.

Acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido .....

Domicilio .....

Localidad ..... F. C. .....

EDICION DIARIA APARECE A LA HORA 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
INTERIOR:
1 año, $ 28.-; 6 meses $ 14.50; 3 meses $ 7.50
CIUDAD: $ 2.— por mes.

Precios de suscripción a la edición de los Jueves:
1 año. $ 5.-; 6 meses $ 2.50; 3 meses $ 1.50.

Este número "PETER PAN"

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Octubre 29
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 161

ESTA ESCENA CORRESPONDE

MUERTOS QUE HABLAN

Electrizante narracion policial que se publica en el presente número

Si le gustan a usted las novelas policiales, lea:

El secreto de Tinker

La notable narración que se publicará en el número 163 del popular magazine

PUCKY

que publicará el viernes 12 de Noviembre

En esa asombrosa novela policial figuran Sexton Blake, Tinker y Nirvana la bailarina, un nuevo personaje que ha de ser pronto uno de los favoritos de los lectores de las hazañas del gran detective.

Todos los viernes aparece PUCKY con lectura para toda la semana

EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires

Publica cada jueves interesantes figurines en colores de las últimas modas de París

Muertos que hablan

Interesantísima novela corta, policial, traducida especialmente para "Pucky".

Peter Pan y Wendy

La historia del niño que no quiso crecer. Hermoso cuento de hadas de J. M. Barrie, del que se ha tomado el argumento de la película marca Paramount. (Comenzó en el pasado número y termina en el presente.)

Federiquito hace muecas

Gracioso y novedoso juguete para armar. — En color.

Donde se juega a la ruleta

Crítica ocurrente de cosas sociales. — En color.

Notas cómicas

Una página de chistes de varias procedencias. — En color.

La caverna de los piratas

Novedoso juguete para armar, de gran formato y que puede desprenderse sin interrumpir la lectura del número. — En color.

Invenciones prodigiosas modernas

Instalación para un dentista que tenga mucha clientela. — En color.

Pequeños comentarios

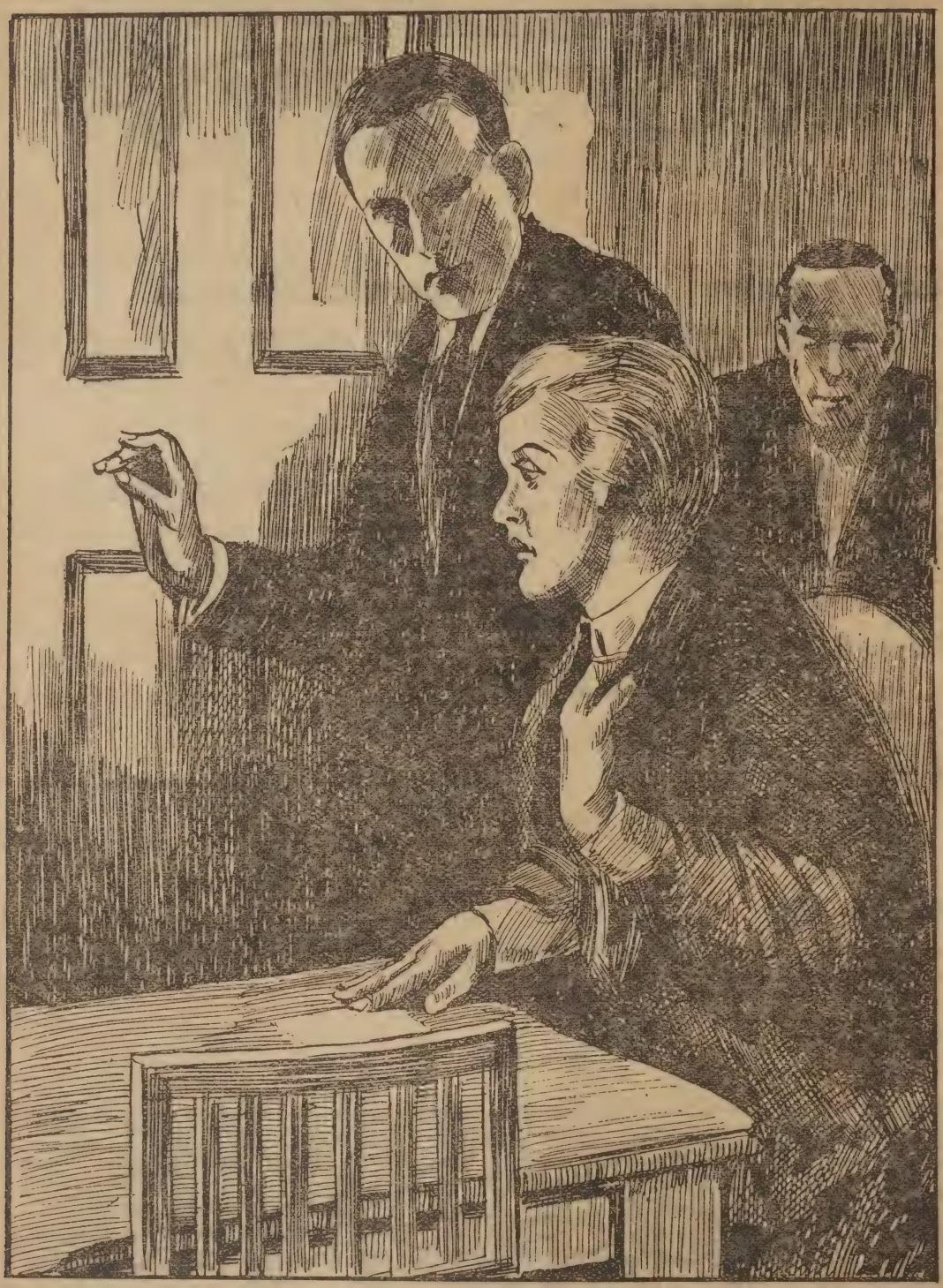
Notas cómicas ilustradas. — En color.

Los vestidos de Perlita

Juguete entretenido para niñas. — En color.

Diez y nueve millones

Un cuento muy original y muy interesante, del notable escritor francés Charles Quinel.



Kennedy la hizo sentar en una cómoda butaca, tapizada y mullida, y le habló con mucha suavidad. Los ojos de Kennedy parecieron hundirse en los de la mujer. ("Muertos que hablan").

POR EL AUTOR DE "LA MANO QUE APRIETA"

Muertos que hablan

POR EL EMINENTE AUTOR ESTADOUNIDENSE

ARTHUR B. REEVE

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

Craig Kennedy, el detective protagonista de esta breve novela es el Sherlock Holmes de Estados Unidos. — Arthur B. Reeve, su autor, es un notable novelista y el que escribió "La mano que aprieta" ("The Centching Hand"), que tuvo tan enorme éxito cinemaográfico.

"¿CÓMO se llama usted? ¿Cuál es su nombre?

—¿Nombre? . . . — repitió la mujer atemorizada y perpleja. —¿Nombre? — volvió a decir. — ¡No... No lo sé!

—Bueno, ¿dónde vive usted?

—¿Vivir? ¡No lo sé!

Kennedy y yo regresábamos de una breve permanencia en la costa de Jersey. Cuando cruzamos de Staten Island a la Batería, nuestro automóvil fué el último que entró en el ferry-boat. Una mujer había salido desesperada del camarote de las mujeres, había pasado por entre las filas de automóviles, había saltado por encima de la cadena que cruzaba por entre los tirantillos del portón que cerraba el paso por aquel lado. Después había avanzado un par de pasos hacia la popa del ferry-boat y se había quedado parada, mirando la estela que la marcha del buque iba dibujando en el agua. Kennedy saltó del automóvil, pasó por el portón, se acercó a la mujer y la hizo retroceder de un tirón.

Hubo en seguida gritos, confusión y amontonamiento de pasajeros. Entre todo aquello yo no me fijé más que en una cosa: en los ojos de aquella mujer, ojos de pupilas grandes y muy relucientes. Un oficial del comando del ferry-boat se acercó, abriéndose paso por entre la gente que se había amontonado.

Lea usted, comenzando en la página 17 de este número, la terminación del encantador cuento de hadas

PETER PAN Y WENDY

del que ha sido tomada la magnífica película Paramount que se exhibe en estos días en los grandes cinematógrafos de Buenos Aires.

—¡No sabe usted quién es! ¡No sabe dónde vive! ¡Usted no sabe nada! ¡Oh! ¡Lo mismo dicen todos. Bien: ya tendrá usted tiempo para pensar y recordarlo en la estación de policía. ¿Comprende?

Kennedy intentó intervenir.

—¡Ha sido una tentativa de suicidio, señor! — gruñó el oficial. — Mi deber es detener inmediatamente a esta mujer.

Kennedy se expresó con gentileza y cortesía.

—Es un caso de amnesia, señor. Usted no puede haberla visto hacer nada que indicara intención de matarse ¿no es cierto, oficial? Le aseguro a usted que es lo que he dicho. Pida una ambulancia y mándela al Hospital Downtown; yo cuidaré de ella. ¿Para qué molestar más ni armar mayores cuestiones a su respecto? Creo que puedo decir que esa mujer ya se ha visto envuelta en demasiadas cuestiones.

Cuando fué alojada en una habitación del hospital, la mujer fué interrogada de nuevo sin que contestara a las preguntas que se le hicieron. Se le revisó la ropa y no se le encontró nada más que un manojo de llaves. ¡Pero cómo le brillaban los ojos!

Kennedy la hizo sentar en una cómoda butaca tapizada y mullida y le habló con mucha suavidad.

—No se resista contra mí. Entréguese tranquilamente al sueño... ¡Duerma! — Los ojos de Craig Kennedy parecieron hundirse en los de la mujer. — ¡Rígida!

Un instante después se vió claramente que la mujer se hallaba en estado hipnótico. Kennedy acercó más a su lado una mesita en la que había papel y un lápiz. Puso el lápiz en la mano de la mujer.

—¡Escriba! ¡Ahora mismo! ¡Su nombre!

Lentamente, con mano como acalambrada, la mujer escribió: "Hilda Hildreth".

La mujer siguió escribiendo: "Quinta Avenida". Y añadió un número.

—¿Estas llaves son las de esa casa?

—Sí, — contestó la mujer con una inclinación de cabeza.

Kennedy le hizo un pinchazo debajo de la uña del dedo pulgar y estrujando el dedo, hizo brotar un par de gotas de sangre.

En seguida, con los dedos de la mano derecha Kennedy hizo sonar una fuerte castañeta. La mujer se estremeció sobresaltada... miró en redor, deslumbrada.

—Llévenla a una habitación donde pueda ser observada y donde goce de absoluta quietud.

Algunos minutos después llegábamos nosotros a la casa de la Quinta Avenida cuyo número había indicado aquella mujer.

Me sentí asombrado. Yo conocía la casa. Era la casa misteriosa de la Quinta Avenida. Allí, rodeadas de comercio vivían las adineradas hermanas Wagstaff, — Anna y Emma, — unas reclusas frente a las cuales desfilaba, sin que ellas lo echaran de ver, la más elegante muchedumbre de América.

Los dos primeros pisos de la casa estaban alquilados por piezas. Kennedy subió los escalones de la gradería. La puerta, pequeña, con pestillo con llave, estaba cerrada.

—Veamos si las llaves sirven realmente.

Probó una y luego otra. La tercera llave abrió el pestillo de la puerta dejando a la vista otra puerta que estaba abierta.

Entramos y en seguida oimos las voces airadas de un hombre y de una mujer.

—¡Déjeme pasar, John! ¡Tenga la bondad! Estas valijas son pesadas.

El hombre, era fácil apreciarlo, le cerraba el paso, en la escalera a la altura del primer rellano.

—No la dejaré pasar, Gladys, ni con las valijas ni sin ellas, a menos que usted me permita que yo la lleve tranquilamente, de vuelta, a la escuela de la señorita Kent.

—Pero...

—No; no me importa que Sidney Talcott esté esperándola en la Pequeña Iglesia. En verdad es precisamente porque Sidney Talcott la está esperando por lo que yo insisto. Me preocupa usted mucho, querida. Cometería una deslealtad con mi mismo si consintiera en que sucediera semejante cosa. Soy en realidad el depositario de la propiedad. Algún día me lo agradecerá usted el haber vigilado tan bien la casa y el haber venido a este sitio.

—Pero John, yo no recibo ya mi pensión. Mis tías no se ocupan de mí como antes. No puedo quedarme en el colegio de la señorita Kent, conformándome con que se pague mi pensión y mi enseñanza. Estoy cansada de eso. Voy, pues...

Arrojó una valija por encima de la cabeza del hombre, escaleras abajo. Después rodó otra valija hasta nuestro pies. Se produjo una pelea.

—¡Hola! ¡Un momento, tengan la bondad! — les gritó desde abajo Craig Kennedy.

—¿Quién es usted? — le preguntó con bastante insolencia un joven.

—¿Quién es usted?

—¿Yo? Soy John Knox Greene, procurador, de la firma de Greene y Gates, que administra lo que es propiedad de la familia Wagstaff. Vamos a ver... ¿quién es usted? ¿Cómo ha podido meterse aquí?

—Abriendo con una llave, naturalmente.

Kennedy mostró el manojo de llaves y la joven Gladys lanzó un breve grito.

—¡El llavero! ¡Pero si es el llavero de Hilda! — exclamó luego.

—¿Hilda? ¿Quién es Hilda?

—Hilda Hildreth, la mucama que mis tías tuvieron durante tantos años... aun antes de que empezaran a ponerse tan... tan raras.

—¿Dónde están ahora sus tías, señorita?

—Se han ido a un sanatorio de Staten Island, el "Sanatorio Galeno", especial para enfermos de dolencias nerviosas... para ser sometidas a un tratamiento.

* * * *

ESTABA Gladys Godwin de pie junto al comienzo de la escalera, sosteniendo con ambas manos, delante de ella, una valija. Con los pies separados, el sombrero de media lado, sin

hacer caso del procurador que había hecho tanto por protegerla, la joven observaba fijamente a Craig.

La información que recogió en aquellos instantes debió ser satisfactoria porque en su rostro se dibujó una sonrisa.

Gladys debía tener unos diez y nueve años. Era delgada, de mediana estatura; de color sonrosado debido a los esfuerzos que había hecho contra Greene. Se había quedado de pie, con actitud de beligerante indignación, una actitud que sentaba bien a su figura y a sus facciones.

Tenía el cabello enrollado formando un rodete sobre la nuca y algunos rulos caían, destacándose sobre la blancura de su piel, a los lados de la frente y en las mejillas. Los ojos eran grandes, azules, relucientes; brillaban con enojo y decisión y daban carácter a su rostro de facciones bien moduladas. Pero su boca estaba hecha para besos y sonrisas. Se negaba a adoptar una expresión de dureza y de enfado.

Kennedy se condujo con ella de modo casi paternal.

—Veamos, Gladys, — le preguntó, después de una pausa; — ¿está conectado el aparato telefónico?

—No lo sé.

—Bueno; pruébelo. Si está conectado diga por teléfono al rector de la Pequeña Iglesia que el casamiento tiene que ser pospuesto, al menos por el momento. Usted tiene ya, naturalmente, el permiso para contraer enlace, así que puede casarse en el momento en que se le antoje. Pero le conviene pensarlo. El matrimonio es un paso muy grave.

El aparato telefónico no funcionaba. La línea estaba cortada.

—Entonces tengo que ir a la iglesia, — dijo Craig. — Greene, prefiero evitar una escena desagradable. Permítame que me la lleve conmigo, sola. Confíe en mí.

Greene asintió con una afirmativa inclinación de cabeza.

* * * *

EN la rectoría de la Pequeña Iglesia nos encontramos con dos hombres: uno de ellos era un joven, más o menos de la misma edad que Gladys; el otro debía tener unos diez años más, lo menos.

El joven, — era Sidney Talcott, — bullía de furor porque Greene había obstaculizado el rapto y porque Kennedy había intervenido en el asunto. Se le notaba también un mal disimulado resentimiento al hermano mayor, — Halsey Talcott, — que gruñó entre dientes algo sobre la decepción que sufriría la menor de las dos tías viejas, la llamada Emma, que evidentemente simpatizaba con Sidney.

—¡Helsey Talcott! — déjeme. — ¿Es usted el arquitecto, señor? — le pregunté.

—Sí.

Lo recordé entonces. Los diarios habían publicado hacía poco un dibujo arquitectónico del proyecto propuesto para el nuevo Círculo Artístico que debía edificarse en la parte alta de Broadway. El dibujo publicado tenía la firma de Halsey Talcott y Halsey Talcott era el presidente de la comisión que había lanzado la iniciativa y debía ocuparse de conseguir y manejar los fondos para la construcción del nuevo palacio.

Pensé entonces en las viejas hermanas Wagstaff. Entre otras propiedades tenían todavía lo que quedaba de la vieja granja de

Estaba Gladys Goodwin de pie junto a la escalera, sosteniendo con ambas manos, delante de ella, una valija. ("Muertos que hablan").

Wagstaff. Este terreno ocupaba toda una manzana junto a la Plaza de Colón, precisamente la manzana donde debía edificarse el Círculo Artístico. Según se había dicho las hermanas Wagstaff se habían negado repetidas veces a ceder ese terreno. ¡Y Halsey Talcott era hermano de Sidney!

Kennedy se había conquistado la confianza de Gladys o poco menos. Había consegui-

do posponer el casamiento. Pero aun quedaba otro punto importante: el de la escuela.

—¡Yo no quiero volver al colegio! — insistió ella cuando estuvimos nuevamente solos.

—Bien. ¿A dónde quiere usted ir entonces? ¿Tiene usted alguna otra parienta?

—Una... Una prima llamada Mabel Sinclair.

Yo había oído hablar de esa prima Mabel Sinclair. Era una de esas mujeres enérgicas y dominadoras. Después de dedicarse al estudio de psicoanálisis y de otras cosas relacionadas con la mente, había aplicado a sus propias acciones el resultado de sus estudios y se había erigido en "psicóloga especialista en eficiencia para los negocios".

Gracias a su extraordinaria eficiencia persuasiva, Craig Kennedy consiguió que Gladys confiara plenamente en él. Fuimos en el automóvil, con Gladys, al colegio de la señorita Kent, a quien la entregamos pidiéndole que perdonara lo pasado. Entonces comprendí en parte el motivo que ella tenía. Se acercaban los días de vacaciones... unas vacaciones sin alegría ninguna para Gladys.

* * * *

—¿Pero qué es lo que ha emocionado tanto a Hilda Hildreth y por qué? — preguntó cuando por fin estuvimos de regreso en el laboratorio de Craig Kennedy.

Kennedy, sin perder un segundo, se había dedicado, en cuanto llegó al laboratorio, al examen de las gotas de sangre sacadas del dedo pulgar de la mucama, que había recogido entre dos láminas de cristal delgado de las que se usan para las observaciones por medio del microscópico.

—Un compuesto de hiyosciyamina, — dijo. — Al verle los ojos tuve la primera sospecha. Se trata de un alcaloide mitridato de efecto parecido al del sueño crepuscular. Se infiltra en la mente del sujeto, durante ese sueño, una idea cualquiera. Una vez despierto lo olvida todo. Pero cuando está sufriendo el efecto de la droga, o sea en estado anormal, aquella idea domina en su mente. La persona resulta en realidad una persona distinta. — Hizo nuevas pruebas convenciéndose satisfecho de la exactitud de su análisis. — Esto tiene que obedecer a algo, observó. — Pero ¿a qué?

Craig habló por teléfono con el médico del hospital, enterándole de lo que había descubierto y ambos discutieron unos instantes el tratamiento a que había de ser sometida.

—¡Hay algún fraude, algún plan tenebroso en todo eso! exclamó Kennedy colgando el auricular del teléfono.

"Gladys optó por volver al odiado colegio en vez de ir a casa de su prima. ¿Por qué, vamos a ver? — dijo Kennedy y permaneció pensativo un momento. Después dijo con el ademán de quien adopta una decisión de importancia: — Vamos a visitar a Mabel Sinclair.

* * * *

EL consultorio u oficina de Mabel Sincialr estaba en un edificio situado en la plaza de Longacre, edificio que había sido hotel en un tiempo y luego había sido transformado en casa para oficinas y escritorios. La puerta tenía su nombre debajo del cual decía lo siguiente: "Psicóloga especialista en eficiencia mercantil". Craig se paró y vi que miraba la puerta del escritorio contiguo en la que se leía: "Halsey Talcott. Arquitecto".

—¡Mire! — exclamé: A continuación en otra puerta había un letrero: "Círculo Artístico. Comisión". Entonces noté que todas aquellas puertas tenían la leyenda: "Vendedores de Exito de Tobey".

Craig abrió la puerta que tenía el nombre Mabel. Aún cuando era poco después de mediodía la "psicóloga" no estaba allí. Sin embargo, la puerta que daba a lo oficina de Talcott estaba abierta. Todas las oficinas se comunicaban las unas con las otras. Talcott tampoco estaba allí, oímos rumor de voces. Debía ser Tobey, que estaba insinuando a algunos agentes de los "Vendedores de Exito" lo que debían hacer para realizar esa venta.

Donald Tobey era el clásico tipo de organizador de sociedades anónimas, el "promotor" alegre y eficaz, el vendedor de terrenos, fueran los que fueran, el hombre capaz de lanzar por el camino del éxito, lo mismo una película cinematográfica que una empresa explotadora de un viejo pozo de petróleo, haciéndoles saltar su dinero a los descendientes de los que fueron clientes del famoso Barnum.

Kennedy adoptó el papel de posible "comprador de éxito" y lo cargaron de folletos informativos.

—Esta propuesta me parece bastante seria y sólida, — observó examinando uno de los folletos. — Pero... y la manzana de Wagstaff.

—¡Oh! ¡La tenemos segura! — dijo Tobey sonriendo confiado y alegre. — Creo que usted no ignorará la historia de de la familia Wagstaff. Hubo cuatro hermanas, ni un solo hijo varón. La más anciana se casó con Morris Sinclair, el hombre del hotel. Tuvieron una hija: Mabel, — e indicó con una inclinación de cabeza la oficina de la "psicóloga". — La más joven se casó con Parker Goodwin, el editor. Tuvieron una niña. Las otras dos hermanas, Anna y Emma no congeniaron nunca con la mayor. Pero simpatizaron siempre con la menor. En un testamento que hicieron las dos juntas hace quince años o cosa así, designaron su heredera a Gladys, desheredando por completo a Mabel Sinclair. Pero hace unos cinco años se hizo un nuevo testamento dividiendo la fortuna en dos partes iguales entre Mabel y Gladys. Ahora bien esas dos ancianas tías están viejas y muy débiles, su mente decae con suma rapidez. La señora Sinclair ha tenido que ocuparse de su salud y hacer que las sometan a un tratamiento, pero me parece que el doctor Putnan, que como ustedes lo sabrán, es un notabilísimo especialista, dice que todo es cuestión de tiempo. ¡Oh! ¡Nos hemos ocupado de este punto con toda

la atención que su grandísima importancia merecía!

Así que Mabel había tenido intervención en lo relacionado con el envío de sus dos tías al sanatorio donde eran sometidas al tratamiento del doctor Putnan. Mabel Sinclair y Halsey Talcoff parecían hallarse en excelentes relaciones de amistad, a tal punto que sus oficinas se comunicaban. Por otra parte Sidney Talcoff, el hermano joven, y Gladys, la otra heredera habían estado a punto de casarse aquella misma mañana. ¡Vaya si se habían ocupado "con toda atención" de ese punto!

¿Era Mabel Sinclair, efectivamente una intrigante? ¿Qué papel desempeñaba John Knox, de la firma de procuradores Greene y Gates, administradores de los bienes de la sucesión Wagstaff. ¿Era John el único que se interponía, interceptándo el desarrollo de la intriga?

Cuando ya habíamos salido, Kennedy me preguntó:

—¿Por qué esos terrenos situados en el Broadway no han sido jamás utilizados, ni arrendados ni vendidos hasta el presente?

—Tal vez tenga el título de propiedad alguna deficiencia, — me atreví a decir.

Esto dió a Craig una idea. Rápidamente inventó una historia según la cual, en el título de propiedad de la tierra que el círculo artístico deseaba adquirir, faltaba algún papel que el viejo Wagstaff había ocultado en la casa en sitio que sólo él conocía. Finalizó su historia con una pregunta: "Sabría algún viejo sirviente de la familia algo más de lo que se suponía?"

Me correspondió a mi publicar la historia inventada por Craig Kennedy en "The Star" el diario donde yo escribía, presentándola con títulos muy notables y comentarios de sensación. La historia se publicó en la edición de aquella misma noche y llamó la atención en todas partes.

—Esto vendrá a ser como uno humareda y los hará salir de su madriguera, — observó Kennedy. — Ahora lo que hace falta es hacer que Hilda, curada ya, vuelva a ese Sanatorio Galeno, donde están las dos ancianas Anna y Emma Wagstaff.

* * * *

ERA ya bastante tarde cuando estuvimos de regreso en el hospital Downtown. Hilda había recuperado su lucidez pero no recordaba nada de cuanto le había pasado desde el momento en que se había retirado a dormir la noche precedente.

Hilda agradeció el servicio que le había prestado Kennedy al salvarla del peligro, mostrándose enteramente decidida a secundar su planes. No recordaba absolutamente nada sobre su tentativa de suicidio, pero le agradecía mucho el que la hubiera salvado la vida.

—Señor Kennedy, — dijo Hilda en voz baja; — me siento aturdida. Yo siempre he tenido la imaginación muy clara y siempre se ha podido confiar en mí pero hace un mes que no se lo que me pasó. Tuve un ataque muy parecido a este de ahora, pero se me pasó. Creí que pudiera ser consecuencia de algo del estómago... Pero ahora lo recuerdo con frecuencia y pienso que tiene que haber sido algo muy raro lo que me ha hecho hacer cosas tan extrañas y tan impropias de mi carácter

—No piense en eso, Hilda. No le preocupe lo pasado. Observe cuanto sucede en su redor, pensando en el futuro.

Durante el viaje a Staten Island nos contó cosas muy interesantes respecto a las mujeres a cuyo servicio estaba, a su extraño y creciente odio al trato social y a todo lo relacionado con el progreso y los adelantos de nuestros tiempos y a sus sistemas de negocios y finanzas.

Cuando entramos en los poco cuidados jardines del Sanatorio Galeno pensé que si el establecimiento hubiera tenido un aspecto de mayor prosperidad, probablemente se hubiera atraído mayor número de pacientes.

Un empleado nos recibió. Miró fijamente a Hilda un instante, pero no hizo observación alguna.

—Deseo ver a las señoritas Wagstaff, si usted gusta, — dijo Craig dando una tarjeta suya al empleado.

—Lo siento mucho, — replicó secamente el empleado, casi sin mirar la tarjeta; — pero el reglamento de la casa no lo permite.

—Se trata de que esas señoritas vean a su mucama, — argumentó Kennedy, indicando a Hilda.

—No puedo proceder de otro modo. No puede verlas visitante alguno mientras el doctor Putnam no esté de regreso.

Kennedy descendió por los escalones de la gradería de entrada.

—Supongo que no importará que vayamos de un lado a otro, mientras tanto, a menos que se necesite también para eso, la compañía del doctor Putnam, — exclamó sarcásticamente.

Nos alejamos del pórtico de entrada siguiendo por el camino de acceso para carruajes. Cerca del garage se podía gozar de la contemplación de un paisaje de verdes prados, hondos valles y onduladas colinas sembradas de oscuros bosquecitos. Mientras estábamos contemplando aquel paisaje encantador oimos que alguien decía en tono quejumbroso:

—Como él no vuelva pronto, yo dejo este empleo. ¡Mi familia no puede alimentarse con aire solo!

—Lo mismo digo. ¡Y lo mismo les pasa a los demás, Steve! Además le debe dinero a todo el mundo, fuera de esa hipoteca de la que siempre se está quejando y sobre todo cuando alguien le pide que le pague algo de los sueldos que le debe.

Los que así hablaban se alejaron y no se les oyó más. En aquel mismo momento se oyó el ruido de un automóvil que se acercaba a la casa.

—Tal vez se trate del doctor Putnam, — dijo Hilda. Y fuimos tras ella.

Ahorramos camino cruzando por un estrecho sendero. Cuando entrábamos en el pórtico oímos que el doctor Putnam hablaba con el empleado que nos había recibido.

—¿Dónde están ahora? ¿Se fueron ya?

—Aquí los dejé, doctor. No les permití de ningún modo, que subieran.

—¿Está usted seguro de que no vienen de parte de ese maldito de Greene, el procurador? ¿Traían algún papel? ¿Vió si traían algún papel?

—No, doctor. Ya le dije que la mucama Hilda venía con ellos.

—No es posible tener a esa Hilda separada de las dos viejas. Tendrá que quedarse, — dijo en aquel momento una voz de mujer.

—¡Mabel Sinclair! — nos dijo Hilda en voz muy baja.

—Hizo usted muy bien en no dejar que esos desconocidos subieran. Siempre hay curiosos que rondan los establecimientos de la clase de este. Si vuelven, déjeme a mí; yo me entenderé con ellos, — dijo el doctor.

—Eso es, — aprobó Mabel.

Me llamó la atención la visible intimidad existente entre Mabel y el doctor Putnam. ¿Qué se podría decir de la no oculta hostilidad del doctor Putnam contra el joven Greene? Pero ¿era hostilidad o miedo?

Kennedy tosió y luego avanzó con paso lento y sonoro. Creo que ninguno de nosotros dió lugar a que se sospechara que habíamos estado atisbando.

Después de algunos momentos de conversación se nos concedió permiso para ver a las hermanas Wagstaff, pero tan solo durante cinco minutos.

* * * *

ERAN Anna y Emma dos pobrecitas señoritas viejas del samiatrofiado período correspondiente al segundo tercio del reinado de la reina Victoria en Inglaterra. Eran algo más que caras, según lo noté en seguida. Noté también que el doctor Putnam y Mabel se turnaron, de modo que siempre el uno o la otra estuvieron presentes durante nuestra entrevista.

Anna Wagstaff era la más débil. Sentada en un sillón de hamaca muy grande, su delgadez parecía acrecentada. Evidentemente, a su imaginación no le interesaba nada de cuanto pasara en torno de ella. Tenía en las manos unas agujas de madera con las que tejía algo con lana de un ovillo grande que tenía en las faldas.

Emma demostró alegría al ver a Hilda, que procuró mejorar y hacer más confortable la posición de las dos hermanas mullendo los almohadones y recogiéndoles algunos díscolos mechones de cabello blanco. Hubo un momento en que noté que Emma y la mucama cambiaban una mirada de inteligencia. ¿Se había producido algo que ni Craig ni yo habíamos notado?

—¿Cómo está, Gladys?—preguntó Emma después de un momento de silencio.

—Muy bien, señorita Emma.

—¿Y Sidney?

—Muy bien también, señorita Emma.

—Me gustaría mucho volver a verlos. ¿Cuándo vió usted a Gladys?

—Yo no la ví. El señor Kennedy fué quien la vió.

—Me hubiera gustado decirle a Gladys lo que pienso de Sidney. El viene aquí, a verme, de vez en cuando, y yo se lo agradezco, a ofrecerme su apoyo y sus atenciones, cosa muy rara en los jóvenes de estos tiempos. — La anciana miró hacia un lado. — Yo creo, que si cuando yo tenía la edad que ahora tiene Gladys, hubiese encontrado un joven de las condiciones de Sidney... — Calló, sonrió, miró a Anna, que seguía tejiendo impasible y meneó la cabeza. La idea del enlace de Gladys y Sidney parecía que le era muy grata.

Durante todo el tiempo Anna se limitó a tejer y a toser. No podía creerse que le quedara mucho tiempo de vida. El doctor Putnam había dicho la verdad al "prometer". La mente de las dos ancianas decaía rápidamente. Me dí cuenta que, de las dos hermanas, había sido Anna la que siempre había dominado. Emma parecía más bondadosa. Gladys quería más a Emma que a Anna, también.

Llamaron por teléfono al doctor Craig aprovechó el momento en que no hubo vigilancia para hacer una rápida pregunta sobre el testamento de las dos hermanas.

Las hermanas contestaron algo que no se les entendió. Kennedy se volvió hacia Hilda y repitió la pregunta.

—¿Testamento? — dijo ella. — Hay un testamento, uno viejo, según creo, hecho hace quince años. Ese...

—¡No! El nuevo, el que hicieron hace cinco años.

Hilda movió negativamente la cabeza.

—No hay nuevo testamento; no hay testamento alguno hecho hace cinco años.

Mabel y el doctor Putnam regresaron. Los cinco minutos habían transcurrido ya. Nos convencimos de que en aquella ocasión no íbamos a conseguir saber de cierto lo que queríamos saber.

* * * *

AQUELLA misma noche, bastante tarde ya, cuando regresamos a nuestras habitaciones, nos encontramos con que Gladys había dejado una carta para Kennedy en el laboratorio. El cuidador del laboratorio la había traído a nuestro departamento. Kenedy rasgó el sobre. La carta decía:

" Estimado señor Kennedy: — Estoy con
" miedo de que alguien pretenda quitarme
" todo lo que tengo. Acabo de recibir dine-
" ro suficiente para ir a visitar con una
" amiga una maravillosa posesión que su
" familia tiene en Berkshire. Las vacacio-
" nes comienzan esta noche.

" Una de mis compañeras de colegio tiene
" un número de "The Star", edición de esta
" noche y en él he leído la historia relativa a
" un papel que tal vez esté escondido en la
" casa. Sydney me ha aconsejado que no vuel-
" va por la casa de la Quinta Avenida, des-
" pués de haber impedido John Greene que
" yo me escapara. ¿Puede valerle a al

Donald Tobey era el clásico tipo de organizador de sociedades anónimas, el "promoter" alegre y eficaz... ("Muertos que hablan").

" dinero el quitarme a mí de enmedio? Nada " más que por eso no salgo de viaje a gozar " de las vacaciones... por ahora. — Gladys " Goodwin."

Craig, al terminar la lectura, exclamó:

—¡Qué muchacha! ¡Como se le advierta que no debe hacer algo es capaz de hacerlo precisamente porque se le ha advertido que no lo haga! Vamos nosotros.

Entramos en la vieja casa nuevamente, a mitad de la noche. Cerramos la puerta sin ruido tras de nosotros... Escuchamos.

¡Se oía ruido! Con suelas de goma y en puntas de pies nos dirigimos a la biblioteca. La caja de hierro grande estaba abierta y todo lo que antes contenía estaba esparcido por el suelo. Nos detuvimos. Volvimos a oir ruido. Retrocedimos hacia la sala.

Craig sacó su antorcha eléctrica. Allí, en el suelo, encogida, atada de pies y manos, y amordazada estaba Gladys. La desató.

—¡Claro que vine, señor Kennedy !— replicó a la rápida pregunta de Craig. — ¿Quién hubiera hecho otra cosa? Cuando uno es joven toda prohibición incita a hacer lo prohibido. Todos, incluso Sidney, parecían dedesear que yo no volviese a entrar en mi vieja casa y eso me incitó cada vez más. Por eso vine, — observó un momento la soga que la había tenido sujeta y la mordaza. — Déjeme hablar. Me hace bien. He tenido la boca abierta a la fuerza tan largo rato que me gusta moverla un poco.

—Puede usted moverla cuanto quiera, Gladys, — dijo Craig, sonriendo. — Tenga usted la bondad de contarme lo que le sucedió; en qué trampa cayó.

—No lo sé. Vine como siempre había venido. No pensé en adoptar precauciones. Pero en cuanto entré oí que alguien hablaba. Me pareció que había dos personas en la biblioteca. No fuí por el hall, pues quise sorprenderlos. Me deslicé hacia la sala y pasé a la antesala. Miré hacia la biblioteca. Pero no ví a nadie. La puerta de la caja de hierro estaba abierta y los cajones del escritorio a medio abrir. Los muebles habían sido sacados de su sitio; de los estantes habían quitado los libros... Eso no me gustó. Avancé para ver si se habían llevado algo. Me disponía a examinar las cosas cuando algo pesado me dió en la cabeza; algo pesado y duro. Perdí el conocimiento y cuando lo recobré me encontraba aquí, en la sala. Cuando puede escuchar ya no se oía ruido alguno. Los ladrones debían haberse retirado ya... ¡Y aquí me tiene! ¡Me duele la cabeza!

Eso fué todo lo de aquella noche. Llevamos a Gladys a un respetable hotel para mujeres solas. Pero por la mañana se presentó a visitarnos. Sentíase perpleja. Había ido al colegio y Sidney había estado muy temprano a verla. Sidney había recibido noticia de que la tía Anna estaba moribunda, que se lo había avisado la tía Emma y que la tía Emma le ha-

día encargado que le dijera: "Cásate con Sidney en seguida. No te cases con John Greene".

—¡Pero esta misma mañana, — exclamó la joven, — por el primer cartero recibí una carta de John en la que me dice que algo sospechoso rodea a los Talcott, a Sidney y a Halsey y tal vez a Mabel! — Gladys se sentía evidentemente asustada. No se daba cuenta de si su corazón le decía la verdad respecto a Sidney. — ¡Señor Kennedy! — suplicó. — ¿Qué debo hacer?

En aquel instante sonó con fuerza la campanilla del aparato telefónico del laboratorio. La persona que así llamaba era Mabel. Era tal su excitación que no me dió tiempo para decirle que hablaba conmigo.

—Señor Kennedy, — exclamó. — He sido víctima de una farsa cruel. Venga inmediatamente al sanatorio... ¡Oh! ¿No es usted el señor Kennedy? ¡Por favor, llámele! ¿Está Gladys también? No la dejen venir sola...

Craig tomó el auricular y yo pensé en la más vieja de las dos tías, la que había estado peor que la otra a la cual había atendido Sidney. ¿Qué significaba todo aquello?

Kennedy se volvió sin separarse del teléfono. No era posible fingir. Gladys comprendió en seguida la verdad.

—Su tía Anna ha muerto; tía Emma está peor... La emoción, sin duda. Hilda, la mucama, ha vuelto a marcharse también.

Gladys le miró cara a cara, muy pálida, sobresaltada.

—¿Qué debo hacer? — preguntó con angustia. — ¿Dónde está John?

—Allá, en el sanatorio. Halsey Talcott también está allí. Hable con Sidney. Dígale... ¡Dígale que haré lo que la tía Emma diga... casarse con él... lo que sea. — Kennedy frunció el ceño en el momento en que la joven tomaba el tubo del teléfono con temblorosa mano. — ¡Vamos a darle a Greeve ocasión de explicar lo que dijo en su carta.

Kennedy nos metió a empujones en el automóvil y el coche partió.

—Tía Anna muerta, tía Emma moribunda, — repetía Gladys maquinalmente. — Pero Mabel... Mabel que jamás se ha ocupado de mí... ¿qué querrá decirme?

—Dijo que no se atrevía a decirlo por teléfono, — contestó Kennedy. — Y pidió que nos apresuráramos.

Pensaba yo, mientras entrábamos con el automóvil en el ferryboat, en el peligro que un segundo ataque podía tener para la pobre Hilda. ¿Era el sanatorio, efectivamente, una caverna de hipnotizadores? Trataban las enfermedades mentales por sugestión. Hay sugestión que es buena, científicamente empleada; pero también hay sugestión mala, empleada criminalmente. Más de una vez había oído hablar de que el psico-análisis había arrastrado al crimen a una persona...

* * * *

El doctor Putnam nos recibió con mayor afabilidad que la vez anterior, cuando visitamos el Sanatorio Galeno el día anterior.

—¿He llegado tarde, doctor? ¿Vive todavía? ¡Pobre mi querida tía Emma! Permítame que la vea inmediatamente. — Los ojos de Gladys rebosaban lágrimas que le rodaban por las mejillas mientras ella iba tras del doctor.

Pasamos por la habitación a la cual había entrado ya la muerte y siguiendo al doctor nos acercamos al lecho de la tía Emma. ¡Era cierto! Habíamos llegado en el último momento. Gladys estrechó con amorosa efusión la blanca mano de la anciana y la sujetó entre las suyas cariñosamente.

Una leve sonrisa apareció en el desencajado y adelgazado rostro de lá infeliz anciana.

—¡Gladys! — dijo con voz que fué tan sólo un suave murmullo. Abrió mucho los ojos. La moribunda intentó decir algo. Era demasiado esfuerzo el que pedía a sus agotadas energías. — ¡Hija mía!... ¡No te cases con...! — No dijo más. Tía Emma cayó en la inconsciencia que antecede al fin.

La enfermera, con una mano, suavemente, apartó un poco a Gladys.

—¿Qué han hecho respecto a Hilda? — preguntó Craig. — ¿Saben ellos hacia dónde se marchó?

El doctor Putnam movió negativamente la cabeza.

—Se ha ido hacia alguna parte, sin rumbo. Ellos la andan buscando ahora mismo.

—¿A quién se refiere usted al decir ellos?

—La señorita Sinclair ha ido hacia la costa por un lado; Huysel Talcott ha ido por otro y el señor Greene está vigilando el ferry-boat.

Se oyó ruido de voces en el hall.

Gladys levantó la cabeza reconociendo la voz de Sydney Talcott. Sidney llegó, abrazó a Gladys y le dijo en voz baja y casi al oído, algunas palabras de consuelo. Gladys no sabía qué hacer. Su deseo era tener confianza en Sidney. Pero conocía lo que se había producido en las pocas recientes horas y todo le parecía muy extraño. Decidió que, por el momento, no condenaría a nadie.

El empleado del doctor Putnam se presentó apresurado, procedente del hall.

—¡La policía ha encontrado a Hilda paseando por las lomas, del lado del Sur! — tartamudeó, jadeante, el hombre. — ¡La traen hacia aquí!

Helsey Talcott regresó de su infructuosa investigación sólo unos pocos segundos antes de la llegada del automóvil de la policía. Hilda, atónita, como si caminara envuelta en una niebla, entró. Kennedy no quiso que la atendiera ninguno de los presentes; se ocupó personalmente de ella.

—Hilda, — dijo después de haber hecho que la mujer se sentara en una cómoda butaca; — ¿hubo otro testamento?

—Sí; ¡yo lo firmé como testigo!

Hilda parecía hallarse hipnotizada.

—¿Cuándo?

—Hace un mes.

—¡Hace un mes !— exclamó Kennedy. — Yo creía que ese segundo testamento tenía fecha de cinco años atrás.

Hilda movió negativamente la cabeza.

—¡Pero hace un mes, — insistió Kennedy, — las dos señoritas ancianas no estaban en condiciones normales como para hacer un testamento válido!

Hilda se rió de modo muy extraño y desentonado.

—No les fué nunca simpática su hermana mayor, la madre de Mabel Sinclair y por eso desheredaron a ésta. Pero querían mucho a la joven Gladys y a Gladys se lo dejaron todo. Después, no obstante, cambiaron el testamento. Pero tuvo que ser fechado cinco años atrás para que pudiera tener valor ante la ley. Me llamaron. Yo comprendí... pero... — volvió a reirse con una risa extraña y lúgubre a la vez que burlona.

Se oyó el ruido de un automóvil que llegaba al Sanatorio. Llamaron al doctor Putnam. Kennedy fué con el doctor. Sidney y yo nos volvimos hacia Hilda y Gladys. El que había llegado era Greene.

—¡Hola, doctor! No he logrado encontrarla. No la han visto por el lado del ferryboat. ¿Ha vuelto Talcott? ¿Y Mabel? — John Greene no esperó respuesta. — ¿A dónde he de ir ahora?

Kennedy intervino.

—¡Ahí dentro! — dijo. — La policía la encontró y la ha traído.

—¡Bien! ¿Cómo se encuentra?

—Físicamente está bien; mentalmente, hecha un torbellino.

—¿Pero qué le pasa a todo el mundo? ¿Cómo sigue la señorita Emma?

—Decae por momentos, cada vez más rápidamente, — dijo el doctor Putnam.

Greene vió entonces a Sidney y le miró fijamente.

—¿Qué le pasa a usted, Sidney? Cualquiera diría que no le gusta verme. ¿Piensa usted en su interrumpido casamiento? — Hizo una pausa. — Dada mi posición no me era posible proceder de otro modo. No podía consentir que una jovencitas cuyas dos tías se encontraban en trance de muerte y que es heredera de una fortuna tan grande, huyera de su hogar, se dejara raptar para casarse. — Con una inclinación de cabeza indicó a Kennedy. — ¡Ese es un hombre! — añadió. — Fué él quien, en realidad, evitó el casamiento. En realidad, a mí no me hubiera hecho caso Gladys.

—¡Bien! El que tuvo la idea y el que comenzó fué usted. Pero la próxima vez no nos interrumpirá usted.

Greene pareció hacer un esfuerzo dominando su furor.

—No lo crea, — dijo con fingida calma. — Pero bien podía usted elegir un sitio mejor y un momento mejor para provocar una querella, Talcott.

Sidney no replicó pero se le puso el rostro muy rojo. Antes de que pudiera producirse el choque, sonó la campanilla del teléfono. Craig se acercó al aparato.

—Hablan del hospital local, — dijo, mirando hacia donde estábamos nosotros. — Mabel Sinclair ha muerto ahogada, en la bahía. Llamaron al hospital de una botica, pidiendo una ambulancia y un pulmotor. Vamos; mejor será que vayamos todos.

Esto fué casi demasiado para la abatida Gladys.

—¡Así que no sabré nunca lo que Mabel tenía que decirme! — exclamó. — ¡Señor Kennedy, — murmuró mientras nos dirigíamos a donde estaban los coches; — de prisa, por favor! Tal vez hayan logrado volverla a la vida con el pulmotor.

En aquel momento pasó por mi mente la idea de que Mabel Sinclair podía haberse suicidado. En tal caso ¿era el suicidio una confesión?

* * * *

POCO tuvimos que andar. Pronto llegamos a la farmacia, por cierto muy bien instalada, que quedaba en el camino de la costa. Allí estaba la ambulancia y se encontraba el médico.

Ya habían hecho uso del pulmotor con resultado negativo. El joven médico habló del masaje del corazón.

—También ha resultado inútil, — dijo en voz baja a Kennedy. — Está ya muerta.

Gladys se dejó caer en una silla junto al mostrador donde recibían las recetas. A su lado estaban ya Sidney y Greene. Gladys sollozaba violentamente.

Kennedy estaba demasiado ocupado para hacerles caso. Tenía concentrados sus pensamientos en Mabel Sinclair y en lo que le contestaban a las preguntas que hacía sobre el tiempo que hacía que la habían encontrado cerca del extremo del rompeolas.

—Déme usted una buena jeringa y una aguja delgada y larga, de ocho centímetros lo menos, — dijo al farmacéutico. — Y también unos diez centímetros cúbicos de una solución, al uno por mil, de epinefrina. Es necesario que la solución sea fresca y en plena potencia.

El farmacéutico le dió la jeringa y la aguja y después un frasquito con la epinefrina.

—Actualmente se habla mucho de las glándulas endocrinas, — dijo Kennedy poniendo rápidamente a esterilizar la jeringa y la aguja. — Una glándula que tiene asombrosa influencia en las condiciones químicas del cuerpo es la parte central o medular de la adrenal. Esa glándula produce una sustancia que tiene la extraordinaria propiedad de producir en diversos órganos los mismos fenómenos que se producen cuando la persona sufre una excitación, una emoción muy fuerte. Esa sustancia es llamada epinefrina, adrenina y adrenalina, pero a pesar de tener varios nombres, es siempre la misma cosa. — Se inclinó hacia el frío cuerpo de Mabel.

Craig pintó con un algodón humedecido con tintura de yodo una parte del pecho de la mujer, a dos dedos del borde izquierdo del esternón, algo hacia dentro del lado izquierdo del sitio donde debía hallarse el corazón.

En el momento en que con mano firme y segura Craig clavaba la aguja en aquel sitio, Gladys lanzó un agudo grito.

—¡Miren! ¿Qué hace? ¡Ahora ya no va a vivir!

Sin levantar la cabeza, Craig dijo en voz baja:

—¡Por favor, Gladys!

Hundió el embolo de la jeringa y después sacó la aguja con todo cuidado dirigiendo al mismo tiempo una seña, con la cabeza al médico de la ambulancia.

El joven médico puso su estetoscopio en el pecho de Mabel. Después de observar un instante se la pasó a Kennedy que, después de escuchar también, me lo pasó a mí.

—¡El corazón late! — exclamé atónito cual si me hallara ante un milagro.

Kennedy inclinó la cabeza afirmativamente.

—Cuando esta sustancia es inyectada en las venas aun en dosis infenitesimal, detiene la actividad del aparato digestivo, aleja la sangre del abdómen llevándola hacia el cerebro, el corazón y los músculos. Aumenta la presión sanguínea arterial, dilata los pequeños bronquios del pecho, hace que el hígado segregue su azúcar, acrecienta la coagulación de la sangre y en caso de fatiga muscular devuelve rápidamente a todos los músculos una nueva capacidad para el trabajo físico. Al mismo tiempo que excita aquella parte del sistema nervioso que entra en rápida acción en casos de mucho miedo o de grande enojo, esta médula de la adrenae, y por lo tanto esta droga preparada con ella, ayuda al cuerpo a luchar físicamente por la vida, le da mayor eficiencia y moviliza las fuerzas del cuerpo que han de realizar un esfuerzo en caso de emergencia. Si esto lo produce cuando es inyectada en las venas de una persona en estado normal, ¡cuán enorme tiene que ser la acción que ejerce cuando se la inyecta en el mismo corazón, aun cuando éste haya dejado de latir!

El joven médico frunció el ceño. El corazón de Mabel había cesado de latir.

Con toda calma preparó Kennedy otra inyección. El corazón latió de nuevo. Craig aplicó un espejito a la boca y nariz de Mabel. El espejito no se empañó. Los pulmones no funcionaban. El corazón cesó nuevamente de latir.

En su excitación, Gladys se había olvidado de Sydney y de Greene. Inclinada hacia adelante, a un lado de Craig, observaba fascinada. Se estremeció al notar un destello de esperanza en los ojos de Kennedy, pero se sintió decepcionada al ver que el espejito no se empañaba.

Por tercera vez preparó Craig la jeringa y la aguja.

—Es bueno recomendar, — dijo, hablando con el joven médico, — este método a todos los médicos para que lo practiquen siempre que sea necesario y procedan con rapidez. Pero es necesario recordar que los casos en que se puede emplear son contados en realidad. Si se ha producido desgarramiento de tejidos, acción tóxica o bacteriales, si ha habido destrucción de masas de órganos vitales, sería cruel y fútil abrigar mentidas esperanzas.

Dió la tercera inyección. Gladys se irguió y se tapó el rostro con las manos, mirando por entre los dedos. Sus labios se movieron trémulos. Vi que una y otra vez murmuraba entre dientes una plegaria. Halsey Talcott parecía estar aun más emocionado que Gladys. Paseaba de un lado a otro de la botica, en silencio.

—Pruebe ahora con el pulmotor, — dijo Craig al médico. — Trate de dar un breve impulso a los pulmones.

El corazón latía en aquel momento. El aire oxígenado del pulmotor hizo que el pecho se alzara y bajara.

Craig hizo una seña. El doctor retiró el aparato. Los pulmones, inflados ya, funcionaron. El corazón seguía latiendo.

—¡Está viva! — Gladys sintió en aquel instante una reacción de alegría extraordinaria. Me agarró una mano y no la soltó.

Kennedy se volvió hacia Hilda que había venido con nosotros. Los ojos de la mucama volvían ya a su aspecto normal.

—¡No quiero que se le pase todavía !— exclamó. Y agregó, volviéndose hacia el farmacéutecí: — ¿Tiene usted, tal vez, algo de solución de nyosceamina en sus estantes?

* * * *

POCOS instantes después los ojos de Hilda volvían a dilatarse. Pareció recordar entonces lo que había tenido lugar tiempo atrás en el Sanatorio.

—Hilda, — dijo Craig con enérgica voz; — cuéntenos usted ahora lo que pasó respecto a ese testamento hace un mes. Usted sabrá que las hermanas no estaban en condiciones de testar legalmente. ¿Por qué sirvió usted de testigo, entonces?

—¡Porque él me obligó! ¡No sé cómo! ¡No pude negarme! Me sentía mal, de un modo raro... Como me siento ahora. Tampoco pudo resistir a contestar a sus preguntas. Pero ahora no quiero resistirme. El me hizo que firmara.

Vi que el doctor Putman se dirigía lentamente hacia la puerta. Craig no se movió. La puerta estaba cerrada hacía ya un momento.

Pasándose lentamente la mano por la frente, Hilda gimió un par de veces.

—El intentó matarme. Ahora lo comprendo. Yo me quejé de que me sentía fatigada. "Tengo un excelente tónico para que lo tome usted", dijo él. Ahora vuelvo a sentir lo mismo que antes. Me siento muy extraña cada vez y luego me parece que todo se me ha olvidado.

Kennedy había preparado mientras tanto un antídoto. Se lo hizo tomar a Hilda.

—No se preocupe más, Hilda. Ya no volverá a sentir necesidad de tónico de clase alguna. Usted conoce a sus enemigos. Con eso me basta.

—¡Pobre mi vieja y querida Hilda ! — dijo Gladys que se había acercado a ella. — Usted vendrá conmigo, a mi casa; yo cuidaré de usted. Lo que necesita es descanso, mucho descanso.

La mucama le tendió la mano.

—¡Qué contenta y qué tranquilidad me hacen sentir sus palabras, señorita Gladys! ¡Y qué consuelo es para mí saber que ya no estoy volviéndome loca, como antes.

Gladys miró cara a cara al doctor Putnam.

—Lo que puedo decirle es que lamento que mis tías hayan estado bajo su techo, doctor ... ¡Ni un solo día debieron estar aquí!

Putnam, al llegar a la puerta y encontrarla cerrada, se había vuelto hacia Greene.

—A usted le debo el dinero de la hipoteca. Yo estaba atrasado en mis pagos. Usted podía apoderarse de todo lo mío. Yo hice lo que tuve que hacer y nada más.

—¿Qué vale su hipoteca comparada con la vida de Hilda? — Gladys tenía las mejillas muy rojas; estaba furiosa.

—¡Gladys!

Nos sobresaltamos. Mabel pronunció algunas ininteligibles palabras. Yo la miré estupefacto. Ya no quedaba recuerdo de muerte. Mabel había vuelto y vuelto de verdad, a este mundo.

Procuró incorporarse; intentó indicar algo con el brazo.

—La tía Emma me dijo... sí... me lo dijo... que fué él quien primero hizo el testamento... el falso. Después hizo que yo le ayudara a abrir la caja de hierro... me hizo buscar en ella el documento a que se refería "The Star". Gladys, si te hubieras casado con él, él se hubiese librado de mí y se hubiera quedado con todo. ¡Tú no hubieses pescado nada !— Noté que Mabel indicaba débilmente a John Greene. — Pero yo sabía ya demasiado... esta mañana. Lo mismo le pasaba a Hilda. ¡Sabíamos demasiado respecto al testamento!

Hilda pareció recordarlo todo de repente como si sus dos personalidades de antes se fueran confundiendo en una sola.

—Sí. El me hizo firmar. Ayer, junto con el doctor, me dijo que fuera al ferryboat y que me arrojara al agua. Esta mañana me dijo que fuera a la plaza del Sur, al malecón...

John Greene estaba de pie, de espaldas a un pupitre. Mientras las inyecciones de epinefrina habían ido produciendo el maravilloso despertar de la muerte, Greene habíase puesto cada vez más pálido, lívido, con la grisácea palidez de la muerte. Se hubiera dicho que el rubor que iba apareciendo en las mejillas de Mabel fuese arrebatado a las de Greene.

—Esta mañana él no fué al ferrybot como ha dicho; fué conmigo... al muelle... Yo no sé nadar. El me empujó. Si yo me ahogaba, mi muerte haría que todo quedara oculto.

—¡Sydney! — Gladys adelantó una mano impulsivamente, sonriendo feliz. — ¡Cuanto me alegro, Sidney... de que no fuera... Holsey!

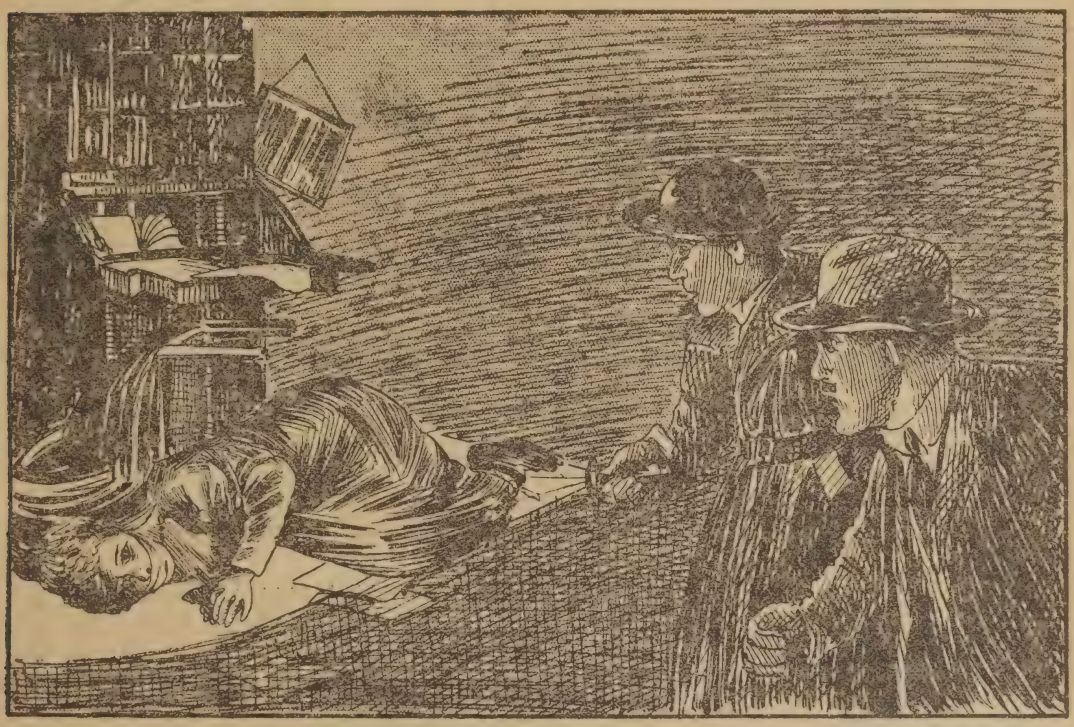
Siyned sonrió cuando ella tiró de él haciéndole que se acercara más.

—¿Sabe usted, Gladys que aquí, entre los dos, en el bolsillo interior de mi saco está la licencia matrimonial que obtuve?...

—¡Sydney! — Gladys notó entonces que Mabel, tendida en las mantas de la camilla de la ambulancia, la miraba. Se acercó a ella y se arrodilló junto a la camilla. — ¡Mabel! — exclamó, inclinándose y besándole la frente. — Mabel: sé que es el viejo testamento el que vale... pero tú no quedarás desheredada. La manzana... te la daré yo. Así tú y Halsey podrán edificar el palacio del Centro Artístico.

Aun cuando estaba todavía muy débil, Mabel sonrió valerosamente mirando a Halsey Talcott, que estaba de pie junto a su hermano.

—Greene, — dijo entonces Craig: — usted falsificó un testamento y procuró quitar del camino, primero a la sirvienta y luego a



Craig sacó su antorcha eléctrica. Allí, en el suelo, encogida, atada de pies y manos y amordazada, estaba Gladys. La desató. ("Muertos que hablan").

las dos ancianas hermanas. Usted se hubiera casado con Gladys; en caso contrario usted se hubiera apoderado de la mitad de su herencia, se hubiese puesto de acuerdo con Mabel, si Mabel se hubiera mostrado inclinada a entrar en combinación con usted. Usted quería apoderarse de la joven y de la herencia. Bien: esta aguja le ha salvado a usted de la silla eléctrica, pero, sin embargo, va a disponer usted de bastantes años para meditar sobre sus otros delitos.

El rostro de Greene hizo una extraña mueca. Miró fugitivamente, evitando las miradas de todos los presentes. Se notaba que procuraba dominar sus desordenados nervios. Me pareció extraño que aquel hombre no hiciera una fútil tentativa de fuga.

Sacó el pañuelo del bolsillo y se lo pasó por el rostro, inclinando hacia abajo la cabeza, mientras se le notaba en los ojos el fulgor de desesperación.

—Usted ha hecho que hable quien ya estaba muerto... Usted ha devuelto la vida a Mabel. ¡Pero antes ha de ir al mismísimo infierno que conseguir hacer otro tanto conmigo!

Dobló las rodillas y rodó luego por el suelo y yo me dí cuenta de que, cuando sacó el pañuelo del bolsillo había sacado también un papel que todavía tenía un resto de cianuro de potasio en polvo.

ARTHUR B. REEVE.

ALCALDADA

Allá por el año 1840 había en una de las provincias de Cuyo un alcalde que no sabía leer y que siempre que venía gente a pedir justicia, para que todos creyesen que sabía tomaba algún documento y hacía como que leía.

En una ocasión, habiendo observado uno de los concurrentes que tenía el papel al revés, le dijo:

—Señor alcalde, ¿cómo demonios quiere usted leer teniendo el escrito cabeza abajo?

El alcalde le contestó:

—De las veinticuatro cosas que a usted no le importa, una es que yo lea patas arriba o patas abajo, para eso soy alcalde.

* * * *

SALIENDO DEL PASO

Una niña de seis años entre en la sala de su casa, que está llena de visitas y dice:

—Mamá; ahí está la mujer que tiñe las canas.

—Bueno, hija mía, — dice la madre sin desconcertarse, — avisa a tu padre, que es él que se las tiñe.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 "	" 4.80
1 año	" 9.—

PETER PAN Y WENDY

LA HISTORIA DEL NIÑO QUE NO QUISO CRECER

POR

J. M. BARRIE

(TRADUCCION DEL INGLES)

(Conclusión. — Véase el número anterior)

CAPITULO VIII

La laguna de las sirenas

Si cerráis los ojos podéis acaso alguna vez tener la dicha de ver un estanque en forma vaga y bellísimo color suave, suspendido en la oscuridad; si entonces apretáis bien los párpados, el estanque empieza a tomar forma y los colores llegan a ser tan vivos que, apretando aún más, llegarán a ser como de fuego, pero antes de que este fuego se encienda veréis la laguna. Esta es la visión más cercana que se puede llegar a tener de la laguna en nuestro país aun será tan sólo por un divino momento. Si pudiera durar dos momentos, veríais la resaca y oiríais el canto de las sirenas.

En los largos días de verano los niños paseaban con frecuencia sobre esta laguna nadando o flotando, y jugaban a los juegos de las sirenas dentro del agua. No imagináis por eso que las sirenas tenían con ellos cordial amistad; por el contrario, entre los pesares de Wendy contábase el de que, en todo el tiempo que llevaba en la isla, no había podido obtener ni una palabra amable de ninguna de las sirenas. Cuando se acercaba despacito al borde de la laguna, Wendy veía cientos de sirenas, especialmente sobre la Roca de los Abandonados, donde gustaban de peinar sus cabellos, con tanta lentitud que indignaba a la activa niña. Podía entonces nadar Wendy disimuladamente hasta llegar a unos cuantos pasos de ellas, pero, en cuanto las sirenas la veían, se sumergían haciendo lo posible por azotarla con sus colas, no por casualidad, sino intencionalmente.

Trataban del mismo modo a todos los niñis, excepto, naturalmente, a Peter Pan, que charlaba con ellas sobre la Roca de los Abandonados a la hora del peinado y se sentaba sobre las colas cuando se ponían muy fastidiosas. Peter Pan fué quien dió a Wendy uno de los peines de las sirenas.

La mejor hora para verlas en la luna nueva, cuando lanzan gritos lastimeros y ex-

traños, pero entonces la laguna es peligrosa para los humanos y hasta la noche que ahora vamos a relatar, Wendy no había nunca visto la laguna a la luz de la luna, no ya por miedo, pues claro está que Peter Pan la habría acompañado, sino porque tenía establecido que todos los habitantes de la casita subterránea debían estar en la cama a las siete. Iba Wendy, no obstante, a la laguna con mucha frecuencia en los días en que, después de la lluvia, salía el sol, que era cuando las sirenas subían en gran número a jugar con las burbujas. Estas son pompas de varios colores formadas del mismo arco iris y que las ninfas se arrojan unas a otras como si fueran pelotas, tratando de conservarlas siempre en el arco iris hasta que se deshacen. La meta está situada a ambos extremos del arco iris y a las sirenas guardametas sólo se les permite usar las manos. A veces juegan a un tiempo sobre la laguna más de cien sirenas y no puede imaginarse espectáculo más delicioso.

Pero, en el momento en que los niños trataban de unirse a este juego, tenían que jugar solos, pues las sirenas desaparecían inmediatamente. No obstante, sabemos que vigilaban en secreto a los importunos y aun procuraban imitarles, pues Juan introdujo una nueva manera de dar a la pelota con la cabeza en lugar de dar con la mano y las sirenas guardametas la adoptaron. Y este fue el único recuerdo que quedó del paso de Juan por la isla. También era bonito ver a los niños descansando sobre una roca, media hora después de la comida de mediodía. Wendy insistía en que debían hacer esto y tenía que hacerse aunque la comida fuese de mentirijillas. Mientras los niños permanecían al sol y sus cuerpecillos, besados por sus rayos, relucían, Wendy, dándose importancia de madrecita, permanecía a su lado.

Así estaban aquel día en la Roca de los Abandonados. La roca no era mucho más grande que su cama, pero todos conocían perfectamente el arte de ocupar poco sitio y estaban tranquilamente adormilados, o, por lo menos, echados con los ojos cerrados y pellizcándose unos a otros de vez en cuando, en los momentos en que creían que Wendy no les miraba. La niña estaba cosiendo muy atareada. Mientras cosía ocurrió un cambio en la laguna; las aguas se estremecieron, el sol se ocultó y densas sombras se deslizaron sobre el agua, tornándola fría. Wendy ya no veía para enhebrar la aguja y, cuando levantó los ojos, la laguna, que hasta entonces había semejado risueña, mostrábase tenebrosa y amenazadora.

Wendy sabía que no era que hubiera llegado la noche, sino algo tan negro como la noche, y que, lo que aun era peor, no había llegado, pero había enviado aquel estremecimiento por encima del mar como anuncio de que llegaría. ¿Qué era lo que llegaba?

Se agolpaban ahora en la mente de Wendy los miles de historias que le habían contado acerca de la Roca de los Abandonados, llamada así porque los capitanes Piratas dejaban allí en castigo a sus marineros

Wendy no había podido obtener ni una palabra amable de ninguna de las sirenas

que se ahogaran, cosa que sucedía cuando subía la marea, pues la roca quedaba entonces enteramente sumergida en el agua.

Claro está que Wendy debió despertar a los niños inmediatamente, no ya causa del peligro desconocido que les acechaba, sino también porque no es bueno para los niños dormir en una roca que empieza a enfriarse pero Wendy era una madrecita novel y no sabíia de estas cosas. Pensaba sencillamente que no debía faltar a su costumbre de dejar dormir a los niños una hora después de la comida del mediodía y así, aunque el miedo se apoderaba de ella, y anhelaba oir una voz masculina, no los despertaba, y aun cuando oyó el ruido apagado de los remos y el corazón le dió un salto; no los despertó. Estaba de pie entre ellos, defendiendo su sueño. ¿Verdad que era valiente Wendy?

Fué un bien para los muchachos que uno de ellos fuera capaz de olfatear el peligro durante su sueño. Peter Pan se enderezó de un salto, muy despierto, y con un grito de alarma despertó a los otros. Después permaneció inmóvil ahuecando una mano junto a su oído.

—¡Piratas! — exclamó.

Los otros se acercaron más a él. Una extraña sonrisa iluminaba su rostro y Wendy la vió y temblo. Cuando aparecía en su semblante aquella sonrisa nadie se atrevía a dirigirle la palabra; lo único que podían hacer era prepararse a obedecer sus órdenes.

Estas vinieron en seguida rápidas y terminantes:

—Sumerglos.

Brillaron las piernas de los niños en el agua e instantáneamente la laguna pareció desierta. La Roca de los Abandonados quedó sola en las aguas prohibidas como si éstas estuvieran abandonadas tambien.

El bote se acercaba. Era la lancha del bu-

Federiquito hace graciosas muecas

UN JUGUETE NOVEDOSO Y DIVERTIDO

HAY QUE PEGARLO TODO EN CARTON Y UNA VEZ SECO RECORTAR CON CUIDADO LAS CUATRO PIEZAS: EL PEDAZO MAS GRANDE SE FIJA POR LA PARTE INFERIOR EN ALGO QUE SIRVA DE PEDESTAL EN EL PUNTO DE LA MEJILLA SE FIJA CON UN ALFILER GRUESO POR DETRAS. CADA UNA DE LAS OTRAS PIEZAS SUCESIVAMENTE HACIENDO QUE ESTAS GIREN FEDERIQUITO HACE LAS MAS VARIADAS Y LAS MAS DIVERTIDAS MUECAS DEL MUNDO.

PETER PAN

Ha sido adaptada al cinematógrafo por la casa PARAMOUNT

Protagonista: BETTY BRONSON

Director: HERBERT BRENON

Se exhibe en los mejores cinematógrafos

que Pirata, en la que iban tres personas: Smeee, Starkey y una cautiva, que no era otra que Higridia. Tenía atadas las manos y los pies y no se le ocultaba cuál iba a ser su suerte. La iban a dejar sobre la roca para que pereciera de una muerte más terrible para los de su tribu que la misma hoguera, pues en los libros sagrados de los de su raza está escrito que a través del agua no hay sendero para su paraíso. No obstante, su rostro permanecía impasible. Era hija de un jefe y debía morir como quien era.

Los Piratas la habían cogido abordando el buque con un cuchillo en la boca. En el buque no había vigilancia ninguna, pues jactábase el capitán Garfio de que el terror de su solo nombre guardaba el barco en más de una milla a la redonda. Ahora, el triste destino de la india le ayudaría a guardarlo. Aquella noche resonaría en aquel lugar un lamento más.

En la oscuridad que les acompañaba, los dos piratas no vieron la roca hasta chocar contra ella.

—Oye, bobalicón, marinero de agua dulce — gritó con acento irlandés la voz de Smee. — Ahora, lo que tenemos que hacer es subir a la Piel Roja hasta la roca y dejarla allí para que se ahogue.

Fué cosa de un momento, ¡de un brutal momento! el desembarcar a la hermosa joven sobre la roca. Tigridia era demasiado orgullosa para resistirse.

Muy cerca de la roca, aunque invisibles a los ojos de los Piratas, dos cabezas infantiles subían y bajaban; eran las de Peter Pan y Wendy. Wendy lloraba, pues era aquella la primera tragedia que presenciaba n su vida. Peter Pan había visto muchas tragedias, pero las había olvidado todas. No estaba tan triste como Wendy por la suerte de Tigridia; era el ver que iban dos contra uno lo que le enojaba, y se proponía salvar a la india. El medio más sencillo hubiera sido esperar a que los piratas se marcharan, pero Peter Pan no escogía nunca los medios sencillos.

No había nada que Peter Pan no fuese capaz de hacer. Ahora estaba imitando la voz del capitán Garfio:

—¡Eh! ¡Bobalicones, marineros de agua dulce! — gritó.

Y su imitación fué verdaderamente maravillosa.

—¡El capitán! — exclamaron los piratas, mirándose sorprendidos.

—Debe venir nadando hacia nosotros — dijo Starkey, después de haberlo buscado inútilmente.

—¡Estamos sujetando a Tigridia en la roca! — gritó Smee.

Y la asombrosa respuesta fué:

—¡Dejadla en libertad!

—¡En libertad!

—Sí; cortad sus ligaduras y dejadla marchar.

—Pero, capitán...

—En seguida. ¿Me oís? — gritó Peter Pan, imitando siempre la voz del capitán Garfio. — Si no, hundiré en vosotros mi gancho.

—¡Qué cosa tan rara! — tartamudeó Smee.

—Lo mejor es hacer lo que ordena el capitán — dijo Starkey muy nervioso.

—Sí, sí — asintió Smee.

Y al instante cortó las cuerdas de Tigridia. En seguida, la Piel Roja se deslizó como una anguila dentro del agua, por entre las piernas de Starkey.

Claro está que Wendy estaba muy gozosa de la habilidad de Peter Pan, pero como sabía que él también debía estarlo, temía que lanzara su triunfal "¡kikiriki!" y que así se traicionara. Por ello se apresuró a taparle la boca. Mas, casi en el acto, se detuvo.

—¡Ah del bote! — gritó una voz sonora sobre la laguna.

Era la voz del verdadero capitán Garfio. Esta vez no era Peter Pan quien había hablado.

Peter Pan que, en efecto, estaba a punto de larzar su grito triunfal, se detuvo instantáneamente y su rostro expresó la más viva sorpresa.

—¡Ah del bote! — volvió a oirse decir.

Entonces Wendy comprendió. El verdadero capitán Garfio se hallaba también en la laguna.

Se dirigía a nado hacia el bote y como sus hombres, para guiarle, le mostraban una luz, no tardó en llegar hasta ellos. A la luz de la linterna Wendy vió cómo su garfio se agarraba al costado del bote y vió su diabólica faz oscura al alzarse goteando del agua. Toda temblorosa, hubiera querido alejarse nadando, pero Peter Pan no se movía. También él temblaba, aunque no de miedo, y mil ideas orgullosas acudían a su mente.

—¿No soy yo una maravilla? ¿no soy yo una maravilla? — murmuró.

Y aunque ella pensaba también así, estaba realmente satisfecha, por la reputación de su amigo, de que nadie, excepto ella, pudiera oir aquella confesión.

Peter Pan hizo seña a la niña de que escuchara. Los dos piratas estaban anhelantes por conocer qué era lo que había llevado a su capitán hasta allí, pero, el terrible Garfio se había sentado en el bote con la cabeza apoyada en el gancho que formaba su mano derecha y n actitud de profunda melancolía.

—Capitán, ¿va todo bien? — preguntaron tímidamente.

El capitán contestó con un gemido ronco.

—Vuelve a suspirar — dijo Starkey.

—Por tercera vez ha suspirado — repitió Smee.

—¿Qué ocurre, capitán?

Al fin, el capitán Garfio habló con viveza.

—La lucha ha terminado — exclamó. — Esos niños han encontrado una madrecita.

A pesar del miedo que tenía, Wendy no pudo por menos de henchirse de orgullo.

—¡Oh, día funesto! — exclamó Starkey.

—Y ¿qué es una madrecita? — preguntó el ignorante Smee.

Wendy se sorprendió tanto que no pudo menos de exclamar:

—¡No lo sabe!

Y siempre, desde entonces, pensó que si hubiera de elegir un Pirata favorito, elegiría a Smee.

Peter tiró de ella hacia el fondo del agua, pero el capitán Garfio se había sobresaltado y exclamaba ya:

—¿Qué es eso?

—No he oído nada — dijo Starkey levantando la linterna sobre las aguas.

Y, después de mirar atentamente, vieron los Piratas un extraño espectáculo. El nido de que ya hemos hablado, flotaba sobre la laguna y el Ave-Ilusión estaba sobre él.

—Mira — dijo el capitán Garfio a Smee en respuesta a su pregunta. — Eso es una madrecita. ¡Qué hermosa lección! El nido debe haber caído al agua, mas ¿crees que por eso abandona la madre sus huevos? Pues no.

Y se quebró, como si en aquel momento recordara los días de su infancia, pero, con un movimiento de su gancho, alejó de sí esta momentánea debilidad.

Smee, muy conmovido, miraba al ave mientras el nido flotaba delante de ellos. Pero Starkey, más receloso, dijo:

—Si es una madrecita, tal vez esté ahí para ayudar a Peter Pan.

El capitán Garfio se sobresaltó.

—¡Ay! — dijo ese es el temor que me asalta .

Despertó de su melancolía gracias a la voz anhelante de Smee.

—Capitán — dijo el contramaestre. — ¿No podríamos secuestrar a la madrecita de esos niños y hacer que fuera nuestra madre

—Es un plan soberbio — gritó el capitán Garfio. Y el proyecto empezó a tomar forma en su magno cerebro. — Cogeremos a los niños y los transportarmos al bote; echaremos a los muchachos al agua y Wendy será nuestra madrecita.

De nuevo Wendy se olvidó de todo.

—¡Jamás! — gritó.

Y volvió a hundirse en las aguas.

—¿Qué ha sido eso?

Pero los Piratas no pudieron ver nada. Creyeron que habría sido una hoja movida por el viento.

—¿Estáis de acuerdo, lobos míos? — preguntó el capitán Garfio.

—Aquí está nuestra mano — dijeron los dos hombres.

—Y aquí mi garfio. Jurad.

Juraron los tres. En aquel momento habían llegado a la roca y, de súbito, el capitán Garfio recordó a Tigridia.

—¿Dónde está la princesa de los Pieles Rojas? — preguntó bruscamente.

Había momentos en que el capitán Garfio gustaba de bromear y los dos hombres creyeron que aquel era uno de estos moentos.

—Todo va bien, capitán, — respondió Smee complaciente. — La hemos dejado en libertad.

—¡En libertad! — exclamó el capitán Garfio.

—Vos nos llamasteis desde la laguna, cuando ya estábamos en la roca, para ordenarnos que la dejáramos libre.

—¡Rayos y centellas! — tronó el capitán Garfio. — ¿Qué superchería es esta?

Su rostro se había tornado aun más negro, de rabia, pero no dejó de comprender que las palabras de sus hombres eran sinceras, lo que le alarmó más aún de lo que ya estaba.

—Muchachos, — dijo temblando, — yo no he dado semejante orden.

—Es un horrible misterio, — dijo Smee.

Y los tres se inquietaron mucho. El capitán Garfio levantó la voz, en la que había un ligero temblor.

—¡Espíritus que encantáis la oscura laguna esta noche! — exclamó. ¿Me oís?

Aquí, Peter Pan debió haber callado, pero, cosa muy natural en él, no lo hizo. Inmediatamente, contestó fingiendo la voz del capitán Garfio:

—¡Con cien mil pares de demonios! Sí, te oigo.

En aquel momento supremo, el capitán Garfio no palideció, pero Smee y Starkey se agarraron el uno al otro, aterrorizados.

—¿Quién eres, genio desconocido? — Contesta, — preguntó el capitán Garfio.

—Soy Jaime Garfio — replicó la voz, — capitán del "Alegre Rogelio".

—¡Mientes! ¡No lo eres, no lo ers! — gritó roncamente el capitán Garfio.

—¡Rayos y centellas! — replicó la voz. — Si dices eso otra vez, te echaré el ancla encima.

El capitán Garfio estaba absolutamente genioso.

—Si eres Jaime Garfio, — dijo, casi humildemente, — dime: ¿quién soy yo?.

—Un bacalao, — replicó la voz. — Nada más que un bacalao.

—¡Un bacalao! — repitió el capitán Garfio palideciendo. Y entonces, sólo entonces, se abatió su soberbia. Vió que sus hombres se apartaban de él.

—Hemos sido mandados largo tiempo por un bacalao, — murmuraron; — eso es un oprobio para nosotros.

Y empezaron a murmurar entre sí contra él, pero, en su trágica situación, el capitán Garfio apenas si les prestó atención. Después de tan espantosa declaración, no era la fe de sus hombres lo que necesitaba, sino su propia fe en sí mismo. Y sintió que todo su pasado resbalaba sobre él y le aplastaba.

—No me abandonéis, viejos lobos, — susurró roncamente.

Como sucede a todos los grandes piratas, en la tenebrosa naturaleza del capitán Garfio vibraba una cuerda femenina que a veces le daba las más impensadas intuiciones. Súbitamente, trató de jugar a las adivinanzas.

—Garfio, gritó, — ¿tienes otra voz?

Como Peter Pan no podía dejar de aceptar ningún juego, contestó con su voz natural:

—Sí, la tengo.

—¿Y otro nombre?

—Sí, sí.

—¿Vegetal?, — preguntó el capitán Garfio.

—No.

—¿Mineral?

—No.

—¿Animal?

—Sí.

—¿Hombre?

—No.

Esta respuesta sonó desdeñosa.

—¿Niño vulgar?

—No.

—¿Niño maravilloso?

Con bastante sentimiento de parte de Wendy, la respuesta fé esta vez la siguiente:

—Sí.

—¿Estás en Inglaterra?

—No.

—¿Estás aquí?

—Sí.

El capitán Garfio estaba absolutamente perplejo.

—Hacedle vosotros también alguna pregunta, — dijo a sus hombres, enjugándose la frente húmeda de sudor.

Smee reflexionó un momento.

—No puedo pensar en nada, — dijo con pena.

—No adivináis, no podeis adivinar, — gritó triunfalmente Peter Pan. — ¿Os dais por vencidos?

Naturalmente, el orgullo de Peter Pan le inclinaba a llevar la broma demasiado lejos, y los piratas vieron en ello la mejor oportunidad.

—Sí, sí, — contestaron anhelantes.

—Perfectamente. Sabed entonces que soy Peter Pan.

¡¡Peter Pan!!

En un momento el capitán Garfio volvió a ser el que siempre había sido y Smee y Starkey fueron sus subordinados.

—Ahora le tenemos cojido, — gritó el capitán Garfio. — Al agua, Smee, y tú, Starkey, en el bote, cogedlo vivo o muerto.

Mientras hablaba saltó al agua y simultáneamente se alzó la alegre voz de Peter Pan:

En unos instantes la niña y la cometa se perdieron de vista

—¿Estáis dispuestos, muchachos?

—Sí, sí, — dijeron las voces de los niños desde varias partes del lago.

—Entonces, ¡duro a los piratas!

La lucha fué corta y feroz. El primero en herir fué Juan, que trepó valientemente dentro del bote y cogió a Starkey. Hubo un fiero combate en el cual el alfanje fué arrancado de la zarpa del pirata; éste se hundió sobre la borda y Juan saltó tras él. El bote se alejó a la deriva. Aquí y allí veíase una cabeza que salía al agua, más lejos brillaba un centello de acero seguido de un grito de muerte o de un estertor de agonía. En la confusión, algunos golpeaban a los de su propio bando. El sacacorchos de Smee penetró en la cuarta costilla de Simplón, pero el pirata fué herido a su vez por Encrespado. Un poco más lejos, cerca de la roca, Starkey acosaba a Ligerín y a los dos Gemelos.

¿Donde estaba Peter Pan en aquel momento?

Buscando un juego de más importancia. Los otros eran todos muchachos valientes y no debía culpárseles si retrocedían a la ferocidad del capitán pirata. La garra de hierro del capitán Garfio formaba en torno suyo un círculo mortal del que los niños huían como peces medrosos.

Pero había uno que no lo temía, uno que

Nana, la buena perra, cuida de los chicos de los Dorling. (De la película "Peter Pan", de la empresa "Paramount", que actualmente se exhibe en los principales cinematógrafos de Buenos Aires).

estaba preparado a entrar en el terrible círculo.

No fué precisamente sobre el agua donde se encontraron; el capitán Garfio subió a la roca para respirar y en el mismo momento Peter Pan la escaló por el lado opuesto. La roca era resbaladiza como una pelota y los dos enemigos tenían que arrastrarse en lugar de trepar. Ni el pirata ni el niño sabían que el otro se acercaba; cada uno de ellos, buscando a dónde agarrarse, halló el brazo del otro. A un tiempo sorprendidos, levantaron los dos la cabeza, sus rostros casi se tocaban y así fué como se encontraron.

Muchos de los más famosos héroes han confesado que en el preciso momento de lanzarse a la lucha, sentían desfallecimiento. No nos extrañaría que le hubiese pasado esto a Peter Pan; al fin y al cabo luchaba con el único hombre a quien el Gran Cocinero había temido, pero, Peter Pan no sintió desfallecimiento; sólo un sentimiento le embargaba: la alegría, que le hizo apretar los lindos dientecillos, gozoso. Rápido como el pensamiento, arrancó el cuchillo del cinturón del capitán Garfio y, estaba a punto de hundirlo en su enemigo, cuando vió que estaba colocado sobre la roca a más altura que el pirata. Así no hubiera sido el combate leal; dió, pues, la mano al pirata para ayudarle a subir y fué entonces cuando el pirata le clavó su gancho.

No fué el dolor sino la falta de lealtad lo que paralizó a Peter Pan hasta dejarle completamente indefenso. No supo sino quedarse mirando a su enemigo horrorizado y con los ojos muy abiertos. Todos los niños se quedan así, como Peter Pan se quedó entonces, cada vez que se les trata con injusticia. Una vez les hacemos nuestros, lo menos a que se creen con derecho, es a nuestra lealtad. Después que hemos sido injustos con ellos, nos amarán aún, pero nunca serán ya los mismos que eran; ninguno vuelve a levantarse de la caída de la primera injusticia. Ninguno, excepto Peter Pan. Porque Peter Pan, tantas veces como tropezaba con la injusticia, volvía a olvidarla, y acaso era esta la diferencia real que existía entre él y los demás niños.

Así, pues, al tropezar ahora con la injusticia, con la deslealtad, fué como si se hallara por primera vez y no pudo hacer más que quedarse inmóvil, indeciso, con los ojos muy abiertos. Y por dos veces la garra de hierro se hundió en él.

Pocos minutos después vieron los otros niños al capitán Garfio en el agua, luchando fieramente por llegar al buque. No iluminaba el triunfo su tenebroso rostro, que empalidecía el temor, pues el cocodrilo le seguía en obstinada persecución. En otra ocasión cualquiera, los niños hubieran anadado en tropel victoriándole, pero ahora se sentían inquietos, pues habían perdido a Peter Pan y a Wendy y registraban en vano toda la laguna llamándoles por sus nombres. Al fin encontraron el bote y se volvieron a casa en él, gritando:

—¡Peter Pan, Wendy! — según avanzaban.

Pero no obtuvieron respuesta alguna. Sólo les contestaba la burlona risa de las sirenas.

—Deben haber vuelto a nado o volando, — pensaron.

No estaban muy asustados porque era inemnsa su fe en Peter Pan; se rieron, pues, como chiquillos que eran, por lo tarde que iban a acostarse ¡y todo por culpa de mamá Wendy!

Cuando sus voces se apagaron hubo un helado silencio sobre la laguna y luego se oyó un débil grito:

—¡Socorro, socorro!

Las aguas golpeaban contra las rocas a dos figuritas menudas. La niña se había desmayado y los brazos del niño la sostenían. En el último esfuerzo, Peter Pan la empujó hacia lo alto de la roca y después se tendió a su lado. Aunque también estaba a punto de desmayarse, pudo ver que las aguas subían: era la marea. Peter comprendía que pronto se habrían ahogado, pero no podía hacer otra cosa.

Mientras yacían así, el uno al lado del otro, una sirena cogió a Wendy por los pies y empezó a tirar de ella con suavidad hacia dentro del agua. Peter Pan, sintiéndola resbalar junto a él, se despertó sobresaltado, a tiempo todavía de tirar de ella hacia arriba, pero se vió precisado a decir a la niña la verdad.

—Estamos sobre la roca, Wendy, — dijo, — pero ya ves que cada vez se vuelve más pequeña. Pronto estará toda cubierta de agua.

La niña aún no acababa de comprenderlo.

—Pues vámonos, — dija casi con viveza.

—Sí, — contestó él debilmente.

—¿Iremos a nado o volando, Peter?

Peter Pan comprendió que era preciso decirle al verdad.

—¿Crees que podría nadar o volar hasta la isla sin mi ayuda, Wendy?

Ella tuvo que confesar que estaba demasiado cansada. Peter Pan lanzó un gemido.

—¿Qué te pasa? — preguntó inmediatamente la niña, temerosa por él.

—Que no te puedo ayudar, Wendy. Me ha herido el capitán Garfio. No puedo nadar ni volar.

—¿Crees que nos ahogaremos?

—Mira, mira cómo sube el agua.

Se taparon los ojos con las manitas para no ver lo que iba a pasar. Creían que no tardarían en dejar de existir y cuando estaban así, sentados, algo tan suave como un beso rozó el rostro de Peter Pan y se mantuvo contra él, como diciendo tímidamente: "¿puedo servir de algo?"

Era la cola de una cometa que Miguel había hecho unos días antes. Se había escapado de la mano del niño, elevándose en el aire.

—Es la cometa de Miguel, — dijo Peter con indiferencia.

Pero en seguida la cogió de la cola y empezó a tirar de ella.

—Esta cometa levantó del suelo a Miguel, — exclamó. — ¿Por qué no había de levantarte a tí?

—A los dos.

—No, a los dos no podría levantarnos. Mi-

guel y el Encrespado lo probaron y no se elevaba.

—Entonces, echémoslo a suertes — dijo valientemente Wendy.

—No, no; tú eres una dama.

Y diciendo esto, Peter Pan había atado ya la cola de la cometa en torno a la niña. Wendy se agarró a su amiguito y se negaba a irse sin él, más Peter Pan, diciendo un "Adios, Wendy", la empujó fuera de la roca, y en unos instantes la niña y la cometa se perdieron de vista.

Ahora la roca sobresalía apenas del agua. No tardaría en estar del todo sumergida. Pálidos rayos de luz avanzaban sobre la laguna y a poco se oyó un sonido, el más musical y el más melancólico del mudo. Eran las sirenas llamando a la luna.

Peter Pan, aún cuando en nada se parecía a los demás seres, se asustó. Semejante al estremecimiento con que él viento roza las aguas del mar, un vivo temblor le sacudió de pies a cabeza, pero los estremecimientos del viento en el mar se suceden unos a otros y hasta sumar muchos cientos de ellos y Peter Pan tembló sólo una vez. Un momento después se hallaba de nuevo erguido sobre la roca, con el rostro iluminado por su linda sonrisa y un repiqueteo de alegres tambores en el alma. Aquel repiqueteo decía: ¡La muerte debe ser una gran aventura!

CAPITULO IX

El ave-ilusión

El último rumor que oyó Peter Pan antes de quedarse completamente solo, fué el de las sirenas al retirarse una tras otra a sus habitaciones de debajo del mar. Estaba el niño demasiado lejos para oir el golpe de las puertas al cerrarse, pero cada puerta de las cavernas de coral, donde las sirenas viven, hace sonar una diminuta campanilla al abrir se o cerrarse (como en las más lindas casas de nuestro país) y Peter Pan pudo oir perfecatmente el ruido de esas campanillas.

Las aguas se elevaban tranquilas hasta besar sus pies y, para pasar el rato hasta que concluyesen de tragarlo, Peter Pan se puso a contemplar el único objeto que se movía sobre la laguna. Creía el niño que sería un trozo de papel flotante, parte de la cometa tal vez, y se puso a calcular vagamente cuánto tiempo tardaría en llegar a la playa. Después notó la rareza de que aquello se hallaba indudablemente sobre la laguna con algún propósito determinado, pues luchaba contra la corriente y a veces la vencía. Cuando al fin venció, Peter Pan, que simpatizaba siempre con el más débil, no pudo dejar de batir palmas alegremente: ¡bien por el valiente trozo de papel!

Pero no era un trozo de papel; era el ave-Ilusión haciendo desesperados esfuerzos sobre su nido para alcanzar a Peter Pan y que, moviendo las alas de un modo que había aprendido en el tiempo que hacía que el nido se cayera al agua, guiaba hacia la roca su extraña embarcación. Cuando Peter Pan reconoció al pájaro, éste, cansado, ya no podía más.

Se dirigía allí para salvarle, para darle su nido, aun cuando había huevos dentro de él. Era tanto más maravillosa la conducta del Ave-Ilusión si recordamos que, aunque Peter Pan había sido bueno con ella, algunas veces también la había atormentado. Mas acaso, como el ave era madre, lo mismo que la señora Gentil y que todas las madres, se mostraba tierna con Peter, porque el niño tenía todavía todos sus primeros dientes.

El ave gritó diciendo a lo que había ido, y el niño gritó preguntando qué era lo que ella hacía allí, pero, como era natural, ni el ave ni el niño entendían el lenguaje del otro. En los cuentos fantásticos, las personas hablan tranquilamente con los pájaros y yo quisiera por un momento poder fingir que esto es también un cuento y decir que Peter Pan replicó comprensivo a las palabras del Ave-Ilusión. Pero mejor será contar sólo lo que realmente pasó. Y lo que pasó fué que no sólo no se pudieron entender, sino que se olvidaron de sus buenos modales.

Yo... quiero... que.. entres... en... el... nido... — gritó el ave con tanta lentitud y claridad como le fué posible. — Y... entonces... podrás... llegar... a la... playa... pero... estoy... demasiado... cansada... para... acercarlo... más... a tí... así es... que... debes... tratar... de nadar... hasta él.

—¿Pero qué estás graznando ahí? — repuso Peter Pan. — ¿Por qué no dejas que el nido flote como de costumbre?

—Es que... quiero... que... — empezó a decir el ave. Y repitió el discurso de antes.

Entonces Peter Pan fué quien dijo lenta y claramente:

—Qué... estás... graznando... ahí...? — Y todo lo demás que ya sabemos.

El Ave-Ilusión se indignó; los dos tenían poca paciencia..

—Badulaque, grajo insignificante, — chilló. — ¿Por qué no haces lo que te digo?

Peter Pan comprendió que el pájaro le insultaba, y replicó con viveza, aunque al azar:

—¡Lo mismo eres tú!

Entonces, ¡cosa curiosa! los dos dijeron la misma frase:

—¡A callar!

—¡A callar!

Sin embargo, el Ave-Ilusión estaba decidida a salvar al niño, y haciendo un último potentísimo esfuerzo, impulsó el nido hacia la roca y en seguida voló, abandonando sus huevos, como para hacer más patente su idea.

Comprendió entonces Peter Pan; se agarró al nido y, con una mano, dió las gracias al ave, que revoloteaba ya sobre su cabeza. Mas no era para recibir la expresión de su agradecimiento para lo que el Ave-Ilusión permanecía así suspens. en el espacio; no era, tampoco, para verle entrar en el nido; era para ver lo que hacía con sus huevos.

Había en el nido dos grandes huevos blancos. Peter Pan los cogió y reflexionó un instante. El ave se cubrió los ojos con las alas para no ver así el fin de sus huevos, pero no pudo evitar de mirar por entre las plumas.

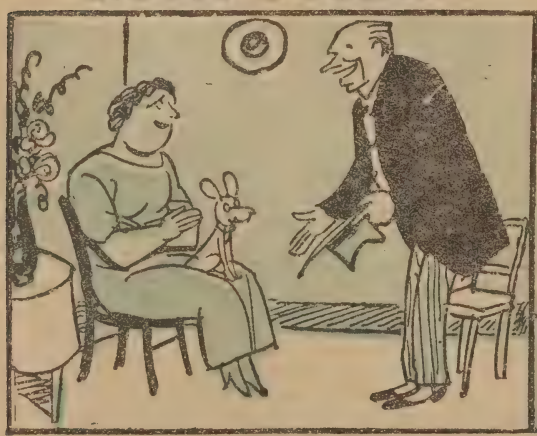
DONDE SE JUEGA A LA RULETA

—¡Que hombre! ¡Anoche se retiró llevándose diez fichas de mil pesos! Anteanoche se llevó quince fichas del mismo valor y hoy se llevará veinte lo menos.

—¡Diablos! Por lo visto es un tipo "que se las trae" ¿eh?

—¿Que se las trae? ¡No! ¡Que "se las lleva"!

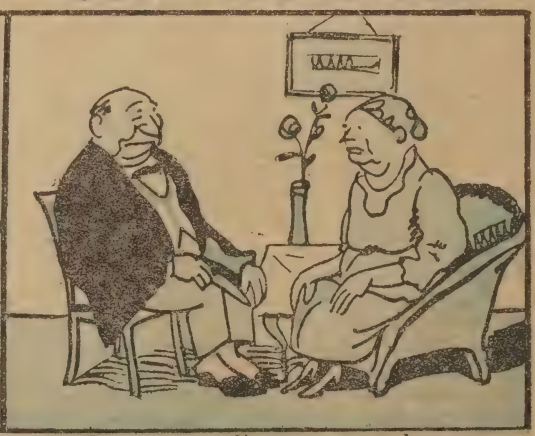
NOTA SOCIAL



—Me retiro, señora; no quiero molestarla más.

—¡Oh! Un rato más o menos ¿sabe? poco importa.

CON PACIENCIA

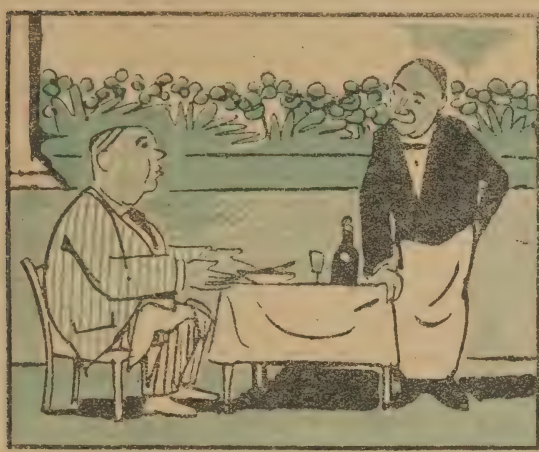


—Usted no le disgusta, pero hay una diferencia de edad tan grande...

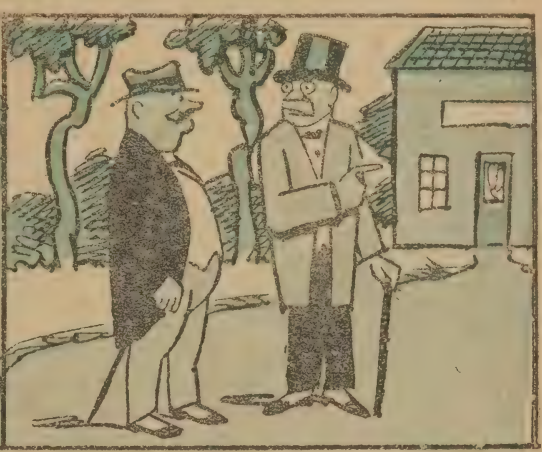
—Bueno, bueno... Esperaré a que ella envejezca un poco.

NOTAS COMICAS

—Tenemos suerte, Dupont, nuestro tren llegará con una hora y cuarto de retraso.
—¿Y eso le parece bien, amigo Durand?
—¡Sí! Generalmente trae dos horas de atraso. (Del "Vermet").



—¡Mozo! Dos pesos por un bife! ¡Que atrocidad!
—Piense el señor que es de carne de un toro primo hermano del campeón.



—¿En su museo tambien hay un cráneo de Voltaire?
—¡Pero si es el anténtico! Tiene sus iniciales, que se hizo grabar él mismo.

—Una limosna, señora.
—No; no le doy nada; usted es un holgazán y nada más.

—¡Ah! Nadie se apiada de mí. Pero la dársena está ahí no más y sé lo que tengo que hacer.
—¡Pst! ¡Oiga, buen hombre.

—Tome un peso; no quiero ser causante de su suicidio.
—Gracias. Pero yo iba a la dársena a buscar trabajo de estibador.

Se me ha olvidado deciros que sobre la roca había una estaca, colocada en ella desde hacía largo tiempo por algunos filibusteros para señalar que allí había oculto un tesoro. Los niños habían descubierto el centelleante montón que formaba el tesoro y cuando estaban de broma solían, para divertirse, echar a puñados las monedas de oro, los diamantes, las perlas y las piedras preciosas a las gaviotas, que se arrojaban sobre ellas creyéndolas comida y que salían en seguida volando apresuradamente, rabiosas por la broma de que habían sido víctimas. La estaca estaba todavía allí, y sobre ella había colgado Starkey su sombrero, un gran sombrero encerado de alas muy anchas. Peter Pan colocó los huevos dentro de aquel sombrero y lo dejó sobre la laguna. Flotaba admirablemente.

El Ave-Ilusión vió en seguida la acción del chiquillo y lanzó un grito de admiración por él. A este grito respondió Peter Pan con otro de agradecimiento.

Después se metió en el nido, plantó en él la estaca como si fuera un mástil y colgó su camisa para que hiciera las veces de vela. En el mismo momento el Ave-Ilusión bajó hasta el sombrero del Pirata y volvió a acomodarse de nuevo tranquilamente sobre sus huevos. Impulsó el sombrero hacia la derecha mientras Peter Pan derivaba hacia la izquierda, y ambos vitoreáronse mutuamente.

Al desembarcar, Peter Pan colocó su improvisada nave en un lugar en que el Ave-Ilusión pudiera hallarla con facilidad, pero el sombrero había sido tan del gusto del pájaro que el Ave-Ilusión abandonó por él su nido. En el sombrero vivió con sus pajarillos hasta que se rompió en mil pedazos y Starkey solía llegar con frecuencia a la playa para mirar con amargura cómo el ave estaba tranquilamente acomodada sobre su sombrero. Como ya no hemos de verla más, merece la pena de que hagamos constar que, desde entonces, todos los descendientes del Ave-Ilusión hacen su nido, con un ancho alero sobre el cual puedan pasear sus pequeñuelos.

Grande fué el regocijo al llegar Peter Pan a la casita subterránea casi al mismo tiempo que Wendy, quien había sido llevada y traída hacia aquí y hacia allá por la cometa. Todos los niños tenían maravillosas aventuras que contar, pero sin duda la más importante de todas fué la de irse a la cama algunas horas más tarde de lo habitual. Esto les enorgulleció tanto, que inventaron mil pretextos para conseguir permanecer en pie todavía más tiempo y se les ocurrió que Wendy les vendara las heridas y otras cosas por el estilo, pero su madrecita, contenta ya de tenerlos a todos en casa, de nuevo sanos y salvos, estaba escandalizada de lo avanzado de la hora y exclamó: "¡A la cama, a la cama!" con una entonación que no podía por menos de ser obedecida. Al día siguiente, en cambio, se mostró muy tierna con ellos, los vendó uno por uno y les permitió jugar hasta la hora en que, cojeando y con los brazos en cabestrillo, se fueron a dormir.

CAPITULO X

El hogar feliz

Un importante resultado de la escaramuza de la laguna fué que, agradecidos los Pieles Rojas, se hicieron amigos de los niños. Peter Pan había salvado a Tigridia de una muerte espantosa y ahora ya no había nada que la princesa y los suyos no fueran capaces de hacer por él. Todas las noches se sentaban cerca de la casita subterránea, vigilándola y esperando el gran ataque de los Piratas que, evidentemente, no sería aplazado mucho tiempo y día tras día paseaban en torno de ella fumando la pipa de la paz.

Llamaban a Peter Pan el Gran Padre Blanco y se prosternaban ante él, lo que al chiquillo le agradaba terriblemente.

—El Gran Padre Blanco, — les decía altivamente cuando ellos se apiñaban a sus pies, — está muy contento de ver a los guerreos Picaniños protegiendo su casita de los malvados Piratas.

—Tigridia, — replicaba aquella encantadora criatura, — estar muy contenta. Peter Pan salvarla, y yo ser su amiga. Tigridia no dejar Piratas hacer daño Peter Pan.

Era demasiado linda la Piel Roja para adular de este modo, mas Peter Pan pensaba que todo se lo merecía y contestaba dándose importancia:

—Está bien; Peter Pan ha hablado.

Siempre que el niño decía: "Peter Pan ha hablado", quería decir que los demás debían callarse y los indios lo aceptaban humildemente de él, pero no eran tan respetuosos con los otros niños, a los que consideraban como seres vulgares. Permitíanse muchas veces contestarles con impertinencia, lo que molestaba a los niños, aunque a Peter Pan le pareciera muy justa esta diferencia.

Secretamente, Wendy estaba un poco de acuerdo con las quejas de la mayoría, pero era una mujercita demasiado leal para escuchar ninguna queja contra Peter Pan.

—Vuestro papaito lo sabe mejor que vosotros, — solía decir, fuera cual fuera su opinión particular. Y su particular opinión era que los Pieles Rojas no debían llamarla a ella "la esclava".

Llegamos ahora a la noche que iba a ser señalada entre todas a causa de sus aventuras y del resultado final de éstas. Aquel día, como si estuviera reuniendo todos los acontecimientos para más tarde, transcurrió casi sin ninguna aventura y los Pieles Rojas se hallaban envueltos en sus mantas y colocados en sus puestos de vigilancia, mientras, debajo de sus pies, los niños todos tomaban su comida de la tarde. Los niños todos, excepto Peter Pan, que había salido a ver qué hora era. El único modo posible de saber la hora en la isla era buscar al cocodrilo y permanecer a su lado hasta que sonaba el reloj que llevaba dentro.

Aquella comida fué para los niños un té de mentirijillas y los chiquillos, en torno a la mesa, engullían con ficticia voracidad mientras su charla y sus continuas peleas hacían un ruido ensordecedor según opi-

nión de Wendy. Estamos seguros de que a la madrecita no le importaba mucho el ruido, pero no les quería dejar que jugasen a lo loco y que después se disculparan diciendo que el Simplón tenía la culpa porque les había empujado. Había establecido una norma fija según la cual estaba prohibido pelearse durante las comidas y los niños debían referir la causa de la disputa a Wendy, levantando cortésmente el brazo derecho y diciendo: "Me quejo de esto y de lo otro y de lo de más allá"; pero lo que solía suceder era que, o se olvidaban de hacerlo, o lo hacían con excesiva frecuencia.

—¡Silencio! — gritaba Wendy después de haberles dicho ya veinte veces que no hablaran todos a la vez. — ¿Está vacía tu taza, querido Ligerín?

—Todavía no, mamá, — decía Ligerín, después de mirar el contenido de un cubilete imaginario.

—Todavía no ha empezado a beberse la leche, — interrumpía el Agudo.

Esto era acusar, lo que también estaba prohibido, y Ligerín aprovechó aquella ocasión para levantar su brazo derecho.

—Me quejo del Agudo, — exclamó con viveza.

Pero Juan había levantado antes su brazo.

—¿Qué quieres, Juan?

—¿Puedo sentarme en la silla de Peter Pan ya que él no está aquí?

—¡Perofi Juan! ¡sentarte en la silla de papaíto! — dijo Wendy escandalizada, — ¡no por cierto!

—¡Pero Pan no es nuestro papaíto de veras, — contestó Juan; — ni siquiera sabía lo que debe hacer un padre hasta que yo se lo enseñé.

Esto era murmurar, de lo que también había prohibición.

—Nos quejamos de Juan, — dijeron los Gemelos.

El Simplón levantó la mano. Como ya sabemos todos, era muy humilde, tan humilde que Wendy lo trataba con especial condescendencia.

—Yo no creo, — dijo el Simplón tímidamente, — poder ser papaíto.

—Claro que no, Simplón.

Cuando el Simplón empezaba a hablar, lo cual no sucedía muy a menudo, solía continuar de un modo muy tonto.

—Y como no puedo ser papaíto, — dijo tristemente, — supongo que Miguel tampoco me dejaría ser el Bebé de la casa.

—¡No, claro que no! — gritó con viveza Miguel, que ya estaba metido en su canasto.

—Y como no puede ser el Bebé, — continuó el Simplón cada vez más despacio — ¿créis que podría ser uno de los gemelos?

—Claro que no , —replicaron los Gemelos. — No hay nada tan difícil como ser uno de los Gemelos.

—Ya que no puedo ser nada importante, — siguió el Simplón, — ¿os gustaría verme hacer una diablura?

—No, — replicaron todos.

Al fin concluyó Simplón:

—La verdad es que no tenía ninguna esperanza.

Entonces volvieron a acusarse unos a otros del modo más censurable.

—Ligerín está tosiendo sobre la mesa.

—Los Gemelos se están comiendo las manzanas.

—El Agudo habla con la boca llena.

—El Encrespado ha cogido tres plátanos.

—Me quejo de los Gemelos.

—Me quejo del Encrespado.

—Me quejo del Agudo.

—¡Señor, señor! — exclamaba Wendy — la verdad es que los niños causan más molestia de lo que valen.

Y en consecuencia, les dijo que se levantaran de la mesa y ella fué a sentarse ante su cesto de labor, en el que había un enorme montón de calcetines y de medias con agujeros en los talones y en las rodillas.

—Wendy, — exclamó Miguel, — soy ya demasiado mayor para dormir en una cuna.

—Alguno debe dormir en la cuna, — dijo la niña casi con aspereza, — y tú eres el más pequeño; una cuna es un mueble precioso que no debe faltar en ninguna casa.

Mientras Wendy cosía, los niños jugaban en torno suyo, mostrando un delicioso grupo de caras dichosas y piernas saltarinas, grupo que iluminaba fantásticamente la luz vívida de la chimenea.

Era una escena habitual en la casita subterránea, una bella escena que vamos a presenciar por última vez.

Se oyeron pasos arriba y Wendy fué la primera en reconocerlos.

—Niños, — dijo, — oigo los pasos del papaíto; ya sabéis que cuando llega le gusta encontraros esperándole en la puerta.

Arriba, los pieles rojas se inclinaron acatando a Peter Pan.

—Vigilad bien, valientes. Peter Pan ha hablado.

Y entonces, como antes con tanta frecuencia, los niños tiraron de él para sacarle del árbol. Como antes con tanta frecuencia... pero como ya nunca más.

—Peter Pan traía nueces para los niños y la noticia de la hora exacta para Wendy.

—Peter, ya sabes que así me los malcrías — dijo Wendy, riendo.

—Sí, mamita — dijo Peter Pan colgando su espopeta.

—Fuí yo quien dije que a las madres se les llama mamitas, — murmuró Miguel al oído del Encrespado.

—Me quejo de Miguel, — dijo instantáneamente el Encrespado.

Uno de los Gemelos se acercó a Peter Pan.

—Papaíto, queremos bailar.

—Pues, danzad, muñecos, — dijo Peter Pan, que estaba de excelente humor.

—Es que queremos que tú bailes también.

La verdad es que Peter Pan era el mejor danzarín de todos, pero fingió que la pretensión del Gemelo le escandalizaba.

—¡Yo! ¡Por Dios! Mis viejos huesos crujirían!

—Y mamá, también.

—¿Cómo? — exclamó Wendy. — ¿danzar la madre de tantos chiquillos?

—Pero siendo sábado por la noche... — insinuó Ligerín.

No era realmente sábado, pero podía ha-

berlo sido, pues los niños hacía ya mucho tiempo que habían perdido la noción de los días que iban transcurriendo y por ello, siempre que querían hacer algo extraordinario, decían que era sábado por la noche, y lo conseguían.

—La verdad es que siendo sábado por la noche, querido Peter... — empezo a decir Wendy enterneciéndose.

—Pero a nuestra edad, querida Wendy...

—Es sólo en familia.

—Es verdad, es verdad.

Se consintió, pues, a los niños que bailaran, pero antes debían ponerse la camisa de dormir.

—¡Oh, mamita! — dijo Peter a Wendy, poniéndose junto a ella al lado del fuego para calentarse, y mirando cómo volvía el remiendo de un talón. — No hay nada tan agradable para ti y para mí como una noche así, cuando la labor del día ha terminado y podemos descansar cerca del fuego rodeados de nuestros pequeños.

—Es muy grato, ¿verdad, Peter? — dijo Wendy agradecida.

—A veces me parecee, Peter, que el Encrespado tiene tu nariz.

—Y Miguel se parece mucho a ti.

Wendy puso la mano en el hombro de Peter Pan.

—Querido Peter — dijo, — con las fatigas que me causa esta chiquillería ya no soy lo que era, pero tú no me cambiarías por ninguna otra ¿verdad?

—No, Wendy.

Verdad era que no la hubiera cambiado, pero también que ahora la miraba intranquilo, parpadeando ¿sabéis? como quien no está muy seguro de si duerme o está despierto.

—¿Qué te pasa, Peter?

—Estaba precisamente pensando — dijo temeroso, — que eso de que soy padre de todos estos es sólo de mentirijillas ¿verdad?

—Claro que sí — dijo Wendy un poco enfurruñada.

—Es que me parece, — concluyó él, excusándose — que eso de ser papaíto de veras me haría parecer muy viejo.

—Pero ellos son tuyos, Peter; tuyos y míos.

—Pero no realmente, ¿verdad, Wendy?— preguntó él con ansiedad.

—No, si así no lo deseas — replicó la niña.

Y entonces oyó claramente cómo Peter Pan lanzaba un suspiro de alivio. Después tratando de mostrarse serena:

—Y ahora dime, Peter Pan: ¿cuáles son tus sentimientos hacia mí?

—Los de un hijo cariñoso, Wendy.

—Ya me lo figuraba — dijo ella y fué a sentarse al otro extremo de la habitación.

—Eres muy rara — dijo el niño mostrando francamente su asombro — y Tigridia es lo mismo; dice que quiere ser algo mío, pero no precisamente mi madre.

—Claro está que no es eso lo que quiero — replicó Wendy con mucho énfasis. Ahora sabemos la causa de los prejuicios de Wendy contra los Pieles Rojas.

Fingían asustarse de sus propias sombras

—Entonces ¿qué quiere sr?

—Una dama no debe decirlo

—Perfectamente — dijo Peter Pan un poco picado. — Entonces Campanilla de Cobre me lo dirá.

—Sí, es fácil que Campanilla te lo diga — replicó Wendy desdeñosa. — Campanilla es una criatura algo salvaje.

Aquí, Campanilla que estaba en su alcobita escuchando la conversación, dijo alguna frase mal sonante.

—Dice Campanilla que está muy contenta de ser salvaje — interpretó Peter Pan. Y de súbito se le ocurrió una idea.

—Acaso Campanilla querría ser mi madre.

—¡Eres un asno! — gritó Campanilla furiosa.

Lo decía con tanta frecuencia que Wendy ya no necesitaba que se lo tradujeran.

—Estoy casi de acuerdo con ella, — dijo Wendy muy alterada. Resultaba muy gracioso ver a Wendy alterada. Pero es que su paciencia tocaba a su fin... y que no sabía lo que iba a suceder antes de que terminara la noche.

Ninguno de los niños lo sabía y acaso era mejor que no lo supieran, pues su ignorancia les proporcionó una hora más de alegría y como ésta era la última hora que iban a pasar en la isla, debemos regocijarnos de que tuviera sesenta largos minutos. Vestidos con los camisones de dormir, cantaron y bailaron alegremente. Era un juego delicioso aquel en que fingían asustarse de sus propias sombras, no adivinando, los pobrecillos, que pronto se cernirían sobre ellos sombras de las cuales huirían con verdadero terror. ¡Qué alegre y tumultuosa era la danza y con qué gritos se daban de bofetadas sobre la cama y en el suelo! Más que baile, era una verdadera lucha de almohadas, y cuando hubo concluído, las almohadas insistieron en dar una vuelta más, como amigos que comprenden que nunca más se han de encontrar. ¡Qué de cuentos contaron los niños antes de llegar la hora del cuento de despedida de Wendy! Hasta el mismo Ligerín trató de contar un cuento

Peter Pan en el momento en que Wendy va a volar porque él le ha soplado a la cara el polvito mágico. (De la película "Peter Pan", de la "Paramount").

aquella noche, pero el principio resultaba tan mortalmente aburrido, que él mismo se asustó y dijo tristemente:

—Sí, es un principio muy aburrido. Lo mejor será que hagamos como si fuera el fin.

Y una vez concluído, se metieron todos en la cama en espera del cuento de Wendy, el cuento que más les gustaba de todos y el que más detestaba Peter Pan. Generalmente, cuando la niña empezaba a contar este cuento, Peter abandonaba la habitación o se tapaba los oídos con las manos, y acaso si aquella vez hubiera hecho uno de estas dos cosas, todos estarían ahora en la isla, pero aquella noche, Peter Pan permaneció sentado en su taburete, y ahora vamos a ver lo que sucedió.

CAPITULO XI

El cuento de Wendy

Escuchad, pues, — dijo Wendy empezando su cuento con Miguelito a sus pies y los otros siete niños en la cama. — Una vez era un caballero...

—Yo hubiera preferido que fuese una dama, — dijo el Encrespado.

—Y a mí me hubiera gustado más que hubiera sido una rata blanca, — dijo el Agudo.

—¡A callar ! —amonestó la madrecita. — Había también una dama.

—Mamá, — gritó uno de los Gemelos, — quieres decir que hay también una dama, ¿verdad? No está muerta todavía, ¿verdad?

—No, no.

—Me alegro muchísimo de que no esté muerta, — dijo el Simplón. — ¿Y tú te alegras, Juan?

—Claro que me alegro.

—¿Y tú estás contento, Agudo?

—Contentísimo.

—¿Estás contento, Gemelo?

—Muy contento.

—¡Señor, señor! — suspiró Wendy.

—Un poco menos de ruido, niños, — gritó Peter Pan decidido a que aquello se hiciera con formalidad, por tonta que en su opinión fuera la historia.

—El caballero se llamaba el señor Gentil, — continuó Wendy, — y su esposa la señora Gentil.

—Yo los conocí, — dijo Juan para mostrar su superioridad sobre los demás.

—Yo creo que también los conocí, — dijo Miguel, no sin cierta duda.

—El señor y la señora Gentil se casaron ¿sabéis? — explicó Wendy, — y tuvieron... ¿qué creéis que tuvieron?

—Ratas blancas, — dijo el Agudo inspiradísimo.

—No.

—Es terriblemente enigmático, — dijo el Simplón que se sabía el cuento de memoria.

—Tú calla, Simplón. Tuvieron tres descendientes .

—¿Qué son descendientes?

—Pues... tú eres uno, Gemelo.

—¿Has oído, Juan? Soy un descendiente.

—¡Bah! Descendientes no son más que niños, — dijo Juan.

—¡Señor, Señor !— volvió a suspirar Wendy. — Pues bien; estos tres niños tenían una fiel niñera que se llamaba Nana, pero el señor Gentil se enfadó con ella y la encadenó en el patio, y por ello los tres niños se escaparon.

—Es un cuento muy bonito, — dijo el Agudo.

—Se escaparon, — continuó Wendy, — y llegaron al País de Nunca-Jamás, donde están los niños perdidos.

—Ya me parecía a mí que harían eso, — interrumpió el Encrespado con viveza. — No sé por qué, pero precisamente estaba pensando ahora mismo que lo harían.

—Wendy, — dijo el Simplón, — entre los niños perdidos, ¿no había uno que se llamael Simplón?

—Sí lo había.

—Yo salgo en un cuento. ¡Viva! ¿Has visto, Agudo? Yo salgo en un cuento.

—¡A callar! Ahora quisiera que consideraseis los tristes sentimientos de los infelices padres después de haberse fugado todos sus hijitos.

—¡Oh! — gimieron todos, aunque no les importaban ni un comino los tristes sentimientos de los infelices padres.

—Pensad en las camitas vacías.

—¡Oh!

—Es horriblemente triste, — dijo uno de los Gemelos con voz bastante alegre.

—No puedo suponer que este cuento tenga un desenlace feliz, — dijo el otro Gemelo.— ¿Y tú, Agudo?

—Siento una terrible ansiedad.

—Si supierais lo grande que es el amor de una madre, — continuó Wendy triunfalmente, — no sentirías ansiedad.

Había llegado el cuento a la parte que detestaba Peter Pan.

—A mí me gusta mucho el amor de una madre, — dijo el Simplón golpeando al Agudo con una almohada. — ¿Y a ti, Agudo, te gusta el amor de una madre?

—Ya lo creo, — dijo el Agudo golpeándole a su vez.

—Ya veis, — dijo Wendy con complacencia, — nuestra heroína estaba convencida de que su madre dejaría siempre la ventana abierta para que sus niños pudieran volver a entrar por ella volando. Por lo tanto, ellos permanecieron muchos años en la isla y pasaron el tiempo de un modo encantador.

—¿Y volvieron alguna vez?

—Llegamos ahora, — dijo Wendy aprestándose a su más lindo esfuerzo, — al momento de entrever el porvenir.

Y todos los niños se dieron el pellizco reforzado que es tan provechoso para poder entrever el porvenir.

—Los años han transcurrido, — continuó la niña, — y ¿quién diréis que es la elegante dama de cierta edad que baja en la estación de Londres?

—¡Oh Wendy! dinos quién es, — exclamó el Agudo, al cual cada frase excitaba tanto como si no supiera lo que iba a seguir.

—Puede que sea .. sí .. no, sí no... Sí, es la bella Wendy.

—¿Y, quiénes son los nobles jóvenes de elegante figura que la acompañan y que han crecido hasta hacerse dos perfectos caballeros? ¿Serán acaso Juan y Miguel? Sí lo son.

—¡Oh!

¿DEBIA DARSELAS REALMENTE?

La jovencita que está en segundo término: — Ese tipo es un grosero. Enrique salvó ayer de la muerte a su mujer que se ahogaba y él ni le dió las gracias

LA CAVERNA D

UN DIVERTIDO JUGUETE

SE EMPIEZA POR CORTAR COMO ES DEBIDO EL DIBUJO. HECHO E
NEA B DE MODO QUE A SE ENCUENTRE CON C. LUEGO SE DOBLA
AL VIEJO MARINERO ENSEÑANDO A LOS NIÑOS LA CAVERNA DE LO
COMO SURGEN LOS PIRATAS DE SU GUARIDA.

LOS PIRATAS

RA GRANDES Y CHICOS

DOBLA POR LAS LINEAS DE PUNTOS. SE DOBLA POR LA LI-
DE MANERA QUE E SE TOQUE CON C. HECHO ESTO VERA
TAS. TIRE RAPIDAMENTE DE AMBOS EXTREMOS Y VERA USTED

Una situación mal interpretada

La esposa: — ¡Eres incorregible, Romualdo! ¡Sabes que hemos dejado en casa el juguete del mono que se sube al palo y te pones a imitarlo para que el nene lo recuerde y se ponga a llorar!

—Ved, queridos hermanos, — dijo Wendy señalando hacia arriba, — allí está la ventana abierta. Ahora, entrando por ella, recibiremos la recompensa por nuestra suprema fe en el amor de una madre. Y todos volaron a los brazos de su papá y de su mamá y no hay pluma capaz de describir la feliz escena, sobre la cual correremos un velo.

Este fué el cuento que agradó tanto a los niños, como a la misma narradora. Ya veis que todo era en él precisamente como debía ser. Que todos en la vida somos un poco, como los niños, ¡los seres más insensibles que existen, pero también los más encantadores!; todos tenemos una época en que somos ególatras, y cuando necesitamos atención y cariño volvemos hacia quien puede dárnoslos, confiando en que se nos abrazará en lugar de rechazársenos.

Tan grande era ciertamente su fe en el amor de su madre, que comprendían que aun podían permanecer insensibles durante algún tiempo, pero había allí uno que sabía algo más que los demás y que, cuando Wendy concluyó, exhaló un ronco gemido.

—¿Qué te pasa, Peter? — exclamó la niña corriendo hacia él, pues creyó que estaba enfermo.

Después lo palpó solícitamente poniéndole la mano sobre el corazón.

—¿Qué te duele, Peter?

—Algo me duele, pero no con el dolor que tú supones — replicó Peter Pan sombríamente.

—Entonces, ¿con qué dolor?

—Wendy, yo creo que tú estás equivocada en tu idea acerca de las madres.

—Todos se agruparon en torno de él, asustadísimos, tan alarmante les parecía la agitación de su capitán, y, candorosamente, Peter Pan les contó lo que hasta entonces había siempre ocultado.

—Durante largo tiempo, — dijo, — pensé yo como vosotros, que mi madre conservaría abierta siempre la ventana para mí; por ello permanecí fuera de casa durante lunas y lunas, y volví al cabo de ellas, pero la ventana estaba cerrada y echada la falleba y mi madre se había olvidado por completo de mí y otro niñito dormía en mi cama.

No estamos muy seguros de que esto fuera verdad. Peter Pan creía sin embargo que lo era, y esto asustó a los demás.

—¿Estás seguro de que haya madres así?

—Sí.

Entonces ¿era esta acaso la verdad acerca de las madres?

¡Qué horror!

Lo mejor era ser prudente. Nadie sabe tan bien como los niños cuándo ha llegado el momento de iniciar el repliegue.

—Wendy, vámonos a casa — exclamaron angustiados Juan y Miguel.

—Sí — dijo ella tomándoles de la mano.

—¿Esta misma noche? — preguntaron confusos los niños perdidos.

En el fondo de sus corazones — o por lo menos de lo que ellos llamaban sus corazones — los niños perdidos comprendían que puede salirse adelante muy bien sin una madre y que sólo las madres creen que no es así.

—Sí, sí, en seguida — replicó Wendy resueltamente, pues el horrible pensamiento se había enseñoreado de ella. — Quizá nuestra madre empiece ya a olvidarnos.

Este temor hizo que ella olvidara los sentimientos de Peter Pan al que dijo casi bruscamente:

—Peter, ¿quieres arreglarlo todo?

—Si así lo deseas, lo haré, — replicó Peter con tanta tranquilidad como si la niña le hubiera pedido que le diera una nuez.

¡No estaba triste por abandonarlos! Pues si a ella no le importaba la separación, él quería demostrarle que tampoco el se sentía triste.

Mas claro está que le importaba mucho y se sentía lleno de ira contra las personas mayores, quienes, como de costumbre, lo echan todo a perder. Por eso, Peter Pan, al metrse dentro de su árbol, empezó a lanzar breves suspiros a razón de cinco por segundo. Lo hacía así porque en el país de Nunca-Jamás dicen que cada vez que se suspira se muere una persona mayor y Beter, vengativo, las mataba lo más de prisa que podía.

Después de dar a los Pieles Rojas las instruciones necesarias, volvió a su casa, donde, durante su ausencia, se había desarrollado una escena indigna. Aterrados ante la idea de perder a Wendy, los niños perdidos habían avanzado hacia ella en actitud amenazadora.

—Ahora todo será peor que antes de que viniera, — exclamaban.

—No la dejemos marchar.

—Hagámosla nuestra prisionera.

—Sí, sí, encadenémosla.

En aquel momento supremo, el instinto de la niña le dijo a quién debía volverse.

—¡Simplón! — rogó, — ¡defiéndeme!

¿No era extraño que Wendy buscara la defensa de Simplón, que era el más tonto de todos?

Sin embargo, en aquel momento el Simplón olvidó su tontería y habló con gran dignidad. Respondió así:

—Yo soy sólo el Simplón y nadie me teme ni se preocupa de mí, pero el primero que no se porte con Wendy como un perfecto caballero, tendrá que habérselas conmigo.

Sacó su alfanj ey aquel momento fué el más radiante de su vida. Los demás retrocedieron asustados. En aquel instante volvió Peter Pan y los niños comprendieron que no podían esperar nada de él. Peter Pan no conservaría a la niña en el País de Nunca-Jamás contra su voluntad.

—Wendy — dijo paseándose de arriba abajo, — he pedido a los Pieles Rojas que, ya que el volar te cansa tanto, te guíen a través del bosque.

—Gracias, Peter Pan.

—Después,—continuó en el breve tono de mando que le hacía siempre ser obedecido. — Campanilla de Cobre te transportará a través del mar. Despiértala, Agudo.

El Agudo tuvo que llamar dos veces al ha-

Wendy, en el instante en que va a emprender vuelo porque Peter Pan le ha soplado el polvito mágico. (De la película "Peter Pan", de la "Paramount").

da antes de obtener una respuesta, aunque Campanilla de Cobre llevaba ya un rato sentada en la camita y escuchando lo que pasaba.

—¿Quién eres? ¿Cómo te atreves a llamarme? ¡Vete! — gritó.

—Tienes que levantarte en seguida, Campanilla — dijo el Agudo, — para llevar a Wendy de viaje.

Como era natural, Campanilla de Cobre estaba entusiasmada al oir que Wendy iba a marcharse, pero estaba también decidida a no transportarla y así lo dijo con su más ofensivo lenguaje. Y Peter Pan se dirigió con aire severo al cuarto del hada.

—Campanilla — dijo secamente, — si no te levantas y te vistes en seguida, abriré de par en par las cortinas de tu alcoba y todos podrán verte en "negligé".

Esto obligó al hada a saltar al suelo.

—¿Quién ha dicho que no me quería levantar? — exclamó.

En tanto, los niños contemplaban desesperados a Wendy, que se ocupaba en preparar a Juan y Miguel para el viaje. En aquel momento estaban todos muy tristes, no sólo porque se hallaban a punto de perderla, sino también porque presentían que la niña y sus hermanos iban hacia algo muy bello, a lo que ellos no habían sido invitados. Como siempre, la novedad les atraía.

Juzgándolos dominados por un sentimiento más noble, Wendy se enterneció.

—Queridos míos — dijo — ¿por qué no venís conmigo? Estoy segura de que mi papá y mi mamá os adoptarán con mucho gusto.

Esta invitación había sido especialmente dedicada a Peter Pan, pero cada uno de los muchachos pensaba exclusivamente en sí mismo y en seguida saltaron todos llenos de alegría.

—¿No seremos demasiados? — preguntó el Agudo sin dejar de saltar.

—No, no — dijo Wendy rápidamente — ello sólo significará tener que poner unas cuantas camas en la salita, pero los primeros jueves del mes, que es cuando recibe mi mamá, podrán escondese detrás de los biombos.

—Peter, ¿nos dejas ir? — exclamaron suplicantes los niños.

Daban todos por hecho que si ellos iban, Peter Pan iría, pero, en realidad, apenas si esto les importaba. Así, los niños están siempre prontos, cuando les llama la novedad, a abandonar a los seres que les son más queridos.

—Ya lo creo. Podéis iros, si queréis. — replicó Peter Pan con una amarga sonrisa. E, inmediatamente, los niños se pusieron a hacer su equipaje.

—Y ahora, Peter, — dijo Wendy pensando que todo iba por buen camino, — antes de marcharme voy a darte la medicina.

Le gustaba tanto a Wendy dar a los demás la medicina que, indudablemente, les daba demasiada. Claro está que era sólo agua, pero estaba dentro de una calabaza y, la niña, la agitaba siempre y contaba las gotas que caían, lo cual le daba cierto aspecto de medicina. En esta ocasión, sin embargo, Wendy no dió a Peter Pan la droga, porque en el momento en que acababa de prepararla, vió en su rostro una expresión que acongojó su corazoncito.

—Haz también tu equipaje, Peter, — dijo temblando.

—No, — contestó él afectando indiferencia. — Yo no voy contigo, Wendy.

—Sí, Peter.

—No.

Para demostrar que la marcha de sus amigos le dejaría completamente tranquilo, Peter Pan paseó de arriba abajo tocando alegremente su caramillo. La niña, aunque esto fuera poco digno, tenía que correr detrás de él.

—Vamos, y encontrarás a tu madre, — le dijo mimosa.

Si Peter Pan había tenido madre alguna vez, no la echaba de menos; podía pasarse muy bien sin ella. Lo había pensado largamente y recordaba sólo todas sus malas cualidades.

—No, no, — dijo de nuevo a Wendy en tono decidido. — Aunque la encontrara, acaso ella quería que yo fuera mayor y yo quiero ser siempre niño y pasar la vida divertida.

—Pero, Peter.

—No, no.

Y hubo que decírselo a los demás.

—Peter no viene.

¡Peter Pan no iba! Todos le miraron estupefactos. Llevaban sus palos a la espalda y sobre los palos el petate. El primer pensamiento de todos fué que, si Peter Pan no iba, seguramente habría cambiado de idea y no les dejaría ir a ellos.

Pero Peter Pan era demasiado orgulloso para obrar así.

—Si encontráis a vuestras madres, — dijo tristemente, — me alegraré de que sean de vuestro gusto.

El horrible cinismo de esta frase causó a los niños una impresión molesta y la mayoría de ellos comenzaron a mostrarse pensativos. Sus rostros parecían decir: "¿No somos unos tontos en querer marcharnos"?

—Ahora, — gritó Peter Pan, — nada de llantos ni alborotos. ¡Adiós, Wendy!

Y les tendió su mano alegremente, como si debieran irse en seguida y él tuviera algo importante que hacer.

Como Peter Pan no indicaba que quisiera un dedal, la niña tuvo que contentarse con estrechar su mano.

—¿Te acordarás de ponerte el chaleco de franela, Peter? — le dijo Wendy, sin apartarse de él.

—Sí.

—¿Y tomarás la medicina?

—Sí.

Todo pareció haber acabado y siguió una pausa penosa. Mas el carácter de Peter Pan no le permitía mostrarse abatido delante de los demás.

—¿Estás preparada, Campanilla? — gritó.

—Sí, sí.

—Entonces, gufalos y en marcha.

Campanilla se precipitó sobre el árbol más cercano, pero nadie la siguió, pues fué aquel el momento en que los piratas se lanzaron,

en espantoso ataque, sobre los pieles rojas Arriba, donde todo había permanecido tan silencioso, fué rasgado el aire con gritos y chocar de aceros, y abajo sucedió a la animación de la despedida un mortal silencio. Las bocas se abrieron y permanecieron abiertas mudas. Wendy cayó de rodillas y sus brazos se tendieron hacia Peter. Y los brazos todos se tendieron hacia él como si, movidos po súbito impúlso, suplicaran en mudo gesto al niño que no les abandonara.

Peter Pan, por su parte, cogió su espada, la misma espada con que creía haber matado a Barba Azul, y el entusiasmo de la lucha centelleó en sus ojos.

CAPITULO XII

El rapto

El ataque de los piratas fué una absoluta sorpresa, lo que es una prueba segura de que el poco escrupuloso capitán Garfio se había conducido indebidamente, pues sorprender a los pieles rojas es cosa que está fuera del dominio de la inteligencia de un hombre blanco. Según todas las leyes no escritas de las luchas salvajes, es siempre el piel roja el que ataca, y con la sagacidad propia de su raza, suele hacerlo antes de rayar el alaba, a cuya hora sabe perfectamente que el valor del hombre blanco está en descenso. Los hombres blancos, en tanto, suelen hacer una tosca empalizada en la cima de la lejana loma al pie de la cual corre un riachuelo, pues sería imprevisión fatal situarse demasiado lejos del agua. Allí aguardan los bisoños el asalto empuñando sus revólvers y pisoteando las ramas secas, mientras los veteranos duermen, tranquilos, precisamente hasta una hora antes de rayar el alba. A través de la larga y negra noche, los exploradores salvajes avanzan serpenteando entre la hierba sin que a su paso se mueva ni una sola hoja. La maleza se cierra detrás de ellos tan silenciosamente como arena en la que bucea un topo. Ni un soniño se oye, a no ser en los montes en que ellos mismos lanzan al viento su maravillosa imitación del grito del solitario coyote. Este grito es contestado por el de otros guerreros y aun se dice que algunos lo hacen mejor que los coyotes mismos. Así van pasando las horas frías del amanecer y el largo tiempo de espera es horriblemente exasperante para el "rostro pálido" que tiene que soportarlo por primera vez, pero, para el que está acostumbrado a los espantosos gritos y a los todavía más espantosos silencios, todo esto no es sino un indicio de que avanza la noche.

Este era el procedimiento usual que el capitán Garfío conocía tan bien, que al no tenerlo en cuenta, no podía disculparse alegando ignorancia.

Los picaniños, por su parte, confiaban implícitamente en la honradez guerrera del capitán y el modo de actaúr de ellos durante aquella noche destacábase en marcado contraste con el del enemigo. No hicieron nada que pudiera perjudicar a la reputación de la tribu. Con todos los sentidos alerta y con ese aguzamiento de la atención que es a la vez la maravilla y la deessperación de los pueblos civilizados, comprendieron que los piratas estaban en la isla, desde el momento en que uno de ellos pisó una rama seca, y, en un espacio de tiempo increíblemente breve, empezaron a sucederse los gritos del coyote. Cada palmo del terreno existente entre el lugar donde el capitán Garfio había desembarcado sus tropas y el en que estaban situados los árboles que cubrían la casita subterránea, fué furtivamente examinado por los guerreros calzados con mocasines, con los talones colocados delante.

Sólo encontraron una colina pequeña, bañada por un riachuelo, de modo que Garfio no podía escoger y tendría que acampar allí mismo en espera de la mañana.

Planeados así todos los detalles con la diabólica astucia de los pieles rojas, la mayoría de ellos se envolvió en las mantas y del modo flemático que es su mejor y más viril cualidad, vivaquearon sobre la casa de los niños esperando el momento de salir a infligir dura derrota a sus enemigos.

Así soñando, aunque completamente despiertos, en las exquisitas torturas a que someterían a sus enemigos al romper el alba, los confiados salvajes fueron sorprendidos por el traicionero capitán Garfio. De los informes dados más tarde por los exploradores indios que escaparon de la horrible lucha, parece desprenderse que el pirata no se detuvo ni siquiera en la loma, aun cuando es seguro que a la pálida luz grisácea de la luna, debía haberla visto; ni por un momento, del principio al fin de la noche, debió pensar en aguardar a que le atacaran los pieles rojas; olvidó, pues, toda política y toda norma para atender sólo a caer sobre su enemigo. ¿Qué podían hacer los aturdidos indios, siendo como eran dueños de todas las artes de la guerra, excepto de esta de la traición? No podían sino cruzar descuidadamente su camino, exponiéndose, fatalmente, a ser descubiertos al lanzar a una el patético grito del coyote.

En torno de la valiente Trigidia veíase una docena de sus más corpulentos guerreros, quienes, súbitamente, vieron cómo los pérfidos piratas se lanzaban contra ellos. Cayó entonces de sus ojos el rosado cristal a través del cual había estado en su sueño contemplando la victoria. No torturarían ya en la estaca a sus enemigos. Ellos eran los que iban a ser enviados a los bienaventurados terrenos de la caza, el Paríso de los Pieles Rojas. Lo sabían perfectamente, pero, fieles a las tradiciones, cumplieron con su deber. Aun hubieran tenido tiempo de estrecharse en falange difícil de romper, ha haberse adelantado rápidamente, pero esto les está prohibido por las tradiciones de su raza. Está escrito que el noble salvaje no debe nunca expresar sorpresa al lado del hombre blanco; así, a pesar de que fué terrible para ellos la súbita aparición de los Piratas, permanecieron por un momento inmóviles sin que se alterara ni un sólo músculo de sus rostros, como si el enemigo hubiera llegado respondiendo a una galante invitación. Después, una vez cumplida así valerosamente la ancestral tradición, los indios cogieron sus ar-

mas y rasgó los aires su grito de guerra. Pero esto fué ya demasiado tarde.

No nos toca a nosotros describir aquello que fué más una matanza que una lucha; bastará decir que allí pereció toda la flor de la tribu de los Picaniños. Claro, que no sin vengarse a su vez, pues con Lean Wolf cayó Alf Masón, quien ya no volvió a alterar las aguas del mar Caribe, y que entre los que mordieron el polvo se encontraron también Geo Scourie, Chas Turley y el alsaciano Fogggerty. Turley cayó al golpe del machete del terrible Gran Tigre, quien, por último, se abrió paso a cuchilladas entre las apretadas filas de los Piratas, salvando a Tigridia y a una pequeña parte de la tropa.

Dejemos que la historia determina hasta que punto debe culparse a Garfio de esa táctica desleal. La verdad es que si hubiese esperado en la loma hasta la hora conveniente, sus hombres hubieran sido hechos picadillo, y, al juzgarle, es justo que tengamos esto en cuenta. Acaso hubiera debido informar previamente a sus contrarios de que él se proponía seguir un nuevo método de guerra; por otra parte, el prescindir del arma que la sorpresa ponía a su alcance hubiera significado la inutilidad de toda la estrategia y así la cuestión resultaría erizada de dificultades. A pesar de nuestra repugnancia, no podemos por menos de admirar el talento con que fué concebido tan atrevido plan, así como el valor genial con que fué realibado.

¿Cuáles eran sus sentimientos en tal triunfal momento? De buena gana hubieran querido conocerlos sus viejos lobos marinos cuando, respirando con dificultad y enjugando la sangre de sus machetes se reunieron a una distancia discreta de su gancho y miraron a hurtadillas los ojos de hurón de aquel hombre extraordinario. El triunfo de la victoria debía reinar en su corazón, pero su faz no le reflejaba; siempre un enigma sombrío le aislaba, separándole de los que le seguían en cuerpo y alma, por tierra y por mar.

La tarea de la noche no estaba aún terminada, pues no era precisamente a los Pieles Rojas a quienes había ido Garfio a destruír; los indios no eran sino como las abejas que se sacan de la colmena para poder alcanzar sin peligro la miel. Era a Peter Pan a quien el Capitán Garfio buscaba; a Peter Pan y a Wendy y a toda su banda, pero sobre todo a Peter Pan.

Siendo Peter Pan un chiquillo tan pequeño com era, casi nos maravilla el odio de aquel hombre contra él. Verdad era que Peter había arorjado la mano del Capitán Garfio al cocodrilo, pero tanto esto, como el creciente temor que la obstinada persecusión del cocodrilo causaba al terrible pirata era muy poca cosa para una venganza tan cruel y despiadada. La verdad completa era que había algo en Peter Pan que encolerizaba al Capitán Pirata hasta el frenesí. No era su valor, no era su atractiva apariencia, no era su... Pero no hay que andarse por las ramas, pues nosotros conocemos perfectamente lo que era y debemos declararlo. Era el descaro, la altiva presunción de Peter Pan.

La arrogancia del niño había llegado a irritar al Capitán Garfio hasta hacerle retorcer de ira su gancho, y, por la noche, aquella idea le molestaba como un mosquito. Mientras Peter Pan viviera, el Pirata torturado se sentiría como un león en una jaula dentro de la cual ha entrado un gorrión.

La cuestión era saber cómo bajar por el hueco de los árboles o bien cómo hacer bajar a sus lobos de mar. El Capitán Pirata pasó revista a sus hombres con sus ojos ávidos, buscando los más delgados. Los viejos marineros se retorcían intranquilos, pues sabían que su capitán no tendría escrúpulos en embutirlos a la fuerza dentro de los árboles.

Y en tanto, ¿qué era de los muchachos? Los hemos visto al primer choque de las armas quedarse como de piedra, suplicantes, con las bocas abiertas y los brazos tendidos hacia Peter Pan y ahora volvemos a verles en el momento en que sus bocas se cerraron y sus brazos cayeron a lo largo de su cuerpo. El zafarrancho de arriba había cesado casi tan súbitamente como empezó, pasando sobre la casita como una ráfaga de viento, pero así y todo, los niños comprendieron que al pasar había fijado su destino.

¿Cuál de los dos bandos había ganado?

Los piratas, escuchando ansiosos en la abertura de los árboles, oyeron esta pregunta hecha por todos los niños a la vez, pero ¡ay! también pudieron oir la respuesta de Peter Pan.

—Si han ganado los Pieles Rojas, — dijo, — no tardarán en tocar el tam-tam. Es siempre la seña de su victoria.

Y sucedió que Smee había encontrado el tam-tam de los Pieles Rojas y estaba en aquel momento sentado sobre él.

Ya no lo oiréis más, — murmuró, aunque naturalmente para sí, pues les había sido recomendado por su terrible jefe el silencio más absoluto.

Mas, con gran asombro suyo, el Capitán Garfio le hizo una seña de que hiciera sonar el tam-tam, y aunque lentamente, la tarda comprensión de Smee percibió toda la terrible maldad que se encerraba en aquella orden. Seguramente aquel hombre sencillo no había nunca admirado tanto como admiró en aquel momento a su capitán.

Por dos veces Smee hizo sonar el tam-tam y después se detuvo a escuchar gozoso.

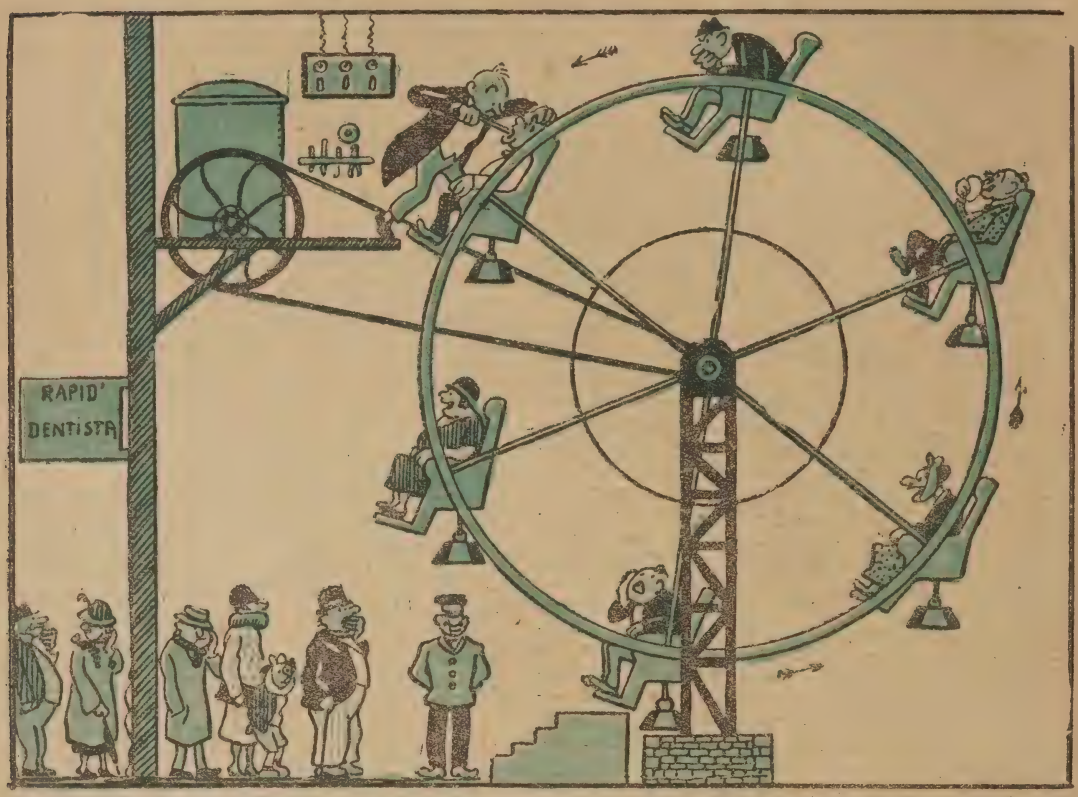
Los infames piratas oyeron gritar a Peter Pan debajo de ellos:

—¡El tam-tam! Los indios han vencido. Los desgraciados niños contestaron con vivas, cuya música resultó deliciosa a los sombríos corazones que desde arriba les escuchaban. Después, los niños volvieron a repetir su despedida a Peter. Esto dió un poco que pensar a los piratas, pero, todos sus sentimientos quedaron relegados ante el pérfido deleite de pensar que el enemigo iba a subir por los árboles.

Todos sonreían frotándose las manos. Rápida y silenciosamente, el capitán Garfio dió sus órdenes. Un hombre debía aguardar al

INVENCIONES PRODIGIOSAS MODERNAS

Instalación para un dentista con mucha clientela



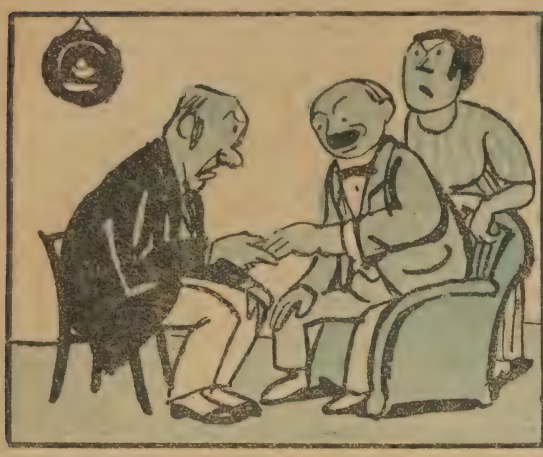
Los sillones colocados en la rueda van pasando sucesivamente por delante del dentista. Una vez realizada la extracción o lo que sea, el cliente es retirado automáticamente y dirigido a la puerta de salida. Otro cliente ocupa su sillón en seguida.

UN BUEN CLIENTE

—¡Chauffeur! No recuerdo el nombre de la calle donde debo ir; sólo sé que es el número cuarenta y ocho el de la casa. Usted siga no más, sin apurar; cuando recuerde el número de la calle se lo diré.

PEQUEÑOS COMENTARIOS

POR RODRIGUEZ



—¿Qué demonio de animalucho le picó?

—Eso no es picadura; es un arañazo de mi mujer.

—¡Pero María! Yo le había dicho que volviera lo más pronto posible.

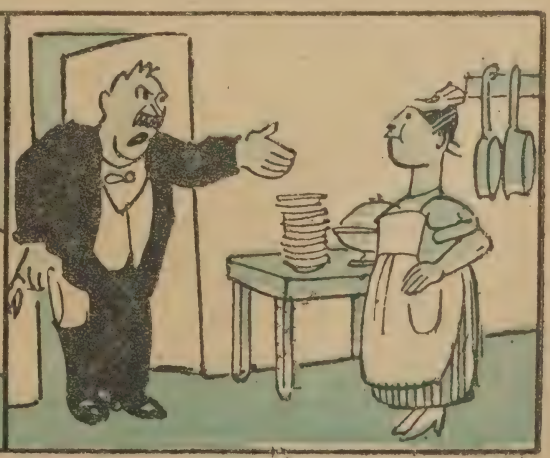
—Sí, señor; pero no me dijo que me apurara al ir.

El: — No sé verdaderamente de quien saca este chico todos sus defectos. De mi no será.

Ella: — ¡Oh! ¡Claro que no, querido! ¡Tú tienes todos los tuyos todavía!

—¿Está tu papá?

—Espere... Si usted es Dupont mi papá está; si es usted Durand se fué al Brasil. ¿Cómo se llama usted?



—¡Es asqueroso, Melania! Acabo de hallar una araña en la sopa... ¿Qué me dice?

—Que no sé porque se queja. "Araña de noche es suerte".

lado de cada árbol, y los demás, formando una línea recta a dos metros de distancia.

CAPITULO XIII

¿Creeis en las hadas?

Cuanto más pronto acabemos de describir estos horrores, mejor. El primero en surgir de su árbol fué el Encrespado, y al saltar fuera de él, cayó en los brazos de Cecco, quien lo arrojó a los de Smee, quien a su vez lo lanzó a los de Starkey, quien lo tiró a Bill Jukes; éste lo lanzó a Noodler y, así sucesivamente, fué de unos en otros brazos, hasta caer a los pies del negro capitán Pirata. Todos los niños fueron arrancados de sus árboles de este modo inhumano, y varios de ellos estaban a un tiempo en el aire, como paquetes tirados de mano en mano. A Wendy, que salió la última, se le otorgó trato distinto. Con irónica cortesía el capitán Garfio se quitó el sombrero ante ella y, ofreciéndole su brazo, la escoltó hasta el lugar en que los otros eran atados. Hizo el capitán aquel acto con tal aire caballeresco, que resultaba terriblemente "distingué", por lo que Wendy quedó tan fascinada que no pudo gritar. Al fin y al cabo, era un chiquilla.

Tal vez pueda tachársenos de murmuradores si divulgamos que, por un momento, el capitán Garfio fascinó a Wendy, y si lo contamos es sólo porque esta pequeña debilidad tuvo raras consecuencias. Si la niña hubiera tratado altivamente al capitán (y nos gustaría mucho poder escribir que lo hizo así), hubiera sido arrojada al aire como los demás niños y entonces el capitán Garfio no hubiera estado presente en el momento de ser éstos atados, y de no estar presente no hubiera descubierto el secreto de Ligerín, y sin descubrir el secreto de Ligerín no hubiera podido después atentar traidoramente contra la vida de Peter Pan.

Para impedir su fuga, los niños fueron atados en cuclillas con las rodillas pegadas a las orejas, para lo cual el negro Pirata había cortado una cuerda en nueve pedazos iguales. Todo fué bien hasta que le llegó el turno a Ligerín, el cual resultó ser como esos endiablados paquetes que para ser envueltos necesitan un ovillo de cordel sin que reste un trocito con el que hacer un nudo. Los piratas, rabiosos, le dieron de puntapiés del mismo modo que nosotros daríamos muchas veces de puntapiés a los paquetes, si bien en justicia debiéramos dárselos a la cuerda, y aunque parezca extraño, el capitán Garfio les dijo que moderaran su violencia. Los labios del Pirata se deleitaban en una maliciosa sonrisa de triunfo mientras sus viejos lobos de mar sudaban de lo lindo, pues cada vez que intentaban empaquetar al infeliz chiquillo por un lado, él se salía de las ligaduras por el otro. La mente del capitán Garfio, después de haber examinado detenidamente la superficie de Ligerín, había pasado de los efectos a las causas y su triunfo consistía en haberlas encontrado. Ligerín, intensamente pálido, comprendió que el capitán Garfio había descubierto su secreto, el cual consistía en que el árbol de un muchacho tan voluminoso como él no podía ser estrecho para un hombre de proporciones regulares. El pobre Ligerín era en aquel momento el más desventurado de los niños, pues estaba asustadísimo por Peter Pan y lamentaba amargamente lo que había hecho. Estúpidamente aficionado a beber agua cuando estaba sudando, se había hinchado hasta alcanzar el volumen que ahora ostentaba, y en lugar de reducirse para encajar en su árbol, sin que los otros lo supieran, había ensanchado su hueco para que fuera el tronco el que se adaptaba a él.

El capitán Garfio adivinó de todo esto lo suficiente para convencerse de que Peter estaba al fin a su merced, pero no salió de sus labios ni una sola palabra del tenebroso designio que ahora estaba formándose en las subterráneas cavernas de su mente. Se contentó con ordenar que los cautivos fueran transportados al buque y que se le dejara solo.

¿Cómo transportar a los niños? Doblados y con las cuerdas enrolladas en torno suyo podían perfectamente ser echados a rodar cuesta abajo, como si fueran barriles, pero la mayor parte del camino era una marisma, lo que hacía imposible este sistema. Otra vez el genio del capitán Garfio venció las dificultades. Indicó el Pirata que la casita de Wendy podía ser usada como medio de transporte. Los niños fueron metidos en ella y cuatro fornidos piratas la levantaron sobre sus hombros; los demás les siguieron cantando la horripilante canción de los piratas que ya conocemos y la extraña procesión echó a andar a través del bosque.

No sabemos si alguno de los niños lloraría; de ser así, la áspera canción de los lobos de mar apagaba su llanto, mas, según la casita iba desapareciendo entre la espesura de la selva, un diminuto pero arrogante penacho de humo salía de su chimenea como desafiando al capitán Garfio.

El capitán Garfio lo vió y ello fué un contratiempo para Peter Pan, porque todo resto de piedad que pudiera quedar en el empedernido pecho del pirata, se desvaneció ante aquel gesto altanero de la casita de los niños.

Lo primero que el capitán Garfio hizo al quedarse solo, mientras la noche iba avanzando, fué acercarse de puntillas al árbol de Ligerín y asegurarse de que podía pasar por él; después permaneció un largo rato cavilando con su sombrero de mal agüero sobre el césped de modo que la suave brisa que se había levantado pudiera juguetear con sus cabellos y refrescar sus sienes. Sus ojos seguían siendo del azul del nomeolvides, aunque sus pensamientos eran completamente negros. Escuchaba atentamente todos los ruidos que pudieran llegar de debajo de tierra, pero todo permanecía en silencio lo mismo abajo que arriba y la casita subterránea parecía ser la más deshabitada de las moradas. ¿Estaría el muchacho durmiendo o le esperaba acaso al pie del árbol de Ligerín con el puñal en la mano?

El único modo de saberlo era bajar. El capitán Garfio dejó que su chaqueta se deslizara suavemente hasta el suelo y luego, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, penetró en el árbol. Era un valiente, pero por un instante tuvo que detenerse y enjugarse

la frente que goteaba como una vela encendida; después, siempre en silencio, se dejó caer hacio lo desconocido.

Llegó sin novedad al pie del árbol, donde quedó silencioso e inmóvil de nuevo, conteniendo el aliento que casi había perdido. Según sus ojos iban acostumbrándose a aquella débil claridad, los distintos objetos de la casita subterránea iban tomando forma, pero la única cosa sobre la cual descansó su ávida mirada fué aquella que durante largo tiempo había buscado y que encontraba ahora en el lecho común de los chiquillos. Sobre la cama, estaba Peter Pan profundamente dormido.

Ignorando la tragedia ocurrida a dos pasos de él, Peter Pan, después que los niños se marcharon, continuó todavía un rato tocando alegremente su caramillo; era aquel indudablemente un desesperado intento para probarse a sí mismo que no le importaba lo que ocurría. Después decidió, para fastidiar a Wendy, no tomar la medicina y por último se tendió en la cama, encima de la colcha, con la misma intención, pues la niña solía cubrirlo siempre muy bien con ella para que no se enfriara si durante la noche sobrevenía un cambio de temperatura. Y entonces Peter Pan estuvo casi a punto de llorar, hasta que se le ocurrió pensar cómo se indignaría Wendy si se enteraba de que él en vez de llorar reía, y por esto lanzó una carcajada orgullosa y ronora... y en medio de ella se quedó dormido.

Aunque no con frecuencia, Peter Pan soñaba y sus sueños eran más penosos que los de otros niños; durante largas horas no podía apartar de sí aquellos sueños que le arrancaban lastimeros gemidos. Creemos nosotros que todos ellos tenían gran relación con el enigma de su existencia. En tales ocasiones, Wendy acostumbraba a sacarle de la cama y sentarle en su regazo, procurando tranquilizarle con mil tiernas palabras inventadas por ella, y cuando ya se iba durmiendo, lo volvía a la cama sin que se despertara del todo, para que no advirtiera la humillación a que le había sometido tratándole como a un niño chiquitín.

Pero en aquella ocasión Peter Pan había caído al instante en un profundísimo sueño y uno de los brazos colgaba fuera de la cama; una de sus piernas estaba arqueada y en su boquita se iniciaba una sonrisa, que entreabriéndola, mostraba las blanquísimas perlas de sus primeros dientes. Así, completamente indefenso, lo halló el capitán Garfio. Permaneció el pirata silencioso al pie del árbol, mirando a su enemigo. ¿No se alojaría en su pecho sombrío ni una chispa de piedad? A veces el capitán Garfio no era del todo malo; amaba, según cuentan, las flores y la dulce música (él mismo tocaba hábilmente el clavicordio) y los espectáculos de la idílica naturaleza le conmovían profundamente. Dominado por sus mejores sentimientos, el capitán Garfio hubiera vuelto, aunque de mala gana, a marcharse por el árbol, pero algo le detuvo.

Ese algo fué la expresión de arrogancia el rostro de Peter Pan mientras dormía; la boca entreabierta, el brazo colgando, la rodilla arqueada, todas estas cosas, según su parecer, eran la personificación de la presunción del chiquillo, pues consideraba que no podía imaginarse un conjunto más retador. Todo ello traspasó el envidioso corazón del capitán Garfio y si su rabia lo hubiera hecho estallar en mil pedazos, cada uno de ellos hubiera adquirido nueva vida para lanzarse sobre el niño dormido.

Aunque la luz de la lámpara iluminaba débilmente la habitación, el capitán Garfio se hallaba en la sombra y, al querer dar un paso hacia adelante, descubrió un obstáculo en la puerta del árbol de Ligerín. Esta puerta no ocupaba por entero la abertura y el capitán había estado mirando por encima de ella. Buscando el pestillo vió, enfurecido, que estaba muy bajo y por tanto fuera de su alcance. Al enloquecido cerebro del capitán Garfio parecíale ahora que la irritante expresión del rostro y de la figura de Peter Pan, se hacía cada vez más impertinente, lo que le movió a golpear furiosamente la puerta. Al fin, su enemigo se le escapaba otra vez.

Mas ¿qué había visto? Acababa de descubrir la medicina de Peter Pan en un estante, precisamente al alcance de su mano. Comprendió en seguida lo que era e inmediatamente pensó que su dormido enemigo estaba en su poder.

Por si alguna vez le agarraban vivo, el capitán Garfio llevaba siempre sobre sí un terrible mejunje compuesto por él mismo con todos los venenos de los anillos que habían llegado a su poder, reducidos por cocción a un líquido amarillo completamente desconocido todavía para la ciencia y que era el más violento de los venenos existentes.

El capitán Garfio vertió cinco gotas en la taza de la medicina de Peter; su mano temblaba, pero más de alegría que de vergüenza. Mientras cometía aquella mala acción evitaba mirar al durmiente, mas no precisamente por miedo a que la piedad se posesionara de él, sino para no desperdiciar ni una sola gota. Después de una larga mirada gozosa, que por última vez lanzó sobre su víctima, el capitán Garfio volvió atrás en su camino, subiendo por el árbol con dificultad. Al hallarse arriba de todo y salir por el hueco del árbol semejaba el espíritu del mal surgiendo de su agujero. Se caló el sombrero, en ángulo inclinado, lió la capa en torno suyo embozándose como para ocultar su persona de la noche, — de la cual era él la parte más negra, — y murmurando entre dientes algo extraño, se perdió entre los árboles.

Peter Pan seguía durmiendo. La luz vaciló un momento y se apagó dejando la estancia en tinieblas, pero Peter no se despertó. Debían ser lo menos las diez de la noche por el relej del cocodrilo, cuando Peter se sentó súbitamente en la cama, despertándose sin saber por qué. Sonaron unos golpecitos suaves y cautelosos en la puerta de su árbol.

Mas, aunque suaves y cautelosos, en aquella oscuridad sonaban siniestros. Peter Pan buscó a tientas su daga hasta que su mano la halló, agarrándola con fuerza. Entonces dijo:

—¿Quién está ahí?

Pasó un largo rato sin que tuviera contestación, pero volvió a oirse la llamada.

—¿Quién es?

—Tampoco hubo respuesta. Peter Pan se

estremeció y le gustó estremecerse; en dos zancadas llegó hasta la puerta. Al contrario de lo que sucedía en la puerta de Ligerín, la de Peter Pan ocupaba la abertura entera y por lo tanto Peter no podía ver nada de lo que había del otro lado de ella ni el que llamaba podía verle a él.

—No abriré si no hablas, — gritó Peter Pan.

Entonces habló al fin el visitante ,y era su voz encantadora y timbrada.

—Déjame entrar, Peter Pan.

Era Campanilla, y el niño descorrió rápidamente el cerrojo para que entrara. El hada entró muy excitada, con la carita muy roja y el vestido manchado de barro.

—¿Qué pasa?

—Nunca podría adivinarlo, — contestó el hada. Y en seguida le planteó tres adivinanzas.

—Déjate de tonterías, — chilló él. Y entonces ella, en una frase poco gramatical y tan larga como las cintas que los prestidigitadores se sacan de la boca, le contó la captura de Wendy y de los niños.

El corazón de Peter Pan latía fuertemente mientras escuchaba. ¡Wendy, que amaba tanto las cosas ordenadas y amables, estaba atada y había sido llevada al buque pirata!

—Yo la libertaré,—exclamó el niño tomando sus armas. Y mientras se lanzaba sobre ellas, pensó que le gustaría hacer algo que a ella le complaciera; podía, por ejemplo, tomar la medicina. Su mano tomó la taza que contenía la poción fatal.

—No, gritó en un alarido Campanilla, que había oído al capitán Garfio jactarse de su acción cuando atravesaba el bosque.

—¿Por qué no?

—¿Porque eso es veneno.

—¿Veneno? ¿Quién puede haber echado aquí veneno?

—El capitán Garfio.

—No seas tonta. Cómo iba a poder el capitán Garfio bajar hasta aquí?

¡Ay! Campanilla de Cobre no podía explicar esto, ya que no conocía el tenebroso secreto del árbol de Ligerín, y, sin embargo, las palabras del capitán Garfio no daban lugar a duda. La medicina de Peter Pan estaba envenenada.

—Además, — dijo Peter Pan, creyendo que era verdad lo que decía, — yo no me dormí ni por un un momento.

Levantó la taza. No era aquél instante para gastarlo en palabras, sino en rápidos hechos, por lo que, con uno de sus ligerísimo movimientos, Campanilla de Cobre se colocó entre los labios de Peter Pan y la bebida, y la apuró hasta las heces.

Mas el hada no contestó. Estaba tambaleándose ya en el aire.

—¿Qué te pasa? — preguntó Peter súbitamente asustado.

—Tu medicina estaba envenenada. — contestó el hada dulcemente, — y ahora voy a morir.

—Campanilla, Campanilla. ¿La has bebido para salvarme?

—Sí.

—Mas ¿por qué, Campanilla?

Las alas del hada apenas si la podían ya sostener, pero en respuesta a la pregunta del niño, Campanilla se puso sobre su hombro y le dió un cariñoso mordisco en la barbilla. Después susurró a su oído:

—¡Eres un asno!

Y luego, tambaleándose, llegó hasta su alcobita y se echó en el lecho.

La cabeza de Peter Pan llenaba casi el cuartito abierto en el muro, cuando, muy triste, se arrodilló el niño al lado de la habitación del hada; la luz de Campanilla iba tornándose débil por momento y el niño comprendía que cuando se apagara, el hada habría dejado de existir. Las lágrimas rodaron por las mejillas de Peter Pan y esto le gustó tanto a Campanilla que extendió su lindo dedito y dejó que las lágrimas corrieran sobre él.

La voz del hada era tan débil, que, al principio, el niño no podía entender sus palabras; después las comprendió. Decía Campanilla que acaso podría salvarse si los niños creyeran en las hadas.

Peter Pan extendió los brazos. Allí no había ya niño ninguno y era noche cerrada. más Peter Pan, que tenía siempre ideas para todo, se dirigió a cuantos en aquel momento, desde el continente real, soñaban con el País de Nunca-Jamás y que estaban por lo tanto más cerca de él de lo que podamos pensar: a los niñas y niñas que aquella hora descansaban en doradas camitas o en humildes cestas de mimbres...

—¿Créeis en las hadas? — gritó.

Campanilla se sentó casi con viveza en su pequeño lecho, dispuesta a saber su destino. Imaginaba de pronto haber oído una respuesta afirmativa, y después dudaba.

—¡Si créeis en las hadas, — gritó el niño otra vez, — batid palmas con vuestras manitas! No dejéis morir a Campanilla.

Entonces se oyó cómo muchos aplaudían

Y otros no aplaudieron.

Y unos cuantos estúpidos silbaron.

Los aplausos cesaron súbitamente como si innumeras madres se hubieran precipitado en las habitaciones de sus pequeñuelos para averiguar qué era lo que allí sucedía, pero ya Campanilla estaba salavada. Primero se hizo su voz más fuerte, luego saltó fuera de la camita y a los pocos momentos ya estaba revoloteando por la habitación, más alegre y descarada que nunca. No pensó siquiera en dar las gracias a los que creían en ella y en sus hermanas, pero sí pensó en lo mucho que le hubiera gustado atrapar a los autores de los silbidos.

—Y ahora, a rescatar a Wendy, — dijo Peter Pan.

La luna cabalgaba sobre las nubes de un cielo encapotado cuando Peter Pan salió de su árbol armado hasta los dientes y dispuesto a lanzarse a su peligrosa misión. No era la noche como él la hubiera deseado; él hubiera querido volar sin levantarse mucho del suelo, para que nada escapara a sus ojos, pero la luna iluminaba ahora los campos y volar bajo hubiera significado ir arrastrando su sombra de árbol en árbol, molestando a las aves y enterando de su marcha a los vigilantes enemigos.

Se arrepentía ya de haber dado a los pájaros de la isla los extraños nombres que los hacían tan salvajes y eran causa, por lo tan-

to, de que fuera muy difícil acercarse a ellos.

No había otro recurso que darse prisa en avanzar al modo de los Pieles Rojas, en el que felizmente era muy diestro, mas, ¿en qué dirección avanzaría? Pues no estaba muy seguro de que los niños hubiesen sido llevados al barco. Una ligera nevada había borrado las huellas de los pasos y un silencio mortal reinaba sobre la isla, como si la naturaleza, horrorizada de la reciente carnicería, quisiera permanecer inmóvil durante algún tiempo. Peter Pan había enseñado a los niños el lenguaje de la selva, que él mismo había aprendido de Tigrida y de Campanilla y sabía que en hora tan espantosa los pequeños no habrían de olvidarlo. De hallar ocasión, Ligerín habría señalado los árboles, el Encrespado hubiera regado el sendero con semillas y Wendy colocado su pañuelo en algún sitio estratégico, mas para buscar tales indicios, era preciso aguardar a la mañana siguiente y Peter Pan no podía aguardar. El mundo de lo maravilloso le había llamado, pero no le prestaba su ayuda.

El cocodrilo pasó por delante de él, pero no vió otro ser viviente, ni oyó un sonido, ni observó un movimiento, aunque sabía perfectamente que la muerte podía esperarle emboscada en algún árbol o herirle por la espalda.

Entonces, Peter Pan lanzó un terrible juramento:

—¡Esta vez, frente a frente, o el capitán Garfio o yo!...

Después avanzó, tan pronto arrastrándose igual que una serpiente, ora derecho lo mismo que una flecha, atravesando un espacio que la luna bañaba con su blanca luz, con un dedo sobre los labios y la daga preparada. Era enormemente feliz.

CAPITULO XIV

El buque pirata

Una luz verdosa que se veía como de soslayo sobre el riachuelo Infante, cercano a la desembocadura del río de los Piratas, señalaba el lugar donde estaba anclado, muy hundido en el agua, el bergantín "Alegre Rogelio". Era ésta una embarcación de mastiles muy inclinados, sucia y anticuada. Era una especie de caníbal de los mares y apenas necesitaba aquella luz verdosa, pues gozaba de plena inmunidad gracias al horror que su nombre causaba.

Estaba envuelta en la oscuridad de la noche, a través de la cual no podía llegar ningún sonido hasta la playa. Había pocos ruidos en el buque y ninguno agradable, excepto el zumbido de la máquina de coser ante la cual se sentaba Smee, siempre industrioso y trabajador; el sentimental Smee, que era como la esencia de lo trivial. No sabemos la causa del sentimentalismo de Smee como no fuera que era sentimentalmente inconsciente de ello, pero la verdad era que, aun los hombres más fuertes, tenían que dejar apresuradamente de mirarle para no conmoverse y, más de una noche de verano, había llegado al manantial de las lágrimas del capitán Garfio, haciéndolas fluir. De ésta, como de muchas otras cosas, Smee era completamente inconsciente.

Unos cuantos piratas hallábanse inclinados sobre la borda, aspirando el aire malsano de la noche; otros, montados sobre barriles, con los brazos y las piernas abiertos, jugaban a los dados y a las cartas, y los cuatro que habían transportado la casita de Wendy, yacían postrados sobre cubierta, donde, aun en sueños se inclinaban hábilmente, ya hacia un lado, ya hacia el otro, para esquivarse del capitán Garfio que, maquinalmente, les clavaba su gancho al pasar.

El capitán Garfio paseaba sobre cubierta muy pensativo. Era un hombre insondable. Aquella era su hora triunfal; había logrado quitar a Peter Pan de en medio para siempre y los otros niños estaban todos en el bergantín, prontos a ser lanzados desde la palanca. Era aquella su más siniestra acción desde los días en que puso a Barba Azul en el tormento y, sabiendo como sabemos lo vanidoso que son los hombres, ¿podría sorprendernos verle ahora pasear sobre cubierta, vacilante, henchido de la gloria del éxito?

Mas no; en su aspecto no mostraba júbilo ninguno y permanecía silencioso mientras trabajaba su mente sombría. El capitán Garfio estaba profundamente abatido.

Mostrábase así con frecuencia cuando se hallaba a bordo en el silencio de la noche y era porque entonces se sentía terriblemente solo. Aquel hombre impenetrable no se sentía nunca tan solo como cuando estaba rodeado de sus lobos marinos. ¡Eran todos, socialmente, tan inferiores a él! El verdadero nombre del capitán era Jaime Garfio. La revelación de su verdadero nombre haría aun hoy arder en curiosidad al país entero y por eso lo callamos. Mas, como deben ya haber adivinado los que saben leer entre líneas, se había educado en un famoso clegio y las tradiciones familiares le adornaban aún como bellas prendas de vestir... con las cuales tienen, desde luego, mucho de común. Así, para él, resultaba aun ahora, ofensivo presentarse a bordo de un buque con el mismo traje con que lo había conquistado. También en su manera de andar conservaba el distinguido abandono que adquirió en el colegio. Sobre todas las cosas, poseía aún la pasión por el buen tono.

¡El buen tono! Por muy a menos que hubiese venido Garfio, todavía le era dado comprender que esto es lo más importante de la vida.

Muy dentro de sí, sentía un chirrido como de puertas mohosas y por encima de este ruido el de un insistente martilleo como el que nos molesta cuando no podemos dormir. — '¿Me he portado hoy de acuerdo con las reglas del buen tono?" — se preguntaba incesantemente.

—"¡Oh, fama, oropel deslumbrador; ahora eres mía!" — exclamaba para consolarse.

"¿Está de acuerdo con el buen tono sobresalir en alguno? — respondía, preguntando, el martilleo de su buena educación escolar.

"Yo soy el único hombre a quien temió

Barba Azul — argumentaba — y el mismo capitán Flint temía a Barba Azul".

"Sí, pero Barba Azul... Flint ¿ a qué casa noble pertenecían?" — le respondía la réplica incisiva.

La reflexión más inquietante de todas era ésta: ¿no sería acaso de mal tono preocuparse tanto del buen tono? El problema le torturaba en lo más hondo de su alma. Era como si llevara dentro una garra más afilada que la de hierro que formaba su mano derecha, y mientras le desgarraba interiormente, el sudor caía a lo largo de su rostro grasiento y manchaba su elegante jubón. Pasábase con frecuencia la manga por la cara, pero ello no le aliviaba en su tortura.

¡Era poco envidiable en aquel momento la suerte del capitán Garfio!

Llegaba hasta él como un presentimiento de su próximo fin. Era como si el terrible juramento de Peter Pan hubiera abordado ya el barco. El capitán Garfio sentía un triste deseo de pronunciar su oración fúnebre, por si después no tuviera tiempo para ello.

—Mejor hubiera sido para el capitán Garfio — exclamaba — no dejarse dominar tanto por la ambición.

En sus horas más negras, hablaba de sí mismo en tercera persona.

—Los niños no me quieren...

Era extraño que pensara en eso que nunca le había preocupado; acaso el ruido de la máquina de coser se lo traía al pensamiento. Durante largo rato habló así consigo mismo contemplando a Smee que estaba plácidamente haciendo un dobladillo, en la convicción de que todos los niños le temían.

¡Temerle! ¡Temer a Smee! Aquella noche, a bordo del bergantín no había un solo niño que no le amara ya, a pesar de que les había dicho cosas terribles y les había pegado con la mano abierta, porque con el puño cerrado no podía; y sin embargo, ellos se habían colgado aún con más agrado de él.

¿Y si le dijera al pobre Smee que a los niños les parecía muy cariñoso? El capitán Garfio sentía deseos de hacerlo, pero temió ser demasiado brutal. En vez de ello, pues, empezó a dar vueltas en su mente a aquel misterio. ¿Por qué los niños encontraban cariñoso a Smee? Y perseguía al problema como un sabueso persigue la caza. Si Smee era adorable, ¿por qué lo era? y una terrible respuesta se le presentó de improviso. ¿Lo sería acaso por su buen tono? ¿Tendría el contramaestre, sin quererlo — que es el mejor modo de tenerlo, — aquel buen tono que a él le preocupaba tanto? Lanzando un grito de rabia, levantó su garra de hierro sobre la cabeza de Smee, pero no la dejó caer. Lo que le detuvo, fué esta reflexión: desgarrar a un hombre porque posee el buen tono, ¿no sería de muy mal tono?

El desgraciado Garfio estaba tan abatido como mojado de sudor y se dejó caer como una flor tronchada. Sus lobos de mar creyeron que se habría alejado por algún tiempo y en seguida se relajó la disciplina y los Piratas empezaron a danzar en una bacanal endiablada que hizo que el capitán se levantara instantáneamente; toda huella de humana flaqueza había desaparecido de él como si le hubieran arrojado un cubo de agua fría.

—¡Silencio, perros! — gritó — o echaré el ancla sobre vosotros.

Y al instante se acabó el alboroto.

—¿Están encadenados todos los niños de modo que no puedan volar?

—Sí, sí.

—Entonces, izadlos.

Los desventurados prisioneros fueron arrastrados desde la cala y todos, excepto Wendy, alineados en hilera, frente al terrible capitán. Durante un largo rato, Garfio pareció no darse cuenta de su presencia. Estaba cómodamente recostado, canturreando, no sin cierta afinación, una canción áspera y ruda, mientras manoseaba una baraja. De vez en cuando, la luz de su cigarro le coloreaba un poco el rostro.

—Ahora, cachorrillos,—dijo con viveza,— seis de vosotros danzarán en la palanca esta noche y otros dos se quedarán conmigo, pues necesito dos grumetes. ¿Quiénes de vosotros queréis serlo?

—No le enojéis sin necesidad — les había dicho Wendy en la bodega, dándoles instrucciones. Y por ello el Simplón dió un paso hacia adelante con toda cortesía.

Al Simplón le horrorizaba la idea de servir bajo el dominio de hombre semejante, pero cierto instinto le decía que sería prudente cargar la responsabilidad sobre una persona ausente y aunque era un poco tonto, conocía sin embargo que las madres son siempre el muelle que amortigua los golpes. Todos los niños saben esto respecto a sus madres y, aunque acaso por ello las desdeñan, hacen uso constante del recurso.

Por ello, el Simplón dijo, prudente:

—Señor, yo creo que mi madre no me dejaría ser Pirata. ¿Le gustaría a tu madre que fueras Pirata, Ligerín?

Y guiñó el ojo a Ligerín, quien dijo afectando sentimiento:

—No lo creo — y en su tono parecía como si deseara lo contrario. — ¿Le gustaría a tu madre que fueras Pirata, Gemelo?

—No lo creo—dijo el Gemelo aludido, que no era menos sagaz que los otros. — Agudo, ¿Te gustaría?...

—Arriad esa charla — rugió el capitán Garfio.

Y los chiquillos que hablaban, fueron echados hacia atrás.

—Tú, muchacho — preguntó el capitán dirigiéndose a Juan, — tú pareces tener un poco más de brío. ¿No has querido nunca ser Pirata, muñeco?

La verdad era que Juan había experimentado este deseo cuando se examinó de matemáticas y le halagó que el capitán Garfio se fijara en él y le escogiera.

—Una vez pensé en serlo y en llamarme Juan el de la Mano Roja — dijo con deferencia.

—Es un nombre sonoro — asintió Garfio. — Si quieres quedarte, te llamaremos así, caballerito.

—¿Qué te parece, Miguel? — preguntó Juan.

—Y ¿cómo me llamaríais a mí si me quedara? — preguntó Miguel.

—Joe Barba Negra.

—¿Qué te parece, Juan?

El quería que Juan decidiera y Juan quería que decidiera él.

—¿Y continuaremos siendo respetuosos súbditos de nuestro rey? — inquirió Juan.

A través de los apretados dientes del capitán Garfio llegó la siguiente respuesta:

—Tendréis que jurar diciendo: ¡Abajo el rey!

Acaso hasta aquel momento Juan no se había portado del todo bien, pero ahora cumplió con su deber.

—Entonces, — exclamó dando un fuerte golpe en el barril que estaba frente a Garfio, — no quiero quedarme con vosotros.

—Ni yo tampoco, — exclamó Miguel.

—¡Viva el rey! — chilló el Encrespado.

Los enfurecidos piratas le pegaron en la boca y el terrible capitán Garfio rugió:

—Esas palabras decretan vuestra muerte, muchachos. Perros míos, haced que suba su madre. Preparad la palanca.

Al fin eran unos pobres niños y al ver a Jukes y a Cecco preparar el fatal tablón, se tornaron intensamente pálidos, pero aun trataron de mostrarse valiente al ser subida a cubierta Wendy.

No tenemos palabras para expresar cuanto despreciaba Wendy a los piratas. Para los chicos aun había algún encanto en el nombre de Pirata y en sus modales fieros, pero la niña únicamente vió que el buque no había sido fregado en varios años. No había ninguna puerta en cuyo cristal no pudieran escribirse con el dedo las consabidas palabras: "sucio, cochino, puerco", que ella ya había escrito en algunos, pero cuando los niños se agruparon en su redor, Wendy ya no pensó sino en ellos.

—¡Oh! hermosa mía, — dijo el capitán Garfio con una dulzura empalagosa como un jarabe. — Ahora vas a ver cómo tus hijitos bailan sobre la palanca.

Aun siendo un fino caballero, con su acalorada peroración había ensuciado su gorguera y súbitamente comprendió que la niña le estaba mirando con fijeza. Con rápido ademán trató de ocultarlo, pero era ya demasiado tarde.

—¿Van a morir? — preguntó Wendy con una mirada de tan terrible desprecio que el pirata por poco se desmaya.

—Sí, — rugió él. — ¡Silencio todos! — añadió gozándose en su dolor. — Silencio para que se oigan las últimas palabras de una madre a sus hijos.

En aquel momento Wendy se sintió genial.

—He aquí, queridos míos, mis últimas palabras, — dijo con firmeza, — tengo para vosotros un mensaje de vuestras madres verdaderas. Es éste: "Esperamos que nuestros hijos morirán como perfectos caballeros".

Los piratas estaban aterrados y el Simplón gritó histéricamente:

—Voy a hacer lo que mi madre espera de mí. ¿Qué vas a hacer tú, Gemelo?

—Lo que mi madre espera de mí. Juan, ¿qué vas a hacer tú?

Pero el capitán Garfio volvió a levantar la voz.

—Atad a la niña, — gritó.

Y fué Smee quien la ató al mástil.

—Oye, dulce niña, — murmuró a su oído, — te salvaré si prometes ser mi madrecita.

Mas ni aún por Smee podía hacer ella tal promesa.

—Preferiría no tener hijos, — dijo con desdén.

Es triste tener que decir que ni uno de los otros niños la contemplaba mientras Smee la ataba al mástil; todos los ojos estaban fijos en la palanca, que era el lugar de su último paseo. Ya no les quedaba ni la esperanza de conducirse varonilmente, pues les era imposible hasta pensar; sólo podían temblar y mirar la horrible perspectiva con los ojos muy abiertos.

El capitán Garfio les sonreía con los dientes apretados y dió un paso hacia Wendy. Su intención era volver el rostro de la niña de modo que pudiera contemplar cómo los niños avanzaban sobre la palanca y caían al mar uno tras otro, pero el capitán Garfio no llegó jamás hasta Wendy, ni oyó nunca el grito de angustia que esperaba arrancarle. En vez de esto, oyó otra cosa muy distinta.

Oyó el horrible "tic-tac" del cocodrilo.

Todos lo oyeron... los Piratas, los niños y Wendy; e, inmediatamente, todas las cabezas se volvieron en la misma dirección; no hacia el agua, de donde procedía el ruido, sino hacia el capitán Garfio. Todos comprendieron que lo que estaba a punto de ocurrir le importaba a él solo y que, de actores, se habían convertido súbitamente en espectadores.

Era espantoso el cambio que se había opedo en el capitán Garfio. Parecía como si le hubieran roto todas las articulaciones y cayó al suelo en informe montón.

El sonido se iba acentuando incensante y monótono — tic, tac, tic, tac, tic, tac — y mientras avanzaba, surgió el espantoso pensamiento: "El cocodrilo está a punto de abordar el buque".

La garra de hierro permanecía inactiva todavía, como si comprendiera que no era parte integrante del cuerpo que codiciaban las fuerzas que atacaban. En la soledad espantosa en que los suyos le habían dejado, cualquier otro hombre hubiera permanecido con los ojos cerrados en el lugar donde había caído, pero el cerebro del capitán Garfio trabajaba aún, y guiado por él, el Pirata se arrastró de rodillas a lo largo de la cubierta, llegando lo más lejos que pudo del horrible ruido. Los Piratas le abrían paso respetuosamente y sólo cuando chocó contra la borda habló.

—¡Escondedme! — gritó roncamente

Todos se agruparon en torno suyo, apartando los ojos de lo que llegaba en aquel momento al buque. No intentaban luchar. Era el Destino. Sólo cuando el capitán Garfio quedó escondido entre sus hombres, la curiosidad agilizó los miembros de los niños de modo que pudieron abalanzarse al costado del buque para ver cómo el cocodrilo lo abordaba y entonces recibieron la más extraña sorpresa de aquella noche famosa entre todas las noches

LOS VESTIDITOS DE PERLITA

COMO DE COSTUMBRE SE HA DE EMPEZAR POR PEGARLO TODO EN CARTULINA. UNA VEZ BIEN SECO SE PROCEDE A RECORTAR LAS PIEZAS, A HACER LAS HENDIJAS Y A DOBLAR HACIA ATRAS EL PEDESTAL DE LA FIGURA DEL CUERPO. HECHO ESTO SE PODRA VESTIR A PERLITA DE DIVERSOS MODOS Y MUY A LA MODA ACTUAL POR CIERTO.

No era el cocodrilo quien llegaba en su ayuda. Era Peter Pan.

El admirable chiquillo les hizo seña de que no dejaran escapar ningún grito de admiración que pudiera despertar sospecha. Y después, prosiguió haciendo: "tic. tac. tic, tac, tic, tac".

CAPITULO XV

Frente a frente

En nuestro camino a través de la vida nos suceden muchas veces cosas raras sin que nos demos cuenta de que nos han sucedido, hasta pasado algún tiempo. Por ejemplo, a veces descubrimos súbitamente que hemos estado sordos de un oído sin saber cuánto tiempo y puede muy bien haber sido durante media hora. Algo de esto le había sucedido aquella noche a Peter Pan. Cuando le vimos por última vez, cruzaba furtivamente la isla con un dedo en los labios y la daga preparada. Había visto pasar al cocodrilo por su lado sin notar nada de particular en él, pero al poco rato recordó que no había oído su tic-tac. Al principio le asustó esto, pero después dedujo que el reloj se habría parado.

Sin dedicar ni un solo pensamiento a lo que pudiera sentir el cocodrilo, al ser privado de su más íntimo compañero, Peter Pan se puso en seguida a considerar cómo podría utilizar aquella desgracia en provecho propio y así decidió imitar el tic-tac del reloj para que las fieras creyesen que era el cocodrilo y le dejaran pasar sin molestarle. Imitaba Peter Pan el "tic-tac" con rara habilidad, más ello tuvo un imprevisto resultado. El cocodrilo se hallaba entre los que oyeron aquel ruido y le siguió, bien con el propósito de recuperar lo que había perdido o bien, sinceramente, como un amigo y creyendo que era él mismo quien hacía "tic-tac". Nunca se sabrá esto con entera certeza, pues el cocodrilo, como todos los esclavos de una idea fija, era un animal estúpido.

Peter Pan llegó a la playa sin contratiempo y siguió andando en línea recta hacia adelante, como si sus piernas, al meterse en el agua, no se dieran cuenta de que habían entrado en un nuevo elemento. Hay muchos animales que pasan de la tierra al agua con esta facilidad, pero no conocemos ningún otro ser humano que pueda hacerlo, excepto Peter Pan. Mientras nadaba, la mente de Peter Pan estaba ocupada por este único pensamiento: "O Garfio o yo". Había fingido el tic-tac del reloj durante tanto tiempo, que ahora seguía simulándolo casi sin darse cuenta. De haberse fijado en ello, se hubiera detenido, pues abordar el barco gracias al tic-tac aquél, aunque era una idea ingeniosa, a él no se le había ocurrido.

Por el contrario, mientras escalaba el costado del buque, creía hacerlo tan silenciosamente como un ratón y quedó estupefacto al ver a los Piratas escondiéndose de él y teniendo al capitán Garfio en medio de ellos, tan alicaído como si acabara de oir al cocodrilo.

¡El cocodrilo! Al mismo tiempo que lo recordaba, Peter Pan oyó su propio tic-tac; al principio pensó que el ruido procedía del cocodrilo y miró con viveza hacia atrás. Mas pronto se dió cuenta de que era él mismo quien fingía el tic-tac y, con la rapidez de una centella, comprendió la situación. "¡Qué leve señal para que no estallaran en vítores y aplausos!

Fué en aquel momento cuando Ed Teynte, el cabo de brigada surgió del castillo de proa y avanzó sobre cubierta. Ahora, lector, mide, reloj en mano, lo que ocurió. Peter Pan hirió certera y enérgicamente al marinero. Juan puso su mano sobre la boca del desventurado Pirata para ahogar su gemido de muerte y Ed Teynte cayó boca abajo. Para evitar el ruido del choque, cuatro niños le cogieron antes de que tocara en el suelo; Peter Pan dió la señal y el muerto fué lanzado al mar por encima de la borda. Se oyó un chapoteo y después, otra vez el silencio. ¿En cuánto tiempo pasaría todo esto?

—¡Uno! — empezó a contar Ligerín.

Con gran rapidez y de puntillas penetró Peter Pan en la cámara, para que no le viesen, pues más de un Pirata estaba armándose de valor para atreverse a mirar lo que sucedía. Ahora ya oían su propia respiración anhelante, lo cual les demostraba que aquel horrible sonido que tanto les asustara, había ya cesado.

—Ya se ha ido, capitán, — dijo Smee limpiando sus lentes. — Todo está en silencio otra vez.

Lentamente, la cabeza del capitán Garfio asomó por encima de la gorguera y escuchó con tanta atención que hasta el eco del tic tac hubiera oído. No se escuchaba el más mínimo rumor y el capitán Garfio se enderezó enérgicamente en toda su elevada estatura.

—Entonces, vaya un brindis por Madama Palanca — exclamó con ardor, odiando más que nunca a los niños al pensar que habían presenciado su cobardía. Y empezó a entonar su vil canción:

Es la palanca que aquí véis
Salón de baile del marinero;
Cuando ella caiga, todos caereis
...¡Al patio de Pedro Botero!

Para aterrorizar más a sus prisioneros, y aun exponiéndose a perder su grave dignidad empezó a danzar a lo largo de una palanca imaginaria, haciéndoles muecas al mismo tiempo que cantaba. Y al terminar, preguntó:

—¿Queréis unas caricias del látigo de nueve fustas, antes de la danza en la palanca?

Al oir esto, todos cayeron de rodillas.

—No, no, — gritaron con voz tan lastimera que todos los Piratas se sonrieron.

—Trae el látigo, Jukes — dijo el capitán Garfio. — Está en la cámara.

¡La cámara! Peter Pan estaba escondido allí. Los niños se miraron unos a otros.

—Voy corriendo — — dijo Jukes.

Y entró alegremnte en la cámara. Los niños le siguieron con la mirada, dándose apenas cuenta de que el capitán Garfio había

reanudado su canción, a la que se unieron sus lobos marinos.

Gozad, lobatos, la delicia
Del gato de las nueve colas;
Veréis qué amable os acaricia...

Lo que decía la última estrofa no se sabrá nunca, pues de pronto fué interumpida la canción por un espantoso y estridente chillido que salió de la cámara. El eco se repitió por todo el barco y al fin se extinguió. Entonces se oyó un ¡kikiriki! que los niños conocían bien, pero que para los piratas resultaba casi más imponente que el chillido.

—¿Qué ha sido eso? — preguntó el capitán Garfio.

—¡Dos! — dijo solemnemente Ligerín.

El italiano Cecco dudó un momento y al fin se decidió a entrar en la cámara. Salió tambaleándose, intensamente pálido.

—¿Qué le pasa a Bill Jukes, perro vil? — silbó el capitán Garfio lanzándose hacia él.

—Le pasa... que ha muerto apuñalado — replicó Cecco con voz hueca.

—¡Bill Jukes muerto! — exclamaron sobresaltados los Piratas.

—La cámara está tan oscura como boca de lobo — dijo Cecco — pero hay en ella algo terrible, ese algo que ha lanzado el espantoso kikiriki que acabáis de oir.

El capitán Garfio advirtió a un tiempo la alegría de los niños y el abatimiento de los Piratas.

—Cecco — dijo con su voz más segura — vuelve a la cámara y tráeme a ese gallo sin plumas.

Cecco, el más valiente de todos los valientes, se inclinó ante su capitán como si quisiera decir: no, no. Pero el capitán Garfio levantaba ya su garra.

—Has dicho que irías ¿verdad, Cecco? — murmuró.

Cecco fué, no sin levantar antes desesperado los brazos al cielo. Ya no cantó el capitán; ahora todos escuchaban. Y otra vez se oyó un grito de muerte y otra vez se oyó el ¡kikiriki! Nadie habló más que Ligerín.

—¡Tres!

El capitán Garfio animó a sus lobos con un gesto.

—¡Con cien mil pares de diablos!—rugió. — ¿No hay quien sea capaz de traerme a ese gallo pelado?

—Esperemos a que salga Cecco, — gruñó Starkey.

Y los otros lo apoyaron.

—Creo que has dicho que vas a ir tú, Starkey — dijo Garfio levantando su gancho otra vez.

—No, por todos los truenos del infierno, — gritó Starkey.

—Pues mi garfio cree que sí, — dijo el capitán cruzándole con él. — ¿No te parece que sería prudente, Starkey, complacer al garfio?

—Antes que entrar ahí prefiero que me ahorquen, — replicó Starkey tercamente.

Y de nuevo tuvo el apoyo de la tripulación.

—¿Es esto una rebelión, — preguntó el capitán Garfio con más agrado que nunca, — y Starkey es el cabecilla?

—Piedad, capitán, — sollozó Starkey temblando.

—Venga un apretón de manos, Starkey, — dijo el capitán tendiéndole su garra.

Starkey miró en torno suyo, pero todos le abandonaban. A medida que él retrocedía, el capitán Garfio avanzaba y la chispa roja iluminaba sus ojos. Lanzando un desesperado gemido, el pirata saltó por encima del Gran Tom y se precipitó en el mar.

—¡Cuatro! — contó Ligerín.

—Y ahora, — preguntó cortésmente Garfio, — ¿quiere rebelarse algún otro caballero?

Y tomando su linterna y levantando su garra con gesto amenazador, dijo:

—Yo mismo sacaré de donde esté a ese gallo desplumado.

Y entró precipitadamente en la cámara.

—Cinco...

¡Cuánto anhelaba Ligerín poder decir esto! Humedeció ya sus labios para prepararse, pero, a poco, el capitán Garfio salió de la cámara tambaleándose, sin linterna.

—Hay algo ahí dentro que apagó mi luz, — dijo con voz entrecortada.

—¡Algo! — repitió Mullins como un eco.

—Y ¿qué ha sido de Cecco? — preguntó Noodler.

—Está tan muerto como Jukes, — dijo Garfio brevemente.

Su repugnancia a volver a entrar en la cámara impresionó a todos desfavorablemente y otra vez volvieron a oirse murmullos de motín. Todos los piratas son supersticiosos y Cookson gritó:

—Dicen que la señal más segura de que un buque está maldito es cuando hay a bordo uno con quien no se contaba.

—Y yo he oído decir, — murmuró Mullins, — que ese uno llega siempre, tarde o temprano, a los barcos piratas. ¿Tenía rabo, capitán?

—Se dice, — murmuró otro mirando con rencor al capitán Garfio, — que cuando se presenta, lo hace con la apariencia del hombre más perverso de a bordo.

—¿Tenía garfio, capitán? — preguntó Cookson con insolencia.

Y uno tras otro, empezaron a gritar:

—¡El barco está maldito, el barco está maldito!

Al oir esto, los niños no pudieron resistir a la tentación de lanzar vítores entusiastas.

El capitán Garfio se había olvidado casi de sus prisioneros, pero al volverse hacia ellos, su rostro se iluminó.

—Muchachos, — gritó a su tripulación, — tengo una idea. Abrid la puerta de la cámara y echad dentro a los chicos. Dejadlos que luchen por sus vidas con el gallo sin plumas. Si le matan, estaremos mejor de lo que estamos y si él les mata, no estaremos peor.

Por última vez los lobos marinos admiraron a Garfio. Y cumplieron devotamente su mandato. Los niños, fingiendo resistirse, fueron empujados dentro de la cámara y la puerta se cerró tras ellos.

—Ahora, escuchemos, — dijo el capitán Garfio.

Y todos escucharon. Pero ninguno se atrevió a mirar a la puerta; es decir, sí se atrevió alguien. Se atrevió Wendy, que durante

este tiempo había permanecido atada al mástil. Y no era un grito de muerte ni un kikirikí lo que aguardaba, sino la aparición de Peter Pan.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Peter Pan había encontrado en la cámara lo que fuera a buscar en ella: la llave que debía librar a los niños de sus esposas; y ahora todos ellos se adelantaban furtivamente, llevando cuantas armas pudieron encontrar. Primero, haciendo señas a los demás para que se escondieran, Peter Pan cortó las ligaduras de Wendy. Después, nada hubiera sido tan fácil para ellos como marcharse volando, pero algo cerraba el camino: el juramento de Peter Pan: "O Garfio o yo".

Por ello, una vez el niño maravilloso hubo libertado a Wendy, murmuró a su oído la orden de que se ocultara con los otros y él ocupó su sitio en el mástil, cubierto con la capa de la niña, como si fuera ella. Después, tomó aliento y lanzó al aire, más vibrante que nunca, su kikirikí.

Para los piratas esta voz significó el aviso de que todos los niños yacían asesinados en la cámara y ello hizo que el pánico les dominara. El capitán Garfio trató de animarles, pero, como perros que eran por obra suya, le mostraron los dientes y él comprendió que si apartaba de ellos sus ojos, se abalanzarían sobre él.

—Muchachos, — gritó de pronto dispuesto a adular o a golpear, según fuera preciso, pero sin acobardarse ni un instante, — lo he pensado bien y estoy seguro de que hay algo de mal agüero a bordo.

—Sí, — gruñeron ellos, — un hombre con un gancho.

—No, muchachos, no. Es la niña quien tiene la culpa de todo. No puede haber suerte en un buque pirata cuando hay una mujer a bordo. Todo irá bien cuando ella desaparezca.

Algunos recordaron que esta era también la opinión del capitán Flint.

—Vale la pena de probarlo, — dijeron, dudando aún.

—Echad a la niña por la borda, — gritó el capitán Garfio.

Y todos se abalanzaron a la figurita que, envuelta en la capa, estaba atada al mástil.

—Ya no hay nadie que pueda salvarte, muñequita, — silbó Mullins entre dientes, burlonamente.

—Sí hay alguien, — replicó la figura de la capa.

—¿Quién?

—¡Peter Pan, el vengador! — fué la terrible respuesta.

Y al tiempo que hablaba, Peter Pan tiró la capa al suelo. Entonces comprendieron todos quién había estado engañándoles en la cámara y por dos veces trató Garfio de hablar y por dos veces le fué imposible. En aquel momento espantoso, su fiero corazón se acobardó.

Al fin pudo gritar:

—¡Abridle en canal de arriba abajo!

Pero su voz sonó sin convicción.

—¡Abajo, muchachos y a ellos! — gritó sonora la voz de Peter Pan.

Y un instante después, el chocar de las armas resonaba por todo el barco.

De permanecer unidos los piratas, de seguro hubieran ganado, pero al llegar la arremetida de los niños, aquéllos estaban esparcidos y corrían de aquí para allá, dando golpes salvajemente y creyéndose cada uno de ellos el último superviviente de la tripulación. De hombre a hombre, eran los más fuertes ellos, pero luchaban a la defensiva, lo cual capacitaba a los niños para cazar en parejas y escoger su presa. Algunos de los bandoleros se tiraron al mar, otros se escondieron en sitios oscuros, donde fueron encontrados por Ligerín, quien no luchaba, pero corría de aquí para allá con una linterna en la mano, con cuya luz cegaba a los piratas, lo que facilitaba que cayeran bajo las espadas de los otros niños. No se oía ningún ruido, excepto el chocar de las armas; de cuando en cuando un grito aislado, un cuerpo que caía en el agua y el monótono contar de Ligerín. Cinco... seis... siete... ocho... nueve... diez... once.

Creemos que todos habían caído ya, cuando un grupo de los niños rodeó al capitán Garfio, quien parecía tener siete vidas pues se conservaba ileso en aquel círculo de fuego. Todo había ido bien en la lucha con los lobos marinos, pero aquel hombre parecía valer él solo por todos. Una y otra y otra vez, los niños cayeron sobre él y una y otra y otra vez, él se abrió brecha. Ahora había levantado a un niño con su gancho y lo usaba como escudo, cuando otro niño, que acaba de atravesar con su espada a Mullins, intervino en la contienda.

—Levantad vuestras espadas, muchachos, — gritó el recién llegado. — ¡Ese hombre es mío!

Así, súbitamente, el capitán Garfio se encontró frente a frente con Peter Pan. Los demás se hicieron atrás y formaron un círculo en torno de ellos.

Durante un largo rato, los dos enemigos se miraron cara a cara; el capitán Garfio se estremeció levemente y el rostro de Peter Pan se iluminó con su maravillosa sonrisa.

—Así, pues, Peter Pan, — dijo Garfio al fin. — ¿Todo esto lo has hecho tú?

—Sí, Jaime Garfio, — fué la áspera respuesta. — Todo esto es obra mía.

—Jovenzuelo orgulloso y descarado, — gritó el capitán Garfio, — ha llegado el momento de tu muerte.

—Hombre malo y siniestro, — contestó Peter, — toma la tuya.

Sin una palabra más, se abalanzaron el uno sobre el otro y durante un momento lucharon sin ventaja de una ni de otra parte. Peter Pan era un soberbio espadachín y paraba los golpes con increíble rapidez. De cuando en cuando se echaba a fondo con tal destreza, que el enemigo apenas podía defenderse; pero la cortedad de su brazo le perjudicaba y no llegaba a hundir su acero. El capitán Garfio, apenas inferior en habilidad aunque no tan ágil en el juego de muñeca, le forzaba a retroceder con sus arrolladoras arremetidas y esperaba terminarlo todo en seguida con su estocada favorita, la que le había enseñado tiempo atrás en Río de Oro el mismísimo Barba Azul. Pero, con gran sorpresa suya, falló su estocada famosa una y otra vez. Entonces, trató de estrechar a su

enemigo, de darle muerte con su gancho de hierro que durante todo este tiempo había permanecido en el aire, pero Peter Pan se agachó debajo de él, y, lanzándose a fondo, le dió una estocada en el costado. A la vista de su propia sangre, cuyo peculiar color recordaréis que era la cosa que más le repugnaba, el capitán Garfio dejó caer su espada y quedó a merced de Peter Pan.

Mas, con un magnífico gesto, Peter Pan invitó a su contrario a recoger la espada. Garfio lo hizo así instantáneamente, aunque bajo la trágica sensación de que Peter Pan, su enemigo, mostraba en aquel momento un supremo buen tono, que nadie podría nunca igualar.

Hasta aquel momento le había parecido que tenía que habérselas con un demonio, mas ahora le asaltaba una más negra sospecha.

—Peter Pan, dime: ¿quién eres? — rugió roncamente.

—Soy la juventud, soy la alegría, — contestó Peter al azar. — Soy un polluelo que acaba de salir del cascarón.

Esto era naturalmente una tontería, pero también era una prueba para el infeliz Garfio de que Peter no sabía quién era ni lo que era, lo cual es el colmo del buen tono.

—¡A la lucha otra vez! — gritó desesperado.

Y luchó de nuevo como una fiera y cada embestida de su terrible espada hubiera dividido en dos a cualquier hombre o a cualquier niño que le hubiera interceptado el paso, pero Peter Pan rebullía a su alrededor como si el propio viento le apartara de la zona de peligro y una y otra vez se lanzaba como una flecha y hería a su enemigo.

El capitán Garfio luchaba ya casi sin esperanza. Aquel pecho tenebroso ya no deseaba la vida, sino tan sólo una merced: pescar a Peter Pan en una falta de buen tono antes de helarse para siempre.

Abandonando al fin la lucha, se abalanzó hasta la Santabárbara y le prendió fuego.

—Antes de dos minutos, — exclamó, — el buque volará hecho pedazos.

"Ahora, ahora, — pensaba, — mostrará si posee verdaderamente buen tono". Pero Peter Pan salió de la Santabárbara con la granada en las manos y la tiró tranquilamente por la borda.

Y en tanto ¿qué muestras de buen tono daba el capitán Garfio? Aun siendo como era un hombre descarriado y aun cuando no simpaticemos con él, no podemos menos de alegrarnos de que al fin se mostrara fiel a las tradiciones de su raza. Los demás niños, volaban ahora en torno suyo, mofándose desdeñosamente de él. El capitán Garfio, tambaleándose sobre cubierta, les asestaba ciegos golpes con su espada; su mente ya no se ocupaba de ellos. Sus pensamientos habían vuelto hacia los campos de recreo de su infancia en los que jugaba cuando había sido bueno o en los que, en el caso contrario, contemplaba los juegos desde un muro.

Fué en el tiempo en que sus zapatos, su chaleco, su corbata y sus calcetines eran de un buen tono perfecto.

¡Adiós, Jaime Garfio! Adiós, tú, que fuiste un ser no exento de heroísmo

Pues hemos llegado a su último momento.

Viendo cómo Peter Pan avanzaba lentamente hacia él con la daga en alto, saltó sobre la borda para arrojarse al mar. No sabía el desgraciado que el cocodrilo le estaba esperando abajo, pues precisamente paramos adrede el reloj a fin de evitarle este conocimiento. Ha sido una pequeña muestra de nuestro respeto por el fin de este hombre extraordinario. Tuvo un último gesto de triunfo que no necesitamos envidiarle: Cuando estaba sobre la borda mirando sobre su hombro cómo Peter Pan se deslizaba en el aire, invitó con un gesto a Peter a usar su pie. Lo que hizo que Peter Pan le diera una patada en lugar de herirle con la daga.

Al fin Jaime Garfio había obtenido la tan anhelada gracia.

—¡Qué falta de buen tono! — exclamó burlonamente.

Y cayó, contento, en las fauces del cocodrilo.

—Diez y siete, — contó Ligerín. Pero su cuenta no era muy exacta. Quince de aquellos bandidos pagaron con la vida sus crímenes aquella noche, pero otros dos alcanzaron la playa. Starkey fué allí capturado por los Pieles Rojas que le hicieron niñera de todos sus hijos, lo cual, para un pirata, resultaba una caída triste y vergonzosa y Smee vagó de allí en adelante por el mundo con sus gafas, llevando una vida precaria y jactándose de ser él el unico hombre a quien Jaime Garfio había temido.

Wendy, como es natural, había permanecido a un lado sin tomar parte en la lucha, aunque contemplando a Peter Pan con ojos brillantes, mas ahora que todo había concluído, volvió a ser personaje importante. Alabó a todos por igual y se estremeció de gozo cuando Miguelito le mostró el lugar donde había matado a un pirata; luego se metió en el camarote de Garfio, y en el reloj del capitán, que colgaba de un clavo, vió que era la una y media.

Lo más extraordinario de todo era lo avanzado de la hora, y por ello Wendy metió a todos los niños apresuradamente en las literas de los piratas; a todos menos a Peter Pan, quien estuvo paseando sobre cubierta arriba y abajo hasta que al fin se quedó dormido al lado del Gran Tom. Aquella noche tuvo uno de sus habituales sueños y lloró soñando y Wendy tuvo que tomarle en brazos.

CAPITULO XVI

La vuelta al hogar

Antes de dar la campanada del barco las ocho y media de aquella mañana, estaban todos los chicos en movimiento, pues había mar gruesa y el Simplón, que hacía de contramaestre, estaba entre ellos mascando tabaco, y con un cabo de cuerda en la mano. Todos ellos vestían trajes de los piratas, cortados por las rodillas, todos iban cuidadosamente afeitados, y subieron a cubierta andando con el vaivén peculiar a los marineros y amarrándose los pantalones.

No hay para qué decir quién era el capitán. El Agudo era el primer piloto y Juan el segundo. Una sola mujer había a bordo,

los demás eran marineros y vivían en el castillo de proa. Peter Pan se había atado al timón, cuando tocó el silbato llamando a todos sus hombres para dirigirles un pequeño discurso. Les dijo que esperaba que cumplirían con su deber como valientes, pero que sabía que ellos eran la hez del río y de Costa de Oro y que si se insubordinaban les haría trizas. Aquellas duras palabras eran las que los marineros podían comprender mejor, y, por ello, todos le aclamaron calurosamente. Después, dió Peter Pan unas breves órdenes y los marineros hicieron girar el buque en redondo y lo encaminaron hacia el continente real.

El capitán Pan calculaba, después de consultar la carta marina del buque, que si duraba el buen tiempo, podrían tocar en las Islas Azores el 21 de Julio, después de lo cual ganarían tiempo volando. Algunos de los tripulantes querían que el buque arriara la bandera pirata, pero otros deseaban conservarlo pirata, por lo que el capitán les trató como a peros y ellos no se atrevieron a expresarles sus deseos ni aun en un memorial con las firmas colocadas en forma de círculo.

Allí, lo único seguro era la inmediata y estrecha obediencia. Ligerín recibió una docena de azotes por haberse quedado perplejo cuando se le dijo que fondeara. La opinión general era que Peter Pan se inclinaba a la honradez para amortiguar las sospechas de Wendy, pero que cambiaría en cuanto estuviera listo el vestido que la niña le esta haciendo, de bastante mala gana, con los atavíos más estropeados del capitán Garfio. Se murmuró después entre la tripulación que la primera noche en que Peter Pan se puso este traje, se sentó en el camarote con con la boquilla de Garfio en la boca y una mano cerrada, excepto el índice que erguía amenazadoramente, doblándolo y desdoblándolo como si fuera un gancho.

Ahora en vez de seguir ocupándonos del barco, debemos volver al desolado hogar del cual tres de nuestros amigos cometieron la crueldad de marcharse volando hace ya mucho tiempo. Es para nosotros algo vergonzoso haber abandonado la casa del número 14 durante tan largo intervalo: no obstante, podemos estar seguros de que la señora Gentil no nos reconvendría por ello. Si hubiéramos vuelto más pronto a contemplarla con sincera simpatía, la dama hubiera exclamado: "No seáis tontos, ¿qué os importo yo? Volveos y cuidad de los niños".

Mientras las mamás sean así, los niños abusarán de ellas y de ello se valen los muy pícaros. Y aun ahora sólo nos aventuramos a entrar de nuevo en aquella familiar alcoba de los pequeños Gentil, porque sus legítimos habitante están ya camino de su casa y nuestra misión es, sencillamente, correr delante de ellos para cuidar de que sus camas estén debidamente aireadas y de que el señor y la señora Gentil se queden esta noche en casa. Nosotros no somos pues, más que unos criados. Pero, pensándolo bien, ¿por qué han de estar aireadas y bien hechas sus camas, siendo así que ellos las abandonaron con tan ingrata prisa? ¿No les estaría muy bien empleado volver y encontrar que sus padres están pasando el "fin de la semana" en el campo? Sería esta la mejor lección de moral que podría dárseles, pero si obramos de este modo, la señora Gentil no nos lo perdonará jamás.

Una cosa nos gustaría inmensamente hacer y es decir a la dama, en la forma que algunos autores suelen hacero, que os niños vueven ya y que llegarán a su casa del jueves en ocho días, pero esto echaría a perder por completo la sorpresa de que Wendy y Juan y Miguel gozan por adelantado. La han proetado en el barco y al planearla han visto el gozo delirante de su madre, el grito de alegría de su padre, el salto de Nana deseosa de ser la primera en abrazarles, y para todo ello se han preparado, cuando para lo que debían estarlo era para recibir un buen castigo.

Resultaría delicioso malograrlo todo, dando la noticia por adelantado. Así, cuando entraran gozosos, la señora Gentil ni siquiera ofrecería sus labios a Wendy y el señor Gentil exclamaría ásperamente:

—Vamos, ya están aquí estos endiablados chiquillos.

Y sin embargo, ni siquiera se nos darían las gracias por ello. Empezamos ya a conocer a la señora Gentil y estamos seguros de que nos reconvendría por privar a los niños de este pequeño placer.

—Pero, querida señora, — podríamos decirle, — hasta ese jueves faltan diez días y anunciándole a usted lo que va a suceder, podemos evitarle diez días de infelicidad.

—Sí, pero ¿a qué costa? A costa de privar a los niños de diez minutos de deleite.

—Si lo mira usted así...

—Y ¿de qué otro modo mirarlo?

Como veis, las mujeres no tienen sentido común.

Yo había pensado decir cosas extraordinariamente bonitas acerca de mamá Gentil, pero la desdeño y no diré nada de lo que pensaba. En realidad no necesita que se le avise para que disponga las cosas, pues todo está dispuesto; las camas están aireadas y bien hechas, la dama no sale nunca de casa y, lo que es más de admirar, la ventana está siempre abierta. Para lo que servimos, podríamos perfectamente volvernos al barco, más, ya que estamos aquí, podemos quedarnos y curiosear un rato. Al fin y al cabo no somos sino unos incorregibles curiosos. Nadie nos quiere, en realidad; así, pues, observemos y digamos cosas mordaces en la esperanza de que algunas de ellas lastimen a alguien.

El único cambio apreciable que se ha realizado en la alcoba de los niños es que entre nueve de la mañana y seis de la tarde, la perrera no está allí. Cuando los niños se escaparon volando, el señor Gentil sintió en lo más profundo de su alma que la culpa era suya por haber encadenado a Nana y que desde el principio al fin del suceso, la pera había sido más lista que él. Claro está que, como ya hemos visto, el señor Gentil era un hombre muy sencillo. Si hubiera podido cubrirse la calva hubiera pasado perfectamente por un chiquillo, pero hay que confesar que tenía un doble sentido de la

En la amargura de su remordimiento juró que no abandonaría la perrera hasta que no volvieran sus niños

justicia y un valor de león para hacer lo que le parecía justo. Por ello, después de reflexionar sobre el asunto de la fuga de los niños con anhelante interés, se puso a andar a cuatro patas y se metió en la perrera. A todas las invitaciones de la señora Gentil para que saliera, le replicaba triste, pero firmemente:

—No, querida no; este es mi puesto.

En la amargura de su remordimiento juró que no dejaría la perrera hasta que volvieran sus niños. Claro está que esto era excesivo, pero todo lo que el señor Gentil hiciera, tenía que hacerlo con exageración; de otro modo no lo hubiera hecho.

He aquí por qué ahora no había hombre más humilde que el que antes fué el orgulloso Jorge Gentil y en esta situación lo encontramos cierta tarde sentado en la perrera, hablando con su esposa de sus queridos hijitos, y de sus adorables costumbres.

Una cosa muy conmovedora era su deferencia con Nana. No la dejaba entrar en la casilla, pero en todo lo demás se acomodaba implícitamente a sus deseos. Todas las mañanas, la casilla, con el señor Gentil dentro, era llevada a un coche que le transportaba a su oficina y a las seis de la tarde, volvía a su casa del mismo modo.

Comprenderemos la fuerza de voluntad que para esto necesitaba papá Gentil si recordamos lo muy sensible que era a la opinión de sus vecinos, él cuyo más insignificante movimiento atraía ahora la atención general. Interinamente debía de haber sufrido torturas horribles, pero conservaba su serenidad exterior, aun cuando la gente joven criticaba su casilla, y no dejaba de quitarse el sombrero cortésmente ante cualcualquier dama que mirara lo que había dentro de ella.

Podrá esto tacharse de quijotesco, pero la verdad es que era magnífico. Pronto el verdadero significado de esta rareza del señor Gentil trascendió al público y el gran corazón de la multitud se conmovió. Numerosas personas seguían al coche dando entusiastas vivas, encantadoras muchachas le asaltaban para pedirle su autógrafo, y los mejores periódicos publicaban interviús con el señor Gentil y la más selecta sociedad le invitaba a comer, añadiendo: "No deje de venir en la perrera".

En aquel jueves repleto de acontecimientos, la señora Gentil se hallaba en el cuartito de estudio que había al lado de la alcoba de los niños esperando el regreso de su esposo. Su mirada era triste, muy triste; al verla ahora de cerca y recordar su alegría de días pasados, de la que nada quedaba, por el solo hecho de haber perdido a sus pequeñuelos, no nos atrevemos a criticarla por amar demasiado a tan insignificantes chiquillos. Al fin y al cabo, no ra culpa suya.

Mirémosla cómo se ha quedado dormida en su silla. El rinconcito derecho de su boca, que es lo que primero miramos, está casi marchito. Su mano se mueve inquieta sobre su pecho como si tuviera un agudo dolor. Algunos quieren más a Peter Pan y otros a Wendy, pero a nosotros nos gusta más ella. Supongamos que para hacerla feliz por un momento, murmuramos a su oído que los rapazuelos vuelven ya...

Y la verdad es que ahora se encuentran a dos millas de la ventana y volando con ímpetu pero lo único que necesitamos murmurar es que están en camino. ¡Vamos ya!

Es lástima que lo hayamos hecho, pues la dama, sobresaltada, se ha despertado llamando a los niños por sus nombres y en la habitación no hay nada; sólo está Nana.

Nana tenía los ojos húmedos, pero lo único que pudo hacer fué colocar una pata en el regazo de su ama, cariñosamente, y así permanecieron juntas hasta que volvió el coche con la perrera.

Cuando el señor Gentil saca la cabeza de la asilla para besar a su esposa, vemos que su rostro está algo envejecido, pero que tiene una expresión más suave que antes.

Dió su sombrero a Liza, quien lo tomó desdeñosamente, pues como no tenía imaginación, era absolutamente incapaz de comprender los motivos de la conducta de hombre semejante. En la calle, la gente que había acompañado el coche hasta la casa, vitoreaba todavía al señor Gentil, quien estaba verdaderamente conmovido.

—¿Oyes? — dijo. —Es muy de agradecer.

—Casas de chiquillos, — repuso Liza mofándose.

—Hay también personas mayores, — aseguró el negociante con un débil rubor en las mejillas. Más cuando la criadita sacudió la cabeza dudando, el señor Gentil no tuvo una palabra de reproche para ella. El éxito no le había enorgullecido, antes le había dulcificado.

Durante un rato permaneció sentado con medio cuerpo fuera de la casilla hablando con la señora Gentil de aquellos éxitos y apretando su mano de modo tranquilizador cuando ella le dijo que esperaba que no se le subiera la gloria a la cabeza.

—No tengas cuidado; más si yo hubiese

Compre

EL DIARIO

todas las tardes y estará al corriente de las noticias sociales, políticas, sportivas, teatrales y otras del momento.

EL DIARIO

Fundado hace 45 años

tiene entrada en todos los buenos hogares.

Remita el cupón y recibirá a domicilio un ejemplar del jueves próximo con las páginas en colores, y una página con la graciosa historieta para niños:

BARNIGUGLI y su PINGO TRAGAVIENTOS

Señor Administrador de EL DIARIO.
Avenida de Mayo, 662 - Bs. Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán las páginas femeninas en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . .

F. C. . . . . .

EDICION DE LOS JUEVES
Precios de suscripción:

1 año	$ 5.--
6 meses. . .	„ 2.50
3 „ . . .	„ 1.50

sido un hombre débil, — dijo. — ¡Oh, Dios mío, si yo hubiese sido un hombre débil!

—Y dime, Jorge: — observó ella tímidamente. — Sigues tan lleno de remordimientos como antes, ¿verdad?

—Tan lleno de remordimientos como antes querida. Ya ves mi castigo; vivir en una perrera.

—¡Por Dios, amor mío!

Entonces la dama le suplicó que le perdonara, y él, sintiendo sueño, se acurrucó en la perrera.

—¿Por qué no tocas un poco el piano para que me duerma? — rogó él.

Y cuando ella cruzaba la habitación, él, inconscientemente, añadió:

—Y cierra esa ventana; hay corriente de aire.

—¡Por Dios, Jorge! No me pidas nunca que haga tal cosa. Esa ventana debe quedar siempre abierta por si ellos volvieran... Siempre, siempre...

Entonces le tocó a él pedir perdón y la dama entró en el estudio y empezó a tocar el piano. El señor Gentil se quedó dormido y, mientras dormía, Wendy, Juan y Miguel entraron volando en la habitación.

Pero no, no. Lo escribimos así con arreglo al plan encantador que ellos hicieron antes de dejar el buque, pero algo extraordinario debió haber ocurrido desde entonces, porque no fueron ellos quienes entraron volando en la habitación, sino Peter Pan y Campanilla de Cobre.

Las primeras palabras de Peter Pan van a explicárnoslo.

—De prisa, Campanilla — murmuró, — cierra la ventana y echa el pestillo. Así, perfectamente. Ahora tú y yo saldemos por la puerta y cuando Wendy venga, creerá que su madre se la ha cerrado y tendrá que volverse a la isla conmigo.

Ahora comprendemos lo que hasta aquí nos había maravillado tanto, esto es, por qué Peter Pan, una vez exterminó a los piratas, no volvió a la isla ni dejó que Campanilla escoltara sola a los niños hasta el continente real. Es que esta travesura bullía en su cabeza durante todo este tiempo.

En lugar de darse cuenta de la perfidia de su conducta, Peter Pan bailaba de alegría. Después asomó la cabeza por la puerta del cuarto de estudio para ver quién tocaba el piano. Murmuró al oído de Campanilla:

—Es la madre de Wendy; una dama muy hermosa aunque no tanto como mi madre. Su boca está llena de dedales, pero no tiene tantos como tenía mi madre.

Claro está que Peter Pan no sabía nada de su madre, pero a veces se enorgullecía de ella.

No conocía Peter Pan la canción de "Hogar, mi dulce hogar", que la dama cantaba, pero sí la comprendió cuando dijo: "¡Vuelve Wendy, vuelve Wendy!", y entonces gritó triunfante el niño:

¡Nunca más verá usted a Wendy, hermosa dama, porque la ventana está cerrada.

Se asomó otra vez a la puerta del estudio para ver por qué había cesado la música y entonces vió que la señora Gentil había apoyado la cabeza en el piano y los lágrimas asomaban a sus ojos.

—Quiere que abra la ventana, — pensó, — pero no lo haré, no lo haré y no lo haré.

Se asomó de nuevo y vió que las lágrimas aun estaban en los ojos de la señora Gentil, o que otras dos habían ocupado su lugar.

—Quiere muchísmo a Wendy, — se dijo. Y sintió enojo contra aquella dama que no comprendía la razón por la cual no podía tener a la niña. Esta razón era muy cencilla.

—Yo la quiero también, señora mía, y los dos no podemos tenerla, — murmuró.

Pero la dama no quería conformarse y Peter Pan se sintió desgraciado. Cesó de mirarla, pero aun así, la vista de la dama le retenía. Brincó en torno suyo e hizo unas cuantas muecas, pero cuando se detuvo sintió como si ella estuviera dentro de él, llamándole.

—Sí, sí, perfectamente, — dijo al fin, tragándose las lágrimas. Y fué y abrió la ventana.

—Vámonos, Campanilla, — exclamó haciendo una mueca burlona a las leyes inapelables de la naturaleza. — Nosotros no queremos nada de madres tontas.

Y marchó volando.

Así, Wendy, Juan y Miguel hallaron abierta para ellos la ventana, cosa que, naturalmente, no merecían.

Saltaron por ella y se detuvieron en el suelo, sin avergonzarse lo más mínimo de sí mismos; el más pequeño había olvidado por completo el hogar.

—Juan, — dijo mirando vacilante en torno suyo, — me parece que he estado aquí alguna vez.

—Claro que has estado, tonto. Esta es tu antigua cama.

—Es verdad, — dijo Miguel todavía no muy convecido.

—Mira, — exclamó Juan, — mira la perrera.

—Tal vez esté Nana dentro, — dijo Wendy.

Pero Juan exclamaba ya:

—¡Hola! Hay un hombre dentro de ella.

—¡Sí es papá! — exclamó Wendy.

—Déjame, déjame ver a papá, — suplicó Miguel ansiosamente. Y miró largamente dentro de la casilla.

—No es tan alto como el pirata que yo maté — dijo con tan franca desolación, que debemos alegrarnos de que el señor Gentil estuviera dormido. Hubiera sido muy doloroso que aquellas fueran las primeras palabras que oyera decir a Miguel.

Wendy y Juan estaban un poco sorprendidos de encontrar a su padre en la perrera.

—Me parece, — dijo Juan, como quien no fía mucho de su memoria, — que antes no solía dormir en la perrera.

—Acaso, Juan, — balbuceó Wendy, — no recordamos tan bien como creíamos nuestra antigua vida.

Un soplo helado cayó sobre ellos. Les estaba muy bien empleado.

—Me parece una falta de cuidado en nuestra madre, — dijo el bribonzuelo de Juan,

— el no estar aquí ahora que volvemos.

Entonces fué cuando la señora Gentil empezó de nuevo a tocar el piano.

—¡Es mamá! — gritó Wendy asomándose a la puerta.

—Sí, sí, lo es. — dijo Juan.

—Entonces, ¿tú no eres realmente nuestra madre, Wendy? — preguntó Miguel, que estaba medio adormilado.

—¡Señor, Señor! — excalmó Wendy con la primera punzada de remordimiento. — La verdad es que ya es hora de que volviéramos.

—Vamos, entremos, — sugirió Juan, — y cubrámosle los ojos con las manos.

Pero Wendy, que creía debían participar la feliz noticia más dulcemente, tenía un plan mejor.

—Vamos, deslicémonos dentro de nuestras camas y permanezcamos allí muy quietecitos cuando ella entre, como si nunca nos hubiéramos marchado.

Y así, cuando la señora Gentil volvió a la alcoba de los niños para ver si su esposo estaba dormido, todas las camitas estaban ocupadas. Los niños aguardaban su grito de alegría, pero no lo oyeron. La dama los veía, pero no creía que estuvieran en realidad allí; con tanta frecuencia solía verlos en sueños metidos en sus camitas, que se figuraba que el sueño estaba todavía posesionado de ella.

Se sentó en el sillón de al lado del fuego, donde, en días ya lejanos, los había amamantado.

Los niños no podían comprender lo que pasaba y un frío temor sobrecogió a los tres.

—¡Mamá! — gritó Wendy.

—¡Es la voz de Wendy! — dijo la dama. Pero aun estaba segura de que todo era un sueño.

—¡Mamá!

—Ese es Juan, — dijo ella.

—¡Mamá! — gritó Miguel, que ahora la había reconocido.

—Ese es Miguel, — repitó ella y tendió hacia los pequeños egoístas sus brazos, considerando una quimera el rodear con ellos a sus hijos. Pero sus brazos hallaron y estrecharon realmente a Wendy, Juan y Miguel que se habían tirado de las camas, para caer en ellos.

—¡Jorge! ¡Jorge! — exclamó la dama cuando pudo hablar.

Y el señor Gentil se despertó para compartir aquella dicha y Nana entró y se abalanzó a sus amitos. No podía haber espectáculo más delicioso; pero no había nadie que lo presenciara, excepto un chiquillo extraño que los contemplaba desde la ventana.

Poseía aquel chiquillo dones innumerables que los demás niños no podían nunca conocer, más aquella felicidad de que veía disfrutar a sus amigos desde la ventana, era la única a que su alma no podía nunca aspirar.

La sirvienta (al patrón corto de vista) : — Ayer pisó usted el jabón y por eso lo dejé hoy metido en el balde... Pero ¡Dios mío! ¡Si ha ido a pisarlo dentro del mismo balde!

CAPITULO XVII

...y Wendy creció

Supongo que queréis saber lo que fué de los otros niños. Pues bien, estaban abajo, esperando, para dar tiempo a Wendy a que hablara de ellos a sus papás, y una vez hubieron contado hasta quinientos, subieron por las escaleras, porque así le parecía que causarían mejor impresión. Permanecieron en hilera con el sombrero en la mano frente a la señora Gentil y arrepintiéndose de llevar aun sus trajes de piratas. No dijeron una palabra, pero sus ojos rogaban a la señora Gentil que les dejara quedarse; debieron también de haber mirado al señor Gentil; pero se olvidaron de él.

Como es natural, la señora Gentil dijo en seguida que se quedaría con ellos, pero el señor Gentil se mostró extrañamente desanimado y los niños comprendieron que seis chiquilos le parecían demasiados chiquillos.

—Veo que tú no haces las cosas a medias, — dijo a Wendy, severa observación en la que los Gemelos se creyeron aludidos.

Uno de ellos era bastante orgulloso y preguntó sonrojándose:

—¿Es que le parecemos a usted demasiados? Porque si es así, nos marcharemos.

—¡Papá! — exclamó Wendy disgustada.

Pero la nube pesaba aun sobre él. Comprendía que se portaba indignamente, pero no podía remediarlo.

—Podríamos dormir por parejas, — dijo el Agudo.

—Yo les corto siempre los cabellos... — dijo Wendy.

—¡Jorge!... — exclamó la señora Gentil apenada al ver a su amado esposo bajo un aspecto tan desfavorable.

Entonces éste rompió a llorar y la verdad salió de su pecho. Estaba tan contento como ella de tenerlos, pero le parecía que debían haber pedido su consentimiento, como pidieron el de ella, en lugar de considerarle en su propia casa como un cero a la izquierda.

—A mí no me parece usted un cero a la izquierda, — exclamó intantáneamente el Simplón. — ¿A tí te parece un cero, Encrespado?

—No. a mí no. ¿A tí te parece un cero, Ligerín?

—No, a mí no. ¿A tí te parece un cero, Gemelo?

Resultó que a ninguno de los niños le parecía el señor Gentil un cero a la izquierda, por lo que él quedó extraordinariamente agradecido, y dijo que trataría de hallar la forma de que cupieran todos en el salón.

—Sí, cabremos, sí, señor, — aseguraron ellos.

—Entonces, seguid al jefe, — gritó alegremente. — No estoy seguro de que tengamos un salón, pero hacemos como que lo tenemos y es lo mismo.

Y salió danzando por la casa y todos le siguieron aclamándole y gritando ¡Viva, viva! y bailando detrás de él fueron en busca del salón.

Hemos olvidado si lo encontraron o no, pero, de todos modos, sabemos que encontraron rincones en donde acomodarse.

En cuanto a Peter Pan, sólo volvió a ver una vez a Wendy, antes de alejarse volando. No llegó precisamente a la ventana, pero la rozó al pasar, para que la niña le abriera si quería, y pudiera llamarle, que es lo que hizo.

—Adiós, Wendy. ¡Adiós! — dijo Peter Pan.

—¡Oh, querido Peter! ¿Te vas?

—Sí.

—Y dime, Peter Pan, — balbuceó la niña: — ¿No tienes que decir a mis padres, algo muy dulce?

—No.

—¿No tienes que decirles nada de mí, Peter?

—No.

En aquel momento la señora Gentil se acercó a la ventana, pues ahora velaba cuidadosamente por Wendy, y la dama contó a Peter Pan cómo había adoptado a los otros niños y cómo le gustaría mucho adoptarle a él también.

—Y ¿me enviaría usted a la escuela? — preguntó el chiquillo astutamente.

—Sí.

—¿Y después a una oficina?

—Supongo que sí.

—¿Y no tardaría en hacerme hombre?

—No tardarías.

—Pues yo no quiero ir al colegio, ni aprender cosas serias, — dijo con viveza; — yo no quiero ir a la oficina, ni quiero ser hombre. ¡Oh, mamá de Wendy, qué horrible sería para mí el despertar y hallar mi rostro cubierto por una barba cerrada.

—Peter, — dijo Wendy, consoladora, — yo te querría aunque tuvieras barba.

Y la señora Gentil le tendió los brazos, pero él la rechazó.

—Atrás, atrás, señora. ¡A mí no hay quien me coja para hacerme hombre!

—Pero, ¿dónde vivirás?

—Con Campanilla, en la casita que construímos para Wendy. Las hadas la colocarán alta, muy alta, en la copa de un árbol, que es donde ellas duermen por la noche.

—¡Oh, qué delicia! — exclamó Wendy, tan entusiasmada que la señora Gentil apretó la mano con que la tenía cogida.

—Yo creía que todas las hadas habían muerto, — dijo la señora Gentil.

—Hay siempre muchísimas que acaban de nacer, — explicó Wendy, que ahora era una autoridad en la mteria, — porque cada vez que un niño recién nacido se ríe por primera vez, nace una nueva hada, y como siempre hay nuevos niños, hay siempre nuevas hadas. Viven en sus nidos de las copas de los árboles; las de color de malva son chicos, las blancas chicas y las azules unas tontas que no saben lo que son.

—Y me divertiré mucho, como siempre, — añadió Peter Pan fijando sus ojos en Wendy.

—Pero estarás solo por la noche cuando te sientes al lado del fuego.

—Tendré a Campanilla de Cobre.

—Ya sabes que Campanilla no puede hacer ni la centésima parte de las cosas que

nosotros hacemos, — recordó la niña con cierta aspereza.

—¡Serpiente chismosa! — gritó la voz de Campanilla desde la esquina.

—No importa, — dijo Peter Pan.

—Peter Pan, tú sabes que sí importa.

—Perfectamente. Entonces, vente conmigo a la casita.

—¿Me dejas ir, mamita?

—No, por cierto. Te tengo en casa de nuevo, y quiero conservarte.

—¡Es que Peter tiene tanta necesidad de una madrecita!

—Y tú también, amor mío.

—Está bien, — dijo Peter Pan, como si lo hubiera pedido por simple cortesía.

Pero la señora Gentil vió contraerse su boca e hizo al niño una hermosa oferta. La de dejar que Wendy le acompañara durante una semana al año, para hacer en la casita la limpieza de primavera. Wendy hubiera preferido una combinación más duradera, y le parecía además que la primavera tardaría mucho en llegar, pero esta promesa hizo que Peter se fuera de nuevo, radiante de contento. El niño no tenía noción del tiempo y, además, estaba tan repleta de aventuras su vida, que todas las que os he contado apenas valen un ochavo comparadas con las que quedan sin contar. Indudablemente porque Wendy sabía esto, sus últimas palabras fueron casi una súplica:

—Peter; ¿verdad que no me olvidarás antes de que llegue la época de la limpieza primaveral?

Peter Pan lo prometió y después se alejó volando, pero antes se llevó consigo un beso de la señora Gentil. Aquel beso que nadie había logrado. Peter Pan lo tomó con gran facilidad. ¡Qué gracioso! La señora Gentil parecía muy satisfecha.

Como es natural, todos los chicos fueron al colegio, y la mayoría entró en la tercera clase; sólo Ligerín fué puesto primero en la cuarta y después pasó a la quinta (hay que advertir que la primera es la más adelantada). Apenas habían asistido a la escuela durante una semana, cuando comprendieron lo tontos que habían sido no quedándose en la isla, pero ya era demasiado tarde y pronto se habituaron a ser seres tan vulgares como yo, como tú y como cualquier Juan Vulgar. Es triste tener que decir que gradualmente fueron perdiendo su facultad de volar. Al principio Nana les ataba los pies a los barrotes de la cama, a fin de qe no pudieran escaparse de noche, y una de sus diversiones durante el día era fingir que se caían de los tranvía, pero, andando el tiempo, cesaron de tirar de sus ligaduras en el lecho y hallaron que al tirarse de los tranvías se lastimaban.

Algún tiempo después no podían ni siquiera volar detrás de sus sombreros. Ellos, atribuían esto a la falta de práctica, pero lo que significaba realmente era que ya no creían en lo maravilloso.

Miguel creyó más tiempo que los demás, a pesar de que se mofaban de él, y cuando Wendy se marchó con Peter Pan, que fué a buscarla al fin del primer año. Miguel la acompañó. En aquel vuelo, Wendy llevaba el traje que se había confeccionado con hojas y ramas durante su primera estancia en el País de Nunca-Jamás y su único temor era que el niño pudiera notar lo muy corto que se le había quedado, pero Peter nunca lo notó. ¡Tenía tanto que hablar de sí mismo!

Wendy esperaba ilusionada las sensacionales charlas que con él tendría acerca de los tiempos pasados, pero las nuevas aventuras habían borrado de la mente del chiquillo el recuerdo de las antiguas.

—¿Quién era el capitán Garfio? — llegó a preguntar el niño con interés cuando ella le habló de tan astuto y terrible enemigo.

—¿No recuerdas — preguntó ella — que le mataste salvando nuestras vidas?

—Una vez que los he matado, los olvido, — replicó el chiquillo, indiferente.

Y cuando ella expresó una dudosa esperanza de que Campanilla se alegrara de verla, nuevamente dijo él:

—¿Quién es Campanilla?

—¡Pero Peter! — dijo ella extrañada. Mas aun después de habérselo explicado, él no la pudo recordar.

—Hay tantas como ella, — dijo el niño, — que supongo que ya no existirá...

Y, de fijo que tendría razón, ya que las hadas no viven muchos años, pues como son tan pequeñitas, un corto espacio de tiempo les parece largo.

Wendy se apenó al darse cuenta de que el año transcurrido había sido para Peter tan corto como un día; a ella en cambio le había parecido interminable aquel año de espera.

Mas el maravilloso nio era tan encantador como siempre y juntos disfrutaron de una primavera adorable e hicieron cumplida limpieza de la casita, que estaba ahora situada sobre las copas de los árboles.

Al año siguiente, Peter Pan no fué a buscar a Wendy. Ella le esperaba con un traje nuevo, porque el viejo, naturalmente, no podía ponérselo, pero Peter Pan no llegó.

—Acaso esté enfermo, — dijo Miguel.

—Ya sabes que nunca está enfermo.

Miguel se acercó mucho a ella y murmuró casi temblando:

—Acaso no existe tal persona, Wendy.

Y entonces Wendy hubiera llorado a no ser porque Miguel lo estaba haciendo ya.

Peter Pan volvió para la limpieza de la primavera siguiente y lo más raro fué que nunca supo que se había olvidado un año de ir a buscar a Wendy.

Esta fué la última vez que Wendy le vió. Durante algún tiempo la niña trató de no crecer, pero llegó a sentirse desleal cuando empezó la segunda enseñanza. Y así los años iban y venían sin traer al atrevido niño, y cuando Peter Pan y su amiga se volron de nuevo a ver, Wendy era ya una mujer casada y Peter representaba para ella apenas algo más que un montoncillo de polvo en la caja en que había conservado sus juguetes de niña. Wendy había crecido y no debemos sentirlo por ella, pues Wendy pertenecía a esa clase de personas a quienes gusta ser mayores y casi puede decirse que creció por su propia y libre voluntad más aprisa que las demás muchachas.

Todos los niños eran ya mayores en esta época y, por lo tanto, apenas vale la pena de hablar más de ellos. Todos los días podía verse a los Gemelos, al Agudo, al Encrespado ir a la oficina con una cartera en la mano y un paraguas debajo del brazo. Miguel es maquinista, Ligerín se casó con una dama de la aristocracia y no tardó en ser lord. ¿Véis aquel juez con peluca, que sale por aquella puerta de hierro? Es el Simplón. Y el hombre barbudo que no sabe ningún cuento para contarlo a sus hijos es Juan.

Wendy se casó vestida de blanco con un largo velo y un cinturón de azahar; nos parece raro que Peter Pan no bajara a la iglesia y prohibiera las amonestaciones.

Los años siguieron transcurriendo y Wendy tuvo una niña. Esto no debiéramos escribirlo con tinta, sino con letras de oro. La niña de Wendy se llamaba Juana y tenía una singular mirada interrogante, como si, desde el momento en que llegó a este mundo, quisiera hacer preguntas. Cuando tuvo ya bastante edad para hacerlas, la mayor parte de ellas se refería a Peter Pan. Nada le gustaba tanto como oír hablar de Peter, y Wendy le contaba lo que podía recordar, en el mismo aposento infantil en que se realizara el famoso vuelo. Era el dormitorio de Juana ahora, pues su papá se lo había comprado al de Wendy, a quien ya no le gustaba subir escaleras. La señora Gentil estaba ahora muerta y olvidada.

Sólo había dos camas en la habitación infantil; la de Juana y la de su niñera. La perrera ya no estaba, pues Nana también había muerto. Murió de vieja y al final de su vida se volvió de un humor insoportable, pues estaba firmemente convencida de que nadie sabía cuidar a los niños como ella.

Una vez por semana la niñera de Juana tenía una tarde libre y entonces competía a Wendy meter a Juanita en la cama. Era invención de Juanita levantar la sábana sobre su cabeza y sobre la de su madre, como haciendo una tienda de campaña, y murmurar en la oscuridad:

—¿Qué vemos ahora?

—Me parece que no veo nada, — decía Wendy recordando que si Nana hubiera estado allí hubiera puesto punto a la conversación.

—Sí ves, sí — decía Juanita. — Ves lo que pasaba cuando eras niña.

—¡Hace ya tanto tiempo de eso, corazón mío! — dijo Wendy. — ¡Ay, Señor, Señor, cómo vuela el tiempo!

—¿Vuela — preguntó la pícara niña — del mismo modo que tú volabas cuando eras pequeña?

—Como volaba yo. ¿Sabe, Junita, que a veces me preguntó si fué verdad que volé alguna vez?

—Sí, volaste, volaste, mamá.

—¡Qué tiempo aquel en que yo podía volar!

—Y, ¿por qué no vuelas ahora, mamita?

Porque soy persona mayor, hijita, y las personas mayores olvidan cómo se vuela.

—¿Y por qué lo has olvidado?

—Porque ya no soy ni alegre, ni inocente ni insensible. Sólo el insensible, inocente y alegre puede volar.

—Y, ¿qué es ser alegre, inocente e insensible? Yo querría ser alegre, inocente e insensible.

Y si por el contrario Wendy admitía que veía algo:

—Creo, — decía — que veo mi cuartito...

—Sí, sí, lo es, — afirmaba Juana. — Sigue, sigue, mamá.

Y entonces empezaba la gran aventura de la noche en que Peter Pan entró en busca de su sombra.

—El muy tonto, — seguía Wendy, — trató de pegársela con jabón, y al ver que no podía se echó a llorar y yo me desperté y se la cosí.

—Te has olvidado de una cosa, — interrumpió Juana, que ahora conocía el cuento casi mejor que su madre. — Cuando le viste sentado en el suelo llorando, ¿qué le dijiste?

—Me senté en la cama y le pregunté: "Niño, ¿por qué lloras?".

—Sí, sí, así fué, — dijo Juana lanzando un hondo suspiro.

Y entonces él nos hizo salir volando a todos y llegamos al País de Nunca-Jamás y vimos a los piratas y a las hadas y a los pieles rojas. Y la laguna de las Sierras y la casa subterránea y la casita mía...

—Sí, sí. Y, ¿qué era lo que te gustaba más?

—Creo que lo que me gustaba más era la casita subterránea.

—Y a mí también. Y ¿qué fué lo último que Peter Pan te dijo?

—Lo último que me dijo fué: "Espérame siempre y alguna noche oirás mi kikirikí".

—Sí, sí.

Wendy dijo esto sollozando, hasta tal punto había crecido.

—¿Cómo sonaba su kikirikí? — preguntó Juana una noche.

—Así, — dijo Wendy, tratando de imitar el canto de Peter Pan.

—No, no, no era así, — dijo Juana gravemente. — Era de este otro modo.

Y lo hizo mucho mejor que su madre.

—Querida mía, — dijo. — ¿Cómo puedes saberlo?

—Lo oigo con frecuencia caundo estoy dormida, — dijo Juana.

—Sí, muchos niños lo oyen cuando están dormidos, pero yo fuí la única que lo oí despierta.

—¡Dichosa tú! — suspiró Juana.

Y una noche, llegó la tragedia.

Era en primavera y Wendy había contado su cuento aquella noche, y Juanita dormía tranquilamente en su cama. Wendy estaba sentada en el suelo muy cerca del fuego para poder zurcir, pues no había otra luz en la habitación, y mientras se hallaba zurciendo, oyó un kikirikí. Entonces la ventana se abrió de par en par, como antiguamente, y Peter Pan entró por ella.

Era exactamente el mismo de siempre y Wendy observó en seguida que tenía aún sus primeros dientes.

Era un niño todavía, mientras que ella era una persona mayor. Se acurrucó al lado del fuego, no atreviéndose a moverse. Sentíase culpable de ser ya una mujer.

—Hola, Wendy, — dijo él sin notar diferencia alguna, pues estaba pensando principalmente en sí mismo, y a aquella débil claridad, el blanco vestido de la dama podía muy bien haber sido el camisón de dormir con que la vió por primera vez.

—Hola, Peter Pan, — dijo ella débilmente, empequeñeciéndose cuanto le fué posible.

Y sintió algo dentro de sí que decía: "Suéltame, suéltame, mujer".

—Dime, ¿dónde está Juan? — preguntó el chiquillo echando súbitamente de menos la tercera camita.

—Juan no está aquí ahora, — balbuceó ella.

—¿Está dormido Miguel? — preguntó, lanzando una leve mirada a Juana.

—Sí, — contestó Wendy. Y se sentía tan falsa para con Juan como para con Peter Pan. — Ese no es Miguel. — rectificó en seguida, arrepentida de su falta.

Peter miró.

—Hola, ¿es uno nuevo?

—Sí.

—¿Niño o niña?

—Niña.

Creyó Wendy que ahora él comprendería, pero no fué así.

—Peter Pan, — dijo ella temblando, — ¿esperas acaso que vuele contigo?

—Naturalmente. — Para eso he venido, — y añadió con cierta severidad: — ¿Has olvidado que es la época de la limpieza primaveral?

Sabía Wendy que era inútil decirle que habían pasado desde su última entrevista muchas épocas de limpieza primaveral.

—No puedo ir, — dijo excusándose, — me he olvidado de volar.

—Pronto te enseñaré otra vez.

—Peter Pan: no malgastes en mí el polvo de las alas de las hadas.

Se había levantado, y un temor asaltaba ahora al niño.

—¿Qué es eso? — gritó estremeciéndose.

—Voy a encender la luz, — repuso ella, — y entonces podrás verlo por ti mismo.

Casi por primera vez, que nosotros sepamos, Peter Pan se asustó.

—No enciendas la luz, — exclamó.

Ella dejó que sus manos juguetearan con los cabellos del niño maravilloso. Ya no era una niña enamorada, era una mujer hecha y derecha que sonreía a todo aquello con sonrisa melancólica.

Encendió la luz y Peter Pan la vió. Dió el niño un grito de dolor y cuando la alta y bella dama se inclinó para levantarlo en sus brazos, retrocedió violentamente.

—¿Qué es esto? — exclamó de nuevo.

Y ella tuvo que explicárselo.

—Soy persona mayor, Peter Pan. Tengo más de veinte años, crecí hace ya mucho tiempo.

—Tú me prometiste que no crecerías, Wendy.

—No pude evitarlo. Estoy casada, Peter Pan.

—No, no lo estás.

—Sí; y la niña que está en la camita es hija mía.

—No, no lo es.

Al fin supuso que pudiera serlo y dió un paso hacia la niña dormida con su daga levantada. Claro está que no descargó el golpe; en vez de hacerlo se sentó en el suelo y empezó a sollozar, y Wendy, que en otro tiempo le había consolado tan fácilmente, no sabía en este instante cómo hacerlo. Ahora era tan solo una mujer y salió corriendo de la habitación para coordinar mejor sus pensamientos.

Peter Pan seguía llorando, y pronto sus sollozos despertaron a Juanita. La niña se sentó en la cama y al momento se interesó por su visitante.

—Niño ¿por qué lloras? — le preguntó.

Peter Pan se levantó, saludándola. y ella le contestó desde la cama.

—Hola, — dijo Peter.

—Hola, — contestó Juanita.

—Me llamo Peter Pan, — explicó él.

—Ya lo sé.

—He venido en busca de mi madrecita,

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

—continuó explicando, — para llevármela al País de Nunca-Jamás.

—Ya lo sé, — repuso Juanita. — Yo te esperaba ya.

Cuando Wendy volvió a entrar tímidamente en la estancia, encontró a Peter sentado a los pies de la camita, entonando triunfalmente su "kikirikí", mientras Juanita, en camisón de dormir, revoloteaba por la habitación, loca de alegría.

—Es mi madrecita. — dijo Peter. Y cuando Juanita descendió y se detuvo a su lado, su rostro reflejó la expresión que a él le gustaba tanto ver en las damiselas cuando le admiraban.

—Ya ves, — dijo Juana, — él necesita una madrecita.

—Ya lo sé, — asintió Wendy con cierta tristeza, — nadie lo sabe tan bien como yo.

—Adiós, — dijo Peter Pan a Wendy.

Y se elevó en el aire, y la desvergonzada de Juana se elevó con él. El vuelo era ya su modo más fácil de moverse.

Wendy se precipitó a la ventana.

—¡No, no! — gritó.

—Es sólo durante la época de la limpieza primaveral, — dijo Juanita. — Peter Pan quiere que sea yo quien la haga.

—¡Si yo pudiera ir contigo! — dijo Wendy.

—No puedes, replicó Juanita, — porque no sabes volar.

Y como era natural, Wendy los dejó irse juntos volando. La última vez que la vimos fué así: asomada a la ventana contemplándolos elevarse en el espacio hasta que parecieron tan pequeños como las mismas estrellas.

Si ahora viéramos a Wendy, advertiríamos cómo su cabello se tornaba blanco y su figura se empequeñecía otra vez, pues todo esto sucedió hace ya largo tiempo. Juana es ahora una vulgarísima mujer casada, y tiene una niña que se llama Margarita. Todas las primaveras, excepto cuando se le olvida, viene Peter Pan a buscar a Margarita para llevársela al País de Nunca-Jamás, donde ella le cuenta mil cuentos de los que él mismo es héroe, y que él escucha con ansiedad. Cuando Margarita crezca, tendrá una niña que, a su vez, será la madrecita de Peter Pan; y así sucederá siempre, siempre, mientras los niños sean alegres, inocentes... y un poquito egoístas.

Fin de "Peter Pan y Wendy"

Otra nueva aventura del famoso explorador

BUFFALO BILL

se publicará en el próximo número de este magazine. Se titula:

EL TOMAHAWK DE LA MUERTE

En el número siguiente se publicará la aventura policial electrizante, de Sexton Blake y Tínker, titulada:

EL SECRETO DE TINKER

en la que aparece por primera vez un nuevo personaje llamado "NIRVANA la BAILARINA" que sin duda ha de llamar la atención a los favorecedores de este magazine.

EN LA REGION DEL IDEAL

Diez y nueve millones

Por CHARLES QUINEL

(TRADUCCION DEL FRANCES)

Decia el gran Rusiñol, — poeta, dramaturgo y pintor eximio, — que habia hablado en Buenos Aires a varios conocidos bien trajeados y con dinero que, al preguntarles él qué hacian le contestaron: "Negocios", sin dar más explicación. A esta clase de personas pertenecen sin duda los que tan bien descubre el autor del siguiente cuento.

Pasean Lamote y Peplu por delante de la acera de un café del boulevard

LAMOTE

Entonces, ¿crees que el negocio está cho?

PEPLU

Antes de un cuarto de hora Verrouille vendrá aquí con los diez y nueve millones.

LAMOTE

¿Lo has visto?

PEPLU

He encontrado a su asociado, el cual ha hablado con su hermano, quien me ha dicho que podíamos contar con ello.

LAMOTE

Mejor sería que esperásemos en el café tomando algo.

PEPLU

No: hay que prever cualquier dificultad a última hora, y si tal ocurriera nos veríamos en un conflicto al tener que pagar lo tomado.

LAMOTE

Es verdad. Yo contaba ya con un dinero que aún no hemos cobrado.

PEPLU

Yo he dejado olvidado el portamonedas en casa.

LAMOTE

Después de todo no se está tan mal al aire libre.

PEPLU

Y algo sale ganando el estómago

LAMOTE

Vamos a ver. ¿Tú has explicado bien la combinación?

PEPLU

Con toda lealtad. Nosotros compramos los

terrenos en diez y nueve millones... menos la comisión, una tercera parte para tí, otra para mí y otra para Verrouille, y lo que haya de darse al escribano.

LAMOTE

¿Y el capitalista? ¿El de los diez y nueve millones?...

PEPLU

Está dispuesto a todo. Parece que ha preguntado si la suma era suficiente. Es un hombre que tiene tanto que no sabe cuánto tiene.

LAMOTE

¿No te ha dicho su nombre?

PEPLU

"Hay que evitar, — me dijo Verrouille, — toda indiscreción. Estos diez y nueve millones provienen de una herencia en la cual hay menores... un hijo natural y un condenado a trabajos forzados, ¿comprendes?"

LAMOTE

Pero ¿es seguro?

PEPLU

Todo está arreglado. Había un proceso con el Estado; se ha transado... el fisco quería atrapar... Pero hasta para la misma depreciación de valores se ha encontrado un truco.

LAMOTE

Podemos confiar, entonces...

PEPLU

Yo he dicho que teníamos opción hasta mañana a mediodía. Verrouille ha sido formal, y esta tarde, a las cinco, traerá los diez y nueve millones.

LAMOTE

¿Te ha dicho si era en efectivo o en cheque?

PEPLU

Sólo me dijo: "Tendré los diez y nueve millones". No me metí en detalles. Siempre tendremos tiempo cuando recibamos el dinero.

LAMOTE

¿A las cinco?

PEPLU

O cinco y media o seis y cuarto. Verrouille dijo: "Por diez y nueve millones bien pueden esperar cinco minutos".

LAMOTE

(Divisando a Verrouille). — Ahí está.

VERROUILLE

Por fin...

PEPLU

¿Tienes el dinero?

VERROUILLE

No; pero lo tendremos dentro de cinco minutos... Tengo la promesa de Rame, que ha visto a nuestro hombre. Ha tenido que ir con él al Banco de Francia para sacar dinero. Habían quedado citados frente a la Bolsa. El negocio no ha sido nada laborioso. Se conoció al cliente el jueves, se le hizo decidir ayer y hoy cobramos. ¡Es un record!

PEPLU

¡Buena labor!

VERROUILLE

Bueno, ¿qué esperamos para entrar en el café a refrescar?

PEPLU

Yo no tengo gana.

LAMOTE

Ni yo.

VERROUILLE

(Pensando en el pago del gasto). — Tienen razón. Esperemos a Rame, que vendrá con el capitalista y sus diez y nueve millones. **(Sacando el reloj.)** Ya no puede tardar.

RAME

(Bajando de un coche). — Aquí me tienen ustedes puntual a la cita.

LAMOTE

¿Tienes el dinero?

RAME

Como si lo tuviera. He recibido un telegrama del capitalista en el que me dice que ha tenido que salir precipitadamente para el Japón, donde tiene una tía enferma... Pero cuando vuelva, no hay motivo para que se niegue a facilitarnos los diez y nueve millones y aun algo más si nos hace falta.

VERROUILLE

¡Este es un negocio fracasado!

RAME

Nada de eso. Queda aplazado; y estoy tan seguro de que va a salir bien que les ruego me adelanten de mi comisión tres francos cincuenta para pagar el automóvil.

CHARLES OUINEL.

SEÑORITA: Pida a Avenida de Mayo 662, un ejemplar de la edición de los jueves de

EL DIARIO

seguramente le interesarán los hermosos figurines que publica.

No se olvide...

...mándeme el número 906 de la revista "Tit-Bits" que saldrá el 2 de Noviembre y en el que empezará la nueva serie de aventuras de cowboys!"

TIT-BITS

Todos los martes — 10 centavos

Señorita: Adelántese a sus amigas y sea Vd. la primera que estrene entre ellas el más elegante modelo de moda.

Suscríbase a EL DIARIO que cada Jueves publica primicias de los figurines de modelos del más refinado gusto.

Guiada por los figurines en colores y las descripciones que de los mismos, publica EL DIARIO, Vd. podrá vestirse con la misma elegancia que si pidiera su ropa al más afamado modisto de Paris.

Para las modistas de profesión los modelos que publica EL DIARIO son la guía más segura para obtener éxito en la elección de modelos para satisfacer a la clientela. Pida un ejemplar con este cupón.

Señor Administrador de "El Diario"

Av. de Mayo 662, Buenos Aires.

Acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido .....

Domicilio .....

Localidad ..... F. C. .....

EDICION DIARIA APARECE A LA HORA 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
INTERIOR:
1 año, $ 28.-; 6 meses $ 14.50; 3 meses $ 7.50
CIUDAD: $ 2.— por mes.

Precios de suscripción a la edición de los jueves:
1 año, $ 5.-; 6 meses $ 2.50; 3 meses $ 1.50.

La semana próxima: **SEXTON BLAKE**

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Noviembre 5
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 162

CORRESPONDE ESTA ESCENA A LA AVENTURA DE

BUFFALO BILL

que se publica en este número y se titula:

EL TOMAHAWK DE LA MUERTE

PREFERIA LOS PESOS A LOS MARCOS

La dueña de casa: — ¿Qué desea ese señor. Parece que le interesan los marcos...
La sirvienta: — Puede ser, pero creo que le interesan más los pesos. Es cobrador del sastre del señor.

El tomahawk de la muerte

Nueva e interesantísima aventura de Búffalo Bill, el rey de los "scouts".

La hospedería

Una gratísima novela corta de Guy de Maupassant, el gran autor francés.

Los alumnos de doña Osa

Juguete infantil. En color.

La botella diabólica

Vibrante novelita de R. L. Stevenson el autor de "La isla misteriosa".

Humorismo del momento

Varias notas cómicas. En color.

Los piropos

Nota humorística. En color.

La hamaca del pícaro gato

Novedoso y muy interesante juguete para armar que puede quitarse sin interrumpir la lectura del número. En color.

Humorismo policial

Varias notas cómicas de carácter policial. En color.

Invenciones modernas

Porta-valijas marca "Pucky". En color.

El ciudadano Schneider

Un cuento de las orillas del Rhin, por Erckman Chatrián.

Los cuatro pícaros chicos en la playa

Un lindo juego de aparece y desaparece. En color.

Cleptómano

Un caso curioso descrito por un gran autor francés.

La Venus de Ille

Novelita interesantísima original del autor de "Carmen".

El cuarto encantado

Otro desopilante cuento del gran humorista Cami.

Y ASI ERA NOMÁS

—¡Ya no volveré a pedirle a mujer alguna que me conceda el honor de casarme con ella!

—¡Cómo! ¿Por fin te declaraste a Adelina y te dijo que no?

—Me declaré. Y me dijo que sí.

"Quatako tomó el trofeo robado y arrodillándose, confesó su delito. Así volvió a sus dueños el tomahawk de la muerte".

EL TOMAHAWK DE LA MUERTE.

Novela corta completa basada en una aventura del famoso

BUFFALO BILL

el incomparable rey de los "scouts" el gran combatidor de indios y matador de búfalos, uno de los hombres a quien más debió y debe aún el progreso de la zona del llamado Far West (Lejano Oeste) de Estados Unidos.

CAPITULO PRIMERO

El tomahawk de oro

BUFFALO BILL dió muestras de evidente asombro. En su larga vida de aventurero había tenido ocasión de presenciar muchos acontecimientos sorprendentes, pero ninguno de ellos podía compararse ni remotamente al hecho que acababa de ocurrir.

Por primera vez en su vida posó sus ojos en un tomahawk enteramente de oro.

Se trataba de un tomahawk indio, indudablemente de un tamaño inferior a los ordinarios de madera y hierro, pero todo él era de oro macizo, desde la hoja al mango. Era una verdadera joya, prolijamente pulida y labrada y de un costo excesivo, aun tasado por el más usurero de los comerciantes. El hombre que se lo mostraba era un indio de la tribu de los Pies Negros, de apariencia pobre en extremo, ya que hasta entre los pieles rojas existe esa diferencia social, basada en la riqueza.

El gran circo del Oeste Salvaje había llegado a Jacksonville, en la parte Noroeste del Estado de Oregón, uno de los lugares más ricos en oro, en consideración a su tamaño, del mundo entero. Las primeras funciones habían tenido un éxito inesperado, de modo que Cody, en la mañana del segundo día de su llegada a aquella localidad, embargado por la satisfacción del triunfo, hallábase estacionado en la puerta de su lujoso coche-vivienda.

Quince minutos escasos habríase pasado en esa contemplación, cuando se le acercó un indio de la tribu de los Pies Negros, y sin pronunciar una palabra siquiera, tendióle el sorprendente tomahawk.

—¿Qué? ¿Qué es eso? — inquirió Cody tan pronto pudo dominar su sorpresa.

El indio estuvo un momento indeciso, antes de contestar, mirando a todos lados, como poseído por una aprehensión instintiva, temiendo, sin duda, ser perseguido. Finalmente, mientras acariciaba la pulida y reluciente superficie del arma, dijo:

—¿Qué? Yo soy Quatako. Yo soy un indio pie negro. Usted es un buen jefe rostro pálido, un cazador de búfalos. Quatako le regala eso.

El indio tendía al gran explorador el tomahawk, significándole que se trataba de un regalo. Con todo, el arma valía un par de miles de pesos. No fué, pues, de extrañar que Cody quedara indeciso y sorprendido ante la extraña conducta del piel roja.

—Un momento, — le dijo con voz áspera, — me hace usted un regalo demasiado costoso, teniendo en cuenta que nunca me ha visto con anterioridad. ¿De dónde sacó ese tomahawk?

EN EL PROXIMO NUMERO DE "PUCKY":

Lea la aventura electrizante policial de Sexton Blake, titulada:

EL SECRETO de TINKER

—Quatako es un buen indio, — explicó el pie negro. — Quiere mucho a Cody. Quatako tiene hambre y sed, y le falta dinero. Quatako quiere trabajo. ¿Quiere el cazador de búfalos aceptar el tomahawk en cambio de un trabajo?

Sus palabras tenían un acento tal de súplica, su cara denotaba, además, tales muestras de sufrimiento, que Cody no pudo sino aceptar la proposición del indio. Por otra parte, la falta de dinero explicaba en parte el valioso regalo, por más que Búffalo Bill no logró acallar las sospechas que el asunto le había provocado.

—¿Ya que está usted en situación tan precaria, — dijo, — por qué no vendió usted el tomahawk? No dudo que hubiera usted obtenido por él un precio tal que ya no necitaría preocuparse más por el resto de su vida.

El pie negro movió la cabeza en señal de desconsuelo.

—Yo soy un indio pie negro. Ningún blanco querrá comprarme el arma a buen precio, creyendo que yo la he robado. Seguramente me la dqitarían y no me darían nada por ella. Oh, hoy muchos rostros pálidos malos.

El fundamento de este razonamiento logró convencer a Búffalo Bill.

El ofrecimiento de Quatako representaba un verdadero tesoro y sería considerado seguramente por cualquier comerciante honrado como una propiedad robada, negándose, por tanto, a adquirirla. En cambio, un hombre sin escrúpulos solo daría por el tomahawk unos míseros pesos, que de ninguna manera representarían sólo una pequeña fracción de su valor real, obligando al indio a aceptarlos.

—El cazador de búfalos es un rostro pálido bondadoso. Quatako sólo pide en cambio del tomahawk mucho trabajo y comida.

—Comprendo.

Búffalo Bill sintió compasión por el hombre con quien hablaba y que, seguramente, se hallaba en una situación desesperante.

—Agregaré a usted a los indios sioux que forman parte de mi compañía...

Con estas palabras recibió el tomahawk, agregando, empero:

—Sólo quiero tomar esa arma en custodia, hasta que usted me la pida de vuelta.

Quatako dió muestras de contento. Búffalo Bill no había querido aceptar un regalo de tanto valor, sino que se había propuesto guardar durante el tiempo que estuviera en su elenco el indio, la perciosa arma.

Estaba decidido a devolver el tomahawk cuando el pie negro se retirara de la compañía.

Pero su verdadero dueño no era Quatako. Ni éste pensaba quedar por mucho tiempo en el circo del gran explorador. Cuando Búffalo Bill se ofreció para guardar el tomahawk de oro no pensó en las aventuras que su custodia iba a proporcionarle.

CAPITULO SEGUNDO

Fuga y persecución

UN día transcurió lentamente. Búffalo Bill mostró el tomahawk a Johnny Baker y al cowboy de su compañía, y tanto los nombrados como las demás personas que se enteraron del sensacional regalo quedaron asombradas, al sólo pensar que un hombre de apariencias tan pobres como Quatako pudiera ser poseedor de una reliquia de tanto valor y, posiblemente, única en su género. Y esa misma noche tuvieron la explicación de lo que, a primera vista, aparecía como un misterio.

Todas las luces del circo habían sido ya apagadas por los componentes de la compañía de Cody.

Terminada la función de la noche, el explorador habíase retirado a su coche particular, deseoso de hacer un balance del resultado financiero de la función. Pocos minutos habían pasado desde que se sentara en su escritorio, cuando llegó a sus oídos el ruido característico producido por el galopar de un caballo sobre el empedrado del camino que conducía al circo.

El ruido se hizo más débil cuando el animal entró en el campo ocupado por las grandes carpas y en el que el césped lo amortiguaba Finalmente, una voz áspera y nasal resonó en el silencio de la noche, preguntando por el coronel Cody.

El explorador guardó sus libros de contabilidad en un cajón de su escritorio.

No recordaba haber oído esa voz antes y, pareciéndole extraordinaria la visita de un extraño a esas horas de la noche, cerró su escritorio con llave y se asomó a una de las ventanas del coche para ver quién era el visitante.

Pero la noche era oscura, de manera que le fué imposible ver algo Cuando, un momento después un fuerte e imperativo golpe fué asestado a la puerta del coche, el explorador aun seguía asombrado y curioso acerca de la identidad de su visitante.

Algo confundido abrió la puerta. Un haz de luz escapó del interior, iluminando el exterior.

—¿Con el coronel Cody, verdad? — preguntó la misma voz extraña y estridente. — Siento mucho molestarlo a esta hora, pero se trata de un asunto urgente. Soy Harvey, Cyrus Harvey, comandante de la concesión de los pies negros de este distrito.

Cody retrocedió un paso de la puerta, para dar paso al recién llegado.

—Entre, Harvey, — dijo cordialmente, pues había reconocido el nombre de un oficial de importancia en aquellas regiones. — Supongo que no traerá usted malas noticias, ¿verdad?

Cyrus Harvey cerró la puerta detrás de sí antes de contestar, al mismo tiempo que se quitaba el sombrero.

—No son precisamente malas noticias las que me traen por aquí, aunque, por cierto hay posibilidades de desórdenes en el horizonte. ¿Me comprende usted? Creo que no tendré necesidad de recordar a usted que

los indios pies negros son vecinos poco agradables cuando no están conformes.

—Lo sé perfectamente.

Cody acompañó su contestación con un leve movimiento de cabeza, mientras una sonrisa se dibujaba en sus comisuras labiales.

—¿Y sabrá usted también que guardan con el mayor celo sus antiguas reliquias de guerra?

—He oído eso, — contestó el explorador — Me han dicho que los pies negros eran los únicos indios que habían logrado establecer un museo bien organizado de estas reliquias. ¿Es verdad eso?

—Sí, y Pochochi, cacique de los indios de mi concesión, es el encargado de la vigilancia de ese museo.

El comandante de la concesión hizo un breve silencio. Luego, prosiguió:

—Pochochi es un enemigo terrible, cuando está enfurecido y el caso es que en estos momentos lo está. Se ha logrado llevar a cabo un robo en su museo, y, por cierto, un robo de importancia. Y puedo asegurarle, míster Cody, que vá a haber grandes desórdenes en estas regiones, si no se logra capturar al ladrón.

Búffalo Bill extendió las manos y sonrió ariablemente.

—Supongo que usted no creerá de que yo soy el ladrón, — repuso. — ¿Por qué me cuenta usted toda esa historia?

—Por una razón muy sencilla.

Harvey hablaba con toda seriedad.

—Porque el robo tuvo lugar ayer, pocas horas después de la llegada de su circo a Jacsonville. Ahora bien, tento yo como todas las demás personas razonables estamos convencidos de que ni usted ni sus compañeros pueden ser los ladrones, pero Pochochi, el cacique indio, parece ser de otra opinión y sostiene que ustedes son responsables del mencionado robo.

—¿Sí? Bueno, que lo crea, — le interrumpió el explorador.

—Aun no han tomado ninguna medida, — continuó Harvey. — Sin embargo, puedo asegurarle que Pochochi no perderá ni un minuto si mañana antes de caer el sol no ha sido aprehendido el ladrón. Es por eso que

he venido para poner a usted en guardia, coronel. Será conveniente que tome usted medidas para el caso en que Pochochi le declare la guerra.

—Muy bien, — dijo el explorador con tranquilidad. — Mientras tanto, creo que hará usted cuanto pueda para capturar al ladrón, ¿verdad?

—Con toda seguridad, — contestó Cyrus Harvey decidido. — Yo haré todo lo que pueda para calmar a Pochochi y trataré de evitar todo desorden, si está a mi alcance. Pero su tomahawk de oro ha estado en el museo durante años y años y su pérdida significará fuera de toda duda una...

—¿Un tomahawk de oro? — le interrumpió Búffalo Bill. — ¿Es posible? ¿Un tomahawk de oro?

Pero Harvey ya se había puesto de pie y colocádose el sombrero, como para salir.

—¿Parece mentira, verdad? Es una verdadera joya y no un arma, pero como estaba hecha por uno de los antecesores de Pochochi, tiene para él un valor incalculable.

—Muy bien, he comprendido.

La voz de Búffalo Bill era tranquila y no dió lugar a que el gobernador de la concesión llegara a sospechar.

—Le prometo que, por mi parte, también buscaré ese tomahawk, para tratar de recuperarlo, y evitar así desórdenes, que pudieran resultar desagradables.

Harvey asintió, y habiendo cumplido ya su misión, se dirigió a la puerta. Poco después se despedía con unas palabras amables y pronto el ruido del galopar de un caballo que se alejaba, volvió a romper el silencio de la noche. Apenas hubo salido Harvey del coche cuando Búffalo Bill abocó nervioso uno de los cajones de su escritorio.

—Ya me parecía a mí que ese Quatako no era sincero. Ese tomahawk de oro lo había robado. Estoy seguro que, al entregármelo a mí, habrá tenido un motivo ese infeliz. Seguramente supo que los indios le seguían la pista y...

Un llamado familiar en la puerta cortó el

hilo de sus pensamientos, y poco después Johnny Baker, el joven y apuesto ayudante del gran explorador, introducía su cabeza por una rendija formada por la puerta a medio abrir.

—¿Qué sucede, Bill? ¿Quién fué su visitante a horas tan inoportunas?

Búffalo Bill apretó los labios.

—Fué Harvey, el comisario de los indios pies negros de este distrito. Hay bochinches en la atmósfera, Johnny, y desde ya puedo asegurarle que Quatako no es el individuo que parecía ser.

Johnny Baker abrió los ojos, asombrado. Miraba el tomahawk de oro en las manos de Búffalo Bill y esperaba una explicación más detallada.

Cody continuó:

—Este tomahawk de oro fué robado del museo de la tribu de los pies negros. A estar a lo que me dijo Harvey, parece que los indios están dispuestos a declarar la guerra para recuperar su tesoro y tienen la intención de atacarnos primeramente a nosotros, aquí en el circo. Por lo tanto, propongo que vayamos a ver a Quatako, para ver lo que opina él de esta cuestión.

—¿No le dijo usted a Harvey?

—Nada, quise escuchar primero a Quatako. ¿Me comprende? Hubiera podido entregarle el tomahawk y el indio a Harvey, pero sé que los pies negros lo castigarían severamente y quizá llegarían a sacrificarlo, y debo confesarle que no soy partidario de esa clase de espectáculos. Si Quatako puede darme una buena explicación, devolveré este tomahawk a los pies negros, sin decirles quien fué el ladrón.

—Me parece que está usted en lo cierto, y creo que lo mejor será no perder un minuto para hablar con Quatako.

Dicho y hecho. Pocos minutos después, Cody y el joven Baker bajaban del coche del primero de ellos dirigiéndose a la carpa de los sioux, ubicada en el campo ocupado por el circo pero algo distanciada de las demás carpas. Llegados a la carpa de Lone Bull, el anciano cacique de los sioux, Búffalo Bill llamó en voz alta.

Poco después, envuelto en su piel de búfalo apareció ante la carpa el anciano jefe. Su figura era fuerte y robusta. Sus mandíbulas desprovistas por completo de dientes, sostenían una pipa de barro rojo. Sus ojos denotaban sueño. A las preguntas rápidas y nerviosas de Búffalo Bill contestaba con calma y como en sueños.

—¿Dónde está la carpa de Quatako, Bull?

—¿Del pie negro? — Lone Bull hablaba pausadamente, en su lengua nativa. — Vea, cazador de búfalos, se fué hace unos minutos y aun no volvió, ni parecía estar dispuesto a hacerlo. Ese Quatako tenía enemigos y huyó.

—Maldición, — replicó Búffalo Bill, — debí pensar en ello. ¿Cuándo se fué? ¿Por dónde huyó?

Lone Bull movió la cabeza, dando a entender que no sabía nada, mientras decía:

—No sé por dónde se fué. Hará unos cinco minutos salió de aquí, cuando había llegado a su coche el jefe rostro pálido, y en estos momentos debe estar ya lejos de aquí.

—Se fué cuando llegó Harvey, — interrumpió el explorador dirigiéndose a Johnny Baker, — eso demuestra su culpabilidad. Huyó, dejando el tomahawk de oro, para que yo cargara con las consecuencias de su robo.

—¿Y que vamos a hacer ahora, Bill? Si los indios saben donde está ese tomahawk no nos van a dejar el tiempo para darles grandes explicaciones. Terminarán con nosotros con toda seguridad.

—Es claro que lo harán, Johnny.

El gesto de Búffalo Bill era firme y severo, mientras se retiraba de las carpas de los sioux.

—Pero Quatako no puede estar lejos aun, — continuó, — y podríamos esguirle la pista. No quiero permitirle que se retire de este asunto con tanta facilidad. Si no hubiera huído hubiera oído sus explicaciones, pero ahora no me merece consideración ninguna. Voy a cazar a Quatako como si fuera un animal marcado y desde ya te aseguro que lo entregaré al cacique de los pies negros, conjuntamente con el tomahawk de oro que ha robado.

En seguida los dos hombres se separaron, dirigiéndose Búffalo Bill a su coche y Johnny Baker al lugar en que se hallaban los caballos.

Cuando Cody llegó a su coche, encontró a uno de los componentes de su compañía sentado en la escalera, esperándolo.

Era Surly Duggan, un ex-minero, a quien había aceptado Cody en su círco, apiadado por la miseria en que se encontraba el pobre hombre.

Duggan que, por lo general, era un hombre en extremo pacífico, parecía estar algo excitado, y esa misma nerviosidad hizo que su voz temblara algo, cuando preguntó a Búffalo Bill:

—¿Sabía usted, Cody, que Quatako se ha fugado? ¿A qué obedecerá una huida tan repentina?

—Sí, estoy enterado de la desaparición de Quatako, — repuso el explorador. — No me trae usted una noticia nueva, Surly, en estos momentos estamos tratando de averiguar por dónde se ha fugado.

—Yo le ví salir.

Duggan hablaba con calma.

—No le he seguido, pero tengo motivos para creer que ha huído en dirección al Norte, tratando de salir de Jacksonville cuanto antes y buscar el campo abierto.

—¿Y cree usted que sabrá encontrar su pista?

—Así lo creo, al menos.

—Muy bien, vaya a ensillar su caballo.

Cody hablaba con decisión.

—Esté listo para seguir su pista con Baker y conmigo dentro de cinco minutos. Vamos a tratar de dar caza a Quatako.

Duggan asintió, perdiéndose en seguida en la oscuridad. Pocos minutos después, los tres hombres estaban listos para partir y Surly indicó la dirección por la que suponía se había fugado Quatako.

Los jinetes partieron en la dirección indicada, con Búffalo Bill cerrando el grupo y

Cuando el indio más cercano a él se abalanzó sobre su caballo, tratando de sujetarlo por las bridas, Baker le dió un formidable puntapié en las costillas. ("El tomahawk de la muerte").

llevando colgado de su cinturón el tomahawk de oro.

—Espero que el cacique no hará de las suyas esta noche, — dijo Cody con una sonrisa. — Si el pie negro inicia las hostilidades durante nuestra ausencia, pueden ocurrir serios desórdenes.

Pero, sin que ninguno de los tres jinetes lo supusiera, un par de ojos celosos, que despedían llamas de odio, seguía sus movimientos, desde su salida del campo del circo, ojos a quienes nada escapaba, ni aun en la completa oscuridad de la noche. Eran ojos de indio, y cuando los tres hombres partieron, su dueño se levantó, con el tomahawk en una mano y bulliendo en su cerebro sólo una idea: recobrar el tesoro robado y descargar la venganza de la tribu de los pies negros. Era Pochochi, el guardián del museo de la tribu y, a la vez su cacique. Silencioso siguió a los que se alejaban.

CAPITULO TERCERO

Los perseguidores perseguidos

UN alba de tinte áureo y ambarino anunció el comienzo del nuevo día. El sol, levantándose por sobre la cima de las montañas iluminó las minas de oro, tan frecuentes en esa región. Algunos grupos de pinos altísimos y de cedros tupidos veíanse dispersos por las laderas, separados entre sí por numerosos torrentes que, bajando de las montañas iban a formar después los uequeños ríos que corrían por los cañones. De tanto en tanto, un rancho solitario indicaba que alguien poblaba aquella región, y, con su construcción rústica parecían centinelas de esos lugares auríferos.

Ese era el panorama que se ofreció a la vista de Búffalo Bill cuando abrió sus ojos despertado por Johnny Baker y, poniéndose de inmediato de pie, como hacen todos los exploradores cuando se les despierta.

Llevó sus manos a la frente, y dando sombra con ellas a sus ojos, miró detenidamente el panorama que a sus pies se extendía fijándose en todos los pormenores del valle.

La inspección duró pocos minutos, durante los cuales Duggan y el joven ayudante de Cody se apresuraron a encender un fuego para preparar una comida. Búffalo Bill pudo convencerse entonces que Quatako, a quien buscaban con tanto empeño, había logrado evadirse y que sería muy difícil capturarlo.

Durante la mayor parte de la noche precedente habían tratado de hallarlo, hasta que, por fin, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, se habían recostado para gozar de un breve reposo.

Ahora, con la llegada del nuevo día, emprenderían de nuevo la búsqueda del fugitivo, ajenos por completo a la idea de que Pochochi con un puñado de sus guerreros, los había seguido, no perdiendo de vista ninguno de sus movimientos, y de que en ese preciso instante se hallaban muy cerca de ellos, esperando con toda paciencia el momento oportuno de satisfacer su venganza. Búffalo Bill no sospechó siquiera a lo que le iba a llevar el mero hecho de llevar el tomahawk de oro en su cinto.

—No se le por ningún lado, — dijo finalmente. — Creo que lo mejor que podemos hacer es separarnos y buscarlo cada cual por su lado.

—Soy de la misma opinión, — agregó Surly Duggan. — Es necesario que devolvamos al cacique pie negro, antes de ocultarse el sol, el tomahawk y el ladrón.

La observación era más acertada de lo que le pareció a primera vista a Búffalo Bill.

Devolver el tomahawk solo, sin el ladrón, hubiera sido una táctica equivocada, pues traería sospechas para el circo y todos los que estaban relacionados con él.

Quatako era la malla que faltaba entre la paz y la catástrofe para Cody y su compañía.

Es por eso que tenía tanta importancia el hallazgo del piel roja desaparecido.

Este fué el motivo de que la comida resultara sin sobremesa, y de que, apenas sentodos alrededor del fuego, Búffalo Bill y sus compañeros se levantaran nuevamente, montando a caballo y preparándose para continuar la búsqueda por separado.

Cody dió las últimas instrucciones secamente, mientras señalaba el valle.

—Tú, Johnny, — dijo, — buscarás por el Oeste. Surly lo hará por el Este y yo por el Sud. A mediodía nos encontraremos allá abajo, donde está la mina.

Con estas palabras los tres jinetes se separaron, siguiendo solos por los caminos indicados. Sin embargo, la soledad no les impresioaba, ajenos al peligro que desde su salida del circo en Jacksonville los acechaba.

Pochochi y sus acompañantes, diez en total, quedaron algo indecisos al notar que los tres hombres se separaban.

Durante todo el camino los habían seguido de cerca, distanciándose únicamente un poco más, cuando acamparon para pasar la noche.

A la mañana, empero, continuaron la persecución y cuando Pochochi notó que sus enemigos se separaban, dibujóse en su rostro un gesto de desagrado.

—Alto, — dijo con tono imperativo, mientras levantaba el brazo, originando con ese movimiento un extraño ruido con la cantidad de colgajos y adornos que ostentaba su traje. En seguida dispuso que cinco de sus acompañantes siguieran a Búffalo Bill, los cinco restantes a Johnny Baker y él mismo siguió a Duggan.

De esta manera, los indios se separaron rápida y silenciosamente, como lo hicieran minutos antes Cody y sus compañeros.

Pochochi siguió a Surly con la tenacidad de un detective, no dejando ni por un momento que saliera de su visual. Más de una vez observó que Duggan detenía la marcha de su caballo, miraba el suelo detenidamente como buscando algo y arrastrarse, luego, sobre pies y manos por las malezas, que cubrían el suelo de aquel bosque.

Y cada vez el indio observaba y esperaba con la paciencia clásica de su raza, a semejanza de un inexorable fantasma que espera el momento oportuno para producir un desastre.

Durante tres largas horas continuó este juego del gato y la laucha, sin que Duggan notara que alguien observaba de cerca todos sus movimientos. Pero después de ese tiempo, Pochochi se acercó cada vez más a Surly, pasando a ratos sus dedos sobre el agudo filo de su tomahawk, mientras una sonrisa denotaba su satisfacción ante la próxima venganza; mientras que en Duggan aumentaba la desilusión al convencerse de que le era imposible encontrar siquiera un rastro del fugitivo Quatako.

En el momento en que el ex minero iba a abandonar la búsqueda, para ir a reunirse con sus compañeros, ya que el sol indicaba la proximidad del mediodía, cesó de repente la monotonía de su persecución. Como si Pochochi hubiese adivinado sus intenciones, — por más que, en realidad, el cacique de los pies negros ignoraba por completo lo que buscaba su enemigo, pues ignoraba en absoluto la culpabilidad de Quatako y su fuga, — pareció no querer dejar pasar más adelante su venganza.

Se acercó a Duggan con el sigilo de una culebra. Aun le faltaban unos quince metros para estar al lado de Surly, cuando éste colocaba los pies en los estribos, intentando montar de nuevo en su caballo. En ese momento, Pochochi prorrumpiendo en gritos salvajes y con el tomahawk levantado se abalanzó sobre el ex-minero.

El grito, por sí solo, fué suficiente para paralizar los movimientos de Surly por un momento, mientras que el caballo emprendía veloz carrera, arrastrando u ntrecho a Duggan, cuyo pie había quedado aprisionado en el estribo.

Toda resistencia, en esas condiciones era imposible, pues aunque el pie salió del estribo, en cambio el ex minero, completamente aturdido por el fuerte golpe, no podía enfrentar a su atacante en igualdad de condiciones con éste.

Mientras el caballo de Duggan huía en frenética carrera, éste quedó de espaldas en el suelo, sin tiempo siquiera para quejarse de su mala suerte.

Su primera idea fué de que Quatako lo había sorprendido ya que el grito estridente era, fuera de duda, de algún indio. Al instante sintió que una mano enérgica le aprisionaba la garganta, llegando a privarlo, por momentos, de la respiración, y convenciéndole al mismo tiempo de que, prácticamente estaba indefenso.

Abrió los ojos, sobre él veía la cara bronceada de un indio, cuya expresión llegó a infundirle serios temores por su vida. Sin embargo, las facciones le eran desconocidas y aunque el odio las desfiguraba, notó Surly de que su enemigo no era el fugitivo Quatako.

Con todo, vió qe se trataba de un indio de la tribu de los pies negros y este solo hecho le hizo perder la esperanza por completo.

Si hubiera sabido que su contrincante era Pochochi, el cacique de la tribu y dueño del tomahawk robado, de seguro que sus esperanzas hubieran sido menores aun.

Y Pochochi, con una carcajada fría y siniestra, y mirando a su víctima con gesto triunfal y fiero, levantó su tomahawk con

premeditada calma. Duggan vió como la hoja del hacha relucía, por la incuencia de los rayos solares y cerró los ojos.

No oyó ya nada, ni vió nada, ni tuvo esperanza alguna, convencido de que ese era el fin de sus días.

CAPITULO CUARTO

El hallazgo de Quatako

JOHNNY BAKER frenó su caballo tan bruscamente, que casi fué despedido de la silla, levantando el animal la cabeza repentinamente, como dando muestras de desagrado por tamaña desconsideración. Los ojos agudos del joven habían tropezado con algo que hizo renacer en él la esperanza.

Hacía casi dos horas qfiue se había separado de sus compañeros, y hasta ese momento todos sus esfuerzos por dar con Quatako habían resultado infructuosos.

Ya estaba convencido de que el hallar a Quatako era una tarea casi imposible, por más que había tenido más suerte que Búffalo Bill y el desgraciado Surly Duggan.

Más de una vez había bajado del caballo para observar pisadas recientes de mocasines en parajes donde el suelo era blando, pero cada vez había aumentado su confusión, puesto que parecían no conducir a ningún lado.

Sin embargo, apenas había tomado la resolución de suspender la búsqueda, en vista de su resultado negativo, cuando algo le obligó a frenar su caballo tan repentinamente. En el acto desmontó, ocultándose tras su caballo para observar detenidamente lo que había llamado su atención. Había visto algo colorado entre el follaje de los árboles cercanos, y, por más que quizá no fuera otra cosa que algún pájaro de ese color, había, sin embargo, esperanzas de que fuera el fugitivo a quien buscaba y Johnny Baker tenía demasiada experiencia como para no fijarse en detalles.

Un minuto después pudo comprobar el acierto de su actitud.

La mancha colorada volvió a aparecer y esta vez, Johnny pudo distinguir claramente la forma de la pluma de un piel roja, una sola pluma sostenida por una cinta con perlas que circundaban una cabellera negra y tupida, que pronto apareció enteramente por el follaje, coronando una cabeza bronceada.

Y la cara era la de Quatako.

Una rápida mirada convenció a Baker de que tenía frente a él al hombre que buscaba, con sus grandes ojos negros, sus pómulos salientes y su nariz aplastada. Tuvo que dominarse para no dar un grito de triunfo.

Inclinóse por completo para ocultarse mejor e, instintivamente llevó la mano a su revólver, cuando notó que el indio parecía sospechar.

Los ojos acostumbrado del indio habían divisado al caballo y al jinete que se ocultaba detrás.

Sobre las mejillas de Quatako notóse una palidez mortal que, de inmediato fué reemplazada por un gesto de cólera, mientras retrocedía unos pasos con intención de fugarse.

Era indudable que sólo había notado al joven en el último momento y que ahora quería huir.

Pero Johnny Baker no estaba dispuesto a perder su presa, y en el acto el cañón de su Colt apareció sobre el lomo de su caballo.

—Es usted mi prisionero, Quatako, si da un paso le otorgaré un pasaje para que vaya usted por tren rápido a sus bienaventurados cotos de caza.

La ironía de las palabras de Baker no fué comprendida por Quatako, quien sólo entendió el gesto del que le dirigía la palabra, y giró de inmediato sobre sus talones.

Con un movimiento de hombros quedó parado en si sitio, como esperando a Baker, quien empuñaba ese instrumento de color negro que constituye el mejor razonamiento para convencer a cualquier indio. Con una sonrisa de pocos amigos tomó Baker las riendas de su caballo y se encaminó hacia el lugar en que esperaba Quatako, haciendo que el animal le siguiera.

Y teniendo en cuenta lo que sucedió en esos momentos fué una gran suerte que Jhonny Baker guardara el animal al alcance de su mano, pues de lo contrario no hubiera salido seguramente con vida de esa aventura.

—¿Y bien, — dijo Baker, aproximando su revólver a las costillas de Quatako, — por qué salió usted tan de prisa del Circo del Oeste Salvaje? ¿No le parece que estuvo allí demasiado poco tiempo?

Quatako no contestó. Sus facciones estaban lívidas. Sus ojos reflejaron el temor que le embargaba y la presión del revólver sobre sus costillas le hacía temblar.

Johnny, notando el terror del indio, no gastó más tiempo en palabras inútiles.

—Es usted mi prisionero, supongo, — dijo con tono irónico. — Búffalo Bill, yo y otro compañero hemos buscado a usted durante toda la noche y ahora le he hallado.

Con la mano izquierda sacó el lazo de la silla.

—Quiero que vuelva usted al circo conmigo para explicar algunas cosas a Búffalo Bill.

Quatako no contestó y Johnny procedió a sujetarlo fuertemente de pies y brazos, apuntándole siempre con el revólver, el que sólo volvió a colocar en su cinto cuando el prisionero estaba completamente atado.

—Bien, — dijo Johnny, — va usted a hacer un viaje a caballo gratis.

Con estas palabras, alzó a Quatako y lo colocó atravesado sobre el lomo de su caballo. En seguida ató los extremos libres del lazo por debajo del animal, haciendo, de esa manera, imposible una caída del prisionero. Acto seguido, y ya asegurado el cuerpo de Quatako, Baker se dispuso a montar de nuevo en su caballo.

Catnurreando de puro contento, solocó su pie en el estribo, sin pensar que dentro de pocos segundos su alegría se iba a transformar repentinamente en terror, pues en ese momento llegó a sus oídos una multitud de gritos, en que se combinaban la furia y el triunfo, los gritos de guerra tan famosos en-

tre los indios y que durante tanto tiempo habían sabido atemorizar hasta a los espíritus más curtidos con la misma facilidad con que ahora infundían a Baker un verdadero terror pánico.

Ni siquiera miró a su alrededor para fijarse en los que proferían los gritos, sino que mantuvo una relativa serenidad.

Nada sabía de los cinco guerreros pies negros que Pochochi había destacado para perseguirlo, y, en ese momento sólo notó que las voces no eran de ninguna manera una exteriorización de sentimientos amistosos. Y esto fué suficiente para él.

Temblando de pies a cabeza saltó en la silla, dando con la mano abierta un golpe a su caballo, que partió de inmediato en veloz carrera, con su doble carga humana.

El animal conocía el significado de los gritos hostiles, por haberlos oído ya anteriormente. En el momento en que partía con tren frenético, los cinco indios salieron detrás de los árboles.

Quatako también los vió y los reconoció. En vano se esforzó por libertarse. Su culpabilidad le hizo creer que los cinco guerreros de su tribu habían venido para reclamarlo como su víctima, por más que, en realidad, ellos sólo veían en él a un hermano y no a un ladrón.

Era a Johnny a quien querían cazar y el joven lo sabía.

Cuando el indio más cercano a él se abalanzó sobre su caballo tratando de sujetarlo por las bridas, Baker le asestó un formidable puntapié en las costillas.

El indio pareció torcerse por efecto del golpe y lanzando un aullido de dolor, cayó de bruces al suelo. En el mismo momento el caballo aumentó su carrera al máximo, dejando atrás a los pieles rojas.

—Ese individuo puede darse por muy satisfecho si no le rompí algunas costillas, — murmuró Johnny, — parece, por lo visto, ue los pies negros ya nos han declarado la guerra y que las cosas van tomando mal cariz.

Giró en la silla para mirar atrás.

Estaba ya a veinte metros del lugar del ataque y aún sonaban en sus oídos los gritos indios. Notó, además, que aún no estaba seguro, pues los pieles rojas corrieron a buscar sus caballos, distantes pocos metros.

Viendo que los pies negros intentaban perseguirlo, Baker aumentó aun más la velocidad del galope de su caballo, preocupándose sólo muy escasamente de Quatako, para dedicarse por completo al animal, a quien hizo correr con suaves palmadas y palabras de cariño, que el cuadrúpedo parecía comprender.

Cuando los perseguidores montaron a caballo, Johnny ya se había alejado unos cuatrocientos metros de ellos, iniciándose de inmediato una carrera fantástica entre el joven y sus furiosos perseguidores. En ese momento recordó Johnny que le iba a ser imposible dirigirse hacia donde estaba Búffalo Bill, pues hubiera para ello tenido que volver atrás y entonces los indios le cortarían el paso, envolviéndolo. Fué así que prefirió seguir en la dirección en que galopaba en ese momento ansiando sólo escapar del peligro. Llevaba encima dos Colts, completamente cargados, no teniendo, empero otras balas de reserva. Decidió, pues, no hacer disparos inútiles, y hacer uso únicamente de los revólvers en caso extremo, concentrando toda su atención en la huída.

Por momentos, su caballo disminuía la velocidad del tren, y después de media hora de carrera, llegaba cada vez más claro a sus oídos el galopar de sus perseguidores.

Johnny Baker pensó entonces en desatar a Quatako, para aliviar a su caballo de la carga y evitar por más tiempo su cansancio. En ese instante, un nuevo cuadro apareció a sus ojos, tan imprevisto como trágico.

A cincuenta pasos de distancia veíase a un indio, arrodillado sobre otro hombre, y levantando en alto un tomahawk. El que yacía en el suelo parecíale conocido y demostraba estar indefenso.

—¡Demonios!

Johnny Baker desenfundó uno de sus Colts con la rapidez de un rayo.

La pequeña bala mortífera cruzó el aire con un silbido en el preciso momento en que el indio iba a descargar su tomahawk sobre la cabeza de su víctima.

Pochochi, dispuesto a matar, fué sorprendido en ese mismo instante por la muerte. La bala disparada por Johnny Baker le atravesó la garganta, produciéndole una muerte instantánea. Pero su deceso hacía aún más peligrosa la situación de Baker.

Los pies negros que le perseguían vieron caer a Pochochi. Observaron cómo el mortífero tomahawk escapaba de sus manos exánimes. Notaron que Surly Duggan ,la supuesta víctima, se levantaba de un salto, y eso los puso fuera de sí, transformándolos en verdaderas bestias humanas. Forzaron el galope de sus caballos, guiados únicamente por esa salvaje sed de sangre.

Cuando Johnny Baker reconoció al que había salvado la vida como a su compañero Surly Duggan, frenó su caballo repentinamente, al lado mismo de su amigo. Surly parecía haber perdido la respiración y la sangre fría, sus facciones denotaban que poco antes ese hombre había mirado cara a cara a la muerte y que aún no había salido del peligro.

—¿A qué?...

Johnny Baker no terminó la frase empezada.

Duggan le había interrumpido señalando en la dirección en que iban a huir, mientras una intensa palidez cubrió su rostro.

—Estamos rodeados, — dijo con voz ronca.

También a Baker comenzó a flaquearle el ánimo. Detrás oíase el ruido del galope de los pies negros que los perseguían y frente a ellos aparecían en ese momento, otros cinco indios de la misma tribu. Ya los indios comenzaban a formar el círculo a su alrededor.

—Son diez, — dijo Duggan con amargura, — son diez y nosotros, dos. No nos queda otro remedio que presentarles batalla.

Con estas palabras el ex minero llevó sus manos al revólver.

Baker asintió sin pronunciar una sola palabra. Era el único medio que les quedaba, y, por lo tanto, el mejor. No había que pensar en huir a caballo, y, a pie, también era

imposible escapar. Sólo quedábales una esperanza: presentar batalla con sus revólvers, por más que el resultado era bastante inseguro.

Surly Duggan profirió un silbido corto y estridente, — la señal con que llaman los cowboys del Oeste a sus caballos, — y casi en seguida apareció el animal, que, después de haberse asustado por los gritos de Pochichi, había quedado a poca distancia del lugar del ataque.

Entre los dos caballos se ubicaron Johnny Baker y Surly Duggan, mientras los indios estrechaban cada vez más el círculo a su alrededor.

—¿Cuánta munición tiene usted? — preguntó Johnny Baker.

—Sólo para una docena de cargas, — fué la breve respuesta, — debemos ahorrar en lo posible las balas.

—Así es.

Esas fueron las únicas palabras cambiadas. Un silencio profundo reinó en ambos, sólo interrumpido por los quejidos lastimeros de Quatako, quien, colocado aún sobre la montura, presentaba un excelente blanco para los pies negros, y, al mismo tiempo, una buena defensa para los dos compañeros.

Los indios, seguramente, no atacarían mientras hubiera peligro de herir a alguno de su tribu.

Pero los pies negros eran aficionados a la guerra de sitio, pues continuaban estrechando cada vez más el círculo alrededor de los dos caballos, entre los que se escudaban Duggan y Baker, quienes, por su escasa munición, disparaban sólo cuando estaban obligados a hacerlo.

Cuando los indios perdieron a dos de los suyos, bajo el fuego mortífero de Duggan, cambiaron de táctica. Se decidieron por un ataque en maza y al galope, lo que constituía una seria amenaza para los dos amigos. Cuando ese ataque espasmódico fué repelido, los revólvers de Johnny Baker estaban vacíos y siete de los pieles rojas quedaban aun con vida.

—Me queda una sola carga, — dijo Duggan, — estoy por creer que nuestra defensiva cesará en breve.

En ese momento, los pies negros se preparaban para un nuevo ataque.

CAPITULO V

Mientras tanto...

UN sordo rumor de tiros a la distancia llegó a oídos de Búffalo Bill, quien giró rápidamente en su silla, sospechando que algo gra- Eran casi la una de la tarde, tiempo en que debía reunirse con sus compañeros.

El eco de las detonaciones le quitó la tranquilidad.

En efecto, durante toda la mañana un vago presentimiento le había embargado. Su instinto le había indicado que algo anormal ocurría. Más de una vez había vuelto sobre lo andado, descubriendo huellas frescas de pies calzados con mocasins.

Hecha esta observación Búffalo Bill había utilizado toda su perspicacia para engañar a los pieles rojas que le seguían. No sabía quiénes eran ni cuáles eran sus propósitos, pero se escondió y en esta forma consiguió que los pies negros perdieron su pista.

A esto se debió la vuelta de los indios, ciertamente contra su voluntad, pero convencidos de que era imposible seguir las huellas de Búffalo Bill, si éste tenía la intención de engañarlos. Había vuelto para reunirse con Pochochi, llegando como habrá visto el lector, a tiempo para secundar a sus camaradas en el ataque a Baker y Duggan.

Y ahora Bill Cody frunció el entrecejo dando muestras de desagrado.

Las detonaciones llegaban a sus oídos a intervalos y en una ocasión creyó escuchar el grito de guerra indio.

—Ya lo suponía, — murmuró el gran explorador, — algo extraño ocurre aquí. Algunos indios me han seguido y habiéndoles yo engañado han atacado a los otros. Pero ya les daré una lección.

Hizo girar su caballo en redondo, determinó la exacta dirección de que procedían los disparos, y a ella se dirigió sin pérdida de tiempo.

Y de esta manera llegó a tiempo para presenciar una escena que le hizo parar la respiración. Manteniendo sus ojos fijos en ella, descolgó la carabina que llevaba en cabrestilla.

La angustia se reflejó en su mirada mientras que con manos firmes alzaba su arma apuntando con ella a los pieles rojas.

Un sólo golpe de vista le bastó para enterarse de la situación en que se hallaban sus compañeros, manteniendo su actitud de defensiva, escudados por los cuerpos de los dos caballos. Vió a Quatako atado en el lomo de uno de los animles. Vió como siete corpulentos y trágicos pies negros se aprestaban para atacarlos, estrechando para ello cada vez más el círculo con que los habían envuelto. Esto le bastó y apretó el gatillo.

Cuando pocos minutos después, húbose disipado el humo del disparo, sólo seis de los indios restaban de los siete que instantes antes atacaran a sus compañeros. Y esos seis miraban ahora sorprendidos y sobrecogidos de pánico hacia el lugar en que él se encontraba.

Y cuando sus ojos tropezaron con la figura esbelta de Búffalo Bill, su ánimo decayó de inmediato. Sabían que el fuego de Cody era mortífero, y guardaban un respeto absoluto por el hombre que tantas veces había peleado contra indios, de todas las tribus, resultando siempre vencedor.

Ahora, reducido su número a seis y muerto su cacique Pochochi, su valor se disipó.

Cuando se volvieron para mirar a Cody, Johnny Baker y Surly Duggan, con un solo cartucho en los revólvers de ambos, aprovecharon la oportunidad para trocar los papeles. Los pies negros formaban un grupo compacto dando las espaldas a los caballos. Surly Duggan fué el primero en salir a su encuentro con aire triunfal.

—¡Manos arriba, bandidos! — les dijo amenazante.

La orden, reforzada por la presencia de las pistolas de Duggan y Baker, fué suficiente para hacer obedecer a los indios en el acto. Co-

dy mismo volvió a colgar su carabina, adelantándose hacia el grupo, revólver en mano.

—Indios buenos, — tartamudeó uno de los pies negros, — indios buenos, muy buenos.

—Sí, un verdadero encanto de indios, — contestó Duggan con sarcasmo. La herida que llevaba sobre sus ojos hacía todo menos amistosas sus palabras, — supongo que la bondad de ustedes fué la que los decidió a querer degollarme a mí.

Mientras hablaba, Cody desmontó, mirando a los indios temblorosos con gesto amenazante.

Los ojos de los pies negros se concentraron de inmediato en el tomahawk de oro que Cody llevaba en el cinto y un asombro visible dibujóse en las facciones de todos ellos.

Búffalo Bill notó esas miradas y sonriendo sacó el valioso tomahawk de su cinturón.

—Fué robado del Museo de vuestra tribu, — dijo simplemente.

Los indios tartamudeaban de asombro, pero el gran explorador no demostró ninguna intención de devolverles su tesoro. Muy al contrario, procedió a interrogar a Duggan y Johnny Baker sobre los acontecimientos que les había acarreado esta situación. Después, ya satisfecho, se volvió al indio más cercano.

—Vuestro jefe Pochochi es el guardián del tomahawk de oro? — le preguntó.

—Pochochi murió, — contestó el Pie Negro, — fué a los bienaventurados cotos de caza. El perro rostro pálido lo ha matado.

—En eso el mismo Pochochi ha tenido la culpa, — dijo Búffalo Bill fríamente. — El no respetó la paz. ¿O están acaso los pies negros en guerra?

El indio movió la cabeza negativamente, afirmando que sólo los presentes habían abandonado la conceción de su tribu.

—¿Y tienen todos ustedes pasaportes? Pero los indios no llevaban encima esos documentos. Todo piel roja, que se aleja de su tribu debe estar munido, según la ley, de un pasaporte apropiado. El hecho de que los presentes no tenían ese requisito, era la última prueba que Cody necesitaba, y se acercó a Quatako, le cortó las ligaduras, dejándolo tirado en el suelo.

—Ahora, Quatako, — dijo, — voy a decirte que eres un ladrón, un indio muy malo! Contarás a tus hermanos, por qué has robado este tomahawk del museo de la tribu.

—¡Soy un indio bueno, señor Cazador de Búfalos! — lloriqueó Quatako; — robé el tomahawk, porque detesto al cacique Pochochi..., da muy malas medicinas Pochochi, ¡ugh!

—¿Por enemistad, entonces? — dijo Cody, — ¿y has desertado al ver que tu robo había sido descubierto, verdad?

—Es usted un rostro pálido muy bueno, cazador de búfalos, — imploró Quatako, — estoy muy arrepentido de haber robado. No pensaba hacer nada malo.

Los seis compañeros de tribu de Quatako lo miraban ceñudos, a medida que iba confesando su delito, y su actitud volvióse amenazante para él. Con una sonrisa sarcástica, continuó Búffalo:

—Si no te hubieras fugado, hubiera podido ayudarte en algo, Quatako, pero en el estado actual de los acontecimientos no puedo hacer otra cosa que entregarte a tus hermanos de tribu. A ellos les toca decidir tu suerte y castigarte en la forma según ellos más conveniente.

Le tendió el tomahawk de oro.

—Se lo entregarás y cuando hayas cumplido con eso, estáis todos libres para iros.

Quatako tomó el tomahawk, pensativo. Después, avergonzado, se arrodilló a los pies del pie negro más cercano y devolvió en silencio lo que había robado. El guerrero lo tomó sin más ceremonia.

Y fué así que el tomahawk de la muerte volvió al poder de los guardianes del museo de la tribu, al cual pertenecía.

Ahora, — dijo Búffalo Bill, cuando Quatako se puso de pie, mostrando los caballos de los indios, ocultos tras unas cacteas, — volved a vuestra concesión.

Los seis guerreros Pies Negros quedaron tan sólo el tiempo necesario para recoger los cadáveres, incluso el de Pochochi, y luego se retiraron en silencio, vencidos.

Búffalo Bill los observó cuando subieron a caballo, retirándose con el desgraciado Quatako en medio del grupo. Porque Quatako era prácticamente un prisionero, bien guardado por aquellos que habían peleado con él y que ahora lo sabían ladrón.

Surly Duggan sonrió al tiempo que colocaba de nuevo sus pistolas en el cinto.

—Hemos tenido un trabajo arduo, me parece, — comentó, mostrando la herida del tomahawk encima del ojo. — Por cierto que su intervención fué oportuna.

—Y yo digo,—añadió Johnny aBker, y sus facciones se ensombrecieron, — ¿no creen ustedes que Quatako será sacrificado? Por mí, pueden atarlo al poste del sacrificio y quemarlo vivo.

—No lo creo, — dijo Búffalo Bill, haciendo ademán de montar en su corcel. — Mandaré una nota a Harvey, pidiéndole que ampare a Quatako. Es lo único que puedo hacer, ¿verdad?

—Yo soy de su opinión; volvamos al Circo.

FIN DE "EL TOMAHAWK DE LA MUERTE"

UNA NOVELA CORTA DE VIBRANTE INTERES

—oooo—

LA HOSPEDERIA

Por GUY DE MAUPASSANT

(Traducción del francés)

Nunca se vió más vibrante ni más subyugador el estilo del famosísimo autor francés que en esta novelita que interesa desde la primera linea hasta la última y produce en el lector la potente impresión dramática que otras producciones del mismo autor.

I

SEMEJANTE a todos los mesones de madera construidos en los Altos Alpes, junto a los ventisqueros, en esos pasadizos roqueños y pelados que separan unas de otras las nevadas cumbres, la hospedería de Schwarenbach, sirve de refugio a los viajeros que siguen el camino de la Gemmi.

Está durante seis meses abierta y habitada por la familia de Juan Hauser; después, al amontonarse las nieves en el valle, cubriéndolo y cerrando la salida, por Loeche, las mujeres, el padre y los tres hijos emigran, y guardan la casa los dos guías; con el viejo Gaspar Hari, quedábase aquel invierno el joven Ulrico Hunzi; los acompañaba Sam, un perrazo montañés.

Los dos hombres y la bestia permanecen hasta el mes de abril en su cárcel de nieve, teniendo ante sus ojos la inmensa y blanca pendiente del Balmhorn, rodeada por las cumbres pálidas y brillantes, encerrados, bloqueados, enterrados bajo la nieve, que sube si ncesar en torno suyo, envolviéndolos, oprimiéndolos; que sumerge la hospedería, que se amontona en el tejado, que ciega las ventanas, que abarrota la puerta.

Era el día en que los Hauser marchaban de regreso hacia Loeche. Llegando ya el invierno, hacíase peligrosa la bajada.

Tres mulas fueron por delante, cargadas con los baúles y los enseres, conducidas por los tres hijos. Luego Juana — la madre — y su hija Luisa, montando en otra mula, se pusieron en camino.

El padre iba detrás con los dos guardas, que los acompañarían hasta el arranque de la pendiente.

Bordearon la helada laguna que se forma en el hueco rocoso, frente a la hospedería; luego siguieron a través del valle, blanco y tendido como una sábana, rodeado por las cumbres cubiertas de nieve.

Inundaba el sol aquel desierto blanco, resplandeciente y helado, con fulgores deslumbrantes y fríos. Ninguna vida en aquel océano de montañas; ningún movimiento en aquella inmensurable soledad, ningún ruido en aquel silencio profundo.

Poco a poco el guía joven, Ulrico Hanzi, un suizo buen mozo y con las piernas muy largas, dejó atrás al padre, Juan Hauser, y al viejo Gaspar Hari, alcanzando la mula donde cabalgaban las dos mujeres.

La hija le vió acercarse, como si le atrajeran sus ojos tristes. Era una mocita lugareña, rubia, cuyas mejillas lechosas y cuyos cabellos pálidos, parecían descoloridos por las temporadas de permanencia entre las nieves.

Al llegar el mozo, apoyó una mano en la grupa de la bestia. La madre dirigióse a él enumerándole con infinitas minucias todos los cuidados que debían tener en la invernada. El mozo era novato en aquel trajín conocido ya de sobra por el viejo Hari en catorce años de invernar bajo las nieves que rodean y cubren la hospedería de Schwarenbach.

Ulrico Hunzi escuchaba, sin enterarse mucho al parecer, y mirando sin cesar a la mozuela. De cuando en cuando, repetía: "Está bien, señora, está bien". Pero su pensamiento estaba embargado por otras atenciones y su tranquilo rostro permanecía impasible.

Compre

EL DIARIO

todas las tardes y estará al corriente de las noticias sociales, políticas, sportivas, teatrales y otras del momento.

EL DIARIO

Fundado hace 45 años

tiene entrada en todos los buenos hogares.

Remita el cupón y recibirá a domicilio un ejemplar del jueves próximo con las páginas en colores, y una página con la graciosa historieta para niños:

BARNIGUGLI y su PINGO TRAGAVIENTOS

Señor Administrador de EL DIARIO.
Avenida de Mayo, 662 - Bs. Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán las páginas femeninas en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . .

F.C. . . . . .

EDICION DE LOS JUEVES
Precios de suscripción:

1 año	$ 5.--
6 meses. . .	„ 2.50
3 „ . . .	„ 1.50

Iban acercándose a la orilla del lago de Duabe, cuya helada superficie, tersa como un cristal, extiéndese por la parte baja del valle. A la derecha, el Daubenhorn asoma sus peñascos negros, cortados a pico sobre los enormes declives del ventisquero de Loemern que domina el Wildstrubel.

Próximos a la garganta de la Gemmi, donde principia la pendiente, bajando hasta Loeche, descubrieron de pronto el magnífico panorama de los Alpes Valeses, al otro extremo del profundo y anchuroso valle del Ródano, extendido a sus pies.

Era una muchedumbre lejana de cumbres desiguales y blanquísimas, achatadas o puntiagudas, resplandeciendo a los rayos del sol; mostrábanse ufanos y erguidos, el Mischael con sus dos cuernos, la mole dominadora de con sus dos cuernos, la mole dominadora del Wissehorn, el uesado Bunnegghorn, la pirámide altiva y temible del Cerval, que hace tantas víctimas, y el Colmillo Blanco, ese monstruo sutil.

Después, abajo, en una profundidad inmensa, en un abismo espantoso, descubrieron Loeche, cuyas casas parecían granos de arena lanzados en aquel hueco enorme que limita la Gemmi, y a lo lejos, del otro lado, el Ródano bordea.

Detúvose la mula en el sendero que avanza, serpenteando sin cesar, apareciendo y ocultándose, fantástico y mavarilloso, por la escarpada pendiente, hasta el pueblecito apenas visible, allá en el fondo. Se apearon las dos mujeres, obligadas a pisar nieve.

Los dos viejos las alcanzaban ya.

—¡Vaya! — dijo el padre Juan Hauser. — ¡Adiós! ¡Animo, y hasta la primvaera! ¡Salud, amigos!

El viejo Hari repitió:

—¡Hasta la primavera!

Y se abrazaron. Después, la madre y la hija le ofrecieron sus frentes para que las besara.

El joven, al despedirse de igual modo, murmuró al oído de Luisa:

—No se olvide nunca de los ausentes.

Y Luisa, con palabras apenas perceptibles, que adivinara el mozo sin oirlas, respondióle:

—No me olvidaré.

—¡Adiós, amigos! — repitió Juan Hauser.

Y, adelantándose a las mujeres, comenzó a bajar por la pendiente.

Pronto desaparecieron los tres en la primera revuelta del camino.

Los dos guardianes regresaron a la hospedería.

Iban despacio, juntos, en silencio. Ya estaban solos; no verían a nadie ya en cinco meses.

Gaspar comenzó luego a referir su vida en la última invernada. Habíase quedado en la hospedería con Miguel Canol, ya muy achacoso para tales empeños; porque puede sobrevenir un accidente cualquiera en tan prolongada soledad, en tan absoluto aislamiento. No se habían aburido, sin embargo; todo estribaba en tomar bien la embocadura desde un principio, y acababan por inventarse distracciones, pasatiempos agradables.

Ulrico le oía, con los ojos bajos; Y acompañaba su imaginación a los viajeros que descendían hacia el pueblecillo por la ondulosa pendiente de la Gemmi.

Apenas visible a lo lejos, pronto se les apareció la hospedería como un punto negro sobre tanta blancura; pequeña, insignificante, al pie de la gigantesca ola de nieve.

Cuando abrieron la puerta, Sam, el perro montañés, comenzó a saltar en torno suyo, acariciándolos.

—Muchacho, — dijo el viejo Gaspar, — como no tenemos aquí mujeres que guisen, vamos a disponer la comida. Mondas patatas.

Y sentándose cada uno en su banqueta, prepararon la sopa.

La mañana siguiente se le hizo interminable al mozo; y mientras el viejo fumaba y escupía tranquilamente, Ulrico asomóse a la ventana, contemplando la inmensa mole de nieve, única distracción para sus ojos.

Salió por la tarde, buscando en el camino las huellas de las mulas que se llevaron a las dos mujeres. Habiendo llegado a la garganta de la Gemmi, tumbóse, y agarrándose con las manos a la orilla, sacó la cabeza sobre aquel abismo, con los ojos clavados en el fondo.

El pueblo no estaba invadido aún por la nieve, ya próxima, pero detenida en los pinares que le cercan y le dan abrigo. Sus casas, vistas desde lo alto, parecían baldosas en el centro de una pradera.

La hija de los Hauser hallábase aposentada en una de aquellas viviendas grises. ¿En cuál? Ulrico Hunzi no podía precisarlo a tan norme distancia. ¡Con qué gusto hubiera bajado antes de que borrase la nieve todos los caminos!

El sol acababa de ocultarse trasponiendo la cumbre de Wildstrube; Ulrico volvió a la hospedería. El viejo Hari fumaba, y al ver llegar a su compañero le propuzo una partida de naipes. Sentáronse una frente al otro, con la mesa entre los dos.

Jugaban a la brisca, y duró mucho el juego. Después de cenar se acostaron.

Los días consecutivos eran semejantes al primero: claros y fríos; no nevaba. Gaspar entreteníase acechando a las águilas y a los pocos pájaros que se atrevían a cruzar aquellas glaciales alturas, mientras Ulrico llegaba diariamente a la garganta de la Gemmi para contemplar el pueblo. Luego jugaban a los naipes, a los dados o al dominó, cruzando alguna pequeña ganancia para que tuviese interés la partida.

Una mañana levantóse Hari antes que su joven compañero; le llamó. Como nube movediza, ligera y abrumadora, caía la nevada, sin ruido, sumergiéndolos poco a poco en un oleaje de blanca espuma. Duró cuatro días y cuatro noches. Fué preciso despejar la puerta y las ventanas, abrir un pasadizo y hacer escalones en aquella masa que se puso en doce horas, helándose, más dura que las peñas de los derrumbaderos.

En adelante, los dos guardas vivieron como cautivos, no aventurándose mucho a salir de su guarida. Habíanse repartido los trabajos, en que se ocupaban los dos puntualmente. Ulrico Hunzi encargóse de la limpieza, de

lavar la ropa, de fregar los platos, de asear las habitaciones; también era obligación suya partir leña. El viejo Gaspar guisaba y encendía la lumbre. Sus ocupaciones mecánicas y monótonas dejaban lugar a partidas interminables de naipes, de dominó, de dados. Nunca disputaban, siendo el uno y el otro de carácter bondadoso. Nunca tenían impaciencias ni mal talante, ni palabras duras, hallándose resignados a sobrellevar tranquilamente las angustias de la invernada en aquellas cumbres.

Algunas veces, Gaspar Hari, cogiendo su escopeta, salía en busca de rebecos, y mataba uno de cuando en cuando. Entonces la hospedería de Schwarenbach alegrábase con un festín de carne fresca.

II

Una mañana salió a cazar. El termómetro, a la intemperie, marcaba 18 grados bajo cero. No había salido aún el sol, y el viejo esperaba sorprender a la res en los contornos del Wildstrubel.

Ulrico estuvo hasta las diez en la cama. Era muy dormilón; pero tenía costumbre de levantarse a la misma hora que Gaspar, no atreviéndose a descubrir su modorra en presencia del viejo, siempre activo y madrugador.

Almorzó tranquilamente con Sam, el perro montañés, que pasaba también los días y las noches junto a la lumbre, durmiendo.

Entristecido, casi espantado en la soledad inmensa de la hospedería, lamentaba el mozo no poder entretenerse como de costumbre, jugando a los naipes con su compañero.

Y con el ansia que deja un deseo invencible que no se logra, no acertando con distracción alguna para matar el tiempo, salió al camino por donde volvería Gaspar antes de anochecer.

La nieve había sumergido ya en su blancura todo el valle; rellenando los huecos y cubriendo los dos lagos, formaba entre las cumbres gigantescas una sola concavidad, lisa, cegadora y helada.

Cerca de un mes había pasado sin que Ulrico se asomase al abismo, desde cuyo borde contemplaba el pueblo. Y pensó darse aquel gusto antes de trepar en los repechos que le separaban de Wildstrubel. También Loeche yacía bajo la nieve, y no era posible descubrir sus viviendas, revestidas con un velo pálido.

Luego, dirigiéndose hacia la derecha, llegóse al ventisquero de Loemmern. Avanzaba presuroso, infatigable, clavando en la nieve, dura como la roca, la férrea punta de su largo bastón. Sus ojos penetrantes, buscaban sobre aquella sábana inmensa un punto negro movible.

Detúvose a la orilla del ventisquero, dudando que Gaspar hubiese tomado aquella dirección, y bordeaba los precipicios, cada vez más presuroso, impacientándose.

Al declinar, el sol daba un tinte rosado a las nieves. Un viento glacial, con bruscos alardes, pulimentaba la superficie cristalina. El mozo gritó; su grito fué un llamamiento agudo, vibrante, prolongado. La voz desvaneciose, perdida en el silencio de muerte que invadía las montañas; corrió a lo lejos, entre las ondulaciones de la espuma helada, como el chillido penetrante de una gaviota sobre la superficie del mar; apagóse, y no hubo respuesta.

Entonces Ulrico prosiguió su marcha. El sol, trasponiendo las cumbres, oculto, arrebolaba con sus últimos fulgores el cielo; pero el valle ya estaba sombrío, gris. Y el mozo sintió miedo. Parecióle que la soledad, el silencio, la negrura, el frío, la muerte invernal de aquellos montes, infiltrados en su corazón, paralizaban su vida, helando su sangre y entumeciendo sus músculos, convirtiéndole al fin en un ser inmóvil y helado. Corrió, huyó hacia la hospedería. Sin duda el viejo había regresado. Sin duda estuvo cazando en otros parajes, y se hallaba ya sentado a la lumbre, teniendo a sus pies un rebeco.

Pronto vislumbró la hospedería; pero no arrojaba humo la chimenea. Corriendo, para llegar lo antes posible, apresuróse. Al abrir la puerta, el perro montañés le hizo muchos halagos. Pero Gaspar Hari no había vuelto aun.

Sobrecogido, Hunzi miraba y remiraba, como si pudiera descubrir a su compañero agazapado en un rincón. Después encendió lumbre y dispuso la comida, esperando a cada instante que llegara el viejo.

De cuando en cuando, abría la puerta, deseoso de oirle, de ver que se acercaba. Era de noche. Había cerrado ya la noche macilenta de las alturas, la noche pálida, la noche lívida, débilmente alumbrada por un cuarto de luna casi a punto de ocultarse detrás de las cumbres.

Luego, el mozo estaba descorazonado, sentándose para calentarse los pies y las manos, mientras imaginaba y temía todos los accidentes posibles.

Gaspar Hari pudo caer y romperse una pierna; pudo precipitarse por un despeñadero; pudo resbalar y torcerse un tobillo. Y estaría sobre la nieve, agarrotado, entumecido, triste, angustioso, tal vez pidiendo ayuda, gritando con toda la fuerza de sus pulmones en el silencio de la noche.

Pero, ¿hacia qué parte? La monatña es tan extensa, tan confusa, tan escarpada, tan peligrosa en aquellos contornos, y sobre todo en aquel tiempo, que no hubieran bastado veinte guías, trabajando afanosos durante una semana, para encontrar a un hombre perdido en aquel desierto intrincado.

A pesar de todo, Ulrico se decidió a salir con el perro en busca de Gaspar, si al amanecer no volvía.

Entretúvose haciendo los preparativos.

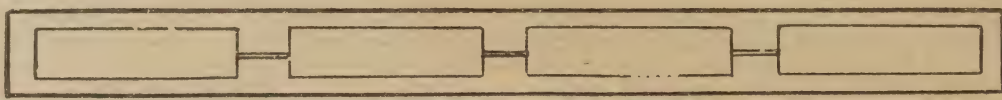
Puso en un saco provisiones de boca para dos días, cogió los garfios de acero, arrolló a su cintura una cuerda larga, delgada y resistente, afiló el rejo de su largo bastón y el hacha que le servía para labrar escalones en el hielo. Cuando lo tuvo todo prevenido, aguardó impaciente. Un leño ardía en la chimenea y el perrazo montañés roncaba tranquilo junto a la lumbre. Golpeaba el reloj, como late un corazón inquieto, resonando sus latidos en la caja de madera.

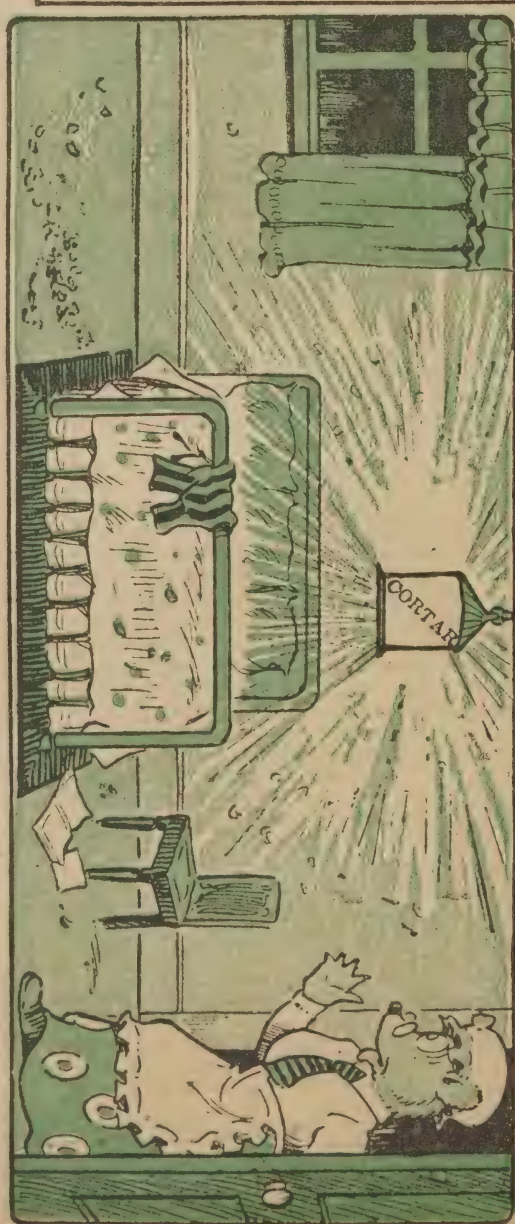
Aguardaba impciente, atento, con la esperanza de percibir lejanos ruidos, estremecién

PRIMERO SE PEGATODO EL DIBUJO EN CARTULINA O CARTON DELGADO, SE DEJA SECAR BIEN Y SE RECORTAN CON CUIDADO LAS CINCO PIEZAS QUE FORMAN EL JUGUETE SE BUSCA UNA CAJA QUE TENGA DE ANCHO EL DEL DIBUJO QUE TIENE EL FAROL O SE ARREGLA UNA A ESE ANCHO. SE LE HACE UN AGUJERO QUE COINCIDA CON EL DEL FAROL Y SE TAPA CON UN PAPEL DELGADO AL QUE SE LE PONE UN POCO DE ACEITE PARA HACERLO TRANSPARENTE EN EL OTRO LADO DE LA CAJA SE HACE EL AGUJERO PARA MIRAR SE SITUAN EN EL PISO DE LA CAJA LOS GRUPOS DE ALUMNOS DE DOÑA OSA.

CUANDO SE MIRA POR EL OCULAR DE DELANTE PONIENDO LA CAJA, QUE SE HABRA TAPADO POR ARRIBA, DELANTE DE UNA LUZ, EL EFECTO QUE HACE EL CUADRO ES MUY CURIOSO, PUEDE AUMENTARSE LO PINTORESCO DEL CUADRO VARIANDO EL COLOR DEL PAPEL DEL FAROL DE MODO QUE DE LUZ AMARILLA O ROJA, ETC.

PARA MAYOR CLARIDAD FIJESE USTED EN LOS DIBUJOS CHICOS DE JUNTO AL TITULO ESTAS ESQUEMAS PERMITEN APRECIAR PERFECTAMENTE COMO HAY QUE PREPARAR ESTE INTERESANTE JUGUETE





dose cada vez que una ráfaga de viento hacía crujir la puerta.

Al oír las doce, tembló. Y sintiéndose acobardado, frío, puso a calentar agua para tomarse una taza de café hirviendo, antes de ponerse en camino.

Cuando sonó la una, irguióse, despertó al perro, y abriando la puerta, encaminóse hacia Wildstrubel. Durante algunas horas trepó, valiéndose con frecuencia de los garfios, escalando las rocas, cortando con el hacha el duro hielo, avanzando siempre, valiéndose de la cuerda para subir al perro a lugares muy escarpados. Eran las seis, próximamente, cuando llegó a una de las cumbres donde Gaspar solía ir a cazar rebecos.

Y esperó a que amaneciera.

El cielo se aclaraba. De pronto, un fulgor extraño, que parecía brotar de la nieve misma, iluminó aquel océano vastísimo de pálidas cumbres, difundiéndose por todo el espacio. Poco a poco los picos más elevados y distantes ofrecieron una coloración sonrosada, carnosa; y el sol, enrojecido, asomó al fin sobre los gigantescos Alpes Bearneses.

E moro dió principio a sus exploraciones. Avanzaba como un cazador, encorvado, atento, vigilante, con afán de advertir una huella, diciéndole al perro: "¡Sam! ¡Busca! ¡Busca!"

Bajaba, deslizándose por la vertiente de la montaña registrando con escudriñadores ojos los despeñaderos. De vez en cuando lanzaba un grito prolongado, que se perdía en la inmensidad silenciosa; luego, aplicaba el oído sobre la nieve para escuchar. Creía oír una voz, y corría, gritando nuevamente; y al convencerse del engaño sufrido, sentábase fatigado y desalentado. Al mediodía comió y dióle de comer a Sam, que también estaba rendido.

Luego, reanudó sus exploraciones.

Había recorrido cincuenta kilómetros, y aun caminaba, cuando se hizo de noche. Hallándose a mucha distancia de su vivienda y muy fatigado para emprender a oscuras aquella jornada, refugióse con Sam en una cueva que abrió en la nieve, y allí durmieron el mozo y el perro montañés, abrigados en la manta, dándose calor el uno al otro, resistiéndose al frío que les iba penetrando hasta la médula.

Ulrico estaba obsesionado por imaginaciones dolorosas y el dolor sacudía también sus miembros helados.

Era próximo al amanecer cuando se levantó; sus piernas entumecidas, con dificultad le sostuvieron; su espíritu desolado se llenaba de angustia; su corazón palpitante, golpeaba violento, cada vez que suponía oír algún ruido.

Imaginósele de pronto que moriría también de frío en aquella soledad, y estremecido por semejante idea, espoleando sus desfallecientes energías, recobró su vigor.

Dirigíase hacia la hospedería, resbalando, cayendo, levantándose; Sam le seguía muy rezagado, cojeando.

Hasta las cuatro de la tarde no llegaron a Schwarenbach. La vivienda estaba silenciosa y helada. El mozo encendió lumbre, comió y quedóse profundamente dormido, sin preocupación alguna.

Durmió así muchas horas, muchas horas, con un sueño invencible. Pero de pronto, una voz, un grito, un nombre — "¡Ulrico!" — le sacó de su anonadamiento. Levantóse al instante. ¿Fué soñado? No; no fué soñado; resonaba todavía, penetrando en sus oídos, aquel nombre clamoroso y vibrante, aun estremecía sus nervios

Le habían llamado sin duda — "¡Ulrico!" — Su nombre resonó cerca de la casa. No era posible dudarlo. Abrió la puerta y aulló:

—¿Eres tú, Gaspar?

Hacía viento; un viento glacial, de los que hacen crujir las piedras, apagando todo aliento de vida en las alturas desiertas. Hacía viento; sus ráfagas eran más desoladoras y mortíferas que los huracanes abrasadores del desierto.

Ulrico insistía:

—¡Gaspar! ¡Gaspar! ¡Gaspar!

Y nadie contestaba. El silencio de la nieve absorbía sus voces, y el espanto se apoderaba de su espíritu. Metióse de un brinco en la hospedería, empujó la puerta y corrió los cerrojos; luego desplomóse temblando sobre una silla, seguro de que acababa de llamarle su compañero con el último clamor de su agonía.

Estaba tan seguro de aquello, como de estaba de vivir y comer pan. Era indudabel para el mozo, que Gaspar Hari agonizó durante dos días y tres noche en alguna sima, en algún barranco revestido por la nieve inmaculada, cuya blancura es más terrible que la tenebrosa lobreguez de un subterráneo. Agonizó durante dos días y tres noches y acababa de morir pensando en su compañero. Su alma, ya libre, volvió hacia la hospedería donde reposaba el mozo, llamándole con el fantástico poder que tienen las almas de los muertos para visitar a los vivos. Había clamado la pobre alma sin voz, despidiéndose, renegando tal vez de la otra pobre alma dormida. Su grito fué un adiós o un reproche contra el mozo que no supo encontrar al viejo, que tal vez no le buscó bastante.

Y Ulrico sintió que allí permanecía la pobre alma clamorosa, junto a la puerta cerrada con cerrojos, rondando, como ave nocturna cuyos revoloteos hacen estremecer los cristales claros.

Hubiera huído, pero no se atrevió a moverse; casi aullaba de horror. El fantasma rondaría la vivienda constantemente, hasta que recibiera cristiana sepultura el cadáver del viejo.

Viendo salir el sol, tranquilizóse algo el mozo. Dispuso la camida para él y para el perro; después, quedóse inmóvi, sentado, con el corazón dolorido, imaginándose a Gaspar echado sobre la nieve.

Al anochecer, le sobrecogieron los mismos temores, las mismas zozobras de la noche anterior. Andaba recorriendo sin cesar la vivienda triste, a la luz de un candil, atento, vigilante, aguardando que se produjera el grito angustioso en la silenciosa lobreguez nocturna. Sentíase tan solo, tan desvalido, como ningún hombre debió estarlo jamás. ¡Tan solo en aquel inmenso desierto de nieve! ¡Solo! a dos mil metros de altura sobre los hogares humanos, ¡tan leos de la vida palpitante, bulliciosa! ¡Tan solo en las cum-

bres heladas! Un deseo invencible de huir le atenaceaba. Huir a cualquier parte, de cualquier modo; bajar a Loeche, precipitándose por el abismo... Pero no se atrevía ni a entreabrir la puerta, seguro de que la triste alma clamorosa le cerraría el paso para no quedar abandonada en aquellas regiones.

A media noche, fatigado, angustiado, miedoso, dejóse caer sobre una silla temiendo acostarse, temiendo la cama, donde suponía el descanso más propenso a las apariciones.

Y de pronto el clamor de la otra noche resonó en la estancia, tan agudo, que le hizo extender los brazos con violencia para rechazar lo invisible.

Cayó el mozo al suelo, despertóse al ruido el perrazo montañés, y comenzando a ladrar — como ladran los perros aterrados, — recorría la vivienda olfateando un peligro. Al llegar a la puerta se detuvo gruñendo, erizándose.

Hunzi, completamente loco, habíase incorporado, y amenazador, esgrimiendo como arma su banqueta, gritaba:

—¡No entres! ¡No entres! ¡No entres, o te mato!

Sam, excitado por aquellas amenazas, aullaba furioso contra el enemigo invisible a quien se dirigía la voz de su dueño.

Al cabo, el perro se calmó. Echóse junto al hogar; pero estaba inquieto, con la cabeza erguida, con los ojos brillantes; y, gruñendo con frecuencia, mostraba los colmillos.

Ulrico, á su vez, recobró algo la serenidad, y para vencer los terrores que le acosaban, sacó una botella de aguardiente, bebiendo, una tras otra, varias copitas. Aquello le rehizo; pero se turbaron sus ideas, y un ardor febril le hormigueaba en la sangre.

Al otro día no comió apenas, limitándose a beber aguardiente. Vivió una semana borracho. En cuanto recordaba la muerte de su compañero, bebía para olvidar, hasta caer al suelo, insensible, desmadejado, embrutecido.

Pero apenas disminuían los efectos del aguardiente, el clamor angustioso: — "¡Ulrico!" — le despertaba, como un balazo en la cabeza. Erguíase, vacilante aún, haciendo equilibrios para no caerse, llamando a Sam en su ayuda. Y Sam, el perro, que parecía volverse loco también, como su amo, precipitábase hacia la puerta, mordiendo y arañando el postigo, mientras el mozo echando atrás la cabeza, sorbía el aguardiente que le calmaba, desvaneciendo su terror, sus imaginaciones y su memoria.

III

En tres semanas consumió todo el alcohol de sus provisiones, y en cuanto no pudo acallar sus terrores con una borrachera continu, despertaron más furiosos y dominantes. La idea fija, exasperada por la embriaguez embrutecedora, fué arraigando más y más en aquel doloroso aislamiento, y se le clavaba en el cerebro como una barrena. Recorría la estancia yendo y viniendo como un animal enjaulado, acercándose a la puerta para oir "al otro", y desafiándole a gritos.

En cuanto se quedaba dormido, cediendo a la fatiga, la voz clamorosa le despertaba, obligándole a ponerse de pie.

Una noche, al fin, logrando que su desesperación venciera su cobardía, precipitóse hacia la puerta y abrió, para encararse con el que le llamaba tan obstinadamente, para luchar con él y ahogarlo.

Al recibir en pleno rostro, como una bofetada, el aire frío, helósele hasta la médula, y volvió a correr los cerrojos, no advirtiendo que Sam, el perrazo montañés, había salido en aquel instante.

Luego, tiritando, atizó la lumbre, y sentóse para calentarse; pero un ruido le sobrecogió. Alguien arañaba la puerta, gimoteando.

El mozo gritaba enloquecido:

—¡Vete! ¡Vete!

Y el respondía un lamento prolongado y doloroso.

Entonces perdió el juicio que le quedaba. Repetía sin cesar:

—¡Vete! ¡Vete!

Y girando sobre sí mismo, buscaba un rincón donde ocultarse.

Lloraba "el otro", restregándose contra la puerta; y Ulrico, acercándose al pesado aparador donde guardaba las provisiones, lo empujó con un esfuerzo sobrehumano, arrimándolo a la puerta, obstruyendo la entrada. Después amontonó allí todos los muebles, jergones, colchones, camas y sillas.

Pero el de afuera gemía sin cesar, lúgubremente; y no sabiendo qué hacer, el mozo se puso a contestarle con desgarradores gemidos.

Pasaron días y noche aullando el uno y el otro. El de afuera clavaba las uñas en el postigo, como si quisiera forzarlo; el de adentro, encorvado, vigilante, ansioso, aplicaba el oído al suelo para percibir los movimientos de su enemigo; y ambos respondían a sus clamores lastimeros con lastimosos clamores.

Al fin cesaron una noche los zarpazos y los aullidos que le desesperaban. El silencio rodeó la hospedería y Ulrico, fatigado, se durmió profundamente.

Al despertar, no conservaba ningún recuerdo, como si su cabeza se hubiese vaciado en aquel dormir abrumador.

Sintiendo hambre, se puso a comer.

Llegaba la primavera y la garganta de la Gemmi volvió a quedar transitable. La familia de Hauser dispuso ya el regreso a su hospedería.

La madre y la hija, cabalgando en su mula, iban recordando a los dos guardas, —que tal vez saldrían pronto a su encuentro,—extrañándose de que uno de los dos no hubiese bajado al pueblo algunos días antes para dar les cuenta de la invernada.

Desde lejos observaron que la hospedería estaba cubierta de nieve. Vieron la ventana y la puerta cerradas; pero al viejo Hauser le tranquilizó el humo que salía de la chimenea.

Junto a la puerta, vieron el esqueleto de un animal roído por las águilas.

Ocurriósele a la madre que sería el esqueleto de Sam. Llamaron:

—¡Eh! ¡Gaspar!

Un grito de sorpresa respondióles; un grito agudo, semejante al aullar de una bestia.

El padre repitió:

—¡Eh! ¡Gaspar!

Dejóse oir otro grito, análogo al primero.

Entonces el padre y los dos hijos trataron de abrir la puerta, forzándola. No lo consiguieron. Apenas cedía.

Cogieron una viga en el establo, y manejándola como un ariete, a su impulso violento se desencajó el postigo. Un estrépito resonó dentro de la casa; y asomándose por encima del aparador y de los otros muebles derribados, vieron a un hombre de pie, con el cabello largo hasta los hombros, con la barba muy crecida, los ojos brillantes y el cuerpo andrajoso.

Al principio no le reconocieron, pero la muchacha exclamó:

—¡Es Ulrico! ¡Es Ulrico, madre!

Y la madre convencióse de que sí era Ulrico, aun cuando tenía el cabello largo.

Los dejó acercarse y dejóse tocar, sin responder a las preguntas que le hacían.

Fué necesario conducirlo a Loeche, donde los médicos certificaron su locura.

Nadie supo jamás la historia de su compañero.

Luisa estuvo enferma todo el verano; llegaron a suponer que se moría, atribuyeron su enfermedad, su devoradora languidez, al frío de la montaña.

GUY DE MAUPASSANT.

IMITACION PERFECTA

El nene de Romeral es traído al comedor en el momento de los postres.

—Es inteligentísimo, — dice la mamá a los invitados. — Imita admirablemente a todos los que ve.

—Y los imita con una exactitud enorme, — agrega el papá. — Vamos a ver, Emilio, antes que yo te dé esta banana muestra lo que sabes hacer. Imita a la mucama.

El nene se inclinó ante uno de los invitados:

—¿No quiero más pollo, señor? — preguntó cortésmente. — ¿Desea un banquito para los pies? — y se inclinó ante otro. — ¿Encuentra el señor que la estufa tiene poca leña?

—Sigue, sigue, hijo mío. — exclamó el orgulloso padre. — Otro poquito.

El nene puso cara seria, frunció el ceño y acercándose a su papá agregó imitando los ademanes de la mucama:

—¡No sea atrevido, señor! ¡No me abrace! ¡No se acerque! ¡Mire que se lo digo a la señora!

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ 12.00 „

UNA INTERESANTE NOVELA BREVE

LA BOTELLA DIABOLICA

Por R. L. STEVENSON

Famoso autor de "La isla misteriosa" y de otras notables novelas

(TRADUCION DEL INGLES)

I

VOY a hablar de un hombre, nativo de la isla de Hawai. Lo designaré con el nombre de Keawe, que no es el suyo, pues como este hombre vive todavía, y como no conviene que el héroe de esta historia sea identificado, debo por fuerza, acudir al seudónimo. Baste saber que la persona a quien me refiero nació cerca de Honaunau, lugar en donde hay una cueva que guarda los restos de Keawe el Grande. Nuestro protagonista era pobre, valiente y activo. Leía y escribía como cualquier maestro de escuela. Pero su especialidad era la marinería, en la que se distinguió, ya como tripulante de los vapores isleños, ya sobre todo, como patrón de un ballenero que operaba en la costa de Hamakua. Pero un día Keawe tuvo la tentación de los grandes viajes y de las grandes ciudades del extranjero, y para dar satisfacción a su ansiedad, tomó pasaje a bordo de un buque de la línea de San Francisco.

Sabéis que esta es una ciudad espléndida, que tiene una bahía de primer orden y que figura entre las más ricas del mundo. Sabéis que hay en esa ciudad una colina enteramente cubierta de palacios. Pues bien, Keawe se paseaba un día por los declives de esa maravillosa colina. Recreaba la vista en la contemplación de los palacios, y gozaba de su paseo como quien lleva muchos dólares en el bolsillo.

—¡Qué casas tan hermosas — decía Keawe para sí. — ¡Cuán felices serán los que las habitan, pues, a lo que colijo, no ha de preocuparles el mañana

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando llegó frente a una casa, menos grande que las otras, pero no menos elegante que ellas, y dispuesta con tanto primor que parecía un juguete. Las gradas de la escalinata brillaban con reflejos argentinos, las orillas de los prados del jardín tenían el aspecto de guirnaldas arrojadas sobre el césped, y las ventanas eran de cristales tan puros que brillaban como pedrería. Keawe no pudo menos que detenerse para admirar aquella casita encantadora. Paseaba la vista por la fachada, cuando sus ojos descubrieron la presencia de un caballero que a su vez examinaba atentamente a Keawe. Aquel caballero estaba en el interior de un aposento; pero Keawe lo vió con tanta claridad, a través de la vidriera, como si fuera un pez de esos que vemos desde la altura de una roca en el fondo de un estanque diáfano. Era un hombre de cierta edad, calvo y con barba negra. En sus facciones llevaba impresas las huellas del dolor, y su pecho se levantó a impulsos de un profundo suspiro. Instantáneamente se estableció una corriente de simpatía entre el viajero kanaka y el californiano; Keawe envidiaba al dueño de la casita, y el dueño de la casita envidiaba a Keawe.

El caballero sonrió, saludó a Keawe y lo invitó a que entrara.

—Esta deliciosa casa es de mi propiedad, — dijo el caballero, suspirando amargamente. — ¿Quiere usted visitarla?

Guió a Keawe por todos los aposentos, desde la covacha hasta el tejado, y el kanaka vió con asombro que la casa no tenía un solo defecto.

—En verdad, — dijo Keawe, — esta es una hermosa casa. Si fuera mía, y yo viviera en ella, pasaría la vida entera entregado a los más risueños pensamientos. ¿Cómo se explica, que usted suspire tanto y con tanta tristeza?

—No hay razón para que usted no sea

dueño de una casa exactamente igual a ésta, y aun mejor si usted lo desea. ¿Supongo que tendrá dinero?...

—Tengo cincuenta dólares, — respondió Keawe a la interrumpida pregunta del caballero. — Pero creo que una casa como ésta costará más de cincuenta mil dólares.

El caballero hizo mentalmente un cálculo.

—Siento que no tenga usted más, — dijo, — porque esto puede ser para usted causa de penas en lo porvenir; pero si usted quiere la casa puede ser suya por cincuenta dólares.

—¿Pede ser mía esta casa por cincuenta dólares?

—La casa precisamente, no — repuso el caballero. — Pero sí la botella, pues debo decira usted, que, aun cuando me crea rico y afortunado, todos mis bienes, incluyendo la casa y el jardín provienen de una botella en la que apenas si cabe una pinta. Hela aquí.

Abrió un mueble y sacó la botella, ventruda y de largo cuello. El cristal era de un blanco lechoso, y tenía los cambiantes del iris. En el interior se movía una sombra que lanzaba destellos luminosos.

—He aquí la botella, — repitió el caballero.

Keawe prorrumpió en una carcajada.

—¿No me cree usted? — preguntó el caballero. — Haga usted una prueba. Intente romper esta botella.

Keawe la tomó con ambas manos y la arrojó al suelo empleando todas sus fuerzas. Repitió la prueba hasta el cansancio, pero lejos de romperse, la botella saltaba como una pelota de goma.

—Esto es muy extraordinario, — dijo Keawe. — A juzgar por el tacto y por la vista, la botella es de vidrio.

—Y lo es efectivamente, — repuso el caballero, — suspirando más tristemente que nunca. — Pero ese vidrio ha sido templado en las llamas del infierno. En su interior vive un duendecillo, y esa es la sombra que vemos, o por lo menos así lo supongo. El que compre esta botella tendrá el duendecillo bajo su poder. Todo lo que quiera el comprador, — amor, fama, dinero, casas como ésta, y aun ciudades enteras como esta ciudad, — todo será suyo tan pronto como lo desee. Napoleón fué dueño de esta botella, y a ella debió ser dueño del mundo; pero la vendió, y esa fué la causa de su caída. El capitán Cook fué a su vez dueño de la botella, y por ella descubrió tantas islas; pero también la vendió, y lo mataron en Hawai. Porque una vez que la botella se vende, pasa con ella el poder que comunica a su dueño, a menos que después de venderla quede contento con lo que la botella le haya dado, pues en tal caso la protección continúa.

—No me explico que usted quiera vender la botella, — dijo Keawe.

—La vendo, porque tengo cuanto deseo, y ya voy siendo viejo, — explicó el caballero. — Hay una sola cosa que no puede hacer la botella, y es prolongar la vida. Sería desleal ocultar a usted esto también; la botella tiene un inconveniente; quien muere antes de venderla, es condenado a pasar la eternidad en el infierno.

—El inconveniente es muy serio, sobre todo conociéndolo. Creo que en vista de esta condición, vale más dejar el negocio en su punto. Afortunadamente, puedo prescindir de casas, pero hay algo que no acepto por todos los palacios del mundo: ir al infierno.

—¡Dios mío No hay para qué extremar los temores arguyó el caballero. — Todo lo que usted tiene que hacer es usar con moderación del poder de la botella diabólica, y venderla a alguien, como yo se la vendo a usted. Su vida acabará tranquilamente, como espero que acabará la mía.

—No puedo menos de observar dos cosas. La primera es que usted suspira constantemente, como una niña enamorada. La segunda es que pide usted muy poco por la botella.

—Ya le he dicho a usted cuál es la causa de mis suspiros. Siento que las fuerzas me flaquean, y como usted ha dicho, morir e ir al infierno es cosa muy deplorable. Respecto del precio, debo decir que no soy yo quien lo fija. La botella tiene una peculiaridad. Hace tiempo, cunado el diablo la trajo a la tierra, se vendía a un precio fabuloso. El Preste Juan de las Indias la compró por no sé cuanto millones. Pero nadie puede venderla sino a un precio que sea inferior al de la última venta, pues si pasa a otro dueño por mayor o por igual cantidad, la botella vuelve a poder de su dueño anterior, como vuelven las palomas a su alero nativo. Necesariamente el nivel ha venido bajando de siglo en siglo, y la depreciación ha avanzado mucho. Yo se la compré en noventa dólares a unc de los vecinos de esta colina. Podría venderla en ochenta y nueve dólares y noventa y nueve centavos, pero si la vendo en noventa dólares, la botella volverá a mi poder. Hay dos inconvenientes. El primero es que si usted ofrece una botella mágica por ochenta y tantos dólares, todo el mundo se ríe. El segundo inconveniente es que... Pero no hablemos de este. Baste decir que el precio debe pagarse en dinero contante y sonante.

—¿Y cómo haré para saber que usted me está diciendo la verdad? — preguntó Keawe.

—Puede usted persuadirse por sí mismo, — contestó el caballero. — Deme usted sus cincuenta dólares, tome usted la botella, y pídale a ésta que le reponga los cincuenta dólares. Si usted no recibe el dinero inmediatamente, yo le empeño mi palabra de honor que rescindo el contrato: me quedo con la botella y usted con el dinero.

—¿No me engaña usted? — preguntó Keawe con mucho recelo.

El caballero se obligó por medio de un juramento solemne.

—Está bien. Me aventuraré, — dijo Keawe. — Creo que no hay peligro.

Pagó el precio, y se le dió la botella.

—Duendecillo de la botella, — dijo Keawe, — quiero mis cincuenta dólares.

Apenas lo había dicho, sintió en el bol-

sillo el mismo peso que antes de la operación.

—En verdad, esta botella es una maravilla, — afirmó Keawe.

—Que lleve usted buen camino, — dijo el caballero, — y que el diablo lo acompañe, dejándome a mí en paz.

—¡Cómo! Tenga usted su botella, y deme mi dinero. No quiero negocios de esta clase.

—Usted la pagó por menos de lo que yo dí, — repuso el caballero, frotándose las manos. — Es de usted. Por mi parte, le ruego que cuanto antes me haga el favor de tomar la vereda del jardín.

Y llamó al criado chino para que acompañara a su visitante hasta la verja.

Cuando Keawe se vió en la calle, con la botella bajo el brazo, monologaba de este modo:

—Si es verdad lo que se me dijo, he hecho una compra funesta. Pero tal vez aquel caballero se burlara de mí.

Se detuvo en la esquina, contó el dinero ,y encontró que llevaba la misma cantidad con que había salido: cuarenta y nueve dólares del cuño de los Estados Unidos, y una moneda de plata china.

—Hasta aquí todo resulta exacto. Hagamos otra prueba.

Iba por las calles tan limpias como la cubierta de un buque, y completamente solitarias, a pesar de la hora que era la del mediodía. Keawe se inclinó, puso la botella en la alcantarilla, y siguió su camino. Volvió la cara dos veces, y vió que la botella estaba donde él la había dejado. A una gran distancia brillaba su vientre lechoso y su largo cuello. Volvió el rostro por tercera vez y torció rápidamente para tomar otra calle; pero apenas había avanzado unos cuantos pasos, sintió un golpe en el codo. ¡Oh, sorpresa El largo pico de la botella asomaba por la abertura del bolsillo de Keawe, y el lechoso vientre levantaba la tela de su abrigo de piloto.

—¡Pues hasta aquí, todo va saliendo como se me dijo!

Quiso sin embargo, hacer una prueba más. Se acercó al barrio del comercio, buscó una ferretería, y compró un sacacorchos. Salió de la tienda, y se dirigió al campo. Internándose en un paraje solitario, empezó a hacer tentativas para destapar la botella. Introducía la espiral de hierro en el corcho; pero éste le rechazaba, y quedaba tan entero como antes.

—El corcho de la boella está dotado de propiedades que yo no conocía, — dijo Keawe, todo agitado y sudoroso, pues tenía un miedo espantoso a su botella.

Cuando iba de regreso al puerto, vió una tienda en donde vendía toda clase de objetos raros de las islas salvajes del Pacífico o de los países del Oriente, tales como conchas, cachiporras, ídolos, monedas antiguas y antiguas estampas chinas y japonesas, todo lo exótico, en fin, que suelen llevar los marineros en sus cofres. Una idea pasó por la mente de Keawe. Entró en la tienda, y pidió cien dólares por la botella. El comerciante se le rió en las barbas, y le dijo que la botella no valdría más de cinco dólares. Pero era hombre inteligente, y a fuerza de examinar aquel extraño objeto, formado de una materia que no se conocía, que tenía los colores del iris bajo un exterior lechoso, y que llevaba en su interior una sombra inquieta, de una refulgencia metálica, comprendió que la operación le convenía. Discutió mucho, pero no dejaba partir al vendedor, hasta que, por último puso en manos de éste sesenta dólares en plata, y colocó la botella en una de sus vitrinas.

—He vendido en sesenta, — decía Keawe para sí, — lo que me costó cincuenta, o poco menos, pues una de las monedas era chilena. Ha sonado, pues, la hora de la prueba decisiva.

Llegó a la bahía, subió a bordo, y cuando abrió su cofre para guardar el dinero, lo primero que vió fué la botella, que se había anticipado, por lo visto.

Keawe tenía a bordo un camarada, cuyo nombre era Lopaka.

—¿Qué te preocupa? — preguntó éste. — ¿Por qué pones esos ojos de asombro?

Los dos estaban solos en el castillo de proa, y Keawe contó a su compañero cuanto le pasaba, después de haberle recomendado el secreto.

—El lance es de lo más raro, — dijo Lopaka, — y temo que vayas a tener dificultades a casa de esta botella. Pero hay un punto que no encierra dudas. Ya que el peligro es conocido, aprovecha la ocasión para salir de él con alguna ventaja. Piensa lo que deseas, da la orden correspondiente a la botella, y si ésta se cumple, yo compraré la botella, porque, a mi vez, quiero tener una goleta para dedicarme al comercio de cabotaje en las islas.

—Mi proyecto es otro, — dijo Keawe. — Deseo tener una casa con jardín en la costa de Koana, en donde nací. Esa casa ha de ser idéntica a la que hoy visité, aunque algo más grande, con un piso más y con balcones en derredor, semejantes a los que hay en los palacios de los reyes. Ya imagino cómo entrarán por la puerta los rayos brillantes de sol, cómo resplandecerán a lo lejos las vidrieras de las vantanas, cómo me recrearán los cuadros colgados en los muros y qué deliciosa variedad de tapices raros y de juguetes de porcela habrá en los veladores. Allí pasaré la vida alegremente con mis amigos y allegados.

—Si es así — dijo Lopaka, — llevemos la botella a Hawai y cuando se cumpla tu deseo, como lo crees, yo compraré la botella para que me procure una goleta.

II

Habiéndose puesto de acuerdo los dos amigos emprendieron el viaje de regreso, y pocos días después el buque anclaba en Honolulú, donde tomaron tierra Keawe, Lopaka y la botella. Apenas habían dado algunos pasos Keawe y Lopaka, cuando encontraron un amigo que los recibió dando sus más sentidas condolencias a Keawe.

—No sé por qué causa me traes esa ex-

HUMORISMO DEL MOMENTO

—¡Decir que hacía siete años que usted no me veía y me reconoció inmediatamente. ¿Cómo pudo ser eso?
—Pues... por el sombrero.

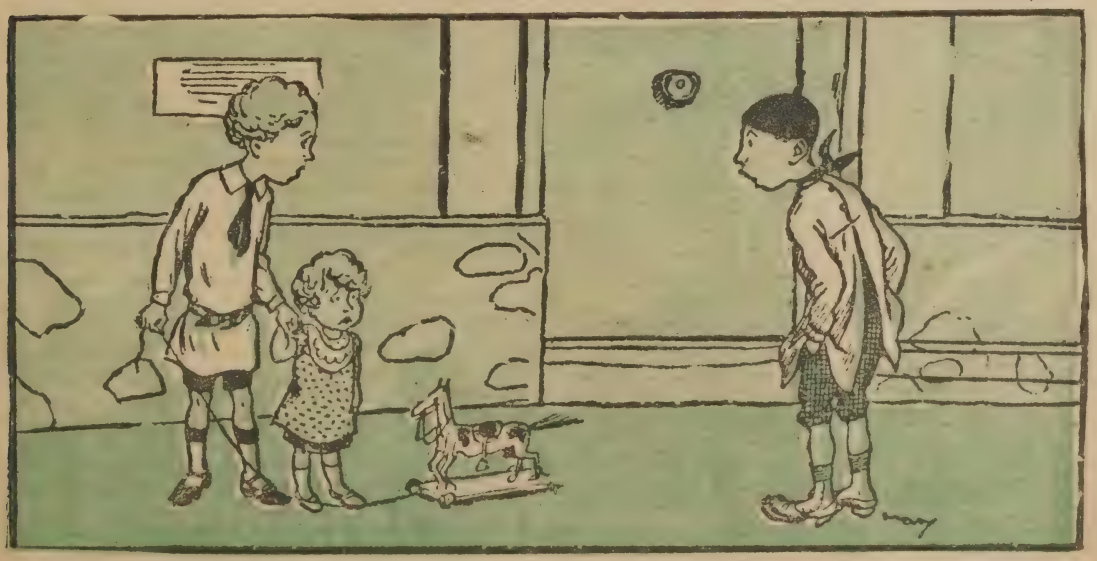
—¡Cómo! ¿Usted pretende afirmar que ese es un perro de policía? ¡Pues no parece!
—¡Claro que no! Como que es un perro de policía secreta.

—¡No hay modo de encontrar dónde tienen guardada la plata.
—¡Y pensar que mañana lo dirán todos los diarios!

LOS PIROPOS

—¡Adiós, prenda! (De "Buen Humor").

PADRES ECONOMICOS



—Tu padre debe ser muy avaro porque deja a su hijo con calzado roto siendo zapatero.

—Más avaro es el tuyo, que siendo dentista deja a su nene casi sin dientes.

presión de simpatía, — dijo Keawe con extrañeza.

—¿Será posible que lo ignores? — repuso el amigo. — Ha muerto tú tío, aquel anciano a quien todos respetábamos, y, a la vez, ha muerto tu primo, aquel joven tan simpático, ahogado en el mar.

Keawe quedó consternado al oír las dos inesperadas nuevas, y entregándose a sus llantos y lamentos, olvidó completamente que era poseedor de la botella. Pero Lopaka, que tenía la cabeza libre de las preocupaciones dolorosas de su amigo, aguardó a que se mitigase el primer acceso de la pena de Keawe, y cuando consideró que éste prestaría oído a sus palabras, habló así:

—A lo que creo, tu tío era propietario de algunos terrenos en el distrito de Kaú.

—No están en Kaú, — dijo Keawe; — están en las montañas, hacia el Sur de Hookena.

—Y esas propiedades, naturalmente, pasan a ser tuyas.

—Efectivamente, — asintió Keawe, reanudando sus lamentos.

—Pues no hay razón para que llores. Oye lo ue pienso: ¿No te parece que la muerte de tus parientes ha sido obra de la botella? Gracias a tu herencia, tienes ya terreno disponible para la construcción de la casa.

—Si así es, — exclamó Keawe con vehemencia, — no encuentro que el servicio de la botella sea muy eficaz, ya que toma como medio la muerte de mis deudos. Pero ha de ser como tú dices, pues al formar mis sueños, ví la casa precisamente en aquellos sitios.

—Sin embargo, — objetó Lopaka, — la casa está aun por contruír.

—Y así se quedará, — afirmó Keawe, — pues aun cuando mi tío tenía un cafetal y algunos platanares, además de cierta "ava", eso no será bastante para vivir, tanto más cuanto que el resto de la propiedad se compone de campo de lava.

—Veamos al abogado de tu tío, — propuso Lopaka. — Yo persisto en mi propósito.

Acudieron, efectivamente, al abogado, y éste les dijo que el tío Keawe había acumulado riquezas monstruosas en unos cuantos días, y que el heredero tenía su disposición montañas de dinero en efectivo.

—¡Ya ves! He ahí el dinero para la casa, — exclamó Lopaka.

—Ya que piensa usted en casa, — propuso el abogado, — le daré una tarjeta con las señas de un arquitecto de quien se cuentan maravillas.

—Todo va saliendo a pedir de boca, — dijo con redoblado entusiasmo Lopaka. — Parece ue las cosas se nos dan ya hechas, y que no tenemos sino recibir instrucciones.

Se dirigieron, pues, a la casa de arquitecto, quien les mostró proyectos de casas espléndidas que tenía sobre la mesa.

—Si usted quiere algo excepcional, — dijo el arquitecto, — le aconsejo que examine este plano.

Y desarrolló un dibujo. Keawe lo vió, y apenas hubo clavado los ojos en el proyecto, encontró que era línea a línea la reproducción de lo que le había pedido la fantasía. Lanzó una exclamación de sorpresa, a la vez que interiormente argumentaba así:

—Esta es la casa que yo deseo. A la verdad, no me seduce la forma en que vienen los acontecimientos; pero ya que debo aceptar el peligro, me aprovecharé al menos de las ventajas inherentes a esta situación.

Dió sus instrucciones al arquitecto, tanto acerca de la casa misma como de sus muebles y adornos, sin omitir los cuadros para los muros y las estatuas para las mesas. Hecho esto, preguntó el precio global de la obra.

El arquitecto formuló muchas preguntas e hizo muchos cálculos con su lápiz. Contestadas aquéllas y terminados éstos, escribió una cifra que correspondía exactamente a la suma disponible.

Lopaka y Keawe se vieron con asombro e hicieron una señal de mutua inteligencia.

—Es claro que la casa me está destinada, quiéralo o no lo quiera, — pensaba Keawe. — También tego a la vista la intervención del diablo, y de allí que no reciba yo, sin muchas inquietudes, tantos beneficios de la fortuna. Lo que pasa me servirá de advertencia, y para evitar nuevas complicaciones, no formularé un solo deseo mientras sea propietario de esta botella. Aceptemos la casa, ya que es imposible no tenerla, y veamos en qué para todo esto.

Ajustó su contrato con el arquitecto, y lo redujeron a escritura pública. Mientras la casa se construía, Keawe y Lopaka se embarcaron para Australia. El propietario de la botella había jurado no formular un nuevo deseo, a fin de no deber nuevos favores al demonio.

Después de su viaje, los dos camaradas llegaron en el momento oportuno, pues el arquitecto les dijo que la casa estaba concluída. Keawe y Lopaka se embarcaron a bordo del "Hall" y se dirigieron a Kona para ver la casa, y pudieron cerciorarse de que era en todos sus pormenores lo que Keawe había soñado.

La casa estaba en la colina, y era fácil verla desde el mar. Los bosques subían por la cuesta de la montaña hasta perderse en los senos de las nubes tormentosas. En la parte inferior del campo de Keawe, el manto de lava se plegaba en peñascales que formaban cavernas, donde yacían los cadáveres de los antiguos reyes. En torno de la casa florecía un vergel en el que habían todas las especies de plantas nativas y aclimatadas en Hawai. Las flores tenían los más variados matices. A mano derecha estaba un huerto de papayas, y a la izquerda otro, con los árboles del pan. En la fachada principal, que daba hacia el mar, se había izado un mástil de navío para enarbolar la bandera.

El edificio era de tres pisos, sus salas muy espaciosas y los balcones muy anchos. Los cristales de las ventanas tenían la diafanidad del agua y la claridad del día. Las habitaciones presentaban una variedad infinita de muebles. En los cuadros, con sus marcos de oro, había buques, batallas, mujeres bellísimas, paisajes arrobadores. Jamás st ha visto

en el mundo una colección de cuadros como los de Keawe, ricos, sobre todo, por el color. Las figulinas de las consolas y rinconeras no eran igualadas por las del palacio más suntuoso. Había, además, relojes con campanas de oro, cajas de música autómatas que hacían movimientos complicados, colecciones de vistas de todos los países del mundo, ricas armas de Oriente, de América, de Europa, de Africa y de Oceanía y, por último, juegos de todas clases principalmente de acertijo, para distraer los ocios de un solitario. Y como si el interior de la casa no presentase atractivo suficiente, los balcones ya lo he dicho, tenían una capacidad extraordinaria que habrían dado cabida a todos los habitantes de una ciudad. Keawe no sabía a cuál de los dos pórticos dar preferencia, pues si por una parte el de la montaña recibía el viento perfumado de los bosques y tenía el encanto de los dos huertos y del jardín, el del frente recibía las brisas tónicas del mar, y se abría sobre el muro agrietado de los peñascales, más allá de cuya línea se balanceaba el "Hall" en su viaje semanario de Hookena a las colinas de Pele, y aparecían los puntitos negros de las goletas cargadas de madera, de "ava" y de plátanos.

Después de una inspección minuciosa, los dos camaradas se sentaron en uno de los pórticos.

—¿Está todo de acuerdo con tu fantasía? — preguntó Lopaka.

—La palabra es impotente para explicar tanta conformidad, — respondió Keawe. — No es solamente lo que yo soñaba; es algo más; yo no hubiera soñado que un sueño fuera realidad.

—Falta, sin embargo, que consideremos una circunstancia, — argumentó Lopaka. — Acaso toda ha venido por obra natural de los acontecimientos, y el duedecillo de la botella no es el autor de tantas maravillas. En tal caso, si después de comprar la botella me quedo sin goleta, habré metido inútilmente la mano en el fuego. Estoy obligado por la palabra que te empeñé, pero creo que no me negarás una prueba decisiva.

—Pues he jurado que no pediré un favor más, — contestó Keawe, resueltamente. — Ya estoy demasiado comprometido para que acepte otra complicación.

—No pienso en que pidas favores, — repuso Lopaka. — Mi indicación se reduce a tener una entrevista con el duendecillo. Como con esto nada se gana, no hay lugar para que nos avergoncemos de solicitarlo. Una vez que yo me haya cerciorado, haré el negocio con toda tranquilidad. Deja, pues, que vea al duendecillo, y, hecho esto, recibirá tú dinero por la botella.

—Tu deseo no me parece tan llano como crees. Supongamos que el duendecillo es horrible y que al verlo se te hace odiosa la botella.

—Soy hombre de palabra, — contestó Lopaka con tono firme. — Y aquí está el dinero.

—Muy bien. Yo también tengo curiosidad. ¡A ver, señor Duende, salga usted para que hablemos los tres!

Nob ien había dicho Keawe estas palabras, el duendecillo asomó la cabeza por el pico de la botella, y volvió a meterse con el movimiento rápido de una lagartija. Keawe y Lopaka quedaron inmovilizados por el estupor. Llegó la noche y los dos amigos no habían tenido valor ni fuerza para pronunciar una palabra. Silenciosamente, Lopaka sacó el dinero del bolsillo, lo puso en manos de Keawe y tomó la botella.

—Soy hombre de palabra, ya lo he dicho, — manifestó Lopaka. — Sin eso, no pondría la mano sobre esta botella ni la tocaría, aun cuando fuera con la punta del pie. Cuando tenga mi goleta y dos o tres dólares para el bolsillo, me despediré de esta maldita botella, y heré todo lo posible por vivir muy lejos del duendecillo, que si he de hablarte con franqueza, me puso la carne de gallina.

—Lopaka, — dijo Keawe, — no me creas mal amigo. Sé que los caminos son pésimos y que la noche no contribuye a la seguridad del pasaje de las tumbas de los reyes; pero te ruego que partas al instante, pues no podré dormir, ni comer, ni tener vida en tanto que esté cerca de mí la figura diabólica de la botella. Voy a poner en tus manos una linterna y un cesto para que lleves la botella. Además te ruego que escojas en esta casa el objeto que más te agrade un cuadro, una estatua, un reloj, o lo que quieras. Pero vete al instante y duerme en Hookena con Nahinu.

—Keawe, amigo mío, — dijo Lopaka, — sé que muchos tomarían a mal tus palabras, sobre todo después de la prueba de amistad ue acabo de darte cumpliendo con tanta lealtad mi ofrecimiento. La noche, la obscuridad, camino de las tumbas y la soledad son diez veces más imponentes para quien lleva en la conciencia un pecado tan grande y en el brazo una cesta con esta botella diabólica. Pero el miedo que yo siente es para mí una explicación suficiente del tuyo, y no me creo autorizado para censurarte. Parte, pues, y al partir, elevo a Dios una oración pidiéndole que seas dichoso en tu casa como yo quiero serlo en mi goleta. Espero que tú y yo nos veremos en el cielo, a pesar de la botella y del duende que contiene.

Después de hablar así, Lopaka empezó a descender por la cuesta de la montaña. Keawe salió a su balcón oía el chasquido de las herraduras del caballo y veía a lo largo del sendero la luz de la linterna que se aproximaba a las cavernas donde yacían los antiguos reyes.

Keawe temblaba, juntaba las manos en actitud suplicante, y a la vez que oraba fervientemente por su amigo, daba gracias a Dios por haberlo librado de espíritu maligno.

III

Amaneció un día espléndido, y era tan encantadora la nueva casa de Keawe, que éste olvidó sus terrores. A ese día sucedió otro, y al segundo otro más, y de un día en día el propietario de la linda casa de la monta-

la veía prolongarse indefinidamente un estado de felicidad ininterrumpida. Su sitio favorito era el mirador de la montaña. Allí se le servían los alimentos, allí leía los periódicos de Honolulú. Sólo entraba a la casa para mostraría a sus visitantes.

"Ka-Hale-Nui" era el nombre con que se conocía en el país la morada de Keawe. Esa palabra copmpuesta significa la "Gran casa". Otros la llamaban "Casa brillante", porque el propietario tenía un chino a su servicio, y este chino no cesaba de frotar y pulir desde el amanecer hasta la puesta del sol. Los dorados de las molduras, el cristal de las vitrinas y de las ventanas, y las maderas preciosas de las escaleras y pavimentos, lucían como el sol de la mañana. Por eso cuando Keawe recorría las habitaciones po podía hacerlo sin levantar la voz en un canto de alegría que le ensanchaba el alma. Dando expresión a su regocijo, siempre que un buque salía del puerto, el propietario de la "Casa brillante" corría hacia el mástil de la fachada para izar su bandera.

Después de algún tiempo, Keawe fué de visita a Kailua. Sus amigos le recibieron con alegría y celebraron su presencia dándole un banquete. A la mañana siguiente emprendió el viaje de regreso, y apresuraba la marcha porque sentía una gran impaciencia con el deseo de ver nuevamente su casa. Además, la próxima noche era la que los muertos destinan a rondar por las cuesta de Kona. Desde que había tenido comercio con el diablo, Kaawe se mostraba muy remiso para entrar en relaciones con los muertos. Después de haber pasado por Honaunau, y a corta distancia de este punto, vió una mujer que se bañaba a orillas del mar. Parecía una niña en pleno desarrollo; pero Keawe prosiguió la marcha sin para mientes en la desconocida. Aproximándose más, le llamó la atención la camisola de la joven, que flotaba al viento, y se fijó en su "kolohu" de púrpura arrojado al descuido sobre la playa. Cuando Keawe llegó al sitio en donde estaba la niña, la encontró ya bañana, con el "holoku" puesto, fresca, rozagante y llena de una bondados aexpresión en la mirada de sus ojos negros. Keawe refrenó al instante su caballo.

— Creía conocer a todos los habitantes de este país, — dijo el viajero. — ¿Por qué no te conozco a tí?

—Soy Kokua, la hija de Kiano, — contestó la niña, — y no hace mucho tiempo que regresé de Oohu. ¿Y tú, quién eres?

—Pronto lo sabrás, — contestó Keawe apeándose del caballo. — Pero no te lo diré en este instante. Tengo una idea, y si te digo mi nombre, que acaso sea conocido para tí, la respuesta que des a mi pensamiento no será por ventura la que se ajuste fielmente a los íntimos deseoso de tu corazón. Pero ante todo, quiero saber una cosa. ¿Eres casada?

Kokua prorrumpió en una carcajada sonora.

—Ya que tú preguntas, yo pregunto a mi vez: ¿Eres casado?

—No, Kokua; no lo soy. Y jamás había pensado casarme hasta este momento. Te he encontrado a la orilla de un camino, he visto tus ojos, tan brillantes como las estrellas, y mi corazón voló hacia tí con la ligereza del ave. Si te soy indiferente, dímelo y seguiré mi camino; pero si me crees igual por lo menos a cualquiera de los otros jóvenes de la comarca dímelo también, e iré a tu casa pediré hospitalidad para pasar la noche en ella, y mañana hablaré con tu padre.

Kokua guardó silencio, pero clavo la vista en el mar, y su boca sonrió.

—Kokua —prosiguió Keawe, — si callas, tomaré tu silencio por consentimiento y te pediré que me guíes a la casa de tu padre.

La joven echó a andar, sin pronunciar una sola palabra. De vez en cuando volvía la cara para ver si Keawe le seguía, y éste notaba que Kokua levaba las cintas del sombrero sujetas con los dientes.

Llegaron a la puerta de la casa, y Kiano salió al pórtico. Lanzando una exclamación de júbilo, dió la bienvenida a Keawe, llamándolo por su nombre. La niña entonces miró al huésped, pues la fama de la casa había llegado a sus oidos, y como era natural, la tentación hizo presa de ella. Pasaron la velada alegremente. La niña era de una audacia ilimitada cuando estaban presentes sus padres y hacía burla a Keawe, luciendo un ingenio feliz y rápido. Amaneció, Keawe habló a solas con Kiano, y después encontró a la niña sin testigos.

—Kokua — le dijo, — te has burlado de mi toda la noche. Quiero que una vez más me repitas tus invitaciones para que siga mi camino. No quise decirte mi nombre a causa de la casa de que soy propietario, pues temí que, pensando demasiado en ella, no pusieras los ojos en mí. Hoy que todo lo sabes, puedes pronunciar la palabra decisiva. ¿Debo partir?

—No — contestó Kokua, pero sin reir.

Keawe se tuvo por satisfecho con ese monosílabo.

Tal fué, ni más ni mnos, el noviazgo de Keawe. En verdad los acontecimientos marcharon de prisa; pero no menos rápida es una flecha, y más rápida aún la bala de un fusil, y sin embargo, flecha y bala dan en el blanco. Los acontecimientos marcharon de prisa, pero debe decirse que avanzaron mucho, pues, el recuerdo de Keawe hacía vibrar a Kokua, quien oía la voz del amante en el golpe furioso de la resaca sobre las acantilados de lava. Por un joven a quien sólo dos veces había visto estaba dispuesta a dejar padre, madre e islas nativas. Keawe, por su parte, guió su caballo bajo los picachos que ocultan las tumbas de los antiguos reyes, y las cavernas de los muertos resonaron con el ruido metálico de las herraduras y con las notas alegres de los cantos del viajero. Cuando llegó a la "Casa Brillante", cantaba todavía. Pidió que se le sirviera de comer en el mirador, y el chino estaba sorprendido de ver cómo cantaba su amo entre bocado y bocado. El sol se hundió en el mar, y llegó la noche. Keawe se paseaba por los balcones alumbrados con numerosas lámparas. Su canto resonaba en las montañas, y se oía en los buques de la bahía.

—He llegado, — pensaba,—al pináculo de la dicha. No puede haber nada en la vida que

supere la ventura del momento presente. Si hoy no se ilumina mi palacio, ¿para cuándo lo dejo? Tomaré un baño en la piscina de mármol, llena de agua templada, y por primera vez ,aunque esté solo, dormiré en la cámara nupcial.

Dió sus órdenes al chino, y éste dejó la cama para encender las hornillas. Mientras les echaba combustible oía la voz de su amo que seguía cantando en las saas iluminadas por las ricas lámparas de bronce. Cuando ya el agua estaba caliente, el chino dió un grito para avisar a su amo, y éste se dirigió a la amplia sala en donde estaba la piscina. El criado oía los cantos de Keawe, mientras se llenaba el receptáculo de mármol. Le oía cantar mientras se desnudaba. Pero de pronto el canto cesó. En vano escuchaba y escuchaba el chino. Dió voces para preguntar si su amo estaba indispuesto, pero se le contestó que no había novedad y que podía irse a la cama. No volvió a sonar el canto de Keawe en la "Casa Brillante". Y el chino, que no dormía, oyó durante toda la noche el paso inquieto de Keawe en las inmensas galerías.

He aquí lo que había pasado. Cuando Keawe se desnudó para meterse en el baño, vió que su carne tenía una mancha semjante a la que forman los líquenes de una roca. Ese fué el momento en que cesó su canto, porque la mancha ¡era de lepra!

Ahora bien, el mal chino es la mayor de las desgracias. El dueño de aquella casa espléndida tendría que abandonarla; tendría que separarse para siempre de sus amigos; tendría que marchar a la costa septentrional de Molokai y hundirse para siempre en la soledad que se extiende entre las rumorosas rompientes del mar y la empinada roca. Pero ¿qué valían todos esos infortunios comparados con la pena inmensa de no ver más a la que había conocido la víspera y que se había unido a él pocas horas antes? Sus esperanzas eran como el rico cristal que choca contra un guijarro.

Durante breves instants permaneció sentado en el mármol de la piscina. Después dió un grito, y salió corriendo. Iba y venía como un loco por el sonoro mosaico de los miradores.

—Saldría de Hawai, tierra de mis padres, — pensaba Keawe. — Dejaría mi casa, la "Casa Brillante", la casa de la montaña, la casa de los altos miradores. No me faltaría valor para dirigirme a Molokai, a los cantilados de Kalaupapa, para vivir y morir lejos de mis padres, en la compañía de los que han perdido toda esperanza. ¿Pero por qué, si esto había de suceder, por qué tuve la desdicha de conocer a Kokua, por qué la vi saliendo de las ondas en la frescura del crespúsculo vespertino? ¡Kokua, encantadora Kokua! ¡Kokua, luz de mi vida! ¡No seré tu esposo, no te veré más, no te estrecharán mis amantes brazos! ¡Por ti, sólo por ti son mis lamentos!

Y notad qué clase de hombre era Keawe, pues habría podido vivir en su palacio, años y años, sin que nadie sopechase la enfermedad que le aquejaba. Pero para él todo desaparecía si Kokua no era suya. Así, leproso como estaba, podía casarse con Kakua. Muchos otros lo habrían hecho, porque tienen en el alma como el cieno en que se revuelcan los cerdos. Pero Keawe amaba a Kokua con amor viril, con amor noble, y no habría hecho nada que la ofendiese o que la pusiese en peligro.

Había pasado parte de la noche en sus lamentos, cuando recordó la botella diabólica, y dirigiéndose hacia el mirador de la montaña y se puso a pensar en el duendecillo que había asomado por el pico. Aquella evocación llevó un frío mortal a sus venas.

—¡Botella temible! — decía Keawe. — ¡Y duende temible! Pero más temible aún es el infierno con sus llamas eternas. A pesar del horror que me inspiran la botelia, el duende y el infierno, ¿qué otro medio hay para sanar de mi dolencia y casarme con Kokua? He visto al diablo cara a cara, lo he desafiado, me he puesto bajo su dominio, sólo por tener una casa, ¿no haré esto nuevamente por el amor de Kokua?

Recordó que a la mañana siguiente salía el "Hall" para Honolulú.

—Ante todo, debo ver a Lopaka, pues mi única esperanza es la botella de que me deshice con tanto placer.

No cerró los ojos en toda la noche; al amanecer no pudo probar bocado, pues los alimentos se le atragantaban. Envió una carta a Kiano, y no bien fué hora de tomar el vapor, emprendió la marcha por el camino de las tumbas de los antiguos reyes. Llovía; el caballo avanzaba trabajosamente; Keawe miraba la negra boca de las cavernas y envidiaba a los que dormían tranquilamente en su seno. La pena del infortunio fué mayor al recordar la alegría con que había pasado la víspera por aquel mismo sitio. Llegó a Hookena, y como siempre, era grande el concurso de los que aguardaban la partida del vapor.

En el soportal de la tienda se conversaba, se bromeaba, se comentaba el último acontecimiento. Pero Keawe, no encontraba palabras para responder a los que le hablaban, y sentándose silenciosamente en medio del gentío, no hacía sino ver la lluvia que caía sobre las casas, y el oleaje que azotaba las rocas. El pecho de Keawe se movía a impulsos de la pena que lo atormentaba.

—Está triste Keawe, el de la "Casa Brillante" — decían las gentes.

Así era. en efcto, y quien hubiera sabido la causa, no habría podido extrañar el hecho.

IV

Llegó el "Hall" y Kawe fué a bordo en el alijador. La popa del navío estaba llena de turistas "haoles" o blancos, que, como de costumbre, habían ido para visitar el volcán. En la parte central del puente había "kanakas", y en la proa iban los toros de Hilo y los caballos de Kaú. Keawe buscó un sitio apartado de los "haoles", de los "kanakas" y de los animales. Tristemente miraba a lo lejos la casa de Kiano, que estaba escondida entre las rocas negras de la costa, a la som-

bra de los cocoteros. En la puerta se veía un "holoku" purpurino, que parecía del tamaño de una mosca y que se movía como si fuera mosca realmente.

—¡Reina de mi corazón! — exclamó Keawe. — ¡Por ti pondré en peligro la salvación eterna!

Empezaron a caer las sombras de la noche. Los "haoles" entraron en las cámaras iluminadas, y, como lo tienen por costumbre, pidieron cartas para jugar, y bebieron botellas de whisky. Keawe se paseó por el puente toda la noche, y al día siguiente continuó su paseo sin interrupción, cuando el "Hall" se hallaba a sotavento de Miau o de Molokai. Keawe parecía en verdad una fiera enjaulada.

Al atardecer pasaron por la "Cabeza del Diamante", y llegaron al muelle de Honolulú. Keawe bajó del buque, confundido entre la muchedumbre, y empezó a tomar informes acerca del paradero de Lopaka. Se le dijo que éste había comprado una goleta, la mejor de las islas, y que había emprendido una expedición de aventuras a Pola-Pola o a Kahiki, por lo que no debía pensar en verde durante mucho tiempo. Pero Keawe recordaba que Lopaka tenía un amigo en la ciudad, un abogado cuyo nombre no tengo para qué decir, y preguntó por él. Se le dijo que de la noche a la mañana había adquirido enormes riquezas, y que tenía una casa encantadora en la costa de Walkiki. Este dato fué lo suficiente para Keawe, quien alquiló un coche y se puso en camino hacia el lugar donde vivía el abogado.

La casa de éste era de construcción muy reciente y los árboles del huerto apenas si tenían la altura de un bastón. Salió el propietario, y Keawe vió en su rostro una imagen del hombre satisfecho.

—¿Qué puedo hacer para servir a usted? —preguntó el abogado.

—Usted es amigo de Lopaka — contestó Keawe, — y Lopaka me compró unos efectos que yo quisiera adquirir de nuevo. Tal vez usted sepa cómo lograré encontrarlos.

La fisonomía del abogado se ensombreció.

—Inútil será que pretenda fingir ignorancia acerca de lo que usted me dice, porque el asunto es de aquellos que nadie quisiera tratar con alma nacida. Le aseguro a usted, señor Keawe, que no tengo datos positivos, pero sí puedo comunicarle una sospecha y decirle el nombre y señas de la persona que acaso esté en condiciones de servir a usted.

No me creo autorizado para repetir el nombre y señas de la persona mencionada por el abogado Keawe. Visitó al desconocido y de allí pasó a otra casa, y a otra, y a otra en el transcurso de varios días. En todas partes hallaba gente con ropa nueva, que se paseaba en coches flamantes, que habitaba casas acabadas de construir; gente muy satisfecha de la vida, pero que ponía cara muy hosca cuando Keawe mencionaba el objeto de su visita.

—Sin duda, voy tras de la huella — pensaba Keawe, — pues toda esta ropa nueva, estos coches y estas casas son regalos del duendecillo de la botella, y las caras alegres que veo son las caras de pascuas de quienes han obtenido benficios, y que a la vez se han librado del peligro. Necesito encontrar un rostro pálido y ojeroso para saber que tengo la botella al alcance de la mano.

Las últimas señas que obtuvo fueron las de un "haole" que vivía en la calle de Beritania. Llegó a la puerta justamente en el momento de comenzar la cena. Como en sus visitas anteriores. Keawe notó que la casa era nueva, que los árboles del jardín no habían tenido tiempo de crecer, y que las lámparas eléctricas, cuyo fulgor salía por las ventanas, indicaban una instalación muy reciente. Pero cuando se presentó el dueño de la casa, Keawe tuvo un rayo de esperanza, pues aquél era un joven que, a pesar de su poca edad y del bienestar que le rodeaba, parecía más bien un sentenciado en espera del verdugo. Su rostro tenía la palidez mortal, sus ojos estaban circuídos por una sombra azulada, y el pelo le caía como las ramas de un sauce, cubriéndole casi la abatida frente.

para nhfiektl;Wghe6rdiHt¿ etaoi tao a aa

—Este es mi hombre — pensó Keawe.

Y sin velar el pensamiento, dijo en alta voz:

—Vengo a comprar la botella.

No bien oyó esta frase el joven "haole" de la calle de Beritania, retrocedió unos pasos, y se apoyó en el muro.

—¡La botella! — replicó manquialmente. — ¡Viene usted a comprar la botella!

Parecía faltarle la respiración, y con ella el habla. Tomó a Keawe por el brazo, se lo llevó a una estancia interior y sirvió vino en dos copas.

—A la salud de usted — dijo Keawe, que conocía las costumbres de los "haoles". — Después de presentar a usted mis respetos, le ruego que me diga cuál es el precio de la botella.

Al oir estas palabras, la copa del "haole" se deslizó y cayó sobre el pavimento. A la vez, el desdichado clavaba en Keawe dos ojos de espectro.

—¡El precio, el precio! — repitió. — ¿No lo sabe usted?

—Por eso precisamente lo pregunto — repuso Keawe. — Pero, ¿por qué está usted tan consternado? Hay algo en el precio que envuelva dificultades?

—Desde el tiempo de usted, señor Keawe, el precio ha bajado mucho — contestó el joven "haole" con palabra vacilante.

—Eso quiere decir que será menor el desembolso. ¿Cuánto le costó a usted la botella?

El joven, pálido ya, se puso como una hoja de papel.

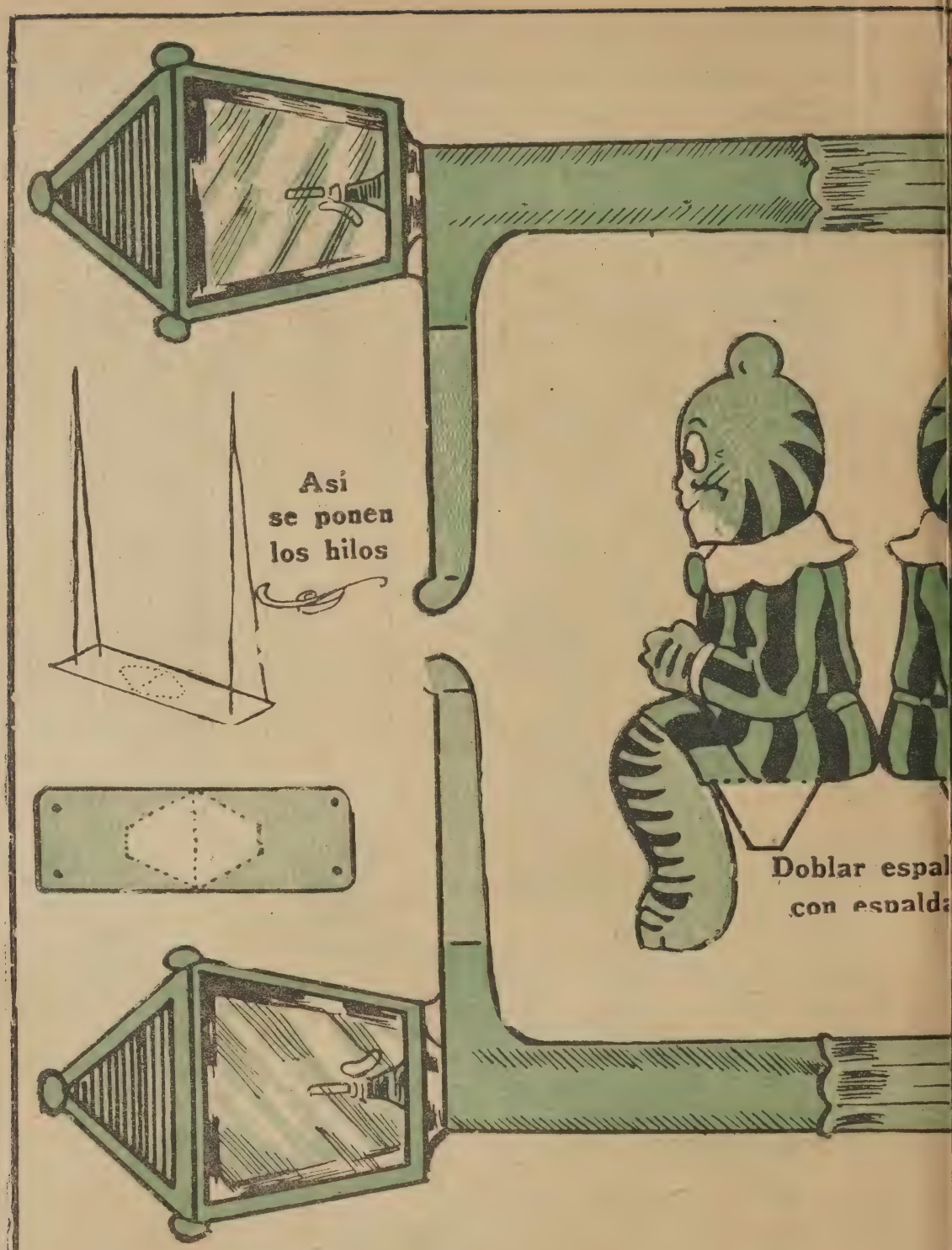
—¡La botella me costó dos centavos! — dijo.

—¡Cómo! ¿La botella le costó a usted dos centavos? Tendrá usted que venderla en un centavo, y el que la compre...

Keawe no pudo terminar la frase. El que la compre ya no podría venderla. La botella y su duendecillo se quedarían en poder del comprador, y cuando éste muriera sería infa-

EL COMPRADOR SABIA A QUE ATENERSE

—Tiene ropa negra que vender?
—No.
—¿Ni fierros viejos, ni papel de diario?
—No.
—¿Y la señora no tendrá?
—No. Mi mujer está ausente.
—Entonces: ¿no tiene BOTELLAS. señor?



COMO DE COSTUMBRE SE HA DE PEGAR TODO EL DIBUJO
DISTINTOS TROZOS, SE DOBLAN LAS PATAS DE LOS LADOS
HASTA QUE ESTEN SECOS DESPUES SE ASEGURAN AL PIE,
LO MISMO QUE CON LA COLUMNA CON EL CUERPO DEL GATO,
DIANTE UNOS HILOS, DE ACUERDO CON LO QUE INDICA EL
CONDICIONES DE BALANCEARSE EL PICARO FELINO

LA HAMACA DEL PICARO GATO

JUGUETE NOVEDOSO Y DE MOVIMIENTO

CARTON Y SE HA DE DEJAR SECAR BIEN. SE RECORTAN LOS
FAROL Y SE PEGA UN LADO CON EL OTRO PISANDOLOS BIEN
PUEDE CLAVARSE CON TACHUELAS A UNA TABLITA. SE HACE
E SE PEGA A LA TABLITA DE LA HAMACA. SE CUELGA ESTA ME-
UJITO CORRESPONDIENTE Y QUEDA TERMINADO EL MODELO Y EN

UN "MINUENDO" FATAL

—De qué modo, maestro, podría yo ejercitar la voz para poder "filar" las notas de modo que después de un largo "minuendo" la nota muera sin tropiezo y limpiamente?

—¿Para que la nota muera?... ¿Por qué no prueba tomando usted cianuro?

liblemente condenado a quemarse en las llamas del infierno.

El joven "haole" de la calle Beritania cayó de rodillas.

—¡Cómpremela usted, por Dios! — exclamó. — Y, además le daré a usted todos mis bienes. Yo estaba loco cuando la compré en ese precio. Había dispuesto de fondos que tenía a mi cargo en el almacén donde servía, y no me quedaba otro camino que el de la cárcel.

—¡Pobre hombre! — dijo Keawe. — Se expuso usted a perder el alma en aventura, sólo por librarse de una pasajera pena corporal, y cree usted que yo vacilo teniendo en perspectiva las venturas del amor. Deme usted la botella y deme usted los cuatro centavos de vuelto, que supongo tendrá usted siempre a mano para una operación, pues aquí tiene usted la moneda de níquel.

Como Keawe lo suponía, cuando éste sacó la moneda de cinco centavos, el joven le dió al instante las cuatro piezas de cobre que tenía preparadas en una gaveta. La botella pasó a manos de Keawe, y no bien éste sintió su contacto, formuló el deseo de curarse la lepra. Efectivamente, ya en su alojamiento, Keawe se desnudó y examinándose el cuerpo en el espejo, vió que sus carnes tenían la frescura que podían tener las de un niño. Y cosa más extraña aún: apenas se persuadió de que el cuerpo estaba sano, el alma se trocó en términos que hubiera querido volver a tener al chino, y aun a perscindir de Kokua. Todas sus facultades se concentraban en un solo pensamiento: el de la eterna condenación, el de la sentencia irrevocable que le destinaba a quemarse en las llamas del infierno. Veía en su imaginación las inextinguibles hogueras, y su alma cayó en los horrores de la tribulación.

Cuando Keawe recuperó el dominio sobre sí mismo, oyó las notas de la banda que tocaba esa noche en el hotel. Salió de la habitación, porque la soledad era un tormento. Pero entre el alegre gentío que se solazaba con las piezas de música, sabiamente ejecutadas bajo la batuta de Berger, Keawe no pudo dejar de ver un sol crepitante de la hoguera que llenaba el insondable abismo. Cuando la banda tocó el "Hiki-ao-ao", que él había cantado con Kokua, este recuerdo templó por un instante sus amarguras y le infundió valor para resistirlas.

V

Volvió a Hawai por el primer vapor, se casó con Kokua y se la llevó a la "Casa Brillante" de la montaña.

Y sucedió que mientras Keawe estaba en compañía de Kokua, su corazón sentía un inmenso alivio; pero no bien se apartaba de ella, renacía el horror de la rojiza hoguera y de los chasquidos de sus llamas eternas. Kokua se le había entregado en cuerpo y alma. Era suya sin reservas. Su corazón latía al verle; su mano se tendía espontáneamente para asirse a la de Keawe. Además, la joven era de un carácter tan suave y de una disposición tan optimista, que todo en ella respiraba alegría desde la punta de los cabellos hasta la planta de los menudos pies. En sus labios siempre había una sonrisa una palabra jovial. En suma, no conocía a tristeza. Las aves del bosque no cantaban tanto como ella, ni con tanta maestría. Kokua era la alegría de la casa, cuyos tres pisos subía y bajaba constantemente, formando un punto brillante que se movía como una mariposa. Keawe la contemplaba y la oía con encanto; pero el dolor era más fuerte que la voluntad, y el dueño de la casa se retiraba a un rincón para llorar amargamente, pues no podía olvidar el precio que le había costado y la ventura terrenal. Tenía, con todo, valor suficiente para borrar las huellas de su llanto y para acudir a los miradores, en donde cantaba con Kakua, bebiéndose las lágrimas y sonriendo a su amada.

Llegó, sin embargo, un día en que Kokua no discurría por la "Casa Brillante". Los cantos habían enmudecido. No sólo Keawe lloraba; Kokua también buscaba los rincones sombríos para ocultar su llanto. Y así, cada uno de los dos, sin proponérselo, ocupaba una de los miradores, y entre ambos estaba toda la anchura de la "Casa Brillante". Keawe se había sumergido a tal punto en su desesperación, que apenas se había dado cuenta de aquel cambio, pero se alegraba de que Kokua lo dejara solo, para poder entregarse a meditar mientras su corazón sufría los anticipados tormentos del infierno. Un día en que Keawe atravesó furtivamente la "Casa Brillante", oyó un sollozo ahogado, y asomándose, vió que Kokua tenía la frente sobre los mosaicos del mirador de la montaña, y que lloraba como quien ha perdido la última esperanza.

—Haces bien, Kokua. Haces bien si lloras en esta casa. Y sin embargo, yo te lo digo, daría la vida por verte feliz.

—¡Feliz! — exclamó Kokua. — Keawe cuando vivías tu solo en la "Casa Brillante", todos te conocían y te envidiaban como el hombre más dichoso de la isla. Tu rostro era siempre alegre, reías, cantabas, y en tus ojos lucía la luz de la aurora. Pero te casastes con la infortunada Kokua. Sólo Dios sabe la maldición que te habrá traído esta pobre criatura. Yo nada comprendo, pero veo que la sonrisa ha muerto en tus labios. Me creía dotada de belleza y llena de amor por ti. ¿Cuál será, pues, mi maldición, y de dónde vendrá la nube que vela el cielo de mi esposo?

—¡Pobre Kokua! — repitió Keawe.—¡Pobre hija mía; mi encanto! Yo hubiera querido ahorrarte penas. Me esforcé por librarte de ellas y hacerlas sólo mías. Pero es preciso que lo sepas todo. Así, por lo menos, comprenderás al desgraciado Keawe, y comprenderás cuánto te amaba, pues prefirió el infierno a perderte, y comprenderás cuánto te ama todavía, hoy que es un protervo, pues tiene fuerzas para sonreír al contemplarte.

Después de este preámbulo, Keawe contó a Kokua toda su historia, desde el principio de la aventura de San Francisco.

—¿Has hecho esto por mí? — exclamó Kokua.

Y se abrazó a Keawe llorando como un niño.

—Sin embargo, — dijo Keawe, — no puedo menos de estremecerme al pensar en las penas del infierno.

—No hables del infierno, por Dios. Es imposible que alguien se condene sólo por haber amado a Kokua. Yo te lo digo, Keawe, y puedes creerme: Kokua te salvará o se perderá junto contigo. ¿Has dado por mí el alma y crees que yo no daré la mía por salvarte?

—No, amor mío, no. Aun cuando muriera cien veces, mi destino sería el mismo, salvo la diferencia de que me faltaría tu dulce presencia hasta el día de la condenación.

—¿Qué puedes saber tú de esto? — preguntó Kokua. — Yo fué educada en una escuela de Honolulú. No soy una mujer vulgar. Y te lo digo una vez más: te salvaré a mi amado. ¿Qué has dicho sobre el precio de la botella? ¿Hablas de un centavo? Pero no todo el mundo está bajo la ley de los Estados Unidos. Así, en Inglaterra tienen una moneda ínfima, equivalente a la cuarta parte de un penique, o, lo que es igual, medio centavo. Esto dejaría las cosas en la misma condición, pues el comprador quedaría a merced del diablo, y no habrá en toda la redondez de la tierra quien iguale en valor a mi Keawe. Pero tenemos aún a Francia. Hay allí una moneda que llaman céntimo, y que es la quinta parte de un centavo. Estamos salvados. Tomemos cuanto antes un buque y vayamos a alguna de las islas francesas, Tahití, por ejemplo. Allí hay posibilidad para cuatro operaciones: la de cuatro céntimos, la de tres céntimos, la de dos céntimos y la de un céntimo. Además, lo que tú no hagas lo haré yo. Dame un beso, Keawe de mi alma. Disipa todo temor. Kokua te defenderá.

—¡Eres la bendición del cielo! — exclamó Keawe. — No creo que Dios me castigue por haber querido unirme a ti. Hagamos lo que dices; vayamos a donde indicas. Mi vida y mi salvación están en tus manos.

A la mañana siguiente, Kokua comenzó los preparativos del viaje. Tomó el cofre que había llevado Keawe en sus travesías cuando era marino, y lo primero que hizo fué colocar la botella en un rincón. Después acomodó los vestidos más suntuosos y las alhajas de más alto precio.

—Si no llevamos la apariencia de la fortuna, ¿quién dará fe a lo que digamos de la botella?

Durante los preparativos, Kokua estuvo cantando como un pájaro; pero, al ver el abatimiento de Keawe, le asomaban las lágrimas a los ojos, y tenía ímpetus de abrazarse a él y de besarlo. Keawe sentía, a pesar de todo, que el secreto compartido le había quitado un peso de encima, que en su porvenir se levantaba un lampo de esperanza, que sus pies ya no eran de plomo, y que la respiración no le llevaba a los pulmones un aire envenenado. Con todo, así como el viento agita la llama de una vela, el terror disipaba la débil esperanza de Keawe; y en el alma renacían las zozobras causadas por la incesante visión del fuego eterno.

Se hizo correr el rumor de que salían para los Estados Unidos en viaje de recreo, lo que causó mucha sorpresa, menor, sin embargo, que el conocimiento de la verdad, si ésta se hubiera sabido. Fueron a Honolulú en el "Hall", y de allí a San Francisco en el "Umatilla", con muchos "haoles". De San Francisco salieron para Papeete en el bergantín correo "Ave Tropical". Llegaron a Papeete, la ciudad francesa más importante de las islas oceánicas, en un día que soplaba el alisio del nordeste. Veían el arrecife orlado de la espuma formada por las olas que se rompían en sus aristas; veían los palmares de Montuiti; veían la minúscula goleta; veían las casitas tendidas en la playa entre verdes follajes, y arriba, las montañas y las nubes de Tahití, la isla de los discretos.

Keawe y Kokua creyeron que lo más conveniente era instalar casa, y lo hicieron, tomando una que estaba enfrente del consulado británico, donde comenzaron a hacer ostentación de bienestar y lujo, comprando coches y caballos.

Todo se les facilitaba, teniendo la botella, pues Kokua, más audaz que Keawe, llamaba al duendecillo cada vez que necesitaba veinte o cien dólares. Naturalmente, no tardaron en ser conocidos. Todo el mundo hablaba de los ricos extranjeros que habían llegado a Hawai, y las mujeres comentaban los primorosos "holokus" de Kokua, sus encajes finísimos, sus soberbias carrozas, y los caballos en que se paseaba con Keawe.

Bien pronto aprendieron la lengua latina, que, salvo ciertas letras, tiene gran semejanza con la de Hawai. Y apenas pudieron hablar con cierta soltura, empezaron a proponer en venta la botella. Era difícil, por cierto, iniciar la conversación sobre asunto tan escabroso, pues nadie creía que, teniendo aquel matrimonio la fuente de la salud y de las riquezas, quisiese realmente venderla por cuatro céntimos. Para esto era neecsario explicar los inconvenientes de la adquisición, y, una de dos, o bien la gente se reía, considerando que todo era burla y gana de divertirse, o bien veía las cosas con excesiva desconfianza y se apartaba de Keawe y Kokua como de personas que tenían comercio habitual con el diablo. El matrimonio empezó a notar que, lejos de ganar terreno, lo perdía, y que se le ponían las cruces. Kokua se impresionaba sobre todo al ver que los niños huían de ella, dando gritos al verla. Parecía existir un acuerdo tácito entre todos los habitantes de la ciudad para alejarse de los dos endemoniados.

Naturalmente, esto los deprimió. Después de las fatigas y desengaños del día, pasaban la velada en su nueva casa, sin pronunciar una sola palabra, o si el silencio se interrumpía, era a causa de los sollozos de la desdichada Kokua. No pocos veces se arrodillaban para orar. En ciertos instantes de nerviosidad, colocaban la botella sobre el pavimento, y veían las evoluciones que hacía el duendecillo en el interior. Como era natural, no dormían, o si el sueño vencía a uno de los dos, éste despertaba de pronto sólo para ver al otro llorando silenciosamente, si es que no había salido de la casa para huir de la botella y buscar un respiro, ya en el platanar

del jardín, ya en la playa iluminada por la luna.

Al despertar Kokua en mitad de una de las tantas noches de penas, encontró que, como otras veces ella, Keawe había salido de la casa, pues tocó su lugar en el lecho y notó que ya estaba frío. La esposa se incorporó alarmada. Un rayo brillante de la luna que entraba por la hendedura de la ventana, le permitió ver la botella que estaba en medio del aposento. Afuera soplaba el vendaval, gemían los follajes de los árboles, y las hojas caídas se arrastraban sobre la terraza. A pesar de todo, Kokua pudo percibir un gemido, triste como la muerte, que le partió en mitad del corazón. No sabía si lo exhalaba una bestia o un hombre. Se levantó, abrió la puerta y buscó a lo lejos, en la espesura del jardín iluminado por la luna. No tardó en ver a Keawe, tendido sobre la arena, con la boca pegada a la tierra, ahogando así sus quejas lastimeras.

El primer pensamiento de Kokua fué correr hacia donde estaba su esposo, y consolarlo. Pero hizo una reflexión que la retuvo en su alcoba. Keawe se había portado con viril entereza, conteniendo su desesperación y era poco generoso sorprenderle en aquel acceso de terror y debilidad.

—¡Cielos !— exclamó. — ¡Cuán descuidada he sido y cuán cobarde! Su alma, y no la mía, está en peligro de perderse. El tomó para sí la maldición eterna. Y por mí, por el amor de una criatura de tan poco valer, y que de nada sirve, siente ya que lamen su cuerpo las llamas de la condenación, y que lo asfixia el humo de la hoguera infernal. Y he necistado verlo en esta noche de vendaval y de luna, postrado en arena del jardín, para pensar lo que debía haber pensado hace ya mucho tiempo. O no comprendido mi deber, o he rehuído a sus indicaciones. Esta es la hora del sacrificio. Digo adiós a los blancos peldaños del cielo, y me despido para siempre de los que allí me aguarden. ¡Amor por amor! El mío igualará al de Keawe. ¡Alma por alma! Perezca la mía, y no la suya.

No tardó en vestirse, pues era muy hábil. Tomó en sus manos la vuelta — los cuatro céntimos — que siempre tenían disponibles, pues son de uso muy raro en las transacciones ordinarias y había habido que procurárselos en una oficina pública. Cuando Kokua llegó a la avenida, ya las nubes ocultaban la faz de la luna, y no sabiendo adónde encaminar sus pasos por las calles de la ciudad dormida, se detuvo un instante, pues oyó una tos entre la sombra de los árboles.

VI

—Buen anciano — dijo Kokua, — ¿qué haces aquí, y por qué te expones al viento frío de la noche?

El anciano apenas podía hablar, pues la tos le cortaba la palabra. Pero Kokua notó que era un pobre extranjero.

—¿Quieres hacerme un servicio? — le preguntó. — No me conoces, ni yo te conozco. Tú eres un anciano y yo una joven. ¿Querrás conceder un favor a una hija de Hawai?

—Por lo que veo — dijo el anciano, — tú eres la hechicera de las ocho islas, y quieres perder hasta el alma de un pobre viejo. Pero ya he oído hablar de ti, y te aseguro que sabré desafiar tu perfidia.

—Siéntate, — le indicó la maga de Hawai, — Voy a contarte una historia.

Y le refirió la de Keawe desde que comenzaron sus aventuras con la botella.

—Ya que todo lo sabes — agregó Kokua, — ve en tu presencia a la mujer por quien él ha perdido su alma. ¿Qué debo hacer? Si le propongo que me venda la botella, no aceptará mis indicaciones. Pero si tú vas, te la venderá inmediatamente. oY aguardo aquí. La compras por cuatro céntimos, y yo te la compro a ti por tres. ¡Dios me dará fuerza!

—Si no eres leal — dijo el anciano, — pido a la Divina Providencia que te envíe la muerte para que perezcas en pecado mortal.

—Y Dios oiría tus ruegos. Puedes tener la firme seguridad de que los oiría. Una traición de mi parte sería imposible, pues Dios no la consentirá.

—Dame los cuatro céntimos, y aguarda aquí — dijo el anciano.

Cuando Kokua se vió sola en la calle, sintió el ánimo abatido. El viento gemía entre los árboles, y Kokua creyó que era la crepitación de las llamas infernales; las sombras que danzaban a la luz de la débil lamparilla de la calle parecían figuras de condenados. Le faltaron fuerzas para huir y aliento para pedir auxilio; pero debía quedarse allí, y se quedó, temblando como el niño que despierta solo en una alcoba sombría.

Vió al cabo que el anciano se acercaba paso paso, y que llevaba la botella en la mano.

—Ha accedido a tus ruegos — dijo, — y cuando me despedí de tu esposo, se quedó llorando. Esta noche dormirá.

Y alargó la botella para que la tomara Kokua.

—Antes de que me la des — dijo Kokua con anhelo, — toma el bien con el mal, y líbrate al menos de esa tos que te aflige.

—Soy demasiado viejo — replicó el asmático, — y ya estoy demasiado cerca de la tumba para pedirle favores al diablo. Pero ¿qué es esto? ¿Por qué no me tomas la botella? ¿Vacilas, acaso?

—¿Vacilar? — exclamó Kokua. — No me falta el ánimo; lo que me faltan son las fuerzas. Mi mano se resiste, mis carnes tiemblan. Déjame respirar un momento, antes de que sea la esclava del espíritu infernal.

El anciano la miró afectuosamente.

—¡Pobre hija mía! — dijo. — Temes, y tu ánimo vacila. Bien está. Déjame la botella. Soy demasiado viejo para esperar dichas en este mundo, y en el otro...

—No; dámela, — exclamó Kokua con voz que parecía un suspiro. — Aquí tienes los tres céntimos. ¿Me crees tan perversa? Dame la botella.

Kakua ocultó la botella bajo el "holoku", se despidió del anciano, y entrando por la avenida, empezó a vagar sin rumbo fijo. Todos los caminos le eran indiferentes, pues todos llevaban al infierno. A veces, no andaba, sino corría; a veces, en vez de lanzar gritos de desesperación, pegaba la cabeza al polvo y sofocaba su llanto. Evocaba cuanto se le había dicho acerca del infierno, y no sólo veía las llamas, sino que sentía el olor del humo y la

contracción de las carnes al contacto de las brasas.

Cerca de la madrugada se repuso, y volvió a la casa. Como el anciano le había dicho, Keawe dormía profundamente, con la tranquilidad de un niño. Kokua se detuvo para contemplarlo.

—Esposo mío, te toca dormir. Cuando despiertes, sonreirás y cantarás. Pero la pobre Kokua, — Kokua que jamás hizo daño a nadie, — no dormirá, no cantará, no tendrá paz ni alegría en este mundo, y tampoco será feliz en el otro.

Se dejó caer en la cama, junto a Keawe, y su dolor era tan grande, que al instante fué dominada por el sueño.

Ya era muy tarde cuando su esposo la despertó y le dió la nueva venturosa. La alegría privó a Keawe de la facultad de observación, y no vió el abatimiento, que Kokua era impoteite para ocultar. Si ella no hablaba, porque el dolor le oprimía la garganta, Keawe, sin para mientes en ello, hablaba por los dos. Kokua no probaba bocado en la mesa. ¿Pero quién iba a verlo? Keawe devoraba cuanto se le había servido. Kokua lo veía y lo oía, como se ve y se oye lo que pasa en sueños. En ocasiones no acertaba a persuadirse de que fuese real su existencia, y llevándose las manos a la frente, se preguntaba si era ella la condenada a las penas del infierno, pues le parecía una monstruosidad correr tal suerte, mientras su esposo reía y hablaba con la exuberancia del hombre feliz.

Keawe la acariciaba, la llamaba su salvadora, le hablaba del regreso a la isla nativa y la "Casa Brillante", y entretanto no cesaba de comer, de beber, de hablar, de reir y de burlarse de la simplicidad del anciano que le había comprado la botella.

—Parecía un buen hombre, — agregaba Keawe; — pero nadie puede juzgar a otro por las apariencias. ¿Para qué podía querer la botella el viejo réprobo?

—Esposo mío, — contestó Kokua humildemente. — Ese anciano tenía acaso un fin laudable.

Keawe se reía sarcásticamente, y argüía de este modo:

—No hay tal. Te aseguro que el viejo es un bandido. Y, además, un imbécil. Ya era bien difícil vender la botella en cuatro céntimos. En tres, será imposible. Queda poco margen, y el trato huele a chamusquina. ¡Brrrr!...

Y después de estremecerse, prosiguió:

—Es verdad que yo di un centavo por ella, y que entonces no sabía una palabra de la existencia de monedas de valor más bajo aún. Pero, con todo, fuí un imbécil por afligirme. El que hoy tenga la botella, sea quien sea, ya puede considerarse en el quinto infierno.

—Esposo mío, — dijo Kokua, — ¿no crees que es muy triste salvarse uno del fuego eterno a expensas de otra alma? Creo yo que en tu caso no reiría. Yo me sentiría humilde y triste. Yo me arrodillaría para orar por el infeliz que tenga esa botella en su poder.

Comprendiendo la verdad que encerraban las palabras de Kokua, Keawe se exaltaba más aún.

—Entristécete si quieres; pero debo decirte que, como buena esposa, no puedes hacerlo sin confesar un pensamiento que avergüenza.

Y no bien acabó de pronunciar estas palabras, salió a la calle dejando sola a Kokua.

VII

¿Quién compraría la botella en dos céntimos? Nadie indudablemente. Y si hubiera probabilidades, todas ellas desaparecerían volviendo a Hawai donde la moneda ínfima valía cinco céntimos. Pocas horas después de consumado el sacrificio, la infeliz Kokua se veía sola, abandonada de su esposo, que la censuraba, además, como indiferente a su dicha.

Sin hacer tentativas para aprovechar el tiempo disponible, Kokua permaneció en sus habitaciones, sacó la botella, y se puso a contemplarla con inenarrable angustia, hasta que pudiendo en ella más el horror que la tristeza, guardó de nuevo el amuleto.

Keawe volvió pocas horas después y la invitó para que paseara con él en una de sus carrozas.

—Esposo mío, estoy enferma, — dijo Kokua. — Estoy además, desalentada. Perdóname, pero no puedo entregarme a la alegría.

Keawe se indignó, primeramente con ella, porque creyó que estaba afligida por la tribulación del anciano, y después contra sí mismo, porque en el fondo reconocía que ella tenía razón y le avergonzaba su propia dicha.

—¡He aquí a lo que han llegado tu fidelidad y tu amor! Acabas de ver a tu esposo libre de las penas eternas, que aceptó solo por ti, y tu corazón permanece insensible a tamaña causa de satisfacción. Kokua, tu pecho encierra un corazón desleal.

Salió furioso, y vagó todo el día por la ciudad. Encontró algunos amigos, y bebió con ellos. Después tomaron un coche, fueron al campo y bebieron más aún. Pero Keawe estaba desazonado, pues le remordía la conciencia gozar de la vida mientras su esposa pasaba horas amargas. Además, comprendía que ella llevaba la razón. Esta pena lo impulsaba a beber.

Entre los que formaban la partida había un "haole" brutal, lobo de mar, buscador de oro en los placeres californianos, fugitivo de varios países y marcado con un tatuaje de los presidios. Era un hombre de inteligencia obtusa y de palabra soez; no sólo le gustaba bebir, sino ver ebrios a sus camaradas, y no cesaba de excitar a Keawe para que bebiera. Agotado el dinero, dijo el antiguo presidiario:

—A ver tú, "kanaka", saca dinero. ¿No nos has hablado de una botella o de no sé qué tontería?

—Sí, soy rico. Voy a casa y sacaré dinero. Lo guarda mi esposa.

—Compadre, haces mal en dar dinero a tu mujer. Cuídate, porque las hembras son tan pérfidas como el mar. No dejes de vigilarla.

Estas palabras impresionaron a Keawe, pues la embriaguez le había transtornado el juicio.

—No me maravillan sus palabras y su actitud. Es una mujer falsa. Si no lo fuero,

¿cómo explicar el abatimiento con qué presencia mi emancipación? Pero voy a demostrarle que yo no soy hombre de quién pueda burlarse una mujer. La sorprenderé y ya veremos lo que resulta.

Cuando regresaron a la ciudad, Keawe pidió al presidiario que lo acompañara hasta la esquina y mientres éste aguardaba junto al "calaboose", siguió él solo por la avenida hasta la puerta de su casa. La noche había cerrado, y se veía luz en el interior, pero no se oía ruido alguno. Keawe tomó el sendero que llevaba a la puerta posterior, la abrió furtivamente y miró en el interior, para sorprender a su esposa.

Kokua estaba de bruces sobre el pavimento, con una lamparilla a su lado y enfrente una botella de color lechoso, ventruda y de largo cuello. La esposa de Keawe se estrujaba las manos deseperadamente.

Keawe contempló largo rato desde el umbral. De pronto lo dominó el estupor; pero después supuso que la venta había sido nula y que la botella volvía a su casa como fué el buque en San Francisco. Sintió que las rodillas se le doblaban y que los humos del alcohol se disipaban en su cerebro, como se disipan las neblinas matinales que vemos sobre el lecho de un río. Después, una idea inesperada le llevó el sonrojo a las mejillas.

—Debo averiguar esto, — pensaba.

Cerró la puerta, recorrió el sendero, y volvió por la entrada principal, procurando que se le oyese. ¡Oh sorpresa! Cuando entró en la habitación, la botella había desaparecido, y Kokua, sentada en una silla, levantó la vista sorprendida, como si despertara de dormir.

—He pasado el día bebiendo, — dijo Keawe, — en compañía de amigos muy alegres y vengo sólo para sacar dinero y volver a la fiesta con ellos.

El rostro y la voz de Keawe eran tan graves como si estuviese pronunciando una sentencia de muerte; pero la turbación de Kokua no le permitió observar incongruencia entre el sentido de las palabras y la expresión de las que pronunciaba.

—Haces bien, esposo mío. Distruta de lo que tienes.

Y la voz de Kokua era trémula.

—Sí; yo siempre procedo bien.

Al decir esto, se dirigió hacia el cofre, y tomó el dinero. Examinó el rinco en donde se guardaba la botella, y no la vió. Esto llenó de sombra su alma. El cofre le pareció tan pesado como si dentro de él estuviesen todas las olas del mar y la casa tan ligera como si fuera un vapor sutil.

—Esto es lo que yo temía! — pensó. ¡— Kokua ha comprado la botella infernal!

Pudo reponerse y levantal el cuerpo inclinado sobre el cofre, pero el sudor le cubría todo el rostro. — un sudor tan espeso como gotas de lluvia y tan frío como el agua de la cisterna.

—Kokua, ya te he dicho lo que pasó hoy. Vuelvo al lado de mis alegres compañeros...

Y al hablar así, sus labios sonreían suavemente.

—Perdóname, Kokua; quiero probar una vez más el placer que guarda la copa. Perdóname, para que un negro pensamiento no turbe mis placeres.

Ella se abrazó a sus rodilla, y se las besó bañándolas en llanto.

—Lo único que yo quería era una palabra dulce de tus labios.

—Dejemos de pensar mal el uno del otro — dijo Keawe.

Y salió de la casa.

El dinero que Keawe llevaba consigo, no era otro que los dos céntimos del valor de la botella. No tenía deseo de beber, ni podía hacerlo. Su esposa había vendido el alma por él, iba a vender la suya para rescatarla. A esto se reducía su objeto en el mundo.

El presidiario aguardaba en la esquina, cerca del "calaboose".

—Mi esposa tiene la botella, — dijo Keawe. — Y si no la rescatas, no habrá copas ni alegrías para esta noche.

—Pero, ¿es verdad lo que dices? ¿Existe la tal botella?

—Vamos a ponernos bajo la luz de esta lamparilla. ¿Me ves la cara de hombre que gasta una broma?

—Te veo la cara que tendrás cuando te entierren.

—Bien. Pues aquí hay dos céntimos. Ve a la casa y ofréceselos a mi mujer por la botella, y yo te pagaré un centésimo, pues la ley de este encantamiento es que se ha de vender por menos de lo que costó en la vez anterior. Pero suceda lo que sucediese, no le digas a ella una palabra de lo que tú y yo hemos hablado. No digas que me conoces.

—Camarada, apuesto a que quieres burlarte de mí, — dijo el presidiario.

—Y supongamos que es una burla; ¿eso qué mal te puede hacer?

—Tienes razón, camarada — replicó el viejo lobo de mar.

—Para disipar tus dudas, remítete a prueba — añadió Keawe. —No bien salga a la puerta con tu botella, pide dinero, o una pinta de ron más fino, o cualquiera otra cosa, y verás si el duendecillo tiene o no tiene virtudes.

—Probemos, pues, "kanaka", — dijo el lobo de mar. — Pero te juro que si te burlas de mí conocerás la punta de mi cuchillo.

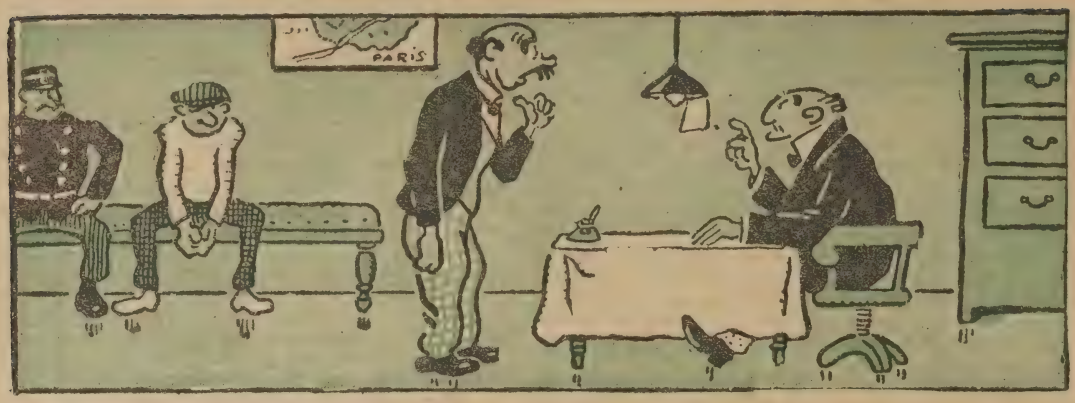
El marinero subió por la avenida, y Keawe se quedó aguardando. Justamente allí había estado Kokua la víspera, cuando entró el anciano. Keawe no sintió los desmayos de Kokua, por más que su alma probase la amargura de la dessesperación.

Los minutos de espera le parecieron siglos; pero al cabo oyó una voz que cantaba entre las sombras de la avenida. Era la voz del presidario, y Keawe se sorprendió al notar que parecía estar éste en el segundo período de la embriaguez. ¿Cómo se había emborrachado tan pronto? No bien pudo distinguir su cuerpo, vió que el marinero se tambaleaba. Llavaba la botella diabólica en el bolsillo del abrigo, y en la mano otra botella que levantaba frecuentemente para beber.

—Veo que has hecho la operación — dijo Keawe. —No cabe duda.

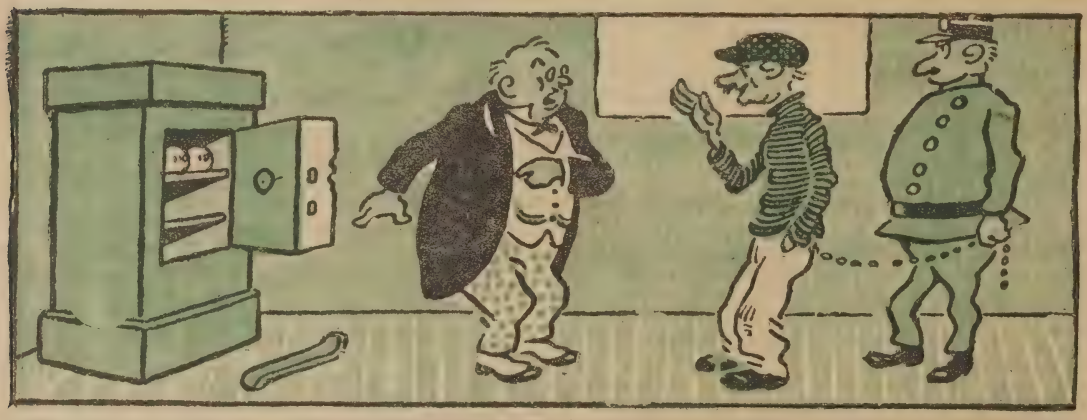
—¡Cuidado con dar un paso! — gritó el presidario, retrocediendo. —Si te acercas, te

HUMORISMO POLICIAL



El comisario: — Vamos a ver, diga usted toda la verdad y nada más que la verdad: ¿qué pasó?

El demandante: — Pues fué así, señor comisario: ese individuo que está ahí dijo que yo soy un crápula, un ladrón, un estafador y un chancho, ¡y le juro que eso es verdad!



El banquero: — ¡Pero era dificilísimo abrir esta caja sin tener la llave! ¿Cómo pudo hacerlo usted?

El ladrón: — No puedo decírselo. Eso pertenece al secreto profesional.

—Así que dice usted, agente, que los dos pillos asaltaron a ese pobre sordomudo... ¿Qué pretendían de él?

—Eran viejos enemigos suyos y querían hacerle cantar...

—¿Cantar a un sordomudo? ¡Imposible!

—Sí, señor comisario; cantar... para el carnero.

INVENCIONES MODERNAS
PORTA-VALIJAS MARCA "PUCKY"

Procedimiento práctico para que los mensajeros puedan llevar sin fatigarse la valija del patrón, aun cuando sea un poco pesada.

—Este sermón es muy emocionante; todos lloramos, menos usted; ¿por qué no llora?

—Porque yo no soy de esta parroquia. (De "Pele Mele").

hago pedazos la boca. Querías sacar las castañas con las manos del gato? Pues te has equivocado.

—No te entiendo — dijo Keawe.

—¿No me entiendes? — preguntó el presidario. —Digo que esta botella vale más que todo el oro de California. Ignoro por qué me la habrán dado en dos céntimos; pero lo que sí aseguro es que yo no la doy por uno.

—¿Quieres decir que no la vendes? — preguntó afanosamente Keawe.

—No, señor mío; no la vendo. Cuando mucho, te daré a probar este ron.

—Ya te he dicho que quien posea esta botella está condenado.

—¿Y qué? De todos modos, yo he de ir al infierno, y es preferible ir con mi botella. Conque ya lo sabes: si quieres la botella de virtud, ve a buscar otra. Esta es de mi exclusiva pertenencia y no se vende.

—Véndemela y piensa que te lo digo por tu bien.

—Yo no creo una sílaba de lo me dices. Quisistes engañarme, pero el engañado has sido tú. Y pongamos punto final. ¿No aceptas un trago de ron? Pues beberé a tu salud. Y que pases buenas noches.

El marinero se dirigió hacia la ciudad, bajando por la avenida, con su botella.

Ligero como el viento, Keawe subió al instante para ver a Kokua. Grande fué la alegría de ambos aquella noche. La botella desapareció para siempre, y los dos cónyuges pasan sus días sin que una sombra turbe la paz de la Casa Brillante.

R. L. STEVENSON.

UN GRAN ELEMENTO

Se trata de un asunto muy urgente, — dijo el gerente de la compañía de seguros al jefe de pesquisas a quien había mandado llamar, — le explicaré lo que pasa, en pocas palabras. Hay un individuo que se finge corredor de mi compañía y que en quince días ha estafado más primas que las que han cobrado todos mis corredores en tres meses. Yo necesito que pesquen a ese individuo inmediatamente.

—Muy bien, señor, — contestó el pesquisante. — Antes de una semana ese personaje estará en la cárcel.

—No, en la cárcel no. No es eso lo que deseo, — exclamó el gerente. — Lo que quiero es emplearlo en la compañía.

UNA CONFUSION A BORDO

El niño (tirando de su papá hacia un tubo de ventilación): — ¡Papito! ¡Vamos a oír el alto parlante!

CUENTOS DE LAS ORILLAS DEL RHIN

—oOo—

EL CIUDADANO SCHNEIDER

Por ERCKMAN CHATRIAN

(TRADUCCION DEL FRANCES)

I

¿POR qué no se borran nunca de nuestra mente los recuerdos de la infancia? ¿Por qué, cuando apenas recuerda uno las cosas que pasaron un mes antes, la época de nuestra juventud permanece siempre delante de nuestros ojos y muchas veces creemos aún estar en ella? Por lo que a mí toca, jamás olvidaré la pobre choza de mi padre, con su techo de rastrojo, su pequeña sala baja, en el fondo la escalera de madera para subir al desván, la alcoba con cortinas de sarga gris y las dos ventanas cruzadas con travesaños de plomo, que daban sobre el desfiladero de Schloucht, cerca de Munster. No, nunca olvidaré ni las cosas más insignificantes de aquel tiempo. Todo se conserva vivo en mi imaginación; sobre todo, el invierno de 1785.

Durante este invierno, mi abuelo Yeri, con su gorro de rizada lana echado sobre las orejas, dormía desde por la mañana hasta por la noche en su viejo sillón colocado cerca del hogar. Mi madre hilaba; mi padre tallaba en acebo puños de bastones para venderlos en la primavera, y tatareaba mientras las virutas caían a su alrededor y se enroscaban por sí solas. Algunas veces descansaba, echaba lumbre con el eslabón y el pedernal y encendía su pipa, diciendo:

—¡Catalina, la cosa marcha!...

Después, al verme sentado en el suelo, atento a lo que él hacía, pues nada me gustaba tanto como mirarle trabajar, se sonreía y continuaba su tarea.

Fuera de nuestra choza la capa de nieve iba creciendo día por día; los decrépitos muros parecían hundirse poco a poco bajo tierra, y ya no podía observarse el exterior más que por los vidrios más altos de las ventanas; los de abajo estaban de un color blanco mate y sombrío.

Algunas veces me subía sobre una silla y me pasaba horas enteras contemplando las nubes dilatarse y avanzar lentamente sobre el inmenso valle, las rocas cortadas a pico del Honeck elevarse hasta el cielo, y, más lejos, en la estrecha garganta, los innumerables abetos cargados de escarcha. Todo estaba tranquilo y silencioso. La vista de aquel paisaje cubierto de nieve daba frío, y, sin embargo, en el interior el fuego chisporroteaba en el hogar, dando al ambiente un suave calor. La pequeña y mal cerrada puerta que comunicaba con el establo dejaba oir el balido de nuestra cabra y los sordos mujidos de nuestra vaca Wualdina, infundiéndonos gran satisfacción el escucharles con un tiempo semejante: no estábamos solos, al menos, entre las nieves; estábamos con seres de Dios, teníamos allí amigos.

Me acordaré siempre que una mañana Wualdina, que se aburría sin duda en su establo, fué a vernos, después de haberse desamarrado no sé cómo. Entró en la sala len-

tamente, y al verla, mi padre se echó a reir, exclamando:

—¡Hola, Wualdina! Parece que entras por aquí sin quitarte el sombrero!... ¡Je, je, je!... Déjala, Catalina, déjala; no hará daño ninguno; dejémosla siquiera respirar y ver luz.

Momentos después yo mismo la reconducía al establo y la ataba nuevamente al pesebre.

Así se pasaba el tiempo; mientras que los pájaros, faltos de grano, pasaban chillando, y los lobos hambrientos buscaban las cavernas del Honeck y del Valtin, nosotros, acurrucados al lado del fuego, vivíamos en paz, y todas las noches, al tiempo de recogernos, decía mi madre:

—Otro día va transcurrido ya; otro paso hemos dado hacia la primavera.

Todo esto lo recuerdo con verdadera satisfacción; pero suceden cosas extrañas en este pícaro mundo, cosas que demuestran que la sabiduría de los hombres, lo mismo que su bondad, no es más que una locura, y, en prueba de ello, vais a oir.

Aquel año, pues, el último día del mes de Enero, entre una y dos de la tarde, se levantó un fuertísimo viento. Aunque la choza estuviera abrigada por la parte Norte, a cada ráfaga temblaba toda ella como si fuera de cartón; al cabo de una hora estaba materialmente enterrada en nieve, y el huracán se desencadenaba por encima. Habíamos apagado el fuego, y una sola lámpara, colocada sobre la mesa, daba alguna claridad al cuadro sombrío: mi madre rezaba; mi padre creo que rezaba también; mi abuelo se había despertado y, con los ojos extremadamente abiertos, escuchaba espantado aquel horrible estruendo: toda la nieve que había caído desde tres meses antes subía arremolinada y convertida en polvo hasta el cielo: todo aullaba, gemía y silbaba fuera; de cuando en cuando oíase que los árboles seculares se desgarraban y arrancaban de raíz con pavoroso crugido. Si el viento hubiera venido de enfrente, hubiera deshecho nuestras ventanas y tal vez arrancado nuestro techo; por fortuna, venía de la montaña.

En medio de tan espantoso estrépito, nos parecía a veces oir gritos humanos, y nosotros, que ya estábamos llenos de miedo por nosotros mismos, nos estremecíamos aún más pensando en el peligro de los otros. Cada vez que creíamos escuchar algún gemido, mi madre decía:

—¡Alguien hay fuera que necesita auxilio!

¡Y todos añadíamos:

—¡Sí, sí, alguien hay!

Pero la voz ensordecedora del huracán lo dominaba todo.

Esto duró unas dos horas; después hubo un gran intervalo de silencio, en medio del cual el balido de nuestra cabra llegó distintamente a nuestros oídos.

—El viento ha caído, — dijo mi padre; — y aproximándose a la puerta, escuchó algunos instantes con la mano en el picaporte.

Todos estábamos detrás de él cuando abrió, y todos nos asomamos, pintándose en nuestras facciones la más viva curiosidad. El tiempo estaba cubierto y combrío y caían gruesos copos de nieve; una blanquísima claridad a nuestra derecha indicaba la posición del sol; serían entonces las cuatro de la tarde.

Al mirar a través de la brumosa atmósfera, apercibimos, a doscientos o trescientos pasos más arriba de nosotros, en el sendero que baja de Schalucht, un carretón detenido y un caballo delante. No se veía más que la cabeza del caballo y las puntas de los montantes del carretón.

—¡De ahí partían los gritos que hemos oído! — exclamó mi abuelo Yeri-Hard.

—Sí, — añadió mi padre entrando en la choza, — ha ocurrido alguna desgracia.

Tomó, al decir esto, la pala de madera de detrás de la puerta, y volviendo a salir de la choza, empezó a bajar la colina, con nieve hasta las rodillas; yo corría detrás, de él, a pesar de los gritos de mi madre: mi abuelo nos seguía también desde lejos.

Cuanto más bajábamos, más profunda era la capa de nieve. Sin embargo, mi padre, tan pronto como llegó a lo alto del talud que dominaba el sendero, se dejó deslizar hasta abajo, apoyándose en el mango de la pala, mientras mi abuelo y yo nos quedábamos arriba contemplándole, y en seguida echó mano a la brida del caballo; pero en el mismo instante reparó en un objeto oscuro que se destacaba de la blancura de la nieve, y acercándose precipitadamente, levantó con gran trabajo un hombre vestido de negro, cuya cabeza caía pesadamente sobre el pecho, y lo colocó en el carro; después, a fuerza de gritos y de sacudidas, sacó al animal del atolladero y trató de conducir el carro a la choza, lo que era cuestión de mucho tiempo y trabajo; pero al fin lo consiguió, dando la vuelta por todas las rocas y raíces de árboles donde se había acumulado la nieve.

Mi abuelo y yo marchábamos detrás, considerando con profunda tristeza al desgraciado que iba tendido en el carro. Vestía medias de seda negra, sotana y zapatos con hebillas de plata: era un sacerdote.

Figuraos ahora la desolación de mi madre al ver aquel santo hombre en tan lamentable estado. Aún me parece oirla gritar, con las manos juntas y los ojos elevados al cielo:

—¡Señor, tened piedad de nosotros!

Quería que mi padre fuera inmediatamente a Munster a buscar un médico; pero la noche se había echado encima, las tinieblas eran profundísimas, y toda la buena voluntad del mundo no serviría de nada para encontrar el camino en medio de la nieve.

En este trance, lo primero que se hizo fué encender un buen fuego, calentar mantas, y, como yo no servía más que de estorbo para todo el mundo, me mandaron a acostar al cuarto del abuelo.

Toda la noche estuve oyendo andar y hablar debajo de mí y viendo brillar la luz por las hendiduras del pavimento. En fin, a eso de la una, rendido de fatiga y medio muerto de hambre, me quedé dormido tan profundamente, que fué necesario que me despertaran al día siguiente a las ocho, pues sino, acaso estaría durmiendo todavía.

—¡Federico, Federico! — me gritaba mi abuelo asomando por la trampa su cabeza cal-

El campo se matizaba de florecillas. ("El ciudadano Schneider").

va; — anda, hombre, anda, que la sopa está en la mesa.

A esta voz me desperté sobresaltado; un raudal de luz entraba por el ventanillo, y el buen olor de la sopa de harina llenaba la casa.

Incorporéme rápidamente; me puse mi pantaloncillo de lienzo gris, me calcé los zuecos y me preparé para bajar. Todos los acontecimientos de la víspera se presentaban entonces a mi memoria, y además del buen apetito que sentía, tenía viva curiosidad por saber todo lo que había pasado. Así que, desde lo alto de la escalera, me incliné sobre el pasamano para mirar en la sala: la sopera humeaba sobre un mantel blanco como la nieve; mi abuelo, sentado enfrente, hacía la señal de la cruz; mi padre y mi madre, de pie, rezaban devotamente el "Benedicite", y el sacerdote recogido la víspera entre la nieve, se hallaba sentado en el sillón de cuero, al lado del hogar, con las piernas envueltas en una manta de lana, y sus blancas manos cruzadas sobre su grueso abdomen. Con su rostro carnoso y sus cabellos rubios parecía un hermoso gato que duerme descuidado sobre la ceniza caliente. Llenábase uno de satisfacción al verle.

—¡Vamos, baja, Federico! — me dijo mi madre; — no tengas miedo; el señor cura no te hará daño alguno.

El obeso sacerdote volvió la cabeza y se echó a reir, diciendo:

—¿Es éste vuestro hijo?

—Sí, señor cura.

—Ven aquí, pequeño, — me dijo.

Mi madre me tomó de la mano y me llevó hasta el lado del buen sacerdote, que me miró dulcemente con sus grandes ojos grises; después me dió dos golpecitos en la mejilla y preguntó:

—¿Sabe ya rezar?

—Ah, sí, señor cura! — dijo mi madre; — es la primera cosa que le hemos enseñado.

—¡Vamos, vamos, no está mal, no está mal! Hablar con Dios es lo primero que debe aprenderse.

Mi madre me había quitado la gorra, y yo, con las manos juntas, los ojos fijos en el suelo, recité de carretilla un "Padre Nuestro" y un "Ave María".

—¡Muy bien, muy bien! — dijo el sacerdote tirándome secamente de una oreja. ¡Je, je, je! Tú serás un buen servidor de Dios; tú serás un buen cristiano. ¡Ahora, almuerza, hijo mío, almuerza; estoy contento de tí!

Hablaba con extremada dulzura, y todos pensábamos:

—¡Qué hombre más agradable! ¡Qué buen corazón! ¡Qué desgracia si hubiese perecido helado en el Schloucht!

Pero una circunstancia sobrevino que nos mostró a aquel buen hombre bajo una fisonomía diferente. La víspera, mi padre había llevado a la choza el equipaje del señor cura: su maleta, su sombrero y un grueso rollo de

---

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662,

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 "	" 4.80
1 año	" 9.—

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

papeles. Todos estos efectos se habían colocado sobre nuestro baúl, al otro lado del hogar; la maleta debajo, el sombrero encima y los papeles sobre el sombrero.

Al pasar toqué inadvertidamente al rollo de papeles, que cayó al suelo, desarrollándose casi sobre el fuego.

Entonces aquel hombre pacífico lanzó un verdadero rugido de león, acompañado de espantosos juramentos. Se precipitó sobre los papeles, los arrancó de las llamas y apagó con las manos los que habían empezado a arder. Después me miró tan pálido y con tan feroces ojos, que me estremecí de espanto. Todos estábamos consternados y con la boca entreabierta de estupor. El, entretanto, contemplaba los papeles que se habían enrojecido algo por los bordes, tartamudeando con voz ronca:

—¡Mi Thucydides... animal... mi Thucydides!

Luego volvió a enrollar los papeles unos dentro de otros, y apercibiéndose de nuestro asombro, me amenazó con el dedo, recuperando su aire bonachón; pero ninguno teníamos ya ganas de reir con él.

—¡Ah bribonzuelo, bribonzuelo! — dijo: — ¡buen susto acabas de darme! Figuraos que vengo expresamente de Colonia: sí, más de cien leguas he caminado para buscar estos viejos manuscritos en el convento de Saint-Dié; he necesitado más de tres meses para ponerlos medianamente en orden, y la imprudencia de este niño iba a hacer estériles tantas fatigas, a reducir a la nada una obra tal vez única en el mundo. ¡Mirad, estoy sudando todavía del susto!

Y era verdad: su ancho rostro estaba color de púrpura, y gruesas gotas de sudor brotaban de su frente.

A pesar de estas explicaciones, toda la familia se puso seria: no estábamos acostumbrados a oir jurar a los sacerdotes como los pastores o los carreteros. Mi madre no decía nada y comíamos en silencio. Cuando concluimos, mi padre salió y le oímos sacar el caballo del establo y engancharlo al carretón, delante de la puerta. Cinco minutos después volvió a entrar diciendo:

—Señor cura, si queréis subir en el carro dentro de una hora estaremos en Munster.

—Sí que quiero, — dijo el obeso sacerdote levantándose.

Y volviéndose hacia nosotros con semblante grave, añadió:

—Sois unas gentes honradas; olvidad un instante de cólera; el espíritu es fuerte, pero la carne es débil. Permitidme demostraros mi agradecimiento.

Y quiso poner un federico de oro en la mano de mi madre; pero ella rehusó, rediendo:

—En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, los hemos asistido en vuestra desgracia, señor cura. Si nosotros nos hubiéramos hallado en la misma situación, lo mismo hubiérais hecho vos por nosotros.

—Sin duda, sin duda, — dijo; — pero esto no impide que... no obsta para...

—¡No, no! No nos privéis del mérito de la buena acción.

—¡Amén! — dijo él bruscamente.

Y tomando su rollo de papeles, se puso el sombrero y salió.

Mi padre había llevado ya la maleta al carro y se había sentado en la delantera; el cura se sentó detrás, y en seguida echó a andar el vehículo con dirección a la Roca Honda. Todos nos habíamos quedado pensativos: mi abuelo y mi madre se miraban en silencio y una multitud de pensamientos nos cruzaban a todos por la imaginación; pero nadie decía nada.

Por la tarde, a las cuatro, volvió mi padre. Dijo que el sacerdote de Colonia se había quedado en casa del señor cura de Munster, y no se volvió a hablar del particular.

Aquel año la primavera fué deliciosa: el sol, después de cinco largos meses de hielo y ventisca, hizo fundir las nieves y secó nuestra húmeda choza. Se sacó la vaca y la cabra; se limpió el establo cuidadosamente, se renovó el aire, y al conducir los mansos animales a la pradera, hacía resonar los ecos con mis cánticos y mis gritos de alegría. El campo se matizaba de florecillas, el ambiente se perfumaba, y nadie se acordaba ya del huracán ni de los malos tiempos.

II

Muchos años transcurrieron. Mi abuelo había muerto y mi padre me envió a la Baja Alsacia a aprender el oficio de escultor en casa de mi tío Conrado, en Wettenhein. Tenía entonces quince años, y empezaba a considerarme a mí mismo como un hombre. Era el tiempo en que todo el mundo llevaba el gorro sangre de toro y la escarapela tricolor; en que centenares de hombres abandonaban sus hogares y sus faenas y partían con el fusil al hombro.

Recuerdo que por este tiempo se estaban formando dos regimientos en Estrasburgo, y que hacían falta muchachos para cornetas y tambores, porque los hombres querían todos llevar fusil; cinco mozalbetes de mi edad, entre los que me hallaba yo, se presentaron en Wettenheim, y se echó suerte para saber quién había de partir. A nuestro vecino, el pequeño Iritzel, le tocó, y todo el pueblo dijo que había ganado. Ahora, el que queda es el que dice que gana.

Por aquel entonces el abate Schneider exterminaba a los curas, los monjes y los canónigos en Alsacia. No se quería reconocer más que la diosa Razón y las Gracias.

Una mañana me hallaba yo preparando una piedra en nuestro taller, que daba sobre la pequeña plaza de la fuente; mi tío Conrado fumaba su pipa en la puerta, y la tía Gredel barría las virutas en el comedor.

Serían las diez cuando un gran tumulto llegó a nuestros oídos; la gente pasaba corriendo por delante de la casa; otros cruzaban la plazoleta hablando y gesticulando, y otros, por último, seguían a la multitud, preguntando:

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

Como era natural, salí para ver qué era aquello, y todavía no había salido del corredor que conducía a la puerta de la calle, cuando oí el trote de varios caballos, choques de armas y el estrepitoso rodar de al-

LOS CUATRO PICAROS CHICOS EN LA PLAYA

UN LINDO JUEGO DE APARECE Y DESAPARECE

MODO DE ARMARLO Y DE HACERLO FUNCIONAR

UNA VEZ PEGADO EL DIBUJO EN UN TROZO DE CARTON SE DEJA SECAR MUY BIEN Y SE RECORTAN LAS DOS PARTES QUE FORMAN EL JUGUETE. SE HACEN LAS TRES HENDIJAS CURVAS Y LA HENDIJA RECTA MARCADAS POR LINEAS DE PUNTOS POR LA PARTE DE ATRAS SE METEN LOS CUATRO GORROS POR LAS CUATRO HENDIJAS CURVAS Y LUEGO LA MANIJA POR LA HENDIJA RECTA DE ABAJO. MOVIENDO LA MANIJA HACIA ARRIBA Y HACIA ABAJO, APARECEN Y DESAPARECEN LOS CUATRO CHICOS PICAROS.

gún carro enorme: poco después, resonó el toque de una corneta.

Al mismo tiempo un pelotón de húsares desembocó en la plaza; los de delante iban pistola en mano; los de atrás, con el sable levantado. Más lejos venía, jinete en un caballo negro, un hombre grueso, con casaca azul, anchas solapas, sombrero coronado de plumas tricolores, y el sable de caballería chocando contra la bota y el estribo. Detrás de él avanzaba, dando violentos vaivenes sobre el empedrado, un enorme carro, tirado por caballos cenicientos y lleno de vigas pintadas de rojo.

El hombre de las plumas sonreía, mientras la multitud, pálida y azorada, se arremolinaba junto a los muros de las casas. A la primera ojeada reconocí al sacerdote que habíamos salvado de una muerte cierta, sacándole de entre la nieve.

Algunos, para demostrar que nada temían gritaban:

—¡Aquí está el ciudadano Schneider, que viene a limpar los alrededores de Wettenheim! ¡Que tengan cuidado ahora los aristócratas!

Otros cantaban, haciendo muecas y contorsiones:

"¡A la linterna los aristócratas!"

Levantaban los brazos y movían las piernas como poseídos; pero esto no les impedía que estuvieran asustados como todo el mundo y que rieran sólo de los dientes para fuera.

Al llegar frente a la fuente, el cortejo se detuvo. Schneider levantó la cabeza y miró alrededor de la plaza, hacia los altos tejados con sus techos puntiagudos, el infinito número de personas que se agolpaban a las ventanas, y los pequeños nichos de donde habían quitado las santas imágenes hacía mucho tiempo.

—¡Qué nido de chinches! — dijo, volviéndose hacia el capitán de húsares. — ¡Qué nido de chinches! Vamos a tener tarea aquí para ocho días lo menos.

Al oír esto, mi tío Conrado me tomó por el brazo, diciendo:

—¡Vámonos a casa, Federico, vámonos a casa! No tendría que hacer más que señalarnos con el dedo si le daba la gana; ¡esto es terrible!

Temblaban todos sus miembros; yo también sentía que flaqueaban mis piernas y que la sangre se me agolpaba al corazón.

Cuando entramos en el taller, vi a la tía Gredel rezando en alta voz, con las manos cruzadas. No tuve tiempo más que para empujarla dentro de la cocina y cerrar la puerta; con su devoción podía hacernos guillotinar a todos.

Entonces mi tío y yo miramos detrás de los cristales. La multitud seguía cantando en la plaza:

¡Ca ira, ca ira, ca ira, ca ira,
les aristocrates a la lanterne!

Como esas cigarras que canta ncuando se aproxima el invierno y que desaparecen a la primera helada.

Delante de nuestra ventana había un numeroso grupo de gente, y por encima de sus hombros y sus cabezas veíamos los húsares el ciudadano Schneider, la fuente y el enorme carretón. Dos hombres estaban descargando las vigas; el posadero Ramer les pasaba una botella de aguardiente, y un hombrecillo seco, pálido, débil, con la nariz larga, el rostro delgado como un cuchillo, vestido con una blusa roja ceñida a la cintura, vigilaba la obra. Aquel hombre parecía un verdadero Hans-Wurst (Polichinela); pero Dios nos libre de un Hans-Wurst semejante; ¡era el verdugo!

Mientras tenía lugar todo esto, el alcalde Rebstok, un honrado viñador, con el aspecto grave, sus anchas espaldas encorvadas y su gran tricornio sobre la nuca, avanzaba por la plaza.

Todos los "tridi" y los "sextidi", Rebstok reunía a los niños del pueblo en la iglesia y les enseñaba el catecismo republicano. Era un hombre lleno de buen sentido; esperaba recibir la visita de Schneider, y se había hecho una casaca con el velo del tabernáculo, para captarse así las simpatías del bribón.

Cuando estuvo cerca, Schneider se inclinó sobre el cuello de su caballo, diciendo:

—Ahí está la prensa preparada; ¿dónde está la uva?

—¿Qué uva, ciudadano Schnender? — preguntó el alcalde estupefacto.

—Los aristócratas.

—Aquí no los hay, ciudadano; todos son buenos patriotas.

La fisonomía de Schneider se puso terrible: creí por un momento que le estaba viendo arrancar del fuego su rollo de papeles.

—¡Mientes! — exclamó. — Tú eres un aristócrata. ¿Qué significa ese oro y esa plata en tu traje, cuando la república no tiene con que alimentar sus hijos?

—Esto, ciudadano Schneider, es el velo del tabernáculo. Lo he colocado sobre mis hombros para exterminar la hidra de la superstición.

Entonces Schneider prorrumpió en una sonora carcajada, y dijo:

—¡Eso es otra cosa, eso es otra cosa! Pero recuerda bien; aquí debe haber algunos aristócratas.

—¡No! Todos los que había se han escapado. Los jóvenes van a buscarlos a Coblentz, y los niños tocan la corneta.

—Ya veremos eso. En cuanto a tí, tienes verdaderamente el aspecto de un buen patriota. Tu idea del tabernáculo me agrada. Vamos a comer contigo... ¡Vaya una ocurrencia!... ¡Ja, ja, ja!

Y se ponía ambas manos en los costados: tan de buena voluntad se reía.

Todos los húsares comieron con Schneider en casa del alcalde. Con este objeto se hizo una requisa por todo el pueblo, y cada cual dió todo lo mejor que tenía.

Al día siguiente Schneider fué a ver el club, y oyó recitar en coro a los niños los derechos del hombre.

Todo parecía que iba a terminar bien: por desgracia un viejo campanero que se creía aristócrata se había ocultado en el granero de la posada del León de Oro: los

húsares subieron a buscar algunos haces de heno, y tropezando con él, lo sacaron de allí, y entonces se quiso saber por qué se ocultaba aquel pobre diablo.

Schneider supo que había tocado las campanas, y no teniendo cosa mejor de que echar mano, le hizo guillotinar mientras estaba en la mesa. Aquella muerte fué un verdadero pesar para Rebstock; pero no se atrevió a decir una palabra en contra, por temor de ser también guillotinado.

Aquel mismo día se marchó Schneider, con gran satisfacción de todo el pueblo.

Aquí teneis cómo y de qué manera volví a encontrar aquel buen apóstol, y desde entonces he pensado muchas veces que si mi padre hubiera sabido lo que iba a suceder más tarde, es seguro que no se hubiera tomado tanto trabajo para que no pereciera bajo las nieves de Schloucht.

En cuanto al viejo alcalde de Wettenheim, nunca se le perdonó que se hubiera hecho una casaca con el velo del tabernáculo: las viejas beatas, sobre todo, las que por aquel medio había impedido que fueran guillotinadas, no cesaban de maldecirle y execrarle, lo que llenaba al buen hombre de sentimiento.

Un día que hablaba con él en las viñas de estas cosas, me dijo sonriendo tristemente:

—Si yo las hubiera dejado guillotinar, estas buenas almas no hubieran tenido que hacerme reproches de ninguna especie, y yo hubiera sido cobarde como todo el mundo.

Al oírle hablar así, no pude menos de pensar:

—Este pobre viejo Rebstock tiene razón. Sacrificaos por las personas, salvadlas de la muerte para que unos os maldigan y otros os guillotinen. ¡Qué triste es esto! ¡Si los hombres no hicieran estas cosas por caridad cristiana, serían muy estúpidos!

¡Amargas son estas palabras, pero es la verdad!

ERCKMAN CHATRIAN.

Fin de "EL CIUDADANO SCHNEIDER"

DEBIA ESPERARLO HACIA RATO

—¿Qué diría usted, Emerenciana, si yo, aprovechando esta encantadora soledad, le diera un beso?

—¡Por fin!

UN CASO CURIOSO

Cleptómano

Por RENE LEHMANN

(Traducción del francés)

¿Hay quien roba por que se siente irresistiblemente inclinado a robar? ¿Puede pasarle a alguien lo que al protagonista de este cuento divertido y gracioso? Eso lo dirá el lector después de haber pasado un rato agradable leyendo lo que aparece a continuación.

ALOIDES, — el norme y jovial Aloides dijo:

—Tengo una historia que contaros. Es algo que me sucedió hace pocos días. Ya me conocéis. Trabajo poco y no paseo mucho. Desde que hago un negocio comienzo a dilapidar la ganancia y hasta que no me queda ni un céntimo no vuelvo a trabajar. No me considero como un ejemplo de hombres bien ordenados, pero vivo a mi gusto. Tomo la vida con sonrisa optimista y dejo a los gastrálgicos y a los amargados el cuidado de lamentarse y de ver el porvenir negro.

"Pues bien, yo paso todos los días delante de una perfumería en cuya puerta, y un poco hacia la calle hay unas cajas abiertas que contienen jabones, cajitas y pomos de dentífricos, etc. Un día tomé sin detenerme una pastilla de jabón envuelta en un papel de seda.

"No sé por qué lo hice. El comerciante no me vió. Me guardé el jabón en el bolsillo y continué mi camino. Al llegar a casa dejé tranquilamente la pastilla en el lavatorio y la he usado. Cleptomanía, vais a decir... Sí, soy un cleptómano. Hace quince días que paso por delante de esa perfumería y cada vez robo un jabón en las propias barbas del dependiente del negocio.

"Por la mañana contemplo con estupor en mi lavatorio una pirámide de jabones... jamás se me ocurriría dejar de pagar a mi sastre, a mi casero, al cobrador del autobús, no tengo deudas pero este vicio es más fuerte que yo.

"Esta mañana me dije: "Alcides, ten cuidado. Se comienza hurtando por deseo de poseer un objeto insignificante y se acaba por no poder contenerse ya y robar algo importante. Prueba tu fuerza de voluntad. Vas a pasar por delante de la perfumería y no vas a agarrar nada.

"En efecto, he pasado por delante de ese establecimiento y no he agarrado nada.

"Pero he aquí que al dejar atrás la tienda, oigo la voz de la señorita encargada de la caja que me llama: "¡Señor, señor, señor!".

"Me vuelvo y veo aparecer en la puerta al dueño que me dice: "¿No lleva usted nada hoy? Entonces hágame el favor de pagar los diez y seis jabones que tiene en su poder. No se ponga usted colorado, señor... Estamos acostumbrados a estas cosas. Boen sé que no es usted un ladrón de profesión, sino un cleptómano poco hábil por cierto. Lo conozco. Hace varios años que pasa usted por esta acera... Hubiese sido enojoso hacerle una reclamación violenta. Eso atrae a la gente y no hay necesidad. Aquí tiene usted su factura, señor". Y yo, sin decir palabra fuí a la caja y pagué treinta y dos francos, ahora creo que estoy curado de mi cleptomanía.

RENE LEHMANN.

DEL GRAN AUTOR DE "CARMEN"

La Venus de Ille

Por PROSPERO MERIMEE

(TRADUCCION DEL FRANCES)

El que se hizo famoso con "Carmen", "Colomba" y otras novelas que son universalmente conocidas y constituyen verdaderas joyas de la literatura universal, se muestra deliciosamente encantador en el presente relato que deben conocer todos los que sienten delicadas aficiones literarrias.

BAJABA yo la última ladera del Canigó, y, aunque el sol ya se había puesto, distinguía en el llano las casas del pueblo de Ille, hacia el cual me dirigía.

—¿Usted sabe, — dije al catalán que me servía de guía desde la víspera. — Usted sabe sin duda donde vive el señor Peyrehorade?

—¡Qué si lo sé!—exclamó. — Conozco su casa tan bien como la mía; y si no estuviese tan oscuro, se la enseñaría a usted. Es la mejor de Ille. ¡Oh! el señor de Peyrehorade está rico; y casa a su hijo con una muchacha todavía más rica que él.

—¿Y ese casamiento va a efectuarse pronto? — le pregunté.

—¡Pronto! Es posible que ya hayan encargado la música para la boda. ¡Quizás esta noche, o mañana, o pasado, qué se yo! Se celebrará en Puigarrig. ¡Será una boda magnífica!

Yo había sido recomendado al señor Peyrehorade por mi amigo el señor de P... quien me dijo que era un anticuario muy instruido y de una amabilidad a toda prueba, que se complacería en enseñarme todas las rinas a diez leguas a la redonda. Yo contaba, pues, con él, para visitar los alrededores de Ille, que, según mis noticias, eran ricos en monumentos antiguos y de la Edad Media. Aquel matrimonio, de que oía hablar por primera vez, desbarataba todos mis planes.

—Voy a aguar la fiesta, — me dije. — Pero me esperaban; anunciado por el señor de P., no tenía más remedio que presentarme.

—¿Apostamos, señor, — me dijo el guía cuando hubimos llegado a la llanura, — apostamos un cigarro a que adivino lo que va usted a hacer en casa del señor de Peyrehorade?

—No es difícil de adivinar, — contesté ofreciéndole un cigarro. — A estas horas, después de haber andado seis leguas por el Canigó, lo principal es cenar.

—Sí, pero, ¿y mañana? Apostaría a que viene usted para ver el ídolo. Lo adiviné al verle a usted retratar los santos de Serrabona.

—¡El ídolo! ¿Qué ídolo? — esta palabra había excitado mi curiosidad.

—¡Cómo!! ¿No le han contado en Perpiñán que el señor de Peyrehorade encontró un ídolo bajo tierra?

—¿Querrá usted decir una estatua de barro cocido, de arcilla?

—No, señor; de cobre; habría para hacer mucha moneda. Pesa tanto como una campana de la iglesia. La encontramos enterrada al pie de un olivo.

—¿Estaba usted presente, cuando la descubrieron?.

—Sí, señor. Hace unos quince días, el señor de Peyrehorade nos dijo, a Juan Coll y a mí, que arrancásemos un olivo viejo que se había helado el año anterior, que fué muy malo, como usted sabe. Estando en la faena, Juan Coll, que cavaba con ardor, dió un azadonazo y yo oí bimm..., como si hubiese dado en una campana. ¿Qué es eso?, dije yo. Seguimos cavando, cavando, y de pronto apareció una mano negra, que parecía la mano de un muerto que salía de la tierra. Yo tuve miedo. Fuí en busca del señor, y le dije: —¡Hay muertos debajo del olivo! Hay que

llamar al cura. — ¿Qué muertos? me preguntó. Vino, y en seguida que vió la mano, exclamó: —¡Una antigüedad! ¡Una antigüedad! — No parecía sino que había encontrado un tesoro. Y empezó a trabajar con el azadón, y con las manos, de prisa, haciendo casi tanta faena como nosotros dos.

—Y por fin, ¿qué encontraron ustedes?

—Una mujerona negra, más de medio cuerpo desnuda, con perdón sea dicho, señor, toda de cobre, y el señor de Peyrehorade nos dijo que era un ídolo del tiempo de los paganos..., ¡como quien dice del tiempo de Carlomagno!

—Ya veo lo que es... Alguna santísima virgen en bronce de algún convento destruido.

—¡Una santísima virgen!, ¡ca!, ¡no, señor!... Yo la hubiera reconocido, si hubiese sido una santísima virgen. Le digo a usted que es un ídolo; se le conoce en el aire. Le mira a usted de hito en hito con sus grandes ojos blancos... Diríase ue le examina a uno. Al mirarlo, involuntariamente baja uno la vista.

—¿Ojos blancos? Están incrustados en el bronce. Será alguna estatua romana.

—¡Romana! Eso es. El señor de Peyrehorade dice que es una romana. ¡Ah!, bien se ve que es usted un sabio como él.

—¿Está entera, bien conservada?

—¡Oh! Sí, señor; no le falta nada. Es más hermosa y más acabada que el busto de Luís Felipe, que está en la alcaldía, de yeso pintado. Pero con todo, la cara de esa romana no me peta. Parece una mujer mala..., y lo es en efecto.

—¡Mala! ¿Qué mal le ha hecho a usted?

—A mí precisamente no; pero, va usted a ver. Eramos cuatro para ponerla derecha, y el señor de Peyrehorade, que también tiraba de la cuerda, ¡aunque el buen señor tiene tanta fuerza como un pájaro! Con mucho trabajo la pusimos en pie; y mientras yo cogía un tejo para afirmarla, ¡patapum!, se cayó de espaldas. Yo grité: ¡Cuidado! Pero no con bastante prontitud, por cuanto Juan Coll no tuvo tiempo de apartar la pierna...

—¿Resultó herido?

—Con la pierna rota como una caña. ¡Caramba! Cuando ví aquello, me puse furioso. Quería romper la estatua a golpes de azadón pero el señor de Peyrehorade me detuvo. Dió dinero a Juan Coll, que está en cama desde entonces, y el médico dice que nunca andará con esta pierna como con la otra. Es lástima; él, que era el mejor corredor y, después del hijo del señor Peyrehorade, el mejor jugador de pelota. El señorito Alfonso lo sintió mucho, porque solía jugar con él. Y dabá gusto ver cómo se devolvían la pelota. ¡Paf!, ¡paf! Nunca tocaba al suelo.

Así hablando, llegamos a Ille, y pronto me encontré en presencia del señor de Peyrehorade. Era éste un viejecito bien conservado y ágil, peinado a la antigua con el cabello empolvado, nariz colorada, aire jovial chocarrero. Antes de abrir la carta del señor de P., me había instalado delante de una mesa bien servida, y me había presentado a su mujer y a su hijo como un arqueólogo ilustre que había de sacar al Rosellón del olvido en que le dejaba la indiferencia de los sabios.

Comiendo con apetito, pues nada lo abre tanto como el aire vivo de las montañas, yo examinaba a mis huéspedes. He dicho ya dos palabras acerca del señor de Peyrehorade; debo añadir que era la vivacidad en persona. Hablaba, comía, se levantaba, corría a su biblioteca, me traía libros, me enseñaba estampas, me servía de beber; nunca estaba dos minutos quieto. Su mujer, demasiado gorda, como la mayor parte de las catalanas que pasan de los cuarenta años, me pareció una provinciana con humos de señora distinguida, únicamente ocupada en el gobierno de su casa. Aunque la cena era suficiente para seis personas al menos, ella corrió a la cocina, hizo matar pichones, freír migas y abrió no sé cuántos potes de confituras. En un instante la mesa quedó cubierta de platos y botellas, y seguramente hubiera yo muerto de indigestión si hubiese probado de todo lo que se me ofrecía. Sin embargo, a cada plato que yo rehusaba, se repetían las excusas. Temían que me encontrase mal en Ille. ¡En provincias se tienen tan pocos recursos, y los parisienses son tan difíciles de contentar!

En medio de las idas y venidas de sus padres, el señorito Alfonso de Peyrehorade permanecía inmóvil como un poste. Era un mocetón de veintiséis años, de fisonomía hermosa y facciones regulares, pero faltas de expresión. Su estatura y sus formas atléticas justificaban por completo la reputación de infatigable pelotari de que gozaba en el país.

Aquella noche iba vestido con elegancia, exactamente conforme al figurín del último número del periódico de modas. Pero me parecía que el traje le molestaba; tieso como una estaca en su cuello de terciopelo, no volvía la cabeza sin volver todo el cuerpo como de una sola pieza. Sus manazas curtidas y sus uñas sumamente cortas, contrastaban de un modo singular con su traje. Eran manos de cavador saliendo de mangas de "dandy". Aunque me examinó de pies a cabeza con viva curiosidad, como parisiense, no me dirigió más que una sola vez la palabra en toda la velada, y fué para preguntarme dónde había comprado la cadena de mi reloj.

—¡Ajajá!, mi querido huésped, — me dijo el señor de Peyrehorade, al final de la cena; — usted me pertenece, lo retengo en mi casa, y no lo suelto hasta que haya visto todas las curiosidades de nuestras montañas. Es necesario que usted aprenda a conocer nuestro Rosellón, y que le haga justicia. No puede usted imaginarse todo lo que le vamos a enseñar. Monumentos fenicios, célticos, romanos, árabes, bizantinos: lo verá usted todo, desde el cedro hasta el hisopo. Le llevaré a todas partes y no le ahorraré ni la visita de un ladrillo.

Un acceso de tos interrumpió su discurso. Yo aproveché la coyuntura para decirle que sentiría mucho molestarle en una circunstancia tan interesante para la familia. Si quisiera darme sus excelentes consejos so-

bre las excursiones que tenía que hacer, yo podría, sin que él se tomase la molestia de acompañarme...

—¡Ah! Usted quiere hablar de la boda de este muchacho, — exclamó, interrumpiéndome. — ¡Bagatela! Pasado mañana quedará realizada. Será usted de la fiesta, en familia, porque la novia está de luto por la muerte de una tía, de la cual hereda. No habrá baile... Es lástima..., porque hubiera usted visto bailar a nuestras catalanas... Son bonitas, y quizá le hubieran dado a usted ganas de imitar a mi Alfonso. Se dice que un matrimonio trae otros... El sábado, una vez casados los muchachos, estaré libre y nos pondremos en marcha. Usted dispensará que le fastidie con una boda de provincia. Para un parisiense harto de fiestas..., y una boda sin baile, ¡por añadidura! Sin embargo, verá usted una novia..., una novia..., de rechupete. Pero es usted hombre serio y ya no mira a las mujeres. Tengo una cosa mejor para enseñarle. ¡Ya verá usted! ... Le reservo una gran sorpresa para mañana.

—¡Oh! — le dije. — Es muy difícil tener un tesoro en casa sin que el público se entere. Creo adivinar la sorpresa que usted me prepara. Pero si se trata de la estatua, la descripción que de ella me ha hecho mi guía, ha excitado mi curiosidad, disponiéndome a la admiración.

—¡Ah! Le habló a usted del ídolo, porque así es como llaman a mi hermosa Venus Tur..., pero no quiero decir a usted nada. Mañana, de día, la verá usted, y me dirá si tengo razón en considerarla como una obra maestra. ¡Caramba! ¡No podía usted llegar más a propósito! Hay inscripciones que yo, pobre ignorante, explico a mi manera..., ¡pero un sabio de París!... Se burlará usted quizás de mi interpretación..., porque he redactado una memoria..., aquí donde usted me ve..., viejo anticuario de provincia, me he lanzado... Quiero hacer sudar tinta a la imprenta... Si usted quisiera leer y corregir mi trabajo, podría tener la esperanza... Por ejemplo, tengo gran curiosidad por saber cómo traduciría usted esta inscripción del zócalo: "Cave..." ¡Pero no quiero consultarle nada todavía! ¡Mañana, mañana! ¡Hoy, ni una palabra sobre la Ve-Venus?

—Tienes razón, Peyrehorade, — dijo su mujer; — haces bien en dejar tranquilo a tu ídolo. ¿No ves que no dejas comer al señor? ¡Bah! El señor ha visto en París estatuas mucho más hermosas que la tuya. En las Tullerías, las hay a docenas, y también de bronce.

—¡Aquí tiene usted la ignorancia, la santa ignorancia de provincias! — interrumpió el señor de Peyrehorade. — ¡Comparar una antigüedad admirable con las vulgares figuras de Coustou! ¡Con qué irreverencia habla de los dioses, mi señora esposa! ¿Sabe usted que estaba empeñada en que yo fundiese mi estatua á fin de hacer con el bronce una campana para nuestra iglesia? Por el gusto de ser la madrina. ¡Una obra maestra de Myrón!

—¡Obra maestra, obra maestra! ¡Buena obra maestra ha hecho ella! ¡Romper la pierna de un hombre!

—¿Ves, mujer? — dijo el señor de Peyrehorade en un tono resuelto, y tendiendo hacia ella su pierna derecha cubierta de una media de mezclilla de seda. — Si mi Venus me hubiera roto esta pierna, no lo sentiría.

—¡Jesús!, Peyrehorade; ¿cómo puedes decir eso? Afortunadamente, el hombre sigue mejorando... Pero yo no puedo ver una estatua que tales desgracias ocasiona. ¡Pobre Juan Coll!

—Herido por Venus, — dijo el señor de Peyrehorade soltando una carcajada; — herido por Venus, y aun se queja, el belitre.

"Veneris nec proemia noris"

¿Quién no ha recibido alguna herida de Venu?

Alfonso, que comprendía mejor el francés que el latín, guiñó el ojo con aire de inteligencia, y me miró como para preguntarme: Y usted, parisiense, ¿ha comprendido?

Terminó la cena. Hacía una hora que yo ya no comía. Estaba cansado, y no lograba ocultar los frecuentes bostezos que se me escapaban. La señora de Peyrehorade fué la primera en notarlo, y advirtió que era hora de acostarse. Entonces empezaron nuevas excusas sobre la mala cama que iba a tener. ¡No estaría como en París! ¡En la provincia se está tan mal! Había que ser indulgente con los roselloneses. En vano decía yo que, después de la excursión por la montaña, un montón de paja sería para mí una cama deliciosa; ellos seguían suplicándome que perdonase a unos pobres lugareños si no me trataban tan bien como hubiera deseado. Subí por fin al cuarto que me habían destinado, conducido por el señor Peyrehorade. La escalera, cuyos peldaños superiores eran de madera, conducía al centro de un corredor que daba acceso a varios cuartos.

—A la derecha — dijo mi huésped — están las habitaciones que destino a mi futura nuera. Su cuarto de usted se encuentra al extremo del corredor opuesto. Como usted comprende — añadió con un aire de malicia, — hay que aislar a los recién casados. Usted se halla a un extremo de la casa, y ellos al otro.

Entramos en un cuarto bien amueblado, donde lo primero que llamó mi atención fué una cama de siete pies de largo por seis de ancho, y tan alta que se necesitaba un escabel para encaramarse en ella. Mi huésped, después de haberme indicodo la posición de la campanilla, después de haberse cerciorado por sí mismo de que la azucarera estaba llena y los frascos de agua de Colonia debidamente colocodos sobre el tocador, después de haberme preguntado varias veces si necesitaba algo, me dió las buenas noches y me dejó solo.

Las ventanas estaban cerradas. Antes de desnudarme, abrí una para respirar el aire fresco de la noche, delicioso después de una larga cena. Tenía en frente el Canigó, de un aspecto admirable en toda época-

pero que aquella noche me parecío la montaña más hermosa del mundo, iluminada por una luna resplandeciente. Después de haber contemplado durante algunos minutos su silueta maravillosa, iba a cerrar la ventana, cuando, bajando los ojos, vi la estatua sobre un pedestal a unas veinte toesas de la casa.

Se hallaba colocada en el ángulo recto de un seto vivo que separaba un pequeño jardín en un vasto rectángulo de terreno liso, que, según más tarde supe, era el juego de pelota de la villa.

El señor de Peyrehorade había cedido aquel terreno al municipio, a instancias reiteradas de su hijo.

A la distancia en que me hallaba, me era difícil distinguir la actitud de la estatua: sólo podía hacerme cargo de su altura, que me pareció de unos seis pies. En aquel momento, dos pícaros de la población pasaban por el juego de pelota, cerca del seto, silbando el bonito aire popular del Rosellón: "Montanyas relagadas". Se detuvieron a mirar la estatua; uno de ellos la apostrafó en alta voz. Hablaban catalán; pero yo llevaba bastante tiempo de residencia en el país para poder comprender regularmente lo que decía.

—¡Ah! eres tú, ¡mala pécora! (El término catalán era más enégico.) ¡Con que eres tú — decía — la que rompió la pierna a Juan Coll! Si fueses mía te rompería la cabeza.

—¡Bah! ¿con qué? — replicó el otro. — Es de cobre, y tan dura que Esteban rompió su lima al tratar de hacerle mella. Es de cobre del tiempo de los paganos: más duro que no sé qué .

—Si yo tuviera mi cincel (parece que era aprendiz de cerrajero), pronto le haría saltar sus grandes ojos blancos, como quien saca una almendra de su cáscara. Hay por más de cinco francos le plata.

Después de haberse alejado algunos pasos, el mayor de los mozos dijo, deteniéndosé de pronto:

—Tengo que dar las buenas noches al ídolo.

Se agachó, y probablemente cogió una piedra. Le vi despiegar el brazo, tirar algo, y en seguida se oyó un golpe sonoro en el bronce. En aquel mismo instante, el mozo se llevó la mano a la cabeza dando un grito de dolor.

—¡Me la ha devuelto! — exclamó.

Y los dos aprendices pusieron pies en polvorosa. Evidentemente la piedra había rebotado en el metal, castigando el ultraje a la diosa.

Yo cerré la ventana riéndome.

—¡Otro vándalo castigado por Venus! ¡Así saliesen con la cabeza rota todos los destructores de nuestros monumentos antiguos!

Hecho este voto caritativo, me dormí.

Era ya muy entrado el día cuando desperté. Junto a mi cama estaban, a un lado el señor Peydehorade, de bata, y al otro lado un criado enviado por su señora, con una taza de chocolate en la mano.

—¡Vamos, levántese usted, señor parisiense! ¡Oh! ¡esos perezosos de la capital!... — decía mi huésped mientras me vestía con premura. — ¡Son las ocho y todavía en la cama! Yo estoy levantado desde las seis. Es la tercera vez que subo: me acerqué de puntillas a la puerta, y nada ¡ni señales de vida! A su edad le hará daño dormir demasiado. ¡Y mi Venus, que todavía no ha visto usted! ¡Vamos!, tome en seguida esa taza de chocolate de Barcelona... Verdadero contrabando... Chocolate como no lo hay en París. Tome usted fuerzas, porque cuando se encuentra en presencia de mi Venus no habrá quien lo aparte de ella.

En cinco minutos estuve listo: es decir, medio afeitado, mal abrochado, y quemado por el chocolate que estaba hirviendo. Bajé al jardín y me encontré delante de una admirable estatua.

Era, efectivamente, una Venus, de maravillosa belleza. Llevaba desnuda la parte alta del cuerpo, como los antiguos solían representar a las grandes divinidades: la mano derecha, levantada a la altura del pecho, con la palma hacia dentro, tenía extendidos el pulgar y los dos primeros dedos, y ligeramente doblados los otros dos. La otra mano, pegada a la cadera , sostenía el ropaje que cubría la parte inferior del cuerpo.

La actitud de la estatua recordaba la del "Jugador de morra" que designan, no sé por qué, con el nombre de Germánico. ¡Quién sabe si habían querido representar a la diosa jugando a la morra!

Sea como fueae, no es posible ver nada más perfecto que el cuerpo de aquella Venus; nada más suave ni más voloptuoso que sus contornos; nada más elegante ni más noble que su ropaje. Yo me había figurado que se trataba de una escultura del Bajo Imperio, y lo que veía era una obra maestra del mejor tiempo de la estatuaria. Lo que yo admiraba, sobre todo, era la exquisita verdad de las formas que hubieran parecido modeladas al natural, si la naturaleza produjese modelos tan perfectos.

La cabellera, levantada sobre la frente, parecía haber sido dorada en otro tiempo. La cabeza, pequeña como casi la de todas las estatuas griegas, se hallaba ligeramente inclinada hacia adelante. En cuanto a la cara, no me sería posible expresar su carácter extraño.

Su tipo no se parecía al de ninguna estatua antigua que yo recordase. No era esa belleza tranquila y severa de los escultores griegos que, por sistema, daban a todas las facciones una majestuosa inmovilidad. Aquí, al contrario, observaba yo con sospresa, la marcada intención del artista para expresar la malicia que llega hasta la maldad. Todas las facciones se hallaban lijeramente contraídas: los ojos un poco oblicuos, la boca contraída en las comisuras de los labios, las narices ligeramente hinchadas. Desdén, ironía, crueldad, todo esto se leía en aquella cara de una increíble belleza sin embargo. Cuanto más miraba uno aquella admirable estatua, más sentía que tan maravillosa hermosura pudiese aparejarse con la ausencia de toda sensibilidad .

—Si el modelo existió — dije al señor de Peyrehorade, — y dudo que el cielo haya producido jamás semejante mujer, compadezco mucho a sus amantes! Debió complacerse en hacerloe morir de desesperación. Hay en su expresión algo de feroz, y sin embargo, nunca vi nada más bello.

—"C'est Vénus tout intiére á sa proie attachée! — exclamó el señor de Peyrehorade, satisfecho de mi entusiasmo. (1)

Aquella impresión de ironía infernal era quizás aumentada por el contraste de sus ojos incrustados de plata y muy brillantes con la pátina de un verde oscuro que el tiempo había dado a toda la estatua. Aquellos ojos brillantes producían cierta ilusión que recordaba la realidad, la vida. Acordóme de lo que me había dicho mi guía, que la estatua hacía bajar los ojos a los que la miraban. Casi era verdad, y no pude evitar un momento de cólera contra mí mismo al sentir cierto malestar delante de aquella figura de brance.

—Ahora que lo ha ahmirado todo en detalles, mi querido colega de antiguallería — dijo mi huésped, — abramos, si usted lo tiene a bien, una conferencia científica. ¿Qué dice usted de esta pequeña inscripción, en que todavía no se ha fijado?

Me enseño en el zócalo estas palabras que leí:

"Cave amantem"

—"Quid dixis, doctissime? — me preguntó frotándose las manos. — ¡A ver si coincideremos sobre el sentido de este cave amantem!

—Hay dos sentidos, — contesté.—Se puede traducir: "Cuidado con el que te ama, no te fíes de los amantes." Pero en este sentido, no sé si cave amantem sería de buena latinidad. En vista de la expresión diabólica de la dama, creo más bien que el artista quiso poner en guardia al espectador contra esa terrible beldad. Yo traduciría pues ¡"Ten cuidado si ella te ama"!

—Hum! — dijo el señor de Peyrehorade; — sí, es un sentido admirable; pero, usted perdone, prefiero la primera traducción, que desarrollaré sin embargo. ¿Usted conoce al amante de Venus?

—Son varios.

—Sí; pero el principal es Vulcano. ¿No se ha querido decir: "A pesar de toda la belleza y de tu aire desdeñoso, tendrás un herrero, un horrible cojo por amante"? ¡Lección profunda para las coquetas!

No pude menos de sonreirme, de tal modo la explicación me pareció traída por los cabellos.

—El latín, con su concisión, es una lengua terrible, — dije a fin de evitar el contradecir formalmente a mi anticuario, y retrocedí algunos pasos con el objeto de contemplar mejor la estatua.

—¡Un instante, mi querido colega! — dijo el señor de Peyrehorade, deteniéndome por el brazo; — aun no lo ha visto usted todo. Hay otra inscripción. Suba usted al zócalo, y fíjese bien en el brazo derecho.

Esto diciendo, me ayudaba a subir.

(1) — ¡Es Venus atenta del todo a su presa!

Me agarré sin grandes miramientos al cuello de la Venus, con la cual empezaba a familiarizarme. Hasta la miré un momento de una manera provocativa, y de cerca me pareció todavía más perversa, aunque también más bella. Luego ví grabados en el brazo algunos caracteres de letra cursiva antigua, a lo que me pareció. A fuerza de hacer funcionar mis gafas, deletreé lo siguiente, y mientras tanto el señor de Peyrehorade repetía cada palabra, a medida que yo la pronunciaba, aprobando con el gesto y con la voz. Leí, pues:

VENERI TVRBVL...
EVTYCHES MYRO
IMPERIO FECIT.

Después de la primera palabra TVRBVL de la primera línea, me pareció que había algunas letras borradas; pero TVRBUL era perfectamente legible.

—¿Lo cual quiere decir?... — me preguntó mi huésped, radiante de júbilo y sonriendo con malicia, pues estaba seguro de que yo no descifraría fácilmente aquel TVRBVL.

—Hay una palabra que aun no me explico,—le dije;—todo lo demás es fácil. EVTRCHES MYRON hizo esta ofrenda a Venus por orden suya.

—¡Magnífico! Pero, ¿qué hace usted de TVRBVL?

—No me lo explico. En vano busco algún epíteto conocido de Venus que pueda ayudarme. Vamos a ver: ¿Qué le parece TVRBVLENTA? Venus que turba, que agita... Como usted ve, me sigue preocupando su expresión perversa. TVRBVLENTA no es mal epíteto para Vens, — añadí en tono modesto, pues yo mismo no estaba muy satisfecho de mi explicación.

—¡Venus turbulenta! ¡Venus la revoltosa! Pero, ¿usted cree que mi Venus es una Venus tabernaria? No, señor: es una Venus de buen tono. Pero voy a explicarle este TVRBVL... Mas prométame al menos no divulgar mi descubrimiento antes de la impresión de mi memoria. Porque la verdad es que me vanaglorio de este hallazgo... Déjennos algo que espigar a nosotros, pobres diablos de provincias. ¡Harto cosechan ustedes, los sabios de París!

Desde lo alto del pedestal en que yo seguía encaramado, le prometí solemnemente que no cometería nunca la indignidad de robarle su descubrimiento.

—TVRBVL..., — dijo, acercándose y bajando la voz por temor de que otro que no fuera yo pudiese oirle, — léase TVRBVLNERAE.

—No comprendo, tampoco.

—Escuche bien. A una legua de aquí, al pie de la montaña, hay un pueblo que se llama Bulternera. Es una corrupción de la palabra latina TVRBVLNERA. Estas inversiones son muy comunes. Bulterna es población romana. Siempre lo sospeché, pero nunca había encontrado la prueba. La prueba, está aquí. Esta Venus era la divinidad tópica de la ciudad de Bulternera, cuyo antiguo origen acabo de demostrar, y prueba una cosa

mucho más curiosa: antes de ser la ciudad romana, había sido ciudad fenicia.

Hizo una pausa para respirar y gozar de mi sorpresa. Yo logré reprimir unas fuertes ganas de soltar la risa.

—En efecto, — continuó, — TVRBVLNERA es fenicio puro: "Tur" es el nombre fenicio de Tiro, cuyo sentido no necesito recordar a usted. "Bull" es Baal; Bal, Bel, Bul, ligeras diferencias de pronunciación. En cuanto a "nera", me cuesta algún trabajo. Me inclino a creer, a falta de encontrar una palabra fenicia, que esto procede del vocablo griego "neró"; húmedo, pantanoso. Sería, pues, una palabra híbrida. Para justificar esta hipótesis, le enseñaré a usted en Bulternera cómo los arroyos de la montaña forman allí charcas infectas. Por otra parte, la terminación "nera" pudo haberse añadido mucho más tarde en honor de Nera Pivesuvia, mujer de Tétrico, la cual dispensó quizás algún bien a la ciudad de Turbul. Pero a causa de las charcas, prefiero la etimología de "nerós".

Tomó un polvo de rapé con aire satisfecho y continuó:

—Pero dejemos a los fenicios y volvamos a la inscripción. Traduzco, pues: "A Venus de Bulternera Mirón dedica por orden suya, esta estatua, su obra".

Me guardé bien de criticar su etimología, pero quise a mi vez dar pruebas de penetración, y le dije:

—¡Alto, señor mío! Mirón consagró algo, pero no veo en manera alguna que sea esta estatua.

—¡Cómo! — exclamó. — ¿Mirón no era un famoso escultor griego? El talento debió perpetuarse en su familia: uno de sus descendientes haría esta estatua. De seguro.

—Pero, — repliqué, — veo en el brazo un pequeño agujero. Debió servir para sujetar algo, como por ejemplo un brazalete, que ese Mirón dió a Venus en ofrenda expiatoria. Mirón era un amante desgraciado. Venus estaba irritada contra él, y él la aplacó consagrándole un brazalete de oro. Tenga usted en cuenta que "fecit" se toma muy a menudo por "consecravit". Son términos sinónimos. Le enseñaría a usted más de un ejemplo si tuviese a mano las obras de Guter o de Orelli. Es natural que un enamorado sueñe con Venus, que se le imagine que ésta le manda ofrecer un brazalete a su estatua. Mirón le consagró, pues, un brazalete. Luego, los bárbaros, o algún ladrón sacrílego...

—¡Ah, cómo se vé que ha compuesto usted novelas! — exclamó mi huésped ayudándome a bajar. — No, señor; es una obra de la escuela de Mirón. "Mire el trabajo, y se convencerá".

Fiel a mi costumbre de no contradecir jamás a todo trance a los anticuarios obstinados, bajé la cabeza con aire de convicción, diciendo: "Es una obra admirable".

—¡Ah! ¡Dios mío! — exclamó el señor de Peyrehorade. — ¡Otro acto de vandalismo! ¡Han debido tirar una piedra a mi estatua!

Acababa de ver una marca blanca, un poco más arriba del pecho de Venus. Yo noté otra huella igual en los dedos de la mano derecha, que la piedra, a lo que yo supuse entonces, había tocado en su trayecto, o bien caon el choque se desprendió de la misma piedra un fragmento que dió en la mano. Referí a mi huésped el ultraje presenciado por mí y el pronto castigo que recibió. El caso le hizo reir mucho y comparando al aprendiz con Diomedes, hizo votos porque viera, como el héroe griego, a todos sus compañeros transformados en pájaros blancos.

La campana del almuerzo interrumpió nuestra clásica conversación y, como la víspera, tuve que comer como cuatro. Luego vinieron los colonos del señor de Peyrehorade y mientras él les daba audiencia, su hijo me llevó a que viese una carretela que había comprado en Tolosa para su novia, y que yo admiré naturalmente. Después entré con él en la cuadra, donde durante media hora, me estuvo haciendo el elogio de sus caballos, explicando su genealogía y enumerando los premios que habían ganado en las carreras del departamento. Finalmente me habló de su futura esposa, por la transición de una legua gris que le destinaba.

—La veremos hoy — dijo. — No sé si la encontrará usted bonita. En París, son ustedes difíciles de contentar; pero, aquí y en Perpiñán, todo el mundo la encuentra encantadora. Lo bueno es que es muy rica. Su tía de Prades le dejó toda su fortuna. ¡Oh! voy a ser muy feliz.

Me chocó profundamente ver a un joven más entusiasmado por la dote que por la hermosura de su novia.

—Usted es conocedor en joyas — prosiguió Alfonso — ¿qué le parec ésta? Es el anillo de boda que le daré mañana.

Esto diciendo, sacó de la primera falange de su dedo meñique una gruesa sortija de oro incrustada de diamantes, que figuraba dos manos entrelazadas, alusión que me pareció infinitamente poética. Era alhaja antigua, pero juzgué que la habían retocado para engarzar los diamantes. En el interior del anillo se leían estas palabras en letras góticas: "Sempr'sab tú," es decir, siempre contigo.

—Es una hermosa sortija — le dije; — pero estos diamantes añadidos le han hecho perder algo de su carácter.

—¡Oh!, así es mucho más hermosa — contestó él sonriéndose. — Hay aquí por mil doscientos francos de diamantes. Es un regalo de mi madre. Era una sortija de familia, muy antigua... del tiempo de la caballería. La usó mi abuela, que la había heredado de la suya, Sabe Dios cuándo fué hecha.

—En París — le dije — se acostumbra dar un anillo sencillísimo, ordinariamente compuesto de dos metales diferents, como oro y platino. Esa otra sortija, que lleva usted, sería muy a propósito. Esta, con sus diamantes y manos de relieve, es tan gruesa, que no sería en manera alguna posible ponerse un guante por encima.

—¡Oh!, mi mujer se las arreglará como quiera. De todos modos, creo que se alegrará de poseerla. No todas pueden llvar mil doscientos francos en el dedo. Esta sortijita

— añadió mirando con aire de satisfacción el anillo liso que llevaba puesto, — me la regaló una mujer en París, un martes de Carnaval. ¡Ah! ¡Cómo me divertí en París, hace dos años! ¡Allí sí que se divierte uno en grande!... — Y suspiró como si echara de menos aquellas diversiones.

Aquel día teníamos que comer en Puygarrig, en casa de la novia, y fuimos en carretela a la quinta, distante legua y media de Ille. Fuí presentado y acogido como amigo de la familia. No hablaré de la comida ni de la conversación de sobremesa, en la cual tomé poca parte. Alfonso, sentado al lado de su futura, le decía una palabra cada cuarto de hora. Ella apenas levantaba los ojos, cada vez que su novio le hblaba, se ponía colorada con modestia, pero le contestaba sin embarazo.

La señorita de Puygarrig tenía dieciocho años, su talle flexible y delicado contrastaba con las formas huesosas de su robusto prometido. No sólo era bonita, sino que era, además, seductora. Yo admiraba la perfecta naturalidad de todas sus contestaciones; y su aire de bondad, no exento sin embargo, de un ligero tinte de malicia, me recordó, a pesar mío, la Venus de mi huésped. En aquella comparación que hice para mis adentros, me preguntaba si la superioridad de belleza, que no había más remedio que conceder a la estatua, no dependía, en gran parte, de su expresión de crueldad; pues la energía, aun en las malas pasiones, excita siempre en nosotros un asombro y una especie de admiración involuntaria.

"¡Lástima, me dije al salir de Puygarrig, que una persona tan amable sea rica, y que por su dote la busque un hombre indigno de ella!"

De regreso a Ille, y no sabiendo qué decir a la señara de Peyrehorade, a quien me creía obligado a dirigir de vez en cuando la palabra:

—¡Son ustedes muy despreocupados en el Rosellón! — exclamé. — Se atreven ustedes, señora, a celebrar un casaminto el viernes! En París tendríamos más superstición; nadie se atrevería a casarse en semejante día.

—¡Jesús!, no me hable usted, — me dijo ella; — si no hubiese dependido más que de mí, seguramente se hubiera elegido otro día. Pero Peyrehorade lo quiso así, y no ha habido más remedio que ceder. Me da pena, sin embargo. ¡Si sucediese alguna desgracia!... ¡Es preciso ue haya alguna razón para que todo el mundo tenga miedo al viernes!

—¡El viernes !— exclamó su marido, — es el día de Venus! ¡Buen día para un casamiento! Como usted ve, mi querido colega, no pienso más què en mi Venus. ¡Palabra de honor que elegí el viernes a causa de ella! Mañana, si usted quiere, antes de la boda, le haremos un pequeño sacrificio; sacrificaremos dos palomas, y si supiera dónde encontrar incienso...

—¡Quita allá, Peyrehorade! — interrumpió su mujer, escandalizada en grado sumo. — ¡Incensar a un ídolo! ¡Sería un acto abominable! ¿Qué dirán de nosotros en el país?

—Al menos,—dijo el señor de Peyrehorade, — me permitirás que le ponga una corona de rosas y lirios :

"Manibus date lilia plenis".

Ya ve usted que la Constitución es un papel mojado. "¡La libertad de cultos no existe!"

Para el día siguiente se formó este programa: Todo el mundo debía estar vestido a las seis en punto. Después del chocolate, irían en coche a Puygarrig. El matrimonio civil tenía que celbrarse en la alcaldía, y la ceremonia rligiosa en la capilla de la quinta. Después seguiría un almuerzo. Después de almorzar se pasaría el tiempo de cualquier manera hasta las siete. A las siete, regreso a Ille, a casa de Peyrehorade, donde debían cenar las dos familias reunidas. No pudiendo bailar, habían resuelto comer todo lo posible.

A las ocho, ya estaba sentado delante de la Venus, lápiz en mano, tratando por vigésima vez de dibujar la cabeza, sin lograr reproducir su expresión. El señor de Peyrehorade iba y venía en tonrno mío, dándome consejos y repitiéndome sus etimologías fenicias; luego colocó rosas de Bengala sobre el pedestal de la estatua, al mismo tiempo que, en tono tragicómico, le rogaba que protegiese a la joven pareja que iba a vivir bajo su tscho. A cosa de las nueve se marchó a vestirse. En seguida apareció Alfonso, prieto en un frac nuevo, de guante blanco, zapatos de charol, botones cincelados, y una rosa en el ojal.

—¿Hará usted el retrato de mi mujer? — me dijo inclinándose sobre mi dibujo. — También es bonita.

En aquel momento empezaba, en el juego de pelota de que hablé, una partida que inemidatamente llamó la atención de Alfonso. Y yo, cansado y desesperado de copiar fielmente aquella diabólica figura, abandoné el dibujo para mirar a los jugadores. Había llegado la víspera. Eran aragoneses y navarros, casi todos de una destreza maravillosa. Así es que los ilesos, aunque alentados por la presencia y los consejos de Alfonso, pronto fueron derrotados por aquellos nuevos campeones. Los espectadores nacionales se hallaban consternados.

Alfonso consultó su reloj. Aun no eran más que las nueve y mdia. Su madre aun no estaba peinada. Ya no vaciló: quitóse el frac, pidió una raqueta, y desafió a los españoles. Yo le miraba hacer, sonriéndome y un poco sorprendido.

—Hay que sostener el honor del país, — dijo.

Entonces me pareció verdaderamente hermoso. Su traje, que tanto le ocupaba hacía poco, ya no era nada para él. Minutos antes, no se atrevía a volver la cabeza por temor de desarreglar su corbata. Ahora ya no se acordaba ni de su pelo rizado ni de su pechera bien planchada. ¿Y su novia... Yo creo que si hubiera sido necesario, hubiese hecho aplazar la boda. Le vi ponerse rápidamente un par de sandalias, arremangarse y ponerse al frente del partido vencido. Salté el seto, y me coloqué cómodamente a la sombra de

un almez, de modo que podía ver bien los dos campos.

Contra lo que todo el mundo esperaba, Alfonso perdió el primer tanto; la verdad es que la pelota vino rozando el suelo y lanzada con una fuerza sorprendente por un aragonés que parecía ser el jefe de los españoles.

Era un hombre de unos cuarenta años, seco y nervioso, de seis pies de estatura, y su cutis aceitunado era de un color casi tan oscuro como el bronce de la Venus.

Alfonso tiró la pala al suelo con furor.

—¡Esta maldita sortija, — exclamó, — que me aprieta el dedo, y me hace perder una pelota segura!

Quitóse, no sin trabajo, su sortija de diamantes: yo me acerqué para recibirla, pero adivinó mi intención, corrió a la Venus, le puso la sortija en el dedo anular, y volvió a su puesto a la cabeza de los illeses.

Estaba pálido, pero tranquilo y resuelto. Desde aquel momento, no erró un solo golpe, y los españoles fueron completamente derrotados. El entusiasmo de los espectadores ofreció un bello espectáculo: unos daban mil gritos de alegría tirando sus gorras al aire; otros le estrechaban las manos, llamándole honor del país. Si hubiera rechazado una invasión, dudo que hubiese recibido felicitaciones más vivas y más sinceras. El mal humor de los vencidos contribuía a aumentar el brillo de su victoria.

—Jugaremos la revancha, amigo, — dijo el aragonés con tono de superioridad; — pero le daré puntos de ventaja.

Yo hubiera deseado que Alfonso fuese más modesto, y la humillación de su rival casi me dió pena.

El gigante español se resintió profundamente de aquel insulto. Le vi palidecer bajo su tostado cutis. Miraba tristemente su raqueta apretando los dientes; y dijo luego con voz ahogada: "Me la pagarás".

La voz del señor de Peyrehorade turbó el triunfo de su hijo; mi huésped, asommbrado de no verle dirigir los preparativos de la carretela nueva, asombróse todavía más al verle bañado en sudor, con la raqueta en la mano. Alfonso corrió a su casa, se lavó la cara y las manos, volvió a ponerse su frac nuevo y sus zapatos de charol, y cinco minutos después marchábamos a trote largo, camino de Puygarrig. Tódos los jugadores de pelota de la población, y gran número de espectadores nos siguieron con gritos de júbilo. Los vigorosos caballos que tiraban del coche, apenas podían mantener la delantera que llevaban a aquellos intrépidos catalanes.

Estábamos en Puygarrig, y el cortejo iba a ponerse en marcha para la alcaldía, cuando Alfonso, dándose un golpe en la frente, me dijo en voz baja:

—¡Qué torpeza! ¡Me olvidé de la sortija! ¡Quedóse en el dedo de la Venus, que el diablo se lleve! No lo diga usted a mi madre. Es posible que no note nada.

—Podría usted mandar por ella. — le dije.

—¡Bah! Mi criado se quedó en Ille. De éstos no me fío mucho. ¡Mil doscientos francos de diamantes! La joya es tentadora. Además, ¿qué pensarían aquí de mi distracción? Se burlarían de mí. Me llamarían el marido de la estatua... ¡Con tal que no me la roben! Afortunadamente los pícaros le tienen miedo al ídolo. No se atreven a ponerse al alcance de su brazo. ¡Bah! No importa; tengo otra sortija.

La ceremonia civil y la religiosa se realizaron con la debida pompa; y la señorita de Puygarrig recibió la sortija de una modista de París, sin sospechar que su novio le hacía el sacrificio de una prenda amorosa. Luego nos sentamos a la mesa, donde se bebió, se comió y se cantó largamente. Yo compadecía a la novia por las inmoderadas explosiones de alegría que se producían en torno de ella; sin embargo, mostró más presencia de ánimo de lo que yo esperaba, y su turbación no era afectación ni torpeza.

Quizás se cobra valor en las situaciones difíciles.

Terminado el almuerzo cuando Dios quiso, eran ya las cuatro; los hombres fueron a pasearse por el parque, que era magnífico, o miraron bailar sobre el césped de la quinta a las campesinas de Puygarrig, engalanadas con sus trajes de fiesta. Así pasamos algunas horas. Mientras tanto las mujeres estaban con la novia, que las hacía admirar su canastilla. Luego cambio de traje, y observé que había cubierto sus hermosos cabellos con una papalina y un sombrero guarnecido de plumas, pués las mujeres se apresuran a ponerse, tan pronto como pueden, los adornos que la costumbre les prohibe llevar de solteras.

Eran cerca de las ocho cuando la comitiva se dispuso a partir para Ille. Pero hubo una escena patética. La tía de la señorita Puygarrig, que le servía de madre, mujer muy anciana y muy devota, no tenía que ir con nosotros al pueblo. En el momento de partir hizo a su sobrina un sentido sermón sobre sus deberes de esposa, de cuyo sermón resultó un torrente de lágrimas y de abrazos sin fin. El señor de Peyrehorade comparó esta separación con el rapto de las Sabinas. Partimos, sin embargo, y durante el camino, cada cual procuró distraer y hacer reir a la novia; pero en vano.

En Ille nos esperaba la cena, y ¡qué cena! Si la grosera alegría de la mañana me había chocado, la de la noche me chocó mucho mas por los equívocos y las bromas de que la novia, sobre todo, fué objeto. El novio que había desaparecido un momento antes de sentarse a la mesa, estaba pálido y con una seriedad glacial. Bebía a cada instante vino rancio de Colliure casi tan fuerte como el coñac. Yo estaba a su lado, y me creí en el deber de prevenirle:

No sé qué tontería le dije para ponerme al unísono de los comensales.

El me apretó la rodilla, y me dijo en voz baja:

—Cuando nos levantemos de la mesa... necesito decirle dos palabras.

Su tono solemne me sorprendió . Le miré más atentamente, y noté la extraña alteración de sus facciones.

—¿Se siente usted indispuesto? — le pregunté.

—No.

Y continuó bebiendo.

Mientras tanto, en medio de gritos y palmoteos, un chico de unos once años, que se había colacado debajo de la mesa, enseñaba a la concurrencia una bonita cinta blanca y rosada que acababa de desatar del tobillo de la novia. Esto representa la liga y se le da el nombre de tal. En seguida fué cortada en pedazos y distribuída a los jóvenes que se la pusieron en el ojal, según una antigua costumbre que aun se conserva en algunas familias patriarcales. Con tal motivo, la novia se puso colorada como una amapola... Pero su turbación llegó al colmo cuando el señor de Peyrehorade, después de haber reclamado silencio, le cantó unos versos catalanes, improvisados, según dijo. He aquí su sentido, si mal no comprendía:

—¿Qué es esto, amigos? El vino que he bebido me hace ver las cosas por duplicado? Aquí hay dos Venus...

La novia volvió la cabeza con un aire despavorido que hizo reir a todo el mundo.

—Sí, — prosiguió el señor de Peyrehorade, — hay dos Venus bajo mi techo. La una, la encontré bajo tierra como una trufa; la otra, bajada de los cielos, acaba de distribuirnos su cintura.

Quería decir su liga.

—Hijo mío, escoge entre la Venus romana y la catalana, que es la mejor. La romana es negra, y la catalana es blanca. La romana es fría, y la catalana inflama cuanto se le acerca.

Este final arrancó tal hurra, aplausos tan ruidosos y risas tan sonoras, que creí que el techo se nos iba a caer encima. En torno de la mesa no había más que tres caras serias, la de los novios y la mía. Yo tenía un fuerte dolor de cabeza; además, no sé por qué, pero a mí los casamientos me entristecen siempre; y aquel, por añadidura, me inspiraba cierta repugnancia.

Después que el teniente de alcalde hubo cantado las últimas coplas, que por cierto eran muy verdes, se pasó al salón para gozar de la marcha de la novia que iba a ser acompañada a su cuarto, pues ya era cerca de la media noche.

Alfonso me llevó al hueco de una ventana, y me dijo apartando la vista:

—Va usted a burlarse de mí... Pero no sé lo que me pasa... ¡el diablo me lleve si no soy víctima de algún maleficio!

Lo primero que se me aocurrió pensar fué que se creía amenazado de alguna desgracia de las que hablan Montaigne y madama de Sevigné.

"Todo el imperio amoroso está lleno de historias trágicas", etc.

Yo creía que esa clase de accidentes no pasaban más que a personas de talento.

—Amigo mío, ha bebido usted demasiado vino de Colliure — le dije. — Le previne a usted.

—Sí, puede ser. Pero se trata de algo más terrible.

Hablaba con voz entrecortada. Yo le creí completamente ebrio.

—¿Sabe usted, mi sortija? — prosiguió después de una pasa.

—¡Y bien! ¿Se la han robado?

—No.

—Entonces, ¿la tiene usted?

—No... no puedo sacarla del dedo de esa endemoniada Venus.

—¡Bah! no tiró usted bastante fuerte.

—Sí, sí... Pero la Venus... apretó el dedo.

Me miraba fijamente con ojos espantados, apoyándose en la falleba para no caer.

—¡Qué tontería! — le dije. — El que apretó demasiado fué usted, al meter la sortija. Mañana la sacará usted con unas tenazas. Pero cuidado con estropear la etatua.

—No; le digo a usted que la Venus ha doblado el dedo; cierra la mano, ¿entiende usted?... No parece sino que es mi mujer, puesto que le di el anillo nupcial... No quiere devolvérmelo.

Yo experimenté un súbito estremecimiento, y tuve un instante la carne de gallina. Luego dió un gran suspiro que me envió una tufarada de vino, y toda mi emoción desapareció.

—El infeliz — pensé — está completamente beodo.

—Usted es anticuario — añadió el novio con un tono lamentable; — usted conoce esa clase de estatuas... hay quizá algún resorte, algún secreto que yo no conozco... Vaya usted a ver.

—Con mucho gusto, — dije. — Venga usted conmigo.

—No, prefiero que vaya usted solo.

Salí del salón.

El tiempo había cambiado durante la cena, y empezaba a llover a cántaros. Iba a pedir un paraguas, cuando una reflexión me detuvo. ¡Sería una gran necedad ir a comprobar lo que me ha dicho un borracho! Por otra parte, quizá haya querido gastar conmigo una broma de mal género para hacer reir a esos honrados provincianos; y lo menos que puede sucederme, es tomar una mojadura y coger un buen constipado.

Desde la puerta dirigí una mirada a la Venus que estaba chorreando agua y subí a mi cuarto sin volver al salón. Me acosté; pero tardé en dormirme. Me venían a la memoria todas las escenas del día. Pensaba en aquella joven tan bella y tan pura, ¡abandonada a un borracho brutal! ¡Qué cosa tan odiosa es un matrimonio de conveniencias!, me decía. ¡Un alcalde se pone una banda tricolor, un cura una estola, y la más honesta muchacha del mundo queda entregada al Minotauro! Dos seres que no se aman, ¿qué pueden decirse en semejante momento, por el cual dos amantes darían su via? ¿Una mujer puede amar jamás a un hombre que ha visto grosero una vez?

Las primeras impresiones no se borran nunca, y estoy seguro de que ese Alfonso merecerá que se le aborrezca....

Durante mi monólogo, que abrevio mucho, había oído muchas idas y venidas en la casa, abrir y cerrar de puertas, ruido de coches que partían; luego me parecía haber oído en la

escalera los pasos ligeros de varias mujeres que se dirigían hacia el extremo del corredor opuesto a mi cuarto. Era probablemente el cortejo de la novia que acompañaban a la cama. Luego habían vuelto a bajar la escalera. La puerta del cuarto nupcial se había cerrado. ¡Qué trastorno el de esa pobre muchacha!, pensé. Y me revolví en la cama, de mal humor. Un soltero hace un triste papel en una casa en que se efectúa un casamiento.

El silencio reinaba hacía rato cuando fué interrumpido por pasos pesados que subían la escalera. Los escalones de madera crujieron fuertemente.

—¡Qué animal! — exclamé. — Apuesto a que va a caerse de la escalera.

Todo volvió a quedar tranquilo. Cogí un libro para cambiar el curso de mis ideas. Era una estadística del departamento, acompañada de una memoria del señor Peyrehorade sobre los monumentos druídicos del distrito de Prades. A la tercera página me entró el sueño.

Dormí mal y me desperté varias veces. Serían las cinco de la mañana, y hacía más de veinte minutos u eyo estaba despierto, cuando cantó el gallo. Despuntaba el día. Entonces oí los mismos pasos, pesadísimos, los mismos crujidos de la escalera que había oído antes de dormirme. Ello me pareció singular. Bostezando, traté de adivinar por qué el joven Alfonso se levantaba tan temprano. No se me ocurría nada de verosímil. Iba a cerrar otra vez los ojos cuando mi atención de nuevo excitada por un pisoteo extraño al que añadió en seguida el toque de campanillas, el ruido de puertas que se abrían con estrépito y gritos confusos.

—¡Mi borracho habrá pegado fuego a la casa! — pensé saltando de la cama.

Vestíme rápidamente y salí al corredor. Del extremo opuesto partían gritos y lamentos, y una voz desgarradora dominaba a las demás: "¡Mi hijo!... ¡Hijo mío!..." Era evidente que a Alfonso le había ocurrido alguna desgracia. Corrí al cuarto nupcial, que encontré lleno de gente. El primer espectáculo que se ofreció a mi vista fué el joven medio vestido, atravesado en la cama, cuya armazón de madera estaba rota. Le vi lívido, inmóvil. La madre lloraba y gritaba a su lado. El señor de Peyrehorade se agitaba, frotándole las sienes con agua de colonia y tratando de hacerle respirar esencias. ¡Ah! hacía rato que su hijo estaba muerto. En un canapé, al otro extremo del cuarto, se encontraba la novia, presa de horribles convulsiones. Daba gritos inarticulados, y dos robustas criadas pasaban todas las penas del mundo para contenerla.

—¡Cielos! — exclamé, — ¿qué ha pasado?

Me acerqué a la cama y levanté el cuerpo del desdichado joven: estaba rígido y frío. Sus dientes apretados y su cara amoratada expresaban las más horribles angustias. Al parecer su muerte había sido violenta y su agonía terrible. Sin embargo, no se veía en su ropa el menor rastro de sangre. Abrí su camisa y vi en su pecho una huella lívida que se prolongaba por el costado y la espalda. Hubierase dicho que le habían apretado dentro de una argolla de hierro. Pisé sobre la alfombra una cosa dura; me incliné y vi la cortija de diamantes.

Hice que el señor Peyrehorade y su mujer pasasen a su cuerto, y que allí fuese trasladada su nuera. "Les queda a ustedes una hija, dije a los padres de Alfonso, y deben cuidar de ella." Entonces les dejé solos.

Me parecía indudable que el joven Peyrehorade había sido víctima de un asesinato cuyos autores se habían introducido durante la noche en el cuarto de la novia. Aquellas magalladuras en el pecho y su dirección circular me llenaban sin embargo de confusión, pues no hubieran podido producirse con un palo ni con una barra de hierro. De pronto recordé haber oído decir que en Valencia había matones que se servían de largos sacos de cuero llnos de arena fina para asesinar a las personas de cuya muerte se habían encargado. En seguida me acordé del arriero aragonés y de su amenaza; sin embhargo no me atrevía a creer que por una simple broma se hubiese tomado tan terrible venganza.

Busqué por toda la casa huellas de escala, y no las encontré en ninguna parte. Bajé al jardín para ver si los asesinos habían podido entrar por aquel lado, y tampoco encontré ningún indicio cierto. Además la lluvia de la víspera había inundado el suelo de tal modo que no hubiera podido conservar claramente huella alguna. Observé, sin embargo, algunas pisadas profundamente impresas en la tierra; las había en dos direcciones contrarias, pero sobre una misma línea que, partiendo del ángulo del seto contiguo al juego de pelota, iban a parar a la puerta de la casa. Podían ser las pisadas de Alfonso cuando fué a retirar su anillo del dedo de la estatua. Por otra parte, el seto, en aquel punto, era menos espeso que en los demás; los asesinos debían haber entrado por allí. Pasando y volviendo a pasar por delante de la estatua, me detuve un instante para examinarla. Esta vez, lo confieso, no pude contemplar sin espanto su expresión de perversidad irónica; e impresionado por las escenas horribles que acababa de presenciar, me pareció ver una divinidad infernal congratulándose de la desgracia que afligía a la familia de mi huésped.

Volvíme a mi cuarto y permanecí en él hasta el mediodía. Entonces salí y pregunté por los señores Peyrehorade. Se habían calmado un poco. La señorita de Puygarrig, mejor dicho, la viuda de Alfonso, había recobrado los sentidos. Hasta había hablado con el fiscal de la Audiencia de Perpiñán, que se encontraba de paso en Ille, y le tomó declaración. También me la tomó a mí. Le dije lo que sabía, sin ocultarle mis sospechas, contra el arriero aragonés. El magistrado ordenó su inmediata detención.

—¿Averiguó usted algo por la viuda? — pregunté al procurador del rey, una vez escrita y firmada mi declaración.

—Esa joven se ha vuelto loca, — me contestó sonriendo tristemente. — ¡Loca!, completamente loca. — He aquí lo que cuenta:

—Hacia pocos minutos que se había acostado, con las cortinas corridas, dice ella, cuando se abrió la puerta del cuarto, y entró alguien. Entonces la joven desposada se hallaba casi al borde posterior de la cama vuelta hacia la pared. No hizo el menor movimiento, persuadida de que era su marido. Al cabo de un instante, la cama crujió como si cargaran

sobre ella un peso enorme. La joven se asustó mucho, pero no se atrevió a volver la cabeza. Así pasaron cinco minutos, quizá diez ...no puede darse cuenta del tiempo transcurrido. Finalmente hizo un movimiento involuntario, o bien la persona que estaba en la cama hizo uno, y ella sintió el contacto de algo frío como el hielo, según sus propias expresiones. Entonces se apartó temblando hasta el borde mismo del lecho. Poco después, la puerta se abrió de nuevo, y entró alguien que dijo: Buenas noches, mujercita mía. Al cabo de un instante descorrieron las cortinas, y ella oyó un grito ahogado. La persona que estaba en la cama, al lado de ella, se incorporó y pareció tender los brazos hacia adelante. Entonces volvió la cabeza... y vió, dice ella, a su marido arrodillado junto a la cama, con la cabeza a la altura de la almohada, en brazos de una especie de gigante verdoso que le estrechaba con fuerza. Dice, y me ha repetido vinte veces... ¡pobre mujer!... dice que reconoció... adivine usted qué... la Venus de bronce, la estatua del señor Peyrehorade... Desde que la descubrieron, todo el mundo sueña con ella. Pero, prosigo el relato de la pobre loca. Ante semejante espectáculo, se desmayó, y probablemente hacía algunos instantes que había perdido la razón. En manera alguna puede decir cuánto tiempo estuvo desmayada. Vuelta en sí, volvió a ver el fantasma, o la estatua, como sigue diciendo, inmóvil, con las piernas y parte del tronco en la cama, el busto de su esposa; llamó a aquel hombre y le sus brazos su marido, inmóvil también. Cantó un gallo. Entonces la estatua saltó de la cama, dejó caer el cadáver y salió. La pobre joven tiró del cordón de la campanilla... y ya sabe usted lo demás.

Hicieron comparecer al español; estaba tranquilo, y se defendió con mucha sangre fría y presencia de espíritu. No negó las palabras que había oído; pero las explicó pretendiendo no haber querido decir otra cosa sino que, al día siguiente, después de haber descansado, hubiera ganado una partida de pelota a su vencedor. Recuerdo que añadió:

—Cuando un aragonés recibe un agravio, no espera al día siguiente para vengarse. Si hubiese creído que el señorito Alfonso había querido insultarme, en el acto le hubiera hundido mi navaja en el vientre.

Compararon sus zapatos con las pisadas del jardín, y aquéllos resultaron mucho mayores que éstas.

El posadero de aquel hombre aseguró que había pasado toda la noche dando fricciones y medicamentos a una de sus mulas que estaba enferma.

Además, el aragonés era hombre de buena reputación, muy conocido en el país, donde venía cada año para su comercio. Por consiguiente, se le devolvió la libertad, pidiéndole mil perdones.

Se me olvidó la declaración de un criado, la última persona que vió vivo a don Alfonso. Era en el momento de ir a subir éste al cuarto de su esposo; llamó a aquel hombre y le preguntó con aire de inquietud si sabía dónde estaba yo. El criado contestó que no me había visto. Entonces el señorito Alfonso suspiró y permaneció más de un minuto sin hablar. Después dijo: "¡Vamos! ¡También se lo habrá tragado el demonio!"

Pregunté a aquel hombre si don Alfonso llevaba su sortija de diamantes cuando le habló. El criado vaciló en contestar; por fin dijo que creía que no, pero que no se había fijado. "Si hubiese llevado puesta esa sortija, añadió rectificándose, yo lo hubiera notado sin duda, pues yo creía que la había dado a su esposa.'

Algunas horas después de los funerales de don Alfonso, me dispuse a salir de Ille. El coche del señor de Peyrehorade debía conducirme a Perpiñán. A pesar de su estado de debilidad, el pobre viejo quiso acompañarme hasta la puerta de su jardín. Lo cruzamos en silencio. El andaba con dificultad, apoyado en mi brazo.En el momento de separarnos, dirigí una postrer mirada a la Venus. Yo preveía que mi huésped, aunque no compartiese los terrores y los odios que la estatua inspiraba a una parte de su familia, querría desprenderse de un objeto que le rocardaría sin cesar una desgracia horrible. Mi intención era aconsejarle que la mandase a algún museo. No me atrevía a entrar en materia; pero el señor de Peyrehorade volvió maquinalmente la cabeza hacia el punto en que me veía dirigir la mirada, vió la estatua y le saltaron las lágrimas. Le abracé, y, sin atreverme a decirle una sola palabra, subí al coche.

Desde entonces, no he sabido que se haya hecho nueva luz sobre aquella misteriosa catástrofe.

El señor de Peyrehorade murió pocos meses después de su hijo. En su testamento me legó sus manuscritos, que publicaré quizás algún día. Entre ellos no encontré la memoria relativa a las inscripciones de la Venus.

P. D. — Mi amigo el señor de P. acaba de escribirme de Perpiñán diciendo que la estatua ya no existe. Después de la muerte de su marido, la señora de Peyrehorade se apresuró a mandarla fundir y hacer con su bronce una camapana. Bajo esta nueva forma se utiliza en la iglesia de Ille. Pero, añade el señor P., parece que la desgracia persigue a los poseedores de ese bronce. Desde que la nueva campana toca en Ille, las viñas se han helado dos veces.

PROSPER MERIMEE.

Coleccione usted "PUCKY". Por nueve pesos anuales tendrá usted 52 números, equivalentes a 3536 páginas, casi todas de lectura. ¡Una biblioteca de 100 tomos no tiene más lectura que un año de este magazine!

EL CUARTO ENCANTADO

Por CAMI

(Traducción del francés)

(Drama en dos noches y cuatro cuadros)

PRIMERA NOCHE

(La escena representa el interior de una hostería de aspecto descuidado y miserable.)

PRIMER CUADRO

EL POSADERO

(Solo). — Oigo el ruído de unas botas. ¿Quién podrá ser a estas horas?

LA VOZ DEL VIAJERO

Abrid: soy un viajero extraviado.

EL POSADERO

Tire de la aldaba y se correrá el pasador.

EL VIAJERO

Pronto, una habitación. Estoy cansadísimo. Necesito comer algo y disfrutar de un sueño reparador.

EL POSADERO

Mala suerte ha tenido el señor. La única habitación de la posada está embrujada y es imposible dormir en ella. Y no es que Totó tenga mal carácter; pero es alborotador como el mismo demonio.

EL VIAJERO

(Asombrado). — ¿Quién es ese Totó?

EL POSADERO

Nuestro aparecido; es el modo cariñoso como le llamamos en esta región.

EL VIAJERO

(Escéptico y fatigado). — Yo no creo en aparecidos ni en fantasmas. Lléveme a esa habitación; me estoy cayendo de sueño.

SEGUNDO CUADRO

(La habitación embrujada)

(El viajero se ha dormido ya. Las doce de la noche suenan lúgubremente en el gran reloj de péndulo que hay en la habitación embrujada. Apenas acaba de sonar la última campanada, se deja oír en el pasillo el sonido de un paso ligerísimo. Una ganzúa entra en la cerradura de la puerta, y ésta se abre, dejando paso al aparecido.)

EL APARECIDO

(Tropezando en una silla). — Bien podía estar encendida la luz; me voy a romper el alma.

EL VIAJERO

(Despertándose algo sobresaltado). — ¡Era verdad! (Enciende la luz y ve al aparecido.) — ¡Y es el fantasma clásico, con su sudario y sus cadenas pesadísimas! No tiene mal aspecto, si acaso, parece algo tímido. Señor fantasma: tengo un gran deseo de dormir, y me permito preguntarle si piensa usted estar aquí mucho rato.

EL APARECIDO

Hasta la madrugada. (Se golpea el hueso frontal.) ¡Ah! Ya decía yo que se me olvidaba algo: tengo que agitar las cadenas. (Las arrastra primero, y las lanza después violentamente contra el suelo.)

EL VIAJERO

(Estupefacto). — ¿Qué hace usted?

EL APARECIDO

¿No sabe usted que todos los aparecidos tienen que hacer ruído con unas cadenas.

EL VIAJERO

(Lógico ante todo). — Y eso, ¿por qué?

EL APARECIDO

A fe que no lo sé. Pero ¡como siempre se ha hecho así!

EL VIAJERO

(Convencido). — Es verdad. (Aparte.) ¡Dios mío, qué sueño tengo! (Bosteza.) Perdóneme; pero voy a volverme para dormir.

EL APARECIDO

Está usted en su derecho.

(Trancurren cinco minutos. Se oye un estrépito formidable.)

EL VIAJERO

(Despertando bruscamente).—¡Qué pasa!

EL APARECIDO

(Amablemente). — No se inquiete usted; soy yo, que he volcado este armario.

EL VIAJERO

(Siempre lógico). — Pero ¿por qué?

EL APARECIDO

Por nada. Por hacer algo más de ruido.

EL VIAJERO

(Inquieto). — ¿Y va a durar mucho este movimiento?

EL APARECIDO

(Fríamente). — Hasta que amanezca. **(Secamente.)** Tiene usted un sueño ligero. ¡Por nada se despierta! **(Con más amabilidad.)** ¿Tiene usted inconveniente en que juguemos una partida a la taba para pasar el tiempo?

(La partida se entabla entre el viajero y el aparecido. Una vez terminada, el último consulta el reloj de péndulo.)

EL APARECIDO

¡Por vida de un fantasma! ¡Me he distraído con este maldito juego!... ¡Hace dos horas que no agito mis cadenas! ¿Dónde demonio las he dejado?

EL VIAJERO

Ahí, en la mesa.

EL APARECIDO

Es cierto. Muchas gracias, señor. **(Vuelve a hacer sonar las cadenas, chocándolas contra las paredes, y faltando poco para aporrear con ellas al viajero.)**

EL VIAJERO

(Mirando el reloj). — Por fortuna, el tiempo corre, el alba se acerca. ¡Qué alboroto insufrible!

EL APARECIDO

¡Qué quiere usted, son cosas de mi oficio! ¿Va usted a estar aquí muchos días?

EL VIAJERO

(Con un suspiro). — ¡Ay! ¡Por lo menos, la noche que viene también!

EL APARECIDO

Tanto mejor; así nos haremos compañía. ¿Por qué no pasa aquí un mes, siquiera? Nos divertiríamos mucho.

EL VIAJERO

¡Muchas gracias!...

EL APARECIDO

(Recogiendo sus utensilios). — Las cinco. La luz del día aparece en el horizonte. ¡Adiós, querido amigo, hasta luego! A medianoche estaré de nuevo con usted.

EL VIAJERO

(Embozándose para dormir). — ¡Hasta luego!

EL APARECIDO

Nos despediremos con las cadenas. **(Las agita por última vez y desaparece.)**

SEGUNDA NOCHE

PRIMER CUADRO

(La misma decoración)

EL VIAJERO

(Mirando el reloj de péndulo). — ¡Las doce de la noche menos diez! Dentro de diez minutos va a comenzar de nuevo el suplicio. ¡Ah! ¡No, y mil veces no! Tengo que buscar una idea que me evite una noche como la pasada. **(Se toma con las manos la cabeza, como para de este modo hacer brotar la idea. De repente, su rostro se ilumina con una sonrisa.)** ¡Eureka!, como dijo... creo que Napoleón. Totó se guía para hacer sus apariciones por las campanadas de este reloj. Por consiguiente, todo va a ser muy sencillo. Las doce menos tres minutos. Tengo el tiempo justo. **(Se lanza sobre el péndulo y hace a las agujas retroceder cinco horas. El reloj, que iba a hacer sonar las doce, da las siete. Volviendo a la cama.)** Las doce darán dentro de cinco horas, es decir, cuando amanezca. Puedo dormir tranquilo hasta entonces, aunque creo que al pobre Totó no le va a gustar la broma. **(Se duerme.)**

SEGUNDO CUADRO

(Son las cinco de la mañana. El reloj da con toda gravedad las doce campanadas sin darse cuenta de su equivocación. Al dar la última, el aparecido hace su entrada en la habitación embrujada.)

EL VIAJERO

(Despertándose y con ironía). — ¡Ah! ¿Es usted, mi querido Totó? ¿Quiere usted que le dé un buen consejo? ¡Haga que compongan este reloj, porque, no sé por qué, me parece que atrasa algo! **(Señala a la ventana, por donde entran las primeras luces de la madrugada. Totó se retira con el sudario entre las piernas.)**

CAMI.

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO 662 - Buenos Aires

Fundado por Manuel Láinez en 1881.

Circula en los más elevados círculos sociales debido a la amplitud y seriedad de su información.

Lo que publica "Tit-Bits" puede y debe ser leido por todos porque entretiene y es útil e instructivo

TIT - BITS

TODOS LOS MARTES - 10 centavos

Pídalo en los kioscos, en las estaciones, a los vendedores

Señorita: Adelántese a sus amigas y sea Vd. la primera que estrene entre ellas el más elegante modelo de moda.

Suscríbase a EL DIARIO que cada Jueves publica primicias de los figurines de modelos del más refinado gusto.

Guiada por los figurines en colores y las descripciones que de los mismos, publica EL DIARIO, Vd. podrá vestirse con la misma elegancia que si pidiera su ropa al más afamado modisto de Paris.

Para las modistas de profesión los modelos que publica EL DIARIO son la guía más segura para obtener éxito en la elección de modelos para satisfacer a la clientela. Pida un ejemplar con este cupón.

Señor Administrador de "El Diario"

Av. de Mayo 662, Buenos Aires.

Acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido .....

Domicilio .....

Localidad ..... F. C. .....

EDICION DIARIA APARECE A LA HORA 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
INTERIOR:
1 año, $ 28.-; 6 meses $ 14.50; 3 meses $ 7.50
CIUDAD: $ 2.— por mes.

Precios de suscripción a la edición de los jueves:
año, $ 5.-; 6 meses $ 2.50; 3 meses $ 1.50.

Lea la GRAN NOVELA POLICIAL

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Noviembre 12
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 163

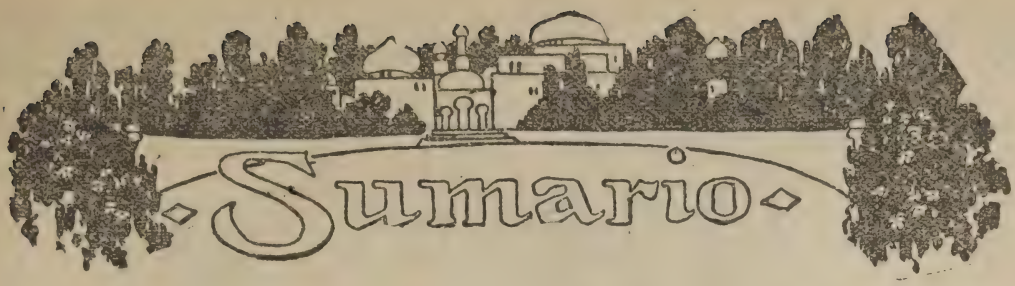
EL SECRETO de TINKER

Primera novela policial de una serie en la que figuran Sexton Blake, su ayudante Tinker y Nirvana la bailarina.

Rosita la nena (mirando las instantáneas): — ¡Oh, mamita! ¿Cómo hizo tío Agustín para poner a la tía Arminda, que es tan gorda, en un papel tan chico?

El de policía (al escocés Mac Nab que ha sido atropellado por un ómnibus): — ¿Todo está bien, señor?

Mac Nab: — ¡Espere! ¡Aun no me he revisado los bolsillos!



El secreto de Tínker

Novela policial completa en la que actúan Sexton Blake, su joven ayudante Tínker y Nirvana, la bailarina.

El "scooter"

Interesante juguete infantil para armar. — En color.

Humorismo español

Varias notas cómicas. — En color.

Humorismo francés

Divertidos chascarrillos. — En color

El negrito Curimba come un rico melón

Juguete cómico para armar que puede desprenderse sin interrumpir la lectura del número. — En color.

La paz del matrimonio

Una encantadora novela corta del gran novelista francés Honoró de Balzac.

Dialogo musical

Nota humorística. — En color.

Del gracioso dibujante Bergstrom

Una página de notas divertidas. — En color.

Los pícaros animalitos tienen apetito

Novedoso juguete-sorpresa para armar. En color

La Bella y la Bestia

Gratísima novela corta de un gran autor inglés

LA NOVELA MAS FAMOSA DE TODA UNA EPOCA

ROCAMBOLE

Por el vizconde PONSON DU TERRAIL

Por iniciativa de un lector y a pedido de muchos otros favorecedores de este magazine empezará a publicarse la semana próxima.

Los talones de Tinker resbalaron por el suelo sumamente lustrado y se hundieron debajo de él; golpearon a Brady y él y el pillastre rodaron juntos por el suelo. ("El secreto de Tinker").

PUCKY MAGAZINE N.º 163

UNA NARRACION ELECTRIZANTE

EL SECRETO DE TINKER

NOVELA POLICIAL COMPLETA

Espera "Pucky" que estas aventuras de Tínker y Nirvana, de las cuales ésta es la primera, han de obtener grandísimo éxito. Son, en realidad, tan buenas si no mejores que cuantas aventuras de Sexton Blake y su ayudante se han publicado hasta ahora. De fijo la forma en que el autor describe lo que le pasa a Nirvana, la pequeña danzarina callejera, ha de llegar al corazón del lector, entusiasmándolo y emocionándolo.

PROLOGO

UNA PAGINA DEL PASADO

Una noche triste de noviembre, cuando el gentío ansioso de llegar a sus hogares, se agolpaba, abriéndose paso a empujones a través de la lluvia para alcanzar un lugarcito en los autobús o tranvías que se deslizaban cautelosamente por las calles resbaladizas de la gran capital, un niño de nueve a diez años, pobremente vestido, sin paraguas ni sobretodo, para protegerse de la tormenta que arreciaba, pasó frente al Hotel Three Nuns, de Aldgate y cruzó la calle con dirección a entrada del subterráneo, profusamente iluminada, que sólo se había abierto al público, unos meses antes de que se desarrollaran los acontecimientos narrados en la presente historia.

De ahí, se encaminó hacia la puerta de un edificio desocupado, donde un muchacho se resguardaba de la lluvia, anunciando a gritos la venta de los diarios de la noche, los que había apilado sobre un cajón a la puerta.

No bien el niño se acercó, este último le extendió en redor una docena de diarios húmedos.

—¡Qué noche jugosa, pibe! ¿Trajiste algo para cubrirte? — dijo el recién llegado.

—Sí, — respondió éste, sacando de la parte interior de su saco, un pedazo de tela impermeable. En seguida la colocó sobre los diarios, para que se mantuviesen lo más secos posible, teniendo en cuenta el agua inclemente que parecía querer humedecer hasta la médula de los huesos.

—¡Caracoles! Dime: ¿por qué no la usas para protegerte? — preguntó el muchacho sorprendido.

La segunda aventura de Nirvana, Tínker y Sexton Blake se titula "La lealtad de Nirvana" y será publicada por "Pucky".

—Porque si me la hubiese puesto, se hubiese mojado y no serviría para los diarios —respondió con toda candidez el niño.— Seguramente que a mis clientes no les gusta que le entregué los diarios húmedos.

—Eres un pibe notable, — contestó el mayor, que en cierto modo desempeñaba las funciones de un comerciante en miniatura, pues era el encargado de suministrar diarios a media docena de muchachos menores que él. Lugeo agregó:

—De cualquier manera no se trata de mi pellejo. Supongo que irás al lugar de siempre. ¿Verdad?

—Sí. Pero en cuanto venda todo esto, me voy a casa, Dodger. Estoy con un resfrío tremendo y no me siento bien.

—Entonces déjalos por esta noche pibe; no tienes que preocuparte por las monedas, eso ya lo arreglaremos cuando te encuentres mejor.

—No, gracias, venderé esta partida.

Y así diciendo, se colocó el paquete bajo el brazo y corrió hacia la entrada del subterráneo nuevamente, hasta dar con un rinconcito donde podía guarecerse. Una vez ahí, lanzó su vocesita, elevándola a través de la lluvia que azotaba en medio del ensordecedor ruido de los vehículos y peatones que corrían de uno y otro lado.

Su venta no fallaba. Ya hacía unos meses que se ubicaba más o menos en ese lugar y había logrado formarse una clientela regular. Muchos de los obreros fatigados y fristes que acostumbraban a pasar por ahí, al descubrir el semblante alegre del niño que los aguardaba cerca del subterráneo, tenían siempre una palabra cariñosa para él, y se detenían a comprarle los diarios.

Para cada uno, el diminuto vendedor, tenía pronta una respuesta jocosa y una mueca graciosa. Vivo y astuto, con un ojo listo para todo, como los pilluelos y granujas de Londres que nadie aventaja en picardía y ligereza de vista, tenía la réplica mordaz y discreta a la vez, para cuantos se le acercaban. Pero si alguno se hubiese detenido a observarlo de cerca, hubiese descubierto que cuando no extendía los diarios, ni daba el cambio, ni se guardaba las monedas, sus gritos eran mecánicos y en lugar de mantener su mirada alegre fija en los clientes, miraba una y otra vez a un rincón oscuro opuesto al lugar donde se hallaba ubicado.

Un observador realmente curioso, hubiese además descubierto que sus ojos se iluminaron no bien dos figuras arropadas aparecieron en medio de la tormenta y se acercaron a la orilla de la plataforma. El niño quedó mirándolas con tal intensidad, que un pasajero, después de haberle pedido dos veces el diario, concluyó por quitarle uno de los que llevaba bajo el brazo, tirándole la moneda al suelo.

La sacudida que recibió el muchacho y el sonido de la moneda al caer, lo sacaron de su ensimismamiento. Se volvió para pedir disculpas, pero el caballero había desaparecido. Un tropel de personas, que acudieron a tomar el subterráneo, lo distrajeron y lleváronse los diarios que aun quedaban.

Al extender el último y dejar caer las monedas en el bolsillo, comenzó a menearse de una lado para otro, como si estuviese indeciso, sin saber qué hacer. Regularmente acostumbraba a regresar junto a su amigo Dodger en busca de más diarios; pero esa noche tal como ya se lo había manifestado a su amigo, no permanecería mucho tiempo en el luegar de costumbre, porque un fuerte resfrío lo tenía bastante decaído. A decir verdad, un niño de su edad que contase con un hogar afectuoso y con padres que lo atendiesen, seguramente hubiera sido llevado a la cama y el médico hubiese acudido en el acto para asistirlo, dada la alta temperatura que embargaba su cuerpecito, expuesto a caer en las garras de algo mucho peor que un simple resfrío.

Pero, nuestro niño no contaba con un hogar de esa naturaleza, que lo atrajese; tan sólo contaba con una reducida burhardilla que le alquilaba una buena mujer en el camino de Wapping, cuyo esposo era portero en Smithfield Market y que no tenía tiempo para ocuparse en proporcionar las atenciones que prodiga una madre a un inquilino diminuto.

Sin embargo, lo que realmente mantenía en ese estado de excitación al niño, no eran sus ataques de tos, sino dos personas que se bosquejaban en la vereda frente a la que él se encontraba y a las cuales no podía dejar de mirar. Sus amoratados labios balbucearon algo, como hablando consigo mismo. Si alguien hubiese podido oírlo, hubiese descubierto la frase siguiente:

—De algún modo hay que impedirlo... ¡Es un demonio... sí, es una muchacha endemoniada!

La alusión, era para la más alta de las dos personas. Si el cuello de los abrigos de la pareja observada, hubiese estado volcado, fácil hubiese sido descubrir que la más alta era una joven de diez y seis a diez y siete años, de facciones clásicas y hermosas, que sin duda alguna hubieran encantado al mismo Rafael. La otra era aun más pequeñita que el vendedor de diarios que las observaba con tanta atención y, si es cierto que la mayor era preciosa, la menor, le ganaba en belleza, pues parecía un ángel.

El niño, las había visto en pleno día, cuando el sol daba sobre el rostro de ambas jovencitas, así es que sabía perfectamente de qué personas se trataba. Como había estudiado el semblante de la mayor, no se había equivocado al decir que era "demenio".

El niño no sabía quiénes eran ni de dónde procedían. Lo único que sabía, era que la jojencita lo había impresionado vivamente y, en cierto modo, se había convertido en el caballero galán, pronto a sacrificarse por ella. También comprendía que ya era tiempo que la niña contase con otra guía que no fuese la de su hermana, tal como suponía fuese la mayor.

Hacía más o menos tres semanas que ambas jovencitas se ubicaban en aquella esquina, a la hora de más movimiento y actividad, casi siempre por la noche. Al principio el

niño las había observado con mucha curiosidad, tratando de descifrar cuál era el objeto de su presencia en aquel lugar, hasta que un día, su rostro infantil y menudito, tomó la expresión grave de un viejo, no bien sus ojos alcanzaron a descubir la razón misteriosa que justificaba la aparición regular de las dos hermanas, lo que no dejó de sausarle un horror espantoso.

El día que supo la verdad, era más o menos el mediodía en la hora de mayor actividad. En momentos que las observaba como de costumbre, vió que la mayor dejaba a su hermanita en la vereda y se lanzaba en medio del gentío. Al principio no apartó los ojos de la niña por temor que le ocurriese algo estando sola, sin fijarse lo que hacía la otra; pero al ver que ésta regresaba, mostrando luego a su hermanita algo que traía escondido para arrastrarla lejos de ahí en seguida, entró en sospechas graves, siendo que conocía las mañas de los pillos y bandidos pue pululan las calles de Londres. Recién la cabo de tres días pudo cerciorarse que la jovencita era una de las rateras más hábiles y desde entonces no dejó de observarla con ansiedad manifiesta.

Sin duda alguna, ningún pasajero, se hubiese detenido a descifrar si aquel niño abandonado, tenía o no un alma como los demás. El destino había dispuesto que un hombre de rostro amable y ojos grises, tenía que ser el primero en hacer el descubrimiento. Aunque huérfano y abandonado, ese niño encerraba la llama y el calor de una vida intensa, que había heredado de la madre bondadosa, a quien nunca conoció. En realidad no había conocido nada más que las calles, no recordaba ni un sólo día que no hubiese tenido que luchar por su vida y, aunque librado a sí mismo llevado por el torbellino de la gente buena y mala, había conservado la pureza y virtud del corazón, como si desde sus primeros años una mano piadosa y sabia lo hubiese guiado con todo cariño.

Y ese niño de las calles, ese vendedor de diarios, huérfano y solo, era el único de la gran metrópoli de Londres que estaba preocupado por la suerte que corría esa niñita de cabellos de oro, esa noche lluviosa frente al lugar donde él se encontraba.

Estaba observando la pareja cuando de pronto se vió atacado por un acceso de tos, al ver que la niñita se apartaba de su hermana mayor, escapando por entre el gentío en medio de la lluvia.

Era la primera vez que lo hacía y el instinto hizo pensar al vendedor de diarios, lo que aquello significaba. Hasta entonces, el papel de la niña se había reducido a observar y aprender. En la casucha donde seguramente vivían, practicarían el arte de asaltar bolsillos y carteras, con la misma asiduidad que las niñitas afortunadas se ejercitan en música o dibujo.

Pero aunque el vendedor de diarios posiblemente no sabía nada de todo eso, conocía en cambio, Londres y sus calles. Mientras la niñita se deslizaba por entre los autobus evadiendo las cabezas húmedas de los caballos, el diminuto vendedor de diarios la seguía con el corazón palpitante, preso de un sentimiento que no alcanzaba a comprender. De pronto se detuvo arrinconada por la avalancha de personas que se precipitaban a la entrada del subterráneo y, no bien consiguió abrirse paso, perdió de vista a la niñita. Con ligereza de vista, bien pronto logró descubrirla de nuevo y su corazón pareció paralizarse de golpe.

A uno de los lados del subterráneo, existía entonces un despacho de cigarros y tabaco; el niño observaba a la perseguida, viendo que se deslizaba junto al mostrador, donde un hombre grueso se inclinaba, tratando seguramente de elegir el tabaco que más le convenía. Era tan grueso, que el vientre le impedía acercarse, dejando un espacio entre las rodillas y los tablones del mostrador.

La niña introdujo su delicado cuerpecito en ese espacio; el vendedor de diarios horrorizado, vió que deslizaba una mano bajo el saco flotante del ingenuo señor.

Durante unos segundos rebuscó algo, hasta que el hombrae pareció sentir que lo tocaban, pues retrocedió un tanto y se inclinó para ver lo que podía ser. La niña estaba completamente escondida bajo el impermeable del individuo, así es que éste volvió a tomar su posición anterior, convencido que se había engañado y que el contacto no era más que obra de su imaginación.

En cambio, la niña había realizado su tarea. No bien el hombre se apoyó contra el mostrador, la ratera se escabulló hábilmente, corriendo luego por la orilla de la plataforma. El niño confinuó su persecución a través de la multitud, hasta que la perseguida se alejó hasta el final de la vereda. Fué providencial que ninguno de los dos cayese bajo las patas de los caballos o las ruedas de los vehículos, pero el ángel que vela por los bribonzuelos que corren por las calles de Londres, los guió sin tropiezos, hasta que pudieron hallarse a salvo casi uno al lado del otro.

La niña corrió hacia su hermana, que se acercaba. Antes que se encontrasen, el niño logró sujetar a la pequeña, tomándola fuertemente de la muñeca, haciéndole dar media vuelta. Esta dió un grito aterrorizada, hasta que por fin se tranquilizó al ver que no era más que un niño que la retenía, concluyendo por enfurecerse en seguida. Pero el vendedor casi sin aliento, persistía en mantenerla bajo sus garras, terminando por decir:

—¡Diga! Usted no debe hacer estas cosas. Entregue lo que quitó a ese desgraciado y yo se lo devolveré. Si la cazan haciendo ese jueguito....

No era posible saber lo que esa niña pensaba responder o hacer, porque en seguida apareció la hermana dando un terrible golpe de mano al vendedor de diarios, prorrumpiendo un un sinnúmero de palabras, poco agradables al oído.

—Deje la chica. ¿Oye? ¡Suerte que yo la vigilaba. ¡Salga! déjenos pasar. ¡Basura de las alcantarillas ¡Si no se va en seguida, le rompo la cara

Pero el niño ni siquiera la miró, dispuesto

a no obedecería al parecer. Permanecía mirando a la pequeñuela, hasta que un segundo bofetón lo hizo tambalear para atrás. La defensora trató de quitarle la presa, pero el niño continuaba reteniéndola.

En eso estaban, cuando oyeron una voz que decía:

—Vamos a ver ¿qué pasa?

El niño apretó los dedos de la ratera, consiguiendo que los extendiera y le dejara en la mano lo que sostenían.

La mayor replicó algo al empleado de policía que acababa de interrumpirlos y desapareció arrastrando tras sí a su hermanita atemorizada. El niño se tranquilió al ver al de la policía a quien conocía perfectamente y sonrió como de costumbre. El intruso policía también conocía al vendedor de diarios como buen muchacho a quien todos estimaban.

—No es nada chafe, — dijo en son de burla el vendedor. — No hacía más que discutir con las señoritas.

Antes que el vigilante pudiese replicarle, desapareció entre el tráfico sin que nadie hubiese logrado alcanzarlo.

Dicho vigilante ni siquiera soñó que el rapazuelo se hallaba embargado por el terror más espantoso, temiendo que descubriese la verdad de lo ocurrido. Si hubiese sabido que el niño retenía en sus manos un reloj de oro con su cadena correspondiente, casualmente, que podía costar alrededor de cien guineas, el asunto hubiese tenido otro giro y un final bien diferente.

Pero como no sabía nada, no hizo más que observar al niño unos segundos, admirando la habilidad que tenía para salvarse de las ruedas de los vehículos y luego siguió su camino.

El niño, en cambio, se encaminó hacia la cigarrería con la esperanza de hallar al hombre grueso, a quien habían saqueado, pero éste había desaparecido y el vendedor de diarios tuvo que esperar unos minutos antes de conseguir que el joven que se hallaba tras el mostrador lo atendiese.

Lo cónocía perfectamente porque vendía los diarios de la tarde y muchas veces cuando no había compradores, se detenía a conversar con él. Fué por eso, que le habló sin rodeos.

—No hace unos minutos que un hombre muy grueso estuvo aquí. ¿No podría decirme qué camino tomó?

El dependiente de la cigarrería señaló hacia el subterráneo, diciendo:

—Por allá. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Lo conoce usted?

—Sí. Todos los días viene a buscar tabaco. ¿Por qué?

—¿Pero seguro que conoce usted a ese tipo?

—Pues, por lo pronto es el único gordo que ha venido desde hace media hora.

—¿Cómo se llama? Se trata de algo importante.

—No sé, mi hijo, pero lo cierto es que casi todas las noches se detiene aquí. Pero yo quisiera saber cuáles son tus intenciones. ¿Qué es lo que quieres con ese pedazo de topo? ¿tal vez deseas cambiar de trabajo?

—No. Lo que pasa es que se le ha caído algo y quisiera devolvérselo.

—Pues bien, se ha ido al tranvía. Pero seguramente mañana por la noche ha de venir. Ven a buscarlo entonces.

El niño titubeó sin saber qué hacer. El caso es que deseaba verse libre de ese reloj que parecía quemarle las manos. Como el dependiente era un joven observador y de buen corazón, le dijo:

—Si tanto te molesta eso, no lo puedes dejar. Yo se lo devolveré mañana o al día siguiente.

—¡Oh! ¿Cierto? Es admirable, se presta usted para todo.

Al decir eso el pequeñuelo, extendió lo que tenía en sus manos. Cuando los ojos del dependiente se fijaron en la joya se abrieron desmesuradamente.

—¿Dónde demonios encontraste eso? — preguntó, sin obtener respuesta, pues cuando se acordó, ya el niño había desaparecido como por encanto.

Ninguno de los dos sabía que las dos hermanas se habían quedado en la sombra de la calle, para observar lo que ocurriría. Tampoco sabían que los ojos de la mayor de las dos, despedían destellos de furor y que cuando se llevó a su hermanita a una de las calles laterales, esta última se volvió como un cachorro de pantera arañándola y gritándola, con una fuerza que parecía imposible para una niña de su edad.

Pues bien, el niño no sabía nada de esto, ni de la formidable tunda que la pequeñuela recibió al acostarse esa noche en su lecho de paja y trapos, sin probar bocado.

Esa parte del programa quedó ignorada para el dependiente y el vendedor de diarios, que aunque hubiesen sabido lo que pasaba, se hubieran visto imposibilitados para intervenir, de manera que para su mayor tranquilidad, fué mucho mejor que permaneciesen sin saber lo que había ocurrido.

El vendedor de diarios se dirigió entonces a lo de Dodger y arregló sus cuentas pertinentes a la venta de diarios. En seguida dió las buenas noches y corrió en medio de la lluvia, en dirección a un negocio donde vendían pescado, en busca de alimento, antes de emprender su fatigoso camino, hacia la buhardilla que habitaba.

* * * *

Pasaron tres semanas antes de que el muchacho volviese a la esquina de Three Nuns, en Aldgate.

Dodger creyó que había desaparecido para siempre, como la mayoría de los rapazuelos huérfanos que corrotean por las calles de Londres, así es que un nuevo pillete ocupaba su lugar en la venta de diarios.

Pero eso no preocupaba al primer ocupante, que manifestó a Dodger con su característica alegría, que había dispuesto dedicarse a otra cosa. Había estado muy enfermo y mientras se reponía de los efectos causados por aquella noche lluviosa, luchando desesperadamente para conservar la existencia,

había decidido emprender algo que le proporcionaría más dinero, pues recibiría una remuneración más halagadora.

Dodger había sabido, con cierta sorpresa y sospecha, que el rapazuelo rondaba por el lugar que antes había ocupado y que en las horas de mayor actividad y gentío, sus ojos escudriñaban la esquina de la vereda de enfrente, donde la preciosa niña de cabellos dorados, acostumbraba a instalarse conjuntamente con su hermana, la endemoniada de rostro lindo y pálido. Pero la pareja tan deseada, ya no volvió a verse.

El pequeño vendedor de diarios, andrajoso y huérfano, que había tenido que soportar el furor de la ratera, haciendo todo lo que estaba en su poder para salvar a la hermanita y que, a pesar de una vida de sórdida miseria había realizado una obra digna de encomio con toda espontaneidad, devolviendo un reloj valioso, era conocido con el nombre de Tinker entre los que lo trataban, porque en realidad, no tenía amigos.

Con el nombre de Tinker, también llegaría a ser muy conocido, tan pronto trabase su amistad con Sexton Blake, que se constituiría en su protector.

Sin embargo, cuando ocurrió el incidente en Aldagte, la noche lluviosa de que hablábamos, aun no conocía a Blake, a quien tampoco conocíanm illares de personas, que más tarde oirían hablar de su fama y sus hazañas que aun estaban por eralizarse.

CAPITULO I

Los marineros

El señor Blake y su ayudante Tinker, salían tranquilamente del comedor, en busca de sus respectivos abrigos.

Blake estaba en traje de etiqueta y Tinker solo con el saco de etiqueta, pues habían salido en tren de diversión, lo que Tinker conceptuaba como noche de "farra". Después de haber comido opíparamente en el Venecia, se dirigían al Cosmos, a ver uno de los númreos del programa que había causado sensación en Londres y del cual todos tenían algo que decir.

Con sus sombreros de felpa y sus abrigos forrados en seda, ambos procedentes de Baker Street, formaban una pareja interesante al cruzar el "foyer" del Venecia y salir para Picadilly, donde como de costumbre, Blake tuvo una palabra para Kelly, el gigante encargado que guardaba la entrada.

Como el Cosmo está situado en Picadilly Circus, no se molestaron en llamar un automóvil, sino que decidieron caminar hasta ahí, dada la escasa distancia que los separaba. Sin embargo, era una noche fría de Octubre, aunque suficientemente seca y hermosa y el aire fresco los despejó, después de haber salido de aquella atmósfera pesada y del ensordecedor "jazz", que aun los atormentaba, después de haber salido del comedor.

Blake había reservado un palco para esa noche, al que concurrirían dos invitados algo más tarde: un caballero y su hijo, recien llegados del Norte para disfrutar de unos días en Londres. El primero, cliente y amigo de Blake. Esa noche cenarían con unos amigos y si llegaban a desocuparse a tiempo, asistirían a la función teatral, por lo que Blake había reservado el palco.

El Cosmo era uno de los grandes teatros de Londres que cambiaba frecuentemente de compañías y programas. En sus oomienzos, fué construído para especializarlo en dramas, pero luego cambió de empresarios a granel, que llevaron a la escena toda clase de diversiones, desde la ópera hasta la comedia, el "music-hall" y la exposición de cintas cinematográficas.

En el tiempo a que nos referimos, se hallaba bajo la dirección de un empresario y autor de los más conocidos, que mantenía el control en varios teatros. El Cosmos se había destinado para que sirviese de ensayo a un nuevo tipo de diversión teatral, una especie de revistas y variedades, donde desfilaran por turno, la estrellas de fama mundial.

La parte del programa que había atraído especialmente a Blake y a Tinker y que había causado tanta sensación durante el breve espacio que había sido llevado a las tablas, no era más que un "ballet" llamado "Los marineros", que según la crítica y el público en general, era un baile extraordinariamente maravilloso.

El tema del mismo no podía ser más sencillo. Se trataba de un café sospechoso situado en el puerto de Marsella, donde se reunían marineros de todas nacionalidades, mientras permanecían en tierra. En tal café aparece una muchacha bailarina, que había hecho furor en Londres y tres individuos marineros que aparecen en traje civil, perdidamente enamorados de la muchacha.

Un marinero, era español; otro, francés y, el restante americano. Para complacerlos, la joven baila por turno con cada uno de ellos después de conversar un rato. La danza con el americano se reduce a un "super-jazzing", que constituye un número admirable, por el ritmo y la gracia. Luego baila con el español, un fandango calvaje que degenera en tango y en una danza brasileña notable que concluye por hechiza a los espectadores. Pero coando le llega el turno al francés, despliega todo su arte en el baile de apaches: enloquecedor, brutal y delirante, donde se revelan todas las pasiones, que solo puede poner de manifiesto un espíritu excepcional en el arte de la danza.

Hacía muchos años que los escenarios de Londres no habían llevado a las tablas unos pies como los de Nirvana, la bailarina que desempeñaba el papel principal en el "ba-

llet" mencionado, que formaba parte del programa del Cosmos.

No había pasado una quincena, cuando ya la bailarina se había hecho famosa entre el público de Londres. Los más viejos trasnochadores de la pasada generación, comparaban el furor que había hecho Nirvana, con el de la Jersey Lily, de otros tiempos, a excepción de las deslumbradora Gaby.

Al considerar el valor de las entradas para semejante baile, Blake y Tinker se sintieron bien contentos de haber reservado el palco. Como la famosa Nirvana no habría de aparecer hasta después de la llegada de ambos, pudieron gozar los otros números del programa.

Durante el intervalo, se dirigieron como todos, al gran "foyer" para distraerse y caminar un rato. Al regresar al palco, quedaron gratamente sorprendidos al encontrar a Sir Willam Chadwin, el rey del algodón, amigo personal de Blaqke, procedente del Norte y a su hijo que lo acompañaba. Este último era un jovencito de la edad de Tinker, así que ambos trabaron relación en seguida charlando sobre los éxitos y fracasos de los últimos deportes realizados, mientras Blake y el barón, hablaban de asuntos que les interesaban.

No bien se apagaron las luces y se levantó el telón, la orquesta cambió de música, tocando los primeros acordes que precedían a la presentación de la bailarina en las tablas. Todos cesaron de hablar como por encanto para fijar su atención en el escenario.

Este representaba el frente de un café vulgar de Marsella. Estaba tan bien caracterizado, que Tinker se atrevió a susurrar al oído de Billie Chadwin, diciéndole que debía ser el café Cigogne, que habrían trasladado íntegro, pues lo conocía perfectamente.

En el mismo, se veía el mostrador tapizado de zinc, donde una mujer alegre y rolliza atendía a los parroquianos. No había duda alguna, que la tal señora, era la patrona del establecimiento. Unas cuantas mesas con sus sillas respectivas estaban diseminadas por el escenario, donde charlaban algunos clientes, de los que siempre frecuentaban el café.

En los estantes tras el mostrador figuraban hileras de botellas con bebidas de colores varios y en medio de las mismas, el inevitable aparato reluciente, donde hervía el café, echando nubes de vapor.

Un mozo bastante desaliñado, con la consabida chaqueta de alpaca negra y el delantal blanco, se movía de acá para allá, atendiendo el pedido de los parroquianos. Contra la pared, un cartel exhibía la lista de precios corrientes, conforme lo exige la ley francesa. Fuera de eso, el muro representaba escenas pintadas, que representaban la vida de las cigüeñas, de acuerdo con el nombre del café. Sobre una mesa, a un lado, se destacaba el tablero de damas, cerrado y unos volúmenes rojos del "Bottin Directory", requisitos que no faltan en ningún café francés si se precia de café en toda regla.

Estos detalles, conjuntamente con el cartel de letras blancas donde expresaba que se servía el mejor café; cerveza blanca y cerveza negra; toda clase de aperitivos y los famosos platos del día, son necesarios para el lector, que quiera darse cuenta exacta de la atmósfera en que se desarrollaban los números del anunciado programa.

Los preliminares al acto, son fáciles de imaginar, ya que se llevan a cabo en cualquier café francés; los ademanes de dos de los clientes para con las mujeres que se hallaban en su compañía con los brazos sobre los hombros, besándose recíprocamente; los gritos en que prorrumpían para llamar al mozo; los saludos prodigados por la patrona a cuantos entraban en el café y la presentación casual de algún obrero mal trazado en demanda de cigarrillo o tabaco económico. Tal era el ambiente del escenario en el momento que hicieron su presentación los tres marineros del brazo, contentos al poder disfrutar de la noche en tierra.

Cada uno estaba vestido de acuerdo a la nacionalidad a que pertencía.

Al dirigirse hacia la mesa a la entrada del café, sostenían una conversación, mezcla de inglés, francés y español, perfectamente ideada, que causó la consiguiente hilaridad del público.

A pesar de la pasión que los tres sentían por la joven del café, parecían discutir amistosamente, acerca de cuál debía hacer el pedido al mozo; cuando de pronto la puerta se abrió, dejando ver a la joven.

Al punto, la orquesta cambió el tema de la melodía y en cuanto la bailarina hacía su entrada, los parroquianos la aclamaron dándole la bienvenida. Con la cabeza alta, los labios rojos con expresión desdeñosa y el cuerpo de movimientos graciosos, se retorcía como la cobra venenosa al deslizarse furtivamente entre los matorrales húmedos.

Y así estaba preciosa. Ostentaba una cabellera partida al medio que caía a los lados de su cabecita bien delineada, en bucles que parecían formados con hilos de oro y que venían a recogerse por detrás terminando en una trenza que caía hasta las rodillas.

De ojos violetas profundos como los rincones oscuros del bosque, dejaba esconder sus secretos bajo la sombra de tupidas pestañas que acariciaban sus mejillas, en cuanto bajaba los párpados con desdeñosa expresión. Su figura era sumamente delicada, a pesar de estar bien delineada. De la boca, basta decir, que era de aquellas que han causado la perdición de muchos hombres. La garganta formaba una columna de mármol alabastrino, cuyos infantiles movimientos le imprimían una gracia arrobadora a sus hombros de exquisita hermosura. La esbeltez y belleza de su cuerpo reunía el ritmo más perfecto y sus miembros de curvas encantadoras aun no habían sufrido la rigidez de dureza en la musculatura, que por lo general altera la suavidad de las formas en la mayoría de las bailarinas.

Al detenerse para abarcar con la mirada a todo el auditorio, pareció ser la encarnación de la belleza, no sólo en las formas, sino también en los movimientos y las facciones: tres condiciones que pocas veces se reunen

en una sola persona. En tal momento, cualquier ojo crítico le hubiese dado la edad que le fijaba el público, o sea, diez y seis años escasos.

La orquesta volvió a comenzar un aire apropiado al momento y con un movimiento imperceptible de la mano, la joven dejó ver que el ballet comenzaba.

Los tres marineros se levantaron y en actitud semi-ebrios, imploraron la atención de la joven. Esta ya había comenzado a bailar ligeramente en torno de sus festejantes, burlándose unas veces y animándolos otras, con sus graciosos movimientos.

Así continuaron por un momento hasta que los marineros, se trabaron en lucha de palabras que iban subiendo de tono, mientras la bailarina cantaba en derredor, manifestándoles que prodigaría sus atenciones al que bailara mejor con ella.

Entonces la orquesta prorrumpió en un jazz acompañado de voces interrumpidas y, el marinero americano tomó a la joven arrastrándola a que lo acompañase a ejecutar la danza de su tierra, que una vez comenzada, sostuvo al auditorio en suspenso hasta el final. Los aplausos se dejaron oír por todo el teatro espontáneamente y antes de que se apagaran, ya la bailarina había caído en brazos del español, que en seductores movimientos, donde se reflejaba el fuego de Andalucía, puso de manifiesto el paso entre los soñadores cantos de la tierra brasileña, perdiéndose en una danza emotiva y salvaje, recordando a las pampas argentinas. Los espectadores llevados en alas de aquel espectáculo, se vieron envueltos en la atmósfera caliente de los matorrales, que avivó el poder de los sentidos hasta conducirlos a las cavernas donde no reina más que la penumbra, invitándolos al ensueño.

Ninguna de las "prima donnas" de Convent Garden, podría haber deseado mayor número de aplausos que los que obtuvo la bailarina al salir de los brazos del español para caer en los del francés. La joven parecía indiferente al entusiasmo que reinaba en la sala, pues no se detuvo a saludar ni siquiera con una mirada.

Comenzó la danza del apache que gradualmente fué pronunciándose hasta culminar en un abandono de cuerpo y alma, que impresionó el público en tal forma que lo levantó de los asientos.

El techo parecía temblar entre los estruendos de los aplausos que ses ucedían sin descanso.

En el palco donde se encontraba Sexton

TIROS EN MEJICO

El turista: — ¿Matan ustedes muchas veces a la gente en este país?
El mejicano: — No, señor; una vez so la. (De "Gaiety").

Blake ocurría lo mismo que en el resto de la sala. Sir William Chadwin prorrumpió en gritos de entusiasmo, mientras aplaudía. El joven Billie hacía toda clase de manifestaciones estruendosas y Blake llevado por la corriente, también palmoteaba con todas sus fuerzas. Todos los espectadores parecían locos, salvo uno solo. Este, no había sido notado por los demás, porque permanecía en la sombra como hipnotizado, mirando a la bailarina que se inclinaba para dar las gracias a los espectadores enloquecidos ante su belleza y su gracia.

Ese uno, era Tínker. Cuando la joven miró hacia el palco, sus ojos se encontraron.

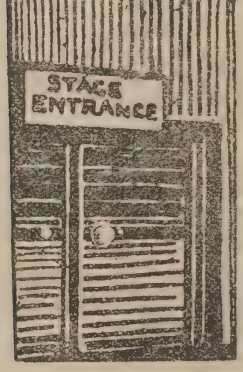
Al momento, la sonrisa mecánica que parecía alumbrar aquel rostro delicado, se desvaneció entre sus rojos labios. Esos ojos sombreados se oscurecieron y entreabiertos parecían perdidos en descifrar algo enigmático tan pronto descubrieron el semblante del muchacho.

El telón se levantó tres veces consecutivas a insistencia del público, hasta que felizmente la bailarina desapareció.

Por último, Sexton Blake se volvió para conversar con sus amigos. Al hacerlo, sus ojos se fijaron en Tínker y al instante se inclinó hacia adelante al ver que el muchacho se incorporaba nervioso, con el rostro más blanco que la tiza, en actitud de tomar el sombrero para retirarse.

CAPITULO II

Una nota sensacional, después de la función



—¿Qué pasa, muchacho?

—Nada, mi jefe, —contestó Tínker en voz baja. — Me siento mal, pero pronto estaré bien. Me voy a tomar un poco de aire fresco.

Antes que Blake, sir William o Billie, llegaran a hacerle otras preguntas, Tínker había desaparecido.

Una vez en el "foyer", que se hallaba casi desierto, salvo algunas damas de trajes llamativos que descansaban coquetamente en los sillones, Tínker se dejó caer sobre un asiento bajo junto a la puerta, donde corría un viento fresco. Permaneció ahí, con los ojos fijos en algo que materialmente no veía, luchando con algo que atormentaba su cerebro y daba vueltas como la ardilla en una jáula con ruedas.

De pronto, se levantó como un rayo y se lanzó a la calle por entre la puerta giratoria. Corrió hacia la izquierda, hasta llegar a la esquina del edificio del teatro, doblando hacia la callejuela lateral, donde una luz a mitad de cuadra, interrumpía la oscuridad de aquellos parajes. Tínker siguió hasta la otra esquina del teatro para dar con el fondo del mismo. Ahí había también una luz y una puerta reducida, sobre la cual podía leerse: "Entrada al escenario".

La puerta no estaba del todo cerrada, así es que Tínker la empujó sin mayor trabajo y penetró al teatro, donde tropezó con un viejo sentado tras una portezuela. Antes de entrar en conversación con él, le extendió un billete de diez chelines, como medida previsora. En seguida se acercó preguntando:

—¿Ha salido Nirvana?

El portero se guardó el dinero y sacudió la cabeza negativamente.

—Todavía no; pero es inútil esperarla, pues no quiere saber nada con las personas que la esperan en la puerta, — replicó el viejo.

Tínker también sacudió la cabeza y no dijo nada. Regresó a la callejuela y se ubicó convenientemente, para esperar a la joven. Sabía que el ballet estab anunciado para esa hora únicamente, así es que se imaginó que la bailarina saldría de un momento a otro. En cuanto a lo manifestado por el viejo, a propósito de que la joven no quería saber nada con los que la esperaban en la puerta, no le preocupó lo más mínimo. No tenía mayor interés en hablar con la joven, sino que deseaba observarla de cerca.

Mientras esperaba distinguió un gran coche limousine que se acercaba por el cordón de la vereda por la callejuela, hasta que por último alcanzó a ver que se abría la puerta del teatro y el portero se inclinaba como verdadero lacayo en momentos que salía una dama.

No era la persona que él esperaba, pero no por eso dejó de observarla en momentos que pasaba justamente bajo la luz. La dama le dirigió una mirada fría, para apartarla luego encogiéndose de hombros ligeramente. Estaba regiamente vestida con un abrigo de piel de marta. Se volvió para dirigir la palabra a alguien que la seguía y se encaminó por la callejuela en dirección al automóvil.

Entonces Tínker divisó a su compañera y al reconocerla, su corazón latió con violencia.

Era Nirvana, la bailarina. Al verla, el muchacho no quiso descuidar ni una de sus facciones y pudo observarla al cruzar bajo la luz de la puerta. Lo mismo que la anterior, la joven lo miró, aunque no con desprecio, sino con indiferencia. Al punto ambas marcharon presurosas al automóvil que las aguardaba.

Tínker no sabía si convenía seguirlas y en eso estaba, cuando determinó regresar al frente del teatro, donde enderezó con expresión reflexiva.

Entró de nuevo al teatro y encontró que Blake y los invitados se preparaban para salir, porque el único número pel programa que faltaba, no prometía ser de lo más interesante.

En cuanto Tínker se presentó, Blake lo miró fijamente para descubrir lo que pasaba, pero ya los colores habían vuelta a las mejillas del muchacho y en repuesta al interés que demostraron por su salud, se limitó a decir que se sentía mejor, con una sonrisa forzada.

—Vamos a un baile de caridad con sir William y Billie, — dijo Blake. — ¿No te sientes dispuesto a acompañarnos?

—Sí, señor. Estoy bien ahora. ¿Dónde es el baile?

—En lo de la duquesa de Rayland, en Barkeley Square.

—Si Billie lo desea, lo prefiero a otra cosa, pero en caso contrario nosotros podíamos pasar el tiempo en otra parte, mientras ustedes se divierten en el baile.

Billie manifestó que quería ver un baile de caridad, de los que tantas veces había oído hablar; por lo que los cuatro se dispusieron a partir.

Al salir del teatro caminaron hasta el Venecia, donde Blake tenía su regio automóvil esperándolo. Así se dirigieron a Barkeley Square. Sir William tenía seis entradas para el baile, de modo que llegaron sin tropiezos cuando la fiesta estaba en todo su esplendor.

Dejaron sus abrigos y sombreros en el guardarropa y se abrieron camino en medio de la concurrencia que llenaba el salón de baile. Por último llegaron al comedor donde se sentaron más o menos una media hora, observando a los invitados sin mantener conversación alguna, hasta que hubo de ocurrir algo de suma importancia. Terminaron los sandwiches y bebidas servidas y se mezclaron con el mundo de gente que poblaba las salas.

Al final del salón se descubría un estrado, especie de trono más bien bajo, donde se hallaba sentada la duquesa de Rayland con algunas damas de la comisión de fiestas que ayudaban a la duquesa en sus empresas caritativas. Cada una de las viudas allí presentes había hecho derroche de ostentación colocándose cuanta joya tenía su alhajero; en forma que, aquel rincón de la sala era algo deslumbrador que enceguecía a los invitados, atrayéndolos al mismo tiempo.

Al situarse a un lado, Blake echó una mirada observadora en torno al salón, descubriendo al punto, alrededor de media docena de pesquisas diseminados entre el gentío. La precaución fué considerada oportuna, pues esas coronillas deslumbradoras, como los pendientes, collares y anillos tentadores que daban aires de reinas a las damas que se hallaban en el estrado, corrían un peligro inminente. Como se trataba de un baile en que no se había podido identificar a los concurrentes, por tratarse de una obra de caridad en que bastaba comprar la entrada al costo de media guinea y presentarse en traje de etiqueta, Blake comprendía que más de un ratero o ladrón profesional habría querido sacar partido y no esperaría más que la oportunidad para dar el golpe.

Pero bien pronto el detective alejó esos pensamientos, para reconcentrar su atención en la duquesa de Rayland que de pie junto al sillón, había levantado una de sus manos para imponer silencio a la concurrencia. A la orden de la dama de cabellos blancos todos quedaron mudos, sumidos en la mayor atención.

Tomó la palabra, pronunciando un pequeño discurso, sencillo y agradable, agradeciendo al mismo tiempo a todos la contribución a la obra caritativa que se llevaba a cabo, anunciando que se había adquirido un total de mil libras esterlinas, más o menos, las que serían empleadas en beneficiar a los pobres. Manifestó, además, que los gastos del baile serían costeados por ella y sus amigas.

Al finalizar su disertación, fué saludada con grandes aplausos. De nuevo la duquesa levantó la mano, agregando:

—"Si me permiten, tengo algo que decir, que no ha de robarles mucho tiempo". — Al decir eso sonrió. — "Antes que se renueve el baile he de proporcionarles una pequeña sorpresa que había reservado para este momento. He tenido la suerte de poder conseguir a una persona que ha de entretenerlos durante unos minutos y, estoy segura que todos han de saberla apreciar, considerando que bien vale la pena tener el gusto de observarla. Se trata de la encantadora Nirvana. Ha de bailar algo personal para ustedes. Para complacerla se ha dispuesto que las luces queden veladas durante el baile. Les agradecería que permanecieran algo atrás para darle el mayor espacio posible en medio del salón."

Al terminar con estas palabras, la duquesa tomó asiento y se sintió un murmullo de aprobación, ante la perspectiva de ver a la bailarina, por la cual todos estaban locos. Blake y sir William unieron sus aplausos a los de los demás, mientras Billie saltaba de alegría entusiasmado, pues, a decir verdad, se había enamorado locamente de la bailarina, con todo el ardor de su primera juventud.

Nadie notó la respiración contenida de Tinker, que apretó los dientes al escuchar lo anunciado por la duquesa; ni nadie se percató que era el único que no se había dignado aplaudir.

Cuando la duquesa hizo una señal graciosa con la mano hacia el final del salón, donde permanecía invisible la anunciada sorpresa, las luces fueron velándose poco a poco hasta casi desaparecer, para dejar tan sólo el farol a la entrada de la sala con luz regular y una luz azul en el estrado. Ahí se descorrieron unas cortinas azul oscuro y apareció Nirvana, descendiendo hasta el medio del salón de baile.

Si había estado hermosa durante el ballet ejecutado en el Cosmos, no había duda que lo estaba aun más, con el traje especial que había elegido para la función de caridad.

En el teatro vestía el habitual traje de las bailarinas, de acuerdo con lo que se representaba; pero frente a la duquesa apareció meciéndose bajo los acordes de un vals soñado y su cuerpo delicado y odulante se delineaba a través de los pliegues de una tela blanca delicadísima que la envolvía en remolinos con tanta suavidad, que parecía más bien una serie de pétalos de orquídea pasionaria que se abrían y cerraban, antes de derramar el jugo perfumado entre los tentáculos envolventes y sedientos de la vid enredadera.

Mientras bailaba, reinaba el mayor silencio, pero al desaparecer como un ser alado entre el estrado, dejándose llevar por los últimos acordes de la orquesta, tras las cortinas, las luces volvieron a brillar y la concurrencia rompió en estruendosos aplausos.

No hubo forma de que repitiese el baile. Por más que los asistentes se deshacían en aplausos y llamados para que la maravillosa bailarina se dejase ver una vez más, las cortinas permanecieron corridas. La duquesa sacudió la cabeza como para sí

do sería inútil. La orquesta comenzó con el jazz y poco a poco la sala se fué llenando de parejas.

Blake, sir William, Billie y Tinker habían estado más o menos en la mitad del salón, así es que en cuanto los bailarines empezaron a agitarse retrocedieron hacia la pared. Sir William dió a entender que mejor sería volver al comedor, pero Blake pareció no escucharlo pues tenía la mirada fija en el estrado, donde la duquesa y demás señoras se hallaban sentadasa.

Blake distinguió a un caballero que corría del estrado y, al punto se disculpó con el barón, yendo a su encuentro. Reconoció entonces a un pariente de la duquesa Rayland, al joven lord Boscón, que parecía ayudar a la dama, esa noche. Al sentir que Blake lo tocaba, se volvió algo nervioso, pero al reconocerlo, su rostro se animó, exclamando:

—¡Oh! ¡Había sido usted, señor Blake! ¿Cómo le va? Por el momento, lo siento, pero no puedo detenerme.

Blake lo retenía de la manga y le respondió:

—Un momento, por favor. Me parece que ocurre algo anormal. Si es así, tendría el mayor placer en serle útil, si fuese posible.

El joven noble recién pareció recordar la profesión de Blake y exclamó:

—¡Por Júpiter! A la verdad que había sido estúpido. No había pensado en usted. Precisamente es el hombre que necesito, señor Blake. ¿No quiere acompañarme?

—En seguida.

Blake dió a comprender a sir William que regresaría pronto y siguió al joven por el salón de baile hasta el gran vestíbulo, que se hallaba algo apartado.

Ahí, lord Boscon había dado órdenes de que se cerraran todas las puertas, sin que pudiesen abrirse sin autorización de la duquesa o de él mismo.

En seguida envió a un mucamo para que diese aviso a los detectives particulares de que se presentasen de inmediato en la biblioteca. Luego tomó a Blake de un brazo y lo condujo a sus habitaciones.

Una vez solos, cerró la puerta con expresión grave, mirando seriamente al detective.

—Ha ocurrido algo muy serio, que realmente es una desgracia, señor Blake, — dijo

POBRE CARTERO!

El cartero rural (quejumbroso): —¡Y ahora me toca caminar tres millas nada menos, hasta la granja de Clutterbuck, para llevarle una carta!

La buena anciana: — ¡Pobre! Pero dígame: ¿por qué no se la envía por correo?

(De "Gaiety")

El chico trataba todavía de separar a la niña cuando sintió otro golpe en la oreja. Entonces una voz gruesa gritó: "¡Vamos a ver! ¿Qué pasa aquí?" ("El secreto de Tinker").

al punto. — No sé qué hacer, ni qué camino seguir. Figúrese que hace veinte minutos que mi tía la duquesa ha perdido su collar de brillantes.

CAPITULO III

Brillantes y perlas

Blake, desde el fondo del salón de baile, ya había notado cierta conmoción en el estrado, sospechando que algo enojoso se había producido, pero sin esperar la noticia alarmante del lord.

Naturalmente que había visto el precioso collar que la duquesa de Rayland ostentaba. Este, conjuntamente con las joyas magníficas que lucían las demás damas, le había hecho pensar desde el primer momento, que más de un par de ojos en la sala estarían haciendo sus cálculos alrededor de tanto esplendor.

Dicho collar era conocido por Blake' lo mismo que la mayoría de las joyas ricas pertenecientes a las familias de la nobleza que se conservaban como reliquias. En cierta ocasión tuvo el collar en sus manos y recordaba las piedras que lo formaban con toda precisión. Era más que un collar, pues entre los dos brillantes más grandes que formaban un par admirable, se destacaba un pendiente ovalado tachonado de brillantes que podía destacarse toda vez que no se deseaba lucir.

Pero esa noche la duquesa se había colocado el pendiente en el collar, así es que no bien Blake hubo comprobado su desaparición, pensó en el valor enorme de semejante joya, fuera del costo en que podía apreciarse por considerarse un recuerdo histórico de inestimable precio.

Antes de que pudiese responder al lord, se oyó un ligero llamado en la puerta, y en seguida entraron a la habitación cuatro hombres. Formaban parte de la media docena de detectives contratados para esa noche, cuya misión alcanzó a comprender Blake unos minutos después de haber penetrado en el salón de baile. Todos habían pertenecido al Departamento Central de Policía y tenían relación con Blake, así es que al verlo en compañía de lord Boscon, lo saludaron.

—Caballeros, les ruego que se acerquen, — dijo el joven noble algo nervioso. — Ha sucedido algo muy lamentable y no hay tiempo que perder.

En seguida les refirió lo mismo que había dicho a Blake.

—Debemos ponernos en acción cuanto antes y desearía que me hicieran alguna indicación al respecto. Tal vez el señor Blake nos podría ayudar.

—¿Que me dice si vigilásemos la salida? — se atrevió a decir uno de los detectives.

—Ya están vigiladas, — respondió secamente el lord. — Si es cierto que no soy pesquisa, no por eso soy un tonto. Fué lo primero que se me ocurrió. Nadie debe salir sin permiso mío.

—Sin embargo, usted no podrá arrestar a una concurrencia de quinientas personas, — se permitió responder Blake, tomando la cigarrera.

—Perfectamente, señor Blake. Ahí está lo grave. Pero lo cierto es que el collar ha sido robado. Salvo que el ladrón se haya escapado este último cuarto de hora, el que lo posea debe encontrarse en la casa, sea hombre o mujer. Para abreviar, les diré más o menos lo que todos saben. Hace una media hora, o tal vez menos, el collar aun estaba en su lugar. Así lo afirma la duquesa y no hay por qué dudar de su palabra. Parece que notó su desaparición después que Nirvana hubo bailado. También es de creerse que durante el baile se aprovecharon para robarlo. El primer pensamiento de la duquesa, fué el de que se le había caído, pero en seguida se procedió a buscarlo cuidadosamente y no se halló señal alguna de la joya. Recuerda que después del baile el gentío se aglomeró junto al estrado para ver de cerca a la bailarina y por eso supone que en medio de la confusión se lo habrán quitado con toda comodidad. Cuando se dió cuenta de lo ocurrido me llamó a su lado y acudí sin demora alguna para ayudar a buscarlo. Pero en cuanto sospeché que se lo habían robado, dí órdenes inmediatas para que impediesen la salida a todo el que la intentase. Fué entonces que tropecé con el señor Blake y le pedí que nos ayudase. Ahora, pues bien, ¿qué es lo que a ustedes se les ocurre?

—Tendría que registrarse a los asistentes, — dijo uno de los detectives con aprobación de los demás.

Lord Boscon sacudió la cabeza, diciendo:

—Eso estaría muy bien en una reunión de pocas personas, pero no ahora. Seguramente que se provocaría un desorden, al sólo pensamiento de que se procedería a un registro individual. No hay duda que entre tanta gente, debe haber una cantidad de bandidos y mal intecionados, pero la mayoría está formada por personas de honradez intachable y no conviene someterlos a semejante intervención policial. Por otra parte, nos tomaría casi toda la noche, el susodicho registro.

Todos estuvieron de acuerdo con lo manifestado por el lord. Pero cuando terminó de hablar, Blake dejó a un lado el cigarrillo y habló a su vez.

—Hay una cosa que podríamos ensayar. Se me ha ocurrido, por algo que tuve ocasión de experimentar durante mi permanencia en Nueva York.

—¿Qué es eso, señor Blake?

—Se trataba de una fiesta en que había una cantidad de personas; como era una reunión de carácter privado, la dueña de casa no quería ofender a sus invitados. Su primer medida fué hacer lo que ustedes han hecho: impedir la salida. Luego reunió a los invitados y les informó sobre lo ocurrido. Propuso que se reunieran en torno a una gran mesa en medio del salón de baile y que se apagasen las luces por un minuto.

Si alguno de los asistentes tenía en su po-

der el artículo que había sido robado, (era un prendedor) se le presentaba la oportunidad de dejarlo sobre la mesa, en medio de la oscuridad. Si así ocurriese, no se hablaría más del asunto. Todos los invitados consintieron en llevar a cabo lo propuesto por la dueña de casa y se puso en práctica lo dicho.

—¿Y tuvo éxito? — preguntó el joven lord, no bien Blake se detuvo.

—Por cierto. Yo estaba junto a la mesa cuando las luces se apagaron. Uno de los presentes se ocupó de contar hasta sesenta, de modo que todos pudiesen oirlo, mientras reinaba la oscuridad. Más o menos, al medio minuto, se sintió que algo resonaba, como si hubise sido arrojado sobre la mesa. Pero el que contaba no se detuvo, ni se iluminó la sala, hasta que no hubo pasado el minuto acordado. Cuando las luces se prendieron, el prendedor estaba sobre la mesa.

—Me gusta la idea, señor Blake, pero ¿cómo podríamos ponerla en práctica aquí? Debe hacerse algo en seguida, porque no faltará alguno que desee retirarse y se debe dar alguna explicación referente al cierre de las puertas.

—Será más difícil en este caso, pero me parece que nos podríamos valer de un medio. Una mesa, está fuera de la cuestión, pero, en cambio, podría colocarse una alfombra en medio de la sala, para que cayese la joya al suelo. A los concurrentes se les avisará lo que ha pasado y la duquesa les dirigirá la palabra manifestando que falta un collar y que la persona que lo tenga en su poder, tendrá la oportunidad de arrojarlo sobre la alfombra sin que nadie se percate de ello. No creo que sea necesario un minuto, bastará medio minuto y usted, lord Boscon, puede contar los segundos. Si el collar no aparece cuando pase el medio minuto, entonces los asistentes se someterán voluntariamente a un registro individual. Nos llevará mucho tiempo, pero no hay otro medio para dar con el ladrón, si es que está en casa.

—¿Qué piensan ustedes acerca del plan propuesto por el señor Blake? — reguntó el lord, dirigiéndose a los cuatro detectives.

Movieron la cabeza en señal de conformidad y uno habló por los demás.

—Lo ensayaremos, señor lord. Si fracasamos, como dice el señor Blake, lo único que queda es someterlos a un registro. Creo que no tendremos dificultad en hacerlo.

Lord Boscon sacudió la cabeza, respondiendo:

—Es un contratiempo lamentable, pero no se puede remediar. Mi tía está muy afligida. El collar debe encontrarse, si está en la casa. Ya han de saber que su costo es inapreciable. Ahora iré a comunicarle a mi tía, el plan que llevaremos a cabo. Deseo que me acompañe el señor Blake. Ustedes podrían reunirse con sus colegas y manifestarles lo que pensamos hacer. Cuidarán que todos se hallen en la sala, registrando todos los aposentos. Exceptuarán a la servidumbre, con la que arreglaremos después. Salgamos en seguida, pues no hay tiempo que perder.

No bien hubo dicho esto el lord, se pusieron en campaña, con toda ligereza. Mientras los detectives particulares hablaban con sus colegas y colocaban guardas en cada puerta del piso bajo, lord Boscon y Blake volvían al estrado donde hallaron a la duquesa de Raylan rodeada de sus amigas, que participaban de su pena al tener noticia de lo ocurrido.

Sin embargo, trataron de ocultar cuidadosamente sus emociones, para que ninguno de los bailarines, que pasaban rápidamente frente a ellas, tuviese la menor sospecha de lo sucedido.

En pocas palabras, lord Boscon, manifestó a su tía lo sugerido por Sexton Blake y fué aprobado el plan. En seguida la duquesa hizo señas a Blake de que se acercara y le habló diciendo:

—Agradezco a usted señor Blake su ofrecimiento para ayudarnos quedó reconocida a su plan de acción. Ya ha de comprender cómo me siento ante semejante pérdida. Si se tratara de una joya de menor valor y de importancia secundaria, soportaría la pérdida con tal de no molestar a los asistentes que han sido tan gentiles, al ayudarme con su contribución a la obra caritativa que me propongo realizar. Pero no queda más recurso que ensayar lo sugerido por usted.

—No puede perjudicarla en nada señora duquesa, — respondió Blake. — Si usted les habla en la forma que lo ha hecho conmigo, creo que la comprenderán y no tendrán motivo para ofenderse. Por lo menos así les ocurrirá a las personas por las cuales podríamos afligirnos, pues de lo demás no importa mayormente, si es que no merecen consideración alguna. Ya veo que lord Boscon está preparado, así es que con su permiso voy a dejarla, para dirigirme al director de orquesta para que interrumpa la música.

La duquesa accedió a lo dicho y Blake se dirigió al aposento donde se hallaba la orquesta, rogando al director que detuviese a los músicos, porque la señora duquesa tenía que hablar a la concurrencia. No bien el baile se interrumpió, todos los bailarines se volvieron hacia la orquesta para saber lo qué pasaba. Entonces la duquesa se incorporó y adelantándose en el estrado, impuso silencio con una mano en alto, hablando luego a todos los concurrentes.

Se redujo a hacer un informe breve sobre la desaparición del collar, manifestando que le asistían razones para suponer que lo habían robado.

Cuidó de no dar a comprender que era suyo. Luego expresó la pena que le causaba el hecho, en momentos tan felices para ella, rogando tuviesen en cuenta lo dicho y alcanzasen a comprender cuán triste era para ella, semejante pérdida. Terminó manifestando el paso a que la habían obligado seguir, con tal de proporcionar la oportunidad única aara que devolviese la joya, la persona que la tuviese en su poder.

No bien hubo terminado se produjo un murmulo entre la concurrencia, y la mayoría simpatizó con la duquesa, estimando en alto grado su proceder. Cuatro lacayos extendieron en seguida una alfombra persa en medio de la sala.

—Ruego que se acerquen todo lo que les

sea posible, — manifestó la duquesa. — En pocos segundos se apagarán todas las luces y así permanecerán por medio minuto. Los segundos serán contados por el señor Sexton Blake, a quien ustedes ven a mi lado. Los que no lo conocen personalmente, sin duda lo han de conocer de nombre. El plan a seguir ha sido sugerido por él, con tal de ofrecer una oportunidad, a la persona que tenga en su poder el collar. Creo que ya estamos listos.

La duquesa levantó entonces una mano y al instante, el mucamo encargado de las luces, las apagó instantáneamente. La sala quedó a oscuras y se sintió como una conmoción nerviosa entre los presentes, y uno que otro grito en que prorrumpieron las mujeres alarmadas ante lo ocurrido.

Al punto se calmaron en cuanto Sexton Blake, de pie en el estrado, comenzó a contar los segundos con toda claridad.

Uno, dos, tres, cuatro... y así continuó llevando el compás requerido para los segundos en lo posible. Llegó a la decena hasta terminarla sin interrupción para entrar a contar, veintiuno, veintidós..., veintinueve y... treinta!

—Las luces, por favor.

Al oir estas palabras, el mucamo, advertido, dió vuelta las llaves y al instante, la sala quedó de nuevo iluminada. Por un momento todos quedaron como enceguecidos ante el repentino esplendor, haciendo esfuerzos para descubrir lo que imaginaban se descubriría sobre la alfombra persa.

Sexton Blake bajó del estrado con toda calma dirigiéndose hacia el lugar donde descansaba la joya. Se inclinó y tomó la alhaja, volviendo al estrado. Después de echarle un vistazo, la duquesa miró alarmada a Blake.

—Pero no comprendo... señor Blake... esto no es...

Blake miraba la joya que la dama sostenía entre sus dedos: un magnífico collar de perlas que alcanzaría a valer una fortuna. Alzó la vista y mirando a la duquesa, le dijo con toda tranquilidad.

—Ciertamente, no es la joya que pensábamos recuperar, señora duquesa; pero, según esto, otra persona debe haber sido víctima de un robo esta noche. Naturalmente que difiere de lo nuestro, así es que mejor sería hablar a los presentes, exponiéndoles la alternativa en que nos encontramos.

La duquesa se disponía a responder al detective, cuando una dama agitada, se abría paso entre el gentío, exclamando:

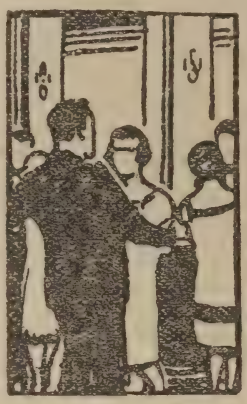
—¡Mis perlas! ¡No había notado su desaparición hasta este momento! ¿Cómo sabían ustedes que había perdido mi collar? ¡Oh! ¡Señora duquesa, permítame que lo vea!

El esposo de la dama, un conocido comerciante de la ciudad, se adelantó para reunirse con su esposa y cuando ambos indentificaron la joya como de su propiedad, la duquesa se la entregó a su dueña, sin que Blake hiciera objeción alguna.

Aquellas perlas inesperadas, habían surgido de la oscuridad... pero ¿dónde se hallaban los brillantes esperados con tanto anhelo?

CAPITULO IV

Después del baile



Mientras Blake estaba ocupado con el asunto del robo, Tínker había quedado con sir William Chadwin y Billie.

Después de un rato el barón descubrió a un conocido, y, dirigiéndose a él, dejó a los dos jóvenes solos.

Billie quería regresar al comedor, pero Tínker, que había sospechado que algo anormal ocurría, al ver que Blake desaparecía con lord Boscon, manifestó que era mejor permanecer un rato más en la sala de baile.

Para Tínker fué una sorpresa la aparición de Nirvana. Mientras las luces permanecían veladas y la silueta delicada de la joven ondeaba, rozando ligeramente el suelo con los pies de hada, el joven emocionado había permanecido extasiado sin ver más que aquella criatura maravillosa.

Habíase olvidado de cuanto lo rodeaba, hasta verla desaparecer tras la cortina y aun entonces, respondió mecánicamente a lo sugerido por su compañero entusiasmado con la bailarina.

En una de sus vueltas, Nirvana se había acercado al lugar donde Tínker se encontraba y le pareció que sus ojos al fijarse en los suyos, algo le ordenaban. Sufrió entonces una sacudida física, hasta perder de vista a la joven en medio de aquella penumbra.

Al ver que Blake se encaminaba al estrado, pudo apartar esas ideas de su mente y observó a su jefe mientras conversaba con la duquesa, siguiéndolo con la vista en momentos que marchaba hacia el director de orquesta, para que interrumpiese la música.

No se sorprendió mayormente al oir lo manifestado por la duquesa, y, cuando las luces se apagaron, quedó lo más tranquilo posible, tratando de distinguir el menor ruido que le indicase si el collar había sido, o no, arrojado sobre la alfombra.

Pero, naturalmente, en la mullida alfombra, la joya no se dejó sentir al caer y Tínker quedó sorprendido, lo mismo que los demás, al ver el montoncito de perlas sobre la alfombra.

Cuando Blake levantó el collar, volviendo al estrado, Tínker tomó de la manga a Billie Chadwin, encaminándose hacia Blake. En momentos que la duquesa se disponía a tomar la palabra de nuevo, el joven abriéndose paso hábilmente entre el gentío, había logrado acercarse al estrado. Quería que sus ojos tropezaran con los de Blake, pero no lo consiguió. Al cambiar de dirección, su mirada cayó justamente sobre la de Nirvana, la bailarina que se hallaba tan cerca de él, que su brazo casi rozaba el de ella. El perfume

Hay que empezar por pegar todo el dibujo en buen cartón fuerte y después de dejarlo secar bien, recortarlo cuidadosamente, hacerle los agujeros marcados y señalar los dobleces que las líneas de puntos indican. Tome la pieza más grande y pegue la pieza marcada H en el punto H. Doble hacia abajo por las líneas de puntos, los costados y ponga un pedazo de alambre del tamaño indicado para el eje de atrás, pasándolo por los agujeros y asegurando las ruedas a sus extremos. La rueda G debe quedar a la izquierda. Fíjese entonces la pieza que va de pie. Doble por la línea de puntos las partes que se han de pegar abajo y hágalas pasar por el hueco de delante de la pieza grande. Tome entonces la pieza que tiene las solapas C y D. Doble esas solapas y pegue la solapa C en el sitio C y la solapa D en el sitio D. Ponga el eje delantero y sus ruedas. Ponga entonces al chico. Una la pierna suelta mediante un broche pasado por los puntos A y por último fije la palanca uniendo F a F en la pierna y G a G en la rueda. Al correr el aparato el chico moverá la pierna.

que emanaba de aquella niña, hirió su olfato, sintiéndose así más atraído hacia ella. Nirvana lo miraba fijamente, hasta que por fin sonrió ligeramente. Tinker, atontado, no supo qué actitud asumir y la joven desapareció al punto. Luego la volvió a ver, tras el estrado. Ahí la observó con más detención, mientras la duquesa hablaba a la concurrencia.

La señora duquesa manifestó que deploraba enormemente lo sucedido, pero se veía en la necesidad de proceder a un registro individual. Al mismo tiempo, expresó con toda rodeaban el estrado y las que se encontraban sencillez, que las personas de su amistad, que en su compañía, también tendrían que pasar por la misma prueba. Al oír eso, todos se sintieron más tranquilos y no opusieron resistencia alguna.

n-nnnnnncannnn taoi taoi taoi tao ietaoiaoinn

Sexton Blake se adelantó, agregando quo todos los caballeros se dispusieran en fila, que cruzaran el vestíbulo y se encaminaran a la sala que se hallaba al salón de baile, mientras las damas debían subir la escalera para detenerse en los dos aposentos del primer piso. Al terminar, dos de las señoras de la comisión se adelantaron, saliendo del estrado, manifestando que marcarían el camino. A los pocos segundos, todo el cuerpo de invitados se hallaba en movimiento, dispuesto a obedecer las órdenes recibidas.

Tinker se detuvo junto al estrado, pues deseaba hablar con Blake. Consiguió lo que anhelaba y su jefe, al descubrirlo, le hizo señas de que se acercara. Una vez cerca de él, le dijo:

—Trata de mantenerte a mi lado, mucho, pues necesitaré tu ayuda, durante el registro. Lord Boscon y yo, seremos los encargados de realizarlo. Si puedes alcanzar a sir William, traételo contigo, como también a Billie.

Tinker sacudía la cabeza, aprobando cuanto su jefe decía; cuando de pronto, Nirvana se adelantó acercándose a la duquesa, previa una ceremoniosa inclinación de cortesía.

Como Tinker se hallaba muy cerca, no pudo menos que oir lo que decía. No era más que un pedido, solicitando que la sometieran a un registro cuanto antes, si fuese posible antes que a los demás, porque tenía necesidad de retirarse. Se disculpó, diciendo que había trabajado mucho esa noche y se sentía muy fatigada. La duquesa manifestó en seguida que no había necesidad de registrarla, desde el momento que había estado bailando cuando se llevó a cabo el robo; pero si no tenía inconveniente, sería mejor que obrase conforme a lo pedido, para mayor satisfacción de los asistentes. Nirvana insistió para que la registraran, y entonces la duquesa encargó a una de sus amigas para que la condujese al piso alto.

Tinker no dejaba de observarla. Antes de desaparecer, la joven encontró la mirada del joven, como queriéndole significar algo, que Tinker no alcanzó a comprender.

En ese instante, Blake se halló junto a Tinker y Billie. Los tres se abrieron paso, para cruzar la puerta junto al estrado que debía llevarlos a la sala donde se efectuaría el registro.

A pesar del orden reinante era tal la concurrencia que se hacía imposible el paso y mientras los tres amigos se esforzaban por cruzar a una escalera, Tinker descubrió a Nirvana, que bajaba procedida por un lacayo y acompañada de la misma dama con quien la había visto salir del teatro Cosmos.

Al llegar al pie de la escalera, el lacayo se deshizo en disculpas, solicitando paso a medida que marchaba, para lograr conducir su preciosa carga hasta el vestíbulo. Tinker pensó que ya se habrían sometido al registro y que tratarían de salir de la casa. Vió que Nirvana se detenía al llegar al pie de la escalera mirando en derredor hacia arriba y hacia abajo. Por último sus ojos se fijaron en los de Tinker y, entonces éste, pudo observar que expresaban una gran conformidad, como si se hubiese visto libre de un peso enorme. La joven sostuvo la mirada de Tinker y, luego como ignorando el camino que el lacayo le abría entre la multitud, trató de abrirse paso por sí sola en dirección al lugar donde Tinker se hallaba. Blake, al mismo tiempo se hacía paso en otra dirección, sin haber visto a la joven. Tinker no alcanzaba a descubrir cuáles serían los propósitos de la bailarina, hasta que por fin estuvo a su lado. Gracias a sus esfuerzos y a su habilidad para deslizarse, una vez cerca de Tinker, casi sin aliento alcanzó a decirle.

—Vuelva al Cosmos otra vez.

El lacayo, al verla por otro camino, se adelantó y le abrió paso de nuevo. Una vez solo, Tinker trató de seguir la dirección de su jefe. En ese instante puso la mano en el bolsillo para tomar el pañuelo y sus dedos tropezaron con el par de guantes que había colocado esa tarde y, algo más abajo, sintió algo duro que no atinó a comprender qué podía ser, pues en el bolsillo no había puesto más que el pañuelo y los guantes. Ante el enigma del objeto que guardaba su bolsillo, sus dedos trataban de distinguir qué podía ser, intrigándolo cada vez más.

Ya estaba por sacarlo, cuando la concurrencia cedió al empuje pasando a la sala indicada de antemano. Blake lo llamó, diciéndole que se apresurase conjuntamente con Billie, corriendo hacia la puerta por donde debían pasar.

El aposento estaba vacío, salvo un lacayo que cuidaba la puerta por donde habían pasado. Al cruzar otra salida, Tinker sacó del bolsillo el objeto que lo preocupaba.

Mientras caminaba lo levantó y al ver de lo que se trataba, le corrió un escalofrío por la columna vertebral, que lo dejó aterrorizado.

Volvió a colocar el objeto en el bolsillo y no pudo remediar el hecho de volver la cabeza hacia atrás para ver si el lacayo lo había visto. Pero el individuo estaba de espaldas y como Blake y Billie marchaban adelante, no podían haberlo visto tampoco.

Los ojos de Tinker adquirieron una expresión grave al penetrar a la sala profusamente iluminada, donde en un rincón se distinguía un biombo, tras el cual lord Bos-

con y dos detectives se encargaban de registrar a los invitados tanteando los bolsillos o dándolos vuelta, según el caso.

El registro no podía ser de los más prolijos y Blake bien lo sabía. Había pensado que con el primer plan el collar habría aparecido, pero no sirvió más que para descubrir otro robo inesparado, así es que el misterio de la desaparición del collar de brillantes de la duquesa permanecía tan indescifrable como en el primer momento.

Muchos de los caballeros tomaron el asunto como jarana, sin molestarse por ello; pero otros gruñones, casi todos de más edad que los primeros, consideraron el hecho deplorable y se permitieron hacer observaciones, diciendo que herían la dignidad de las personas respetables.

Hubo algunos que no disimularon su nerviosidad cuando los detectives escudriñaron sus bolsillos y, entonces Blake pudo identificar algunos individuos que, a su juicio, no debieron haber penetrado en la casa.

El tiempo corría y no se hallaban vestigios del collar. Ya quedaban muy pocos por registrar, sin que nada se hubiese adelantado. Era muy tarde, cuando se dió por terminada la tarea. El asunto había sido tan serio, que ya no se intentó continuar el baile. En cuanto cada uno hubo pasado por la prueba del registro, se adelantó a tomar el abrigo y el sombrero, escoltando a la esposa o a las hijos, según el caso, partiendo inmediatamente para salir cuanto antes de aquella casa.

Luego se procedió al registro de la servidumbre, tan ineficaz como el de los asistentes; terminando por efectuar el de los detectives mismos; tarea que se realizó mutuamente, reduciéndose a un tanteo de los bolsilos. Blake, Tínker y lord Boscon se sometieron, también, a la prueba. De inmediato, Blake volvió junto a la duquesa de Rayland, que se hallaba en el salón de baile con dos amigas de su intimidad.

El detective le manifestó que sentía mucho no haber tenido éxito en la pesquisa y la duquesa le rogó que pusiera el asunto en manos de la policía central, sin pérdida de tiempo. Al mismo tiempo le dijo que telefonearía antes de acostarse. Fijando la vista en el detectivé, agregó:

—¿Qué es lo que piensa usted, señor Blake? Preferiría llevarme de sus consejos antes de ponerlo en conocimiento del Departamento Central de Policía.

—Es cuestión de la policía, señora duquesa, — contestó algo nervioso el detective. — No hay tiempo que perder y es preciso que la policía extienda la red para dar con el ladrón. Cualquiera que tenga esos brillantes en su poder, no podrá deshacerse de ellos así no más. Lo primero que habría que hacer, es impedir que pasen de mano en mano, pues en esa forma se pierde la pista. Por lo que respecta a mí, no puedo decir que haya formado una idea definitiva sobre lo que conviene hacer en realidad. A mi entender, el ladrón debe haber salido antes que clausuraran las puertas. Con el resultado de nuestro primer plan, se ha descubierto que entre los asistentes había ladrones. Si no hubiésemos procedido en la forma que lo hicimos, seguramente que el ratero que sacó las perlas a la señora de Jevison, también habría desaparecido. Parece que la señora no se dió cuenta de la desaparición hasta que yo levanté el collar de la alfombra. Comprendo que se trata de un asunto bien desagradable, así es que haré todo lo que está en mi poder para ayudar a los que intervengan en busca del collar.

—Muchas gracias, señor Blake; ¿de modo qus usted cooperará, conjuntamente con los empleados de policía, para que se haga luz en este asunto?

—Por cierto señora duquesa, siempre que lo permitan.

—¿Se lo podré advertir?

—Sin duda alguna.

—Muchas gracias señor Blake, y créame que estoy sumamente agradecida con todo lo que ha hecho por mí esta noche. Ahí viene Boscon; le voy a pedir que telefonée a la policía y probablemente podrá comunicarse con usted mañana. Mientras tanto, ya sé que si ocurriese algo, usted lo pondría inmediatamente en mi conocimiento.

—La señora duquesa puede estar segura de ello. Reflexionaré sobre el asunto y en cuanto la menor idea surja de mi cerebro, me pondré en comunocación con lord Boscon.

La duquesa extendió sus dedos y sonrió amablemente a Tínker y Bobbie. En seguida Blake se retiró, encontrando a sir William en el vestíbulo. A los pocos minutos los cuatro descendían por las gradas, deteniéndose antes de la salida, mientras un lacayo llamaba el automóvil que debía conducirlos a sus residencias respectivas.

Primero se dirigieron al hotel, situado en el Strand, donde sir William y su hijo se hospedaban. Blake fijó la hora para el almuerzo del día siguiente, comprometiéndose a acompañar al barón. eS disculpó por no aceptar invitación alguna para esa noche, por ser demasiado tarde, así es que después de dar las buenas noches partió para Baker Street.

Cuando llegaron a su casa estaban completamente rendidos y en cuanto Blake pasó a su despacho, dijo:

—Parece que estás más tranquilo que de costumbre Tínker. Espero que el malestar que sentías en el teatro no te habrá seguido, ni será nada serio. ¿No tienes fiebre?

—No, señor. Estoy perfectamente bien, — replicó Tínker.

—Bueno, es mejor que te acuestes en seguida, pues ya han pasado las tres de la mañana y dejaremos la discusión para después que hayan os descansado.

—Muy bien señor.

—Buenas noches amigo. No olvides de acostarte en seguida.

Tínker se encaminó solo a su dormitorio y en cuanto entró, llevó instintivamnete la mano al bolsillo de su saco de etiqueta. En seguida prendió la luz que se hallaba sobre una cómoda y de pie junto a ella. observó

con detención la joya que mantenía en sus manos.

Mientras tanto, Blake, dejando a un lado el sobretodo y el sombrero, había tomado asiento en el escritorio para recorrer la correspondencia recibida por el último correo. Notó entre la misma un telegrama, que al punto abrió. Se refería a un asunto que requería una respuesta inmediato. Tomó los formularios del caso y redactó la contestación en seguida:

—Le diré a Tínker que despache esto, ante todo, — dijo para sí.

Salió del despacho en dirección al dormitorio del joven. Al acercarse notó una luz, pues Tínker no había cerrado bién la puerta. Estaba a punto de volver a decir: buenas noches, cuando se detuvo alarmado y sorprendido a la vez. No podía creer lo que sus ojos veían.

Había sido la visión de un relámpago, que desapareció en un segundo, mientras cruzaba el espacio que lo separaba de la habitación. Era semejante a un foco repentino, que produjo de inmediato la oscuridad.

Luego vió a Tínker, su querido ayudante de confianza, de pie bajo la luz eléctrica, en muda contemplación del pendiente de brillantes y piedras preciosas.

CAPITULO V

Tras la pista de Tínker

A la mañana siguiente del baile de caridad realizado en casa de la duquesa de Rayland, el desayuno del detective y su ayudante, en Baker Street, no fué tan animado como de costumbre.

Sexton Blake no se había acostado hasta las cinco de la mañana, por más que Tínker no lo sabía. Cuando Blake regresó a su despacho después de haber tomado nota de la extraña ocupación en que Tínker se hallaba entregado, preparó su pipa para disponerse a fumar y reflexionar seriamente sobre el giro de los acontecimientos que tenía pendientes.

Tenía plena seguridad que el collar que se hallaba en poder de Tínker y que había estado examinando con tanto interés, pertenecía a la duquesa de Rayland. Al mismo tiempo trataba de solucionar el enigma, pues no alcanzaba a comprender en qué forma había ido a parar a manos del muchacho.

Si en realidad era un hallazgo, ¿por qué razón Tínker no decía nada al respecto? ¿Lo habría obtenido en Berkeley Square y en medio de la confusión general no habría atinado qué decir ni hacer, hasta volver a Baker Street, donde se habría acordado nuevamente de la joya? ¿No creería tal vez que se trataba de otra alhaja robada?

Esos y otros pensamientos asaltaron la mente del detective, durante las horas de la noche, por más que se veía forzado a rechazar unas y otras.

¿Por qué Tínker no le habría comunicado nada? ¿Por qué guardaría secreto el hallazgo?

Ni un sólo momento se permitió dudar de la virtud de su ayudante. Desde pequeño lo había tenido constantemente a su lado. Nunca había notado en él nada que se apartara de lo correcto y honrado en todos sentidos.

Sin embargo, Blake se hacía la reflexión de que el muchacho debía saber muy bien que el pendiente formaba parte del collar de la duquesa y era inexplicable que no hubiese dicho nada sobre el particular. Si era cierto que no se había solicitado su cooperación para la vigilancia del baile, en cambio él (Blake) había prometido ayudarlos en la cuestión del robo y eso implicaba la intervención de Tínker también.

El hecho era que había visto al muchacho en posesión de la joya, por lo menos, una parte del collar. Si Tínker la hubiese olvidado hasta el momento de registrar el bolsillo antes de acostarse, no era razón para que guardase el secreto sabiendo que su jefe se hallaba en el despacho hasta más tarde.

Por más que cavilaba y se devanaba los sesos para descifrar el misterio, no llegaba a conclusión alguna. Por último, cuando ya su pipa se apagaba y sólo quedaban cenizas sin fuego en la chimenea, dejó el asunto para otro momento y se retiró a dormir.

A la hora del desayuno, Blake no quiso hablar de lo ocurrido, pues deseaba que Tínker fuese el primero en tratar la cuestión. Cuando hubo terminado el desayuno y aun Tínker mantenía el secreto del hallazgo, Blake no pudo menos que volver a preocuparse seriamente con lo que pasaba. Estudiaba la expresión del joven disimuladamente y como lo conocía tan bien, forzosamente descubrió que algo se agitaba en su cerebro.

Sus ojos conservaban las huellas del insomnio; sus movimientos eran forzados y nerviosos; su mente parecía distraída, y cuando Blake le habló de asuntos que se relacionaban con la rutina diaria, pudo notar que hacía esfuerzos para prestar atención.

Pasaron al despacho y una vez allí Blake pasó a manos del joven el telegrama que había preparado la noche anterior.

—Quiero que tú mismo lleves esto en seguida, para que se despache cuanto antes. — dijo al acaso. — Luego vuelve para ayudarme a revisar estas cartas.

Tínker tomó su gorra y salió con el telegrama en el bolsillo. Luego se detuvo en la puerta algo nervioso, titubeando al decir:

—¿Habrá mucho qué hacer, señor?

Blake que se hallaba en el escritorio leyendo uno de los diarios, no levantó la vista y respondió:

—No, no hay mucho qué hacer. ¿Por qué?

—Quisiera saber si podría tener libres una o dos horas ahora.

—Por supuesto. Ya sabes que no tienes más que preguntar cuando deseas algo.

—Ya lo sabía, señor. Muchas gracias. Volveré cuanto antes.

Era Nirvana, la bailarina; cuando ella se detuvo a la luz de la puerta. Tinker avanzó, interesado, para no perder ni un detalle de sus facciones. Ella lo miró, pero con completa indiferencia. ("El secreto de Tinker").

Así diciendo, Tínker salió y en cuanto hubo cerrado la puerta, Blake se encaminó a la ventana y miró hacia afuera. Vió que el muchacho corría por Baker Street. Al volver a su escritorio sacudió la cabeza, diciendo para sí:

—No puedo comprender; no, no puedo saber qué pasa. No me ha dicho una palabra y no sé a qué viene eso de pedirme una o dos horas, cuando sabe perfectamente que puede disponer de ellas sin pedírmelas. No me gusta nada lo que sucede. Ese muchacho tiene algo muy serio que resolver y me apena el pensamiento que en los años que llevamos juntos sea la primera vez que me oculta algo y que no me confíe sus intenciones. ¿Y esa parte de la joya? ¿Qué pensará hacer con ella? Por el momento tendré que callarme, por más que debía volver a su dueña. Creo en la honradez de Tínker, voy a dejarlo que obre por su cuenta, pero conviene que lo vigile para evitar cualquier cosa desagradable.

Al sentarse a contestar la correspondencia, sus ojos tomaron una expresión muy triste porque en realidad había tomado mucho cariño al muchacho, como si se tratase de un hijo suyo. Su corazón sufría al pensar que Tínker se hallaría también preocupado y le disgustaba la idea de que no se allegase a él para recibir consejos o consuelo, según el caso.

A los veinte minutos, Tínker estuvo de regreso y luego de haber manifestado que había despachado el telégrama, tomó asiento en el escritorio para revisar las cartas que Blake le había dejado.

Trabajaron alrededor de una hora, hasta que la señora Bardell anunció la visita del inspector Thomas, que deseaba ver a Blake en seguida.

Blake ordenó que lo hicieran pasar y al instante el famoso inspector pasó al despacho. Saludó con la cabeza a Tínker y acercando una silla al escritorio se sirvió un cigarro de los predilectos de Blake. Como prólogo comenzó por decir:

—Vengo por el asunto de la duquesa de Rayland y según me ha dicho lord Boscon, usted bien podría suministrame algunos pormenores.

—No sé más que lo que él mismo puede decirle, — respondió Blake. — ¿Es usted el encargado de averiguar el asunto?

—Sí. Precisamente acabo de venir de la casa; pero hubiese deseado que antes de proceder la noche misma del baile, hubiesen llamado por teléfono a la policía, como es de práctica, antes de permitir que toda esa gente se retirase. Entonces hubiésemos tenido cuidado de que el registro individual se hubiese llevado con todo cuidado.

—Hubiesen tropezado con las mismas dificultades que nosotros, — resopndió Blake. — Había más de quinientas personas y casi todas de reconocida honestidad.

Habían contribuído con una buena cantidad de dinero para la obra de caridad a realizarse y como usted comprende, es algo bien desagradable tratar a personas de semejante condición como verdaderos criminales. Ha sido una de esas funciones que continuamente están dando mucho qué hacer, porque, aunque se realicen con fines benéficos, sucede que admiten a todo el mundo con tal que pague la entrada. No importa decir que, precisamente anoche, pude constatar la presencia de algunos individuos sospechosos y sobre todo uno, que hubiese arriesgado cualquier cosa por apoderarse del collar desaparecido.

—¡Con que sí! — exclamó el inspector. — Diga amigo, ¿está seguro que han robado ese collar?

—Yo no estoy cierto de nada, más que de su desaparición. Los brillantes son valiosos, lo mismo que el pendiente que se ajusta al collar.

Blake se detuvo para encender un cigarrillo dirigiendo una mirada a Tínker, a quien descubrió completamente agachado, trabajando en las cartas. Sin embargo, tras las orejas, bien podía notarse que se había puesto rojo como una granada

—Para ganar tiempo voy a expresarle cuanto sé del asunto, — agregó Blake.

Acto continuo se puso a relatar todo lo que había pasado en casa de la duquesa. Terminó con el registro efectuado, al que, según el detective, todos se prestaron gustosos, salvo excepciones. Para conformidad de Tínker, agregó:

—Eso es todo cuanto puedo decirle, señor inspector. Tal vez Tínker tenga algo que añadir, que arrojara luz en el asunto. ¿No le parece?

— Me parece que no, señor, — contestó Tínker sin volverse a los detectives.

—¿No desea formular algunas preguntas señor inspector? — agregó Blake.

—No muchas. ¿Sospecha algo al respecto?

—No. Nada que pueda servirle de guía.

—Pero usted vió unos individuos catalogados como sospechosos. Me supongo que habre tenido cuidado que los registrasen con todo cuidado.

—Naturalmente que presté atención cuando les tocó el turno, pero ni el collar ni el pendiente fueron hallados en poder de ninguno de ellos.

—Parece que los ladrones deben haberse escapado antes de que cerraran las puertas, llevándose la joya, — dijo el inspector. — Si es así, no será muy fácil echarles el guante. Pero hay una cosa: esas piedras no pueden utilizarse en la ciudad. Nadie se va a arriesgar a tomarlas, porque son demasiado conocidas.

—Estoy de acuerdo con usted, señor inspector; pero ocurre que hay dos o tres compradores de objetos robados, que no les importará hacerse cargo de la joya, contando con poderlas vender fuera del país.

—Ciertamente, y me parece que yo mismo podría nombrarle a los mismos compradores a que usted se refiere. De cualquier manera, no deja de ser misterioso el robo, por la forma en que fué llevado a cabo. Por lo que dice lord Boscon, se debió haber verificado cuando esa joven..., cuyo nombre no recuerdo..., pero es lo mismo, se trata de la bailarina; pues bien, cuando bailaba con

las luces veladas. Mal hecho eso de apagar las luces, siempre lo he dicho.

—Creo que lord Boscon tiene razón, — respondió Blake. — No hay duda de que el collar estaba sobre el cuello de la duquesa antes de apagar las luces, como también es cierto que, en cuanto se hizo la luz, la duquesa notó que había desaparecido la joya. De manera, pues, que desapareció durante esos minutos.

—Según tengo entendido, ella se encontraba en el estrado, conjuntamente con unas damas de su relación íntima. Por cierto que no se puede dudar de las personas que la acompañaban. También queda por aclarar la cuestión del otro collar que usted levantó, después del plan para dar con el collar de la duquesa. Me gustaría saber quién era el pájaro que lo tenía en el bolsillo.

—Si se descubriese la verdad, creo que el bolsillo a que usted se refiere pertenecía a uno de los bandidos a quien eché el ojo, — replicó Blake después de una pausa. — Como usted sabe, yo le dije a la duquesa que manifestase a la concurencia que había desaparecido un collar, que creía había sido robado. La persona que lo tenía habrá pensado que se referían al que había robado, y habrá estado muy contenta al poder deshacerse del mismo. De cualquier modo, si el plan ideado por mí no dió el resultado deseado, por lo menos algo se salvó y tuvo un éxito relativo esa noche.

—Yo no me burlo de ello, señor Blake, — refunfuñó el inspector. — Ahora me voy a consultar y examinar a esos detectives encargados de velar por la seguridad de la fiesta. Deben formar un conjunto muy simpático, cuando han permitido que en sus mismas narices se lleve a cabo semejante cosa.

—Pues bien, señor inspector, debe tener en cuenta que todos son ex-empleados de la policía central, — respondió Blake con una sonrisa.

—Todo lo que puedo decir, es que han olvidado lo aprendido, desde que salieron del departamento a que pertenecían, — refunfuñó Thomas levantándose para retirarse. Se sirvió dos cigarros de la caja de Blake y una vez que se hubo retirado, el detective volvió a su mesa de trabajo. Había olvidado la conversación sotenida con el inspector, salvo lo concerniente a una sola cosa; ésta era, la que se refería al momento en que le preguntó si Tínker tenía algo que decir para arrojar una luz en el asunto y este último contestó que no.

Blake estaba preocupado con ese pensamiento, cuando de pronto Tínker hizo retrocer la silla y se levantó diciendo:

—Voy a salir, señor; si me lo permite.

—Muy bien, pero quisiera saber si regresarás para el almuerzo.

—No sé, señor. Pero, ¿acaso usted no iba a almorzar con sir Wiliam?

—Probablemente. ¿No quieres acompañarnos?

—Tal vez; pero si no llego a tiempo, es porque no puedo y vendré para aquí

—Perfectamente. Parece que se trata de un asunto particular.

—Sí, señor.

—¿No hay nada con que podría ayudarte? — dijo Blake en tono indiferente. — Ya sabes que si desear algún consejo, estoy pronto para proporcionártelo.

Tínker echó una mirada tristona al rostro de Blake que no lo miraba de frente y respondió:

—No gracias, señor; no es para tanto.

—Muy bien, hijo mío.

Un cuarto de hora después, Blake sentía que el joven cruzaba el vestíbulo en dirección a la calle. Como no había pasado por el despacho, Blake abrió la puerta y lo llamó. Cuando el joven se volvió, pudo notarse que estaba algo confuso. Blake observó que se había vestido con su traje más paquete: color gris oscuro y su sobretodo nuevo. Llevaba galerita y guantes de piel de Suecia grises, fuera del bastón que completaba así la elegancia en el vestir. En cuanto a los detalles, baste decir que se había puesto la camisa de seda, cuidando del arreglo en lo posible par tener buen aspecto.

Blake no le hizo observación alguna, pero le extendió un billete y un rollo de dinero.

—Desearía que te detuvieras en el camino, frente al Banco para depositar esto a mi nombre, — dijo con indiferencia. — Luego puedes entregarme la nota correspondiente al depósito.

—Muy bien, señor; — respondió Tínker, tomando los billetes.

Blake observó que sus modales no eran naturales y no tenía el aspecto sonriente de siempre.

Salió entonces y Blake, desde la ventana, lo vió tomar un automóvil en Baker Street

No bien hubo desapartcido, Blake se reanimó procediendo con rapidez. Se dirigió a su pieza de vestir y tomó el sobretodo. Luego, el sombrero, los guantes y el bastón, deteniéndose únicamente para decir a la señora Bardell, que no lo esperase a la hora de almorzar.

También llamó un taxí en Baker Street y sostuvo una conversación breve con el conductor. Luego penetró al coche y se ubicó cómodamente en un rincón.

El vehículo emprendió la carrera velozmente, yendo por Oxford Street hasta tomar la orilla de la vereda próxima al Banco, donde Blake había ordenado a Tínker que hiciese el depósito. Al poco rato observó que el joven salía, volviendo a tomar el automóvil.

El conductor de Blake había recibido instrucciones, así es que cuando el detective golpeó legiramente el vidrio, partió con cautela al principio, aumentando la velocidad a medida que el taxi de Tínker tomaba Oxford Street.

En Oxford Circus, este último dió vuelta hacia la izquierda y Blaek que lo seguía, pudo distinguir que se acercaba a la boletería del teatro, próxima también a la oficina de mensajeros. El coche de Blaek continuó la marcha despacio, hasta pasar al otro. El

HUMORISMO ESPAÑOL

—Querido tío: yo opino que debías asegurar la casa.

—¡Pero si la compré el año pasado y aun está nueva!

—¿Que necesitas otro sombrero? ¿Pero es que has perdido la cabeza?

—Si la hubiera perdido ¿para qué iba a necesitar el sombrero?

(De "Buen Humor").

HUMORISMO FRANCES

—¿Ha soñado usted con un gallo? ¡Eso es señal de suerte!

—He soñado con "ojo de gallo" y eso es señal de que he de ir al pedícuro.

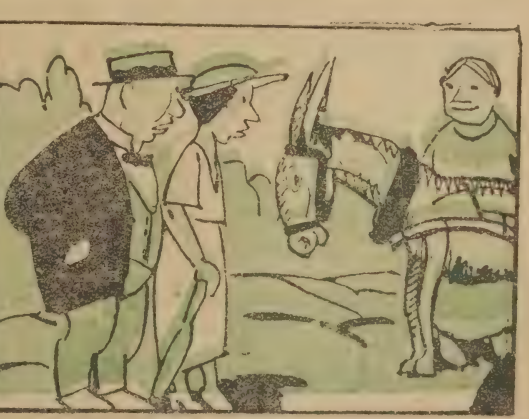
—¡Oh! ¡La gallina tratando de cantar como el gallo! ¡El mundo al revés!

—¡No! Es lo mismo que cuando, en una casa, la mujer pretende ponerse los pantalones.

—¡Hola! ¿Va usted solo, don Segismundo? ¿Y su señora esposa?

—¡Es curioso! Salí de casa con ella... Pero ahora recuerdo que oí un ruido así como ¡plaf! cuando pasábamos por el puente del río.

—¿Que no tiene raza este perro? Sepa usted, señora, que su abuelo era un terranova, su padre un pekinés y su mamita fox-terrier.



—Sí, señor Durand, mi burro tiene más o menos la misma edad que usted. No quiero decir con eso que usted sea un burro viejo.

(Del Almanach Vermot).

detective volvió a golpear el vidrio y el coche se detuvo en Langham.

Por la ventanilla posterior, Blake vió que Tínker penetraba a la oficina de mensajeros. El joven permaneció unos minutos y volvió a salir partiendo en el mismo automóvil. El conductor del taxi en que viajaba Blake trató de esconderse en lo posible para que no lo notasen y siguió al otro por Regent Street, hasta que ambos tomaron Piccadilly Circus.

Una vez ahí, el perseguido se detuvo en el teatro Cosmos. Blake al pasar en el automóvil, alcanzó a ver que el joven hablaba al conductor entrando luego a la boletería. Naturalmente que el detective no pudo creer que Tínker reservaría enttadas, habiendo visto ya la misma función la noche anterior, así es que quedó intrigado ante semejante actitud.

No pensaba detener a Tínekr, ni espiarlo, pues jamás se había preocupado por los asuntos particulares del joven, debido a la gran confianza que le merecía. Pero el proceder de Tínker y su estado nervioso, le predispusieron a velar por la seguridad del muchacho, evitando cualquier peligro a que se expusiera. Por esa razón, permaneció en taxi hasta que vió salir a Tínker un cuarto de hora después.

Entonces dejó que el joven partiese, sin pensar en seguirlo, y una vez que hubo desaparecido por Piccadilly, dijo para sí:

—En caso de que hubiese reservado entradas, no le hubiese llevado tanto tiempo. Voy a ver si está Taylor, que debe haber visto al muchacho, cuando estaba en la boletería.

Blake salió del taxi y dijo al conductor que esperase. Entró al teatro y presentó su tarjeta, asegurándose primero de que Taylor se hallaba en el mismo. Fué admitido en el despacho del director en seguida y estrecharon las manos riendo.

—¿Qué es esto? — exclamó Taylor. — Parece que mi despacho está al servicio de ustedes hoy. ¿Ha venido tras el mismo asunto que persigue Tínker?

Blake no tenía la menor idea del asunto a que se refería su amigo, pero sonrió sacudiendo la cabeza, preguntando al mismo tiempo con indiferncia.

—¿Se ha ido ya?

—No hace cinco minutos. ¿Cuál es la idea grandiosa? Creo que no es usted el que se interesa tanto por la damita... ¿Será tal vez un ataque de amor que ha hecho sucumbir al muchacho?

—¿A qué se refiere usted? — preguntó Blake. — Pues, según tengo entendido, sufre de varios ataques de esa naturaleza.

—Pues me refiero al que ha sufrido por la joven que tanto desea concer su domicilio particular, o, mejor dicho, me refiero a Nirvana. Esa pequeñuela no puede estar mezclada en ningún asunto criminal, así es que el interés de Tínker no puede ser más que el amor.

—Difícilmente esta vez, — exclamó riendo Blake. — Si he llegado tarde para dar con Tínker, no quiero detenerlo más, amigo mío. ¿No sabe usted, si ha ido a casa de la muchacha?

—Lo supongo. Le dí su dirección, pero no me atreví a dársela sin haber telefoneado a la joven si lo recibiría primero. Tenemos orden de proceder con cautela al respecto y es la primera vez que permite que dé a conocer su residencia.

Pues entonces trataré de alcanzarlo, — replicó Blake. — De cualuier modo, me ahorrará tiempo si me entera de dicha dirección, pues creo que no tendrá inconveniente en dármela a conocer.

—¡Oh, no! Se la daré: 24 en Bantry Square.

—Muchas gracias, — agregó Blake, anotando la dirección. — Lo alcanzaré.

—Pero dígame, señor Blake, hablando en serio... ¿hay algo anormal en todo esto?

—Nada, por lo menos yo no sé que haya nada de particular, — dijo Blake, conformando así a su interlocutor. Unos minutos después, estaba de regreso en su automóvil. Sin embargo, no se hizo conducir en seguida a la dirección indicada. Primero fué a la mensajería de Langham y preguntó por el encargado de la oficina. Cuando éste apareció, Blake se dió a conocer diciendo:

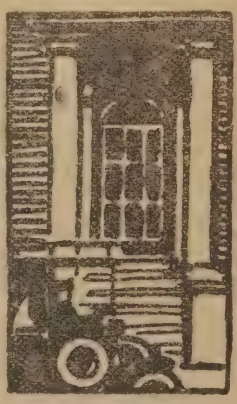
—Quisiera asegurarme si mi ayudante despachó un mensaje esta mañana. Debe haber estado aquí, hace una media hora aproximadamente. ¿Tendría inconveniente en recorrer su libro de notas?

—Al instante, señor Blake.

Al decir esto, el encargado abrió un libro y después de recorrer varias entradas, se volvió a Blake con el libro abierto. Al tenerlo de frente, Blake pudo leer los nombres anotados. Aunque el libro se hallaba invertido, alcanzó a distinguir unas palabras que hicieron latir más a prisa su corazón. Una de las direcciones, era la de la duquesa de Rayland.

CAPITULO VI

LA SUPLICA DE TINKER



Mientras tanto, Tínker se había dirigido a la dirección conseguida en el teatro Cosmos y suministrada por el mismo director.

Era cierto el hecho de que los encargados del teatro había recibido órdenes expresas de no dar a conocer la dirección de la señorita Nirvana, bajo ningún pretexto. Al principio, el señor director se había negado a darla, pero al ver que Tínker insistía, creyó que sería uno de los tantos casos de amor que ya se habían presentado por parte de los jóvenes de Londres y sin compromiso alguno, decidió telefonear a Nirva- viasen al joven en seguida. Al mismo tiemna para que lo decidiese.

Tinker accedió, agregando que manifestasen a la bailarina que se trataba de la persona a quien había hablado la noche anterior.

Esperó en la sala de recibo y unos minutos después el director, algo sorprendido, regresaba diciendo que Nirvana rogaba que enpo, manifestó a Tinker que se diese por muy feliz, pues era el único favorecido de cuantos jóvenes habían solicitado ser recibidos por la famosa bailarina.

Tinker partió, dirigiéndose hacia Bantry Square, que se halla fuera de Eaton Square, en una calle lateral formada por un grupo de casas especiales. Decidió despachar al automóvil, y una vez ue hubo pagado el viaje, subió las gradas de la entrada cuya dirección le habían indicado, y tocó el timbre.

Al cruzar la vereda, lo que menos se imaginó era que cuatro ojos estaban fijos sobre su persona. No bien hubo hecho sonar el timbre, uno de los espías dijo a su compañero:

—Es el mismo. Déjado a mi cuidado; no pasará nada.

Una mujer de mediana edad, de rostro malvado, impresionante como si empuñase un hacha de guerra, fué la que abrió la puerta. Al informarse de lo que Tinker deseaba. lo hizo pasar adelante con cierta galantería.

Al instante manifestó que preguntaría a la señorita Nirvana, si podía recibirlo.

Tinker fué introducido en una salita del fondo, que parecía más bien una sala de ensayos de baile.

El piso no podía estar más lustrado y tres o cuatro sillas era cuanto había en la habitación, fuera de un diván ancho y bajo, cubierto de almohadones de variados matices, que se destacaba en un rincón, y un gran piano, con una contidad de música tirada al descuido. Las ventanas daban a un invernáculo reducido que lucía una variedad de plantas exóticas.

Seguramente se trataba del aposento donde Nirvana ensayaba sus bailes. No bien el joven se hacía esta conjetura, apareció la bailarina.

Tinker la miró mientras cerraba la puerta y se adelantaba luego sonriendo a saludarlo. El pulso del muchacho perdió la regularidad, pues si la había visto hermosa en el teatro Cosmos y si se le había presentado como una visión seductora en la casa de Berkeley Square, esa mañana ofrecía un aspecto encantador.

Tenía los cabellos recogidos a los lados, como dos montoncitos de oro sobre las orejas. Su piel era tan suave y delicada como los pétalos de una rosa en todo su esplendor. Sus labios no habían necesitado de tintura alguna y sus ojos de tinte violeta, parecían au nmás profundos que durante la noche.

Estaba ataviada con un traje de casa sumamente sencillo, de tela de seda, con pliegues que caían justamente debajo de la rodilla. Al sonreir, pareció ser una niña que aun no había alcanzado sus diez y seis años; edad que le atribuían sus admiradores.

No se detuvo hasta encontrarse junto a Tinker. Entonces extendió ambas manos y el joven las tomó mecánicamente, mientras se sentía sobrecogido por un escalofrío inexplicable. Sus ojos se fijaron en los de ella y pareció quedar hipnotizado. En cuanto habló la hechicera, recién pudo Tinker salir de su estupor.

—Desde anoche lo estaba esperando,—dijo con toda suavidad. — Ya sabía que no faltaría.

—¿Quiere tener la amabilidad de tomar asiento? — se atrevió a murmurar Tinker. — Desearía hablar con usted.

La joven dejó que sus ojos seposaran en los del muchacho un ratito más y luego, con una carcajada infantil y sonora, se dejó caer sobre el diván.

—Venga y siéntese a mi lado, — murmuró. — Así hablaremos con más comodidad. Quisiera que me dijese dónde lo he visto antes, pues estoy segura de haber conversado con usted y no puedo acordarme cuándo y dónde. Esa cara la conozco perfectamente y, sin embargo, no recuerdo haber conocido a nadie que haya sido un detective famoso.

—Yo no he sido tal cosa, — dijo Tinker en tono de protesta, enrojeciendo al pensar que la joven se burlaba. — Voy a sentarme aquí, si es que se puede, — agregó, tomando una silla y colocándola frente a la bailarina. — Le hablaré precisamente del lugar donde nos hemos encontrado antes, pues ese es el motivo de mi visita. Pero antes tengo otra cosa que comunicarle.

Nirvana le dirigió una mirada de soslayo pero no dijo una palabra. Reinó un momento de silencio, durante el cual Tinker trataba de buscar la forma más conveniente para comenzar lo que tenía que decir.

—Usted debe entregarme el collar.

Al oir estas palabras, la joven se incorporó indignada y sus labios se plegaron, mirando a Tinker con marcada sorpresa.

—Dice usted que yo... yo debo... ¿qué? — preguntó. — ¿Qué quiere decirme al emplear semejante término cuando se dirige a mí? ¿El collar? ¿Qué dice?

—Sabe perfectamente a qué me refiero, — respondió Tinker contrariado. — Me refiero al collar de la duquesa de Rayland.

La joven lo miraba, hasta que Tinker se puso rojo hasta la raíz de los cabellos, pero no por eso perdió el tino.

—Cuando yo le dije que preguntara por mí en el Cosmos, fué porque creí que deseaba trabar amistad conmigo, — agregó la bailarina. — Es la primera vez que he permitido que indiquen mi dirección. No sé cómo he sido tan tonta para proceder así con usted. No me imaginé que se iba a molestar, con el solo objeto de insultarme. Le agradecería que se retirase cuanto antes.

Al decir eso, se levantó dirigiéndose a la puerta. Tinker también se puso de pie con las manos extendidas, al decir con firmeza:

—No, no debe proceder así. Debe enterarse antes, de lo que tengo que manifestarle. No pienso retirarme hasta que me haya devuelto el collar. Se lo pido únicamente para salvarla.

La joven se detuvo para mirarlo sorprendida. No eran las palabras que la habían sorprendido en realidad, sino el tono y la forma en que se imponía el joven. Sus ojos se

relaron por un momento, como si tratasen de recordar algo. De pronto cambió de actitud y enrojeció enfurecida. Tínker no le dió tiempo a que respondiese, pues tomó la palabra con vehemencia:

—No puede negar lo que digo. Tal vez creerá que no sé la verdad, pero está equivocada, pues sé positivamente todo lo que ocurrió anoche.

La nariz de la joven pareció temblar de cólera y se acercó tanto al muchacho, que éste sintió el calor de su respiración sobre las mejillas.

—Es usted monstruosamente hábil, — le contestó con desprecio. — Parece que está enterado de todo, ¿no es así? Es extraño que su jefe tenga necesidad de fatigarse los sesos, contando con usted. Después de todo, ¿qué es lo que sabe?

Tínker se sonrojó, pero conservó su serenidad, manteniéndose en lo que había dicho. Sus ojos infantiles, pero graves, se fijaron en los de ella. Nirvana sólo podía estar ciega, si no alcanzaba a leer la honradez y ansiedad que iluminaba aquel semblante, como la nobleza de sus propósitos. Sin embargo, continuó con los labios plegados con expresión desdeñosa, mientras el joven decía:

—Bien puede dejar usted fuera de la cuestión a mi jefe. Cuando digo que sé lo que ocurrió anoche, es porque en realidad lo sé. Si lo desea, se lo puedo relatar, por más que conviene callar por el momento. Si me entrega el collar, saldré de la casa y no la molestaré más.

La joven se echó a reir en su cara, como si hablase a otra persona.

—¡Todavía balbuceando esa palabra, collar! ¡Qué joven tan extraordinario! ¿De qué estará hablando esta criatura?

—Ya que lo desea saber, tendré que decírselo, — exclamó Tínker. — Sé que fué usted la ladrona del collar de la duquesa de Rayland, aprovechando del momento en que bailaba anoche. Yo...

Se oyó un chasquido.

Nirvana, valiéndose de la palma de la mano, golpeó al joven dos veces repetidas con todas su fuerzas, en cada una de las mejillas. Tínker se tambaleó y tuvo ue retroceder dado el ímpetu y fuerza con que Nirvana manejaba sus manos. La señal de los golpes se notaba en su rostro, pero no por eso el joven apartó sus ojos de la bailarina, ni se desanimó por tan poco.

—Si quiere, puede volverlo a hacer, — dijo tranquilamente Tínker. — Tenga entendido que mantendré lo dicho y voy a evitar que siga adelante, con asuntos de esta naturaleza.

El pecho de la joven se agitaba nervioso y sus ojos destellaban de pasión. No contestó y permaneció hipnotizada, tal como antes lo había estado Tínker frente a ella.

—Digo que usted se apoderó del collar mientras bailaba y no tengo inconveniente en repetirlo, — continuó diciendo Tínker, sin actitud de defensa en caso de que la bailarina intentase golpearlo de nuevo. — Para ser más exacto le diré que usted lo robó al terminar, al cruzar por el estrado para dirigirse tras las cortinas y en el preciso momento en que la concurrencia se amontonaba para verla, llamándola para que volviese a bailar. Si usted se hubiese retirado, probablemente nunca se hubiese sabído la verdad. Mucho menos, si la duquesa no hubiese advertido la desaparición en el momento en que lo hizo. Antes de que pudiese abandonar la casa, se dispuso la clausura de las puertas y naturalmente, como todos los demás, tenía que someterse al registro. Como se encontraba entre la espada y la pared se valió de mi persona para librarse. Recordaría, sin duda, el momento en que me vió en el teatro Cosmos y creería que yo, como muchos otros, estaría locamente enamorado de usted. De modo que fué así, cómo al final pensó en valerse de mi, para cualquier cosa. Admito que ha sido una muchacha muy lista, pues pudo dejar caer una parte del collar en mi bolsillo sin que yo lo notase. En cambio, no se lo que usted habrá sentido, cuando vió que el señor Sexton Blake me llamaba a su lado.

—Tal vez habrá pensado que acababa de cometer una equivocación y que corría un riesgo sumamente grave. Sin embargo, no parece que debió haberse asustado mucho, porque luego fué suficientemente hábil para volverse a mi lado, cuando se disponía a retirarse y, si el gentío no hubiese sido tan compacto, sin duda alguna se hubiese manejado para volverme a quitar el collar del bolsillo, sin que yo lo notase. Pero quiso la casualidad que una parte del collar se agarrase a mi bolsillo, y usted tuvo que arrancarlo para poder asirlo, en forma que el pendiente se desprendió y quedó en mi bolsillo a pesar suyo. Si no hubiese sido por eso, nunca hubiese sabido la verdad, por más que sentí un tironcito sospechoso en cierto momento.

El motivo por el cual usted me pidió que fuese esa noche al Cosmos, no lo sé; salvo que pretendiese averiguar si yo sospechaba algo y hasta dónde llegaba mi conocimiento de lo ocurrido. Usted debe haber tenido una idea pobre de mi preparación y de mi inteligencia, cuando pensó que no sería capaz de atar cabos para descubrir la verdad.

Cuando me dí cuenta de lo que había pasado, estaba ansioso de verla, pues me veía obligado a desempeñar mi papel sin intervención de nadie y es la primera vez en mi vida que he ocultado algo al señor Sexton Blake.

Pensé que le daría una oportunidad para que devolviese la joya. Si me lo promete se la devolveré en seguida a la duquesa de Rayland y nadie sabrá la verdad, pues quedará entre nosotros dos. ¿No quiere entregarme el collar, Nirvana? Se lo ruego.

La joven permanecía más tiesa que una flecha y durante la disertación de Tínker no había cambiado de expresión, ni un solo momento. Pero de pronto el brillo apasionado y violento que destellaba de sus ojos, se suavizó y acercándose al joven posó su mano delicada en el brazo del muchacho.

—Pero, ¿por qué adopta usted semejante actitud? En el supuesto de que yo haya hecho lo que usted dice, ¿por qué interviene usted?

Sus palabras son myu raras... En el fondo, hay algo que no comprendo...

—Eso suena como algo familiar, Nirvana, — replicó Tinker con ansiedad. — Se lo voy a explicar. ¿ No recuerda hace años, cuando usted era una chiquilla, lo que ocurrió una noche en el barrio East End de Londres? ¿No se acuerda, cuando llegaba noche tras noche a la esquina opuesta del hotel de "Three Nuns" acompañada de su hermana?

¿No recuerda aquella noche de lluvia, la última, en que aparecieron en ese mismo lugar, que su hermana la mandó para que quitase el reloj a un caballero que se había detenido en la cigarrería? Seguramente que no ha de recordarlo. ¿No se acuerda del pequeño vendedor de diarios que la obligó a devolver la cadena y el reloj? ¡Qué enojada estaba usted! Yo lo devolví, Nirvana, porue no podía soportar que una niñita como usted aprendiese a efectuar actos de esa naturaleza. Desde entonces no la ví más. Me enfermé y al regresar a la mismo esquina, descubrí que habían desaparecido. Durante tres semanas anduve por los alrededores de Aldgate, con la esperanza de verla, pero al ver que era inútil, abandoné la empresa. Anoche cuando la ví en el Cosmos, me pareció que la conocía, que algo de común había entre nosotros dos y, sin embargo, no podía caer dónde había visto yo su rostro anteriormente, hasta que por fin, me dí cuenta en momentos en que salía del teatro con su hermana. A ella la recuerdo perfectamente y a mi parecer, ha cambiado muy poco desde entonces.

Pero usted y yo, hemos crecido. Seguramente que no ha de encontrar ni placer ni ganancia con lo que realizó anoche. Me parece que usted es demasiado buena para esa clase de cosas. Además, es usted muy hermosa y baila en forma encantadora, Nirvana. Es imposible que quiera cometer robos por necesidad, pues debe ganar mucho dinero con su trabajo. ¿Por qué lo hizo? No puedo soportar la idea de que le hayan enseñado semejante cosa cuando era pequeña. Devuélvame el collar. Yo lo entregaré a su dueña. Le prometo que no se lo diré a nadie, ni siquiera al señor Blake.

CUESTION DE CHEQUES

La esposa acabada de casar hace muy poco (cuyo esposo le ha dado un cheque): —¿Quieres escribir otro, querido?... Es por si acaso se me pierde éste.

Fué extraordinario el cambio que se operó en la expresión de la bailarina, cuando oyó hablar a Tínker de aquellas noches de East End. Sus ojos se dilataron hasta convertirse en sombras violetas e inconscientemente apretó con fuerza el brazo del joven con una de sus manos. Respiraba con muestras de viva agitación y concluyó por inclinarse sobre Tínker, bajo el poder de sus sentimientos generosos.

En esos momentos algo pareció amalgamarse en sus almas recíprocamente, que los condujo a otro mundo. Era una alborada de una simpatía mutua, una afección que despertaba... algo tal vez más profndo y más fuerte.

Si Tínker hubiese mantenido el contralor de la situación, quién sabe cuál hubiera sido el resultado de la súplica, pero en cuanto su mano tomó la de la joven y cuando sus ojos grises se posaban en los violetas de Nirvana, y cuando el cuerpo delicado de la bailarina se inclinaba para dejarse caer sobre los brazos de su salvador... se oyó un crujido.

La puerta se golpeó con fuerza contra la pared y apareció una mujer con los ojos destellando veneno, en actitud violenta, presa de la mayor contrariedad. Tras ella se descubría la figura de un hombre. En cuanto Tínker apartó la mirada de aquella mujer, que no era más que la hermana de Nirvana, sus ojos descubrieron a "Flash" Brady, uno de los ladrones conocidos, especialista en brillantes.

Al instante, Nirvana saltó como para apartarse de Tínker y en su semblante se desvaneció todo rastro de ternura, prorrumpiendo en unas carcajadas al exclamar:

—Llegas a tiempo, Marie. Este muchacho me ha estado entreteniendo, haciéndome unas súplicas lo más extraordinarias.

Volvió entonces a reir sin descanso.

Tínker, al descubrir a "Flash" Brady ,se dió cuenta de que había acertado, viniendo a esa casa.

CAPITULO VII

EL TRIUNFO DE TINKER

Flash Brady abrió y cerró la puerta con actitud decidida. Siguió a Marie hasta encontrarse junto a Tínker y Nirvana.

Tínker había retrocedido con la espalda contra el piano y, en el momento que se arrepentía de no haberse quitado el sobretodo al enrtar Brady dió a entneder que no venía con buenas intenciones.

—¿Con que este es el ayudante de Sexton Blake? — dijo, dejando ver un diente de oro al entreabrir los labios. — ¿Qué le decía a Nirvana?

La joven había dejado de reir, para volver a dar una expresión desdeñosa a sus hermosos labios.

—Parece que se encuentra bajo la impresión extraordinaria de que soy yo la que robó el collar a la duquesa de Rayland anoche. Resulta tan amable y generoso, que promete no decir nada al respecto si se lo devuelvo. Eso es todo lo que me ha dicho.

—¿Con que sí?

Al responder, Brady volvió sus ojos de serpiente hacia Tínker nuevamente.

—¿Qué es lo que lo tiene bajo una impresión tan rara? — preguntó con voz melosa.

Tínker le clavó los ojos, sin dejar de mirarlo un solo instante.

—No ensayes ese método conmigo, Brady. Lo conozco hace tiempo. Si acaso pude dudar de la suerte que corrió el collar, su presencia confirma la certidumbre de cuanto he dicho. Tengo la seguridad que la señorita Nirvana tomó el collar y mi proposición es de buena fe y la mantengo por unos minutos. Terminará en cuanto salga de esta casa, en cuyo caso tomaré las medidas necesarias y lo pondré en conocimiento de la persona que ha de intervenir en el asunto.

—¿Cierto? — agregó Brady con mucha calma, pero con expresión siniestra.

Con una ligereza, que tomó a Tínker desprevenido, saltó con violencia. Con una mano sujetó del cuello a Tínker reteniendo la cabeza contra la filosa arista del piano, sin que el joven pudiese hacer esfuerzo alguno para defenderse. Sus tacos resbalaron sobre el piso encerado y en lugar de dar ventaja al contrincante, favorecieron a Tínker, que con los pies logró golpear a Brady. Perdió el equilibrio y resbalando también en la madera, tuvo que soltar el cuello del joven. Este se dejó resbalar hasta caer de plano al suelo con un formidable golpe. En seguida dió vuelta a un lado y de un brinco se puso de pie. Logró detener el segundo empellón de Brady, sin que éste pudiese sujetarlo como quería. En cambio, tambaleó bajo el rudo golpe de la diestra que asestó el joven contra su cuerpo. Aprovechando la circunstancia y el estado en que se hallaba su enemigo. Tínker, enardecido, continuó la lucha sin descanso.

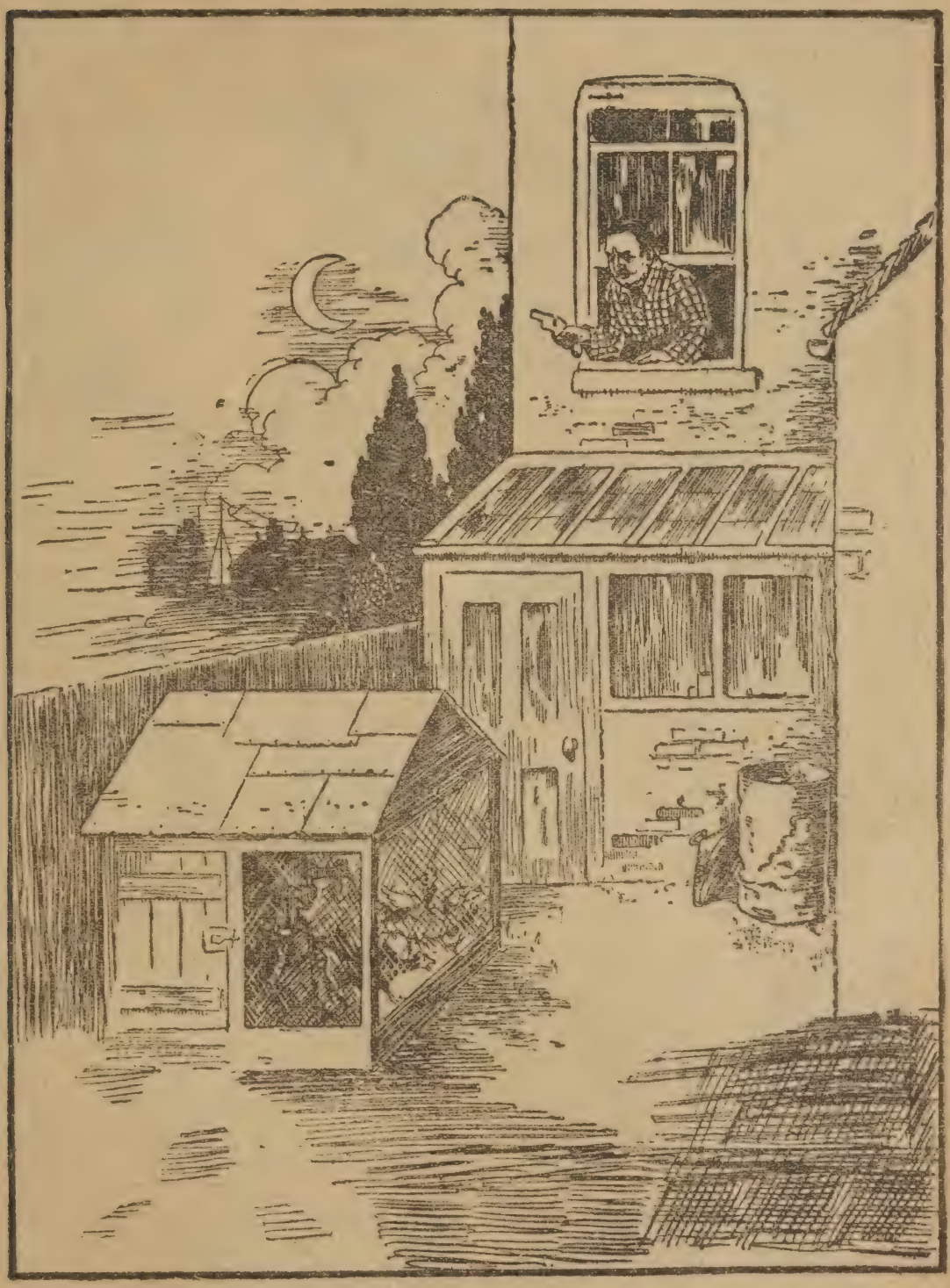
Las dos mujeres habían retrocedido en cuanto Brady se halló dispuesto al combate y se mantenían en silencio, a la espera del resultado. Con gran sorpresa, vieron que el joven sacudía al bandido a su antojo, mandándolo de un lado para otro.

Había mandado a su adversario hacia la pared. Brady, tratando de reanimarse, logró extraer una pistola, pero Tínker, más ligero, trató de sostenerle del puño para que no pudiese hacer uso de ella, y así fueron patinando por uno y otro lado de la sala, esforzándose por mantener el contralor sobre el arma.

La mayor de las muchachas intervino, tomando la defensa con su palabra. Se adelantó llamando a Brady para que prestase atención, diciéndole que arrinconase a Tínker, en cuyo caso ella arreglaría la cuestión, poniéndole punto final. Había tomado una es-

(Sigue en la página 37).

COMO PARA ENGAÑAR A CUALQUIERA



El habitante del chalet suburbano, a las tres de la mañana: — ¿Quién anda ahí?
El ladrón (para tranquilizarle): — ¡Estamos solas las gallinitas!

EL NEGRITO CURIMBA COME

ES NECESARIO PEGARLO TODO EN UN BUEN CARTON Y DEJARI
DADO Y HACER LOS AGUJEROS Y LAS HENDIJAS INDICADAS I
ZO QUE TIENE EL BRAZO DEL NEGRO POR LA HENDIJA CURVA
A DE Y SE FIJA CON UN BROCHE. DESPUES SE PASA LA PIEZ
HASTA QUE EL PUNTO B LLEGUE AL PUNTO A Y SE PONE OTI
EL PUNTO E CON EL PUNTO F DE LA MANIJA Y EL PUNTO G
NIJA EL NEGRO CURIMBA COME EL MELON.

UN RICO MELON

Juguete de movimiento que los grandes pueden armar facilmente para divertir a los chicos.

SECAR BIEN PARA LUEGO RECORTARLO CON MUCHO CUI-
EL DIBUJO. POR LA PARTE DE ADELANTE SE PASA EL TRO-
EL HOMBRO DEL MISMO HASTA QUE EL PUNTO C LLEGUE
DE LA CABEZA POR LA HENDIJA DE ARRIBA DEL CUERPO
BROCHE SUJETANDO. SE DA VUELTA EL JUGUETE Y SE UNE
N EL PUNTO H. (Véase el dibujo pequeño). MOVIENDO LA MA-

HABIA SIDO ELLA MISMA

Ella: — ¿Qué fué lo que hizo que usted se comprometiera con la señorita Vejancona?
El: — ¿Qué había de ser? La señorita Vejancona, naturalmente.

(Continuación de la página 32).

tatua de bronce que se hallaba sobre el piano y la blandía como si fuese un arma, esperando el momento oportuno para estrellarla sobre la cabeza de Tínker.

Brady la obedeció tratando de hacer lo que le decía y arrinconó a Tínker contra la pared, cerca de la puerta. Este, viendo que no podía defenderse, dejó que procedieran. Pero no fué más que un ardid, porque en cuanto se halló cerca del muro, redobló sus fuerzas y logró hacer retroceder a su adversario. El golpe inesperado obligó a Brady a soltar al joven y el instinto ordenó a Tínker que se agachase, mientras el bandido vacilaba.

En ese mismo momento, el bronce pegaba con fuerza contra la pared, justamente en el lugar donde había estado la cabeza del joven.

Tínker acometió a Brady con furia a diestra y siniestra, concluyendo por arrojarle una bofetada feroz en el maxilar.

Flash Brady era un buen tirador de pistola y un cliente desagradable para el cuchillo; pero no tenía escuela alguna de box, así es que al recibir el golpe asestado con arte por Tínker, cayó a sus pies sin sentido.

Tínker dió media vuelta a tiempo para detener a Marie que se abalanzaba como una tigre. Consiguió asirla de los hombros, haciéndola patinar sobre el suelo. Luego, empuñó la pistola que se hallaba en el suelo y se arrodilló junto a Brady.

Nirvana se encontraba a unas varas de distancia con la tez más blanca que la nieve, salvo dos manchitas rojas en cada mejilla. Miraba asombrada a Tínker, como si se tratase de un animal feroz. Ni siquiera volvió la cabeza cuando Marie, recobrando las fuerzas, se desencadenó con una serie de maldiciones contra Tínker. Este les hablaba, casi sin poder pronunciar las palabras, debido a la fatiga propia de la lucha que sostenía contra su adversario.

—¡Apártense! Les haré daño si no me obedecen. Si se acercan de nuevo, no tendré más remedio que herir gravemente a Brady.

Nirvana detuvo a su hermana con la mano y dijo algo que Tínker no alcanzó a oír. El joven se hallaba tan alterado, que tampoco podía escuchar lo que pasaba en derredor.

—¡Escuchen! — exclamó hundiendo el caño de la pistola automática en las costillas de Brady, en vista de que el ladrón daba señales de volver en sí. — Les he dado oportunidad para que me entreguen el collar sin que se perjudiquen y no quieren aceptarla. Muy bien; entonces dejaré las cosas como están. Cuando yo salga de aquí, este canalla me acompañará y les prometo que es un buen sujeto para tres años de cárcel por lo menos. Si es que lo desean, lo haré. En lugar de pasárselo bailando y vivir aquí, ustedes dos también tendrán que sufrir la misma pena. Por lo menos, yo trataré de que así sea. Yo me las arreglaré con este bandido asqueroso de Brady. Con la que llaman Marie, también me las arreglaré al mismo tiempo.

Marie se dispuso a atacarlo de nuevo, pero Nirvana la sostuvo, hablándola en seguida. Marie volvió sus ojos furiosos contra su hermana. Nirvana retrocedió en momentos en que su mirada se cruzaba con la de Tínker. Luego se dirigió a su hermana mayor diciéndole con rapidez algo y Marie sacudió la cabeza en señal de consentimiento. De nuevo la bailarina miró al joven y le dijo con toda frialdad:

—Si le doy lo que me ha pedido, ¿se retirará?

—Si se refiere al collar, naturalmente... me retiraré, — respondió Tínker.

—Muy bien, volveré dentro de unos minutos.

Al decir esto, salió de la habitación, mientras su hermana se dejaba caer sobre una silla mirando al joven con unos ojos que despedían chispas de ira. Pero Tínker no prestaba atención más que a Flash Brady y sólo se volvió cuando la joven regresó de nuevo a la habitación.

Esta sostenía un hilo de brillantes que a Tínker no le costó trabajo reconocer como el que había sido robado la noche anterior.

—Se lo daré, — dijo Nirvana. — Pero usted debe sostener la promesa que me hizo.

—Me reservo lo que pienso al respecto,— respondió el joven.

—Pero usted me lo prometió.

—Era diferente. Usted se estuvo burlando de mí, cuando yo creí que procedía con sinceridad. Su ardid no tenía más objeto que hacer entrar a este bandido en el plan.

Nirvana se encogió de hombros.

—Entonces sostendremos la lucha hasta el final. Si usted se va en seguida, le daré la joya; en caso contrario, haré lo que mi hermana desea.

—Le diré lo que pienso hacer, — contestó Tínker, después de una pausa. — Entrégueme el collar y me retiro. No diré nada a la justicia, ni de usted ni de su hermana; pero respecto de Flash Brady es muy diferente. Lo único que puedo hacer, es darle veinticuatro horas, antes de informar su paradero al Departamento Central de Policía.

—Acepte, Flash, — exclamó Marie. — Con tanto tiempo, nos podremos manejar perfectamente.

Nirvana se acercó extendiendo el collar y en voz baja, tan baja que apenas llegó a oídos de Tínker, dijo:

—Tome y nunca se cruce en mi camino; no intervenga para nada en mi vida.

Tínker extendió la mano izquierda y se apoderó del collar. Con el arma contra el cuerpo de Brady, se incorporó dirigiéndose a la puerta, que abrió él mismo, dando vuelta a la llave. Colocó luego la llave en la puerta de afuera y se volvió para mirar a Nirvana.

La joven permanecía mirándolo y en sus ojos se reflejó la ternura que un tiempo antes había brillado. Hasta mucho después, Tínker no pensó en la actitud de la bailarina y se sintió vivamente impresionado al recordar el momento aquel en que con expresión sentimental se ocultaba tras Flash Brady y su hermana Marie.

Luego se encaminó hacia el vestíbulo cerrando la puerta con llave tras él. Un minu-

to después se hallaba en la calle, marchando con paso acelerado hacia Eaton Square, en busca de un automóvil.

—Me dijo que no interviniese en su vida, — murmuró el joven para sí, mientras caminaba. — Perfectamente; lo haré cuanto antes. No hizo más que burlarse de mí todo el tiempo. No desea más que seguir con su vida de ratera. Por cierto, me apartaré del todo de su camino y ya no tendré que molestarla.

Lo que menos pensaba Tínker era la preocupación que embargaba a Nirvana en ese mismo momento, mientras Marie y Flash Brady la acometían con un sermón enojoso, furioso contra ella. Tampoco sabían ambos jóvenes, que el caprichoso destino se había valido de sus juegos para intervenir en los asuntos que tanto influirían al correr de los años, en la vida de ambos.

Hubo algo que Tínker no alcanzó a descubrir cuando salía de la casa. Era un automóvil que se deslizaba rápidamente, al verlo aparecer. Nunca hubiese soñado que en ese taxi se hallaba Sexton Blake, que se había mantenido a la expectativa vigilando a su ayudante y a la casa treinta y cuatro durante más de media hora.

Blake había visto entrar a Flash Brady y casi tomó cartas en el asunto, pero decidió dar tiempo a Tínker para que resolviese por sí solo sus asuntos. Al ver que el muchacho aparecía sin señales de haber sido lesionado en lo más mínimo, Blake golpeó el vidrio de la portezuela, para que el conductor del taxi emprendiese de nuevo la marcha.

No vió a su ayudante hasta muy tarde, cuando regresó a Baker Street, después de haber almorzado con sir William Chadwin en el hotel en que se hospedaba en Strand. Al entrar en su despacho, vió que Tínker estaba en su mesa de trabajo.

—¿Ha ocurrido algo de importancia? — preguntó con indiferencia, al dejar el sobretodo y el sombrero sobre el respaldo de una silla.

Tínker se disponía a responderle, cuando en ese instante sonó el timbre del teléfono. Blake tomó el tubo y comenzó una conversación, que según el nombre a quien iba dirigida, no podía ser otro que lord Boscon.

Después de un rato, Blake colgó el tubo y miró a su ayudante.

—Te ha de interesar lo que voy a decirte, — dijo con toda calma. — Tanto el collar, como el pendiente del mismo, han sido devueltos a la duquesa de Rayland. Parece que el pendiente fué dejado por un mensajero antes de mediodía, y el collar, en la misma forma, pero algo más tarde.

—Me alegro saberlo, señor, — respondió el joven, con muestras de marcado interés.

El estado de decaímiento en que se encontraba Tínker esa mañana, había desaparecido ya. Su actividad y animación de siempre, se notaban en todos sus movimientos. La noticia de que el collar de la duquesa se encontraba en manos de su dueña, iluminó su rostro con cierta ansiedad, y la preocupación que se retrataba en su semblante cuando el inspector Thomas le había dirigido unas preguntas, se había desvanecido por completo.

Blake esperó, sin decir nada, para ver si Tínker le comunicaba algo de nuevo; pero al notar que no parecía dispuesto a revelarle sus pensamientos, regresó a su escritorio algo apenado.

Sabía perfectamente que Tínker había pasado por un mal momento, tropezando con dificultades peligrosas tal vez. La aparición de Flash Brady no podía ser más ilustrativa; pero el detective guardó silencio, aunque desilusionado al darse cuenta de que el joven no confiaba del todo en él. Sin embargo, le quedó la seguridad de que no tardaría en llegar el día en que le confesara lo ocurrido, y le pareció más prudente dejar que Tínker obrase por sí solo. Por lo pronto, se contentó con pensar que aquello no era más que el secreto de Tínker.

Otra cosa que llamó la atención de Blake, haciéndolo pensar que tenía algo que ver con el misterio, era un artículo aparecido en los diarios del día siguiente, donde expresaban que la gran concurrencia que asistió a la sala de espectáculos del teatro Cosmos, había recibido una noticia desagradable, la noche anterior, al saber que la famosa bailarina Nirvana no trabajaría. Según lo anunciaron, su ausencia se debía a una ligera indisposición.

Tínker no dió muestras de impresión alguna, por más que hubiese leído los diarios, con la noticia referente a la bailarina Nirvana.

Fin de "EL SECRETO DE TINKER"

La segunda aventura de esta nueva serie se titula "La lealtad de Nirvana" y se publicará completa en "Pucky" dentro de poco.

Coleccione usted "PUCKY". Por nueve pesos anuales tendrá usted 52 números, equivalentes a 3536 páginas, casi todas de lectura. ¡Una biblioteca de 100 tomos no tiene más lectura que un año de este magazine!

ORO VIEJO

—— ·ooo· ——

La paz del matrimonio

Por H. DE BALZAC

(Traducción del francés)

El eminente creador de "La Comedia Humana" ofrece en este breve cuento una muestra admirable de su espíritu observador y de sus maravillosas facultades descriptivas.

"VUELVE un poco los ojos hacia esa columna rota que sostiene un candelabro y fíjate en esa joven peinada a la china, que está sentada en el rincón. ¿La ves? ¡Qué palidez interesante la suya! Creeríase que sufre, es una miniatura esa mujer; sus ojos azules parecen hechos exprofeso para llorar. Mírala ahora, vuelve su linda cabeza para observar entre este dédalo de figuras a la señora de Vaudremont que entra al baile. ¿Qué te parece?"

—Preciosa, amigo mío. No tenías más que designármela como la mujer más blanca de todas las que hay aquí, la hubiera reconocido al momento, pues ya me llamó la atención. Posee la cabeza más admirable que he visto. Desde aquí te desafío a que distingas las perlas que rodean su garganta y que separan cada uno de los zafiros de su collar. Pero debe ser muy virtuosa o muy coqueta, porque apenas los encajes de su cuerpo de raso permiten sospechar la belleza de sus líneas. ¡Qué espaldas! ¡Qué blancura de lirio!

—¿Quién será? — preguntó el primero que había hablado.

—Lo ignoro.

—¡Aristócrata egoísta! ¿Quieres, querido Montcornet, guardarlas todas para tí?

—¡No te chancees tanto, querido mío! — respondió Montcornet sonriendo. — ¿Te crees ya con el derecho de insultar a un pobre general como yo, porque rival dichoso de Soulanges, no haces un gesto que no alarme a la señora de Vaudremont? ¿O bien porque no he llegado aún a la tierra prometida? Sois harto insolentes los civiles, que os quedáis muy tranquilos en vuestras sillas, mientras nosotros estamos en medio de los obuses. ¡Vamos, señor introductor de embajadores, dejad que todo el mundo viva!

—General: puesto que has honrado con tu atención a esa mujer que veo por vez primera aquí, ¿podrías hacerme la caridad de decirme si la has visto bailar?

—Mi querido Marcial, ¿de dónde sales? Si te envían a una embajada, auguro mal de tus éxitos diplomáticos. ¿No observas la triple hilera de intrépidas coquetas parisienses entre ella y ese enjambre de bailarines que se deslizan sobre el estrado? ¿Tienes acaso necesidad de tus lentes para no descubrirla en el ángulo de esa columna, donde parece que está enterrada en la oscuridad, pese a las bujías que lucen encima de su cabeza? Entre ella y nosotros existe una muralla de diamantes y de miradas que brillan, de flores que ondulan, de plumas y encajes que flotan de tal modo que sería un milagro que un bailarín la advirtiera en medio de esos astros. ¿Cómo, amigo Marcial, no adivinas en esa mujer a la de algún subprefecto de Dyle o de Lippe, que ha venido a ver si hace prefecto a su marido?

—¡Oh! ¡lo será! — dijo vivamente el introuctor de embajadores.

—Estoy por dudarlo, — contestó riendo el coronel de coraceros. — Me pareces tan novicio en la intriga, como en la diplomacia. A qué no eres capaz de decirme por qué se encuentra aquí.

El introductor de embajadores miró al coronel con un aire que indicaba tanta curiosidad como desdén.

—Pues bien: te lo diré, adivinándolo, sin temor de equivocarme, — continuó Montcornet; — esa mujer, sin duda, se ha presentado en el salón a las nueve en punto; habrá

sido la primera tal vez, fastidiando a la condesa de Gondreville, que no sabe seguir una conversación banal. Rechazada de silla en silla por cada nueva recién llegada, ha ido a ese rincón, víctima de los celos de todas esas damas, que se habrán preguntado qué hace aquí tan peligrosa figura. Con seguridad no habrá tenido ningún caballero que la defienda, manteniéndola en el primer sitio que ocupó al llegar, y cada una de esas lindas y pérfidas valsadoras habrán prohibido al suyo, bajo las más severas penas que la inviten a bailar. He ahí, querido mío, cómo esas minucias tan insignificantes, tan cándidas en apariencia, han formado una coalición contra la desconocida, y esto sin que ninguna de estas señoras haya tenido necesidad de decir otra cosa que: "¿Conoce usted, querida mía, a esa jovencita azul?"

—Tal vez sea como dices, Montcornet. ¿Estará casada, sin duda, esa mujer?

—¿Por qué? ¿No podría, acaso ser viuda?

—Sería más activa, — contestó riendo Marcial.

—Quizás sea una viuda de conveniencia, — replicó el arrogante coracero.

—No tendría nada de particular, — dijo Marcial; — después de la paz, existen muchas viudas así. Pero, carísimo Montcornet, somos dos necios. La cabeza de esa mujer revela todavía demasiada ingenuidad y juventud, su frente es demasiado pura para que sea una mujer ya gastada. ¡Qué vigoroso es el tono de sus carnes! ¡Qué frescura tan deliciosa se adivina en sus mejillas! ¡Sus labios; toda ella, es fresca como un botón de rosa blanca, aunque el rostro está velado por nubes de tristeza. ¿Quién puede hacer llorar a esa mujer?

—¡Bah! las mujeres lloran por cualquier cosa, — dijo el coronel.

—Ignoro el motivo, — replicó Marcial; — pero con seguridad, no llora por no bailar; su pesar no es de esta noche. Me atrevo a jurar que esa mujer se ha embellecido por algo o por alguien con premeditación. Tal vez ama.

—¡Psch! Tal vez sea hija de algún príncipe alemán, — dijo Montcornet.

—¡Con seguridad es desgraciada! ¡pobre joven! — replicó Marcial. — ¿Has visto nunca reunida más gracia y más finura en una mujer como se ve en esa desconocida? ¡Qué lástima que esas coquetas que la rodean no la hagan hablar: veríamos si sus dientes son blancos!

—Vamos, querido, haces como la leche a la menor elevación de temperatura, — dijo el coronel, un poco mortificado por haber hallado un rival en su amigo.

—¡Qué diantre! — replicó Marcial, sin darse por aludido por la observación de Montcornet, y dirigiendo su lente a las personas que le rodeaban. — ¿Nadie podrá decirnos cómo se llama esa flor exótica?

—Vaya, acaso sea una señorita de compañía, — exclamó Montcornet.

—Vamos, general, no digas disparates, — dijo irónicamente Marcial. — ¿Cómo va a ser señorita de compañía una mujer adornada con zafiros dignos de una reina y con magníficos encajes de Malinas? Vaya, querido mío, tampoco tendrás aptitud para la diplomacia si en tus juicios vas en un momento de la princesa alemana a la señorita de compañía.

En aquel momento el general Montcornet tomó por el brazo a un bombre de baja estatura, algo obeso, de cabellos grises y ojos espirituales, que se metía sin ceremonia en todas partes y en todas ellas era respetuosamente acogido.

—Gondevrille, mi querido amigo, — le dijo Montcornet. — ¿Quién es esa mujer joven y linda que está sentada bajo aquel inmenso candelero?

—¿El candelero? Querrás decir el candelabro... Isabel me ha hecho el dibujo.

—¡Oh, sí! el candelabro; hè reconocido desde luego tu buen gusto y fastuosidad; pero me refiero a la mujer.

—¡Ah! ¡La mujer! No la conozco; será, sin duda, una amiga de mi mujer.

—O tu querida, viejo socarrón.

—¡No; eso no, mi palabra de honor! La condesa de Gondreville es la única mujer capaz de invitar a gentes que nadie conoce.

Pese a esta conversación agridulce, el hombre obeso conservó sobre sus labios la sonrisa de satisfacción interior que la suposición del coronel de coraceros había hecho nacer, y alejóse al ver que el introductor de embajadores, después de haber inquirido en vano noticias de la bella desconocida, volvía a su amigo, tomándole del brazo.

—Mi querido Marcial, ¡mucho cuidado! La señora de Vaudremont hace algunos instantes te observa con atención desesperante, y es una mujer capaz de adivinar por el movimiento de tus labios que estás ocupándote de esa desconocida, — díjole Montcornet, no bien lo tuvo a su lado.

—¡Es viejo este ardid de guerra! ¿Qué me importa, además? Soy como el emperador: cuando hago conquistas, las guardo.

—Mi pobre Marcial: veo que tu fatuidad busca lecciones. ¿Cómo? ¡Gran pillastre! ¿Tienes la fortuna de ser el marido escogido por la señora de Vaudremont, una viuda de veintidós años, con una renta de cuatro mil napoleones, que te pone en el dedo diamantes tan hermosos como éste, — añadió el general, tomando la mano del introductor de embajadores, que se la abandonó complacientemente, — y tienes aún la pretensión de hacer el Lovelace, como si fueras un coronel obligado a sostener su reputación militar en una guarnición? Vamos, ¡qué diablos! reflexiona en tado lo que puedes perder. Escucha, Marcial, — continuó, — si tú sigues revoloteando alrededor de esa joven desconocida, por mi parte emprenderé la conquista de la señora de Vaudremont.

—Tienes mi permiso, querido, pero no obtendrás nada.

—Olvidas que soy joven, — exclamó el general, — que mi espada es toda mi fortuna y de desafiarme así es sentar a Tántalo ante un banquete, que devorará.

—¡Pst!

Esta irónica acumulación de consonantes sirvió de respuesta a la provocación del general, al que su amigo dió unos cuantos golpecitos cariñosos antes de abandonarle.

La moda de aquel tiempo obligaba a un militar elegante a llevar, en traje de etiqueta, pantalón ajustado de casimir blanco y media de seda. Esta bonita indumentaria ponía de relieve las perfectas formas de Montcornet, cuya edad frisaba en los treinta y cinco años y cyua arrogante talla, exigida para formar parte de los coraceros de la guardia imperial, atraía todas las miradas. Los bigotes negros concluían de dar una franca y simpática expresión a su rostro genuinamente militar, de alta y descubierta frente, nariz aguileña y boca encarnada. Los modales de Montcornet eran nobles y distinguidos, revelando su costumbre de mando.

Su amigo de colegio, el barón Marcial de la Roche-Hugón, era un joven provenzal protegido por Napoleón, quien le había prometido una importante embajada.

El barón sedujo al emperador por su figura italiana, por su genio intrigante de salón y ciencia de los modales, que reemplazan harto fácilmente a las menos brillantes, pero sólidas y eminentes dotes de un hombre superior. Joven y vivo, su rostro poseía el brillo inmóvil del mármol, que le permitía ocultar sus sensaciones, y desfigurar sus sentimientos, siempre con la impasibilidad más absoluta.

Marcial pertenecía a esa clase de hombres capaces de calcular su porvenir en medio de los más ardientes placeres; había juzgado al mundo y ocultaba su ambición con la fatuidad de un hombre de buena fortuna, disimulando su talento bajo la librea de la medianía, convencido de la rapidez con que avanzan las gentes que saben no hacer sombra a sus protectores. Para comprender todo el interés de la conversación que antes he relatado, es necesario hacer mención de un suceso que, por invisible trama, iba a reunir a los personajes de ese pequeño drama, que estaban diseminados por los salones.

A las once de la noche y en el momento en que se terminaba un baile, la sociedad reunida en el palacio de Gondeville había visto aparecer la mujer más hermosa de París, la reina de la moda y la única que faltaba en aquella espléndida asamblea. La señora de Vaudremont no asistía a las reuniones hasta esa hora en que llega la animación a su período álgido y los frescos rostros de las mujeres empiezan a marchitarse; ella quería mostrar a sus rivales su belleza siempre triunfante, y no ignoraba los secretos para conservar hábimente su reputación de hermosa.

La célebre coqueta hizo su entrada en el salón, ofreciéndose a la admiración de los convidados, conducida por uno de los valientes generales de artillería de la guardia; un favorito del emperador, el conde de Soulanges.

La unión momentánea y casual de estos dos personajes, ofrecía algo de misterioso, sin duda. Al oír anunciar al conde de Soulanges y la condesa de Vaudremont, algunas mujeres se levantaron y muchos hombres corrieron a verles entrar en el salón principal. Uno de esos críticos espontáneos que nunca faltan en las reuniones numerosas al ver entrar a la condesa y a su caballero, dijo que las señoras tenían tanta curiosidad como los hombres para contemplar a un hombre fiel, y aquéllas para admirar a una mujer difícil de serlo a uno solo.

Aunque el conde de Soulanges era un hombre joven, de treinta y dos años, debido a ese temperamento nervioso que engendra en el hombre la posesión de grandes cualidades, su aspecto débil y su cabeza pálida no prevenían en su favor; sus ojos negros denunciaban su extrema vivacidad, pero en sociedad era taciturno y nada en él revelaba uno de esos talentos oratorios que debían brillar más tarde.

La condesa de Vaudremont era una mujer alta, ligeramente gruesa, con un cutis resplandeciente de blancura y que poseía la ventaja inmensa de respirar amor por la gentileza de sus modales, siendo una de esas criaturas que poseen todos los encantos que promete su belleza.

Marcial, al ver entrar a la condesa y al señor de Soulanges, se lanzó hacia ellos, abandonando el grupo de hombres con quienes hablaba y observando el rostro de la señora de Vaudremont con celosa atención; parecía que una secreta voz le advertía que su triunfo con aquella mujer sería efímero; sin embargo, la sonrisa de helada cortesía con que la condesa agradeció a Soulanges su brazo al dejarla junto a la señora de Gondreville, suavizó la dureza de sus músculos, contraídos por celos. Incapaz de contenerse, se dirigió, empero, hacia la condesa de Vaudremont para saludarla.

Cuando Marcial apareció, Soulanges lanzóle una mirada altiva y volvió la cabeza con impertinencia. Un silencio grande reinó en el salón, todas las cabezas estaban vueltas hacia los héroes de esta muda escena, y todos los oídos acechando la menor palabra entre aquellos hombres rivales. De pronto, el pálido semblante del conde se enrojeció y sus ojos se fijaron sobre el estrado disimulando su emoción y como queriendo ocultar la causa de su repentina turbación. Había visto a la mujer desconocida, bajo aquel fastuoso candelabro; pasó con aire meditabundo ante el introductor de embajadores y se refugió en uno de los salones dedicados al juego. Marcial y la reunión creyeron que Soulanges le cedía públicamente su plaza, ante el miedo al ridículo que cubre siempre a los amantes caídos. Marcial irguió altaneramente su cabeza y miró a la desconocida; poco después, al sentarse al lado de la señora de Vaudremont escuchó, distraído y casi sin comprenderlas, estas palabras que la hermosa coqueta pronunciaba tras su abanico:

—Marcial: hágame el obsequio de no llevar esta noche la sortija que me arrebató. Tengo mis razones, que explicaré luego... cuando nos retiremos, si me ofrece usted el brazo para asistir a la reunión de la princesa de Wagram.

—¿Por qué ha tomado usted el brazo del general Soulanges? — preguntó el barón.

—Le encontré en el vestíbulo, — replicó ella, — pero déjeme, todo el mundo nos observa.

Marcial alejóse, buscando al coronel.

Cuando los dos amigos se seperaron, planteando el desafío que terminó su conversación, Marcial se didigió nuevamente a la señora de Vaudremont y consiguió lanzarla al

DIALOGO MUSICAL

El: — ¿Le gusta a usted la música, encantadora Etelvina?
Ella: — Sí, muchísimo, Godofredo. Pero no haga caso... Siga tocando no más.

—No me olvidaré nunca de lo que hizo mi padre para castigarme cuando me vió fumando mi primer cigarro de hoja.

—¿Te pegó la gran paliza?

—¡No! ¡Me obligó a que fumara el cigarro hasta el fin.

—Antonia: ¿ha lavado usted el pescado antes de envolverlo en harina para freirlo?

—No, señora. ¿Para qué? ¡Unos animalitos que se habían pasado toda la vida en el agua!

DEL GRACIOSO DIBUJANTE BERGSTROM

—¡Oiga! Hágame el favor de arreglarme pronto el coche. Tengo prisa; me esperan para almorzar.

—¡Esta puerta no se abre, Antoñito!
—¡Bueno! Agarra fuerte la manija, Catalina, y tira que yo tiraré también.

torbellino del baile.

Mientras que Marcial bailaba, el coronel fué de grupo en grupo inquiriendo noticias de la desconocida. Después de haber agotado la complacencia de todos, aun la de los indiferentes, decidía dirigirse a la condesa de Gondreville para averiguar directamente el nombre de la incógnita, cuando observó que cerca de la dama desconocida había un asiento vacío.

Aprovechóse el coronel de tal coincidencia para aproximarse a ella y sentarse a su lado, con gran descontento de Marcial, que estaba observándolo todo.

El coronel no se atrevió a interpelar bruscamente a la joven misteriosa, y entabló conversación con una aristócrática dama, bastante fea, que se hallaba sentada a su izquierda.

—¡He aquí, señora, un hermoso baile! ¡Qué lujo! ¡Qué movimiento! Palabra de honor que no hay en este salón una mujer fea. Sin duda, que si usted no baila es porque no quiere conceder esta gracia.

Con tan insípida charla quería el coracero llamar la atención de la desconocida, que, silenciosa y preocupada, no le concedía la menor atención. El arrogante oficial guardaba una reserva de frases, que debían terminar indefectiblemente con un:

—¿Y usted, señora?

Pero su elocuencia quedó interrumpida, al advertir con sorpresa que brillaban algunas lágrimas en los ojos de la desconocida, atraídos y cautivados por la señora de Vaudremont.

—¿Es usted, sin duda, casada? — preguntó por fin Montcornet, con mal asegurada voz.

—Sí, señor — respondió la desconocida.

—¿Su marido está en el baile?

—Sí, señor...

—Entonces, señora, ¿por qué permanece usted en este lugar tan escondido? ¿Es por coquetería?

La bella afligida sonrió tristemente.

—Concédame usted, señora, el honor de ser su caballero para la próxima contradanza. No concibo cómo es usted tan modesta que rehuse recibir el título de reina del baile.

—Caballero, no bailo.

La entonación breve de las respuestas de aquella mujer era tan desesperante, que Montcornet se vió forzado a dejar el sitio. Marcial, que adivinó la última petición del coronel y la negativa que obtuvo, sonrióse con fatuidad y se acarició la barba, haciendo brillar la sortija que lucía en el dedo.

—¿De qué se ríe usted? — preguntóle la condesa de Vaudremont, que bailaba con él.

—De la poca fortuna de ese Montcornet, que acaba de dar un paso de estudiante...

—Le he rogado a usted que oculte la sortija, — replicó la condesa, interrumpiéndole.

—No le había entendido.

—No entiende usted nada esta noche, pero lo ve usted todo, señor barón; — contestó la condesa con voz irónica.

—He ahí un joven que enseña un magnífico brillante — decía entretanto la desconocida a Montcornet.

—Hermoso — replicó el general. — Ese joven es Marcial de la Roche-Hugón, uno de mis íntimos amigos.

—Le doy a usted mil gracias por haberme dicho su nombre — dijo la desconocida; — parece muy amable.

—Sí, aunque es un poco ligero.

—¿Se podrá creer que tiene verdadero ascendiente con la condesa de Vaudremont? — preguntó la joven, clavando sus ojos en el general.

—Sin duda, lo tiene y mucho.

La descoocida palideció.

—Creía yo que la condesa de Vaudremont estaba desde hace tiempo comprometida con el señor de Soulanges, — exclamó la joven con acento que acusaba cierto pesar íntimo que alteraba su hermoso semblante.

—Desde hace ocho días la condesa le engaña, — respondió Montcornet; — pero usted habrá ya visto a ese pobre Coulanges al entrar: afectaba no creer en su desgracia.

—Ya lo he visto, — dijo la joven.

Después añadió un "muchas gracias, caballero", con entonación que equivalía a una despedida.

En aquel momento terminaba un rigodón; y el general, deconcertado, se retiró, diciéndose para sí y a guisa de consuelo: "¡Está casada!"

—¿Qué hay, valeroso coracero? — gritóle el barón.

—Está casada, querido mío.

—¿Y eso qué importa?

—¡Ah, diantre! — exclamó Montcornet, — soy moral y sólo quiero dirigirme a mujeres con las que pueda casarme. Por lo demás, amigo Marcial, esa dama desconocida me manifestó finalmente que no bailaba.

—General, cambiemos tu cabello gris, contra cien napoleones a que baila conmigo esta noche.

—No tengo inconveniente, — replicó el general, estrechando la mano de su fatuo amigo.

—Presumo que has perdido, — dijo Marcial riendo. — General: ¿supongo que no me privarás de bailar con ella a pesar de haber sido rechazada tu invitación?

—No, no; reirá a gusto quien sea el último en reir. Y para que veas que soy un honrado jugador y un cortés enemigo, te prevengo que a ella le gustan los diamantes.

Con estas palabras se separaron los dos amigos.

El general Montcornet se dirigió al salón de juego, donde pudo ver en seguida al conde de Soulanges sentado junto a una mesa de "écarté".

Tenía enfrente de su sitio un montón considerable de oro que probaba su buena fortuna.

Cuando se aproximó el general, Soulanges acababa de ganar una fuerte suma al mariscal duque de Isemberg y a Keller, un banquero célebre. El conde parecía que abominaba de su suerte en vez de agradecer los favores de la fortuna.

Montcornet creyó hacerle un favor sacándole de allí.

—Venga usted conmigo, — le dijo, — tengo una buena noticia que darle, pero con una condición.

—¿Cuál? — preguntó Soulanges.

—Que me contestará a lo que yo le pregunte.

Soulanges se levantó bruscamente y la ausencia de su rostro pálido y contraído pareció causar íntima satisfacción a los jugadores.

—Querido mío, — dijo Montcornet a Soulanges, — el emperador me ha hablado de usted con elogio y su promoción al mariscalato no se hará esperar.

—A Napoleón no le gusta la artillería.

—Es cierto, pero adora a la nobleza; y usted es un noble auténtico. Ahora bien, dada la noticia, espero que me diga quién es esa hermosa mujer sentada al pie de aquel candelabro...

Al oír estas frases los ojos del conde se animaron y tomó con violencia inaudita la mano del general.

—Mi querido Montcornet, — exclamó con voz visiblemente alterada; — si otro que usted me preguntase tal cosa, le hundiría el cráneo con esta masa de oro que llevo aquí. Déjeme usted, se lo suplico. Tengo un deseo infinito de hacerme saltar el cerebro esta noche. Odio todo lo que veo y voy a marcharme Esta alegría, estas caras estúpidas que ríen y hablan, me asesinan.

—Mi pobre amigo, — replicó Montcornet, — está usted apasionado, ¿qué diría usted si le contase que Marcial, hace un instante, quería olvidar a la condesa de Vaudremont, atraído por esa seductora dama de que le hablo?

—Si él llega a decirle una palabra, — balbuceó Soulanges, — lo aplastaré como a un sapo.

Comprendió Mantcornet que Soulanges estaba fuera de sí por causas que ignoraba y que iban a ser inútiles además de indiscretas sus cordiales manifestaciones; así, pues, despidióse de él y entró en el salón. La primera persona que atrajo sus miradas fué la señora de Vaudremont, en cuyo rostro observó las inequívocas señales de agitación, apenas reprimidas. Una silla desocupada había a su lado y el general fué a sentarse en ella.

—Apuesto a que está usted sufriendo, — dijo Montcornet a la condesa.

—¡Oh! no es nada, general; quisiera sa-

COMO AHORA PASA CON LAS MEDIAS DE SEDA

—Esta cota de malla es un clavo, Rudegunda. ¡Ya ves, un par de batallas y ya se han soltado varios puntos y se me ha hecho aquí una escalera!

lir de aquí porque he prometido asistir también al baile de la duquesa de Berg, y antes es preciso que pase por casa de la princesa de Wagram. El señor de la Roche-Hugón que lo sabe, se divierte ahora echando flores a esas señoritas.

—¡Hum! Perdone usted, condesa, si me permito creer que no consiste en esto únicamente el disgusto de usted. Apuesto que se queda usted aquí esta noche.

—¡Impertinente!

—¿He dicho, pues, la verdad?

—No diga nada, general, pero ya que dice usted estas cosas... vamos a ver, — dijo la condesa, dando un pequeño golpe con su abanico en los dedos de su interlocutor, — si adivina usted lo que pienso... soy capaz de recompensarle.

—No quiero aceptar la apuesta porque tengo ventajas.

—¡Presuntuoso!

—Sufre usted mucho viendo a Marcial a los pies de...

—¿De quién? — preguntó la dama afectando sorpresa.

—De aquel candelabro, — respondió el general, señalando a la bella desconocida.

—Lo ha adivinado usted, — contestó la coqueta, ocultando el rostro tras su abanico. — La vieja señora de Lansac, que sabe usted molesta como un mosquito, acaba de decirme que el señor de la Roche-Hugón corre algún peligro al lado de esa desconocida que se halla aquí como una espantafiestas. Es mi hada maléfica. La duquesa de Lansac, — continuó la condesa, con un gesto de nervioso despecho, — que únicamente asiste a estos bailes para verlo y criticarlo todo, pareciendo que duerme, me ha inquietado dolorosamente. ¡Oh! puedo asegurar a usted que Marcial pagará caro el mal rato que me proporciona.

—Acabo de ver a un hombre que se propone, nada menos, que abrasarle el cráneo si se dirige a esa mujer. Ese hohbre, condesa, tiene palabra. Pero conozco a Marcial, y sé que estos peligros le dan más valor. Además, hemos apostado... — al decir esto el general bajó la voz.

—¿Es esto verdad? — preguntó la condesa.

—Palabra de honor.

—Gracias, general, — contestó la señora de Vaudremont, con una mirada de coquetería.

—¿Quiere usted concederme el honor de bailar conmigo?

—Sí, pero será el segundo vals. Durante éste quiero saber cómo acaba esta intriga y quién es esa desconocida.

Comprendiendo Montcornet que la condesa quería estar sola se alejó, satisfecho de haber comenzado el ataque con tan lisonjero resultado.

En aquel momento, el barón de la Roche-Hugón, después de interrogar a todas las herederas del salón, sin haber podido averiguar el nombre de la joven que le intrigaba, se dirigía desesperanzado ya a la condesa de Gondreville, de la que recibió esta respuesta poco satisfactoria:

—Es una señora que la anciana duquesa de Lansac me ha presentado.

Al volverse, por casualidad, hacia el sitio ocupado por la vieja dama, el barón de la Roche-Hugón sorprendió una mirada de inteligencia cambiada entre aquélla y la desconocida, y, si bien no estaba en buena inteligencia con la duquesa, decidió acercarse a ella. La duquesa, viendo al galante barón mariposeando en redor de su silla, sonrió con cierta malignidad sardónica y miró a la condesa de Vaudremont con un aire que hizo sonreir a Montcornet.

—Si esta vieja bohemia me acoge amistosamente, — pensó el barón, — sin duda me prepara una mala partida.

—Señora, está usted encargada de velar, según me han dicho, un tesoro inapreciable.

—¿Me toma usted por un dragón? — replicó la anciana duquesa. — Pero ¿de quién habla usted?

—De esa bella desconocida, a quien los celos de todas estas señoras tienen arrinconada. ¿Usted conoce, duquesa, sin duda, a su familia?

—Sí, — respondió la duquesa, — pero ¿qué quiere usted saber de una heredera provinciana, casada hace algún tiempo, una joven bien nacida a la que no conoce nadie?

—¿Por qué no baila? ¿No es soberanamente hermosa? ¿Quiere usted que hagamos un tratado de paz? Si usted es tan amable que me instruye en todo lo que deseo saber, prometo a usted, duquesa, que apoyaré con todas mis fuerzas la instancia que usted ha presentado al emperador para que le sean devueltas sus propiedades de los bosques de Normandía.

—Caballero, — contestó la vieja y astuta dama con gravedad engañosa: — mándeme usted a la condesa de Vaudremont. Prometo a usted revelar a la condesa el misterio que rodea a la desconocida y la hace interesante...

La duquesa se interrumpió, para fijar en la señora de Vaudremont una de esas miradas que dicen claramente: "Hablamos de tí". Después añadió:

—Creo que más preferirá usted saber el nombre de la desconocida de la boca de su bella condesa que de la mía.

La actitud de la duquesa era tan provocativa que la condesa de Vaudremont se levantó y vino a ponerse a su lado, sentándose en la silla que le ofreció Marcial, y sin hacer caso de éste.

—Adivino, señora, — dijo riendo, — que habla usted de mí; pero, convencida de mi insignificancia, ignoro si me es adversa o favorable la conversación.

La señora de Lansac estrechó entre sus apergaminadas manos la suave y bonita de la condesa, y con tono compasivo, contestó:

—¡Pobre joven!

Las dos mujeres se miraron. La señora de Vaudremont comprendió que Marcial estorbaba allí, y le despidió, diciéndole con imperio:

—¡Déjenos usted!

El introductor de embajadores, poco sa-

tisfecho de dejar a la condesa bajo la sugestiva charla de la astuta y peligrosa sibila, dirigióla una de esas miradas de hombre apasionado y correspondido, todopoderosas cuando las acoge un corazón ciego de amor, pero ridículas para una mujer que empieza a juzgar con la cabeza.

—¿Acaso tiene usted la pretensión de remedar al emperador? — dijo la condesa, al sentir la mirada de fuego de Marcial, volviendo más la cabeza, para contemplarle con aire irónico.

Poseía Marcial mucha mundología para exponerse a romper con una mujer bien quista en la corte y a la que Napoleón quería casar. Además pensó que irritar los celos de la condesa era el mejor medio para ocultar el secreto de su reciente frialdad; alejóse, pues, sin aparentar disgusto y decidido a observar el grupo de las dos mujeres desde una consola próxima, contra la cual se apoyó ligeramente, cruzando los brazos sobre el pecho y echando una ojeada al salón.

El reflejo de las lámparas hacía resaltar la figura recelosa y sombría de Marcial, destacándose entre los paños de raso blanco que adornaban las paredes y se le hubiera podido comparar a un genio del mal. El general Montcornet, desde otro extremo del salón, sonreía imperceptiblemente, observando los movimientos de todos los personajes de aquella escena, y adivinaba las agitaciones que contraían el rostro de su amigo Marcial y las de la condesa de Vaudremont, preguntándose qué causa misteriosa producía el aire feroz del conde Soulanges que permanecía solo y mudo apoyado contra una de las puertas del salón y la expresión dolorosa unas veces, alegre otras, que aparecía en el rostro de la dama desconocida, expresando todas las alegrías de la esperanza o las angustias de un terror involuntario.

—Mi querida niña, — decía en tanto la duquesa de Lansac a la condesa de Vaudremont, — tiene usted una edad en la cual yo cometí muchas faltas. Viéndola a usted sufrir mil torturas, he tenido la idea de dar a usted algunos consejos amistosos. ¿Cometer errores a los veintidós años no es acaso destrozar el porvenir, romper la ropa que debe vestirse? Continúe usted, condesa de mi alma, teniendo amigos sin clara y definida conducta y enemigos astutos, y ya verá qué venturosa vida se prepara usted.

—¡Ah, señora, qué difícil es para una el ser dichosa! — exclamó ingenuamente la condesa.

—Querida mía: es preciso saber escoger a su edad, entre los placeres y la dicha. Usted se quiere casar con Marcial, que no es bastante imbécil para ser un buen marido, ni lo bastante apasionado para ser un amante. ¿No observa usted que Marcial es casi viejo? Dentro de dos años el hombre habrá concluído y aparecerá el ambicioso que tal vez la desdeñará. Mírelo usted, querida mía. ¿Acaso no lee usted en su frente que en este momento más que en la hermosura de usted piensa en los dos millones que usted tiene? Una viuda como usted no se casa ya por amar precisamente; debe buscar sólida compensación en un hombre realmente distinguido y serio que tenga nombre y alta consideración. ¿Acaso no le gustaría que se apellidara la señora mariscala?

En este momento los ojos de ambas mujeres se fijaron instintivamente en la arrogante figura de Montcornet.

—Si usted prefire continuar el difícil juego de una coqueta y no casarse, — continuó la duquesa con acento de franca bondad; — ¡ah! querida mía, en tal caso sabrá usted mejor que ninguna amontonar las nubes de una tempestad y disiparla después. Yo, hija mía, ya he jugado ese peligroso papel. ¡Oh! Dios mío, por un pasajero triunfo de amor propio, una asesina sin piedad el corazón de pobres criaturas virtuosas y se crea mortales odios. Para evitar todo eso he venido hoy a esta fiesta. No me mire usted con ese aire tan enojado. Escúcheme usted. Si usted quiere jugar con los hombres, no trastorne usted más que a aquellos que no tengan deberes que cumplir. Aprovéchese, hija mía, de esta máxima debida a mi vieja experiencia. A ese pobre Soulanges, por ejemplo, a quien usted ha vuelto loco de pasión, ¿sabe

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

usted, querida niña, contra quién repercuten las crueles coqueterías de usted?... Sobre su vida entera. Casado hace treinta meses, el conde es adorado por una seductora criatura que le ama tanto como él la engaña; ella vive condenada a las lágrimas y al silencio más amargo. Soulanges sufre remordimientos más crueles que dulces con sus placeres. Y usted, hija mía, coquetuela lindísima y hábil se burla ahora de él. Venga usted, venga a contemplar su obra.

—¡Pero no dijo usted que es casada!

—Obstáculo más para el placer de la victoria.

—Ama locamente a su marido.

—¡Gracioso inconveniente!

—¡Ah! — exclamó la condesa con amarga sonrisa, — no castigan ustedes así nuestras faltas y nuestros arrepentimientos.

—No se incomode usted — dijo vivamente Marcial, que se había aproximado, — se lo ruego, perdóneme usted, ya no pienso más en la señora de Soulanges.

—Merecería usted que yo le enviase a su lado.

—Pues entonces voy — contestó el barón riendo, — para volver junto a usted más amante que nunca, así se convencerá usted de que la mujer más bonita del mundo no puede arrebatarle un corazón que sólo a usted pertenece.

—¿Es decir que usted quiere ganar el caballo del general?

—¡Ah! ¡El traidor! — contestó Marcial, riendo y amenazando con el dedo a su amigo que se aproximaba sonriendo.

Llegó aquél y el barón le cedió el sitio junto a la condesa, a la que dejó con aire sardónico.

—Condesa: he ahí un hombre que se enorgullece de conquistar su simpatía en una sola noche.

Y alejóse contento de haber herido el amor propio de la condesa y perjudicado a Montcornet, sin adivinar, pese a su habitual perspicacia, la profunda ironía de las palabras de la señora de Vaudremont y sin advertir que si su amigo deseaba ser grato a la condesa, ésta no lo deseaba menos.

En el momento en que Marcial se aproximaba al candelabro bajo el cual la condesa de Soulanges, pálida y pesarosa parecía no vivir más que de sus ojos, su marido llegó de la puerta del salón irradiando en los suyos llamaradas de pasión.

La duquesa de Lansac, atenta a todo, se dirigió hacia su sobrino y le pidió el brazo para salir, pretextando un aburrimiento mortal, y evitando así un lance desagradable entre los dos hombres. Al salir apoyada en el conde, hizo señal de inteligencia a su sobrina, y mostrándole con los ojos al galante y audaz caballero que se preparaba para hablarla, pareció decirle: "Helo aquí, véngate". La condesa de Vaudremont sorprendió la mirada de la tía a la sobrina y un fulgor súbito iluminó su alma y temió haber sido engañada por aquella astuta duquesa, tan hábil en la intriga.

—Esta pérfida duquesa — se dijo — habrá creído regenerarme con su moral y lo que hacía era burlarse de mí jugándome una mala partida.

Ante esa idea, el amor propio de la condesa se sublevó y estuvo más que nunca decidida a coger el hilo de aquella intriga. La preocupación que sufría no la dejaba ser dueña de su espíritu. El general, interpretando a su gusto la indecisión de las palabras y gestos de la condesa, extremó su galantería y tuvo por segura su victoria.

Al otro extremo del salón ocurría otra escena no menos interesante.

El barón pudo al fin sentarse junto a la condesa de Soulanges. Admiraba de cerca bellezas que desde lejos le habían sugestionado.

En aquella época las mujers ceñían la cintura de sus trajes precisamente bajo el seno, a imitación de las estatuas griegas, moda implacable para las mujeres que tuviesen defectuoso el pecho. Echando una mirada fugitiva sobre aquel seno, Marcial quedóse maravillado de las exquisitas y perfectas líneas de la condesa de Soulanges.

—No ha bailado usted una sola vez, señora, durante la velada, — dijo Marcial a la condesa.

—No asisto jamás a reuniones y por este motivo soy desconocida, — contestó con frialdad.

Marcial entonces accionó de tal manera que los fulgores del hermoso brillante que lucía su mano, hirieron las pupilas de la condesa, que enrojeció y miró al barón con expresión indefinible.

—¿Le gusta a usted el baile? — preguntó aquél para renovar la conversación.

—Mucho, muchísimo, caballero.

A tan extraña respuesta, sus miradas se encontraron. El joven, sorprendido del acento penetrante que despertó en su corazón la esperanza, interrogó de pronto, mirando a los ojos de la joven.

—Entonces, señora, no será atrevimiento de mi parte el rogaros me otorguéis el honor de aceptar mi brazo para el próximo vals?

Una confusión ingenua enrojeció las blancas mejilas de la condesa.

—Caballero: he rehusado ya a un militar...

—¿Será aquel gallardo general de caballería que está allá abajo?

—Precisamente.

—¡Oh! es amigo; no tema usted, señora. ¿Me concede usted, pues, ese honor?

—Con placer, caballero.

El tono de voz de la joven acusaba una emoción nueva y profunda que dominó, fascinándolo por completo, al barón de la Roche-Hugón, convirtiéndolo en un cadete; perdió éste su habitual serenidad y su cerebro meridional se inflamó; quiso hablar y sus frases se le antojaron faltas de gracia, comparadas con las espirituales de Soulanges. Lanzóse al torbellino del baile; Marcial quiso sin duda desplegar en aquel momento todos sus medios de seducción a juzgar por la pretensión y estudio de todos

NUESTROS BUENOS SERVIDORES

—¡Ah! ¿No fué más que eso, Pedro? Me había asustado. Creí que habías caído encima del perro de la vieja.

sus movimientos y de todos sus gestos.

El barón llevó a su pareja al centro del salón, donde bailaban las mujeres más distinguidas y más hermosas, y tuvo la satisfacción de ver acogida con murmullos de admiración la presencia de su gentil compañera de baile, cuya belleza y cuyo traje igualaban, si no superaban, a los de a señora de Vaudremont quq, casual o intencionalmente, se había colocado con el general por pareja frente a Marcial y a la señora de Soulanges.

Cuando en uno de los giros Marcial se colocó junto a Montcornet:

—He ganado tu caballo — le dijo riendo.

—Sí, pero has perdido cuatrocientas mil libras de renta — replicó el general, señalando con la mirada a la condesa de Vaudremont

—¿Y esto qué me importa? — contestó el barón. — La condesa de Soulanges vale millones.

Al fin de aquel rigodón, las mujeres, las menos bonitas, predicaban la moral y comentaban la naciente intimidad de Marcial y de la condesa de Soulanges. Los hombres no comprendían la buena suerte del introductor de embajadores, no considerándolo seductor por ningún concepto.

Marcial conocía únicamente la inmensidad de su dicha. Al llegar la última figura del rigodón, cuando las damas tenían que formar el molinete, sus dedos apretaron delicadamente los de la condesa y creyó sentir a través de la piel fina y perfumada de los guantes que los dedos de la joven respondían a su amoroso llamamiento.

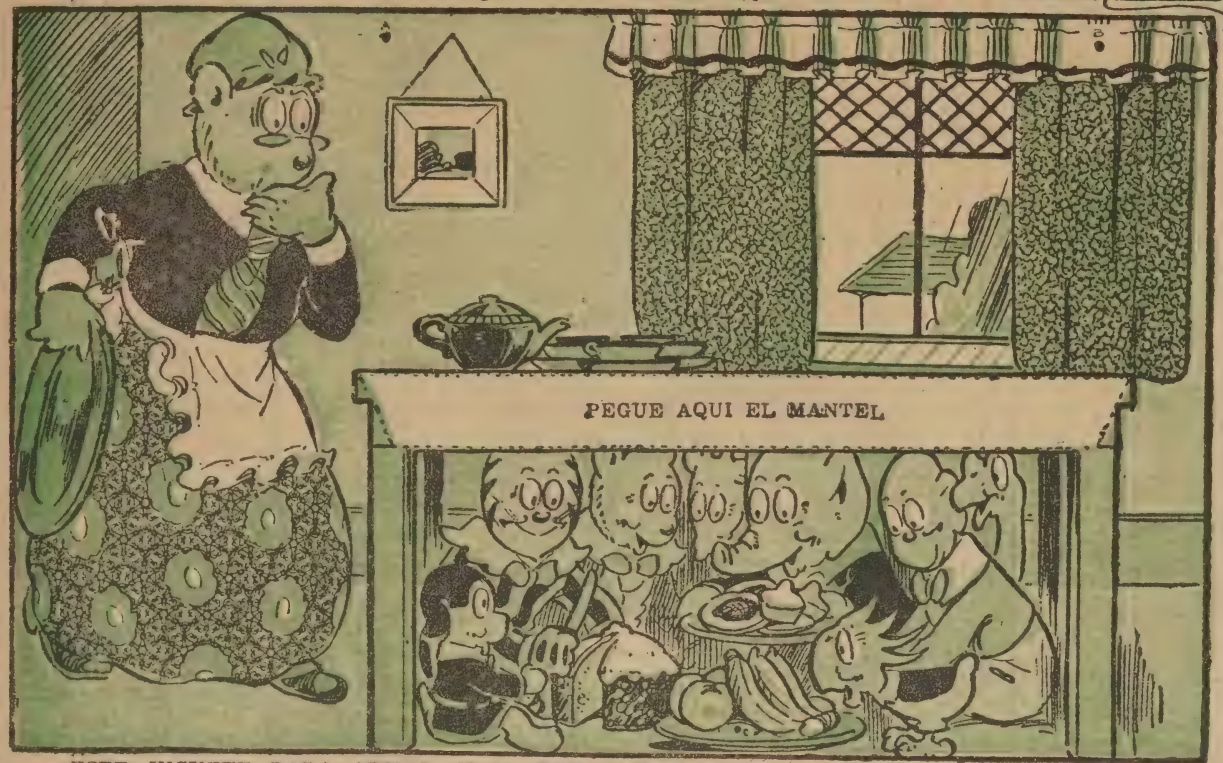
—Señora, — le dijo al terminar el rigodón, — permítame usted que no la vuelva a ese odioso rincón donde ocultaba usted su rostro y su traje. ¿Quiere usted dar una vuelta por los salones y juzgar del esplendor de la fiesta?

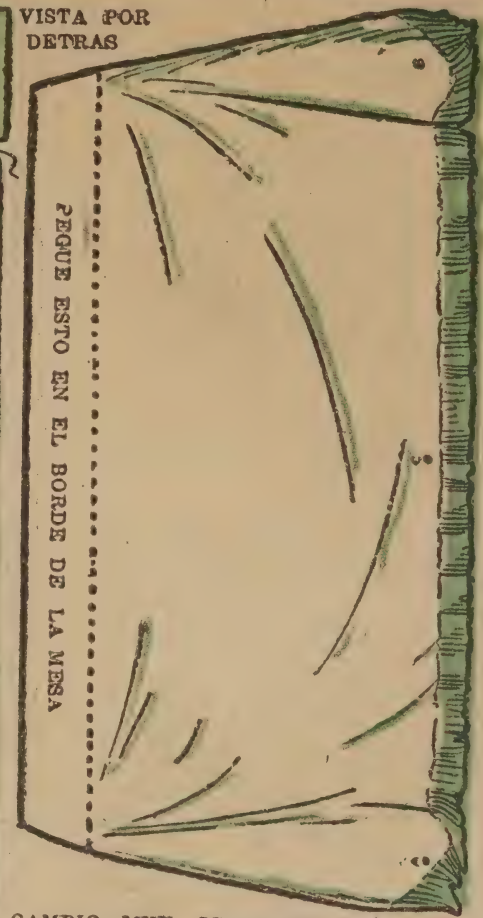
La señora de Solanges siguió a su seductor, que pensaba que aquella mujer le pertenecía.

Llegaron a una galería, a cuyo extremo veíase un elegante cuarto-tocador, lleno de flores raras, que esparcían embriagadores perfumes.

LOS PICAROS ANIMALITOS TENIAN GRAN APETITO

Un gracioso cuadro de la vida de la escuela donde estudian los pícaros animalitos que sólo piensan travesuras.





ESTE JUGUETE PARA ARMAR, SINO TIENE MUCHA COMPLICACION DE MOVIMIENTO ES, EN CAMBIO, MUY GRACIOSO COMO DIBUJO Y ES NUEVO COMO IDEA. EL OTRO DIA LOS ANIMALITOS PICAROS TENIAN APETITO. NO QUISIERON ESPERAR A LA HORA DE COMER Y METIENDOSE EN EL COMEDOR, SE APODERARON DE TODAS LAS VIANDAS Y SE ESCONDIERON DEBAJO DE LA MESA. TAPADOS POR EL MANTEL, PARA QUE NO LOS VIERA LA MAESTRA. PERO ENTRO DE IMPROVISO DOÑA OSA, VIO LA MESA VACIA Y LLAMO A SUS DISCIPULOS. NO CONTESTARON. PERO DE PRONTO EL LORITO NO PUDO CONTENER LA RISA. LO OYO LA MAESTRA, LEVANTO EL MANTEL, — LEVANTELO USTED TAMBIEN, — Y VIO EL MAS INESPERADO CUADRO.

La condesa se obstinaba en no entrar, pero al dirigir la vista al cristal observó que había testigos y cedió a las instancias del apasionado Marcial, sentándose en una otomana.

—Este saloncillo es delicioso, — dijo la condesa, admirando una pintura del techo, magistralmente hecha.

—Todo él respira amor y voluptuosidad, — exclamó el barón, realmente emocionado.

A favor de la misteriosa claridad que reinaba, miró a la condesa y sorprendió en su rostro, dulcemente agitado, tal expresión de temor, de deseo y de pudor, que le encantó. La joven sonrióse, haciendo sentar a su lado a Marcial, tomó su mano izquierda con seductor ademán y le quitó dulcemente del dedo la sortija, que atraía sus miradas.

—¡Qué hermoso diamante! — exclamó la condesa.

Marcial, conmovido por aquella involuntaria caricia que la condesa le hiciera al tomar la joya, miró a la condesa con ojos más brillantes que su sortija.

—Llévela usted, — dijo al fin, — como recuerdo de esta inolvidable hora y por amor a....

Ella le contempló con éxtasis y Marcial se inclinó y le besó la mano.

—¿Me la da usted? — dijo la condesa.

—Yo quisiera ofrecerla el mundo entero.

—¿Me engaña usted? — replicó la joven con voz alterada por una alegría vivísima.

—¿No acepta usted más que mi diamante?

—¿No me lo pedirá usted nunca? — volvió ella a preguntar.

—Jamás.

La condesa puso la sortija en su dedo y Marcial, creyendo su triunfo asegurado, hizo un gesto para pasar su brazo por el talle de la joven, la que se levantó de repente, y dijo con voz clara, pero sin ninguna emoción:

—Caballero: acepto este diamante, sin el menor escrúpulo, porque me pertenece.

Marcial quedóse estupefacto.

—El señor de Soulanges lo tomó el primero de mi tocador y me dijo que lo había perdido.

—Debe usted, señora, padecer un error, — exclamó el barón con aire ofendido. — Esta sortija me la dió la señora de Vaudremont.

—Precisamente, — replicó la condesa, sonriendo. — Mi marido me tomó esa sortija y la regaló, y hoy usted me la ofrece; mi sortija ha viajado, he ahí todo. Esa sortija me dirá tal vez lo que ignoro y me enseñará el secreto de ser siempre atractiva. Caballero, — añadió con admirable gesto de dignidad, si no se tratara de mí, probablemente la sortija hubiera costado muy cara, pues es usted realmente peligroso para una mujer... Pero mire usted, — concluyó la condesa, haciendo jugar un secreto oculto en la piedra, ahí tiene usted cabellos del señor de Soulanges todavía.

Y saludándolo con exquisita cortesía, desapareció ligera como una corza, antes de que Marcial, sorprendido, pudiera hacer un ademán para detenerla. Quedóse confuso y avergonzado.

La risa de la señora de Soulanges había hallado un eco en el saloncillo, y el joven pudo ver tras unas plantas tropicales a su amigo Montcornet y a la condesa de Vaudremont, que reían de buen grado.

—¿Quieres mi caballo para correr tras tu conquista? —gritó el general.

La conformidad con que el barón soportó las bromas con que le abrumaran la condesa y su amigo, le valió la discreción más absoluta acerca de aquella aventura, durante la cual el arrogante coracero trocó su caballo de batalla por una rica y hermosa mujer.

En tanto, la condesa de Soulanges se había marchado precipitadamente del baile hacia su casa, con el espíritu lleno de tristes impresiones, temiendo y anhelando a la vez hallarse frente a frente a su marido. Durante el trayecto del palacio de Gondreville al de Soulanges lloró contemplando aquella sortija, recuperada de tan extraña manera.

Suspiraba aún, cuando se detuvo el carruaje ante el vestíbulo de su hotel. Subió la escalera con premura, y cuando llegó a su habitación palideció de terror al ver a su marido, de pie junto a la chimenea.

—¿Desde cuándo, querida mía, vas a un baile sin prevenirme y sin mí? — preguntó Soulanges con alterada voz. Has estado singularmente comprometida.

—¡Oh! mi buen León, — exclamó ella con voz acariciadora, — no he podido resistir al placer de verte sin que me veas.

Aquellas frases, y más que nada el acento con que fueron pronunciadas, apaciguaron el enojo del conde, que además comprendió que su mujer era conocedora de su infidelidad y que su severidad era ficticia, y sólo con el objeto de no verse obligado a dar explicaciones, según costumbre de los maridos que tienen alguna falta de que reprocharse, se mostró dulce y cariñoso.

Dichosa de ver a su marido sonriente, la condesa le miró con ternura, agradeciéndole su presencia en aquella habitación, donde tanto tiempo no podía los pies. Soulanges, conmovido y apasionado, se arrojó a sus pies, y tomando las manos de su mujer las besó con transporte.

—Hortensia, ¿qué tienes en el dedo que me ha hecho daño en los labios? — preguntó riendo el conde.

—Es mi diamante, que tú me dijiste que habías perdido, y que yo he hallado.

HONORATE DE BALZAC.

Compre

EL DIARIO

todas las tardes y estará al corriente de las noticias sociales, políticas, sportivas, teatrales y otras del momento.

EL DIARIO

Fundado hace 45 años

tiene entrada en todos los buenos hogares.

Remita el cupón y recibirá a domicilio un ejemplar del jueves próximo con las páginas en colores, y una página con la graciosa historieta para niños:

BARNIGUGLI y su PINGO TRAGAVIENTOS

Señor Administrador de EL DIARIO.
Avenida de Mayo, 662 - Bs Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán las páginas femeninas en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . .

F.C. . . . . .

EDICION DE LOS JUEVES
Precios de suscripción:

1 año	$ 5.--
6 meses. . .	„ 2.50
3 „ . . .	„ 1.50

La Bella y la Bestia

Por DOUGLAS NEWTON

(TRADUCCION DEL INGLES)

Donde se demuestra que los cuentos de hadas no mienten

LA canoa avanzaba en aquellos momentos con mayor lentitud. Ya no se bamboleaba; por el contrario, deslizábase río abajo, con suave y uniforme vaivén, prestado por la mansa corriente.

La tupida bóveda sombría de color verdinegro que formaba comó una especie de dosel de follaje aclarábase por momentos, distinguiéndose de cuando en cuando, por entre el bajo techo de oscuras hojas, algún trozo de cielo de un acerado e intenso azul. El calor intensificábase también hasta el punto de coagular la sangre en las venas, y con él aumentaban de modo horrible las cohortes de animales de pelo y pluma que poblaban ambas orillas.

Un tronco sumergido sujetó la embarcación de lentos movimientos, deteniendo su marcha. El hábito contraído, más bien que su esfuerzo, movió entonces a la única tripulante de la canoa a levantarse del fondo plano de la embarcación para lanzar por encima de uno de sus costados una penetrante mirada.

Todo seguía igual. En la orilla derecha dejóse oír súbitamente el confuso griterío de los monos y el azorado aleteo de las aves, asustadas. Diabólicas sombras pasaron rápidamente ante sus ojos, destacándose del infierno sombrío que parecía en aquel momento la selva virgen.

Eran hombres, hombres negros, los que se deslizaban así, siempre adelante, moviéndose taimada y furtivamente como verdaderas panteras humanas. Una cuerda hecha de bejucos partió de la selva y cruzó, culebreando, las oscuras aguas del río.

La tripulante de la canoa alzó pesadamente su brazo, armado de un revólver, apoyó la boca de éste sobre la borda y disparó.

Turbada así por segunda vez la tranquilidad de los habitantes de la selva, promovióse entre ellos una verdadera tempestad de alaridos.

No se sabe si la cuerda de bejucos dió un tirón de la canoa, que la hizo avanzar, o si el movimiento hecho por su tripulante la puso nuevamente en libertad. Lo cierto fué que se deslizó perezosamente sobre el agua, girando con lentitud, pero marchando siempre hacia adelante.

Su tripulante dejóse caer nuevamente de espaldas en el fondo de la embarcación.

Las diabólicas sombras no atacarían a la canoa mientras ésta se moviera, ni se atreverían a nadar hasta ella... porque lo impedían los cocodrilos y las serpientes acuáticas. La corriente ¡a Dios gracias! marchaba solamente por el centro del cauce.

Al pasar la embarcación por delante de nu banco fangoso, un cocodrilo que allí estaba deslizóse fuera de él. Al zambullirse se produjo una ondulación general de las aguas y la canoa osciló violentamente, giró con rapidez sobre sí misma como un hombre ebrio, su proa tocó a tierra y quedó detenida en mitad del río.

Nuevamente se oyó el parloteo de la sobresaltada fauna. Los cautelosos negros se habían aproximado, codiciosos de su presa, hasta la misma orilla del río. Y otra vez se alzó en la canoa una cabeza; después unos hombros... Vióse caer una cuerda. Des-

pués se oyó una seca detonación producida por el disparo de un arma de fuego.

Esta vez, sin embargo, la cuerda no tocó a la canoa, que permaneció inmóvil. Su tripulante tiró del remo que la embarcación llevaba y maniobrando pesadamente hizo un débil esfuerzo con él sobre el banco fangoso.

Un ligerísimo silbido rasgó el aire. Un dardo fué a clavarse, vacilante, en uno de los costados de la canoa. La muchacha seguía empujando, empujando torpemente su remo, sin mostrar el menor temor ante la envenenada flecha.

Ahora era una maza lo que llegaba silbando por los aires. Agachóse la muchacha, y al esfuerzo hecho por tan brusco movimiento, se clavó el remo fuertemente en el fango.

Dando un bandazo, la canoa reanudó su marcha. Sin fuerzas para recuperar el remo, la joven se había dejado caer otra vez en el fondo de la embarcación.

La cruda luz solar había reemplazado a las tinieblas, como si una mano gigantesca acabara de arrancar de cuajo la selva entera.

Siempre adelante en su camino, la canoa desembocó, balanceándose suavemente, en un gran lago cuyas aguas brillaban plácidamente como una inmensa y nacarada madreperla. Diversas aves de plumaje fantástico lo cruzaban en todas direcciones, resplandeciendo sus colores bajo la luz del sol, como preciosas joyas, mientras que en la orilla del lago más próxima y visible una extensa llanura de un maravilloso color esmeralda esmaltado de flores extendíase hasta confundirse con el confuso brillo de las distantes colinas.

Era, por su belleza, como un Paraíso; pero un Paraíso mortífero, ya que la extensa llanura verde no era sino un pantano en cuyas aguas dormían las fiebres... En los mapas en que figura este lago se le designa con el nombre de "Lago de la muerte".

La persona que iba en el fondo de la canoa nada vió de aquellas bellezas. Unicamente cuando la despiadada luz, cuando el sofocante calor solar llegaron hasta ella, gimió lastimeramente.

La canoa continuaba balanceándose y moderando sin cesar su avance hasta que, al fin, se detuvo en mitad del lago, a una milla del margen. Allí la aprisionaron las algas.

Maquinalmente, la tripulante de la embarcación trató de incorporarse, pero fracasó en su intento, y entonces, levantando el débil brazo armado, disparó, una, dos, tres veces... El sonido de los tres pistoletazos resonó débilmente en la tranquila inmensidad. Sus dedos, sin fuerza ya, apretaron nuevamente el gatillo, más fué en vano. El revólver estaba descargado. La mano cayó, inerte. La canoa osciló blandamente y acabó por quedar inmóvil.

Quince minutos más tarde apareció, surcando lentamente las aguas del lago, una segunda canoa. Dos hombres la impelían a fuerza de remos; un tercero, en pie dentro de ella, escudriñaba atentamente las aguas, asomándose, curioso, a un lado y a otro, hasta que, de repente, descubrió la primera canoa, y entonces se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

Súbitamente lanzó un grito y después tornó a mirarla. Nada. La inmovilidad y el silencio reinaban dentro de la embarcación. Los remeros continuaban bogando, como si pretendieran dejar atrás a la canoa abandonada, más sin duda el individuo que se hallaba en pie debió reflexionar que valía la pena de examinarla de cerca, pues dió una orden que fué al instante obedecida.

La segunda canoa describió una curva en forma de lira y de este modo fué trazando un arco perfecto en torno a los costados de la otra embarcación.

El hombre que iba de pie pudo entonces mirar al interior, descubriendo unas piernas cubiertas por unos leguis, unos elegantes calzones y un cuerpo vestido con fina blusa de seda de las llamadas "de camisa", que en el pecho se levantaba en curva suave. Frunció el hombre las cejas bruscamente, miró más de cerca la forma que yacía en la canoa y lanzó una exclamación.

Mediante un ágil y seguro movimiento, hallóse en seguida dentro de la segunda canoa, y una vez en ella, se apresuró a levantar dos bellos y delgados brazos que se hallaban cruzados sobre una linda cabeza. Una espléndida cabellera rizada, de color de maíz, servía de marco a un rostro marchito y delgado, pero encantador.

Frunció el hombre las cejas por segunda vez y murmuró:

—¡Maldito sea!

Apenas hubo pronunciado estas palabras cuando un par de ojos azules, muy azules, clavároose enojados en él. La muchacha hizo un débil esfuerzo para incorporarse, quiso levantar el revólver, y después se desmayó.

* * * *

Volvió en sí con el picor de un estimulante en la boca y un vivo dolor en el costado, bajo el seno izquierdo precisamente.

Sí, era allí donde un venablo, arrojado desde la selva, había trazado, al pasar por entre su cuerpo y su brazo izquierdo, un surco profundo.

Un súbito pánico acabó de despertar sus sentidos. Ahora hallábase tendida boca arriba en una cabaña desconocida y su blusa de seda había sido rasgada desde el hombro izquierdo hasta la cintura.

En un estado especial de semiinconsciencia la joven trató de incorporarse, llevando al propio tiempo su mano a los dispersos jirones de su blusa; mas entonces unos dedos vigorosos la obligaron a echarse hacia atrás.

Levantó la muchacha los ojos y su mirada se fijó en un rostro feísimo surcado de profundas arrugas. La fealdad de aquel rostro y su enérgica expresión la impulsaron a luchar frenéticamente; mas la mano vigorosa de antes la sujetaba sin piedad. Una voz breve e imperiosa gritó entonces:

LA MAMITA ORGULLOSA

La anciana (con orgullo: — Sí señor, aquí lo tiene: ¡ese es mi nene!

—¡No sea usted necia! ¿Cómo cree que podré curarla esta herida si se mueve así?

—¡Deje usted en paz la herida y déjeme en paz a mí! — contestó la muchacha con voz ronca. — Y sobre todo, ¡no me toque usted!

—Es que si no la curo, la herida será atacada por la gangrena de los trópicos, — contestó el hombre. — ¡Maldición!... ¡Estése quieta! ¿No comprende usted que soy médico?

Mas su fealdad, su fría energía y hasta su inflexible acento habían llenado de horror a la muchacha.

Tornó, pues, a luchar como ave enjaulada contra aquella mano, más de repente le faltaron las fuerzas y volvió a desmayarse.

Muy lentamente fué recobrando el sentido. Latíale ahora el costado herido, pero con un dolor más suave y más preciso.

La herida había sido vendada por una mano experta. Por el tacto lo comprendía ella.

Al propio tiempo, aunque dominada todavía por cierta lasitud, ya no era el horrible sopor de antes. La muchacha abrió los ojos.

Hallábase dentro de una cabaña, tan pequeña, que más que choza parecía una casita de muñecas. Todo en ella estaba peligrosamente junto y comprimido; pero todo estaba también sabiamente dispuesto y extraordinariamente limpio.

A la joven le producía el encontrarse allí idéntica sensación que si se hallara en una bien ordenada casita de juguete.

Mirando, mirando, la muchacha descubrió una mesa, dos sillas con respaldos y asientos de lona y una hamaca cubierta por un mosquitero que pendía del techo.

En un rincón veíase bien alineada una batería de cocina diminuta, pero completa. Daban luz a la choza dos grandes ventanas defendidas por telas metálicas.

Advirtió también entonces la muchacha ue se hallaba echada en una especie de diván formado por dos grandes cajas planas unidas por sus extremos. Un almohadón levantaba su cabeza.

Asimismo reparó en que llevaba puesta una chaqueta pijama de seda (extraordinariamente grande para ella) y en que se la había despojado de sus botas y de sus polainas.

Entonces volvió la cabeza y al mirar por encima de su hombro descubrió al hombre de antes.

Hallábase sentado de espaldas a ella ante una larga mesa de tablero esmaltado que se extendía hasta el extremo de la cabaña. En aquel instante tenía ante sí un microscopio por el cual miraba, como si se hallara estudiando algo; y sus observaciones, sin duda, era lo que muy aprisa escribía en las páginas de un cuadernito que tenía bajo su mano derecha.

La muchacha apreció de una sola ojeada toda la brillante colección de botellas, retortas, alambiques, canutos, etc., que hacían de aquel extremo de la cabaña un verdadero laboratorio, separado del resto de la choza por una mampara de tela metálica.

El desconocido era altísimo y de contextura delgada, aunque bien formado.

En cuanto a la finura de su blusa de seda y de sus pantalones de hilo, podía calificarse de sorprendente en lugar como aquel.

La muchacha, que sabía que era bonita, pensó si se habría vestido así por ella. Mas no: aunque sólo guardaba vaga memoria del momento en que él se inclinara sobre la canoa para mirarla, parecíale recordar que ya entonces iba vestido con elegancia.

Por otra parte, a juzgar por lo poco que había visto de aquel rostro feísimo y enérgico, era su dueño hombre a quien preocupaba muy poco el buen o mal gusto que su persona pudiera producir.

Vió ahora también la joven que el desconocido cubría su faz con una careta y que llevaba largos guantes de goma; por consiguiente, su trabajo era, seguramente, peligroso.

¿De qué se trataría? De algún trabajo de investigación científica, indudablemente. El desconocido querría, tal vez, especializarse en las enfermedades propias de los trópicos.

Sí; pero, a todo esto, ¿quién sería? En aquel mismo instante acudió a su memoria el nombre de Dionisio Scanlan. Por cierto que se hablaba de él en toda la costa. Decíase que Scanlan se había desterrado voluntariamente y vivía solo, en las selvas, para combatir allí a los "tripanosomas", los temibles microbios mortífera plaga de los trópicos.

Mas Dionisio Scanlan hallábase, según decían, en un lugar llamado Pamba, que se encontraba a muchas millas del campamento del padre de la joven.

Este pensamiento la hizo moverse y lanzar un leve gemido entrecortado. Su voz sonó de un modo extraño y agudo en el absoluto silencio que allí reinaba.

Súbitamente la joven había mirado en dirección a la espalda del hombre. Creyó que él iba a levantarse apresuradamente para acudir a su lado. ¿No era esto lo que todos los hombres hacían en cuanto admiraban su belleza? Sin embargo, aquel hombre siguió escribiendo con un ojo pegado materialmente al lente de su microscopio.

La muchacha aguardó hasta que el lápiz cesó de moverse, rápidamente llevado por su mano. ¡Ahora sí que iba a levantarse! Mas no. La mano del hombre descansaba sobre el estuche de los instrumentos, pero él no se movió.

Entonces la muchacha preguntó, con voz clara y distinta:

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted?

—Aguarde un poco y se lo diré.

Esta réplica llegó hasta ella breve e inesperadamente.

—Entretanto, haga el favor de estarse callada, — añadió el hombre.

—Es que si usted me explicara, ante todo..., — comenzó a decir ella, segura como estaba del poder que ejercía sobre los hombres.

Mas él soltó como una bomba estas palabras:

—¡Cállese..., por favor!

Su voz sonó terminante, seca. Aquel "por favor" llegó tan tarde que la joven se sintió ofendida.

—¡Para eso no hay que ser grosero! — exclamó.

—¡Señor, Señor! — gimió el hombre a su vez. — Pero ¿es que esta mujer no tiene sentido común? Estoy en un momento crítico de mi trabajo. Conque, ¡silencio!

Aquel tono violento produjo en la muchacha el mismo efecto que hubiera producido un latigazo, ¡y los latigazos le habían sido tan completamente desconocidos hasta entonces!... Por consiguiente, guardó silencio, aturdida.

Pero sus ojos posáronse centelleantes sobre la impecable espalda del hombre. ¡Era un bárbaro; un ser odioso y horrible! Si uno solo de sus amigos (y los tenía a docenas) hubiera podido escucharle, oír aquel acento imperioso con que le hablaba, ¡cómo le hubiera tirado al suelo de un puñetazo!

Esta idea casi la hizo llorar. ¡Estaba aún tan extraordinariamente débil. El hombre, en cambio, seguía absorto en su trabajo.

No se percibía ni el más pequeño sonido en aquel despoblado cálido y silencioso; no se advertía ningún otro rastro de vida humana. La muchacha se sentía sola en aquella estrecha cabaña, sola en aquella comarca salvaje, sola... ¡con aquel hombre!... Estaba un poco asustada, ¡ella, tan acostumbrada a mantenerse firme ante los hombres. Pero era que cuantos había tratado hasta entonces eran caballeros de salón, finos, corteses siempre con ella.

En cambio, en aquel hombre había una crueldad y una fealdad que le hacían diferente de los demás... y más temible.

A poco, el desconocido comenzó a leer tranquilamente sus apuntes, los apartó a un lado y en seguida guardó también el microscopio y los estuches. Todo esto lo hizo tranquilo, sosegada y metódicamente.

Quitóse después la máscara y los guantes y con sumo cuidado pasó la mampara de tela metálica y se detuvo ante ella, llenando con su cuerpo aquel lugar.

Su fealdad y su actitud de mando casi la intimidaron. El fijó en ella sus ojos grises

serenamente, distraídamente.

—Ahora puede usted decir lo que guste — dijo el hombre con voz más suave.

Ella hubiera querido entonces permanecer silenciosa, desairarle: mas ¿cómo iba a hacer esto con el único ser a quien tenía al lado? Sobre todo habiendo tantas cosas que su mente ansiaba conocer. Aparte de que aquella fuerza que emanaba de su persona parecía disipar toda idea de altanería, de diferencia social.

—¿Es usted el doctor Scanlan? — preguntó al fin la muchacha.

—Ese es mi nombre — repuso él.

¡Así, era verdad! En su ansiedad, ella trató de incorporarse.

—Entonces, ¡esto es el Pamba! — exclamó. — El Pamba, separado de Tztaye cien millas por lo menos.

—Diga usted ciento veinte y aun se quedará corta — repuso el doctor tranquilamente. — ¿Es de Tztaye de donde viene usted? Si es así, lo menos habrá pasado tres días en la canoa.

—¡Tres días! — exclamó la muchacha. — ¡Ay!... Entonces, ¿cuánto voy a tardar en volver?

—¿En volver?...

Una rara sonrisa, fugaz y atractiva al mismo tiempo, había aprecido en la enérgica boca del doctor.

—En volver tardará usted lo menos una semana, pues le será necesario luchar con la corriente durante todo el camino en lugar de dejarse llevar por ella, como a la venida ...Sí; tendrá usted que pelear con la corriente... y con otras cosas.

—¿Y no hay por aquí ningún camino?...

—Si lo hay. Diez días lo menos tardaría usted en recorrerlo; mas no le aconsejo que lo tome, ya que ello equivaldría a un suicidio. Anda por él una tribu llamada de los chili chili...

Estremecióse la muchacha y el doctor lo advirtió. ¡Qué no advertirían aquellos ojos grises!

—Bueno, ya veo que sabe usted de quiénes se trata — continuó. — Por cierto que ahora recuerdo que en la canoa vi clavados algunos de esos dardos que suelen arrojar valiéndose de un canuto.

Ella le miró con los ojos muy abiertos. La cabeza le daba vueltas.

—Pero...¡yo no puedo arrostrar los peligros de ese viaje! — exclamó.

—No soportaría usted tampoco la fatiga física — observó Scanlan, no como quien simpatiza con el dolor ajeno, sino más bien como quien se da cuenta de un hecho positivo, aunque molesto.

—Entonces va usted a tener que enviar un mensajero a nuestro campamento.

—Esa es cosa que se halla también fuera de toda posibilidad — observó el doctor con ai-

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses ..... $ 2.50
6 " ..... " 4.80
1 año ..... " 9.—

re resignado. — No tengo a nadie a quien mandar.

Ella se le quedó mirando, aterrada.

—¡Cómo! Pero ¡no es posible que esté usted aquí completamente solo! ¿No tiene usted ningún criado del país?

—Tengo dos — admitió Scanlan, — pero los necesito para mi trabajo.

—Mas... mas... ¿cómo voy a hacer saber a mi padre lo que me ha sucedido?

Scanlan frunció el ceño.

—Esperemos que a él se le ocurra buscarla a usted en esta dirección — dijo.

—¿Cree usted que ello es posible?

—Depende de las circunstancias. ¿Sabe su señor padre la dirección que ha tomado usted?

—No — repuso la muchacha medio llorando;—no la sabe él... ni nadie. Mi padre y sus compañeros salieron del campamento para hacer una expedición y se negaron a llevarme con ellos. Decían que se trataba de una excursión peligrosa. Esto me enojó tanto, que apenas ellos hubieron salido del campamento me escapé procurando que nadie me viera. En un principio me mantuve al margen del río que corre al lado de nuestro campamento, mas después su cauce da una vuelta y entonces me encontré en el centro de una verdadera red de arroyos; apoderóse de mí la corriente y no pude luchar contra ella.

—Ya entiendo — dijo secamente Scanlan. —Se creyó usted más sabia que sus expertos consejeros, y... ahora podrá usted darse cuenta de lo que es su sabiduría.

Su voz era tan seca en aquel momento, que la muchacha le odiaba y le temía a un tiempo.

—La red de arroyos, como usted la llama — continuó él, — no es sino la vertiente del río, que ocupa una extensión de diez mil millas cuadradas. Así es que sus amigos pueden seguir durante meses y meses cualquiera de esos arroyos sin dar con el que usted ha seguido.

—¡Meses y meses!... — repitió, aterrada, la muchacha. — ¿Y no hay algún otro medio para volver al mundo civilizado?

—Me parece que tendrá usted que aguardar aquí a que llegue el destacamento de socorro... dentro de ocho semanas.

¡Dios Todopoderoso! ¡Ocho semanas encerrada en semejante lugar con aquel hombre horrible, torvo y dominante! ¡Ocho semanas fuera de una esfera social en la que había imperado siempre como una reina!... ¡Ocho semanas!... ¡Pero aquello era espantoso! Así lo pensaba y no pudo por menos de decirlo así.

—¡Eso no puede ser! — exclamó. — ¿No sabe usted quién soy? Pues soy Fennel Norman.

En los serenos ojos del doctor brilló una expresión fríamente irónica.

—Perdone usted que no la conozca — observó. — Nosotros, los sencillos hombres de ciencia, no solemos movernos en tan altas esferas.

—Quise decirle que soy la hija de Hoyle Norman.

Una chispa maliciosa y burlona volvió a aparecer momentáneamente en los ojos penetrantes de Scanlan.

—Míster Norman, el conocido millonario, ¿sabe usted?

—Sí, — replicó el doctor secamente.—Lo que no comprendo es lo que quiere usted darme a entender con eso — aquí una sonrisa atenuó la fealdad de aquel rostro, prestando un encanto singular a sus labios, — a menos que con esta noticia vaya envuelta cierta insinuación de soborno.

—Mi padre sabrá recompensar a la persona que le dé noticias mías — replicó ella sin aliento.

Se abandonaba ahora a nuevas esperanzas. Como consecuencia de la clase de vida que hasta aquel instante había llevado la muchacha, había deducido que en este mundo los hombres pueden ser clasificados en dos grupos: uno que se hallaba sometido al influjo de su belleza y otro fascinado por su fortuna.

Y para ella no había existido hasta aquel momento otra especie de hombres. El feísimo rostro de Dionisio Scanlan habíase surcado de arrugas. Se estaba riendo francamente.

—Mucho me temo que más que esa hermosa promesa influya en mí mi trabajo — observó.

—Pero es que su trabajo quedaría interrumpido por espacio de unos días solamente — insistió ella, sin querer comprender aún que a aquel hombre éranle indiferentes fortuna y belleza.

—No importa. Para mí es precioso hasta el más breve instante, señorita Norman... Cuento con poquísimo tiempo. Ya ve usted, de una a otra estación de lluvias únicamente. Por esto no puedo permitirme el lujo de desperdiciar ni un momento.

—Entonces ¿es que no es usted humano? — exclamó ella vertiendo lágrimas de ira y de terror.

Mas apenas había acabado de decir estas palabras cuando ya Scanlan se había puesto grave, severo casi.

—Me parece que usted y yo tenemos formada muy distinta opinión acerca del significado de esta palabra. Eso — y señaló el laboratorio con un ademán — representa la mía. Mediante un trabajo incesante puedo llegar a obtener, o al menos así lo espero, que la mortalidad descienda en estos parajes en un dos por ciento de defunciones cuando menos. Y esto he de conseguirlo antes de que comience la época de las lluvias. Pero si interrumpo este trabajo la comarca tendrá que aguardar seis meses, o quizás un año, a que yo pueda beneficiarla. Este es mi humanitarismo, señorita Norman. Diga: ¿no le parece que antes que la conveniencia de usted o la ansiedad de su señor padre está la necesidad de salvar de la muerte a un dos por ciento de habitantes en una comarca que alberga once millones?

La muchacha le miraba con los ojos muy abiertos. Había enmudecido. Los cálculos del doctor nada significaban para ella. ¿No era ella acaso Fennel Norman, la hija del millonario?

Todos sus caprichos, todos sus deseos habían sido siempre satisfechos con sólo apelar a esto; por consiguiente, no creía, no podía creer que su persona significara tan poco. Solamente podía mirar y remirar a aquel hombre, creyéndose víctima de una estúpida y terrible pesadilla.

* * * *

Llamaron a la puerta, y un negro, un magnífico tipo de hombre, entró en la cabaña. Saludó respetuosamente al doctor y a Fenel, y en seguida se dispuso a poner la mesa.

Había llegado la hora de la cena. Fennel le contemplaba mientras él ejecutaba su trabajo. Dábase cuenta de que aquel Hércules era hombre servicial, activo e inteligente.

Oyóle hablar con el doctor. Decía a este último que los chili-chili se iban deslizando fuera del bosque, al otro lado del lago. No obstante, más que eso llamó la atención de la muchacha el hecho de que hablara inglés.

Así ella podría hablar con él, convencerle de que su padre le haría un buen regalo si le llevaba noticias suyas. Sus ojos le siguieron con tal motivo persistentemente; le sonrió cuando en cierta ocasión él miró hacia donde ella estaba, y por último, cuando salió de allí, ella clavó sus ojos en él expresivamente.

La voz de Dionisio Scanlan fué a interrumpir su meditación, diciéndole con excesiva rudeza, aun tratándose de él:

—Sepa usted, señorita Norman, que no toleraré que moleste a mis servidores.

Ella se estremeció al oír esto y retrocedió. Dionisio la contemplaba con severa expresión. Había adivinado sus pensamientos. Ella no le respondió, pero se le quedó mirando con las mejillas encendidas y evidente expresión de reto. Pensaba que le había vencido, que podría sobornar a sus servidores con regalos en metálico. Y como en un principio, el doctor leyó sus pensamientos.

—No; le advierto que le será imposible hacer eso — dijo bruscamente. — Estas gentes son imbabes, lo cual significa que saben cumplir con su deber. No temo, pues, nada de ellos; pero tampoco quiero que usted los moleste. Además, me fastidia mucho su idea de que puede abusar de todo el mundo siempre que se trate de satisfacer un capricho.

Tal era la dureza con que hablaba aquel hombre, que la señorita Norman se echó a llorar.

—Así, ¿no cree usted que lo merezco? — exclamó.

—Si usted consiguiera sus propósitos y ese muchacho tratase de atravesar la selva, sería asesinado por los chili-chili. ¿Le parecería a usted bien que un hombre perdiera la vida por el capricho de una señorita testaruda, de una niña mimada como usted? ¿Sí? Pues a mí, no.

—¡Es usted un hombre abominable! — exclamó ella, airada y temerosa a un tiempo. — Y no parece sino que le agrada obligarme a permanecer meses y meses aquí, sola con usted. ¿No comprende usted lo que pueden decir las gentes?

Entonces Scanlan se encolerizó de veras.

—¡Dios mío! — exclamó. — Pero... ¿piensa usted que a mí me agrada?... ¿No comprende que nada puede ser más enojoso para un hombre que se ocupa de un trabajo serio que el tener que estar pendiente de usted? ¿Cree usted acaso que yo soy como sus amigos, como esos jóvenes galancetes de salón que no tienen otra cosa en que pensar sino en las mujeres?

Y dominándose, merced a un gran esfuerzo de voluntad, terminó:

—Los dos necesitamos un poco de paciencia: esto es todo.

Fennel contemplaba con verdadera repulsión, con verdadero miedo, a aquel hombre, el primero que se había atrevido a hablarle de tal modo. ¡Qué severo, qué duro era su rostro!...

No era, si bien se le miraba, feo en el estricto sentido que solemos dar a esta palabra..., no; en realidad no lo era... Mas, en cambio, ¡qué enérgico y qué implacable! Era aquél un rostro que la asustaba y la atraía a un tiempo.

¡Y pensar que estaba condenada a vivir con aquel hombre por espacio de semanas y más semanas!... Este solo pensamiento hizo que la muchacha, ocultando el rostro entre sus brazos, prorrumpiera en llanto.

Así, llorando, permaneció varias horas. Sus lágrimas expresaban su pesar, su debilidad y, sobre todo, su ira. Era la cólera del niño mimado que ha sido reprendido.

No fué, pues, de extrañar que rehusara el alimento que el doctor le ofrecía, de igual modo que pensaba negarse también a tomar la medicina, si bien vió algo en el hombre que la contuvo.

—Tiene usted un poco de calentura; por lo tanto, no debe debilitarse porque se pondrá peor.

Ella volvió la cabeza. Hubiera deseado volverle también la espelda, pero se hallaba tan fatigada que no se podía mover. Lo que hizo fué continuar llorando.

Scanlan no podía perder el tiempo pensando en ella. Fennel se pudo convencer de que así era, cuando vió que, después de haber cenado, pasaba al otro lado de la cortina metálica y se quedaba absorto comprobando las notas que había tomado antes con ayuda del microscopio.

Trabajaba con tanta tranquilidad, consultando ora sus apuntes, ora sus libros, que Fennel comperndió que había sido olvidada, enteramente olvidada. Gradualmente fué cesando su llanto.

Contemplábale ahora, mientras pensaba, maravillada, cómo aquel hombre podía mantenerse indiferente frente a quien había fascinado a tantos otros hombres. Entre éstos destacábase en primer término aquel noble inglés que gustoso quería romper un compromiso altamente conveniente para unirse a ella.

Y como éste habían existido otros... y no obstante, aquel hombre la consideraba únicamente como un estorbo.

En medio de su delirio (la fiebre iba subiendo), hubiera querido Fennel levantarse,

arrancar de manos del doctor apuntes y libros, encararse con él y obligarle a que la escuchara, a que reconociera lo que valían su posición y su belleza. ¡Oh! ¡Estaba verdaderamente furiosa contra él! Era el suyo un odio rabioso.

Quizás la fiebre la llevó a decir todo esto en voz alta, porque, de repente, Scanlan se volvió a ella y le tomó el pulso. Fennel trató de libertar su mano, pero el doctor era más fuerte que ella.

La dejó, al fin, y dirigiéndose al sitio en que se hallaba la hamaca, la descolgó del techo, la bajó, plegó la gasa, la colocó sobre la red del fondo y preparó allí una especie de cama; después de esto se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué va usted a hacer? gritó ella tratando de retroceder hasta la pared.

—Voy a acostarla — repuso Scanlan. — Estará usted aquí más cómoda.

—¡No me toque usted! — exclamó entonces Fennel, alarmada.—¡No se acerque usted a mí!

El se la la quedó mirando con una sonrisa particular, irónica, en los labios.

—¿Podrá usted acostarse sin mi ayuda? — preguntó.

Y como ella, furiosa, respondiera en sentido afirmativo, él hizo un gesto de aquiescencia y pasó al otro lado de la puerta, a la que, como hemos dicho, defendía una tela metálica.

* * * *

A su desmayo debió de seguir un profundo sueño, porque al abrir los ojos estaba echada en la hamaca y Dionisio Scanlan hallábase en aquel momento colocando la barra en la puerta.

—Será un bárbaro, una bestia — pensó Fennel, — pero es un hombre elegante...

Divisó la muchacha sus propios vestidos, que pendían de la pared cubiertos por una gasa, y se dió cuenta de dónde estaba y de cómo había sido llevada allí. El rubor le subió a las mejillas, y al mirar lo que hacía Scanlan se sonrojó aún más.

Aquel hombre estaba atrancando la puerta; y como se quedaba dentro, iba ella a pasar la noche encerrada con él en la diminuta cabaña.

Se tendió él cuán largo era sobre las cajas que le habían servido a ella de lecho, y cuando se quitaba ya las botas, Fennel exclamó en voz bien alta:

—¡Eh!... ¿Qué es lo que está usted haciendo?

—¿No está bien claro? — preguntó él. — Son las diez, y como suelo levantarme muy temprano, voy a acostarme.

—Pero... pero ¿aquí? — gritó Fennel. — ¿En este lugar?...

—¿En cuál, si no?... — replicó el doctor mirándola con expresión de sorpresa.

Aquel hombre no comprendía... o no quería comprender; por consiguiente, la muchacha insistió, ardiéndole las mejillas:

—En nuestro campamento los hombres dormían en tiendas aparte.

La irónica sonrisa reapareció súbitamente en la boca de Scanlan.

—Pues yo no puedo permitirme semejante lujo — advirtió.

—Cuando tampoco mis amigos podían permitírselo — insistió Fennel, satíricamente — dormían al raso y dejaban para mí la tienda.

—El campo aquí es fangoso y está lleno de moscas tsé-tsé y otras lindezas por el estilo — observó sombríamente Scanlan.

—¡Pues sus hombres bien veo que se quedan fuera!

—Es cierto; en su cabaña. Pero yo jamás he dormido en compañía de esos indígenas.

Fennel abrió los ojos horrorizado como única respuesta.

Entonces el doctor dijo, sombríamente:

—Vamos, tenga usted más sentido común, se lo ruego. En esta cabaña, tan bien defendida por las telas metálicas, se puede dormir; hacerlo afuera es desafiar a la muerte. Además, ya ve usted que me he metido en una serie de operaciones tan importantes que no admiten dilación.

—Se ve que tiene usted en mucho su trabajo y en muy poco las conveniencias — comentó Fennel, furiosa.

Scanlan quedósela mirando gravemente.

—Creo que así es, en efecto — repuso tranquilamente. — Mas, dígame, ¿no le parece que a usted, en cambio, la preocupan con exceso?

Y frunciendo las cejas reflexivamente, añadió:

—Esto se debe, me parece a mí, a excesivo ocio y a empacho de civilización. ¡Claro está! La vida que ustedes llevan no da experiencia, y como tienn ustedes tan poco que hacer, ¿en qué otra cosa van a pensar? Por eso, sin duda, leen usteds ahora tanta novela. ¿No se da usted cuenta de que las gentes (hablo de las que trabajan, de las que piensan seriamente) tienen cosas mejores en qué pensar?

Interrumpióse Scanlan para mirarla, frunciendo otra vez las cejas, y terminó así:

—Es usted muy linda, realmente, y supongo que ha debido hacerle el amor más de un niño bonito.

Esto fué dicho rudamente.

—Mas yo le suplico, — continuó el doctor, — que deseche tan ridículas preocupaciones mientras esté aquí. Yo no tengo tiempo que desperdiciar en devaneos, aparte de que para mí no es usted, como ya le he dicho, más que un estorbo. Bien quisiera ser razonable, y admito que tan víctima es usted de este lamentable accidente como yo; mas por todos los santos de la Corte Celestial!, no complique usted las cosas con esas estúpidas preocupaciones de salón.

Y así diciendo, Scanlan se la quedó mirando duramente, como si fuera a pegarle. Por entre los alborotados cabellos color de maíz un dulce rostro encantador le contempló a su vez estremecido.

Entonces, moviéndose forzadamente, como si quisiera arrancarse materialmente a su contemplación, el doctor dió media vuelta apagó la luz, y en seguida Fennel le oyó acomodarse sobre las cajas para pasar la noche.

En cambio, ella se mantuvo despierta lar-

go tiempo. Sentíase febril, llena de curiosidad y de miedo, atormentada por sus pensamientos.

Aquel hombre, pensaba, al propio tiempo que descansando en la hamaca escuchaba su respiración fuerte y tranquila, era la criatura más ruin, más grosera y más horrorosa de cuantas había conocido en su vida, y al mismo tiempo, la más extraña y más desconcertante.

La había tratado como un rufián, ni más ni menos, y no obstante confesaba que le parecía linda. Le había dicho que nada significaba ella para él y, sin embargo, había tenido que arrancarse, por decirlo así, a la contemplación de su rostro; no era, pues, del todo diferente de aquellos hombres "de salón" que él tanto despreciaba y que sucumbían a una fascinación semejante. Y realmente ¿era feo aquel hombre?

Fennel despertóse insólitamente temprano, como para comprobarlo. Merced a la claridad grisácea que penetraba en la choza, — era antes del alba, — pudo distinguir a Scanlan, que dormía apaciblemente; uno de sus nervudos brazos pendía del lecho hasta tocar el suelo, y mostraba la vigorosa garganta desnuda.

Ahora podía estudiar aquel rostro en reposo.

—Es feo, terriblemente feo, — pensó la muchacha, — pero hay algo en él que vale mucho más que la belleza física.

Fingió estar dormida cuando Dionisio Scanlan abrió los ojos; mas durante mucho tiempo había estado meditando acerca de la distinción y de la fuerza moral que tan diferente hacían a aquel hombre de cuantos había conocido hasta entonces.

Era como una bestia, sí, una gran bestia, y sin embargo, ella no podía hacer otra cosa que pensar en él.

La muchacha entró a formar parte de la vida rutinaria y sencilla de los habitantes de la cabaña; parte también del trabajo de Dionisio Scanlan.

Este le dió de comer, la llenó de atenciones, le hizo tomar su medicina, le vendó la herida e incluso la ayudó a lavarse, todo esto con el mismo sentido común y aquella paciencia fría con que se dedicaba a sus trabajos de investigación científica.

A Fennel la molestaba tanta indiferencia; no obstante, esta vez no se detuvo a pensar en lo que podría decir el mundo acerca de una intimidad tan singular y tan estrecha. aquello no le parecía ya tan trascendental. ¡Dionisio Scanlan lo hacía todo de un modo tan natural y tan sencillo!...

El la dejaba sola un día y otro cuando iba a la caza de ejemplares de insectos y parásitos para sus experimentos; pero en la choza quedaba siempre de guardia, y al alcance de su voz, un criado, aquel hercúleo imbabe que hablaba el inglés (el otro no conocía este idioma).

Fennel Norman pensó más de una vez en esto. ¿Creería Scanlan incorruptible a aquel indígena, o trataba simplemente de demostrarle que creía en ella?... ¿Desprecialía acaso su poder de mujer hermosa?

Por el hércules supo Fennel que a Dionisio Scanlan le llamaban en la comarca "el señor de la muerte invisible".

Por cierto que este nombre lo pronunciaba el imbabe muy a menudo, como si al hacerlo cobrara nuevos ánimos, mirando al propio tiempo en dirección a la selva virgen, donde se ocultaban los chill-chill, las panteras humanas.

La vida que a partir de aquel día llevó Fennel Norman hubiera sido calificada sin duda de horriblemente monótona y aburrida por el círculo elegante a que la joven pertenecía.

Fennel la encontraba extraña e inesperadamente satisfactoria, hasta agradable. Scanlan le había proporcionado unas cuantas revistas antiguas, que la muchacha leía mientras él se hallaba fuera.

Cuando, por el contrario, él se quedaba en la choza, le servía de distracción contemplarle con singular atención mientras trabajaba al otro lado de la mampara de tela metálica. ¡Lo hacía todo con tanto cuidado, con tanta atención y paciencia!...

Buscaba, — esto lo supo ella tras algunos breves coloquios, — los microbios de dos mortíferas dolencias sumamente extendidas en el país, así como también los medios de eliminar a un parásito del ganado que devastaba los rebaños de la comarca.

—¡Ah!... Daba escalofríos pensar que sobre aquella mesa de esmaltado tablero y debido a la serena pericia de aquel hombre se libraba continuamente una batalla entre la vida y la muerte y que, gracias a tanta paciencia y serenidad, aquellas fértiles tierras llegarían acaso a ser saludables para sus habitantes, quienes prosperían y se enriquecerían con sus abundantes ganados, merced a aquella labor tan insignificante en apariencia.

Ante semejante pensamiento borrábase de la mente de Fennel toda idea de fealdad y antipatía.

Además, la vida no se hallaba allí enteramente desprovista de emociones.

Cierto día en que Scanlan estaba trabajando como de costumbre, se levantó súbitamente de su silla y permaneció en pie, escuchando. Fennel contuvo el aliento.

En el absoluto silencio de la cabaña oíase el penetrante zumbido de un pequeño insecto: de un mosquito tal vez. La muchacha miró a Scanlan; éste lo buscaba con los ojos. Por dos veces le echó la mano, mas inútilmente.

El mosquito escapaba, hasta que, por último y tras de un detenido examen, Scanlan levantó lentamente un brazo. El zumbido cesó, e instantáneamente Fennel vió destacarse un punto oscuro sobre la lisa y bronceada piel. Y entonces Scanlan se dió un golpe en el brazo.

Fennel exclamó en seguida, con una ansiedad que a ella misma sorprendió:

—¿Qué ha sido?

—Todo va bien, — repuso él con súbita y simpática sonrisa; — no me ha picado.

Pero ella vió que se untaba el brazo de yodina y comprendió que había atraído deliberadamente al mortífero mosquito a fin de evitar que volara por la cabaña.

Cuando Fennel pudo abandonar, al fin, su

hamaca, dejó las revistas y se dedicó a leer los libros de medicina que especialmente componían la biblioteca del doctor.

Hay que confesar, sin embargo, que en cierto modo se vió obligada a ello, pues al segundo día de pasear por las praderas en compañía del criado imbabe éste exclamó súbitamente:

—¡Abajo, señorita, abajo!...

Y al tiempo de agacharse, el indígena había señalado con el índice, y en la línea formada por el horizonte ella había visto unas sombras negras, sombras esbeltas y ágiles, armadas de lanzas y arcos. Aquellas sombras se detuvieron un momento para mirarles y luego desaparecieron bruscamente con los taimados movimientos de la pantera.

Aquella tarde Dionisio Scanlan rogó a la joven que no se mostrara mucho fuera de la cabaña.

Fennel hallábase entonces sentada en una mecedora, tomando el fresco, mas al oír aquello, levantóse y se metió en la choza. Dionisio la siguió. Una sonrisilla particular vagaba por sus labios.

—Vea usted cómo voy aprendiendo a obedecer, — observó ella, respondiendo a aquella sonrisa con otra.

—Lo cual quiere decir que ahora usted es más usted, — replicó él.

Esto era en sus labios una alabanza.

—Tal vez más aún de lo que parece, — contestó ella brevemente. — Eran los chili-chili, ¿verdad? ¿Voy acaso a ocasionarle más molestias?

—¡Oh! De eso sí que no tiene usted la culpa, — respondió, riendo, Scanlan.

Y añadió, frunciendo las cejas:

—No creo que me molesten porque ya les he enseñado, a la fuerza, lo que es sentido común. No obstante, no debemos tentarles.

—¿Son también galancetes de salón, para que así les desazone la vista de una mujer? — preguntó Fennel Norman riendo suavemente.

Scanlan se sonrojó.

—Son unos bribones, — repuso. — Una mujer blanca tiene para ellos inestimable valor. ¿Procurará usted mantenerse a cubierto?

Ella hizo un gesto de asentimiento y entonces, ¡oh sorpresa!, agregó Scanlan:

—Mucho temo que esto sea causa de que su vida aquí se torne más monótona aún que antes.

Aquel interés era tan inesperado, que la muchacha se le quedó mirando con los ojos muy abiertos. Se sonrojó él visiblemente y, dando media vuelta, salió de la choza.

Fennel le siguió con la mirada, sonriendo no sin cierto espanto. La condenación por él lanzada contra los galanes de salón que sucumbían a sus encantos se volvía contra él.

Este incidente la inclinó a volver a sus libros con un nuevo y real interés. Teniendo como un ejemplo vivo a Scanlan, la muchacha los hallaba sumamente interesantes y atractivos. En un principio este interés parecía divertir a Scanlan.

Más adelante ella comenzó a hacerle preguntas, y tan comprensiva la encontró el sabio, que en el ardor de sus explicaciones llegó a olvidar hasta su microscopio.

Por fin llegó un día en que confesó a Fennel que era preciso que dejaran tales conversaciones para después de cenar porque a causa de ellas estaba desperdiciando toda la luz diurna que necesitaba para su trabajo.

—¡En todo he de estorbarle! — observó Fennel, sonriendo.

—¿Estorbarme? — dijo él frunciendo las cejas, como aquel a quien se obliga a meditar en algo imprevisto. — No; por el contrario, esto me ha hecho mucho bien. Cuando uno machaca y machaca sobre ciertas cosas acaba por no ver claro. Precisamente ahora sigo un nuevo sesgo en mis investigaciones...

Interrumpióse un instante y en seguida añadió, sonrojándose:

—Usted sí que ha adelantado considerablemente en poco tiempo, señorita Norman.

—No siempre carecemos de sentido común las mujeres "de salón", — observó ella sonriendo dulcemente.

Y entonces él replicó, tras una súbita carcajada:

—El día en que dije a usted eso debía de estar loco rematado.

* * * *

Desde el día mismo en que los habitantes de la cabaña divisaron a los chili-chili, desapareció de la choza uno de los criados indígenas, y Dionisio Scanlan tuvo que salir solo a hacer sus correrías, dejando de guardia al indígena imbabe.

Cierto día disparó éste su escopeta, que con la de su amo constituían las únicas armas defensivas que había en la choza; rogó a Fennel que entrara en ésta y se acurrucó en el umbral con el arma sobre las rodillas.

Miró entonces la muchacha a través de la alambrada que cerraba la ventana y distinguió allá lejos, destacándose sobre el verde suelo, una serie de ondulantes líneas que se aproximaban por entre la hierba.

Al cabo de varias horas de vigilancia vió convertirse las negras líneas en filas de hombres ágiles que caminaban silenciosamente; vió asimismo las plumas que adornaban sus cabezas — en señal de guerra, — los arcos con que disparaban sus flechas y el brillo resplandeciente que el sol arrancaba de sus lanzas de ancha hoja.

Todo el día permaneció la joven pendiente de la marcha de los chili-chili, que avanzaban en dirección a la choza. Latíale el corazón; su mente trabajaba sin descanso. Pensaba si Dionisio Scanlan podría volver a tiempo a la cabaña...

Una o dos veces se volvió a mirar hacia el estante lleno de botellas y retortas que había en el laboratorio, al otro lado de la mampara de tela metálica.

Ella sabía que muchos de aquellos frascos contenían venenos. ¿Acaso no iba a verse obligada a tomar cualquiera de ellos si llegasen las cosas a un último extremo? Pero no podía pensar, no, en hacerlo. Por lo menos mientras no volviera a ver por última vez, tan sólo una vez, a Dionisio Scanlan.

El doctor regresó cauteloso en el preciso momento en que todo un ejército de chili-chili, que engrosaba por instantes, desembo-

caba, situándose en forma de media luna ante la cabaña.

Dionisio marchó tranquilamente, despreocupadamente, en dirección a la cabaña, en la cual entró sin dirigir ni una sola mirada a los chili-chili.

No obstante, al llegar frente a Fennel ésta notó que su rostro se había tornado mortalmente pálido. Mirándola cara a cara, él le preguntó bruscamente, llamándola por primera vez por su nombre de pila:

—¿No está usted asustada, Fennel?

—¡Muchísimo! — replicó ella, sonriendo forzadamente. — Sin embargo, ahora que usted ha llegado ya no estoy tan intranquila.

Fennel no hubiera querido decir semejante cosa. Odiaba a aquel hombre, al que un día llamó "la bestia". Mas el caso fué que lo dijo.

Scanlan le dirigió una sonrisa y en seguida repuso, llamándola otra vez por su nombre:

—Fennel, querida amiga, la verdad es que, a pesar de todo, no es usted sino una chiquilla.

Tampoco él quería decir esto, mas en los momentos extremos siempre suele subir a los labios la verdad.

—He aprendido lo que usted me ha enseñado, Dionisio, — dijo la muchacha dulcemente.

Y después de haberse encontrado los ojos de ambos y de contemplarse durante lo que a ellos les pareció un buen rato, la joven prosiguió:

—Es a mí a quien buscan, ¿verdad, Dionisio? De no ser por mí, le hubieran dejado a usted tranquilo.

—Puede ser. Mas voy a enseñarles a que me dejen en paz a mí y a los míos en lo sucesivo.

Aquí cortósele a Fennel la respiración.

—No tema usted, Fennel, — añadió el doctor; — verá cómo los meto en cintura.

Ella le miró. Su esbelto cuerpo parecía sumamente frágil al lado del torso espléndido del criado imbabe...

Miró después por la ventana, a cuyo pie congregábase una nube de guerreros chili-chili. Cientos de ellos, fuertes, vigorosos, de alta estatura, estrechábanse alrededor de la cabaña, gritando y golpeando la tierra con sus lanzas, agitándose y moviéndose como un mar alborotado cuando presagia tormenta.

¿Cómo era posible que un solo hombre, indefenso y débil, pudiera imponerse a semejante hueste? Y sin embargo, al mirar a Scanlan, Fennel vislumbró algo en su enérgico semblante que la convención de lo contrario.

Roncas voces guturales gritaban de un modo que la hizo estremecer: tan brutal era la amenaza que encerraban; más Dionisio Scanlan no prestaba atención a ellas.

Impertubable, dirigióse al laboratorio y escogió cuanto necesitaba para la operación que preparaba. Los gritos redoblaron. Volvióse entonces tranquilamente y gritó:

—Muchacho!...

El joven imbabe presentóse en la puerta, jadeante. Su aliento pasaba sibilante a través de las anchas y distendidas ventanas de su naríz. No obstante, su rostro expresaba cierta valerosa resolución.

Dionisio Scanlan le hizo una ininteligible pregunta, a la que él contestó:

—Los chili-chili acaban de celebrar junta con gran entusiasmo. Dicen que salgas a hablar con ellos cuando te parezca.

Scanlan extendió un brazo, y conteniendo el aliento vertió en un frasquito tres gotas de un líquido extraño; tapó luego el frasco y dijo en tono breve:

—Diles que nada he de tratar con ellos mientras rodeen la cabaña. Que se alejen todos de aquí unos cien pasos. Sólo el jefe u diez valientes, sin lanzas, pueden quedarse a veinte pasos. Que hagan esto, o no conferenciaré con ellos.

El imbabe dió a entender con un gruñido que había comprendido.

Saliendo al exterior, levantó una mano, como para pedir silencio, y ya continuación transmitió a los chili-chili-, en su propia lengua el mensaje de su amo. Reinó gran silencio y después notóse un casi imperceptible movimiento de retroceso en los guerreros chili-chili. Algunas voces protestaron.

La potente voz de un jefe ahogaba todas las demás. El imbabe tornó a penetrar en la cabaña.

—El jefe dice que trae consigo tres mil lanzas. Dice que puede asaltar y abatir tu casa como el viento barre los árboles de la selva. Dice que salgas de una vez a hablar con él. Esto es lo que dice.

Dionisio Scalan descolgó una pequeña jaula de tela metálica, calzóse sus guantes de caucho y púsose su máscara.

—Dile que obraré como un parlamentario o de lo contrario no habrá tal parlamento. Yo, "el señor de la muerte invisible", soy el que habla.

* * * *

El silencio que sucedió al grito dado por el imbabe parecióle a Fennel interminable.

Desde su puesto distinguía a los chili-chili, que se movían intranquilos, suspensos entre el odio y el temor. Algunos empuñaban sus armas; otros se apartaban prudentemente a un lado; de repente todos retrocedieron. Retrocedieron malhumorada y súbitamente formando una oscura y amenazadora media luna en torno al espacio de cien pies dejado en torno de la cabaña.

Un individuo gigantesco y diez negros más quedáronse, no obstante, frente a la cabaña, de la que les separaba una distancia de veinte pasos únicamente. El criado imbabe penetró en la choza anunciando que quedaban cumplidos los mandatos de "el señor de la muerte invisible".

Señaló entonces Scanlan una silla de las de asiento de lona y el indígena apresuróse a sacarla fuera. Entretanto el sabió dirigió a Fennel una sonrisa, se puso la máscara, se calzó los guantes y tras de apoderarse del frasquito y de la jaula salió a paso lento de la cabaña.

Una exclamación de terror corrió por entre las filas de los chili-chili apenas vieron aparecer al sabio con su máscara puesta, y

mientras él se sentaba, reinó un profundo silencio. El muchacho imbabe permaneció de pie al lado de su amo.

Dionisio recorrió con la mirada las filas de aquellos valientes, que se estremecían : sentir los ojos del enmascarado sobre ellos, y en seguida dijo en inglés a su servidor:

—Dí que pueden hablar, que ya escucho.

Adelantóse entonces un guerrero, casi un gigante y comenzó a hablar a golpes secos con voz gutural. El muchacho imbabe iba traduciendo:

—Dice, señor, que no intentan causar el menor daño al "señor de la muerte invisible". Lo que desean es la mujer blanca. Déseles ésta y marcharán en paz.

Fennel oyó estas palabras y su corazón dejó de latir. Si obedecía Dionisio, su vida estaba asegurada y su noble tarea de salvar vidas humanas continuaría ininterrumpida. Mas a pesar de esto, ella oyó responder a Scanlan, con voz clara y lentamente:

—Lo que esos hombres piden es una infamia digna de un ejemplar castigo. Diles que jamás consentiré en ello.

—El guerrero dice que tiene tres mil lanzas a su disposición y que tú, señor, no eres más que uno e insignificante, por añadidura.

—No en balde me llaman "el señor de la muerte invisible", — respondió Dionisio.

Y un sordo gruñido de terror pasó por la media luna que formaban los guerreros en cuanto el muchacho imbabe les hubo traducido estas palabras.

El gigantesco salvaje trató, sin embargo, de disipar esta mala impresión con retumbantes gritos.

—¿Qué puedes tú solo contra tres mil lanzas? Tú no tienes armas. Tú eres un hombrecillo minúsculo y si yo quisiera podría aplastarte con mis propias manos. Así mis compañeros se abalanzarían a la choza y se apoderarían de la mujer blanca, gritó.

Y el muchacho imbabe fué traduciendo sus palabras.

Dionisio se levantó lentamente. Al lado del altísimo guerrero parecía una figurilla de juguete.

—Dejad que ese jactancioso intente eso de que se alaba, — dijo, — y si lo logra, la mujer blanca es suya.

El corazón de Fennel cesó de latir. El gigantesco guerrero dió un paso atrás, y luego, a una orden del jefe, precipitóse sobre el hombre blanco, lanzando al propio tiempo un furibundo aullido.

El resultado parecía inevitablemente fatal para el doctor. Mas Dionisio Scanlan no se movió ni trató de luchar. Lo único que hizo fué levantar su mano a la altura del rostro de su enemigo.

Mano y rostro tocáronse un instante y... ¡oh, sorpresa! el cuerpo del guerrero desplomóse bruscamente... ¡Estaba muerto!... ¡Muerto al solo contacto de una mano desarmada!

Una exclamación general se levantó del corro formado por los negros, que en el primer momento retrocedieron varios pasos, obedeciendo a un supersticioso terror.

Sin dedicar al muerto una sola mirada. Dionisio Scanlan volvió a sentarse en su silla. Después habló, y el muchacho imbabe tradujo:

—Y bien: ¿de quién ha sido la jactancia?

Fenel había asistido a esta escena con los ojos saliéndose de las órbitas. No podía comprender cómo Scanlan había hecho aquello.

Entonces percibió un suavísimo olor que le hizo recordar instantáneamente los dulces de pera que solía comer cuando era niña. Y entonces comprendió al instante, conociendo como conocía lo que quería decir aquello.

Dionisio Scanlan llevaba un frasquito en la mano cuando el gigantesco negro había ido a ponerse en contacto con ella, y el frasquito contenía, indudablemente, esencia de hidrociánico o ácido prúsico, cuya sola inhalación significa la muerte instantánea. El salvaje había aspirado aquel olor y a consecuencia de él había muerto.

Así no era de extrañar el terror que se había apoderado de los terribles chili-chili.

La súbita muerte del guerrero debía antojárseles algo así como el súbito golpe dado por un potente demonio. Bien veía ella que el miedo había invadio las filas de los negros guerreros. Hasta el gigantesco jefe temblaba.

Entretanto Dionisio les contemplaba sombríamente. Su contemplación duró algún tiempo y después su voz se elevó grave y serena. Hablaba lentamente y sus palabras eran traducidas por el muchacho imbabe, de modo que producía una terrible impresión.

—Yo, el que cumple sus promesas, soy quien habla —decía Scanlan—. Ya habéis visto que he derribado a un hombre con sólo un movimiento de mi mano. Ya habréis oído decir que puedo hacer desaparecer una tribu entera con sólo el poder de mi voluntad. Ya habréis oído decir que...

Un coro de maldiciones y gemidos elevóse del negro corro. El miedo agitaba a los negros; estaban acaso a punto de huir, mas la severa voz del sabio doctor continuó diciendo:

—¡No os mováis! Estáis en mi poder y he de obrar con vosotros según me dicte la cólera o la ciencia.

Y elevando la jaula de alambre, añadió:

—Ved. Aquí tengo prisioneras a diez mil moscas tsé-tsé, Tengo prisionera, pues, a la misma muerte. La muerte por el sueño lento.

—¿La conocéis?

Algo semejante a un aullido de terror dejóse oir entre los chili-chili. Sí: ellos conocían a la mosca tsé-tsé, la pequeña mosca que va sembrando la muerte lenta, espantosa y avasalladora, que devasta tribus y hasta reinos enteros.

Fennel comprendió su horror y una histérica carcajada subió a su garganta. Dionisio Scanlan se había apoderado de aquellos salvajes. ¡Era sorprendente aquel hombre extraño y espantoso! Ya no permanecía en guardia, sino que, por el contrario, era él quien atacaba, quien dominaba y dictaba órdenes.

La muchacha continuaba oyendo su voz serena y la del imbabe, conforme éste seguía traduciendo sus palabras sombríamente. Scanlan continuaba imponiéndose, infundien-

UNA OPINION DIFICIL DE ENTENDER

El autor nervioso (durante la noche del estreno de su comedia) — ¿Qué tal? ¿Qué piensa usted de mi obra?

El crítico: — ¡Excelente a intervalos, señor mío! ¡A intervalos, excelente!

do en aquellos tres mil guerreros armados con sus lanzas, un miedo mortal. Amenazábales con lanzar sobre ellos a las tsé-tsé, a las terribles moscas; con hacerles desaparecer tras lenta agonía de la faz de la tierra, del mismo modo que acababa de hacer con el guerrero muerto — si bien la muerte de éste había sido producida de un solo golpe — si no cumplían su voluntad comprometiéndose con solemnes promesas.

Y tal era el terror de los chili-chili que la muchacha oyó los atronadores gritos con que prometían fuera lo que fuere, hacer lo que él exigiera de ellos.

Le habían visto extender una mano tan sólo hacia un hombre vigoroso y habían presenciado cómo aquel hombre caía muerto al suelo; por consiguiente, creían de buena fe que las moscas encerradas en su jaula de alambre eran sus familiares, sus servidores, verdaderos diablos encadenados que estaban dispuestos a obedecer sus órdenes, lanzándose, a una señal suya, sobre los guerreros para morderles uno a uno.

Un terror insuperable les dominó, y gimiendo y aullando prometieron someterse a Scanlan, jurando no volver a atacar jamás a ningún blanco.

Entonecs Dionisio dijo al supremo jefe:

—Aproxímate, colócate a mi lado y ordena a tus hombres que abandonen estos lugares.

Temblando se acercó el jefe a él y dió sus órdenes, y como ola que retrocede, los chili-chili partieron en dirección a la selva, dando tremendas zancadas.

Cuando Dionisio entró, al fin, en la choza para colocar en el laboratorio el frasquito de ácido prúsico y la jaula de alambre, Fennel le miró con ojos brillantes. Quitóse él la máscara y dejó al descubierto un rostro extraño, de color escarlata.

—¡Uf — exclamó. — ¡No hay duda de que la máscara les ha impresionado, pero en este clima infernal ¡da un calor!...

—¡Dionisio! — gritó Fennel con voz ahogada. — ¡Dionisio!...

El se acercó tranquilamente a ella.

—¿Reaccionamos, Fennel? Ha sido muy duro para usted, querida mía, pero tranquilícese: todo ha pasado ya.

—¡Oh!... ¡Es usted un hombre extraordinario! — murmuró ella. — Y le creo capaz de haber hecho lo que decía.

—¿De hacer qué? — preguntó él. — ¿De lanzar las moscas sobre ellos? ¿De deshacer una labor que tantos años de trabajo me ha costado?

—Sí, Dionisio — murmuró Fennel acercándose más a él: — lo hubieras hecho por mí a pesar de ser yo, como soy, una chiquilla inútil y voluntariosa.

El la miró, cogióle el rostro entre sus manos y después le dijo, dulcemente:

—Pues bien: sí, querida mía, lo hubiera hecho... por tí.

Permaneció así un momento y luego añadió:

—Ya ves cómo el corazón juega tan malas pasadas a los endurecidos y feos sabios como a los galanes de salón.

—Y... ¿es eso muy desagradable? — interrogó ella, sonriendo.

—¡Por Dios! Nada de eso, — repuso él. Y se inclinó para besarla.

Cuando, tres días después de los acontecimientos relatados, llegó el padre de Fennel, ella le recibió con afecto, aunque también cierta femenina contrariedad.

—Alguien ha debido de seguir mis huellas — dijo, — o de lo contrario no hubieras venido tan pronto. Dionisio dijo que tardarías varios meses en dar conmigo.

—Alguien nos puso, en efecto, sobre tus huellas —— repuso el padre de la muchacha frunciendo el ceño; — sencillamente, el muchacho imbabe que ese individuo nos envió. Parece que la cosa no te complace mucho. ¿Y le llamas Dionisio a secas? Se ve que tu sonriendo. — Eso parece, ¿no es verdad? dadera belleza?

—¡Horrible rufián!... — exclamó Fennel sonriendo. — Tso parece, ¿no es verdad? Y además, el hombre más rudo que he conocido. ¡Es un verdaero bestia! Ahora que... ¿no se me considera a mí como a una verdalera belleza?

—Así lo he creído siempre, — contestó su padre con el ceño fruncido. — Eres la muchacha más bonita de nuestra sociedad... Pero, ¿qué tiene esto que ver con tu bestia?

—Es muy fácil de adivinar. Cuando "la bella y la bestia" se encuentran, el desenlace es inevitable. ¿No recuerdas el cuento de hadas?...

Aquí se interrumpió Fennel y sonrió dulcemente a Dionisio, que aguardaba junto a su choza.

Y en seguida añadió:

—Pues ya ves, papá: ¡los cuentos de hadas no mienten!

DOUGLAS NEWTON.

¿CUANTO VIVIO ABRAHAM?

EL fragmento de una tablilla con inscripciones encontradas en Kish completan el texto de otra que existe en el Museo Británico, y la larga serie de observaciones astronómicos sobre las salidas y rutas del planeta Venus durante los treinta y un años del reinado Amuniyaduga, décimo rey de la primera dinastía babilónica.

La lápida de Kish, combinada con la del Museo Británico, da el día, el mes y el año del reinado en los que Venus se ponía por el Este y reaparecía en el Oeste, y viceversa, con cifras exactas del tiempo de su invisibilidad.

Por estas fechas se ha sacado en limpio que Hamurapi, probablemente el Asurafel de que habla el Génesis, reinó de 2067 a 2025 (antes de J. C.), con lo cual se fija exactamente la fecha de Abraham.

La primera dinastía babilónica empezó a reinar en 2169 antes de J. C.

Sabemos que el ilustre Sargón empezó a reinar en 2752 (antes de J. C.) por la gran lista de dinastías existente en Oxford, que da todos los nombres de los reyes desde la Creación al Diluvio, y desde éste hasta el principio de la primera dinastía de Babilonia.

Sabemos que Sargón fué aproximadamente contemporáneo de Netesimu, de la primera dinastía egipcia, y por consiguiente Menes, fundador de esta dinastía egipcia, reinó en 3100 (antes de J. C.).

Otra tablilla babilónica importante también, existente en el Museo Británico, habla de la creación del mundo y de la del hombre, hecho con el barro de la tierra.

Todas estas noticias fueron escritas en Babilonia antes de que la tomasen los hebreos.

La citada tablilla, escrita con caracteres cuneiformes, dice:

"El Cielo y la Tierra fueron creados en un día y una noche en el remoto pasado."

El texto hebreo dice:

"Y fué una tarde y una mañana, un día".

En un día de tiempos remotos, cuando el Cielo y la Tierra fueron creados; en una noche de los tiempos remotos, cuando el Cielo y la Tierra fueron creados".

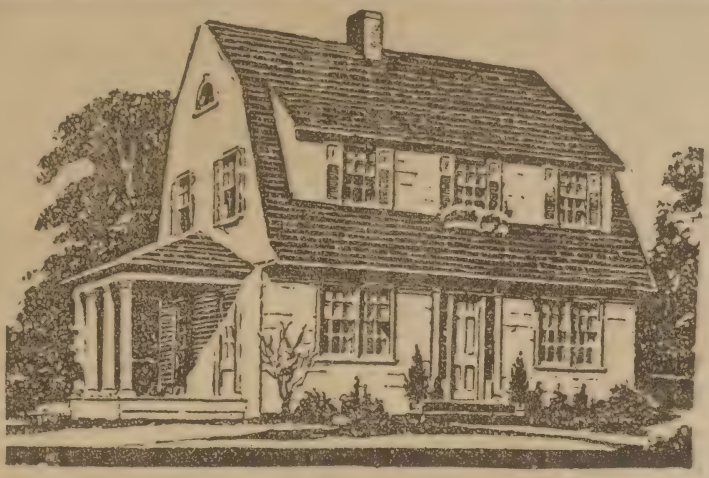
La continuación de este interesante documento ha sido destruída, pero lo que ha bastado para que en Inglaterra haya originado grandes polémicas entre estudiantes ysabios que se ocupan del estudio y explicación de la Biblia, y los asiriólogos, que pretenden que el Génesis está basado en las leyendas babilónicas más remotas.

La importancia de Asiria desde el punto de vista histórico y arqueológico ha dado origen a la astrología, que estudia la religión, civilización, historia y lengua asirio-babilónica, y, por lo tanto, de los documentos escritos en inscripiciones cuneiformes.

Las excavaciones asirias empezaron en el siglo pasado en 1820 y han continuado hasta la fecha.

Raulinson, en 1850, había comprobado 500 palabras, y Oppets llegó a conocer 6.300.

Hoy, ya las inscripiciones cuneiformes las leen con facilidad los asiriólogos, y como se poseen más de 300.000 cilindros, tablillas e inscripiciones, el conocimiento de la historia asiria ha llegado a gran altura.



En su casa

para que usted y su esposa se entretengan y para que los chicos se diviertan, no debe faltar ninguna semana:

TIT-BITS

la verdadera revista del hogar.

Todos los martes - 10 ctvs.

TODOS

la venden por que la compran

TODOS

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO 662 - Buenos Aires

Informa de todo en forma amplia y seria y por ello tiene entrada en todos los buenos hogares.

Si Vd. necesita fortificarse

No someta su salud a contínuos ensayos de remedios nuevos.

TOME LA

EVANDRINA

que es el mejor tónico para fortificar su sistema nervioso.

Hará desaparecer ese hastío y malestar que le invade.

EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda. - Defensa 215,

SUS SECCIONES Y EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

En el número próximo: **"LOS CUATRO MANDARINES"**

Novela inédita de SAX ROHMER

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Noviembre 19
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 164

Esta escena corresponde a la aventura del gran scout

BUFFALO BILL

que se publica completa en este número y se titula:

LA TRAICION DE NUBE GRIS

UN ZAPATERO "VIVO"

Tuvo una excelente idea el viejo Tirapué, el zapatero remendón de la aldea, cuando instaló un aparato de radiotelefonía con alto parlante, en su casa.

...por que al son de la música danzaron los aldeanos con tanto entusiasmo y desgastáronse el calzado de tal modo que Tirapié duplicó su clientela.

La traición de Nube Gris

Interesante y novedosa aventura del famoso "scout" Búffalo Bill.

Lo que el cartero vió en el buzón

Curioso y sencillo juguete para armar. En color

Edipo Rey

Un interesantisimo cuento del gran autor ruso Arcadio Averchenco.

La herencia misteriosa (Rocambole)

Primeros capítulos de la gran novela de fama universal que publica "Pucky" por indicación y a pedido de sus lectores.

Humorismo español

Notas cómicas diversas. En color.

El humorismo y los viajeros

Algunas curiosas y graciosas notas gráficas. En color.

Ratos alegres y gratos a orillas del mar

Juego para armar, de formato grande y que puede sacarse y utilizarse sin interrumpir la lectura del número. En color.

El terrible caso de la torre de Pisa

Historieta cómica en láminas. En color.

Invenciones prodigiosas modernas

Otro genial monito para diversión del lector. En color.

Los dos chicos juegan a "Enfermo y médico"

Gracioso juguete para armar. En color.

El yanqui infalible

Un divertido cuento de un gran humorista.

Las dedicatorias

Graciosísimo cuento de Max y Alex Fischer.

EN EL NUMERO PROXIMO:

LA HERENCIA MISTERIOSA

primera novela de la serie de

ROCAMBOLE

Comienza en este número en la página 23 y proseguirá en el del viernes próximo. No deje usted de leerla.

El violinista cowboy llegó justo a tiempo, cayendo con sus botas sobre las espaldas del salvaje piel roja. ("La traición de Nube Gris").

Lea ROCAMBOLE pág. 23

PUCKY MAGAZINE Nº 164

Una historia del Gran Oeste America oy violinista y su esposa Alino Massey. venganza india. En ella no sólo interviene Búffalo Bill, sino también sus compañeros del Gran Circo ambulante, incluso el cowb no, en que puede apreciarse la traición y la

CAPITULO PRIMERO

El hálito de la guerra

UN cuerpo inanimado y de forma confusa se delineaba apenas en la creciente oscuridad del crepúsculo, en medio del alto pasto que cubría el campo en que se levantaba el circo mientras la luna proseguía su marcha hacia la cúpula del cielo echando sombras sobre la población de Jacksonville, en el gran estado occidental de Oregón.

Apenas lo divisó Búffalo Bill, supo que se trataba de un ser humano.

Lo había visto desde la entrada principal del circo, por donde poco antes se retirara el público, conforme con la representación de aquella noche. La función había terminado antes de lo acostumbrado y el gran explorador supuso que el cuerpo que allí yacía no debía haber caído mucho tiempo antes.

—Quizá sea alguno de los expectadores, que se ha desmayado y pasó desapercibido,— dijo Búffalo Bill para sí mismo, mientras se dirigía al lugar en que veía el extraño bulto. Pero, cuando pocos minutos después llegó junto al cuerpo que había llamado su atención, vió que su suposición había sido inexacta.

—Un indio, — dijo Cody a media voz cuando a la débil luz de la luna pudo reconocer las facciones del hombre caído, — un indio de la tribu de los siux, y no pertenece a los hombres de Toro Solitario.

Una observación más prolija convenció a Búffalo Bill que el indio que tenía delante no pertenecía a los de su circo y que estaban bajo la autoridad de Toro Solitario, un viejo cacique de los sioux. Pero vió que los labios del piel roja estaban secos y que una lengua negra escapaba de su boca, deformada por el sufrimiento.

—La sed, — dijo Cody lacónicamente, mientras levantaba en sus brazos el cuerpo inerte del indígena.

EN EL PROXIMO NUMERO DE "PUCKY":

Lea la nueva y electrizante novela del gran autor Sax Rohmer:

EL MANDARIN NEGRO

DIVIDIDA POR SU AUTOR EN TRES PARTES

—Bueno, no es grave el caso. Pronto se restablecerá.

Con estas palabras se dirigió a su coche particular, que estaba junto a la entrada principal, pensando cómo era posible que eso indio pudiera venir a caer exhausto en el campo del circo de Jacksonville.

La concesión fiscal más cercana de los sioux estaba a más de cincuenta millas de distancia. ¿Cómo se explicaba, pues, la presencia allí de ese hombre? En todo caso, Cody creyó que su primer deber era volver el indio a la vida, pues para él el deber era siempre el deber y no había diferencia en ese sentido entre un hombre blanco y uno de color. Le bastaba que fuera un ser humano y que sufriera.

Una hora dedicó Cody a cuidar con todo esmero al siux, antes de que éste recobrara el conocimiento. En ese lapso de tiempo se convenció el gran explorador de que no sólo era la sed la que había atacado el organismo del piel roja.

—Estoy seguro de que este individuo ha tomado agua envenenada, — dijo para sí mismo, — y será preciso que le formule algunas preguntas cuando vuelva a su estado normal. Así sabré lo que le ha ocurrido.

Finalmente, el hombre abrió los ojos. Un gesto de dolor pintóse en su semblante. Su mirada se clavó en el techo del coche particular de Cody. De repente, pareció comprender que se hallaba entre extraños. Hizo varios ensayos de sentarse, volviendo a caer cada vez con un lamento.

—Queda un rato acostado y mañana estarás bien.

Los ojos del indio se posaron en Cody. El sufrimiento se pintaba claramente en ellos, pero, por más que fijó su mirada durante varios minutos en su benefactor, no había en ella ningún vestigio de gratitud.

Con un gruñido de resignación, el indio cerró los ojos y poco después estaba profundamente dormido.

Cody sacó de su escritorio un mapa de las concesiones indígenas en el Oregón y después de echar sobre él una rápida mirada, salió del coche, cerrando la puerta con cuidado y dirigiéndose por en medio de las carpas del circo a la que ocupaba Toro Solitario y sus indios sioux.

Tres carpas de los indios, hechas con cueros, se asemejaban a fantasmas, bañados por la luz de la luna. Todos estaban en silencio, agrupados alrededor de una hoguera en que dormitaban varios perros centinelas. El leve ruido ocasionado por las botas de Búffalo Bill, pisando el alto pasto de las cercanías de las carpas indígenas bastó para que los animales despertaran sobresaltados, dando de inmediato la voz de alarma, sin saber que se trataba de un amigo que se acercaba.

Búffalo Bill se encaminó directamente a la carpa, ocupada por el cacique.

Toro Solitario, contrariamente a lo que suponía Búffalo Bill, no se había acostado aun y cuando el explorador separó el rústico cortinado que tapaba la entrada de la carpa, hallóse de repente ante la austera figura del anciano jefe, ocupado en extraer de una pipa de barro rojo densas nubes de humo.

Era Toro Solitario un fumador inveterado y un buen jefe. La justicia inspiraba todos sus actos y, además de interpretar las leyes indígenas, era un fiel amigo del gran explorador.

—¿Cómo — dijo sin levantar la cabeza ni sacar de su boca el extremo de su querida pipa. — ¿El cazador de búfalos viene a conferenciar con Toro Solitario a horas tan avanzadas?

—Es así, jefe, — contestó Cody en el dialecto de los siux, mientras penetraba en la carpa. — Es que hay un extraño en el circo, ¿sabe?

—¿Un extraño? — un gruñido de sorpresa acompañó estas palabras. — Hable, mi jefe, mis oídos le escuchan. ¿Quién es el extraño, Cazador de Búfalos?

—Uno de sus propios hermanos, — fué la réplica; — lleva las plumas de un cacique y debe tener mucho poder entre sus hermanos de tribu, pero ha tomado agua mala y ahora duerme en mi coche particular. Cuando se levante el sol estará de nuevo bien y entonces hablará con usted. ¿Quiere usted escuchar sus palabras, oh jefe?

—El Cazador de Búfalos dice buena medicina. Cuando se levante el sol hablaré con ese hermano de que usted habla.

Poco después, Cody abandonó nuevamente la carpa de Toro Solitario, dirigiéndose a su casa particular, donde preparó una cama provisional en el piso.

Durmió profundamente esa noche, de modo que el indio despertó antes que él y se dispuso a levantarse y a abandonar el coche. Sus movimientos, empero, despertaron al gran explorador.

Era indudable que el extraño piel roja no sentía la menor gratitud por el hombre que le había salvado la vida. Cuando Cody abrió los ojos, lo vió encaminarse a la puerta, con ansias visibles de abandonar el coche. El explorador quedó un tanto decepcionado por esa actitud.

—¿Estás apenado, verdad? — dijo con tono de amarga ironía. — ¿No quieres quedarte un momento más, y dar las gracias?

El sioux giró sobre sus talones. Su rostro parecía una máscara ; una máscara insondable, un rostro duro y bronceado, con ojos de halcón, que, al enfrentarse con los de Cody, sólo reflejaban una mirada fría y autoritaria. Su figura era alta y delgada, y no bajaría seguramente de seis pies de estatura lo que le daba un marcado aspecto varonil.

Cody se levantó con calma; pero en su interior la furia se hacía cada vez mayor. Los labios del piel roja, asemejaban una fría y firme línea rojiza. Ni una palabra de gratitud hacia su benefactor salió de su boca.

—¿Te marchas? — preguntó Cody con tanta calma, que él mismo quedó atónito. El indio respondió con un movimiento de cabeza, abrió la puerta con rapidez, y dando la espalda al explorador, salió corriendo. Búffalo Bill quedó clavado en su sitio, sinceramente asombrado, y sintiendo en su interior un sentimiento de rabia contra aquel ingrato.

—¡Desagradecido! ¡Vete al diablo! — dijo a media voz mientras cerraba la puerta de su coche con un golpe, que de por sí solo ya

denotó el estado de ánimo en que se hallaba en ese momento.

Pero el extraño indio no había salido del circo.

Y es que no sólo la casualidad habíale llevado al circo, por más que la suerte había querido que perdiera el conocimiento a la vista de Cody. Había venido desde su concesión, distante unas cincuenta millas, teniendo que atravesar una de las partes más salvajes del Estado de Oregón. Entre los suyos era conocido con el nombre de Nube Gris, siendo cacique de un pequeño grupo de indios siux, semejante al que estaba agregado al Gran Circo del Oeste. Y sólo el propósito de entrevistarse con Toro Solitario le había decidido a hacer el viaje.

La desgracia le había acompañado desde el principio de la jornada, probablemente por que no lo guiaban motivos honestos. Había hecho el viaje a pie y aproximadamente en la mitad del camino había perdido la mayor parte del agua y de los alimentos que llevaba. Por esa razón se había visto en la necesidad de refrescarse en el primer charco que halló a su paso sin pensar que, casualmente, era uno de los tantos intoxicados por el arsénico. El veneno no había tardado en atacar su robusto organismo, terminando por dejar exhausto a Nube Gris, estado en que lo encontró Búffalo Bill, quien con rápida decisión había logrado evitar un desenlace fatal.

Pero Nube Gris no conocía la gratitud.

Dió la espalda al coche no bien oyó que la puerta había sido cerrada. Sus ojos seguían duros y fríos. Su rostro, sereno y autoritario.

Era uno de esos indios que jamás se había conformado con el yugo de los rostros pálidos, y que durante varios años ya había hecho todo lo posible para levantarse en armas con sus hermanos contra la ley, que confinaba a los pieles rojas a sus concesiones, no consiguiendo nunca su propósito debido a la minoría que formaban los de su raza.

No era, pues, extraño, que un indio de esa naturaleza no conociera la gratitud. Un propósito firme le había movido a hacer ese viaje de cincuenta millas hasta el Gran Circo del Oeste, y ahora, que había llegado, no era el sentimiento del agradecimiento a uno de los de la raza que tanto odiaba, el que le iba a hacer cejar en su propósito.

Nube Gris quedó un rato pensativo deliberando qué dirección tomaría para llegar a las carpas de los siux. En ese momento vió que se adelantaba hacia él Toro Solitario, con paso majestuoso y llevando los brazos cruzados debajo de su capa de cuero de búfalo.

Era la hora en que el sol iba a salir, y el anciano cacique se disponía a cumplir con la visita prometida a Búffalo Bill, encaminándose al coche particular de éste.

Cuando vió a Nube Gris adelantarse con paso rápido hacia él, Toro Solitario se detuvo. No recordaba haber visto anteriormente al cacique que venía a su encuentro, reconociendo, empero, en él, a un cacique siux. La esbelta figura del anciano jefe se enfrentó con la no menos hermosa de Nube Gris, mientras que ambos cambiaban el saludo de la tribu, con la mano derecha.

Nube Gris también se había detenido. Respondió al saludo de Toro Solitario con el mismo movimiento de la mano. Era, en efecto, un pariente lejano de Toro Solitario, descendiente de los mismos antecesores lejanos, pero mucho más joven que el anciano cacique.

Cuando se hubieron cambiado el saludo de la tribu, los dos hombres se enfrentaron, y comenzaron a hablar como entre hermanos. Nube Gris no dejó traslucir su ingratitud por Cody. Comenzó a desarrollar su juego, a enumerar la larga lista de las mentiras preparada al efecto y sembrar la semilla de la discordia en el corazón de un hombre que, de no haber sido engañado, hubiese quedado fiel a Búffalo Bill durante toda su vida.

Los hermanos de Nube Gris están furiosos — comenzó a decir el recién llegado en tono claro y convincente; — están furiosos porque uno de sus más queridos hermanos ha comenzado el sueño eterno. Se le conocía con el nombre de Pluma de Aguila y fué muerto por un perro rostro pálido.

—¿Pluma de Aguila? — preguntó Toro Solitario con rapidez, demostrando cierta agitación. — ¿Sabes, Nube Gris, que hablas mal medicina?

Nube Gris vió que la primera impresión le había sido favorable y no perdió tiempo para utilizar en su provecho la ventaja obtenida. Contó una larga historia sobre la muerte de Pluma de Aguila, sobre la decisión de sus guerreros de vengar su muerte en los colonos blancos que habitaban a cien millas a la redonda y terminó por solicitar a Toro Solitario se plegase a ellos con sus guerreros y que dirigiera las fuerzas combinadas en una guerra de venganza contra el yugo de los rostros pálidos.

—Conquistaremos laureles para los siux hermano, — dijo Nube Gris. Aun no es demasiado tarde par repetir las hazañas de nuestros padres, de desenterrar de nuevo el hacha de la guerra. Daremos un golpe de sorpresa, rápido pero fatal a los rostros pálidos y habremos vengado la muerte de Pluma de Aguila.

Y Toro Solitario, con los ojos nublados, su rostro severo surcado por profundas arrugas, movió la cabeza, en señal de conformidad. Nube Gris que le observaba atentamente saboreó en ese momento su victoria.

Porque Pluma de Aguila era un verdadero hermano de Toro Solitario.

CAPITULO SEGUNDO

Nube Gris se marcha

ADELANTE

La puerta del coche particular de Cody se abrió y en el umbral apareció Ronald Massey, el violinista cowboy. Venía sin sombrero y parecía estar muy agitado.

—¿Qué le pasa? — preguntó Búffalo Bill con tono seco, pues aún perduraba el mal humor que la ingratitud del indio le había causado. — ¿Qué ocurre ahora?

—Algo muy serio, Bill — dijo Massey con sobriedad. — pero es algo que no acertamos a

comprender bien. Surly y yo hemos estado observando a Toro Solitario y a los suyos y puedo asegurarle que algo de extraordinario ocurre.

—¿Extraordinario? — preguntó Cody. — ¿Qué quiere decir usted? ¿Acaso un desorden?

—Parece que sí, Bill; usted sabe que falta media hora para comenzar la función de la tarde y ninguno de los indios hace ademán de prepararse, sino que todos ellos están cuchichcando por entre las carpas.

La noticia pareció preocupar a Búffalo Bill, pues de inmediato se puso de pie.

—¿Y dónde crees que está Toro Solitario?

—Ahí está la parte extraña, — dijo el violinista cow-boy; — está allí con los otros, conferenciando con un indio extraño a quien nunca he visto. Parece estar tan interesado en la conversación como sus demás compañeros de tribu y creo poder suponer que algo grave le preocupa.

—¿Un indio extraño? — preguntó Cody con cierta inquietud, mientras tomaba su sombrero y se dirigía a la puerta. — Lo mejor será que vayamos a mirar la cosa con nuestros propios ojos.

Búffalo Bill y el violinista cow-boy se dirigieron a la parte del circo en que se levantaban las carpas de los siux. Afuera, una multitud obstruía el paso a la boletería y esperaba el momento de ser admitida al circo. Ya había llegado el momento en que los siux iban a comenzar su interpretación de esa tarde.

La entrada al lugar ocupado por los indios no había sido abierto como de costumbre, para que el público pudiera ver a los pieles rojas en su elemento, y ese hecho llamó la atención del explorador.

La presencia de Nube Gris al lado de Toro Solitario, aumentó aún más la intranquilidad de Cody.

—Toro Solitario — dijo autoditario. El anciano cacique daba las espaldas al gran explorador. Cuando su nombre llegó a sus oídos, movió la cabeza con calma. Fijó sus ojos sólo durante breves segundos en el coronel Cody, y, después, reasumió con toda tranquilidad la conversación con Nube Gris, interrumpida por el llamado de Búffalo Bill.

Las facciones de Cody se nublaron. Vió a Nube Gris medirlo de pies a cabeza con una sonrisa y supo, en seguida, a qué atribuir el cambio que se había operado en la conducta de Toro Solitario.

—Es posible que tenga razón, — dijo al violinista cow-boy. — Alguna cosa los ha puesto de mal humor, de muy mal humor, por lo visto. Ese indio extraño debe marcharse, debe evacuar el circo. Si no lo hace, lo haré salir yo a la fuerza.

Massey no atinó a impedir a su maestro que se adelantara en dirección a los siux. Vió que Búffalo Bill estaba más agitado que de costumbre, aunque con justa razón. Massey le siguió a algunos pasos, mirando a todos lados, para evitar cualquier ataque por sorpresa.

—Toro Solitario — repitió Búffalo Bill, esta vez de más cerca. El anciano cacique no contestó. El explorador comenzó a enfurecerse y en pocos minutos estuvo frente mismo a los dos caciques.

—Veamos, Toro Solitario, — dijo con voz clara; — quiero saber qué es lo que piensa hacer usted.

Búffalo Bill habló estas palabras en un toto tal, que el anciano cacique no pudo menos que contestar.

—Mala medicina, — dijo Toro Solitario lacónicamente, contestando en el dialecto de los siux. — Toro Solitario y su hermano se van. El hacha ya no quedará enterrada por más tiempo en la arena de la paz.

Cody quedó pasmado. La contestación había sido tan precisa como su pregunta. En seguida se volvió con un rápido movimiento al culpable del desorden, quien ante la inesperada actitud de Búffalo Bill retrocedió un paso, asustado. La mano de Cody se posó brusca sobre los hombros de Nube Gris. Sus dedos parecían en ese momento tenazas y el indio profirió un leve grito de dolor.

—Veo que has venido aquí para provocar desórdenes, le gritó; — y eso después de haberte yo salvado la vida. No tienes ni un átomo de gratitud en tu miserable figura. Te aconsejo que abandones estos parajes mientras aun puedas hacerlo.

Nube Gris prorrumpió en injurias. Sus manos volaron hacia el lugar en que su tomahawk colgaba de su cinto. Pero Búffalo Bill había sido más rápido que él. En un abrir y cerrar de ojos, el Colt del explorador miró amenazante al piel roja, mientras que Cody se dirigió al indio con tono brusco.

—Márchate, desagradecido; sal de aquí inmediatamente. Te concedo dos minutos de tiempo para que lo hagas.

Nube Gris miró a Toro Solitario, como pidiéndole consejo. El rostro del viejo cacique parecía una máscara, pero, sin embargo, asintió con un leve gesto.

—Muy bien, — dijo lentamente; — el Cazador de Búfalos manda y tú tienes que marcharte, hermano. Pero pronto me uniré a tí con mis guerreros.

Sin contestar ni una sola palabra, Nube Gris giró sobre sus talones, encaminándose a la salida, con paso decidido. Cody le siguió con la mirada, y cuando se hubo perdido de vista, guardó de nuevo su Colt en el cinto.

—Y ahora, — dijo secamente, — le quedan a usted quince minutos para prepararse para la función, Toro Solitario.

Pero el viejo jefe sólo movió su cabeza, sonriente. Sin pronunciar una palabra, sacó de su cinto el tomahawk y lo clavó a sus pies en la tierra. En seguida le dió un puntapié y lo hizo volar unos metros por el aire.

Tres veces golpeó las manos, y con el cuerpo erguido esperó a sus guerreros, quienes corrieron de inmediato a su lado.

—Estamos en guerra, Cazador de Búfalos, — dijo; — estalló nuevamente la guerra entre el hombre rojo y el blanco. El hombre a quien acaba usted de echar de aquí como si hubiera sido un perro hambriento, es un cacique poderoso de los siux, y vino para traerme noticias de mi hermano Pluma de Aguila, a quien mató un perro rostro pálido. Es para vengar su muerte que Toro Solitario lleva sus guerreros a la guerra. Vamos a marcharnos de aquí, Cazador de Búfalos, y dejar su circo.

—Estáis locos, — le increpó Búffalo Bill.

UN NOVIO SERVICIAL

El padre de la novia: — No podemos ir todos a la iglesia; ¿quién se va a quedar para cuidar la casa?
El novio: — Yo.

— ¿Qué puede hacer un puñado de hombres como ustedes contra los blancos?

—Estamos en guerra, — repitió Toro Solitario, con el ciego valor de todos los indios qu aspiran a satisfacer una venganza. — Pluma de Aguila fué asesinado por un perro blanco y yo llevo mis hombres para vengar su muerte. Nube Gris unirá sus hombres a los míos y, aunque no seamos ni aun así fuertes ni poderosos, recuerde usted, Cazador de Búfalos, que los siux tenemos corazones valientes y que no cejaremos en la lucha hasta que la muerte se haya apoderado del último de nosotros.

—Esta usted loco, Toro Solitario, — prosiguió Búffalo Bill, aunque con tono menos imperioso. — En el momento en que ustedes abandonen el circo, tengo que dar aviso a las autoridades, y vuestros permisos de concesión serán cancelados.

El anciano cacique, empero, no quiso perder más tiempo en discusiones. Con voz gutural comenzó a dar las órdenes a sus hombres, y todos ellos corrieron a cumplirlas con toda rapidez. Cody vió cómo se disponían a plegar las carpas y preparar los caballos.

—Toro, — dijo Cody convincente; — déjese usted de hacer tonterías. Lo único que conseguirá con ese espíritu belicoso es proporcionarse a usted mismo y a sus hermanos una cantidad de desavenencias.

Toro Solitario, empero, estaba decidido. Señaló a sus guerreros ocupados en cumplir sus órdenes, y con un movimiento de manos significativo, dió a entender que ya era tarde para cambiar de táctica.

—Mi guerra no irá contra usted ni los suyos, Cazador de Búfalos, — aseguró al explorador el anciano cacique. — nosotros dos somos hermanos. Hemos comido carne juntos en las carpas de los rostros pálidos. Pero el espíritu de mi hermano clama venganza desde los bienaventurados cotos de caza y Toro Solitario no puede dejar de escuchar sus ruegos.

Búffalo Bill no contestó. Marchóse bruscamente y volvió al lado del violinista cowboy. Y cuando poco tiempo después los dos hom-

bres regresaban a las otras carpas, los ojos del gran explorador estaban nublados y acariciaba su barbilla pensativo.

—¿Es grave, Bill? — preguntó Massey.

—Ya lo creo, y muy grave, — contestó Búffalo Bill lentamente. — Toro Solitario se marcha. Tiene una idea fija en la cabeza y es imposible disuadirlo. Va a hacer la guerra conjuntamente con ese extraño que acabo de echar del circo.

—Cristo santo. ¿Y qué será del circo?

—Eso parece no preocupar a Toro Solitario, — contestó Cody con desagrado, — lo único que podemos hacer es suspender la función.

Y la función fué suspendida.

Búffalo Bill no hubiera querido apelar a ese medio, pero no podía hacer otra cosa.

Sin los indios, era imposible representar gran parte de los números del programa, y, también era imposible borrarlos del programa, sin perjudicar el prestigio de Cody, como empresario circense.

Fué así que se devolvió el dinero a los que ya habían comprado localidades, y el público, enterado en parte de la situación en que, repentinamente, se había visto colocado el rey de los exploradores, salió del circo desilusionado, pero satisfecho por otro lado de que el motivo que había hecho suspender la función, era serio.

La nueva se esparció rápidamente por la pequeña población y las lenguas trabajaron arduamente. Jacksonville se preparó para ver acontecimientos extraordinarios en el caso en que los indios se rebelaron efectivamente.

CAPITULO TERCERO

La hazaña de un cobarde

TORO SOLITARIO se había marchado, llevándose sus guerreros. Acampó al Norte del lugar ocupado por el circo y como a una milla de distancia, justo en el límite de la población de Jacksonville. y las minas de oro del Oregón.

La región en que se habían levantado las carpas de los siux era irregular, y en su suelo rocoso y ondulado, abríanse numerosas cuevas.

El campamento había quedado completamente instalado poco antes de cerra la noche y pronto algunas fogatas fueron encendidas entre las carpas, comenzando a prepararse la cena.

Algún tiempo después, todo estaba en silencio. Fué en ese momento que Nube Gris abandonó el campamento, sin que Toro Solitario supiera nada de su salida, y con el propósito de cumplir un plan de venganza.

Si Toro Solitario hubiera conocido las intenciones de Nube Gris, seguramente le habría prohibido que ejecutara su plan. Había abandonado el Gran Circo del Oeste sin permiso de las autoridades, pero sabía que nada podía pasarle si ellos no comenzaban las hostilidades.

El convenio entre ambos caciques estipulaba que no se recurriría a las armas antes de unirse las fuerzas de ambos jefes, y, por cierto, si las autoridades de Jacksonville hubieran sabido ese dato, seguramente habrían evitado que se llevara a cabo esa unión.

Pero resultaba que las autoridades no sabían nada del asunto, porque Búffalo Bill había comunicado la deserción al fuerte de la concesión en que estaba la guarnición militar, lo que era su deber, pero olvidando notificar también a la policía local del asunto. Y ese olvido debía tener consecuencias más graves de lo que podía parecer a primera vista.

Nube Gris siguió su camino por la oscuridad de la noche. Una vez fuera del radio en que podía ser visto desde el campamento de los siux, abandonó todas las precauciones, tratando sólo de llegar al Gran Circo de Cody lo antes posible.

En el campo ocupado por el Circo Búffalo Bill y sus hombres aguardaban los acontecimientos. Habían visto alejarse a Toro Solitario y sus hombres y su salida les había producido cierta opresión. Ninguno de ellos podía adivinar qué clase de desórdenes iban a producirse y, sin embargo, todos ellos sabían que algo grave les amenazaba.

—El único remedio que se me ocurre, — dijo Johnny Baker, el joven socio de Cody, — es reemplazar a esos indios por otros. Tenemos que conformarnos con lo acaecido y tratar de subsanar ese inconveniente lo antes posible.

Búffalo Bill fué de la misma opinión. Lo más difícil era, sin duda, encontrar unos indios que se prestaran a trabajar en el Circo, y, aun así, iban a necesitarse varios días para enseñar a cada uno su papel.

Discutieron la desagradable situación, encarándola desde todo punto de vista, y sin poder llegar a ninguna solución satisfactoria. Así fué que, finalmente, decidieron acostarse y tratar nuevamente el punto al siguiente día.

Búffalo Bill estaba nerviosísimo, y Johnny Baker demostraba cierta preocupación. Cada uno de ellos dirigióse a su coche para descansar y sin pronunciar una palabra. El violinista cowboy y su esposa, Aline Massey, tomaron también rumbo a su caravana, ubicada del otro lado de un campo con pasto, de tamaño regular.

La luna iluminaba el paisaje con una luz clara y bastante fuerte. La noche era idéntica a la anterior, en que el primer síntoma del desorden habíase presentado, y las sombras, bien marcadas por la luz radiante de la luna hacían de todo el circo un pasaje de rara belleza que seguramente habría inspirado a cualquier alma de poeta.

El violinista cowboy y su esposa tenían que cruzar el campo para llegar a su caravana. Iban en silencio, ya sea que el instinto les hubiera avisado de la presencia de un inminente peligro, o que la nerviosidad, producida por los acontecimientos que acababan de desarrollarse, les privaba de su acostumbrada tranquilidad.

El hecho es que cuando Ronald Massey oyó un leve ruido en el alto pasto, delante de ellos, se despertaron de inmediato sus sospechas. Mandó a Aline a que corriera en di-

Con gran sorpresa de su parte, Aline Massey, fué puesta en libertad. Castor Blanco, con tranquilidad, le ordenó que fuera junto a Buffalo Bill quien la esperaba a alguna distancia. ("La traición de Nube Gris").

rección a la caravaná, mientras él mismo fué a investigar la causa del ruido, revólver en mano.

Aunque inspirada en las mejores intenciones, la táctica de Massey resultó contraproducente. Aun no se había alejado Aline ni veinte pasos del lado de su marido, cuando un bulto negro apareció a sus pies, transformándose en pocos instantes en la silueta de un indio.

Nube Gris aprovechó la ocasión que había esperado. Saltó en pie, lanzando un grito bestial. La joven retrocedió espantada y Nube Gris, viendo en sus ojos el terror que su presencia le había producido, se abalanzó sobre ella como un oso, profiriendo algunas palabras en su lengua. Ella vió relucir su tomahawk, listo para ser descargado sobre su cabezafi y un grito ahogado escapó de sus labios.

Se volvió para huir al lado de su esposo pero sus pies parecían no querer obedecerle, paralizados por el terror, y, aunque vió a su marido, no tuvo suficiente fuerza para correr a su encuentro. Con un débil grito, cayó a los pies de Nube Gris.

Sólo un segundo bastó para que el traicionero Nube Gris estuviera parado frente a ella. Aline vió el brillo del filo de su tomahawk, la fría decisión en sus ojos y en cada uno de sus gestos. Después oyó el estampido del revólver de su marido, el silbido de una bala que no dió en el blanco y claramente notó la sombra del tomahawk que descendía...

La luz de la luna había engañado a su marido en la puntería. La bala destinada a salvarle la vida a Aline, había errado y sólo quedaban algunas fracciones de segundo para librarla de la saña de aquel indio furibundo.

Y Massey los aprovechó. Lanzóse sobre Nube Gris como una pantera, cruzando en un salto el aire, como una bala. Era uno de esos momentos en que el instinto guía a los hombres, y en que no hay tiempo que reflexionar ni para hacer grandes combinaciones.

Y el violinista cowboy llegó justo a tiempo, yendo a parar sobre el cuerpo de su ene-

AGITESE ANTES DE USARLO

La esposa del doctor: — ¿Qué has hecho con la tinta, Heriberto?
El doctor: — ¿Qué quieres? ¡La fuerza de la costumbre! Agite el frasco antes de usarlo...

migo, justamente sobre las espaldas del salvaje piel roja.

Las manos del violinista sujetaron el tomahawk de Nube Gris, en el preciso instante en que iba a describir el semicírculo de la muerte, y lo lanzaron a varios metros de distancia, en el pasto. Nube Gris cayó pesadamente al suelo. Massey, aun sobre sus espaldas, fué a caer sobre él, en el momento en que Aline, haciendo un esfuerzo desesperado, conseguía levantarse.

Y entonces comenzó una lucha de cuerpo a cuerpo entre los dos hombres, y delante de un solo espectador, una mujer, demasiado nerviosa para poder auxiliar a su marido en ese momento.

Nube Gris, ágil como un zorro, vió que la única forma en que podría escapar, era aprovechar los segundos en que Aline había perdido su presencia de ánimo.

El violinista cowboy había perdido su revólver al caer. Nube Gris, con un esfuerzo desesperado, consiguió colocarse encima del cowboy, y con una rápida mirada cercioróse que el revólver de Massey estaba a corta distancia, en el pasto. Hizo como si sus fuerzas le abandonaran y dejóse echar a un lado, yendo a caer cerca del revólver. Ronald Massey creyó que había vencido en la lucha y ya iba a sujetar a su contrincante por el pescuezo, cuando éste, con un rápido movimiento, alzó el revólver y lo colocó en la sien del violinista. Los papeles se había trocado por completo.

—Perro rostro pálido, — dijo Nube Gris bruscamente; — suelta o mueres.

Ronald Massey quedó atónito. Sus dedos soltaron la garganta del indio en momentos en que iban a estrangularlo. Una profunda augustia se apoderó de él. Obedeció a Nube Gris como soñando. El cacique siux le siguió apuntando con el revólver. El violinista, sorprendido de hallarse ante el cañón del revólver de un indio, no acertó a hacer otra cosa que levantar los brazos en alto.

—Ahora, — dijo Nube Gris con amarga ironía, — quedarás ahí quieto perro blanco. No trates de perseguirme, porque haré fuego. Esta es la venganza de Nube Gris, rostro pálido... la venganza contra el Cazador de Búfalos.

Con un rápido movimiento se acercó a la temblorosa Aline, alzándola en brazos y disponiéndose a llevársela. Ronald Massey dió un paso adelante cuando el indio iba a alejarse con su esposa y después de alzar su tomahawk del suelo.

—Quieto, perro blanco, — le gritó el sioux. — Quieto o disparo y mato.

Massey no pudo hacer otra cosa que acatar las órdenes del indio, quien retrocedía paso a paso. Interiormente el cowboy estaba furioso consigo mismo, por haber podido dejar al indio que cambiaran los papeles tan fácilmente.

Un leve grito de auxilio escapó de los labios de Aline y nuevamente trató Ronald de dar un paso adelante, pero un fogonazo vióse [illegible] como si lumbrar en la oscuridad de la [illegible] mismo tiempo, el cowbo[illegible] madera. Ni siquie[illegible] un brazo. Estab[illegible] necesario para que el ven[illegible] segundos [illegible] roja pudiera pensar en lo que le brazos a Aline Massey, desapareció entre los sombras de la noche.

El tiro, empero, había despertado a los demás hombres del circo, quienes a medio vestir, corrieron hacia el lugar en que se hallaba Massey, y llegando pocos segundos después de la huida de Nube Gris. Encabezaba el grupo Búffalo Bill, a medio vestir y sin sombrero. Ardía en curiosidad por saber lo que había pasado y miles de preguntas bullían en su cerebro.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó. — Los indios seguramente no han...

—No, — contestó Ronald Massey. — Ese indio extraño, Bill; se escapó, llevándose a Aline. Me venció en una lucha de cuerpo a cuerpo, pero aun no puede estar muy lejos. Sigámosle.

Algunos de los componentes del circo, justamente indignados al saber que la favorita de la compañía se hallaba en manos hostiles, siguieron la indicación de Ronald y comenzaron a perseguir a Nube Gris, encabezados por el violinista cowboy.

Los otros, en cambio, más calmados, esperaron las instrucciones de Búffalo Bill.

El gran explorador quedó un momento pensativo.

En seguida comprendió que aquello era una venganza de Nube Gris por la ofensa que él le había infringido esa tarde, y trataba de cerciorarse de si el cacique ofendido tenía o no un caballo de su propiedad.

—Me parece que pueden ustedes dejar ese asunto por mi cuento, — dijo. — Voy a perseguirlo a caballo.

Todos los presentes estuvieron conformes con el ofrecimiento de Cody, y pocos minutos después, éste salía del circo en su caballo en dirección al campamento de Toro Solitario, pero eligiendo el camino de tal manera que pudiera cortar el camino de Nube Gris, antes de llegar éste al campamento de los siux rebeldes.

CAPITULO CUARTO

Cambiando rehenes

NUBE GRIS detuvo repentinamente la marcha, irguiéndose lo más que pudo y observando detenidamente los alrededores. Veinte veces, durante la última media hora, había logrado escaparse de la persecución de sus enemigos del circo por un hilo, y sólo ahora creía haberlos engañanado definitivamente. En ese momento algo extraño había aparecido delante de él, causando un ruido apenas perceptible.

Una roca alta y escarpada veíase a pocos metros delante de él, iluminada por la luna y denotando el principio de una larga cadena de pequeñas [illegible] minutos después Aline, con gran[illegible] presa de su parte, era puesta en libertad. Castor Blanco, con voz tranquila y natural, le ordenó que fuera al lado de Búffalo Bill y le indicó el lugar en que se hallaba el gran explorador, y excusamos decir que la señora

de Massey no esperó a que le repitieran la orden.

Búffalo Bill vió cómo la joven venía corriendo en dirección a él, mucho antes de lo que se esperaba, y en su interior comenzó a abrigar una sospecha, al ver que los siux habían ofrecido tan poca resistencia para ponerla en libertad.

Por eso no hizo ningún ademán de poner en libertad a Nube Gris, antes de que la joven hubo montado a la grupa y contado en pocas palabras lo sucedido. Entonces recién dejó caer al suelo al indio indefenso.

—Siento de veras tener que dejarte ir otra vez, traidor miserable, — le dijo amenazante; — estoy seguro de que tú tienes la culpa de todo este desorden. Pero ten cuidado de repetir esas hazañas nuevamente, porque creo que, con toda seguridad, un individuo perdería su cuero cabelludo, el que iría a enriquecer mi colección.

Después, dió un suave golpe a su caballo y salió al galope en dirección al circo.

Castor Blanco sonrió irónico cuando vió a sus pies el cuerpo indefenso y tullido de Nube Gris. Hacía diez minutos que Búffalo Bill había abandonado las inmediaciones del campamento y ya el cambio de rehenes habíase efectuado. Castor Blanco, ahora, quiso pagar la traición con la traición.

—Alcenlo, — dijo a sus guerreros, y dos de ellos lo levantaron en brazos. — Llévenlo como está. Estoy seguro que a Toro Solitario le interesará ver la cuerda con que el Cazador de Búfalos lo ató en pago de su traición.

Y así, atado, fué llevado Nube Gris al campamento indio, en que las mujeres dormían y en que las fogatas ya se habían apagado. Pero Toro Solitario, como correspondía a un cacique de los sioux en tiempos de guerra, no dormía.

Castor Blanco lo encontró en la carpa del consejo, fumandgo tranquilamente su pipa y mirando pensativo el fuego que chisporroteaba en el centro. Y a Toro Solitario relató lo sucedido, con palabras simples y concisas.

—Retírate, Castor Blanco, — le dijo Toro Solitario cuando hubo terminado; — retírate, Castor Blanco, y envíame a Nube Gris solo.

La orden de Toro Solitario no podía interpretarse más que de una sola manera. Significaba que Nube Gris debía ser puesto en libertad.

Cumpliendo las órdenes del cacique, Nube Gris fué puesto en libertad y aunque con más gana hubiera querido continuar su lucha con Castor Blanco, tuvo que conformarse con ir a la carpa del consejo, sintiendo dolores agudos en todo su cuerpo tullido.

Cuando entró en la carpa, Toro Solitario se puso de pie. Sus severas facciones, ilumi-

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ 12.00 „

nadas por la hoguera que ardía a sus pies, parecían en ese momento de piedra. Se enfrentó con Nube Gris y con voz serena lo dijo:

—Nube Gris, antes de abandonar el campamento del Cazador de Búfalos, le he prometido que él y los suyos no serían atacados. ¡Tú estabas allí cuando yo dije eso!

Nube Gris asintió silencioso.

—Sin embargo, has roto mi palabra de jefe de los siux con tu acción, Nube Gris.

—Era mi venganza, — contestó Nube Gris. — El Cazador de Búfalos se atrevió a echarme de su campamento, a mí, que soy un cacique de los siux.

—Sólo los locos piensan en vengar ofensas tan insignificantes, Nube Gris, — dijo Toro Solitario, prosiguiendo en seguida: — tú fuiste el que me trajo las noticias de mi hermano, y como guerrero de los siux, debo honrarte. Pero los dioses mandan que abandones mi campamento, Nube Gris. Es la ley de los siux y la ley debe ser cumplida.

Nube Gris se inclinó resignado. Sabía que con protestas no cambiaría la resolución de Toro Solitario, porque el anciano cacique había ya meditado su actitud.

—Márchate, Nube Gris, — continuó Toro Solitario. — Toma uno de mis caballos y vuelve al lado de tus hermanos. Comunícales nuestra llegada y la guerra de venganza contra los rostros pálidos. Dentro de tres días mis guerreros se unirán con los tuyos y entonces comeremos carne juntos.

Nuevamente se inclinó Nube Gris, aunque no tan humilde esta vez. Al principio, había creído que Toro Solitario rompería su alianza y pelearía por su cuenta.

—Muy bien, hermano, — dijo lacónicamente.

Y antes de que el nuevo día bañara con su luz del campaemnto, Nube Gris cabalgaba a través de las llanuras del Oregón, en dirección al lugar en que su tribu le esperaba.

Fin de "LA TRAICION DE NUBE GRIS"

Coleccione usted "PUCKY". Por nueve pesos anuales tendrá usted 52 números, equivalentes a 3536 páginas, casi todas de lectura. ¡Una biblioteca de 100 tomos no tiene más lectura que un año de este magazine!

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

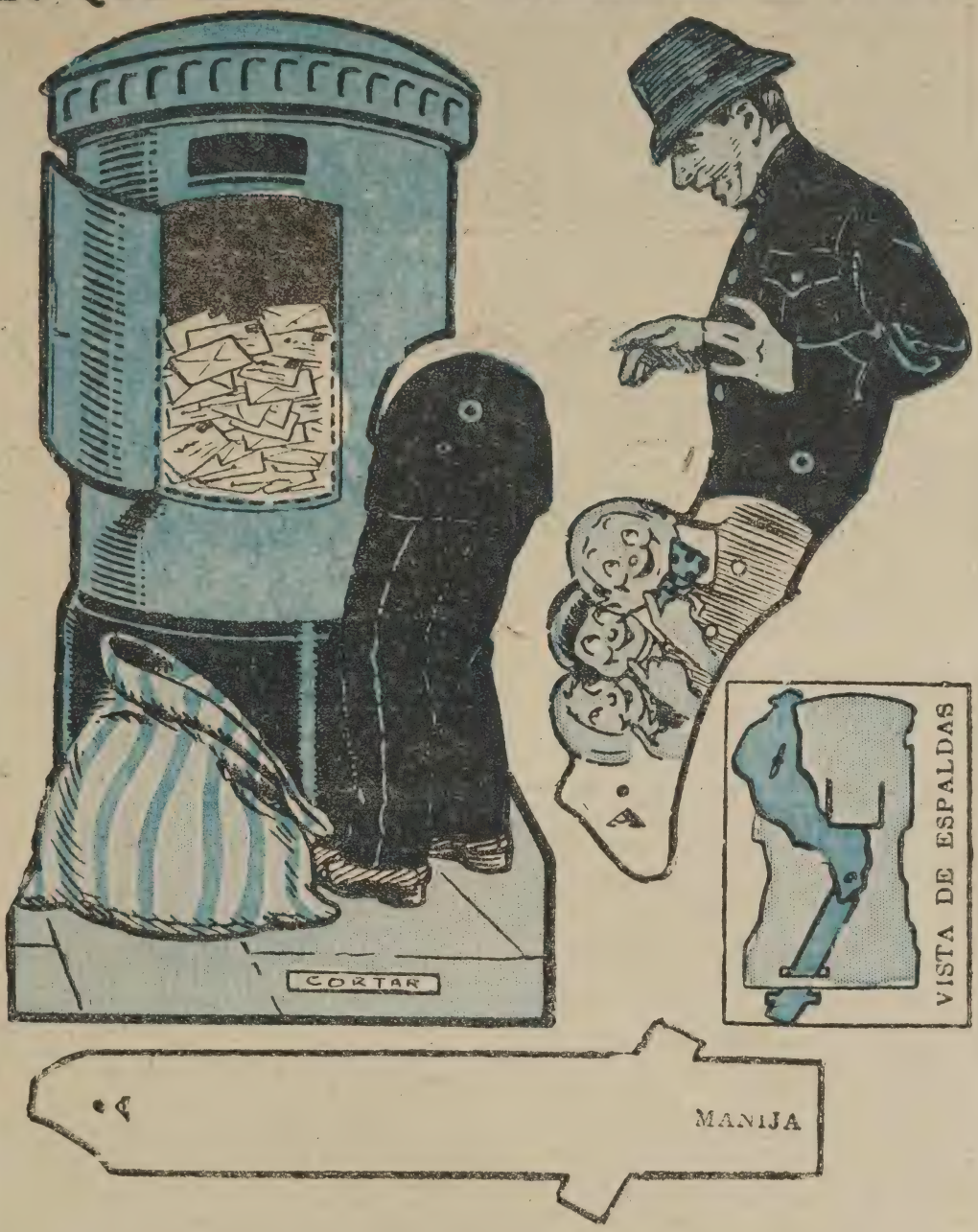
Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 "	" 4.80
1 año	" 9.—

A MENOS CARNADA MENOS PESCADA

Pescador (que, terminado el concurso de pesca sólo tiene un pescado muy chico): — Solicito que se me incluya en el concurso teniendo en cuenta el hecho de que todos mis adversarios pusieron en sus anzuelos gusanos más largos y más gordos que el que puse yo en el mío.

LO QUE EL CARTERO HALLO EN EL BUZON



Este es un juguete muy gracioso y de movimiento tan bien combinado, que siendo fácil de armar resulta de mucho efecto Primero se pega todo en un cartón y segundo se recortan bien las tres piezas y se hacen los agujeritos y la hendija de abajo de la pieza del buzón y la ranura de la parte donde están las cartas, ranura que está marcada con una línea de puntos. Al punto A de la pieza donde está el cartero se une el punto A de la manija que antes se habrá metido por delante, por la hendija de abajo. Se levanta un poco el pedazo cuadrado en el que se han hecho las ranuras y se mete la parte del trozo que tiene las cabezas Se pone un broche uniendo los dos puntos rodeados de blanco y nada más Moviendo la manija se verá como al inclinarse el cartero las cartas se transformarán en risueños y picarescos rostros. El cartero viste uniforme inglés por que el dibujo es obra de un artista británico.

EDIPO REY

Por ARCADIO AVERCHENCO

(Traducción del ruso)

I

Entró el portero en mi despacho y me dijo:

—Preguntan por usted, señor.

—¿Quién?

—Edipo Rey.

—No lo conozco.

—El me ha dicho que lo conoce usted.

—¿Qué quiere?

—No sé. Creo que trae unas cuartillas.

Torcí el gesto.

—Que espere. Estoy ocupado. Ya llamaré.

Un cuarto de hora después, Edipo Rey se hallaba ante mí.

Era un joven gordo, de cara redonda, pecoso y de labios gruesos.

—Buenas tardes, querido amigo, — me dijo, tendiéndome la mano. — ¿Qué tal?

—Bien, ¿y usted? ¿Con quién tengo el honor de hablar?

El joven se había ya repantigado, sin previa invitación, en una butaca.

—¡Cómo! ¿No se acuerda usted de Edipo Rey?

—¿El padre de Antígona?

—No. El Edipo Rey que le envió a usted el mes último unas poesías que usted no publicó. Me contestó usted dos veces en la "Correspondencia particular".

—¡Ah, sí, sí; ya recuerdo!

—Es bonito el seudónimo, ¿verdad?

—No es feo, no.

—¡Edipo Rey! Le llamaría la atención, ¿verdad?

—Sí.

—En su primera contestación me decía usted: "Su poesía, aunque concebida en una cabeza coronada, avergonzaría a un cochero de punto". Se reirían mucho los lectores.

—¿Es que viene usted a pedirme explicaciones?

—¡No! Me ha movido a visitarle la segunda respuesta. La recordará usted...

—Vagamente.

—¡Qué poca memoria! Me decía usted: "Renuncie para siempre a pulsar la lira. Nuestro consejo es que se dedique a otra ocupación".

—Y... ¿no está usted conforme?...

—Sí; pero vengo a que me diga usted a qué debo dedicarme.

—¡Hombre, yo qué sé!

—¡Cómo!

—¡Ah, no! — añadió. — Usted me ha aconsejado de un modo tan categórico que cambie de oficio, que su deber es orientarme. ¿Comprende usted?

—No del todo.

El joven tomó un cigarro de mi petillera, lo encendió y se explicó así:

—Usted me ha cerrado las puertas del Parnaso, me ha hecho renunciar a la carrera de poeta. Y ha contraído por ello cierta responsabilidad por lo que se refiere a mi porvenir.

—Para aconsejarle, — objeté yo con timidez, — la carrera que ha de elegir, necesitaría conocerle algo, saber de lo que es usted capaz.

—¡De todo!

—Eso es demasiado, joven. Y además es peligroso. Hay que ser capaz de algo concreto. ¿Cuál es su mayor afición?

—La literaria.

—Sí; pero...

—Si no puedo aspirar a ser un gran poeta o algo por el estilo, aceptaría... — Edipo Rey reflexionó un instante, — aceptaría, por ejemplo, el cargo de secretario de esta revista.

—Tenemos secretario.

—No importa; se le despide.

—¿Pero con qué pretexto?

—¡No sea usted cándido! Es muy fácil echar a un secretario: Se le acusa de haber perdido un original importante, y asunto concluído.

La idea era genial.

—Lo pensaré, — dije humildemente.

II

Entró en el despacho una de nuestras empleadas.

—¿Qué hay, Anna Nicolayevna? — le pregunté.

—Avisan de la imprenta que la censura no deja pasar la poesía.

—¡Cómo! No hay motivo...

Edipo Rey nos escuchaba con mucho interés.

—¿Dice usted, — preguntó, — que la censura no permite?...

—No permite publicar la poesía, — contestó asombrada, mirando al monarca, Anna Nicolayevna.

El monarca guardó silencio unos instantes, tamborileando con los dedos en la mesa, y dijo:

—Bueno; eso corre de mi cuenta. Dígale al regente que no se preocupe. Yo hablaré a Pedro Vasilievich.

Anna Nicolayevna, cuyo asombro subió de punto, me miró como preguntando: "¿Quién es este señor?" Y salió.

—Pedro Vasilievich, — añadió Edipo Rey al ver reflejadas en mi rostro la extrañeza y la perplejidad, — es uno de mis mejores amigos. Y es el verdadero jefe del negociado de Prensa. Se publicará la poesía. ¡A otro asunto! ¿Dónde compra usted el papel? ¿A cómo lo paga?

Satisfice su curiosidad.

—Un amigo mío, Eduardo Pavlovich, se lo venderá a usted un quince por ciento más barato. Si usted me lo permite...

Y sin esperar a que yo se lo permitiese, se acercó al teléfono y descolgó el auricular.

—¡Central! 77-18. ¡Gracias! ¿Con quién hablo?... ¡Hola, Eduardo! ¿Qué tal?... Escucha: soy íntimo amigo del director de la revista "Satirikon", y quiero que le surtas, de hoy en adelante, de papel; pero haciéndole una rebajita. ¡Ya ves, es un buen parroquiano!... ¿El cinco por ciento? ¡No, no: el quince!... ¡Nada, nada, el quince; no seas tacaño! ¡Tengo un gran interés!... ¡Gracias! En seguida se te pedirá una partida. ¿Por qué no fuiste anoche al círculo?... ¿Una aventurilla? ¡Ah, pillín!... ¿Mañana, a las siete, para comer juntos? ¡Encantado! No faltaré. ¡Adiós! No te olvides de lo del papel del "Satirikon"... ¡Muchas gracias!

El joven colgó el auricular y se sentó de nuevo.

—¿Ve usted?... Ese quince por ciento supone un ahorro anual importante. ¿Cuánto papel consumen ustedes al año?

Contesté a esta nueva pregunta.

—El ahorro asciende, pues, a cinco mil rublos. O sea a cincuenta mil rublos cada diez años, a quinientos mil cada siglo.

Me abrumó el peso de aquellas cifras; quedé turbado como un criminal ante un juez implacable.

III

Edipo Rey se había sentado en mi sillón y tomaba notas en su carnet.

—Veo que no tienen ustedes anuncios de bancos.

—Los bancos — contesté — no se anuncian en las revistas satíricas.

—¿Por qué no? El del Estado, lo comprendo; pero los particulares... El de la Siberia, por ejemplo... Verá usted. Con su permiso...

Nueva conferencia telefónica.

—¡Central! 121-14. ¡Gracias! ¿El Banco Siberiano? Quisiera hablar con el director. ¿Eres tú, Miguel?... ¿Qué tal? ¿Cómo van los negocios? Admirablemente, ¿verdad?... ¿Un magnífico dividendo? ¡Me alegro!... ¿Qué? ¿Una excursión a las islas? No puedo; estoy muy atareado. ¡Que os divirtáis!... Oye: tengo que pedirte un favor. Envía mañana un anuncio al "Satirikon"... El director es mi mejor amigo, y mi interés por él es grandísimo. ¿Que no les dais anuncios a los periódicos satíricos? ¡No importa! No hay regla sin excepción... ¡Nada, nada!... ¿Cómo?... Quinientos rublos página... ¿Una rebaja? ¡Pero si es muy barato!

—Hágale una pequeña rebaja — dije a media voz.

El joven volvió la cabeza y me dirigió una mirada de reproche.

—Hace usted mal en ser tan complaciente con estos ricachones. ¡Eh, tú, Libro Mayor! ¡Te rebajamos el veinte por ciento! ¡No te quejarás!... ¿Qué? ¿Que le dé las gracias al director? ¡Bueno! ¡Adiós!

Edipo Rey colgó el auricular.

—Me encarga que le dé a usted las gracias.

—No hay de qué — respondí modestamente.

—¿Lo ve usted?... Mañana mismo tendrá el anuncio. ¿Podrá insertarse en este número?

—Desde luego.

Tomó otra vez asiento en mi sillón y cogió otro cigarro de mi pitillera y lo encendió. Yo ya no sabía a ciencia cierta cuál de los dos era el director de la revista.

—Y de colaboradores ¿qué? ¿Cómo andan ustedes?

— Bien — contesté tímidamente. — Nos envían originales, con frecuencia, escritores muy celebrados. Por ejemplo...

Nombré a nuestros principales colaboradores.

—¿Y de Korolenko? — interrogó, severo, mi interlocutor. — ¿Korolenko no escribe en el "Satirikon"?

—No; no escribe en los periódicos satíricos.

—Es preciso, sin embargo, que escriba en el "nuestro".

—No creo que sea fácil.

—De eso me encargo yo. Hay que publicar algo suyo, aunque sea de poca monta. Lo importante es la firma. Se trata de que figure entre los colaboradores. Voy a telefonearle. Debe de estar en la redacción de "La Riqueza Rusa", que dirige él, como usted sabe. Tenga la bondad de buscar en la lista el número del teléfono: yo no lo recuerdo

Obedecí

—447-11.

—Gracias. ¡Central! 447-11. ¿"La Riqueza Rusa"?.. Que haga el favor de ponerse al aparato Vladimiro Ignatich..

—Korolenko se llama Vladimiro Galaktionich — me atreví a rectificar.

—¿Sí? Como yo le llamo siempre por el diminutivo... Volodia... ¿Con quién hablo?... ¡Hola, Volodia! ¿Qué tal, querido? Siempre escribiendo, ¿eh? Como el boyardo de Puchkin, "escribes toda la noche con tu pluma impregnada de venganza...' Debías escribir algo ligero, chico... ¡Que no te sería fácil publicarlo? ¡Yo me encargo de eso! Te lo publicaré en una revista satírica; el director es íntimo amigo mío... ¿Cómo?... ¡Desde luego! Podremos hacerte un anticipo... ¿Qué?... ¿Tienes un artículo inédito? ¡Magnífico!... ¿Setecientas líneas? Es demasiado. No importa; lo acortaremos un poco. ¿verdad? Bueno; mándanoslo en seguida, y si nos gusta.... ¿Que me esperáis mañana? Bueno; procuraré ir. ¡Adiós! A los pies de Ana Evgrafovna y besos a Katia.

Edipo Rey volvió a sentarse en mi sillón.

—Bueno; ya es colaborador nuestro Korolenko, uno de los hombres más gloriosos de la literatura rusa. Setecientas líneas será demasiado, ¿verdad? Me ha dado permiso para cortar a nuestro antojo. Aunque lo reduzcamos a la mitad no se enfadará. Siendo cosa mía...

—Veo que está usted muy bien relacionado.

Mi interlocutor se sonrió, halagado por mis palabras.

—Sí; regular. Ya sabe usted que, en lo que pueda serle útil, estoy a su disposición. Tengo amigos en la banca, en la literatura, en la política, en todas partes. ¿Sirvo para secretario de la revista? Dígamelo con la mano sobre el corazón.

—Sería un gran honor...

—Pues no hay más que hablar...

—Pero ¿cómo deshacernos de nuestro actual secretario?... Acusarle de la pérdida de un original, como usted me ha aconsejado, me parece un poco...

Me impuso silencio con el ademán...

—Se me ocurre una idea: se puede escribir una carta, que él crea escrita por el director de otra revista, ofeciéndole el empleo de secretario con un sueldo mucho mayor que el que tiene aquí. Como es natural, se despedirá. ¿Qué le parece?

—¡Admirable, admirable! De acuerdo. ¡Hasta mañana, pues!

—¿Usted me avisará por teléfono?

—Será difícil.

—¿Por qué?

—Porque... A propósito: ¿conoce usted al director de los teléfonos?

—¿A Vania? ¡Somos como hermanos!

—¿Sí? ¡Cuánto me alegro! Hace tres días que mi aparato no funciona y estoy incomunicado, aislado; esto me ocasiona una porción de trastornos y de molestias...

Edipo Rey me miró asombrado, indignado, como si hubiera sido víctima de una cruel perfidia.

—Entonces... todas mis conferencias telefónicas... — balbuceó.

Yo no contesté nada. No me atreví siquiera a sostener su mirada.

Bajé los ojos. El se acercó al diván y acarició, muy pensativo, el cuero del respaldo; dirigióse lentamente a la ventana, levantó el visillo y miró a la calle; atravesó dos o tres veces la habitación diagonalmente, en un ir y venir nervioso, desasosegado; se detuvo junto a la mesa, cogió una cerilla del cenicero, la examinó minuciosamente y la tiró al suelo; después se entregó, durante cerca de un minuto, a la contemplación del tintero, que estaba a la derecha de mi carpeta, y lo trasladó, suspirando, a la izquierda. Realizado este acto misterioso, se acercó de nuevo al diván, volvió a acariciar el respaldo, cogió el sombrero y sin decir palabra se fué.

No cambiamos de secretario.

ARCADIO AVERCHENCO.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

LA NOVELA MAS FAMOSA DE TODA UNA EPOCA

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

LOS DRAMAS DE PARIS

PRIMERA PARTE

LA HERENCIA MISTERIOSA

(TRADUCCION DEL FRANCES)

PROLOGO

I

TRANSCURRIA el año 1812.

El grande ejército efectuaba su retirada, dejando en llamas detrás de sí a Moscou y Kremlin, y la mitad de sus batallones sepultados entre las ondas heladas del Beresina.

Nevaba . . . por todas partes, en el horizonte la tierra estaba blanca y el cielo gris.

En medio de inmensas y estériles llanuras se arrastraban los restos de aquellas arrogantes legiones, poco antes conducidas por el nuevo César a la conquista del mundo, que la Europa coaligada no le había sido dado vencer, y de las cuales triunfaba entonces el único enemigo capaz de hacerlas retroceder: el frío del Norte.

Aquí se veía un grupo de jinetes entumecidos sobre sus monturas, luchando con la energía de la desesperación contra las opresiones de un sueño mortal. Allí, algunos soldados de infantería rodeaban un caballo muerto que se apresuraban en despedazar y cuyos despojos les disputaba un banda de voraces cuervos.

Más lejos, se acostaba un hombre en la obstinación de la locura, y se dormía con la certeza de no volver a despertarse.

De vez en cuando se oía una detonación lejana: era el estampido del cañón de los rusos. Entonces se ponían en marcha los rezagados, dominados por el ardiente instinto de la conservación.

Tres hombres, tres jinetes, se habían agrupado a orillas de un bosquecillo, en derredor de un montón de zarzas que a duras penas habían logrado despojar de la capa de nieve endurecida que las cubría, y con las cuales habían hecho fuego.

Jinetes y cabalgaduras se hallaban cerca de la improvisada hoguera: los hombres acurrucados y cruzadas las piernas; los nobles animales con la cabeza baja y los ojos fijos.

El primero de aquellos tres hombres llevaba un uniforme hecho jirones, en el que se veían aun las presillas de coronel. Tendría aproximadamente unos treinta y cinco años; era alto, de aspecto noble y viril y sus ojos azules mostraban a la vez bondad y valor.

Llevaba el brazo derecho en cabestrillo y un vendaje ensangrentado le envolvía la cabeza. Una bala rusa le había destrozado el codo, y un sablazo le había abierto la frente de sien a sien.

El segundo de los tres personajes debía de haber sido capitán, a juzgar por su uniforme en harapos; pero en aquellos momentos no había ya ni coroneles, ni capitanes, ni soldados.

El grande ejército no era más que un triste hacinamiento de hombres haraposos, que huían del áspero y glacial viento del Norte, mucho más que las hordas del Don y del Cáucaso, desencadenadas en su persegulmiento como bandadas de lobos famélicos y de aves de rapiña.

Era este último también un joven de frente entrecha, mirada indecisa y móvil; sus cabellos negros indicaban su origen meridional; en su acento lánguido y en la vivacidad de sus ademanes, se adivinaba a uno de aquellos italianos tan numerosos en el ejército francés bajo el primer Imperio.

Más dichoso que su jefe, el capitán no estaba herido, y había resistido con mayor facilidad los golpes mortales de aquel frío terrible, que impulsaba hacia el Sur a las atrevidas legiones del César.

El tercero de aquel pequeño grupo era un soldado, un simple húsar de la guardia, cuya ruda y viril fisonomía tomaba una expresión feroz cada vez que el cañón de los rusos tronaba a lo lejos, mientras que al punto tornábase ansiosa y llena de dulzura si su mirada se detenía en su joven jefe, extenuado y cubierto de sangre.

Empezaba a anochecer y las brumas del crepúsculo comenzaban a confundir la tierra blanca y el cielo gris.

—¿Pasaremos la noche aquí, Felipone? — preguntó el coronel al capitán italiano. — Me siento muy débil y muy cansado, y el brazo me hace sufrir horriblemente.

—Mi coronel, — exclamó vivamente Sebastián, el húsar, antes que el italiano respondiese, — es preciso partir, pues de lo contrario, el frío os mataría.

El coronel miró al capitán y después al soldado.

—¿Lo creéis así? — preguntó.

—¡Sí! — respondió el húsar, con la viveza de un hombre convencido.

—¿Y bien, Felipone? — insistió el coronel.

El capitán italiano parecía reflexionar.

—Tiene razón, Sebastián, — contestó el interpelado; — es preciso montar a caballo y marchar todo cuanto sea posible. Aquí acabaríamos por dormirnos; durante nuestro sueño se apagaría la hoguera, y ninguno de nostros volvería a despertar... Además, escuchad... los rusos se aproximan... oigo el ruido del cañón...

—¡Oh! ¡Mísero de mí! — exclamó el coronel con voz sorda; — ¡quién me hubiera dicho que nos veríamos reducidos a huir ante un puñado de cosacos! ¡Oh!... ¡El frío! ... ¡El frío!... ¡Qué terrible y encarnizado enemigo! ¡Dios mío! Si yo no tuviese frío...

—¡Truenos y sangre! — gruñó Sebastián, el húsar; — nunca hubiera creído que mi coronel, un verdadero león... se dejaría abatir así por este perro de viento que silba sobre la nieve endurecida.—Y al hablar así, en voz baja, el soldado envolvía al coronel en una mirada llena de amor y de respeto.

La frente del oficial estaba lívida y denunciaba horribles sufrimientos; todos sus miembros tiritaban y temblaban, y en él la vida parecía haberse concentrado por entero en sus ojos, que conservaban la expresión de una altivez dulce y tranquila.

—Pues bien, — repuso, — partamos, ya que así lo queréis; pero antes dejadme calentar un momento todavía. ¡Qué horrible frío! ¡Ay! sufro cual nunca he sufrido... y me muero de sueño... ¡Dios mío, si pudiera dormir siquiera una hora, nada más que una hora!...

El capitán italiano y el húsar se consultaron con la mirada.

—Si se duerme, — murmuró Felipone, — ya no podremos despertarle ni volver a colocarlo sobre la silla.

—Pues bien, — respondió el valeroso Sebastián, inclinándose al oído del capitán; — yo le llevaré dormido. Soy fuerte... y por salvar a mi coronel... seré un Hércules.

El capitán, con la cabeza echada hacia atrás, parecía escuchar ruidos lejanos.

—Los rusos, — dijo al fin, — están a más de tres leguas; la noche se aproxima, y acamparán seguramente antes de alcanzarnos. Puesto que el coronel quiere dormir, déjémosle que duerma; nosotros velaremos.

El coronel oyó estas últimas palabras y tendió la mano al italiano.

—Gracias, Felipone, — dijo; — gracias, amigo mío; eres bueno y animoso; tú no te dejas abatir por este pícaro viento Norte. ¡Oh!... ¡Qué frío!

Y pronunció estas últimas palabras con un marcado acento de terror.

—Yo no estoy herido, — respondió el italiano, — y es natural que sufra menos.

—Amigo mío, — prosiguió el coronel, mientras el húsar arrojaba en la hoguera todas las zarzas y ramas secas que encontraba a mano; — tengo treinta y cinco años. A los diez y siete era ya soldado, y coronel a los treinta; esto es decirte que he sido valiente y sufrido. Pues bien; mi energía, mi valor, hasta la indiferencia con que yo aceptaba las privaciones sinnúmero de nuestra noble y dura profesión, todo se estrella ante este enemigo mortal que se llama el frío. ¡Tengo frío! ¿Comprendes? En Italia pasé trece horas en un campo de batalla, bajo un montón de cadáveres, con la cabeza entre la sangre y los pies en el fango. En España, en el sitio de Zaragoza, subí al asalto con dos balazos en el pecho; en Wagram permanecí a caballo hasta la noche, con el muslo atravesado por un bayonetazo. Pues bien; hoy sólo soy un cuerpo sin alma, un hombre medio muerto... ¡un cobarde que huye de un enemigo a quien desprecia! ¡los cosacos! ¡Y todo esto porque tengo frío!

—¡Armando! ¡Armando! ¡Valor! — dijo el capitán. — No hemos de permanecer siempre en Rusia... Regresaremos a climas menos rigurosos... volveremos a ver el sol ...y los leones despertarán entonces de su letargo.

El coronel Armando de Kergaz, que tal era su nombre, movió tristemente la cabeza.

—No — dijo, — no volveré a ver el sol, ni la Francia... Si dura algunas horas más este frío terrible, moriré.

—¡Armando!... ¡Mi coronel!... — exclamaron al mismo tiempo el capitán y el húsar.

—Me muero de frío — murmuró el coronel con una sonrisa de aflicción; de frío y de sueño.

Y como su cabeza se doblaba sobre el pecho, y empezaba a apoderarse de él aquel sopor invencible que costó la vida a tantos nobles corazones en la funesta retirada de Rusia, el coronel hizo un esfuerzo supremo, y, sacudiendo hacia atrás la cabeza, dijo:

—No, no puedo dormir aún; es preciso que piense en los que están allá lejos.

Y su mirada se dirigió hacia el horizonte, en dirección a Francia.

—Amigos míos — continuó dirigiéndose a la vez al soldado adicto y fiel y al capitán; — los dos me sobreviviréis, sin duda y conservaréis un recuerdo mío. Pues bien, escuchad: os confío mi última voluntad, os recomiendo a mi esposa y a mi hijo.

Tendió otra vez la mano al capitán Felipone y prosiguió:

—En nuestra querida Francia dejé una esposa de diez y nueve años y un hijo que acababa de nacer. Pronto, quizá, la esposa será viuda y el niño huérfano...

—¡Armando! — exclamó el capitán; — no hables así; ¡vivirás!

—¡Oh! ¡Quisiera vivir — murmuró, — vivir para volver a verlos!...

Los ojos del coronel brillaban, al hablar así, de esperanza y de ardiente amor.

—Pero — repuso con triste sonrisa — también puedo morir, y la viuda y el huérfano necesitarán de alguno que los proteja.

—¡Ah! coronel — exclamó Sebastián, — ya sabéis que si os sucediese una desgracia, vuestro húsar daría su vida segundo por segundo, y su sangre, hasta la última gota, por vuestra mujer y por vuestro hijo.

—Gracias — dijo el coronel; — cuento contigo.

Después dirigió una mirada al italiano.

—¿Y tú? — dijo. — ¡Tú, mi antiguo camarada, mi amigo, mi hermano!

El capitán tembló y una nube pasó por su frente. Cualquiera hubiese dicho que las palabras del coronel acababan de evocar en el recuerdos lejanos.

—Acabas de decirlo, Armando — le contestó. — ¿No soy tu camarada, tu amigo, tu hermano?

—Pues bien, si muero, — replicó el coronel, — quiero que seas el apoyo de mi esposa, el padre de mi hijito.

Al oir estas palabras, el rostro del capitán se sonrojó; pero el coronel no se fijó en ello y añadió:

—Sé que amabas a Elena, y te consta que la dejamos en libertad para que eligiese entre ambos. Más feliz que tú, fuí el preferido por su corazón; y te estoy grato, pues aceptastes ese sacrificio y continuaste siendo amigo del que fué tu rival.

El capitán bajó los ojos. Una palidez mate acababa de suceder al encarnado de su frente, y si su interlocutor hubiese tenido toda su sangre fría y no hubiera estado dominado por aquella mezcla atroz de sufrimientos morales y de dolores físicos, habría comprendido que una lucha violenta agitaba el corazón del italiano, torturado por un recuerdo.

—Si muero — concluyó el coronel, — te casarás con ella... Toma...

Al pronunciar esta última palabra, el coronel, desabrochándose la casaca, sacó un pliego sellado que entregó a Felipone.

—Este es mi testamento; lo he escrito cuando empezaba nuestra desgraciada campaña, agitado por un extraño presentimiento. En él, amigo mío, te lego la mitad de mi fortuna si consientes en casarte con mi viuda.

De pálido que estaba el capitán se puso lívido; un temblor nervioso se apoderó de todo su cuerpo, y alargó hacia el testamento la mano convulsiva.

—Pierde cuidado, Armando — dijo con voz sorda, — si sucede una desgracia, te obedeceré... Pero vivirás, y volverás a ver a tu Elena, por quien sólo experimento hoy una viva y respetuosa amistad.

—Tengo frío, — repitió el coronel, con la convicción de un hombre que cree en una muerte cercana.

E inclinó de nuevo la scabeza sobre el pecho, y el sueño se apoderó de él con tiránica tenacidad.

—Dejémosle dormir algunas horas — dijo el capitán a Sebastián; — nosotros velaremos.

—¡Perro de viento! — murmuró Sebastián con cólera, mientras ayudaba al italiano a acostar al coronel delante de la hoguera, y a cubrirlo con los jirones de ropas y de mantas que conservaban todavía. Cinco minutos después, el coronel Armando de Kergaz dormía profundamente.

Sebastián, con los ojos fijos en él, con la cariñosa fijeza del perro fiel, no cesaba de alimentar la hoguera, y cuidaba de que ninguna chispa, de que ninguna brasa cayese sobre su jefe dormido.

En cuanto al capitán, tenía apoyada la cabeza entre sus manos; había bajado la vista, y mil pensamientos confusos agitábanse sin duda en su cerebro.

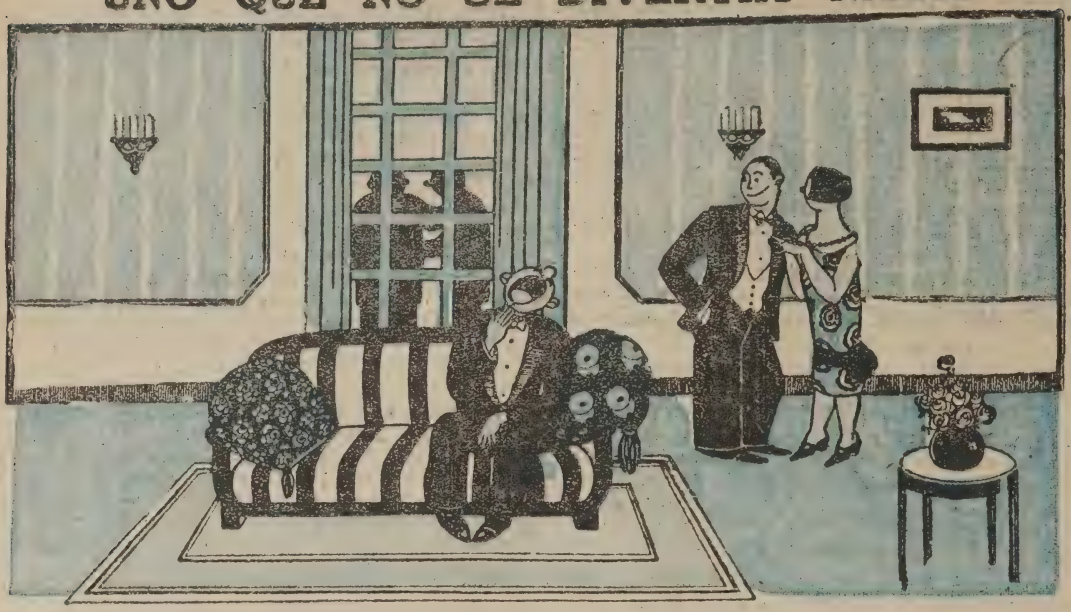
Aquel hombre, en quien el coronel había depositado una ciega amistad, poseía todos los vicios de los pueblos degenerados. Ambicioso y vengativo, era suave e insinuante con todo el mundo. Soldado de fortuna, había tenido el arte de vincularse en el ejército francés con oficiales ricos y nobles. No poseyendo ni un óbolo, no tenía más que amigos millonarios.

Felipone bahía llegado a capitán, mucho más por las fuerzas de las cosas, en aquellos tiempos en que la muerte hacía una amplia siega de oficiales, que por su propia bravura. Había asistido a muchas batallas, pero no le habían visto distingnirse en ellas personalmente. Puede ser que no fuera un cobarde; pero, seguramente, no era un valiente hasta la temeridad.

Flipone y el coronel Armando eran amigos desde hacía quince años. Capitanes los dos, tres años antes, habían conocido a la señorita Elena Durand, hija de un proveedor de los ejércitos, bella y encantadora joven de la que se enamoraron ambos. Elena eligió al coronel. Desde aquel día, Felipone juró a su amigo ese odio violento y terrible que sólo puede germinar en un corazón meridional, odio concentrado y mudo, disimulado tras las exterioridades del afecto más cordial, pero implacable, mortal, y que debía estallar en el primer momento favorable. veinte veces, durante la campaña, en medio de un entrevero, Felipone había apuntado al coronel en la oscuridad y la humareda del

HUMORISMO ESPAÑOL

UNO QUE NO SE DIVERTIA NADA



Ella: — ¿Te has fijado en Arturo? Parece que está muy aburrido. ¡No ha abierto la boca en toda la noche!

El: — ¡Pues ahora bien que la abre!

EL PRECIO

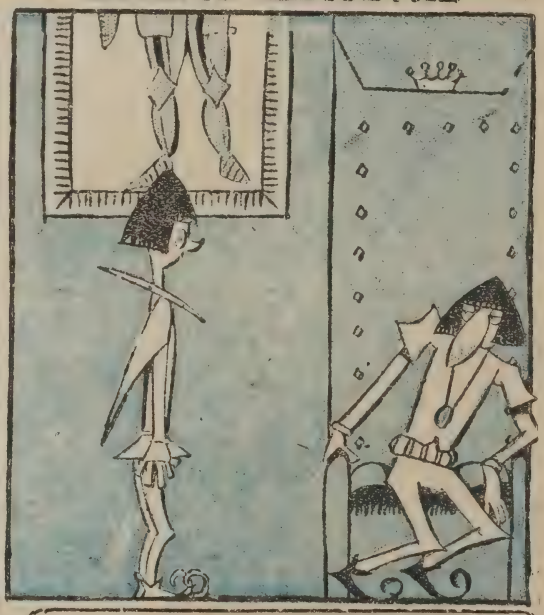
—¿Qué te parece mi nuevo sombrero? ¡Es un modelo! ¿Sabes cuánto me ha costado?

—Sí; la mitad.

—¡Cómo la mitad!

—La mitad de lo que me vas a decir.

ESCENA MEDIOEVAL

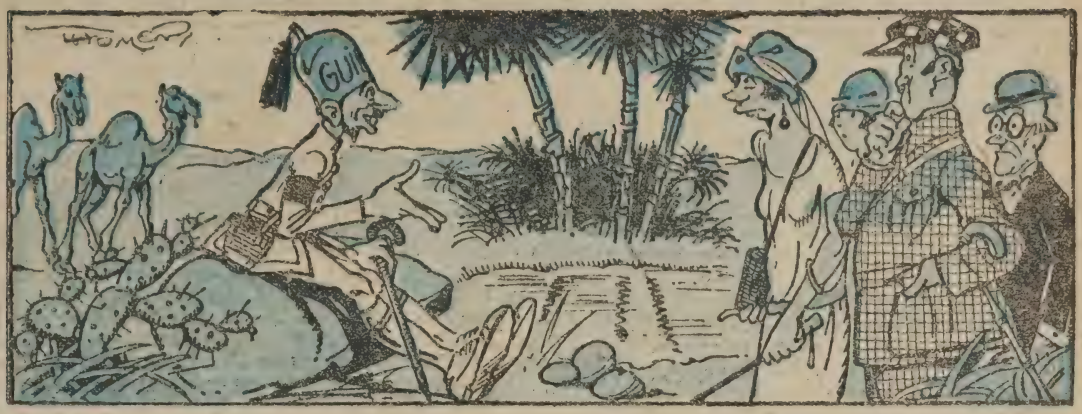


El conde: — ¡Manfredo! Quisiera oír un concierto por radiotelefonía; sintoniza el aparato.

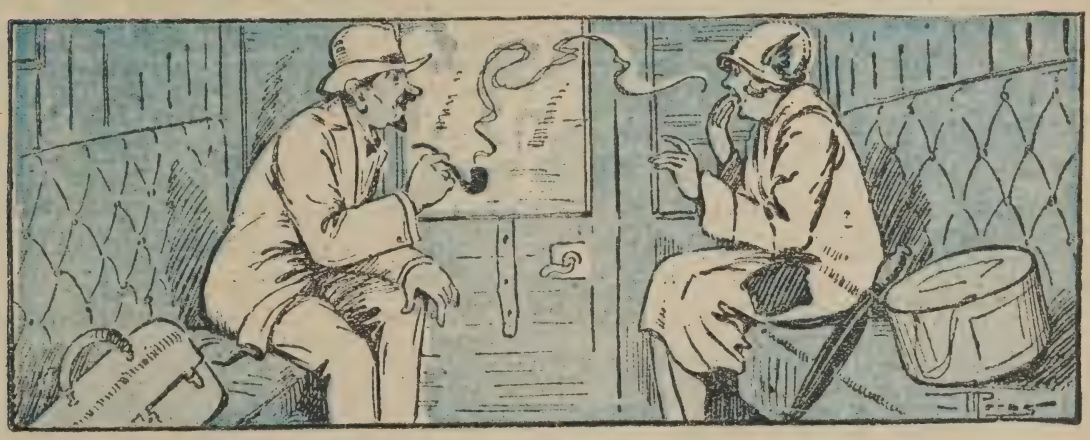
Manfredo: — ¡Imposible, señor conde! ¡Aún no se ha inventado la radiotelefonía!

(De "Buen Humor").

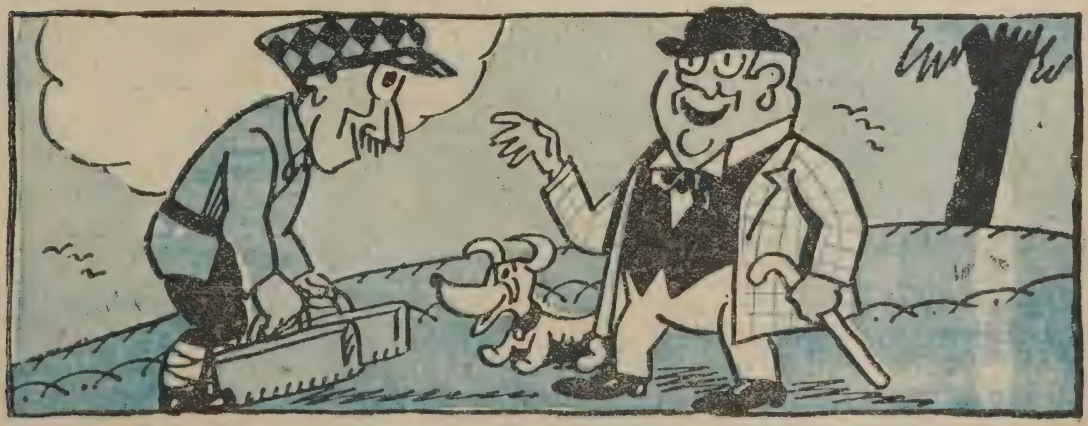
EL HUMORISMO Y LOS VIAJES



El guía: — Si las señoras y los señores tienen sed, pueden beber de esta excelente agua. Cuando las caravanas hacen alto en este oasis, es aquí donde generalmente beben los camellos.



—¿Le molesta a usted, señora, el humo de mi pipa?
—Sí, señor. Precisamente, como me molesta mucho iba a
—¡Muy bien, señora, muy bien! Dentro de diez minutos se detendrá el tren en una estación y usted podrá cambiar de compartimento.



—¿Así que viaja usted mucho y por todo el mundo? ¡Muy bien! Entonces, si pasa por Pekín salude allí a mi hermano, que tiene una sastrería. Pero no vaya a propósito... no vale la pena.

combate. Veinte veces había vacilado, buscando una venganza más completa y más cruel que aquel asesinato. Esta venganza el italiano acababa de encontrarla al fin, y la meditaba fríamente, mientras el coronel dormía bajo la mirada adicta de Sebastián.

—¡Loco! — pensaba Felipone, que de cuando en cuando dirigía una ojeada al militar dormido; — ¡loco! acaba de entregarme a la vez su fortuna, a mí, que soy pobre, y su mujer, a mí a quien ella ha rechazado... No ha podido dictar con más elocuencia su sentencia de muerte.

La mirada del capitán se detuvo un segundo sobre Sebastián.

—Este hombre me molesta — se dijo; — ¡peor para él!

Y Felipone se puso de pie y se acercó a su caballo.

—¿Qué hacéis, capitán? — prosiguió el húsar.

—Deseo verificar el cebo de mis pistolas.

—¡Ah! — exclamó Sebastián.

—Con esta nieve endemoniada — prosiguió tranquilamente el capitán, — no tendría nada de extraño que las cazoletas se nos llenaran humedecido, y si llegasen los cosacos...

Felipone, dichas estas palabras, echó mano a las pistoleras, sacó de ellas una pistola e hizo funcionar el gatillo.

Sebastián mirábalo tranquilamente y sin desconfianza alguna.

—La pólvora está seca — dijo el capitán, —la piedra de chispa está en buen estado. Veamos la otra.

Y tomó la segunda pistola, que examinó con la misma prolijidad.

—¿Sabes — dijo de pronto mirando al húsar — que tengo una destreza maravillosa en el manejo de esta arma?

—No dudo, capitán.

—A treinta pasos — continuó tranquilamente Felipone, — en un duelo, acertaba a mi hombre en el corazón, y lo mataba sin darle tiempo a que lanzara un quejido.

—¡Ah! — murmuró Sebastián distraído, y entregado por completo a sus funciones de centinela nocturno.

—Pero hay más — prosiguió el capitán; — más de una vez aposté a que hacía saltar un ojo de mi adversario, el izquierdo o el derecho, y siempre di en el blanco... Pero mira, amigo Sebastián, lo más sencillo es apuntar al corazón; la muerte es instantánea.

Y el capitán bajó el caño de su pistola.

—¿Qué estáis haciendo? — exclamó con viveza Sebastián, que dió un salto hacia atrás

—Apunto al corazón — repuso fríamente Felipone, que tomó de blanco al soldado diciendo: — No quiero hacerte sufrir.

E hizo fuego, agregando:

—Me molestabas, muchacho, ¡tanto peor para ti!

Un relámpago iluminó la noche; se oyó una detonación, seguida de un grito de dolor, y el húsar cayó de espaldas.

Arrancado bruscamente de su letargo por aquel ruido y aquel grito, el coronel se incorporó, creyendo que tenía que vérselas con los rusos.

Pero Felipone, que se había armado con la otra pistola, le puso al punto una rodilla sobre el pecho y lo derribó brutalmente sobre el suelo, manteniéndolo acostado. Asombrado por aquella brusca agresión, el coronel pudo ver, inclinado sobre él, el rostro contractado y burlón de su enemigo, animado por una sonrisa feroz, y esta sonrisa le reveló, con la rapidez del rayo, toda la bajeza, toda la cruel infamia de aquel hombre, en quien él había creído.

—¡Ah! ¡ah! — dijo en tono de mofa el italiano; — has sido bastante necio, coronel Armando de Kergaz, para creer en la amistad del hombre a quien robaste la mujer que amaba... y has sido bastante necio para imaginar que llegaría a perdonarte. ¡Has llevado la tontería y la estupidez hasta el punto de hacer tu testamento, suplicando a ese querido amigo que se case con tu viuda y acepte la mitad de tu fortuna... y después te has dormido tranquilamente con la esperanza de despertarte, de ver lucir días mejores de reunirte con esa mujer y ese niño objetos de tu ardiente solicitud!... Tres veces necio!... ¡Pues bien, no — concluyó el capitán, — no volverás a verlos, y vas a dormirte para siempre, querido amigo!

Y el capitán dirigió el caño de su pistola a la frente de Armando de Kergaz, quien, dominado por el instinto de su propia conservación, procuró librarse de aquella opresión, sacudir aquella rodilla que pesaba sobre él. Pero Felipone lo mantuvo enclavado en el suelo y le dijo:

—Es inútil, coronel; es preciso quedarse aquí.

—¡Cobarde! — murmuró Armando de Kergaz, cuyos ojos lanzaron chispas de desprecio.

—Está tranquilo, Armando, tus deseos serán cumplidos; me casaré con tu viuda, llevaré luto por ti, y el mundo me verá llorando eternamente. Soy hombre que sabe guardar las conveniencias sociales.

Y la pistola tocó la frente del coronel, inmóvil bajo la rodilla del italiano, y éste hizo fuego con la misma sangre fría que había demostrado un momento antes, al disparar sobre el húsar fiel.

La bala hizo pedazos el cráneo del coronel Armando de Kergaz, y los fragmentos de su masa encefálica salpicaron sangrientos las manos del asesino.

Sebastián yacía tendido al lado, en una charca de sangre, y el crimen del italiano no tenía más testigos que Dios.

II

Cuatro años después de la terrible escena que acabamos de referir, es decir, en el mes de mayo de 1816, habríamos hallado al capitán Felipone convertido en coronel y en esposo feliz de la señora Elena de Kergaz.

El coronel habitaba, durante el verano, una hermosa posesión de apariencia señorial situada en Bretaña, en los límites extremos del Finisterre.

Kerloven, que tal era su nombre, era una propiedad de familia legada a su mujer por el difunto coronel Armando de Kergaz.

Hallábase el castillo edificado a orillas del mar, en lo alto de una falesa, y por el lado que daba a la tierra firme dominaba un lin-

de vallecito bretón cubierto de matorrales rosados y circundado por grandes bosques.

No podía concebirse nada más agreste ni más pintoresco, más aislado ni de más seductor aspecto que aquel castillo feudal completamente seductor, con arreglo al gusto moderno en el interior, gracias a la fortuna inmensa del coronel Felipone, y al cual habíasele dejado exteriormente un poético manto de vetutez.

Un inmenso parque de olmos seculares rodeaba el castillo al occidente y al oriente. La fachada era azotada por el mar, ese mar encrespado y gris, de cóleras grandiosas, que roe eternamente las costas bretonas.

Una plataforma, cuya construcción databa del tiempo de las Cruzadas, extendíase, por aquel lado, desde una hasta otra torre. Debajo, a varios centenares de pies, rugía el viejo océano.

El coronel había llegado a Kerloven a fines de abril en compañía de su esposa, que llegaba al término de su preñez, fruto primero de su nuevo enlace, y de un niño de cerca cinco años que se llamaba Armando, lo mismo que su padre, el infortunado coronel de húsares que hemos visto morir asesinado por el italiano.

El coronel Felipone había sido hecho conde por la Restauración, y por esto la viuda del señor de Kergaz, que era gentilhombre de antiguo cuño, había conservado su título de condesa.

El conde (en adelante daremos este nombre al italiano), el conde, decimos, pasaba el tiempo cazando en las cercanías y había trabado relaciones con todos los nobles de los alrededores. La condesa vivía en el retiro más absoluto. Por cierto que aquellos que habían conocido en otro tiempo en la corte del emperador Napoleón a la brillante y bella Elena de Kergaz, la habrían reconocido con dificultad en aquella mujer pálida y marchita, de mirada afligida, y de andar entorpecido por sombrías lasitudes, de sonrisa triste y resignada.

Cuatro años antes, la señora de Kergaz, que desde hacía meses era presa de mortal inquietud por la suerte de su marido, vió entrar en sus habitaciones, una mañana, al capitán Felipone, vestido de negro.

Ya sabemos que el capitán había amado a Elena pero su amor no había tenido más resultado que el de inspirar a la joven una aversión profunda por aquel hombre cuya naturaleza falsa y perversa adivinaba ella instintivamente.

Mas de una vez, después de casada, procuró abrir los ojos a de Kergaz sobre la amistad que dispensaba al italiano; pero, desgraciadamente, el coronel le profesaba un afecto ciego que nada había sido capaz de alterar.

Al ver al capitán, la condesa había lanzado un grito, adivinando su desgracia.

Felipone se le había acercado lentamente; le había tomado las dos manos entre las suyas y díchole, enjugándose una lágrima hipócrita:

—Dios es severo con nosotros, señora; nos ha tomado a vos vuestro esposo, a mí un amigo. Lloremos juntos...

Algunos días más tarde fué cuando la desgraciada viuda conoció el testamento de su marido, en que le suplicaba ¡insensato! que se casara con el hombre que debía ser su asesino, y que diera a su hijo un segundo padre.

Pero la aversión que la condesa profesaba a Felipone era tan grande, que se rebeló y le negó su mano. El italiano era dócil y paciente; aparentó sorprenderse del deseo de su difunto amigo; declaróse indigno de ocupar su puesto. Solicitó el humilde favor de seguir siendo el simple protector, el amigo adicto de la pobre viuda, el tutor del joven huérfano.

Y durante tres años aquel hombre representó tan bien su papel, mostróse tan afectuoso, tan bueno, tan lleno de adhesión, tan abnegado, que acabó por desarmar a la condesa, que creyó haberse engañado y haberlo juzgado mal. Luego llegaron los reveses de la era imperial.

La señora de Kergaz era de origen plebeyo, y, viuda de un militar del imperio, vióse blanco de algunas persecusiones; más que nunca comprendió el terrible aislamiento de la viuda que es madre y que se debe a su hijo.

Felipone habíase vuelto cortesano, era bien visto en la corte y podía hacer mucho por el porvenir del huérfano.

Esta última consideración triunfó en su favor en el espíritu de la condesa, que acabó por ceder a sus instancias; se casó con el italiano.

Pero, cosa extraña, apenas hubo ligado su existencia a la de aquel hombre, la aversión primera que le había inspirado y que él había logrado extinguir, se reanimó vivaz en lo hondo del corazón de la condesa.

Luego, una vez conseguido su objeto, el coronel juzgó inútil proseguir en adelante su papel de larga y paciente hipocresía. Su naturaleza, rencorosa, su carácter salvaje y vengativo prevalecieron insensiblemente, y se condujo como si quisiera vengarse de los primeros desdenes de Elena. Entonces comenzó para la pobre mujer esa vida de lágrimas y de aislamiento que oculta sus crueles misterios bajo la tiranía conyugal. Felipone tuvo en público sonrisas para su mujer, y fué para ella un verdugo en la intimidad. El miserable inventó torturas sin nombre para aquella noble mujer que había creído en él un solo día.

Su odio celoso se extendió hasta el niño que le recordaba el primer esposo de la condesa, y cuando esta última estuvo a punto de ser madre, el italiano osó hacerse este cálculo infame:

—Si el pequeño Armando llegase a morir, mi hijo heredaría una fortuna inmensa... ¡Y es tan fácil que muera un niño de cuatro años!...

Meditando esta idea había llegado a Kerloven el conde Felipone.

Devorando sus lágrimas, la condesa vivía en Kerloven, en un retraimiento absoluto, consagrando todos sus cuidados a su hijo, en tanto que su marido llevaba una vida alegre.

Una tarde (el mes de mayo tocaba a su fin), Elena había dejado a Armando jugando en la plataforma del castillo, y, dominada por esa necesidad de orar y de recogerse que experimentan las almas doloridas, habíase

refugiado en su cuarto para arrodillarse delante de un crucifijo de marfil colocado en la cabecera de su lecho.

Largo tiempo había pasado en oración, y la noche había llegado, una noche nebulosa y sombría como tan a menudo se ven en las costas brumosas de la vieja Armórica. Soplaba con violencia el viento del mar, las olas agitadas rugían al pie de las falesas. La condesa pensó en su hijo, y, dominada por un siniestro presentimiento, iba a salir de la habitación para llamar al niño, cuando su marido entró.

Felipone vestía un traje de caza y calzaba botas con espuelas. Había pasado el día en los bosques de la vecindad y parecía que llegaba en ese instante. Al verlo, la condesa sintió crecer la vaga angustia que le oprimía el corazón.

—¿Dónde está Armando? — le preguntó con vivacidad.

—Iba a preguntároslo, — repuso tranquilamente el conde, — pues me sorprende el no verlo a vuestro lado.

La condesa se estremeció al oir el sonido de aquella voz hipócrita, la zozobra que le oprimía el corazón subió de punto.

—¡Armando! ¡Armando mío! — repitió la desa, abriendo la ventana que daba sobre la plataforma.

El niño no respondió.

—¡Armando! ¡Armando mío! — repitió la madre con angustia.

Igual silencio.

Una lámpara colocada sobre un velador alumbraba a medias aquella vasta pieza a la cual se habían dejado sus viejas colgaduras, sus muebles de roble ennegrecido y su sello de vetustez.

Sin embargo, uno de sus reflejos dió en la frente morena del italino, y parecióle a la condesa que una palidez lívida la cubría.

—¡Hijo mío! — repitió con ansiedad; — ¿qué habéis hecho de mi hijo?

—¿Yo? — repuso el conde con un ligero temblor en la voz, que no pasó desapercibido par la inquieta madre. — Si yo no he visto a vuestro hijo, me he apeado del caballo en este instante.

Al pronunciar estas últimas palabras, el acento turbado del italiano había recobrado su entonación habitual y una calma completa. Pero la condesa no dejó por eso de abandonar precipitadamente la habitación, agitada por los más siniestros pensamientos, y llamando a voces:

—¡Armando! ¡Armando! ¿Dónde está Armando?

III

Veinte minutos antes, el conde Felipone había vuelto de su cacería y apeádose en el patio de Kerloven.

La servidumbre del castillo no era muy numerosa y se componía de una docena de criados, a lo sumo, comprendidos el montero y los dos hombres encargados de cuidar los perros. Estos tres últimos permanecían en el patio, ocupados en la perrera y en las caballerizas; los demás estaban diseminados en el castillo. El conde subió la gran escalera del castillo sin encontrar a nadie en su paso, y llegó a la entrada de una larga galería que flanqueaba todo el piso principal, conducía por uno y otro costado a las habitaciones y tenía una puerta vidriera que daba a la plataforma, paseo favorito del italiano.

Después de almorzar o de comer, el conde, ordinariamente, iba a fumar en ella un cigarro y a echar una mirada pensativa y distraída al mar.

La puerta vidriera estaba entreabierta; Felipone franqueó el umbral maquinalmente.

Era ya casi de noche. Un postrer rayo crepuscular rozaba el horizonte y separaba aún las olas extremas del océano, de la última nube del cielo. El ruido del mar, al estrellarse al pie de la falesa, llegaba hasta la plataforma como un rumor confuso. El conde dió tres pasos y tropezó. Sus pies acababan de encontrar un objeto que hizo un ruido seco ante aquel contacto. Era un caballo de madera con que jugaba el niño.

Felipone dió unos cuantos pasos más y a favor de las postreras y moribundas claridades de la tarde, descubrió al niño apoyado en el parapeto de la plataforma, en un rincón, en la más completa inmovilidad.

Cansado de jugar con su caballo de madera, Armando se había sentado un momento para reposarse; el sueño había llegado luego, ese sueño invencible que se apodera bruscamente de los niños, y dormía profundamente.

Al verlo, el conde se detuvo de repente. Había cazado solo todo el día. La soledad es mala consejera para aquellos a quienes atormenta un pensamiento criminal. Durante cinco o seis horas, Felipone había cabalgado por los verdes senderos de esos inmensos bosques de la Bretaña, donde el silencio es tan profundo y tan completo el aislamiento.

Había perdido la pista de la caza, había cesado de percibir el ladrido de los perros, y poco a poco, presa de una vaga meditación, había dejado flotar la brida en el cuello de su caballo. Entonces había vuelto, ardiente y tenaz, aquel pensamiento que lo asediaba desde que la condesa estaba en cinta.

—Armando, — pensó, — tendrá un día veintiún años y toda la fortuna de su padre le pertenecerá. Si muriera, su madre lo heredaría, y mi hijo heredaría a su madre.

Y una vez más el italiano había acariciado el sueño infame de la muerte del niño. Y ahora, al volver, el primer ser que se le aparecía era aquel niño, aquel niño dormido allí, en un sitio solitario, lejos de todo el mundo, en esa hora nocturna en que la idea del crimen germina tan fácilmente en una alma envilecida.

El conde no despertó al niño, pero apoyó los codos en el parapeto de la pdataforma e inclinó la cabeza.

Debajo, a más de cien toesas, se encrespaban las olas coronadas de blanca espuma, y aquellas olas podían servir de tumba.

Felipone se volvió y con mirada rápida exploró la plataforma: estaba desierta y la oscuridad de la noche empezaba a envol-

verla. La voz del mar subía hasta él y parecía decirle: "El océano no devuelve lo que se le confía".

Un relámpago infernal cruzó por el espíritu de aquel hombre; una tentación terrible le mordió el corazón.

—Podría haber sucedido, — murmuró, — que el niño, llevado por la curiosidad de mirar el mar, hubiese escalado el parapeto, que sólo tiene tres pies de altura; que se hubiera sentado sobre él imprudentemente y quedado dormido, como se ha dormido al pie del mismo. Luego, al dormirse, habría perdido el equilibrio...

Una sonrisa siniestra asomó a los labios lívidos del italiano.

—Y entonces, — prosiguió, — mi hijo no tendría hermano y me vería libre de tener que rendir cuentas de tutela.

Al pronunciar estas palabras, el conde se inclinó de nuevo y contempló el mar. Las olas rugían sordamente y parecían decirle: "Envíanos ese niño que te estorba; le guardaremos fielmente y le haremos una bonita mortaja de algas verdes". Volvió a echar otra mirada a su alrededor, esa mirada investigadora y rápida del criminal que teme que lo espíen. El silencio, la oscuridad, la soledad, le decían: "¡Nadie te verá, nadie atestiguará jamás ante un tribunal humano que tú has asesinado al pobre niño!"

Y el conde sintióse entonces presa del vértigo y ya no vaciló.

Dió un paso más, tomó en brazos al niño dormido, y lanzó a la débil criatura por encima del parapeto.

Dos segundos después un ruido sordo que llegó desde las profundidades del océano le hizo comprender que las olas habían recibido y sepultado a su presa. El niño no había lanzado siquiera un grito al despertarse en el vacío. Durante algunos segundos, Felipone permaneció inmóvil y dominado por una fiebre extraña, en el sitio mismo en que había cometido su crimen; en seguida el miserable tuvo miedo y quiso huir; pero recobró la sangre fría que caracteriza a los grandes criminales y comprendió que si huía se denunciaría. Entonces, con un andar vacilante aún, pero con el rostro sereno ya, se marchó de la plataforma en puntas de pie y se dirigió a la habitación de su mujer, dejando sonar por fin sus espuelas y el taco de sus botas en las baldosas de la galería.

IV

La condesa se había lanzado fuera de su cuarto pidiendo su hijo a todos los ecos, y su marido la había seguido, manifestando a su vez una viva inquietud, pues el niño tenía costumbre de volver al lado de su madre cuando acababa de jugar. Las voces de la condesa no tardaron en poner en movimiento a todo el castillo. Los criados acudieron. Ninguno de ellos había visto a Armando desde el instante en que su madre lo dejara en la plataforma.

Se exploró el castillo, el jardín, el parque; el niño no estaba en ninguna parte. Transcurrieron dos horas en medio de esas pesquisas infructuosas. Desesperada, la condesa se retorcía las manos, y su mirada ardiente parecía querer escudriñar hasta el fondo el corazón de Felipone, a quien consideraba ya como el asesino de su hijo, y adivinar así lo que había hecho del niño. Pero el italiano fingía también la más profunda aflicción; había en su voz y en su fisonomía una desesperación tan ingenua y un asombro tal, que la madre, una vez, creyó que obedecía a la aversión irresistible que profesaba a su marido, al acusar a éste de la desaparición de su hijo. De repente llegó un criado trayendo en la mano el sombrerito del niño, adornado con una pluma blanca, que se le había caído de la cabeza en la orilla de la plataforma durante el sueño.

—¡Ah! ¡Desgraciado! — exclamó Felipone con un acento que engañó a la pobre mujer; — habrá escalado el parapeto...

Pero en el momento en que la condesa retrocedía espantada al oir estas palabras, y ante la vista de aquel objeto que parecía confirmar la siniestra verdad, apareció un hombre en el umbral de la puerta de la sala en que se hallaban los dos esposos, y, al ver a aquel hombre, el conde Felipone retrocedió presa del estupor y se puso lívido.

El personaje que acababa de aparecer, era un hombre de unos treinta y seis años y vestía una larga levita azul, decorada con una cinta roja, como las que usaban en aquel entonces los soldados del Imperio que la Restauración había separado del servicio.

Era aquel hombre de elevada estatura y en sus ojos brillaba un fuego sombrío que iluminaba con reflejos de indignación su rostro pálido y colérico. Dió tres pasos en dirección de Felipone, que retrocedía aterrorizado, extendió la mano hacia él y le gritó:

—¡Asesino! ¡Asesino!

—¡¡Sebastián!! — murmuró Felipone presa de un vértigo.

—Sí, — repitió el húsar, — pues era él Sebastián, a quien creiste que habías quitado la vida, y que no murió... Sebastián, a quien los cosacos encontraron tendido en su propia sangre, una hora después de tu fuga, y a quien salvaron la vida... Sebastián, prisionero de los rusos durante cuatro años, y que libre al fin, viene a pedirte cuenta de la sangre de tu coronel, con la que tus manos están cubiertas.

Y como Felipone siguiera retrocediendo, fulminado ante aquella terrible aparición, Sebastián miró a la condesa y le dijo:

—Este hombre, este miserable, señora, ha matado al hijo como mató al padre.

La condesa comprendió.

Entonces la madre, trastornada y fuera de sí poco antes, se convirtió en una tigre en presencia del asesino de su hijo y se precipitó sobre él para desgarrarlo con sus uñas, gritando:

—¡Asesino! ¡Asesino! El cadalso te aguarda... ¡Yo misma te entregaré al verdugo!...

Pero luego, como el infame siguiera retrocediendo, la madre exhaló un grito y sintió algo que se movía en el fondo de sus entra-

ias... Lanzó un grito y se detuvo, pálida, vacilante y anonadada... El hombre a quien quería denunciar a la vindicta de las leyes, el hombre a quien quería arrastrar hasta las gradas del patíbulo, aquel miserable, aquel infame, era el padre de ese otro niño que empezaba a agitarse en su seno.

V

A fines del mes de octubre del año 1840, es decir, veinticuatro años después de los sucesos que acabamos de referir, una noche, en Roma, un hombre que por el traje y el aspecto se echaba de ver que era francés, atravesó el Tíber y penetró en el Trastevere con paso desenvuelto. Era de elevada estatura, joven, y podría tener veintiocho años. Su belleza varonil y atrevida, sus ojos negros, en los que brillaba una mirada altiva y dulce, su ancha frente, en que aparecía ya ese pliegue precoz y profundo que denuncia las precauciones prematuras y las tristezas misteriosas del pensador y del artista, esa adorable mezcla, en una palabra, de juventud enérgica y de melancolía que se notaba en él, atraía la atención curiosa y llena de secreta admiración de los trasteverianos, esas mujeres del pueblo romano tan conocidas por la belleza y virtud que les son características. El día declinaba, pero aun no era de noche. Un postrer rayo de sol que se extinguía en las aguas del Tíber, se deslizaba en la cumbre de los edificios de la ciudad eterna, cubriendo con reflejos dorados y purpúreos las ventanas de los palacios y las vidrieras de las iglesias. El aire estaba tibio y dulce, y los transtiverinos estaban en las puertas de sus casas, las mujeres haciendo girar sus ruecas y los niños jugando en la calle; los hombres fumando con gravedad, en tanto que escuchaban una canción venida de las lagunas Pontinas, y que había pasado de boca en boca hasta la de un artista ambulante que recogía en aquel momento unos cuantos "baiocchi", en la calle estrecha y tortuosa en que nuestro personaje acababa de penetrar.

En la mitad de la calle había una casita de apariencia coqueta, de techo de azotea, y por cuyas paredes trepaba una yedra de Irlanda, cuyas ramas vivaces enlazaban el tronco de una vid de racimos dorados y ya maduros. La casa estaba silenciosa y cerradas perfectamente las puertas que daban a la calle. Detrás de las persianas inmóviles de sus dos pisos no se producía ningún ruido, ningún movimiento. Hubiérase dicho que estaba completamente deshabitada.

El joven francés se detuvo delante de la puerta y sacó del bolsillo una llave con la cual penetró en la casa. Un vestíbulo pequeño, de mármol blanco y rosado, conducía a una escalera de caracol que el visitante subió de prisa.

—¿Dónde estará Fornarina? — se preguntó al dirigirse al primer piso de la casa. — A pesar de mis órdenes siempre deja sola a mi ama. Mal dragón es el que tengo para guardar mi tesoro — ¡un tesoro que no tiene precio!

Llamó discretamente a una puertecita que daba al descanso de la escalera.

—¡Entrad! — dijo una voz dulce desde el interior.

El joven empujó la puerta y se encontró en un bonito cuarto tapizado con una tela persa de fondo gris perla, con muebles de palo de rosa, atestado de macetas de flores que exhalaban perfumes penetrantes, y en cuyo fondo, recostada en un diván a la usanza turca, se hallaba una hechicera criatura, ante la cual se detuvo el joven, como deslumbrado, aunque estaba lejos de verla por primera vez.

Era una mujer de veintitrés años a lo sumo, pequeña y delicada, de cutis blanco y un tanto pálido, de cabellos de un rubio ceniciento, de ojos azules; una flor abierta en el tibio sol del Norte y transportada momentáneamente bajo los árboles del cielo italiano. Era maravillosa la belleza de aquella joven, y las transtiverinas que la habían visto detrás de las persianas, en la bruma de la tarde, o al salir el sol, se habían quedado mudas de admiración. Al ver al francés, la joven se puso de pie y lanzó un grito de júbilo.

—Os esperaba, Armando, — dijo, — y parecíame que tardábais hoy más que de costumbre.

—Acabo de salir de mi taller, — repuso el joven, — y habría acudido antes a vuestro lado, querida Marta, sino hubiese recibido la visita del cardenal Stenio Landi, que desea adquirir una estatua. El cardenal pasó en mi casa varias horas... Pero — preguntó el artista, que era, en efecto, un escultor francés, premio de Roma, — estáis pálida y triste más que de ordinario, Marta; parecéis agitada...

La joven se estremeció.

—¿Lo créeis? — preguntó.

—Sí, — repuso el escultor sentándose junto a ella y tomándole las dos manos, que estrechó con amor y respeto. — Algún terror desconocido os hace sufrir, mi pobre Marta; habéis tenido miedo... os ha sucedido algo... decídmelo...

—¡Pues bien! — dijo la joven con esfuerzo; — tenéis razón, Armando, he tenido miedo... y os esperaba con impaciencia.

—¿Miedo, de qué?

—Escuchad, — prosiguió Marta con vivacidad; — es preciso salir de Roma... ¡Es preciso! En vano me habéis ocultado en este barrio solitario de la gran ciudad en que jamás se aventura el extranjero... en vano habéis creído que aquí me vería a salvo de las persecuciones de mi genio malo... ¡Aquí, como en cualquier otra parte, como en Florencia, es preciso partir!

Una palidez extraña cubría el rostro de la joven, al expresarse de ese modo.

—¿Dónde está, Fornarina? — interrogó bruscamente el escultor.

—La envié a vuestra casa para que os llamara. Habrá tomado la calle ancha y vos la estrecha; os habéis encontrado.

—Esa mujer que he colocado a vuestro lado con la misión de que no os abandone un solo instante, angel mío, puede que sea.

Compre

EL DIARIO

todas las tardes y estará al corriente de las noticias sociales, políticas, sportivas, teatrales y otras del momento.

EL DIARIO

Fundado hace 45 años

tiene entrada en todos los buenos hogares.

Remita el cupón y recibirá a domicilio un ejemplar del jueves próximo con las páginas en colores, y una página con la graciosa historieta para niños:

BARNIGUGLI y su PINGO TRAGAVIENTOS

Señor Administrador de EL DIARIO.
Avenida de Mayo, 662 - Bs Aires

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán las páginas femeninas en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

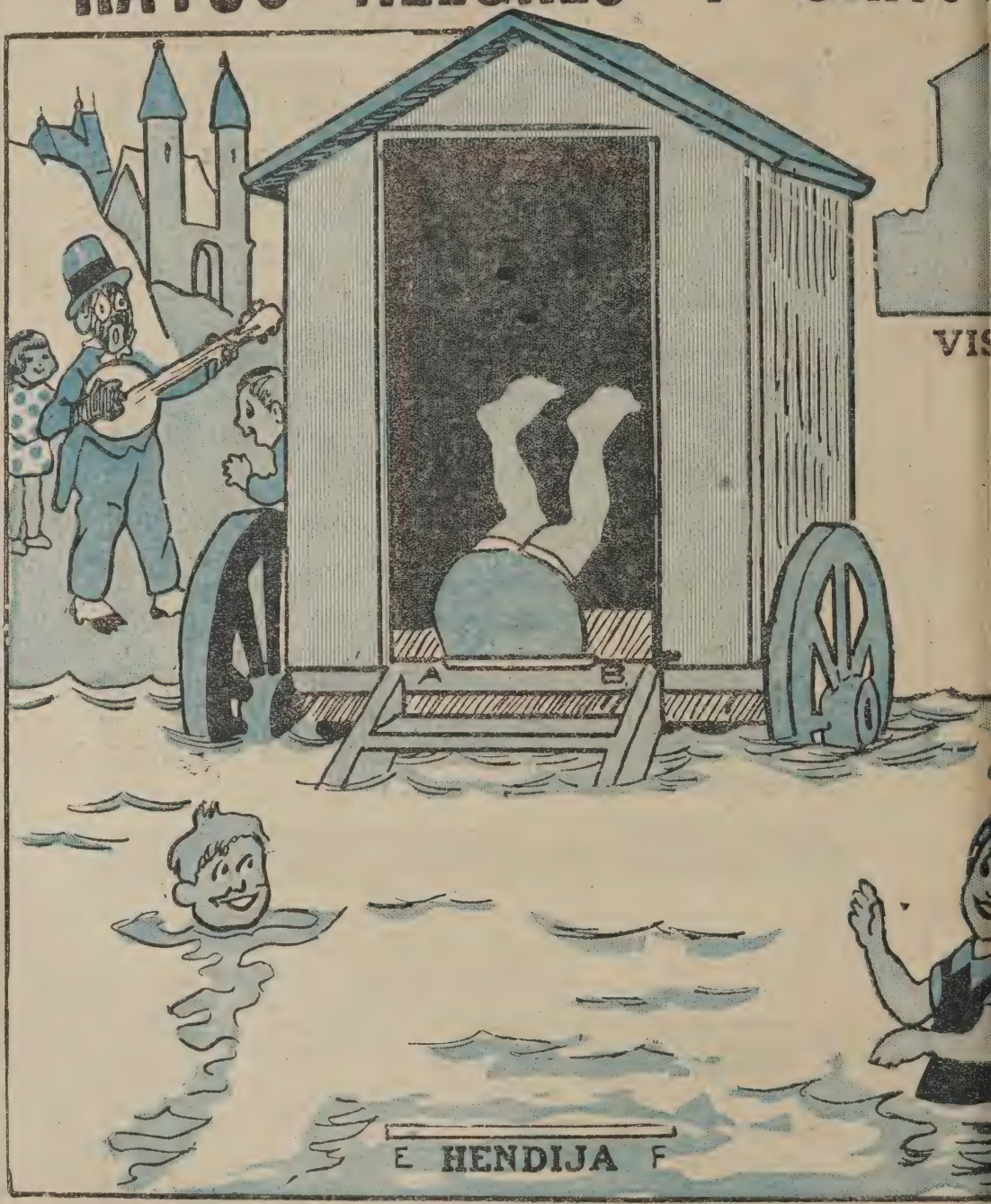
Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . .

EDICION DE LOS JUEVES
Precios de suscripción:

1 año	$ 5.--
6 meses. . .	„ 2.50
3 „ . . .	„ 1.50

RATOS ALEGRES Y GRATO



INDICACIONES — SE EMPIEZA POR PEGAR LA DOBLE P
TAN LAS DISTINTAS PIEZAS CON SUMO CUIDADO. SE H
SECCIONES DEL ZAMBULLIDOR ESPALDA CON ESPAL
DEL ZAMBULLIDOR Y DOBLE HACIA ATRAS POR LAS
TREMO DEL MUCHACHO POR LA HENDIJA A-B. SE ENDER
HENDIJA C-D Y LUEGO SE ENDEREZAN DE NUEVO. LO QUE
LA MANIJA QUE DICE "EMPUJE PARA ARRIBA" POR EL HU
SE MUEVE LA MANIJA SIN ESFUERZO Y VERA USTED QUE

A LA ORILLA DEL MAR

NA EN UN CARTON. SE DEJA SECAR BIEN Y ENTONCES SE COR-
EN LAS HENDIJAS A-B, C-D Y E-F. DESPUES SE PEGAN LAS DOS
HECHO ESO CORTE USTED LAS HENDIJAS QUE HAY AL PIE
NEAS DE PUNTOS. POR EL LADO DEL FRENTE SE PASA EL EX.
N LOS TROZOS X-X Y SE DESLIZAN LOS TROZOS Y-Y POR LA
HA DE HACER LUEGO ES EMPUJAR Y TIRAR POR MEDIO DE
O E-F Y EL JUGUETE ESTA COMPLETO. PARA QUE FUNCIONE
ERTIDO ES LO QUE PASA.

LA JUSTA ASPIRACION DEL NENE

El nene (recién llegado a Nueva York): — ¡Oh, mamita! ¡Qué lindo sería vivir en el último piso de arriba y poder deslizarse hasta abajo montado en la barandilla de la escalera.

—¡Oh! no lo creáis, Armando; Fornarina moriría antes que traicionarme.

Armando se había puesto de pie y recorría el saloncito de un extremo a otro, con un paso desigual y brusco, que revelaba su emoción.

—Pero al fin, — exclamó, — ¿qué os ha sucedido? ¿Qué habéis visto, niña, para que queráis partir así?

—Le he visto.

—¿A quién?

—¡A "El".!

Y Marta se acercó a la ventana, y por entre las persianas, indicó un lugar de la calle.

—Allí, — dijo, — anoche a las diez, en el momento en que acabábais de partir... estaba agazapado en el ángulo de aquella puerta, y miraba a la casa con ojos encendidos. Hubiérase dicho que me veía... y yo no tenía luz, mientras él estaba expuesto a la de la luna. Retrocedí espantada... Creo que al desmayarme lancé un grito... ¡Ay! he sufrido mucho...

Armando se acercó a Marta, la hizo sentar en el diván, volvió a tomarle ambas manos entre las suyas y se arrodilló delante de ella.

—Marta, — dijo; — ¿queréis escucharme? ¿Queréis tener en mí la fe que se tiene en un padre, en un amigo antiguo y fiel, en el mismo Dios?

—¡Oh! sí — repuso la joven; — hablad... protegedme... defendedme... no cuento más que con vos en este mundo...

—Señora, — prosiguió el artista; — os encontré hace seis meses llorando arrodillada, a media noche, en las gradas exteriores de una iglesia, tan desesperada y tan bella en aquel momento, que creí ver a un ángel del cielo gimiendo por la pérdida de un alma terrestre, encomendada a su guardia, y que el infierno le hubiera arrebatado. Llorábais, Marta, llorábais, señora, y pedíais a Dios que os permitiera volver a él dandoos la muerte. Me acerqué a vos, tomé una de vuestras manos y os murmuré al oído algunas palabras de esperanza. No sé si mi voz os pareció elocuente y si halló el camino de vuestra alma; pero lo cierto es que os levantásteis de repente y os apoyásteis en mí como en un protector. Queríais morir y os salvé; hablábais de desesperación y os contesté esperanza; vuestro corazón estaba lacerado, y yo procuré curarlo. Desde aquel día, niña, he sido el más dichoso de los hombres y quizá hayáis sufrido menos, ¿verdad?

—Sí, Armando, sois noble y bueno, — murmuró Marta; — ¡os amo!

—¡Ay! — respondió el francés; — soy un pobre artista sin nombre y tal vez sin patria, pues me recogieron en plena mar, a la edad de cinco años, asido de un madero, luchando contra la muerte, a pesar de mi poca edad. No tengo más fortuna que mi cincel, ni más porvenir que un poco de gloria que adquirir; pero os he conocido, os haré mi esposa en un plazo que no ha de ser largo, y sabré defenderos y haceros respetar por el mundo entero. Pero, — repuso el joven después de un momento de silencio, durante el cual Marta había bajado los ojos.— para que os defienda, señora, es preciso que sepa vuestro secreto. ¿Y me diréis aún, cómo en Viena, como en Florencia: "¡partamos, partamos! ¡No me entreguéis! ¿Quién es, pues, ese hombre terrible y maldito que os persigue? ¿Y no me creéis bastante fuerte, bastante bravo, para defenderos?

Marta estaba pálida y temblaba de pies a cabeza, con los ojos fijos en el suelo.

—Vamos, — prosiguió Armando con voz triste y dulce a la vez, y llena de caricias;— vamos, amada mía, cualquiera que sea ese pasado cuya recuerdo te atormenta, ¿creeis que pueda alterar mi amor?

Marta irguió la cabeza altivamente.

—¡Oh! — dijo; — a menos que el amor sea un crimen, mi pasado no me hará ruborizar. He amado ardiente, santamente, con la credulidad de mis diez y ocho años, a un hombre de sonrisa infernal, de corazón infame, de alma cobarde y vil, a quien juzgué bueno y leal. Ese hombre me sedujo y me arrancó de la casa de mi padre; ese hombre ha sido mi verdugo; pero Dios es testigo que huí de él el día en que lo conocí.

Armando se había arrodillado de nuevo delante de la joven.

—¡Dímelo todo, — murmuró; — dímelo y te defenderé! ¡Mataré a ese miserable!

—Pues bien, escuchadme.

Y llena de confianza en aquella mirada impregnada de amor y de valor altanero con que la envolvía el artista francés, dijo:

—Nací en Blois, esa vieja y buena ciudad que mira en el Loire las torres musgosas de su castillo y sus colinas cargadas de viñas. Era mi padre un honrado comerciante; mi madre pertenecía a una familia noble de la provincia. A los diez años perdí a mi madre y hasta los diez y siete años permanecí en un convento de Tours. Retirado de los negocios con una fortuna modesta, pero adquirida con honradez, compró mi padre, a seis leguas de Blois, remontando el Loire hacia Orleáns, una pequeña propiedad a la que me condujo cuando llegué a Tours. A una hora de camino de Margal, tal era el nombre de nuestra posesión, se encontraba el castillo Haut-Coin, hermosa tierra que pertenecía al general de división conde Felipone, oficial italiano naturalizado en Francia. El conde, que pasaba el verano en Haut-Coin con su esposa y con su hijo el vizconde Andrea, era un hombre duro, violento, de un carácter agrio, que debía haber atormentado a su mujer y sido su verdugo, pues la pobre condesa era pálida, enferma, y su cuerpo estaba agobiado como el de una octogenaria, aunque apenas contaba cincuenta años. Cuando llegué al Margal, algunas diferencias de límites, a propósito de bosques, habían puesto a mi padre en relación con el conde. Fuí presentada en el castillo. El vizconde Andre estaba ausente y no debía regresar de París sino a fines de mes. La condesa me cobró cariño y fuí para ella una compañera que la soledad no tardó en hacerla cara. La pobre señora estaba minada por un mal misterioso cuyo secreto poseían sólo el conde y ella. Nunca se veían sin testigos los dos esposos. Cambiando en presencia de los extraños algunas frases afectuosas, jamás se di-

rigían la palabra cuando estaban solos. Al cabo de un mes, frecuentaba yo el castillo de Haut-Coin, cuando llegó el vizconde. Andrea era hermoso: tenía la mirada ardiente y a la vez burlona de las razas meridionales, atenuada por la reserva del Norte; sus labios sonreían con una sonrisa de mofa, y desde los primeros días me pareció que sólo profesaba a su madre un afecto trivial. Desde su llegada, la condesa, pálida y enferma ya, se puso más débil, y estrechándome un día la mano, con indecible efusión, me dijo:

—Creo que mis días han concluido.

Algunos días después, en efecto, a media noche, llegó de Haut-Coin un criado al Margal. Iba a buscarme. La condesa estaba agonizando y deseaba verme... Seguí al criado y fuí acompañada por mi padre. Llegamos al castillo al venir el día. Era en otoño, el cielo estaba gris y el aire frío. Hubiérase dicho que era un día de agonía.

Encontramos en cama a la condesa, con los ojos encendidos por la fiebre y los labios descoloridos. En la cabecera de su lecho un sacerdote recitaba las oraciones de los agonizantes; los criados lloraban arrodillados. Pero buscamos en vano con la vista al conde y a su hijo.

—Hace dos días que están de caza, — murmuró la moribunda. — No volveré a verlos más.

El conde y su hijo, se hallaban, en efecto, desde hacía dos días, en casa de unos parientes que tenían en Orleanais, a diez leguas de Blois, y era una cosa siniestra el pensar que aquella mujer, que tenía un hijo y un esposo, iba a extinguirse en medio de personas extrañas, y que la mano de ese hijo no le cerraría los ojos...

Murió a las diez de la mañana y su última palabra fué ésta:

—¡Andrea... hijo ingrato!

Y oí que un criado viejo murmuraba muy quedo:

—El señor vizconde es quien ha muerto a su madre.

—Y bien, ¿lo créeis, amigo mío? Yo amaba ya a aquel hombre, y él mismo había osado confesarme la pasión que le inspiraba... ¿Qué hizo, con qué seducciones infernales me rodeó durante los tres meses que siguieron a la muerte de su madre? No lo sé... Pero llegó una hora en que creí en él como creen los ángeles en Dios, en que ejerció sobre mí un poder extraño y fascinador, en que me dijo:

—Marta, te juro que serás mi esposa; pero como mi padre no consentirá jamás en nuestra unión, pues yo soy rico y tú eres pobre, ¿quieres que huyamos? Iremos a Italia, allí nos casaremos, y el tiempo, esperémoslo, desarmará a mi padre.

—¿Y el mío? — pregunté espantada.

—El tuyo irá a reunirse con nosotros.

—Pero, ¿por qué no comunicarle este proyecto?

Esta pregunta pareció cohibirle. Sin embargo, repuso:

—Tu padre es escrupuloso hasta lo caballeresco; si lo tomamos como cómplice, no querrá nunca engañar al mío; irá a verlo, y nuestra dicha quedará comprometida.

Creí a aquel hombre, cedí y lo seguí. Fué en una oscura noche de invierno, amigo mío cuando la hija culpable abandonó furtivamente el techo paterno para seguir al raptor. Una silla de posta nos esparaba a media legua del Margal, y Andrea me llevó hasta ella medio loca de emoción y de terror. En mi cuarto, sobre una mesa, dejé una carta larga, en la cual pedía perdón a mi padre y lo ponía al cabo de mi fuga. Ocho días después estábamos en Italia y llegábamos a Milán. Andrea alquiló allí una casa, me presentó como a su esposa a la nobleza milanesa, dió comidas e hizo una vida de gran señor. Muchas veces le supliqué que escribiese a mi padre y lo indujera a que viniese a reunirse con nosotros.

—He recibido, — me dijo al fin, — noticias de vuestro padre y del mío. Están furiosos; pero el tiempo los calmará. Esperemos.

Andrea empezó entonces a eludir toda conversación que se refiriera a nuestra próxima unión. Transcurrieron dos meses; yo había escrito varias veces a mi padre; nunca me había contestado. Supe después que Andrea hacía interceptar mis cartas por el criado encargado de echarlas al correo.

Entretanto, Andrea hacía vida alegre en Milán; tenía caballos, criados, festivos comensales, y, en apariencia, yo era la más dichosa de las mujeres; pero un día en que le recordé sus promesas, me contestó con impaciencia:

—Espera, querida mía; mi padre es anciano y se morirá el día menos pensado... entonces me casaré contigo.

Y como semejante respuesta me aterrara, sacó del bolsillo una carta que me entregó. Era de su padre y la leí palideciendo.

"Mi querido hijo, — decía el conde; — no veo ningún inconveniente en que seduzcáis las jóvenes de los alrededores y os las llevéis a Italia; pero me complazco en suponer que no pensáis casaros con ellas; tanto más, cuanto que tengo a mano un brillante casamiento para vos...".

La carta se me cayó de las manos y miré a Andrea con estupor.

—¡Y bien! — le dije; — ¿qué os proponéis hacer, caballero?

—¿Qué queréis que haga? Esperar.

—¿Esperar qué?

—La muerte de mi padre, — dijo con frialdad. — Lo conozco demasiado. Es hombre capaz de desheredarme.

Y Andrea giró sobre los talones y se separó de mí, tarareando una canción.

—¡Ay! amigo mío, — murmuró Marta con abatimiento; — desde aquel día empecé a adivinar la naturaleza odiosa de aquel hombre. Nunca había tenido más intención que la de hacerme su querida. Durante ocho días fuí presa de una especie de fiebre, mezclada de delirio... llamaba a mi padre, pedía perdón a Dios... me arrastraba a los pies de Andrea suplicándole que me restituyera mi dicha conduciéndome ante el altar... Andrea me contestó con frases evasivas.

Cuando estuve restablecida fuí a arrodillarme delante de un sacerdote, le confesé mi falta y le pedí consejo.

El sacerdote me dijo:

—Id, hija mía a reuniros con vuestro padre, y Dios, que es grande y misericordioso, os perdonará y ablandará quizás el corazón de ese hombre que se niega a reparar el daño que os ha hecho.

¡Mi padre! Entonces recordé cuán bueno e indulgente era en otro tiempo para con su hija y miré el consejo del ministro de Dios como una orden venida del cielo. Quise obedecerle...

Una mañana anuncié a Andrea mi partida.

—¿Y adónde vas? — me preguntó con indiferencia.

—Me vuelvo a Francia, — le contesté con altivez. — Voy a reunirme con mi padre...

—¿Tú padre? — exclamó con voz estremecida.

—Sí, — le dije, — y puede ser que me perdone.

El vizconde movió la cabeza con tristeza.

—Mi pobre Marta, — me dijo, — te he ocultado la verdad demasiado tiempo; no me atrevía a desgarrarte el corazón... pero... ¡ay! es preciso, ya que estás resuelta a partir...

—¡Dios mío! — exclamé espantada; — ¿qué vais a hacerme saber?

No contestó; pero me tendió una carta orlada de negro, y cuya fecha databa de un mes atrás... Mi padre había muerto de dolor. ¡ Y yo había sido la causa de su muerte!

—¡Pobre Marta! — murmuró el artista, tomando entre las suyas la mano blanca de la joven, que, al recuerdo de su padre, había prorrumpido en llanto.

Marta enjugó sus lágrimas y prosiguió:

—Mi padre había muerto. Yo amaba a Andrea y ya no tenía más que a él a quien amar en este mundo. El vizconde me prodigó sus atenciones y sus caricias, y no tuve valor para abandonarlo. Durante los primeros días de mi duelo, se mostró bueno y lleno de ternura para conmigo; juróme solemnemente que nunca tendría más mujer que yo, y tuve la debilidad de creerlo. Pero luego su naturaleza ardiente y traviesa a la vez, recobró su imperio. Volví a ser su querida y no su esposa. Reabrió las puertas de su casa a sus camaradas de orgía, y desde entónces comprendí que yo era sólo un simple juguete para él.

Tal vez me amaba, pero como se quiere a un perro, a un caballo, a una cosa que poseemos que es nuestra. Las atenciones de que al principio me rodeara desvaneciéronse una por una, y tratóme sin miramientos... Yo seguía amándole. Y él me infligió la vergüenza de una rival: una ramilletera que había encontrado al paso bajo el pórtico del teatro de la Scala. Entonces me propuse huir de aquel hombre que se hacía odioso...

Pero ¿adónde huiría? ¿Adónde encaminaría mis pasos?

Además, Andrea ejercía sobre mí la extraña y odiosa dominación del amo sobre el esclavo, algo así como la fascinación del reptil sobre el pájaro. El imperio que ejercía sobre mí llegaba hasta el terror, pues ya no se tomaba el trabajo de ocultarme su naturaleza pervertida y sus instintos crueles.

IV

Una noche. Andrea tuvo una disputa en el teatro con un oficial austriaco, y se batió con él al día siguiente.

El arma elegida fué la pistola. Según las condiciones del combate, los dos adversarios debían marchar el uno al encuentro del otro y hacer fuego a voluntad. El oficial disparó primero. Andrea no fué herido y siguió avanzando.

—¡Tirad, pues! — le gritaron los padrinos.

—Aun no, — repuso Andrea.

Y avanzó hasta tocar a su adversario y colocarle el caño de su pistola sobre el pecho.

El oficial esperaba estoicamente cruzado de brazos y con la sonrisa en los labios.

Un hombre de corazón se hubiese conmovido ante aquel valor: el cobarde no tuvo piedad de él.

—Es verdad, — dijo con una sonrisa cruel, — que sois apenas de mi edad, caballero, y vuestra madre sentirá un gran pesar al conocer vuestra muerte.

E hizo fuego y mató al oficial, que se desplomó sin lanzar un grito.

—¡Miserable! — murmuró Armando con repugnancia.

—¡Oh! — prosiguió Marta, — no os he dicho todo, amigo mío, escuchad... ¡Ese hombre es un asesino! Un asesino y un ladrón!...

Marta se interrumpió un instante, con la frente cubierta por el rubor de la vergüenza. Haber amado a semejante hombre era para ella la última de las degradaciones.

—Andrea, — continuó, — Andrea era un jugador desenfrenado. Nuestra casa habíase convertido en un garito infame en el que cada noche se arruinaba algún hijo de familia de la nobleza milanesa. Tenía una suerte inaudita, y hacía algunos meses que ganaba increíbles sumas, cuando ese cambio súbito de fortura, esa larga serie de derrotas de los jugadores que llaman la "deveine", llegó implacable, inexorable como el destino.

Una noche perdió una suma enorme, varios centenares de miles de francos. Todos sus invitados habían partido, con excepción de uno solo, el barón Spoletti, que le hacía la partida desde media noche; eran cerca de las cinco de la mañana. Spoletti ganaba todo lo que Andrea había perdido. Jugaban en el fondo de un pabellón situado en el extremo del jardín, y colocada en un rincón, en el que me retenía mi penoso deber de dueña de casa, asistí a ese escena emocionante y vergonzosamente terrible.

Andrea estaba pálido y sus labios temblaban; el sudor brotaba de su frente a medida que sus últimos billetes de Banco se apilaban delante del barón, Spoletti jugaba con frialdad, como hombre que cree en su suerte. Tenía a su lado una cartera repleta de billetes de Banco que representaban una suma enorme. Aceptaba todas las apuestas que le hacía Andrea. Llegó el vizconde a su último billete de mil francos y lo perdió.

—Barón, — dijo con una voz embargada por la emoción, — no tengo aquí más dinero; pero mi padre posee trescientas mil libras de renta; os juego cien mil escudos bajo palabra.

El barón hizo como que reflexionaba un minuto, y dijo luego con negligencia:

—Tomo vuestros cien mil escudos en cinco puntos de "ecarté". Andrea estaba lívido;

el rostro se le encendió, le brillaron los ojos de esperanza.

—¡Vamos! — dijo barajando las cartas con mano febril.

Horrible cosa era aquella partida. Para Andrea, perder era la ruina; el conde, su padre, era avaro, no pagaría y en rigor dejaría que su hijo se deshonrase.

Para el barón, perder era abandonar todo lo que acababa de ganar. Pero había sido osado porque seguía creyendo en su suerte, y permaneció tranquilo y frío, por lo menos en apariencia. En dos bazas, Andrea hizo cuatro puntos, y respiró con estrépito. Pero perdió la siguiente y luego la otra, y el barón hizo también cuatro puntos.

Andrea volvió a ponerse lívido.

Al barón le tocaba dar; tenía la ventaja de dar vuelta la carta como pie.

Los dos jugadores se miraron un moento, tan conmovido el uno como el otro, cual dos campenes dispuestos a degollarse.

—Suspendemos la partida... — dijo Andrea.

El barón vaciló.

—No — dijo. — ¿Para qué?

Dió cartas y volvió una.

—¡El rey! — dijo. — Vizconde, he ganado, me debéis cien mil escudos.

—¡Los doblo! — murmuró éste con voz ahogada.

Pero el barón se levantó con frialdad.

—Amigo mío — dijo, — tengo un principio del que soy esclavo: jamás juego dos veces bajo palabra. Además, ya es día y me caigo de sueño. ¡Adiós!

Andrea permaneció inmóvil un instante, como fulminado; vió con ojos sin expresión cómo el barón guardaba en el bolsillo el oro y los billetes que había ganado, y se despedía de mí con cortesía, pidiéndome disculpa por haberme tenido levantada hasta tan tarde.

Y luego, ya sea que obedeciese a la costumbre maquinalmente, o que un pensamiento infernal cruzara por su cerebro como un relámpago, Andrea se puso de pie para acompañar al barón y hacerle atravesar el jardín, que estaba lleno de grandes árboles.

Los criados estaban acostados, nos hallábamos solos en el pabellón y el jardín estaba desierto.

Yo estaba tan aterrada como Andrea con la enorme pérdida que acababa de sufrir, y muda de estupor, lo vi salir y alejarse dando el brazo al barón. Cinco minutos después oí un grito, uno solo, que me llegó, como un grito de agonía; luego reinó un silencio completo y absoluto; luego, poco a poco, vi aparecer a Andrea, en cabeza, con la mirada extraviada, las ropas en desorden y el chaleco blanco cubierto de sangre. El miserable tenía un puñal en la mano y en la otra la cartera del barón, a quien acababa de asesinar con el arma que llevaba siempre consigo desde que estaba en Italia. A mi vez, lancé un grito, un grito de horror y de repulsión suprema. Y huí fuera de mí, sin que él pensara en retenerme, y me lancé por entre el jardín.

En mi carrera tropecé con el cadáver del barón, y este contacto me dió fuerzas para seguir mi camino. ¿Cómo salí de la casa? ¿Cómo, después de una carrera insensata a través de la ciudad, desierta todavía, caí desfallecida en las gradas de la iglesia donde me encontrasteis abandonada? ¡Ay! no lo sé!

—¡Ah! — murmuró Armando el escultor, — comprendo tu desesperación, pobre ángel adorado... Comprendo por qué querías huir de aquel hombre.

—No lo sabéis todo aún — murmuró Marta. — Ese hombre nos descubrió en Florencia y me hizo llegar una carta concebida en estos términos:

"Vuelve en el acto, o si no tu nuevo amante es hombre muerto."

¿Comprenderéis ahora, no es cierto, por qué hice que salierais de Florencia? Porque ese hombre os hubiese asesinado... y es preciso que salgamos de Roma, pues nos ha descubierto otra vez.

Y Marta se echó en brazos del joven artista, estrechándolo con ternura.

—Huyamos — dijo con la expresión de un terror profundo y de una ternura inefable; — huyamos, bien mío... ¡huyamos del asesino!..

—No — dijo Armando con vivacidad, — no partiremos, hija mía; y si ese hombre se atreviera a penetrar aquí, ¡lo mataría!

Marta se estremecía como la hoja seca que los vientos otoñales arrastran por el polvo. Armando sacó el reloj.

—Corro hasta mi taller — dijo Armando; — estaré de vuelta dentro de una hora y pasaré aquí la noche, acostado en el umbral de vuestro cuarto. Voy en busca de armas... Marta, amada mía ¡ay del traidor Andrea si osa franquear la puerta de tu casa!

Y el escultor salió y se dirigió corriendo en dirección al Tíber.

Al salir de la casita del Trastevere, el artista encontró a Fornarina, una vieja que él había colocado al lado de Marta para que cuidara y velara por su seguridad.

—Acabo de estar con tu ama — le dijo; — te espera. Cierra la puerta con llave, y, suceda lo que suceda, guárdate de abrirla.

—Está bien; vuestra señoría puede estar tranquilo — repuso la vieja inclinándose con esa flexibilidad de cintura que es propia del pueblo italiano.

Pero apenas hubo llegado Fornarina a la casita entapizada de vid, dejó oir un silbido misterioso, y en vez de cerrar prudentemente la puerta de la calle, la dejó entreabierta.

La noche había cerrado y la calle estaba desierta.

Al silbido de la vieja, una sombra se dibujó en la extremidad opuesta al Tíber, se acercó luego con paso cauteloso hasta la casa, y empujó la puerta entreabierta, llamando en voz baja.

—Fornarina.

—Aquí estoy, excelencia, — repuso la italiana; — ¿sois vos?

—Soy yo.

—El amo se ha marchado, pero volverá.

—Está bien; tendremos tiempo... La silla de manos está aquí cerca — murmuró la sombra a guisa de aparte.

El desconocido puso luego una bolsa en manos de Fornarina, y le dijo:

—Toma y vete.

—¡Dios guarde a vuestra excelencia! — gruñó la vieja, tomando el peso con su mano de ladrona al oro de su traición.

Y mientras se alejaba de la casa, el desconocido subió la escalerita y dió tres golpes en la puerta del saloncito de Marta.

Al oir este ruido, Marta se estremeció y sintió que se le helaba la sangre; no podía ser Armando, pues había mucha distancia del Trastevere a su taller. Tampoco era Fornarina, pues Fornarina entraba sin llamar. Y como la joven vacilara en contestar, la puerta se abrió. Un hombre apareció en el umbral. Marta lanzó un grito y retrocedió como si hubiera visto surgir el demonio delante de ella.

—¡Soy yo! — dijo el hombre, arrojando á un lado la capa y avanzando hacia la joven.

—¡Andrea!... — balbuceó Andrea con voz apenas perceptible.

—¡Pardiez! sí, Andrea, ¿te sorprendes acaso de que sea yo?

Marta retrocedió y no contestaba.

—Mi querida niña — dijo fríamente el vizconde Andrea, — me abandonasteis por una tontería, tuvisteis escrúpulos; pero debías pensar que yo no os dejaría huir impunemente.

—Caballero...

—¿Cómo habéis podido figuraros que el vizconde Andrea era un hombre que se dejaría quitar su querida así no más, por un escultorcillo, por un artista cualquiera sin fortuna y sin nombre?

El vizconde acompañó estas palabras con una sonrisa burlona.

Dominada por la emoción y el espanto, Marta se había desplomado en el diván.

El vizconde Andrea Felipone era un joven de veinticinco años, de una belleza singular y casi extraña; de estatura mediana, de apariencia débil, tenía músculos de acero y poseía una agilidad y un vigor poco comunes. Rubió como un inglés o como un sueco, tenía los ojos negros, y su mirada era a la vez ardiente y burlona. Sus facciones, de una regularidad perfecta, hubiesen poseído un gran encanto de seducción, sin la expresión de amarga burla que crispaba constantemente las comisuras de su boca y se extendía por sus labios. La duquesa L... había dicho en París: "Tiene la belleza del angel caído..."

Marta contemplaba a este hombre con el espanto del esclavo evadido que va a caer en poder de su amo. Ya no amaba a Andrea, lo despreciaba, y sin embargo, ejercía sobre ella todavía un extraño poder de fascinación.

—Vamos, ángel mío, — dijo el vizconde con hipócrita dulzura, — ya sabéis bien que os amo siempre...

Dió un paso hacia la joven y le tomó la mano. Marta lanzó un grito.

—¡No, no! — dijo vivamente; — ¡salid!

—En eso pienso, repuso Andrea tranquilamente; pero me figuro que me acompañaréis.

Y una sonrisa infernal pasó por los labios del vizconde.

—Porque, — agregó, — habéis de saber que he venido a buscaros. Mirad: en el extremo de la calle, allá, nos espera una silla de posta que nos conducirá a Nápoles. He alquilado en Ischia un palacio para vos, alma mía.

—¡Jamás.. jamás! — baubuceó Marta trastornada, — ¡os aborrezco!

—No lo dudo, pero yo te amo, — replicó Andrea, — cuyas narices se dilataron como las del tigre. Ya no te amaba, pero te amo aún... Me aborreces y me desprecias... es una razón para que te robe. Vamos, hermosa, echaos un manto sobre los hombros y seguidme... el tiempo urge.

Y Andrea rodeó con sus dos brazos el busto de la joven y la levantó vigorosamente.

—¡Socorro! ¡Armando! ¡Fornarina! — gritó Marta desesperada, y procurando sustraerse al rudo abrazo del joven.

Fornarina no contestó; pero en la calle se oyó un paso rápido, y con esa fineza de oído que poseen las personas cuyo sistema nervioso está sobreexcitado, Marta reconoció el paso del artista. Armando no había ido hasta su taller. Presa de un extraño presentimiento, había vuelto sobre sus pasos, y encontrando a un transtiverino que fumaba a horcajadas sobre el parapeto de un puente, le compró por una pistola el puñal fiel de que todo italiano de viejo cuño está siempre provisto.

—¡Armando! ¡Armando! ¡Socorro! — gritó Marta, con esa voz aguda que tienen las mujeres en el momento del peligro.

—¡Armando no te poseerá! — murmuró Andrea.

Y la cargó sobre un hombro, como carga la fiera a su presa; se la llevó fuera del saloncito y bajó la escalera.

Marta se resistía y gritaba. Armando la había oído. En el instante en que el raptor llegaba a la puerta de la casa, el escultor pisaba el umbral.

—¡Paso! — gritó Andrea.

—¡Atrás, bandido! — repuso Armando, que se puso delante de la puerta y sacó el puñal.

—¡Ah! ¡ah! — dijo el vizconde con sarcasmo; — ¿con que hay que manejar el puñal?

Retrocedió algunos pasos, y dejó caer a Marta en uno de esos sofás de mimbre que guarnecen los vestíbulos en Italia. Sacó luego un puñal del bolsillo, como había hecho Armando, y los dos rivales se midieron un instante con la mirada, en presencia de Marta, medio muerta de terror.

El vestíbulo estaba alumbrado por una lamparita con bomba de alabastro suspendida del cielorraso, que despedía bastante luz para que los dos jóvenes pudieran examinarse atentamente.

Miráronse por espacio de un minuto, silenciosos e inmóviles los dos, y de aquella mirada brotó un odio tan violento como instantáneo.

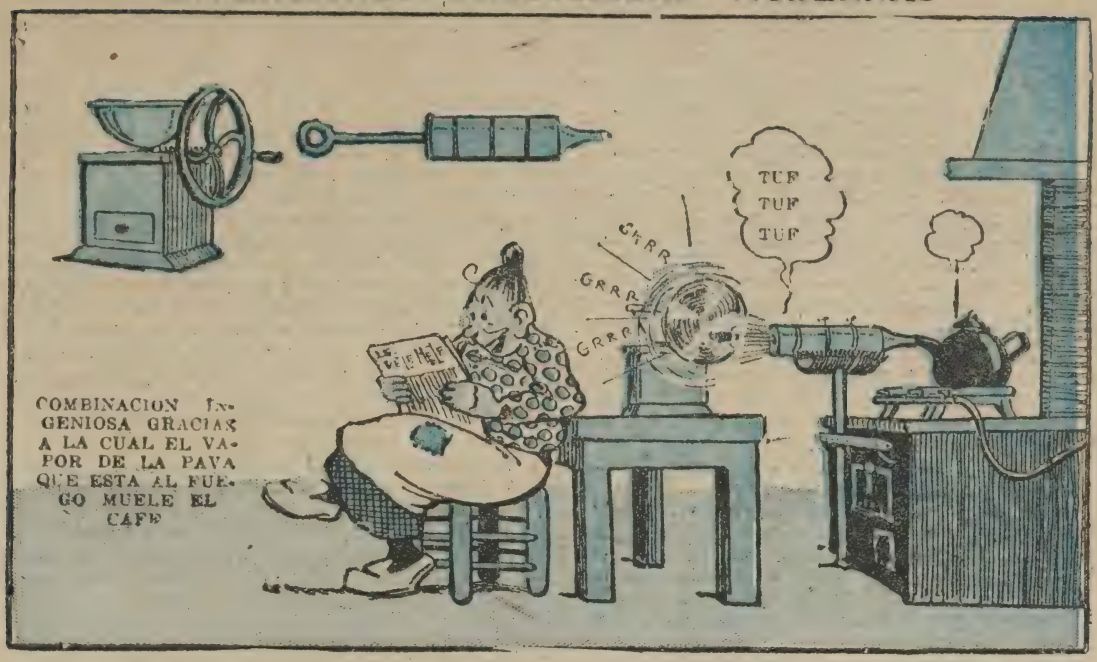
Los ojos de aquellos hombres se habían cruzado como espadas, y antes de haberse dirigido la primera puñalada, eran ya enemigos irreconciliables.

—¿Sois Andrea? — preguntó el escultor.

—¿Y vos el que llaman Armando? — interrogó el vizconde con voz burlona.

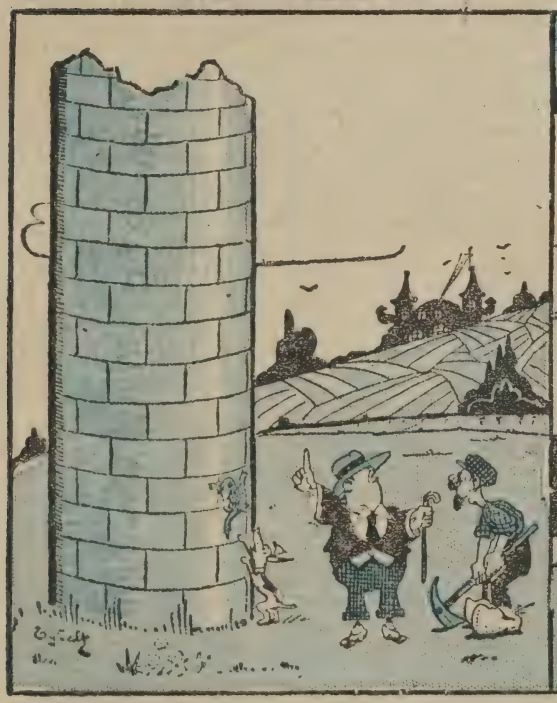
EL TERRIBLE SUCESO DE LA TORRE DE PISA

INVENCIONES PRODIGIOSAS MODERNAS



COMBINACION INGENIOSA GRACIAS A LA CUAL EL VAPOR DE LA PAVA QUE ESTA AL FUEGO MUELE EL CAFE

DANDO ORDENES



—Tome usted esta torre y llévela al patio de mi castillo. En seguida cave un agujero de su misma altura y de su diámetro en el cual la meterá usted. He decidido hacer con ella un pozo

DEL MAL EL MENOS

—¡Parece imposible que pase esto! Es un escándalo del que me quejaré! ¡Un franco por un sandwich tan chico!

—En cambio notará usted, señor, que es muy malo y se hace así por aquello "del mal el menos".

(De "Pele Mele").

—¡Miserable — exclamó el artista, que envolvió a Andrea en una mirada de fuego; — ¡sal de aquí, miserable! ¡sal al instante!

—En ese caso devuélveme mi querida, — exclamó el vizconde con sarcasmo. — Reclamo lo que es mío; dámela y saldré.

—¡Infame! — murmuró Armando, que avanzó hacia Andrea con el puñal levantado.

Pero Andrea dió un salto de tigre hacia atrás y blandió su arma.

—Parece, — dijo, — que vamos a disputarnos a la pobre Marta con la vida.

—Tú tendrás la muerte, — repuso Armando.

Y se precipitó, furioso y amenazador, sobre el vizconde, que seguía retrocediendo, pero a la manera que retrocede el tigre, para saltar con más fuerza. En efecto, retrocedió hasta la pared, y como Armando continuara persiguiéndole con el puñal en la mano, Andrea se abalanzó sobre él, a su vez, y lo estrechó fuertemente con el brazo izquierdo, mientras que con la mano derecha le dirigó el primer golpe. La punta del estileto encontró la taza que servía de guarda al del escultor, y el golpe fué así parado.

Los dos adversarios se tomaron entonces cuerpo a cuerpo, abrazáronse enlazados como dos serpientes e hiriéronse con furia.

Marta se había desvanecido y yacía inmóvil en el suelo, a pocos pasos del sitio en que se libraba aquel horrible combate.

Italia fué en todo tiempo la patria de los dramas nocturnos y de los estiletazos. Nadie se preocupa de los asesinatos ni de los raptos.

Los habitantes de la calle sintieron los gritos de rabia de ambos combatientes, pero juzgaron prudente no intervenir en la querella, y cada transtiverino permaneció tranquilo en su casa, diciéndose:

—Parece que la hermosa francesa tenía dos amantes, los cuales están batiéndose; dejémoslos no más; no tenemos para qué meternos en semejantes asuntos.

Jamás lucha alguna fué más encarnizada ni más atroz que la de aquellos dos hombres que se batían a puñal y confundían su sangre, la cual corría ya por más de una herida horrible.

Durante algunos minutos patalearon enlazados sobre las baldosas del vestíbulo, y se arrastraron como dos reptiles que se enroscan sus anillos deformes y repelentes; luego se detuvieron extenuados, vacilaron y rodaron juntos sobre el suelo; pero uno de ellos se levantó, consiguiendo librarse del abrazo de su adversario, y le asestó una puñalada en la garganta.

El vencido lanzó un grito sordo y vomitó una ola de sangre; el vencedor soltó una exclamación de triunfo, y corrió adonde estaba Marta desvanecida, a quien tomó en brazos, diciendo:

—¡Es mía!

Y aunque perdía la sangre por varias heridas, tuvo suficiente fuerza para llevársela de casa.

El vencedor era el vizconde de Andrea; el vencido, Armando, el escultor, que se retorcía en las convulsiones de la agonía mientras que su enemigo le arrancaba la mujer a quien amaba, como jamás hombre alguno amó, tal vez, antes que él.

VII

Hay en París un barrio nuevo, en el que dos poblaciones distintas y muy diferentes una de la otra, pero a quienes reúne a menudo la casualidad y tal vez una cierta similitud de gustos, han plantado su tienda desde unos quince o veinte años atrás. Queremos referirnos a esas calles numerosas que convergen en todo sentido a la colina de Monmarttre, tocan, en su punto de partida la calle de San Lázaro, suben hasta el muro de circunvalación, y han tomado el nombre colectivo del barrio de Breda. Allí esas locas criaturas que nacen y mueren no saben dónde y brillan durante diez años como un meteoro, esas muchachas embriagadas de placer y de pereza que desgranan fortunas enteras con sus dedos pródigos, descuentan d eantemano el porvenir y derrochan el presente, el mundo de las pecadoras, en fin, ha tomado posesión del entresuelo y del primer piso de cada casa.

Los pisos superiores, sobre todo aquellos en que son raras las terrazas, han sido conquistados por ese pueblo inteligente y aristocrático en sus gustos, a falta de opulencia, llamado el mundo de los artistas. Pocas son las casas, en las alturas sobre todo, que no posean uno o dos talleres; muchas albergan un músico célebre ya o en camino de serlo, o un poeta que se consuela con la ingratitud del siglo de hierro respirando a plenos pulmones por las ventanas de un quinto piso, el aire libre que flota en el azul del cielo.

Viviendo un tanto al día artistas y pecadoras, unos y otras se han agrupado fraternalmente para poblar la ciudad nueva, humilde colonia quince años ha. En efecto, en 1843, los extremos de las calles Blanche y Fontaine Saint-Georges, estaban apenas edificados, y las casitas se hallaban diseminadas aquí y allí casi sin límites junto al muro de circunvalación, como un rebaño de ovejas esparcidas en el flanco de una colina.

Entre la calle Pigalle y la de Fontaine, en el sitio mismo en que se abrió después la de Duperre, levantábase una casa grande en la que había establecido sus penates toda una colonia artística.

En la noche del martes de Carnaval al miércoles de ceniza del año 1843, el cuarto piso de esa casa estaba iluminado, y por las ventanas entreabiertas, — pues la noche estaba tibia como una noche de abril, por más que el mes de marzo apenas estuviese en su comienzo, — salían voces bulliciosas, alegres y los sonidos de una polka frenética.

Un pintor de talento, a quien la fortuna y la fama habían llegado a la vez, llamado Pablo Lorat, daba una de esas fiestas de taller que brillan por su excentricidad y a las cuales llevan todo su prestigio los artistas reunidos.

El vasto taller del gran artista había sido convertido en sala de baile, y la terraza que con él lindaba en jardín.

El baile era de disfraz y hasta de máscaras.

Los invitados pertenecían a todos los matices sociales. Había entre ellos artistas, literatos, hijos de familia que se arruinaban alegremente, algunos empleados de los ministerios, una docena de corredores de Bolsa,

un banquero célebre, y, en una palabra, un ejemplar de todas las celebridades a la moda. Las mujeres pertenecían al teatro y al mundo de la galantería.

El traje histórico era de rigor, y ningún invitado había faltado a él. Las damas de la corte de Luis XV bailaban con pajes de Carlos V, y la primera contradanza había reunido en la misma figura una Isabel de Inglaterra, un marqués de Lauzun, una Inés Sorel y un Luis XII.

Mientras en el taller se bailaba, uno que otro invitado se paseaba por la terraza desafiando el aire fresco de la noche y un comienzo de lluvia fina penetrante y fría.

Eran cerca de las once; uno de ellos había apoyado los codos en la baranda del balcón y miraba melancólicamente a su pies en tanto que hasta él llegaban, a bocanadas, las notas embriagadoras y quejumbrosas de un vals.

Vestido de negro y enmascarado, aquel hombre, que representaba un señor de la corte de María Estuardo, era de estatura elevada y parecía joven todavía.

Con la frente apoyada en las manos, pensativo y triste como si se hubiera hallado a cien leguas de la fiesta, murmuraba en voz baja:

—¡Así es la vida! corren los hombres en pos de la dicha, y no alcanzan ¡ay! más que un poco de placer efímero. Bailad, insensatos, jóvenes alocados que aun no habéis sufrido, bailad y cantad... No os imagináis que a estas horas hay quienes lloran y están torturados.

Y la mirada del soñador abarcó el horizonte.

A sus pies, París, el coloso de piedra y lodo envuelto entre la niebla, estaba entregado a su sueño febril y bullicioso.

Muy cerca de allí, al pie de la colina, la Opera coronaba su frente con una aureola de claridad, los bulevares estaban iluminados con guirnaldas de luces gigantescas, y parecían reunir el París brillante y dorado de la Magdalena con el París sombrío y tétrico del barrio de San Antonio, el París de los ricos y el de los pobres, el París de la sociedad dorada y el del trabajo obstinado.

Luego, más allá, en el horizonte, en la otra orilla del Sena, sumergido a medias en las brumas lluviosas, la mirada del soñador descubría el Panteón, cuya cúpula oscura ascendía hacia el cielo. A la deercha de este monumento, el austero barrio de San Germán, capital destronada quince años ha, cuartel de una monarquía sin rey, refugio de las viejas raíces de duelo. A la izquierda, y extendiéndose hasta las riberas pantanosas del Bievre, el miserable barrio de Saint-Marceau, alumbrado apenas de trecho entrecho por lejanos reverberos, semejantes a faros dispersos en un borrascoso mar.

—¡Oh, gran ciudad! — murmuró aquel hombre que abarcaba con la mirada ese inmenso y sublime panorama de la reina del universo; — ¿no eres tú sola acaso el emblema enigmático del mundo? Aquí el placer que vela, allá el trabajo que duerme; a mis pies los rumores del baile, en el horizonte la lámpara matinal de la labor penosa; a la derecha la canción de los felices, las sonrisas del amor, los sueños de oro y los mirajes infinitos de esa embriaguez que se llama la esperanza; a la izquierda el llanto del sufrimiento, las lágrimas del padre que ya no tiene hijos, del niño que ya no tiene madre, del mancebo a quien la muerte o la seducción le arrebató su prometida. Allá, el ruido de un carruaje que lleva dos esposos jóvenes, bellos y dichosos; más lejos, el silbido misterioso de un ratero y el rechinar de la ganzúa de un ladrón nocturno. ¡Oh, gran ciudad! ¡tú sola encierras más virtudes y más crímenes que todo el resto del mundo! Patria del drama terrible y sombrío, dentro de tu recinto se cometen infamias tenebrosas, crímenes sin nombre, de esos que la ley no acertaría a castigar... vergonzosas transacciones que la justicia humana no puede herir. En tu océano de lodo, de ruido y de humo, una mirada investigadora descubriría al punto infortunios afligentes para cuyo alivio la beneficencia pública es impotente; virtudes sublimes que pasan ignoradas, y a las cuales nadie ha pensado en acordarles una justa recompensa. ¡Oh, París !— prosiguió el joven, amenazando con el brazo extendido a la colosal ciudad; — grandes cosas haría dentro de sus muros el hombre que, armado de una gran fortuna a guisa de palanca, guiado por una vasta inteligencia y una voluntad a toda prueba se convirtiera en vengador de esas injusticias, en bienhechor de esos infortunios, y recompensara esas virtudes ignoradas. ¡Ah! ¡si yo tuviese oro, oro a montones, creo que sería ese hombre!

Y lanzó uno de esos suspiros que tan sólo pertenecen a aquellos cuyo genio se estrella contra las ásperas necesidades de la vida.

Se separó de la baranda del balcón y se paseó un momento por la terraza, tan indiferente a los rumores de la fiesta como se hubiera mostrado un transeunte de la calle.

—¡Dios mío! — agregó; — ¡qué misión grande y noble, misión que podría cumplir, yo que no he amado más que a un solo ser en este mundo, que lo he perdido para siempre, y que no tengo ni familia, ni nombre, ni patria!

Hablando así, el joven tropezó con otro invitado que había ido a respirar a la terraza, substrayéndose, como el primero, a la ardiente atmósfera del baile.

Como él, estaba enmascarado; sólo que en vez del sombrío traje escocés, llevaba el justillo rojo, las calzas azul de cielo y la gola de don Juan.

—¡Pardiez, caballero! — dijo al escocés, con tono zumbón y frívolo, — vuestra actitud es sombría, lo mismo que vuestro traje.

—¿Lo creéis? — preguntó el soñador, que se estremeció al oir el timbre de aquella voz, pues la parecía haberla oído ya en otra parte.

—Habéis dirigido, según me parece, un discurso muy patético y muy interesante, si he de juzgar por algunas palabras que se os han escapado, — prosiguió el don Juan, burlándose siempre.

—Tal vez...

—¿No decías poco ha: "¡Oh! si yo tuviese oro sería ese hombre?" Y mirabais a París al expresaros de ese modo, ¿verdad?

—Sí, — repuso el escocés; — y me decía que había allí, en ese París inmenso que

duerme a nuestros pies, una misión grande y noble que realizar para uno que tuviese mucho oro...

—¡A fe mía, caballero, — dijo el don Juan, — tal vez sea yo el hombre...

—¿Vos?

—Mi anciano padre, que no puede tardar mucho tiempo en reunirse con nuestros antepasados, lo que está en el orden de las cosas, me dejará cuatrocientas ó quinientas mil libras de renta.

—¿A vos?

—A mí.

—¡Pues bien !— dijo el escocés, — mirad: ¿veis ese gigante que extiende y desarrolla sus anillos inmensos en las dos riberas de ese gran río; esa moderna Babilonia, diez veces más grande que la Babilonia antigua? En ella, el crimen se codea con la virtud; las carcajadas se cruzan en el aire con los lamentos de duelo; la canción de amor, con las lágrimas de la desesperación el presidiario marcha por la misma acera que el mártir. ¿No creéis que un hombre inteligente y rico pueda desempeñar en ella un gran papel?

—En efecto, — respondió el don Juan con voz burlona y mordiente, que parecía salida del infierno.

Y como si el verdadero don Juan, el don Juan de Mañara de los poetas, ese hombre sin corazón, ese bandido que lo hollaba todo a sus plantas, ese héroe del escepticismo cantado por lord Byron, el impío, ese raptor de monjas, y ese verdugo de vírgenes, hubiese transfusionado su alma maldita y condenada en el alma de aquel que le había tomado el traje.

—En efecto, — prosiguió, — hay grandes cosas que hacer, mi señor; y Satanás, que bajo la forma del diablo cojuelo, levantaba los techos de Madrid y mostraba el interior de la capital hispánica a su discípulo, como precio de su libertad; Satanás, no sabía más que yo sobre el particular. ¿Veis esta ciudad inmensa? Pues bien, hay en ella, para el hombre que tiene tiempo y dinero, mujeres que seducir, hombres que vender y comprar, ladrones que regimentar, bohardillas en que el cobre del trabajo entra céntimo por céntimo, que convertir en alcobas suntuosas con el oro de la pereza. Así es como comprendo ya la misión de que me habláis.

—¡Infamia! — murmuró el escocés.

—¡Dejémonos de tonterías! Mi querido señor, no hay más infamia que la necedad. Además, ¿no estoy dentro de mi papel al expresarme de ese modo? ¡Por el infierno! ¿no soy don Juan?

Y riéndose siempre, con esa risa en que parecía encarnarse el aliento y el genio del mal, el nuevo don Juan se quitó el antifaz. El escocés lanzó un grito y retrocedió un paso.

—¡Andrea! — murmuró.

—¡Vaya! — exclamó el vizconde, pues era él; — ¿conque me conocéis?

—Tal vez, — repuso el escocés, que había recobrado toda su calma.

—Pues bien, en ese caso, abajo el antifaz, ¡hombre virtuoso! para que yo sepa a quién he expuesto mis teorías.

—Caballero, — dijo fríamente el escocés, — si lo permitís, esperaré a la hora de la cena.

—¿Y por qué esa espera?

—Porque he hecho una apuesta,—dijo lacónicamente, y entró bruscamente en la sala de baile.

—Es extraño, — murmuró Andrea; — paréceme que no es la primera vez que escucho esa voz.

—¡A la mesa! ¡a la mesa! — gritaban a un mismo tiempo de todas partes.

La cena estaba servida.

Una parte de los invitados se habían eclipsado ya; la noche avanzaba, y para la cena no quedaban más que unas treinta personas.

Se pusieron a la mesa alegremente, y todos los antifaces cayeron, con excepción del que llevaba el hombre vestido de gran señor escocés de la corte de María Estuardo. En vez de sentarse permaneció de pie detrás de la silla que le estaba destinada.

—¡Abajo la careta! — le gritó una mujer con voz alegre.

—Todavía no, si lo tenéis a bien, señora, — repuso el escocés.

—¡Cómo! ¿Cenaréis con el antifaz puesto?

—No ceno.

—Pero beberéis.

—Tampoco.

—¡Dios mío! — murmuraron en la rueda; —¡qué voz sepulcral!

—Señoras, — prosiguió el escocés, — he hecho una apuesta.

—¿Qué apuesta?

—He apostado que no me sacaría el antifaz sino después de haber contado una historia triste a personas tan alegres como vosotros.

—¡Demonio! Una historia triste... ¡es cosa grave! — insinuó una linda actriz del vaudeville, vestida de paje.

—Una historia de amor, señora.

—¡Oh! si es una historia de amor, — exclamó una condesa que llevaba polisón, — es diferente. Todas las historias de amor son chuscas.

En su calidad de mujer del reinado de Luis XV, la condesa, como se ve, no tomaba el amor a lo serio.

—La mía es triste, sin embargo, señora.

—No importa, contadla.

—¡La historia! ¡la historia! — vociferaron los invitados.

—Hela aquí, — dijo el narrador, — es la mía. — Hay personas que aman a varias mujeres; yo no he amado más que a una. La amé santa y ardientemente, sin preguntarle quién era ni dónde vivía.

—¡Ah! — interrumpió el paje; — ¿era una desconocida?

—Encontréla llorando una noche en las gradas de un templo. Había sido seducida y abandonada. Su seductor era un miserable, un asesino, un ladrón.

La voz del narrador era estridente, como la de don Juan momentos antes, y el vizconde Andrea se estremeció.

—Pues bien, — prosiguió el escocés; — aquel hombre a quien ella despreciaba y de quien huía con horror, me la quiso arrebatar un día; se introdujo en casa de mi amada como un bandido, e iba a llevársela en sus brazos cuando yo llegué... Aquella mujer

era el premio de la victoria... Nos batimos a puñal cerca de la joven desvanecida. ¿Qué pasó entre nosotros? ¿Cuánto tiempo duró aquella horrible lucha? Nunca lo he sabido... Aquel hombre fué el vencedor. Me derribó de una última puñalada, y dos horas después me encontraba solo, tendido en un mar de sangre. Mi asesino había desaparecido, y con él la mujer a quien yo amaba.

El narrador se interrumpió y miró al vizconde Felipone.

Andrea estaba pálido y el sudor le bañaba la frente.

—Y durante tres meses estuve entre la vida y la muerte, — prosiguió el hombre enmascarado. — Triunfaron al fin la vida y la juventud: me salvé. Me restablecí, y entonces quise hallar a la que amaba y a su infame seductor... Volví a hallarla sola, y volví a hallarla moribunda, abandonada otra vez por el traidor, en una mísera posada de la alta Italia, y expiró en mis brazos perdonando a su verdugo...

El hombre del antifaz se detuvo de nuevo y dirigió una mirada a la reunión. Los comensales escuchábanlo en silencio, y la risa había huído de sus labios.

—Y bien, — concluyó el escocés, — aquel hombre, aquel ladrón, aquel verdugo de una mujer, lo he encontrado esta noche, hace una hora... ¡y al fin voy a vengarme!... ¡He encontrado al infame, que está aquí, entre vosotros!

El hombre enmascarado extendió una mano hacia el vizconde, y agregó:

—¡Miradlo!

Y como Andrea diera un salto en su asiento, cayó el antifaz del narrador.

—¡Armando el escultor !— murmuró.

—¡Andrea! — exclamó con voz de trueno; — ¡Andrea! ¿me reconoces?

Pero en aquel mismo instante, y como los invitados permanecieran petrificados por aquel brusco y terrible desenlace, se abrió la puerta y apareció un hombre vestido de negro.

Aquel hombre, como el anciano criado que sorprende a don Juan en medio de una orgía y le anuncia la muerte de su padre, aquel hombre marchó en dirección a Andrea, sin mirar siquiera a los invitados, y le dijo:

—Señor vizconde, vuestro padre, el general conde Felipone, que está gravemente enfermo hacé algunos días, se siente peor hoy, y quisiera veros junto a su lecho de muerte, consuelo que no tuvo en su agonía vuestra señora madre.

Andrea se levantó, y aprovechándose del tumulto que producía una noticia semejante, salió; pero en el mismo instante, el hombre que el había anunciado la agonía de su padre, miró a Armando, que corría para detener a Andrea, y lanzó un grito:

—¡Cielos!.— dijo; — ¡la viva imagen de mi coronel!

Una hora más tarde, en las alturas del barrio de San Honorato, desarrollábase una escena de otro género, pero no menos emocionante.

En el extremo de la calle de las Caballerizas de Artois, hallábase un palacio silencioso y tétrico como una morada deshabitada.

Un jardín vasto y frondoso extendíase a sus fondos; un patio musgoso y triste precedía al cuerpo del edificio principal.

A esta hora avanzada de la noche en el primer piso de aquel hotel, en una sala amueblada según la moda del Imperio, un anciano se moría casi solo, como vivía desde hacía mucho tiempo: solo y abandonado.

Otro anciano, pero fresco y fuerte, permanecía a la cabecera del enfermo y le preparaba una poción.

—Sebastián, — murmuraba el moribundo con voz débil, — ¡voy a morir!.... ¿Estás vengado?... En vez de arrastrarme al cadalso como podía hacerlo, has preferido sentarte a mi lado incesantemente, como el remordimiento vivo de mis crímenes; te convertiste en mi intendente, tú que me despreciabas; me llamaba, monseñor, y a todas horas sentía yo en tu voz la amarga ironía del demonio. ¡Ah! ¡Sebastián! ¡Sebastián! ¿Te has vengado bastante?... ¿Estoy bien castigado?...

—Aun no, señor, — repuso Sebastián, el húsar que desde hacía treinta años torturaba en la sombra a su asesino, y le decía constantemente: "¡Ah, miserable, si no te hubieses casado con la viuda de mi coronel...!

—¿Qué más te hace falta, Sebastián? Ya lo ves, voy a morir... y a morir solo.

—Esa es mi venganza, Felipone, — dijo el intendente con voz sorda. — Es preciso que mueras como murió tu víctima, tu mujer... sin recibir la despedida de tu hijo.

—¡Mi hijo! — murmuró el anciano, que haciendo un violento esfuerzo se incorporó en su lecho; — ¡mi hijo!

—¡Ah! — exclamó Sebastián con ironía, — tu hijo ha salido al padre. Es egoísta y sin corazón, como lo eres tú; seduce a las jóvenes honradas, hace trampas en el juego, asesina a las personas con quienes se bate en duelo, y París entero lo cita como un modelo de corrupción elegante... Con todo, es tu hijo ... y te consolaría, ¿no es cierto? el poder posar tu mano fría en la suya.

—¡Mi hijo! — repitió el moribundo con un impulso de cariño paternal.

—Pues bien, no — dijo Sebastián, — no volverás a verlo... tu hijo no se encuentra en el palacio... tu hijo está de baile, y sólo yo sé qué baile. No iré a buscarlo.

—¡Sebastián!... ¡Sebastián!... — suplicó Felipone sollozando; — Sebastián, ¿eres implacable?

—Escucha, Felipone — repuso gravemente el anciano húsar; — asesinaste a mi coronel, a su hijo y a su mujer; ¿crees que sea demasiado para tres vidas?

Felipone lanzó un gemido.

—Maté a Armando de Kergaz — murmuró, — hice morir de dolor a su viuda, que llegó a ser mi mujer, pero en cuanto a su hijo...

—¡Infame! — exclamó Sebastián; — ¿negarás que lo arrojaste al mar?

—No — dijo Felipone, — pero no murió.

Esta confesión arrancó un grito a Sebastián; grito supremo en que se confundían el asombro, el estupor y un júbilo inmenso.

—¡Cómo! — exclamó; — ¿el niño no murió?

—No — murmuró Felipone. — Fué salva-

do por unos pescadores que lo llevaron a Inglaterra y educado luego en Francia... Hace ocho días que sé todo eso.

—¿Dónde está, y cómo lo sabes?

La voz del enfermo silbaba, entrecortada, y el estertor de la agonía se acercaba.

—¡Habla, habla! — exclamó Sebastián con tono imperioso.

—La última vez que salí — prosiguió Felipone, — una aglomeración de carruajes detuvo por un momento mi cupé en la entrada de la calzada de Antin. Me asomé a la portezuela y eché una mirada distraída a los transeuntes; entonces vi un hombre que caminaba lentamente y cuyo aspecto me arrancó un grito de estupor. Aquel hombre, que podía tener unos treinta años, era la viva imagen de Armando de Kergaz.

—¿Y después? — gritó Sebastián palpitando de emoción.

—¿Después?... Hice seguir a ese hombre... supe que se llamaba Armando, que era artista, que ignoraba su nacimiento y no se acordaba más que de una sola cosa: que unos pescadores lo habían recogido en el momento en que se ahogaba.

Al oir estas últimas palabras, Sebastián se irguió delante del moribundo.

—Pues bien dijo; — si quieres ver a tu hijo por última vez, miserable, si no quieres que con las pruebas en la mano y por medio de un proceso escandaloso, deshonre tu memoria, es preciso que restituyas en el acto esa fortuna de que gozas y que has robado. Es preciso que por un escrito auténtico, firmado por tu mano, declares que la fortuna de que disfrutas, la has robado, y que el hombre despojado vive aún; ¡pues cueste lo que cueste, fuerza será que yo de con él!

—Es inútil — murmuró el anciano; — sólo heredé los bienes del coronel Kergaz por la supuesta muerte del hijo; bastará que el hijo reaparezca para que la ley lo ponga en posesión de lo que le pertenece.

—Así es — murmuró Sebastián; — ¿pero cómo se podrá establecer que es él?

El moribundo extendió la mano en dirección a un cofrecito colocado sobre el velador.

—Como padre — dijo, — preso del remordimiento, he escrito la historia de mi crimen, y la he agregado a todos los papeles que puedan dar a conocer al niño.

Sebastián tomó el cofrecito y se lo llevó al anciano, que lo abrió con mano trémula, y sacó de él un legajo de papeles que recorrió rápidamente con los ojos.

—Está bien, — dijo; — hablaré al niño Luego agregó con voz embargada por la emoción:

—Te perdono... y verás a tu hijo por última vez.

..Y Sebastián se lanzó fuera de la habitación en que el anciano no iba a tardar en exhalar el último suspiro, y metiéndose en su carruaje que aguardaba en ganchado al pie de la escalinata, gritó al cochero:

—A la barrera de Pigalle. ¡A escape!

Una vez solo, el moribundo, en quien no alentaba ya más que un deseo único y ardiente: "¡ver a su hijo!", se aferró a la vida con encarnizamiento y esperó, luchando contra la agonía, el regreso de Sebastián.

Transcurrió una hora, se abrió una puerta, y como si Dios hubiese querido infligir un terrible postrer castigo a aquel hombre, apareció su hijo en traje de baile de máscaras en aquella sala, en uno de cuyos rincones asomaba ya la muerte.

—¡Ah! — murmuró Felipone, cuya última hora era apresurada por aquella aparición; — ¡ya es demasiado!

E hizo un brusco movimiento, volvió el rostro hacia la pared y murió antes de que su hijo hubiese llegado hasta él.

Andrea le tomó una mano y la levantó; la mano cayó inerte sobre el blanco cortinado del lecho. Apoyó una de las suyas en el corazón del enfermo; el corazón había cesado de latir.

—¡Ha muerto! — dijo fríamente, sin que una sola lágrima le humedeciera los ojos; — es lástima, en verdad, que la dignidad de par haya dejado de ser hereditaria....

Tal fué la oración fúnebre del conde.

Pero una voz de trueno se hizo oir en el umbral de la puerta; Andrea se dió vuelta bruscamente y retrocedió un paso.

Dos hombres franqueaban la puerta de la sala; uno era Sebastián, el otro Armando el escultor.

—La dignidad de par no es ya hereditaria — decía Sebastián, pero el presidio espera a los hijos de par como tú ¡miserable!

Y el hombre que durante treinta años había inclinado la cabeza delante de Andrea, ese hombre, levantó la frente, y mostrando al hijo desnaturalizado el cadáver del padre primero, la puerta luego, y por fin al artista, que se había quedado en el umbral.

—Vizconde Andrea — dijo, — vuestro padre asesinó al primer esposo de vuestra madre y arrojó después al mar a vuestro hermano mayor. Ese hermano — prosiguió Sebastián, — ese hermano no murió... ¡miradlo! — Y señaló a Armando. Andrea retrocedió fulminado.

—A ese hermano — concluyó, — arrepentido vuestro padre en sus últimos momentos, le ha devuelto la fortuna que había robado y que debía tocaros. Estáis aquí, en casa del señor conde Armando de Kergaz y no en la vuestra... ¡Salid!

Y en tanto que Andrea, preso del asombro, retrocedía y miraba a Armando con terror, éste avanzó hasta él, lo tomó bruscamente de una mano, lo condujo a una ventana desde la cual se dominaba a París entero, como se dominaba también desde la terraza en que los dos hermanos se habían encontrado una hora antes, y abriéndola, extendió la mano:

—Mira — dijo, — ese París en que querías ser el genio del mal con tu fortuna inmensa; yo seré el genio del bien en él. Y ahora, sal de aquí, pues me olvidaría quizás de que hemos tenido una misma madre, para no acordarme más que de tus crímenes y de la mujer que asesinaste... ¡Sal!

Armando hablaba como amo, y por primera

vez, quizá, Andrea se sentía dominado y trémulo y obedeció. Salió lentamente, como un tigre herido que se retira, a saltos pero en actitud amenazante todavía; y luego, desde el umbral de la puerta, dirigiendo a su vez una mirada por la ventana entreabierta, a la ciudad, que empezaba a bañar las primeras claridades del alba, exclamó, como si hubiese arrojado a Armando un terrible y supremo reto:

—Ahora nos toca a nosotros dos, ¡hermano virtuoso! veremos quién podrá más, si el filántropo o el bandido, el infierno o el cielo ... ¡París será nuestro campo de batalla!

Y salió con la frente erguida, y una risa infernal en los labios, abndonando, como el impío Don Juan, sin derramar una lágrima, aquella casa que ya no le pertenecía, y en la que su padre acababa de exhalar el último suspiro.

LA HERENCIA MISTERIOSA

I

Sir Williams

Desplegaba diciembre sus alas marchitas y brumosas sobre la ciudad inmensa que se extiende en las dos riberas del Sena.

Una lluvia fina, penetrante y helada, salía de la bruma que cubría a París y mojaba lentamente el pavimento de las calles.

Los reverberos alumbrabn a medias las encrucijadas y las sombrías calléjuelas de los barrios populosos. Era de noche; una noche fría de invierno, llena de soledad y de tristeza, en la cual marchaban a escape los transeuntes, como espectros que sorprendidos en la tiera por la proximidad del día, vuelven de prisa a sus sepulcros. París parecía desierto a esas horas, las doce de la noche, que resonaban lúgubremnte en el espacio, dadas en el campanario de todas las iglesias; los mercados mismos, ese gran foco del movimiento de la vida popular, dormían algunos instantes a la espera de las pesadas carretas de los verduleros.

El último carruaje de baile se había recogido, el primer carro no rodaba todavía. Un silencio de muerte pesaba en las dos riberas del río y permitía oir a grandes distancias el paso sonoro y acompasado de las patrullas que hacían la ronda, o el ladrido de un perro guardián soltado en el patio de las viejas casas del Marais. En el malecón San Pablo, no lejos del cuartel de los Celestinos, un hombre embozado en su capa caminaba lentamente, sin cuidarse del frío y de la lluvia, y parecía absorto en una profunda y tenaz meditación. A veces el hombre se detenía y miraba alternativamente el río pantanoso que corría con un ruido sordo entre sus dos riberas de piedra, y esa masa de casas viejas que flanquean el malecón y están ahí como último vestigio, como restos bamboleantes, pero aún de pie, del París de Carlos VII y de Luis XI.

Su mirada extendíase luego e iba a abarcar la negra silueta de las torres de Nuestra Señora, que se destacaban vigorosamente sobre el cielo oscuro y ascendían a las nubes coronadas de bruma.

Entonces proseguía la interrumpida marcha y parecía hablar consigo mismo.

Llegó de este modo al puente Damiette, en el cual se aventuró atravesándolo rápidamente; luego, al pisar el malecón de la isla de San Luis, alzó la cabeza y exploró de una ojeada la cumbre de los techos circunvecinos.

Detrás del hotel Lambert, en el sexto piso de la casa de la calle de San Luis, brillaba una luz en la ventana de una buhardilla. Sin embargo, la casa era de modesta apariencia, y parecía habitada, si no por obreros, cuando menos, por burgueses humildes y tranquilos, que en un barrio tan retirado como la isla de San Luis, no tenían costumbre de prolongar sus veladas hasta tan tarde.

Aquella luz, por lo demás, estaba colocada en la orilla de la ventana, cerca del marco, y era evidentemente una señal, pues el transeunte, después de haberla examinado un momento con atención, murmuró:

—Está bien; Colar se halla en su casa, me espera.

Y acercó dos dedos a sus labios, los dispuso en forma de silbato, y envió a través del espacio el misterioso aviso de los ladrones nocturnos y de los rateros, a la ventana de la buhardilla.

La luz se apagó casi al punto y ya no le fué posible distinguir de las otras ventanas del sexto piso aquella en que había aparecido.

Al cabo de diez minutos, un silbido igual al suyo, pero acentuado con menos fuerza, se dejó oir a corta distancia a los fondos del hotel Lambert, y al punto, un paso regular y rápido resonó a lo lejos y se acercó poco a a poco; y luego, una forma humana se dibujó a cien pasos del desconocido, y el mismo silbido resonó por segunda vez.

—¡Colar! — dijo el desconocido poniéndose de pie y acudiendo al encuentro del recién venido.

—Héme aquí, Vuestra Señoría, — repuso este último en voz baja.

—Está bien, Colar; eres fiel a la cita, — prosiguió el transeunte del malecón de los Celestinos.

—Así es, Vuestra Señoría; pero nada de nombres propios, si os place. La policía tiene buen oído y una memoria excelente; y vuestro amigo Colar ha estado en presidio donde le han guardado un cuarto de huéspedes para el caso en que se le ocurriera volver.

—Tienes razón; pero estamos solos y los malecones están desiertos.

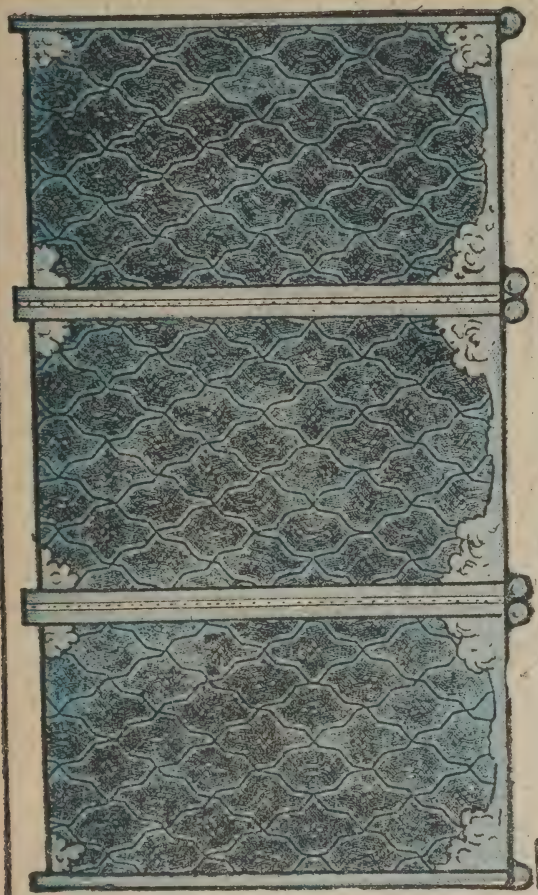
—¡No importa! Si vuestra Señoría desea que conversemos, haría bien en bajar hasta la orilla del río por esta escalerita. Iremos a sentarnos debajo del puente y conversaremos en inglés; un hermoso idioma, ¡a fe mía! y que las gentes de las calles de Jerusalén apenas conocen.

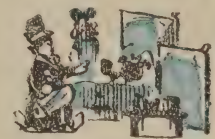
—¡Sea! — repuso el desconocido, que siguió al hombre a quien había dado el nombre de Colar, mostrándole éste el camino.

Se detuvieron bajo los maderos del puente, sentáronse en una piedra que atravesa-

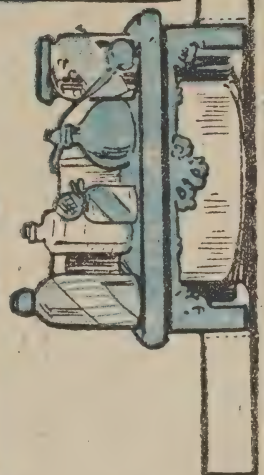
Los dos chicos juegan a "ENFERMO Y MEDICO"

ESTE ES UN JUGUETE PARA ADORNAR UNA ETAGERE O RINCONERA POR QUE ES GRACIOSO Y VISTOSO Y ADEMAS ES MUY FACIL DE ARMAR COMO PODRA USTED VERLO POR LA EXPLICACION QUE VA AL PIE





COMO COLOCAR LAS PIEZAS DEL JUGUETE



EXPLICACION — COMO DE COSTUMBRE SE PEGA TODA LA PAGINA EN CARTON DELGADO, SE DEJA SECAR MUY BIEN Y LUEGO SE RECORTAN LAS DISTINTAS PIEZAS. EL BIOMBO SE DOBLA POR LAS LINEAS DE PUNTOS FORMANDO ZIGZAG LOS PIES DE CADA UNA DE LAS PIEZAS SE DOBLAN HACIA ATRAS TAMBIEN POR LAS LINEAS DE PUNTO Y PROCURANDO QUE LAS PIEZAS SE TENGAN DE PIE BIEN DERECHAS. EL GRUPO PUEDE ARMARSE SOLO, SOBRE LA TABLA DE UNA RINCONERA O SITIO PARECIDO PERO TAMBIEN PUEDE SITUARSE SOBRE UN CARTON, — UNA TAPA DE CAJA, POR EJEMPLO, — QUE SE PINTARA IMITANDO EL PISO DE MADERA O LA ALFOMBRA.

ba el camino de silga, y Colar tomó la palabra.

—Ante todo, — dijo, — estamos muy bien aquí, y nos burlamos de la lluvia. Hace un poco de frío, pero ¡bah! cuando se trata de negocios... Y luego, me figuro que no tardaremos mucho tiempo.

—Es probable, — dijo el desconocido.

—¿Cuándo llegó de Londres Vuestra Señoría?

—Esta noche a las ocho, y ya ves que no he perdido tiempo...—he sido exacto.

—Reconozco en esto a mi antiguo capitán, — murmuró Colar con un tono respetuoso en la voz.

—Veamos, — prosiguió el desconocido, — ¿qué has hecho aquí desde hace tres semanas?

—He reunido una cuadrilla bastante buena.

—Muy bien.

—Pero, mirad, — prosiguió Colar: — los parisienses no valen lo que los ingleses en nuestro oficio; y aun cuando he elegido lo mejor que había, necesitaremos algunos meses para acabar de adiestrar a esos tunantes. Por lo demás, Vuestra Señoría los juzgará y verá sus fachas.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, si os parece.

—¿Les has dado cita?

—Sí. Mejor que eso; voy a conducir a Vuestra Señoría a un lugar en que podrá verlos entrar uno tras otro, sin que a ella misma la vean.

—Vamos, — dijo aquel a quien Colar daba alternativamente el título de capitán y la aristocrática calificación de Señoría.

—Pero, — objetó Colar con cierta vacilación, — ¿si no llegáramos a entendernos?

—Nos entenderemos.

—¡Ya! ¡ya! — murmuró Colar; — pero es el caso que estoy pisando los cincuenta, y la vejez me preocupa.

—Es muy justo, pero seré más razonable. ¿Cuánto necesitas para ti?

—Me parece que veinticinco mil al año y una prima de un diez por ciento en cada negocio, — dijo Colar.

—Sea, te daré los veinticinco mil francos.

—Ahora faltan los emolumentos de mis hombres.

—¡Ah! — dijo el capitán, — conozco tus méritos, pero es preciso ver a tus hombres en la tarea para tarifarlos exactamente.

—Es cierto, — murmuró Colar, convencido de lo acertado del argumento.

—Pues bien, andando, y cuando los haya visto, conversaremos. ¿Cuántos son?

—Diez. ¿Bastan?

—Por el momento, sí; más tarde ya veremos.

Colar y el capitán abandonaron el lugar en que acababan de cambiar esas palabras y volvieron a subir al malecón, que siguieron hasta el puente que une a la isla de San Luis con la ciudad. Allí tomaron por los fondos de la iglesia de Nuestra Señora, pasaron el segundo brazo del Sena arriba del Hotel-Dieu, y se encontraron en los lindes del barrio Latino.

Sirviéndole de guía al capitán, Colar se aventuró en un laberinto de callejuelas tortuosas, y se detuvo en el punto en que empezaba la calle de la Sierpe.

—Aquí es, capitán, — dijo.

El capitán alzó la cabeza y descubrió una casa antigua de dos pisos solamente, y cuyas persianas desvencijadas estaban cerradas y no daban paso a ninguna luz. Hubiérase dicho que era una casa deshabitada.

Colar puso una llave en la cerradura de la puerta, abrióla y penetró primero en un callejón estrecho y obscuro, donde le siguió el capitán.

—Aquí están las oficinas de la agencia, — murmuró riéndose a media voz, después de haber cerrado prudentemente la puerta.

Sacó una mecha fosfórica del bolsillo y encendió una linterna para alumbrar el camino.

El capitán descubrió en el extremo del callejón los primeros peldaños de una escalera desgastada, a la cual servía de pasamano una cuerda grasienta.

Colar subió por ella y llegó al primer piso de la casa; empujó una puerta y dijo al capitán:

—He aquí un lugar, desde el cual verá Vuestra Señoría, sin que lo vean, y podrá estimar las aptitudes de mis hombres, a juzgar, como se dice.

En efecto, dejando al capitán solo en la oscuridad por un momento, Colar pasó con su linterna a una pieza contigua, cuya puerta daba al descanso de la escalera, y al punto, su compañero vió brotar un chorro luminoso delante de él, y reconoció un agujero abierto en el tabique.

Gracias a este agujero, podía ver y oir, sin que nadie sospechara su presencia, todo lo que hicieran o dijeran en la pieza en que Colar acababa de entrar.

Empezó, pues, por dirigir una ojeada al mobiliario, que era el de un saloncito burgués, cuyo alquiler varía de dos a tres mil francos: sofá color caoba, forrado de terciopelo viejo de Utrech, cortinas de damasco punzó, reloj de columnas flanqueado en la chimenea por dos floreros con sus globos correspondientes, consola debajo de un espejo y piso encerado prolijamente.

—He aquí, — dijo Colar, que volvió al lado del capitán, — el alojamiento de mi subteniente, que para todo el barrio es un honrado rentista, retirado de los negocios que vive con su mujer como vive el palomo con su paloma.

—¡Ah! — dijo el capitán; — ¿es casado?

—Casi, casi.

—¿Y... su mujer?

—La señora Coquelet, — dijo Colar con gravedad, — es una mujer de mérito; desempeña a maravilla los papeles de hermana de caridad, de condesa del barrio de San Germán o de princesa polaca. En la calle de la Sierpe pasa por un modelo de piedad y de virtud conyugal.

—Muy bien, — dijo el capitán; — ¿dónde está Coquelet?

—Vais a verlo, — repuso Colar, quien con el regatón del bastón nudoso de que estaba provisto, dió en el cielo raso tres golpes espaciados con regularidad.

En el mismo instante se oyó un ruido en el piso superior y poco después sonaron pa-

sos en la escalera. El capitán vió aparecer entonces, con una candelero en la mano, a un hombre de unos cincuenta años, calvo, flaco, de ojos hundidos y frente deprimida. Vestía una bata vieja rameada de verde y calzaba zapatillas de orillo.

A primera vista, era Coquelet un honrado almacenero retirado del comercio, que concluía una vejez tranquila, entre los placeres de la mesa de huéspedes, los domingos, y el confort del cocido y de la ensalada de familia en la semana. Tenía una sonrisa triunfante e ingenua. Pero al ojo experto del capitán no le costó mucho trabajo descubrir bajo esa sencillez aparente, un carácter decidido y resuelto, instintos feroces, una especie de Hércules que se hacía perdonar su calvicie por sus brazos y un pecho cubierto de vello, y su flacura por un vigor muscular poco común. Aquel hombre comparado con Colar y el papitán, se parecía a éstos tan poco, como ellos mismos entre sí.

Era Colar un hombre de treinta y cinco a cuarenta años, alto, delgado, que usaba barba y bigotes negros, y tenía el aspecto de un sargento en traje de paisano.

A los ojos de una mujer vulgar, Colar hubiera podido resumir el tipo del hombre hermoso, por no decir del fatuo.

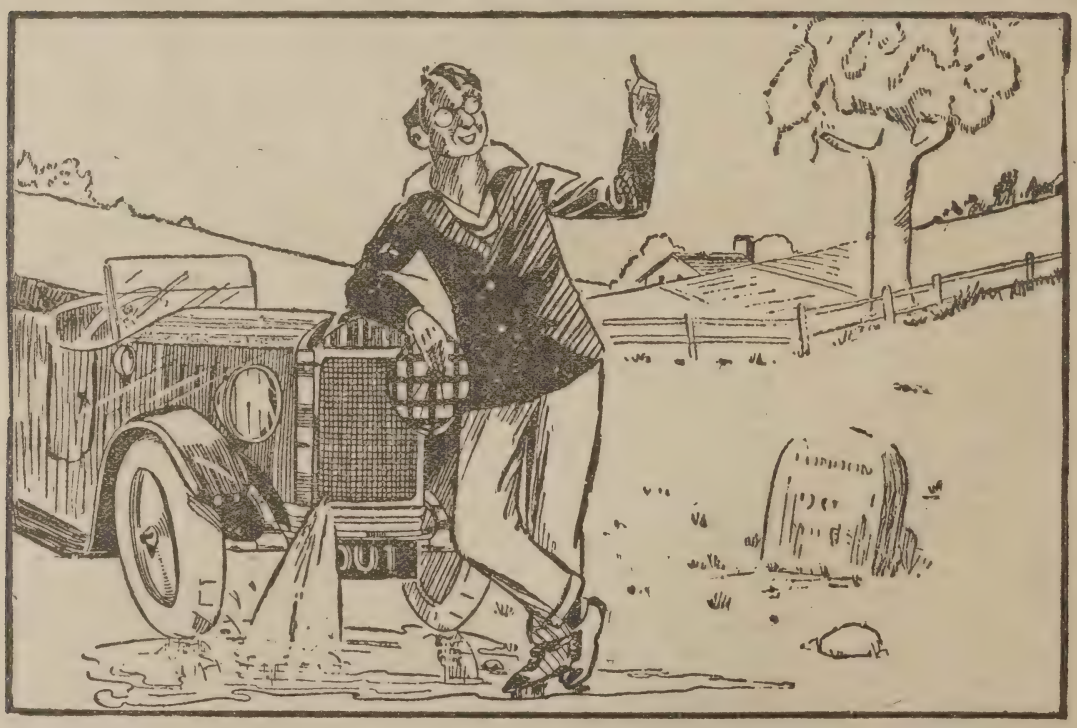
Colar había servido en el ejército, y conservaba la desenvoltura militar a pesar de su nueva profesión, que era un tanto misteriosa quizás, y no era autorizada por las leyes que rigen nuestras modernas sociedades, pero que no por eso ha hecho menos adeptos fervorosos y sectarios decididos.

El capitán, por el contrario, era un joven de veintiocho años apenas, y que no demostraba veinticuatro, a tal punto era rubio e imberbe.

De mediana estatura, delgado, delicado en apariencia, no tenía en realidad de viril más que la ardiente mirada que brotaba de sus ojos negros, contraste extraño con sus cabellos de un rubio ceniciento.

Llamábanle en Londres, de donde llegaba

¡Y ERA QUE EL RADIADOR SE QUEDABA EN SECO!



El propietario del pequeño automóvil: — ¡Por fin! ¡Por fin lejos de las enloquecedoras multitudes! ¡Cuán agradable y refrescante es oír el suave rumor del agua de algún escondido arroyuelo!

y en donde había dejado una reputación misteriosa y terrible, el capitán Williams; pero tal vez no era ese su verdadero nombre.

Maese Coquelet saludó al capitán y miró a Colar con aire interrogador.

—Es el maestro, — dijo brevemente el antiguo soldado.

Coquelet examinó entonces al capitán con respetuosa atención y murmuró en voz baja:

—Muy joven...

—En Londres, — le sopló Colar al oído, — no lo notaron nunca. Es un hombre, ¡no lo dudes!

Luego agregó:

—Nuestros conejos van a venir de aquí a pocos minutos; les he dado cita a todos ellos de una a dos de la mañana, y oigo dar la una. Los recibirás tú, Coquelet.

—¿Y vos, teniente? — preguntó el falso almacenero retirado.

—Yo voy a conversar con Su Señoría y a mostrarle nuestros hombres por esta claraboya, haciéndole una pequeña briografía de cada uno de ellos. Esto es lo más sencillo para ir de una vez al grano.

—¡Basta! — dijo Coquelet, — comprendo.

Un golpecito seco y significativo fué dado en aquel momento en la puerta de entrada de la casa.

—¡Bueno! — dijo Coquelet, — ahí está uno.

Y bajó con el candelero en la mano, dejando a Colar con el capitán, que se encerraron en la pieza contigua al salón de Coquelet, y apagaron la linterna.

Diez minutos después, el fingido almacenero volvió a subir en compañía de un joven escueto, delicado, de cabellos crespos y ataviado con una elegancia que denunciaba el bulevar de los Italianos.

—Este, — dijo Colar en voz baja, mientras el capitán Williams pegaba uno de sus ojos al aguejero abierto en el muro; — este es un "aristo" (aristócrata), un joven de muy buena familia, que si no hubiera tenido algunas cuentas con la justicia, que lo envió a tomar baños de mar a Rochefort, habría entrado en la magistratura o en la diplomacia. Su verdadero nombre es de Ornit, el caballero de Ornit, pero se ha desbautizado prudentemente, y las señoras de la calle de Breda, que lo idolatran, le han puesto por apodo Bistoquet.

Bistoquet es un mozo de talento y tiene no pocas habilidades.

Nadie, como él, es capaz de introducir un mazo preparado en el bacará, y en caso necesario, maneja el cuchillo con mucha limpieza. Abriría una cerradura Fichet y pasaría por el ojo de una aguja, tal es lo escurridizo de su cuerpo.

—¡Psch! — exclamó con desdén el capitán, — ya veremos.

Después del caballero Bistoquet, llegaron sucesivamente una especie de gigante de larga barba roja, llamado Mourax, héroe de la sala de Montesquieu, y un hombrecito seco y flaco, lleno de vigor, y cuyos ojos brillaban como los de un gato.

—Ahí tenéis a Orestes y a Pilades, — dijo Colar, — Mourax y Nicolo son amigos perendengues en Tolón durante diez años y se asociaron al salir del presidio. Mourax corretea las barreras los domingos, vestido de hércules, y Nicolot de pierrot o de payaso. Vuestra señoría podrá utilizar los ratos perdidos de estas buenas piezas.

—¡Prefiero eso! — dijo lacónicamente el capitán.

Después de los dos artistas ambulantes llegó un joven alto de cabellos rojos y vestido con una blusa azul. Tenía las manos tiznadas de un herrero.

—Es el cerrajero de la compañía, — dijo Colar.

—¡Bien! — repuso Williams.

Al cerrajero siguió un señor bajito, regordete un tanto calvo, decentemente vestido de negro de pies a cabeza, de corbata blanca y gafas azules. Tenía bajo el brazo una cartera grande de tafilete negro, y el color encarnado de su nariz atestiguaba el culto ferviente que debía profesarle a la botella.

—Ese, — murmuró Colar al oído del capitán, — es un pasante de notario infortunado, a quien los reveses han llevado a dejar su estudio por una mezquina agencia de negocios situada en la calle Mondefour, un barrio extraviado.

Nivardet tiene una buena letra, y falsifica cualquier documento a la perfección, imitando todos los caracteres, desde el inglés hasta la bastardilla; ¡una pluma que encanta!

—Ya veremos, — dijo Williams en tono breve.

Al notario sucedieron uno tras otro los cuatro últimos reclutas de Colar, cuyos tipos insignificantes no aparecerán en el curso de esta historia sino a título de comparsas del vasto drama que vamos a desarrollar ante los ojos del lector.

Cuando hubo terminado la inspección, Colar se dirigió al capitán:

—¿Desea mostrarse al fin vuestra señoría?

—¡No! — dijo Williams.

—¡Cómo! — exclamó Colar sorprendido, — ¿no está satisfecho vuestra señoría?

—Sí y no; pero en cualquier caso deseo que esa gente no me conozca y no tener que entenderme con mi banda sino por intermedio tuyo.

—Como gustéis, — repuso Colar.

—Mañana hablaremos,—agregó Williams, — y veremos lo que se podrá hacer con esas buenas piezas.

Al pronunciar estas palabras en voz baja, el capitán dejó en puntas de pie su puesto de observación, y se dirigió sin hacer ruido a la puerta entreabierta.

—Mañana, — dijo, — a la misma hora y en el mismo lugar... Buenas noches.

Y el capitán Williams desapareció en las tinieblas de la escalera y ganó la calle, dejando a Colar que se reuniera con los hombres a quienes había emboscado.

De la calle de la Sierpe, Williams desembocó en la de San Andrés de las Artes, subió por ella hasta la plaza de este nombre, y se dirigió luego hacia los malecones. Pasó el Sena, atrevsó la ciudad y llegó a la plaza del Chatelet.

Un carruaje tirado por dos caballos desembocaba en aquel momento por la calle de San Dionisio, y el cochero gritaba "¡guarda!" al capitán, a quien un sentimiento de

vaga curiosidad había hecho acercarse. El peatón y el cochero se cruzaron bajo un farol. Williams se hizo a un lado pero dirigió una ojeada al interior del carruaje cuyos cristales estaban bajados, y a la luz del farol descubrió a un hombre cuya vista le arrancó un grito ahogado: "¡Armando!" — murmuró.

Pero el carruaje pasó al trote largo, llevando al hombre a quien Williams había llamado Armando y el que sin duda no tuvo tiempo ni de notar al peatón ni de escuchar su exclamación.

Inmóvil un momento, el capitán Williams miró alejarse al carruaje en dirección a los malecones; luego, cruzando los brazos, murmuró lentamente y con acento de odio:

—¡Ah! nos encontramos por fin frente a frente, hermano. ¡Tú la encarnación idiota de la virtud, yo el genio del vicio y la personificación del mal! Corres sin duda alguna a aliviar un infortunio con el oro que has robado. Pues bien, ya nos veremos las caras, pues estoy de vuelta, y "tengo sed de oro" y de venganza.

Al día siguiente el capitán Williams fué exacto a la cita que le había dado a Colar, bajo el arco del puente, y lanzó al viento su silbido misterioso.

Colar lo esperaba, y se levantó de prisa al oír el ruido de sus pasos, corriendo luego a su encuentro.

—Capitán, — murmuró, — creo que he hallado una pista de primer orden. — Y llevándoselo debajo del arco:

—¡Se trata de doce millones!

II

KERMOR

Dos días después de la entrevista del capitán Williams, antiguo jefe de "pick-pockets" y de Colar, que había servido en Londres bajo sus órdenes, en tanto que este último le mostraba por el judas de la casa de Coquelet los diversos miembros de la futura asociación, un carruaje particular se detenía en el Marais delante de un antiguo palacio de la calle Culture-Sainte-Catherine. Ya hemos dicho que una lluvia fina hacía relucir los adoquines: las calles estaban desiertas.

El palacio ante el cual se detuvo el carruaje era una antigua construcción cuyas refacciones más recientes se remontaban al reinado de Enrique IV, época brillante del Maraias. Edificado entre un patio y un jardín, tenía a la calle una ancha puerta de roble, de dos hojas, con pesadísimos herrajes, y cuyo arco ostentaba un escudo acuartelado y soportado por dos esfinges.

El tallado desgastado del escudo no permitía distinguir perfectamente sus colores; pero debajo, el tiempo había respetado una inscripción, la cual anunciaba que ese palacio había sido edificado bajo el reinado de Carlos VIII, restaurado en 1530 y en 1608, y que era morada de la noble casa de Kergaz-Kergarez, raza bretona venida a la corte de Francia cuando la duquesa Ana de Bretaña llegó a ser reina.

El carruaje que se detuvo delante del palacio entró poco a poco en el patio, entreabiertas las dos hojas de la puerta ante el campanillazo dado por un lacayo, y un hombre de unos treinta y cinco años de edad bajó de él.

Al mismo tiempo brilló una luz en lo alto de la escalinata, y un anciano acudió al encuentro del joven.

Era realmente un anciano, a primera vista, si se le juzgaba por sus cabellos, sus bigotes y sus patillas blancas; pero en su andar firme y erguido, en su mirada llena de energía, se adivinaba en él toda la fuerza, todo el ardimiento viril de la edad apenas madura. Puede ser que tuviese sesenta y cinco años; pero por cierto que era más robusto que un hombre de cincuenta.

Avanzó con paso rápido hasta el joven y le dijo con animación:

—Empezaba a estar inquieto, señor; nunca os recogéis tan tarde.

—Mi pobre Sebastián — repuso Armando de Kergaz, pues era él — cuando uno quiere desempeñar la misión que me he impuesto, el tiempo es una moneda corriente que necesitamos poder gastar sin vacilación ni remordimientos.

Y el joven se apoyó en los brazos de Sebastián y entró con él en el palacio; Armando vivía en la calle Culture-Sainte-Catherine desde que había sido puesto en posesión de su inmensa fortuna. La soledad, lo apartado de aquel barrio le agradaban y le permitían al mismo tiempo estar al alcance de las clases laboriosas y pobres, entre las cuales derramaba beneficios y limosnas misteriosas.

Sebastián lo condujo a su gabinete de trabajo.

—Señor — le dijo, — ¿me imagino que vais a acostaros?...

—Todavía no, mi buen Sebastián, tengo que escribir algunas cartas — repuso Armando tomando asiento delante de su pupitre; mi obra está antes que todo.

—Señor, señor — murmuró el anciano con acento paternal, — os mataréis conduciéndoos de ese modo...

—Dios es bueno — repuso Armando — y yo le sirvo.

En este momento llamaron suavemente a la puerta.

—Entrad — dijo el joven, sorprendido de que llegase una visita a semejantes horas.

Un desconocido, que por la manera de vestir parecía un mozo de cordel, se presentó en el umbral acompañado por un criado.

—¿El conde de Kergaz? — preguntó.

—Soy yo — repuso Armando.

El mozo saludó con aire torpe y le entregó a Armando una carta cuyo sello rompió al punto. La letra le era desconocida; pasó a la firma y leyó un nombre:

"Kermor".

Lo mismo que la letra, el nombre no despertó recuerdo alguno en Armando.

—Leamos — se dijo.

Y leyó:

"Señor conde:

"Tenéis un corazón grande y generoso. Consagráis una fortuna inmensa a hacer el bien, y un hombre cuya conciencia está repleta de remordimiento, y se siente acercarse la hora suprema, se dirige a vos. Los médicos me dan seis horas de vida; venid; tengo que

confiaros una misión santa y noble. Vos solo podéis llevarla a cabo."

Armando miró al mensajero con atención, y le dijo:

—¿Cómo os llamáis?

—Colar. Vivo en el palacio del señor Kermor, y el suizo me ha encargado que os traiga esta carta.

Y Colar tomó un aire de tonto que le sentaba a maravilla y disimulaba perfectamente al teniente del capitán William.

—¿Dónde vive la persona que os envía?

—En la calle de San Luis de la Isla — repuso Colar.

—Los caballos — ordenó Armando.

Veinte minutos después el carruaje del conde de Kergaz franqueaba la puerta cochera de un antiguo palacio cuya construcción data ba de los primeros años del reinado de Luis XIV, y que debió de ser edificado por un arrendatario de las gabelas. Aquel palacio tenía el aspecto lúgubre y tétrico de las moradas abandonadas; la hierba crecía lozana y recia entre las piedras del patio, y como el alba empezaba a blanquear la cumbre de los techos, Armando pudo notar que las ventanas del primero y segundo piso estaban cerradas herméticamente, no apareciendo detrás de ellas ninguna luz.

Un criado viejo y sin librea, cuyo traje estaba tan desaliñado como el exterior del palacio, abrió la puerta cochera y dijo a Armando:

— Tenéis la bondad de seguirme, señor conde?

—Adelante, — dijo Armando.

El criado, provisto de una antorcha, hizo subir al visitante los ocho escalones carcomidos de una escalinata de doble rampa y lo introdujo en un vestíbulo espacioso, de aspecto tan sombrío como el exterior del palacio; luego le hizo cruzar varias salas con muebles de otra edad, dispuestos en fila, según la moda de antaño, y levantó al fin una cortina que dió paso a un chorro de claridad.

Armando se halló entonces en un dormitorio de estilo rococó. Un lecho de columnas doradas, con un dosel del que partían los pliegues de una tela de seda de grandes ramajes y descolorida, estaba en el centro, la cabecera contra la pared, y en este lecho, el señor de Kergaz vió a un anciano pequeño, seco, enjuto, de frente amarilla, deprovista de cabellos, y cuyos ojos brillaban con una alarma extraña.

Saludó a Armando con la mano y le mostró una silla a la cabecera de la cama.

Luego hizo una seña al criado que había introducido al conde, el cual se retiró discretamente y cerró la puerta.

Armando miraba al anciano con sorpresa y se preguntaba si aquel hombre, cuyos ojos brillaban de ese modo, estaba realmente tan próximo de la muerte.

—Caballero —dijo el anciano, que adivinó las reflexiones del conde—, tengo el aspecto de un hombre que está aún lejos de su próximo fin. Y sin embargo no es así; mi médico, que es un hombre hábil, me ha anunciado que un vaso se rompería en mi pecho a eso de las ocho de la mañana, y que a las nueve dejaré de vivir.

—Caballero —dijo Armando—, el médico se equivoca...

—¡Oh —dijo el anciano—, mi médico es un hombre infalible, pero no se trata de esto, caballero.

Armando continuó mirando al anciano.

—Caballero —prosiguió éste—, soy el barón Kermor de Kermarouet, y yo soy el último de mi raza, para el mundo por lo menos; porque yo tengo el secreto presentimiento de que un ser de mi sangre, hombre o mujer, existe en este mundo.

No dejo parientes en pos de mí ni tampoco amigos y nadie me llorará, porque hace veinte años que no he franqueado los umbrales de mi palacio. En mis últimos momentos, caballero, me he conmovido al pensar que nadie, excepto el criado viejo que habéis visto y que es mi único compañero desde hace quince años; que nadie, digo, me cerrará los ojos, y que mi fortuna pasaría al Estado, por falta de herederos. Y yo, caballero — prosiguió el anciano después de haberse detenido un momento para cobrar aliento, pues su voz era cortada a menudo por una tos seca y silbante—, tengo una fortuna inmensa, casi incalculable, y el origen de esta fortuna es tan extraño como terrible, es el castigo que Dios me ha infligido por las faltas de mi vida.

Armando escuchaba con creciente asombro.

—Escuchad —prosiguió el señor de Kermarouet—, tengo el aspecto de un anciano septuagenario, y apenas he cumplido cincuenta y tres.

En 1824, era yo subteniente de húsares, en mi calidad de gentilhombre bretón, sin más porvenir que mi espada.

Empezaba la guerra de España; mi regimiento, que era el décimo de húsares, estaba acantonado en Barcelona.

Acababa de pasar en París una licencia de seis meses, y me había puesto en camino para incorporarme a mi cuerpo en compañía de dos oficiales que, como yo, habían llegado al término de su licencia.

Viajábamos a caballo, a cortas jornadas, pasando las noches ora en una ciudad, ora en una aldea o vilorrio a veces en una posada aislada a orillas del camino.

A treinta kilómetros de Tolosa, y casi al pie de los trineos, nos sorprendió la noche a las puertas de una mezquina hostería, situada en medio de un sitio salvaje y casi desolado.

No había en los alrededores ninguna otra habitación; detrás de nosotros extendíase una llanura inculta. No había que pensar en seguir adelante aquel día.

Nos resignamos a pasar la noche en la hostería, que no tenía más enseña que una rama de chopo, ni más habitantes que dos ancianos, el hostelero y su mujer.

Pero, cosa poco ordinaria para ella, la hostería debía tener aquella noche una clientela numerosa. Dos mujeres acompañadas de un arriero español, habían llegado una hora antes que nosotros, y habían resuelto pasar la noche en el mesón.

Una de las dos mujeres era vieja y tenía la cara llena de arrugas; la otra era una

hermosa joven de veinte años. Regresaban de un vallecito de los Pirineos, en la frontera española, al que los médicos habían enviado a la anciana para que tomara baños; por lo menos esto fué lo que supimos por la conversación de aquellas gentes, pues fuimos admitidos a compartir su cena.

Nuestro informante habíales inspirado desde un principio esa confianza que tienen las mujeres en la lealtad del soldado, y sin la menor desconfianza se retiraron a las dos habitaciones de la posada, mientras nosotros nos acomodábamos en la caballeriza teniendo por almohada un montón de paja.

Eramos jóvenes, caballero; habíamos bebido, nos creíamos ya como en país conquistado y la belleza de la joven había producido un efecto extraño en nuestras imaginaciones de veinte años.

Uno de nosotros ,de origen belga, y poco escrupulos, en materia de honor, osó proponernos una cosa infame y que, de haber conservado nuestra sangre fría, hubiésemos rechazado con indignación; estábamos ebrios y la acogimos riéndonos; na pobre niña ¿lo creeréis? fué echada a la suerte, y me tocó.

Entonces pasó una escena infame y terrible caballero, en aquella casa casi abandonada, el silencio del arriero y de los posaderos fué comprado y, en tanto que mis dos cómplices permanecían sordos a los gritos de la anciana penetré por la ventana en la habitación de la joven.

El moribundo se interrumpió, y Armando vió correr dos lágrimas ardientes por las pálidas mejillas del anciano.

—Al venir el día, — prosiguió éste, — habíamos andado ya veinticinco kilómetros y dejábamos a nuestra espalda y a gran distancia, al mesón y a la pobre niña deshonrada, de la cual no llevaba ya más recuerdo que su nombre, Teresa, y este medallón que tenía en el cuello y cuyo cordón se había roto en la lucha desesperada que sostuvo conmigo.

¿Cómo fué que el medallón se encontró en el bolsillo de mi casaca? Jamás he podido explicármelo.

Llegamos a Barcelona, la víspera de una batalla; al día siguiente marchamos al fuego, y mis dos cómplices perecieron. Creía ver entonces, en aquella doble muerte, la mano de Dios que descargaba un golpe sobre nosotros, y el remordimiento de mi acción odiosa penetró en mi corazón.

Hasta tuve el extraño presentimiento de que la muerte me había respetado porque la Providencia me reservaba un castigo más terrible.

Entretanto se libraron varios combates, hubo muchos encuentros, y yo volví de ellos sano y salvo; los días transcurrieron, pasaron los meses; el recuerdo de mi crimen empezaba a borrarse, cuando me llegó esta fortuna inmensa e inesperada que poseo y que no sé a quien legar.

Estaba yo en Madrid y me había alojado en casa de un judío entrado en años que comerciaba en cueros de Córdoba. De origen francés el judío había abandonado a Rennes en 1789.

Cuando fuí a vivir en su casa a la que me llevaba una boleta de alojamiento, el judío estaba enfermo de gravedad. Dos días después agonizaba y, en medio de la noche, me desperté sobresaltado por las voces de su único criado que pedía socorro, pues tenía un ataque espantoso de delirio.

Bajé a su habitación a medio vestir y le prodigué mis cuidados; al verme pareció reponerse un poco y recobrar algunas fuerzas; recobró su presencia de ánimo y me preguntó por mi nombre.

—Kermarouet de Kermor, — le respondí.

—Kermarouet! — exclamó con voz extraña. — ¿Os llamáis Kermarouet ?

—Sí.

—¡Una pluma! ¡una pluma! — me dijo juntando las manos con aire suplicante e indicándome un escritorio en el que, en efecto, encontré una pluma, papel y tinta, que puse delante de él sin saber lo que quería hacer.

El anciano escribió con mano trémula estas dos líneas:

"Instituyo al señor Kermor de Kermarouet mi legatario universal."

Y firmó.

Dos minutos después había muerto.

En los papeles del judío encontré la explicación de su conducta. Mi abuelo, el barón de Karmarouet, al partir para la emigración, le había confiado, a título de depósito, doscientas mil libras. El terror había obligado a expatriarse al judío de quien se creía en Rennes que mantenía inteligencia con los realistas.

Se marchó a España, donde se dedicó al comercio y con el dinero de mí abuelo realizó una fortuna inmensa. Mi abuelo le confió doscientos mil francos; él me devolvió doce millones.

Comprenderéis la extraña revolución que produjo en mi vida esa fortuna y cuál no habría sido mi embriaguez, pues yo tenía entonces treinta años, si un remordimiento no hubiese pesado sobre mí con todo el peso de la fatalidad.

Salir de España y correr a París, resuelto a revolver el mundo para encontrar a Teresa, y devolverle, casándome con ella, el honor que le había robado, fué mí primer afán; pero allí me esperaba mi castigo...

Apenas llegado, apenas instalado en el antiguo palacio en que estamos, y que yo acababa de rescatar, pues había pertenecido a mi familia, fuí presa de un mal extraño y terrible, que me postró en el lecho en que me veis y que no he abandonado desde hace unos veinte años. Dios me castigaba al fin.

Durante varios años, preso de este terrible mal que se llama el reblandecimiento de la médula espinal, no tuve otro objetivo, otro deseo ardiente, que el de sanar; llamé en mi ayuda a las lumbreras de la ciencia, los príncipes del arte; todo fué inútil.

Hoy, por fin, en la hora suprema, mis ojos se han vuelto hacia el pasado, y me he preguntado si la pobre niña a quien deshonré no estará todavía en el mundo de los vivos... si, por azar, no sería yo padre... ¿Comprendéis ahora?

—Sí, — murmuró Armando.

—Pues bien, — concluyó el moribundo,

—he sabido que vos, caballero, dedicáis una gran fortuna y vuestra inteligencia, a realizar en París la más santa, la más elevada de las misiones: hacer bien e impedir el mal. Tenéis agentes, castigáis y recompensáis; descubrís los infortunios más ocultos, y las villanías más misteriosas. He pensado que vos tal vez podríais encontrar aquella a quien lego esta fortuna que voy a abandonar.

—Pero caballero — observó Armando, — por honrosa que sea para mí vuestra confianza, puedo saber acaso si llegaré...

—Os esforzaréis, caballero...

—¿Y si esa mujer ha muerto; si a despecho de nuestros presentimientos no tiene hijo?

—Y bien, en este caso seréis vos mi heredero universal.

—Caballero...

—Nunca es uno bastante rico, caballero, — dijo el barón de Kermarouet, — para realizar la obra que os habéis impuesto; consagraréis mi fortuna a aliviar las miserias, a castigar las perversidades que encierra este océano de vicio y de mal que se llama París.

Y como Armando hiciera un ademán de sorpresa y de negativa, el barón extendió una mano hacia el reloj de la chimenea:

—Mirad, — dijo, — la hora avanza y el tiempo no nos pertenece. Dentro de tres horas habré muerto. ¿Veis ese cofrecito que está aquí sobre este velador? La llave la tengo colgada del cuello. La tomaréis cuando yo haya exhalado el último suspiro, y encontraréis en el cofrecito dos testamentos con fechas diferentes. El primero os instituye mi heredero universal; el segundo es a favor de Teresa y de su hijo, si es madre. Encontraréis agregado al último testamento el medallón que llevaba en la noche fatal. El encierra un mechoncito de cabellos y un retrato de mujer, el de su madre quizás. Es el único indicio que puedo dejaros.

La voz del moribundo se apagaba por grados; la hora se acercaba.

—He hecho llamar a un sacerdote para las seis, — murmuró.

En aquel momento sonó la campanilla de la puerta cochera. Era el sacerdote que llegaba.

Armando permaneció apartado del lecho en tanto que el barón Kermor de Kermarouet se confesaba y que el hombre de Dios lo reconciliaba con el cielo; luego se arrodilló a los pies de la cama y recitó con el sacerdote las oraciones de los agonizantes. A las dos horas se había cumplido la predicción del médico. El señor de Kermarouet había muerto.

Cuando estuvo solo Colar se echó a reir.

—¡¡Pobre viejo! — dijo mirando el cadáver; — has muerto con mucha tranquilidad, sin desconfianza de nadie; entré en tu casa como un pobre diablo y me alojaste sin presumir que si quería habitar una bohordilla en tu palacio, era sólo por saber el partido que se puede sacar de un hombre rico y sin herederos. ¡Pobre viejo! — repitió el bandido con acento extraño.

Y ahí tenemos al bueno del señor Kergaz, un hombre de bien como no hay otro, que va a ponerse en campaña para dar con los herederos. Estad tranquilo: el capitán Williams es un hombre de méritos y hallaremos a Teresa antes que a él.

¡Los millones serán para nosotros!

Y Colar se echó a reir otra vez delante del cadáver caliente aún.

En cuanto al señor de Kermarouet, estaba muerto de veras y no se incorporó para arrojar al impío que se mofaba a los pies de su lecho mortuorio.

Y Armando de Kergaz había partido.

III

Cereza y Baccarat

En la esquina del boulevar y de la calle del barrio del Temple, en el quinto piso y junto a la ventana de una bohardilla que daba al patio, en un día claro del mes de Enero, es decir, unos días antes de la entrevista del capitán Williams y de Colar, una joven trabajaba con ahinco ante una mesa cargada de los objetos y de los útiles necesarios para la confección de flores artificiales.

Podía tener diez y seis años; era alta, esbelta, blanca como un lirio, con cabellos negros y labio cuyo rojo encendido le había valido el apodo de Cereza, en el taller de flores en el que hiciera su aprendizaje.

Cereza había entreabierto la ventana para dejar penetrar un tibio rayo de sol.

Y en tanto que trabajaba, la morena niña cantaba despreocupada esta romanza, tan a la moda entonces, de Alfredo de Musset, puesta en música por Mompou, que empezaba así:

Avez-vous vu dans Barcelone
Une Andalouse au teint bruni... (1)

En momentos en que llegaba a la última copla, las lindas manos de la muchacha acababan de liar el tallo de una anémona que dejó caer con descuido sobre la mesa.

—Diez minutos más, — dijo con un suspiro de aniñada satisfacción, — y mi tarea estará concluida; iré a llevarla, y, al volver pasaré por el taller del señor Gros.

Una sonrisa llena de encanto se dibujó en los encarnados labios de Cereza, que agregó:

—¡Al fin ha llegado el domingo! Si mañana hace un tiempo como el de hoy, voy a ser la más dichosa de las mujeres. Mi novio me llevará a comer con él y con su madre a las "Vendimias de Borgoña", en Belleville.

Y después de haberse reído, Cereza se puso a suspirar un poco y volvió a su tarea.

—¡Pobre León! — murmuró; — cómo desearía haber vuelto ya de su provincia, adonde irá a vender su lotecito de tierra. ¡Ah! si el señor Gros no le hubiese prometido nombrarlo contramaestre el mes que viene, ya se habría marchado...

Cereza dirigió una mirada entre triste y risueña a una jaula colgada cerca de la ven-

(1) ¿Habéis visto en Barcelona una mujer de tez morena?

tana y en la que revoloteaba una calandria.

—Vas a tener muy pronto un lindo dueño, mi hermosa cantadora, — dijo, — y seremos dos para renovar el alpiste y el mijo de tu comedero, dentro de dos meses. ¡Qué largos son dos meses cuando se ama!

Y Cereza volvió a suspirar.

Un paso ligero resonó entonces en la escalera, y una voz no menos fresca, aunque más sonora que la de Cereza, se dejó oír diciendo la copla de las "Loretas", primera obra musical de Nadaud:

Dans un quadrille a part,
Voyez le grand Chicard,
Avec grace étalant
Un pantalon qui dimanche éait blanc. (1)

—Y estamos a sábado, — reflexionó Cereza, que se incorporó en su asiento y agregó:—Bueno, ahí está Baccarat. ¿Por qué vendrá a verme tan a menudo, mi hermana mayor, desde hace quince días, ella a quién no le gusta molestarse?

Se abrió la puerta y entró una mujer.

En verdad que el que se hubiera encontrado allí por casualidad, habría lanzado un grito de sorpresa al ver a las dos mujeres que se hallaban juntas, a tal punto se parecían a pesar de la diversidad de color de sus cabellos.

Cereza era blanca y de cabello negro, y sus ojos estaban impregnados de alegría y de travesura infantil.

Baccarat era blanca y rubia, y a pesar de su cabellera cenicienta, tenía también negros los ojos y rojos los labios como los de su hermana Cereza.

Las facciones del rostro, contorno y perfil, eran las mismas.

Sin embargo, mirándolas de más cerca, a despecho de ese parecido de familia, echábase al punto de ver en ellas diferencias notables en la edad, las costumbres, los hábitos y las maneras.

Cereza tenía diez y seis años; era delicada, fina, sus dedos pequeños y un tanto colorados llevaban en sus puntas las señales del trabajo, y sus uñas, que se empeñaba en cuidar, estaban, sin embargo, mal cortadas.

Baccarat tenía veintidós años; su talle había adquirido esa redondez elegante, esas formas llenas que no tienen nunca las jóvenes solteras, y sus manos, blancas como lirios, tenían la transparencia de la cera virgen y dejaban entrever hermosas venas azules bajo su diáfana piel. Sus uñas, duras y pulidas, remataban dedos irreprochables, en los cuales la mirada más experta no hubiera podido descubrir un solo pinchazo de aguja.

Cereza tenía manos de obrera; las de Baccaret eran manos de duquesa.

Los ojos de Cereza chispeaban de traviesa alegría, o estaban llenos de vaga y dulce melancolía.

Baccarat tenía esa mirada ardiente, altanera y casi mala de la mujer que se siente fuerte y ha hecho un arma de su belleza; a veces brillaban sus ojos con una llama sombría, en la que se revelaban a medias los abatimientos febriles y los ardores insaciables de las pasiones.

Cereza era encantadora con su vestidito de lana oscura, de mangas cerradas en la muñeca con un simple botón de nácar, y de las cuales sobresalían puños de una blancura irreprochable; llevaba en el pescuezo un cuello bordado por ella misma, y sobre el cuello un pañuelo de seda de seis francos, que le sentaba mejor que un collar de perlas finas...

Baccarat tenía un vestido de moaré antiguo; un chal de cachemira de la India envolvía su elegante talle, y llevaba una pulsera de precio en su desnudo brazo, que desaparecía a medias en un manguito de malla siberiana.

Teresa era bella y honesta, y quería tener marido. Baccarat había huído una noche, hacía seis años; de la casa paterna, pobre albergue de obreros, y del sexto piso en que su padre era grabador en cobre y ganaba penosamente la vida de su familia, se había dejado caer en una calesa de dos caballos, que la llevó al barrio de las existencias doradas, y la depositó en el umbral de un hotelito de la calle de Moncey, edificado expresamente para ella por el joven barón de O...

Durante cinco años, la pobre familia no volvió a ver a la hija seducida; el honrado grabador la había maldecido, y el dolor que le causara la fuga de su hija apresuró el desenlace esperado hacía mucho tiempo. Baccarat acudió al lecho de muerte de su padre, que la perdonó al expirar.

Pero, muerto el padre, la leona prosiguió su género de vida, y, triste es decirlo, se llevó a su madre fuera de la cas eu que, hasta entonces, no había entrado más que el dinero escaso y puro del trabajo, para hacerle compartir la existencia que el vicio y la pereza habían dorado.

Entre la madre olvidadiza y la hermana culpable, Cereza, como era de esperar, tenía que sucumbir. Dios la protegió, no obstante, y le infundió en el corazón la altivez de su padre y el amor al trabajo de éste.

Mientras que Baccarat arrastraba coche con su complaciente madre, Cereza alquilaba el cuartito en que acabamos de verla, transportaba a él una parte del pobre ajuar de sus padres, y seguía ganando dos francos al día con ayuda de un trabajo obstinado.

Hacía más de un año que Cereza vivía sola y subvenía a todas sus necesidades, pagaba con regularidad su alquiler y ahorraba para su canastillo de boda...

Porque Cereza iba a casarse de un día para otro; amaba a un honrado obrero llamado León Rolland, que tenía la absoluta confianza de su patrón, el señor Gros, principal ebanista de la calle Chapón.

Y puede ser, por lo demás, que aquel amor que tenía en el corazón hubiese contribuído en no poca parte a impedir que cediera a la seducción, que se le presentaba bajo la doble apariencia de una hermosa pervertida y de una madre que pisoteaba todo pudor.

Sin embargo, Cereza no había dejado nunca de ver a su madre y a su hermana; las dos, juntas o separadas, venían a visitar a la joven obrera, y pasaban a veces un día entero con ella; pero Cereza no les devolvía nunca la visita.

Se hubiera avergonzado de poner los pies en aquel hotel que Baccarat había pagado tan caro.

(1) Mirad el gran Chicard luciendo con gracia en una cuadrilla un pantalón que el domingo era blanco.

Las dos hermanas se abrazaron con afección.

—Buenos días, Cerecita, — dijo la pecadora; — buenos días, hermanita.

—Buenos días, Luisa, — repuso la obrera, que sentía repugnancia en dar a su hermana el sobrenombre de Baccarat, que le habían puesto algunos vividores, una noche de orgía en que ella ganaba montones de oro al juego de ese nombre.

—¡Cómo! — dijo Baccarat sentándose al lado de la florista; — ¿has hecho ya todo eso desde esta mañana?

—¡Ah! caramba, — contestó Cereza riendose, — me levanté al amanecer, y me puse a trabajar con ahinco para concluir más temprano. Hoy es sábado, y quiero ser la primera del taller que entrgue la obra... Y luego, agregó Cereza, — me haré un vestido para mañana, y tendré tiempo de concluirlo velando un poco.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Bacarat con distracción; — ¿parece que mañana te pondrás paqueta?

—Sí, es domingo...

—¿Nada más que por eso?

Cereza se puso encendida como la fruta cuyo nombre llevaba.

—León me llevará a comer con su madre a Belleville.

Baccarat jugaba distraídamente con un punzón de que su hermana se servía para su oficio de florista.

—¡Ah! ¿conque sigues amando a tu León?

—Sí, — respondió con franqueza Cereza; — ¿No es, por ventura, un buen mozo y un noble corazón?

—No digo lo contrario, — murmuró Baccarat; — pero casándote con un obrero, hija mía, pasarás toda tu vida en la miseria.

—¡Bah! — dijo Cereza; — cuando somos dos para ganarnos la vida y nos amamos, no somos nunca desgraciados. Además, León va a ser contramaestre, ganará diez francos al día y podrá ponerme una tiendita en la que me estableceré por mi cuenta. Tiene algunos bienes en su provincia, tres o cuatro mil francos por lo menos; es lo suficiente para comprar un tallercito de florista.

Baccarat se encogió de hombros inperceptiblemente.

—Ya sabes, — dijo, — que si necesitas cuatro mil francos, y quien dice cuatro, dice diez, para establecerte, yo te los daré.

—¡Nones! — replicó Cereza; — una joven honrada no acepta dinero más que de su padre o de su marido.

—Pero yo soy tu hermana.

—Si tuvieses marido, aceptaría.

Baccarat se mordió los labios y frunció sus cejas olímpicas.

—Me lo devolverás cuando te cases... puesto que León tiene dinero

—No, — dijo Cereza, — soy terca y orgullosa, no pido prestado: cada cual obra como le parece.

La joven se había puesto a trabajar mientras conversaba con su hermana; y Baccarat se había acercado insensiblemente a la ventana, en la cual se había recostado con afectada negligencia, pero en realidad para dirigir una mirada ardiente y curiosa a una ventana de la casa vecina, que daba igualmente al patio, y que estaba situada en un piso inferior a del la modista.

Aquella ventana estaba cerrada, y las cortinas blancas habían sido corridas prolijamente.

—No está — murmuró en voz baja y con desprecio Baccarat.

—Dime, Luisa — dijo Cereza, que seguía con el rabo del ojo los movimientos de su hermana, y que tenía en los labios una sonrisa picaresca; — ¿sabes que eres muy amable conmigo desde algún tiempo a esta parte, viniendo a verme casi todos los días?

Baccarat se estremeció y se volvió bruscamente.

—¿Tienes algún asunto en el barrio? — continuó Cereza con hipócrita ingenuidad.

—No — repuso Baccarat. —Vengo a verte porque te quiero y soy libre.

—Bueno — exclamó la joven con malicia, — hace mucho tiempo que eres libre, y creo que siempre me has querido... Sin embargo...

—¡Pues bien! — dijo Baccarat, — tanto peor para tu mojigatería ordinaria. Ya que me interrogas te lo diré todo, aunque te haga ruborizar.

Cereza bajó la vista.

—Si tienes secretos — dijo, — es otra cosa...

—No — repuso Baccarat; — no hay en ello ningún secreto. Tengo lo que se llama un capricho. Esto te sorprenderá porque en todo París se dice que fuera de su familia, la Baccarat no tiene corazón, y que se burla de los hombres como se burlan los franceses de los chinos.

Cereza levantó la cabeza y miró a su hermana.

La Baccarat se había puesto seria y triste al expresarse de ese modo, y había puesto en sus ojos algo así como un frenesí secreto de obedecer a un sentimiento nuevo, ella que se burlaba de las pasiones más tempestuosas.

—Sí — prosiguió; — desde tu ventana en que estaba un día apoyada como hoy, vi hace un mes a un joven que me ha transformado haciéndome latir el corazón, a mí que nunca he amado...

Y Baccarat extendió un dedo.

—Allí — dijo, — en aquella ventana del quinto piso.

—¡Bueno! — dijo Cereza sonriéndose; — ya sé de quien estás hablando. Es el señor Fernando Rocher.

—¿Lo conoces? — dijo Baccarat con alegría.

—Sí — repuso Cereza.

—Pues bien — murmuró la hermana mayor con acento de la pasión sincera; — lo amo... ¡lo amo, mira, como tú no amas a León!

—¡Ah! — dijo Cereza con un tono de reproche y de incredulidad a la vez.

—Lo he visto tres veces — prosiguió Baccarat, — tres veces en su ventana, y ni siquiera me ha mirado, a mí por quien hay hombres que se han levantado la tapa de los sesos... Y vengo aquí por verlo... aunque no sea más que un segundo. Y mira cómo estaré tocada, que hay momentos en que siento ganas de escribirle, de subir a su casa y de arrojarme a sus plantas diciéndole:

—¿No sabes que te amo?

Y los grandes ojos negros de Baccarat despidieron una mirada de llama.

—Es una tontería y una rareza — prosiguió — que una se entregue a querer a un hombre de quien se ignora hasta el apellido, que tal vez sea casado; que una lo ame hasta perder el apetito, que sueñe con él día y noche.

Cereza miraba a su hermana con asombro, a tal extremo conocía su insensibilidad ordinaria.

—¡Cómo! — dijo; — ¿lo amas de ese modo?

—¡Oh! — exclamó Baccarat, poniéndose una mano sobre el corazón, — me vuelvo loca... Mira, mi corazón palpita con fuerza desde hace un cuarto de hora que estoy aquí, con los ojos fijos en esa ventana cerrada.... ¿De manera que ese joven no está nunca en casa? — concluyó con impaciencia.

—Vuelve todos los días a las dos en punto — repuso Cereza.

—Pero háblame de él — exclamó Baccarat con la impetuosidad de la pasión; — dime quién es, lo que hace, y dónde y cómo lo has conocido

—León es el que me lo ha hecho conocer.

—¿De qué modo?

—El patrón de León le vendió un escritorio, sillas y una cama cuando se mudó a esa casa. León le entregó todo eso y le colocó las cortinas. Parece que ese joven no es rico, que tiene un empleo de doscintos francos al mes en una oficina. Con esa suma no se hace mucho cuando se trata de un señor que lleva frac y tiene que mantener su rango. Ya sabes cuán bueno es León; adivinó que el señor Fernando estaba escaso de fondos por la compra de esos muebles, y le dijo:

"—El patrón os ha vendido al contado, caballero, pero si necesitáis algún tiempo yo puedo concedéroslo."

Los muebles importaban trescientos francos; Fernando aceptó el ofrecimiento de León, en quien su patrón tiene una confianza absoluta, y dió ciento cincuenta francos a cuenta. El resto lo pagó en tres meses, y como no es orgulloso, a pesar de su educación, se hizo amigo de León. Parece que está empleado en un diario, pues tiene a menudo entradas para el teatro; varias veces se las ha ofrecido a León, quien las ha aceptado para dárnoslas, a su madre y a mí.

Luego, como el trabajo escaseaba un poco para mí y el señor Fernando tenía que mandar hacerse camisas, León me lo envió y trabamos relación. Desde entonces me da los buenos días cuando nos vemos en la ventana y nada más — concluyó Cereza.

—¿Y... — preguntó Baccarat con un súbito temblor de voz, — ¿vive... solo?

—Sí.

—¿No ves nunca a nadie... en su casa?

—Nunca.

Baccarat respiró.

—Lo amo — murmuró... — y él me amará.

Terminaba cuando se abrió la ventana del quinto piso y sirvió de marco a la cabeza de un hombre.

Baccarat sintió que toda la sangre le afluía al corazón, y se puso pálida.

—Ahí está — dijo a su hermana echándose atrás con presteza.

Cereza se asomó a la ventana y se puso a tararear para que el joven, que miraba distraídamente al patio, levantara la vista.

Fernando Rocher descubrió a la joven y la saludó; luego pareció sorprenderse de ver detrás de ella una cara que tenía con la suya un parecido semejante.

—Es mi hermana — le dijo Cereza.

Fernando saludó.

—Dile — apunto Baccarat al oído de la joven obrera — dile que sería muy amable si viniera a darnos los buenos días.

El acento de Baccarat era suplicante y conmovió a Cereza que, sin reflexionar en la ligereza de un paso semejante, gritó al joven haciéndole señas con la mano:

—¿Por qué no venís un momento, señor Fernando, si no estáis ocupado?

—Os agradezco la invitación, señorita — repuso el joven; — desgraciadamente, me he demorado un poco: tengo que hacer una visita: estoy invitado a comer y ya es tiempo de que me vista.

—¡Sale! — murmuró Baccarat, — quiero saber adónde va, y lo sabré. Tal vez a casa de alguna mujer... ¡Oh! me parece que voy a estar celosa de una manera horrible.

Cereza escuchaba a su hermana con asombro.

—Pero — le hizo notar, —el señor Rocher no es ni tu marido ni tu amante.

—Lo será — dijo Baccarat, cuyas cejas rubias se reunieron a impuso de una voluntad altanera.

—¿Tu marido?

Baccarat se encogió de hombros y guardó silencio.

—Además — murmuró Cereza, — creo que León me ha dicho que el señor Rocher pensaba casarse.

Al oir estas palabras Baccarat dió un salto como la pantera herida que oye el grito lejano de los cazadores que la persiguen.

—Casarse ¡él! — murmuró.

—¿Y por qué no? — preguntó Cereza con ingenuidad.

—¡Yo no lo quiero!

—¿Con qué derecho?...

—¡Con qué derecho! — contestó la pecadora golpeando el suelo con cólera. ¿Acaso hay derechos en el amor? ¡Lo amo!...

—¿Pero si él no te ama?...

—Me amará...

Y la joven echó una mirada soberbia al espejito colocado en la chimenea de Cereza, como si hiciera de una ojeada el inventario de su belleza orgullosa y audaz.

—¡Tendría que ver, — dijo con la soberbia de un ángel caído, — que la primera vez que una muchacha como yo se le ocurriera amar a un hombre, ese hombre no la amase! No ha faltado quien se haya muerto por mí, y un empleadillo que vive en un quinto piso no habría de volverse loco por Baccarat! ¡Ah! si no fuera así, ya no sería lo que soy.

Cereza acababa de terminar sus flores, y se echó sobre los hombros un chal de tartán a cuadros grises y blancos; luego se alisó los cabellos y se puso en la cabeza una gorrita con lazos de cinta punzó.

—Voy a entregar mi obra, — dijo.

Las dos hermanas bajaron juntas a la calle.

Baccarat había venido en coche, como todos los días.

Un bonito cupé tirado por un caballo zaino y manejado por un cochero de librea, esperaba en la puerta.

—¿Quieres que te lleve a tu tienda? — preguntó la joven abriendo la portezuela de su carruaje.

—¡Vaya! — repuso la orgullosa Cereza; — ¡sería gracioso ver a una pobre obrerilla llevando quince francos de labor en un cupé tirado por un caballo de mil escudos! Adiós, Luisa, me marcho a pie...

—Adiós, tontuela, — contestó Baccarat, que depositó un beso en la frente de su hermana.

Cereza se marchó con un pasito vivaracho y deliberado, atravesó el bulevar y tomó la calle del Temple, mientras su hermana se instalaba en el cupé.

—¿Adónde va la señora? — preguntó el cochero.

—A ninguna parte, — repuso Baccarat; — esperaré aquí...

Esperó, en efecto, en el cupé, que Fernando Rocher saliese de la casa contigua, en la cual tenía ella fijos los ojos obstinadamente.

Al cabo de diez minutos, en efecto, el joven salió y pasó junto al carruaje sin fijarse siquiera en él.

—Sigue a ese joven, a cierta distancia, — dijo Baccarat al cochero.

El cupé echó a andar al paso, y Baccarat bajó prudentemente las cortinillas.

IV

FERNANDO

Fernando tenía veinticinco años. Era un joven alto, de cabellos negros, de tez pálida, y antes que una belleza regular, tenía una fisonomía original.

Fernando era huérfano. Al entrar en la vida no había tenido más protectores que un tío materno, el señor de Sainte-Lucie, antiguo oficial de marina que lo había hecho educar con su módica pensión, y que había muerto sin fortuna.

A los veinte años, Fernando entró en el ministerio de Relaciones Exteriores con un sueldo de mil quinientos francos al año; dos años más tarde, sus emolumentos fueron aumentados a doscientos francos al mes.

En sus ratos de ocio, Fernando escribía con sus compañeros de oficina, la tercera o la sexta parte de un vaudeville.

La comedia producía cien francos de derechos de autor, contaba cuarenta de gastos de copia, y dejaba un dividendo de diez francos por colaborador.

Lo que no obstaba para que Fernando Rocher soñara con un gran porvenir dramático y suspirara pensando que los señores fulano y mengano, que ganan cien mil francos en el teatro, habían empezado como él.

Y Fernando estaba enamorado; amaba ¡el ambicioso! a la hija del jefe de su oficina, la señorita Herminia de Beaupreau, que tendría, según decían, ochenta mil francos de dote; y Fernando sabía que no obtendría la mano de la joven sino con inauditas dificultades, pues el señor de Beaupreau era avaro.

El joven, si se había vestido aquel día tan de prisa y acicaládose con tanto esmero, era porque el señor de Beaupreau lo había invitado a comer.

El jefe de la oficina, que no sospechaba el amor que profesaba el joven a su hija, amor compartido por Herminia, lo invitaba a comer con frecuencia y le dispensaba su amistad. Fernando era inteligente y activo; en sus ratos perdidos trabajaba en una obra de aliento sobre el derecho de gentes, obra que el señor de Beaupreau se proponía publicar como de él para obtener la roseta de oficial de la Legión de Honor y el puesto de jefe de división. De ahí provenía la amistad y la protección del jefe de la oficina al empleadillo.

—Venid a las tres, — habíale dicho el señor de Beaupreau, — trabajaremos hasta las cinco.

Y Fernando, que no veía a Herminia desde hacía tres días, habíase jurado que sería puntual, tanto más cuanto que el jefe de la oficina no lo era, y sucedía casi siempre que los dos amantes tenían tiempo para conversar algunos instantes y renovarse sus juramentos de inalterable fidelidad.

El empleado atravesó el bulevar, dobló a la izquierda en la calle del Temple, y tomó la de Vendome para dirigirse a la de Saint-Louis-au-Marais, donde vivía el jefe de su oficina.

El cupé de Baccarat seguía a cierta distancia. La pecadora no perdía de vista al joven, y cuando lo vió franquear la puerta cochera de una antigua casa situada en lo alto de la calle Saint-Louis, cerca de la plaza Real, ordenó al cochero que se detuviera.

Descendió luego del carruaje con la ligereza de una corza, y entró también en la casa.

Baccarat se había bajado el velo prudentemente para que Fernando nó la reconociese.

La portería, situada en el fondo del patio, era habitada por una vieja charlatana, a quien la pecadora juzgó de una mirada perfectamente corruptible.

Le puso un luis en la mano, y le dijo:

—¿Teniés lengua, tía?

—¡Me jacto de tenerla, mi hermosa señora! — repuso la vieja saludando y tomando el luis que se apresuró a hacerlo desaparecer en las profundidades de su bolsillo.

—Pues bien, — dijo Baccarat, — tenéis que serviros de ella; puede ser que os sea provechoso ¿Quién es ese joven que acaba de subir por la escalera principal, bajo la bóveda?

—Ese, — dijo la portera, — es un empleado del "milisterio" que va a casa del jefe de su oficina.

—¿Cómo se llama el jefe de la oficina?

—El señor de Beaupreau.

—¿Es casado?

—Sí.

—¿Es joven su esposa?

—Entre cuarenta y cincuenta.

—¿Y... — preguntó Baccarat, — no tendrá una hija?

—Sí, — repuso la vieja, — y muy linda...

—¡Ah! — respondió Baccarat mordiéndose los labios.

—La señorita Herminia, — prosiguió la portera, — es bella como un ángel, y me parece que ese joven está prendado de ella.

—¿Lo creéis? — dijo la pecadora cuyo voz se alteró.

—¡Caramba! como aquí tres o cuatro veces por semana, cuando menos.

—¿A qué hora sale de aquí cuando come?

—A eso de las diez de la noche.

—Está bien, gracias.

Baccarat echó otro luis en la mesa grasienta de la portera maravillada, y desapareció.

—¡De seguro que es una duquesa! — murmuró la vieja.

En tanto que Baccarat tomaba esos informes, Fernando Rocher, que no sospechaba en manera alguna el espionaje de que era objeto, subía de prisa al tercer piso, y, palpitándole el corazón, llamaba en la puerta de las habitaciones del señor Beaupreau.

El jefe de la oficina era un gentilhombre de tres al cuarto del condado Venaissin, que llegado a París sin un centavo, obtuvo a fines del Imperio una plaza en el ministerio; y al cabo de veinte años, a fuerza de adulaciones y celo con todos los poderes y todos los ministros, había ascendido al puesto que ocupaba hacía nuev años, en 1845.

El señor de Beaupreau conoció diez y ocho años antes, a una hermosa joven sin más parientes que una anciana tía, avara y déspota, y una dote de doscientos mil francos.

La joven, que se llamaba Teresa de Alterive, había cometido una falta, o mejor dicho, había sido víctima de una celada odiosa rodeada de circunstancias misteriosas que hacían imposible toda reparación.

De aquella ocurrencia dolorosa vino al mundo una pobre niña, y la joven vilipendiada quiso por lo menos ser una buena madre Al revés de tantas otras que se proponen conservar las apariencias de una virtud irreprochable, no abandonó la débil criatura a manos mercenarias.

El señor de Beaupreau encontró a Teresa, se enamoró de ella, husmeó la dote de doscientos mil francos y pidió la mano de la joven. Teresa le confesó francamente su situación: el señor de Beaupreau no paró mientes, y le dijo:

—Vuestra hija será de los dos; yo la reconoceré como si fuera de mi sangre.

Teresa se estremeció de júbilo al pensar que su hija tendría un padre, y aunque el señor de Beaupreau fuese feo, pequeño, casi deforme y de edad madura, se casó con él. Herminia pasó por hija legítima del señor Beaupreau.

El jefe de oficina tuvo algún tiempo después, y con dos años de intervalo, dos hijos de su matrimonio con Teresa. Uno de ellos murió muy niño; el otro tenía quince años en el momento en que empieza este relato.

Herminia misma acudió a abrir la puerta a Fernando Rocher, pues la única criada de la casa había salido para hacer las compras para la comida

El señor de Beaupreau era avaro y quería no obstante, guardar cierto decoro. Ocupaba un departamento de mil quinientos francos de alquiler y daba reuniones; pero los ordenanzas del ministerio servían en ellas los refrescos, y al día siguiente la criada tenía que reparar sola los desórdenes y el trajín ocasionado por el baile.

Al ver a Fernando, Herminia se puso encendida hasta las orejas y al mirar a la joven sintió esa violenta emoción ingenua que se apodera siempre del hombre enamorado en presencia de la mujer a quien ama.

La señora de Beaupreau estaba en un rincón de la sala, ocupada en bordar en un bastidor. Tendió cariñosamente la mano al joven, y le dijo:

—El señor de Beaupreau no ha vuelto todavía, pero creo que no tardará.

—Señor Rocher — dijo Herminia ruborizándose de nuevo. — ¿queréis acompañarme al piano?

—Con mucho gusto, señorita — repuso Fernando acercándose al punto al instrumento colocado no lejos del sitio en que se hallaba la señora de Beaupreau.

—He descifrado una nueva romanza de la señora Loisa Puget — prosiguió Herminia para ocultar su turbación; — es preciosa: vais a verlo...

Y Herminia desdobló el atril del piano, sobre el cual extendió la música.

Entretanto, Fernando murmuraba en voz baja:

—Tengo que daros una buena noticia, Herminia... Han admitido mi drama en el teatro de la Porte-Saint-Martín. Será representado este invierno y espero que me ha de dar mucho dinero... Entonces me atreveré...

—He hablado a mi madre... — repuso Herminia en voz baja.

Fernando se estremeció.

—¿Y qué ha dicho? — preguntó.

—Mi madre — repuso la joven cuyo rostro se encendió, — piensa que debéis animaros a hablar a mi padre.

El joven meneó la cabeza con desaliento.

—Conozco al señor de Beaupreau — murmuró, — me negará vuestra mano... Soy pobre... y mi única esperanza está en ese porvenir dramático con que cuento.

—Escuchad — repuso Herminia: — mamá me ha preguntado si estaba bien segura de vuestro amor.

—¡Ah! ¿cómo podéis dudarlo?

—Y, aunque le tiene cierta prevención a mi padre, lo abordará francamente. ¡Me quiere tanto mi pobre madre!

—¿Pero... cuándo? — interrogó Fernando, cuyo corazón se puso a latir con violencia.

—Esta tarde... si os parece.

En el momento en que Herminia pronunciaba estas palabras, su madre, que se había acercado, la abrazó con ternura, y mirando a Fernando:

—¿Es verdad que la amáis? — preguntó con esa voz inquieta y poco menos que alarmada que sólo tienen las madres.

Fernando no contestó, pero se arrodilló delante de la señora de Beaupreau y dirigió una mirada a Herminia una larga mirada de amor.

—¡Y bien! — dijo la madre emocionada. —

¿por qué habría de oponerme a la dicha de mi hija?

Puso la mano de Herminia en la de Fernando y los unió con ese ademán elocuente y simple.

—Después de comer — dijo, — Herminia os llevará al despacho de Beaupreau y me dejaréis sola con él.

. . . . . .

Fué una tarde encantadora la que transcurrió para ambos jóvenes bajo las miradas de la madre, dichosa con la felicidad de los dos amantes; y se olvidaron a tal punto del señor Beaupreau, que no echaron de ver que era tarde y que la hora de comer sonaba antes de qu él llegase.

De pronto viéronlo aparecer en la puerta del salón, caminando con paso desigual y brusco, y con el rostro encendido.

Sus ojillos guiñaban detrás de sus gafas azules, y toda su persona denunciaba una emoción mal reprimida. Era evidente que le había sucedido algo de insólito, que la existencia monótona y regular del jefe de oficina acababa de sufrir un choque misterioso.

V

GUIGNON

Mientras Baccarat seguía a Fernando Rocher, al dirigirse éste a la calle Saint-Louis, a casa del señor de Beaupreau, Cereza trotaba de prisa por la calle del Temple y tomaba la de Ramboteau, donde estaba situada la tienda de flores para la cual trabajaba.

Era tan graciosa con su manera de ataviarse, su movimiento y su andar, que los transeuntes más atareados se detenían involuntariamente en las aceras para mirarla, y más de un joven murmuraba con envidia desde la puerta de una tienda:

—¡Oh! ¡qué muchacha más bonita! ¡Feliz del hombre a quien ame!

Pero Cereza no se preocupaba de las miradas amorosas ni de los requiebros más o menos galantes, que la acogían en el camino, y proseguía su marcha pensando en su querido León, de quien pronto sería esposa.

Llegó de esa suerte a la tienda, donde fué recibida por la sonrisa benévola del patrón, satisfecho de su obra.

La señora de Legrand, dueña de la tienda, exclamó al verla entrar:

—Aquí está Cereza, ¡mi mejor obrera! Haces bien, hijita, haces muy bien en llegar a la hora. ¿Me traes hoy todo el trabajo?

—Helo aquí, — dijo Cereza colocando con cuidado toda la obra sobre el mostrador; — no me queda nada en casa, señora.

—¡Vaya un trabajo de primer orden! — dijo la señora de Legrand, que era una buena mujer, gruesa y muy jovial. — Esta sí que es una obrera honrada con quien da gusto tratar. Vosotras, señoritas perezosas, no trabajáis así.

Y, entre severa y sonriente, la florista se dirigía a las cinco o seis muchachas que trabajaban a jornal en la tienda. Luego se volvió al joven dependiente adscrito a la caja de la casa, el cual con la pluma detrás de la oreja, miraba a Cereza con la ingenua admiración de un enamorado.

—¡Vaya un trabajo de primer orden! — dijo la señora de ese modo, con esos ojos de azúcar cándia, como si fuese una muchacha que se dejara engatuzar, arregladle su cuenta.

El dependiente se puso colorado, y bajó los ojos.

—¿Cuánto se te debe, hija mía? — preguntó la florista.

—Creo que diez y siete francos con cuarenta y cinco céntimos; pero es mejor que cuente los grupos de flores.

—Eso es, — dijo la señora de Legrand; — sabes tu cuenta, hija mía, y se me figura que ha de haber en algún rincón de tu cuarto una alcancía para tus ahorros.

—Puede ser, — dijo Cereza sonriéndose.

—¿Y qué harás con tus ahorros, señorita?

—¡Ah! — dijo Cereza con aire serio que desdecía un tanto con su carita traviesa; — para establecerse se necesita dinero.

—¡Cómo! ¿deseas establecerte?... ¿Me abandonarás?

—No, — dijo Cereza, — no es así como yo lo entiendo.

—Bueno, ¿quieres casarte?

—Eso, — exclamó Cereza con candidez.

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de "Pucky", en el que encontrará además la primera parte de

"EL MANDARIN NEGRO"

novela policial en tres partes, original e inédita, del gran autor inglés Sax Rohmer, tan conocido como apreciado por todo el público lector y especialmente por los favorecedores de "Pucky", que han leído sus obras "Los verdes ojos de Bast", "Ala de vampiro" y gran número de cuentos incomparables.

UNA TIA FUMADORA

La patrona: — ¿Quién vino a visitarla anoche, Clara?
Clara: — Una parienta, señora; mi tía la de Adrogué.
La patrona: — Bueno, pues dígale a "su tía" que otra vez no se deje los puchos de toscano encendidos en el cenicero de la percha del hall.

UN CASO CURIOSO

—ooo—

El yanqui infalible

Por JOHN BONRT

(TRADUCCION DEL FRANCES)

ERASE uno de esos yanquis voluntarios, enérgicos, llenos de orgullo y de millones de dólares, que adquieren un castillo como cualquiera de nosotros compra una caja de cerillas, y alquilan un tren especial como nosotros un taxi.

Se llamaba Tom Hattphar. Me ocurrió una noche por no sé qué motivo el ser invitado a cenar en su casa. Eramos unos treinta convidados, y una vez terminada la cena pasamos al "fumoir" a tomar el café. Repartidos en el amplio salón en pequeños grupos, conversábamos a media voz, cuando Tom Hattphar, sentándose en la chimenea, gritó, con un tono que más tenía de mandato que de ruego:

—Un poco de silencio, señores, voy a contarles algo interesante.

Las conversaciones quedaron cortadas y todos nos pusimos alrededor de él.

—Mi relato, nos dijo, no será largo; pero necesito no ser interrumpido. Nada me molesta tanto, como una interrupción.

Todos nos comprometimos a permanecer mudos, y Tom Hattphar, comenzó:

—La historia, realmente, muy divertida que voy a narrar, transcurrió hace algunos años en la ciudad de Chicago. Todos los que intervinieron en ella son hoy difuntos especialmente, James Paddock, un antiguo jockey bizco, cuyas locuras son innumerables. Este James Paddock...

—Perdón, — interrumpió alguien.

Tom Hattphar se volvió furioso hacia el atrevido.

—No me corte usted la palabra... Ya le he dicho que es cosa que no puedo tolerar. Cállese usted, se lo ruego, y déjeme seguir.

Pero el interruptor insistió. Era otro americano llamado Johnston.

—Si me permito, amigo Tom, interrumpirle es sólo porque quiero rectificar un error que comete usted.

—¡Yo no me equivoco jamás!

—Usted se equivoca diciendo que Paddock ha muerto.

—No, señor. Estoy bien informado, y afirmo que James Paddock, el antiguo jockey está completamente muerto.

Johnston, replicó

—Tan muerto está que justamente esta mañana le he visto en esta misma calle.

Tom se quedó perplejo:

—¿Está usted seguro de haberlo visto?

—Como lo digo, Tom.

Este, lívido de rabia, no supo qué responder, y pasado un instante dijo dirigiéndose a todos nosotros:

—Señores, siento mucho este incidente; pero después de lo ocurrido, yo no puedo continuar mi relato con calma. Lo haré mañana si ustedes me conceden el honor de venir a mi casa a las seis y media en punto. ¿Cuento con usted, señor Johnston? — Y salió de la éstancia visiblemente contrariado.

—

Al día siguiente, muy intrigados, volvimos a casa del orgulloso americano. ¿Qué sorpresa nos aguardaba? ¿Qué venganza iba a tomar contra el imprudente que le había humillado públicamente la noche anterior?

Nuestra espera no fué larga. En cuanto nos instalamos en el salón alrededor de Tom Hattphar, se expresó éste en parecidos términos:

—La historia que voy a relatarles, transcurrió hace pocos años, en la ciudad de Chicago. Todos los que tomaron parte en ella han muerto, como dije ayer, especialmente, James Paddock, un antiguo jockey bizco...

—Esto es demasiado, — interrumpió Johnston, — es usted un testarudo... Repito que James Paddock vive.

—¡Y usted qué sabe!...

—¡Afirmo lo que he visto!

—¡Digo una vez más que ayer, me encontré con Paddock en esta calle, por lo tanto, existe!

—Pues está usted equivocado. James Paddock está muerto. ¡Y figúrese usted si lo sé cuanto que esta mañana le he metido seis balas en la cabeza!...

Después, satisfecho de tener razón, Tom acabó su relato, y se fué a la comisaría a ponerse a disposición de la justicia.

JOHN BONRT.

LAS DEDICATORIAS

Por MAX Y ALEX FISCHER

(TRADUCCION DEL FRANCES)

TODOS los días, de dos a cuatro, el señor Emilio Franquette, el eminente crítico dramático del "Petit Quotidien", acostumbraba a dar un largo paseo a pie.

Ayer, apenas acababa de cerrar la puerta de la calle, José, su mucamo, entró furtivamente en su despacho.

José abrió sin ruido la biblioteca. Del primer estante tomó cuatro libros al buen tun tun y fuése con ellos a casa de un librero.

—Verá usted, — le dijo. — Quisiera deshacerme de algunos libros que poseo. ¿Le interesan a usted éstos?

El librero examinó los libros uno por uno.

—¿"Le Voleur", de Henry Bernstein? ¡Vaya, es un ejemplar con dedicatoria!... ¡Muy bien! ¿"Los Bufones", de Miguel Zamacois? Vaya, otro ejemplar con dedicatoria... ¡Muy bien! ¿"La Course au Flambeau", de Paul Hervieu?... no está dedicada... ¡no tiene tanto interés! Veamos el último, ahora "Que Suzanne n'en sache rien", de Pierre Veber. ¿Este también con dedicatoria?... ¡Muy bien, muy bien!

Y concluyó:

—Le doy siete francos por todos. Sí, siete francos. Le pago dos francos por cada uno de los tres volúmenes que tienen unas líneas del autor, y un franco solamente por el ejemplar que no está dedicado.

El comerciante fué a buscar el dinero a la caja. José, mientras tanto, levantó las cubiertas del "Voleur", de "Los Bufones" de "Que Suzanne n'en sache rien". Sobre las primeras páginas de los tres libros leyó:

"Mi querido Emilio Franquette; tengo el " gusto de enviarte estos tres actos. — Tu " antiguo amigo. — Henry Bernstein."

"Para Emilio Franquette, al cual espero " tener pronto el gusto de estrecharle la " mano, este ejemplar de "Los Bufones". — " Miguel Zamacois".

"A Emilio Franquette, en prueba de sim- " patía y fraternidad, su amigo. — Pierre " Veber".

—De todos modos es curioso, muy curioso, — pensó José, — que el nombre del señor, dos líneas escritas y la firma del autor basten para que valga el doble un libro. ¡En fin, mejor! ¡No seré yo quien se quejo!

II

Al volver de su paseo ayer, el señor Emile Franquette estuvo revolviendo varias veces en su biblioteca.

No se dió cuenta de la desaparición de algunos de sus libros.

¿Por qué dudaría José en reincidir hoy? Son las dos y media. Llevando cuatro volúmenes que acaba de sacar, no del primero, sino del último estante del mueble, se dirige a casa del librero. En el camino tiene una curiosidad: "Veamos..., se dice, ¿me darán siete francos u ocho?"

Se para en un portal y abre las cuatro cubiertas de los cuatro volúmenes...' Examina las cuatro primeras hojas.

—¡Caramba! Ni una dedicatoria, — se dice. ¡Pierdo cuatro francos! — Y se hace reproches: "¡Eres un estúpido, José! ¡Podías haberlo mirado antes de salir!" Reflexionó: "Veamos, ¿es posible que un librero conozca la letra de todos los escritores? ¿El número de personas que publican libros no es enorme?" — Y se dijo: — "Puesto que estos libros no están dedicados... ¿por qué no los dedicaré yo?". Se fué a la oficina de correos más próxima. Tomó una pluma y después de hacer un gran esfuerzo de memoria, sobre la primera página de uno de los libros, escribió:

"Mi querido amigo Franquette, tengo el " gusto de enviarte estos tres actos".

Se separó para ver el efecto de su trabajo:

—Admirable, José, está admirablemente. ¡Ese viejo monomaniático de librero no se dará cuenta!

Ahora, a poner la firma. En la cubierta procuró descifrar con cuidado el nombre del autor y esforzándose en dibujar una imponente rúbrica completó su obra:

"Tu antiguo amigo. — Sófocles".

Después, tres veces más, se esmeró en modificar su letra. Sin desanimarse puso tres dedicatorias en las tres primeras páginas de los otros tres libros:

"Para Emilio Franquette, al cual espero " tener pronto el gusto de estrecharle la " mano, este ejemplar del "Cid". — Pierre " Corneille".

"A Emilio Franquette, en prueba de sim- " patía y fraternidad, su amigo: — William " Shakespeare".

"A Emilio Franquette, con el testimonio " de mi respetuosa admiración. — J. P. Po- " quelin, alias Moliére".

MAX Y ALEX FISCHER.

REALMENTE RESENTIDO

El vecino que se asoma por arriba de la tapia: — Oiga, Rubio; no me gusta quejarme ¿sabe?; pero acabo de ver a otra de sus entrometidas abejas picoteando mis coles de Bruselas. Usted debe adoptar medidas.

Compre todas las tardes

EL DIARIO

Av. de Mayo 662

BUENOS AIRES

EL DIARIO

Fundado en 1881, ejerce su influencia sobre la opinión inteligente del país por la cultura de su lenguaje y por su información precisa.

Proporciona cada día la más amplia relación de las noticias del día.

Cada jueves inserta las páginas femeninas, dedicadas a la mujer y al hogar donde publica en colores los últimos figurines de las modas femeninas.

EDICION DIARIA aparece a la hora 17

Precios de Suscripción

INTERIOR		CIUDAD
1 año . . .	$ 28.—	$ 2.- por mes
6 meses . .	„ 14.50	
3 „	„ 7.50	

Precios de suscripción a la edición de los jueves:

1 año	$ 5.—
6 meses	„ 2.50
3 meses	„ 1.50

Señor administrador de EL DIARIO
Av de Mayo. 662 Bs. As.

Acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . F. C. . .

UNA OBRA NOTABLE DE UN GRAN AUTOR

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Noviembre 26
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 165

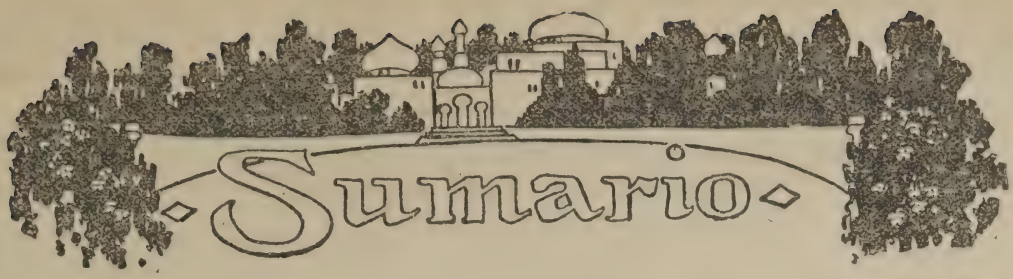
Esta escena corresponde a

LOS CUATRO MANDARINES

Novela original e inédita del gran autor inglés SAX ROHMER que aparece en este número

UN HOMBRE DESDICHADO

—¡Bien puede decirse que el viejo McTavish es desdichado! De los treinta que iban en el ómnibus cuando el choque, él fué el único que salió ileso. ¡Y en enero se aseguró contra accidentes por dos años!



El Mandarín Negro

Intenso y vibrante relato tan impresionante como los mejores capítulos de las famosas obras de su gran autor Sax Rohmer. (Primera traducción a nuestro idioma, especial para "Pucky").

Belcebú y Bismarck

Un graciosísimo cuento de unos grandes autores.

La viuda perpetua

Cuento muy interesante, traducido del francés.

Los dibujos mágicos de "Pucky"

Un divertido y novedoso juguete para niños. — En color.

Rocambole.—La Herencia Misteriosa

Continuación de la novela más famosa de toda una época, publicada a pedido del público.

Humorismo del momento

Algunos chascarrillos ilustrados. — En color.

Escenas del natural

Notas cómicas. — En color.

El peón de la estación y su carretilla

Juguete para armar, de gran formato. — En color. — Puede sacarse sin interrumpir la lectura del número.

Una buena planchada

Historieta cómica. — En color.

Notables invenciones modernas

Un excelente sistema para prender a los ladrones. — En color.

El original tiro al blanco de "Pucky"

Divertido juguete para armar. — En color.

DENTRO DE POCO:

LA LEALTAD DE NIRVANA

Novela policial completa en la que figuran Sexton Blake, Tinker y Nirvana, la bailarina.

Inclinándose, Harley abrió la valija de cuero marrón y sacó de ella una prenda de vestir de curioso aspecto. Lanzó una exclamación de asombro. Era una larga cogulla negra como las de los tiempos de la Inquisición ("El mandarín negro").

EL MANDARIN NEGRO

por SAX ROHMER

(TRADUCCION DEL INGLES PARA "PUCKY")

Intenso y vibrante relato dividido en tres partes, en el que el gran autor inglés se muestra como en sus más famosas obras impresionando al lector con una indescriptible fuerza evocativa.

Los dos personajes principales que actúan en esta nueva novela de Sax Rohmer son Paul Harley, el hombre de confianza del gobierno inglés y Knox, su amigo, los que figuraron también en la interesante novela "Ala de Vampiro", publicada por este magazine. Hartey es un tipo extraordinario de investigador, cuya habilidad es estupenda y Knox colabora eficazmente en su tarea, en muchas ocasiones.

El sobre color ámbar...

CON creciente irritación oí que alguien golpeaba una y otra vez con el aldabón de la puerta del departamento que quedaba precisamente encima del mío. Oí confusamente el repicar de una campanilla. Yo no conocía a Michael Hebrón mi nuevo vecino; no le había visto en todo el tiempo que llevaba en aquellas habitaciones. Lo que parecía evidente era que en aquellos momentos no se encontraba en casa.

Debido a eso me levanté, abrí la puerta de mi departamento y miré hacia arriba.

—¡Hola! — grité. — ¡El señor Hebron ha salido! ¿Puedo servirle en algo?

Por encima de la barandilla de la escalera ví la gorra de un cartero.

—Una carta para el señor Hebrón, señor, — dijo el joven cartero mirando hacia abajo. — ¿Quiere usted recibirla y firmar la libreta?

—¿Por qué no? — contesté yo. — Se la entregaré en cuanto llegue.

El cartero descendió hasta mi rellano y yo firmé en la libreta y en el pedazo de papel verde que era el recibo de retorno. Tomé la carta; un sobre de papel excepcio-

LA NOVELA MAS FAMOSA DE TODOS LOS TIEMPOS

ROCAMBOLE

Continúa en la página 21 de este número

nalmente grueso y de color ambar. Maldiciendo en silencio del ausente vecino que además de interrumpir mi trabajo me ponía en necesidad de dar una propina por su cuenta, despedí al cartero y regresé a mi escritorio, con el sobre amarillo en la mano.

Lo tiré sobre la mesa y volvía a mi aun incompleto artículo. El reloj me dijo que dentro de poco estaría un mensajero llamando a mi puerta pidiendo los originales del artículo para el diario y mordiendo rabiosamente la pipa me entregué a mi tarea que debía estar terminada a las once aun cuando se hundiera el cielo.

Aun me faltaba escribir un centenar de palabras cuando sonó la campanilla de mi puerta. Tenía en la imaginación las cien palabras que iba a escribir; las había comenzado y no tenía más que seguir como un ritmo para llegar al final. Me levanté, fuí hasta la puerta exterior y la abrí.

—¡Espere en el vestíbulo! — dije. Y regresé.

Después de diez minutos de escribir febrilmente mi trabajo estuvo terminado. Junté la carillas mediante un alfiler y fuí a dárselas al mensajero. En la puerta de la habitación me paré en seco.

Sentado en la silla del vestíbulo estaba Paul Harley, mi amigo.

—Pues bien, Knox, — díjome, — he esperado.

—¡Harley! — exclamé. — Fué usted quien llamó cuando abrí la puerta la otra vez?

—¡Qué descuidado es usted, Knox! — replicó moviendo la cabeza. — ¡Parece imposible! ¡Figúrese! Podría haber sido el príncipe de Gales, o, por otra parte, podría tratarse del más sanguinario asesino de toda Europa. Sin embargo, sin dirigir una sola mirada dijo usted: "Espere en el vestíbulo" En el primer caso hubiera cometido una descortesía con la familia real; en el segundo caso le hubieran robado y matado.

—Querido amigo, — dije, riendo; — perdone usted mi despreocupación. Estaba esperando al chico de... ¡Ah! ¡Ahí está!

Sonó la campanilla, abrí la puerta y ví delante de ella al mensajero del diario. Le entregué los originales que él se guardó en su cartera marchándose en seguida.

—A todo esto — dije — ¿no le vendría bien un vaso de whisky y soda amigo Harley? Tiene usted aspecto de hallarse cansado.

—Ultra supercansado, — dijo él, — estoy aplastado por el cansancio.

Entramos en mi escritorio y Paul Harley se sentó pesadamente en la butaca de brazos y blandamente tapizada que estaba junto a la mesa. No se le notaba pálido porque tenía el rostro extraordinariamente tostado por el sol y la intemperie, pero se le notaba que aquella noche no estaba en su estado normal. Me pregunté cuál sería el misterioso problema de los bajos fondos, que tenía preocupado su organismo y reducida su energía dinámica. Las canas de sus sienes parecían haber aumentado mucho. Paul Harley, de Chancery Lane, seguía ocupando su puesto único el del hombre en quien el ministerio de Gobierno y el de Relaciones Exteriores ponían toda su confianza.

Cruzando hasta una mesita que había a una lado serví una buena dosis de whisky. Con la mano en la palanca de la cabeza del sifón me volví.

—Diga usted, cuánta soda desea, — manifesté.

Harley no contestó. No me había oído. En vez de escuchar me había tomado el sobre de color ámbar que había dejado el cartero poco antes, se lo había acercado a la nariz y lo olía vigorosamente.

—Harley, — dije: — ¿qué hace usted?

Bajó el sobre y levantando la cabeza me miró por debaja de sus pobladas y fruncidas cejas. Su rostro estaba transfigurado. Había se vivificado.

—Huelo, — contestó. — Knox, — agregó, levantándose; — ¿ha olido usted esta carta?

—¡Claro que no! — exclamé. — ¿Por qué había de olerla?

—Debía usted haberla olido, — afirmó y dándome el sobre color de ámbar, agregó: — Hágame usted el favor de olerlo.

Tomé la carta y la olí recelosamente, sospechando alguna añagaza. La encontré, no obstante, delicadamente perfumada. Miré, sin comprender a mi amigo.

—No cabe duda, — dije, — mi vecino es un caballero que recibe perfumadas cartas de amor.

—No es el estado del corazón del señor Michael Hebrón lo que me interesa, — replicó Harley. — Lo único que me interesa es el perfume que, — bajó su dedo índice y lo apoyó en el sobre color ámbar, — no es usado más que por una persona, que yo lo sepa, en toda Europa.

—¡Pero Harley!... ¿Es posible que esté usted seguro de eso?

—¡Sí! Usted, durante algunas de sus investigaciones ha podido notar cómo una especial mezcla o marca de tabaco pude individualizar a determinada persona y hacer que se encuentre al hombre buscado. ¿No es cierto que el perfume desempeña idéntico papel cuando se trata de una mujer? En estos tiempos comerciales sólo conozco tres perfumes que no pueden ser adquiridos en las casas del ramo. Uno de ellos es éste — y apoyó la mano en la carta.

—Y eso ¿qué significa? — pregunté.

—Significa que ha sido el destino quien ha guiado mis pasos hacia su puerta, Knox. — Apoyó la mano en mi hombro. — ¡He trabajado en el barrio chino, en la misteriosa Chinatown, durante días y noches, en busca del rastro que está ahora sobre esta mesa.

—¡En Chinatown! — exclamé yo. — Pero qué tiene que ver esta carta dirigida al señor Michael Hebrón, con el tenebroso barrio chino?

—Eso es lo que hemos de averiguar, — replicó Harley. Se quitó el sobretodo y lo puso, con el sombrero, en una silla. — ¿Qué sabe usted respecto a este señor Hebrón? — preguntóme bruscamente, poniendo la carta a la luz de la lámpara.

—Nada, — contesté sentándome en la

butaca de la cual se había levantado Harley. — Vive en el departamento de arriba hace un mes o poco más. No lo he visto nunca y no se en qué se ocupa.

—Entonces, ¿cómo es que ha venido a parar a sus manos una carta particular dirigida a él.

Le expliqué lo sucedido mientras volvía a cargar la pipa.

—¡Bien! — exclamó Harley. — ¡Esto es Kismet! ¡Es obra del destino! ¡Si usted me presta su tarro de tabaco, llenaré mi pipa, Knox. Mientras realizo esa tarea tal vez quiera usted tener la bondad de poner al fuego una caldera con agua y de proporcionarme un pan... un pan fresco, si es posible.

—¿Qué ponga una caldera con agua al fuego y le traiga un pan fresco? — dije yo con incredulidad. — Estimado amigo, si no ha comido usted puedo proporcionarle algo más nutritivo...

—¡Gracias, Knox! — replicó, estudiando la parte de atrás del sobre. — El alimento que busco es alimento para la inteligencia. ¡Complicado sello! — agregó. — Pero se hará lo que se pueda.

—¡Harley! — dije rápidamente, levantándome. — Empiezo a vislumbrar algo de lo que usted se propone. Lo que no comprendo es para qué puede necesitar un pan entero. ¿Pero es posible que usted se proponga abrir una carta que ha sido dejada a mi cuidado?

Se volvió, mirándome cara a cara. Su curtido rostro tenía una expresión sumamente enérgica.

—Knox, — dijo haciendo frente a mi mirada de enojo y de incredulidad; — ¿ha tenido usted noticia de que yo, pudiendo, no haya entorpecido un plan infame?

—¡Nunca! — respondí yo sin vacilación.

—Pues bien. Esta carta, — e indicó el sobre color ámbar, — no es una carta de amor. Está sellada, como puede usted verlo, y tiene un sello que yo no he visto jamás. Está perfumada y su perfume me indica que procede de la mujer más peligrosa de Londres, de Europa y quizás del mundo. Su vecino, Michael Hebrón, si no es cómplice de esa mujer, es una de sus víctimas. En consecuencia vamos a demostrar que es culpable o a salvarlo...

—¡Pero, Harley!... — le interrumpí.

—La mujer y sus asociados, — prosiguió, — han enviado a miles de personas a la muerte. Fuera de los asesinatos cuya causa se encuentra en su personal belleza, ha sido instrumento de la intriga que conciuyó por dejar vacío al menos un trono.

—¡Dios mío, Harley! — exclamé. — ¡Me deja usted asombrado!

—Su actual presencia en Londres indica que se trama algo terrible. El ministerio de Relaciones Exteriores ha removido el cielo y la tierra procurando dar con el rastro de sus actividades. Llevo algunas semanas trabajando noche y día en busca de algún rastro que pueda orientarme.

—¿Quién es esa mujer, Harley? ¿De qué nacionalidad es?

UN GRAN NOVELISTA

SAX ROHMER

El famoso cuentista y novelista inglés de quien "Pucky" ha publicado obras tan magníficas como "Ala de Vampiro" y "Los verdes ojos de Bast", además de muchos y muy interesantes cuentos. Es el autor de "El mandarín negro" la electrizante novela en tres partes que publica hoy este magazine y que es traducida por primera vez a nuestro idioma.

—Es famosa en cuatro capitales donde se la conoce por el nombre de madame de Médici. Aun nos falta averiguar quién es en verdad. Su nacionalidad la sospecho, pero aun no estoy seguro de ella. Si tiene usted alguna duda, Knox, respecto a la rectitud de mis proyectos....

—No tengo ninguna, Harley, — le dije atónito al oír tales revelaciones.

Entonces tendrá usted la bondad de poner la caldera al fuego y de traerme el pan fresco...

—Muy bien.

—¡Ah, Knox! Al mismo tiempo tráigame un tizonero de la chimenea pero póngalo antes en la lumbre para que se ponga rojo. ¡Un tizonero que esté limpio!

...Y lo que contenía

CUANDO volví con el pan oí que Harley decía:

—¡Desagradamente complicado!

Harley estaba sentado junto a la mesa estudiando el sobre que estaba boca abajo sobre el papel secante de la carpeta.

Tomó el pan de mis manos, le sacó la corteza de encima y sacó un puñado de miga que comenzó a trabajar con ambas manos hasta formar una especie de torta redonda y gruesa y de superficie muy suave.

—Cuando se empieza algo, Knox, — dijo, — la rapidez es la base del éxito. ¿Quiere usted tener la bondad de hacer una o dos de estas tortas de miga de pan? Oprímalas con fuerza de modo que la superficie quede bien lisa.

Hice lo que me pedía mi amigo comprendiendo que todo aquello aun cuando tuviera el aspecto de una desatinada locura, tenía sin duda algún oculto propósito. Cuando estuvieron hechas cuatro tortas a satisfacción de Harley él las puso en fila sobre el papel secante y miró pensativo las pipas de raíz de retama que estaban en la mesa, en un cenicero.

—Sí, — dijo, — pueden servir.

Comenzó a meter bolas de miga de pan en el hornillo de las cuatro pipas. Las apretó luego sobre el papel secante para alisar lo que sobresalía. Volvió a poner boca abajo, el sobre color de ámbar, sobre la carpeta.

—Una prueba difícil, Knox, — dijo. — Un sello muy complicado, evidentemente del antiguo Egipto y probablemente un escarabajo único.

La carta estaba sellada con un lacre extraño de aspecto dorado de varios tonos, más oscuro que el papel.

El sello puesto con lacre en aquel sobre es el que representa el dibujo que aparece en medio de estas líneas, y sus curiosos detalles estaban nítidamente impresos.

Harley tomó lo primera de las pipas, humedeció ligeramente la superficie del pan con la punta de la lengua y después la oprimió fuertemente sobre el sello de lacre. La levantó, la miró y luego hizo otro tanto con las otras tres tortas.

—¡Ahora! — dijo.

Parte de su excitación nerviosa se me había contagiado. Respirando jadeante observé cómo desprendía el lacre dorado con un cuchillo afilado de la parte de abajo de la tapa del sobre dejando intacto lo que estaba adherido al papel pegado. Reunió todos los pedacitos de lacre en un pequeño cenicero de cobre. Observó el resultado de su trabajo a través de un vidrio de aumento que sacó del bolsillo y pareció hallarse satisfecho. Fuimos los dos a donde, sobre el hornillo de gas, hervía una caldera con agua, lanzando un chorro de vapor. Pusimos un tizonero pequeño y limpio sobre la llama del gas, debajo de la caldera.

Con suma habilidad abrió Paul Harley el sobre poniéndolo al vapor. Yo estaba a su lado mirando lo que hacía. Metió dos dedos en el sobre y sacó un trozo de cartulina blanca del tamaño de una tarjeta de visita. No había nada más en el sobre.

Me sentí sorprendido y excitado al ver la expresión del rostro de mi amigo en aquel momento. Había sin duda, algo de gran importancia.

—¡Dios mío, Knox! —exclamó Harley. — ¿Ve usted esto?

—Sí, lo veo,—contesté;—pero no lo entiendo.

Y para que no se me acuse precipitadamente de estupidez, reproduzco en la página 9 la figura y el texto que tenía la tarjeta.

—¡Claro! — dijo Harley mirando la tarjeta por ambos lados con su lente. — Me olvidaba de que usted no está al tanto de estos asuntos. Bueno... pero no tenemos tiempo que perder. Fíjese bien en todos los detalles, Knox, porque voy a completar nuestro experimento.

Volvió a meter la tarjeta en el sobre y pegó la parte engomada que había quedado húmeda por la acción del vapor.

—Deme el tizonero, — díjome.

Extraña escena aquella de cuando yo volví con amigo al escritorio con el candente tizonero en la mano.

—Sosténgalo firme aquí, — dijo Harley rápidamente. — Apóyelo en el tintero.

Puso los pedacitos de lacre rojo en el sitio del sello con suma delicadeza. Hecho esto movió el sobre de un lado a otro acercando la punta del tizonero candente hasta que el lacre se derritió. Con el extremo humedecido de una lapicera extendió el lacre por igual. Después, poniendo el sobre en la carpeta tomó una de las pipas que contenía uno de los moldes de miga de pan, humedeció la superficie con la lengua y me miró sonriendo.

—¡Ser o no ser! — dijo.

Apoyó con firmeza el molde sobre el lacre y lo levantó luego con rapidez.

—¿Qué tal?—exclamó triunfante.

Como por arte de magia el sello de lacre dorado estaba nuevamente como intacto. La impresión no era tan nítida como antes, pero se necesitaría una vista muy penetrante para sospechar, al verlo, que aquel sello había sufrido alguna manipulación.

—Ha salido bien lo primero, Knox, — dijo Harley. — Hubiera podido ahorrarle el trabajo de hacer bolas de pan de reserva, pero es bueno adoptar precauciones.

Estudió con su vidrio de aumento el sello falsificado.

—Sí, — dijo, — tiene rastros de miga de pan. Pero esto es inevitable. Unos minutos más y nuestro molde no hubiera servido de nada por demasiado seco.

Volvió a encender la pipa y se sentó de

nuevo en la butaca. Habiendo puesto el tizonero en la chimenea, saqué la miga de pan de una de las pipas y comencé, pensativo, a llenar el hornillo con tabaco. Oí que la campana del reloj de la torre de la catedral de San Pablo daba las doce de la noche. El rostro de Harley parecía una careta; no tenía expresión alguna. Pensé que se hallaba aturdido ante la importancia de un descubrimiento que para mí, no tenía mayor significación.

Sin embargo me puse a pensar con temerosa curiosidad en la persona de mi misterioso vecino Michael Hebrón y escuché con atención por si se oía, arriba, algún ruido que indicara que mi vecino había vuelto.

Harley, con los ojos cerrados, comenzó, de improviso, a hablar.

—¿Se fijó usted en la hora indicada, Knox?

—Las dos. Acaban de dar las doce.

—Sí; dispongo de dos horas... Dos horas, durante las cuales he de hacer... ¿Qué?

—No puedo imaginarlo.

—Tal vez salvar a la sociedad de un nuevo desastre. ¡Qué terrible responsabilidad! ¿Se fijó usted en la figura de la tarjeta?

—Sí. Representaba algo así como un sacerdote.

—Vuelva a pensar. Recuerde todos los detalles.

—Estoy pensando, Harley.

—¿Vi ousted acaso, alguna vez a un mandarín?

—¡Un mandarín! — exclamé nervioso. — Eso es, Harley: era la figura de un mandarín.

—Sin duda. ¡El Mandarín Negro!

—¿El Mandarín Negro? — repetí. — ¿Quién es ese Mandarín Negro?

Pero Harley en vez de contestar a mi pregunta, preguntó él:

—¿Sigue usted con atención los sucesos que se desarrollan actualmente en China?

—A través de lo que los diarios dicen.

—¿Se ha formado usted al respecto una opinión definida?

—Bueno..., — dije indeciso; — me doy cuenta de que el país se encuentra en una situación turbulenta.

—¡Muy turbulenta! — exclamó Harley abriendo los ojos y expresándose con mucha energía. — ¿No se ha percatado usted, Knox, de que China se encuentra en vísperas casi de una nueva dilaceración? ¿A cuál de los Chen Chiung y de los Sun Yat considera usted como futuro monarca de China?

—Es esa una pregunta que, en realidad, no me siento capaz de contestar.

—Pues entonces la contestaré yo mismo: ¡Ninguno! Ambos buscan, cada uno a su modo, la manera de reconstruir el roto andamio del antiguo Celeste Imperio. Pero otro y más importante movimiento ha echado raíces y China se ve amenazada por un despotismo que, si llegara a triunfar, hundiría al mundo en horrores aun más horrendos que los de la guerra, durante los próximos años. Los chinos siguen creyendo que la raza amarilla puede dominar en todo el mundo y la mente asiática piensa de modo opuesto a la de Occidente. Un hombre cuyo nombre no han publicado jamás los diarios, cuyo nombre desconocen hasta muchos de los altos dignatarios de Pekín, es el cerebro de los tentáculos que mueve actualmente el Pulpo Amarillo.

—¿Y quién es ese hombre — pregunté, cada vez más interesado.

—El Mandarín Negro.

—Pero ¿cuál es su nombre?

—¡Es un enigma, Knox! — dijo Harley levantándose. — El Servicio Secreto de cuatro naciones ha trabajado tanto en Asia como en Europa durante años, procurando, en vano, hallar la solución.

—¿Así que no limita sus actividades a China?

—¡Claro que no! Viaja constantemente de una a otra capital, minando el orden social de las cosas, destruyendo a las más sobresalientes intelectualidades, retorciendo así los hilos de la soga con que se propone estrangular a la mitad del mundo.

—¡Pero eso es algo inaudito, increíble!

—Las cosas realmente grandes, Knox; las que amenazan a la solidez de los imperios y a la paz de las naciones nunca parecen creíbles hasta que se han producido. Pero, al menos, hemos podido anotarnos un punto. Sabemos de fijo algo que hasta ahora sólo habíamos sospechado: que madame de Médici, la peligrosa aventurera, es la representante en Londres del Mandarín Negro.

—¡Sabemos más! — exclamé. — ¡Sabemos que ese Michael Hebrón está complicado en ese asunto!

—Dentro de dos horas, o tal vez menos, estará... ¿dónde? Probablemente en casa de madame de Médici.

—¿Conoce usted la casa?

—Perfectamente.

—¿Qué se propone hacer?

—En primer lugar, Knox, — contestó Harley, — he de pedirle a usted que suba al departamento de arriba e informe al señor Michael Hebrón si está en casa, de que usted ha recibido una carta para él. Tengo extraordinarios deseos de oír el timbre de voz de ese señor Hebrón, pero también tengo grandísimos deseos de que no pueda ni verme al oirme ese caballero.

Las cogullas negras

DESPUES de escuchar un momento con atención, dije, volviéndome hacia mi amigo:

—No será eso posible, Harley. No oigo ruido alguno. Ese señor Hebrón no está en su departamento.

Paul Harley se paseó nerviosamente de un lado a otro.

—Algo malo pasa, — dijo entre dientes; — tiene que pasar algo malo. Los asociados con madame de Médici no son tan olvidadizos, Knox y el hecho de que tantos hombres inteligentes hayan fracasado durante tantos años, cada vez que han tratado de enterarse de quién es y dónde está el Mandarín Negro, hace suponer que cuantos le conocen son sumamente cautelosos. En consecuencia, ¿por qué no está en su casa el señor Hebrón?

—Tal vez no sabía que iba a recibir esa citación, — dije.

—¿A qué hora trajeron la carta?

—Poco antes de las once.

—Al mandarle la citación con sólo tres horas de anticipación, madame de Médici suponía sin duda que el hombre debía estar en casa. De fijo debía estar esperando la invitación, Knox; ¿qué hora toca ahora?

—La una menos cuarto.

Harley siguió paseando de un lado a otro. De repente se detuvo, se volvió y me miró de modo extraño.

—Es posible que nuestro hombre haya olfateado peligro o traición, — dijo. — Yo no conozco al señor Hebrón pero puede ser que el señor Hebrón me conozca. Tal vez me vió venir a este departamento o quizás...

Miró hacia la puerta de mi escritorio.

—Knox, — dijo; — ¿Existe algún medio de comunicación entre estas habitaciones y las del piso de arriba?

—No hay escalera de auxilio para incendios ni nada parecido, — contesté. — ¿Supone usted que pueden habernos oído?

—¡Bueno! Necesito explicar el asunto de algún modo. Créame usted, Knox, la organización que rodea al Mandarín Negro funciona con la mayor perfección, en forma impecable. No deja absolutamente nada confiado al azar. Debemos desechar la idea de que la ausencia de ese hombre obedece a un descuido de su parte o de parte de madame de Médici.

—Aun puede regresar a tiempo.

—Tenemos que proceder rápidamente. Casi no queda tiempo ya.

—Puede ser que el sitio de la cita no fuera la casa de esa mujer.

—La letra de la tarjeta y la del sobre es de madame de Médici. ¿Puedo hacer uso de su teléfono un momento, Knox?

Harley tomó el aparato.

—"Este, Doscientos", — pidió. Siguió a esto un intervalo durante el cual sufrió con impaciencia. — ¡Hola! ¡Sí! — dijo. — Le habla Paul Hartely. ¿Regresó el inspector Wessex? ¡Bien! Tenga la bondad de enviarle inmediatamente un mensajero. Es necesario vigilar muy estrictamente la casa. Todo el que salga debe ser seguido sea como sea. Pídale al inspector que se halle en contacto con usted porque yo volveré antes de las dos y le diré a usted dónde le tendré que ver. Tengo que proceder con la mayor rapidez posible. Hable con Scotland Yard pidiendo que una patrulla vaya a Limehouse y que, manden un automóvil rápido a que me espere frente a mi oficina. Gracias.

Colgó el tubo y oí que en ese momento la campana del reloj de la torre de San Pablo daba la una.

—Y ahora: ¡a moverse! — dijo mi amigo sonriendo. — Daremos una oportunidad más a ese señor Hebrón. ¿Sabe usted qué número tiene su teléfono?

—No; pero espere usted. Martindale Smith ocupó ese departamento durante varios años y aun no hace dos meses que se mudó, cuando contrajo matrimonio. El número debe estar en la guía bajo su nombre.

Tomé la guía, recorrí las varias páginas llenas de abonados apellidados Smith y por fin encontré: "Smith J. Martindale, abogado. Central 24621".

—Bien, — dijo Harley. — Pida ese número.

Obedecí y me sentí nerviosamente impaciente. Harley me había contagiado. Al cabo de un rato dijeron de la oficina: "No contesta". Colgué el tubo y me volví hacia mi amigo, cuya conducta parecía en aquel momento la de un animal enjaulado.

—¡Ya lo esperaba! — dijo. — Perdone, Knox, pero desearía asomarme por la ventana de su dormitorio.

—¿Qué?

—¿Puedo alcanzar a ver desde este piso, alguna de las ventanas del piso de arriba?

—¡Ah! Sí. La del cuarto de baño.

—¡Magnífico!

Salió corriendo de mi escritorio. Vibraba de entusiasmo y yo me sentía contagiado. Sin embargo, si yo hubiese sabido todo lo que me esperaba aquella noche, tal vez no hubiera sentido tanto entusiasmo.

Harley regresó casi inmediatamente.

—¿Tiene usted un par de zapatos de los de jugar al tennis? — preguntó.

—Sí.

—Tenga la bondad de prestármelos.

—¿Qué va usted a hacer?

—A subir por el caño de desagüe y a meterme en el cuarto de baño del señor Hebrón.

—¡Dios mío! ¿Y si vuelve y lo encuentra a usted en su departamento?

—Si regresa, Knox, usted lo detendrá para darle su carta.

—Pero... ¿cómo he de poder avisarle a usted?

Habló rápidamente, como quien se da cuenta de que el tiempo tiene para él un valor incalculable. Mientras se quitó los botines y se puso los zapatos de tennis tuve que buscar un ovillo de cordel. En el momento en que Harley abría la ventana los relojes de la City tocaban el primer cuarto. Se ató un extremo del cordel a un ojal, pasó por la ventana y subió por el caño de desagüe. Llegó sin dificultad al borde de la ventana del piso de arriba y pude ver que aquella ventana estaba entornada.

Harley tomó la primera de las pipas, humedeció ligeramente el pan con la punta de la lengua y luego, invirtiendo el hornillo lo oprimió sobre el curioso sello del sobre de color ámbar. ("El Mandarín Negro").

—En cuanto esté yo arriba, — díjome rápidamente al salir, — ataré el extremo del cordel a algo pesado de modo que si usted tira lo haga caer en forma que produzca fuerte ruido. Usted saldrá ahora al rellano a esperar a nuestro hombre. Si llega le dice usted que espere, que entrará en busca de la carta. Entrará usted efectivamente, dará un fuerte tirón del cordel y en cuanto haya oído el ruido, saldrá con la carta, pero sin apresurarse.

En cuanto llegó a lo alto se metió por la ventana y desapareció.

Corrí a la puerta de mi departamento, la abrí y escuché. No se oía ruido alguno ni de arriba ni de abajo. Pero casi en seguida aquel silencio fué interrumpido de modo inesperado. Oí que se abría la puerta del departamento de Michael Hebrón y que mi amigo gritaba:

—¡Knox! ¡Knox! — llamó en voz baja y casi temblorosa. — ¡Suba usted! ¡Pronto!

Enteramente desorientado ante semejante cambio de plan, corrí sin demora escaleras arriba. Paul Harley estaba de pie en la puerta abierta con una expresión de grandísimo horror en el rostro.

—Knox, — dijo; — prepárese usted para presenciar un espectáculo realmente fastuoso.

En cuanto yo entré cerró la puerta.

—La primera parte de nuestro problema está resuelta, — prosiguió Harley. — Sabemos ya por qué no contestó Michael Hebrón por teléfono. Podíamos habernos evitado el trabajo de duplicar el sello de lacre.

Le seguí a la habitación del departamento correspondiente a la que yo ocupaba con mi escritorio en el mío. Estaba curiosamente adornada con gran cantidad de objetos asiáticos. La ventana estaba cerrada y el aire encerrado de la habitación estaba cargado de un perfume tal como si poco antes hubieran quemado varios pebetes aromáticos en ella.

Pero lo que excluía toda otra impresión y lo que hizo que yo lanzara un grito en cuanto llegué a la puerta fué el cuerpo de un hombre de buena estatutra tendido cuan largo era sobre la alfombra del piso.

—¡Dios mío! — exclamé. — ¿Qué significa esto?

—¡Asesinato! — dijo Harley. — Ese hombre está muerto.

—¡Oh! — y dije con entrecortada voz:—

¡Y la alfombra está empapada de sangre!

Miré hacia abajo hacia aquel rostro desfigurado por una mueca de horror. El hombre aquel vestía un traje de casimir de color claro y que estaba manchado de sangre por delante. La expresión de aquel rostro era horrenda. Debía ser un rostro delgado, de facciones correctas, de piel amarillenta y de frente arrugada. Tenía escaso cabello gris. El conjunto de aquel rostro debía ser, en su expresión normal, bastante agradable. Tenía las manos cerradas. Una pistola de sistema poco conocido estaba a medias debajo de una mesa, junto al cuerpo.

—¿Por qué no suicidio? — pregunté, indicando el arma.

—Porque no ha muerto de un tiro sino estrangulado, — respondió Harley.

—¿Estrangulado? ¿Pero la sangre?...

Paul Harley me tomó del brazo.

—Venga usted a la otra habitación, — dijo, — y comprenderá.

Aturdido, horrorizado, lo seguí a una habitación que tenía el aspecto de una oficina de hombre de negocios. En el seulo, cruzando la puerta, se veía un rastro de sangre.

—Harley, — dije; — ¡pero esto es una carnecería!

¡Un hombre muerto estaba sentado frente al escritorio!

Estaba vestido de frac. Tenía los brazos tendidos sobre la mesa y la cabeza echada a un lado, apoyada en la abierta guía del teléfono.

Durante unos momentos Harley y yo permanecimos inmóviles mirando aquello.

—¿Cuál de los dos es Hebrón? — pregunté yo al cabo de un instante.

—El otro, — contestó Harley; — el chino...

—¡Chino! ¿Cree usted que el hombre que está en la otra habitación es chino?

—Sé que lo es. Lo supe en cuanto le dirigí la primera mirada.

—Pero, — dije yo, inclinándome hacia el hombre del escritorio; — éste era hombre delgado y de piel amarilla...

—Sí, — contestó Harley irritado. — No lo toque, Knox; no debemos cambiar nada de sitio.

—Debemos avisar a la policía.

—Al contrario; debemos evitar que la policía se entere.

—¿Qué?

Paul Harley se acercó aun más al muerto.

—Tal vez sea una coincidencia, — dijo; — pero la guía del teléfono está abierta en la página en que está mi nombre y mi número. ¿Ve usted?

—¡Dios mío! — Yo hablaba sin darme cuenta en voz baja, como quien habla en una iglesia. — ¡Tiene usted razón! Pero ¿qué horrible tragedia se desarrolló aquí esta noche? Si hicieron fuego con esa pistola...

—Hicieron fuego con ella hace poco, Knox. Este pobre diablo ha recibido un balazo en el pulmón izquierdo.

—Yo he trabajado toda la noche. Es imposible que hayan disparado un tiro sin que yo lo oyera.

—La pistola, — una automática Colt, — tiene un tubo silenciador, invención hecha probablemente en beneficio de los criminales. ¡Déjeme pensar! ¡Déjeme pensar! ¡Aquí, en estas habitaciones, Knox, se encuentra el secreto que ha de conducir al conocimiento de un misterio que ha tenido perplejas a las mejores inteligencias de Europa y de América! Comprendo que cada momento perdido aquí puede significar la muerte de más de mil personas en un futuro muy próximo.

—Pero Harley, este espantoso crimen exige...

—¡Esto es algo así como una representación añadida! — exclamó irritándose. — ¡Oh! No me crea usted cruel o insensible, pero el asesinato de este Michael Hebrón es únicamente...

Calló. Su rostro cambió de expresión. Volviéndose corrió hacia el vestíbulo y yo lo seguí. Un sobretodo oscuro y un sombrero blando estaban en una silla. Junto a la silla había una pequeña valija de mano.

—¡Revise los bolsilos del sobretodo! — díjome rápidamente.

Inclinándose, abrió la valija y sacó de ella una ropa negra de extraño aspecto y lanzó una exclamación de asombro. Aquel ropaje era una larga cogulla como las que visten algunos personajes de los cuadros que representan escenas de la época de la Inquisición en España: un hábito de fraile con capucha en punta aguda que cubre por completo la cabeza, teniendo dos agujeros para los ojos. El hábito oculta así a la persona que lo tiene puesto desde la cabeza a los tobillos.

—¿Nada más? — dijo mirando el interior de la valija. — ¿Hay algo en el sobretodo?

—Sí, — contesté yo atónito; — ¡esto!

Me parecía hallarme en un ambiente de pesadilla. El hallazgo de una cogulla era suficientemente asombroso, pero lo que yo había sacado del bolsillo interior del sobretodo por una u otra razón, me asombró grandemente.

Era un sobre color ámbar con la dirección trazada con la misma letra angulosa que, según Harley me había informado, era la de una aventurera llamada madame de Médici y sellada con el escarabajo. El sello estaba roto porque el sobre había sido abierto.

Harley se apoderó de él nerviosamente.

—"Señor W. Julián", — leyó, — "17 Vale Court, Maide Vale". ¡Ya sabemos el nombre de otro de esos, ahora!

—¿El hombre que está sin vida en el escritorio?

—Sin duda. Entérese del contenido de ese sobre, Knox.

Me devolvió el sobre y se alejó corriendo. Maquinalmente abrí yo el sobre y saqué de él una tarjeta idéntica a la encontrada en el otro sobre. Después, con los ojos relucientes de fiebre, volvió Harley trayendo en la mano otra cogulla negra.

—¿Lo entiende usted, Knox? — gritó. — El llamado Julián vino sin duda en busca de Hebrón. Riñeron y...

Calló. Un reloj cercano daba la media.

—¡Treinta minutos para llegar a casa de madame de Médici! — dijo.

Chinatown

YA habíamos dejado atrás la catedral de San Pablo y corríamos por las calles de la City, desiertas en ese momento y tan congestionadas por el tráfico durante el día. El Daimler, que encontramos a la puerta de la oficina de Harley, de acuerdo con su pedido, devoraba las millas de camino con asombrosa velocidad. Durante los primeros cinco minutos, más o menos de aquella loca jornada nocturna, mi amigo permaneció en silencio, y, adivinando que preparaba sus planes, no lo molesté.

—El hecho de que algo más de una docena de hombres ha buscado activamente por todo el mundo, sin encontrarlo, haya caído así en nuestras manos, — dijo de pronto, — me ha dejado anonadado.

"¡Figúrese, Knox! Los hombres más astutos de que disponemos, así como los más hábiles de otras naciones, han tratado de dar con esto durante años! El gobierno de Estados Unidos está muy interesado, naturalmente. El rastro del Mandarín Negro ha pasado de una a otra casa y una oleada de crímenes de diversos caracteres y cometidos casi día tras día, se ha extendido sobre aquel país. El hombre más brillantemente hábil qde haya salido de Wáshington, Raymond M'Cabe, quedó realmente deshecho procurando solucionar el problema. No consiguió establecer la identidad del Mandarín Negro, que recientemente desapareció de Estados Unidos en la misma forma misteriosa en que había llegado. Que existía y que con seguridad manejaba poderosos diversos grupos de criminales y otros elementos cuyas hazañas perjudicaban los intereses de Estados Unidos, es cosa de la que nadie duda. Pero fuera de eso ni ese señor M'Cabe ni nadie más, pudo averiguar nada.

—Esa sociedad, si es una sociedad, debe ser una organización muy poderosa.

—Lo es, sin duda. M'Cabe llegó a tener contacto con ella una y otra vez, pero siempre con el mismo resultado negativo, hasta que por último, o desesperado o asustado, abandonó la tarea y se retiró por completo del Servicio Secreto de Estados Unidos. Pero antes de retirarse había obtenido un rastro realmente tangible que los acontecimientos de esta noche han puesto en relieve. Pudo obtenerlo en San Francisco, pero, por desgracia, algunas horas demasiado tarde para que pudiera resultarle útil. Eso tal vez influyó en la decisión de M'Cabe porque entonces fué cuando abandonó su desigual lucha.

—¿Qué rastro fué eso, Harley? — pregunté.

—Una tarjeta con la figura de un mandarín en forma de silueta y con una hora puestas al pie.

—Igual a...

—¡Exactamente igual, Knox! Imagínese usted cuáles tuvieron que ser mis sentimientos cuando esta noche me encontré con una tarjeta exactamente igual. Ya había dedicado yo mucha atención a esa misteriosa madame de Médici, que se había cruzado varias veces en mi camino en el pasado, y de la cual sabía que estaba en relaciones con alguien en China. La prueba era, pues, positiva, de que era agente del Mandarín Negro.

—¿Cuáles son sus planes para esta noche, Harley? — le pregunté.

Corríamos por el Commercial Road del Este como pude comprobarlo mirando por la ventanilla. Contrastando con la grandísima actividad reinante en aquel camino durante el día, era completa la soledad de tan importante vía a aquella hora de la noche.

—Hasta cierto punto mis planes son bien sencillos, Knox, — contestó Harley. — Desde ese punto en adelante no me he trazado plan alguno.

—¿Debo suponer que usted se propone concurrir a la reunión que, según presumo, debe celebrarse esta noche en casa de esa mujer?

Se volvió sonriendo hacia mí.

—¿Le parece a usted una locura, Knox? — dijo. — Considere los hechos. El primero es claro como la luz del día. Los miembros de esa organización son conocidos, naturalmente, por su jefe, pero no se conocen unos a otros.

—¿Por qué lo cree usted así?

—¿Por qué lo creo? ¡Si salta a la vista! Julián y Hebrón entrecambiaron confidencias pero si los demás miembros se conocieran los unos a los otros ¿para qué las cogullas?

—¡Claro está! A menos...

—¿Qué? — preguntó con impaciencia.

—A menos que la sesión sea para que comparezca alguien que no sea miembro...

—¡Un prisionero! ¡Uno a quien vayan a juzgar!...

Gritó estas palabras muy excitado; pero un momento después movía negativamente la cabeza.

—No, Knox; no es eso. Las cogullas son cosa tan vieja como la historia de las sociedades secretas. Su utilidad práctica es fácil de comprender. Pero ni madame de Médici ni su formidable superior pueden descender a cosa tan dramáticamente innecesaria como el juzgamiento de un capturado enemigo. — Me miró fijamente. — No; no habrá juzgamiento, Knox.

Permanecí callado un momento.

Coleccione usted "PUCKY". Por nueve pesos anuales tendrá usted 52 números, equivalentes a 3536 páginas, casi todas de lectura. ¡Una biblioteca de 100 tomos no tiene más lectura que un año de este magazine!

—¿Usted se propone, — dije luego, — conseguir que lo admitan fingiendo ser el difunto Hebrón?

—Eso mismo.

—Comprendo. ¿Y la segunda cogulla? La ausencia de Julián puede provocar peligrosas investigaciones.

—Usted será Julián.

—Bien, — dije. — De acuerdo. Pero veo que tenemos que tropezar con grandes dificultades. No sabemos absolutamente nada sobre los métodos o procedimientos usados por esa gente en sus reuniones. Deben tener algo de parecido con los ritos masónicos.

—Correremos el riesgo, — dijo Harley mientras el chauffeur detenía el vehículo frente a la oficina de policía de Limehouse. — Disponemos de cinco minutos.

El inspector Wessex, a quien yo conocía mucho, acudió presuroso a nuestro encuentro.

—Empezaba a creer que usted no vendría, señor Harley, — exclamó. — Algo pasa esta noche, sin duda, pero no en la casa de Zani Chada...

—¿Dónde es, entonces?

—En la casa de Kwee, detrás del campo de Ropemakers.

—¿Qué distancia hay de la casa de Kewee a lo de Zani Chada? ¿Y quién es Kwee?

—Está casi espalda con espalda. Kwee está empleado en una casa de comestibles de Pennyfields, pero lo hemos vigilado últimamente. Seis o siete hombres que no son de este distrito, han entrado allí esta noche. A decir verdad son seis los que han visto los que vigilan la casa.

—¿Cómo han llegado? ¿De a uno? ¿En grupos?

—De a uno. Varios de ellos con valijas de mano.

—¿Lo ve usted, Knox? — exclamó Harley nerviosamente. — ¿Han podido ustedes ver quién recibía a los recién llegados?

—No. De haberlo intentado hubiéramos llamado la atención.

—Suba, Wessex, — dijo Harley al inspector que había hablado por la ventanilla del coche. — Disponemos de menos de dos minutos. Dígale al chauffeur que pare en el extremo alto de la Three Colt Street, del lado de la iglesia.

Fueron trasmitidas estas instrucciones y el inspector Wessex, muy intrigado, se unió a nosotros subiendo al coche, que se puso en seguida en marcha.

—Ya ve usted, — prosiguió Harley. — Por pura casualidad, por un homicido para ser más exacto...

—¿Un homicidio? — exclamó Wessex.

—Sí. Pero no tengo tiempo para explicarlo, — dijo Harley presuroso. Gracias a esa casualidad he obtenido el modo de meterme en la reunión que se celebra esta noche. La patrulla que pedí ¿está pronta para proceder cerca de la casa de Chada?

—No; están cerca de la oficina.

—Envíelos más cerca. Si oyen una detonación de tiro de revólver, que entren inmediatamente. ¡Ah! ¡Hemos llegado!

—Bien, por lo visto han logrado ustedes dar con un rastro que conduce a madame de Médici, finalmente, — dijo Wessex en el momento en que Harley saltaba del coche en la tenebrosa y solitaria calle.

—Un excelente rastro, — contestó Harley. — Wessex, — agregó, tomando al de policía por un brazo, — esa mujer es el vínculo de toda la gavilla con el Mandarín Negro.

—¡Santo Dios! — exclamó Wessex. — ¡Por todos los santos vaya usted con cautela, señor Harley!

—Confíe usted en que así lo haré. Deme la valija, Knox. Ahora Wessex guíenos a nosotros y vaya luego a avisar a los otros.

El inspector inclinó la cabeza asintiendo y dijo luego con respetuoso acento:

—La tercera esquina a la izquierda. Hay un farol. Pase de largo el farol que está en un estrecho callejón. La puerta que queda al fondo: esa es la de la casa de Kwee.

No deje usted de leer la segunda parte de esta electrizante novela del autor de "El doctor Fu Manchú", "La garra amarilla", "Ala de vampiro" y otras grandes novelas de nuestra época, que se publicará en el número de "Pucky" de la semana próxima.

DE UNOS GRANDES AUTORES

—ooo—

"BELCEBÚ" Y "BISMARCK"

Por MAX Y ALEX FISCHER

(TRADUCCION DEL FRANCES)

BUSCANDO un departamento vacío, Pablo y Celina, su mujercita, recorrieron el andén de la estación de Pitou, donde paraba el "directo" a París. Acabaron por descubrir un coche a la cabeza del convoy, cerca de la máquina, y se instalaron en él.

Ya el jefe de estación se disponía a dar la señal de marcha. Bruscamente, un señor anciano se precipitó en el departamento y se olvidó de cerrar la portezuela tras de sí. Pisándole los talones subieron una vieja escoltada por sus dos hijas, y después dos oficiales de infantería escalaron con rapidez el estribo.

—¡Qué contrariedad!... — murmuró consternada Celina. — ¡Yo, que estaba tan contenta pensando que podríamos abrazarnos como en casa!...

—¡Malditos intrusos!... — mascullaba Pablo afligido. — ¡Como si no hubieran podido montar en otro sitio!... ¡Es para volverse rabioso!

Tch..., tch..., tch... El tren se había puesto en marcha. Por décima vez, Pablo acababa de repetir maquinalmente: "¡Es para volverse rabioso!" De improviso se dió una palmada en la frente e inició un gesto que significaba: "Después de todo, ¿por qué no?". Se recostó cómodamente y profirió con toda claridad:

—¡Cochino perro!...

Celina miró estupefacta a su marido. Veamos. ¿Qué significaba esta exclamación? ¿A qué perro se refería?

—¡Condenado "Belcebú"! — exclamó Pablo. — ¡Condenado "Belcebú"! ¡Pagar a las doce cien francos por un perro, volverse rabioso a las doce y cinco, y ser mordido por él a las doce y diez!... No; no hay idea de una sombra semejante.

Celina adivinó la añagaza de su marido, esforzándose en permanecer seria.

—¡Pobre, tienes razón! — asintió con tono condolido. — ¡Verdad que es mala sombra, pero, en fin, no te aflijas de ese modo: la rabia se cura, te lo aseguro, la rabia se cura!...

¿Era Villaeroy el punto de destino de la vieja y de sus dos hijas? No parecía probable, porque, al tomar asiento en el coche, habían dicho: "Con tal de que nos encontremos a papá esperándonos en la estación de París cuando lleguemos..." Sin embargo, media hora después de haber salido de Pitou, el tren se detuvo en Villaeroy, y ellas, recogiendo precipitadamente su equipaje, se bajaron.

Tch..., tch..., tch... El tren había reanudado su marcha, y caminaba hacía cinco minutos.

Para llamar la atención de sus compañeros de viaje, Pablo tosió. En seguda comenzó a chocar ruidosamente una mandíbula contra otra.

Celina, simulando hallarse despavorida, gritó:

—¿Qué tienes, pobre?

—No sé, no sé, — contestó Pablo. — ¡Algo que nunca he sentido: siento comezón en los dientes, me duelen las encías, parece que no puedo refrenar mis mandíbulas!...

—¡Calma, Pablito, calma! ¡Veamos, amor mío, ten calma!

—¡Calma!... ¡Qué fácil es decirlo!... ¡Calma!... No sabes lo que estoy pasando... ¡Ah, Dios mío!... ¡Pronto... ¡Dadme alguna cosa que morder!... ¡Lo que tú quieras: un muslo de pollo o un ala; mi pobre Celina, mejor un ala!... Si no, ¡ham..., ham!... ¡Creo que voy a morder a alguien!... ¡Ham, ham, hom!...

¿Era Maloi el punto de destino de los dos oficiales? No parecía probable, porque en el cuello de sus guerreras se leía el número 38, de guarnición en París. Sin embargo, veintiséis minutos después de salir de Villeroy, cuando el "directo" se detuvo en Maloi, se apoderaron precipitadamente de sus sables y se bajaron.

Tch..., tch... El tren había reanudado la marcha.

Sólo el caballero anciano se oponía aún con su presencia a las expansiones de Pablo y Celina.

De intento, sin interrupción, Pablo se dedicó durante media hora a fingir súbitos e imperiosos deseos de morder. ¡Trabajo perdido! Durante esa media hora, el tren se detuvo en cinco estaciones en retirada. Pronto pareció evidente que el anciano había tomado la inquebrantable resolución de permanecer en el departamento hasta París. Se extendió melancólicamente sobre un larguero, frente su mujer; después de enviarla un casto beso con las puntas de los dedos, pretendió conciliar el sueño.

Ya comenzaba a dormirse, cuando el viejo se levantó, inclinándose hacia él.

—Dispense, señor, si le molesto... ¿Puedo pedirle un informe?

—Pregunte, señor, pregunte, gruñó Pablo en un bostezo.

—Es muy sencillo, señor. Si no he oído mal, usted dijo hace poco que le había mordido un perro rabioso.

—Sí, señor, sí.

—¿De verdad va usted a París a consultar con los médicos del Instituto Pasteur?

—Sí, señor.

—Bien, caballero; entonces podrá hacerme cómodamente un pequeño favor. Como yo también me dirijo a París, para consultar con esos señores del Instituto Pasteur, le quedaría muy reconocido si me indicase cuáles son las horas de visita a la célebre clínica.

Pablo se irguió en su asiento.

—¡Eh!... ¿Eh?... ¿Usted..., usted... va a París para consultar a los doctores del Pasteur?

El anciano respondió, lamentándose:

—Sí, señor, sí... ¡Es muy triste!... Me encuentro en el mismo caso que usted... He sido mordido esta mañana por mi perro "Bismarck"... ¡"Bismarck" estaba rabioso!... ¡Yo creo que también lo estoy!...

Guardó silencio un instante. Pronto se puso a chocar violentamente las mandíbulas.

—¡Ay, ay!... ¡Esto es un hecho!... ¡Dios mío, cómo me duelen las encías!... ¡Oh, oh!... ¡Qué comezón en los dientes!... ¡Maldito "Bismarck"!... ¡Oh, oh, cooh!... ¡Me entran ganas de morder!... ¡Ham, ham!...

Para dejar paso a un rápido, el directo se detuvo en pleno campo, entre Villeblanc y Turpín. Pablo y Celina cargaron con sus bultos y precipitadamente bajaron por la entrevía.

Cuando hubieron cerrado la portezuela, el viejo se echó a reir:

—¡Puede que la casualidad los conduzca al departamento donde se han refugiado la vieja con sus hijas y los dos oficiales del 38! ¡Ah, ah, ah!... ¡¡Qué caras van a poner, los pobres, cuando los vean entrar!!...

— MAX Y ALEX FISCHER.

NEGOCIO EDITORIAL

Un librero inglés se había encargado de publicar una obra luminosa y de mucho costo; pero como no hubiera vendido más de cuatro ejemplares, dirigió las más amargas reconvenciones al autor, diciéndole que sus obras no le daban pan que comer, y aun se propasó con expresiones que lastimaban cruelmente el amor propio del escritor, el cual en el primer arrebato de resentimiento, le dió por única contestación un bofetón, que le hizo saltar algunos dientes.

El librero llevó su queja a los tribunales; se citaron las partes, se presentó el autor a su defensa, y recitando a los jueces un epigrama alusivo al éxito de sus obras, excitó en ellos la risa, y aún en el librero, por lo cual fué absuelto de los daños y perjuicios en que había incurrido. Decía así: "Confieso que he tomado el asunto con demasiado calor y empeño; siento en el alma haberle roto los dientes; pero, en fin, ¿qué mal hay en esto? Dice el librero que no le dan pan mis obras; pues si no tiene pan para comer, ¿para qué quiere los dientes?"

ARTILLERIA

Están hablando Cabezahueca y Matevacío y la conversación gira sobre cosas de artillería.

—Ché, — dice uno de ellos al otro, — ¿cómo se fabrica un cañón?

—¡Torpe! Ya has hecho tu servicio de conscripto y todavía te descuelgas con esas preguntas.

—¿Qué quiere? Como eso no está en la ordenanza, tiene uno que aprenderlo de quien lo sabe.

—Conque ¿cómo se fabrica un cañón, eh?

—Sí, señor.

—Pues mira; tomas un agujero largo y redondo, lo forras bien de acero por todos lados menos uno, y ya está fabricado.

RELATO DE EMOCION E INTERÉS

—oOo—

LA VIUDA PERPETUA

Por GERMANA ACREMANT

(TRADUCCION DEL FRANCES)

¿QUIÉN no conoce en el mundo aristocrático a la joven marquesa de Boismelé? Es una de las mujeres más lindas y más ricas de París. A los diez y ocho años, y siendo pobre, se casó con el marqués de Boismelé, sesentón, pero inmensamente rico.

Aquel matrimonio fué, en realidad, una venta.

Era preciso que de él resultara una víctima, y el destino quiso que la víctima fuese el marqués, el cual murió poco después del matrimonio, dejando a su viuda, como renta vitalicia, el usufructo completo de su gran fortuna.

Pero aquel hombre, que había de dejar a su mujer tan pronto, hizo constar en el testamento su resolución de que, si su viuda se volvía a casar, perdería todos los derechos de usufructuaria. ¡Adiós valores, palacios, propiedades, colecciones, alhajas, autos, caballos, yate...! Todo ello iría a alegrar la vida de un primo lejano que vivía modestamente en un viejo caserón medio derruído.

Pero la tal disposición no hizo sufrir lo más mínimo a Lucila de Boismelé. Le resultaba tan nuevo y tan agradable poseer una fortuna como aquella, que ni por un momento pensó en sacrificarla a cambio de un marido. Así, pues, a los diez y ocho años era viudad a perpetuidad.

La muchacha aprovechó la libertad de que gozaba: se aficionó a los deportes y a los viajes. Y los velos negros y ligeros que llevaba aun le servían para dar mayor realce a su resplandeciente belleza.

Pasaron dos años. Después de un solemne oficio de difuntos por el alma del marqués, Lucila dió una gran fiesta. Era su vuelta al gran mundo.

Para que los pretendientes que pudiera tener su fortuna no la molestaran, hizo cuanto pudo por que se conocieran las disposiciones testamentarias de su marido. La noticia corrió como un reguero de pólvora.

—Lucila es viuda a perpetuidad.

La frase hizo fortuna y Lucila fué conocida desde entonces en todas partes por "La viuda perpetua".

Pero ¡ay! las riquezas no constituyen la dicha. Y Lucila, que ha gozado hasta la saciedad de su fortuna durapte varios años, se encuentra ahora, a sus veinticuatro, hastiada de todo, aburrida de todo: la soledad le pesa.

Sin embargo, como se ha vuelto caprichosa y exigente, no podría ya vivir en la escasez. Lo comprende y sufre, porque ardientemente desearía volver a casarse. Pero es que, además, son pocos los hombres dispuestos a casarse con una mujer a la que el matrimonio la vuelve a la mayor pobreza. ¡Dilema cruel!

Apesar de todo, un día, en uno de esos bailes benéficos en que se encuentra reunida toda la aristocracia, una noticia sensacional corrió de boca en boca:

—La marquesa de Boismelé vuelve a casarse.

—¿Y su fortuna?

—Renunciará a ella.

—Eso es una locura.

Es, sin embargo, un hecho que Lucila sostiene relaciones formales con el vizconde Renato de Goulevent. El vizconde posee un modesto patrimonio, que es muy poca cosa comparado con la fortuna del marqués de Boismelé; pero ama a la viuda y ella siente simpatía por él.

—¡Vale más! — piensa Lucila — el matrimonio, que no esta mi soledad dorada!

Y da cuenta al notario de su decisión.

—Habré de avisar al heredero del señor marqués.

—No recuerdo su nombre...

—El conde de la Tour-Perdue. Es de una

rama segunda de la familia, arruinada desde...

—No me interesa esa historia de la rama segunda — exclama Lucila, exasperada.

Aquel intruso que pronto estará "en su casa estando en la de ella la inspira odio.

Por la noche se muestra nerviosa y distraída, mientras Guy, su prometido, le habla de amor.

Algunos días después, Lucila estaba citada en casa del notario para entrevistarse con el conde Huberto de la Tour-Perdue. Llegó tan sólo con una hora de retraso.

¡Qué hombre tan singular es su primo! No tiene las costumbres del gran mundo y, sin embargo, sabe presentarse mejor que muchos elegantes! Es joven: debe tener unos treinta y dos años. Es franco y sencillo. Y además, tan ingenuo y tan amable, que dice:

—Cuando supe, prima mía, que me abandonaba usted toda su fortuna por volver a casarse, perdóneme no pudo por menos de exclamar: "¡Está loca!". Pero en seguida me dije: "A mí no me vendrá mal, sobre todo si me caso y tengo hijos, sin contar con que esto me evitará que desee la muerte de mi prima".

—¿Usted deseaba mi muerte, primo mío?

—No; pero acaso me hubiera llegado a ver impulsado a desearla. ¡Y hubiera sido una lástima!

—Gracias, primo mío.

—Yo he deseado verme con usted, prima mía, para que me dijese algo de cómo hay que vivir cuando se posee una inmensa fortuna como... la nuestra.

—¿La nuestra?

—Sí... ¿De qué otro modo puedo decirlo? Ya no es de usted y mía no es aún... Es... como si fuera de los dos.

—Es verdad; resulta chusco — repuso Lucila. — El notario le dará la lista, que es larga, de nuestros valores. Y si quiere usted acompañarme en el auto a casa, le enseñaré nuestro hotel. Iremos luego a Bagatelle, en donde está amarrado nuestro yate. En días sucesivos visitaremos nuestras posesiones. Y por último..., mis alhajas...

—¡Oh, prima mía! Yo le ruego que las conserve.

El futuro heredero permaneció una temporada en París. Iba a diario a ver a la marquesa de Boismelé para arreglar diversos asuntos. Renato, el novio, que se mostraba apenado por el sacrificio que hacía Lucila por él, con frecuencia se encontraba allí; pero como los primos trataban de cuestiones de intereses, por delicadeza, fué dejándose ver lo menos posible durante aquellas entrevistas

Es en primavera y para Huberto resultaba encantador recorrer sus posesiones en tan linda compañía. Y como a todas partes se han transmitido las órdenes convenientes, al llegar a cada una de los cuatro grandes fincas recibe la impresión de que entre en una morada de la que hubiera salido el día anterior y en la que lo acogen como principales huéspedes la elegancia y la intimidad. Lucila inicia al joven en la difícil profesión de gran propietario.

Al darse cuenta exacta de lo bien que concuerda la marquesa de Boismelé con todo aquel lujo y dando oídos, al mismo tiempo, a su corazón, que ha sido conquistado por la belleza y el encanto, el conde de la Tour-Perdue no vacila en hablar:

—Yo no me acostumbraría nunca a la vida de millonario si usted no me ayuda. Consienta usted en casarse conmigo, querida primita, y podrá dedicarme todo su tiempo.

Lucila no duda ni un instante; acepta. ¿No había pensado ella lo mismo en cuanto conoció a Huberto?

Que no se la acuse de haber dejado así a Renato. Por él no sintió nunca más que simpatía, y al conde de la Tour-Perdue lo ama.

GERMANA ACREMANT.

"PUCKY" Magazine

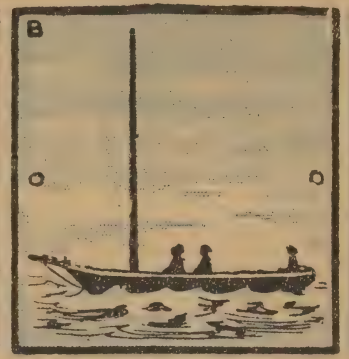
APARECE TODOS LOS VIERNES

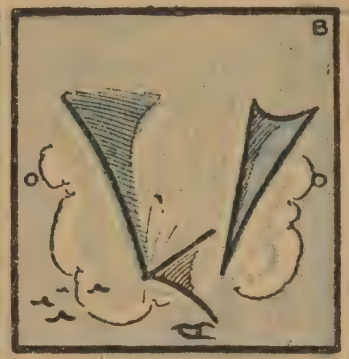
Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

LOS DIBUJOS MAGICOS de "PUCKY"

GRACIOSOS CUADROS DE COMBINACION

Así se hacen girar los cartoncitos.





ES NECESARIO EMPEZAR POR DISPONER DE UN CARTON GRUESO Y CORTAR DE EL CINCO CUADRADOS DEL TAMAÑO DE LAS FIGURAS QUE APARECEN EN ESTA PAGINA. HECHO ESTO, SE RECORTAN LAS FIGURAS Y SE PEGAN DE AMBOS LADOS DE LOS DOS QUE TIENEN LA LETRA A QUEDEN ESPALDA CON ESPALDA Y EN FORMA QUE LA A DE UN LADO QUEDE DETRAS DE LA A DEL OTRO, Y ASI SUCESIVAMENTE. POR LOS AGUJERITOS LATERALES SE PASA UN PIOLIN QUE SE SUJETA CON UN NUDO Y MEDIANTE ESOS PIOLINES SE HACE GIRAR EL DIBUJO MAGICO TAL COMO LO INDICA EL DIBUJO CHICO. AL GIRARLO ASI, COMPRENDERA EL LECTOR EN QUE CONSISTE LO MAGICO DEL DIBUJO.

Compre

EL DIARIO

todas las tardes y estará al corriente de las noticias sociales, políticas, sportivas, teatrales y otras del momento.

EL DIARIO

Fundado hace 45 años

tiene entrada en todos los buenos hogares.

Remita el cupón y recibirá a domicilio un ejemplar del jueves próximo con las páginas en colores, y una página con la graciosa historieta para niños:

BARNIGUGLI y su PINGO TRAGAVIENTOS

Señor Administrador de EL DIARIO.
Avenida de Mayo, 662 - Bs Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán las páginas femeninas en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . .

F.C. . . . . .

EDICION DE LOS JUEVES
Precios de suscripción:

1 año	$ 5.--
6 meses. . .	„ 2.50
3 „ . . .	„ 1.50

LA NOVELA MAS FAMOSA DE TODA UNA EPOCA

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

LOS DRAMAS DE PARIS

PRIMERA PARTE

LA HERENCIA MISTERIOSA

(TRADUCCION DEL FRANCES)

CONTINUACION. -- Véase el número 164 de "Pucky"

L dependiente que asentaba en el libro la cuenta de la obrerilla, al oír esa declaración dejó caer un borrón en la página blanca en que escribía y la pluma se le escapó de los dedos.

—¡Vaya! — dijo la señora de Legrand, — eso se llama hablar bien y tener buenos sentimientos, hija mía. Vale más casarse con un buen muchacho, y seguir llevando cófias, que gastar pluma en el sombrero como hacen muchas jóvenes que se dejan engañar por un puñado de petimetres que gastan guantes amarillos y usan un pedazo de vidrio en el ojo a manera de adorno.

—¡Qué tonta es la patrona! — murmuró en voz baja una muchacha alta, flata, picada de viruelas y pelirroja, que trabajaba con la cabeza inclinada sobre la labor; — si yo fuese linda como lo es Cereza, no me deslomaría ganando treinta sueldos al día, y andaría en coche seis meses.

Ceraza se había acercado al mostrador, detrás del cual el joven dependiente sacaba la mancha de tinta con un raspador.

—¡A! señorita, — murmuró en voz baja al contar el dinero de la joven; — si deseáis un marido... yo conozco uno... en fin...

—¿Y tienes ya novio? — preguntó la señora de Legrand, interrumpiendo así la declaración que balbuceaba el pobre cajero.

—Sí... — repuso Cereza.

Esta vez, de rojo que estaba, el cajero se puso pálido, y su mano templó al extender, como es costumbre, las ocho monedas de dos francos y el pico de un franco cuarenta y cinco céntimos.

—¿Y se te puede pregunta, taimada, — prosiguió la florista, — quién es el novio?

—Un obrero animoso, — dijo Cereza, — que no tiene nada de haragán.

—¿Lo amas?

—¡Oh! ¡Casarme con un hombre que no me conviene! ¡No soy tonta!..

Cereza se guardó el dinero en el bolsillo, y tomó el trabajo que debía hacer y los encargos de su patrona; saludó luego a las muchachas del taller, dió las buenas tardes a la señora de Legrand, y salió.

Los dependientes de tienda que la habían visto pasar cuando iba a la calle Rambuteau, hubieran podido notar que Cereza trotaba aún más ligero al volver y al subir la calle del Temple en dirección del bulevar.

Parecía tener mucha prisa en volver a su casa.

Y no era así, porque en vez de proseguir su camino hacia el barrio, tomó la calle Chapón, en la que tenía su taller el señor Gros, patrón de León Rolland.

—He de tener muy poca suerte, — murmuró Cereza, — si no descubro a León.

Y, llegado que hubo a la tienda de ebanista, moderó el paso y fingió examinar un mueble de los que estaban de muestra.

El futuro contramaestre estabza precisa

mente en la puerta y, al ver a Cereza, salió.

Era León Rolland un joven alto, de veintiséis a veintiocho años de barba rubia, de faz rosada y fresca, de estatura hercúlea, y que debía tener una fuerza poco común.

Sin ser precisamente hermoso, tenía León una de esas fisonomías agraciadas que respiran buen humor y franqeza, y sus grandes ojos azules estaban llenos de dulzura y de bondad. Salió al encuentro de la joven con la sonrisa en los labios y una mirada de amor en los ojos, y le dijo, tomando una de sus manitas entre las suyas de obrero:

—Buenas tardes, señorita Cereza; os agradezco que hayáis pasado por aquí...

—Pensé que os vería..., — respondió ingenuamente la joven, ruborizándose un poco.

—Y habéis pensado bien, Cereza. Pero de cualquier modo, os hubiera visto hoy, pues hubiera ido esta noche a vuestra casa, después de la paga.

—¿Tenéis que decirme algo, León?

—Sí, algo y serio, — dijo con voz ligeramente emocionada.

—¡Ah! ¡Dios mío! — dijo Cereza inquieta; — ¿y de qué se trata?

—¡Oh! de nada triste ¡al contrario! Primero debo deciros que mi madre y yo iremos a dar una vuelta por las barreras mañana, donde comeremos, y espero que vendréis con nosotros.

—¡Bueno! — exclamó Cereza con diplomacia. — si vuestra madre consiente...

—Mi madre sabe que seréis mi mujér.

Cereza bajó la vista y se miró a la punta del pie con aire pensativo.

—¿Es vuestra invitación a comer lo que considerais como una cosa tan seria? — preguntó con aire de sorna.

—No, — repuso León, — es otra cosa. Sabéis que el patrón me ha prometido el puesto de contramaestre para dentro de dos meses.

—Sí, — suspiró Cereza, que pensaba que dos meses eran dos siglos.

—Pues bien, — exclamó alegremente el obrero, — el patrón ha cambiado de parecer.

—¡Cómo! ¿ya no seréis contramaestre?

—Al contrario ¡lo soy ya!

—¡Bah! — exclamó Cereza estupefacta.

—He aquí cómo han pasado las cosas, Cereza. Antonio, nuestro contramaestre, que debía establecerse a fines del mes entrante, acaba de heredar y ha partido para su provincia. Yo acabo de reemplazarlo.

—¿Y bien, — exclamó Cereza que creía comprender.

—Antonio, es comprovinciano mío; le he encargado que venda mi terrenito y que me traiga mis papeles.

—¿Y vos no iréis?

—No, — dijo León; — y como Antonio estará de vuelta dentro de ocho días...

Se detuvo y miró a la joven.

—¿Y bien? — exclamó Cereza con hipócrita candidez, mientras el corazón le latía.

—Me parece que si no os oponéis...,— dijo León que empezaba a turbarse, — podríamos casarnos dentro de quince días.

Cereza se puso encarnada y bajó los ojos.

—¡Qué pronto!... — murmuró.

—¿Pronto? No pienso yo así..., — repuso León, estrechando entre las suyas la linda mano de la obrera.

—Ya veremos..., — dijo la joven retirando la mano. — Adiós, León... ¡Hasta mañana!

—Cereza, — preguntó León, — ¿no querrías ir hasta la calle Bourbon-Villeneuve?

—¿A casa de vuestra madre?

—Sí. Le hablaréis de vuestro proyecto para mañana a la buena mujer.

—Está bien iré, — dijo Cereza. — Adiós, León.

Ambos novios cambiaron una larga mirara y un último apretón de manos, esquivándose luego Cereza con el corazón palpitante y lleno de gozo al pensar que su dicha se anticipaba seis semanas. La joven obrera ganó la calle San Martín e iba a llegar al bulevar cuando oyó que la llamaban por su nombre:

—Buenas tardes señorita Cereza, — decía una voz a su lado.

Cereza se dió vuelta y vió detenido en la acera a un hombre que la saludaba quitándose la gorra.

Era un joven de unos treinta años, delgado y enclenque, picado de viruelas, pero de mirada inteligente. Era un pintor de casas, a quien sus reveses numerosos habían valido el sobrenombre de Guignon, aunque se llamaba Luis Verdier.

Al verlo tan pequeño y tan delicado su padre, un robusto auvernés, negociante en hierro viejo y cambalachista, se había encogido de hombros murmuran:

—Nunca sacaré de él un contramaestre. Vale más resignarse a dedicarlo al arte.

Y el digno cambalachista puso a su hijo de aprendiz en casa de un vidriero. Obrero, Guignon vió llover sobre sí todas las malaventuras imaginables.

Era buen mozo; la viruela lo señaló a los veinte años.

Su madre murió dejándole bienes; su honrado padre lo robó bajo pretexto de que los artistas no necesitan nada.

Por fin, el destino de Guignon era de estar perpetuamente enamorado sin conseguir jamás su objeto.

Si encontraba una joven, empezaba por agradarle, pedía su mano, la obtenía, y, a última hora, nadie sabe por qué, la casualidad, un suceso sin importancia, un nada, deshacía todo lo hecho y el casamiento se quedaba en agua de borrajas.

Un día llegó Guignon hasta la alcaldía, dando la mano a su futura; había abierto ya la boca para pronunciar el terrible "sí", cuando se sintió acometido de un terrible malestar que le obligó a salir en el acto. Durante los diez miutos que duró su ausencia, la futura reflexionó y se marchó. Guignon halló al alcalde dispuesto a casarlo, pero la mujer había desaparecido.

Por lo demás, Guignon tomaba filosóficamente su partido de esta persecución constante de la suerte; reía y cantaba siempre, era servicial y bueno, y no se le conocían enemigos.

Cereza reconoció a Guignon y se le acercó.

—Buenas tardes, Luis, — dijo. — ¿Seguís bien?

—¡Oh! — dijo el obrero, — podéis llamarme Guignon no más, señorita; no os figuréis que me enfade. Y luego, bien mirado, ese es mi nombre. ¿Y adónde vais?

—A la calle de Bourbon-Villeneuve, a casa de la madre de León, — repuso Cereza.

—¡Calle! — dijo Guignon; — acabo de ver a León. Parece que las cosas marchan como deseáis; me refiero al casamiento, ¿verdad?

—Sí, — repuso Cereza, que bajó la vista con modestia.

Y se apresuró a agregar:

—¿Por qué no tenéis la amabilidad, señor Guignon, de venir mañana con nosotros a Belleville?

—Acepto, señorita, tanto más cuanto que León me ha hablado de ello. León es excelente muchacho y tendréis un marido como no hay otro. Sin embargo...

Guignon se detuvo indeciso, como si tuviera que formular una acusación contra el ebanista.

—¿Y bien? — preguntó Cereza.

—Hay un nuevo camarada desde hace algún tiempo, — dijo Guignon, — y ese camarada no me gusta.

—¿Cómo se llama?

—Es un cerrajero a quien llaman Ruiseñor, nombre muy bien hallado para un cerrajero; ¡una buena pieza! y León hace mal en frecuentarlo; pero él sabe lo que hace, y si le gusta...

—Calle, — pijo Cereza, — nunca he visto a ese Ruiseñor.

—¡Oh! es que se tratan desde hace dos días solamente. En fin, no haríais mal en impedir que León... Se me ocurre una idea rara...

Guignon saludó de nuevo a Cereza y se marchó a su trabajo mientras la joven llegaba al bulevar y subía por él en dirección a la puerta de San Dionisio para tomar allí la calle Bourbon-Villeneuve.

En aquel momento, precisamente, un hombre de cerca de cincuenta años, pequeño, grueso, de piernas cortas y endebles, calvo, con el rostro lívido y reguardados los ojos por antiparras azules, bajaba el bulevar y se dirigía hacia el Chateau-d'Eau.

Vestía aquel hombre un frac azul con botones de oro adornado con la cinta de caballero de la Legión de Honor y un sobretodo de alpaca blanco, abierto, que dejaba ver el frac.

Este personaje, cuyo físico era grotesco y cuyo traje, sin embargo, denunciaba a un hombre distinguido, no era otro que el señor Gastón Isidoro de Beaupreu, jefe de sección en el ministerio de Relaciones Exteriores.

El señor Beaupreu volvía a pie del palacio del bulevar de las Capuchinas y se dirigía a su casa, donde había dado cita a Fernando Rocher, para hacerlo trabajar en su gran obra sobre el derecho de gentes.

Debido a la más grande de las casualidades, el jefe de sección y la joven florista se encontraron frente a frente y apenas el señor de Beaupreau, que miraba a todas las mujeres como viejo aficionado, hubo divisado a la bella Cereza, prodújose en él una extraña revolución, afluyendo toda la sangre al corazón, mientras sus ojos sufrían un deslumbramiento detrás de las gafas azules que los resguardaban.

Se detuvo y la miró; luego, como la joven pasara sin fijarse en él, volvióse atrás y, obedeciendo a una atracción irresistible, se puso a seguirla.

La aventura no era nueva para el jefe de sección. Cien veces había seguido a una griseta en la calle, abordándola con esa audacia particular de los hombres maduros; pero esta vez, sea que la actitud modesta y llena de decencia de la joven se le impusiese, sea que estuviese dominado por un sentimiento de timidez, extraña en un hombre como él, se contentó con caminar detrás de ella, devorándola con los ojos. Al entrar en la calle de San Dionisio fué cuando Cereza echó de ver que la seguían; entonces redobló el paso...

El jefe de sección la imitó.

Cereza tomó la calle Bourbon-Villeneuve; el señor de Beaupreau la siguió. La joven entró en casa de la madre de León, que vivía en el fondo de una casa formando ángulo con la plaza del Cairo, y pasó en ella una hora y media conversando con la anciana.

Cuando salió, vió al señor de Beaupreau inmóvil en la acera, y en la actitud de un hombre que espera.

Entonces se apresuró a bajar la calle para sustraerse a la persecución; pero el jefe de sección, que se había enardecido, la alcanzó y quiso hablarla.

—Señorita... — dijo.

Cereza se volvió bruscamente.

—Caballero, — repuso, — os equivocáis, y no acostumbro a conversar con los hombres que me abordan en la calle. Seguid vuestro camino.

Y aprovechando el momento de estupor que su tono seco había producido en el señor de Beaupreau, Cereza prosiguió su camino más a prisa.

Pero el jefe de sección se puso otra vez en marcha y continuó siguiéndola, decidido a no perderla de vista, y aguijoneado por ese irresistible impulso que lo había llevado ya hasta la calle de Bourbon-Villeneuve.

Cereza entró en su casa, y en el umbral de la puerta se volvió para ver si estaba libre de la persecución del señor Beaupreau.

No lo vió y, tranquilizada, subió cantando hasta su cuarto del sexto piso.

Sin embargo, el jefe de sección no la había perdido de vista; no sabiendo si Cereza vivía en el barrio del Temple, o si la llevaba a esa casa algún encargo, esperó largo tiempo en la puerta; luego, viendo que no salía tomó el partido de entrar, e imitando a Baccarat, puso una moneda de cinco francos e nmanos del portero, a quien interrogó.

—¡Ay!—caballero, — le dijo éste redondamente. — perdéis vuestro tiempo de un

modo lamentable; la señorita Cereza es una joven honrada.

—Soy rico, — insinuó el señor Beaupreau.

—Aunque fueseis más que el rey, de nada os servirá. Además, la chica tiene novio, y lo que sacaríais es que os diera una paliza.... Si fuera la hermana... no digo que no.

—¿Qué clase de persona es la hermana?

—Una muchacha de mala cabeza, que gasta coche.

—¿Cómo se llama ?

—La Baccarat.

Un pensamiento infernal se le ocurrió entonces al señor Beaupreau.

—¿Y dónde vive la hermana? — preguntó.

—En la calle Moncey, — repuso el portero, a quien Cereza había enviado a menudo a casa de Baccarat.

—Está bien, — dijo el jefe de sección.

Y se marchó pensativo.

El señor Beaupreau acababa de sentir el primer dolor de ese mal sin remedio que se llama una pasión de anciano.

Amaba ya a Cereza con la salvaje brutalidad de un tigre, y resolvió en su cabeza los planes de seducción más maquiavélicos, al dirigirse a la calle San Luis, donde lo hemos visto llegar encendido, fuera de sí, y en un estado de extraña agitación.

VI

TERESA

Al ver al señor Beaupreau tan agitado, su mujer y su hijo lanzaron un grito de sorpresa y de inquietud.

—¡Dnos mío! ¿qué teneis, caballero? — le preguntó la señora de Beaupreau.

—¡Yo! — exclamó el jefe de sección estremeciéndose, — absolutamente nada.

—Sin embargo, esa agitación...

—Ha faitado poco para que me aplastara un coche, — repuso de Beaupreau; — pero felizmente no me ha sucedido nada; ¡a la mesa! ya son las seis.

Y, obedeciendo a la costumbre, el señor de Beaupreau ofreció la mano a Herminia y la condujo al comedor, al sitio que ocupaba en la mesa, ordinariamente.

Fernando estaba consternado. La agitación del jefe de su oficina parecíale que iba a trocarse en mal humor y a ponerlo en pocas disposiciones, por consiguiente, de escuchar con benevolencia el pedido de la mano de Erminia, que la señora de Beaupreau iba a hacer por él. Sin embargo, Fernando se equivocaba. El señor de Beaupreau se mostró pensativo y triste, pero no manifestó ninguna impaciencia, y hasta llegó a deslizarse por sus labios una sonrisa llena de bondad cuando, sirviendo de beber al joven, le dijo:

—Me parece que hoy nos hemos olvidado un poco de nuestra tarea.

—Repararé el tiempo perdido, caballero, e inmediatamente después de comer...

—Eso es, — dijo el señor de Beaupreau. — Os instalaréis en mi despacho, e iré a reunirme con vos cuanto antes. Es preciso que podamos poner en prensa nuestra obra de aquí a dos meses.

La comida terminó sin otro incidente; la agitación del señor de Beaupreau desapareció completamente, y cuando volvió al salón donde habían servido el café, estaba tranquilo y sonriente.

El jefe de sección había encontrado tal vez en su imaginación algún medio de llegar hasta Cereza, y su buen humor fué a tal punto en "crescendo", que la señora de Beaupreau juzgó favorable aquel momento para hablerle de su hija y del amor de Fernando.

A una seña de su madre, Erminia se retiró a su habitación, mientras Fernando iba a instalarse en el despacho para proseguir allí la gran obra diplomática de su jefe.

—Caballero, — dijo entonces la señora de Beaupreau con cierta emoción, pues su marido ocultaba un carácter intratable y duro y la más cautelosa de las naturalezas bajo exterioridades llenas de bondad, — ¿puedo hablaros de cosas serias?

—¿Qué decís? — exclamó el jefe de sección, de quien había vuelto a apoderarse su amoroso desvarío.

—Debería decir graves, — prosiguió la señora de Beaupreau, animándose.

—Por Dios, señora, ¿de qué se trata?

—De mi hija, caballero.

El señor de Beaupreau dejó escapar un gesto de sorpresa; su esposa prosiguió:

—Erminia tiene diez y nueve años, caballero; está en una edad en que una joven puede y debe casarse.

—¡Casarse! — exclamó el señor de Beaupreau; — ¿y para qué?

—Pero... señora, — interrumpió bruscamente el señor de Beaupreau; — pero para casarse hay que encontrar un marido.

—Quizás lo haya encontrado...

—¿Es rico? — preguntó el jefe de la oficina con una vivacidad que revelaba su carácter avariento.

—Es un joven distinguido, de buenos modales, lleno de buenos sentimientos, y que ama a Erminia a tal punto, que hará de ella la más dichosa de las mujeres.

—Muy bien... ¿Es rico?

—No, pero tiene una carrera honrosa.

El señor de Beaupreau se encogió de hombros.

—Eso no basta, — dijo.

—Sin embargo, caballero. Erminia lo ama como es amada.

—¿Su nombre?

—Vos lo concéis y habéis podido apreciarlo, — repuso la señora de Beaupreau. — Es el señor Fernando Rocher.

El señor de Beaupreau dió un salto en su asiento y lanzó un grito de asombro y de indignación a la vez.

—¡Ah! ¿Conque esas tenemos? ¡Un empleado de mil ochocientos francos, sin un cuarto, sin protector, sin porvenir!... Estáis loca, señora, yo jamás me haré cómplice de semejante tontería. Si habéis querido arrancarme mi consentimiento, os habéis engañado. ¡Eso no puede ser, y no será!

El señor de Beaupreau se levantó y se puso a caminar con paso irregular, paseándose de un extremo a otro del salón, revolviendo con aire furibundo sus ojillos bajo el arco de sus cejas espesas y manifestando una viva agitación.

Sentada al lado de la chimenea, y en esa actitud resignada de los que sufren un largo martirio y no se atreven siquiera a luchar con su tirano, la señora de Beaupreau tenía la vista inclinada, y dos lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas enflaquecidas.

De pronto, su marido se detuvo bruscamente delante de ella y la miró con fijeza.

—¡Ah! lloráis, — dijo en tono de sarcasmo; — lloráis porque me niego a dar vuestra hija a un hombre que no tiene un cuarto, sin porvenir... en vez de agradecerme que velo por la dicha de esa niña que no es mía, después de todo, hija de la casualidad... ¡de una falta!

Al oir esta última palabra, este ultraje, la desdichada mujer no pudo más; la víctima, resignada desde hacía veinte años, se rebeló y un relámpago de altivez brilló en sus ojos.

Se puso de pie como si hubiese obedecido a la tensión de un resorte misterioso.

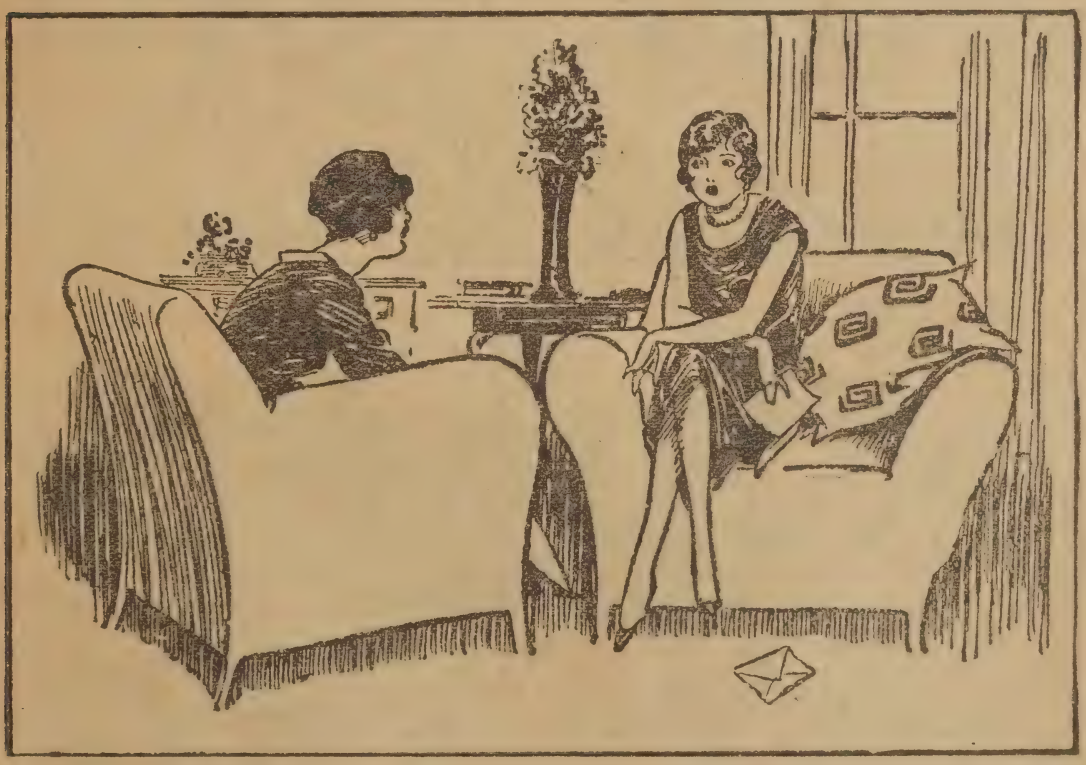
—Caballero, — exclamó, — me insultáis, ¡y sois el más cobarde de los hombres!

A estas palabras, a este acento de desprecio indignado, el señor de Beaupreau comprendió que se había excedido.

—No os insulto, — dijo con tono más suave; — ponéis a prueba mi paciencia.

—Caballero, — prosiguió la señora de Beaupreau, — hace veinte años era yo una joven honrada y pura, y jamás ha sido culpable. Una noche, en la pieza de un mesón, al volver de los Pirineos con mi tía, fuí víctima de un atentado odioso, de una brutalidad sin nombre. Cuando pedisteis mi mano, os confesé noble y francamente la verdad; os presenté esa niña, fruto inocen-

EN GRAVE APRIETO



—¡Qué compromiso, Etelvina! He reñido con Enrique y él me ha exigido que le devuelva el anillo que me regaló el día en que me declaró su amor.

—Eso sí es malo, amiga mía.

—Lo peor es que tengo como una docena de anillos y no recuerdo cuál es el suyo.

HUMORISMO DEL MOMENTO

UNA CURIOSA MISION

—Toma, Jorge; ve a la estación a esperar a mi suegra que debe llegar. Toma cinco pesos para tí.

—Pero... ¿y si la señora no llegara, señor?

—Entonces te daré cinco más.

UN CASO GRAVE

—¿Qué es eso? ¿Es posible? ¿Mi mujer se ha envenenado? ¿Pero cómo?

—Se ha mordido la lengua.

SILENCIO

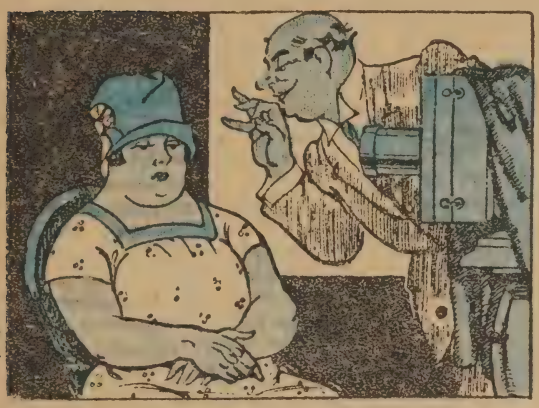
—Hace ocho días que no le hablo a mi mujer.

—¿Se han peleado?

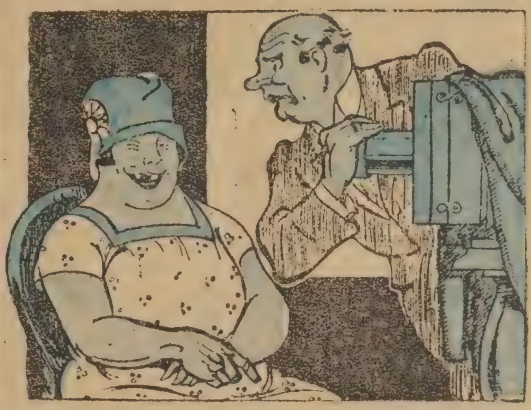
—No; pero ella habla sin cesar.

ESCENITAS DEL NATURAL

—¡Mis padrinos, señor, esperarán a los suyos mañana durante toda la mañana!
—¡Está bien, señor! ¡Está bien! ¡Los míos también!



El fotógrafo: — Y ahora, señora, tenga usted la bondad de sonreir...



... o más bien no; siga usted como antes, me parece que será mejor.

—Cuando me casé con mi mujer la quería yo tanto que me la hubiera comido.
—¿Y ahora?
—Ahora, mi estimado amigo, siento no haberlo hecho.

le del crimen, y vos la tomasteis en vuestros brazos y me dijisteis: "¡seré su padre!"

—¡Y bien, — repuso Beaupreau, cuya cólera calmada reapareció; — ¿no he mantenido mi palabra? Ahora mismo, ¿no cree vuestra hija que soy su padre?

—Sí, — dijo Teresa, pues era ella; — pero se pregunta a veces la pobre niña, por qué este hombre, que se dice y que ella cree que es su padre, a quien venera y quiere como tal; por qué este hombre le demuestra en ocasiones una especie de aversión...

—¡Mentís! — exclamó el señor de Beaupreau; — antepongo a mi hijo, como es natural, pero...

La señora de Beaupreau detuvo a su marido con aire desdeñoso.

—Se pregunta eso, — prosiguió, — como se ha preguntado frecuentemente por qué lloraba su madre largas horas en la sombra, y por qué el hombre que considera como padre, era la causa de esas lágrimas que corrían sin ruido en el aislamiento y el silencio del hogar doméstico.

—¡Eh! señora, — exclamó el jefe de sección golpeando el suelo con el pie; — no os las echéis de víctima; no soy déspota ni verdugo. Me trajisteis un doté, lo reconozco; yo os dí mi posición, la consideración de que gozo; cubrí con mi nombre vuestra deshonra... ¡Estamos a mano!

—¡Os equiváis, caballero; porque hay una cosa que las madres anteponen a su reposo, a su dicha, a su reputación de mujeres honradas... ¡la dicha de sus hijos! Y bien, caballero, — concluyó Teresa, — habéis hallado en la mujer una criatura resignada, paciente, que bajaba la cabeza ante vuestros reproches odiosos y pedía perdón a Dios para vos cuando llevabais el enceguecimiento de vuestro furor celoso hasta maltratarme; pero os dirigís a la madre y os oponéis a la dicha de esa niña! Erminia ama a Fernando Rocher, joven honrado y laborioso, como lo reconocíais vs mismo ayer no más. La haría feliz... ¿Por qué impedir esa unión?

—¿Por qué, por qué? — murmuró el señor de Beaupreau, que echaba espuma; — ¡porque no tiene un cuarto!

—Caballero, — dijo Teresa con frialdad. — estabais en la misma posición cuando yo pasé a ser la señora de Beaupreau.

—¡Pero vos teníais una hija! — exclamó el jefe de sección, ebrio de rabia. — Mirad, — dijo, — ¿queréis que consienta en ese casamiento?.... Depende de vos.

—¿Qué debo hacer? — preguntó Teresa, que contenía sus lágrimas de indignación, pues quería mostrarse fuerte para defender hasta el fin la dicha de su hija.

—¿Qué debéis hacer? — dijo el jefe de sección, sentándose delante de su mujer. — Escuchadme: nos casamos bajo el régimen dotal; os reconocí, pues, vuestra dote, es decir, doscientos mil francos. Según el Código, tenéis derecho de mejorar a uno de vuestros hijos; es decir, de disponer del cuarto de vuestros bienes; vais a hacerlo en favor de nuestro hijo Manuel, y...

—¡Jamás! — exclamó la señora de Beaupreau, — ¡jamás despojaré a uno de mis hijos en favor del otro!

—Entonces, — dijo fríamente el señor de Beaupreau, — no hablemos más. Al casarme con vos reconocí a Herminia, que es hija mía ante la ley, y una hija no puede casarse sin consentimiento de su padre antes de que sea mayor de edad. Niego mi consentimiento.

—¡Está bien! — dijo Teresa, — esperaremos... aunque tenga que confesar todo a mi hija... aunque tenga que ruborizarme delante de ella.

Pero en el momento en que la señora de Beaupreau pronunciaba estas últimas palabras, se abrió una puerta y dijo una voz en el umbral:

—Madre mía, sois una noble y santa mujer, y no tendréis por qué sonrojaros delante de vuestra hija.

Herminia acaba de aparecer, pálida, seria, como el hijo a quien la casualidad revela su destino verdadero.

Avanzó hasta la señora de Beaupreau y se puso de rodillas delante de ella.

—Mi buena madre, — murmuró, tomando entre sus manos la mano enflaquecida de Teresa, y llevándosela a los labios...,— perdóname... lo he oído todo... Sé que sois la mejor de las madres y la más noble de las mujeres, y vuestra hija está orgullosa de vos...

Herminia se levantó luego, y miró de frente al señor de Beaupreau.

—Caballero, — dijo, — mi madre no quería despojarme, pero tengo derecho a renunciar yo misma a una parte de mi herencia. Acepto vuestras condiciones.

Y Herminia saludó con frialdad al jefe de sección, corrió a la puerta y llamó:

—¡Fernando! ¡Fernando!

Fernando Rocher se mostró en el umbral.

Herminia lo condujo de la mano hasta donde estaba el señor de Beaupreau, y le dijo:

—¿No es verdad, caballero, que me aceptáis sin dote como esposa?

—¡Ah! — exclamó el joven, — me sentiría orgulloso de trabajar para haceros dichosa; ¡qué me importa de vuestra dote!

—Pues bien, — dijo Herminia, — seré vuestra esposa. Sentaos aquí, delante de este escritorio, y escribir el recibo de mi dote. Sólo a esta condición el señor de Beaupreau consiente en concederos mi mano.

Y la joven dirigió una mirada de supremo desdén al jefe de sección, asombrado de tanto desinterés.

VII

COLAR

Al día siguiente de aquel en que la Baccarat había seguido a Fernando Rocher; es decir, el domingo por la mañana, un personaje a quien ya conocemos, Colar, caminaba a eso de las ocho por la calle de la Calzada de Antín, con un paso apurado, como si tuviera mucha prisa.

El antiguo sargento no vestía, como de ordinario, una levita recta, sobre un pantalón de húsar. Llevaba una blusa azul, de

esas que sólo llegan hasta las caderas y que se conocen con el nombre de "bourgeron", y en la cabeza una gorra en vez del sombrero puntiagudo que ordinariamente usaba echado a un lado, como un calavera. Un pantalón de lana, grueso y oscuro, y una corbata que le daba varias vueltas, completaban el traje.

Colar bajó por la calle de la Calzada de Antín hasta la de Victoria, que acababan de abrir entonces en los fondos de algunos grandes palacios de la calle de San Lázaro.

A la izquierda empezaban a construirse dos o tres casas; mientras al lado de la calle estaba separado de los terrenos baldíos tan sólo por un vallado de vigas y tablas.

Colar se introdujo en uno de aquellos terrenos por una tabla ,y se dirigió a un pabelloncito, demolido hoy día, situado en el extremo del jardín de un palacio antiguo.

El palacio, que pertenecía a un anciano gentilhombre inglés, muy rico al par que original, estaba completamente deshabitado; es decir, que estaba confiado a la guarda de un portero, igualmente inglés, que ocupaba un cuerpo de edificio, dispuesto encima de la puerta cochera que daba a la calle de San Lázaro.

Detrás del palacio extendíase un vasto jardín, en cuyo extremo estaba el pabellón, compuesto de dos pisos.

Por una singular excentricidad, lord Mac Ferl, si no había querido nunca alquilar el palacio, había permitido en cambio a su portero que arrendara el pabellón, abandonándole el beneficio que podía sacar de él.

Una mañana, un mes antes, hallábase el portero fumando con flema enteramente británica, cuando un joven de veinticinco a veintiocho años, cuyo aspecto parecía acusar un origen de ultra Mancha, le dirigió la palabra en inglés y le pidió que le mostrara el pabellón.

Visitado éste con cuidado, agradó al extranjero, principalmente a causa de su aislamiento; convino en el precio del alquiler, que era, por lo demás, bastante subido, y aquella misma noche hizo llevar sus maletas y se instaló en él con un solo criado.

El extranjero no era otro que el capitán Williams, y cuando Colar, que había desdeñado ir a dar la vuelta por la calle de San Lázaro, penetrando en el jardín por la brecha abierta en el centro de tablas; cuando Colar, decimos, llegó, encontró a su jefe levantado y entregado a los cuidados de su persona.

El capitán Williams tenía el cabello negro y los finos bigotes del mismo color; era un buen mozo y de una distinción exquisita de maneras.

En Londres, donde había sido el jefe oculto de una temible banda, el capitán llevaba el título de barón, cuya propiedad legal había conseguido comprobar; era recibido en la mejor sociedad y vivía en una magnífica casa de Belgrave Square.

Por mucho tiempo consiguió hacerse pasar por hijo de un gentilhombre rural de uno de los condados del Norte, que gozaba de dos mil quinientas libras esterlinas de renta, y había adquirido una doble reputación de hombre distinguido, de cumplido gentleman y de sportman lleno de méritos.

Luego, un día, sin saberse por qué, el capitán desapareció, y circularon rumores sordos respecto de él.

Decíase en New Market que el noble barón era simplemente un ratero, un jefe audaz de pick-pockets, y que a pesar de su lenguaje, que tenía el más puro acento inglés, era francés y tal vez de origen italiano.

Sea lo que fuere, en Londres el capitán Williams tenía el cabello de un rubio leonado y usaba patillas a la inglesa.

En París se tiñó el cabello, se cortó las patillas y se dejó crecer el bigote. En el momento en que entró Colar, el capitán, vestido con una bata y un pantalón de punto, sentado junto al fuego y teniendo delante de sí un espejito montado sobre un pie, se peinaba su rizada cabellera fumando un cigarro. El capitán fumaba gravemente, pero una satisfacción visible dilataba sus facciones, y murmuraban entre dientes este aparte:

—Hace apenas un mes que estoy en París, y el trabajo realizado no ha sido poco; en verdad que mis asuntos no van del todo mal. Si el diablo sigue sirviéndome, los doce millones del barón Kermor de Kermarouet serán míos.

Williams aspiró y despidió una tras otra dos bocanadas de humo gris, y prosiguió:

—Pobre Armando de Kergaz... En vuestro carácter de verdadero filántropo y de hombre fuerte, como lo sois, seréis burlado y envuelto, y tendréis el disgusto de restituir al barón sir Williams la fortuna de que sois depositario fiel... Y, — concluyó Williams con una carcajada, — gracias al nuevo color de mi barba y de mis cabellos, gracias sobre todo a este ligero acento inglés que he contraído no reconoceréis jamás en mí a vuestro querido hermano el conde Andrea, a quien robasteis su herencia, bajo el pretexto absurdo de que su padre había robado al vuestro.

Andrea, pues era él, se puso a reir como acometido por un acceso de hilaridad.

—Colar, — prosiguió, — es decididamente un muchacho de mérito. En Londres no le faltaba buena voluntad, pero aquel terreno no era el suyo. Le faltaba aplomo. En París, por el contrario, está en su casa, y posee toda la audacia que le es propia. La banda que me ha formado no me desagrada; el hombre de negocios y Bistoquet han prestado ya servicios. El cerrajero es hábil. En cuanto a Nicolo, ya sacaremos provecho de él.

Dos golpes dados en la puerta interrumpieron el monólogo del barón Williams, y Colar entró.

—Salud, capitán, — dijo, llevándose militarmente la mano a la gorra.

—Buenos días, Colar.

—¿Soy puntual?

—Completamente. Siéntate.

Y Williams encendió otro cigarro, mirando luego a Colar.

—Y bien, — dijo, — ¿qué tenemos?

—Algo de nuevo, — repuso Colar.

—¡Veamos! — dijo Williams con calma.

—Mi policía trabaja como una banda de querubines, y es mucha suerte, pues no teníamos todavía la verdadera clave de la situación.

—¿Lo crees?

—¡Caramba! — exclamó Colar; — ya sabíamos que la señora de Beaupreau era la Teresa a quien buscamos...

—Ya es mucho.

—Y que su hija, la señorita Erminia, — prosiguió Colar, — era la hija del barón Kermor de Kermarouet.

—Pero, — dijo el capitán, — me parece que ahí está la verdadera clave de la situación. El señor de Beaupreau es avaro; si se le promete un millón casará a su hija... Y, — concluyó Williams, echando al espejito una mirada complaciente, — me parece que soy un yerno aceptable; ¿y la chica?

—La chica, — dijo Colar, — tiene un amante.

Williams arrojó vivamente el cigarro.

—Más aun, — prosiguió Colar; — es un novio y el casamiento tendrá lugar dentro de quince días...

Williams se puso pálido y murmuró:

—¡Es imposible!

—Esa es la pura verdad, vuestra señoría. El novio de la señorita Erminia es un empleadillo del ministerio de Relaciones Exteriores.

—¿Es rico?

—Ni un cuarto; pero es amado.

—¿Su nombre?

—Fernando Rocher.

—¿Dónde vive

—En la calle de los Marais, esquina del barrio del Temple.

Williams tomó un lápiz y una carterita que estaba sobre la chimenea, y escribió dos líneas con caracteres geroglíficos.

—¿Qué más? — dijo fríamente, pues había recobrado una calma verdaderamente británica.

—Anto todo, — prosiguió Colar, — debo deciros que me embosqué hace dos días en la calle de Chagnon, en casa de un fabricante de muebles... La ebanistería es mi antiguo oficio...

—¿Y para qué?...

—¡Eh! — dijo Colar con misterio, — porque tengo un amorío.

Williams frunció las cejas.

—No tenemos tiempo de enamorarnos, — dijo.

—¡Bah! no pierdo una sola hora útil a vuestra señoría. Eso entretiene mis ratos de ocio, nada más.

—Veamos, qué relación... ñ

—Vais a saberlo, capitán. Un día encontré a una muchacha que no se fijó siquiera en mí, pero que me ha dado en el ojo... Entonces tomé informes... La chica, que es linda como un amor, y juiciosa como una fortaleza, tiene un prometido. Cuando se quiere tomar una plaza fuerte, esto es elemental, hay que rendir por el hambre a la guarnición o destruirla, y es bueno hacer que se introduzcan espías en la plaza. Me he hecho, pues, amigo del prometido y he entrado en el taller de la calle Chagnon, donde él acaba de ascender a contramaestre... El prometido de Cereza, la chica se llama así, es amigo del novio de la señorita de Beaupreau, el señor Fernando Rocher.

—¡Muy bien! — interrumpió Wiliams con satisfacción.

—Anoche, — prosiguió Colar, — Fernando Rocher, que estaba loco de contento, fué a contarle a León Rolland, él contramaestre, que se casaba con la señorita Herminia dentro de quince días... Y le dijo cómo habían pasado las cosas...

—Veamos, — interogó Williams.

—Parece ser que el señor Beaupreau puso el grito en el cielo al escuchar el pedido de casamiento; pero que cedió luego cuando la señorita Herminia hubo renunciado a su dote.

Williams se puso pensativo y serio.

—Esto sí que es grave... Una joven que ama tiene una voluntad tenaz.

—Pero hay más, — continuó Colar. — Cereza tiene una hermana que posee carruaje, palacio y criados, y se llama Baccarat. Bistoquet ha estado muy bien con ella.

—Pero, — interrumpió Williams, que quería volver a la señorita de Beaupreau y a su próximo casamiento.

—Baccarat está enamorada de Fernando Rocher, ¿comprendéis?

Los ojos de Williams despidieron chispas.

—¿Es hermosa? — preguntó.

—Magnífica, una belleza de condesa.

—¿Es inteligente?

—Un espíritu de demonio, una voluntad de hierro.

—¡Bueno! — dijo tranquilamente Williams; — esa mujer me librará de Fernando Rocher.

—Otra historia más, — prosiguió Colar. — El jefe de sección, el señor de Beaupreau, es un viejo libertino que corre detrás de las muchachas. Ayer siguió a Cereza, y por la tarde fué a rondar por los alrededores del barrio del Temple, donde ella vive... ¿Está satisfecho de mis informes vuestra señoría?

El barón sir Williams, o el conde Andrea, si así os place, se había puesto pensativo y no contestó a la última pregunta de Colar.

Andrea, con su genio infernal, combinaba ya un plan maquiavélico en cuyas inexplicables redes debía envolver a Teresa, a Herminia, al señor de Beaupreau, a su futuro yerno Fernando Rocher y al mismo Rolland, el prometido de Cereza.

—¡Ah! — murmuraba dentro de sí mismo; — Armando tenía razón el día en que, desde lo alto de aquella terraza en que nos encontrábamos, me dijo señalándome la gran ciudad tendida a nuestros pies: "Esta es la patria del drama misterioso y sombrío; ahí es donde hay grandes cosas que hacer."

—¡Ah! — prosiguió Andrea en voz baja; — me provocaste a la lucha, hermano; me dijiste que serías el genio del bien y que aplastarías al del mal. ¡Pues bien! te has engañado; el mal triunfará, porque el mal soy yo.

Y levantando la cabeza, Andrea se dirigió bruscamente a Colar, que había respetado su meditación.

—¿Dónde vive Baccarat? — preguntó.

—En la calle de Moncey, en un hotelito, a la derecha, entrando por la calle Blanca.

—¡Muy bien! Es preciso que esa muchacha me sirva.

Y agregó:

—¿Amas mucho a Cereza?

—Sí y no, — dijo Colar. — La chica me gusta, y sería una querida muy bonita...

—Pero, en fin... si uno tuviera necesidad...

Colar miró a Andrea con aire sorprendido.

—Es que, — dijo tranquilamente el capitán, — podríamos hacer de ella un buen cebo para el jefe de oficina.

—Calle, — dijo Colar con ingenuidad, — es una idea...

—Y tendríamos antes que deshacernos del prometido... Esa clase de gente es molesta.

—¡Bueno! — dijo Colar, — voy a empezar esta misma noche... en Belleville. El cerrajero me dará una mano.

—De modo, — preguntó el capitán, — que eso no te afligiría mucho?

—¡Oh! — repuso filosóficamente Colar, — no hay por qué estar celoso de un viejo monigote como el jefe de sección... y luego, cuando es preciso...

Andrea llamó a su único ayuda de cámara, que desempeñaba al mismo tiempo las funciones de "groom" y cuidaba el caballo inglés, cuyo lujo se permitía el capitán.

—Engancha a Toby al tílburí, — le dijo.

El "groom" salió para ir a ejecutar las órdenes de su amo.

—Ahora, — concluyó el capitán dirigiéndose a Colar, — tienes que hallarme, de aquí a tres días, en el barrio de los Campos Eliseos, un hotelito que se alquile, con comodidad para dos carruajes y una caballeriza para cinco caballos.

—Así se hará, — dijo Colar, que se puso de pie para marcharse, mientras Andrea se vestía con un elegante traje de mañana.

EN EL PECADO LA PENITENCIA

—Yo... señor... Como su hija me ha prometido ser mi esposa... yo, señor... ¿sabe?

—¡Sí! ¡Cásese no más! ¡Usted se lo busca! No se queje después.

Un cuarto de hora después, sir Williams corría en tilburi a la calle Mayor, y hacía entregar su tarjeta a Baccarat, que estaba aún en cama.

El hotel que el joven barón O... había hecho construir expresamente para Baccarat, estaba situado, como se sabe, en esa callecita Moncey, que une la parte superior de la calle Blanca con la de Clichy, y toca con los fondos de la cárcel por deudas.

Aquel hotel no era, a decir verdad, más que un vasto pabellón de dos pisos, casi oculto entre una masa de verdura formada por altos tilos seculares y rodeado por un gran jardín. Pero todos los rebuscamientos y las delicadezas que tiene el lujo moderno parecían haber contribuído al decorado, a la disposición de cada pieza y su mobiliario. Un césped verde, rodeado de árboles, conducía a la escalinata, que daba acceso, por una puerta vidriera de dos hojas, a nu embaldosado de mármol, lleno de flores de todas las estaciones, y cuyas paredes estaban cubiertas de frescos deliciosos.

A la izquierda quedaban el comedor, las despensas y las cocinas; a la derecha, una sala de baños, un invernáculo y un lindísimo salón de verano, cuya chimenea sostenía una luna de cristal sin azogue, por la cual se descubrían los jardines. Este salón, con muebles de madera de limonero, tapices de Esmirna, y jardines llenos de flores en los alféizares de las ventanas, tenía una puerta que conducía a un césped.

Una rica colección de cuadros modernos, debidos en su mayor parte a la escuela francesa, y firmados por pintores célebres, guarnecía las paredes.

En el primer piso se hallaban el salón de invierno, el dormitorio, el tocador y la salita de Baccarat, además de una piececita dispuesta para fumar, y cuyo usufructo se había reservado el barón de O...

Alí es donde solía recibir de noche a unos cuantos amigos íntimos, a quienes Baccarat servía el té con sus manos de princesa.

El segundo piso estaba destinado a la madre de la cortesana y a los criados. En el fondo del jardín habíase construído un pequeño edificio destinado a las caballerizas y a las cocheras, pues Baccarat tenía tres caballos, uno de ellos de silla, un cupé y una americana.

La hermana de Cereza estaba en cama todavía a la hora en que Andrea se disponía a penetrar en su casa...

Sin embargo, no dormía, y ni siquiera había cerrado los ojos en toda la noche. De vuelta en su casa, el día anterior, en una agitación imposible de describir, Baccarat, con la cabeza trastornada y herida ya en el corazón por el aguijón de los celos, se había metido en la cama para buscar en el sueño un poco de reposo que necesitaba su alma, fuertemente impresionada; a tal punto es furioso el amor que se declara de repente en el corazón gastado de una cortesana. Baccarat no había amado nunca, y se indignaba ante la idea de sucumbir al fin a ese mal desconocido hasta entonces para ella, y del que tan a menudo y tan implacablemente se había burlado.

Antes de que hubiera visto por primera vez a Fernando Rocher, Baccarat era una mujer de mirada fría y burlona, de sonrisa de esfinge. Era la tigre sin corazón y sin alma, que ama el oro, desprecia a los hombres, los deja que se maten por ella y pronuncia sobre la tumba de sus víctimas, a manera de fúnebre oración, estas únicas palabras, llenas de desdén: "¡Me cansaba!" Baccarat, enamorada repentinamente, se había metamorfoseado; el mármol habíase cambiado en carne, la sonrisa satánica en deseo ardiente, y se torcía las manos de cólera al pronunciar en voz baja el nombre de Fernando.

Al venir el día, Bacarat no había cerrado los ojos todavía; se había pasado la noche revolviendo en su cabeza mil proyectos de seducción, mil planes absurdos y grandiosos a la vez, para obtener el amor de Fernando.

La campanilla de la verja, que anunciaba una vista, se hizo oir.

Baccarat llamó a su doncella.

—No estoy, — dijo. — No quiero recibir a nadie.

La doncella salió, pero volvió al punto con una tarjeta en la mano.

—Señora, — dijo, — es un joven muy distinguido, que tiene un "groom" de librea y un caballo magnífico, e insiste en ver a la señora

Baccarat tomó la tarjeta con un movimiento de impaciencia, y leyó:

Sir Williams L...
barón

—No conozco a ese inglés, — dijo mal humorada.

Y se dió vuelta, con la cara hacia la pared, prosiguiendo su amoroso desvarío, tan torpemente interrumpido.

Pero la doncella se presentó por tercera vez.

—Señora, — dijo, — milord pretende que tiene que hablar a la señora de un asunto grave.

—No tengo ningún asunto. ¡Vete!

—Me ha encargado que pronuncie un nombre al oído de la señora.

—No quiero saberlo.

Y el acento de Baccarat era imperioso e irritado, como el de una tigre perturbada en sus amores.

Sin embargo, la doncella, que sin duda alguna habría sido pagada con largueza por Andrea, no se dió por vencida, y agregó:

—La señora no se compromete en nada absolutamente con oir el nombre que milord me ha encargado que pronuncie delante de ella.

—Fanny, — dijo secamente Baccarat, — te despido; desde hoy, no estás a mi servicio.

—Milord me ha dicho, — replicó la doncella con admirable sangre fría, — que viene a ver a la señora por el señor Fernando Rocher.

Al oir este nombre, sobre el cual había apoyado Fanny con complacencia, Baccarat dió un salto y se tiró de la cama.

—¡Fernando! ¡Fernando! — exclamó. — ¡Viene a hablarme de Fernando!... Es otra cosa; estoy... estoy... Corre, dile que espere un momento.

UN PEQUEÑO PEDIDO

El niño que tiene la pelota desinflada al tocador de corneta, callejero: — Perdone, señor, ¿quiere usted que sopla tan fuerte, inflarme esto?

EL PEON DE LA ESTA

INTERESANTE Y NOVEDO

MANIJA PEGAR AQUI LA CARRETILL

PARA ARMAR ESTE ORIGINAL Y GRACIOSO JUGUETE HAY QUE
BIEN SECO TODO RECORTAR LAS TRES PIEZAS QUE LO COMPO
"CORTAR", DE LA CARRETILLA. HECHO ESO SE PEGA LA CA
JA SECAR BAJO PRENSA PARA QUE NO SE ARQUEE. LUEGO S
CURVA UN POCO EL TROZO Y SE METE EL OTRO EXTREMO
SO. MOVIENDO LAS MANIJAS A DERECHA O A IZQUIERDA CAM
CARRETILLA.

ON Y SU CARRETILLA

JUGUETE PARA ARMAR

IPEZAR POR PEGAR TODO EL DIBUJO EN CARTON, Y UNA VEZ
I, HACER LAS HENDIJAS A y B Y LOS AGUJEROS DONDE DICE
CTILLA SOBRE LA PIEZA QUE TIENE LAS DOS MANIJAS Y SE DE-
IETE EL EXTREMO DE LA IZQUIERDA EN LA RANURA A, SE EN-
LA RANURA B, Y SE APLASTA BIEN PARA QUE QUEDE BIEN LI-
ARA EL CONTENIDO DE LA JAULA QUE LLEVA EL PEON EN SU

UN BUEN AMIGO

El dueño de casa (al invitado): — Como sé que te molesta mucho subir la escalera he dispuesto que te alojes en una pieza del piso bajo.

Y la voz de Baccarat estaba embargada por una extraña y súbita emoción.

VIII

Baccarat se había levantado con la ágil soltura de una pantera, y no había dado más que un salto del dormitorio al tocador.

Ordinariamente, la loca criatura empleaba en vestirse una dejadez extrema, y se abandonaba perezosamente en manos de su doncella con el abandono desdeñoso de una duquesa; pero en aquel momento, Baccarat volvía a ser la hija del pueblo que sabe servirse por sí misma, y metiendo sus pies desnudos en unas babuchas turcas, deslizando su talle de culebra en un largo peinador gris perla, con vueltas color cereza, se echó al cuello un pañuelo de seda, y con mano febril arrolló precipitadamente los bucles lujuriosos de su rubia cabellera, despejando su frente inteligente y echándoselos atrás en espesas guedejas. En unos cuantos minutos, la cortesana se halló en es entrecasa voluptuoso y correcto, sin embargo, de las mujeres bastante osadas o indiferentes para recibir a un desconocido en su alcoba. Extendió la mano en dirección a la borla de la campanilla, colgada en el fondo de su dormitorio; Fanny se presentó otra vez.

—Haz que el inglés pase delante, — dijo.

Y agitada como estaba, a despecho de la emoción que había producido en ella el nombre de Fernando, por ansiosa que estuviera, Baccarat volvió a ser bastante mujer para acurrucarse graciosamente en el fondo de un diván, dejando que su bata se clavara en pliegues voluptuosos, — haciendo danzar su chinela encamada en la punta de su pie desnudo.

El barón sir Williams entró en el acto.

Andrea era uno de esos hombres que lo abarcan todo de una sola ojeada y juzgan a a vez del pájaro por la jaula y de la jaula por el pájaro.

El dormitorio de Baccarat refería toda la vida y el carácter todo de Baccarat, a aquellas horas, sobre todo, en que reinaba ese desorden delicioso y lleno de misterio que se difunde en torno de una alcoba de mujer, desde media noche hasta mediodía, y que nada en el mundo podría evitar.

Las paredes estaban cubiertas por una tela gris perla de reflejos de moaré, sirviéndolo de marco una delgada varilla de oro; una alfombra espesa de grandes rosáceas rojas ocultaba el piso. Las cortinas del lecho y de las ventanas eran de una tela igual, pero rayadas con anchas bandas violeta que rompían el tono monótono, y las butacas, las sillas, el diván, eran de terciopelo violeta del mismo matiz que las bandas de las cortinas.

En la chimenea, dos pastores de Watteau se contaban sus aventuras galantes encima de un reloj de conchillas, a cuyos lados dos amores rechonchos soportaban un manojo de lirios dispuestos a manera de un candelabro.

Un espejo del mismo estilo, de marco oval, remataba la chimenea.

Todo esto era tal vez un poco fútil, pero de buen tono, y la ausencia de rinconeras cargadas de esas chucherías costosas que se llaman "bibelots", probó a sir Williams que Baccarat era una muchacha de gusto.

Los ojos del visitante pasaron en el acto de la jaula al pájaro, para continuar nuestra matáfora, y en seguida adivinó a Baccarat tal cual era.

Un mármol, — pensó el barón, — en cuyo fondo late un corazón de lava; un espíritu malo por naturaleza, y del cual podría sacarse provecho; una belleza maravillosa, que puede hacer perder la cabeza a un joven, y llevarlo hasta la infamia, si llegara el caso.

Y la mirada de Andrea envolvió una vez más a la mujer acurrucada como una gata en el cuarto en que se esparcía un perfume indefinible que parecía exhalarse de aquel lecho tibio aun, en el que estaba impresa, bajo las cortinas blancas, y sobre el almohadón guarnecido de encajes, la huella lasciva del hermosísimo cuerpo de la cortesana, y Andrea murmuró:

—Aquí está el jardín de Arminda de Fernando Rocher. Si lo traen a él, no saldrá más.

Al mismo tiempo, Baccarat envolvía a su visita con una mirada, notaba aquellos ojos en los que brillaba una llama sombría y satánica, aquellos labios delgados en que se deslizaba una sonrisa burlona y mala, aquella frente amplia e inteligente en que el pensamiento debía divertirse cómodamente, y se hacía esta reflexión:

—Si es un enemigo que se presenta, es digno de mí; si es un aliado, triunfaré, pues debe ser un hombre fuerte.

Andrea saludó a la cortesana, que le indicó con la mano una silla al lado de ella, y juzgó inútil hacer otro movimiento.

Luego despidió a Fanny con la mirada.

Andrea tomó asiento y la miró con fijeza, sin vacilar, como un hombre que se propone hablar de negocios y se preocupa poco de la belleza y de los encantos de una mujer.

—Mi querida señora, — dijo, — soy el barón sir Williams, y vengo a proponeros un trato.

—¡Veamos! — dijo Baccarat, que había dominado completamente su emoción... — Sin embargo, caballero, — agregó con una sonrisa burlona de la mujer insensible, — si se trata de galantería, os rogaría que pasaseis otro día... hoy estoy con los nervios.

—Lo comprendo, — dijo sir Williams, — cuando uno ha dormido mal...

Baccarat se miró al espejo, pensando que debía estar pálida y tener los ojos cansados.

—Y, — prosiguió con flema el inglés, — el amor mal correspondido lleva fatalmente en pos de sí el insomnio.

—¡El amor! — exclamó Baccarat, volviendo a ser la mujer de mármol y avergonzándose de confesar la derrota de su corazón; — ¡el amor!... ¿Qué queréis decir?

—Calle, — dijo tranquilamente sir Williams; — creía que adorabais a Fernando Rocher.

Baccarat se estremeció, pero fué fuerte, y ningún músculo de su rostro la denunció.

—¡Vaya! — exclamó; — no amo a nadie, milord.

—Soy simplemente barón, — observó Williams con la mayor calma; — pero me felicito de haber sido inducido en error...

—Lo habéis sido, barón, — dijo Baccarat con no menos tranquilidad.

—Entonces, más vale así, querida señora.

—¿Qué decís? — exclamó la cortesana, que una vez más se estremeció en el fondo del corazón.

—Es que, — articuló lentamente sir Williams, cual un actor que reserva sus efectos, — si lo hubieseis amado...

Se detuvo y pareció vacilar.

—¿Y bien? — preguntó Baccarat, cuya voz sufrió una leve alteración.

—Y bien; que hubiera sido una gran desdicha para vos, querida señora.

Una palidez lívida asomó esta vez a la frente de Baccarat.

—¿Por qué? — preguntó.

—Porque siempre es penoso para una mujer ver que se le escapa el hombre a quien ama.

—Querido, — replicó fríamente la cortesana, cuyo orgullo dominó la emoción; — una mujer como yo abandona a las gentes, pero a ella no la abandonan nunca.

—Querida, — dijo sir Willims en el mismo tono lacónico y seco; — no se abandona a una mujer como vos sino para casarse... y el señor Fernando Rocher se casa.

Estas palabras cayeron como un rayo sobre Baccarat, estremecida.

Lanzó un grito y se echó bruscamente atrás presa de un dolor agudo.

—¡Vaya! por fin — murmuró sir Williams; — ¿con que le amáis?

—Pues bien, sí; le amo... con pasión... ¡con furia!... — exclamó la joven; como deben amar las leonas en el desierto.

Y se incorporó altanera, terrible, relampagueándole los ojos, temblorosos los labios, dilatadas las narices.

—¡No se casará! — exclamó, — y me amará, aunque tenga que apuñalear a mi rival.

Había en la chimenea, al lado del reloj, un lindísimo puñal de vaina cincelada y hoja damasquina, que perteneció en un tiempo a un joven alocado, que había querido herirse con él por la cortesana y del cual se había ésta apoderado, deteniéndole el brazo y diciéndole:

—¡Puesto que sois malo, voy a desarmaros, vaya!

Baccarat se interesaba tal vez muy poco por la vida del enamorado no correspondido, pues estaba en vías de arruinarse, pero había tenido deseos de poseer el puñal... En el momento de proferir esa amenaza de muerte contra la mujer con quien debía casarse Fernando Rocher, Baccarat se abalanzó sobre el puñal, lo tomó y lo esgrimió con furor.

—¡Ah! — dijo sir Williams con la flema de un verdadero hijo de Albión; — estarías magnífica así, si representarais una tragedia, señora.

Una palabra de burla fría produce el efecto de un vaso de agua helada arrojado al rostro de un hombre enloquecido.

Las palabras de sir Williams, así como una fina lluvia hace cesar un vierte viento, según el proverbio, desvanecieron la cólera de Baccarat, y trocaron su exaltación en un tétrico y repentino desaliento. El puñal se le cayó de las manos y se puso a temblar como un niño.

—¡Dios mío! — murmuró con voz embargada por los sollozos.

—Mi querida señora, — prosiguió sir Williams, siempre impasible, — he venido a anunciaros una mala noticia, pero al mismo tiempo a ofreceros mis servicios.

—¿Qué queréis decir? — preguntó Baccarat con un estremecimiento de esperanza.

—Miradme bien, — prosiguió el barón, dejando asomar a ssu labios esa sonrisa de demonio que revelada su infernal inteligencia para el mal; — ¿no creéis que yo pueda ser un aliado de algún valer?

—¿Vos? ¿un aliado?

—¿Por qué no?

—¿Y vos me serviríais?...

—Puede ser, señora.

—¿Pero a qué título?... ¿Por qué?... ¿Con qué objeto?

—¡Ah! — dijo sir Williams, — es evidente que tengo un objeto y un interés... Porque sino...

No concluyó la frase; la puerta se abrió y apareció Fanny con una tarjeta en la mano.

Baccarat la tomó tranquilamente y la miró.

La tarjeta tenía este nombre:

E. DE BEAUPREAU

Jefe de sección en el ministerio de Relaciones Exteriores

—No conozco a ese hombre, — dijo, arrojando la tarjeta con febril impaciencia. — ¡No estoy!

Aquel día Baccarat hubiese cerrado la puerta de su casa a un embajador, al mismo Czar de Rusia.

Pero sir Williams recogió la tarjeta, la miró y se estremeció.

—Tenéis que recibirlo, — dijo con frialdad; — ¡es preciso!

Y dirigiendo a Fanny con tono imperioso:

—Hacedlo esperar en el salón diez minutos, — dijo.

Fanny comprendió que aquel hombre era el amo, y obedeció.

Sir Williams miró entonces a la joven asombrada, y le dijo:

—El señor de Beaupreau tiene una hija llamada Herminia.

Baccarat lanzó un grito y se acordó de aquel nombre que pronunciara delante de ella la portera de la calle de San Luis.

—¡Ah! — dijo, — de seguro que es la novia de Fernando Rocher.

—Sí, — contestó tranquilamente el barón; — y váis a ver a su suegro.

Y como la joven volvía a estremecerse colérica:

—Hay que recibir a ese hombre, — dijo.

—¿Pero, qué quiere? ¿Qué busca aquí?

—Viene a proponeros una cosa infame...

un trato que no tiene nombre... ¡No importa! No lo despidáis... Escuchadlo con paciencia... luego lo entretendéis hasta mañana... Después. veremos...

Y sir Williams se dirigió al cordón de la campanilla, del que tiró con violencia.

—Hacerd entrar al señor de Beaupreau, — dijo a Fanny.

Corrió luego al tocador y dejó caer la cortina detrás de sí, poniéndose un dedo en los labios para hacer comprender a Baccarat que quería ver sin que lo vieran, oír sin que sospecharan su presencia, y en el momento de desaparecer detrás de la cortina, dirigió a la cortesana estas palabras en voz baja, pronunciadas como un ultimatum terrible:

—No le neguéis.. no os indignéis... porque sino..., Fernando estará casado dentro de ocho días.

Baccarat se quedó sola durante diez segundos, entrando luego el jefe de sección. Pero la mujer fuerte había ya dominado a la mujer trémula y desfallecida por la emoción; la sonrisa había vuelto a su persona, y cuando apareció el señor de Beaupreu, Baccarat había recobrado su abandonada actitud en el diván; pudo examinar a su antojo las gafas azules, la faz rojiza, el vasto abdomen y las piernas cortas y enclenques del jafe de oficina.

El señor de Beaupreau saludó a la joven con ese aplomo de un viejo libertino que se encuentra siempre a gusto en el santuario del vicio; pero Baccarat le devolvió el saludo con frialdad tan aristocrática y con dignidad tan perfecta, que el hombre se quedó cortado.

—Señora, — dijo, — ¿me atrevería a pediros una conferencia?

—Pedir no más, caballero, — repuso la cortesana con la sangre fría soberbia de una reina a quien se implora clemencia.

Indicóle una silla con un ademán y pareció dispuesta a escuchar.

—Señora, — continuó con timidez el señor de Beaupreau, — mi tarjeta ha debido deciros quien soy.

Baccarat hizo un gesto de asentimiento.

SIMBOLOS DE NUESTRA EPOCA

"Capital" y "Trabajo"

—Tengo fortuna, — prosiguió, — y un buen sueldo.

—Os felicito sinceramente, — repuso la joven con el tono indiferente que se emplea para decir una frivolidad.

—Y, — prosiguió el jefe de sección, — mi posición me permitiría hacer muchas cosas por una mujer...

—¿Sí, eh?—interrumpió Baccarat, que se olvidó de su papel de duquesa para volver a ser mujer de mármol; — no tenéis sin embargo según me imagino un millón que roer, como Villedieu, vuestro jefe de división, que se arruinó por mí, y Leopoldo de Maulotte, que encendió mi cigarrillo con el último billete de mil francos que le quedaba. Os habrán informado mal.

Y una sonrisa desdeñosa se deslizó por los labios de la cortesana.

Pero la cortina del tocador, al cual dada la espalda el jefe de oficina, se levantó a medias, y Baccarat vió aparecer el rostro lívido de sir Williams que parecía decirle:

—¿Olvidáis mi recomendación y queréis que Fernando se case?

Desconcertado un instante el señor de Beaupreau cobró aliento, y dijo:

—¿Tenéis una hermana?

—¡Ah! — dio Baccarat — ¿sería a mi hermana a quien amáis?

—Tal vez...

—Creo que perderéis el tiempo, pues es honrada.

—Por eso he venido a veros...

Baccarat dirigió otra vez los ojos a la cortina del tocador.

—Tened calma, — parecía decirle el rostro severo del barón.

—Querido, — dijo Baccarat, — los asuntos de mi hermana no me van ni me vienen.

—Con todo... si vos quisiérais... quizás...

Una idea infernal cruzó por el espíritu de la cortesana.

—Si le comprara la libertad de Fernando, — pensó.

Pero al punto el rubor de la vergüenza le salió a la cara, y una vez más hubo de plantar en la puerta al jefe de sección. La cabeza de sir Williams seguía encuadrada por la cortina y, semejante a la de Medusa, aterraba a Baccarat en cuyo oído resonaban todavía estas siniestras palabras:

—Si lo despedís, Fernando se casará dentro de ocho días.

Y dijo al señor de Reaupreau.

—Cereza es una tontuela, y si me hubiera hecho caso, en vez de encapricharse con un obrero... Pero, bien miradas las cosas, no tengo nada que ver con ella.

—Pero, en fin, — suplicó el viejo libertino, — ¿no me dispensaís vuestra protección?

Baccarat vacilaba.

—Decid que sí, — le indicó son un ademán sir Williams.

—Tal vez, — murmuró la cortesana en voz baja.

—Soy agradecido, — insinuó el anciano.

Pero Baccarat no contestó. Soñaba.

—Y bien?... — suplicó el señor de Beaupreau cuya voz temblaba de emoción.

Baccarat alzó otra vez los ojos y miró a sir Williams.

El rostro del inglés estaba impasible.

—Caballero, — dijo la joven haciendo un movimiento como para despedir al jefe de sección, — reflexionaré, veré.

—¡Ah! — dijo el señor de Beaupreau con una emoción que revelaba la violencia de su pasión; — ¡por piedad! sed buena...

—Volved mañana, — le dijo Baccarat bruscamente.

Y se levantó, como si tuviera prisa de cortar aquella odiosa conversación.

El señor Beaupreau tomó el sombrero y se levantó a su vez.

—Mañana, — le dijo; — ¿queréis que vuelva mañana

—Sí, volved.

—¿Y... la veréis?

—Sí, sí, — hizo la cabeza muda de sir Williams.

—Sí, — balbuceó Baccarat inclinado la cabeza.

Y acompañó al jefe de sección cuya faz rubicunda se había vuelto escarlata de júbilo, y cuyo corazón le saltaba dentro del pecho como el de un enamorado de veinte años.

Cuando se hubo marchado, Baccarat, se halló frente a frente con sir Williams.

—¡Ah! ¡qué infamia! — murmuró; — vender yo a mi hermana!... ¡Nunca, jamás! Se ha dicho que Baccarat no tiene corazón: es cierto pero quiere a su familia... ¡Nunca, nunca! — repitió con fuerza.

—Querida, — dijo con frialdad sir Williams, — el señor de Beaupreau es el único que puede romper el casamiento de su hija con Fernando Rocher, y haríais mal de tratarlo con dureza.

... ...

¿Qué pasó entonces entre aquella mujer, en cuya alma subsistía un último sentimiento de pudor, y aquel hombre de genio infernal, que parecía ser la viva encarnación del mal? ¿Con qué argumentos irresistibles, con qué promesas vertiginosas, consiguió Satanás tentar a la hija de Eva? Nadie lo supo nunca.

Pero cuando el conde Andrea salió de casa de Baccarat, la pobre mujer agachaba su frente lívida de vergüenza con la resignación de los vencidos, y una lágrima, la última quizás que había derramado, corrióle lentamente de los ojos a la mejilla.

Cereza, la niña casta y pura, la honrada obrera, novia de un bravo obrero, acaba de ser sacificada a la pasión terrible que le quemaba el pecho a Baccarat, como la lava inflamada que derrama el Vesubio sobre los campos napolitanos en sus días de cóleras febriles.

IX

JUANA

Entretanto, aquella aurora del domingo, tan ansiado por Cereza acababa de brillar al fin, para servirnos de la vieja expresión de los poetas, y la joven, despierta desde el amanecer, se había apresurado a dar la última mano a sus preparativos de "toilette", dando

la última puntada a su vestido nuevo, poniéndole el último lazo a su modesto sombrero.

Después se había arreglado el cuarto con ese cuidado y esa exquisita limpieza que distinguen a las grisetas parisienses. Y, hecho todo eso, había bajado para comprar el pan y la leche del desayuno.

En todos estos detalles había llegado el mediodía. Cereza se vistió entonces y, alegre y despreocupada, como el pichón que deja el nido y emprende el vuelo, se disponía a salir, cuando llamaron a la puerta.

—Entrad — dijo Cereza, que vió aparecer a una joven alta, pálida, vestida de negro, y cuya cabeza dolorida tenía un sello de dulzura y de tristeza.

—¡Ah! — dijo la obrera con algo de respetuoso en la voz; — sois vos, la señorita Juana. ¡Qué bien habéis hecho en venir!

Y Cereza tomó entre sus manitas las blancas, hermosas, pero un tanto enflaquecidas, de la joven, y las estrechó con cariño.

—Hacía mucho tiempo que no venía — puso Juana, — y no tenía noticias vuestras... Luego he querido daros las señas de mi nueva habitación.

—¿Os habéis mudado?

—Sí — repuso Juana, — desde hace ocho días. Vivo ahora en la calle Meslay número once.

La historia de Juana era simple y conmovedora.

En tiempos en que el grabador sobre cobre habitaba en la calle Chagnon con su esposa y su hija menor, pues Baccarat había huído ya del techo paterno, dos mujeres vestidas de negro fueron a vivir en el mismo corredor del quinto piso, en un modesto cuarto de seiscientos francos. Una anciana criada era la única que les servía.

Eran madre e hija.

La señora de Balder acababa de perder a su marido, el coronel Balder, muerto en el sitio de Constantina, y el valeroso oficial había dejado a su mujer y a su hija sin otros medios de existencia que una modesta pensión de mil quinientos francos y un título de renta del mil francos del tres por ciento.

La señora de Balder, y su hija habían ido a vivir en aquel barrio populoso, un poco por economía primero, y luego para hacerse olvidar de la sociedad rica y elegante en que brillaban, porque el año que precedió a la muerte del coronel vió la ruina casi completa de éste, ruina consumada por la pérdida de un importante pleito.

Con tan módicos recursos, la viudad y su hija vivieron durante algunos años en un aislamiento poco menos que completo; la señora de Balder sucumbió luego víctima de una enfermedad al corazón, y dejó huérfana a Juana.

Juana tenía entonces diez y ocho años. Era bella, de esa belleza audaz y altiva que parece ser patrimonio exclusivo de las viejas razas. Su noble sangre no podía desmentirse ni sucumbir a las vertiginosas tentaciones de la pobreza y del aislamiento.

Sola en el mundo, permaneció pura, semejante a esas flores que crecen al borde de los abismos y alzan su corola perfumada al cielo azul, sin preocuparse de la cima abierta debajo de ellas.

Hacía un año que Juana era huérfana. Entre ella y la joven obrera se había establecido una especie de intimidad, sobre todo desde la muerte de la señora de Balder, a quien Cereza asistió en su enfermedad y a quien cerró los ojos con el respeto doloroso de una verdadera hija.

Juana y Cereza se veían con frecuencia. Juana le decía "Cereza" a secas.

Cereza la llamaba "señorita".

A veces la joven obrera iba a pasar toda la velada en casa de su antigua vecina, a quien la anciana criada, que se llamaba Gertrudis y que la viera nacer, seguía sirviendo con un desinterés y una abnegación maternales.

Juana estaba sentada al lado de la florista y seguía abandonándole sus manos.

—¿Conque os habéis mudado? — repuso Cereza.

—Sí — repuso sencillamente la joven; — Gertrudis y yo echamos de ver que seiscientos francos de alquiler era muy caro, sobre todo ahora que no tenemos más que mil francos de renta, pues la pensión de mi madre se extinguió con ella.

Al acordarse de su madre, Juana suspiró profundamente, y Cereza vió brillar una lágrima en los ojos azules de la joven.

Juana era rubia y blanca como la Fornarina de Rafael, y su perfil recordaba las líneas puras y correctas del tipo franco con el que nunca se ha mezclado una gota de sangre gala.

—¡Pobre señorita! — murmuró Cereza que se olvidaba de que ella vivía con un franco y medio por día, y cantaba como un jilguero desde la mañana hasta noche.

—Vengo a haceros una visita interesada querida Cereza — prosiguió Juana exhalando un nuevo suspiro, pero con el acento de una noble franqueza al mismo tiempo.

—¡Ah! — repuso Cereza; — hablad, señorita, disponed de mí... Estoy a vuestras órdenes.

Un ligero rubor coloreó la frente de Juana.

—Gertrudis — dijo, — está muy vieja y no ve ya casi nada. La pobre mujer se mata por servirme y hasta se impone privaciones para hacerme más dulce la existencia.

—¡Qué buena es Gertrudis!... — murmuró Cereza.

—Querría ayudarla, aliviarle la carga que sobre ella pesa — prosiguió Juana; — pero para esto se necesita dinero...

—Tengo doscientos francos en la caja de ahorros — exclamó Cereza. ¿Lo queréis, señorita?

—No, gracias, querida amiga — repuso Juana. — No se trata de eso... Desearía trabajar...

—¡Vos, señorita! ¡Ah! — dijo Cereza; — ¡una señorita de vuestro rango! Mirad vuestras manos... ¿Creéis que se han hecho para el trabajo? ¡Trabajar vos, una doncella noble!

—El trabajo — dijo Juana con sencillez, — es una segunda nobleza. Tal vez sea la única verdadera... ¿Por qué hemos de avergonzarnos de él?

Cereza miró a la hermosa joven con cán-

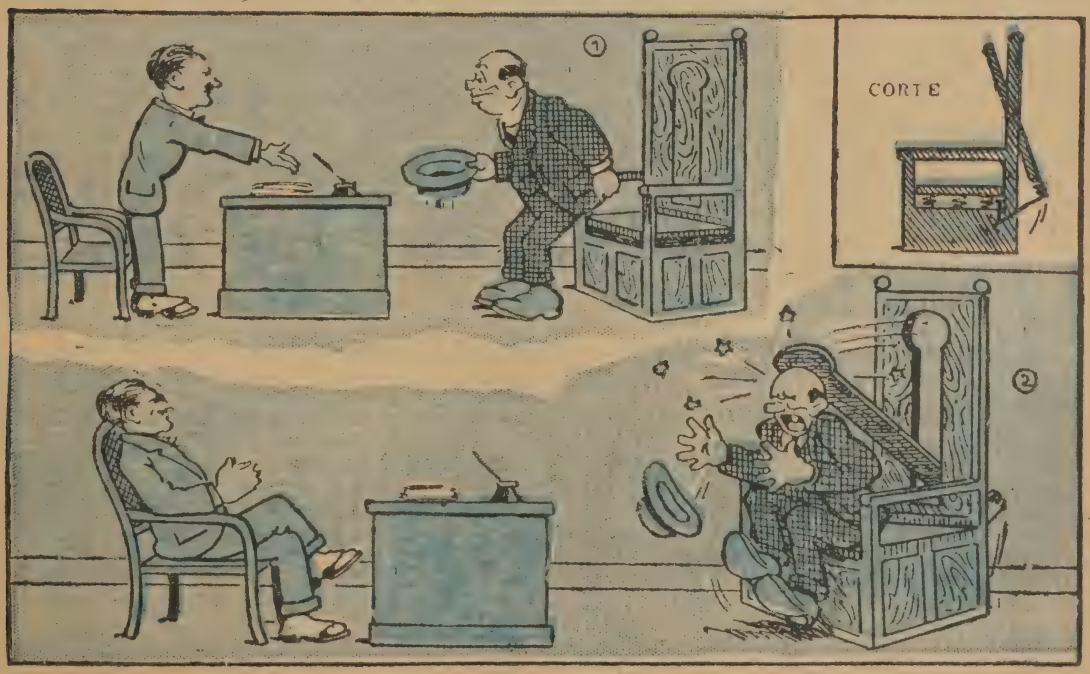
UNA BUENA PLANCHADA

NOTABLES INVENCIONES MODERNAS

UN BUEN SISTEMA CONTRA LOS LADRONES

Al abrir la puerta la piola descorre el pasador y suelta el "punching ball" que da al ladrón en el estómago y lo hiere con sus puñales.

PARA LOS AMIGOS DE DAR LA LATA



No hay latoso que siga con ganas de conversación después de sentarse en esta nueva silla de combinación.

(De "Pele Mele")

dida admiración, y no encontró una palabra que oponer a esta noble respuesta.

—Escuchad, Cereza — prosiguió Juana; — en el convento aprendí a coser y a bordar, soy muy habilidosa en esas labores... y luego no me falta voluntad. Si es que me tenéis algún cariño, me hallaréis una tienda de bordados en que podríais presentarme y en donde me darán trabajo para hacer en mi casa.

—¡Presentaros en una tienda! — exclamó Cereza a quien se le ocurría una inspiración sublime; — no, no, señorita; haré mucho más que eso.

—¿Y qué es lo que haréis, Cereza?

—Vais a oirlo — dijo la florista con su sonrisa traviesa: — conozco una tienda de bordados cuya encargada es amiga mía; le pediré trabajo para vos, me lo devolveréis todas las semanas y lo llevaré a la tienda al mismo tiempo que el mío, pues la tienda para la cual trabajo está al lado... Comprenderéis, señorita, que esto será más conveniente para vos y me proporcionará el placer de tener un pretexto para ir a veros con más frecuencia...

Y Cereza estrechaba con efusión las manos de Juana y la miraba con un aire suplicante que parecía decir:

—No me lo negaréis...

—Querida Cereza, — murmuró la joven. — ¡Cuán buena sois y cuánto os amo!...

—¿De modo que aceptáis?...

—Sí — contestó Juana sencillamente.

—¡Ah! ¡Qué dicha! — exclamó la florista.

—Ahora, — dijo Juana, — hablemos de vos, Cereza. ¿Qué hacéis? ¿Estáis contenta?

Y Juana que conocía los secretillos de Cereza, subrayó estas últimas palabras. Cereza se ruborizó un tanto.

—¡Oh! sí... — dijo, — y hoy he recibido una buena noticia.

—¿Sí? — exclamó Juan gozosa.

—Sí — repuso Cereza. — ¿Sabéis, señorita, que mi novio es ebanista?

—¿El señor León?

—Podéis decir León a secas, señorita; el "señor" y la "señora" no cuadran a obreros como nosotros. Pues bien, León acaba de ser nombrado contramastre.

—Mejor que mejor, querida Cereza; os felicito.

—Y creo — concluyó Cereza, ruborizándose aún más, — que nos casaremos dentro de quince días.

—Buena amiga, — murmuró Juana dándole un beso a la florista como a una hermana; — si mis anhelos se cumplen, seréis tan feliz como lo merecéis... ¿Pero me parece que ibais a salir?

—¡Oh! — dijo Cereza, — tengo tiempo... ¡y me causa tanto placer vuestra visita! Señorita — agregó Cereza con cierto embarazo, — hace tiempo que quería pediros... pero no me atrevo... Conozco vuestro rango ... y quizás...

—Hablad nomás, amiga mía. A mi vez estoy dispuesta a hacer todo lo que querráis. ¿No somos las dos obreras ahora, vos en flores y yo en bordado?

—¡Ah! — dijo Cereza sonriéndose — no es lo mismo.

—En fin, querida señorita; os escucho, hablad.

—Pues ea, escuchad, señorita Juana — dijo Cereza, — os veo a menudo tan triste, que me devano los sesos para encontrar un medio de distraeros.

—¡Pobre Cereza!

—¿Os avergonzarías de ir al teatro conmigo? Algunas veces tengo entradas...

—¡Avergonzarme! — exclamó Juana en tono de reproche; — ciertamente que no, mi buena amiga; pero bien sabéis que estoy de luto.

—Es cierto — murmuró Cereza; — pero no rehusaréis venir a comer con... nosotros — concluyó la florista vacilando.

Y se apresuró a agregar:

—Con mi futuro y su madre... No somos más que obreros... ¡Pero tendríamos tanto gusto!...

—¡De mil amores! — repuso Juana, que no quería contrariar a Cereza.

—Pues bien, hoy... si os parece.

—Sea, mi buena amiga.

—Iremos a comer a Belleville, los cuatro, en un restaurante adonde no van más que personas decentes como nosotros... Vaya, la madre de León y yo iremos a buscaros a eso de las cuatro.

—Sea — dijo otra vez la señorita de Balder.

Una vez que hubo salido, Juana, Cereza bajó y tomó por el bulevar primero y en seguida por la calle Bourbon-Villeneuve.

La madre de León Rolland, anciana casi sexagenaria, habitaba con su hijo en un departamentito de un cuarto piso, cuyas entradas daban al patio.

León, que había venido a París hacía diez años para hacer su aprendizaje, llamó a su lado a la buena mujer cuando, convertido en excelente obrero, pudo ganar seis francos por día.

La anciana había dejado su aldea después de haber arrendado su casita a un vecino, y se había reunido con su hijo único, que resumía todas afecciones.

Pero la campesina no había cambiado; había conservado su cofia blanca y de anchas cintas, sus sayas de lana burda, sus medias azules y sus zuecos; y en invierno como en verano, lloviera o hiciera sol, la tía Marion, que así se llamaba, no salía jamás sin paraguas.

Llamaba señorita a Cereza, porque la joven tenía manos blancas y llevaba gorra con cintas de seda y zapatitos, y creía que su hijo parecía casi un señor cuando se ponía los domingos esa levita de faldones un tanto largos y de mangas ajustadas, que es para el obrero el traje de ceremonia y de los días de fiesta.

Cuando llegó Cereza, la tía Marion se había puestos sus trapitos de cristianar y se hallaba lista para salir.

—Buenos días, señorita — dijo a Cereza; — León me ha prometido que estaría aquí a las cinco, y ya sabéis que es puntual.

—Sí, buena madre — repuso Cereza ruborizándose y besando a la vieja en la frente.

Y mientras que la florista se sentaba y se sacaba el chal, se oyeron pasos de hombre

en la escalera, una voz varonil y alegre que cantabza una copla popular.

—Es León — dijo Cereza, cuyo corazón se puso a latir, — pero no está solo.

La puerta se abrió y las dos mujeres vieron entrar al ebanista y, detrás de éste, al enclenque personaje que Cereza había encontrado el día antes y a quien llamaban Guignon.

El pobre mozo parecía justificar su nombre hasta el fin. Una ancha venda le cubría el ojo derecho y arrancó a Cereza un gesto de sorpresa.

—¡Ah! no en balde se llama uno Guignon. Tengo un nombre bien puesto...

—¿Qué tenéis, Dios mío?

Figuráos que es toda una historia. Ayer, cuando volvía de entregar mi trabajo, pasaba por la calle Guerin-Boisseau, una calle obscura en que os asesinarían sin que supierais con quién teníais que vérosla. Un hombre pasó por mi lado y me dió un codazo; le llame zopenco y me dió una trompada en el ojo diciéndosemé: "Ahí tieies para hacerte un buen mozo!" Y mientras yo rodaba aturdido en la calzada, él se escapó sin darme siquiera su nombre y las señas de su casa... Tengo para quince días por lo menos.

—¡Pobre señor Guignon! — murmuró en tono compasivo.

—¡Oh! — repuso el pobre diablo; — lo que más me contraría es que no podré ir a comer con vosotros hoy.

—¿Por qué?

—¡Caramba! Con una cabeza liada de este modo, señorita, más vale quedarse en casa. Venía a disculparme.

—Que eres tonto! — dijo León, que acababa de besar a su madre; — un ojo enfermo no impide comer.

—Sí, pero todo el mundo se pone a mirar, lo que es insoportable.

—Señor León, — dijo Cereza, — la señorita Juana ha consentido en acompañarnos. Pasaremos a buscarla, ¿verdad?

—¡Calle! — repuso León, — por cierto que no deja de ser chusco lo que pasa. Tengo un camarada de taller, un buen muchacho, llamado Colar, que me ha dado cita aquí y nos acompañará.

Al oir el nombre de Colar, Guignon hizo una mueca significativa, pero León no hizo caso y prosiguió:

—Es un mozo muy bueno, el tal Colar. Ha sido sargento y tiene buenos modales. Es muy alegre; nos divertirá.

Al decir León estas palabras llamaron a la puerta del modesto alojamiento, y se presentó Colar. El teniente del capitán Williams estaba vestido con cierto rebuscamiento de mal gusto que desagradó a Cereza desde el primer momento, y saludó con un tono de-

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. Ur. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ 12.00 .

masiado libre que acabó de disgustar a la joven.

—Querido amigo, — dijo Colar con aire de desplante y dirigiéndose a León; — no como con vosotros. Hace una hora recibí la visita de mi "viejo" (mi padre), que cae como llovido de su aldea, y vengo a disculparme.

Cereza dejó escapar una sonrisa de satisfacción, sin dejar de examinar con atención escrupulosa al recién llegado, a quien le parecía haber encontrado ya en alguna parte y recordando, aunque vagamente, quizás, que la había seguido en la calle.

—¡Cómo! ¡Había invitado a dos amigos y no viene ninguno de los dos! — exclamó León disgustado.

—Tengo el ojo estropeado, — dijo Guignon, que saludó y se marchó en el acto.

—Mi "viejo" me espera, — agregó Colar; — ¡hasta la vista! — y Colar se marchó a su vez, ganó la calle y se metió en un coche que estaba parado en la plaza del Cairo y en el cual había dos hombres vestidos de blusa.

Cambiemos de traje, — murmuró despojándose de la levita y poniéndose en vez de ésta un saco azul, al mismo tiempo que se encasquetaba la gorra hasta los ojos. No quiero que me reconozcan. Y gritó al cochero:

—¡Barrera de Belleville!

Mientras el coche rodaba y subía por el barrio del Temple, terminado el arreglo de su persona, León Rolland bajaba por la calle Bourbon-Villeneuve hasta el bulevar, en compañía de su madre y de Cereza; allí hizo subir a las dos mujeres en un carruaje de plaza y las condujo a la calle de Meslay, a casa de la señorita Juana de Balder.

La huérfana estaba lista para salir.

—¡A Belleville! — dijo León Rolland al cochero: — pararéis delante del restaurante de las "Vendimias de Borgoña".

—No dijo Cereza; — deteneos en la barrera, subiremos a pie la calle de París. No hay ahorros pequeños. Fuera de las barreras hay que pagar cincuenta céntimos más por cada hora de carruaje.

X

EL CERRAJERO

En tanto que León Rolland, su madre y las dos jóvenes se apeaban del modesto coche en la barrera de Belleville y subían a pie la cuesta de la calle de París para dirigirse al restaurante de las "Vendimias de Borgoña", tres hombres apostados detrás del edificio del "otroi" a cierta distancia los consideraban con atención.

Uno de ellos, vestido de blusa azul y con la gorra metida hasta las orejas, como si hubiera querido ocultar su rostro con empeño, decía en voz baja:

—¿Ves, Nicolo, y tú, cerrajero, ves bien ese tipo que sube la calle con esas tres mujeres del brazo?

—Sí, — respondieron Nicolo y el cerrajero.

—Pues bien, es nuestro hombre, — dijo Colar; pues era él quien acechaba de ese modo el paso de León Rolland.

—¡Basta! — murmuró Nicolo, especie de Hércules rechoncho que hubiese derribado a un buey de un puñetazo.

—¡Bueno! — dijo el cerrajero, ya he aprendido mi lección.

—¿La recuerdas bien?

—¡Pardiez! Nos instalaremos en la misma cala que ellos; luego fingiré que he notado su presencia, lanzaré un grito de sorpresa e iré a darle la mano. Y como se sorprenderá a su vez y dirá que no me conoce, le responderé: "¿Por qué te echas de señor con los amigos? sin embargo, eres León Rolland, obrero ebanista, tienes una buena amiga con la que has tenido dos hijos..."

—Perfectamente, — murmuró Colar.

—Y si se enoja, agregaré: "Paulina, una rubia que es pasamanera y que vive en la calle Vieja del Temple".

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Entonces, si me trata de embustero, le asesto un puñetazo.

—Y yo, — dijo Nicolo, — le despacho en cinco minutos.

—¡Bravo! mis tunantes; ¡ea, a la obra!... yo esperaré por los alrededores.

Y Colar se marchó mientras los dos bandidos se ponían a seguir de lejos a León Rolland.

Pero ni ellos ni Colar habían echado de ver o notado por lo menos a un hombre de blusa lo mismo que ellos, sentado en un banco del edificio del "otroi", fumando tranquilamente una pipa y dándole la espalda con la indiferencia de un obrero honrado que no se ocupa de nadie.

Este hombre se levantó entonces y siguió al cerrajero y a Nicolo, y como éstos seguían a León Rolland.

Era un mocetón de treinta a treinta y cinco años, moreno, de anchas espaldas, y cuyos movimientos y andar revelaban un vigor de Hércules. A pesar de su traje, que era el de los obreros, tenía manos blancas y aristocráticas, y si se le hubiera mirado de cerca, habríase podido notar debajo de la blusa que llevaba una camisa fina de batista, lo que hubiese atestiguado en el acto que la blusa era un disfraz.

—Creo, ¡Dios me perdone! — murmuró ponindoése en camino, — que voy a impedir que se cometa una mala acción. Las caras de esos dos pilastres que encontré hace un momento me han impresionado de un modo extraño. Esperad, amigos míos, — prosiguió sonriéndose a medias, — no habéis acabado aún vuestra tarea... Estad tranquilos, Armando de Kergaz tiene el puño tan pesado como el vuestro y, además, conoce un poco esa temible ciencia de la lucha a puntapiés.

Y Armando, pues era él, el hombre de bien infatigable, a quien todos los disfraces le parecían buenos para sembrar su oro en los barrios de París y prodigar los impulsos de su noble corazón, continuó siguiendo a los dos bandidos.

Entretanto León y las tres mujeres a quienes servía de caballero habían llegado a la entrada de las "Vendimias de Borgoña".

Ese restaurant, que ya no existe hoy, estaba situado cerca de la iglesia de Belleville y era los domingos el punto de cita de los burgueses acomodados y de los buenos obreros del barrio del Temple y de los adyacentes.

Mientras en las tabernas vecinas se bebía vino tinto entre riña y riña, en las "Vendimias de Borgoña" no había nunca ni bulla, ni estrépito, ni disputas. Parecía una sucursal den tranquilo café Turco, ese club de los burgueses del Marais. León Rolland hizo cruzar a las jóvenes y a su madre la sala del piso bajo, en la que aun había poca gente, y las condujo al principal en el que había una salita con tres mesas, una redonda, colocada delante de la ventana, que podría contener seis cubiertos, y las otras dos a un lado y otro de la puerta con sitio cada una para dos clientes, nada más.

Las paredes de la salita, que llevaba pomposamente en los crstales del piso bajo el nombre de "Salón de Sociedad", estaban cubiertas con un papel verdoso de dibujos amarillos, y adornadas con varias litografías iluminadas con marco de madera negra, que represntaban a Waterloo, la batalla de Austerlitz y el sitio de Constantina.

En la chimenea, un reloj de columnas, de muy mal gusto, estaba simétricamente acompañado de los tradicionales floreros de porcelana dorada que forman el invariable juego de esa clase de productos.

León tomó posesión de la mesa redonda; hizo sentar a Juana a la derecha de su madre, a Cereza a la izquierda, y se colocó al lado de la joven obrera.

Tres minutos después, Nicolo y el cerrajero entraron, saludaron y se sentaron.

El mozo de restaurant, poco habituado, los domingos sobre todo, a ver subir gente de blusa al primer piso, dejó por un momento a León que le daba órdenes, para acercarse a los recién llegados.

—¿Vais a comer o simplemnte a beber un litro? — les preguntó.

—Vamos a comer, — repuso Nicolo.

—¿Queréis bajar a la sala del piso bajo?

—No dijo el cerrajero, — estamos muy bien aquí.

Y se instaló echando una mirada al obrero ebanista que le daba la espalda en aquel momento, pero que había hecho un imperceptible movimiento de hombros con el que demostraba su disgusto al ser invadida la sala por gente de mala catadura, sobre todo en presencia de la señorita Juana.

Apenas habían manifestado el cerrajero y Nicolo su formal deseo de comer en el primer piso, cuando apareció un nuevo personaje en el umbral de la puerta.

Era Armando.

Saludó cortéstemente y se sentó solo en la mesa de la izquierda, de manera que se halló colocado frente a León Rolland y a las tres mujeres, y a tres pasos de distancia de los dos miserables enviados por Colar.

Armando pidió que lo sirvieran y empezó por mirar detenidamente al cerrajero y a Nicolo.

Estos, como todos aquellos que se preparan a cometer una mala acción, y temen que los molesten, cambiaron una mirada de vivo disgusto.

—¿Qué nos querrá ese?—murmuró Nicolo en voz baja.

—Es un mozo garrido... — repuso el cerrajero.

—¿Por qué mirará?... Voy a vaciarle un ojo de un puñetazo, — continuó Nicolo.

—¡Hum! — dijo el cerrajero, — tiene espaldas como un toro...

En aquel momento León Rolland volvió la cabeza y descubrió a Armando.

La fisonomía abierta, noble y franca del joven disipó al punto en el obrero la impresión desagradable que acababa de producirle la entrada de los bandidos.

—Calle, — exclamó el cerrajero, — ¿conque eres tú?...

—¡Buenas tardes, camarada!...

León lo miró sorprendido.

—¿Es a mí a quien habláis? — preguntó.

—¡Perdiez !— repuso el cerrajero.

—Creo que os equivocáis...

—Yo estoy seguro de lo contrario, — repuso el cerrajero. — Os llamáis León

—Es cierto.

—León Rolland, ebanista...

—Así es; pero nunca os he conocido.

—¡Bah! — exclamó el cerrajero con insolencia; — ¿conque nos mostramos orgullosos con los camaradas porque estamos con polleras?

—¡Señor! — exclamó León indignado, — estáis insultando a mi madre.

—Y hasta sé que tienes una amiga..., — continuó el cerrajero.

Pero éste no acabó, pues las dos manos de Armando, que se había puesto de pie bruscamente, rodearon el cuello del bandido y se lo oprimieron como en un estuche.

—¡Cobarde! — le dijo el señor de Kergaz, no contabas conmigo para venir a insultar mujeres...

—¡A mí, Nicolo! — aulló el cerrajero con voz ahogada.

Asombrado de la brusca intervención de Armando, por un momento Nicolo se había armado ya con un cuchillo que había tomado de la mesa, y esgrimiéndolo iba a lanzarse sobre el señor de Kergaz, bajo cuya opresión el cerrajero, medio asfixiado ya, se doblegaba, con los ojos saltados y extraviados. Pero una de las manos de Armando abandonó a este último, pues bastaba una sola para mantenerlo, y la otra se halló al punto y como por milagro armada de una pistola de dos tiros cuyo cañón hizo retroceder a Nicolo.

Todo esto había pasado de una manera tan rápida que León, la campesina, y las dos mujeres, eran presas aún del estupor que les causara la escena.

El obrero se había levantado a medias y las jóvenes, pálidas y temblorosas, fijaban sus ojos extravados en Armando que mantenía distanciados a sus dos adversarios.

La vista de un arma de fuego no intimida mucho al hombre que realmente es bravo y leal, pero hace temblar siempre al bandido, al cobarde acostumbrado a servirse de la daga o del puñal, al miserable que sólo se vuelve valeroso para el robo o la rapiña. La pistola de Armando produjo, pues, un efecto de verdadero terror en el saltimbanqui, en el Hércules de feria acostumbrado a tragarse espadas, y retrocedió hasta la pared.

Al mismo tiempo Armando arrojaba al cerrajero a diez pasos de él y le decía:

—Ahora, canallas, si no permanecéis tranquilos y tenéis la desgracia de interrumpirme, os romperé a ambos la cabeza.

El tono del señor de Kergaz era frío e imperioso a la vez, y la resolución que brillaba en sus ojos era tan clara, que Nicolo y el cerrajero permanecieron algunos instantes dominados, y, por decirlo así, fascinados.

—Caballero, — dijo entonces Armando a León, — tenéis sin duda un enemigo tan encarnizado como cobarde, pues ha soltado a estos dos miserables contra vos, y sólo han venido aquí con la intención de jugaros una mala partida.

—Caballero... — balbuceó el ebanista en el colmo del asombro.

Y mientras que, sorprendidos ellos también, los dos pillastres miraban a Armando con aire de idiotas, éste refirió brevemente al obrero ebanista la conversación que sorprendiera entre Colar, Nicolo y el cerrajero.

—Esto sí que es extraño, — murmuró León que no sabía que tuviera enemigos y estaba convencido cuanto más miraba a los dos bandidos, ed no haberlos encontrado nunca.

—Ahora, — concluyó Armando mostrándoles la puerta, — si no queréis veoslas conmigo, ¡salid!

Ya el acento de este hombre era tan dominador, que los dos bandidos salieron, pero murmurando en tono de amenaza:

—¡Ya nos veremos... canalla!

Una vez que se hubieron marchado Nicolo y el cerrajero, las tres mujeres que acababan de asistir a esta escena, tan emocionante como imprevista, empezaron a respirar, y Juana, que era la que más se había asustado, se repuso poco a poco de su emoción.

Al mismo tiempo León corrió al lado de Armando con las manos tendidas, y engañado por el traje que éste llevaba, le dijo:

—Camarada, sois un valiente, y mi amistad es vuestra hasta la muerte.

—Gracias, — repuso Armando que desde hacía algunos segundos miraba con atención el rostro pálido y doliente, pero notablemente bello, de Juana.

—Y, — prosiguió el ebanista, con esa expansión ingenua y franca del pueblo honrado, — si deseáis hacernos el placer y proporcionarnos la ocasión de que os demos las gracias, no seáis orgulloso, comed con nosotros.

Armando se estremeció, vaciló y no hubiese aceptado si la mirada ed Juana no hubiera parecido decirle:

—No rehuséis, caballero.

—Sea, — dijo saludando de nuevo a la madre de León y a las dos jóvenes, — acepto.

Entretanto, Nicolo y el cerrajero se habían reunido con Colar en una taberna del bulevar exterior.

—¡Al bombo! — dipo el cerrajero al abordar al alma condenada del capitán Williams.

—¿Lo habéis despachado? — interrogó Colar, gozoso e interpretando equivocadamente el sentido de las palabras "al bombo".

—¡Ah! ¡pues no! es decir, que hemos sido corridos, pero de lo lindo.

—¿Por León?... ¡Dos hombres contra uno solo!

—¿León?... ¡Si ni siquiera se ha movido!

—¿Y entonces?

Mirad, el diablo ha metido la pata.

—¡El diablo !— exclamó Colar impacientado; — no conozco a ese sujeto.

—O un hombre que se le parece... Poco ha faltado para que me estrangulara...

—Y a mí, — agregó Nicolo, — quiso hacerme saltar los sesos.

Y Nicolo, que tenía el don de la palabra, refirió sucintamente a Colar, la manera cómo Armando había intervenido.

—Y abandonasteis el campo, ¡imbéciles! — exclamó Colar con rabia.

—Hubierais hecho otro tanto en nuestro lugar.

—¿Pero quién es ese hombre?

—No lo sé, — dijo Nicolo.

—Ni yo, — murmuró el cerrajero. — ¡Es el diablo!

—Ya lo sabré, — exclamó Colar profiriendo un terrible juramento.

Y se instaló detrás del postigo de una ventana del primer piso, y echando una mirada ardiente a la calle, dijo a Nicolo:

Lo reconocerás bien, ¿no es cierto?

—¡Pardiez! entre mil...

—Entonces, esperemos...

Esperaron una hora, envolviendo en una ojeada investigadora a todos los hombres que bajaban la calle de París para franquear la barrera; luego, de repente, el cerrajero lanzó un grito contenido:

—¡Allí va! — dijo.

Y Colar vió a Armando Kergaz, a quien reconoció a pesar de su disfraz, atravesar el boulevar dando el brazo a Juana de Balder, a quien seguían Cereza, León y su madre.

—¡Ira de Dios! — exclamó, lanzándose fuera; — estamos frescos.. ¡es Armando!

XI

EL BAILE

Colar dejó asombrados con su exclamación a sus dos acólitos y se metió en un coche, diciendo al auriga:

—Cinco francos de propina, si vas a la calle de San Lázaro, número 75, en media hora.

El automedonte de librea grasienta obsequió a sus dos jamelgos con un latigazo homérico y arrancó con la rapidez del relámpago.

—Con tal que encuentre al capitán..., — pensó Colar.

Y la emoción del teniente era tan grande, que hablaba en voz alta en su coche, mezclando los nombres de Williams, Armando y Cereza a las palabras "herencia" y "seducción".

Si se hubiese oído y visto gesticular al digno bribón, habríase jurado que estaba loco. El cochero hizo proezas y no echó más que de treinta y cinco a cuarenta minutos en franquear los seis kilómetros que separan la barrera de Belleville de la calle San Lázaro.

En el momento en que el fiacre se detenía delante del hotel ocupado por el capitán Williams, éste hacía abrir la puerta cochera y salía en tilbury.

Pero Colar se mostró, salió precipitadamente del coche y le dijo:

—Capitná, volveos.

—¿Qué estáis diciendo? — exclamó Andrea un poco contrariado.

—Que os volváis, — dijo Colar con el tono de convicción de un hombre que conoce la importancia de la noticia que trae.

El capitán comprendió por el semblante descompuesto de Colar, que se trataba de intereses graves, y dando la rienda a su "groom", le ordenó que tuviera el tílbury delante de la puerta y lo esperara.

—Ven, — dijo a Colar.

Colar arrojó cinco francos a su cochero y siguió a Andrea que atravesó rápidamente el patio y el jardín, abrió la puerta del pabellón e hizo entrar a su teniente en un caloncito del piso bajo.

—¿De qué se trata? — le dijo entonces.

—Se trata, — repuso Colar, — de un suceso que puede comprometerlo todo.

—¿Qué entiendes por todo? — preguntó fríamente el capitán.

—La herencia, — repuso lacónicamente Colar.

Andrea hizo un movimiento de asombro mezclado de espanto. Colar prosiguió:

—Armando está sobre la pista.

—¡Ira de Dios! — exclamó el capitán, que se puso lívido de cólera y dió un puñetazo sobre la mesa. — Lo que está buscando es que yo lo aseine.

D en los ojos de aquél que se había llamado Andrea brilló entonces una de esas miradas terribles que hubiesen hecho estremecer a cualquiera que hubiera demostrado el más frívolo interés por el señor de Kergaz.

—Vamos, capitán, no rompáis nada, — dijo fríamente Colar, — y escuchadme.

Colar refirió entonces suscintamente, pero con todos sus detalles, la escena de Bellevile, y agregó en seguida:

—Demasiado comprenderéis que León Rolland y Cereza conocen a Fernado Rocher y a Armando a un mismo tiempo. Basta una nada, una palabra que se escape, una palabra echada al viento, para poner a ese hombre endemoniado, que hace el bien con el talento que se necesita para hacer el mal, sobre la pista de la herencia; entonces estamos perdidos.

—Pienso lo mismo, — dijo Andrea con frialdad.

—¡Cómo! ¿Así es como tomáis las cosas?...

El capitán Wiliams había recobrado toda su sangre fría, y su marvillosa lucidez de espíritu habitual había acudido en ayuda de su genio infernal.

—Mi querido teniente, — dijo con calma y dejando asomar a sus labios una sonrisa desdeñosa, — os creía más fuerte de lo que sois.

—¿A mí? — balbuceó Colar, desconcertado por tanta tranquilidad.

—Sin duda. Perdéis la cabeza desde los primeros pasos... Armando es el ejecutor testamentario de Kermarouet; nosotros somos los lobos que husmean la presa y quieren apoderarse de ella. De modo, pues, que hubiéramos debido prever la lucha casi inevitable entre el dragón que guarda y los ladrones que quieren substraer el tesoro.

—Es cierto, — murmuró Colar.

—Sentado esto, — dijo Williams con frialdad, — hay que aceptar la lucha y encarar la situación con la sangre fría de un general de genio, levantar el plano del terreno y estudiar el campo en que ha de librarse la batalla.

—¿Y bien? — preguntó Colar que volvió a hallar la calma en presencia de la soberbia de su jefe.

—Oye, — dijo el capitán: — ¿dices que Armando ha trabado relaciones con León Rolland?

—Sí.

—¿Pero Fernando y Armando no se conocen todavía?

—Es probable.

—¡Pues bien! vamos a suprimer al intermediario, — dijo fríamente el capitán.

—¿De qué modo?

—¡Bah! de aquí hasta la noche lo habré encontrado.

—Pero, — observó Colar, — si León desaparece, Cereza irá a ver a Armando.

Se suprimirá a Cereza.

—¡Oh! — exclamó Colar, — ¿habláis en serio?

—Es decir, que rogaremos al señor de Beaupreau que vele sobre ella.

—¿Y después?

—Después, — dijo tranquilamente Williams, — si siempre sigue gustándole esa chica... ya veremos.

—¿Pero Fernando? ¿Fernando a quien tal vez conocen los amigos de León Rolland y al que se dirigirán por la sencilla razón de que está empleado en un ministerio, lo que a los ojos de los obreros es una elevada posición?...

—¡Oh! — repuso Williams con la indiferencia de un juez corrompido que pronuncia una sentencia arbitraria, — ése no nos molestará desde mañana a la noche... está tranquilo.

—A fe mía, capitán, — murmuró Colar, con admiración, — sois hombre de genio.

Williams no se dignó responder al cumplimiento de su acólito, y agregó:

—¿Te has ocupado de mi hotel?

—Sí, he tratado en la calle de Beaujon, a dos pasos de los Campos Eliseos, un hotelito muy mono, de dos pisos y con caballeriza para cinco caballos.

—Mañana lo visitaré, pues, — agrego Williams; — mi futuro suegro a quien debo conocer esta noche en el baile del ministerio de Relaciones Exteriores, no debe verme alojado en esta casucha.

—¡Ah! — preguntó Colar, — ¿veréis a Beaupreau esta noche

—Sí, a él, a su mujer y a su hija.

Williams se puso de pie y despidió a Colar.

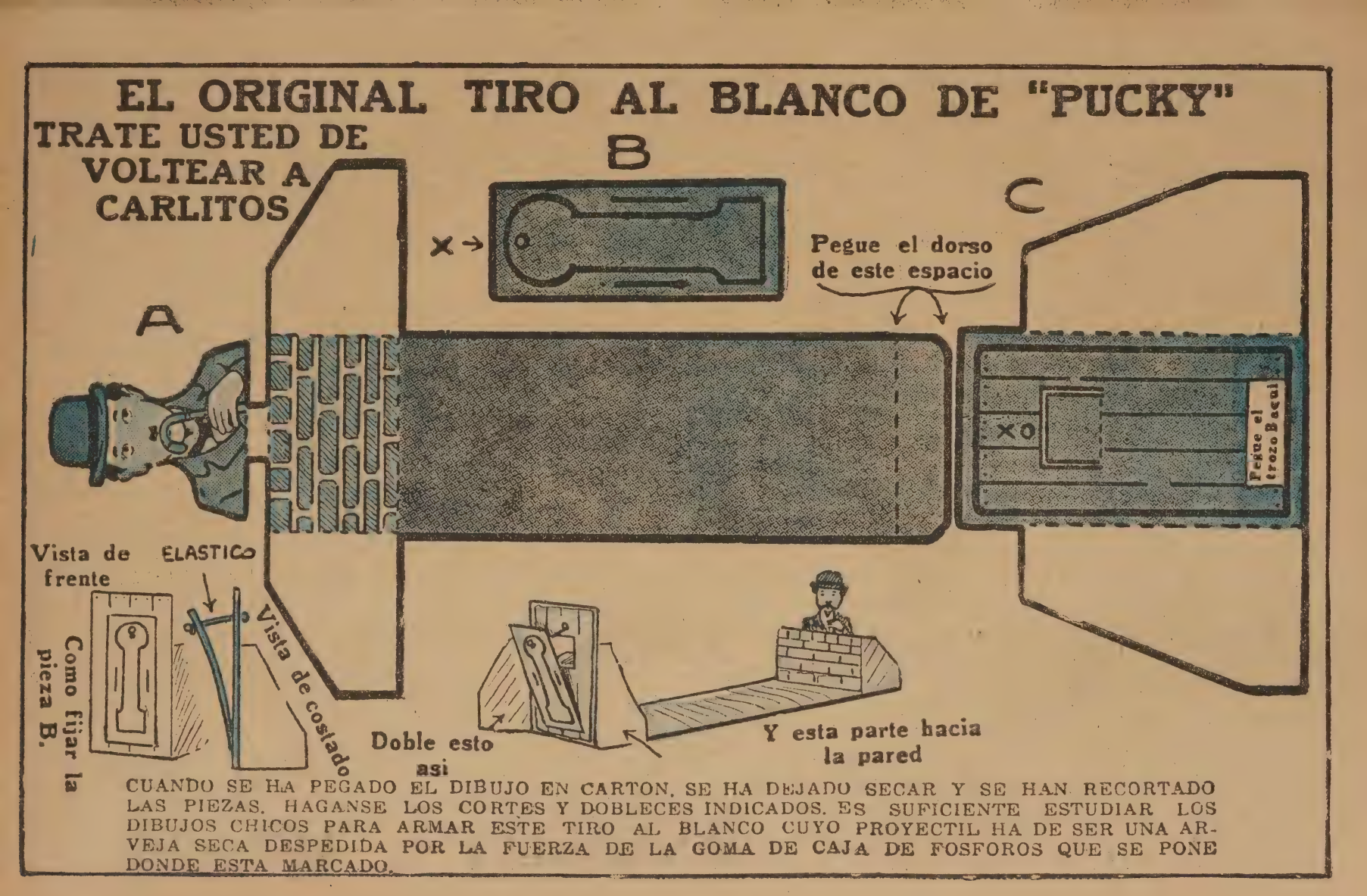
—Voy a casa de Baccarat, — dijo. — Volverás esta noche y me esperarás, aunque me retire tarde.

El capitán subió en su tílbury tan sereno, tan tranquilo como estaba en el momento de encontrar a Colar, y subió la calle Blanca, al trote largo de su caballo inglés.

Al ver el tílbury, la doncella de la cortesana, que se hallaba en el patio por casualidad, entró rápidamente en las habitaciones.

—¡Señora! ¡Señora! — dijo a Baccarat,

EL ORIGINAL TIRO AL BLANCO DE "PUCKY"



CUANDO SE HA PEGADO EL DIBUJO EN CARTON, SE HA DEJADO SECAR Y SE HAN RECORTADO LAS PIEZAS. HAGANSE LOS CORTES Y DOBLECES INDICADOS. ES SUFICIENTE ESTUDIAR LOS DIBUJOS CHICOS PARA ARMAR ESTE TIRO AL BLANCO CUYO PROYECTIL HA DE SER UNA ARVEJA SECA DESPEDIDA POR LA FUERZA DE LA GOMA DE CAJA DE FOSFOROS QUE SE PONE DONDE ESTA MARCADO.

— ahí está otra vez el inglés. ¿Lo vais a recibir dos veces al día? Me da miedo.

—Fanny, — repuso Baccarat con tono seco; — ¡sois una necia!... Haced entrar en el salón al barón sir Williams.

En el momento en que Fanny le llevaba la noticia de la brusca llegada de sir Williams, Baccarat estaba vistiéndose.

La misteriosa entrevista que había tenido con sir Williams, había devuelto a Baccarat esa soberbia serenidad que constituía siempre el triunfo y la fuerza de las cortesanas.

Dueña de sí misma, la hermana de Cereza volvía a ser la mujer de mármol que se hacía desear siempre sin entregarse jamás por entero, y procedía a su "toilette" con el tacto de un general que ordena un plan de batalla.

Williams esperó por lo menos diez minutos en el salón, y esta espera distó mucho de serle desagradable.

—Ha vuelto a ser fuerte, — pensó, — y este es un buen síntoma.

Baccarat se le apareció en un traje de entrecasa encantador; bata de terciopelo azul celeste, descotada, los brazos semidesnudos y rodeados de mangas negras de encaje negro, y en la cabeza, por único adorno un ramo de jazmines.

Saludó a Williams con unas "buenas tardes, querido", pronunciadas con el extremo de los labios, que trascendían su aristocracia del vicio, y le indicó un sitio al lado de ella en un canapé, con un gesto de duquesa de polizón, empolvada a la mariscala.

—Mi bella amiga, — dijo sir Williams, — basta de remilgues y conversemos.

—No me ando con remilgues, — repuso Baccarat, — me muestro tal cual soy.

—Sea, conversemos.

—¿De qué se trata

—Vais a verlo, — repuso sir Williams. — Esta mañana estais pálida, agitada; esta tarde estáis serena y soberbia...

—¿Qué más? — exclamó Baccarat con impaciencia.

—Esta mañana amabais a Fernando con la desesperación de la mujer que ve escapársele aquél a quien su corazón ha elegido; esta tarde lo amáis con la tranquilidad de alma de mujer de que será amada tarde o temprano.

—Tal vez... — murmuró Baccarat.

—¿Contáis? — repuso sir Williams, — con la visita del señor de Beaupreau para mañana

—Sin duda, — dijo Baccarat; — ¿acaso no vendrá?

—Vendrá.

—Y bien, ¿entonces?

—Entonces, querida amiga, os traigo el mejor de los pretextos que podrían suministrársele para alejar a Fernando de su casa, y perderlo sin remedio posible en el espíritu de la señorita Herminia de Beaupreau.

Un relámpago de júbilo infernal brilló en los ojos de la cortesana.

—¿Verdad? — exclamó.

—Así es, no más, — dijo Williams con frialdad. — Dentro de cuarenta y ocho horas estará aquí a vuestras plantas, teniendo vuestras manos entre las suyas...

Williams no concluyó; Baccarat estaba loca de contento.

—¿Qué debo hacer para que se realice lo que me decís?

—Poneos delante de esa mesa, tomad una pluma y escribid lo que voy a dictaros.

Baccarat obedeció, y el capitán dictó:

"Mi amado Fernando:

"Hace cuatro días, tan largos como cuatro siglos, que te espera tu Niní...".

—¿Pero qué me estáis haciendo escribir? — interrumpió bruscamente Baccarat.

—Escribid, querida amiga, — repuso el capitán con tono seco.

—No comprendo lo que os proponéis...

—Es inútil, escribid no más.

Baccarat agachó la cabeza ante aquella voluntad serena y fría, y volvió a tomar la pluma.

"Cuatro siglos, angel adorado, — prosiguió el barón, que seguía dictando, — pues demasiado sabes que tu Baccarat sólo vivo para tí, como tú no vivías más que para ella, ¡malo! antes de tener proyectos... serios... ¡Así son los hombres! Deben amarnos siempre, — el siempre no les parece todavía bastante largo, — y luego, una noche encuentran al paso una muñeca, una joven honrada, como dicen, un pichoncito de arpía de brazos colorados y sonrisa de tonta, cuyos hombros tienen cavidades como las tienen sobre los ojos los caballos viejos, y porque tiene doscientos mil francos de dote, ya los tenemos embarcándose en el sentimiento y queriendo casarse...

"Dime, Fernando, supongo que cuando hayas dado el gran salto, ya hallarás modo de presentarme en casa de tu mujer; tanto más cuanto que O., quiere casarse conmigo, uno más, ¡con anticipación! Y yo también seré una mujer honrada.

"Palabra de honor, mi querido voy a divertirme con tu casamiento, pues está seguro de que asistiré a la boda... ¡Qué chasco será el ver a mi loquillo de amante, de frac negro y corbata blanca, dando el brazo a la señora Rochez disfrazada de naranjo.

"Pero vamos a cuentas; me imagino que aun no te has casado, monstruo, y me parece que te olvidas de mí... Además, me juraste que tu legítima, a quien no amas, no te impedirá que vayas a ver, todos los días, se entiende, a tu mujercita, la Baccarat de tu corazón, que te ama siempre y te amará toda la vida, amor mío...

"Mira estoy celosa, y si esta noche no estás aquí, en mis faldas, iré a buscarle disputa a tu futura.

"Mis labios en tus labios, y mi mano en las tuyas. — Baccarat".

Cuando hubo escrito esta carta extraña, la cortesana miró al barón con el asombro de los que sirven de instrumento y ejecutan una tarea misteriosa que no comprenden.

—¡Cómo! — dijo Williams sonriéndose; — ¿no adivináis, querida?

—No, — respondió francamente Baccarat — y empiezo a creerme tonta.

—¡Hum! — murmuró el barón con impertinencia; — sería el caso de decir: "No se sabe... No se ha podido saber nunca". Poned la dirección, — agregó. — "Al señor Fernando Rochez, calle de los Marais".

Baccarat escribió la dirección, y Williams le hizo agregar esta postdata:

"Fanny te lleva esta carta. Procura tener juicio, y no le pongas, por favor, los ojos en blanco. No quiero creer todavía, por más que me lo hayan asegurado, que suspiras por mi doncella. ¡Oh! ¡los hombres!"

—Ahora, querida, — repuso Williams — comprenderéis que una noche, mañana, por ejemplo, esta carta puede caer en manos de la señorita Herminia de Beaupreau.

—¡Ah! — exclamó Baccarat, cuyos ojos brillaron de pronto, — lo comprendo. ¿Pero cómo enviaré esta carta?...

—De ello se encargará el señor de Beaupreau.

—¿El ... Calle, es una idea.

—¡Pardiez! — dijo francamente Williams — no vamos a darle gratis a Cereza a ese hombre de gafas azules.

—Es cierto, — murmuró Baccarat, a quien el último remordimiento le hizo bajar la cabeza.

—Ahora bien — prosiguió Williams, — puede suceder que el señor Fernando Rochez coma mañana en la casa del jefe de su oficina. Una vez que haya marchado el señor Rocher se encuentra la carta por casualidad en un mueble, sobre la alfombra; la abren, la leen...

—Adivino, — interrumpió Baccarat.

—Y — prosiguió Williams. — Fernando Rocher es un hombre perdido para siempre en el concepto de la señorita Herminia y de su padre.

—¡Ah! — exclamó Baccarat, — el golpe está bien urdido. ¿Pero consentirá Beaupreau?

—¡Pardiez! desde que ama a Cereza.

UNA EQUIVOCACION

El viejo escocés en viaje: — ¡Dios méo, Elisa! Debemos habernos equivocado de tren. Ahí veo un sitio cuyo nombre no figura en los de las estaciones de Glasgow a Edimburgo! (De "Gaiety").

—Es exacto, — murmuró la cortesana que, una vez más, bajó la cabeza humildemente.

Williams se levantó.

—Mi querida amiga, — dijo, — esta noche iré a reunión y tengo que volver a casa para vestirme.

—¿Dónde váis, si no es indiscreción

—Al baile del ministerio de Relaciones Exteriores, donde encontraré inevitablemente a nuestro jefe de sección.

—¿De modo que no lo veré esta noche?

—Es probable que no, pero me dejaría cortar la cabeza si no viene a visitaros mañana temprano.

—¿Qué haré si viene? — pregunto Baccarat.

—Le mostraréis la carta que acabáis de escribir.

—Muy bien, ¿y después?

—Después, le diréis que amáis a Fernando, y que si Fernando se casa con Herminia, Beaupreau puede renunciar a la esperanza de volver a ver a vuestra hermana Cereza. Luego le entregaréis la carta, diciéndole: 'Haced de modo que vuestra hija la lea, que escriba dos palabras de ruptura a su novio, y traémelas. Entonces os diré dónde podréis hallar a mi hermana.

—¿Y creéis que consentirá?

—En todo, estoy seguro de ello. Mañana vendré a veros, y entonces decidiremos lo que se ha de hacer. ¡Hasta la vista!

Sir Williams se puso de pie, besó con galantería la mano de Baccarat y salió.

Dos horas después, entre los numerosos invitados que el ministro de Relaciones Exteriores había congregado en su baile, se notaba a un joven "gentleman" llamado sir Williams, barón oriundo de Irlanda, decía la crónica que ordinariamente residía en Venecia.

El barón era un hombre de una elegancia perfecta de maneras caballerescas; tenía esa belleza un poco triste y soñadora de los hijos de Albión que recorren el mundo llevados por el fastidio.

Presentado por él embajador de Inglaterra el barón estuvo a la moda al cabo de una hora en los salones del miisterio; mil leyendas fabulosas corrieron luego sobre su fortuna y sus excentricidades; hasta circuló el rumor de que quería casarse, lo que indujo a muchas madres a recibirlo con una sonrisa; pero sir Williams bailó poco; se puso en busca del señor de Beaupreau e hizo que un agregado de embajada le presentara a él, a la esposa y a la hija del jefe de sección, que no se preocupó mucho del noble irlandés.

Sin embargo, obtuvo de Herminia el favor de una contradanza, le contó algunas frivolidades y se esquivó poco después.

—Yo no tengo nada que hacer aquí, — se dijo. — Me han visto; no soy ya un desconocido para Beaupreau, y esto basta. Más tarde haré relación más amplia con mi futura mujer.

Y sir Williams llegó a su pabellón de la calle San Lázaro, a eso de media noche, diciéndose:

—La chica es bonita; con su dote de doce millones, es un partido muy decente.

XII

LA CARTA

Tres días habían transcurrido desde la escena doméstica de que el hogar del señor de Beaupreau había sido testigo, y a raíz de la cual el jefe de sección había consentido en el casamiento de su hija adoptiva con Fernando Rocher.

Era el señor de Beaupreau uno de esos hombres que se conforman con todas las cosas, sobre todo con las decepciones de amor propio.

El desdén de su esposa, el desinterés de su hija, la abnegación completa de Fernando respecto al dote, lo habían humillado con exceso; pero la idea de que conservaría intacta la fortuna de su mujer, y casaría a Herminia sin abrir la bolsa, no había tardado en consolarlo, y desde el día siguiente demostró a Fernando esa benevolencia ordinaria con cuya ayuda obligaba al joven a trabajar en esa gran obra sobre la diplomacia, de la que Beaupreau esperaba maravillas.

Fernando había visto al jefe de sección revelarse tal cual era, y lo despreciaba soberanamente; pero como todos los enamorados que marchan derechos a su objeto y tiemblan de miedo de encontrar un obstáculo, tuvo la cobardía del amor, y respondió a la acogida cordial de su futuro suegro con protestas de adhesión y de buena amistad.

Al día siguiente de aquel en el que el señor de Beaupreau había suscrito todas las condiciones de Baccarat y metídose en el bolsillo la famosa carta dictada por el infernal Williams, el joven entró en el despacho de su jefe a eso de las once por asuntos del servicio. El señor de Beaupreau firmó los expedientes que le llevaba Fernando, y le dijo:

—A propósito, querido hijo; sabéis que las señoras os esperan a comer.

Fernando se estremeció de gozo y dió las gracias al señor de Beaupreau.

—Mirad, — prosiguió éste con campechanía, — si tenéis la amabilidad de acompañarlas al concierto que sabéis, os quedarán muy gratas... Es a las dos en punto, en la sala de Chantereine.

Y el señor de Beaupreau entregó a Fernando el billete de un palco que le había enviado el día anterior un pobre artista que buscaba mucha gloria y un poco de dinero.

—Tenéis tiempo de ir a almorzar y a vestiros. Os doy permiso hasta la hora de comer, — concluyó el jefe de sección sonriéndose; — pero esta noche me haréis un pequeño servicio, ¿no es verdad?

El jefe de sección había tomado un aire misterioso y confidencial que halagó el amor propio del joven.

—Señor, — repuso Fernando, — estoy en todo y por todo a vuestras órdenes.

Una sonrisa campechana y casi ingenua se dibujó en los labios del señor de Beaupreau.

—Escuchad, — dijo — voy a confesaros un pecado gordo.

Fernando lo miró sorprendido.

—Sí, amigo mío, — prosiguió el jefe de sección con tono resuelto, — tal cual me veis, mi frente calva, mis gafa sy mi abdomen voluminoso, me siento joven todavía; tan joven, que.... estoy enamorado.

—¡Vos! — exclamó el joven que no fué dueño de contener un gesto de sorpresa.

—¡Chitón! — murmuró el señor de Beaupreau sonriéndose; — sí, querido, estoy enamorado... como a los veinete años... Espero que no me haréis traición.

—¡Ah! caballero...

—¡Eh! a fe mía, ¡peor que peor! ya que confieso... confesémoslo todo... Tengo una querida... una querida de diez y nueve años, de la que estoy.... enamorado locamente...

—¿Y ella

—¡Por mi nombre! joven amigo, — exclamó el señor de Beaupreau, ingenuamente: — cuando uno tiene cincuenta años no hay que mirar muy de cerca; tengo fe, y la fe salva.

—Es cierto.

—Ahora bien, — prosiguió el señor de Beaupreau, — la chica me toma tiempo y, esta noche...

—Comprendo, — dijo Fernando.

Desgraciadamente el señor de X, nuestro jefe de división, da esta noche un baile al cual no me es posible dejar de ir, a menos que envía alguien en mi lugar.

—Iré, — dijo Fernando, — y os disculparé.

—¡Muy bien! Pero hay algo más: quisiera que las señoras ignorasen esta substitución, pues para ellas yo debo de ir...

—¿Cómo hacer? — preguntó el joven, que recordó de que Beaupreau lo había invitado a comer.

—Tomaréis como pretexto una reunión de solteros, de amigos, de los cuales uno se marcha de París y da un ponche de despedida, y reclamaréis vuestra libertad al levantaros de la mesa.

—Como gustéis, — repuso Fernando.

—Luego iréis a poneros una corbata blanca y os presentarés en casa del señor de X, en mi lugar, a eso de las nueva, cuando más tarde.

—Muy, bien caballero, — dijo Fernando con tristeza, pensando que iba a perder la buena velada que esperaba pasar al lado de Herminia.

El novio de la señorita de Beaupreau salió de la oficina a eso de las once y media, fué a almorzar modestamente por veinticinco sueldos, entró en su casa donde se vistió con mucho esmero, y se dirigió a la calle de San Luis, donde fué acogido por madre e hija con una sonrisa afectuosa y una mirada tierna.

A las cinco, la señora de Beaupreau, Herminia y Fernando estaban de vuelta de concierto; a las seis entrada el señor de Beaupreau y se sentaba a la mesa.

Fiel a sus deberes de confidente, Fernando había pedido permiso ya para retirarse temprano. Después de comer pasó al salón donde el café estaba servido, acompañó a Hermina al piano, conversó diez minutos y se despidió, dejando sentados delante de la chimenea al señor y a la señora de Beaupreau, entre los cuales reinaba cierta frialdad. Herminia había vuelto a sentarse al piano después de haber acompañado a su novio hasta la puerta del salón, donde le estrechó la mano.

De pronto, mientras Teresa se inclinaba para tomar las tenazas y reconstruír el fuego cuyo edificio en ascuas empezaba a derrumbarse; mientras la joven, sentada al piano, daba la espalda a la chimenea, el señor de Beaupreau dejó caer furtivamente la carta sobre la alfombra, a dos pasos de fuego.

Un momento después la señora de Beaupreau dejeba las tenazas y alzaba la cabeza.

El jefe de sección estaba sumido en una soñolienta meditación, con la vista fija en el cielo raso.

Herminia tocaba un vals.

La señora de Beaupreau vió la carta, hizo un movimiento de sorpresa que pareció arrancar a su marido a las meditaciones a que se había entregado, y mostrando el papel, le dijo:

—¿Tal vez es vuestro, caballero

El jefe de sección dirigió una mirada indiferente a la alfombra, se inclinó, recogió la carta y miró el sobre.

—"Al señor Fernando Rocher", — leyó.

Al oír este nombre Herminia se dió vuelta, y sus dedos se detuvieron inmóviles sobre el teclado.

—Se le habrá caído a Fernando, — dijo tranquilamente el señor de Beaupreau.

Herminia dejó el piano y se acercó dominada por una vaga curiosidad.

—Calle, — exclamó con ingenuidad el jefe de sección; — ¡qué raro este sobreescrito! Lleva al pie estas palabras: "Por mi doncella". ¡Oh! ¡Oh!

Herminia se estremeció y un ligero rubor le asomó al rostro.

—Es letra de mujer, — concluyó perversamente el señor de Beaupreau.

De roja que estaba, Herminia se puso pálida, y su madre se puso de pie, como si presintiera que había allí un drama entero, un drama fatal para su hija en aquella carta abierta, que el señor de Beaupreau desdoblaba con mucha tranquilidad, sin que las dos mujeres procuraran impedírselo.

El señor de Beaupreau aparentó que leía las primeras líneas con una especia de indiferencia, con la curiosidad trivial de un suegro que desea saber cuáles son las relaciones epistolares de su yerno; luego, de repente dejó escapar una exclamación de sorpresa indignada.

—¡Oh! — exclamó, — esto ya pasa de castaño oscuro.

Acercó uno de los candeleros de la chimenea y continuó la lectura.

Herminia se había puesto pálida y estaba inmóvil como una estatua, y su madre, dominada por una aprensión siniestra, temblaba al mirar al señor de Beaupreau, cuyo semblante parecía descomponerse a medida que leía.

Cuando hubo acabado, el jefe de oficina levantó los ojos. miró a su mujer, y le dijo:

—Esta carta, señora, es de la señorita Baccarat, una pecadora a la moda, y está dirigida a aqué a quien queréis haver vuestro yerno. Tomad y leed.

Y tendió la carta a la señora de Beaupreau que estaba trémula.

La pobre madre leyó a su vez esas líneas dictadas por el vicio, escritas por el vicio, y en las cuales su hija tan pura y tan casta, era insultada de un modo odioso; y como si el dolor sin nombre que iba a herir a su hija la hubiese herido a ella misma de antemano y de una manera más violenta, lanzó un grito y se desmayó.

El señor de Beaupreau se apresuró a socorrerla hizo sonar el timbre, llamó metió mucho ruido, mucho menos por afecto a su mujer que con el propósito de dar a Herminia tiempo para que leyera a su vez la fatal misiva.

En efecto, la joven se había apoderado del papel, y lo recorría con esa avidez febril que se emplea a menudo en conocer una mala noticia.

Leyó hasta el final, inmóvil, de pie al lado de su madre, a quien el señor de Beaupreau hacía respirar un frasco de sales que empezaba a volver en sí; luego dejó escapar aquella carta que parecía révelarle bajo el más odioso de los aspectos al hombre a quien amaba, y en cuyo amor había creído.

La señorita Herminia de Beaupreau no lanzó un grito, no derramó una sola lágrima.

Inmóvil y como fulminada, miró de un modo extraño al señor de Beaupreau y a su madre, como si atestiguara con aquella mirada que su vida quedaba rota en lo sucesivo y que el mundo entero le sería indiferente.

La señora de Beaupreau, que había recobrado el sentido, se levantó y corrió adonde estaba su hija, con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas...

Las dos mujeres se abrazaron con efusión y como si hubieran querido confundir sus dolores. Luego, pasado este primer impulso, Herminia se halló fuerte, resuelta, serena casi, como debe serlo la mujer traicionada que se siente superior a la traición.

—Padre mío — dijo dirigiéndose al señor de Beaupreau con voz segura y triste, — rogaréis al señor Rocher, ¿no es cierto? que olvide nuestros proyectos de casamiento .

—¡Oh! — exclamó el jefe de sección, fingiéndose indignado, — ¡miserable! ¡Que se guarde de volver a poner los pies en esta casa!

—Calmaos, padre — dijo Herminia con altivez, — el señor Rocher no será nunca mi esposo.

La joven se dirigió entonces, con la cabeza erguida y la mirada fulgurante, a un velador donde había recado de escribir, y trazó estos renglones.

"Caballero:

"Un suceso que es inútil mencionar, me obliga a disistir de nuestros proyectos anteriores. Estoy resuelta a entrar en un convento dentro de ocho días, y espero que no insistiréis. Vuestras visitas serían inútiles".

Firmó esta carta y la tendió al señor de Beaupreau con la altivez de una reina ofendida que perdona de antemano un ultraje que no juzga poder alcanzar.

El señor de Beaupreau leyó con avidez esa carta de despedida en buena forma, y se le ocurrió una idea llena de infame júbilo.

—Cereza es mía — se dijo.

Luego, representando su papel de hombre indignado, exclamó:

—Se la entregaré yo mismo, esta noche, dentro de una hora, en casa de la señorita Baccarat donde debe hallarse ya; él que tanta prisa tenía por dejarnos hace un momento.

Y el señor de Beaupreau tomó el bastón y el sombrero y, armado de la carta de Herminia, salió antes que su esposa y su hija hubiesen dicho una palabra o hubieran pensado en retenerlo.

Una vez en la puerta, el jefe de sección echó a correr con la agilidad de un joven bajó por la calle de San Luis hasta la plaza Real, buscó un coche, subió en él y dijo al auriga:

—Calle Moncey, al galope.

El cochero, al ver a un hombre de frac azul decorado, creyó que tenía que habérselas con un par de Francia, y castigó a su caballo de tal modo, que al cabo de veinte minutos dejó al señor de Beaupreau en la verja del hotelito de Baccarat.

XIII

FANNY

En tanto que el señor de Beaupreau volaba a casa de Baccarat, ésta se encontraba de conferencia con el capitán Williams.

El barón y la cortesana estaban solos en un saloncito en que Baccarat no recibía sino a sus más íntimos amigos, y cuya situación aislada permitía hablar en él con libertad, sin temor de que Fanny, que tenía por costumbre escuchar detrás de las puertas, pudiera oir lo que se conversaba.

Baccarat estaba pálida, descompuesta, y una lágrima rodaba de sus ojos.

Williams estaba frío, sereno, ligeramente burlón, como conviene al genio de la tentación.

—¡Cómo he descendido! — murmuraba la cortesana, pensando el precio que pagaba por el celibato de Fernando.

—Querida — repuso Williams, — no se tiene nada de balde en este mundo. El bueno del señor de Beaupreau os devuelve a vuestro amado Fernando; es justo que reciba el premio de su abnegación.

—¡Pero es mi hermana!... — exclamó Baccarat, tratando de resistir aún.

—¡Bah! después de todo, vos y yo trabajamos por la felicidad de esa joven.

—Es juiciosa... es honrada... quiere casarse... — murmuró Baccarat con voz sorda

—Dentro de seis meses haremos en ella una reina de la moda. Como vos, tendrá caballos y carruajes, en vez de estarse dale que dale a la aguja todo el día. En vez de un horrible obrero de manos negras, de un tipo sucio, desde por la mañana hasta por la noche, en virtud de su derecho de marido, le daremos después de ese odioso y grotesco Beaupreau un lindo vizconde que tendrá "groom" y tílbury, finos bigotes negros y cien mil libras de renta.

—¡Demonio! — exclamó Baccarat poseída por el vértigo.

—Gracias — dijo el barón con galantería. Luego sacó el reloj.

—Vamos — dijo, — son las ocho y media; Beaupreau debe haber representado su escena a estas horas. Decidíos, querida, o sino restablezco los hechos tal cuales son al ir a ofrecer mi respetos a su mujer y a su hija ... y Fernando no pondrá jamás los pies aquí.

Baccarat inclinó la frente y guardó silencio.

—Sentaos ahí — dijo, — y escribid.

Vencida, Baccarat se levantó, se acercó a la mesa y murmuró:

—Dictad.

—"Mi querida hermana: — dicto Willams — si no acudes en el acto en mi ayuda, tu Luisa esá perdida, perida irremediablemente. No tengo tiempo de ir a tu casa, de explicarme, de revelarte mi horrible situación. Pero es bueno que sepas que mi porvenir, y tal vez mi vida, están en juego... Corre en el acto, tan pronto como te sea posible, a la calle de la Sierpe número 19; pregunta por la señora Coquelet, y díle: "Venga a ver a mi hermana..." Sabrás entonces lo que tienes que hacer para salvarme.

"Tu Luisa que te quiere".

La pluma se le escapó de las manos a Baccarat, y dos lágrimas, contenidas largo tiempo, rodaron al fin por sus mejillas.

—¡Pobre hermana! — murmuró.

—Ahora — dijo Williams, — esperemos a Beaupreau.

Apenas había pronunciado estas palabras, un campanillazo que resonó en el interior del hotelito anunció la llegada de un visitante.

—El es! ¡Debe ser él! — murmuró el barón.

Y como Baccarat se levantara para pasar a su alcoba y recibir allí al jefe de oficina, Williams le dijo vivamente:

—Si es él, sabréis primero lo que ha hecho y cómo se ha verificado la escena. Luego lo dejaréis solo un momento y vendréis a decirme lo que ha pasado antes de prometer nada.

Baccarat se enjugó las lágrimas y volvió a ser mujer en el acto.

Y se arregló delante de un espejo, reparó un ligero desorden en su cabellera, y salió con paso firme.

Cereza era definitivamente sacrificada a ese amor a Fernando Rocher, que abrasaba el corazón de la cortesana.

Era en efecto el señor de Beaupreau que llegaba sin aliento y con aire de triunfo, trayendo en una mano la carte de Herminia.

—Tomad, hermosa dama — dijo a Baccarat presentándosela, — leed y mirad...

Baccarat se apoderó de la carta, la leyó con el corazón palpitante, y se dijo aparte:

—¡Nunca se casará con ella!

El señor de Beaupreau, que había recobrado su audacia, sentóse tranquilamente en un diván, metió una mano en la pechera de su frac azul y miró a la cortesana.

—¡Y bien! Hermosa dama, — preguntó — ¿No haréis algo por mí..., ahora?

—¡Esperad! — repuso Baccarat, que sin dar explicaciones y fiel a las órdenes de Williams dejó solo y sorprendido al jefe de sección y se volvió al saloncito en que la esperaba el barón.

Williams tomó la carta que Baccarat había conservado en sus manos, la leyó atentamente y dijo:

—Bien, muy bien; es mucho más de lo que yo me esperaba.

Luego agregó, dirigiéndose a Baccarat:

—Ahora, querida, vais a aconsejar a Beaupreau que vaya a la calle de la Sierpre número 19, a eso de las diez, que pregunte por la señora Coquelet, y que confíe en ella en lo que toca a Cereza.

—¿Nada más? — exclamó Baccarat.

—Le recomendaréis, además, que no dé mañana ninguna explicación a Fernando Rocher, si éste se la pide.

—Bien — dijo Baccarat.

—Ahora, querida, cuando Beaupreau haya partido, os diré lo que tenéis que hacer con esta carta, y a menos que carezcáis de paciencia y de sagacidad, vuestro Fernando estará aquí mañana y no saldrá más.

Baccarat se estremeció de júbilo y volvió al lado del señor de Beaupreau.

Al mismo tiempo, Williams llamó y se presentó Fanny.

—Chiquilla — dijo el barón, — vas a tomar el cupé de tu señora y a llevar este billete a la señorita Cereza. Si te pide explicaciones, le dirás que no sabes nada..., pero que tu ama está en un estado horroroso. Aquí tienes para tí.

Una hora después, Williams, dejaba a Baccarat y corría a la calle de la Sierpe.

—¡Ahora nos toca a nosotros, señor de Beaupreau! — murmuró empuñando las riendas de su tilbury.

XIV

BEAUPREAU

Entretanto, Fanny, reclinada en el cupé de su señora, donde, entre paréntesis, se hallaba muy bien y no fuera de su sitio, por cierto; Fanny, corría en dirección del barrio del temple y llegaba a él a eso de las nueve.

La joven florista acababa de retirarse. Había ido a comer co nla señorita Juana; y como había empleado tres horas largas, Cereza había encendido la lámpara y llenado de carbón un braserito, poniéndose a la labor con la intención de velar un poco.

León había estado a verla a medidodía. trayéndole una carta de su paisano Santiago, el contramaestre, el cual le anunciaba que había encontrado comprador para su terrenito y le avisaba al mismo tiempo su próximo regreso.

Santiago iba a volver con el dinero de León y sus papeles; se harían publicar al punto las amonestaciones, y dentro de quince días o tres semanas, aunque tuvieran que comprar a la iglesia una amonestación, Cereza estaría casada. Esta idea le dió ánimo en el trabajo, y Cereza se puso a él cantando la más algre de sus coplas.

Poco después apareció Fanny.

El asombro de la florista fué grande al ver llegar a la doncella de su hermana a una hora tan insólita, y ese asombro se convirtió de pronto en consternación cuando hubo recorrido la carta de Baccarat.

—¡Dios mío! — exclamó; — ¿qué es lo que le ha pasado a Luisa?

—No lo sé, — repuso Fanny, fiel a su papel; — pero la señora está desesperada, como loca.

Cereza se levantó vivamente, apartó su mesa de labor, se puso en un abrir y cerrar de ojos una cofia en la cabeza y un chal en las espaldas, y dijo a Fanny:

—Voy allá... voy allá... dile a mi hermana que voy.

Fanny se esquivó corriendo, subió en el cuarto y desapareció.

Cereza bajó rápidamente detrás de ella, leyendo por segunda vez, a la luz del quinqué humoso que alumbraba la escalera, la extraña carta de Baccarat.

—Calle de la Sierpe, número 19..., — murmuró; — pero no hay un minuto que perder, porque esa casa está a una legua de aquí.

Y Cereza, que se negaba a subir en la calesa de su hermana, corrió a la parada de carruajes más cercana, se metió en un coche y dió las señas al cochero.

Media hora después el coche se detenía en la calle de la Sierpe, delante de aquella casa carcomida, de dos pisos, de postigos siempre cerrados, que le daban la apariencia de un sitio sospechoso, y en el cual hemos visto a Colar introduciendo al capitán Williams al llegar de Londres.

El corazón de Cereza se oprimió ante el aspecto lúgubre de aquella casa; y una angustia horrible la dominaba cuando levantó el llamador de la puerta; cuando la puerta giró rechinando sobre sus goznes enmohecidos y la joven descubrió delante de ella un corredor estrecho y sombrío del que salía un aire húmedo y nauseabundo, parecióle que entraba en un sepulcro.

Avanzó a tientas en la oscuridad y llamó con voz conmovida:

—¿No hay portero en esta casa?

Una luz brilló entonces en lo alto de la escalera, de escalones desgastados, que tenía una cuerda grasienta a guisa de pasamano, y Cereza, estremecida, vió aparecer el repulsivo rostro de una vieja que preguntó con voz agria:

—¿Quién está ahí? ¿Quién viene a estas horas?

—¿La señora Coquelet? — interrogó Cereza temblorosa.

—Yo soy, — repuso la vieja.

Cereza subió los escalones resbaladizos de la escalera y se detuvo indecisa en presencia de la vieja.

—Señora, — dijo, — vengo de parte de mi hermana Luisa...

—Luisa, — dijo la señora Coquelet, — ¿qué Luisa?

Cereza se ruborizó y pensó en el apodo de su hermana.

—Baccarat, — dijo.

—¡Ah! ¡ah! — exclamó la vieja, cuya voz pareció suavizarse y adquirió un tono menos huraño; — entrad, hija mía, entrad.

Y la señora de Coquelet abrió una puerta que daba a la galería del primer piso y condujo a la joven, por un corredor tan sombrío como el de la entrada, hasta una habitación en la que la hizo entrar.

—Venid, chiquilla, — decía la vieja con tono zalamero; — venid por aquí.

Cereza, conmovida y temblando, seguía a la horrible mujer vestida en una camisola de noche, con una gorra de cintas de un rojo chillón en la cabeza y un chal de tartán a cuadros verdes por encima de la camisola.

El cuarto en que hizo entrar a Cereza se parecía a la sala de recibo de un lugar cospechoso: cortinas de un rojo marchito en las ventanas, un diván viejo cuyas desgarraduras estaban disimuladas por un paño de crochet, reloj Noblet en la chimenea entre dos floreros, velador de caoba enchapado, sillón de terciopelo lustroso de un tono color verdoso.

Cereza abarcó de una mirada aquella mezcla horrible d epobreza y de lujo vergonzoso; sus ojos se detuvieron luego en la señora Coquelet, y la cándida niña se preguntó cómo era que su hermana, que vivía en medio de una sociedad elegante, podía tener relaciones con semejante mujer.

—Entrad, chiquilla, entrad, — repetía la horrosa vieja con un tono cariñoso que hubiese infundido espanto a una mujer menos inocente que Cereza.

Cereza obedeció y permaneció de pie en medio de la pieza, mirando alternativamente y con mudo espanto al cuarto de aspecto sombrío y a la repelente arpía.

—¡Ah! — repitió ésta, — ¿venís de parte de Baccarat?

—Es mi hermana, — murmuró Cereza ruborizándose.

—Muy bien, sentáos, hija mía.

—Señora, — repuso Cereza emocionada, — mi hermana me ha escrito que era necesario que yo viniese a veros, que sólo yo podía sacarla de la horrible situación en que se encuentra.

—Es cierto, hija mía, es muy cierto; pero sentáos.

La señora Coquelet, al hablar de ese modo, tenía una sonrisa falsa que consternó a Cereza y le hizo pensar que Baccarat se encontraba, en efecto, en una situación terrible.

—Pero, — repuso la vieja, — no soy yo, sino una persona que esperamos, quien "va a hablaros" de vuestra hermana, hija mía... Sentáos ahí y esperad; no tendréis que aguardar mucho tiempo, pues la "persona" no puede tardar.

La señora Coquelet dejó el candelero que sino una persona que esperamos, que "va a uno de los floreros y el reloj, y antes de que Cereza hubiese tenido tiempo de hacer otra pregunta, se retiró y cerró la puerta.

Sin saber lo que le pasaba, la joven se quedó sola, dirigiendo a su alrededor una mirada de dolorosa sorpresa.

Lo que veía, lo que escuchaba, todo, hasta la carta de su hermana, era como para sumirla en una angustia indecible.

Sin embargo, tomó asiento en el viejo diván de funda de crochet, de un blanco dudoso, y esperó, estremeciéndose al menor ruido y con los ojos clavados en el reloj, cuya aguja iba a llegar al número diez.

Transcurrieron diez minutos, un cuarto de hora; un silencio profundo reinaba en torno de Cereza, un silencio en medio del cual se hubieran oído los latidos del corazón de la pobre niña, acelerados por un vago e indecible espanto.

Sus miradas iban del reloj, que marcaba el

tiempo transcurrido, a la puerta, oculta por una cortina roja igual a las de la única ventana que daba frente a la chimenea. Y, en tanto que se perdía en conjeturas sobre la desgracia que iba a ceñirse sobre su pobre hermana y, que ella estaba encargada de conjurar, mientras se preguntaba quién sería esa persona a quien esperaba con anhelante impaciencia, sonó un ruido detrás de ella.

Cereza se dió vuelta y soltó un grito de horror...

Una puerta cubierta con un papel que revestía las paredes, y que ella no había notado, acababa de abrirse al lado del diván, para dar paso a un hombre que Cereza no conoció desde luego.

Llevaba gafas azules; pero en vez de un frac azul como sus anteojos, tenía una levita negra prendida por encima de un chaleco blanco.

Era el señor de Beaupreau.

El jefe de sección cerró la puerta y saludó a Cerezo con la mano.

—Buenas noches, querida niña, — dijo con tono desenvuelto, sacándose el sombrero y mostrando su cabeza calva.

Al ver a un hombre, Cereza se había levantado con vivacidad, e instintivamente, había dado un paso atrás. Pero el aspecto maduro y la calvicie del señor de Beaupreau la tranquilizaron.

—Buenas noches, buenas noches, querida niña, — repetía con tono paternal en el que asomaba no obstante una ligera emoción.

—Caballero, — dijo Cereza retrocediendo otro paso, — ¿seríais vos la persona... que... espero?

—Sí, soy yo, hija mía.

El jefe de sección le tomó la mano a la joven.

—Sentáos, — dijo.

Cereza retiró la mano y permaneció de pie.

—Mi hermana, — dijo, — mi hermana Baccarat...

—Una joven encantadora, y casi tan linda como vos, — interrumpió el jefe de sección, que tomó una actitud y un tono de regencia.

—Mi hermana me ha escrito..., — prosiguió Cereza.

—¡Ah! sí... ya lo sé.

—Que se halla en una crítica situación.

—Muy crítica, hija mía.

—Y que era necesario que yo...

—Sí, — dijo el señor de Beaupreau; — Baccarat, en efecto, espera mucho de vos... Pero venid a sentaros aquí, al lado mío... conversaremos de eso dentro de un momento... ¿Os causo miedo?

—No, — balbuceó Cereza, que no entendía ni jota de lo que estaba diciendo el jefe de sección y se dejaba llevar, sin embargo, por su acento bondadoso.

Como se trataba de su hermana, como el señor de Beaupreau era viejo y feo, como la pobre niña en la inocencia de su corazón estaba a cien leguas de sospechar la verdad siniestra, Cereza obedeció y se sentó en el extremo opuesto del diván, sobre el cual se había dejado caer pesadamente el jefe de sección.

—Caballero, — suplicó la joven con una voz capaz de conmover a un tigre, — si podéis salvar a mi pobre hermana...

—Sí, indudablemente, querida niña; pero hablemos primero de vos...

—¿De mí? — exclamó Cereza en el colmo de la sorpresa.

—De vos, — repitió el señor de Beaupreau, que le tomó una mano a la obrera y se la quiso besar ligeramente. Cereza retiró la mano y, aunque aun no sospechaba nada, retrocedió vivamente, como si obedeciera a un terror vago.

—Vamos, — repuso acercándose a ella, — miradme bien. ¿No me reconocéis?

Y exponía a la vista de Cereza su rostro amarillo y su frente calva iluminada por los reflejos de la lámpara colocada sobre la chimenea.

Un recuerdo cruzó de pronto por el espíritu de Cereza.

—Sí,... sí, — dijo, — calle Bourbon-Villeneuve... en el bulevar... hasta la puerta de mi casa...

Y, adivinándolo todo, Cereza se levantó precipitadamente y quiso huir.

Pero pensó en Baccarat, y se dijo al punto que un hombre que le había seguido los pasos de aquel modo, era quizás para hablarle de su hermana, y permaneción de pie esperando.

El señor de Beaupreau continuó sentado y repuso:

—Hija mía, os parezco tal vez un poco... maduro... y la verdad es que ya no tengo veinte años... pero, creed que soy un caballero, un verdadero caballero y sabré portarme dignamente.

Cereza se equivocó sobre el sentido de estas palabras, y la dirigió una mirada tímida.

—Sí, — continuó el jefe de sección, — tengo una bonita posición y puedo mucho. Veamos, ¿qué tal os parecería un entresuelo en la calle Blanca o en la de San Lázaro? Mil francos de alquiler, una criada, quinientos francos por mes y cien luises para vestiros?..

—¡Caballero! — exclamó Cereza sofocada por la indignación y comprendiendo al fin.

Y entonces la pobre niña lo adivinó todo, hasta la infamia de su hermana. Y corrió despavorida en dirección a la puerta para huir. Pero la puerta estaba cerrada. Al mismo tiempo el señor de Beaupreau se puso de pie y corrió hacia ella, la tomó de la cintura y quiso darle un abrazo.

Pero Cereza se esquivó y lanzó un grito terrible.

—¡Miserable!... ¡Socorro! — murmuró con voz medio ahogada.

El señor de Beaupreau repuso con una carcajada:

—Vamos, chiquilla, no seamos tan malos y esquivos; mantendré mi palabra... y, con tal...

Quiso abrazarla; pero Cereza, a quien la desesperación daba presencia de ánimo y fuerzas, lo rechazó, se deslizó de entre sus brazos con la elasticidad de una cubre, y dió un salto atrás hasta la chimenea, donde se armó con uno de los candelabros que era de zinc plateado, y lo blandió como un arma.

La actitud resuelta de la joven detuvo un momento al señor de Beaupreau, que vaciló en perseguirla.

Pero recordó que la señora Coquelet, en

cuyas manos mofletudas había puesto cinco cuises diez minutos antes, le había dicho sonriendo:

—Estoy sola en la cas, y soy sorda como una tapia. Si la chica grita, no hay que tener miedo... Aunque aquí se asesinara a alguno, yo no oiría nada...

Y, animado por esta declaración, el señor de Beaupreau quiso abrazar otra vez a Cereza, que continuaba pidiendo socorro.

Pero de pronto la puerta secreta practicada al lado del diván se abrió bruscamente, y apareció un hombre que hizo lanzar un grito de júbilo a la joven trastornada y retroceder al seductor perturbado de es modo en su horrible tentativa.

Al ver a aquel hombre a quien no conocía, sin embargo, Cereza adivinó que la Providencia le enviaba un libertador.

El señor de Beaupreau murmuraba al mismo tiempo con estupor:

—¡Sir Williams!

Era, en efcto, el barón sir Wiliams, en cuyos planes tenebrosos había entrado la idea de interrumpir al señor de Beaupreau en la ejecución de su crimen, el que acababa de aparecer, con la cabeza descubierta y una pistola en una mano, en el umbral de aquel cuarto en que Cereza se había creído perdida; el barón sir illiams, que había sido presentado el día anterior al jefe de sección en el ministerio de Relaciones Exteriores y había tenido el honor de bailar dos veces con la señorita Herminia, novia de Fernando Rocher.

La presencia de aquel hombre ,a quien había encontrado en plena sociedad, que conocía su elevada posición, sus funciones administrativas, y que lo sorprendía de ese modo entregándose a las brutalidades de un ebrio, violentando a una joven indefensa, produjo en el señor de Beaupreau el estupor que hubiese sentido ante el aspecto de la cabeza de Medusa.

Retrocedió tembloroso y pálido delante de sir Williams, que corrió al lado de Cereza y le dijo:

—No temáis nada, señorita; el cielo os envía un protector, y seréis respetada por este miserable.

Al mismo tiempo Williams llamó:

—¡Colar! ¡Colar!

La puerta principal, aquella por donde Cereza había entrado se abrió entonces, y Cereza vió aparecer a Colar, al genio malo de Williams; Colar, el nuevo amigo de León; y al verlo, Cereza lanzó un grito de júbilo y se precipitó hacia él como un niño que se refugia en el regazo maternal.

—Vas a acompañar a la señorita, — le dijo, — y si llegara a sucederle algo...

—¡Truenos y rayos! — exclamó Colar, que fingía una sorpresa profunda; — es la señorita Cereza... ¡No nos habían engañado!

Y se llevó a la joven sin darle la explicación de sus extrañas palabras, mientras Williams permanecía solo en presencia del señor de Beaupreau.

Cereza, entretanto, temblando todavía pero confiada en el amigo de su novio, salía de aquella vergonzosa casa donde había estado a punto de ser víctima de la brutalidad de aquel anciano en delirio, y estrechaba las manos de Colar, murmurando:

—¡Gracias! ¡Gracias!

XV

EL PACTO

Una vez solos, el señor de Beaupreau y Williams se miraron un momento en silencio, como dos adversarios en el instante de un combate encarnizado.

El barón fué luego a cerrar la puerta, se colocó delante de él y miró con frialdad al jefe de sección.

—Caballero, — dijo, — me parece que sois el barón de Beaupreau, jefe de sección del ministerio de Relaciones Exteriores, en vías de llegar a ser jefe de división, dueño de una fortuna de doscientos mil francos, y padre de una joven, la señorita Herminia, con la que he tenido el honor de bailar anoche.

—Caballero... — balbuceó el señor de Beaupreau, cuya mirada atontada parecía clavada en el caño de la pistola que Williams seguía empuñando.

—Ahora bien, — prosiguió el barón; — he aquí que a consecuencia de circunstancias que os referiré más tarde, os sorprendo, a las diez de la noche, en una casa sospechosa a la que habéis hecho traer a una joven honrada y puro aquí... y entregándoos...

—Caballero, — interrumpió el jefe de sección fuera de sí, — ¿qué os importa?

—A mí personalmente, nada, — dijo Williams. — Pero esperad... Esa joven tiene diez y ocho años: de modo, pues, que es un atentado odioso, infame, agravado con las circunstancias de secuestro y de violencia... es decir, un crimen que puede llevar a la corte de Assises y de la corte de Assises a Tolón o a Brest, es decir, a galeras. ¿Comprendéis?

—Para obtener ese resultado, — prosiguió Williams, — es decir, para cambiar vuestro frac de alto funcionario por una casaca roja, y reemplazar con la cadena del presidio la cinta que ostentáis en el ojal; para convertir, en fin, a un futuro jefe de división en presidiario, ¿qué se necesita? Casi nada: dos testigos que vayan a confirmar a un juez de instrucción la declaración de vuestra víctima.

—Caballero... caballero..., — balbuceó el señor de Beaupreau con voz trémula, — ¿queréis perderme?

—¡Caramba! — ésa joven me interesa. Colar y yo podríamos atestiguar...

—¡Gracias! — exclamó el señor de Beaupreau, fuera de sí, cayendo de rodillas.

—Bueno! — exclamó el barón, — no sois en verdad tan interesante como para que se os haga gracia así no más.

El señor de Beaupreau era uno de esos hombres que son insolentes con los inferiores, serviles con los que están por encima de ellos, fuertes con los débiles, cobardes y temblorosos con los fuertes.

Llegó a la infamia de la bajeza delante de aquel hombre que podría perderlo para siempre; se echó a sus pies con lágrimas en los ojos y sollozos en la voz.

El barón sir Williams pareció saborear por un instante aquella vergonzosa cobardía, la

mismo que las torturas morales de aquel hombre que estaba a su merced; luego lo alzó, le hizo tomar asiento, y le dijo:

—Ahora, buen hombre, cesad de lamentaros y conversaremos.

—¿Me perdonáis? — exclamó Beaupreau pasando repentinamente de la desesperación al júbilo.

—No, — dijo Williams, — voy a tratar de entenderme con vos.

Y como el jefe de sección fijaba en él una mirada estúpida, el barón prosiguió con tono sereno y frío:

—No soy juez de instrucción, y no tengo encargo de proveer el presidio; pero soy dueño de vos, dueño de vuestra libertad, de vuestro honor y de vuestra consideración, y voy a ver si puedo sacar un provecho decente de esta situación.

El señor de Beaupreau creyó que había caído en manos de uno de esos hombres que hacen "cantar" (1) con la posesión de un secreto, y se apresuró a decir:

—¿Queréis dinero? Decid, ¿qué suma necesitáis?

Williams se puso a reir.

Los instintos avaros y ambiciosos del señor de Peaupreau sostuvieron entonces un combate encarnizado con el terror que le dominaba.

—No soy... rico — murmuró; — pero, en fin, decid... hablad...

El barón se encogió de hombros.

—Dejaos de majaderías, querido, — dijo; — necesito algo más que algunos papeluchos de mil francos.

El señor de Beaupreau se estremeció.

—¿Queréis arruinarme? — murmuró con angustia.

—Es indudable, — repuso tranquilamente Williams, — que apenas haría un bocado de vuestra fortuna.

El señor de Beaupreau se puso lívido y tuvo el valor de exclamar:

—Pero entonces, ¡matadme de una vez!

—Tranquilizaos, — dijo Williams; — vuestra fortuna no me preocupa. Escuchad.....

El señor de Beaupreau lanzó un suspiro de alivio y miró a Williams con un asombro creciente.

—¿Tenéis una hija, — prosiguió el barón, — una hija con quien bailé anoche?

—Sí, — balbuceó el jefe de sección.

—¿Habéis acordado su mano al señor Fernando Rocher?

—Es cierto.

—Habéis hecho mal, caballero, pues vuestra hija me gusta y se me ha puesto que he de casarme con ella

Al oir estas palabras, el asombro del señor de Beaupreau llegó a los últimos límites.

—Escuchad — prosigui Williams, — conozco vuestros asuntos tan bien como vos mismo. Herminia no es hija vuestra...

El señor de Beaupreau lanzó un grito, y

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 632

Buenos Aires.

Muy señor mío:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 "	" 4.80
1 año	" 9.—

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

dió un salto en la silla en que Williams le había obligado a sentarse.

—Escuchad y no me interrumpáis — continuó Williams con calma. — Os decía que Herminia no es hija vuestra... ¿Es cierto?

—Es cierto — balbuceó el señor de Beaupreau.

—Es hija de un hombre cuyo apellido, yo, sir Willliams, soy el único que lo conoce.

El jefe de sección hizo un nuevo movimiento de sorpresa.

—Ese hombre ha muerto... ha muerto doce veces millonario — dijo Wiliams con frialdad, en tanto que el jefe de sección sentía un deslumbramiento. — Ha muerto y yo soy el único que sabe dónde está depositado el testamento.

Al oir la palabra "testamento", una luz extraña se hizo en el cerebro del jefe de sección, que adivinó a medias los proyectos de Williams.

—Su testamento — repuso el barón — lleva un nombre en blanco, el nombre del heredero universal... nombre que, según la voluntad del testador, debía ser el de la mujer deshonrada o el de su hijo, si lo tenía... ¿Comprendéis?

Williams y el señor de Beaupreau se miraron entonces como dos bandidos que husmean un botín, dispuestos a aliarse y a hacerse amigos después de haber querido degollarse.

—Si me caso con vuestra hija — prosiguió Williams, — el testamento oculto se encontrará, el blanco será llenado con el nombre de Herminia y habrá para el suegro un buen trozo del pastel.

El señor de Beaupreau se estremeció de entusiasmo, como había temblado poco antes de terror.

—En el caso contrario — concluyó el barón, — me callo y los doce millones se pierden para siempre.

—¡Oh! — exclamó el señor de Beaupreau con ímpetu salvaje, — ¡os casaréis con ella!

El barón miró fríamente a su interlocutor.

—Suegro — dijo, — aquí para entre nosotros, sois un bandido de marca mayor, y os creo capaz de cometer todos los crímenes; sólo que vuestra cabeza es débil, tenéis pasio-

EN LA EDAD DE PIEDRA

Un señor de la edad de piedra (leyendo ocultamente una carta de amor): — ¡Cielos! ¡Mi esposa! ¿Cómo hago para ocultar esta carta de Pochonguita?

nes, os gustan las grisetas, y necesitáis que os dirijan... ¡Seréis mi esclavo!

—Lo seré — murmuró Beaupreau, que inclinó la cabeza con la humildad del crimen que encuentra una superioridad.

Nadie supo lo que pasó entre estos dos hombres, pero cuando Beaupreau salió de la calle de la Sierpe, lo ligaba un pacto tenebroso con sir Williams, y la pérdida de Fernando Rocher estaba resuelta.

XVI

EL CAJERO

Al día siguiente, respuesto de sus terribles emociones de la noche, el señor de Beaupreau llegó a su oficina a eso de las diez.

Williams le había prometido entregarle a Cereza diciéndole:

—Suegro mío, la noche de mi boda hallaréis delante de vuestra casa una silla de posta lista; en la silla una bolsa de luises, y al lado a la señorita Cereza, la que os permitirá ir a pasar una buena luna de miel en cualquier parte, a cien leguas de París.

Williams había atrapado al señor de Beaupreau con un doble cebo; Cereza y los millones de la misteriosa herencia.

El señor de Beaupreau llegó a eso de las diez a su despacho, de frac azul, recién afeitado, sonriente y bondadoso, detrás de sus gafas como un filántropo o un negrófilo.

Pero apenas se hubo instalado en su sillón de cuero verde; apenas colocó en su mesa la tabaquera y el pañuelo de cuadros azules — era partidario del color azul, — entró Fernando.

El joven estaba tranquilo y sonriente, como todos los que aman y creen llegada para ellos la hora suprema de la dicha.

—¡Ah! sois vos, querido amigo — dijo el señor de Beaupreau tendiéndole la mano.

Fernando saludó al jefe de sección.

—Vengo a daros cuenta de mi misión — dijo.

—¡Ah! ¡ah! — exclamó el señor de Beaupreau, — apostaría a que os habéis aburrido.

—¡Ay! — suspiró Fernando, pensando que por complacer a su futuro suegro había consentido en privarse de una buena y larga velada pasada al lado de Herminia.

—¿Os hablaron de mí?

—Sí; dije que estabais indispuesto y que no habíais podido salir.

—Muy bien. Ahora, hijo mío — prosiguió el señor de Beaupreau, — ya que habéis sido mi confidente, sedlo hasta el fin.

El señor de Beaupreau tomó un aire de misterio y sus ojos grises chispearon detrás de sus anteojos azules con una expresión de gozo malicioso.

—Os escucho, caballero — repuso Fernando.

—Esa chica — prosiguió en voz baja el jefe de sección, — me roba en realidad mucho tiempo... Mirad, voy a tener necesidad de salir... pues me espera... y ha hecho de mí un esclavo.

Fernando sonrióse con complacencia, pues en el fondo de su corazón aquel anciano enamorado le inspiraba una violenta repugnancia.

—Ahora bien — continuó Beaupreau, — vais a instalaros aquí en mi ausencia, y echaréis una ojeada a mi trabajo del día. Estaré de vuelta dentro de una hora a más tardar. Si se presenta alguna orden de pago, la pagaréis... Os dejo las llaves de mi caja.

El señor de Beaupreau tenía, en efecto, una caja y disponía de ciertos secretos del ministerio. Dicha caja guardaba a veces hasta quinty veinte mil francos, parte en oro, parte en billetes. La llamaban en el ministerio, la caja de auxilios misteriosos.

El despacho ocupado por el señor de Beaupreau era un gran salón precedido por una antecámara en la cual había dos mozos de oficina, y unía a esta pieza con las ocupadas por los empleados.

A la derecha de la chimenea se hallaba un escritorio de grandes dimensiones, con casilleros y carpetas verdes, delante del cual se sentaba el señor de Beaupreau.

A la izquierda de la chimenea estaba la caja; una caja de hierro, modelo con tres cerraduras, provista de dos llaves cada una de ellas; una de las llaves estaba en manos del cajero general del ministerio, la otra en las del señor de Beaupreau, de manera que este último estaba sometido a un control constante.

—Id a cerrar vuestro despacho — dijo Beaupreau a Fernando, — y volved para instalaros aquí.

Fernando salió.

Rápido como el relámpago, el señor de Beaupreau se levantó, abrió la caja, sacó una cartera que hizo desaparecer en los amplios bolsillos de su sobretodo de alpaca, cerró luego la caja y fué a sentarse en un sillón.

Diez minutos después apareció Fernando.

El señor de Beaupreau se levantó con calma, se puso el sobretodo, se lo prendió y dijo al joven, presentándole un manojo de llaves:

—Esta es una hermosa prueba de confianza que os doy, hijo mío... hay en la caja, por excepción, treinta y dos mil francos.

—Caballero... — repuso Fernando ofendido.

—¡Bueno! — repuso el jefe de sección sonriéndose; — ¿supongo que no enfadaréis? Ya sabéis que un suegro desconfía siempre un poco de su yerno.

Y el señor de Beaupreau le dió una palmadita amistosa al joven en la mejilla, lo instaló en su sillón y penetró en la antecámara, de donde pasó a sus oficinas:

—Caballeros, — dijo a los empleados, — salgo por una hora y dejo encargado de mi despacho al señor Rocher. Os dirigiréis a él si hay necesidad.

Dicho esto, el señor de Beaupreau bajó la gran escalera del ministerio con una tranquilidad perfecta, dobló la esquina del bulevar y subió en un coche de plaza, gritando al cochero:

—Calle de San Lorenzo, al galope.

Entretanto, Fernando, instalado en el despacho del señor de Beaupreau, abría la correspondencia de su jefe desde hacía diez minutos cuando un mandadero penetró en la antecámara con una carta en la mano y, dirigiéndose a un ujier, preguntó por el señor Rocher. El ujier abrió la puerta del salón e hizo entrar al mandadero.

—Cabalero — dijo este último, que no era otro que Colar y que había aprendido de me-

moria su lección, — vengo de la esquina de la calle de San Luis. Dos señoras, una de edad y la otra joven, que bajaban en dirección al bulevar, me han entregado esta carta con orden de traérrosla en el acto. Me han pagado la carrera.

Y Colar entregó la carta de Herminia que le había dado sir Williams, saludó y se marchó en el acto.

Fernando reconoció la letra de su novia y se estremeció de gozo al romper el sello; pero apenas hubo leído las primeras líneas, palideció, vaciló y experimentó un desvanecimiento.

¿Qué significa aquella despedida llena de frío desdén? ¿Y cómo podía la que le sonreía el día anterior con amor, escribirle de ese modo?

Durante algunos segundos, Fernando permaneció presa de un estupor y de un espanto indecibles, girando sobre sí mismo como un fulminado; luego se operó en él una reacción; leyó y volvió a leer aquella carta fatal, y lanzándose fuera de la oficina, olvidando la ausencia del señor de Beaupreau y su deber, salió, sin tomar siquiera el sombreo y, en cabeza, corrió a la calle de San Luis, proponiéndose ver a Herminia en el acto, costara lo que costara. Los dos ujieres que lo vieron salir se figuraron que subía al piso principal por asuntos de servicio, sobre todo al verlo sin sombrero y sin abrigo.

Fernando no llevaba más que una sola cosa: las llaves de la caja del señor de Beaupreau, que se había echado al bolsillo en el momento mismo en que el jefe de sección se las confiaba.

Transcurrió un cuarto de hora, el reloj marcó la media, y Fernando no volvía.

—El señor Rocher acababa de salir — decían los ujieres a los empleados que querían penetrar en el despacho del señor d Beaupreau.

Y los empleados se volvía a su oficina.

De pronto entró el señor de Beaupreau.

—El señor Rocher ha salido — repitió el ujier.

—¿Que ha salido? — exclamó el jefe de sección con tono sorprendido.

—Sí, señor.

—¿Salido, estando yo ausente?

—Sí, pero está en el palacio probablemente, pues ha salido sin sombrero.

—Es raro — murmuró el señor de Beaupreau entrando en su despacho e instalándose en él.

Luego hizo como que se ponía a trabajar, aparentando la creencia de que Fernando no tardaría en volver.

Diez minutos después, un sujeto vestido de negro, y cuya visita había sido anunciada por un billete del ministro al jefe de sección; un sujeto vestido de negro con corgata blanca, alto, delgado, con cabellos largos, y relucienaes de pomada, provisto de una nariz puntiaguda y casi diáfana; un músico aleman, en una palabra, se presentó y saludó hasta el suelo.

El músico presentó al señor de Baeupreau una orden de pago por mil quinientos francos.

¿A título de qué y por qué percibía aquel músico una suma pagada por el ministerio de Relaciones Exteriores? Nadie podría decirlo ni el mismo señor de Beaupreau.

—¡Diantre! — murmuró el señor de Beaupreau, — vuestra visita es intempestiva, caballero; no tengo las llaves de mi caja...

Una viva decepción se pintó en el rostro flaco y azulado del compositor.

—Pero — prosiguió el señor de Beaupreau — me imagino que las tendré dentro de un momento; hacedme el favor de tomar asiento.

El músico se sentó en el borde de una silla con la timidez de un postulante y con los ojos fijos en aquella bendita caja cuyas llaves se esperaban.

El señor de Beaupreau se puso a trabajar.

Transcurrió una hora. Fernando no aparecía.

El jefe de sección dejó escapar una exclamación de impaciencia y llamó violentamente:

—¿Cómo es eso? — dijo el ujier; — no ha vuelto aún el señor Rocher?

—No, señor.

—Buscadlo, subid al piso superior... debe hallarse en el palacio... puesto que aquí está su sombrero.

Y el señor de Beaupreau indicó con el dedo el sombrero que Fernando había dejado en una silla.

El ujier salió. El señor de Beaupreau reanudó su tarea.

El músico no se movió.

El ujier volvió al cabo de diez minutos.

—El señor Rocher ha salido del ministerio, — dijo.

—¿Ha salido sin sombrero?

—Sí, señor.

—¡Es imposible! — exclamó el jefe de sección, que aparentaba admirablemente una sorpresa que no sentía.

—El portero y los dos centinelas lo han visto pasar y salir del palacio, — replicó el ujier.

El señor de Beaupreau se levantó vivamente.

—¿Pero adónde habrá ido? — exclamó.

—El portero, — agregó el ujier, — notó en él cierta agitación... Echó a correr, y uno de los centinelas lo vió tomar el bulevar, en dirección a la Bastilla.

El señor de Beaupreau tuvo el talento de palidecer y de imprimir a su rostro las apariencias de una emoción violenta.

—No, no, — murmuró como hablando consigo mismo, — es imposible... es extraño... Fernando es un hombre honrado...

—Señor, — dijo el ujier asombrado de aquel monólogo en alta voz, — me olvidaba de deciros que un mandadero trajo una carta para el señor de Rocher, y que el señor Rocher salió con esa carta en la mano.

—¡Oh! será que habrá recibido alguna mala noticia, habrá tenido que salir... Sí, prefiero creer que haya sido así, — murmuró en voz alta el jefe de sección lanzando un suspiro de alivio.

Luego miró al músico.

—Sin embargo, — dijo, — no puedo hacer esperar eternamente a este caballero...

Y dirigiéndose al ujier:

—Bajad a la sala y rogad al señor cajero

general que se tome la molestia de subir a mi despacho en el acto.

El ujier obedeció. El señor de Beaupreau se puso a recorrer su despacho de un extremo a otro, con paso desigual y brusco, dejando escapar palabras inarticuladas y manifestando una agitación extrema.

Poco después llegó el cajero.

—Caballero, — dijo el jefe de sección que pareció dominar su emoción, — he olvidado las llaves de mi caja: ¿podrías prestarme las vuestras?

—He creído que me llamabais por eso, y os las traigo.

Y entregó las llaves al señor de Beaupreau, que corrió a la caja y abrió. Pero de repente el jefe de sección lanzó un grito y retrocedió, pálido, descompuesto, bamboleante, y como si del fondo de la caja hubiese visto salir una aparición siniestra.

—¡Dios mío! — exclamó con voz ahogada.

—¿Qué tenéis, caballero? — exclamó el cajero que al verlo bambolear corrió y lo sostuvo.

Durante algunos segundos, el señor de Beaupreau pareció presa de una especie de vértigo; luego se repuso poco a poco y dijo al cajero:

—¿Caballero, anoche balanceamos juntos la caja, ¿no es cierto?

—Sí, — repuso el cajero. — Contenía treinta y dos mil quinientos treinta y tres francos con setenta céntimos, de los que treinta mil eran en billetes de Banco, contenidos en una cartera de marroquí verde.

—¡Pues bien! — dijo el jefe de sección con voz apagada, — la cartera ha desaparecido.

—¡Habéis sido robado! — exclamó el cajero con voz sonora, que atrajo a los ujieres y fué a repercutir hasta en las oficinas de los escribientes.

El señor de Beaupreau se dejó caer en una silla como un hombre anonadado.

—Hace una hora, — dijo, — entregué las llaves de mi caja... al señor Rocher.

Y el señor de Beaupreau se ocultó la frente entre sus manos, como si la vergüenza de haber acordado su hija a un ladrón hubiese impreso ya en ella un estigma indeleble.

Entretanto las exclamaciones del cajero general, los gritos del jefe de sección, los cuchicheos de los ujieres, habían alborotado en un abrir y cerrar de ojos a todo el personal del ministerio.

Fernando Rocher era querido y gozaba de la estimación general.

Hubo un grito de incredulidad unánime en su favor; luego se levantaron cargos contra él con una lógica desesperante.

Había tenido en su poder durante diez minutos las llaves de la caja.

Habíanlo visto salir pálido y turbado. Había dejado el sombrero para hacer creer en una ausencia momentánea, y no despertar ninguna sospecha con su fuga.

Se sabía que Fernando no era rico; bien podía haberse dejado tentar por una suma tan bonita como la de treinta mil francos. Por fin transcurieron las horas y no volvía.

¡Fernando Rocher estaba perdido!....

XVII

EL COMISARIO

En tanto que estos sucesos se desarrollaban en el ministerio, el desgraciado Fernando corría como un loco por el bulevar, y llegaba a la calle de San Luis, deteniéndose delante de la casa del señor de Beaupreau.

Subió los dos tramos de la vieja escalera con la rapidez del rayo y llamó precipitadamente. La única sirvienta del jefe de sección vino a abrirle.

Fernando quiso pasar y entrar en el departamento.

Pero la sirvienta se quedó en el umbral cerrándole el paso y dijo:

—El señor ha salido.

—Quiero ver a las señoras.

—Han salido.

—Las esperaré, — dijo Fernando, que quiso apartar a la sirvienta.

Pero la robusta Cauchoise lo rechazó diciéndole:

—El señor se tomaría un trabajo inútil, pues las señoras no volverán.

—¿Qué no volverán? — articuló Fernando con voz atontada.

—Han salido y permanecerán ausentes tres días.

—¡Se han marchado! — exclamó Fernando fuera de sí.

—Sí, señor.

—¡Es imposible!

—Así es. Se dirigen a la provincia, a casa de la tía de la señora.

Fernando giró dos veces sobre sí mismo, como un hombre ebrio; luego se fué, bajó la escalera de cuatro en cuatro escalones, pronunciando palabras inarticuladas, y huyó de aquella casa en que ya no estaba Herminia.

Durante diez minutos, presa de una fiebre violenta que le sobreexcitaba y le daba fuerzas, Fernando corrió en dirección al bulevar sin saber adónde iba, obedeciendo a una costumbre maquinal, y sin tener conciencia de sus actos ni de su existencia.

Luego la fiebre que la sostenía se convirtió en delirio y sus fuerzas lo abandonaron; se detuvo de repente como un hombre dominado por la embriaguez, vaciló y acabó por desplomarse pesadamente.

Había perdido el sentido.

En el momento en que Fernando caía, un cupé se detuvo a poca distancia.

Los escasos transeuntes que recorrían la calle de San Luis en distintas direcciones, los tenderos parados en las puertas de las casas, un viejo inválido que pasaba por la acera, todos corrieron para levantar al desgraciado joven y prestarle sus cuidados.

Pero al mismo tiempo se abrió la portezuela de un cupé, y una mujer maravillosamente bella y vestida a la calzada y corrió adonde estaba Fernando.

Estaba pálida, agitada. Los labios le temblaban, tenía llenos de lágrimas los ojos; hendió la multitud con la vivacidad y la autoridad imperiosa de aquellos a quienes, de ordinario nada resiste, y llegó hasta el joven

desvanecido, en torno del cual los transeuntes se agrupaban.

Se inclinó sobre él como hubiera podido hacerlo una madre con su hijo, le puso una mano en el corazón, se cercioró de que aún latía y lanzó un grito de júbilo.

La multitud se había apartado respetuosamente ante aquella mujer, cuya belleza parecía aumentarse con el dolor que revelaba su rostro, y cuando hubo llamado varias veces al joven desvanecido, diciendo:

—¡Fernando! ¡Fernando! ¡Mi bien amado!...

Todos creyeron en alguna desesperación de amor causada por ella, desesperación que la joven se apresuraba a reparar.

El joven desvanecido, ante un signo y un ruego de Baccarat, fué transportado al carruaje; la cortesana subió a su vez, tomó entre sus manos la cabeza pálida y descolorida de Fernando, saludó al público con una mirada y una sonrisa, y gritó al cochero:

—¡Al hotel! a escape; ¡al hotel!

Todo esto había pasado con la fantástica rapidez de un sueño, y los transeuntes que habían acudido a levantar a Fernando, y que se habían apartado para dar paso a Baccarat, entusiasmados con la belleza de la joven, aplaudieron cuando el cupé partió como una flecha en dirección al misterioso hotel adonde ella se llevaba su presa.

—Por lo menos es condesa, — murmuró una voz en la muchedumbre.

—¡Bah! — repuso otra, — no todas las condesas tienen hoy hotel; ha de ser mujer de un par de Francia o bailarina de la Opera.

Cuando Fernando Rocher abrió los ojos creyó que estaba soñando y paseó en su redor una mirada atónita.

Estaba en el lecho, desnudo, acostado en aquella pieza de cortinas gris-perla, guarnecidas con franjas de terciopelo color violeta, en donde hemos visto a Baccarat recibir a sir Williams.

La noche se aproximaba; no era ya de día, pero tampoco era de noche. La poca luz que llegaba de afuera a través de las ventanas que daban al jardín, luchaba con las claridades del hogar difundidas en el suntuoso mobiliario del dormitorio y que enviaban un reflejo rojizo a los dorados de los candelabros, de la araña y de los brazos de la chimenea; reflejo que atenuaba con sus tonos leonados la severidad de color de las sillas y de las cortinas.

Ni el modesto alojamiento del empleado del ministerio, ni el salón burgués del jefe de sección, ni las mismas salas de recepción del ministerio a las que Fernando iba de vez en cuando podían compararse como lujo refinado y como perfume de buen gusto, al dormitorio en que se encontraba al recobrar por fin el uso de sus sentidos.

Durante un momento estuvo como deslumbrado, volvió a cerrar los ojos y creyó soñar a más y mejor.

Pero, al reabrirlos, descubrió a dos pasos de la cama, inclinada sobre él, en la actitud inquieta de una madre agachada sobre una cuna, una forma humana, una mujer cuyas facciones no le fué dado ver desde luego, pues daba la espalda a la luz.

Al moverse, la mujer se acercó y le tomó una mano que estrechó dulcemente.

—Tenéis fiebre, — dijo con voz suave y armoniosa, que hizo estremecer todas las fibras del corazón de Fernando.

—¿Dónde estoy? — murmuró el joven en el colmo del asombro, sin adivinar lo que había pasado ni recordar aún la desgracia que lo había herido algunas horas antes.

—Estáis en casa de una amiga, — repuso Baccarat con emoción.

Y se acercó a la chimenea y encendió dos bujías cuyas luces la envolvieron de repente y arrancaron a Fernando un grito de sorpresa y casi de admiración.

Fernando había visto a Baccarat una sola vez en su vida, algunos días antes, en la ventana del cuarto de Cereza; pero la había visto tan poco; habíala mirado con tan poca atención, que no la reconoció y no vió en ella más que una mujer cuya belleza maravillosa parecía realizar las más ideales creaciones de los escultores y los pintores.

En tanto que por orden de un médico llamado para prodigarle sus cuidados, se había dejado dormir a Fernando y que volvieta poco a poco y naturalmente en sí, semejante a un general que traza en unos cuantos minutos un plan de batalla, Baccarat se había puesto en un abrir y cerrar de ojos más seductora y más bella que nunca.

Un peinador de terciopelo azul oscuro dibujaba a medias su talle de culebra y sus formas voluptuosas; sus cabellos arrollados en guedejas terminaban en bucles dorados sobre sus hombros desnudos; el dolor y el júbilo reunidos habían impreso a todo su semblante una animación encantadora, y el amor la embellecía, a una hora en que la belleza de Herminia y la de Cereza, la de la misma Juana, la joven pálida de perfil aristocrático, hubiesen palidecido al lado de ella.

Fernando se preguntó si no era un ángel el que estaba delante de él, y si no se despertaba en un mundo mejor que el nuestro. Baccarat corrió a su lado, hundióse con esa dejadez llena de voluptuosidad que constituye el gran arte de las cortesanas, en un sillón colocado junto a la cabecera del lecho, y volvió a tomar entre sus manos hechiceras, blanquísimas y jaspeadas de azul, la mano de Fernando en el cual fijó una mirada febril y llena de magnéticos efluvios.

—El médico os ordena reposo, — dijo, — un reposo absoluto... No habléis, no os levantéis, es necesario que tengáis juicio...

Y la voz de Baccarat era tan cariñosa y tan dulce, que Fernando se estremeció hasta lo hondo del alma.

—Porque, — prosiguió la cortesana, — habéis estado muy enfermo, caballero; caisteis desmayado en la calle, y si yo no hubiese estado allí...

—¿Estabais allí? — murmuró el joven con asombro creciente.

—¡Dios mío! — repuso Baccarat poniéndose encendida; — pasaba... pasaba por casualidad... hice parar el carruaje... y como os reconocí...

—¿Me reconocisteis? — preguntó Fernando mirándola detenidamente y como si se preguntara dónde la había visto ya.

—Sí, — repuso Baccarat. — ¿De modo que no me conocéis?

—Me parece... creo..., — murmuró Fernando vivamente impresionado por la maravillosa belleza de la cortesana.

—Soy hermana de Cereza, — dijo en voz baja y bajando la vista.

El nombre de Cereza fué un rayo de luz para Fernando.

—¡Ah! sí, — dijo; — ahora me acuerdo... Os he visto en la ventana del cuarto de Cereza.

—Precisamente... — Pero, — prosiguió Baccarat con dulce insistencia y tomándole las manos, — ya conversaremos de todo eso más tarde... mañana... cuando estéis mejor... ahora no hay que hablar demasiado... tenéis que mostraros muy obediente...

Y como al expresarse de ese modo había tomado el tono de una hermana mayor que predica una moral muy afectuosa, se inclinó a medias y lo besó en la frente.

El beso hizo estremecer a Fernando, y lo abrasó. Parecióle que con ese beso se comunicaba a sus venas una especie de fiebre, y en la semioscuridad en que se encontraba, creyó que seguía soñando.

Baccarat era de una belleza capaz de condenar a un ángel. La noche, entretanto, se acercaba a la carrera. Las claridades mortecinas del crepúsculo habían cesado de penetrar a través de las cortinas de seda de las ventanas; el fuego, que empezaba a apagarse, no proyectaba más que extraños y fugaces resplandores sobre los objetos que Fernando tenía a la vista, y Baccarat seguía allí, estrechándole las manos, inclinada sobre él, y el joven creyó oir latir aceleradamente dentro del pecho el corazón de la cortesana; luego, fuese la continuación de su delirio, fuese la realidad, parecióle que una palabra se había deslizado en los rojos labios de la joven, una palabra melodiosa y dulce como el suspiro de las brisas de la tarde, una palabra que conmoverá siempre profundamente todas las fibras del corazón del hombre; una palabra, himno o canción, que sólo las mujeres saben decir con misteriosas e inefables armonías:

—¡Te amo!

Y estas palabras turbarán simpre un alba de veinte años.

. . . . . .

Transcurrió la noche, vino el día; un rayo de sol penetrando por entre los árboles despojados del jardín, penetró luego las blandas cortinas de la alcoba de Baccarat y jugueteó en la rubia cabellera de la pecadora y en la frente pálida de Fernando.

Fernando se había olvidado momentáneamente de Herminia, y creía soñar aún. Baccarat le había tomado la cabezo con sus dos manos y lo contemplaba con amor, repitiéndole entusiasmada:

—¡Te amo! ¡te amo!...

Pero de pronto, en el exterior, y en el momento en que el reloj de la chimenea marcaba apenas las nueve, se oyó un gran ruido de voces y pasos, y Baccarat saltó con presteza al suelo, espantada de aquel tumulto cuya causa ignoraba. Apenas se había puesto una bata y calzádose los pies con unas pantuflas rojas, cuando, llamaron a la puerta.

—¡Abrid en nombre de la ley! — decían desde fuera.

Baccarat era una mujer honrada, en la acepción trivial de esta palabra; no había robado nunca; no se metía en la política; no tenía, pues, nada que temer. Y sin embargo, se estremeció ante aquella orden imperiosa, a tal punto es poderoso el terror que infunde en Francia lo que se llama policía.

La pobre mujer se puso a temblar, dirigió una mirada de asombro a Fernando, no menos sorprendido que ella, y abrió, tan pálida como una de las blancas estatuas que se veían diseminadas en el jardín.

Un comisario de policía, con la banda puesta y seguido de dos agentes, estaba en el umbral y saludó a Baccarat.

El funcionario, que era un hombre educado, se descubrió delante de la joven y le dijo con perfecta cortesía:

—Perdonadme, señora, que penetre en vuestra casa a estas horas, y que venga a cumplir en ella una penosa misión...

—Caballero..., — murmuró Baccarat desfallecida, — ¿de qué se me acusa?

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de "Pucky", en el que encontrará además la segunda parte de

"EL MANDARIN NEGRO"

novela policial en tres partes, original e inédita, del gran autor inglés Sax Rohmer, tan conocido como apreciado por todo el público lector y especialmente por los favorecedores de "Pucky", que han leído sus obras "Los verdes ojos de Bast", "Ala de vampiro" y gran número de cuentos incomparables.

ALMUERZO OPORTUNO

El león hambriento: — ¡Qué oportunidad esposa mía! ¡Aquí viene de lo alto la canasta con el almuerzo!

Elegante figurín que ha sido detallado en las páginas femeninas que

EL DIARIO

inserta todos los jueves.

Compre

EL DIARIO

todas las tardes y estará al corriente de las noticias sociales, políticas, sportivas, teatrales y otras del momento.

EL DIARIO

Fundado hace 45 años

tiene entrada en todos los buenos hogares.

Remita el cupón y recibirá a domicilio un ejemplar del jueves próximo con las páginas de figurines en colores que EL DIARIO obsequia con esa edición, la que contiene además una página con la graciosa historieta para niños:

Barnigugli y su pingo Tragavientos

Señor administrador de EL DIARIO
Av. de Mayo, 662 . Bs. As.

Acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . F. C. . .

EDICION DIARIA; APARECE A LA HORA 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

INTERIOR	1 año	$ 28.—
	6 meses	" 14.50
	3 "	" 7.50

CIUDAD: $ 2.— por mes

Precios de suscrip. a la edición de los jueves:

1 año	$ 5.—
6 meses	" 2.50
3 "	" 7.50

La semana próxima: SEXTON BLAKE-TINKER-NIRVANA

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Diciembre 3
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 166

Esta escena corresponde a la aventura completa del gran scout

BUFFALO BILL

que se publica completa en este número y se titula:

VENGANZA DE PIEL ROJA

UNA FRASE VERÁZ

—¡Oye, Pedro! ¿No bajas a almorzar? ¡Ya es hora!
—Estaré en el suelo ahora no más.

Venganza de piel roja

Narración palpitante de una aventura del gran scout Búffalo Bill en el Salvaje Oeste y entre indios hostiles.

El Mandarín Negro

Segunda parte — precedida de una explicación de lo que pasó en la primera, para los que no la hayan leído, — de la electrizante nueva producción del gran novelista inglés Sax Rohmer.

El monito y el hipopótamo

Gracioso y sencillo juguete para armar. — En color.

De todas partes

Notas cómicas. — En color.

Humorismo francés

Chascarrillos de diversas publicaciones de París. — En color.

Marianita y las flores mágicas

Juguete para armar, de formato grande y que puede desprenderse del número sin interrumpir la lectura. — En color.

La mujer agitada

Un agradable cuento que entretiene, divierte y hace pasar el rato.

La herencia

Narración de un autor famoso, breve y divertida.

Rocambole

La gran novela de Ponson du Terrail famosa en toda una época y que "Pucky" publica a pedido de sus lectores.

Modernas invenciones prodigiosas

Un nuevo sistema para capturar ladrones. — En color.

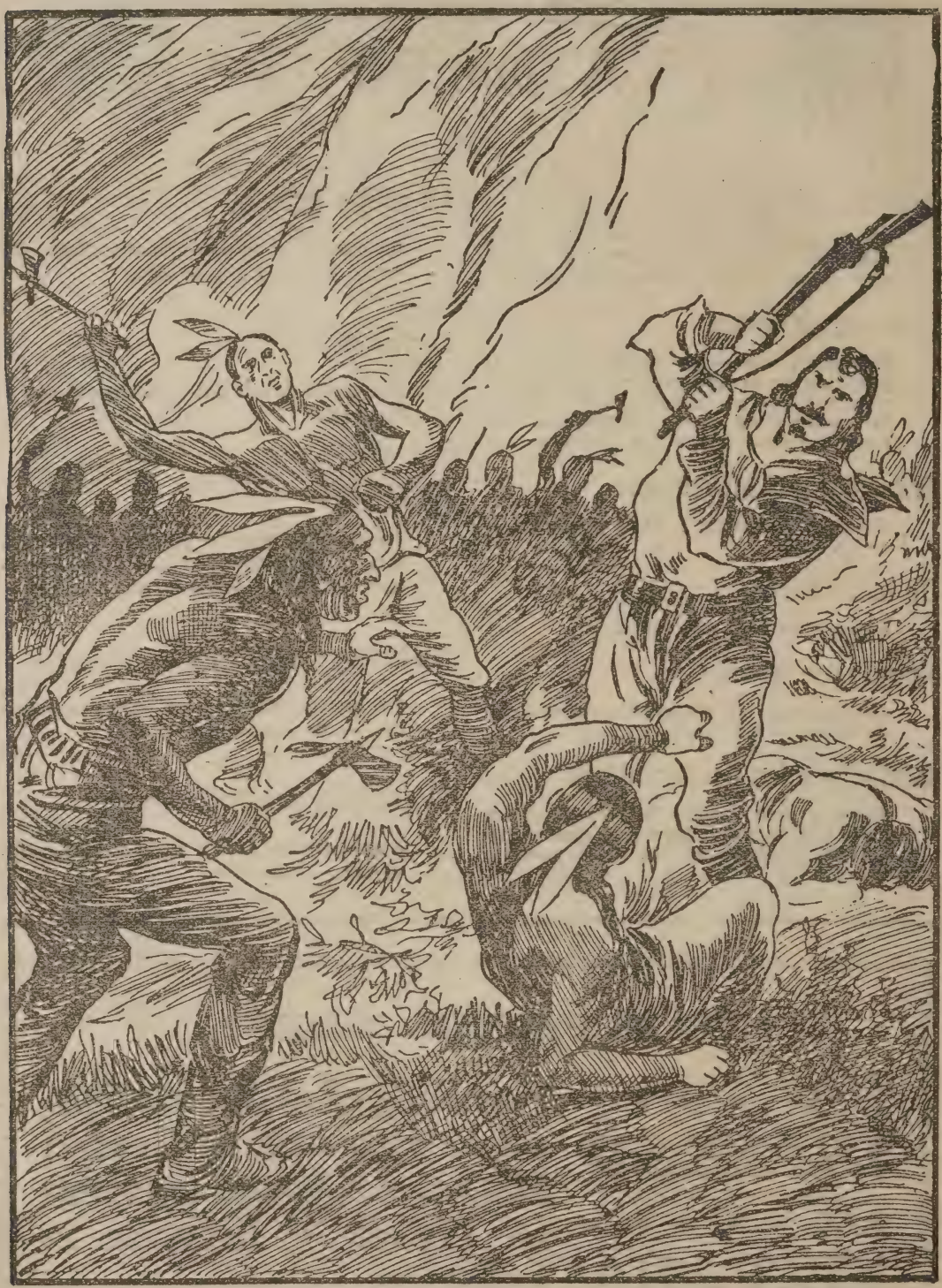
El gracioso don Pepitorio

Juguete para armar muy cómico y divertido. — En color.

EN EL PROXIMO NUMERO:

LA LEALTAD DE NIRVANA — Novela policial completa en la que actúan Sexton Blake, su joven ayudante Tínker y Nirvana la bailarina.

Un relato de emoción, interés y misterio.



Búffalo Bill en el momento en que, en medio del grupo de los hostiles pieles rojas de cuerpo untado con aceite, se defendía valerosamente empleando su rifle a modo de maza. ("Venganza de Piel Roja").

Interesante relato de la insurrección de los Siux en Oregón, en el que Buffalo Bill y sus compañeros, desempeñan una función importante. La historia ha sido escrita especialmente por uno de los famosos autores, que ya anteriormente conquistó el mayor éxito en nuestras páginas haciendo intervenir en sus narraciones a los "pioneers" de las regiones del lejano Oeste.

CAPITULO I

El misterio de Pluma de Aguila

UN soldado de caballería, cubierto por el polvo de los caminos y con las ropas en estado lastimoso, detuvo las riendas del caballo que montaba al acercarse al "paddock" del Circo del Oeste y se apeó con la mayor ligereza. Era una mañana excepcionalmente calurosa y aun no se había despejado la bruma del amanecer. Bien podría decirse que eran los albores de un día que habría de llenar las páginas de la historia del Estado Occidental del Pacífico, denominado Oregón a través del cual el Gran Circo del coronel Cody, efectuaba una de sus jiras.

Precisamente ese día se había acordado prorrogar la función que debía llevarse a cabo y era probable que tendría que suspenderse por mucho tiempo. El circo con sus cartelones enormes, sus rudos jinetes y fornidos hombres, se detuvo en Jacksonville.

La situación era algo peligrosa, pues los siux bajo las órdenes de Lone Bull, habían abandonado el circo para tomar las armas en tren de guerra y seguir los pasos de sus enemigos, con el propósito de vengar la muerte de su jefe y hermano: Pluma de Aguila.

Sin los indios, Cody y su circo, se veían en apuros sin poderlos reemplazar.

Uno de los indios llamado Nube Gris, jefe de una de las tribus independientes de los siux, fué el que trajo la noticia a Lone Bull, promoviendo la rebelión. Fué Nube Gris el que lo persuadió que entrase en campaña, disponiéndose también a guiar a sus guerreros para que luchasen en contra de la ley y el orden.

El soldado recién llegado, traía, pues, noticias de los últimos movimientos efectuados por Nube Gris y por eso se adelantó apresurado hacia el coche particular de Cody.

Encontró a Búffalo Bill solo y desconsolado, examinando una colección de mapas,

La novela más famosa de todos los tiempos

ROCAMBOLE

Continúa en la página 41 de este número

cartas geográficas y diagramas, donde se indicaban las posesiones de los indios al detalle, con el agregado de la población con que contaban y del régimen o constitución de las tribus. Cody trataba de dar con un nuevo lote de indios, para adiestrarlos cuanto antes, de modo que pudiesen estar a su servicio en el menor tiempo.

Cuando el soldado golpeó discretamente la puerta, el coronel levantó su fatigada cabeza e invitó al recién llegado a que pasara adelante. El soldado obedeció al punto y saludando con galantería entregó un despacho que traía desde uno de los fuertes, situado a cincuenta millas de distancia.

Al leer el contenido del despacho, Búffalo Bill miró asombrado al correo y golpeó acompasadamente el escritorio con los dedos en actitud nerviosa.

Las noticias eran de puño y letra de un tal coronel Hughes, que decía:

"Acuso recibo de su información respecto a la rebelión de una de las divisiones de los pieles rojas, quienes eran adictos a su circo y pertenecían a la compañía. Me apresuro a comunicarle que se hará todo lo posible para salvar sus intereses. La mayor parte de nuestros hombres se encuentran cumpliendo órdenes en varias partes del Estado; pero le prometo que en el término de tres días se hallarán en Jacksonville y sus alrededores en cumplimiento de la misión que les corresponde. Ayer se les ha trasmitido aviso de que se presenten. Aprovecho la oportunidad para solicitar al mismo tiempo, su concurso para el mantenimiento del orden y el cumplimiento de la ley. El pelotón de hombres que pondré a sus servicios, necesariamente ha de ser incompleto y en número reducido.

Yo he de necesitah fuerzas considerables por estos lugares, pues se han recibido noticias que los siux de la posesión del Gran Estero, que representan alrededor de quinientos hombres, se han levantado en armas bajo el mando de Nube Gris y según parece, se han aliado a Lone Bull y sus guerreros.

Con el objeto de impedir que se lleven a cabo más insurrecciones por este lado, me veo precisado a sostener las guarniciones.

Mientras tanto, señor Cody, me permito aconsejarle que mantenga una perpetua vigilancia. En tres días pueden suceder muchas cosas y debemos hacer todo lo que está en nuestro poder para demorar la insurrección hasta tanto pueda mandar buscar a mis hombres".

Búffalo Bill se golpeaba la cabeza para dilucidar lo que se preparaba. Se daba cuenta que sería imposible impedir el choque con los pieles rojas, antes de la llegada de los soldados.

Sabía también, que los indios indagarían el paradero de los soldados del fuerte y seguramente no esperarían su regreso, para desencadenar el primer golpe contra la ley y el orden de los rostros pálidos. La ausencia de los soldados durante tres días, sería la mejor oportunidad para el ataque y no desperdiciarían la ocasión, siendo como eran, tan astutos.

Cody se incorporó mirando seriamente al soldado. Su actitud revelaba una decisión y su rostro al punto se serenó determinado a proceder cuanto antes. Observó al soldado dándose cuenta que había realizado un viaje penoso y le preguntó con toda calma:

—¿Ha tropezado con alguno de los Injuns scouts?

—Sí... pero conseguí deslizarme sin ser visto, — respondió el jinete mirando sus botas llenas de polvo. Entre ustedes y las posesiones del Gran Estero hay por lo menos unas cuantas docenas; la mayoría scouts de Nube Gris. Lo que es Nube Gris me parece un zorrillo traidor como ninguno.

—Ya lo sé, — respondió Búffalo Bill. — Tras todo este desórden no hay otro más qué Nube Gris, si no me equivoco. ¿De manera que usted reconoce que logró escaparse de los scouts sin ser visto?

—Tuve suerte, — replicó el soldado. — No me extrañaría que me siguieran a la vuelta, pero de todos modos trataré de hacer todo lo que pueda para salvarme.

—Ciertamente, compañero, — dijo Búffalo Bill, convencido de que hablaba con un hombre de valor. Han de vigilarlo y lo verán a su regreso. Me parece que le será difícil cruzar el campo por donde nos vigilan.

—De cualquier manera no podré pasar sin ayuda.

—No; no podrá, por eso he tomado la resolución de acompañarlo. Quiero seguir las huellas de los indios del Gran Estero y descubrir a los rebeldes hasta dar con Nube Gris. Está tratando de indisponer a Lone Bull en contra mía y me tiene medio loco, porque no alcanzo a descifrar de qué medios se vale para lograrlo.

—Muy fácil de explicar, — contestó rápidamente el jinete. — La historia se comenta en el fuerte y según dicen Lone Bull tiene un hermano en las posesiones de los indios.

—Pluma de Aguila; pero el mismo Nube Gris cree que le han dado muerte.

—De cualquier manera, no tienen pruebas, — añadió el soldado. — Lo cierto es que hace unos días que mataron a un Injun y después se notó la desaparición de Pluma de Aguila. Sin embargo, el guía que disparó el balazo, conocía perfectamente a Pluma de Aguila y jura que no fué a él a quien dió muerte. De todos modos es algo sospechoso. Resulta que Pluma de Aguila era un todopoderoso entre los Injuns del Gran Estero, más o menos como Nube Gris. No obstante, Nube Gris siempre estaba dispuesto a la rebelión y a la guerra, mientras que Pluma de Aguila no hacía más que pensar en la paz.

Búffalo Bill sacudió la cabeza indeciso, comenzando también a sospechar algo.

—Creo que Pluma de Aguila no ha muerto. Ha sido otro Injun el herido, pero Nube Gris se ha valido de eso para librarse de Pluma de Aguila. Hace tiempo que está deseando promover una cuestión para llevar a sus hombres a la rebelión; si no fuera que Pluma de Aguila se le interpone siempre. Se me ocurre que lo tiene prisionero en alguna parte y Nube Gris se ha encargado de

hacer correr la falsa noticia de que lo han muerto y enterrado.

—¿Dice usted que el guía que dirigió la bala jura que no se trataba de Pluma de Aguila?

—Está seguríslmo, pero no puede probarlo. Tal vez usted lo conozca, señor Cody, lo llaman Hermith Holloway.

—No; jamás lo he oído nombrar. Sin embargo, ahora que recuerdo, debo haber tropezado con él. Su proceder se deberá sin duda al odio que siente por los Injuns, ¿no es eso?

El soldado sacudió la cabeza afirmativamente y sonrió, diciendo:

—Lo ha adivinado, señor Cody. Vive en una choza con su hijo menor, un muchacho de diez y siete años, más o menos. Años atrás su padre fué muerto a causa de una rebelión de los pieles rojas y desde entonces, en cuanto se le presenta un injun, lo mata. La mayoría de los indios le huyen y al único que ha tratado como compañero es precisamente a Pluma de Aguila.

—Hermit Holloway no es un hombre de carácter vulgar, — agregó Cody tomando su sombrero Stetson de alas anchas. — He tropezado con su hermano gemelo en los Estados del Norte de Méjico. Me gustaría conversar con él e interrogarlo acerca de la rebelión actual. Me será muy útil, desde que conoce a Pluma de Aguila, conforme a lo que usted dice. Pues bien; le decía que lo acompañaría a dar con las huellas de los indios del Gran Estero.

El soldado se sintió complacido ante la noticia y naturalmente aceptó la compañía.

Ya había realizado una jornada peligrosa antes de llegar con el despacho para el coronel. Sabía demasiado bien que el regreso no resultaría tan agradable, pues no sería difícil que habiéndolo descubierto estuviesen alerta para prepararle una emboscada.

La compañía de un explorador tan famoso en descubrir huellas, como lo era Búffalo Bill, le traería sin duda suerte nuevamente.

—Tengo entendido que nos ayudaremos mutuamente, señor Cody. — se atrevió a decir el soldado.

Mientras éste preparaba el caballo, el gran scout se apresuró a dar instrucciones finales a Johnny Bayer, su socio más joven, a quien consideraba su brazo derecho, dada la responsabilidad que asumía.

—Suceda lo que suceda, Johnny, no abandone a los del circo. Si los indios llegan a atacarlos, luche hasta el fin. Si no doy con la huella que busco, no por eso me desanimaré, sino que persistiré en hallarlo.

Después que hubo hablado salió cabalgando junto al soldado, alejándose del paddock. Miradas amistosas observaban su salida y lo saludaban con la mano, ante la expectativa que les esperaba, pues a pesar de tratarse de un explorador sin igual, corría el riesgo de verse imposibilitado de regresar.

Lo último que alcanzaron a ver del coronel, fué el momento de apartarse del camino en que volviéndose saludó a sus compañeros, prorrumpiendo en un adiós cariñoso. Luego se perdió de vista.

Era una de esas mañanas sofocantes y el resplandor del sol insorportable; no por eso

HERMIT HOLLOWAY

Búffalo Bill detenía su marcha, cabalgando junto al soldado, con un par de revólvers Colt 45 sujetos a la montura y un rifle seguro sostenido del hombro. Cada uno llevaba alimentos y agua suficiente para un día.

Al mediodía se detuvieron sin haber hallado hasta entonces señales hostiles de indio alguno; sin embargo, se abstuvieron de prender fuego para no arriesgar sus vidas por imprudencia. Después de un rato continuaron la marcha en plena tarde y en medio de aquel ambiente sofocante.

Entre el mediodía y la puesta del sol, estuvieron en peligro más de una vez. Los indios les habían seguido los pasos; pero en más de una ocasión, los viajeros habían vuelto hacia atrás desorientando a los que esperaban para sorprenderlos.

Una vez un "tomahawk" o hacha empleada por los indios, vino a caer junto al soldado, pasando a unas pulgadas de su cabeza. Pero el piel roja que la hubo arrojado no quedó con vida para ensayarlo por segunda vez.

Tal vez la suerte favorecía a Búffalo Bill. De cualquier manera, se hallaban a salvo, y lo único que les importaba era llegar al terreno poblado que rodeaba el fuerte.

Una vez ahí, se separaron estrechando las manos, en la forma que sólo lo hacen los hombres que saben que van a exponer la vida en medio de una serie de peligros.

Búffalo Bill enderezó sus pasos hacia la vivienda de Hermit Holloway.

CAPITULO II

Hermit Holloway

HERMIT HOLLOWAY vivía en una choza muy vieja a punto de desplomarse, en la región denominada Maple Copse en donde veíanse los tes y lobos del monte en cantidad.

En realidad era un lugar donde pocas veces se aventuraban los blancos, desde que aun los indios en raras ocasiones lo visitaban.

Hermit Holoway se había constituído en el guardián de Maple Copse, manteniendo siempre un rostro ceñudo e implacable, con expresión tan horrenda que nadie mantenía relaciones con él. Pocos eran los blancos que se atrevían a intervenir en sus asuntos, ni él tampoco se preocupaba de los demás. Parecía un hombre amargado con la existencia, conservando siempre unos modales ásperos para con todos.

Se decía que nunca se le había oído una palabra afectuosa, ni aun para con su hijo. Para con los extraños demostraba disgusto en cuanto se le acercaban.

Consideraba a los seres humanos colocados a un nivel más bajo que el de los mismos animales.

A veces se reía frente a los lobos del monte, según contaban; pero delante de los hombres, fueran buenos o no buenos, se manifestaba con un gesto de desprecio, llegando a insultarlos en tono violento.

Así era como Hermit Holloway se mantenía solitario, llevando la vida de un verdadero ermitaño, tal como su nombre lo indicaba.

Ese era el sello que la muerte de su padre por mano de los indios, había imprimido en su carácter. Holloway estaba envejeciendo, pero el recuerdo de su vida de explorador no se borraba de su mente y permanecía tan fresco, como en la época de su juventud.

Pertenecía a una raza que odiaba profundamente a los indios y, como tal, tenía la habilidad de darles muertes al primer golpe de vista, mucho más a los que se sabía que habían cometido toda clase de atrocidades en otros tiempos.

Holloway debía contarse entre los que como Davy Crockett vieron a los guerreros de Aguila Roja en la atroz carnicería de Horseshoe; pertenecía a la misma raza de Custer y Daniel Boone; exploradores excepcionales, que no cesaron de atacar a los indios en todo momento.

Cuando Búffalo Bill maneó su caballo al atardecer, acercándose a la choza del ermitaño, éste no le demostró su acostumbrada hostilidad a todo recién llegado, tal vez debido a lo que acabamos de exponer respecto a su odio contra los pieles rojas.

Cody era ya famoso y su fama se había extendido como la de ningún otro.

Se hallaba colocado a un nivel superior al de Custer y al de muchos otros que habían figurado en épocas lejanas. Su fama era algo que siempre marchaba frente a él. Holoway se hallaba en la puerta de su cabaña desierta y al observar al scout que se aproximaba, exclamó:

—¡Búffalo Bill!

Sin embargo permaneció impasible, fumando su pequeñita pipa negra, sin el menor signo de bienvenida, que por lo general caracteriza a los hombres de campo. Pero Cody ya estaba prevenido de la forma rara en que atendía a los visitantes, así es que no le llamó la atención el frío recibimiento, que si hubiese sabido, era sin disputa menos desagradable que el que hacía a cualquier otro forastero.

—Perdone, ¿qué tal, como le va? — se atrevió a decir Cody, extendiendo sus tostadas manos con una franqueza capaz de desarmar a cualquiera y alejar toda sospecha de mala intención. — Me parece que he venido a charlar con usted a propósito del levantamiento de los indios.

La mención de tales palabras fué suficiente para Holloway. A Cody le habían dicho que el ermitaño nunca sonreía; sin embargo, al estrechar la mano que le extendían, algo semejante a un gesto risueño se delineó en su ajada tez; un gesto áspero, desagradable que parecía trazado sobre un trozo de caoba viejo.

—¿Es usted Búffalo Bill? — preguntó con voz estridente, tal vez poco usada. — ¿Con que es usted Búffalo Bill? — repitió.

—No se ha equivocado compañero, — respondió el aludido. — He venido de muy lejos por un asunto urgente de mucha importancia. Tampoco quiero robarle tiempo, así es que terminaré cuanto antes.

—Pase, — agregó con voz cascada el ermitaño. — Ya está poniéndose el sol y en Maple Copse es mejor estar bajo techo a esta hora. Hay muchos lobos en Maple Copse. Sí, señor; muchos lobos.

Cody siguió al viejo, cruzando la puerta de madera ya desvencijada. Una vez adentro de la choza, comprobó que los asientos no eran más que unos cajones que servían de muebles. La mesa no podía ser más primitiva: con patas de leños de pino. Un par de tarimas rústicas se destacaban a los lados y en uno de los rincones la estufa práctica de aquellas regiones. En cuanto el scout cerró la puerta apareció un muchacho con la misma expresión del viejo y la misma figura de salvaje.

—Este es mi hijo, — agregó Holloway como toda presentación. Luego, dirigiéndose al muchacho, le ordenó que saliese a encender un buen fuego frente a la choza, para que sirviese de guardia, mientras permanecían en ella.

—Hay muchos lobos en Maple Copse, — volvió a decir con voz gruñona.

Entonces tomó uno de los cajones y lo señaló para que el visitante tomase asiento, a tiempo que se acomodaba en otro cajón, esperando órdenes de Cody, con los brazos cruzados y la pipa encendida en la boca.

Por último los ojos de Hermit Holloway se fruncieron y exclamó:

—Sí, señor. Los indios Injuns, de las posesiones del Gran Estero, han hecho correr la voz que fuí yo quien lo mató al desaparecido. ¡Es una mentira! No creo que haya muerto.

—No es usted, compañero, el único que piensa lo mismo, — respondió Búffalo Bill. — Hay un misterio con la cuestión de Pluma de Aguila. ¿De manera que usted cree que por este motivo los pieles rojas se han sublevado?

—No; me parece que usted está equivocado, Búffallo Bill. Se han valido de esa

excusa para levantarse en armas y rebelarse. Con toda seguridad que no ha muerto; apostaría todo lo que tengo que Pluma de Aguila no ha muerto. Además, tengo la plena seguridad que no ha sido ninguno de mis tiros que le ha causado la muerte.

—Sin embargo, un injun ha muerto bajo uno de sus tiros.

Holloway miró al scout con ligereza de vista y sacudió la cabeza afirmativamente ante el cargo que se le imputaba. Luego sacó las cenizas de la pipa y comenzó a detallar los pormenores de lo ocurrido.

—No me fío de estos indios, ni una sola pulgada. Supongo que habré nacido para morir bajo sus garras. Generalmente los mato a primera vista, como se lo merecen por perros traidores. El que maté el otro día no servía para nada; pero, créame, que no se trataba de Pluma de Aguila; estoy tan seguro como que usted es Búffallo Bil y yo Hermit.

—¿Completamente seguro?

—Sé lo que digo, — respondió el ermitaño — Pluma de Aguila es uno de los buenos injuns, o, mejor dicho, el único bueno con quien hasta ahora he tropezado. Una vez me salvó la vida y desde entonces me porto bien con él. Podría descubrirlo en medio de una multitud de siux, aunque todos estuviesen ataviados con el mismo traje. No; créame, no era Plma de Aguila a quien di muerte.

—¿De modo que usted supone que está vivo?

—No lo apostaría, — contestó con cierta precaución. — Para lo que yo sé... puede ser que haya ido al otro mundo; pero, lo cierto es que no ha sido por mi causa. Pluma de Aguila era amigo de la paz. Se casó con una blanca, y siempre se ha opuesto a todo levantamiento de los indios. Por eso, el otro jefe, conocido con el nombre de Nube Gris se ha convertido en su enemigo. Si Pluma de Aguila ha muerto, puede tener la seguridad que el asesino no es más que Nube Gris. Nube Gris hace años que está esperando el momento de provocar la rebelión, pero

EL QUE DEBIA SABERLO

El clérigo de la iglesia protestante: — ¡Hola, nena! Yo te conozco. ¿Cómo te llamas?

La nena: — Usted debe saberlo. ¡En casa me han dicho tantas veces que usted me bautizó!

no le llegaba porque Pluma de Aguila se oponía. Se ha querido librar de él y lo ha conseguido; eso es todo.

Búffallo Bill sacudió la cabeza en actitud reflexiva, mirando a través de la ventanita que se hallaba frente al lugar donde estaba sentado, con la mirada fija en el colorido escarlata que se extendía en el horizonte mientras el sol desaparecía por entre unas colinas azuladas derramando sus últimos resplandores. El fuego que había encendido el hijo del ermitaño, sin llegar a echar llamaradas deslumbrantes, proyectaba sobre el piso de la choza, a través de la puerta, sombras grotescas e inquietas. El crespúsculo ya se trocaba en noche, ennegreciéndolo todo y ya los lobos de Maple Copse aullaban llamando a sus compañeras.

—Pero ocurre que Pluma de Aguila es hermano del jefe de unos injuns que se hallaban agregados a la compañía de circo que trabaja bajo mi dirección. Nos ha dejado por el sólo hecho de vengar la muerte de su hermano. Si yo pudiese probarle que Pluma de Aguila está vivo, quedaría todo arreglado y detendría el levantamiento.

Hermit Holloway sacudió la cabeza, diciendo con aire resuelto:

—Si es por parte de Nube Gris, no conseguirá saber nada. Es traicionero y astuto como un montón de coyotes. Yo vivo deseando que llegue el día en que pueda asestarle el golpe con...

En eso se detuvo repentinamente, como si hubiese llegado a oír algo extraño. Suspenso, con la actitud de un hombre que se encuentra en medio de una atmósfera sospechosa, dejó de hablar quedando a la expectativa, mientras su hijo también parecía haber quedado atento al menor ruido.

De un rincón apartado salió cautelosamente el cuadrúpedo amigo del ermitaño, donde había estado hasta entonces arrollado cómodamente: un "terrier" que no tenía nada que envidiar al más listo de los exploradores. Jim, que así se llamaba el perro, se había levantado al distinguir también el lejano sonido inesperado. Se desperezó y comenzó a gruñir en forma amenazadora.

A los oídos de Búffalo Bill llegaron las pisadas de un caballo que se aproximaba a la choza de Hermit, a través del camino cubierto de pasto que se extendía en Maple Copse antes de la choza del ermitaño. Se sintió entonces el ruidito peculiar de unas riendas y en seguida el relincho del caballo al parecer fatigado, de tanto andar.

Momentáneamente todo pareció quedar en silencio y el scout se preguntaba a si mismo, si el jinete habría descendido o si se habría alejado.

Pero, lo cierto era que se había detenido. En medio de un ensordecedor murmullo de voces, se destacó la voz de mando imperiosa, cuyo tono no daba lugar a dudas de las intenciones que traía. Las palabras que llegaron a los oídos de Cody, lo hicieron ponerse de pie y con una exclamación dejó caer el cajón donde se hallaba sentado Holloway, al oír que alguien se acercaba, se levantó también del asiento.

Un caballo impaciente y cubierto de espuma echó una mirada en derredor en momentos que el jinete, saltando desde la montura, entraba precipitadamente a la choza.

—¡Ligero! ¡Por sus vidas! Los pieles rojas se hallarán aquí en seguida. ¡Ahí vienen los siux!

El soldado al ver que los ocupantes de la cabaña se encontraban despiertos y que habían alcanzado a oír el mensaje de que era portador, salió de nuevo como un relámpago, montando de un salto para llevar su voz de alarma a través de la peligrosa región de Maple Copse.

El estridente grito de guerra salvaje resonó en medio de la oscuridad, antes que pisadas del caballo que jineteaba el soldado se hubiesen perdido a la distancia, dando a entender que el peligro se acercaba rápidamente. Con un gruñido furioso y penetrante, Hermit Holloway saltó hacia la puerta.

CAPITULO III

Ataque doble

EL hijo del ermitaño que se encontraba junto a su padre, corrió en la misma dirección y adelantándose hacia la pared donde los rifles se encontraban alineados se detuvo a la expectativa de lo que pudiese ocurrir. Con un golpe, cerraron la puerta asegurándola en la mejor forma posible. Con ojos interrogadores, animados de una luz salvaje, Hermit miró a Búffalo Bill.

—Tendrá que permanecer con nosotros y ayudarnos a luchar, — dijo con voz de mando, como si se tratase de algo obligado. — Estamos competamente cercados por los injuns.

De un tirón tomó una de las armas entregándosela en forma imperativa a su hijo. Aunque ya habían atrincherado la ventana una de las hachas de los indios la estrelló al punto, echando los fragmentos del vidrio sobre el piso en medio de un ruido formidable.

Desde un principio podía suponerse que la mayoría de los pieles rojas ahí reunidos se proponían vengar la muerte de sus hermanos caídos bajo las armas de Hermit el más rencoroso de sus enemigos.

Animado ante la refriega que se preparaba, Hermit tomó uno de los rifles y abrió la cartuchera para tenerla preparada. Su hijo seguía sus movimientos imitando cuanto podía para alistarse contra el ataque, animado del mismo odio contra los indios.

Pero Cody con más tranquilidad y mayor reflexión, conociendo a los pieles rojas se abstuvo de toda excitación desesperada. Holloway al verlo tan sereno se volvió a él diciéndole con cierto desprecio:

—¿Acaso no puede usted usar uno de los rifles? Si no nos ayuda a luchar contra los injuns, por cierto que no vale lo que pesa.

—Depende de qué clase de injuns se trata, — respondió Cody. — Si son los que pertenecían a mi compañía de circo entonces tendré que dejarlo que se arregle con ellos.

El rostro de Holloway tomó una expresión siniestra y prorrumpió en una serie de maldiciones poco gratas al oído.

Búffalo Bill miraba sin inmutarse. Sus ojos transparentes de un gris puro, de mirada franca, dieron a comprender al ermitaño que no tenía junto a él a un cobarde y que ciertamente debía ser el famoso enemigo de los indios a quien no descuidaba siempre de perseguir sin abandonar sus huellas.

El ermitaño se dió cuenta que Cody se hallaba ante una situación peculiar. Sin disculparse por los horrores que había vertido en su contra, lo miró, diciendo:

—Ya comprendo. Algo hay en todo esto y nadie mejor que usted sabe a qué atenerse.

En eso se oyó un ruido infernal, producido por la gritería de los salvajes. Cualquier enemigo se hubiese aterrorizado ante los gritos de guerra de los pieles rojas excitados ante la refriega que tendrían que sostener.

Búffalo Bill veía las cabezas ataviadas de rojo que una tras otra se movían amenazadoras, tratando de amontonarse para cercar más y más la choza que atacaban.

La mirada escudriñadora de Cody, trataba de alcanzar a distinguir quiénes eran los indios. Su incertidumbre estaba, en si eran los guereros de Lone Bull o los rebeldes de Nube Gris.

Si acaso eran los traidores del jefe malvado, los atacaría al punto. Si en cambio se trataba de los que pertenecían al circo, estaba dispuesto a salir y arriesgar el todo por el todo, dándose a conocer.

Pero los mismos indios lo sacaron de la incertidumbre. Eran los que capitaneaba Lone Bull; que se habían armado en son de guerra para vengar del asesinato de Pluma de Aguila, hermano de uno de los suyos.

Precisamente Lone Bull fué el primero en tropezar con el caballo maniatado de Búffalo Bill y, al reconocerlo, más o menos, supuso lo que su visita significaba.

Dió sus órdenes con firmeza, para que

OPINION

El: — ¿No le gusta a usted pasear por el hermoso jardín... admirando como crecen las cosas?

Ella: — Prefiero verlas cuando ya han crecido.

asaltasen antes de ser detenido por la habilidad de Cody.

Los valientes siux se echaron a tierra y protegidos por la maleza se arrastraron con cautela y silencio, sin alcanzar a ser oídos por los astutos exploradores de la choza.

Una sola figura se destacaba de pie entre ellos, con la cabeza erguida con orgullo, arriesgando la vida a cada paso; pues de un momento a otro, bien podía haber salido un tiro de la choza. Y a la verdad, Holloway mismo ya había apretado el gatillo, con la intención de apuntar contra el atrevido y audaz indio que así se le aproximaba.

Seguramente que Lone Bull jamás se habría encontrado tan cerca de la muerte; pero quiso el destino, que Cody lo salvase. A través de una rendija, lo reconoció a tiempo que veía al ermitaño dispuesto a tirarle un balazo.

—¡No tire, hombre! — exclamó. — ¡Por favor, no tire!

Holloway manteniendo cierto respeto por Cody, detuvo el arma.

Así fué cómo el avance de Lone Bull continuó sin ser molestado. Búffalo Bill comprendió lo que ocurría y saltó hacia la puerta.

Tomó el picaporte, dispuesto abrir; pero Holloway tomándolo del brazo gruñó:

—¡Está loco! Me imagino que no se habrá atontado. ¿No comprende que esos injuns nos están haciendo una jugada? Si abre la puerta, toda la tribu se avalanzará sobre nosotros penetrando en la choza.

—No crea, — respondió Cody. — El jefe es Lone Bull. Me haré responsable de lo que suceda.

—Me parece que no quedará con vida, para cargar con la responsabilidad.

Pero Cody no dió oídos a lo que decía el ermitaño y abrió la puerta de par en par, permaneciendo en la misma como una estatua de bronce.

A veinte pasos de distancia, Lone Bull le hizo frente, igualmente impasible como un estoico. La voz de Lone Bull sonó como un desafío y en la lengua de los siux dijo:

—¡Cazador de búfalos! Somos hermanos y hemos comido juntos de la misma carne. ¿Cómo es posible que se hospede en la vivienda de los perros blancos que han dado muerte a Pluma de Aguila? Los hermanos del asesino, no pueden ser mis hermanos. Usted ha dejado de serlo.

—Está mal informado, jefe, — repuso con toda calma Cody. — Aun sigo siendo su hermano. Su remedio no es bueno. El que mató a su hermano, si a la verdad ha muerto, no está bajo este techo. Sus oídos se han engañado ante la lengua falsa de un perro traidor.

—El espíritu de mi hermano clama venganza, desde el mundo feliz en que descansa. Estoy seguro que aquí mora el asesino.

—Escuche, Lone Bull, — dijo fríamente Cody. — Es Nube Gris el que extiende el mal remedio con sus palabras perjuras. Tal vez Pluma de Aguila no haya muerto aun. Los blancos de esta choza, juran que no lo han matado. Era un hermano para ellos y en cambio Nube Gris, es enemigo; un enemigo implacable, que ha abierto el camino que ha de llevarlos a la guerra..

—¿Es verdad lo que nos dice Búffalo Bill? — preguntó el indio con un rayo de feliz esperanza ante la buena nueva. — Ya sabemos que Nube Gris odia todo lo que sea paz.

—Pero es que Nube Gris no es amigo de ustedes, — agregó Cody volviendo la mirada hacia el ermitaño. — ¿Tiene usted algún indicio o preuba de la amistad que lo ligaba a Pluma de Aguila? Si es así, Hermit, le ruego que me la entregue al instante.

Con gran alegría para el scout, Holloway alcanzó un cuchillo de los que emplean los indios para sacar el cuero cabelludo a sus enemigos, donde se veía grabado un signo representando la cabeza de una especie de búfalo.

—Me parece que me será posible dar por terminado todo este asunto, — dijo al punto tomando el cuchillo.

Sin apresurarse lo más mínimo se adelantó hacia donde se encontraba Lone Bull, extendiéndole el cuchillo a distancia de un brazo.

—Esto perteneció a Pluma de Aguila, quien lo entregó a sus amigos de rostro pálido.

Lone Bull examinó con cuidado el arma, terminando por convencerse que había pertenecido a uno de sus hermanos; pero le quedaba una sospecha y, era la forma de cómo había venido a caer en las manos de los ocupantes de la choza.

—Pero bien puede ser que el blanco se la haya robado a Pluma de Aguila después de matarlo.

Búffalo Bill más inteligente dió con la respuesta, preguntándole:

—¿Acaso Nube Gris les ha mostrado la tumba de Pluma de Aguila?

—Nos relató la forma en que los buitres lo habían devorado en el mismo punto donde había caído, de manera que no tenía tumba alguna para probar la evidencia del crimen.

—¡Una mentira! — exclamó Cody. — Pluma de Aguila no puede estar muerto, tenga la seguridad que Nube Gris les ha mentido. Si supiese que había muerto, si estuviese enterado del lugar donde cayó, ¿acaso no se hubiese adelantado a quitarle el cuero cabelludo antes que los buitres lo devorasen?

De nuevo Lone Bull sacudió la cabeza sin quedar convencido. Precisamente unas horas antes había cavilado sobre la actuación de Nube Gris y sospechaba algo que le hacía pensar que se trataba de un verdadero traidor.

Lo asegurado por Cody no hizo más que inflamar la llama de sospecha que lo tenía tan inquieto.

Al devolver el cuchillo sintióse arrepentido de haber tomado con tanta ligereza las armas en son de guerra.

—Vuelva conmigo al campamento, Lone Bull, — dijo entonces Cody. — La guerra

es una manía de los tontos. Abandone a Nube Gris y no preste oídos a sus mentiras y sólo así podremos ambos salir en busca de Pluma de Aguila. No puede haber muerto, tal como usted mismo lo supone, jefe.

El famoso explorador se detuvo con los labios en suspenso, pendiente de la respuesta ansiada de Lone Bull. Los asuntos con los indios iban tomando mal jiro y un día de espera podría causarle mucho daño.

—No puede ser, Búffalo Bill, — respondió Lone Bull bastante apesadumbrado. — Los siux han abierto la brecha y ya la guerra está encendida. Acabo de dejar a Nube Gris y he prestado juramento ante el Gran Espíritu. No puedo abandonar las armas hasta no dar con Pluma de Aguila, o mejor dicho, hasta que Pluma de Aguila no sea...

—Pero Pluma de Aguila no ha muerto, — lo interrumpió el scout.

—De cualquier manera, — continuó diciendo el jefe, — Nube Gris y sus guerreros han emprendido el camino de la rebelión. Ya en una ocasión yo mismo, Lone Bull, hice juramento de que no me levantaría con mis hombres en contra de Búffalo Bill; pero cuando usted hizo abandonar el campamento a Nube Gris, se atrajo su odio. Mis palabras serían inútiles, por más que quisiera convencerlo que dejase la venganza para otra ocasión, pues ya se ve que nada detendrá la venganza que piensa hacer recaer sobre la cabeza de Búffalo Bill.

—¿Venganza? — exclamó Cody preso de la mayor agitación tomando del brazo a Lone Bull. — Quiere usted decir que...

—El campamento suyo corre el mayor de los peligros en este momento, — replicó Lone Bull. — Nube Gris y sus guerreros que alcanzan a unos quinientos, se hallan en persecución de sus compañeros y hermanos, a quienes piensan arrancar el cuero cabelludo como trofeo de guerra.

Búffalo Bill sintió que el corazón se le paralizaba de horror y esas palabras de venganza resonaron en sus oídos como golpes de martillo que fueron a repercutir dolorosamente en su cerebro.

Cuando hubo pasado un segundo de espanto, su mente no pudo apartar la idea de que los pieles rojas atacaban el campamento y que él, impotente, se encontraba a cientos y cientos de millas de millas de distancia sin poder correr en su auxilio.

—¿Está seguro? — volvió a decir casi con incredulidad.

Lone Bull por toda respuesta sacudió la cabeza, agregando:

—Hace cinco horas que han emprendido

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatmala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay. . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ „ 12.00 „

el viaje a la carrera hacia el gran campamento en busca de los rostros pálidos.

Como un relámpago Búffalo Bill cambió de expresión trocándose en otro hombre.

Pareció haber olvidado que Holoway y su hijo existían y de un salto estuvo al lado del caballo desatándolo con ligereza nunca vista para de un brinco ubicarse en la montura con la agilidad de un gato montés.

Antes de tomar asiento pareció haber imprimido movimiento al animal, pues éste salió con la rapidez del rayo. Cody alcanzó a oír sin embargo el golpe de la puerta de la choza que se cerraba con violencia.

Vió también que Lone Bull se volvía hacia sus guerreros pero ya no prestó atención a nada de lo que pasaba en su redor.

Ya no se inquietó por el ataque que pudo o no continuar en la choza de Hermit, preocupándose tan sólo por la compañía que a tantas millas necesitaba de la mano poderoha de su jefe en la refriega que los amenazaba.

Más tarde supo que Lone Bull y sus guerreros abandonaron la choza mediante una tregua, convenida, manifestando que saldrían en busca de Pluma de Aguila y hasta no convencerse de su muerte, no volverían a tomar las armas contra los blancos.

Las palabras de Cody habían producido el efecto deseado. Cody corría en medio de la oscuridad de la noche, sin más pensamiento que la salvación de sus compañeros. Como un fantasma se perdía entre las tinieblas, sin medir el peligro que lo cercaba; peligro que hasta entonces no había sido tan grave como entonces. La amenaza de los rojos se extendían por todos los rincones del campo por donde atravesaba, llevado por instinto hacia el lugar donde su presencia se hacía indispensable.

El circo y sus alrededores debía ser alcanzado por Búffalo Bill, costase lo que costase; y así, volaba el explorador animado por la excitación que lo embargaba sin detenerse ante ningún obstáculo.

CAPITULO IV

¡Por fin salvo!

El rifle de Johnny Baker ya quemaba sus manos, pues durante casi una hora había estado haciendo fuego continuamente, dando fin a las balas que tenía a su alcance, en medio de las sombras que rodeaban el campamento cuyo cuidado especial se le había encomendado.

Los gritos y aullidos de los alvajes habían respondido a sus balas, recompensando la tarea emprendida. El ataque de los siux había sido sostenido una hora hasta entonces. Gracias a ciertas precauciones, temiendo un asalto, se había mantenido cen-

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses . . . . $ 2.50
6 " . . . . " 4.80
1 año. . . . . " 9.—

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

tinelas durante el día y la noche y los telones y vagones, como los carros y demás accesorios del círco se habían colocado en montón formando círculo. Johnny Barker había tomado el mando general cuando el primer ataque de los indios se dejó oír y el primer tomahawk se vió caer en el paddock. Sus órdenes no podrían haber sido más prudentes y ni el mismo Búffalo Bill lo hubiese hecho mejor.

El personal fué colocado tras los vagones en varios puntos y las pocas mujeres quedaron en lugar seguro, mientras Barker y Surly Duggan con un ejemplo de heroísmo sin igual, sostenía la peor parte de la lucha.

Las balas eran relativamente escasas, así es que los indios se hallaban armados con flechas y hachas, por más que eran numerosos y así llevaban ventaja contra los del Circo que eran bien pocos.

A la luz de uno de los tiros, siguió el de otros dejando ver el esqueleto de los árboles que se delineaban entre el resplandor de la refriega. Fué entonces que Barker alcanzó a distinguir la figura de un hombre, una visión que como loca se abría paso entre los indios. Johnny Barker se adelantó y azorado contempló el cuadro. El hombre que luchaba, era un blanco. Se destacaba en medio de un grupo de guerreros pintados, relucientes de aceite, que lo rodeaban con movimientos salvajes, tratando de defenderse del ataque que con heroísmo sostenía sin fatiga alguna.

En ambas manos, llevaba un rifle, único medio de defensa con que contaba. Valiéndose del puño de los mismos rifles, después de blandirlos en el aire sobre la cabeza, los dejaba caer con fuerza a diestra y siniestra sin descanso. En esa forma pudo mantener a la distancia a los salvajes. No había duda que ya había sostenido por demás el combate, pués su ropa caía a girones dejando ver su cuerpo ensangretado.

En la frente ya un chorro escarlata comenzaba a molestarlo, pués había perdido el sombrero como es muy natural. Su rostro revelaba cierta expresión de espanto, pués los indios no se apartaban y no pensaban más que en apoderarse de su persona.

—¡Búffalo Bill! — gritó con todas sus fuerzas Johnny Barker.

Siguiendo las huellas de sus enemigos había logrado llegar al campamento sin ser visto, pero bien se encontró a unas pocas varas fué descubierto y no le quedó más recurso que abrirse paso peleando sin cesar.

Paso a paso fué ganando terreno hasta aproximarse al campamento del Circo.

De nuevo Barker volvió a llamarlo para infundirle ánimo y adelantándose empuño el rifle sin apartar los ojos de Cody. Al mismo tiempo Duggan no se aturdía ante el espectáculo imprevisto, sino que cobrando bríos se disponía a volar en ayuda de su jefe.

Pero en el preciso momento que Duggan apretaba el gatillo apuntando con certeza, Johnny alcanzó a distinguir algo nuevo.

Precisamente detrás de Cody se delineaba la figura de un indio de más edad que el explorador, que parecía ser un guerrero de acción y experiencia.

Era la cabeza de un valiente y su rostro tenía una expresión tan siniestra que ciertamente debía inspirar terror al más acabado de los estoicos. Buffalo Bill circundado por los indios, no se había percatado de su presencia. El valiente se disponía a asestarle un golpe en la cabeza con el hacha de guerra, un golpe de muerte al que ni hubiese escapado Cody a pesar de su habilidad para defenderse.

Johnny Barker no tuvo tiempo de apuntar tratando de dar en el blanco, así es que obró impulsivamente y como siempre sucede, la casualidad venturosa salió a su encuentro.

La bala dió sobre el indio y éste no pudo continuar su obra destructora. Su última expresión no fué de las agradables.

—Ya no se levantará — dijo el joven violinista. — No podrán darle ni siquiera la oportunidad para que se salve.

Pero de pronto el corazón de Barker se desanimó por completo al distinguir una tras otra una serie de plumas y rostros pintados que se acercaban en ayuda de los primeros.

—¡Caracoles! — exclamó Barker. — Me parece que no lo podremos librar del ataque. Todo ha terminado.

Pero Buffalo Bill pareció darse cuenta del nuevo peligro y con un esfuerzo sobrehumano tratando de restaurar las fuerzas con desesperación, siguió adelante para conseguir pasar al campamento a pesar de sentirse desfallecer, casi sin aliento para mantenerse de pie. Sus pies se movían instintivamente y en lugar de caminar, lo arrastraban.

—Son capaces de aprisionarlo,—dijo Duggan. — Pero debemos luchar hasta el fin, valiéndonos de todos los medios para impedirlo.

Antes de que Johnny se percatase de lo que sucedía, ya Duggan había saltado por las barricadas y con un grito desesperado caía sobre los indios que perseguían a Cody.

Barker cambió ua mirada con Ronald Massey ante la actitud de su compañero. Comprendieron que era una locura, pero no pudieron menos que reconocer que era un acto de heroísmo envidiable.

Les había dado un ejemplo que valía la pena seguir, y al ver que Duggan golpeaba el cráneo de uno de los indios se enardecieron y corrieron para impedir que su jefe fuese a retroceder.

Jugando con la muerte salieron de sus escondrijos, considerando que la salvación de su jefe bien valía el sacrificio en que estaban empeñados. En tal forma, pudo Buffalo Bill lograr su objeto; pero en un estado tan deplorable que una vez en el círculo de las barricadas cayó sin acordarse que había llegado para salvar a la compañía. Fuera, los tres jóvenes luchaban hombro a hombro con los pieles rojas sin retroceder en absoluto. Donde primero habían actuado como una docena de enemigos, aparecieron muchos más sedientes de sangre anhelando el cuero cabelludo de los tres valientes.

Los minutos corrían y los segundos parecían horas. Aquello parecía un sueño y todos se disputaban sus vidas.

De pronto llegó a sus oídos algo que los llenó de esperanza. Al principio no podían

comprender el significado de aquello, porque bien podía ser el silbido del viento; pero pronto se dieron cuenta que se trataba del galope de unos caballos.

—¡Un refuerzo de soldados!—gritó Barker. — Los soldados que vienen en auxilio.

Pero en verdad, los que se acercaban no eran todos soldados. Durante dos horas, las autoridades de Jacksonville habían estado reclutando voluntarios de la población civil, pues sabían muy bien que si los pieles rojas triunfaban en el campamento de Cody se dirigirían a la ciudad, así es que una vez alistados se alinearon guiados por unos soldados y se lanzaron a la carrera para dar una manito en la cuestión de los blancos y los indios.

Los indios que rodeaban a los tres valientes, alcanzaron a distinguir la expresión de alegría que se pintaba en sus semblantes al oír las pisadas de los caballos y también se dieron cuenta que venían soldados en auxilio de los blancos.

Olvidaron la lucha y en medio de una gritería salvaje emprendieron la retirada.

—¡Estamos a salvo! — exclamó Duggan con una risa forzada, pues ya no le quedaban casi fuerzas ni para cambiar de expresión. — Pero ha sido un combate de verdad, compañeros. He gozado lo que no se imaginan.

—¡Mejor es que volvamos! — dijo entonces Johnny Barker.

A pesar del ruido ensordecedor en que se vieron rodeados al regresar al campamento, cayeron exhaustos, quedándose dormidos sin sentir lo que pasaba en su redor.

Pero Johnny Barker más aliviado de la refriega, pudo incorporarse y tambaleando tomó el cuerpo de Cody, llevándole a duras penas hasta su carreta particular, donde lo colocó de espaldas y le lavó las heridas de la cabeza. Duggan y el cowboy violinista se quedaron en el campamento para presenciar el final del drama que debía desarrollarse esa misma noche.

Cuando las luces de las llamas comenzaron a apagarse, las tropas atacaron con más empeño a los indios y como estaban bien armados y provistos de balas, lograron sofocar las rebelión de los siux, alejándolos de los alrededores del campamento.

No hay necesidad de entrar a detallar los pormenores de la lucha. La casualidad ayudó a los defensores, quienes favorecidos por la oscuridad y la incertidumbre de los indios, los fueron llevando adelante, fuera del campamento. Las balas perdidas y muchas tiradas al azar dieron sobre los pieles rojas como es muy natural. Pero también los tomahawks lanzados por los salvajes y las flechas llegaron a herir de muerte a caballos y jinetes. Por último, los pieles rojas considerándose vencidos, se dispersaron en todas direcciones en medio del desórden y la confusión más espantosa. El jefe de la rebelión no era más que el mismo Nube Gris, quien a su vez se vió precisado a dirigir la retirada. El personal del circo al contar con refuerzos, desearon continuar la lucha, pero Nube Gris temiendo encontrarse bajo dos fuegos, encerrado en una trampa, resolvió correr a todo escape hacia las colinas, para ocultarse en su escondrijo provisorio.

Y así Nube Gris y sus guerreros se ocultaron permaneciendo tranquilos por mucho tiempo.

No hubo publicación oficial a propósito de la rendición de los indios y éstos mismos no dieron motivo para que las autoridades llegasen a testimoniar una conclusión semejante. Por un tiempo no se tuvo noticias de que los pieles rojas incitaran a sus tribus a la rebelión en contra de la ley, perturbando el orden, salvo uno que otro asalto individual de indios errantes; ataques que no tenían mayor importancia. Lo ocurido tuvo sus ventajas, porque el fuerte de las posesiones del Gran Estero, dispuso que se establecieran patrullas y estuviesen alerta al primer movimiento de sublevación de los salvajes.

* * * *

La mañana del día siguiente al combate, fué más feliz para Búffalo Bill, quien despertó más o menos lo mismo que otras veces, dispuesto a trabajar una vez más.

Cuando Johnny Barker se atrevió a formular una pregunta, averiguando si saldrían en busca de los indios para reponer a los que se habían apartado del circo, permitiéndoseles que actuaran en la forma que deseaban como anteriormente, Cody sacudió la cabeza.

—Si es cierto que la rebelión no ha continuado, yo creo que Lone Bull no es suficientemente inteligente y que no podrá resistir mucho tiempo a los de su misma raza. Después de todo no se tienen pruebas de la muerte de su hermano. Según mi modo de parecer, debíamos averiguar primero todo lo concerniente a la desaparición de Pluma de Aguila. Si llegamos a probarle a Lone Bull que no ha muerto, entonces volverá sin escrúpulo alguno a la compañía del circo.

Pero las pruebas relativas a la suerte de Pluma de Aguila no eran tan fáciles de conseguir.

Muchos eran los acontecimientos que debían producirse antes de que se aclarase la verdad relativa a la supuesta muerte del hermano de Lone Bull, que después de todo ha de ser tema de otra historia.

Fin de "Venganza de Piel Roja"

Esto no es un folletín; es una novela dividida por su autor en tres partes, la primera de las cuales se publicó en el número pasado y la segunda, — precedida de un resumen de lo publicado que permite entender con toda claridad lo que hoy aparece, aun cuando no se haya leído el número pasado, — aparece a continuación. La tercera y última parte aparecerá en el número próximo.

EL MANDARIN NEGRO

por SAX ROHMER

(TRADUCCION DEL INGLES PARA "PUCKY")

Intenso y vibrante relato dividido en tres partes, en el que el gran autor inglés se muestra como en sus más famosas obras impresionando al lector con una indescriptible fuerza evocativa.

Los dos personajes principales que actúan en esta nueva novela de Sax Rohmer son Paul Harley, el hombre de confianza del gobierno inglés y Knox, su amigo, los que figuraron también en la interesante novela "Ala de Vampiro", publicada por este magazine. Hartey es un tipo extraordinario de investigador, cuya habilidad es estupenda y Knox colabora eficazmente en su tarea, en muchas ocasiones.

Lo que pasó antes

EN casa de su amigo Knox, Paul Harley, del Servicio Secreto del gobierno británico nota la presencia de un sobre de color ámbar, extrañamente perfumado y con un sello de lacre dorado que representa un escarabajo. Enterado de que ese sobre ha sido dejado en casa de Knox, por el cartero, aun cuando está dirigido a Michael Hebrón, que vive en el departamento de arriba del de Knox, porque el destinatario se hallaba ausente, Paul Harley procede inmediatamente a abrirlo al vapor de agua hirviendo porque ha reconocido que el perfume que exhala el sobre es el usado por la conocida y criminal aventurera madame de Médici. Encuentra dentro del sobre una tarjeta con la figura de un mandarín y el mensaje: "Reunión esta noche, a las 2". Esa reunión es de una sociedad secreta, la más peligrosa de Asia, cuyo jefe, el Mandarín Negro, ha eludido hasta entonces las investigaciones de la policía secreta de cuatro grandes potencias que en vano tratan de capturarlo hace varios años. En la persecución del Mandarín Negro ha fracasado hasta el famoso Raymond McCabe, del Servicio Secreto de Estados Unidos, el más brillante investigador de aquel país. McCabe ha terminado por darse por vencido y retirarse de la profesión. Al visitar el departamento de arriba, Harley y Knox encuentran a Hebrón y a otro hombre, muertos los dos, evidentemente en duelo o combate. Continuando su investigación encuentran otra tarjeta con el Mandarín Negro, en el bolsillo del muerto desconocido, el cual, a juzgar por lo escrito en el sobre color ámbar que

Coleccione usted "PUCKY". Por nueve pesos anuales tendrá usted 52 números, equivalentes a 3536 páginas, casi todas de lectura. ¡Una biblioteca de 100 tomos no tiene más lectura que un año de este magazine!

contiene la tarjeta, resulta ser un señor llamado Julián, domiciliado en Maida Vale. También encuentran dos cogullas negras. Harley y Knox deciden ponérselas y asistir a la reunión en lugar de los dos muertos. Harley habla inmediatamente por teléfono con el inspector Wessex, de Scotland Yard y de él obtiene noticias que confirman las sospechas de Harley respecto al sitio donde ha de verificarse la reunión a que invitan las tarjetas que ostentan el Mandarín Negro. Harley y Knox parten para asistir a la reunión.

La Casa de los Gongos

SOPLABA una fría brisa del Norte cuando el automóvil Daimler avanzó por el camino del muelle de las Indias Occidentales y las campanas del carrillón del reloj de una iglesia cercana empezaron a tocar las dos.

Ténuemente lucía una pálida luna sobre las míseras casas, cerradas, tenebrosas, con aspecto de hallarse deshabitadas. Yo conocía bastante de la vida nocturna de aquel barrio; sin embargo no me era fácil poblar mentalmente el interior de aquellos edificios llenos de astutos y vigilantes asiáticos. A un centenar de yardas de mí se encontraban los que jugaban por dinero, los que fumaban opio, los que bebían en tabernas que carecían de licencia. Sin embargo, el barrio chino, — llamado por todos "Chinatown" o "la ciudad china", — parecía hallarse profundamente dormido. A veces, una ráfaga de viento traía hasta nuestros oídos el ruido metálico de las maquinarias del puerto, el entrechocar de hierros, el toque de sirena de algún remolcador en marcha, pero del lado de la ciudad no nos llegaba ni el menor murmullo.

—Los que están vigilando este sitio están bien escondidos, — dijo, tal vez con algo de temor, en el momento en que volvimos la esquina del campo de Ropemakers.

—Les es necesario, — contestó Harley.— Me hubiera gustado cambiar de aspecto, Knox, si hubiera tenido tiempo. No me explico por qué van los visitantes a esta casa y no a la de Chada.

—¿Quién es ese Chada?

—El dueño del establecimiento actualmente ocupado por madame de Médicí. Tuvo dificultades con la policía hace poco tiempo, con motivo de la muerte de un tal Peters, miembro de esa útil pero antipática profesión de espías al servicio de la policía. Chada es un euroasiático muy adinerado cuyo paradero se ignora en la actualidad. Aquí está el farol... ahí el callejón, Knox, y la puerta queda allá.

Miramos por el callejón desde donde estaba el farol del alumbrado público, hacia el callejón estrecho, oscuro, repugnante.

—¿A qué obedecerá la precaución de las cogullas si hemos de mostrar la cara al portero? — preguntó Harley en voz baja.

—Tal vez se supone que hemos de vestirnos con ellas aquí, antes de llamar.

—Sí; es posible. Aun cuando corramos el riesgo de parecer excéntricos, procedamos así.

En consecuencia, abriendo la valija de cuero que había pertenecido al señor Julián, saqué de ella los dos odiosos disfraces. Tanto Harley como yo llevábamos puestos sombreros de fieltro blando, así que nos fué fácil meterlos en la valija. Cuando, un momento después, en el débilmente alumbrado callejón, miré a mi compañero, no pude reprimir un sobresalto de desagrado. Aun cuando yo sabía que aquél era Paul Harley, resultaba tan siniestra y repulsiva su negra silueta, cuyos ojos brillaban diabólicamente en los agujeros de la puntiaguda capucha, que sentí un instante de frío en el corazón.

—¡Horrible! — exclamó él mirándome con un desagrado parecido a aquel con el cual lo miraba yo. — Me parece que ya no volveré jamás a mirarle a usted con agrado, Knox.

Era típica en Paul Harley la costumbre de bromear en los instantes de mayor peligro.

El molesto pesimismo que había amenazado dominarme durante un movimiento, se disipó como por arte de magia. Estábamos a punto de entrar en una guarida entregada por completo al capricho de gentes que conspiraban contra los gobiernos de las naciones constitídas, gentes para las cuales la vida humana no merecía más respeto que las hojas de hierba que se pisotean al andar. Tal vez me había tenido nervioso el recuerdo de lo que había visto en el departamento de encima del mío; pero recordando cuán calurosamente había accedido a acompañar a mi amigo y pensando que una numerosa patrulla de elementos de Scotland Yard nos rodeaba, aun cuando no lo veíamos, recobré por completo la serenidad.

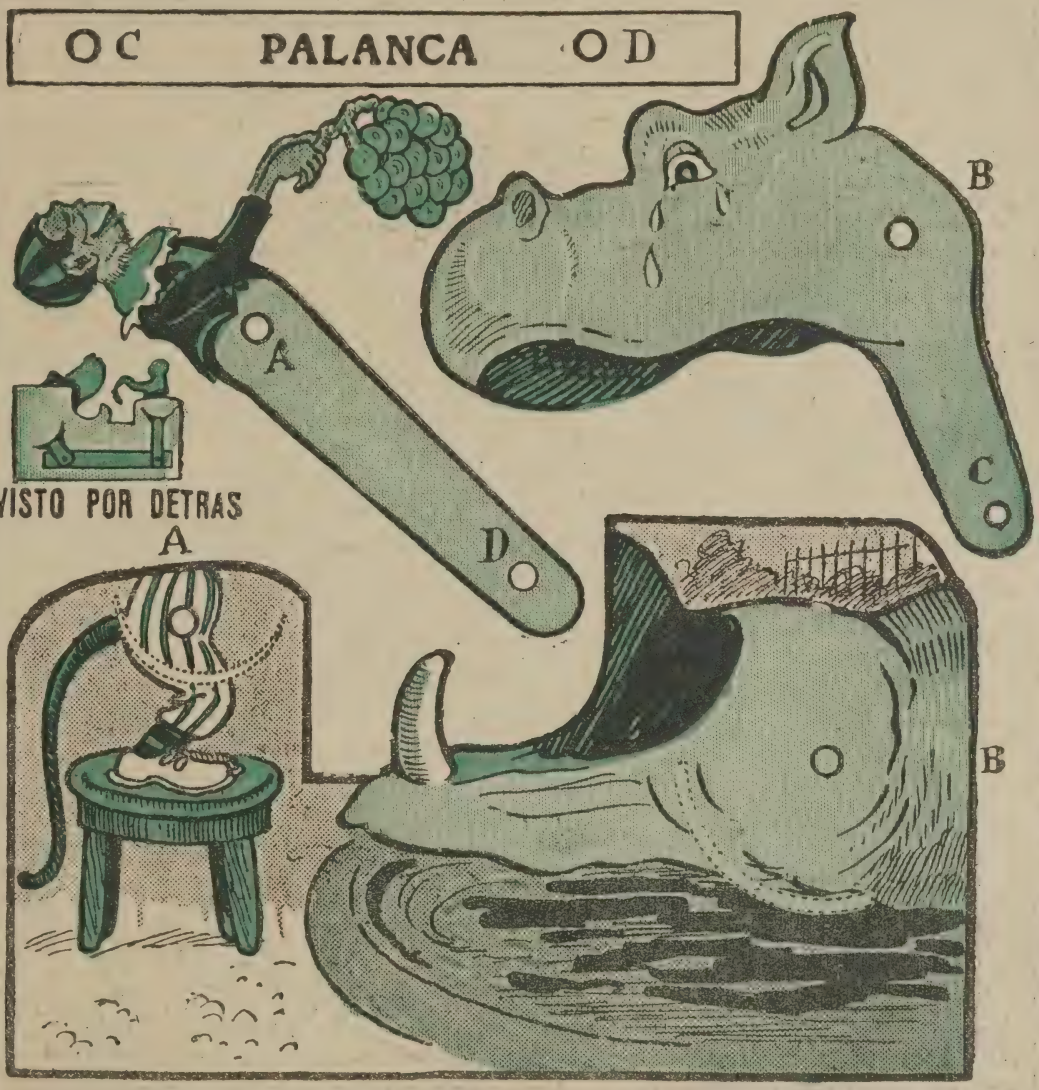
Harley se acercó a la puerta, que tenía dos sucios escalones de piedra.

—Tenga preparado su boleto. — dijo en voz

EL MONITO Y EL HIPOPOTAMO

GRACIOSO Y SENCILLO JUGUETE DE MOVIMIENTO

ESTE JUGUETE, COMO OTROS MUCHOS DE LOS QUE "PUCKY" HA PUBLICADO, CONSTITUYE UNA GRATA DIVERSION PARA GRANDES Y CHICOS Y ES TAMBIEN UN MOTIVO PARA QUE LOS NIÑOS APRENDAN MUCHAS COSAS CON FACILIDAD Y AGRADABLEMENTE.



EL MONITO ESTA BURLANDOSE DEL POBRE HIPOPOTAMO AL QUE OFRECE UN RACIMO DE UVAS QUE NO LE DA PARA QUE EL JUGUETE FUNCIONE Y SE VEA COMO JUEGA EL MONO CON EL HIPOPOTAMO HAY QUE PEGAR LOS DIBUJOS EN CARTON Y UNA VEZ BIEN SECO TODO RECORTARLOS. DESPUES OBSERVANDO CON ATENCION EL DIBUJO CHICO SE PODRA ARMAR MIENTRAS TANTO EL JUGUETE HACIENDO USO DE UN PAR DE BROCHECITOS DE BRONCE DE ESOS DE UNIR PAPELES.

baja. Levantando la mano dió un solo golpe con el aldabón.

Un curioso detalle nos llamó la atención inmediatamente. El llamador estaba envuelto en trapos para que no hiciera mucho ruido.

—¡Hola! — murmuré. — ¿Qué diablos quiere decir esto?

No estaba, en verdad, preparado para lo que resultó del llamado de mi amigo. Un débil ruido procedente de lo alto me hizo mirar hacia arriba. Allí, descendiendo, colgada de un largo cordel, se presentó una canastita china tejida con delgadas tiras de caña. La persona, oculta en alguna habitación superior, que descendía la canastita, resultaba enteramente invisible para nosotros.

Tomé del brazo a Herley, indicando la canastita. La vimos descender hasta que se quedó colgando, balanceándose de un lado a otro del callejón a la altura del hombro de nosotros. Harley la tomó y miró dentro de ella rápidamente. La canastita estaba vacía.

Por mi parte no creo que hubiera llegado ni a suponer el objeto de aquello. Pero mi amigo, diciendo algo entre dientes, sacó la tarjeta que tenía pintado el Mandarín Negro y la puso en la canastilla.

Al mismo tiempo dió un tirón de la manga de mi cogulla y yo, comprendiendo entonces lo que de mí se esperaba, puse la segunda tarjeta junto a la primera. En seguida, Harley dió un tirón del cordel y lo soltó. La canastita fué recogida inmediatamente. Me incliné hacia el oído de Harley.

—¿Qué dijo usted antes? — le preguntó en voz muy baja.

—Dije: "sistema empleado hace tiempo por la Hip Sing Tong", — me contestó por lo bajo. La puerta se abrirá mediante un aparato mecánico, si no me equivoco.

Se realizó tal como él lo había supuesto. Débilmente llegó a mis oídos, como si procediera de una caverna subterránea, el tañido de un gongo. Después de unos instantes se oyó como si algo pesado fuese alzado por una soga que pasara por una garrucha sin aceitar. Cesó este ruido y le siguió un metálico "clic" y la puerta se abrió revelando un interior enteramente a oscuras.

En cuanto transpusimos el hueco de la puerta ésta se cerró casi tan silenciosamente como se había abierto. Se oyó de nuevo el herrumbroso chirrido mientras permanecíamos parados sin saber qué hacer. Cesó el ruido y una lámpara eléctrica de incandescencia se encendió sobre nosotros inmediatamente.

No me sentía muy a mi gusto, y mi primer impulso fuí mirar hacia la puerta. Me enteré de que, aun cuando del lado de afuera tenía aspecto de ser una puerta muy ordinaria y vulgar, por la parte de adentro presentaba una apariencia enteremante distinta. En primer lugar era extraordinariamente gruesa y pesada, y, en segundo, una especie de armazón de hierro que funcionaba corriendo por unos carriles de metal, había sido descendida de lo alto colgada de unas cadenas y constituyendo una segunda puerta interior.

La habitación en que me encontré tenía el mismo aspecto que muchas otras que yo había visto en casas chinas, excepción hecha de la presencia de la lámpara eléctrica de incandescencia y de la puerta de hierro. Esto quiere decir que estaba pobremente amueblada. Un cartel anunciador de una marca de cigarillos adornaba una de las paredes y los muebles eran de madera sin pintar.

En una mesa situada junto a una de las paredes noté la presencia de varias carteras de mano y de valijitas, y en vista de aquello puse en la mesa la valijita que yo llevaba en la mano. En la habitación reinaba el silencio. No tenía ventana que diera al callejón y mirando a la puerta reforzada con hierro me aterroricé al pensar que podíamos haber hallado el modo de meternos en aquella casa, pero que era imposible salir de ella sin contar con la ayuda del invisible portero.

—Este es el cuarto de vestir, Knox, — dijo Harley en voz muy baja. — Nos anunciaremos en cuanto estemos dispuestos.

—¿Lo cree usted así? — preguntó con bastante nerviosidad.

—¿Para qué, si no es para eso, está ahí ese gongo? Sea como sea, voy a hacer la prueba.

Avanzando tomó el gongo y el martillo y dió un golpe fuerte, sonoro que repercutió en las paredes de la reducida habitación. Cuando reinó de nuevo el silencio escuchamos con atención. Entonces, de algún sitio, — bastante lejano, según nos pareció, — la señal hecha inmediatamente al tañido del gongo obtuvo respuesta.

Un tañido de gongo grave y sonoro, llegó en contestación, hasta nosotros.

En el mismo instante, con el rápido ruido del correr de unas anillas de metal en la barra de bronce, se descorrió una cortina y me ví ante los peldaños de piedra de un tramo de escalera que descendía hacia un sótano débilmente alumbrado.

—Ya lo comprendo, — murmuró Harley. — Existe un pasaje que de aquí conduce a la casa de Zani Chada. La policía lo sospechaba hacía tiempo; pero lo cierto es que está hábilmente disimulado.

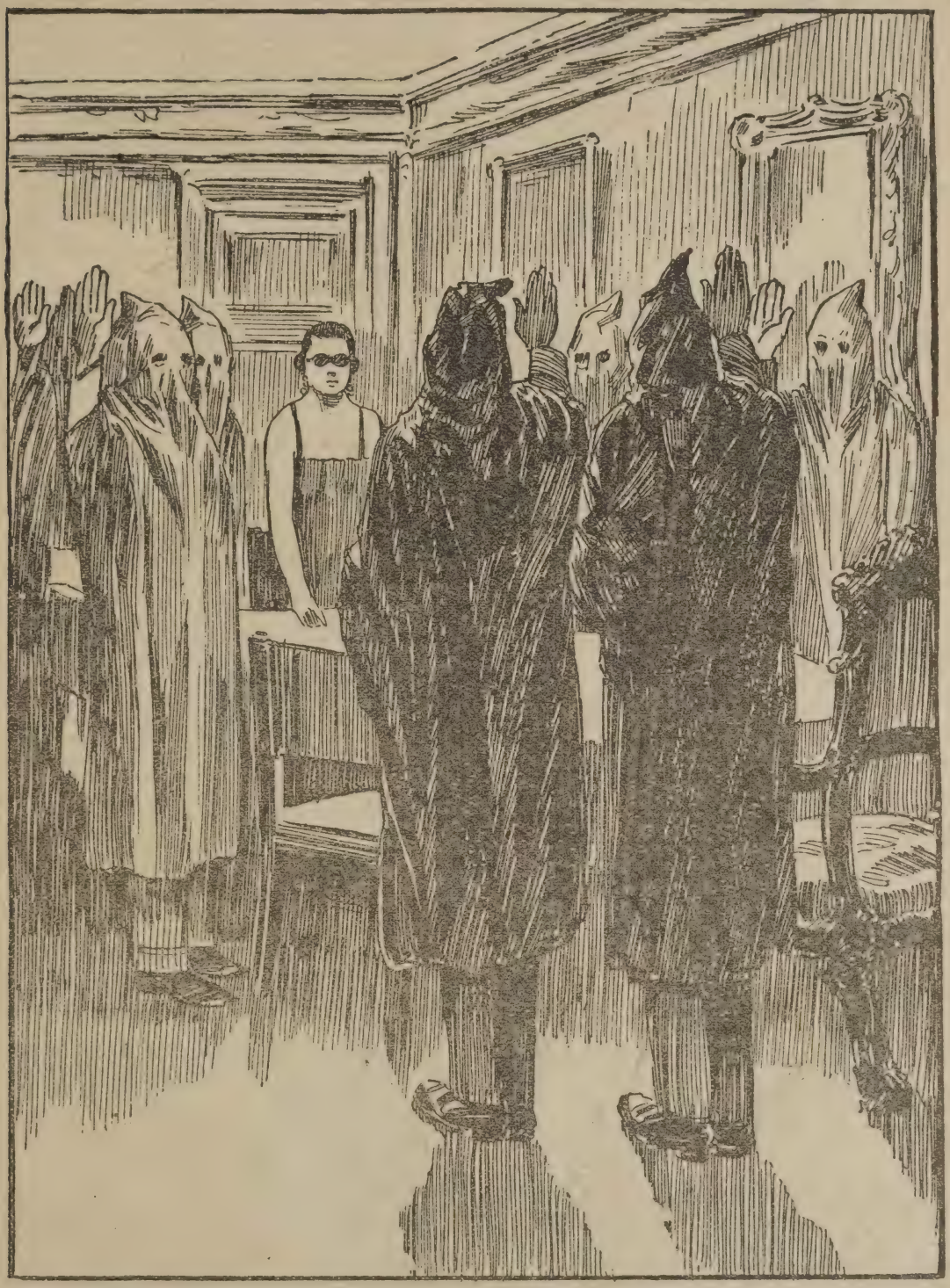
Descendimos por aquella estrecha escalera, yendo Harley delante. Conducía a un sótano pequeño y sucio en el cual parecía hallarse amontonada una cantidad de madera sin valor. El alumbrado lo constituía un pico de gas que sobresalía de la pared de ladrillo. Una puerta sin marco y que según me pareció debía pasar inadvertida en circunstancias comunes, nos invitaba a seguir adelante. Daba a un túnel abierto en la tierra y semejante a una galería de mina. Su atmósfera era fría y húmeda. No tenía más luz que otro pico de gas, situado en la pared, a doce o quince pies de la entrada.

Harley entró en aquel túnel sin vacilación alguna y yo tuve que seguirlo. Habíamos llegado al pico de gase cuando oímos un ruido que me hizo volver la cabeza.

La entrada del túnel se había cerrado.

Recordando la señal convenida sentí que el cuerpo se me cubría de un sudor frío al pensar que era imposible que la detonación de un tiro de revólver disparado ahí dentro fuera oída en la calle. Si aquellos a quienes buscábamos llegaban a sospechar o si, — ¡pensamiento horrible! — habían sospechado ya, estábamos atrapados como ratas.

El túnel, que se inclinó cuesta abajo desde el punto en que estaba la luz, comenzó luego



En el mismo momento de hacer ese saludo observé algo que detuvo los latidos de mi corazón; algo de cuyo significado total no me percaté en aquel instante, pero que me pareció malo, amenazador. ("El Mandarín Negro").

a subir, terminando en un sótano mucho más espacioso que el anterior, es decir, el de la casa de Kew, por donde habíamos entrado.

Este sótano era un vasto depósito de vino y estaba alumbrado con luz eléctrica y en orden. Estábamos ya, evidentemente, en el sótano de la casa de Zani Chada. Seguimos escaleras arriba sin haber visto hasta aquel momento a persona alguna.

Pasamos por una despensa que daba a un corredor. Al extremo de éste ví un hall o vestíbulo curiosamente adornado. Un chino, vestido a la usanza de su país, esperaba para recibirnos.

Madame de Médici

HARLEY no pronunció una sola palabra. Avanzó en silencio por el corredor al encuentro del chino. Lo seguí y no tengo reparo en manifestar que me aseguré de la posibilidad de que podría sacar el revólver rápidamente, de debajo de los pliegues de mi negra cogulla, llegado el momento.

Cuando llegamos al extremo del corredor el sirviente levantó la mano, con la palma hacia adelante, saludando, al mismo tiempo que inclinaba la cabeza.

Paul Harley devolvió el saludo y yo lo imité. Después el chino nos indicó silenciosamente dos sillas adornadas y talladas, se inclinó de nuevo y se alejó, subiendo por un tramo de alfombrada escalera en cuyos peldaños no hicieron ruido alguno sus zapatillas de gruesa suela. Cuando el chino se hubo retirado, Harley se inclinó hacia mí.

—Knox, ¿ha notado usted cómo nos miró el chino la palma de la mano? — preguntó rápidamente.

—¿La palma de la mano? — murmuré. — No. ¿Por qué había de mirarla?

—¿Por qué? ¡Eso digo yo! — manifestó Harley.

Comenzó a mirar en redor furtivamente. Debo manifestar, en este momento, que mi amigo estaba dotado de un sexto sentido mediante el cual lograba a veces, percatarse de la presencia de un peligro inminente aun cuando no pudiera ver nada que lo anunciara. Mientras esperábamos allí, en aquel extraño hall, me pareció que una sobrenatural premonición le había impresionado. Me pareció que buscaba desesperadamente el modo de combinar algún nuevo plan de acción.

Sin embargo, si así era, fracasó. Silencioso como un fantasma el chino que nos había indicado las sillas descendió por la escalera con su rostro amarillo enteramente impávido, se inclinó y nos indicó que le siguiéramos.

Yo no podía, claro está, ver el rostro de Harley, pero por los huecos para los ojos me dirigió una mirada cuyo significado no logré entender. Sólo comprendí que quería advertirme algo. Ignorante de lo que él pensaba; ignorante del defecto que había echado de ver en nuestro atrevido plan, lo seguí escaleras arriba. Las alfombras de la escalera eran tan gruesas que no se oían nuestros pasos. En aquel momento sentí una angustia aun más intensa que la que poco antes había sentido.

Fué descorrida hacia un lado la cortina; pasamos por un corto pasadizo iluminado por una lámpara eléctrica con pantalla color de oro en forma de antorcha y sostenida por una exquisita estatuita de marfil. Las paredes estaban tapizadas y el suelo cubierto por numerosas alfombras y pieles. Nuestro guía golpeó dos veces en una puerta que estaba cerrada y se retiró a un lado, inclinándose.

Harley entró y yo le seguí. Nos vimos ante un cuadro tan grotesco a la vez que tan siniestro que realmente me pregunté si era verdad que no estaba soñando.

Nos encontrábamos en una habitación larga y baja de techo. En las paredes había hermosos cuadros al óleo; el moblaje era sólido, antiguo y sin duda de mucho valor. En redor de una larga mesa estaban situados nueve hombres y una mujer; al menos supuse que los nueve que estaban cubiertos por sendas negras cogullas eran hombres. Todos estaban de pie frente a nosotros con la mano derecha levantada, haciendo el mismo saludo con que nos había recibido el chino sirviente, a nuestra llegada.

Se habían levantado de las sillas en que habían estado sentados. Toda mi atención se concentró en la mujer que estaba al extremo más apartado de la larga mesa.

Vestía de negro; el vestido era tan ceñido que hacía resaltar las líneas de su cuerpo escultural, dejando descubiertos sus impecables hombros. Por su actitud y por la curva de sus rojos labios, deduje que aquella mujer debía ser hermosa a pesar de que tenía puesto un angosto antifaz en cuyos huecos relucían los más extraordinarios ojos de color de ámbar que haya visto yo en un ser humano. Su caballe negro como el azabache estaba peinado con clásica sencillez. Al mirar la allí, de pie, con una mano cargada de valiosos anillos apoyada ligeramente en la mesa, me dí cuenta de que aquella era la famosa madame de Médici y no pude dudar de su asombrosa fuerza para el bien o para el mal. Pensé que jamás había yo visto una figura más decisivamente imponente.

Harley levantó la mano y yo hice otro tanto; y en el mismo momento de hacer ese saludo observé algo; algo que pareció detener los latidos de mi corazón; algo de cuyo significado total no me percaté en aquel instante, pero que me pareció malo y amenazador.

Ya he dicho que madame de Médici estaba sola, de pie, al extremo de la mesa de modo que en el momento de entrar pude calcular que era ella la que presidía aquella secreta y singular asamblea.

Vi después que frente a ella, en el extremo de la mesa que quedaba de nuestro lado, había una silla grande, de alto respaldo de ébano tallado, con patas en forma de dragones y tapizada con tela de oro. Esta, y otra silla que estaba a su derecha eran los únicos asientos vacíos.

Se echaba de ver que Harley o yo, — es decir que Hebrón o Julian, — era quien, según los otros lo esperaban, debía presidir la reunión.

¿Cómo me hubiera desenvuelto yo, en tal ocasión, si me hubiese visto solo? No lo sé. Mi terror, — que ya era grande, — se acre-

centó al oir un murmullo inarticulado, murmullo con el cual fué recibido nuestro saludo. Los ojos que nos miraron por los agujeros de las negras cogullas parecieron excitar mi imaginación a tal punto que llegué a verlos como si fueran animales feroces.

Tenía la mano apoyada en mi ropaje pronta para empuñar en un instante el revólver que tenía en el bolsillo. Creo que me hubiese vuelto y hubiera echado a correr a no ser porque los ambarinos ojos de madame de Médici me tenían sujeto hipnóticamente, impidiéndome todo movimiento. Jamás en toda mi vida de aventuras, — muchas de las cuales se debían a la intervención que tuve en los casos de Paul Harley, — había pasado yo por un momento parecido. Me sentía igual que si diez voces nos hubieran denunciado, poniendo en evidencia una grave falta de nuestros planes. Comprendía que el sobrenatural sexto sentido de Paul Harley ya le había enterado de eso, de modo que me quedé asombrado cuando le vi avanzar hacia la silla que parecía un trono, indicándome que me sentara en la que estaba a su derecha.

Cuando avanzamos todos los que estaban allí volvieron la cabeza hacia madame de Médici. La dama se inclinó levemente y todos se sentaron.

Yo no había dejado de mirar a la cara o mejor dicho a los ojos, de aquella mujer. En verdad casi no me sentía capaz de mirar hacia otro lado. Busqué la silla a tientas y me senté máquinalmente. Una vez sentado pude, furtivamente, levantar mi negro ropaje y apoyar la mano en la culata del revólver que tenía en el bolsillo. Madame de Médici se quedó de pie. Reinó el silencio más completo. Débilmente percibí un perfume que luego identifiqué: era el mismo que exhalaba el sobre de color de ámbar.

La mirada de aquellos amarillos ojos de tigre estaba fija en mi amigo y como si hubieran recibido una silenciosa orden de proceder así; los encogullados volvieron a mirar hacia nosotros. Pero esta vez todas las miradas dirigiéronse a Paul Harley.

Entonces madame de Médici habló.

—Amigos míos, — dijo, expresándose con gran suavidad, pero dirigiendo con la mirada un mensaje individual a cada uno de los presentes, cara a cara; — ya está completo nuestro número.

Un débil murmullo la interrumpió. El hombre que se encontraba junto a mí, a la derecha, respiraba pesadamente y este hecho hizo que al instante acudiera a mi mente la idea de que si a mí me causaban terror aquellos misteriosos personajes cubiertos con negras cogullas, el miedo que ellos sentían en aquel momento no era, por concepto alguno, menor que el mío. Yo no podía descubrir su identidad, ni aún siquiera su nacionalidad. Pero el hecho de que todos ellos se hallaban bajo el dominio completo de aquella mujer era algo que estaba fuera de toda duda. Hacia ella miraban pidiendo consejo y con ella contaban para que los guiara. Sin tomar en cuenta el murmullo, la mujer siguió hablando.

—Propongo, — dijo, — que celebremos nuestra sesión en la cámara inferior, de acuerdo con nuestra costumbre.

Algún oculto significado tenía aquella manifestación que fué recibida por movimientos de cabeza afirmativos de parte de los miembros de la reunión. Algo me tocó una rodilla; miré hacia abajo y vi la mano de Harley que empuñaba el revólver. Adivinando el significado de aquello saqué mi revólver del bolsillo y lo escondí apercibido, debajo de la mesa.

—Si los señores quieren tener la bondad de seguirme, — dijo madame de Médici; — yo indicaré el camino.

Con lánguida elegancia se volvió y se dirigió hacia una puerta que había al otro extremo, — el más alejado, — de la habitación. Los nueve hombres que estaban en redor de la mesa, se levantaron y la siguieron. Se conocía que estaban ansiosos de poder retirarse de allí lo antes posible. Harley se levantó también. Durante un momento supuso que no sabía qué partido tomar. Sabía que había cometido un error pero contaba sin duda con la gente de Scotland Yard que rodeaba la casa, pero se sentía, también sin duda, cohibido por la presencia de una mujer. Cuando todos nos habían vuelto la espalda, habló.

—Knox, — dijo en voz muy baja; — ¿se fijó usted cómo nos miraron todos la palma de la mano?

—Sí, — dije. — Hable pronto. ¿Qué quiere usted decirme?

Tras de la hermosa mujer los nueve cogullados habían desaparecido ya de la habitación.

—Nos han descubierto, — dijo Harley; — no podremos enterarnos de nada. Hemos cometido algún error. Sin la menor duda. Lo primero, pues, ha de ser quitarnos estas malditas cogulllas.

Nos encontrábamos solos en el largo salón. Ni uno solo de los conspiradores nos había dirigido la mirada al ausentarse. Harley se quitó la negra cogulla y se quedó, con el revólver en la mano, mirando en redor. Yo también me quité la odiosa prenda que entorpecía mis movimientos y me disponía a hablar cuando se produjo algo extraordinario.

Tan espesas eran las alfombras de las habitaciones, corredores y escaleras de aquella casa que no era posible oír rumor de paso alguno. Por esta razón no era posible calcular qué rumbo habían tomado los que se habían ido. De pronto, mientras mirábamos a la lejana puerta por donde se habían retirado, madame de Médici, que se había quitado el antifaz, reapareció.

—Bien, señor Harley, — dijo dulcemente y con suave sonrisa burlona; — ¿no va usted a presentarme al amigo a quien me ha traído de visita?

El cuarto de la tela de oro

La misión de narrar los sucesos que se produjeron en seguida es una misión que emprendo con inquieta vacilación. Había vuelto a guardarme el revólver en el bolsillo en el momento en que madame de Médici entró de nuevo en la habitación; Harley también había

De pronto, mientras nosotros mirábamos hacia la lejana puerta de la habitación bía quitado el antifaz, — reapareció. "Bien, señor Harley, — dijo dulcemente sonrien de visita?" ("El Mandarín Negro").

por la cual se habían retirado los nueve conspiradores, madame de Médici, — que se ha-
do burlona; — ¿no va usted a presentarme al amigo a quien ha tenido a bien traerme

DE TODAS PARTES

HUEVOS FRESCOS

DE UNO A OTRO

—Dígame el señor ¿cómo prefiere los huevos pasados por agua?
—Sin pollo adentro, como me los serviste ayer.

—¿Y para oír la radiotelefonía se colocan ustedes así?
—Sí, señor; ¿no ve usted que lo que a este le entra por un oído le sale por el otro?

(De "Buen Humor").

UN SISTEMA PRACTICO

—Yo, querido viejo, cuando tengo sed pienso en un excelente bife a caballo. ¿Por qué? Lo más sencillo: porque al pensar así se me hace la boca agua y se acabó la sed.

NO ERA ESO

Juancito. — Mamá, ¿puedo comer dos pedazos de budín en lugar de uno solo?

La mamá. — ¿Por qué no, hijo mío.

Juancito. — Entonces, dame otro.

La mamá. — No; parte por la mitad el pedazo que tienes y ya está.

HUMORISMO FRANCES

—Señor patrón: me permito manifestarle que usted me debe tres meses de sueldo y no hay más que seis francos en caja.

—¡Un poco de paciencia! ¡Le aumento el sueldo treinta pesos mensuales!

La señora Nuevarica: — ¡Qué me dice usted de mi elegantísimo sombrero?

La señora de Pérez: — ¡Oh! ¡Es admirable, encantador!

La señora Nuevarica: — Celebro mucho que usted lo encuentre de su gusto.

La señora de Pérez: — ¡Sí es encantador! Yo tuve uno igual cuando esa forma estaba de moda.

El médico: — No puedo ocultarle, mi querido señor, que su estado es muy grave. ¿Desea usted ver a alguna persona?...

El enfermo: — Sí: otro médico.

(Del "Almanach Vermot").

Entonces fué cuando la inolvidable voz cuyo timbre era como el de una campani con persianas de delgadas tablas, con sus sedosos secretos deliciosos. Ví el espíritu del darín Negro").

ta de plata me llamó dulcemente y comenzó a hablar. Oí un canto elogiando las casitas Pueblo Amarillo de pie frente a mí, un espíritu grandioso y potente... ("El Man-

ocultado su arma. Tanto él como yo, estoy seguro, nos hallábamos convencidos de nuestra derrota. Legalmente nos encontrábamos a merced de aquella extrañamente hermosa mujer que, sentándose en un diván entre varios mullidos almohadones, encendió un cigarrillo y nos miró por entre las pestañas, con los ojos entornados.

Al mirarla así, reclinada en el diván, pensé que encontraba divertida nuestra perplejidad. Sabiendo, — no era posible que yo dudara de ello, — que estaba complicada en la más horrenda conjura que hubiera burlado los esfuerzos del Servicio Secreto de cuatro grandes potencias, me dí cuenta de que bajo aquella agradable y sonriente felina indolencia, debía ocultarse un espíritu poderosamente peligroso.

No era una simple mascarada la sesión en que nos habíamos metido como intrusos; era un cuadro de un drama secreto que el día menos pensado podía envolver a todo el mundo occidental. Hacía mucho tiempo que conocía a Paul Harley, pero jamás le había notado tan visiblemente emocionado. Estaba enojado y no podía disimularlo, pero se daba cuenta de que se encontraba en situación difícil y obligado a librar una batalla de ingenios con una mujer.

—Bien, señor Harley, — dijo madame de Médici; — no lo ofenderé fingiendo que no me doy perfecta cuenta del motivo que lo ha traído a usted aquí esta noche. — Calló un momento, mirando el cigarrrillo que tenía entre los dedos. — Hace ya mucho tiempo que me tiene sometida a su vigilancia. Tal vez por que le pareció a usted raro que decidiera vivir en esta casa, usted me ha seguido siempre que visitaba a mis amigos los que viven en barrios más civilizados de Londres. Esta noche... — sonrió, mirándome fijamente mientras seguía dirigiendo la palabra a Harley... — usted logró avanzar realmente mucho. Ha sido algo casi absurdo.

—Ha sido algo más que absurdo, — replicó Harley observando cautelosamente a la mujer. — Ha sido positivamente ofensivo. Le pido a usted mis disculpas, madame de Médici.

Ella casi no lo miró. Siguió con sus ojos de extraordinario color ámbar, — que había abierto ya, — fijos insistentemente en mí. Notábase en sus labios una sonrisa de desafío. Mirándola sentada allí ostentando toda su singular belleza, me dije que Cleopatra debió ser, sin duda, una mujer como ella. Sin embargo me era agradable contemplarla. No me dí cuenta de qué modo los detalles del cuadro iban borrándose de mi percepción. Poco a poco el alcance de mi mente se achicaba llegando a parecerme que, para mí, todo tenía principio y fin en aquellos dos misteriosos estanques ambarinos. Madame de Médici siguió dirigiéndose a Harley, pero sin dejar de mirarme.

—Usted no ha querido cultivar mi relación socialmente, señor Harley, y sin embargo visita usted mi casa sin haber sido invitado.

—¡Y la encuentro a usted rodeada de muy extraña concurrencia, por cierto! — replicó Harley.

—¡Se trata de una sociedad secreta que se reune en mi casa! — explicó ella fríamente y mientras tanto me miró sonriendo.

De repente el hecho de que la mujer que le hablaba miraba hacia otro lado, le llamó la atención a Harley.

—¡Knox! — dijo de repente y en forma tal que yo me sobresalté como quien despierta de un sueño. — ¿Cómo era esa dirección de Maida Vale que nos dieron esta noche?

Me costó gran esfuerzo darme cuenta de qué era lo que mi amigo me preguntaba. Me percaté de que me encontraba en un estado real pero extraño de asombrosa estupidez, debido al cual me parecía algo dificilísimo discurrir lo necesario para contestar.

—Procure usted recordar, Knox, — insistió Harley. — ¡Es importante!

No recuerdo haber dejado durante un sólo momento de mirar hacia el hechicero rostro de madame de Médici, desde el instante en que ella se sentó en el diván hasta aquel en que Harley me dirigió la ya mencionada pregunta. Me pareció que mi amigo me hablaba desde muy lejos.

Harley volvió a hablar pero casi no distinguí sus palabras. Madame de Médici parecía haberse acercado más a mí.

Todo era una ilusión, claro está y así lo he comprendido después. Mientras mi aturdimiento se acrecentaba y el hechizo de la maga me envolvía más y más, estalló un repentino y agudo grito lanzado por mi amigo. El hechizo fué casi destruido... casi pero no por completo. Apreté los puños, — esto lo recuerdo bien, — y oí el ruido de una caída.

Ahora tengo que contar cómo fué que no auxilié a mi amigo cuando más lo necesitaba; porque mientras, de modo subconsciente, me daba cuenta de que me llamaba pidiéndome que lo socorriese, también comprendía, — sintiendo un nuevo e intenso terror, — la fuerza de los lazos poderosos con que me ataban los ojos de madame de Médici.

Me pareció que me hundía más y más en una nube de humo de incienso. Me pareció que miraba hacia arriba desde el fondo de un pozo grande y profundo y que a través de las volutas de unos tenues vapores, los ojos de ámbar miraban hacia abajo desde muy arriba. Entonces la inolvidable voz cuyo timbre era como el de una campanita de plata me llamó suavemente y yo subí, saliendo de la oscuridad, hacia la luz, encontrándome por fin en un cuarto con las paredes tapizadas con tela de oro.

Un cuadro de la Madonna, — cuadro que según yo recordaba era de uno de los viejos maestros de la escuela italiana, — me miraba compasivamente desde la pared, de encima de un diván cargado de mullidos almohadones, en el que estaba reclinada madame de Médici mirándome sonriente, con la sonrisa que hacía tan atrayentes sus labios rojos. Dejó caer su cigarrillo en un cenicero de plata que estaba en la mesa, a su lado, y comenzó a hablar.

Yo oía confusamente la voz de Harley; me parecía que me hablaba desde muy lejos. Entonces él me gritó: "¡Knox!", con voz enérgica, agregando: "¿Cómo eran las señas de Maida Vale que nos dieron esta noche?" ("El Mandarín Negro").

Habló del alma apasionada de la India rebelde, de los plácidos monasterios situados a la sombra de altísimas montañas con picos cubiertos de nieves eternas, del corazón de China, leal con sus tradiciones, más antiguas que el nombre de Inglaterra, oí cantar una canción encomiando los encantos de las habitaciones con persianas de delgadas varillas, de sus sedosos secretos delicados y suaves; del Sagrado Ganges y la Prohibida Ciudad Roja.

Le oí hablar de asombrosos rosedales y grandes y cruentas matanzas; ví ante mí, de pie, el espíritu del Pueblo Amarillo, — un grandioso y poderoso espíritu por cierto. Una cimitarra descendió del cielo su curva hoja abrió una enorme zanja en la tierra, a un lado de la cual ví un enorme ejército blanco y del otro lado un ejército amarillo, cobrizo y negro. Uno de los jefes del ejército amarillo cruzó la zanja profunda y desapareció durante un momento.

Después volví a verlo, extrañamente vestido, pero su rostro era el rostro de Michael Hebrón. Varias veces cambió de modo de vestir, pero el rostro fué siempre el mismo.

Luego, — vestido tal como viste un inglés de buena sociedad, — ví a Michael Hebrón tendido muerto a mis pies, y se escuchó una música que parecía un largo y trémulo suspiro. Mi otro yo se agitó entonces como preguntando a qué se debía aquel estado de alucinación a la vez semidelicioso y semiterrorífico. Hubo un momento en que me ví en un palacio de marfil; poco después me hallaba entre las colgaduras de tela de oro, mirando a la bellísima hechicera recostada sobre varios mullidos cojines.

Otra voz, una voz gruesa y áspera, se hizo oír dominando todo otro ruido. Me llamó por mi nombre, urgente e insistentemente. Del fondo de mi ser surgió una repentina y poderosa fuerza. Realizando un gigantesco esfuerzo logré desembarazarme del hechizo y del incienso.

—¡Knox! — oí gritar.

Como si mi esfuerzo hubiese traído la muerte con él, reinó la oscuridad. Me sentí moviéndome a tientas entre cosas desconocidas para mí, dirigiéndome hacia la voz que me llamaba, hacia la voz que, — ya alcanzaba a comprenderlo, — era la de Paul Harley. Además oí un confuso ruido de golpes insistentes y repetidos.

Lea usted la tercera y última parte de esta estupenda y grandiosa narración en el próximo número de "Pucky", en el que se publicará "La lealtad de Nirvana", novela policial completa de Sexton Blake y Tínker y nuevos capítulos de la sensacional novela "Rocambole", la más famosa obra de toda una época.

CONSEJO

Con toda seriedad, un joven pregunta a su amigo:

—Tengo la probabilidad de casarme con una muchacha pobre a la que amo, y la oportunidad de casarme con una joven rica, a quien no amo. ¿Qué consejo me das?

—El amor es la sal de la vida, amigo mío, — contestó el otro. — Sin él todo es triste y desabrido. El amor hace la miseria riqueza, el dolor alegría y la tierra un paraíso.

—¡Basta! Me casaré con la joven pobre a quien amo, — declaró el primero.

—¡Bien dicho! — agregó su amigo. — Pero dime, ¿no podrías presentarme a la rica a quien no amas?

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

LOS FIELES DE LA MODA

—No puedo sufrir a ese tipo de Horacio. ¡Se viste de un modo que resulta casi afeminado!

Marianita y las

NOVEDC

DESPUES DE HABER PEGADO TODO EL DIBUJO EN CARTON Y
TRES PIEZAS Y SE HACEN LAS HENDIJAS Y LOS AGUJEROS. S
PUNTO 2 SOBRE EL PUNTO 3, PASANDO LA MANIJA POR LA H
COLOCA ENCIMA Y SE PASA LA MANIJA POR LA HENDIJA A.
CHECITO QUE JUNTE LOS PUNTOS 1. 2 Y 3. EL JUGUETE ESTA
RECHA QUE HACE SURGIR A LOS ENANOS DE LAS FLORES.

flores mágicas

O JUGUETE PARA ARMAR

HABERLO DEJADO SECAR, SE RECORTAN CON CUIDADO LAS
OMA LA PIEZA QUE TIENE LAS DOS CABEZAS, SE COLOCA EL
DIJA B. SE TOMA LA PIEZA CON LA NIÑA Y LA REGADERA SE
COLOCA EL PUNTO 1 SOBRE EL 2 Y SE UNEN CON UN BRO-
A COMPLETO. FUNCIONA MOVIENDO LA MANIJA DE LA DE-

UN SUSTITUTO

—Me parece que no voy a poder comprarte la otra sarta de perlas que deseas; pero mientras tanto te ofrezco un par de docenas de ostras en el restaurante.

PARA UN BUEN RATO

—ooo—

LA MUJER AGITADA

Por ALBERT ACREMENT

(Traducción del francés)

TIENE madame Vertoi cuarenta y ocho años. Es una bola. Sus carrillos parecen dos manzanas, sus dedos son como morcillas, no obstante esto, tiene pretensiones de elegancia.

Todo el mundo la conoce en la casa, porque con harta frecuencia, desde el quinto piso, donde vive, interpela a la portera a grandes gritos. Cuando recibe algún encargo es muy raro que no se produzca una discusión, ya sobre la calidad de lo que llevan, ya por dar al portador una propina tacaña.

Es viuda y sin hijos. Su marido aprovechó el pretexto de la primera enfermedad que tuvo para irse de este mundo y no verla más, y sus hijos no nacieron de miedo de caer bajo su autoridad.

Esta tarde tiene que ir a casa de la modista. Grave ocupación. La semana que viene da una comida y, según su expresión, no tiene nada que ponerse.

La modista le advirtió que fuera a las cuatro en punto, pues si se retrasaba cinco minutos tendría que atender a otras clientes.

Madame Vertoi prometió ser exacta. Conviene señalar que la modista de que se trata, una solterona de barbilla salpicada de puntos negros que presenta siempre la boca erizada de alfileres, se ha mostrado tan rigurosa para vengarse de las observaciones desagradables que no deja nunca de hacerle la gruesa señora.

—¿Qué hora es?

Madame Vertoi mira su reloj. La modista habita en un cuarto, que huele a ropa y a coles cocidas, en una de las calles vecinas de la Bastilla. Hay media hora de Metro.

Son las tres y veinticinco. Hay que echar a correr. Toma en el vestíbulo su sombrero con tal fuerza, que por poco lo hace pedazos y se lo coloca de un puñetazo en la cabeza. En la escalera se pone el abrigo. Un pastelero que lleva confituras al segundo le obstruye el paso; pero ella, ni corta ni perezosa, le empuja contra la pared, como si le atropellara una locomotora, y ruedan por los escalones las golosinas.

—¡Allá va! ¡Tenga usted cuidado, señora! — gruñe el chico.

Al pasar por la portería dícele la portera:

—Tengo una carta para usted.

—Me es igual.

—Me han dicho que es urgente.

—Luego me la dará usted. ¡Pesada!

—¡Hay que ver qué educación!

—¡Bah!

—¡Grosera! ¡Tía gorda! ¡Inquilina!

Hay que atravesar dos calles. En la primera tropieza con un desfile ininterrumpido de autos. Imposible pasar. Blandiendo su paraguas se lanza contra un taxi como para atravesarlo. El chófer, por no aplastarla, hace un viraje y se estrella contra un camión. Gritos, insultos, pero ella pasa.

A la segunda calle llega en el momento en que el guardia detiene el paso de los coches para que crucen dos amas de cría con sus cochecillos. Madame Vertoi tiene tanta prisa de aprovechar el convoy, que en su acometido hace que al guardia se le caiga la porra y se lleve por delante las caídas blancas de una de las amas. Nueva serie de insultos. Ella está ya lejos.

Húndese en el Metro. — "Señorita, un primera", dice en la ventanilla. — "Hay

que esperar vez", le responde la taquillera. Sin embargo ella pretende obtener un billete sin demora. Los de la cola protestan; pero al fin consigue ganar puestos y consigue el billete.

Como una furia se lanza al andén que está lleno de gente; cuando llega el tren se apiñan delante de las puertas numerosas personas y madame Vertoi se abre paso a empujones... — "¡Que son huevos los que llevo aquí, señora!...", grítale una mujer. "¡No empuje tanto, que me va usted a desgraciar la criatura!", chilla otra. Pero nuestra voluminosa heroína no se para en menudencias y al fin penetra en un departamento. Pero no le basta. Extenuada por tantos esfuerzos quiere sentarse. Para lograrlo avanza a codazos hacia el centro del coche y grita: — "¡Decididamente la galantería francesa ha muerto. Los caballeros ya no ofrecen su asiento a las señoras!"

Cerca de ella hay sentados tres señores: dos jóvenes y uno viejo. Este se levanta y le ofrece su sitio.

Madame Vertoi, satisfecha, piensa que llegará a tiempo y que tendrá su vestido. Y esto para ella es una especie de triunfo.

El empleado del Metro grita al llegar a una estación: ¡Jorge V!

Jamás ha emocionado a nadie el nombre de un rey como éste a madame Vertoi.

En su precipitación, la infeliz se había equivocado de dirección, y en lugar de ir a Vincennes avanzaba hacia Maillot, que es todo lo contrario.

Al salir a la superficie se encuentra tan abatida que se deja caer en un banco y llora a la sombra de un distribuidor automático que, desde luego, no funciona.

ALBERT ACREMENT.

TODO PREPARADO

—Créanme ustedes o no, soy capaz de beberme tres botellas de vino de Oporto de una sentada. Si ustedes quieren que lo demuestre, el amigo Jones aquí presente promete desde ya llevarme a casa después de la prueba.

UN HOMBRE EN APUROS

LA HERENCIA

Por FERDINAND SERNADÁ

(Traducción del francés)

TROPIEZO en la calle a "Hilo de Seda" y tomándome de un brazo me lleva a un café próximo. Allí me hace una revelación.

—¿Me ves andrajoso?... Pues espero ser millonario.

—¿De veras?

—Como te lo digo. Estoy a punto de heredar a un tío mío que ha muerto en América recientemente, pero no puedo conseguir entrar en posesión de la herencia.

—¿Tan difícil es

—Vas a ver. Todos me conocéis bajo el nombre de "Hilo de Seda", pero en realidad yo me llamo Néstor Feón. Mi padre era tachero y, partidario del menor esfuerzo, había encontrado un truco para tener clientes sin fatigarse gritando sus méritos. Lejos de huir de sus competidores, se las arreglaba para ir siempre cerca de alguno de ellos. Cuando el "colega" grita: Arreglo tachos, ollas y cacerolas! mi padre, con la sonrisa en los labios, añadía sencillamente: ¡Yo, también! Y a él era a quien le daban los objetos para componer.

"Pero no se trata de esto. Mi padre, habiendo resuelto casarse, contrajo matrimonio con una señorita llamada Eulalia Devin, su prima hermana, que murió poco después de la boda. Eulalia tenía una hermana, Aurelia, y mi padre se casó con ella en segundas nupcias. De este modo no perdía la dote de su difunta mujer, a la cual añadía la de su segunda mitad, lo que era un negocio.

"De este segundo matrimonio nací yo. Esto parece que no tiene nada de particular, así a primera vista. ¡No soy yo el único que ha venido al mundo! Pero, espera, vas a ver cómo no es tan sencillo como parece. Atiéndeme bien. Habiéndose casado mi padre con su prima hermana y luego con la hermana de ésta, es innegable que se casó con mi tía; de modo que yo era ni más ni menos que el sobrino de mi madre. Además, y esto es lo más raro, como yo era el hijo de mi tía, me convertía al propia tiempo en el primo hermano de mí mismo, y puesto que mi padre se había casado con su prima, que era también su cuñada, por la ley natural de las cosas, era yo igualmente mi propio primo político.

"Bajo tales auspicios, mi nacimiento tenía que ser acogido con una alegría desbordante. Mi padre se emborrachó con los testigos y el secretario de la alcaldía, y sin saber cómo resultó, que en lugar de inscribirme en los nacimientos, lo que hicieron fué extender mi partida de defunción en toda regla.

—Bien, pero ahora la herencia...

—No me hables de eso. ¡Es horroroso!

"Incapaces de ver claro en el asunto, tres abogados han abandonado la carrera para dedicarse al comercio; un escribano huyó a Bélgica y el presidente del tribunal que hubo de entender en mi asunto, se volvió loco furioso. ¡Impresionado por mi filiación, llegó a creerse padre de sí mismo!

—¡Buena la has hecho!...

—Y pensar que todo era inútil, porque no heredaré.

—¿No?

—No. Acabo de saber que mi tío de América ha dejado testamento y lega toda su fortuna a una sociedad que fabrica chalecos de cuero.

F. SERNADÁ

Compre

EL DIARIO

todas las tardes y estará al corriente de las noticias sociales, políticas, sportivas, teatrales y otras del momento.

EL DIARIO

Fundado hace 45 años

tiene entrada en todos los buenos hogares.

Remita el cupón y recibirá a domicilio un ejemplar del jueves próximo con las páginas en colores, y una página con la graciosa historieta para niños:

BARNIGUGLI y su PINGO TRAGAVIENTOS

Señor Administrador de EL DIARIO.
Avenida de Mayo, 662 - Bs Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán las páginas femeninas en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . .

F.C. . . . . .

EDICION DE LOS JUEVES
Precios de suscripción:

1 año	$ 5.--
6 meses. . .	„ 2.50
3 „ . . .	„ 1.50

LA NOVELA MAS FAMOSA DE TODA UNA EPOCA

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

LOS DRAMAS DE PARIS

PRIMERA PARTE

LA HERENCIA MISTERIOSA

(TRADUCCION DEL FRANCES)

CONTINUACION. -- Véase el número 164 de "Pucky"

E nada, señora, — repuso el magistrado, que descubrió al joven. — ¿Está aquí el señor Fernando Rocher? — pregun- Fernando Rocher?—preguntó.

—Yo soy, — dijo Fernando conmovido: — ¿qué me queréis?

—¿Sois Fernando Rocher, empleado del ministerio de Relaciones Exteriores?

—Sí, señor.

—Está bien, — dijo el comisario, — servíos vestiros y seguirme.

—Pero... caballero...

—Caballero, — dijo gravemente el magistrado, — ejecuto una orden de arresto expedida esta mañana contra vos por el procurador del rey.

Fernando lanzó un grito y se puso pálido.

—¡Dios mío! — dijo, — ¿qué es lo que he hecho?

—¡Vestíos! — dijo el magistrado con severidad.

Fernando saltó de la cama y se vistió temblando como tiemblan los inocentes que temen las sospechas mucho más que lo que teme el criminal el castigo.

Presa del asombro, Baccarat se había dejado caer en una silla y echaba en torno de ella una mirada extraviada.

El comisario hizo una seña a sus hombres.

—Lleváos al señor, — dijo.

—Pero, en fin, — exclamó Fernando que empezaba a recobrar su sangre fría y su presencia de espíritu, — ¿por qué me arrestáis, caballero? ¿Qué crimen he cometido?

—Caballero, — repuso el comisario, — vuestro jefe de sección os confióa ayer las llaves de su caja y vos sustrajisteis de esa caja una cartera que contenía treinta mil francos.

—¡Ah! — exclamó Fernando, — ¿un robo? ¿Que yo he cometido un robo? ¡Es falso!

Y giró sobre sí mismo, anodado, fulminado, y se dejó caer en los brazos de los dos agentes de policía, que se lo llevaron medio muerto.

En cuanto a Baccarat, aterrada ante semejante revelación, se había acurrucado en el sofá, con los ojos fijos y los dientes apretados, representando, por decirlo así, la estatua del terror.

Luego, en el momento en que el comisario se retiraba, en el momento en que Fernando era llevado a la fuerza, saltó como un tigre a quien le robaran sus cachorros, una luz brilló en su cerebro, luz extraña y súbita que le permitió entrever la verdad, y quiso correr y arrancar a su amante de entre las manos de los agentes, gritándoles:

—¡Detenéos!... ¡Detenéos!... Es Williams... es él...

Pero la voz ahogósele en la garganta, sus fuerzas le hicieron traición, y cayó inanimada sobre el pavimento.

El comisario y Fernando estaban ya lejos.

Combinación

Manolo lloraba el otro día desaforadamente.

Su madre, para calmarle, lo llamó cerca de ella y, acariciándolo, le dió unos bombones para que callara.

Pero apenas salió de la habitación su hermana Anita le salió al encuentro para decirle:

—Ya ves como tenía razón. Por eso te recomendé que lloraras con fuerza, porque, de este modo, estaba segura de que mamá te daría dulces. Anda, ahora dame mi parte.

* * * *

Buen sistema

La señora: — ¿No logra usted encontrar trabajo?

El atorrante: — Sí, pero en todas partes me piden un certificado de mi patrón anterior.

La señora: — ¿Y no puede conseguirlo?

El atorrante: — No, señora. Es que da la casualidad de que el pobre murió hace veintinueve años.

* * * *

¡Qué pícara!

Una mucama que se las echa de lista entra a servir en casa de una señora muy cursi. La mucha entrega una carta a su patrona.

—Rita — dice ésta, — cuando se trae una carta hay que ponerla en una bandeja.

—Sí, señora, ya lo sabía, pero se la he dado así para ver si usted lo sabía.

UNA PERDIDA TERRIBLE

El que ha libado más de lo prudente:
—¡Caracoles! ¡Esto sí que es extraordinario! ¡Qué cabeza la mía! ¡Pues no he dejado los pies en el almacén!

EL HOTELERO COBRA SIEMPRE

—¿Qué significa esto? ¿Qué ha puesto usted en su cuenta? "Suplemento: tres pesos". ¿Qué "suplemento" es ese?

—Se lo diré, señor; ese es el costo del polvo insecticida que se le dió para matar las chinches de la cama.

MODERNAS INVENCIONES PRODIGIOSAS

EL "CAZA LADRONES" ULTRA MODERNO

La abundancia de maleantes en Francia ha hecho que un inventor parisién aguce el ingenio y produzca este maravilloso adminículo gracias al cual no hay ladrón que pueda escapársele al perseguidor agente de la autoridad. Una carrerita, una inclinación y ¡zás! cazado ya el tipo. Sencillo, fácil y barato, ¿no es así?

ABARATANDO LA MERCANCIA

—Vendemos los huevos a un peso la docena, si tienen cascada la cáscara; si no valen uno cincuenta.

—Bueno, cásqueles la cáscara a un par de docenas.

Apenas acababa Baccarat de perder el sentido, se abrió la puerta del tocador dando paso al baron Sir. Williams.

Estaba sereno y fijó una mirada tranquila en la cortesana que estaba inmóvil en el suelo.

—¡Oh! ¡oh! — dijo, — hija mía, había previsto que adivinaríais, y he hecho bien en tomar mis medidas. Pero, pierde cuidado, si Fernando no ha de salir de la cárcel, sino con tu ayuda; ya tendrá tiempo de podrirse en ella.

Y el barón llamó.

Tres segundos después, Fanny y un hombrecillo un tanto obeso, vestido de negro y con corbata blanca, y en quien fácilmente se hubiera reconocido el pasante de notario enganchado por Colar para servir al capitán, acudieron.

—Chica, — dijo Williams mostrando a Baccarat a la criada, — vas a meter en la cama a tu ama y a hacerla volver en sí. — ¿Sábes tu papel?

—Sí, milord, — repuso Fanny, que pertenecía ya en cuerpo y alma a sir Williams.

—En cuanto a vos, — prosiguió el capitán dirigiéndose al hombrecillo obeso, — sois médico.

El falso médico se inclinó. Williams desapareció de la alcoba.

Los dos cómplices del ladrón acostaron entonces a Baccarat, y el fingido médico tomó asiento en un sillón, junto a la cabecera de la cama.

Fanny le hacía aspirar al mismo tiempo un frasco de sales.

La desmayada Baccarat abrió los ojos; miró en torno de ella, vió que estaba en la cama, y no descubrió al principio más que a Fanny, que parecía ocupada en prodigarle los cuidados más solícitos.

—Fanny... Fanny... — murmuró, — ¿dónde estoy?... ¿qué ha pasado?...

—¡Ah! ¡por fin! — exclamó la doncella con un tono alegre que sorprendió a Baccarat. — ¡Por fín ha recobrado la palabra mi buena señora!

—¿La palabra, dices? — exclamó Baccarat asombrada.

Notó entonces, sentado a la cabecera, al fingido médico colocado allí por sir Williams, y no pudo reprimir un movimiento de espanto.

—¿Quién es ese hombre, Fanny? — dijo.

—El médico, — repuso Fanny.

—¡El médico! ¿conque estoy enferma?

—Sí, señora... muy enferma..., es decir, que lo habeis estado.

El pretendido médico se había levantado con aire grave, y tomándole a Baccarat una muñeca:

—A ver vustro pulso, señora, — dijo.

Luego mirando a Fanny con aire misterioso:

—Hoy es el octavo día de fiebre, — dijo.

—¡El octavo día! — exclamó Baccarat.

La fiebre ha disminuído, continuó el médico con tono solemne, dirigiéndose a Fanny, — pero temo que haya aún algún resto de delirio.

—¡Delirio! ¿he tenido delirio? — murmuró Baccarat en el colmo del asombro.

Fanny suspiró profundamente.

—¡Pobre señora! — dijo.

—El delirio, — prosiguió el doctor en voz baja, y como dirigiéndose a Fanny, pero en realidad de manera que lo oyera Baccarat, — me temo que el delirio pueda degenerar en locura.

—¡En locura! ¿pero estoy loca? — exclamó Baccarat, que se sentó en la cama con vivacidad; — ¿qué es lo que ha pasado, Dios mío?

Y se tomó la frente con ambas manos, procurando reunir sus recuerdos.

—Fernando... Fernando... ¿Dónde está Fernando? — preguntó.

Fanny suspiró y guardó silencio.

—Ya veis que le vuelve la locura.

—¡Pero yo no estoy loca! — exclamó Baccarat.

—¡Pobre señora! ¡pobre señora! — dijo Fanny, que fingía enjugarse una lágrima.

Fanny hacía mucho tiempo que estaba el servicio de Baccarat, y ésta había acabado por creer en la adhesión absoluta de la doncella; así fué que el dolor fingido de la criada sumió a la cortesana en una horrible perplegidad.

—¡Fanny! — dijo imperiosamente y rechazando al falso médico.

Fanny se acercó.

—Mírame bien, — dijo Baccarat, — y dime la verdad.

—¡Mi buena señora! — murmuró Fanny conteniendo un sollozo, — ¿qué queréis que os diga?

—¡La verdad!

—¡Ay! señora... ¿he mentido acaso?

—¿De modo que estoy enferma?

—Sí señora.

—¿Desde hace tiempo?

—Desde hace ocho días.

—¡Es imposible!

Fanny levantó los ojos al cielo.

—¡Cómo! — Exclamó Baccarat, — hace ocho días que estoy en cama... Pero aquí mismo... hace un rato... el comisario...

—¿Qué comisario? — preguntó la doncella con ingenuidad.

—El comisario de policía.

—No he visto ningún comisario, señora.

—Pero Fernando... Fernando a quién venía a arrestar, ¿dónde está?

—El señor no ha estado jamás aquí,—repuso Fanny con aplomo. — No conozco a ese señor sino por haber oído hablar de él a la señora... sobre todo durante su enfermedad.

Baccarat lanzó un grito.

—¿De modo que estoy loca? — exclamó con increíble acento de terror; — ¿de modo que he soñado?

—La señora ha estado con delirio ocho días.

—¡Es imposible! ¡mil veces imposible!— exclamó la joven fuera de sí misma, y aferrándose a sus recuerdos como se aferra a la cuerda de salvataje la criatura que se ahoga.

Y, como hablando consigo misma, Baccarat continuó:

—No estoy loca... no he soñado... me engañan... Ayer recogí a Fernando en una

acera de la calle de San Luis en el Marais... Lo hice subir en mi carruaje y me lo traje aquí... Hice llamar a un médico... que no era éste, no... Y luego... esta mañana... un comisario...

El falso doctor interrumpió bruscamente a Baccarat diciendo en voz baja a Fanny:

—Este género de locura, que llaman la "monomanía sentimental", sólo puede combatirse con éxito empleando duchas de agua helada, y repitiéndolas en dos o tres horas.

Esta palabras fueron el último golpe asestado a la razón vacilante de Baccarat.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — murmuró ocultando la cabeza entre sus manos y prorrumpiendo en llanto.

Vacilante y aniquilada, la joven recobró al punto esa energía salvaje que constituía el fondo de su carácter; y de repente un nombre acudió a sus labios, brillando una luz en su cerebro ofuscado.

—¡Williams! — dijo; — ¡es Williams!

Y como en cierto momentos el espíritu sobreexcitado adquiere á veces una lucidez sorprendente, Baccarat se puso a pensar que el inglés era quizás el autor de la terrible mistificación de que ella era víctima y que le hacía juguete e instrumento contra Fernando.

Y entonces fijó una mirada tranquila, investigadora, en el rostro impasible de Fanny y en la faz amarillenta y abotargada del falso doctor, procurando leer en ella la verdad.

Pero Fanny y el doctor permanecieron impasibles. Baccarat no había acompañado este examen con ninguna palabra, con ninguna reflexió. Antes de que Fanny hubiese pensado en retenerla, la cortesana saltó de la cama y corrió a colocarse, medio desnuda, ante el espejo del tocador; luego se miró la cara.

—¡Es singular! — dijo; — para haber pasado ocho días en la cama no tengo el semblante muy fatigado que digamos; en segundo lugar, me siento fuerte, y sin embargo, me figuro que me habrán tenido a dieta.

Y Baccarat movió sucesivamente sus brazos y sus piernas para asegurarse de la elasticidad de sus miebros, y dobló su cintura de culebra que no había perdido nada de su maravillosa blandura; hecho esto, miró por segunda vez a Fanny que corrió a ella diciéndole:

—Señora, señora, acostáos...

—Hija mía, — dijo; — te estás burlando de mí, y es preciso que el inglés te haya pagado bien. Sin embargo, haces mal, porque no se engaña a una muchacha como yo, como se embaucaría a una duquesa, y ya te arrepentirás de haber creído al inglés más rico que yo.

Y al expresarse así, la cortesana se apoderó del puñalito colocado en la chimenea, cuya historia hemos referido ya; luego, midiendo con la mirada al falso doctor, le dijo:

—Mi querido médico, si os acercáis demasiado os aseguro que os daré en pleno pecho este juguetito.

Luego agregó, dirigiéndose a Fanny:

—Y tú, hija mía, ven a vestirme, y pronto, pues quiero salir.

Fanny procuró seguir representando su papel con audacia, y dirigió una mirada desesperada al doctor; pero éste tomó la actitud fría, digna, majestuosa de un príncipe de la ciencia, y dijo a la doncella con tono imperioso:

—Obedeced a la señora. La señora sigue mejor, el delirio ha desaparecido... como se ve... La señora ya no está loca... tiene razón de querer salir, el aire le hará bien. En cuanto a mí, me retiro y volveré esta noche.

Y el falso doctor salió saludando a Baccarat, sorprendida y más aterrada ante aquella calma súbita del hombre a quien suponía médico, que por todo lo que le habían dicho hasta allí.

—¿Si estaré realmente loca? — murmuró estremeciéndose hasta la médula de los huesos.

XVIII

LA LOCA

El falso doctor y Fanny habían cambiado una rápida ojeada que escapó a Baccarat, en el momento en que el primero abandonaba el dormitorio, y esa mirada devolvió a Fanny toda su audacia.

—¿Quiere la señora que la vista? — dijo.

—Sí, en el acto, — ordenó Baccarat.

Fanny agachó la cabeza, como sirvienta dócil que era, fingió enjugarse una lágrima y entró en el tocador, en tanto que Baccarat se echaba un peinador sobre sus hombros desnudos y se arrollaba por detrás las luengas y espesas guedejas de su opulenta cabellera, haciéndose estas reflexiones:

—Es imposible, con todo, que yo esté loca... ¡completamente imposible! y me parece que gozo de toda mi razón. Esta bribona imprudente se empeña inútilmente en hacerme creer que he soñado... pero no es así, no puede serlo... y está fuera de duda para mí, que Fernando estuvo aquí esta mañana, aquí en esta cama... que yo lo contemplaba durante su sueño... y que...

Baccarat se detuvo de repente en sus reflexiones mentales, y se golpeó la frente:

—Voy a saber, — dijo, si estoy loca y si he soñado... — Y corrió a la cama, que Fanny no se había tomado el trabajo de arreglar para acostar a su ama.

—Fernando, — dijo, — realidad o sueño, tenía un medallón colgado al cuello, y mientras dormía se lo saqué. Lo abrí; contenía cabellos... cabellos de mujer... Tuve un arranque de cólera y de celos, al pensar que eran cabellos de "ella", y corté con los dientes el cordón de seda que tenía en el cuello... luego oculté el medallón debajo de la almohada.

Al hablar así, Baccarat vaciló y se puso a temblar.

—Si el medallón no está allí, — dijo con una voz en que se traslucía una ansiedad horrible, — es que todo no habrá sido más que un sueño; y yo estaré loca.

Metió la mano debajo de la almohada,

buscó y lanzó un grito contenido y tan débil, que Fanny, que seguía ocupada en el tocador, no lo oyó.

—Aquí está. — murmuró Baccarat.

En efecto, el brazo y la mano de la joven, metidos un momento debajo de la almohada, reaparecieron teniendo el medallón. La joya encerraba cabellos, en efecto, cabellos de color castaño claro, y el cordón de que colgaba estaba cortado y parecía tener la huella de los dientes de Baccarat.

Temblando y pálida de emoción, la cortesana se apoyó por un momento en la cama para no caer, a tal punto fué inmenso el júbilo que experimentó.

—¡No estaba loca!

Y a ese júbilo sucedió luego un movimiento de furor súbito.

—He sido embaucada, — pensó; — ¡me vengaré!

En seguida pensó en Fernando; en Fernando, acusado de robo, detenido y encarcelado; sin duda, mientras ella se desmayaba, y su furor cesó entonces, así como se había desvanecido el júbilo que sintiera.

—¡Ay! — pensó; — todo esto es obra de Williams... Este hombre tiene algún fin tenebroso que ignoro; se ha servido de mi como de un instrumento; pero seré fuerte, lo desenmascaré y salvaré a mi Fernando.

Y Baccarat, sintiendo entonces esá mágica y misteriosa influencia de la abnegación que hace a las mujeres tan fuertes en ciertos momentos de la vida; Baccarat se dominó completamente de pronto, disimuló su turbación y la palidez de slu rostro, refrenó su emoción y ocultó prolijamente el medallón en el bolsillo de su bata, en el que hizo desaparecer al mismo tiempo, y como si hubiese obedecido a un presentimiento, el lindo puñalito de cabo cincelado que había puesto en fuga al pretendido médico.

—¡Ya nos las veremos, sir Williams!— se dijo, volviéndose blanda, dócil y prudente como una serpiente. — ¡Por algo me llaman la Baccarat!

Fanny salió del tocador.

—Si la señora desea venir... — dijo.

—Sí, hija mía, — repuso Baccarat con tono cariñoso,— y ahora veo que no me engañabas... que he soñado realmente.

—¡Ah! — dijo Fanny, — como podía creer la señora... — Y la doncella pensaba para sí:

—Calle, cualquiera diría que ahora se vuelve loca.

—¿De modo, — dijo Baccarat, — que estás bien segura de que he tenido delirio?

—¡Oh! segurísima.

—Lo creo, — murmuró la cortesana suspirando; — ese amor que tengo en el corazón de me ha de haber trastornado la cabeza y puesto en este estado. El extremo deseoso de ver, de poseer a Fernando, me habrá hecho creer que estaba aquí.

—La señora dice la verdad, — repuso Fanny.

Baccarat suspiró con tristeza y pensó en áquél a quien amaba tan ardientemente y a quien acusaban de haber cometido un crimen monstruoso; como si a sus ojos el hombre a quien ella había amado sin conocerlo pudiera ser culpable. La cortesana hubiese carecido tal vez de presencia de espíritu y de valor si sólo se hubiese tratado de ella; pero Fernando, su querido Fernando, estaba perseguido, encarcelado, herido en la sombra por un enemigo implacable; bastaba esto para aplacar la cólera soberbia de una mujer acostumbrada a dominar y a ser reina por la belleza y para hacer que se mostrara prudente y cautelosa.

—¡Vamos! — dijo a Fanny; — date prisa, hija mía, hace un tiempo magnífico, un verdadero sol de primavera.

—¿Adónde va la señora?

—Puesto que estoy enferma, iré a casa de mi médico.

—Pero... ¡si acaba de salir de aquí!

—¡Ah! — exclamó Baccarat riéndose, — no me hables de ese... ¡me desagrada! Es amarillo como un membrillo, y el amarillo me causa horror. Y luego, ¿por qué no mandaste llamar al doctor Bertrand, que es amigo mío... y un verdadero sabio?

—Estaba ausente cuando la señora se enfermó y como había en la misma casa otro médico...

—¡Cómo! — exclamó Baccarat riéndose; — dos médicos en la misma casa, pero la gente debe morirse en ella como moscas; esa casa ha de ser una necrópolis.

Y se echó sobre los hombros un chal inglés rayado como los "plaids" de los montañeses contados por Walter Scott.

—Ven, — dijo a Fanny, — puesto que estoy enferma, es muy natural que me acompañe mi doncella.

Y Baccarat se decía para sí:

—Harás bien, chiquilla, de charlar un poco en el camino y decirme la verdad, porque te voy a llevar a ver el prefecto de policía, a quien podrás dar informes exactos de mi locura.

Baccarat hubiera podido ser pretenciosa al hablar con tanta facilidad del prefecto de policía; pero la verdad es que lo conocía bastante íntimamente como para contar con su intervención y su benevolencia en un caso urgente.

El señor de O... amante de Baccarat, en los primeros tiempos de su relación con la cortesana, había dado fiestas en casa de ella, fiestas a las cuales había invitado a la sociedad masculina más elegante, y Baccarat las había aprovechado para formarse serias y útiles relaciones.

Con su prontitud de inteligencia y su sagacidad ordinaria, la pecadora había entrevisto de un modo vago, adivinándolo, todo un vasto plan tenebroso urdido por Williams contra Fernando Rocher y contra ella.

Ignoraba con que interés, con que fin; pero como la imaginación en sus vuelos ordinarios, llega siempre, cuando no los pasa, a los límites de lo posible, Baccarat sospechaba al barón capaz de todos los crímenes y tomó la resolución de franquearse con el prefecto de policía, aunque tuviera que confesar su insensato amor y su acción culpable.

Fanny había tomado la actitud indiferente de las personas sin desconfianza.

Baccarat fué la primera que salió, atravesó la sala y el vestíbulo que precedían a su alcoba y luego el jardín, delante de cuya verja la esperaba su cupé.

Fanny la seguía.

Baccarat abrió la portezuela; luego, en el momento de subir al carruaje, fingió apercibirse de que había olvidado su manguito, y mandó a Fanny que se lo trajera.

Mientras ésta obedecía, después de haber cambiado una rápida mirada con el cochero, Baccarat dijo a este último:

—¿Qué día es hoy, Juan?

—Jueves, señora.

—¿No fuímos ayer a la calle de San Luis?

—Sí, señora.

—¿Lo afirmarías delante de un comisario de policía?

—Sí, señora,

—Muy bien, — dijo Baccarat, subiendo en el carruaje.

Fanny volvió y se colocó a su lado.

—Al Puente Negro — ordenó la pecadora, reservándose indicar ulteriormente al cochero le prefectura de policía.

El cupé partió y ganó la calle Blanca; pero una alcantarilla en compostura obstruída allí la calle de Boursault, y el cochero, doblando a la izquierda, como si hubiese tenido que tomar la ciudad Gaillard para evitar el obstáculo, ganó rápidamente la barrera Blanca.

—¿Qué hacés, imbécil? — le gritó Baccarat bajando vivamente uno de los cristales del cupé; — ¿es acaso este el camino del Puente Nuevo?

Pero en el mismo instante se abrió una de las portezuelas, y el hombre amarillo y calvo, que desempeñaba poco antes el papel de médico, y que oculto a dos pasos de la calle Moncey había seguido al cupé corriendo; el hombrecillo, decimos, se metió en el carruaje con la agilidad de un gato, cerró otra vez la portezuela y se sentó al lado de Baccarat, que lanzó un grito de espanto.

—En verdad, señora, — dijo con frialdad, — que un médico faltaría a todos sus deberes si dejara correr a su enfermo en el estado en que os hallais. ¡Tenéis trastornado el cerebro y os volvéis loca incurable.

Y en tanto que el falso doctor pronunciaba estas palabras con tono burlón, el cupé había traspuesto la barrera y corría por el bulevar exterior.

—¿Dónde me lleváis? — exclamó Baccarat, que comprendió que su cochero estaba, como Fanny, vendido a Williams.

—A Montmartre, — repuso el hombrecito, que bajó prudentemente todos los cristales cupé y dijo a Baccarat: — No abráis nada, señora; el aire os es perjudicial, no pidáis socorro, porque no hay nada tan peligroso como encolerizarse en vuestra situción.

Y el falso doctor, con un ademán rápido, se desprendió el frac y sacó del bolsillo un puñal de cabo de nácar, cuya punta apoyó tranquilamente en el seno de la joven.

—Este juguete, — dijo — es para los locos furiosos, y tiene la ventaja maravillosa de que no hace ruido alguno en el ejercicio de sus funciones.

Baccarat también había echado mano a un puñal, pero le había faltado ánimo al no hacer uso de él en el acto; comprendió que su resistencia podía costarle la vida, y tuvo bastante prudencia y sangre fría para no hacer ningún movimiento que pudiera revelar en ella la posesión de aquella arma.

—Está bien, doctor, — dijo con calma; — veo que estoy loca y os obedezco; ¿adónde me lleváis?

—Ya os lo he dicho, señora, a Montmartre.

—¿A qué casa?

—A la del doctor Blanche, — repuso fríamente el hombre de sir Williams.

XIX

EL FIACRE AMARILLO

Hemos dejado a Cereza llevada por Colar fuera de aquella casa de la calle de la Sierpe, adonde la había atraído el genio infernal del barón sir Williams.

En tanto que este último permanecía en presencia del señor de Beaupreau, atónito ante aquella brusca aparición que lo obligaba a soltar la presa, Colar sacaba a Cereza afuera diciéndole:

—Venid, señorita; conmigo no tenéis nada que temer, y os defenderé, no tengáis cuidado.

Al hablar así, había tomado del brazo a la joven florista, y Cereza, demasiado conmovida para tener conciencia de sus actos, no había retirado el brazo, y luego, al ver a aque lhombre, que poco antes le inspirara una aversión instintiva, recordó que era compeñero de taller, amigo de su novio, y entonces no lo consideró sino como un salvador que acudía a tiempo para arrancarle del más terrible de los peligros, del más espantoso de los infortunios.

Colar no era ya para Cereza el hombre de quien se desconfía; era el amigo en quien uno se fía en el momento del peligro, y cuya mano parece tan suave como robusta.

—Venid, venid, — repetía con voz cariñosa y persuasiva, en el momento en que trasponía el umbral de la puerta de calle y llegaba con ella a la acera.

Un carruaje estaba parado a dos pasos de la puerta.

Aquel carruaje, pintado de amarillo, tenía un aspecto raro cuando se le examinaba atentamente. No era un cupé particular, ni menos un cabriolé de cochera; parecía más bien uno de sos breacks de seis asientos destinados a una familia numerosa de provincianos llegados para visitar la capital; pero la apariencia robusta de los dos caballos que debían arrastrarlo destruía esta hipótesis en el acto. Era evidentemente un vehículo destinado a no despertar la atención de nadie y a desempeñar alguna misión misteriosa.

Cereza seguía tan turbada, tan medrosa, que no echó de ver ni aquel conjunto extraño de un carruaje viejo tirado por dos caballos vigorosos, ni la actitud descuidada del cochero, que parecía dormitar en el pescante, y no miró siquiera cuando Colar abrió la portezuela.

El teniente de sir Williams tomó en brazos a la joven obrera y quiso hacerla entrar en el coche.

—Pero, ¿por qué no vamos a pie hasta mi casa? — dijo vivamente la joven, como

si temiera exponerse a un nuevo peligro.

—Es muy distante para vuestros pies delicados.

—¡Oh! camino muy bien, caballero.

—Sí pero yo estoy cansado.

—Me iré sola... — se atrevió a decir, temblándole la voz.

—Ese hombre podría seguiros.

Este argumento era el mejor que podía emplear Colar para vencer la resistencia de la joven.

Cereza cedió.

Con brazo vigoroso Colar la hizo subir en el carruaje, entró después de ella y cerró bruscamente la portezuela. Al punto el pretendido fiacre partió al trote largo.

Y el espanto de Cereza era tal, que no notó la rapidez prodigiosa con que el coche se lanzaba a través de las calles tortuosas del barrio Latino, ni se apercibió de que Colar se había olvidado de dar al cochero el número de su casa y el nombre de la calle en que vivía.

El cochero había castigado a sus caballos, como hombre que sabe de antemano adónde va. A la altura del Puente Nuevo, al llegar a los malecones, fué cuando Cereza empezó a reponerse un poco y a respirar.

Pero echó de ver entonces que el coche, en vez de atravesar el Sena, doblaba a la izquierda y flanqueaba velozmente los malecones de la orilla izquierda ,dirigiéndose a los Inválidos.

—¡Dios mío! — dijo; — ¿adónde vamos? El cochero se equivoca... Yo vivo en el barrio del Temple.

—Ya lo sé, — dijo lacónicamente Colar.

—Pero le damos la espalda.

—Es posible, pero por cualquier camino se va a Roma.

Y Colar guardó silencia, como hombre que no quiere dar más amplias explicaciones.

—¡Caballero!... ¡caballero!... exclamó Cereza fuera de sí; — ¿adónde me lleváis? No quiero ir más lejos... ¡quiero bajar!

Cereza quiso abrir la portezuela y arrojarse al empedrado.

Pero sus esfuerzos fueron inútiles. La portezuela estaba sólidamente cerrada, y sin duda un resorte oculto impedía abrirla.

Cereza echó una mirada espantada a los malecones.

Los malecones estaban desiertos.

Pidió socorro con una voz debilitada por la emoción.

La voz quedó sin eco.

En cuanto a Colar, había encendido un cigarro tranquilamente y se limitó a decir a la florista:

—No os atormentéis, hija mía; la portezuela está bien cerrada y no podéis salir. Luego es inútil que gritéis y os aflijáis de ese modo, porque no os oirán...

—¡Caballero!... ¡caballero! — suplicó Cereza retorciéndose las manos, presa de una desesperación repentina; — ¿qué queréis de mí? ¿Adónde me lleváis?... ¿Qué os he hecho?...

—Señorita, — repuso el raptor, con un tono más respeso y más cartés, — si queréis escucharme cinco minutos, veréis que no deseo haceros mal alguno.

—¡Escucharos!... Pero, ¿qué queréis de mí?

—Soy amigo de León.

Este nombre devolvió un poco de calma a Cereza, que se animó a mirar de frente a Colar.

—¿Por qué no me lleváis entonces a casa? — preguntó.

—Porque no puedo...

—Pero, caballero...

—León corre un gran peligro — prosiguió Colar; — si os empeñáis en escaparos y en volver a vuestra casa, lo expondréis a una muerte segura.

—¡Morir! ¿él, León? — exclamó Cereza fuera de sí, sin comprender absolutamente las extrañas palabras de su raptor.

—Sí, señorita — dijo Colar.

—Pero, ¿qué peligro es ese, y cómo es que? ...— interrogó la pobre niña, dominada por el vértigo.

—Ese es mi secreto — repuso Colar, — o mejor dicho, ¡ay! no es mío, sino de otro ... Todo lo que puedo deciros es que si no obedecéis ciegamente, no volveréis a ver nunca a vuestro novio; ¡mañana habrá dejado de axistir!

—¡Ay! — murmuró Cereza, que se puso a temblar como una hoja seca arrastrada por el cierzo otoñal, y cuya voz expiró a medias en sus labios; — haré todo cuanto queráis, caballero, pero gracia, ¡gracia para él!

—¡Vaya! — dijo Colar, —al fin os volvéis juiciosa y amable. Pues bien, es preciso que os quedéis aquí, al lado mío, sin afligiros ni llorar, y, sobre todo sin hacerme preguntas inútiles, pues no podría contestarlas.

—Caballero — murmuró Cereza con tono suplicante, — una sola palabra, en nombre de Dios.

—Vamos a ver — exclamó Colar.

—Hace dos horas recibí una cartita de mi hermana.

—La conozco. Se llama Baccarat.

—Decíame mi hermana que corría un gran peligro y que si yo no acudía en ayuda suya presentándome en la calle de la Sierpe...

—¡Vuestra hermana es una mujer miserable! — exclamó Colar, que fingió una cólera repentina.

—¡Mi hermana!... ¿Qué queréis decir?

—Quiero decir — articuló lentamente el teniente de sir Williams, — quiero decir que vuestra hermana os ha tendido un lazo abominable; que el peligro de que os habla no existe, y que había meditado vuestra pérdida entregándoos a ese infame de Beaupreau.

—¡Oh, Dios mío! — exclamó Cereza, prorrumpiendo en llanto; — ¿es posible?

—Sí — repuso Colar; — ¡pero no puedo deciros nada, hija mía, absolutamente nada! Mi vida peligraría, lo mismo que la de León y tal vez la vuestra.

—¡Oh! matadme — exclamó la pobre niña — si queréis, pero no hagáis daño a León!...

Colar le tomó la mano y se la estrechó con cariño.

—No temáis nada — dijo. — Cuando lo sepáis todo, cuando pueda hablar, veréis que soy amigo vuestro.

El fiacre amarillo continuaba rodando con fantástica rapidez; había ganado el puente de

la Concordia, atravesado la plaza de este nombre y subía al trote largo la avenida de los Campos Elíseos.

La noche estaba oscura; algunas gotas de una lluvia fría y penetrante empezaban a caer, y sólo el reflejo de los dos faroles del fiacre alumbraban el camino y permitían a Cereza ver a su raptor.

A pesar de su mirada movible que no se detenía nunca, indicio de una falsedad profunda, Colar había conservado esta fisonomía de expresión militar que infunde siempre confianza en la moralidad de un hombre, y había tomado con Cereza un tono tan respetuoso y tan franco, que la pobre niña había concluído por creer en la amistad que él aseguraba tener con León Rolland, su querido novio. Esta idea había acabado por tranquilizarla un poco, y la reserva extrema de Colar, sentado al lado de ella, a media noche, en un camino desierto, y, por consiguiente, en una situación que hubiera podido permitirle usar de la violencia para con ella, concluyó de persuadir a la joven que era realmente su protector y su amigo en medio de las extrañas circunstancias que envolvía un misterio tenebroso.

Entretanto, hacía rato que el fiacre había dejado detrás de sí la barrera de la Estrella y el Arco de Triunfo; había seguido por la avenida de Neully, pasado otra vez el Sena en Courbevoide y tomado el camino de San Germán

—¿Me lleva usted muy lejos? — preguntó Cereza.

—Así, pues, sed amable... porque si no, León...

—No, — dijo Colar; — dentro de una hora habremos llegado.

—¿Dónde vamos?

—Silencio, señorita, no puedo decírselo. Y ahora tengo que vendaros los ojos — agregó el teniente de sir Williams.

—¡Ah! — exclamó Cereza, con un gesto de repulsión y de horror.

—Sabéis que me habéis prometido obedecerme — dijo Colar fríamente, sacando un pañuelo de seda del bolsillo.

No concluyó.

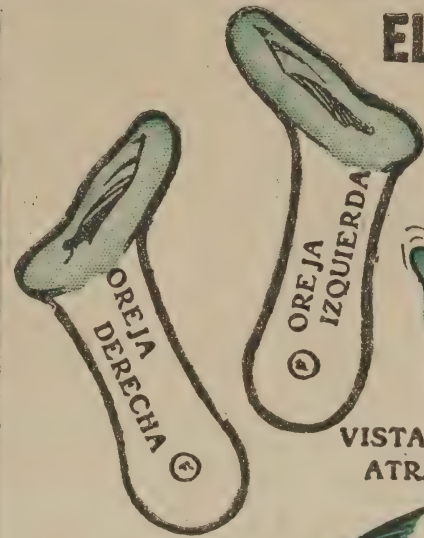
—Haced lo que os plazca — murmuró la joven con la resignación y la dulzura de un niño enfermo.

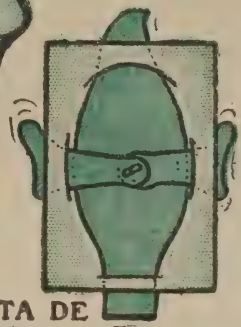
Colar le vendó los ojos y ató el pañuelo con

PRECAVIDO

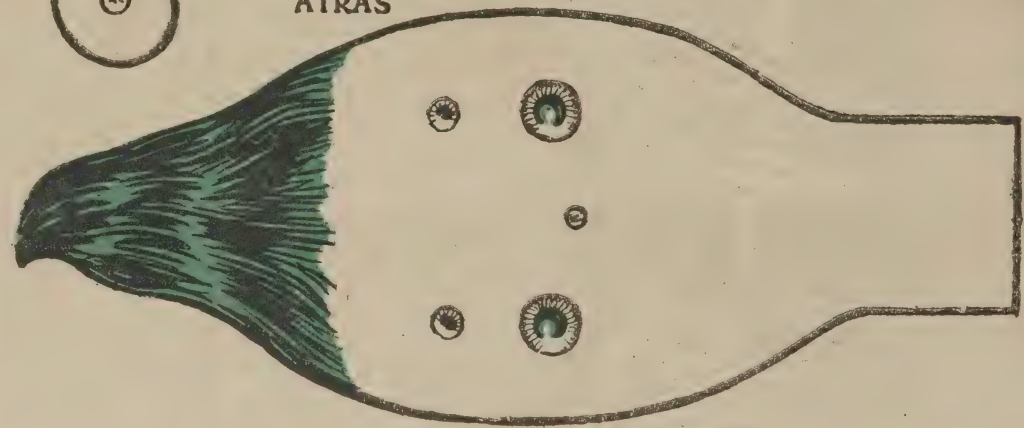
—¿Cómo quiere los bolsillos, señor?
—En sitios donde sea difícil encontrarlos.

EL GRACIOSO DON PEPITORIO





ESTE ES UN JUGUETE GRACIOSO QUE CON SEGURIDAD HA DE RESULTAR MUY DIVERTIDO PARA GRANDES Y CHICOS. LA COMBINACION DEL MOVIMIENTO DEL JOPO, LOS OJOS Y LAS OREJAS ES EN VERDAD, MUY JOCOSO Y ASI MISMO ES MUY FACIL DE ARMAR.



HAY QUE PEGARLO TODO EN CARTON Y DEJAR QUE SE SEQUE BIEN. SE RECORTAN LAS PIEZAS Y SE HACEN LOS DOS AGUJEROS DE LOS OJOS Y LAS RANURAS INDICADAS POR LINEAS DE PUNTOS. LA PIEZA QUE TIENE EL JOPO SE PASA POR EL LADO DE ATRAS POR LAS HENDIJAS QUE SE HABRAN HECHO ARRIBA Y ABAJO. SE METEN LAS OREJAS, POR ATRAS, POR LAS HENDIJAS LATERALES. SE SITUAN LOS PUNTOS F. UNO ENCIMA DE OTRO UNIENDO LOS TRES CON UN BROCHE. SE MUEVE LA MANIJA DE ABAJO Y ¡A REIR!

fuerza detrás de la cabeza, agregando:

—No procuréis ver adónde vais, porque ello importaría permanecer allí mucho tiempo.

Cereza se había puesto a temblar de nuevo. Todo aquello le parecía tan extraño que, privada del uso de la vista, empezaba a creer que era presa de algún horrible sueño y que iba a despertarse en su cuartito del barrio del Temple, bajo sus cortinas de coco blanco, a dos pasos de la jaula en la que sus pájaros saludaban los primeros rayos del sol con su canto matutino.

Pero el carruaje seguía andando, y su movimiento regular y monótono arrancó luego a Cereza de sus ilusiones.

Estaba realmente en un coche, al lado de un hombre que le hablaba de un modo vago, de sombras misteriosas, en un camino desierto, en medio de la noche, con los ojos vendados, sin saber adónde iba.

La hora que transcurrió desde aquel momento fué tal vez más terrible y más emocionante para la joven que la que había precedido.

Las palabras de Colar, a propósito de Baccarat, acudían a su memoria, y procuraba desechar su siniestro significado; pero recordaba entonces que más de una vez la pecadora se había empeñado en que cortara sus relaciones con León Rolland, y en apartarla de su vida honrada y pobre para dejarle entrever los dorados esplendores del vicio.

Y las palabras de Colar imprimían a este recuerdo un sello de verdad sombría.

Cereza amaba a su hermana; lamentaba las faltas de ésta sin tener el valor de censurarlas; le era adicta y habría creído hasta allí en su inalterable cariño.

Júzguese, pues, el dolor que le agobiaría cuando pensó que Baccarat la había engañado, que había querido separarla de su novio para arrojarla en brazos de aquel horrible anciano de quien sólo se había substraído gracias a la repentina intervención de Williams.

Todas estas reflexiones, mezcladas al recuerdo de los sucesos dramáticos y extraños que acababan de desarrollarse para ella, concluyeron de sumir a Cereza en una especie de postración febril y de estupor doloroso del que la sacó la voz de Colar.

El fiacre se había detenido.

—Vamos, señorita — dijo el raptor, — despertáos.

Colar se imaginó que Cereza había cedido a un sueño lleno de cansancio.

—No duermo — contestó la florista.

—Hemos llegado... levantáos... tomad mi mano — continuó Colar, que salió del coche y tomó a la joven en brazos para colocarla en tierra.

—¡Eh! ¡eh! — murmuró en voz baja; — ¡Dios me perdone A fe que todo esto no está mal hecho; el pájaro va a estar en la jaula antes de que salga el sol.

El carruaje se había detenido en una espe- de valle profundo, completamente desierto, en el que empezaban a deslizarse esas vagas e indecisas claridades que anuncian la proximidad del alba.

Ningún punto luminoso indicaba en los alrededores la existencia de una casa. Sin embargo, el fiacre estaba parado cerca de un muro, en cuyo centro había una puerta.

Hubiérase dicho la cerca de una vasta propiedad.

—Brrr..., — dijo Colar, — esta lluvia está helada; señorita, vais a tener un buen fuego dentro de un momento.

—No tengo frío, — murmuró Cereza, con la indiferencia de los que viven concentrados en sí mismos.

—Venid, — repuso Colar, que llamó a la puertecita, la que se abrió al punto.

Colar franqueó el umbral, teniendo a Cereza de la mano, y se halló en un vasto jardín, en cuyo extremo opuesto se adivinaba, pues apenas se descubría, un pabellón cuyas paredes blancas estaban ocultas por árboles añosos y corpulentos.

—¡Palabra de honor! — murmuró el teniente del barón, — sólo mi capitán es capaz de descubrir semejantes soledades. Cualquiera diría que esto está a cien leguas del mundo habitado.

Cereza seguía con los ojos vendados; pero adivinaba, por el aire vivo y lluvioso que le azotaba el rostro y por la tierra fangosa sobre la cual caminaba, que estaba en pleno campo.

Colar, que le daba siempre la mano, la llevó durante algunos instantes, diciéndole:

—No tengáis miedo, señorita, marcharéis sin tropezar con ningún obstáculo.

Cereza oyó al mismo tiempo un ruido de pasos que resonaba a lo lejos y parecía acercarse poquito a poco: era un ruido de zuecos que se chocaban a veces entre sí, calzado obligado de los campesinos y en general de todos los que viven en el campo durante el invierno.

A medida que el ruido de los zuecos se acercaba, Colar parecía dirigirse a él, llevando siempre a Cereza, hasta que se encontraron, y la joven pudo oirlos cambiar estas pocas palabras:

—Aquí está el pájaro, — decía Colar.

—Bien, — repuso una voz ronca y áspera, que, sin embargo, no parecía ser de hombre; — la jaula es buena y se vigilará.

Colar soltó la mano de Cereza y le dijo:

—Adiós, señorita, podéis sacaros la venda ahora.

Cereza se llevó con presteza las manos a la venda, que se arrancó, y recobrando por fin el uso de la vista, echó en torno de ella una mirada rápida y curiosa.

Las primeras claridades de la mañana le permitieron apercibirse entonces que se encontraba en medio de un vasto jardín flanqueado de muros elevados, y rodeados éstos de una doble fila de álamos que interceptaban la vista desde afuera.

Al frente tenía una casita de dos pisos, rodeada de árboles que en la primavera debían ocultarla a medias bajo la cúpula de follaje que formaban. Por encima de los muros y por cualquier lado que se dirigiese la vista se descubría una colina, lo que hacía suponer que la casa y el jardín estaban situados en el fondo de un valle.

Por lo demás, no se veía en parte alguna huella de habitación, y Cereza hubiera podido creerse transportada a cuatrocientos kilómetros de París, a un rincón perdido de alguna provincia apartada.

Después de este primer examen, la joven

se atrevió a mirar al ser extraño a quien Colar, que se esquivaba en dirección a la puertecita que había quedado entornada, acababa de confiarla.

¿Era hombre? ¿Era mujer? Cereza se dirigió desde luego esta pregunta al ver a una especie de anciano sin barba y casi calvo, cuyo rostro, amarillento como un pergamino, estaba surcado por arrugas profundas y repelentes costurones.

El traje de aquella extraña criatura no pertenecía a sexo alguno. Tenía la cabeza envuelta en una tira de coco amarilla atada en la nuca como se la atan las arlesianas y las genovesas; un especie de capa de hule, que le bajaba hasta los pies y le cubría todo el cuerpo, no permitía adivinar si llevaba polleras o pantalones; por fin, calzábanla un par de zuecos en los cuales un manojo de paja podrida hacía las veces de medias.

Esa criatura podría tener sesenta años, y era de mediana estatura, y de una obesidad repugnante; la cara, espantosa, tenía una expresión singular de maldad burlona; la boca dibujaba una sonrisa cruel en la cual se adivinaba los embrutecimientos producidos por el alcohol, y los ojos pequeños, hundidos, de un gris de gato, estaban circundados de un círculo rojizo que concluían de dar a la mirada la expresión de una fiera.

Al ver a ese horrible personaje, Cereza retrocedió instintivamente y expresó con un grito el terror que sentía.

—¡Eh! ¡eh! monona, — exclamó sardónicamente la horrible vieja, pues era una mujer, — ¿os causo miedo? No soy ni bonita ni blanca como vos, es cierto; pero, a pesar de esto, también he tenido mis buenos tiempos, y la viuda Fipart tenía sus méritos hace veinte años.

Se echó a reir con una risa salvaje, que se asemejaba a un gruñido de hiena, y Cereza quiso huir espantada.

—¡Vamos, preciosa! — dijo la vieja agarrando con su mano áspera y callosa, como si hubiese estado cubierta de escamas, la mano blanca y menuda de la florista; — ¿querríamos volvernos ya a París... sin tomar siquiera un bocado, ni beber un dedido de casis con la tía Fipart? Venid, monona, venid... la tía Fipart es una buena mujer... ya veréis...

Y estrechando la mano de Cereza como en un estuche, la obligó a que la siguiera hasta la casa. Cereza temblaba y sentía que las piernas se le aflojaban.

—¡Colar! ¡señor Colar!..., — llamó con un sentimiento de profundo terror, en el momento en que el teniente de sir Williams llegaba al extremo opuesto del jarín.

Pero Colar no la oyó, o más bien, fingió que no la oía, y desapareció por la puertecita que cerró al punto detrás de él.

—Venid, hermosa niña, — repetía la vieja, arrastrando siempre a Cereza, — os cuidaré como si fueseis una perla fina.

Y Cereza se dejó llevar cerrando los ojos, a tal punto la espantaba la fealdad horrorosa de la viuda Fipart.

Llegó de ese modo a la casa. La vieja la hizo entrar en el piso bajo, en una especie de cocina en que brillaba un fuego vivo de sarmientos y la empujó contra un sillón destripado que estaba al lado de la chimenea, diciéndole:

—Sentaos y calentaos, monona; estáis tiritando, y vuestro vestido está mojado.

A Cereza le seguía temblando todo el cuerpo.

—¿Queréis beber algo, ángel mío? — prosiguió la vieja con tono sarcástico, pero cariñoso. — Cuando hace frío, una copita nos repone inmediatamente.

—Gracias... señora..., — balbuceó Cereza sin levantar la vista; — no tengo sed...

—Voy a daros un bocado, — continuó la viuda Fipart (tal era su nombre), con voz de más en más almibarada, pero en la que se traslucía una sorda crueldad.

Cereza rehusó con un gesto.

—Vamos, chiquilla, — prosiguió la vieja, — ya que no tenéis ni hambre ni sed, venid al menos para que os muestre vuestro alojamiento.

—¡Mi alojamiento! — exclamó Cereza, que se estremeció de pronto: — ¿de modo que voy a quedarme aquí?

—Sí, hija mía.

—¡Pero si yo no quiero quedarme: — exclamó la pobre niña con súbita desesperación; — quiero volverme a París.

—¡Bah! — dijo la vieja en son de burla; — París está lejos y dejaréis los pies en el camino.

—No, no, — dijo Cereza, — tendré fuerzas para volver; si estoy demasiado cansada, me reposaré.

—¡Pobre niña !— suspiró la viuda Fipart con una compasión fingida que engañó a la joven.

—¡Oh! sí, — prosiguió Cereza, — me sentiré con fuerzas para marcharme; voy a reunirme con León.

—¿León? Calle ¿es vuestro amante, monona?

—¿Conque no lo conocéis? — dijo Cereza asombrada.

—¿Yo?... Nunca le he visto; ¿es algún caballerito muy rico?

El rubor de la indignación asomó al rostro de Cereza.

—¡Ah! — dijo; — ¿por quién me tomáis?

—¡Caramba! — repuso con ingenuidad la viuda Fipart, — por una muchacha bonita que debe despertar muchos caprichos...

—¡Señora! — exclamó Cereza indignada. Y una duda terrible cruzó por su espíritu.

—Pero si no lo conocéis, — dijo, — ¿entonces no sabéis nada?

—¿Yo? — exclamó la vieja; — ¿qué queréis que sepa?

—¡Cómo! ¿No os ha dicho Colar que me traía aquí porque León, mi novio, mi marido dentro de poco, corría un gran peligro?

La viuda Fipart se puso a reir.

—¿Conque Colar os ha dicho eso?

—Sí, señora.

—¿Y lo habéis creído?

—¿De modo que no es verdad? — murmuró Cereza, sin saber lo que le pasaba.

La vieja seguía riéndose.

—Ese Colar, — dijo es un pillo muy chusco... ¡oh! !muy chusco, a fe mía!

—¡Señora! ¡señora! — suplicó Cereza; — en nombre de Dios, decidme lo que sabéis,

por qué estoy aquí, qué es lo que quieren hacer conmigo.

—Pues bien, voy a decíroslo, hija mía, — repuso la vieja con esa horrible dulzura hipócrita que helaba la sangre de la joven; — habéis dado en el ojo a un caballero muy decente, muy honrado y muy rico, y el cual... ya comprenderéis.

—¡Ah! — exclamó Cereza; — no es cierto, señora, no es cierto... o mejor dicho, tenéis razón... Sí, un anciano, un monstruo; pero acudieron en mi ayuda; un joven me libertó y me confió a Colar...

—Y bien, — dipo la viuda Fipart con una risa de fiera, — el joven ha echado el viejo al bombo. El caballero de que os hablo es el que os ha confiado a Colar, hija mía; ¡estáis aquí en su casa!

Cereza lanzó un grito penetrante y cayó sin sentido en el piso de la sala baja

XX

EL JUEZ DE INSTRUCCION

Abandonemos un momento a Cereza para volver a ocuparnos de Fernando Rocher, a quien dejamos en el instante en que los agetes del comisario de policía lo sacaban del cuarto de Baccarat. Eran tantos los extraños sucesos que le habían ocurrido desde hacía veinticuatro horas, que el desgraciado joven se preguntó un momento si no era juguete de alguna horribre pesadilla; luego, y mientras pasaba por entre los criados de la cortesana, que habían acudido al oír el barullo, sorprendidos de aquel arresto, se vió obligado a confesarse que no soñaba, que por el contrario, estaba muy despierto, y que nada era tan real como lo que le sucedía con la rapidez de un rayo.

Dominado un instante por el sentimiento de su inocencia, quiso debatirse y luchar con los agentes; pero éstos eran tres, tres hombres robustos y determinados, y se apoderaron de él en un abrir y cerrar de ojos.

—Caballero, — le dijo entonces el comisario con tono severo y lleno de cortesía, — vuestra resistencia es completamente inútil y no haría más que agravar vuestra posición, complicándola con un acto de rebelión a la ley. Creedme, vale más que me sigáis de buen modo. Si es cierto, lo que deseo con todo mi corazón, que sois inocente, la justicia, que es tan imparcial y previsora, habrá encontrado al culpable dentro de poco, y seréis puesto en libertad.

Como todas las personas nerviosas y sobreexcitadas, que no tardan en ser presa de una especie de postración moral cuando sus fuerzas físicas empiezan a agotarse, Fernando Rocher se dejó llevar hasta el fiacre que esperaba delante de la verja del hotelito, y subió en él sin prolongar más tiempo su resistencia.

El comisario tomó asiento al lado de él; dos agentes se colocaron en la banqueta delantera, y el tercero subió en el pescante, al lado del cochero.

—¡Al depósito! — ordenó el comisario.

Ordinariamente, y cuando se trata de un ladrón vulgar, el magistrado que se designa con el nombre de comisario de policía no se molesta y hace operar simplemente el arresto por uno de sus agentes; pero en ese caso se trataba de un robo considerable, de un hecho excepcional, tan grave, que se había dejado a un lado la práctica establecida, y que el comisario de policía llevaba el rigor hasta escoltar personalmente al preso a la Prefectura, en donde iba a sufrir un interrogatorio preliminar ante un juez de instrucción.

Durante algunos minutos, a Fernando le abandonaron sus fuerzas, permaneciendo sin voz, sin mirada y como abstraído en sí mismo; para un hombre de honor que hasta entonces ha gozado de la consideración universal, una acusación de robo es tal vez más terrible que el aspecto del cadalso, y el desgraciado joven se puso a recapitular con espanto sobre los sucesos que acababan de pasar. Lo que primero le preocupó fué la terrible carta de Herminia, su novia de la víspera, de Herminia, a quien amaba, carta desdeñosa y helada como el desprecio que mata.

Luego fueron las llaves de a casa del señor de Beaupreau que se había llevado en su ofuscación, al correr a la calle de San Luis, y que iban a ser para todos los pruebas más aplastadoras.

Por fin, aquella noche de embriaguez, de locura, de vértigo, pasada en brazos de una mujer desconocida el día anterior, y que lo había llevado a su casa, sin que él supiera cómo. Y este último pensamiento fué más agobiador, más terrible, más espantoso que la acusacoón que sobre él pesaba, pues ahora pertenecía, él, el novio de Herminia, a una mujer que se llamaba Baccarat; había sido arrestado en casa de ella y el sumario iba a revelar y a llevar a conocimiento de Herminia, quien seguía mando ardientemente, ese hecho monstruoso.

Fernando vió entonces un abismo abierto entre la señorita de Beaupreau y él, abismo profundo, imposible de llenar, aun con la prueba de su inocencia.

Y entonces, semejante a un cuerpo sin alma, a un hombre privado de razón y que no tiene siquiera conciencia de su situación, no pensó ni en defenderse ni en substraerse a sus guardianes, y como el paciente a quien llevan al suplicio y que ve ya entreabiertas delante de sí el abismo inconmensurable de la eternidad, se dejó conducir a la Prefectura de policía, atravesó, con los ojos bajos y bamboleante, las bóvedas sombrías de la conserjería, escuchó, sin oirlo, el acta de su encarcelación, y sólo recobró su presencia de ánimo cuando la puerta del calabozo destinado a los presos incomunicados se hubo cerrado detrás de él.

El horror de una cárcel es tal, para un hombre que ha vivido siempre a la luz de las leyes, al aire de la libertad, que llega a dominar las más sombrías postraciones.

Al pensar en Herminia traicionada, en Herminia que lo despreciaba, Fernando había olvidado momentáneamente la acusación de robo que pesaba sobre él; pero cuando se halló solo, solo y encerrado en la celda destinada a los criminales, el instinto de la rehabilitación y de la libertad recobró violentamente su imperio y le devolvió el uso de sus facultades mentales.

Procuró entonces recordar lo que había pasado mientras había tenido en su poder las llaves de la caja, y trató de sondar aquel ho-

rrible misterio, abandonándose a todas las conjeturas a todos los cálculos de probabilidad.

Y luego, como el litigante que pesa en sí mismo las malas probabilidades de su causa, fué para sí mismo un juez de instrucción de los más severos, y calculó todos los cargos que podría recaer sobre él.

Era cierto que había tenido las llaves de la caja; habíaselas llevado al abandonar precipitadamente su puesto; había salido en cabeza, corriendo, como un hombre trastornado, y en vez de volver, de traer las llaves, se había quedado con ellas y las tenía en su poder en el momento en que lo habían arrestado y registrado.

Por fin, lo habían encontrado, veinticuatro horas más tarde, en casa de una de esas mujeres cuyo oficio es arruina a los hijos de familia, y sería evidente para todos que un amor culpable, que un deseo ciego de satisfacer los costosos caprichos de una cortesana habían podido inducirlo a cometer el robo.

Al reflexionar en todo eso, Fernando sentía que los cabellos se le erizaban y que un sudor helado le empapaba las sienes... ¿Cómo sondar aquel misterio espantoso? En sin, si el robo había sido perpetrado, ¿quién había podido cometerlo? ¿A quién acusar, de quién sospechar?

—¡Me vuelvo loco!—murmuró el pobre joven, — y no me resta más que morir para evitar el presidio... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué crimen he cometido para que me castiguéis así?

Y Fernando, como el niño en peligro que llama a su madre para que lo ayude, Fernando dirigía en torno de sí una mirada desolada y buscaba un protector.

Fernando era huérfano; su tutor había muerto. Sólo un hombre hubiera podido protegerlo y esforzarse en triunfar su inocencia: era el señor de Beaupeau. Pero, evidentemente, éste, más que ningún otro, debía creerlo culpable, y se convertiría en su más encarnizado acusador .

Presa de esas espantosas perplejidades, vinieron a buscarlo para llevarlo ante el juez de instrucción, magistrado temible, cuyo solo nombre hace estremecer a los más osados, y cuyas preguntas insidiosas y apremiantes, cuyos rodeos pacientes y hábiles triunfan de los acusados más resueltos a acallar y los obligan a entregarse.

Fernando siguió al gendarme encargado de conducirlo por un corredor sombrío, subió con él una escalera de caracol que llevaba a un piso superior de Palacio de Justicia y penetró en el gabinete del juez de instrucción.

Este magistrado era un hombre de treinta y cinco a cuarenta años, de rostro frío y severo, de frente un tanto calva por el trabajo, llevaba en el ojal de la levita la roseta de oficial de la Legión de Honor.

Cuando Fernando entró, el juez estaba de pie, recostado contra la chimenea, y tenía las manos cruzadas por detrás.

El despacho del juez de instrucción no tenía el aspecto lúgubre que parecía anunciar un nombre como ese: era pieza grande, empapelada con un papel verde rayado, amueblada con un vasto escritorio, sillas de caoba forradas de cuero verde también, y una mesa junto a la cual estaba sentado un hombrecito grueso, de gafas, con una pluma detrás de la oreja, mangas postizas de lustrina negra, que le llegaban hasta el codo, y vestido con una levita raída.

Aquella sala se parecía a un despacho del ministerio en que Fernando trabajaba el día anterior, y allí cualquiera se hubiera creído muy lejos de estas bóvedas sombrías de esos negros corredores de la conserjería que el preso acaba de recorrer.

En segundo lugar, el magistrado estaba en traje de paseo, el cual impondrá siempre menos que la terrible toga del juez, y a pesar de la severidad de su rostro, largo y pálido, inspiró desde luego a Fernando esa especie de confianza respetuosa que inspirará siempre un hombre que parece haber desechado lejos de sí las pasiones personales para convertirse en ley encarnada.

El juez despidió al gendarme, que salió y permaneció en la antecámara. La fisonomía pálida, trastornada, pero abierta y leal de Fernando, su juventud, la posición que ocupaba poco ha, eran para el magistrado otras tantas garantías de tranquilidad de parte del preso, y le indicó una silla con un ademán lleno de bondad.

El corazón del joven latióle hasta saírsele del pecho; el sudor le bañaba la frente, y sin embargo, recobró un poco de seguridad y vió en aquel hombre que iba a interrogarle, mucho menos que un juez prevenido, un hombre que tal vez creería en su inocencia.

—Sentaos, caballero, — dijo el magistrado con voz tranquila, en la que se traslucía, sin embargo, una especie de compasión por aquel joven honorable hasta entonces, que venía a tomar asiento en la barra de los criminales.

Fernando obdeció y pareció esperar que el juez le dirigiera de nuevo la palabra.

Este se apartó de la chimenea y tomó asiento delante del escritorio, mientras el hombrecito grueso, que era un actuario, se disponía a escribir minuciosamente cada palabra que saliera de los labios del acusado.

—¿Os llamáis Fernando Rocher, — prosiguió el juez de instrucción consultando un legajo, — nacisteis en París en 18...?

—Sí, señor, — repuso Fernando con calma.

—He aquí, — prosiguió el magistrado, — los hechos de que se os acusa, y que hacen excesivamente grave vuestra posición: ayer, a las diez de la mañana, vuestro jefe, obligado a ausentarse, os instaló en su despacho y os confió las llaves de su caja. Dicha caja, balanceada el día anterior por el tesorero general del ministerio, guardaba una suma de tres mil francos en oro y diferentes especies, y otra suma de treinta mil francos en billetes del Banco.

—Ignoraba semejante cosa, caballero, — dijo Fernando, — y no he abierto la caja.

—Sin embargo, las llaves están en vuestro poder.

—Sí, señor.

—Han sido encontradas en uno de vuestros bolsillos cuando os registraron.

—Es cierto, caballero.

—¿Permanecisteis solo después que hubo salido vuestro jefe?

—Sí, — dijo Fernando con un gesto,

—Un hombre a quien no ha sido posible encontrar, se presentó poco después, y un ujier lo introdujo en el despacho en que os encontrabais. ¿Quién es ese hombre?

—Creo que un mandadero.

—¿Lo conocíais?

—Era la primera vez que lo veía.

El juez miró a Fernando con severidad.

—Cuidado, — dijo; — no tratéis de extraviar a la justicia. ¿No sería ese hombre cómplice vuestro?

—Caballero, — repuso Fernando con emoción, pero con una voz en que se traslucía un acento profundo de verdad, — os juro que no puedo tener cómplice, porque soy inocente del crimen de que se me acusa.

—Sin embargo, ¿quién era ese hombre? ¿Qué deseaba de vos?

—Me traía una carta.

—¿De quién era esa carta?

Fernando se estremeció y bajó los ojos.

—Caballero, — balbuceó; — aunque mi inocencia tenga que sufrir, no puedo comprometer un nombre honorable... el nombre de una mujer.

—Esperaba esa respuesto, — dijo el juez, — y veo que ella es uno de vuestros medios de defensa, del cual me ha puesto al cabo la declaración de vuestro jefe. Debíais casaros con la señorita de Beaupreau...

—Caballero... caballero, — suplicó Fernando.

—Pero, — prosiguió el juez, — teníais una querida.

—¡Una querida! — exclamó Fernando con indignación.

—Esa querida, llamada la Baccarat en el mundo galante, es una de esas mujeres cuyos favores se compran a peso de oro; es presumible que por satisfacer una exigencia ruinosa...

—Caballero, — interrumpjió vivamente el acusado, — ayer no más no conocía a esa mujer.

—Sin embargo, habéis sido arrestado en su casa.

—Es cierto... Pero ahora mismo ignoro cómo he podido encontrarme en ella....

—Caballero, — dijo el juez con bondad, — pensad que las declaraciones valen más que las negativas obstinadas que la evidencia destruye. Agraváis vuestra posición.

—Caballero, — repuso Fernando con un acento de verdad tan profundo, que hizo vacilar la convicción del juez, — un misterio horrible envuelve este asunto, pero os juro que soy inocente.

—Lo deseo, — repuso el juez conmovido; — pero, ¿cómo conciliar a la vez el robo, vuestra brusca salida, vuestra desaparición durante veinticuatro horas, y por fin vuestro arresto en casa de una mujer muy conocida por sus prodigalidades, cómo conciliar todo esto con vuestra inocencia?

Fernando levantó los ojos al cielo.

—Dios es grande, — dijo, — y me está juzgando. Caballero, soy inocente.

—Os van a conducir a vuestra casa dos agentes y un oficial de justicia, — continuó el juez de instrucción, — y de allí a la calle Moncey, al domicilio de vuestra querida. Se operará un registro en ambas casas, en presencia vuestra; si la cartera no se encuentra en ninguna de ellas, será una circunstancia de descargo para vos.

—Vamos, caballero, vamos, — exclamó el joven, — ¡soy inocente!

El juez de instrucción llamó, presentándose un hombre vestido de negro. Era el oficial de justicia.

—Seguid, caballero, — dijo el juez a Fernando con bondad. — Vamos a emplear el menor ceremonial posible en este triste asunto y a evitar el escándalo.

Fernando saludó al juez y salió con la frente levantada, seguro de mi inocencia.

En la antecámara se le colocaron al lado dos agentes vestidos de particular.

—Caballero, — le dijo el oficial de justicia con tono cortés, — generalmente los encausados son conducidos en un carruaje de carceles y por agentes vestidos de uniforme; pero el señor juez de instrucción ha tenido en consideración vuestra posición anterior, y espero que me seguiréis sin resistencia.

—¡Os lo juro, caballero. No soy hombre que busque huir antes de haber probado victoriosamente mi inocencia.

El oficial de justicia condujo al preso hasta la Conserjería, donde esperaba un cabriolé.

El joven subió en él, y uno de los agentes dijo al cochero:

—Calle de los Marais, número 2.

La casa habitada por Fernando no tenía más que inquilinos de humilde condición, en su mayor parte empleados, y no estaban en sus domicilios durante el día. La portera era una vieja poco inteligente y no se ocupaba casi de sus inquilinos.

La llegada de Fernando acompañado de tres desconocidos cuyo traje no revelaba la profesión, no produjo, pues, ninguna sensación en la casa, y el joven pudo llegar hasta el cuarto piso sin llamar la atención de nadie.

El modesto alojamiento que ocupaba se componía de dos piezas, un saloncito y un dormitorio, el todo amueblado de nogal, y la inspección era muy fácil.

Los agentes se entregaron a un registro minucioso, registraron el escritorio, la cómoda, el único armario, sondaron el lecho, las sillas, y no encontraron nada. Fernando estaba tranquilo, y cuando el registro hubo terminado, dijo al oficial de justicia con una sonrisa:

—Ya lo veis, caabllero, la cartera que buscáis no está aquí.

—Vamos a la calle Moncey, — dijo el oficial de justicia. — Pero no os ocultaré que si allí, como aquí, nuestras pesquisas son infructuosas, ello no mejorará mucho vuestra posición, pues, por descuido, no se ha librado un mandamiento de arresto contra la Baccarat, que se debiera haber arrestado junto con vos, y bien puede ser que ella haya hecho desaparecer la cartera desde esta mañana.

Fernando movió la cabeza negativamente.

—Nunca la ha tenido a ella en mi poder, — dijo.

Hicieron subir al preso en carruaje y fué conducido a la calle Moncey.

Baccarat acababa de salir del hotel con Fanny, y en aquel momento el falso médico

la hacía entrar en la casa de sanidad de donde no debía salir.

La servidumbre de Baccarat la componían un cochero, una cocinera, una camarera, un groom y un jardinero. Su madre, comparsa que no tiene papel en nuestra historia, cuidaba de la casa. En el momento en que se presentó el oficial de justicia, la madre estaba ausente desde hacía una hora; había ido al mercado con la cocinera, ignorando lo que había pasado en el cuarto de Baccarat.

El cochero conducía a su señora a la casa de alienados; Fanny, la doncella, la acompañaba.

No había, pues, en el hotel más que el jardinero y el groom.

Al ver a esos hombres que hablaban en nombre de la ley, el jardinero, mozo torpe, a quien Williams no había juzgado necesario comprar, manifestó un terror profundo y protestó de la honradez de su ama; pero el groom, muchacho inteligente cuya lección se le había enseñado, condujo al oficial de justicia al dormitorio de Baccarat, que seguía en el mismo desorden que en el momento de partir la cortesana.

—Empecemos por aquí, — dijo uno de los agentes que se puso a registrar los muebles, cuyas llaves estaban en las cerraduras.

Los lindos baúles de Boule, los armarios, los roperos, los tocadores, fueron visitados sucesiva y prolijamente.

—¡Calle! — dijo de pronto uno de los agentes, — aquí hay un paletó de hombre. Fernando tenía el día anterior un sobretodo cuando cayó sin sentido en la acera de la calle de San Luis, sobretodo que le habían sacado en casa de Baccarat.

El día siguiente, es decir, en la mañana de aquel día, la presencia del comisario de policía al ordenarle que se vistiera y que lo siguiera le había conmovido de tal modo, que se puso la levita solamente, olvidándose del paletó.

—Este sobretodo es mío, — dijo, en el momento en que el agente lo descubría, arrojado negligentemente en un sillón y lo indicaba con el dedo.

El agente lo tomó y dijo:

—Es pesado... y siento algo voluminoso en el bolsillo del costado.

—No creo, — dijo Fernando con calma, a no ser que sea una llave.

La mano del agente de policía desapareció en las profundidades del bolsillo del costado, en aquel que, prendido el sobretodo, se encuentra sobre el pecho, y salió teniendo una gruesa cartera de marroquín verde.

Al verla, Fernando palideció y lanzó un grito. El agente pasó la cartera al oficial de justicia que la abrió, y al punto cayó sobre la alfombra del cuarto un fajo de billetes de Banco.

—¡Ah! Me figuro que el acusado ya no seguirá negando...

Fernando no contestó; acababa de desmayarse.

XXI

ALERTA

En tanto que el genio infernal de sir Williams envolvía uno por uno a todos los personajes de esta historia, que podían entorpecer sus proyectos e impedirle llegar a sus fines tenebrosos; que Fernando, acusado de robo, era detenido y encarcelado; que Baccarat era encerrada como loca, que se confiaba a Cereza a la custodia de la repugnante vieja conocida con el nombre de la viuda Fipart, y que, en fin, todos los que podían poner a Armando de Kergaz sobre la pista de Teresa y de su hija se hallaban separados unos de otros de una manera misteriosa, Armando se ocupaba, sin embargo, con valerosa actividad en buscar a la persona en quien debía recaer la fortuna inmensa del difunto barón Kermaz de Kermarouet, de que era depositario.

Ayudado por el viejo y leal Sebastián, servido por una policía secreta ampliamente remunerada, Armando no había conseguido ningún resultado en la época en que lo hemos visto seguir a Belleville a los dos acólitos de maese Colar, intervenir a tiempo para evitar una querella funesta a León Rolland, y después de haber aceptado la invitación cordial del obrero, ofrecer el brazo a la señorita Juana de Balder y acompañarla a la calle de Meslay.

Hay atracciones misteriosas que ni el espíritu ni el corazón humano, explicarán jamás, y que obran, sin embargo, con una rapidez maravillosa que tiene algo de prodigio.

Al entrar en la sala del restaurante donde se habían instalado León Rolland y las tres mujeres, el señor de Kergaz había dirigido a las jóvenes esa mirada distraída y benevolente que el hombre ocupado de vastos intereses dedica apenas a la belleza y a la juventud; luego, de repente, obedeciendo a una de esas atracciones extrañas, se había puesto a contemplar aquel rostro pálido y noble de huérfana, en el que dolores recientes habían dejado su huella; habíase estremecido en presencia de aquellas negras vestiduras, que indicaban un luto no cumplido aún, y aquella joven de manos delicadas, de talle aristocrático, cuya persona tenía un sello de distinción poco común, le había parecido extraordinariamente fuera de su centro en aquel lugar, con aquel obrero y entre aquellas dos mujeres, de las cuales tenía una el exterior y el traje de una aldeana, y la otra la belleza risueña y las maneras graciosas y coquetas de la griseta parisiense.

A sus ojos, Cereza resumía a la muchacha de París, crecida de golpe al aire libre; Juana, la flor delicada y fina, abierta en la cálida atmósfera de un invernáculo.

Cereza era bonita y alegre como la dicha; Juana era hermosa y estaba triste como el más noble de los infortunios.

Al primer golpe de vista se adivinaba que sólo la desgracia había podido acercar a la señorita de Balder a la joven florista y establecer entre ellas una especie de intimidad.

Armando comprendió y adivinó todo eso, e irresistiblemente atraído por Juana, obedeciendo a una de esas atracciones de que hablamos hace un momento, aceptó la invitación de León Rolland. Por su parte, la joven creyó ver en el señor de Kergaz, a

pesar de su traje, que era el de un obrero, algo más que un hombre del pueblo, y cuando él le ofreció el brazo lo aceptó sin vacilar.

Además, con esa fineza de observación que posee toda mujer, Juana había notado en un abrir y cerrar de ojos la blancura de las manos del conde, lo fino de su ropa blanca y ese talle esbelto y recto que no acusaba ninguna profesión manuel.

Al salir de las "Vendimias de Borgoña", y al pasar delante de la casa en que Colar y sus cómplices estaban en observación, Armando ofreció el brazo a la señorita de Balder, mientras León Rolland daba el suye a la madre, a cuyo lado marchaba Cereza.

Bajaron así el barrio del Temple, y allí León Rolland se detuvo delante de la casa de Cereza.

—Querida madre dijo la florista a la aldeana, — ¿queréis subir un momento?

—¡Oh! ya lo creo que sí, — repuso León atropelladamente.

—Mi buena Cereza — dijo Juana, — es tarde, estoy un poco indispuesta; permitidme que os deje.

León tendió la mano al señor de Kergaz, a quien persistía en tomar por un obrero.

—Adiós, camarada, — le dijo; — hasta la vista, mejor dicho, pues volveremos a vernos, ¿no es cierto?

—Seguramente — respondió Armando.

—Me llamo León Rolland — prosiguió el obrero, — vivo en la calle Bourbon-Villeneuve y trabajo en casa del ebanista Gros.

—Muy bien, lo recordaré... Yo — dijo Armando, — habito en la calle Culture-Sain-Catrerine, en casa del conde de Kergaz. Si alguna vez necesitáis de mí, id a verme y preguntad por el señor Sebastián.

—Iré — dijo León, que se figuró que Sebastián era el nombre de Armando, y que este último ocupaba algún puesto de confianza cerca del noble personaje que acababa de designar.

Las dos jóvenes se abrazaron en tanto que el ebanista le estrechaba la mano a Armando, y se separaron en la puerta de la casa de Cereza.

—¿Adónde debo conduciros, señorita? — dijo entonces Armando a Juana con tono respetuoso y ligeramente conmovido.

—A la calle Meslay — respondió la joven.

Se pusieron en marcha y atravesaron el bulevar muy despacio.

Hubiérase dicho que los dos jóvenes, desconocidos uno de otro una hora antes, y que apenas habían cambiado unas cuantas palabras, temían el instante en que se separarían.

—¿Conocéis mucho a la señorita Cereza? — preguntó Armando con una especie de vacilación, y como si temiera ser indiscreto.

—Hice relación con ella en la casa en que habitaba cuando vivía su padre, y en la que yo también residía entonces con mi madre, — repuso Juana suspirando.

—Sin embargo — hizo observar Armando, — me parece, perdonadme, señorita... me parece vuestra educación...

Juana suspiró.

—Es cierto, caballero — dijo, pero Cereza tiene un corazón excelente y es una buena y encantadora criatura... y luego hay circunstancias, desgracias que aproximan...

Y Juana suspiró de un modo tan profundo, que el señor de Kergaz, acabó de adivinar la situación precaria en que había caído la joven.

—¿Sois huérfana? — preguntó Armando con un tono tan triste, tan respetuoso, que Juana se estremeció profundamente.

—¡Ay! — repuso; — mi madre murió hace algunos meses...

—¿Y vuestro padre?

—Murió también, en el campo de batalla — repuso con un nuevo suspiro y una voz dominada por la emoción.

—¡Querida señorita! — murmuró Armando.

Un instante de silencio acompañó estas pocas palabras; hubiérase dicho que los dos jóvenes, absortos en los mismos pensamientos, se recogían en sí mismos.

Llegaron de ese modo a la calle de Meslay, a la puerta de la casa habitada por Juana.

—¡Adiós, caballero! — dijo, tendiéndole la mano — os doy las gracias. Os agradezco, sobre todo, el servicio que nos habéis prestado.

Armando tomó la mano de la joven y se la llevó respetuosamente a los labios. Luego saludó en silencio, como si no se hubiese atrevido a agregar una palabra.

El conde de Kergaz se alejó, siguió a la calle del Temple, atravesó el mercado de este nombre, llegó a través del Marais a la calle Culture-Sainte-Catherine, y entró en su casa, preocupado y pensativo.

—¡Es extraño! — murmuró aquella noche en el momento de acostarse; — ¿seré joven todavía? ¿Habrá aún en el fondo de mi corazón una fibra que no ha "vibrado"?

Al día siguiente, el señor de Kergaz, después de pasar una noche agitada y en la que apenas había dormido, llamó a Sebastián y lo hizo sentar a la cabecera de la cama.

—Mi viejo amigo, — le dijo, — vas a ponerte tu levita azul, que denuncia tan bien en tí un militar retirado, e irás a la calle Meslay, número 11, a ver si no hay en ella un departamento para alquilar.

—Muy bien, — dijo Sebastián, que ejecutaba puntualmente las órdenes de Armando, sin discutirlas.

—Si no lo hay, — continuó el señor de Kergaz, — pondrás diez luises en la mano del portero para que induzca a uno de sus inquilinos a que se mude dentro de veinticuatro horas; siempre suele encontrarse inquilino dispuesto a cambiar de domicilio, si ha pagado el alquiler.

—Sí, — dijo Sebastián con un movimiento de cabeza.

—Alquilado el alojamiento, harás llevar a él algunos muebles, y te instalarás en él con tu nombre de Sebastián, oficial retirado.

—¡Muy bien! ¿Qué más?

—En esa casa vive una joven llamada Juana, que me interesa. Primero, te informarás quién es. Si, como estoy persuadido de ello, es una joven de buena familia que ha caído en la desgracia y sigue siendo honrada y pura, te las compondrás de modo de trabar relación con ella. Tu edad te lo permite. Vete, y en cualquier caso vuelve cuanto antes a decirme lo que hayas hecho.

Después de haber dado estas instrucciones

a Sebastián, Armando se levantó, abrió un gran libro, especie de registro voluminoso cubierto de caracteres misteriosos y de geroglíficos, y escribió estos dos nombres:

"León Rolland, calle Bourbon-Villeneuve; Cereza, barrio del Temple."

Luego, en el reverso de la página, agregó esta nota:

"Indagar con qué fin el saltimbanqui llamado Nicolo y ese hombre a quien llaman el cerrajero han buscado querella a León Rolland".

Hecho esto, el señor de Kergaz quiso sentarse delante de su escritorio y abrir la correspondencia del día; pero una meditación inexplicable se apoderó de él; se reclinó en el respaldo del sillón y se puso a pensar en Juana, la joven pálida y triste apenas conocida.

Transcurrieron dos horas y soñaba aún cuando apareció Sebastián.

—¿Y bien? — preguntó el conde con vivacidad.

—La casualidad tiene combinaciones maravillosas, — repuso Sebastián. — La joven por quien os interesáis, amo mío, vive en el cuarto piso, en el frente. En el mismo corredor, precisamente, hay un departamento desocupado, al que uno puede mudarse inmediatamente. El alquiler es de 600 francos. He pagado un trimestre adelantado.

—Perfectamente, — dijo Armando.

—Hice charlar al portero, — prosiguió Sebastián. — Esa joven hace poco que se ha mudado; se llama Juana de Balder, y parece que ha recibido una excelente educación.

Vive en compañía de una vieja sirvienta que parece serle muy adicta, en un departamento de 300 francos, y nunca se ven visitas en su casa. Desde hace dos días, me dijo el portero, se ve luz en las habitaciones de la joven hasta muy tarde de la noche, y todo hace suponer que trabaja en alguna labor femenina, como lo hacen a escondidas muchas jóvenes que no son ricas, y que sin embargo quieren salvar un resto de dignidad.

—¿Es todo lo que sabes? — preguntó el señor de Kergaz con emoción.

—No, — dijo Sebastián. — La señorita de Balder acababa de perder a su madre, viuda de un coronel muerto en Africa; que esa muerte había privado a la joven de una gran parte de los escasos recursos que tenía, y que esta nueva disminución de fortuna era la única causa que la obligaba a cambiar de alojamiento y tomar otro más pequeño. Por lo demás, la señorita Juana goza de la estimación y del respeto de todos aquellos que la conocían, agregó el portero, y en los pocos días que habitaba en la casa de la calle de Meslay, y su tristeza digna, su reserva llena de distinción y de cortesía, y su conducta ejemplar, le habían valido todas las simpatías.

A medida que Sebastían hablaba, el corazón del señor de Kergaz latía con una emoción desconocida, y una especie de júbilo secreto se traducía lentamente en su rostro.

Sebastían había comunicado poco a poco todos los detalles que conocemos sobre la modesta y noble existencia de la joven, y cada uno de ellos acrecentaba la generosa emoción de Armando. Uno, sobre todo, lo conmovió hasta hacerle derramar lágrimas.

—Parece — decía Sebastían, — que la señorita Balder tenía un piano. El portero lo vió en el antiguo alojamiento de la joven, cuando fué a cerciorarse de que tenía bastantes muebles para responder de su nuevo alquiler; pero el piano no la ha acompañado a la calle de Meslay. La joven se ha visto obligada a venderlo, sin duda.

—Sebastían, — dijo Armando vivamente, — un valiente como tú no es músico, ¿verdad?

—Por cierto que no, amo mío, y el único instrumento que he tocado es un clarinete de cinco pies, es decir, un fusil de munición.

—¡Pues bien! te equivocas, mi buen Sebastían, debes ser músico. Tendrás un piano.

Sebastían se mostró sorprendido.

—Vas a correr a Erard, — prosiguió el señor de Kergaz, — y le pedirás un piano de forma un poco antigua, algo que date de siete u ocho años.

—Creo comprender, — murmuró el viejo soldado, me tuvo una lágrima en los ojos, — y sois noble y bueno, mi qquerido amo; pero ¿cómo le haremos aceptar el piano? La pobre señorita ha de ser orgullosa... ¡Una hija de un coronel! Figuraos...

—No es eso, — dijo Armando, — y no has comprendido sino a medias. El piano que vas a comprar lo conservas tú, pero te arreglas de modo que tengas demasiados muebles y aparentarás que no sabes dónde colocarlos...

—Pero, — interrunpió Sebastían, — cuando uno tiene piano, es necesario parecer que puede servirse de él...

—Tampoco es eso. Ese piano, de forma antigua, es una reliquia de familia; ha pertenecido a una hija que has perdido, hija única. Es una mentirrilla, ya lo sé bien, amigo mío, pues nunca has tenido más hijos que yo, pero Dios nos lo perdonará... Ahora bien: ese piano, que no sabrás dónde ponerlo puede ser que tu vecina quiera encargarse de él por algunos días, hasta que hayas podido mandar al campo uno o dos muebles inútiles.

—¡Ah! — exclamó Sebastían; — muy bien ideado, amo mío. ¡Bravo!

—En primer lugar, será un medio de trabar relación con ella por intermedio del portero; y luego le dirás que a la hija a quien lloras le gustaban tales o cuales melodías, y que a ti te placería volverlas a oir. ¿Comprendes?

—Sí sí — dijo Sebastían, — y corro a Erard.

—Ve, — dijo el conde de Kergaz, que se puso pensativo y murmuró: — ¡Dios mío ¿la amaré?

Y en tanto que Sebastían salía para ejecutar sus órdenes, Armando dejó caer la cabeza sobre el pecho y la apoyó en sus manos, descansando los codos en una mesa.

Una sombra acababa de pasar delante de él, quizá una sombra pálida y triste, la de Marta; aquella mujer a quien tanto había amado, y que en vano había tratado de arran

car al infame Andrea, y que Andrea le había arrebatado.

Y el recuerdo de aquel único y fatal amor, que tan temprano había hecho madurar su corazón, al presentarse de golpe a su espíritu, había procurado luchar contra el reciente amor que empezaba a manifestarse; pero sucede con los amores extinguidos desde hace largo tiempo por la muerte, lo que con todo aquello que se lleva el viento del pasado; tiernos recuerdos o amargos pesares- todo se borra insensiblemente y se empequeñece; y aquella misma alma, que el duelo había llenado largo tiempo, y en la cual parecía que la esperanza ya no germinaría, un nuevo afecto brota sin ruido y se desarrolla poco a poco al lado de la afección destruída; un gozo desconocido crece bajo aquel dolor en el cual hemos vivido muchos años, así como se ve brotar la hierba verde salpicada de rojas margaritas en la tierra que cubre una tumba. La vida sucede a la muerte, y a menudo, como el fénix de la antigüedad, el amor renace de sus cenizas.

La sombra de Marta se había, pues, levantado ante Armando durante algunos segundos, pero detrás había visto asomar la sonrisa un tanto triste y el rostro pálido de la encantadora Juana, y entonces le pareció que la muerte desaparecería como un sueño, como esos sueños fantasmas de niebla que corren sobre los montes alpinos por las mañanas, se desvanecen al primer rayo de sol, y que había traspuesto ese abismo que separa "Habéis sufrido por mí, Armando, sed feliz..."

Entretanto, el recuerdo de Marta había evocado otro recuerdo en el señor de Kergaz; había pensado en Andrea... en Andrea, el genio del mal, encarnado en ese hermano desnaturalizado que había causado la muerte de su madre; en el hombre que le había lanzado el más terrible de los retos al salir de aquella casa en que reposaba el cadáver, aún caliente, del conde Felipone.

Desde el día en que supo los vínculos de sangre que le unían a Andrea, el odio de Armando se había extinguido y había cedido el lugar a un sentimiento de compasión dolorosa, pues sabía que el corazón de su hermano estaba irremediablemente corrompido y que había traspuesto es abismo que separa ra eternamente el bien del mal.

Al tomar posesión de aquella fortuna inmensa que poco antes debía tocarle a Andrea, Armando hubo de obedecer a un sentimiento de generosidad ofreciendo al desheredado compartirlo con él; pero un sentimiento de súbito temor se lo impidió. ¿Qué haría ese hombre, nacido para el mal y amándolo como un artista ama a su arte, si tuviera mucho oro a su disposición? ¿No pensaría Andrea en ejecutar el programa infernal que tan complacido había desarrollado durante el baile de máscaras, bajo el disfraz de don Juan, el impío?

Armando había dejado, pues, salir a Andrea, y luego, al día siguiente, cuando se tributaron los últimos deberes al conde Felipone, lo hizo buscar por todo París.

Tal vez se proponía ver si podría encarrilar en la senda del bien, abriéndole los brazos, al maldito que lo había provocado.

Pero fué en vano; Andrea había desparecido.

Durante varios meses, durante un año, las investigaciones más activas del señor de Kergaz para dar con su hermano fueron infructuosas; se había podido creer que, cediendo a la desesperación de verse despojado, había puesto fin a sus días.

Pero Armando no admitió semejante hipótesis. Recordaba la mirada de odio que le había dirigido Andrea al abandonar la casa de su padre; aquel reto que el desheredado lanzaba al espoliador, y parecía que la lucha no había concluído y que un hombre del temple del vizconde vivirfa para vengarse, aunque la vida se le hubiera hecho odiosa. Esperó, pues, verlo reaparecer como un demonio encarnizado, y en aquel París inmenso en que se había impuesto la más noble de las tareas, el conde de Kergaz adivinaba que su adversario se mostraría cualquier día ardiente en la lucha y dispuesto a mantener su juramento, a convertir en campo de batalla aquella nueva Babilonia en la que el mal y el bien estarían constantemente en combate. Hasta entonces, y por peligroso que fuese Andrea, Armando había esperado a su enemigo a pie firme, aceptando de antemano aquel extraño combate, convencido de que el crimen acababa siempre por sucumbir; pero en aquel momento, cuando el recuerdo de Marta venía a confundirse con el recuerdo de Juana, el conde Armando de Kergaz, el leal y el bravo, el hombre sin tacha, fué dominado por un estremecimiento de espanto.

—¡Dios mío! — murmuró, — si fuese a enamorarme de Juana, y si ese hombre reapareciese... si llegara a adivinar mi nuevo amor, si esa joven casta y pura, ingenua como lo es siempre la virtud, fuese a encontrar una noche en su camino a ese demonio con figura de ángel, a ese corruptor de lenguaje de serafín, a ese impío que mató a mi madre, que era la suya, y sedujo a la mujer a quien yo amaba...

Y esta idea, después de haber hecho temblar a Armando, suscitó en él un huracán de cólera.

XXII

GERTRUDIS

Antes de seguir adelante, transladémonos à la calle Meslay, y penetremos un momento en el modesto alojamiento de la señorita Balder.

Una pequeña antecámara de algunos pies cuadrados precedía a un comedor que había sido transformado en sala por Juana; a la derecha, una puerta, conducía al dormitorio de la joven; a la izquierda, estaba la cocina, y un cuartito en que Gertrudis hacía su cama.

No podía concebirse nada tan modesto como aquella habitación; las paredes estaban empapeladas con papel de sesenta céntimos la pieza; las puertas y las ventanas estaban pintadas de gris, y el piso, en vez de ser de madera, era de baldosas coloradas pintadas a la incáustica.

Era, en buenos términos, una vivienda de obrero; pero Juana, al transportar a ella los restos de su mobiliario — mobiliario muy her-

moso, que había desaparecido pieza por pieza, sobre todo desde la muerte del coronel, — le había dado un aspecto casi opulento, teniendo en cuenta su pequeñez y la modestia del decorado.

Un sofá forrado de terciopelo y cubierto prolijamente con una funda gris, que Gertrudis sacudía con minuciosidad todos los días, había sido colocado en el comedor, convertido en sala. Una alfombra descolorida que empezaba a mostrar la trama, había disimulado las baldosas coloradas; las ventanas ostentaban cortinas de seda un tanto descoloridas.

En el centro, una consola de caoba cuya forma, un tanto pesada, recordaba los muebles del primer imperio, soportaba algunos libros; un álbum y una caja de pastillas; en un rincón se veía un cuaderno de música, pero el piano había desaparecido. Juana se había visto obligada a venderlo para pagar las deudas que contrajera durante la enfermedad de su madre, pensando alquilar uno más tarde, cuando Cereza le hubiese proporcionado trabajo.

El dormitorio de la joven era de damasco azul. Un gran crucifijo de marfil, reliquia de familia, estaba colgado en la cabecera de la cama, entre una rama de olivo bendito y las dos cruces de su padre, la de San Luis y la de oficial de la Legión de Honor. Todo ello era imponente para disimular una profunda pobreza.

Desde por la mañana, Gertrudis, mujer robusta todavía, a pesar de sus cincuenta años, que había conservado las formas llenas y el rostro de los campesinos, aunque había llegado a París muy joven; Gertrudis se ponía a trabajar, lustraba, frotaba, sacudía el polvo, preparaba el modestísimo almuerzo de su querida ama, daba luego una ojeada a la ropa blanca, que remendaba con la mayor prolijidad, y concluído todo esto, entraba en puntas de pie en la alcoba de Juana, que se levantaba tarde; esta era quizá la única costumbre que conservaba de su antiguo bienestar.

Sin embargo, al día siguiente de aquel en que la joven había acompañado a Cereza a Belleville, y en que Armando de Kergaz le ofreciera el brazo hasta la puerta de su casa, apenas levantada, la vieja Gertrudis vió a aparecer a Juana vestida y peinada.

—¡Jesús! — exclamó la pobre sirvienta; — ¿qué os pasa, señorita, para que os hayáis levantado tan temprano?

—Me he levantado temprano y me he levantado, mi buena Gertrudis.

—¡Cómo! ¿sin fuego en vuestro cuarto? ¡qué imprudencia!

—¡Bah! — exclamó Juana sonriéndose, — no tengo frío...

—Ya estabais resfriada... Pero, ¿por qué no me habéis llamado?... ¿por qué?

—Tranquilizaos, — dijo la joven; — ya no estoy resfriada; y como siempre está uno a tiempo de renunciar a una mal costumbre, desde hoy en adelante me levantaré muy temprano.

—Levantaros temprano, ¡Señor!... ¿Y para qué?

—¡Ah! — dijo Juana, — este es un secreto que voy a confiarte, mi buena Gertrudis, sobre todo si me prometes no reñirme con la voz que tienes cuando te enojas.

—¡Jesús! señorita, ¿es posible que me hableis de ese modo? — murmuró la vieja sirvienta, tomando entre sus manos gruesas la blanca y afilada de Juana y llevándosela con respeto a los labios. — ¡Reñiros yo!

—¿De modo que si te digo algo muy extraño para ti no te enojarás? — repuso la joven.

—Gertrudis envolvió a su joven ama con esa mirada adicta y llena de suaves ternuras que el perro fiel dirige a su amo.

—Buena Gertrudis, — prosiguió Juana, — ¿sabes que te tomas mucho trabajo desde hace tiempo y que te afanas en él como si no tuvierás más que veinte años? Nuestro hogar te ocupa las tres cuartas partes del día, y por la noche trabajas todavía para ganar dinero.

—¡Trabajo con tanto gusto, señorita! — murmuró la sirvienta que, en efecto trabajaba todas las noches hasta las doce para ganar sesenta y cinco céntimos en un trabajo ingrato de costura. — Y luego, pensad que el trabajo es la vida para mí. Me aburriría si no hiciese nada.

—Es lo que yo me digo, — interrumpió la joven con voz mimosa, — y yo que no trabajo, mi buena Gertrudis, me fastidio mucho.

—¡No habéis nacido para el trabajo, señorita! — exclamó la vieja sirvienta con vivacidad. — Eso no puede ser, y no será. Además, si queréis ocuparos, ¿no tenéis una caja de colores, libros, el...

Gertrudis se detuvo conmovida; recordaba que habían vendido el piano.

—Pero, — dijo Juana con gravedad, — ayer estuve a ver a Cereza, ya sabes a quien me refiero, y me prometió buscarme trabajo.

—¡Jesús! — exclamó Gertrudis indignada, — ¡trabajar vos, señorita! ¡Ganaros la vida mientras yo esté aquí! ¡Jamás... jamás!...

—Ya lo ves, — dijo Juana con tristeza, — y me habías prometido no reñirme como de ordinario, y no mantienes la palabra.

—Es cierto, es cierto, señorita, — murmuró Grestrudis un poco confusa; — pero sin embargo...

—Mi buena Gertrudis, — repuso Juana con tono cariñoso, — no vas a impedir a tu querida hija, como me llamas, que procure distraerse un poco, y el trabajo será para mí una verdadera distracción. Te juro que bordo muy bien, ya lo sabes; Cereza me buscará bordados... ¡Vaya! Queda convenido...

—Pero.... — quiso observar Gertrudis.

—No, no quiero saber nada; si sigues riñéndome, voy a enfadarme.

Y Juana besó en la frente a la vieja sirvienta, a quien amaba como a una madre, y cuya existencia era un poema de fidelidad y abnegación.

Gertrudis agachó la cabeza y se enjugó una lágrima.

—¡Dios mío! — murmuró; — ¿por qué no dais a mi querido ángel un poco de esa felicidad que proporcionáis a los demás?

Luego agregó en voz alta:

—¿Para qué levantaros tan de mañana, señorita?

—En primer lugar para contraer la cos-

tumbre, luego para ir a casa de Cereza.

Juana se vistió lentamente, cubrió su talle esbelto con esas ropas de luto que, a pesar de su tono oscuro, le sentaban tan bien, y salió.

Eran cerca de las ocho.

Desde la calle Meslay hasta el barrio del Temple, el trayecto es corto. En diez minutos Juana llegó al sexto piso de Cereza. Era dos días antes de aquella noche funesta en que, engañada por la carta de su hermana, la pobre niña debía de caer en manos del señor de Beaupreau. Cereza estaba ya trabajando, y cantaba como una alondra, pensando en su dicha cercana.

—¡Ya! — exclamó al ver a Juana.

—Ya sabéis que ayer convinimos, mi buena Cereza — repuso la señorita de Balder, — que esta mañana iríamos a la tienda de bordados.

—Sí, sí — respondió Cereza, — y estoy pronta. Sólo que no deseo que os vean, querida señorita: me aguardaréis a cierta distancia, en la calle, ¿no es verdad?

—Pero si el trabajo no me avergüenza — dijo Juana; — el trabajo es una cosa noble.

—¡No importa! pienso a mi modo — repuso Cereza con la tenecidad traviesa de un niño mimado.

Las dos jóvenes salieron y una hora después Juana volvía a su casa triunfante con un rollito de cañamazo, diciéndose:

—Por fin voy a trabajar y a aliviar a mi vieja Gertrudis.

En el corredor del cuarto piso encontró al portero de la casa, que abría puertas y ventanas en el departamente que acababa de alquilar Sebastián algunos minutos antes.

El portero saludó con respeto, y le dijo:

—Vais a tener un vecino, señorita .

—¡Ah! — dijo Juana con indiferencia.

—Un señor anciano condecorado, que parece un oficial retirado — prosiguió el locuaz portero.

—¿Un oficial? — dijo, pensando en su padre.

—Sí, señorita, y se muda hoy mismo, según me ha dicho.

Juana entró en su habitación pensativa, y no se preocupó más del vecino que acababan de anunciarle.

Otro sentimiento la dominaba sin saberlo.

Había dicho a Gertrudis que se había levantado temprano porque siempre se está a tiempo de renunciar auna mala costumbre, pero la verdad era que Juana no había dormido en toda la noche; y vamos a tratar de explicar su insomnio.

Juana tenía veinte años, un alma ardiente y llena de fe, y un espíritu repleto de razón y de madurez.

Había pasado su adolescencia al lado de su madre, su único afecto, el ser que debía absorber naturalamente todas sus ternuras. Muerta la madre, la joven había transferido una parte de su cariño a Gertrudis, aquella sirvienta a quien su corazón noble la colocaba por encima de su condición; pero entonces, y sin saberlo, un vacío fatal e inevitable que se opera a los veinte años en un alma virgen.

Un día la pobre huérfana se despertó pensando que no tenía a su lado más que un ser a quien amar, un ser que la muerte no tardaría quizá en arrebatárselo, que entonces se quedaría sola, aislada en medio del mundo como un desierto inmenso, sin que una mano amiga estrechase la suya, sin que otro corazón latiese al unísono del suyo. Y Juana se puso a pensar entonces que tal vez hubiera en el mundo un hombre leal y bueno, un corazón noble, exento de los cálculos y de las ambiciones vulgares de este siglo, que al encontrar en su camino una mujer casta y buena, de alma amante y abnegada, podría recocijarse de su pobreza y no pedirle más que un cariño sin límites en cambio de su nombre y de su mano. Y al ocurrírsele esta idea, Juana se había sentido estremecer; había soñado con ese hombre, desconocido aún y tal vez para siempre, con ese protector que le enviaría la Providencia, y había jurado en la austera religión de su corazón, que le consagraría la vida y rodearía la suya de todas las ternuras de su alma.

Esta idea patética y sublime en su vulgaridad que se les ocurre a todas las jóvenes, se había apoderado a tal punto de la imaginación de la señorita de Balder, que la huérfana pobre y desvalida, la niña medio abandonada, que permanecía con la frente pura y el alma casta al borde del profundo abismo, había empezado a vivir insensiblemente de ese perfume que procede del porvenir y que se llama la esperanza.

Había acabado por esperar un rayo de sol, una sonrisa del cielo, una vida tranquila y feliz en sus goces, esa joven cuya infancia había visto cerrarse dos tumbas, y cuyas lágrimas habían corrido copiosamente. Y la esperanza alienta y y hace vivir. Juana estaba llena de fe en Dios, padre de los huérfanos; parecía esperar con valor y sonriente corazón desconocido quien le daría el suyo.

¡Pues bien! La víspera de aquel día, su alma se había estremecido de repente y como agitada por una magnética sensación; un hombre se le había aparecido nada más que una hora, y había hecho vibrar de pronto esa cuerda, muda hasta entonces, que el amor despierta en lo hondo del corazón de las jóvenes.

Juana había visto a Armando, a Armando bello como un rey bajo la blusa de obrero que vestía, cuyo rostro noble y un poco triste respiraba una distinción y una dulzura infinitas, cuya voz cariñosa tenía acentos de vaga y misteriosa armonía.

Había pasado sólo algunos minutos apoyada en el brazo de su compañero, apenas había cambiado con él algunas palabras insignificantes, y, sin embargo, había vuelto a su casa pensativa, y el insomnio había tomado sitio en la cabecera de su lecho, y bajo las cortinas de su alcoba de doncella habíale parecido que seguía viendo en la obscuridad el rostro sonriente, pensativo y serio a la vez del conde Kergaz.

El día había llegado, y Juana, presa de una turbación desconocida, no había cerrado los ojos todavía. Pero entonces, sin embargo, con ayuda de esa razón fría que sigue siempre a las alucinaciones más febriles de una noche sin sueño, Juana se había puesto a reflexionar; había pensado en su padre, muerto como soldado y como caballero, en

el noble nombre que le había legado y que ella nobía manchar; habíase preguntado si las distinciones sociales no habían abierto un abismo entre ella y aquel hombre a quien había conocido vestido con la blusa humilde del obrero, y si, por honrado y leal que fuese, tenía ella el derecho de tenderle la mano...

Lo que había de raza y de sangre aristocrática en sus venas se rebeló entonces contra las debilidades de su corazón; luego un adarme de romancesco penetró en su alma; y pensando en aquella nobleza de actitudes, en aquellas manos blancas que no denunciaban ninguna profesión manuel, Juana recordó esas historias de antaño que representaban grandes señores harapientos; y un presentimiento vago le dijo que Armando era otra cosa que lo que representaba.

Todos estos sueños, todos estos desvaríos del alma, todas estas suposiciones de una imaginación joven y poética se habían apoderado poco a poco del espíritu de la señorita de Balder; había salido y había vuelto abandonándose a ellos; siguió por ellos dominada al ponerse al trabajo; respondió a las preguntas de la vieja Gertrudis con distracción.

El alojamiento de Juana había formado parte en otro tiempo de aquel que acababa de alquiler Sebastián, y no estaba seperado de él más que por una puerta condenada y que hacía comunicar, cuando estaba abierta, la sala de la joven con la del nuevo inquilino.

Juana oyó, pues, a su pesar, algunas palabras cambiadas entre Sebastián y el portero.

—El señor — decía este último — tiene demasiados muebles; no podrá dar colocación en esta pieza a ese piano y a ese armario.

—Sin embargo, no puedo separarme de estos muebles.

—Si el señor no es músico, podría vender el piano.

—¡Vender el piano! — exclamó Sebastián con una emoción fingida, que engañó a la señorita de Balder; — ¡el piano de mi pobre hija! ¡Ah! jamás... prefiero tirarlo todo a la calle antes que vender el piano.

Juana se estremeció y pensó que aquel hombre, aquel viejo militar, como le habían dicho, lloraba sin duda a su hija única, y como el dolor reúne a los que están separados, la joven huérfana, que lloraba a su padre, sintió una súbita simpatía por aquel pobre que había perdido a su hija.

Cediendo entonces a un movimiento de piadosa curiosidad, la señorita de Balder marchó en puntas de pie y fué a mirar por el ojo de la llave de la puerta condenada.

De ese modo pudo ver a su nuevo vecino. Era hombre de estatura elevada, que vestía una levita azul guarnecida con una roseta y prendida militarmente. Su rostro era noble y bueno, un bosque de cabellos blancos y cortos le coronaba la frente. Juana creyó que estaba viendo a su padre, y la expresión de tristeza, la voz conmovida del viejo soldado acabaron de apropiarse del corazón de la huérfana.

—¡Oh! eso sí que no — proseguía Sebastián; — no quiero deshacerme ni de este armario ni de este piano; tengo una casa de campo cerca de París, a la que haré llevar el armario. Sólo que, como esta casa está alquilada hasta abril, si tuviseis algo que alquilarme, aunque no fuera más que una buhardilla...

—No hay nada, caballero, — dijo el portero, — a quien sin duda Sebastián había enseñado la lección, poniéndole algunos luises en la mano.

—Pero — prosiguió en el acto, — tal vez haya medio de arreglarlo todo.

—¿Cómo?

—Si un inquilino se encargara de vuestro piano por algunos días.

Sebastián lanzó una exclamación de júbilo que hizo estremecer a la joven.

—Hay aquí al lado — prosiguió el portero, — una señorita muy honrada y muy complaciente; creo que tendrá un lugarcito en su sala.

—¡Ah! — murmuró Sebastián; — si pudiera guardarme el piano por algún tiempo, ¡qué gran servicio me prestaría!

La voz del anciano estaba conmovida, y el corazón de Juana palpitaba de emoción. La joven se había olvidado momentáneamente de Armando.

—Escuchad — prosiguió Sebastián, alzando un poco la voz, lo que hubiera hecho suponer que esperaba que lo oyesen; — soy un soldado viejo y nunca supe manejar otra cosa que un sable de caballería; pera el ángel a quien lloro me había hecho amar la música... y cuando oigo ahora uno de esos valses alemanes tan tristes, que ella tocaba en otro tiempo, me pongo a llorar, a llorar como un niño, pero las lágrimas que vierto me hacen bien.

—Voy a llamar en casa de la señorita de Balder — dijo el portero, — y preguntarle si quiere encargarse de vuestro piano. Precisamente creo que es un poco música.

El corazón de Juana latía hasta rompérsele.

—¡La señorita de Balder! — interrumpió bruscamente Sebastián, que había oído un ruidito en la pieza en que se hallaba la joven y estaba seguro de que le oirían; — me parece que he conocido a un militar de ese nombre.

—El padre de la señorita, en efecto, era coronel.

—Y fué muerto en Constantina, ¿no es así?

—Creo que sí, caballero.

—¡Pues bien! — concluyó Sebastián; — id a decir a esa señorita que si quiere guardarme el piano, prestaría un gran servicio a un amigo de su padre.

Juana tenía los ojos llenos de lágrimas y le pareció que Dios le enviaba un amigo.

Un minuto después, el portero llamó y la joven corrió a abrirle, pues Gertrudis había salido.

Un sentimiento de pudor fácil de com-

prender impidió a Juana decir que lo había oído todo; dejó, pues, que se le expusieran el motivo de la visita del portero y acogió con apresuramiento el pedido de Sebastián.

—El capitán Sebastián — dijo el portero, mientras los mozos de cordel instalaban el piano en el saloncito, — vendrá a dar las gracias a la señorita.

Y se retiró.

Una vez sola la joven volvió a mirar por el ojo de la cerradura, y descubrió al viejo soldado, que estaba poniendo clavos y colgando cuadros en las paredes.

Los encargados de la mudanza se habían marchado y Sebastián acababa de instalarse.

Entonces, obedeciendo a una piadosa inspiración, y recordando las palabras del anciano a propósito de los valses alemanes, Juana abrió el piano, dejó vagar sus hermosas manos por el teclado y atacó ese trozo sublime salido de la pluma de un pobre maestro de capilla, conocido con el nombre del "Ultimo pensamiento", de Weber, himno supremo, canto del cisne de ese maestro desaparecido tan temprano en medio de su gloria, y que sus obras han inspirado, si es que él mismo no lo escribió. Y con los ojos llenos de lágrimas, Juana arrancó al instrumento esas notas quejumbrosas que tantas lágrimas han hecho derramar, y cuando hubo concluído, cuando vuelta a su puesto de observación miró otra vez, Sebastián estaba sentado, con la cabeza entre las manos, en la actitud de un hombre que vive sólo con el pensamiento y se abisma en sus recuerdos.

Por cierto que el viejo soldado, cuyo rostro no podía verle Juana, no lloraba a la hija imaginaria de que acababa de hablar, pero murmuraba para sí, y la emoción lo sacudía, pues había adivinado el noble corazón de la huérfana:

—¡Dios mío! Acabo de mentir, pero si nunca tuve tal hija, existe un hombre a quien quiero como si fuese hijo mío; un corazón que ha sufrido y al cual debes su parte de dicha en este mundo. Haz que se hombre sea feliz, ¡Dios mío! y esa noble niña a quien él ama ya, llegue a amarle.

La mudanza había terminado; Sebastián no tenía ya nada que hacer en la calle de Meslay, sin haber recibido antes órdenes e instrucciones de Armando; se puso de pie, pues, tomó el sombrero, cerró la puerta con llave y salió.

Juana lo oyó bajar la escalera muy despacio. Llegado a la calle, Sebastián, que se dirigía a la de Culture-Sainte-Catherine, donde se hallaba, como se recordará, el palacio de Kergaz, tomó el bulevar y se metió en un coche de plaza que pasaba.

Al llegar al ángulo de la calle del Paso de la Mula, pasó veloz como el viento un tílburi tirado por un caballo inglés, que venía de la Bastilla y se dirigía al bulevar San Martín.

Lo guiaba un joven que tenía al lado un groom con los brazos cruzados.

Desde el fondo del coche que ocupaba, Sebastián tuvo tiempo de mirar al caballo, al carruaje y al joven, y cuando se hubo encarado con este último, se estremeció y contuvo una exclamación de sorpresa.

—¡Dios mío! — dijo; — ¡es Andrea! Andrea, cuya barba y cabellos se le han puesto negros.

Y dijo al cochero con vivacidad:

—¡Cinco francos! un luis, dos, si es preciso, pero sigue a ese tílburi, y no lo pierdas de vista.

—¡Oh! ¡oh! — repuso el cochero; — si el señor es un príncipe ruso y paga de ese modo, mi caballo tendrá alas en los pies.

Y propinó a su jamelgo el más soberbio de los latigazos que cochero encolerizado haya soltado desde lo alto del pescante.

El viejo rocinante partió como una flecha en pos del brillante tílbury, arrastrado por uno de los más vigorosos media-sangre que hayan pasado el estrecho

XIII

SEBASTIAN

El tílbury seguía a la carrera, pero el bulevar estaba lleno de carruajes, y se veía obligado a menudo a moderar la marcha, lo que permitió al cochero de plaza seguir a poca distancia.

Además, los dos luises de propina que estimulaban tan bien al cochero de Sebastián, que su látigo daba en realidad alas al caballo.

—Andrea, — murmuraba entretanto Sebastián; — Andrea tenía cabellos rubios, pero los cabellos se tiñen; ¡él es! ¡él es, lo juraría por la salvación de mi alma! Ahora bien, Andrea en París, Andrea puesto como un dandy y gastando coche, se ha enriquecido. Rico, este demonio es capaz de todo, y mi querido Armando está en peligro.

Después de un momento de ansiosa reflexión, Sebastián siguió diciéndose:

—En tanto que al conde de Kergaz le ha cangrado el corazón, en tanto que sólo se ha ocupado de obras filantrópicas, no he temido a Andrea. Es demasiado vil para atreverse a provocarlo, y si lo hiciera no temería nada... ¡El hijo de mi coronel es bravo como un león!... Pero es que mi querido Armando, mi hijo, está quizás a punto de ser feliz; y no quiero que ese miserable, que ese seductor, venga a ponerse de por medio en el camino de su dicha. Aunque tuviera que matarlo, caldrá de París en el acto.

En tanto que Sebastián se entregaba a este enérgico raciocinio, el tílbury había abandonado el bulevar y llegaba a la calle de San Lázaro; pero el cochero de plaza había mantenido su palabra, y gracias a los dos luises, Sebastián tuvo tiempo de ver entrar al elegante carruaje en la puerta cochera del hotel en cuyo fondo ocupa provisionalmente sir Williams un pabellón situado en los jardines.

El barón, que estaba a punto de alquilar un hotelito amueblado en la calle Beaujon, descubierto el día anterior por Colar, pensaba organizar sus caballerizas sobre un buen pie.

En el momento en que Sebastián lo había

divisado, volvía de la calle de Piepus, en donde había asistido a una venta de caballos realizada por muerte del propietario, y en la cual había adquirido por dos mil escudos una magnífica yegua alazana tostada, de cinco años de edad, que había corrido en Chantilly el otoño anterior.

Al penetrar en el patio del hotel, sir Williams entregó las riendas al groom y atravesó el jardín a pie.

En aquel mismo instante, Sebastián franqueaba el umbral de la puerta cochera, se acercaba al groom, ocupado en desengancar, y le decía:

—Perdonad, amigo, ¿podríais decirme si este caballo está en venta?

Y pasaba una mano por el lomo lustroso del animal, al cual examinaba como perito.

—Este caballo no está en venta, — repuso el groom.

—Sin embargo, ¿si os ofreciera un buen precio?...

Y Sebastián puso un luis en la mano del groom.

—¿Por qué no veis a mi amo?

—¿Quién es vuestro amo?

—Un inglés, el barón sir Williams.

—¿En dónde vive?

—Allí, en el pabellón, en el fondo del jardín.

—¿Será ese joven que guiaba el tílbury? — preguntó Sebastián con ingenuidad.

—Sí, mi oficial, — dijo el groom, fascinado por la roseta que adornaba el ojal de la levita del antiguo húsar.

Entretanto, Andrea se quitaba ya el frac y se ponía una bata, sin dejar de meditar en los planes de aquella vasta intriga que urdía lentamente, cuando tres golpes dados con discreción en la puerta de su salita de fumar le anunciaron una visita.

—Entrad, — dijo con cierta sorpresa, pues no esperaba a nadie a aquellas horas.

La puerta se abrió y entró Sebastián. Hacía tres años que el vizconde Andrea se había marchado de París, y no había vuelto a ver al antiguo intendente del conde Felipone desde la noche en que este último lo arrojó de la casa paterna.

Pero tres años modifican muy poco el rostro de un hombre de sesenta años.

Sebastián tenía los cabellos blancos desde hacía diez años, y no había envejecido. Sir Williams lo reconoció en el acto. Cualquier otro que no hubiera sido el jefe de los pickpockets se habría estremecido, hubiese dejado escapar un grito, un gesto de sorpresa.

Sir Williams permaneció impasible y su rostro no reveló más que la sorpresa trivial ocasionada por la presencia de un desconocido.

—Soy yo, caballero, — repuso sir Williams con un ligero acento británico.

—Caballero, — dijo Sebastián, mirándolo con atención escrupulosa, — ¿os dignaréis dedicarme un momento?

Sir Williams indicó una silla a Sebastián con uno de esos gestos tiesos que sólo pertenecen a los ingleses.

—Sin embargo, no hay duda alguna, es él; salvo el acento inglés, el timbre de la voz es el mismo.

Luego prosiguió en voz alta:

—Caballero, tenéis un magnífico caballo inglés.

—Sí, señor; he pagado por él doscientos luises, y he rehusado trescientos.

—¿Lo rehusaréis aún?

—Sí, señor.

Sir Williams se levantó, tomó una caja de cigarros de la chimenea, y ofreció uno a Sebastián; pero en los dos pasos que dió se olvidó de su papel, y dejó escapar un movimiento que hizo lanzar un grito a Sebastián.

—¡Es él! — dijo.

En su juventud, el vizconde de Andrea se había roto un brazo al caerse de un caballo, y le había quedado una especie de tic del que Sebastián se acordaba perfectamente.

Al oir esta exclamación: "¡Es él!", el barón se dió vuelta impasible, y miró al antiguo húsar.

—¿Qué decís?... ¿Me conocéis?..., — exclamó con la mayor serenidad.

—Sí, os conozco.

—¡Ah! No creo haberos visto nunca, sin embargo.

—Me han dicho que os llamáis el barón Williams.

—Yes, sir.

—Tenéis cabellos muy negros para ser inglés.

—No soy inglés, soy irlandés, — repuso sir Williams, sereno siempre.

—Creo más bien, — replicó Sebastián con frialdad, — que habéis nacido en Francia.

—Os equivocáis, caballero.

—En Kerloven, en Bretaña.

—No, — dijo el barón con un ademán de cabeza.

—Vuestro padre, sir Williams, — prosiguió Sebastián, que se había puesto de pie y lo miraba de frente, — vuestro padre se llamab el conde Felipone.

—Os equivocáis, señor.

—Se había casado con la viuda del coronel conde de Kergaz, que tenía un hijo, vuestro hermano.

—No tengo hermanos, caballero.

—Ese hermano, — prosiguió Sebastián, que conservaba su serenidad, — se llama el conde Armando de Kergaz, y vos sois el vizconde de Andrea.

—¡Error profundo! Nunca he llevado ese nombre.

El aplomo frío de sir Williams empezaba a desconcertar un poco al antiguo húsar, que continuó no obstante:

—Señor Andrea, dignaos escucharme. Vuestro hermano os hizo buscar, averiguó por todas partes vuestro paradero, perdonándoos de antemano y resuelto a abriros los brazos, a compartir con vos vuestra fortuna...

Su noble corazón es inaccesible al odio; habéis tenido la misma madre, y quiere que tengáis el mismo techo como abrigo... he acabado por encontraros, ¿por qué os ocultáis todavía?

—Caballero, — dijo sir Williams, siempre impasible, — os juro que os equivocáis. No conozco al conde de Kergaz, no soy el vizconde Andrea, y nunca he tenido el honor de veros.

A medida que el aplomo imperturbable del gentleman se traducía en denegaciones de

una lógica rigurosa, Sebastián sentía, por el contrario, que la sangre fría lo abandonaba poco a poco.

Al principio se había valido de la astucia; había hablado de compartir aquella fortuna inmensa que el conde de Kergaz poseía solo, esperando, con ayuda de este cebo, obligar a sir Williams, a desenmascararse y a recobrar su verdadero nombre.

¡Vana esperanza! Andrea estaba mudo como la estatua del destino.

Sebastián, a pesar de su edad, era de una fuerza hercúlea, y pocos hombres jóvenes y fuertes hubiesen podido luchar ventajosamente con él. Un relámpago de cólera pasó por sus ojos y miró a sir Williams de un modo tan extraño, que éste se estremeció involuntariamente, y deslizó una de sus manos en el bolsillo de su bata para acariciar el cabo de un puñalito oculto en el forro.

El pabellón, como se sabe, estaba situado en el fondo del jardín y en un aislamiento completo; el groom, con quien sir Williams vivía solo, estaba ocupado en cuidar al caballo, cuya caballeriza se hallaba situada en un cuerpo de edificio del hotel, y en consecuencia Sebastián y el barón se encontraban completamente solos.

Rápido como el pensamiento, y en tanto que Williams dejaba con frialdad la caja de cigarros en la chimenea, el antiguo húsar se colocó delante de la puerta y, midiendo a su interlocutor, le dijo:

—Vizconde Andrea, no me engañaréis más tiempo, y vais a convenir en el acto que no os llamáis sir Williams.

—Pero, vamos a ver, caballero, — repuso el barón con una flema enteramente británica, — ¿me dejaréis al fin tranquilo? Empiezo a creer que estáis loco.

—¡Loco! — exclamó Sebastián con voz irritada; — voy a saber si lo estoy.

Y se acercó a Williams, a quien tomó entre sus brazos robustos.

—Señor vizconde Andrea, — dijo, — soy más fuerte que vos y os estrangularé en tres segundos... Así, no gritéis... no llaméis en vuestra ayuda, es inútil...

Andrea acariciaba siempre el cabo de su puñal, pero con tanta calma, que Sebastián no sospechaba que aquel hombre, quien suponía a su merced, tuviese en realidad su vida entre sus manos, y pudiese, substrayéndose a los brazos que lo oprimían, con la flexibilidad de una culebra, dar un salto hacia atrás y sepultarle en pleno pecho la hoja de su estileto.

—¿Queréis asesinarme? — dijo el barón manifestando una emoción fingida. — ¿De modo que tengo que vérmelas con un loco furioso?

—Voy a desnudaros..., — repuso Sebastián.

—¿Para qué? — preguntó el falso inglés. — ¿Creéis que sea un presidiario?

—No... pero debéis tener en el cuerpo una marca, una señal indeleble, lo que se llama un antojo...

—¿Lo creéis? — preguntó sardónicamente el gentleman, fingiendo un violento espanto.

—Sí, — dijo Sebastián, — estoy seguro de ello.

—Debéis tener una mancha negra en el pecho, del lado izquierdo... os he visto niño, os he visto completamente desnudo...

—Tengo varias, — repuso sir Williams, que escapándose de entre las manos del húsar con flexibilidad maravillosa se desgarró la camisa y se descubrió el pecho.

Velludo como el de un mono, el pecho de Williams estaba cubierto de manchas oscuras, de esas que las mujeres llaman lunares, y sin embargo, Sebastián se acordaba muy bien de que el vizconde de Andrea no tenía más que una, y que su cuerpo era enteramente blanco.

Esto bastó par conmover la convicción profunda que tenía, un minuto antes, de la identidad de sir Williams, barón, con el vizconde Andrea, y su rostro, enrojecido al principio por la cólera, cubrióle luego de una palidez mortal.

—¡No es él! — murmuró.

Y sin embargo era, en realidad, el vizconde Andrea a quien Sebastián tenía en su presencia; pero el honrado anciano no sabía que el antiguo jefe de los picpockets, obligado a salir precipitadamente de Londres, a teñirse de negro sus cabllos rubios y a hacer desaparecer toda seña particular, había recurrido a uno de esos juglares anglo-indianos que levan a Inglaterra los buques de la compañía de las Indias, y que poseen el arte maravilloso de los tatuajes extraños que obtienen por medio de punzones y de jugos de ciertos vegetales de su país.

Luego, el azar, o mejor dicho el tiempo, había servido maravillosamente a sir Williams. Su pecho, antes sin pelo hasta los veinticinco años, se había cubierto poco a poco de un vello rubio que el barón se había teñido de negro lo mismo que sus cabellos; y las manchas artificiales del juglar indiano se parecían con tanta perfección a la que tenía desde su nacimiento, que era imposible distinguirlas de esta última.

Sebastián se había puesto muy pálido al apercibirse de su equivocación; y si un vago sentimiento de júbilo debía apoderarse de él al pensar que aquel hombre no era Andrea y que, por consiguiente, Armando de Kergaz, no corría peligro alguno, aquel gozo debía necesariamente halarse precedido de una impresión muy distinta.

A pesar de aquel parecido asombroso, sir Williams no tenía nada de común con el vizconde Andrea. Ahora bien, cediendo a una convicción contraria, Sebastián se había introducido en casa de él, lo había amenazado y hasta ultrajado por decirlo así.

Había recurrido a la violencia y a las vías de hecho con un honorable gentleman que no lo conocía ni lo había visto nunca, y aquello había pasado en casa de él, lo que constituía una ofensa grave, difícil de reparar.

Hubo, pues, un moento de angustia indecible para el viejo soldado, en los pocos segundos que transcurrieron entonces.

Sir Williams y él se miraron primero en silencio, y como si hubiesen estado cohibidos uno y otro en la situación en que se hallaban.

Por fin, el barón fué el primero que abrió

la boca. Se haba vuelto sereno, frío y fijaba una mirada tranquila en Sebastián.

—Cabalero — dijo, — permitidme que crea que os habéis sentido acometido por un acceso de locura, pues vuestra conducta para conmigo es muy extraña.

—Caballero... — balbuceó Sebastián con tono suplicante.

—Os introducís en mi casa, sin haceros anunciar, sin mandarme vuestra tarjeta, ignoro hasta vuestro nombre; me preguntáis con descortés insistencia si no soy el vizconde Andrea, de quien nunca he oído hablar, y al declinar cortésmente yo el honor de esa identidad, os arrojáis sobre mí como un furioso...

—Caballero... caballero... dignáos perdonarme — murmuró Sebastián cuya voz temblaba.

Una sonrisa desdeñosa asomó a los labios del barón.

—Me habéis insultado — dijo.

—Caballero — suplicó Sebastián, — dignáos escucharme... Dignáos oirme un minuto...

—Hablad — dijo el gentleman reparando el desorden de su traje y tomando asiento en un sillón. — Deseo que me déis una explicación plausible de vuestra manera de obrar.

—Caballero — repuso Sebastián, — el hombre a quien os parecéis de un modo tan completo, es un miserable, un infame, capaz de cometer todos los crímenes.

—Esto es muy halagüeño para mí — hizo observar el barón con esa ironía que caracteriza al perfecta gentilhombre.

—Ese miserable, ese infame, tiene un hermano uterino, el conde Kergaz, cuyo corazón es tan noble como vil el de ese hombre. El vizconde Andrea ha jurado un odio feroz a su hermano. Una mujer fué en otro tiempo el primer móvil de ese odio; una fortuna inmensa, robada por el padre del vizconde y restituída por él al hijo mayor de su mujer, ha abierto entre ellos un abismo. El vizconde desapareció hace tres años; pero un hombre como él no renuncia así no más a su obra de odio y de venganza: volverá a aparecer uno de estos días, y no temo esa aparición. Porque no sabéis el mal que puede hacer ese hombre, caballero...

Sir Williams escuchaba al parecr con grave atención.

—El conde de Kergaz, a quien quiero como aun hijo, — prosiguió Sebastián, — ama a una joven... una joven que ese miserable trataría seguramente de seducir...

—¡Ah! — dijo sir Williams con una indiferencia completa, aunque hubiera experimentado interiormente una violenta emoción.

—Porque ese infame, — concluyó Sebastián, — posee maravillosos secretos de seducción; sabe envolver a una mujer con sus artificios como fascina un reptil a un ave... Comprenderéis, pues, caballero, que persuadido, a tal punto es extraño vuestro parecido con él, de que el vizconde Andrea, y vos no eran más que una sola persona, haya podido obrar como he obrado...

Y Sebastián, cuya cabeza estaba coronada de cabellos blancos, que llevaba en el ojal de la levita el signo del honor; Sebastián, que no hubiera retrocedido él solo ante un ejército entero, se acercó a sir Williams y le dijo con humildad:

—Caballero, os pido disculpa.

Sir Williams guardó silencio un momento, y luego hubiérase dicho que aquel hombre, que tenía el genio del mal, se complacía en torturar al que le había ofendido y saborear la humildad del anciano persuadido de su equivocación.

Pero, en realidad, Williams reflexionaba; y como cada uno de sus pensamientos se refería enérgicamente al fin tenebroso hacia el cual marchaba, su espíritu infernal acababa de entrever recursos maravilosos en aquella circunstancia fortuita, que le entregaba a Sebastián atado de pies y manos.

—Caballero, — dijo por fin, con el acento glacial del hombre dueño de sí mismo, — la historia que acabáis de narrarme es evidentemente muy interesante, y haría las delicias de los que procuran introducir por todas las puertas la novela en la vida real, pero no me satisface del todo. Dignáos darme vuestro nombre y las señas de vuestra casa, porque al fin nada me prueba que no seáis un mistificador de talento.

—¡Caballero!..., — exclamó Sebastián enderezándose.

—Espero, — dijo Williams con frialdad.

—Me llamo Sebastián,... — dijo el anciano.

—Sebastián... ¿de qué? — exclamó el barón con desdén.

—Sebastián a secas, caballero, — repuso el ex húsar con noble altivez. — Soy hijo de París, y nunca conocí a mis padres; pero fui condecorado por el emperador en Wagram, y he llevado el uniforme de los húsares de la guardia imperial.

—Pues bien, caballero... Sebastián, — repuso el barón, — de soldado a gentleman la distancia es nula; y me imagino que no tendréis inconveniente en darme una satisfacción por vuestra conducta. ¿Qué es una estocada para nosotros? Una miseria, ¿no es cierto ?

Sebastián se había enderezado como el viejo corcel de batalla que oye el toque de un clarín. Desde el momento que se trataba de un encuentro, el anciano ya no temblaba, ya no suplicaba, no dirigía más las excusas humildes que diera un instante ha.

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de "Pucky".

NO IBA A PEDIR PERMISO

El gerente: — ¡Pero estos papeles no son referencias!
El postulante: — No, señor; pero he creído que podían favorecerme. Son copias de los certificados de defunción de mis cuatro abuelos y abuelas.

Señorita: Adelántese a sus amigas y sea Vd. la primera que estrene entre ellas el más elegante modelo de moda.

Suscríbase a **EL DIARIO** que cada Jueves publica primicias de los figurines de modelos del más refinado gusto.

Guiada por los figurines en colores y las descripciones que de los mismos, publica **EL DIARIO**, Vd. podrá vestirse con la misma elegancia que si pidiera su ropa al más afamado modisto de París.

Para las modistas de profesión los modelos que publica **EL DIARIO** son la guía más segura para obtener éxito en la elección de modelos para satisfacer a la clientela.

Pida un ejemplar con este cupón.

Señor Administrador de "El Diario"

Av. de Mayo 662, Buenos Aires.

Acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido .....

Domicilio .....

Localidad ..... F. C. .....

EDICION DIARIA APARECE A LA HORA 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
INTERIOR:
1 año, $ 28.-; 6 meses $ 14.50; 3 meses $ 7.50
CIUDAD: $ 2.— por mes.

Precios de suscripción a la edición de los jueves.

1 año, $ 6.-; 6 meses $ 2.60; 3 meses $ 1.50.